MASTER
NEGATIVE
NO. 92-80722-2

MICROFILMED 1992

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States -- Title 17, United States Code -- concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material...

Columbia University Library reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

SAN MIGUEL Y VALLEDOR, EVARISTO

TITLE:

HISTORIA DE FELIPE II, REY DE ESPANA ...

PLACE:

BARCELONA

DATE:

1867-1868

Master Negative #

92-80722-2

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

946.04
F3357

San Miguel y Valledor, Evaristo, 1785-1862.
... Historia de Felipe II, rey de España ... 2. ed., revista, corregida y reformada por su autor, y aumentada con su biografía, juicio crítico de la obra y un estudio sobre la época de Felipe II, por d. Víctor Balaguer. Edicion de gran lujo ... Barcelona, Salvador Manero, 1867-68.
2 v. plates, ports.

At head of title: Salvador Manero, editor.
Biography of Antonio Perez: v. 2, p. [539]-767; biography of general San Miguel: v. 2, p. [771]-812.

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 REDUCTION RATIO: 12X
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 8/31/92 INITIALS S.M.
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

VOLUME 1

AIIM

Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202

Centimeter

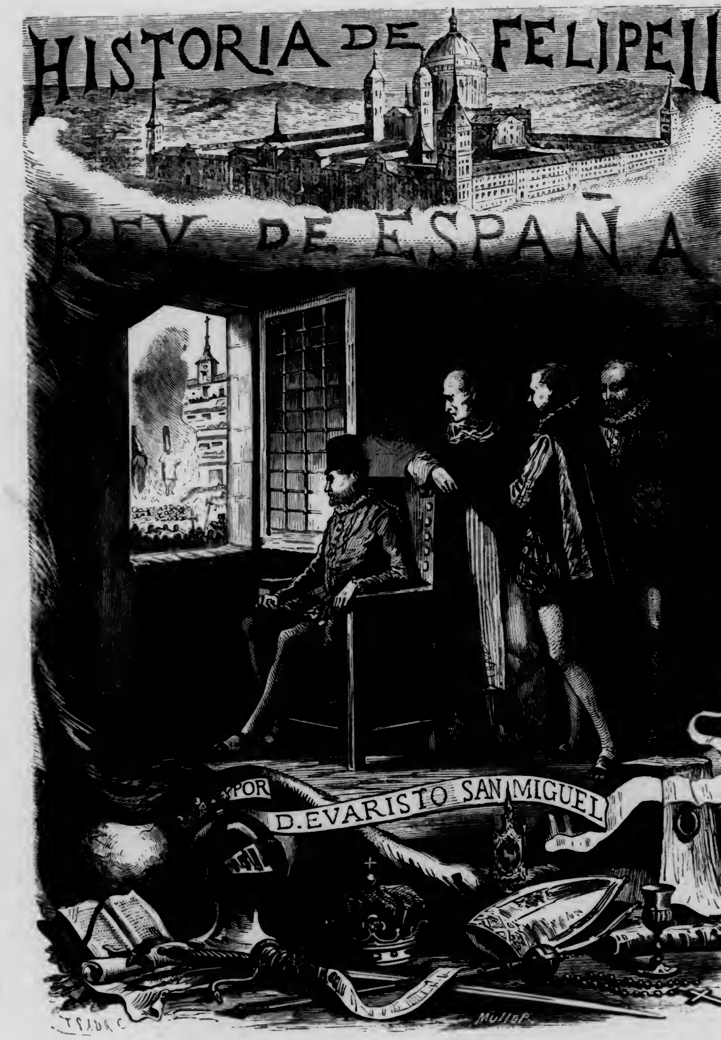
Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

THE LIBRARIES
COLUMBIA UNIVERSITY

GENERAL LIBRARY

HISTORIA DE FELIPE II
REY DE ESPAÑA.


HISTORIA DE FELIPE II
REY DE ESPAÑA
POR
D. EVARISTO SAN MIGUEL

SALVADOR MANERO, EDITOR.

HISTORIA DE FELIPE II

REY DE ESPAÑA.

POR EL EXCMO. SR.

Don Evaristo San Miguel y Valledor,

DUQUE DE SAN MIGUEL,
GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE,
GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CÁRLOS III, Y DE LAS REALES MILITARES DE SAN FERNANDO Y SAN HERMENEGILDO, CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, PRIMER COMANDANTE GENERAL DEL REAL CUERPO DE GUARDIAS ALABARDEROS, GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO Y SERVIDUMBRE, SENADOR DEL REINO, DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, ETC., ETC., ETC.

SEGUNDA EDICION,

REVISTA, CORREGIDA Y REFORMADA POR SU AUTOR,
Y AUMENTADA CON SU BIOGRAFÍA, JUICIO CRÍTICO DE LA OBRA Y UN ESTUDIO SOBRE LA ÉPOCA DE FELIPE II

POR

D. VÍCTOR BALAGUER.

EDICION DE GRAN LUJO,
adornada con láminas en acero y boj representando retratos, batallas, vistas, etc., etc.

TOMO I.

BARCELONA:

ADMINISTRACION.
Ronda del Norte, número 128.

LIBRERÍA.
Rambla de Sta. Mónica, número 2.

1867.

946.04
F3357
v.1
45-24783

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

45-24783 4/5/45 CN

PRÓLOGO.

De todos los ramos del saber y la literatura cultivados desde el principio de las sociedades hasta los tiempos que alcanzamos, ninguno cuenta mas escritores ni lectores que la historia. Natural es, en efecto, que llame la atencion del hombre este gran cuadro de su vida, donde entra lo presente y lo pasado; lo grande, lo magnífico, lo sublime, al par de lo pequeño, de lo feo, de lo horrible; donde su especie aparece bajo formas tan diversas; donde se presentan todas las fases de su condicion, segun la diferencia de los tiempos, de los climas, del grado de civilizacion, de las preocupaciones, de los hábitos. Aun despojando á la historia de su carácter de moralidad, como fuente inagotable de lecciones prácticas, le quedaria una grandísima importancia, considerada como un simple objeto de curiosidad, como un simple espejo en que el hombre contempla su figura. Todas son en efecto dignas de ser vistas; mas no pueden excitar el mismo grado de interés en cuantos la observan. La diferencia de gustos, de índole, de educacion y hábitos, influyen en esta clase de predilecciones. Anteponen unos la historia antigua á la modérna, y al contrario. Busca el uno guerras; el otro transacciones mas pacíficas: sigue este con interés los progresos de las cien-

cias y las artes, mientras se deleita exclusivamente aquel con todo lo extraño y anticuado que ofrezca los menos rasgos posibles de conformidad con lo que existe. En esta inmensa galería, todos buscan, todos hallan sus colores, sus actitudes, sus personajes y grupos favoritos.

Mas cualquiera que sea este carácter ó índole particular, casi todos están de acuerdo en que de las épocas de la historia moderna, ninguna merece preferencia al siglo XVI, ora se atienda á las cosas, ora á las personas; ya á la importancia y copia de los acontecimientos, ya á su influencia en los destinos de la especie humana; siglo verdaderamente grande y magnífico bajo cuantos aspectos se le considere; siglo en que renacieron las artes, algunas de las que adquirieron un brillo y esplendor que no gozaron desde entonces: siglo en que se desenrollaron las ciencias; en que se descubrió el nuevo mundo; en que se agitaron tantas contiendas políticas y religiosas; en que desplegaron su genio, y por distintos caminos se inmortalizaron tantos hombres; donde el taller del artista, el gabinete del sabio, y la arena de las controversias religiosas, ofrecian tantos títulos de renombre y gloria como los mismos campos de batalla.

La historia de nuestra nacion se halla tan enlazada con todos los acontecimientos importantes de aquel siglo, que es imposible escribirla sin entrar mas ó menos en la de los demás pueblos de la Europa. Ocuparon sucesivamente el trono español durante casi todo este período, dos monarcas, que, dominando á mas de este pais en otros muchos, debieron por precision de tomar parte en cuantos negocios importantes ocurrieron durante su reinado: dos monarcas famosos por la actividad de su carácter, por su espíritu ambicioso, por su vasto poderío, por la habilidad que desplegaron en el gobierno y administracion de sus estados. Fueron ambos y son en la actualidad casi igualmente célebres, mas no del mismo modo: los dos figuran en primer término, mas no con un mismo colorido: ambos fueron objeto de rivalidades y de odios, mas con diferentes grados de encarnizamiento: los dos tuvieron sus historiadores, mas

no los hallaron igualmente fieles y hábiles. Bajo ambos conceptos fué mas afortunado Carlos que Felipe. Pocos hombres han sido efectivamente mas que este último, blancos de parcialidad, de prevencion, de mala fe por parte de sus historiadores. Para unos es poco menos que un Dios: para otros un demonio: aquí se pone en las nubes su piedad, su celo religioso: allí se le pinta como un monstruo de supersticion y fanatismo: lo que para los primeros fué justicia, fué prudencia, fué política, lo califican los segundos de crueldad, de falsedad y de perfidia. Nada prueba tanto la lucha encarnizada de intereses, opiniones y principios, que, encendida durante su existencia, comunicó su furor á las generaciones sucesivas.

Al emprender la vida y hechos de Felipe II, rey de España, no desconocemos la clase de nuestra tarea, ya atendiendo á lo vasto de las indagaciones, ya al modo de presentar su resultado. Si la historia es en todas ocasiones un estudio serio y grave, ninguna debe de merecer mas este carácter, que la de un personaje tan grave y tan severo en todas las situaciones de la vida, de un monarca tan importante en nuestros anales, tan enlazado con el nombre y las grandezas españolas, y sobre todo cuya memoria excita tan diversos sentimientos. Por mas que se imponga un historiador el deber de indagar los hechos con toda diligencia, de exponerlos con imparcialidad y exactitud, es imposible que no choque muchas veces con sentimientos favoritos, con opiniones dominantes, con las preocupaciones que se adquieren por necesidad, segun el círculo en que se vive, el partido á que se pertenece, etc. Teniendo pues presentes estas consideraciones, y convencidos de la imposibilidad de contentar á todos, diremos de Felipe II la verdad, ó lo que mas probable nos parezca, despues de comparados los datos en las diversas autoridades que consultemos, ora amigos, ora contrarios, pues la justicia exige que se oiga á entrambas partes. Ningun interés tenemos en hermosear, ni menos en cargar el cuadro de tintas demasiado oscuras. Como españoles debemos de propender á lo primero. Y ¿qué persona que lleve este nombre puede prescindir de un movimiento de amor propio al recorrer una época en que su nacion era considerada, res-

petada y colocada por su poder, si no la primera, al menos al par de las primeras de la Europa? Mas haremos por desprendernos de estas ilusiones que tantas veces extravian el entendimiento. El mejor modo de evitar los escollos á que lleva la parcialidad, es presentar los hechos con exactitud y ser parco en reflexiones; escribir para narrar, no para probar; ser lógico en presentar datos, dejando al cuidado del lector el deducir las consecuencias.

La historia de Felipe II, que comprende la segunda mitad del siglo XVI, no abraza sucesos menos importantes que la de su padre, relativa á la primera. Si algunas figuras del primer cuadro son de mas relieve que sus análogas en el segundo, se ofrecen otras en este que en aquel se buscarian muy en vano. Ni España ni Italia presentan á la verdad los acontecimientos que llaman tan poderosamente la atencion, pero en cambio Francia, Inglaterra, Escocia y sobre todo los Paises-Bajos, son de un interés á que no llegan en el primero de los dos períodos. Si han desaparecido de la escena los Leyvas, los Pescaras, los Condestables de Borbon, etc., no aparecen menos importantes los Farnesios, los duques de Alba, los Guisas, los príncipes de Orange. Son tan grandes personajes en Inglaterra las reinas María é Isabel, como su padre: la de Escocia, María Estuarda, es ella sola una novela, un drama que excede en lances peregrinos á cuanto se pudiera inventar en este género; y sin salir de nuestra propia casa, el espectáculo de un Rey que desde el fondo de su gabinete agita el mundo con los resortes poderosos de su ambicion y habilidad en materia de gobierno, casi llama tan poderosamente la atencion como el que pasó su vida en una peregrinacion continua, imprimiendo en los negocios la actividad que no podian menos de recibir de su presencia.

Bajo cuantos aspectos se considere el reinado de Felipe II es un período de grandísima importancia en nuestra historia. En él adquirió España entre las naciones de Europa un nombre y una importancia que no tuvo nunca, pues durante el de su padre fué el *Emperador*, no el *Rey*, quien representó el primer papel en su teatro. Al lado de la política lucieron las artes, las ciencias, hasta donde entonces alcanzaban, y sobre todo, la literatura que considera aquel tiempo como su edad de oro. Las guerras no siempre felices en que nos vimos empeñados, abrieron un campo de fama á esclarecidos caudillos: y las costas de Africa como la Italia, la Francia como los Paises-Bajos, el mar como la tierra firme, fueron teatro de nuestras glorias militares. Fué este reinado el apogeo de España, considerada como una potencia: desde entonces no hicimos mas que decaer y perder poco á poco nuestra importancia en el mapa político de Europa. ¿No es digna, pues, de grande exámen esta época? ¿no merece este gran cuadro que se le observe, se le estudie y con toda imparcialidad se le analice? Culpa será del escritor, no del asunto, si la tarea que va á emprender no corresponde á su grandeza.

De todos modos está el reinado del hijo tan enlazado con el de su padre, que se puede llamar su série, su continuacion y complemento. Si todo trozo histórico va siempre precedido de una reseña de aquellos sucesos que de mas cerca prepararon é influyeron en los que se van á referir, el prólogo natural de la historia de Felipe II es Cárlos V. Por este se empezará, pues; no para referir su historia, pues en este caso se harian dos en lugar de una, sino para entresacar de ella aquellos objetos de mas bulto que están enlazados con muchos é importantes de la de Felipe. Se dirá de Cárlos V lo que baste para comprenderle. Se le examinará bajo el aspecto de rey, de estadista, de capitan, de hombre adicto mas ó menos á los dictámenes de su ambicion, á sus principios políticos, á sus creencias religiosas. Se hablará con la misma rapidez de los principales personajes de su tiempo, de las guerras que encendieron la Europa, del estado de las ciencias, de las artes, de la literatura, de las contiendas religiosas, figuras tan importantes de este cuadro. Se enlazará, en fin, de tal manera esta especie de introduccion al cuerpo de la obra, que del todo resulte una exposicion de cuanto el siglo XVI produjo de importante, de grande, de influyente en los destinos de los hombres, con la diferencia de que en la parte de Felipe II se entrará en particularidades que por precision tienen que faltar á la primera.

Tal es nuestro plan, objeto de un estudio grave, detenido y meditado. Sobre su ejecucion, nada tenemos que decir al público que va á juzgarla. Cualquiera falta de vigor que advierta en ella, se echará de ver al menos que no somos sistemáticos ni exclusivos, que no pertenecemos propiamente á ninguna de las escuelas en que se dividen los que por escrito ó de otro modo dan al público sus pensamientos. Hombres de hechos, solo en su sencilla, clara y lógica exposicion se cifrará nuestra tarea. No vamos á escribir la sátira ni hacer la apoteosis de Felipe II, rey de España; aspiramos solo á presentar de este monarca y de su tiempo un retrato fiel hasta el punto á donde alcancen nuestras fuerzas.

HISTORIA DE FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado de la Europa al principio del siglo XVI.—España, Francia, Inglaterra y Alemania.—Italia.—Portugal.—Imperio Otomano.—Fuerzas permanentes.—Poder absoluto.

Anunciaban los últimos años del siglo XV que iba á abrir el XVI una nueva época para casi todas las naciones de la Europa. Los cambios en política y demás asuntos interesantes á la especie humana, que ordinariamente siguen las leyes de una marcha lenta y progresiva, tuvieron el carácter de aquellas transiciones rápidas, que se deben á la mano de las revoluciones. En todos los estados se experimentaron mudanzas de mucha consideracion nacidas, con corta diferencia, de las mismas causas. Mas á ninguno se puede aplicar esta observacion con mas exactitud que á nuestra España. Dividido este pais en tantos estados independientes muy pocos años antes, estaba en vísperas de componer una sola y compacta monarquía. Habia unido un matrimonio feliz las coronas de Castilla y Aragon, y dado la conquista á los Reyes católicos el único reino de dominacion sarracena que restaba en la Península. Igual suerte aguardaba á Navarra, cuya posesion, disputada por las casas de Foix y de Castilla, iba á ser adjudicada á los derechos del mas fuerte. Por uno de estos caprichos tan comunes del destino, el pais, que despues de tantos sacrificios, tan porfiadas guerras durante

muchos siglos, habia llegado al estado de unidad política, debia de hacer parte de un mas vasto Estado, pasando á manos de un príncipe extranjero, dueño ya de muy ricas posesiones; perspectiva grande á los ojos de los que confunden tal vez la felicidad de un pais con la grandeza de sus reyes; mas que turbaba sin duda la quietud de cuantos contemplaban los azares que correria su pais en un cambio nuevo de política.

Fueron sin duda los Reyes católicos los monarcas de mas prudencia, sagacidad y dotes de gobierno, que contaba España en sus anales. Con diferencias tan marcadas en índole y carácter, contribuyeron ambos, sin poderse asegurar de qué parte con mas saber y habilidad, á componer de tantas provincias un grande poderío. Ni á Fernando dominaba Isabel, ni al rey de Aragon rendia obediencia la soberana de Castilla. Eran ambos como dos compañeros de fortuna, que poniendo casi un mismo capital, trabajaban con la misma actividad por sus aumentos de que ambos participaban igualmente. Ningunos fueron mas adelante en los proyectos que entonces animaban á los principales monarcas de Europa de ensanchar los límites de su poder, enfrenando los brios de la aristocracia. Se sabe con cuánto celo se aplicaron á restablecer el órden y tranquilidad en sus estados, á promover los intereses materiales del pueblo, á establecer fuerzas permanentes, que dependiendo en un todo de la corona, le diesen toda la autoridad que tanto ambicionaban. Con la incorporacion en ella de los maestrazgos de las órdenes militares, perdieron estas su poder, y dejaron de brillar con la preponderancia que antes en los campos de batalla. En todo se sintió la mano activa y vigorosa de estos verdaderos reyes. Los grandes, que poseian antes tantos medios de turbarles su reposo, no fueron desde entonces mas que meros instrumentos de su autoridad, que cifraban su prez y su esplendor en contribuir á su grandeza.

La conquista de Nápoles, ocurrida á principios de aquel siglo, contribuyó asimismo al brillo de un reinado, que sin duda atraia poderosamente las miradas de la Europa. Fué una gran felicidad para las armas españolas, que el jefe puesto á su cabeza, hubiese merecido por su habilidad el título de gran Capitan, conferido por amigos y enemigos, sin que nunca la posteridad haya pensado en disputarle un renombre, de que sin duda se mostró muy digno. Otros caudillos le alcanzaron en aquella lucha célebre, y esparcieron en la Europa el brillo militar de una nacion probada en tantas

guerras. La infantería española adquirió desde entonces una primacía, que conservó casi por espacio de dos siglos. El gran Capitan formó una escuela de famosos capitanes, cuyos nombres son citados con estimacion, y cuyas glorias no se han oscurecido todavía.

Para hacer mas singular, para coronar las prosperidades de un reinado tan famoso, les deparó la fortuna y el genio de un grande hombre la adquisicion de un nuevo mundo, que iba á causar una revolucion en los destinos de la especie humana. Sin Colon, no hubiese contemplado Europa este descubrimiento portentoso; mas sin el buen sentido de la reina Isabel, que acogió á Colon despues de haber sido desechado por los mas poderosos príncipes de la cristiandad, hubiese pasado por uno de estos hombres visionarios que creen en sus sueños, y bajado al sepulcro con su genio y su saber, sin quedar de él ni el sonido de su nombre. Los descubridores del nuevo continente fueron los Reyes católicos de España. A ellos se les debe, sin que la envidia haya podido oscurecer una verdad tan gloriosa para nuestra historia.

Para no omitir nada de lo mas importante que á dichos Reyes católicos concierne, no pasaremos en silencio la expulsion de los judíos, y lo que es mas considerable todavía el establecimiento del tribunal de la Inquisicion, ó mas bien su reglamento bajo bases nuevas, y con atribuciones que hicieron de él una institucion tan formidable. No eran tal vez mas intolerantes los Reyes católicos que los demás príncipes de Europa, como aparece de la historia. No hay que olvidar que las primeras hogueras no se encendieron en España; pues en todos los siglos que se llaman la Edad media, no se usaba otro método de castigar á los judíos, á los herejes, á los hechiceros, á los que pasaban por enemigos de Dios, ó de la religion, ó de la Iglesia. Era la jurisprudencia, el derecho público de entonces. Mas de todos modos no hay duda de que el establecimiento de este tribunal, dedicado exclusivamente á castigar delitos contra la fe, revestido de tan grandes facultades, y con un código de procedimientos tan extraordinario, ha influido demasiado en los destinos de esta nacion, para que no se cite como uno de los rasgos mas característicos de nuestra historia.

¿Cuál hubiera sido el destino de España á no haber muerto sin sucesion el príncipe don Juan, único heredero de todas sus coronas, á no haber pasado estas á las manos de un príncipe extranjero? Difícil es conjeturarlo. Mas en la suerte de los hombres como de los pue-

blos influyen combinaciones, accidentes fortuitos, que no es dado ni prever ni alterar á la prudencia humana. Quizá algunos de los españoles de aquel tiempo miraron con aprension y descontento la salida de su corona fuera del pais; quizá otros se entusiasmaron con la perspectiva de un aumento aparente de grandeza. En la historia de los reinados sucesivos se encuentra la solucion de lo que sin duda era un problema para todos.

No se diferencia mucho el estado de la política de Francia del de España en el principio del siglo á que se alude; mas los esfuerzos para aumentar el poder de la corona y disminuir el de los grandes, fechaba de mas lejos. Carlos VII, que habia visto la mitad de sus estados en poder de fuerzas extranjeras, y conquistado, por decirlo así, la herencia de sus padres, se aplicó igualmente á tomar cuantas medidas le parecieron propias para impedir la renovacion de aquellas turbulencias. El establecimiento de las fuerzas armadas permanentes se debe sin duda á estas precauciones, á la ambicion del rey, á su genio belicoso. Su sucesor Luis XI, tan diferente en muchas cosas de su padre, heredó en esta parte su política. Con mas sagacidad, con mas astucia, con toda la fuerza de carácter que supera obstáculos, sin ningun escrúpulo de emplear cualesquiera medios que llevasen á sus fines, ningun rey fué mas temido sobre el trono, ninguno abatió y humilló mas la frente de la aristocracia, ninguno derramó mas sangre de sus súbditos, ninguno trabajó mas eficazmente por los intereses de sus pueblos, en cuanto esto no estaba en contradiccion con los suyos propios, y le servian de instrumento para humillar á la nobleza. El despotismo político, el poder real de los reyes de Francia, acabó de arraigarse en su reinado. Hasta las guerras civiles que ocurrieron un siglo despues, y esto por causas que no pudo prever aquel monarca, no rebulló ningun grande, ninguno de los príncipes feudatarios que contaba entonces la corona. No se hizo conocer su hijo Carlos VIII en los pocos años que ocupó el trono, mas que por su expedicion en Nápoles, que por todos fué graduada de insensata, sin duda por su funesto resultado. Entonces fué cuando las armas españolas se midieron por primera vez con las francesas, y con tanta gloria para las primeras. Luis XII, contemporáneo tambien de nuestros Reyes católicos, fué un príncipe de capacidad y no menos ambicioso, aunque muy poco feliz en las empresas. Tambien guerreó contra nosotros en Nápoles, y con el mismo fruto que su antecesor; mas reparó la mala fortuna de sus armas en la brillante jornada de Rávena. Luis XII de Francia pasa por un buen rey; obtuvo y mereció sin duda el nombre de Padre del pueblo; mas en la conservacion de todas las prerogativas y preponderancia modernamente adquiridas, no se mostró menos celoso que sus predecesores.

En Inglaterra, Enrique VII, primer príncipe de la casa de Tudor, habia subido al trono despues de una de las guerras civiles mas sangrientas que habian despedazado aquel pais tan famoso por sus convulsiones. Horror inspira la pintura de las luchas encarnizadas, de las venganzas particulares, de los actos terribles de crueldad, de las innumerables víctimas en los cadalsos, que produjo aquella contienda entre las casas de Lancaster y de York, conocida con el nombre de la guerra de las Rosas. Los derechos al trono de Enrique VII, que se decia heredero y representante de la primera de aquellas dos familias, eran muy equívocos. Debió los mas legítimos á la victoria, habiendo derrotado y dejado muerto en el campo de batalla á Ricardo III, que se habia hecho tan célebre y temido por sus atrocidades. El nuevo rey era sagaz y previsor: conocia demasiado la índole de aquellos acontecimientos para no atacar en su gérmen las causas que los habian producido. Con mano firme emprendió y trabajó en su obra. Pocos reyes se mostraron mas contrarios al orgullo y á la ambicion de los barones. Atento á refrenarlos, se aplicó con mucho celo á buscar un apoyo en el aumento del bienestar del pueblo. Enrique VII fué un rey temido, respetado y poderoso, tan resuelto en el gabinete como lo habia sido en el campo de batalla. Sus leyes son citadas con elogio, y su despotismo no fué perdido para los Tudores.

El imperio de Alemania adolecia siempre de los vicios de su institucion; un cuerpo de muchas cabezas con una nominal; una confederacion con vínculos tan flojos, que entre sus miembros tan heterogéneos se introducia á cada momento la discordia. El cetro imperial se hallaba entonces en la casa de Austria. Maximiliano, que lo empuñaba, no era considerado y temido como un monarca poderoso. Dueño por su matrimonio con la heredera de la casa de Borgoña de sus vastos estados en los Paises-Bajos, no parecia que habian aumentado mucho su verdadero poderío. En nada fué objeto particular de nombradía este monarca. Su mayor título á la fama es haber sido abuelo y antecesor de Carlos V.

Hablaré muy poco de Italia, cuyos estados diferentes no tenian

entonces, lo mismo que sucede ahora, mas conexiones que el nombre de italianos, y hablar sobre poco mas ó menos una misma lengua. Era Nápoles teatro de contienda entre la casa de Aragon y Francia, despues que se habian coligado para despojar de él á sus antiguos dueños. La república de Venecia continuaba su estado de prosperidad, y se hallaba en vísperas de ser blanco de una liga que amenazaba su existencia. Era el Milanesado el grande objeto de la ambicion de Luis XII, que reclamaba este pais como heredero de la casa de Visconti, así como en representacion de los derechos de la de Anjou, la posesion de Nápoles. No fué, sin embargo, tan desgraciado en aquella empresa como en esta; y por algun tiempo se llamó duque de Milan de hecho, como de derecho. Se hallaba la Toscana en un estado floreciente á pesar de sus disturbios, bajo la dominacion indirecta de los Médicis, pues no llevaban todavía el título de duques. El poder de los papas iba muy en decadencia; mas si bajo el aspecto solo de pontífices, no representaban tan gran papel como en tiempos anteriores, se mezclaban como príncipes en todas las contiendas que dividian á los de su tiempo. Poco ó nada diremos de Alejandro VI que al principio del siglo XVI ocupaba la silla de san Pedro. Tampoco entraremos en pormenores de la ambicion, las violencias y las atrocidades de su hijo César Borgia que fué el terror de los pequeños príncipes, á cuyos estados reclamaba la sede pontificia algun derecho, y que despojaba en virtud del derecho del mas fuerte. Los que iban á ser sucesores de Alejandro, no fueron menos célebres, á lo menos por su ambicion y sus intrigas. Julio II, no solo tomó parte en las guerras, sino que fué general de sus ejércitos. El sentimiento general que entonces como ahora dominaba en Italia, era el odio al yugo de los extranjeros; y *arrojad á los bárbaros* de Italia, fué el dicho favorito del último papa que citamos.

Entre los estados de Europa, no olvidaremos á Portugal que no era seguramente el último, bajo cuantos aspectos se le considere. Fué dichoso y próspero el reinado de Juan II que llegó hasta fines del siglo XV. Tambien refundió en su persona los maestrazgos de las órdenes militares de Cristo y Avis, que ejercian la misma preponderancia que las nuestras en Castilla. Con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza se abrió para Portugal un nuevo campo de grandeza, y se echaron los cimientos de su grande imperio en las costas de Africa y de Asia. El rey don Manuel, sucesor de Juan II, fué uno de los monarcas mas poderosos del siglo, y las alianzas de familia de Portugal con España que entonces comenzaron, dieron con el tiempo orígen á sucesos muy considerables.

Cerrará la lista de los estados europeos de aquel tiempo el de los Turcos Otomanos, que despues de haber invadido y conquistado todos los estados de Asia del imperio del Oriente, habian pasado y llevado á muchos estados de Europa sus medias lunas victoriosas. Hacia solo medio siglo que á los esfuerzos terribles de Mahoma II, habia dado el imperio romano su postrer suspiro en los muros de Constantinopla. Fronterizos de la Hungría, cuyas fuerzas habian derrotado en dos batallas, amenazaban al imperio de la cristiandad entera. Habian sido pisadas ya las costas de Italia por sus armas victoriosas. Estaba en vísperas Selim de añadir el Egipto á sus conquistas, cuya continuacion estaba reservada á su sucesor Soliman el Magnífico, que mereció mejor el nombre de terrible por la sed de su ambicion, y la ferocidad con que llevó adelante sus empresas. Ofrecia entonces el imperio Otomano el brillante espectáculo de todo lo que crece, y con rapidez se desarrolla por la fuerza de las armas. Con muy raras excepciones, todos los sultanes de aquella nueva raza se habian mostrado ambiciosos, valientes, diestros y afortunados capitanes.

Así empezó el siglo XVI para la mayor parte de los pueblos de la Europa. Se manifestaba una revolucion política en las ideas, en las máximas de gobierno que animaban á casi todos los monarcas. Por todas partes se echaban los cimientos del despotismo de los tronos, abatiendo el orgullo de los grandes feudatarios de la corona, alistando fuerzas permanentes. Para todas las naciones comenzaba la guerra á ser considerada como una profesion y como un arte. Si grandes capitanes se cubrieron de laureles en el medio y fines de aquel siglo, no fueron menos esclarecidos los que florecieron en los primeros años del siguiente. En ellos y en los últimos del anterior principió con algunas excepciones el renacimiento de las ciencias y las artes de que hablaremos á su tiempo.

Los resultados de los descubrimientos de Colon y de Vasco de Gama no podian mas que ser hasta prodigiosos: así lo fueron, en efecto. Fué, pues, el principio del siglo XVI el de una nueva época para las naciones del orbe civilizado, trazándose por sí misma la línea de separacion que del anterior le dividia.

CAPITULO II.

Advenimiento de la casa de Austria al trono de España.—Felipe el Hermoso.—Celos y rivalidades.—Muerte de Felipe.—Regencia de Fernando el Católico.—Del cardenal Jimenez de Cisneros.—Venida de Carlos I.

A la muerte de doña Isabel, pasaron los reinos de Castilla á su hija doña Juana, conocida con el sobrenombre de la Loca; y por el matrimonio de esta con don Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano I, á dicha casa extranjera, que tanto ascendiente iba á tomar con esta herencia en los negocios de la Europa.

Habia heredado Felipe de su madre María de Borgoña todos los estados de esta casa, á excepcion del ducado de su nombre, que habia sido incorporado en la corona de Francia por Luis XI. Aun con esta rebaja tan considerable, podia considerarse como un príncipe de la primera jerarquía. Dueño ya de las ricas posesiones de los Paises Bajos, heredero de los estados de la casa de Austria, traia en su enlace con la princesa española pocos menos estados que los que recibia. Así iba á ser España una fraccion y aun menos de un mas vasto estado, compuesto de partes heterogéneas, que no podian tener unos mismos intereses; situacion particular que abria para ella nueva época.

Habia mostrado el príncipe en todas ocasiones poca aficion á España y á su esposa. Aclamado rey de Castilla, no hubiese venido á tomar posesion de su corona, á no ser llamado por los enemigos personales, ó los que estaban cansados del dominio de Fernando.



A. Roca.

YSABEL, I

Tambien este interpuso sus ruegos, despechado sin duda de las frialdades de una corte, deseosa de ver al señor nuevo. Con entusiasmo fué recibido Felipe por sus súbditos, á quienes se mostró afable, agradecido y franco. Cortés, reservada y fria fué la entrevista entre suegro y yerno, tan diferentes en edad y en genio. Pasó en seguida el rey de Castilla á participar de los festejos de la corte; se restituyó el de Aragon á sus estados, engolfado como siempre en su política. Con el nuevo matrimonio de este rey con Germana de Foix se vieron en peligro de otra separacion las dos coronas: sin duda lo deseaba el de Aragon, para que no pasasen sus estados á una casa extraña: mas no fue dichoso en el empeño.

Felipe el Hermoso no hizo mas que presentarse sobre el trono español, sin dejar en él mas memoria que la de una rivalidad entre nativos y extranjeros, que fué para nosotros con el tiempo muy funesta. Le arrebató la muerte en lo mas florido de la edad, dejando el trono de Castilla á un niño de siete años que fué despues el famoso Carlos V. A mas de este príncipe, tuvo la reina doña Juana al infante don Fernando que fué con el tiempo emperador, y á las infantas doña Leonor, doña Isabel, doña María y doña Catalina que todas fueron reinas (1). La viuda doña Juana, que era la propietaria de Castilla, no figuraba para nada, á causa de su incapacidad mental tenida por demencia. Así á la muerte de Felipe, fué aclamado por rey de Castilla Carlos I en compañía de su madre. El pais necesitaba un regente, y por mucha antipatía que en algunos grandes excitase Fernando de Aragon, el bien del estado pudo mas que individuales sentimientos. Fué la regencia de este príncipe en Castilla, una continuacion de su reinado antecedente. La misma política, la misma tendencia á fomentar los intereses de la autoridad real, la misma índole de moverse de un punto á otro siempre por la línea curva. Se presentaron triunfantes sus armas en Nápoles, y aquel rico pais se hallaba definitivamente incorporado á su corona. Por la patriótica munificencia del cardenal Cisneros, tremolaban los pendones en Oran, en Mazalquivir, en Bujía y en otros varios puntos de Africa. La brillante victoria obtenida en Rávena por las armas de Luis XII rey de Francia, trastornó los planes del

(1) Se casó la primera con el rey don Manuel de Portugal, viudo de dos hijas de los Reyes católicos, y por consiguiente tias de doña Leonor; la segunda con el rey de Dinamarca, Cristierno III; la tercera con Luis de Hungría; la cuarta con el rey don Juan III de Portugal, hijo y sucesor de don Manuel.

rey Católico; mas el reino de Navarra quedó asegurado por la fuerza de las armas á la corona de Castilla, á pesar de la invasion proyectada por aquel monarca.

A la muerte de Fernando el Católico, contaba ya 16 años de edad el rey don Carlos de Austria. En el año que medió hasta su venida á España, quiso su buena suerte que la regencia estuviese encomendada al cardenal Jimenez de Cisneros, hombre verdaderamente insigne por su piedad, por la elevacion de sus sentimientos, por su gran corazon, y, sobre todo, por la energía que desplegó en el gobierno de estos reinos. Se le habia dado como socio y compañero al cardenal Adriano, ayo de don Carlos; mas si no en el nombre, fué en realidad Cisneros el único regente. Protector de las ciencias y las buenas letras, fundador de la universidad de Alcalá, la dotó de cuanto podia contribuir á difundir las luces de aquel siglo, dejando en la publicacion de la Biblia Complutense uno de los mas grandes monumentos de su ilustracion y su munificencia. Sentimos que la naturaleza de este trabajo no nos permita mas pormenores sobre un personaje que bajo el hábito de san Francisco, y con toda la austeridad que esta regla prescribia, se mostró sabio, hábil estadista, gobernante duro y despótico, general de ejército, y hasta orador militar, pues arengó á los soldados en las playas de Africa. En casi todos los historiadores de aquel período están consignados los principales hechos de su vida (1).

En setiembre de 1517 desembarcó en España Carlos, hijo primogénito de Felipe el Hermoso, que inmediatamente tomó las riendas del estado. Le felicitó por escrito el cardenal, mas no se presentó en la corte de donde le alejó una carta fria del monarca, dándole las gracias por sus servicios y deseándole descanso. Muy poco tiempo gozó el prelado de su retiro, oprimido con el peso de los años, y tal vez bastante mortificado y desabrido con una conducta que con el sello de ingrata se mostraba. El cardenal Jimenez de Cisneros dejó sin duda un nombre esclarecido, de los que engrandecen nuestra historia.

(1) Véase entre otros á Alvarus Gomecius, «De rebus gestis Francisci Ximenii.»

CAPÍTULO III. (1)

Gobierno de Carlos V.—Considerado este príncipe como monarca, como capitan.—Su poder.—Su politica.—Sus guerras contra Francia.—Con el papa.—Con el turco.—Expedicion en Tunez.

Se veia por la muerte de Fernando el Católico (1516—1535), un príncipe de 16 años dueño de unos estados y con un poderío de que no habia ejemplo en Europa desde Carlomagno. Heredaba en virtud de este último fallecimiento las coronas de Aragon, Nápoles y Sicilia; por la de su abuela materna, las de Castilla, Leon y de Navarra: por la de su padre los Paises-Bajos, el Franco-Condado y todo cuanto poseia la antigua casa de Borgoña, á excepcion del ducado de este nombre. Bien pronto iba á entrar en posesion de los estados de Austria á la muerte de su abuelo paterno el emperador Maximiliano; pudiendo lisonjearse de que le sucederia igualmente en la dignidad de jefe del imperio. Lo que aquel famoso fundador citado habia debido á treinta años de guerras y conquistas, lo poseia este príncipe en la flor de su existencia. Era la sucesion inmensa, magnífica y brillante; mas los hombres que juzgan detenidamente sin dejar llevarse de las primeras impresiones, no podian menos de reflexionar, que tan grandioso poderío tenia mas de aparente que

(1) Son tan pocos y tan considerables los hechos de que hacemos mencion, tanto en este capítulo como en el siguiente, que casi son inútiles las citas. Los consignan ó á lo menos no los niegan los historiadores de la época, tanto nacionales como extraños: Sandoval, Ferreras, Ulloa, Vera y Figueroa, Zenocaro, Guicciardini, Paulo Jovio, Robertson, Meseray, Anquetil, Daniel, etc.

de real, y que de ningun modo guardaba proporcion con tan vastas posesiones. Se hallaban estas esparcidas en la Europa, separadas unas de otras, no solo por distancias considerables de terreno, sino por hábitos, costumbres y organizacion política. En nada se parecian los castellanos á los flamencos, ni estos á los italianos. El poder que el nuevo soberano ejercia en todos sus estados, se diferenciaba tambien en razon de la diversidad de la índole de sus instituciones. Cuerpos políticos compuestos de elementos tan heterogéneos no tienen las condiciones requeridas para ser robustos. Ninguno puede considerarse como individuo de una gran familia, y si todos contribuyen al brillo y renombre del señor comun, muy pocos ó casi ninguno en realidad prospera y se engrandece. La historia de Carlos V y de su hijo confirma de un modo palpable esta verdad que no dejaba de sentirse entonces, sobre todo de los españoles.

1519. A los tres años de la muerte de Fernando vacó en efecto la corona imperial, y el jóven Carlos la obtuvo sin grande oposicion antes de cumplir 20 años. Bajo esta cualidad de emperador se conoce con el nombre de Carlos V, el que no fué mas que Carlos I en nuestra España. Singular destino el de esta nacion, que despues de ser una sola y vasta monarquía, al fin de siete siglos de luchas tan encarnizadas, se halló como absorbida en un estado cuyo centro se hallaba fuera de su territorio.

Y mientras el nuevo emperador tomaba posesion de su excelsa dignidad, le conquistaba Hernan Cortés el vasto imperio mejicano con un puñado de valientes. Tremolaban sus banderas en las costas del mar del Sur, y bien pronto le iba á someter Pizarro el imperio de los Incas. Estaba próximo á embarcarse el famoso Magallanes, descubridor del estrecho de su nombre, entre cuyos navíos se contaba el que tuvo la gloria de trazar el primero la circunferencia de la tierra. Así merced á unos pocos aventureros, sin nombre antes conocido, gigantes en valor, en audacia, en cuantas pasiones fuertes fermentan en el corazon del hombre, se veia Carlos V en lo mas florido de sus años, dueño allende los mares, de mas vastas, y sin comparacion mas ricas posesiones que las que acataban su nombre en nuestro continente. Tan inmenso poderío no puede menos de imponer á la imaginacion, y muy pocos españoles dejarán de recordarle sin un movimiento de amor propio satisfecho, aunque se hallen de dicha época á distancia de tres siglos.

¿Y qué uso iba á hacer Carlos V de este imperio gigantesco?

¿Cómo se iba á mostrar en el trono el señor de tantos pueblos? Su abuelo Maximiliano habia sido un príncipe de bastante ambicion, mas no de gran capacidad, y mucho menos de fortuna. Habia muerto en la flor de sus años su padre Felipe el Hermoso, con la fama de indolente. Se hallaba su madre doña Juana en un estado de imbecilidad, que le valió el nombre de Loca, con que es conocida en las historias. La habian dejado sus abuelos maternos don Fernando y doña Isabel, grandes ejemplos que imitar; mas sus primeros años no daban indicios de brillar en el trono por sus cualidades personales. No pudo menos de variar esta opinion al presentarse el príncipe en la esfera política del mundo. Como se dijo en el prólogo de esta obra, no es la vida de Carlos V la que se va á escribir, sino bosquejar los rasgos mas principales y salientes de un gran cuadro, para comprender mejor el que vamos á trazar del hijo.

La instruccion de Carlos era escasa. Educado como la mayor parte de los príncipes, tenia en política las ideas dominantes de su siglo, las que mas podian adular el amor propio de un monarca. Mas dotado, como lo hizo ver, de un buen entendimiento, aprendió en el trato de los hombres, en el manejo práctico de los negocios, lo que no le habian enseñado sus maestros. Sin duda tuvo consejeros, y hasta favoritos y privados; mas desde sus primeros años tomó una parte activa, y hasta la principal en el gobierno de sus vastas posesiones. Desde los principios mostró sagacidad, tino, circunspeccion, y cuanta habilidad podia esperarse de un hombre de su inexperiencia. Conforme crecia en años, desplegó mas y mas el don de mando y de gobierno. Muy pronto vió Europa que el señor de tantos dominios no iba á dormirse sobre el trono, y entregar las riendas á manos de sus favoritos. Era ya mucho en un hombre de su condicion, mostrarse digno de tan alto puesto.

Estaba, cuando subió al trono, ocupado el de las principales regiones de Europa, por hombres distinguidos, si no pueden merecer el título de grandes. Reinaba en Francia Francisco I, príncipe de unos pocos mas años, y que se mostró su rival por todo el tiempo que duró su vida. Habia sucedido á Enrique VII de Inglaterra su hijo Enrique VIII, inferior en talentos á su padre; pero mas despótico, mas violento, con mas deseos de figurar en el teatro político de Europa, donde se hizo verdaderamente célebre y famoso, por un estilo que él mismo no se imaginaba. Ocupaba la silla de

san Pedro Leon X, magnífico como príncipe, protector de las artes y las letras, que iba á revestir de nuevo lustre á su familia de los Médicis. Venecia comenzaba la época de su decadencia. Génova entraba en un nuevo estado de esplendor, por la capacidad y servicios eminentes de un grande hombre, Andrés ó Andrea Doria. Milan continuaba siendo teatro de hostilidades entre las armas de Francia por un lado, y por el otro de Italia y del imperio. Estaba próximo á descender al sepulcro el famoso don Manuel de Portugal, que habia llevado el nombre de su pais al apogeo de su grandeza y gloria. Reinaba en Polonia Segismundo I, y en Dinamarca y Suecia Cristierno III, cuñado de Carlos. En la silla del imperio Otomano estaba sentado Soliman, que amenazaba al de Alemania.

Carlos, que á la muerte de Fernando el Católico se hallaba en Flandes, no se descuidó en venir á España á recoger una herencia tan magnífica. Se mostró en ella afable, deseoso de congraciarse el aprecio de sus nuevos súbditos. De las oposiciones y dificultades que encontró en las cortes de sus reinos, hablaremos á su tiempo. Ahora solo queremos dar alguna idea de los principales rasgos de la vida del monarca en la parte política y guerrera. A poco tiempo de su permanencia en España, tuvo aviso de su eleccion de jefe del imperio, é inmediatamente se ocupó de la idea de ir personalmente á recibir la nueva corona que le deparaba la fortuna, á pesar de que España se hallaba entonces en agitacion, y ningun tiempo podia ser menos oportuno para su salida. Mas la urgencia era grande, y por ningun motivo podia diferirla. Se embarcó, pues, para los Paises-Bajos, y pasar de aquí á Alemania; mas sumamente previsor, y como hombre atento á cuanto á sus intereses convenia tuvo cuidado de avistarse en camino con el rey de Inglaterra, y ponerse de su parte en la gran lucha que tan cercana imaginaba.

Mientras recibia en Aquisgran la corona imperial con toda la pompa y magnificencia propia de tan alta investidura, mientras asistia, en Worms, á la dieta que será siempre célebre por la presencia en ella de Lutero y condenacion de sus doctrinas, ardia España en las contiendas y guerra civil promovidas por las famosas comunidades de Castilla. Aunque vencidas, y por el pronto sujetadas, fué precisa la vuelta del emperador á España para la consolidacion de la quietud del reino. Y no se descuidó Carlos de hacer este viaje, que á los 22 años de su edad era el tercero que emprendia. Habiendo ocurrido por este tiempo la muerte del papa Leon X, tuvo el em-

perador bastante crédito y poder para que se eligiese por sucesor á su ayo ó maestro el cardenal Adriano de Utrech, que reinó con el nombre de Adriano VI.

Tres grandes negocios ocuparon casi exclusivamente la vida y el reinado de este príncipe: las guerras con Francia; la preservacion de Alemania contra las invasiones de los turcos; los altercados con los electores protestantes del imperio. En muchas ocasiones se vió con estos tres embarazos á la vez; en ningun tiempo dejó alguno de ellos de ser objeto de sus inquietudes.

Las disensiones con Francia fechaban de mas lejos. Habian luchado en Nápoles las armas del rey Católico con las de Carlos VIII y Luis XII, quedando estas vencidas, y el gran Capitan dueño á nombre de su rey del reino disputado. Habia guerreado asimismo Francia contra el emperador en el Milanesado, otro objeto de grande ambicion para este príncipe. Al reino de Navarra, recientemente incorporado en la corona de Castilla, pretendia tener derechos legítimos la casa de Albret ó Labrit, enlazada y protegida por el rey de Francia. A estas animosidades de nacion se mezclaban pretensiones y rivalidades personales. Francisco I, preciado de ser el primer caballero de su reino, se habia ya ilustrado como militar en Italia, y dado insignes pruebas de su valentía. Rival de Carlos en las pretensiones al imperio, intentaba suavizar la mortificacion del desaire recibido con la superioridad que le daba en su opinion la suerte de las armas. Antes de la elevacion de Carlos al imperio, habian ajustado los dos monarcas paces en Noyon; mas la nueva dignidad encendió una nueva guerra. En tres teatros se ofreció á Francisco la ocasion de lidiar con su enemigo; en Navarra, en los Paises-Bajos, en Italia. En los tres se presentó en efecto; mas en ninguno con ventaja.

1520.—1521. La expedicion de Navarra duró poco: penetraron los franceses fácilmente por aquel pais: sin grande oposicion se apoderaron de Pamplona y llegaron hasta el Ebro; mas las armas españolas acudieron pronto á la defensa del pais que estaba descubierto. Delante de los muros de Logroño se eclipsó la buena estrella de Francisco, mientras llegaban los refuerzos de Castilla. Levantaron el sitio los franceses: fué su retirada precipitada y desastrosa: mas de 6,000 quedaron entre muertos y prisioneros en la batalla que aceptaron durante su marcha. En vano Francisco envió refuerzos y un nuevo general: la misma suerte tuvo la segunda expedi-

cion que la primera, y aunque se apoderaron de Fuenterabía, les duró poco esta conquista.

Igualmente fueron desgraciadas las armas de los franceses en la frontera de los Paises-Bajos. Era conocido entonces con este nombre un territorio mas vasto que el designado hoy con el de Bélgica y de Holanda. La Flandes francesa, hoy departamento del Norte, el Artois ó departamento del paso de Calais, parte de la Picardía, de la Champaña y la Lorena, entraban entonces en el patrimonio de la casa de Borgoña. Así era el rio Somme la frontera por aquella parte. Por una de las singularidades de la suerte, Carlos V como heredero de la casa de Borgoña y señor de los Paises-Bajos, era vasallo de Francisco. Mas ni contra el rival, ni contra el vasallo pudieron nada sus armas en aquella parte.

1522.—1526. Lució mas particularmente la fortuna del emperador en Italia en cuyo pais tan profundas raices habia echado la ambicion del rey de Francia. En tres campañas sucesivas perdió el Milanesado, y si algunas veces le sonreia la fortuna, no era mas que para hacer mas sensibles los desaires. A pesar de los desastres padecidos por los imperiales en el sitio de Marsella y su retirada en Provenza, se mostraron los capitanes de Carlos superiores á los de Francisco. Los Pescaras, los Leivas, los Vastos, los Colonnas adquirieron un lustre á que no llegaron los Lautrech, los Bonnivet, los Brissac, los Montluc. La mala política de la corte de Francia se enajenó el ánimo de un grande hombre de guerra que tan fatal le fué en lo sucesivo. Cada uno dará el nombre que mas le cuadre á la conducta del duque de Borbon; mas todos alabarán la política de Carlos V, en aprovecharse de la falta cometida por Francisco. La bajada de este á Italia, creyendo reparar con esto las faltas de sus generales, no hizo mas que proporcionarle un terrible desengaño. «Todo se ha perdido, menos el honor,» escribió este príncipe á su madre, despues que se vió prisionero en los campos de Pavía. Pocas veces se han visto, en efecto, descalabros mas completos.

Sin duda influye mucho la suerte en los lances de la guerra; mas no se le puede siempre atribuir el éxito de las batallas. Tambien pende este del mayor valor, de la mejor disposicion, de la superior habilidad de los que mandan. Cuando en el discurso de una guerra se ven siempre campañas favorables á una de ambas partes, aquí se debe suponer que está el mayor saber, la mayor capacidad del capitan; pues en cuanto á valor no podian alegar superioridad los

imperiales sobre los de Francia. En el número tampoco habia notable diferencia. En cuanto á la homogeneidad de las tropas, estaban las ventajas del lado de Francisco, componiéndose las del emperador de naciones tan diversas. Consistia, pues, el buen éxito en la mejor direccion, en la mayor capacidad de los generales que servian al emperador, en que eran mas hombres de guerra sin disputa. La presencia de Francisco podia hacer mucho en un sentido, mas no debian ser sus disposiciones de gran utilidad, pues aquel monarca, con tantos títulos para ser tenido por un valiente y bizarro caballero, no alcanzó nunca los de entendido capitan que le hacian mas al caso.

De todos modos, se veia Carlos sin haber sacado la espada, ni movídose de España, victorioso de un rival poderoso y temible, dueño de su persona, árbitro de hacer la paz, bajo las condiciones que fuesen de su agrado. No podia mostrársele mas favorable y risueña la fortuna: muy natural era que no se descuidase el emperador en aprovecharse del buen viento. Quiso verle en España el monarca prisionero, sin duda para sacar el partido menos desventajoso de su mala posicion: no le debia de pesar á Carlos ver el trofeo mas glorioso de su triunfo. Vino á Madrid Francisco sin que se le negase en el tránsito ninguno de los obsequios y honores debidos á tan gran monarca; mas haciéndole ver que era prisionero. Negoció el emperador con su cautivo, y la consideracion de su desgracia no le hizo aflojar un punto las pretensiones que en su opinion le daba el derecho de la espada. No podia menos de resentirse el tratado de Madrid de esta desigualdad de posiciones. Pedia el uno porque especulaba con la posicion de su rival; otorgaba el otro por verse libre de su cautiverio. En este asunto no se mostró Carlos generoso, ni aun político, á menos de abrigar segundas intenciones, pues no podia menos de prever que este tratado de Madrid, firmado y como arrancado por la fuerza, seria gérmen de una nueva guerra (1): asi lo fué en efecto.

El año siguiente de 1527, se ligó Francisco con el papa Clemente VII, sucesor de Adriano, alianza que proporciono á Carlos V un

(1) Era uno de sus artículos el matrimonio de Francisco I con doña Leonor hermana de Carlos viuda de don Manuel rey de Portugal; otro la devolucion de la Borgoña incorporada cincuenta años antes á la Francia; otro un perdon y completo olvido para el condestable de Borbon y sus parciales; otro la entrega de los hijos de Francisco en rehenes del cumplimiento del tratado. Se puede ver en Sandoval esta pieza diplomática, una de las de mas extension que pueden figurar en cualquier época.

triunfo parecido al de Pavía. El condestable Borbon mandaba su ejército en Italia. Exhausto de medios, y viéndose en peligro de ser abandonado de sus tropas que carecian de pagas, no encontró mejor recurso que el saco de Roma, de que no se hallaba muy distante. Con la perspectiva de un botin tan pingüe, no abandonaron las tropas sus banderas, que Borbon condujo con pasos rápidos hasta los muros de esta capital del orbe cristiano, que fué atacada con furor, sin que pudiesen impedirlo los aliados del jefe de la Iglesia. La muerte de Borbon en lugar de batir, llenó de furia el ánimo de los soldados. Por quinta vez sufrió Roma los horrores de un sitio, y las calamidades de un saqueo. Están de acuerdo los historiadores en que no se mostraron menos feroces los soldados del emperador que los godos y los vándalos. Siete meses duraron en Roma los horrores de la ocupacion, las calamidades de la guerra. Fué el pontífice uno de los primeros en ponerse en salvo; mas quedó prisionero, habiendo entregado el castillo de Saint Angelo que le servia de asilo.

Llegó la noticia á Valladolid, donde se hallaba el emperador celebrando fiestas por el nacimiento de don Felipe, objeto de esta historia. Mandó inmediatamente que se suspendiesen, y hacer rogativas á todas las iglesias por la libertad del pontífice que tenia él mismo prisionero. ¿Era esto pura hipocresía? ¿Pudo considerarse como escarnio, cuando estaba en su poder terminar este duelo de los fieles, enviando una simple órden á los que tenian cautivo al jefe de la Iglesia? Es imposible conocer bastante el espíritu de aquellos tiempos de que estamos tan remotos, para conjeturar la impresion que pudo hacer en los ánimos de los católicos de España aquel mandato tan extraordinario. De los sentimientos católicos del emperador en todas las épocas de su vida, hay demasiadas pruebas, para suponer que se permitiese semejante burla, y en España sobre todo. Que reconocia en Clemente VII el jefe y cabeza de la Iglesia, no puede estar sujeto al menor género de duda. ¿Cómo debe traducirse, pues, la órden para semejante rogativa? Como deben traducirse muchas acciones en que los hombres parecen obrar en contradiccion consigo mismos. Respetaba Carlos V al *Pontífice*, veia un enemigo en la persona de *Clemente*. Tal vez estaba escandalizado él mismo del resultado de su victoria: tal vez lo que queria dar á entender era que se pidiese á Dios moviese el ánimo del *Monarca* de modo que accediese á las condiciones que pudiesen allanar las puertas de

la prision para el *Pontífice*. Así fué en efecto. No fué sordo Clemente á la voz de la necesidad: por medio de un rescate logró salir de la prision: con un tratado de paz, ventajosa para Carlos, volvió á términos de buena amistad con este príncipe, y la Iglesia pudo dar gracias á Dios de haber oido sus plegarias.

1527.—1528. En cuanto al rey Francisco tan mala suerte le cupo en esta campaña como en las anteriores. Pusieron sus tropas sitio á Nápoles, que estrecharon por tierra y por mar; pero cuando mas seguras se creian del triunfo, se pasó Andrés Doria general de las galeras de Génova, al servicio de Carlos, y de asediador de la plaza, se convirtió en su amigo. Respiró con esto Nápoles. Para mayor alivio suyo, se declaró la peste en el campo de los enemigos, y fué entonces cuando por primera vez comenzaron á sentirse los estragos de la enfermedad traida segun opinion general por los descubridores del Nuevo Mundo á Europa, y que se llamó mal *francés* ó gálico por esta circunstancia. Se contó entre sus víctimas al mismo general en jefe Lautrech, mas célebre por sus derrotas que por sus victorias. El ejército francés, privado de su jefe, levantó el campo; y viéndose hostigado por los enemigos, tuvo que abandonar el reino de Nápoles, operacion que practicaba por tercera vez en aquel siglo.

En esta retirada de los franceses de Nápoles ocurrió la particularidad de que entre los prisioneros hechos por los imperiales se hallaba el famoso Pedro Navarro, inventor de las minas, compañero del gran Capitan en las guerras de Nápoles, y general de la expedicion de Oran, mandada en persona por el cardenal Cisneros. Habiendo caido prisionero en la batalla de Rávena, pasó al servicio de Francia por no haber querido pagar, segun dicen, su rescate al rey Católico, aunque en esta determinacion pudieron influir mas causas. A su nuevo señor hizo muchos servicios de importancia en todas estas campañas de Italia, y ya muy avanzado en años, vino á morir confinado en su prision de Nápoles.

Por lo que hace á lo demás de esta nueva guerra en Italia, basta decir que el rey de Francia tuvo que ajustar un nuevo tratado de paz con su rival en Cambray á principios del año siguiente 1529. Por uno de sus artículos se puso en libertad á los hijos de Francisco pagando por ella dos millones de escudos. En lo demás se ratificaron casi todos los artículos del tratado de Madrid, insistiéndose sobre el matrimonio del rey de Francia con la reina viuda doña Leonor.

1529. Se podia considerar Carlos V á los veinte y nueve años de edad como un gran favorito de la suerte. Reconocia en él la Europa el mas grande y poderoso de sus soberanos, y la capacidad y genio de sus capitanes le habian hecho triunfar de su rival mas poderoso. Con la sumision de Clemente VII se podia llamar el árbitro de Italia. Y el victorioso emperador no habia visto la guerra todavía. Mas pronto manifestó por sus cualidades personales, puestas á mayor luz, que no era indigno de su gran fortuna.

Cualquiera que observe con alguna atencion esta y las demás épocas de la vida del emperador, observará que España, aunque parte sola de una vasta monarquía, figuraba, y no podia menos de figurar, como la principal, como la de mas preponderancia. Conocia demasiado Carlos V la importancia de esta posesion para no darle toda la consideracion de que era digna. Su larga residencia en ella despues de haber recibido la corona del imperio, manifiesta el interés que tomaba en sus negocios, y cuánto se aplicaba á conocer la índole de sus habitantes. A España vino prisionero el rey Francisco: á España vinieron en rehenes del cumplimiento del tratado de Madrid los hijos de este príncipe: españoles eran un gran número de capitanes que se distinguieron á la cabeza de las armas imperiales, y las tropas de esta nacion alcanzaban menos fama que sus jefes. Sin duda se llamó á España á la parte de las grandezas de su rey, aunque extendia su cetro á mas regiones, y tal vez esta grandeza y esta gloria no contribuyeron poco á amortiguar, sino á extinguir los resentimientos que habia producido la venida de una casa extraña, con otros disgustos de un órden político de que hablaremos á su tiempo. Ningunos síntomas de disgusto público se manifestaban: la nacion parecia tranquila y satisfecha identificada con las glorias de su rey; y esta circunstancia era motivo mas, para que el monarca tratase de trasladarse á otros puntos donde era mas necesaria su presencia. Todos los acontecimientos considerables ulteriores de su largo reinado tuvieron lugar fuera de España. Así la historia de este pais, por lo que está enlazado con la persona de su príncipe, se puede hasta cierto punto llamar la de la Europa.

1529. En Italia se anunció como vencedor, como emperador de los romanos, como el primer personaje de su siglo, como el monarca preponderante entre los príncipes de Europa. Desde Carlomagno, era el primer emperador de Alemania que se presentaba en Italia con todo el brillo de su alta dignidad, sin oposicion por parte de sus varios estados, ni mucho menos del pontífice que acababa de sacar del cautiverio. En medio de tantos estímulos de orgullo, se mostró sin embargo bastante mesurado. Coronado en Bolonia como emperador de los romanos, afectó la mayor afabilidad con los diferentes príncipes del pais, de quienes se mostró verdaderamente soberano. Con el papa tuvo conferencias de un carácter serio y grave. Colocado al frente de casi todos los grandes negocios políticos del tiempo, no podia menos de ponerse á cada momento en evidencia y mostrar gran sagacidad entre grandes intereses que mutuamente se rechazaban y excluian.

Ocurrió entonces la guerra de Florencia. Es sabida la influencia que desde algunos años atrás ejercia la rica y poderosa familia de los Médicis, que no ejercian verdaderamente autoridad legal siendo considerados solamente como ricos ciudadanos. Mereció el gran Cosme de Médicis, por sus servicios y consideracion, el nombre de padre de la patria. Mas de una vez á pesar de sus riquezas y la habilidad de su política habian sido sus descendientes blanco del furor popular y expelidos del territorio de Florencia. Estaban en efecto desterrados en el tiempo á que aludimos. La guerra que se encendió entre la República y las armas de Carlos V, y Clemente, protector el primero y de la familia el segundo de los Médicis. Vencieron al fin las últimas, y los Médicis proscritos subieron al trono del pais con el título de Duques de Florencia. Alejandro que fué el primero, se casó poco tiempo despues con Margarita de Austria hija natural de Carlos V.

La conducta de los electores y príncipes protestantes del imperio era entonces, y fué en lo sucesivo, el negocio mas embarazoso para Carlos V, la verdadera corona de espinas que entre las diversas que ceñian sus sienes se encontraba. Que aborrecia sus doctrinas bajo el aspecto religioso, lo prueba toda su historia; que consideraba sus pretensiones como un desacato á su elevada autoridad, lo puede suponer cualquiera que conozca el corazon del hombre. Mas le era preciso contemporizar con estos príncipes, cuyas fuerzas necesitaba para contrarestar las del turco, que se mostraba cada vez mas formidable. Acababa Soliman de invadir la Hungría y de destruir su ejército, quedando el rey Luis muerto en el campo de batalla. Se avanzaba el vencedor sobre los estados de Austria, y amenazaba á Viena. No podia Carlos V mostrarse demasiado conciliador con los príncipes luteranos que ya pensaban en organizar una liga contra

su preponderancia. Por esta vez tuvo la destreza de conjurar la tempestad, expidiendo un decreto de tolerancia mientras no fuesen dirimidas las disputas religiosas en el próximo concilio. Satisfechos por su parte estos príncipes que se conocieron despues con el nombre de protestantes prometieron y pusieron en campaña un ejército contra el de Soliman que á grandes marchas avanzaba.

1532. Tuvo Carlos V la gloria de hacer su aprendizaje militar, poniéndose á la cabeza de las fuerzos del imperio en busca del azote y espanto de la Cristiandad entera. Sea que los negocios de Soliman le llamasen á Constantinopla, sea que recelase habérselas con un ejército tan respetable, retrocedió delante del emperador, declarándose vencido sin combate. La gloria personal que adquirió Carlos V en esta ocasion no podia menos de humillar al rey de Francia. Así intrigó de nuevo para hacerse con aliados, mas la ocasion no le era por entonces favorable.

No ignorante Carlos V de estas disposiciones de su competidor, ponia de su parte todos los medios posibles para no estar desprevenido. En Italia, á donde se dirigió de regreso de su expedicion, formó una liga de sus príncipes, de la que se declaró jefe, y dejando allí un ejército bajo las ordenes del español Antonio de Leiva, se puso en camino para España.

A muy poco tiempo de su regreso á este pais, meditó y llevó á efecto Carlos V una expedicion que forma una de las figuras mas brillantes de su vida pública, y hace ver que habia nacido para cosas grandes.

1535. Acababa un pirata, tan sagaz como atrevido, de apoderarse de Argel, y por medio de la traicion mas alevosa, de despojar de sus estados al dey de Tunez. Protegido y alentado con el favor de Soliman, cuyo vasallo se reconocia, se habia erigido en un potentado formidable, y hecho del nombre de Barbaroja, pues con este nombre se le conocia, un objeto de terror para las costas y navegantes del Mediterráneo. Imploró el dey desposeido el favor de Carlos V, en cuyos oidos resonaban á cada momento los gritos de las familias que tenian cautivos en Argel y en Tunez. Preparó el emperador un armamento formidable para destruir un nido de piratas, y siempre animado de sentimientos elevados, quiso tener la gloria de mandarle.

Se embarcó el emperador en Barcelona, para Cagliari en Cerdeña, donde la expedicion se reunia. Treinta mil hombres de todas clases

se embarcaron en quinientas velas. Acudió con sus galeras el famoso Doria. Arribó felizmente la expedicion á las costas de Tunez, á donde iba dirigida. A pesar de la feroz resistencia de los de Barbaroja, se apoderaron del fuerte de la Goleta, á la boca del puerto y que cubria la plaza de Tunez. Con mas dificultades, y haciendo mas esfuerzos de valor, se apoderaron de esta ciudad entrando en ella por asalto. Cumplió el emperador con los deberes de capitan, dando ejemplos de denuedo y de constancia; y la cristiandad entera celebró con entusiasmo este triunfo sobre los infieles. Los veinte mil cautivos que salieron de las mazmorras donde los tenia encerrados Barbaroja, por todas partes celebraron la gloria de su gran libertador, y el nombre de Carlos V resonó con aplauso en todos los ángulos de Europa.

CAPITULO IV.

Continuacion del reinado de Carlos V.—Expedicion sobre Marsella.—Sobre Argel.—Nuevas guerras.—Con Francia.—Con los príncipes luteranos de Alemania.—Victorias y desastres.—Sitio de Metz.

Se puede considerar la victoria del emperador Carlos V sobre Tunez como el punto culminante de su grandeza y gloria. Los diez y nueve años que llevaba de reinado habian sido señalados todos por prosperidades y ventura. Ningun revés habian sufrido sus armas en los diversos teatros donde habian figurado. La grandeza y poderío de sus mayores heredados, habian adquirido nuevo lustre por sus cualidades personales. Habia sido humillado el rey de Francia, forzado á reconocerle como amigo el jefe de la Iglesia, retrocedido delante de sus armas el terrible Soliman, y mantenídose hasta entonces en los límites de su dependencia y homenaje los príncipes luteranos del imperio. Completaba la victoria sobre Barbaroja esta auréola de gloria que parecia haber puesto el clavo en la rueda de su gran fortuna. Mas no se para ni se fija nunca esta deidad tan veleidosa, y Carlos V no fué eximido de la ley comun que mezcla con tantos disgustos sus favores. Descendió varias veces de su altura, despues de dicha gloriosa expedicion, y no porque dejase de ser siempre el gran emperador, el primer monarca de su siglo; sino porque comenzó desde entonces á ver destruidas con reveses y serios desengaños, las ilusiones que no pueden menos de fascinar á los hombres de su clase. Estaban vencidos unos, y otros en suspension

de hostilidades: mas ninguno destruido, ni sin esperanzas de renovarlas cuando se ofreciese coyuntura favorable. Tenia el rey de Francia siempre presentes sus humillaciones, y aguijoneado del deséo de abatir á toda costa la gloria de un rival afortunado, se preparaba á todas horas á probar de nuevo la fortuna de las armas. Habia vuelto á renovar su liga con Clemente, casando á un hijo suyo con una sobrina del pontífice: entraba en negociaciones con los príncipes protestantes de Alemania, y aunque estos no confiaban en la buena fe de un rey que hacia quemar á los nuevos sectarios en Paris, por precision tenian que aceptar auxilios tan necesarios en su oposicion á Carlos V. ¿Era el Francisco indiferente á las controversias religiosas y obraba en estas tan solamente por política? No es probable. Ni la incredulidad, ni el escepticismo eran cosas de aquel tiempo; mas los hombres no obran en todos casos con arreglo á sus principios. Era el rey cristianísimo tan ambicioso como Carlos, y el deseo de hacerle daño, una de sus pasiones dominantes. Si su conducta no era muy católica, tampoco faltarian en su corte, como en todas, diestros casuistas que saben halagar las pasiones, al mismo tiempo que acallar la conciencia de los poderosos.

Confiado el rey de Francia en los sentimientos hostiles de los luteranos del imperio, se atrevió en fin á declarar la guerra á su rival, haciendo dirigir su ejército á Italia que la invadió por el Piamonte.

No manifestó la conducta de Carlos en estas circunstancias el mismo carácter de moderacion que le habia distinguido en otras ocasiones. Entró triunfante en Roma, que fué invadida y se hizo coronar como emperador con toda pompa. En un consistorio celebrado por su órden, pronunció un discurso de quejas contra la conducta de Francisco, pintándola como artificiosa y pérfida, al mismo tiempo que hacia un elogio de la suya propia. Allí le declaró la guerra del modo mas solemne y le desafió á un combate personal, si preferia este modo de hostilidad por ser mas pronto y expedito. Fué el discurso del emperador una especie de amenaza á todos los que presumiesen habérselas con un soberano de su clase y poderío. No omitiremos la circunstancia de que fué pronunciado este discurso en español, por ser lengua mas grave, (expresiones de un historiador extranjero), (1) lo que manifiesta la preferencia que daba á esta nacion y el papel que entonces representábamos en el teatro de la Europa.

(1) Leti, Vita di Carlo V.

Así, no solo se hacian estos dos príncipes la guerra por los medios ordinarios, sino que se amenazaban, se echaban bravatas, se decian que mentian por la gola y por medio de reyes de armas, y del modo mas solemne se enviaban un cartel de desafío. Habia dado el ejemplo el rey de Francia, despues de salir de su prision, llamando á Carlos por medio de una solemne embajada á un combate singular; mas semejante lid, tantas veces anunciada, jamás llegó á verificarse. Alistó el emperador en Italia un poderoso ejército que se dirigió hácia las fronteras de la Francia. Entre los famosos capitanes que le dirigian, se hallaban el marqués del Vasto y el que fué con el tiempo tan famoso, duque de Alba. Mandaba todo el español Antonio de Leiva que en todas aquellas guerras se habia adquirido tan grande nombradía.

1536. Penetraron los imperiales sin dificultad por la Provenza; mas al querer hacerse dueños de Marsella, experimentaron los mismos reveses que en el sitio anterior, puesto por Pescara. Fué su retirada igualmente desastrosa, y no figura poco en ella la muerte del general en jefe el famoso Antonio de Leiva. Abochornado el emperador del desaire de sus armas, despues de tan pomposa declaracion de hostilidades, dejó su ejército para rehacerse en Italia, y regresó á España. Fué este el primer revés de su fortuna, y fruto de una grandísima imprudencia; si alguna vez formó el proyecto que muchos le suponen, y que no es creible, de establecer en Europa una monarquía universal, debió entonces de convencerse de lo quimérico de sus ilusiones.

Hemos visto el modo solemne é inusitado que tuvo Carlos de declarar la guerra á su rival; el de la contestacion de Francisco fué mucho mas extraordinario. Despues de la evacuacion de la Provenza por los imperiales, celebró el rey de Francia en el parlamento de Paris, lo que entonces se llamaba un lecho de justicia. Llamó allí á su tribunal á Carlos de Austria su vasallo, como señor de los Paises-Bajos, por haber faltado al pleito homenaje, que como á su superior se le debia, dándole un cierto tiempo para responder de su conducta. A este homenaje habia renunciado el rey de Francia por el tratado de Paris; mas justamente la infraccion de este tratado habia renovado las hostilidades en 1527, y provocado aquella nueva guerra. El resultado de la notificacion no podia ser otro, que poner en campaña un ejército de treinta mil hombres, al frente del cual marchó Francisco á la frontera de los Paises-Bajos; esto era lo esencial, pues lo demás no pasaba de una bravata de mal gusto que nada tenia de imponente. ¿Impuso algo la farsa de aquel paso extraordinario? Pongámosle en paralelo con el discurso imponente, pronunciado en el consistorio de Roma delante del papa y los cardenales, por un monarca victorioso. Si se podia mirar este por un rasgo de orgullo poco disculpable, no debió pasar el otro sino como el despique de una vanidad pueril que en nada se apoyaba. Carlos V declaraba la guerra á un enemigo: declaraba Francisco I rebelde á un monarca superior suyo, bajo mas de un título. Y lo que hizo esta farsa mas ridícula es, que no produjo efecto para el soberano, que intentaba el despojo del vasallo. La campaña de los Paises-Bajos fué un tejido de vicisitudes varias, sin ventaja para ninguna de ambas partes. El primer ímpetu de los franceses los hizo gananciosos al principio: despues se retiraron, abandonando el terreno conquistado. La guerra del Piamonte continuaba igualmente sin definitivo resultado. ¿Cuál fué, pues, el de una contienda que se presentaba tan reñida? ¿En qué vinieron á parar tanta animosidad, tanto denuesto público, tanto desafío? En que el papa, el rey de Francia y el emperador, tuvieron una conferencia en Niza (1538) donde no pudieron convenirse; en que el emperador, á su regreso á España por mar, tuvo en la playa de Aguas-Muertas otra con Francisco, que en aquellos puntos le aguardaba; que allí conferenciaron, se dieron mil satisfacciones, y ajustaron treguas, tan poco cordiales y duraderas, como las paces anteriores.

¿Qué papel representaba el rey de Inglaterra en estas luchas? Ya hemos indicado que Enrique VIII era casi de la misma edad que Carlos y Francisco, ambicioso como ellos, igualmente despótico en su carácter, obstinado, inflexible y cruel, menos por temperamento que por no poder sufrir ninguna oposicion á sus caprichos. Poseido de su grande importancia, si no como actor principal, á lo menos en clase de auxiliar, habia adoptado la divisa de, *cui adhaereo praeest*; *prevalece aquel á quien me adhiero*, pronto siempre á unirse con cualquiera de las dos partes que le proporcionase mas ventajas. Así los dos monarcas le hacian en cierto modo la corte, y trataban de ganársele. Le vió Carlos dos veces en Inglaterra, trabajando mucho para poner en sus intereses al cardenal Wolsey, que era entonces su primer ministro. Francisco tuvo con él la primera entrevista, en el campo llamado del Paño de oro, por el lujo y magnificencia que en las fiestas á que dió lugar, se desplegaron. Mas el rey de Ingla-

terra, á pesar de su divisa, influyó muy poco en el resultado de las contiendas de los dos rivales. Al principio se inclinaba á Carlos; propendió despues hácia Francisco; sea por sus proyectos de repudio de su mujer Catalina de Aragon, tia de Carlos, sea porque le instigase á ello el cardenal Wolsey, irritado porque el emperador le habia faltado á su palabra, de apoyarle en sus pretensiones á la silla pontificia. Con el tiempo, habiendo sobrevenido la muerte de aquella reina, se acercó mas á Carlos; mas al momento de esta tregua de que hablamos entre este príncipe y Francisco, habia permanecido casi en completa inactividad el rey de Inglaterra, sea por falta de medios, sea que la ostentacion de poder le halagase mas que su ejercicio.

El negocio de los príncipes protestantes se presentaba cada vez mas espinoso para Carlos V.

Hemos hecho ver que por mil razones debia de sentirse inclinado á extirpar para siempre lo que como católico le escandalizaba, y como emperador le deprimia. Mas sus medios no correspondian á sus intenciones, y su situacion era sumamente embarazosa como la del que quiere conciliar extremos que se contradicen y se excluyen. Por una parte se quejaban los luteranos de su intolerancia; por otra le acusaba el papa de contemporizar con ellos y de favorecer secretamente sus doctrinas: por la otra el rey de Francia buscaba siempre la alianza de estos príncipes que se mostraban cada vez mas exigentes, consolidando la liga que se conocia con el nombre de Smalcáldica. Para contrarestarla, Carlos formó otra con los príncipes católicos, medida que intimidó á los protestantes. Quizá se hubiese aprovechado el emperador de tan favorable coyuntura; mas por una parte la insurreccion de las tropas en Italia por falta de pagas, la mas séria aun de Gante, le hicieron ver lo precario de su autoridad, y lo poco que la solidez en el poder correspondia con la vasta extension de sus dominios.

1540. Las tropas de Italia volvieron pronto á su deber; mas se presentó el asunto de Gante tan serio, que exigia nada menos que la presencia del emperador que se hallaba entonces en España. Hasta aquella ocasion habia hecho siempre su viaje á los Paises-Bajos, por Italia y Alemania, sin tocar en Francia; mas ahora, sea por lo avanzado de la estacion ó por falta de preparativos, pidió Carlos permiso á Francisco para pasar por sus dominios. Si pareció la peticion extraordinaria, se tuvo por sumamente generosa la con-



CARLOS V Y FRANCISCO I

descendencia del de Francia. ¿De qué parte estuvo la mayor grandeza de alma? ¿De Carlos que se puso en brazos de su rival, ó del rival que le daba un hospedaje tan magnífico? En el primero hubo sin duda mas valor, pero tal vez una gran falta de prudencia. Es probable que en algunos momentos se arrepintiese de haber dado este paso, aun en medio de tanto festejo y regocijo. Que no faltaron por una parte temores, y por la otra muy fuertes tentaciones, es histórico. Francisco pidió á Carlos en Paris la investidura del Milanesado, y la facilidad con que la otorgó el emperador, daba á entender que cuidados mas fuertes le ocupaban. En fin, salió salvo de Francia con las mismas muestras de amor y de respeto que á la entrada, y pudo acudir á sofocar la insurreccion de que hablaremos con mas extension en la historia de su hijo.

Cuando se hallaba el emperador en Alemania de vuelta de esta expedicion negociando asuntos de imposible arreglo con los protestantes del imperio, bajó Soliman por segunda vez á Hungría. Jamás se habia visto tan comprometido ni tan pronto á una invasion el territorio del imperio. Cuando todos aguardaban que el emperador se apresurase á juntar fuerzas para hacer frente á un adversario tan terrible, causó asombro verle hacer preparativos serios para una expedicion sobre Argel, y que se iba á poner él mismo á su cabeza.

El verdadero motivo de este proyecto no podia fácilmente adivinarse. ¿Temia tal vez Carlos V medirse frente á frente con el turco? ¿Le llevaba la idea de distraer todas las fuerzas de este para socorrer al dey? ¿No le pareció bastante séria la invasion de Soliman para distraerle de un proyecto concebido de antemano? De todos modos parece que la expedicion fué reprobada por su consejo; mas no por esto dejó de llevarse á cabo por fuerzas de mar y tierra formidables. Mas de veinte mil infantes y dos mil caballos se embarcaron en Génova con el emperador á la cabeza en las galeras de Doria, sin tener en cuenta las instancias de este veterano, para que no saliese al mar en una estacion desfavorable.

1541. Pocas expediciones mas desastrosas que las de Argel por Carlos V nos refiere la historia. En la travesía experimentaron una fuerte tempestad; despues de desembarcados con grandes trabajos y mayor exposicion, padecieron en el campamento y discurso de la noche un tremendo aguacero que los dejó como en medio de un pantano. Un huracan dispersó la escuadra, haciendo estrellar una

gran parte de los buques contra las rocas de la costa. Sin poder combatir, sin poder embarcarse, expuestos á perecer de hambre y de miseria en aquellos campos anegados, tuvo la expedicion que retirarse por tierra para embarcarse en seguida en algun punto mas retirado de la costa, lo cual verificó al fin despues de mil desastres. El emperador, que en la primera expedicion de Tunez habia dado á todos ejemplo de valor, se mostró en esta un modelo de sufrimiento, de magnanimidad y de constancia. Participó de todas las privaciones, de todos los peligros, y la historia le debe la justicia de que no abandonó la tierra firme de la costa hasta que vió á los suyos todos embarcados.

No deberemos omitir, hablándose de esta expedicion de Argel, que se halló en ella de voluntario el famoso Hernan Cortés, sin que el conquistador de un vasto y rico imperio para la corona de Castilla fuese consultado para nada, ni llamado á los consejos. Al retirarse la expedicion, propuso que se le dejase al frente de algunas tropas, con las que prometió hacerse dueño del pais, mas no fué escuchado.

Natural era que de este desastre del emperador se aprovechase su rival, enojado de nuevo, porque aquel no le habia cumplido la palabra de la investidura del Milanesado, y en quien todos sus amigos le motejaban de crédulo y falto de prevision por dejarse engañar de su enemigo. Un pretexto necesitaba para hacer la guerra; mas cuando hay buena voluntad, se encuentran pronto. Las fuerzas que en esta nueva guerra presentó en campaña fueron formidables. Cinco ejércitos se alistaron para atacar las fronteras de los estados del emperador, que aunque menos preparado, no se descuidó en tan grave coyuntura. Por esta vez se alió con el rey de Inglaterra, mientras el de Francia no tuvo reparo en hacerlo con los turcos. Esta monstruosa liga con los enemigos tan terribles de la cristiandad, fué mirada entonces con horror, y es una mancha verdadera en la memoria de Francisco. El famoso Barbaroja se presentó en Marsella, y se trató hasta de edificar en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos. Mas el rey de Francia los despidió de sus estados, cediendo á los clamores de amigos y enemigos.

1543. Los habia elevado contra él en una dieta Carlos V, acusándole de enemigo de la cristiandad, y halagando por entonces á los electores, aumentó sus fuerzas, y se proporcionó dineros para hacer la guerra. ¿Y qué resultados produjo este nuevo rompimiento de hostilidades que tan tremendo parecia? Ninguno positivo y de importancia. Lidiaron los ejércitos con fortuna varia por una y otra parte. Consiguieron los franceses ventajas en la frontera de España, y que perdieron: sufrieron desastres en la campaña de Italia, que repararon con la victoria obtenida en Cerisola. Consiguió ventajas muy importantes Carlos V, que mandó en persona el ejército de los Paises-Bajos. Entró en Champaña; se apoderó de Saint Dizier y otras plazas; llegó á dos leguas de Paris, mas por falta de víveres se vió en la precision de retirarse. En cuanto á los ingleses, se apoderaron de Boloña y no pasaron adelante. A fuerza de cansancio, y cuando ya no podian mantener sus fuerzas en campaña, se terminó la guerra con la paz de Crespi, en la que no salió gananciosa ninguna de ambas partes.

1545.—1547. Fué esta la última guerra que hizo el rey Francisco. Cuando se hallaba sériamente ocupado en nuevas alianzas con los protestantes del imperio, le cogió la muerte, sin ser viejo todavía. Gran papel hizo este príncipe, y un nombre distinguido ocupa en la historia de su tiempo. Mas valiente caballero que entendido capitan, dotado de mas brillo que de solidez, tan ambicioso ó quizá mas que Carlos V, se quedó muy inferior á su rival en prudencia, en habilidad, en aplicacion á los negocios, en conocimiento de los hombres, en cuantas prendas constituyen á un rey de accion y de consejo. Obraba por arranques de impetuosidad, por llamaradas de pasion que se apagaban pronto; en lugar que en el otro habia un cálculo de accion, un pensamiento fijo que predominaba en sus acciones. Con muchos menos estados que Carlos V, pudo hombrear con él de igual á igual; porque los suyos eran compactos, y formaban un todo sin intermision, en lugar que los del otro estaban tan esparcidos, y eran tan heterogéneos. Así como excedia á Carlos V en brillantes cualidades personales, tenia la desventaja de ser mas disipado, mas amigo de placeres y de vicios. En cuanto á sus principios religiosos, quemaba y hacia perecer con otros suplicios á los protestantes en Paris y otras partes, mientras se asociaba con los de Alemania y con los turcos. Mas ya hemos hecho ver que hay casuistas hábiles que saben conciliarlo todo, y acallar la voz de las conciencias.

Con su muerte no se extinguió en Francia el espíritu belicoso que la animaba contra Carlos. Su sucesor Enrique II heredó igualmente

su ambicion; mas padeció el descuido de no decidirse al momento, dejando tiempo al emperador para entender en los negocios graves, relativos á los príncipes luteranos del imperio.

Analizar todas las negociaciones, controversias y disputas que estos asuntos motivaron, no es de este momento. En mas detalles entraremos, cuando nos ocupemos de las disputas religiosas que hacen tan gran papel en este siglo. Como las de los príncipes con el emperador eran de un doble carácter, trataremos solo del político. Los príncipes protestantes eran fuertes por la union, y como tales se mostraban exigentes. A conservarse en esta actitud cuando llegaron á declararse en lucha abierta contra el jefe del imperio, hubiesen dado la ley; mas esta falange se mantuvo poco tiempo unida. Ya hemos visto que en los grandes conflictos del emperador, le auxiliaban con sus fuerzas, pudiendo sin duda mas en ellos el sentimiento de alemanes, que el de sus intereses y controversias religiosas. Por otra parte reinaban entre ellos las rivalidades que son frecuentes, y abren tanto campo á los que saben explotarlas. El príncipe Mauricio de Sajonia que ambicionaba los estados de su primo el elector se aprovechó de la ocasion y tuvo la habilidad de dividirlos. Cuando debian entrar en accion, se habia disipado ya la liga, quedando el elector y el landgrave de Hesse como solos en la arena. El emperador, que á fuerza de mostrarse inflexible contra sus pretesiones habia desarmado á los demás, cayó sobre estos príncipes, y los derrotó completamente en la batalla de Muhlberg, quedando prisionero el elector, á quien privó de sus estados, haciéndose dueño de ellos el príncipe Mauricio.

Fué el elector de Sajonia tratado con la mayor dureza, y hasta condenado á muerte, por resistirse su mujer á entregar á Magdeburgo, sitiado por los imperiales; mas no llegó á ejecutarse la sentencia. El langrave que se sometió asimismo al emperador, fué recibido con todas las muestras de rigor, precisado á pedir de rodillas su perdon, quedando al fin cautivo como el de Sajonia. A donde quiera que se movia el emperador, le seguian estos dos príncipes en estrecha prision, sin que los ruegos de los principales personajes del imperio pudiesen aplacarle. Severo entonces, en proporcion de lo conciliador y flexible que se habia mostrado en otros tiempos, se conducia como un dictador con amigos y enemigos. Lo quiso ser hasta en materias de conciencia, estableciendo en Augsburgo (1548), un formulario de doctrina ínterin el concilio

no dirimiese completamente todas estas diferencias con los protestantes; pero no por esto se mostró con ellos menos inflexible. Con la misma energía se mostró protector del concilio de Trento contra el cual la Francia misma protestaba; mas mientras el emperador, fascinado acaso con su prosperidad, se creia omnipotente en Alemania, se aglomeraba sobre su cabeza una tempestad, que disipó del modo mas cruel sus ilusiones.

1551. El príncipe Mauricio que se le habia mostrado tan adicto y tan sumiso, que con sus intrigas habia contribuido tanto á su triunfo de Muhlberg, alimentaba contra él una enemiga tanto mas terrible, cuanto la habia cubierto siempre con el velo del respeto mas profundo. Satisfecha su ambicion con los despojos de su pariente el elector, aspiró á la gloria de ser campeon de la causa que habia anteriormente abandonado. Ningun medio omitió de ocultar sus intenciones al emperador, mientras intrigaba en secreto con los protestantes, y entraba en alianza con el rey de Francia. Por complacer á Carlos, adoptó sin ninguna repugnancia el *interim*, y envió un representante al concilio. Cuando tuvo maduros ya sus planes, se atrevió á pedir al emperador la libertad del landgrave, tomando asimismo el nombre de los otros príncipes. Eludió Carlos la súplica, y aunque este paso fué objeto de alguna suspicacia, supo Mauricio disiparla, redoblando sus obsequios y protestas. No solo engañó al emperador, sino hasta sus avisados consejeros, y entre ellos al obispo de Arras, tan conocido despues con el nombre de cardenal Granvela. Seguro ya de sus aliados y del rey de Francia, se declaró Mauricio jefe de la liga protestante, y aquel monarca en guerra contra Carlos. Se hallaba entonces este sin ejército, y consternado con una novedad que tan cruelmente habia burlado á su prudencia, retrocedió delante de un rival muy superior en fuerzas. Mientras este le perseguia sobre Inspruch, avanzaba Enrique con su ejército, y se apoderaba de las plazas de Metz, Toul y Verdun en la Lorena. Jamás se habia visto en un conflicto mas cruel un monarca, que hacia pocos dias se consideraba omnipotente. No hubo mas remedio que ceder á la ley de la necesidad, ó verse prisionero en manos de Mauricio. Dió libertad al elector de Sajonia y al landgrave; y por el tratado de Passau, que ajustó con los príncipes protestantes, se les concedió el libre ejercicio de su culto. Los luteranos no llevaron mas allá sus exigencias, y prometieron sus auxilios contra el turco. El rey de Francia no fué incluso en el tratado; pues Mau-

ricio, satisfecho ya su objeto, no cuidó mucho de los intereses de su nuevo amigo, que tal vez miraba con diversos sentimientos.

1552. Se preparó, pues, Carlos para esta nueva guerra, y entró en campaña con fuerzas formidables. Al frente de cincuenta mil hombres, segun dicen los historiadores, emprendió en persona el sitio de Metz, uno de los hechos de armas mas célebres del tiempo. Mandaba la plaza el duque de Guisa, y las tropas sitiadoras bajo las órdenes del emperador, el duque de Alba, que habia ganado la batalla de Muhlberg. Se estrechó el cerco con vigor: además de la gloria personal de Carlos, estaba en juego la de dos grandes capitanes, el uno ya muy célebre, y el otro que aspiraba á serlo por este cerco tan reñido. Pudo mas la obstinacion, el valor, y si se quiere la superior habilidad de los de dentro, que la impetuosidad de los de fuera. Se declararon enfermedades en el campo del emperador; la inclemencia de la estacion hizo de mas difícil reparo la falta de víveres; y al fin se vió Carlos reducido á levantar el sitio, con la mortificacion que puede suponerse. Con este motivo se le atribuye el dicho: «Bien se conoce que la fortuna, como dama cortesana, favorece á los mozos, y se cansa de los viejos.» Fué tan desastrosa la retirada, como la de hacia diez y seis años, delante de Marsella.

Y con ese hecho de armas concluirán los apuntes sobre el reinado de Carlos V, que creimos necesarios, para entrar en el del hijo. Despues de este sitio tan famoso se hizo otra campaña en los Paises-Bajos, en que los imperiales se apoderaron de las plazas de Terouanne y de Hesdin, y de la de Renty los franceses. La guerra terminó por entonces con una tregua, último tratado que hizo Carlos V; mas la renovacion de las hostilidades pertenece al reinado de Felipe. En él referimos estos últimos acontecimientos; lo que pasaba entonces en Italia y la abdicacion de Carlos V, digno desenlace de uno de los dramas mas célebres en los anales de la especie humana.

Por lo poco que va dicho, se ve que Carlos V por su actividad, por su aplicacion á los negocios, por sus otras cualidades personales no fué indigno del alto puesto á que le habia elevado la fortuna. Se puede decir que nació, vivió y dejó de reinar, siendo el primero de los monarcas de su tiempo. Que no aspiró nunca como algunos lo suponen á la monarquía universal, se puede creer de su buen juicio, de su experiencia, del conocimiento de las cosas y los hombres. Señor de tantos estados diversos, tan separados por la naturaleza, como por su índole, supo hacerlos á todos instrumentos de grandeza. Sus frecuentes viajes manifiestan la gran atencion que daba á los negocios, y su conviccion de lo que la presencia de un príncipe entendido vale en ciertas circunstancias. Sin merecer el nombre de gran capitan, figuraba con dignidad y como correspondia á su alta clase al frente de sus tropas. El tino con que sabia elegir sus generales, honrarlos, animarlos y premiarlos, muestra su gran habilidad y conocimiento de los hombres. Igual tacto manifestó siempre en la designacion de los demás grandes funcionarios del estado. Ninguno de sus servidores le fué infiel, y solo tuvo la habilidad, ó mas bien perfidia, de engañarle el príncipe Mauricio. La segunda mitad de su reinado no fué tan próspera como la primera; mas no puede tampoco llamarse absolutamente desgraciada. Acostumbrado á tantos halagos de la suerte, precisamente sintió mucho sus rigores. La desastrosa expedicion de Argel, la retirada de Marsella, la huida delante del príncipe Mauricio, y el desaire de sus armas en el sitio de Metz, debieron de ser para él disgustos muy amargos; mas supo conservar grandeza de alma en sus desgracias. Lo que perdió, supo repararlo, y ningun tratado de paz le fué desventajoso. Para otro lugar reservamos mas pormenores sobre el carácter de este príncipe, comparado con su siglo; por ahora nos contentaremos con indicar que la magnífica herencia de sus mayores heredada, la trasmitió toda y aun con mejoras á sus descendientes.

Despues de haber examinado los principales rasgos de la vida militar y política de este monarca, entraremos en algunos pormenores sobre la índole del tiempo en que vivia; sobre el estado político, sobre las artes, las ciencias, la literatura, los establecimientos militares, el modo de hacer la guerra, concluyendo con un bosquejo de las disputas religiosas que hicieron un papel tan distinguido en dicha época.

CAPITULO V.

Estado político.—Cortes.—Descontento.—Guerras de las comunidades.—Rentas del Estado.—Recursos y apuros.—Disminucion de la influencia de las Cortes.

La historia de los monarcas españoles escribimos; á España deben de dirigirse con preferencia nuestras observaciones sobre la situacion política de todas las clases de la sociedad en aquel siglo. Hablaremos de sus Cortes. Esta voz con que se designan sus asambleas políticas en toda la Edad media, no envuelve un pensamiento fijo, porque no en todos los tiempos ha tenido igual significado. No se pueden designar con este nombre los antiguos concilios de Toledo en tiempo de los reyes visigodos. En aquellas asambleas se reunian con el rey los magnates, los prelados, todos los que desempeñaban los primeros cargos públicos. La mayor parte de las deliberaciones de aquellas grandes asambleas rodaban sobre asuntos de disciplina eclesiástica, cuyas controversias figuraban tanto en aquella época. Lo que se llama pueblo, ó clases populares, no eran contadas para nada en aquellas grandes reuniones, y en rigor no formaban parte del cuerpo político del estado que se consideraba y era realmente de conquista. Con el tiempo fueron estas clases adquiriendo la importancia, fruto natural de la riqueza producida por la industria. Los reyes á quienes importaba poner un contrapeso á la preponderancia de sus grandes vasallos que se creian sus iguales, emanciparon cuanto les fué posible estas clases industriosas que poco á poco fueron formando corporaciones populares con sus cartas, privilegios y

fueros que les otorgaba la corona. No eran estos iguales; pues no podian serlo las circunstancias y los motivos que los promovieron. Así, cada pueblo, cada villa y cada jurisdiccion, tenia los suyos que se consideraban no precisamente como derechos propios, sino favores en virtud de servicios que habian hecho. Las grandes asambleas políticas que en tiempo de los reyes visigodos no se componian mas que de magnates, tanto eclesiásticos como civiles, comenzaron á admitir en su seno diputados ó representantes de estos lugares ó corporaciones populares. Desde entonces data lo que se conoce con el nombre de Cortes, divididas por lo regular en brazos ó estamentos; á saber: prelados, barones y diputados por las clases populares. Ni el período de las reuniones de estas Cortes, ni sus prerogativas, ni deberes, estaban consignados en alguna ley escrita; todo se hacia por uso y por costumbre, que por necesidad debian de alterarse por el trascurso de los tiempos. Por lo regular era el rey quien las convocaba y disolvia, segun sus necesidades propias ó las del Estado. Se juntaban algunas veces los tres brazos; á veces dos, y otras uno solo. Las clases altas se representaban á sí mismas. Los del tercer brazo, ó sea popular, no se consideraban ni eran en rigor mas que simples delegados de las villas y ciudades que á las Cortes los enviaban con poderes para ello, con instrucciones por escrito de lo que debian decir, otorgar ó suplicar, pues por lo ordinario pedian y se creian con derecho de obtener en proporcion de lo que daban. Estos poderes eran tan estrictos, que en casos extraordinarios, no atreviéndose los procuradores á decidir por sí puntos que no estaban previstos en sus instrucciones, aguardaban para obrar á que se las enviasen. Las comunidades que daban los poderes los quitaban igualmente. Sin embargo, á pesar de esta absoluta dependencia, eran los cargos de procurador considerados como muy importantes y honoríficos. No los obtenian sino los de mas influencia por su riqueza ó capacidad en los pueblos y ciudades, y muy buen cuidado tenian las corporaciones de no enviar á las Cortes hombres que no supiesen ó no quisiesen representar con habilidad y lealtad sus intereses.

Así se pueden considerar las Córtes como unas asambleas que se reunian cerca de la persona del rey, ó para aconsejarle, ó para arreglar con él algunos negocios importantes del Estado, ó para otorgarle subsidios, ó para dar sancion mas solemne á sus actos politicos ó administrativos. Por lo regular juraban al heredero de la co-

rona, le proclamaban á su subida al trono, mandando levantar pendones en acatamiento de su suprema autoridad, y nombraban las regencias cuando no estaban designadas. Entendian hasta en los testamentos de los reyes, alterándolos á veces cuando los creian contrarios al bien público. En vista de tan sencillo enunciado, cualquiera comprenderá que la influencia y preponderancia de estas Cortes debia ser mayor ó menor, segun el carácter del monarca, segun su mayor ó menor habilidad, segun las mas ó menos graves circunstancias que ocurrian; y este mayor ó menor grado de influencia que ejercian las Cortes, consideradas colectivamente, se puede aplicar asimismo á cada uno de los estamentos de que se componian respecto de los otros. Así habia ocasiones en que se presentaban los tres, y otras en que solo se veian en la escena los procuradores de los pueblos. En minorías, en sucesiones disputadas, en tiempos de revueltas y facciones en que todos buscaban su apoyo, se consideraban como el cuerpo preponderante del Estado. Las buscó y halagó muchísimo don Sancho IV el Bravo, cuando se alzó contra su padre, y despues disputó la sucesion de la corona: se echó en sus brazos su viuda doña María de Molina, declarada tutora de su hijo don Fernando el Emplazado; y la misma conducta observó la viuda en la memoria de su hijo Alfonso XI. Debieron tambien de hacer un gran papel en las revueltas y mortales disensiones entre don Pedro y su hermano don Enrique, que le sucedió por fin en la corona. En los reinados, sobre todo de Juan II y Enrique IV, que, como se sabe, fueron tiempos de revueltas y anarquía, ejercieron las Córtes su gran preponderancia. Los poderes de que estaban revestidas eran de hecho: constan de sus actas, sin estar consignadas en códigos, en cuerpos de doctrina, en lo que se llaman constituciones: dimanaban de las circunstancias, de la fuerza de las cosas, del carácter, ó mas ó menos habilidad de las personas; y si se examinan con imparcialidad la mayor parte de las transacciones de los hombres, apenas les descubriremos otro orígen.

Los Reyes católicos que sucedieron á estos tiempos de revueltas, eran demasiado firmes para no poner á raya el humor turbulento de los grandes y los ricos, demasiado sagaces para no tratar de cortar los males en su orígen. Ya hemos indicado el gran celo con que se aplicaron á robustecer el trono, á expensas del poderío de la aristocracia. Eran mas objeto de sus celos los privilegios y las fuerzas de que disponian estos grandes feudatarios, que las cartas

ó fueros otorgados por sus antecesores á las comunidades. Estaba al contrario en su política fomentar el bienestar y prosperidades de estas, para contar con un apoyo mas, contra los que trataban de reducir á mas humilde esfera. Se sabe cuántas disposiciones tomaron estos reyes, cuántas pragmáticas promulgaron para afianzar el órden público, para conservar el respeto á las propiedades, para poner un freno perpetuo á la licencia. Tambien se juntaron varias veces las Cortes durante su reinado; mas sus transacciones, como no pasaron naturalmente de una escala, carecieron del derecho de ser célebres.

El espíritu de faccion, ó de revuelta, ó de privilegio exclusivo de carta, ó si se quiere tambien de libertades, estaba muy amortiguado cuando el advenimiento de la casa de Austria; pero entonces un motivo, y hasta cierto punto muy justo, vino á excitar el descontento de los pueblos, inevitable siempre cuando recayendo la corona en hembra, tiene que pasar por enlaces á familia extraña. El príncipe que viene de fuera á unir su suerte con la reina, no puede presentarse solo á tomar posesion de su alto puesto. Precisamente le acompañan sus amigos, los que hacen parte de su corte, siendo esta brillante y numerosa, á proporcion de su poder ó medios. Por precision han de recaer sobre estos individuos gracias y favores, y otra cosa no puede ser por poco que se estudie el corazon humano. Tambien es imposible que deje de ser objeto de disgusto y envidia para los de casa. Estuvo muy lejos de ser la venida de Felipe el Hermoso una excepcion de aquesta regla. Fueron los flamencos que le rodeaban objeto exclusivo de sus confianzas y favores. Se acusaba á estos extranjeros de codicia, hasta de rapacidad, y los que se mostraron en un principio mas entusiasmados con la subida al trono de un príncipe jóven y afable, que al parecer ponia su estudio en hacerse popular, fueron los primeros en cambiar su adhesion por otros muy diversos sentimientos. Sucedió la misma cosa á la venida de don Carlos: la misma rivalidad, el mismo descontento se manifestó hácia los cortesanos extranjeros que tuvieron una parte casi exclusiva en los favores del monarca. El principal de ellos Xievres ó Chievres, que era su privado y pasaba por director y consejero, tenia la reputacion de juntar á costa del Estado riquezas muy considerables. No solo se les acusaba de estafas y rapiñas, sino que se los veia promovidos á los primeros cargos del Estado. Sucedió al cardenal Cisneros en la silla de Toledo, un sobrino

de Xievres, y se sentó en la de Tortosa el cardenal Adriano, antiguo ayo ó preceptor de este monarca. Este sentimiento de desafeccion ó desvío hácia los cortesanos que rodeaban al que fué despues emperador, se desenrolló en lo sucesivo de un modo muy fatal á la tranquilidad y reposo de estos pueblos.

Para comprender mejor lo que fueron las Cortes de España durante la dominacion de Carlos V haremos un análisis por órden cronológico de sus principales reuniones, comenzando desde el principio de aquel siglo. (1)

En 1505 al fallecimiento de la reina Católica, se juntaron en Toro para reconocer por reina á doña Juana, y por príncipe heredero á su hijo Carlos.

En 1510 se juntaron en Monzon las de Aragon por el rey Católico.

En 1511 se juntaron las de Castilla en Burgos, y entre varios capítulos de menos importancia se estableció que el reino se mantuviese encabezado hasta que se pudiese poner puja al arriendo de las rentas.

A la venida de don Carlos á España se suscitaron en Castilla controversias y disputas sobre cuál habia de ser el título bajo el que debia dirigir las riendas del Estado. Sostenian los enemigos de la corte que no podia ser el de rey, mientras viviese su madre, que era la reina propietaria. Alegaban sus contrarios la absoluta incapacidad moral en que se hallaba esta princesa de entrar á la parte del gobierno de estos reinos. En esta oposicion de sentimientos que dió un gran desarrollo al espíritu popular, se reunieron las Cortes en Valladolid en 1518.

Fueron estas Cortes célebres no solo por el espíritu de oposicion, sino por la importancia de los asuntos que allí fueron debatidos. Como en las de antes, ejerció la parte principal el estamento de procuradores. Comenzaron por manifestar que en caso de que se reconociese á Carlos por rey, no le prestarian juramento hasta que lo hiciese él, reconociendo lo que en las Cortes de Burgos se habia determinado. Tambien se mostraron ofendidos de que se hubiese dado entrada en sus sesiones á extranjeros. Si se reflexiona que el rey se hallaba entonces en Valladolid, y estaba acaso oyéndolos, hay que admirar mas su espíritu de libertad é independencia.

(1) Véase á Sandoval.

Adquirió entonces un nombre célebre el doctor Zumel, procurador por Burgos, que habia llevado la voz principal en aquellas exigencias. En vano trataron de ganarle con promesas y amenazas los partidarios de la corte; él procurador se mostró firme, y siempre intrépido. Se conciben bien las animosidades á que esta desavenencia dió lugar entre los cortesanos y la oposicion, pues con tal nombre podemos designarla. Por último, cedieron los primeros. Entró el rey en las sesiones, y le prestaron juramento el doctor Zumel y los procuradores. Juró el rey por su parte los privilegios de las ciudades y la observancia de las leyes. Insistió el doctor en que jurase tambien lo relativo á la exclusion de los extranjeros de aquel sitio, á lo que accedió Carlos, no sin muestras de grande repugnancia.

Para algunos no fué este último juramento del rey bastante explícito. Con este motivo se volvieron á suscitar los antiguos altercados, distinguiéndose en la misma oposicion el procurador por Burgos. Algunos procuradores no juraron al principio. Por fin se allanaron las dificultades, y Carlos fué jurado solemnemente en San Pablo de Valladolid por rey, juntamente con su madre, poniéndose ambos nombres en el órden de la naturaleza al frente de los actos públicos.

En las mismas Cortes se presentaron á la aceptacion del rey nada menos que 74 artículos. Indicarémos los principales, que nos manifestarán mejor los sentimientos que los animaban, y la índole de aquellos tiempos. Que la reina doña Juana fuese tratada y servida como señora de estos reinos. Que el rey se casase. Que no saliese del reino el infante don Fernando (hermano de Carlos). Que se conservasen las leyes, pragmáticas y privilegios, sin imponer contribuciones. Que en lo sucesivo no se diese nada á los extranjeros. Que el nuevo arzobispo de Toledo viniese á España á disfrutar aquí sus rentas. Que los embajadores de estos reinos fuesen naturales. Que se admitiesen españoles en la casa del rey. *Que hablase castellano*. Que no enajenase nada de la corona. Que no se diesen sobrevivencias de empleos. Que mandase visitar los tribunales. Que los inquisidores fuesen hombres de buena fama y de conciencia. Que no vagasen pobres por el reino. Que se cobrasen las alcabalas por las justicias ordinarias y no por comisionados. Que no se obligase á nadie á tomar bulas. Que testasen los clérigos. Que se guardasen los privilegios de los monteros de Espinosa. Que no se le-

gasen mas bienes raices á iglesias, monasterios, hospitales y cofradías, etc. A todos los artículos accedió el rey, haciendo sobre algunos las advertencias que le parecieron convenientes.

Las mismas dificultades se ofrecieron en las Cortes de Aragon, convocadas en Zaragoza aquel mismo año sobre la jura del monarca, poniéndose siempre el mismo obstáculo de estar su madre viva. La animosidad fué mayor, y de altercados se pasó á hechos. Entre la parcialidad del duque de Zaragoza y el de Aranda, hubo riñas en las calles, que hicieron verter sangre. Por último, le reconocieron y juraron lo mismo que en Castilla. En Barcelona se encresparon tanto los ánimos, que Carlos envió en lugar suyo al cardenal Adriano; mas tuvo que ir en persona como condicion indispensable.

En 1519, siendo ya el rey emperador, trató de convocar las Cortes para el servicio que en su próximo viaje á Alemania le era indispensable. Las mandó reunirse en la Coruña, donde era su intencion el embarcarse. Desagradó muchísimo en Castilla esta determinacion, y se comenzó á ver con odio que se emplease el dinero del reino en gastos extraños, que no iban á producirle la menor ventaja. La convocacion en la Coruña dió márgen á extrañas conjeturas y sospechas. Se atribuyó el proyecto á Xievres, que sintiéndose objeto de odio queria acercarse á la costa para ponerse, en caso de una sedicion, mas prontamente en salvo.

Hallándose el rey en Tordesillas en su viaje á Galicia, se le presentaron los procuradores de Toledo, rogándole que no saliese del reino, y que en caso contrario no les pidiese algun servicio. Se enojó Carlos con la peticion, y los despidió con aspereza, continuando su camino. Otros procuradores imitaron la conducta de los de Toledo, y protestaron contra la convocacion de las Cortes en Galicia. El rey llegó á Santiago, y á pesar de tanta oposicion, hizo llevar adelante su proyecto. Pocos negocios se condujeron con menos tino, con menos conocimiento del estado de las cosas, con resultados mas funestos para la paz de la nacion, que estas Cortes de Santiago. El odio á los extranjeros crecia de punto, y poco á poco, aunque propagada lentamente, cundió la especie que era la mayor calamidad para la nacion, que el rey saliese á recibir la corona del imperio. Llegaron los grandes á aconsejarle que se precaviese del privado Xievres; tal era el estado de irritacion en que los ánimos se hallaban. Mas Carlos, preocupado solo de la idea de ir cuanto mas

antes á recibir la corona imperial, cerró el oido á todas las advertencias y consejos que estaban en oposicion con su deseo dominante.

Las Cortes se reunieron al principio en Santiago, y los procuradores por Toledo declararon nulo cuanto en ellas se hiciese, por el número de procuradores que faltaban, y entre ellos los de Salamanca. Enojado el rey, mandó prenderlos, y al fin se contentó con que saliesen desterrados. Al saberse en Toledo la ocurrencia, se alborotaron, se pusieron en resistencia abierta con el rey, echando al corregidor, y estableciendo su junta de gobierno. Era imposible un estado de mas efervescencia, de mas desconfianza y mas sospechas. Las Cortes se trasladaron á la Coruña, y allí concluyeron como se pudo sus sesiones, negando el servicio los de Leon, Murcia, Madrid, Toro, Córdoba, Toledo y Salamanca. Y hallándose los ánimos en esta situacion, sin haberse apaciguado los disturbios en Toledo, se hizo á la mar el nuevo emperador; tal era su impaciencia, ó tal vez la de Xievres, temeroso de ser víctima de sediciones populares. Quedó de gobernador del reino el cardenal Adriano, hombre de poca energía, y menor capacidad en materias de gobierno.

A muy poco tiempo de la ausencia del emperador, estalló la famosa guerra de las Comunidades, episodio demasiado importante en nuestra historia y la del siglo, para que dejemos de dar de él algunos pormenores, aunque de un modo muy sucinto (1).

Ha desfigurado mucho el espíritu de partido la índole de aquella guerra. Era imposible que los historiadores contemporáneos españoles, y aun los que escribieron en los siglos sucesivos, dejasen de pintar como rebeldes y merecedores de mayor castigo, á hombres que se alzaron armados contra la potestad real, y que trataban de poner un coto á sus prerogativas. Era objeto de celos y odios en España, la codicia y preponderancia de los extranjeros. Veian un jóven rey, extraño á sus usos y á su lengua, entregado á la política de estos extranjeros: hé aquí los principales resortes de este movimiento. Ya hemos visto la poca política de la corte en estas ocurrencias; con qué altivez y desprecio fueron tratados los procu-

(1) Tomamos principalmente por guia en este trozo á Sandoval, uno de los mejores, y segun algunos, el mejor historiador de Carlos V, sobre todo el mas copioso. Habiendo escrito á últimos del siglo XVI ó principio del siguiente, no podia menos de mostrarse contrario á las comunidades. Mas tal es la sencillez con que expone los hechos, la minuciosidad con que los refiere, y la copia de los documentos con que los acompaña, que satisfacen á todo lector imparcial, y le llevan mucho mas lejos de lo que el narrador acaso deseaba. La relacion que de estas guerras hace el padre Maldonado, autor contemporáneo, en nada altera lo que refiere el primer historiador.

radores por Toledo y otras partes. El reino estaba revuelto, en gran fermentacion; y en muchas partes hubo tumultos y desórdenes muy serios. A no haber sido tanta la impaciencia de Carlos de embarcarse, tal vez se hubiesen tranquilizado poco á poco los ánimos; mas su marcha precipitada los irritó de nuevo, inspirando aliento á los mas osados. El cardenal Adriano debia por otra parte de imponerles poquísimo respeto.

Toledo, que se reputaba por la primera ciudad del reino, que se hallaba mas agraviada en la persona de sus procuradores, fué la primera en declararse. Siguió Segovia, donde hubo tumultos serios y hasta muertes violentas de algunos que se suponian habian abusado y recibido favores del monarca. Se siguieron Valladolid, Burgos, Cuenca, Jaen, Badajoz, Ubeda, Baeza, Avila, Soria, Toro, Leon, Madrid, Murcia, Ciudad-Rodrigo, Sevilla y otras varias. Son famosas las cartas que con este motivo todas estas ciudades se escribieron. A esta circunstancia y á la de ser el movimiento enteramente popular, debe esta contienda el nombre de guerra de las Comunidades. Trató la corte, ó los que en nombre de Carlos gobernaban, de sujetar con armas estos alzamientos. Contra Segovia, donde tuvo un carácter tan sangriento y tan feroz, se enviaron tropas, que llegaron hasta las mismas puertas de la ciudad; y bloqueándola, la pusieron en muy grande apuro. Toledo que lo supo envió á su socorro dos mil hombres armados, con artillería, á las órdenes de Juan de Padilla, que se hizo tan célebre en la historia. Se puso en marcha este jefe, y fué objeto de grandes aclamaciones en todos los pueblos de su tránsito. El alcalde Ronquillo, hombre tambien muy conocido entre nosotros, que era el sitiador de Segovia en nombre de la autoridad real, levantó el cerco al aproximarse las tropas de Toledo.

Por otra parte, las tropas reales que se acercaron á Medina para recoger la artillería que en aquella plaza se encerraba, fueron rechazadas por los vecinos que se negaron á entregársela. A esto se siguió un sitio, de cuyas resultas fué la ciudad presa de las llamas.

Todo esto contribuyó á encender la de la insurreccion que cada dia tomaba mayor cuerpo. Era ya un alzamiento, una rebelion, una guerra civil en toda regla. Para dar mayor solemnidad al alzamiento y atender á sus comunes intereses, enviaron las ciudades sublevadas sus representantes á la ciudad de Avila, como pueblo mas central, para celebrar allí una especie de asamblea ó de congreso.

Con efecto, allí se reunieron, y sobre los santos Evangelios juraron servir al rey y á los intereses de la nacion, prometiéndose mutuamente auxilios, y no dejar las armas de la mano hasta ver satisfechos sus agravios. A su junta dieron el título de Santa.

¿Qué eran estos famosos comuneros? ¿Qué querian? ¿Bajo qué aspecto debe considerarse su alzamiento? ¿Aspiraban á sacudir el yugo de la autoridad real? No entraba esta idea en sus cabezas. ¿Trataban de establecer nuevas leyes? No lo dijeron ni entró este asunto en los capítulos de sus peticiones. Todas estas eran personales y de circunstancias. Que volviese pronto el rey: que no diese su confianza á privados extranjeros: que no les confiriese ningun cargo: que los alejase de su lado: que reformase el gasto de su casa y mesa: que celebrase Cortes: que respetase sus usos y privilegios. Tales eran los principales artículos de sus pretensiones, todas justas, todas populares, en que convienen sus mismos enemigos. Mas no eran bastantes elementos de lo que se llama una insurreccion en toda regla. Estaban las comunidades descontentas: no agitadas de espíritu de rebeldía. Era una llamarada de revolucion que daba muestra de apagarse pronto por falta de alimento. No presentaban por otra parte las ciudades sublevadas un cuerpo sólido y compacto. No hubo desde los principios un jefe reconocido en todas ellas como director de la empresa ni en lo militar ni en lo político. Las ciudades mismas no estaban muy de acuerdo. Muchos de los que se declararon al principio, abandonaron á los que habian tal vez inflamado con su ejemplo. Juan de Padilla, despues de haber hecho levantar el cerco de Segovia, pasó á Medina, cuyos vecinos le salieron á recibir con banderas de luto y todas las muestras de afliccion que sus desgracias pasadas hacian tan naturales en aquellas circunstancias.

Inmediatamente tomó el camino de Tordesillas, residencia de la reina doña Juana, madre del emperador, propietaria de las coronas de Aragon y de Castilla. Se hallaba esta princesa en el estado habitual de entendimiento que le valió el nombre de loca con que la designan las historias. No sabia lo que pasaba en España, ni la misma muerte de su padre, que llevaba de fecha cuatro años. Cuando le habló Padilla de estas noticias, dió grandes muestras de extrañeza y aun de pesadumbre. No fué difícil al capitan de Toledo consolarla y persuadirla á que depositase en él y en los suyos toda su confianza, y los considerase como deshacedores de los agravios

que á su nacion y á ella les hacian. Desde entonces obraron Juan de Padilla y los suyos en nombre de la reina, y para dar toda la fuerza posible á esta circunstancia trasladaron la junta á Tordesillas.

Fué un rasgo de habilidad en los comuneros el haberse apoderado de la reina doña Juana, que era la propietaria y cabeza de partido para los descontentos con el emperador, á quien no querian conceder el título de rey en vida de su madre.

Se instaló, pues, la junta en Tordesillas, y comenzó á obrar en nombre de la reina. El paso sucesivo parecia no reconocer con título de rey al hijo; y puesto que habian alzado la bandera de la insurreccion, seguir adelante con la empresa. Mas los comuneros, ó no tenian designios fijos, ó se detuvieron á mitad de la carrera. No fueron osados cuando la ocasion lo requeria, y se vieron víctimas ó de su moderacion, ó de su pusilanimidad, ó de su falta de prudencia; pues muchas veces la prudencia está en la audacia. Las mismas ciudades levantadas no tenian unos mismos designios: algunos de ellos estaban pesarosos de haberse adelantado tanto. Padilla mismo tenia muchos enemigos, y otra cosa no podia ser en aquellas confusiones y revueltas, donde todos querian levantar la voz, donde no habia verdaderamente un hombre grande que á todos impusiese.

Aconsejaba la prudencia á los comuneros enviar inmediatamente tropas á Valladolid, para apoderarse de la junta de regencia y tomar posesion de una villa que hacia un papel tan importante. Despues de haber enviado con esta comision á un fraile, que fué víctima de su atrevimiento, marchó Juan de Padilla á Valladolid con trescientas lanzas y ochocientos piqueros y escopeteros. Inmediatamente puso presos, y llevó consigo, á los del Consejo que no habian huido, volviéndose luego al punto á Tordesillas. Fué una falta en él no haber permanecido en Valladolid, para asegurarse de los ánimos de los habitantes, y sobre todo no haberse apoderado del cardenal Adriano, que aunque incapaz para el gobierno del reino, era un personaje de importancia.

Trató este prelado de marcharse de Valladolid, donde no se tenia por seguro; mas al salir de las puertas fué detenido por una inmensa muchedumbre, que no le permitió pasar mas adelante, obligándole á volver á su habitacion, aunque con todas las demostraciones de respeto debido á su persona. El cardenal, viéndose imposibilitado de salir en público, verificó su fuga de allí á pocos dias en secreto.

Se veia la junta de Tordesillas en grandes embarazos. Valladolid estaba dividida y muy remisa. Burgos, que habia expelido de sus muros al Condestable de Castilla, habia vuelto á entrar en la obediencia. En esta coyuntura envió comisionados al emperador con una carta en que manifestaba los agravios de la nacion, y presentaban sus capítulos como condiciones de su vuelta á la obediencia. Era un paso inútil que acaso no sirvió mas que de hacer ver al rey que tenian miedo.

Recibió muy mal Carlos á los embajadores. Ya habia tomado sus medidas para sujetar la insurreccion por la fuerza de las armas. Habia revestido al Consejo de Castilla de nuevos poderes para obrar con energía en estas circunstancias, y asociádole al cardenal, al condestable y al almirante de Castilla. Ya sabia que la nobleza y los grandes del reino no tomaban parte con los comuneros. En efecto, inmediatamente que se supo que el cardenal Adriano habia salido de Valladolid y retirádose á Medina de Rioseco, fueron á reunirse con él muchos caballeros y hombres de distincion con todas las fuerzas que pudieron.

Así estaban de un lado el rey y la nobleza, y del otro los representantes de las clases populares. ¿Cometieron una falta los grandes en unirse á la corona que la habia cercenado tantos privilegios, que habia tratado de disminuir, como disminuyó en efecto, su grande poderío? No es fácil decidirlo. Las comunidades habian manifestado demasiadas pretensiones para que la nobleza no temiese quizá mas de su victoria que de la del monarca. Por otra parte, hubo muchos nobles y ricos hombres del reino que se mantuvieron neutrales sin declararse por ningun partido.

La junta de Tordesillas escribió al rey de Portugal una especie de manifiesto de su conducta y ulteriores intenciones; otro paso tan inútil como el de la embajada á Carlos.

Lo mas importante para la junta era hacerse fuerte, y en esto se mostró activa. Decretó levas en todas las ciudades que reconocian su obediencia. Por todas partes hacian armas. De la tierra de Salamanca enviaron doscientas lanzas y seiscientos infantes.

La junta cometió entonces la falta de nombrar por general en jefe de sus armas á don Pedro Giron, que pertenecia á la grandeza, y que estaba despechado con el emperador por no haberse hecho

justicia á los derechos que alegaba sobre el ducado de Medina Sidonia. Se creyó que tal vez este resentimiento seria un estímulo para conducirse bien con las comunidades; mas era fácil que se le ganase á un partido donde hallaba sus amigos, sus deudos, y sobre todo que la concesion de la gracia que pedia pusiese fin á sus resentimientos.

Otro grande inconveniente de semejante nombramiento fué el grande enojo que por ello concibió Padilla, quien se retiró á Toledo de allí á pocos dias con su gente. Entró Giron de Tordesillas con ochenta lanzas, y comenzó á dar disposiciones para el definitivo arreglo del ejército. Una porcion de los jefes y capitanes de las tropas eran individuos de la misma junta. Allí se presentó por primera vez el famoso obispo de Zamora Acuña, que habia sublevado todo el pais en el sentido de las comunidades. Tambien se presentó Francisco Maldonado capitaneando cien infantes.

Fué reconocido el almirante de Castilla por general de las armas del emperador: en Medina de Rioseco se reunieron á su bandera los principales personajes de la nobleza española, que venian con la gente que cada uno pudo allegar para hacer este servicio.

Así la guerra iba á estallar, y las tropas de una y otra parte estaban próximas á entrar en el campo del combate.

La junta de Tordesillas tenia á la sazon reunido un número de fuerzas considerables, que inmediatamente salieron en busca de sus enemigos, dejando de guarnicion en Tordesillas cuatrocientos clérigos, que servian bajo la bandera del obispo de Zamora, animados todos del mismo espíritu que su prelado.

Parecia natural que el ejército de los comuneros avanzase con denuedo, y tratase de acabar en Medina de Rioseco con un ejército muy inferior, ó de adquirir la superioridad moral de la campaña, apoderándose á todo trance de este pueblo. Mas se contentaron con presentar una batalla, que sus enemigos no aceptaron. En Torre de Humos hicieron un alarde de sus fuerzas. Mandaba las gentes de armas, ó la caballería pesada de la vanguardia, don Pedro Laso de la Vega, uno de los caballeros de Toledo, y la infantería de la misma, los dos hermanos Francisco Pedro y Maldonado. Al frente del cuerpo del ejército se hallaba el generalísimo don Pedro Giron, y el obispo de Zamora.

Era interés de los caballeros que se hallaban en Medina de Rioseco, atenerse á la defensiva, mientras llegaba el conde de Haro, hijo del Condestable, con refuerzos considerables; es decir, las tropas que acababan de batir á los franceses en Navarra. Le importaba mucho ganar tiempo, introducir la division en las filas de los comuneros, aprovechándose del poco acuerdo que reinaba entre ellos, haciendo tratos particulares con algunos, aunque no fuese mas que con la intencion de que los otros sospechasen. Debian, pues, por lo mismo estos últimos moverse, dar golpes atrevidos, comprometer mas y mas á los que estaban pronunciados, no darles tiempo de pensar y echar sus cuentas; legitimar, en fin, sus procederes con el favor de la fortuna; mas acreditaron que no tenian este tino, ó manifestaron que carecian de resolucion, única cosa que podia salvarlos. Se contentaron con retar á sus contrarios, con presentarles batallas que no aceptaron como mas prudentes. Crecia poco á poco el ejército real; tampoco se descuidaban los comuneros de llamar gente á sus banderas; mas estaba abierto su campo á todo género de seducciones. Diferentes emisarios, unos con buenas, otros con malas ideas, venian á proponer convenios, lamentándose de las calamidades que iban á llover sobre España con aquel azote de la guerra. Es preciso considerar en estos casos lo que puede el nombre de la autoridad legítima, que está en el hábito de ser objeto de obediencia y de respeto; y lo que arredra á un hombre que no sea de fuerte corazon, la idea de hallarse con esta autoridad en rebeldía. Cuanto mas tiempo se pasaba en retos infructuosos, cuanto mas duraba la inaccion, mas terreno perdia la causa de las comunidades.

Por último, se separaron estas de los muros de Medina de Rioseco, retirándose á Villalpando, sin que pueda señalarse el motivo de este movimiento, como no fuese la mala disposicion de los ánimos de los caudillos.

Se aprovecharon inmediatamente los caballeros de esta falta, cayendo inopinadamente sobre Tordesillas. Se defendió valerosamente la guarnicion, compuesta como hemos dicho de cuatrocientos clérigos. Mas de doscientos cincuenta hombres por parte de los caballeros, quedaron muertos al mismo pié de sus murallas. Tuvo por fin el conde de Haro que recurrir al expediente de batirlas con artillería; y de este modo pudieron apoderarse de la plaza, que entraron á saco, no sin grande mortandad por ambas partes.

Los caballeros se hicieron así dueños de la persona de la reina doña Juana, pérdida muy grande para las comunidades, que ar-

gnia tanta imprudencia y falta de tino de su ejército, y que se atribuyó naturalmente á traicion por parte de sus jefes.

Quedó don Pedro Giron completamente desconceptuado entre los suyos, y objeto de una grande suspicacia. El obispo Acuña trató por otra parte de sincerarse con los de su parcialidad, alegando ignorancia absoluta del movimiento de los caballeros.

Don Pedro Giron y el obispo se acercaron y entraron en Valladolid, que fué desde entonces el asiento de las juntas de los comuneros.

Juan de Padilla que, como hemos dicho, se habia retirado á Toledo, cuando fué revestido don Pedro Giron del mando del ejército, volvió á Valladolid, capitaneando de dos á tres mil hombres, que fueron un recurso muy precioso para su partido, donde era muy bienquista su persona.

Don Pedro Giron dejó desde entonces de ser jefe del ejército, y se retiró á sus posesiones, aguardando coyuntura de sacar partido de sus circunstancias. Quedó de este modo el ejército sin cabeza, y era preciso nombrar una. Se inclinaba Padilla por don Pedro Laso de la Vega, sea con buena intencion, sea con objeto de ser desaprobado, y de que la eleccion cayese sobre el mismo. De todos modos la eleccion de don Pedro Laso causó mucho descontento, y hasta tumulto, que no pudo sosegar el mismo Padilla cuando quiso arengar á la muchedumbre. Todos los gritos, todas las aclamaciones, fueron para que Padilla se revistiese de las funciones de general en jefe. Y á pesar de la oposicion franca ó simulada de este, quedó, en fin, nombrado capitan de las armas de las comunidades de Castilla.

Permanecia el ejército real en Tordesillas, y extendia su dominacion hasta Simancas. La guerra se redujo desde entonces á escaramuzas y correrías de una y otra parte. Hizo algunas hácia Simancas el nuevo general; tomó á Cigales y Ampudia, habiéndose posesionado del castillo. Los caballeros allí encerrados, pidieron treguas por diez dias; mas no quiso concedérselas Padilla.

Acudian varias tropas á Valladolid que enviaban las comunidades. Tampoco dejaba de reforzarse el ejército de sus adversarios. Permanecia mientras el campo abierto á las intrigas. Era la política de los caudillos del ejército real enviar emisarios á los principales de los comuneros para sondar sus intenciones, y en caso de ganarlos, dar lugar á la reflexion, y hacer que decayese su ardimiento.

El don Pedro Laso de la Vega, de quien hemos hablado, llegó hasta entrar en ajustes con los caballeros. Los emisarios de una y otra parte eran frailes por lo regular; y lo mismo se vió en todo el curso de la guerra. No hay duda de que algunos de estos obraban con el único deseo de atajar aquel azote, que iba produciendo tantos males: mas es un hecho que con esta inaccion y semejantes pasos, se iba quebrantando el ánimo en el ejército de los comuneros.

Se aumentaban las quejas y desconfianzas mutuas que sus jefes se inspiraban. Crecian los apuros de dinero. Era el clamor general, que de un modo ó de otro se acabase pronto con la guerra, y la junta de los comuneros exigia por su parte que se viniese pronto á una batalla decisiva.

Salió Juan de Padilla de Valladolid con siete mil infantes y quinientas lanzas, y cayó sobre el pueblo de Torrelobaton, de cuyo arrabal se hizo dueño, pasando despues á expugnar la fortaleza. Era un punto de importancia, y las tropas que se hallaban en Tordesillas, se pusieron en movimiento para levantar el sitio. Mas despues de medio camino se volvieron. Y fué tanto mas reparable esta falta, cuanto Padilla, viéndose incapaz de tomar el pueblo con las solas tropas que habia sacado de Valladolid, envió por refuerzo para conseguirlo. Así vino al logro de su empresa, sin ser molestado por sus enemigos.

La toma de Torrelobaton dió importancia moral al ejército de las comunidades. Era de su interés el que Padilla saliese inmediatamente para hacer otras conquistas, y extender así poco á poco su causa que contaba ya con pocos partidarios. Mas sea que Padilla se dejase llevar del aura popular, sea que obstáculos verdaderos le impidiesen ponerse en movimiento, cometió la falta de permanecer inactivo en Torrelobaton, cuyas murallas trató de reparar como si hubiese de ser aquel pueblo el punto de su residencia.

En faltas semejantes incurrieron muy frecuentemente las comunidades de Castilla. Se puede decir en general, que se mostraron poco activos, poco audaces, poco previsores. Sin duda ignoraban que es la perdicion de todas las insurrecciones de esta clase no imponer al enemigo con rasgos de osadía, dar con la inaccion tiempo para que se enfrien los ánimos, para que cada uno haga sus cálculos consigo mismo, para que obre el espíritu de seduccion manejada por emisarios hábiles que hablan en nombre de la humanidad, y prometen

perdon, cuando su fin no es otro que sembrar la desconfianza y la discordia.

Los caballeros por su parte, aunque adolecian de la misma poca actividad, tuvieron sin embargo la bastante para aprovecharse de las faltas de Padilla. Cuando le vieron á este tanto tiempo encerrado en Torrelobaton, salieron de Tordesillas con objeto de presentarle una batalla. Dejaron para esto en dicha villa á la reina y al cardenal, encargados á la custodia del marqués de Denia, y enviaron al mismo tiempo el conde de Oñate á Simancas con bastante fuerza, para impedir que Valladolid enviase socorros á las tropas de las comunidades. El 21 de abril de 1521, salió de Tordesillas el conde de Haro, general de las tropas reales, en busca de Padilla. A medio camino hizo alarde de su gente, que se componia de seis mil infantes, dos mil cuatrocientos caballos, entre los que se contaban mil quinientos hombres de armas.

Viendo el de Haro que Padilla no salia, trató de acercarse á Torrelobaton, con objeto de cercarla. Mas Padilla que no se sentia bastante fuerte para salir en busca del enemigo, no quiso aguardarle dentro de sus muros.

Trató entonces de reparar la imprudencia que habia cometido; pero era demasiado tarde. Aunque en fuerza numérica era superior á sus contrarios, no podia considerarse como igual, tratándose de la calidad de tropas. No le quedaban mas recursos que marchar en retirada, saliendo de Torrelobaton antes de amanecer del 23, tomando la direccion de Toro, donde pensaba reunirse con los refuerzos que le enviaban de Zamora, de Leon y Salamanca.

Emprendió la columna su marcha con buen órden. Iba adelante la artillería: seguia la infantería formada en dos escuadrones (1). Cubria la retirada la caballería, á las órdenes inmediatas de Juan de Padilla, que se condujo en aquella jornada como buen capitan y buen soldado. Mas por mucha que hubiese sido la anticipacion con que emprendieron la marcha, no pudieron impedir que fuese sentida por los enemigos, que se hallaban á las inmediaciones.

Fué atacada la columna de Juan de Padilla á las inmediaciones de Villalar por la retaguardia y por los flancos á las cuatro horas de haberse puesto en marcha. Aun dudaban los enemigos si acometerian, pareciéndoles bastante ventaja haber obligado á los co-

(1) Era entonces la voz propia, como haremos ver mas adelante.

muneros á emprender la retirada; mas prevaleció el consejo de otros menos circunspectos que conocieron todas las ventajas de una retirada repentina.

No podian en efecto las circunstancias ser mas felices para las tropas reales. Las de Padilla eran bisoñas, y en caballería inferiores á sus adversarios. Al verse acometidas por la de estos, se desordenaron. Estaba el terreno fangoso por la lluvia que habia caido el dia antes, y seguia cayendo todavía. Los soldados de á pié apenas podian moverse con el lodo hasta las rodillas. La artillería no pudo jugar por esta misma causa, mientras la de los enemigos, hábilmente colocada, hizo destrozos en las filas de los comuneros. Se concibe bien con qué facilidad debieron de desordenarse aquellas tropas bisoñas mal mandadas, aterradas con lo crítico de la situacion, y que se veian acuchilladas por todas partes. Fué la derrota completa y decisiva. Quedó destruido el ejército de los comuneros en Villalar, á pesar de los esfuerzos que hicieron los capitanes y los principales caballeros para restablecer el órden y dar ejemplo de valor á las tropas desmayadas.

En cuanto á Padilla, despues de haberse conducido como capitan y como soldado, arengando á los suyos para que muriesen al menos como valientes, viendo perdida la batalla, y las cosas sin remedio, se metió con cinco ó seis escuderos por los escuadrones enemigos; y habiendo sido conocido por lo apuesto de su persona y rico de sus armas, fué acometido, hecho prisionero y desarmado. Igual suerte tuvieron entre otros Juan Bravo y los hermanos Pedro y Francisco Maldonado.

Los prisioneros fueron conducidos al pueblo de Villalba, que se hallaba inmediato; mas hubo órden de enviarlos inmediatamente á Villalar, donde reconocidas sus personas, y sin formarles causa, se los condenó á morir como traidores.

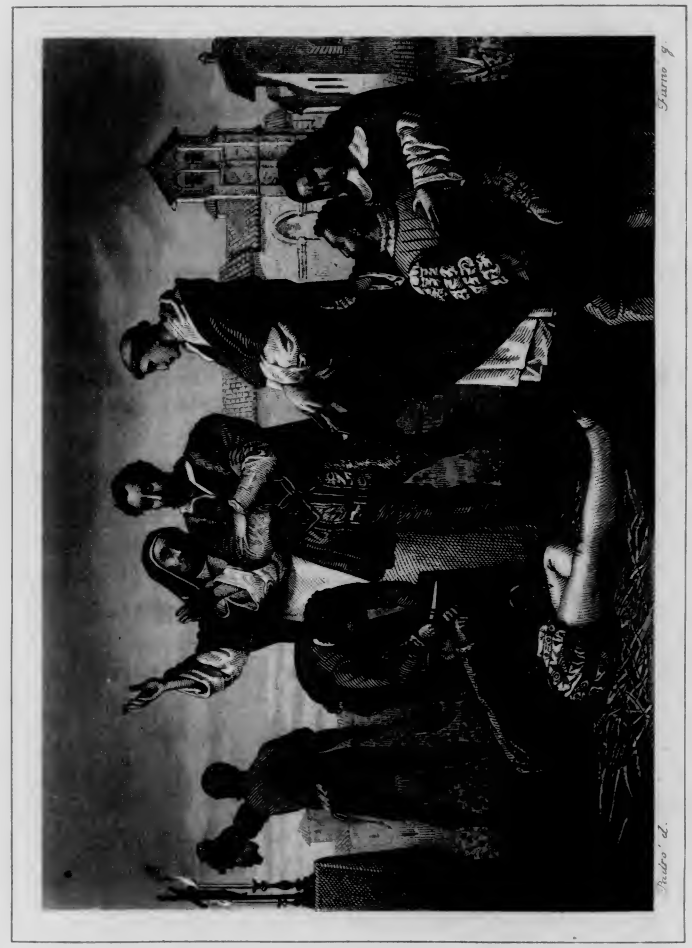
Los tres castellanos, pues Pedro Maldonado no fué incluso en la sentencia, dieron muestras de valor y de entereza en aquellas circunstancias. Como hombres resignados á su dura situacion, se prepararon á la muerte, y con la misma serenidad y constancia marcharon al suplicio. Como iba delante de ellos el pregonero anunciando en alta voz que morian por traidores, «Mientes» dijo Juan Bravo: «por traidores no: mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino.» Entonces Padilla volviéndose á él le dijo con tono grave: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballero; hoy de morir como cristiano.»

Fueron inmediatamente degollados los tres jefes en la plaza pública. Sus nombres han pasado á la posteridad, y vivirán tanto como los anales de España y aun los de Europa, pues son históricos y de todo el mundo conocidos. El de Padilla se presenta sobre todo rodeado de aquel esplendor que da la fama al hombre valiente y desgraciado que perece en obsequio de la buena causa. Sus mismos enemigos le describen como hombre de prendas distinguidas, como un soldado leal y valeroso, como un buen caballero digno de este nombre en los tiempos que el nombre de caballero tenia un gran significado. La carta que escribió á su mujer pocos momentos antes de espirar es uno de los curiosos documentos de la historia, el mayor que nos pudo quedar de la lealtad, valor y fortaleza de alma de Padilla.

A los expuestos se reducen los hechos principales de la famosa guerra de las comunidades de Castilla. Ellos solos bastan para explicar su índole, sus motivos, de qué parte estaba la razon, y qué es lo que unos y otros iban á perder ó ganar en su definitivo desenlace. Los historiadores de aquel tiempo no fueron favorables ni podian serlo á la causa de los comuneros; mas muchas veces pueden mas los mismos hechos que las ideas y opiniones del que los refiere. Es imposible leer al que hemos ya citado, sin formarlas muy diversas de las suyas propias ó que como tales presentaba.

Al mismo tiempo que las turbulencias de Castilla, otras del mismo género, aunque acompañadas de mas desórdenes, estallaban en el reino. El nombre de germanías ó hermandades con que se designaban los promotores de los alzamientos, corresponde bastante bien al de las comunidades de Castilla. Los movimientos de Valencia no alcanzaron la celebridad de los primeros, ni la fama trasmitió con tanto aplauso los nombres de sus jefes. De todos modos quedaron sofocados aquellos alzamientos por los mismos medios; y como el vencimiento es en tales casos sinónimo de la rebeldía, con este nombre fueron distinguidos por los vencedores. La autoridad real adquirió sin duda nuevos apoyos, mas no quedó por esto todavía del todo sofocado el espíritu de independencia en el seno de las Cortes, como se verá mas adelante.

Ya hemos visto que las turbulencias de Castilla tuvieron lugar durante la ausencia del emperador en Alemania, y que allí llegaron con cartas emisarios de las comunidades. Se puede suponer el desabrimiento con que serian recibidos, sobre todo no ignorando Car-



LOS COMUNEROS PADILLA, BRAVO Y MALDONADO, EN EL PATIBULO.

los el estado en que se hallaban los negocios. Un príncipe jóven educado en las máximas del absolutismo real, ya predominantes en su tiempo, rodeado del fausto y la grandeza inherente á la dignidad del primer personaje de la Europa, vió sin duda con secreta indignacion la audacia de unos plebeyos que así le arrostraban y dictaban leyes. Circunspecto sin embargo, y con mas conocimiento de los hombres y las cosas, que podian esperarse de sus verdes años, disimuló cuanto pudo, incierto como se hallaba todavía de la solucion del problema encomendado al fallo de las armas. Sin embargo, cuando supo que la fortuna se habia decidido á su favor, no se mostró resentido, ni jactancioso, ni arrogante. Usó de su fortuna con moderacion: llevó su indulgencia mas allá de lo que todos esperaban: fué muy parco en los castigos, y se mostró con muchos hasta generoso. Sin duda respetó en esto la opinion pública que no podia menos de simpatizar con la causa de las comunidades. Satisfecho Carlos de haber humillado el orgullo de las clases populares, parece que se empeñaba él mismo en condenar al olvido un acontecimiento que empañaba en cierto modo el brillo de una autoridad de que se mostraba tan celoso.

Tomaremos el hilo interrumpido de los procedimientos de las Cortes durante su reinado.

En 1522 se volvieron á reunir en Palencia, y decretaron un servicio de cuatrocientos mil ducados para los gastos de la guerra. Se decretó tambien que á excepcion de los siervos, todos pudiesen traer espadas. Se prohibió en ellas el uso de las máscaras.

En 1527 se volvieron á reunir en Valladolid por clases, brazos ó estamentos de prelados, caballeros y procuradores. Hubo en ellas disputas sobre los asientos. Se trató de un servicio extraordinario para las necesidades de la guerra. Dijeron los caballeros que no darian para ella, si el emperador no salia á campaña, y en este caso no pagarian nada por via de tributo. Dijeron los eclesiásticos que le servirian, mas no por imposicion ni pór servicio decretado en Cortes. Los procuradores hicieron ver que estaban los pueblos muy cargados. No se manifestó, sin embargo, resentido el emperador de semejante negativa.

Las principales disposiciones de las Cortes siguientes reunidas en Madrid en 1534, fueron de que no se usasen mulas de silla, y que los caballeros fuesen todos á caballo.

Las Cortes siguientes reunidas en Toledo en 1538, fueron muy

notables por los grandes debates y espíritu de independencia desplegado en ellas. Se trataba de un servicio muy considerable, necesario con los apuros en que se hallaba el emperador para atender á los gastos de la guerra.

Se reunieron en una sala muchos señores y caballeros, presididos por el Condestable de Castilla. En otra se hallaban los eclesiásticos presididos por el arzobispo de Toledo. En otra se reunieron los procuradores.

Acudieron y se presentaron en estas Cortes algunos personajes extranjeros; el cardenal Farnesio, legado *à latere*, Federico conde palatino del Rhin, el elector duque de Baviera, con su esposa, sobrina del emperador, y otros.

Hizo en estas Cortes el emperador una manifestacion de sus necesidades entrando en pormenores de las causas. Alegó sus guerras emprendidas por bien de la religion y defensa de estos reinos. Concluyó suplicando á las Cortes que proveyesen el remedio, dándole recursos para ello, pagando las deudas grandes que sobre la corona gravitaban.

Uno de los medios que proponia el Emperador era el de la *Sisa* que era una especie de contribucion indirecta apoyada en una disminucion en el peso ó medida pagándose el género como si no existiese tal rebaja.

Los del estado eclesiástico respondieron que por su parte estaban prontos á cuanto pudiesen en alivio del emperador, mas que no pudiendo hacer desembolsos sin permiso de Su Santidad, tratase aquel de negociarlo.

Por los caballeros, respondió el Condestable, que estaban prontos á socorrer al emperador en todas sus necesidades; que si no bastaban los socorros ordinarios, dispusiesen los procuradores que disminuyesen de los censos ó réditos, conocidos con el nombre de juros, lo que fuese necesario para sacar á la corona de su ahogo, haciéndose con preferencia dicha rebaja en lo que se hubiese vendido á menos precio, suplicando él mismo nada se vendiese ni enajenase de las coronas de Castilla. Al mismo tiempo pidieron á S. M. hiciese que los procuradores conferenciasen con ellos las veces que fuese necesario. Y que en cuanto á la sisa, que era lo que pedia el emperador, no podia otorgarla, como un gravámen que dejaba la puerta abierta á tanto abuso, y hasta escándalo en perjuicio de los pueblos.

El emperador respondió, que la sisa era el recurso que se presentaba mas fácil y mucho mas á mano; y que en cuanto á la reunion de los procuradores, no le parecia necesaria.

No estaban acordes los ánimos del emperador y el brazo de los caballeros. El único recurso que queria el primero repugnaba á los segundos. Nombraron estos una comision de doce que los representase á todos, y volvieron á insistir en que se les reuniesen los procuradores; mas el emperador volvió á negarlo.

Por su parte propuso este al brazo popular que sostuviesen el estado y buena conservacion de sus reinos, y que para esto contribuiria S. M. con el servicio ordinario de ayuda: que seria de cargo de ellos sostener las galeras de España, y las de Andrés Doria, y la casa de S. M., consejos, chancillerías, guardias, fronteras y lugares de Africa; mientras S. M. con sus rentas ordinarias de Castilla, y lo que viniese de las islas é Indias, se desempeñaria de los grandes intereses que pagaba.

Mientras tanto temporizaban los grandes por no conceder la sisa, en que Carlos formaba tanto empeño. Obstinado en sostener que era el mejor medio y mas fácil de todos recursos, mandó, con objeto de evitar confabulaciones, que cada uno emitiese en público su voto.

Con este motivo pronunció el Condestable un discurso en la junta, condenando la sisa, no solo por gravosa, sino porque recayendo sobre todos, haria pecheros á los hijos-dalgo que no debian pagar contribuciones, y sí ayudar al emperador en sus guerras, con sus haciendas, sus personas y sus vidas. Que él cien veces negaria la sisa si fuese necesario. Que era mucho mejor que el emperador reformase gastos y se buscasen otros medios. Habló el Condestable con dignidad y energía; mas con mucha moderacion y compostura.

El resultado de esta conferencia, fué que los grandes firmaron una cédula negando la sisa; y al mismo tiempo enviaron al emperador un escrito suplicándole se dejase de guerras, residiese en España y reformase los gastos en su casa. Estaba este papel redactado con moderacion y dignidad, y de letra del conde de Ureña don Juan Tellez Giron, notario mayor de Castilla.

Lo llevaron á palacio tres grandes con el Condestable á la cabeza. Recibió el emperador el escrito y los despidió sin dar respuesta. Poco rato despues se presentó en la junta el cardenal arzobispo de Toledo, y dijo en nombre del emperador, que habia

visto lo que los tres señores le dijeron, y que traia la respuesta por escrito. Estaba esta concebida en muy pocas palabras y tono seco, diciéndoles que tratasen de la sisa, y pronto.

Sucedió todo esto á últimos de 1538. El año se concluyó sin que terminase este asunto tan desagradable, en que por una y otra parte se iban agriando los ánimos sobremanera. A principios de 1539 nombraron los grandes otros diez de su seno para entender en el negocio. Pidieron otra vez que se les reuniesen los procuradores, y otra vez lo negó Carlos. Le volvieron á suplicar que hiciese las paces y no saliese de España. Respondió el emperador que pedia ayuda y no consejos.

Los grandes insistieron en su negativa de la sisa. El emperador los despidió al fin, viendo que ningun partido podia sacar de ellos.

Quedó Carlos muy mortificado y despechado con estas ocurrencias. Hubo muy serias contestaciones con algunos grandes. Autores contemporáneos aseguran que amenazó de echar por un balcon al Condestable, y que este respondió con sangre fria: «Señor, soy chico, pero peso mucho.»

El resultado de estas Cortes tan aparatosas fué que solo las ciudades se prestaron con algun servicio.

Se ve por estas Cortes últimas que el emperador convocó en España, que habia bastante libertad y espíritu de independencia cuando se trataba de pedir dinero; y que aunque los españoles se asociaban á las glorias de su emperador, se resentian de los gastos que les acarreaba su grandeza.

Las rentas de la corona en tiempo de este monarca no eran pingües, á lo menos no cubrian sus necesidades. Costaba la guerra mucho á los reyes de aquella época, y el sistema tributario no podia estar todavía en consonancia con el de mantener tántas fuerzas permanentes. Los antiguos reyes de Castilla tenian este embarazo menos, pues las tropas que entraban en campaña eran los contingentes con que los grandes señores y feudatarios contribuian, como condicion del feudo. Así las guerras costaban mucho á la corona. Con las propiedades de esta que se consideraban como patrimonio suyo; con impuestos locales como pago y retribucion de los privilegios que á los pueblos concedian; con los derechos de portazgo, barcaje y pontazgo como indemnizacion de lo que costaba la proteccion de los caminos; con los impuestos por cabeza sobre los judíos y moros que permanecian en el pais que se

iba conquistando: con otras contribuciones igualmente directas que se pagaban por cada vecino, bajo el título de moneda forera, martiniega, y martazga, yantar del rey, chapin de la reina, etc.; con las multas y penas pecuniarias que por ciertos crímenes y en su expiacion se recogian; con otras contribuciones de un órden igualmente precario, vivian y sostenian su casa y corte aquellos príncipes. Poco á poco fueron viniendo los diezmos, contribucion ordinaria de los moros, que pasó con la dominacion de sus pueblos á los príncipes cristianos; la contribucion de la cruzada para hacer la guerra á los infieles; las tercias reales, ó sea el tercio del diezmo eclesiástico; la renta de las aduanas, la famosa alcabala cuyo nombre indica bien su orígen árabe, contribucion directa sobre todo lo que pasaba de una mano á otra por via de venta, y que al principio ascendia á nada menos que la décima parte de su importe; por fin el monopolio de todas las salinas del reino á favor de la corona; el almojarifazgo, décima parte de las mercancías que entraban en España procedentes de paises extranjeros, que se extendió despues á Indias; pagándose un vigésimo de lo que se embarcaba en los puertos de Andalucía, y otro de lo que desembarcaba en América; el tributo de puertos secos, por el que se pagaba la décima parte de las mercancías que de Navarra, Aragon y Valencia salian para el interior de España, y viceversa; el tributo de lana, por el que se pagaban dos ducados por la salida del reino de cada saca (diez arrobas), si era propiedad de español, y cuatro si de extranjero; el señoreazgo de moneda, por el que de cada marco de plata, valor de seis ducados, se daba al rey un real; el ejercicio, ó sea la contribucion anual que pagaban las provincias de España por los esclavos y galeras; el impuesto sobre las barajas que venian del extranjero, exigiéndose medio real por cada una; el de los paños florentinos, cuya introduccion en España era de seis ducados; la contribucion de millones, por la que todos los años pagaban los pueblos de España dos millones de ducados; la de la Almadraba, sobre la pesca de atun; el subsidio eclesiástico; el producto de las minas de Almaden, Guadalcanal y Sierra Morena.

Sobre todas estas rentas gravitaba el pago de los réditos ó intereses por la deuda del Estado, llamados *juros*, porque como propiedad reconocida y jurada, se trasmitia por via hereditaria ó de otro modo. Estos pagos eran muy crecidos, en atencion á lo que valia entonces el dinero, y la frecuencia con que la corona se ha-

llaba precisada á contraer empréstitos. Así se ve que en las Cortes de 1538 se propuso como un arbitrio, el que se disminuyesen estos pagos ó réditos, en atencion á lo baratos que se habian vendido.

Las rentas de la corona se administraban por arrendadores, que pagaban por ellas una suma fija, entendiéndose ellos mismos con los contribuyentes. Abria este sistema la puerta á mil injusticias, arbitrariedades precedidas de desigualdades de reparto, y al método vejatorio y opresivo con que los impuestos se levantaban y exigian. Tampoco era muy beneficioso á la corona, pues muchas veces no la pagaban los arrendadores, alegando que no eran ellos pagados por los pueblos. Fué, pues, bajo este doble aspecto objeto de clamores, pidiendo los pueblos que se cambiase por el de encabezamiento, comprometiéndose á pagar sin coacciones ni violencias. Así lo hemos visto propuesto en 1511 en las Cortes de Burgos, pidiendo el encabezamiento los procuradores hasta que se pudiese poner puja; prueba de que las licitaciones no se hacian á pública subasta.

Para cubrirse el déficit que estas rentas y contribuciones dejaban, sobre todo en lances extraordinarios, era preciso que las Cortes decretasen lo que se llamaba el servicio, que era mas ó menos extraordinario, mas ó menos cuantioso, pagadero á mayor ó menor plazo. Hé aquí lo que daba á las Cortes tanta importancia en la balanza del Estado; lo que las puso en ocasiones de muy mal humor durante la época de Carlos V; lo que las hacia alzar tantos gritos sobre sus guerras continuas; lo que en último análisis produjo el alzamiento de las comunidades de Castilla. El emperador pedia mucho, y ellas no estaban siempre de humor de ser condescendientes. El arbitrio de la sisa propuesto por la corona en las de 1538, fué, como hemos visto, rechazado, y con mas viveza, por parte de los caballeros, que de los procuradores. Esta contribucion indirecta, que tenia por base una disminucion en el peso ó medida, pagando el género, como si no existiese tal rebaja, se presentaba como un campo abierto á los mayores desórdenes y estafas. Así fué absolutamente negado, y Carlos V tuvo que pasar por ello, viéndose en precision de apelar este emperador á varios arbitrios, en atencion á lo mal que sus rentas cubrian sus necesidades. En 1529 obtuvo bula del papa Clemente VII, para desmembrar de los bienes pertenecientes á las órdenes militares, iglesias y monacales, los

suficientes para formar una renta de cuarenta mil ducados anuales. En 1538 se extendió la misma concesion á los patronatos de legos y primiciales que se hallaban mezclados con las encomiendas, obligándose el rey á indemnizar las órdenes militares con alcabalas y propiedades en el reino de Granada.

En 1546 obtuvo una bula de Paulo III para desmembrar de las iglesias y monasterios, pueblos, castillos y jurisdicciones, mediante su ulterior reintegro, lo necesario para una renta anual de quinientos mil ducados. Se trataba entonces de la guerra que hemos mencionado contra los príncipes luteranos del imperio, y para cuyo fomento se comprometió el papa á mantener seis meses doce mil infantes y quinientos caballos. Además otorgó al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas durante un año, y le dió facultad para enajenar fincas de iglesias y monasterios. Mas fué tal la oposicion de las corporaciones eclesiásticas á esta medida del emperador, que alarmaron su conciencia y le hicieron desistir de este designio.

En el reinado de Felipe II hablaremos de un negocio de esta clase mucho mas ruidoso y complicado en que entendió este príncipe (1553), hallándose entonces de regente del reino con plenos poderes de su padre.

Las Cortes otorgaron á este monarca por via de servicio extraordinario:

En 1517 ciento cincuenta millones de reales cobrados en tres años.

En 1520 trescientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1523 cuatrocientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1525 concedieron para gastos de la boda cuatrocientos mil ducados.

Con el mismo objeto ofrecieron los abades monacales la plata de sus iglesias.

Los comendadores de las órdenes militares cedieron la quinta parte de sus rentas.

En 1527 le dieron los abades de San Benito doce mil doblones.

Además de todos estos arbitrios se suspendieron los acostamientos, ó sea pensiones dadas sobre rentas; se reintegraron muchas alcabalas que estaban enajenadas de la corona; se vendieron nuevos juros sobre rentas, se vendieron asimismo bienes y jurisdicciones de monasterios; se desmembraron cuatrocientos mil ducados de renta de los bienes de las órdenes militares; y quinientos mil ducados de oro, de los monasterios monacales.

A todos estos recursos hay que añadir lo que este emperador recibió de América, que aunque no ascendió á muy crecidas cantidades por lo poco regularizado de las rentas é impuestos de aquellas posesiones, siempre serian muy considerables. Los historiadores no andan bien explícitos sobre su importe, ni están de acuerdo, ó por mejor decir, apenas mencionan el total á que ascendieron sus rentas en España. No hay que perder de vista que á los gastos del emperador acudian tambien Nápoles, Sicilia, el estado de Milan, sobre todo los de Flandes, tierra rica, industriosa, comerciante, de grandísimos recursos. Sin embargo, el emperador Carlos V rara vez salió de ahogos, y murió con deudas.

En el reinado de su hijo entraremos en pormenores mas extensos sobre las rentas del Estado, cuyo importe se fué aumentando poco á poco, con lo cual, y el mejor arreglo en su administracion, la corona se fué emancipando poco á poco de las Cortes. Humillada, pues, la aristocracia, reducida á casi nada la importancia de los procuradores de los pueblos, con tropas permanentes, con rentas fijas y cuantiosas que eran dueños de aumentar por medio de decretos ó pragmáticas meramente administrativas, los reyes de España se hicieron absolutos de hecho.

El rey de Francia era mas despótico en su pais, y disponia con mas desembarazo de los recursos del Estado. Las asambleas, llamadas allí estados generales, se convocaban muy rara vez, y solo en circunstancias muy extraordinarias. Con unos estados mucho menos considerables, pudieron Francisco I y Enrique II hombrear á la par con Carlos V. El primero puso en su última guerra contra el emperador cinco ejércitos en campaña al mismo tiempo (1). Y como esta fuerza al mismo tiempo que instrumento de ambicion de los príncipes en sus contiendas fuera, lo eran á la vez del poder absoluto que ejercian dentro, pasaremos á dar alguna idea de los establecimientos militares en aquella época.

---

(1) De los parlamentos de Inglaterra y Escocia, que tanta influencia tenian en los subsidios de la corona, hablaremos á su debido tiempo; lo mismo que de los Paises-Bajos, donde la autoridad del príncipe, sobre todo en este ramo, se hallaba bastante coartada.

CAPITULO VI.

Fuerzas militares en tiempo de Carlos V.—Organizacion.—Armas.—Equipo.—Táctica.—Artillería y fortificaciones.—Sitio de Rodas.

Hemos hablado al principio de esta obra del celo con que la mayor parte de los reyes de la Europa se aplicaron á fines del siglo XVI al establecimiento y organizacion de una fuerza armada permanente. Prescindiendo de toda consideracion política, abrió esta importante innovacion una nueva época para el arte de la guerra. Lo que nos dicen de él los historiadores de la Edad media, es muy oscuro, tratándose de la parte material, tan diferente de la que vemos en el dia. Variaron, en efecto, el modo de alistarse los ejércitos, la organizacion de sus diversos cuerpos, las armas del combate, lo que se llama táctica en los diversos movimientos, maniobras y demás operaciones de la guerra. Varió todo, y nosotros no podremos familiarizarnos, con lo que sobre este particular estaba vigente en aquel tiempo, no explicándolo bien los historiadores coetáneos, ó escritores dedicados exclusivamente á la parte técnica del arte. Por otra parte, extraños la mayor parte de estos á la profesion militar, no pensaron que serian sus escritos objeto de muchas investigaciones infructuosas. Cuanto se sabe en esta parte, es solo por conjeturas, por inducciones, por monumentos materiales que nos han quedado, por el conocimiento que tenemos del estado social de aquella época; por reglamentos, leyes, cartas, llamamientos á la guerra, por la relacion de algunas expediciones militares. Sa-

bemos, pues, que cuando convocaba el rey á sus grandes feudatarios, se presentaban estos con sus vasallos en mayor ó menor número, segun sus posibles ó condiciones del feudo; y que con estos contingentes, ó sea tributo de hombres, se formaban entonces los ejércitos, que no estaban sobre las armas sino por el tiempo de la guerra. Sabemos cómo eran las armas ofensivas y defensivas que usaban, pues casi existen en el dia; el poco aprecio que entonces se hacia de la infantería, y el estado de rudeza en que se hallaba. Nadie ignora que el nervio de la guerra era la caballería, y que por el número de lanzas se comenzaba á calcular la fuerza de un ejército. La importancia que se daba á la caballería, se deja ver bien por la institucion de la órden ó asociacion, con este nombre conocida, por las pruebas por que tenia que pasar un hombre para ser armado *caballero*, y por las solemnes ceremonias con que iba este acto acompañado. El brillo, la grandeza de esta institucion, es para nosotros los españoles de una evidencia positiva y práctica, por ir todavía la voz de *caballero* entre nosotros, enlazada con la idea de buena educacion, de honradez y nobleza en las acciones. Hé aquí lo que se sabe de positivo; lo demás es asunto de mucha controversia. Hasta las opiniones varian sobre la introduccion en el arte de la guerra de un agente nuevo y poderoso, á saber, el de la pólvora; sobre el modo de usarla, sobre la introduccion de la artillería, es decir, de las bocas de fuego; pues la voz *artillería* tenia entonces un significado mucho mas extenso. Todos estos puntos históricos han dado lugar á mil sistemas diferentes, y el número de críticos ó comentadores ha sido mayor que el de los autores comentados.

Abrió, pues, la introduccion de las fuerzas armadas permanentes, una nueva época en la historia del arte de la guerra, no solo por la consistencia, la regularidad que se dió á estos establecimientos, sino porque participó el arte de las ventajas de una época de luces. El mismo gusto, la misma aplicacion, contraidos á los demás ramos del saber, se dedicaron á la ciencia de la guerra. Hubo escritores militares, como teólogos y jurisconsultos, y si sobre algunos puntos nos dejaron en la oscuridad, pues escribian para sus contemporáneos, nos ofrecen siempre mayor grado de instruccion que sus predecesores.

La guerra comenzó á ser una profesion, ejercida bajo los auspicios de los que alistaban y pagaban los ejércitos. Aquellas bandas

de condottieri, que en los siglos XIV y XV vagaban de una parte á otra con sus tropas para venderlas á quien mas pagaba, adquirieron mayor regularidad, hicieron un servicio mas estable y permanente. La guerra llegó á ser una industria casi general, y los ejércitos se hicieron poco á poco mercenarios. Aquella órden de caballería, que hizo un papel tan distinguido en la Edad media, fué desapareciendo poco á poco. Las ceremonias de ser armado caballero, fueron ya muy raras, y las mas veces, meras fiestas de aparato. Ya se presentaban los jinetes vestidos de todas armas sin este requisito. Se hicieron los hombres mas positivos, mas calculadores, y el espíritu de investigacion penetró en todas las clases del Estado.

Para comenzar por España, desde la última mitad del siglo XV se hicieron los primeros ensayos de la fuerza permanente. Se puede asignar este principio á la creacion de las famosas hermandades formadas en 1464 por los pueblos de Avila, Arévalo, Segovia y Talavera, para repeler las continuas correrías y violencias que en los caminos eran tan frecuentes. Aprobadas por Enrique IV fueron regularizadas en 1476 por los Reyes católicos, extendidas á varios pueblos de Castilla, pasando á Toledo, y en seguida á Andalucía. Por cada cien vecinos se echó una contribucion de diez y ocho mil maravedises, para mantener un hombre de á caballo. Hé aquí el primer orígen de las hermandades.

Fueron estos soldados divididos en compañías á cargo de sus respectivos capitanes. Tenian además alcaldes civiles que entendian en su organizacion, en sus leyes interiores, y además juntas de gobierno para lo económico y administrativo.

Tenian las hermandades ciertos fueros y privilegios, y entendian privativamente en cierta clase de delitos. Todos los cometidos en caminos públicos, en despoblados; los homicidios, las heridas, los robos, los allanamientos de casas, violencias á mujeres, presos escapados; en fin, toda infraccion de ley cometida á viva fuerza, entraba en su competencia, y era avocada á su tribunal, cuyas atribuciones eran, como se ve, muy extensivas é importantes.

Se pueden comparar los servicios de las hermandades, si prescindimos de su jurisdiccion, con los de la actual gendarmería francesa.

Las hermandades estuvieron en todo su vigor en todo el curso del siglo XV; fueron constantemente tropas de á caballo, y entraban

muchas veces á formar parte del ejército. Desde el principio del siguiente decayeron algo, pero subsistieron.

Se comenzaba, pues, á hacer ensayos de fuerzas permanentes en el año 1493. Despues de la conquista de Granada se instituyeron cuerpos de caballería. Se prohibió á los que habian servido en esta arma la venta de las suyas; se dió órden para que las personas, segun su rango, su condicion y su fortuna, estuviesen siempre provistas de armas para cuando lo exigiesen las necesidades del ejército. Se hizo un alistamiento general, y se mandó que por cada doce vecinos se alistase y armase á su costa un soldado de á pié para cuando se le llamase á la bandera. Se concedieron privilegios, se les asignaron sueldos para cuando entrasen en campaña. Mas aunque se deseaba mucho tener estos cuerpos permanentes, ponia grandes obstáculos su excesivo gasto.

Conocian demasiado los Reyes católicos la importancia de tener tropas á su disposicion para que no fomentasen con ahinco su alistamiento, su organizacion y su enseñanza. Hubo en su reinado campos de instruccion para este objeto, que prosperaron poco, habiéndose tenido que abandonar el establecimiento; tal era el hábito del desórden, la carencia de la táctica, y la escasez de fondos para mantener sobre las armas tanta gente.

Fernando el Católico fué el primer rey de España que tuvo una guardia de á pié armada de picas, espadas y alabardas. Llevaban una especie de uniforme á que daban el nombre de librea.

En medio de ensayos tan imperfectos, se pueden considerar los Reyes católicos como fundadores del ejército español. A pesar de mil obstáculos, la infantería llegó á formarse y merecer aquella fama que tuvo constantemente en toda Europa. Echaron los cimienmientos de la obra; las diferentes mejoras que hubo despues, partieron todas de este orígen.

En la guerra de Granada aparecen ya este órden y uniformidad que distinguen las épocas modernas. Fué una guerra metódica, bien comenzada, bien dirigida, llevada con tino y con valor á su definitivo resultado. Hubo en ella un conjunto de marchas, expediciones, sitios y tomas de plazas que la hacen objeto digno de estudio para los inteligentes. Las tropas, los aprestos, el material de todo género, las máquinas de batir, todo se presenta allí bajo un aspecto formidable.

Se empleaban en dicha expedicion todas las clases de piezas de

artillería que se usaban en aquella época. Se hace mencion de lombardas, ribadoquines, cerbatanas, pasavolantes, buzanos, etc. El número se ignora, mas consta que en el sitio de Loja habia de lombardas mas de veinte.

Comenzaba la artillería á hacer un gran papel en las guerras de aquel tiempo y aun de tiempos anteriores. En la crónica de don Juan II se hace mencion de las piezas empleadas en el sitio de Septenil al principio de aquel siglo. Se habla allí de una lombarda grande, de otra de Gijon, de otra de la Banda, de otras dos de Fuslera con cureñas, de diez mantas (defensas de madera para los asaltos), con sus pertrechos, de útiles de minas, de alquitran, de pólvora, de arcas de los pasadores (saetas), de nueve fraguas de herreros, de cincuenta quintales de hierros de toda clase de ferramientas, de muelas para afilar, de tacos de lombardas, de truenos (tiros) de carbon, de gente para cortar madera, para cuidar de los carpinteros, labrar piedras para las lombardas, conducir los que han de labrar con hachas, adobar carretas, conducir escalas en acémilas. Para todos estos objetos se designan los bueyes que los conducian, las gentes de armas que los escoltaban, etc.

El ejército que hizo la guerra en Granada, segun el cronista de los Reyes católicos Hernando del Pulgar, presentó en el alarde que se hizo de las tropas despues del sitio de Baza, cuarenta mil hombres de á pié y trece mil de á caballo. El autor da el nombre de *batallas* á los diferentes trozos ó divisiones de que se componia. Así habla de la primera batalla, de la segunda, de la tercera, etc., de la batalla *real*, es decir, de las tropas que rodeaban de mas cerca la persona del monarca.

Despues de la *batalla real* iba otro trozo para separarse del *fardaje*, que venia en seguida y estaba protegido por el último trozo que cerraba la columna.

El autor á quien aludimos inserta todos los nombres de los diferentes jefes que mandaban las subdivisiones de esos trozos ó batallas. Unos las conducian como jefes naturales, otros como subordinados y sustitutos de sus señores respectivos. Era una mezcla del antiguo feudalismo con las instituciones modernas que planteaban los dos reyes. No se ven por toda esta reseña mas que trozos desiguales y sin armonía; unos con infantería y caballería, otros sin esta arma, otros sin la primera. La sexta por ejemplo se componia de trescientas cincuentas lanzas solamente: la séptima de cuatrocientas

veinte lanzas y doscientos peones. Nada hace ver mejor lo escaso de las tropas regulares y los pocos progresos que se habian hecho todavía en este ramo de ejército estable y permanente.

Mas el plan se llevaba adelante, y debia de producir sus resultados. La escuela de la formacion é instruccion de los ejércitos permanentes, no podia ser mas eficaz y mas activa. Las tropas conquistadoras de Granada se embarcaban para Nápoles; se aprestaban expediciones á la costa de Africa, y el reino de Navarra estaba umy próximo á ser presa de las armas castellanas.

El cardenal Jimenez de Cisneros continuó la obra de los Reyes católicos en el establecimiento de tropas permanentes. Fué uno de los primeros cuidados de su administracion, mandar que se hiciesen alistamientos de infantería y caballería en todos los pueblos, segun sus posibles, y el número de sus vecinos. Los grandes se mostraron enemigos de esta providencia, así como ya lo eran de la autoridad del cardenal, cuyo derecho á la regencia disputaban. Era muy grande la complacencia que tenia el prelado en humillarlos. Abatió, en efecto, la arrogancia de aquellos magnates un fraile franciscano, sin mas armas que el ascendiente de su genio. Un dia que le preguntaron en virtud de qué derecho ejercia una regencia que el rey Católico no podia haberle delegado, los llevó á una plazuela que caia á espaldas de su casa, y enseñándoles algunas piezas montadas de artillería: aquí están mis derechos, respondió el cardenal; dejándolos reducidos al silencio. Nada muestra mas hasta qué punto habian descendido los Grandes de Castilla, lo bien que habian trabajado los Reyes católicos en consolidar su nueva autoridad á expensas de la de ellos. Encontró, sin embargo, grandes obstáculos la órden que dió el cardenal de alistamiento. En algunas partes fué desobedecido abiertamente. En Valladolid, en Segovia, corrieron los descontentos á las armas, y llegaron á reunir treinta mil hombres, por las sugestiones de los Grandes.

Quedó el cardenal muy desairado en esta empresa, y murió sin haber visto consolidada la obra del alistamiento. Mas la presentacion de Carlos en la escena política, anunciaba claramente que se llevaria adelante la idea de consolidar la fuerza permanente en lugar de abandonar lo ya emprendido y comenzado. El siglo XVI que se habia abierto con guerras en Nápoles, en Africa, en Navarra, en el Norte de Italia, continuó siendo tan célebre por su espíritu marcial, como por sus artes, sus ciencias, sus descubrimientos y controversias religiosas. No pudo menos de sentir la influencia de reformas y mejoras el arte militar, al cual los príncipes daban una altísima importancia.

Era ya la carcera de las armas, como hemos dicho, una profesion particular separada de las otras, un ramo de industria que proporcionaba mas ó menos ventajas pecuniarias segun la fortuna de las armas, el valor, la capacidad ó el favor de que disfrutaba un individuo. Los alistamientos eran voluntarios, y las tropas iban adquiriendo un carácter tal de mercenarios que despojaban casi de nacionalidad unas contiendas que eran mas bien de príncipe á príncipe, que de pueblo á pueblo. No era muy numeroso el cuerpo de los españoles que combatieron en Italia en las filas del emperador en las campañas de 1521, 1522, 1523, 1525 y demás que concluyeron con la brillante victoria de Pavía. A pesar de la predileccion que tuvo Carlos V por los de esta nacion, no era español el general en jefe Próspero Colonna, ni su sucesor Carlos Lannoy, virey de Nápoles, ni aun en rigor el marqués de Pescara Fernando de Abalos, aunque de españoles descendia. No eran verdaderamente todos estos jefes mas que soldados de fortuna. Eran la mayor parte de sus tropas, italianos, suizos, alemanes que se reclutaban con mucho costo, y no podian retenerse en las banderas sin pagas muy crecidas.

En Suiza y Alemania se celebraban con particularidad estas ferias ó mercados de hombres. Allí acudian indistintamente, tanto los emisarios de Carlos V como los del rey de Francia. No se desdeñaban los hombres mas eminentes de desempeñar la comision del alistamiento de estos mercenarios. Cuando el ejército imperial se retiró de sobre los muros de Parma, estaba esperando un gran refuerzo de suizos que habia ido á buscar el cardenal de Sion, á nombre del pontífice. Cuando marchó Francisco I á poner el sitio de Pavía, estaba ausente del ejército imperial el condestable de Borbon en busca de otro cuerpo de estos mercenarios. Habia de este modo suizos, alemanes é italianos en los dos ejércitos que combatieron en esta batalla memorable.

Para estos aventureros que abrazaban la carrera de las armas como un mero ramo de industria, no habia mas alicientes que la paga y el botin nada escaso, ni poco frecuente en dichos tiempos. Cuando faltaba la primera, lo que no era raro, se abandonaban á excesos de indisciplina, que ponian en crueles embarazos á los generales, obligándolos á dar batallas para proporcionarles los recur-

sos que faltaban en las cajas militares. Ya hemos visto que el asalto y saco de Roma no tuvo por objeto principal sino acallar á los alemanes que estaban en completa sedicion por falta de socorros. Lantrech se vió obligado á dar la batalla de la Bicoca, amenazado por sus suizos de que abandonarian sus filas si no los pagaba ó llevaba al enemigo.

Habia entonces otro ramo de industria militar, ya desconocido en nuestros dias; á saber, el rescate de los prisioneros. Los soldados ó individuos de las clases inferiores que los cogian los vendian por lo regular á los capitanes y jefes del mas alto rango, quienes los mantenian de su cuenta, y se entendian sobre el precio del rescate con ellos ó con sus familias. Despues de la batalla de Pavía, compró el marqués de Pescara por muy poco precio á Enrique de Albret, que se intitulaba rey de Navarra, uno de los prisioneros que se hicieron en aquel encuentro; y como el emperador se le quisiese reclamar en atencion á su carácter de soberano, declaró el marqués que no lo soltaria por menos de cien mil escudos de oro, entrega que no tuvo efecto por haberse escapado el prisionero.

Como la guerra era una profesion, y los soldados se pagaban tanto mas cuanto mayor era su pericia en el manejo de las armas, se dedicaban mucho á la adquisicion de los conocimientos que los hacian tan recomendables. Concluida una campaña, ó tal vez antes, pasaban al servicio del ejército enemigo, sin que se extrañase que los hombres se vendiesen al que mas pagaba. Los soldados así constituidos se enconomizaban cuanto mas podian; y no siendo por la codicia del botin, no podian correr gustosos á un peligro del cual no podian redundarles ventajas materiales. Sea por esta causa, sea por la poca eficacia que hubiese adquirido la infantería, sea por lo cubiertos de hierro, que iban los caballos, eran poco mortíferas entonces la batalla.

La guerra costaba mas entonces (guardando la proporcion de los hombres empleados), en atencion á lo caro de los alistamientos y lo alto de las pagas, teniendo siempre en cuenta el precio del dinero. Y como estos desembolsos eran por lo regular superiores á las rentas de los príncipes, tenian que ser poco numerosos los ejércitos, que licenciaban en gran parte á la conclusion de una campaña. El mayor ejército que tuvo Carlos V fué el que llevó sobre Metz de cincuenta mil hombres, que entonces pasó por formidable.

En cuanto á los españoles nunca fueron mercenarios, es decir,

en el sentido de vender su sangre á potencias extranjeras. Si hacian la guerra en muchos paises de Europa, fuera de su patria suelo, era siguiendo las banderas de sus reyes. En todas partes acreditaban su valor, su displina, su instruccion en el arte militar, su carácter sufrido en medio de las privaciones. A ellos se debieron principalmente los triunfos adquiridos en Pavía.

No se conocian en aquella época lo que llamamos divisas militares. En rigor no habia gran uniformidad ni en armas, ni en vestuarios, de que cada cual se surtia segun su esfera ó sus posibles. Era muy brillante, muy lujoso y muy marcial el traje militar de aquellos tiempos. Las armas eran riquísimas por lo regular; y en su fabricacion esmerada se distinguian los artífices de aquellos tiempos. Casi todos los jefes principales iban armados de corazas, y llevaban por lo regular encima sayos ó sobrevestas de terciopelo forrado de armiños ó telas ricas. Como se maniobraba poco durante una accion, los mismos generales peleaban á veces en persona.

A pesar de que las tropas eran mercenarias, ó quizás porque lo eran, y la milicia una profesion, eran visibles los proyectos del arte, y comenzaba á considerarse como un ramo del saber humano sujeto á observaciones, á reglas y preceptos.

El paso mas importante que se dió en la línea de las reformas de consideracion fué restituir á la infantería la importancia que le habian dado los griegos, y sobre todo los romanos, y de que le habian despojado los siglos que se llaman de Edad media. No gozaba de ninguna consideracion durante esta época una arma que antes se habia reputado como el verdadero fundamento de un ejército. Estaba entonces mal vestida, mal armada, con poca instruccion, compuesta de las clases mas ínfimas de la sociedad, sin que apenas su mas ó menos número fuese de gran cuenta. La base principal de los ejércitos, lo que en la opinion comunmente recibida constituia su fuerza, era la caballería, sobre todo la pesada, cuyos individuos recibian la denominacion de gentes de armas, é iban cubiertos de hierro, extendiéndose la misma defensa á sus caballos. Cada uno de estas gentes de armas llevaba á sus inmediaciones tres ó mas, mas ligeramente armados y montados en guisa de escuderos ó sirvientes, y esta asociacion ó grupo recibia la denominacion de lanza. Así se contaba el ejército y los trozos de que se componia, por lanzas.

Cuando con el renacimiento de las letras se estudió la antigüedad y resucitaron sus grandes escritores, hizo sin duda impresion la importancia que daban á las tropas de á pié, y hasta qué punto formaban el núcleo y la fuerza, sobre todo en los ejércitos romanos. Todos los príncipes de Europa se dedicaron casi á un tiempo á la mejora de su infantería, siendo de notar que la base de las reformas fué una imitacion mas ó menos perfecta de la legion romana, con las diferencias indispensables en la de las armas; comenzándose á introducir poco á poco en la infantería las de fuego. Los pasos que sobre esto se dieron en España, en Francia, en Italia, en Alemania parecen simultáneos. La infantería salió de su abyeccion, y desde entonces fué el servicio en sus filas honorífico, digno de las mayores distinciones.

La infantería española comenzó muy pronto á distinguirse y á adquirir un renombre que no perdió ni en aquel ni en el siguiente siglo. Se hizo objeto de respeto y admiracion en Nápoles, bajo el mando del gran capitan, y este brillo lo conservó en los ejércitos de Carlos V. Cuando describamos las guerràs de su hijo, se la verá representar un papel igualmente distinguido.

Los trozos primitivos de esta infantería, que corresponden sobre poco mas ó menos á nuestros batallones, se llamaban *Tercios*; y compuestos de mas ó menos compañías segun las circunstancias del alistamiento. La clase inmediata á la de soldado raso era la de caporal, que corresponde á nuestro cabo. Habia cuatro caporales en cada compañía. Despues seguia la de sargento, nombre bien conocido entre nosotros. Cada compañía tenia su bandera. Era el capitan quien la formaba, alistaba y entretenia. El oficial que llevaba la bandera de la compañía, tenia el título de alférez.

Sobre la clase de capitan habia la de sargento mayor, nombre tambien muy conocido de nosotros. Eran sus funciones parecidas á las que ejercen en el dia los segundos jefes. Entendian en la contabilidad de todo el cuerpo, en los pormenores del servicio, en llevar el alta y baja de las diferentes plazas, en la instruccion y táctica de su tercio respectivo, en todo lo relativo al arreglo de las marchas, al señalamiento y trazado de los campamentos.

El jefe del tercio tenia el nombre de maestre ó mestre de campo, usado tambien por los franceses. Eran sus funciones muy parecidas á las de nuestros coroneles, por lo que no necesitan explicarse.

La infantería iba armada de picas, y una parte mas ó menos considerable, de arcabuces. Eran los cañones de estos mas largos y de mas calibre que los de nuestros fusiles. Los arcabuceros llevaban una horquilla en que los apoyaban en el momento de hacer fuego, y como las llaves no estaban inventadas todavía, usaban para darles fuego de una mecha.

Algunos piqueros iban armados de rodela. No la llevaban los arcabuceros. Tambien se conocian soldados armados de ballesta; mas esta arma habia comenzado á desaparecer á fines del siglo precedente. Desde que se conoció el alcance y eficacia de las balas, quedaron en desuso los demás géneros de proyectiles. Picas y arcabuces eran conocidos en aquel siglo y aun en el inmediato, hasta su último tercio, que quedaron solo mosquetes ó fusiles.

Con cada dos, tres ó mas tercios, se formaba un escuadron, llamado así por la forma de cuadro que se le daba en órden de batalla. Habia *cuadros de terreno* que equivalian á nuestros cuadros actuales de infantería, y cuadros de hombres que venian á ser la falange griega ó macedonia. Regularmente tenian 60 hombres de frente y 20 de fondo, y al revés, 20 en el primer sentido, y 60 en el segundo. Suponemos que la primera formacion seria la de batalla, y la segunda la de marcha ó de columna. Cuando se veia un escuadron amenazado por todas partes de caballería, formaba el cuadro verdadero, bien de terreno, bien de hombres, segun las circunstancias. Los piqueros se consideraban como la infantería de línea; los arcabuceros formaban regularmente en los ángulos del escuadron ó en sus filas centrales, haciendo fuego por encima de los primeros, que se bajaban un poco en el acto de hacer la puntería y los disparos. Tambien se componian por lo regular de arcabuceros las tropas de vanguardia.

Para saber la poca eficacia de esta arma arrojadiza, nos basta leer en Sandoval, que en la jornada de Pavía hubo soldados que dispararon hasta *diez tiros* durante la batalla. Otra cosa no podia suceder tratándose de una arma tan incómoda, tan pesada, que era preciso apoyar sobre una horquilla para hacer bien la puntería, necesitándose además la mecha para dispararla. En las relaciones de conduccion del material de guerra se hace mencion de carros de pólvora y carros de *balas ó pelotas* como entonces se llamaban, lo que da á entender que no se conocian los cartuchos. Los soldados llevaban sin duda por separado entrambas cosas. El mismo histo-

riador en la relacion de la batalla ya citada, nos dice que los arcabuceros españoles para cargar con mas velocidad, habian tomado la precaucion de meterse las balas en la boca.

La caballería se dividia en pesada ú hombres de armas, y ligera. Los primeros iban armados de todas armas, de casco, coraza, espada y lanza. Los segundos usaban por lo regular arcabuces, y si algunos llevaban coraza iban sin rodela. Usaban además una especie de pica ó lanza corta á que daban el nombre de jineta. La caballería formaba cuerpos de 400 á 500 hombres.

En cuanto á la artillería, ya se ha conocido su grandísima importancia de mucho mas antiguo. En la construccion de sus piezas, entraba á par que el interés de la defensiva ó la ofensiva, el amor propio y orgullo de los príncipes. Era la construccion de los cañones objeto de un gran lujo, y los reyes rivalizaban sobre quién los tendria mas largos y de mas calibre. No hay mas que ver las molduras, los adornos con que se ha querido engalanar estas máquinas de destruccion, para hacer ver la importancia que se daba entonces á un objeto que hoy parece secundario.

Eran de enorme tamaño y desmesurada carga ciertas piezas que con el nombre de bombardas ó lombardas se emplearon á principios del siglo XV en el sitio de Balaguer y de Setenil, en el reino de Granada. A mediados de aquel siglo, hizo un gran papel en el sitio de Constantinopla un cañon monstruoso que llevaba consigo Mahoma II, como el instrumento mas eficaz de su conquista. Tenia 12 palmos de circunferencia; calzaba una bala de piedra de seis quintales, y era su alcance de una milla. Era tan tremenda su explosion, que para evitar sustos se avisaba antes de ponerle en juego con objeto de probarle. Tiraban de él treinta carros con sesenta bueyes. Iban delante 250 obreros allanando los caminos por donde transitaba, y para andar 150 millas fueron precisos cerca de dos meses. Un cañon mas considerable todavía se conservaba ó se conserva en el castillo de los Dardanelos. Calzaba una bala de quince quintales, y la arrojaba á la distancia de 600 toesas.

En la ciudad de Baza se hallaron 40 piezas abandonadas por el enemigo. La mayor tenia 11 piés y 10 pulgadas de largo y 20 pulgadas de diámetro en la boca. Estaba compuesto el cuerpo de barras de hierro colado de dos pulgadas de espesor, unidas unas con otras como las duelas de una cuba sujetas con aros ó cercos tambien de hierro que servian para darle consistencia. Las piezas

mas largas tenian treinta de estos aros, y diez las de las mas cortas dimensiones.

Se daban á estas piezas nombres diferentes, sacado la mayor parte de ellos, para indicar el terrible efecto de sus tiros, de ciertos animales mas conocidos por dañinos. Así habia cañones *basiliscos*, *dragones*, *sierpes*, *culebrinas*, *falconetes*, segun sus dimensiones. Tambien se conocian los nombres de pasavolante, ribadoquin, jeringa, cerbatana, buzano, esmeril, esmerilejo, etc.

El arcabuz fué la última pieza de fuego inventada por aquellos tiempos; es decir, que se fueron achicando tanto los cañones que se hicieron una arma individual; mas el número de las de fuego era entonces sumamente escaso con respecto al de las picas.

La artillería aunque ya usada á últimos del siglo XV y principios del siguiente, como arma de campaña y de batalla, no entraba como dotacion fija y arreglada de un ejército, segun se practica en los actuales. Se tenia en mas ó menos cantidad, segun los posibles y las circunstancias. La de Carlos V en las primeras guerras de Italia fué sumamente escasa con respecto á la del rey de Francia. No presentó en la batalla de Pavía mas que cuatro piezas, tomadas desde un principio por los enemigos, mientras las de estos eran treinta, que con todo el resto del material cayeron al fin en nuestras manos. Mas si Carlos V tenia en Italia tan poca artillería, no sucedia lo mismo en España donde habia un tren de ella formidable. El lector no verá con disgusto copiada aquí la relacion que hace Sandoval de las piezas que seguian al emperador en su entrada en Valladolid, en 1522 á su regreso de Alemania.

«28 falconetes de á 16 palmos cada uno de largo; 4 de ellos de medio adelante rosqueados y con las coronas imperiales, y los 24 restantes ochavados todos. Por la boca de cada uno cabia un puño grande. Cinco pares de mulas tiraban de cada uno.

»18 cañones de 17 1|2 palmos de largo y la boca de casi un palmo. Los 12 de estos eran con flores de lis. Tiraban de cada uno ocho pares de mulas.

»16 serpentinas de 11 palmos de largo y de boca un palmo. Tiraban de cada una 22 pares de mulas.

»Una bombarda de 10 palmos de largo y 2 de boca, tirada por 30 pares de mulas.

»Un trabuco que decian *magnus draco*, con una cabeza de serpiente á manera de dragon con el rey don Felipe I, dibujado en él

con sus armas reales: tenia 26 palmos de largo y 1 de boca, y tirado por 34 pares de mulas.

»Dos tiros famosos, llamados el pollino y la pollina, de 16 palmos de largo, y 1 1/2 de boca, tirados cada uno por 34 pares de mulas.

»Un tiro llamado Espérame que allá voy, de 17 palmos de largo y casi dos de boca, tirado por 32 pares de mulas.

»Dos tiros llamados Santiago y Santiaguito de 26 palmos de largo y 1 de boca, llenos de flores de lis con las armas francesas. Tiraban de cada uno 36 pares de mulas.

»Un tiro donde venia el emperador dibujado con las armas de sus reinos de 16 palmos de largo y 1 y 1/2 de boca, tirado por 34 pares de mulas.

»Un tiro nombrado el Gran Diablo de 18 palmos de largo y 2 casi de boca. Tirábanle 38 pares de mulas.

»74 piezas por todo, con mas 9 montajes de respeto, arrastrados por 7 pares de mulas cada uno; de modo que el total de mulas era 2,128, y el de carreteros para guiarlas 1,074. Además venian azadoneros para componer los caminos. En Santander quedaban de municion y pelotería (pólvora y balas) mas de 1,000 carros. La marcha del tren era conforme al órden que vá escrito, y el todo era precedido de la guia, que era un caballero en un caballo blanco que iba eligiendo el camino.»

Por aquel tiempo, es decir, en la primera cuarta parte del siglo se habian establecido en España fábricas de pólvora y las famosas fundiciones de Málaga y Sevilla. Desde la misma época tuvo un jefe particular la artillería de España. A veces habia un director particular para la artillería de los estados de Flandes, y otro para los de Nápoles.

Por entonces ya habia tenido lugar la invencion de las minas que se debe al español Pedro Navarro, y fueron ensayadas por primera vez delante de la isla de Cefalonia sitiada por las armas de Gonzalo de Córdoba. Mas tal vez no hay en esto bastante exactitud, y habrá comenzado en otra parte su uso, aunque siempre fué en las guerras de Nápoles. Pedro Navarro empleó las minas con igual felicidad en los sitios de Castellnuovo y del Uovo, castillos que se rindieron á nuestras armas en la segunda guerra despues de la vuelta de Gonzalo á Nápoles.

Las minas inventadas por Navarro fueron las de pólvora, pues

sin ella ya se usaban antes. Se hacian galerías subterráneas que apuntaban con maderos á que se daba fuego, para que la fábrica construida sobre aquel terreno se desmoronase. Mas este proceder debió de ser muy lento y de muy poca eficacia, comparado á la terrible voladura de una mina.

El ramo de ingenieros estaba probablemente unido al de artillería, ó por hablar mas propiamente, no componian los dos mas que uno solo. La voz *engeño*, aplicada á toda máquina grande de batir, lo indica suficientemente.

En cuanto al ramo de los sitios, estaba en aquellos tiempos muy atrasado con respecto á los demás que constituyen el arte de la guerra, por ser sin duda el que exige mas método, mas exactitud, mas órden en las combinaciones. El descubrimiento de la pólvora, que aumentó sin duda los medios de ataque, no produjo desde un principio un cambio sensible en los de la resistencia. Las fortificaciones permanecieron en el mismo estado en que se hallaban en los tiempos anteriores; es decir, que la invencion de aquellas terribles máquinas de batir que arrojaban moles de un empuje irresistible, no hicieron aumentar el espesor de las murallas. Sin duda no correspondia el acierto de los tiros á la fuerza de los proyectiles, y la mayor parte de estas máquinas eran mas aparatosas que eficaces. Los sitios eran lentos, y por muchos medios que se empleasen tanto en el ataque como en la defensa, lucia mas en ellos el valor y arrojo del soldado, que la habilidad del ingeniero. La mayor parte de las plazas se tomaban por asalto, empleando siempre el medio de las escaladas. Contrayéndonos á las épocas del siglo XV y mitad del XVI, veremos la confirmacion de aquesto mismo. Duraron mucho en proporcion los sitios de Balaguer, Setenil, de Baza y otros mas puntos fuertes del reino de Granada, que cayeron á fines del siglo XV en poder de nuestras armas. Granada misma le resistió mas tiempo del que debia esperarse del numeroso ejército que la asediaba. Tuvo que retirarse el ejército francés en su expedicion de Navarra delante de los muros de Logroño, que no pasaba por una plaza fuerte. Ni pudo Próspero Colonna en las guerras de Italia entrar en Parma, ni los franceses apoderarse por medio de un sitio, de Milan despues que la ocuparon nuestras armas. Entró prisionero en los muros de Pavía el rey Francisco I, que dos dias antes la asediaba, y un año despues tuvieron los franceses que renunciar á la toma de Nápoles, con que se habia lisonjeado tanto tiempo. El mismo Car-

los V tuvo que retirarse de los muros de Marsella con harta pérdida y trabajos, renovándosele la misma desgracia algunos años despues delante de Metz, á pesar del ejército formidable que mandaba. Muchos ejemplos mas de aquella época nos harán ver lo superior que era la defensa de las plazas al ataque, y que el arte de usar bien las terribles máquinas que contra los muros se empleaban, no correspondian á su descubrimiento. La artillería estaba casi en mantillas, comparada con el gran desarrollo que recibió en los siglos posteriores y la perfeccion á que ha llegado en nuestros tiempos.

El sitio mas célebre en el reinado de Carlos V fué el de Rodas, por lo formidable del ataque, por lo heroico de la resistencia, por el carácter de las dos partes contendientes, por los efectos importantes que produjo. El lector nos permitirá que por via de episodio consagremos unas cuantas páginas á lo que las ha merecido tan brillantes en la historia. Estaban desde el año de 1318 los caballeros de San Juan en posesion de aquella isla, cuya situacion les daba medios de empeñarse en correrías muy felices contra los infieles. Era la órden rica y poderosa, y podia pasar por una potencia marítima, siempre armada y siempre en guerra. Debió pues de ser un objeto de odio y terror para los turcos que ya comenzaban á dominar en el Mediterráneo. Despues de haberse hecho dueño de Constantinopla, extendió Mahoma II sus armas victoriosas á la Grecia, y se aposesionó de varias islas en el archipiélago. Por los años de 1480 cayó con su armamento formidable sobre Rodas, siendo gran maestre de la órden Pedro de Aubusson que hizo su nombre célebre por esta circunstancia. Fué este uno de los sitios mas obstinados y sangrientos, comparable solo con el que tuvo lugar algunos años despues, y que luego va á ocuparnos. Eran muy numerosas, muy escogidas las tropas del Sultan, tan inclinado, tan ansioso siempre de presentarse con un formidable tren de artillería, y aunque el mismo Mahoma no acudió personalmente, sabian bien sus generales que era preciso vencer ó perecer en la demanda. Fué grande el empeño de los jefes, el arrojo de las tropas que embistieron. Varias brechas abrieron sus cañones; mas de una vez subieron al asalto hasta llegar á alojarse en una de sus torres; mas fueron superiores á tanto denuedo el valor admirable y la constancia de los caballeros cuyo gran maestre se condujo en todas ocasiones como gran capitan y gran soldado. Al fin se cansaron los turcos de tan obstinada resistencia. Desmayados con las penalidades de tan largo sitio, con

las enfermedades que se manifestaron en el campo, volvieron á embarcarse; mas el gran Señor no pensaba en otra cosa que en salvar el desaire de sus armas cuando le cogió la muerte en sus proyectos. *Era mi designio sujetar á Rodas*, fué una de las pocas cosas que mandó Mahoma se escribiesen sobre su sepulcro. No se podia hacer del valor de los caballeros de San Juan un elogio mas magnífico.

Los dos sucesores de Mahoma no renovaron las hostilidades en la isla. Bayaceto II no era un gran guerrero, y el breve reinado de Selim I se empleó particularmente en la conquista de la Siria y del Egipto. Soliman II, sucesor de este último, heredó su carácter ambicioso, y si no fué tan sanguinariamente feroz, estaba dotado de mas inteligencia. Subió este príncipe al trono, con muy corta diferencia, cuando Carlos V; ya hemos visto cuánto figura por su poder, por sus conquistas, por sus relaciones con los príncipes cristianos entre los principales personajes de la época. Mereció este sultan el nombre de legislador entre los suyos por las reglas que estableció en la administracion, por la observancia de las formas de derecho y de justicia: en la cristiandad se le conoció, como sabemos, con el dictado de magnífico. Era un coloso, como ya hemos observado, el imperio otomano en aquel siglo. En menos de doscientos años habian pasado los sultanes turcos de emires ó simples jefes de una tribu militar á sucesores de los césares de Oriente. Era como la de los romanos la política de los turcos, la conquista. Una serie no interrumpida de monarcas guerreros y grandes capitanes habian ensanchado á porfía las fronteras de su imperio. Comenzó Soliman su carrera militar con el sitio y toma de Belgrado, plaza fuerte en la confluencia del Danubio con el Sava, y llave por aquella parte de la Hungría: fué su segunda conquista la de Rodas, y en la que pensaba desde su subida al trono. Varios consejeros quisieron disuadirle de un sitio que con tan infaustos auspicios se habia presentado en tiempo de Mahoma II; mas otros cortesanos trataron de halagar su ambicion, dando elogios á la empresa. Quiso sin embargo proceder por vias de negociacion, exigiendo Soliman de los caballeros de Rodas que se le sometiesen, prometiéndoles seguridad por medio de un tributo; mas tuvo la respuesta, que sin duda esperaba, como pretexto de una guerra abierta.

Hacia ya tiempo que veia inevitable esta tempestad Villiers de l'Isle Adam, gran maestre de la órden. Con la anticipacion debida, habia tomado todas las medidas necesarias para poner la plaza

en estado de defensa, allegando víveres y municiones, aumentando la artillería, reparando las murallas, mandando arruinar todas las casas de los alrededores, removiendo y allanando cuanto á los turcos pudiese servir de algun abrigo. Todos los caballeros de San Juan recibieron órden de presentarse inmediatamente en Rodas. A todos los príncipes de la cristiandad se dirigió el gran maestre pidiendo auxilios para una defensa en que tanto se interesaba la Europa entera; mas ninguno de ellos acudió á tan sentido llamamiento. Estaban demasiado ocupados Carlos V y Francisco I en sus contiendas particulares, para consagrar una pequeña parte de sus tropas á un objeto tan patriótico y tan santo. El mismo papa Adriano se mostró sordo á las súplicas del gran maestre, y no quiso desprenderse de tres mil hombres que tenia á su disposicion, por no disgustar al emperador, á cuyo servicio estaban destinados.

Pasó el gran maestre de San Juan revista á sus tropas, que ascendian á seiscientos caballeros y cuatro mil quinientos soldados de la órden. Con tan escasa guarnicion aguardó la llegada de los turcos, que en mayo de 1522 desembarcaron en número de cien mil, segun algunos, y de ciento cincuenta mil, como afirman otros. No hay duda de que en semejantes casos se exagera siempre el número; mas era de todos modos un armamento formidable.

La plaza de Rodas, capital de la isla de este nombre, se hallaba dividida en ciudad alta, donde habia un castillo, residencia del gran maestre, y ciudad baja en la misma playa del mar en forma de media luna, con un puerto á cada extremidad, y en medio de ellos un baluarte. Estaba ceñida de un doble recinto, con dobles torreones y cinco baluartes en las partes mas débiles y expuestas. Para el reparo de las fortificaciones y la construccion de otras nuevas, habian trabajado todos personalmente, sin distincion, desde el mismo gran maestre hasta el último habitante, inclusas las mujeres. Se sabe hasta qué punto llegan en estos casos el ardor y el entusiasmo, cuando hay un jefe hábil que sabe dar ejemplo. Era además aquella, una guerra religiosa en que se trataba de libertar la isla del yugo de los mahometanos.

Desembarcaron los turcos como á unas ocho millas de la plaza que embistieron en seguida; mas fueron sus primeros ataques inutilizados por la artillería de las caballeros. Comenzaron muy pronto á desmayar las tropas turcas por enfermedades, tal vez por recuerdos del sitio anterior donde se habia derramado sin fruto tanta

sangre. Quejas y murmuraciones circularon en el campo, y poco á poco degeneró el descontento en abiertos alborotos. Soliman que supo el estado de las cosas, voló á remediarlas, presentándose en el campo. Inmediatamente hizo comparecer ante su persona al ejército sin armas. Despues de arengarle y afear con rostro y acento terrible su conducta, dió órden á los soldados armados que por todas partes los cercasen. Mas tales fueron las muestras de dolor y arrepentimiento de los culpables, que afectó aplacarse el gran Señor y los volvió á su gracia. Desde este momento se restablecieron el órden y la disciplina, pudiendo decirse con rigor que el sitio comenzaba entonces.

Se continuó la trinchera con ardor: la artillería comenzó á jugar de nuevo por una y otra parte. Derribaron los turcos con la suya la torre de la iglesia de San Juan, cuyas campanas servian de señales, y para dominar las fortificaciones de la plaza, construyeron dos caballeros mas altos que los muros.

Referir uno por uno todos los acontecimientos y lances de este sitio, seria prolijo y daria á nuestro trabajo una extension que desde luego no nos propusimos. Todos los choques se presentaron de igual carácter por la furia del atacador, por la admirable constancia, por la obstinacion de la defensa. Trataron al principio de acometer por varios puntos á la vez; mas fueron repelidos con gran pérdida. Despues reconcentraron sus esfuerzos sobre uno de los torreones llamado de San Nicolás, cuya artillería desmontaron y donde abrieron una brecha muy considerable; mas al marchar al asalto se encontraron con un atrincheramiento que los caballeros habian construido á sus espaldas. Desistieron los turcos del ataque y dirigieron sus baterías contra uno de los baluartes, empleando al mismo tiempo el uso de las minas, por cuyos esfuerzos se abrió una brecha á la que corrieron millares de enemigos. Fueron sin embargo rechazados con notable pérdida. Al dia siguiente renovaron el asalto con fuerzas mas considerables, se apoderaron del baluarte, y ya tremolaba la bandera victoriosa, cuando acudió en persona el gran maestre al frente de unos cuantos caballeros, con cuyo ejemplo se entusiasmaron de nuevo sus soldados é hicieron retroceder á los infieles de lo alto de los muros.

Eran muy frecuentes estos choques en que los turcos salian rechazados con notable pérdida. Ya comenzaba el Sultan á impacientarse, á enfurecerse con tanto revés que comprometia la gloria de

sus armas. Ansioso por salir de aquella situacion, convocó un consejo de guerra extraordinario. Fueron algunos de opinion de retirarse; otros, que conocian mejor el carácter del Sultan, le aconsejaron que llevase adelante las operaciones. Ordenó Soliman un ataque general, que tuvo efecto el 21 de setiembre. Fué espantoso el choque, general el conflicto entre las tropas de una y otra parte. Presenciaba el combate el Sultan desde una próxima eminencia, y animaba á los suyos con la voz y con el gesto. Peleaba como un soldado el gran maestre, acudiendo con su media pica á donde el peligro reclamaba su presencia. Se presentaron los otomanos en un principio victoriosos; llegaron á verse dueños del baluarte de España; mas experimentaron la misma suerte de otras veces. Repelidos, obligados á retirarse llenos de espanto y de consternacion, dejaron mas de quince mil muertos al pié y sobre los mismos muros de la plaza.

Basta el simple relato de estos hechos para que aparezca con todo su esplendor el arrojo y valentía que desplegaron los caballeros de San Juan en aquellos choques memorables. Era un combate á muerte entre rivales de ambicion, de gloria, de creencias religiosas. Combatian los de Rodas por su existencia propia, pues varias veces habia prometido á sus soldados Soliman el saco de la plaza. Por su parte se condujo el gran maestre como jefe digno de estos campeones denodados. Soldado y capitan, á todos daba ejemplo de valor, como de serenidad y constancia. Habiendo sido herido uno de los jefes llamado Martinengo, que dirigia los trabajos de la fortificacion, y estaba encargado de la defensa de un baluarte, se trasladó á su puesto el gran maestre, y allí permaneció noche y dia, mientras aquel estuvo imposibilitado del servicio. Viéndose mas estrechado cada dia, dió órden para que se retirasen á la plaza todos los caballeros que ocupaban los puntos fuertes de la isla y algunos inmediatos; así toda la Orden se hallaba dentro de los muros. Estaba cifrada su esperanza en los refuerzos que aguardaba de varios puntos de la cristiandad; mas sus príncipes no le enviaron nada, y algunos particulares que se embarcaron con socorros, no pudieron llegar á la isla por varios accidentes.

No estaba mucho mas tranquilo Soliman en vista de tan obstinada resistencia. Llegó en su furor á mandar que matasen á flechazos al general en jefe de su ejército; y solo se pudo templar á fuerza de las súplicas y prosternaciones de otros jefes. Cambió el ejército de general, y el mismo gran señor dió otro giro á su política. Le inquietaba mucho la idea del socorro próximo que esperaban los cristianos, por lo que pensaba en empeñar cuanto mas antes otro lance decisivo; pero muy escarmentado de los anteriores, apeló á la via de las negociaciones, haciendo que llegase á oidos de los habitantes de Rodas que el Sultan proponia una capitulacion, en que les dejaba sus haciendas y sus vidas. Un gran número de vecinos, ya quebrantados con tantos padeceres, acudieron con lágrimas al gran maestre, para que entrase en una negociacion que los salvaba de la ruina. Cerró al principio sus oidos el jefe á la proposicion, esperando siempre algun refuerzo; mas intercedieron por el pueblo los patriarcas griego y latino, que residian en Rodas; pues el vecindario profesaba por la mayor parte el primero de ambos ritos. Por otra parte, se hallaban los sitiados en la mayor extremidad; las obras exteriores, los torreones, los baluartes, á excepcion de uno solo, no eran mas que escombros, y la guarnicion estaba reducida á nada. Por fin, se entró en negociaciones. Tres dias de tregua pidieron los enviados del gran maestre. Los negó Soliman, temeroso siempre de la llegada del socorro, y mandó dar asalto el dia siguiente: mas aunque fueron los turcos repelidos por dos veces, tomaron al fin el único baluarte que restaba. Se retiraron los caballeros al interior de la ciudad, resueltos á defender su último atrincheramiento. Estaba consternada la poblacion, y se escuchaba ya la trompeta de la muerte, cuando volvió á recurrir el pueblo con su clamor al gran maestre. Entonces se decidió este á pedir una capitulacion, cuyos términos prueban hasta qué punto Soliman respetaba todavía un puñado de valientes enterrados entre escombros. Se conservaron por ella las vidas y las haciendas á los habitantes, quedando en el libre ejercicio de su culto; se permitió la salida libre á todos los caballeros de San Juan, con sus galeras y correspondiente artillería. Todo lo demás debia de quedar en manos de los turcos.

Mientras se ajustaban las condiciones del tratado, se descubrieron unas velas. Los turcos que las vieron los primeros, creyeron que eran los socorros que esperaban los cristianos; mas luego conocieron por los pabellones, que el refuerzo venia para ellos mismos. Soliman, con medios nuevos de renovar ventajosamente las hostilidades, guardó sin embargo su palabra; y se dió fin al negocio del tratado.

El 24 de diciembre salió de Rodas el gran maestre de l'Isle Adam, al frente de sus caballeros. El dia siguiente entró en la plaza Soliman triunfante; si se podia llamar triunfo tomar posesion de de tantas ruinas.

Sabido es que el emperador Carlos V hizo entonces á los caballeros de San Juan cesion de la isla de Malta, donde se establecieron en seguida. Ya veremos en el reinado de su hijo, que se volvieron á cubrir de gloria en un sitio tan célebre como el de Rodas, y mucho mas afortunado.

CAPITULO VII.

Artes.—Ciencias y literatura en la época de Carlos V.

Se designa el principio del siglo XVI con el nombre de *época del renacimiento*; como si dijéramos, de la restauracion de las artes, ciencias, literatura y demás ramos, que en los buenos tiempos de Grecia y Roma, habian asignado al hombre inteligente y creador tan alto puesto. Pudiera aparecer de esta expresion de *renacimiento*, tomada en un sentido rigoroso, que todas las naciones de Europa se hallaban en un mismo grado de rudeza; que nada se habia debido al genio ni al saber en los siglos que llaman la Edad media, ó que en la época del renacimiento no se habia hecho mas que restablecer é imitar, sin que los hombres hubiesen pasado á nuevas creaciones. Analicemos, pues, la idea de renacimiento; veamos á qué altura se hallaban las diversas naciones de Europa en dicha época. Comenzando por Italia, sea que ciertos climas se presten mas que otros al vuelo de la inteligencia; sea que el estado de repúblicas en que vivió aquella region desde tiempos tan antiguos, diese mas campo al talento, que es fruto de la libertad, y se desenrolla muchas veces con el mismo fuego de las divisiones intestinas; sea que el comercio y trato con las naciones del Oriente los hiciese imitadores de su industria y de sus artes; sea que en su suelo hubiesen quedado cenizas mas vivas del fuego de la antigüedad que en otros, es un hecho que Italia, desde el siglo XII, dejó de ser lo

que se llama un pais bárbaro, y que en los restantes hasta el llamado del renacimiento, pertenece sin disputa á la clase de naciones cultas. Florecian en un suelo una porcion de repúblicas distinguidas las unas por sus artes y su industria, las otras por su navegacion y su comercio, y todas ellas por un refinamiento en los goces y comodidades de la vida, desconocidas en casi el resto de la Europa. Las mismas guerras mutuas, en que con tanta frecuencia se veian envueltas, aguzaban su ingenio creador, para proporcionarse recursos, y curar las llagas que un estado tan violento producia. Solo al amor del trabajo, al genio de la industria y á los frutos del comercio, se podian deber los armamentos formidables por tierra, y mucho mas por mar, con que se distinguian Estados de un corto territorio, y que en el mapa político apenas hoy figuran. El mismo genio que producia tantos frutos en las artes y en la industria, explotaba el campo del saber en sus diversos ramos. En medio de tantas guerras y convulsiones políticas, florecian las universidades, y se daba á las ciencias y á las artes el fomento y homenaje que las vivifica. De todo lo que es magnífico y habla á la imaginacion se ofrecian algunos monumentos, y la arquitectura no era la que menos brillaba entre las creaciones del ingenio. De todo esto gozó Italia antes de la época del renacimiento. Muy anteriores á ella fueron los Dantes, los Petrarcas, los Bocacios y otros genios célebres. No necesitaron de ella, entre otros, los inventores del álgebra, ni los descubridores de la ajuga náutica.

Las naciones no estaban, sin duda, tan adelantadas. La España que en la línea de la inteligencia seguia á Italia, habia debido mucho á la residencia en ella de los árabes. Se sabe lo que florecieron estos en la industra y en las artes; lo magníficos y brillantes que fueron en la arquitectura; lo zelosos en cultivar y difundir los ramos del saber humano, sobre todo, el de la medicina y astronomía; en fundar escuelas, cuyo nombre es célebre. Desde el siglo XIII comenzaron á florecer en España las mismas, y á desenrollarse el gusto de las letras. Ya se conocen de aquel siglo composiciones poéticas en lengua castellana (1), rudas si se quiere y desaliñadas en sus formas; pero que merecen todavía las miradas de los inteligentes. Las Siete Partidas, prescindiendo de su valor como una com-

(1) El poema del Cid, de autor desconocido; las obras poéticas de Gonzalo Berceo; el Alejandro de Juan Lorenzo, son de dicho tiempo. A él pertenecen algunos otros de menos fama, mas cuyos nombres no se hallan olvidados.

pilacion de leyes, son uno de los grandes monumentos literarios de la misma época. De la misma fechan historiadores, que si no pasan por tan eminentes como fueron considerados en su tiempo, merecerán siempre la reputacion de distinguidos. El siglo XIV en nada desdijo del precedente; y el XV, en comparacion de los otros dos, fué un siglo de oro, antes que se hubiese entrado en el renacimiento.

No seguiremos los demás paises de Europa, porque seria prolijo, y para nuestro objeto muy inútil, Verdaderamente lo que se sabia de verdadera ciencia era poco, casi un punto imperceptible en un campo inmenso de inutilidades y de absurdos, hoy sepultados en el polvo. Las artes eran rudas, excepto algunas consignadas á la fabricacion de las armas, á las ricas telas donde entraba la seda, la plata y oro con profusion: y otras relativas al lujo, que era todo de magnificencia. Entre las que se llaman nobles, solo una se cultivaba con grandeza y esplendor, á saber: la arquitectura, de formas y proporciones muy diferentes de las usadas por los griegos y los romanos; mas de una elegancia, de un atrevimiento, de una aparente ligereza, de un lujo en los adornos que hacen sus monumentos el encanto y asombro de cuantos los contemplan. Con este carácter de magnificencia y de hermosura se erigieron con profusion templos en varias regiones de la cristiandad desde el fin del siglo XI hasta el del XV. Desde entonces ya no se edifica con este gusto; mas hasta ahora nadie se ha atrevido á dar mas mérito al moderno.

No debemos pasar por alto un ramo de literatura muy cultivado en dichos siglos, aun desde los primeros, en que comienza lo que se llama época de las tinieblas; á saber, el de la historia. Pocas naciones han dejado de producir hombres de algun lustre en esta clase, y cuyas obras todavía se consultan. Nosotros los tuvimos desde la época de los reyes visigodos, pudiendo presentar entre otros á san Isidoro, arzobispo de Sevilla, como el primer historiador de aquellos tiempos. Los tuvimos en el siglo VIII (el Pacense); en el IX (Sebastian, obispo de Salamanca); en el X (Vigila, monje de Albelda); en el XI (Sampiro, obispo de Astorga); en el XII (Pelayo, obispo de Oviedo), con otros muchos mas de menor nota. Florecieron en el XIII tres de gran renombre; á saber: don Lucas, obispo de Tuy, llamado el Tudense, el famoso don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, y don Alfonso el Sabio, quien entre varias obras hizo ó mandó hacer una crónica general de España. Tambien

los hubo en el siguiente. En el XV se compusieron las crónicas de los reyes don Pedro el Cruel, don Enrique II, don Juan I y don Enrique III, y en el siguiente las de don Juan II y Enrique IV. Tambien produjeron sus historias los reinos de Portugal y el que se designaba con el de Aragon en aquel tiempo.

Es digno de atencion que en estos siglos que se llaman de oscuridad se hayan hecho descubrimientos é invenciones que además del carácter de utilidad que los distingue, llevan el sello del verdadero genio. Entre otros, se descubrió el arte de la relojería, el de suplir los defectos de la vista por medio de anteojos; en ellos se construyeron los primeros órganos, instrumento músico, desde entonces no superado por ninguno. A la Edad media pertenecieron los inventores de la pólvora, los de la aguja náutica, los que pintaron por vez primera sobre el vidrio, los que fundieron y emplearon los primeros tipos de la imprenta. El arte de copiar, iluminar, y adornar de cualquier otro modo los libros antes que dicha invencion los hubiese hecho tan comunes, constituia uno de los grandes ramos de la industria. Eran entonces los libros objetos preciosos de gran lujo, y que solo poseian los hombres opulentos. Habia artista cuya vida se pasaba en copiar, iluminar, dorar, hermosear un solo libro. De las riquezas que en este ramo nos dejó la industria de aquel tiempo, deponen los depósitos de los manuscritos que en las ricas bibliotecas se conservan.

La voz pues de *renacimiento* es de poca exactitud tomada en su generalidad; se puede explicar modificándola. Hay épocas en que se desarrolla singularmente el espíritu de imitacion á vista de modelos impregnados de belleza: hay otras en que por circunstancias naturales, morales ó políticas, abundan mas los verdaderos genios. Una y otra cosa tuvo efecto, sobre todo en Italia, ya desde el siglo XII. Aunque desde aquel tiempo habian puesto las Cruzadas á casi todas las naciones de Europa en contacto con el Oriente, ninguna igualaba en esta parte á Italia, no tanto con dicho motivo, cuanto por los intereses de comercio. Entre las repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, las costas de Grecia y escalas de Levante, se habia mantenido una comunicacion no interrumpida en ningun tiempo. De las costas de Italia salian víveres para los cruzados, y aun las escuadras que los conducian. En Venecia y galeras de Venecia, se embarcaron los que iban á Constantinopla en auxilio de su emperador, y concluyeron con apoderarse del imperio del Oriente.

A Italia vino á implorar auxilios el último emperador latino destronado. A Italia vinieron embajadas de los primeros emperadores griegos que recuperaron su trono de Constantinopla. Cuando la aproximacion de los turcos otomanos desde mediados del siglo XIV inspiró sérias inquietudes á dichos príncipes, fueron mas frecuentes las comunicaciones. Se repitieron las embajadas, y hasta vinieron emperadores mismos á negociar alianzas y socorros. Conforme se acercaba el peligro, llegaban á Italia nuevos personajes; la toma de Constantinopla debió de dar nuevo desarrollo á las emigraciones.

Tan frecuente trato entre el Oriente y el Occidente no podia menos de producir su efecto. Con las embajadas vinieron hombres de importancia y de saber, y entre los mismos emigrados á quienes el temor del peligro al principio, y despues la toma de Constantinopla expulsaba de su hogar, se contaban muchas personas ilustradas. Entonces comenzó á difundirse, comenzando por Italia, el estudio de la lengua griega, tan poco cultivada hasta últimos del siglo XIV, que la ignoraba hasta el Petrarca. Al estudio de la lengua se siguió naturalmente el de sus grandes escritores, y esta nueva aplicacion en lugar de disminuir la de la latinidad, la acrecentó al contrario. El nuevo arte de la imprenta se consagró casi exclusivamente á reproducir y multiplicar los grandes modelos literarios de la antigüedad, cuyo conocimiento se introdujo en las escuelas, y fué un deber entre los sabios. En ellos bebieron como en fuentes de buen gusto los principales escritores, y en su imitacion cifraron sus grandes títulos de fama. Con los escritores, se estudiaron igualmente los artistas; y los escultores, los arquitectos, causaron el mismo entusiasmo que los historiadores y poetas. Todas las cabezas se montaron á la griega y la romana.

La arquitectura mereció sin duda su estudio de predileccion si nos atenemos á los resultados. En los principios de su imitacion se creó un prodigio del arte, la iglesia de San Pedro en Roma. Este ensayo que sin duda fué de los primeros de la arquitectura greco-romana, se quedó igualmente el primero en mérito y magnificencia sin haber sido desde entonces de ninguno excedido ni igualado. Tambien esto se explica. Los grandes monumentos de arquitectura exigen además de genio, enormes gastos. El genio del artífice brilla sin duda en la inmensa mole de la iglesia de San Pedro; de su costo nos quedan, como lo haremos ver luego, monumentos todavía mas durables.

El celo de dos ó tres pontífices que se sucedieron en la silla de San Pedro con una misma idea, las inmensas sumas con que contribuyó la cristiandad, y la imitacion de los grandes modelos de lo antiguo, explican bien la construccion de esta obra gigantesca. Tambien quedaban de aquella edad modelos preciosos de escultura que pudieron inflamar el genio de Miguel Angel, de Celini, de los demás grandes estatuarios de aquel tiempo. ¿Mas sucedia lo mismo en la pintura? ¿Fueron en ella tan felices los antiguos como en la arquitectura y la escultura? ¿Nos quedan á lo menos modelos de imitacion como en las dos últimas artes? ¿Cuáles guiaron, pues, á Rafael, á Leonardo de Vinci, al Correggio, al Ticiano y sus contemporáneos?

Se puede pues decir que si la arquitectura y la escultura renacieron en cierto modo cuando se imitaron con esplendor los modelos de la antiguedad, se creó la pintura que, como lo haremos ver mas adelante, no fué la única creacion que atestigua el genio de aquel siglo. Mas las bellas artes en Italia, ni como renacidas, ni como creadas, aparecieron de una vez á últimos del siglo XV y principios del siguiente. No marcha así el espíritu humano en ninguna de sus producciones. Todo principia, progresa, y al fin se perfecciona. Desde mediados del siglo XIII fechaba en Italia el cultivo de las bellas artes, y la imitacion mas ó menos aproximada del antiguo. Sin duda de Cimabue hasta Rafael hay una distancia inmensa; mas entre estos extremos de la progresion, se ven los términos medios que encadenan digámoslo así la perfeccion del último con la rudeza del primero. Tambien Bramante arquitecto de San Pedro, y el escultor Miguel Angel, tuvieron que echar alguna vez la vista sobre sus predecesores. Mas de sesenta pintores se cuentan en los dos siglos que hemos mencionado, y cuyas obras se ven todavía con placer, y anuncian lo que iba á ser el arte con el tiempo. El número de los arquitectos es mucho menor, y aun desciende considerablemente de este último, el de los escultores.

Se presentó esta que se llama época de renacimiento brillante y magnífica en extremo. De la grandeza de la iglesia de San Pedro no hubo templo alguno en Grecia y en Roma; y ya llevamos dicho que de todos cuantos monumentos de esta clase se erigieron despues, se quedó el primero en mérito y grandeza como en el órden cronológico: los escultores y pintores de la misma época tambien se quedaron los primeros. Los nombres ya citados, los de Miguel Angel, de Andrés del Sarto, del Parmesano, del Torrigiano, del Primaticio, de Benvenuto Celini y otros, por ninguno han sido eclipsados ni igualados. Así la primera mitad del siglo XVI fué el apogeo de las nobles artes en Italia, donde parece que la naturaleza tuvo á gala agrupar en aquel período sus mas grandes genios, de modo que la segunda mitad del mismo siglo, aunque tambien de brillo, aparece en comparacion desnuda de interés y mérito.

En España tambien cuentan las bellas artes larga fecha, quizá tan alta como la de Italia. Hasta fin del siglo XV fué mayor el número de los escultores que el de los pintores. Mas de cincuenta se cuentan de los primeros entre entalladores, tanto en piedra y en madera como en estatuarios, cuyas obras se admiran todavía. Las estatuas carecen de correccion y de dibujo; mas en materia de adornos, de sillerías de coro, de lujo y suntuosidad en retablos y sepulcros, nos quedan del siglo XIV y XV monumentos admirables. La arquitectura, era la magnífica que se usaba entonces, y de que tan alta prueba dan nuestras catedrales. En pintura estábamos mas escasos, siendo de notar que este arte floreció mucho menos que el primero tanto en dichos siglos, como en los dos primeros tercios del XVI.

La escuela de nuestros grandes artistas que desde esta época quisieron distinguirse, fué la Italia. Allá corrieron atraidos de la fama de los grandes hombres, bajo cuyo aprendizaje se pusieron, cuyas obras y los grandes modelos del antiguo, eran objeto de su estudio. Sin embargo, los artistas, sobre todo pintores de gran fama, que produjo España, no pertenecen al tiempo de Carlos V. En escultura aprovechamos mas, y entre otros artistas distinguidos floreció Alonso Berruguete, que lució en España las lecciones que recibió en Italia.

Con respecto á la arquitectura restaurada, ó greco-romana, tampoco nada de grande produjo en España durante la misma época. Los grandes monumentos de este género estaban destinados para el reinado de Felipe.

Las demás naciones de la Europa presentan en la primera mitad del siglo XVI incomparablemente mayor escasez que nuestra España. La Francia no produjo en toda esta época un arquitecto, un escultor, un pintor célebre. A últimos del siglo XV se erigió en Inglaterra un grandioso monumento de arquitectura; á saber, la capilla de Enrique VII pegada á la misma iglesia de Westminster;

mas fué por el estilo gótico. Por lo demás, ningun pintor ni escultor, cuyas obras se celebren con elogio. Los Paises-Bajos produjeron al pintor Lucas de Leyden ó Lucas de Holanda, que raya entre los grandes de su clase. Igual suerte tuvo Alemania con Alberto Durer ó Durevo de Nuremberg, y aun mas brillante la Suiza con Juan de Holbein ó Holpein, natural de Basilea, que retrató á Erasmo, al cardenal Wolsey, al famoso Tomás Moro, y por su gran reputacion fué admitido al servicio del rey Enrique VIII de Inglaterra.

Se puede decir que en la mitad del siglo XVI fué Italia la monopolizadora de las nobles artes. Sus profesores debieron adquirir un nombre célebre y famoso entre los mas esclarecidos. Así sus obras fueron apetecidas, deseadas con ardor, compradas á los precios mas subidos por los que hacian de su posesion un objeto de lujo y magnificencia. Así se vieron los artistas mismos objeto de admiracion, de entusiasmo y hasta de respeto, por los primeros personajes de la época. Rafael vivia con toda la riqueza, y hasta el boato y esplendor de un príncipe. Correspondieron las exequias á tanta nombradía, y su cadáver fué acompañado al sepulcro por los hombres mas esclarecidos. En el salon del Vaticano, donde se le puso de cuerpo presente, figuraba como adorno principal su cuadro de la Transfiguracion, que acababa de pintar; el primer monumento de este arte en todo el orbe. No se desdeñó el emperador Carlos V, hallándose en el taller del Ticiano, de coger del suelo el pincel, que por casualidad se habia caido al artista de la mano. ¿Qué favores y obsequios se podian negar á los que imprimian en lienzo ó en tabla con tanta fidelidad y maestría la imágen de los príncipes; á los que dirigian la fábrica de la iglesia de San Pedro; á los que pintaban sus cúpulas; á los que decoraban los salones del Vaticano; á los que adornaban los templos con monumentos tan magníficos del arte? Sus grandes y eminentes profesores han dado en cierto modo la ley en todos tiempos. ¿Qué no debia suceder, cuando eran á la par de eminentes, tan escasos?

El buen tiempo para las ciencias naturales y exactas no habia venido todavía, ni en Italia, ni en las demás naciones de la Europa. No fué en este sentido aquella primera mitad del siglo XVI, época de renacimiento; lo fué de una invencion grande, magnífica, de la mayor importancia, única en su línea. Mientras Rafael pintaba, y Miguel Angel esculpia, meditaba un sabio oscuro del Norte de Alemania su sistema solar ó planetario, en que se daba fijedad al sol, y se hacia mover á la tierra como á los demás planetas en derredor de dicho astro, considerado como centro del sistema. Para algunos no fué Copérnico el inventor; mas siempre será una gloria suya haberle estudiado, modificado y reproducido, sin tener en cuenta la oposicion encarnizada que iba á encontrar en las doctrinas y creencias dominantes. De todos modos, la aparicion de este sistema no hizo gran ruido por entonces. Estaban los papas demasiado ocupados en sus guerras, de sus placeres, de sus artes, y del aspecto religioso que presentaba la Alemania, para dar demasiada importancia á una teoría, que tal vez tomaron como un sueño, como un extravío de la fantasía, como son considerados en un principio todos los inventos. Con el tiempo fueron mas serias las inquietudes, y mas pesados los disgustos.

El descubrimiento de Copérnico fué el único de su clase en aquella primera mitad del siglo XVI: hasta la segunda no fué verdaderamente estudiado, aplicado y meditado. En ciencias exactas y física natural se daban pocos pasos. No habia venido todavía la época de la experiencia, y en las universidades se continuaba bajo la tutela de Aristóteles. Se cuidaban mas los hombres de la astrología judiciaria, que de verdadera astronomía, y corrian con la misma ansia que en los tiempos anteriores, tras de los misterios y ofertas de la alquimia. En matemáticas puras se hacian los progresos que son tan naturales, hallándose bien sentados los elementos de la ciencia; sobre todo, inventada ya el álgebra, uno de los mas poderosos que la desarrollan. En el arte de la navegacion se hicieron, sin duda, los grandes progresos que eran necesarios, en vista de los mares inmensos que en todos sentidos se cruzaban, y los países vastos y lejanos que se descubrian. Los adelantos de la navegacion y geografía eran precisamente simultáneos. La historia natural, por poco que los hombres se mostrasen observadores, no podia menos de seguir sus huellas.

Las ciencias eclesiásticas tambien debieron sin duda de progresar mucho en aquel tiempo, en que la imprenta se consagraba en gran manera á la difusion de la Biblia y de los santos Padres, en que tantas plumas sabias se dedicaban á traducir en latin los de la iglesia griega, á fin de hacer mas fácil su lectura. Las contiendas religiosas que en aquella época se suscitaron, sin duda sirvieron de nuevo estímulo al estudio, en unos por curiosidad, en otros por

fortalecer sus creencias, y en no pocos para buscar armas con que presentarse en la batalla. Mas de estas guerras, y del movimiento que en el espíritu de los hombres imprimieron, hablaremos con mas extension en adelante.

En cuanto á las letras puramente humanas, eran visibles los progresos en todos los puntos de Europa, y el nuevo gusto que en sus diversos ramos se iba desplegando. Era, como ya hemos insinuado, favorito y como de moda el de los grandes modelos de la antigüedad, que la imprenta infatigable reproducia en diversas formas, originales los unos, traducidos al latin, y aun á lenguas vulgares otros, satisfaciendo apenas el ansia con que se buscaban (1). Los historiadores y poetas eran los mas apetecidos, y los que se imitaban cual mas, cual menos, en todas las composiciones de ambas clases. El arte militar no fué menos objeto de indagaciones que los otros. Con Ciceron y Tucídides, se estudiaba á Polibio, á César, á Vegecio.

Fué suerte de Italia haber florecido en la primera mitad del siglo XVI, tanto en literatura como en artes, hasta el punto de reducir la segunda con pocas excepciones casi á un estado insignificante. Ya desde la última mitad del siglo XV en Roma, en Venecia, sobre todo Florencia, en la corte de los Médicis, florecieron ingenios grandes en verso, en prosa; profesores célebres de literatura antigua, que difundian su gusto en toda Italia. Los Policianos, los Poggios, los Pontanos, los Philelfos eran buscados, protegidos, festejados por los grandes personajes, por los príncipes que tenian á honor el contarlos entre sus primeros cortesanos. A la mesa de Lorenzo de Médicis el Magnífico, padre del papa Leon X, se celebraban y cantaban los poemas de Policiano, el Morgante del Pulci, el Orlando enamorado de Mateo Boyardo. A principios del siguiente, encantó la Italia Ariosto con su magnífico poema, el mas fecundo en bellezas de toda especie que salió de manos de hombre; donde lo maravilloso de la invencion compite con lo ingenioso del tejido; donde se disputan la palma todos los géneros, desde el bufon hasta el sublime; donde se pasea la imaginacion por un laberinto de descripciones que embelesan; donde los personajes son sin número con una variedad de caractéres que sorprende; donde el lector no se pierde en lo enmarañado de

(1) De los progresos que hacia este arte tipográfico, deponen las hermosas ediciones de aquel tiempo, en Italia, Alemania, en los Paises Bajos y aun en algunos puntos de España, aunque en escala mucho menor que en dichos paises extranjeros.

tantas aventuras; donde no se cansa ni fatiga con tantas batallas, y sobre todo con tantos duelos de hombre á hombre; donde el poeta supo celebrar todas las glorias de las principales familias de su tiempo, y tuvo la admirable habilidad de sostener la atencion, y cautivar la curiosidad durante cuarenta y seis cantos cuya circunstancia solo depone de la gran belleza de su poesía. Todo esto se encuentra en el Orlando Furioso, produccion admirada por cuantos hombres aman la literatura, y se precian de buen gusto en todos los paises de la tierra.

En la corte del magnícco Leon X tenian acogida y proteccion cuantos en las letras valian y brillaban. Ningun medio y estímulo se omitia para aunar el ingenio, producir imitaciones y restauraciones de lo antiguo, ó nuevas creaciones. Los cardenales Bibiena, Sadolet y Bembo daban el ejemplo. Delante del pontífice se representaban comedias imitadas de Plauto, dándose al poeta mucha mas libertad y mas ensanche de lo que á los oidos de un vicario de Cristo convenia. Mas dejaremos para su tiempo y lugar semejantes consideraciones. Otro cardenal (el Trissino), publicaba su *Italia liberatta da i Gotti*, que aunque no de un gran mérito, contribuyó al aumento de la riqueza literaria. Al mismo tiempo que tanto se distinguian los poetas, tambien brillaban los prosistas. Guichiardini, Giannone, Paulo Jovio y otros, aspiraban á imitar en sus producciones históricas á los Herodotos y los Tito-Livios, y empezaron la nueva época de los historiadores.

Entre los grandes ingenios de aquel tiempo se debe un lugar distinguido á un hombre célebre por sus producciones igualmente que por las grandes vicisitudes de su vida pública; un hombre que hizo grandes servicios, y desempeñó comisiones importantes y sumamente delicadas; que estuvo en cárceles y sufrió tormentos; que escribió la historia de su patria; que trabajó comentarios sabios sobre Tito-Livio, aplicados á su tiempo, que dió lecciones de reinar á príncipes; que escribió lo mejor que se dió á luz en aquel tiempo sobre el arte de la guerra, y entre otras producciones del género festivos, compuso las dos mejores comedias de la época. El nombre Machiavelli ó Maquiavelo, como nosotros le llamamos, es grande y famoso, sin que los tres siglos que le separan de nosotros le hayan hecho perder nada de su mérito, considéresele bajo cualquiera de los conceptos en que ha brillado. Como historiador es profundo; como publicista sagaz y conocedor de las cosas y los hombres de su

tiempo; como ingenio agudo, lleno de sales, nutrido del buen gusto que animaba á los antiguos; como escritor militar, dió á entender que si no mandó ejércitos, no hubiera tal vez figurado mal á su cabeza. Sobre su tratado del Príncipe, que es una escuela de déspotas y tiranos, se formaron en la Europa diversas opiniones. Al principio se creyó de buena fe que los consejos que daba á los príncipes eran sus propias ideas, lo que imprimió una mancha de infamia en el nombre de Maquiavelo, haciéndole pasar por factor y cómplice de todos los tiranos; con el tiempo se modificó esta opinion, y se quiso ver en el príncipe de Maquiavelo, no consejos dados de bue-buena fe, sino verdaderas advertencias á los pueblos. En el dia tal vez revive la primera opinion, y pasa como cosa recibida que el autor expresó francamente sus ideas, y aconsejó á los príncipes lo que estaba mas en las opiniones y política del tiempo. Lo que aparece es que en sus acciones como hombre público se mostró equívoco, y tanto se puede creer que tuviese principios liberales, como los opuestos. Sin embargo fué hasta cierto punto mártir de la libertad de su pais (Florencia), y uno de los grandes apóstoles de la independencia de la Italia.

A España no habia llegado el tiempo de oro literario en la primera mitad del siglo XVI; tal vez no fuimos menos ricos en la última del siglo XV. El rey don Juan II protegia las letras, y no se mostró mal poeta y trovador, distinguiéndose mas en este género que como rey y gobernante. La tierra que cultivaba con amor llevó sus frutos. Los nombres del marqués de Santillana, del marqués de Villena, de don Jorge Manrique, de Juan de Mena, de Macías, del Bachiller de Ciudad-Real, etc., figuran todavía con gran esplendor entre nosotros. Mientras estos ingenios brillaban en el campo lozano de la literatura, escribia sobre materias eclesiásticas y civiles el Tostado obispo de Avila el prodigioso número de volúmenes, cuya vista sola agobia la imaginacion bajo el peso de tal fecundidad quizá única entre todos los escritores antiguos y modernos. En el reinado siguiente, y en el inmediato, florecieron Hernan Perez de Guzman, Hernando del Pulgar, sabio coronista de los reyes Católicos, y entre otros el ingenioso autor de la tragicomedia *Amores de Calisto* y *Melibea*, ó sea *La Celestina*. Y mas al siglo XV que al siguiente pertenece Antonio de Lebrija, célebre humanista historiador, filólogo, gramático, expositor sagrado, poeta, médico, una de nuestras grandes riquezas literarias.

En la primera mitad del siglo XVI descuella un poeta insigne, que fijó á tal punto la lengua de su arte, que aparecen sus obras como si estuviesen escritas de estos dias; poeta que adoptó el endecasílabo italiano como regla; poeta que en sus églogas imitó casi á la letra, é igualó en dulzura varios pasajes de Virgilio, aunque en otros no fué tan feliz, y se mostró sobre todo muy oscuro. Se presentó Garcilaso casi solo en la escena poética del principio de aquella época: no tuvo rivales ni aun participantes de su gloria. Su amigo Boscan, y cuyo nombre va asociado con el suyo, adoptó igualmente, y le sugirió la idea del verso endecasílabo. Mas no alcanzó su fama, aunque las obras de ambos se hayan publicado algunas veces juntas. Al mismo tiempo que la poesía pastoral y lírica comenzaba á florecer, salia de su cuna la dramática. Villalobos, Nabarro, Timoneda y Lope de Rueda, presentaban ensayos, ya en versos ya en prosa, ora imitando y traduciendo á los antiguos, ora imaginando asuntos nuevos; aquí en piezas de carácter y de abierta censura de costumbres, allí creando el género novelesco, á cuya invencion rindieron homenaje, consagrándola como ley, los ingenios que les sucedieron. Mas á pesar de lo mucho que se adelantaba, ni en este género dramático, ni en ninguno de los que constituyen la bella literatura, si hacemos excepcion de Garcilaso, pasó la época de Carlos V de ser un simple preludio de la de su hijo.

Lo mismo podemos decir de los demas ramos del saber y la literatura, aunque con excepciones importantes. Acerca de cuatrocientos asciende el número de escritores, cuyas obras se publicaron en España desde principios del siglo XVI hasta 1556, fin de la dominacion de Carlos V. Entre ellos hay algunos que adquirieron el gran lleno de su reputacion, un poco antes ó despues de dicha época; mas los incluimos, por haber tenido lugar en ella la publicacion de alguna ó la mayor parte de sus producciones. Pertenece á la primera clase, entre otros, el historiador y cronista Hernando del Pulgar, Rodrigo Cota, ya citados; y sobre todo, la grande gala española literaria, el gran monumento de lo que entonces se sabia; á saber: Antonio de Lebrija, nacido en 1444, y fallecido en 1522. Así como hemos insinuado, pertenece mas al siglo XV que al siguiente.

Entre estos escritores se encuentran cultivados casi todos los ramos del saber y la literatura en sus diversos géneros. En ellos hay historiadores, médicos, juristas, matemáticos, astrónomos, poetas

en latin y en castellano, traductores tanto de italianos como de clásicos, griegos y latinos. Los mas pertenecen á la clase sagrada y religiosa; ya como teólogos dogmáticos, ya como expositores, ya como controversistas, género tan cultivado en aquella época de contiendas religiosas. Dejando aparte esta clase de autores religiosos, se distinguen entre los escritores de aquella época, los nombres de Perez de Guzman, Perez del Pulgar, Rodrigo Cota y Antonio de Lebrija, ya citados; los de Alfonso de Ojeda, Francisco de Gomorra y Gonzalo de Oviedo, historiadores y cronistas de las Indias; de Bernal Diaz del Castillo, historiador de la conquista de Méjico, obra preciosa, por haber sido el único testigo ocular narrador de aquella empresa; de Florian de Ocampo, que comenzó la crónica general de España, continuada por Morales; de Alfonso de Ulloa (1), historiador de Carlos V y de su hijo; de Alonso Herrera, sabio escritor de agricultura; de Andrés Laguna, sabio médico, ilustrador de Dioscórides, y autor de muchas obras en su ramo; de Alfonso García Matamoros, célebre humanista, que escribió varios tratados sobre la oratoria; de Alfonso de Orozco, que, como excepcion de la regla, mencionamos por la profusion de sus escritos religiosos; de los Argensolas, ya algo conocidos en aquella época (2); de Alvaro Gomez de Castro, biógrafo del cardenal Jimenez de Cisneros; de Alvaro Gomez de Ciudad-Real, historiador y poeta (3); de fray Bartolomé de las Casas, tan conocido por sus obras en favor de los indios; de fray Bartolomé de Carranza, que aunque teólogo, mencionamos, en atencion á lo ruidoso de su nombre en tiempo de Felipe II; de los santos Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, que insertamos por la misma causa; de Diego Cobarruvias y Leiva, insigne jurisconsulto; de Diego Gracian de Alderete, traductor de Jenofonte, Plutarco y Tucídides, historiador, además, y autor militar; de Diego Gomez de Ayala, traductor de Sanazzaro, é imitador de Bocacio; de fray Domingo de Soto, teólogo que tambien mencionamos, por haberse hecho célebre en el concilio de Trento; de Feliciano de Silva, escritor de caballería andante; de Fernando de Córdoba, hombre sapientísimo, que escribió de casi *omni scibili*; de Hernan Cortés, que tambien escribió cosas de Indias; de Fernando de Magallanes, que nos dejó el diario de su navegacion; de

(1) Su nombre pertenece mas al reinado de Felipe II que al de su padre.
(2) Pertenece casi exclusivamente á la siguiente.
(3) Pertenece mas al siglo XV.

Fernando Nuñez de Guzman, traductor en latin de la griega version de los Setenta; de Francisco de Encinas, traductor del Nuevo Testamento del griego al castellano; de Gerónimo de Chaves, matemático y cosmógrafo; de Gerónimo Sampere, autor de la Carolea, y poeta en versó heróico; de Gerónimo de Zurita, analista de Aragon; de Gerónimo Urrea, historiador humanista, escritor militar, traductor del Ariosto; de Hugo de Urries, traductor de Valerio Máximo; de Juan Strany, expositor de Plinio y Séneca; de Juan Ginés de Sepúlveda, historiador, filósofo, matemático, humanista y jurisconsulto; de Juan Luis Vives, escritor de *omni scibili*; de Juan de Malara, escritor dramático; de Bartolomé de Torres Navarro, Juan de Timoneda y Lope de Rueda, ya citados (1); de don Lorenzo de Padilla, anticuario, historiador, geógrafo; de Martin Cortés, cosmógrafo y navegante; de Miguel de Urrea, traductor de Vitrubio; de san Pedro de Alcántara; de Pedro Ciruelo, lógico, matemático y astrólogo; de Pedro Mejía, historiador y helenista; de fray Francisco de Valverde, historiador de las guerras de América; de Alfonso de Córdoba, doctor en artes y medicina, que publicó tablas astronómicas; de Alfonso de Fuentes, poeta humanista, astrónomo y astrólogo; de Alfonsa de Salmeron (2); de fray Antonio Guevara, cronista de Carlos V; de Antonio de Torquemada, autor del libro de caballería de Olivante de Laura; de Bernardo de Vargas, escritor del mismo género (don Cironguillo de Tracia); de Francisco Sanchez (Brocense) (3); de Gonzalo Perez, traductor de la Odisea de Homero del griego al castellano (4).

Se ve por esta corta enumeracion á que pudiéramos dar muchísimos ensanches, que dejando aparte la teología y demás ciencias religiosas y eclesiásticas, casi todos los ramos del saber y la literatura se publicaban en España en la época de Carlos V (5).

Si pasamos á Francia, encontraremos sobre literatura mas esterilidad que en nuestra patria. En los siglos XV y XVI fuimos, sin duda, mas ricos que ella, en todas clases de literatura. Sus poetas,

(1) Estos dos últimos pertenecen mas al reinado de Felipe II que al de su padre.
(2) No se imprimieron sus obras hasta el reinado de Felipe II.
(3) Pertenece mas al reinado de Felipe II.
(4) Idem.—Tenemos que advertir que una gran parte de estos autores pertenecen en el órden cronológico á las dos épocas de Carlos V y de su hijo Felipe II, por lo cual no se les puede excluir de la primera.
(5) Véase la Bibiloteca nueva de don Nicolás Antonio.—Al fin de esta obra se dará un catálogo por órden alfabético, de los escritores, artistas y demás personas de gran nombre que florecieron en España durante el siglo XVI.

sobre todo en la primera mitad del siglo de que hablamos, fueron pocos, y apenas ya leidos, si exceptuamos tal vez á Clemente Marot, del que en otro capítulo hablaremos. Francisco I protegia las letras, aunque probablemente no merece el título de padre suyo, que algunos le regalan. El mismo era poeta, y hacia versos. Entre los prosistas sobresalen Amyot, que tradujo á Plutarco y las pastorales de Longo; la reina de Navarra, hermana de Francisco, que publicó cuentos aun leidos y apreciados en el dia con el nombre de los cuentos de la reina de Navarra; y sobre todos, el famoso Rabelais, cura de Meudon, que en estilo original, y bajo el manto de ficciones alegóricas estravagantes y chocarreras, hizo tanta burla de casi todas las cosas de su siglo (1). La lengua francesa de aquel tiempo distaba mucho del estado en que la vemos en el dia. Apenas estas obras se comprenden sin glosario explicativo, en lugar de que las nuestras de la misma época, son para nosotros claras, á excepcion de alguna que otra voz caida ya en desuso, y de algunos giros de frase tambien condenados al olvido (2).

En Inglaterra y en Escocia todavía encontraremos mas esterilidad que en Francia. Ni poetas ni prosistas de aquella época tienen hoy un nombre y fama en Enropa. De esta regla se puede presentar como excepcion á Tomás Moro, tan conocido en el mundo literario por su Utopia, y en la historia por haber preferido un cadalso á la retractacion de sus ideas religiosas. Tambien Enrique VIII figuraba en el mundo literario por un libro de controversia mas famoso por el nombre de su autor, que por su mérito, á lo que dicen los inteligentes.

En general los grandes escritores de aquella época tanto en Inglaterra como en Escocia, como en los Paises-Bajos, como en Alemania, tienen tal conexion con las controversias religiosas que entonces se agitaban, que solo se podrá hablar de ellos cuando se trate esta materia. Tanto dentro de estas como fuera, aunque su carácter fué siempre muy ambiguo, se puede considerar como una gran lumbrera literaria al sabio Erasmo, holandés, autor de muchas obras sagradas y profanas, gran teólogo, gran crítico, grande

(1) Rabelais es uno de los autores mas dignos de estudio de la época por su manera original, por el gran fondo de instruccion y de erudicion que en medio de mil extravagancias y obscenidades manifiestan sus escritos.

(2) Sobre los autores extranjeros entraremos en mas explicaciones cuando lleguemos al tiempo de Felipe II.

humanista, helenista distinguido, muy zeloso de la restauracion de los tesoros de la antigüedad, traductor de algunos padres de la iglesia griega, y que por haber escrito casi siempre en latin, y no tener residencia fija en parte alguna, se puede considerar como un hombre sin mas nacionalidad que de europeo.

No terminaremos este artículo relativo al saber de la primera mitad del siglo XVI, sin consagrar algunas líneas á lo que sin duda debió de contribuir al aumento de sus luces; queremos hablar de los descubrimientos, peculiaridad tan gloriosa y distintiva de la época. Increible parece que desde 1492 en qué Colon aportó por primera vez á la isla de San Salvador, apenas se pasó medio siglo sin que se hubiesen descubierto, recorrido y conquistado en el nuevo continente mas regiones que lo que abraza el triple de la superficie de la Europa; y no olvidemos que casi al mismo tiempo que conquistaba Cortés el imperio Mejicano, descubria Magallanes el estrecho de su nombre; llegaba á las Indias Orientales por el rumbo del Poniente, tal vez el mismo objeto que Colon se propuso en un principio, y siguiendo siempre la misma direccion, tuvo uno de sus navíos, mandado por el español Sebastian de Elcano, la gloria de ser el primero que recorrió toda la circunferencia de la tierra. Por fabulosas tendríamos aquellas expediciones y conquistas, si no hubiesen sido como de ayer, si los mismos resultados materiales no fuesen pruebas evidentes de los hechos. ¿Qué eran estos otros hombres que tanto osaban y emprendian? Mas todo lo explica el corazon humano, ardiendo en deseos de fama, devorado de ambicion, sediento de oro, á quien se abria en el nuevo mundo un campo de fortuna, cerrado tal vez por falta de nacimiento ó de favor en el antiguo. Así se comprenden aquellas expediciones gigantescas y osadas, emprendidas con tan escasos medios, aquellas rivalidades de los mismos jefes y caudillos, aquellas guerras civiles que en medio de las mismas conquistas se encendian. Conquistó el imperio Mejicano Hernan Cortés contra la voluntad y en completa rebeldía contra el gobernador de Cuba; fué ajusticiado Nuñez de Balboa por los mismos suyos, despues de haber descubierto el mar del Sur; y Pizarro y Almagro se hicieron la mas cruda guerra despues de apoderados del vasto y opulento imperio de los Incas. A una de estas escisiones se debió el descubrimiento de todo el pais que media entre la Florida y el Norte del imperio Mejicano. Por otra separacion de las tropas de Pizarro en disidencia el mismo de

su jefe principal, descubrió Orellana el rio de las Amazonas; y embarcándose en él sin saber su direccion, descendió mas de ochocientas leguas, abriéndose paso por medio de salvajes, hasta que se vió, con gran sorpresa suya, en las costas del Atlántico. Por un efecto de igual desavenencia se conquistó á Chile. Así por una mezcla de casual combinacion de valor, de audacia, de rivalidad y de discordia, desde el orígen del Misisipi hasta el paralelo de la embocadura del rio de la Plata, todas las regiones á donde habian llevado su planta aquellos impávidos aventureros, estaban ya por los años de 1542 sujetas á la corona de Castilla.

CAPITULO VIII.

Contiendas religiosas en la época de Carlos V.—Lutero y Alemania.—Dietas.—Protestantes.—Confesion de Augsburgo.—Guerra de los paisanos.—Anabaptistas.—Interim.—Tratado de Passau.—Primer concilio de Trento.

No sin gran recelo entramos en un asunto tan de suyo delicado, donde es difícil acertar por circunspeccion y prudencia que se observen. No tocaríamos esta parte de las contiendas religiosas del siglo XVI, si en sus anales no hiciesen un papel tan distinguido. Mas creeríamos dejar incompleto el bosquejo que tenemos entre manos, si pasásemos por alto de acontecimientos importantes que influyeron en los destinos de tantas naciones de Europa y aun fuera de nuestro continente. Cumpliremos pues, aunque á pesar nuestro, con el deber de historiadores, penetrados de nuestra incompetencia para ser otra cosa en la materia, que expositores simples de hechos. Narraremos, no demostraremos. Hablaremos de controversias, de escisiones, de guerras religiosas como puntos puramente históricos. Como tales, haremos mencion de hombres, que sin pensarlo ellos mismos, sin prepararse á ello, por una casual combinacion de circunstancias, se hicieron célebres en el mundo, alteraron sus creencias, hombrearon, siendo de una condicion oscura, con los mismos reyes, y en ciertos casos triunfaron de su política, del brillo de su majestad, de la fuerza positiva de sus armas.

Inmediatamente que un dogma teológico ó religioso se establece, surgen en derredor explicaciones y comentarios, que si unos se atienen á su espíritu y contribuyen á mantener la unidad en el

cuerpo de creyentes, se alejan otros de él, formando bandos ó escisiones que muchas veces sin respeto á la conciencia ajena se aborrecen y combaten mutuamente. Cuanto mas superiores son estos dogmas ó creencias á nuestra comprension, mas campo abren á sutilezas, á sistemas ingeniosos, á la ambicion del amor propio, que tanto gusta de lucir y abrirse un camino que el vulgo no conoce, para captarse despues su admiracion, poniéndose á tanta altura de su limitada inteligencia. No se ve, no se ha visto otra cosa, en cuantos sistemas religiosos aparecieron en varios puntos y en diversas épocas. Todos tienen y tuvieron sus escisiones, sus herejías, sus sectas, que se han mirado mutuamente con mas ó menos espíritu de tolerancia, segun la naturaleza de la disputa y los intereses que promueve. No todos los judíos, ni todos los mahometanos, ni todos los adoradores de Brama, piensan absolutamente las mismas cosas, ni están completamente acordes en materias de creencia. Todas estas religiones tienen sus doctores, sus comentadores, que han explicado sus libros sagrados á su modo, y dividido la masa general en tantas sectas, cuantos son los que se erigen en jefes de doctrina.

Lo mismo debió de haber sucedido, y con efecto sucedió en el cristianismo. Desde los primeros siglos de la Iglesia se suscitaron en su seno varias escisiones ó herejías (1), pues con este nombre se conocen. Solo los muy versados en la historia y materias eclesiásticas, son capaces de contarlas, definirlas y explicarlas; tal es su número y la diversidad de sus doctrinas. Mientras la Iglesia permaneció en su oscuridad, meramente tolerada, cuando no abiertamente perseguida, debieron de ser estos heresiarcas poco conocidos de la gran masa de los fieles. Mas despues que la religion se vió triunfante, y como sentada sobre el trono, comenzaron igualmente á adquirir publicidad las sectas heterogéneas que la dividian. Comenzó el amor de la disputa, el gusto de sutilizar, la ambicion de ser jefe de escuela, el espíritu de intolerancia y las demás pasiones que á las primeras son anejas; comenzaron, decimos, á turbar la paz de la Iglesia, en un sentido muy diverso de los emperadores que la habian proscrito. Era un asunto indispensable de que no podia prescindirse, el cortar de raiz esta disidencia en las doctrinas. Para ello fué preciso que los prelados, ó jefes, ó inspectores

(1) Heregía, hæresis, airesis, eleccion, secta.

de las principales iglesias locales, que los presbíteros de mas santidad, mas prestigio y mas ciencia, se reuniesen para explicar, comentar, definir los principales puntos de doctrina, y decidir en cuerpo los que debian admitir y profesar la masa de los fieles. Es lo que hicieron los concilios generales. Cuando al fin de las sesiones de uno, parecia quedar asegurada la concordia de la Iglesia, se suscitaba otra nueva tempestad, que hacia indispensable la celebracion de otro, cuyos resultados eran tan precarios como los del precedente. En ninguna época dejaron de ser indispensables estas reuniones ó concilios; en ningun siglo dejaron de aparecer hombres argumentadores, sutiles y díscolos, arrastrados unos de sus ilusiones, y otros por la mala fe, que propalaban y sustentaban doctrinas nuevas, ó bien anteriormente reprobadas, ó que provocaban nuevos comentarios (1). Cuanto mas se argüia y disputaba, mas y mas se agrandaba la arena de la controversia. En estas disputas y conflictos, no solo se excitaban odios y fomentaba la discordia, sino que el espíritu de intolerancia se manifestaba en hechos. Hubo desórdenes, violencias y persecuciones, obispos expulsados de sus sillas, despojados de su dignidad, confinados en destierros y proscritos. Algunos fueron separados del seno de su grey y vueltos á sus brazos á fuer de tumultos populares. Uno de los primeros prelados, y hasta oráculo de su siglo, san Atanasio, fué por sus doctrinas cuatro veces expelido y restituido otras tantas á su silla patriarcal de Alejandría.

En la iglesia latina no se levantaron tantas herejías como en el seno de la griega. No eran los del Occidente tan sutiles, tan disputadores, quizá tan sabios como los de Oriente. Mas si no se mostraron tan hábiles para argumentar, fueron mas duros en manifestar su intolerancia. Bien conocidos son en la Europa los horrores, la sangre y calamidades de todo género, que á principios del siglo XIII acarreó la herejía de los albigenses, llamada así de la ciudad de Alby, en el Mediodia de Francia, donde tuvo su primer

(1) Se cuentan veinte y cuatro concilios en los tres primeros siglos de la Iglesia; setenta y dos en el cuarto; setenta en el quinto; cincuenta y seis en el sexto; cincuenta y cuatro en el sétimo; veinte en el octavo; ciento y siete en el noveno; cincuenta en el décimo; noventa y seis en el onceno; cincuenta y cinco en el duodécimo; ochenta y ocho en el décimotercio; setenta y tres en el décimocuarto; cuarenta y dos en el décimoquinto; diez y siete hasta el de Trento, inclusive, en el décimosexto. De tantos concilios, solo diez y nueve son conocidos con el nombre de concilios generales; sea por el gran número de prelados que á ellos concurrieron, sea por la importancia de sus decisiones ó por su aplicacion á todo el cuerpo de la Iglesia. Los otros no tuvieron tanta importancia, ó por la naturaleza misma del negocio, ó ser este de un interés local, que no afectaba mas que á una parte de los fieles.

asiento. Se mezcló la política meramente humana en estas controversias, ó por mejor decir, las tomó acaso por pretexto, para fomentar sus intereses. Varios príncipes se declararon en pro; muchos mas en contra. La cosa se presentó tan formal, que le fué preciso al papa Inocencio III predicar una cruzada para la extirpacion de aquella secta. Tuvo esta cruzada efecto, y el pontífice romano fué muy bien obedecido; pocos caudillos ó jefes se podrian encontrar de mas celo, de mas pericia militar, de mas prontitud para proseguir y castigar los enemigos de la Iglesia que Simon de Monfort, á quien esta guerra hizo tan célebre. Fueron los albigenses vencidos en mas de una batalla, y aunque obtuvieron algunos triunfos parciales, los pagaron tan caros como su herejía. Quedaron arruinados, y por el pronto despojados los príncipes fautores. Quedaron los campos asolados, muchas poblaciones yermas, mas de la mitad de las plazas fuertes arrasadas. Un monumento mas durable nos resta aun de aquellas convulsiones; á saber: el establecimiento del tribunal de la Inquisicion en Roma, destinado al castigo y extirpacion de la herejía.

Algun tiempo despues, otra llamarada semejante ocurrió en el pais de Vaud al pié de los Alpes, lo que hizo designar aquellos sectarios con el nombre de valdenses. Aunque se extirpó del mismo modo, no fué de uno tan terrible, por lo menos activo y extendido del incendio.

Comenzaba á prevalecer por aquellos tiempos una opinion, que sin tener nada de herética en sí misma, servia como de argumento para los que en esta escision se declaraban en contra de la Iglesia. Los grandes prelados, los que se decian sus príncipes, no siempre arreglaban su conducta al ejemplo que les habian dejado los apóstoles. Sus grandes riquezas, su lujo, su fausto, el poder de que muchos de ellos estaban revestidos, parecian á los ojos de muchos desdecir de la simplicidad de las costumbres de la primitiva Iglesia. No en todas ocasiones se mostraban los papas, sucesores dignos de san Pedro. Eran visibles los abusos que hacian en varias ocasiones de su autoridad, sea en beneficio de sus propios intereses, ó de las personas que les eran mas adictas. Estas especies se propagaban, hacian impresion y provocaban la censura en cuantos por pensadores se tenian. No dejaba, pues, de ser comun la opinion y el deseo de introducir reformas, no precisamente en el dogma, sino en la disciplina, en la conducta, en las riquezas de los potentados de



WICLEFF

la Iglesia. Los albigenses y valdenses se preciaban de una moral mas austera, mas arreglada al Evangelio y á las costumbres de la primitiva iglesia que sus perseguidores. Ya veremos reproducida esta profesion, y reforzado el argumento de otro modo mas elocuente, con resultados mas positivos y trascendentales.

Todo el resto del siglo XIII se pasó sin novedades de esta especie. A fines del XIV publicó en Inglaterra sus obras Juan Wicleff, en que condenaba los poderes usurpados por la corte de Roma, el abuso que el clero hacia de sus riquezas, con otros mas cargos dirigidos entonces á los altos prelados de la Iglesia. Atacaba además el dogma de la transustanciacion, la invocacion de los santos, el purgatorio. Muy pronto condenó Roma estas doctrinas; mas se dejó morir tranquilo al heresiarca, á favor de ciertas explicaciones de lo que en sus escritos se halló mas digno de reparo. Formaron, sin embargo, los discípulos de Wicleff á su muerte una faccion, que con el nombre de Lolards agitó la Inglaterra durante algunos años, y no pudo ser exterminada hasta ya entrado el siglo XV.

A principios de este mismo siglo se esparcieron por Bohemia los escritos de Wicleff, y sus doctrinas fueron abrazadas por Juan de Huss, Jerónimo de Praga y Jacobo Messein, teólogos de gran reputacion, y conocidos por la severidad de sus costumbres. Inmediatamente comenzaron á esparcir sus nuevas doctrinas por escrito, y con sermones elocuentes. Fué llamado Juan de Huss á Roma á dar cuenta de sus doctrinas; mas habiéndose á muy poco tiempo despues convocado el concilio de Constanza, recibió una órden, y un salvoconducto del emperador Segismundo, para presentarse ante los padres.

Se hallaba entonces despedazada la Iglesia por un cisma que por su importancia se designa todavía con el nombre de gran Cisma de Occidente. Hacia mas de treinta años que los fieles estaban divididos en la obediencia á dos papas que ambos se decian sucesores de san Pedro. No era pequeño el escándalo que con este motivo se habia introducido en el seno de la cristiandad, ni débiles las armas que se daban á los partidarios de reformas. Para cortar estos desórdenes (1418) se habia convocado el concilio de Constanza. En él fué depuesto el papa Juan XXIII, que habia sido elevado á la silla pontificia por una faccion, comprada materialmente segun la opinion general, y declarado cismático Pedro de Luna, que se hacia llamar papa con el nombre de Benedicto XIII. A la silla pontificia fué exal-

tado Martino V, varon cuyo mérito y virtudes le granjearon la opinion de que repararia los desórdenes que daban motivo á tanto escándalo.

En cuanto á Juan de Huss de nada le sirvió el salvoconducto. Inmediatamente que llegó á Constanza, se le puso preso. Habiendo comparecido ante los padres, y héchose cargo de las doctrinas de que le acusaban, las sostuvo en pleno concilio contra sus impugnadores, y fué condenado á ser quemado vivo por no querer suscribir la fórmula de retractacion que se le proponia.

Jerónimo de Praga, discípulo de Juan de Huss, arrestado en las inmediaciones de Constanza, firmó la retractacion; mas arrepentido se desdijo de ella. Presentado ante el mismo concilio, manifestó su pesar por un acto que le habia arrancado un momento de debilidad, persistió en sus doctrinas, y las sostuvo con valor, con mas elocuencia que habia desplegado su maestro, á quien era muy superior en instruccion y en mérito. El destino que le esperaba no podia ser dudoso para nadie. Marchó Jerónimo al suplicio con resignacion; oró al pié del poste, donde le ataron encima de la pira, y en el momento que se levantó su llama, entonó un cántico que se oyó con distincion hasta que exhaló el último suspiro.

Produjo este suplicio de Juan de Huss y Jerónimo de Praga una guerra en Bohemia conocida con el nombre de los husitas, que así se denominaban sus sectarios y discípulos, guerra de venganzas y de sangre; que á pesar de ser terminada al cabo de cerca de treinta años á favor del partido dominante, dejó bajo sus cenizas un fuego oculto pronto á salir de nuevo, como se vió en efecto muy antes de cumplirse un siglo.

Se ocupó el concilio de Constanza en grandes reformas: lo mismo se hizo en los de Basilea, de Florencia y de Ferrara. Para ningun hombre de buen entendimiento era dudoso que los vicios, que los desórdenes introducidos en la Iglesia afectaban en cierto modo las creencias y daban armas á sus detractores. Mas prevalecian las intrigas, los malos hábitos, la corrupcion que se hallaba tan arraigada, y las mas de estas reformas se quedaron en proyectos. Todos los buenos deseos y el celo que á los verdaderos fieles animaban, no pudieron impedir que fuesen exaltados á la silla de san Pedro un Alejandro VI, un Julio II, un Leon X.

Al fin del siglo XV se manifestó en Italia un gran reformador, no de dogmas y doctrinas, sino de los vicios y desórdenes que entonces inundaban á la Iglesia. Jerónimo Savonarola, fraile de la órden de Santo Domingo, tronó en el púlpito contra los vicios de su tiempo; anunció castigos de Dios, se dió como dotado del don de prediccion, y hasta del de milagros. No solo se mostró enemigo de los desórdenes en lo moral, sino que se mezcló hasta en la política. Establecido en Florencia se declaró enemigo de las usurpaciones de los Médicis, y por su influencia se restablecieron instituciones, todas en sentido de la libertad de la república. La influencia que este hombre ejerció en los ánimos de la muchedumbre fué, como puede suponerse, prodigiosa; mas tambien se comprenden fácilmente las rivalidades y animosidad de que debió de ser objeto. Fué su grande enemigo el papa Alejandro VI, cuyos vicios, cuyos desórdenes eran por lo regular el tema de todos sus sermones. Fué fácil á este pontífice condenarle como sedicioso y hasta excomulgarle; mas Savonarola declaraba en el púlpito que no podia privarle de distribuir la palabra de Dios y el pan de vida un pontífice inmoral, incestuoso y simoníaco. Era imposible para este entusiasta luchar por mucho tiempo contra tan formidables enemigos. Instaba Alejandro á que se le hiciese su proceso, como sedicioso, como heresiarca, á un hombre que se jactaba de profeta y del don de hacer milagros. Se le puso preso, se le formó causa, se le dió tormento; y por fin se le condenó á las llamas. Así expió su celo, sus imprudencias, la debilidad, ó tal vez la firme persuasion de que estaba llamado á reformar el mundo.

El terreno estaba, como se ve, bastante preparado, y los ánimos dispuestos, unos á desear simplemente reformas, otros á recibirlas, cuando se manifestaron en el Norte de Alemania á principios del siglo XVI las que nos proponemos bosquejar del modo, como hemos insinuado, mas sucinto y circunspecto.

Se habia proyectado y comenzado á edificar la iglesia de San Pedro en tiempo de Julio II, que manifestó la noble ambicion de erigir un monumento en Roma que superase en grandeza y magnificencia á los antiguos. El mismo ardor heredó su sucesor el papa Leon X. Como sus rentas ordinarias no bastaban ó se destinaban á otros usos, fué necesario recurrir al arbitrio de las indulgencias que se predicaban en las iglesias, y públicamente se vendian como otro artículo cualquiera de comercio. Ordinariamente eran los conventos los sitios donde se despachaban las indulgencias, y cuya distribucion y administracion no era materia de poca consecuencia. En

Alemania habian sido en un principio los frailes agustinos los encargados del negocio, que con el tiempo se trasladó á los padres dominicos. ¿Fué simplemente esta rivalidad ó este pique lo que produjo la mas grande escision que se habia introducido hasta entonces en la Iglesia? ¿Obró simplemente Lutero como un instrumento del amor propio ofendido de sus superiores? Entonces se puede decir que nnnca causa tan pequeña produjo un efecto mas grande y gigantesco.

Cuando un vaso está completamente lleno, con una gota mas desborda. Cuando un terreno está minado, con una sola chispa vuela. Si las revoluciones tienen por lo regular principios tan humildes, es porque las revoluciones ya están hechas. Les faltaba solo la gota de agua, la chispa para consumarse. La gota y la chispa fué pues aquí la venta de las indulgencias.

Hablaremos pues de Lutero, como de un hombre: de lo que hizo, de las consecuencias de lo que hizo, como de hechos que están consignados en la historia. En el exámen teológico de sus doctrinas no entraremos como cosas que no son de nuestra competencia, y sobre todo exceden nuestras fuerzas.

Nació Martin Lutero (Luther, Luder, Lother) (1) en Eisleben, pequeño pueblo del electorado de Sajonia, en noviembre de 1483. Aunque hijo de padres artesanos, le destinaron á una carrera literaria. Mientras cursó primeras letras en Eisenach vivió casi en un estado de mendicidad, cantando delante de las casas como hacian entonces muchos estudiantes pobres de Alemania. Una viuda le recogió por fin en su casa, y le sostuvo los cuatro años que duró su enseñanza en una escuela. En 1501 le envió su padre á la universidad de Erfurth, donde le sostuvo de su cuenta.

Estudió en dicha universidad teología; gustaba mucho de esta ciencia, de la literatura, y sobre todo de la música, arte que cultivó toda su vida. Antes de decidirse por ninguna carrera, le ocurrió un accidente extraordinario que fijó su suerte. En 1505 hallándose en compañía de un amigo, le mató á este un rayo, de lo que espantado Lutero hizo un voto á santa Ana de hacerse fraile, si le sacaba del peligro. Catorce dias despues tomó el hábito de San Agustin en Erfurth, sin llevar consigo mas bienes que un Plauto y un Virgilio.

(1) Con estos tres nombres se ha firmado en varias ocasiones.

Entró en el claustro Lutero sin contar con su padre, que se ofendió mucho de este paso. Abrazó el estado religioso solo por cumplir su voto, sin ninguna vocacion; él mismo lo confiesa en sus memorias. Tenia gustos demasiado profanos para la austeridad que semejante condicion exige. Ya hemos visto con qué libros se pasó del mundo á su convento. En el mismo donde tomó el hábito, concluyó sus estudios, y recibió órdenes hasta la de sacerdote.

Poco despues emprendió un viaje á Italia. No habia ningun contacto entonces entre la Alemania, pobre, triste, donde nada florecia, y un pais de lujo, de suntuosidad, trono de literatura y de las artes. Debieron de hacerle mucha sensacion novedades tan extraordinarias. El dice en sus memorias, que no le chocaron menos las personas que las cosas. El lujo, la magnificencia de los conventos donde era alojado y la suntuosidad de sus refectorios, no fueron los menores objetos de su asombro. Sin duda le edificó poco la corte de Roma, donde reinaba el belicoso Julio II, papa de sentimientos grandes y elevados, pero muy mundano y muy violento, que se ponia al frente de sus tropas, y sitiaba plazas en persona.

A su vuelta de Italia, recibió el grado de doctor en teología, y obtuvo una cátedra en la universidad de Wirtemberg que acababa de fundar el elector; poco despues fué nombrado vicario provincial de los agustinos, encargado de reemplazar el vicario general de la órden en sus visitas de Misnia y de Turingia. Entramos en estas circunstancias, para ver que Lutero no era un hombre sin consideracion en su pais, cuando se declaró en guerra con la Iglesia.

Por aquel tiempo hacia mucho ruido en Alemania la venta de las indulgencias. Era natural que se activase y fomentase un negocio, del que pendia la continuacion de la fábrica maravillosa de la iglesia de San Pedro. Estaba encargado el dominicano Tetzel de predicarlas y publicarlas; el arzobispo de Maguncia de fomentar su venta. A nombre, y bajo los auspicios de este prelado, se publicaban los manifiestos de las gracias por ellas concedidas.

Entonces estalló Lutero (1517), declarándose enemigo de las indulgencias. Fué su primer paso dirigirse á su obispo, el de Brandemburgo, para que impidiese predicar á Tetzel. Respondió el prelado que era atacar el poder de la Iglesia, y que no se mezclase en este asunto delicado. Entonces Lutero se dirigió al primado, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, enviándole las proposiciones que se ofrecia á sostener contra la doctrina de las indulgencias.

El arzobispo no le dió respuesta. Lutero que contaba con su silencio, habia hecho fijar al mismo tiempo que daba este paso, en la iglesia del castillo de Wirtemberg, contra la autoridad de conferir indulgencias, contra el poder de conceder las gracias en ella prometidas, veinte y ocho proposiciones, negativas las unas, afirmativas las otras, pero todas en contra las pretensiones de la corte de Roma, y lo que estaba entonces en la Iglesia recibido.

Escritas estas proposiciones en lengua vulgar, y apoyadas en un sermon que en el mismo idioma predicó Lutero, hicieron un ruido extraordinario. Fueron la trompeta de la guerra que se encendió entonces, sin que se pueda decir que se haya extinguido todavía. Consignadas á la imprenta, se despacharon al momento en miles y miles de ejemplares con asombro del mismo Lutero, que aunque lisonjeado con un éxito tan favorable para su amor propio, tal vez sintió que se hubiesen esparcido tanto, poniéndole en un compromiso mayor de lo que eran sus deseos.

Mas el guante estaba echado, arrojado por Lutero, que se mostró agresor en una guerra, cuya importancia ni él mismo preveia. Hizo Tetzel quemar públicamente las proposiciones de Lutero. Quemaron los estudiantes de Wirtemberg en la plaza, las de Tetzel. Esta circunstancia, y la de haber predicado Lutero un sermon en aleman en apoyo de las suyas, manifiesta bien que el terreno estaba preparado, y que en el Norte de Alemania no causaron las opiniones de Lutero el escándalo que debia esperarse.

Ni en Roma misma hicieron toda la impresion que tan naturalmente reclamaban. Las miró desde un principio con desprecio Leon X atribuyéndolas á rivalidades de frailes. Demasiado engolfado aquel pontífice en sus diversiones y en sus artes, no concibió ni presintió el grande alcance de aquel tiro. Por otra parte hacia Lutero profesion y protestas de su mas ciega adhesion y respeto á la persona del pontífice.

Mas este estado de indiferencia duró poco. Al fin se levantaron clamores en la corte de Roma contra la conducta de Lutero, y este recibió órden de comparecer en el término de sesenta dias á dar cuenta de sus doctrinas y opiniones ; compromiso muy fuerte, si el elector de Sajonia no le hubiese sacado del aprieto, obteniendo de Roma que se le oyese y examinase por legados del papa dentro del territorio de Alemania, señalándose para esta conferencia, Augsburgo.

Que el elector de Sajonia protegia á Lutero y se inclinaba á sus doctrinas, es evidente; que fuese el principal instigador, lo ha negado el mismo Lutero en distintas ocasiones. Le favorecia muchísimo este príncipe, que habia pagado los gastos de su doctorado, y conferídole la cátedra que desempeñaba. Es claro que sin su anuencia mas ó menos expresa, no hubiese Lutero publicado sus proposiciones ni llevado tan adelante la contienda. En vano trató la corte de Roma de despojar á Lutero de la proteccion del elector; en vano para ganarle, le envió la Rosa de Oro, presente que se considera como un insigne rasgo de favor y benevolencia por parte del pontífice. No desistió por esto de su empeño el elector de que Lutero fuese oido en Alemania. Es probable que ni él ni ningunos otros príncipes eran afectos á la corte de Roma, ni miraban sin disgusto que saliese dinero de su pais, para los gastos de la construccion de un templo. No olvidemos que eran muy dominantes las opiniones acerca de reformas, y que muchos se preciaban de vivir con mas arreglo á los preceptos del Evangelio, que los altos prelados de la Iglesia.

Se presentó Lutero en Augsburgo, donde estuvo tres dias sin salvoconducto del emperador; mas habia preparado de antemano los ánimos el elector, á fin de que no fuese por ningun estilo molestado. Inmediatamente que llegó el salvoconducto, se presentó ante el legado del pontífice, á fin de ser examinado. Pedia este una retractacion formal sin entrar en controversia, y como Lutero queria exámen y disputas, era imposible que se conviniesen. Importaba mucho á la corte de Roma sofocar el asunto sin escándalo y sin ruido: no era esta la cuenta de Lutero ya tan comprometido en el debate, cualquiera que sea el motivo verdadero que se quiera dar á su conducta. Ni ruegos, ni amenazas, ni contemplaciones, pudieron recabar de él que confesase que habia errado. A su salida de Augsburgo publicó nuevos escritos que apoyaban sus doctrinas. Parecia la ruptura completa y la guerra declarada. Fué Lutero condenado en Roma, y quemados públicamente sus escritos. Dió la Santa Sede nuevos pasos muy activos con el elector, á fin de que le fuese entregada su persona; mas este príncipe, en medio de sus protestas, de su gran respeto á la autoridad pontificia, eludió la reclamacion al principio, y al fin se negó á ella. Manifestarse defensor de Lutero, equivalia casi á declararse su sectario. La corte romana lo comprendia muy bien; mas tuvo que disimular esta repulsa. Una

prueba de que la conducta del elector no causó grande escándalo, es que habiendo fallecido por aquel tiempo el emperador Maximiliano, fué declarado, durante la vacante de la silla imperial, vicario del imperio.

Seguro ya Lutero de la proteccion del elector, provocado por su condenacion en Roma, continuó las hostilidades con mucho mas ardor, sin consideracion ni miramiento. El respeto que antes manifestaba por la Santa Sede, se convirtió en ataque directo á la legitimidad de su poder, y del exámen de las indulgencias, pasó á cuestiones de mas alta trascendencia. No es de nuestra inspeccion, ni entra en nuestro objeto, pasar revista á los escritos con que su fecunda pluma inundó por aquel tiempo la Alemania. Tratados, sermones en latin, en aleman, todos hacian un ruido extraordinario; todos se leian con ansia, y circulaban á miles de ejemplares. Tampoco estaban mudos por su parte los teólogos católicos, ni tampoco se mostraban muy templados en la impugnacion de las doctrinas del enemigo de la Iglesia. Se convirtió la Alemania en un teatro de controversia y de disputas, donde las partes contendientes se atacaban con la mayor acrimonia y encarnizamiento.

El elector de Sajonia protegia abiertamente á Lutero, y se mostraba inclinado á sus doctrinas. Comenzaba el de Hesse á adoptar sus mismos sentimientos. Todo el Norte de Alemania estaba ya medio conmovido con la nueva secta, y el nombre de Lutero comenzó á presentarse como una potencia formidable.

En las disputas y contiendas religiosas se mezcla de tal modo la política mundana, que es muy difícil distinguir la parte que pertenece á la conviccion ó sea el fuero de conciencia, y la que se apoya solo en ambicion é intereses personales. Cualesquiera que fuesen las opiniones de los principales que desde un principio se mostraron tan favorablemente á las doctrinas de Lutero, y al fin las abrazaron, no hay duda de que iban en ello miras políticas é intereses de importancia. En primer lugar, los hacia independientes de la corte de Roma que, además de ser odiada, les sacaba dineros, considerados en cierto modo bajo el aspecto de un tributo. En segundo lugar les daba importancia á ellos mismos sobre las iglesias reformadas, de las que se erigian en protectores y hasta en jefes. Como en los puntos de la reforma entraba la abolicion de los votos monásticos, eran un nuevo cebo de ambicion los inmensos bienes de los monasterios que iban á entrar en la circulacion general, y en parte en sus propios patrimonios. Todas estas causas de un órden puramente material y relativos al interés, explican muy bien, prescindiendo de otros, que Lutero debió de ser un apóstol muy popular en aquellas circunstrncias. Encontró el terreno bien preparado y le explotó con una habilidad maravillosa. Poseia cuantas cualidades necesitaba para conmover la muchedumbre. Era elocuente, atrevido, mordaz en sus sátiras, violento en las acusaciones é invectivas, ingenioso y agudo en sus argumentos, con un gran fondo de erudicion en materias eclesiásticas, de que sabia hacer grande uso. Como religioso, gozaba la reputacion si no de santidad, á lo menos de un hombre ajustado en sus costumbres. Como profesor de la universidad de Wittemberg, contaba una muchedumbre de discípulos, entusiasmados todos de su saber y genio. Escribia con la misma facilidad que hablaba, y era tan infatigable con la lengua como con la pluma. Conocia muy bien la índole de los que le leian ó escuchaban, y se plegaba á todo cuanto contribuia á hacerle inteligible. Era jocoso, festivo, hasta chocarrero; no huia de las especies ó expresiones mas acres y punzantes, y sabia el arte de hacer reir á costa de sus antagonistas. Ya hicimos ver que en un principio se mostró circunspecto y hasta respetuoso con la corte de Roma, cuya autoridad apostólica reconocia. Al papa Leon X escribió cartas muy sumisas, en medio de amonestaciones todas reverentes: en Augsburgo se arrodilló delante del cardenal Cayetano Vic que venia á examinarle, mostrándole todo el homenaje posible de veneracion y acatamiento. Mas conforme se fué enfrascando en la disputa, á proporcion que las invectivas de sus antagonistas excitaban su bilis, y le hacian buscar nuevas armas de combate, aumentó su valentia y arrogancia, dió mas y mas pasos en la virulencia, en la importancia de sus aserciones; manifestó lo ilegal, lo nulo de la sentencia, negó la autoridad del Papa, cuya bula de condenacion quemó públicamente; hizo ver en su persona la del Antecristo, y apeló á las decisiones del próximo concilio.

En la corte de Roma no brillaron con este motivo ni la habilidad ni la prudencia. Se tenian ideas muy escasas de Alemania en aquella corte voluptuosa y magnífica, centro del lujo y de las artes. Se despreciaba sin duda un pais que pasaba por agreste y bárbaro. Cuando fué oido por primera vez el nombre de Lutero, tal vez provocó á risa. No es pues extraño que Leon X hubiese dicho al saber de sus proposiciones, que eran disputas de frailes. Si hubiesen co-

nocido el espíritu político del pais, la disposicion de sus príncipes y el carácter personal de Lutero, tal vez con maña, con artificios, con halagos, hubiesen llegado á dar al negocio un giro que le adormeciese. Mas desde un principio se hizo poco caso de la llamarada; cuando se tomó en séria consideracion, era ya un incendio; se creyó que con la amenaza se templaria el espíritu inflexible del reformador, á cuya violencia dió mas temple. Cuando quisieron y pensaron apoderarse de su persona, se encontraron con que estaba protegida por un príncipe de poder, influencia y crédito, á quien estas circunstancias habian elevado al rango de vicario del imperio. Negarse á entregar la persona del heresiarca, era declararse partidario ó partícipe de sus doctrinas; apelar á la decision del concilio para condenarle, como pretendia el elector, era una especie de desafío á la corte de Roma. El negocio se ponia mas serio de lo que esta misma corte imaginaba.

Una de las grandes novedades que la doctrina de Lutero introducia y propagaba, acaso la mayor de todas, no era ni la obediencia negada al papa, ni la abolicion de los votos monásticos, ni otras alteraciones tanto en el dogma como en la disciplina. El mayor movimiento que estas novedades imprimieron en los ánimos, fué la independencia en materias de fe de las autoridades que la interpretaban y explanaban; fué el sostener que la Sagrada Escritura era la mas segura, la sola guia que debia tener el cristiano en estas materias delicadas; fué el sostener que ninguna interpretacion de dichos libros, dada por los hombres, podia ser obligatoria para las conciencias. De aquí el nombre de *libertad evangélica* que los mas cultos y el mismo Lutero dió desde un principio á la reforma. El principio de la autoridad de la Iglesia, de la infalibilidad de los concilios, de la especie de fe que se daba á las explicaciones de los Santos Padres, vinieron á tierra en virtud de esta doctrina. Puesto que las Escrituras eran las solas fuentes de la fe, era natural que los cristianos se dedicasen á estudiarlas, á penetrarse de su espíritu. Uno de los grandes trabajos literarios de Lutero fué la traduccion de la Biblia en aleman, y aunque esto fué algo posterior á su presentacion en Augsburgo, muestra bien el espíritu que respiraban sus doctrinas. De la Biblia traducida al aleman ya se conocian doce ediciones á fines del siglo anterior, mas fué la suya la que adquirió mayor popularidad, sea por su verdadero mérito, ó por otras circunstancias. De la Sagrada Escritura sacaba él la mayor parte de

sus argumentos, y como la autoridad de sus intérpretes, arma grande con que le combatian, era lo primero que él negaba, se hacia la cuestion interminable. La Alemania estaba inundada de argumentos y argumentadores en los dos sentidos. A todo el mundo llamaba, aunque no fuese mas que la curiosidad de saber cuál era el motivo de tanta controversia. Por precision, pues, se habia de preguntar, de inquirir, de leer, de estudiar, de confrontar citas, de nutrirse cada uno, y siempre en progresion, de lo que le era mas necesario para ofenderse ó defenderse. Todo esto circulaba con una rapidez prodigiosa por medio de la imprenta. Así se difundió poco á poco el espíritu de discusion y de disputa. ¿Y quién no ve que la emancipacion espiritual que se propalaba y sostenia, preparaba el camino á la política, si ya no se hallaban enlazadas?

Ya hemos dicho que el emperador Maximiliano falleció durante el gran calor de todas estas controversias. Nombrado el elector de Sajonia vicario del imperio durante el interregno, fué uno de los candidatos para tan alta dignidad; mas tuvo la prudencia de no dejarse llevar de esta ambicion, y contribuyó poderosamente á la eleccion de Carlos de Austria, rey de España. Coronado este emperador en Aquisgran ó Aix la Chapelle, ningun negocio se presentó de mas consideracion y urgencia que el de la escision religiosa que despedazaba la Alemania. Estaba Lutero condenado en Roma, y el papa urgia porque se llevase á cabo la sentencia. Mas el emperador y demás príncipes de la confederacion, consideraron que el negocio tenia al mismo tiempo que religioso un carácter demasiado político, para no ser tomado en cuenta por las potestades temporales. Se creyó que era un asunto bastante digno por su importancia de la convocacion de una dieta que se decidió celebrar en Worms, ante la que debia comparecer Lutero, á dar cuenta de su doctrina y su conducta. Fué en efecto la dieta convocada, y citado á ella el predicador de las nuevas opiniones.

Necesitaba Lutero (1521) un salvoconducto para presentarse en Worms, y aun este documento debia serle sospechoso, recordando que habia sido violado el dado á Juan de Huss por Segismundo. Concedió el salvoconducto Carlos V, y Lutero sin duda fiado en la grande y poderosa proteccion del elector de Sajonia, no dudó de dirigirse á Worms, á donde acudió el emperador con todos los electores, príncipes y dignidades seculares y eclesiásticas que componian aquellas grandes asambleas. Como el asunto era principalmente

eclesiástico, se reunieron muchos teólogos, y entre ellos, los mayores contrarios de Lutero. Hizo gran sensacion en Worms la llegada de este hombre ya tan célebre. Unos por afecto á sus doctrinas, otros por contrarios sentimientos, los mas, atraidos solo del gran ruido de su nombre, acudian á verle por donde quiera que pasaba. Rodeado de una inmensa muchedumbre, llegó al palacio donde estaba reunida la dieta, y se presentó en ella sin dar indicios de intimidarse á la vista de una asamblea tan numerosa y respetable. Le interrogó Eck, uno de sus impugnadores mas encarnizados, y le mandó manifestase si se reconocia autor de los escritos cuya lista iba á leerle. Concluida la lectura, respondió Lutero que todos eran obras suyas; mas que para responder sobre ellas, necesitaba le diesen algun tiempo. Le replicó Eck que puesto que las habia compuesto, precisamente las habia meditado; y que por otra parte era imposible que no hubiese pensado en lo que tenia que responder, sabiendo el motivo con que á la dieta era llamado. Se le dió, sin embargo, un dia de término para que meditase su respuesta. Al siguiente se presentó Lutero de nuevo en la dieta, y pronunció un discurso larguísimo en explicacion y defensa de sus opiniones. Mas la dieta de Worms no habia tenido por objeto abrir un campo de disputa y controversia, sino el pedir cuenta de sus doctrinas, ó mas bien adquirir una certeza legal de si en efecto las habia propalado de palabra ó por escrito. Habiéndose declarado en efecto autor de aquellas obras, se le pidió su retractacion, y esta la negó Lutero. Pensaba el emperador, pensaban los legados del papa y los demás principales personajes que se intimidaria con su presencia el atrevido innovador; mas sea que este hiciese punto de conciencia el ratificarse en sus principios, sea que su carácter resuelto le hiciese prescindir de todas consideraciones personales, sea que se fiase de las simpatías secretas de que era objeto por parte de muchos de la dieta, persistió en su negativa sin mostrarse intimidado.

En cuanto á su persona, ya no quedaba á la dieta mas partido que el despedirle en virtud de un salvoconducto. No faltaron quienes aconsejaron al emperador que se le retirase, haciéndole ver los servicios que en esto haria á la Iglesia; mas á Carlos V pareció una mengua de honor la violacion de la palabra. Se le devolvió á Lutero su salvoconducto, dándole el término de veinte dias para atender á la seguridad de su persona, con la prohibicion de predicar en el camino. Inmediatamente se salió de Worms Lutero con este res-

guardo; mas en cuanto á predicar en el camino, faltó á esta condicion, diciendo que primero era la causa de Dios que la de los hombres. A observar Carlos V este principio, segun lo que por la causa de Dios se entendia entonces, no lo hubiese pasado bien Lutero; pero el emperador se mostró en la ocasion mas generoso.

De todos modos corria la persona de Lutero un gran peligro. Condenado en Worms, como lo habia sido en Roma, sin mas resguardo que un salvoconducto por veinte dias, hubiese sido víctima de muchas asechanzas, sin encontrar asilo seguro en parte alguna, á no haber tomado el elector de Sajonia la resolucion de apoderarse violentamente de su persona, y encerrarle en la fortaleza de Wartzburgo, donde le puso al abrigo de todas las pesquisas.

Poco tendremos que decir de Lutero, debiendo de ocuparnos casi mas de los luteranos que de su persona. Se habia ya impreso un gran movimiento con energía, hasta con violencia, y creado una nueva época en el mundo político, moral é inteligente. Aunque el mismo innovador lo hubiese pretendido, no hubiese ya podido destruirla. Mas no fueron tales sus designios. Encerrado en lo que llamaba su Patmos, emprendió con nuevo ardor sus tareas literarias. Allí comenzó ó concluyó su famosa traduccion de la Biblia y otros tratados teológicos. Vuelto al mundo cuando ya no corria peligro alguno, y al seno de su iglesia y universidad, continuó siendo objeto de entusiasmo, de veneracion y de respeto. Para dar el ejemplo con el precepto, se casó con una religiosa, de quien tuvo hijos, sin que esta union hubiese sido objeto de escándalo para sus sectarios, ni disminuyese la consideracion personal de que gozaba.

Excitó la presencia de Lutero en Worms diversos sentimientos. Sin duda sus secretos partidarios aplaudieron su persistencia y negativa á retractarse; mas no se atrevieron á defenderle abiertamente. Se mostró el emperador muy ofendido con la conducta del innovador, y publicó una carta en aleman, haciendo profesion de su fe católica, declarando que no queria se tuviesen mas consideraciones con Lutero. El salvoconducto que le dió de despedida fué aplaudido por algunos, reprobado por los que mas celosos se mostraban por la fe católica. En el acto de despedir á Lutero, se publicó un edicto de la dieta, condenando sus doctrinas. Se hizo en él enumeracion de todas sus herejías, y de su condenacion por el pontífice. Se daba cuenta de lo ocurrido durante las sesiones de la dieta; que se habia llamado á Lutero á Worms; que se le habia preguntado

si eran suyos los libros que corrian como tales; que en vista de la afirmativa se le habia mandado que se retractase; y que habiéndose negado á ello, se le daba para salir el término de veinte dias, pasados los cuales, se declaraba rebelde, reo de lesa majestad, con órden á todos de que le persiguiesen.

Declaraba el edicto de Worms ilegal la reforma establecida por Lutero; mas estaba demasiado adelantada ya la obra, para que con un pliego de papel viniese al suelo. No disimulaban los príncipes luteranos su intencion y sentimientos. Para muy pocos era un misterio el confinamiento del reformador, y bajo qué auspicios se hallaba al abrigo de todas las pesquisas. Era ya una escision en toda forma, en que la política se hallaba tan mezclada con la religion, que no se sabia á cuál se habia de atribuir la mayor parte. Bajo este doble aspecto debia de ser odiada del emperador; mas como ya hemos dicho en otro lugar, no podia romper por entonces con unos príncipes, cuyos auxilios le eran necesarios contra el turco. Por otra parte, los muchos y complicados negocios que le rodeaban á la vez, le impedian consagrar á todos las mismas atenciones. Despues de publicado el edicto de Worms, tuvo que volver á España, donde le llamaba la situacion del pais, sacudido por la guerra de las Comunidades. En seguida quedó ocupada poderosamente su atencion con las campañas contra los franceses. En 1522 se celebró una dieta en Nuremberg, presidida por el archiduque Fernando, hermano del emperador, á donde mandó un legado el papa Adriano VI, con la comision de promover la ejecucion de los artículos del edicto de Worms, y la liga de los príncipes de Alemania contra Soliman, que avanzaba sobre Hungría. Entraba tambien en sus instrucciones el hacer ver á la dieta, que el pontífice era el primero en reconocer, que el azote de la herejía era una especie de castigo de la divina Providencia, por los pecados de los príncipes y grandes prelados de la Iglesia; por los vicios y abusos que se habian introducido en su gobierno, y que solo con el objeto de trabajar por su reforma, se habia decidido á aceptar su elevada dignidad, á que sin este motivo hubiera renunciado, etc.

Esta ingenua confesion del papa Adriano hace mucho honor á su probidad, á su virtud y á su celo apostólico; mas fué censurada como un rasgo de imprudencia por los magnates de la curia, á cuyos ojos era el nuevo papa incapaz de gobernar la nave de la Iglesia. Hácia sus virtudes manifestaban gran respeto; mas decian que

era preferible para gobernar la Iglesia una gran prudencia con mediana probidad, á la santidad con menos de prudencia (1). Es una verdad histórica que el papa Adriano con sus virtudes, con su celo por la reforma de abusos y costumbres, fué el menos popular de todos los pontífices de aquella época, y que causó tanto disgusto su exaltacion, como su muerte contento y regocijo. Nada retrata mas al vivo aquella corte y aquel tiempo.

La legacion no produjo efecto alguno. Respondieron los de la dieta en los términos mas respetuosos al pontífice, mas que nada podian hacer en las actuales circunstancias. Era la escision un hecho consumado. Lutero habia vuelto á Wittemberg, y públicamente entendia en el arreglo de su nueva iglesia.

Otra dieta se celebró al año siguiente en Nuremberg: tambien envió á ella su legado el papa, que ya no era Adriano VI, sino Clemente VII; mas tampoco produjo resultado en cuanto á la ejecucion de los artículos del referido edicto. La guerra que poco despues se declaró entre el papa y el emperador, no podia menos de ser favorable á los intereses del luteranismo en Alemania.

A la paz entre el Papa y Carlos V, se celebró por órden de este otra dieta en 1529, y se reunió en Spira, á donde concurrieron varios príncipes que ya se habian declarado casi luteranos. Lo que prueba los progresos que habia hecho la doctrina es que pidieron la revocacion del edicto de Worms fulminado contra la persona de Lutero, é indirectamente contra las suyas propias; mas como se hallaba aun en minoría, se vieron rechazados. Contra esta negativa protestaron, y de esto les viene el nombre de *protestantes*, con que se conocen indistintamente en el dia los que entonces y despues se separaron del seno de la Iglesia. Apelaron los protestantes al próximo concilio, cuyo nombre solo llenaba de inquietudes y zozobras á la corte de Roma.

Estrechaba el papa por un lado; los protestantes por otro: el turco amenazaba: Francisco I se mostraba muy propenso á sacar partido de estas disensiones. El emperador aguijoneado de tantas cosas á la vez, convocó una dieta en Augsburgo, hallándose en Italia á su vuelta de España. Se celebró la dieta en 1530 con gran pompa y esplendor, como una reunion de que se esperaba un resultado decisivo. Prepararon los teólogos de ambas iglesias sus armas

(1) Pallavicini. libr. II. La autoridad de este cardenal no puede ser de ningun modo sospechosa.

como para un gran certámen. No asistió Lutero, aunque estuvo á una legua de Augsburgo; mas se presentó su amigo Melancthon que pasaba por su primer discípulo y el mas sabio de su escuela. Redactaron los protestantes los artículos de su nuevo Credo, conocido con el nombre de la Confesion de Augsburgo. Los católicos le rechazaron fulminando un decreto contra ella; con lo que volvieron los luteranos á protestar y á apelar al próximo concilio.

Formaron entonces los protestantes la famosa liga, que tomó el nombre de Smalkáldica, del pueblo de Smalkalde, donde fué ajustada. Todo amenazaba una ruptura, y Francisco I se apresuraba á sacar partido de la ocurrencia uniéndose con los disidentes; mas Carlos V supo por entonces conjurar la tempestad, expidiendo en Spira en 1532 un decreto de tolerancia, ínterin se reuniese el próximo concilio.

Se fortificaba la liga de los protestantes y adquiria cada vez mas importancia. Ya no querian concilio, y en esto eran consecuentes. ¿Qué se habia de discutir y decidir en él á menos de que se compusiese de individuos de entre ambas comuniones? Veia muy bien el emperador que ó tenia que reconocer la nueva religion, ó acudir á la fuerza de las armas. Contra la liga Smalkálica ó protestantes, formó la liga católica, que hubiese impuesto á la contraria, á no haberse empeñado en la desgraciada expedicion de Argel, cuyos resultados motivaron ó aceleraron la ruptura de las hostilidades con la Francia.

No se aprovecharon los príncipes luteranos de estos apuros del emperador para llevar adelante sus designios. En lugar de aliarse con Francisco, acudieron á la dieta que Carlos convocó en Spira en 1543, y le dieron socorros para hacer la guerra. Mas despues de la paz de Crespi, cuando se hallaba el emperador libre ya de este embarazo, fué cuando rebulleron con mas fuerza. En la dieta de Worms, celebrada en 1545, se negaron los príncipes alemanes á concurrir al concilio de Trento y dar auxilios contra el turco: en la de Ratisbona, en 1546, donde los príncipes católicos se adhirieron á las decisiones del concilio, volvieron á protestar los luteranos. Por una y otra parte faltaba la sinceridad y se acumulaban motivos de desconfianza y de sospecha. Los protestantes se sentian cada vez mas fuertes, y en el emperador crecia la intolerancia con la secta y el odio que era natural hácia los que desairaban su autoridad como jefe del imperio.

Por aquel tiempo falleció Lutero tranquilamente en Eisleben, pueblo de su nacimiento, en febrero de 1546. Por lo poco que se ha dicho de su carácter y su vida, se ve que fué un hombre extraordinario. Formaba la obstinacion y la violencia el distintivo principal de su carácter: sin ellas no hubiese triunfado de tantos obstáculos, como debió de encontrar el establecimiento de su secta. Era la virulencia que reina en todos sus escritos el sello de la polémica del tiempo, ni respiran mas indulgencia los escritos con que se combatian sus doctrinas. Era Lutero un hombre instruido, de una vasta erudicion en materias eclesiásticas, infatigable escritor, orador fácil y elocuente. No eran sus conocimientos puramente de un órden teológico, ni sus gustos todos de un controvertista. Era apasionado de la música, que cultivó toda su vida. Tambien manejó algo el pincel, entendió en relojería y jardinería; y de su aficion á las letras humanas ha dejado suficientes testimonios. Nos quedan de él muchas obras en latin y en aleman, muchas cartas familiares, y hasta sus conversaciones de sobremesa, que han trasmitido con gran diligencia sus discípulos. Concluiremos con un dicho suyo, que nos muestra al menos la variedad de sus lecturas:

«Nadie comprenderá á Virgilio en sus Bucólicas, si no ha sido cinco años pastor.

»Nadie comprenderá á Virgilio en sus Geórgicas, si no ha sido cinco años labrador.

»Nadie puede comprender á Cicerón en sus cartas, si no ha tomado parte durante veinte años en los negocios de un gran estado.

»Nadie crea haber gustado bastante de la Santa Escritura, si no ha gobernado durante cien años las iglesias con los profetas Elías y Eliseo, con Juan Bautista, Cristo y los Apóstoles.

> Hanc tu ne divinam Æneida tenta,
> Sed vestigia pronus adora.

»Somos pobres mendigos. *Hoc est verum.* 16 februarii anno 1546 (escrito en Eisleben dos dias antes de su muerte).»

Hemos visto en el capítulo IV la gran liga que se formó entonces por los protestantes, y de qué modo se separaron de ella la mayor parte de sus miembros, por la política y artificios del príncipe Mauricio de Sajonia. No se concibe fácilmente, como en vista de esta separacion ó defeccion se mantuvieron solos en la palestra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse. Mas la derrota que

padecieron en los campos de Muhlberg por las armas del emperador, se presenta como un efecto natural de su imprudencia. La severidad que Carlos V desplegó despues de la victoria, muestra los verdaderos sentimientos de su alma, y que toda la moderacion y tolerancia que antes habia manifestado, solo se debian á la necesidad, y á los apuros que por todas partes le rodeaban. Victorioso ahora, cambió completamente de tono, y anunció que era un jefe en todo y por todo del imperio. Ya hemos visto con qué severidad, mejor diré, con qué dureza fué tratado el Elector, y en seguida el Landgrave, á pesar de sus humillaciones, y que quiso ser tan absoluto en religion, como en el resto. En la dieta de Augsburgo, celebrada en 1548, se presentó con todo el aparato de la majestad, rodeado de los instrumentos de sus triunfos. Allí dictó el *Interim*, es decir, el estado que el culto habia de tener, y lo que los fieles debian de creer, hasta que el concilio que estaba reunido en Trento, decidiese estos puntos importantes.

No se sabe hasta dónde hubiese llegado la política de Carlos V en esta parte, á no encontrar un enemigo encarnizado, al paso que falaz, en el príncipe Mauricio. Cuando se creia en el apogeo del poder, se vió hostilizado por quien debia considerar como su apoyo, pues era su protegido y su hechura. Cuando seguia su obra de persecucion, se vió perseguido y humillado. Soltó al elector á la fuerza, habiendo malogrado la ocasion de mostrarse generoso; y para complemento de desaire y de violencia, tuvo que firmar el tratado de Passaw, por el que se estableció el libre culto de una religion, de la que habia sido enemigo constante y decidido, por ideas, por convicciones, y por celo de su suprema autoridad como jefe del imperio.

Como fué este el último acto del emperador relativo á controversias religiosas, sobre todo en la Alemania, aquí deberíamos terminar esta materia de luteranismo en aquellas regiones, durante su reinado, si su importancia y poderosa influencia no nos obligasen á entrar en otras consideraciones.

Que el movimiento imprimido por Lutero en los espíritus de su nacion y su siglo fué grande y poderoso, toda la historia de dicho siglo y el siguiente lo demuestra. Otros reformadores, y aun mas atrevidos que él, se presentaron en seguida, como haremos ver muy luego; mas se quedará siempre á su cabeza, por haber sido el primero en aquel siglo, por estar su nombre mezclado con negocios

políticos de grande bulto y trascendencia, y porque los sucesores suyos hicieron poco mas que moverse por sus huellas. No podia menos de originar su doctrina disturbios y escisiones en mas de un sentido, y no solo formar una iglesia separada de la de Roma, sino subdivir la cismática en otras tantas ramas como podian ser los que por conciencia, por ambicion política ú otras causas, se erigiesen en reformadores. Estableciendo Lutero por principio que era nula la autoridad de los concilios, de los santos padres, de la corte romana en materias de dogma, y que la verdadera fuente de la fe se hallaba tan solo en la Escritura, daba á entender que la habian interpretado mal, ó por ignorancia ó por malicia. Esta autoridad de que despojaba á los demás ¿á quién la transferia? ¿Quién era el intérprete legal de unos libros de que otros habian abusado? ¿Lo era él mismo? Mas segun sus propias doctrinas podia tambien equivocarse. ¿Qué derecho tenia nadie, siguiendo este principio, de imponer su opinion ó su creencia á los demás? ¿No era esto lo mismo que decir, que podria haber tantas creencias ó dogmas, cuantos fuesen los hombres, que despues de acudir á la fuente, es decir, á consultar la Escritura, pudiesen interpretarla de distinto modo? Así la diversidad, la discordancia, la anarquía, por decirlo de una vez, en materias eclesiásticas y de dogma, eran una consecuencia natural, inevitable del principio del sacudimiento del yugo de la autoridad, sentado por Lutero. Previó con amargura este innovador que muchos siguiendo su ejemplo sacudirian el de la suya propia, segun aparece de algunos pasajes de sus memorias mismas. Consta tambien de ellas, que tenia dudas de algunas cosas que habia dicho, que le pesaba de haber ido en otras demasiado lejos, y atribuyéndolo á la virulencia con que habia sido tratado por sus enemigos. Sea por esto, ó porque no se tuviese por suficiente autoridad, es un hecho que dejó muchas cosas por decidir de un modo claro, y que sobre otras no quiso pronunciarse. Habiendo abolido los votos monásticos, jamás quiso valerse de su influjo para expeler de los conventos las personas que no querian abandonarlos. Mostrándose enemigo de las misas rezadas, pensó que debian conservarse las cantadas, con tal que se mezclasen en ellas algunos salmos en aleman, que diesen un aire nacional á dicha ceremonia. Sobre el purgatorio no fué explícito; y en cuanto á la presencia real en la Eucaristía, no solo no la negó, sino que se mostró enemigo de los que la rechazaban. Uno de los grandes tormentos de su vida, fué la

muchedumbre de consultas en materias de creencia con que le abrumaban, y á quienes no podia dar una respuesta categórica. Vivió bastante para ver otros innovadores ponérsele delante, y zaherirle por la timidez de sus doctrinas; para deplorar abusos que hacian de ellas la ignorancia y la ferocidad, y para conocer por experiencia, que si los luteranos representaban un gran papel en el mundo, no se hallaba Lutero en el apogeo de su autoridad y de su gloria. No fueron sus últimos años muy felices, y su muerte vino sin duda á libertarle de mucha ansiedad y mucha angustia.

Antes de pasar del luteranismo á otras sectas religiosas que en Alemania y en otras partes se planteaban, nos extenderemos algo mas sobre los efectos que bajo el aspecto político, la reforma en aquel pais produjo. Prescindiendo del influjo que pudo tener la propia conviccion ó la conciencia, hemos indicado que á los príncipes que abrazaron la doctrina de Lutero les asistian motivos políticos para separarse de Roma: el ahorrarse por una parte las contribuciones indirectas con que á los gastos de aquella corte concurrian, y además el aprovecharse de los despojos de la Iglesia, dándose á ellos mismos mas importancia con respecto al jefe del imperio. Los mismos sentimientos que animaban á los grandes hácia otro mayor, debian de influir en los pequeños en sus relaciones con los grandes. A la emancipacion evangélica no podian menos de seguirse disturbios políticos, y una pugna para obtener en lo civil los mismos efectos que en lo religioso. A las opiniones de Wicleff se siguió en Inglaterra la faccion de los Lolardos. Tuvo por consecuencia el suplicio de Juan de Huss y de Jerónimo de Praga la guerra de los hussitas en Bohemia. A los principios de las innovaciones de Lutero, y aun antes, se insurreccionaron una muchedumbre inmensa de aldeanos ó labriegos en Suavia, en Franconia, en Alsacia, en los círculos del Rhin, en otras partes de Alemania, pidiendo con las armas ser libertados del yugo de los señores, alegando los derechos que como á cristianos les estaban asignados en el Evangelio. En doce artículos extendieron las condiciones de su pacificacion y desagravio; debiendo decir por amor á la imparcialidad que muchos parecian justos, y que sus mismas quejas muestran bien el grado de abyeccion y servidumbre en que vivian. Citaremos algunos: que se les permitiese elegir su pastor y deponerle, siendo cuenta de ellos el pagarle: que no fuesen propiedad de nadie: que se aboliese el derecho exclusivo de caza y otras cosas comunes: que se aliviasen los servicios públicos y que se disminuyesen las contriciones.

Se creyó Lutero como interpelado en esta grave controversia, y tuvo á punto de deber y honra el pronunciarse. En lugar de mostrarse favorable á los labriegos, les afeó su insurreccion y su alzamiento, diciéndoles que no era de cristianos vindicar sus agravios con las armas en la mano: que acudiesen á las de la moderacion y de la súplica. Con la misma energía que á los labriegos, se dirigió á los señores, echándoles en cara su espíritu opresivo, exhortándoles á la misericordia y á la indulgencia; concluyendo por proponer á los partidos una avenencia por medio de mutuos delegados. Con este término medio de conducta que adoptó Lutero por no comprometerse mas abiertamente, no dejó contenta á ninguna de las partes. Se remitió el negocio al fallo de las armas, y se decidió en favor de los señores, quedando sus enemigos vencidos, derrotados y dispersos. Su jefe principal llamado Muncer, hombre osado y feroz, que arrastraba la muchedumbre con su elocuencia violenta y sanguinaria, pereció en el cadalso con los principales de sus cómplices.

No mostró Lutero pesadumbre por este desenlace de la insurreccion de los labriegos. Se consideró al contrario como un justo castigo de un crímen de desobediencia. Y tal vez se alegró en secreto de ver reprimidos unos excesos y desórdenes que los católicos achacaban naturalmente á sus doctrinas.

Fué esta guerra de los labriegos en extremo cruel y sanguinaria. Se abandonaron los insurgentes á toda suerte de furor y desenfreno como toda muchedumbre guiada por sus instintos groseros, que ha sacudido el yugo de la subordinacion y disciplina. Si su conducta y la suerte de sus armas excitó tan pocas simpatías en Lutero, el incendio que promovieron el año de 1534 en Munster los anabaptistas, fué objeto de su cólera y de una indignacion violenta.

Eran los anabaptistas una secta, donde se predicaba, entre otras cosas, que los hombres no debian bautizarse hasta ser adultos; por cuya razon, siendo el bautismo de la infancia nulo, no se podia salvar quien no lo renovase. En apoyo de esta novedad, citaban el bautismo de Cristo en el Jordan, antes de tomar el camino del desierto. Se introdujeron estas innovaciones en Munster, donde, desde el año de 1530, habia penetrado la doctrina de Lutero. No se descuidaron, como sucedia á todos, de propalar y difundir la suya,

que no dejaba de encontrar prosélitos. Iba su predicacion acompañada de vociferaciones, de violencias; y entre los ardientes entusiastas se distinguia un sastre llamado Juan de Leyden, por su elocuencia, y la audacia con que habia contribuido á introducir aquella novedad en Munster. Mostraban hácia la iglesia de Lutero la misma aversion que á la de Roma, lo que era un nuevo motivo de pugna entre ambos bandos. Hay cuatro profetas, decian los anabaptistas; dos verdaderos y dos falsos. Los primeros son David y Juan de Leyden: Lutero y el papa los segundos. Al fin los católicos y los luteranos expelieron de la ciudad á los anabaptistas; mas volvieron en mucho mayor número y con mas audacia, corriendo las calles, exhortando á los hombres á la penitencia, al mismo tiempo que se apoderaban de los puntos fuertes, de la casa de ayuntamiento y de la artillería. Los católicos y protestantes se armaron por su parte para atacar á los anabaptistas, y despues de varios combates sin resultado alguno, se convinieron en que cada uno ejerciese libremente su creencia. Los anabaptistas, sin miramiento á este tratado, llamaron en secreto á los de su persuasion, que se hallaban en los pueblos inmediatos. Cuando los luteranos y católicos vieron que la ciudad se llenaba de gente forastera, se salieron inmediatamente los ricos del pueblo, como pudieron, dejando solo dentro á los mas pobres. Entonces los anabaptistas se apoderaron del mando, depusieron el ayuntamiento y formaron otro nuevo. De allí á unos dias, despojaron los conventos y las iglesias, corrieron las calles, llamando á gritos á los hombres á la penitencia, á que recibiesen el bautismo, amenazando con la muerte á los impíos que no se marchasen al instante. A todos los que no eran de su secta hicieron salir de Munster, sin distincion de edad ni sexo.

Dueños de Munster los anabaptistas, mandó uno que pasaba por profeta, Juan Mattiesseu, que todos pusiesen sus bienes en comun, y que nadie ocultase nada, pena de la vida; apoderándose asimismo de los de los fugitivos. Se mandó asimismo que no se conservasen mas libros que la Biblia. Todos los demás fueron quemados en la plaza de la catedral, estimándose su precio en mas de veinte mil florines.

Habiendo muerto á las puertas de la ciudad este profeta por las tropas del obispo que la sitiaban, le sucedió en el cargo Juan de Leyden, que tomó á su viuda por esposa. Dieron á pocos dias los sitiadores un asalto, que fué rechazado con gran pérdida. Adquirió

con esto Juan de Leyden nuevo crédito, que le hizo mas osado. Nombró doce fieles para que fuesen los ancianos de Israel: declaró que Dios le habia revelado nuevas doctrinas sobre el matrimonio. Los predicadores con quienes la discutió, abrazaron su opinion, y por tres dias consecutivos predicaron la pluralidad de las mujeres; doctrina que fué inmediatamente puesta en práctica, con todas las violencias del mas bárbaro libertinaje.

En la fiesta de San Juan de 1534, un nuevo profeta de oficio platero, llamado Warendorff, reunió al pueblo y le anunció que habia tenido una revelacion en virtud de la que debia reinar Juan de Leyden sobre toda la tierra, y ocupar el trono de David, hasta el tiempo que el Dios padre viniese á pedirle la entrega del gobierno. Los doce profetas fueron depuestos, y nombrado rey Juan de Leyden.

Se rodeó el nuevo monarca de una corte completa, magnífica y pomposa; creó todos los cargos y empleos que se ven en los palacios reales; elevó á una de sus mujeres al rango de reina; se hizo con un tren de cuarenta ó cincuenta caballos, todos ricamente enjaezados. Adornado con los trajes mas magníficos hechos con vestiduras de la Iglesia, se presentaba en la calle con todo el aparato de un gran rey, acompañado de pajes, uno de los que llevaba su Biblia y su corona, y otro su espada desnuda. Al mismo tiempo se abandonaba á todos los excesos de la crueldad, de la licencia y desenfreno. Habiendo dicho una de sus reinas á las compañeras que no creia conforme á la voluntad de Dios que dejase perecer al pobre pueblo de hambre y miseria, la hizo conducir á la plaza del mercado en compañía de sus demás mujeres, y habiéndola mandado que se arrodillase en medio de sus compañeras, prosternadas como ella, la cortó con su misma espada la cabeza. Las demás reinas cantaron gloria á Dios en las alturas, y el pueblo se puso á bailar en torno del cadáver.

Tanto delirio y desenfreno no podian ser de larga dura. Se estrechaba el sitio, y los de adentro estaban reducidos á la última miseria. Llegó á ser tan grande el hambre que se distribuyó la carne de los muertos, exceptuándose solo los que habian tenido enfermedades contagiosas. El dia de San Juan de 1535 se dió otro asalto y se tomó la plaza despues de una obstinada resistencia. Todos los anabaptistas fueron pasados á cuchillo. El rey y su teniente fueron cogidos prisioneros, y despues de mas de seis meses de pri-

sion, salieron al suplicio, donde fueron atenaceados y muertos de una puñalada en el pecho, despues de una hora de tormento.

Esta catástrofe atroz de los anabaptistas de Munster, fué la última de esta clase que tuvo lugar en Alemania en toda la primera mitad del siglo á que nos referimos. Ya veremos repetidos, no precisamente los mismos horrores, mas otros que se les parecen, en Suiza, en Francia, en los Paises-Bajos, en Escocia, dando por resultado la observacion exacta de que las guerras religiosas han sido siempre, en su género, las mas crueles y atroces de las guerras.

Hemos indicado que no se concretó el luteranismo simplemente á la Alemania. En los mismos tiempos de que hablamos, no dejó de penetrar por Francia y por Italia; llegó hasta España, á donde le llevaron los soldados luteranos de Carlos V, pues en las filas imperiales tenian cabida todas sectas y naciones. Una gran parte de los excesos, sobre todo las profanaciones que se cometian en Roma durante su ocupacion por las tropas de aquel príncipe, se atribuye á los soldados luteranos.

Para concluir todo lo relativo á las contiendas religiosas de Alemania en la época de Carlos V, diremos dos palabras acerca del Concilio de Trento, hecho histórico demasiado interesante, para que se pase en silencio tratándose de tales controversias. Como hecho, le bosquejaremos, pues, con sencillez y concision, sin ningun exámen, sobre todo en la parte teológica. (1)

La idea de un concilio ó de cualquiera otra asamblea de esta clase, debió de ocurrir y ocurrió efectivamente en todas las novedades extraordinarias, en todos los graves conflictos, en las escisiones de efectos muy trascendentales, en cuantos peligros amenazaron la nave de la Iglesia. Todos los grandes concilios generales representan efectivamente algunas de estas situaciones. No es extraño, pues, que cuando la herejía de Lutero tomó tanto incremento en Alema-

(1) Entre los varios historiadores que consagraron su pluma á la descripcion de este Concilio se distinguen dos, marcados por la diversa índole y carácter de sus narraciones. El uno es Fra Paolo Sarpi, fraile servita veneciano, nada adicto á la curia romana, y propenso á emplear siempre el lenguaje de la censura y hasta de la sátira. El segundo es el cardenal Palavicini, cuya historia parece principalmente dirigida á refutar los errores del primero que designa con el nombre de *Suavé*, pues bajo el pseudónimo de *Suave Polano* publicó en Londres por primera vez Fra Paolo su historia. Como en los hechos substanciales, que son los que nosotros consignamos, convienen los dos con corta diferencia, de cualquiera de los dos podríamos tomarlos, mas para no errar en esta materia delicada nos valdremos exclusivamente de la del Cardenal, y á él exclusivamente nos referimos en un todo sobre lo poco que, segun el objeto de nuestra obra, tendremos que narrar de este Concilio.

nia, se fijase la opinion en un Concilio, como la medida mas eficaz, para curar estos males de la Iglesia. Los mismos protestantes parecian desear esta celebracion, cuando apelaron al próximo Concilio; al protestar contra la decisiones de Spira y de Augsburgo; hasta Lutero tocó esta especie en respuesta á su condenacion en Roma. Deseaba mucho este concilio Carlos V, tanto por objeto de acabar así con la herejía, como con el fin de que se hiciesen aquellas reformas sobre disciplina y gobierno temporal de la Iglesia que reclamaba la opinion, y parecian los medios mas conducentes para que no se renovasen en adelante tan funestas escisiones.

Mas la corte de Roma no vió con los mismos ojos este negocio de concilio. Sin duda recordaba los recientes de Constanza, de Basilea, de Ferrara y de Florencia, en que los padres se consideraron y condujeron como verdaderos representantes de la Iglesia; punto muy delicado para la autoridad del pontífice de Roma. Tal vez creia que un concilio no era ya eficaz para cortar los males que iba produciendo la herejía, y en efecto, á la altura en que se hallaba este negocio, ya era mas asunto de armas, que de controversia. Era preciso ó tolerar la existencia del luteranismo ó extirparle por medios de material coaccion ó de violencia. Así lo veia todo el mundo: así lo conocian los mismos protestantes, que al principio pidieron Concilio, que despues pusieron por condicion que se celebrase en Alemania, y al último no quisieron ya Concilio. Entre el luteranismo y la Iglesia católica se habia abierto ya una brecha inmensa. Eran ya dos cosas inamalgamables, infundibles. Un Concilio compuesto de doctores de ambos bandos con objeto de discutir, era imposible, sumamente peligroso. Compuesto solo de prelados y católicos, tenia que comenzar lanzando condenaciones, censuras y anatemas. La cuestion era, pues, si estas bastarian sin emplear la violencia de las armas.

La cuestion de la reforma en la disciplina y negocios meramente temporales de la Iglesia, era sumamente delicada y espinosa. Esta idea no la desconocia la curia romana, mas sonaba mal, y sobre todo repugnaba el conceder que á los abusos de que tanto se quejaban, se debiesen en parte las herejías que afligian á la Iglesia. Ya hemos visto lo objeto de censura que fué el papa Adriano VI, porque habia hecho ver á la Dieta de Nuremberg que él era el primero en reconocer en el azote de la herejía un castigo de la divina Providencia.

En fin, despues de varios pasos y negociaciones, sobre el punto donde debia celebrarse, despues de haber decidido el Papa que fuese presidido por legados suyos, fué el concilio convocado para la ciudad de Trento en el Tirol, por un decreto del papa Paulo III, expedido en 1.° de mayo de 1542, por el que se mandaba celebrar la primera sesion el 24 de junio de aquel mismo año.

Los legados del papa acudieron con puntualidad para el dia convenido; se juntaron tambien algunos otros padres y prelados, mas fueron en tan pequeño número, que no se pudo reunir el Concilio, y los padres tuvieron que volverse. Por aquel tiempo se celebró la dieta de Spira en 1543, con motivo de los socorro que dieron al emperador contra la Francia. Expidió Carlos el decreto de que no se malestaria á los protestantes, hasta que decidiese los puntos de controversia el próximo Concilio.

Disgustó mucho esta concesion á la Sede apostólica, y alentó en proporcion al partido luterano. Ya no hablaban estos de Concilio, como que á las decisiones de un Concilio no pensaban someterse. La desunion de los ánimos, la desconfianza mútua del emperador y el papa, la guerra encendida entre el primero y el rey de Francia, hicieron que se parase el negocio del Concilio, quedando como muerto, hasta que fué convocado por segunda vez para el 15 de marzo de 1545. Todavía en vista de los pocos que acudieron, se difirió la reunion para el 3 de mayo de aquel año. Mas á pesar de la prisa que ponia el pontífice, fueron tantos los obstáculos, las dificultades que se ofrecieron, la desconfianza en unos, la mala fé en otros, que el Concilio no pudo inaugurarse hasta el 13 de diciembre.

Comenzó la ceremania con una solemne procesion, en que iban por su órden frailes, canónigos, obispos y legados. Se instaló solemnemente el Concilio, pronunciando el obispo de Bitonto el discurso de apertura: determinó abrir sus sesiones para el 6 de enero del año siguiente de 1546.

Fué el Concilio de Trento muy poco concurrido desde los principios. Asistieron á la ceremonia de la inauguracion, cuatro legados, cuatro arzobispos, veinte obispos, cinco generales de órdenes religiosas. De Francia no se presentó ninguno: de Alemania muy pocos. Los oradores del emperador tampoco habian llegado todavía. Dió esta falta de asistencia lugar á inculpaciones, á reprimendas sérias, y hasta indicaciones de acusar de contumacia á los ausentes. Hubo muchas excusas por parte de estos últimos, alegando causas de tardanza, y pidiendo nuevos plazos.

Se emplearon las primeras reuniones en la designacion de los empleados para la direccion de los negocios del Concilio, en decidir de qué modo se habian de contar los votos, y hasta el mismo título que al Concilio habia de darse. Algunos no querian que se llamase universal, por no poder considerarse como representacion de toda la Iglesia, en vista del escaso número que habia concurrido; mas prevaleció la opinion contraria, aunque la denominacion que se dió desde los principios á dicha asamblea, no fué siempre la misma; indicándose con esto que no se hallaba el punto bastante decidido.

En la segunda sesion se dejó ver la diferencia de ideas y miras que animaban á los padres del Concilio. Querian algunos que comenzasen sus trabajos, haciéndose reformas en la disciplina de la Iglesia, en las costumbres de sus prelados, en la administracion de sus negocios temporales. Tales eran las ideas del emperador y de la mayor parte de los prelados de Alemania. Alegaban para ello que así se quitarian muchas armas á los herejes que en muchas de estas corruptelas y abusos apoyaban sus doctrinas: mas la mayoría y el mismo pontífice, á quien Carlos V escribió sobre el particular, rechazaron este órden de trabajos, como derogatorio á la dignidad misma de la Iglesia. Sostuvieron que era impropio para los que se reunian con objeto de pronunciar, de decidir y condenar, dar principio á sus tareas acusándose á sí mismos, y ofreciendo este triunfo á sus contrarios: que de las reformas en la disciplina nadie habia que no reconociese la necesidad; mas que este negocio debia posponerse al de la manifestacion y pronunciamiento solemne sobre el dogma.

Prevaleció esta última opinion, y se decretó que empezase el Concilio sus tareas por el Credo. Se pasó á la inspeccion de los libros canónicos reconocidos como tales hasta entonces. Fué alguno de opinion que se los dividiese en dos clases; unos de fe ciega é implícita, otros de mera edificacion y de consejo; mas fué rechazada casi por unanimidad esta doctrina. Se propuso por otros si estos libros canónicos se debian examinar de nuevo; á lo que se respondió que ya lo estaban por la Iglesia, y que un nuevo exámen seria dar un triunfo á los herejes que deseaban abrir campos de disputa y de contienda. Replicaron los primeros que el modo de convencerlos era examinar y discutir; mas en la votacion tuvo mayoría la opinion contraria. El Concilio se pronunció, pues, solemnemente sobre la admision de todos los libros canónicos sin distincion, y contra los

que los desechasen ó negasen, decidió lanzar un anatema, por veinte votos contra doce.

Se procedió despues á las tradiciones apostólicas, y despues de varias discusiones, se decidió que les debia la misma fe que á la Escritura, lanzando el mismo anatema contra los que las desechasen. Se resolvió asimismo declarar la Vulgata, único texto canónico entre todas las demás traducciones en latin de la Escritura, excogitando el modo de expurgarle de todos los yerros, que por descuido ó ignorancia de los copistas ó impresores se habian en ella introducido.

Mientras tanto continuaban las quejas contra los ausentes, cuyas excusas fueron todas desechadas. Se llegó hasta formular un decreto contra ellos; mas no fué leido en sesion pública.

Una de las disposiciones tomadas en aquellos dias por el Concilio fué la deposicion del arzobispo de Colonia, acusado de connivencia con los heresiarcas. Con este motivo volvieron muchos á insistir en que se pasase pronto á tratar de las reformas. El emperador lo solicitaba en sus cartas al pontífice, exponiendo la necesidad de que se tratase de esto antes de pasar el dogma. Mas Paulo III desechó de nuevo sus indicaciones, lo que fué motivo de que los oradores del emperador se abstuviesen por un tiempo del Concilio. Los legados que le presidian en nombre del papa, y la mayoría de los padres, combatian con calor esta idea de entrar inmediatamente en las reformas. A nadie se priva, decian, de reformar sus costumbres: todo el mundo es libre de llevar cilicios y ponerse ceniza en la cabeza. La fe es lo primero por ahora; despues se pasará á las obras.

Comenzaron, pues, los padres por el pecado original que declararon como uno de los artículos del dogma. Sobre la inmaculada Concepcion de la Vírgen no se atrevieron á decidir nada, por no herir la susceptibilidad de las órdenes religiosas, entre otras la de los dominicos que la desechaban.

Produjo la discusion grave y detenida sobre esta materia, cinco cánones relativos al pecado original cometido por Adan; á la trasmision de este pecado ó mancha á toda su posteridad; á la abolicion de esta mancha ó pecado por el sacramento del Bautismo, instituido por Jesucristo; á la absoluta necesidad de administrar este sacramento á cada individuo ó persona; á la abolicion por él no solo del pecado original, sino de cualquiera otro que hubiese cometido. En cuanto á la exencion de la Vírgen de la ley comun, se mandó

observar las constituciones de Sixto IV sobre la materia; explicándose este punto en términos que al manifestar lo piadoso de esta creencia de su inmaculada Concepcion, no se acusase de impía ni de irreligiosa la contraria.

Casi al mismo tiempo que se extendian y examinaban estos cánones, se tocaban algunos puntos relativos á la disciplina y gobierno de la Iglesia. Se quejaban los obispos de las usurpaciones de su autoridad que en ciertos puntos cometian los superiores de las órdenes y comunidades monásticas, y se trató de cortar de raiz estos disgustos, restituyendo al poder episcopal sus atribuciones. Se habló de la residencia de los obispos, considerándola como esencialmente obligatoria: se mandó que se erigiesen cátedras tanto en las universidades como en las capitales de diócesis y comunidad religiosas, para la exposicion y explicacion de la Escritura, mandando que no se confiase este cargo sino á personas muy idóneas; que se hiciesen misiones, observándose la misma escrupulosidad con los revestidos del carácter de predicadores; que se abriesen escuelas gratuitas para enseñar á los pobres la gramática latina.

Habia celebrado el Concilio de Trento cuatro sesiones públicas en los cinco meses y mas que de instalacion llevaba. En 17 de junio de 1546, tuvo lugar la quinta, para aprobar los cánones relativos al pecado original y á la disciplina de la iglesia. Asistieron á ella cuatro cardenales, nueve arzobispos, cuarenta y ocho obispos, dos abades de monjes, tres generales de mendicantes, y varios otros teólogos, oradores.

Como se ve, se hallaba todavía el Concilio muy poco concurrido, lo que hacia repetir las quejas y amenazas de costumbre contra los ausentes. De Francia ninguno se habia presentado, hasta que por aquellos dias acudieron tres individuos, que despues de varios debates sobre los asientos, le tomaron al fin entre los padres.

Por aquel tiempo estalló la guerra entre el emperador y los príncipes protestantes del imperio, de que hicimos mencion en su lugar y á la que contribuyó el papa con un auxilio de doce mil hombres de infantería y dos mil caballos que pasaron por Trento en su marcha al teatro de las hostilidades. Con este motivo no creyéndose bastante seguros y tranquilos en esta ciudad los padres del Concilio, trataron de que se trasladase á Italia, mas este punto dió lugar á serios y vivos altercados.

La curia romana que habia siempre propendido á celebrar el Con-

cilio en este último pais, aprovechó gustosa cualquiera ocasion ó motivo de la remocion de Trento, ciudad triste, de pocas comodidades y conveniencias, donde la mayor parte de los padres residian con suma repugnancia. A esta mala localidad se atribuia la poca concurrencia á tan solemne asamblea de la Iglesia. Mas el emperador se habia empeñado siempre en situar al Concilio lo mas próximo posible al teatro de las escisiones religiosas, para que se sintiese mas su influencia. De igual opinion habian sido los prelados alemanes, y hasta los protestantes mismos, cuando querian y pedian Concilio. En esto tambien se llevaria las miras Carlos V, de ejercer mas influencia personal en cuanto el Concilio decretase. De todos modos, cuando se suscitó el punto de la remocion, se mostró tan adverso á la medida, como lo habia estado á su celebracion en algun pueblo de Italia.

La generalidad de los padres deseaba la traslacion por los motivos ya expresados. La deseaba mucho el papa, y aun mucho mas los legados, temiendo los conflictos y embarazos que podrian suscitarse, en caso de morirse el pontífice, ya de edad muy avanzada, durante la celebracion del Concilio en un punto tan distante. Mas el emperador cada vez se mostraba mas adverso á la remocion de la asamblea; y el papa por no disgustarle, temiendo que llegase quizá á convocar un concilio nacional, no daba indicios de insistir mucho en la medida.

Reinaba, pues, en Trento una guerra sorda, entre los que deseaban y combatian la salida. Entre los primeros, los legados trabajaban por llevarla á cabo, haciendo ver á los de la parcialidad del emperador, que era ya imposible al papa continuar con los auxilios de la guerra, mientras continuase el Concilio de Trento, por los muchos gastos que se le seguian, y haciendo por otra parte ver al pontífice la necesidad de suspender el Concilio, en caso de que su traslacion fuese imposible.

El emperador se mantenia obstinado, y Paulo III irresoluto; las intrigas, negociaciones y disgustos iban en progreso, sin que el asunto llegase á su determinacion, cuando se declaró en Trento una enfermedad, que tenia, ó á la que se quiso dar, el carácter de contagiosa; con cuyo motivo, los amigos de la mudanza alzaron mas la voz, y el papa se decidió al fin á dar el decreto para la remocion de él á Bolonia, á donde inmediatamente se trasladaron los prelados. Sucedió esto por mayo de 1547.

Se irritó el emperador con la medida, y pidió al pontífice la vuelta del Concilio á Trento. Lo mismo suplicaron los prelados alemanes. Mas la corte romana no tuvo por conveniente acceder á la pretension, y expidió nuevas cartas de convocatoria, para que los padres del Concilio se encaminasen á Bolonia. Mas no pocos, sobre todo los españoles, de la parcialidad de Carlos V, se negaron á separarse de Trento.

En Bolonia se celebró una sesion, y se decidió que se suspendiesen basta setiembre de aquel año. Mientras tanto ocurrió la victoria de Muhlberg contra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, lo que en lugar de hacerle ceder sobre la traslacion del Concilio á Bolonia, le movió á insistir de nuevo en que volviese á Trento. Mas esta medida era ya imposible, como tambien el que el Concilio continuase sus sesiones en Bolonia, con tantos altercados entre los que la deseaban allí, y los que persistian en permancer en Trento. Así quedó esta asamblea como virtualmente suspendida.

Mientras se suscitaban estos puntos de traslacion y demás negocios puramente temporales, seguian adelante los padres con sus tareas de definir puntos de fe, y tomar medidas acerca de la disciplina de la Iglesia. En cuanto á la primera parte, despues de los cánones ya referidos sobre el pecado original y sacramento del Bautismo, se pasó á los otros; pues sobre su número y efectos de su aplicacion rodada una gran parte de las doctrinas de los heresiarcas. Se extendieron sobre esto nuevos cánones, y se lanzó anatema contra el que dijese y tratase de sostener que los sacramentos eran mas ó menos que siete; que no habian sido todos instituidos por Cristo; que lo estaban ya en lo antiguo; que tan solo los signos pertenecian al Nuevo Testamento; que los sacramentos no eran necesarios; que bastaba la preparacion del alma y deseo de recibirlos, sin que lo fuesen en efecto. En cuanto á disciplina, se continuó el negocio de restituir toda su plenitud á la autoridad de los obispos; se decidió la obligacion de la residencia de estos en sus diócesis; que ninguno, y ni aun los cardenales, poseyesen mas que una, siendo extensiva hasta ellos la obligacion de residencia.

Mientras las contestaciones y negociaciones á que daba lugar la instalacion en Bolonia del Concilio, expidió el emperador su famoso decreto del *Interim* en Alemania, por el que se estableció lo que se habia de practicar y observar por los luteranos, ínterin decidia el congreso sobre aquellas controversias y disputas religiosas. Fué con-

siderada esta medida por los protestantes como un rasgo de tiranía del emperador; en la curia romana causó aun mas desagrado, como atentatorio á la autoridad del pontífice y del Concilio mismo, mezclándose en materias fuera de la competencia de las potestades temporales. El papa trató de modificar este acto, y hacer en él las correcciones necesarias; mas le representaron sus consejeros que en esto mismo se comprometia su dignidad, y se prefirió el silencio á dar á entender de un modo tácito, que el emperador podia tener derecho de expedir decretos semejantes.

Poco despues falleció Paulo III, y fué sucedido por Julio III, que cuando cardenal, habia sido nno de los legados del Concilio. Como el emperador instaba siempre á que volviese esta asamblea á sus trabajos, y no se la convocase mas para Bolonia, expidió el pontífice una bula, para que el Concilio volviese á reunirse en Trento.

Tuvo lugar la primera sesion en 1.° de mayo de 1550, despues de cerca de dos años que se habian suspendido sus tareas. El emperador, creyéndose ya en estado de dar la ley á los protestantes de Alemania, volvió á insistir en que se tratase de reformas en la disciplina, para quitar de un todo los pretextos y motivos que los heresiarcas alegaban. El papa manifestó que entraba perfectamente en sus consideraciones. El Concilio comenzó sus tareas, tratando de dogmas de crencia; extendiéndose mucho sobre el de la Eucaristía tan combatido por la secta de los sacramentarios.

A este Concilio que se consideraba como una mera continuacion del anterior, acudieron tambien prelados franceses; mas se vió como una ofensa en el Concilio, el que las cartas credenciales que se leyeron en su seno, designasen esta asamblea con el nombre simple de *conventus* (reunion) sin emplear el de sínodo ó Concilio. Al fin apaciguaron algo con las explicaciones que los oradores dieron á la de conventus, que en nada derogaba á la importancia y dignidad de la asamblea. Mas la Francia se habia manifestado en todas ocasiones poco adicta al Concilio, sin duda porque el emperador le promovia. Así no fueron admitidas nunca en aquel pais sus decisiones de ninguna época.

Las tareas en esta segunda del concilio de Trento procedieron con mas lentitud que en la primera. A las decisiones sobre el sacramento de la Eucaristía, siguieron las relativas á la penitencia. Se tomó entonces la medida de dejar pendientes ciertos puntos, invitando á los protestantes á que viniesen á esgrimir sus armas en la controversia, lo que no se habia hecho en la primera época. Mas los protestantes no asistieron: les estaba preparando triunfos mas sólidos y seguros. Mauricio de Sajonia, convertido repentinamente de consejero, de amigo, de protegido del emperador, en su enemigo. Huyó Carlos V de su nuevo rival, y como hemos visto, se vió muy en riesgo de caer prisionero en manos del que hacia poco se llamaba su favorecido.

Tuvieron grande influencia estos acontecimientos en las tareas del Concilio. Llegaron los padres á verse realmente en peligro por la aproximacion á Trento del teatro de las hostilidades. Destruyó completamente el tratado de Passaw las esperanzas que podia tener la corte romana de ver reducidos á los luteranos de Alemania al seno de la Iglesia. Declarada otra vez la guerra entre el emperador y el rey de Francia, necesariamente se habia de resentir de ello la buena armonía del Concilio, donde se hallaban padres de las dos parcialidades. Quedó así suspendida virtualmente esta asamblea, y no volvió á reunirse otra vez hasta diez años despues, cuando llevaba ya Felipe II siete de reinado.

Así el concilio de Trento no produjo efecto alguno en cuanto á la restitucion al seno de la Iglesia de los protestantes de Alemania y otras partes. Estaba ya la escision muy decidida y pronunciada, y á demasiada distancia los principios de los disidentes de los adoptados como bases fundamentales por la Iglesia. Era imposible que apagase el fuego ya tan encendido una asamblea, que no se reunia para examinar y discutir, sino para pronunciar y fulminar anatemas contra los que no adoptaban sus creencias. Entre tratados de tolerancia mutua y guerra abierta no habia medio. En cuanto á reformas en la disciplina de la misma Iglesia católica no dejó de ocuparse de este asunto el Concilio como ya hemos visto; pero como objeto secundario. De la necesidad de estas reformas, como un punto de teoría, todo el mundo estaba convencido y penetrado; mas cuando se llegaba á la práctica se encontraban obstáculos insuperables. Unos no la querian verdaderamente por ser parte interesada. A otros heria y ofendia mucho su amor propio la consideracion de que se hiciesen estas reformas, cediendo á las exigencias y clamores de los mismos heresiarcas. Se mezclaban en estos negocios demasiadas pasiones y parcialidades. Los intereses del siglo y los religiosos se hallaban tan extrañamente ligados entre sí, que era muy difícil decidir la parte que verdaderamente pertenecia á cada

uno. Los papas eran soberanos temporales al mismo tiempo que pontífices: en los demás príncipes subia y bajaba el fervor é intolerancia religiosa segun el barómetro de su política. No miraban precisamente el papa y Carlos V bajo un mismo aspecto las disidencias religiosas de Alemania, ni podian por lo mismo convenir en los medios de extirparlas. De esta divergencia en las miras de los soberanos participaban por precision los mismos padres del Concilio. Así lo hemos visto en completa discordia, marchándose los mas á continuar el Concilio en Bolonia, mientras se obstinaba en no salir de Trento una grande minoría.

CAPITULO IX.

Siguen las controversias y guerras religiosas en la época de Carlos V.—Enrique VIII de Inglaterra.—Ana Bolena.—Cisma.—Movimientos en Escocia.—Asesinato del cardenal Beaton.

La gran revolucion, y este título merece la producida en Alemania por Lutero, tuvo un principio, como hemos visto, muy pequeño, y con visos de ridículo; á saber: la venta de las indulgencias. Uno mas extraordinario, y que hubiera sido imposible imaginar, dió principio en Inglaterra á movimientos de la misma clase, que produjeron casi iguales resultados. Era la Inglaterra eminentemente católica, uno de los paises en que la Sede apostólica tenia mas influencia. A excepcion de la faccion de los Lolardos, que fué disipada á principios del siglo XV, no habia experimentado aquel pais disturbios ni guerras civiles de un órden religioso. El rey Enrique VIII, no solo era un príncipe ortodoxo en toda la extension de la palabra, sino hasta teólogo. Cuando estalló la herejía de Lutero, compuso, ó hizo componer un libro en latin, en que combatia sus doctrinas (1). El verdadero mérito de tal publicacion no hace actualmente nada al caso, mas se tuvo entonces por un gran refuerzo para las filas del catolicismo, cuando valió á su autor el título de defensor de la fe, con que fué recompensado por el papa. Este título de defensor de la fe, lo llevó el monarca aun despues de separado de la Iglesia, y

(1) La obra tiene este título: «Assertio septem Sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ rege et domino Hyberniæ Henrico ejus nominis octavo.»

le trasmitió á sus sucesores, á excepcion de dos solos, todos protestantes. No trató Lutero con mas miramiento al rey de Inglaterra que al papa, y demás altas notabilidades de la Iglesia. Atacó su libro con toda la virulencia, la mordacidad y el torrente de sarcasmos que entraban en sus argumentos, y el monarca replicó por sí mismo, ó por alguno á quien encargó este trabajo. Tenia, pues, Enrique VIII cuentos motivos y compromisos le podian ligar con una causa; creencias, educacion, servicios hechos en su favor como campeon, amor propio llagado que curar como escritor; y si el papa podia contar con la adhesion de algun príncipe católico, debia de ser sin duda con el rey de Inglaterra. Mas el hombre es inconstante y veleidoso. Enrique VIII lo era en alto grado. Pocos príncipes fueron tan despóticos; mas tenaces en llevar adelante una resolucion; mas crueles cuando encontraban obstáculos sus caprichos, ó creia ajado su amor propio. Estaba este príncipe casado con Catalina de Aragon, hija de los Reyes católicos, esposa de su hermano el príncipe Arturo, que falleció antes de la muerte de su padre. No se habia consumado este matrimonio, segun declaracion de la misma princesa; mas prescindiendo de esta circunstancia, otorgó el pontífice dispensa, para que Enrique se casase con la viuda de su hermano. Vivia el rey muy tranquilo en su conciencia, y este matrimonio habia dado por fruto, además de algunos varones que murieron en la infancia, á la princesa María, que despues fué reina. Entre las doncellas de honor que servian á su madre, se hallaba una llamada Ana Bouleyn, ó Boulen, ó Bolena, de singular belleza, de quien tuvo él la desgracia de prendarse. Vehemente en sus deseos, convencido de que para su satisfaccion no habia mas camino que el del matrimonio (1), comenzó á formar escrúpulos sobre la validez y legitimidad del suyo, pareciéndole una especie de incesto estar casado con la viuda de su hermano. Algunos teólogos y cortesanos con quienes consultó, fueron de sus mismas opiniones, y el resultado fué acudir á Roma, solicitando una bula de divorcio. Se cree que el cardenal Wolsey, por vengarse del emperador Carlos V que le habia faltado á la palabra de sostenerle en sus pretensiones al pontificado, era uno de los agentes de estos escrúpulos de Enrique; mas eran sus designios enlazarlos con una

(1) Algunos autores enemigos de la reforma de Inglaterra hablan de Ana Bolena como de una mujer sumamente licenciosa en sus costumbros; mas se pueden muy bien atribuir estas exageraciones á desahogos de partidos. De todos modos, lo que en dicha dama faltaba de honestidad, lo hubo de astucia con el rey, cuando puso á tan alto precio sus favores.

princesa de Francia, ignorando los verdaderos motivos y sentimientos del monarca. El pontífice, que lo era á la sazon Clemente VII, se vió en un grande apuro y en un terrible compromiso. Prescindiendo del caso en sí, conocia por una parte el carácter obstinado y violento del rey de Inglaterra; por la otra temia irritar al emperador, sobrino de la reina. Lo mas prudente que le surigió su política fué ganar tiempo, creyendo que el amor del rey se entibiaria, y aflojaria lo mismo en su propósito; pero Enrique, cada vez mas obstinado, tanto por la vehemencia de sus deseos, cuanto por los artificios de Ana, llevó adelante, y del modo mas serio, su propósito. Pidió él al pontífice un juicio público que pusiese en claro su demanda; y para legitimar mas su pretension, mandó que se consultase el caso con los teólogos mas eminentes, hasta con la mayor parte de las universidades principales de Europa (1). La mayor parte de las respuestas fueron favorables al monarca. El papa por la suya, no pudiendo desentenderse de la peticion, encomendó la decision del caso á dos legados, al cardenal Campeggio y al cardenal Wolsey, muy frio en el negocio ya, pues sabia la intencion del rey, y miraba con repugnancia el enlace proyectado. Se erigió con dichos cardenales una especie de tribunal eclesiástico, y se procedió á la audicion de entrambas partes. Repitió Enrique VIII su demanda, apoyándola en las mismas razones de conciencia que la primera vez; mas la reina cuando fué llamada, declinó la jurisdiccion del tribunal, pidiendo ser oida y sentenciada en Roma, echándose al mismo tiempo á los piés del rey, implorando su favor, mas sin efecto. Sin embargo, se suspendió con este motivo el procedimiento, y la causa volvió á Roma. Se irritó Enrique con este contratiempo, que atribuyó á intrigas de Roma, y llegó á tanto su despecho que desgració á Wolsey, sospechado por Ana Bolena, de estar en connivencia con sus enemigos. En resolucion el papa, ó porque le repugnase acceder á una injusticia tan notoria, ó porque le arredrase incurrir en la indignacion de Carlos V, cada vez dió nuevas largas al negocio, mas no previó el resultado de su irresolucion que podia considerarse como una negativa. Llegó á su colmo el amor, ó la obstinacion, ó la indignacion del rey Enrique. El vínculo, que no quiso el pontífice anular, le rompió él mismo. Con toda pompa y solemnidad se desposó con Ana, y en lugar de mostrarse sumiso,

(1) El caso parecia difícil: los unos citaban en su favor un texto del Levítico: los otros le combatian con otro del Deuteronomio.

arreglando este negocio con delicadeza y miramiento, negó su obediencia al papa, se declaró cismático á sí mismo y á la iglesia de Inglaterra, proclamándose su jefe y su cabeza.

Enrique VIII no dió por entonces mas pasos en la carrera de las innovaciones. Exceptuada la ruptura con el papa, se conservaron en su mismo pié las creencias, las ceremonias, las jerarquías y la disciplina de la Iglesia. Con el tiempo dió otro paso. Por miras políticas, ó porque tentasen su codicia y las de sus cortesanos los pingües bienes de que gozaban los monasterios, se fueron disolviendo unos tras de otros, tanto los propietarios como los simplemente mendicantes. Algunas innovaciones mas se hicieron en el personal y en las rentas del clero secular; pero en rigor el gran cambio, la grande variacion, era la independencia de la corte de Roma, y la admision de otra cabeza de la Iglesia.

Todas estas innovaciones las hizo el rey por medio del parlamento, instrumento de todas sus voluntades y caprichos, como lo fué bajo la dominacion de los Tudores. Los pares habian perdido mucho de su preponderancia. La cámara baja lo era entonces en la cosa como en la palabra. Se reunia para votar subsidios é imponer contribuciones; mas no se le daba parte, ni se le permitia mezclarse en los grandes negocios del estado. Además, en el despojo de los ricos monasterios resultaban muchos gananciosos. No faltaron disturbios y serios alborotos en el pais con motivo de estas invasiones. Mas se las habian con un rey duro, inflexible, tan despótico en materias religiosas como en las políticas. Expiaron entre otros en un cadalso el famaso canciller Moro y Fishez, obispo de Rochester, el delito de no ser de las opiniones del monarca. En adelante fué mirado como un crímen de rebeldía y de traicion el no rendir homenaje al nuevo papa: como crímen de irreligion querer introducir las novedades, que esparcia la reforma en otras partes. Se mostró despues de su cisma Enrique VIII tan enemigo de Lutero como cuando escribia contra él su defensa de la fe; y los reformadores, que á favor de esta novedad creyeron llegado el momento favorable de introducir en Inglaterra sus doctrinas, se llevaron un gran chasco. Algunas hogueras se encendieron en expiacion de herejías; y Enrique VIII, siempre amigo de lucir su habilidad como teólogo, disputó en público con algunos herejes, y no pudiéndolos convencer los condenó al suplicio.

Durante la vida de este rey pocos mas pasos que los indicados

hizo la reforma. La Inglaterra era cismática; mas arreglada en todo lo demás á lo que observaban los de la religion cristiana. Sin embargo, se iba preparando el terreno para otros frutos, cuyo gusto no podia menos de irse introduciendo á pesar de las severas medidas del monarca. Roto el yugo de la autoridad de Roma, precisamente se habian de deducir ulteriores consecuencias. Así en el reinado de su sucesor Eduardo VI, á la ruptura de este vínculo, se siguieron poco á poco las innovaciones que tenian lugar en Alemania, en Suiza y otras partes. Mas como este reinado fué corto, y en el siguiente, que fué el de María, volvió Inglaterra á reconocer la autoridad de Roma, no se arregló definitivamente la Iglesia reformada de Inglaterra, hasta el reinado de Isabel, sucesora de María, como lo haremos ver á su debido tiempo.

En Escocia se habia introducido el luteranismo el año de 1528; mas fué desde un principio perseguido. Expió en un cadalso sus nuevas doctrinas Patricio Hamilton, que fué el primero que trató de propagarlas, y seis años despues tuvieron otros siete mas la misma suerte. Enrique de Inglaterra, aunque enemigo del luteranismo, trató de introducir en Escocia sus nuevas opiniones, é instó al rey Jacobo V á que le imitase declarándose jefe de la Iglesia, apoderándose de sus bienes; mas se resistió Jacobo, y continuó haciendo ejecutar los decretos rigorosos que se habian expedido contra los innovadores. Irritado Enrique, declaró la guerra á Escocia, y entró en la frontera con un ejército, que destruyó al de Jacobo, cuya muerte siguió muy pronto á este desastre en 1542.

Dejó este rey por única heredera á una niña que acababa de nacer, y fué con el tiempo la célebre y desgraciada María Stuarda. La reina viuda María de Lorena era hermana de los Guisas, familia entonces poderosa en Francia. Se formaron con este motivo dos partidos ó acciones en Escocia; uno francés y otro inglés, apoyado el primero por los Guisas y la corte de Francia: el segundo por Enrique VIII. Propendian los protestantes al último, pues á pesar de los suplicios y persecuciones, cada vez iban tomando nuevo cuerpo sus doctrinas. A la cabeza del partido francés ó católico se hallaba el cardenal Beaton (arzobispo de San Andrés), que influia mucho en la persecucion de los innovadores. La regente María de Guisa se conducia por los consejos de sus hermanos, hombres duros, acérrimos enemigos de los protestantes.

La princesa María era un objeto de codicia para las dos cortes.

La queria Enrique II, rey de Francia, para el Delfin, y el de Inglaterra para su hijo Eduardo. Repulsado este en sus pretensiones, envió otro ejército á la frontera que causó bastante estrago en un principio, mas que fué en seguida derrotado. Murió entretanto el rey de Inglaterra, mas continuaron las hostilidades, y los ingleses ganaron la batalla de Pinki, que produjo pocos resultados. Al menos no impidió que la corte de Escocia llevase á efecto su idea de enlazar á María con el hijo primogénito de Francia.

Al abrigo de estas disensiones crecia el protestantismo en el pais; el cardenal Beaton acababa de ser asesinado en su mismo palacio por hombres que quisieron vengar el suplicio de un predicador llamado Visheart, sentenciado por un tribunal eclesiástico organizado y presidido por el arzobispo. El partido francés, que para apoyar mejor sus pretensiones habia hecho venir de Francia un cuerpo de ocho mil hombres, se hacia cada dia mas odioso, y los protestantes se consideraban como del partido nacional. Entre ellos se levantó un hombre llamado Juan Knox, de genio y de saber, cuya austeridad de costumbres, fogosidad de carácter é intrepidez en tronar contra la corrupcion de la Iglesia católica llevaba tras de él la muchedumbre y le constituian en jefe y apóstol de la nueva secta. La pugna entre ambas iglesias se iba haciendo cada vez mas séria; pero los conflictos á que dió lugar pertenecen al tiempo del reinado de Felipe.

CAPÍTULO X.

Sigue la materia del anterior.—Zwinglo.—Suiza.—Ginebra.—Calvino.—Francia.—Dinamarca y Suecia.—Institucion de la Compañía de Jesús.

Tuvo muchos discípulos Lutero: algunos sacudieron el yugo de su autoridad y quisieron ir mas lejos que el maestro. De esto se quejaba amargamente, pero sin motivo, puesto que seguian sus doctrinas y su ejemplo. Como sentaba por principio que la verdadera fuente del dogma se hallaba tan solo en la Escritura, cada uno tenia segun sus principios el derecho de beber, y ninguno el exclusivo de dar su interpretacion como infalible. Ya hemos visto como los anabaptistas contaban entre los profetas falsos á Lutero, del mismo modo que Lutero al papa. Otros innovadores no le trataron con la misma hostilidad; mas le pasaron adelante. No habia él negado la presencia real en la Eucaristía; mas algunos sacudieron y rechazaron completamente aqueste dogma dándose el nombre de sacramentarios (1528). Fué la Suiza el campo de las nuevas predicaciones, y Zwinglo, que era el mas considerado de los innovadores, el principal apóstol de aquellos cantones que con pocos sacudimientos abrazaron sus doctrinas: Berna, Schaffouse y Basilea entraron en el número. Mas la conquista principal fué la de Ginebra.

Se consideraba antes esta ciudad como imperial, y estaba gobernada por sí mism, bajo la autoridad de su obispo, sufragáneo del arzobispo de Viena en Francia. A los principios del siglo XVI, cedió el obispo el derecho que tenia sobre la ciudad á los duques de

Saboya que siempre la habian reclamado como parte de sus posesiones. Cuando trataron de apoyar estos derechos con las armas, se declararon en Ginebra dos facciones, una popular, otra á favor del de Saboya. Acudió la primera por proteccion y auxilio á Berna, que le otorgó al instante. Con este refuerzo quedó victorioso el partido popular; se abolió el culto católico, se hizo salir al obispo, que se retiró á Anneci en Saboya (1); y Ginebra quedó erigida en república democrática, incorporada á la confederacion helvética.

Allí establecieron los sacramentarios el centro de su dominacion y su doctrina, considerándola como capital de su dominio espiritual que por tantas partes se extendia. En Alemania fueron príncipes los que se declararon protectores y partidarios de Lutero, pudiendo creerse tal vez, que el nuevo apóstol no era mas que su instrumento. En Ginebra se estableció una sinanoga de doctores de la nueva ley, que con su ejemplo, la publicacion de sus doctrinas y los misioneros que enviaban en distintas direcciones, aumentaban considerablemente su rebaño. Habia nacido el luteranismo como sobre el trono, con el carácter de monárquico. La nueva doctrina que se difundia sin proteccion de nadie, se presentaba con tendencias y colorido de republicana. Bien pronto vino á aumentar el lustre del consistorio de Ginebra un personaje de extraccion oscura que al fin dió nombre á la secta; Juan Calvino.

Nació Calvino en Noyon, pueblo de la Picardía en Francia, en 1509, de una familia decente, de bastantes medios para proporcionarle una educacion literaria, destinándole al estudio del derecho. Comenzó su carrera en Orleans; la continuó en Bourges, donde oyó lecciones del famoso jurisconsulto Alciat, y aprendió el griego, el hebreo, el siríaco. Pasó despues á Paris, habiéndose adquirido segun dicen sus biógrafos la opinion de estudioso, de ingenio sutil y muy diestro en las disputas. Allí publicó unos comentarios sobre el tratado de la clemencia por Séneca, y comenzó á llamarse *Calvinus*, Calvino, siendo *Cauvin* ó *Chauvin*, su verdadero nombre de familia.

Iniciado desde su primera juventud en las nuevas doctrinas religiosas, trató de salir de Paris donde eran perseguidas, y estaba comprometida su persona. Pasó á Angulema donde subsistia de enseñar, y fué conocido con el nombre del pequeño Griego: despues

(1) Los obispos de Anneci se intitulan todavía obispos de Ginebra.

se trasladó á Poitiers; mas no teniéndose por seguro en ningun pueblo de Francia, se dirigió á Basilea, donde hizo imprimir una especie de apologética dedicada á Francisco I en favor de los nuevos sectarios perseguidos. Despues pasó á Italia donde permaneció muy poco tiempo. A su regreso pasó por Ginebra en 1536 con intencion de tomar el camino y establecerse en Strasburgo; mas tales fueron las instancias que le hicieron los nuevos doctores Guillermo Faret y Pablo Veret para que se quedase á su lado, que al fin hubo de acceder á ello, aceptando no el cargo de predicar, sino el de leer teología.

En 1538 fueron dichos doctores y Calvino expulsados de Ginebra á instigacion de los de Berna por no querer conformarse á decisiones de su sínodo relativas á los sacramentos de la Comunion y el Bautismo, únicos que los sacramentarios admitian. Calvino se dirigió á Strasburgo donde fundó una iglesia de su secta para los refugiados franceses y una cátedra de teología. Pasó dos años despues á Worms y á Ratisbona donde tuvo entrevistas con personajes de importancia de la nueva secta, y lució muchísimo en las controversias que allí se suscitaban. Mas habiéndose mientras tanto sosegado los disturbios de Ginebra y recobrado su ascendiente el partido de Calvino, regresó á dicha ciudad en 1541, y permaneció en ella hasta su fallecimiento, ocurrido en 1564, siendo el patriarca, el apóstol, el doctor, el oráculo de la nueva secta, conocida bajo la denominacion de Calvinista.

Asi pasó la vida de Calvino por casi tantas vicisitudes y peligros como la de Lutero; pero fué mucho mas independiente. Tuvo el último siempre el carácter de súbdito del elector, viviendo de un salario. Calvino, aunque tambien recibia un estipendio, fué considerado siempre como el hombre principal en su república: se le llamaba el papa de Ginebra. Se distinguieron los dos por un carácter atrevido, por la acrimonía y violencia de su ingenio, por su elocuencia popular, por su grande erudicion en letras humanas y sagradas. Fueron ambos infatigables escritores, y publicaron obras en lengua latina y en la propia. Ambos tradujeron, comentaron y explicaron varios pasajes de la Escritura, sobre todo los Salmos; mas Calvino no hizo de ella una version completa. En cuanto al carácter de su estilo, los inteligentes hallan mucha mas mordacidad, mucha mas agudeza, aunque vulgar y chocarrera en el aleman; mas seriedad, mas correccion, mas gusto clásico en el ginebrino. Para

concluir esta especie de paralelo, los dos fueron casados; mas Calvino, antes de tomar parte en la reforma, no tenia ningun carácter eclesiástico: los dos murieron pobres, aunque muchos se enriquecieron con las numerosas impresiones de sus obras: los dos conservaron su consideracion personal mientras vivieron, y fueron acompañados al sepulcro por los que de llevar su nombre se gloriaban.

La misma circunspeccion, ó si se quiere falta de medios que nos ha retraido de entrar en la parte teológica de las doctrinas del reformador aleman, nos dicta igual conducta con respecto al ginebrino. Atentos solo á lo que tiene y tuvo una influencia directa en la conducta de sus sectarios ó discípulos, nos contentaremos con observar que la escuela de Ginebra tiene mas severidad, mas simplicidad de formas, un carácter mas decisivo que la de Lutero. Dejó este muchas cosas por explicar, sea por no comprometerse, sea por temer las consecuencias de una decision: los de Calvino que vinieron despues, que encontraron abierta ya la senda, penetraron por ella con mucha mas audacia. Conservó Lutero muchas de las pompas del culto romano: el de los calvinistas se redujo solo á una congregacion de cristianos, que oran, cantan salmos y oyen á un pastor que les explica la moral del Evangelio. Lutero respetó la jerarquía eclesiástica: el calvinismo no reconoció mas que una y sola clase de sacerdotes; los pastores que distribuyen á los fieles el pan de la palabra.

El calvinismo penetró prontamente en algunas provincias de Francia, sobre todo las del Mediodia. Los primeros prosélitos fueron de las clases bajas. Contribuyó á hacer el culto en cierto modo popular el genio de un poeta contemporáneo (Clemente Marot), quien convertido á la reforma, puso en versos franceses los salmos de David, cantados con mucha devocion y entusiasmo entonces en reuniones de los calvinistas. De las clases mas bajas, pasó poco á poco el nuevo culto á otras elevadas; mas aquellos señores y nobles franceses no eran los príncipes del imperio, soberanos en su pais, que podian proteger abiertamente nuevos cultos. La coyuntura no les era favorable todavía; eran los menos; y el rey Francisco I que buscaba alianza con los príncipes protestantes de Alemania, que las ajustaba con los turcos, que admitia en Marsella á Barbaroja, y aun mandó construir en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos; era por otra parte demasiado buen católico, para no perseguir á sangre y fuego á los herejes de su reino. Algunos his-

toriadores son de opinion que el rey propendia á las nuevas doctrinas y opiniones, imitando en esto la conducta de su hermana la reina de Navarra, que casi las profesaba abiertamente. Mas sea que el hecho fuese falso, ó que se hubiese arrepentido, es muy cierto que se mostró su enemigo acérrimo, y que asistió personalmente con las damas y varios personajes de su corte á varios suplicios, de que luteranos y calvinistas fueron víctimas (1).

Ya antes de la introduccion del calvinismo se habian hecho varios suplicios en Paris en luteranos y anabaptistas. La aparicion de la nueva secta redobló la vigilancia y dió nuevo pábulo al espíritu de persecucion tan propio de aquel tiempo. En otras varias partes de Francia hubo serios castigos y llamaradas de motin que luego se apagaron. En el Meriundol estalló una insurreccion parecida á la de los aldeanos de Alemania, y que á fuego y cuchillo fué reprimida y sofocada; mas las grandes calamidades, la grande guerra civil que iba á estallar en Francia con motivo del calvinismo ó tal vez con pretexto del calvinismo, no pertenecen á la época de Carlos V.

Hemos dicho que Ginebra era el gran centro de la doctrina, la gran sinanoga de los doctores de la ley; la Atenas, donde se formaban é instruian los que la llevaban á otras partes; entre ella se cuenta Juan Knox, que acabamos de ver erigido en apóstol de la Escocia. Hé aquí la razon porque habiendo comenzado á predicarse las nuevas doctrinas bajo los auspicios de luteranos, se adoptaron con el tiempo en su mayor rigidez las de Calvino.

En la relacion de los cambios religiosos durante la época de Carlos V, hemos dejado para las últimas la Dinamarca y la Suecia, no porque les corresponda este órden en el cronológico, sino por la índole particular que manifestó en ambos paises la reforma. En otras partes á las innovaciones en asuntos religiosos se habian seguido conmociones en política. En Dinamarca, sobre todo en Suecia, fueron simultáneas las dos revoluciones. Hallándose sujetos á un mismo cetro ambos paises, se emanciparon casi á un tiempo de su se-

(1) Se empleaba en ellos un método ó sistema particular que no hemos visto mencionar en parte alguna. Se levantaba al paciente en alto por medio de una máquina, y se le bajaba lentamente encima de la hoguera. Despues de algo tostado, se le volvia á levantar, se le volvia á bajar, y así repetidas veces, hasta que se le dejaba caer de golpe sobre la hoguera, donde se terminaban sus tormentos. Se daba á este suplicio el nombre de *Estrapada*. Los franceses que nos echan en cara, y declaman tanto contra nuestra Inquisicion y fanatismo de aquel tiempo, parece que no se acuerdan de su propia historia.

ñor comun, se declararon independientes de Roma, y sacudieron el yugo de Cristierno. Enrique de Holstein y Gustavo Wasa, en el acto de sentarse el primero en el trono de Dinamarca, y el segundo en el de Suecia, abrazaron el luteranismo, le declararon religion del estado, y se apoderaron de los bienes de la Iglesia; tanto en provecho propio como en el de los soldados que los habian ayudado en su atrevida empresa. En Suecia se abolieron los votos monásticos; se dió licencia de casarse á los sacerdotes tanto seculares como regulares; se confiscaron dos tercios del diezmo en favor del ejército; se abolieron los tribunales eclesiásticos; se vendieron los vasos sagrados para redimir las deudas del estado; se enajenaron del mismo modo los grandes bienes eclesiásticos; se mandó traducir en letra vulgar la Biblia y la Liturgia; se redujo á los obispos á un rango secundario en favor de la nobleza. Todo esto se hizo en un instante por disposiciones del gobierno ó de dietas que él convocaba y dirigia; y esta revolucion religiosa se enlazó tanto con la política, que el mismo Gustavo llegó á declarar que á no ser por ella tendria que abandonar su nuevo trono. En vano se levantó el estandarte de la rebelion por algunos de los desposeidos: el pueblo se mantuvo quieto y dejó consumarse una revolucion que con tantos intereses materiales se cebaba.

Así por los años de 1550, cuando tocaba á su término la dominacion de Carlos V, lo que unos llamaban reforma evangélica, y á lo que daban otros el nombre de herejía, se habia esparcido por Alemania, Francia, Suiza, Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Suecia. No mencionamos los Paises-Bajos, porque el estado de esta region, bajo todos los aspectos, tendrá lugar cuando hablemos de las revueltas y guerras de que fué teatro durante el reinado de Felipe. Se hicieron los hombres de todas condiciones disputadores, argumentadores y controversistas. La Biblia, que antes andaba solo en manos de eclesiásticos, y de estos la mas pequeña parte, llegó á ser una lectura popular y favorita. Produjo el cambio en las creencias, otro en la política, y dió á la ambicion al deseo del poder un nuevo giro, tal vez un pretexto, pues el manto religioso cubrió en aquel tiempo muchos crímenes. Los choques políticos á que esta fiebre dió lugar durante el reinado de Carlos V fueron poca cosa si se comparan con los que produjeron en lo sucesivo. La guerra que hizo ó sostuvo este emperador en Alemania contra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, fué un juego de niños comparada con la que

durante treinta años devastó todo aquel pais en la primera mitad del siglo XVII. Lo que hasta ahora hemos dicho de Inglaterra, de Francia y de Escocia, no es mas que el preludio de lo que la segunda mitad del siglo XVI nos reserva. Sin contar las atrocidades y horrores cometidos por las guerras de los albigenses, de los valdenses, de los lolards, de los husitas, se puede decir que por espacio de dos siglos en la época que se llama de renacimiento y de civilizacion, estuvo Europa mas ó menos parcialmente infestada de controversias y guerras religiosas.

Una sola observacion nos resta que hacer y será breve. Ya hemos visto que el gran principio invocado y alegado por los reformadores era que nadie tenia derecho para erigirse en autoridad sobre la interpretacion de la Escritura. Parecia que la grande consecuencia de este gran principio debia de ser la tolerancia hácia la diferencia de las interpretaciones segun el modo de ver de cada uno; mas esta tolerancia que los reformadores reclamaban contra los católicos, no la observaban unos con respecto á otros. Así está hecho el corazon del hombre. Veia Lutero con disgusto y hasta con escándalo á los sacramentarios; con horror á los anabaptistas. Para estos era Lutero un profeta falso como el papa. Los luteranos y los calvinistas tampoco se veian con ojos de amigos y de hermanos. Si se encendian hogueras en Paris, tampoco faltaron en Ginebra. En ellas expiaron Miguel Serveto y sus amigos el disentir de las opiniones y *haber afligido la Iglesia de Calvino*. En Basilea fueron condanados al suplicio anabaptistas por los mismos sacramentarios. Así abusa el hombre en todas ocasiones de su preponderancia; y el que ayer se quejaba de opresion, hoy oprime si es mas fuerte.

Y para concluir con este asunto por ahora, ¿qué eran los famosos innovadores que en materia de religion conmovieron la Europa, y produjeron á la larga tantos trastornos en política? ¿Qué eran Juan Wicleff, Juan Hus, Jerónimo de Praga, los Luteros, los Zwinglos, los Calvinos, y otros muchísimos que seguian su bandera? Meros teólogos que por convicciones, por inquietud de espíritu, por hacerse un nombre atacaron principios, opiniones que pasaban por inconcusos en materias religiosas. ¿De qué trataron, de qué escribieron? ¿Qué enseñaron en su cátedra? Reformas en teología, en disciplina eclesiástica, en el modo de interpretar los libros santos que siempre produjo alteraciones en el dogma. Las políticas, á que dieron lugar, no entraban en sus planes. En el alzamiento de los Lolards

no se mezcló la persona de Wicleff, y la guerra de los husitas fué posterior á la muerte del patriarca de quien tomó el nombre. Tampoco existia ya Lutero, cuando estalló la guerra del emperador contra algunos de los príncipes protestantes del imperio. Calvino y sus principales discípulos fueron una excepcion de la regla como lo verémos en el curso de esta historia. Mas al establecimiento simple del calvinismo, y no á miras políticas tendieron sus esfuerzos en las guerras civiles que despedazaban la Francia. La política era el terreno de otros; mas no el suyo. Dividieron la Europa en dos campos, sin contar con qué sus tiros no serian de tan largo alcance.

Es singular que en la misma época en que con tantas y tan diversas legiones se atacaba por todas partes la autoridad del papa y de la Iglesia, se les presentase un adalid nada comun en su favor, ofreciendo á sus servicios fuerzas bastante respetables. Se ve que aludimos á la Compañía de Jesús, instituida con expresa aprobacion del papa Paulo III que reinaba entonces.

Fué el fundador san Ignacio de Loyola, hombre verdaderamente singular y extraordinario. Nacido en Guipúzcoa de familia noble, y dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, fué herido, hallándose de guarnicion en Pamplona, en el asalto que dieron á la plaza los franceses en 1521, de cuyas resultas la tomaron. Despues de restablecido en su salud, sea que este contratiempo le hubiese disgustado de la profesion militar, sea que la soledad le hubiese inspirado diversos sentimientos, sea que hubiese hecho un voto expreso para alcanzar su salud, luego que esta tuvo efecto, cambió enteramente de vida y de costumbres, entregándose completamente al ascetismo. Dejó la casa de sus padres, y caminando á pié como peregrino, pasó á Aragon, á Cataluña, y se detuvo algun tiempo en el monasterio de Monserrate, donde hizo penitencia; en seguida pasó á la Tierra Santa. Como conocia que la falta de instruccion en que habia vivido era un obstáculo para sus designios, se puso á estudiar de treinta y tres años en la universidad de Barcelona. Tambien cursó en las de Alcalá y de Salamanca. Despues se fué á Paris, donde se asoció con varios compañeros, entre otros san Francisco Javier, natural de Navarra, á quienes comunicó é hizo partícipes de su proyecto. Emprendió en compañía de todos ellos en 1534 un viaje á Jerusalen, y á su vuelta en 1536, se ordenó de sacerdote en Bolonia, viviendo siempre en compañía de sus asociados que comenzaban á ensayar su regla. Entonces fué cuando presentó al pontífice el proyecto de las instituciones de la orden que, con el nombre de Compañía de Jesús, era su intencion fundar para el bien de la Iglesia y en defensa de la autoridad de su pontífice. Semejante proposicion no podia ser desagradable en aquellas circunstancias. Le acogió el papa con bondad, examinó ó mandó que examinasen el proyecto, y como entre sus artículos habia uno expreso de obediencia al papa, se aprobó la idea con algunas pequeñas variaciones, y se expidió la bula de la fundacion é institucion de la nueva órden bajo los auspicios de Loyola. Tal fué el principio de la Compañía de Jesús, tan célebre en el mundo, objeto de tantos encomios, de tantas invectivas, de tantos odios y no pocas calumnias. Hizo su formacion desde el principio rápidos progresos. Aunque san Ignacio no era un hombre de gran fondo de saber, tuvo bastante tacto para asociarse y hacer que tomasen interés en la propagacion de la Compañía hombres ilustrados. Así se desenrolló y creció tan pronto la nueva institucion, que á fines de aquel siglo figuraba ya con esplendor entre las demás instituciones religiosas, teniendo casas y colegios en las principales ciudades de la cristiandad, tanto en el antiguo como en el nuevo continente. No hay duda de que los primeros fundadores fueron hombres de saber y mérito, de gran virtud, de singular perseverancia.

Se ha hablado y escrito mucho sobre las reglas de esta famosa institucion, sobre su política, sobre la admirable disciplina y dependencia en que los inferiores vivian de los superiores, sobre los secretos resortes que movian sus acciones, sobre sus miras ulteriores, sobre el verdadero fin á que aspiraban realmente. Todo se explica con la simple indicacion de que aspiraban á hacer en el mundo político y religioso un gran papel, á ejercer grande influencia, á obtener preponderancia. Es la pasion de todos; de los grandes como de los pequeños, de los individuos como de las corporaciones. Formada y dirigida desde un principio la Compañía de Jesús por hombres superiores, natural es que no omitiesen en su organizacion, en sus reglas de conducta práctica nada que pudiese llevarlos á tan grande objeto. Dedicados á la enseñanza de la juventud, debian de sembrar en sus ánimos sentimientos de respeto hácia su órden. Circunspectos y hasta delicados en la admision de sus novicios, se encontraron con sugetos mas capaces de darle el brillo de ilustrada. Renunciando, como lo hicieron, á las grandes dignidades de la Iglesia, y evitando con esto rivalidades de ambicion, pudieron con

menos obstáculos y excitando menos suspicacia, acercarse al oido de los príncipes y dirigirles las conciencias. Sabian demasiado lo que el deber de la obediencia ciega y el aire misterioso por parte de la autoridad subyugan la imaginacion, para no establecer entre las diversas clases la mas rigorosa disciplina. Su grande objeto fué la dominacion moral sin descuidar la adquisicion de los bienes temporales que dan tanta importancia á los que viven en el mundo. En los medios, si no son apócrifos sus avisos secretos (Monita secreta), no fueron muy escrupulosos. Ni brilla mucho la moralidad en la astucia con que trataban de penetrar en el interior de las familias, extrañando en propio favor sus sentimientos naturales. Fueron dominadores por instituto, intrigantes como uno de los medios mas eficaces para hacer fortuna, orgullosos como una consecuencia del poder, perseguidores como lo son cuantos aspiran á monopolizar su preponderancia. En su historia política, en los planes y tramas que se les atribuyeron y precipitaron sobre todo en España su caida, no entraremos. Bástenos saber que hicieron en el mundo mas ruido del que cumplia á eclesiásticos unidos por votos religiosos, que aspiran á edificar con la humildad de su vida y santidad de sus costumbres. De todos modos la Compañía de Jesús como órden religiosa gozaba un brillo que no era la suerte de las otras, y aunque en rigor no era la mas sábia, se mostraba como la mas culta. No será extraño, pues, que fuese objeto de su envidia, y que su caida excitase tal vez sentimientos de gozo y de satisfaccion en otras órdenes religiosas, sin pensar en que era precursora de la suya propia.

En la misma primera mitad del siglo XVI, tuvieron lugar otras instituciones religiosas. Tales fueron la de los capuchinos, la de los mínimos, la de los de san Pedro Alcántara, que se pueden considerar todas como reformas de la órden primitiva de los franciscanos. Tambien aparecieron por primera vez los religiosos legos de san Juan de Dios, dedicados al servicio, tanto en la asistencia como en la parte facultativa, de los hospitales.

Sentimos haber sido tal vez algo difusos en los diez capítulos que van de nuestro escrito, y que presentamos como introduccion ó exordio de la historia á que principalmente se dedica; mas los hemos creido necesarios para la mejor inteligencia de una época, tan enlazada á la primera, que se puede llamar su continuacion y comple-

mento. Heredó, en efecto, Felipe II, no solo los estados de su padre, sino su política, sus guerras, la animosidad que inspiraba á tantos príncipes de Europa, su celo y espíritu de persecucion hácia los disidentes en materias religiosas, sus embarazos en Italia y los serios que comenzaban á suscitársele en los Paises-Bajos. Fueron sus grandes capitanes discípulos de los primeros, y las ciencias, las artes y la literatura, términos ascendentes con cortas excepciones de una progresion tan visible en la época de Carlos V. Con esta introduccion, pues, pasaremos á la historia de su hijo, no menos fecunda que la primera en guerras y toda especie de agitaciones y revueltas, donde tantas discordias se encendieron, tantos méritos brillaron, tantos crímenes y atrocidades espantaron á la humanidad, y tantas naciones de Europa acudieron como actores á un inmenso drama en que sus intereses y suerte futura se agitaban. El que se imagine que vamos á desenterrar muchos documentos recónditos, á revelar hechos peregrinos y maravillosos de todos ignorados, tal vez verá defraudada su esperanza. Hay puntos históricos que por mas que llamen la curiosidad, es imposible averiguar; tan impenetrable es el velo que los cubre. Entonces se apela á las reglas de la probabilidad, á la lógica de las conjeturas, á lo que dicta el espíritu de la imparcialidad que es la guia mas segura. El historiador no inventa refiere solo lo que está consignado en los documentos esparcidos que consulta. Si en nuestra tarea exponemos con órden, con método, con encadenamiento lógico los hechos principales dignos de saberse de la historia de Felipe II y de su tiempo, si presentamos de él un cuadro completo, aunque no de muy largas dimensiones, si inspiramos á algunos el deseo de pasar á estudios mas detenidos y serios de la época, no tendremos nuestro tiempo por perdido. Con este pequeño preliminar, daremos principio á nuestra historia.

CAPITULO XI. (1)

Nacimiento de Felipe II.—Sus ascendientes.—Su educacion—Estado de España.—Matrimonio de don Felipe con María de Portugal.—Nacimiento del príncipe don Carlos.—Muerte de su madre.—Llama el emperador á su hijo.—Venida á España del príncipe Maximiliano.—Se encarga del gobierno.—Su matrimonio con la princesa María.—Parte don Felipe.—Su desembarco en Italia.—Su llegada á Bruselas.

Nació Felipe II en 21 de mayo de 1527 en Valladolid, hallándose á la sazon su padre el emperador Carlos V en dicha ciudad, considerada como la habitual residencia de la corte. Fué su madre la emperatriz doña María Isabel, hija del rey don Manuel de Portugal, de cuyo enlace con dos hijas de los Reyes católicos y despues con doña Leonor, hermana de Carlos V, hemos ya hablado, así como de todos los hijos que Felipe el Hermoso, padre del emperador, tuvo de doña Juana de Castilla (2). Fué el nacimiento de don Felipe objeto de grande alegría y regocijo, como que era el primogénito y el presunto heredero de los vastos dominios de su padre. Fué bautizado con toda pompa en San Pablo de Valladolid en 5 de julio del mismo año, asistiendo á la ceremonia el emperador con los principales personajes de la corte. Le administró el bautismo el arzobispo de Toledo Fonseca. Fué madrina la reina de Francia, y padrinos nombrados por el emperador, el condestable de Castilla, el duque de Bejar, y el conde de Nassau.

(1) Sandoval, Ferreras, Cabrera, Miñana, Vandeshanmen, Leti, casi todos los historiadores de la época.
(2) Capítulo II.

Cuando mas entregados se hallaban la corte y el público á las fiestas que este acontecimiento producia, llegó á Valladolid la noticia de la entrada en Roma por asalto de las tropas del emperador, y de la prision del papa en el castillo de San Angelo. Inmediatamente mandó Carlos V suspender los regocijos, y dió órden para que en todas las iglesias se celebrasen rogativas por la libertad del Pontífice que él mismo tenia prisionero. Ya hemos tratado de explicar lo que presenta de contradictorio y hasta de doble y falaz esta conducta. Dos años despues (1529) llamaron al emperador á Italia sus negocios, y no volvió á España hasta 1535 á preparar en persona su famosa expedicion á Tunez.

Quedó el príncipe bajo la tutela y cuidado exclusivo de su madre. Cuando salió de lo que se llama la niñez, se le dió por ayo á don Juan de Zuñiga, y por preceptor á don Juan Martinez Siliceo, catedrático de Salamanca, hombre reputado por muy docto, y que con el tiempo fué elevado á la silla de Toledo. Bajo los auspicios de este preceptor y en parte por lecciones directamente suyas, aprendió el latin, el francés, el italiano y la aritmética. La educacion de los príncipes en los ramos que exigen aplicacion y estudio, no puede ser mas que imperfecta. Son tratados con demasiada sumision y sentimiento de inferioridad por sus maestros para que los discípulos los miren con deferencia y con respeto. Dicen los historiadores que don Felipe mostró grande aficion á las matemáticas y mas ciencias exactas, aunque en humanidades hizo poquísimos progresos (1). Se instruyó además don Felipe, y salió diestro en todos los ejercicios corporales, tan análogos á las inclinaciones de la juventud y que tan esencialmente entraban en la educacion de los caballeros principales de aquel tiempo.

Rara vez los primeros años de los hombres dan indicio cierto de lo que serán en los maduros. Por lo regular se forman conjeturas que desmiente el tiempo, gran destructor de sueños é ilusiones. Muchos niños maravillosos no fueron mas que hombres comunes, y algunos que en la edad viril se elevaron sobre la esfera de sus semejantes, no pasaron de iguales ó se mostraron tal vez inferiores á los compañeros de su infancia. Mas cuando se trata de personas como don Felipe, cuyo carácter se conservó igual en todas las épocas y situaciones de su vida, se puede suponer que aparecieron estos ras-

(1) Leti, historia di Filipo II.

gos muy á los principios. Así merecen crédito los historiadores que pintan á este príncipe en sus mas verdes años serio, circunspecto, observador, de pocas palabras, admirando á todos por la oportunidad y sagacidad de sus preguntas, por la viveza y brevedad de sus respuestas.

Fué su gran maestro el mismo que el de su padre, á saber: el tiempo y los negocios en que se inició desde sus primeros años. Como las frecuentes ausencias del emperador le obligaban á depositar en otras manos el gobierno de la España, tomó parte don Felipe antes de llegar á la edad de la discrecion en los principales negocios del Estado, bajo los auspicios de los sugetos eminentes á quienes Carlos V encomendaba este cuidado. Antes de cumplir trece años, despues del fallecimiento de la emperatriz, ocurrido en 1539, se puede decir que fué regente de España, aunque no revestido todavía de este título.

Es muy notable la carta que escribió á su padre hallándose este en Cartagena de regreso de la desgraciada expedicion de Argel; los consuelos que le da en ella haciéndole ver que este contratiempo en lugar de empañar sus glorias pasadas, no podia servir mas que para poner á prueba su magnanimidad y su constancia. Sin duda debió el emperador de quedar muy satisfecho, como aparece de los términos de la respuesta (1).

Se reunieron los príncipes en Ocaña, y juntos tomaron el camino de Valladolid. Debiendo el emperador salir otra vez de España para atender á la nueva guerra en que estaba empeñado con Francisco I (1542), nombró en los términos mas solemnes al príncipe regente de España, durante su ausencia, dándole por consejeros al cardenal Tavera, al duque de Alba y al comendador Francisco de los Cobos.

Se hallaba entonces España en un estado de tranquilidad y reposo. Desde 1521 que se habia terminado la guerra de las comunidades de Castilla, no habia vuelto á ser teatro de conmociones y disturbios. Era tenido en consideracion y respeto el nombre del emperador, y las mayores quejas de los españoles se cifraban en sus largas y frecuentes ausencias del reino, en el mucho dinero que les costaban sus guerras, de tan poco provecho para España. En 1542 acompañó el príncipe la expedicion que marchó á levantar el sitio

(1) Cabrera, l. 1, c. -

de Perpiñan, puesto por el Delfin de Francia (1). En el siguiente de 1543, siendo el príncipe de diez y seis años, se ajustó su matrimonio con doña María, hija del rey de Portugal don Juan III, y de doña Catalina, hermana de su padre. No podrá menos de observar el lector la frecuencia con que desde principios del siglo se realizaban enlaces entre las casas de Portugal y de Castilla. El que iba á celebrar el príncipe de España dió lugar con el tiempo á sucesos de grandísima importancia.

Se celebró el matrimonio con la mayor magnificencia. Salieron á recibir á la princesa á Badajoz entre otros la duquesa de Alba, el cardenal Tavera arzobispo de Sevilla, el duque de Medina Sidonia y el preceptor don Juan Martinez Siliceo, obispo de Cartagena, quienes hicieron su entrada en dicha plaza con un magnífico acompañamiento. Continuaron los regocijos hasta la llegada de la princesa el 2 de noviembre, quien vino acompañada del arzobispo de Lisboa y del duque de Braganza. En seguida caminaron todos juntos en direccion á Salamanca, donde el príncipe los aguardaba acompañado del duque de Alba, el Almirante de Castilla, el conde de Benavente y don Alvaro de Córdoba. Hicieron los novios su entrada en dicha ciudad debajo de palio, y asistieron á los torneos, cañas y demás fiestas con que se celebraron aquellos desposorios. El 2 de noviembre de 1543 fueron velados por el arzobispo de Toledo, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba. Pocos dias despues regresaron á la corte.

En julio de 1544 dió la princesa á luz al príncipe don Carlos, destinado á una existencia poco venturosa, y á representar un gran papel en historias, en dramas y en novelas. Murió su madre á muy pocos dias despues de sobreparto, y la llevaron á enterrar á Granada, donde lo habia sido la emperatriz cinco años antes.

En 1547 celebró don Felipe cortes en Monzon, donde los aragoneses no se mostraron de tan buen temple como hubiera deseado el príncipe. Por mucho que los reinos de Castilla y Aragon se hubiesen amoldado á las circunstancias de los tiempos, rara vez se juntaban las cortes sin que reviviese el antiguo espíritu de independencia, sin que mostrasen marcada repugnancia cuando se les pedian subsidios, lo que entonces se designaba con el nombre de servicio. Las de Aragon se presentaban siempre mas duras que las de Casti-

(1) Leti, l. 12.

lla. La reunion de ambas coronas era todavía muy impopular en aquel reino (1).

Deseando el príncipe don Felipe dar cuenta al emperador de su administracion y enterarle de las cosas de mas importancia que pasaban en España, envió con pliegos al comendador don Alonso Idiaquez, quién fue asesinado en el camino atravesando la Alemania. En virtud de este contratiempo despachó Felipe con la misma comision á Rui Gomez de Silva, despues príncipe de Eboli, encargándole además el felicitar de su parte al emperador por sus nuevas victorias (la de Muhlberg contra el rey de Sajonia y el Landgrave de Hesse).

Encontró Rui Gomez á Carlos V en Augsburgo, y á la sazon enfermo. Se sentia ya el emperador muy achacoso con ataques frecuentes de gota, que reunida á tantos viajes, negocios y guerras, le habia envejecido antes de tiempo. Con las noticias que recibió de su hijo, se le avivaron los deseos que tenia de abrazarle, y tanto por esto, como porque tenia necesidad de conferenciar con él de palabra, concibió el proyecto de mandarle á llamar, y le puso en ejecucion enviándole la órden con el mismo Rui Gomez de Silva, y con el duque de Alba. Debia quedar de regente en España mientras la ausencia de Felipe, el príncipe Maximiliano, hijo del rey de los romanos, prometido esposo de doña María, hija del emperador. Porque este monarca además de don Felipe, tuvo otras dos hijas del mismo matrimonio: una, doña María, y la otra, doña Juana, que se casó con el príncipe heredero hijo de don Juan III de Portugal.

Tan aprensivo estaba el emperador del próximo fin de su existencia, que temiendo no le encontrase en vida, le puso por escrito, y como por via de testamento, consejos sobre su conducta moral, política, religiosa y administrativa, donde con toda extension se hallan marcados todos sus deberes como príncipe, y segun los entendia Carlos V. Nada prueba mas la atencion, el cuidado, la aplicacion del emperador á todos los negocios del estado (2).

Recibió don Felipe dicha órden á la conclusion de las cortes de Monzon, y haciéndola inmediatamente publicar en todo el reino, se marchó á Alcalá donde se hallaban sus dos hermanas y el príncipe don Carlos. Con motivo del proyectado matrimonio de doña María se hicieron grandes fiestas en aquella ciudad, de toros, torneos y cañas, en cuyas diversiones tomó parte don Felipe, aunque con aquella circunspeccion y gravedad que le eran tan características.

(1) De estas cortes y de los asuntos de Aragon hablaremos á su debido tiempo.

(2) Sandoval 1, 30. párr. 6 inserta íntegro este documento, de una extension muy considerable. Es sin duda una pieza muy curiosa.

1548.—En seguida se dirigió con las princesas á Valladolid á esperar al príncipe Maximiliano y hacer sus preparativos de partida. Una de las cosas mas notables que entonces ocurrieron, fué el cambio que hizo don Felipe en el servicio de su casa y etiqueta de palacio montándole á la borgoñona, dejando la antigua usanza castellana. Fué aquella innovacion de muy poco gusto para los naturales del pais, y se puede concebir muy bien si recordamos su antigua antipatía hácia los extranjeros que trajeron consigo don Felipe el Hermoso y su hijo Carlos V. De todos modos el príncipe para inaugurar el cambio comió en público el dia de la Asuncion de 1548 con gran pompa y aparato, gentiles-hombres de mesa y ministriles.

A poco tiempo despues llegó á Valladolid el príncipe Maximiliano, habiendo sido conducido á Barcelona en las galeras de Andrés Doria, las mismas en que debia embarcarse don Felipe para Italia. Con gran pompa y aparato se celebraron las bodas de Maximiliano y María, habiéndoles dado la bendicion nupcial el obispo de Trento, y sido padrinos don Felipe y la infanta doña Juana.

Despues de haber entregado las riendas del gobierno al príncipe Maximiliano, y arreglado los preparativos de partida, tomó don Felipe en primero de octubre del mismo año el camino de Aragon con mucho acompañamiento, figurando á la cabeza de todos el famoso duque de Alba. Habiendo llegado á Zaragoza, se dirigió á Cataluña, y permaneció algunos dias en Montserrat haciendo sus devociones en aquel santuario tan famoso. Allí vino á buscarle don Francisco de Avalos, marqués de Pescara, hijo del marqués del Vasto, que venia de Italia en las galeras genovesas. En 13 de octubre llegó á Barcelona, donde salieron á recibirle don Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar, capitan general de Cataluña, y don Bernardino de Mendoza, capitan general de las galeras de España.

En Barcelona permaneció tres dias. En seguida se dirigió á Gerona, donde entró bajo de palio con la mayor pompa y aparato. Desde allí marchó á Rosas donde le esperaba Andrés Doria con su escuadra de 58 galeras con otros mas buques. Le recibió el veterano marino con todas las muestras de homenaje y de respeto. Al llegar al príncipe se arrodilló, y en el acto de besarle la mano dijo aquellas palabras de Simeon que se leen en el Evangelio: «*Nunc dimittis, Domine, servum tuum, quia oculi mei viderunt salutare*

luum» (1). El príncipe le recibió con cortesía, y le levantó con la bondad y deferencia debidas á un hombre de sus merecimientos.

Para aprovechar algunos dias que restaban para el total apresto de la expedicion, visitó el príncipe las plazas de Perpiñan y Salces, porque no hay que olvidar que el Rosellon pertenecia entonces á la España. Concluido todo lo que era necesario se embarcó don Felipe acompañado del duque de Alba, el gran prior de Leon, el almirante de Castilla, el marqués de Astorga, el duque de Sesa, el marqués de Pescara, el de Falces, el de las Navas, los condes de Gelves, de Castañeda, de Fuentes y de Luna (2). Hizo escala en Aguas-Muertas, y despues se dirigió á Savona en el Genovesado. Allí le recibieron don Francisco Bobadilla de Mendoza, cardenal obispo de Coria, don Fernando de Gonzaga príncipe de Mulfeta, el duque Adriano, gobernador del estado de Milan y capitan general en Italia, don Luis de Leiva, príncipe de Ascoli, y don Fernando de Este, hermano del duque Hércules de Ferrara. En Génova fué recibido con grande ostentacion, en presencia de los cardenales Cibo y Doria, y el arzobispo de Metara, nuncio de su santidad, y se alojó en el palacio de Andrés Doria. Allí le esperaban el embajador de Nápoles y Sicilia, y Francisco de Médicis, hijo del gran duque de Florencia. Desde Génova envió á don Juan Lanuza á cumplimentar en su nombre á la señoría de Venecia; y antes de salir del mismo punto recibió 200 arcabuceros de á caballo que el emperador le enviaba. El 20 de diciembre entró en Milan bajo un arco de triunfo con el cardenal de Trento á la derecha, y el duque de Saboya á la izquierda. En Mantua le recibieron el marqués y el duque de Ferrara, y en Villafranca de los Venecianos el duque de Parma Octavio Farnesio.

El príncipe se dirigió al Tirol, y atravesando la Alemania, llegó á los Paises-Bajos, donde fué recibido de los habitantes con todas las muestras del mas vivo regocijo. En Bruselas le esperaba el emperador y tambien sus tias doña María reina viuda de Hungría gobernadora de aquellos estados, y doña Leonor, tambien ya viuda del de Francia (3).

---

(1) Cabrera l. 1. C. 3.

(2) Como los nombres propios toman poco, y los mas que ocurren en esta historia son españoles, insertaremos cuanto sea posible y conciliable con el carácter de concision que sin faltar nada á lo esencial tratamos de dar á nuestro escrito.

(3) De este viaje del príncipe don Felipe á Bruselas hay una historia por Juan Cristóbal Calvete de Estrella.

Causó la llegada de don Felipe á Bruselas la mayor alegría á su padre, á sus dos tias y á toda aquella corte. Se celebró el suceso con regocijos y fiestas. Hubo actos de gracias solemnes en los templos, cañas, justas y todo cuanto de este género se usaba en aquel tiempo. Tuvo el príncipe la felicidad de romper una lanza con el conde de Mansfeld, hombre de gran cuenta como guerrero y como capitan, lo que le valió grandes aplausos de la corte. Todas las ciudades de los Paises-Bajos rivalizaron con la capital en mostrar lo agradable que les era la llegada del príncipe heredero; mas no dejaron de notar con poco gusto suyo la seriedad, gravedad y circunspeccion de sus modales, que formaban un contraste con la afabilidad, llaneza en el trato y mas medios que su padre usaba para captarse la benevolencia y cariño de aquellos habitantes, tan diferentes en índole de los de Castilla. No se puede negar, y en esto convienen casi todos, que don Felipe comenzó á ser impopular en los Paises-Bajos desde el momento que le vieron.

CAPÍTULO XII.

Viaje del emperador con don Felipe á Alemania.—Sus designios frustrados.—Le vuelve á enviar á España con plenos poderes de regentar.—Llega allí don Felipe y toma el mando.—Situacion de Alemania á la sazon.—Desgracias del emperador.—Nueva guerra con Francia.—Proyecta enlazar al príncipe don Felipe con María, reina de Inglaterra.

1550.—A la llegada á Bruselas de don Felipe, se hallaban los negocios del emperador en una situacion muy ventajosa. Estaba en paz con Francia, habiéndose terminado la última guerra con el tratado de Crespí bastante favorable para Carlos. Se veian humillados los príncipes protestantes del imperio; en prision el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, de resultas de la victoria de Muhlberg que habia tenido lugar tres años antes, y todo le hacia lisonjearse de que llegaria á dar la ley á toda la Alemania, sujetándola hasta cierto punto al yugo de la Iglesia. Para dar nueva actividad á estos negocios determinó pasar á Augsburgo con el objeto de celebrar allí una dieta, y en efecto salió de Bruselas para dicho punto llevando consigo á don Felipe y á sus dos hermanas. Un gran designio le ocupaba entonces, y para ponerlo en ejecucion habia hecho venir al príncipe de España. Habia sido nombrado en 1530 rey de los romanos su hermano Fernando, rey á la sazon de Hungría y de Bohemia, en virtud de cuya eleccion, era el heredero de la corona del imperio. El emperador, que habia favorecido y propuesto esta eleccion, habia cambiado de designios, y deseaba que su hermano renunciase á dicha dignidad en

favor de su hijo. No le habia sugerido la experiencia propia que el mandar á la vez estados tan vastos, tan separados unos de otros, tan heterogéneos, es mas embarazoso que útil, un poderío mas aparente y ficticio que positivo y verdadero. En su misma historia podia encontrar esta verdad tantas veces confirmada; mas el deseo de vivir con grande esplendor en su posteridad, le hizo desatender á todas estas consideraciones.

Por fortuna de él, de todos, y sobre todo del mismo don Felipe, se negó Fernando á satisfacer los deseos de su hermano. ni los halagos de las reinas, ni las grandes ofertas del emperador le persuadieron á renunciar á una dignidad que queria transmitir á su familia. Cambió entonces el emperador de plan de conducta, y conoció que frustrada la esperanza de declarar á don Felipe heredero del imperio, nada tenia ya que hacer en Alemania; que su puesto natural era en España, donde se hallaba á la sazon de regente, como ya hemos dicho, el príncipe Maximiliano, hijo de Fernando y por consiguiente el verdadero heredero del imperio.

Desde Augsburgo envió en efecto á don Felipe á España, dándole los poderes mas amplios para gobernar el pais en nombre suyo. Al mismo tiempo enviaba cartas á los gobernadores y principales ciudades del pais haciéndoles ver que el estado de los negocios de Alemania no le permitia regresar á España tan pronto como su amor lo deseaba; que el restablecimiento de la fe católica en aquel pais era demasiado importante á los ojos de un rey católico, para que no lo antepusiese á otras consideraciones; y que en tantos embarazos nada le parecia mas oportuno que enviarles en representacion de su persona la de su hijo don Felipe nacido y educado entre ellos, y de cuyas virtudes y discrecion ya tenian experiencia.

Con estos poderes y cartas (1551), se separó don Felipe de su padre, y emprendido su camino por Alemania pasó por Trento, sitio entonces del Concilio, donde hizo una magnífica entrada en medio de los legados del papa, rodeado y seguido de los principales personajes y prelados de la Iglesia. Fué muy obsequiado en la ciudad y bailó en uno de los festines que le dieron (1). En seguida se dirigió á Italia y desembarcó sin novedad en Barcelona. Despues se trasladó á Valladolid donde se encargó por segunda vez de las riendas del gobierno. El príncipe Maximiliano tomó á su llegada la

(1) Leti, l. XII.

CAPÍTULO XII.

Viaje del emperador con don Felipe á Alemania.—Sus designios frustrados.—Le vuelve á enviar á España con plenos poderes de regentar.—Llega allí don Felipe y toma el mando.—Situacion de Alemania á la sazon.—Desgracias del emperador.—Nueva guerra con Francia.—Proyecta enlazar al príncipe don Felipe con María, reina de Inglaterra.

1550.—A la llegada á Bruselas de don Felipe, se hallaban los negocios del emperador en una situacion muy ventajosa. Estaba en paz con Francia, habiéndose terminado la última guerra con el tratado de Crespí bastante favorable para Carlos. Se veian humillados los príncipes protestantes del imperio; en prision el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, de resultas de la victoria de Muhlberg que habia tenido lugar tres años antes, y todo le hacia lisonjearse de que llegaria á dar la ley á toda la Alemania, sujetándola hasta cierto punto al yugo de la Iglesia. Para dar nueva actividad á estos negocios determinó pasar á Augsburgo con el objeto de celebrar allí una dieta, y en efecto salió de Bruselas para dicho punto llevando consigo á don Felipe y á sus dos hermanas. Un gran designio le ocupaba entonces, y para ponerlo en ejecucion habia hecho venir al príncipe de España. Habia sido nombrado en 1530 rey de los romanos su hermano Fernando, rey á la sazon de Hungría y de Bohemia, en virtud de cuya eleccion, era el heredero de la corona del imperio. El emperador, que habia favorecido y propuesto esta eleccion, habia cambiado de designios, y deseaba que su hermano renunciase á dicha dignidad en

favor de su hijo. No le habia sugerido la experiencia propia que el mandar á la vez estados tan vastos, tan separados unos de otros, tan heterogéneos, es mas embarazoso que útil, un poderío mas aparente y ficticio que positivo y verdadero. En su misma historia podia encontrar esta verdad tantas veces confirmada; mas el deseo de vivir con grande esplendor en su posteridad, le hizo desatender á todas estas consideraciones.

Por fortuna de él, de todos, y sobre todo del mismo don Felipe, se negó Fernando á satisfacer los deseos de su hermano. ni los halagos de las reinas, ni las grandes ofertas del emperador le persuadieron á renunciar á una dignidad que queria transmitir á su familia. Cambió entonces el emperador de plan de conducta, y conoció que frustrada la esperanza de declarar á don Felipe heredero del imperio, nada tenia ya que hacer en Alemania; que su puesto natural era en España, donde se hallaba á la sazon de regente, como ya hemos dicho, el príncipe Maximiliano, hijo de Fernando y por consiguiente el verdadero heredero del imperio.

Desde Augsburgo envió en efecto á don Felipe á España, dándole los poderes mas amplios para gobernar el pais en nombre suyo. Al mismo tiempo enviaba cartas á los gobernadores y principales ciudades del pais haciéndoles ver que el estado de los negocios de Alemania no le permitia regresar á España tan pronto como su amor lo deseaba; que el restablecimiento de la fe católica en aquel pais era demasiado importante á los ojos de un rey católico, para que no lo antepusiese á otras consideraciones; y que en tantos embarazos nada le parecia mas oportuno que enviarles en representacion de su persona la de su hijo don Felipe nacido y educado entre ellos, y de cuyas virtudes y discrecion ya tenian experiencia.

Con estos poderes y cartas (1551), se separó don Felipe de su padre, y emprendido su camino por Alemania pasó por Trento, sitio entonces del Concilio, donde hizo una magnífica entrada en medio de los legados del papa, rodeado y seguido de los principales personajes y prelados de la Iglesia. Fué muy obsequiado en la ciudad y bailó en uno de los festines que le dieron (1). En seguida se dirigió á Italia y desembarcó sin novedad en Barcelona. Despues se trasladó á Valladolid donde se encargó por segunda vez de las riendas del gobierno. El príncipe Maximiliano tomó á su llegada la

(1) Leti, l. XII.

vuelta de Alemania, á donde su padre le llamaba; mas no pudo llevar consigo á la princesa María, por hallarse muy adelantada en su embarazo. Dió á luz esta señora poco despues en Cigales, pueblo inmediato á Valladolid, á doña Ana, que llegó á ser la cuarta y última mujer de don Felipe.

Pocas novedades ofreció España durante la nueva regencia de este príncipe. Los grandes movimientos del mundo religioso y político tenian su teatro todos fuera. Permanecia la Península casi inmóvil en medio de tanta agitacion y tempestad, que solo le trasmitian algun ruido sordo como de lo que pasa á gran distancia. A no ser por los viajes que hacian los príncipes y grandes personajes acompañados de tanto séquito que á su regreso naturalmente contaban lo que habian oido y visto, se supieran pocas de estas novedades en España. Mas en medio de lo precario é imperfecto de estas comunicaciones, en medio de la vigilancia con que se espiaba la introduccion de cualquiera novedad, no quedó, no podia quedar el pais herméticamente cerrado á lo que de tantos modos y con tal teson se difundia. En 1553 se renovó la pretension de enajenar y vender para las necesidades de la guerra, fincas de iglesias y monasterios de que hemos hecho ya mencion (1), mas encontró la misma resistencia que la vez pasada. Los teólogos con quienes consultó don Felipe sobre la justificacion del hecho le condenaron todos como ilegal, como injusto, como depresivo de los derechos y prerogativas de la Iglesia (2). Era imposible que la respuesta fuese otra, ni que dejase don Felipe de darla por decisiva en la materia. El asunto no produjo mas que ruido sin ningun alivio de los apuros del estado.

Otra novedad importante que ocurrió en España durante este breve período, fué el matrimonio de la infanta doña Juana, hermana de don Felipe, con el príncipe don Juan de Portugal, hijo primogénito del rey don Juan III, y hermano de doña María, primera mujer de don Felipe. Acompañó este príncipe á su hermana hasta Toro, desde donde siguió hasta la frontera con una comitiva muy lucida.

Fué muy corta la permanencia de esta princesa en Portugal. A los tres meses de matrimonio quedó viuda y embarazada de un hijo, que fué con el tiempo el famoso rey don Sebastian. Poco despues movida del amor á su pais, y en parte llamada por su hermano,

(1) Capítulo V.
(2) Sandoval.

volvió á España, donde le estaba destinado un cargo importantísimo.

Pero mientras el curso de los asuntos políticos se mantenia en España tan uniforme y tranquilo, aglomeraba negras nubes la fortuna sobre la cabeza del emperador, tan acostumbrado casi en todo tiempo á sus favores. Tenia lugar entonces la defeccion ó mas bien la traicion del príncipe Mauricio, la huida de Carlos hasta Inspruk, el tratado de paz de Passau, la guerra declarada por Enrique II de Francia, la toma por este de las ciudades imperiales de Verdun, Toul y Metz, y el gran desaire personal que llevó el emperador delante de los muros de esta última plaza, que no pudo tomar con un ejército de cincuenta mil hombres, el mayor que se habia visto en aquel siglo.

El emperador se retiró á Bruselas, mientras continuaba la guerra no con mucha actividad por ninguna de ambas partes. No tomaban tampoco para él muy buen semblante los negocios de Italia, y el papa Paulo IV que acababa de ser exaltado á la silla pontificia (1554), se le mostraba muy contrario. Creyó entonces el emperador que un enlace de su hijo Felipe con María de Inglaterra, que acababa de subir al trono, restableceria un tanto sus negocios, y le ajustó con consentimiento de ambas partes. El príncipe habia pensado por su parte pasar á segundas nupcias con otra princesa de Portugal, hermana de la emperatriz su madre, y tia de su primera mujer; mas el proyecto del emperador le hizo renunciar al suyo.

CAPITULO XIII.

Muerte de Eduardo VI de Inglaterra.—Estado del pais.—Partidos.—María é Isabel.—Juana Gray.—Coronada esta, María toma el ascendiente.—Sube al trono.—Suplicio de su competidora.—Capitulaciones del matrimonio de Felipe y de María.—Las firma el príncipe, y encarga la regencia del reino á la infanta doña Juana.—Se embarca en la Coruña y llega á Inglaterra.—Desposorios.—Abolicion del cisma.—Persecuciones y castigos.

No está menos enlazada la historia de Felipe II con la general de Europa, que la de su padre. Ya le hemos visto presentarse en Alemania como un candidato á la sucesion de la corona del imperio. Para comprender la nueva posicion en que le iba á colocar su matrimonio con María de Inglaterra, necesario es que tomemos en consideracion el estado político en que aquel reino se encontraba.

En 1553 murió en los primeros años de su juventud el rey Eduardo VI, hijo de Enrique VIII, príncipe que por su amabilidad, por lo claro de su juicio y lo bondadoso de su corazon hacia concebir de su reinado las mas lisonjeras esperanzas. Habian sido los seis años que estuvo sentado sobre el trono un tiempo de bastantes revueltas y facciones, como sucede en toda minoría, y era inevitable en las circunstancias en que el reino se encontraba. En tiempo de Enrique VIII habia dado pocos pasos lo que entonces se llamaba la reforma religiosa, pues bajo su dominacion despótica nadie se atrevió á ser de otra religion que la del monarca, cuyas pretensiones eran ser jefe de su Iglesia; mas sin alteracion del dogma, tal cual la romana le explicaba y admitia. A su muerte se declararon

abiertamente las opiniones de los que no se contentaban en estos asuntos con cambiar de papa, y tuvieron entrada con profesion pública una porcion de las nuevas doctrinas que habian aparecido en Alemania, Suiza y otras partes de la Europa. El protector del reino, ó porque estas fuesen sus ideas, ó por asegurarse mas en su poder con partidos enemigos, habia mostrado favorecer abiertamente las nuevas opiniones, con lo que se hallaba el pais en pugna abierta entre católicos y protestantes. A los disturbios que no podia menos de producir este conflicto, se unia el de los partidos que originaba la sucesion á la corona, en caso de que muriese el rey sin hijos, como sucedió en efecto. Además de este príncipe, tuvo el rey Enrique VIII á María, de Catalina de Aragon, y á Isabel de Ana Bolena. Declarado nulo ó ilegítimo su matrimonio con la primera princesa, resultaba bastarda la primera hija; en caso de haber sido aquel válido, lo era la segunda. Las dos habian sido en efecto declaradas alternativamente legítimas y bastardas, segun el flujo y reflujo de las pasiones y caprichos de su padre. La princesa María educada en la religion católica, sin haber querido admitir ninguna de las innovaciones que se habian introducido, tenia á su favor todo el partido de dicha comunion, mientras sucedia lo contrario con respecto á Isabel que pasaba por abrigar muy diversos sentimientos.

Además de estos dos partidos, se formaba un tercero, aunque menos numeroso que los otros dos, y que se apoyaba en la bastardía de las dos princesas. El rey Enrique habia tenido una hermana, la princesa María, que despues de haber estado casada con Luis XII rey de Francia, habia pasado á segundas nupcias con el duque de Suffolk, y dejado descendencia (1). A falta de hijos legítimos, esta señora era la heredera de su hermano. Estaban entonces representados sus derechos por una jóven de 16 años, llamada Juana Gray, de familia ilustre, que acababa de enlazarse con otra igualmente distinguida (2). No habia concebido esta señora la idea de presentarse con pretensiones á la sucesion de la corona, mas su padre el duque de Suffolk y el de Northumberland su suegro, padre de lord Guilford, con quien acababa de casarse, ambos hombres am-

(1) No fué esta la única hermana del rey Enrique VIII, como veremos luego.

(2) Juana Gray era hija del marqués de Dorset y de una hija y heredera de la princesa María. Habiendose extinguido el título de duque de Suffolk por la muerte del propietario y de sus hijos habidos en segundo matrimonio, la confirió el rey al marqués de Dorset padre de Juana.

biciosos, no quisieron desperdiciar la coyuntura que se les ofrecia de subir á la cumbre del poder, y con ruegos, con amonestaciones y hasta con amenazas obligaron á Juana á ser instrumento de sus planes. A la muerte de Eduardo logró esta faccion hacer proclamar por reina á Juana Gray en Londres, mientras los partidarios de María se hacian con gente fuera para trastornar la obra de la faccion de su competidora. Estaba aquella princesa en un estado de confinamiento aun mucho antes de la muerte de su padre, y de este retiro fué sacada por su parcialidad que la condujo á la capital con fuerzas muy considerables. El partido de Juana era poco numeroso, propendia la generalidad por temor ó por ideas de sucesion legítima á sostener los derechos de la hija primogénita de Enrique, con lo que entró María en Londres con muy poca resistencia y fué proclamada reina, mientras Juana Gray, su marido y mas jefes de su parcialidad fueron presos y encerrados en la torre.

Bien pronto expiaron el padre y suegro de Juana su ambicion en un cadalso. La desgraciada que se habia prestado á ser su instrumento, no sufrió la misma suerte por entonces; se ignoraba cuál seria su ulterior destino; mas con motivo de una sedicion, ó tal vez sirviendo esta de pretexto, fué condenada con su jóven esposo á perecer por manos del verdugo. Se sometió Juana á su suerte con la mayor resignacion; desplegó en el suplicio mucha mas magnanimidad y fortaleza de la que debia esperarse de sus años y su sexo, y en sus últimos momentos fué objeto de las mas tiernas simpatías. Los historiadores convienen todos en presentar á esta jóven adornada de las mas amables y brillantes prendas. Habia recibido una esmerada educacion, perfeccionada por su aplicacion al estudio y la lectura. Se decia que sabia latin y griego; que se entretenia con Plutarco mientras sus amigas y compañeras se entregaban á otras diversiones, y aun se citan algunos pasajes que escribió en esta lengua pocos momentos antes de entregar su cabeza á la hacha del verdugo. Tal vez se hermoseó demasiado la pintura para hacer mas odiosa á la rival que tan bárbaramente la inmolaba; mas de todos modos fué el suplicio de Juana Gray una de las causas que hicieron tan poco popular el reinado de María.

No debe de sorprender el fin trágico de Juana Gray á los que sepan hasta qué punto eran frecuentes estos actos en aquel pais y en aquel siglo. En un suplicio habia perecido la famosa Ana Bolena que habia encendido en tan frenética pasion á Enrique VIII, primero



JUANA GREY.

su esposo, y en seguida su verdugo. Igual fué la suerte de Catalina Howard, quinta mujer de aquel monarca, acusada de adulterio. Tambien habia perecido en un cadalso el duque de Sommerset, tio del rey Eduardo, y durante su menoría protector del reino. El que lea la historia de los distinguidos personajes que en aquel siglo, en el anterior y aun en el siguiente tuvieron igual fin, no extrañará el dicho célebre de que la historia de Inglaterra deberia estar escrita de mano del verdugo.

Subió, pues, María al trono de un pais agitado de facciones, de disturbios, tanto políticos como religiosos. Libre de la parcialidad de Juana Gray, trató de neutralizar la de su hermana Isabel, encerrándola en una fortaleza y amenazándola con castigos mas severos. Católica de corazon, enemiga de toda innovacion religiosa, aborreciendo á cuantos habian contribuido á las desgracias de su madre, fué uno de los principales pensamientos de su administracion la extirpacion de la herejía, la restauracion en su antigua pureza de la religion católica, y de la vuelta del pais al gremio de la Iglesia. Con este objeto negociaba en Roma la solemne abolicion del cisma, y la absolucion del pais por el pontífice.

En esta situacion se hallaban los negocios de Inglaterra cuando Carlos solicitó la mano de la reina para don Felipe. Solo el deseo que tenia el emperador de hacerse con una alianza que le podia ser de utilidad en la situacion de sus negocios, explica un paso tan extraño, tan á todas luces imprudente. En primer lugar la reina de Inglaterra tenia doce años mas de edad que su esposo, sin que hermosura, ni amabilidad, ni prenda alguna seductora, pudiese reparar dicho inconveniente que ya era en sí muy grande. En segundo lugar privaba á España de un regente que la administraba bien, para empeñarle en un pais extraño, trabajado por facciones y rivalidades. Exponer á quedar sujetas á un mismo cetro dos regiones tan diferentes, tan heterogéneas como España é Inglaterra, era labrar acaso la desdicha de ambas. Mas la manía de ensanchar los límites de la dominacion sin pensar en su verdadera solidez, es una de las enfermedades incurables en los hombres. Estaba destinada la Escocia á componer parte de la monarquía francesa; la Inglaterra, de España, en caso de morir sin hijos el príncipe don Carlos y tenerlos don Felipe de María, como era posible. Si no se realizó ninguna de ambas cosas, fué porque la suerte pudo mas que la ambicion, y sirvió mas á los intereses de los príncipes, sobre todo de

Felipe. Demasiados estados iba á heredar, para que la Inglaterra, sobre todo en aquellas circunstancias, aumentase su verdadero poderío.

Era el cardenal Reginaldo Polo, inglés de nacimiento, y aun algo emparentado con la casa real, el encargado en Roma de negociar la reconciliacion de la Inglaterra con la Iglesia. Tambien tomaba parte activa en el enlace de la reina María con Felipe (1). Con su intervencion se arreglaron las capitulaciones del contrato, que se ajustaron definitivamente en Londres el 2 de abril de 1554. Por ellas conferia el emperador á Felipe el ducado de Milan y el título y soberanía de Nápoles. Los dos reyes debian de ser iguales en autoridad: y en nombre de ambos se debian de expedir todos los despachos, cédulas y provisiones, mas con la firma de la reina solamente. A falta del príncipe don Carlos, los hijos de este matrimonio debian heredar los estados del padre y del abuelo. En caso de morir la reina, debia salir Felipe de Inglaterra. La reina no habia de salir de sus estados ni ayudar en nada en sus guerras al emperador; mas lo podia hacer don Felipe con sus propios medios.

Se enviaron estas estipulaciones á España para que las firmase don Felipe, y él lo hizo sin manifestar gran repugnancia. Se dice que amaba entonces á una dama castellana (2), y á ser esto así, debió de mirar con doble desagrado un enlace con una princesa poco agradable que le llevaba tantos años (3). Mas el amor no era la pasion dominante de este príncipe. Se trataba, pues, de que se pusiese en camino para celebrar el matrimonio; mas desempeñaba la regencia de España, y era preciso buscar persona que le reemplazase. Con este objeto envió á llamar de Portugal á su hermana la infanta doña Juana, viuda del príncipe don Juan, que hacia poco que habia dado á luz al que fué despues rey don Sebastian como hemos dicho. Se puso la princesa inmediatamente en camino acompañada hasta la frontera de órden del rey de Portugal, de los infantes sus cuñados. En la frontera la aguardaban por disposicion de don Felipe los obispos de Osma y de Badajoz, y don García de To-

(1) Algunos, entre otros Leti, l. XII contradicen esta circunstancia, y añaden que el emperador estaba disgustado con el cardenal porque se oponia á sus proyectos. Mas son estos hechos secundarios, cuya dilucidacion importa poco á los verdaderos intereses de la historia, observacion que nos ocurriria muy á menudo. Cualquiera que haya sido el negociador de dicho enlace, arguye muy poca prudencia en los que le concibieron y solicitaron.

(2) Cabrera, l. 1, 5, 4 y Leti I. XII, la designa con su nombre. (Doña Catalina Lener).

(3) El buen Sandoval al mencionar la fealdad y edad ya tan madura de María, dice que el príncipe «hizo lo que un Isaac,» dejándose sacrificar por hacer la voluntad de su padre y por el bien de la Iglesia, Lib. XXVI, párr, 8.

ledo. El mismo príncipe llegó en busca suya hasta Alcántara, y la acompañó hasta Valladolid, donde tomó todas las disposiciones necesarias para entregarla la regencia. Al mismo tiempo envió á Inglaterra á don Pedro de Avila, marqués de las Navas, encaminándole á Laredo, donde don Bernardino de Mendoza tenia navíos aprestados. Una de sus grandes atenciones antes de salir del reino, fué poner casa al príncipe don Carlos. Dióle por preceptor de gramática á Luis de Vives; ayo á don Antonio de Rojas; gentiles-hombres á los condes de Lerma y Gelves, y don Luis Portocarrero.

En seguida se dirigió á Galicia, pues debia de embarcarse en la Coruña. Se detuvo algunos dias en Santiago donde adoró el cuerpo del Apóstol, confesó y comulgó, y practicó todas las devociones que tenia de costumbre. En la Coruña acabó de despachar todo lo que habia pendiente, y envió á su hermana sus últimas instrucciones por escrito; hé aquí los artículos mas esenciales.

«Que hiciese á todos justicia estricta y severa: que consultase los viernes con el consejo real: que pensase antes en los negocios, y luego los viese con el presidente y secretario: que en el consejo de estado fuese presidente el del consejo real, y vocales el arzobispo de Sevilla, don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, marqués de Corres, don Antonio de Rojas, don García de Toledo y don Juan Vazquez: que tratándose de negocios de la corona de Castilla, se hallasen presentes el licenciado Otarola y el doctor don Martin Velasco; y en negocios de Aragon, el vice-canciller y un regente: que en las cosas de guerra entendiesen los dos marqueses don Antonio de Rojas, don Gaspar de Toledo y el secretario Juan Vazquez, y siendo menester letrado, el doctor Velasco: que señalase el marqués de Mondejar las cartas y papeles que la princesa habia de firmar, y que se juntasen dos veces por semana: que se cuidase de las fronteras, de los encargados de ellas, y de la caballería: que las galeras, estuviesen bien armadas: que la princesa oyese misa en público: que señalase horas de audiencia: que recibiese memoriales: que diese á todos buenas palabras: que el consejo y mas tribunales se reuniesen en palacio: que en el despacho de la cámara entendiesen Otarola, Velasco y Juan Vazquez: que no se proveyese ningun oficio sin contar con el presidente: que se entendiese con el consejo sobre la mudanza de la corte: que los obispos residiesen en sus diócesis: que el presidente de Granada residiese 90 dias inclusa la cuaresma en Avila: que no se legitimare ningun hijo de clérigo: que no

se habilitase para oficios á gente de corona: que no se fundasen mayorazgos mas que por caballeros de calidad: que gobernasen las Iglesias de Granada, gente limpia por generacion y religion.»

Mientras el príncipe se preparaba para darse á la vela, desembarcaron sus enviados en Inglaterra. Inmediatamente dieron noticia de su arribo al conde de Egmont embajador en Londres del emperador, quien pasó á felicitar á la reina con este motivo. Ya no era dudoso en Inglaterra que estaba para llegar el príncipe de España. Tomó María las disposiciones, y dió las órdenes necesarias para que su futuro esposo fuese recibido con toda la magnificencia que por su rango merecia.

Por fin zarpó el príncipe de la Coruña el 11 de julio de 1554 con una escuadra de sesenta y ocho buques y cuatro mil españoles del tercio de don Luis Carvajal. Le acompañaban el almirante de Castilla, su hijo el conde de Melgar y el de Saldaña, los duques de Alba y Medinaceli, el prior don Antonio de Toledo, el príncipe de Eboli, los marqueses de Aguilar, Pescara, Verghen y Valle, los condes de Buendia y Fuensalida, Gutierrez, Lopez de Padilla, don Diego de Acebedo, don Hernando de Toledo, hijo del duque de Alba, don Antonio de Zuñiga, don Luis de Córdoba, don Pedro Enriquez, don Bernardino y don Iñigo de Mendoza, don Alvaro Bazan, con dos hijos, don Pedro de Velasco, don García de Toledo, señor de las Villorias, don Rodrigo de Benavides, hermano del conde de Santistéban y otros. Como se ve, llevaba el príncipe un acompañamiento numeroso y lucido, propio del personaje y del objeto que le promovia.

Al cabo de siete dias de navegacion llegaron al puerto de Southampton, adonde vinieron á cumplimentarle en nombre de la reina el obispo de Winchester, el marqués de Arundel y otros varios personajes. El príncipe siguió adelante hasta Winchester donde María le aguardaba. Se celebró la entrevista con todo el aparato y regocijo propios de las circunstancias. El regente español Figueroa les presentó la renuncia de Nápoles y del ducado de Milan en favor de don Felipe.

En 25 del mismo mes de julio se confirmaron las capitulaciones por los prelados y el conde de Egmont en nombre del emperador; por don Pedro Lazo en el del rey de los romanos; por don Juan Miguel en el de Venecia, y por el obispo de Cortona en el del duque de Florencia. El mismo dia los desposó el obispo de Winchester, y

un heraldo proclamó á Felipe y á María por la gracia de Dios rey y reina de Inglaterra y Francia (1), Nápoles, Jerusalen, Hibernia, príncipes de España, duques de Milan. La ceremonia se solemnizó y festejó como todas las de esta clase con músicas, danzas, banquetes, brindis y demás diversiones que les son análogas. En el festin regio fué servida la reina por grandes de España. Se hallaba la reina María satisfecha; mas no el pais con semejante matrimonio. Sentia el partido protestante mugir ya la tempestad que contra él se preparaba, ni tampoco el católico veia con buenos ojos la preponderancia que iba á ejercer sobre el pais un extranjero. Si con tal alianza consideraba en cierto modo consolidado el triunfo de sus creencias religiosas, este rey extraño, de cuya ambicion habia ya tantas pruebas, heria no poco su orgullo nacional y afectaba su espíritu de independencia. Se mostraba don Felipe atento y hasta afable, mas eran demasiado serias y circunspectas sus maneras para hacerse popular en aquella corte extraña. Estaba acostumbrado á otra atmósfera, á otro modo de ejercer la autoridad, y sobre todo á ser él solo en el poder y mando. Ni las costumbres inglesas, ni la índole de su gobierno, podian ser del gusto é inclinaciones de Felipe. Por otra parte en la reina su nueva esposa, á pesar de la suma deferencia y ternura con que le trataba, no hallaba ni podia realmente hallar nada que le cautivase.

Mientras tanto continuaban en Roma las negociaciones para reconciliar á Inglaterra con la Iglesia. Acababa de ser exaltado á la sede pontificia Paulo IV, á quien los dos príncipes reconocieron y enviaron su homenaje por medio de don Diego Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchon, del Consejo del rey, su mayordomo y tesorero por la corona de Aragon.

El cardenal Polo se dirigió pues á este pontífice con la peticion y pretension del rey y reina de Inglaterra sobre una reunion tan apetecida por entrambas partes. Era un negocio demasiado favorable á los intereses de la santa sede para que esta no se mostrase propicia, aunque de perdon é indulgencia se trataba. Absolvió pues el papa á los ingleses. Fué portador de esta bula el mismo cardenal Polo, revestido además con los poderes de legado. Mientras aguardaba este en Calais permiso para entrar en Inglaterra, convocó la

(1) Los reyes de Inglaterra llevaron el título de reyes de Francia desde Enrique V, coronado como tal en Paris á principios del siglo XV, hasta los del actual que renunciaron á él cuando la incorporacion de la Gran Bretaña con Irlanda.

reina el parlamento y le enteró del negocio, haciéndole ver lo necesario que era acabar cuanto mas antes con un cisma tan contrario al cristianismo. Asintió á la entrada del legado el parlamento tan sumiso en aquel reinado como en los anteriores. Fué Polo recibido con toda pompa en Londres; mas no quiso admitir los honores de legado hasta despues de conferenciar con el rey y con la reina. Admitido con muestras de gran deferencia y regocijo á su presencia, les enseñó las cartas y bulas pontificias, de las que quedaron sumamente satisfechos. En el parlamento que se reunió en seguida se determinó que se hiciese la ceremonia solemne de la reconciliacion con Roma el 30 de noviembre en la Iglesia de San Pablo. Así se realizó en efecto con festejos, músicas, salvas de artillería y cuanto podia contribuir al esplendor y magnificencia de aquel acto. Colocado el prelado en el templo en medio del rey y de la reina, absolvió en alta voz en nombre del padre santo á los ingleses. Terminó el dia con cañas y torneos, y por la noche se festejó tambien la absolucion con muchas iluminaciones. Escribió inmediatamente don Felipe el suceso á todas las cortes de la cristiandad. El papa recibió sobre todo la noticia con grandes demostraciones de alegría.

Habian ido demasiado adelante en los dos últimos reinados las innovaciones religiosas en Inglaterra para que este cambio y esta reconciliacion no principiasen una época de reaccion, de persecucion y de castigo. Era la intolerancia entonces con muy pocas excepciones la manía general; todo el mundo creia que se servia á Dios castigando á los que se mostraban enemigos de su culto. Severa la reina por carácter y tan celosa además por la pureza de la fe, se mostraba poco inclinada á la indulgencia. No era el rey Felipe blando en esta parte, como lo hizo despues ver en tantas ocasiones. Los prelados católicos, recobrado ya el ascendiente y preponderancia de que se habian visto despojados, trataban de que se diese por el tronco al árbol de la herejía y que de una vez se arrancase del campo la zizaña. Se mostraba muy activo en esta obra de reaccion el español fray Bartolomé Carranza, que habia llevado consigo don Felipe, sin prever entonces que algun dia iba á ser él mismo víctima de las persecuciones de que se mostraba tan celoso. Se hicieron reformas en las universidades. Se mandaron cerrar todos los sínodos. Se hicieron hogueras públicas de Biblias traducidas en lengua del pais; y tambien se encendieron para el último suplicio de los principales apóstoles de la reforma que no querian decirse. Subieron á estas piras hasta personas revestidas con el carácter de prelados; tan severo y cruel se mostraba el tribunal eclesiástico que en estas causas entendia. Fueron entre otros quemados en la plaza de Westsmith-Field en Londres, sitio ordinario de las ejecuciones, Ridley obispo de Londres y Latimer obispo de Worcester. Alcanzó su rigor al famoso Crammer, arzobispo de Cantorbery, favorito del rey Enrique VIII. Se dice de este prelado que firmó un acto de retractacion, haciéndosele creer que con este paso evitaria su castigo; mas que habiendo sido condenado sin embargo al suplicio de la hoguera, se quemó antes la mano derecha como para castigarla de un acto de debilidad, y no entró en el fuego antes de caer despegada de su brazo. La absolucion de los ingleses no les costaba poca sangre; mas no se entendian entonces las cosas de otro modo: tanto por los católicos, como tambien por los mismos protestantes.

CAPITULO XIV.

Ajusta el emperador una tregua con Francia.—Llama á don Felipe á Bruselas.—Renuncia en su favor la posesion de los Paises-Bajos y las coronas de España.—Se embarca para este último pais, y se retira al monasterio de Yuste.-Sus ocupaciones.

Deseaba el emperador terminar la guerra con Francia, en que estaba empeñado hacia cerca de cinco años. Desde la retirada delante de la plaza de Metz, no se habian alcanzado ventajas considerables por ninguna de ambas partes. Habian los imperiales tomado las plazas de Terouane y de Hesdin; y apoderádose los franceses de las de Renty y Mariemburgo: hecho aquellos una invasion en la Picardía, y acercádose los segundos á Thionville por los Paises-Bajos; mas no se habia dado ningun golpe decisivo. Con la misma alternativa de próspera y adversa fortuna se batian en las fronteras y varias partes de Italia los ejércitos beligerantes. Reinaba en los dos príncipes enemigos mas cansancio de la guerra, que deseo verdadero de la paz, por los gastos inmensos que la hostilidad les acarreaba. En mayo de 1555 se ajustaron unas treguas en Arras entre ambas coronas que debian de durar cinco años. Concurrieron al acto en nombre del emperador el cardenal Polo, el duque de Medinasidonia, el obispo de Arras, el conde de Lalain y el presidente del consejo de Flandes Viglo Inchieno. Asistieron por el rey de Francia el cardenal de Lorena, y el condestable de Montmorency. Por la Inglaterra se presentaron el obispo de Winchester y el conde de Arundel. Se suscitaron en las conferencias grandísimas dificultades. Pe-

dian los franceses el ducado de Milan y que el duque de Saboya se casase con la viuda del duque de Lorena, y que se diese á Navarra á Antonio de Borbon Vendome, casado con Juana de Albret, hija de Enrique de Albret y Margarita de Valois, hermana de Francisco, difunto rey de Francia. Mas á nada de esto se accedió, y las treguas se firmaron sencillamente sin ningunas condiciones. Se vió así libre el emperador de un peso que le fatigaba; mas le quedaba otro que le era imposible echar de sí por ser producto de sus enfermedades y de la vejez que á pasos agigantados le cargaba. Habia llegado á una época de la vida en que todas las ilusiones se disipan, en que se van todas las flores, quedando solo en lugar suyo las espinas. Habia gozado demasiado pronto de las pompas y prestigio del poder, para no experimentar que la grandeza es humo, que los goces de la ambicion son sueños de que se dispierta rara vez sin amargura. Ninguna gran razon tenia de quejarse de la suerte, mas en el último tercio de su vida, no la habian faltado sinsabores y dolorosos desengaños. Cuando llega el hombre á semejante situacion, no puede menos de deleitarse con las ideas del retiro y del descanso; y si á todo esto se añaden los sentimientos religiosos que hacen tender los ojos hácia lo futuro, no extrañaremos que Carlos V á los cincuenta y seis años de su edad, pensase seriamente en echar de sí un peso que realmente le abrumaba. Hubo quien escribió que entre las causas que le movieron á tomar esta resolucion, ocupa un principal lugar la conducta poco obsequiosa hácia él por parte de su hijo don Felipe, y que prefirió una voluntaria cesion de sus estados á las serias mortificaciones que de su carácter ambicioso y vivos deseos de reinar tenia (1); mas no dieron las acciones anteriores de este príncipe motivo para una imputacion tan grave y seria. Segun dijo él mismo hallándose ya en su retiro de Yuste, se habia ocupado de esta idea en vida de la emperatriz; mas que no habia podido realizarlo por lo complicado que se hallaban sus negocios y falta de un heredero que estuviese en aptitud de reemplazarle. El heredero ya se hallaba en sus maduros años, y el tiempo parecia llegado de adoptar finalmente la resolucion que iba á excitar la admiracion de toda Europa. Con este designio envió á llamar al príncipe á Bruselas, y allí mismo renovó sus negociaciones con su hermano, á fin de que renunciase en favor de su hijo la corona del imperio; mas el rey

(1) Véase á Robertson L. C. XI. en su cita de Lebesque, autor ó editor de las Memorias de Granvela.

de los romanos persistió en su negativa, y el emperador tuvo que renunciar á esta última ilusion de brillo y de grandeza.

Se hallaba Felipe muy poco á gusto suyo en Inglaterra, descontento del pais, cansado de la reina, que nunca habia sido para él objeto de cariño. Aprovechó, pues, con gusto esta ocasion que se le ofrecia de dejar aquel pais, y se apresuró á obedecer los preceptos de su padre. Fué esta partida objeto para la reina de excesiva pesadumbre, trató de impedirla por cuantas razones supo y pudo, alegando su embarazo, que despues resultó ser hidropesía. Mas no tuvo en ninguna cuenta el rey sus ruegos y clamores, y en 8 de octubre de 1555 salió de Inglaterra, encaminándose á los Paises-Bajos, donde le aguardaba un cambio inesperado de fortuna.

Habia convocado el emperador los estados de los Paises-Bajos en Bruselas (1). El 28 del mismo mes de octubre se presentó en su seno, y con toda la solemnidad digna de los tiempos de los Césares, renunció en favor de don Felipe la soberanía de los Paises-Bajos que habia heredado de su padre. Con aire de majestad, con noble y augusto continente se presentó y condujo el emperador en tan solemne circunstancia. Se hallaban á la derecha del trono el príncipe de España, el príncipe Maximiliano y Filiberto, duque de Saboya. A la izquierda, las reinas viudas de Hungría y de Francia, María, reina de Bohemia, y Cristierna, hija del rey de Dinamarca, duquesa de Lorena. Comenzó la ceremonia nombrando al príncipe de España caballero del toison de oro, y en seguida el secretario Filiberto Bruselli leyó en alta voz el acta de renuncia del señorío de los Paises-Bajos, hecho por el emperador Carlos V en favor de la persona de su hijo don Felipe. Concluido el acto y apoyando una mano en el hombro del príncipe de Orange, y con un papel en la otra, sin duda para alivio de memoria, se levantó el emperador y arengó en francés por última vez á los estados, haciendo enumeracion de las expediciones que habia emprendido, de los servicios tanto civiles como militares que habia hecho. Les habló de sus enfermedades, de su incapacidad de conservar el cetro con ventajas para el pueblo, y de que en la persona de su hijo les dejaba un príncipe experimentado en todos los negocios del gobierno. No fué menos patético su discurso al nuevo rey que se le puso delante de rodillas, exhortándole á ser justo, á mirar con respeto sagrado las leyes y con amor á sus

(1) Es la fecha que asigna Sandoval á este acto que ocupa en la historia un lugar tan distinguido. Mas en el dia y aun en el mes discrepan la mayor parte de los historiadores de la época.

nuevos súbditos. En todos hizo impresion lo solemne, sublime y tierno de la escena: algunos derramaron lágrimas. El emperador no se apartó un punto de su nobleza y dignidad; ningun soberano al despedirse de su pueblo excitó mas sentimientos de reverencia y pesadumbre. Prometió Felipe á su padre haberse fielmente en su nueva dignidad y arreglarse en todo á sus preceptos. Al dirigirse á la asamblea manifestó que le era imposible expresarse en lengua francesa, por no *haberla deprendido* (1); mas que el obispo de Arras seria intérprete de sus sentimientos. La arenga del prelado á nombre del nuevo señor de los Paises-Bajos se redujo á las promesas de costumbre y que nunca en tales ocasiones se escasean.

En seguida se levantó la reina viuda de Hungría, y se dirigió á los estados dándoles gracias por los favores que la habian dispensado, é hizo renuncia del gobierno de los Paises-Bajos que hacia veinte años desempeñaba en nombre de su hermano.

En 16 de enero de 1556 hizo Carlos renuncia de las coronas de Castilla en favor de su hijo ante Francisco de Eraso, comendador de Montalazy, notario mayor, y de las de Aragon, ante Diego de Vargas, escribano de cámara. Además le dió la investidura del estado de Sena, y el título de Vicario general del sacro imperio. Mas antes de abrir la época de este reinado, tan fecundo en grandes acontecimientos, se dedicarán algunas páginas á seguir las huellas del último monarca despues de su renuncia.

De todas sus coronas se habia despojado Carlos V á excepcion de la imperial que conservaba todavía, siempre con la esperanza de trasmitirla á don Felipe. Inmediatamente que se redujo á condicion privada, pasó á vivir en un palacio particular en compañía de las reinas sus hermanas, pues la de Hungría habia entregado el gobierno de los Paises-Bajos al duque Filiberto de Saboya, por disposicion de don Felipe. El retiro donde era la intencion del emperador fijar su residencia era el monasterio de Jerónimos de Juste ó Yuste, situado en Extremadura cerca de la vera de Plasencia. Mas por lo crudo de la estacion ó falta de preparativos, no pudo ponerse en viaje hasta setiembre del mismo año de 1556 que se embarcó en Zelandia en compañía de las mismas reinas y su privada comitiva, despidiéndose del nuevo rey que le habia acompañado hasta aquel punto. Padeció la pequeña flota una tempestad, y llegó en bastante mal estado á fines del mes al puerto de Laredo, donde tuvo lugar el

(1) Expresion de Sandoval, l. XXXII, párr. 33.

desembarco. Se dice que el emperador besó la tierra al verse en ella, diciéndole que le recibiese como su postrer asilo. Llegó tan fatigado y quebrantado, que solo en litera pudo hacer el viaje hasta Burgos, donde descansó dos dias. A pesar de que debia conocer los hombres, no dejó de extrañar el escaso número de señores y caballeros principales que le vinieron á cumplimentar, tanto en aquel punto como en el camino. En seguida se trasladó á Valladolid, donde no quiso se le hiciese ningun recibimiento, cediendo este honor á sus hermanas, que hicieron su entrada un dia antes. Allí tuvo una entrevista con su hija y regente doña Juana, habiendo visto tambien á su nieto el príncipe don Carlos, de cuyos modales y conversacion, dicen, quedó sumamente disgustado. Querian sus hermanas acompañarle hasta Yuste; mas no lo permitió el emperador, y se despidió de ellas en Valladolid prosiguiendo solo su jornada. Algunos historiadores dicen que tuvo que suspender su viaje por falta de dinero (1); pero esto es muy duro de creer, habiéndose asignado él mismo la corta cantidad de 12,000 ducados anuales por via de pension ó de retiro. Y aunque hubiese sucedido así por escaseces del erario ó circunstancias imprevistas, achacarlo á indiferencia ó tal vez á ingratitud de Felipe, nos parece con demasía aventurado.

A mediados de noviembre del mismo año llegó á Yuste, donde le habian preparado una especie de habitacion particular, pegada al convento, con el que tenia comunicacion aunque del todo independiente. En aquella modesta vivienda, compuesta de cinco ó seis piezas, sencilla y hasta pobremente alhajadas, se encerró el que habia dado leyes á mas de la mitad de Europa, sin que en sus conversaciones, ni en ninguno de sus actos, diese á entender que estaba arrepentido de aquel cambio.

La vida que el emperador llevó en Yuste fué sencilla, dedicada en lo esencial á ejercicios de devocion y de piedad, ocupando las horas de recreo en el cultivo del jardin, ó en la construccion de alguna obra mecánica, sobre todo de relojes, á que era muy aficionado. El grande artífice de aquellos tiempos que excitaba tanta admiracion con lo ingenioso y atrevido de sus invenciones, Juanelo Turriano, le hizo varias visitas en su retiro y le daba lecciones de su arte. Tambien se divertia con la música, en la que dicen era muy inteligente, siendo su voz tan buena y delicada, que algunos religiosos iban en silencio á escucharle á su puerta cuando cantaba, sobre todo en las horas de la noche. Mas todos esos pasatiempos no le distraian del negocio que le era mas interesante. Sin ligarse con ningun voto, observaba en cuanto se lo permitian sus enfermedades la regla del órden de san Jerónimo á que pertenecia aquella casa. Asistia al coro con frecuencia: todas las mañanas oia misa, y rezaba muchas devociones. A mediodia oia un sermon y á falta suya una homilía de san Agustin, y por la tarde asistia á vísperas. Pasaba asimismo algunas horas en conversacion con el prior y algunos otros graves religiosos del convento con quienes entraba en varios pormenores de su vida, contándolos con afabilidad y sencillez de trato sin ninguna etiqueta y ceremonia. Sandoval, el mas copioso, y tal vez el mejor de sus historiadores, refiere los cargos que le hicieron una vez los visitadores de la órden por las liberalidades que distribuia á varios individuos de la casa, que el emperador escuchó con la mayor docilidad prometiendo enmendarse. Es de un vivo interés una de sus conversaciones con san Francisco de Borja, sobre los motivos que obligaron á este á dejar el mundo y á preferir la nueva órden de los jesuitas á las demás ya antiguas y probadas. Mas dejaremos por ahora á Carlos V en la modestia y humildad de su retiro para volver al gran teatro del mundo, sobre el que comenzaba á representar un gran papel su hijo.

(1) Entre otros Cabrera, l. 2, c. IV, quien expresa el pueblo de la detencion (Oropesa), el tiempo de la duracion (30 dias), y la cantidad que aguardaba para pagar á sus criados (30,000 escudos).

CAPITULO XV.

Estado de la Europa á la subida de Felipe II al trono.—Se declara Paulo IV contra Felipe II.—Pasa el duque de Alba á gobernar á Nápoles.—Ruptura de hostilidades. —Invaden las tropas españolas los estados pontificios.

Se hallaba Felipe II en los 29 años empezados de su edad, cuando por la renuncia de su padre, se vió el primer soberano de la Europa. No heredaba la corona imperial; mas esta brillante dignidad no era en mil ocasiones verdadero poder, y por la proximidad de los turcos acarreaba mas peligros y embarazos que provecho. Sin contar con Inglaterra, de que no era mas que monarca nominal, se veia dueño de España, de los Paises-Bajos, del Franco-Condado, del ducado de Milan, de Sicilia, de Nápoles, de Cerdeña, y del inmenso y opulento imperio que las armas y la audacia de unos pocos aventureros habian dado á Castilla en el nuevo continente. Con razon se decia que el sol no se ponia nunca en los estados de este príncipe.

Era Felipe nuevo rey, mas no nuevo gobernante; pues casi desde su infancia se habia familiarizado con los negocios y debia de conocer los hombres y las cosas. No era menos necesaria una personal capacidad de gobierno para el hijo, que lo habia sido para el padre, hallándose la Europa tan agitada sin dar muestras de mas tranquilidad que bajo el reinado del último monarca. Mandaba en Francia Enrique II, heredero de la enemiga de su padre hácia la casa de Austria. Una tregua acababa de suspender las hostilidades con el emperador, mas solo el cansancio y no un deseo de paz habian dic-

tado esta medida. El calvinismo que en el reinado del anterior monarca no pasaba en aquel pais de una secta oscura, se habia difundido por varias provincias, y era la religion de muchos señores de gran preponderancia, entre los que se contaban hasta príncipes de la sangre. Estaba Inglaterra regida por María, esposa de Felipe, sin que las persecuciones y rigor ejercidos contra los enemigos de la fe católica restituyesen al pais la tranquilidad, y mucho menos la unidad de creencias que se apetecia. Era la reina odiada por mas de la mitad de la nacion que la designaba con el título de sanguinaria, y la irritacion que en ella producia el desvío de Felipe aumentaba la severidad de todas sus disposiciones. En Escocia continuaba la regencia de María de Lorena, ejercida en nombre de la reina María Stuarda que continuaba en Paris en vísperas de ser enlazada con el primogénito de Enrique. Al frente del imperio de Alemania iba á ponerse definitivamente el rey de los romanos Fernando, habiendo por fin enviado desde España el emperador su acto de renuncia. Habian concebido los príncipes luteranos sospechas de que se trataba de falsear el tratado de Passau, al abrigo del cual vivian tranquilos; mas tuvo la habilidad el rey de los romanos de disipar sus inquietudes, habiéndose confirmado en una dieta celebrada en Augsburgo en 1555 las disposiciones del tratado, con lo que permanecia el pais sin aparentes turbulencias. Continuaba en el trono de Suecia Gustavo, fundador de la nueva dinastía. Habia subido al de Dinamarca Cristiano III, sucesor del duque de Holstein, que habia expelido al rey Cristierno. Reinaba en Polonia Segismundo Augusto, y en Portugal don Juan III, sucesor de don Manuel, que introdujo la inquisicion en aquel reino. En 1554 habia bajado al sepulcro el papa Julio III, sucesor de Paulo III; y á la muerte de Marcelo II, que reinó solo veinte y dos dias, fué exaltado al trono pontificio Paulo IV, de quien haremos mas mencion en adelante. En cuanto á Italia, merece noticia particular por la variedad de estados de que se compone y las relaciones é influencia que ejerció en ellos Carlos V. Ya hemos visto como en el reinado de este emperador fueron para siempre expelidos del Milanesado y de Nápoles los franceses que alegaban derechos á los dos paises. A la muerte en 1536, sin hijos varones, de Francisco Sforza, duque de Milan, se hizo Carlos V dueño y soberano del Estado, que como feudo imperial deberia de quedar anejo á la corona del imperio, mas que á pesar de esto hizo parte de la magnífica herencia de Felipe. Era,

pues, dueño de Milan, de Nápoles y de Sicilia, y esta circunstancia por precision le habia de dar gran influencia entre los otros soberanos de la Italia. Venecia que se habia mostrado, cuando contraria, cuando favorable, á los intereses del emperador, se hallaba en un estado de neutralidad á la subida al trono de su hijo. Continuaba Génova bajo el poder y grande influencia de los Dorias, amigos y servidores siempre de la casa de Austria. En 1547 habia abortado en aquel pais la conspiracion de Fieschi, promovida secretamente por Francia y por Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo de Paulo III; mas no fué esta llamarada mas que de un momento, habiendo perecido el jefe de la conspiracion por un accidente inesperado. Octavio, hijo y sucesor del duque de Parma, continuó sus tratos con Francia y fué inducido á recibir en su pais tropas de Enrique II; mas fué descubierto el plan por el emperador y el papa, quienes le declararon la guerra, y le hubiesen despojado de sus estados á no haber el principe alcanzado su perdon, casándose con Margarita, hija natural de Carlos V.

En cuanto á Florencia, ya hemos visto que por los años de 1530 habia pasado del estado republicano á la dominacion de los Médicis, que al principio tomaron el título de duques de Florencia, y en seguida el de grandes duques de Toscana. Una de las operaciones de los franceses durante la última guerra que hemos mencionado fué la invasion y ocupacion de Sena, y con este motivo se apoderaron de algunos otros puntos de la Toscana y el Genovesado; mas de dicha plaza fueron expelidos, despues de un sitio muy tenaz, por las armas de Carlos V y el duque de Florencia. A la subida, pues, de Felipe al trono, tenia por amigas en Italia á Génova y Florencia: por poco amigas y contrarias á Parma, Módena y Ferrara.

Tal era la situacion de Europa al inaugurar Felipe su reinado. No puede menos de abrazar su historia la de casi todos los estados de que esta parte del mundo se compone. No es muy fácil, pues, trazarla con claridad, con método, sin que resulten confusiones. No es posible observar siempre con exactitud el órden cronológico, una de las grandes condiciones de la historia, cuando sucesos contemporáneos que pasan en diversas partes no tienen ninguna conexion ni enlace. Tampoco se puede ni se debe dar al relato de todos igual grado de extension, porque no son igualmente interesantes. Todo esto lo tendremos presente en nuestra narrativa. No escribiremos anales de lo que ocurria al mismo tiempo en todas partes, sino que

pasaremos de un pais ó de un asunto á otro, de modo que la atencion no se fije al mismo tiempo en cosas muy heterogéneas. Así dejaremos por ahora á España, volviendo á ella cuando lo verifique don Felipe, á quien graves negocios detenian en los Paises-Bajos.

Uno de los actos del reinado de Felipe fué la confirmacion de la regencia de España en favor de la infanta doña Juana. Dió á Filiberto de Saboya el gobierno de los Paises-Bajos, y le confirió el título de consejo de Estado, del mismo modo que al duque de Alba, á don Francisco Gonzaga, al Obispo de Arras, al príncipe Andrés Doria, á don Juan Manrique de Lara, á don Antonio Toledo, prior de Leon, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al conde de Chinchon, á don Bernardino de Mendoza, á don Gutierre Lopez de Padilla, al duque de Feria, y poco despues al regente Figueroa. Nombró embajador en Alemania á don Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna, y confirmando en el de Venecia á Francisco de Vargas Mejía. De los cambios que hizo en el personal por lo tocante á España, hablaremos á su debido tiempo.

La tregua ajustada un año hacia entre el emperador y el rey de Francia, se renovó y confirmó entre este y Felipe en Cambray en febrero de 1556, asistiendo en nombre del último Lalaing, gobernador de Haynalt, Simon Reynardo y Carlos Tinsanc, juristas del consejo, y Juan Bautista Escherzo Cremonés, regente de Milan. Por la parte de Francia asistieron el almirante Coligny, gobernador de Pecardía, Sebastian d'Aubepine, del consejo y secretario de Estado, y los abades de Bossen-Fontaine y San Martin; mas esta tregua iba á ser muy corta.

1556. Es un rasgo singular en el reinado de Felipe II, de un monarca tan católico, tan adicto á la sede pontificia, tan hijo obediente de la Iglesia, que su primera guerra hubiese sido con el papa y provocada por este padre de los fieles; mas así es la verdad pura. Fué exaltado como hemos dicho, á la tiara Paulo IV (Pedro Carraffa) por la faccion francesa á despecho de la austriaca, con cuyo motivo concibió un odio al emperador y á Felipe que influyó en toda su política. La historia pinta á este pontífice como hombre de pasiones muy fogosas y violentas en medio de lo sumamente avanzado de sus años, y sobre todo altamente imbuido de las ideas de omnipotencia de la Santa Sede. No se atribuia tanto á sus propios sentimientos esta enemistad hácia los príncipes austriacos como á las intrigas y á la ambicion de su sobrino el cardenal Carraffa, que

se creia ofendido del emperador por lo poco gratos que le habian sido sus servicios. El primer paso del pontífice fué solicitar una alianza con Francia, que entró gustosa en estos tratos y atizó el odio del papa, en medio de estar él mismo ocupado en el ajuste de una tregua con sus enemigos.

Muy singular parece que el rey de Francia se ocupase á la vez de dos asuntos tan contradictorios; mas tal es la verdad confesada por los historiadores franceses, y tal la buena fe que reina en las negociaciones diplomáticas. Halagaba mucho á Enrique la idea sugerida por Paulo IV de recibir la investidura de Milan y de Nápoles para sus dos hijos. Combatió vivamente el mariscal de Montmorency este proyecto de liga: la apoyó fuertemente el partido de los Guisas. Estos Guisas, de quienes se hace mencion tantas veces en la historia, eran príncipes de la casa de Lorena, naturalizados en Francia desde principios de aquel siglo. El famoso Francisco de Guisa, defensor de Metz contra Cárlos V, era el segundo duque de esta casa. Tenia entre otros, dos hermanos, ambos cardenales y muy conocidos en su tiempo, uno con el nombre de Cardenal de Lorena, y otro con el de Cardenal de Guisa. María de Lorena reina viuda de Escocia y madre de María Estuarda era hermana de estos príncipes. Mas á pesar de las intrigas de esta familia poderosa; á pesar de que el tratado de alianza con el papa halagaba mas que el de la tregua con el rey de España, se ajustó este el primero. Resolucion que puso muy furioso á Paulo IV. Inmediatamente despachó á Paris á su sobrino el cardenal á exponer sus quejas y hacer presentes sus apuros si la tregua se llevaba á efecto. No fué difícil al cardenal Carraffa remover los escrúpulos del rey acerca de la observancia de la tregua, pues además de que la liga con el papa estaba en sus ideas, supo mover el legado en su corte reortes poderosos entre ellos el de la famosa Diana de Poitiers dama de Enrique II que supo ganar con presentes de parte del pontífice. Quedaron con esto desbaratados los planes de Montmorency, triunfante el de los Guisas. Favorecido además con un breve de absolucion por el pontífice, rompió Enrique virtualmente la tregua con el rey de España, prometiendo al papa tropas que se pusieron en efecto en movimiento. Paulo IV entró en negociaciones con el mismo objeto con los duques de Parma y de Ferrara, indisponiéndolos contra el rey de España. Privó á este del subsidio de cruzada de que gozaban sus antecesores en España, con motivo ó pretexto de la guerra contra los infie-

les, envió guarniciones á las plazas confinantes con el reino de Nápoles, y no omitió medio alguno de mostrar su hostilidad al rey de España. Su embajador en Roma, Garcilaso de la Vega, que manifestaba al duque de Alba el peligro que corria el reino de Nápoles, en una carta interceptada, fué por órden del pontífice preso en el castillo de San Angelo. Allí encerró asimismo al cardenal Santafiore y otros que se oponian á su política hostil con el rey de España. A los Colonnas, que pasaban por amigos de este príncipe, excomulgó, privando á Marco Antonio, jefe de la familia del ducado de Paliano. Y para coronar todos estos actos de animosidad, declaró en pleno consistorio al rey Felipe decaido de su derecho al reino de Nápoles, como infractor de los juramentos que á su predecesor habia hecho el monarca feudatario.

Ya habia consultado el rey, antes de llegar las cosas á esta extremidad, con sus teólogos mas graves si le era permitido en vista de tales agravios hacer armas contra el papa. Los teólogos le respondieron que debia emplear antes todos los medios de la negociacion, de la sumision y de la súplica, y que solo en el caso de apurarse le podria ser lícito acudir á su defensa personal tomando armas contra el pontífice que injustamente le atacaba. Con esta especie de resguardo, dando el rey de España por apurados todos los medios de conciliacion, se pensó en hostilidades, y envió de virey á Nápoles al duque de Alba que habia ya bajado á Milan de órden del emperador, nombrándole generalísimo de sus tropas en Italia.

Pasaba á la sazon don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, por el primer general que tenia España. Desde muy jóven comenzó á distinguirse en los ejércitos de Italia. Mandaba un cuerpo ó division del ejército que en 1536 puso cerco á Marsella: estuvo á la cabeza de las tropas imperiales en la batalla de Muhlberg, y cuando el sitio de Metz sirvió asimismo como general en jefe bajo las órdenes de Cárlos V. Era un hombre de guerra activo, valeroso, inteligente, y como jefe, muy duro y muy severo. Aunque se hizo famoso en el reinado del padre, creció mucho, como veremos, su nombre en el del hijo.

Ya era pública la liga del papa y de la Francia. Ya se estaban esperando en Ostia tropas que este último habia prometido, y preparando en Roma cuarteles para recibirlas. Estaba como rota la tregua entre Francia y España, aunque no denunciadas las hostilidades entre las dos potencias. Reunia el duque de Alba como acti-

vo y previsor, en el reino de Nápoles y frontera de las estados de la Iglesia sus tropas, que se componian de 4,000 españoles, 8,000 italianos, 300 hombres de armas, 500 caballos, y 12 piezas de artillería. Mandaba la infantería española su hijo don García de Toledo, y el maestre de campo Sancho Mardoñes; la infantería italiana Vespasiano Gonzaga: los hombres de armas Marco Antonio Colonna; la caballería el duque de Pópoli, y de la artillería estaba encargado Bernardo de Aldana (1).

No quiso el duque romper las hostilidades hasta tener respuesta del pontífice, á quien envió de emisario al príncipe de San Valentino; quejándose en nombre del rey don Felipe de las medidas hostiles del pontífice; de su liga con Francia; de la prision contra el derecho de gentes de Garcilaso de la Vega; de su aproximacion de tropas á la frontera de Nápoles, y sobre todo de su declaracion en el consistorio, destituyendo al rey de sus derechos á este estado. Al mismo tiempo exhortaba á Su Santidad á remover por medios mas pacíficos los horrores de una guerra inminente, y que era inevitable, mientras no diese á su amo una satisfaccion debida. Tardó algun tiempo el pontífice en contestar, y al fin dió una respuesta evasiva con objeto de ganar el tiempo necesario para la llegada de las tropas de Francia que aguardaba (2). Mas el duque de Alba que lo comprendió muy bien, no quisó perder la ventaja de ganarle por la mano y rompió las hostilidades entrándose con sus tropas por el territorio de la Iglesia. Como las fronteras de los estados pontificios no estaban bien guardadas, fué fácil al duque de Alba apoderarse de los puntos de Veruli, Banco, Terracina y los demás pueblos de sus inmediaciones. Inmediatamente pasó á Anagni defendida por 800 hombres; mas viéndose estos en la imposibilidad de resistirse, se retiraron hácia Tívoli, dejando franca la entrada de la plaza, que fué saqueada por las tropas de Alba.

Llenaron estas noticias á Roma de terror y Paulo IV envió con toda precipitacion por las tropas que se hallaban en la Umbría compuestas de 300 alemanes, 1,000 gascones, y 7,000 hombres mandados por Alejandro Colonna. No creyendo suficiente este refuerzo para la de-

(1) Los principales hechos de esta corta guerra de Italia están consignados con poca diferencia en todos los historiadores de la época; Cabrera, Ferreras, Leti, Miñana, Deniel, Meseray, Anquetil, etc.

(2) Algunos historiadores dicen que respondió con altivez; mas hallándose entonces tan desprevenido y en vísperas de verse reforzado, es mas natural que hubiese observado la política que indica el texto.

fensa de la capital, suplicaron los cardenales al pontífice, conjurase aquella tempestad entrando en ajuste con el duque de Alba. Propuso el papa al efecto al español una conferencia con el cardenal Carraffa para la renovacion de las relaciones amistosas. Accedió el duque; mas no habiendo encontrado al cardenal en Gruta-Ferrara, sitio de la cita, y aguardándole allí en vano cuatro dias, calculó que solo se trataba de ganar tiempo para la llegada de los franceses; y así renovó las hostilidades apoderándose de Vahuontone, de Palestrina, de Segni y de Tívoli, al mismo tiempo que Vespasiano Colonna Gonzaga entraba por capitulacion en Vicovaro.

El papa que se veia cada vez mas estrechado, apuraba al rey de Francia á que le enviase los socorros ofrecidos, y buscaba enemigos contra el rey de España entre los príncipes de Italia: mas á excepcion del duque de Ferrara, ninguno abrazó los intereses del pontífice. Supo el rey de España conciliarse la benevolencia y asegurar la amistad del duque de Florencia, concediéndole la posesion de Sena, y del de Parma dispensándole favores no menos importantes.

Para distraer la atencion del duque de Alba, dispuso Paulo IV que algunas tropas que se hallaban en la Marca de Ancona, hiciesen una incursion en los Abruzzos. La expedicion se realizó en efecto mandada por Antonio, marqués de Montebello, sobrino del pontífice, y no dejó de hacer daños considerables en aquel pais; mas su gobernador con un refuerzo que le habia enviado á tiempo el duque de Alba, salió á buscar á los del papa, los destrozó, haciéndoles volver al punto de Ascoli de donde habian salido.

Mientras tanto tomaba el duque de Alba á Frascati, á Ripa del Papa, á Albano con sus pueblos circunvecinos, concluyendo su expedicion con la entrada por asalto en Ostia. Aquí se ajustó una tregua de cuarenta dias; y el general español dejando bien guarnecidos los puntos fuertes que acababa de tomar, aprovechó este tiempo marchando á Nápoles donde se preparó para la próxima campaña. Esta tregua en medio de las grandes ventajas que llevaba el duque de Alba conseguidas, parece una falta militar; mas hay que tener presente que el rey de España hacia esta guerra al papa con grande repugnancia suya, y que probablemente el general participaba de los sentimientos del monarca.

CAPITULO XVI.

Entrada de los franceses en Italia.—Se rompe la tregua entre Francia y España.—Preparativos de Felipe II.—Su viaje á Inglaterra.—Continúa la campaña del duque de Alba.—Paz con el papa.

Llegó por fin el dia de la entrada de las tropas francesas en Italia, tan ansiado por el papa. Mandaba la expedicion el duque de Guisa que tanto se habia distinguido defendiendo la plaza de Metz contra el mismo Carlos V; y bajo sus órdenes se hallaba el duque de Aumale, el de Nemours, con otros principales señores y capitanes de aquel reino que por la gloria de servir en su bandera se presentaron sin mas carácter que el de aventureros. Al acercarse al Milanesado se trató entre ellos si seria conveniente apoderarse de aquel territorio á la sazon mal guarnecido por hallarse sus tropas en el ejército del duque de Alba. Era demasiado tentadora la idea para que no la aprobase el duque de Guisa; mas se veia contrariado en esta parte por sus instrucciones de unirse con las tropas del pontífice y dirigirse á Nápoles. El rey de Francia á quien se consultó, mandó que continuasen directamente su camino, y el legado del papa para dar mas fuerza á la adopcion de esta medida, sacó un Breve de Su Santidad en que se excomulgaba á los que se desviasen de los términos de la alianza entre el pontífice y el rey de Francia. Atravesaron, pues, las tropas de este último por los estados de Parma, cuyo duque no pudo oponerles resistencia alguna; y pasando por

Módena llegaron á Reggio, donde encontró el duque de Guisa al cardenal Carraffa y al duque de Ferrara.

Aunque este último príncipe estaba declarado contra España, no se atrevió á unir sus tropas con las de Guisa y el pontífice, temiendo al gobernador de Milan que tenia vecino, por lo que continuaron sin este auxilio las tropas francesas hasta Bolonia, donde habiéndose pasado revista, se halló que se componian de 4,000 grisones, seis mil franceses, 500 hombres de armas, y 1,500 caballos ligeros. El duque de Guisa pasó en seguida á Roma á conferenciar con el pontífice, de quien recibió los mayores obsequios hasta el honor de sentarse á su mesa, y su ejército permaneció algun tanto en la Romanía, mientras se hacian todos los preparativos para la ruptura de las hostilidades.

Ya habian por aquel tiempo espirado los cuarenta dias de la tregua ajustada entre las tropas pontificias y las del duque de Alba. Se renovaron las hostilidades con pérdida en un principio para las armas de España. Recuperaron los del papa el puerto de Ostia que se rindió despues de un sitio, y aunque la guarnicion se retiró al castillo, tuvo al fin que entregarse por capitulacion, salvando las personas y cuanto pudieron llevar los que se retiraron á Neptuno. Tambien recuperaron los del papa á Mariano, Castel Gandolfo y Palestrina. El conde de Pópulo, que hizo salir de estos puntos á sus guarniciones, reforzó con ellas á Tívoli y Anagni. El conde de Pauliano, uno de los generales del papa, trató de recobrar á Vicovaro á viva fuerza, y fué rechazado con gran pérdida por los españoles; mas habiendo vuelto á la carga dió segundo asalto, y aunque á costa de mucha sangre, logró entrar en la plaza, que entregó á saco, siendo sus defensores pasados á cuchillo.

La tregua entre franceses y españoles estaba rota de hecho con la bajada de estos últimos á Italia y su reunion con las tropas del pontífice, con quien estaba en guerra el rey de España. El verdadero infractor del tratado fué el rey Enrique sin disputa. Podia alegar este que las tropas del duque de Alba habian invadido los estados del pontífice, su aliado; mas el pontífice habia provocado la guerra, tal vez fiado en la alianza secreta con el rey de Francia. Buscar buena fe en el cumplimiento de tratados, y asignar otras causas tanto en su ajuste como en su infraccion que la ley de la necesidad, ó de la mayor ambicion ó la mayor fuerza, es alimentarse con quimeras. Para completar la ruptura de las treguas anun-

ciada con la entrada de los franceses en Italia, el almirante de Coligni, gobernador de Picardía, trató de sorprender la plaza fuerte de Douay, y habiéndose descubierto su designio por una casualidad cuando ya se hallaba cerca de ella, encubierto con las tinieblas de la noche, se esparció por el Artois, desolando el pais, entregando la plaza de Lens al fuego y al cuchillo.

Se vió así Felipe empeñado en una segunda guerra, sin haber concluido la primera. No se descuidó en hacer todos los preparativos que este lance serio requeria. Envió á España á Rui Gomez Silva en busca de socorros, y dar al mismo tiempo parte á su hermana de lo que ocurria. En Inglaterra tenia á su mujer, y aunque no podia contar mucho con las simpatías del pais, debia de estar seguro de las de la reina. Para activar y hacer mas eficaces los auxilios que de ella esperaba en estas circunstancias, formó la resolucion, que llevó á efecto, de hacerle una visita.

Uno de los motivos de la poca popularidad que la reina María de Inglaterra gozaba en el pais, era su matrimonio con Felipe, á cuya influencia, lo mismo que á la de su padre, se atribuian sus medidas y rigores con los protestantes. No hay duda de que estaban estos en el corazon de la reina, dura por naturaleza, y que en su opinion no creia poder manifestar mejor su celo por la comunion romana. Mas de los sentimientos tanto del padre como del hijo hácia los herejes, se puede inferir que añadian nuevo fuego al celo de la reina, y que esta princesa, por complacer á su marido, se mostraria mas rigorosa que si no mediase esta consideracion en que se interesaba su cariño. Por otra parte, como la reina atribuia el desvío de Felipe á las pocas simpatías que encontraba en el pais, estaba muy lejos de propender á la indulgencia. Por una parte su celo mal entendido por el catolicismo, por la otra un esposo despegado, y el sentimiento interior de que le faltaban medios para cautivarle; todo contribuia á ennegrecer su sangre y exacerbar su bilis.

Fué recibido Felipe II de la reina de Inglaterra con su pasion acostumbrada de la corte, con todos los obsequios debidos al rey, pues rey era, aunque nominal, de Inglaterra; del pueblo con sentimientos diversos, segun la diferencia de partidos: era el objeto de su visita tan impopular en el pais como su persona misma. Hacian ver sus enemigos que una guerra emprendida tan solo para fomentar los intereses de este príncipe extranjero, era antinacional y hasta un

absurdo; mas la reina no podia negar nada á su marido. Por otra parte se trataba de hostilizar á una nacion contra la que el odio de Inglaterra ha sido siempre popular, y cuya dominacion en Escocia era cada dia objeto de nuevas inquietudes. Sin contar con su parlamento, declaró la guerra al rey de Francia, y prometió socorros eficaces á Felipe; palabra que cumplió haciendo salir inmediatamente para Flandes un cuerpo de 8,000 hombres á las órdenes del conde de Pembroke.

Regresó el rey á los Paises-Bajos y se preparó para entrar cuanto antes en campaña, poniendo á la cabeza de su ejército al duque de Saboya Filiberto. Los franceses tampoco anduvieron remisos en tomar disposiciones por su parte. Ya habia renovado el rey de Francia su alianza con los turcos, y los esperaba en Marsella para que le ayudasen á conquistar el reino de Nápoles para su hijo segundo; mas los turcos no acudieron.

Se hacian la guerra los españoles y franceses en dos teatros á la vez: en Italia y en la frontera de los Paises-Bajos. Aquí estaba el duque de Saboya enfrente del condestable de Montmorency: allí el duque de Guisa iba á encontrarse con el de Alba. Como ya hemos empezado la primera de estas guerras, la seguiremos antes de pasar á la segunda.

Se hallaba en Nápoles el duque de Alba, como ya hemos dicho, buscando medios de reforzar su ejército y continuar la guerra. Permanecian en la Romanía las tropas del duque de Guisa, aguardando su reunion con las del papa, que debian venir de la Marca de Ancona. Cuando el duque de Guisa creyó que debian estar en marcha, se movió hácia el Abruzzo, pasó el Tronto y cayó sobre la plaza de Civitella, que no pudo tomar á pesar de sus asaltos. Sabedor el duque de Alba del movimiento del de Guisa, salió de Nápoles con 22,000 hombres para socorrer á Civitella, sin que en esta marcha ocurriese mas novedad que una fuerte y sangrienta escaramuza entre dos partidas de reconocimiento, quedando derrotado el conde Paliano, que en seguida se retiró á Ascoli, cuyo camino tomó asimismo el duque de Guisa, retirándose de sobre Civitella á la aproximacion del de Alba, que le era superior en fuerzas.

Tomaba la guerra un aspecto muy poco formidable, siendo de notar la poca fuerza de los ejércitos beligerantes. Se quejaba el duque de Guisa del pontífice por no habérsele reunido las tropas que debian venir de Ancona. Comenzaba á arrepentirse el papa de ha-

ber llevado las cosas á este extremo. Avanzaba hácia Roma el duque de Alba, superior en fuerzas á los dos: mas tal vez no estaba satisfecho ni tranquilo enteramente en su conciencia, guerreando contra el papa. De todos modos, siguió al alcance del duque de Guisa cuando este se retiró de Civitella, pasó el Tronto, se apoderó de Azcarranos de Maligno, saqueando y arrasando á Roca de Muro, que quiso hacerle resistencia.

Aterrada Roma con este movimiento del duque de Alba, llamó el papa á toda prisa al general francés, y juntó además tres mil esguízaros para la defensa de la plaza. El duque de Guisa se dirigió con sus tropas á Spoleto, y pasando el Tíber se situó en Monte-Rotondo. Siguió su movimiento el de Alba y se encontró en la campiña de Roma; mas el general francés no salió á su encuentro, lo que prueba que era el primero en extremo superior en fuerzas. En toda aquella campaña no hubo ninguna batalla campal ni decisiva. Se trabaron combates parciales casi á la vista de Roma; mas el de Alba avanzaba sin que su contrario se le mostrase al frente. El 27 de agosto del año de 1557 llegó casi á los mismos muros de Roma con las escalas preparadas ya para el asalto. Los de adentro se disponian para la defensa, cuando la noticia de la derrota que acababa de sufrir el ejército francés en San Quintin vino á acelerar el desenlace de aquel drama.

Recibió el duque de Guisa órden del rey de Francia de salir inmediatamente de Italia con su ejército y dirigirse á la frontera de los Paises-Bajos. ¿Cómo el rey se habia desprendido en aquellas circunstancias de tan hábil servidor? ¿Cómo le habia enviado á Italia con fuerzas tan inferiores á las del duque de Alba? Sin duda contó mas de lo que debia con las del pontífice y con alianzas quiméricas que no se realizaron. A excepcion del duque de Ferrara, ninguno se declaró contra Felipe, y esta alianza en lugar de ser útil al de Guisa, le obligó á destacar parte de sus tropas para protegerle contra el gobernador de Milan, que invadió su territorio. Era destino de los franceses soñar siempre con Italia, hacer expediciones en Italia, y recibir crueles desengaños en Italia.

En cuanto al pontífice, se creyó poco menos que perdido con la ausencia del de Guisa. Sus cardenales y demás consejeros le instaron y suplicaron que conjurase la tempestad que amenazaba á Roma, que la librase de la calamidad de ser otra vez tomada por asalto y entregada á todos los horrores de un saqueo. Dió oidos el pontífice á ruegos tan en consonancia con sus mismas inquietudes, y pidió una conferencia para negociar al duque de Alba, quien la concedió al momento. Era la paz muy fácil de ajustar: el papa tenia miedo: en el rey como en el duque de Alba habia gran repugnancia de hacer la guerra al papa. Eran positivas y terminantes las instrucciones de Felipe para entrar en negociaciones cuando Paulo IV las pidiese, y de conceder lo que fuese compatible con el decoro de las armas y seguridad de sus estados.

Tuvo, pues, el duque de Alba una entrevista con el cardenal Carraffa, y por la mediacion de la república de Venecia y del duque de Florencia se ajustaron las paces con condiciones muy sencillas. Se separaba el papa de la liga de Francia; el duque de Alba restituia al papa todo el territorio que le habia ocupado, y además la artillería y mas pertrechos de guerra que le habia cogido. Jamás un vencedor habia sacado menos fruto de sus triunfos. Estaba arruinado el pontífice en vísperas de un gran desastre, y tuvo la felicidad de tratar de igual á igual con un enemigo sumamente generoso.

Fué recibida en Roma la noticia de la paz con grandísima alegría, celebrada con todo género de regocijos públicos. Concedió el papa un jubileo plenísimo. Hizo su entrada el duque de Alba en Roma con la mayor magnificencia. Besó el pié al papa; le pidió perdon de los yerros cometidos en la guerra, y á nombre del rey su amo se manifestó con reverencia hijo humilde de la Iglesia. El pontífice recibió al de Alba con mucho amor y cortesía; le hizo muchas honras, le sentó á su mesa y le echó su bendicion, con lo que, y el presente de la rosa de oro enviado por el papa á la duquesa, se volvió muy satisfecho á Nápoles el general español, seguido de su ejército. Algunos dicen que el duque de Alba no adoptaba los sentimientos pacíficos y generosos de Felipe hácia el pontífice; que cuando le dió excusas á este en nombre de su amo por la guerra que se le habia declarado y hecho, añadió, que si él se viera en lugar del rey, en vez de las excusas que Felipe enviaba á Roma, las daria un legado del papa al rey de España en los Paises-Bajos; mas esta especie es improbable por la índole de aquellos tiempos, y sobre todo por el gran respeto y hasta terror que inspiraba Felipe á sus súbditos, comenzando por el mismo duque de Alba.

CAPITULO XVII.

Comienza la campaña entre españoles y franceses.—Batalla de San Quintin.—Toma de la plaza y otras varias por los españoles.—Toma de la de Calais por el duque de Guisa.—Batalla de Gravelinas.

Ascendian las tropas que puso en campaña el rey Felipe á cerca de 50,000 (1), mandadas, como ya se ha dicho, por Filiberto, duque de Saboya. A un poco mas de la tercera parte llegaban las de Francia que el condestable de Montmorency acaudillaba. La superioridad del número permitia al primero tomar la iniciativa, y así lo hizo entrándose por Picardía y amenazando ya á uno ya á otro de sus puntos fuertes, hasta que al fin de varias marchas y contramarchas amenazando sucesivamente á Mariemburgo, á Rocroy y á Condé y á Guisa, vino á poner sitio á la plaza de San Quintin sobre el rio Somma.

Trató el condestable de Montmorency, que se habia situado en La Fere, de socorrer la plaza. En ella habia llegado á introducirse el almirante Coligni, gobernador de la provincia, con la fuerza de 600 hombres, habiendo perdido otros tantos en la empresa. La presencia de un jefe tan experimentado en aquellas circunstancias y las acertadas disposiciones que tomó inmediatamente animaron mucho á los sitiados; mas el duque de Saboya, á cuyo campo habia ya lle-

(1) Sobre el total y la composicion de las fuerzas de los ejércitos beligerantes se observa siempre gran variedad en los historiadores. Además de los errores que en estos conjuntos influyen hay que contar con el espíritu de partido ó de nacion que disminuye y exagera. Sin embargo están todos de acuerdo en que el ejército de Felipe era superior al del rey de Francia.



BATALLA DE SAN QUINTIN.

gado el cuerpo de los 8,000 ingleses, estrechó el sitio en tales términos, que el condestable creyó necesaria la introduccion en la plaza de un cuerpo mas considerable. Con este objeto se movió de La Fere con todo su ejército para proteger la entrada de un cuerpo de 2,000 hombres á las órdenes de Autelot, hermano del almirante. Dirigió este jefe mal la operacion, y aunque logró meterse en San Quintin, no fué sin la pérdida de mas de la tercera parte de su gente. En cuanto al condestable, percibiendo que se habia acercado demasiado al ejército enemigo, trató de reparar este error retrocediendo lentamente hácia sus líneas. Mas el duque de Saboya, que advirtió su movimiento, sin desatender al sitio donde dejó parte de sus tropas con el cuerpo inglés, marchó contra el condestable, obligándole á recibir una batalla (1).

La batalla de San Quintin dimanó, pues, de una imprudencia del condestable de Montmorency, quien avanzó demasiado hácia la plaza, ó se retiró de ella demasiado lentamente. Fué para él una batalla no buscada, por consiguiente no era natural que le fuese favorable. Cargó el duque de Saboya por un lado, y el conde de Egmont por otro, ambos con caballería, sobre la caballería francesa y la pusieron en derrota. Abandonada la infantería francesa en el medio, descubierta por ambos flancos no resistió el ímpetu de las fuerzas superiores que la cargaron, y tuvo la misma suerte que la caballería.

Como se ve fué la batalla de muy pocas horas, de muy pocas maniobras, reducida á dos choques de caballería, dejando á la infantería sin ningun apoyo y descubierta. Fué completa la victoria de los españoles y la compraron con muy poca pérdida. En el ejército de Felipe se distinguieron además del general en jefe, el conde de Egmont, los dos duques de Brunswick, los condes de Mansfeld, de Horn, y de Vilayme, todos de caballería, pues á esta arma se debió principalmente lo mejor de la jornada. La mayor parte de las tropas de Felipe eran alemanas y francesas: no pasaban de 3,000 los españoles. De los franceses quedaron de 4 á 6,000 hombres en el

(1) No hay hechos de que se haga mencion mas frecuente en las historias que campañas y batallas: tampoco los hay en que se cometan mas errores, ó por ignorancia ó por mala fe del escritor, y en que los lectores queden en mas oscuridad y dudas. Si para la inteligencia de una campaña en general basta un mapa de muy buena escala y hecho con exactitud, no se puede adquirir el de una batalla sin un plano topográfico de su teatro. Nosotros seremos poco difusos en la descripcion de las batallas que tendremos por precision que mencionar, poniendo un gran cuidado en exponer con toda claridad lo poco que indiquemos. En general, el mejor modo de comprender la importancia de una batalla, es atenerse á sus resultados, pues muy pocas dejan de ser ganancia para unos, y pérdida por consiguiente para otros.

campo de batalla. Tuvieron mas de 3,000 prisioneros y entre ellos mas de 300 todos gente distinguida, entre los que se contaban el mismo condestable, su hijo, el duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, que murió de sus heridas, los duques de Montpensier y de Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés y el Rhingrave que mandaba las tropas álemanas. Perdieron además los franceses una gran porcion de banderas, cañones y todo su equipaje (1).

Tal fué la batalla de San Quintin, tan célebre en la historia. Fué corta; pero muy reñida. Los franceses empeñados en una falsa maniobra se resistieron cuanto lo permitia su mala posicion.—El duque de Saboya como entendido capitan se aprovechó hábilmente de esta circunstancia. La consternacion que esparció en Francia, sobre todo en Paris fué tan grande, que á juicio de algunos historiadores se hubiese medio despoblado esta capital con solo la presentacion de mil caballos delante de sus muros. Al saber la batalla Carlos V, preguntó si no estaba ya en Paris su hijo. Todos pensaban en efecto que el duque de Saboya avanzaria con su ejército, aprovechándose de su buena fortuna, y aun se cita hoy este rasgo de sobrada discrecion ó cobardía; pero los que así juzgan, obran mas por impresiones del momento que por dictámenes de la prudencia. Bien pudieran haber avanzado los españoles, dejando á la espalda plazas fuertes, sin hallar obstáculos por el momento; mas el ejército francés no podia menos de rehacerse y reformarse. A no tomar á Paris de un golpe de mano, hubiera tenido que retroceder, y todos estos pasos retrógrados van siempre acompañados de desastres. El emperador podia recordar los que él mismo habia experimentado al retirarse de Marsella, de Metz y aun de Paris, pues habia llegado á dos leguas de distancia.

No se leen en la historia mas que desgracias, desastres y todo género de calamidades, que siguen tan frecuentemente á estas invasiones imprudentes. No escasean los ejemplos en las guerras que nosotros mismos hemos visto. Para valerme de las expresiones de un historiador de aquel tiempo, refiriéndose á la expedicion de Marsella, se entra, dice, en el pais invadido comiendo faisanes, y se sale apelando á las raices que á veces escasean.

(1) Dicen algunos historiadores, entre otros Leti, lib. 12, que durante la batalla estuvo el rey Felipe en oracion en medio de los frailes de San Francisco rogando á Dios por el buen resultado de sus armas Los historiadores españoles omiten esta circunstancia, que no hubiesen dejado de indicar, aunque no fuese mas que por lo que redundaba en los sentimientos de cristiandad y de religiosidad que animaban tanto á don Felipe. Sin duda fué invencion de algun autor satírico, mas con objeto de ridiculizar al rey que de darle opinion de devoto y religioso.

De todos modos el ejército español sin seguir el alcance del francés, revolvió sobre la plaza de San Quintin, que fué tomada al fin por asalto en 26 de agosto, y saqueada, habiendo sido pasada á cuchillo una gran parte de la guarnicion y vecindario. Quedaron prisioneros el almirante Coligni, su hermano Andelot, y algunos otros jefes de importancia.

Vino el rey de España al campo de San Quintin despues de la batalla, y asistió á la toma de la plaza, haciendo intervenir su autoridad para que se considerase á los prisioneros. Con el general en jefe, duque de Saboya, se mostró muy fino y reconocido, recibiéndole en sus brazos, en el acto de arrodillarse para besar su mano. Igualmente se condujo con grande cortesía hácia los jefes y oficiales del ejército. Era inaugurar de un modo brillante su reinado en esta guerra contra los franceses, aunque no le cupiese personalmente ninguna parte de los lauros.

El general en jefe se apoderó en seguida de las plazas de Chatelet, Ham y Noyon, retirándose despues á cuarteles de invierno, pues la mala estacion se iba ya acercando.

Trató el rey de Francia de reparar con la mayor actividad la gran derrota de sus armas: envió á buscar 12,000 esguízaros y 8,000 alemanes: dió órden, como hemos visto, al duque de Guisa, para que se retirase de Italia con sus tropas, y renovó sus instancias á Soliman, para que enviase al año siguiente su armada sobre Nápoles. Tambien le propuso que le hiciese un préstamo considerable, mas á esto se opuso el gran señor, alegando que su religion se lo vedaba.

Fué recibido el duque de Guisa á su regreso de Italia, como un ángel tutelar que venia á sacar al pais de un gran conflicto. Aumentó prodigiosamente el desastre de San Quintin su gran reputacion, y desde entonces fué su crédito preponderante. Nombrado por el rey Enrique, lugarteniente general de sus ejércitos, se aplicó con gran actividad á la organizacion de las tropas, tanto francesas como extrañas, conduciéndose en todo como hábil guerrero, digno de su fama. En el corazon del invierno, cuando todo se hallaba en inaccion, concibió el proyecto de poner sitio á la plaza de Calais, defendida por dos castillos que hacian su entrada muy difícil, y por un terreno pantanoso, en aquella estacion intransitable. Mas estas

defensas materiales hacian que la guarnicion fuese muy escasa, y que se hiciese el servicio de la plaza con descuido por lo mismo que parecia imposible toda empresa de tomarla. Se aprovechó hábilmente el duque de Guisa de esta misma circunstancia: cubrió su expedicion con el velo del secreto, haciendo creer que se movia en direccion muy diferente: atravesó con toda la rapidez posible el terreno pantanoso que le separaba de Calais y llegó á sus muros antes que se tuviese noticia de su movimiento. Cuando pensó el gobernador en la defensa, ya se habia apoderado Guisa por sorpresa de sus dos castillos. La resistencia fué muy corta y los franceses entraron triunfantes en Calais sin que en el ejército español se supiese nada de aquel sitio.

Hacia mas de 200 años que los ingleses se habian apoderado de la plaza francesa de Calais, despues de un sitio muy reñido y célebre, puesto en persona por el rey Eduardo III. Se consideraba su posesion como una cosa que no tenia precio, como una de las primeras joyas de la corona de sus reyes. Fué su pérdida como un trueno para Inglaterra, y los enemigos de la alianza con Felipe pusieron sus gritos en el cielo. Para la reina María, fué objeto de tan amarga pesadumbre, que solia decir que si la abrian despues de muerta, hallarian dentro de su corazon la plaza de Calais, á cuya pérdida atribuyen algunos la causa de su muerte.

Cuanto mas sentida fué la pérdida de Calais por los ingleses, mas subió de punto la fama del duque de Guisa que la habia tomado. Por su actividad y energía, recuperó el ejército francés su fuerza moral, perdida en San Quintin, y pasó de la defensiva á la ofensiva. A la toma de Calais, se siguió la de Guines y de Haines, plazas que tambien ocupaban los ingleses. En lo mas recio del invierno, embistió el duque de Nevers la plaza de Evremont en la Champaña que tuvo que rendirse á discrecion despues de haber sido reducida casi á cenizas por su artillería. A la primavera del siguiente año de 1558, se presentó el duque de Guisa á la cabeza de 20,000 hombres delante de la plaza de Thionville que con sesenta cañones batió furiosamente. Habiéndose hecho una brecha considerable de resultas de la caida de un torreon, dieron los franceses el asalto, que fué bizarramente repelido por Juan Gaitan á la cabeza de 400 españoles y walones que habian entrado en la plaza de refuerzo. Siguieron estos el alcance hasta clavar algunas piezas de artillería de los sitiadores; mas no impidió esto que el duque de Guisa estrechase el asedio y tomase la plaza por asalto, salvándose tan solo de la guarnicion seiscientos hombres. Al mismo tiempo que el duque de Guisa tomaba aquella plaza, envió mil caballos para que se apoderasen de Luxemburgo; mas fueron rechazados.

Para evitar que el rey de España reforzase su ejército con levas en los Paises-Bajos, se mandó al mariscal Termes con 12,000 infantes y 7,000 caballos con direccion á Flandes por el lado de Calais, dándosele órdenes para tomar á Gravelinas; mas no pudo ejecutarlo por la fortaleza de la plaza, y pasó adelante hácia Dunkerque, donde entró á saco, lo mismo que en Newport, destruyendo y talando el pais de las inmediaciones. Sabedor el rey Felipe de la incursion, envió al conde de Egmond, general de la caballería flamenca, con la española y varios regimientos de infantería, así españoles como walones, á cortar la retirada á los franceses. Lo consiguió en efecto el conde de Egmont; situándose junto á Gravelinas á la embocadura del Ha, obligó á Termes á dar una batalla. Se trabó en efecto la pelea, y al primer disparo de la artillería francesa mandó Egmont acometer á los suyos, lo que ejecutaron con denuedo. Los navíos que se hallaban en el puerto, ingleses segun unos, vizcainos segun otros, hicieron disparos de artillería contra los franceses causándoles gran daño. Al fin tuvieron que ceder terreno, y poco á poco se vieron en total derrota. Contribuyeron á aumentar su desastre, los paisanos irritados con los destrozos que habian hecho los franceses y deseosos de venganza. Quedó Termes herido y prisionero, y la mayor parte de los franceses ahogados en el rio. Solo se salvaron 300 caballos, habiendo perdido infantería, artillería, banderas, estandartes, bagajes y cuanto habian robado.

Fué esta victoria de Gravelinas el último hecho de armas de importancia que tuvo lugar en esta campaña y este teatro por entonces de la guerra. Habia aumentado Felipe su ejército con refuerzos recibidos de España y otras partes. Se presentó con los primeros Rui Gomez Silva acompañado del duque de Arcos, del de Villahermosa, el duque de Frocavila, el marqués de Aguilar, el del Valle, el de Corres, los condes de Jeria, Alba, de Olivares, Berlanga, las Navas, de Chinchon, de Buendía, de Aguilar, de Fuen-Salida y otros varios caballeros tanto españoles como napolitanos: tambien habia reforzado su ejército el rey de Francia con toda actividad; mas cuando se creia que por esta circunstancia iba á to-

mar la guerra un carácter aun mas serio, se pensaba y hablaba de negociaciones. Sin duda no se atrevió ninguno de los dos monarcas á correr los riesgos de un choque mas pronunciado y decisivo. El papa Paulo IV que habia tomado una parte tan activa en la contienda, fué de los prncipales promotores de la reconciliacion, á la que ayudaron otros personajes, no siendo el de menos peso el condestable de Montmorency que habia sido prisionero en San Quintin, y puesto en libertad bajo su palabra. Comenzaron las negociaciones para la paz en 15 de octubre del mismo año en la abadía de Cercamp, concurriendo por parte de Felipe, el duque de Alba, el príncipe de Orange, Rui Gomez de Silva, el obispo de Arras, y Viglio Zuchieno; y por la del rey Enrique el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés, el obispo de Orleans y Claudio de Aubepine. Presidia estas reuniones la duquesa de Lorena, siendo uno de los preliminares la suspension de hostilidades.

1558. Concluyó de este modo la guerra por aquella parte. Las hostilidades que habia provocado en otros fueron de mucha menos importancia. Con motivo de la invasion que amenazaba por parte de los turcos, se habian preparado y puesto en estado de defensa los puertos del reino de Nápoles, Sicilia, la Toscana y Génova. A principios de julio de aquel año pasó efectivamente el estrecho de Mesina el capitan-bajá Piali con ciento y treinta galeras, cincuenta y cinco del gran señor y las demás de los corsarios berberiscos. Desembarcó Piali en Maza y Sorrento, llevándose consigo mas de mil quinientas personas de toda condicion y sexo: pasó despues á la isla de Prochita cuyos edificios incendió; mas sin atreverse á nuevos desembarcos en la costa de Nápoles, llegó á Terracina, donde hizo saber que nada tenian que temer de él las costas de los estados de la Iglesia. Tampoco se atrevió á desembarcar en las playas de Toscana, y se dirigió á Córcega, donde creyó hallar al mariscal de Brissac, general de la escuadra francesa, para caer despues juntos sobre Savona ó Niza; mas viendo frustrada su esperanza, se dirigió á Menorca, donde á pesar de la valerosa resistencia de la guarnicion, compuesta de unos cuatrocientos hombres, entró á viva fuerza en el puerto de Mahon, que saqueó y quemó, pasando á sus defensores á cuchillo. Aquí terminó la campaña marítima de los turcos, pues no habiendo encontrado en Marsella al mariscal de Brissac, sin nada de lo que esperaban, tomaron la vuelta de Constantinopla.

A poco despues de concluida la paz con el pontífice, se habia vuelto el duque de Alba á Flandes, y en efecto ya le hemos visto como uno de los comisionados del rey en las conferencias de Cercamp. Envió Felipe II de gobernador de Milan al duque de Sesa, y virey de Nápoles al duque de Alcalá. Los turcos no volvieron á parecer por entonces en aquellas costas. Las hostilidades que tuvieron lugar entre españoles y franceses en las fronteras del Piamonte y Lombardía, no produjeron ni batalla ni sitio de importancia. Se redujeron á correrías, á ataques de puestos, á escaramuzas parciales, á los lances comunes que producen luchas entre fuerzas poco considerables que no están llamadas á decidir la suerte de una guerra. Se debatia la cuestion en las fronteras de los Paises-Bajos: allí comenzó y allí debia ser su término.

CAPITULO XVIII.

Muerte del emperador Carlos V.—Su carácter.

Mientras tocaba á su término una guerra, que en cierto modo habia legado á Felipe II, su padre Carlos V, llegó al suyo la existencia de este gran personaje, que aun en la oscuridad de su retiro, no dejaba de atraer las miradas de la Europa. Le hemos dejado en ella abstraido de cuantas atenciones, negocios y cuidados le ocupaban en el mundo; desprendido sin dar ningunas muestras de pesar, de todas sus pompas y grandeza, dividiendo el tiempo entre recreaciones inocentes y sus grandes devociones, siendo estas sin duda el negocio principal de su existencia. Con el tiempo fueron las últimas las que casi le absorbieron. Creció su asistencia al coro, el número de sus ejercicios espirituales y tambien la austeridad que reinaba en todos los actos de su vida. Los historiadores nos hablan de sus mortificaciones, de sus ayunos, de la sangre en que estaban teñidas las disciplinas con que se azotaba, y hasta de sus quejas porque entre las penitencias á que se entregaba, no podia contar por falta de salud, la de dormir vestido. Se hacia esta falta de salud mas notable cada dia. No era posible que dejase de aumentarse el quebranto corporal en un hombre envejecido antes de tiempo, que á tantas mortificaciones se entregaba; ni podia menos de afectarse su ánimo y su imaginacion, si se compara esta vida con sus anteriores circunstancias. Son algunos de opinion que

no estaba cabal su juicio, en el último período de su vida; y entre otras se alega, como una prueba concluyente, que el emperador se hizo celebrar en vida sus exequias. ¿Es cierto este hecho? de todos modos puede servir lo extraordinario del acto de fundamento de cualquiera hipótesis. Se dice que se verificó la ceremonia con todo el aparato y pompa fúnebre, propia de un personaje de su clase. Se tendió el emperador en un féretro con sus vestiduras reales, en medio de la iglesia, rodeado de hachas de cera, como se acostumbra en tales casos, y con la inmovilidad de un cadáver permaneció, unos dicen durante un rato, otros todo el tiempo que duraron los oficios. Era imposible que la impresion profunda de una ceremonia de esta especie dejase de influir en una máquina tan quebrantada. Así fué en efecto, y entre la apariencia y la realidad, medió muy poco intervalo de tiempo. A pocos dias de la ceremonia, se sintió enfermo el emperador, y resultó ser su mal una calentura maligna, que en lugar de aliviarse, le iba poco á poco acabando con las fuerzas. Se sintió Carlos V próximo á la muerte, y se preparó á este trance como quien le habia hecho objeto de muy serias consideraciones. Recibió los Sacramentos, y al llegar á la Extremauncion, preguntado si queria que se administrase con la ceremonia y formalidades que en la comunidad se practicaban, respondió en la afirmativa, asistiendo en consecuencia al acto todos los religiosos, que en tono lúgubre cantaban los salmos penitenciales, mientras duró la ceremonia. Al dia siguiente pidió otra vez la comunion, y habiéndole hecho presente el prior que tanta frecuencia no era necesaria, respondió que ningun preparativo estaba demás, tratándose de tan largo viaje. Recibió el viático segun sus deseos, y dijo despues del acto con fervor: «*In me manes: ego in te maneam.*» Por la noche se sintió peor, y muy próximo á la muerte: reinaba en derredor de su cama una escasa luz, y en los pocos religiosos y criados de confianza que le rodeaban, el silencio del sepulcro. Muy cerca de amanecer le rompió el emperador, diciendo: «Pocos instantes ya me restan: dadme esa vela y ese crucifijo,» en lo que fué al momento obedecido. Despues de tomar ambas cosas, y con los ojos clavados en el crucifijo, espiró á breve rato, pronunciando un ¡Jesús! con voz tan fuerte, que fué oido en las habitaciones inmediatas.

Tal fué el fin, poco menos que en la celda de un convento, de Carlos V emperador de Alemania, soberano de España, de los Pai-

ses-Bajos, de Milan, de las Dos-Sicilias, de un inmenso continente de la otra parte de los mares. Bajo el aspecto del mando y el poder fueron Carlomagno, él y Napoleon I los tres primeros personajes de la historia moderna de la Europa. No pondremos sin duda á Carlos V al lado de los otros dos en cuanto al genio creador, vasta capacidad y otras mas brillantes cualidades que los distinguieron; mas considerando el siglo ya adelantado en que vivió, y los personajes distinguidos que en su tiempo florecian, no puede menos de decirse que representó muy dignamente su papel y supo llenar su elevado puesto. Ya hemos visto que sin tener título al nombre de gran capitan, figuró noblemente al frente de sus tropas, y supo darles ejemplo de valor, de constancia y sufrimiento. Mas distinguida fué su capacidad en el manejo de los negocios, que en los campos de batalla: pocos le excedieron en prudencia, en sagacidad, en habilidad para sacar partido de las circunstancias. Enrique de Inglaterra y Francisco I, rey de Francia, que aspiraban y se dieron el título de sus rivales, le quedaron muy inferiores en esto, como en otras muchas dotes de gobierno. Su ambicion fué grande, mas no ciega; y aunque no se puede decir que fué siempre muy escrupuloso en los medios, se mostró en esto mucho mas mirado que muchos otros príncipes, tenidos por astutos ó sagaces. De carácter despótico, y criado en los principios del absolutismo, supo muchas veces cubrir su dureza, bajo formas apacibles y hasta populares. El lector ha visto que se mostró mas prudente y circunspecto en la primera mitad de su reinado que en la última. Cuando su primera presentacion en Italia, vencedor de Francisco I, adoptó el lenguaje y la conducta de un hombre moderado, á quien no desvanecia su fortuna. Cuando volvió á ella, despues de su victoria en Túnez, se le vió arrogante y hasta jactancioso, acusando al rey de Francia en pleno consistorio y desafiándole á combate singular, en caso que prefiriese este medio de terminar sus disensiones. En 1530, indujo á los electores á nombrar por rey de los romanos á su hermano, cediéndole, para que sostuviera su nueva dignidad, sus estados hereditarios de Austria. Ninguna resolucion parecia mas prudente que dividir la herencia inmensa que le habia cabido en suerte, como sin duda lo conoció por experiencia. Sin embargo le vemos andando el tiempo, trabajar, afanarse y hasta descender á súplicas, para que este mismo hermano renunciase sus derechos á la corona imperial, en favor de su hijo, que tenia ya tres años de

edad cuando la cesion ya dicha. Con los comuneros vencidos fué algo indulgente; duro y hasta inflexible con los protestantes, que en virtud de su victoria de Muhlberg, creyó para siempre destruidos. Fué su odio á estos sectarios siempre sincero, algunas veces disfrazado con capa de moderacion, en ninguna circunstancia desmentido. Segun su propia confesion, no tenia idea de ninguno de los puntos que daban pábulo á tan encarnizada controversia; y en sus conversaciones con los monjes de Yuste, declaró que jamás habia consentido que se disputase en su presencia, por temor de alguna duda que su fe debilitase. El mismo confesaba que sabia poca gramática, y que sus parientes le habian sacado demasiado pronto de sus estudios para entrarle en los negocios. Es extraño que este emperador, que segun los historiadores fué el primero de Alemania, que desde algunos siglos no sabia latin, hubiese aprendido casi todas las lenguas vivas de Europa, hasta el punto de dirigirse en su lengua nativa á los de diferentes naciones que servian en su ejército; prueba de que su gran maestro fué el mundo y no los colegios ni los libros. Tambien se mostró en dichas conversaciones pesaroso de haber respetado el salvoconducto dado á Lutero para su presentacion en Worms, alegando que ninguna fe ni palabra se debia guardar á los herejes, y que si podia perdonar á un hombre sus faltas y delitos contra otro hombre, de ningun modo los cometidos contra el cielo. Mas tal era la lógica y el modo de ver las cosas en aquellos tiempos; tales las ideas recibidas en el público y adoptadas por los historiadores que ponen estas palabras en boca de Carlos V, como títulos de elogio, y celebran como virtudes su espíritu perseguidor, y el celo con que aun desde el retiro de Yuste excitaba á los inquisidores de España á que fuesen adelante sin intermision ni indulgencia en su trabajo.

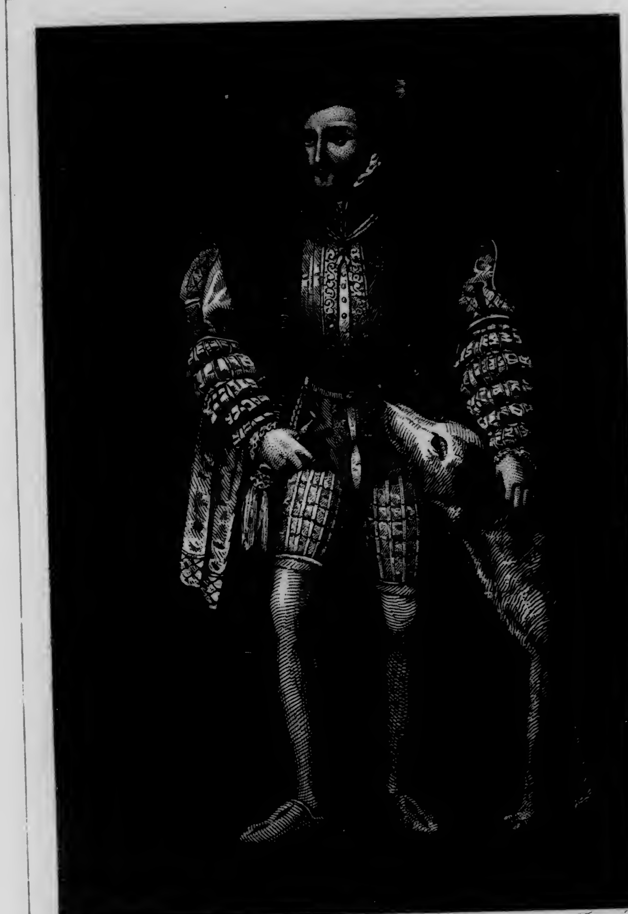
Con este motivo añadiremos que segun opiniones modernamente recibidas, se ocupaba mas en asuntos de gobierno que en los relativos á la Inquisicion, aconsejando y hasta dictando providencias en materias importantes de estado.

Terminaremos este bosquejo de Carlos V, diciendo que fué bastante moderado en sus costumbres; que no mostró en su vida privada, ni los antojos ni caprichos crueles de Enrique de Inglaterra, ni los vicios ni desórdenes del de Francia. De dos hijos naturales que tuvo, vino uno al mundo antes de haber contraido matrimonio, y el segundo cuando ya era viudo. Pesadas, pues, todas las consi-

deraciones, y comparando las personas y las circunstancias, ningun hombre imparcial dejará de confesar que Carlos V, como príncipe, como hombre de negocios y gobierno, valió mas que ninguno de sus contemporáneos.

Carlos V dejó de su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, además de Felipe II, á la infanta doña María, casada, como hemos dicho, con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano el rey de los romanos, y á la infanta doña Juana, regenta á la sazon de España. De sus hijos naturales don Juan de Austria y doña Margarita, duquesa de Parma, habrá mas de una ocasion de hablar en adelante.

En cuanto á sus dos hermanas doña María, reina de Hungría, y doña Leonor, reina de Francia, que le habian acompañado de los Paises-Bajos á España, le siguieron ambas con muy poca interrupcion en su sepulcro.



Pedro d. Fumó g.

CARLOS I.

CAPÍTULO XIX.

Muerte de María reina de Inglaterra.—La sucede su hermana Isabel.—Protestantismo.—Paz de Chateau-Cambressis.—Muerte de Enrique II rey de Francia.

Otra muerte ocurrió casi por aquel mismo tiempo que tuvo mucha influencia en el pais y no pequeña fuera; á saber, la de la reina María de Inglaterra, mujer de nuestro don Felipe. Habia sido esta princesa desgraciada en su juventud como envuelta en el negocio del divorcio de su madre doña Catalina de Aragon y declarada ilegítima, incapaz de suceder á la corona. Se revocó esta disposicion de su padre cuando despues de la condenacion de Ana Bolena, se consideró como bastarda la hija de este matrimonio. Las dos princesas se vieron en alternativas y vicisitudes de legitimidad y bastardía, segun las olas de las facciones que subian y se retiraban. A la muerte de Eduardo VI, estaba María poco menos que en un estado de confinamiento. Comenzó á reinar en tiempos muy difíciles; se mostró reaccionaria y perseguidora, y tanto por esto como por su matrimonio con el príncipe de España fué muy poco popular á un partido que segun se vió despues era en extremo numeroso. A esta desagradable situacion, al disgusto de considerarse odiada, á la afliccion que le causaba el desvío de su esposo por quien habia hecho tantos sacrificios, se añadió la pesadumbre de la pérdida de la importantísima plaza de Calais en una guerra que habia declarado á Francia solo por el interés de don Felipe. Todas estas causas contribuyeron á la alteracion y pérdida de una salud de suyo nada

buena, y de resultas de una hidropesía que desde un principio se tomó por embarazo, murió María en Greenwich de 43 años de edad, muy poco despues de Carlos V.

La sucedió en la corona sin ninguna oposicion su hermana la princesa Isabel, hija de Enrique y de Ana Bolena, que tambien habia sido el juguete de varias vicisitudes de fortuna. La miraba su hermana María con doble aversion como hija de una mujer por quien su madre habia sido desgraciada, y como adicta á las innovaciones religiosas de las que se mostraba la reina tan contraria. Confinada en un encierro desde su subida al trono, hubiera sido peor su condicion sin la mediacion de don Felipe, que por pura simpatía, ó quizá con otras miras, se declaró protector de la princesa desgraciada.

Por la muerte de María pasó Isabel de la prision al trono, amaestrada en la adversidad, y con bastante tino para conocer la situacion de los negocios. Se dice de esta princesa que aprovechó el tiempo de su confinamiento entregándose al estudio y á la observacion de los disturbios que desde muchos años trabajaban el pais, enlazados algunos de ellos con su propia suerte. Sea por conviccion, sea porque así lo aconsejase su política, tomó á su subida al trono un rumbo opuesto al de su hermana. Como esta se declaró jefe y protectora del partido católico, así se decidió abiertamente Isabel en favor del protestante que fué desde entonces el culto dominante del pais; y tomó el mismo carácter que su padre de jefe y cabeza de su iglesia.

Produjo la muerte de María reina de Inglaterra un cambio importante en uno de los artículos de la paz que entre Francia y España se estaba negociando. Se estipulaba en el tratado el matrimonio del príncipe don Carlos con la princesa Isabel, hija de Enrique II; mas habiendo quedado viudo el rey de España durante estas conferencias, solicitó y obtuvo que la mano de la princesa se destinase para él mismo. Las negociaciones continuaron con grande ardor; tal era el deseo de ajustar cuanto antes definitivamente este tratado. La nueva reina Isabel envió sus plenipotenciarios al congreso.

Dicen algunos historiadores, y puede creerse, que Felipe II trató de negociar la mano de esta princesa para Filiberto duque de Saboya y en seguida para él mismo. Sin duda estaba celoso de la gran preponderancia que iba la Francia á adquirir en aquel pais por el matrimonio del Delfin con María Estuardo reina de Escocia y que ale-

gaba derechos á la sucesion de Inglaterra por la ilegitimidad alegada de la nueva reina (1). Lo cierto es que para manifestar mejor este derecho, habia unido á sus armas las de Inglaterra, lo que ofendió muchísimo á su reina. Mas á pesar del cebo de una proteccion tan poderosa como la del rey de España, tenia esta princesa muy diversas miras y eludió su oferta con plausibles pretextos, alegando sobre todo vínculos de parentesco, lo que fué principio del odio que la profesó toda su vida el rey de España, quien desairado en esta pretension, adoptó la sustitucion que hemos ya indicado.

Se publicó por fin la paz ajustada en Chateau-Cambressis el 5 abril de 1559. Fueron sus artículos principales: la renuncia del rey de Francia á la alianza de los turcos y protestantes: su union con los príncipes católicos, favoreciendo de consuno con ellos la conclusion del Concilio de Trento: su restitucion al duque de Saboya de todo lo que le habia tomado en el Piamonte, á excepcion de cuatro plazas en que habia de establecerse guarnicion, hasta que dentro de tres años se decidiese jurídicamente á quién correspondia aquel estado: su restitucion asimismo á los genoveses de la isla de Córcega y su evacuacion de las plazas de Toscana: los reyes de Francia y de España debian de restituirse mútuamente todo lo que durante la guerra se habian ocupado en la frontera de los Paises-Bajos.

En cuanto á la plaza de Calais se estipuló que quedase en poder del rey de Francia, dando á la reina Isabel ocho años de término para rescatarla por una suma de dinero, y pasado cuyo término quedaba sin ningun derecho á ella.

Las tres plazas ú obispados, como entonces se llamaban, de Metz, Toul y Verdun, quedaron desde entonces incorporados á la corona de Francia, no habiendo asistido al congreso ningun plenipotenciario por parte del imperio que las reclamase.

Además del matrimonio estipulado en el convenio del rey de España con Isabel, hija de Enrique, y con el dote de 400,000 florines, se ajustó el de Filiberto, duque de Saboya, con Margarita, hermana del mismo rey de Francia, con el de 300,000.

Fueron enviados por el rey don Felipe de Bruselas á Paris, con el objeto de que el de Francia firmase el tratado de paz, el duque de

(1) Para comprender esto mejor, téngase presente que una hermana de Enrique VIII rey de Inglaterra fué reina de Escocia, mujer de Jacobo IV, y abuela de María Estuardo. Asi alegaba esta sus derechos á la corona de Inglaterra apoyados en la bastardia de Isabel, del mismo que Juana Gray descendiente de otra hermana de Enrique VIII habia fundado sus pretensiones en la ilegitimidad de Isabel y de María.

Alba, el príncipe de Melito, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, llevando además comision de cumplimentar á la reina de Francia y á las princesas prometidas esposas del rey y del duque de Saboya. Por la parte del rey de Francia fueron á Bruselas con el mismo objeto el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa.

Fué celebrado este tratado de paz tanto en Brselas como en París con muchos regocijos. En esta última capital se agregaron á ellos las fiestas magníficas que se dispusieron con motivo del matrimonio de la princesa Isabel de Francia con el rey de España, haciendo las veces el duque de Alba en la ceremonia que tuvo lugar el 24 de junio en la catedral de Nuestra Señora, á que asistieron el rey y la reina con toda la grandeza. Mas estas fiestas terminaron de un modo lastimoso y trágico, habiendo sido herido mortalmente el rey de Francia en un torneo justando con el conde de Montgomery, capitan de sus guardias, de cuyas resultas murió dentro de muy breves dias.

Fué la muerte de este rey una verdadera calamidad para el pais en aquellas circunstancias. Aunque no hombre de gran mérito (1), conocia los negocios, habia hecho la guerra y se hallaba en la fuerza de su edad, mientras el heredero que dejaba, jóven de diez y seis años, era tan débil de cuerpo como de ánimo, el menos á propósito para coger lar riendas del estado en aquellas circunstancias. Sus otros hermanos eran niños todavía, y su madre, la famosa Catalina de Médicis, por sus intrigas y por su misma astucia y política torcida se hallaba mas en estado de aumentar y fomentar, que de aplacar los disturbios que amenazaban á la Francia. Una porcion de personajes, entre quienes se contaban príncipes de la sangre, habian abrazado el calvinismo quizá por conviccion, mas tambien por odio á los Guisas, que pasaban por dominantes en la corte. Se contaban entre los religionarios el rey titular de Navarra Antonio de Borbon, su hermano el príncipe de Condé, el almirante Coligni, su hermano Andelot y otros varios personajes. En las provincias del Mediodia sobre todo contaban con muchas ciudades y fieles adherentes. La misma corte estaba dividida entre la faccion de los Montmorency y de los Guisas, distinguiéndose estos últimos por su mayor ambicion, mayor capacidad y mas audacia. Era sin disputa el duque de Guisa el que gozaba de mas gloria prsonal en Francia. Muy cercano estaba el dia en que los celos, las animosidades, la ambicion y la intolerancia religiosa iban á encender en el pais el fuego de la guerra civil que tardó mucho mas de un cuarto de siglo en apagarse. Ya veremos lo que con estos acontecimientos está mezclada la historia, si no precisamente de España, al menos de nuestro don Felipe.

(1) Ocupa este príncipe en la historia un puesto muy inferior al de su padre. Con sus estados heredó su pasion por Diana de Poitiers, creada duquesa de Valentinois, que á los 60 años tenia la habilidad de fascinar á Enrique. Fué muy grande el crédito é influència que ejerció esta dama en la corte y negocios mas graves del Estado. De ella se valió como de su agente poderoso el cardenal Carraffa, sobrino del papa Paulo IV, para inducir al rey á infringir la tregua que habia ajustado con Felipe.

Alba, el príncipe de Melito, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, llevando además comision de cumplimentar á la reina de Francia y á las princesas prometidas esposas del rey y del duque de Saboya. Por la parte del rey de Francia fueron á Bruselas con el mismo objeto el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa.

Fué celebrado este tratado de paz tanto en Brselas como en París con muchos regocijos. En esta última capital se agregaron á ellos las fiestas magníficas que se dispusieron con motivo del matrimonio de la princesa Isabel de Francia con el rey de España, haciendo las veces el duque de Alba en la ceremonia que tuvo lugar el 24 de junio en la catedral de Nuestra Señora, á que asistieron el rey y la reina con toda la grandeza. Mas estas fiestas terminaron de un modo lastimoso y trágico, habiendo sido herido mortalmente el rey de Francia en un torneo justando con el conde de Montgomery, capitan de sus guardias, de cuyas resultas murió dentro de muy breves dias.

Fué la muerte de este rey una verdadera calamidad para el pais en aquellas circunstancias. Aunque no hombre de gran mérito (1), conocia los negocios, habia hecho la guerra y se hallaba en la fuerza de su edad, mientras el heredero que dejaba, jóven de diez y seis años, era tan débil de cuerpo como de ánimo, el menos á propósito para coger lar riendas del estado en aquellas circunstancias. Sus otros hermanos eran niños todavía, y su madre, la famosa Catalina de Médicis, por sus intrigas y por su misma astucia y política torcida se hallaba mas en estado de aumentar y fomentar, que de aplacar los disturbios que amenazaban á la Francia. Una porcion de personajes, entre quienes se contaban príncipes de la sangre, habian abrazado el calvinismo quizá por conviccion, mas tambien por odio á los Guisas, que pasaban por dominantes en la corte. Se contaban entre los religionarios el rey titular de Navarra Antonio de Borbon, su hermano el príncipe de Condé, el almirante Coligni, su hermano Andelot y otros varios personajes. En las provincias del Mediodia sobre todo contaban con muchas ciudades y fieles adhe-

(1) Ocupa este príncipe en la historia un puesto muy inferior al de su padre. Con sus estados heredó su pasion por Diana de Poitiers, creada duquesa de Valentinois, que á los 60 años tenia la habilidad de fascinar á Enrique. Fué muy grande el crédito ó influència que ejerció esta dama en la corte y negocios mas graves del Estado. De ella se valió como de su agente poderoso el cardenal Carraffa, sobrino del papa Paulo IV, para inducir al rey á infringir la tregua que habia ajustado con Felipe.

rentes. La misma corte estaba dividida entre la faccion de los Montmorency y de los Guisas, distinguiéndose estos últimos por su mayor ambicion, mayor capacidad y mas audacia. Era sin disputa el duque de Guisa el que gozaba de mas gloria prsonal en Francia. Muy cercano estaba el dia en que los celos, las animosidades, la ambicion y la intolerancia religiosa iban á encender en el pais el fuego de la guerra civil que tardó mucho mas de un cuarto de siglo en apagarse. Ya veremos lo que con estos acontecimientos está mezclada la historia, si no precisamente de España, al menos de nuestro don Felipe.

CAPITULO XX.

SUMARIO.

Trata Felipe II de restituirse á España.—Estado de los Paises-Bajos.—Bosquejo de su historia durante su posesion por los duques de Borgoña.—Por los príncipes de la casa de Austria.—Disposiciones de Felipe.—Ereccion de nuevos obispados.—Nombramiento de gobernadora de los Paises-Bajos.—De gobernadores de las diferentes provincias.—Se embarca el rey y llega á España.

Mientras tanto (1559) se hallaba impaciente este monarca de volver á España, pais de su nacimiento, de su educacion, de su predileccion, y del que se hallaba ausente desde 1554. Solo la necesidad de atender á los negocios de la guerra le habia detenido en Flandes despues que se puso en posesion de los vastos estados de su padre, por lo que inmediatamente que vió ajustada la paz y celebrado su matrimonio por poder, no pensó mas que en ejecutar su proyecto favorito.

Mas si su inclinacion, el estado de los negocios de España y los ruegos de la regente su hermana le llamaban otra vez á este pais, no debia de mirar sin gran cuidado, sin sérias inquietudes el estado en que Flandes se encontraba. Exige el órden cronológico y la naturaleza de esta obra que antes de pasar adelante fijemos los ojos en un pais que representa uno de los primeros papeles en la historia de Felipe II, como que formaba una parte importante de su monarquía, y fué teatro de los mas grandes acontecimientos que ocur-

rieron durante su reinado. Bajo el aspecto de la localidad, bajo el de su índole, de sus instituciones, de sus convulsiones políticas, de sus guerras formales, es digno este pais de las indagaciones del historiador, de las meditaciones del filósofo. Allí se desarrolló la industria de un modo prodigioso, y florecieron las primeras plazas y emporios del comercio del mundo: allí lucharon del modo mas encarnizado los principios opuestos en religion y en política: allí lucieron su habilidad y genio los primeros y mas esclarecidos capitanes de aquel siglo, tan fecundo en campos de batalla.

La region llamada entonces Paises-Bajos y tambien Flandes, del nombre de una de sus principales provincias, comprendia con alguna diferencia los dos reinos que hoy se denominan Bélgica y Holanda. Formaban los belgas parte de la Galia, segun la descripcion que nos ha dejado de ella Julio César, y se lee repetidas veces su nombre en la descripcion de las guerras que hizo en este pais por espacio de diez años. Tambien el nombre de los Batavos, de los Frisones, provincias de los Paises-Bajos, son conocidos y se hallan enlazados con las conquistas de los romanos en las provincias del Rhin, y las partes de la Germania con este rio confinantes. Cuando la irrupcion de los bárbaros del Norte y trastorno del imperio romano de Occidente, se perdió su nombre y desapareció su historia como la de una infinidad de estados que en la confusion de tantas transmigraciones quedaron como envueltos. Sin duda hicieron parte los Paises-Bajos del imperio colosal que fundó con las armas Carlomagno. Desde los siglos que se llaman la Edad media se les ve aparecer en la historia con los nombres que tienen en el dia, regidos por distintos príncipes de mas ó menos poderío, y que tomaban parte en los diversos negocios públicos de aquellos tiempos. Se ven algunos de ellos figurando en el teatro de las cruzadas, y los mas próximos á Francia entraron á veces en relaciones de alianza y de enlaces matrimoniales con sus príncipes. Por matrimonios, por cesiones, por compras, por otros contratos semejantes se incorporaron la mayor parte de estas provincias desde principios del siglo XV en los estados de los duques de Borgoña. Aumentaron Felipe el Bueno y su hijo Carlos el Temerario estas nuevas posesiones, y con la adquisicion de provincias tan ricas se hizo dicha casa una de las primeras y mas opulentas de la Europa. A mas engrandecimiento aspiraba el duque Carlos, á quien sus guerras y empresas dieron el título de Temerario. Sin duda no hubiese tardado mucho en cam-

biar por el de rey su título de duque, si la muerte en los campos de Nancy no hubiese puesto fin á sus proyectos.

Desearon varios príncipes la mano de su única hija y heredera que dejaba. La obtuvo Maximiliano de Austria, hijo del emperador de Alemania Federico III, y por este matrimonio pasaron con el tiempo los Paises-Bajos al poder de España.

Parecia natural que Luis XI, rey de Francia, solicitase para su hijo la mano de la heredera de Borgoña, mas prefirió apelar á las armas para incorporar este ducado á la corona de Francia, con el pretexto de que era un feudo que no podia recaer mas que en varones. Tambien se apoderó del Artois y de la Flandes francesa, y aunque Maximiliano las recuperó, de resultas de su victoria en Guinegate, se cedieron otra vez á Francia, como dote de la princesa Margarita, hija de Maximiliano y de María, prometida esposa del Delfin, hijo de Luis XI. Mas este príncipe, que fué el rey Carlos VIII, repudió la princesa para casarse con la heredera de Bretaña, y restituyó dichas provincias. Ya hemos visto tratando del emperador Carlos V, que reclamaba como suyo el ducado de Borgoña, como parte de la herencia de su abuela María, y que su cesion fué uno de los artículos del tratado de Madrid que no tuvieron cumplimiento. El ducado de Borgoña habia sido incorporado á la Francia ya de muy antiguo; mas el rey Juan hizo de este pais un infantazgo para uno de sus hijos, de quien los nuevos duques descendian.

Las provincias de los Paises-Bajos reconocian un señor comun, mas no componian un estado. Cada una de ellas tenia un gobierno particular, instituciones y privilegios diferentes, segun los príncipes que los habian dominado, y las diversas causas que en el otorgamiento habian influido. Diferentes en organizacion, lo eran asimismo en índole. Las mas se miraban con rivalidad, como sucede casi siempre á todos los pueblos franterizos. El señorío de todas era hereditario, mas nunca prestaban juramento de obediencia al sucesor, hasta que juraba este por su parte conservar y respetar sus privilegios.

De muy antiguo se habian distinguido estas provincias por su laboriosidad y por su industria. Como las marítimas ocupan una costa frecuentemente inundada por el mar, sugirió á sus habitantes la necesidad, el recurso de poner freno á este elemento, por medio de diques y canales, disputándole así su territorio.—Con esto se

hicieron diestros marinos, atrevidos navegantes. Los varios rios que atraviesan su pais, y le enlazan con Francia y Alemania, les ofrecian la ventaja de combinar el comercio interior con el marítimo; y la fertilidad de algunas de su provincias, al proporcionarles tráfico seguro con la exportacion de sus productos, influia notablemente en los progresos de la agricultura. Con el trabajo y la paz no interrumpida, de que disfrutaban, llegó á florecer en el pais todo género de industria. Con el comercio prosperaron las artes, y con ellas las manufacturas. En los Paises-Bajos, se elaboraban los artículos de mas lujo, en vestidos, muebles y sobre todo armas que se usaban en aquello tiempos. Brujas, Gante, Malinas, Bruselas y especialmente Amberes, llegaron á ser las principales plazas de comercio, En ellas tenian factorías las naciones mas comerciantes de la Europa, y sobre todo Amberes se consideraba como el punto de comunicacion, entre los productos del Mediodia y los del Norte. Era prodigioso el número de buques mercantes que entraban y salian de su puerto: frecuentaban el Báltico, las costas de Inglaterra, las del Mediodia, las escalas de Levante. A principios del siglo XVI era Amberes la primera plaza de Europa, el almacen general de casi todas las producciones, el sitio á donde concurrian los primeros negociantes de la tierra, la salida de todos los frutos del pais y de todo el Norte, y partes interiores de Alemania. El descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, que causó tanto detrimento al comercio de Venecia y escalas de Levante, dió nuevas creces al de Amberes.

La riqueza que es el fruto de la industria no podia menos de ser el patrimonio de los Paises-Bajos: en el mismo sentido creció el número de sus habitantes, de sus poblaciones. Ningun pais de Europa encerraba en un mismo espacio igual número de pueblos considerables, de plazas fuertes, de monumentos de la industria. Todas las artes de lujo y de magnificencia que siguen la adquisicion de la riqueza, todas las que la proporcionan y fomentan, tenian su asiento en los Paises-Bajos. Lo que era la Italia en los siglos XIII, XIV y mitad del XV, con respecto á los demas pueblos de la Europa, lo fueron los estados de Flandes en la segunda mitad de este último siglo y principios del siguiente. La tapicería, la relojería, el arte de pintar en vidrio, los tejidos de las ricas telas de seda, plata y oro; la tipografía, la arquitectura, la pintura, las artes que mas llaman en Italia, habian formado tambien su escuela en los Paises-Bajos.

Eran demasiado positivas las ventajas debidas á esta industria y opulencia, para que desconociesen su valor los príncipes que aquellos estados gobernaban. Era imposible que fuesen avaros de concesiones y privilegios, hácia pueblos que tantos recursos les proporcionaban en sus guerras y otros apuros de la misma especie. En la adquisicion de los Paises-Bajos, tenian los duques de Borgoña una mina de poder y de riqueza, y su pabellon era respetado y temido en todos los pueblos de la Europa. No debian, pues, de pensar en el despojo de privilegios y de libertades que son el alma de la industria, tratándose de los que al abrigo de ella prosperaban. Por su parte los pueblos que conocian el valor de lo que daban eran celosos de la retribucion, y no perdonaban medios para tener en ejercicio sus derechos. En uso estaban de resistir los caprichos de sus príncipes, y habérselas con los mas dominantes é imperiosos. No pudo amoldarlos á su albedrío el mismo Carlos el Temerario, á quien todo se humillaba. Del lado mismo de su hija María, arrancaron en cierta ocasion á favoritos y consejeros, que pasaban por abusar de su confianza. A su esposo, el príncipe Maximiliano, se le resistieron una vez abiertamente, y le hicieron salir de sus estados, por no querer darle la regencia del pais en nombre de su hijo á la muerte de María.

Fué demasiado corta la vida de Felipe el Hermoso, para formar época en la historia de los Paises-Bajos. En su hijo Carlos V, concurrieron opuestas circunstancias.

Bajo la dominacion de los duques de Borgoña, eran los Paises-Bajos la parte principal de sus estados. Cuando subió Carlos al poder, precisamente debieron de decaer de su importancia política, reducidos á una provincia pequeña de una vasta monarquía. Absoluto el emperador con muy escasas cortapisas en España, Nápoles y los demas que poseia en Italia, no era natural que mirase con predileccion los privilegios y constituciones de los Paises-Bajos. En otras partes era rey y monarca: aquí tan solo señor y el primero de sus ciudadanos. En lugar pues de concentrar su atencion en Flandes, miró naturalmente este pais como mero instrumento de ambicion y engrandecimiento en otros puntos. Conocieron muy bien los flamencos su nueva posicion, y por lo mismo que podia mucho su señor, tuvieron despierta á todas horas su atencion y suspicacia. No atentó abiertamente el emperador á sus derechos y constitucion; mas tampoco mostró mucho que las miraba con respeto. En algu-

nas dependencias públicas introdujo extranjeros que no podian tener mas intereses que los del soberano que los empleaba. Tampoco faltaron soldados imperiales en muchas de sus plazas fuertes. No era tampoco muy parco el emperador en pedir los subsidios de que siempre estaba tan necesitado, y que despues de negativas y siempre con grande repugnancia, eran concedidos al fin con el temor de perder sus privilegios. Mas era demasiado prudente y astuto Carlos V para despojarlos de lo que hacia su prosperidad, privándose á sí mismos de la parte á que se llamaba de los frutos de su industria.

Se hallaban las cosas bajo este pié cuando las innovaciones en materias religiosas prepararon en Flandes las calamidades y guerras civiles de que por mas de la cuarta parte de un siglo fué teatro.

No tuvo nacimiento en los Paises-Bajos ni herejía, ni secta alguna de los que se llamaban reformados. Mas en una region tan relacionada por intereses de comercio con Alemania, Francia y Suiza, penetraron fácilmente las nuevas opiniones. Entre los innumerables extranjeros que acudian y habitaban en Amberes, todas las sectas entonces conocidas con el nombre de luteranos, calvinistas, zuinglianos, anabaptistas, etc., contaban con muchos partidarios. Los mismos soldados de Carlos V y en seguida de Felipe eran los introductores de la peste, en cuya extirpacion mostraban tanto afan entrambos príncipes. Hicieron pues las nuevas opiniones rápidos progresos en aquel pais, propalándose en público, en conversaciones, en impresos, en sermones y hasta en los teatros; mas no se habian erigido todavía en lo que se llama Iglesia, ni tenian las nuevas sectas culto público.

Una cosa hay que no se debe jamás perder de vista en los tiempos del establecimiento de estas nuevas sectas, á saber: que todas ellas fueron siempre acompañadas de excesos, de violencias, de toda clase de desórdenes, probablemente contra la voluntad, con marcada repugnancia por parte de sus mismos fundadores. Mas no podian impedir estos que la muchedumbre ciega diese un siniestro sentido á sus palabras y que de ellas abusasen los malvados, para satisfacer sus vicios y pasiones. No podian menos de ser tomadas por muchos la voz de libertad evangélica y de conciencia como sinónima de libertinaje y desenfreno. La especie de que el culto católico era una pura idolatría, debia de arrojar á muchos impelidos de su necesidad ó de otras causas al despojo de los templos, come-

tiéndose en todos estos actos los mayores excesos de violencia: porque jamás se muestra el hombre tan bárbaro y feroz como cuando trata de cubrir sus crímenes con un velo religioso. Se repitieron pues en los Paises-Bajos las escenas que habian tenido y tenian todavía lugar en Francia, Escocia, Alemania y otras partes.

Carlos V, cuyos sentimientos en materias religiosas son tan conocidos, no debió de mirar con espíritu de tolerancia este órden de cosas que se iba introduciendo en los Paises-Bajos. Si consideraciones políticas y falta de verdadero poder le habian hecho contemporizar muchas veces con los príncipes luteranos de Alemania, no sucedia lo mismo con sus estados hereditarios de los Paises-Bajos. Con los innovadores en materias religiosas, se mostró terrible; y para la extirpcion de la herejía apeló á medios tan extraordinarios como perentorios. En las principales ciudades se erigieron tribunales dedicados exclusivamente á perseguir y castigar el crímen de herejía, sin que á su jurisdiccion se pudiese sustraer persona alguna. Se pronunciaron sentencias de muerte contra los propaladores de las nuevas opiniones, sea por escrito ó de palabra, contra los que ocultaban ó daban asilo á los culpables. La abjuracion de los errores no servia para evitar la pena capital, sino para modificarla. Los arrepentidos morian en suplicio comun y ordinario. Los impenitentes eran arrojados vivos á las llamas.

Muchas fueron las víctimas que hizo esta persecucion, mas no producian todavía el efecto deseado. Con el objeto de purgar mas eficazmente de herejía el suelo de los Paises-Bajos, se trató de establecer el tribunal de la Inquisicion como en España, y este solo nombre los llenó de espanto. En Amberes se cerraron los talleres, se suspendieron los trabajos de las manufacturas y pararon todos los negocios de comercio. Se apresuraban los negociantes á realizar, á ocultar su dinero; y los numerosos extranjeros trataban de abandonar la plaza que se hallaba en vísperas de su completa ruina; mas Carlos V renunció á su proyecto en vista de las representaciones que le hizo su tia Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso, gobernadora entonces de los Paises-Bajos.

Eran muy grandes el horror y terror que el nombre solo de la Inquisicion de España imprimia en Francia, en Alemania, en los Paises-Bajos, en Escocia, en otras partes. En todas se quemaban herejes y mas que en España, por la simple razon de que aquí no habia tantos; bien que se suplia esta falta con la muchedumbre de

judíos y mahometanos en que se cebaba entonces la Inquisicion entre nosotros. Mas sea por la antigua reputacion de este tribunal, ya por lo secreto de su modo de enjuiciar ó por su carácter de permanente y fijo cuando los otros eran solo creaciones del momento, se detestaba su nombre, tanto por los católicos como por los mismos protestantes. En los Paises-Bajos, tuvo una influencia á todas luces lamentable.

A pesar de la crueldad de estos castigos, á pesar de la gran propension al despotismo de que Carlos V daba tantas pruebas, fué todavía su nombre respetado y hasta cierto punto querido en los Paises-Bajos. No podia menos de ejercer en tus ánimos el ascendiente que jamás se niega á las grandezas y á la gloria. Amortigua muchas veces su prestigio los sentimientos de libertad é independencia, y cura hasta la suspicacia apoyada en los mas firmes fundamentos. Tambien querian llamarse los flamencos á la parte de la gran fama que alcanzaba su señor, y en su mismo poderío encontraban grandes ventajas para su comercio. En todos los puertos eran recibidos con la deferencia debida á súbditos del emperador y en los estados de este gozaban las mismas ventajas que los naturales. Se puede decir pues que los Paises-Bajos llegaron al apogeo de su prosperidad y grandeza bajo la dominacion de Carlos V. Por otra parte, este monarca que conocia los hombres y tanto partido sabia sacar de sus observaciones, era muy popular en los Paises-Bajos donde habia nacido y se habia criado, cuya lengua hablaba, cuyas costumbres conocia, y de cuya índole participaba. Lo franco de su trato y sus modales templaba en parte lo que podia tener de severo y de duro su gobierno. En Bruselas, donde residia con frecuencia, estaba como desterrada la etiqueta y vivia casi como un simple ciudadano, como un padre en medio de sus hijos. Político y previsor al mismo tiempo, gustaba de emplear en comisiones de importancia á los señores y grandes del pais, lo que al mismo tiempo que halagaba su amor propio, los empeñaba en gastos muy considerables y los hacia depender de sus favores. El príncipe de Orange y el conde de Egmont, que eran los de mas viso en el pais, figuraban en todas las grandes embajadas, en todas las conferencias y ceremonias de aparato. Cualquiera que fuese su sistema de gobierno en el pais, no dejaba en él ninguna duda de que le miraba con gran predileccion y quizá con mas cariño que á todos sus demás estados. Así la abdicacion de este príncipe fué verdadera-

mente sentida en los Paises-Bajos, y en las lágrimas derramadas en aquella solemne ceremonia, hubo sin duda mas profundo sentimiento que el de una pasajera emocion, debida á lo imponente de la escena. No podian menos de hacer un paralelo los flamencos entre el monarca que se iba y el príncipe que le reemplazaba, el reverso para ellos de la medalla de su padre. Lo que este tenia de franco, de afable, de llano en el trato, lo poseia aquel de circunspecto, de serio, de ceremonioso y reservado. Ni sabia su lengua, ni mostraba deseos de aprenderla. Ya hemos visto que en la ceremonia de la abdicacion, respondió en nombre suyo á los estados el obispo de Arras Granvela, en atencion á que Felipe no sabia el francés, lengua que usó el emperador en aquel acto. Porque este monarca sabia hablar y hablaba efectivamente á todos en su lengua propia.

Nada habia mas opuesto á la índole y carácter de los flamencos que el de su nuevo soberano. Ni ellos podian gustar de Felipe II, ni Felipe II gustar de ellos. Un monarca de carácter mas flexible y menos exclusivo se hubiese mostrado muy satisfecho y complaciente al verse dueño y señor de diez y siete provincias; pues fué el primer príncipe que las heredó todas ricas, florecientes en agricultura, en artes, en todos los géneros de industria y de comercio. En un pais que no excede la sexta parte de España se contaban trescientas y cincuenta ciudades, seis mil trescientos pueblos considerables y una infinidad de lugares mas pequeños. Producian entonces los Paises-Bajos mas que la Inglaterra. Era pues su posesion para el nuevo rey de España de una ventaja incalculable.

Mas Felipe II á cuyo buen juicio y penetracion no podian ocultarse estos objetos tan considerables, tenia sin duda consagrada su atencion á otros que le parecian preferibles. El carácter inquieto de los flamencos, su celo por la conservacion de sus derechos, el carácter democrático que predominaba en sus sentimientos, en las asambleas de los estados y sobre todo el incremento que iba tomando en ellos la herejía, le sugirieron sin duda como máxima fundamental de su gobierno, el sujetarlos á la unidad del despotismo político, sobre todo á la unidad del sistema religioso. Uno de sus primeros cuidados además del establecimiento del tribunal de la Inquisicion, del que hablaremos á su debido tiempo, fué el arreglo de las diócesis de los Paises-Bajos. Eran algunos de sus obispos sufragáneos de metropolitanos que residian en Francia y Alemania, y

queriendo Felipe remediar este que le parecia un grave inconveniente, y al mismo tiempo aumentar el alto clero, solicitó bula de Paulo IV para que las provincias de los Paises-Bajos se dividiesen en tres arzobispados y trece obispados, sujetando á estos á los primeros y eximiéndolos de la dependencia de los metropolitanos que se hallaban fuera.

Accedió el papa muy gustoso á los deseos del rey, y expidió una bula creando en los Paises-Bajos las metrópolis de Cambray, Malinas y Utrech; nombrando por sufragáneas de la primera las Sedes de Arras, Tournay, Saint-Omer y Namur que se hicieron obispados: de la segunda las de Amberes, Gante, Brujas é Iprés, Bois-le-Duc y Ruremonde, y de la tercera las de Harlem, Deventer, Leyden, Middleburgo y Groninga. De todas estas Diócesis se marcaron los límites asignándose las rentas á los obispos y mas grandes funcionarios.

Para atender á este último objeto de grave consideracion, se dispuso que los nuevos obispos sucediesen á los abades del pais, y ocupasen sus rentas segun fuesen falleciendo. Produjo esto quejas no precisamente en los abades mismos, sino en los que tenian pretension de serlo. Las produjo en los monjes á quienes se despojaba de sus rentas. Las produjo en los grandes que veian una disminucion de su crédito en la admision de los nuevos obispos en las asambleas de los estados.—Las produjo en el pais en general á cuyos ojos traslimitaba el rey sus atribuciones, dando tantos indicios de querer atentar á sus derechos. Miraban todos esta bula que daba una nueva organizacion eclesiástica al pais, como medida precursora de otras mas considerables. Mas observaremos el órden cronológico dejando para otro tiempo las consecuencias que esta y otras mas innovaciones produjeron.

Contrayéndonos ahora á la persona de Felipe, era para él un negocio de grande consideracion el nombramiento de la persona que debia quedar gobernador de los Paises-Bajos, pues el duque Filiberto de Saboya se volvia en virtud del tratado de Chateau-Cambressis á sus estados. Se presentaba naturalmente como el mas á propósito algun grande de los mas ricos y distinguidos del pais; pero en ninguno tenia gran confianza, y el príncipe de Orange que se reputaba como el principal, era objeto de su secreta antipatía. Pensó primero en la persona del príncipe don Carlos; mas sin duda le detuvo la consideracion de sus demasiado cortos años.—Le aconsejaron el duque

de Alba y algunos otros personajes de la corte entre los que se cuenta al obispo de Arras, que echase mano de la princesa Margarita, duquesa de Parma, que como nacida en los Paises-Bajos, no podia excitar quejas de que se les daba por gobernador á un extranjero. Gustó el rey de la proposicion, y tal vez por no ocurrírsele entonces otra cosa mejor la nombró gobernadora durante su ausencia, dándola por consejero privado al mismo obispo de Arras que fué nombrado despues arzobispo de Malinas.

Nombró además el rey gobernadores en todas las provincias, pero sujetos á la autoridad superior de Margarita. Puso en la de Luxemburgo á Pedro Ernesto, conde de Mansfeld; en la de Gueldres y Zuphten, al conde de Meghen; en las de Flandes y Artois, al conde de Egmont; en las de Holanda, Zelanda y Utrech, al príncipe de Orange; en las de Haynault, Valenciennes y Cambray, al marqués de Vergnes; en la de Tournay, al señor de Montigni; en las de Lila y Douay, al señor de Corviere; en la de Frisia, al conde de Aremberg; en la de Namur, á Carlos Barlimont; y en la de la otra parte del Mosa, al conde de Frisia. Las provincias de Brabante y Malinas quedaron bajo la inmediata autoridad de la princesa Margarita.

Era esta princesa hija natural de Carlos V, y de una dama de los Paises-Bajos, habida antes del matrimonio del emperador, algunos años antes del nacimiento de Felipe. Habia casado en primeras nupcias con Alejandro de Médicis, duque de Florencia, asesinado por su primo Lorenzo, y en segundas nupcias con Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto de Paulo III, y que á la sazon residia en sus estados. Tuvo de este matrimonio al famoso Alejandro Farnesio, mozo entonces de muy verdes años que se criaba en la corte de España al lado del príncipe don Carlos. No contribuyó poco el tener en sus manos esta prenda de seguridad, para que el rey de España la confiase cargo tan considerable. Tambien le movió á ello el interés de tener de su parte al duque de Parma, su marido, que en sus antiguas reyertas con el papa se habia mostrado, sino contrario, vacilante.

Concluyó el rey sus negocios en los Paises-Bajos, celebrando un capítulo de la órden del Toison de Oro, en que se confirió el collar al nuevo rey Francisco II de Francia, al duque de Urbino, á Marco Antonio Colonna, duque de Paliano, al marqués de Renty y á otros varios personajes. En seguida se despidió de los estados reunidos, de órden suya en Gante, diciéndoles que como sus negocios reclamaban el que se trasladase á España, les dejaba por gobernadora una princesa nacida entre ellos, como todos los demás gobernadores de las demás provincias. Les encargaba que se mantuviesen fieles á la religion católica, y no permitiesen permanecer en las provincias persona alguna infestada con las doctrinas nuevas de Alemania, concluyendo con la indicacion de que no ignorando ellos los crecidos gastos que se le ocurrian, esperaba de su parte un servicio liberal, proporcionado á la exigencia de sus circunstancias. Los estados le ofrecieron nuevecientos mil florines, mas reservándose su distribucion, rasgo de desconfianza de que quedó el rey resentido y enojado.

Arreglados definitivamente, segun él se imaginaba, los negocios en los Paises-Bajos, no le quedaba al rey otro ya que el de embarcarse. Estaba prevenida de antemano una armada de cerca de 70 velas en Zelandia, donde se hizo á la mar el rey el 20 de agosto de aquel año. Fué bastante feliz la navegacion, y Felipe desembarcó en Laredo el 29 del mismo mes. Despues de algunos dias de descanso en aquel puerto, se dirigió á Valladolid, á donde llegó el 8 de setiembre por la noche, habiendo salido á recibirle á fuera el príncipe don Carlos y su hermana, y regente entonces doña Juana.

CAPITULO XXI.

Estado de España á la vuelta de Felipe.—Asuntos domésticos administrativos.—Inquisicion.—Autos de fe.—Cortes en Toledo.—Venida de la reina Isabel.—Jura del príncipe don Cárlos.

Encontró Felipe II á España (1559) casi en el mismo estado de tranquilidad y de reposo en que la habia dejado. Algunos disturbios habian tenido lugar en Zaragoza, con motivo de un garrote dado en la cárcel en privado, acto allí considerado como un contrafuero, mas se habian pronto apaciguado (1). Tambien habian ocurrido algunos choques entre el brazo secular y el eclesiástico, con motivo de las hostilidades de Paulo IV contra el rey de España. Se inclinaban los eclesiásticos, como sucede en estos casos, al pontífice, y en esto les dió ejemplo el cardenal Siliceo, arzobispo de Toledo, que tantos favores debia á Felipe y á su padre. Restituyó la paz entre Felipe y el papa las cosas á su primer estado y antigua buena inteligencia. Confirmada la infanta en su cargo de regente, á la subida al trono de su hermano, se adhirió como antes al espíritu de sus instrucciones. Algunas rencillas se suscitaron entre ella y el príncipe don Cárlos, jóven avieso, y segun dicen algunos autores muy mal inclinado; mas todos aguardaban que se serenaria la tempestad con la llegada de su padre. Era este el deseo general como sucedió en el último reinado, y en todas las cartas que escribia á Felipe doña

(1) Ya hemos anunciado que tratariamos de las cosas de Aragon, separadamente y á su debido tiempo.

Juana, le mostraba la impaciencia con que se aguardaba su venida (1). Cuando se supo la renovacion de las hostilidades en los Paises-Bajos, se pusieron los gritos en el cielo. Eran estas guerras extranjeras, en España muy impopulares, por lo mucho que costaban, y los recursos del pais se hallaban muy lejos de un estado floreciente. Habia gran trabajo para enviar al rey trescientos mil ducados que pedia. A cuenta de los productos de una mina de plata, que acababa de descubrirse junto á Guadalcanal, y otra cerca de Aracena, se habian tomado en 1556 quinientos mil ducados que ya se habian consumido. Para levantar una suma de seiscientos mil ducados, que las circunstancias hacian necesarias, fué preciso tomar trescientos mil á grandísimo interés de los ferieros de Villalon, satisfaciendo la infanta los restantes, vendiendo diez cuentos y cuatrocientos mil maravedís, de su dote, sobre alcabalas. Habia gastado mucho en sus guerras el emperador, y sus deudas eran muy considerables. Se trató en el consejo de no pagarlas, mas prevaleció la opinion contraria, aunque rebajándose los intereses. Los proyectistas, que no faltan en ninguna época, llamados en aquella tracistas y hombres de prudencia, idearon la venta de encomiendas, juros, jurisdicciones, hidalguías, regimientos, escribanías, alcaidías, baldíos, oficios y dignidades de toda clase. Tambien pidieron un servicio á Méjico y Perú, solicitando además del rey de Portugal una porcion considerable de pimienta, para que vendida en Flandes, sufragase los gastos de la vuelta del emperador y de su hijo. Todo esto no da muy grande idea de los recursos financieros de un pais, que algunos pensarán tal vez se hallaba en el mas alto grado de opulencia.

El negocio que parecia entonces mas urgente en la nacion y excitaba mas el celo del gobierno, era purgar á España de las doctrinas religiosas que á despecho de la mayor vigilancia y precaucion se habian introducido, en virtud de las comunicaciones indispensables entre las diversas partes de una misma monarquía. Iban los españoles á Francia, á Alemania, á los Paises-Bajos: venian naturales de aquellas regiones á España, y del mismo roce y trato no podian menos de resultar prosélitos de las nuevas opiniones. En las tropas del emperador, y aun en las de su hijo, estaban alistados muchos luteranos; mas ya que era imposible cerrar herméticamente

(1) Se deseaba con ansia la presencia de Felipe en España: no era menos necesaria, como ya hemos indicado, en los Paises-Bajos. Nada prueba tanto lo heterogéneo de esta monarquia; lo dificilísimo, si no imposible que era el ser gobernada por un hombre solo.

el suelo español á las nuevas doctrinas religiosas, se trataba de atajar por medio de la persecucion un mal tan contagioso. Redoblaba la Inquisicion su vigilancia y el rigor de los castigos, y aun cuando no estuviese animada de bastante celo, cosa ni verosímil ni creible, recibia frecuentes amonestaciones de Felipe desde Flandes, y aun Carlos V desde el fondo de su retiro no dejaba de exhortar á los inquisidores á no relajarse un momento del cumplimiento de lo que él llamaba sus obligaciones. El cardenal arzobispo de Sevilla don Fernando Valdés, nombrado á la sazon inquisidor general, correspondió completamente á la confianza que en él se habia depositado, mostrándose severo, inflexible, inexorable. La actividad era suma, la vigilancia exquisita, y el mas estricto posible el exámen que se hacia de las doctrinas, de las opiniones, de lo que se hablaba y escribia en materias religiosas, sin que el carácter elevado de la persona ni su anterior reputacion le pusiesen al abrigo de tan exquisita suspicacia. Fué objeto de ella fray Bartolomé Carranza, el mismo teólogo que tanto habia ayudado á Felipe II en la obra de la restauracion del culto católico en Inglaterra, y que en premio de su virtud y de su ciencia acababa de ser nombrado arzobispo de Toledo á la muerte de don Juan Siliceo. Dieron motivo á estas sospechas algunas proposiciones ó doctrinas de obras suyas que corrian impresas, y los inquisidores resolvieron someterle á su tribunal tan formidable. En consideracion á su alta clase, y mucho mas al favor que gozaba con Felipe, escribieron al monarca pidiéndole permiso para proceder contra el prelado, en atencion á lo gravemente que estaba comprometida su persona. Respondió el rey que procediesen en todo y por todo segun les dictaban su deber y su conciencia, y que viviesen seguros de que ningun obstáculo pondria al ejercicio pleno y completo de su autoridad, aunque se tratase de la persona de su mismo hijo. Con esta vénia se procedió á tratar de la prision del arzobispo. Se dispuso que la infanta doña Juana le llamase á Valladolid, hallándose el prelado de visita en Alcalá de Henares. En vista de la órden se dirigió en efecto hácia dicha ciudad; mas habiéndose susurrado algo del negocio, determinaron los inquisidores enviar el auto de prision al pueblo de Torrelaguna, por donde debia pasar el arzobispo, y allí se realizó en efecto. Desde Torrelaguna fué trasladado con todo secreto á Valladolid, donde le encerraron, aunque con toda la comodidad y respeto á su persona, mientras se le instruia su proceso.

De tiempo en tiempo se celebraban autos de fe en público con toda solemnidad, á que este asistia con toda devocion, como á una ceremonia altamente religiosa. En setiembre de 1559, es decir, algunos dias antes de la llegada del monarca, se celebró uno muy solemne en la plaza de Valladolid, á que asistieron doña Juana y el príncipe don Carlos. Mas de treinta personas se presentaron como reos, y entre ellos el doctor Cazalla, dos hermanos suyos, el maestro Perez, el bachiller Herreruelo y otros. Lo mas notable fué que se presentaron igualmente los huesos de Leonor de Vivero, madre del doctor Cazalla. Tambien hubo algunas religiosas, mozas y de buen parecer, segun refiere Gonzalo de Illescas que se halló presente. Quince de estos reos fueron entregados á las llamas, y el bachiller Herreruelo, que murió impenitente, entró en la hoguera vivo, pues los que daban muestras de arrepentimiento recibian la muerte por el método ordinario.

A su llegada á Valladolid tuvo el rey noticia de que se habia celebrado este auto, y como le dijesen que todavía quedaban en la cárcel muchos reos, manifestó al inquisidor general que se holgaria mucho de que se celebrase otro en su presencia, á lo que el cardenal accedió gustoso, ofreciendo la ejecucion cuanto mas antes. El dia 4 de octubre del mismo año se verificó en la plaza de Valladolid con toda solemnidad otro auto de fe, á que asistieron el rey, el príncipe don Carlos, la infanta doña Juana y toda la grandeza de la corte. Se presentaron cerca de cuarenta reos entre hombres, mujeres, monjas, beatas, casadas, de toda clase. Solo dos fueron entregados vivos á las llamas como impenitentes. Uno de ellos, hombre de distincion, llamado don Carlos Sesé, se dirigió al rey en alta voz quejándose de cómo permitia que los quemasen, á lo que respondió Felipe que si su hijo fuese un hereje impenitente, él mismo le entregaria á las llamas, llevando en sus hombros la leña necesaria. Así uno de los primeros actos de Felipe á su vuelta á España fué asistir á un auto de fe cuya celebracion él mismo promovia. Y este y otros rasgos de su especie, los consignan los historiadores españoles de aquel siglo, del siguiente, y aun del posterior como actos de piedad, de celo religioso, de las mayores virtudes de un cristiano. El dicho de entregar su hijo mismo á las llamas no podia menos de reputarse como un rasgo de heroismo, segun las opiniones y lógica de aquellos tiempos. Ya hemos hecho ver que las hogueras contra los enemigos de la fe estaban en uso desde muy antiguo.

Mas solo el rey de España gozaba el privilegio de verlas encendidas en ciertos períodos con tanta solemnidad, por sentencia de un tribunal fijo exclusivamente consagrado á esta clase de delitos.

Partió el rey de allí á pocos dias á Toledo con objeto de celebrar cortes y las fiestas de su desposorio, pues tenia noticia de que estaba para salir de Paris la princesa Isabel con quien por poder estaba ya casado. Para recibir la nueva reina en la frontera envió al arzobispo de Burgos y al duque del Infantado, con otros varios señores principales de la corte. Mientras tanto se abrieron las cortes en Toledo, y entre las cosas que establecieron, fue que no pudiesen tener esclavos los moriscos del reino de Granada.

1560. A principios de este año salió la reina Isabel de Paris acompañada del cardenal de Borbon y del duque de Vendome. Fué recibida en Roncesvalles por el arzobispo de Burgos y el duque del Infantado, y habiendo despedido en aquel punto á la comitiva francesa, continuó con ellos su viaje hasta Guadalajara, á donde se dirigió por aguardarla allí el rey, acompañado del príncipe don Carlos, de la infanta doña Juana y de todos los personajes de su corte.

Llegó la reina á Guadalajara á principios de febrero, y despues de haber ratificado el rey su matrimonio recibiendo las bendiciones del arzobispo de Burgos, partió la corte á Toledo, donde se celebraron los desposorios con todo género de fiestas, habiéndose esmerado aquellos habitantes en obsequio de sus reyes.

Con motivo de la reunion de las cortes, determinó el rey aprovechar esta circunstancia, mandando que fuese reconocido y jurado por heredero el príncipe don Carlos, lo que así se verificó el 22 de febrero en la iglesia catedral con toda pompa, Asistieron á la ceremonia el rey, la infanta doña Juana, don Juan de Austria, todos los señores de la corte y los procuradores de las ciudades de los reinos. Recibió el arzobispo de Burgos, vestido de pontifical el juramento. Le prestó la primera, la infanta doña Juana; siguió don Juan de Austria; vinieron despues los grandes de la corte y los procuradores de los reinos. El duque de Alba se presentó el último. Una triste noticia vino á turbar aquellos regocijos, á saber, la de una derrota que acababan de sufrir las armas españolas en las costas de Africa.

CAPÍTULO XXII.

Asuntos de Africa.—Sumario de las principales ocurrencias en aquel pais desde e principio del siglo XVI.—Barbaroja y Dragut.—Expedicion y derrota de la isla de los Gelves.

Hemos visto en los primeros capítulos de esta historia como los españoles despues de tantos siglos de la ocupacion de la península por los árabes que se habian establecido en el Norte de Africa, pasaron á hacer conquistas importantes en varios puntos de su costa. Se emprendió y llevó á efecto en tiempo del cardenal Cisneros, la de Oran, Bujía, Mazalquivir y otros puntos importantes. Desde entonces no hemos vuelto á ocuparnos mas de estos asuntos; mas seguiremos, aunque muy compendiosamente, la cadena de los acontecimientos desde aquella época hasta el punto en que nos encontramos.

En 1515 emprendimos una expedicion desgraciada sobre la isla de los Gelves.

En 1529 perdimos el peñon, tomado por Barbaroja que le rodeó con cuarenta y cinco buques. El gobernador español Martin de Vargas que tuvo noticia de esta expedicion, pidió socorros, pero fué mal auxiliado. Con tantos negocios como pesaban sobre Carlos V, no es extraño que no atendiese á todos con la prontitud y eficacia que se requeria.

En 1530 recorrieron corsarios dependientes del mismo Barbaroja la costa de Valencia y desembarcaron en Parsent, llevándose preso

á Perandreo que la defendia con siete hombres. Con este motivo salió al mar el capitan Rodrigo Portundo en busca de los tenientes de Barbaroja, y habiéndoles alcanzado en los mares de Levante, trabó con ellos batalla de la que salió roto y destrozado. Tenian Barbaroja y los suyos un grande enemigo de Andrés Doria, que repetidas veces salió al mar en busca suya.

En 1531 desembarcó en Sargel, puerto de la costa de Africa, donde entró á saco llevándolo todo á sangre y fuego. Mas por sobra de confianza cayeron por sorpresa en manos de los enemigos que estaban en acecho y tuvieron que retirarse los de Doria en desórden y con gran pérdida.

En 1532 armó este una expedicion de treinta y cinco velas grandes y otras de menores dimensiones, donde embarcó 10,000 hombres entre españoles, italianos y tudescos, recorrió los mares en busca de los enemigos y puso sitio á Corom en la Morea, que le opuso una gallarda resistencia, y al fin fué vencido despues de grandes actos de valor entrando al asalto los cristianos. Tambien en seguida tomó á Patrás en los mismos parajes, haciéndose dueño de los Dardanelos que son dos castillos fuertes que le defendian. Se mostró en estas dos expediciones duro y terrible con los turcos; mas en el año siguiente de 1533 volvieron sobre Corom los enemigos y le recuperaron despues de una larga resistencia.

En aquel mismo año se apoderó de Bona don Alvaro Bazan, nombre que se hizo muy ilustre como veremos en el decurso de esta historia. Al año siguiente de 1534, contrajo amistad con Barbaroja, el rey de Francia, y por insinuaciones de este, recorrió el primero las costas de Italia, desembarcando, saqueando varios pueblos, llevándose cautivos á los que caian en sus manos. Por aquel tiempo se hizo dueño de Túnez, expeliendo al Dey que vino á pedir proteccion á Carlos V, como hemos hecho ver tratándose de este monarca.

Fué la expedicion sobre Túnez, del año siguiente, una de las mas populares, de las mas reclamadas por las necesidades de la cristiandad, lo que debia inflamar mas el ánimo de un monarca como Carlos V, deseoso de humillar en un todo á su enemigo el rey de Francia. En nuestro concepto, fué esta expedicion en Túnez el acto mas grande y glorioso de su vida, el que fué coronado con el triunfo mas brillante. El emperador concedió mercedes á todos los individuos de su ejército, que tomaron parte en su victoria, acreditándose de monarca dadivoso y reconocido como capitan activo, inteligente y esforzado.

Huido Barbaroja de Túnez, no fué menos molesto y teraible para los cristianos. En todas partes donde desembarcó con su gente, cometió infinitas crueldades. En Mahon hizo un desembarco y le tomó despues de una muy grande resistencia.

El año de 1538, se ligaron el papa y los venecianos contra Soliman, de quien se consideraba Barbaroja como teniente y delegado. Acometió este á Candía, de donde fué vigorosamente rechazado: Tambien fué derrotado cerca de Trevesa en la Morea.

Mas de doscientas velas armó la liga cristiana contra el turco. Iban en la expedicion 11,000 españoles y 5,000 italianos, y todo bajo el mando de Andrés Doria. En aquel tiempo tomaron los cristianos con grande bizarría á Castelnuovo, mas volvieron á perderle con grandes desastres el año siguiente de 1539.

En 1543, se presentó Barbaroja en Marsella, y en seguida desembarcó en Niza, donde cometió las cueldades que tenia de costumbre. En seguida recorrió las costas de España, con la misma suerte que otras veces.

Se acercaba el fin de la carrera de este pirata feroz y sanguinario, mas dejaba una especie de sucesor y de discípulo en la persona de Dragut, renegado como él, y que comenzó su fortuna con muy escasos medios. Sorprendido en 1548 en las costas de Córcega por los de Doria, permaneció cuatro años preso, y puesto en libertad por medio de un canje, volvió á salir al mar incitado de sus deseos de vengarse. Salieron en pos de él las galeras de Nápoles, llevándose cautivos á cuantos cayeron en sus manos, con cuyo botin, y una galera de Malta, que apresó tambien, se volvió victorioso á Argel, que era el depósito de sus robos y despojos.

Deseaba Dragut tener un establecimiento propio suyo en las costas de Africa, y para esto echó los ojos sobre el puerto de este nombre situado en el territorio de Túnez, plaza muy fuerte, perfectamente bien situada con otras dos fortalezas, llamadas Cuza y Monasterio, que aumentaban mucho sus medios de defensa. Estaba la ciudad dividida en facciones, y de esta division se aprovechó Dragut entrando en negociacion separada con cada uno de ellos, á quien prometió ayuda contra sus rivales. Despues de tener su trama bien urdida, se presentó en la plaza con doce hombres solos, y habiendo excitado un tumulto se apoderó de ella con traicion, y asi-

mismo de los dos fuertes ya citados. Despues de haberla pertrechado y dejado en ella una fuerte guarnicion, salió otra vez al mar en busca de aventuras.

Dió gran cuidado á los cristianos el establecimiento de Dragut en su nueva posesion, y trataron de arrancársela. Salió Doria en su busca con cincuenta y tres galeras con objeto de recorrer la plaza de Africa, lo que verificaron tomando á Monasterio, que arrasaron. En seguida se fueron á la Goleta, donde se celebró consejo sobre si emprenderian sériamente el sitio de Africa. Decididos por la afirmativa, se pidió socorro á Nápoles y Sicilia, de donde vinieron refuerzos de infantería y artillería. Comenzaron la empresa poniendo á la plaza en un estado de bloqueo impidiendo entrar víveres; mas en la plaza se habian ya recibido avisos de esta expedicion, y se habian abastecido de lo necesario, habiéndose además reforzado con cuatrocientos soldados y héchose con muchos víveres que por casualidad allí aportaron.

Hizo este sitio de Africa un ruido entonces, y hoy ocupa todavía una página brillante de la historia. Se reunió la armada en Trapana, y con nuevos recursos que se les envió de la Goleta, dieron sobre la plaza y desembarcaron para formar un sitio con todas las precauciones militares, atacando á una partida de los turcos que venian sin duda á reconocer, obligándola á meterse dentro de la plaza. No estaba en ella Dragut, ocupado en sus correrías ordinarias, mas sus tenientes dispusieron con valor todos los medios de defensa. Ascendia la guarnicion á mil setecientos hombres entre todos. Abrieron los sitiadores las trincheras. Situaron las baterías ventajosamente, haciendo gran daña sus morteros (1) á la plaza. Fué infructuosa para los moros una salida nocturna para sorprender á los cristianos: tambien resultó vano el designio de un asalto por los españoles que percibieron en el acto los reparos fuertes que los turcos habian construido detrás de la muralla. Para no malograr su empresa, pidieron mas refuerzos á Nápoles, Sicilia y la Goleta que se los mandaron en efecto. Mientras tanto recorria Dragut las costas de Valencia. Supo su mujer, que residia en Gelves, por unos fugitivos la toma de Cuza y Monasterio por los cristianos, ¡y el sitio que tenian puesto á Africa, y se lo avisó inmediatamente á su

(1) Los historiadores usan de esta voz *morteros*; mas no deben confundirse con los que arrojan *bombas*, pues este proyectil no era todavia entonces conocido. Sin duda se usaban para lanzar piedras enormes, ssgun se usaba en tiempos anteriores.

marido: buscó este por todas partes socorros, y no siendo feliz en esta empresa, llegó á juntar tres mil hombres con los que desembarcó oculto cerca de la plaza, habiendo avisado de antemano á los de adentro su próxima llegada. Era su objeto sorprender el campo de los sitiadores y se emboscó al efecto; mas habiendo sido descubierto se trabó pelea entre él y un cuerpo del campo de los sitiadores, quedando el otro de observacion junto á la plaza. Murieron en la accion cincuenta turcos, treinta moros, y tuvieron doscientos cincuenta heridos sin contar con los de la plaza, de donde se hizo una salida rechazada por los sitiadores, que tuvieron de pérdida ochenta muertos y ciento cincuenta mal heridos.

Rechazado Dragut, salió en busca de mas recursos; mas no debia de excitar en algunos de los suyos muchas simpatías cuando el dueño de Queram le interceptó ochocientos caballos que le enviaba el Dey de Túnez.

Llegaron nuevos refuerzos al campo de los cristianos de Luca, Génova y Florencia, y un grande ingeniero, llamado Andrónico Espinosa, de Sicilia. Continuaban con actividad y energía los trabajos del sitio. Abrieren una mina para echar abajo los muros; se construyeron nuevas baterías sobre la marina que hicieron mucho estrago en la ciudad: se levantó una sobre galeras desde las cuales se batió la plaza con buen éxito. El 10 de setiembre de 1550 se dió por tierra y por mar el asalto general, atacándose á la plaza por tres partes, destinándose á cada una cinco banderas, mandadas por sus jefes respectivos. Los nombres propios no los damos porque esto es anterior al reinado de Felipe, donde observaremos otro método. Tampoco entramos en los pormenores de este asalto vigoroso donde se peleó con singular denuedo y bizarría. Se habia prometido á las tropas el saqueo, y habia además un jubileo del papa en favor de los cristianos que en la accion muriesen. Dieron la señal los clarines é inmediatamente se pusieron en accion por tierra y por mar los combatientes. Se defendieron con valor los turcos, y despues de ser echados de las murallas se batieron en las calles y defendieron el terreno palmo á palmo. Quedaron las fortificaciones de la ciudad medio destruidas, y los cristianos plantaron al fin sobre los escombros sus banderas victoriosas.

Se celebró este triunfo con grande júbilo en la cristiandad. Se marchó Dragut á los Gelves, y en seguida se presentó en Constantinopla, donde no fué mal recibido por Soliman á pesar de estar

irritado contra él por haberse hecho dueño de Africa sin su consentimiento. Pidió al emperador Carlos V que se la restituyesen con pretexto de que Dragut era su teniente y protegido, mas Carlos V respondió que no reconocia tenientes y protegidos del sultan en los piratas.

Al año siguiente de 1551 emprendió Dragut nuevas correrías sobre las costas de Calabria. Poco despues hizo parte en calidad de consejero y hombre práctico, en una escuadra que mandaba el turco sobre Malta. No habiéndose atrevido á desembarcar, revolvieron sobre Trípoli, que tomaron por traicion, y de cuyo punto quedó dueño al fin Dragut, á pesar de que su posesion le fué negada por Soliman desde un principio. En el capítulo XVII hemos ya hablado de varias correrías hechas por los turcos en los años sucesivos. Al advenimiento de Felipe II al trono de España, se hallaban nuestros asuntos en Africa bastante decaidos, y estábamos amenazados de mas desgracias por el aumento de poder que iban adquiriendo aquellas potencias berberiscas. Para reconqnistar el punto de Bugía, ofrecieron en 1557 tropas y dinero los reinos de Castilla, Valencia y Cataluña. Queriendo imitar el cardenal Silíceo la conducta de su antecesor el de Cisneros, se ofreció á capitanear aquella empresa con tal que para ello le diesen trescientos mil ducados; mas habiéndose consultado á Felipe, respondió que se trataria de este asunto cuando regresase á España. Posteriormente vino á ella, como tenemos dicho, Ruy Gomez Silva á buscar recursos para la guerra que se habia vuelto á encender en Flandes, y se aplicaron á estos gastos los caudales que se habian levantado para la reconquista de Bugía. Ya un poco antes el Dey de Argel habia tratado de invadir á Orán, habiendo desembarcado tropas y estrechándola por mar con galeras turcas; mas con fuertes y vigorosas salidas de la guarnicion y la llegada de las galeras de Doria, se habia conjurado aquella tempestad, sobre todo hallándose empeñada la atencion de los turcos á otra parte.

Mientras tanto seguia Dragut haciendo desembarcos y causando todo género de estragos en las costas de Sicilia y Nápoles. Para cortar estos males de raiz, no ocurrió mas medio al gran maestre de la Orden de Malta que emprender la conquista de Trípoli. Felipe II, á quien propuso esta idea, desembarazado ya de la guerra con Francia por el tratado de Chateau-Cambressis, aprobó el plan del gran maestre y dió órden al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, para que se encargase de esta expedicion, mandando al mismo tiempo al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que pusiese á sus órdenes dos mil hombres de infantería mandados por don Alvaro Sande. Tambien se escribió á Andrés Doria para que ayudase con sus galeras al duque de Medinaceli; asimismo auxiliaron el papa, el duque de Florencia y otros príncipes de Italia.

A principios de octubre se juntó en Mecina la expedicion compuesta de cincuenta y cuatro galeras, veinte y ocho navíos, dos galeones y treinta galeotas ó bergantines con 14,000 hombres. A fin de aquel mes zarparon y llegaron á Siracusa con objeto de pasar adelante; mas los vientos se mostraron contrarios, y además se declaró en la armada una enfermedad que obligó al duque de Medinaceli á dirigirse á Malta, donde fué recibido por el gran maestre con todo género de agasajos y de obsequios. El número de los enfermos de la armada iba tan en aumento que no bastando los hospitales de la Isla, fué preciso establecer uno nuevo para recibirlos. Al fin, aunque no en buen estado, y sin repararse totalmente de sus pérdidas, á principios del año siguiente, 1560, se embarcó de nuevo con su expedicion el duque de Medinaceli, y no pudiendo por los vientos contrarios dirigirse á Trípoli, se encaminó á el Secano de Palo, donde mandó se le reuniesen las galeras y navíos que se habian quedado en Malta.

En la Roqueta trató de hacer aguada, y para asegurarla mandó desembarcar tres mil hombres, con cuyo abrigo se efectuó la operacion; mas no sin ser molestados por los moros, en cuya refriega fueron muertos siete y heridos treinta de los nuestros. Se supo despues que se hallaba en la isla Dragut con diez mil moros y diez mil turcos.

Despues de la partida de la expedicion que llegó felizmente á Secano del Palo, arribaron á la misma isla de la Roqueta ocho galeras que se habian quedado en Malta, cuatro del duque de Florencia, dos del señor de Monaco y las dos patronas de Sicilia y Doria. Trataron tambien de hacer aguada; mas sea por falta de precaucion ó por disensiones que se armaron entre ellos sobre quién habia de mandar la gente, cuando parte de esta se hallaba ya embarcada, cargaron los moros sobre la otra, matando y cogiendo prisioneros á mas de ochenta hombres entre los que se contaron cinco capitanes españoles; á saber: don Alfonso de Guzman, Antonio Mercado, Adrian García, Pedro de Venegas y Pedro Bermudez. Las galeras

siguieron su rumbo y llegaron sin novedad á Secano del Palo, donde se hallaba el duque de Medinaceli.

No se resolvió este á dirigirse á Trípoli, sea por lo contrario ó recio de los vientos, sea porque sabia que Dragut se hallaba con grandes fuerzas á sus inmediaciones. Determinó, pues, entretanto tomar posesion de la isla de los Gelves ya de triste recuerdo para nuestras armas, y para dar mas seguridad á la empresa se ajustó con algunos jeques del pais, tomando á sueldo de cuatrocientos á quinientos caballos que le debian servir contra Dragut. El 2 de marzo llegó á la isla; mas no habiendo podido desembarcar en cuatro dias por los recios temporales, lo verificó en fin enfrente de la torre de Valguarnera, disponiendo inmediatamente sus tropas en órden de batalla. Se componian estas de tres mil españoles al mando de don Alvaro Sande; dos mil alemanes y franceses al de los caballeros de san Juan; tres mil italianos mandados por Andrés Gonzaga, y otros tres mil y quinientos españoles á las órdenes de don Luis Osorio. En el ala derecha formaban seiscientos arcabuceros mandados por el mismo Osorio, y en la izquierda ochocientos arcabuceros italianos mandados por Quirico Espínola. Llevaba además la expedicion cuatro piezas de campaña.

Dispuesto así el ejército se puso en marcha sin hallar oposicion alguna. Al dia siguiente envió al duque un mensaje con dos moros Manzaul, señor de la isla de los Gelves, diciéndole que se considerase como dueño y señor de aquella tierra, puesto que mandaba una expedicion en nombre de Felipe, rey de España; y así le pedia que volviese á embarcarse, prometiéndole para su expedicion de Trípoli cuantos socorros estuviesen en su mano. Le respondió el duque que pues tan celoso servidor de don Felipe se mostraba, lo primero que requeria de él era que se dirigiese á Esdrun á tener una entrevista, siéndole necesario surtirse de agua en los pozos de sus inmediaciones. Se puso en marcha el ejército para dicho punto, y aunque encontró los pozos cegados, le fué muy fácil ponerlos en estado de ser útiles. Se divisaron los moros á lo lejos en actitud de querer hostilizar á nuestra gente; mas el duque habia marchado con toda precaucion, y á las inmediaciones de los mismos pozos se acampó militarmente, rechazando con gran pérdida á los que por todas partes le embistieron, cuando le vieron detenerse.

Acampado el duque, y aumentada la fuerza de su posicion por medio de trincheras, envió á la Roqueta las galeras con objeto de hacer agua, lo que ejecutaron sin oposicion alguna. Mientras tanto envió Manzaul otro mensaje al duque diciéndole que le dispensaria toda su amistad, mientras tanto que no tratase de llegarse al castillo, en cuyo caso le declararia la guerra. Respondióle el duque que era justamente el castillo el punto de que era preciso apoderarse, para lo que iba á tomar su direccion al frente del ejército. La columna se puso efectivamente en movimiento. Entonces intimidado el moro, y no atreviéndose á hacerle resistencia, propuso al duque que se rendiria y abriria las puertas del castillo, con tal que se le permitiese salir con su gente y sus efectos. Accedió el general español, y habiéndosele avisado al dia siguiente que el fuerte se hallaba ya desocupado, envió al maestre de campo de Baraona con tres compañías, para tomar su posesion, mientras él llegaba con el resto de la gente. Mas habiéndose reconocido que no era de bastante fuerza ni capacidad para asegurar la completa dominacion de aquella isla, se trazó inmediatamente una nueva fortificacion á cuya obra se destinaron todas las tropas del ejército. Como el fuerte debia ser cuadrado, el duque con sus españoles, Andrés Gonzaga con sus italianos, los caballeros de san Juan con los franceses y alemanes, y Doria con la gente de las galeras, se encargaron cada uno de un baluarte y su cortina respectiva, y con la emulacion tan propia en naciones diferentes, se vió la fortificacion al instante concluida.

Por su parte Dragut que veia en mal estado los negocios, imploró socorros de Constantinopla tratando de ganar al gran visir con fuertes dádivas, y haciendo ver el peligro que amenazaba á los súbditos de Soliman y á la religion, si el virey de Sicilia llevaba á cabo su intento de tomar á Trípoli, hallándose ya en posesion de la isla de los Gelves. Accedió á sus ruegos el Sultan é inmediatamente despachó á Piali con ochenta y cinco galeras, haciendo entrar en cada una cien genízaros. Con este armamento llegó Piali el 7 de mayo á Navarino, y habiéndose en seguida acercado á Trípoli y reforzádose con las galeras de Dragut, resolvió dirigirse á los Gelves con objeto de atacar á los cristianos.

Llegó á esta isla la noticia de la aproximacion de la flota otomana por avisos del gran maestre de Malta, del virey de Nápoles y de Juan Andrés Doria. Inmediatamente llamó á consejo el duque de Medinaceli. Fueron unos de opinion de defenderse y de aguardar al turco, con su armada en órden de batalla, colocando los barcos chicos al abrigo de los grandes, é hicieron ver que era cien veces pre-

ferible tentar la suerte de las armas y mas glorioso morir peleando, que vivir esclavos huyendo. Mas Juan Andrés Doria fué de parecer que se retirase la gente en la armada y tomase la vuelta de Sicilia, haciendo responsables á los que no admitiesen su opinion de los daños que sobreviniesen.

Quedó el duque de Medinaceli muy indeciso con esta diversidad de pareceres. Huir parecia mengua, y para sacar la armada en aptitud de aceptar una batalla al turco, se mostraba el viento, muy desfavorable. Mientras tanto acometió Piali, que le tenia muy favorable, y puso en completo desórden á nuestras galeras, que no pudiendo resistir el choque, parte huyeron, parte se recogieron al puerto, y otras fueron tomadas sin ninguna resistencia, mientras la gente se arrojaba al mar ó buscaba tierra, y la mayor parte de ella se ahogaba. Tomaron los turcos veinte galeras y echaron á pique diez y siete, habiéndose salvado las pertenecientes á Génova de los estados de la Iglesia. Consternado el duque de Medinaceli del suceso, encargó el mando del fuerte á don Alvaro Sande, y embarcándose con Doria pudo llegar en salvo á Malta, de donde se trasladó á Sicilia.

Hizo don Alvaro una gallarda resistencia en el fuerte de los Gelves, sitiado vigorosamente por los turcos, inmediatamente que derrotaron nuestra escuadra. Emprendió diferentes salidas en que llegó hasta las trincheras de los turcos, causándoles estragos; mas se veia con fuerzas muy escasas: comenzaron á faltar los víveres, y la artillería del fuerte estaba casi toda desmontada con las baterías de los turcos. En otra salida que hizo don Alvaro fué derrotado y prisionero; la gente del fuerte capituló despues, entregándole y salvando las vidas. Destruyó Piali las fortificaciones, y dejando á Dragut en los Gelves, se embarcó para Trípoli y de allí á Constantinopla, llevándose prisioneros á don Alvaro Sande, don Sancho de Leyva, don Berenguer de Requesens, don Gaston de la Cerda y otros caballeros de importancia.

Puso esta derrota de los Gelves en mucho cuidado á don Felipe, é inmediatamente hizo que se reparasen de nuevo las galeras y se pusiesen en estado de defender y proteger las costas de Sicilia y Nápoles. Sabedor al año siguiente que en Argel se preparaba una expedicion contra Mazalquivir y Oran, despues de dar órdenes para atender á la seguridad de las dos plazas dispuso se reuniesen en Málaga veinte y cuatro galeras con tres mil y quinientos hombres á

las órdenes de don Juan Mendoza. Mas esta expedicion pereció de resultas de una tempestad que, á pesar de tomar puerto en el de la Herradura, se encrespó tanto que hizo estrellarse los bajeles unos con otros, salvándose solo dos galeras de las veinte y cuatro. Perdió la vida don Juan de Mendoza, uno de los principales jefes, con mas de cuatro mil hombres, catástrofe horrorosa en aquellas circunstancias.

Otros acontecimientos de mayor interés y sobre casi igual teatro, ocurrirán en el curso de esta historia y ocuparán en ella su lugar correspondiente. Por ahora nos trasladaremos á otras escenas donde se debatian cuestiones de mas influencia en los destinos de la especie humana.

CAPITULO XXIII.

Estado de la Francia á la muerte de Enrique II.—De su hijo Francisco II.—Facciones en la corte.—Regencia de Catalina de Médicis.—Advenimiento de Isabel al trono de Inglaterra y resultados.—Estado de Escocia en la misma época.—María Estuarda.

Habia comenzado el calvinismo en Francia de un modo obscuro, todo al revés del luteranismo en Alemania. Le adoptaron al principio las clases mas bajas de la sociedad que en granjas, en cuevas, en los sitios mas solitarios celebraban los ritos de su nuevo culto, y cantaban en francés los salmos que la poesía de Marot habia sabido hacer tan populares. Poco á poco se fué difundiendo la secta por las clases altas, por los señores de pueblos, y llegó hasta los príncipes mismos de la sangre. Margarita de Valois, hermana de Francisco I, esposa de Enrique de Albret, príncipe de Bearne y rey titular de Navarra pasaba por dar en sectaria y estar en correspondencia con Calvino. Se hizo con el tiempo calvinista la corte de Bearne, y la misma doctrina abrazó Antonio de Borbon-Vendomne, casado con Juana hija de Margarita, y que á la muerte de Enrique se hizo titular rey de Navarra. Tambien se habian adherido á la propia secta su hermano el príncipe de Condé, el almirante Gaspar Coligni, su hermano Juan Andelot y otros personajes distinguidos. Mas no se atrevieron á declararse durante la vida de Enrique II, príncipe que expidió nuevos edictos de rigor contra los herejes, renovando además los que se habian fulminado en tiempo de su padre. A la muerte de este príncipe, no se mitigó la severidad contra

los calvinistas; los mismos edictos se conservaron en su vigor, y durante el corto reinado de Francisco II hijo y sucesor de Enrique II, no faltaron herejes quemados en Paris, lo mismo que durante los reinados anteriores. Mas la juventud y carácter débil de este príncipe, fomentaron en la corte partidos y facciones que se apoyaban en el celo religioso. Los Guisas, tios del rey por serlo de María Estuarda su mujer, aspiraron y obtuvieron en efecto la direccion de los negocios. Se hallaba el condestable de Montmorenci á la cabeza del partido enemigo de los Guisas, y aunque él no era calvinista, se apoyaba en los Colignis que lo eran y en los príncipes de la sangre, recien afiliados á esta secta, resentidos de la influencia y ascendiente de los Guisas. Así en una pugna de partidos y facciones que se disputaban el poder, se envolvió otra mas encarnizada entre principios religiosos. Salió el calvinismo de la oscuridad y se hizo una bandera que alzaron públicamente los hombres primeros y mas poderosos del Estado. De este modo se echaron las semillas de las guerras civiles, medio políticas, medio religiosas que desolaron la Francia por todo el resto de aquel siglo. Estaban los Guisas al frente del partido católico. En el calvinista aparecia el príncipe de Condé como el jefe mas activo; y los Colignis como personas de mas capacidad é influencia. Propendia la reina viuda Catalina de Médicis al partido de los Guisas, aunque estaba celosa de su poder y con deseos de arrancársele. En cuanto á Montmorenci se volvia al partido de la corte á cualquier síntoma de ruptura con el calvinista ó disidente.

De esta discordia ó pugna de los ánimos, no podia menos de venirse pronto á vias de hecho. Formaron los calvinistas la trama de apoderarse de la persona rey y de los Guisas en Blois á donde se iba á trasladar la corte, y con este objeto habian armado secretamente mil hombres de á pié y quinientos de á caballo. Recelosos los Guisas de la trama, trataron de llevar la corte á Amboise; mas no por eso abandonaron los conjurados su designio. Fueron sin embargo descubiertos, atacados y derrotados en el mismo Amboise, siendo cogido su jefe Renaudie, quien pagó el atrevimiento en un suplicio.

Aumentó esta tentativa el crédito y la influencia de los Guisas, y quedó nombrado el duque teniente general del reino con las mas amplias facultades; mas aunque se vió al parecer triunfante su partido con la tentativa de los calvinistas frustrada en Amboise, no se

dieron estos por vencidos. El príncipe de Condé, preso en un principio, tuvo medios de evadirse de su encierro y pasar á los estados de Navarra. Los Colignis no aparecieron implicados por intrigas de la reina Catalina que aspiraba á servirse de su partido para neutralizar el ascendiente del opuesto. Los demás jefes calvinistas del Mediodia marcharon á su pais con el objeto de prepararse para una guerra abierta, pues en esto se preveia por todos, que iban á parar aquellos altercados.

En esta altura de negocios, apoyaron de nuevo los Guisas el proyecto de establecer en Francia una especie de inquisicion, idea que abrigaban desde largo tiempo. Pareció la medida muy severa y en su lugar se sujetaron á la jurisdiccion y tribunal de los obispos todos los delitos contra la religion, declarando crímenes de lesa majestad todos los escritos á favor del calvinismo. Mas este decreto por su mismo rigor no podia ejecutarse. No era ya esta secta una faccion que se podia echar á tierra por medio de un decreto. A muy poco tiempo de la publicacion de este, llamado por los protestantes establecimiento de la inquisicion de España, presentó el almirante una peticion al rey para que se les permitiesen templos públicos diciendo que estaba en mas de ciento y cincuenta mil firmas apoyada. Fué desechada la peticion; mas prueba este paso lo lejos que se estaba de la extincion del calvinismo.

A últimos de 1560 murió el rey Francisco II, y la tierna edad del sucesor, pues contaba solo diez años, obligó al nombramiento de regencia. Recayó esta en la reina madre la famosa Catalina de Médicis, sobrina del papa Clemente VII, princesa ambiciosa, artificiosa y muy astuta, cuya política consistió siempre en dominar las dos facciones neutralizando con la una la preponderancia de la otra. Al principio pareció propender al partido protestante. Como se la habia dado como una especie de asociado en la regencia al rey de Navarra, se publicaron varios decretos que les eran favorables. Se puso en libertad al príncipe de Condé, cuya vida corria gran riesgo por la causa que se le formaba, y llegaron las cosas al punto que los nuevos sectarios predicaron sermones en Fontainebleau donde se hallaba la misma reina. Mas cuando renovaron la peticion de tener templos públicos, se volvió á negar por un edicto en que se les mandaba atenerse á lo que el Concilio de Trento decidiese.

Los Guisas viendo entonces el semblante que tomaban los negocios, estrecharon mas y mas los lazos con el partido católico, cuyos

intereses con nueva eficacia protegieron. El condestable de Montmorenci que se habia separado de ellos por rivalidades de poder, se unió sinceramente á su partido, y por fin hizo lo mismo el rey de Navarra separándose de los calvinistas. La reina se mantenia dudosa y vacilaba, no porque mostrase propension á las doctrinas de los calvinistas, ya entonces conocidos y designados generalmente con el nombre de hugonotes, sino por creer estaba mas en sus intereses contemplarlos, tal vez por oposicion secreta á los Guisas que se les mostraban tan contrarios.

Mas lo que prueba el progreso que habian hecho las nuevas doctrinas y lo poderoso que habia llegado á hacerse su partido es, que sin aguardar las decisiones del Concilio de Trento, que no se habia todavía reunido sin atreverse á llevar á efecto los edictos contra ellos fulminados, se celebró por disposiciones de la corte en Poissy una conferencia entre los principales doctores de la Iglesia. La reina para simplificar la discusion, mandó que no se reuniesen mas que cinco doctores por cada uno de los dos partidos, lo que así se hizo. Rodó esencialmente la conferencia sobre el sacramento de la Eucaristía, y por fin se extendió una fórmula de fé que pareció satisfactoria á los diez argumentantes. La reina á quien la presentaron, la envió á la revision de los prelados católicos que arreglaban en Poissy varios puntos relativos á la disciplina de la Iglesia.

Pareciendo á estos la fórmula capciosa, extendieron otra en términos claros y explícitos con arreglo á lo recibido por la Iglesia católica, mas esta no la quisieron firmar los calvinistas. Se terminó así la conferencia ó coloquio de Poissy, pues con tal nombre es conocida, sin haber producido resultado alguno. Mas debia esto de preverse en razon á la extrema divergencia de los dogmas de ambas comuniones. Sin embargo los calvinistas obtuvieron por entonces tolerancia de culto y comenzaron á predicar públicamente en todas partes y á cantar sus salmos. Mas estaban tan irritados los principales jefes del partido católico con lo que llamaban insolencia de los hugonotes, y tan ansiosos los caudillos de estos de llegar á la preponderancia del poder en manos entonces de sus enemigos, que era inevitable una guerra civil; así estalló en efecto.

A la cabeza del partido protestante se hallaba el príncipe de Condé despues que su hermano el rey de Navarra se habia pasado á los católicos. Cada parcialidad tenia sus hombres y sus tropas, sus paises de devocion, sus plazas fuertes y castillos.

En Inglaterra se habia experimentado un cambio de mucha consideracion á la muerte de María. Todo cuanto habia trabajado esta princesa tan católica por restituir á su pais el culto de sus padres y volverle á la obediencia de la iglesia: todos los rigores que habia ejercido y las hogueras que habia mandado encender para castigar la impenitencia de los mas culpables, todo fué obra perdida al advenimiento al trono de su sucesora. Era Isabel hija de Ana Bolena y se habia educado en las nuevas doctrinas profesadas por su padre. Confinada en una prision durante el reinado de su hermana, tenia este motivo mas para no mostrarse favorable á su memoria y por otra parte le dictaba su interés al mismo tiemo que su educacion el moverse por opuesta senda. Segun los principios del catolicismo, no habiendo obtenido Enrique VIII sentencia de divorcio de la reina Catalina, era bastarda Isabel, habiendo nacidoen vida de esta princesa y como tal incapaz de suceder á la corona.

Estaba pues su apoyo en el partido protestante y á él se adhirió del modo mas explícito. Muy luego dejó de ser la religion católica la dominante en Inglaterra. Se declaró la reina Isabel cabeza de su iglesia, y le dió la forma que con muy pocas alteraciones se conserva hoy dia.

La iglesia anglicana no es precisamente luterana ni calvinista, ni adoptó entonces en todo su rigor el rito y el culto prescritos por ninguno de los innovadores de aquel tiempo. Adoptó del luteranismo cierta pompa en el culto y sobre todo la jerarquía eclesiástica; del calvinismo el dogma y las creencias; sus dos solos sacramentos á saber, el bautismo y cena del Señor, negándose lo que se llama la presencia real en la Eucaristía que allí se celebra y venera en recuerdo de aquella ceremonia. De todos modos se introdujo y estableció este nuevo culto en Inglaterra sin grandes violencias ni sacudimientos; los católicos se hallaban en grande minoría, y la reina tan celosa de su dignidad de jefe de la iglesia, estaba dotada de tanta energía y mucha mas sagacidad para llevar adelante sus designios. Y no solo halló medios esta reina de establecer la nueva iglesia ó religion con tranquilidad y calma, sino de fomentar disensiones y debilitar y hasta quebrantar del todo la influencia del partido católico en Escocia.

La reina María Estuarda, esposa del Delfin de Francia que despues fué rey con el nombre de Francisco II, se consideraba como la heredera presunta de Inglaterra, siendo nieta de la reina Margarita

de Escocia, hermana de Enrique VIII. Reputándose Isabel como bastarda, era reina de hecho. A la muerte de Enrique II de Francia cometió por consejo ó precepto de sus tios los Guisas la imprudencia de intitularse lo mismo que el nuevo rey de Francia, reina de Inglaterra, poniendo en sus armas los blasones de este reino.

Causó dicha conducta temores y resentimientos por la parte de Isabel, y fué tal vez el principio de la animosidad que con el tiempo se hizo tan fatal para María. Desde entonces trabajó aquella princesa en destruir la influencia de su rival á cualquier precio.

Los Guisas que veian sobre el trono de Francia á su sobrina concibieron el proyecto de sentarla en el de Inglaterra con el auxilio del partido católico, que aunque no en mayoría era siempre muy considerable. Se hallaba virtualmente María Estuarda á la cabeza de este partido, y era por lo mismo de su obligacion proteger y servir con el mayor celo los intereses de la Iglesia. No creyeron los Guisas que representaria dignamente su papel mientras no se extirpase la herejía que tanto se propagaba en su reino hereditario de la Escocia. Con este motivo enviaron sus instrucciones á la regente María de Lorena para que aumentase el rigor de la persecucion y los castigos, aprovechando cualquier pretexto para adelantar la obra del exterminio del partido protestante. Aunque conocia muy bien la regente que los negocios no se hallaban á esta altura, no dejó de conformarse con la voluntad de sus hermanos.

Los pretextos no faltaban. En ningun pais producia mas conflictos y disturbios la pugna entre los católicos y los que se llamaban reformados. En la destruccion de las imágenes del culto se distinguia con particularidad el celo de los calvinistas, sobre todo de la plebe. En la catedral de San Gil se cometieron excesos de esta clase, llegando hasta quemar la imágen del santo patrono de Edimburgo. Con este motivo citó la reina ante su tribunal á los principales predicadores de la nueva secta. Mas se presentaron rodeados de gente armada de su parcialidad que intimidaron á la reina y á los obispos que iban á juzgarlos. No tuvo pues efecto la medida, y los calvinistas envalentonados con esta victoria, se entregaron á nuevas violencias de quebrar imágenes y destruir los demás objetos del servicio del culto católico, para lo que les alentaban sus predicadores y el mismo Juan Knox que estaba á su cabeza.

Formaba ya el calvinismo un cuerpo numeroso á cuya cabeza figuraban personajes llamados lores de la Congregacion, y co-

mo tales presentaron diferentes peticiones á la reina á fin de que se exhibiese un decreto de tolerancia de su culto, evitando así nuevos conflictos y desórdenes. Parecia ya dicha medida indispensable; pero estrechada siempre María por las advertencias de los Guisas, no les dió nunca una respuesta favorable. Despues de pasado el susto de la aparicion de la gente armada delante de su tribunal, volvió á citar de nuevo á los predicadores y con el mismo resultado, teniendo ella misma que amansar con palabras dulces á los que habia citado como reos. Cuando se creia que habia abandonado del todo este proyecto, volvió á citarlos por tercera vez, y no habiendo comparecido los declaró proscriptos y fuera de la ley; mientras continuaban los desórdenes y los excesos en las iglesias de los católicos y los conventos, despojándolos de sus propiedades.

Se presentaba la regente en todos estos lances con carácter de duplicidad, y era objeto no solo de odio sino tambien de suspicacia. Se sabia el orígen de las medidas que tomaba y que el plan era nada menos que el exterminio completo de la nueva secta. Por esto eran las reacciones y conflictos tan violentos: de estas hostilidades tumultuosas se pasó á una guerra abierta. Reunia la reina sus tropas francesas. Los lores de la Congregacion, sus adheridos y vasallos. Preveian todos los terribles efectos de la guerra civil que iba á encenderse; mas por el semblante que habian tomado los negocios, hallándose la reina apoyada en fuerzas extranjeras y movida asimismo por resortes extraños, se conocia muy bien que iba envuelta en la contienda la libertad civil al mismo tiempo que la religiosa. Hé aquí por qué varios señores católicos se unieron con los protestantes en odio á la ambicion y despotismo de que se suponia animados á los Guisas de quienes la reina no se consideraba sino como instrumento.

Así el partido calvinista se reputaba como el nacional; el católico como extranjero. Afiliados al primero se hallaban ya la mayor parte de los señores y barones principales y entre ellos un hijo natural del rey Jacobo V, conocido entonces con el nombre de prior de San Andrés, hombre emprendedor, ambicioso dotado de cuantas cualidades son necesarias para brillar en conflictos semejantes. Muchos tratados de pacificacion y suspension de hostilidades se hicieron durante esta lucha; mas todos sin efecto y eludidos los mas por la mala fe de una, y quizá de entrambas partes. A favor de los lores de la Congregacion, militaba el mayor número de soldados; mas no podian sustentarlos en campaña mucho tiempo. Tenia María menos fuerzas; mas eran estas permanentes. Cada uno se aprovechaba de sus ventajas propias y de las desventaja del contrario. Mientras tanto los lores de la Congregacion se habian apoderado de Edimburgo. y en el púlpito de la misma catedral predicaba Juan Knox, que en aquellas circunstancias era una potencia.

Auxilió como hemos indicado Isabel de Inglaterra al partido protestante, tanto por inclinacion y política como por las peticiones y súplicas de los interesados. Al principio fueron interceptados los recursos que envió á Escocia por los partidarios católicos; mas pronto llegaron otros que hicieron gran servicio. Los protestantes conservaban siempre el ascendiente y llegaron á ver su causa triunfante cuando las tropas francesas, apoyo principal de la regente, se retiraron del pais por órden misma de los Guisas.

Desconfiaron estos de poder llevar adelante la obra de la extirpacion del calvinismo.

Con la subida al trono de Francia de María Estuarda, llegaron á creerse omnipotentes y hasta cierto punto con verosimilitud de las cosas para ellos. El calvinismo en Francia iba tomando tales creces, que todos los recursos les parecian necesarios en lo grave de la lucha. Las tropas que tenian en Escocia podian ser muy útiles en aquellas circunstancias. Por esto las llamaron, tratando de pacificar el pais por medio de un tratado. Se estipuló por él que las tropas extranjeras evacuarian la Escocia, y que no se admitirian otras sin consentirlo el parlamento. Como la regente María de Guisa acababa de morir, se estableció un consejo de regencia, compuesto de doce personas, nombradas siete por la reina y cinco por el parlamento, cuya inmediata convocacion se estipuló como uno de los artículos del tratado. En cuanto á la religion se determinó que los estados del pais propusiesen al rey y á la reina lo que les pareciese conveniente. Tambien se pactó que la reina María y su esposo reconocerian el título legítimo de Isabel á la corona de Inglaterra y que no llevarian mas sus blasones en sus armas. En virtud de este tratado, que fué llamado tratado de Edimburgo, quedó la Escocia pacificada por entonces. Mas no por eso dejó de seguir adelante la obra del protestantismo. Inmediatamente que estuvo reunido el parlamento, recibió peticiones del partido calvinista para el definitivo establecimiento de su culto. Decretó el parlamento la abolicion del católico, prohibiendo la celebracion de la misa bajo las

mas severas penas. Pasó este acto sin ninguna oposicion por parte de los obispos y abades mitrados que en virtud de sus baronías, eran miembros de aquella asamblea, lo que prueba la gran minoría en que se hallaban y que no se atrevieron á contrariar las opiniones dominantes, y los intereses de tantos nobles poderosos que se hallaban en el parlamento. Tal vez contaron con la repulsa que iba á recibir este decreto del rey y de la reina sin cuyo consentimiento no tenia valor de clase alguna.

Fueron en efecto muy mal recibidos de dichos príncipes los comisionados de presentarle el decreto. Fueron aun tratados con mas altivez y mas dureza por los Guisas. De ningun modo consintieron en que su sobrina suscribiese á un acto que prohibia el culto católico en Escocia. Inmediatamente trataron de inflamar el celo del partido en el pais llamándole á las armas en defensa de su culto. Tambien se pensaba en mandar nuevas tropas para dar mas apoyo á los católicos que se preparaban á la ruptura de las hostilidades. Mas la muerte de Francisco II trastornó sus planes. Ya no fueron tan poderosos los Guisas sin el apoyo de aquel monarca, y mucho menos habiendo pasado la regencia á las manos de la reina Catalina. Necesitaban demasiado los Guisas de todos sus recursos en la defensa de su causa en Francia para enviarlos á fomentar turbulencias á paises extranjeros.

Libertados los escoceses de una nueva guerra, no pensaron mas que en arreglar su establecimiento religioso. Abolido el culto católico, se adoptó por religion del pais el calvinismo puro en todas sus formas, dogmas y hasta en la organizacion y gobierno de la Iglesia.

Se dió á la escocesa el nombre de presbiteriana, por no admitir mas que una clase de sacerdotes y ministros, á saber: los presbíteros. Para el gobierno de la Iglesia se instituyó una asamblea general, compuesta de delegados de las demás iglesias, y además de algunos miembros legos que representaban la comunidad de los cristianos. Esta asamblea era independiente de toda autoridad civil, lo que equivale á decir que los escoceses en su calidad de cristianos y en sus relaciones con la divinidad se gobernaban como una república.

En cuanto á la division de los cuantiosos bienes, que poseia la Iglesia católica de Escocia, hubo muchos pareceres. Se pensó primero dividirlos en tres partes, destinando una á la manutencion del clero; la segunda á obras de beneficencia, y otra á la difusion de las luces estableciendo escuelas y colegios. Mas este plan desagradó muchísimo á los nobles que se veian excluidos del reparto. Se puede decir sin agraviarlos que tanto como su nueva persuasion, habia influido en su conducta la codicia de entrar á la parte de los despojos de la Iglesia. Por el arreglo definitivo decretado por el parlamento se hallaron en efecto poseedores de bienes muy cuantiosos, quedando para la manutencion del clero la mas pequeña parte. Sin embargo aunque esto excitó murmullos de los ministros ó presbíteros, no se llevó menos adelante la obra del nuevo establecimiento religioso.

Hay ejemplos de pocos paises en que un cambio completo de religion se haya verificado en menos tiempo con mas acaloramiento y entusiasmo que en Escocia. El culto católico abolido, era á los ojos de la generalidad del pais una pura idolatría, y la misa la mas grande de las abominaciones. Todas las formas y la pompa de que son sus ceremonias susceptibles, fueron desterradas con horror en la liturgia calvinisia. En sus templos se desechó todo ornato, y los ministros afectaban la mayor simplicidad en sus vestidos así como la mayor severidod en sus principios religiosos. En todo trataron de conformarse con lo establecido en la escuela de Ginebra; y ya hemos visto que Juan Knox habia bebido en esta sus principios. Todas las iglesias católicas fueron violentamente despojadas de todos sus adornos, quebradas las imágenes, destruidos todos los objetos é instrumentos del culto, y lo que unos hacian por espíritu de pillaje y de rapacidad era en otros un nuevo fanatismo. De los muebles de las iglesias se pasó á los mismos edificios. Los mas fueron dilapidados, destruidos, derribados sin mas objeto que satisfacer un furor brutal que se llamaba celo religioso, ó la venta á vil precio de los materiales que se destinaban á otros usos. El pais cambió del todo bajo el aspecto moral, bajo el religioso y el político. Cada uno asoció mas ó menos sus intereses del siglo á la nueva forma que se daba á las instituciones religiosas. Bajo su bandera, se desarrollaba la ambicion de muchos grandes que se sentian con medios de ensalzarse. A su nombre se fomentaban asimismo ideas democráticas que tantos resultados produjeron con el tiempo. Porque el calvinismo en su nacimiento, en su propagacion y en el ejercicio de su culto fué una institucion republicana.

Viuda María Estuarda de Francisco II rey de Francia, natural era

que se restituyese á Escocia de cuyo pais era reina propietaria. El parlamento, inmediatamente que vió arreglado el nuevo establecimiento de reforma religiosa, le envió una solemne comision á cuya cabeza iba su mismo hermano natural suplicándola fuese á tomar las riendas del gobierno. Para María, criada en la corte de Francia, acostumbrada al lujo, á sus placeres, á la pompa de sus fiestas, se presentaba como un doloroso sacrificio trasladarse á un pais, que se le pintaba como tan agreste y rudo; mas le fué preciso consumarle. Por otra parte nada tenia que hacer en la corte de Francia, y la reina regente Catalina de Médicis debia de desear que cuanto mas antes partiese para sus estados. Se embarcó la reina María en Calais y llegó á Leith en Escocia sin ningun género de contratiempo. A su desembarco fué muy bien recibida y obsequiada, aunque le chocó muchísimo el poco lujo de los trajes y falta de magnificencia en todas las demostraciones del regocijo público. Con los mismos sentimientos de respeto y simpatía fué recibida en Edimburgo donde su hermosura y juventud no podian menos de cautivar los corazones á primera vista. Pero María tenia á los ojos de los escoceses el gran delito de ser católica, y el fanatismo de la plebe no pudo menos de dar síntomas de desaprobacion en medio de las aclamaciones de su entrada pública. Desde su llegada á la capital de sus estados tuvo que quejarse la reina de Escocia de la intolerancia de sus súbditos, la misma que los primeros protestantes del pais echaban en cara á los católicos, la misma que los Guisas hubiesen establecido bajo las formas mas duras á corresponder sus medios á sus planes. Mas tales son las vicisitudes de los tiempos. La misa que oia la reina en su oratorio era objeto de murmuraciones y manifiestas invectivas. Contra esta misa se tronaba en los púlpitos de Escocia y sobre todo de Edimburgo. Fué precisa toda la proteccion é intervencion de su mismo hermano para que se dijese esta misa sin ninguna interrupcion violenta. Mas ya haremos ver la continuacion y fatal desenlace de un drama que bajo auspicios tan funestos empezaba.

CAPÍTULO XXIV.

Segundo Concilio ó continuacion del de Trento.

Causaban todas estas novedades una desazon mortal á don Felipe. Los progresos que hacia el espíritu de innovaciones religiosas era el primer cuidado que ocupaba su existencia. En cuantas órdenes expedia para los Paises-Bajos, en cuantas comunicaciones tenia con el rey de Francia, inculcaba como una máxima, como un principio indispensable el no hacer concesion ninguna á los protestantes y el extirpar la herejía por medio del rigor y del castigo. Para poner un remedio á tantos males, ninguna medida le parecia mas eficaz que la renovacion del Concilio suspendido desde 1552, en Trento. Con las mas vivas instancias acudió al papa, suplicándole expidiese la bula para su convocacion, exhortando á los demás príncipes católicos á que promoviesen por su parte igual medida. No dejaba de ser deseada la celebracion de este Concilio. Los católicos la consideraban necesaria para asegurar la pureza de la fe y cortar de raiz los escándalos que al abrigo de tantos disturbios religiosos se habian introducido en el seno de la misma Iglesia. Para los mismos protestantes moderados, inquietos de la disidencia y las discordias, que se introducian entre sus diversas sectas, se presentaba esta asamblea tan solemne como un medio de conciliacion y aproximacion de extremas opiniones. Quizá los que mas repugnaban esta

medida era el pontífice mismo y los grandes personajes y prelados de su curia que debian tener tanto interés en promoverla.

Considerando el Concilio como una medida de reforma, como un modo de curar desórdenes, de restablecer la disciplina eclesiástica, de establecer y decretar nuevos reglamentos que el transcurso de los tiempos presentaba como indispensables, tenian gran razon los príncipes y los católicos de buena fe que con ardor le deseaban. Mas si se pensaba que esta asamblea restableceria la unidad de la Iglesia con tantos dogmas y doctrinas heterogéneas en que estaba dividida, era alimentarse de una ilusion como habia sucedido en la época anterior á aquel Concilio. Para esto, era necesario que se compusiese esta asamblea de doctores de los primeros hombres de todas las iglesias, que abriesen un certámen, una inmensa arena de combate en que cada secta apoyase sus doctrinas, y por medio de su discusion venir acaso á una fusion de cosas que aparentemente se excluian. Mas esta idea sobre ser quimérica como á primera vista se presenta, no era la que la Iglesia romana tenia de un Concilio. No debia este reunirse para discutir, y sí tan solo para condenar, no para admitir en su seno á sus enemigos con objeto de oir sus argumentos, sino sus abjuraciones. Así, era ya obrar sobre un principio falso, edificar una obra sin cimientos. Daba por fijo y sentado el Concilio lo que los demás, es decir los enemigos de la Iglesia romana, combatian: hablaban en nombre de una autoridad que ellos negaban, y se daban el poder exclusivo de ser intérpretes de la Escritura, cuando era esto justamente lo que se llamaba el campo de batalla de las sectas disidentes. Así desde las primeras bulas de convocacion y las cartas exhortatorias á todos los príncipes, para que enviasen al Concilio sus representantes, envolvian ya la mas explícita reprobacion de las sectas protestantes. El problema era, pues, si las decisiones, declaraciones y rayos espirituales fulminados por los padres del Concilio, harian mas impresion en los ánimos de los protestantes que las persecuciones civiles, que los edictos á tenor de cuya letra eran castigados; si á su voz se sofocarian las guerras civiles que iban á estallar, y sobre todo si en los estados donde el protestantismo era ya el culto dominante, se cambiaria de religion despues de las decisiones del Concilio. La solucion de este problema no podia ser dudosa. Los protestantes mas moderados y deseosos de conciliacion, rechazaron estos argumentos que sin oirlos comenzaban por condenarlos: los príncipes que habian

adoptado esta secta, se negaron á enviar sus delegados; la reina Isabel de Inglaterra recibió el Breve de convocacion con altivez, teniéndolo hasta como un insulto á su persona, y á su carácter de jefe y cabeza de su Iglesia: los sectarios mas ardientes como los calvinistas de Francia y sobre todo los de Escocia, lo miraron como una profanacion, es decir que se verificó en todo y con mas violencia de oposicion y de pasion lo que habia tenido lugar veinte años antes, en la primera convocacion de aquel Concilio.

Hé aquí por lo que respecta á las sectas disidentes. En cuanto al Concilio como reformador de abusos introducidos en el seno de la misma Iglesia, no faltaban gravísimas dificultades. La curia romana no gustaba de concilios, como una declaracion tácita de la insuficiencia de su autoridad en ciertos lances de que no son omnímodas sus atribuciones. Los recientes de Constanza y Basilea habian tomado demasiado la mano en curar los males de la Iglesia para que Roma los recordase con mucha simpatía. Que existian abusos todo el mundo lo veia, y los bien intencionados lo lloraban. Que á estos abusos, á los vicios de la misma curia se debian en parte las escisiones, que tantos desórdenes causaban, tampoco era un problema para nadie. Mas sucede á ciertos males y abusos lo que á ciertas llagas que nadie se atreve á tocar; tal es la irritacion en que se encuentran. Todo el mundo hablaba de reforma; mas por una parte el amor propio, por otra hábitos inveterados, por otra el gusto del poder y de la represion se presentaban como obstáculos insuperables. Era por ellos mismos por donde debian comenzar estas reformas los principales padres y prelados del Concilio.

Los príncipes católicos, aunque en globo, querian una misma cosa, diferian en medios, en principios, en carácter. Catalina de Médicis, regente de Francia, gustaba de dominar una faccion por medio de la otra á fin de no verse subyugada por ninguna. El rey de España que queria las cosas con teson, que marchaba siempre por la línea recta, sin pararse en obstáculos, aspiraba al exterminio de los herejes, á que se restableciese en su pureza la disciplina de la Iglesia, á que se adoptasen medidas que impidiesen el nacimiento y la propagacion de ideas perniciosas. En su corte no habia facciones ni existia prelado alguno cuyos principios ó intereses se mostrasen contrarios á los suyos. No habia un cardenal de Lorena, con carácter de príncipe, dueño de inmensos beneficios, tan celoso por la conservacion de la Iglesia católica,

como descuidado en presentarse como sucesor de los apóstoles.

El Concilio se abrió en Trento convocado por el papa Pio IV en diciembre de 1562: fué presidido este por legados pontificios, medida que se adoptó igualmente como hemos visto en el Concilio anterior, para dejar bien puesta la autoridad del papa en la asamblea. Como no podia menos de existir la misma mezcla de lo político y mundano con lo religioso, se resintió el Concilio de las mismas desconfianzas, celos y rivalidades que en aquella se habian observado. Fué muy escaso el número de los padres que al principio concurrieron, y aun algunos de estos pidieron pronto permiso para irse, lo que les fué negado.

Pasó pronto el Concilio á negocios teológicos, y en la sesion quinta ó veinte y dos se decretaron algunos cánones sobre el Sacramento de la Eucaristía y comunion bajo ambas especies, una de las cuestiones mas ruidosas que en la Iglesia católica se suscitaron por aquellos tiempos. A esta sesion no asistieron lo prelados y los teólogos de Francia, cuya corte accedia de no muy buena gana, lo mismo que la otra vez, á la convocacion de aquel Concilio. El cardenal de Lorena que estaba á su cabeza y que se hallaba en el camino pidió demora que le fué concedida por tres dias. Algunos deseaban su venida contando con su apoyo: la temian otros teniéndole por contrario. Habiendo llegado al Concilio se mostró con mucha deferencia y respeto á sus decisiones, y fué uno de los que propusieron que se celebrasen solemnes rogativas por los negocios religiosos de Francia, pidiendo á Dios la libertase del azote de la herejía, que tal la lastimaba. Mas ni este cardenal ni los demás prelados y teólogos de Francia se mostraron adictos de corazon al Concilio por intereses y rivalidades políticas con otros soberanos de la Europa.

Con pretexto de lo malsano de Trento pidieron que se trasladase el Concilio á otro punto de Alemania; mas fué desechada esta proposicion por la mayoría, como sospechosa. En la sexta sesion ó veinte y dos, se continuaron las discusiones sobre la conveniencia de distribuir el cáliz á los legos y que excitaba los celos y susceptibilidades de los eclesiásticos. En 9 de diciembre de aquel mismo año se celebró otra sesion, donde se debatieron y decidieron varios cánones sobre sacramentos, disciplina eclesiástica, residencia de los prelados, jerarquía y subordinacion de las clases inferiores á las superiores.

Mientras tanto seguian las negociaciones ó pretensiones de muchos, de que el Concilio se suspendiese ó concluyese: los legados titubeaban, los prelados alemanes y españoles oponian á esta medida una grande resistencia. Por fin se zanjó el punto, y en plena sesion se acordó celebrar la última para diciembre de 1563. En otras dos ó tres que se celebraron antes de llegar este término se tomaron disposiciones y se decretaron cánones sobre muchos puntos, unos de dogma, otros de disciplina y gobierno de la Iglesia. Se dieron cánones sobre el purgatorio, las imágenes, las reliquias, la invocacion de los santos, el arreglo y reforma de los regulares; asunto que dió materia para hasta veinte y dos artículos; sobre las indulgencias, los ayunos, fiestas, catecismo, rezo, misales y breviarios; sobre la sujecion de los obispos á sus metropolitanos; sobre el nombramiento de estos prelados y asimismo de los cardenales, de los curas de almas, de los concursos para obtener estos curatos, en fin sobre todos los puntos en que los eclesiásticos y algunos reyes deseaban prontas decisiones para cortar de raiz los conflictos y desórdenes.

En efecto, en diciembre de 1563, se cerró el Concilio, y para mostrar mejor los padres su obsequio y dependencia de la corte de Roma, se decretó unánimemente que se diesen gracias al pontífice por su condescendencia en haber convocado la asamblea, dándosele el título de sumo pontífice de la Santa Iglesia Universal, lo que excitó aplausos y entusiasmo en el seno del Concilio y en Roma se recibió con mucho agrado.

Sea que este Concilio se llame continuacion del primero, como querian algunos y entre ellos el rey de España, sea que se le designe con el nombre de Concilio nuevo, fué menos teatro de intrigas y disputas que el antecedente. A excepcion de los de Francia, que hacian bando aparte, todos los demás manifestaron estar unidos por sentimientos de concordia. El rey de España, que deseaba con mas ardor que su padre esta asamblea, y se mostró asimismo mas adicto en todas ocasiones á la Santa Sede, ponia cuantos medios estaban en su mano, para que sus obispos y teólogos se mostrasen deferentes y tomasen un vivo interés en la reforma de los males de la Iglesia. A pesar de que varias veces obtuvieron los de Francia un puesto superior á los suyos propios, ahogó este resentimiento sin que hubiese influido en la lealtad y sinceridad de su conducta. Trabajó tambien mas este segundo Concilio que el pri-

mero, habiendo entrado en el exámen y decision de cuantos asuntos ofrecian reparo en el gobierno y disciplina de la Iglesia.

Fué recibido el Concilio de Trento en todos los estados del rey de España, en Italia, en la Alemania católica, en las Dietas de Polonia, en Portugal; mas no lo fué en Francia ni entonces ni despues, como habia sucedido con el Concilio antecedente.

CAPÍTULO XXV.

Asuntos domésticos.—Se manda observar lo dispuesto por el Concilio de Trento.—Concilios provinciales.—Recibimiento en Toledo del cuerpo de san Eugenio procedente de Francia.—Reconocimiento de don Juan de Austria.—Su educacion en Alcalá con el príncipe don Carlos y Alejandro Farnesio.—Venida á España de los archiduques Rodulfo y Ernesto.—Viaje de la reina á Bayona.—Reforma de algunas órdenes monásticas.—Santa Teresa de Jesús.—Carácter, prision, proceso y muerte del príncipe don Carlos.

Inmediatamente que concluyó el Concilio de Trento sus tareas, fué el primer cuidado de Felipe II mandar por un decreto la observancia mas estricta en todos sus dominios de cuanto en aquella asamblea se habia decretado. En Francia y algunas mas partes del mundo católico, no fueron sus decisiones admitidas; mas en España pasaron sin excepcion por poco menos que artículos de fe, y todas las de una aplicacion práctica, se pusieron inmediatamente en uso. Fué sin duda Felipe II el príncipe católico que con mas ardor trabajó y con mas eficacia porque tuviese efecto. Sin duda era el primero de todos ellos en ser y preciarse de ser un hijo obediente de la Iglesia.

Precisamente mientras duraban las sesiones del Concilio y á su terminacion, fué cuando estaba mas viva la pugna religiosa en Francia. La Inglaterra estaba tranquila, mas se agitaba mucho Escocia. Los Paises-Bajos se hallaban muy próximos á una gran conflagracion; mas antes de pasar á estas escenas de desórdenes y sangre,

nos ocuparemos de asuntos interiores de España y casi puramente de familia.

El rey trasladó su corte á Madrid como hemos dicho, y se ocupaba en dar á este pueblo la extension é importancia de una capital, que adquirió en efecto durante su reinado. En el de Carlos V no tenia la cuarta parte de la circunferencia y poblacion con que contaba en el siguiente.

Siguiendo el asunto de los acontecimientos domésticos de aquella época sin que lleven un rigoroso enlace cronológico, porque no es posible, pasaremos al del Concilio de Trento, cuyos decretos no solo mandó el rey por otro suyo que fuesen observado con rigor en todos sus dominios, sino que dispuso que se celebrasen concilios provinciales en todas las metrópolis, á fin de hacer recibir el general en la Iglesia de un modo mas solemne. Así se hizo en Toledo, al que asistieron los obispos de Córdoba, Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca y Osma; el abad de Alcalá la Real, el de Alcalá de Henares y otros: y al mismo tiempo por parte del rey y como su comisionado don Francisco de Toledo. En él se aceptó en todas sus partes el Concilio, y se hicieron estatutos saludables á fin de darle debido cumplimiento.

Durante la celebracion de este Concilio provincial en Toledo, tuvo lugar una fiesta y ceremonia de gran pompa. Deseaba aquel cabildo eclesiástico tener el cuerpo de san Eugenio que habia sido de sus primeros arzobispos y que se hallaba á la sazon en Francia: para lo cual suplicaron al rey y á la reina, interpusiesen su valimiento con su hermano. Condescendió el rey muy gustoso, y dió órden en Paris á su embajador para que en su nombre hiciese esta peticion al rey Carlos y á su madre. Se suscitaron no pequeñas dificultades para la concesion de esta gracia sobre todo por parte del cardenal de Lorena, abad de San Dionisio, donde el cuerpo se guardaba. Mas al fin se vencieron todas, y habiéndose trasladado y depositado con gran pompa en la catedral de Paris, se dijo al rey de España que podia enviar por él cuando gustase.

El cabildo de Toledo comisionó á uno de sus canónigos llamado don Juan Manrique para que pasase á Francia á encargarse del depósito. Se puso este encargado inmediatamente en viaje y llegó á donde el duque de Nevers habia ya traido el cuerpo del santo, metido en una rica caja y sellado por órden del rey Carlos. Así se hizo la entrega con toda solemnidad al encargado del cabildo de Toledo

por el mismo arzobispo de Burdeos, é inmediatamente don Juan Manrique regresó con él á España.

Llegó el cuerpo á Toledo cuando se hallaba allí reunido el Concilio y además la corte con los archiduques. Salieron á recibirle á la puerta de la Usagra (1) con el cabildo, el clero, las comunidades, las hermandades. Las calles se hallaban magníficamente colgadas y no faltaba ninguna de las demostraciones de un gran regocijo. El cuerpo se colocó allí sobre un altar con todas las ceremonias eclesiásticas. En seguida tomaron la caja el rey, los archiduques y demás señores, y echándosela á los hombros la llevaron en procesion hasta la catedral, á cuya puerta la recibieron los obispos y la pusieron en el altar mayor, terminando la funcion con toda pompa y ceremonia.

Uno de los grandes actos de la política interior y doméstica de aquella época, fué el reconocimiento público de un hijo natural de Carlos V, criado hasta entonces bajo un velo misterioso, de la reserva mas profunda. Era don Juan de Austria, destinado á ser tan famoso en nuestra historia. Habia nacido este príncipe en Ratisbona por los años de 1547. El verdadero nombre de su madre es un secreto para muchos. Se creia vulgarmente que no lo era la que pasaba por tal, y habia dado su nombre por salvar la reputacion á otra dama de mas alta esfera. Mas son estos puntos históricos, cuya dilucidacion importa poco. Cualquiera que haya sido la verdadera madre de don Juan, manifestó en todos los lances de su vida que era digno de tener por padre al monarca mas poderoso é ilustre de su siglo.

A la muerte ó mas bien á la renuncia del emperador, se hallaba este príncipe poco menos que en la infancia; mas Carlos V le habia recomendado eficazmente en su testamento al rey Felipe, quien en esta ocasion como en otras muchas, desmintió la acusacion, que le hicieron muchos, de ser ingrato y desconocido á la memoria de su padre.

Don Juan se educó primeramente en Alemania, bajo la direccion de Luis Quijada, confidente y privado del emperador: despues se le trajo á Castilla y lo tenia oculto bajo el traje de labrador en el pueblo de Villagarcía, que era de su señorío. En este traje se presentó á Felipe II por su disposicion en una cacería cerca de Valla-

(1) Ahora se dice de Visagra.

dolid y en medio de su corte. Al arrodillarse el muchacho lleno de la turbacion y temor que es natural, le levantó el monarca con bondad y le dijo con tono dulce y afectuoso: ¿Sabeis de quién sois hijo? Habeis debido el sér al emperador Carlos V, que tambien fué mi padre. En seguida le estrechó en sus brazos.

Así fué instalado en la corte y familia de Felipe II, don Juan de Austria. Reconocido por hijo del emperador recibió todos los honores y distinciones debidos á su orígen. Este reconocimiento, esta acogida tan cariñosa y tan solemne, no era menos honorífica para la memoria del emperador, que para el príncipe que era objeto de ella. Su mayor realce era para el rey, que tan buen hijo se mostraba.

Tres príncipes jóvenes casi de una misma edad se criaban entonces en la corte de Felipe II: don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y su hijo el príncipe don Carlos. En medio de los ejercicios á que se dedicaban como todos los nobles de aquel tiempo qué se destinaban á la carrera de las armas, quiso el rey que tomasen alguna tintura de las letras y con este objeto los envió á la universidad de Alcalá que era muy famosa en aquel tiempo. Allí cursaron algun tiempo, mientras bajo otro concepto completaban su educacion de príncipes y de caballeros.

Habia pedido Felipe II al archiduque Maximiliano, rey de Bohemia, y á su hermana María, le enviasen á España á los príncipes Rodulfo y Ernesto sus hijos, quienes habiéndose trasladado á Milan y de allí á Génova, llegaron en las galeras de Doria á Barcelona, donde se hallaba á la sazon el mismo don Felipe despues de haber celebrado cortes en Monzon. Recibió el rey con mucho cariño y agasajo á sus sobrinos, y despues pasó con ellos al monasterio de Monserrate donde asistieron á la fiesta de la Purificacion con toda ceremonia. De Barcelona á donde regresaron en seguida, partieron juntos á Valencia donde nunca habia estado el rey, y tuvieron un magnífico recibimiento. En seguida se dirigieron á Madrid donde se hallaba á la sazon la corte.

No dejó de dar que pensar la venida de los archiduques, y sobre todo la circunstancia de ser llamados por Felipe. Todos la consideraron como una consecuencia de lo disgustado que se hallaba con su hijo. A falta de este príncipe, eran herederos de Felipe los austriacos. Tal vez quiso el rey ponerse al abrigo de toda contingencia, y examinar por sus ojos el mérito de dichos príncipes.

Otro viaje (1565) se verificó despues, que aunque iguatmente de familia, tampoco dejó de encerrar intereses de importancia. La reina de Francia, Catalina de Médicis, deseaba mucho ver á su hija la de España. Para satisfacer estos deseos, concertaron tener una entrevista en la frontera de ambos reinos. Debia de ser el rey tambien del viaje; mas no pudo acompañar á la reina que se puso en marcha en abril, acompañada de don Juan Manrique de Lara, su mayordomo mayor, de los duques de Alba, Infantado y Osuna, y otros grandes señores de importancia. Despues se les reunieron el cardenal arzobispo de Burgos, y los obispos de Calahorra y de Pamplona. Casi al mismo tiempo que la reina de España partió de Madrid, salió de Paris el rey Carlos de Francia con su madre, su hermano y lo mas florido de la corte. El rey y su madre llegaron á Vidasoa, donde recibieron á la reina Isabel con todas las demostraciones de alegría. De allí se la llevaron á Bayona donde se hicieron grandes fiestas, con todo el aparato, gala y magnificencia.

El verdadero fin de la entrevista era político, y la situacion del calvinismo en Francia no era el objeto menos importante. Inmediatamente que se vieron en Bayona, se dió principio á las conferencias, y para que fuesen mas secretas se abrió un paso de comunicacion entre las viviendas de ambas reinas, á fin de que pudiesen verse sin manifestarse en público. Habia dado el rey sus instrucciones al duque de Alba y á don Juan Manrique de Lara, mayordomo mayor de la reina, la que estaba prevenida de no hacer nada ni dar el menor paso sin el consejo de estas dos personas. Lo que se trató entre estos personajes fué un secreto; mas todos y los mismos calvinistas presumian que ellos eran el principal objeto de las conferencias. Se trató entre ellas en efecto, de los medios mas eficaces de acabar con ellos. Y á lo que definitivamente fué adoptado, algunos mas príncipes, que no habian concurrido á Bayona, se adhirieron. Tambien se trató en aquellas conferencias de la boda del príncipe don Carlos con Margarita de Valois, hermana de la reina doña Isabel, y de la del rey de Francia con la infanta doña Juana, ninguna de cuyas cosas tuvo efecto.

La reina doña Isabel se volvió á Madrid terminada que fué la conferencia. Para concluir lo que nos resta de referir de su persona, diremos que el año siguiente de 1566, dió á luz en Balsain, junto á Segovia, á una niña que fué llamada Isabel Clara Eugenia, y que en el de 1568, despues de haber malparido un niño de cinco meses,

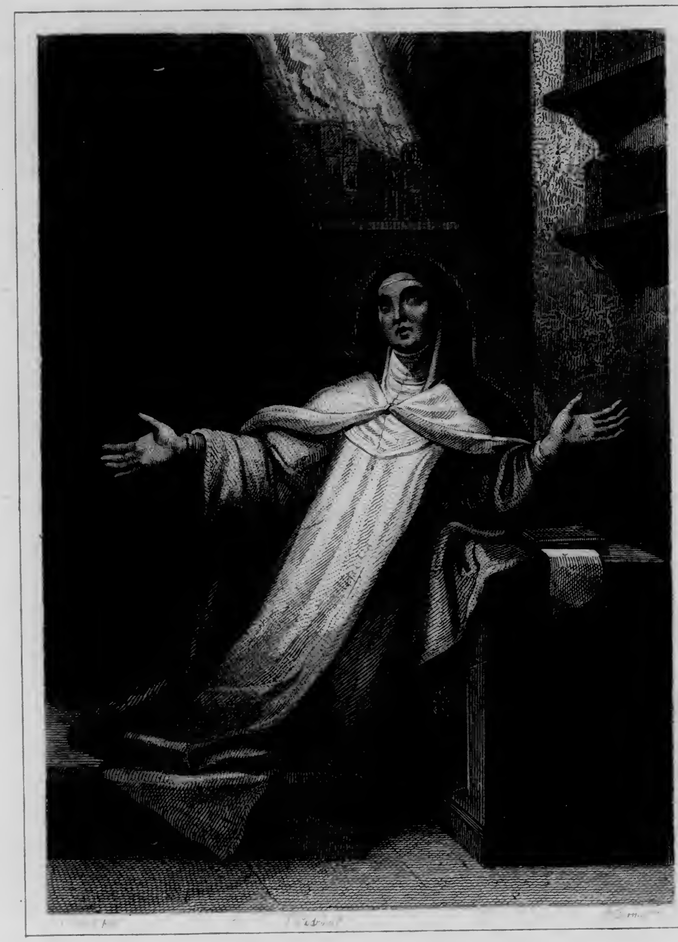
le sobrevino una maligna calentura de que falleció al cabo de muy pocos dias.

De esta muerte, que fué objeto de sospechas y calumnias, diremos mas en adelante.

Por aquel tiempo habia promovido el rey alguna reforma en ciertas órdenes religiosas que habian caido en relajaciones y en abusos. Hacia entonces mucho ruido Santa Teresa de Jesús por la fundacion de la órden de carmelitas descalzos, mostrándose muy celosa en llevar adelante aquesta obra. De la reforma de las religiosas, pasó á la de los religiosos en virtud de la bula que alcanzó del papa en 18 de noviembre de 1568. La ayudaron mucho en estas tareas varios religiosos penetrados de su espíritu, entre ellos san Juan de la Cruz, Fr. José de Cristo, Fr. Antonio de Jesús, Fr. Jerónimo Gracian, y otros que son bien conocidos por sus cartas. Con motivo de estas reformas, se hicieron otras en los mercenarios, trinitarios y agustinos.

Los nombres de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio lucirán mucho en el curso de esta historia. El del príncipe don Carlos estaba destinado á otro género de fama. Sobre pocos personajes se han emitido juicios mas diversos, y se ha ejercido mas lo que puede designarse con el nombre de pasion de historiadores. Circunspectos nosotros en un punto tan de suyo delicado y escabroso, seremos muy sobrios de palabras y circunscribiéndonos solamente á lo que resulte ser verdad con el conocimiento de los hechos. Concuerdan los españoles en pintar á este príncipe como flojo, desaplicado, de poca capacidad, caprichoso hasta rayar en maniático, de una edu-educacion muy limitada, mientras los muchos extranjeros le atribuyen cualidades opuestas, nobleza y elevacion de sentimientos, y sobre todo las mas vivas simpatías hácia la suerte de los habitantes de los Paises-Bajos. A estos sentimientos é ideas tan diversas de las de su padre atribuyen el odio de que fué objeto para este monarca, sus padecimientos, sus persecuciones y temprana muerte. Para hacerle enteramente un personaje de romances suponen que este odio de Felipe no procedia solamente de incompatibilidad de principios y opiniones, sino de celos por la inteligencia secreta en que se suponia al príncipe con su madrastra. ¡Y estos amores y la catástrofe que se supone produjeron, han dado alimento á las plumas de los historiadores como de los poetas, sobre todo de los dramatistas (1).

(1) Don Carlos, es una de las principales tragedias del célebre Schiller. A ser cierto lo que pone el autor en boca de su héroe, no hay lágrimas bastantes con que lamentar la suerte de un principe



S^TA^ TERESA DE JESÚS

Que el príncipe don Carlos haya sido un jóven desaplicado, obstinado, caprichoso, y de muy mal carácter, nada tiene de inverosímil, ni hay motivo de rechazar el testimonio de tantos historiadores que lo afirman. Que su educacion hubiese sido completamente descuidada, tampoco es un fenómeno. Hay que tener presente que los años mas preciosos para la enseñanza, sobre todo de la moral, los pasó fuera de la vista de su padre. Tal vez la princesa doña Juana no tenia el suficiente carácter y firmeza de ánimo para refrenarle. Es un hecho que habia disgustos y desavenencias entre la tia y el sobrino, y que el emperador cuando le vió en Valladolid en su paso para el monasterio de Yuste, quedó muy descontento de su conversacion y sus modales. Si es así, si el rey Felipe II no veia en la persona de su hijo las prendas y capacidad que naturalmente deseaba en su heredero, si tal vez fueron infructuosos los esfuerzos que hizo para corregirle y mejorarle, no es extraño que en su carácter severo no luciesen grandes sentimientos de cariño hácia un hijo que le daba tan pocas esperanzas.

¿Cuáles eran las ideas de don Carlos acerca de los Paises-Bajos? ¿Cuáles eran sus principios sobre el modo de gobierno que les convenia? Son muy difíciles de dilucidar aquestos puntos, ni es probable que en la cabeza tan poco madura de este príncipe, cupiesen proyectos bien serios y bien meditados, sobre todo en materias de política. Que trataba de ir á Flandes, que tenia el mayor interés en hacer este viaje, que se creia la persona mas á propósito en Flandes en el estado de agitacion en que aquellas regiones se encontraban, es histórico, confesado por los españoles. ¿Nació de él la idea? ¿No seria natural que le hubiese sido sugerida por enemigos de su padre? Si al ser este sabedor de su proyecto aprendió ó le fué apuntado por alguno que su hijo desaprobaba el sistema de gobierno que en los Paises-Bajos se seguia, y sobre todo que sus principios de religion no participaban de la inflexibilidad de los suyos; ¿se admirará nadie de que la frialdad que hemos establecido en la primera hipótesis, llegase á ser antipatía?

Pasemos al punto mas delicado y espinoso. El matrimonio del príncipe don Carlos con Isabel de Valois hija de Enrique II, fué un artículo del tratado de Chateau-Cambressis convenido y firmado por

---

tan desgraciado y benemérito. Es imposible pintar con colores mas negros á Felipe. La pieza interesa, pero no es verdadera. Habrá algunos toques fieles de la época; mas á excepcion del personaje del duque de Alba, hay exageracion y hasta desfiguramiento en todo lo demás.

entrambas partes. Los dos novios eran con corta diferencia de una misma edad, y aunque no se habian visto, es probable que tuviesen sus retratos. Antes de terminarse completamente las negociaciones, ocurrió la muerte de María, reina de Inglaterra, y Felipe II, al verse viudo, pretendió reemplazar á su hijo en el lance concertado. No fué un cambio que se le propuso; fué una sustitucion pedida, solicitada por el mismo, á que accedió el de Francia. La princesa Isabel era hermosa, amable y agraciada, y la prisa que se dió para solicitarla el rey de España, muestra bien que su posesion era á sus ojos de gran precio. ¿Seria pues extraño que el príncipe á quien se supone un jóven de pasiones fuertes, en todo el fuego de la primera edad, halagado desde un principio con la idea de la princesa, mirase en su padre el usurpador de su felicidad, y que el padre á quien no serian desconocidos estos sentimientos, considerase al hijo por lo menos como un rival, suponiendo que la reina misma no tomase parte alguna y fuese del todo indiferente y hasta ignorante de lo que pasaba por don Carlos? Todo es natural y verosímil. Los historiadores españoles nada dicen sobre el particular; mas su silencio no es una prueba de que no sea cierto, porque aunque lo fuese, no se hubiesen atrevido á publicarlo. Algunos de los extranjeros lo aseguran y llegan hasta asentar que era recíproco el amor de la reina hácia el hijastro. De todos modos aparecen pruebas y suficientes razones para explicar el desvío, las prevenciones y hasta el odio mutuo que existia entre Felipe II y el príncipe don Carlos. Los cortesanos, los historiadores de la época naturalmente habian de dar la razon al padre contra el hijo.

A ser ciertos muchos de los rasgos que algunos de ellos nos presentan de las extravagancias de este príncipe, se le debe suponer en un estado de demencia, y esto prueba que algun despecho violento, que alguna fuerte irritacion daba motivo á estos excesos. Se dice que una de sus diversiones favoritas era andarse de noche medio desnudo por las calles, y que en una ocasion habiéndole caido desde una ventana alguna cosa nada limpia, mandó en arrebato de cólera á uno de sus criados entrar en la casa, ponerla fuego y matar á cuantos habia dentro, órden que el criado se excusó de obedecer, alegando que estaban administrando el viático á un enfermo. En otra ocasion, pareciéndole que le estaban algo estrechos unos botines que acababan de traerle, los hizo pedazos menudos, obligando al zapatero que se los trajo á comerse algunos, y dando además un

bofeton á don Pedro Manuel, oficial de la cámara, por haberlos encargado así de órden de su padre. Otra vez por no haber acudido pronto don Alfonso de Córdoba, hermano del marqués de las Navas, á su llamamiento, cogió al gentil-hombre en sus brazos, jurando que le iba á arrojar por la ventana; amenaza que trataba de llevar á efecto cuando á los gritos de don Alonso acudieron algunos criados á salvarle. Un cómico, de los que llaman de la legua llamado Cisneros, salió desterrado de Madrid de órden del presidente Espinosa, y alegó este motivo al príncipe para no hacer papel en una pieza que don Carlos deseaba se representase en su casa. La primera ocasion que el príncipe vió al presidente, asiéndole con la mano izquierda y sacando un puñal con la derecha le dijo: ¡Con que no quereis permitir que Cisneros venga á mi servicio! Por vida de mi padre que os voy á matar en este mismo instante; mas habiéndosele puesto el otro de rodillas, lleno de turbacion y de terror le pidió perdon en términos que se ablandó y al fin le soltó el príncipe. Hallándose un dia en un bosque con su ayo don García de Toledo, porque este caballero trató de hacerle reconvenciones sobre su conducta, trató de apuñarle, lo que evitó don García huyendo á poner la cosa en noticia de su padre. Su conducta con el duque de Alba fué en el mas alto grado reprensible. Habiendo ido á despedirse del príncipe para partirse á los Paises-Bajos, le dijo este que solo á él pertenecia el encargo de ir á pacificar aquel pais, y que arrancaria la vida al que tratase de estorbárselo. Trató el duque de sosegarle, pero montando cada vez Carlos mas en cólera, sacó la daga y arremetió con ella al duque, quien se vió precisado á usar de su fuerza y de la de los demás que á sus voces acudieron para salir de aquel apuro.

Tales son los excesos que los historiadores de aquel tiempo refieren de don Carlos, todos sin duda muy dignos de castigo; algunos improbables, como el último y el del presidente Espinosa, pues no es creible que un monarca tan severo como Felipe, no hubiese castigado de un modo ejemplar semejantes atentados contra la misma dignidad y autoridad de su persona. Por último, llegó á sus oidos la noticia de que el príncipe trataba de escaparse á los Paises-Bajos, y que habia escrito cartas á varios príncipes de Europa pidiéndoles proteccion contra el mal trato de su padre. El director de correos le dió avisos de que se habian pedido postas para el príncipe. Trató entonces el rey de apoderarse de la persona de don Carlos. La no-

che del 18 de enero de 1568, se presentó en su cuarto acompañado de varios personajes de su corte entre otros del príncipe de Evoli y el duque de Feria; se apoderó de sus papeles y de sus armas, sin dejarle ningun instrumento con que pudiese hacerse daño, y se marchó en seguida asignándole su aposento por prision, y encargando rigoroso confinamiento al cuidado de los mismos grandes. Se señalaron seis familias principales para hacer este servicio, y de ellas dos personas velaban al príncipe á todas horas del dia y de la noche.

Así quedó preso el príncipe don Carlos. Hasta este acontecimiento, están casi de acuerdo los historiadores, tanto naturales como extraños. En lo que sigue se encuentran importantes variaciones. En cuanto á los primeros, ningun historiador habla de que se le hubiese formado causa, ni instruido averiguacion de clase alguna, sobre todo públicamente ó sea de oficio. Todos consideran esta medida como simplemente preventiva y correctiva. Si se tomó con este último objeto, produjo un resultado contrario al que se deseaba. En lugar de entrar en sí, y de refrenar la impetuosidad de su carácter, adquirió nueva irritacion y subieron de punto sus caprichos con el confinamiento. Pasaba dias enteros vagando desnudo por sus habitaciones sin querer comer, desquitándose despues en la intemperancia y voracidad que eran consiguientes. Era su delicia beber agua de nieve á todas horas, comer fruta verde, llevarse á su misma cama el hielo; síntomas todos del exceso de bílis que le consumia. Tan insensato régimen produjo sus efectos. Rechazó toda clase de alimentos saludables y aun las medicinas que le administraban para su estómago estragado, y habiéndose apoderado de él una calentura muy maligna, le anunciaron que se hallaba muy próxima su muerte. Dió entonces muestra don Carlos de volver á mejores sentimientos; deseó ver á su padre á quien pidió perdon y cuya bendicion obtuvo, y despues de haber recibido los sacramentos murió en la noche del 24 al 25 de julio del mismo año de 1568.

Adolece este relato del mismo carácter de exageracion que se nota en el de las extravagancias del príncipe antes de tomar su padre la providencia de encerrarle. No se concibe como encomendada su guardia á personas tan distinguidas y celosas, y con instrucciones tan particulares sobre el modo con que habian de conducirse, se permitia al príncipe una conducta que arguye un gran descuido por parte de sus guardadores. Tal es la de andar vagando desnudo

por sus habitaciones, la de ocultar nieve en su cama, y otros mas rasgos propios solo de un demente. Se puede sospechar que no atreviéndose ó mas bien no queriendo descubrir la verdad, trataron de cubrirla con el velo de esta clase de locura, dando toda la culpa al mas débil, al que habia sucumbido. Sin embargo, entre ellos se hallaba Cabrera, criado de la casa que asegura haber sido testigo ocular de todos los hechos que se refieren.

Una gran parte de historiadores extraños dicen que tan luego como fué preso el príncipe don Carlos, pasó su padre relacion de todo á la Inquisicion, donde desde aquel punto comenzó á formársele el proceso; que dicho tribunal, enemigo de la persona del príncipe por lo sospechosos que eran sus principios y sentimientos de católico, se mostró inexonerable hasta el punto de condenarle á muerte. Que se la presentaron al rey, quien fluctuó entre los sentimientos de padre y los que como rey católico debia al culto de Dios y de su conciencia; que se mantuvo algunos dias en esta cruel incertidumbre; que los inquisidores y personas graves de su consejo le hicieron presente su deber de mostrarse superior en semejantes casos á los sentimientos de la naturaleza; que al fin firmó el monarca la sentencia que se la comunicaron al príncipe á quien se dejó la eleccion del género de muerte, representándole en pinturas las varias entre las que tenia libertad de decidirse; que causó esta noticia en el príncipe una profunda impresion hasta el punto de prorumpir en execraciones contra su padre, tomando todos los ademanes de furioso; que permaneció en este estado algunos dias, por lo que no quisieron llevar adelante la sentencia por no exponer su salvacion, hallándose mal preparado; que al fin lograron calmarle é inspirarle sentimientos de resignacion, y que despues de recibidos los sacramentos con muestras de arrepentimiento y de piedad, cumplieron la sentencia de muerte dándosela por medio de veneno.

Todo esto pudo ser muy bien imaginado, mas no es cierto. Al príncipe don Carlos no se le formó proceso á lo menos, no fué su muerte efecto de la sentencia de un tribunal privado ó público. No intervino en el asunto la Inquisicion como algunos historiadores lo escribieron, como tal vez para la generalidad se admite hoy dia. Segun Llorente que estaba en el caso de conocer estas materias muy á fondo, se reduce todo el proceso que medió en el asunto á que el rey encargó el negocio á una junta ó comision formada á Doch entre cuyas personas figuraba don Diego Espinosa, presidente del

Consejo y Ruy Gomez de Silva príncipe de Eboli á quien estaba encomendada la custodia de don Cárlos. No se tomó declaracion ni confesion al presunto reo, y solo se atuvieron los jueces en las actuaciones al exámen de las cartas y papeles que le habian cogido. Les parecia tan grave la materia, tan fulminantes los cargos que de sí arrojaba, que tuvieron aquella causa como de muerte para el jóven príncipe. No atreviéndose pues á pasar mas adelante, se lo comunicaron á su padre, haciéndole ver al mismo tiempo que lo elevado de la persona del reo y otras circunstancias particulares podrian influir en la mitigacion de aquella pena, dado el caso que fuese su voluntad de que el proceso pasase por sus trámites legales. Respondió el rey que aunque con extrema repugnancia y reprimiendo los sentimientos de su corazon, no le permitia su conciencia mostrarse indulgente con su hijo de cuya capacidad, falta de instruccion, mala conducta é inclinaciones tan perversas no podian menos de seguirse grandes perjuicios en el reino. Añadió sin embargo que en el estado á que la enfermedad le habia reducido, podrian conducirse las cosas de manera que sin escándalo ni detrimento del honor del príncipe se llegase á obtener el efecto deseado.

Mientras tanto se agravaban los males del príncipe don Cárlos. La comision no pasó adelante en sus trabajos y no vino á conclusion alguna. Segun Cabrera escritor contemporánea, criado entonces de la casa, se administró al enfermo por su médico el doctor Olivares una purga que produjo malísimos efectos. Se anunció al príncipe la proximidad de su fin, y don Cárlos manifestó oirla con bastante compostura, recibió resignado los sacramentos y en los momentos de su agonía manifestó deseos de ver y reconciliarse con su padre. Acudió este en efecto á la cabecera de su cama la noche misma de su fallecimiento, mas no atreviéndose á dejarse ver del enfermo temiendo causarle una impresion demasiado viva le echó su bendicion por encima de los hombros del príncipe Ruy Gomez de Silva que tenia delante, con lo cual se retiró lloroso á su aposento. A muy poco rato despues terminó la existencia del desventurado príncipe.

Segun el mismo Llorente hay motivos para creer que habiendo manifestado el rey deseos de que terminasen los dias de don Cárlos, hicieron insinuaciones al doctor, quien con la administracion de la medicina se prestó á ser instrumento de la voluntad del Monarca. De algunas frases y reticencias del historiador Cabrera se puede sospechar que hubo algun misterio en la purga, mas todo esto no puede pasar de conjeturas á que se da mas ó menos fuerza segun el modo de pensar, las opiniones ó partidos á que perternecen los lectores. Es posible que hubiese mediado una intencion torcida en la administracion del remédio: tambien es muy probable que con purga ó sin ella hubiese muerto un enfermo que se hallaba en tal estado de irritacion que habia echado á perder el estómago con varios excesos y á quien aquejaba tan ardiente calentura, en lo mas recio del estío. De todos modos, aparece claro bajo cualquiera hipótesis que don Cárlos estaba condenado á no salir de su prision, y que acelerada ó no, fué autor de su muerte el mismo que lo habia sido de sus dias. De causa ó proceso no hubo mas que el incoado sin producir conclusion alguna. La Inquisicion no tuvo parte en el negocio si hemos de creer al mismo Llorente quien por el cargo que habia ejercido, debia saberlo muy á fondo. Por lo demás no es extraño que este suceso lamentable envuelto en sombras hubiese hecho en Europa tanto ruido y sido objeto de acusaciones é invectivas contra un rey poco querido de los principales católicos, objeto del odio de los protestantes. Así le acusaron muchos á boca llena de ser asesino de su hijo, y el príncipe de Orange le fulminó este cargo como cosa casi generalmente recibida entre sus correligionarios. Desde entonces fué don Cárlos una especie de personaje poético en Europa por las diversas composiciones tanto en verso como en prosa á que dió lugar no siendo pocos los dramas que á su trágico fin se consagraron. No es extraño que en todas estas producciones se desfigurase el carácter de don Cárlos y pasase por mártir de sentimientos nobles, de proyectos generosos y hasta de tolerancia religiosa á los ojos de los que tanto aborrecian á su padre. De estos ejemplos hemos vistos muchos. Nada es mas comun que erigirse los hombres en ídolos de la muchedumbre sin mas motivo que haber sido objetos de persecucion para los que eran blanco de su odio.

Para concluir con este triste asunto añadiremos solo que de la muerte de don Cárlos no se hizo ningun misterio en la corte de Felipe, que pasó como efecto simple de una enfermedad natural; comunicó la ocurrencia á todas las cortes extranjeras sin ningun rebozo; por último que las exequias fueron públicas con todos los honores, solemnidad y pompa corespondientes al heredero de la monarquía.

Tal fué el fin del príncipe don Carlos hijo, único varon entonces de Felipe. Sobre este suceso no haremos comentarios. Si atendemos al carácter y circunstancias de los dos personajes principales de este drama, á la índole de aquellos tiempos, á la reserva que era indispensable á sus historiadores, pocos puntos hay en todas sus relaciones que sean mas susceptibles de reparos. Mas dejaremos las cosas en su obscuridad y á la falta de datos, corresponderá la misma escasez de conjeturas. Mas cualesquiera que hayan sido los principales resortes de aquella máquina, aparece claro que no medió proceso, que el príncipe murió de enfermedad, sobre todo que no intervino en nada el tribunal de la Inquisicion como se ha hecho ver sobre las tablas del teatro (1.)

(1) Véase la citada pieza de Schiller. En la última escena entrega Felipe II á su hijo en manos del inquisidor general diciéndole: Cardenal, he cumplido con mi deber; cumplid ahora con el vuestro.

CAPÍTULO XXVI.

Fundacion del monasterio del Escorial. (1563.)

La serie y enlace de ciertos acontecimientos nos han hecho dejar atrás otros de data mas antigua, y otra cosa no puede ser en una historia que los abraza de un órden tan diverso. La observancia con vigor del cronológico produciria una relacion de cosas inconexas que sin presentar ningun interés confundiria al lector y fatigaria su atencion por lo mismo de estar tan dividida. No es la primera vez que hacemos esta observacion que no puede menos de ocurrir á cada paso. La muerte del príncipe don Carlos que nos condujo á lo que tuvimos que decir de su persona ocurrió en 1568. Cinco años antes tuvo principio la obra á cuya construccion consagramos este artículo; obra que constituye uno de los grandes episodios de la historia de Felipe II, aunque de un simple monasterio, imprime carácter en la fisonomía de un reinado tan fecundo en cosas grandes.

Se atribuye la fábrica del Escorial á un voto de Felipe durante la batalla de San Quintin, para que Dios le favoreciese en aquel lance; mas el rey no estaba en el campo de batalla, y sin duda ignoraba que se estuviese dando. Por otra parte habiendo tenido lugar en 1557, no se concibe que un rey tan religioso hubiese diferido el cumplimiento de su voto hasta el de 1563, hallándose en España desde 1559. Tambien se dice que labró este edificio para depositar en él los restos del emperador, segun lo habia encargado por su testamento. Ni en este testamento ni en su codicilo se encuentra

dicho encargo. Mas para erigir un grande y suntuoso mausoleo á Carlos V, no faltaban en España templos magníficos donde pudiera estar muy dignamente. No hay necesidad de buscar explicaciones á lo que se explica muy naturalmente. No era Felipe II el primer rey amigo de grandes monumentos de las artes. Concibió el proyecto de erigir un edificio digno del primer monarca de la cristiandad, al menos el mas rico de su siglo. Para unir su gusto por lo grande, con otras inclinaciones en él mas fuertes todavía, este gran edificio fué un convento.

Establecida la corte en Madrid, natural era que para este convento se escogiese un sitio cerca de la capital donde el rey pudiese inspeccionar su construccion sin descuidar las atenciones del gobierno. Consagrado el monasterio á una órden de religiosos, que no edificaban sus casas en poblado, habia que buscar un sitio solitario y algo agreste, y si se quiere inculto donde establecerle. La designacion del que efectivamente ocupa, parece una consecuencia de todos estos datos. Pais yermo, próximo á Madrid, buenas y abundantes aguas, inmensas canteras y demás materiales para la obra, casi á la mano, sitio calculado para el retiro y la contemplacion, era todo lo que podia apetecerse.

Decidido sobre poco mas ó menos el sitio de la fundacion, costó todavía gran trabajo el desmonte de terrenos y su desnivelacion para el asiento. Lo que hoy se llama el Escorial, es decir, el Escorial de Arriba donde el monasterio está situado, no era entonces mas que un terreno de jarales sin habitacion alguna, sin mas frecuentacion que el de la caza mayor que en estos parajes abundaba. Tuvo el rey tal empeño en llevar adelante su intencion con la mayor actividad que fué á alojarse en el Escorial que llaman de Abajo y de donde tomó su nombre el monasterio: allí permaneció varios dias sin ningun género de comodidad, y no solo él y los principales arquitectos sino tambien diferentes monjes que venian á hacer parte de la comunidad, pues primero hubo monjes que convento. En 23 de abril de 1563 se puso la primera piedra con toda la solemnidad posible, y veinte y un años despues, la última que fué en lo que se llama atrio de los reyes.

Es famoso el nombre de Juan de Toledo, y aun mas el de Juan de Herrera, su discípulo, arquitectos de la obra. Presentaron sus planos al rey, quien los aprobó con algunas pequeñas modificaciones, pues nada se hizo en el convento que no se sujetase antes al exámen y aprobacion de este monarca.



EL ESCORIAL.

De una observacion nos haremos cargo ahora, ó por mejor decir, de un género de impugnacion que algunos han hecho á la creacion de este grandioso monumento. Con las sumas, dicen, que ha costado el Escorial, se pudieran haber construido muchísimos caminos y canales, fertilizado el pais de los alrededores, fomentado la agricultura, y acrecer en todo los desarrollos de la industria. Así será sin duda, mas si son de gran peso aquestos cargos, se deberian igualmente hacer á todos los monumentos de las nobles artes, erigidos en todas épocas en tantos puntos de la tierra. Se deberia declamar contra los que mandaron construir las pirámides de Egipto y tantos magníficos objetos del arte en aquella region, cuyos restos nos sorprenden todavía. Se deberia censurar á los romanos tan pródigos en la fabricacion de templos, de columnas, de estatuas, de otros mil objetos de grandeza y elegancia: se deberia vituperar á los atenienses que en tiempo de Pericles sacrificaron tan enormes sumas para aquel estado tan pequeño, á convertir su ciudad en un museo de todo género de preciosidades de las artes: se deberian, pues, condenar todas las profesiones, todas las ocupaciones y distracciones de los hombres que no tienen por objeto la adquisicion ó fomento de goces materiales. La proscripcion de los arquitectos, de los pintores, etc., se deberia extender á los poetas, á los historiadores, á los que cultivan todo género de literatura, y aun á los sabios que hacen descubrimientos sobre materias que no son de una aplicacion inmediata y práctica á las necesidades de la vida. Las cosas por probar mucho, prueban demasiado; la experiencia y el conocimiento del hombre demuestran suficientemente que el hombre no vive solo de goces y comodidades materiales; que hay placeres de imaginacion y de la mente; que la contemplacion de un objeto grande de las artes, puede ser mas agradable para muchos que el manjar mas delicado y regalado. Dejemos, pues, cuestiones que hoy dia son vanas y por consiguiente inútiles.

El Escorial es lo que es. Es un hecho su magnificencia, cualquiera que sea el género á que pertenezca. Pudiera haber sido otra cosa; pudiera otro personaje haber empleado las mismas sumas en una cosa de mas utilidad, de mas goces materiales, de mas felicidad para las clases pobres é indigentes; mas está ya hecho, y tal cual es atraerá siempre á los curiosos, y será objeto de agradable contemplacion, de asombro y de estudio para los hombres que saben lo que son las bellas artes, y aun para el vulgo que no está iniciado en sus secretos ó misterios.

No entraré en la cuestion de cuál es la forma de edificios y órden de arquitectura mas propio y adaptable al culto religioso. Cuando los cristianos empezaron á construir templos públicos, adoptaron con poca diferencia la forma de los que entonces existian. Algunos pasaron del culto de los dioses de la gentilidad al del Dios de los cristianos, así como es hoy en Constantinopla mezquita principal la antigua basílica de Santa Sofía donde tenian su silla ó por decir mejor su trono sus patriarcas. Grandes y magníficos fueron los templos de la antigüedad. En nada les cedieron los que con el nombre de góticos se erigieron en los tiempos que llaman de la Edad media.

¿Cuáles son mas propios del culto? Es cuestion de gusto y sobre todo del tiempo y de la época. En la de Felipe II habia resucitado la arquitectura antigua con el nombre de Greco-Romana. Hacia ya mas de medio siglo que habia llegado á su terminacion la grande iglesia de San Pedro. La construccion del monasterio del Escorial por el gusto gótico hubiera sido un completo anacronismo. La clase de su arquitectura no era, pues, materia de eleccion; en cuanto á su magnificencia y majestad estaba ya decidida. Dotados de tan poca inteligencia en artes, entramos con cierta repugnancia en este artículo consagrado al Escorial, sobre cuyo monumento hay además noticias tan extensas y tan circunstanciadas. Mas dejar de mencionarle en una historia del reinado de Felipe II, seria mostrar suma ignorancia, ó un sentimiento de desden hácia una obra tan magnífica.

No intentaremos describirla. Su primera impresion sobre todo en la parte exterior es de una cosa meramente grande. A proporcion que se observa y se examina, aparece una obra acabada y magnífica, donde la sencillez compite con la seriedad, con la pureza de las formas. En el templo brillan la suntuosidad y gala del arte en su mas alta perfeccion: donde quiera que la vista se fija, encuentra la grandeza, la elegancia mas correcta y el lujo á donde pueden ir las nobles artes.

En todo el edificio, en las partes grandes como en las pequeñas, en lo principal como en lo accesorio, se ve el mismo carácter, grabado el mismo sello. Es muy difícil examinar con alguna atencion, vagar por aquella escalera, aquellos claustros, sin que la imágen del fundador llegue á tomar parte en aquellas impresiones. Hay muchas cosas inanimadas puramente físicas que llevan completamente la impresion de las morales. Tal vez serán ilusiones de la fantasía;

mas nosotros tan avaros de su lenguaje y mucho mas tratándose de historia, no nos parece que nos alejamos de nuestro objeto haciendo ver que en el Escorial están identificados el carácter, el genio de Felipe, y que su sombra parece que vaga todavía por aquellas bóvedas.

El Escorial fué para Felipe II la ocupacion, el pasatiempo, la distraccion, las diversiones y placeres. Entre las atenciones del gobierno y el Escorial, se dividió completamente su existencia. Aquí fué como el arquitecto principal y el director de sus trabajos. Le veia formarse y crecer piedra por piedra. Cuando se lo permitian sus ocupaciones era el primer sobrestante de la obra. Que era hombre de gusto é inteligencia en las artes, lo prueban las mismas obras que se construian todas como en su presencia. El arquitecto, el pintor y el escultor, todos la sentian igualmente. Naturalmente habria padecido sus equivocaciones y sido á veces injusto con el mérito artístico; mas de estos errores nadie se liberta. Se puede sin embargo decir de él con muy marcadas excepciones que conoció el precio del servicio y fué magnífico en las recompensas.

La situacion de un rey como Felipe II que construia un edificio como el Escorial, era sin duda bajo este aspecto afortunada. Su gusto por las artes; su aficion á lo grande y lo magnífico, el amor propio de monarca, de hombre de poder, sus sentimientos religiosos, todo estaba al mismo tiempo satisfecho: todo se enlazaba, se apoyaba y convergia hácia un mismo centro. Los principales artistas hermoseaban lo que era objeto de su devocion, quizá le daban nuevo pábulo. La casa que segun su expresion construia para Dios, sin duda le hacia á sus ojos mas grande y mas poderoso.

Era un espectácalo singular que mientras en Francia, en Alemania, en los Paises-Bajos y en Escocia, se despojaban, se dilapidaban y hasta se destruian completamente tantos templos, se construyese uno tan grande y tan magnífico en España. Sin duda ocurrió á Felipe II muchas veces esta idea, y tal vez la de reparador en esta época de destruccion, redoblaba su entusiasmo. La fama de la construccion del Escorial era muy grande en Europa en aquel tiempo, bajo el aspecto religioso. Bajo el meramente artístico era un certámen á donde eran llamados los primeros genios de aquel tiempo. A todos los buscó y acogió Felipe dignamente, los de casa como los de fuera. Las mas sencillas construcciones eran obras maestras, donde lucia la correccion del dibujo, la elegancia de las for-

mas. Los meros estantes de libros, los cajones de la sacristía, la cosa mas sencilla llama la atencion. ¿Y cuántos artistas no fueron necesarios para llenar y enriquecer aquella vasta mole de sus producciones? Asi el Escorial era hace poco uno de los primeros museos de la Europa. Algo ha desmerecido en estos últimos años sobre todo en pintura, cuyos cuadros mas preciosos han sido llevados á otra parte; mas prescindiendo de esta falta, es un grande y magnífico objeto de estudio para cualquiera que esté dotado de imaginacion y buen gusto.

Cualquiera que pudiese ser la satisfaccion del rey de España en la construccion del Escorial, debia de hallarse bien neutralizada con cuidados, inquietudes y disgustos. Precisamente por aquellos mismos años estallaban las guerras civiles en Francia, se conmovia de nuevo Escocia, se traducia en abiertos tumultos el disgusto de los Paises-Bajos, estaba el mismo rey empeñado en guerras con los moros de la costa de Africa, se preparaba la tempestad que iba á descargar su furia sobre Malta, y se presentaban anuncios de la rebelion de los moriscos de Granada. Con todos estos negocios, con todas estas regiones estaba mas ó menos enlazado el interés del rey de España. Es preciso recorrerlas todas para no dejar sin mencion nada de lo que pertenece á su reinado.

CAPITULO XXVII.

Estado de Francia.—Triunvirato.—Liga Hugonota.—Situacion de los dos partidos.—Desórdenes en Paris.—En las provincias.—Sublevacion de algunas.—Se toman las armas.—Estado de los ejércitos.—Estalla la guerra.—Sitio de Ruan.—Muerte del rey de Navarra.—Sitio de Orleans.—Asesinato del duque de Guisa.—Batalla de Dreux.—Treguas.—Renovacion de hostilidades.—Batalla de San Dionisio y muerte del condestable de Montmorency. (1561-1568).—Otra tregua.

No produjo, no podia producir el coloquio de Poissy, fusion ni aproximacion entre las doctrinas de los católicos y los hugonotes. Era bajo este aspecto una tentativa tan inútil como celebracion del Concilio en que se habian fundado tantas esperanzas. Tampoco habia introducido un espíritu de paz entre ambos partidos, el decreto de tolerancia que á favor de los hugonotes acababa de expedirse. A las sospechas de mala fe que cada uno abrigaba contra su contrario, se reunia la intolerancia que es tan comun en sectas rivales y contrarias, y á todo esto, el deseo de poder, la ambicion de la supremacía que por todos no se puede ejercer al mismo tiempo. En una época de minoría están mas abiertas las puertas á la ambicion, á los arrebatos, que en tiempos ordinarios. La reina Catalina de Médicis tenia mas astucia en su carácter y energía; los Guisas no poseian la misma influencia que otras veces, y aunque la ejerciesen, las cosas habian llegado á punto en que el rigor no era eficaz, ni la indulgencia remedio suficiente. Cada vez se manifestaba con signos mas visibles el odio y la intolerancia que animaban á los cató-

licos y á los hugonotes. En la masa del pueblo de Paris, predominaban los primeros. En algunas provincias, sobre todo del Mediodia, contaban mas votos los segundos. Eran muy comunes los denuestos y amenazas con que unos y otros se trataban mutuamente: tampoco eran raras las veces que venian á las manos y se exhalaba en violencias su celo religioso. Aquí eran los calvinistas interrumpidos en sus sermones, en sus cenas, en sus cánticos: allí se entraba á mano armada en las iglesias, donde se destruian todos los objetos del culto y se quebraban las imágenes. Fué profanada entre otras la de San Medardo de Paris, donde dentro de sus mismos muros se trabó una pelea que duró mas de media hora, con mucha efusion de sangre por entrabas partes. En una congregacion de calvinistas en Versy, en Champaña, entraron á mano armada los católicos, y sin respetar edad ni sexo, perecieron mas de sesenta personas por este acto de violencia. La mayor parte de estas violencias procedian de amenazas, de denuestos, de provocaciones por algunas de ambas partes. Las corporaciones meramente civiles como tribunales y municipalides participaban de la misma animosidad y la dejaban exhalarse en los actos mas comunes. Las provocaciones se reproducian por medio de la imprenta. Estaba inundado de folletos, la mayor parte de órden satírico, y las canciones populares en que sobresalen tanto los franceses no daban poco pábulo al ardor de la polémica.

En semejante estado de cosas, todos vieron lo inevitable de una guerra abierta. Solo á las armas tocaba decidir y fallar sobre esta gran contienda. Cada uno preparó las suyas y alistó sus fuerzas. Ya hemos dicho que los Guisas penetrados de lo grande del negocio, disponian medidas de accion y de vigor, y que el condestable de Montmorency, renunciando á todas sus relaciones con los calvinistas, se habia reunido francamente á su partido. Los Guisas, el condestable de Montmorency y el mariscal de San Andrés, formaron lo que se conoció despues con el nombre de Triunvirato. Formaron el proyecto de acabar el calvinismo en Francia por medio de las armas, unirse despues con los príncipes católicos de Alemania, para hacer lo mismo con los protestantes del Imperio. Ya entraban en sus cálculos las sumas cuantiosas de que podrian disponer con la confiscacion de los bienes de los señores calvinistas, y por este medio auxiliar mas eficazmente á los católicos de Alemania. El plan era grande y serio, formado bajo los auspicios y proteccion del rey

de España, quien por el órgano de su embajador ofrecia cooperar á él por todos medios.

Por los amaños de este embajador, recibió el Triunvirato un refuerzo en la persona de Antonio de Borbon Vendome, y que se titulaba rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret, representante de los derechos de sus antiguos reyes. Pertenecia este príncipe al partido calvinista; mas cambió por inconstancia de carácter, ó mas bien por promesas que se le habian hecho por el rey de España. Era el grande objeto de su ambicion poseer el cetro que habian empuñado los ascendientes de su esposa, para lo cual no omitia paso alguno que en su opinion podia serle conducente. Si no se le dió palabra de ceder la Navarra en su favor, se le hizo ver que se le indemnizaria con la isla de Cerdeña erigiéndola en reino en favor suyo. Mas lo que hubo de singular en este cambio de Antonio de Borbon, es que mientras se pasaba del bando hugonote al católico, se trasladaba su mujer de estas últimas filas á las otras.

Paris era el centro, el foco, el gran campo del catolicismo. La masa del pueblo aborrecia de muerte á los hugonotes, y en todas partes eran estos objeto de opresion y de violencia. Y eran tan enérgicos estos sentimientos, que los que se hallaban al frente de los negocios públicos, hallaron en ellos cuantos instrumentos se necesitaban para llevar adelante sus designios. Se trató de armar á los vecinos mas en estado de servir, y todos los llamados acudieron á la bandera con ardor y se equiparon á su costa. Temiéndose un efecto demasiado violento de la efervescencia popular, se mandó que todos los calvinistas reconocidos por tales saliesen en veinte y cuatro horas de Paris, bajo pena de muerte. A los meramente sospechados de herejía se les previno que se presentasen ante los delegados del arzobispo de Paris, y que allí abjurasen sus errores. El parlamento y la municipalidad estaban movidos de los mismos sentimientos. Por todas partes se extendian fórmulas de profesion de fe católica, y se removia de los cargos públicos á los sospechados de otros sentimientos. Se hallaba Paris tan lleno de entusiasmo, que se puede decir que era el pueblo el que imprimia el movimiento. El condestable de Montmorency mandaba las armas de la capital y de toda la provincia. Una noche que mandó tocar alarma para examinar el estado de vigilancia de la guardia cívica ó urbana, se halló que sin pérdida de instante acudieron todos á su puesto. De cincuenta mil hombres armados se podia disponer en sola una hora

al mas pequeño aviso. En pequeños y grandes, en todos era igual el entusiasmo.

Era el duque de Guisa el ídolo del pueblo de Paris, que le consideraba como el mas cumplido caballero, el mas valiente capitan, el campeon mas celoso de su culto. Era verdaderamente el jefe, el alma, el hombre de mas capacidad, de mas carácter y energía con que contaba el partido católico. Al frente del Triunvirato, es decir, de la liga católica, dirigia verdaderamente el gran movimiento social del que los destinos de la Francia dependian. Con él se entendian los principales jefes del partido: con él se consultaban los grandes negocios; á él se dirigian los embajadores de los príncipes católicos que promovian ó simpatizaban con su causa. Cuanto mas se acercaba el momento de una crisis, tanto mas necesaria y preciosa se consideraba su persona. Aunque no manejaba ostensiblemente las riendas del Estado, se hallaba la reina regente como abrumada del peso de su influencia y de su crédito.

Entabló entonces la reina una correspondencia secreta con el príncipe de Condé, hermano del rey de Navarra y jefe del partido opuesto, manifestando sentimientos de benevolencia y amistad á su persona, y lo agradecida que le estaba por su lealtad hácia la del rey que siempre conservaba. Respondió Condé que el mejor modo de no comprometer la autoridad del rey, era que se pasase con él á su partido como el solo que estaba animado verdaderamente de leales sentimientos; mas este era tambien un extremo que á la reina repugnaba. No queria echarse en brazos de un partido, sino dominarlos á todos, lo que era imposible en aquellas circunstancias. Para salir de este apuro, y por consejo del mismo príncipe de Condé, se salió de Paris y se retiró á Melun, llevándose consigo á su hijo, pareciéndole con este paso, manifestar que no tomaba parte en las violencias de los partidos. El ejército de los Guisas acampaba en las inmediaciones de Paris, mientras el príncipe de Condé reunió sus fuerzas para entrar en la capital á mano armada.

Se resintió el pueblo de Paris de la partida de la reina y del monarca, y le envió una diputacion diciéndola que su verdadero asilo era el seno de la capital, y ponerse á la cabeza de los católicos ardientes. La reina para manifestar que no tenia miedo á ninguno de los dos partidos se marchó á Fontainebleau con objeto de aguardar allí las proposiciones que los dos le hiciesen. Condé le ofrecia tomar á Orleans, y que allí se estableceria el centro del gobierno; mientras el rey de Navarra la instaba á que volviese á Paris, donde le serian restituidas las riendas del gobierno. Mientras vacilaba Catalina, se presentó este último príncipe de repente en Fontainebleau, y la obligó á segirle á Paris en compañía de su hijo. A los dos dias de viaje se apearon en el Louvre, y desde entonces se vió Catalina á merced de la faccion católica, dependiente en un todo de su impulso.

La guerra iba á encenderse, y los campos estaban completamente divididos. Se hallaban en el católico el rey de Navarra, los Guisas, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés. En el hugonote figuraban el príncipe de Condé, el almirante Coligny, su hermano Andalet y el señor de la Rochefoucauld. Era el duque de Guisa el director, el alma del primero: la misma importancia ejercia el almirante en el segundo.

No se durmieron los calvinistas mientras tan hostiles se les mostraban los contrarios. Al tener noticia del Triunvirato y liga católica, la denunciaron al público, y formaron una confederacion hugonota en contraposicion á la primera. Se establecieron sus bases en un manifiesto que dieron al público, pues en ninguna época los partidos que agitar pueden un pais, hicieron mas uso de la imprenta. Manifestaron los hugonotes que se ligaban y armaban para libertar al rey y á la reina que estaban en el poder y servian de instrumentos de venganza á sus implacables enemigos, que no permitirian en su campo ni crímenes, ni vicios, ni impiedades de ninguna especie; que nombraban por su general al príncipe de Condé como el primero de la sangre real despues de Antonio de Navarra que estaba á la cabeza de sus enemigos; que no dejarian las armas de la mano hasta poner en libertad al rey y á la reina, y asegurar para siempre la libertad de conciencia para los de la reforma.

Se acompañó este manifiesto de un sinnúmero de firmas y se esparció profusamente en todas direcciones. Condé le remitió á la nobleza, á los príncipes luteranos del imperio, á la reina Isabel de Inglaterra, á todas las personas de fuera del reino que podian tener simpatías por su causa. El almirante Coligny que estaba en correspondencia con 2,150 iglesias protestantes les dirigió tambien el manifiesto. Calvino, Teodoro Beza y los demás apostoles calvinistas exhortaban á los ministros; los ministros al pueblo. En todos se difundia el entusiasmo y el fuego de la guerra que tomaba el color de religiosa.

A estas manifestaciones acompañaban profesiones de fe en que se ostentaban principios del mas puro cristianismo. Se veneraba el Evangelio, se adoptaban todos los dogmas que se tenian como de fe en los primitivos tiempos de la Iglesia. Se respetaban y acataban los pastores y ministros que distribuian á los fieles el pan de vida y el de la palabra; rechazaban como una profanacion la autoridad del papa; admitian la cena del Señor en un sentido verdadero; se manifestaban amigos de la paz, enemigos de la efusion de sangre y toda clase de desórdenes. Tenian un grande interés los calvinistas de Francia de purgarse de la acusacion que les hacian los luteranos de Alemania de tener puntos de contacto con los anabaptistas.

Todo estaba en movimiento. La reina Isabel de Inglaterra no podia mostrarse fria espectadora de la lucha. Diferia en mucho la organizacion de la iglesia anglicana á cuyo frente se habia puesto, de la calvinista; mas los Guisas, los principales católicos que los favorecian, eran sus implacables enemigos. En el príncipe de Condé no podia menos de ver un aliado natural, y bajo este concepto, ajustó con él un tratado prometiéndole dinero y gente que le mandó en efecto.

Por la misma razon se dirigió el Triunvirato al rey de España, tan interesado en el triunfo de su causa, pidiéndole socorro y que enviase á su frente al duque de Alba, debiendo de entrar por la parte de Bayona. Tambien se le pedia que hiciese saber á la reina de Inglaterra que cuantos socorros diese á los calvinistas de Francia, se considerarian como actos de hostilidad á su persona.

Se dirigia Condé con especialidad á los nobles del Mediodia sobre todo á los de Bearne, donde el calvinismo habia echado mas raices desde los principios. Es un hecho que era mayor el número de los nobles de su parcialidad que de la contraria, sea por esta misma causa, por el odio que inspirase el Triunvirato, ó por los odios antiguos que se conservaban hácia la corte que los habia despojado de tantos privilegios. Tambien es un hecho que los hugonotes comenzaron á bullir antes que se moviesen los católicos. Los principales jefes tomaban el título de *jefe del ejército, alzado en el reino en favor del rey y de la religion y bajo la autoridad del príncipe de Condé, protector y defensor de la corona y casa de Francia.*

Impuso mucho al Triunvirato el aspecto hostil y medidas de defensa y ataque adoptadas por los hugonotes. Antonio de Navarra volvió á dar síntomas de su carácter vacilante. Entró en algun cuidado el mismo duque de Guisa, tan resuelto campeon de su partido, é indujo á la reina á que renovase el edicto de tolerancia del culto calvinista, con excepcion de Paris y sus alrededores. Mas el príncipe de Condé manifestó que no podia hacer caso ni dar crédito á ningun decreto emanado del rey, mientras no estuviese libre su persona.

El aspecto de las hostilidades que se iban á romper arredraban sin duda á las personas moderadas de los dos partidos. La reina negociaba y ponia en juego los intereses y sentimientos de familia. Antonio de Navarra era hermano del príncipe de Condé: el condestable de Montmorency era tio del almirante. Hubo pues de parte á parte mensajes, negociaciones; se celebraron hasta entrevistas; mas todo fué inútil, y esto por dos causas: primera, que estaban todos de muy mala fe y eran objeto de sospechas mútuas: segunda, que la parte exaltada, que constituia la masa de los dos partidos, no queria convenir; unos porque veian en la guerra un cebo de ambicion y de codicia; otros por mero espíritu de fanatismo é intolerancia religiosa. Una gran porcion de extranjeros, sobre todo suizos y alemanes aventureros, soldados de fortuna, habian acudido sin distincion á las filas de uno y otro bando, y eran de los que mas rechazaban la idea de haber hecho un viaje tan inútilmente.

La masa popular de Paris no queria composicion de clase alguna y se tomaban cuantas precauciones militares eran necesarias. Se aumentaba la guardia cívica. Se preparaban cadenas para tender por las calles en caso de aproximacion del enemigo. El parlamento apoyaba y fomentaba estos arrebatos de entusiasmo. Llegó el momento de dar por inútil la via de negociacion, y se encendió la guerra: declaró el parlamento de Paris rebeldes y traidores hácia el rey, á los calvinistas que con las armas en la mano desconocian su autoridad manifestada por el órgano de su madre la reina regente. Respondieron los hugonotes á esta declaracion con otra, tratándoles de que tenian encadenada la voluntad del rey y de la reina. Porque en esta grande época de discusion y controversia todo eran manifiestos y acriminaciones mutuas de injusticias, opresiones y crueldades que además de consignarse á la imprenta, tambien se exponian en pinturas y manifiestos grabados.

Cuando estalló la guerra se hallaban preponderantes los hugonotes en varias provincias sobre todo las del Mediodia. Tenian á su devocion las ciudades de Blois, Angers, Saumur, Mans, Poitiers,

Bourges, Meaux, Rheims, Syon, Chalon, Orleans, el Havre de Gracia, Valencia y Montalban.

Tomó aquella guerra el carácter de encarnizamiento y de ferocidad que se encuentran en las religiosas; en las luchas de aquel tiempo se renovaron con frecuencia. No conocieron freno alguno los hugonotes en el pillaje de las iglesias católicas, en la destruccion de las imágenes y cuanto no podia ser objeto de codicia. Hasta los sepulcros mismos fueron profanados. No les iban en zaga los católicos en castigos, en suplicios que imponian á cuantos hugonotes caian en sus manos. Nunca es mas feroz el hombre como cuando cubre las crueldades con un velo religioso, y se dice vengador de la deidad que está ofendida.

Montluc y el baron de Ardrets, el primero del partido católico, y de los hugonotes el segundo, se distinguieron á un tiempo por sus atrocidades, hasta el punto de considerarse sus personas como representantes de las pasiones de su bando respectivo. Y de estas atrocidades se gloriaban, presentándolas como hazañas de su celo religioso. Se presentaba el primero acompañado siempre de dos verdugos que se llamaban sus lacayos, daban los suyos al segundo el nombre de *Toro* porque con sus astas embestia y despedazaba cuanto se le ponia por delante.

Además de los aventureros extranjeros de que hemos hablado, entraban tropas armadas en favor de uno y otro bando. Se movieron por la frontera de Italia seis mil hombres entre italianos y españoles que enviaba el duque de Milan por disposicion del rey de de España. Habia declarado el nuevo papa Pio V religiosa aquella guerra, considerando á los hugonotes bajo el mismo aspecto que los antiguos albigenses.

La reina regente se manifestaba entonces muy adicta al partido católico; sea de corazon, sea impulsada por la necesidad, ó por la idea política que mas le dominaba en aquellas circunstancias. El duque de Guisa con la declaracion de la guerra se hallaba como en su elemento. Como el alma, como la cabeza y hasta el brazo derecho de su parcialidad, se le consideraba y respetaba.

Su primera operacion fué sobre Normandía, con objeto de oponerse de mas cerca al desembarco de las tropas que enviaba la reina de Inglaterra. Emprendió con las suyas el sitio de Ruan donde entró con alguna resistencia, haciéndose gran matanza en sus defensores y vecinos, y en cuantos eran acusados de hugonotes. La

misma reina regente asistió al sitio y á la toma de la plaza. Murió delante de sus muros de un balazo de arcabuz, Antonio de Borbon, rey de Navarra, personaje de poco mérito y que no fué sentido de ninguno de los partidos. Dejó este príncipe por sucesor á su hijo Enrique, príncipe de Bearne, que tomó el título de rey de Navarra y fué con el tiempo el famoso Enrique IV, primer monarca de la casa de Borbon que reinó en Francia.

Los protestantes perdieron en seguida á Blois, y el príncipe de Condé creyó poder reparar esta pérdida acercándose con su ejército á Paris, mas sin efecto. Tomar la plaza á fuerza de armas era un imposible; intimidarla, una quimera. Estaban los parisienses demasiado entusiasmados á favor de su partido para que les impusiese la presencia del jefe de los hugonotes. Al contrario, se rieron de lo que llamaban su fanfarronada, y le manifestaron que le miraban con desprecio.

Cada uno de los dos partidos recibió refuerzos extranjeros de hombres y dinero. En vano los hombres moderados de los dos tentaron nuevas vias de negociacion: los violentos y exaltados que eran los mas, arrastraban á los menos. Prevalecia en muchos el sentimiento y aun el horror á una discordia que impelia al hermano á derramar la sangre del hermano: los mas se dejaban arrastrar por este instinto brutal de sangre y de venganza, consecuencia natural del fanatismo religioso. En las llanuras de Dreux se dió entre los dos partidos una batalla sangrienta y encarnizada que duró ocho horas, mostrándose por entrambos el mayor denuedo. Quedaron en ella prisioneros el condestable de Montmorency, el duque de Nevers y el mariscal de San Andrés de los católicos, y el príncipe de Condé de los contrarios. En la opinion comun quedó la victoria á favor de los católicos; mas el hecho es que fué celebrado al mismo tiempo que en Paris, en Orleans, que se consideraba como la corte de los hugonotes.

Cualquiera que hubiese sido el partido vencedor, no fué la de Dreux una batalla decisiva. En lugar de preparar la paz, fué un motivo de encender mas la guerra. El duque de Guisa que era del partido extremo, viéndose sin la concurrencia del rey de Navarra y del Condestable, se hizo omnipotente y dominó como quiso los consejos de la reina. En el campo calvinista á falta del príncipe de Condé que era moderado, quedó el mando en Colingy y en Ande-

lot, del partido de Ginebra, que con nada se contentaban si no quedaban del todo dominantes.

Fué recibido el duque de Guisa en Paris como un vencedor en triunfo, con repique de campanas, salvas de artillería, rodeado de la muchedumbre frenética de que era el ídolo, que sus proezas ensalzaban. Quedó como abrumada la reina Catalina bajo el ascendiente de su preponderancia. Llegó á pedirle el duque de Guisa una patente de mariscal de Francia con el nombre en blanco para llenarle con el de la persona que mejor le pareciese, con otros mas de dignidades inferiores. Con el duque de Guisa se entendia todo el mundo, y en especialidad los embajadores de los príncipes católicos, que se interesaban y protegian su partido.

El duque de Guisa marchó poco despues á Orleans á poner el sitio de esta plaza. Delante de sus muros le aguardaba el puñal de un asesino que le hirió por la espalda mientras se hallaba el de Guisa ocupado en expugnar sus arrabales. Pasaba Juan Poltron por pertenecer á la servidumbre del almirante de Coligny, y aun acusó á este de haber inflamado el fanatismo del asesino por medio de agentes que le presentaron la accion como la mas grande y meritoria.

El golpe fué mortal; mas el duque no espiró hasta al cabo de tres dias que empleó en tomar disposiciones, hacer su testamento, y prepararse á la muerte como buen cristiano.

Fué este asesinato como un trueno para su partido; aun el contrario quedó como asombrado. Se levantó inmediatamente el sitio de Orleans, y quedaron como suspendidas y paralizadas las hostilidades.

Recibió Paris con un duelo universal los restos del que pocos dias antes habia sido objeto de tanto regocijo y entusiasmo. Se cubrieron de negro todas las iglesias, todas las corporaciones y comunidades salieron á recibir su cadáver, y con toda la pompa imaginable en tales casos fué acompañado á la catedral el carro fúnebre en todos los templos de la capital. A un mismo tiempo se celebraron sus exequias. Era Francisco duque de Guisa un gran personaje, como capitan, como político, sobre todo como hombre de partido. Nació sin duda para la revolucion y convulsiones en que hizo un papel tan distinguido. Sin su carácter dominante, sus grandes aspiraciones y energía acaso no hubiesen llegado las cosas tan á los extremos; y si las revueltas políticas se encendieron con el tiempo con un furor nuevo, fué tal vez porque dejó un hijo heredero de su audacia y de su genio.

Por el pronto se presentó su muerte como un medio de negociacion para el partido moderado. Era ya un obstáculo menos para llegar al objeto que tanto apetecia. No era difícil traer á un punto de conciliacion al condestable de Montmorency y al príncipe de Condé que se hallaban prisioneros. Se les puso en libertad, para atender mejor á las negociaciones. El grande objeto á que se aspiraba era la reconciliacion de la familia de los Guisas con la del almirante; mas se oponia á ello el proceso que se seguia en el parlamento de Paris, sobre el asesinato del duque, en que resultaba objeto de acusaciones el segundo. Al fin se vencieron mil dificultades; y en mayo de 1563 se publicó una tregua en que los dos partidos deponian las armas, en que se declaraba á todos buenos franceses, igualmente leales servidores del rey, y se renovaba el edicto de tolerancia del culto calvinista.

Habia sido la reina el agente y resorte principal de todas estas transacciones. Con una mano halagaba á Condé, á Coligny y á los de su partido, y con la otra á los huérfanos de Guisa. Para dar estabilidad á los negocios y quitar pretextos de ambicion á las facciones, se habia creido un gran expediente declarar al rey mayor, apenas entrado en catorce años. Mas habia echado el mal raices demasiado profundas, para que se le curase con semejantes paliativos.

Procedia mas bien la tregua de cansancio y de horror á la guerra que del verdadero sentimiento de paz y de concordia. La mas mala fe reinaba por entrambas partes. Ni los hugonotes podian ser objeto de amistad para la corte, ni sus jefes mirar sin desconfianza á los que se mostraban tan condescendientes tan solo por la fuerza de las circunstancias. El proceso seguido en el parlamento sobre el asesinato del duque de Guisa, llegó á sobreseerse despues de diferentes altercados; mas Coligny era hombre del partido extremo, y el duque de Guisa habia dejado hijos que se le parecian. Era por otra parte un error el pensar que la reconciliacion de las cabezas de partido produciria concordia entre las masas. No habia llegado el tiempo de bastante ilustracion para que pudiesen existir unidas dos religiones de una misma creencia, siendo de un carácter de culto tan diverso. Se mostraban los católicos de Paris intolerantes y enemigos encarnizados de los hugonotes como nunca. Los calvi-

nistas les pagaban hasta con usura la animosidad, y como sabian que eran los menos, estaban trabajados de inquietudes y temores de verse un dia víctimas de alguna traicion ó golpe imprevisto por parte de sus enemigos. El príncipe de Condé y Coligny recibian á cada momento noticias de sus secretos planes de exterminio. La intolerancia religiosa, los agravios recibidos, los odios de partido, todo contribuia á hacer la paz y tregua de menos seguridad que la hostilidad abierta. El partido moderado procedia con la mayor circunspeccion para evitar una ruptura, mas esto mismo probaba lo eminente que era. A las autoridades de los pueblos donde los hugonotes dominaban se les prescribia que se observasen en toda su plenitud los tratados existentes y el decreto relativo á tolerancia: donde eran los menos, se mandaba se procediese con la mayor circunspeccion por no ofender la susceptibilidad de los católicos, por no provocar actos de violencia.

La reina Catalina tan activa y hábil en neutralizar mutuamente las facciones á fin de no ser dominada por ninguna, que se veia libre del crédito de un hombre tan poderoso como Guisa, naturalmente propendia á inutilizar en todo lo posible la influencia del príncipe de Condé, del almirante y sus amigos. Y por mucho que se quiera suponer que se movia por motivos puramente mundanos y políticos, algo hay que atribuir á sus creencias religiosas. La regente era católica, sobrina de un pontífice, y en un equilibrio de otros intereses debia de inclinarse á trabajar en la destruccion del calvinismo. El rey de España, el papa, los príncipes católicos trabajaban de consuno en esta grande obra de la extirpacion de la herejía, y para Felipe II fué el gran negocio de toda su existencia. Ya hemos hablado del viaje á Bayona de la reina y del rey de Francia con objeto de tener una entrevista allí con la corte de España. Hizo el mismo viaje la reina Isabel, y aunque Felipe no pudo acompañarla, envió al duque de Alba quien llevaba comision de hacer sus veces.

La conferencia tenia un objeto político y nadie lo ignoraba. El grande objeto era tratar de los medios de echar abajo el calvinismo. El rey Carlos IX se le mostraba muy contrario. Catalina se habia echado en brazos del partido católico, y estaba muy agriada por algunos libelos de que habia sido objeto por parte de los calvinistas. En el viaje habia hecho muchas observaciones sobre el estado del pais, y tomado medidas indirectas para disminuir las fuerzas ma-

teriales y morales de los disidentes. Por donde pasaba la corte se suspendian las predicaciones de los calvinistas, y en ninguna parte dejaba el rey de manifestar su horror al ver las cruces derribadas, imágenes mutiladas, y demás signos de devastacion religiosa por parte de los calvinistas.

El carácter de este jóven príncipe, apenas salido de la infancia, se desarrollaba de un modo fatal para el partido calvinista. La mas fuerte antipatía se manifestaba en todas sus palabras y hasta en los gestos mas insignificantes de la impaciencia con que sufria el decreto de la tolerancia actual de que gozaban. Al rey Felipe II mostraba la mas grande deferencia, y de todos sus actos y pasos le daba la mas exacta cuenta. Sin su madre y el partido moderado del consejo que soñaba siempre con una amalgama de las dos facciones, no hubiese guardado consideracion ninguna con los calvinistas.

Fueron estos los consejos que dió el duque de Alba en las conferencias de Bayona. No andarse en contemplaciones ni en tratados con los hugonotes: acabar con ellos á toda costa aunque valiéndose del exterminio. Los consejos que daba en Bayona, eran los mismos que iba á practicar en los Paises-Bajos. Era la opinion de todos los católicos celosos, la del pontífice, la del rey de España, de cuantos veian en los herejes los enemigos de Dios y de los tronos.

A la reina de Francia pareció muy violento y sobre todo sumamente peligroso este medio expedito de que hablaba el duque de Alba. Los calvinistas permanecian organizados y armados como en tiempo de la guerra. La misma suspicacia en que vivian con respecto á las intenciones de la corte redoblaba su cuidado y vigilancia. A las conferencias de Bayona habian dado toda su importancia; y los consejos del duque de Alba se los suponian. El príncipe de Condé á quien acusaba de flojo su partido y hasta de connivencia en los designios de la corte, se habia vuelto á poner al frente de los suyos, y representaba sus intereses en cuantas ocasiones se ofrecian. Coligny, á quien llamaban el papa de los calvinistas, su hermano Andelot y los demás jefes, removian y se preparaban para nuevas luchas. La imprenta producia libelos y sátiras de acusaciones y recriminaciones por una y otra parte, y la reina Catalina no era la que se llevaba la menor parte en estas producciones de censura.

El partido moderado trabajaba con mejores intenciones que definitivos resultados. En el mismo acto de la reconciliacion que pudie-

ron conseguir entre el cardenal de Lorena y el almirante de Coligny, no quiso dar á este la mano el hijo primogénito del duque de Guisa. Al salir de la asamblea dijo al almirante el duque d'Aumale otro de los hijos: «¡Coligny! En nada de lo que acaba de pasar he tomado parte alguna; te desafio á tí y á los tuyos por el asesinato de mi padre.»

Por ambos lados se preparaban á una ruptura de hostilidades. Los católicos se organizaban en cofradías en defensa de la religion contra los ataques de los calvinistas. En Paris revivia la antigua exaltacion y espíritu de intolerancia de que se habian dado ejemplos tan terribles. Cada dia se daba algun decreto que restringia mas ó menos las concesiones anteriores hechas á los hugonotes. Se hacian venir de los cantones católicos suizos 6,000 hombres; y las tropas del duque de Alba, que á la sazon se dirigia á los Paises-Bajos costeando la Francia, se presentaban en la opinion como instrumentos de los designios de la corte ó mas bien del rey de España, quien pasaba en la opinion, por director y dueño de los consejos del de Francia.

Los calvinistas creyeron en estas circunstancias que no habia un momento que perder, y por via de precaucion tomaron las armas los primeros. Los nobles dejaron sus castillos y se pusieron en actitud hostil antes que la corte tuviese noticia de sus disposiciones; tal era el secreto que en sus actos presidia. Su proyecto fué el que tuvieron en el principio de estas turbulencias cuando la conjuracion de Amboise; apoderarse de la persona del rey y llevársela á su campo. La corte se hallaba entonces en Monceaux sin tener la menor sospecha del designio. Mas al saberse que se acercaba el príncipe de Condé á la cabeza de cuatrocientos caballos, se determinó tomar inmediatamente el camino de Paris, pues en ninguna parte podia estar el rey mas al abrigo de los hugonotes. Se pusieron en efecto inmediatamente en marcha, mas como el príncipe seguia la pista, se acogieron en Meaux los suizos recien llegados, quienes formando el cuadro colocaron en medio á la corte y la condujeron con toda seguridad á Paris, sin que el príncipe de Condé se atreviese á hacer ninguna tentativa.

La guerra estaba declarada, y se habia vuelto á apelar al fallo de las armas. La campaña fué muy breve y no produjo mas que una batalla; la de San Dionisio, á dos leguas de Paris, tambien perdida por los calvinistas. Terminó en ella su larga vida de mas de

80 años el condestable de Montmorency, hombre muy leal en el partido católico, por principios y carácter; mas no de grande influencia en los negocios de la corte. Como capitan, no dejó gran fama, mas sí como soldado valiente y experimentado. Era ya demasiado viejo para aquella época de violencias en que se necesitaba de impetuosidad y de tanta dosis de energía. En la corte no fué muy sentido; en prueba de lo cual atribuyen á la reina regente el dicho de que tenia que dar gracias al cielo por dos cosas: la primera, porque Montmorency habia vengado al rey de sus enemigos: la segunda, porque los enemigos la habian libertado de Montmorency. Mas pasa este dicho por apócrifo.

Las tropas calvinistas se retiraron hácia la frontera de Alemania, con objeto de recibir los refuerzos que de aquellos paises aguardaban. Legaron en efecto, mas su primer paso fué pedir el pago de lo que se les debia. La caja del ejército hugonote estaba exhausta; mas lo que solo se ve en guerras de esta clase, todos los individuos sin exceptuar clase alguna, hasta los ínfimos sirvientes, escotaron para satisfacer el pago de los alemanes.

Mas la reina habia vuelto á sus sentimientos pacíficos, y la idea de los horrores de la guerra la asustó de nuevo. Para impedir que los soldados alemanes pasasen adelante, se trasladó ella misma al mismo campo de los calvinistas y volvió á abrir el campo de las negociaciones. Se ajustó entre unos y otros nueva tregua. Se ratificó otra vez el edicto de tolerancia, y se concedió á los hugonotes lo que pretendieron; mas sin mas garantías que las palabras del tratado. Es incomprensible que los calvinistas tan suspicaces, que habian tomado las armas los primeros, se retirasen ahora cada uno á su casa de un modo tan tranquilo. Mas sin duda se creian los mas débiles. No era el amor de la paz; era el cansancio, la imposibilidad de hacer la guerra, el alma de estos tratados y avenencias.

CAPÍTULO XXVIII.

Estado de Inglaterra.—De Escocia.—María Estuarda.—Su matrimonio con Enrique Darnley.—David Rizzio.—Asesinato de este.—Asesinato de Enrique Darnley.—Bothwell.—Rapto de la reina por Bothwell.—Se casan.—Insurreccion.—Vencida la reina.—Su vuelta á Edimburgo.—Su cautiverio y destronamiento.—Se escapa.—Vuelta á ser vencida.—Toma asilo en Inglaterra.

Se hallaba á la sazon en un estado de tranquilidad Inglaterra, gobernada por Isabel con casi tanto despotismo como por Enrique VIII, mas con mayor inteligencia. Organizadora de su nueva iglesia, del que era el jefe y la cabeza, tambien se mostraba celosa de su preponderancia y hasta perseguidora de los que se movian fuera de su gremio. Mas conocia demasiado la tendencia del partido católico de su pais, y sus relaciones con los príncipes de su creencia para no fomentar las disensiones que promovian las controversias religiosas. Así protegia con armas y dinero á los calvinistas de Francia, aunque no participaba de sus opiniones, y con el tiempo extendió la misma mano auxiliadora de los Paises-Bajos. Sabia que los príncipes de la liga católica la aborrecian de muerte: era natural que por derecho de defensa propia los tratase de hostilizar por cuantos medios se hallaban en sus manos.

La misma era su política en Escocia. Aquí, además de sus intereses como reina, mediaba un sentimiento personal, que era el de su rivalidad con María Estuarda. No se borraba de su memoria que esta princesa no solamente se consideraba como su heredera, sino

que habia querido suplantarla. Bajo muchos títulos era objeto de su aversion, y no dejaba de aprovecharse de cuantos medios se le podian ofrecer de hacerle daño. El odio de las dos reinas era mutuo; mas en la época á que aludimos vivian ambas en la mejor inteligencia, al menos aparente. La de Escocia habia quitado de sus armas los blasones de Inglaterra, é Isabel parecia haber dado al olvido de sus agravios.

La situacion de la reina de Escocia era singular y acaso única. Nacida y criada en la religion católica, educada por los Guisas, de cuyas máximas participaba, iniciada en todos los planes de acabar con la herejía, gobernaba un pais donde la misa que mandaba decir en su oratorio era objeto de censura y hasta de escándalo. Y no solamente se declamaba contra su religion de lo alto de los púlpitos, sino que los ministros mas celosos creian de su deber el pasar á su palacio á convertirla. Diferentes conferencias tuvo sobre el particular con el célebre Juan Knox, quien no ahorraba ni lo vehemente de la exhortacion ni lo duro de las expresiones. Mas la reina se mostraba indócil, y no cambió de religion á pesar del celo de tantos misioneros; desaire que no le perdonaron nunca, y que influyó en sus destinos mucho mas de lo que ella misma imaginaba.

Era inaugurar su reinado de una manera extraordinaria, y aunque sin duda no le faltaba capacidad en materias de gobierno, se podia presagiar las veces que en mar tan borrascoso perderia sus rumbos. Sus mismas cualidades personales presentaban un grande embarazo para gobernar un pais que se hallaba en aquellas circunstancias. Todos los historiadores de aquel tiempo están acordes en dar grandes elogios á su hermosura, á su gracia, á las brillantes prendas que la distinguian, á su gusto por la literatura de su tiempo, por las nobles artes, sobre todo por la música, y hasta á los dotes de su entendimiento. Se concibe cuántos disgustos la dieron alguna de estas cualidades, sobre todo en sus verdes años, las rivalidades á que darian lugar, no siendo la menos peligrosa la que excitaba sin duda en el corazon de la reina su vecina.

Viuda María en la flor de su juventud, natural era que pensase en contraer segundas nupcias. A pesar de las intrigas de Isabel que aparentó tomar grande interés en el asunto, y que indicaba varios novios con el designio de que María se quedase sin ninguno, se fijó esta en la persona de Enrique Darnley de su misma edad y familia, pues descendia de una rama colateral de los Estuardos. Fué este

enlace sumamente desgraciado, y el primer eslabon de todos los infortunios de María. Era Enrique tan hermoso y agraciado de figura, como falto de capacidad y buen carácter. La reina le colmaba de bondades, y se habia esforzado todo lo posible para adornar su título de rey que habia adquirido por su matrimonio de todo el esplendor que le hiciera respetable. Mas sea que el príncipe tuviese esto por insuficiente, sea que aspirase á manejar las riendas del estado, sea por efecto de su mal carácter, se mostró ingrato á las atenciones de la reina, y no la trataba con aquellas atenciones y obsequio que su superior rango requeria. María era de carácter bastante fuerte para tolerarlo con dulzura, y como sucede en semejantes casos subió de punto la amargura del resentimiento mutuo, por faltar la prudencia de ambas partes; hubo momentos de reconciliacion y vuelta de ternura; mas el mal carácter de Darnley, altivo, presuntuoso, prevalecia siempre en tales altercados. La reina era reina, y al fin se cansó de la sociedad de un hombre que ni le mostraba cariño como á mujer, ni respeto como á reina.

Tal vez habria mas causas para esta clase de ruptura. Es imposible penetrar ni registrar bien el laberinto de intrigas, de chismes, de embustes que por lo regular pululan en las cortes. El marido era de poco entendimiento, suspicaz, violento; la mujer era reina, llena de gracias y hermosura, no muy reservada en las palabras ni circunspecta en obras que se podian traducir siniestramente. Darnley que se veia privado de su confianza, que no estaba ya en su intimidad, concibió sospechas de tener un rival, y estas recayeron en un extranjero llamado David Rizzio.

Era este David Rizzio un italiano que habia llevado en su comitiva un embajador á Escocia. Poseia entre otras habilidades la de buen músico, y en esta capacidad se habia hecho distinguir en algunos conciertos dados á presencia de María. Habiendo agradado y considerándosele útil para los conciertos privados que se daban en la habitacion de esta princesa, pasó á la marcha del embajador á su servicio. Como además de su habilidad en la música poseia algunas lenguas extranjeras, le hizo María su secretario particular para su correspondencia con Francia y otras partes. Le daba este cargo de confianza ocasiones de entrar frecuentemente en el despacho de la reina, quien le trataba con cierta familiaridad creyéndolo tal vez de poca consecuencia; mas algunas cortesanos llevaban esto muy á mal y se indignaban de ver á este extranjero de baja ex-



MARÍA STUARDO

traccion llevar pliegos á la firma de la reina. Otros solicitaban su favor con motivos de pretensiones que tenian en la corte, y el italiano hizo alguna fortuna con los presentes que su valimiento y servicios producian.

Algunos advirtieron prudentemente á la reina de las murmuraciones á que daba lugar esta privanza, y de los peligros á que al mismo interesado le exponia; mas la reina contestó que no trataba á Rizzio con mas familiaridad que al secretario su antecesor, y que era dueña de tratar con alguna distincion al que útilmente la servia. Mas cualquiera que fuese la ligereza de la reina en conducirse y expresarse así, ninguno concebia sospechas sobre la naturaleza de sus relaciones, ni la edad, figura y demás cualidades personales de Rizzio daban lugar á suponer posibles tan bajas inclinaciones en María.

Del favor de este mismo Rizzio se habia valido Darnley en el tiempo de sus obsequios á la reina, como de una persona que tenia medios y ocasion de hacer su mérito recomendable. Se interesó en efecto el italiano por el jóven pretendiente, lo que prueba que semejantes sospechas no existian. Para los que mas censuraban, era un favor mal colocado, una privanza de que el extranjero no era digno.

De este Rizzio concibió al fin sospechas el jóven rey en su despecho, teniéndole por un rival favorecido. Otros motivos además incendiaban la llama de su resentimiento. Como Rizzio habia favorecido y recomendado las pretensiones de Darnley, se habia atrevido alguna vez á afearle, aunque en términos respetuosos, su conducta hácia la reina. Para estos motivos y por sospechas de influir María para que no le hiciese partícipe de la autoridad real á que el príncipe aspiraba mortificado de llevar un vano título de rey, concibió contra el italiano un odio mortal que tuvo los mas funestos resultados.

Comunicó Darnley á sus mas íntimos amigos los motivos de sus sospechas y resentimientos. Habiendo tomado todos interés en su elevacion, y mirándolo como hechura de su parcialidad. meditaron proyectos de venganza. El resultado de la deliberacion fué el proyecto de asesinar á Rizzio. Pensaron unos en que fuese en su casa, otros á la salida de palacio. Mas el príncipe declaró que no se daria por vengado suficientemente, si esto no tenia lugar á vista y presencia de la misma reina. Así se acordó por todos. Tal era todavía

la ferocidad de aquellos tiempos, y la brutal estupidez de Darnley, que no tuvo reparo en ofrecer este espectácula á su esposa embarazada de seis meses.

El 9 de marzo de 1566 se hallaba la reina cenando en un pequeño retrete próximo á su alcoba, con Rizzio, la duquesa de Argyle y dos ó tres personas mas, cuando sin pasar recado se presentó de repente Darnley sin saludar á nadie, clavando con ferocidad sus ojos en el italiano. Le seguia el lord Ruthven que acababa de levantarse de la cama donde estaba enfermo, y otras pocas personas mas, pero todas con armas. «Deja ese sitio de que no eres digno,» dijo Ruthven encarándose al pobre Rizzio que en aquel apuro imploró el favor y proteccion de la reina asiéndola de la falda del vestido, mas Darnley le separó de su lado con violencia. Entonces se echaron sobre él los conjurados. Guillermo Douglas le dió allí mismo una estocada con su daga; mas arrastrándole en seguida á un cuarto inmediato, le dejaron cadáver con cincuenta y cinco puñaladas. En vano interpuso la reina sus llantos, sus ruegos y sus gritos. Cuando vió que eran inútiles recobró su semblante sereno, y les dijo: ya no tengo que pensar mas que en venganza. El conde de Morton que por su destino debia velar por la seguridad, habia colocado una guardia de 160 hombres á la puerta del castillo, para poner á los asesinos al abrigo de cualquier peligro.

La reina se salió inmediatamente de Edimburgo y se dirigió á Dumbar, donde se reunió con algunos fieles servidores, con cuyo auxilio levantó un ejército de 8,000 hombres mas que suficiente para sujetar á los asesinos de Rizzio y á sus cómplices. Se vió esta faccion abandonada desde los principios por el mismo Darnley que arrepentido de su accion tuvo la debilidad de volverse al lado de la reina. Los demás viéndose perdidos se dirigieron á las fronteras de Inglaterra. En el camino se encontraron con los condes de Murray, de Argyle, y demás desterrados en este último pais que confiados en la conspiracion contra Rizzio se volvian á Escocia.

La reina, por no verse con tantos enemigos, perdonó al conde de Murray y sus compañeros con la condicion que se habian de separar de los intereses de Morton y los suyos. Esta proposicion surtió sus efectos, y así, mientras Murray y sus amigos volvian de sus destierros, pasaban los cómplices del asesinato de Rizzio á ocupar los puestos que dejaban los primeros.

La reina y su hermano el conde de Murray tuvieron una entrevista en la que con todas las muestras de cordialidad y de cariño se dieron mutuamente explicaciones y hasta derramaron lágrimas. No habian nacido ambos para odiarse, para pertenecer á dos distintos bandos; mas en aquella época de intrigas y revueltas, á cada uno arrastraban pasiones é intereses del momento. Murray era ambicioso y dominante: la reina, aunque no de capacidad, carecia muchas veces de prudencia.

Hasta entonces habia incurrido muchas veces María Estuarda en la censura pública por la ligereza de su carácter, poca circunspeccion en sus palabras, y ninguna reserva y detenimiento en muchos de sus actos. Católica, y con tan estrechas relaciones con los príncipes católicos, era un objeto de prevencion y hasta de horror á los ojos de los rígidos presbiterianos. Mujer hermosa, llena de gracias y atractivos, debia de ser blanco de envidia y rivalidades. Mas habian respetado generalmente todos su reputacion, y pasado sin mancha de criminalidad, sus conexiones. En adelante fueron las censuras de otra clase; y si no hubo pruebas bastante positivas y evidentes para condenar, tratándose de absolver, faltó hasta el apoyo débil de las probabilidades.

Hizo la reina firmar á Darnley un documento público en el que aparecia no haber tenido parte en el asesinato de Rizzio, rasgo de debilidad que aumentó el descrédito de que era objeto. El proceso del asesinato continuaba. De siete procesados, solo perecieron dos en un suplicio. Se supone que no pasó adelante el rigor, porque muchos acusados se excusaban con la connivencia del rey, y alegaban sus mismas órdenes para la consumacion del acto.

Quedaron bajo el mismo pié las relaciones del rey y de la reina que al principio. Se acercaron uno á otro, mas sin verdadera reconciliacion, ni muestras de pura simpatía. Siguieron las mismas quejas, las mismas acriminaciones; por parte de Darnley, por ser objeto de poca consideracion; por la de la reina, por no serlo de atenciones y respeto. Las grandes quejas del esposo consistian, en que no se le daba participacion en el poder, para el que los partidarios de María alegaban no tenia capacidad de clase alguna. Es muy difícil averiguar de qué parte está la razon, y dónde el agravio, tratándose de disensiones de un género tan delicado. Es probable que la falta fuese de ambos. La presuncion, la incapacidad y carácter violento de Darnley no eran objeto de duda para nadie. Se puede sospechar en vista de lo que ocurrió despues, que la poca

prudencia de la reina dió pábulo y nuevo realce á estos defectos. De todos modos es un hecho que vivian como separados, y que ni aun el nacimiento del príncipe que se verificó dos meses despues del famoso asesinato, restableció las relaciones de amistad entre los dos esposos.

El rey, viéndose sin ninguna consideracion y tan decaido en el concepto público, trató de abandonar la Escocia y de trasladarse al continente; mas trataron de disuadirle de este proyecto sus parientes, y la misma reina no quiso permitirlo, conociendo que iba á imprimir una mancha en su reputacion, y que podia hacer dudar de la legitimidad del príncipe. Se quedó Darnley en Escocia, por su desgracia, sin que el mismo hecho de renunciar á su proyecto hubiese producido cambio alguno en el estado de sus relaciones con la reina.

Apareció entonces sobre el horizonte de la corte un nuevo favorito de María, mas de clase muy diversa de la del músico italiano. El conde de Bothwell era católico, habia tomado el partido de María de Guisa en los disturbios anteriores, y presentándose siempre al lado de su hija en todas sus reyertas con los nobles. Era hombre ambicioso, altivo y arrogante, de costumbres licenciosas, muy propio para jefe de parcialidad, objeto para algunos de favor; para muchos mas, de envidia y odio. Se hallaba entre ellos el conde de Murray, quien lo hizo desterrar acusándolo de haber querido asesinarle; mas se le alzó el destierro cuando salió del mismo modo el conde de Murray por haber incurrido en el odio de la reina. Conservó siempre Bothwell sus sentimientos de fidelidad á María; cuando el asesinato de Rizzio, la acompañó en su fuga de Edimburgo, y la ayudó á levantar el ejército con que echó del reino al conde de Morton y á sus cómplices. Correspondia la reina á estos servicios de celo y de fidelidad, y en su tratado con el conde de Murray, estipuló como una condicion que su hermano no habia de volver á perseguir judicialmente á Bothwell por intencion de asesinato, á lo que accedió aquel con aquella mala fe que caracterizaba todas estas transacciones.

El conde de Bothwell fué nombrado gobernador del castillo de Dumbar, y del Hermitaje en Liddisdale, dos puestos que por su localidad se consideraban entonces de muchísima importancia. Entonces fué cuando apareció muy alto en el favor de la reina, y los enemigos de esta comenzaron á acusarla de sus relaciones crimina-

les con su nuevo favorito. Comenzaba en la corte y aun en todo el reino á suscitarse contra ella una terrible tempestad que provocaba su fatalidad ó la imprudencia de sus consejeros. La reina de Inglaterra, la mas poderosa é implacable de todos sus rivales, no era la que menos atizaba esta tea de suspicacia y de discordia. A tal punto llevaba su animosidad contra María, que manifestó la mayor pesadumbre cuando supo que habia dado á luz un hijo. Era extraño que Isabel, que no se casaba porque no entraba en sus designios, se hubiese mostrado tan contraria al matrimonio de la reina de Escocia, y que tuviese tanta envidia á su fecundidad cuando estaba en su mano el imitarla; mas tales son las contradicciones de la especie humana. Una de las cosas que mas odiaba la reina de Inglaterra era que le hablasen de herederos, y el saber que los tenia. Lo era la reina de Escocia; tambien lo era, y aun en un grado mas inmediato, su marido. Reunia el recien nacido los derechos del padre y de la madre. En efecto, fué heredero de Isabel, habiendo subido al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo I, á su fallecimiento.

Pero el mayor enemigo de María era ella misma: eran su ligereza, su indiscrecion, el ningun conocimiento de su propia situacion como mujer y como reina. Si sus relaciones con Bothwell no eran criminales, todas las apariencias deponian contra ella. En su cualidad de gobernador del Hermitaje, era la obligacion del favorito recorrer el valle de Liddisdale donde varios foragidos se abrigaban. Sucedió que en una de estas excursiones entró Bothwell en combate personal con uno de ellos, de cuyas resultas fué herido, habiendo tenido al mismo tiempo la suerte de matar á su adversario. Llegó la noticia á oidos de la reina que se hallaba á la sazon ó estaba para llegar á Jedburgo distante del castillo del Hermitaje como unas veinte millas (cinco leguas españolas). Pasó la reina á caballo á visitar á Bothwell, que se hallaba en cama de resultas de su herida. Fué mirado este favor como una muestra positiva de la naturaleza de sus relaciones con el conde. Alegaban los partidarios de María que la vista no habia sido precipitada; que habian mediado mas de ocho dias entre la noticia recibida y dicho viaje; que la reina se habia vuelto en el mismo dia sin hacer mansion alguna, con otras circunstancias atenuantes; mas aun cuando pudiesen entonces disipar algunas impresiones, cada vez las fortificaban, igualándolas con la certidumbre los mismos acontecimientos.

La reina cayó enferma entonces de la fatiga, segun algunos, de

aquel viaje. Darnley, que se presentó á visitarla, fué tan friamente recibido que tuvo que volverse al dia siguiente. Con esto no hacian mas que agravarse las sospechas. De la mala inteligencia en que vivian, cada momento se veian testimonios nuevos. Los mismos confidentes de la reina estaban tan persuadidos de ello, que le propusieron el proyecto de un divorcio, y á la cabeza de este plan se hallaba Bothwell; mas á la reina repugnaba dar un paso que seria perjudicial á la legitimidad de su hijo, por lo cual fué necesario renunciar á la medida. Entonces recurrió el favorito al plan del asesinato.

La reina, que tan implacable se habia mostrado contra el conde Morton y demás cómplices en el asesinato de David Rizzio, los perdonó á todos, á excepcion de Douglas, que le habia dado la primera puñalada, y de resultas de este acto de indulgencia volvieron á Edimburgo. Se dió este paso por sugestiones del mismo Bothwell, quien se estrechó con Morton á pesar de sus antiguos odios. Con él trató de sus planes de asesinar al esposo de la reina, como lo confesó el mismo Morton á la hora de su muerte, aunque negando que hubiese tenido parte alguna en la perpetracion de semejante alevosía.

Mientras tanto se celebró con toda solemnidad en Edimburgo el bautizo del príncipe de Escocia. Se presentó en la ceremonia el olvidado y ya oscurecido esposo de la reina, sin que nadie hiciese caso de él, y despues de permanecer algunos dias sin tomar parte en los festejos se marchó á Glasgow, á casa del conde de Lenno, su padre, donde cayó enfermo de viruelas. Cuando lo supo la reina pasó á hacerle una visita. Los dos esposos tuvieron una entrevista bastante afectuosa y dieron muestras de reconciliarse. Muy poco despues dejaron juntos á Glasgow y se dirigieron á Edimburgo. Mas á Darnley no se dió habitacion en el castillo por temor de que con sus viruelas infestase al príncipe. Se alojó pues en los arrabales de Edimburgo en una casa aislada llamada Kiok of the Field, adonde la reina iba casi diariamente á visitarle, y á veces á pasar allí la noche entera.

En una de enero de 1567 pasó en su habitacion hasta las diez, y se retiró á palacio con objeto de asistir á un baile de máscaras que se daba para celebrar las bodas de una de sus damas. Pasada media noche entró Bothwell con llaves falsas en Kirk of the Field y puso fuego á una mecha que conducia á una porcion de pólvora colocada debajo de la habitacion del príncipe. Hecho esto, se salió afuera observando desde alguna distancia el progreso de la operacion, y aguardó á cada momento el resultado. Retardándose este mas que su impaciencia permitia y temiendo que se hubiese apagado sin hacer efecto, envió á uno de sus confidentes para que de nuevo la encendiese; mas este volvió pronto diciendo que no se habia apagado y continuaba su camino hácia la pólvora. A las tres de la mañana una violenta detonacion anunció á Bothwell que su obra estaba consumada. El cadáver de Darnley apareció medio quemado á cincuenta pasos de Kirk of the Field, convertido en un monton de ruinas.

Hizo una profunda impresion este asesinato en los ánimos del público. No era popular Darnley; mas causó lástima y compasion su suerte desgraciada. Nadie dudaba de quién era el verdadero autor; muy pocos dejaban de tener por cómplice á la reina. La circunstancia de haber ido á verle á Glasgow, de haberle traido á Edimburgo, de haberle dado por habitacion una casa solitaria, la de haberle dejado solo tres horas antes de consumarse el acto, y sobre todo el favor siempre en aumento de que gozaba el asesino, eran todos cargos agravantes. A todos se presentaba con todos los colores de la falsedad una reconciliacion tan súbita despues de un desvío tan continuado y una ruptura casi pública.

La reina, acostumbrada en todas ocasiones á salir airosa, cuando se resistia abiertamente á su autoridad, no pudo resistir á este torrente de clamor que se alzaba en todas partes. En las calles, en las plazas se hablaba del asesinato; en todas las esquinas amanecian pasquines pidiendo venganza contra el asesino. El conde de Lenox, padre del príncipe difunto, se presentó con toda solemnidad á la reina pidiendo justicia contra el conde de Bothwell, acusado públicamente de ser asesino de su hijo.

Mandó en efecto María que se hiciese causa á Bothwell y se instruyese su proceso. Mas con escándalo del público, se suprimieron formalidades necesarias á la averiguacion del crímen, ni se tuvieron en cuenta las reclamaciones del conde acusador, que pedia el tiempo necesario para presentar el lleno de sus pruebas. Cuando llegó el dia de la vista de la causa se presentó el acusado en el tribunal, armado, rodeado de todos sus amigos en la misma forma, mas en la actitud de un hombre que va á inspirar temor, que á recibir una sentencia. Sucedió lo que todo el mundo preveia. El conde salió absuelto.

aquel viaje. Darnley, que se presentó á visitarla, fué tan friamente recibido que tuvo que volverse al dia siguiente. Con esto no hacian mas que agravarse las sospechas. De la mala inteligencia en que vivian, cada momento se veian testimonios nuevos. Los mismos confidentes de la reina estaban tan persuadidos de ello, que le propusieron el proyecto de un divorcio, y á la cabeza de este plan se hallaba Bothwell; mas á la reina repugnaba dar un paso que seria perjudicial á la legitimidad de su hijo, por lo cual fué necesario renunciar á la medida. Entonces recurrió el favorito al plan del asesinato.

La reina, que tan implacable se habia mostrado contra el conde Morton y demás cómplices en el asesinato de David Rizzio, los perdonó á todos, á excepcion de Douglas, que le habia dado la primera puñalada, y de resultas de este acto de indulgencia volvieron á Edimburgo. Se dió este paso por sugestiones del mismo Bothwell, quien se estrechó con Morton á pesar de sus antiguos odios. Con él trató de sus planes de asesinar al esposo de la reina, como lo confesó el mismo Morton á la hora de su muerte, aunque negando que hubiese tenido parte alguna en la perpetracion de semejante alevosía.

Mientras tanto se celebró con toda solemnidad en Edimburgo el bautizo del príncipe de Escocia. Se presentó en la ceremonia el olvidado y ya oscurecido esposo de la reina, sin que nadie hiciese caso de él, y despues de permanecer algunos dias sin tomar parte en los festejos se marchó á Glasgow, á casa del conde de Lenno, su padre, donde cayó enfermo de viruelas. Cuando lo supo la reina pasó á hacerle una visita. Los dos esposos tuvieron una entrevista bastante afectuosa y dieron muestras de reconciliarse. Muy poco despues dejaron juntos á Glasgow y se dirigieron á Edimburgo. Mas á Darnley no se dió habitacion en el castillo por temor de que con sus viruelas infestase al príncipe. Se alojó pues en los arrabales de Edimburgo en una casa aislada llamada Kiok of the Field, adonde la reina iba casi diariamente á visitarle, y á veces á pasar allí la noche entera.

En una de enero de 1567 pasó en su habitacion hasta las diez, y se retiró á palacio con objeto de asistir á un baile de máscaras que se daba para celebrar las bodas de una de sus damas. Pasada media noche entró Bothwell con llaves falsas en Kirk of the Field y puso fuego á una mecha que conducia á una porcion de pólvora colocada debajo de la habitacion del príncipe. Hecho esto, se salió afuera observando desde alguna distancia el progreso de la operacion, y aguardó á cada momento el resultado. Retardándose este mas que su impaciencia permitia y temiendo que se hubiese apagado sin hacer efecto, envió á uno de sus confidentes para que de nuevo la encendiese; mas este volvió pronto diciendo que no se habia apagado y continuaba su camino hácia la pólvora. A las tres de la mañana una violenta detonacion anunció á Bothwell que su obra estaba consumada. El cadáver de Darnley apareció medio quemado á cincuenta pasos de Kirk of the Field, convertido en un monton de ruinas.

Hizo una profunda impresion este asesinato en los ánimos del público. No era popular Darnley; mas causó lástima y compasion su suerte desgraciada. Nadie dudaba de quién era el verdadero autor; muy pocos dejaban de tener por cómplice á la reina. La circunstancia de haber ido á verle á Glasgow, de haberle traido á Edimburgo, de haberle dado por habitacion una casa solitaria, la de haberle dejado solo tres horas antes de consumarse el acto, y sobre todo el favor siempre en aumento de que gozaba el asesino, eran todos cargos agravantes. A todos se presentaba con todos los colores de la falsedad una reconciliacion tan súbita despues de un desvío tan continuado y una ruptura casi pública.

La reina, acostumbrada en todas ocasiones á salir airosa, cuando se resistia abiertamente á su autoridad, no pudo resistir á este torrente de clamor que se alzaba en todas partes. En las calles, en las plazas se hablaba del asesinato; en todas las esquinas amanecian pasquines pidiendo venganza contra el asesino. El conde de Lenox, padre del príncipe difunto, se presentó con toda solemnidad á la reina pidiendo justicia contra el conde de Bothwell, acusado públicamente de ser asesino de su hijo.

Mandó en efecto María que se hiciese causa á Bothwell y se instruyese su proceso. Mas con escándalo del público, se suprimieron formalidades necesarias á la averiguacion del crímen, ni se tuvieron en cuenta las reclamaciones del conde acusador, que pedia el tiempo necesario para presentar el lleno de sus pruebas. Cuando llegó el dia de la vista de la causa se presentó el acusado en el tribunal, armado, rodeado de todos sus amigos en la misma forma, mas en la actitud de un hombre que va á inspirar temor, que á recibir una sentencia. Sucedió lo que todo el mundo preveia. El conde salió absuelto.

Lo que redobló el escándalo, fué el ver que la reina en nada disminuia sus muestras de favor hácia Bothwell, á pesar de la horrible acusacion de que era objeto. A los cargos que ya ejercia le añadió el de gobernador del mismo castillo de Edimburgo. A los dos dias de haberse terminado su proceso se le vió acompañar en público á la reina, que iba al parlamento llevando su cetro delante con toda ceremonia. En el seno del parlamento confirmó María los favores que le habia hecho, y cargos con que le habia revestido, lo mismo que los demás nobles amigos y valedores de su favorito.

Elevado Bothwell á la cumbre del favor, no le faltaba para coronar la obra mas que la mano de la reina. Los medios de que se valió para conseguirlo fueron tan extraordinarios y tan originales, que parecerian una ficcion, si no fuesen un hecho en que convienen todos los historiadores de la época, tanto de un partido, como de otro, tanto amigos como enemigos de María.

El primer paso de Bothwell fué convidar á sus principales amigos á un banquete, que fué celebrado en una fonda ó taberna, como en aquel tiempo se llamaba. Allí les manifestó sus intenciones de casarse con la reina, y les suplicó como mejor medio de llevarlo á efecto que firmasen un papel que sacó del bolsillo, ya extendido, en que le declaraban libre de toda culpabilidad en el asesinato de Darnley, y suplicaban á la reina que en caso de que pensase pasar á segundas nupcias con un súbdito, era el conde de Bothwell el mejor partido deseable para ella. Los amigos de este se comprometian además á servirle en este matrimonio con todos sus medios y posibles. Los que estaban ya hablados accedieron al instante sin poner obstáculos. Los demás, arrastrados por su ejemplo tampoco hicieron objecion alguna. Fué firmado el papel por ocho obispos, nueve condes y siete lores. Entre los nombres se contaba el conde de Morton, circunstancia muy notable por lo que pasó mas adelante.

Seguro Bothwell del apoyo de un partido fuerte, se puso á la cabeza de mil hombres de á caballo que reunió con pretexto de hacer una visita á las fronteras, y con esta fuerza se apoderó de la persona de la reina, á la sazon que esta se movia de Stirling tomando la vuelta de Edimburgo. Los que seguian á Bothwell dieron á entender á los de la reina que se hacia esta violencia con su consentimiento; los otros, que adoptaron esta suposicion, no hicieron ninguna resistencia. La reina misma aparentando ceder á la ley de la necesidad, permaneció pasiva, y se dejó conducir prisionera sin oposicion de nadie, atravesando lo mas floreciente y poblado de sus dominios hasta el castillo de Dumbar, donde mandaba el conde.

Con asombro y en silencio, se supo la noticia de un rapto tan extraordinario, aguardando todos con ansiedad el desenlace de este drama. Ninguno se alzó ni tomó armas en defensa de la reina, porque generalmente se supuso que habia habido de su parte connivencia en el atentado de su favorito. Lamentaron sus amigos y partidarios tan funesta ceguedad, mientras sus enemigos la contemplaban con satisfaccion haciendo cada vez mas progresos por la senda del descrédito. Era en efecto imposible para la reina de Escocia dar contra sí misma mas terribles armas.

A los doce dias de su confinamiento en el castillo de Dumbar, fué puesta la reina de Escocia en libertad sin compulsion de parte alguna, por el mismo Bothwell, quien la condujo al castillo de Edimburgo. El primer uso que hizo María de su nuevo estado, fué declarar á la nacion que aunque no podia menos de excitar su descontento la violencia ejercida contra ella por el conde de Bothwell, sin embargo, en atencion á sus muchos servicios, era su intencion no solo perdonarle sino ponerle mas alto todavía. En efecto cumplió su palabra, nombrándole de allí á pocos dias duque de las Orcadas, y casándose con él públicamente en mayo de 1567.

Así se casó María Estuarda con el que pasaba por asesino de su primer esposo. Solo una de aquellas pasiones desenfrenadas que subyugan completamente la razon ó un sentimiento de desprecio por su propia honra ó una inconcebible ligereza de carácter, pudiera arrastrarla á dar un paso que labró para ella tantas desventuras. Sus partidarios la disculpaban, diciendo que dado ya el escándalo de su rapto por Bothwell, ya no le quedada otro medio de lavar la mancha que darle el título de esposo. Mas por enemigos, y aun por hombres imparciales, se consideró este matrimonio como una prueba irrefragable de su complicidad en el asesinato de su primer marido. Y lo que acababa de dar al asunto todo, el feo colorido que podia hacerle completamente odioso, era que Bothwell tenia mujer legítima cuando estaba dando pasos para casarse con la reina, y que su sentencia de divorcio se pronunció unos pocos dias antes de su nuevo enlace.

Lo que hubo de extraño en todas estas ocurrencias es que no causaron por entonces ni conmociones ni ruidos. Todos las contemplaron en silencio: los amigos de la reina, afligidos sin duda de sus des-

aciertos; los enemigos gozándose tal vez en verla despeñarse, para darle despues golpes mas seguros. Es posible que en esto hubiese algun plan, meditado de antemano, y que entrase en él la reina de Inglaterra. Lo cierto es que los que mas adelante se alzaron en contra no dijeron una palabra ni dieron paso alguno para impedir el matrimonio. El conde de Morton, que se mostró de los mas acérrimos enemigos de María, fué uno de los que firmaron en el que se prometia á Bothwell toda especie de auxilio para llevar adelante el proyecto de su enlace.

El primero que castigó á María Estuarda por su imprudencia criminal fué el mismo Bothwell con sus maneras duras y poco delicadas. Darnley era un jóven imperioso, altivo, de mala educacion; mas Bothwell se hacia poco agradable además por sus vicios, por la disolucion de sus costumbres. Desde un principio aspiró á poner enteramente bajo su tutela al jóven príncipe, y esto llegó á excitar las sospechas de María, que temió por la libertad y la vida de su hijo. Bothwell, que encontró en ella una oposicion á sus designios, la trataba con tal aspereza y con expresiones tan marcadas con el sello de la ingratitud, que algunas veces se le oyó decir estaba para darse á sí misma de puñaladas, ó echarse en un pozo de despecho.

Al disgusto, á la indignacion pública que habia excitado el matrimonio de la reina se añadieron los rumores del peligro que en manos de Bothwell el príncipe corria. La indignacion llegó á lo sumo. Varios nobles corrieron á las armas, entre ellos Morton, y juntaron un cuerpo considerable de tropas, con el que tomaron el camino de Edimburgo. Llegó la noticia de la insurreccion á María, hallándose celebrando un banquete con Bothwell en el castillo de Borthwick, cerca de la capital, y poniéndose ambos inmediatamente en marcha llegaron con dificultad al castillo de Dumbar, donde la reina convocó tropas para deshacer á los rebeldes. Muchos acudieron á la bandera real, mas sin el entusiasmo y la buena voluntad que en otras ocasiones; tan impopular se habia hecho María de resultas de su nuevo matrimonio.

Los confederados marcharon hácia Dumbar, y cuando la reina salió á su encuentro en Caberry-Hill les presentó batalla. El embajador francés que se hallaba presente, consiguió que no viniesen á las manos antes de entrar en algunas conferencias. La reina, tan animosa en otros lances de la misma especie, desmayó en esta ocasion al observar la repugnancia con que sus tropas se preparaban al combate. Habiéndosele hecho ver y prometido que los rebeldes volverian á su deber con tal que se separase de Bothwell, perdió este el ánimo á su vez, y en aquel momento se despidió de la reina para siempre. En efecto no volvieron mas á verse. Despues de pasar á las Orcadas, y dedicarse en las costas de la Noruega á empresas de ilícito comercio, fué Bothwell cogido y encerrado en la fortaleza de Malmoe, donde murió al cabo de diez años de confinamiento.

Mas la reina de Escocia, que se habia entregado y depuesto las armas bajo condiciones, en lugar de verse obedecida y respetada del ejército, fué en él objeto de clamores, blanco de duras palabras, y hasta de gestos de amenaza. Mas cruel escena la aguardaba en Edimburgo, donde la muchedumbre la abrumó con clamores, con palabras injuriosas, con todos los gritos y denuestos que produce el desenfreno de la plebe. Fué preciso que la fuerza armada la defendiese de insultos ulteriores. Llevaban delante de ella desplegada una bandera donde estaba representado el asesinato de Darnley, y á su lado arrodillado el príncipe pidiendo al cielo por su padre. Mientras tanto los lores de la confederacion enviaron presa á la reina al castillo de Lochleven, y mientras se tomaba una resolucion definitiva, crearon una junta de gobierno.

Los partidarios de la reina alegaban que no eran estas las condiciones con las que se habia entregado María en Carberry-Hill, y que una vez separada de Bothwell, se debian volver las riendas del gobierno. Mas los contrarios replicaban que María habia faltado á su palabra de romper con Bothwell para siempre, puesto que le habia escrito despues prometiéndole tomar parte en su fortuna. Los lores comisionados se hallaban muy comprometidos y demasiado empeñados en el lance para no llevarle á cabo, y coger completo el fruto de su triunfo. Ninguna seguridad tenian por otra parte que esperar si la reina volvia al ejercicio de su libertad, y al contrario mucho que temer de su resentimiento. Consumaron, pues, la obra, obligando á la reina á renunciar á la corona á favor de su hijo, debiendo de nombrarse un regente para administrar los negocios en su minoría.

Recayó el nombramiento de este cargo importante en la persona del conde de Murray, hermano de la reina. Desde el asesinato de Darnley se habia ausentado del pais, y viajaba por Inglaterra y Francia. Al saber la noticia, regresó con toda brevedad á Escocia, donde tomó las riendas del gobierno y se hizo dueño del castillo de

Edimburgo. El parlamento ratificó muy poco despues la subida del príncipe al trono, y en la persona del conde, el cargo de regente.

Fué para María de Escocia una especie de consuelo que recayese la regencia en su hermano, que no se hallaba con los lores confederados en Carberry-Hill, y en cuya gratitud y antiguo afecto tenia puestas algunas esperanzas. Mas el conde de Murray, ambicioso y adicto á su partido, se mostró adverso á los adherentes de la reina. Permanecia esta mientras tanto cautiva en el castillo de Lochleven, situado en medio del lago Leven, como lo indica la palabra. Esta circunstancia y la de ser dueño del castillo sir Jacobo Douglas, cuya madre era la misma que la de Murray, daba la mayor confianza acerca de la segura custodia de la reina. Mas nada resistia á su hermosura y á sus gracias. Prendado de ellas un hermano del mismo Douglas que mandaba á la sazon la fortaleza, pensaba en proporcionar los medios de su fuga, cuando descubierta la trama fué echado del castillo.

Permaneció este Douglas algunos dias disfrazado del otro lado del lago, pensando en los medios de libertar á María, que probó en efecto á escaparse por su direccion, cuando por una casualidad falló la empresa. Mas otro Douglas pariente de los otros que habitaba en el castillo, quizás movido por los mismos sentimientos, tuvo la maña de sustraer las llaves del castillo, con las cuales se evadió la reina, llegando felizmente á la otra orilla donde la esperaban algunos partidarios. Inmediatamante fué conducida á Hamilton, donde sus parciales alistaron gente y se confederaron para defenderla. Firmaron el documento nueve condes, otros tantos lores y muchas personas de grande conveniencia.

Colocando estos fieles partidarios á la reina en medio de sus batallones, se movieron hácia Dumbar con objeto de depositarla en aquella fortaleza, y marchar despues en busca del regente; mas este que supo moverse con rapidez, salió de Glasgow á la cabeza de un ejército inferior con objeto de interceptar la marcha de los confederados hácia el Norte. Al aproximarse los dos ejércitos, se apresuró cada una de sus vanguardias á apoderarse del pueblo de Langside, como de una favorable posicion tratándose de una batalla. Se encontraron los dos cuerpos y se batieron con sus lanzas y picas con gran furia. Mientras se hallaban así empeñados, se destacó por la derecha Morton y cargó sobre el flanco de los hamiltones, lo que decidió la batalla, quedando desordenadas y en seguida rotas las

tropas de María. Huyó la reina por espacio de sesenta millas sin detenerse un punto hasta la abadía de Dumdreman en Galloway.

Así llegó la reina de Escocia perseguida por sus súbditos hasta la frontera de Inglaterra. No le quedaba ya mas recurso que pasar al otro reino, ó huir como un proscrito al través del suyo propio en busca de un asilo. Se inclinaban sus consejeros á este último extremo como el mas seguro, aunque con tantas apariencias de expuesto y peligroso. Prefirió la reina el primero, sea por cansancio material y desmayo de ánimo, sea con la ilusion de hallar en la reina Isabel al menos simpatía por sus padecimientos. Fué el último acto de libertad que ejerció esta princesa desgraciada. María pasó en efecto la frontera, donde vió tomados de antemano todos los preparativos para recibirla con obsequio. Mas aunque la reina tenia tantos motivos de conocer el carácter de Isabel, estaba muy lejos de presumir á dónde la conducia un camino que tan lleno de flores se le presentaba.

CAPÍTULO XXIX.

Estado de los Paises-Bajos.—Torcida política del Rey de España.—Descontento general.—La princesa gobernadora.—El cardenal Granvela.—El príncipe de Orange.—El conde de Egmont.—El conde de Horn.—Situacion de los partidos.—Conflictos.—Mensajes y cartas al Rey.—Acusaciones contra Granvela.—Salida de este de los Paises-Bajos. 1560.-1565. (1).

Pasemos ahora á un pais cuya historia nos toca mas de cerca, donde no era menos viva la pugna de opiniones, ni menos pronunciado el conflicto de los intereses. Habia, sin embargo, en los Paises-Bajos una circunstancia particular, que distinguia sus disensiones de las de Francia, Inglaterra y Escocia que acaban de ocuparnos. Estaba aquí encendida una guerra, propiamente civil, en que las partes contendientes pertenecian á una nacion misma. Chocaban escoceses contra escoceses, franceses contra franceses, divididos por opiniones, por rivalidades de mando, de poderío, ó de cualquiera otra influencia en los asuntos del gobierno. En los Paises-Bajos, al contrario, tenia la contienda el carácter de nacional, en que lucha un pais contra un príncipe extranjero, en que las clases altas y bajas, de todas condiciones, se unen á la larga bajo la bandera de su independencia.

(1) Strada, guerras de Flandes, Bentivoglio id-Thou ó Tunanus, historia sui temporis.—Vanderhammenn, don Felipe el Prudente.—Terreras, Historia general de España.—Watson, Historia de Felipe II y otros. Prescindiendo del diverso colorido que la diferencia de opiniones, de nacion ó de creencia, da á los hechos que refieren, el fondo del cuadro es casi el mismo.

Nacido don Felipe en España, español tan de corazon como de cuna, español en hábitos, en costumbres, en inclinaciones; era un extranjero en los Paises-Bajos. Se consideraba en ellos su gobierno, no como nacional, formado y apoyado en las necesidades y simpatías del pais, sino en medios tan extraños al pueblo, como el monarca que de ellos se valia. Parece, pues, que aconsejaba la política al rey de España proporcionase en el pais algunos elementos de inclinacion ó de favor, adherirse á mas clases, aunque no fuese mas que para neutralizar la preponderancia de las otras, dividir en fin para reinar, ya que el dominio moral del todo era imposible. Mas la política de contemporanizar, de halagar, de servir á unas pasiones con objeto de combatir las otras, estaba poco en la índole del rey de España. No conocia mas que un arte de gobierno, á saber, la dominacion, el ejercicio directo y abierto del poder, y una mano fuerte para reprimir á los que este poder desconocian. En nada se vió mas este carácter duro de Felipe que en el gobierno y administracion de los Paises-Bajos.

Comenzando por los grandes del pais, si bien los dejó gobernadores de las provincias, como ya se ha visto, estuvo muy lejos de tener miramiento á las pretensiones de algunos de ellos que á condicion mas alta se creian con derechos. Quedó mortificadísimo el príncipe de Orange de no haber recibido el mando de todos los Paises-Bajos; lo quedaron asimismo otros de no haber conseguido puestos mas altos que los que les asignaban. En tiempo del Emperador, que conocia mejor los hombres y las cosas, gozaban estos grandes una parte de su favor y su confianza. Mas con Felipe II, solamente merecian estas distinciones los de España. Los eclipsaba á todos el duque de Alba, cuya aversion á los flamencos se hacia sentir de un modo aun mas positivo que la del monarca. Apoyado este personaje en su favor, en sus grandes riquezas y en las ventajas debidas á su propio mérito, no disimulaba el sentimiento de superioridad con que á los otros contemplaba. Los grandes flamencos no eran por otra parte ricos: habia tenido la corte de España la política de hacerles incurrir en grandes gastos por medio de embajadas y otras comisiones honoríficas que los arruinaban. Los señores españoles gozaban de mas bienes de fortuna; y cuando se presentaban algunos en los Paises-Bajos, desplegaban una magnificencia y esplendor que no podian menos de humillar el amor propio de los naturales.

Era la princesa de Parma verdaderamente natural de los Paises-Bajos; mas aunque criada allí, no habia residido lo bastante para conocer, ni su índole, ni sus necesidades. Enlazada entonces con Octavio, duque de Parma, sin duda consideraba los Paises-Bajos como un pais extraño, donde sus intereses eran por precision de un órden transitorio. No estaba esta princesa bastante calculada para dominar moralmente y tener á raya si fuese necesario á los grandes del pais, que se creian con derechos y méritos superiores á los suyos. Conoció sin duda Felipe esta desigualdad cuando le puso por consejero y director á Antonio Perenot de Granvela, obispo de Arras, uno de los personajes que gozaban mas de su confianza; mas esta política no fué acertada, y el correctivo probó ser de peor condicion que la medida misma.

Era hombre de capacidad y de gobierno este prelado; conocia los negocios y los hombres; se habia educado en todos los pormenores y secretos de la administracion; era instruido, aplicado, laborioso, sagaz y entendido, firme y hábil, como lo habia acreditado ya en tiempo del Emperador que le dejó á su hijo como uno de los legados mas preciosos. Mas estas cualidades dañaron, mas que fueron útiles, á los verdaderos intereses de Felipe. Tan poca aficion tenia á los Paises-Bajos el ministro, como el monarca; la misma inclinacion é índole abrigaba de dominar por medio del teson, de la energía y la dureza que predominaban en el gabinete de Felipe. Entre sus cualidades no dominaba la popularidad, el arte de neutralizar lo duro de la administracion con ciertas formas agradables, que si no satisfacen siempre, consuelan algo al amor propio.

Nombrado consejero de la Gobernadora, no podia menos de dirigir en grande los negocios y ser de hecho el verdadero gobernante. Deferia sin duda la princesa Margarita á sus consejos, cedia naturalmente á la superioridad del genio de su consejero, aunque debia de sentirse muchas veces humillada en la opinion pública al representar de hecho un papel subalterno y secundario: pero si este la privaba de aquella consideracion personal tan ansiada del que manda, amortiguaba al menos el sentimiento de desaprobacion y los tiros de la maledicencia que al ministro con particularidad se dirigian.

Aborrecian los grandes al prelado, algunos por agravios particulares, y todos por las formas duras é imperiosas de que su autoridad se revestia. Para el príncipe de Orange era objeto de singulares prevenciones. Sabia este por sus emisarios la correspondencia directa en que estaba Granvela con el rey de España; que les ocultaba en el Consejo muchos negocios de importancia á él solo encomendados, y que en la mayor parte de las ocasiones eran solo consejeros nominales. Para aumentar su mortificacion, envió al prelado la corte de Roma el capelo de cardenal, sin duda por recomendacion y solicitud del rey de España; mas el obispo de Arras fué bastante cortesano para no revestirse de la púrpura, hasta recibir la aprobacion de esta gracia, y aun el mandato de que usase de ella, de su soberano. Con esto se afirmó mas en el favor de este monarca, así como la púrpura redobló la odiosidad con que sus rivales le miraban.

Sabia muy bien el nuevo Cardenal la animadversion de que era objeto, mas no trató nunca de neutralizarla por aquellos medios directos ó indirectos que curan tantos odios. Severo, reservado y altanero cuanto podia, se mostraba con los grandes de los Paises-Bajos. Con el favor de su rey, se creia bastante fuerte contra tantos enemigos, y como su política era el no ceder jamás, crecia su impopularidad á proporcion de su firmeza y energía.

En cuanto á las clases populares, propendian mas á la nobleza que á la corte, mirando en los primeros un apoyo, y un opresor extranjero en la segunda. Conocian demasiado los nobles su posicion para no cultivar estas disposiciones naturales y fomentar por todas las artes posibles una popularidad que tanto les servia. Encendido el pais con contiendas religiosas, imitaban la conducta de tantos grandes de Francia, manifestándose indulgentes, si no partidarios, de las nuevas sectas. Era herir en lo mas vivo la política y las miras de los altos gobernantes. Hacian en efecto grandes progresos en los Países-Bajos las nuevas doctrinas, cuya introduccion habia sido inevitable por las razones que hemos indicado en otra parte; y como este era el asunto principal, el que llamaba mas la atencion del rey de España, consiguiente era que la Gobernadora y su ministro se manifestasen duros é inflexibles contra innovaciones tan odiosas al monarca. Entraban en esta antipatía las ideas y sentimientos del nuevo Cardenal, no menos intolerante que su amo y no menos celoso que él en el establecimiento de los tribunales de la Inquisicion, único medio en su concepto, á lo menos el mas eficaz, para purgar el pais de la herejía. Pero cuanto mas objeto de inclinaciones y de simpatía era para los gobernantes la

creacion de este tribunal, tanto mas odioso é impopular se iba haciendo cada dia en los Paises-Bajos.

Por otra parte, la formacion de los nuevos obispados, grande golpe de política con que Felipe II pensó curar los males del pais, contribuyó por su parte á hacer odioso y objeto de desconfianza su gobierno. Para dotar los nuevos obispos, se despojó de sus bienes á los abades seculares, lo que por precision excitó sus resentimientos, en que tomó parte el pueblo y hasta los mismos grandes, que con la introduccion de los nuevos obispos en los Estados vieron disminuida algun tanto su preponderancia. Para acabar de hacer odiosa la medida, se confirió al Cardenal el arzobispado de Malinas, ascenso que le presentó como un hombre interesado y egoista que recogia el fruto principal de una medida de que tan celoso y apasionado se mostraba.

Con la indicacion de estos hechos no desmentidos por casi todos los historiadores, se tiene lo bastante para comprender muy bien que el gobierno de los Paises-Bajos no estaba calculado, ni para la fusion, ni amalgama de todos estos intereses, ni para neutralizarlos todos y apagar su voz por medios materiales. Faltaba para lo primero el poder de la opinion, palanca principal de los gobiernos; era imposible lo segundo, porque estos materiales no podian ser mas que extranjeros, y justamente era la salida de las tropas españolas del pais el objeto de las primeras pretensiones de los Paises-Bajos. Todos tenian un interés vital en deshacerse de estos instrumentos que creian de opresion y servidumbre, y los grandes mas que nadie. Ya sobre esto hicieron sus exposiciones al rey mientras residia en los Paises-Bajos, manifestándole la necesidad de esta medida con un tono firme y resuelto, de que se enojó el rey, tan interesado en la quedada como los otros en la salida de las tropas. Tambien era contrario á la medida el Cardenal, que consideraba en estas tropas el apoyo principal de su gobierno. Mas el clamor popular era mas que todas estas consideraciones. Se mandó primero que estas tropas se reuniesen en la provincia de Zelanda, y en esta misma disposicion es creyó ver un designio de servirse de ellas, haciéndoles caer de golpe en cualquier parte. Hubo en dicha provincia alborotos y cesó el trabajo en los diques y arsenales. Los huéspedes aborrecian naturalmente al pais, en proporcion de lo que eran en él impopulares, y por lo mismo en lugar de curar esta llaga se irritaba cada dia. Al fin pudo la Gobernadora, á fuerza de súplicas y exposiciones á Felipe, hacerle ver lo indispensable, lo urgentísimo de la medida, y las tropas se embarcaron con direccion á España.

Trató la Gobernadora de dar nueva organizacion á las del pais haciendo que los capitanes de los tercios dependiese directamente de los gobernadores de las provincias y castillos, en lugar de los maestres de campo ó coroneles. Pero cuando mas ocupada estaba en este asunto, le ordenó Felipe que enviase á Francia dos mil hombres de á caballo que iban de refuerzo al ejército católico de aquel pais, donde ejercia tanta influencia el rey de España. Mas de esta multiplicidad de negocios y atenciones no podia menos de resentirse el régimen y bienestar de muchos puntos de la monarquía.

Contra esta medida reclamó muchísimo la Gobernadora, exponiendo el vacío que tan gran número de tropas iba á dejar en el pais; los grandes la resistieron igualmente, porque siendo todas ellas flamencas creian tenerlas á su devocion particular en caso de un conflicto. Mas aunque se mostró en un principio inflexible el rey de España, pudo parar el golpe la Gobernadora, enviando á Francia un auxilio pecuniario en lugar de la gente prometida.

Se planteaban con gran dificultad los nuevos obispados, medida impopular y cuya odiosidad agravaban los enemigos del gobierno. Miraban, en particular los de la provincia de Brabante, como un atentado á sus derechos, alegando que no se podia hacer variaciones en la parte administrativa y económica de la Iglesia sin el consentimiento y cooperacion de los Estados. Repugnaban muchísimo, los de Malinas sobre todo, la exaltacion de Granvela á su silla arzobispal, debiendo observar de paso que fué esta elevacion uno de los principales motivos de la odiosidad con que se le miraba. Enviaron los de Brabante una secreta exposicion al Papa suplicándole la alteracion de la medida, ó á lo menos una rémora. Mas la Gobernadora, ó por mejor decir el Cardenal, que de todo tenia espías, envió por su parte á la corte de Roma una manifestacion secreta en contra de la de los de la provincia, haciéndole ver el espíritu de disidencia y animadversion hácia Roma que en aquellas provincias dominaba. Tambien reclamaron los de Amberes á Felipe, suplicándole no hiciese á su ciudad residencia de un obispo: á lo que les respondió el rey que se suspenderia la ejecucion de esta medida, hasta su próximo viaje á los Paises-Bajos.

Se negaron abiertamente algunas ciudades á la admision de sus

obispos. No los quisieron en Deventer, Ruremonde y Lewarden. Otras, como Harlem, Utrecht, Saint-Omer y Middleburgo los admitieron sin ninguna repugnancia. En Malinas ningun grande asistió á la ceremonia de la solemne instalacion del arzobispo, habiéndose ya declarado una especie de ruptura abierta entre ellos y Granvela. Poco á poco fué tomando este nuevos vuelos, hasta el punto de ser considerado de hecho como de derecho único y solo gobernante en los Paises-Bajos.

Al mismo tiempo se reforzaban los edictos y se tomaban cada vez medidas mas severas contra la herejía, pero con escasos resultados. Poco á poco se iba haciendo la religion del rey de España tan impopular como su gobierno mismo. La mayor parte de los grandes atizaban en secreto, si no se mostraban partidarios abiertos de las nuevas sectas que habian invadido los Paises-Bajos. Luteranos, calvinistas, anabaptistas, todos recorrian el pais y hacian prosélitos. Aunque no tenian todavía estas doctrinas lo que se llama culto público, la imprenta y la predicacion aumentaban cada dia el número de los sectarios. Hubo sérias turbulencias en varios puntos con motivo de estos sermones, sobre todo en Tournay, Lilla y Valenciennes. Para el sosiego de los primeros se acudió muy pronto y con buen éxito, mas no sucedió lo mismo en la última ciudad, donde llevaron presos á la cárcel á Maillar y Taveano, principales misioneros que arrastraban tras sí la muchedumbre. Se trataba de conducirlos al cadalso, mas temian la efervescencia popular y excogitaban los medios de llevar adelante y sin riesgo sus designios. Escogieron para eso un dia en que gran parte del vecindario estaba fuera de la ciudad con motivo de una feria. Mas no dejó por eso de reunirse un número considerable que invadió la plaza de la ejecucion é impidió que se verificase aquel suplicio. Temieron los agentes de la autoridad y volvieron á la cárcel á los reos, seguidos de la muchedumbre que los llenó de aclamaciones entonando cánticos. Pasaron los alborotadores al momento al convento de Santo Domingo, que invadieron y saquearon; á poco despues cayeron sobre la cárcel poniendo en libertad á los dos reos, mas dejaron en ella los que estaban allí por otros crímenes.

Duró todavía algunos dias el tumulto; mas llegaron tropas de afuera que calmaron el desórden. Los dos reos fueron cogidos otra vez, conducidos á la cárcel y poco despues sacados al patíbulo, donde su muerte tuvo efecto, ejerciéndose además otras medidas de rigor con los principales cómplices.



LA MUCHEDUMBRE SACA DE LA CÁRCEL DE VALENCIA Á LOS MISIONEROS PROTESTANTES.

obispos. No los quisieron en Deventer, Ruremonde y Lewarden. Otras, como Harlem, Utrecht, Saint-Omer y Middleburgo los admitieron sin ninguna repugnancia. En Malinas ningun grande asistió á la ceremonia de la solemne instalacion del arzobispo, habiéndose ya declarado una especie de ruptura abierta entre ellos y Granvela. Poco á poco fué tomando este nuevos vuelos, hasta el punto de ser considerado de hecho como de derecho único y solo gobernante en los Paises-Bajos.

Al mismo tiempo se reforzaban los edictos y se tomaban cada vez medidas mas severas contra la heregía, pero con escasos resultados. Poco á poco se iba haciendo la religion del rey de España tan impopular como su gobierno mismo. La mayor parte de los grandes atizaban en secreto, si no se mostraban partidarios abiertos de las nuevas sectas que habian invadido los Paises-Bajos. Luteranos, calvinistas, anabaptistas, todos recorrian el pais y hacian prosélitos. Aunque no tenian todavía estas doctrinas lo que se llama culto público, la imprenta y la predicacion aumentaban cada dia el número de los sectarios. Hubo sérias turbulencias en varios puntos con motivo de estos sermones, sobre todo en Tournay, Lilla y Valenciennes. Para el sosiego de los primeros se acudió muy pronto y con buen éxito, mas no sucedió lo mismo en la última ciudad, donde llevaron presos á la cárcel á Maillar y Taveauo, principales misioneros que arrastraban tras sí la muchedumbre. Se trataba de conducirlos al cadalso, mas temian la efervescencia popular y excogitaban los medios de llevar adelante y sin riesgo sus designios. Escogieron para eso un dia en que gran parte del vecindario estaba fuera de la ciudad con motivo de una feria. Mas no dejó por eso de reunirse un número considerable que invadió la plaza de la ejecucion é impidió que se verificase aquel suplicio. Temieron los agentes de la autoridad y volvieron á la cárcel á los reos, seguidos de la muchedumbre que los llenó de aclamaciones entonando cánticos. Pasaron los alborotadores al momento al convento de Santo Domingo, que invadieron y saquearon; á poco despues cayeron sobre la cárcel poniendo en libertad á los dos reos, mas dejaron en ella los que estaban allí por otros crímenes.

Duró todavía algunos dias el tumulto; mas llegaron tropas de afuera que calmaron el desórden. Los dos reos fueron cogidos otra vez, conducidos á la cárcel y poco despues sacados al patíbulo, donde su muerte tuvo efecto, ejerciéndose además otras medidas de rigor con los principales cómplices.



LA MUCHEDUMBRE SACA DE LA CÁRCEL DE VALENCIA Á LOS MISIONEROS PROTESTANTES.

Seguia mientras tanto la disidencia entre los grandes y Granvela. Dejaron los primeros de asistir al Consejo, bajo el pretexto de que no se les daba cuenta de los negocios principales, y que las reuniones eran meramente de aparato. Sabedor de ello el rey por la Gobernadora, envió amonestaciones para que cambiasen de conducta. Mas hicieron poco efecto: primero, porque verdaderamente los grandes hacian poco papel en una reunion donde no se presentaban mas que negocios de poca consecuencia; y segundo, porque en el estado en que las cosas se habian puesto, convenia á los grandes disidentes hacer ver los motivos de queja que les daban. La Gobernadora mandó celebrar entonces una asamblea extraordinaria de los caballeros del Toison de Oro, medida á que se apelaba cuando se trataba de calmar los ánimos y deslumbrar por medio de una pompa tan solemne. Se les dieron tres dias de término para hacer su presentacion en esta ceremonia, por haberse observado la poca prisa con que los grandes acudian á dicho llamamiento. De esta dilacion ó plazo se aprovechó el príncipe de Orange para reunir en su casa á los principales personajes, á quienes hizo ver los peligros que les rodeaban á ellos, los que amenazaban al pais á continuar un sistema de administracion tan mal entendido, con tantas imprudencias apoyado; que era imposible la tranquilidad de Flandes mientras á la cabeza de los negocios permaneciese un prelado de carácter tan inflexible y tan despótico, extraño á sus usos y costumbres. En nada se apartó en su arenga de los sentimientos de fidelidad y de respeto que debian al monarca, política hábil en el príncipe de Orange, tan reservado siempre en todas sus palabras, y que no descubria nunca todo el fondo de su alma.

La arenga hizo impresion, mas encontró disgusto en algunos y abierta repugnancia en otros. Le contradijo el conde de Barlamot, haciéndole ver que se avenia mal el respeto profesado al rey con la abierta resistencia que se hacia á las disposiciones de los ministros y agentes del monarca. Sin embargo, la mayoría de aquella reunion adoptó y tomó parte en los sentimientos del príncipe de Orange.

A la Gobernadora, instruida de esta reunion, le pareció un expediente de necesidad dividir y excitar rivalidades entre personajes cuya union no podia menos de presentarle formidable. El rey de España le daba este consejo, considerándola una medida necesaria. Para llevarla á efecto, mandó de embajador á la Dieta, convocada para la eleccion del rey de los romanos, al conde de Arescot, rival

del príncipe de Orange. Tambien se hicieron distinciones con el conde de Egmont, para ponerle en pugna con la misma persona á quien se mostraba tan adicto; mas los motivos que tenian estos grandes personajes de vivir unidos, eran superiores á todos los intereses que podia crear para ellos la política de la Gobernadora.

Aunque lo dicho hasta el presente, y lo que manifestemos en seguida de algunas personas influyentes de los Paises-Bajos, dén bastantes luces sobre su carácter, indicaremos de ellos algunas particularidades que harán comprender mejor el papel que van á representar en estas turbulencias. Comenzaremos por el mas importante de ellos, á saber, el príncipe de Orange.

Habia nacido el príncipe de Orange el año de 1533, de un padre luterano, capitan entendido, que habia servido con distincion en los ejércitos de Carlos V. Descendia de la ilustre familia de Nassau, cuyos condes, por su enlace con la heredera del principado de Orange, en el mediodia de Francia, tomaban este título de príncipes de Orange. Era príncipe del imperio, y poseia además cuantiosos bienes en los Paises-Bajos. Fué criado el príncipe en la religion católica y en el palacio de Carlos V, de quien era paje favorito, y hasta consejero en muchos casos, pues el emperador hacia aprecio de sus observaciones, y no se desdeñaba de tomar su parecer, á pesar de hallarse con tan pocos años. Siguió, pues, al emperador en todos sus viajes y campaña, gran teatro de observacion para un hombre de su carácter, y escuela práctica donde tomó lecciones que tanto le sirvieron en lo sucesivo. Para comprender mejor lo cerca que estaba siempre su persona de la de Carlos V, basta recordar que en la gran ceremonia de la abdicacion, cuando se levantó el emperador para arengar á los Estados, se apoyó con la mano izquierda en el hombro del príncipe de Orange.

Era este personaje ambicioso, sin cuya cualidad no hubiera hecho un papel tan distinguido. Aspiraba por entonces á la dominacion de los Paises-Bajos, aunque con el carácter de delegado de Felipe. No habiéndola obtenido, considerándose objeto de desconfianza (y lo era en efecto) para el rey de España, trató de hacer á su gobierno cuanta oposicion le era posible, y obtener por este medio lo que el favor le denegaba. No podian serle mas favorables las circunstancias, ni servir mejor á sus designios la política errada de Felipe. Tenia medios de satisfacer su ambicion, haciéndose apoyo de los oprimidos, mostrándose defensor de los privilegios del pais, respe-

tados tan poco por el rey de España. Era el príncipe instruido, observador, gran conocedor de los negocios y los hombres, popular, magnífico, hasta pródigo: sabia conservar en el ruido, y hasta en el tumulto de un festin, sus verdaderos sentimientos, y no decir mas que lo que estaba en armonía con sus designios ó política. Era de una reserva proverbial, tan serio, tan avaro de palabras, que mereció el título de Taciturno. Aunque criado en la religion católica, se hizo siempre sospechoso por sus opiniones, y como para confirmar este concepto, acababa de casarse con una princesa luterana.

El conde de Egmont, otro de los personajes que hacen un gran papel en este drama, alcanzaba casi tanta fama como el príncipe de Orange; mas por medios diferentes. De algunos mas años que el primero, se habia distinguido como cortesano, como hombre de negocios, pues habia sido honrado con varias embajadas, y sobre todo como hombre de guerra, en cuyo teatro lucieron varias veces su capacidad y bizarría. Le hemos visto en la batalla de San Quintin derrotar la caballería francesa al frente de la de Felipe, comenzando de este modo una derrota que hizo tan famosa esta jornada. En la de Gravelines, mandó en jefe el ejército del rey de España. Reunida esta gloria personal á las riquezas, á su posicion en el pais, hacian del conde de Egmont uno de los principales personajes de aquel tiempo.

Era el conde de Egmont tan franco y abierto en sus maneras como reservado el príncipe de Orange; casi se puede decir que alcanzaba mas popularidad por esta misma circunstancia. Manifestaba sus quejas sin disfraz y sin rodeos; con sentimientos mas reales de adhesion y lealtad al rey de España, se expresaba acerca de él muchas veces, sin ninguna consideracion ni miramiento. No disimulaba su adversion al cardenal Granvela, y con la princesa Gobernadora se mostraba franco consejero, y no pocas veces censor bastante duro. Con el príncipe de Orange, á pesar de la poca armonía de carácter, llevaba relaciones de amistad; tan fuertes eran los vínculos con que la política del rey de España hacia unir á los principales personajes de los Paises-Bajos.

Citaremos tambien al conde de Horn, que aunque no de tanta nombradía como los otros dos, era personaje de importancia; de alguna mas edad que ninguno de ambos, militar tambien y de buen nombre, adicto de corazon al príncipe de Orange, que habia sabido ganársele por los medios que en él eran tan comunes.

La regente no pudo, pues, introducir la division entre estas tres personas. Era necesario otro resorte mas fuerte que el de una simple distincion ó gracia de la corte.

Acordaron los tres el escribir al rey de España, exponiéndole los males del pais, produciendo quejas contra la persona del ministro, cuya separacion le hacian ver que era del todo indispensable. Se extendió la carta con la anuencia de otros mas nobles; mas algunos se resistieron á firmar, y no fué suscrita mas que con los tres nombres indicados.

La Gobernadora, que por sus espías era sabedora de todos estos pasos, escribió por parte á su hermano, haciéndole ver la confabulacion en que se hallaban los grandes del pais, y lo fácil que era no le presentasen la verdad con sus colores verdaderos.

Recibió mal el mensaje el rey de España. Respondió que no estaba acostumbrado á destituir á ninguno de sus servidores por las acusaciones de sus enemigos; que presentasen cargos positivos contra el cardenal, y que si querian dar un carácter mas formal á dicha acusacion, viniese uno de ellos á producirla de palabra.

Constante siempre en su máxima de dividir á los que creia cabezas de la oposicion, escribió por parte al conde de Egmont en términos muy expresivos y afectuosos; mas fué en vano, pues volvieron á escribir los tres, diciendo al rey que no se presentaban como acusadores de nadie, sino como hombres que daban un consejo, cuya admision aconsejaba la política. A las amonestaciones del rey para que asistiesen al Consejo, respondieron que era un paso inútil, por cuanto en el Consejo no se trataban en público ningunos asuntos de importancia. El conde de Egmont respondió tambien por parte, diciendo que le era imposible presentarse en Madrid como el rey se lo insinuaba; que este paso, en lugar de ser útil á la causa del pais, arruinaria su reputacion, que podia ser tan útil á los intereses de su soberano.

Así quedaron por entonces los negocios. La mayor parte de los grandes salieron de Bruselas, y el Cardenal quedó, como siempre, omnipotente. Mas creciendo cada dia los odios y las animosidades de los grandes y del pueblo, volvió el conde de Egmont á exponer á la Regente los males que iba á acarrear á los Paises-Bajos la continuacion de este personaje en el gobierno. La princesa, ó bien convencida de esto mismo, ó tal vez disgustada interiormente de un hombre cuya preponderancia y verdadera autoridad hacia á la suya

propia tanta sombra, se decidió por fin á escribir al rey, aconsejándole que tomase este asunto en consideracion, y se penetrase de que era ya necesaria la remocion de su ministro.

En cuanto á Granvela mismo, que no ignoraba ni estos pasos, ni las disposiciones de los ánimos, no tenia por prudente el insistir en conservar un puesto precario, que tantos disgustos le acarreaba. Tambien dió pasos por su parte para su separacion, aunque tanto humillaba entonces su amor propio. Mas de todos modos el rey, á quien tantas quejas y amonestaciones hicieron por fin fuerza, consintió en un acto que le repugnaba como depresivo de su autoridad, y Granvela recibió la órden de ausentarse de los Paises-Bajos.

Preparado á este golpe el Cardenal, habia escrito con anticipacion al duque de Alba pidiéndole sus consejos y su proteccion para que le obtuviese un puesto en la corte de Felipe; mas no quiso comprometerse dicho personaje en dar este paso delicado, y aconsejó al Cardenal que se retirase por entonces á Borgoña ó al Franco-Condado, pais de su naturaleza. Tomó Granvela su consejo, y salió de Bruselas, dirigiéndose á Besanzon, de donde tomó muy luego el camino para Roma.

Ya nos encontraremos mas adelante con este personaje, que á pesar de su separacion de los Paises-Bajos, nunca perdió el favor del rey de España.

CAPÍTULO XXX.

Sigue la materia del anterior.—Edictos sobre la Inquisicion.—Sobre el concilio de Trento.—Confederacion de la nobleza.—Mendigos.—Excesos de los nuevos sectarios.—Represiones.—Medidas medias.—Entrada de tropas.—Recobra la Gobernadora el ascendiente.—Castigos de sectarios.—Disolucion de la confederacion.—Retirada del príncipe de Orange.—Resuelve el rey de España enviar al duque de Alba á los Paises-Bajos. (1865-1867.) (1)

Fué la separacion del cardenal Granvela de los Paises-Bajos una medida sin duda muy prudente; mas no estaba en esto la verdadera llaga, la verdadera causa de los disturbios que los molestaban. Tal cual Granvela se mostraba, no era mas que el verdadero agente de la política del rey de España. No bastaba, pues, cambiar de brazo ó de instrumento, quedando él mismo el resorte, el alma principal que le movia. Con la política inflexible de Felipe, no podia haber paz ni amalgama entre tantos elementos de disidencia y de desórden, No queremos decir que con otra conducta no hubiese sucedido lo mismo en el conflicto á que habian llegado los intereses, las pasiones, las ideas. Un rompimiento era ya inminente, inevitable, y los pasos que daba el rey no hacian mas que acelerar esta declaracion de guerra abierta. Era ya imposible gobernar aquel pais segun sus máximas de administracion, y en cuanto á purgarle de la herejía, que fué el pensamiento favorito, dominante y exclusivo de Felipe, era verdaderamente una quimera. Todas las cartas del mo-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

narca á la Gobernadora se dirigian á que conservase la religion, á que se persiguiesen y castigasen los herejes, y no parecia sino que á proporcion que el rey se obstinaba en extirpar, se desarrollaban mas y mas las nuevas sectas. En varios puntos se manifestaron los desórdenes que hemos ya indicado, que entonces no eran mas que cosas aisladas, y no efecto de un pronunciamiento abierto. En Amberes tuvo el verdugo que matar á puñaladas á un famoso apóstata llamado Fabricio, á quien el pueblo trataba de arrancarle de la hoguera: en Rupelmonde llegó la desesperacion de un clérigo, tambien hereje, á incendiar un archivo que se hallaba contiguo á la cárcel: en Brujas se alzó el populacho contra los inquisidores, y arrancaron de su mano un preso.

Las medidas que se tomaban en reprimir estos excesos, en vez de apagar el incendio, le daban nuevo pábulo.

La promulgacion del Concilio de Trento era uno de los objetos principales, quizá el mas interesante que ocupaba la atencion del rey de España. Hemos visto que en aquella asamblea, habiéndose disputado la precedencia entre los embajadores de España y de Francia, se decidió la cuestion por este último. La misma determinacion se habia tomado por los cardenales en Roma, á quienes el Pontífice habia encomendado este negocio tan desagradable y espinoso. Al rey de España ofendió muchísimo una determinacion que tuvo por injusta y depresiva. Mas los que se imaginaban que esto habia de influir en la observancia y aceptacion del concilio, no conocian bastante los verdaderos sentimientos del monarca.

Se alegraron muchísimo en los Paises-Bajos, creyendo que semejante injusticia les eximiria de lo que llamaban el yugo del concilio; mas luego llegó órden de Felipe para que se publicase y se pusiese en observancia todos sus decretos y disposiciones. Pareció la medida algo violenta á la Gobernadora, y dudó mucho sobre la publicacion de algunos de ellos. El Consejo, á quien expuso sus dificultades, fué del mismo modo de pensar; mas el Rey se obstinó en que nada se omitiese.

Con esto se pone bien de claro que el rey de España procedia en estos asuntos como un hombre que despues de tomada una resolucion, no se detiene en la naturaleza de los medios de llevarla á cabo. Natural era que reflexionase que la Gobernadora y su Consejo estaban mas al cabo del estado del pais, y puesto que le indicaban los inconvenientes de la adopcion de la medida, accediese á sus miras

y adoptase su política; mas era para él un asunto capital la admision en su totalidad de los decretos del concilio, y todo lo demás le parecia de un órden secundario. Repitió, pues, la órden de que se llevase adelante su decreto, y que nada se omitiese para reprimir y castigar con mano fuerte á los herejes. Mas no bastaba el mandar, pues los obstáculos insuperables que encontraba la Gobernadora eran superiores á estas órdenes. Volvieron á Madrid las representaciones de la Gobernadora y su Consejo. Para apoyarlas de palabra se envió á la corte de España al conde de Egmont, que, como hemos insinuado, no era en apariencia objeto de suspicacia para el rey católico.

Se verificaban mientras tanto las conferencias de Bayona, de que hemos hecho mencion en su lugar correspondiente. Por mas que se quiso dar á esta entrevista un aire de familia, estaba persuadido todo el mundo de que se trataban en ella asuntos de gravísima importancia. Se hablaba de un plan de exterminio total de los herejes; y como en estos casos vuela tanto la imaginacion, así en los que esperan como en los que temen, no era extraño que las cosas se abultasen, aunque en realidad todos los historiadores de aquella época convienen en que el estado de la herejía en Francia y los medios de acabar con ella fueron el asunto principal de aquella reunion famosa. Si el rey de España no asistió personalmente á ella, fué, ó por no comprometerla dentro de un reino extraño, ó no dar mas campo á las sospechas; y sobre todo por no creer este paso necesario, habiendo dado instrucciones al duque de Alba, que en un todo le representaba. Circularon, pues, en los Paises-Bajos con este motivo rumores alarmantes que atizaron el fuego de descontento y aversion al gobierno español, aumentando los embarazos de la princesa Gobernadora y su Consejo.

Llegó á principios del año 1565 el conde de Egmont á Madrid, donde fué bien recibido del monarca. Su respuesta no fué otra que la que habia dado anteriormente; á saber, que se llevase adelante lo mandado, y que se reprimiese y castigase á los herejes. Para dar mayor solemnidad y peso á su determinacion, reunió un consejo de teólogos, á quienes sometió la gravedad de aquellas circunstancias. No todos los individuos de esta reunion aprobaron abiertamente sus sentimientos y medidas de severidad y de dureza. Algunos fueron de opinion de que debia cederse algo al estado de las opiniones y crítico de la situacion, y manifestando al rey su dictámen que podia usar de tolerancia, si este era un camino de conservar mas fieles adictos á la comunion romana. «No se trata de saber si puedo, respondió Felipe; la cuestion es si debo tolerar en mis dominios á enemigos de la Iglesia.» Como los teólogos propendiesen á la afirmativa, si tal era el estado del negocio, se arrodilló Felipe ante un Crucifijo, diciendo: «Señor, yo prometo no dar nunca leyes ni mandar en region alguna donde os desprecien.»

Con estos datos podemos muy bien conjeturar la respuesta que enviaria á la princesa Gobernadora, aunque Egmont no fué el portador de todas las voluntades de Felipe. Le dió, sin embargo, una instruccion relativa al modo como se habian de conducir con los herejes, instituyendo una junta para ello. Le entregó asimismo 60,000 ducados de oro para la milicia, 200,000 para las guarniciones, 150,000 para gobernadores y magistrados, diciéndole que quisiera mandar mas, pero que tenia que atender á otras obligaciones igualmente perentorias. Tambien le entregó la persona de Alejandro, hijo de la Gobernadora, de diez y nueve años de edad, con lo que dejó á la madre altamente satisfecha. Poco despues se celebraron con gran solemnidad en Bruselas las bodas de este príncipe con la princesa María de Portugal, hija del príncipe don Eduardo ó don Duarte, hermano de don Juan III; mas estas grandes funciones y fiestas de familia no endulzaron la amarga situacion en que se hallaba la Gobernadora.

El conde de Egmont, á quien no se le fiaron todas las instrucciones que envió el rey por carta separada á la princesa, se quejó amargamente de una conducta que tan altamente comprometia su reputacion en el pais, pues se le supondria partícipe de medidas impopulares que fuertemente reprobaba. A pesar de que trabajó el rey en persuadirle de que no habia contradiccion alguna entre las instrucciones de que habia sido portador, y las que habian ido en cartas separadas, no se dieron órdenes menos severas para que se apoyase todo lo posible á los inquisidores, y se publicasen en su totalidad las decisiones del concilio. Se extendió en los términos mas severos el edicto en que esta obediencia y sumision se prescribia, y se distribuyó con profusion en todas las provincias.

Avivó este edicto la llama del descontento, y por todas partes fué blanco de invectivas y censura. En algunas provincias, sobre todo en Brabante, donde apenas pudo procederse á la publicacion del edicto, todas las clases del estado se le mostraron enemigas, sobre

todo los nobles, y mas que nadie el príncipe de Orange, que continuaba aprovechándose de esta disposicion tan favorable de los ánimos.

Se siguió á estos disgustos públicos, ó por mejor decir los inflamó de nuevo, una reunion de nobles que, en número de nueve, celebraron cierta especie de confederacion contra la promulgacion y observancia del edicto. Figuraban á la cabeza, Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, Brederod conde de Utrecht, el conde Carlos Mansfeld, hijo del otro de este nombre, el conde de Kuilenbourg, el conde de Tolosa, el conde de Santa Aldegundis Felipe de Marnix. En noviembre de 1565 extendieron con solemnidad la fórmula de su juramento. Decian en su manifiesto, que engañaban al rey los que le aconsejaban el establecimiento en los Paises-Bajos de la Inquisicion, tribunal de sangre, que además de sus crueldades, envilecia, degradaba y esclavizaba á los hombres, poniendo al bueno, al virtuoso, al honrado padre de familia á merced de infames delatores; que movidos de estos sentimientos, y mirando por la tranquilidad y seguridad de los ciudadanos, se declaraban contra el establecimiento de semejante tribunal, comprometiéndose con sus personas y sus vidas á llevar adelante su propósito, confederándose, prometiéndose ayuda mutua en favor de cualquiera individuo de la confederacion, que sufriese ó fuese perseguido por abrigar estos nobles sentimientos y trabajase por hacerlos efectivos. De la justicia de su causa, de la pureza de sus intenciones, ponian por testigo á Dios, y hacian á su pais la manifestacion mas formal y mas solemne. Se distribuyó esta fórmula, ó sea manifestacion, por miles de ejemplares, y fué recibida del pais con muchísimo entusiasmo.

Abrazaron la causa de los nobles los mercaderes y demás clases populares, y muchos católicos no se manifestaron menos prontos á seguir esta bandera que los disidentes en materias religiosas. Es fácil de conocer que no llevaban unos y otros unas mismas miras; que algunos aspiraban solo á verse libres de la Inquisicion, mientras otros trataban de conseguir una libertad completa de conciencia. De todos modos, se acrecentó muchísimo el número de los confederados, y á pocos dias de la primera reunion, ya pasaban de seiscientos. Se hallaban entre ellos, y los animaban sin duda en secreto, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn; mas ninguno de estos tres se habia declarado abiertamente. Tampoco eran públicas, aunque ninguno las ponia en duda, las relaciones de los confederados con la reina de Inglaterra, los hugonotes de Francia y los nobles luteranos de Alemania.

Nada de esto cogia desprevenida á la princesa, pues por todas partes tenia emisarios que le daban cuenta de la conducta de los disidentes. Trataba de neutralizar sus disposiciones, que ya rayaban en hostilidades, por medio de cartas secretas que enviaba á los Gobernadores para que llevasen á rigor las disposiciones de los edictos, inspeccionando castillos y fortalezas, poniéndose de inteligencia con la corte de Francia, á la que hacia saber cuanto pasaba; mas no estaba en el poder de la princesa ni en el de Felipe resistir por medio de decretos, á un torrente que por todas partes desbordaba. Llegó en los nobles el ánimo y la resolucion hasta presentarse delante de Bruselas y pedir admision dentro de sus muros para entregar un memorial á la princesa. Celebrábase entonces en aquella capital una asamblea de caballeros del Toison de Oro. Con este motivo se deliberó en el consejo sobre la peticion extraña de los confederados, sometiéndose á su decision si debian ó no ser admitidos. Opinaron por la afirmativa el príncipe de Orange, el conde de Egmont y sus amigos. Fueron de la opinion contraria entre otros el conde de Mansfeld, y el de Barlamont, que se mostraba siempre contrario á la opinion del príncipe de Orange. Manifestó este que no podia haber inconveniente alguno en recibir la peticion de los confederados, y no dejó pasar la ocasion de censurar la conducta del rey, que tan mal recompensaba los servicios del pais y los sacrificios que en su obsequio hacia. En vano la Gobernadora les hizo ver lo vicioso de su pretension, manifestando que la Inquisicion no era una institucion nueva en el pais, pues llevaba ya de fecha cuarenta años; mas la demostraron que habia mucha diferencia entre la Inquisicion ejercida por los obispos del pais y la que se queria establecer ahora, dependiente en un todo de las voluntades del Pontífice.

El consejo decidió, pues, la admision de los confederados, que entraron en 7 de abril del año 1566 con grande aparato y ceremonia rodeados de la muchedumbre. Fueron hospedados en casa de los demás nobles, y con esto se estrechó mas la liga renovándose juramento de que todos se declaraban mancomunados contra sus enemigos, ofreciéndose proteccion y auxilios mútuos. A los dos dias se presentaron en palacio con Beredod, á la cabeza, quien con todas las demostraciones de sumision y de respeto puso en manos de

la Gobernadora una peticion reducida á tres artículos, solicitando la revocacion de los edictos sobre la Inquisicion y obediencia á las decisiones del concilio. Al mismo tiempo se quejaron á la Gobernadora de las cartas que sus enemigos le habian escrito contra ellos, pidiéndole que declarase los nombres de los delatores. Les respondió Margarita que tomaria el asunto en consideracion, que lo consultaria con el rey, y no les dió mas respuesta por entonces, con la cual se despidieron. Mas al dia siguiente se les devolvió la peticion con un decretó al márgen en que se les ofrecia mitigar los decretos relativos á la Inquisicion y á otros puntos de litigio: con este motivo volvieron los comisionados á palacio y dieron gracias á la Gobernadora.

Se celebró aquel mismo dia un banquete á que asistieron la mayor parte de los confederados. En el calor de la conversacion y del vino se discutió un punto que hasta entonces no se habia tratado, á saber: qué nombre se daria á su asociacion, pues hasta entonces no habia sido designada con ninguno. La decision que se adoptó en el particular fué verdaderamente propia de su sobremesa. Parece que Barlamont ó algun otro de los principales consejeros de la Gobernadora, para indicar lo poco que valian los confederados, los habian designado con el nombre de *mendigos*. Fué esta especie la que con broma y algazara les hizo adoptar el nombre definitivo que se dieron. ¡Vivan los mendigos, vivan los mendigos! se vociferó en la mesa, por cuyos convidados circuló un vaso con unas alforjillas y una especie de taza ó de hortera llena de vino, en que brindaron todos. En el calor de aquella discusion llegaron el príncipe de Orange y el conde de Egmont, con lo que se renovaron los brindis y las aclamaciones.

Tal fué el orígen de los mendigos de los Paises-Bajos, que llevaban por divisa de su confederacion una taleguilla con una hortera al lado, y una medalla al cuello con una inscripcion de ser fieles al rey hasta la talega. Despues de algunos dias de permanencia en Bruselas se salieron del modo mas público, en número de mas de quinientos, recibiendo fuegos de saludo. Brederod se retiró á Amberes y los otros á Güeldres, desde cuyos puntos trataron de esparcir y aumentar la asociacion con toda la actividad posible. En vano envió la Regente un mensajero á Amberes para que se precaviesen de Brederod y espiasen su conducta. No fué por eso menos popular en la ciudad este jefe, y cuando supo la determinacion de la Gobernadora, salió á las ventanas de su casa con un vaso de vino en la mano y brindó á presencia de la muchedumbre contra una institucion tan aborrecida y detestada.

No le faltaban á la princesa Gobernadora buenos deseos y espíritu conciliador que templase las pasiones; mas se hallaba contrariada en su modo de pensar por las órdenes terminantes de Felipe, á quien procuraba complacer en todo. Convencida de lo imposible que era poner en planta los edictos venidos de Madrid, imaginó uno que conciliase en lo posible las ideas del monarca y las de los confederados, es decir, un término medio igualmente distante de los dos extremos. Habiendo propuesto en su consejo si esta medida se llevaria á efecto ó no, se decidió por la afirmativa el príncipe de Orange, y en efecto se extendió y circuló el edicto. Pero Margarita no le dirigió á todas las provincias á la vez, sino de un modo sucesivo, comenzando por aquellas donde no se manifestaba tanto el espíritu de resistencia á los edictos anteriores. Adoptaron el decreto que se llamó de moderacion, las provincias de Artois, Namur y Luxemburgo. Otras manifestaron que estaban prontas á recibirle con algunas modificaciones; otras abiertamente se negaron. En general fué de tan poca eficacia la medida y tan impopular, que en lugar de llamarle edicto de moderacion, se le dió el título de *moorderation*, que en aquella lengua significa asesinato. Y aun para la aprobacion de esta medida, que tan poco agradable se manifestaba, le era preciso el consentimiento del rey, para lo que le envió de mensajeros á los condes de Montigny y de Berghen.

En el punto donde se habian puesto los negocios, era ya imposible á los hombres de cierta consideracion é influencia en el pais permanecer neutrales, tratándose de cosas que tanto se chocaban y se contradecian. Entre ellos se hallaba principalmente el príncipe de Orange, quien ni amaba al rey ni gustaba de su política ni sus resoluciones, y que por otra parte no queria, ó por principios ó por otras miras ulteriores, manifestarse jefe y afiliado en el partido opuesto. Objeto de la suspicacia de Felipe, no se lisonjeaba de acertar nunca á complacerle, y por otra parte temia perder su popularidad mostrándose celoso servidor de aquel monarca. Hizo, pues, renuncia de sus cargos á la Gobernadora, diciéndola que no necesitaba el rey servidores que eran objeto de sus desconfianzas, y que por lo mismo no podia ser de utilidad en puesto alguno. Siguieron su ejemplo los condes de Horn y de Egmont, marchándose este úl-

la Gobernadora una peticion reducida á tres artículos, solicitando la revocacion de los edictos sobre la Inquisicion y obediencia á las decisiones del concilio. Al mismo tiempo se quejaron á la Gobernadora de las cartas que sus enemigos le habian escrito contra ellos, pidiéndole que declarase los nombres de los delatores. Les respondió Margarita que tomaria el asunto en consideracion, que lo consultaria con el rey, y no les dió mas respuesta por entonces, con la cual se despidieron. Mas al dia siguiente se les devolvió la peticion con un decretó al márgen en que se les ofrecia mitigar los decretos relativos á la Inquisicion y á otros puntos de litigio: con este motivo volvieron los comisionados á palacio y dieron gracias á la Gobernadora.

Se celebró aquel mismo dia un banquete á que asistieron la mayor parte de los confederados. En el calor de la conversacion y del vino se discutió un punto que hasta entonces no se habia tratado, á saber: qué nombre se daria á su asociacion, pues hasta entonces no habia sido designada con ninguno. La decision que se adoptó en el particular fué verdaderamente propia de su sobremesa. Parece que Barlamont ó algun otro de los principales consejeros de la Gobernadora, para indicar lo poco que valian los confederados, los habian designado con el nombre de *mendigos*. Fué esta especie la que con broma y algazara les hizo adoptar el nombre definitivo que se dieron. ¡Vivan los mendigos, vivan los mendigos! se vociferó en la mesa, por cuyos convidados circuló un vaso con unas alforjillas y una especie de taza ó de hortera llena de vino, en que brindaron todos. En el calor de aquella discusion llegaron el príncipe de Orange y el conde de Egmont, con lo que se renovaron los brindis y las aclamaciones.

Tal fué el orígen de los mendigos de los Paises-Bajos, que llevaban por divisa de su confederacion una taleguilla con una hortera al lado, y una medalla al cuello con una inscripcion de ser fieles al rey hasta la talega. Despues de algunos dias de permanencia en Bruselas se salieron del modo mas público, en número de mas de quinientos, recibiendo fuegos de saludo. Brederod se retiró á Amberes y los otros á Güeldres, desde cuyos puntos trataron de esparcir y aumentar la asociacion con toda la actividad posible. En vano envió la Regente un mensajero á Amberes para que se precaviesen de Brederod y espiasen su conducta. No fué por eso menos popular en la ciudad este jefe, y cuando supo la determinacion de

la Gobernadora, salió á las ventanas de su casa con un vaso de vino en la mano y brindó á presencia de la muchedumbre contra una institucion tan aborrecida y detestada.

No le faltaban á la princesa Gobernadora buenos deseos y espíritu conciliador que templase las pasiones; mas se hallaba contrariada en su modo de pensar por las órdenes terminantes de Felipe, á quien procuraba complacer en todo. Convencida de lo imposible que era poner en planta los edictos venidos de Madrid, imaginó uno que conciliase en lo posible las ideas del monarca y las de los confederados, es decir, un término medio igualmente distante de los dos extremos. Habiendo propuesto en su consejo si esta medida se llevaria á efecto ó no, se decidió por la afirmativa el príncipe de Orange, y en efecto se extendió y circuló el edicto. Pero Margarita no le dirigió á todas las provincias á la vez, sino de un modo sucesivo, comenzando por aquellas donde no se manifestaba tanto el espíritu de resistencia á los edictos anteriores. Adoptaron el decreto que se llamó de moderacion, las provincias de Artois, Namur y Luxemburgo. Otras manifestaron que estaban prontas á recibirle con algunas modificaciones; otras abiertamente se negaron. En general fué de tan poca eficacia la medida y tan impopular, que en lugar de llamarle edicto de moderacion, se le dió el título de *moorderation*, que en aquella lengua significa asesinato. Y aun para la aprobacion de esta medida, que tan poco agradable se manifestaba, le era preciso el consentimiento del rey, para lo que le envió de mensajeros á los condes de Montigny y de Berghen.

En el punto donde se habian puesto los negocios, era ya imposible á los hombres de cierta consideracion é influencia en el pais permanecer neutrales, tratándose de cosas que tanto se chocaban y se contradecian. Entre ellos se hallaba principalmente el príncipe de Orange, quien ni amaba al rey ni gustaba de su política ni sus resoluciones, y que por otra parte no queria, ó por principios ó por otras miras ulteriores, manifestarse jefe y afiliado en el partido opuesto. Objeto de la suspicacia de Felipe, no se lisonjeaba de acertar nunca á complacerle, y por otra parte temia perder su popularidad mostrándose celoso servidor de aquel monarca. Hizo, pues, renuncia de sus cargos á la Gobernadora, diciéndola que no necesitaba el rey servidores que eran objeto de sus desconfianzas, y que por lo mismo no podia ser de utilidad en puesto alguno. Siguieron su ejemplo los condes de Horn y de Egmont, marchándose este úl-

timo á tomar baños. Se quejó amargamente de esta conducta la Regente, diciéndoles que ¿cómo la abandonaban en aquel conflicto, y quién podria en adelante apoyar su autoridad, abandonando sus puestos personas de su influencia y nombradía? Retiró el conde de Egmont su peticion y conservó sus cargos. Anduvo mas remiso en eso el príncipe de Orange, que rara vez era muy explícito en sus pasos y en sus determinaciones. En cuanto al conde de Horn, se retiró definitivamente de la vida pública.

Mientras tanto se aumentaba cada dia en los Paises-Bajos el número de los sectarios. En todas partes hacian nuevas irrupciones los luteranos, los calvinistas y los anabaptistas, sin que todas las medidas del mundo pudiesen impedirlo en un pais de tantas relaciones como Flandes con naciones donde dichas sectas pululaban. Por el norte se componia el mayor número de luteranos, como la religion de los príncipes del Imperio; por el mediodia eran especialmente calvinistas, como en estrecha relacion con los de Francia. Se entraban los misioneros con la apariencia y bajo el traje de comerciantes ó artesanos que esparcian en secreto sus doctrinas; pero por la impopularidad del nuevo edicto de la Gobernadora, cobraron mas aliento, y de privadas confabulaciones procedieron á predicar abiertamente en público. En Oudenarde, Gante y casi toda Flandes, se presentó como principal misionero un tal Fernando Striguer, ex-fraile franciscano, que arrastraba tras sí la muchedumbre entusiasmada con una elocuencia que hablaba á su imaginacion y á sus pasiones. Llevaban los mas atrevidos armas de fuego, picas y alabardas con que cercaban el campo donde predicaba el misionero. Con un carro le formaban una especie de púlpito con toldo, para defenderle del sol ó inclemencias de la atmósfera. Allí se predicaba, se cantaban salmos y se administraban sacramentos segun prescribia la doctrina de Calvino. Lo mismo practicaba un tal Ambrosio Ville en Tournay, y Pedro Dathem en Flandes del poniente. De Tournay, que se hallaba sin guarnicion, se apoderaron, poniendo en libertad á los presos por sus opiniones. Ligados los de esta ciudad con los de Valenciennes y Amberes, se reunieron de los tres puntos hasta mas de diez y seis mil con carros y armas para oir sermones y cantar sus salmos. No solo ponian en práctica el culto de las nuevas sectas, sino que hacian burla del de Roma por medio de farsas, en que se ponian en ridículo sus trajes y sus ceremonias.

Comenzaba este desórden á inspirar serias inquietudes. De Amberes dieron parte de todo á la Gobernadora, instándola á que cuanto mas antes se pusiese en camino para dicho punto. No atreviéndose á ello Margarita, mandó en su lugar al conde de Mengel; mas su presencia en lugar de aplacar los desórdenes de Amberes, los hizo degenerar en tumulto abierto, prorumpiendo la muchedumbre en vociferaciones contra Mengel, á quien se acusaba de ser portador de órdenes secretas para plantear el tribunal de la Inquisicion, objeto de tanta antipatía. Intimidado Mengel tuvo que salir de Amberes, y con este motivo volvieron los comisionados de esta ciudad con nuevas súplicas á la Gobernadora para que se pusiese inmediatamente en camino, si la queria ver salvada, y en caso de que no pudiese les mandase en su lugar al príncipe de Orange. Aceptó este la comision que le dió para ello Margarita, á pesar de sus resoluciones anteriores, y se dirigió á Amberes, de cuyo pueblo fué recibido con muchísimos aplausos. Participaron todas las clases de estos sentimientos, y los unos como los otros, miraron como un salvador al príncipe de Orange. Sério éste, y circunspecto, aplacó poco á poco la efervescencia popular, y con su carácter conciliador, al mismo tiempo de hacer concesiones á los sectarios, protegió al culto católico contra las violencias de que estaba amenazado.

Mientras tanto la Gobernadora, siempre con desconfianza de unos y de otros, retiró el acto de indulgencia que habia concedido á los confederados. Con este motivo se reunieron estos con Brederod á su cabeza en Santron, y desde allí pidieron á la Gobernadora seguridad personal, manifestando pretensiones poco asequibles, pero con tono muy alto y decisivo. Fué portador de este mensaje el conde jóven de Mansfeld, y la Gobernadora envió á los confederados al príncipe de Orange y al conde de Egmont como sus plenipotenciarios. Preguntaron estos en nombre de Margarita qué pretensiones tenian y por qué se celebraba aquella reunion extraordinaria. Los confederados dijeron que no tenian ninguna seguridad, y que además se veian objetos de desconfianza y calumniados. No accedió la Regenta á sus solicitudes. Destituida de consejo en aquella crisis, con gran falta de recursos, y desconfiando del príncipe y de Egmont, dijo á los confederados que esperasen la respuesta del rey otros veinticuatro dias.

Llegó el conde de Montigny con el de Berghen á Madrid con el mensaje de la Regente, cuyas pretensiones eran, entre otras, la abolicion del decreto de la Inquisicion, ó mas bien, el que se sustrajese

de este lo que era tan odiado de aquellos habitantes. Tambien la convocacion de los Estados generales era una de las medidas urgentes que aquella princesa proponia.

Se hallaba entonces Felipe II en Valsain, cerca de Segovia, é inmediatamente mandó que se juntase el Consejo de Estado, compuesto del duque de Alba, de Gomez de Figueroa, del conde de Feria, de don Antonio de Toledo, de don Juan Manrique de Lara, de Rui-Gomez, príncipe de Eboly, de Luis Quijada, de Carlos Tissenac, presidente del Consejo de Flandes. En el seno de esta reunion se trataron los negocios tan delicados de los Paises-Bajos; se examinó la conducta de los confederados, la irrupcion de los innovadores y sus predicaciones públicas. Se debatió en el Consejo en pro y en contra, como sucede en tales casos, y una de las cuestiones mas importantes fué la de si el rey en aquellas circunstancias debia dirigirse á los Paises-Bajos. Muchos opinaron por la afirmativa: otros alegaron los grandes riesgos á que se expondria el rey, haciéndose al mar en estacion tan avanzada, opinion que prevaleció en la mayoría del Consejo. Tambien hubo opiniones de que se retirasen los edictos y se confirmase el de indulgencia. Despues de oidos á unos y á otros no resolvió allí otra cosa el rey, mas que se hiciesen rogativas y procesiones para que Dios iluminase sus consejos.

Escribió el rey á la Regente que no creia necesaria la convocacion de los Estados, y que por lo mismo no podia acceder á la adopcion de esta medida. La mandó al mismo tiempo que estuviese preparada para la guerra, allegando tres mil caballos y dos mil infantes, mientras él arreglaba un regimiento de caballería. Escribió además á muchos grandes del pais y ciudades principales en los términos mas corteses, exhortándolos á que continuasen con su conducta, y los sentimientos de fidelidad y adhesion á su persona. En cuanto á los edictos, aflojó algun tanto de su rigor acostumbrado. Con estas respuestas se volvió uno de los mensajeros, el conde de Berghen; mas antes de llegar á los Paises-Bajos habian ocurrido sucesos desagradables, de un órden sumamente desastroso.

Desechaban los nuevos sectarios el culto de las imágenes, que por todas partes eran objeto de su antipatía. Ya hemos visto cómo en Escocia, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, fueron muchas veces invadidos los templos, robados los objetos del culto de algun valor, y quebradas las imágenes. De iguales violencias fueron teatro los Paises-Bajos. De las predicaciones en campo abierto, pasaron á hostilizar á los templos de sus antagonistas. Mas de trescientos foragidos se presentaron en las iglesias de la Flandes occidental en Saint-Omer, Iprés, Menin y Oudenarde. Con martillos, con palancas, con todos los instrumentos posibles de dilapidacion y destruccion, invadian los altares y cometian toda clase de destrozos.

Tambien quisieron cometer estos excesos en Amberes, y se hubieran realizado á no imponer su intercesion el príncipe de Orange. Mas restituido á Bruselas, á consecuencia de llamamiento de la Gobernadora, quedó la ciudad abandonada y continuó el tumulto, teniendo por blanco nada menos que la catedral de la ciudad, donde, entre otras imágenes, fué despedazada la de la Vírgen, objeto de gran devocion para aquellos habitantes. Los mismos excesos se cometieron en Gante, en Tournay, en Valenciennes. En Holanda y otras ciudades del norte de los Paises-Bajos se vieron los magistrados en la necesidad de retirar de las iglesias los objetos del culto, á fin de que no fuesen víctima de la codicia y profanacion de los sectarios.

Alarmada la Gobernadora, y atemorizada además, quiso huir de Bruselas. Mas se lo disuadieron sus consejeros, y entre ellos el famoso Viglio que estaba separado, hacia algun tiempo, de sus cargos. Accedió por fin Margarita á sus razones. Nombraron por gobernador de la ciudad al conde de Mansfelt, quien tomó medidas de defensa, aumentando la guarnicion, dando armas á los mismos criados y sirvientes de palacio.

Aconsejaron al mismo tiempo á la Gobernadora que se soltase de la cárcel á los aprehendidos por predicadores; que se diesen á conocer los nuevos edictos conciliadores que habian llegado de la corte de España; que no se hablase nada de castigos; que concediesen la seguridad personal que pedian los mendigos. El príncipe de Orange y el conde de Egmont se mostraron en buenos términos con la Gobernadora durante aquellas apuradas circunstancias, y despues de haberse dado promesas mútuas de sinceridad, se dirigieron el primero á Amberes y el segundo á Flandes.

Igual efecto hizo la presencia del príncipe de Orange en Amberes esta vez, que la pasada. Restituyó á los católicos los edificios del culto, al mismo tiempo que concedió á los protestantes puntos donde pudiesen públicamente celebrar el suyo, debiendo presentarse en estos actos sin espadas, sin ninguna clase de armas. Despues de pacificada Amberes, se dirigió el príncipe con el mismo objeto á Utrecht,

á Holanda y á Zelanda, donde observó la misma conducta, pacificando los ánimos y haciendo justicia á cada uno de los dos partidos.

Tambien en Bruselas trataron de hacerse con templos suyos los de las nuevas sectas; mas se negó á ello la Regente, cuya autoridad, apoyada en la energía del Gobernador y jefe de la guarnicion, fué entonces respetada.

En Tournay se suscitaron muchas disputas sobre la distribucion de lugares de culto. El Gobernador asignó á los protestantes los arrabales de la ciudad para construir sus templos; mas los nuevos sectarios se obstinaban en tenerlos dentro, por hallarse allí el mayor número de sus correligionarios; pero al fin se aplacaron, accediendo á lo que el Gobernador les proponia.

Fué en Valenciennes, donde se suscitaron con estas disputas mas disturbios. Habian sido mas frecuentes en esta ciudad que en ninguna otra, sea porque hubiese mayor número de herejes, ó porque la vecindad á Francia los hiciese mas ardientes y atrevidos. Tenian entonces en su seno, un predicador de esta nacion, llamado Lagrange, que arrastraba á la muchedumbre con el poder de su elocuencia; llegando hasta amenazar á los magistrados con entregar la plaza á los hugonotes, si sus hermanos no entraban en goce del derecho de ejercer en público su culto, como lo hacian los demás cristianos. Se mostró muy celoso el conde de Egmont en Gante, capital de su gobierno, protegiendo á los católicos contra los ataques de los calvinistas, con la restitucion de los templos que les habian usurpado. Solo permitió á los nuevos sectarios uno de su culto fuera de los muros de la plaza.

Se conducian, como se ve, el príncipe de Orange y el conde de Egmont en el sentido del órden y el reposo público, mostrándose muy celosos por la autoridad de la Gobernadora y obsequiosos en servir los intereses del señor de los Paises-Bajos. Mas no por eso se hicieron gratos á este monarca, que con tanta desconfianza los miraba y tan presentes tenia sus pasos anteriores. Además de esto, la contemporizacion con los sectarios que estos príncipes observaban como regla de conducta, no podia ser del agrado de un rey, para quien el nombre de hereje encerraba todas las maldades y crímenes posibles.

Mientras tanto le apretaba con sus cartas la Gobernadora, para que cuanto mas antes se presentase en los Paises-Bajos. Lo mismo le decian el príncipe de Orange, el conde de Egmont y los otros

grandes. Por su parte le proponia el emperador la necesidad de que aflojase algo de sus pretensiones, proponiéndose hasta por mediador si se consideraba este paso necesario.

Si algun pais podia reclamar con urgencia la presencia de su rey, era Flandes sin disputa. Basta lo poco que llevamos dicho para concebir la confusion y desórden en que estaba envuelto. Por una parte, edictos para el establecimiento de la Inquisicion; por otra permisos á los sectarios para que erigiesen templos de su nuevo culto. Aquí pretensiones de gobierno absoluto; allí consentida una confederacion política que imponia condiciones. La Gobernadora no tenia fuerza: los grandes que la auxiliaban no eran siempre sinceros en su profesion de fe política: entre estos mismos, existian diferencias muy marcadas de carácter, sobre todo de miras y segundas intenciones. El único punto al que todas las opiniones y partidos convergian, era el disgusto hácia la dominacion del rey de España.

Se hallaba á la sazon en Segovia este monarca (1566), y todos estos puntos fueron sometidos en el momento á su Consejo. Se mostraron en él los parciales de Granvela muy contrarios á los de los grandes de los Paises-Bajos. A sus manejos, á sus intrigas, á sus pasos ocultos, atribuian los primeros todos los disturbios de que aquella region era teatro. Dijeron que sin su conducta doble y política torcida, no le hubieran inundado los herejes, ni tenido lugar la confederacion de los mendigos, ni dádose el escándalo de las predicaciones en el campo, ni consumádose la iniquidad con el allanamiento de los templos y la destruccion de sus imágenes: que todos eran unos, pero que los grandes eran mas culpables que los chicos; por lo que convenia que sobre los primeros, recayesen principalmente los castigos.

En este punto convinieron casi todos. Tambien se adoptó con unanimidad la idea de que el rey se presentase en Flandes. Mas sobre el modo de hacer el viaje y los que habian de acompañarle, hubo diversidad de pareceres.

Opinó la parcialidad contraria al duque de Alba, y donde figuraba el príncipe de Eboli, que el rey partiese sin ejército, haciendo ver el costo, los embarazos de la traslacion de tantas fuerzas á los Paises-Bajos, el aire de extranjero que daria al rey el presentarse en medio de sus pueblos, rodeado de fuerzas extrañas al pais; lo gravoso que seria su manutencion, y que en lugar de aplacar los

ánimos, este despliegue de fuerza y de violencia los enajenaria mas y mas del rey de España, etc.

Respondió á esto el duque de Alba que nunca eran mas necesarias las fuerzas, que para imponer á un pais que recurria en su desobediencia á medios tan violentos. Que el viaje del rey era mas bien para reprimir, que para conciliar los ánimos; que solo se podian aplacar con el respeto y temor de los castigos. Que todos habian pecado, y por lo mismo debian ser todos merecedores de castigos; que tal vez el rey se expondria á desaires personales, no viéndose rodeado de un ejército disciplinado, que se mostrase instrumento ciego de sus disposiciones.

Prevaleció esta opinion como era de esperarse, y despues se trató de la ruta que seguiria el monarca. Por el mar, era imposible en aquella estacion hacer el viaje. Desembarcando en Italia, se le ofrecian dos caminos, ó por Trento atravesando la Alemania, ó por los Alpes, Suiza y orillas del Rhin; mas ambas rutas tenian el inconveniente de atravesar tierras de príncipes luteranos, ó de calvinistas. Por otra parte, era preciso hacer venir de Italia las galeras en que debia de embarcarse el rey, lo que todavía era obra para algunos meses. No tenia el rey deseos de hacer el viaje de los Paises-Bajos. Jamás hijo en esta parte fué tan diferente de su padre. Tan activo como este se mostraba para presentarse donde quiera que creia necesaria su presencia, tan opuesto era el otro á dejar su gabinete, creyendo tal vez que bastaban sus disposiciones para imprimir un gran impulso en los negocios. Sin embargo, se equivocó mucho en esta parte, y tal vez á su repugnancia en visitar aquel pais, se debieron una gran parte de todos sus disturbios.

Mientras se decidia y ponia en ejecucion este designio de viaje, escribió el rey á la Gobernadora una carta para presentar en el consejo, y otra secreta en el que le daba otras instrucciones que no se leian en aquella, En ambas se mostraba adverso á la convocacion de los Estados generales; lo que particularmente le encargaba era que tomase cuantas medidas pudiese para hacerse fuerte, allegando el mayor número posible de tropas.

Iba en progreso la fabricacion de los templos calvinistas, por las medidas de equidad y de moderacion adoptadas por los gobernadores; se dedicaron con el mayor ardor y celo á llevar adelante una obra en que tanto se interesaban sus creencias y amor propio. Grandes y pequeños sin distincion de clases, todos se apresuraban

á poner los medios que cada uno tenia por su parte; haciendo donativos, llevando piedra y demás materiales, trabajando en cosas manuales cuando era necesario. Solamente el conde Hoogstraten en Amberes hizo la oferta de tres millones de escudos, cuya especie circuló impresa en miles de ejemplares, inflamando el ejemplo de muchos que tambien acudieron con sumas muy considerables.

Habia aflojado mucho el allanamiento de las iglesias; tampoco se mostraban tan estrechos los vínculos de la confederacion donde entraban, como hemos dicho, católicos y protestantes. Miraron los primeros con indignacion una conducta, que tal vez atribuyeron á maquinaciones de los últimos. Con estas recriminaciones, hubo desvíos y sospechas mútuas: muchos, sobre todo católicos, se separaron de una liga que se mostraba en parte tan contraria á sus propios sentimientos.

La Gobernadora que lo supo, pues de todo la informaban sus espías, trató de proseguir esta obra de desconfianza, desuniendo cuanto era posible los ánimos indisponiéndolos unos contra otros. El rey, con quien consultó el negocio, le envió cartas escritas á muchos de ellos de una manera secreta, mas que no dejaba de ser pública. Naturalmente fué el designado del rey hacerlos objeto de suspicacia, para los que no habian sido agraciados con esta deferencia.

Fué el conde de Egmont uno de los que recibieron estas cartas. Franco en todas sus acciones y palabras, este personaje se habia disculpado con el rey de algunas faltas suyas anteriores, y haciendo protestas de su adhesion y respeto á la persona del monarca. Le hizo contestar el rey por medio de su secretario, en términos de reprension, manifestándole que al rey tocaba mandar y al vasallo obedecer ciegamente sus disposiciones: que el conde de Egmont no habia hecho todo lo posible para reprimir los excesos de los enemigos del monarca; mas al mismo tiempo, le dió á entender que estaba siempre en su gracia, y que contaba en todo con su enmienda para en adelante.

Tambien recibió carta del rey el príncipe de Orange, mas su contenido era en tono muy diverso. Habia el príncipe, como hemos dicho, presentado á la Gobernadora la dimision de sus cargos, á lo que no accedió la princesa, manifestándole lo necesario y gratos al rey que eran sus servicios. Lo mismo le dijo Felipe, haciéndole ver que merecia en todo su confianza; y para darle una muestra de la sinceridad de su conducta, le aconsejaba que se precaviese de su

hermano, el conde de Nassau, haciendo todo lo posible para que se alejase de los Paises-Bajos.

Al príncipe de Orange no seducian estas manifestaciones de Felipe. Sabia por sus espías cuanto pasaba en la corte de Madrid, y aun en los consejos reservados del monarca. No le era desconocido su viaje á los Paises-Bajos, y las intenciones que tenia. Sabia el consejo que habia dado el duque de Alba; lo que los de Granvela habian dicho sobre la conducta de él y de los nobles. Recientemente habia caido en sus manos una carta, en que el embajador de España en Francia comunicaba esto mismo á la Gobernadora, y la hacia ver que habia llegado el tiempo de emplear medidas de rigor y de castigo. Con este motivo, tuvo el príncipe de Orange una entrevista con su hermano Luis, con los condes de Egmont, de Horn y de Hoosgtraten, manifestándoles el estado de las cosas, la próxima venida del rey, las resoluciones que le animaban, y el gran peligro que corrian. Inmediatamente su hermano, el conde de Nassau, opinó que se tomasen las armas; que escribiesen á los suizos que impidiesen el paso al rey; que pidiesen auxilios á los hugonotes de Francia, á los príncipes luteranos de Alemania, y que declarasen la guerra los primeros, á fin de no encontrarse desapercibidos. Mas el príncipe se opuso á esta medida tan precipitada, haciendo ver que no habian llegado á este término las cosas; que debian esperar, siempre con toda precaucion, una coyuntura mas favorable para declararse; que era preciso que el rey les diese mas motivos, lo que segun sus temores no dejaria de realizarse prontamente.

En cuanto al conde de Egmont, se mostró incrédulo á las aserciones del príncipe de Orange. Le parecia imposible que viniese el rey con las intenciones que le atribuian: manifestando que él por su parte no vacilaba un momento en los sentimientos de adhesion y fidelidad que debia á este monarca: que algunas veces por su rara desconfianza, habia obrado tal vez fuera de la línea que le trazaban sus deberes; mas que para en adelante, estaba decidido á cumplir en todo con la voluntad del rey, sin apartarse en nada de todas sus disposiciones.

Desbarató algo esta obstinacion del conde los planes del príncipe de Orange, á quien era imposible hacer nada sin ayuda del primero, por su gran popularidad, y sobre todo la influencia que tenia en el ejército.

Los amigos se separaron, y aunque todos tenian que presentarse

en el consejo, donde los aguardaba la Gobernadora, solo acudió el conde de Egmont, á quien Margarita, ya sabedora de la reunion, preguntó lo que habia pasado en ella; mas en lugar de decírselo, el conde la enseñó la carta del embajador de Francia, echándola en cara la doblez con que eran tratados, y la suerte que los aguardaba por parte del monarca. Se turbó algun tanto la Gobernadora; mas vuelta prontamente en sí negó la autenticidad de dicho escrito. Sostuvo que era apócrifo, y falsificado para seducirle y extraviarle con planes suversivos; que á ella no le faltaba carta alguna del embajador; que todas las habia recibido con sus propias fechas; y además, que era tener poca idea de la prudencia que distinguia tanto al rey de España, suponiéndole capaz de fiar á su embajador secretos de tal grado de importancia.

No es fácil decir la impresion que hizo esta respuesta en el ánimo del conde; mas debió de ser favorable, habiendo este permanecido en la situacion pasiva, que á sus amigos habia manifestado.

Mientras tanto se tomaban disposiciones para una guerra próxima; se hacian venir tropas de Alemania y otras partes, y se distribuian á los gobernadores de las provincias respectivas. Por no excitar la desconfianza del príncipe de Orange, se confiaron tambien algunas á su mando; mas haciéndole vigilar por un oficial de toda confianza de la Gobernadora, á quien daba parte de todos sus pasos y conversaciones. Tambien las recibió el conde de Egmont en su gobierno.

Con la adopcion de estas medidas variaron el lenguaje y conducta de la Gobernadora. Se puso fin al tono de consideracion y de indulgencia; se revocaron las gracias concedidas á los protestantes para erigir templos; se castigó á los predicadores; se persiguió á los que se mantenian aun confederados; se habló en fin de rigor y de castigo, y que habia llegado el término de las condescendencias.

Valenciennes, donde con mas ardor y vehemencia se habian conducido siempre los nuevos sectarios, llamó principalmente la atencion de la Gobernadora, y envió al conde de Noircarmes al frente de tropas para guarnecerle. Al llegar á la ciudad, salieron los magistrados á recibirle, suplicándole no pasase adelante con la tropa; mas él les dió á entender que no les quedaba mas alternativa, que recibir la guarnicion, ó sostener un sitio.

Los magistrados trataban de avenirse al recibimiento de la guarnicion, habiéndose estipulado antes el número de trooas que debian

componerla; mas los calvinistas rígidos, y el populacho, arrastrados por los discursos del predicador Lagrange, resolvieron defenderse hasta la última extremidad, supeditando la voluntad de los magistrados, y de las personas mas pudientes. En vano volvió á intimar la rendicion el general; los de adentro se mantuvieron obstinados. Para privar á la plaza de todos los socorros, ocupó dicho jefe todos los pueblos de los alrededores, habiendo tenido la fortuna de derrotar á varios destacamentos que de algunos puntos les enviaban de refuerzo.

Mientras seguia el sitio de Valenciennes, se iban aflojando poco á poco los vínculos de los confederados. Temerosos los mas comprometidos, enviaron una diputacion á la Gobernadora, pidiendo garantías y seguridades. La recibió la princesa con altivez y con desprecio, diciéndoles que para nada los conocia; que si en algun tiempo habian abusado de las circunstancias para rebelarse contra las leyes, y creerse con derecho de imponer condiciones, se habian cambiado ya los tiempos; que era preciso reconocer y respetar en todos puntos la autoridad y disposiciones del monarca entregándose á discrecion, ó exponiéndose de otro modo á las consecuencias de su rebeldía.

No les quedó, pues, á los confederados otra alternativa que ceder y rendirse á discrecion ó levantar el estandarte de la guerra. Les pareció esto ultimo un partido preferible, y la bandera de la insurreccion tremoló casi abiertamente en Amsterdam, Tournay y en otros puntos. La insurreecion y las hostilidades hubieran sido mas funestas á la Gobernadora, sin la rivalidad de los luteranos y los calvinistas, que no pudieron amalgamarse y convenirse. Es un hecho que cada una de estas dos sectas aborrecia mas á la otra, que á la misma religion católica, que entrambas combatian.

Mientras tanto no estaba ocioso el príncipe de Orange. Todo lo observaba desde Amberes, y de todo llevaba cuenta en conformidad de sus planes ulteriores. Suponiendo que el rey de España iria á desembarcar en la isla de Valkren, hizo que Marnix, conde de Tolosa, se dirigiera á aquellos puntos, poniéndose de acuerdo é inteligencia con los de Flessinga y Middelburgo. Para ayudarle el príncipe sin dar sospecha á los magistrados de Amberes, hizo salir de la plaza á los extranjeros con pretexto de ser perjudiciales; y cuando los tuvo fuera de los muros, los hizo embarcar secretamente en el Escalda. Mas la operacion no tuvo efecto. Sabedora la Gobernadora de la expedicion de Marnix, envió á Bruselas en su busca á Lannoy, quien le alcanzo, le derrotó y le hizo encerrarse en una casa fuerte. El conde de Tolosa prefirió ser presa de las llamas á entregarse.

Nadie era sabedor en Amberes de este desastre, á excepcion del príncipe de Orange, que se apoderó inmediatamente de las puertas de los puentes. A la mañana siguiente se avistaron desde los muros las reliquias de los fugitivos: á su vista se llenó el pueblo de indignacion y de lástima, mas al tratar de salir en su auxilio, se vieron encerrados dentro de la plaza. Se marcharon en seguida á los puentes, donde los previno el príncipe de Orange. En vano les advirtió del peligro que iban á correr, pues detrás de los fugitivos se descubria el enemigo en fuerzas respetables. Pero la impaciencia de los habitantes pudo entonces mas que sus consejos. Al fin, no pudiendo contenerlos, entregó la llave á uno de los predicadores de entre ellos, que ejercia mas ascendiente, diciéndole que sobre su cabeza caeria la responsabilidad de cuantos males podian seguirse de su salida al campo. Con estas palabras firmes se aquietaron, y el predicador no se atrevió á hacer uso de la llave entregada por el príncipe.

Dos dias duró la confusion en Amberes, no entendiéndose apenas unos á otros, fluctuando todos entre el temor de los de afuera, y sus rivales ó enemigos de dentro: se mostraban los luteranos desconfiados de los calvinistas, y al contrario. El príncipe de Orange se hizo una guardia de estos últimos, que siendo extranjeros por la mayor parte, tenian mas circunspeccion y necesitaban vivir con dobles precauciones.

Seguia mientras tanto el sitio de Valenciennes, cuyo general habia recibido órden para no estrecharlo mucho, dando tiempo para que llegasen socorros prometidos por el rey de España. Mas aprovechándose los de adentro de esta flojedad, hacian hasta salidas, hostilizándole con cuantos medios estaban á su alcance. Pudo al fin Noircarmes conseguir de la Gobernadora que le dejase apretar el sitio todo lo posible; mas antes de proceder al último ataque volvió á intimar la rendicion, que aceptada por los magistrados, fué desechada por los calvinistas y sus predicantes.

Al fin, se dió el ataque decisivo: por treinta y seis horas se estuvo cañoneando á la plaza, y durante este tiempo se echaron sobre ella tres mil bombas (1). Abierta ya una gran brecha y prontos á

(1) Algunos historiadores hablan de bombas; mas parece que las bombas no estaban inventa-

dar el asalto, quisieron capitular los de dentro ó atenerse á las anteriores condiciones; mas el general sitiador respondió que ya era tarde y que no tenian mas remedio que entregarse á discrecion, lo que en efecto hicieron. Fueron ahorcados el gobernador de la plaza, el predicador Lagrange y otros compañeros, con treinta y seis mas de los principales de la muchedumbre.

Fué un gran golpe la rendicion de Valenciennes para el partido de los insurgentes. A la toma de esta plaza se siguió la de Maestrich, que se rindió sin condiciones. Lo mismo sucedió á casi todas las plazas fuertes, á excepcion de las de Holanda.

Hemos visto á la Gobernadora adoptar un lenguaje fuerte y decisivo, no acostumbrado anteriormente cuando tenia que contemporizar con los partidos. Apenas sabia entonces, cuál de ellos era su apoyo, ó cuál contrario. Mas en el estado á que entonces se hallaban los negocios, vencedora de la confederacion, de los predicadores, de los allanadores de los templos, y de los que se mostraban contrarios ó no completamente adictos á la autoridad del rey, pensó trazar una línea divisoria que distinguiese las dos parcialidades; y con este fin mandó extender una fórmula de juramento de obedecer en un todo las disposiciones del monarca, de proteger la religion católica, de perseguir á los herejes, y extirpar todos los monumentos de su nuevo culto. Le prestaron el duque de Arescot, los condes de Egmont, de Mansfelt, de Meghen, de Barlamont. Le eludieron los de Hoosgtraten y Horn, y dejando á Bruselas, hicieron renuncia ó dimision de sus cargos respectivos.

En cuanto al príncipe de Orange, tenia por entonces otras miras; veia la tempestad que iba á descargar sobre el pais con la llegada del rey de España y de su ejército. Conocia la carencia de medios para contrarestar este poder, hallándose el poco ejército que habia en el pais á la devocion del conde de Egmont, partidario ya declarado del monarca. Convencido de esto, penetrado además del riesgo que corria su persona, blanco de la suspicacia y mala voluntad de la corte de Felipe, determinó ponerse en salvo y retirarse del pais, esperando tiempos mas felices, y mas á propósito para llevar adelante sus designios. A la prestacion del juramento que le pidió la Gobernadora, se negó alegando que como estaba reducido á una condicion privada, era su persona de ningun valor, y sobre todo, que el juramento podia ponerle en pugna con el emperador, de quien era vasallo como príncipe del imperio, y hasta malquistarle con su propia mujer, nacida y educada en el luteranismo. A los cargos y explicaciones que quiso darle el secretario, se mantuvo inflexible. En seguida escribió á la Regente anunciándole su determinacion de pasar á sus estados de Alemania, protestando siempre sus sentimientos de adhesion á la persona de Felipe.

---

das todavia. En nada se cometen mas inexactitudes ni se escribe mas á la ligera, que en las circunstancias y pormenores de las operaciones militares.

Antes de su salida de los Paises-Bajos, tuvo una conferencia con el conde de Egmont, consintiendo en ello la princesa Gobernadora. Reprobaron ambos la determinacion que mútuamente habian tomado. Quiso el príncipe llevar consigo á Egmont: manifestó este al otro la imprudencia de su viaje. «Te costará tus bienes y posesiones en los Paises-Bajos,» le dijo. «Y á tí la vida,» contestó el primero. «¿Qué tengo que temer?» repuso Egmont. «No he servido fielmente al rey? ¿No me ha visto siempre en pugna con sus enemigos? ¿No he sido celoso en combatir á los autores de desórdenes, á los predicadores anarquistas, á los allanadores de los templos? ¿Por qué tengo de dudar del reconocimiento de mi Rey?» «No conoces bien su corte,» le replicó el príncipe de Orange. «Le servirá tu persona de puente para la entrada de sus tropas. Conseguida esta, echará abajo el puente, tenlo por seguro.» Así se separaron los dos amigos para siempre, y el príncipe se marchó á Alemania. Se quedó con su ausencia el conde de Egmont el primer personaje del pais, y como era hombre sin doblez, amigo de brillar, arrastrado por las pompas y la magnificencia, se entregó todo á los encantos de su nueva posicion, celebrando fiestas y banquetes, en que no dejaba de tomar á veces parte la Gobernadora, para entretener mas su seguridad y hacer que continuase en su celo por los intereses de Felipe.

Los vínculos de la confederacion quedaron totalmente rotos. Abandonadas desde un principio por los nobles, se sometieron las clases populares al dominio del mas fuerte. Lo mismo hicieron los pueblos de Holanda de allí á muy poco tiempo. Siguió el ejemplo Amberes, donde entró la Gobernadora en triunfo, rodeada de esplendor y pompa. Fué su primer paso presentarse en la catedral, donde habian hecho tantos destrozos los allanadores de los templos. Se resarció el culto católico de todas las pérdidas y volvió á su esplendor acostumbrado. Se persiguió á los predicadores; se arrasaron los templos de los calvinistas; se revocaron todas las disposiciones que se

habian dado favorables á esta secta, se reforzaron los edictos que habian dado lugar á tantas turbulencias.

Se habia, sin embargo, usado en Amberes y en otras partes del pais la indulgencia de permitir la salida á los que no quisiesen conformarse con aquella situacion, dándoles un mes de término para arreglar sus negocios y deshacerse de sus bienes. Con esto pasaron escenas de gran luto y duelo entre personas unidas por los vínculos de la sangre ó los de la amistad, reducidas á separarse acaso para siempre.

Quedó, pues, el pais pacificado y reducido á la obediencia, á lo menos aparentemente. Tal habia sido la buena estrella de la Gobernadora. Gozosa de su triunfo, y de la ocasion de comunicar por primera vez nuevas á su hermano, todas alegres y satisfactorias, se apresuró á darle cuenta de las ocurrencias. Le dijo, que hallándose el pais pacificado, era inútil ya la venida de un ejército; que las tropas que habian conseguido estas ventajas bastaban para confirmarlas y consolidarlas; que se presentase el rey como un padre en medio de sus súbditos, no como un príncipe extranjero qne se proponia con sus tropas imprimir terror y hacer alarde de su preponderancia.

Mas el rey de España, en medio de lo satisfecho que le dejaron las nuevas de los Paises-Bajos, no fué de la misma opinion que la Gobernadora sobre lo innecesario de la idea del ejército. En el Consejo, á quien sometió este punto interesante, hubo, lo mismo que en el anterior, diversidad de pareceres. Volvieron á insistir los enemigos de la parcialidad del duque de Alba en que se presentase el rey en aquellos dominios sin ejército; mas los de Granvela apoyaron la resolucion contraria. Habló el duque de Alba, manifestando que la pacificacion de que gozaban por entonces los Paises-Bajos seria efímera mientras no estuviese apoyada en fuerzas imponentes que inspirasen un terror saludable, y contuviese á todos en la raya del deber y la obediencia. Que no se trataba precisamente de asuntos de estado; que iban en ello los intereses de la misma religion, que se habia visto tan amenazada; que habian sido demasiado escandalosos los excesos de sus enemigos y los atentados contra el culto, para que se descuidasen los medios de evitar en adelante estos excesos. Que si las tropas que se hallaban entonces en los Paises-Bajos parecian suficientes para consolidar aquella situacion, la llegada de otras nuevas daria doble seguridad y dejaria el ánimo del monarca mucho mas tranquilo.

Hizo el discurso del duque de Alba la impresion que debia suponerse, conociendo los sentimientos del rey, tan propenso á los rigores, tratándose sobre todo de enemigos de la religion católica. Sintiéndose por otra parte con mas repugnancia que nunca para hacer un viaje que trastornaba el plan y método de su vida ordinaria, y especialmente á un pais que no era objeto de su simpatía, adoptó la determinacion del Consejo, conforme en su mayoría con la opinion del duque de Alba, y dió las órdenes para que este marchase con tropas á los Paises-Bajos.

CAPÍTULO XXXI.

Asuntos de África.—Proyecta Asam, dey de Argel, la conquinta de Orán y de Mazalquivir.—Sus preparativos.—Fuerzas de que dispone.—Sale la expedicion por tierra y llega cerca de los muros de ambas plazas.—Situacion de estas.—Comienza el sitio.—Toman los moros el fuerte de los Santos.—Sale de Argel la escuadra del dey.—Se bloquean las plazas sitiadas.—El conde de Alcaudete en Orán.—Don Martin de Córdoba en Mazalquivir.—Se asedia esta última plaza.—Ataques al frente de San Miguel.—Le abandonan los nuestro.—Varios asaltos á la plaza de Mazalquivir.—Repelidos todos.—Avistan los sitiadores los socorros de España.—Levantan el sitio (1565) (1).

No iban á la sazon muy favorables los asuntos de España en las costas de Africa por lo que hemos visto en el capítulo XXII de aquesta historia. Habian desaparecido muchas de nuestras conquistas sobre las potencias berberiscas, y el reinado de Felipe II no habia sido mas feliz en esta parte que el último período del de Carlos V. Florecian ó por mejor decir se aumentaba la audacia de aquellos Estados tan poderosamente protegidos por Soliman II, enemigo formidable de la cristiandad, tanto en tierra como en el seno de los mares. Ya hemos visto el poder adquirido por el famoso corsario Barbaroja y el que en aquel tiempo desplegaba Dragut, de su misma condicion y antecedentes. Se consideraba este como uno de los principales capitanes de mar al servicio de la Puerta, y ya obrando bajo sus inmediatas órdenes ó por sus propios intereses, habia conseguido establecerse en Trípoli como soberano, mas siempre bajo la independencia de los turcos. Habian sido infructuosos

(1) Cabrera, Herrera, Marmol, Carvajal, Ferreras y otros.

los esfuerzos del rey de España para recobrar esta importante posesion, siendo acompañado este revés con la derrota sufrida en los Galves y la pérdida de esta fortaleza. Continuaba en toda su actividad la guerra entre los españoles y los Estados berberiscos, cuyas inteligencias con los moriscos de Granada y sobre todo con los que habitaban el reino de Valencia llamaron la atencion del gobierno, hasta el punto de expedirse una órden para desarmar y recoger las armas de todos los de esta última provincia. No descuidaba el rey católico, en medio de los graves y complicados negocios que en tantas partes le ocupaban, las costas de Africa; mas por mucho que fuese su poder, no siempre correspondian los medios á sus intenciones. Las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, las solas que con el fuerte de la Goleta ocupábamos en aquellas costas, no se hallaban con bastante guarnicion, y con todos los pertrechos de guerra que necesitaban, en vista de tan activa y tan enconada hostilidad de los mahometanos, circunstancia que les dió aliento para emprender un sitio famoso que vamos á describir, aunque de un modo muy sucinto.

Gobernaba entonces en Argel Asam ó Hascem, hijo y heredero del famoso Barbaroja, que habiendo sido expelido de su trono, y vuelto á recobrarle con auxilio de los turcos, quiso señalar su nuevo poderío con una expedicion, que, agrandando sus dominios, le hiciese grato á sus poderosos protectores. Echó, pues, los ojos sobre las plazas de Orán y de Mazalquivir, tan próximas á su capital, y proyectó sériamente su conquista, pareciéndole la ocasion muy oportuna, tanto por el estado en que se hallaban, como porque sabia muy bien que el rey don Felipe estaba empeñado en negocios muy urgentes. No olvidemos que por aquel tiempo comenzaban á fermentar los disturbios de Flandes, y habia estallado la guerra civil en Francia entre los católicos y calvinistas; siendo este movimiento casi de no menos interés para Felipe, que el estado de confusion en que se hallaban algunos de sus Estados propios.

Constante el dey de Argel en su propósito, y despues de tomar las medidas convenientes para darle término, comunicó sus ideas á los alcaides, jeques ó emires de los puntos inmediatos, de Tremecen, Túnez, Constantina y Miliana, proponiéndoles, en nombre del Gran Turco, que le auxiliasen á emprender una conquista de tanta gloria y provecho para los fieles sectarios de Mahoma. Oyeron con gusto dichos jefes las proposiciones, y cada uno ofreció su persona y

las fuerzas de que pudiese disponer para el logro de la empresa.

A mas de veinte y cuatro mil hombres de tierra ascendió el contingente que presentaron estos caudillos para el sitio proyectado. Abundaba el ejército en caballería, y no faltaban piezas de gruesa artillería de batir, con sus municiones y pertrechos necesarios.

Mientras tanto se preparaba en el puerto de Argel la escuadra que debia proteger y auxiliar á aquella empresa. El punto destinado para la reunion de las tropas, fué el rio Cirite, cinco leguas distante de las dos plazas mencionadas.

Se hallan Orán y Mazalquivir muy próximas una á otra, como ya llevamos dicho, con muy difícil comunicacion entre las dos, sobre todo, por mar, siendo puertos ambas. Está la primera mas internada en el seno que allí forma el mar; y se puede decir que dependia su suerte de la que cupiese á la segunda, como punto avanzado sobre un promontorio. Así se vió bien claro en el curso del asedio. Era gobernador el conde de Alcaudete, quien al recibir avisos de la proyectada expedicion, dió parte al rey, pidiendo auxilios tanto de gente como de municiones y de víveres; no descuidándose por su parte de tomar todas las medidas, para poner las plazas en el mejor estado de defensa.

La mayor parte de las galeras del rey de España estaban entonces en Cerdeña, en Nápoles y en Sicilia. Solo habia disponibles algunas que se hallaban en Cartagena, Valencia y Barcelona. Escribió el rey á todos estos puntos, con órden de que se pusiesen inmediatamente en marcha para las plazas que iban á ser sitiadas, ó que lo estaban ya en efecto, llevando consigo cuantas municiones y pertrechos estuviesen en sus medios. Tambien escribió á los provehedores de Málaga, que enviasen inmediatamente víveres; y las mismas comunicaciones hizo á los vireyes de Sicilia y Nápoles, al gobernador de Milan, al Gran Maestre de Malta, á los duques de Florencia y Saboya, á las repúblicas de Génova y de Venecia; lo que prueba la grandísima importancia que daba á la defensa de estas plazas, y lo desprevenido que en cierto modo le cogia la gran intentona de los berberiscos.

A principios de abril de 1563, se volvió de Argel Asam al frente de sus tropas. Quinientos genízaros, y otros tantos turcos ordinarios, le acompañaban como guardia de su persona. Se dirigió en seguida á Mostagan, y pasando despues á Mazagran, llegó al rio Cirite, punto general de reunion para todas las tropas llamadas al asedio.

Allí se reunieron en efecto todas, con sus jeques ó caudillos ya enunciados. Nada faltaba: ni piezas de batir, ni municiones, ni víveres, ni sobre todo, entusiasmo y gran codicia de arrancar tan rica presa de las manos de los españoles. Despues de reunidos todes, y completar los preparativos necesarios, se movió el campo, y se situó en Aceñuelas, á una legua de las plazas.

Ofrecen los asedios de esta muy poca variedad en el relato de sus pormenores, ora sea la lucha floja, ó muy reñida y obstinada. En el primer caso dan lugar pocos incidentes; en el segundo, son cuadros repetidos de audacia, de arrojo, de obstinacion y ferocidad por ambas partes. No seremos por lo mismo difusos en esta narracion; mas en realidad, el sitio en que nos ocupamos actualmente, adquirió derechos de ser célebre.

Habia reparado y aumentado el conde de Alcaudete las fortificaciones de la plaza, encargando al mismo tiempo la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martin de Córdoba. Eran bastante escasas las fuerzas de uno y otro, y estaban muy lejos de ser abundantes las municiones y los víveres. Ascendia la fuerza á mil quinientos hombres, y el material á noventa piezas de artillería y quinientos quintales de pólvora, con sus correspondientes balas.

Antes de formalizarse el sitio, quiso hacer una salida el conde de Alcaudete, para embarazar al menos á los enemigos, é impedir que se acercasen; mas no hallándose con fuerzas suficientes, retrocedió á la plaza, sin emprender operacion alguna; dando con esto lugar á que Asam se arrimase con su gente á las murallas, y comenzase la obra del asedio. Fué la primera embestida de este contra el fuerte llamado de Los Santos, algo separado de la plaza, con la que interceptó toda clase de comunicaciones. Se defendió el fuerte con obstinacion; mas no pudiendo resistir al excesivo número, tuvo que rendirse, quedando la gente prisionera.

Ya hemos hecho ver que Mazalquivir, como punto en cierto modo mas marítimo que Oran, le sirve de resguardo. Fué, pues, el principal objeto de Asam, para rendir la segunda, comenzar por la primera; y así, dejando al frente de Oran un cuerpo fuerte de observacion, pasó á ponerse delante de Mazalquivir, donde comenzaron las operaciones en grande, pues el fuerte de Los Santos, ya ganado, no era de grande consecuencia.

Para tomar á Mazalquivir, habia que comenzar por el fuerte de San Miguel, que la domina. Allí dirigió el de Argel sus ataques,

pero con muy poco fruto. Dos asaltos resistieron los cristianos, con pérdida de doscientos genízaros y turcos, y veinte solos de los nuestros. Mas volvemos á recordar al lector la suma desconfianza con que deben recibirse el número de muertos, de heridos, de prisioneros, tratándose de guerras y batallas, por las exageraciones á que da lugar el espíritu de partido ó la ignorancia. Tambien se debe tener presente que los historiadores de estas guerras son todos cristianos, es decir, gente de uno solo de los dos partidos.

Mientras estas operaciones, salió de Argel la escuadra de Asam, con direccion al teatro del sitio; mas habiendo experimentado vientos contrarios y una tempestad, tuvo que volver al puerto para rehacerse. Con esta dilacion, desmayaron algun tanto las operaciones de Asam, desprovisto de este auxilio. Por fin, habiéndose reparado las averías en Argel, salió otra vez la flota al mar, y llegó sin contratiempo á la vista del Mazalquivir, compuesta de veinte y seis buques, dos galeotas y cuatro navíos franceses, muy provistos de artillería, municiones y víveres, y muchísima gente de refuerzo.

Teniendo así bloqueada á Mazalquivir por tierra y mar, volvieron á su vigor las operaciones de los sitiadores. Intimó Asam la rendicion al fuerte de San Miguel, ofreciendo á los sitiados las haciendas y las vidas. El parlamento fué recibido á balazos por los nuestros, con lo que dieron los argelinos otro asalto, mas funesto para ellos que los dos primeros, habiéndose incendiado las faginas en el foso, lo que aumentó el estrago de la pérdida. Otro asalto, y aun otro, dió Asam con igual poco fruto, habiendo quedado en el foso el alcaide de Constantina entre los muertos. Deseoso el dey de Argel de hacerse con el cadáver de este personaje, envió un parlamento á don Martin de Córdoba, pidiéndole permiso para retirarle, y ofreciéndole en recompensa no renovar sus ataques sobre el fuerte. Accedió don Martin, y el cadáver del alcaide de Constantina fué recogido por los moros. Mas Asam no cumplió su palabra de suspender los ataques; pues á los dos dias se dió otro asalto, que no tuvo mejores resultados que los anteriores.

A fuer de tanto ataque y de lo obstinado de la resistencia, se hallaba el fuerte de San Miguel en grande apuro. Comenzaban á faltar las municiones y los víveres. Los reparos se hallaban en muy mal estado. Al principio del sitio habia mandado cuatrocientos hombres de refuerzo don Martin de Córdoba, mas no eran suficientes. Los moros tenian interceptado el fuerte del cuerpo de la plaza y

hacian imposibles las comunicaciones. Otros cien hombres, mandados por don Francisco de Cárcarmo, pudieron llegar á duras penas. Mas el fuerte se hallaba en la extremidad, y á no recibir grandes socorros, no podia menos de rendirse. Ocho hombres que se pudieron descolgar por el muro para llevar la noticia á don Martin, fueron cogidos por los moros, á excepcion de uno que pudo llegar á su destino. Informado don Martin del estado de las cosas, envió órden á los del fuerte de que se retirasen. Mas ellos ya se habian anticipado á su disposicion, descolgándose de los muros cubiertos con las tinieblas de la noche. Así llegaron todos salvos á la plaza de Mazalquivir, donde los recibió el gobernador haciendo elogios de su bizarría.

Ocupado el fuerte de San Miguel por las tropas de Asam, volvió este sus ataques sobre el cuerpo de la plaza, creyéndola ya de poca resistencia con la expugnacion de un punto tan interesante. Mas don Martin de Córdoba estaba prevenido por su hermano, y se habia preparado para recibir á los contrarios.

Se acercaba mas y mas Asam á los muros de la plaza. Construyó sus baterías y abrió trincheras para ponerse á cubierto de los tiros de los sitiadores, mas estos le desmontaron dos piezas y comenzaron haciéndole gran daño, sin que Asam pudiese ofenderles, ocupado como estaba en sus preparativos.

Deseando venir á términos mas amistosos con los sitiados envió otro parlamento á don Martin, ofreciéndole las capitulaciones mas honrosas si le abrian las puertas de la plaza, al mismo tiempo que le hacia ver el mal estado en que se hallaba por falta de reparos y de artillería. Don Martin le contestó con entereza, que aquella plaza del rey de España se defenderia por él y los suyos hasta terminar la vida, y puesto que en tan mal estado se encontraba, viniesen los enemigos á asaltarla.

Dispuso al efecto Asam un asalto general, haciéndolo él por un lado con seis mil hombres y por el otro con el mismo número los alcaides de Sargel, Mostagan, Constantina y Bona. El asalto fué furioso; pero la obstinacion de la resistencia correspondió á la viveza del ataque. Mas de dos mil y quinientos enemigos quedaron en los fosos, precipitados la mayor parte en el acto de escalar los muros. En medio de lo mas vivo de la refriega, sobrevino una tempestad que aumentó los apuros de los sitiadores y los estragos de la retirada. Otros ataques siguieron con iguales desastres de los asaltadores.

Las pérdidas de los enemigos eran grandes, y aunque los historiadores exageren, se puede imaginar la mucha mortandad en vista de tantos asaltos infructuosos. Para que la gente no se inficionase, tuvo que recurrir Asam al expediente de quemar los muertos. Los víveres tampoco andaban muy abundantes en su campo. Comenzaban las tropas, unas á desmandarse, otras á perder las esperanzas del rico botin, con cuya idea habian venido tan entusiasmadas. Por otra parte, no podia desconocer Asam, que noticioso el rey de España del sitio de las plazas de Orán y de Mazalquivir se apresuraria á socorrerlas con medios eficaces.

Era la esperanza de este próximo socorro la que alentaba al conde de Alcaudete y á su hermano don Martin en medio del conflicto que los aquejaba. A pesar de la incomunicacion completa en que los sitiadores los tenian, no dejaban de recibir algunos avisos de que se estaban aprestando los esfuerzos tantas veces aclamados. Dos ó tres embarcaciones cargadas de víveres y armas habian podido escapar de la vigilancia y persecucion de los contrarios, llegando felizmente á su destino. Algunos renegados del campo contrario daban noticias á la plaza del mal estado de los sitiadores, escasos ya de víveres y con enfermedades debidas á la estacion calorosa en que las operaciones se emprendian. Con estas esperanzas se mantenia firme en medio de tantos padecimientos el ánimo de los sitiados, mientras Asam se hallaba inquieto y hasta enfurecido con la dilacion del sitio, aumentándose sus inquietudes con las noticias que tenia de la próxima llegada del socorro.

No habian sido expedidas en vano las órdenes del rey de España, relativas á los preparativos del refuerzo. Para el mando de todas las galeras que se allegaban en España, nombró á don Francisco de Mendoza, que desde Málaga pasó á Barcelona para disponer las cinco que allí se estaban fabricando, y de este punto á Cartagena, designado como el de reunion de todas las fuerzas navales de la empresa. En Italia, muchos gobernadores se anticiparon á las órdenes del rey, tomando por sí disposiciones cuando tuvieron noticia del sitio de ambas plazas. Entre ellos el virey de Nápoles, duque de Alcalá, aprestó las cuatro galeras de aquel reino: envió aviso á Juan Andrés Doria, para que trajese de Génova las doce suyas; previno á Antonio Pascual Lomedin acudiese con sus cinco, y avisó al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que alistase dos mil alemanes que debian embarcarse en ellas. Acudieron en efecto las galeras á Nápoles donde el virey hizo embarcar dos mil españoles al mando de don Pedro de Padilla, nombrando por general de todas las galeras á don Sancho de Leiva. Tomó este jefe con ellas la direccion de las costas de Génova; hizo embarcar en el puerto de Spezzia los dos mil alemanes que habia alistado el duque de Sesa, y se dió á la vela para Barcelona. Allí llegaron asimismo tres galeras equipadas y armadas por el duque de Medinaceli, virey de Sicilia, mandadas por don Fadrique de Carbajal: cincó que dió el gran maestre de Malta, mandadas por el prior de Barleta, y tres del duque de Saboya por el conde de Sofrasco. Pasó toda esta fuerza naval de Barcelona á Cartagena, donde se hallaba don Alvaro Bazan con cinco galeras, y el abad de Lupian con otra, habiéndose reunido además en dicha plaza muchos voluntarios de familias nobles de Castilla, Valencia y Aragon, deseosos de hacer parte de la empresa.

Mientras se disponia á hacerse á la vela este armamento respetable, sabedor ya el dey de Agel de la proximidad de su llegada, mandó dar otro asalto á la plaza de Mazalquivir, que tuvo por parte de los sitiadores el mismo resultado que los antecedentes.

Irritado con este desaire de sus armas y perplejo además sin saber ya el partido que tomar, convocó un consejo de guerra, para que se deliberase si convenia abandonar el sitio, ó probar otra vez la suerte de otro asalto. Se inclinaron los mas á que se emprendiese una pronta retirada; mas algunos pocos que conocian el estado de ánimo de Asam, con quien querian congraciarse, opinaron porque se atacase de nuevo á la plaza, aprovechando oportunamente el poco tiempo que mediaba hasta la llegada del refuerzo.

Prevaleció esta última opinion, que era tan del gusto del dey de Argel, y para el 2 de junio de 1563 se dispuso otra asalto por tierra y por mar sobre la plaza de Mazalquivir, siendo esta ya la quinta embestida por parte de los turcos.

Se verificó efectivamente dicho ataque, en que Asam empleó por tierra y por mar toda la fuerza disponible. Don Martin de Córdoba, sabedor del asalto, habia tomado las disposiciones necesarias. Toda la gente se preparó para el combate, habiéndose confesado y comulgado antes, segun práctica constante en estos lances, durante la época que describimos. Recorrió don Martin de Córdoba las filas con un crucifijo en la mano, exhortándolos á que combatiesen con su valor acostumbrado, anunciándoles que segun todos los avisos de socorro, iba á ser el último aquel esfuerzo de su valentía. Res-

pondieron los soldados con aclamaciones á la arenga de don Martin, y todos se pusieron en actitud de aguardar á los enemigos, que ya empezaban á moverse, y llenaban los aires con clamores y el estruendo de sus atabales.

Fué el ataque, si cabe, mas furioso que los anteriores: peleaban los moros poseidos ya de rabia; mas los repelieron los nuestros con su denuedo y constancia acostumbrados.

Ya hemos hecho ver la dificultad de describir con fidelidad pormenores en estas luchas desordenadas, en que se cede solo al instinto de un furor ciego, de una sed rabiosa de carnicería y matanza. La mayor parte de las pinturas que se hacen en estos lances son infieles, y por la mayor parte creaciones de la imaginacion de los historiadores. Ateniéndonos á los resultados, bástenos decir que los esfuerzos de los moros fueron infructuosos y que pagaron mas cara su osadía que en los asaltos anteriores. Quedó cubierto el foso de cadáveres. Fueron muchos precipitados de encima de los mismos muros donde tenian ya enarbolado el estandarte victorioso. Fué enorme la pérdida de los enemigos. Los historiadores avalúan la nuestra en solo quince hombres, exageracion poco digna de escritos serios de esta clase. Entre los heridos se contó á don Martin de una pedrada ó mas bien de un fragmento de muralla, que le tocó ligeramente.

No fué este asalto el último; tan enfurecido estaba Asam y tan rabioso por tomar la plaza. En esta ocasion se puso al frente de las tropas del asalto, armado de alfange y lanza con casco y con adarga. En vano echó en cara á los suyos su cobardía en los asaltos anteriores al dar principio á este que dirigia en persona. Igualmente fué desastroso que los anteriores. Duró cinco horas y siempre con los mismos resultados.

Otro asalto se dió el 6 de junio: otro tuvo efecto el 7. Mas el 8 cambió de repente el semblante de las cosas.

El 6 de junio se habia dado á la vela la escuadra desde Cartagena. Ocupaba el centro el general en jefe don Francisco de Mendoza. Mandaba el ala derecha don Alvaro Bazan, y Juan Andrés Doria el ala izquierda. En esta disposicion se dirigieron á las plazas sitiadas sin detenerse un punto, sabiendo el grandísimo apuro en que Mazalquivir se hallaba. El conde de Alcaudete recibió aviso de la venida, por un buque destacado de la escuadra y que pudo eludir la vigilancia de los turcos, llegando felizmente al puerto. El conde de

Alcaudete lo comunicó á su hermano, y la noticia cundió al instante por las guarniciones de ambas plazas.

En la mañana del 8 no dudó ya Asam de que estaba encima la escuadra castellana, habiendo visto veinte galeras turcas, que venian fugitivas con objeto de guarecerse entre las suyas. Mandó inmediatamente retirar á sus tropas que se disponian para un nuevo asalto, y tomó todas las disposiciones para levantar el campo. Empezaron efectivamente las tropas sitiadoras á emprender la retirada, tomando la vanguardia los turcos como tropa experimentada y aguerrida. Mandó Asam inutilizar y destruir cuantos efectos no pudo llevar consigo por la rapidez indispensable de su movimiento, y para que los cristianos no se aprovechasen de sus piezas de artillería de batir, hizo dispararlas con triple ó cuádruple carga á fin de que reventasen. Sin duda no se usaba todavía el expediente de clavar las piezas.

Se verificaba mientras tanto la llegada de la escuadra. Imagínese el lector los sentimientos de alegría y entusiasmo con que seria recibido en Orán y Mazalquivir un auxilio que llegaba tan á tiempo, y habia sido tan ardientemente deseado. Las dos guarniciones de Orán y Mazalquivir, que habian estado por tanto tiempo interceptadas, se saludaron con las demostraciones del mas vivo regocijo. Resonaron en aquellas playas salvas de artillería y de arcabucería, mezcladas al estruendo de los clarines, con que unos y otros se daban el parabien de aquella reunion tan vivamente deseada.

Inmediatamente que el conde de Alcaudete y don Martin de Córdoba se vieron libres en sus comunicaciones, salieron juntos al campo con toda la gente de caballería que pudieron reunir, en persecucion de los sitiadores que, como hemos dicho, habian levantado el campo. Tambien se reunieron á esta expedicion algunas tropas y caballeros voluntarios, de los que venian en la armada. Mas los enemigos, desembarazados en su marcha de cuanto pudiera retardarla, les llevaban demasiada delantera para que se les diese fácilmente alcance. Así los cristianos, perdida ya la esperanza de conseguirlo, no se empeñaron infructuosamente, y tomaron la vuelta de la plaza.

El general don Francisco de Mendoza, despues de proveer á la reparacion de abastecimiento de Orán y de Mazalquivir con todos los medios que estaban á su disposicion, regresó con la escuadra á las costas de Levante de España, tomando disposiciones para que

las galeras de distintas procedencias regresasen á sus puntos respectivos. Recompensó el rey de España con liberalidad á los que se habian distinguido en el sitio de las dos fortalezas mencionadas, particularmente á don Martin de Córdoba y á Francisco Vivero, gobernador del fuerte de San Miguel; dando otras muchas muestras de satisfaccion, en que le acompañó toda España, por la salvacion de aquellos dos puntos importantes.

CAPÍTULO XXXII.

Expedicion sobre el Peñon de Velez de la Gomera.—Infructuosa.—Segunda tentativa.—Preparativos.—Salida de la expedicion.—Llegan al Peñon.—Le toman.—Envia el rey á don Alonso Bazan á cegar el rio de Tetuan.—Y se efectúa (1).—(1564).

A muy poco despues de los acontecimientos que dejamos referidos, se intentó una expedicion, que no fué seguida de buen éxito. Habia propuesto varias veces Pedro Venegas, gobernador de Melilla, al rey de España, la expugnacion del Peñon de Velez de La Gomera, nido de piratas berberiscos, presentando la empresa como cosa fácil, segun noticias que tenia por dos renegados escapados de aquel punto fuerte. En vista de esto dió Felipe II órden al general don Francisco de Mendoza, para que con silencio y brevedad se dirigiese con sus galeras al Peñon, y se concertase con Francisco de Venegas sobre los medios de expugnarle. Don Francisco Mendoza se hallaba á la sazon enfermo, y no queriendo el rey retardar la expedicion, la encomendó á don Sancho de Leiva, general de las galeras de Nápoles, quien se embarcó con su gente en este puerto, sin que ninguno supiese el objeto de la marcha. En la isla de Arbolan, á treinta leguas de la costa de Africa, dió fondo con su escuadra. Los principales jefes de la expedicion, á quienes comunicó entonces el objeto á que estaba destinada, tuvieron por imposible la toma del Peñon, á pesar de las seguridades que daba para ello el gobernador de Melilla, movido por las noticias de los renegados.

(1) Las mismas autoridades.

Mas don Sancho de Leiva, no atreviéndose á contrariar las órdenes del rey, siguió adelante con su armada, y llegó con ella cerca de Melilla, para comenzar desde aquel punto sus operaciones.

Respondieron los efectos á lo que habian indicado algunos jefes de la expedicion, sobre lo inútil de la tentativa. Desembarcó don Alvaro Bazán, por órden de don Sancho, con sesenta hombres de reconocimiento sobre el Peñon de la Gomera, seguidos de otros sesenta, para dejar en el Peñon, en caso de ser tomado por sorpresa. Mas á pesar del secreto y precauciones de la expedicion, fueron descubiertos y acometidos los nuestros por los moros, que les obligaron á retroceder con alguna pérdida. Desembarcó despues el mismo don Sancho con igual objeto, mas tambien fué sorprendido en su marcha, y obligado á recogerse en Velez, de cuyos habitantes fué recibido sin ninguna resistencia. No desistiendo de la empresa, á pesar de las dificultades que encontraba, y careciendo de víveres su campo, envió al conde Sofrasco, capitan de las galeras de Saboya, con un grueso destacamento á la escuadra con objeto de traerlos. Fué esta fuerza acometida en su marcha por los moros; mas como se movian en buen órden, recibieron poco daño de los enemigos mientras duró el dia. A la llegada de la noche, cambió enteramente el semblante de las cosas. Los moros se acercaron mas, y acometiendo, y arrojándoles hasta peñascos desde las alturas, se desordenaron los nuestros al fin, con mucha pérdida, y tuvieron que tomar la vuelta de Velez, donde fueron recogidos por don Sancho.

Otro reconocimiento tuvo lugar, y con los mismos malos resultados; con lo cual, desengañado don Sancho de lo inútil de la tentativa, y que para la indicada expugnacion se necesitaban mas fuerzas que las suyas, volvió á embarcar su gente, y se dirigió en seguida á Málaga.

A esta tentativa infructuosa sobre el Peñon de Velez de la Gomera, se siguió otra por el mismo estilo de los mismos moros, sobre la plaza de Melilla. Por dos veces se presentaron delante de este punto, hallando las puertas abiertas por disposicion expresa del gobernador, á fin de que entrándose por ellas, pudiesen ser cogidos en las mismas calles. Se atribuye esta estratagema á las noticias que tenia el gobernador por sus espías, de que los moros estaban persuadidos por un alfaquí, Santon entre ellos, de que acometiendo en cierto dia, á cierta hora y con ciertas precauciones, se paralizaria de tal modo la accion de sus enemigos, que quedarian hasta inmóviles. Al ver el efecto, los moros abiertas las puertas de Melilla; que la artillería no hacia fuego; que no se presentaban ni aun soldados en los muros, creyeron ciegamente en las palabras del alfaquí, y se precipitaron ciegos en la plaza, como queda dicho.

En el año siguiente de 1564 se proyectó otra expedicion sobre el mismo punto del Peñon, y que ejecutada con mayores medios, produjo muy diversos resultados. Se temia entonces una nueva bajada de la escuadra turca, y con este motivo habia dado el rey de España órden para que se aprontasen todas las galeras disponibles. Estaban preparados todos para recibir la visita de los otomanos. Mas se desmintió la noticia de la expedicion; y el rey de España, no queriendo perder enteramente el fruto de aquel grande armamento, estimulado cada vez mas del deseo de acabar con un nido de piratas, dió órdenes, para que desarmándose algunas galeras que no parecian necesarias, continuasen en su estado de guerra las restantes, para marchar sobre el Peñon de la Gomera.

Por jefe de la expedicion fué nombrado don García de Toledo, virey de Cataluña. Se preparó la armada para hacerse cuanto antes á la vela, camino de las costas de Africa. Acudieron con sus galeras el virey de Sicilia, el de Nápoles, el gran duque de Toscana, el de Saboya, el gran maestre de Malta y don Juan Andrés Doria. Tambien el cardenal don Enrique, regente de Portugal, prometió, y aprestó un socorro. Al duque de Sesa, gobernador de Milan, se le dió órden para alistar dos mil alemanes, al mismo tiempo que se ponian sobre las armas seis mil soldados en España.

Noticioso el dey de Argel de la proyectada expedicion, tomó sus disposiciones, poniendo en estado de defensa las plazas de Argel, de Bujía, y otras que estaban á su devocion; mas cerciorado de que el movimiento tenia por solo objeto el Peñon de la Gomera, envió á esta plaza por alcaide á Cara-Mustafá con cien turcos de refuerzo, y los víveres y municiones necesarios para un sitio de seis meses.

Pasó don García de Toledo al puerto de Palamós, en Cataluña, donde habiendo recogido las galeras de Juan Andrés Doria, se embarcó con ellas y las que él tenia, para Génova. Allí se le reunieron otras tres de la República, y siete que le enviaba el Papa, á las órdenes de Marco Antonio Colonna. En el puerto de Savona embarcó mil y doscientos hombres, que habia alistado en Milan el duque de Sesa. Pasó en seguida á Liorna, donde se le incorporaron siete galeras que le enviaba el gran duque de Toscana. Inmediatamente pasó

á Nápoles, desde donde envió á Mesina á don Sancho de Leiva, para que le llevase las galeras de Sicilia, y despues de recogidas, tomó la vuelta de España, donde debia reunirse todo el armamento.

Habia dejado don García en las costas de Génova á Juan Andrés Doria y al marqués de Estepa para que en las galeras del primero se embarcasen otros dos mil alemanes que llegaron de allí á pocos dias con el conde de Anníbal Altemps á su frente. Embarcadas en Spezzia pasaron á Niza con las galeras de los duques de Florencia y de Saboya y de allí á las costas de Cataluña, donde por entonces se hallaba don García. Desde aquí, despues de haber recogido de Barcelona la artillería gruesa de batir, se embarcaron todos para Málaga, de donde debia salir la expedicion de sitio.

Mientras tanto se embarcaba en Lisboa Francisco Barreto con las ocho galeras que mandaba de refuerzo el regente don Enrique. En el Cabo de San Vicente se encontró con dos galeras turcas que habia enviado el dey de Argel al reconocimiento de las costas de España; pero siendo mas veleras que las portuguesas, no pudieron estas darles caza. Habiéndose dirigido Barreto á Cádiz, tuvo allí una entrevista con don García de Toledo, en la que arreglaron el plan de operaciones, debiendo dirigirse el primero á Tanger para recoger doscientos hombres de refuerzo, y de allí al Peñon, cuyo camino tomaria en derechura don García desde Málaga.

Al presentarse este general en este último puerto encontró muchísimos voluntarios pertenecientes á las familias mas nobles de España, que le estaban aguardando para acompañarle en su expedicion sobre el Peñon de la Gomera. Tambien se reforzó con cinco mil soldados que le enviaba el conde de Tendilla. Concluidos, pues, todos los preparativos, salió la expedicion el 28 de agosto de aquel año, compuesta de catorce galeras, de don García de Toledo general en jefe; de ocho de Portugal mandadas por el general Francisco Barreto; de cinco de la orden de Malta, á las órdenes de don Frey Juan Ejidio; de trece de Nápoles, mandadas por don Sancho de Leiva; de diez de Sicilia, por don Fadrique de Carvajal; de siete que mandaba don Alvaro Bazan; de siete de Marco Antonio Colonna; de doce de Andrés Doria; de diez del duque de Florencia, de tres del duque de Saboya que mandaba el conde de Sofrasco; de cuatro del marqués de Estepa; ascendiendo el número total á sesenta y nueve galeras. El de embarcaciones menores, como galeotas, fustas, jabeques, etc., pasaban de sesenta.

Se hizo la escuadra á la vela, y á las tres leguas del Peñon mandó hacer alto el general para conferenciar sobre el plan de operaciones con los principales jefes que de su órden se reunieron en la galera capitana.

El fuerte del Peñon de la Gomera de Velez está separado de la costa, lo que le constituye en una verdadera isla. A un lado, se encuentra un castillo llamado de Alcalá, y por el otro el pueblo de Velez que no es fortificado. La expugnacion del Peñon tenia pues que empezar por un bloqueo y por la posesion de dicho castillo y el pueblo de Velez para construir allí las baterías que debian expugnar la fortaleza.

Tal fué el plan del general en jefe, comenzando sus operaciones por el reconocimiento del castillo de Alcalá, de que se apoderaron con poca oposicion, habiendo sido abandonado por los moros. En este castillo estableció don García de Toledo su cuartel general, y colocó quinientos soldados que debian servir para su guardia.

El general portugués Francisco Barreto y el de Malta don Frey Juan Ejidio, que habian ido á Marbella á recoger las galeras del primero, llegaron al Peñon de la Gomera despues del grueso de la expedicion que hallaron ya desembarcada. Los puso esto á los dos en grande enojo: al primero porque era una de las condiciones del auxilio del rey de Portugal, que habian de desembarcar las galeras portuguesas al mismo tiempo que las españolas; al segundo, porque segun él á las galeras de Malta tocaba siempre desembarcar sus tropas las primeras, tratándose de expediciones contra infieles. Mas don García de Toledo apaciguó muy fácilmente á uno y á otro, haciéndoles ver que el desembarco habia sido un acto de necesidad por lo recio de los temporales.

Tomado el fuerte de Alcalá y asegurados los víveres y las municiones, determinó don García ocupar el pueblo de Velez, que aunque no fortificado servia de punto de reunion á las tropas enemigas que recorrian el campo para embarazar las operaciones de los sitiadores.

Se dividió el ejército en dos trozos, marchando delante como descubridor don Juan de Villaroel con los jinetes. Iban en el primer cuerpo don Sancho de Leiva, don Luis Osorio, don Frey Juan Ejidio Parissot, sobrino del gran maestre de Malta, y tres maestres de campo de la misma Orden, capitaneando la infantería de Nápoles, la de Malta y los arcabuceros, llevando adelante cuatro piezas de cam-

paña. Se componia el segundo cuerpo de la gente de Sicilia, de Lombardía y de Portugal, de la bisoña de Castilla y de los dos mil alemanes mandados por el conde Annibal. El general en jefe don García y su maestre general Chiapino Vitelli, iban de una parte á otra como mejor les parecia.

La expedicion no era difícil. Muchos moros se dejaron ver en las alturas, y aunque hicieron amagos de atacar, retrocedieron al ser repelidos por los nuestros. Se apoderó el ejército del pueblo de Velez, que se encontró abandonado por la mayor parte de sus habitantes. Con esta ocupacion quedaba ya completamente bloqueado el Peñon de la Gomera; ya no se trataba mas que de batirle en brecha, porque no habia que pensar en asaltos ni en otro modo de tomarle á viva fuerza.

Mientras se construian las baterías y otras obras para resguardo de los sitiadores, no desaparecian de la vista tropas enemigas. El dey de Fez envió exploradores para enterarse del estado de las cosas, y en seguida puso en movimiento fuerzas con objeto de impedir el sitio. Mas no se trabó batalla alguna entre los nuestros y los mahometanos, reduciéndose todo á escaramuzas.

Don García de Toledo, antes de empezar la batida del Peñon, le intimó que se rindiese; mas Feret su gobernador, puesto por el dey de Argel, respondió que siendo la plaza posesion del Gran Señor le cumplia mantenérsele fiel hasta el último momento de su vida.

Comenzaron con esto á jugar las baterías. Respondieron á las nuestras los del fuerte; pero recibieron estos mas daño del que nos hicieron. Para aumentar el efecto de las suyas, mandó don García colocarlas mas arriba, sin que los de adentro pudiesen impedirlo.

Era fuerte el Peñon por su aislamiento, por lo escarpado de sus muros, mas no correspondia á estas ventajas lo sólido de los materiales. Los de adentro percibieron muy bien que bloqueados como estaban, aunque no pudiesen ser asaltados, no por eso dejaba de ser su ruina inevitable. Comenzó el miedo á apoderarse de sus ánimos, y no atreviéndose á proponer su rendicion, fueron abandonando poco á poco la plaza descolgándose de dos en dos, de tres en tres, hasta que la guarnicion quedó reducida al número de trece. Llevó un renegado esta noticia á don García de Toledo, quien apenas quiso darle crédito, hasta que se cercioró por la circunstancia de ofrecer su rendicion los trece que no habian abandonado el fuerte.

Así cayó en poder de nuestras armas el Peñon de la Gomera el 8 de setiembre del mismo año de 1564. El trabajo de la expugnacion no fué muy grande, como se deja ver; mas solo con aquellas fuerzas, con aquellos preparativos, se podia reducirle al aislamiento y estado de bloqueo que hacian su ruina inevitable.

Fué sobremanera agradable al rey de España la nóticia de la toma del Peñon, y casi se puede decir al todo de la cristiandad; tan objeto de odio y de terror habian llegado á ser los berberiscos y los turcos. Regresó don García con la expedicion triunfante á Málaga. El rey le recompensó nombrándolo virey de Sicilia, no olvidando en sus favores á los demás que los habian merecido. Regresaron las galeras á sus destinos respectivos, y el nuevo virey de Sicilia tomó aquella direccion con las de aquel pais y Nápoles. Los dos mil alemanes con el conde Annibal, fueron conducidos en las de don Alvaro Bazan á las costas de Génova, donde desembarcaron y recibieron sus pagas en el acto del licenciamiento.

A don Alvaro Bazan, destinado á hacer un gran papel en nuestra historia, se le dió al año siguiente la comision de cegar la boca del rio Tetuan que servia de asilo y refugio á tantos piratas berberiscos. Se habia quedado este marino en un principio despues de la toma del Peñon con objeto de abastecer este punto fuerte de víveres y de municiones y de artillarle además; para cuyo efecto introdujo en él diez y ocho piezas de grueso calibre con los pertrechos necesarios. Despues se embarcó para Italia con el objeto que llevamos dicho. A su regreso, se presentó en las costas de Andalucía, y con gran secreto preparó en la plaza de Gibraltar las piedras y el betun que necesitaba, para la empresa que se le habia encomendado. Embarcó todo este material en nueve bergantines, y con ellos se dirigió á Ceuta, posesion entonces de los portugueses, para concertar con el gobernador su plan de operaciones. Se redujo este á que de la plaza de Ceuta saliesen tropas por tierra llamando la atencion de los moros por esta parte, mientras se dirigia don Alvaro por mar á la boca del rio, cuya obstruccion era el objeto de la empresa. Aunque don Alvaro en su primera tentativa sufrió una tempestad que le obligó á retroceder á Ceuta, no por eso desmayó en la operacion y procedió adelante. Salió por segunda vez al mar, y al mismo tiempo por la parte de tierra las tropas del gobernador, aumentándose su número con mujeres, con muchachos, con gente desarmada para darles la apariencia de un ejército. Alarmados los moros con este

movimiento que les pareció tan serio, salieron al encuentro de los cristianos con tantas fuerzas les fué posible, creyendo solo el peligro de esta parte, mientras don Alvaro llegó con rapidez á la boca del rio, echando á pique sus bergantines cargados con la piedra que llevamos dicho.

Los moros que se vieron burlados, pues nuestras fuerzas de tierra habian retrocedido luego que calcularon que don Alvaro habia tenido bastante tiempo para concluir la operacion, trataron de torcer sus fuerzas en direccion de dicha boca, mas ya llegaron tarde. En su despecho hicieron fuego sobre los buque y tropas de don Alvaro, mas les correspondió este, sin que el tiroteo de una y otra parte produjese efectos de importancia. Los moros se retiraron viendo que nada conseguian, y don Alvaro tomó muy pronto la vuelta de Málaga.

En todos estos años que llevamos recorriendo, era continua la guerra é interminables las hostilidades entre los berberiscos y turcos de un lado, y del otro los príncipes y potencias cristianas marítimas del Mediterráneo. Los berberiscos, bajo la proteccion de los turcos, poseian los puntos mas importantes de la costa de Africa, mientras los turcos, dueños de tantas islas del Archipiélago y puntos importantes de la Morea, se daban el aire de dominar exclusivamente en dichos mares. España, por sus posesiones en la Italia, por las costas orientales de la Península, por sus mismas plazas de Africa estaba en colision eterna con las fuerzas de la media luna. La Orden de Malta, que se hallaba entonces en todo su esplendor, no césaba en sus correrías por aquellos mares. Génova y Venecia eran todavía preponderantes en aquella época. Cualquiera puede imaginarse pues á cuantos conflictos parciales, á cuantos desembarcos, á cuantas correrías y pillajes de costa habrá dado lugar aquella pugna de naciones á naciones, de creencias á creencias. Referirlas todas no seria posible, y además no corresponderia á nuestro objeto. Hasta ahora nos hemos contentado con lo principal, con lo que nos toca mas de cerca. Pero entre tantos choques y hazañas parciales ocurrió una que, aunque no nos dice relacion directamente, obtuvo una celebridad que no permite la condenemos al silencio. Será este hecho tan glorioso de armas asunto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIII.

SITIO DE MALTA.

Situacion de Malta.—Resúmen de su historia hasta la época de Carlos V.—Cesion de la isla á los caballeros de San Juan.—Establecimiento en ella de la Orden.—Proyecta Soliman II el sitio de Malta.—Sale de Constantinopla la expedicion.—Desembarca en Malta.—Rivalidades entre los jefes de mar y tierra.—Sitian los turcos el fuerte de San Telmo.—Lo toman.—Sitian la ciudad del Burgo.—Resistencia.—Varios asaltos.—Llegada del refuerzo de España.—Levantan el sitio los turcos, y se embarcan.—Pérdidas por entrambas partes.—Construccion de la ciudad y plaza llamada La Valette.—Muerte del gran maestre de este nombre (1).—(1565).

Hay puntos casi imperceptibles sobre la superficie de la tierra, que están sin embargo destinados á ocupar, páginas muy importantes en la historia. Tal es Malta, pequeña isla del Mediterráneo, situada al Sur de Sicilia, siete á ocho leguas de circunferencia, llamada en la antiguedad *Melita*, por la miel abundante y buena que produce.

Aneja á esta isla de Malta y un poco al noroeste, hay otra mucho mas pequeña llamado Gozo, y en medio de las dos una especie de islote con el nombre de Cumin, designándose por lo regular el grupo de las tres con el general de Malta.

En todas épocas se dió mucha importancia á la ocupacion de la isla de Malta como punto avanzado, y centinela entre el Occidente

(1) Salazar, «España vencedora;» Bosio, «Historia de Malta;» Cabrera, «Historia de Felipe II;» Herrera, «Historia General;» Ferrara, «Historia de España;» Miege (historiador de nuestros dias), Historia de Malta» y otros.

y el Oriente. Sin haber formado nunca lo que se llama un estado, hizo en todos tiempos parte de las posesiones de Sicilia. Fueron dueños de ella en los tiempos antiguos los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los godos, los vándalos, los emperadores griegos y los árabes; y en los de la Edad media los normandos, los emperadores alemanes de la casa de Suavia, los reyes de Aragon desde Pedro III, que se apoderó de Sicilia á fines del siglo XIII, hasta Fernando el Católico, cuya herencia pasó toda á Carlos V. En todos estos tiempos gozó la isla de Malta de grandes privilegios, proporcionados á las ventajas que de ella sacaban sus señores.

Hemos visto (1) á los caballeros de San Juan arrojados en 1522 de la isla de Rodas por las armas de Soliman II, que se hizo dueño de ella, despues de un sitio gloriosísimo para sus defensores. Se retiró á Sicilia el gran maestre L' Isle Adam seguido de sus caballeros, y desde entonces pensó seriamente en la adquisicion de un punto fuerte del Mediterráneo, donde establecer la Orden. El emperador Carlos V le hizo cesion de la isla de Malta; mas este acto no fué espontáneo, ni se verificó sin estipular condiciones que parecieron gravosas á los caballeros. Hubo negociaciones y no dejaron de suscitarse sus dificultades, siendo una de las principales, la repugnancia de los malteses á la admision de una órden que acabaria por dominarlos. Los mismos caballeros estaban divididos sobre la conveniencia de la traslacion, y el gran maestre se mostraba remiso en la conclusion del negocio con las esperanzas de establecerse en otro punto mas favorable á los intereses de la Orden. En fin, despues de haberse allanado las dificultades y sometídose los malteses á la ley de la necesidad, se firmó el acta de cesion en que quedaban á salvo los derechos de soberanía, de que no quiso nunca desprenderse Carlos V; y los caballeros de San Juan tomaron posesion de Malta el año 1530, con gran repugnancia de los habitantes, á cuyos privilegios no se tuvo consideracion en el tratado.

Establecida en Malta la Orden de San Juan, se aplicó su gran maestre, que todavía lo era L' Isle Adam, á poner el pais en estado de defensa, pues no ignoraba el grande objeto de odio que era para el Sultan una órden militar, que por instituto le hacia en todos tiempos cruda guerra. Habiéndola arrojado de Rodas, natural era que la persiguiese en Malta. Mas los caballeros, cuyas galeras iban casi siempre unidas con las de Carlos V y Felipe II, que estaban con frecuencia en guerra con los turcos, no vieron á estos tan pronto como era de temer, delante de sus muros.

(1) Capítulo VI de esta Historia.

En su debido lugar hemos hablado de la cooperacion de los caballeros de San Juan en las expediciones sobre Tunez, Argel, sobre Patras, sobre Modon, sobre Coron, sobre la plaza fuerte de Africa, y en el reinado de Felipe II, sobre Trípoli, los Gelvez y últimamente sobre el Peñon de la Gomera. Irritados los berberiscos y los turcos de esta hostilidad continua, trataron varias veces de acabar con Malta. Hizo en sus costas Dragut varios desembarcos, pero sin efecto, habiendo sufrido bastantes descalabros, sobre todo en el último verificado en Gozo, de donde tuvo que retirarse vergonzosamente. Por fin, llegaron las cosas á tal punto, que Soliman II trató de poner formalmente un sitio á Malta.

Era entonces gran maestre de la Orden, Juan de La Valette, elegido en 1557 por su gran mérito, en atencion al riesgo inminente que corria. Hombre valiente y experimentado, de capacidad y de firmeza, se condujo desde un principio como las circunstancias exigian. Ninguna ocasion perdió de hostilizar á los turcos, haciendo parte de la expedicion de Felipe II sobre Trípoli, seguida de las desgracias que hemos visto; forzando á Dragut á retirarse vergonzosamente de la isla de Gozo, donde habia hecho un desembarco; tomando parte con sus caballeros en la conquista de la Gomera de los Velez; intentando un golpe de mano sobre Malvasía; no perdiendo ocasion de acosar á los infieles por mar; libertando buques cristianos, haciendo numerosas presas, entre las que se contaba un rico galeon turco, cuyo cargamento pertenecia al jefe de los eunucos y á las odaliscas del serrallo. No era necesario tanto para provocar hasta el extremo la cólera de Soliman, quien fulminó al fin contra Malta el decreto de exterminio, que mas de cuarenta años antes habia arrojado á los caballeros de San Juan, de Rodas.

Hacia tiempo que veia el gran maestre aglomerarse la tempestad que á la isla amenazaba. En nada pensó mas desde que se vió elevado á la suprema dignidad, que en prepararse para recibir el golpe. Tomó Malta un aspecto en extremo belicoso; se aprontaron armas; se allegaron víveres y municiones; se impuso sobre los bienes de la Orden, además de las contribuciones ordinarias, un tributo de sesenta mil ducados; se concertaron con el virey de Sicilia los medios mas convenientes de socorro, y se hizo un llamamiento

solemne de honor á los caballeros ausentes, para presentarse sin perder momento á la defensa de la Orden.

La plaza principal de la isla era el Borgo ó Burgo, llamada hoy la Ciudad Victoriosa, situada á la entrada del Puerto Grande y flanqueada por el castillo de Sant-Angelo. Enfrente, y separada por el puerto de las Galeras, se halla la ciudad de La Sangle, entonces sin murallas, defendida por el fuerte de San Miguel, que con el castillo de Sant-Angelo forma la boca de este puerto. A pequeña distancia del Burgo se hallaba el fuerte de San Telmo, en la extremidad del promontorio que separa el Puerto Grande del de María Mussel ó Marza Musel, y donde se construyó despues la ciudad de la Valletta, como lo haremos ver á su debido tiempo.—A distancia algo mas considerable del Burgo, se halla la Ciudad Notable ó Vieja, fortificada ya en aquella época. La Valette circunvaló la ciudad de La Sangle con murallas, hizo completar las fortalezas de San Miguel y San Telmo, fortificando y abasteciendo al mismo tiempo la isla de Gozo.

Era grande el peligro; pero fué mayor el entusiasmo y el valor que supo inspirar el gran maestre en el ánimo de los malteses. Enmudecieron á su voz todas las pasiones, y se sofocaron los resentimientos justos de los habitantes contra una Orden que los habia despojado de sus privilegios. Acudieron con prontitud los caballeros ausentes, y con ellos cuantos soldados, víveres y municiones pudieron procurarse. Se remitieron á Sicilia todos los habitantes que no tenian medios de subsistir, ni se hallaban en estado de tomar las armas; se levantó en masa la poblacion que se encontró apta para pelear, y se organizó bajo todos aspectos una defensa obstinada en toda regla.

Hé aquí el estado aproximativo de todas estas tropas en la revista general pasada el 6 de mayo de 1565 por el gran maestre.

61 caballeros }
15 escuderos } de la lengua de Provenza.
25 caballeros }
14 escuderos } de la de Auvernia.
57 caballeros }
24 escuderos } de la de Francia.
165 caballeros }
5 escuderos } de la de Italia.
88 caballeros de la de Aragon.

1 caballero de la de Inglaterra.
14 caballeros de la de Alemania.
68 caballeros }
6 escuderos } de la de Castilla.
44 capellanes de diversas lenguas.
587 miembros de la Orden.
700 soldados y marinos de las galeras, malteses por la mayor parte.
500 malteses de la compañía del Burgo.
300 id. de Burmola y de La Sangle.
1500 id. de la Ciudad Notable.
560 malteses de la parroquia de Santa Catalina.
680 id. de la de Bircharcara.
560 id. de Kunni.
560 id. de Zorrick.
590 id. de Nasciar.
560 id. de Siggieri.
120 artilleros.
150 criados de caballeros, organizados en una compañía.
1625 extranjeros tomados á sueldo de la Orden.

8992 hombres en total.

Con esta escasa fuerza, compuesta de elementos tan heterogéneos, y la mayor parte escasa de experiencia, ó sin ninguna en el manejo de las armas, se dispuso el gran maestre á recibir el ejército formidable con que Soliman le amenazaba; y no hay que olvidar que la generalidad de estas tropas consistia en malteses, despojados de sus privilegios, abrumados de impuestos, tratados con desprecio por los caballeros de la Orden, heridos en lo que hay mas delicado y sensible para el hombre. Pero se trataba de defender el suelo de la patria, amenazado por los enemigos de la fe católica, á quienes se profesaba un odio inextinguible, y sobre todo, se obraba á la voz, y bajo el ascendiente de un grande hombre.

Habia sido presentado en pleno consejo por el Gran Señor su proyecto de invadir á Malta, y aplaudido, como era natural, con todas las demostraciones de entusiasmo, por todo su consejo. Mientras se hacian preparativos formidables, se enviaban emisarios secretos á la isla, para levantar planos y tomar reseñas de su posicion, fortificaciones, etc. No se omitió precaucion, ni se ahorró gasto alguno que

llevase al objeto de añadir la isla de Malta á las brillantes conquistas de Soliman el Magnífico. Antes de partir las tropas, las arengó el Sultan, diciéndolas que la conquista de la sola isla de Malta era poca empresa para aquel armamento formidable.

Por fin, en 18 de mayo de 1565 se presentó delante de la isla de Malta la escuadra turca, compuesta de ciento treinta y una galeras, treinta galeones y doscientos buques de transporte, al mando de Piali-Bajá, con cuarenta mil hombres, á las órdenes de Mustafá-Bajá. Se hace ascender á sesenta mil el número de los turcos que abordaron á Malta, agregando á las tropas de tierra los marineros de la escuadra, y los individuos que no combatian incorporados á la marina y al ejército. Llevaban estas tropas víveres para seis meses, municiones en proporcion, y un tren completo de sitio, en el que se contaban sesenta y cuatro cañones de batir, con balas de hierro de ochenta libras, y dos morteros de siete piés de circunferencia, para lanzar piedras. Desembarcaron los turcos sin oposicion alguna, y su primera operacion fué talar los campos, quemar los pueblos y degollar á los infelices habitantes que no habian tenido tiempo de guarecerse en los muros de la plaza.—Hicieron los caballeros algunas salidas por órden del gran maestre, y aunque no llevaban lo peor en los encuentros, convencido la Valette de que esto debilitaba sus fuerzas sin utilidad, se encerró dentro de los muros, dejando á los turcos dueños absolutos de todo el terreno no fortificado de la isla.

Procedieron estos inmediatamente al sitio de los puntos fuertes; mas las operaciones adolecieron desde un principio de la rivalidad què reinaba á la sazon entre Piali, general de la escuadra, y Mustafá, á quien se habia dado el mando de las tropas del asedio. Al llegar la escuadra á Navarino, leyó este delante de los principales jefes de tierra y mar el pliego de instrucciones que le habia dado el Gran Señor, á su salida de Constantinopla. Por sus términos, estaba Mustafá revestido del mando general, tanto de las tropas, como de los buques, con cuya disposicion se ofendió Piali, antiguo general de mar, que con tanta gloria se habia distinguido en las campañas anteriores. No es, pues, extraño que se mostrase poco celoso en trabajar por la gloria de un rival, de mérito inferior, al que se veia postergado.

Se juntó un consejo de guerra en el campo turco inmediatamente que fué realizado el desembarco. Queria Mustafá acometer todos los fuertes á la vez, puesto que se hallaban con tropas bastante numerosas, ó á lo menos empezar el sitio por el Burgo y la ciudad Notable, atacando así como en el corazon las fortificaciones de la plaza. Combatió Piali esta idea, alegando que el primer interés era proporcionar un puerto seguro para sus navíos, lo que no se podria conseguir sin comenzar el ataque por el fuerte de San Telmo, ganado el cual se colocaria la escuadra en el puerto de Muzel al abrigo de cualquier peligro.

Prevaleció en el consejo la opinion de Piali, y comenzaron en efecto las operaciones del sitio por el castillo de San Telmo, situado como se ha dicho á extremidad de un promontorio que divide el puerto de Marza Muzel del Puerto Grande. Mandaba la fortaleza el bailío de Negroponto, quien antes que los turcos embistiesen formalmente á la plaza, dispuso una salida al mando del capitan español don Juan de la Cerda y frey Juan de las Guaras. Derrotaron estos á las tropas turcas; mas en vista de su número considerable tuvieron que retroceder y acogerse á los muros de la plaza.—Grande dificultad encontraron los sitiadores en comenzar los trabajos de sitio por lo duro del suelo, de roca por la mayor parte; mas suplieron esta falta con sacos de tierra, vigas y tablones que les sirvieron para la formacion de las trincheras, siéndoles imposible el uso de la azada. Así pudieron acercarse á los muros de la plaza sin ser molestados por sus fuegos, y proceder sin pérdida de instantes á la construccion de las demás obras que para la expugnacion necesitaban.

No estaba desprovisto de buenas fortificaciones el castillo de San Telmo; pero era demasiado escaso el número de sus defensores para hacer frente á tantas tropas empleadas en su asedio. Y como el gran maestre no podia desprenderse de muchas fuerzas, por la lentitud con que de los diferentes puntos de la cristiandad se procedia para enviarle los socorros que no dejaba de reclamar á cada instante, pareció al gobernador de San Telmo que seria oportuno abandonar la plaza y reunir su guarnicion á la del Burgo, para atender mejor á la defensa de este punto y de sus fuertes. Mas se hallaba el gran maestre demasiado convencido de la necesidad de conservar á toda costa el fuerte de San Telmo, y demasiado confiado en la próxima llegada de los socorros prometidos, para no dar órdenes terminantes al bailío de que defendiese el punto á toda costa. Aun pensó La Valette en trasladarse él mismo al castillo y ponerse á la cabeza de su guarnicion; mas le hicieron desistir de su designio las súplicas y aun

las lágrimas de los caballeros y poblacion del Burgo, para que no los abandonase, cuando les era necesaria mas que nunca su presencia.

Con la resolucion tan positiva y formal del gran maestre, se prepararon el bailío de Negroponto y caballeros del castillo de San Telmo á la mas vigorosa y obstinada resistencia. Atacaron por su parte los turcos con su ferocidad acostumbrada, llevando sus trabajos de sitio hasta el mismo pié de los muros de la plaza. Delante de la muralla principal se hallaba otra fortificacion cuya figura no aparece bien clara por el relato de los historiadores; un poco mas lejos, hácia el campo, se habia construido un rebellin, cuya toma era necesaria para obtener la de la plaza. Hicieron los caballeros una salida en la que derrotaron á los turcos, y por el pronto les destruyeron una parte de sus trincheras y mas trabajos del asedio. Pero como luchaban siempre los cristianos contra una superioridad tan considerable, fué inútil este esfuerzo, pues los enemigos volvieron á la carga, y repararon prontamente las obras destruidas. Para echar abajo el rebellin ya mencionado, construyeron una fuerte batería sobre una especie de plataforma casi de su misma altura, desde donde sin interrupcion le cañonearon. Una circunstancia imprevista los hizo dueños de esta obra exterior mucho antes de lo que esperaban. Habiendo percibido una noche que estaban dormidos los centinelas, y en igual situacion la mayor parte de la tropa, escalaron los muros, y penetrando dos á dos por las mismas troneras, se hicieron dueños del rebellin, pasando á cuchillo á cuantos cristianos encontraron dentro. Trataron inmediatamente los vencedores de pasar á la otra obra exterior, mas ya entonces amanecia y los cristianos estaban vigilantes esperando el ataque de los turcos. Se trabó un combate obstinado en los mismos fosos que duró seis horas. Todos los fuegos de la plaza y de la batería de los turcos se cruzaban á la vez, y si estos estaban animados de una sed de destruccion, no era menos el arrojo con que los cristianos defendieron su terreno. Cedieron en fin los turcos, dejando cubiertos los fosos de cadáveres. Mas el rebellin quedó en sus manos, y les sirvió despues para colocar sus baterías contra el cuerpo de la plaza.

A pesar de que se resistia, como se ve, el fuerte de San Telmo, volvió el bailío á proponer al gran maestre su abandono, no queriendo sufrir los caballeros las consecuencias del asalto que los amenazaba, y al que, segun toda probabilidad no podrian oponer, por

el escaso número de tropas, suficiente resistencia. Otra vez les respondió La Valette que era necesario mantener el puesto á toda costa, recordando al bailío y á los caballeros sus compromisos, sus juramentos de morir en defensa de la religion en cuyas filas peleaban. Para animar su emulacion, ó desconfiando tal vez de su constancia, tomó disposiciones para el relevo de la guarnicion de San Telmo con tropa fresca que debia salir del Burgo. Mas los de San Telmo, avergonzados sin duda de la proposicion, pidieron al gran maestre no les hiciese la afrenta de dudar de su valor, y le prometieron que defenderian el punto á todo trance y verterian gustosos la última gota de su sangre por el honor y en defensa de una órden donde habian hecho votos de combatir siempre y en todo paraje con los enemigos de la fé de Cristo.

Llegó á la sazon al campo turco el famoso Dragut con trece galeras y mil y quinientos hombres, en compañía del renegado Aluch-Alí, que despues llegó á ser dey de Argel, con cuatro bajeles y seiscientos hombres. Fué este refuerzo muy agradable á Mustafá, sobre todo por la persona de Dragut, cuyo valor y capacidad conocia en todas las operaciones de la guerra. Desde el momento de su llegada se le encomendó la principal direccion de las obras de sitio, y con su actividad aumentó los apuros de sus defensores.

Todavía recibian estos de cuando en cuando algunos refuerzos y refrescos que les enviaba el gran maestre; mas convencido al fin Mustafá de la necesidad de cortarles toda comunicacion con los del Burgo, cerró completamente el paso, siendo Dragut el inventor y ejecutor de una especie de valla con tablones, vigas, piedras y fragmentos de barcos destrozados que echó en el mar, á fin de no dejar agua suficiente para el paso de los buques. Murió durante esta operacion el famoso corsario de una bala de cañon disparada desde la plaza, habiendo sido tan sentida su pérdida por los turcos, como objeto de regocijo para los cristianos. Reducidos así los del fuerte de San Telmo á sus propias fuerzas, sin esperanza de socorro ni auxilio de ninguna parte, tomaron la resolucion de hacer la mas obstinada resistencia, de vender caras sus vidas, ya que se vieron en la imposibilidad de conservarlas. Apelaron pues los turcos al asalto, ó mas bien á los asaltos, pues les costó varios la toma de aquella fortaleza. Dieron el primero la noche del 8 de junio, del que fueron rechazados con pérdida de mil quinientos hombres. Perdieron los cristianos cincuenta caballeros, habiendo quedado herido

el capitan la Cerda. Tuvo lugar el segundo asalto el 16 del mismo mes, en el que los turcos perdieron mil y setecientos hombres. Dejaron en el tercero, verificado el 22, dos mil hombres en los fosos y en la brecha; habiendo muerto por parte de los cristianos el capitan español Miranda, el bailío de Negroponto gobernador, el comendador Monserrate, el capitan Mazo y cincuenta mas caballeros de la Orden. No hay necesidad de indicar, pues se concibe fácilmente, el ardor, la ferocidad, la sed de sangre y destruccion que debieron de reinar en estos choques tan tremendos, en que unos combatian por la desesperacion de no poder salvarse, y los otros con el ánsia de apoderarse de una presa tan apetecida. Los caballeros á quienes sus heridas no permitian moverse, se hacian conducir á la brecha, donde del modo que mejor podian, peleaban. Mas era inútil el valor contra tan encarnizada muchedumbre. Los defensores iban muy á menos, el término de la resistencia se acercaba, y cuando en virtud del último asalto, que duró cuatro horas, se hicieron los turcos dueños á viva fuerza de San Telmo, no encontraron mas que escombros y hombres moribundos, pues los cinco ó seis cristianos que aun quedaban sin lesion se salvaron, descolgándose como pudieron por los muros de la plaza.

Cometieron los turcos todo género de crueldades con los vencidos, que respiraban todavía. Las historias dicen que les arrancaban el corazon, y que para causar terror, y hacer al mismo tiempo mofa de los del Burgo, los clavaron en tablas en forma de cruz, poniendo este espectáculo atroz á vista de sus propios muros.

Costó la toma del castillo á los turcos mas de ocho mil hombres. A mil y doscientos ascendió la pérdida de los sitiados, contándose entre ellos ciento veinte y dos caballeros de la Orden, que murieron todos en la brecha.

La pérdida mas fatal para los turcos fué la de cuarenta dias que emplearon en la toma de aquella fortaleza, falta grave que influyó, como veremos mas luego, en el resultado, desatroso para ellos, de aquella formidable empresa.

Volvió, pues, Mustafá sus operaciones contra el Burgo, y los dos fuertes que aumentaban su defensa. Antes de emprender el sitio, envió La Valette un mensaje, intimándole la rendicion con no muy duras condiciones. Mas el gran maestre, á pesar de su amarga pesadumbre por la pérdida y fin lamentable de los defensores de San Telmo, respondió con indignacion á las proposiciones del general

turco, é hizo que sus comisionados examinasen de cerca las fortificaciones de la plaza, diciéndoles que sus fosos eran la sola parte que cederia á los turcos, para que les pudiesen servir de sepultura.

Se preparó el gran maestre al recibimiento de los enemigos. Para aumentar la pequeña guarnicion de la plaza, hizo venir cuatro compañías de malteses que ocupaban la Ciudad Notable, y al mismo tiempo le trajo de Sicilia su sobrino Parissot La Valette un refuerzo de cuarenta y seis caballeros, treinta y seis personajes de distincion, y además quinientos noventa soldados al mando del maestre de campo Melchor Robles; refuerzo escaso, y que de ningun modo correspondia á las promesas hechas por los príncipes cristianos, y cuya pronta ejecucion reclamaba con voz tan sentida el gran maestre.

A ninguno de los reyes de Europa tocaba mas de cerca el interés de la conservacion de Malta, que al de España. Desde que supo los preparativos de los turcos contra la isla, dió órdenes á los vireyes de Nápoles y Sicilia, para que le auxiliasen con cuantas fuerzas estuviesen á su arbitrio. Animaba el Papa por su parte á los príncipes de Italia, para que concurriesen á la santa empresa de librar á la Orden de san Juan de las garras de los turcos. Se aprestaron en Génova algunas galeras, y el duque de Florencia ofreció auxilios. En cuanto al rey de Francia, no se atrevió hacer nada en defensa de la isla, por no irritar á Soliman, con quien tenia grandes relaciones de amistad, como ya llevamos dicho.

Del virey de Sicilia, don García de Toledo, como tan cercano, aguardaba los primeros y mas poderosos auxilios el gran maestre de la Orden. Mas sea porque la escuadra enemiga obstruyese el paso del mar, sea porque inspirase algun recelo el habérselas con tropa tan aguerrida y feroz como la turca, ó por otras dificultades que entorpecen operaciones de esta clase, no partieron los socorros con la oportuna presteza que era deseable. Historiadores hay que atribuyen esta lentitud á torcida política del rey de España, á su poca voluntad de socorrer la isla, ó tal vez á la intencion de aguardar que se hallase en los últimos apuros, para darse de este modo la importancia de su salvador; mas no es creible que se expusiese voluntariamente á tanto riesgo una Orden, que tan útiles servicios prestaba al rey de España. De todos modos es un hecho que don García se mostró en un principio muy remiso; que adolecieron sus

operaciones de poca actividad, dando ocasion á quejas y desconfianzas, no solo de su buena fe, sino tambien de la del rey católico; y que á no haberse detenido tanto los turcos delante de San Telmo, á no haber desplegado en lo sucesivo tanta bizarría y heroicidad en la defensa del Burgo y de sus fuertes, hubiese llegado demasiado tarde un socorro con tantas instancias reclamado.

El 8 de mayo desembarcó en Malta don Juan de Cardona, comandante de las galeras de España, dos compañías de infantería española á las órdenes de los capitanes Juan Miranda y Juan de la Cerda. El 27 de junio llevó á Malta el mismo don Juan de Cardona otro socorro, enviado por don García, compuesto de dos compañías de infantería española, y cuarenta caballeros de la Orden. Mas tuvo grandes dificultades en desembarcar, y despues de haber rodeado las costas de la isla, puso al abrigo de la noche sus tropas en tierra, junto al fuerte de San Miguel, cuando los turcos se habian apoderado ya del de San Telmo.

Mientras se aprestaba en Sicilia una gran expedicion, que aun tardó un mes en hacerse al mar, procedieron los turcos al sitio formal del Burgo y sus fuertes. Llegó á la sazon al campo el famoso Asam, dey de Argel, con veinte y ocho galeras y tres mil turcos, y fué recibido por Mustafá con grandes muestras de alegría. Pidió Asam al general en jefe, que se le encargase la expugnacion del fuerte de San Miguel, y Mustafá se lo concedió gustoso, dándole seis mil turcos, además de los tres mil que ya estaban á sus órdenes. Emprendió Asam la operacion por mar y tierra, encargando la primera á su segundo Candelisa, en quien depositaba su mayor confianza, y tomando á su cargo la segunda. Fueron ambos ataques tan impetuosos como valientemente rechazados. Por dos veces asaltaron las murallas; otras tantas quedaron los fosos cubiertos de cadáveres. Mientras tanto fueron desbaratadas las trincheras de los sitiadores por los comendadores Giou y Quinzi, enviados por el gran maestre. No desistieron los turcos del empeño, y dieron otro asalto cuando estaban ya las brechas mas practicables, y se iban desmoronando los muros del fuerte por las baterías enemigas. Por esta vez pareció mostrárseles mas favorable la fortuna, y casi ya plantaban sus medias lunas victoriosas encima de los muros; mas redobló el esfuerzo de los defensores, y los turcos cayeron precipitados por aquellas ruinas. Llegó á tanto la confusion y su pavor, que huyeron á sus buques con el mayor desórden, sin que les sirviese de nada un refuerzo de genízaros que les mandó Mustafá, y que fueron igualmente rechazados.

Se irritó el general turco con tanta resistencia, y creció su indignacion cuando llegó á sus oidos que se aprestaba en Sicilia una grande expedicion para auxiliar á los cristianos. Resolvió, pues, atacar á un tiempo al Burgo y al fuerte de San Miguel, tomando á su cargo la primera expedicion, y encomendando á Piali la segungunda. Fueron furiosos los ataques contra el Burgo. Los enemigos llevaban tablas, vergas, palos de sus buques, piedras y otras materias para cegar los fosos de la plaza. Las baterías hacian fuego sin cesar, y para aumentar los medios de destruccion, usaban los enemigos un proyectil llamado carcassa, que era una especie de pipa ó barrica embreada, y rodeada de materias combustibles que lanzaban sobre los cristianos. Mas hubo muchos de estos tan arrojados, que discurrieron los medios de cogerlas en el aire, y lanzarlas en seguida sobre las filas enemigas. La furia y obstinacion eran recíprocas, y las escenas de destruccion y carnicería tan uniformes, que no ofrecen variedad, por mucho que se esfuerce la imaginacion en crearlas de pura fantasía.

Fué Mustafá muy desgraciado en sus ataques contra el Burgo. Pareció mostrarse mas favorable la fortuna á Piali en la expugnacion del fuerte. Llegaron sus baterías á destruir casi sus murallas. Erigió una especie de plataforma de una altura, superior á la de la misma plaza. Empleó el asalto, y cuando se creyó dueño del fuerte, se halló con un nuevo atrincheramiento, que los defensores habian construido durante la noche, con un foso adelante, que impedia el paso á las tropas del asalto.

Grande era como se ve el denuedo de los caballeros de San Juan, mas cada dia crecian sus apuros; y el socorro tan suspirado no llegaba. Los muros estaban medio derruidos: faltaban las municiones, y los víveres escaseaban hasta el punto de tener que cercenar la racion de agua. Estaban los hospitales y las casas llenas de heridos y de enfermos. Tan triste era el semblante de las cosas, que se propuso seriamente en el consejo abandonar el Burgo y fuerte de San Miguel, y reducir la defensa al fuerte de Sant-Angelo, pero el gran maestre, impertérrito en el seno del Capítulo como se mostraba en medio de los combates, donde se corria mas riesgo, declaró su resolucion de ser fiel hasta el último suspiro al honor y la gloria de la Orden de san Juan, y de permanecer en el Burgo aunque le cu-

piese la suerte de quedar sepultado en los muros de la plaza. «¿A »qué fin mas glorioso puede aspirar, dijo á sus caballeros, un an»ciano de setenta y tres años que ha peleado toda su vida en de»fensa de la fe de Cristo? Traslademos al castillo de Sant-Angelo »los ornamentos del culto, los vasos sagrados, los efectos mas pre»ciosos: mas abandonar estos muros, será lo mismo que entregar »la isla de Malta á los infieles.» No se atrevieron los caballeros á ser de otra opinion que la del gran maestre, y se prepararon de nuevo á todos los azares de aquella lucha encarnizada.

No se hallaba al mismo tiempo en mucho mas feliz situacion el campo turco, escaso de víveres, lleno de enfermos, medio inficionado con tantos cadáveres y el calor tan propio de aquella estacion y de aquel clima. Se hallaba irritado Mustafá con tanta resistencia, con las pérdidas enormes que habia sufrido en los asaltos, y además le aquejaba á cada instante la idea del poderoso refuerzo que aguardaban los cristianos. Algunos de los suyos opinaron porque se levantase el sitio; màs el general en jefe que no ignoraba la resolucion y el carácter feroz de Soliman, declaró que primero pereceria delante de los muros que abandonar una expugnacion que su señor le habia ordenado.

Determinó pues probar de nuevo la fortuna, repitiendo los ataques á la plaza. El 7 de agosto dieron un asalto; pero cuando estaba en su estado mas recio la pelea, llegó á los turcos la noticia del desembarco de socorro. Percibieron los cristianos que sus enemigos aflojaban y al fin se retiraban del combate, mas aunque no sabian la causa, se aprovecharon de esta circunstancia, y los persiguieron hasta las trincheras.

No era cierta la noticia del desembarco de las tropas. Aprovechó este retardo Mustafá para renovar el asalto, que tuvo lugar el 13 de agosto. Ya sabia el gran maestre la salida de la expedicion de Sicilia, ó tal vez ignorándola, la comunicó á los caballeros á fin de que resistiesen denodados un asalto que probablemente seria el último. Duró la pelea cuatro horas con los mismos resultados que los anteriores. Ni el fuego de las baterías, ni la furia de tantas huestes como acudieron al asalto, pudieron contrastar al denuedo heróico de los defensores. Corrió la sangre como siempre, se llenaron los fosos de cadáveres. Al recogerse los turcos á su campo, supieron la noticia fatal para ellos, sin que les pudiese quedar la menor duda. Acababa de desembarcar la expedicion que enviaba de Sicilia don García.

Para hacer este refuerzo de mas eficacia, habia mandado construir el virey cien galeras y dispuesto que se cargasen las setenta mas ligeras de víveres y municiones. Embarcó en ellas doscientos cuarenta caballeros de la Orden de San Juan, doscientas personas de distincion de todas naciones, seis mil españoles, tres mil italianos, y mil quinientos aventureros, mandados todos por don Alvaro de Sande. Eran sus maestres de campo Ascanio de la Corgne, Vicente Vitelli, don Sancho de Londoño y don Alonso de Bracamonte. No quiso destino ninguno en la expedicion el marqués Chiapino Vitelli por estar nombrado maestre de campo general el primero de los cuatro ya dichos; mas fueron de mucha utilidad sus consejos por ser jefe de capacidad y de experiencia.

Se habia dudado antes de salir la expedicion si seria mas conveniente atacar los turcos por mar, ó desembarcar la gente para que por tierra los buscasen. Prevaleció la segunda idea, pues de ese modo seria el auxilio de mucha mas eficacia para los sitiados. Tres dias estuvo en el mar la expedicion, no encontrando sitio seguro para echar la gente á tierra sin ser molestados por la escuadra turca. Lo verificaron, en fin, al abrigo de la noche. El gran maestre, sabedor ya de la salida de la expedicion, recibió la noticia de su desembarco con la alegría que puede imaginarse. La guarnicion y habitantes la celebraron con gritos de entusiasmo, y ya ciertos de su salvacion, olvidaron sus padeceres y desastres.

Sobrecogidos los turcos con la llegada de las tropas auxiliares, levantaron el campo con precipitacion, y habiendo recogido las tropas que guarnecian á San Telmo, se refugiaron todos á la escuadra. Despues que estuvieron embarcados, celebró Mustafá otro consejo de guerra sobre el partido que se debia tomar en aquellas circunstancias. Opinaron algunos por el abandono de la isla y regreso á Constantinopla de la armada. Mas el general turco lleno de rabia y vergüenza, temblando á la idea de presentarse vencido ante los ojos del Sultan, determinó volver á desembarcar diez y seis mil hombres de sus mejores tropas, con las que marchó en busca de las españolas. Salieron estas animosas al encuentro; mas los turcos sobrecogidos de terror al primer choque, arrojaron las armas, volviendo en desórden á la escuadra que se dió á la vela el 18 de octubre, tomando el camino de Constantinopla.

Tal fué el desquite glorioso que la Orden de san Juan tomó de las calamidades y desgracias que Soliman II la hizo sufrir cuarenta

y tres años antes, cuando la pérdida de Rodas. Despues de un sitio de cuatro meses con formidables fuerzas por tierra y mar, en que con tanta ferocidad pusieron en juego los turcos todas las artes de destruccion conocidas en la guerra; en que subieron tan frecuentemente y con tan rabiosa sed de destruccion á los asaltos, tuvieron que anunciar al Gran Señor que no era ya invencible. Falleció el Sultan el año siguiente, despues de uno de los reinados mas largos y gloriosos que se cuentan en los anales del imperio turco. De su muerte data la decadencia, tanto por tierra como por mar, de un estado que amenazaba la independencia de la cristiandad entera.

Ascendió á veinte mil hombres la pérdida de los turcos delante del Burgo, que tomó el nombre de ciudad victoriosa, del castillo de Sant-Angelo y del fuerte de San Miguel. La de los sitiados consistió en doscientos caballeros, tres mil soldados casi todos malteses, y seis mil ancianos, mujeres y niños.

Para comprender esta última pérdida hay que tener presente que habia dispuesto el gran maestre fuesen conducidos á Sicilia los que no se hallasen en estado de llevar las armas, mas no pudo realizarse esta órden por la premura del tiempo, habiendo solo partido algunas familias que no quisieron arriesgarse. A la aparicion de los turcos, sobrecogidos los habitantes del campo de terror, huyeron con sus ganados y lo que tenian de mas precioso, buscando un refugio en el Burgo, La Sangle y la ciudad Notable; mas fueron degollados antes de llegar un número considerable. Otros que se refugiaron en cuevas, fueron descubiertos y tuvieron igual suerte. Los que pudieron llegar á dichos puntos en número de veinte y cuatro mil personas, sintieron muy pronto los rigores del hambre; mas el gran maestre acudió á su necesidad distribuyendo trigo al precio corriente á diez y siete mil fugitivos que podian pagarlo, y gratis á los siete mil restantes.

No puede la historia tributar bastantes elogios al gran maestre de la Orden de san Juan, á sus valientes caballeros, á las tropas que combatieron á sus órdenes, á la decision y heroismo de la poblacion maltesa durante este asedio célebre. Tímidos estos al principio, poco familiarizados con el uso de las armas, se hicieron muy pronto á ellas, distinguiéndose no solo en las salidas, sino tambien en las murallas. Los ancianos, las mujeres y los niños, se empleaban con ardor en los trabajos de las fortificaciones, seguian á los combatientes á la brecha, retiraban los muertos, aliviaban y consolaban á los heridos, llevaban á todas partes refrescos, cargaban las armas, hacian llover sobre los enemigos un granizo de piedras, de materias inflamadas, y contribuian por cuantos medios les eran posibles al buen éxito de esta lucha memorable.

Fué celebrada en la cristiandad entera la defensa heróica de Malta, y sabida con regocijo y entusiasmo la retirada de los turcos. De todas partes recibió el gran maestre solemnes felicitaciones, distinguiéndose en esto el pontífice y el rey de España. Presentó el embajador de este monarca una espada y una cimitarra con el puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su amor y su veneracion, ofreciéndole pagar anualmente una cantidad, para ayuda del reparo de las fortificaciones arruinadas. Para perpetuar el recuerdo de la salvacion de Malta, mandó el gran maestre que fuese celebrada todos los años en todas las iglesias de la isla el dia del nacimiento de la Vírgen; que despues del oficio divino, se leyese á los concurrentes la historia del sitio, y que se casasen y se dotasen seis muchachas pobres á cuenta de la Orden. La fiesta subsiste todavía, mas se suprimieron los dotes que eran de cincuenta escudos (400 reales).

No perdia un momento La Valette de la idea, la posibilidad de ser atacado de nuevo por los turcos. Se asegura que para ponerse al abrigo de una nueva invasion fué autor del incendio del arsenal de Constantinopla que tuvo lugar en aquel tiempo; mas cualquiera que haya sido esta cooperacion, apeló La Valette á medios mas seguros y mas positivos. Apenas se alejaron los turcos, hizo destruir sus fortificaciones delante del Burgo, de San Miguel y de San Telmo, construir de nuevo las murallas de este último fuerte que estaban derribadas, y formar nuevos acopios de víveres y de municiones. Mas todos estos preparativos y aun el incendio del arsenal de Constantinopla hubiesen sido insuficientes contra la nueva tempestad que amenazaba, si no la hubiese conjurado de una vez y para siempre haciendo de Malta una plaza inexpugnable.

Ya desde el establecimiento en Malta de la Orden se habia pensado en construir una ciudad fortificada sobre el monte Sceberras que separa el Puerto Grande del de Marza Mussel. Se habia levantado y arreglado el plano por los ingenieros mas hábiles, bajo los diferentes grandes maestres que se sucedieron; mas cupo la gloria de ponerle en ejecucion á Juan de La Valette. Agotado el tesoro, contrajo en Sicilia un empréstito de treinta mil escudos; hizo acuñar

moneda de cobre, é impuso nuevas contribuciones sobre los malteses; mas nada de esto era suficiente. Se dirigió el gran maestre á todos los príncipes de la cristiandad, haciéndoles ver la importancia de la empresa, y de los mas, incluso el rey de Francia, recibió socorros muy considerables. Dió Felipe II noventa mil ducados; el rey de Portugal, don Sebastian, treinta mil cruzados, y la Sicilia envió veinte y dos mil ducados, habiendo impuesto un diezmo sobre los bienes eclesiásticos. El Papa envió además de dinero, setecientos obreros pagados de su cuenta. La mayor parte de los miembros de la Orden se despojaron de sus bienes y hasta de los objetos de mas valor, cuyo importe entregaron al tesoro. Los habitantes todos de la isla, sin perdonar edad ni sexo, se emplearon voluntariamente en la construccion de una ciudad que iba á asegurar su defensa, aumentar su comercio, y llegar á ser el depósito de sus riquezas. Un año solo bastó para poner en estado de defensa la ciudad que tomó al principio el nombre de *Humillísima*, y despues de *La Valette*, que conserva hoy dia. Mas el gran maestre no vió el fin de su trabajo, habiendo fallecido abrumado de fatigas y cuidados en agosto de 1568.

Juan de La Valette fué grande hombre, y su memoria será célebre. Desde su defensa de Malta no cuenta la Orden de san Juan un hecho de armas tan glorioso. De este sitio, data la decadencia de una institucion, que cada dia se iba haciendo menos necesaria. Sin embargo conservó su brillo en el resto de aquel siglo, en el siguiente, y aun muy entrado ya el diez y ocho. Lo que á la terminacion de este llegó á ser, no hay necesidad de indicarlo, recordando que en nuestros dias, aquella ciudad de La Valette, aquella primera fortificacion del mundo, cayó sin la mas pequeña resistencia en poder de Bonaparte, cuando marchaba á la conquista de Egipto. Mas el nombre de Malta ha sobrevivido á la Orden de san Juan, y ocupa todavía en el mapa militar y político de Europa un puesto distinguido.

CAPÍTULO XXXIV.

Guerra de los moriscos de Granada.—Capitulaciones cuando la toma de esta ciudad por los reyes católicos.—Primer arzobispo.—Conversiones.—Alborotos.—Decreto para que abracen la fe cristiana los moriscos.—Todos cristianos.—Acusaciones de su falta de sinceridad.—Nuevas exigencias de la corte.—Nuevos disgustos.—Reclamaciones de los moriscos.—Desoidas.—Tentativa para alzar á los del Albaycin.—Alzamiento de las taas de las Alpujarras.—Excesos y crueldades de los sublevados.—Nombran por su rey á Aben-Humeya.—Sale el marqués de Mondejar de Granada para combatir á los alzados.—Varios encuentros suyos con los moriscos, favorables á las armas castellanas.—Entra en las Alpujarras.—Se apodera de la torre de Orgiva.—Pasa el marqués de los Velez desde Murcia al reino de Granada.—Recibe autorizacion para ello del rey.—Varios encuentros suyos con los moriscos.—Los vence.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Diversidad de pareceres entre el marqués de los Velez y el de Mondejar.—Resuelve el rey enviar por capitan general de Granada á su hermano don Juan de Austria (1).—(1568-1569.)

Vamos á trazar el bosquejo de otra guerra, que si no de carácter puramente religioso, se rozaba con hábitos, con costumbres, y en gran manera, con creencias. Parece fatalidad del siglo XVI, el que cuantas cuestiones se debatian con las armas en la mano, tuvieron, con pocas excepciones, un carácter misto de sagradas y profanas. Católicos contra protestantes; cristianos contra mahometanos; en todas figuraban, á par de los intereses de un príncipe ó nacion, los dogmas de su Iglesia.

La guerra de los moriscos de Granada no fué menos fecunda que las otras en animosidad, en encarnizamiento, en efusion de sangre y todo género de horrores. Es uno de los episodios mas curiosos, al

(1) Don Diego Hurtado de Mendoza y Luis Marmol Carvajal, son los historiadores principales de esta guerra, y los dignos de mas crédito, por haber sido ambos testigos oculares.—La produccion del primero, intitulada: «Guerra de Granada,» pasa por una de nuestras galas literarias. En la del segundo, conocida con el nombre de «Historia del rebelion, y castigo de los moriscos del reino de Granada,» hay mas abundancia de materias, aunque no presentadas con la gravedad elegante de Mendoza. Ambos han sido nuestros principales guias, tanto en este articulo, como en el siguiente.

mismo tiempo que lamentables, de un reinado que tantos títulos ha adquirido de ser célebre.

Los términos de la capitulacion, por la que los reyes católicos tomaron posesion de la plaza de Granada, fueron todos honoríficos y humanos para los vencidos. Nada prueba tanto la resistencia tenaz que los moros opusieron, y sobre todo, el gran deseo que tenian los reyes de Castilla y de Aragon, de añadir á su corona tan magnífica conquista. Por uno de estos artículos, recibian los reyes por sus vasallos y súbditos naturales, y bajo de su palabra, «seguro y »amparo real, desde el rey hasta el último habitante de Granada; »de las fortalezas, villas y lugares de su tierra; dejándoles sus casas, »haciendas, heredades, sin consentir que les hiciesen mal ni daño, »ni quitándoles sus bienes, ni sus haciendas, ni parte de ello, antes »bien acatándolos, honrándolos y respetándolos como por sus súb»ditos y vasallos, como lo eran todos los que vivian bajo su gobier»no y mando.»

Por otro artículo prometian SS. AA. y sus sucesores, «dejar vi»vir para siempre al rey y á todos los demás grandes y chicos en »su ley, sin consentir que les quitasen sus mezquitas ni sus torres, »ni los almoedanes, ni les tocasen en los hábices y rentas que te»nian para ellas, ni les perturbasen los usos y costumbres en que »estaban.»

No es posible concebir un artículo en términos mas expresos y mas positivos. Sin embargo, fué su ejecucion orígen de disturbios y calamidades, que duraron casi un siglo.

Erigieron los reyes católicos en Granada una Silla arzobispal, y su primer prelado, don fray Hernando de Talavera, obispo de Avila, se distinguió mucho por su celo en convertir á los moros á la fe cristiana. Convienen los historiadores en elogiar el modo blando y suave que empleaba en este asunto, tan de suyo delicado, no adoptando mas medios que los de la persuasion y el ascendiente que le daban su edad, su alta categoría y sus virtudes; mas con el tiempo degeneró tanta indulgencia en maneras un poco mas duras, marcadas con el sello de la intolerancia. Era imposible que mezcladas en la ciudad dos religiones tan distintas, pues con la conquista se iba poblando mucho de cristianos, se dejase demostrar, por la parte de los vencedores, aquella aversion con que se miran los hombres que difieren en creencias. No faltó quien aconsejase á los reyes católicos que obligasen á los moros á recibir el bautismo, y de lo con-

trario expulsarlos de la tierra, haciéndoles ver que jamás serian buenos vasallos, mientras conservasen sus creencias, y se manifestasen adictos á sus ceremonias. Mas aquellos monarcas no quisieron infringir tan pronto un artículo tan expreso de los tratados, y se contentaron con que se llevase adelante la obra de la conversion, por cuantos medios se pudiese.

Para ayudar al arzobispo, se llamó al famoso de Toledo, Jimenez de Cisneros, cuyo carácter duro no se desmintió en esta mision tan delicada. Quiso usar de rigor, é irritado con la resistencia que algunos de ellos ponian á la conversion, trató de perseguirlos y castigarlos por su pertinacia. Comenzaron con esto los disgustos, los desórdenes, y hasta los motines. Indignados los moros de que se les quisiese violentar, se levantaron. Mas cedieron á la autoridad del arzobispo Talavera, á quien respetaban mucho, y estaban acostumbrados á ceder en todas ocasiones.

Sirvió este motin de pretexto para volver á la carga los que aconsejaban á los reyes que los obligasen á todos á recibir el bautismo, ó á marcharse á Berbería; dándoles tiempo para arreglar sus negocios y vender sus bienes. Entonces accedieron los dos reyes, y se dieron las órdenes necesarias, que aunque estuvieron suspendidas ocho meses, fueron llevadas á efecto con grande oposicion por parte de los nuevos convertidos.

De un cambio que llevaba visos de tan forzado y violento no podia esperarse mas resultado que redoblar la adhesión y apego á las creencias y ceremonias de que á los moriscos habian despojado. Estallaron al principio del siglo XVI revueltas, á que tuvo que acudir en persona el rey católico, cuyo celo se animaba á proporcion de tanta resistencia. Habiendo quedado vencedor, se creyó con dobles derechos para reducir de grado ó por fuerza á los moriscos á la religion cristiana. Así lo puso en práctica, y en medio de algunas llamaradas de motin y de alboroto, que no pudieron menos de encenderse algunas veces, todos los moros, unos tras de otros, tanto en la ciudad como en las otras poblaciones, recibieron el agua del bautismo.

Los prelados celosos, y otras personas igualmente interesadas, percibieron que no habia bastante sinceridad en los nuevos convertidos, y que solo por temor de los castigos cumplian con los deberes y ceremonias que la nueva religion les imponia. Nada habia mas natural, conociendo los principales resortes de la conversion; mas

esto mismo escandalizaba y encendia en furor á los que no solamente los querian cristianos, sino cristianos fervorosos. Los acusaban de celebrar en secreto y dentro de su casa, el rito prohibido; de lavar los niños que acababan de bautizarse, como para purgarlos de impurezas; de casarse clandestinamente usando sus ceremonias; de celebrar los viernes, como dias festivos; de trabajar los domingos; en fin, de despreciar en secreto, lo que les era forzoso respetar en público.

En el año 1526, hallándose el emperador en Granada, reunió una junta de prelados, para arreglar un asunto que parecia tan espinoso y complicado. Muchos fueron de opinion que mientras los moriscos conservasen el uso de su lengua, el de sus trajes, el de sus diversiones, nunca perderian el afecto á su antigua religion, ni serian súbditos fieles de la corona de Castilla. Por entonces no se dió ninguna provision, ni se trató mas de este asunto en todo el reinado de Carlos I de España; mas en el de Felipe II, se celebró una junta en Madrid, con el objeto de tomar una providencia definitiva sobre el negocio de los moriscos, y en ella se extendieron los capítulos de lo que se habia de observar en adelante. Se reducian estos, á que dentro de tres años aprendiesen los moriscos la lengua castellana; que no usasen de la suya en ningun escrito público; que en adelante no se hiciesen vestidos á su usanza, y sí á la de los cristianos; que no empleasen en las bodas, ni ritos, ni ceremonias, ni aun fiestas ni regocijos, como tenian de costumbre; que tuviesen abiertas las puertas de sus casas los viernes y los dias de fiesta; que no usasen nombres moros; que renunciasen á los baños artificiales; que no tuviesen esclavos negros, á excepcion de aquellos á quienes les estuviese concedida la licencia.

Era imposible idear disposiciones mas depresivas, mas vejatorias, que ajasen mas la susceptibilidad, el amor propio de pueblo alguno, por poco apego que tuviese á sus costumbres. Era atacar, herir al vivo lo que el hombre estima mas que todo, á saber, las costumbres y usos que adquirió desde la cuna. Mas tales eran las preocupaciones que animaban á muchos contra los moriscos; tales los hábitos de intolerancia en materias religiosas, que en 1568 se mandaron estos capítulos al presidente de la Audiencia real, don Pedro Deza, para que los pusiese en práctica.

En los moriscos causaron la impresion dolorosa que puede suponerse. Las razones que alegaban para alejar de ellos tan tremenda

tempestad, no podian ser mas plausibles. En cuanto á la lengua castellana, expusieron la imposibilidad de que pudiesen dejar la suya, sobre todo, los viejos, que la habian usado en toda su vida, y que de ningun modo podrian acostumbrarse á otra.

En cuanto á los trajes, que no indicaban creencias religiosas, y sí solo cosas de moda y de costumbre: que los cristianos en el Oriente iban vestidos como los habitantes del pais, y que entre los mismos mahometanos habia tanta diversidad de trajes como de pueblos y naciones.

Sobre mandar que las mujeres fuesen sin velo, que era dureza hacerlas renunciar á una costumbre que tenian como signo de honestidad : y que los baños que tan frecuentemente usaban , eran meramente un punto de limpieza.

Acerca de los nombres cristianos que habian de sustituir á los antiguos, exponian que los nombres no constituian la esencia del cristianismo ; que habia habido cristianos antes que santos ; que el agua del bautismo era lo que los habia incorporado en el gremio de la Iglesia, y que el cambio de nombres no aumentaria por ningun estilo ni su firmeza en la fe, ni la adhesion á sus nuevos ritos religiosos.

No tenian estas razones réplica racional y justa ; pero se habia tomado ya un partido , y además el presidente de la Chancillería, don Pedro Deza, ante quien los moriscos por el órgano de sus diputados expusieron estas quejas, no podia alterar por sí, lo que en la corte se habia resuelto y decretado. Respondió, pues, á dichas reconvenciones lo mejor que supo y pudo ; mas manifestando que era una cosa determinada por S. M., á que debian someterse como irrevocable. Que se les concederia el tiempo suficiente para que pudiesen deshacer sus ropas y darles nueva forma ; que se les auxiliaria hasta con recursos pecuniarios á fin de que estos cambios no les sirviesen de perjuicio en sus haciendas y fortunas ; que el término que se les señalaba para dejar su lengua nativa, era suficiente para aprender la castellana ; que sus fiestas y sus zambras eran demasiado escandalosas á los ojos de los buenos cristianos, para que no tuviesen interés ellos mismos en abandonarlas, si lo eran en efecto ; que no podria haber inconveniente ninguno en tener abiertas las puertas de sus casas los viernes, si verdaderamente no celebraban en ellas ningun culto religioso : que el cambio de los nombres tenia por objeto aumentar su devocion dándoles un santo

por patrono, y en fin que todas las innovaciones mandadas por el Rey de España, no se encaminaban á otro fin, que á establecer la igualdad posible entre todos sus vasallos.

Desahuciados así los moriscos, del presidente de la Chancillería, recurrieron por medio de comisionados á Madrid, pidiendo la suspension ó revocacion de una providencia que les era tan molesta; mas el Consejo desoyó sus súplicas, y les hizo saber que no tenian mas remedio que atenerse á lo mandado.

Examinadas las cosas á la luz de la razon y de la imparcialidad, alma y condicion indispensable de este género de escritos, no parece muy difícil decidir de qué parte estaba la razon en esta pugna. No podian ser mas expresos los términos de la capitulacion, en la que se les dejaba el pleno y libre ejercicio de su culto religioso. Si por medio de la persuasion ó apelando á recursos compulsivos se habian convertido á la religion cristiana, no habia motivos para apelar á rigores y á formas que en realidad no atacaban la esencia de su nuevo culto. Ni los nombres, ni los trajes, ni sus fiestas, ni sus baños, ni sus usos domésticos tenian que ver en ningun sentido con el cristianismo. Obligarlos á renunciar á ellos por medios tan violentos; prohibirles hasta el uso de la lengua que habian mamado con la leche, se presentaba intolerable, de muy difícil y hasta de imposible ejecucion para las personas entradas en edad que no habian aprendido ni podian aprender otra. Los cargos, pues, que hacian los moriscos, no podian ser desvanecidos, sino usando del derecho del mas fuerte.

Que los moriscos no eran súbditos leales de la corona de Castilla, se puede presumir muy bien de un pueblo recien conquistado, que apenas se habia mezclado con sus vencedores. De sus sentimientos, por lo menos dudosos en su nueva fe, no podia menos de haber pruebas, conociendo los medios de exaccion, empleados con los nuevos convertidos. Deseable era sin duda el que se hiciesen mas adictos de corazon al cristianismo; que desapareciesen de ellos todos los usos y demás recuerdos nacionales que los ponian en predicamento diferente del de los demás habitantes del pais; mas cualquier hombre imparcial podia conocer muy bien que no eran estos medios violentos, los que producirian efecto tan apetecido: que se podria conseguir mas empleando otros suaves é indirectos, sobre todo apelando á la merced del tiempo, bajo cuyo imperio todo se olvida, y las impresiones mas fuertes y poderosas se destruyen.

La providencia no pareció muy prudente á varias personas de rango y bien intencionadas de Granada, que veian graves males en su ejecucion demasiado rigorosa. El marqués de Mondejar, capitan general del pais, que se hallaba á la sazon en la corte, representó contra lo duro é impolítico de la medida, quejándose amargamente de que no se le hubiese consultado antes de dictarla; mas por toda respuesta, se le previno que se restituyese cuanto antes á Granada, para cuidar de la puntual ejecucion de lo mandado. El Rey de España y su Consejo no sabian lo que era contemporizar, tratándose de materias religiosas. Rigores, violencias, injusticias, todo parecia permitido cuando se trataba de promover los intereses de la fe católica.

A todas estas consideraciones hay que añadir otra de grandísima importancia, á saber: que los moriscos de Granada constituian entonces la gran mayoría de la poblacion de aquel pais, recientemente conquistado. Si á la capital y á otras ciudades considerables habian acudido muchísimos cristianos de diversas partes de Castilla, no sucedia lo mismo con las poblaciones rurales, sobre todo de las Alpujarras, compuestas casi todas de moriscos. Se podia, pues, temer el irritar hasta cierto punto á un pueblo casi dueño del pais, y que al abrigo de sus asperezas podia entregarse á toda especie de desórdenes: mas nada de esto se tuvo en consideracion, y en medio de los conflictos é inquietudes mútuas que producia el nuevo edicto, se acercaba poco á poco el dia fatal prefijado para su ejecucion definitiva. Comenzaron á agitarse los moriscos, perdida ya la esperanza de la revocacion de dicha providencia. Comenzaron á entablarse entre ellos relaciones y planes de alzamiento, poniéndose en contacto los de la ciudad con los de afuera, sobre todo de las Alpujarras, donde su número era mas considerable. Posible es que estos proyectos de insurreccion fuesen ya anteriores á la promulgacion de la pragmática, mas es muy probable tambien que solo hubiesen nacido de esta causa. No faltaban entre los moriscos hombres emprendedores, ambiciosos, que supieron inflamar los ánimos de la muchedumbre, preparándola al cambio que tanto halagaba sus pasiones. Los de la ciudad contaban con sus correligionarios de las Alpujarras, y á estos se les allanaban las dificultades de la empresa, haciéndoles ver que serian aquellos los primeros que se alzasen. Por la interpretacion de varias cartas, no quedó duda á las autoridades de la mala voluntad de los moriscos y planes de la insurreccion,

á que se daba fomento con la circulacion de pronósticos de varios santones de su antigua secta, alusivos á los acontecimientos de los tiempos que alcanzaban. Que el plan era vasto y la insurreccion muy popular en aquellos habitantes, aparece de la simultaneidad de los alzamientos de que hablaremos luego. Antes de verificarse, ya se habian comenzado de cierto modo las hostilidades con el ataque de algunas partidas de tropa castellana por los salteadores del pais, conocidos con el nombre de *monfis;* con varios asesinatos de cristianos en quienes los moriscos ejercieron varios actos de crueldad y de venganza.

Se habia designado el Jueves Santo del año 1568 para el dia del alzamiento general; mas no tuvo esto efecto por varias causas hasta el mes de diciembre del mismo año, ocupándose todo este tiempo en aumentar las relaciones, las comunicaciones mútuas entre unos y otros, tanto los de adentro como los de afuera, fraguándose planes para el asalto y toma de la Alhambra, y ocupacion de los puntos principales de Granada.

No eran ignoradas estas maquinaciones por las autoridades del pais y la poblacion castellana de la capital; mas no se les daba toda la importancia que tenian, ni se creia que su ejecucion estuviese tan cercana. Los moriscos de la ciudad encubrian sus intentos, manifestando deseos de paz y sumision á las órdenes del rey, si bien quejándose siempre de la violencia que se les hacia. Los de las Alpujarras tampoco aparentaban el querer moverse, pudiendo atribuirse los desafueros y violencias que recientemente se habian cometido en los caminos, á excesos aislados de los *monfis*, de que no participaban los demás moriscos.

Cuando los de fuera creian ya preparados completamente á los de adentro, se puso en direccion de Granada uno de los principales instigadores de aquella rebelion, llamado Farax Aben-Farax, á la cabeza de unos doscientos *monfis*, con objeto de alentar con su presencia y su persona el pronunciamiento de aquellos habitantes. Llegó á la ciudad por la noche del 26 al 27 de diciembre de 1568, y habiendo penetrado por ella á favor de sus amigos, se presentó en el Albaycin, barrio donde vivian los moriscos, prorumpiendo en grandes gritos y algazara, tocando sus atabales y otros instrumentos á fin de inspirar á los vecinos la idea de que venia seguido de un número muy considerable. Mas ni esta algazara, ni las invitaciones que él y sus *monfis* hicieron en alta voz á los moriscos para

que se alzasen, diciéndoles que habia llegado la hora de la redencion, surtieron el menor efecto. Los moriscos permanecieron quedos; ninguno abrió sus puertas, desconfiados sin duda de lo que les decia Farax, ó arrepentidos tal vez de su determinacion en los momentos de llevarla á efecto.

Mientras tanto se esparció la alarma en la ciudad, se tocaron las campanas, se pusieron en pié las autoridades y vecinos, mas con la oscuridad de la noche y la incertidumbre de lo que realmente sucedia, todo era inquietud y confusiones. Era muy escasa la guarnicion que habia en Granada, prueba de lo poco preparados que se hallaban en caso de que el cumplimiento de los capítulos encontrase séria resistencia. Prohibió el marqués que nadie se pusiese en movimiento hasta que llegase el dia, temiendo alguna sorpresa envuelta en las tinieblas de la noche. Por otra parte, Aben-Farax y los suyos, desesperanzados de levantar el Albaycin, discurrian por la ciudad temerosos de dar en manos de la guarnicion, y no pensaron mas que en verificar su salida, que se llevó á efecto al amanecer sin que en la ciudad se tuviese todavía idea positiva de lo ocurrido durante aquella noche.

Luego que el marqués de Mondejar se penetró de la verdad del caso, salió de Granada con la gente que pudo allegar en persecucion de Aben-Farax y de sus *monfis;* mas como le llevaban estos una grande delantera, se volvió, temeroso de que la ausencia suya y de sus tropas envalentonase á los moriscos del Albaycin, de cuyas malas disposiciones ya no se podia tener la menor duda.

La cosa era ya muy séria y grave; el atrevimiento de Farax suponia planes de alzamiento en la ciudad, que por fortuna se paralizaron; mas si el resultado de aquella noche pudo tranquilizar los ánimos de las autoridades por entonces, la noticia de lo que habia ocurrido al mismo tiempo en las Alpujarras, redobló las inquietudes.

El 25 de diciembre por la noche habia ocurrido la intentona de Aben-Farax sobre Granada. Tal era la confianza en que se hallaban todos del alzamiento de los del Albaycin, que en aquellos dias se sublevaron los principales distritos ó taas de las Alpujarras, haciéndolo al mismo tiempo las de Orjiva, Porqueyra, Ferreyra, Jubilés, los Ceheles, Uxijar, Verja, Andarax, Dalia, Luchar, Marchena, Boloduiy, Solobreña y otros distritos inmediatos, cundiendo la llama como fuego eléctrico en toda su extension, sin que del incen-

dio quedase exento pueblo considerable alguno. El movimiento fué instantáneo, simultáneo, producto de un plan general fraguado con el mayor secreto, puesto en ejecucion con toda la energía de un pueblo agitado por sentimientos de odio y de venganza. ¿Cómo los de Albaicin, principales promotores del pronunciamiento, no le secundaron cuando las excitaciones para ello de Aben-Farax y de sus *monfis*? no se concibe fácilmente. Se puede suponer que el silencio y tinieblas de la noche encadenaron sus ánimos y que temieron alguna sorpresa ó lazo armado por los de la ciudad, al ver á Farax seguido de tan pocos.

Las manifestaciones, las demostraciones, los excesos y desórdenes á que se abandonaron todas las poblaciones de las Alpujarras en el acto del pronunciamiento, fueron tan semejantes y uniformes, que no descenderemos á particularizarlas. En todas partes se proclamó el culto de Mahoma con demostraciones del mas ardiente desenfreno. En todas se allanaron las iglesias, se profanaron los altares, se quebraron las imágenes, se robaron los vasos sagrados y demás ornamentos, haciendo ludibrio de lo que antes practicaban, manifestando que habian obrado hasta entonces por coaccion y con violencia. En todas partes se cometieron atropellamientos y crueldades inauditas contra los cristianos y los sacerdotes en particular, atormentándolos de mil maneras, y dándoles en seguida la muerte que parecia debia serles mas amarga y dolorosa. La mayor parte de estos infelices se refugiaban en las iglesias y casas fuertes, de donde los hacian salir con promesas de perdonar sus vidas; mas inmediatamente caian víctimas del furor de los moriscos, sedientos de sangre y de venganza. Cuando los hombres se cansaban de saciar su saña en aquellos desgraciados, los entregaban al furor de las mujeres, que con sus agujas, sus tijeras y otros instrumentos de la misma clase se cebaban en atormentarlos. La misma suerte tuvieron cuantos destacamentos cortos de fuerza armada, ignorantes de lo ocurrido, cayeron en sus manos. Sin duda los historiadores á que hemos aludido, como castellanos y católicos, habrán exagerado el cuadro; mas todo puede creerse de poblaciones bárbaras, impulsadas por su fanastimo que creian sacudir el yugo de sus opresores. Los mismos han dejado consignado que ninguno de cuantos cristianos tuvieron palabra de conservar sus vidas con tal que abrazasen la secta de Mahoma, quiso pasar por tan duras condiciones. Tambien esto se concibe y explica fácilmente.

Era pues la insurreccion séria con todos los caractéres de terrible. No ofrecia, pues, el aspecto de un pueblo que reclama la vindicacion de sus agravios, sino de unas gentes que rompian para siempre los vínculos que los unian con su rey, hollando sus leyes, y renunciando del modo mas violento al culto que se les habia prescrito. Para que no se dudase del carácter de la insurreccion, y lo que querian realmente los moriscos, no se contentaron con un caudillo, sino que quisieron tener un rey, alzándole con toda ceremonia y condecorándole con todas las insignias y carácter de monarca.

Se llamaba este nuevo rey de los moriscos don Fernando Valor, y se le creia descendiente de los Califas de Córdoba, de la familia de los Omeyas, que tanto poderío y esplendor habian desplegado en siglos anteriores. Los historiadores le pintan como un mozo de carácter violento y liviano, bastante desarreglado en sus costumbres. Era dueño de abundantes bienes, señor de una veinticuatría de Granada, y esto indica que pertenecia á una clase distinguida. Pero empeñado en mas gastos que sus facultades permitian, estaba preso por deudas en la cárcel de Granada, cuando se fraguaban los planes de alzamiento. En inteligencia con los jefes de la insurreccion, se fugó de la cárcel y escapó de la ciudad, casi al mismo tiempo que se alzaban los pueblos de las Alpujarras. El dia 27 de diciembre llegó al pueblo de Benzar, donde le estaban aguardando sus parientes, y el dia siguiente, reunidos estos y los principales del pais le alzaron por rey, levantando pendones con las ceremonias mas solemnes que supieron idear, y le saludaron con el nombre de Aben-Humeya, que manifestaba de un modo claro su ascendencia. No concurrió al acto Aben-Farax, y aun se dió por muy resentido, cuando aquel dia se presentó en Benzar, de vuelta de su expedicion; mas se logró aplacarle, haciendo que el nuevo rey Aben-Humeya le nombrase su primer alguacil, nombre que entre ellos equivale al de teniente ó de segundo.

Tenia así la insurreccion un jefe supremo, revestido con el título de rey; mas este rey, este jefe supremo, no se hallaba sin duda á la altura de su puesto. De una juventud disipada, sin haber tomado parte en el alzamiento mas que por despecho y lo embarazoso de sus circunstancias, sin tener mas títulos para su elevacion que la influencia de su familia, y la circunstancia casual de su prosapia, no estaba calculado para dirigir con acierto aquel movimiento

que debia encontrar tan séria resistencia. Además de Aben-Humeya y el citado Aben-Farax, figuraba un tio del primero llamado don Fernando El-Zagüer, hombre diestro, sagaz, experimentado y muy rico, que no habia querido ser rey, contentándose con que lo fuese su sobrino. A excepcion de estas tres personas, ningun otro figuraba en primer término, ni se habia adquirido un nombre. La insurreccion fué obra de las masas resentidas por las ofensas que habian recibido, por las que les estaban aguardando. Mas la insurreccion, por terrible y unánime que fuese, no estaba suficientemente organizada; faltaba madurez de planes, de designios fijos; solo se obedecia á un sentimiento ciego, á un deseo de venganza, á estos odios de pueblo á pueblo, de secta á secta, que producen efectos instantáneos y terribles.

La falta de los moriscos del Albaycin que no se pronunciaron cuando los de la Alpujarra, fué un golpe muy funesto para los alzados. Asegurada la capital del reino, libres en sus acciones las autoridades superiores del pais, tuvieron medios de adoptar todas las medidas necesarias para salir á sofocar la insurreccion que estaba fuera. Solo recibiendo los moriscos los socorros, en gente, en armas y en dinero, que de Berbería, y aun por parte de los turcos, aguardaban, pudieran haber hecho frente á los cristianos, ó á lo menos prolongar la contienda hasta que la fortuna se les pudiese mostrar algo favorable. Pero aislados, sin ningunas simpatías, entre los que no eran ni de su nacion ni de su secta, podian entregarse si se quiere á actos de desesperacion y de venganza, mas no luchar de igual á igual con sus numerosos adversarios. Sigamos el hilo de los acontecimientos.

Hemos visto que cuando el alzamiento de las Alpujarras, se hallaba todavía Aben-Humeya en la cárcel de Granada. Inmediatamente que fué alzado por rey, se trasladó á la sierra, donde hizo que se confirmase su eleccion, y tomó algunas providencias, entre ellas las de conferir cargos, nombrando á su tio don Fernando El-Zagüer, capitan general ó jefe de la guerra. Mas el monarca dejó pronto aquel pais, y se retiró á Cadiar, sin que le veamos dirigir en persona ninguna de las operaciones aisladas que entonces se emprendian.

Continuaban los moriscos alzándose sucesivamente en las diversas taas de todo aquel pais, hasta la tierra de Almería, cometiendo en todas parte los mismos desórdenes y excesos. Atacaron la torre

de Orjiva, y no pudieron apoderarse de ella por la tenaz resistencia de sus defensores. Tambien hicieron tentativas sobre la ciudad de Almería, que pensaron ganar por traicion y por sorpresa; mas fueron desbaratados sus planes, y Almería se mantuvo intacta. Ninguna de las ciudades grandes del pais tomó parte en aquella insurreccion. Málaga, Marbella y Ronda, no solamente resistieron á sus amenazas, sino que enviaron gente al campo para perseguirlos. Fué este otro de los grandes contratiempos del pronunciamiento; pues en estos pueblos encontraron grandes recursos para hacer la guerra, las principales autoridades de Granada.

Antes que estos jefes tomasen providencias sérias contra los insurreccionados, habian conseguido los moriscos algunas ventajas parciales contra partidas pequeñas armadas de cristianos que encontraron desapercibidos, ó les hicieron caer en los lazos que tan frecuentemente les armaban. Fué sorprendido en Tablate el capitan don Diego de Quesada, mandado por el marqués de Mondejar á dicho punto, con objeto de guarnecerle, para cuando él entrase en campaña, pues era el paso para trasladarse á la Alpujarra. Tambien mataron al capitan don Juan Zapata, con su gente, en el lugar de los Guajares. Por todas partes llevaban la ventaja que les daba el mayor número, pues la generalidad del pais era toda de su nacion y de su secta; mas un órden de cosas tan favorable para ellos, se acercaba ya á su término.

No estaban mientras tanto ociosas en Granada las autoridades, tanto civiles como militares. Fué su primera providencia asegurarse de los moriscos del Albaycin, á quienes con medidas rigorosas contuvieron en los límites de la obediencia. El marqués de Mondejar alistó gente y requirió auxilios de los principales pueblos del pais y de todos los demás de Andalucía. Una prueba de que anduvo diligente, y se hallaba penetrado de la gravedad de aquel negocio es que, habiendo comenzado la insurreccion el 24 de diciembre, salió el 3 de enero del año siguiente 1569, á la cabeza de 2,000 infantes y 400 caballos, en busca de los revoltosos, dejando á su hijo el conde de Tendilla con el mando militar para atender á las cosas de la guerra, y enviarle á proporcion que llegasen los refuerzos que de varios puntos se aguardaban (1).

(1) La fecha de la salida del marqués y el número de sus tropas, son las que asigna Mármol. Segun Hurtado de Mendoza, salió el dia 3 de febrero con solos 800 infantes y 200 de á caballo. No olvidemos que ambos historiadores eran contemporáneos, y pudieron ser testigos oculares de los hechos. El primero tenia un cargo en el ejército; el segundo se hallaba enlazado con el marqués por un parentesco muy estrecho. La discrepancia es de cuantía, y esto prueba con cuánta desconfianza se deben admitir muchos hechos que nos refieren las historias.

Acompañaban al marqués de Mondejar, su hijo don Francisco de Mendoza, don Alonso de Cárdenas su yerno, don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villa-Roel y otros caballeros. Habia salido de Jaen al frente de la caballería don Pedro Ponce, y Valentin Quirós al de la infantería. Mandaba dos compañías de Antequera el corregidor de aquella ciudad Alvaro de Isla; y la gente de Loja, Juan de la Rivera, regidor; la de Alhama, Hernan Carrillo de Cuenca, y la de Alcalá la Real, Diego de Aranda. No ponemos todos los nombres de las personas de alguna nota que acompañaban al marqués; mas continuaremos en la idea de estampar en todas ocasiones el mayor número que sea posible y esté en armonía con la índole de nuestro escrito.

Como esta guerra de los moriscos de Granada se redujo á ataques de puestos fortificados, y correrías por sierras y parajes montañosos, no ofrece batallas campales, ni movimientos en que brille la estrategia. Las fuerzas de una y otra parte eran muy poco numerosas, y la gente que acompañaba al marqués no merecia el nombre de un ejército. Por la parte de los moros era suma la irregularidad y falta de organizacion, como se puede colegir de aquella gente pronunciada sin preparativos, y por llamaradas de resentimientos. Por esto y por la misma naturaleza de nuestra obra, que no puede descender á muchos pormenores, nos contentaremos con una reseña muy sucinta de los principales hechos de una contienda á todas luces tan funesta.

Pernoctó el marqués aquella noche en Padul, dos leguas cortas de Granada. En Durcal, á una legua de distancia de su posicion, se hallaba el capitan Lorenzo de Avila, y el de igual clase Gonzalo de Alcántara, al frente este de cincuenta caballos, y el primero de un destacamento mas considerable de infantería. Trataron los moros de sorprenderlos aquella misma noche, interceptándolos de la gente de Mondejar, cuyo campo tambien era objeto de sus tentativas. Acometieron efectivamente á Durcal aquella misma noche, mas se hallaban los nuestros apercibidos, y lo mismo el marqués, que tuvo avisos por medio de un espía. Hubo tiros y escaramuzas efectivamente en las calles y plazas de Durcal, mientras una partida de los moriscos se acercaba al campo del marqués, con objeto de darle una embestida. Mas habiendo encontrado los primeros resistencia, y sintiéndose intimidados los segundos con la actitud que tomó el de Mondejar, se retiraron unos y otros aquella misma noche, temiendo ser

atacados por la caballería. El marqués se trasladó al Durcal, donde se detuvo esperando refuerzos que se le iban reuniendo, con muy poca interrupcion, unos tras de otros.

Llegaron de Ubeda y Baeza, mandada la gente de la primera de estas dos ciudades por don Rodrigo de Vivero á la cabeza de trescientos infantes y ciento cincuenta caballos. Iban de Baeza novecientos ochenta infantes, divididos en cuatro compañías, y cuatro estandartes de treinta caballos cada uno. Eran los capitanes de esta tropa veinticuatros y regidores. Mandaban la infantería de Ubeda don Antonio Porcel, don Garci Fernandez Manrique y Francisco de Molina, y la caballería don Gil de Valencia y Francisco Vela de los Cobos. Eran capitanes de la infantería de Baeza Pedro Mejía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides, y Baltasar de Aranda. Mandaban la caballería Juan de Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera. Mas toda esta gente no acompañó la expedicion del marqués, pues volvieron á Granada las cuatro compañías de caballería de Baeza con objeto de guarnecer la ciudad, mientras llegaban nuevas tropas.

Comenzaron á conocer los moriscos el lance sério en que estaban empeñados. Sus hermanos de Granada estaban quedos: los de la Vega no osaban pronunciarse. La salida del marqués en busca suya, les anunciaba la alternativa de someterse, ó correr todos los lances de una guerra en que no podian llevar la mejor parte. Para tentar la primera via, estaban demasiado comprometidos por los excesos y atrocidades que habian acompañado el alzamiento. Para lo segundo, es decir, para seguir la guerra, se veian con pocos medios. Por una parte tenian encima al marqués de Mondejar; por la de Murcia, se aproximaba el de los Velez, de cuyos movimientos hablaremos luego. Sigamos por ahora los pasos de Mondejar.

Se movió este de Durcal en direccion de Tablate, donde hemos dicho habia sido derrotado el capitan don Diego de Quesada, enviado allí por el marqués, como un punto muy importante para el paso de las Alpujarras. Le guardaban pues los moriscos con todos los medios que pudieron idear para estorbar la marcha del marqués. Mas este se presentó en buen órden, y á pesar de haber los primeros desbaratado un puente, y tener otro medio roto con objeto de que las tropas al pasar por él se precipitasen á un profundo barranco donde estaba colocado, siguió adelante el marqués sin pérdida notable, habiendo desbaratado y puesto en huida á los moros, hasta

Lanjaron, donde hizo alto aquella misma noche. Al dia siguiente pasó á socorrer la torre de Orjiva, sitiada y puesta en grande aprieto por los moriscos, hallándose ya sin víveres ni municiones, y próxima á rendirse.

Tan favorable se mostraba el semblante de las cosas, que el marqués de Mondejar no quiso que le mandasen mas refuerzos, por lo cual escribió al Asistente de Sevilla que no le enviase la gente de aquella ciudad, ni la de Gibraltar, Carmona, Utrera y Jerez, que se habian juntado para hacer dicha jornada.

Mientras tanto reunian los moriscos cuantas fuerzas podian allegar para detener la marcha de Mondejar. Noticioso este de que Aben-Humeya se queria hacer fuerte en la taa de Porqueira, se puso en esta direccion y ocupó el pais, á pesar de la resistencia tenaz que le opusieron. Forzó el marqués el puesto, sin que se atreviese Aben-Humeya á sostenerle. Pasó de allí á Pitres de Ferreyra, punto que tomó y defendió en seguida contra los moriscos que le acometieron de noche, causando algunas pérdidas á los nuestros cogidos de sorpresa. En seguida se trasladó al castillo de Jubiles, donde tambien consiguió derrotar á los moriscos que le opusieron resistencia.

Ocurrió en este punto un suceso lamentable. Dió el marqués el pueblo á saco, mas prohibiendo la matanza. Se recogió la gente, especialmente las mujeres, á la iglesia; mas no cabiendo toda, se salió una gran parte á una plazuela inmediata, donde pasaron la mayor parte de la noche. Acaeció en esto que un soldado trató de llevarse consigo una mora; y como esta opusiese resistencia, llamó la atencion de un jóven, que de mujer disfrazado la seguia, tal vez por deudo suyo ó por amante. Embistió el jóven al soldado con una almadara que llevaba debajo del vestido. Al ruido de la pelea que se trabó entre ambos acudieron otros, y fué esto bastante para que se esparciese entre los nuestros el rumor de que entre las moras se hallaban hombres armados vestidos de mujeres. No fué preciso mas para que acometiesen enfurecidos á la muchedumbre. La mortandad fué horrible, y solo tuvo fin cuando llegó la luz del dia.

Pasó el marqués desde Jubiles á Cadiar y á Ujijar, donde entró sin resistencia, habiendo registrado y apoderádose de varias cuevas y cavernas donde habian tomado asilo los moriscos. Todos quedaron cautivos en poder del de Mondejar.

Al punto de Ujijar se habia dirigido Aben-Humeya con el designio de defenderle á toda costa, haciéndole base de sus operaciones

militares. Varios amigos y allegados, entre ellos su suegro, le aconsejaron hacerlo así, representándole la importancia de Ujijar como punto fuerte, con la circunstancia de estar colocado en el centro de las Alpujarras. Mas otros deudos suyos le persuadieron que se retirase á Paterna, donde podia aguardar con mas ventaja á los cristianos. Andaban divididos á la sazon los moriscos sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias. Los mas pacíficos y la gente de arraigo estaban penetrados de lo descabellado del alzamiento y de los terribles resultados que no podia menos de acarrearles. Los mas comprometidos, los principales instigadores de la empresa, los que mas se habian distinguido en las atrocidades de que fué acompañado el alzamiento, conocian que no habia para ellos ni perdon, ni avenencia de ninguna clase, y solo pensaban en los medios de llevar adelante á toda costa la contienda. De aquí la diversidad de pareceres entre los que rodeaban al nuevo rey Aben-Humeya. Los que aconsejaban la quedada en Ujijar, pasaban por aspirar á composicion con los cristianos, y realmente habian dado pasos al efecto. No fué pues difícil á sus contrarios mas feroces hacer creer á Aben-Humeya que los primeros le engañaban y trataban de venderle al enemigo. El rey en su furor hizo dar muerte á su suegro Miguel de Rojas, y á un cuñado suyo, repudiando á su mujer, para cortar cuantos lazos le podian unir á su familia. Tomó, pues, Aben-Humeya el camino de Paterna á la cabeza de sus tropas. Siguió sus huellas el marqués, mas no perdiendo de vista ciertos pasos y negociaciones que se habian entablado con Aben-Humeya á fin de reducirle á la obediencia. No parecia contrario este caudillo á entrar en términos de composicion: por lo menos así se lo habia hecho creer al marqués una persona con quien estaba el morisco en relaciones. Seguia, pues, Mondejar las huellas de los enemigos, sin darse priesa á empeñar una batalla, aguardando el resultado de una carta que con su conocimiento acababa de escribir al rey morisco la persona con quien se entendia. Mas los arcabuceros que iban de vanguardia por los dos lados de la sierra, se avanzaron demasiado y fueron causa de que se empeñase una accion con los moriscos, en que estos fueron derrotados. Creyéndose Aben-Humeya engañado por el marqués, se puso en salvo sin siquiera abrir la carta que acababan de entregarle, dejándola en el suelo, mientras que el segundo, confiando siempre en reducirle á la obediencia, no siguió el

alcance de los vencidos, causando esto no pocas murmuraciones entre los soldados de su mismo campo.

Propendia el marqués de Mondejar á la blandura, y excogitaba cuantos medios le eran posibles para volver á los moriscos á la obediencia del rey, sin reducirlos á la desesperacion, que pudiera producir medidas de exterminio. Ya hemos visto que durante su residencia en la corte habia desaprobado la pragmática, orígen de aquellas turbulencias. Conocia la importancia de una gente activa y laboriosa como los moriscos, y daba oidos á cuantas proposiciones de acomodamiento le venian por parte de los sublevados. Activo en perseguir al enemigo, como los hechos lo atestiguan, no se mostró rigoroso en los castigos. Templó muchas veces el furor de sus soldados vencedores, y por eso fué objeto de murmuraciones por parte de su mismo ejército, donde se queria utilizar todo lo posible la victoria. Por otra parte, los moriscos que pensaban en pacificacion, veian desmentidos los sentimientos que se le atribuian al marqués con la conducta feroz y sanguinaria de los soldados que le acompañaban. Los *monfis* y demás instigadores de la insurreccion, se aprovechaban naturalmente de esta desconfianza de los moriscos inclinados á la paz, para tener siempre encendidas las teas de la guerra. Habia vencido el marqués á los moriscos en cuatro refriegas sucesivas.—Se habia apoderado de los principales puntos fuertes de las Alpujarras; entretenia esperanzas de pacificar el pais; creia muy próximo el momento de que se redujese á la obediencia; mas en Granada no se participaba de sus ilusiones. Se murmuraba allí mucho de su conducta en la parte política, y muy pocos daban la lid por fenecida. El presidente Deza no era su amigo, y trataba de indisponerle hasta en la corte misma. Su hijo el conde de Tendilla trataba de salir con otra expedicion en busca de los enemigos; mas el marqués se opuso á esta medida, y hallándose en Ujijar de vuelta de la expedicion, trató de moverse hácia los Guajares, donde se habia encendido de nuevo la llama de la insurreccion; tan ansioso estaba de concluir por sí mismo aquella guerra, sobre todo de que tomase la menor parte posible en ella el marqués de los Velez, cuya presencia en el pais le importunaba, y cuyos principios é ideas eran tambien diversas de las suyas. Tanto como Mondejar propendia á la indulgencia y á la consideracion, se inclinaba el otro á la dureza y á los malos tratamientos. Queria el primero conservar un pueblo útil sin reducirle á los términos de la desesperacion, mientras el otro no hablaba mas que de castigos y hasta de exterminio. De la cooperacion, pues, de dos jefes tan diversos que obraban independientes en una misma guerra, no podian menos de seguirse fatales consecuencias.

Hemos visto al marqués de los Velez, capitan general de Murcia y de Valencia, marchar sobre el reino de Granada cuando el principio de dichas turbulencias. Habia dado este paso á instancia y súplicas del presidente Deza, quien imploró sus auxilios, sea para oponer un rival al marqués de Mondejar, ó porque no confiase bastante en los esfuerzos y medidas de este último. Dió parte el presidente al rey de este paso con el de los Velez, y Felipe II aprobó la providencia, encargando al último la mayor actividad en sus operaciones.

Antes de llegar dicha órden del rey, y aun la súplica al marqués de los Velez por parte del presidente don Pedro Deza, habia tomado disposiciones militares cuando llegaron á su noticia los disturbios de Granada. Cumplíale, como capitan general de una provincia fronteriza, prepararse para en caso que llegase allí el incendio, y asimismo tomar una parte activa en el asunto, acudiendo al castigo de los rebeldes por todos los medios que pudiese. De varios puntos del pais le llegaron tropas; de modo que cuando recibió la comunicacion se hallaba ya al frente de mas de cinco mil hombres de infantería, y una fuerza de caballos proporcionados á este número.

Habia recibido en su villa de Velez del Blanco quinientos infantes y trescientos caballos. Recibió de Lorca mil y quinientos hombres de á pié y ciento de á caballo, en muy buen órden, capitaneados por Juan Mateo de Guevara, Pedro Helises, Alonso del Castillo, Martin de Lorita y Luis Ponce. Le enviaron de Caravaca trescientos infantes y veinte caballos, mandados por Andrés de Mora, Fernando de Mora y Pedro Martinez: de Moratalla doscientos infantes y treinta caballos, á cargo de Juan Lopez; de Hellin ciento cincuenta infantes y quince caballos, capitaneados por Pablo Pinero: de Zhegui Francisco Fajardo con doscientos cincuenta infantes y veinte caballos, de Mula doscientos infantes al mando de Diego Melgarejo. Con esta gente escogida, por la mayor parte voluntaria, y la que sacó de otros pueblos, movió su campo el marqués el 5 de enero, es decir, casi al mismo tiempo que el de Mondejar salia de Granada en persecucion de los moriscos. Era la intencion del marqués de los

Velez caer sobre Almería, que suponian en muy grande aprieto por parte de los moriscos; mas habiendo sabido en el camino la derrota de estos en Benahaduz, tomó la direccion del castillo de Xergal, y atravesando la sierra de Filabres, se estableció en el pueblo de Tabernas, donde se detuvo hasta el dia 13, mientras le llegaban la órden de S. M. y los refuerzos que en Murcia dejaba preparados.

Atribuyeron algunos esta precipitacion en el movimiento del marqués de los Velez, á su deseo de que le cogiese dicha órden ya dentro del territorio del reino de Granada, como sucedió en efecto. De este modo se vieron en aquel pais dos capitanes generales que obraban independientes, y cuyo modo de considerar aquella guerra era tan diverso. De esta heterogeneidad no podian menos de seguirse grandes males. Sin embargo, la presencia del marqués de los Velez en el pais fué de grande utilidad, por el terror saludable que inspiró á los moriscos de las inmediaciones, próximos á imitar el ejemplo de los de la Alpujarra. Se movió el marqués de los Velez desde Tabernas, y pareciéndole ya inútil trasladarse á Almería, como el rey se lo habia prevenido, tomó la vuelta de Güecija, donde le esperaban los moriscos que fueron derrotados. De allí se movió á Filix, donde le esperaba un encuentro con los rebeldes que tambien trataban de disputarle el paso. Una circunstancia le proporcionó en aquel punto una victoria, que de otro modo no hubiese sido tan completa. Habiendo sabido en Almería don García de Villa Roel este movimiento del marqués, trató de ganarle por la mano, y con la gente que pudo allegar cayó sobre los moros, tomando la apariencia de ser la vanguardia del cuerpo del ejército que seguia sus huella; mas los moros percibiendo el engaño salieron en busca de don García, quien intimidado al ver la muchedumbre de los enemigos, se retiró en direccion del campo del marqués, dándole parte de las buenas disposiciones que tomaban los moriscos, suponiendo que hubiesen recibido los refuerzos que esperaban de Africa. No titubeó sin embargo el de los Velez en acometerlos, y se movió con su campo, precediéndole la vanguardia acostumbrada. Creyendo los moros que era esta una nueva estratagema de Villa Roel, se hicieron firmes; lo que proporcionó al caudillo castellano la ventaja de derrotarlos, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles muchos prisioneros. Mencionamos esta circunstancia para hacer ver que en esta guerra, donde los caudillos obraban con independencia, se aspiraba á ganar lauros exclusivos, con detrimento de la causa comun por la que es-

taba empeñada la contienda. Por desgracia no fué este el primero, ni el último de los ejemplos, en que se muestra tan á las claras la pequeñez del corazon humano. Tambien es circunstancia digna de reparar, que los moros para hacer creer á Villa Roel que tenian mucha gente, formaron un escuadron de niños y mujeres cubiertos con capas y trajes, que desde lejos parecian soldados. Igualmente hay que notar que en esta accion pelearon valerosamente algunas mujeres moriscas metiéndose por los caballos, arrojando piedras, y á falta de estas, echando polvo en los ojos de los castellanos. Se cogió un gran botin en la refriega, y esto le fué al marqués de mucho daño, pues muchos soldados cargados de despojos dejaron el campo y se volvieron á sus casas. Despues de algunos dias de permanencia en Filix, movió su campo hácia Andarax, y consiguió otra victoria de los moros que le esperaban en las sierras de Ohañez. Así habia conseguido sobre ellos tres victorias, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles un número mucho mas considerable de prisioneros. Mas el marqués de los Velez conocia muy bien que estas desrrotas no ponian término á la guerra, y que en la fragosidad del pais y en lo encarnizado de la lucha, encontrarian obstáculos de mucha monta las armas castellanas, á pesar de que la fortuna se declaraba á su favor en casi todas las refriegas.

Mientras que el marqués permanecia en Filix, se movió de Almería don Francisco de Córdoba sobre el castillo fuerte de Inox, situado en la sierra de este nombre, que tomó á viva fuerza, á pesar de la obstinada resistencia por parte de los moros. Fué la matanza grande, y el botin uno de los mas ricos que se habian hecho en el curso de toda aquella guerra.

Igualmente afortunado fué el marqués de Mondejar en su expedicion de las Guajaras, adonde se habia movido, como hemos dicho, desde Ujijar. La tierra es asperísima, y en el castillo del mismo nombre encontró el marqués tan grande resistencia, que á pesar de su carácter humano, mandó pasar á cuchillo á cuantos moriscos se encontraron dentro. Desde allí se trastadó el marqués á Orjiba para terminar la reduccion de la Alpujarra. No hay que olvidar que se hacia la guerra en tierras ásperas y fragosísimas, en lo mas crudo y recio del invierno. La simple reseña de los hechos que vamos refiriendo, manifiesta la grande actividad que desplegaba el de Mondejar. Mucho le aguijoneaba para terminar la lid la presencia del de los Velez, en el territorio de su mando. Poseido siempre de su

idea de reducir los alzados y no de destruirlos, publicó en la Alpujarra un bando, prometiendo perdon y proteccion del rey á cuantos presentasen sus armas y banderas. Muchos lo ejecutaron, sin duda de carácter pacífico, y animados de buenas intenciones; pero otros muchos, y entre ellos los caudillos, sin duda desconfiaban de las promesas del marqués, ó viéndose demasiado comprometidos, se manifestaban resueltos á seguir la guerra. Aben-Humeya, que habia entrado én conferencias de acomodo, se manifestaba mas contrario que nunca á rendirse á merced del rey, pues otras capitulaciones no podia esperarlas. En los jefes reinaban desconfianzas y discordias, y nadie queria ser el primero en dar un paso tan aventurado. De Africa, donde tenian sus enviados, habian recibido algunos auxilios; y aunque hasta entonces en pequeño número, no perdian la esperanza de que las potencias berberiscas tomasen parte activa en la causa de sus hermanos en España.

Noticioso el marqués de Mondejar del punto donde se encontraban Aben-Humeya, El Zaguer y varios personajes, envió una expedicion secreta con el objeto de prenderlos; mas aunque fueron sorprendidos, pudieron escaparse, dejando burlados á los que los creian ya seguros en sus manos. De este modo debió de perderse la esperanza de entrar en tratos y convenios con el rey de los moriscos y sus caudillos principales.

Visto lo inútil de esta tentativa, hizo otra el marqués de la misma especie y con igual objeto, enviando á los capitanes Alvaro Florez y Antonio de Avila á prender á Aben-Humeya y sus parciales, que estaban reunidos en el pueblo de Valor; y no habiéndolos encontrado allí, saquearon el pueblo, de cuyas resultas se alzaron los habitantes y mataron á cuanta gente acaudillaban los cristianos.

Con estos dos golpes dados tan en vago, se enconaron mas y mas Aben-Humeya y los caudillos que querian á toda costa la prolongacion de la contienda. Se hallaba por lo mismo muy lejos el marqués de satisfacer sus vivísimos deseos de ver pacificada la provincia. En la conducta de sus mismos soldados, codiciosos de botin, propensos á cometer todo género de excesos sobre los vencidos, encontraba asimismo obstáculo á sus designios. Muchos moriscos reducidos á la obediencia eran saqueados y maltratados violentamente, á pesar de su papel de salvaguardia, por los castellanos. Los moriscos pacíficos tenian así sobrados motivos de recelo y desconfianza, mientras los partidarios de las hostilidades explotaban con habilidad estos sentimientos que les eran favorables.

Entre tanto los moriscos de Albaycin, que, como hemos dicho, malograron la ocasion de alzarse cuando fueron invitados para ello por Aben-Farax la noche del 25 de diciembre, experimentaban malos tratamientos por parte de las autoridades de Granada, y tuvieron motivos para arrepentirse de una inaccion que tuvo tanta influencia. El conde de Tendilla, encargado de los negocios de la guerra, hizo alojar en sus casas á las tropas que iban llegando poco á poco, sin hacer caso de sus representaciones, de sus quejas y de sus ofertas de surtirles de cuantos objetos para su acomodo fuesen necesarios. Las tropas alojadas no fueron parcas en abusar de su posicion, y los agravios que de ellos recibieron los moriscos, avivaron el fuego de su resentimiento. Mas se las habian con autoridades que tenian abundantes medios de oprimirlos, y se contentaban con hacer votos en secreto por la buena fortuna de sus compatriotas de las Alpujarras.

El encono de los cristianos contra los moriscos era una pasion nacional, aumentada por la diferencia de religion, y llevada á su mayor extremo por lo encarnizado de la lucha. Al principio de la insurreccion se habian puesto á muchos moriscos presos en las cárceles de la Chancillería; unos que verdaderamente tenian delito para ello, y otros en clase de rehenes que respondiesen de la conducta de los otros. Se esparció un dia en la ciudad la noticia de que venian los moriscos de afuera á libertar á sus hermanos de la cárcel; y sea que hubiese motivo para creerlo así, ó que fuese invencion de gente mal intencionada, se tomaron precauciones dentro de la cárcel, armando á los cristianos presos para evitar cualquier ataque á mano armada; mas esta que se adoptó como medida de precaucion, produjo el efecto de que viniesen á las manos unos contra otros los presos de la cárcel. Peleaban con armas los cristianos; los moriscos con piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes de los calabozos. El resultado fué la muerte de estos últimos, que eran en número de ciento diez y siete, y la de cinco cristianos, que tambien tuvieron diez y siete heridos.

Tal era el aspecto que presentaba la insurreccion de los moriscos del reino de Granada. Habian sido derrotados en todos los encuentros y perdido todos los puntos fuertes, mas la lid no estaba concluida. No se pone con dós ó tres victorias término á una guerra cuyo teatro es áspero y fragoso como el de las Alpujarras, cuando no está vencido el ánimo de los combatientes; cuando hay

caudillos ambiciosos resueltos á probar fortuna, á perder el todo por el todo, para quienes no queda ya esperanza ni de perdon, ni de avenencia. Estaban vencidos los moriscos, pero no domados. Por mucho que fuese el celo del marqués de Mondejar de traerlos á la obediencia, podian mas con ellos sus antiguos odios como nacion y como sectarios de otro culto. La rapacidad de los soldados cristianos apagaba cuantos sentimientos podia haber en algunos en sentido de la pacificacion; y por estas causas reunidas, estaba la guerra en víspera de ser encendida con mas furor que nunca. A esta mala situacion de cosas se agregaba la discordia entre las autoridades puestas por el rey; la variedad de pareceres sobre el valor de lo que se habia hecho, y las medidas que en lo sucesivo debian de adoptarse. En la opinion del marqués de Mondejar, estaba la guerra casi concluida: para el de los Velez, no habia verdadera pacificacion en el pais, sin la deportacion ó destruccion de todos los moriscos. Cada uno de los dos marqueses tenian en Granada su parcialidad, que defendia y acusaba segun el caudillo á quien pertenecia. Estaban penetrados todos los hombres imparciales de la falta grave que se cometia encomendando los negocios de la guerra y del pais á dos jefes de tan diverso carácter y modo de juzgar, que obraban del todo independientes. Para sujetar á entrambos á una autoridad comun, pareció á muchos un medio eficaz la ida del rey á Granada, pues era un asunto de bastante gravedad para hacer á lo menos muy útil su presencia. Así se lo pidieron algunas personas de gran peso en Granada, y así opinaron algunos miembros del Consejo. Mas Felipe II, tan activo y laborioso en su despacho, no era hombre que se ponia en movimiento fácilmente, y sobre todo tratándose de la agitacion y conflictos de una guerra. Repugnando, pues, al rey el viaje de Granada, le pareció un buen expediente enviar en su lugar á su hermano don Juan de Austria, que á la sazon se hallaba en su corte, recibiendo la educacion y rodeado del esplendor debido á su alto nacimiento.

CAPITULO XXXV.

Continuacion del anterior.—Parte don Juan de Austria de Madrid.—Su entrada en Granada.—Toma las riendas del gobierno.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Llama el rey á la corte al marqués de Mondejar.—Es asesinado Aben-Humeya por los suyos.—Alzan por nuevo rey á Aben-Abóo.—Sale don Juan de Austria de Granada á combatir á los moriscos.—Se retira el marqués de los Velez.—Se apodera don Juan de Galera, de Seron, de Tijola y de otros mas puntos.—Expedicion del duque de Sesa.—Tratan de someterse los moriscos.—Conferencias en el Fondon de Andarax.—Ceremonia de la sumision delante de don Juan.—Rompe el pacto Aben-Abóo.—Hace asesinar al Habaquí.—Es asesinado Aben-Abóo por los de su mayor confianza.—Entrada de su cadáver en Granada.—Fin de la guerra. (1569-1571.)

Mostró Felipe II en la eleccion de don Juan de Austria, que tenia tacto y conocimiento de los hombres. Daba indicios don Juan, en medio de sus verdes años, de capacidad y de que con el tiempo se adquiriria un gran nombre. Al designarle el rey, manifestó por otra parte la sinceridad de los sentimientos con que le habia acogido y reconocido como hijo del emperador, y que no seria envidioso de la fama y nombradía que sin duda iba á adquirir, revestido de un cargo tan considerable. Partió, pues, don Juan, acompañado entre otros muchos de Luis Quijada, su antiguo ayo y guardador, hombre muy experimentado en asuntos militares. El 6 de abril de 1569 llegó á Granada, donde fué recibido por las autoridades militares y civiles con el aparato y solemnidad debidos á su alta clase y á las funciones de que iba revestido. Inmediatamente tomó la direccion suprema de todos los asuntos del pais; mas le estaba par-

ticularmente encargado por el rey, no adoptar medida ni providencia alguna definitiva, sin que mediase la aprobacion de su Consejo.

El marqués de Mondejar, que se hallaba en Ujijar cuando le llegó la noticia del nombramiento de don Juan, permaneció algunos dias mas en aquel punto sin pasar adelante en sus operaciones. Cuando creyó próxima la llegada del príncipe á Granada, se trasladó á dicha ciudad, donde entró con toda pompa militar, precedido y seguido de gente armada, tanto de infantería como de á caballo. Excitó el aparato de esta entrada diversos sentimientos, pues ya dejamos insinuado que si tenia amigos y apasionados, no eran pocos los que le eran desafectos y censuraban sus operaciones.

No hay duda de que el marqués de Mondejar se condujo en esta guerra con actividad y energía; que siguió sin descanso ni tregua el alcance de los enemigos; que los derrotó en varios encuentros; que les tomó puntos fuertes donde hicieron grande resistencia. Obró sin disputa como general, y como soldado en todas ocasiones. De sus opiniones políticas, de sus ardientes deseos de reducir el pais sin destruir ni deportar un pueblo que tenia por útil bajo muchas consideraciones, deponen todos sus pasos y medidas. A no encontrar oposicion en los ánimos de tantas personas influyentes de Granada, incluso el mismo presidente de la Chancillería; á no presentársele en el pais otro capitan general, que no solo obraba con independencia suya, sino que mostraba opiniones del todo diferentes; á tener mas fuerzas de que disponer, mas recursos con que sustentarlas y pagarlas; á no tener muchas veces precision de tolerar excesos y rapiñas que comprometian el plan de pacificacion, su idea favorita, tal vez hubiera tenido la gloria de poner término á una guerra tan asoladora. Mas por las razones indicadas, fueron casi inútiles todos sus esfuerzos. La division de mandos, la discordia de pareceres, la incertidumbre y conflictos en que tan diversos informes ponian al Consejo de Felipe, hicieron cometer un gran número de faltas, que dieron aliento é inflamaron de nuevo el ánimo de los sublevados.

Penetrado Aben-Humeya de lo apurado de su posicion; dudoso siempre de poder venir á partido con los castellanos, por la enormidad de los excesos perpetrados; sabedor á no caberle duda de los lazos y asechanzas que por parte del marqués de Mondejar se les armaban, cobró nuevo ardor, y se resolvió á correr todos los azares de la guerra. Ya habia recibido algunas armas y refuerzos en hombres del Dey de Argel, y los esperaba hasta del Gran Turco. La falta de concierto y de recursos que notaba en sus contrarios, animaban mas y mas sus esperanzas. Los sentimientos de los pueblos de la Alpujarra, daban sobre todo gran pábulo á tantas ilusiones.

Vejado este pais en mil sentidos; viéndose objeto de malos tratamientos, de robos y rapiñas, á pesar de hallarse tantos pueblos reducidos á la obediencia del rey; penetrados de la inutilidad de su salvo-conducto contra soldados sedientos de botin, volvieron á dar oidos á sus antiguos odios, y se alzaron de nuevo, abandonándose á los mismos excesos que habian señalado su primer pronunciamiento. Con la salida del marqués de Mondejar del pais, no quedaron en él mas tropas que las guarniciones de algunos puntos fuertes y otras que cubrian algunos pasos de importancia. Aben-Humeya le recorrió todo, rodeado de la pompa y aparato posible para dar realce á su régia dignidad; organizó los armados; atendió en cuanto lo permitian sus fuerzas á todas las cosas de la guerra; dirigió alocuciones que inflamaron su entusiasmo, y dividió el pais en mandos militares á cargo de los jefes de mas consideracion por sus servicios é influencia en las clases inferiores, conservando siempre á su lado á su tio don Fernando El-Zagüer, como su privado consejero. Mas el famoso Farax-Aben-Farax, que fué uno de los principales instigadores de la guerra, no tuvo mando alguno por hallarse huido del rey morisco, cuyo resentimiento habia provocado. Mientras tanto le llegaban recursos de Africa, y cada dia veia engrosarse mas las filas de su ejército.

No pudo menos de penetrarse don Juan de Austria, á pesar de su inexperiencia y pocos años, de lo grave del asunto que le estaba encomendado. Inmediatamente que llegó á Granada tomó disposiciones, comenzando á desplegar la actividad que le distinguió en todo el curso de su vida. Le habia mandado el rey tropas de refuerzo, que si no eran las suficientes, prometian impulso eficaz á las operaciones de la guerra. Las organizó don Juan del mejor modo que le fué posible: allegó víveres, municiones y cuantos recursos eran necesarios, y distribuyó igualmente el pais entre varios jefes militares. La naturaleza de su comision no le permitia entrar en campaña en persona, y sí solo dirigir en grande las operaciones de los dos marqueses.

En el consejo que reunió en seguida para tratar del estado del pais, tanto en lo militar como en lo político, hubo diversidad de

pareceres. Insistió el marqués de Mondejar en su idea favorita de reducir el pais y tentar todos los medios de volver á la obediencia un pueblo tan útil, por su industria y su laboriosidad, al rey de España. Opinaron otros, y entre ellos el presidente Deza, por su deportacion é internacion en otras provincias del reino, pues solo de este modo podian dejar de ser enemigos encarnizados y peligrosos del gobierno. Tambien insistió en la necesidad de expulsar de Granada á los moriscos del Albaycin y de la Vega, proyecto á que pareció inclinarse don Juan y lo mismo Luis Quijada.

Mientras tanto se alzaron los pueblos de Peza, Cuentar, Dudar y Güezar, todos fuera de las Alpujarras, hácia el rio de Almería.

Se pronunció asimismo la sierra de Bentomiz, donde se contaban veinte y dos lugares. Pusieron sitio los alzados al castillo de Canilles de Aceituno, que hubiera caido en su poder, á no ser socorrido por Arévalo de Zuazo, corregidor de Velez, que acudió á tiempo con tropas que sacó de dicho punto. Mas este corregidor no pudo hacerse dueño del peñon de Frigiliana, situado cerca de la costa del mar, de que se apoderaron y se hicieron fuertes los habitantes de Competa, otro pueblo de la misma sierra. Para no interrumpir el hilo de los acontecimientos, aunque no guardemos el órden cronológico, diremos que este peñon fué expugnado por tropas que acababan de llegar de la costa de Nápoles, conducidas por don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, segun órdenes que para ello le habia dado el rey de España.

Acudió á dicho jefe el corregidor de Velez, pidiendo auxilios y su cooperacion contra el peñon de Frigiliana. Accedió el comendador; mas como no queria moverse sin estar autorizado para ello por don Juan, le expidió con toda diligencia un mensajero, quien le trajo su consentimiento.

Desembarcó el comendador mayor sus tropas, deseosas de pelea. Eran dos mil soldados de infantería, procedentes todos de Italia, y además cuatrocientos hombres de la tripulacion de las galeras. Se componia esta gente de doce compañías de soldados viejos, diez del tercio de Nápoles, una del Piamonte y otra de Lombardía. Eran los capitanes del tercio de Nápoles el maestre de campo don Pedro de Padilla, don Alonso de Luzon, Pedro Bermudez de Santis, Ruy Franco de Butron, Pedro Ramirez de Arellano, Antonio Juarez, el capitan Martinez, Alonso Beltran de la Peña, el marqués de Espejo, y el capitan Orejon. Mandaba la compañía del Piamonte don Luis Gaitan. A estas tropas agregó el corregidor Arevalo de Zuazo, los mil y quinientos hombres que mandaba, cuyos capitanes eran Hernan Duarte de Barrientos, don Pedro de Coalla, Gomez Vazquez, Luis de Baldivia, el jurado Pedro de Villalobos, Antonio Perez, Marcos de la Barrera y Francisco de Villalobos: estando á cargo de Luis Paz el mando de la caballería.

Se emprendió la expugnacion del fuerte con tres columnas, que atacaron con denuedo por diversos puntos; la una por la loma de los pinillos, mandada por don Pedro de Padilla: la segunda por la de Frigiliana, al cargo de don Juan de Cárdenas, y la tercera por otra loma en medio de las dos, al de don Martin de Padilla. Lo escarpado del camino dió grandes ventajas á los moros, que hacian perder el pié y precipitarse por aquellos despeñaderos, á los asaltadores; mas era mucho el ardimiento de estos, sobre todo los soldados de Italia, deseosos de pelear con los moriscos. Se mostró al principio la jornada favorable á estos, habiendo sido los nuestros por todas partes repelidos. Al fin tomaron parte de ellos la resolucion de atacar por lo mas escarpado de la peña, llamada la Conca, que por esta misma circunstancia, no inspiraba ningun cuidado á los moriscos. Con gran trabajo, y trepando por las escabrosidades de la roca, pudieron llegar á lo mas alto del fuerte, donde tremolaron una bandera, que infundió nuevo aliento á los otros que subian, llenando al mismo tiempo de terror al enemigo. Fué desde entonces decisiva la victoria, y los nuestros ganaron el fuerte, haciendo gran matanza en los vencidos. Murieron de estos dos mil, y entre hombres, mujeres y niños, quedaron mas de tres mil en poder de los cristianos. Hubo mujeres moriscas que pelearon con gran denuedo; otras, que viendo las cosas perdidas, se precipitaron con sus hijos de lo alto de la peña: el botin fué inmenso; mas los nuestros no compraron barata la victoria, habiendo tenido cuatrocientos muertos y ochocientos heridos, número de mucha consideracion, si se atiende á lo escaso de la fuerza.

Mientras tanto el marqués de los Velez, aunque supo á su debido tiempo la venida de don Juan, evitó ponerse con él en relaciones, puesto que no habia recibido sobre el particular órdenes, ni provision alguna de la corte. Viendo que habia sido la Alpujarra desocupada por el de Mondejar, trató de ocuparla con sus tropas; mas don Juan que lo supo, le envió órdenes de que no pasase adelante del punto donde le encontrase el mensajero, haciéndole ver

que era mucho mas necesaria su presencia en los que antes ocupaba. Todo esto manifiesta poca inteligencia y armonía entre los diversos jefes, y que el rey don Felipe, al enviar á su hermano á Granada, no habia pensado ó estaba todavía irresoluto sobre las relaciones que habian de existir entre don Juan y el de los Velez.

No fué este feliz en su designio de construir un fuerte en Ravaha, para asegurar comunicaciones importantes entre varias partes de la sierra. Sea que no pudiese proteger la obra, habiendo tenido que alejarse de la Alpujarra; sea que no hubiese enviado bastantes fuerzas para ella, fueron los trabajos destruidos por los moros. Se retiró el marqués á Verja, y despues de haber permanecido allí algunos dias, tuvo la noticia de que iba á ser atacado en sus posiciones por el mismo Aben-Huyema.

Con los muchos refuerzos que habia recibido este de Berbería, se hallaba á la cabeza de nada menos que de diez mil hombres, cuando concibió el proyecto ya indicado. Tuvo avisos seguros el marqués de los Velez del movimiento del rey de los moriscos, y anduvo dudoso sobre si le esperaria ó si trasladaria á otro punto el campo; mas prevaleció el primer pensamiento, tomando todas las precauciones para que no le cogiesen desapercibido.

Pensaba sorprenderle Aben-Humeya, y le atacó de noche al frente de sus tropas. Muy pronto conoció á su llegada á Verja, que el marqués se hallaba sobre aviso. Atacó sin embargo con denuedo, haciendo sus tropas mucho ruido y algazara, y como eran superiores en número, llevaron desde un principio lo mejor del lance. Hubo momentos en que los nuestros se vieron arrollados y en desórden, mas el marqués de los Velez tuvo serenidad para acudir á todas partes, dejando un cuerpo de reserva con objeto de atender á donde fuese mas preciso. Pudo mas el valor y disciplina de los nuestros, que el número é ímpetu de los de Aben-Humeya, quienes acosados, sobre todo por la caballería, se retiraron con precipitacion, sufriendo la pérdida de mas de mil y quinientos hombres, mucho bagaje, y diez banderas.

No se desanimó Aben-Humeya con este contratiempo, y continuó con mas ardor que nunca la obra de los pronunciamientos. A los pueblos de la sierra de Bentomiz, siguieron los del rio de Almanzora. En aquel pais pusieron sitio á dos castillos; al de Tahalí, que fué tomado desde un principio, y al de Seron, que opuso mas seria resistencia. Ocurrió con este motivo una circunstancia digna de

atencion, y que indicamos, para hacer ver que no siempre en esta guerra influian el tino y la prudencia. Noticioso don Juan del aprieto de Seron, envió órden á Luis Carvajal, natural de Jodar, para que con la gente que pudiese allegar, marchase á socorrerle. Se puso Carvajal en marcha, y mientras tanto recibió don Juan comunicacion del marqués de los Velez, que tenia órden del rey para socorrer al castillo del modo que pudiese. No atreviéndose don Juan á obrar contra esta provision del rey, envió órden á Carvajal, que estaba ya cerca del castillo de Seron, para que retrocediese á su villa: lo que realizó en efecto. Mientras tanto el socorro que mandó posteriormente el de los Velez en auxilio de Seron, fué puesto en derrota por los moros, lo que apresuró la toma del castillo. Se ve aquí, que don Juan no tenia de hecho la direccion suprema de las cosas de la guerra, pues el marqués se entendia directamente con la corte; que en este obró mas el deseo de aumentar su propia honra, que el del buen servicio del monarca, y que don Juan obró con demasiada prudencia, ó por mejor decir, con gran falta de resolucion, suspendiendo un movimiento, que cualquiera que fuesen las resoluciones del rey, no podia menos de ser de graciosísima eficacia.

Mientras se realizaban estas expediciones, presentaba Granada un espectáculo, que solo podia tener lugar en una guerra de género tan desastroso. Hemos dicho ya los pareceres que habia en el Consejo, de que solo haciendo internar á los moros del Albaycin y de la Vega en las demás provincias de Andalucía, podian estar la ciudad y sus alrededores libres de sus asechanzas, y perder la ilusion los moriscos sublevados, de alzarse de una vez con todo el reino. Fué probado este pensamiento por el rey de España, y don Juan de Austria recibió órdenes de llevarlo á efecto. Por junio de 1569 se publicó un pregon en Granada, para que se recogiesen á las iglesias de sus parroquias respectivas todos los moriscos que habitaban en el Albaycin y demás barrios de Granada. Desarmados de antemano los moriscos, obedecieron la órden, temerosos de que iban todos á ser sacrificados; mas el presidente, y sobre todo don Juan de Austria, los tranquilizó en esta parte, dándoles palabra de honor de que se respetarian sus vidas. Despues que los tuvieron recogidos en las iglesias, los condujeron por las calles con todas las precauciones de seguridad, los encerraron en un grande hospital que se halla extramuros de Granada, y de allí los fueron internando segun las órdenes del rey, distribuyéndolos en varios pueblos, cuyo

vecindario era todo de cristianos. Concibe bien la imaginacion lo angustioso de la escena que debió de ofrecer un pueblo entero, arrancado con violencia de sus hogares, de los regalos de sus casas, de las comodidades de una holgada situacion doméstica, para trasportarlos á paises extraños, donde los aguardaban el desprecio y la miseria. Los historiadores de esta guerra á que nos hemos referido, pintan este suceso con colores lamentables; y no pudieron menos de pagar un tributo á la miseria de los expelidos, á pesar de no ser ni de su nacion ni de su secta. De todos modos, manifiesta bien este suceso el grado de encono á que habia llegado aquella guerra, y la intolerancia política y religiosa de la época.

La uniformidad del movimiento á que dió lugar esta contienda, y la naturaleza de nuestro escrito, no nos ha permitido hasta ahora referirlos minuciosamente. La misma conducta observaremos en lo sucesivo. Creemos que basta lo poco que hemos dicho, para hacer ver que fué esta una guerra de correrías, de ataques y defensas de puntos fuertes, en que las ventajas del valor y la disciplina estaban por nuestra parte, y por la de los moriscos la superioridad del número, el mayor conocimiento del terreno, y la popularidad de la contienda. No merecian nuestras tropas el nombre de ejército por su poco número; mucho menos las de los moriscos, por su mala organizacion é irregularidad de todas sus operaciones. Se resentian las nuestras de la falta de una cabeza principal, y de un centro de accion, de las rivalidades de los jefes, sobre todo, de la diferencia de miras y opiniones, que á unos y otros animaban. No era el jefe principal don Juan, á pesar de lo amplio de la comision que le habia sido dada por el rey: tampoco lo era el marqués de los Velez, á pesar de recibir órdenes directas de la corte, por lo mismo que no podia darlas él á don Juan de Austria, y tomar por sí mismo medidas conducentes á las operaciones de la guerra. Ya veremos en lo sucesivo, cómo se reparó este error: sigamos ahora de un modo rápido y conciso las operaciones.

Por una parte don Juan de Austria, al saber la toma del castillo de Seron por los moriscos, y que se habia alzado contra el rey todo el pais del rio de Almanzora, envió refuerzos á los pueblos de Velez el Blanco y de Oria, donde estaban las hijas del marqués de los Velez, muy en peligro de ser presa de los moros. Por otra, Aben-Humeya, ya seguro del pais del rio de Almanzora, que acababa de alzarse en favor suyo, juntó su campo en Andarax, para caer sobre Almería; mas don García de Villa Roel, que lo supo, le salió al encuentro y frustró sus designios derrotándole en las inmediaciones de Güecija. Al mismo tiempo hacia una expedicion el capitan don Antonio de Luna en el valle de Lecrin, donde sufrió una derrota, habiendo muerto entre otros, un valiente capitan llamado Céspedes.

Dejamos al marqués de los Velez victorioso en el ataque que le habian dado los enemigos mandados por el mismo Aben-Humeya en Verja, donde á la sazon se hallaba. Desde entonces se habia retirado á Adra, donde permanecia inactivo por falta de refuerzos y de víveres. Se trató en el consejo del rey, de que emprendiese de nuevo sus operaciones ofensivas, y para ello se mandó reforzar su campo con todas las tropas recien llegadas de Italia, mandadas por el comendador de Castilla, y todas las demás que pudieron allegársele. Los proveedores del rey en Granada tuvieron órdenes de surtirle de víveres, y poner almacenes en todos los puntos fuertes que ocupabámos de la Alpujarra. Al marqués de los Velez se le dió órden de que se trasladase á este pais, y le allanase, como el teatro principal y asiento de la insurreccion armada. Se movió en efecto el marqués de Adra, y tomó el camino de las Alpujarras. Le salieron los moriscos al encuentro, mas fueron derrotados, y el marqués llegó sin ninguna otra novedad á Ujijar. Allí supo que Aben-Humeya se habia retirado con el grueso de su gente á Valor, y no dudó en ir á buscarle, seguro de vencerle con tal que le esperase. Púsose en efecto en marcha con direccion al pueblo de Valor, y dió sobre los moriscos, que estaban formados por bajo del pueblo. Recorria las filas Aben-Humeya vestido y armado con toda pompa oriental, exhortando á los suyos á que peleasen con denuedo. Mas á pesar del entusiasmo que excitó su presencia en el ánimo de los suyos, no resistieron el encuentro del marqués, y fueron derrotados. Aben-Humeya, no pudiendo contener á los que huian, se salvó como pudo por aquellas asperezas, desjarretando los caballos cansados, haciendo ahorcar al alcaide de Seron, y otros cautivos cristianos que llevaba.

No desmayó sin embargo este caudillo; tal era su confianza en la naturaleza de aquellas asperezas; en la popularidad de la contienda, en el odio inveterado que los moriscos profesaban á los castellanos, y sobre todo, en los refuerzos que esperaba y le tenian prometidos de Africa. Para acelerar su envío, pasó á Berbería un confidente de Aben-Humeya llamado Hernando el Habaqui, quien ha-

biendo tenido buen recibimiento en Argel, regresó muy pronto con cuatrocientos escopeteros, mandados por un oficial turco, y acompañados de una porcion de mercaderes con armas y municiones para venderlas á los moriscos.

Fué este refuerzo de mucha importancia, sobre todo despues de su derrota en Valor, al rey de los andaluces, pues con este título era llamado Aben-Humeya; mas se acercaba el fin de este caudillo, acompañado de circunstancias, que por su singularidad no podemos menos de referir, aunque de un modo compendioso.

Era Aben-Humeya cruel, violento en sus resoluciones, poco político y detenido en los actos de venganza, á que frecuentemente se entregaba.—El asesinato de su suegro Miguel de Rojas, le enajenó los ánimos de muchos de sus parientes mismos. No eran pocos los que andaban recelosos de igual atentado, y sobre todo, que desconfiaban de él, por los tratos secretos con los cristianos, de que se le acusaba. Era por otra parte Aben-Humeya hombre muy vicioso, desarreglado en sus costumbres; y de la facultad concedida por la ley de Mahoma, para tener muchas mujeres, usaba con sobrada destemplanza. Sucedió, que uno de sus oficiales llamado Diego Alguacil, habia recogido una mora prima suya, que acababa de enviudar, y con quien trataba de casarse. Prendado de su hermosura Aben-Humeya, se la arrebató violentamente, cosa que ofendió é irritó sobremanera á Diego, y aun á la misma mora, reducida por la fuerza á componer parte de las mujeres del monarca. Por esta mora, con quien permanecia Diego en relaciones, sabia este todos los pasos de Aben-Humeya, y así vino á ser el instrumento de su pérdida. Escribió Aben-Humeya á otro de sus oficiales llamado Diego Lopez Aben-Abóo, que condujese á los turcos recien llegados de Argel á una expedicion, para la que le auxiliaria Diego Alguacil con doscientos caballos que mandaba. Interceptó este la carta de que tenia conocimiento por su prima, y contrahaciendo la letra y la firma, hizo escribir otra en que se ordenaba á Diego Lopez dar la muerte á los turcos, en lo que le ayudaria Diego Alguacil con la referida. Se quedó sorprendido y atónito Aben-Abóo á la lectura de la órden; mas no dudó de su autenticidad, con la llegada al mismo tiempo de Diego Alguacil con sus doscientos hombres. Tal vez era partícipe en la trama; mas de todos modos, declaró en alta voz, que por ningun motivo seria ejecutor de una órden tan sangrienta, de que hizo sabedores á los mismos turcos, leyéndoles la carta.

Enfurecidos estos, y ardiendo todos en deseos de venganza, se dirigieron á Laujar, residencia entonces del rey, á donde llegaron á media noche, cuando estaba Aben-Humeya sepultado en un profundo sueño. Les fué pues fácil rodear la casa, penetrar por ella, y saquearla sin que Aben-Humeya pudiese hacer ninguna resistencia, dando tiempo á los que venian á prenderle. Segun otros, no lo fué en la cama, y sí á la puerta de su misma casa, con una ballesta armada en compañía de otros dos; mas de todos modos, no habiendo hecho resistencia los soldados del lugar ni los que le guardaban la casa, quedó maniatado en poder de sus enemigos, que tardaron poco en darle muerte, estrangulándole por medio de un cordel que le echaron al cuello, y del que tiraron dos hombres con violencia. Se dice que Aben-Humeya manifestó que no habia llevado otro objeto en su alzamiento, que vengarse de sus enemigos que le habian atropellado y puéstole lo mismo que á su padre en una cárcel pública; que moria satisfecho y vengado y con gusto de que le sucediese Aben-Abóo, pues iba á tener su misma suerte; y que á pesar de todas las apariencias, habia vivido siempre y terminaba sus dias en la fe cristiana.

Tal fué el fin trágico del que se titulaba rey de los andaluces; del descendiente de los antiguos reyes de Córdoba, cuyo nombre famoso es mas debido á las circunstancias que concurrieron á su elevacion, que á su propio mérito. No se necesitaba poco valor atreverse á ser denominado rey en presencia del poderoso de la España. Mas no hay duda de que los moriscos, en la obcecacion de su odio contra los cristianos, contaban con recursos de Africa, y aun de Turquía, bastante poderosos para restaurar bajo su pié antiguo el reino moro de Granada. Es probable que participase de este error Aben-Humeya; tambien lo es que se hubiese decidido á representar tan gran papel, instigado tan solo por sus resentimientos personales. De que era valiente y arrojado, dió bastantes pruebas, pero muy pocas de habilidad y de prudencia. No se mostró á la altura de su nueva situacion, é hizo ver que consideraba su alta dignidad como un medio de dar fácil pábulo á sus apetitos y pasiones. No fué sentida su muerte por los suyos, y á los cristianos aprovechó de poco, pues tuvo por sucesor un hombre que no le era inferior, ni en audacia ni en arrojo. Fué este Aben-Abóo, que tomó el nombre de Muley-Abdalla y el título de rey de los andaluces, aunque en clase de interino, mientras le venia la confirmacion del

Dey de Argel, que no se hizo aguardar mucho. Se celebraron en la elevacion de Aben-Abóo las mismas ceremonias que en las de Aben-Humeya.

El nuevo rey, despues de haber puesto en órden las cosas de la Alpujarra, reunió sus tropas y las condujo á las torres de Orgiba, que atacó con grande ímpetu, subiendo por dos veces al asalto. Tenian ya en el último plantadas dos banderas sus soldados sobre el muro; mas se rehicieron los cristianos, y los repelieron, no sin gran matanza por entrambas partes. Quedó el castillo por los nuestros, pero cercado por los moros, que le tenian en muy grande aprieto. Sabedor del suceso don Juan de Austria, envió al duque de Sesa á socorrer al fuerte. Levantó el sitio Aben-Abóo, y le salió al encuentro, habiendo avisado de antemano á varias tropas suyas para que viniesen en su auxilio, atajando los pasos del duque, interceptándole los víveres. No fué favorable el encuentro á nuestras armas, á pesar de que pelearon los castellanos con denuedo; pero viéndose inferior en fuerzas, y muy poco favorecido del terreno, tuvo que replegarse el duque de Sesa, volviéndose al sitio del fuerte de Orgiba, el rey de los moriscos. Viendo el gobernador que habian pasado ya los dias en que se le tenia ofrecido un socorro de los suyos, abandonó el fuerte, dirigiéndose con su guarnicion á Motril, evitando así quedar en manos de los enemigos.

En este tiempo se alzó la villa de Galera, y habiendo salido los vecinos de Güescar á libertar á los cristianos de aquella poblacion, refugiados en la iglesia, fueron derrotados por los moros, de cuya resulta trataron á su vuelta á Güescar, de matar á todos los moriscos de aquel vecindario. Así lo llevaron á efecto, llegando á poner fuego en las casas donde estaban encerrados; rasgo de barbarie que hace ver el grado de encarnizamiento á que habia llegado aquella guerra.

Cada vez se presentaba mas difícil la reduccion de los moriscos de Granada. Carecian los castellanos de víveres, por la dificultad de conducirlos en medio de aquellas asperezas, y sus fuerzas eran muy escasas para ocupar el pais y acudir á un tiempo á todas partes. En rigor, no tenian mas terreno que el que pisaban, y algunos puntos fuertes que se podian guarnecer de un modo estable. El marqués de los Velez, despues de algunas correrías, se habia establecido en el fuerte de Calahorra, y su detencion en aquel punto era objeto de grandes murmuraciones en Granada. Permane-

cia el marqués de Mondejar en sus antiguos sentimientos acerca del modo de terminar aquella lucha. Sabedor el rey de la divergencia de opiniones, llamó al marqués á la corte por medio de una carta que copiamos á continuacion; pues da alguna idea del carácter del rey, dispuesto siempre, en medio de su severidad, á guardar consideraciones, aun hácia los que habian incurrido en su desgracia. Decia así:

«Marqués de Mondejar, primo nuestro, capitan general del rei»no de Granada. Porque queremos tener relacion del estado en que »al presente están las cosas de ese reino, y lo que converná pro»veer para el remedio de ellas, os encargamos, que en recibiendo »esta, os pongais en camino y vengais luego á nuestra corte, para »informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta »noticia de ellas: que en ello y en que lo hagais con toda la bre»vedad, nos ternemos por muy servidos. Dada en Madrid á 3 de »setiembre de 1569.»

Fué el marqués de Mondejar bien recibido en la corte, y tratado con gran consideracion, aunque aparente; pues no se dudaba de que habia incurrido en el desagrado del monarca. No volvió mas á Granada, mas el rey, que conocia su mérito, le nombró de virey en Valencia, y á poco tiempo despues con el mismo cargo á Nápoles.

Don Juan de Austria, en la flor entonces de su juventud, deseoso de fama, y penetrado por otra parte de lo desgraciadamente que iban los asuntos de la guerra, representó al rey lo mal que estaba á su buen nombre permanecer ocioso en Granada, mientras duraba una contienda tan reñida, sin trazas de acabarse, y cuya llama podia muy bien pasar á los reinos confinantes de Murcia y de Valencia. En razon de la necesidad de darle fin cuanto mas antes, suplicaba á S. M. que le permitiese salir á campaña, donde emplearia todos sus esfuerzos para servir bien á su rey, y no desmentir la sangre ilustre de que descendia. Debieron de hacer fuerza estas razones en el ánimo del rey cuandó accedió á las súplicas de don Juan, mandando que se hiciesen dos campos, uno á cargo de don Juan, sobre el rio de Almanzora y la provincia de Almería, donde mandaba el marqués de los Velez, y otro sobre Granada y la Alpujarra, que debia de estar á las órdenes del duque de Sesa. Quedaba pues por esta providencia, bajo el mando de don Juan de Austria, el marqués de los Velez, que hasta entonces habia recibi-

do órdenes directamente de la corte y obraba casi independiente del primero: prueba de lo poco satisfecho que á la sazon estaba el rey de su comportamiento.

Se hicieron con este motivo nuevos aprestos de hombres, de caballos, de víveres, de municiones y demás material de guerra. Agradó mucho en el ejército la noticia de la salida de don Juan, quien la verificó al momento que acabó de tomar las disposiciones, que eran consiguientes á su ausencia. A su campo acudieron mucha gente voluntaria, que hasta entonces no habian tomado parte en la contienda, y los que pronosticaban su mal éxito, por el desconcierto de sus operaciones, concibieron sobre ella las mejores esperanzas.

Antes de moverse don Juan en direccion de Guadix y Baza, como se le tenia mandado, resolvió proceder á la expugnacion del punto fuerte de Güejar, á pocas leguas de Granada, para quitarse un estorbo que le podria embarazar en sus operaciones ulteriores. Dividió su fuerza, que ascendia acerca de diez mil hombres, en dos trozos, encargándose él del mando del uno, quedando el otro bajo la direccion del duque de Sesa. Cada una de las dos divisiones se encaminó hácia Güejar por distintos rumbos, moviéndose la del duque por el camino mas corto, y dando un rodeo la de don Juan, para cortar la retirada á los moriscos. Quedó el punto fuerte en poder de los cristianos, despues de una corta resistencia, y don Juan regresó inmediatamente á Granada, para concluir sus preparativos de campaña.

Salió don Juan de Granada á últimos de diciembre de 1569, dejando encomendado el mando de la ciudad y su distrito al duque de Sesa con la mitad de la fuerza, para moverse en la direccion que pareciese conveniente, segun lo que deparase á don Juan la suerte de las armas. Estaba Granada tranquila y sin temores de insurreccion, habiendo sido expelidos de sus muros los moriscos, como ya llevamos dicho. No daba la vega indicios de moverse, intimidada sin duda con la suerte que habia cabido á los del Albaycin, hallándose por otra parte aislada de los puntos de los pronunciamientos. Quedaba pues la insurreccion circunscripta á la sierra de las Alpujarras, los rios de Almanzora y Almería; mas se hallaba á tal punto de encendimiento y exacerbacion, que se necesitaba de la mayor energía y un tino consumado para darle término.

Se dirigió á Guadix; de allí pasó á Baza, con objeto de emprender cuanto mas antes el sitio del punto fuerte de Galera, ya comenzado por el marqués de los Velez, mas llevado adelante con poca energía, sea por falta de gente, sea porque noticioso de la venida de don Juan, repugnase ser instrumento de su fama. Temia este que el primero levantase el cerco con su aproximacion, y así sucedió en efecto, con gran peligro de nuestra gente, quedando libres de hacer sus correrías los moros de Galera. ¡A tal punto habia lastimado al marqués de los Velez la idea de servir á las órdenes de don Juan de Austria! En vano trató este de tranquilizarle, halagando su amor propio con las protestas mas afectuosas de deferir en un todo y por todo á sus consejos. El marqués tenia tomado su partido de retirarse á su casa, y en su entrevista con don Juan, á quien salió á recibir en Güescar con todas sus tropas y pompa correspondiente á tan alto personaje, le dijo estas palabras: «Yo soy »el que mas ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y ¿quién »mas ganará de ser soldado de tan alto príncipe? Mas si respondo »á lo que siempre profesé; irme quiero á mi casa, pues no convie»ne á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra» (1). El marqués sin apearse, despues de dejar en su casa á don Juan de Austria, se partió á Velez Blanco, seguido de los caballeros de su casa, sin haber tomado mas parte en esta guerra. Citamos este rasgo para hacer ver, que los grandes de aquel tiempo gozaban todavía cierta independencia desconocida en nuestros dias. Un general de ejército, que en tiempo de guerra, y hallándose en campaña, abandonase hoy sus banderas y se marchase á su casa con tan poca ceremonia, seria severamente castigado. No se sabe que Felipe II hubiese tomado providencia alguna con el marqués de los Velez, por una accion que tenia todos los caractéres de un desaire.

Volviendo á don Juan de Austria, se puso inmediatamente en direccion del fuerte de Galera, cuyo nombre se iba haciendo célebre en España. Era el rey sabedor de esta expedicion; motivo mas para que don Juan tratase de acreditar lo acertado de su nombramiento. No se presentaba fácil la toma de Galera, fortificado por la naturaleza y por el arte, defendido por gente numerosa, aguerrida y llena de entusiasmo. Fueron repelidos los primeros ataques de los nuestros. Se dió un primer asalto en que tuvieron que retirarse con

(1) Hurtado de Mendoza. L. IV.

bastante pérdida. Fueron mas desgraciados aun en el segundo, á pesar de que se empleó una mina, que reventó á tiempo, con grande estrago de los enemigos. Mas hubo tanto desórden por parte de los españoles, al entrarse por la brecha, y tal el encarnizamiento con que peleaban los moriscos, que repelieron el asalto, con notable pérdida nuestra, habiendo tenido mas de cuatrocientos muertos, y quinientos heridos, y entre unos y otros, personas de gran cuenta.

No se desanimó don Juan con este desaire de sus armas. Encendido en grande enojo, mandó disponer todo lo necesario para un nuevo asalto, construyéndose para ello dos nuevas minas, que se internaron mas en la poblacion que las pasadas. Arengó el general á los soldados, poniéndoles por delante la mengua en que los habian dejado los dos asaltos repelidos, y la necesidad de volver por su honor en el tercero. Se verificó este con denuedo, y por esta vez quedaron desagraviadas y vengadas las armas castellanas. Fué grande el arrojo y la obstinacion con que se defendieron los moriscos; mas no pudieron resistir á la furia de los nuestros. Tomóse por asalto el pueblo: no se dió cuartel á los vencidos. Todos fueron pasados á cuchillo; ni la edad ni el sexo sirvieron de escudo contra la furia de los vencedores. El mismo don Juan hizo matar á su presencia varios cautivos por mano de los alabarderos de su guardia. Era su proyecto destruir á Galera, y sembrar de sal su territorio; tal fué la frase que le arrancó la anterior desgracia de sus armas. La amenaza tuvo su cumplido efecto.

En seguida se trasladó don Juan á Baza, desde donde envió un destacamento á reconocer el pueblo de Seron; mas sin resultado, pues los nuestros, temiendo verse envueltos por los moriscos, que les aguardaban en terreno ventajoso, se volvieron. Pasados dos dias, se puso en movimiento con el mismo objeto, otro de mas de dos mil hombres, mandados en persona por don Juan, quien emprendió su marcha desde Camles, á las nueve de la noche, dividiendo su fuerza en dos columnas, para que diesen al mismo tiempo vista al pueblo. Caminó la gente toda la noche, y á la mañana llegaron á Seron por distintos caminos, sin que los moriscos les saliesen al encuentro. Sintiéndose, sin duda, inferiores en fuerzas, y viendo que nadie iba en su socorro, abandonaron el pueblo, donde entraron los castellanos sin ninguna resistencia. Pero cuando se hallaban mas desapercibidos, entregándose á los desórdenes de la victoria, saqueando casas y cautivando moras, cayeron inopinadamente sobre el pueblo de Seron mas de seis mil moriscos, que venian de Purchena y de Tijola, en socorro de la villa. Reunidos estos con los que se retiraban, acometieron á los nuestros, que por muy pronto que quisieron rehacerse, fueron víctimas de su descuido. El comendador de Castilla y Luis Quijada, que se hallaban dentro de Seron, se condujeron en aquel apuro con serenidad, y como cumplia á diestros capitanes; mas no pudieron atajar la confusion inevitable en aquel caso. Huyeron muchos de los nuestros despavoridos, llegando hasta el punto de arrojar las armas. Fueron pues echados los nuestros del pueblo de Seron, y la derrota hubiese sido mas fatal, si las tropas que se habian quedado fuera del pueblo, no hubiesen protegido á los que huian. Se retiró don Juan muy mortificado á Caniles, y entre las pérdidas de aquella jornada desgraciada, tuvo el sentimiento de contar la del ayo y maestro Luis Quijada, que herido mortalmente dentro de Seron, falleció de allí á pocos dias en Caniles.

Despues de haber permanecido algunos dias don Juan en este alojamiento, á fin de rehacerse, se movió de nuevo sobre Seron, del cual por esta vez se apoderó, sin que los moriscos se atreviesen á aguardarle. De allí cayó sobre Tijola, que expugnó felizmente, tomando prisioneros á los que la defendian. En seguida pasó á Purchena, á Ujijar, á Santa Fé de Rioja, sin que los moriscos en su marcha le pusiesen séria resistencia. Muy poco despues, se trasladó á Andarax, donde se le reunió el duque de Sesa, cuyos movimientos seguiremos ahora con la misma rapidez que los del de Austria.

Dejamos al duque de Sesa mandando en Granada á la salida de don Juan, y á la cabeza de la mitad, sobre poco mas ó menos, de la fuerza, para moverse con ella adonde las circunstancias lo indicasen necesario. Se puso efectivamente en marcha con direccion á la Alpujarra, despues de tomadas en Granada las disposiciones necesarias. Salió el 21 de febrero de 1570; se detuvo algunos dias en Padul, aguardando que llegasen al campo víveres y toda la gente que debia acompañarle; y para no estar absolutamente ocioso en aquel punto, mandó hacer correrías por las inmediaciones, á fin de aumentar sus víveres y tomar lenguas de la tierra. Allí supo que se hallaba no muy lejos de él Aben-Abóo, cuyo designio no era impedirle la entrada en la Alpujarra, sino molestarle por la retaguar-

dia é interceptarle sus convoyes, á fin de que se viese en la precision de abandonarla. Despues de haber permanecido el duque en este alojamiento treinta dias, esperando siempre bastimento, se movió hácia Albacete de Orgiva, donde trató de construir un fuerte á fin de asegurar sus comunicaciones. Allí le aguardaba Aben-Abóo, pero mas con intencion de incomodarle y escaramucearle que de presentarle una batalla, pues no tuvo efecto ningun choque de importancia. Antes de partir de Orgiva el duque, desbarataron los moros un destacamento fuerte que conducia un gran convoy de víveres al campo, quedándose con la parte de las bestias; y como se supo por uno de los prisioneros que Aben-Abóo esperaba al duque en tren de pelea con mas de ocho mil hombres á la entrada de la sierra de Porqueira, tomó aquel diferente direccion de la que pensaba en un principio, moviéndose hácia el Algibe de Campuzano, donde se alojó la noche del 6 de abril de 1570, no sin ser molestado por los moriscos, que trataron de estorbarle el paso, y estuvieron tiroteando nuestro campamento la mayor parte de la noche.

Se movia, como se ve, el de Sesa lentamente. En rigor no habia hecho mas de tres jornadas despues de su salida de Granada, verificada á mediados de febrero. Llevaba en su campo mas de diez mil hombres entre infantería y caballería, con doce piezas de campaña. Su plan era al parecer el mismo que el de Aben-Abóo, á saber: el de no empeñar ninguna batalla decisiva, sino interceptarle víveres y molestarle de otro modo; pero hasta allí todas las ventajas habian estado por los enemigos, mas conocedores del pais, y sobre todo mas acostumbrados á sus asperezas. Desde el Algibe de Campuzano se dirigió á Jubiles; de aquí pasó á Cartares, y al dia siguiente se puso en el pueblo de Portugos, siempre á la vista de los moriscos que le embarazaban y escaramuceaban, mas sin atreverse á cosas sérias.

No estaba, como se ve, ocioso Aben-Abóo durante estos movimientos del de Sesa. Hombre activo, empeñado tan seriamente en la contienda, trataba de sacar partido de su posicion, dividiendo su gente y colocándola en los parajes que le parecian mas oportunos, sin atreverse á dar una batalla decisiva por ser inferior en fuerzas; pero molestando siempre al duque en todos los parajes que el terreno se le mostraba favorable. Tambien este por su parte trataba de hacer á los moriscos todo el daño que podia, talando sus campos, destruyendo las mieses, privándoles de sus provisiones para

cuando pudiera el pais proporcionárselas. Mas mientras tan solícito se mostraba en correr las sierras para privar de recursos á los enemigos, se veia él muchas veces falto de víveres en su propio campo, siendo el atender á esta necesidad uno de los motivos de la lentitud con que se movió desde su salida de Granada. De Portugos traslado su campo á Ujijar, adonde llegó pasando por Jubiles, siendo siempre molestado en su marcha, como le sucedia en todas ocasiones. Viéndose aquí sin víveres, envió á buscarlos á la Calahorra una fuerte escolta de mas de mil hombres, mandados por el marqués de Favara; mas los moriscos, aprovechándose de las asperezas del terreno, les salieron al encuentro y los derrotaron á tal punto, que murieron aquel dia mas de ochocientos de los nuestros, habiendo además rescatado los moriscos seiscientas mujeres de su nacion que los nuestros llevaban prisioneras. Sabedor de este fatal contratiempo, se movió el duque de Sesa hácia Adra, adonde llegó su gente con gran necesidad y medio muerta de hambre. De aquí pasó por mar al fuerte de Castilferro, que se rindió sin hacer grande resistencia; de aquí pasó otra vez á Adra, donde halló un aviso de don Juan comunicándole que deseaba conferenciar con él sobre asuntos de la guerra. Tuvo lugar la entrevista entre Andarax y Verja, volviéndose despues cada uno á su punto respectivo, es decir, al primero don Juan y al segundo el duque: mas este tardó muy poco en reunirse con el primero en los Padules, sin separarse de él hasta el fin de la contienda.

Como se ve, no le cupo tanta gloria al duque de Sesa en su expedicion como en la suya á don Juan de Austria, que tomó á los moriscos varios puntos de importancia, habiéndosele resistido obstinadamente algunos, entre ellos los de Seron y Galera. Para ser su primera campaña, no dejó de conducirse con tino, y sobre todo con arrojo y energía. Se conoce que estaba penetrado de lo delicado de su posicion y de la necesidad de manifestar á todos, y especialmente al rey de España, que no habia colocado mal su confianza y sus favores. Que Felipe quedó contento de los servicios de don Juan, aparece claro de la circunstancia de tenerle destinado para un mando de mucha importancia y de mayor gloria, de que daremos cuenta á su debido tiempo. La necesidad de sacar á don Juan pronto de Granada con este motivo, era uno de los que asistian al rey de España para desear la conclusion de la contienda.

No podia menos de fatigar y atormentar á Felipe II una lucha en-

carnizada y desastrosa, causa de tantos desórdenes, excesos y efusion de sangre. Estaban por otra parte penetrados los moriscos de lo duro de su situacion, de lo infaliblemente que corrian á su ruina obstinándose en la resistencia. Separados por los mares de sus correligionarios de Africa, sin ningunas simpatías en toda la península, internados ya en los diferentes pueblos de Andalucía los del Albaycin, cuya medida acababa de ser extensiva á los habitantes de la Vega, no quedaba á los moriscos de las Alpujarras mas alternativa que emigrar al Africa, perecer, ó darse á partido con sus antiguos dueños. Estaba, pues, el deseo de pacificacion y reduccion grabado en todos los ánimos de una y otra parte; y si bien lo resistian algunos, ó porque hallasen ventajas en la guerra, ó porque el recuerdo de sus actos anteriores les hiciese ver imposible la indulgencia, habian llegado las cosas á un estado que hacia muy fáciles las negociaciones. Ya antes de la salida de Granada de don Juan, se daban pasos para obtener y allanar la reduccion de los alzados, siguiéndose trabajando en el mismo sentido durante las dos expediciones. Se entablaron tratos, ó por mejor decir se renovaron los que habian sido comenzados entre personas influyentes de los castellanos y otras de la misma categoría entre los moriscos, con quienes tenian antiguos vínculos de amistad ó relaciones de intereses. El mismo presidente Deza escribió con carácter anónimo una especie de carta persuasoria, en que hacia ver á los moriscos lo extraviados que andaban, y la ruina infalible á que corrian persistiendo en su desobediencia al rey de España, demostrándoles con pruebas evidentes que se habian equivocado mucho en la interpretacion de los pronósticos con que los habian embaucado sus caudillos. Al efecto que estos pasos producian, daban nueva fuerza las ventajas que iba alcanzando don Juan de Austria. Tener que dejar el territorio de España, no podia menos de ser duro para la generalidad de los moriscos; y el deseo de recuperar muchas de sus mujeres é hijas que habian quedado en poder de los cristianos, era un nuevo estímulo para hacerlos entrar en vias de avenencia. Daba por su parte don Juan de Austria pasos con el mismo objeto por medio de sus prisioneros. En Ujijar publicó un bando concediendo el perdon á los que se redujesen dentro de un plazo prefijado, ensanchando los límites de la indulgencia, á proporcion de las armas ó cautivos con que se presentasen. Se dejaba la vida á los que lo hiciesen con solas sus personas; la vida sin esclavitud á los que trajesen su

escopeta ú otra clase de armas. A los que viniesen con turcos cautivos ó los degollasen, se hacian gracias particulares proporcionadas á la importancia del servicio, y se anunciaba al mismo tiempo que se usaria de todo el rigor de la guerra, sin indulgencia ni misericordia, con los que no se diesen á partido. No eran nada suaves los términos del bando; pero todavía mas dura la condicion á que estaban reducidos los moriscos.

Era el principal negociador por parte de estos un tal Hernando el Habaquí, hombre sagaz, astuto, de gran cuenta entre ellos, confidente y una especie de ministro de Aben-Abóo, de quien habia desempeñado comisiones y embajadas en varios puntos de Africa. Prestaba el Habaquí oidos á las diversas proposiciones que se hicieron por parte de los castellanos, y sin doblez accedió á la medida de la sumision, por ser el solo puerto de salvacion que les quedaba. Prometió, pues, á los castellanos hacer todos sus esfuerzos para que se cumpliesen los deseos de unos y otros, y fué en efecto fiel á su palabra. No era fácil empresa hacer entrar en la medida á Aben-Abóo, hombre duro y feroz, pródigo de sangre, y nada mirado en todo género de atrocidades, á quien el recuerdo de sus actos anteriores hacia sumamente suspicaz, y el título de rey de que estaba revestido, orgulloso en demasía. Mas tuvo que ceder á la ley dura de la necesidad, con tantas derrotas en su campo, y fallidas sus esperanzas de recibir de Africa los socorros poderosos que necesitaba. A las cartas que se le escribieron por los castellanos, respondió en términos de desear la reduccion y fin de aquella guerra. En fin, se llevaron las cosas á tal punto, que no faltaba mas que la reunion de los comisarios de una y otra parte, para arreglar las condiciones del convenio.

Se verificó esta en el Fondon de Andarax, el 13 de febrero de 1570. Acudieron por parte de los moriscos entre otros el Habaquí, que llevaba la voz principal en el negocio, y un hermano de Aben-Abóo que llamaban el Galipe. Envió asimismo los suyos don Juan de Austria. Se quejaron los moriscos en las primeras conferencias de los atropellos que los habian obligado á ponerse en armas contra el rey: pidieron entre otras cosas que no se les obligase á dejar sus hogares, y que se permitiese la vuelta libre al Africa de los turcos que habian venido en su socorro. Se atuvieron los castellanos á los términos del bando promulgado por don Juan, y dijeron á los moriscos que pusiesen sus peticiones por escrito. Como estos

alegaron que no sabian los términos de hacerlo, el mismo don Juan les envió su secretario para extender la súplica, lo que se efectuó al momento. Muy pronto se allanaron las dificultades. Urgia mucho al general español concluir este negocio antes que llegase el tiempo de las mieses: los moriscos, que se veian perdidos, no podian arredrarse por duras condiciones. Sobre todo el Habaquí sabia muy bien que cuanto mas solícito y celoso se mostrase por la obra de la reduccion, tantas mas ventajas personales le resultarian. Así se llevó el negocio adelante con la mayor rapidez posible, y ya no faltaba mas que la ceremonia del acto de rendir las armas, que se celebró en los Padules, delante de don Juan, con toda la solemnidad que pudo dársele.

Se presentó delante del alojamiento del general en jefe el Habaquí seguido de varios personajes moriscos, y de trescientos escopeteros que hicieron una salva en el acto de pararse á la entrada de la tienda. Entró el Habaquí con los demás del acompañamiento, llevando en la mano la espada y la bandera de Aben-Abóo, que presentó á don Juan, poniéndosele de rodillas con los otros, pidiendo perdon en nombre de los suyos, prometiendo fidelidad y sumision al rey, á cuya merced y bondades se entregaban. Al mismo tiempo se despojó de la propia espada el Habaquí, haciendo ademanes de entregarla. Estuvo en pié don Juan de Austria durante esta ceremonia, y con palabras corteses mezcladas de seria dignidad, acogió en nombre del rey la sumision de los moriscos, devolvió su alfanje al Habaquí, á quien hizo levantar con grande urbanidad, prometiéndole mercedes y recompensas en nombre del monarca. El morisco y los suyos se despidieron de don Juan con la misma ceremonia é igual salva por parte de los escopeteros, que entregaron sus armas en el acto.

La obra de la reduccion parecia definitivamente concluida, y así lo estaba en cierto modo. Mas el Habaquí no era el representante de todos los moriscos, ni se podia suponer que un pueblo díscolo que se hallaba en un estado de anarquía se sometiese en masa, porque fuese tal la opinion de la generalidad, y de los jefes principales. Hubo, pues, muchos disidentes entre los moriscos: otros que cambiaron de opinion despues de consumado el rendimiento.

Fué uno de estos últimos el mismo Aben-Abóo; tan pesaroso estaba de entregarse á la merced de sus antiguos dueños, sobre todo de renunciar al título de rey que tanto habia halagado su amor

propio. Se unia á estos sentimientos el de la envidia y celos que habia concebido contra el Habaquí, quien por la parte activa que habia tomado en la obra de la reduccion, seria probablemente el que llevase la mayor parte en las ganancias. En esta disposicion de ánimos le cogieron cartas de Argel, en que el Dey le anunciaba un próximo envío de gente, de armas, y demás pertrechos necesarios. No fué preciso mas para que Aben-Abóo rompiese de nuevo toda negociacion con los cristianos, y alzase otra vez el estandarte de la guerra; paso que hubiese sido muy de lamentar si los moriscos no estuviesen tan cansados de la insurreccion, y el crédito de este caudillo no hubiese venido tan á menos.

Sabedor de lo que pasaba el Habaquí, se presentó en el campo de Aben-Abóo, con ánimo de inspirarle mejores sentimientos. Mas confiado en demasía por carácter ó por la especie de favor que gozaba con don Juan de Austria, no sabia que iba á habérselas con un hombre rencoroso, que le consideraba como rival, como mal amigo, tal vez como traidor á su bandera. Aben-Abóo hizo asesinar al Habaquí, y dió parte de su muerte al Dey de Argel, como un castigo de su apostasía.

Mas ni la muerte del Habaquí, ni la conducta obstinada de Aben-Abóo, detuvieron ó paralizaron la obra de la reduccion, que era un acto consumado. Por todas partes los moriscos entregaban las armas y se sometian á la voluntad del rey, por cuya disposicion eran internados inmediatamente por todo el pais de Andalucía. ¡A tan duras condiciones tuvieron que doblarse! En vano se encendieron algunas llamaradas de insurreccion en la Serranía de Ronda, que fueron pronto apagadas por el duque de Arcos, á quien se encomendó esta empresa. Se dió por tan concluida ya la contienda, que se despidió la gente de guerra y se tomaron todas las medidas análogas al gobierno de un pais pacífico, donde eran necesarias ciertas precauciones. Don Juan de Austria regresó á la corte, donde fué recibido del rey con las muestras de aprecio que merecian sus servicios.

Andaba errante mientras tanto Aben-Abóo, convertido de rey en fugitivo, abandonado de los suyos, seguido de unos pocos, en quienes tenia puesta su confianza; mas no hay fidelidad á prueba, cuando median alicientes de violarla, tratándose sobre todo de hombres tales, como podian acompañar al monarca destronado. Uno de ellos, en quien mas depositaba su confianza, Monfi, llamado el Se-

nix, entró en inteligencias con comisionados de las autoridades de Granada, ofreciendo entregar á Aben-Abóo, con tal que le perdonasen á él con sus amigos, y les restituyesen sus mujeres é hijas que se hallaban prisioneras. No fué difícil dar oidos á propuesta semejante; se ajustaron las condiciones del convenio, en cuya virtud se apoderaron el Senix y los suyos de la persona de Aben-Abóo, y le asesinaron, no sin haber mediado una fuerte resistencia. Inmediatamente condujeron á Granada su cadáver, colocado en una mula, entablillado debajo de los vestidos, para darle la actitud de un hombre montado, á fin de que fuese mejor visto de la muchedumbre. Despues de verificada la entrada con toda la ceremonia y publicidad imaginable, le cortaron la cabeza, que fué puesta en una jaula, sobre una de las puertas de la ciudad, con la inscripcion siguiente: «Esta es la cabeza del traidor Aben-Abóo: nadie la quite so pena de muerte.»

Así concluyó la insurreccion y levantamiento de los moriscos de Granada, uno de los episodios mas lamentables del reinado que escribimos. No fué de larga dura la contienda, pero acompañada de todos los excesos, crímenes y horrores, con que se distinguen estas luchas de pueblo á pueblo, cuando están en juego agravios recibidos, deseos vivos de venganza, rivalidades de creencias. Fueron los encuentros parciales, infinitos; pocas las batallas que merezcan este nombre; brillante el arrojo personal de los dos bandos; escasos los laureles que alcanzaron unos y otros. Que la insurreccion fué en gran parte provocada por las máximas de intolerancia que tanto distinguieron el gobierno de Felipe II, es un hecho positivo; que esta intolerancia, sobre todo en materias religiosas, hallaba un eco en los ánimos de sus súbditos, tampoco puede estar sujeto á duda. Por una parte se obligaba á los moriscos á abrazar el cristianismo; por otra, causaba escándalo y horror, el que no se mostrasen adictos á un culto que se les imponia con violencia. Despues de ser vejados en su fe, se los atacaba en sus trajes, en sus usos, y hasta en el ejercicio de su lengua. Cuando un pueblo se halla en esta condicion, precisamente tasca su freno con grandísima impaciencia, y si una vez llega á alzarse, no puede menos de ser espantoso el ruido con que rompe sus cadenas. Se confirmó esta verdad, en los horrores y atrocidades que acompañaron el pronunciamiento simultáneo de todas las taas de las Alpujarras; siendo de notar, que fueron los principales objetos de su encarnizamiento, los eclesiásticos, que los

obligaban á presentarse en la iglesia, y los sacristanes que llevaban cuenta de los que faltaban, á fin de imponerles un castigo. Sa lanzaron los moriscos á la lucha, ciegos de venganza; los castellanos que iban contra ellos, no podian menos de imitar su ejemplo. A estas consideraciones hay que añadir, que en nuestro campo faltaban muchas veces víveres, y que las pagas andaban muy escasas. Así suplia esta falta el botin, y el cautiverio de las mujeres é hijas de los enemigos, no era pequeño aliciente en esta guerra, que no podia menos de ser muy sanguinaria, por una y otra parte. Fué un mal que nuestras armas estuviesen mandadas al principio por dos jefes independientes uno de otro, que no solo rivalizaban en reputacion y fama, sino que veian las cosas de un modo muy opuesto. Algo se reparó este mal con la ida de don Juan de Austria, y retirada del marqués de Mondejar; mas aunque se habia dado al primero la suprema direccion de los negocios, todavía el marqués de los Velez estaba en comunicacion directa con la corte, de la que recibia instruciones. Fué una felicidad la retirada de este personaje de la escena, y que se encomendase, en fin, el mando de las armas á un príncipe jóven, alentado, que deseaba adquirir fama, y que caminaba á su objeto por la via mas corta. A él se le debe la conclusion de esta guerra tan calamitosa. Quedó sujeta la tierra; pero *destruida y despoblada* (1), y aunque acudieron nuevos colonos á habitarla, todavía al cabo de cerca de tres siglos, se echan de menos sus antiguos moradores. De todos modos, no fué este el final desenlace de un drama tan triste y lúgubre. Nuevas miserias aguardaban á un pueblo, cuyo mayor crímen era el haber sido vencido, y criado en creencias muy diversas de las de sus vencedores. (2)

(1) Palabras de Hurtado de Mendoza. L. 4

(2) Es sabido que en el reinado de Felipe III fueron expelidos del reino y trasladados al Africa todos los moriscos, en número de seiscientos mil; otro rasgo de *celo religioso*, que fué muy aplaudido en su tiempo, y hasta por Cervantes, quien puso por dos veces el elogio de esta providencia, en la misma boca de un morisco (Ricote). Véanse los capítulos LIV y LXV de la segunda parte de Don Quijote.

nix, entró en inteligencias con comisionados de las autoridades de Granada, ofreciendo entregar á Aben-Abóo, con tal que le perdonasen á él con sus amigos, y les restituyesen sus mujeres é hijas que se hallaban prisioneras. No fué difícil dar oidos á propuesta semejante; se ajustaron las condiciones del convenio, en cuya virtud se apoderaron el Senix y los suyos de la persona de Aben-Abóo, y le asesinaron, no sin haber mediado una fuerte resistencia. Inmediatamente condujeron á Granada su cadáver, colocado en una mula, entablillado debajo de los vestidos, para darle la actitud de un hombre montado, á fin de que fuese mejor visto de la muchedumbre. Despues de verificada la entrada con toda la ceremonia y publicidad imaginable, le cortaron la cabeza, que fué puesta en una jaula, sobre una de las puertas de la ciudad, con la inscripcion siguiente: «Esta es la cabeza del traidor Aben-Abóo: nadie la quite so pena de muerte.»

Así concluyó la insurreccion y levantamiento de los moriscos de Granada, uno de los episodios mas lamentables del reinado que escribimos. No fué de larga dura la contienda, pero acompañada de todos los excesos, crímenes y horrores, con que se distinguen estas luchas de pueblo á pueblo, cuando están en juego agravios recibidos, deseos vivos de venganza, rivalidades de creencias. Fueron los encuentros parciales, infinitos; pocas las batallas que merezcan este nombre; brillante el arrojo personal de los dos bandos; escasos los laureles que alcanzaron unos y otros. Que la insurreccion fué en gran parte provocada por las máximas de intolerancia que tanto distinguieron el gobierno de Felipe II, es un hecho positivo; que esta intolerancia, sobre todo en materias religiosas, hallaba un eco en los ánimos de sus súbditos, tampoco puede estar sujeto á duda. Por una parte se obligaba á los moriscos á abrazar el cristianismo; por otra, causaba escándalo y horror, el que no se mostrasen adictos á un culto que se les imponia con violencia. Despues de ser vejados en su fe, se los atacaba en sus trajes, en sus usos, y hasta en el ejercicio de su lengua. Cuando un pueblo se halla en esta condicion, precisamente tasca su freno con grandísima impaciencia, y si una vez llega á alzarse, no puede menos de ser espantoso el ruido con que rompe sus cadenas. Se confirmó esta verdad, en los horrores y atrocidades que acompañaron el pronunciamiento simultáneo de todas las taas de las Alpujarras; siendo de notar, que fueron los principales objetos de su encarnizamiento, los eclesiásticos, que los

obligaban á presentarse en la iglesia, y los sacristanes que llevaban cuenta de los que faltaban, á fin de imponerles un castigo. Sa lanzaron los moriscos á la lucha, ciegos de venganza; los castellanos que iban contra ellos, no podian menos de imitar su ejemplo. A estas consideraciones hay que añadir, que en nuestro campo faltaban muchas veces víveres, y que las pagas andaban muy escasas. Así suplia esta falta el botin, y el cautiverio de las mujeres é hijas de los enemigos, no era pequeño aliciente en esta guerra, que no podia menos de ser muy sanguinaria, por una y otra parte. Fué un mal que nuestras armas estuviesen mandadas al principio por dos jefes independientes uno de otro, que no solo rivalizaban en reputacion y fama, sino que veian las cosas de un modo muy opuesto. Algo se reparó este mal con la ida de don Juan de Austria, y retirada del marqués de Mondejar; mas aunque se habia dado al primero la suprema direccion de los negocios, todavía el marqués de los Velez estaba en comunicacion directa con la corte, de la que recibia instruciones. Fué una felicidad la retirada de este personaje de la escena, y que se encomendase, en fin, el mando de las armas á un príncipe jóven, alentado, que deseaba adquirir fama, y que caminaba á su objeto por la via mas corta. A él se le debe la conclusion de esta guerra tan calamitosa. Quedó sujeta la tierra; pero *destruida y despoblada* (1), y aunque acudieron nuevos colonos á habitarla, todavía al cabo de cerca de tres siglos, se echan de menos sus antiguos moradores. De todos modos, no fué este el final desenlace de un drama tan triste y lúgubre. Nuevas miserias aguardaban á un pueblo, cuyo mayor crímen era el haber sido vencido, y criado en creencias muy diversas de las de sus vencedores. (2)

(1) Palabras de Hurtado de Mendoza. L. 4

(2) Es sabido que en el reinado de Felipe III fueron expelidos del reino y trasladados al Africa todos los moriscos, en número de seiscientos mil; otro rasgo de *celo religioso*, que fué muy aplaudido en su tiempo, y hasta por Cervantes, quien puso por dos veces el elogio de esta providencia, en la misma boca de un morisco (Ricote). Véanse los capitulos LIV y LXV de la segunda parte de Don Quijote.

CAPITULO XXXVI.

Asuntos de Italia.—Muerte del Paulo IV.—Exaltacion de Pio IV.—Idem de Pio V.—Anima este á los príncipes cristianos á la guerra contra el turco.—Muerte de Soliman.—Asciende Selim II al trono otomano.—Expedicion de los turcos contra la isla de Chipre.—Toma de la plaza de Nicosia.—Sitio de la de Famagosta.—Promueve el Papa una nueva liga entre España, la república de Venecia y su persona.—Se ajustan las condiciones de la liga en Roma.—Va el cardenal de Alejandría á Madrid.—Confirma el rey las disposiciones del pontífice.—Nombramiento de don Juan de Austria por generalísimo de la liga.—Vuelve este á Madrid de las guerras de Granada.—Se embarca en Barcelona.—Reunion en Mesina de las fuerzas de la confederacion.—Salen en busca de los turcos.—Batalla de Lepanto (1).—1559-1571.

Gozaba Italia de tranquilidad, mientra Francia, los Paises-Bajos, Escocia y aun Inglaterra, eran teatro de tantas turbulencias. No se hallaban en ningun género de mútua hostilidad los diversos estados de aquella region, en que ejercia el rey de España una influencia nada inferior á la que habia alcanzado Carlos V. Señor de Nápoles, de Sicilia y del Milanesado, unido por relaciones de familia con Octavio, duque de Parma, protector de los duques de Florencia, aliado antiguo de la república de Génova, donde los Dorias se hallaban en la clase de sus primeros servidores, se podia casi considerar, exceptuando á Venecia y los Estados pontificios, como el monarca y árbitro de Italia. Conservaba buena armonía con aquella república, tan ocupada á la sazon en sus guerras con los turcos. En cuanto á

(1) Cabrera, Herrera, Ferreras, Vanderhammen, en su Vida de don Juan de Austria y otros.

los Estados pontificios, ya se ha visto con cuánta gloria de sus armas habia ajustado ó mas bien concedido paces al papa Paulo IV. Murió este fogoso pontífice, antes enemigo encarnizado, tanto de Carlos V como de su hijo, á mediados del año 1559. Duró muy poco el cónclave reunido para elegirle sucesor, y en octubre del mismo año fué exaltado á la silla pontificia el cardenal Angel de Médicis, que con el nombre de Pio IV gobernó la Iglesia. No se mostró este pontífice enemigo de Felipe II como lo habia sido su predecesor, puesto que á la mayoría de los votos de la parcialidad del rey era deudor de su alto puesto. Bajo los auspicios de este papa se celebró por los años de 1562 y 1563 el segundo concilio de Trento, ó mas bien la continuacion del primero, tan ardientemente solicitada por el rey de España, á quien el estado de las nuevas sectas religiosas en Europa causaba tal vez mas inquietud que el mismo Papa. De lo actuado en este concilio hemos dado una sucinta relacion en su debido tiempo. Tambien se hizo mencion del puesto preferente que con este motivo se dió á los embajadores de Francia sobre los de España, siendo notable esta particularidad para hacer ver el celo que animaba al rey católico en la celebracion del concilio; pues á pesar de un desaire tan depresivo de su dignidad, no se mostró menos activo en mandar la pronta ejecucion de lo determinado y decidido por sus padres. No entraremos en mas pormenores sobre Pio IV, que murió en el año de 1566, despues de siete años de reinado. Tardó muy poco en ser elevado á la silla pontificia el cardenal de Alejandría Miguel Ghisleri, fraile dominico, que tomó á su exaltacion el nombre de Pio V, tan famoso en la historia de aquel tiempo, como en los anales del pontificado. Fué este Papa de carácter duro, intolerante en cuanto decia relacion á las prerogativas de la Iglesia. Con el rey de España mantuvo buena inteligencia, á pesar de que habiéndose suscitado de nuevo en Roma la cuestion de precedencia entre los embajadores de España y Francia, se decidió en favor de esta última potencia, sin duda porque irritado su rey, no resultase perjuicio á la religion católica tan amenazada en sus estados. Sufrió el desaire el de España, sin tomar otra satisfaccion que mandar á su embajador se presentase á la audiencia del Papa en distintos dias que el de Francia.

Se distinguió sobremanera el papa Pio V por su celo en armar los príncipes de la cristiandad contra las fuerzas de los turcos, no menos temibles sobre el mar que por sus ejércitos de tierra. Mara-

villa causa, y es sin duda uno de los grandes fenómenos de la historia moderna, así como el descrédito de Europa, el que un pueblo salido poco mas de dos siglos antes de las faldas del Cáucaso, hubiese llegado al punto de ser objeto de terror para tantas naciones poderosas. Si sus conquistas por tierra admiran por su rapidez y sucesion no interrumpida, asombra cómo se hicieron tan pronto con fuerzas navales para ser una potencia marítima, acaso la primera del Mediterráneo. Ya el conquistador de Constantinopla habia hecho excursiones en varias islas del Archipiélago, y llevado sus medias lunas victoriosas á las mismas costas de Nápoles, asolada en varias partes con sus desembarcos. Sobre bajeles condujo Selim I la mayor parte de las tropas que le conquistaron el Egipto. Ya hemos hablado de las importantes adquisiciones que hizo Soliman el Magnífico, de varios puntos importantes del Mediterráneo de su toma de Rodas, de los diversos desembarcos en las costas de Nápoles, de Menorca, de Córcega, de la Morea, bajo la direccion de sus capitanes y los famosos Barboroja y Dragut, que obraban en todo bajo sus auspicios. Si las armas de este célebre conquistador retrocedieron delante de Malta, se podia pensar que de un momento á otro volviesen con fuerzas formidables. Temia esto sin duda el papa Pio V, cuando envió al gran maestre de la órden de Malta, La Valette, un gran socorro de hombres y dinero para la construccion de la nueva fortaleza. Por sus consejos se animó el rey de España á enviar considerables refuerzos á las diversas guarniciones de las costas de Africa.

Termino el miedo de una nueva invasion en Malta con la muerte de Soliman (1) en el sitio de Szigheth, plaza fuerte de Hungría, en el año de 1666; mas aunque su sucesor Selim II le era muy inferior en capacidad y en ambicion, no daba muestras de dejar oscurecerse bajo su dominio la gloria esclarecida de los otomanos. Conservaba el imperio toda su grandeza, y las mismas disposiciones que su predecesor anunciaba el nuevo sultan, de ensanchar mas y mas los límites de su poder marítimo. Habia comenzado con una

(1) Algunos, y entre ellos el príncipe Demetrio Cantemiro, en su Historia de los emperadores turcos otomanos, dan á este sultan el nombre de Soliman I y no II. Mas es un hecho que Soliman, hijo primogénito de Bayaceto I, prisionero en la batalla de Ancyra, reinó despues de esta ocurrencia sobre una gran parte de los dominios de su padre, aunque no recogió toda la sucesion, que le fué disputada por su hermano Mouza. Tal vez por la circunstancia de esta guerra civil, ó porque Soliman no recibió la investidura solemne del título de sultan, dejan algunos de incluirle en el catálogo de los emperadores; mas otros le reconocen como tal, llamando Soliman II al mencionado en esta historia.

expedicion sobre la isla de Chipre, en posesion entonces de los venecianos. La mandaba Piali al frente de ciento y sesenta galeras, cincuenta galeotas, ochenta bajeles de carga, que llevaban á bordo cincuenta mil infantes á sueldo, entre ellos siete mil genízaros, y otros treinta mil turcos de milicias ordinarias. En julio de 1570 llegó la expedicion á Chipre, y el ejército turco se presentó delante de los muros de Nicosia, plaza poco fuerte, defendida por mil quinientos italianos á sueldo, tres mil cipriotas, dos mil y seiscientos vecinos del pueblo, y mil y quinientos soldados pagados de los alrededores. Fueron furiosas las embestidas de los turcos. A las cuarenta y ocho horas de sitio ya habian dado cuatro asaltos, siendo el resultado del último la toma de la plaza. Dieron los turcos muerte á los italianos y cipriotas nobles, á treinta mil del vulgo, é hicieron veinte mil cautivos, despues de haber entrado la ciudad á saco y cometido todos los horrores propios de tropas tan feroces.

Mientras los turcos despues de tomar la plaza de Nicosia se preparaban al sitio de la de Famagosta, salieron los venecianos de las costas de Dalmacia, y llegaron á Curfú, donde se les unió Juan Andrés Doria con sus galeras y las del rey de España, llevando en ellas cinco mil españoles y dos mil italianos, provistos abundantemente de víveres y de municiones. Tambien se incorporaron en la expedicion algunas galeras del pontífice, mandadas por Marco Antonio Colonna. Salió de Corfú la escuadra combinada, y en agosto de 1570 llegó á la isla de Candía, posesion asimismo de los venecianos. Allí supieron la toma de Nicosia por los turcos, y con este motivo se propuso en el Consejo que saliesen en busca de la escuadra enemiga, para poner en salvo los intereses de aquella isla tan amenazada. Igual resolucion tomaron los turcos de salir al encuentro de la escuadra combinada; mas sea por la poca voluntad con que obraban unos y otros, sea por desavenencias de los jefes, ó por los estragos que hacia la peste en la gente de ambos bandos, llegó el invierno sin ocurrir encuentro alguno entre los cristianos y los turcos. Se retiró Piali con su armada á Constantinopla, despues de dejar en Chipre todos los aprestos para el sitio de Famagosta, y los de la escuadra combinada volvieron á sus puertos.

Existia, pues, una alianza de hecho entre el rey de España, el pontífice y la república de Venecia contra el turco. Mas no estaba cimentada esta union en capitulaciones expresas, ni hasta entonces habian obrado las tres naciones con todo el vigor correspondiente.

Era inminente el peligro que amenazaba á la cristiandad, y llegado el caso de imponer de una vez á los turcos con un armamento formidable. Cupo la gloria de dar el primer impulso para esta grande obra al papa Pio V. A sus ruegos se reunieron en Roma los comisarios de la liga, y á presencia del pontífice les espuso en un consistorio el cardenal Granvella, los motivos poderosos que debian animar á los príncipes cristianos para armarse nuevamente contra el turco. Hizo aquel cardenal, como hombre hábil y diestro en la elocuencia, una pintura vivísima de los males y desastres que habia hecho sufrir á todos los pueblos de la cristiandad aquella nacion tan feroz, enemiga de Dios y de la Iglesia. Enumeró sus rápidas conquistas por tierra, sus atrocidades, de que habia sido víctima la misma generacion de entonces; y por todas estas causas, manifestó que era ya un deber hácia Dios y hácia los hombres, poner para siempre un dique á tal torrente de calamidades. Concluia su arenga exponiendo al Papa el servicio insigne que aguardaba la religion de su piedad, poniéndose al frente de una liga de príncipes para obrar de concierto en una expedicion tan santa.

Respondió el pontífice alabando el celo del cardenal Granvella, y declarando su resolucion de ser el primero en dar impulso á tan gloriosa empresa. Deploró lo mismo que el prelado las calamidades sufridas por la ambicion y ferocidad de los infieles; pero para animar mas el valor y celo de los príncipes cristianos, hizo mencion de las victorias que estos habian obtenido sobre las armas de los otomanos, entre los que tanto se habian distinguido el rey de Polonia Uladislao, los de Hungría, Juan de Huniades y Matías Corvino (1), el famoso Scanderberg, y sobre todo los caballeros de San Juan en la defensa de su isla.

A pesar de la poca armonía que animaba á los comisarios, de las pretensiones exclusivas de las potencias de que dependian, logró el Papa que viniesen á un definitivo arreglo y continuasen la liga bajo determinadas condiciones. Fué el mismo pontífice quien las propuso, no queriendo adelantarse los enviados del rey de España, por ser la república de Venecia la principal interesada en la liga, ni los de esta última potencia porque no pareciese que se humillaban ante el rey católico. Por fin se convinieron en aprestar entre todos doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil hombres de infante-

(1) El primero de estos dos, padre del segundo, no fué rey si bien gobernó á Hungría revestido del poder supremo.

ría y cuatro mil caballos. Nombraron los venecianos por general de sus fuerzas á Jerónimo Zasse; el pontífice á Marco Antonio Colonna, y el rey de España á su hermano don Juan de Austria. Mas como era preciso que un jefe supremo tuviese la direccion de la escuadra combinada, se suscitó un altercado entre los comisarios de Venecia y los del rey de España, alegando los primeros que tocaba hacer este nombramiento á la república, por ser la guerra publicada contra ellos, y los segundos que pertenecia al rey católico por su alta dignidad, y ser el que con mas fuerzas acudia. Compuso el pontífice la diferencia, y quedó nombrado don Juan de Austria generalísimo de la liga, debiendo de obrar en clase de su segundo Marco Antonio Colonna, jefe de las fuerzas del pontífice.

Se extendió con toda formalidad el tratado de la liga perpétua contra el turco y los Deyes tributarios de Argel, Túnez y Trípoli. Se redujeron los artículos principales, prescindiendo del contingente de la fuerza que cada estado debia aprontar, á los siguientes: Que estuviesen los generales con sus armadas á fines de marzo ó de abril del año 1571 en los mares de Levante; y en caso de atacar el turco alguna de las tres potencias coligadas, enviase la liga auxilio suficiente, ó fuesen todos si era necesario: que se presentasen en Roma los embajadores de la liga por otoño, para deliberar el plan de campaña para la primavera siguiente: que pagase el pontífice tres mil infantes, doscientos setenta caballos y doce galeras. De lo restante debia pagar el rey católico tres quintos, y los otros dos los venecianos: que diese la república al pontífice las galeras armadas y artilladas, pagándolas á dinero ó restituyéndolas en el mismo estado en que fuesen entregadas: que cada una de las partes contratantes presentase en campaña la mayor fuerza disponible, resarciéndose de lo que escediese al contingente señalado: que se comprasen los víveres donde mas abundasen en los estados de los confederados, sin que pudiesen los señores hacer exportaciones, á excepcion del rey para Malta, la Goleta y sus armadas. En caso de no hacerse la campaña y fuese atacado el rey ó la república por la fuerza de los turcos, que acudiese el otro con cincuenta galeras de socorro. Si el rey hiciese alguna expedicion sobre Argel, Túnez y Trípoli, ó la república sobre las fortalezas del mar Adriático, que le ayudase el otro con cincuenta galeras, debiendo tener la preferencia el rey de España, en caso de obrar en el término de un año. Si fuese atacado el pontífice, que se presentasen con todas sus fuerzas

los confederados. Debia ejecutar el generalísimo de la liga lo que votasen los generales del pontífice, del rey ó de la república. No podia usar el generalísimo de estandarte propio, ni tomar otro nombre que el de general de la liga. Debia darse honradísimo lugar al emperador ó á los reyes de Francia ó de Portugal, y á las fuerzas con que cada uno contribuyese para aumentar las de la liga: que procurase el pontífice hacer entrar en ella al rey de Polonia y demás príncipes cristianos: que fuese el pontífice juez en cualquiera diferencia que se suscitase entre los confederados: que ninguno de ellos hiciese paces con los turcos sin participacion y consentimiento de los otros.

Despues de ajustarse con toda solemnidad el tratado de la liga, envió Pio V á su sobrino Fray Miguel Bonelo, cardenal de Alejandría, en clase de legado, á los demás príncipes de la cristiandad, exhortándoles en nombre de la fé cristiana á participar de las glorias de que se iban á cubrir las tropas de la liga. Despues de haber cumplido con esta mision por Italia y Francia, se trasladó á España á presentarse al rey católico, para quien llevaba encargo especial de parte del pontífice.

Fué recibido el legado en España con todas las demostraciones posibles de obsequio y de respeto. Encontró en Barcelona al cardenal de Espinosa y á don Fernando de Borja, hermano del duque de Gandía, quienes le aguardaban de órden del rey, para acompañarle hasta la corte. Salió el monarca á recibirle fuera de las puertas de Madrid, donde entraron juntos, acompañados y seguidos de los principales personajes, entre los que se hallaba don Juan de Austria, ya de regreso de Granada. Se mostró muy inclinado el rey de España á favorecer en un todo las miras del pontífice. Confirmó por su parte todos los artículos del tratado de la liga, y de que estaba ya bien informado. En medio de tantas atenciones como entonces le rodeaban, habia tomado sus disposiciones y hecho sus preparativos como convenia á quien iba á representar el principal papel entre las potencias coligadas. Habia puesto de virey de Sicilia al marqués de Pescara, y conferido el mando del mar á don Luis de Requesens, mientras el príncipe llegaba. Galeras, víveres, municiones, armas, pertrechos, todo se estaba acopiando para una expedicion, la mas importante que hasta entonces habian presenciado aquellos mares.

Arregló al mismo tiempo el legado del Papa con el rey otros asuntos de órden inferior, mas que interesaban tambien mucho á

Pio V. Acababa este de dar el título de gran duque de Toscana á Cosme, duque de Florencia, sin la participacion del rey de España, quien no se manifestó irritado por una concesion que nada le perjudicaba. Asimismo solicitó el pontífice que se hiciesen observar en los reinos de Sicilia y Nápoles algunas disposiciones del concilio de Trento, y cuya observancia descuidaban las autoridades de los dos paises. Tampoco esto fué oido con desagrado por el rey de España, para quien eran las decisiones del concilio de Trento, tan respetables y sagradas.

No pudo entrar en esta liga contra el turco el emperador Maximiliano, por falta de bajeles: tampoco el rey de Francia; tal vez por el recuerdo de las antiguas alianzas con la Puerta, ó por no tomar parte en una empresa, donde se reconocia por jefe y capitan á una persona de la casa de Austria. Se redujo, pues, la confederacion al pontífice, á la república de Venecia y al rey católico, cuya cooperacion debia ser la mas eficaz, por ser tambien mucho mas considerable la potencia. Tambien confirmó el rey muy gustoso la eleccion que se habia hecho de generalísimo de la liga en la persona de su hermano don Juan, quien despues de recibir las órdenes del rey, tomó el camino de Barcelona y se embarcó en seguida para Génova. Salió de aquí para Nápoles, y despues para el puerto de Mesina, en Sicilia, punto designado de reunion de las fuerzas combinadas. Llevaba consigo ochenta galeras, veinte y dos navíos con veinte y un mil hombres de infantería, abundantemente provistos de artillería, municiones, víveres y toda especie de pertrechos militares. Además de los jefes y oficiales que tenian mando efectivo, tanto en la escuadra como en el ejército, se embarcaron con el generalísimo muchos caballeros de distincion, que en calidad de simples aventureros, quisieron tomar parte en una expedicion sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Llegó don Juan á la vista de Mesina en agosto de 1571, y antes de desembarcar celebró á bordo de su capitana un consejo de guerra, al que asistieron los principales jefes de las fuerzas combinadas. Allí les manifestó las instrucciones del rey católico, decidido á que se buscase á la escuadra otomana, y se pelease á toda costa contra los enemigos de la cristiandad que constantemente amenazaban á las potencias del Mediterráneo. Al mismo tiempo les manifestó su propia determinacion de cumplir en un todo con las órdenes del rey, exponiéndose el primero á todos los peligros de la

empresa. Fué oida su arenga con grandísimo entusiasmo, y desde aquel momento se tomaron todas las disposiciones necesarias, para salir en busca de los turcos.

En el verano de aquel año se habian apoderado estos de Famagosta, en Chipre, segunda conquista que hacian las armas de Selim II. Habia opuesto la plaza una fuerte resistencia; mas reducida á los últimos apuros, se vió en precision de rendirse, concediendo el vencedor á los vecinos las vidas, los vestidos, sus armas y banderas, con algunos buques para trasladarse á la isla de Candía. Mas los generales turcos cometieron, á pesar de este convenio, muchas crueldades en los principales personajes, á quienes hicieron morir, en medio de tormentos. Desembarazados de este negocio que tanto les interesaba, continuaron sus correrías sobre el mar, y aun trataron de apoderarse de la isla de Corfú; mas fueron repelidos con notable pérdida, y obligados á abandonar por entonces dicha empresa.

Mientras tanto terminaban los preparativos de la escuadra combinada, reuniendo cada estado su respectivo contingente. Aprontaron los venecianos ochenta galeras á las órdenes de Sebastian Veniero y el proveedor Barbárigo. Llegó con doce de Génova Juan Andrés Doria, y al mismo número ascendian las del pontífice al mando de Colonna. Poco despues aportó don Alvaro Bazan, ya marqués de Santa Cruz, con otras treinta. Era maestre de campo general Ascanio de la Corne; general de las tropas italianas el conde de Santa Flor, y Gabriel Serveloni de la infantería. Mas á pesar de tantas fuerzas reunidas, todavía no se componia la expedicion de todas las que se habian contratado.

No eran muchas las tropas del pontífice; mas suplia esta falta el nombre y la autoridad del jefe de la Iglesia. De su órden se presentó en el campo en clase de legado monseñor Odescalchi, exhortando á la pelea, animando en nombre del Papa á los valientes que concurrian á tan santa empresa. Les habló de revelaciones de Dios, en que les prometia la victoria, y presentó profecías de san Isidro relativas á lo que entonces se estaba proyectando. Se ordenó en todo el campo un ayuno de tres dias, y las tropas confesaron y comulgaron, habiendo además recibido indulgencias en los mismos términos que las concedidas á los que habian conquistado el santo sepulcro algunos siglos antes.

Preparado y listo todo, celebró don Juan otro consejo de guerra, en los mismos términos que el anterior, sobre el plan de las operaciones. Fueron algunos de opinion que la escuadra se atuviese á la defensiva, esperando que los turcos los buscasen; mas don Juan, insistiendo siempre en su primera determinacion, y apoyado en las órdenes del rey, se decidió por la ofensiva; idea que al fin fué apoyada por todos los jefes del ejército.

Salió la expedicion de Mesina el 15 de setiembre del mismo año (1571), y el legado del Papa, colocado en el punto mas prominente del puerto, echaba su bendicion sobre cada buque conforme iban desfilando. Llevaba la vanguardia Juan Andrés Doria con cincuenta y cuatro galeras, y órden de ocupar el ala derecha en caso de combate. Se componia su division de siete galeras de Nápoles, diez de Génova pagadas por el rey, y otras dos del mismo estado al sueldo de Doria: dos del pontífice, veinte y seis de Venecia, cuatro de Sicilia y dos de Saboya, mezcladas todas para quitar la rivalidad de las naciones y atender á que los barcos chicos estuviesen resguardados por los grandes. Llevaba la vanguardia banderolas verdes para ser distinguida de las otras divisiones. Iba en el cuerpo de batalla el generalísimo, con setenta y cuatro galeras de banderolas azules, habiéndose colocado en la capitana el estandarte de la liga. Navegaba á la derecha de esta capitana, la del pontífice, mandada por Marco Antonio Colonna, y á la izquierda Sebastian Veniero con la de Venecia y la capitana de Saboya, á cuyo bordo iba el príncipe de Urbino. Se componia este cuerpo de batalla de tres galeras del pontífice, trece venecianas, tres de Juan Andrés Doria, tres de España, tres de Malta, que iban todas al mando de Marco Antonio Colonna, y al de Veniero la capitana de Génova, otras tres de España, trece de Venecia, tres genovesas al sueldo del rey, dos al de Juan Andrés, tres del pontífice y una de Nápoles. Constaba el tercer cuerpo, que era el ala izquierda, de cincuenta y cinco galeras con banderas amarillas, al mando del proveedor (1) Barbárigo. Se componia de treinta y cuatro galeras venecianas, ocho de Nápoles y de España, dos del pontífice y dos de Doria. El cuarto cuerpo, que se destinaba á la reserva, estaba al cargo del marqués de Santa Cruz, y se componia de treinta galeras con banderolas blancas, doce de Venecia, cuatro de España, dos del pontífice y doce de Nápoles. Iba de descubierta con veinte ó treinta millas de ventaja don Juan de Car-

(1) El nombre propio en italiano es *proveditore*, inspector, proveedor, etc.

dona con ocho galeras, cuatro de su cargo, dos venecianas y dos de Juan Andrés de Génova. Llevaba este jefe la órden de descubrir y avisar al cuerpo de la armada, de todas las velas turcas que avistase, recogiéndose al cuerpo principal en las horas de la noche.

Caminaba lentamente la escuadra, tanto por conservar la union, cuanto por evitar los malos pasos. En esta disposicion llegó á la isla de Corfú, donde se embarcaron seis piezas gruesas con sus pertrechos y la infantería italiana del cargo de Paulo Ursino. Allí tuvo noticia de que estaba en Prevesa el almirante turco Alí, recien salido de Constantinopla con fuerzas formidables.

Habia tenido avisos oportunos el Gran Señor de la expedicion de los cristianos, y no habia perdido tiempo en preparar sus fuerzas de mar, que salieron de los puertos con órden de buscar á los contrarios. No pensaba el almirante Alí que estos tomasen la ofensiva, y cuando supo que habian salido de Mesina en busca suya, depuso un poco el tono arrogante con que acerca de ellos se expresaba.

Se hallaba entonces la escuadra turca en el trecho de mar conocido con el nombre de golfo de Corinto, y habiendo sabido la proximidad á que se hallaban los cristianos, reunió los capitanes, entre los cuales se hallaba el famoso Aluch-Alí (1), y deliberó con ellos, sobre si deberia marchar á ofrecerles la batalla. Fueron algunos de opinion de que seria muy expuesto buscar á enemigos, cuyas fuerzas deberian de ser muy grandes, cuando habian tomado la ofensiva. Pero el almirante Alí, ó porque fuese de un carácter mas resuelto, ó por su enemistad y odio al nombre cristiano, ó por temor al sultan, cuyas órdenes terminantes habian sido de que se cayese sobre el enemigo donde quiera que le hallasen, se obstinó en aceptar la batalla que los cristianos le ofrecian. Así se encontraron con facilidad las escuadras que mútuamente se buscaban.

Tuvo lugar este encuentro en 7 de octubre, cerca de Lepanto, en el golfo de este nombre, y por una coincidencia singular, no lejos del sitio donde poco menos de diez y seis siglos antes, habia sido diputado por Octavio y Marco Antonio el imperio, con pocas excepciones, del mundo entonces conocido. Tenian los turcos á su espalda las costas de la Grecia; los cristianos el mar abierto con la

(1) Algunos, y entre ellos Cervantes, dan á este renegado el nombre de *El Uchalí*, tal vez con mas propiedad, aunque nos parece que viene á ser lo mismo. Sin embargo, nosotros le escribimos tal cual le hallamos en Cabrera y en Ferreras.



COMBATE NAVAL DE LEPANTO

Morea á la derecha y la isla de Cefalonia á la izquierda: las escuadras se acercaban múluamente: el combate era por lo mismo inevitable. En el último consejo de guerra celebrado en la escuadra turca, se volvió á obstinar el almirante Alí en buscar á los cristianos á pesar de las representaciones que le hicieron en contrario varios capitanes suyos muy experimentados, que ya le habian dado el consejo de retroceder en otras ocasiones.

Se componia la línea de los cristianos de ciento sesenta galeras de frente, mandando la derecha Juan Andrés Doria, la izquierda el proveedor veneciano Barbárigo, y don Juan de Austria, colocado en el centro, el cuerpo de batalla. Estaba formado á retaguardia y como de reserva el marqués de Santa Cruz al frente de treinta galeras, á fin de impedir todo ataque que los turcos pudiesen hacer á los nuestros por la espalda. Dispuso el general turco la línea de sus galeras en forma de media luna, y se situó en el centro casi enfrente de la capitana, donde iba don Juan de Austria. Preparado todo para el combate, despues de colocarse un gran Crucifijo y la imágen de la Vírgen en el tope de la capitana, pasó el generalísimo á bordo de una lancha ó esquife, y recorrió la línea exhortando á todos á conducirse con valor contra los enemigos de la fé cristiana. Algunos dicen (1) que llevaba en la mano un Crucifijo con que redobló el entusiasmo de la gente de todas las galeras, que le victorearon pidiendo con ardor que empezase cuanto antes la batalla. Entonces se leyeron de nuevo en alta voz las indulgencias concedidas por el pontífice en favor de los valientes defensores de la fé católica. Debia de ser muy vistoso y muy sublime el espectáculo que ofrecian tantos buques con sus velas, banderas y estandartes desplegados que se reflejaban en las aguas; realzádo el cuadro con las voces de la gente, el sonido de los clarines, trompetas, atabales y demás instrumentos bélicos que se repetian en las playas inmediatas. Anunciaron el momento de la pelea dos cañonazos disparados, uno de la capitana turca y otro de la nuestra, y las dos escuadras empezaron el combate.

No estaba en aquellos tiempos tan adelantada la táctica naval como en los nuestros, donde los navíos forman varias líneas y trozos, imitándose en el mar casi las mismas evoluciones que se practican en los ejércitos de tierra. Eran entonces los combates en cierto

(1) Entre ellos Vanderhammen en su vida de don Juan de Austria.

modo mas individuales. Cada buque atacaba al que tenia de frente, y se trababan ambos de cerca por las proas ó bien por los costados, que se venia por lo regular al abordaje, que se peleaba casi siempre al arma blanca. Eran así los combates mas mortíferos, mas sañudos y mas encarnizados. No podian faltar estos caractéres en la batalla de Lepanto, donde tantas naciones combatian á vista de sus jefes; donde se disputaba el imperio del Mediterráneo; donde cada uno consideraba á su rival como enemigo de su fe, y creia hacer una obra grata á la Divinidad procurando su exterminio. No describiremos pues menudamente un combate en que todos los buques, con poca excepcion, chocaron mútuamente, donde eran casi iguales el arrojo y la furia con que unos y otros peleaban. Varias ventajas conseguian algunos de los nuestros, tomando ó echando á pique buques enemigos. No eran muy pocos los que nosotros perdíamos á impulso de la furia turca, pudiendo decirse que despues de algunas horas de pelea, no se podia afirmar hácia qué lado se inclinaba la victoria. Mientras tanto se llenaba el mar de cadáveres, de cuerpos destrozados, de náufragos que pedian auxilio, de restos de buques despedazados por la artillería, y como era tan corto el espacio en que se peleaba, se puede decir, sin figura de retórica, que tenian sus olas ya color de sangre. No es necesario haberse hallado en un combate naval para imaginar la escena de tumulto, confusion y horror que ofrecen estos choques tan terribles; para concebir el ruido espantoso de la artillería, los gritos de los combatientes, los alaridos de los moribundos, cuyos ecos retumbaban en las inmediaciones; para ver en fin un teatro de destrozos y de horrores, donde poco antes se ofrecia el espectáculo de buques tan vistosos y tan engalanados.

No estaban ociosas durante esta refriega las dos capitanas cristiana y enemiga. Desde el principio de la accion se acometieron mútuamente, con el mismo arrojo que á las otras distinguia. Rodeaban la otomona siete galeras en clase de auxiliares, y como al lado de la de don Juan no habia mas que dos, acudió de la retaguardia el marqués de Santa Cruz con otras siete para reforzarle. A las inmediaciones de la capitana de don Juan de Austria, se hallaban la de la Iglesia, mandada por Marco Antonio Colonna, y la de Venecia, por Sebastian Veniero. Todas ellas peleaban con los buques que tenian al frente, mas la capitana de don Juan, solo daba embestidas á la que mandaba Alí en persona, siendo la furia y en-

carnizamiento igual por ambas partes. Una vez llegaron á entrar las tropas de don Juan á bordo del bajel contrario; mas fueron repelidas con notable pérdida. Hacia don Juan las funciones de soldado y capitan en su navío animando á todos con su voz y dando ejemplo, colocado en los parajes de mas riesgo. Como general en jefe de la escuadra, debia de cesar su influencia desde que, empeñado el combate general, pendia la victoria del arrojo individual, pues no se trataba entonces ni de movimientos ni de evoluciones. Sin embargo los del ala derecha estuvieron siempre muy solícitos, para que los turcos no pasasen, como lo intentaban, entre ellos y la costa, con objeto de ponerse á retaguardia de los nuestros. Se vió en grande apuro Juan Andrés Doria con la galera de Malta; mas fué socorrido á tiempo por la de don Juan de Cardona, aunque Aluch-Alí habia logrado separar la capitana de la Orden, y tomarla al abordaje, habiendo perecido casi toda su gente, quedando mortalmente herido el capitan Pedro Justiniano.

Tambien por la izquierda el proveditore Barbárigo sostenia rudos choques, habiendo sido atacada por cinco turcas su galera. Socorrido por otras españolas, volvió á la carga, restableciendo por aquella parte la batalla en que se creian ya los turcos vencedores.

Duraba así el conflicto con ventajas y pérdidas iguales, cuando habiendo hecho un nuevo esfuerzo la capitana de la Liga sobre la turca, se llegó por segunda vez al abordaje. Capitaneados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cardona y don Miguel Moncada, penetraron los nuestros por la galera enemiga, arrollando á la arma blanca á cuantos se les ponian por delante. El almirante Alí fué muerto de un arcabuzaso. Inmediatamente se apoderaron del estandarte imperial turco, al que daban el nombre de Sanjac, y colocaron en su lugar una cruz grande, en signo de victoria. Redoblaron con este espectáculo y el de la cabeza de Alí colocada en una pica, el entusiasmo y furia de los nuestros, y desde entonces comenzó la total derrota de los otomanos. Los forzados cristianos que se hallaban á bordo de las galeras turcas, viendo la ocasion oportuna de romper sus hierros, se levantaron contra sus verdugos y contribuyeron al triunfo de los nuestros. Varios jefes turcos, entre ellos Aluch-Alí, viendo ya infalible la derrota, abandonaron el campo de batalla, sin exponerse á mas azares, maldiciendo al general en jefe, á cuya ciega temeridad habian debido aquel desastre. Sin embargo, era tal la confusion, tal el desórden, que á pesar de

estar ya declarada la victoria por los cristianos, continuaba con toda su furia la pelea: ¡á tanto llegó la ciega obstinacion de un gran número de buques turcos! Mas las tinieblas de la noche pusieron fin á la contienda, y los cristianos pudieron celebrar su triunfo con músicas é iluminaciones.

Resonaron en todos los ángulos de la cristiandad los ecos de la batalla de Lepanto. Ninguna fué mas celebrada en aquel siglo, sobre todo, por los príncipes católicos. La victoria fué brillante; mas sobrado cara. Perdimos en ella muchos buques, no pocos esclarecidos capitanes. Todas las naciones rivalizaron en valor y arrojo, y esta alabanza se debe tanto á los turcos como á los cristianos. Pelearon valerosamente entre los nuestros el príncipe de Urbino, Paulo Jordan, el conde de Santa Flor, Ascanio de la Corne, Octavio Gonzaga, Vicente Vitelli, el prior de Hungría, Pompeyo de Lanoy, hijo del príncipe de Sulmona, don Luis Requesens, don Pedro de Padilla, don Bernardino de Velasco y don Martin de Padilla. Merece particular mencion el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, que se hallaba en calidad de aventurero, y entró al abordaje en el barco turco donde iba Mustafá, proveedor de la escuadra, y cuya cabeza fué enarbolada en una pica. Increible parece por lo enorme, la pérdida de los otomanos. Murieron mas de doscientos turcos principales, treinta gobernadores de provincia, ciento y sesenta beyes, agaes y otros principales jefes del ejército. Igualmente perdieron la vida otros treinta mil, ascendiendo á diez mil el número de los prisioneros. Se libertaron quince mil cristianos de todas las naciones, y se tomaron ciento sesenta y cinco galeras, aunque en la reparticion no hubo mas que ciento y treinta, habiéndose quemado las restantes por inútiles.

Pasaron á felicitar al dia siguiente á don Juan de Austria los diferentes cabos de la armada, y se celebró la victoria con toda clase de festejos. Eran muy debidos á tan gloriosa accion; aunque muy pocas fueron seguidas de menos importantes resultados.

Llegó la noticia de la victoria de Lepanto al rey de España, hallándose en el Escorial, con motivo de celebrar la octava de Todos Santos, como lo tenia de costumbre. Recibió y escuchó al mensajero con la circunspeccion y gravedad que siempre usaba, siendo tan mesurado en manifestar alegría, como en dar muestras de tristeza y pesadumbre. Hizo inmediatamente que los monjes la celebrasen con solemnes cultos, y mandó, que se depositase en el

templo el estandarte turco que don Juan le remitia. Refieren algunos (1) que le dieron al rey la noticia cuando se hallaba asistiendo á vísperas; que sin hacer caso en la apariencia de semejante novedad, continuó de rodillas todo el tiempo que duró aquel acto, concluido el cual, se acercó al prior, encargándole mandase cantar un solemne Te Deum, por una gran victoria que acababan de alcanzar sus armas.

(1) Entre otras el P. Siguenza en su historia de la Orden de san Jerónimo.

CAPITULO XXXVII.

Continuacion del anterior.—Pocos resultados de la victoria de Lepanto.—No siguen los cristianos el alcance.—Se retiran las escuadras á sus paises respectivos.—Campaña inútil de 1572.—Ajustan la paz los venecianos con los turcos.—Expedicion de los españoles sobre Túnez.—Le toman.—Manda don Juan de Austria construir un fuerte cerca de esta plaza.—Salida de Constantinopla de la escuadra enemiga.—Se apoderan los turcos de Túnez, del fuerte recien construido, y del de la Goleta (1).—1571-1574.

Estaba la escuadra otomana destruida, y el terror de la derrota ya esparcido en las primeras provincias del imperio. Llegó el espanto hasta los mismos muros de Constantinopla, y el sultan quedó como aterrado al saber un desastre que le llenaba de tanto mas dolor, cuanto esperaba á cada momento la noticia de una gran victoria. Parecia pues natural que los aliados aprovechasen el favor de la fortuna, persiguiendo al enemigo, consumando la destruccion de su escuadra, dando la mano á los cristianos de la Morea, que deseaban sacudir el yugo de los turcos; arrancando á estos las conquistas que habian hecho en varias islas del Archipiélago, volviendo á plantar en las de Rodas y Chipre el pendon de los cristianos. Tal vez si se hubiesen presentado cuando duraba el terror de su nombre delante de Constantinopla, hubiesen conquistado esta silla del imperio turco; pues preparados se hallaban á combatir en su auxilio todos los cristianos de la capital, y sobre todo los innumerables genoveses que habitaban los barrios de Pera y de Galata.

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

Tal era la brillante perpectiva de fortuna y gloria que se ofrecia á los ojos de la escuadra vencedora. Fueron muchos, pues, los que opinaron por la incesante persecucion de los turcos, porque se cogiesen todos los frutos de la gran victoria, en el consejo que se celebró para deliberar sobre las operaciones ulteriores; mas prevaleció el dictámen de los que alegaron la proximidad del invierno, los grandes gastos de la campaña, la dificultad de hacerse con víveres y municiones, y la imprudencia de exponerse á perder, por ganar mas, lo que habian ya obtenido, y que era por entonces de bastante consideracion, para quedar muy satisfechos. Con esta determinacion, á todas luces tan desacertada, se salvaron tal vez los turcos, si no de una ruina total, á lo menos de gravísimos desastres. Aparece probable que no se hallaban en la mejor inteligencia los miembros de la liga; que influyó demasiado en los consejos la rivalidad de naciones, y sobre todo que no era mirada con buenos ojos la república de Venecia, á la que debia adjudicarse por el tratado de la liga, cuanto se conquistase en la Morea.

Habiéndose decidido terminar de este modo la campaña, y no queriendo batir la plaza de Lepanto, cuya expugnacion les pareció difícil, llegaron el 12 de octubre á Santa Maura. Allí dió don Juan gracias á Dios por la victoria con una solemne funcion de iglesia, con misa, sermon y procesion, á que asistieron los muchos clérigos y frailes que iban en la armada. Se procedió despues á la reparticion de los despojos, en cuyos pormenores entramos, para hacer ver mejor lo decisivo de la victoria de Lepanto. Se asignó al rey la capitana del turco, y además ochenta y un buques, sesenta y ocho piezas menores llamadas sacres, y tres mil y seiscientos esclavos. Al pontífice, veinte y siete galeras, nueve cañones gruesos, tres pedreros, cuarenta y dos sacres y doscientos esclavos. A Venecia cincuenta y cuatro barcos, treinta y ocho cañones, seis pedreros, ochenta y cuatro sacres y cuatrocientos esclavos. Tocaron de derecho al generalísimo diez y seis buques, setecientos veinte esclavos, y la décima parte de todas las piezas que se habian cogido. Tambien quedaron en su poder los hijos de Alí-Bajá, y cuarenta y siete principales personajes turcos.

Hecho este reparto tomó don Juan de Austria la vuelta de Mesina, donde fué recibido como en triunfo por todas las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad, y se celebró de nuevo la victoria con funciones magníficas de iglesia y toda clase de festejos públicos.

Es probable que el generalísimo desease aprovecharse de la victoria conseguida en Lepanto, persiguiendo á los enemigos sin dejarles tiempo para repararse, dando la mano á los pueblos cristianos, que deseaban sacudir el yugo de los turcos. Estaba sin duda en el carácter y en las miras de un príncipe jóven, á quien alentaban sus triunfos anteriores, y se hallaba animado de la ambicion tan propia de su edad y de su clase. Tal vez le arredraron para seguir el alcance de los enemigos, las órdenes terminantes del rey, de no hacer la guerra muy lejos de sus estados de Italia. Mas al tomar semejante disposicion Felipe II, no contaba sin duda con que sus armas alcanzarian la victoria decisiva de Lepanto. Tambien debió de hacer desmayar al generalísimo el poco ardor que en la prosecucion de la victoria mostraron los venecianos, principalmente interesados en las otras ulteriores. De todos modos, manifestaron los jefes de las naciones respectivas, mas deseos de mostrarse triunfantes en sus capitales, que de correr los azares de una nueva campaña en medio del invierno.

Fueron recibidos en efecto en Venecia Sebastian Veniero y el proveditore Barbárigo, con todas las demostraciones de regocijo y alegría, manifestadas siempre á vencedores que vuelven al seno de su país cubiertos de laureles. En iguales términos hizo su entrada en Roma Marco Antonio Colonna, recibiendo de Pio V las alabanzas á que se habia hecho acreedor, y los honores con que tuvo á bien recompensar el gran servicio que acababa de hacer á los intereses de la Iglesia. Mayores pompas, demostraciones mas solemnes de agradecimiento aguardaban á don Juan para cuando se presentase á recibirlas de manos del pontífice.

Mientras los vencedores se dormian sobre sus laureles, se afanaba en reparar sus pérdidas el Gran Señor, y en poco tiempo, á fuerza de actividad, y con los grandes recursos de que disponia, llegó á poner en el mar una escuadra casi tan numerosa como la que habia sido destrozada. No eran tan costosos entonces estos armamentos como ahora, y los buques de guerra, como mas pequeños, se construian tambien con mas facilidad y en menos tiempo. Así la derrota de Lepanto no hizo perder al Gran Señor ninguna de sus posesiones marítimas, ni produjo á los cristianos mas ventajas que estériles laureles, acompañados de la mengua de no saber aprovecharlos. Hasta la primavera del año siguiente de 1572, no dieron muestras de ponerse en movimiento. Pasó aquel invierno don

Juan de Austria, tanto en Nápoles como en Venecia y en Corfú, y en todas partes fué recibido con grandísimos festejos. En la capital del orbe cristiano le dió el pontífice todas las muestras posibles de agradecimiento y cordialidad, celebrándose en su obsequio solemnes cultos en la basílica de San Pedro. Se dice que Pio V al abrazarle, le dijo estas palabras del Evangelio; *Hubo un hombre enviado de Dios llamado Juan*, para hacerle sentir lo penetrado que estaba de la importancia de sus triunfos. Era opinion pública, que el pontífice le habia prometido reconocerle por el rey del primer territorio de consideracion, que á los turcos conquistase. Debió sin duda de ser esta oferta muy lisonjera para don Juan de Austria; mas no para su hermano, cuya suspicacia no tenia límites, tratándose de las personas que en nombre suyo ejercian mandos. Desde entonces, no quitó los ojos de todos los pasos de don Juan, hallando cada dia nuevas pruebas de los designios de este príncipe. Con el tiempo haremos ver los graves y hasta funestos resultados que produjo al fin esta desconfianza del rey, ó mas bien su gran disgusto de que don Juan de Austria aspirase á ser mas que el simple agente de sus supremas voluntades.

Llegó don Juan á Mesina por abril, para preparar las fuerzas que debian salir á la mar en la próxima campaña. Subsistia aun la liga ó confederacion entre las mismas tres potencias contra el turco, aunque se habian suscitado quejas y rivalidades de que adolecian las operaciones. Contribuyó asimismo á su poca eficacia la muerte del que habia dado á la liga su impulso principal, á saber, el famoso Pio V (1572), célebre por mas de un título en la historia de aquel siglo. Temia el rey que el sucesor no fuese de su parcialidad; que tal vez favoreciese al rey de Francia, de cuya ruptura con España se hablaba mucho entonces, y se daba casi ya por cierta en vista del favor que los calvinistas gozaban en aquella corte. Como se hallaba entonces la guerra tan encendida en los Paises-Bajos, daba gran cuidado á Felipe II el que Francia llegase á proteger abiertamente á los flamencos. Mas los temores no duraron mucho. Ganó ascendiente en el ánimo del rey de Francia el partido de los Guisas, jefes de la faccion católica, adictos en un todo al rey de España, y por otra parte el nuevo pontífice, Hugo Buon Compagno, que tomó el nombre de Gregorio XIII, al subir á la silla de San Pedro mostró el mismo celo que su predecesor por los intereses de la liga. Dió con esto nuevas órdenes el rey para que cuanto

mas antes se pusiesen sus galeras en campaña, si bien ya se habia perdido mucho tiempo y la ocasion de hacer conquistas.

Mientras don Juan se hallaba todavía en Mesina, salieron de Venecia Marco Antonio de Colonna, jefe de las galeras del pontífice, y el proveditore Barbárigo, en busca de los turcos. Llegaron á Corfú, donde haciendo muestra de la escuadra, se hallaron con ciento sesenta galeras, diez y seis galeazas y veinte navíos. Allí aguardaron á don Juan; mas viendo que no llegaba, ó deseando alzarse solos con la gloria, se pasaron á Cefalonia con objeto de hacer un desembarco en la Morea. Mientras tanto se hallaba en el seno de Epidaura el nuevo almirante otomano Aluch-Alí con doscientas galeras y veinte y cinco galeazas, fuerza, como se ve, superior á la cristiana. Sabedor de su proximidad salió en busca suya, y se dieron vista unos y otros á principios de agosto de aquel año (1572). Se tomaron las disposiciones para una batalla. Mandaba el costado derecho de la armada cristiana el general veneciano Soranzo; el izquierdo el de la misma nacion Canaleto, y el cuerpo de batalla Marco Antonio. Mas los turcos no aguardaron el choque, y se retiraron sobre las costas de la Morea, amenazadas de un desembarco de los venecianos.

Ya el Sultan, sabedor del gran peligro que corria aquel pais, le habia hecho guarnecer de tropas que habian bajado á toda prisa de la Macedonia, atravesando el golfo de Corinto. Así, por la poca actividad perdieron los cristianos la ocasion de apoderarse de una rica provincia que los estaba aguardando con tanta ansia. Lo mismo les sucedió con la Albania y otros paises de aquellas costas, cuyos habitantes estaban preparados á hacer armas contra los turcos inmediatamente que se viesen favorecidos por las fuerzas de la liga.

Se presentó don Juan de Austria en Corfú al regreso de las galeras de Venecia y del pontífice. Mostró mucho enojo por el mal resultado de su operacion, que atribuyó á no haberle aguardado, como estaban convenidos, para obrar de concierto con todas las fuerzas reunidas. Culparon los otros su tardanza y le hicieron ver que no habian podido diferir su salida por la premura del tiempo, hallándose ya la buena estacion tan avanzada. El resultado de todo fué que en el año 1572 nada hicieron las fuerzas de la liga.

El rey de España, cuyos asuntos en Flandes y Francia se hallaban entonces en un estado de prosperidad, como haremos ver en su lugar correspondiente, resolvió hacer nuevos esfuerzos para la próxima campaña de 1573, disponiendo que el número de galeras llegase hasta trescientas; pero cuando mas ocupado se hallaba en estos preparativos, ajustaron la paz los venecianos con Selim, sin dar antes aviso á las otras dos potencias coligadas. Causó esto una desagradable sensacion, y la república pasó por infractora de los tratados, y hasta por traidora á la fe católica por la que todos peleaban. No admitió las excusas el pontífice cuando trataron de darle explicaciones de su conducta, atribuyéndola á lo imperioso de las circunstancias. Respuesta mas agria todavía dió el rey de España á sus embajadores, que intentaron convencerle de su recto proceder, manifestándoles los inmensos gastos y sacrificios que le habia acarreado una guerra, cuyas ventajas iban á redundar principalmente en beneficio de los venecianos, pues á ellos se les adjudicaba cuantas conquistas se hiciesen en la Morea y en la Albania.

A pesar de la separacion de los venecianos de la liga, no desistió el rey de España de los preparativos en que tan empeñado estaba, y ayudado de las fuerzas del pontífice, que se mantuvo fiel á los tratados, resolvió continuar una guerra en que tan interesada se hallaba su reputacion y el bien de tantos estados del Mediterráneo.

Inmediatamente que llegó á don Juan de Austria la noticia de la paz celebrada por los venecianos, quitó de su capitana el estandarte de la liga, sustituyéndole con el del rey de España. Hallándose á la cabeza de ciento y cincuenta galeras, reunió su consejo para deliberar sobre las operaciones de la próxima campaña, manifestando que por haberse separado los venecianos de la liga, no se obraria con menos vigor contra los turcos. Fueron unos de opinion que se marchase en busca de Aluch-Alí, que se hallaba al frente de la escuadra turca despues de la batalla de Lepanto. Aconsejaron otros, y entre ellos el marqués de Santa Cruz, que se cayese sobre Argel, y que despues de ganada esta plaza, se procediese á la conquista de Túnez y de Trípoli. Querian otros que dejando la primera empresa, que se tenia por muy difícil y arriesgada, se marchase en derechura sobre Túnez, como mas fácil y segura. Mas don Juan de Austria no se determinó á resolver sobre estos puntos, sin consultarlos antes con el rey de España.

Dió el rey por respuesta que la expedicion se dirigiese á Túnez, y que conquistado este punto se arrasasen sus fortificaciones, haciendo lo mismo con el fuerte de la Goleta, por los infinitos gastos que ocasionaba la conservacion de unos puntos tan distantes, sin

ningun provecho para España. Tal vez influyó en esta determinacion de arrasamiento el temor de que don Juan aspirase á ser rey de Túnez, segun se lo había ofrecido el pontífice, como el primer estado que sobre los enemigos de la fé de Cristo conquistaba; mas no hay duda de que en la conservacion de estos p[illegible]paña con el la costa de Africa se invertian sumas enormes, dand[illegible]sa el almichos fraudes en detrimento de la hacienda del rey; tal era entonces la voz pública (1).

(1573.) Mientras se ocupaba don Juan en Nápoles en los preparativos de la expedicion, se acercó Aluch-Alí á las costas de Calabria á espiar los movimientos del ejército cristiano, y luego que se hubo enterado de lo que se trataba, tomó la vuelta de Constantinopla, adonde llegó en setiembre del mismo año. Mas á pesar de la actividad desplegada por el Gran Señor, pues era su designio atacar el fuerte de la Goleta y asegurar el reino de Túnez en la primavera próxima, tuvo antes lugar la expedicion de los cristianos.

Salió don Juan de Nápoles en octubre de 1573, y dejando en Sicilia á Juan Andrés Doria con cuarenta y ocho galeras, á fin de acudir con ellas á Génova si necesario fuese, por los disturbios de que era entonces teatro aquel pais, continuó su viaje con ciento y cuatro, y además cuarenta y cuatro buques de gran porte, doce barcones, veinte y cinco fragatas, veinte y dos falúas, con casi veinte mil infantes, setecientos y cincuenta gastadores, y cuatrocientos caballos ligeros con buena artillería y abundancia de municiones, pertrechos de sitio, y bueyes para arrastrar los cañones. Acompañaban además la expedicion, lo mismo que las anteriores, muchísimos aventureros, caballeros de distincion, tanto españoles como de los diversos estados de la Italia. Aportó don Juan á la isla de Fabiniana, á doce millas de Sicilia, y de allí envió las naves delante á cargo del duque de Sesa, camino de Túnez, á cuya vista llegaron sin el mas pequeño contratiempo.

Obedecia entonces este estado las leyes de un usurpador llamado

(1) Es muy curioso lo que sobre el particular dice Cervantes en su *Don Quijote*, y pone en boca del capitan cautivo. Hablando este de la toma de Túnez y arrasamiento del fuerte y de la Goleta por los turcos, se expresa en estos términos: «Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, »que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España el permitir que se asolase aquella »oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí »sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado »la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna que aquellas »piedras la sustentaran.»

Muley-Hamida; y cuando usamos la voz *usurpador*, queremos solo dar á entender que era el último que acababa de hacerse dueño de aquel pais violentamente, pues por lo regular no se apoyaba en otros derechos la posesion de los estados berberiscos. Se hallaba [illegible]te el Dey, y la paz de Túnez guarnecida por seis[illegible]. Mas á pesar de esta fuerza y de cuarenta mil hombres mas del pais de que el gobernador podia disponer, abandonó la ciudad sin hacer ninguna resistencia.

Entraron en Túnez los cristianos, y á pesar de que los turcos se habian llevado en la retirada objetos de mucho valor, hicieron un botin muy rico, apoderándose además de gran cantidad de pólvora y mas municiones, de cuarenta y cuatro piezas de artillería, y toda clase de pertrechos militares. A pocos dias llegó don Juan de Austria reforzado con dos mil y quinientos soldados que acababa de sacar de la Goleta, reemplazándolos con otros tantos que no tenian ninguna experiencia de la guerra. A cumplir exactamente con las órdenes del rey, en caso de ser tan terminantes, era todo su negocio desmantelar á Túnez, arrasar sus fortificaciones, y hacer en seguida lo mismo con el fuerte de la Goleta, llevándose la guarnicion consigo; mas la riqueza del pais, y el ser Túnez cabeza principal de un vasto territorio, le indujo á una conservacion, que tuvo con el tiempo funestos resultados. En lugar de arrasar las fortificaciones de Túnez, encargó á Gabrio Serveloni, famoso ingeniero italiano de aquel tiempo, la construccion de un fuerte para la mayor defensa de la plaza.

Inverosímil parece esta conducta de don Juan de Austria, en abierta oposicion con las órdenes del rey, y solo se explica con la hipótesis de que no eran tan terminantes como se ha indicado. Tal vez, al mismo tiempo que manifestaba el rey su voluntad, le dejaria libre de obrar de otra manera si mejor le pareciese. De todos modos, se censuró mucho en la corte de España la determinacion de don Juan, y se le acusó de querer hacerse rey de Túnez. Tal vez fué esta su intencion; mas es un hecho que restituyó su estado á su antiguo Dey Muley-Hamet, que no se hallaba lejos. Despues de haber arreglado todo lo necesario para la pronta construccion del fuerte y la mayor seguridad de la Goleta, donde dejó por general á don Pedro Portocarrero, hombre poco experimentado en la defensa de plazas fuertes, tomó la vuelta de Sicilia, y á principios de noviembre pasó á invernar á Nápoles, *porque la gentileza de la*

tierra y de las damas en su conversacion, agradaba á su gallarda edad (1).

Se alarmó mucho el Gran Señor con la conquista de Túnez por las armas de don Juan de Austria; mas en vez de aflojar en sus preparativos, redobló su actividad para entrar en campaña con el objeto ya indicado. Le incitó mas y mas á la empresa el almirante Aluch-Alí, pues como era Dey de Argel le causaba muchos temores la proximidad de cristianos. Mientras se completaban los preparativos, escribió el Gran Señor á los jefes de los pueblos de la vecindad de Túnez, y con amonestaciones y amenazas se puso en armas todo aquel pais, causando mucha alarma á los cristianos. Entonces se conoció lo prudente que habia andado el rey de España en su órden de desmantelar unos puntos fuertes de que no sacaba la menor ventaja.

Supo don Juan en Nápoles los preparativos de Selim, y aunque conoció tan tarde su gran falta, tomó disposiciones para conjurar la tempestad que á su conquista amenazaba. Mandó á don Juan de Cardona y á don Bernardino de Velasco con refuerzos para Túnez y la Goleta, sacando al mismo tiempo los trescientos hombres que habian quedado en el fuerte de Biserta que desmantelaron. Mas eran pocas estas nuevas fuerzas para los ataques que las aguardaban: se habia adelantado muy poco en la construccion del nuevo fuerte, encargada á Serveloni, sea por descuido de este, sea por falta de recursos necesarios. Se achacaba en parte el atraso de estas obras y la escasez de gente de la guarnicion de Túnez y de la Goleta, á la mala voluntad del cardenal Granvella, virey á la sazon de Nápoles, y que no cumplió el encargo que le hizo don Juan de atender á Túnez, cuando tuvo este que trasladarse á Génova á arreglar los disturbios que dejamos dicho. Así se encontraron por un lado Serveloni, gobernador del nuevo fuerte, por el otro Pedro Portocarrero, comandante en la Goleta, abandonados á sus propias fuerzas, mientras todo el pais estaba en armas, y el alcaide de Trípoli se habia interpuesto entre los dos con cuatro mil hombres para interceptar la comunicacion entre ambos puntos.

Salia mientras tanto, á fines de junio de 1574, de Constantinopla la armada turca, compuesta de doscientas y treinta galeras, cuarenta bajeles de carga y cuarenta mil soldados de Africa y de Europa, y entre ellos siete mil genízaros. Estaba toda esta fuerza

(1) Palabras de Luis Cabrera, en su vida de Felipe II, libro X, capítulo XI.

encargada al mando de Sinam-Bajá, yerno del Sultan, por creer que su nombre seria de mas autoridad entre las potencias berberiscas. A 11 de julio llegaron á vista de Túnez, de cuya plaza se apoderaron los turcos al momento, pues aunque su rey Muley-Hamet se hizo con un cuerpo respetable de infantería y de caballería, se vió abandonado de los suyos, ó por desafecto á su persona, ó por temor á las mayores fuerzas de sus enemigos.

Tomada la ciudad, restaba para concluir la campaña la expugnacion de los dos fuertes. Parecia natural que hallándose en un estado tan imperfecto el nuevo, pasase Serveloni con su guarnicion á la Goleta, que como mas avanzada en el mar, podria resistirse mientras le llegase algun socorro. Mas se obstinó el italiano en mantenerse en su primera posicion, y así se vieron los dos fuertes aislados, sitiados al mismo tiempo por fuerzas formidables. En vano pidieron ambos auxilios al virey Granvella, pues este les respondió que se hallaba con muy pocas fuerzas, y que de ningun modo las podria distraer para otras atenciones.

Aumentaba los embarazos de la situacion el que don Pedro Portocarrero, gobernador de la Goleta, no tenia ninguna experiencia del cargo que le estaba encomendado. Desde el principio de asedio comenzó á titubear, y aun á dar indicios de querer rendirse. Mas los otros capitanes le hicieron ver lo desacertado de su resolucion, y que les restaban todavía muchos medios de resistencia. Así quedó su mando como nulo desde aquel momento.

Sitiaba la Goleta el mismo Sinam-Bajá en persona, mientras el alcaide del Carban hacia lo mismo con el fuerte. Se apretaba muchísimo el cerco del primero. Ya estaban los muros medio derribados por las baterías turcas colocadas á trescientos pasos de distancia. Habiéndose llegado á cegar los fosos con faginas, troncos de árboles y mas materiales que venian á bordo de la escuadra de Aluch-Alí, no restaba ya otra cosa que el asalto. Se verificó este el dia 23 de agosto por tres partes. Atacaron los turcos con furor, y con el mismo se batieron los cristianos; mas reducidos estos á pequeño número y la plaza sin defensas, fué rendida despues de cinco horas de pelea, y los turcos entraron al pillaje, haciendo prisioneros á sus defensores.

Igual mala fortuna estaba reservada al fuerte, que se rindió al fin, pero despues de haber hecho mas resistencia que el de la Goleta. La guarnicion no era tan numerosa, y las obras mas impor-

tantes no estaban concluidas. Llegaron los sitiadores á levantar una trinchera tan alta como el muro, y además apelaron al recurso de la mina. Pero Serveloni, aunque habia cometido algunas faltas, las borró peleando como gobernador y como soldado, poniéndose el primero en todos los peligros. A mil quedaba reducido el número de sus defensores; mas no quisieron entregarse, y aguardaron el asalto. Trescientos murieron en el primero, que duró tres horas. Doscientos mas perdieron en el segundo, que duró cinco. Viéndose reducidos á tan pocos tuvieron que rendirse, quedando prisioneros en poder de los turcos, Serveloni y sus primeros oficiales. Padecieron enormes pérdidas los turcos en estos dos asedios; mas no es creible que hubiese llegado á diez mil el número de sus muertos, como algunos lo aseguran.

Así se perdió la plaza de Túnez que acabábamos de conquistar, y el fuerte de la Goleta que teníamos en nuestro poder desde el año 1535, época de la expedicion de Carlos V. Grave falta cometió don Juan en haber desobedecido las órdenes del rey; pero lo fué mayor todavía el no haber hecho mas por su conservacion, sin contar con las fuerzas formidables de que podia disponer el Gran Señor para arrancarnos la conquista. De todos modos se ve que despues de tres años de expediciones, de enormes gastos, de gran pérdida de gente, y sobre todo despues de una victoria tan decisiva y gloriosa como la de Lepanto, no tuvimos otro fruto ni otro resultado que dejar el fuerte de la Goleta en manos de los turcos.

Hicieron estos lo que antes debiera haber hecho don Juan de Austria, esto es, desmantelarle y arrasarle, practicando lo mismo con el fuerte recientemente construido. En cuanto al rey, en medio de la mortificacion que le causó este desastre de sus armas, dió órdenes para que se reparasen ias fortificaciones de Oran y Mazalquivir, haciendo coostruir un nuevo fuerte llamado de Santa Cruz, con objeto de apoyar á las dos plazas.

A fin de 1575 regresó don Juan de Austria á España por mar, en dos galeras, habiendo desembarcado en Barcelona. Segun algunos, fué este viaje contra la espresa voluntad del rey, quien le envió órden para trasladarse en derechura á los Paises-Bajos. Mas esto no es probable, porque don Juan de Austria no fué nombrado gobernador general de Flandes hasta muy entrado el año siguiente, como lo haremos ver mas adelante. Lo que no admite duda es que Felipe II estaba descontento de él por su conducta en Túnez y por sus

aspiraciones al carácter y dignidad de soberano. Mas prescindiendo de estas conjeturas, fué don Juan recibido en la corte sin muestras de desagrado por parte del monarca. Pronto le veremos figurar de nuevo en un teatro donde no le sonrió tanto la fortuna como en los dos primeros.

CAPÍTULO XXXVIII.

Disturbios y alborotos en Génova.—Nobles antiguos.—Nobles nuevos.—Salen de la ciudad los primeros.—Interviene el rey de España.—El legado del Papa.—Pacificacion.—(1575-1574.)

Habiendo hecho mencion de los disturbios que habia en Génova cuando se proyectaba la expedicion de las fuerzas españolas sobre Túnez, creemos de nuestro deber dar una idea sucinta de aquellos acontecimientos, omitidos entonces por no interrumpir el hilo de la historia. No es de este sitio trazar la de aquella república, que ha desaparecido hace algunos años del mapa político del mundo. Floreció como otras muchas en los siglos que se llaman de la Edad media, y á excepcion de Venecia, que le era superior, ocupaba el lugar preeminente. Se distinguia por el comercio, por sus establecimientos marítimos, y hasta por sus conquistas, contando entre sus adquisiciones la isla de Córcega, cuyo territorio excedia en superficie al suyo propio de la tierra firme. Degeneró su gobierno, como sucedió en muchos estados de la propia clase, de democrático que era á los principios, en aristocrático, no saliendo las riendas del estado de las manos de las principales familias del pais, que se repartian el poder con exclusion de las clases inferiores. Habian tenido relaciones de alianza con los reyes de Francia, que con frecuencia se erigian en sus *protectores*, haciéndoles pagar caro este favor, que no les dispensaban sino á título de mas poderosos y mas fuertes.

Tuvieron serios altercados con objeto de sacudir este yugo con los reyes Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, sin conseguir una emancipacion tan deseada. Todavía no tenian entonces un administrador ó magistrado supremo, y en el gobierno habia en rigor tantas cabezas como familias poderosas, ejerciendo la mayor influencia la que entre ellas era la mas rica ó mas servicios prestaba á los intereses del Estado. Ocupaba en tiempo de Francisco I y Carlos V este lugar distinguido entre los magnates de Génova, el famoso Andrés Doria, uno de los principales marinos de aquel tiempo. Ayudaba á Francisco I en sus guerras con sus galeras y gente de mar; pero habiéndose indispuesto con este soberano, se pasó al servicio del emperador, y en seguida al de su hijo, en el que se mantuvo hasta su muerte, habiéndoles mostrado la mayor fidelidad en cuantas empresas se le encomendaron. Siguió su ejemplo su sucesor Juan Andrés Doria, segun acabamos de ver, en las últimas guerras entre los príncipes de la liga y el Gran Turco. Se reconocia á Felipe II como protector de Génova, y bajo sus auspicios se habian hecho algunas reformas en el gobierno del Estado, siendo entre otras la creacion de un Dux ó duque que ejercia las funciones de supremo magistrado. Tambien se habia introducido la innovacion de agregar algunas familias poderosas que llamaban de nobleza nueva, á las antiguas que estaban en posesion de ejercer exclusivamente los principales cargos públicos. Comenzaron, pues, los disturbios por las rivalidades entre estas dos clases de nobleza, pugnando las primeras por no ceder, y las segundas por participar en todo de sus prerogativas. Las cosas llegaron á términos, que el rey de España creyó ser necesario mandarles embajador extraordinario á fin de arreglar sus diferencias. Echó para esto mano de don Juan de Idiaquez, á quien acompañó don Sancho de Padilla, que debia quedar de embajador ordinario cuando se verificase la salida del primero. Llegaron los dos á Génova á mediados del año 1573, y fueron muy bien recibidos de todas las clases de la nobleza, sobresaliendo entre todos el mismo Dux recien electo. Habia salido este alto funcionario de entre las filas de los nuevos nobles, con lo que habia quedado muy contenta esta parcialidad y muy disgustada la contraria. Se hallaban por entonces algo sosegados los ánimos; mas se temian nuevos disturbios á la próxima eleccion de los principales cargos públicos. Pretendian los antiguos nobles que de todos modos les asegurasen la mitad de estas grandes dignidades; mas sostenian los

nuevos, que puesto que las clases se habian igualado, se mezclasen todos los individuos para que de entre ellos saliesen indistintamente los electos. Los primeros se obstinaron en llevar adelante su resolucion; tan desconfiados estaban de obtener en caso contrario la igualdad, y mucho menos la preponderancia.

Se agitaban estos dos partidos con aquella vivacidad que se ha visto y se verá siempre cuando unos pugnan por conservar antiguos privilegios, y los otros aspiran á participar de ellos ó á arrancárselos. Era conocida la parcialidad de los antiguos nobles con el nombre de Portal de San Lucas, y la de sus rivales con la de Portal de San Pedro, por las dos localidades en que celebraban regularmente sus conferencias. Tenian los primeros á su favor el mayor número de propiedades, las simpatías de los príncipes vecinos como el duque de Saboya y el duque de Florencia, sin contar con el virey de Milan. Contaban los nuevos nobles con las clases populares, tan celosas siempre de las prerogativas y de los privilegios de que se hallan las altas revestidas. Era hasta cierto punto una especie de lucha entre el privilegio y la igualdad, entre la aristocracia y el partido democrático.

Propendia, como es de suponer, el embajador extraordinario español, á la clase de la aristocracia, pues tales eran los sentimientos que abrigaba el rey de España; mas como le convenia ser conciliador, trató de arreglar por de pronto la disputa que se habia suscitado con motivo de la eleccion de los oficios. Por sus consejos se decidió que cada dia de las elecciones recayesen los nombramientos alternativamente en las dos parcialidades, y que ningun nuevamente elegido pudiese entrar en funciones hasta que tuviese un compañero de la otra parcialidad, para que resultase de ese modo un equilibrio de influencia y de poder, que era á lo que unos y otros aspiraban. Así se verificó en efecto, y por todo el año de 1573 se mantuvo quieta Génova sin ningunas turbulencias. En cuanto al rey de España, satisfecho de los servicios de don Juan de Idiaquez, determinó que se quedase de embajador en Génova, confiriendo á don Sancho de Padilla el mando del castillo de Milan, en reemplazo de don Alvaro de Sande, ya difunto.

El año siguiente, de 1574, se renovaron las agitaciones entre las dos parcialidades. Además de la animosidad naturalmente encendida entre ambos partidos, no faltaban quienes desde afuera añadiesen pábulo al encono. Por lo mismo que el rey de España protegia á la alta aristocracia, auxiliaba por debajo de mano el rey de Francia á las clases populares. En Milan tenia siempre dispuestas algunas fuerzas militares el virey, para caer sobre Génova cuando fuese necesario. Las mismas disposiciones manifestaban los duques de Saboya y de Florencia, siendo bien público cuál de las dos parcialidades de Génova era objeto de su simpatía. Se irritaron con esto los del partido popular, y acusaron á los nobles de llamar á los extranjeros con diversos pretextos, y entregarles despues las armas de que estaban haciendo acopios en sus casas. Fuese esto cierto ó no, se hicieron tambien con armas sus contrarios. Eran las apariencias todas de venir á las manos unos con otros; mas por la influencia de don Juan de Idiaquez se hizo salir de Génova á los extranjeros, y se mandó que los que se habian hecho con armas las entregasen, para cortar este gérmen de desconfianza y suspicacia. Quedó la ciudad tranquila, aunque solo en la apariencia; mas temerosos algunos de los antiguos nobles, se salieron de la ciudad, protestando contra lo que llamaban tiranía de sus antagonistas.

Como se consideraba el rey de España como el protector de Génova, se conducia su embajador don Juan de Idiaquez mas como árbitro de las disensiones del pais, que como simple consejero que habla solo por el deseo de ser útil. Trató, pues, de que el partido popular entrase en su deber, exponiéndole lo que debian al rey de España, el interés que tenian por lo mismo en deferir á su alta autoridad, insinuando al mismo tiempo los funestos resultados que podrian acarrearles su falta de sumision y deferencia. Mas le fué respondido por Bartolomé Coronado, uno de los principales del partido popular, que el pueblo de Génova en oponerse á las usurpaciones de los nobles, en proveer á las medidas de su seguridad, no se apartaba nada del respeto que el rey de España merecia, ni se hacia indigno de que le retirase una proteccion, á que por tantos servicios se habian hecho los genoveses acreedores.

Habian llegado las cosas al término, que segun la opinion de muchos no podria decidirse la cuestion sino por medio de las armas. Se habian roto ya las treguas que se habian ajustado en Génova entre las dos parcialidades, y cada dia iba en aumento la emigracion de los de la antigua aristocracia. Se habian algunos retirado al campo, pasado otros á paises extranjeros, y en las cortes de Madrid, Milan, Florencia y Saboya, se quejaban altamente de la tiranía de sus opresores. Continuaban mientras tanto los apres-

tos militares de los príncipes vecinos. El pontífice, deseoso de terminar las desavenencias sin efusion de sangre, mandó á los duques de Saboya y de Florencia se estuviesen quedos, y él por su parte envió por legado á Génova al cardenal Moron, con órden de mediar, con todas las artes que le sugiriese su prudencia, entre las dos parcialidades.

Se presentó en efecto el legado del Papa en Génova, mas produjo poco efecto la mision; ¡tan enconados se hallaban ya los ánimos! Ninguna de las dos parcialidades queria ceder: la del pueblo, porque confiaba en la superioridad del número; la segunda, porque se fiaba en las simpatías de los príncipes extranjeros, entre los que se contaba el rey de España. Sin embargo, continuaban los nobles antiguos desterrados de Génova, y los del pueblo nombraron diputados para que en su nombre pidiesen á la señoría que se les librase de muchas cargas y gabelas. Con el legado del pontífice se mostraron poco obsequiosos, y el cardenal Moron trató de salirse de la ciudad, cuyos disturbios, en su opinion, solo se podian ya componer por medio de las armas.

Estaba el rey católico dudoso del partido que abrazaria en semejantes circunstancias. Seguia desairada su autoridad, y los de Génova le habian faltado á la palabra de arreglar las cosas por su arbitrio. Por otra parte, el duque de Saboya mantenia inteligencias con los nobles desterrados, ofreciéndoles á todos los momentos el auxilio de sus armas; y como no eran ignorados estos tratos del partido popular, crecian las acusaciones y las desconfianzas. El pueblo, cada vez mas animado, continuaba extendiendo la esfera de sus derechos; y aumentándose con esto el número de sus diputados, llegaron á tener en el gobierno los dos tercios de los votos. Todos los ojos estaban fijos en la determinacion que tomaria el rey de España; cada parcialidad alegaba servicios pasados, y los prometian para en adelante. Alegaban los antiguos nobles que tenian posesiones en los estados del rey, que habian militado en su servicio, y pedian, para desagraviarse de sus enemigos, se les permitiese hacer uso de galeras y armas. En cuanto á los nuevos nobles ó parcialidad popular, prometian al rey armarian galeones y galeras, y que le servirian á sueldo como habian hecho en todas ocasiones. Dudaba el rey entre los dos partidos, y tenia motivos para ello. Dar á los antiguos nobles licencia para amar sus galeras, como lo pedian, era declarar la guerra civil en Génova; armando los de afuera contra los de adentro, comprometiendo de este modo la persona de su embajador, que se veria en precision de dejar la ciudad, con grave detrimento de sus intereses. Declarándose á favor de la parcialidad popular, era temible que desconociese el pueblo sus servicios, ó se desenrollase demasiado el espíritu democrático, que por ningun estilo convenia al rey de España. Por otra parte le interesaba mucho conservar á cualquier precio su influencia y ascendiente en un pais que tanto le servia en todas sus empresas marítimas. En medio de todo le alarmaba la propension y deseo que abrigaba el rey de Francia de tomar parte en la contienda, apoyando al partido popular, para ejercer despues un protectorado parecido al de sus predecesores.

Las disensiones de Génova entre un partido popular que pugna por ensanchar el límite de su poder, y una antigua aristocracia que en sus privilegios se encastilla, fáciles son de concebirse, pues además de estar en el corazon humano, abundan en las páginas de la historia antigua, como en las de la moderna. Tambien son fáciles de imaginarse las pugnas, los conflictos, las acusaciones mútuas de ambos bandos, y las disposiciones de ánimo de los príncipes vecinos, atentos á estos altercados. Aquí, los antiguos nobles como á las puertas de Génova deseosos de hostilizar por mar y tierra á la ciudad; allí, el rey de Francia aspirando á mediar poderosamente en la contienda: por una parte, el legado del Papa intrigando porque se declarase al pontífice árbitro de estas disensiones; por la otra el rey de España trabajando por conservar en Génova su preponderancia. No contento con la persona de don Juan de Idiaquez, creyó dar mas fuerza á su embajador enviando en clase de extraordinario á don Carlos de Borja, duque de Gandía, que llegó á Génova por agosto de 1574. Para corroborar su influjo moral, hizo que don Juan de Austria pasase á Génova con algunas fuerzas. Tambien se conservaba en sus intereses Juan Andrés Doria, que á fuer de noble antiguo, desde Sagona amenazaba la ciudad con sus galeras. Por otra parte, el nuevo virey de Milan, marqués de Ayamonte, habia recibido órden de tener fuerzas preparadas para cuando fuese necesario.

Las precauciones del rey no sirvieron al principio mas que de excitar desconfianzas y exasperar los ánimos. A pesar de la dignidad de grande de España de que estaba revestido el embajador extraordinario, daban preferencia los de la ciudad á la persona de don

Juan de Austria, que sin duda era mas conciliador, mas sagaz, mas entendido en artes de gobierno. La misma presentacion de don Juan de Austria fué mirada con tanto desagrado, que le obligaron á permanecer fuera de la ciudad, y de este modo á tomar parte activa en favor de los nobles desterrados.

Mientras tanto envió el rey de Francia á Génova comisarios de oficio ofreciéndoles proteccion, y hasta por medio de las armas si fuese necesario. Mas tales fueron los recelos que causó su presencia á los embajadores de España, y tàles las reconvenciones que sobre ello hicieron á la señoría, que esta dió el paso de aconsejar á los franceses se retirasen de la ciudad, cuyas turbulencias en lugar de aquietarse se aumentaban.

Referir uno á uno los pasos que se daban por entrambas partes para venir al logro de sus fines, las intrigas de las diversas parcialidades, las desconfianzas y acusaciones de unos y otros, seria prolijo y hasta inútil, tratándose de tan pequeño cuadro. Varias veces prorumpió el pueblo en abierta sedicion contra los que acusaba de querer tiranizarle; varias veces don Juan de Austria, Juan Andrés Doria y los nobles proscritos, hicieron amago de invadir la ciudad con fuerza armada. Los embajadores de España, que conocian las intenciones de su amo, trataban de contemporizar y de amortiguar el encono de los ánimos. Lo mismo hacia el legado del Papa, aunque siempre con la mira de dar á este el honor de ser el árbitro supremo de las disensiones. Mas á pesar de sus deseos de conservar la paz, tales fueron los alborotos del pueblo y las acusaciones que se llegaron á hacer al rey de España, que los embajadores de este monarca, el legado del Papa, los comisarios del emperador y otros príncipes de Italia, se vieron en precision de abandonar la ciudad, dejándola envuelta en nuevas confusiones.

Inquieta la señoría de esta ausencia, envió un mensaje á los embajadores y demás comisarios, suplicándoles encarecidamente que volviesen. Si la faccion popular en Génova se hallaba agitada y llena de encarnizamiento, no sucedia lo mismo á los nuevos nobles, que contemplaban con sangre mas fria los peligros que los amenazaban. Sus enemigos eran muchos, y llegado á declararse de una vez contra ellos el poderoso rey de España, no dudaban de su infalible ruina. Por otra parte, estaban ya algo recelosos del sobrado vuelo que habian tomado las clases populares, temiendo, y con razon, que el rigor desplegado contra los antiguos nobles, les alcanzase con el tiempo á ellos.

Fueron estos temores, de que participaban todos los individuos de la señoría, uno de los grandes elementos de la pacificacion que estaba ya tan próxima. Influyó asimismo poderosamente en ella el miedo de que el rey de España se declarase abiertamente por una de las dos parcialidades. Ni le acomodaba dar vuelos á la antigua aristocracia, ni queria que el elemento democrático fuese el preponderante en la república. En el equilibrio entre los dos ponia el principal asiento de su dominacion y de supremo ascendiente que ejercia de hecho, y no titubeaba en reclamar como derecho. Si á todas estas consideraciones añadimos que la ciudad carecia de municiones y andaban en ella ya escasísimos los víveres, concebiremos la facilidad con que se avinieron á una pacificacion que todos deseaban.

Fueron los términos de la paz los mismos en que ya se habian convenido las dos parcialidades antes de venir á la ruptura, á saber: que se ejerciesen los oficios por iguales partes entre los nobles nuevos y los viejos. Para establecer desde un principio este equilibrio, se hizo la primera eleccion por los mismos embajadores y comisarios, nombrando tantos de una parcialidad como de la contraria. Fué celebrada esta pacificacion por todos los interesados, con grandísimas muestras de regocijo y entusiasmo. Hicieron su entrada en la ciudad con todo aparato los nobles proscritos, Juan Andrés Doria y don Juan de Austria. Se celebró la reconciliacion de unos y otros con un *Te-Deum* y una misa solemne, donde celebró el legado de pontifical, concluyendo con distribuir la bendicion á todos en nombre de Gregorio XIII. Quedó por entonces Génova tranquila, y bajo los auspicios del rey de España no fué durante todo su reinado teatro de nuevas turbulencias.

El cuadro que acabamos de bosquejar, ni es vasto, ni abunda en figuras que le dén realce. Se reduce al amago de una guerra civil, que no tuvo efecto por haberse hecho la paz antes de romperse á viva fuerza las hostilidades. Si hemos mencionado estas turbulencias, no fué sino para hacer ver la importancia del rey de España, y el ascendiente que tenia hasta en los paises que no estaban bajo su inmediato mando. En su mano estuvo oprimir á Génova por medio de la antigua aristocracia, ó acabar con esta apoyando á las clases populares; pero fué mas hábil su política. No pudiendo, ó no teniendo por conveniente dominar en Génova por medio de sus armas, eligió el medio moral mas fijo de asegurar su poder en Génova, manteniendo el equilibrio, ó por mejor decir la rivalidad de las

dos parcialidades, que le miraban como el árbitro supremo de sus diferencias.

Habiendo concluido lo que teníamos que decir sobre los asuntos de Italia y guerras en el Mediterráneo contra el turco, pasaremos á otro teatro de pasiones, de rivalidades, de guerras abiertas, á saber, los Paises-Bajos, adonde algunos años antes habia pasado de órden del rey el duque de Alba.

CAPÍTULO XXXIX.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Salida del duque de Alba.—Su llegada á Italia.—Marcha entendida que emprende desde los Alpes hasta la frontera de Flandes.—Su entrada en este pais y entrevista con la princesa gobernadora.—Providencias del duque de Alba.—Prisiones de los condes de Egmont y de Horn.—Descontento de la princesa gobernadora.—Solicita esta y consigue del rey su salida de los Paises-Bajos. Instala el duque de Alba el tribunal de los Doce.—Rigores y castigos.—Se condena por traidor al principe de Orange, ausente, y á otros señores flamencos que se hallaban prófugos.—Preparativos mútuos para una próxima guerra.—Invasion de los Paises-Bajos.—Derrota del conde de Aremberg por Luis, conde de Nassau.—Enjuiciamiento y suplicio de los condes de Egmont y de Horn (1).—(1567-1568.)

Se puede decir que la partida del duque de Alba para los Paises-Bajos, dió principio á una época en la historia de aquellas ricas posesiones. Es difícil indicar la direccion que hubiesen tomado sus negocios, á no haber adoptado Felipe II esta medida; mas es un hecho que dió nuevo pábulo al fuego del descontento y odio al yugo español que profesaban los flamencos. Era imposible designar un hombre menos popular en el pais, ni que fuese mirado con mas antipatía por parte de sus grandes. Como de esto nada podia ignorar el rey de España, se puede considerar la providencia mas como de terror para acabar de humillar á los Paises-Bajos, que de precaucion para tenerlos en la obediencia que le debian como súbditos. No olvidemos que en aquella ocasion se hallaban apaciguadas las turbulencias, y que la princesa Margarita acababa de rogar al rey

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII y XXVIII.

su hermano que se presentase en Flandes, no como un señor que va á castigar, sino como un padre á quien ofrecian y daban garantías de futura obediencia sus hijos extraviados. Mas la partida repugnaba mucho al rey de España, y tratándose de súbditos, sobre todo de súbditos herejes, era el carácter de padre el que menos cuadraba con el suyo.

Fueron todas estas representaciones de ningun efecto. Contestó el rey que si bien estaba en ánimo de presentarse en los Paises-Bajos, creia mas prudente el que le precediesen tropas, que al mismo tiempo de afianzar la sumision del pais, aumentasen el temor y respeto á su persona. Que si Flandes estaba sujeto, el aparato de fuerzas no estaria de mas, y que en caso contrario, seria indispensable para tener á raya á los que intentasen promover nuevos alzamientos. Mas era probable, y la experiencia lo confirmó despues, que el rey no trataba sériamente de salir, y que segun su modo de juzgar el estado del pais, creyó que por ninguno estaria mejor representado en Flandes que por el duque de Alba.

Inmediatamente que fué nombrado para esta expedicion, envió el rey órden á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, de que enviasen á Milan todos los tercios de tropas veteranas que allí debian ponerse á las órdenes del duque. Era preferible que emprendiese su marcha dirigiéndose á los Paises-Bajos por lo interior de Francia; mas pareció el paso peligroso, tanto al soberano del pais, como al de España. Temió el primero que la presencia en Francia de los españoles exasperase los ánimos de los calvinistas, creyéndolos llamados para acabar de sujetarlos. Receló el segundo, que la animadversion con que aquellos le miraban, hiciese al rey Carlos empeñarse en algun paso hostil, tan natural por la antipatía de las dos naciones. Para evitar conflictos y no malograr desde un principio el objeto mismo de la expedicion, se determinó que el duque de Alba emprendiese su viaje por Italia.

Arribó este á Génova á principios del año 1567, y de allí pasó á Milan, donde cayó enfermo. Mientras su convalecencia, se fueron reuniendo todas las tropas que de las diversas partes de Italia se habian alistado, con las que el duque de Alba habia llevado de España, y en julio del mismo año pasó á todas revista este jefe superior, en Asti. No era el ejército numeroso, pues no pasaba la fuerza de diez mil hombres de infantería y mil y doscientos de caballería. No habia querido el duque de Alba admitir en las filas á gente bisoña, como penetrado de lo preferible que son buenos y pocos soldados, á muchos sin disciplina y experiencia. Era la mayor parte de la infantería toda de españoles, divididos en cuatro tercios, al cargo de cuatro maestres de campo tambien españoles; el resto se componia de soldados alistados en Nápoles, Sicilia, en Milan, en las islas de Córcega y Cerdeña. Figuraban en este pequeño ejército capitanes ilustres, tanto españoles como extranjeros, conocidos por su pericia y valor en los combates. Se contaba entre los primeros á Fernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba, comendador de Castilla, de la Orden de San Juan, y comandante de toda la caballería; Antonio de Olivera, á quien se encomendó un cargo hasta entonces no conocido en el ejército español, á saber, el de comisario general de la caballería; Carlos Dávalos, hijo del marqués del Vasto; Bernardino de Mendoza; Camilo del Monte; Cristóbal de Mondragon; Sancho de Avila, alumno favorito del mismo duque de Alba en el arte de la guerra; Sancho de Londoño; Julian Romero; Alonso de Ulloa y otros varios. Entre los italianos, Chiapino Vitelli, que era maestre de campo general; Francisco Paciotto de Urbino, muy entendido en fortificaciones, y que pasaba por el primer ingeniero de aquel tiempo; Gabrio Serveloni, general de la caballería; Curcio, conde de Martinengo; Nicolás Basti, con otros de no poca nombradía. Se dividió el ejército en tres trozos, capitaneados: el primero por el mismo duque de Alba; el segundo, por su hijo don Fernando de Toledo y Sancho de Londoño; y el tercero por el maestre general de campo Vitelli. Cuidó el duque de Alba de introducir en este ejército el órden mas exacto, la disciplina mas severa, y de uno y otro se dió el mayor ejemplo, en la marcha dilatada que tuvo que hacer hasta llegar á su destino. Iban delante Francisco Ibarra, proveedor del ejército, y Gabrio Serveloni, con objeto de reconocer los caminos, hacer los alojamientos, y preparar los víveres necesarios, observándose el método de pernoctar en el mismo punto consecutivamente los tres cuerpos. Emprendió su camino con direccion al monte Cenis, y pasó á la Saboya por la misma ruta que cerca de diez y ocho siglos antes habia emprendido Aníbal. Continuó su marcha por la frontera oriental de la Borgoña y por la occidental de la Lorena, teniendo gran cuidado de no atravesar el territorio perteneciente al rey de Francia. Observaba sus pasos por la izquierda un cuerpo de cuatro mil franceses mandados por el mariscal de Tavannes, á fin de impedir toda violacion de territorio. Lo

mismo hizo por la derecha un cuerpo de ginebrinos, temiendo una sorpresa del general español; mas tal fué la circunspeccion del duque de Alba, que no ocurrió el menor choque en el camino. Para encarecer la disciplina observada por los españoles en tan larga marcha, se cuenta que no ocurrió en toda ella mas desórden que el robo de tres reses, que costó la vida á sus autores.

Con la aproximacion del duque de Alba á los estados de Flandes, crecieron las inquietudes y los medios de los que tanto se habian asustado con su nombramiento. Fué la princesa gobernadora la que mas se incomodó al ver que á pesar de sus representaciones se realizaba al fin la llegada de un ejército y de un jefe que en su opinion iban á causar al pais tan grandes males. Además de la carta escrita al rey de España, de que hemos hablado anteriormente, le habia escrito otras exponiéndole siempre los gravísimos males que iban á seguirse del envío de un ejército. Algo habia calmado Felipe II sus temores, anunciándola que á la llegada de su ejército seguiria la de su persona, previniéndola que tuviese dispuesta una flota para salirle á recibir cuando tuviese la noticia de su próxima salida. Mas sin duda el rey de España anunció lo que no estaba en su mente ejecutar, como así lo hizo ver el resultado; por lo menos ya estaba la princesa Margarita desesperanzada de su arribo, cuando la presentacion del duque de Alba, en el territorio de los Paises-Bajos. Así nada pudo suavizar en su ánimo cuanto tenia de amargo para ella, la llegada de tan terrible personaje.

Hizo su entrada el duque de Alba en los Paises-Bajos con toda la pompa y esplendor que le daban su cargo importante, y el ejército lucido, aunque no muy numeroso, que le acompañaba. Recibió en Luxemburgo el refuerzo de dos coronelías ó regimientos de alemanes. Salieron muchos grandes del pais á recibirle á la frontera; unos por aficion, los mas de miedo; tal era la aprension que en general causaba su presencia.

Distribuyó el duque la mayor parte de sus fuerzas en diversos puntos, destinando una fuerte division á la plaza de Amberes, cuyo gobierno se encargó á Londoño. Con la que restaba, hizo su entrada pública en Bruselas, imponiendo respeto á la muchedumbre, y pavor á cuantos tenian algun motivo para augurar mal de su llegada. Seguido de un acompañamiento lucido y numeroso, se presentó en el palacio de la princesa gobernadora, quien le recibió con toda la ceremonia debida á su carácter. En presencia de la corte en-

tregó el duque á Margarita el despacho ó provision real que le nombraba jefe supremo y director de todos los negocios militares y de guerra en los Paises-Bajos, dejando intacta la autoridad de la princesa en los civiles. Mas cuando quedaron solos para conferenciar en privado, le enseñó otras instrucciones en que las facultades del duque resultaban ser mas amplias que en el despacho ostensible, pues no solo se le confiaba el gobierno absoluto de las armas, sino poder para levantar fortalezas, deponer autoridades, y entender en las causas de los alborotos pasados y castigo de los delincuentes. Todavía no satisfizo entonces el duque de Alba la curiosidad de Margarita en un asunto que tanto le importaba, pues habiéndole preguntado la princesa si tenia mas que exponer, le respondió el general español que aun le quedaban muchas cosas que decir; mas que las iria manifestando poco á poco, segun ocurriese la ocasion, no pudiendo comunicarlas todas en su conferencia.

Debió de considerar Margarita de Parma desde aquel momento como nula su autoridad en los Paises-Bajos. De tan amplios poderes conferidos al duque de Alba, se quejó amargamente al rey, haciéndole ver por la tercera ó cuarta vez las calamidades de que iba á ser objeto el pais, con el despliegue de una fuerza y de un rigor innecesarios en aquellas circunstancias. Mas Felipe II habia tomado su partido. Sea que hasta entonces estuviese satisfecho ó no de la conducta y política de la princesa gobernadora, creyó que el duque de Alba seria un órgano mas fiel de sus voluntades y opiniones. La mision del duque no era pues de calmar, de reducir los ánimos á la obediencia por la via de templanza y consideraciones, sino de inspirar terror por medio de castigos. Ninguno habia mas capaz de satisfacer estas miras que el duque de Alba, hábil capitan, jefe inflexible, católico intolerante, despótico por carácter, por educacion y por principios. Los de su mando fueron castigar y sujetar á los rebeldes, exterminar, si era posible, á los enemigos del catolicismo, y producir por todas partes escarmientos.

Creyó oportuno el duque de Alba comenzar sus medidas de rigor con los grandes del pais, promotores principales, en su opinion, de los pasados alborotos, resortes activos, tanto en secreto como en público, de la impopularidad y hasta del odio con que era mirado el rey de España. Eran los principales objetos de su animadversion los condes de Egmont y Horn, que habian hecho el principal papel despues del príncipe de Orange. Para hacerse dueño con mas faci-

lidad de sus personas, convocó los principales grandes á Bruselas, á fin de conferenciar con ellos sobre los negocios del Estado. No sospechó nada el conde de Egmont, hombre sencillo, incapaz de suponer en otros sentimientos que su pecho no abrigaba; pero el de Horn, mas cauto, se mantenia á mayor distancia del general español, del que tanto desconfiaba. En vano trató de inspirar al otro sus temores; en vano le hizo ver el peligro de asistir adonde los llamaba el duque de Alba. Insistió el primero en su resolucion, y el conde de Horn se vió en la precision de acompañarle.

Se verificó la conferencia por noviembre de 1567, y en el palacio de Bruselas se reunieron los grandes que habia convocado el duque de Alba. Habia tomado este todas las providencias oportunas para dar su golpe con mas seguridad, poniendo guardia de españoles al mando de Sancho de Avila, que gozaba de toda su confianza. Despues de haber hablado á los grandes de cosas generales, llamó á un cuarto vecino al conde de Egmont, y le dijo con acento entre airado y grave: «Sois preso por órden del rey, entregadme vuestra espada.» Turbado el conde con este golpe inesperado, mas sin perder su entereza, respondió: «Obedezco la órden del rey; aquí está mi espada, que tantas veces se ha desenvainado en su servicio.» Mientras se verificaba la prision de Egmont, se practicaba lo mismo con el conde de Horn por capitanes adictos al duque, y en seguida fueron ambos conducidos al castillo de Gante, donde quedaron encerrados.

Mientras estas prisiones se verificaban, tomaban las tropas de la guardia del palacio todas las medidas que podian imponer á la muchedumbre, haciendo despejar las calles inmediatas. Por el pronto no se quiso creer en Bruselas este paso contra personas que merecian y habian alcanzado la popularidad del pais; mas pronto se disipó la incertidumbre, cubriéndose de luto la ciudad con esta noticia inesperada. El terror que inspiraba. El duque de Alba hizo comprimir en el silencio estos sentimientos de dolor y de desesperacion, consolándose al mismo tiempo muchos con la idea de que el príncipe de Orange habia sabido evitar la suerte de sus compañeros, y que probablemente se veria pronto con los medios de venir á libertad al pais de la servidumbre dura que le amenazaba.

La princesa Margarita, sin cuyo conocimiento se habian hecho estas prisiones, se llenó de indignacion cuando se las comunicó de oficio el duque de Alba, manifestándole que no se le habia dado prévio aviso, por evitarle el odio de que hubiera sido objeto la princesa en el pais, á ser ejecutadas de su órden. Mas no templó esto el resentimiento de la gobernadora, penetrada mas y mas de lo falso de su posicion, y convencida de que no ejercia en el pais mas que una autoridad nominal, indecorosa para su persona. Hizo con este motivo una exposicion al rey de España, en que sin quejarse de nadie, le pedia encarecidamente la exonerase de un cargo en que habia perdido su salud, y para cuya continuacion le faltaban ya las fuerzas, quebrantadas con los cuidados y afanes que le habian causado tantos conflictos de que habia sido Flandes teatro en los nueve años que llevaba de administracion, haciéndole ver al mismo tiempo que ya era inútil su persona, estando revestida con tan grandes cargos la del duque de Alba. Para acabar con este asunto, aunque nos adelantemos un poco en el órden cronológico, diremos que el rey acogió con todo favor esta exposicion, como quien deseaba probablemente deshacerse de la persona de la princesa Margarita. Así accedió á su súplica, y la escribió una carta muy atenta en que la daba las gracias por lo bien que se habia conducido en la administracion de los Paises-Bajos, concediéndole permiso para retirarse á Italia. Con esta licencia dirigió Margarita á los estados una carta de despedida, entregando el mando al duque de Alba; y acompañada por este hasta la frontera, tomó el camino de Parma, donde la aguardaba su marido Octavio.

Se sintió mucho en Flandes la salida de la duquesa de Parma, por la comparacion entre su persona y la del gobernante que la sucedia. Aun prescindiendo de esta consideracion, es un hecho que la princesa Margarita desplegó tino en su administracion, y que no era extraña á las artes de gobierno. Convienen todos los historiadores en que estaba adornada esta mujer de prendas varoniles, y alegan como una de las pruebas, que se hallaba sujeta á los achaques de la gota. La asociacion del cardenal Granvella, en lugar de aliviarla el peso del gobierno, no hizo mas que crearla nuevos embarazos, por la odiosidad de que fué blanco la persona del prelado. Colocada entre tantas pasiones é intereses, que mútuamente se chocaban y excluian, tuvo que valerse de gran circunspeccion, y no pocas veces que recurrir al disimulo. Necesitó ser astuta y sagaz, fingir simpatías y hasta antipatías, segun lo pedia la ocasion, pues si faltó muchas veces á la sinceridad, del mismo modo la trataban hasta los que mas se la vendian por amigos. Fué activa en su gobierno; no perdió de

vista nada de cuanto podia interesarla; no era descuidada en emplear espías para saber los pasos, tanto de los amigos como de los enemigos, y no perdonó ocasion de informar al rey del verdadero estado de las cosas. Cedia á la tempestad cuando no tenia fuerzas para combatirla. Inmediatamente que podia recuperar el ascendiente, usaba de su superioridad y no era remisa en oprimir con mano fuerte á sus contrarios. Fueron sus últimos consejos al rey dictados por el espíritu de la prudencia, y si se mezclaba en ellos su propia personalidad, redundaban mucho mas en el bien del pais y en los verdaderos intereses de su hermano. El mejor elogio de la princesa de Parma es la administracion de sus tres primeros sucesores en el gobierno de los Paises-Bajos; y si algo la pudo consolar del desvío ó ingratitud del rey, debieron de ser las desgracias que produjo en Flandes la presencia del hombre á que la habia pospuesto.

Fué la prision de los condes de Egmont y de Horn una medida de rigor, pero no un acierto. Si el duque de Alba hubiese cogido en el palacio de Bruselas todos los magnates de los Paises-Bajos que influian en la muchedumbre, se podria tal vez decir que habia cortado de una vez todas las cabezas de la hidra; pero los mas de estos grandes estaban prófugos; el principal, que era el príncipe de Orange, se hallaba salvo en sus estados de Alemania. Por eso el cardenal de Granvella, á la sazon en Roma, al saber la prision de los dos condes, preguntó si entre ellos se hallaba el Taciturno, y al decírsele que no, repuso: «No ha pescado gran cosa el duque de Alba;» dicho agudo y sentencioso, que anunciaba claramente el resultado que iba á tener aquella providencia tan á medias.

Despues de la prision de los dos condes fué instalado por el duque de Alba un tribunal especial, compuesto de doce individuos, para entender en las pasadas turbulencias, llamado con este motivo el tribunal de rebeliones y castigos. En el público se conocia mas comunmente con el nombre de *tribunal de sangre*, por la mucha que vertia. La mayor parte de sus individuos eran españoles, y el resto se componia de algunos personajes del pais, encarnizados enemigos de todos los agitadores. Era su presidente el mismo duque de Alba; el que dictaba definitivamente las sentencias, pues los otros jueces no tenian en cierto modo mas que un voto consultivo. Citó el tribunal por órden del duque á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, Antonio Lañi, conde de Hogstrart, al conde de Culemburgo, Florencio Palanti, á Guillermo, conde de Bergues, á Enrique de

Brederode y otros señores fugitivos, para que viniesen á responder á los cargos que se les hacian. Mas ellos respondieron desde afuera por medio de un escrito, que siendo caballeros del Toison de Oro, solo podian ser juzgados por el rey y por sus pares. Añadió el príncipe de Orange el paso de dirigirse al emperador y á los príncipes del imperio, haciéndoles ver lo comprometido de su dignidad en permitir que el duque de Alba pasase adelante con su tropelía. Manifestaron en efecto estos príncipes al gobernador español la excepcion en que se hallaban los grandes prófugos para ser juzgados por un tribunal ordinario; mas el duque de Alba contestó, que tales eran las órdenes del rey, y que no podia menos de llevar á su debido efecto. No habiendo comparecido, pues, los prófugos, dictó el duque la sentencia que los condenaba á la pena de traidores, é hizo conducir á España al conde de Buren, hijo mayor del príncipe de Orange, cursante en la universidad de Lobayna, sin que su corta edad de trece años, ni los privilegios de la universidad, pudiesen detener el golpe de aquella mano airada.

No fueron aquestos nobles las solas víctimas de los rigores del tribunal de sangre. Algunos otros fueron cogidos y decapitados en Bruselas y otros puntos, por haber hecho gran papel en las pasadas turbulencias. Murieron algunos despues de haber abjurado el culto nuevo y restituídose al seno de la religion católica. Persistieron otros en sus nuevas opiniones, con no poca indignacion y escándalo de los católicos celosos, y al mismo tiempo edificacion y simpatía por parte de los que sus mismos principios abrigaban, como sucede en toda lucha de partidos, sobre todo cuando están en pugna creencias religiosas.

No eran solo objeto del rigor del tribunal de sangre los magnates y los grandes, sino los hombres de las clases medianas, y hasta de la misma plebe. Cuantos eran conocidos por haber tomado parte en los pasados disturbios, en el saqueo y destrozo de los templos; cuantos pasaban por instigadores ó motores del desafecto que se profesaba al rey; cuantos estaban indicados por su profesion abierta ó adhesion al nuevo sistema religioso, fueron objeto de las pesquisas y blanco de los castigos fulminados por un tribunal que parecia sediento de venganza. Así se hallaba el pais entero sobrecogido de terror, y se contaban por miles los individuos que por librarse de la persecucion buscaban asilo en Inglaterra, en Francia y otros paises extranjeros. Habia sido proscripto con las penas mas duras

cuanto tenia hasta la apariencia de culto protestante; pero estas medidas de rigor, que parecia debian aplicarse solo á lo que entonces existiese, tenia efecto retroactivo por excesos pasados, que la política de la princesa Margarita habia sepultado en el olvido.

Era la guerra inevitable. Los proscriptos hacian por todas partes preparativos de una invasion en los Paises Bajos. Ponia en obra el príncipe de Orange todos los medios que le sugerian su genio, su ambicion y sus conexiones con los príncipes del imperio. No se descuidaba por su parte el duque de Alba, impertérrito en medio del peligro, y no cejaba un punto en la carrera de rigor é inflexibilidad que habia empezado. Entre sus medidas de seguridad se cuenta la construccion de la ciudadela de Amberes, en que se emplearon mas de tres mil hombres. Fué dirigida la obra por Paciotto, que pasaba por el primer ingeniero, de su tiempo, y se reputa hoy como el creador de la fortificacion moderna. El castillo de Amberes, erigido mas bien para sujetar y reprimir á la ciudad, que para defenderla contra sus enemigos exteriores, ha sido la primera de las obras fuertes de este género, y como tal servido de modelo á otras muchas que en el discurso de muy pocos años se erigieron. Cada uno de sus cinco baluartes, pues tiene la figura de un pentágono, llevaba el nombre de algun grande personaje, habiendo recibido uno el duque de Alba, y otro el de Paciotto, su ingeniero.

Se aguardaba de un momento á otro la invasion de los proscriptos. Los prófugos trataron de penetrar por el pais, unos por el mediodia y otros por el norte. Fué sin duda el plan del príncipe de Orange llamar la atencion del duque de Alba por varios puntos á la vez, en lo que procedia con prudencia; mas no nos parece habilidad el que dejase de entrar al mismo tiempo con todas las fuerzas que mandaba; pues cuanto mas numeroso fuese el ejército invasor, mas impresion favorable haria en sus amigos, y mas impondria al duque de Alba. Tal vez no estarian completos los preparativos del ejército que organizaba; tal vez querria probar fortuna con ensayos parciales, sin exponer mucho su persona. Dejando aparte estas consideraciones, bástanos saber que los que entraron en Flandes por el lado de Francia fueron desbaratados sin grande resistencia, por el capitan español Sancho de Avila y un cuerpo enviado por Carlos IX en auxilio de los españoles. No cupo igual suerte á los que invadieron el pais por la parte opuesta, mandados por Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. Salió á su

encuentro el conde de Aremberg, gobernador de Frisia; le aguardaba el de Nassau en una fuerte posicion, cubierto con un monte por la espalda, apoyados sus flancos en bosques intransitables, y con un terreno pantanoso al frente. Tenia además oculta una gran parte de sus tropas, para acometer de improviso á los españoles, si cometian estos la imprudencia de atacarle. Tal pareció el acto al duque de Aremberg, jefe de habilidad y de experiencia. Mas se censuró en el ejército su circunspeccion, tachándola de cobardía, y esto fué bastante estímulo para que el general español arriesgase, contra su propio dictámen, una batalla, cuyos resultados preveia. Los españoles atacaron llenos de entusiasmo, contando con un triunfo muy seguro; mas empeñados en un terreno pantanoso con las tropas que tenian al frente, se vieron acometidos de flanco, por las que estaban en celada. Al desórden causado por esta embestida se siguió una derrota completa, y habiéndose puesto en fuga los que no cayeron en el campo de batalla, dejaron en poder del enemigo un gran número de prisioneros, las banderas, los equipajes y la artillería, donde figuraban seis piezas grandes, conocidas con los signos de música, ut, re, mi, fa, sol, la. Quedó entre los muertos el conde de Aremberg, cuya pérdida fué muy sentida de todos, y en especial del duque de Alba.

En vista de un desastre que podia ser seguido de fatales resultatados, resolvió moverse en persona el gobernador general con direccion á Frisia; mas no queriendo al parecer dejar enemigos por su espalda, y considerando como tales á los condes de Egmont y de Horn, á pesar de hallarse presos, aceleró su enjuiciamento, no creyéndose seguro, mientras la vida de los dos cautivos pudiese infundir ánimo en sus numerosos partidarios.

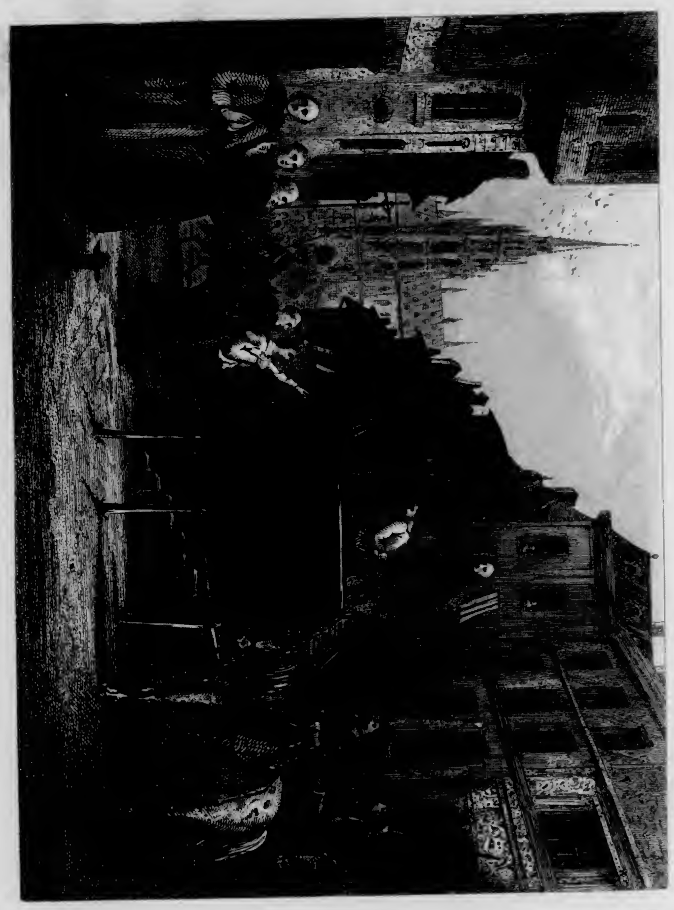
Mandó pues el duqne de Alba proceder con toda actividad al enjuiciamiento de los condes. Se les hicieron los cargos de querer echar al rey de los dominios de Flandes; de haber solicitado la expulsion del cardenal Granvella; de haber instigado á los enemigos del gobierno español en la resistencia que oponian á las providencias de la gobernadora; de no haberse mostrado enemigos declarados de los confederados, ó sea mendigos; de no haber dado fuerte auxilio á los gobernadores ó magistrados contra los saqueadores de los templos y destructores de sus imágenes; en fin, de ser ocultos é indirectos enemigos del rey de España, aunque sin alzar contra él abiertamente un estandarte. Concluyó el fiscal por la pena de muer-

te, como traidores y reos de lesa majestad, y confiscacion de sus bienes, á consecuencia de este crímen. Contestaron los condes en respuesta á estos cargos, protestando contra la incompetencia de su tribunal, alegando que como caballeros del Toison de Oro, no podian ser juzgados por el rey y el colegio de los de esta Orden. Con esta salvedad, dijeron en descargo, que jamás habian sido enemigos del rey, ni querido despojarle de su dominio de los Paises-Bajos; que jamás habian obrado nada en perjuicio de sus intereses, ni tomado parte por sus enemigos, y los perturbadores de la paz y el órden público; que si no se habian mostrado enemigos declarados de los confederados, y otros que desaprobaban las providencias del rey, habia sido por servirle mejor, empleando vias de conciliacion, preferibles, en su concepto, á las del rigor y del castigo. Respondieron, en fin, lo bastante para ser absueltos en la opinion general, que tanta simpatía mostraba hácia sus personas, y achacaba al rencor y ferocidad del duque de Alba el rigor con que eran tratados; mas no para satisfacer al tribunal, ni menos al duque, quien en nombre del rey, por su especial autoridad, para ser caballeros del Toison de Oro, los condenó á ser degollados por manos del verdugo. Inmediatamente los hizo conducir de Gante á Bruselas, donde debia verificarse la sentencia.

Al ser comunicada á los dos condes, ya de regreso en la capital, manifestaron extrañeza, pues no creian que llegase á tanto el odio de sus enemigos y la animadversion del rey; pero no por eso se abatieron, y como varones esforzados y cristianos se prepararon á la muerte. En aquellos tristes momentos escribió el conde de Egmont una carta al rey en lengua francesa, que por lo sentido de sus expresiones y lealtad que respira, merece ser mencionada por todos los historiadores. Dice así, sobre poco mas ó menos: «Señor: Ha»beis tenido á bien que sea condenado á muerte un súbdito y cria»do vuestro, que jamás dedicó á otra cosa su ánimo y sus fuerzas, »que á serviros. Da testimonio todo lo pasado de que, en ningun »tiempo ahorré mis trabajos ni mi hacienda en vuestro obsequio, y »que expuse á mil peligros la misma vida, que nunca estimé en »tanto, que no la hubiese cien veces trocado de muy buena gana »con la muerte, si acaso en la menor cosa pudiese ser á vuestra »grandeza de embarazo. Por esto no dudo que, despues de haberos »enterado bien de lo que aquí se ha hecho, reconocereis con cuán»to agravio se ha procedido conmigo, cuando os hicieron creer de

te, como traidores y reos de lesa majestad, y confiscacion de sus bienes, á consecuencia de este crímen. Contestaron los condes en respuesta á estos cargos, protestando contra la incompetencia de su tribunal, alegando que como caballeros del Toison de Oro, no podian ser juzgados por el rey y el colegio de los de esta Orden. Con esta salvedad, dijeron en descargo, que jamás habian sido enemigos del rey, ni querido despojarle de su dominio de los Paises-Bajos; que jamás habian obrado nada en perjuicio de sus intereses, ni tomado parte por sus enemigos, y los perturbadores de la paz y el órden público; que si no se habian mostrado enemigos declarados de los confederados, y otros que desaprobaban las providencias del rey, habia sido por servirle mejor, empleando vias de conciliacion, preferibles, en su concepto, á las del rigor y del castigo. Respondieron, en fin, lo bastante para ser absueltos en la opinion general, que tanta simpatía mostraba hácia sus personas, y achacaba al rencor y ferocidad del duque de Alba el rigor con que eran tratados; mas no para satisfacer al tribunal, ni menos al duque, quien en nombre del rey, por su especial autoridad, para ser caballeros del Toison de Oro, los condenó á ser degollados por manos del verdugo. Inmediatamente los hizo conducir de Gante á Bruselas, donde debia verificarse la sentencia.

Al ser comunicada á los dos condes, ya de regreso en la capital, manifestaron extrañeza, pues no creian que llegase á tanto el odio de sus enemigos y la animadversion del rey; pero no por eso se abatieron, y como varones esforzados y cristianos se prepararon á la muerte. En aquellos tristes momentos escribió el conde de Egmont una carta al rey en lengua francesa, que por lo sentido de sus expresiones y lealtad que respira, merece ser mencionada por todos los historiadores. Dice así, sobre poco mas ó menos: «Señor: Ha»beis tenido á bien que sea condenado á muerte un súbdito y cria»do vuestro, que jamás dedicó á otra cosa su ánimo y sus fuerzas, »que á serviros. Da testimonio todo lo pasado de que, en ningun »tiempo ahorré mis trabajos ni mi hacienda en vuestro obsequio, y »que expuse á mil peligros la misma vida, que nunca estimé en »tanto, que no la hubiese cien veces trocado de muy buena gana »con la muerte, si acaso en la menor cosa pudiese ser á vuestra »grandeza de embarazo. Por esto no dudo que, despues de haberos »enterado bien de lo que aquí se ha hecho, reconocereis con cuán»to agravio se ha procedido conmigo, cuando os hicieron creer de



SUPLICIO DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORN

»mí, lo que ni he pensado. De esto llamo por testigo á Dios, y le »pido, que si en algo he faltado á las obligaciones que creí tener al »rey y á las provincias, castigue á esta alma, que ante su tribunal »será hoy mismo presentada. Y así os suplico, señor, no habién»doos de suplicar ya mas, que en retribucion de mis trabajos y »servicios, tengais alguna compasion de mi mujer y de mis once »hijos y criados, que dejo encomendados á algunos pocos amigos. »Teniendo por cierto que por vuestra natural clemencia lo hareis, »voy á padecer la muerte, que recibo resignado, cierto, de que con »este mi fin se satisfará á muchos. En Bruselas á 5 de junio á las »dos horas de la noche, año 1568. De V. M. muy humilde, fiel y »obediente súbdito, y criado preparado para morir. Lamoral, conde »de Egmont.»

Entregó el conde de Egmont esta carta al obispo de Iprés, que le asistia en sus últimos momentos, á fin de que fuese dirigida al rey, y al dia siguiente salió acompañado de su confesor á la plaza pública de Bruselas, donde estaba preparado y tendido de negro su cadalso. Subió á él con paso firme, y se arrodilló sobre un almohadon que delante de un Crucifijo de plata le tenian dispuesto. Despues de un rato de oracion, pasó á manos del verdugo, que le cortó la cabeza, cubriendo en seguida el cadáver con un manto, á fin de que no fuese visto del conde de Horn, que iba á sufrir la misma suerte. Mas no se le ocultó á este lo que acababa de ocurrir, y clavando sus ojos dolorosamente en el cuerpo cubierto de su amigo, pasó igualmente á arrodillarse al pié del Crucifijo, y de aquí á manos del verdugo. Clavaron las cabezas en escarpias de hierro, y despues de permanecer expuestas á la vista del público por espacio de dos horas, se trasladaron los cadáveres á la iglesia mas próxima, en que se les dió decente sepultura. Presenció todo el pueblo de Bruselas con lágrimas, con sentimientos de terror é indignacion, con ardientes deseos de venganza, tan lúgubre espectáculo, que iba á ser seguido de toda suerte de calamidades.

Cualquiera que sea el colorido que el espíritu de pasion ó de partido dé á estos hechos, basta su autenticidad para que el hombre dotado de una sana razon los coloque en el sitio que merecen. Pertenecian los dos condes á las familias mas ilustres del pais, enlazadas con otras de igual rango en Francia y Alemania. Los servicios que el conde de Egmont habia hecho á Carlos V y á su hijo eran

tales, que ningun monarca podia desconocerlos, sin nota de negra ingratitud ó sobra de injusticia. De carácter franco y demasiado comunicativo, si pudo cometer algunas imprudencias de palabra, jamás habian desmentido sus hechos los sentimientos de lealtad y fidelidad que profesaba al rey de España. No podia un señor flamenco, de grande influencia en el pais, aprobar explícitamente la política de este monarca, con respecto al gobierno de su patria. Se mostró enemigo del cardenal Granvella: reprobó los edictos relativos al establecimiento de la Inquisicion, fulminados tan imprudentemente en la corte de Madrid; no se mostró enemigo declarado de los mendigos, pero en todos cuantos lances se vió comprometida la autoridad del rey, tomó parte en su defensa, como cumplia á un buen súbdito, ó sea vasallo, como entonces se decia. No se mostró protestante, ni abogado protector de los que la nueva secta profesaban. Una prueba de lo satisfecho que estaba de haberse conducido bien es, que á pesar de que no podia serle desconocido el carácter severo y suspicaz del rey, no siguió el ejemplo del príncipe de Orange, cuando supo el nombramiento del duque de Alba, para el gobierno general de Flandes. Fué su solo crímen el no haberse mostrado siempre instrumento y ciego aprobador de todas las disposiciones del rey, y haber visto los asuntos del pais con los ojos de un flamenco y no de un español, á quien podian ser indiferentes el bienestar y prosperidad de los Paises-Bajos. Fué bastante este crímen para sepultar en el olvido sus grandes servicios, y hacerle perder su cabeza en un cadalso á la edad de cuarenta y seis años, dejando once hijos huérfanos, como en razones tan sentidas manifestó en su última carta al rey de España. No rodeaba tanto brillo á la persona del conde de Horn, aunque tambien se le puede considerar como eminente personaje. Murió de cuatro años mas de edad que el de Egmont, y tampoco en toda su vida habia mostrado otros sentimientos que los que distinguian á su compañero. Debe pues la historia imparcial considerar el suplicio de los dos, como uno de aquellas atrocidades que solo puede disculpar el espíritu de fanatismo, ora civil, ora religioso, que en todas épocas, y sobre todo en aquella distinguia á los soberanos y á los pueblos; y hay que tener presentes, que en este hecho tuvo tanta y mas parte el rey que su lugarteniente. De todos modos, aun mas que atrocidad, debe ser considerado en política como enorme desacierto. Encendió este su-

plicio de nuevo las llamas de la discordia y de la guerra; y si es verdad, como dicen algunos historiadores, y es muy probable, que en la sangre de los dos cadáveres mojaron muchos habitantes de Bruselas sus pañuelos, se puede decir que fueron estos otros tantos pendones de insurreccion y de venganza.

CAPÍTULO XL.

Continuacion del anterior.—Sale el duque de Alba de Bruselas en busca del conde de Nassau.—Le hace levantar el sitio de Groninga.—Le derrota en los campos de Gemingen.—Vuelve á Bruselas.—Penetra el príncipe de Orange con su ejército en los Paises-Bajos.—Sale de nuevo el duque de Alba de Bruselas y se establece en Maestrich.—Paso del Mosa por el príncipe de Orange.—Presenta batalla al duque de Alba.—No la acepta este.—Escaramuzas.—Se retira el de Orange y pasa el Get.—Derrota del cuerpo que deja á retaguardia de este rio.—Se junta el príncipe de Orange con un cuerpo auxiliar de Francia.—Crecen sus apuros y dificultades.—Se vuelve á sus estados de Alemania.—Entrada triunfal del duque de Alba en Bruselas.—Ereccion de su estatua en la ciudadela de Amberes.—Nuevos rigores.—Contribuciones.—Publicacion del decreto de indulgencia. (1568—1572.)

Desembarazado el duque de Alba de los dos presos, cuya existencia tantos temores le infundia, salió de Bruselas en busca de Luis de Nassau, que despues de su victoria sitiaba la plaza de Groninga, defendida por Vitelli, maestre de campo general de las tropas españolas. Partió para Amberes, y habiendo tomado sus medidas para guarnecer bien el castillo que acababa de erigirse, salió de esta plaza con direccion á la sitiada, habiendo hecho algunos altos en el camino, para recoger la artillería y todas las tropas que debian acompañarle. Llegó el 15 de julio de 1568 á la plaza de Groninga, y sin detenerse casi en ella, marchó en busca de los reales enemigos. Se componia su ejército de diez mil infantes y tres mil caballos. Igual fuerza, con poca diferencia, contaba el de Nassau, aunque con algo menos de caballería. Atacaron los españoles los

reales con gran ímpetu; mas el conde no aceptó la batalla, y despues de algunas escaramuzas, en que los nuestros llevaron lo mejor, se retiró al abrigo de la noche al pueblo de Gemingen, á la entrada de la Frisia, donde tomó una ventajosa posicion, aguardando la llegada de los españoles. Tenia á sus espaldas la ciudad amiga de Hemdem, donde esperaba de un momento á otro refuerzos considerables de su hermano el príncipe de Orange. Estaban defendidos sus flancos por el rio Ems y por lagunas y pantanos casi intransitables. Solo su frente era accesible por medio de un dique, y para defender la entrada, habia construido una fuerte batería, que no se podia atacar sino de frente. Mas todas esas ventajas se neutralizaron por el descontento y la sedicion de sus tropas de Alemania, que á grandes gritos pedian sus pagas devengadas. Sabedor el duque de Alba de esta circunstancia, no perdió tiempo en acometer, separando de su ejército un cuerpo considerable, para hacer amagos por los flancos y la retaguardia. Tomó el duque en persona el camino del dique, como en ademan de atacar la batería; mas mientras llamaba sobre sí toda la atencion del enemigo, marchaba por su órden una columna al mando del capitan español Lope Figueroa, quien haciendo un gran rodeo, y metiéndose por los pantanos atacó briosamente la batería por el flanco, con gran derrota de los enemigos, y abrió al duque de Alba la puerta de su campo. Atacaban al mismo tiempo los españoles por la retaguardia y por los flancos, y aumentándose el desórden con la sedicion abierta de los alemanes, se consumó la derrota ya empezada con la toma de la batería. Fué la victoria sangrienta y decisiva. Los alemanes entregaron las armas; muchos murieron en los reales; otros mas se ahogaron en los pantanos y en el rio. Se hace ascender el número de los enemigos muertos á seis mil, que comparado con el de sesenta que se dice tuvieron los españoles, indica la confusion introducida en el campo enemigo, y lo poco que fué disputada la victoria. Cogieron los españoles veinte banderas, diez piezas de artillería, y además las seis que antes habia perdido el conde de Aremberg; todo el equipaje de los jefes principales, incluso el del mismo general en jefe. Se dice que este se puso en salvo por medio de un ardid, dejando sus vestidos en el campo para que le creyesen muerto, pasando á nado con un disfraz el rio, para no ser personalmente perseguido.

Hizo esta batalla de Gemingen una profunda impresion, tanto en los amigos como en los enemigos. Fué celebrada por los primeros

con grandísimo entusiasmo, y se le dió una importancia tal, que en la opinion de muchos, quizás en la de la generalidad, pasó por milagro. En muchas iglesias fué celebrada con toda solemnidad, y no fué en Roma donde se hizo menos fiesta. No entraremos en infinitos pormenores sobre hazañas particulares. Se hacen grandes elogios del capitan español Figueroa, jefe de la columna que atacó la batería, y el principal autor de la victoria. Los españoles usaron con demasiada largueza, ó por mejor decir, abusaron con crueldad del triunfo conseguido, aunque esta conducta no se debe achacar á influencia, ni aun disimulo, por parte del general español; pues habiendo el trozo de Cerdeña incendiado en su furor algunos pueblos de las inmediaciones, fueron severamente castigados los autores del exceso, y privados de su cargo los oficiales y jefes que lo habian permitido.

Derrotado tan completamente el ejército del conde de Nassau, regresó el duque de Alba á Groninga, y de aquí por la via de Amberes tomó la vuelta de Bruselas, habiendo encontrado en el camino á su hijo don Federico de Toledo, duque de Huesca, que le traia un refuerzo de dos mil hombres, casi todos españoles. A muy pocos dias de su llegada á la capital, tuvo el general español que dejarla, para salir al encuentro del príncipe de Orange, que intentaba invadir el pais, cayendo sobre la provincia de Brabante.

No habia estado ocioso este caudillo durante su permanencia en sus estados de Alemania. Organizó allí cuantos medios le sugeria su genio y su ambicion, para hacer frente al rey de España, dirigiéndose á los príncipes que participaban de sus sentimientos. La prision y suplicio de los condes de Egmont y de Horn dieron nuevos estímulos á su actividad, y suficientes pretextos para las medidas hostiles en que tanto se ocupaba. Para hacerse mas jefe del partido, captarse la confianza de los descontentos y la amistad de los príncipes luteranos, se declaró abiertamente de su comunion, y esto le dió armas para combatir mas de lleno la intolerancia religiosa y el sistema de persecucion que habia adoptado el duque de Alba. Publicó manifiestos contra la política sanguinaria, contra el plan de opresion y servidumbre á que habia condenado á su pais el rey de España. Con su actividad y medios que le daba su influencia personal, allegó un ejército de veinte y ocho mil hombres; diez y seis mil infantes y ocho mil caballos, compuesto de flamencos, franceses y alemanes. En sus filas figuraban, además de su hermano Adolfo, algunas per-

sonas distinguidas, como Casimiro, hijo del conde Palatino, el conde de Schwartzemberg, dos de los duques Sajonia, el conde de Hoogstrat y Guillermo Lumey de la familia de los condes de la Marca. Con estas tropas, pasó el príncipe de Orange el Rhin, y sentó sus reales en las orillas del Mosa, cerca de Maestrich.

No manifestó el duque de Alba mucha inquietud por la aproximacion del príncipe de Orange. A los manifiestos en que este hacia ver los príncipes y potencias que apoyaban su causa y entraban en su alianza, respondió con la enumeracion de otros mas poderosos que estaban á favor del rey de España. Sin detenerse, salió de Bruselas, y se dirigió á Maestrich, separándole solo ya el Mosa del ejército contrario.

No podia estar la guerra ya mas pronunciada. Se habian convertido los antiguos súbditos del rey en abiertos enemigos, con pendon alzado y ejércitos, que buscaban á los de su antiguo soberano. Luchaban en los Paises-Bajos, como en otros de Europa, dos creencias religiosas enemigas, cuyos intereses iban igualmente mezclados con las de la política del mundo. A motivos tan poderosos se unia el espíritu de independencia, el deseo de sacudir el yugo extranjero, pasion ya dominante en los Paises-Bajos. No era el enemigo mas temible para el duque de Alba el príncipe de Orange, sino el descontento general, subido de punto por las persecuciones é inflexibilidad que habia desplegado. A los antiguos ó mendigos, habian sucedido otros mas verdaderos, que con el nombre de *silvestres*, recorrian el pais y se encarnizaban en cuantos soldados del duque de Alba ó partidas sueltas encontraban por los campos. El pueblo entero hacia votos por la suerte favorable de las armas del príncipe, y cada vez se manifestaban mas síntomas de odio al rey de España.

Trataba el duque de Alba de impedir el paso del Mosa al príncipe de Orange; mas conservando este siempre el carácter de agresor, consiguió su intento de ponerse en la otra orilla, haciéndolo sin ser molestado, y fuera de la vista de los españoles. Se dice que, para vadearle con mas comodidad, imitó el ejemplo de Julio César en el paso del Loira, amortiguando el ímpetu de la corriente con su caballería colocada un poco mas arriba del vado, estrechados completamente los caballos y los hombres, que formaban una especie de dique á la corriente. Tan difícil parecia la empresa, que al comunicar al duque de Alba la noticia, preguntó, si las tropas del príncipe tenian alas para pasar un rio tan caudaloso como el Mosa.

A seis millas de los españoles, asentó sus reales el príncipe de Orange. El dia siguiente salió en su busca, en actitud de ofrecerle batalla; mas no quiso aceptarla el duque de Alba, á pesar de que el maestre general del campo opinaba lo contrario.

Era sin duda interés del príncipe el combatir, fiado en la ventaja que le daba la superioridad de sus fuerzas; mas el duque de Alba, tan prudente como esforzado capitan, esperaba la victoria, sin exponerse al azar de una batalla. Sabia que las tropas enemigas tenian pagas para poco tiempo, y confiaba en que el descontento, la indisciplina, y al fin la sedicion, le proporcionarian las mismas ventajas que en Gemingen. Se redujo, pues, la campaña por entonces á escaramuzas, en que las ventajas se equilibraban por una y otra parte. Casi siempre eran los incitadores los del príncipe de Orange, quien no perdonaba medios ni ocasion de provocar un conflicto, haciendo correrías y saqueando pueblos á las inmediaciones de Maestrich, á vista de los españoles. Mas el duque de Alba, constante en su plan, é impertérrito, á pesar de las murmuraciones de su propio campo, permanecia inactivo, ya sabedor de que tardarian poco en faltar víveres y dinero á los del príncipe de Orange. Habia este en vano puesto el sitio á varias plazas del Brabante, con el principal objeto de sacar dinero y víveres; mas fué de todas ellas rechazado, apoyados los de adentro en el ejército del duque de Alba, quien aunque evitaba un compromiso serio, estaba siempre de observacion, y pronto á seguir al enemigo los alcances.

Se movió el príncipe de Orange hácia la plaza de Tongres, y le siguió el duque de Alba, no como quien busca batalla, sino de observacion y en actitud de defender la plaza. Una escaramuza de poca consideracion tuvo lugar entre unos y otros, y aunque fué desventajosa para los de Orange, aguardó á los nuestros, creyendo que se iban á empeñar mas seriamente. Pero firme siempre el de Alba en su resolucion de no pelear, esperando la victoria de otros medios, permaneció inactivo á pesar de las representaciones de sus jefes principales. Comenzaba á resentirse el ejército enemigo de los males que con tanta prudencia habia previsto el duque de Alba. Los soldados carecian de pagas; y hubiese estallado en el campo una abierta sedicion sin la noticia que se tuvo de la próxima llegada de un refuerzo de Francia muy provisto de dinero. A su encuentro marchó pues el príncipe de Orange, despues de una entrada en San Trudent, donde se hizo con víveres y algunos fondos. Le separaba de sus

amigos el pequeño rio Get, y no queriendo ser perseguido por los españoles, dejó á retaguardia al coronel Felipe Marbois, señor de Loverval, con dos mil arcabuceros y quinientos caballos, para entretenerlos mientras su ejército pasaba el rio. Observada esta maniobra por el duque de Alba, mandó á su hijo don Federico y al maestre de campo general Vitelli, que cayesen sin perder instante sobre este cuerpo separado. Atacaron los españoles con ardor, y aunque fueron repelidos con el mismo, tuvieron los enemigos que ceder á fuerzas superiores. Acosados por todas partes, se metieron en una casa fuerte, donde continuaron haciendo una obstinada resistencia. Despues de varias negativas de rendirse, procedieron los españoles al incendio del castillo, á cuyo efecto salieron todos los que estaban dentro embistiendo á los contrarios, trabándose entre unos y otros un combate sangriento al arma blanca. No se salvó ninguno de los del príncipe de Orange, siendo prisioneros los que no murieron. Quedó en manos de los españoles el coronel Loverval con tres heridas, y lo mismo el conde de Hostrart, que murió de resultas de tener atravesado el brazo con tres balas. Dió elogios el duque de Alba al arrojo de los vencedores, y su hijo don Federico no fué el que tuvo menos parte en estas muestras de aprobacion tan justamente merecidas.

Presenciaba el conflicto desde la otra orilla el príncipe de Orange, y aunque varias veces resolvió volver á pasar el rio con objeto de auxiliar los suyos, otras tantas desistió de su propósito temiendo los azares á que se exponia. Así pagó la falta enorme de dejar á retaguardia un cuerpo tan escaso, que no podia menos de ser completamente derrotado.

Por otra parte insistia mas que nunca el maestre de campo general Vitelli en que el duque de Alba pasase el rio y cayese sobre el príncipe de Orange, suponiéndole desmayado con la desgracia de los suyos; pero el general español, siempre inflexible, é irritado además con advertencias que creia depresivas de su dignidad, amenazó con las penas mas severas, y aun la de la muerte, á cualquiera que le hablase de cambiar de propósito y de planes que hubiese concebido.

Se reunió el de Orange con los refuerzos que venian de Francia, compuestos de tres mil infantes y quinientos caballos, al mando del señor de Genlis, maestre de campo del príncipe de Condé; mas en lugar de mejorar esto el semblante de su situacion, aumentó sus

apuros, pues los recien venidos no traian dinero ni proporcionaron medios de subsistencia, que les iban faltando á cada paso. Se aumentó con esto el número de los necesitados, creciendo en la misma razon el descontento. Viéndose en esta situacion el príncipe de Orange, sin víveres, sin dinero, sin poder encender la guerra civil en el pais, sin poder dar batalla al duque de Alba que le venia siempre observando é incomodando en sus movimientos, pensó seriamente en abandonar aquel teatro militar, retirándose á Alemania para aguardar allí mas favorable coyuntura. Así lo hizo, forzando el paso por Lieja, cuyo obispo no quiso concedérsele de grado, y entrando asimismo en Quesnoi, saqueando entrambas plazas. Al tocar en Francia se halló con la negativa del rey Carlos de que entrase en sus estados; y como tratase de penetrar á viva fuerza, se le amotinaron sus soldados franceses no queriendo hacer armas contra su monarca. En esta situacion, deshaciéndose de sus joyas, preseas y cuanto tenia de valor en su equipaje, trató de pagar á las tropas como pudo, y seguido de una parte muy pequeña de las que le habian acompañado, tomó con ellas la vuelta de sus estados de Alemania.

Asi terminó en 1569 la primera campaña de la guerra de los Paises-Bajos. Fueron los dos hermanos Nassau poco afortunados en sus expediciones; mas cualquiera echará de ver que cometieron una falta en no haberlas emprendido al mismo tiempo. Acometiendo ambos por un punto, se hubiesen visto muy superiores en fuerza al ejército español: invadiendo por puntos separados, hubiese sido aun mayor la ventaja, por obligar al duque de Alba á dividir sus fuerzas. No se explica fácilmente esta falta de concierto sino achacándola á los pocos medios pecuniarios de que ambos disponian. Probablemente organizó las suyas antes el conde Luis, y tuvo que ponerlas en accion para no pagarlas sin hacer servicio. Sin duda por el mismo apuro, tardó mas el príncipe en acudir al teatro de la guerra. Tambien se puede notar que la invasion de ambos no produjo movimientos populares. Por mucha que fuese la simpatía de que eran objeto probablemente inspiraron poca confianza, cuando no corrieron de varios puntos á sus estandartes.

Expelidos los dos hermanos del territorio de los Paises-Bajos, se podia dar por finalizada la contienda. Así lo creyó al menos el duque de Alba, separando de su ejército una division de tres mil infantes y dos mil caballos, que á las órdenes del conde de Mansfeld,

envió de socorro al rey de Francia, cuyas tropas se distinguieron en las batallas de Jarnac y Montcontour, de que ya hablaremos en su lugar correspondiente. Tan satisfecho quedó el duque de Alba de sus victorias, que hizo en Bruselas una entrada triunfal con la mayor pompa y aparato. Mandó celebrar en todas partes estos sucesos con festejos públicos. En Bruselas se hizo todo esto con gran pompa, y hubo hasta torneos, en que manifestaron su bizarría y su destreza muchos capitanes españoles. Mas el pueblo debió de tomar poca parte en todos estos regocijos, en estos cánticos de triunfo que celebraban su propio vencimiento. No templó el brillo de la victoria el odio que al general español se profesaba, y esta animadversion creció de punto, con la creacion de un trofeo construido con los cañones que se cogieron al conde de Nassau, y colocado en la ciudadela de Amberes con la mas solemne ceremonia. Representaba una efigie armada señalando con el brazo derecho la ciudad, pisando dos estatuas de bronce, que segun la interpretacion general, designaban la nobleza y el pueblo de los estados de Flandes. Tenian las estatuas pisadas muchas manos armadas con librillos, bolsillos y hachas; las caras con máscaras, y de los cuellos les pendian horteras y talegos, haciendo alusion á los confederados ó mendigos. Se leia en el pedestal de la estatua la inscripcion siguiente: «Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, gobernador de Flandes por Felipe II rey de las Españas, fidelísimo ministro del muy buen rey, erige este monumento por haber extinguido la sedicion, expelido á los rebeldes, cuidado de la religion, adelantando la justicia, y de esta suerte asegurado la paz de las provincias.» Adornaban los otros costados varios emblemas alusivos á lo mismo y al pié de toda la obra se leia el rótulo de: «Lo hizo Dockelin (1) del bronce cogido al enemigo.» Fué esta manifestacion fastuosa objeto de tanta envidia y murmuracion en la corte de Madrid, como de odiosidad para casi la generalidad del pueblo de los Paises-Bajos.

Estaban vencidos los ejércitos de los descontentos, mas no vencido el descontento mismo. No se vió menos blanco de odio el duque vencedor, que el que se consideraba como verdugo de tantas víctimas en Flandes. No se templó con los triunfos el sistema de rigor, ni fué menos la actividad con que se perseguia á los acusados de

(1) Strada escribe «Junjelin.» No es este el solo ejemplo de la variedad con que se ven estampados en los diferentes autores unos mismos nombres propios.

herejía ó de desafeccion al rey de España. No pasaron desapercibidas cuantas demostraciones de simpatía se hicieron en favor de las tropas invasoras, cuantos deseos se manifestaron de que fuese el vencido el duque de Alba. Continuaron llenándose las cárceles de acusados políticos, expiándose en el cadalso el delito de no haber sido en todos tiempos fiel súbdito del rey, engrosándose en los paises extranjeros el número de los refugiados y proscriptos. Para poner el sello á tanta odiosidad, impuso el duque la contribucion de la décima parte de todos los bienes muebles que vendiesen; de la vigésima de los inmuebles tambien en venta, y la centésima una vez del líquido valor de unos y otros. Dió el duque de Alba por motivo de esta nueva contribucion el atender á los gastos de la guerra y demás medios que se empleaban para conservar la paz y la tranquilidad en los estados. Mas era esta misma paz y tranquilidad forzada la que llevaban con tanta impaciencia los pueblos de Flandes, y así fué esta contribucion objeto de nuevas murmuraciones, de nuevos disgustos, y su cobro encontró en todas partes la mas viva resistencia, tanto por los contribuyentes, cuanto por los mismos estados del pais, reunidos en Bruselas. Pero á proporcion que se pronunciaba esta resistencia, crecia la obstinacion del duque; manifestando que como era la rebelion de los estados de Flandes obra exclusivamente suya, y por ningun estilo de los españoles, á los primeros tocaba resarcir con dinero los daños y gastos que la guerra habia ocasionado: que el dinero exigido no era de ningun modo para él, y sí para entrarle en las arcas públicas y atender á los crecidos gastos en que por bien del servicio estaba tan comprometido. Mas no por eso se mostraron sumisos los estados, quienes enviaron comisionados á Madrid para quejarse de los gravámenes que iban á pesar sobre un pais, tan menoscabado en su comercio y en su industria.

Se agravió mucho el duque de semejante embajada, imaginando lo que sus enemigos en la corte de Madrid se aprovecharian de estas quejas para ponerle en mal lugar con el monarca. Con objeto de templar un poco la animosidad, trató seriamente en publicar el edicto del perdon, otorgado á duras penas por Felipe II á sus súbditos rebeldes. Habia tres años que la princesa gobernadora habia aconsejado esta medida, como la única capaz de restitutir la calma á los estados, alegando entre otras razones, que siendo infinitos los culpables, era imposible castigarlos todos. Mas Felipe II, poco inclinado á la blandura, habia desoido la proposicion, y no entró en ella hasta despues de los suplicios ya expresados y las victorias obtenidas por el duque de Alba sobre el cónde de Nassau y el príncipe de Orange. Todavía tardó el duque de Alba un año en publicar este edicto; tan poco inclinado era á cuanto oliese á perdon é indulgencia hácia pueblos que de todo corazon aborrecia. Mas ahora le pareció llegado el caso de hacer ver á los flamencos que tenian un señor muy bondadoso y verdadero padre de los pueblos en el rey de España.

Se celebró en 1570 la ceremonia de la publicacion del edicto en Amberes con la mayor pompa y aparato. Se hizo una funcion solemne de iglesia en la catedral, á la que asistieron el duque con su comitiva, las autoridades del pais y una inmensidad de pueblo. Subió al púlpito el obispo de la diócesis, y leyó en alta voz el breve pontificio, por el que la santidad de Pio V absolvia de herejía á los flamencos. Se oyó la voz del prelado con el mayor recogimiento; mas hácia el fin de su lectura le acometió un accidente que le privó de sus sentidos, y se tuvo por muy mal agüero, como anuncio del poco fruto que se iba á sacar de la indulgencia.

En seguida se dirigió el duque á la plaza pública, donde se habia erigido un gran tablado, y colocado en medio de una especie de solio muy lujoso. Allí se sentó el supremo gobernador, rodeado de los magnates de su corte, adornado con un estoque y un sombrero cubierto de pedrerías que le habia enviado el papa Pio V, cuando le felicitó por la victoria de Gemingen. Despues de impuesto silencio por el pregonero, fué leido por este el edicto del perdon en flamenco y en francés, para que fuese de todos entendido; mas se dijo que se oyó muy poco su voz, sea por la casualidad de estar enfermo, sea por industria del duque, mas deseoso de llamar la atencion del público hácia su persona, que de ocuparle en las palabras del edicto. Hizo en efecto su lectura poca impresion en los ánimos del auditorio. A unos pareció la providencia ya tardía; á otros insuficiente por sus muchas excepciones. Ningun festejo público se siguió á este acto tan solemne. Ni aclamaciones, ni músicas, ni iluminaciones por la noche, dieron á entender que habia contentado un perdon tan diferido, y ya tan tarde otorgado por Felipe.

CAPÍTULO XLI.

Continuacion del anterior.—Siguen los disgustos por la décima.—Inflexibilidad del duque de Alba.—Mendigos marítimos.—Toma del puerto de Brille.—Insureccion de Zelanda y Holanda.—Entrada de Luis de Nassau en Mons.—Marcha al sitio de esta plaza don Federico de Toledo.—Derrota de un cuerpo auxiliar francés.—Segunda entrada en los Paises-Bajos del príncipe de Orange.—Toma varias plazas del Brabante.—No puede hacer levantar el sitio de Mons.—Se retira á Holanda.—Entra en Mons el duque de Alba.—Van los españoles á las provincias del Norte.—Toma y saco de Zutphen.—Incendio de Naardem.—Obstinada defensa de Harlem.—Toma de esta plaza.—Toma don Luis de Requesens el mando de los Paises-Bajos.—Vuelve á España el duque de Alba.—Es bien recibido del rey.—Sale desterrado á Uceda (1).—(1570-1575.)

Estaba el duque de Alba sumamente descontento de su espinoso cargo, y deseaba restituirse cuanto mas antes á la corte, donde sabia que sus enemigos trabajaban tanto en su descrédito. Se dice que el rey mismo no estaba satisfecho de su administracion, y que habian ofendido mucho el fausto y arrogancia desplegados por el duque en la celebracion de su triunfo sobre los de Nassau, y en la ceremonia de la publicacion del decreto é indulgencia. Se llegó á nombrarle un sucesor, que fué el duque de Medinaceli; mas este no gustó del mando en Flandes por entonces, y el duque tuvo que permanecer á pesar suyo en un puesto donde era tan aboorecido.

Seguia el asunto desagradable de las nuevas contribuciones, sin que aflojase el duque de Alba en la perentoria dureza con que exi-

(1) Las mismas autoridades.

gia los pedidos, ni los estados y el pueblo todo en la resistencia á concederlos. Hubo con este motivo serias turbulencias en varias poblaciones. En Bruselas mismo se cerraron muchas tiendas de comerciantes, de artesanos, hasta de carniceros y panaderos y otros necesarios á la diaria subsistencia. Irritado el duque de este desacato cometido en la capital, y hasta delante de sus mismos ojos, mandó ahorcar á diez que le parecieron mas culpables; pero cuando iban los verdugos á desempeñar su cometido, llegó á los oidos del gobernador general la noticia de mas serias turbulencias.

Hasta entonces habian sido los Paises-Bajos teatro de una guerra promovida por los grandes proscriptos que los habian invadido á mano armada. Por muchas que fuesen las simpatías con que los mirase la generalidad del pais, no se puede decir que el pais estaba alzado. Lo que no habian hecho hasta entonces ni los rigores del duque de Alba, ni la sangre derramada por el famoso tribunal, ni la presencia del príncipe de Orange y de su hermano, fué producido por el tributo de la décima. En materias políticas no todos tienen igual grado de interés; ni las ventajas en caso de victoria, ni los castigos en el de vencimiento, pueden alcanzar á todo el mundo. Mas cuando se trata de contribuciones, todos sienten mas ó menos su gravámen, los pequeños igualmente que los grandes. Las impuestas y exigidas en tono tan absoluto por el duque de Alba, no pudieron menos de consumar el descontento del pais, y hacer mas efecto que las disensiones políticas y religiosas que habian preparado tantas turbulencias. Lo que hasta entonces habian dado los Paises-Bajos, era mas un simple donativo que un tributo; cada pais contribuia mas ó menos, segun la determinacion de sus estados peculiares, que obraban de un modo independiente. Todos los señores habian sido muy parcos en exigencias de esta clase, y el mismo Carlos V, tan despótico en todo, habia respetado en esta parte los usos é inmunidades de los pueblos. Los pedidos del duque de Alba tenian todos los caractéres de odiosidad que podian ofender á los habitantes de los Paises-Bajos. Era un jefe extranjero, instrumento de opresion y servidumbre, que pedia impuestos con el objeto de dar consistencia á un órden de cosas tan impopular y tan odioso. No solo mostraban descontento por estas exacciones las clases populares, sino los mismos estados, y hasta las personas que se mostraban interesadas por la consolidacion del poder del rey de España. De varias partes se hicieron al duque fuertes representa-

ciones pidiendo el pago de una contribucion alzada con preferencia á la de la décima; mas fueron todos estos ruegos desestimados por el duque, tanto mas obstinado, cuanto que atribuia á una sublevacion disfrazada esta resistencia por parte de los pueblos. Algunas ciudades se negaron, y entre ellas la de Utrecht, que ya se habia distinguido en otro tiempo por su adhesion á la causa protestante, hasta el punto de ceder uno de sus templos á los prosélitos del culto nuevo. Expió esta ciudad sus culpas pasadas, juntamente con las nuevas, sufriendo poco menos que los horrores de un sitio, y al fin una contribucion mucho mas gravosa que la que habia resistido. Otros pueblos fueron igualmente objetos del rigor del duque de Alba, resuelto á seguir adelante con sus resoluciones. No es de admirar, pues, que prescindiendo de los daños y perjuicios de los intereses propios, contribuyese esto á mantener vivo el fuego de la sedicion, que el gobernador general juzgaba ya extinguido para siempre. Que el príncipe de Orange se aprovechase hábilmente de esta nueva medida de rigor del de Alba, parece natural, pues era su interés explotar cuanto contribuyese á hacer en Flandes odioso al rey de España. El que habia sabido sacar tanto fruto de todas las faltas y rigores de este gobierno, de la ereccion de los nuevos obispados, de la dureza del cardenal Egmont y de Horn, en fin, de todas las crueldades y violencias sanguinarias á que se habia propasado el duque de Alba, debió de aprovecharse de este impuesto de la décima. Aunque retirado en Alemania, conservaba estrechas relaciones con todos sus partidarios de los Paises-Bajos, sobre todo con los habitantes de las costas de Holanda y Zelanda, donde era mucho mayor el número de sus adictos. Como aquellos pueblos son tan diestros y prácticos en la navegacion, trató de organizar una insurreccion marítima, que no podia menos de ejercer una gran preponderancia. A los mendigos silvestres, de que ya hemos hablado, sucedieron otros con el nombre de marítimos ó acuátiles, y cuya mayor parte se componia de proscriptos. Hacian por mar excursiones parecidas y con el mismo objeto que las de los terrestres. Recorrian en corso las costas de los Paises-Bajos, desde la embocadura del rio Ems hasta el canal de Inglaterra, haciendo presas en todo lo que podia pertenecer al rey de España. Habiendo aumentado su número, creció su osadía, y se apoderaron en 1572 del puerto de Brille, á las órdenes de Guillermo Lumey, conde de la Marca, teniendo por compañeros á Guillermo Blosio, Treslong, un tal Antelot, bastardo de Brederode, y otros. Allí alzaron el estandarte de la rebelion contra el gobierno del rey, y proclamaron la religion protestante, señalando este celo religioso con todo género de desacatos y de excesos en los templos católicos, como lo tenian de costumbre.

Se debe considerar la ocupacion de Brille como el principio de una nueva época en la historia del pais, como la verdadera cuna de la, con el tiempo, tan famosa república de Holanda. Se hicieron los sublevados fuertes en la plaza, y no solo resistieron la embestida de Bossut, gobernador á la sazon de la provincia de Holanda, quien trató de sofocar la rebelion en su mismo nacimiento, sino que á su vista le quemaron algunas de sus naves que estaban separadas de las otras. Que este movimiento tenia ramificaciones en casi todos los pueblos de la Flandes, y sobre todo de la Holanda, aparece claro por el cambio que produjo en los ánimos de todo el pais, donde fué celebrado con entusiasmo, alimentando nuevas esperanzas de sacudir para siempre el yugo de los españoles. Llevaban los sublevados pintadas en sus banderas diez monedas, haciendo alusion al tributo de la décima, y sin rebozo se reconocian hechuras del príncipe de Orange, á quien pagaban la cuarta parte de lo que sus presas producian. No fué Brille el único pueblo que cerró sus puertas al conde de Bossut. Imitó su ejemplo el de Dordrech, adonde trató de trasladar el conde sus tropas, con objeto de darles algunos dias de descanso. Pasó despues de este desaire á Roterdam; mas aunque esta plaza trató de hacer alguna resistencia, abrió al fin sus puertas, si bien con mucha precaucion, permitiendo solo entrar una por una las compañías que seguian al conde. Mas apenas estuvieron dentro, ó porque quisiesen castigar la desconfianza de los habitantes, ó por desahogar la irritacion de los pasados descalabros, entregaron á saco la ciudad, y pasaron á cuchillo á mas de trescientos de sus moradores. Dió nuevo pábulo aquella atrocidad al fuego de la insurreccion, que ya cundia en aquellas provincias marítimas, donde era de tan antiguo odioso el yugo de los españoles. Se alzó Flesinga, puerto importante de Zelanda, donde por las exhortaciones del párroco, hallándose en el púlpito, se expulsaron á los españoles que la guarnecian, llegando hasta á colgar al gobernador Alvaro de Pacheco, que pasaba por pariente del duque de Alba, en venganza de que este habia mandado degollar á un hermano de Treslong, uno de los principales caudillos del pronunciamento. Coronaron los de

Flesinga su insurreccion demoliendo el castillo ó ciudadela que se acababa de construir por disposicion del duque de Alba.

Siguieron el ejemplo de Flesinga todos los pueblos principales de la provincia de Zelanda, á excepcion de la plaza de Middelburgo, capitan de la isla de este nombre. Pasó á sitiarla el conde de Tserat con un cuerpo de los sublevados. Pero el duque de Alba envió en su socorro á Sancho de Avila con mil hombres, que se embarcaron en Berg-op-zoom, y cayeron tan á tiempo sobre los sitiadores cogidos de sorpresa, que los mataron casi todos. En seguida pusieron sitio los zelandeses á la plaza de Tergoes, en la isla de Sur-Bebeland, con objeto de pasar despues de su conquista á la de Middelburgo. Partieron en su socorro los capitanes españoles Sancho de Avila y Cristóbal de Mondragon; mas no pudieron llegar por la superioridad de los buques enemigos, que ya sobre aviso, acudieron á interceptarles el camino. Constantes sin embargo en su proyecto los capitanes españoles, recurrieron al expediente de hacer la expedicion á pié, aguardando para ello la marea baja. Con el auxilio de un práctico que les enseñó y guió por un vado poco peligroso, se pusieron en marcha las tropas, desnudas de medio cuerpo abajo, llevando en lo alto de las picas saquillos con pan y pólvera. Así llegaron con harta exposicion y trabajo al campo de los sitiadores, que pusieron en derrota.

A la insurreccion de Zelanda siguió la de Holanda; de modo que con la celeridad del rayo, casi las dos provincias, á excepcion de Amsterdam y Middelburgo, sacudieron el yugo de los españoles.

Se pusieron todos estos pueblos sublevados bajo la proteccion, y reconocieron las autoridades del príncipe de Orange, formando una especie de república confederada, y echando así los cimientos de un nuevo estado, que llegó con el tiempo á ser tan célebre. Trató el príncipe de hacerlos prontamente con armas, municiones y navíos, distribuyéndoles las rentas eclesiásticas. Inteligentes y prácticos en la navegacion, en el comercio y en todo género de industria, aumentaron poco á poco sus fuerzas y poder, de modo que al cabo de cuatro meses habian formado en Flesinga una escuadra de ciento cincuenta buques, con que hicieron correrías en puertos de la parcialidad de España, tomando sus embarcaciones.

No se redujo la rebelion á las provincias de Holanda. Habia pasado á Francia, despues de la primera retirada del príncipe de Orange de los Paises-Bajos, su hermano Luis, conde de Nassau, que á

sus cualidades militares reunia las de hábil y activo negociador, sin desconocer las artes de la intriga. Se estrechó el conde con los calvinistas franceses, de quienes esperaba auxilios poderosos; y tan identificado se mostraba por su causa, que se halló en sus filas como simple aventurero en la batalla de Montcontour, donde fueron derrotados. Desmayaron con esto sus esperanzas, mas pronto se reanimaron: primero, por la paz de San German, que fué tan ventajosa para los calvinistas franceses, y despues por la apariencia de favor de que gozaban en la corte del rey de Francia, segun veremos á su debido tiempo. Continuó el conde Luis en Francia en sus estrechas relaciones con el partido calvinista, llegando á tal punto con ellos su privanza, que hizo parte del número de los comisionados que enviaron en mensaje á Carlos IX en una importante negociacion que con él tenia entablada. Utilizó el de Nassau este favor, logrando que le confiasen un cuerpo de su nacion, al frente del cual se puso en marcha para los Paises-Bajos, y se apoderó por sorpresa de la plaza de Mons, ventaja para él tanto mas apreciable, cuanto este auxilio de tropas francesas confirmaba en cierto modo los temores que se habian concebido de la guerra que iba á estallar entre el rey de Francia y el católico.

No se mostraba favorable la fortuna al duque de Alba. Estaba encendido el fuego de la rebelion en el Mediodia y en el Norte, y lo que mas podia aumentar sus aprensiones, era la especie de favor de que gozaban los calvinistas franceses con el rey de Francia. Llamado el gobernador español por dos objetos tan distantes á la vez, deliberó en su consejo sobre cuál debia merecer la preferencia. Opinaron algunos, y entre ellos el maestre de campo general Chapino Vitelli, porque se trasladase á las provincias del Norte, donde la hostilidad se mostraba con tantos síntomas de encarnizamiento. Le hicieron ver lo difícil que seria reducirlos á la obediencia del rey si se les dejaba tiempo para organizar la guerra y aprovecharse hábilmente de las ventajas del pais, cortado por tantos canales donde eran fáciles las inundaciones. Mas el duque Alba, dando sin duda mas importancia de la que en sí tenia á la invasion del conde Luis, y preocupado sin duda con la próxima ruptura entre Francia y España, se decidió como punto preferente por la expugnacion de Mons, y envió con este objeto á su hijo don Federico con el maestre general del campo, mientras él se hallaba pronto á seguirlos despues de algunos dias. Asentó don Federico sus reales en el paraje que cre-

yó mas oportuno, y echó á los enemigos del monasterio de la Espina, que, como punto fuerte, habian guarnecido con un crecido número de tropas. Mientras tanto se hallaba en marcha con direccion á Mons un nuevo cuerpo de franceses que enviaba Coligny á las órdenes del señor de Genlis, hermano de otro de este nombre que habia muerto en un campo de batalla. No queria el conde de Nassau que el de Genlis viniese solo, y sí que se reuniese con el príncipe de Orange, que se preparaba á entrar por los Paises-Bajos; mas, ambicioso el francés de la gloria de salvar por sí solo á Mons, pasó adelante sin aguardar al príncipe, y proporcionó á don Federico una victoria decisiva, en que murieron mil doscientos hombres franceses, habiendo perdido los españoles solo treinta. Quedaron de los enemigos seiscientos prisioneros, entre los que se contó el mismo general en jefe. De estos fueron muchos ahorcados en las plazas vecinas, y otros que andaban fugitivos por los campos cayeron en manos de los paisanos, que ejercieron con ellos todo género de crueldades.

Llegaba mientras tanto á las fronteras de Flandes el príncipe de Orange, ansioso de reparar el desaire sufrido anteriormente, alentado además con el buen semblante que en el Norte del pais sus asuntos presentaban. Venia á la cabeza de seis mil caballos y once mil infantes. Pasó el Mosa á principios de junio de 1572. Tomó de viva fuerza á Ruremunda y penetró por el Brabante, con intento de marchar al socorro de su hermano. Acometió en el camino á Lobayna, cuya plaza se libertó del saqueo por diez y seis mil escudos de oro. Entró en seguida de grado ó por fuerza en Malinas, Nivelles, Diest, Lichen, Tirlemont, Dendermunda, Oudenarde y otros pueblos de menor importancia. Los que le abrieron sus puertas, se rescataron con dinero: los que se resistieron, fueron entregados al pillaje.

Se vieron de este modo los Paises-Bajos teatro de cinco ejércitos beligerantes. Por el Norte infestaba las costas y los pueblos marítimos el conde de Lumey con los sublevados holandeses: por la frontera de Francia habia invadido el conde de Nassau: por la de Alemania el conde de Berges en auxilio del príncipe de Orange: por la del Oriente este caudillo en persona con las tropas que llevamos indicadas, y en el medio, haciendo frente á todos el duque de Alba con sus españoles y demás tropas que servian bajo las banderas de la España.

No es difícil imaginarse los desórdenes y excesos de que el pais

seria teatro en un conflicto de pueblos tan divididos en opiniones y creencias. Cada historiador debilita ó agrava los colores del cuadro, segun el espíritu de nacion ó de partido á que pertenece, pues una imparcialidad exacta es difícil y hasta imposible de encontrar en los que refieren acciones de los hombres. Se escribió mucho en su tiempo de las exacciones y crueldades cometidas por los del príncipe de Orange, del saqueo de las casas, del robo de los templos, de la profanacion de las imágenes, en fin, de la repeticion de cuantos excesos en este género se cometieron en tiempos anteriores. A excepcion de las profanaciones de los templos, no se distinguian menos los católicos en actos de crueldad y de barbarie, aunque algunos los quieren presentar como justos castigos y actos de permitidas represalias. La guerra va acompañada siempre de horrores que no pueden evitar los mismos jefes animados de otras miras, y muchas veces el que se presenta con pretensiones de libertador, suele ser un azote, no por lo que él mismo hace ó manda hacer, sino por lo que se ve precisado á permitir por lo duro de las circunstancias. Es probable que el príncipe de Orange no quisiese hacerse odioso en un pais cuyas simpatías tanto le interesaban: pero escaso de dinero, con tropas extrañas sedientas de botin, no debe parecer extraño que diese en en ocasiones rienda suelta á la codicia de la soldadesca.

Como era su objeto principal hacer levantar el sitio de Mons, donde estaba encerrado el conde de Nassau, no perdió tiempo en trasladarse á las inmediaciones de la plaza. Mas la tenia cercada en persona el duque de Alba, y habia elegido y fortificado con tanta maestría su campo, que le fué imposible al de Orange desposesionarle de él, operacion que debia preceder á su empresa de librar la plaza. La batalla á que llamó á su enemigo en campo raso, no fué aceptada por el general español, siempre circunspecto y determinado á no aventurarse inútilmente con fuerzas inferiores, cuando aguardaba del tiempo una victoria mas segura. No permitian sus circunstancias al de Orange gastar mucho tiempo ocioso, por las mismas razones que hemos indicado en su primera invasion de los Paises-Bajos. Una noticia vino á poner fin á la irresolucion en que se hallaba, y fué la de la matanza de los hugonotes en Paris, de que hablaremos en adelante, ocurrida en 24 de agosto de 1572, y que destruia completamente sus ilusiones sobre la próxima ruptura entre el rey de Francia y el de España. Hizo este acontecimiento en los franceses que le acompañaban una tristísima impresion, y viéndolos en vísperas de

amotinarse, determinó el príncipe levantar el campo, padeciendo muchas pérdidas en su retirada, pues el duque de Alba destacó un cuerpo de ejército que le siguió los alcances toda aquella noche, matándole mas de quinientos hombres, sin dejarle un momento de descanso en sus cuarteles, pues algunos de los enemigos llegaron hasta su misma tienda, y le hubiesen asesinado sin la alarma que dió el ladrido de sus perros. Continuó el príncipe su marcha penosa hasta Delft, en Holanda, mientras su hermano, el conde de Nassau, sin poder ya conservarse en Mons, entregaba la plaza al español, bajo las condiciones de dejar salir la guarnicion, á cuyo frente se dirigió á Dilemburgo, en Alemania.

Entró el duque de Alba victorioso en Mons, y sus tropas recobraron con toda brevedad todos los pueblos y plazas de que se habia apoderado el príncipe de Orange. Si este cometió excesos en su excursion por el Brabante, no fué menos el rigor con que abusaron de su victoria las tropas españolas. Hizo el duque de Alba castigos muy ejemplares en cuantos se suponian de la parcialidad de su enemigo. Malinas, que no habia querido admitir guarnicion española antes de ocuparla el príncipe de Orange, fué entregada á saqueo por espacio de tres dias. Excitó el rigor de estas represalias muchas nuevas murmuraciones contra la severidad del duque de Alba, y este tuvo que justificarse por medio de un manifiesto que, como puede suponerse, no llevó la conviccion al ánimo de sus irreconciliables enemigos.

El príncipe de Orange, aunque fugitivo y sin ejército, encontró en las provincias septentrionales las mismas simpatías de que habia sido objeto tantos años. Estaba ya profundamente arraigado en ellas el odio al yugo español, el espíritu de propia independencia, y sobre todo un celo ardiente por el nuevo culto religioso. Fué desde entonces considerado el de Orange como el jefe civil y militar del pais, y reconocido como tal por sus estados reunidos en Dordrecht con este objeto. No ignoraban aquellas provincias que, reducidas ya á la obediencia del rey las del Mediodía, se dirigirian contra ellas las armas de los vencedores.

En efecto, mientras el duque de Alba se restituia á Bruselas, se encaminaba su hijo don Federico con una fuerte division á la provincia de Güeldres, apoderándose de la plaza de Zutphen que tambien entregó á saco. Por su parte penetraba el capitan Mondragon por la provincia de Zelanda con dos mil hombres, y haciendo con ellos una expedicion por mar, tomó toda la isla de Valckren, de que

se habian apoderado los contrarios. Con igual rapidez se dirigió don Federico desde Zutphen á Nardem, que saqueó é incendió, habiendo hecho pasar la mayor parte de sus habitantes á cuchillo. Nas no fué tan dichoso delante de los muros de Harlem, á cuya plaza, mandada por un jefe holandés llamado Riperda, puso sitio, habiéndose negado los habitantes á abrirle sus puertas, rechazando con desden el perdon con que los brindaba. Habian irritado de nuevo las violencias de los españoles el odio de las poblaciones, y los mendigos marítimos continuaban sus hostilidades con mas ardor que nunca. Se defendian los de Harlem con notable vigor y obstinacion, y el sitio de esta plaza ocupa con razon una de las principales páginas en la historia de las guerras de Flandes, tan célebre bajo cuantos aspectos se la considere. La perseverancia en la defensa fué tan obstinada, y tantas las molestias sufridas por los españoles delante de sus muros, que se resolvió don Federico á levantar el sitio, comunicándoselo así á su padre; mas este desde Bruselas se lo reprobó con los términos de la mas viva indignacion, amenazándole con que enfermo como se hallaba en cama, iria á ponerse en persona al frente de sus tropas para continuar el sitio. Algunos añaden que el duque, queriendo estimular mas el pundonor de su hijo, llegó hasta decirle, que si no tenia valor para concluir la empresa, mandaria llamar á su madre para que viniese á darle ejemplos de animosidad y de constancia. No era necesario tanto para que don Federico renovase con ardor el sitio; mas en igual grado creció la noble obstinacion de los de Harlem, resueltos á sepultarse, antes que rendirse, entre sus muros. En vez de templar el enojo de los sitiadores, le provocaban con estudio, haciéndoles burla y escarnio desde sus murallas. Como Harlem era el principal asiento de la rebelion, y se habian cometido allí mas que en parte ninguna profanaciones de los templos, colocaban sus defensores las imágenes de la Vírgen y de los santos en sus muros, y celebraban farsas religiosas, con lo que ardian mas en coraje los españoles, tan celosos contra tamaños desacatos. A estas burlas añadian los de Harlem la ofensa positiva de colgar muchos prisioneros de sus muros; y una vez que los sitiadores les lanzaron la cabeza de un jefe que marchaba con tropas en su auxilio, respondieron los de Harlem arrojando once al campo español, diciendo que las diez representaban la décima impuesta por el duque de Alba, y la undécima el interés de una deuda tanto tiempo diferida. Se dice que entre los defensores de la plaza se contaba un cuerpo de mujeres

esforzadas, cuya capitana se llamaba Kenaba, que no solamente tomaban parte en todos los peligros, combatiendo personalmente, sino que trabajaban con notable ardor en el reparo de las fortificaciones.

Duraba ya mas de ocho meses el sitio de esta plaza célebre. Habiéndose concluido todos los recursos en municiones y víveres de los sitiados, y medio derruidos los muros por la artillería enemiga, que hizo contra ellos mas de diez mil disparos, cantidad enorme para aquellos tiempos. Viéndose ya en tanto aprieto los de Harlem, trataron de hacer una salida, y de perecer todos entre las filas españolas; mas fueron detenidos á las puertas por los llantos de las mujeres y de los niños, y la plaza, rendida á discrecion, agotados ya todos los medios de defensa. Se concibe bien los rigores que ejercerian contra los vencidos, unos vencedores irritados con tan terrible resistencia. Fueron horribles los castigos que hizo ejecutar don Federico en los principales motores de la defensa, en los que habian tomado mas parte en la pasada rebelion, en los que se habian distinguido mas en el pillaje y profanacion de los templos. A mas de trece mil personas se hace ascender la pérdida de las dos partes. Fué muy grande la experimentada en el campo de los españoles, y la toma de esta plaza debilitó tanto las fuerzas de don Federico, que tuvo que levantar el sitio de la de Alcmar que habia emprendido.

Mientras por tierra se conseguian estos triunfos, alcanzaron los mendigos una victoria en el mar contra el conde Bossut, gobernador de Holanda, y adquirieron desde entonces una superioridad que no perdieron nunca durante toda aquella guerra.

Con los hechos de armas que acabamos de referir, terminó el gobierno del duque de Alba en los Paises-Bajos. El duque de Medinaceli, nombrado sucesor suyo, como ya hemos dicho, renunció el cargo, y en su lugar fué nombrado don Luis de Requesens, comendador de Castilla, de la Orden de Santiago, que se hallaba á la sazon en Barcelona. Partió este en seguida para su destino, acompañado solo de dos compañías de caballería, y á ultimos de 1573 llegó á Flandes, donde el duque de Alba le hizo entrega de su cargo, poniéndose en seguida en camino para España.

Produjo la salida del duque de Alba de Flandes diversas sensaciones, alegrándose unos de verse libres de lo que llamaban su azote, sintiéndolo otros por parecerles que esta misma severidad que distinguia su conducta, contribuia á fomentar el descontento y el odio con que era mirado el gobierno del rey en los Paises-Bajos. En cuanto al príncipe de Orange, debió sin duda complacerse de la ausencia de un hombre, cuya habilidad y pericia militar habian puesto hasta entonces un obstáculo invencible á sus empresas; porque el talento y capacidad del duque de Alba en cuanto dice relacion á asuntos de milicia, era tan reconocida entonces por amigos y enemigos, como es hoy célebre en todas las historias.

En cuanto al rey de España, aunque en su corte abundaban émulos del duque y censores de su conducta, le recibió con afabilidad, como satisfecho de sus procederes. No hay duda de que la conducta observada por el duque en los Paises-Bajos, habia sido aconsejada y hasta prescrita por Felipe. Por duro y rigoroso que fuese, lo era mucho mas el rey de España; y si impuso castigos tan severos en los Paises-Bajos, estaban en perfecta consonancia con lo que deseaba el amo á quien servia. No podia este, pues, quejarse de quien habia observado con tanta exactitud sus instrucciones, y por lo mismo le conservó, á lo menos en la apariencia, en todo el favor de que habia gozado en su corte durante tantos años. Mas con el tiempo, sea que estuviese en secreto descontento el rey de este servidor, ó por intrigas cortesanas, recibió el duque de Alba órden de salir de la corte y retirarse á Uceda, una de sus muchas posesiones. Atribuyen algunos esta desgracia, á que habiendo su hijo don Federico concertado su casamiento con una dama de la corte protegida del rey, se desposó con otra por consejo de su padre. Mas cualquiera que haya sido la causa de este cambio en el ánimo de Felipe II, no desplegó el duque menos entereza de alma en su destierro, que al frente de los ejércitos de España. Ya veremos con el tiempo salir de la jaula este leon, que en su vejez no habia perdido el fuego y la valentía de sus primeros años.

CAPÍTULO XLII.

Asuntos de Francia.—Consecuencias de la segunda tregua con los calvinistas.—Estado de los partidos.—Vuelta de las animosidades.—Excitaciones á una nueva guerra.—Se declara.—Batalla de Jarnac.—Muerte del príncipe de Condé.—Enrique de Navarra.—Batalla de Montcontour.—Nueva tregua.—Paz de San German.—Verdaderos sentimientos de la corte.—Favor de los calvinistas.—Descontento de los católicos.—Se ajusta el matrimonio de Enrique de Bearne con Margarita de Valois.—Va la reina de Navarra, madre de Enrique de Bearne, á la corte.—Su muerte en Paris.—Entrada en la capital del nuevo rey de Navarra.—Se celebran sus bodas con Margarita de Valois en Nuestra Señora de Paris.—Fiestas con este motivo (1).—(1568—1572.)

Volvamos ahora los ojos hácia Francia, que de todos los estados no sujetos al directo poder del rey de España, era el que mas llamaba su atencion, y donde influia de un modo mas eficaz y activo su política. Nada de cuanto pasaba en Francia se escapaba de su vista vigilante: de todo le daban las noticias mas exactas sus embajadores, y sacaba Felipe II algun partido para el arreglo de su conducta con sus gobernantes y personas influyentes. Nada hay que admirar en esta atencion, en estos cuidados, en esta vigilancia, recordando que estaba encendida en Francia una guerra civil, en que se hallaban de un lado las doctrinas dominantes de la Iglesia católica, y en el cam-

(1) Autoridades. Los principales historiadores de Francia, como Mezerai, el padre Daniel, Anquetil, Lacretelle, Voltaire, Mémorias y Correspondencias de Du Plessis-Mernay, de Thou, etc. Nos ha servido particularmente de guia, la «Historia de la reforma, de la liga, y del reinado de Enrique IV,» por M. Capefigue, obra digna de tanto mas crédito cuanto que la mayor parte del texto se reduce á copias literales de toda clase de documentos de la época.

po opuesto las innovaciones introducidas por Calvino y demás sectarios, objeto de tanto odio y execracion á los ojos de Felipe. Vecinos á Francia se hallaban sus estados de Flandes, donde cundian las mismas opiniones, á las que los calvinistas de aquel reino daban pábulo. ¿Qué cosa podia haber de mas interés á los ojos del rey de España, que la extirpacion de esta herejía, que el exterminio, si no habia otro medio, de acabar con todos sus sectarios? Así le hemos visto aconsejar hasta ahora al gabinete de Francia las medidas mas severas y rigorosas contra estos enemigos de la fe católica; así en las conferencias de Bayona, aunque cubiertas con el velo del misterio, se trató de los medios de acabar de una vez con todos ellos, si otros expedientes no bastaban. Con los heresiarcas no comprendia Felipe II la posibilidad de paz, ni tregua. Mas desgraciadamente para su política, la reina Catalina de Médicis no participaba de estos sentimientos tan ardientes, y aunque no se puede dudar de su catolicismo, no la desagradaba emplear el instrumento de los calvinistas, cuando encontraba en sus contrarios algun obstáculo á la preponderancia de que era tan celosa. En aquel pais y época de facciones y de intrigas, cuando se hallaban sobre la escena tantas pasiones é intereses encontrados, no se podia caminar tan en línea recta como lo deseaba el rey de España, acostumbrado á la obediencia ciega y pasiva de sus súbditos. Así le desvelaban tanto los negocios de Francia y excitaban en alto grado su irritacion y su impaciencia. Era aquel un drama cuyo interés iba creciendo cada dia, sin que ningun hombre previsor pudiese calcular cuándo, ni de qué modo llegaria á su completo desenlace.

Fué de tan poca duracion la tregua concluida en 1568, despues de la batalla de San Dionisio, como la anterior, y por las mismas causas. Habian influido en esta suspension de armas el cansancio y fatiga de la guerra por una parte, por la otra las intrigas de la reina Catalina, cuyo poderío solo se apoyaba en que no quedase demasiado preponderante ninguno de los dos partidos. Mas pasado algun tiempo de descanso, volvian á su vigor los resentimientos, las pasiones mútuas, los deseos de venganza, y la voz de los intereses que mútuamente se excluian. En aquellos tiempos de ferocidad, de intolerancia religiosa, no podian vivir en paz dos sectas de un carácter tan distinto. Si en los jefes se mezclaban con las doctrinas religiosas intereses de otra esfera, no sucedia lo mismo con las masas adictas á lo que les sugeria su creencia. Se renovaron los celos, las

inquietudes, las acusaciones, los temores que á cada partido inspiraba la conducta de su antagonista. Eran los católicos los mas, y en sus intereses entraban por política ó fanatismo religioso los personajes mas influyentes, tanto propios como extraños. El rey no gobernaba todavía, mas habia sido educado con todos los sentimientos de intolerancia que animaba á las dos sectas religiosas. Aunque Catalina de Médicis no participaba de este celo ardiente de creencias, no podia menos de propender al triunfo de la religion católica que siempre habia profesado. Con ella estaban los príncipes de la casa de Lorena, representada por el cardenal de este nombre, hermano del difunto duque de Guisa; con ella un gran número de principales de la corte que habian ya combatido contra las armas de los calvinistas. Se mantenia el pueblo de Paris en su antiguo fanatismo, en el horror que profesaba al culto nuevo, y estos sentimientos eran comunes á casi todos los católicos de la monarquía. Prevalecia entonces la opinion de que era lícito faltar á su palabra; no guardar ninguna fe ni juramento tratándose de los calvinistas, y que todos los medios eran buenos con tal que pudiesen conducir á su exterminio. Tal habia sido el parecer del duque de Alba en las conferencias de Bayona. De la misma manera se expresaba el rey de España, en sus comunicaciones con la corte de Francia, y en las cartas que dirigia á los principales personajes de aquel reino. Tal era el lenguaje del Papa Pio V, en las que sobre el particular escribia al mismo rey de España, al de Francia, al duque de Saboya, á los mismos príncipes de Italia. Ya desde entonces se echaban los fundamentos de la liga católica de que hablaremos en su debido tiempo, y aunque ahora no hizo tanto ruido, no dejó de ser una asociacion muy respetable. Estaba á su frente la misma reina Catalina, á quien sugeria su interés mostrarse enemiga declarada de los hugonotes. Se renovaron los rigores contra los sectarios. Se les obligó á someterse á un nuevo juramento de sumision ciega á los intereses del rey, de combatir siempre á su favor, de no tomar nunca las armas contra el trono. Se les obligó despues á renunciar á todos los cargos y empleos de que los habia revestido la corona, dándose á entender con esto que el calvinismo era cualidad incompatible con la de funcionarios del estado. Se llegó por fin á prohibir el ejercicio público del culto protestante, concediéndose solo la tolerancia á las creencias. Todo indicaba, pues, el plan resuelto de destruir para siempre el calvinismo.

Mas no se acaba así con opiniones tan fuertemente arraigadas en las masas, con corporaciones que han llegado á ser tan numerosas, que se han familiarizado con los peligros de la guerra, y que conservan todavía elementos para renovarla. Era, pues, la guerra inminente, y estalló de nuevo, aunque los calvinistas no se hallaban á la sazon en felices circunstancias. Los habia separado la paz, y aunque les infundia grandes temores la conducta de la corte; aunque estaban bien informados de sus pasos, no creian que las cosas llegasen á tal punto, que los pusiesen en el caso de tomar las armas. Corrieron á ellas todos los celosos calvinistas, desde los principales personajes hasta las clases mas ínfimas de la nueva iglesia. El príncipe de Condé, jefe del partido, no se descuidó en esta crisis peligrosa, y antes que le tomasen los caminos, se dirigió en compañía del almirante Coligny á la plaza fuerte de la Rochela, principal asiento de la nueva religion, y considerada desde entonces como su baluarte principal, como la base de sus operaciones militares.

Declarada y encendida de nuevo la guerra civil, se renovaron los furores y calamidades con que en las dos épocas anteriores se habian distinguido. ¡Guerra civil y guerra religiosa! En estas dos palabras están envueltos cuantos desastres pueden afligir á un pueblo que de tales pugnas es teatro. Volvieron los calvinistas á sus violencias de saquear templos católicos, de destruir y profanar las imágenes y objetos de un culto que acusaban de idolatría. Volvieron los católicos á ejercer las mismas represalias en sus conventículos, y á pasar por el fuego y el cuchillo los sectarios de una religion, que designaban con el nombre de impiedad abominable. Para dar una idea del espíritu de intolerancia y fanatismo que á los dos partidos animaba, haremos ver que uno de los jefes calvinistas, llamado Jacobo Crousol, llevaba una bandera de tafetan verde, donde se veia una hidra, cuyas cabezas se hallaban todas con capelos de cardenal, ó mitras ó capuchas de fraile, que él exterminaba bajo la figura de Hércules. Apenas se daba cuartel de una y otra parte. Era mas sombrío, mas solemne el aspecto que los calvinistas presentaban: mas licencioso, el de los católicos; pero no eran menos crueles, menos sanguinarias sus venganzas.

Por todas partes se hacian preparativos para entrar en campaña y buscar los azares de una lucha abierta. Pedia auxilio lo corte de Francia al rey de España. Los esperaban los calvinistas de Alemania. Se dió la primera batalla en las llanuras de Jarnac á principios

de 1569. Mandaba el ejército del rey, su hermano el duque de Anjou, jóven de diez y ocho años, dotado de gran valor, aunque de ninguna experiencia en los combates. Se hallaba al frente de las tropas calvinistas el príncipe de Condé, ya de tanta reputacion por sus campañas. Fué la batalla sangrienta, y el campo quedó por los católicos. Herido mortalmente en ella el príncipe de Condé, pereció á manos del vizconde de Montesquieu, capital de la guardia, su enemigo personal, que le encontró tendido en el campo de batalla. La victoria que se declaró, pues, por las tropas del rey, no fué sin embargo decisiva, ni podia serlo, componiéndose los ejércitos de tan pocas fuerzas, y quedando vivo el cuerpo general que los alimentaba.

Quedaron los calvinistas por entonces sin jefe militar, pues aunque en cierto modo tambien lo era Coligny, no alcanzaba la reputacion del príncipe difunto. Fué sentida tan amargamente esta muerte por los suyos, como celebrada y tenida á castigo de Dios por los contrarios. Era el príncipe de Condé hombre activo, de brazo y de cabeza, hábil jefe de faccion, capitan inteligente, de gran valor y sangre fria en los combates, afable en su trato, extremadamente papular en su partido, dotado de toda la ambicion que no puede menos de distinguir á los hombres que se hallan en su caso, generoso y magnífico, muy querido de las personas del otro sexo, aunque la historia le representa pequeño, feo y hasta un poco contrahecho. Dejó sin duda su muerte un gran vacío; mas luego se vió ocupado su lugar por un jóven apenas salido de la adolescencia. Era este Enrique de Bearne, hijo de Antonio de Borbon, rey titular de Navarra, muerto en el cerco de Ruan cinco años antes. Habia nacido el jóven príncipe en Paris en 1553, y pasado luego al Bearne, donde fué educado por su madre, Juana de Albret, reina titular de Navarra. La historia da muchos pormenores de la crianza de este príncipe, á quien acostumbraron desde su niñez á los alimentos mas comunes, á los ejercicios mas duros, y á todo género de privaciones. No ignoraba sin duda su madre las escenas de revueltas y tumultos á que estaba destinado. A la muerte del príncipe de Condé, presentó á su hijo en el campo calvinista, donde con grandes aclamaciones fué reconocido como jefe del partido, aunque no con asentimiento universal; pues el almirante Coligny, si bien cedia al impulso de la mayor parte, no podia menos de resentirse, de que un niño viniese á usurpar el rango principal á que aspiraba. Hubo pues dos partidos en el campo calvinista; el del príncipe de Bearne, que tenia á su favor todos los jóvenes militares apasionados del príncipe de Condé, y el de Coligny, que á fuer de calvinista mas rancio, se apoyaba en la masa popular y en los predicantes de Ginebra. La misma escision tuvo lugar en el campo católico. Era jefe de uno la misma reina Catalina, sostenida por su hijo favorito el duque de Anjou, cubierto con los laureles de Jarnac: dominaba en el otro el cardenal de Lorena, apoyado en el recuerdo del duque de Guisa, en las grandes esperanzas que daban sus dos hijos, que habian empezado ya la carrera de las armas. Continuaba siendo esta familia en extremo popular á los ojos de los parisienses, que los consideraban como principales campeones del catolicismo, mientras la reina Catalina excitaba sospechas y desconfianzas por su política artificiosa, que la hacia inclinarse alternativamente á entrambos bandos.

Mientras tanto se dió entre los dos ejércitos la segunda batalla en las llanuras de Montcontour, mas reñida y mas sangrienta que la primera, y donde la victoria se decidió de un modo mas decisivo á favor de los católicos. Fué este triunfo tan brillante, que excitó el mayor entusiasmo, y dió motivo á grandes regocijos y festejos, no solo en Paris, sino en las demás ciudades de Francia, que estaban á la devocion de los católicos. Igualmente fué celebrada la victoria en las cortes extranjeras amigas de la de Francia. Envió el rey de España una embajada extraordinaria con cartas de felicitaciones para el rey, para la reina madre, para el duque de Anjou y para el jefe de la casa de Lorena. A todos exhortaba á que redoblasen sus esfuerzos y siguiesen con constancia el camino que les deparaba la fortuna; á no desperdiciar la favorable ocasion de acabar para siempre con los enemigos de la Iglesia. Mas ya no ofrecian las cosas el buen semblante de que se lisonjeaba el rey católico.

Volvió por tercera vez el cansancio y la fatiga de la guerra. Eran los choques demasiado violentos, para que pudiesen ser de larga dura. A pesar de haber sido tan desastrosa la batalla de Montcontour, no estaban los calvinistas destruidos, ni aun desanimados. Resueltos á probar de nuevo los azares de la guerra, aumentaron los alistamientos, y esperaban á cada momento refuerzos de Alemania. No se mostró inferior á su alto puesto el jóven Enrique de Navarra, y á todos daba ejemplo de magnanimidad y constancia. Catalina de Médicis por otra parte veia muy remota la terminacion de una guerra provocada por el espíritu de intolerancia. Los socor-

ros de España eran pocos y tardíos. A excepcion de un corto número de tropas, que envió el duque de Alba despues de la primera expulsion de los Paises-Bajos del príncipe de Orange, ningun auxilio habia enviado el rey católico. Se defendian los calvinistas en las plazas que les habian servido de refugio. Costaba el sitio de San Juan de Angeli mas gente de la que podia separar del grueso del ejército el partido católico, y los hombres de entendimiento comenzaban á ver, que la guerra estaba en el mismo estado que al principio. Por otra parte inquietaba á la reina madre el crédito de que comenzaban á gozar los jóvenes príncipes de Guisa, y temió que en los campos de batalla llegasen al brillo y esplendor que habian hecho á su padre tan temible para ella. Se dió pues oidos á los hombres del partido medio, que deseaban el término de aquella guerra asoladora. No ponia la corte repugnancia al ajuste de una paz: los católicos la deseaban. Se entablaron pues las negociaciones, y á pesar de varios obstáculos y dificultades, se firmó una tregua precursora de la paz definitiva, y al fin se ajustó en 1570 en San German, á pesar de las murmuraciones violentas de los católicos ardientes y exaltados, á pesar de las manifestaciones en contrario de Felipe II, y á pesar de las reconvenciones y hasta acriminaciones del pontífice, que consideraba como un crímen todo pacto y estipulacion con los herejes. Catalina se mostró sorda á todas estas consideraciones y reconvenciones, y por esta vez se abrazaron los católicos y los calvinistas, aunque con poca sinceridad por ninguna de ambas partes. Quedaron estos con el libre ejercicio de su religion, y el goce de sus derechos civiles, con la posesion de algunas plazas fuertes que les sirviesen de seguridad, sin mas restricciones que la de no poder celebrar sínodos ó reuniones á diez leguas del radio de la capital, donde la religion dominante y exclusiva era la católica, como ya hemos visto.

Tan ventajosa fué la paz para los hugonotes (1) que en vista de lo que sucedió despues, se la creyó un lazo armado para destruirlos mas á mansalva; pero de su sinceridad por parte de la corte, á

(1) Varias veces hemos empleado la palabra de *Hugonotes*, sinónima entonces de la de *Calvinistas*. La hacen unos derivar de la voz *Hugon*, quo en algunas provincias de Francia se usaba para atemorizar á los niños, queriéndose dar así á entender el miedo y espanto que los calvinistas infundian. Pero lo mas probable es, que Hugonotes viene de la voz alemana *eidgenossen* (juramentado) aludiendo al juramento que hicieron en Ginebra y varios puntos de Suiza los nuevos sectarios, de unirse estrechamente contra sus antagonistas. En Saboya y demas paises vecinos se pronuncia esta voz *eignots*, que tiene bastante analogía con la de *huguenot* ó hugonote, como en Francia los llamaban.

lo menos de que no era una celada, hay documentos que presentan pruebas positivas. A no ser así, no se hubiese manifestado tan abiertamente el descontento de los católicos ardientes; no se hubiese mostrado tan quejoso y resentido el rey de España; no hubiese tronado tanto el Vaticano. Así como por esta carta hubo disgusto y descontento, se mostraron satisfechos y gozosos los príncipes protestantes de Alemania, que felicitaron por ello al rey de Francia.

A mas de este tratado público de la paz de San German, tuvo artículos secretos, por los que se comprometia Carlos IX á otorgar varias gracias y favores á los jefes protestantes, y sobre todo, á pagar cien mil escudos á los reitres (1) alemanes, á fin de activar su partida, que era tan deseada.

Descansó por un momento la Francia de la agitacion y tumultos que en ella causaba una guerra tan funesta. Se retiraron á sus castillos los calvinistas, despues de haber conquistado con tantos peligros y sangre su tolerancia religiosa. Volvió Paris á su tranquilidad, y la corte á los placeres y devaneos licenciosos, que eran su elemento. Los hombres previsores y de observacion no dejaban de columbrar á lo lejos la nueva tempestad que se iba poco á poco aglomerando; mas esto no impedia que la generalidad celebrase la pacificacion, que este acto fuese objeto en la capital, sobre todo, de fiestas y regocijos públicos, en que el monarca tomaba una parte muy activa.

¿Era sincero Carlos IX en estas manifestaciones? ¿Lo era asimismo Catalina? Posible es, y muy probable, que la pacificacion del reino fuese para los dos motivo de satisfaccion y de alegría. Lo cierto es, que á los principales jefes calvinistas se les prodigaba todo género de agasajos y de obsequios; que Coligny, al venir á Paris, fué objeto para la corte de deferencias y respetos; que hubo embajadas muy cordiales de Paris á los diferentes príncipes luteranos de Alemania; que se enfriaron por entonces las relaciones con España, y que la corte manifestaba adherirse á un partido medio, que se habia formado, y no puede menos de formarse siempre que chocan intereses y principios extremos, que se excluyen mútuamente.

Sin meternos en interioridades, y contrayéndonos á los hechos, se puede asegurar que los dos partidos católico y protestante, por su índole, por sus intereses, por sus miras de política, eran dos

(1) Otros, y en particular los historiadores españoles, dicen *raitres*.

cosas heterogéneas, inamalgamables. Era interés de los calvinistas separar á Carlos IX de la corte de España, unirle con vínculos de alianza con la reina Isabel de Inglaterra, con los príncipes protestantes del imperio, y hacerle tender una mano protectora á los rebeldes de los Paises-Bajos. El almirante Coligny, sin duda demasiado poseido de la idea de favor que gozaba con el rey, y de su preponderancia en el Consejo, escribió una larga memoria sobre la necesidad de romper con España, declarándose altamente favorable á la emancipacion de los Paises-Bajos; mas fué una imprudencia de quien no conocian bastante las personas y las cosas. Informado del menor paso que se daba en Paris el rey de España, tenia mil medios de neutralizar cuanto favor podia gozar en la corte el almirante. Envió Felipe nuevas instrucciones á su embajador (don Francisco de Alava), y tomó disposiciones que provocaron una explicacion de la corte de Francia acerca de los proyectos hostiles que la suponian. La vigilancia del embajador español en Paris fué tal, que disgustada de ello la reina Catalina, pidió su remocion y la obtuvo; mas á pesar de las explicaciones mutuas por entrambas partes, las relaciones quedaron por el momento frias. El matrimonio proyectado entre Carlos IX y la infanta de España doña Isabel Clara Eugenia, no tuvo efecto, y el jóven rey se casó con una hija del emperador Maximiliano, por sugestiones del partido medio.

Se habia colocado la corte de Francia en una posicion que parecia falsa, y en efecto lo era. Por una parte no estaban los calvinistas bastante satisfechos, y Coligny se habia retirado á la Rochela, con el despecho de ver el poco efecto que habia producido su memoria. Por la otra vivia alarmado Felipe II con la idea de la posibilidad de que se declarase el rey de Francia favorable á los Paises-Bajos. Se hallaban, pues, los hugonotes recelosos, los católicos ardientes, indignados. Y como no era posible que la corte de Francia guardase un perfecto equilibrio entre ambas partes, sea por conviccion, sea por capricho, sea porque lo creyese necesario, ó tal vez por fingir mas, pareció inclinarse la balanza del lado de los calvinistas.

Ya habian sido antes estos objeto de particulares atenciones, alterándose en su favor algunos artículos del tratado precedente. Se les permitió tener mas congregaciones religiosas que las estipuladas, y hasta en Paris mismo, aunque sin carácter público. Para mas muestras de favor se envió á la Rochela al mariscal Cossé, encargado de entrar en conferencias con los principales jefes calvinistas, á fin de reparar los agravios de que se quejaban; se invitó al almirante Coligny á que se trasladase á Blois, adonde se dirigia la corte; se habló de un armamento en favor de los Paises-Bajos, de ajustar un enlace entre el duque de Alenson (hermano del rey) con la reina de Inglaterra, y sobre todo de casar á Enrique, príncipe de Bearne, con Margarita de Valois, hermana del monarca.

Hubo un momento en que los calvinistas pudieron creerse árbitros de los destinos de la Francia. Expusieron altamente sus quejas los de la Rochela, en cuya compañía se hallaba á la sazon Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y enviaron una solemne embajada al rey, que la recibió con muestras de favor y de agasajo. Renovó el rey Carlos con este motivo sus instancias á Coligny para que viniese á Blois, y el almirante no dudó en ponerse en marcha, seguido de cuarenta caballeros, mas adictos á su causa.

Se hizo al almirante en Blois un recibimiento cordial y amistoso, mezclado de respeto y reverencia. Desde su llegada fué admitido en el Consejo. Le dió el rey todas las muestras de la mas ciega deferencia: le colmó de favores á él y á los suyos: mandó que se persiguiese judicialmente á los que habian infringido los artículos de la paz de San German, procediendo á medidas violentas contra los hugonotes, y pareció adoptar las ideas que el almirante le habia sugerido en la memoria ya indicada. Se hablaba de próxima guerra contra el rey de España, y de una expedicion á los Paises-Bajos en auxilio de los sublevados. Se dieron patentes de corso á los de la Rochela, permitiéndoles vender las presas en su puerto. Parecia la corte completamente decidida á favor de los calvinistas, y la reina madre se les mostraba aun mas afable y cariñosa que su hijo. Se retiró de Blois la familia de los Guisas, despechada del favor que iban adquiriendo sus rivales. Se presentaba Colingy como hombre omnipotente. Recibió del Parlamento cartas registradas de seguridad contra toda persecucion de los Guisas por la muerte de su padre: sacó cartas de la corte para el duque de Saboya, pidiéndole que diese entrada en sus estados y protegiese á sus correligionarios; y para complemento de la buena voluntad del rey, se pagaron á los reitres de Alemania cuatrocientos mil escudos de sueldos caidos, á fin de que regresasen á su patria.

Podian muy bien todas estas condescendencias y favores no ser mas que un lazo para acabar, para exterminar mas á mansalva al

partido protestante; pero se destruye completamente esta opinion con el proyecto concebido y efectuado al fin de enlazar á Margarita, hermana de Carlos IX, con el príncipe Enrique de Bearne. Parece imposible y fuera de toda probabilidad que se llevase tan adelante la ficcion, y por otra parte no hay que buscar en las acciones humanas causas extraordinarias, cuando se pueden explicar de un modo muy sencillo. Natural era que el rey de Francia, cansado de los horrores de la guerra civil, buscase en el buen trato y concesiones hechas á los protestantes, los medios de sofocarla para siempre; ni tenia nada de extraño que Catalina de Médicis se mostrase inclinada al calvinismo, como un partido débil que necesitaba de su proteccion, con preferencia á los católicos, que se sostenian á sí mismos.

Encontró este enlace, proyectado entre Catalina de Valois y el príncipe de Bearne, gravísimas dificultades. La princesa era católica, y su futuro esposo protestante. Se necesitaba una dispensa formal del Papa, que á la sazon lo era Pio V, y este pontífice, para quien semejante matrimonio era una atroz profanacion, se negó del modo mas duro y mas solemne á concederla. «Lo que nos atormenta incesantemente (tales son las palabras de su carta al rey), »es que se inste tanto en el matrimonio del príncipe de Navarra con »Margarita vuestra hermana, por la vana esperanza de que con»tribuya á reducir al príncipe á la religion católica. ¿No es mas de »temer que la princesa llegue á ser la pervertida? Se expone de este »modo mucho la salvacion de su alma; y aunque ella persista en »vivir católicamente, no tendrá paz ni reposo unida con un marido »hereje.» Sabedor del proyecto el rey de España, trató por su parte de embarazarle, alegando que la princesa estaba prometida al rey don Sebastian de Portugal, en cuyo arreglo habia personalmente intervenido. De esta repugnancia que tenia el Papa y los príncipes católicos en consentir el enlace de Margarita con un calvinista, participaban Juana de Albret, madre del príncipe, y los principales ministros de la nueva secta, por principios y motivos asimismo religiosos. El mismo Coligny llevaba en secreto á mal el matrimonio por la importancia política que iba á adquirir el príncipe de Bearne, considerado ya como jefe del partido protestante, tan en menoscabo de la autoridad del que se reputaba como su patriarca. Mas estaban demasiado empeñados el rey de Francia y su madre en realizar su plan, para que se arredrasen con semejantes repugnancias.

Por el pronto cedió la de Juana de Albret y sus ministros á las razones de conveniencia y utilidad que semejante matrimonio reportaba á su partido, y á invitacion de la corte se presentó en Blois con un acompañamiento numeroso. La recibieron el rey y su madre con todas las muestras de cariño y de respeto, y se dieron nuevos pasos á fin de que cuanto antes se verificase el matrimonio. Como persistiese el pontífice en su negativa, llegó Carlos IX á decir á Juana de Albret: «Tia mia, yo os honro mucho mas que el »Papa, y amo mas á mi hermana que le temo: no soy hugonote, »pero tampoco tonto: así si el Papa se hace demasiado bestia, yo »mismo tomaré á Margarita de la mano, y la haré casar en medio »del sermon en un templo calvinista (1).»

Con la traslacion de la corte á Paris, verificada de allí á poco, perdió mucho terreno el partido protestante. En Blois, ciudad pequeña, podia Coligny ejercer su influencia, sin grande inconveniente, sin chocar de cerca con la falange de sus enemigos. En Paris, iba á ser testigo del favor que él y su partido disfrutaba con el rey, una inmensa poblacion que profesaba el odio mas ardiente al calvinismo. No habia sido el partido extremo católico expectador pasivo del ascendiente que habian tomado sus antagonistas. Se agitaban las masas: los principales jefes católicos daban pábulo á tan ardientes sentimientos. Atento á todo el rey de España, se mostraba naturalmente protector del catolicismo tan comprometido. En Paris se murmuraba altamente de los progresos que, á la sombra del favor real, iba haciendo el calvinismo en todas partes. En las plazas, en los mercados, se hablaba de sus profanaciones, de los ultrajes que de ellos recibia el viejo culto, de los anuncios de la cólera del cielo, de los prodigios, de las señales evidentes de lo que estaba Dios cansado de sufrir mas tiempo el triunfo de los enemigos de su Iglesia. Era objeto de escándalo y horror la presencia en Paris de los malditos hugonotes: por todas partes se les señalaba con el dedo, como hereges, como impíos. No ignoraban Coligny y los suyos estas disposiciones de los ánimos; mas confiados en la proteccion del rey, sin duda despreciaron un peligro cuya extension no conocian.

Poco tiempo despues de la llegada de la corte á Paris, murió Juana de Navarra, de enfermedad natural, segun los católicos; de veneno

(1) Si le Pape fait trop la beste, je prendrais Margot par la main, et la meneral épouser en plein presche.

administrado por órden de la reina Catalina de Médicis, á lo que dijeron entonces los mas fogosos calvinistas. Ningun gran personaje muere, segun la opinion del vulgo, de muerte natural, si hay otros poderosos interesados en su fallecimiento. No fué excepcion de esta regla la reina de Navarra. Vieron los católicos en su muerte un castigo del cielo: los calvinistas, una traicion y alevosía de la reina madre. Se abrió el cadáver por órden de la corte, y los médicos certificaron que la muerte habia sido producida por una calentura muy maligna. En el testamento de la difunta no se halló ningun indicio, de que esta hubiese concebido la menor sospecha. Coligny y los suyos, cualquiera que hubiese sido su sentir, se dieron en público por satisfechos. De todos modos, no alteró esta novedad las ideas de la corte con respecto al matrimonio, y Enrique de Bearne, que á la muerte de su madre tomó el título de rey de Navarra, se presentó en Paris seguido de mas de mil de los suyos á efectuarlo (1572).

La presencia de tantos hugonotes nuevos en la capital, dió nuevo alimento á la cólera del pueblo. «Los hugonotes, ¡los malditos hugonotes! decia el populacho por donde quiera que pasaban: ni se quitan el sombrero delante de las imágenes de Cristo y de los santos, ni se arrodillan delante del Santísimo.» Y mientras se proferian estos gritos, mientras en la masa de la inmensa poblacion fermentaban tantos sentimientos de odio y de venganza, no pensaba la corte en otra cosa que en llevar cuanto antes á su término el proyectado enlace. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de los artículos del contrato matrimonial, para que se juzgue mejor si esta union era un acto de buena fe por parte de la corte ó una verdadera asechanza, como se creyó despues, ó como tal vez se cree en el dia. «Daba el rey en dote á su señora hermana trescientos mil escudos de oro del sol, mediante cuya suma renunciaria á todos sus derechos sucesivos, paternos y maternos en favor de su hermano. Sin embargo, visto el apuro de los tiempos, no se la podia dar esta suma en dinero contante: se satisfaria en compras de rentas sobre la ciudad de Paris, y de las que disfrutaria la referida dama. La reina madre, por el singular amor que profesaba á su señora hija, le daba doscientas mil libras tornesas. Los duques de Anjou y de Alenson le daban veinte y cinco mil libras cada uno. Debia haber comunidad de bienes entre los esposos: en caso de muerte de uno de ellos, tendria, el que sobreviviese, el gobierno y la administracion de los bienes é hijos hasta que llegasen á mayor edad, siendo esta para los varones de diez y ocho años, y de quince para las hembras. Dotaria el señor príncipe de Navarra á su esposa con cuarenta mil libras de renta, para gozar de ellas durante su vida. Quedaba á la voluntad de la reina de Navarra y del príncipe, su hijo, dar en favor de este matrimonio las sortijas y joyas que gustasen, y por el precio que les conviniese. Declararia dicha reina, en favor de estas bodas, á su hijo por heredero universal; porque de otro modo no se verificaria dicho enlace. El primer hijo nacido de dicho señor príncipe y de la referida señora, seria declarado heredero universal, y en caso de que el primero muriese sin hijos, lo seria el inmediato, y así de hijo en hijo, haciéndose lo mismo en defecto de varones con las hembras. La reina de Navarra daria á su hijo el usufructo y goce del condado de Armagnac, y le entregaria doce mil libras de renta que gozaba de viudedad sobre diferentes bienes. El señor cardenal de Borbon, en favor de dicho matrimonio y por el afecto que profesaba al príncipe su sobrino, confirmaria en su favor las renuncias de las sucesiones paterna y materna hechas antes por él en el del difunto rey de Navarra.»

El Papa Pio V, que se habia mostrado tan resueltamente opuesto á la concesion de la dispensa, no existia; mas su sucesor Gregorio XIII manifestaba adoptar los mismos sentimientos. El cardenal de Borbon, tio del príncipe, que debia dar la bendicion nupcial, se resistia á consumar la ceremonia, sin el requisito del permiso del pontífice. Murmuraban los calvinistas de tantas dilaciones. En este conflicto apeló la corte á una superchería, que mencionaremos aquí para hacer conocer mejor el carácter de los tiempos. Se fingió una carta del embajador en Roma, quien hacia saber que el cardenal de Lorena le decia que por su habilidad y destreza habia obtenido al fin, de Su Santidad, el permiso para el matrimonio, y que con el próximo correo enviaria infaliblemente la dispensa, por lo cual podria pasarse á su celebracion sin ningun inconveniente. Aparentó el rey leer el pliego con gran satisfaccion, y lo mismo la reina madre, que fué la forjadora de la carta. No dudó el cardenal de la autenticidad del documento y se prestó á la voluntad del rey, quien dió las órdenes para que cuanto antes se llevase á efecto.

Se verificó el matrimonio el 18 de agosto de 1572, con toda ceremonia y una pompa extraordinaria. Acompañaron á los novios á la catedral de Nuestra Señora, donde se les habia de dar la bendi-

cion nupcial, el rey, la reina, todos los príncipes de la sangre real, todos los grandes personajes de la corte, tanto católicos como calvinistas. Asistian el cuerpo nunicipal, las autoridades militares y civiles, precedidos y seguidos de gentiles-hombres de palacio y de los arqueros de la guardia. Se observó que mientras los grandes personajes católicos se presentaron vestidos con el mayor lujo y magnificencia, llevaban los calvinistas los trajes mas sencillos, lo que excitó la cólera del pueblo, teniéndolo á desprecio de la ceremonia religiosa, y sobre todo del templo católico donde iba á celebrarse.

Se levantó delante de la puerta principal de la catedral un gran tablado, donde el cardenal de Borbon dió la bendicion nupcial al príncipe de Bearne y á Margarita de Valois, á presencia de la muchedumbre. Concluido el acto se separó el príncipe de la comitiva, mientras esta pasó al interior de la catedral á oir una misa solemne á que asistieron todos los católicos. Se quedaron los protestantes todos fuera paseándose en la plaza de la catedral, lanzando miradas de enojo y de desprecio sobre las efigies del atrio y demás adornos, que eran á sus ojos signos y emblemas de la idolatría. El pueblo que lo observaba se entregó á nuevos arrebatos de furor, y no cesaba de maldecir y escarnecer á los malditos hugonotes. No menciona la historia muchos ejemplos de un matrimonio celebrado de una manera tan extraordinaria. Si habia alguna duda de lo inamalgamables que eran, sobre todo entonces, los católicos y los calvinistas, debió de disiparla lo ocurrido durante aquella ceremonia.

Aquel dia hubo un gran banquete y funciones extraordinarias dadas por la corte: al siguiente las dió la municipalidad de no menos lujo, magnificencia y aparato. Pocos preveian que eran precursoras estas fiestas de una catástrofe espantosa.

CAPÍTULO XLIII.

Continuacion del anterior.—Agitacion de los partidos.—Horrible plan del católico.—Asesinato de Coligny.—Matanzas en Paris la noche víspera de san Bartolomé.—Continúan en los dias sucesivos.—Se imitan en los demás pueblos de Francia.—Las aprueba y sanciona el rey.—Nueva insurreccion de los calvinistas.—Sitios de Sancerre y de la Rochela.—Conversion del rey de Navarra y del príncipe de Condé al catolicismo.—Eleccion del duque de Anjou por rey de Polonia.—Parte á tomar posesion de la corona.—Muerte de Carlos IX.—Su carácter (1).—(1572-1574.)

Antes de pasar á los hechos, que son objeto de este capítulo, no estará de mas que volvamos la vista á los que llevamos mencionados. El favor que el partido calvinista disfrutaba hasta entonces en la corte, tenia mas de aparente que de sólido. Sin armarle un lazo como se creyó entonces, como se creyó despues, pudo muy bien Carlos IX considerar su conducta como necesaria para la pacificacion del reino: pudo muy bien la reina madre creer que la convenia por entonces apoyarse en los calvinistas para dominar á los católicos. Mas de esta conducta aconsejada por la política, á la verdadera adhesion, á lo que se llama simpatía, hay una distancia enorme. Los calvinistas, que así se lo persuadieron, se mostraron demasiado crédulos, muy poco conocedores de las cosas y de los hombres. El primero en participar de este error fué el mismo Coligny, que presumió demasiado de su habilidad, y se creyó ya el árbitro de los destinos de la Francia.

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

Catalina de Médicis sin grandes principios, sin creencias muy sólidas, sin mas móvil en toda su conducta que el ejercicio del poder, era mujer demasiado astuta para no tener fija siempre la vista en los dos campos. Conocia sin duda la importancia del calvinista; mas no se la ocultaban las fuerzas del católico. En lugar de pensar seriamente en hacer la guerra al rey de España, mantenia con él una correspondencia muy activa, y se disculpaba lo mejor que podia de los actos que eran objeto de acriminaciones por parte de Felipe. Atento este á todo, en estrecha correspondencia con su embajador, en inteligencia con las personas mas influyentes del partido católico, pasaba por su protector, y por el enemigo mas encarnizado del contrario.

Coligny, que como ya hemos visto se creia en la cumbre del favor y del poder, llevó su ceguedad hasta el punto de querer emancipar al rey de la reina madre, que era la que realmente gobernaba, como si estos lazos formados por la naturaleza, estrechados por el hábito y la misma necesidad, se pudiesen romper por medio de la intriga, y sobre todo por quien tal vez era objeto de una secreta repugnancia. No fué difícil á Catalina conocer este juego del jefe de los calvinistas, motivo mas para separarse de ellos y acercarse al partido de los Guisas.

Mientras la corte permaneció en Blois, figuraba allí mucho el partido calvinista. Trasladada á Paris se absorbió casi en la inmensa mayoría católica exaltada, cuyo furor crecia á proporcion que se suponia en aumento el favor de que disfrutaban en la corte. Ya hemos visto que la presencia de estos *malditos hugonotes* hacia prorumpir al pueblo en expresiones de furor y de venganza. Es preciso conocer muy poco lo que son partidos en política para no concebir las influencias secretas que daban pábulo á estos sentimientos de suyo ardientes y exclusivos. Los jefes católicos mas exaltados eran sumamente queridos de la muchedumbre, y el duque de Guisa, sobre todo, excitaba los mismos sentimientos de idolatría que su padre. Las noticias que circulaban en las plazas, en las calles, en todos los parajes públicos, del ascendiente que iba adquiriendo el hugonotismo en todas las provincias, estaban hábilmente calculadas para encender nuevos odios en la muchedumbre, para hacerles ver el peligro que el culto católico corria, si se toleraban por mas tiempo los enemigos de Dios y de sus santos.

Conocian muy bien algunos calvinistas previsores lo falto de su posicion, y se llenaban de temores al ver la espantosa minoría en que se hallaban; mas otros, fiados en su favor con el rey, despreciaban á sus enemigos, y respondian á los gritos de cólera de la muchedumbre con amenazas y bravatas. Hubo muchos de entre ellos que vendieron sus haciendas, con objeto de lucirlo en Paris, y presentarse con todo esplendor en las fiestas y solemnidades de la corte; tan ciegos estaban con su aparente prosperidad, y poseidos de su gran valer, por lo mismo que los halagaban. Era Coligny entre todos el mas alucinado, con su presidencia del Consejo, y con las muestras de deferencia y de respeto por parte del rey, que le llamaba padre.

Si toda esta deferencia, si la conducta observada mas de un año hacia por la corte con el partido calvinista, fué una trama, un plan concebido de antemano para adormecerle, para atraerle á Paris, donde se pudiese acabar con él mas fácilmente: si se quiso coronar esta obra de doblez con un matrimonio, que precisamente habia de llamar á la capital tantas personas influyentes, lo mas florido de la hugonotería, se puede decir que era un proyecto tan diabólico como astutamente ejecutado. Mas de que la trama no venia de tan lejos, y sobre todo, de que no entraba en ella el rey de España, depone su correspondencia de aquel tiempo; deponen sus temores, sus sospechas, sus quejas de la conducta de Carlos y su madre. Y no olvidemos una circunstancia en corroboracion de lo que vamos indicando, á saber, que precisamente en estos tiempos, cuando se supone que la corte de Francia meditaba tan grande alevosía, salia de este pais el conde Luis de Nassau á la cabeza de un cuerpo de franceses auxiliares, con el que se apoderó de la plaza de Mons, como lo hemos hecho ver á su debido tiempo. ¿Cómo pudieron llevar tan adelante la ficcion? ¿Cómo guardaron el rey Carlos y su madre una reserva tan inexplicable con el rey de España? ¿No estaban con él en inteligencia desde las conferencias de Bayona, sobre la necesidad de acabar con la secta calvinista? A confiarle su secreto, ¿no se hubiesen libertado de las inquietudes, del embarazo, en que naturalmente les ponian sus reclamaciones.

Todo, pues, contribuyó á juzgar que si en el favor dispensado al partido calvinista hubo su cálculo, y falta de sinceridad, no iba envuelto un plan de alevosía. Las cosas habian llegado á un punto tal, que sin necesidad de proyectos concebidos de antemano era inevitable un conflicto entre partidos, entre opiniones, entre creencias

que mutuamente se rechazaban y excluian. Por una parte el odio de la poblacion de Paris hácia los hugonotes, con tantos testimonios expresado; por otra la desconfianza que comenzaba á apoderarse de este partido, y las acusaciones que públicamente hacia de la perfidia y trato doble de la reina madre; aquí las intrigas de los jefes católicos, del embajador de España y del nuncio de Roma; allí la conviccion en que se hallaban los católicos ardientes, de que solo por el exterminio acabarian con los malditos hugonotes, todos fueron elementos del plan que se adoptó por fin, de recurrir á violentos medios, plan en que probablemente no fué impulsadora la corte, sino arrastrada por el movimiento popular que otras manos dirigian.

La casa de Lorena, siempre violenta, siempre encarnizada contra los calvinistas, sobre todo contra el almirante, acusado del asesinato del duque de Guisa delante de los muros de Orleans, era la que estaba á la cabeza de toda esta muchedumbre fanática, que no respiraba mas que sangre. Enrique, nuevo duque de Guisa, hijo del asesinado, ídolo del pueblo, habia entrado en conferencias secretas con los principales cabezas de motin, con los católicos mas ardientes de la municipalidad, prometiéndoles su cooperacion en el vasto plan de venganza y de exterminio. El horizonte se cubria de nubes que presagiaban una tempestad horrible. Sin embargo, no disminuia el favor aparente que los calvinistas disfrutaban en la corte, y Coligny vivia tranquilo, halagándose siempre con la idea de llegar un dia á ser el solo privado, director y consejero del monarca.

El dia diez y ocho de agosto de 1572 se habia celebrado el matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra. Aquel dia y el 19 se pasó en regocijos y en festejos. El 22, es decir, cuatro dias despues, al regresar Coligny de palacio á su casa, á eso de las dos de la tarde, se le asestó un tiro de arcabuz desde una ventana, que le hirió gravemente en un brazo, llevándole al mismo tiempo dos dedos de la mano. El asesino, llamado Maurevel, dependiente del duque de Guisa, se evadió en el acto, saliéndose por una puerta de Paris, donde tenia un caballo prevenido que le puso con rapidez al abrigo de todas las pesquisas.

Produjo aquel tiro en una calle pública y en la mitad del dia, la misma impresion que el estampido de una tremenda tempestad en el silencio de la noche mas profunda. Para los católicos fué una voz de alarma, un grito de próxima pelea: para los calvinistas un anuncio del profundo abismo que ante sus plantas se entreabria. ¡Ya estaba descorrido el velo de sus ilusiones! Ya los Guisas habian perpetrado su gran acto de venganza, pues para nadie era un misterio que el arcabuz habia sido disparado por la mano de los Guisas. Mientras tanto se trasportaba al almirante á su casa en brazos de sus servidores, y rodeado de un acompañamiento numeroso de sus correligionarios. Mostraba Coligny serenidad, mas prorumpiendo de cuando en cuando en exclamaciones contra sus enemigos, de quienes esperaba un pronto desagravio; porque este hombre siempre crédulo, no sabia aun, en medio de aquel conflicto, cuán minado estaba el terreno que pisaba.

Recibió el rey la noticia del asesinato de Coligny con muestras de grande enojo, y mandó hacer pesquisas para la aprehension del perpetrador y cómplices. Pasaba, sin embargo, á los ojos de la generalidad por sabedor con anticipacion del hecho, sino por su principal instigador: en cuanto á la reina madre, nadie dudaba de la connivencia. Los calvinistas la acusaban altamente, y sea que no creyesen inminente el peligro, sea que pensasen alejarle no presentándose como intimidados, echaban amenazas y se producian con su violencia acostumbrada. Envió el rey un recado á casa del almirante, para informarse de su estado y manifestar el interés que le causaba. Los calvinistas, no satisfechos con este paso de atencion, exigieron que el rey le visitase, para dar así á entender la consideracion que le merecia su persona; demostracion inútil, si Carlos IX estaba en el complot; inútil tambien, si se urdia este sin su conocimiento.

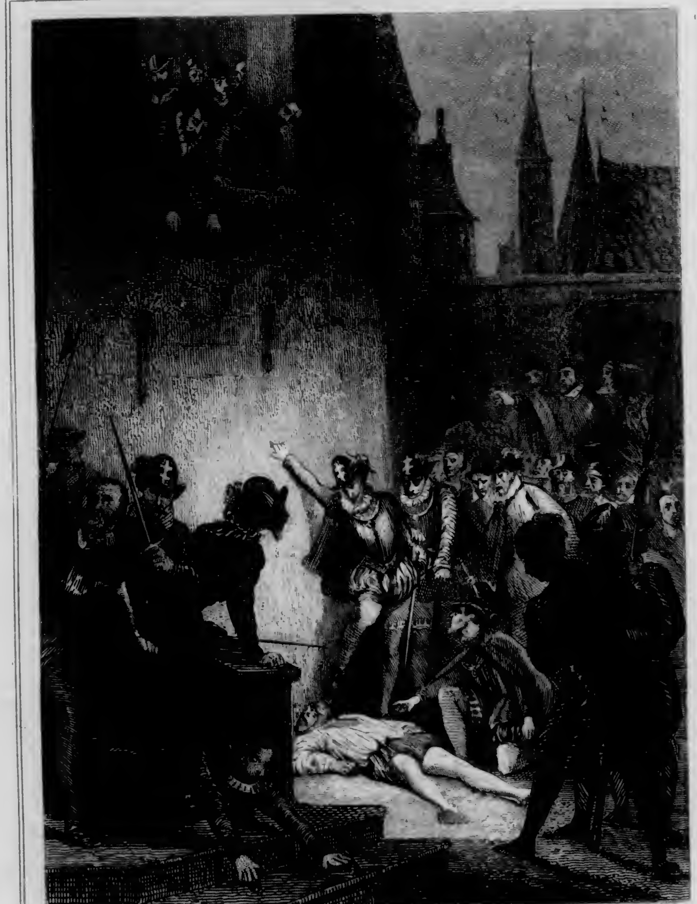
Accedió el rey á las pretensiones de los hugonotes, y acompañado de su madre, pasó á visitar al almirante la tarde de aquel mismo dia. Mostró el almirante agradecer mucho la visita, hablando al rey en términos muy respetuosos, mas profiriendo quejas sobre la alevosía de sus enemigos y lo mal que los capítulos del tratado de pacificacion estaban observados. Procuró el rey calmarle y sosegarle hablando en términos afables, prometiéndole pronta satisfaccion y rígida justicia. En los mismos términos, le habló la reina madre, á pesar de que el almirante no disimuló lo poco satisfecho que estaba de su comportamiento. Ambos mostraron el mayor interés y deseo de su pronta cura, llevando su atencion hasta tocar y examinar la bala que habia causado sus heridas. «Gran fortuna es que

»haya salido afuera, señor almirante, dijo con este motivo Catalina, »porque he oido que el difunto duque de Guisa hubiese curado de »sus heridas, á no quedar la suya dentro.» Crueles palabras en aquellos momentos, cuando la herida de Coligny se consideraba como un acto de venganza por aquel asesinato de que se le acusaba.

Mientras tanto crecia en Paris la agitacion, y aquel tumulto sordo que precede al estallido de una tempestad, anunciada ya en los aires. Continuaban los conciliábulos del duque de Guisa con los jefes de la municipalidad y los católicos; se pronunciaba sin ningun disfraz el nombre de Maurevel, asesino de Coligny, y se sabia que en su fuga habia sido recibido con entusiasmo en muchas poblaciones, donde se jactaba de su accion, considerada como heróica, como altamente meritoria. Los calvinistas, agrupados por la mayor parte en derredor de la casa de Coligny, se mostraban armados en ademan hostil, y no cesaban en sus amenazas de tomarse la venganza por su mano, si el rey no se la hacia. Daba Carlos IX todas las muestras de mirar este asunto con calor, y habiéndole enviado á decir el almirante que se notaban síntomas de cierta efervescencia, le envió un piquete de los arqueros de su guardia para el resguardo de su casa.

El 23 hubo un consejo privado y secreto en las Tullerías, convocado por la misma reina madre. Allí se trató seriamente de dar apoyo al golpe de mano que se meditaba. En la trama estaba el duque de Anjou, hermano del rey, y además de los Guisas, que pasaban por motores, los principales señores de la corte que se tecian por católicos mas exaltados. Estaba decidida la reina madre á proteger un movimiento popular que iba á ser la ruina de los calvinistas. El rey titubeaba todavía; mas su madre le hizo ver que siendo el golpe inevitable, quedaria nula y desairada su autoridad si los buenos católicos de Paris tomaban la venganza por su mano sin contar con el monarca; razon plausible, que le hizo impresion y promovió su asentimiento. Mas para los que entonces eran de opinion, y lo son todavía, de que era la misma corte la que concitaba las masas contra el partido calvinista, no hubo tal vacilacion é incertidumbre; al contrario, fué el rey quien convocó el consejo á fin de organizar el movimiento.

Las medidas se tomaron en efecto. Al principio de la noche del 23 al 24, se avistó por última vez el duque de Guisa con sus asociados, y les avisó que lo preparasen todo para aquella noche mis-



pagina 796

MUERTE DE COLIGNY

ma. Se reunió la municipalidad, se distribuyeron armas, se asignaron los puestos, se dispusieron todos á consumar el plan de venganza que tanto tiempo hacia llevaban en sus corazones. En cuanto á los calvinistas, aunque estaban muy sobre sí, hasta el punto de pensar seriamente en salir de Paris como punto mal seguro, no advirtieron los movimientos de aquella noche, ó no les dieron la importancia que tenian; y cuando ya estaba para sonar la hora de sangre y de matanza, se retiraron tranquilos al cuartel ó barrio que les estaba asignado por alojamiento.

Fué la casa del almirante la primera acometida por el mismo duque de Guisa, el de Anjou y otros personajes acompañados de asesinos. Los príncipes se quedaron en el zaguan mientras subian los segundos precedidos por un tal Behem, muy partidario de los Guisas, casado con una hija bastarda del cardenal de Lorena. Los arqueros que guardaban la casa del almirante, fueron de tan poco auxilio, cuanto su jefe, católico exaltado, iba con los mismos asesinos. Cuando sonaba la gran campana, señal de dar principio á la matanza, estaba leyendo al almirante su capellan algunos pasajes de la Biblia. Al oir el ruido con que habia sido forzada la puerta de su casa, y el estruendo de los que subian la escalera, se armó de serenidad; se vistió aprisa, como mejor pudo, y se apoyó en una pared del aposento. Muy pronto dieron golpes los asesinos á la puerta de su habitacion, diciendo con voces descompasadas que la abriesen. El criado que lo hizo en efecto por mandato de Coligny, fué asesinado en el momento. Entonces se avanzó Behem pálido, desgreñado, y le dijo con voz ronca: «¿No eres tú Coligny?» «El mismo soy, respondió el almirante, y tú, jóven, deberias tener mas respeto á las canas de un anciano; mas cualquiera que sea tu intencion, pocos son ya los dias de que me puede privar un asesino.» A estas palabras se hechó Behem sobre él, y le despachó al momento, ayudado de sus compañeros. Mientras tanto el duque de Guisa, que se habia quedado abajo, daba voces diciendo: «¡Behem! ¿Has despachado?» «Sí,» respondió el otro saliendo á la ventana. «Pues entonces, repusó el duque, arrójanos acá el cadáver, para que estos señores se convenzan de que es el muerto el almirante.» Así lo ejecutó Behem, y el cadáver de Coligny cayó en el patio todo ensangrentado. Para reconocerle mejor le lavaron el rostro; y cuando á la luz de una linterna vieron que en efecto era Coligny,

le dió una patada el conde de Angulema, bastardo de Enrique II, diciendo: Asesino del duque de Guisa, la has pagado (1).»

Con el asesinato de Coligny se dió principio á la matanza de los hugonotes. Para disipar las tinieblas de la noche, se pusieron luces en todas las ventanas. Dió la señal la gran campana de la casa de la ciudad, é inmediatamente se vió la muchedumbre armada dirigiéndose al barrio de los calvinistas y á las demás casas de los personajes de esta secta, que todos conocian. La señal con que los católicos se distinguian, era un pañuelo blanco atado en forma de cruz sobre el sombrero. Fueron los protestantes cogidos de sorpresa, asesinados unos en su cama, otros á medio vestir y levantándose, quiénes haciendo resistencia, quiénes cayendo desarmados como víctimas en un sacrificio, otros despavoridos corriendo por las calles sin saber á dónde, buscando refugio en los pórticos de las plazas, de las iglesias, en el mismo Louvre; por todas partes eran inmolados sin misericordia. Los gritos de la muchedumbre enfurecida, los quejidos y ayes de los moribundos, el estampido de los arcabuces, el sonido de las campanas que tocaban á rebato, no podian menos de imprimir terror y espanto en tan horrenda noche. Los principales personajes del partido católico, daban el ejemplo de ferocidad á la plebe fanática, sedienta de horrores y de sangre. El mariscal de Tavannes recorria las calles gritando: «Sangrad, sangrad: segun dicen los médicos, la sangría es tan saludable en agosto como en mayo.» Los Guisas, despues de despachado á Coligny, buscaban nuevas víctimas, y saciaban la saña que profesaban á los calvinistas.

No suspendió la mañana el furor de la matanza. Con la luz del dia se vieron, se buscaron mejor los que ocultaban las tinieblas. Todos los encontrados cayeron al hierro y fuego de los asesinos. Las calles, los pretiles del rio, se iban llenando de cadáveres. Muchos de ellos fueron arrojados al Sena, cuyas aguas iban enrojecidas con la sangre: los que no perecieron en las calles, cayeron en

(1) No sabemos si Voltaire anduvo feliz en la alteracion que de este pasaje hizo en su poema (La Henriada). Supone que los asesinos de Coligny, sobrecogidos con su aspecto venerable, y sobre todo con sus palabras, se echaron á sus piés, sin atreverse á dar el golpe: que Behem (le llama Besme), que aguardaba en el patio, impaciente con la dilacion, subió apresurado, y al ver á los asesinos inmóviles, se precipitó sobre el almirante, acabándole en el acto. Mas quien aguardaba abajo era el duque de Guisa, y el que subió á perpetrar el asesinato el mismo Behem, ó sea Besme. Por supuesto el asombro ó inmovilidad de los asesinos, es una creacion del poeta; mas es imposible que en actos de esta especie no discrepen las narraciones sobre ciertas circunstancias. Lo sustancial del hecho es que Coligny, hallándose en su casa herido, fué asesinado por impulso del duque de Guisa, su enemigo mortal, que le consideraba como el asesino de su padre.

sus casas: los que buscaron asilo en el palacio del Louvre, fueron fria y bárbaramente asesinados por los arqueros y alabarderos de la guardia. A la matanza siguió el robo y el saqueo. En la mañana y en casi todo el dia 24, fué Paris teatro de confusion, del desórden mas horrible. Las mismas autoridades civiles que habian dado impulso al movimiento, temblaron al ver el carácter espantoso que iba ya tomando, y trataron de poner un freno á la ferocidad; mas no estaba todavía la muchedumbre saciada de matanza. Duraron los asesinatos y el robo todo el dia; los hubo hasta el siguiente. Solo el cansancio y la fatiga desarmaron los brazos de las turbas, sucediendo al ruido espantoso de la destruccion, el silencio del sepulcro.

Estuvo el rey en vela toda la noche en compañía de su madre y otros personajes, testigo silencioso y mudo, segun unos, de lo que pasaba; actor, segun otros, en aquella horrible escena, hasta el punto de hacer fuego con su arcabuz sobre los calvinistas desde uno de los balcones de palacio. Cualquiera de las cosas que haya sido, no hay duda de que tomó sobre sí la responsabilidad toda del acto, y se dió como el principal impulsador de la matanza. El dia 26 salió en público con su madre y una corte muy lucida, y paseó como en triunfo las calles y plazas sembradas de cadáveres. La muchedumbre acogió al rey con los arrebatos del mas férvido entusiasmo; jamás fué tan popular como aquel dia. Se manifestó el rey como satisfecho de la lealtad del pueblo que habia libertado á la nacion de sus implacables enemigos. Quiso ver el cadáver de Coligny que estaba colgado por un muslo de un poste en la plaza de Montfaucon, y le insultó con frases chocarreras. Las mismas damas de la corte examinaron con atencion los cadáveres desnudos, haciendo observaciones que no se creerian hoy; tanto difieren aquellos tiempos á los nuestros (1).

Tal fué la matanza de San Bartolomé, tan célebre en la historia, y en cuyo acontecimiento nos hemos extendido algo mas que de costumbre, para hacer ver el carácter de aquellos tiempos, en que el libertinaje iba unido á la supersticion, y el desenfreno del vicio á toda la ferocidad del fanatismo. Las jornadas de San Bartolomé son únicas en su clase. En las vísperas sicilianas fué un pueblo le-

(1) A oui dire per les demoiselles de Catherine, «que les dames de la suite du roy consideroient toutes les parties du corps des gentils-hommes huguenots, et jugeoient par certains objets quelle etoit leur force au jeu d' amour.»—Memorias de Brantome.

vantado en masa contra sus opresores extranjeros: aquí son franceses que degüellan á franceses por solo fanatismo religioso. La circunstancia de escoger la noche para consumar este acto de barbarie, da al cuadro una tinta que le hace doblemente pavoroso (1).

Fué la matanza de San Bartolomé inmensamente popular en Francia, donde los católicos se hallaban en inmensa mayoría. Como una chispa eléctrica cundió la noticia por todos los ángulos del reino. La medida violenta tuvo eco en Meaux, en Orleans, en Senlis, en Ruan, en Tolosa, en Bayona, en otros puntos donde los católicos fanáticos imitaron la conducta de sus correligionarios de la capital. Se dijo que para esta efusion de sangre habian mediado órdenes del rey, mas no las necesita la muchedumbre cuando está ansiosa de violencias. Entre las dos religiones existia la mas encarnizada antipatía. No era el rey motor de tales violencias, aunque despues de perpetradas, se quiso dar este carácter.

En Paris se sancionaron del modo mas público y solemne estas matanzas. El mismo rey dijo en pleno parlamento, que se habian verificado de su órden en desagravio de la religion; palabras que fueron oidas con aplauso. La poblacion en masa de Paris estaba loca de entusiasmo por tan sangriento triunfo de la fe católica. Todo era fiestas de iglesia, sermones en accion de gracias, solemnes procesiones. Se celebraron juegos, se acuñaron medallas, y hasta se representaron dramas alusivos al asunto (2). La prensa dió á luz una muchedumbre de folletos, en que se ensalzaba la victoria de los católicos en todo género de estilos (3).

El rey de Navarra y el príncipe de Condé, no fueron comprendidos en la proscripcion segun convenio de antemano. Durante las matanzas se aseguraron sus personas, pero el rigor no pasó mas adelante. Sin embargo, no se les concedió la gracia de la vida sin condiciones duras, siendo una de ellas la de abjurar el calvinismo. Se les obligó, so pena de muerte, á dirigirse al Papa, suplicándole que les volviese á admitir en el seno de la Iglesia, y además al rey de Navarra á que expidiese un decreto prohibiendo el ejercicio del calvinismo en sus estados. Por todas partes se estableció la fórmula de

(1) Es muy difícil leer la relacion de la matanza de San Bartolomé sin que ocurra el recuerdo de las que tuvieron lugar doscientos veinte años despues y en Paris mismo. Seria muy curioso un paralelo entre las jornadas de agosto de 1572, y las de setiembre de 1792.

(2) Fué el mas célebre de todos la tragedia intituiada: La muerte do Coligny, donde figuran como personajes, el Almirante, Montgomeri, el pueblo, el rey, el Consejo del rey, etc.

(3) Hay entre estos escritos uno de un título demasiado curioso para que no le mencionemos. Passio Domini nostri Gaspardi Coligni, secundum Bartholomeum.

adhesion á la antigua fe católica. El triunfo se cantaba por completo y la ilusion pudo por un momento hacer creer que en Francia habia llegado el fin del calvinismo.

Dió el rey inmediatamente comunicacion de lo ocurrido en Paris á las potencias extranjeras con quienes estaba en relaciones; mas entre estas las habia católicas y protestantes. No podia producir la matanza de San Bartolomé la misma impresion en Inglaterra, en los estados luteranos de Alemania, que en Roma y en España. Así fué muy diverso el estilo de estas piezas diplomáticas. Se dijo á los primeros que el choque habia sido uno de esos movimientos populares, que no está en mano de los gobiernos contener por la gran exaltacion de las pasiones de la muchedumbre; que los hugonotes habian entrado en un plan de conspiracion contra la autoridad del rey y las leyes del estado, proyecto que habian confesado al morir los principales jefes de la secta; que el rey, inmediatamente que tuvo lugar el asesinato del almirante, habia tomado todas las medidas para castigarle y buscar al delincuente; mas que la cólera de sus amigos y correligionarios, habia hecho abortar estas medidas, por haber querido tomar la justicia por su mano; que á pesar de este suceso lamentable, no se alteraban los buenos sentimientos del rey hácia el partido calvinista, y se le dispensaria siempre proteccion segun los términos del tratado, etc. Mas lo sutil y artificioso de estas notas no podia encubrir lo que el acontecimiento tenia de cruel y espantoso, y en todos los estados protestantes no hubo mas que un grito unánime contra la alevosía del partido católico, excitada ó al menos consentida por la corte. La reina Isabel de Inglaterra manifestó quejas muy amargas, á que no pudo satisfacer toda la astucia y sutileza de la reina madre.

Con los estados católicos fué el lenguaje muy diverso. En sus comunicaciones se felicitaba el rey de una ocurrencia que habia purgado el pais de la heregía, dándose por promotor de un acto en que estaba marcada la mano de la divina Providencia, etc., etc.

De que la noticia de la matanza de San Bartolomé causó impresion muy agradable en el ánimo del rey de España, dan testimonio las cartas de felicitacion que escribió sobre ello á Carlos IX, á la reina Catalina de Médicis; y la embajada extraordinaria que con este motivo envió con instrucciones particulares al marqués de Ayamonte, encargado de esta mision para visitar al rey, á la reina, al duque de Guisa, al de Anjou, á los principales personajes que pasaban por

promotores de los asesinatos. Cualquiera que comprenda el odio y el horror profesado por el rey de España á los hereges, concebirá tambien que veia la mano de la Providencia en una medida que se podia considerar como un castigo de sus crímenes. No olvidemos que tales eran los sentimientos dominantes en la Europa. Las sectas religiosas se odiaban, se rechazaban mútuamente, y sea por intereses de ambicion, sea por puro fanatismo, ó por las dos cosas reunidas, ninguna se creia segura y dominante sin la destruccion de su contraria. Felipe II, que veia con tanto disgusto el favor de que en la corte de Francia gozaban los calvinistas tan estrechamente aliados con los rebeldes de Flandes, se regocijó sin duda en alto grado con una novedad que iba á restablecer en aquellos paises su preponderancia.

Fué en Roma donde la noticia de las matanzas de San Bartolomé excitó mas entusiasmo. El cardenal de Lorena, que residia á la sazon en la ciudad eterna, gratificó con mil escudos al correo extraordinario que, ganando horas, le llevó las nuevas. Celebró y aplaudió solemnemente el pontífice la hazaña en pleno consistorio. Hubo con este motivo regocijos públicos, misas solemnes, pomposas procesiones, vistosos juegos de artificio. Se mostraron los franceses residentes en aquella capital arrebatados de alegría. Aun se ve en la capilla Sixtina un cuadro con que se consignaron á la memoria y edificacion de la posteridad tantos horrores.

Cambiaron las matanzas de San Bartolomé la política de Francia. Bajo la influencia de los calvinistas se pensaba en alianzas de familia con la reina Isabel de Inglaterra, en dar una mano protectora á los Paises-Bajos, en formar una especié de liga con los príncipes protestantes del imperio, en una ruptura con España, etc., etc. Tales eran, á lo menos, los planes de Coligny, en que se imaginaba entraria de buena fe Carlos IX. Mas cualquiera que fuesen las verdaderas intenciones de su gabinete, le separó este acontecimiento de los del norte, y volvió de nuevo á la influencia de la política de España. Sin embargo, no convenia á Catalina de Médicis romper con los estados de Alemania, estándose negociando entonces el nombramiento del duque de Anjou para el trono vacante de Polonia.

Mas los calvinistas no se hallaban todos en Paris cuando las matanzas. Habia recibido el calvinismo un golpe atroz, mas no estaba exterminado. Por mucho que sea el furor y la embriaguez de un partido dominante al dictar medidas de rigor, jamás son tales que

corten de una vez todas las cabezas de la hidra. Lo que hicieron aquellos asesinatos, fué marcar con mas distincion y con color de sangre la línea divisoria de ambos campos.

Adquirió el calvinismo nueva energía con tan tremendo golpe. Si se intimidaron algunos, trataron los mas de vender caras sus vidas y repeler la fuerza con la fuerza. Los últimos edictos del consejo proscribian el calvinismo como culto público, mas le toleraban como opinion; y la corte, á quien no eran desconocidos los sentimientos de los disidentes, trató de sosegarlos, dando las órdenes mas estrictas á los gobernadores de provincia, á fin de que no se exasperasen. Mas los calvinistas no se pagaron de estas suaves medidas, y como gente escarmentada y tan vivamente resentida, trataron de hacerse fuertes en los puntos donde realmente dominaban. En el Languedoc, en los Cevennes, en el Vivarés, en el Delfinado corrieron á las armas. Fortificaron y repararon las plazas de Sancerre, de Nimes, de Sousmieres y otras de importancia. En Normandía tambien hubo movimientos serios. Los católicos volvieron asimismo á armarse, de modo que en vez de concluir con el calvinismo la matanza de San Bartolomé, no hizo mas que encender de nuevo los horrores de la guerra.

Era la Rochela el punto fuerte, el baluarte por excelencia, una especie de capital del partido calvinista. Allí se reunieron sus principales medios de defensa, y se prepararon para una obstinada resistencia. Pensó seriamente la corte de Francia en poner sitio formal á esta plaza fuerte, y nombró al duque de Anjou, al vencedor de Moncontour y de Jarnac para el mando de la fuerza asediadora. Se hicieron aprestos de hombres, de artillería, de víveres y de municiones. Se alistaron extranjeros, y Catalina de Médicis imploró los auxilios de España y de Saboya para el triunfo de la santa causa. Hizo donativos al clero, y las municipalidades acudieron con su contingente. Para dar mas aparato á la empresa, se exigió que el rey de Navarra y el príncipe de Condé acompañasen al duque de Anjou, sacrificio al que los dos se resignaron.

Fueron muy grandes los preparativos del sitio; pero mayor la resistencia de los rocheleses. Aquí y en Sancerre hicieron prodigios de valor los calvinistas, resueltos á sepultarse bajo los muros de la plaza. Comenzó á introducirse en el campo de los católicos el desaliento, y no era el duque de Anjou, el vencedor de Jarnac y Montcontour en el campo del asedio. Continuaba este con sucesos

varios, cuando llegó al general en jefe la noticia de su exaltacion al trono de Polonia, vacante por la muerte de Segismundo Augusto, último príncipe de la raza de los Jajelones.

Ya antes de la matanza de San Bartolomé habian comenzado las negociaciones para la elevacion del duque de Anjou, y que la reina Catalina llevaba adelante con su sagacidad acostumbrada. Eran varios los aspirantes á esta dignidad, y entre ellos el archiduque Ernesto, hijo del emperador Maximiliano. Mas la reina madre se sirvió de agentes hábiles, que esparcieron el dinero, hicieron mil promesas, exageraron el poder y la grandeza de la corte de Francia, y sobre todo, supieron sacar partido de la fama militar del duque de Anjou, tan á propósito para ponerse al frente de los polacos en sus guerras con los moscovitas y los turcos. La noticia del acontecimiento de Paris atrasó mucho las negociaciones, habiendo sido acusado el duque de Anjou de haberse puesto á la cabeza de los asesinos. Mas nuevas sumas de dinero, nuevas promesas, nuevas concesiones allanaron estas dificultades, y el 7 de junio de 1573 fué elegido y proclamado Enrique de Valois monarca de Polonia.

Era la reina Catalina persona de gran habilidad, de mucha astucia, nacida sin duda para tiempo de intrigas, de revueltas y de convulsiones. Ya la hemos visto en las crisis mas difíciles desenredarse de mil obstáculos, y salir airosa de entre muchas inquietudes. Los asesinatos de Paris, que la libraron de ciertos cuidados, la crearon otros nuevos. Si los intereses de la religion la ligaban á la España, otros la hacian contemporizar con la Inglaterra, con los príncipes protestantes de Alemania. Mientras con el primero empleaba un lenguaje, hasta de jactancia, al darle comunicacion de lo ocurrido el dia de San Bartolomé, se excusaba del hecho, atribuyéndole á imprudencias de otros, dirigiéndose á los segundos. La Inglaterra podia dañar muchísimo á la Francia, protegiendo desembarcos, y enviando bajo de mano armas y municiones á los calvinistas que se habian alzado en Normandía. Tenian en su mano los príncipes de Alemania el lanzar contra Francia sus reitres y lansquenetes (1). La Suiza tambien se mostraba indignada con la matanza de sus correligionarios. Fulminaban anatemas los púlpitos de Ginebra, y aunque ya Calvino no existia, estaba representado por el famoso Teodoro Beza y otros mas apóstoles de la doctrina. No fué pues poca la astucia y la fortuna de Catalina el haber conjurado todas estas tempestades, mientras aspiraba y trabajaba por tener el honor de ser madre de dos reyes.

(1) Soldados ó sirvientes del pais; de «land,» tierra, y «knecht,» sirviente ó soldado.

Aceptó la corona de Polonia Enrique de Valois, y dejó el sitio de la Rochela, que tan poca gloria le proporcionaba. En su tránsito y estancia en Paris fué objeto de festejos y populares regocijos. Con repugnancia dejaba su pais, para trasladarse á uno agreste como la Polonia, y además tenia la inquietud de perder el derecho á la corona de Francia, en caso de morir sin hijos el rey Cárlos. Mas este disipó sus temores declarándole su sucesor, en caso de verificarse la ocurrencia, como sucedió en efecto.

Seguia mientras tanto la resistencia de los de la Rochela y de Sancerre; ni los alzados en el Languedoc, en Vivarais, en Nimes, daban mas muestras de querer sujetarse al yugo con que los amenazaban los católicos. Se habia abatido algo en estos el fuego fanático que animaba á las turbas de Paris, como sucede á toda agitacion violenta que cede poco á poco á la mano de los tiempos. Entre los católicos ardientes y los calvinistas de igual temple, se habia creado un partido medio, ansioso por conciliar los dos extremos. Produjo este estado de cosas otra pacificacion, si no tan lata como la de 1570, derogatoria de las medidas severas que se habian tomado cuando el triunfo de agosto. Por el nuevo decreto se mandaba sobreseer en toda causa que se hubiese instruido con motivo de dichos acontecimientos; se concedia el libre ejercicio de la religion reformada á las ciudades de la Rochela, Montauban y Nimes, y á los demás calvinistas del reino libertad absoluta de conciencia, la celebracion de los sacramentos á su manera, sin poder reunirse mas de diez, á excepcion de Paris y dos leguas en contorno, dándose además permiso á los calvinistas que quisiesen salir del reino, de vender sus bienes y de arreglar definitivamente sus negocios sin coaccion y sin violencias.

Era esta la tercera pacificacion entre el partido católico y protestante, que no fué ni mas sincera ni de mas duracion que las anteriores. Era imposible una amalgama de sectas; lo era mucho mas la de los intereses, de poder y de engrandecimiento, que se habian creado en sentidos tan opuestos. No quedaron contentos los católicos exaltados, y mucho menos los calvinistas, que todavía no habian dejado las armas de la mano. El tercer partido que se habia pronunciado en favor de la pacificacion, fué el primero que rompió los

lazos de la buena inteligencia. Se unieron sus jefes con los principales calvinistas contra el partido de la corte, y su plan era nada menos que trastornar el órden de la sucesion de la corona, anulando la declaracion del rey á favor del rey de Polonia, sustituyendo á este su hermano el duque de Alenson, ahora de Anjou, por la nueva dignidad de que aquel se hallaba revestido. Adoptó este partido en parte los planes de Coligny, contrarios á los intereses de la España, y era su idea enlazar al mismo duque de Alenson con la reina de Inglaterra, dándole además el protectorado de los Paises-Bajos. Era pues la cabeza, al menos nominal, de la conspiracion el duque de Anjou, y entraban en ella el rey de Navarra, el príncipe de Condé, el mariscal de Montmorency, el de Danville, el de Cosseins y otros principales. El principal blanco de sus tiros era la reina madre, cuya influencia en los consejos del rey trataban de destruir por siempre. Fué concebido y tramado este plan durante el viaje de la corte, cuando salió á despedir hasta la frontera al rey de Polonia, y se aplazó la ejecucion á su regreso, debiendo consistir esta en apoderarse de la persona del rey y de su madre, y hacer firmar al primero los decretos que dejasen realizados sus designios. Era un plan muy parecido al famoso de la conspiracion de Amboise, y lo mismo que él fué descubierto. La corte que estaba en San German se trasladó precipitadamente á Paris, poniéndose bajo la proteccion de la capital, de cuya adhesion tenia tantas pruebas. Se procedió á la prision de los principales cómplices; de los mariscales ya dichos, á excepcion del de Danville, que estaba á la sazon mandando en Languedoc; se escribió á todos los gobernadores de provincia encargándoles la vigilancia, y por principal medida se adoptó la captura del duque de Anjou y del rey de Navarra, no habiendo alcanzado este rigor al príncipe de Condé, que previno el golpe por medio de la fuga.

Ocurrió durante estas nuevas turbulencias la muerte de Carlos IX en lo mas florido de su juventud, habiendo estragado su constitucion ya débil de suyo con violentos ejercicios y todo género de excesos. Ya daba síntomas de su cercano fin, cuando la partida de su hermano, á quien la reina Catalina dió á entender que no seria su ausencia larga. Habia tenido esta hábil princesa la precaucion de asegurarse la regencia por una disposicion del príncipe moribundo, quien dió esta última prueba de la ciega adhesion y deferencia que tuvo siempre hácia su madre.

Como todo personaje que vive en medio de revueltas y facciones, fué Carlos IX muy diversamente juzgado por los católicos y los calvinistas. Se encarnizaron estos contra su memoria, haciéndole pasar por un hombre atroz, por un Neron, por un tigre sediento de furores y venganzas. Aseguran que en su última enfermedad le salió la sangre por los poros, y que murió lleno de espanto y de terror, con las visiones sangrientas que le recordaban sus atrocidades. Los católicos sintieron muchísimo su muerte, y de esto daban testimonio los sermones, los folletos, las elegías que con este motivo vieron la luz pública. Se puede suponer muy bien, que si Carlos IX mereció el odio encarnizado de los unos, no fué digno de las alabanzas de los últimos. Fué un príncipe comun, educado en las ideas y principios de su siglo, violento en su carácter, extremado en sus diversiones y sus gustos, á quien no faltaba cierta capacidad y aquella instruccion que usaban los hombres de su clase. Por lo demás no tuvo nunca firme voluntad en materias de gobierno, dejándose llevar en todo de los consejos é influencia de su madre. Hasta qué punto fué cruel y tomó parte activa en la matanza de San Bartolomé, no se sabe aun de un modo auténtico. Mas la historia nos dice que dos dias despues paseó las calles de Paris cubiertas de cadáveres, con aire de triunfo, como dándose por autor de tanto asesinato, y que insultó los restos ensangrentados de Coligny, á quien cuatro dias antes habia dado el título de padre.

CAPÍTULO XLIV.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.—Resultados de la entrada de María Estuarda en el primero de estos reinos.—Escribe á la reina Isabel pidiendo su proteccion.—Embarazos de Isabel.—Responde evasivamente á la de Escocia.—Se niega á verla.—Trata de hacerse árbitra entre la reina María y sus súbditos.—Se resiste esta.—Cede al fin.—Conferencias en York.—Se trasladan á Westminster.—Es acusada la reina de Escocia por Murray.—Presenta este documentos justificativos.—No responde María.—Confinamiento de esta.—Negociaciones entre las dos reinas.—Tramas en el pais á favor de la de Escocia.—Son castigados los conspiradores.—Asesinato del regente Murray.—Le sucede el conde de Lenox.—Continúan las tramas en Inglaterra.—Suplicio del duque de Norfolk.—Muerte del conde de Lenox.—Le sucede el conde de Morton.—Guerra civil en Escocia.—Pacificacion (1).—(1568-1574.)

Hemos dejado á la reina de Escocia, María Estuarda (2), fugitiva de su pais despues de la derrota de Langside, buscando un asilo en el vecino reino de Inglaterra, en cuya frontera fué cortesmente, y con todas las distinciones debidas á su clase, recibida. Era seguramente grave y lleno de amarguras el infortunio de María; mas una princesa de su carácter, juventud, y familiaridad con las desgracias, podia tal vez consolarse con la idea de hallar en la reina de Inglaterra una amiga generosa, una protectora y hasta vengadora de los agravios y rigores que á sus estados la habian conducido. Verdad es que entre esta reina y ella habian mediado disgustos, rivalidades,

(1) Hume, historia de Inglaterra; Robertson, historia de Escocia; Walter Scott, historia de Escocia.
(2) Cap. XXVI.

hasta ofensas; mas en circunstancias tan extraordinarias, debió de imaginarse María que las antiguas animosidades cederian á mas dulces sentimientos. Con esta ilusion escribió la reina de Escocia á la de Inglaterra, comunicándole los motivos que la habian obligado á tomar asilo en su pais, reclamando de ella, como reina y como mujer, todo el interés y simpatía á que eran acreedoras sus no merecidas desventuras. Mas Isabel, mujer astuta, reina ambiciosa y precavida, que no perdia de vista ninguno de sus intereses, en lugar de responder al pronto, sometió á la deliberacion de su Consejo la contestacion que el caso requeria. Reclamaba la generosidad, que la reina de Inglaterra protegiese á una princesa desvalida, en sus estados refugiada. Exigia á lo menos la justicia, que no pudiendo darle auxilios, se le permitiese trasladarse al pais que mas le conviniese. Mas ofrecian ambos partidos muchísimas dificultades. Se enajenaria por el primero la reina Isabel el partido protestante en Escocia, con que habia estado siempre en armonía; por el segundo se daria medios á su reina, trasladada á Francia, de hacerse con fuerzas en este pais, y emprender con ellas una expedicion tan en contra de sus intereses. ¿Qué hacer, pues, con la reina de Escocia? Restaba un tercer expediente, á saber: el retenerla con astucia ó con violencia presa en el pais adonde se habia trasladado voluntariamente; medida odiosa, que violaba las leyes de la hospitalidad, como las de la naturaleza. Sin embargo, á ella se atuvo el Consejo, como á la mas útil, á lo menos no tan perjudicial como las otras, y la misma prefirió Isabel, como la mas en consonancia con sus intereses, con los sentimientos de rivalidad que á María Estuarda profesaba, y que los infortunios de esta no habian extinguido. Mas como no le convenia indicar por de pronto esta resolucion, se decidió que se ganaria tiempo aguardando que María cometiese algun acto de imprudencia y diese algun pretexto plausible á la injusticia proyectada.

Respondió, pues, la reina de Inglaterra á la de Escocia, en términos corteses y hasta cariñosos, manifestando un vivo interés en todas sus desgracias. Mas en cuanto á la entrevista que esta le pedia, no podia menos de hacerle presente, que acusada como estaba de complicidad en el asesinato de su esposo, con quien la ligaban vínculos de tan estrecho parentesco, no le permitia su delicadeza recibirla mientras no hiciese pública su inocencia, cosa de que no dudaba.

La reina de Escocia, sin sospechar ninguna intencion en Isabel,

respondió sencillamente que estaba pronta á dar cuantos descargos fuesen necesarios para responder á una acusacion que tanto la ofendia y denigraba; y que seria gran consuelo para ella manifestar á la reina de Inglaterra documentos que le harian triunfar de sus enemigos y calumniadores. No era sin duda la mente de María acudir á Isabel como juez en un proceso tan odioso; mas la reina de Inglaterra así fingió entenderlo, y regocijada con la perspectiva de las dilaciones que este negocio le ofrecia, designó á York como punto en que debian reunirse los comisionados de la reina de Escocia, y los de sus acusadores. María, que vió el lazo que querian armarle, protestó contra semejante medida, declarando que á nadie concedia ella el derecho de ser juez entre ella y sus súbditos rebeldes. El regente de Escocia, por su parte, notificado á comparecer en York, como acusador de la reina, comprendió lo degradado y humillador de semejante posicion para el jefe de un estado independiente y libre, obligado á presentarse ante una reina extranjera y probar delitos de su propia hermana, ó pasar por un calumniador, que se habia valido de este medio para destronarla.

Pero halagaba demasiado á la reina Isabel la perspectiva de la preponderancia que en los asuntos de Escocia le iba á dar semejante tribunal, para que tan fácilmente renunciase á su proyecto. Como en su concepto le seria imposible á la reina de Escocia defenderse de una acusacion que en pruebas tan plausibles se apoyaba, insistió mas y mas en un proyecto que, abriendo campo á grandes dilaciones, la justificaria de cualquiera medida de rigor que tomase con una reina tan culpable. Se negó por lo mismo de nuevo á la entrevista que le pidió María por segunda vez, y por temor de que hallándose esta tan próxima á la frontera, se volviese tal vez á su pais, mandó internarla y conducirla á Bolton, donde su mansion tenia toda la apariencia, y mucho mas la realidad de un cautiverio.

Intimidada la reina de Escocia con esta medida de rigor, convencida de la inutilidad de pedir de nuevo una entrevista con la de Inglaterra, reflexionando por otra parte que su resistencia á ser oida en juicio equivaldria á una tácita confesion de su culpabilidad, moderó algun tanto la acrimonia de sus manifestaciones, y consintió por fin en mandar á York comisionados que la representasen. Por otra parte, el regente de Escocia, penetrado de lo que le iba en aparecer como calumniador de María, en caso de negarse á comparecer como se le tenia prevenido, se puso en camino para York, teniendo que resignarse á tan duro sacrificio.

Así dió en Inglaterra el espectáculo nuevo hasta entonces, de un monarca erigido en juez entre otro destronado, y sus antiguos súbditos que han sacudido su obediencia. No se puede decir quién hacia allí un papel mas humillador, si María, si el regente.

Jamás la política de un monarca estuvo tan de acuerdo con sus sentimientos personales como en esta circunstancia. Lo mismo que libraba de cuidados é inquietudes á la reina de Inglaterra, servia y adulaba extraordinariamente sus flaquezas de mujer, porque bajo cierto aspecto, jamás hubo mujer mas mujer que esta princesa. Los historiadores que tributan mas elogios á su gran capacidad en materias de gobierno, no tienen reparo en hacer mencion de sus caprichos, de sus veleidades, de su presuncion, tratándose de gracias y hermosura, de su ciega pasion por cuantos adornos y afeites pudiesen realzarla. Mas á pesar de tantas pretensiones y amor propio, no podia menos de sentir por la pública voz y fama la superioridad que en toda clase de atractivos le llevaba la de Escocia. De aquí la doble rivalidad que la profesó toda su vida, siendo tal vez la de mujer mucho mayor que la de reina. Ahora las circunstancias la habian puesto en su poder, tenia en su mano los medios de perderla, al menos de humillarla. ¡Cuántas satisfacciones para su amor propio!

Se hallaba el regente de Escocia en una posicion sumamente delicada. Constituido en acusador de su propia hermana, obligado á probar su culpabilidad en un crímen de tan atroz naturaleza, no podia menos de conocer, prescindiendo de otros sentimientos, el grave riesgo que corria, cualquiera que fuese su conducta. Victorioso en sus cargos, se hacia para siempre el objeto de odio de María, blanco de sus venganzas y las de sus poderosas relaciones. Vencido en la lucha, pasaba por calumniador, y concitaba contra sí todos los rigores de la reina de Inglaterra. De los designios secretos de esta, acaso no dudaba. ¿Mas quién le salia garante de la buena fe de una mujer, cuya duplicidad le era tan notoria? A estas fluctuaciones dió mas alimento una intriga del duque de Norfolk, uno de los comisionados de Isabel, quien concibió el proyecto de enlazarse con María. No fué difícil á este personaje hacer entender á Murray lo preferible que era para él volver al favor de la reina de Escocia, á perderla para siempre en el concepto público.

Se mostró, pues, el regente de Escocia poco acalorado, poco enérgico en la exhibicion de los cargos contra la acusada. Eludien-

do el gravísimo de complicidad en el asesinato de su esposo, se limitó á decir que el escándalo dado á la nacion casándose con su asesino, habia sido motivo suficiente para proceder á su destronamiento. Mas no era esto lo que queria Isabel, á quien no faltaron resortes para mover en otro sentido el ánimo del conde.

Impulsado este en sentidos tan diversos, manifestó al fin que no procederia en aquel asunto sin saber: 1.º si los comisionados por la reina en York estaban autorizados para declarar culpable á María de Escocia por una sentencia judicial: 2.º si darian pronto esta sentencia: 3.º si se tomarian medidas de coaccion á fin de impedir á la reina de Escocia el promover disturbios en el reino: 4.º si la reina Isabel, en caso de aprobar la conducta del partido protestante, estaba resuelta á protegerle.

Los comisionados, que no se hallaban en estado de responder á estas preguntas, las comunicaron á la reina. El duque de Norfolk hizo ver que eran muy graves por la responsabilidad que sobre el regente de Escocia y sus adherentes recaia. Mas Isabel, á quien tal vez no se ocultaban las intrigas y designios secretos del duque, y que veia por otra parte lo poco que el negocio adelantaba en el sentido que ella deseaba, mandó que las conferencias se trasladasen á Westminster, donde estando á la mira de todo, seria mas dueña de la persona del regente.

Hasta entonces se hallaba triunfante en este asunto el partido de María. Su matrimonio con Bothwell era un hecho público, y no podia ser objeto de indagaciones judiciales. De su complicidad en el asesinato de su esposo, Murray no la acusaba. Podia, pues, estar la reina de Escocia bastante satisfecha; mas la traslacion de las conferencias á Westminster despertó su suspicacia, y con gran repugnancia suya permitió hacer este viaje á sus comisionados. El disgusto se convirtió en furor cuando supo que Murray habia sido recibido por la reina con muestras de atencion y preferencia; que se habia concedido á su enemigo, á su acusador, una gracia que ella habia implorado en vano tanto tiempo. En el arrebato de su furor envió órden á sus comisionados, para que se abstuviesen de continuar las actuaciones en Westminster; mas cuando llegó la resolucion de María, habian comenzado ya las nuevas conferencias.

Estaban ya cambiadas entonces las disposiciones y miras del regente. Le habia ganado á sus designios Isabel, haciéndole sentir que le tenia en su poder, y la gravísima responsabilidad del conde, á no probar la culpabilidad de la reina de Escocia en el hecho de que se le acusaba. Penetrado el regente por un lado de su peligro pasando por calumniador, y separado por el otro de la intriga de Norfolk, de cuyos designios se concibió sospecha, se decidió á echar sus escrúpulos á un lado, y á entrar de lleno en el negocio. Manifestó, pues, á los comisionados que si consideraciones de los vínculos de sangre que le unian con la reina de Escocia, que si respetos de miramiento y hasta de pudor habian impedido hasta entonces tanto á él como á los demás nobles escoceses que le acompañaban, hacer cargos de cierta naturaleza á su antigua soberana, ahora que se veian acusados por ella de rebeldes, y corrian riesgo de pasar plaza de calumniadores, manifestaba del modo mas solemne que María Estuarda no solo habia sido sabedora y consentidora en el asesinato de su esposo, sino que habia auxiliado en los medios de su perpetracion; que se habian cometido las infracciones mas escandalosas de las leyes para dejar impune este atentado: que la reina habia entrado con Bothwell en planes que comprometian la existencia del rey actual de Escocia, y que si alguno se atrevia á negar los hechos que exponia, se hallaba pronto á presentar de ellos las pruebas mas irrefragables.

A tan terrible acusacion nada respondieron por entonces los comisionados de María. La reina Isabel comenzaba á recoger el fruto de tantas intrigas y artificios. Cuando aguardaba con impaciencia el sesgo que tomaria el negocio por la reina de Escocia, se quedó sorprendida con el paso que dieron sus comisionados, de proponer á ella misma el mediar en una negociacion entre ellos y el regente, á fin de llegar á una avenencia; mas Isabel les hizo ver, que habiendo sido tan pública la acusacion, no se podia rebatir satisfactoriamente sino de un modo público. En cuanto á la entrevista vuelta á solicitar por María Estuarda, dijo que entonces mas que nunca se oponia á ella su delicadeza.

Parecia que la obligacion del regente estaba ya cumplida y satisfecha. Habia ofrecido pruebas en confirmacion de los hechos de que acusaba en caso de que alguno los negase; y no habiéndose presentado nadie con esta pretension, era por demás el exhibirlas. Mas la reina de Inglaterra no estaba satisfecha hasta hacerse con estos documentos, y como no los pedian los comisionados de María, hizo ella que los suyos propios afectasen escandalizarse con las atrevidas acusaciones del regente. Murray entonces temiendo siem-

pre el enojo de la reina, y en peligro de pasar por un calumniador, presentó los famosos documentos que consistian en resoluciones del Parlamento, relativas al nombramiento de regente, en declaraciones dadas por los complicados en el asesinato de Darnley, y sobre todo, en un cofrecillo de papeles que habian sido interceptados á la reina, y escritos casi todos de su letra.

Sometió Isabel estos documentos al exámen de su consejo privado. Se compararon los papeles del cofre en su letra y ortografía con las que usaba la reina de Escocia, y resultaron ser idénticos. Hallándose ya en posesion Isabel de documentos tan preciosos, comenzó á tratarla con menos miramiento, creyendo que le seria permitido ejercer cualquiera rigor con una mujer asesina de su esposo.

Convencida ya la reina de Escocia de la mala fe de su rival, irritada con tan duro tratamiento de parte de quien no era mas que una igual suya, se exhaló en quejas, en acriminaciones que en tan dura situacion le eran sin duda permitidas. No se abatió sin embargo, y conservó la dignidad á que estaba acostumbrada en anteriores infortunios. Creyéndola tal vez intimidada la reina de Inglaterra, le hizo proponer como condiciones de su libertad, que abdicase la corona á favor de su hijo, dándole á ella el protectorado del reino durante su menor edad; pero María declaró con indignacion que consentiria primero que la hiciesen mil pedazos.

Parecia en cierto modo concluido el negocio que promovia la conferencia de Westminster, y la reina mandó que no pasasen adelante. Despidió al regente y mas señores que le acompañaban, sin dar á entender que desaprobaba su conducta, mas sin muestras tampoco de que la elogiaba. Sin embargo, Murray partió contento, pues en medio de esta aparente frialdad, tenia pruebas en secreto de que Isabel le protegia.

Sin duda ha puesto la posteridad en los hechos, que tan sucintamente acabamos de narrar, el sello de la injusticia, de la opresion, del abuso mas odioso que se podia hacer del derecho de la fuerza contra una reina desgraciada que habia implorado el auxilio de otra de su clase. En el estado de independencia en que los reinos de Inglaterra y de Escocia se encontraban, ningun derecho tenia la reina del primer pais de intervenir en los negocios interiores del segundo. De las faltas, y si se quiere de los crímenes de María, no podia ser juez Isabel, y si esta no tenia interés ó el poder de protegerla, era hasta tiranía abusar tan horriblemente de la hospitalidad que una fugitiva imploraba, trabajando con tanta energía y tan traidoramente para envilecerla y deshonrarla. No se puede presentar, pues, con colores bastante negros una astucia, una duplicidad con aspecto de justicia y de delicadeza disfrazadas. Mas cuando se examinan de cerca las acciones de los hombres, preciso es tomar en cuenta las circunstancias que los rodean, los resultados que tendria una conducta diferente, y sobre todo, no perder de vista la época en que viven.

Rodeada de peligros ascendió Isabel al trono de Inglaterra, y si en su conducta mostró grande habilidad, toda la necesitaba para no naufragar en mar tan borrascoso. Comenzó por declararse enemiga suya María Estuarda, reina propietaria de Escocia, reina consorte de Francia, unida con tantos vínculos al partido dominante de los Guisas, campeones del catolicismo. No es difícil concebir los justos temores que semejante enemistad debió de producir en la reina de Inglaterra, objeto de odio para los católicos de Francia, y no de aborrecimiento menos vivo para el rey de España. Por todos los reyes católicos estaba Isabel considerada como bastarda y reina usurpadora, siendo el Pontífice el que mas hostil se le mostraba. Habia sido fulminada contra esta princesa una bula de excomunion por Pio V, y fijada por oculta mano en las puertas del palacio del obispo de Londres, protestante. No hay que perder de vista que la Europa de entonces estaba dividida en dos vastos campos, donde si se combatia por intereses políticos, era bajo un pendon en que estaba escrita una doctrina ó secta religiosa. Se aborrecian los católicos y los nuevos sectarios, que designaremos todos bajo la denominacion general de protestantes, con aquel encarnizamiento que excita casi al exterminio. Se consideraba como lícita toda infraccion de promesa ó juramento, con tal que redundase en utilidad de intereses religiosos. Si bajo este concepto existia una liga de hecho entre el Pontífice, el rey de España y los católicos de Francia, no era menos estrecha la que reinaba entre Isabel de Inglaterra, los príncipes luteranos del imperio, los alzados en los Paises-Bajos, los calvinistas de Francia y los de Escocia, que habian concluido por expeler á la reina de su territorio. Era María Estuarda en calidad de católica enemiga encarnizada de la inglesa. A pesar de la poca autoridad que habia ejercido siempre en sus estados, figuraba entre los primeros y mas acérrimos campeones de la comunion roma-

na. Mientras recibia esta princesa por favor el permiso de oir una misa en su oratorio, tomaba por medio de sus delegados una parte activa en las conferencias de Bayona. Así se explica bajo el aspecto político el encono que la profesaba su rival, y que ofreciéndosele medio de deshacerse de un enemigo peligroso, le hubiese sugerido la razon de estado el proceder, sin atender á otras consideraciones, como lo requeria el interés de su propia conservacion, y el del gran partido á que estaba incorporada.

Gozaba entonces Inglaterra de una paz profunda, y durante los años á que en este capítulo nos referimos, con excepcion de asuntos de la reina María Estuarda, ofrece escasos materiales á la historia. Florecia el pais bajo los auspicios de una administracion bien entendida; y las artes, el comercio y la navegacion, comenzaban ya á tomar el vuelo, que les hizo con el tiempo ocupar un puesto tan esclarecido. A todo prestaba atencion y un ojo vigilante aquella princesa sagaz, astuta, previsora y económica, tan absoluta y despótica como su padre, tan celosa de sus prerogativas como jefe supremo de su iglesia; pero atenta siempre á templar la severidad de su carácter con la afabilidad y las gracias seductoras tan propias de su sexo. Aunque protegia en secreto la causa de los sublevados de los Paises-Bajos, y los calvinistas de Francia, no estaba en guerra, ni con el rey de España ni con el de Francia, siendo de ambos temida y respetada. Si la *mujer* tenia caprichos y flaquezas que á veces la ponian en ridículo; si sus favoritos no eran siempre hombres de mérito, la *reina* sabia echar mano de ministros y consejeros hábiles, de negociadores entendidos, de hombres de tierra y mar que daban gran lustre al nombre de Inglaterra. Con gran tino y habilidad estaba trazada esta línea divisora (1).

Los pequeños disturbios que agitaron algo la Inglaterra, provinieron todos del estado de efervescencia en que Escocia se encontraba, y de la particular situacion de la reina María, soberana sin estados, destronada en beneficio de un hijo menor de edad, prisionera en un pais y por órden de una reina de quien habia nacido y era en realidad independiente. Si en tan angustiosa situacion trató de proporcionarse la libertad que en vano reclamaba; si justamente

(1) El carácter de la reina Isabel está desfigurado en casi todos los historiadores españoles, y aun en otras obras literarias de aquel tiempo. No han considerado en ella mas que la bastarda de Enrique VIII, la fautora de herejes, la enemiga de Felipe II, la opresora de María Estuarda, sin descender á los otros pormenores que completan un retrato. Con el dictado de *loba* la designan muy frecuentemente. Denigrarla era una especie de deber, y á elogiarla ninguno se hubiese atrevido en aquel tiempo.

resentida de la conducta de Isabel y de su hermano, escogitó medios de volver mal por mal y agravio por agravio, disculpable era por cierto, y solo á sus enemigos se podian imputar sus desaciertos. De su victoria en Lanside, que produjo la expatriacion de María, sacó Murray grandes ventajas consolidando un poder, que la evasion de esta reina del castillo de Lochleven habia puesto en tan grande compromiso. Su jornada á Inglaterra, en lugar de hacerle daño, consolidó su favor con la reina Isabel, quien le dió dinero, aunque en secreto, á su salida de Westminster. A su vuelta á Escocia encontró el pais tranquilo; pero pronto le suscitaron disturbios los partidarios de María, que levantaron el estandarte de la insurreccion y fueron al momento derrotados. Una intriga de amor ó de matrimonio, si se quiere, vino á complicar los negocios del regente, y causar á la reina Isabel inquietudes que pudieron ser muy serias.

Hemos hablado de un proyecto de casamiento entre María de Escocia, cuando se hallaba ya en Inglaterra, y el duque de Norfolk, católico, uno de los nobles mas ricos y mas influyentes en el reino. De qué persona nació la idea, no se sabe; mas fué muy gustada de ambas partes; de María, por darse un favorecedor, un protector; del duque, tal vez por ambicion, quizá por haberse prendado, como á tantos sucedia, de la belleza y atractivos de la reina. Quedó Norfolk muy resentido del regente de Escocia, por haberle faltado á la palabra de prescindir en las acusaciones contra María, de cuanto tuviese relacion con el asesinato de su esposo, palabra á que faltó Murray como hemos visto, por parecerle que de este modo se conciliaria la benevolencia de la reina inglesa. Sus amigos los condes de Northumberland y Westmoreland, católicos como él, trataron de vengarle, interceptando el paso del regente á su regreso á Escocia. Sabedor Murray de este designio, prometió á Norfolk favorecer en adelante sus designios de matrimonio con María, por cuyo medio conjuró la nube; mas restituido á Escocia con seguridad, eludió el cumplimiento de una palabra que comprometia su poder y perjudicaba sus intereses. Nolfork no desistió por esto de su proyecto, que tanto halagaba su amor propio. Varios personajes del pais, á quienes le comunicó, gustaron de la idea hasta por política. La reina Isabel permanecia soltera, y no daba indicios de querer casarse. Su heredera era la reina de Escocia sin que nadie pudiera disputárselo, y hasta entonces no tenia mas sucesion que el

rey Jacobo. En caso de faltar este, parecia preferible casar á María con un inglés, en lugar de llamar una familia extranjera á la corona. Se formó pues para llevar adelante este proyecto una especie de liga ó asociacion entre varios personajes ingleses y escoceses. Se le tuvo muy oculto de Isabel, que se disgustaba mortalmente hablándole de sucesor, y jamás habia querido designar á su heredero. Mas como llegase el secreto á traslucirse, el conde de Leicester, favorito de la reina, uno de los partícipes del plan, ó por temor de caer en su desgracia ó tal vez iniciado por órden de Isabel, con objeto de saber lo que pasaba, se lo descubrió todo y puso de patente la correspondencia. Irritada la reina desbarató el proyecto; intimó al de Norfolk que viniese á responder de su conducta ante el Consejo y despues de presentado se le envió á la torre.

Con la prision de Norfolk no vino completamente á tierra el plan del deseado enlace. Le llevaron adelante, sobre todo, los condes de Northumberland y de Westmoreland, y no contentándose con esto, alzaron el estandarte de rebelion contra la reina Isabel, auxiliados de todos los agentes y principales partidarios de María. La reina de Inglaterra hizo trasladar inmediatamente á la de Escocia á Coventry, plaza fuerte, donde la tendria mas segura, y se preparó á hacer frente á los rebeldes. Fueron estos derrotados, y los dos condes apelaron á la fuga. El de Westmoreland se refugió en los Paises-Bajos: cayó el de Northumberland en Escocia en manos del regente, y entregado á Inglaterra, fué encerrado en York, donde terminó sus dias algunos años despues en un suplicio.

Tenia la reina de Escocia á su favor todos los católicos de Inglaterra que entonces no eran pocos, siendo de notar que esta princesa en medio de su cautiverio, se consideró siempre con el alma de un partido separado del dominante en intereses, al mismo tiempo que en creencias. Que estaba con los principales enemigos de Isabel, á lo menos en inteligencia, es muy probable, y otra cosa no se podia ni debia suponer de sus justos agravios y resentimientos. Isabel no lo ignoraba, ni podia dejar de conocer que semejante cautiva la exponia á continuos embarazos. Permitirle salir libremente del pais, traia los mismos inconvenientes de que ya se ha hablado, y restablecerla en el trono era imposible. El único expediente que restaba era entregarla en Escocia en manos del regente, iniquidad que fué abrazada por Isabel, por no adoptar otro partido que le fuese muy funesto. Negoció pues con el regente la entrega de su

cautiva, estableciendo por condiciones el que le conservaria la vida, dándole un trato correspondiente á su alta clase. Los embajadores de Francia y de España reclamaron contra un proceder tan contrario al derecho de gentes; mas para las naciones y para los gobiernos no hay otro derecho de gentes que su conveniencia, cuando pueden obrar impunemente. Sin embargo, los planes de Isabel en esta parte fueron frustrados por un accidente imprevisto y trágico, á saber, el asesinato del regente Murray, que tuvo lugar en 1570.

Jacobo, conde de Murray, hijo bastardo de Jacobo V., y hermano por lo mismo de la reina María, era hombre de valor, de resolucion, de cierta capacidad en las negocios, ambicioso, como muestran serlo los que se mezclan en revueltas y en trastornos. Al principio se mostró favorable á los intereses de la reina en sus diferencias con algunos súbditos rebeldes; mas las imprudencias de esta, que hasta cierto punto no admitian disculpa, le hicieron ladearse hácia el partido opuesto. La ambicion del mando pudo mas en él, que los vínculos de la sangre, y fué uno de los principales agentes del destronamiento de María. Por lo demás, era hombre celoso por los intereses de la religion reformada, adicto de corazon á los intereses del partido. Su muerte fué una pérdida, y principio de nuevas convulsiones.

La faccion de la reina levantó altamente la cabeza, y comenzó una nueva lucha abierta entre los que llevaban la bandera del hijo y los que defendian los intereses de la madre. Varias veces vinieron á las manos con alternativa de ventajas y derrotas, sin que ninguna tuviese probabilidad, ni medios de quedar dueño absoluto del campo de batalla. El pais era teatro de males y desórdenes que cometian unos en nombre del rey, y otros invocando el de la reina. Mientras tanto no se habia nombrado sucesor á Murray, cuya plaza vacante excitaba la ambicion de muchos. La reina de Inglaterra salió al fin de la inaccion aparente que observaba en estos movimientos, y protegió altamente los derechos que alegaba para esta dignidad el conde Lenox, padre de Darnley, y abuelo por lo mismo del rey niño. Residente á la sazon en Londres, se dirigió á Escocia con una fuerza de unos mil hombres con que la reina le auxiliaba. Fué su presencia un bien para el pais, y pronto se vió investido con el título y funciones de regente. Mas no calmó esto los ánimos ni apagó el fuego de la guerra civil, que adquiria cada dia nuevo pábulo. Los dos partidos vinieron varias veces á las manos, con vicisitudes

varias; y llegó á tal punto la division y equilibrio de las fuerzas é importancia, que cada uno convocó y reunió por separado un Parlamento.

Llamaban mucho la atencion de la reina de Inglaterra estos disturbios, que probaban á lo menos la existencia de un partido numeroso á favor de María Estuarda; partido ramificado con el católico, que en su pais aspiraba á destronarla á ella misma en favor de su competidora. Cada vez conocia mas los embarazos y peligros á que la exponia el cautiverio de esta; pero cuanto mas dura habia sido con ella su conducta, mas habia que temer de su resentimiento, una vez que se viese libre y fuera de su poderío. Resolvió, pues, negociar con ella; aunque no fuese con mas ventajas que las de ganar tiempo, y con este objeto le hizo saber, por medio de sus comisionados para ello, personajes todos de importancia, que estaba pronta á restablecerla en su trono, con la condicion de que renunciase para siempre á sus derechos á la corona de Inglaterra, de que perdonase y volviese á su gracia á cuantos habian contribuido en Escocia á su destronamiento, y sobre todo de que se entregase á ella la persona de su hijo, dando rehenes del cumplimiento de lo estipulado. Las condiciones eran duras; mas no podia pasar por otro partido la reina de Escocia, si queria salir de tan triste cautiverio. Los príncipes católicos que se interesaban en su suerte por espíritu de religion y de partido, no podian prestarle en aquellas circunstancias grande auxilio. El rey de España se hallaba todavía muy embarazado con los moriscos sublevados, y aprestaba por otra parte la expedicion contra los turcos. En el mismo negocio estaba ocupado el Padre Santo. En cuanto á Carlos IX le daban demasiado que hacer sus planes con los calvinistas, para poder tenderle una mano protectora, y ademas no estaba lejos de negociar un tratado de alianza con la misma reina de Inglaterra. Dió oidos María, ó fingió darlos, á las proposiciones de Isabel, pues el odio era recíproco, la mala fe el móvil de todas las acciones de una y otra. No dieron, pues, ningun resultado las negociaciones. Mientras tanto el partido católico en Inglaterra, de quien era María el alma y secreta impulsadora, continuaba en sus tramas de subversion, y el duque recien salido de la torre seguia adelante con sus proyectos favoritos, y tomaba parte activa en todas estas tramas. Los planes eran vastos. Se trataba nada menos que del destronamiento de Isabel y del trastorno del protestantismo. Se habia entrado en negociaciones con el duque de Alba, vencedor por entonces en Flandes de los príncipes de Nassau, prometiendo el general español desembarcar cerca de Londres seis mil hombres. La conspiracion estaba ya madura, y el alzamiento cerca de estallar, cuando fué descubierto por una persona no iniciada en el secreto, á quien se confió una suma de dinero para uno de los confidentes del duque que se hallaba en la frontera; mas sospechando por el peso que era oro en lugar de plata, como le habian dicho, lo puso inmediatamente en manos del Consejo privado, que ya tenia alguna sospecha del negocio. Se tomaron inmediatamente las medidas mas severas: los cogidos por de pronto confesaron de plano, y la trama se puso toda á descubierto. Los implicados fueron tratados todos con rigor, y el duque de Norfolk perdió la cabeza en un cadalso.

Rompió el descubrimiento de esta trama las negociaciones pendientes de la reina de Inglaterra con María, y se declaró la primera decididamente en favor del partido del rey en Escocia, contra las pretensiones y derechos de su madre. Perdió esta mucho de su popularidad en el pais, por la parte que se le suponia en una trama que iba á atraer sobre la nacion las tropas españolas, y una persona tan odiada como el duque de Alba. Contribuyó á hacerla mas aborrecida y despopularizar completamente su partido, la noticia de las matanzas de San Bartolomé, que como objetos de horror y de execracion se presentaban á todos los católicos. El partido del rey volvió á tomar en Escocia la preponderancia con la declaracion de la reina de Inglaterra, y el conde de Morton, puesto á la cabeza de las tropas del regente, obtuvo grandes ventajas sobre sus antagonistas.

Isabel, verificada ya su abierta ruptura con María, volvió á su antiguo proyecto de entregarla á los escoceses, mas con condiciones muy diversas. Entonces estipulaba que se la tratase con toda consideracion y miramiento. Ahora exigia que se le formase causa por su complicidad en él asesinato de su marido, y que se llevase á efecto inmediatamente la sentencia. Era imposible un proceder mas injusto; mas tal era el deseo en Isabel de deshacerse y vengarse de María. El regente de Escocia no pasó por tan duras condiciones, y la antigua reina de este pais continuó en su triste suerte de cautiva.

El regente, conde de Lenox, murió durante sus negociaciones de reconciliar los dos partidos. En su lugar fué nombrado el conde de Morton, bajo cuyo mando quedó en 1574 pacificada la Escocia, por

medio del tratado de Perth, en virtud del cual se reconoció la religion reformada como la dominante del pais; se prestó por todos sumision á la autoridad del rey y á la del regente Morton, que en su nombre obraba; se declararon nulos todos los actos contra el rey despues de su coronacion; se pusieron en libertad todos los presos por asuntos políticos; se devolvieron todos los bienes confiscados, y se concedió indemnidad por todos los crímenes cometidos desde el 15 de junio de 1567.

CAPITULO XLV.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Toma Requesens el gobierno de los Paises-Bajos.—Su moderacion.—Continúan las operaciones militares.—Expedicion desgraciada de los españoles para socorrer á Middelburgo.—Cae esta plaza en poder del príncipe de Orange.—Tercera entrada del conde de Nassau en los Paises-Bajos.—Es derrotado su ejército por el español, mandado por Sancho de Avila.—Muere el conde en la refriega.—Su carácter.—Sedicion en el campo español por la falta de pagas.—Huye Sancho de Avila, y los amotinados nombran un general con el nombre de electo.—Marchan á Amberes, donde entran sin ninguna resistencia.—Siguen insurreccionados hasta que se satisfacen sus atrasos.—Sitio de la plaza de Leyden por los españoles.—Inundan los enemigos el pais de las inmediaciones, y los sitiadores se retiran con notable pérdida.—Nueva sedicion en el campo español.—Nuevo nombramiento de un electo.—Se van á Utrecht.—Se apaciguan.—Se apoderan los españoles de varias plazas de la Holanda.—Su gloriosa expedicion sobre la isla de Schowen, en Zelanda, y de que se apoderan.—Muerte de Vitelli.—Muerte de Requesens (1).—(1574-1576).

El nombramiento de don Luis de Requesens para sucesor del duque de Alba en el gobierno de los Paises-Bajos, se puede considerar como acto de prudencia, si atendemos al carácter de moderacion que distinguia al primero de estos personajes, y á lo mal que habia probado la severidad fastuosa y arrogante, desplegada en aquella region por el segundo. No hay duda de que el rey estaba algo desengañado ya de su errada política en contener á aquellos súbditos en los límites de la obediencia solo por el rigor de los castigos, cuando nombró para gobernarlos una persona que sin duda conocia muy

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII, XXVIII, XXXVII, XXXVIII y XXXIX.

bien, pues nada se le ocultaba, tanto en hombres como en cosas, de cuanto tenia relacion con las artes del gobierno. Tal vez la eleccion de Requesens ó de un hombre semejante, hubiera sido de gran utilidad cuando se echó mano del de Alba, ó mas bien se hubiese aquietado aquel pais no enviando ningun gobernador, dejando las riendas en las manos de la princesa Margarita; mas las circunstancias ya eran otras, y á los disgustos y turbulencias populares, violentas pero pasajeras, habia sucedido una guerra abierta, en que al estruendo del clarin y con bandera alzada, se habian declarado enemigos abiertos del rey los que eran antes súbditos, y hacian profesion, aunque no sincera, de lealtad y de obediencia. No podian ya retroceder los príncipes de Nassau ni otros muchos caudillos pronunciados; no podian tantos pueblos alzados, declarados enemigos tanto del rey como de la religion católica, comprometidos con tantos actos de ferocidad, de que habian sido alternativamente víctimas y actores, volver por artes de persuasion á la obediencia, ni entregarse á la merced de un señor que tan duro y vengativo se mostraba. No podia, pues, terminarse la guerra sino por la guerra misma, ni encomendarse la reduccion de Flandes á otros medios que el de la fuerza de las armas. Habian llegado las cosas á tal punto, que muchos de los que en un tiempo habian censurado la severidad del duque de Alba, dudaron de la utilidad de darle un sucesor de muy diverso temple; tan convencidos estaban de que habiéndose ya empezado un sistema de rigor, con este sistema se podia tan solo coronar la obra ya empezada. Mas dejando aparte estos problemas históricos, cuya solucion es tan equívoca y sirve de apoyo á sistemas tan diversos, pasaremos á la sucinta relacion de los sucesos mas notables de esta nueva época en la historia de los Paises-Bajos.

De la persona de don Luis de Requesens, se ha hecho ya mencion en varios pasajes de esta historia. Revestido de la dignidad de comendador mayor de Castilla, desempeñó diversos cargos militares mas por mar que en tierra. Acudió con sus galeras y tropas de refuerzo á las costas del reino de Granada, cuando estaba empeñada la guerra contra los moriscos, y se halló en diferentes expediones que tuvieron lugar durante esta contienda. Fué nombrado segundo de don Juan de Austria cuando se le dió á este el mando de las fuerzas navales que aprestaba el rey para entrar en la liga con la república de Venecia y el pontífice, y como tal se halló en la famosa batalla de Lepanto y expediciones sucesivas, donde no fueron inútiles

su pericia y sus consejos. Cuando le nombró el rey gobernador general de los Paises-Bajos, se hallaba mandando en Barcelona. Su capacidad y prudencia para cargos importantes, eran bien notorios en aquella época. Mas el que se le confiaba ahora, exigia talentos no comunes, y una firmeza de alma de que carecia la suya.

Tomó don Luis de Requesens posesion de su nuevo cargo á principios de 1574, y desde entonces observó una conducta diferente en todo de su antecesor, mostrándose afable, circunspecto y moderado, tanto en sus actos como en sus palabras, con lo que se atrajo la aprobacion y la benevolencia de sus nuevos súbditos. Fué uno de sus primeros actos expedir decretos dirigidos á reprimir la licencia de la soldadesca de las guarniciones, de que tanto los pueblos murmuraban. Aumentó su popularidad mandando quitar de la plaza pública de Amberes la estatua del duque de Alba, espectáculo extremamente odioso á los ojos de sus habitantes. Tambien publicó de nuevo el perdon del rey, sin imitar la faustuosa ceremonia desplegada por su antecesor, pero dando mas pruebas y testimonio público de la parte que tomaba personalmente en aquel acto de clemencia. En medio de estas atenciones, no descuidó las que debia al estado de la guerra. Se hallaba entonces todo el Brabante y las provincias de la Flandes meridional bajo la obediencia de los españoles. Acababan de ser, como hemos visto en su lugar correspondiente, reducidas la mayor parte de las plazas rebeldes de Holanda, por las armas de don Federico de Toledo. Se hallaba estacionado en Delft, pueblo de la costa, el príncipe de Orange, despues de su segunda invasion de los Paises-Bajos, de tan pocos felices resultados para él como la primera. Era el principal teatro de la guerra la provincia de Zelanda, compuesta de cuatro ó cinco islas situadas á la embocadura del Escalda, pues en el mar tenian supremacía los alzados con respecto á los súbditos del rey de España. Se hallaba á la sazon el coronel Mondragon sitiado en Middelburgo, capital de la isla de Valckren, que es la mayor de toda la provincia, y habia largo tiempo que se hallaba en el mayor aprieto, habiéndose apoderado los enemigos de los pueblos del contorno. Dió parte Mondragon á Requesens del estado en que se hallaba, y este se puso en marcha con una armada aprestada en Amberes para su socorro. Dividió esta fuerza en dos trozos, que debian marchar á Middelburgo por los dos brazos del Escalda. Confió el mando de uno de ellos, que debia atacar por la izquierda, á Sancho de Avila, y el de la derecha al conde de

Glimen, quien llevaba al capitan español Julian Romero por segundo. Sabedor el príncipe de Orange de esta maniobra, hizo que una fuerza de zelandeses saliese al encuentro de Sancho de Avila, mientras otro cuerpo mas considerable, mandado por el almirante Boissot, marchaba contra el otro de los españoles. No tuvo encuentro alguno Sancho de Avila con los que le venian de frente, y que solo trataban de observarle; mas se trabó un fuerte combate entre el almirante Boissot y el conde de Glimen, cuyas fuerzas eran superiores á las de su contrario. Queria este replegarse sin trabar pelea; mas se vió obligado á mudar de parecer por los consejos y obstinacion que mostró en su opinion Julian Romero. Se declaró la victoria á favor de los zelandeses, superiores en el número de buques, y sobre todo en pericia naval, de que tenian dadas tantas pruebas. Murió Glimen en la refriega, y Julian Romero debió su salvacion á un esquife que le sacó como de entre las garras del enemigo. Fueron la mayor parte de las naves españolas incendiadas, las otras encalladas. A esta victoria se siguió la rendicion de Middelburgo, única ciudad que en Zelanda estaba á disposicion del rey de España. Reducida la guarnicion á los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con los muros medios derribados, se vió obligado Mondragon á entrar en ajustes con los sitiadores. Estipuló con ellos, que si ponian á salvo en las costas de Flandes á su guarnicion, su artillería, equipajes, y las familias religiosas y clérigos, con sus ornamentos sagrados, se comprometeria con Requesens para que les entregase la persona de Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, en cuya libertad tenia gran interés el príncipe de Orange; y que en caso de que el gobernador general se negase á ello, el mismo Mondragon se constituiria prisionero en su lugar en manos de los enemigos. Era tal la opinion que se tenia de la probidad del capitan español, que los sitiadores creyeron su palabra, habiendo sido cumplida fielmente la capitulacion por ambas partes. Produjo la toma de Middelburgo al príncipe de Orange la cantidad de trescientos mil florines con que se redimieron del saqueo.

A pesar de esta ventaja de sus armas, se hallaba el príncipe muy ansioso por la favorable impresion que en su concepto debia de hacer en los Paises-Bajos la circunspeccion y prudencia que el nuevo gobernador manifestaba. Si le habia aliviado de un grave peso la ausencia del duque de Alba, cuya inflexibilidad y talentos militares le habian sido tan funestos, temia ahora que las diversas artes de su sucesor, amortiguasen el odio del pais hácia el yugo de los españoles. Redoblaron estos temores su grande actividad, y por medio de sus diversos emisarios, no dejó piedra por mover para tener despiertos estos sentimientos de aversion en que cifraba hasta su existencia. Hizo, pues, esparcir la voz de que no era mas que fingida la moderacion de Requesens, y que se trataba con palabras de indulgencia y de templanza adormecer el celo del pais y desarmarle para castigar despues como ya se habia visto, cuando sujetado ya por la princesa Margarita, se habia enviado al duque de Alba á ser instrumento de la ira y venganza del monarca. No dejaron de hacer efecto sus insinuaciones, ni se puede tampoco culpar de esta conducta á un hombre que, comprometido como lo estaba el príncipe, solo tenia que apelar á la buena fortuna de sus armas.

Hacia mientras tanto el conde de Nassau su tercera invasion en los Paises-Bajos, á la cabeza de siete mil infantes y cuatro mil caballos. Y habiéndose acuartelado en Güeldres, intentaba apoderarse de Nimega con objeto de recibir á su hermano el príncipe de Orange. Para impedir que esta reunion tuviese efecto, envió Requesens al encuentro del conde un cuerpo considerable al mando de Sancho de Avila, con órdenes de dirigirse á Maestricht, é impedirle que pasase el Mosa. Se quedaron Requesens y Chiapino Vitelli en Amberes, tanto por temor de una insurreccion en la ciudad como para observar desde allí los movimientos del príncipe de Orange, quien sabedor de la llegada de su hermano, tomaba disposiciones de ponerse en marcha para reunirse con sus tropas.

Se habian hecho nuevos alistamientos en el ejército español, y con algunas fuerzas que se sacaron de las guarniciones, se engrosó la division que mandaba Sancho de Avila. Desbarataron los movimientos del general español los planes del conde de Nassau, que eran apoderarse de Maestricht y otras plazas fuertes. Ya comenzaba á escasear en su ejército el dinero, no habiendo venido esta vez mas provisto de dicho recurso que las anteriores. Como sabia que le era superior en fuerzas Sancho de Avila, no se atrevió á pasar el Mosa, y redujo sus movimientos á reunirse cuanto mas antes con las tropas de su hermano. Mas le previno el español, y atravesando el rio junto á Grave, se encaminó hácia sus cuarteles presentándole batalla. No pudo menos de aceptarla el de Nassau, pues no le quedaba mas alternativa que la de retirarse; por lo que haciéndose fuerte junto al pueblo de Mooch, atrincheró su campo y esperó en esta

posicion á Sancho de Avila. Atacó la infantería ligera española las trincheras, y rechazó á las tropas alemanas que le salieron al encuentro. Se trabó en este mismo punto un combate sangriento, que se iba alimentando con nuevas tropas que de ambas partes acudian. Cedieron los enemigos el campo, y sea por rivalidades entre las diversas naciones de que se componia aquel ejército, ó por descontento en que los tenia la falta de pagas, ó por la verdadera inferioridad del número, se declaró una victoria decisiva por los españoles. Fué, pues, vencido, derrotado y disperso el ejército enemigo, con la pérdida de la artillería, trenes, bagajes, muchas banderas, habiendo quedado el suelo sembrado de cadáveres. Fueron muertos en la refriega de tres á cuatro mil hombres de infantería, quinientos caballos y los tres caudillos principales, Luis de Nassau, su hermano Enrique y Cristóbal Palatino.

Fué la pérdida del conde de Nassau muy sensible para su partido. Capitan valiente y arrojado no carecia de pericia militar, aunque no estaba dotado de la prudencia y circunspeccion que tanto distinguian á su hermano el príncipe de Orange. En aquellas circunstancias y tiempos de revueltas, era hombre de mucha valía por su decision, por su arrojo y su constancia. Además de sus tres invasiones en los Paises-Bajos, habia servido en Francia en las guerras civiles contemporáneas de las que estamos describiendo. Se halló en la batalla de Montcontour, y no solamente figuró en este gran teatro como soldado valiente, sino como negociador, hallándose estrechamente aliado por todos los vínculos de política y de religion, con los reformadores de aquel reino.

Cogieron los vencedores abundantes frutos de aquella batalla en materia de botin y de despojos, y como se componia su ejército de naciones diferentes, cada una se adjudicó la victoria, declarándose los españoles por su jefe Sancho de Avila, los flamencos por Egidio, hijo del conde de Barlamout, y los italianos por el marqués de Monte. A estas disputas, que no tuvieron consecuencias desagradables, fuera de las animosidades pasajeras que produce la rivalidad de las naciones, sucedió un acontecimiento de clase mas trascendental, pues los soldados prorumpieron en sedicion abierta contra sus jefes, pidiendo las pagas que se les debian por espacio de tres años, echándoles en cara que no hacian nada por proporcionarles la satisfaccion de sus atrasos; que los jefes recibian abundantemente el premio de sus servicios, sin que para el pobre soldado hubiese mas que los

peligros, las heridas y la muerte; que pidiéndoles á ellos sus jefes la vida diariamente en los combates, no les era permitido gozar lo que para sustentar estas vidas, era necesario. Llegaron estas voces hasta intimidar á Sancho de Avila, y sin fuerzas para contrastar la rebelion, abandonó los reales. Los soldados viéndose sin jefe, nombraron un capitan, á quien dieron el nombre de Electo, y repartiendo del mismo modo los demás cargos de la milicia, se dirigieron á Amberes sin hacer caso de algunos de entre ellos, que mas cuerdos y saliendo de su error, les aconsejaban mas prudencia.

No abandonó Requesens la plaza á pesar de la llegada de los amotinados; antes bien les salió al encuentro esperando calmar con su presencia la furia de sus ánimos; mas no hicieron caso de sus exhortaciones y amenazas, y llevando adelante su intento, entraron al son de caja y banderas desplegadas en Amberes, donde se alojaron sin ser molestados por los del castillo. Echaron de la plaza la guarnicion flamenca, y como á presencia del mismo Requesens, reiteraron el juramento de permanecer en actitud mientras no se les pagase hasta el último maravedí; comprometiéndose al mismo tiempo con un juramento muy solemne delante del Electo, á no cometer ningun desórden, ni despojar á nadie, mientras se mantuviesen en aquel estado de sedicion armada. Así lo cumplieron, en efecto, y la ciudad atónita, contempló el espectáculo de una turba de soldados en abierta rebeldía contra las autoridades, y que observaba en su régimen interior, las leyes de la mas exacta disciplina.

Para poner fin á un órden de cosas tan embarazoso y contrario á los intereses del rey, puso toda su diligencia Requesens en buscar los medios de satisfacer á la tropa amotinada, y habiendo contribuido para ello los ciudadanos mas ricos con cien mil florines, se vió él mismo precisado á vender sus alhajas y cuanto poseia de algun precio, pudiéndose conseguir así allegar lo necesario, para pagar los sueldos atrasados. Tal vez no hubiese llegado á tanto la insolencia de la soldadesca, bajo el gobierno militar del duque de Alba, cuya inflexible severidad era de todos tan temida. Mas de todos modos se ve por este rasgo, bastante frecuente en aquellos tiempos, con cuánta irregularidad y atraso se suministraban los sueldos de las tropas, y lo poco fuertes que eran los lazos de la disciplina. No será demás que para hacer mejor conocer el genio de la época, añadamos que las tropas amotinadas volvieron al instante á su deber, y que viéndose con tanto dinero, pues eran muchas las pagas devengadas, hi-

cieron cuantiosos donativos á las comunidades religiosas, sea por motivo de pura devocion, sea por expiar en parte su crímen de desobediencia y rebeldía.

Sosegadas las turbulencias de Amberes, se puso en marcha una fuerte columna á las órdenes del capitan español Francisco Valdés, con objeto de asediar á Leyden, una de las plazas mas importantes de los Paises-Bajos. Está situada en un valle no lejos del mar, y atravesada por uno de los brazos del Rhin que la divide en dos partes casi iguales. Se halla cortado el pais de las inmediaciones con un sinnúmero de canales y acequias. Atento el príncipe de Orange á la conservacion de un punto tan importante, habia provisto abundantemente la plaza de víveres, poniendo de gobernador en ella á Juan Vanderoes, hombre de toda su confianza y de un gran mérito, no solamente como militar, sino como escritor conocido en la historia de aquel tiempo. Para impedir ó retardar la llegada de los españoles, envió á su encuentro algunas compañías de aventureros ingleses que estaban á su sueldo; mas fueron estas tropas de muy poco auxilio, siendo tan inferiores en número á las españolas.

Llegaron, pues, estos sin oposicion, y no tratando de emprender un sitio formal de la plaza, la estrecharon fuertemente por medio de un bloqueo, en que la privaron de todas sus comunicaciones con los de afuera, contando con que el hambre haria desmayar el ánimo de sus moradores. Mas á la intimacion que les hizo Valdés de que se rindiesen á la clemencia del rey, respondieron casi en los mismos términos que los de Harlem, protestando que moririan todos en las ruinas de sus muros, antes que abrir las puertas á sus enemigos. Mas llegaron á ser tantos los estragos causados por el hambre, que varias veces el pueblo amotinado amenazó al gobernador y á la guarnicion, con que ellos mismos abririan las puertas á los sitiadores si no se venia con ellos á composicion, librándolos así de tanta miseria como estaban padeciendo. Amenazaba por otra parte Valdés con un asalto si no se entregaban voluntariamente. Mas ni el asalto ni la entrega tuvieron lugar por una de aquellas medidas extraordinarias que solo ocurren en guerras nacionales, cuando los pueblos combaten desesperadamente por su independencia. Estaba Leyden, como hemos visto, privada de toda comunicacion con los de afuera, y estos no podian socorrerla hallándose fuertemente atrincherado el campo de los españoles. En este apuro tomaron la resolucion de soltar los diques y abrir las exclusas que en aquella region contienen el curso de los rios y hasta el ímpetu del mar, que amenaza tragarse sus orillas. Se inundó de este modo el territorio de Leyden, mas las aguas no llegaron por de pronto á tanta altura que permitiesen el paso á las embarcaciones, ni impidiesen á los españoles continuar el sitio, aunque quedaron expuestos á muchas incomodidades y trabajos. Por fin, á favor de un viento recio que sopló del Norte, se aumentó la inundacion, y todo presentó el espectáculo de un mar á las inmediaciones de la plaza. Se cubrieron las aguas de embarcaciones holandesas, que hicieron grave daño á los españoles. Mas establecidos estos en terreno algo elevado, todavía se obstinaban en continuar tan azaroso sitio, hasta que fueron estrechados á tal punto, que se vieron obligados á dejar los muros de Leyden, emprendiendo su marcha por el terreno que les pareció hallarse menos inundado. Fué la retirada para ellos sumamente desastrosa, perseguidos y acosados á cada momento por los holandeses que iban en sus barcas, sufriendo además los horrores del hambre, pues perdieron en su marcha precipitada su artillería, sus trenes y bagajes.

A esta retirada de los españoles sucedió otra sedicion militar del mismo carácter que la antecedente, agravada aquí por las acusaciones que se hicieron al capitan Francisco Valdés, diciendo que habia sido sobornado para no dar el asalto de la plaza, con cuyo botin contaban tanto los soldados. Tal vez fué diferido este mas dias de los que el mismo capitan habia prometido, mas es improbable que se hubiese vendido por dinero, aunque se presume que influyeron en esta dilacion los ruegos y lágrimas de una dama de la Haya, de quien el español se hallaba perdidamente enamorado. Llegó la sedicion de los soldados hasta prender al capitan y nombrar en su lugar un electo, pidiendo al mismo tiempo sus sueldos devengados, de que se les habia privado con no entrar á saco en Leyden, segun les tenian prometido. En seguida marcharon á Utrecht, de cuya plaza se apoderaron, permaneciendo en este estado de insubordinacion hasta que á ruegos del mismo Valdés fueron pagados por el gobernador general, con lo que se redujeron otra vez á la obediencia.

Resarció todas estas pérdidas el ejército español con otra expedicion, en que tomaron algunas plazas de las provincias de Holanda y Güeldres, que aunque no considerables, disminuyeron muchísimo el terreno de los sublevados. Se reforzó por el mismo tiempo

este ejército con la llegada de Aníbal Altems, que trajo de Alemania un tercio de cuatro mil infantes. Era este jefe hombre muy perito y experimentado, antiguo en la milicia, que habia servido ya con distincion en tiempo de Carlos V, y al mismo rey Felipe en las guerras de Africa y de Italia. Guarneció Requesens con estas tropas las plazas de Brabante, mientras con las otras emprendió una expedicion con que esperaba poner término á la guerra.

Era el principal asiento de la insurreccion la provincia de Zelanda, situada en la embocadura del Escalda, compuesta de islas divididas mas ó menos entre sí por varios brazos, que tanto se pueden considerar de mar como de rio. A estas islas, pues, se dirigió la expedicion del gobernador general; y como carecia de escuadra para invadirlas abiertamente por mar, adoptó el expediente de aprovecharse de los diferentes brazos que podian ofrecer paso á sus tropas donde el agua no estuviese muy profunda. La empresa era arriesgada, por la indispensable exploracion de los pasajes ó vados que fuesen transitables para las tropas, así como de los sitios por donde pudiesen navegar las barcas. Se comisionó para la primera á Juan de Aranda, alférez español muy esforzado, y para la segunda á Rafael Barberino, italiano, y los dos, con auxilio de marineros y gente práctica de aquellos sitios, exploraron los altos y los bajos, tanteando los canales y su altura en las horas de marea baja, construyendo embarcaciones y barcos chatos para trasporte de las tropas y demás cosas necesarias.

Concluidos los preparativos se embarcó la expedicion en Amberes y descendió el Escalda. Estaba encomendado el mando de las tropas que debian obrar por mar á Sancho de Avila, y el de las de tierra á Cristóbal de Mondragon, dándose el del todo al maestre de campo general Vitelli. Ascendian los soldados á cuatro mil, y tomando el camino de Berg-op-zoom, pasaron á la isla de Tholven, única en posesion entonces de los españoles. Se trasladaron desde aquí en barcos chatos á la de Philipelanda, inhabitada. Debian en seguida apoderarse de la de Dubelanda, ocupada por los enemigos y separada por un canal de la de Schowen, cuya capital es la plaza de Ziriczee, principal objeto de la empresa. Ofrecia el paso de Dubelanda muchísimas dificultades, pues además de hallarse fuertemente guarnecida, estaba separada de la Philipelanda por un estrecho de cuatro millas, formado por una reciente inundacion del mar que habia dejado varios escollos y desigualdades en el piso, sin ofrecer

camino seguro ni á la gente que iba á pié ni á la que tratase de trasportarse en barcas. Pero no arredraron tantos peligros á los nuestros, pues mas de mil y setecientos hombres, soldados escogidos, entre los que se contaban muchos capitanes, se presentaron á arrostrar los riesgos de aquel paso. Eran los principales Isidro Pacheco, Gerónimo Serosque, Osorio de Ulloa, y Barberino y Aranda ya citados. A los riesgos del paso se añadieron las dificultades que puso el mismo príncipe de Orange, pues además de enviar algunos regimientos con que reforzó las guarniciones de Dubelanda y Ziriczee, hizo arrimar cuantas embarcaciones pudo á la costa, cerca del estrecho ya citado, para que con su artillería y demás armas arrojadizas, pudiesen impedir el paso. Tomó además la precaucion de introducir por los canales y estrechos, á favor de la pleamar, cuantos barcos pudo llenos de gente, á fin de que encallados á la baja, pudiesen hacer fuego á los españoles, embarazados naturalmente con este nuevo obstáculo. Pero ignorantes de este nuevo riesgo, ó despreciándole tal vez, se echaron por el agua los soldados cuando les avisaron que estaba cerca el tiempo de la marea baja. Desnudos de armas defensivas y vestidos solo con calzoncillos y zapatos, pusieron en las puntas de las picas cada uno dos saquillos, uno lleno de pólvora y otro de pan de municion y queso, llevando además de la espada alabardas, arcabuces, y otros palas y azadones. Tenian que arrostrar tan animosos soldados: primero, el agua por donde transitaban llena de escollos y bajíos: segundo, los enemigos en las barcas, que por los dos lados les amenazaban con su artillería; tercero, la guarnicion de la isla que los aguardaba con trincheras formadas en la playa. Comenzó la marcha á media noche, conduciendo el primer escuadron, compuesto de españoles, Juan Osorio de Ulloa. Iba mandando el último Gabriel de Peralta, capitan perito y esforzado. En medio de los dos trozos iban los gastadores con cien arcabuceros, componiendo en todo el número de doscientos y cincuenta hombres. Se puede concebir fácilmente con cuántas dificultades caminaria esta columna por entre tantos bajíos y escollos, dándoles el agua por mas de la mitad del cuerpo; no pudiendo moverse mas que de dos en dos ó de tres en tres, con paso vacilante, con exposicion de resbalar y de caerse. Se dice que en el momento de emprender la marcha. se vieron en toda la atmósfera exhalaciones y fuegos á manera de relámpagos. Tal vez seria alguna auréola boreal, fenómeno no muy raro en equellas latitudes. Mas cualquiera que hu-

biese sido el hecho, le tuvieron muchos por un fuego celestial enviado para alumbrar la marcha de las tropas. Aprovechó esta circunstancia el capitan Osorio, que iba de vanguardia, para animar á los suyos, haciéndoles ver que aunque comprada con mil dificultades y peligros, obtendrian infaliblemente una victoria en que se les mostraba auxiliador el mismo cielo, pues enviaba aquellas antorchas para enseñarles el camino. Mas si estas luces fueron favorables á los nuestros, no dañaron sin duda á los contrarios, que los estaban aguardando en el camino. Por una parte les tiroteaban sus barcas, que se iban acercando á proporcion que crecia la marea, llegando algunos marineros prácticos de estos escollos y bajíos, hasta desembarcar y medirse de cerca con los españoles, sin que estos viesen á los que les asestaban golpes á mansalva. Por otra parte les obstruian el camino las barcas que habian dejado encalladas expofeso, y cuya gente les heria en todas direcciones, teniendo la ventaja de la altura en que se hallaban colocados. Pocas marchas se encuentran en los anales militares de mas peligros, y en que mas brillasen el arrojo y la audacia de un soldado. Se hallaba Requesens contemplando el espectáculo desde la playa, acompañado de un padre de la Compañía de Jesús, que dirigia oraciones por el buen logro de la empresa. Caminaban las tropas con la mayor prisa que podian en medio de tanta incertidumbre, peligros y ansiedades, no siendo pequeña la de ponerse á cubierto de la marea que crecia. Llegó esta tan aprisa por la lentitud con que tenian que moverse, que el trozo de retaguardia se vió obligado á retroceder, desesperanzado ya de continuar su marcha sin riesgo inminente de ahogarse. La del medio, compuesta como hemos dicho de los gastadores y arcabuceros, se vió en el cruel conflicto de no poder seguir á la vanguardia ni tomar el ejemplo de los de la retaguardia; ¡tal era ya la altura á que les llegaba el agua! De los doscientos y cincuenta de que se componia, todos perecieron miserablemente menos nueve, llenando de espanto y de consternacion á los compañeros de su empresa, á los que los contemplaban desde la ribera, y aun causando lástima á los mismos enemigos que tal los hostigaban. Mientras tanto los de la vanguardia, que llevaban mucha delantera, redoblaron sus esfuerzos para vencer la fuerza de la marea, y al amanecer se vieron en el arenal de Dubelanda, donde las tropas de la guarnicion de la isla los aguardaban á pié enjuto y fuertemente atrincherados. No habia para los españoles mas salvacion que la victoria, teniendo

enteramente obstruido el camino de la retirada. Sin detenerse el capitan Osorio en arengar á sus valientes, acometió el primero con espada en mano á los contrarios. Siguieron los suyos con entusiasmo tan valiente ejemplo, y llenos de coraje, aconsejados de su desesperacion, como hombres para quienes no habia mas alternativa que la muerte ó la victoria, arrollaron á los holandeses, quienes viendo muerto á su gobernador Boissot, abandonaron sus trincheras, quedando los españoles dueños de la isla. Costó cara la ocupacion de la isla de Dubelanda á nuestras tropas. Entre los muertos de consideracion se cuenta el capitan Pacheco, quien viéndose mortalmente herido, exhortó á los soldados que trataban de auxiliarle á que le dejasen como cosa inútil y marchasen á tomar parte en la victoria que los aguardaba.

La simple relacion de este hecho de armas envuelve su mayor elogio. Cogieron los españoles el fruto de tanta osadía á la vista de tantos testigos de su triunfo; unos que llenaban el aire de aclamaciones, y otros que quedaron como atónitos al contemplar vencedores á los que daban ya por sepultados en los mares. Abandonaron las naves enemigas aquellos parajes, y se dirigieron hácia la isla de Escaldia para ponerla á cubierto del golpe de mano que la amenazaba, pues suponian que era el blanco principal de la expedicion que habia bajado el Escalda desde Amberes. Con esto facilitaron el paso á Requesens y á los otros jefes que se habian quedado en Philipelanda, y se reunieron en Dubelanda con las tropas victoriosas. Fácil es concebir los sentimientos de gozo con que se vieron estas tropas reunidas, y las alabanzas y felicitaciones de que fueron objeto el capitan Osorio y los valientes que con tanta exposicion habian coronado aquella empresa.

Despues de haber hecho conducir los heridos á Amsterdam, continuaron los españoles su expedicion, y tuvieron que emprender su marcha por los mismos parajes de bajíos y de escollos que los habian traido hasta Dubelanda. Con iguales peligros y dificultades llegaron á la vista de Schowen, donde los enemigos habian acudido á ponerla en estado de defensa. Mas nada detuvo la marcha de los españoles. Antes de llegar á la plaza de Ziriczee, capital de la isla de Schowen, tenian que pasar por tres fuertes ocupados por el enemigo. No hizo el primero resistencia alguna: en la toma del segundo perdieron los españoles sesenta hombres, y entre ellos al capitan Peralta. Mayor resistencia les aguardaba en el tercero, llamado Bo-

men, cuyos fosos á pleamar impedian la aproximacion á dicha fortaleza. Aprovecharon los españoles la bajada de la marea para embestir la plaza; mas habiendo hecho los de adentro una obstinada resistencia, tuvieron los españoles que retirarse de sus muros á la subida de la misma. Volvieron el dia siguiente, aprovechándose asimismo del reflujo. Se trabó un combate tan obstinado como el dia anterior, que duró cerca de cinco horas, confiando los de adentro en que la vuelta de la marea haria retroceder de nuevo á los españoles, y obstinándose de nuevo estos por no sufrir por segunda vez este desaire. Por fin se decidió la victoria á favor de los nuestros, y redoblando el furor de su ataque, entraron victoriosos en la plaza.

Pasaron de este punto al sitio de Ziriczee, fin y término de la expedicion. En vano el príncipe de Orange intentó entrarse en el puerto con sus navíos. Los españoles se lo impidieron cerrando el puerto con fuertísimas cadenas de hierro, quedando así libres y desembarazados para continuar el sitio que pusieron á la plaza. Se defendieron la guarnicion y habitantes con notable obstinacion, y el asedio no fué negocio de muy poco tiempo. Mas al fin, despues de destruidas las murallas y reducidos al mayor apuro los valientes defensores, se apoderaron los españoles de Ziriczee, donde el despojo fué muy corto y no proporcionado á la gloria que adquirieron.

Figura mucho esta expedicion de Zelanda en una guerra tan célebre por su duracion como por las hazañas militares á que dió motivo. En ella adquirieron los españoles grande nombradía como soldados valientes y esforzados; y prescindiendo aquí de la causa política que sustentaban, no se les puede defraudar de los elogios que merecen como militares. Aquellos hombres que hacia poco estaban en abierta rebelion contra la autoridad legítima, se expusieron ahora á los mayores peligros, y corrieron como á una muerte cierta á la voz de los mismos jefes que entonces desoian. Otras sediciones se siguieron, como se verá mas adelante: otros peligros de igual cuantía arrostraron denodados; prueba de lo distinto que es el hombre de sí mismo en varias ocasiones, y lo fácilmente que cede, tanto á la llama pasajera del entusiasmo, tratándose de cosas grandes, como á la de sus pasiones mezquinas en las mas bajas y pequeñas.

Fué seguida esta gloriosa expedicion de la muerte de dos grandes personajes que en ella figuraron, siendo la primera la de Chapino Vitelli, maestre de campo general, italiano de nacion, capitan de esfuerzo y de experiencia, muy entendido en la milicia, que había servido con distincion en varias guerras. La eleccion que de él hizo el duque de Alba para su maestre de campo general, es una prueba de su mérito eminente. Mostró en las campañas de Flandes, tanto á las órdenes de este general como de su sucesor don Luis de Requesens, que era muy digno de su cargo. Igualaba su pericia militar á su valor; era hombre tanto de mano como de consejo. Despues de tomar disposiciones para un dia de batalla, combatia con el arrojo de un soldado. Varias veces se presentó herido en las batallas para dar ejemplo, y se puede decir que á este arrojo, que á este poco cuidado por la conservacion de su salud, se puede achacar su muerte, hallándose ya en la edad madura de cincuenta y seis años.

Sintió muchísimo su pérdida don Luis de Requesens, y mandó que fuese sepultado en Amberes con toda la pompa y solemnidad debida á su clase y á su mérito. Mas se hallaba ya como herido de muerte el gobernador general al dar estas disposiciones; pues á los pocos dias de llegar á Bruselas de vuelta de la expedicion, falleció á impulsos de una enfermedad que hacia tiempo le aquejaba.

Fué sin duda don Luis de Requesens hombre de mérito por sus servicios y antecedentes de su larga carrera, consagrada al servicio del Estado. Su nombramiento para el gobierno de los Paises-Bajos, por un rey como el de España, manifiesta que era hombre de valer y de servicios. Su conducta en este cargo, digna de alabanza bajo cierto aspecto, abrió campo á la censura de los que atribuyeron á la suavidad de su carácter los desmanes de las tropas y hasta de los mismos pueblos, á quienes se les permitió la satisfaccion de sus agravios. Es probable que bajo la autoridad del duque de Alba, no se hubiesen atrevido las primeras á prorumpir en abierta sedicion, ni los segundos á mostrarse tan exigentes y orgullosos; mas tampoco figura en sus hechos militares en los Paises-Bajos una cosa tan expuesta y arrojada, como la expedicion de la provincia de Zelanda. Es muy cierto que don Luis de Requesens se sentia abrumado bajo el peso de un gobierno de tanta responsabilidad como el que se le habia encomendado, y que murió con la ansiedad de un hombre cercado de gravísimos cuidados, no siendo el menor el que causaban sus apuros pecuniarios.

CAPÍTULO XLVI.

Continuacion del anterior.—Estado del pais á la muerte de don Luis de Requesens.—Conferencias en Breda.—Toma el Consejo de Estado las riendas del gobierno.—Nueva sedicion de las tropas españolas.—Se apoderan los sublevados de Alost.—Medidas de represion por el Consejo de Estado.—Tumulto en Bruselas.—Deponen al gobernador y arrestan á muchos individuos del Consejo.—Se disuelve este.—Queda el gobierno en manos de los diputados de la provincia.—Confederacion de Gante.—Se traslada á Bruselas.—Decretos contra las tropas españolas.—Adhesion del príncipe de Orange á la confederacion.—Se apoderan los españoles sublevados de Maestricht.—Asalto de Amberes por la guarnicion española del castillo mandada por Sancho de Avila.—Toma y saqueo de la plaza.—Acriminaciones mútuas.—Llegada á los Paises-Bajos del nuevo gobernador general don Juan de Austria (1).—1576.

A la muerte de don Luis de Requesens ofrecian los asuntos de los Paises-Bajos un aspecto mas favorable á los intereses de España, que cuando dejó su gobierno el duque de Alba. Además de que no estaban ya los ánimos tan irritados contra la dominacion del rey, como en tiempo de su antecesor, se habia agrandado el territorio del pais sujeto á su obediencia. Verdad es que se habia perdido la plaza fuerte de Middelburgo; mas la toma tan gloriosa de la de Ziriczee habia compensado aquella desventaja. Con la muerte de Luis de Nassau habia desaparecido uno de los enemigos mas activos y temibles de Felipe II, y la inquietud de otra nueva invasion de las tropas alemanas. Permanecia el príncipe de Orange inactivo, á lo menos en la parte militar, hallándose sin fuerzas para recobrar las plazas que le acababan de tomar los españoles. Estaba reducida la

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

insurreccion á la provincia de Zelanda y las costas de las provincias septentrionales del pais, que se mantenian firmes á favor de la superioridad de su marina. Causa admiracion que el rey de España, dueño á la sazon de tantas galeras, no hubiese enviado á las costas de Flandes una escuadra para cooperar con sus ejércitos de tierra, y mucho mas, que los gobernadores del pais, que tenian á su disposicion tantos puertos de importancia, no se aplicasen á construcciones navales para contrarestar las fuerzas de los zelandeses y holandeses. Algunos ensayos se habian hecho, mas fueron en pequeña escala, y no los suficientes para sofocar en los mares la insurreccion, que parecia ya tan próxima á su fin en tierra. Mas la insurreccion estaba viva como nunca en todas partes, y la muerte de Requesens hizo, como veremos, descorrer el velo que cubria los verdaderos sentimientos de la generalidad de aquellos habitantes.

En medio del tumulto de la guerra no habian dejado de darse pasos para poner fin á un órden de cosas que inquietaba á los príncipes católicos, y cuya duracion se atribuia en parte á lo inflexible de la política de España. Ya en 1568 habia enviado el emperador Maximiliano una embajada solemne á Madrid, á cargo de su hermano el archiduque Carlos, para hacer ver al rey los males que producia en Flandes el demasiado rigor desplegado por el duque de Alba, y aconsejarle en nombre de la humanidad y los intereses mismos de la religion, que se empleasen medios mas suaves en la sujecion de aquellos habitantes. Mas Felipe II habia llevado muy á mal que se mezclase en sus negocios propios un extraño, aunque estuviese revestido con el título de emperador; y si bien procuró expresarse con templanza en la respuesta, dió á entender á Maximiliano que á él solo incumbia excogitar los medios que le pareciesen mas propios para la mejor administracion de sus estados. No insistió el emperador en vista de tan redonda negativa, mas andando el tiempo, por los años 1575, volvió á suscitarse en su ánimo y el de muchos principales católicos el deseo de terminar por medio de una avenencia los disturbios de los Paises-Bajos. Por esta vez no se mostró tan inflexible el rey de España, y dió oidos á las proposiciones que en este sentido se le hicieron. Se reunieron pues con el objeto de entrar en ajustes sobre paz varios comisionados por parte del emperador, del rey católico y de los estados disidentes en la ciudad de Breda; mas fueron las conferencias infructuosas. Ni el de España ni los estados separados de su obediencia querian un arreglo que no

podia menos de estar sujeto á condiciones duras para cada una de ambas partes. No queria ceder nada el rey católico en materia de religion y libertad de conciencia; y estos dos puntos eran tan importantes para los estados, que les era imposible sacrificarlos á consideraciones de ninguna clase. Así pedia cada una de las partes lo que sabia que la ótra no habia de conceder, creciendo las exigencias en proporcion de lo que se conocia la fuerza de la repugnancia. Las conferencias de Breda se terminaron, pues, sin resolver nada, quedando cada uno con la conviccion, que el asunto no tenia otro arreglo que lo que decidiese la fuerza de las armas.

Habia nombrado Requesens á la hora de su muerte por gobernador interino de Flandes al conde Barlemont, quedando el mando militar á cargo del conde de Mansfeld. Mas habiendo espirado sin poder firmar el documento, se declaró por nulo. Faltando la persona del gobernador y no estando nombrado ninguno por el rey, tomó, por las constituciones del pais, el Consejo de Estado las riendas del gobierno. Dudó el rey de España si dejaria á esta corporacion continuar en su cargo, ó si mandaria al pais un nuevo gobernante. Designaba la opinion pública á don Juan de Austria para esta dignidad, y aun no faltó quien aconsejase al rey no desperdiciase esta ocasion de enviar á su hermano á un pais, donde las circunstancias todas reclamaban la presencia de un príncipe ya tan famoso por sus hazañas militares; y que además no podria menos de ser muy grato á los flamencos por la memoria de su padre. Habia además otra razon de conveniencia, á saber, que habiéndose proyectado una expedicion á ruegos y por influencia del Pontífice, con objeto de librar á María Estuarda, reina de Escocia, prisionera entonces en Inglaterra, podria don Juan de Austria emprenderla desde Flandes mismo, haciéndose así la travesía mas corta, sin causar sospechas de antemano. Así se lo hizo ver el Papa al rey de España; mas aunque este pareció gustar de sus razones, juzgó que el Senado de Flandes, como compuesto de hombres del mismo pais, mirarian con mas interés la direccion de unos negocios que les tocaban tan de cerca, y así se decidió á dejar por entonces al Consejo de Estado á la cabeza de los Paises-Bajos.

No brilló en esta determinacion la prudencia tan habitual del rey de España. No era en un pais teatro de revueltas donde podia convenir el gobierno de muchas cabezas, expuestas siempre á la division y á la discordia. Contaba el Consejo de Estado con personas

muy adictas á los intereses del rey, como el conde de Arescot, el de Mansfeld y el presidente Viglio; mas no faltaban otros que miraban de muy mal ojo la presencia en el pais de las tropas españolas. Por una parte, se desdeñaban los grandes de estar sujetos á personas de su misma clase; por la otra, era objeto de descontento para las tropas, el no tener á su frente un gobernador general, de cuya sola autoridad estuviesen dependientes. Se aprovechó hábilmente de esta circunstancia el príncipe de Orange, para atizar el fuego de la discordia en una corporacion donde tenia secretos partidarios, y hacer que todas sus providencias se resintiesen de divergencia de los ánimos. Por sugestion de los que deseaban ver al pais libre de tropas extranjeras, se adoptó la medida de hacer salir á los alemanes mandados por el conde de Altemps, quien se mostró quejoso de la providencia, achacándola abiertamente á intrigas del gobernador de Amberes, Campiñy, hermano del cardenal Granvella, su enemigo personal, y á deseos de echarle de Bruselas con objeto de entregar la ciudad al príncipe de Orange. Mientras tanto los españoles que estaban en Ziriczee, al saber que habian prometido pagas á los alemanes con objeto de despedirlos, mientras nadie se acordaba de ellos, se amotinaron creyéndose desairados; pues la conquista de esta isla de Zelanda, si bien les habia producido mucha gloria, habia sido muy estéril en despojos. Como lo tenian en tales ocasiones de costumbre, prendieron á su jefe Mondragon, y nombraron un electo. En seguida escribieron al Senado, pidiendo sus sueldos en tono de amenaza, como hombres resueltos á hacerse pagar por la fuerza, si no se les satisfacia de grado. Trató de apaciguarlos el Senado, prometiéndoles las pagas, mas habiéndose diferido el cumplimiento de la oferta, por intrigas de algunos senadores enemigos de los españoles, prorumpieron estos en nueva sedicion, y pasando de las amenazas á las obras, se salieron de Ziriczee, que dejaron guarnecida con algunos valones, y se esparcieron segunda vez por el Brabante. En vano el Consejo trató de reducirlos á su deber, prometiéndoles siempre el pago de sus atrasos. Del conde de Mansfeld, que se les envió para reconvenirles por su conducta y volverles al camino del deber, no hicieron ningun caso. Era su intencion, nada menos que apoderarse de Malinas y Bruselas; mas habiéndose preparado estas poblaciones á una séria resistencia, torcieron á la provincia de Flandes, donde se apoderaron por sorpresa de la plaza de Alost, entrándola á saqueo.

Era la cuarta vez que las tropas españolas prorumpian en abierta sedicion, en el transcurso de muy pocos meses. Encendió de nuevo la toma y sacó de Alost el odio que se les tenia, y el Senado en semejante coyuntura dispuso que las ciudades se armasen para atender á su defensa, en caso de verse acometidas. Así se encendió de nuevo la guerra civil en los Paises-Bajos. El mismo Senado daba ejemplo de discordia, pues si algunos, y aun los principales, se mostraban adictos al nombre español, se empeñaban otros en la necesidad de que se les hiciese salir para siempre del territorio de los Paises-Bajos. De aquí nacieron dos partidos, uno con el nombre de español, y otro con el de patriota. Fácil es imaginarse que este era el popular, el que contaba con mas individuos, el que hablaba mas á los corazones de la muchedumbre. La noticia de la toma de Alost causó en Bruselas una sedicion que costó la vida á algunos españoles, y el mismo Senado, ya sin esperanza de que volviesen á su deber las tropas sublevadas, no sabiendo por otros medios calmar la irritacion del pueblo, expidió un decreto, declarando á los soldados rebeldes, enemigos del rey y de la patria.

Así en las mismas provincias que reconocian la autoridad del rey de España, estalló una guerra civil entre los habitantes del pais y las tropas extranjeras, entre las que ocupaban el principal lugar las españolas. Se adoptaron en las provincias medios de defensa contra los que consideraban ya como enemigos. Los españoles por su parte, viéndose tan amenazados trataron de hacerse mas fuertes y estrechar sus vínculos de la fraternidad, pues á esto deberian solo su conservacion en medio de tantos enemigos; y como las medidas que para ello deberian tomar tenian por precision que ser hostiles, encendió esto de nuevo las desconfianzas y los odios. Era á la sazon gobernador del castillo de Amberes Sancho de Avila, que se habia hecho tan famoso. Conociendo este caudillo el mal estado en que iban á verse sus negocios, escribió al Senado, quejándose con acrimonia de que hubiese mandado á las ciudades armarse en su defensa, pues era lo mismo que concitar sus odios contra las tropas españolas. Respondió el Senado, quejándose de la insolencia de los sediciosos de Alost, cuyos desmanes provocaban cuanto los flamencos hiciesen en su legítima defensa. Las cosas llegaron á tal punto, que Sancho de Avila, aunque irritado contra los sediciosos, á fin de ponerlos al abrigo del furor del pueblo, les envió un refuerzo de gente y municiones.

Amortiguó un poco este fuego de la guerra civil, la noticia de la pronta llegada á Flandes de don Juan de Austria, á quien el rey se habia decidido por fin á encargar este gobierno. Por otra parte, como cada uno de los dos partidos temia que le echasen la culpa de ser el agresor, se andaban algo remisos en las hostilidades. Los dos trataron igualmente de ganarse el ánimo del nuevo gobernador, imputando al contrario los males que eran fruto de estas disensiones. Escribieron los del Senado al rey, que en vano trataban ellos de que se conservase buen afecto á los españoles, cuando era general el odio contra ellos: que no habia artesano ni labrador que no comprase un arcabuz ó se hiciese con un arma de otra especie para hostilizarlos: que no servia de freno para la muchedumbre la tropa de los guarniciones: que los mismos españoles atizaban estos odios propasándose á violencias producidas en parte por la falta de pagas, que el Senado no podia satisfacer por la de caudales: que hasta entonces habia ido entreteniendo las esperanzas del pais con la idea y esperanza que llegase pronto don Juan de Austria, por lo que era de gran necesidad de que apresurase su partida. Así lo dispuso el rey, mandando á su hermano que se pusiese cuanto mas antes en camino para Flandes, mas no llegó tan pronto como las necesidades del pais lo requeria.

Aprovechó hábilmente este tiempo el príncipe de Orange, induciendo á los gobernadores de las provincias, para que se declarasen contra el rey en nombre de su libertad é independencia. Algunos llegaron hasta asegurar que el mismo conde de Arescot, tan adicto á la causa del monarca, llegó á entrar en comunicaciones é inteligencia con el príncipe, y que se trató de fortificar esta union con el enlace de sus hijos respectivos. Crecia de punto el odio á los españoles, que no contentos con la ocupacion de Alost, se habian apoderado del castillo de Liquerque, muy cerca de Bruselas. Se trató en el Senado de refrenar esta insolencia, tomando armas contra los soldados sediciosos, y como algunos de los individuos de esta corporacion manifestasen qus esto seria muy desagradable al rey de España, y que se debian tentar todos los medias de miramiento y consideracion hasta que llegase el dinero con que satisfacer sus pagas, fueron tenidos de los otros por traidores. Se sublevó con esto de nuevo el pueblo de Bruselas; y habiendo corrido á las armas, hicieron llevar á la cárcel á los senadores que habian disentido de los votos de la mayoría; depusieron al gobernador y nombraron en

su lugar á Guillermo Horn, con el mando absoluto militar, jóven muy contrario á la causa de los españoles. Su primera operacion fué enviar un regimiento al palacio del Senado, con órden de sacar violentamente de su seno á los condes de Mansfeld y Barlamont, al presidente Viglio y otros designados con el nombre de *hispanienses*, á quienes pusieron arrestados en sus casas para que no trastornasen con sus consejos la tranquilidad y el reposo del estado.

El Senado quedó con esto disuelto y sin autoridad, y la direccion de los negocios en manos de los diputados de los estados, contrarios todos de los españoles. Dieron luego un decreto de que saliesen de Flandes todos los de esta nacion, y en seguida convocaron á los diputados de todas las provincias, para conferenciar sobre los medios de asegurar el órden y la tranquilidad de los estados. Bien sabian que estas reuniones eran contra la expresa voluntad del rey; mas no titubearon en llevar adelante una resolucion en que tenia tanta parte el odio á su gobierno. Acudieron las provincias de Haynaut, Artois y Flandes á Gante, donde ajustaron una especie de confederacion que con el tiempo iba á echar tantas raices en los Paises-Bajos. Se trasladó esta reunion á Bruselas, adonde acudieron diputados por otras mas provincias. Se concretaron entonces todas las manifestaciones y medidas de la confederacion, á la expulsion de los españoles y demás tropas extranjeras, y aunque no hablaban de sustraerse á la autoridad del rey, sabido era que obraban contra sus principios políticos y expresas intenciones. Se dirigió la confederacion á Francia, á Inglaterra y á varios estados de Alemania, pidiéndoles proteccion en su demanda, que tenian por tan justa y razonable. Igual manifestacion hicieron al príncipe de Orange, pidiéndole se juntase con ellos y acudiesen algunas fuerzas á Gante, en cuya fortaleza tenian guarnicion los españoles. No deseaba otra cosa aquel personaje, y así envió al momento un número considerable de tropas, que se posesionaron de dicha fortaleza. A las provincias ya dichas se reunieron las de Holanda y Zelanda, sin ser obstáculo ninguno el que estas dos últimas fuesen el asiento principal de las nuevas sectas religiosas. Para concebir una idea de lo popular que era la medida de la expulsion de las tropas españolas, bastará indicar que muchos prelados y eclesiásticos de elevada clase acudieron á Gante, y manifestaron los mismos deseos de que saliesen de Flandes todas las tropas extranjeras.

Se podia considerar esta confederacion en hostilidad abierta contra el rey de España. Como tal la tomaron las tropas españolas, que miraban aquel pais como suyo, por derecho de conquista. Se declaró una abierta enemistad entre los soldados de uno y otro bando, pues la confederacion alistó tropas en apoyo de sus pretensiones. Fué recibido en Bruselas con muestras de grande regocijo el jóven conde de Egmont, hijo del que habia sido ajusticiado pocos años antes, y revestido de un mando importante, á pesar de sus pocos años y falta de experiencia.

Ya habian comenzado las hostilidades entre las dos facciones. En el primer encuentro fueron derrotados los confederados mandados por el conde de Glimen; mas esto, en lugar de abatir su ánimo, los inflamó de nuevo con los estímulos de la venganza. Corrieron los españoles victoriosos, á las órdenes del capitan español Alonso Vargas, á Maestricht, de donde hacia poco que habia sido expelida su guarnicion por las tropas de los confederados. Para volver á recobrar la plaza, se valieron de la estratagema de llevar delante de sus columnas todas las mujeres y niños que pudieron recoger de los contornos, con lo cual los habitantes se abstuvieron de hacer fuego, por no hacer víctimas á gente indefensa y que les tocaban tan de cerca. Tal vez será esta especie una de las invenciones de la fantasía de los historiadores. Mas como quiera que sea, los españoles entraron á viva fuerza en Maestricht, cuyo pueblo saquearon, por derecho de conquista.

Se declaraba la suerte de las armas por los españoles, mas no seguian menos en su pronunciamiento los confederados. Temiendo por la suerte de la ciudad de Amberes, en cuyo castillo mandaba Sancho de Avila, enviaron allá las tropas de que podian disponer, contándose entre ellas el tercio de Egmont y las alemanas mandadas por el conde de Overtei. Reunidas estas con las de la plaza, que mandaba el conde de Champigny, compusieron una guarnicion muy respetable. Pero dominados por el castillo, construido como hemos dicho, mas con objeto de hostilizar á la ciudad que defenderla contra enemigos exteriores, era preciso que tratasen de apoderarse de esta fortaleza ó que se pusiese al menos á cubierto de sus tiros. Todas las disposiciones de su gobernador se dirigieron á este objeto. Mas no estaba mientras tanto ocioso Sancho de Avila, capitan antiguo, y que sabia cuánto le importaba el ser agresor en esta lucha. Acudieron á su llamamiento todas las tropas españolas que se hallaban en los pueblos inmediatos, capitaneadas, entre

otros jefes, por Francisco Valdés, Julian Romero y Antonio de Olivera. Tambien se presentó en el castillo el capitan Vargas, que acababa de hacer la conquista de Maestricht, y hasta los mismos sediciosos de Alost acudieron con su electo, queriendo sin duda mostrarse agradecidos por los socorros que les habia enviado Sancho de Avila, y dando á entender que en semejantes conflictos todos eran españoles.

Reunido así un cuerpo de cinco á seis mil hombres, encendidos todos contra los confederados, no perdió un momento Sancho de Avila en tomar la ofensiva contra los de Amberes; y habiendo inflamado á sus tropas con una corta arenga, en que se hacia pomposa descripcion de las riquezas de aquel pueblo, bajaron denodadas á dar un asalto que tanto excitaba su codicia. Fué terrible el ímpetu con que embistieron; y las obras que habia mandado construir el gobernador para defensa de la ciudad, quedaron allanadas en el acto. Entraron los españoles, arrollando cuantas tropas se les ponian por delante. Fué el tercio mandado por el conde de Egmont el primero que les hizo frente, y como compuesto de soldados bisoños, al punto desbaratado, quedando su jefe prisionero. No ofrecieron mas seria resistencia las demás tropas de la plaza, entre las que se introdujo el desaliento y el desórden. Mas animosos se mostraron una gran parte de los habitantes de la ciudad, llevados por la desesperacion, al considerar que iban á ser despojados de sus bienes, haciéndose fuertes desde el palacio llamado de la Curia, donde hicieron una obstinada resistencia. Acudieron los españoles al expediente de poner fuego á este edificio, que se incendió con ochenta casas de las inmediaciones, y con esto se dió fin á toda resistencia.

Dueños de Amberes los españoles, procedieron, como era de aguardar, al saqueo de aquella rica poblacion, emporio del comercio de los Paises-Bajos. El botin fué inmenso. Se redimieron muchos habitantes del despojo por sumas muy cuantiosas; mas algunos fueron víctimas de las pugnas que se suscitaban entre los mismos vencedores disputándose las presas. Los desórdenes y crueldades á que dan márgen conflictos tan terribles, son fáciles de imaginarse. Perecieron mas de seis mil personas en Amberes, tres mil pasadas á cuchillo, mil y quinientas que murieron entre las ruinas de los edificios, y otros tantos ahogados en el rio. Se dice que no murieron mas que veinte y cinco de los españoles; mas en estas

evaluaciones se cometen siempre muchísimas inexactitudes.

Causó profunda impresion en el pais la noticia de la toma y saco de una ciudad tan populosa, tan comerciante y tan rica como Amberes, considerada bajo estos tres aspectos como una de las primeras de los Paises-Bajos. Se valuó el botin en mas de dos millones de florines. Se dice que los soldados se enriquecieron tanto, que hicieron de oro macizo las empuñaduras de sus dagas, y hasta petos y morriones, á los que dieron un color oscuro, à fin de ocultar el metal precioso de que estaban construidos. Es natural que hubiese exageracion en estas noticias, como en el número de los muertos y otras atrocidades ejercidas por los españoles. Mas no hay duda que este saqueo acrecentó el odio que se tenia á los de su nacion, y que sin hacer desmayar á los confederados, los animó á pensar en nuevos medios de mas seria resistencia.

Enviaron comisionados á España quejándose de la atrocidad reciente cometida por los españoles, y que habia sido precedida de tantas sediciones, de tantas violencias, de tantos atropellos de sus habitantes. Protestando siempre de su fidelidad á la causa del rey, de su adhesion y obediencia á su suprema autoridad, le decian los confederados que no habia que aguardar tranquilidad para el pais, mientras en él subsistiesen soldados tan atrevidos é indisciplinados. Por otra parte, sabedores los españoles del mensaje, representaron tambien con energía al rey quejándose de los flamencos, haciéndole ver que el odio que les profesaban no era mas que un pretexto para sustraerse á su suprema autoridad: que los confederados, en son de mostrarse celosos por la tranquilidad del pais, no eran mas que rebeldes encubiertos, que en secreto trabajaban para concitar los ánimos contra el rey: que el pais seria pronto teatro de una completa insurreccion si no se acudia al remedio con fuerzas respetables: que los del castillo de Amberes se veian amenazados por los de la ciudad, que habian construido ya obras para hostilizarlos: que la toma de la ciudad no habia sido mas que una medida de justa represalia y de castigo; con todo lo demás que podia ponerles en buen lugar con el rey, cuyo modo de pensar sin duda conocian.

Durante este conflicto y exasperacion mútua de los ánimos, hizo su entrada en los estados de Flandes don Juan de Austria.

CAPITULO XLVII.

Continuacion del anterior.—Llegada de don Juan de Austria á los Paises-Bajos. — Dificultades de los estados para entregarle las riendas del gobierno. — Le imponen condiciones.—Las acepta don Juan.—Edicto perpétuo.—Salen de los Paises-Bajos los españoles y demás tropas extranjeras.—Magnífica entrada de don Juan en Bruselas.—Mútuas desconfianzas y recelos.—Sale don Juan de Bruselas y se apodera del castillo de Namur.—Se declara nueva guerra.—Llaman los estados al príncipe de Orange.—Vuelven las tropas españolas á los Paises-Bajos, capitaneadas por el príncipe Alejandro de Parma.—Celos é intrigas contra el príncipe de Orange.—Llaman los estados al archiduque Matías para gobernarlos.—Su entrada en Bruselas, donde le entregan las riendas del gobierno (1).—(1576-1577.)

Fué prudente la determinacion de enviar á don Juan de Austria á Flandes, mas tardía. Si se hubiese adoptado inmediatamente que falleció don Luis de Requesens, se hubiesen evitado los conflictos debidos á la administracion de un cuerpo de muchas cabezas, como el Consejo de Estado de los Paises-Bajos. No era necesaria mucha prevision para conocer que en la confusion y hasta anarquía que trabajaba aquel pais, se necesitaba la mano firme de un jefe solo, á quien se encomendase la direccion de los negocios. Fué, pues, falta en Felipe II el haber diferido tanto el envío de un supremo gobernante. Pero este monarca tenia su atencion repartida en demasiados puntos á la vez, para no padecer algun descuido, y estaba demasiado lejos de los mas interesantes, para que pudiese tener idea exacta de su estado. Por otra parte, examinada bien la situa-

(1) Las mismas autoridades que en los anteriores.

cion de los Paises-Bajos, se puede decir que ningun medio ni sistema podia conducir á su completa pacificacion y á consolidar en él la autoridad del rey, tal como este la entendia. Habia producido malos resultados el de rigor empleado por el duque de Alba. No los tuvo mucho mas felices la suavidad y templanza de su sucesor; y la administracion que siguió despues, se condujo de un modo que no se sabia si era amiga ó estaba declarada en rebelion contra el mismo soberano que acataba. Los hombres previsores no podian, en la altura á que habian llegado los negocios, concebir grandes esperanzas de la administracion de don Juan de Austria; mas siempre era para ellos una garantía de acierto, la grande nombradía que por su nacimiento y hechos gloriosos alcanzaba.

Tomó la posta don Juan de Austria, segun la órden expresa de su hermano; mas cuando llegó á los Paises-Bajos, ya habia ocurrido la catástrofe de Amberes y manifestádose en abierta hostilidad el Consejo de Estado contra las tropas españolas. Desde Luxemburgo despachó cartas al Senado, enviándole la órden ó comision, en virtud de la cual le nombraba el rey gobernador de los Paises-Bajos, pidiéndoles al mismo tiempo la direccion de los negocios civiles, y el mando militar de todas las fuerzas del Estado. No se mostró muy pronto el Consejo de Estado del pais á cumplir los deseos del nuevo gobernante. En el estado de desconfianza y hasta de hostilidad en que se hallaban contra el rey, necesitaban garantías y poner sus condiciones para la admision de don Juan de Austria. Sin duda influian mucho en esta desconfianza, los consejos del principe de Orange. Mas prescindiendo de este resorte poderoso, hubiese sido grandísima imprudencia en los estados entregarse ciegamente al representante de su antiguo soberano. Así, despues de varias deliberaciones, contestaron á don Juan que estaban prontos á recibirle como su gobernador, despues que hubiese él reconocido las actas de la confederacion de Gante, comprometiéndose al mismo tiempo á hacer salir del pais á las tropas españolas; medida importante y la principal que habian decretado los confederados.

Recibió el mensaje don Juan de Austria sin mostrarse ofendido por este desaire á la suprema autoridad que el rey le habia confiado. Exigia la respuesta algun detenimiento y reflexion, y el príncipe lo consultó con sus dos secretarios mas íntimos, Octavio Gonzaga y Juan Escobedo, cuyo nombre figura mucho en la historia que escribimos. Opinó el primero porque don Juan se negase á las

condiciones que el Senado le imponia, alegando que esta corporacion ocultaba bajo la apariencia de obediencia al rey, los sentimientos de una oculta rebeldía: que su peticion de que se expeliesen las tropas extranjeras, no tenia mas objeto que el de sacudir completamente el yugo español, valiéndose para eso de las nacionales: que todo era artificio del príncipe de Orange, de quien eran aliados y hechuras la mayor parte de los senadores: que el deshacerse de los españoles y demás tropas extranjeras, era presentarse en el pais completamente desarmado y á la discrecion de los rebeldes: que era muy desdoroso á la persona y carácter de don Juan comenzar su gobierno sometiéndose á condiciones impuestas por sus subordinados; y que si queria ser indulgente y perdonar, era preciso reprimir y vencer antes.

Diversos fueron los sentimientos que mostró Escobedo. Dijo que tambien le era doloroso que don Juan pasase por la dura condicion de despedir las tropas españolas; mas que esta medida era popular, hasta el punto de ser apoyada por los votos de todas las clases del estado: que seria incurrir en la animadversion general, obstinarse en conservar unas tropas que, cualesquiera que hubiesen sido los motivos, ya habian ejercido en varios puntos todo género de excesos y violencias: que el saco de Amberes, sobre todo, habia excitado una indignacion universal, sin que nadie pudiese disculpar tal atentado: que obstinarse en esta medida, seria adoptar el plan de severidad desplegada por el duque de Alba, y seguida de tan funestos resultados: que los españoles, sobre todo, no eran necesarios en el pais, pues sin ellos habia gobernado la princesa Margarita, siendo siempre cosa de lamentar, el que no se hubiese seguido su parecer de que no se mandasen á Flandes semejantes tropas.

Se inclinó don Juan de Austria á este último consejo, tal vez por parecerle el mas saludable, tal vez por espíritu de moderacion y de indulgencia, tal vez porque el retener las tropas extranjeras no le expusiese á murmuraciones en la corte de Madrid, no habiendo recibido del rey instruccion ninguna sobre la materia. Por otra parte, nada tenian de chocante para él las determinaciones de la confederacion, en que quedaba salva la autoridad del rey y la adhesion á la fe católica, pues la conclusion de todo lo determinado era la cláusula siguiente: «Nosotros los infrascritos, delegados de los estados, »á quienes tambien representamos, hemos prometido y prometemos

»mantener perpétuamente estos conciertos para la conservacion de »nuestra sacrosanta fe y de la religion apostólica romana: para el »entero cumplimiento de esta pacificacion de Gante: para la expul»sion de los españoles y todos sus aliados; salva siempre la obedien»cia debida á la majestad real.» No queriendo el de Austria partir de ligero, á pesar de esta manifestacion, sometió al exámen de personas doctas todos los capítulos concertados en la liga; y habiéndole manifestado que podian admitirse, por no contener nada contrario ni á la religion ni al rey, los remitió á España, donde fueron aprobados por su hermano. Con este beneplácito, y saliendo por garantes los embajadores del emperador Rodulfo, del obispo de Lieja y del duque de Cleves, se ajustó en enero de 1577 la pacificacion con el nombre de edicto perpétuo, en Marc-la-famine, ciudad de Luxemburgo, por el cual se comprometió don Juan de Austria á disponer la salida de los españoles, y los estados á guardar obediencia al rey y mantener la religion católica.

Se publicó solemnemente este edicto en todas las ciudades principales de los Paises-Bajos, y don Juan de Austria fué aclamado por su gobernador, con demostraciones de regocijo, acompañadas de gran pompa y aparato. Antes de internarse mas en el pais se detuvo en Lovaina don Juan, y desde allí se ocupó activamente en disponer la salida de los españoles, para quienes fué esta disposicion objeto de las murmuraciones mas violentas. Se quejaron de la ingratitud con que eran pagados sus servicios, los grandes peligros á que se habian expuesto en servicio del rey, y la sangre que habian vertido en aquel suelo, donde tanto se les despreciaba. Decian que era tratarlos con la mayor ignominia sacrificarlos al resentimiento y envidia de sus émulos; que en cuantas partes se presentasen, se les daria en rostro con una expulsion que llevaba el carácter de la infamia; que si algunos años antes habian salido del pais, habia tenido esta medida el pretexto honroso de emplearlos en las guerras de Africa y de Italia; mas que ahora se veian expelidos del teatro de sus hazañas para servir de befa á los flamencos, y fomentar los proyectos de insurreccion que abrigaban contra el rey de España. En cuantas guarniciones habia tropas de España y demás paises extranjeros, se oian estas quejas; mas en ninguna parte con tanta vehemencia como en la ciudad de Amberes, donde acababan de ser los españoles tan preponderantes. Llegó el descontento á rayar en sedicion, hasta el punto de creer necesario don Juan de Austria enviar allá su secre-

tario Escobedo, á fin de calmar la efervescencia de los ánimos. Se condujo este con tino y con prudencia, diciendo á los descontentos que nada tenia aquella medida de injuriosa, y sí solo era promovida por la fuerza de las circunstancias: que ni el rey ni don Juan de Austria desconocian el mérito de sus servicios, hallándose siempre prontos á premiarlos; mas que en el conflicto, en el choque de pasiones era preciso hacer algo en beneficio de la tranquilidad de aquel pais, que al gobernador general le estaba encomendada: que quedaba siempre en el mayor lustre la gloria que habian adquirido en Flandes, donde la victoria habia coronado siempre sus empresas; que los flamencos eran los primeros á dar testimonio de la bizarría de los soldados españoles en todos los encuentros: que si en algo habian deslustrado estos laureles por las frecuentes sediciones á que se habian entregado, era la ocasion mas oportuna de merecer el perdon del rey, sometiéndose á sus órdenes. Con estas y otras palabras supo amansar la furia de los ánimos, y los españoles, ó por sentimiento de fidelidad al rey, ó por ver que ya no tenian mas remedio, entregaron los castilos y demás plazas fuertes de que se habian apoderado. Además los calmó mucho un edicto favorable que se expidió á su favor, alabando su comportamiento militar, y dando grandes elogios á su bizarría en los combates.

Se reunieron todos los españoles en Maestricht, donde se hizo el cange de los prisioneros que se habian cogido mútuamente, contándose entre otros, por parte de los flamencos, el conde de Egmont, y por la de los españoles la mujer del capitan Mondragon, que fué entregada á su marido. Para sufragar los gastos de la salida de estas tropas y satisfacer las pagas atrasadas, prometieron los estados aprontar la suma de seiscientos mil florines, pagada la mitad al contado, y la otra con letras de cambio sobre Génova. Pero no habiendo podido satisfacer por el pronto mas que cien mil, adelantó don Juan de Austria los otros doscientos mil por via de empréstito.

Se verificó por fin en abril de 1577 el movimiento de las tropas españolas, italianas y borgoñonas y otros mas paises extranjeros. Se dió el mando de todas estas tropas al conde de Mansfelt á fin de evitar las rivalidades que se comenzaban á suscitar entre los capitanes españoles, Vargas, Romero, Avila y Valdés, pues cada uno se creia con derecho de ser el jefe de toda esta columna. Marchaban las tropas tristes y pesarosas al dejar un pais donde habian residido cerca de diez años, habiéndose algunos casado en él, y echado raices con

otras conexiones. Aumentaba este pesar el sentimiento de verse expulsados del teatro de sus glorias, no excitando poco su indignacion, el contemplar en los pueblos del tránsito las demostraciones de alegría por verse libres de la presencia de estos extranjeros. Así salieron del pais, y atravesando la Lorena, la Borgoña y la Saboya, llegaron á Italia, donde fueron distribuidos en cantones diferentes.

No se presentó don Juan de Austria á revistar las tropas, como estas lo solicitaban antes de emprender la marcha. Sin duda quiso dar esta muestra mas de su sincera adhesion al tratado que acababa de firmar, quitando toda sospecha á que pudiese dar orígen este paso aventurado. Despues de verificada la salida, hizo su entrada pública en Bruselas con todo aparato y magnificencia, acompañado del legado del Papa y los diputados de todas las provincias. En la ciudad, fué recibido con las manifestaciones del mas vivo regocijo, y todos los homenajes de respeto á que era acreedor un príncipe jóven, coronado por tierra y mar con tantos laureles; que además de verse revestido de tan grande autoridad, reunia la circunstancia de ser hijo de un soberano tan popular y querido en Flandes como Carlos V. Se manifestó don Juan sensible á estas demostraciones de alegría y de respeto, acogiendo á todos con afabilidad, mostrándose benigno y propenso á trabajar por todos los medios posibles para hacer feliz al pais, y restituirle totalmente el órden y tranquilidad de que por tantos años habia carecido.

Parecia sincero el lenguaje de don Juan: con igual carácter se manifestaban el amor y la popularidad, de que fué desde un principio objeto para los flamencos. Jóven, afable, bien apuesto en su persona, de carácter franco, de maneras insinuantes, se hallaba con todos los medios de cautivarse las voluntades de sus gobernados. Mas duraron muy poco las mútuas simpatías. Eran demasiado profundas las llagas que las luchas pasadas, que la actual desconfianza habian hecho en los ánimos de la generalidad, para que se curasen con simples apariencias. Comenzó en medio mismo de los regocijos y felicitaciones públicas, á levantarse una sorda tempestad, que iba á estallar del modo mas violento. Acusaban los hombres previsores de imprudencia á don Juan de Austria, de haberse echado sin tropas y como sin defensa en brazos de un pueblo de sentimientos equívocos, y que cualquiera que fuese el amor que le manifestaban, nadie podia dudar de sus verdaderos sentimientos, relativos á la dominacion del rey de España. Estaba el pais en su generalidad eman-

cipado de hecho de aquel monarca, que tenia para ellos todo el carácter de extranjero, y no habia mas medios de contenerle en la obediencia que los de la fuerza, dado caso que fuesen suficientes. Se hallaba don Juan aislado, sin castillos, sin plazas fuertes á su devocion, sin tropas seguras en quienes podia fiarse, en caso de alguna desagradable contingencia. Esparcian por su parte los grandes del pais, enemigos de los españoles, rumores siniestros sobre el carácter y persona de don Juan, y sobre la mision de que estaba revestido. Decian que las tropas extranjeras permanecian muy próximas á la frontera, esparcidas en diversos puntos, prontas á entrar en el pais cuando fuese necesario; que parte de ellas habian ido á continuar sus servicios contra los calvinistas de Francia, aliados naturales de los Paises-Bajos; que eran unos mismos los enemigos de unos y otros. Añadian que don Juan, antes de salir de España, habia prestado en manos del rey un juramento muy contrario al de observar las capitulaciones de Gante, y que como mas antiguo debia de serle mas obligatorio; que aquellas apariencias de afabilidad no eran mas que un velo con que se cubrian siniestras intenciones: que habian andado muy poco cautos los estados entregándole las riendas del gobierno, sin pedir mas condiciones que la expulsion de las tropas extranjeras, cuando deberian exigir la restitucion de los fueros y privilegios del pais, de que habian sido tan injustamente despojados.

No era el menos activo propalador de estas voces, en descrédito de don Juan de Austria, el príncipe de Orange, tan propenso siempre á hostilizar al rey, pues de otro modo, no podia obrar en el sentido de sus intereses. Sus compromisos, sus circunstancias, el nuevo culto que profesaba, aun prescindiendo de los estímulos de la ambicion, todo le obligaba á continuar la guerra, á destruir para siempre la autoridad del rey en los Paises-Bajos. De todos los gobernadores enviados de España, debia de ser enemigo encarnizado. No podia ser excepcion de esta regla don Juan de Austria. Por mas que el espíritu de partido de los historiadores afee ó ensalce la conducta de cada uno de los dos partidos que estaban tan en pugna, es un hecho que la guerra autorizaba, por decirlo así, todos los medios de hostilidad de que uno y otro se valian. Debió de ser un grande pesar para el de Orange la presencia de don Juan en los Paises-Bajos. Que hiciese todo lo posible porque los estados no le entregasen las riendas del pais parece muy natural; otra cosa, seria en él descuido

grave. Tal vez propuso á los estados el que exigiesen por condicion que don Juan firmase las actas de la liga de Gante, esperando que el austriaco rehusase recibir la ley, antes de darla. De todos modos, cuando le vió de hecho gobernador de Flandes, natural era que tratase de desvirtuarle, de deprimir su autoridad, de hacerle objeto de desconfianza y de sospecha. Por lo pronto, no quiso tener con él la mas pequeña relacion política, ni obrar de modo que se creyese reconocer su autoridad; y cuando se le envió un mensaje de Bruselas para que las provincias de Holanda y Zelanda que reconocian su autoridad, se adhiriesen al edicto perpétuo, que unia á las demás, se negó á ello, alegando que siendo dichas dos provincias de distinta religion, no podian convenir con las demás en el juramento de conservar la católica romana.

Produjeron estas artes y maquinaciones el efecto deseado. Vino poco á poco á menos, el crédito de don Juan, hasta convertirse en odio, lo que habia sido antes popularidad y confianza ciega en su persona. Corrieron por el pais copias de cartas de don Juan de Austria al rey de España, interceptadas en Francia, en que pedia dinero y auxilio de gente, pues de otro modo no podia conservar su autoridad en el pais, tan en pugna con las autoridades del rey de España. Dieron estos documentos nuevas armas á sus acusadores. Insistieron en que no se debia dar crédito alguno al juramento del edicto perpétuo, habiendo tantos casos en que se dispensan por bulas pontificias, aquellos que parecen contrarios á la autoridad de los reyes, y al bien de la Iglesia.

Llegaron estos rumores á oidos de don Juan, quien no podia menos de advertir el cambio de los ánimos. Tambien recibió avisos anónimos de que estaba en Bruselas su persona amenazada por mas de un asesino. Sea que esto fuese cierto, sea que lo creyese así don Juan, ó que le sirviese de pretexto para sus planes ulteriores, tomó la resolucion de salirse de Bruselas con pretexto de recibir á la princesa Margarita de Valois, que iba á tomar las aguas de Spá, pero con el objeto verdadero de hacerse con un punto fuerte, desde donde pudiese emprender la guerra contra los estados si llegaba el caso. Pasó á Malinas, donde arregló algunas disensiones sobre pagas de tropas alemanas, y no dándose por seguro en esta plaza, se trasladó á Namur, en cuyo castillo habia puesto ya sus miras. Estando un dia de caza y á vista de esta fortaleza, la alabó muchísimo como hombre que hasta entonces no habia hecho alto en su gran mérito;

y esto dió motivo á que los hijos del gobernador de la provincia que le acompañaban le brindasen para que entrase á verla si gustaba. No se hizo de rogar don Juan, y luego que se vió dentro de la fortaleza, se declaró dueño de ella en virtud de autoridad del rey, guarneciéndola con tropas de su devocion, declarando al mismo tiempo, que era el primer dia de su gobierno real y verdadero en Flandes.

Se dividirán siempre los historiadores sobre el verdadero carácter de este paso tan violento. Le atribuirán unos á la enemistad de que era objeto don Juan de Austria, á los peligros graves que le amenazaban, á las traiciones que le designaban como víctima, mientras los contrarios sostendrán que todo esto no fué mas que un sueño, una invencion, un pretexto para arrojar la máscara y declararse opresor del pais, el que antes se consideraba como el primero de sus magistrados. No hay duda de que una conducta tan extraña da lugar á diversas conjeturas. Si don Juan obró por precaucion en derecho de su legítima defensa, por ejercer dignamente una autoridad que se hallaba despreciada, preciso es confesar que habia cometido una grandísima imprudencia, al entregarse desarmado en brazos de sus enemigos. Si no habia tales temores, si fué en él un rasgo de astucia y mala fé, no puede presentarse esta conducta con otro carácter que el de muy mezquina. De todos modos, fué la violenta ocupacion del castillo de Namur principio de una nueva guerra. Escribió don Juan de Austria desde el castillo de Namur á los estados de Bruselas, manifestándoles que su extraña resolucion de abandonar la capital habia sido motivada por las asechanzas de que se veia blanco su persona, enviándoles al mismo tiempo copia de las cartas en que se le daba parte de las tramas de los conspiradores que atentaban á su vida. Al mismo tiempo les decia que desde aquel momento iba á ser gobernador de los Paises-Bajos, con el decoro y la dignidad que convenia á su persona, no queriendo ser mas tiempo víctima de consideraciones y del carácter indulgente que hasta entonces habia desplegado. Hicieron estas cartas diversas impresiones, alegrándose los unos de que don Juan les diera pretexto de una guerra en que sin duda llevarian lo mejor, hallándose como indefenso; mas otros tomaron de ello pesadumbre, porque no se les acusase de ser los autores de esta nueva lucha. Contestaron los estados á don Juan, manifestándole las graves consecuencias que iba á producir aquel paso tan extraordinario de su parte, rogándole que se restituyese cuanto antes á Bruselas, donde seguramente no corrian riesgo, ni su autoridad, ni su persona; mas se mantuvo el de Austria firme en su resolucion, y les dijo que permaneceria en Namur, mientras no echasen de Bruselas á todos los traidores y á los que atentaban contra su persona; mientras no cortasen sus comunicaciones con el príncipe de Orange, ó no le obligasen á firmar las estipulaciones ajustadas por las demás provincias en el edicto perpetuo que se habia promulgado.

Mientras tanto intentaba don Juan de Austria apoderarse del castillo de Amberes, como lo habia hecho de la fortaleza de Namur. Mas habiéndose descubierto el plan, echaron del castillo á todos los de su parcialidad, y desde entonces quedó esta fortaleza bajo la inmediata autoridad de los estados.

Crecieron con esto la animosidad y las acriminaciones que se hacian mutuamente don Juan de Austria y los estados. Se acusaba al primero de buscar pretextos para hostilizar al pais, para repetir en él las escenas de crueldad que habia promovido el duque de Alba, inventando conspiraciones y tramas contra su persona, imaginarias todas, mientras don Juan de Austria se quejaba ágriamente de la ingratitud con que se pagaban sus servicios hechos al pais, y de lo expuesta que estaba su persona, en medio de tantos como atentaban á su vida.

De qué parte se hallaban la sinceridad y la falsía, es un punto histórico de difícil averiguacion. Es probable que ninguna de ambas partes procediese de buena fé, y que generalmente se deseaba un nuevo conflicto entre el pais y la autoridad del rey de España. La parte que tuvo este en el paso dado por don Juan, tampoco se sabe á punto fijo; mas el gobernador le dió noticia de las ocurrencias por medio del secretario Escobedo, á quien envió á toda prisa, á fin de recibir sus instrucciones. Por aquel tiempo el nuncio del Pontífice que habia llegado á los Paises-Bajos, con objeto de activar la expedicion de don Juan de Austria á Inglaterra, al ver que el estado de las cosas diferiria su marcha, trató de calmar la animosidad de unos y otros, y á este fin trabajó en Bruselas, porque se sometiesen de nuevo á la autoridad. Mas los estados, aunque recibieron al nuncio con todas las muestras de consideracion y de respeto, estuvieron tan lejos de acceder á sus amonestaciones, que enviaron una embajada al príncipe de Orange, invistiéndole con el carácter y autoridad de conservador del pais ó de Ruvarte, resuci-

tando así una magistratura, que de muy antiguo existia en los Paises-Bajos, y que estaba en desuso hacia mas de siglo y medio.

Ofendió nuevamente á don Juan este paso tan hostil de los estados. Mientras tanto le respondió el rey de España diciéndole, que atendiese antes de todo á la defensa de la autoridad real y de la religion católica, y que los estados expeliesen al príncipe de Orange, ó le obligasen á conformarse con los términos y estipulaciones del edicto perpetuo. Así se lo comunicó don Juan á los estados; mas estos respondieron con la negativa.

Estaba la guerra declarada de hecho al rey de España. A la cabeza de los estados católicos se hallaba el príncipe de Orange, protestante, enemigo irreconciliable del monarca. Casi todas las provincias seguian sus banderas, y en los sentimientos de la insurreccion entraron las personas mas influyentes del pais, incluso los eclesiásticos: unos por espíritu de independencia; otros por verdadera adhesion á los intereses del príncipe; otros por parecerles que era mas fuerte su parcialidad; algunos por no creer de buena fé á don Juan de Austria en esta circunstancia. Habia parecido en efecto su paso de apoderarse del castillo de Namur, tan extraño y poco motivado, que se le atribuyó á un pretexto de nuevas hostilidades, y plan de sujetar al pais por la fuerza de las armas extranjeras.

Las probabilidades del resultado de la lid estaban por entonces contra don Juan de Austria. Todas las provincias reconocian la autoridad de los estados, á excepcion de las de Namur y Luxemburgo, que seguian las banderas del austriaco. A solos cuatro mil ascendian las tropas que pudo allegar este, formadas de alemanes que habian quedado en el pais, y de españoles y borgoñones que se hallaban sirviendo en Francia á la sazon; mientras se componia de quince mil el ejército de los estados, es decir, del príncipe de Orange.

Sea por aumentar mas su popularidad, ó porque teniendo fija su atencion en las provincias de Holanda y Zelanda, tratase de debilitar el resto del pais, mandó el príncipe de Orange que se demoliese la parte del castillo de Amberes que miraba y amenazaba á la ciudad, y ninguna providencia podia ser mas popular en aquellas circunstancias. Fué aquella destruccion obra de un instante; pues en ella se ocuparon indistintamente todas las clases de los ciudadanos, hombres, mujeres, niños, hasta las damas mas principales concurrieron entusiasmadas á un derribo en que cifraba la ciudad

su libertad é independencia. Pero lo que mas contribuyó á excitar el regocijo popular, fué la vista de la estatua del duque de Alba, que encontraron casualmente en una habitacion privada del castillo. Difícil es describir el ardor y el entusiasmo con que fué sacada de aquella oscuridad, golpeada, pisoteada, arrastrada por las calles, como si quisiesen desahogar en la figura de que era imágen, todo el odio que en Flandes se le profesaba. Así como la estatua habia sido construida con cañones cogidos por el duque en el campo de batalla, del mismo modo se la fundió ahora, convirtiéndola en los mismos objetos de destruccion, de que se iban á servir los flamencos contra sus contrarios. El mismo ejemplo de la demolicion del interior del castillo de Amberes, fué seguido en las plazas de Utrecht, Gante, Lila y Valenciennes.

Mientras de una y otra parte se hacian preparativos de guerra, fermentaban en Bruselas rivalidades y odios contra el príncipe de Orange. O porque se arrepintiesen de estar bajo la autoridad de un hombre que les era tan superior en habilidad y en genio, ó porque creyesen que se habian hecho demasiado odiosos al rey de España obedeciendo á un hombre tan enemigo de su persona como de su fé, trataron los estados de darse un nuevo gobernante. Opinaban unos por la reina de Inglaterra: pretendian otros que se llamase al duque de Anjou, hermano del rey de Francia; se inclinaban otros al archiduque Matías, hermano del emperador Rodulfo. Fué desechada la opinion que queria á la reina de Inglaterra, por ser esta una persona extraña que no podia residir en Flandes; tampoco se quiso al duque de Anjou, por sus conexiones y su carácter, que pasaba por ligero; la pluralidad, pues, se decidió por el archiduque, y con este fin le enviaron embajadores secretos para ofrecerle en nombre de los estados el gobierno de los Paises-Bajos. Accedió el príncipe á la invitacion, y con todo secreto dejó la corte de su hermano. Se mostró este ofendido é indignado con la conducta del príncipe; mas algunos le suponen instruido de la negociacion, y que afectó este disgusto para no parecer que trabajaba para incluir á los Paises-Bajos en las posesiones de la casa de Austria en Alemania. En esta connivencia creyó á lo menos don Juan de Austria, y así se lo escribió á Alejandro Farnesio, que se hallaba entonces en camino para los Paises-Bajos. Parece esto lo mas verosímil, pues otra cosa, hubiese sido en el archiduque un acto de desobediencia, ó por mejor decir de rebeldía.

Llegó Matías á Bruselas, donde fué recibido con magnificencia y toda clase de festejos. Los estados le revistieron con una autoridad que no merecia el nombre de suprema, por las muchas condiciones que se le impusieron, llegando á treinta y uno los artículos del tratado presentado por los del pais y firmado por entrambas partes. Para poner mas coto á este mando del jóven archiduque, pues no pasaba entonces de veinte años, le nombraron por teniente ó vicario al príncipe de Orange, que era en realidad el que mandaba.

CAPÍTULO XLVIII.

Continuacion del anterior.—Preparativos de una guerra.—Vuelta á Flandes de las tropas españolas é italianas, mandadas por Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.—Batalla de Gemblours ganada por don Juan.—Toma de algunas plazas por los estados.—De otras por las tropas españolas.—Se apodera Alejandro de las de Diest y Sichen.—Sujeta la provincia de Limburgo.—Toma de Amsterdam por el príncipe de Orange.—Se refuerzan ambos campos.—Va don Juan en busca de los enemigos.—No aceptan la batalla.—Crecen los apuros de los españoles.—Enfermedad y muerte de don Juan de Austria.—Su carácter (1).—(1577-1578.)

¿Qué relaciones existian á la sazon entre los estados del pais y el rey católico? Hallándose en pugna abierta con el gobernador designado como tal por el monarca, se los pudiera considerar separados para siempre de la España. Por otra parte manifestaban reconocer la autoridad del rey, y protestaban que no habian llamado un nuevo gobernante, sino como interino y hasta que se dignase nombrar otro; exigiendo siempre por condicion de su obediencia, que saliese de su territorio don Juan de Austria. ¿Qué significaba, pues, una declaracion tan desmentida por los hechos? A ser sincera, ¿qué necesitaban los estados llamar á un archiduque y traerlo clandestinamente sin conocimiento de su hermano? El problema solo ofrecia ya una solucion, y esta era muy clara. Para Felipe II no habia mas medio, si queria volver á ser soberano del pais, que la fuerza de las armas. Así se comprendia de una y otra parte, allegando cada una las fuerzas de que podia disponer para la próxima

(1) Las mismas autoridades.

campaña. Acudieron los estados á sus alistamientos en Inglaterra y Alemania. Pedia tropas con toda prisa á su hermano don Juan de Austria.

Mientras pasamos á referir de un modo sucinto las operaciones de esta nueva guerra, diremos, para dar una idea mas exacta del estado del pais, que el nombramiento del archiduque no fué tan popular como sus autores esperaban. Para los adictos á la nueva secta religiosa ó encarnizados enemigos de toda dominacion extranjera, fué un pobre expediente recurrir á un príncipe católico tan estrechamente unido por vínculos de sangre y de familia con el rey de España. Por otra parte, para los que se mantenian fieles á la fe católica y sabian que el príncipe de Orange era el alma, ó por lo menos el principal agente en la direccion de los negocios, era repugnante la obediencia que se les hacia prestar á un jefe protestante. Causó muchos disturbios y encontró muchas resistencias la aceptacion de la nueva ley política, pues tal nombre podia darse al tratado que acababa de ser firmado por el archiduque. Sobre todo los jesuitas se negaron absolutamente á adherirse al nuevo órden de cosas, y este ejemplo fué imitado por algunas otras corporaciones regulares. Pero el poder de los gobernantes se mostró mas fuerte que la resistencia, y por medio de castigos, destierros ú otras penalidades, se restableció la tranquilidad en estas provincias disidentes.

Eran entonces muy pocas las fuerzas con que contaba don Juan de Austria, cuya autoridad se extendia á solo dos provincias. Mas no se descuidó el rey en aumentárselas. Recibieron todas las tropas españolas que se hallaban en Italia, órdenes de ponerse en marcha para los Paises-Bajos; disposicion que fué recibida por ellas con grandísimo entusiasmo, creyéndose ya vueltas á la gracia del rey, y deseosas de vengarse de las injusticias y hasta las afrentas que suponian haber recibido de aquellos habitantes. Se movieron estas tropas prontamente con direccion á su destino; y lo que hacia el refuerzo de un valor inestimable, era que se hallaba á su cabeza el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, ya conocido por sus proezas militares, compañero de don Juan de Austria en la famosa batalla de Lepanto.

La presentacion de este nuevo personaje en una escena donde iba á adquirir una fama tan esclarecida como gobernante, y sobre todo como capitan, merece que consagremos algunas líneas á sus

antecedentes y principios, aunque no sea la primera vez que escribimos su nombre en esta historia. Era Alejandro Farnesio hijo de Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto del papa Paulo III (Alejandro Farnesio), quien con el auxilio y favor de Carlos V, habia erigido aquel pais en un estado independiente y soberano. Se casó Octavio Farnesio con Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, viuda entonces de Alejandro de Médicis, duque de Florencia, y de este matrimonio fué fruto, en 1546, el príncipe de quien nos ocupamos. Pasó en Italia los años de su infancia, y siendo todavía niño acompañó á su madre á los Paises-Bajos. Se dice que no tenia mas que once cuando se halló en la famosa accion de San Quintin; mas no es probable que el rey de España permitiera que expusiese su persona en tan corta edad á los peligros de aquella lucha memorable, y es mas natural que le tuviese cerca de su persona, que no asistió, como se sabe, á la batalla. Al regreso de Felipe II á España, se lo trajo consigo para cuidar de su educacion, y segun sienten algunos y es probable, para que le sirviese de rehenes de la fidelidad y buen comportamiento de su madre Margarita, nombrada gobernadora de los Paises-Bajos. Se educó, pues, Alejandro Farnesio en la corte de España, saliendo muy diestro en todos los ejercicios que constituian la mayor parte de la enseñanza de los altos caballeros de su clase. En otra parte hicimos ver que tuvo por compañeros en este aprendizaje á don Juan de Austria y al desgraciado príncipe don Carlos, y que cursaron juntos á la universidad de Alcalá, donde no es probable que hiciesen grandes progresos en clase de estudiantes. Así se mantuvo en España el príncipe Alejandro, hasta la edad de diez y nueve años, que se le ajustó su matrimonio con María de Portugal, hija primogénita del infante don Duarte ó don Eduardo, hermano de don Juan III. Partió la princesa por mar á los Paises-Bajos, donde se celebraron los desposorios con toda solemnidad, á presencia de la princesa Margarita, muy satisfecha de este enlace, sobre todo porque le creia un rasgo de favor del rey de España.

Enviudó pronto el príncipe Alejandro, aunque tuvo hijos de su matrimonio, como haremos ver mas adelante. Pasó despues á Italia, donde se mantuvo en compañía de su padre Octavio, hasta que habiendo sabido la famosa liga que se ajustaba contra el turco, quiso tomar parte en el armamento marítimo que contra aquella potencia se aprestaba. Entró, pues, de voluntario en la escuadra española, y se halló en la batalla de Lepanto, donde se distinguió su

grande bizarría, tomando el navío donde iba Mustafá-Bajá, teniente de la escuadra enemiga, y haciendo otras proezas que le valieron la estimacion general, y los elogios que en público y en sus cartas al rey hizo de su persona don Juan de Austria. Siguió dando muestras de su valor é inteligencia en el resto de aquella campaña memorable, y desde entonces adquirió fama de valiente soldado y de jefe distinguido. Restituido á Italia, recibió la órden del rey para ponerse al frente de las tropas que mandaba á don Juan de Austria de refuerzo. No podia hacer Felipe II una eleccion mas acertada, y esto prueba que aunque este monarca miraba con grandes celos y suma desconfianza el poder y autoridad con que á sus delegados revestia, conocia los hombres y hacia justicia al mérito. Se habló entonces, y parece que fué la primera intencion del rey, enviar al hijo juntamente con la madre, encargando á esta por segunda vez el mando de los Paises-Bajos. Mas no tuvo por entonces efecto la disposicion, y el príncipe partió solo, tomando el camino por la Saboya, la Borgoña y la Lorena, precediéndole las tropas, que marchaban á jornadas regulares.

Fué recibido Alejandro Farnesio por don Juan con todas las demostraciones de alegría, como hombre que conocia su mérito y la grande utilidad que iba á sacar de sus servicios. No podia llegar un refuerzo mas á tiempo en la grave situacion en que se hallaba don Juan de Austria. Los confederados, es decir, las provincias disidentes, hacian sus preparativos para tomar cuanto antes la ofensiva. Verdad es que habian ya cometido la imprudencia que se puede achacar á timidez, no cayendo sobre don Juan cuando este se hallaba con tan pocas fuerzas. Mas tal vez creyeron que intimidado el austriaco con el decreto que le lanzaba del pais, y viéndose tan desamparado, abandonaria el territorio de Flandes, evitando así nuevos conflictos. Mas cuando le vieron reforzado y con firme resolucion de hacer la guerra, debieron de pensar muy sériamente en que á la guerra solo se iba á encomendar la decision de su contienda.

Se mostró la fortuna en un principio mas favorable á los estados que á los españoles. Fluctuaban varias plazas que estaban á la devocion de estos últimos: se entregaban otras de grado, ó con muy poca resistencia á los primeros. Lo fué el coronel Fugier, gobernador de Berghen, por sus mismos soldados á los enemigos, quienes se hicieron de este modo dueños de la plaza. Se presentó delante de la de Breda el conde de Holack, y del mismo modo cayó en manos de los enemigos. Se defendió esta plaza con valor, mandándola el coronel Fronsberg, jefe del tercio de los alemanes. Mas hallándose en grande apuro de dinero por sediciones de la tropa, envió secretamente á don Juan de Austria un mensajero pidiéndole socorro. Habiendo caido este en manos de los enemigos, lo detuvieron algunos dias que podria tardar de ida y vuelta, y entonces fingiendo la letra, enviaron otro á la plaza con una carta fingida, mandando á Fronsberg que se entregase. Mientras tanto, se apoderaron los sediciosos del gobernador, y habiendo entregado la plaza al enemigo, salió la guarnicion precisamente cuando ya se avistaba desde lejos un socorro que le enviaba don Juan de Austria. No fué igualmente dichoso el conde de Holack delante de los muros de Ruremunda, de donde fué repelido por Egidio de Barlamont, á la cabeza de sus tropas, que se mostraron fieles á la causa de los españoles. Don Juan de Austria no hacia por su parte presa alguna importante sobre el enemigo; mas no era menor la actividad con que organizaba sus tropas, ayudándole mucho en esto el príncipe de Parma, que ya se preparaba á coger los laureles que alcanzó con tanta abundancia en los Paises-Bajos.

Mientras se hacian estos preparativos de guerra, y habian comenzado de una y otra parte las hostilidades, se hablaba de arreglos amistosos y de paces. Ofreció la reina de Inglaterra su mediacion; mas es probable que no hubiese buena fe en todas estas proposiciones que parecian tan benévolas. No querian los estados darse el aire de agresores, y buscaban aparentemente negativas, para hacer ver que se los obligaba á defenderse. Es probable que don Juan de Austria queria la guerra como el único medio de sujetar y tener á raya un pais, del modo que lo entendia su hermano. En cuanto á la reina de Inglaterra, era natural que propendiese á fomentar la insurreccion de los estados, por la enemistad que casi abiertamente profesaba al rey de España. Así, despues de la ruptura de las negociaciones, envió algunas tropas y dinero á los insurgentes, aunque no de un modo oficial, para no romper con Felipe II abiertamente. Y si bien no se puede llamar esta guerra religiosa, pues en las provincias disidentes se profesaba generalmente la fe católica, obraban por la mayor parte bajo la influencia de los protestantes, entre los que estaba alistado abiertamente el príncipe de Orange.

Se acercaba el momento de una gran batalla: hicieron los disi-

dentes muestra general de sus tropas; y la misma operacion practicó don Juan de Austria. Era este inferior en número, pero contaba con tropas mas aguerridas y experimentadas. A diez y ocho mil ascendian la fuerza de su ejército; á veinte y siete mil el de los contrarios. Se dice que el Papa Gregorio XIII expidió una bula muy solemne á favor de los españoles, en que les daba plena absolucion de todos sus pecados, con tal que se mostrasen fieles á sus obligaciones, y que leido este documento al frente de banderas, causó en las tropas grandísimo entusiasmo. Experimentaba, sin embargo, algunas deserciones el campo de don Juan, y esto le dió mas prisa para salir en busca de los enemigos. Se movieron estos al mismo tiempo al encuentro de los españoles. Llevaba la vanguardia Manuel Montigny y Guillermo de Hez con sus tercios, precedidos de caballería y arcabuceros, flanqueados por ambas partes por dragones. Mandaban el cuerpo del ejército el conde de Bossut, el señor de Campigny, con dos tercios alemanes y valones, tres regimientos de franceses, y trece de escoceses é ingleses. La retaguardia, compuesta en gran parte de caballería, estaba á cargo del conde de Egmont con sus flamencos. Al frente del ejército marchaban gastadores, y en el centro iban colocados los equipajes y la artillería. Era general de este ejército el conde de Coigny, capitan antiguo, que habia servido á Carlos V, distinguiéndose mucho en la batalla de San Quintin; mandando en segundo los auxiliares que se habian enviado á Francia. No se hallaba en el ejército el archiduque; y lo que es mas extraño, ni el príncipe de Orange, que tan vivo interés debia tener en el buen éxito de la batalla.

Mandaba en persona el español don Juan de Austria, que habia salido de Namur al mismo tiempo que sus enemigos. Envió delante á Antonio Olivera y Fernando Acosta con infantería y caballería, para descubrir el pais y despejarlo de enemigos: dejó en las márgenes del Mosa un cuerpo considerable á las órdenes de Carlos Mansfelt para que sirviese de reserva. Al frente del cuerpo principal se colocó él mismo, teniendo á su lado al príncipe Alejandro. Iban en la vanguardia los arcabuceros, bien flanqueados por la caballería, y á cierta distancia cuerpos de infantería con lanzas, seguidos de algunos caballos ligeros. Se componia el centro de dos escuadrones de arcabuceros y piqueros españoles y alemanes, y la retaguardia de otro tercio de valones. Mandaba la vanguardia Octavio Gonzaga, y la retaguardia el conde Mansfelt, maestre de campo general. En

el estandarte de don Juan se veia una cruz con la inscripcion siguiente: «Con esta señal vencí á los turcos: con esta venceré á los hereges.»

A la vista ya del enemigo, y enterado don Juan de Austria por Oliveira de sus designios y del órden con que caminaban, destacó á Gonzaga y Mondragon con seiscientos caballos y mil infantes, para que con toda precaucion los atacasen por la retaguardia. Mientras tanto, marchaba el enemigo por un camino hondo y fangoso, que le obligaba á dar algun rodeo para pisar un terreno mas cómodo y mas seco. Con esto se desordenó algun tanto, lo que percibido por Alejandro Farnesio, trató de aprovechar la ocasion atacándolos de repente, antes que saliesen de aquella especie de embarazo. Acometió, pues, con un trozo escogido de caballería, seguido de algunos capitanes españoles, entre ellos Bernardino de Mendoza, Fernando de Toledo, Martin Mondragon, que quisieron tener parte en aquel lance. Tuvo la embestida el mejor éxito. Se desordenó la columna enemiga, y murieron muchos sin poder siquiera defenderse, embarazados con el mal terreno. Otros, que huyeron precipitadamente, arrollaron en su fuga á su propia infantería, que iba á retaguardia, dejándola á merced de nuestra caballería, que los atacó en seguida. Introducido así el desórden en el ejército de los estados, se siguió una derrota general, siendo completa la victoria de los españoles. Fué muy poca la pérdida de estos: á diez mil ascendió entre muertos, heridos y prisioneros la de los contrarios. Perdieron treinta y cuatro banderas, toda su artillería y equipaje, y entre los prisioneros hubo muchas personas de distincion, siendo una de ellas la del mismo general en jefe.

Pasó el ejército roto y dispersado á la plaza de Gemblours, que se hallaba á las inmediaciones y que dió su nombre á la batalla. Mas la evacuaron por la mayor parte, no atreviéndose á esperar á nuestras tropas. Trataron de capitular con don Juan los que quedaron, y al fin tuvieron que rendirse á discrecion; ¡tan pocos eran, y sin ningun medio de hacer resistencia, aquellos restos del ejército enemigo! Fué de mucha importancia para don Juan la toma de una plaza en que los estados habian hecho grandes acopios de víveres, municiones, y todo género de pertrechos militares.

Celebró solemnemente don Juan de Austria la victoria de Gemblours, que tantos triunfos ulteriores prometia. Formado su ejército fuera de las puertas de la plaza, á todos dió las gracias en nombre

del rey, nombrando en alta voz los que mas se habian distinguido. En cuanto al príncipe Alejandro, afectó el de Austria reprenderle por su temeridad, dándole á entender que el valor era mas propio del soldado que del general; y como el de Parma le respondiese que no se podia ser general sin el valor que caracteriza al buen soldado, le abrazó don Juan de Austria y le aclamó á la vista de todo el ejército como valiente y esforzado capitan, á cuyo arrojo se habia debido principalmente la victoria. Así comenzó la gran reputacion que en las guerras de Flandes alcanzó el príncipe de Parma.

Causó la derrota de Gemblours la mayor consternacion y espanto en los estados. Antes de saberse la noticia, trataba el príncipe de Orange de acudir en persona con el archiduque al refuerzo de su ejército; mas cerciorado de la ocurrencia, salió de Bruselas con el mismo Matías, con el Senado y los principales de la corte, y tomó la direccion de Amberes, no creyéndose seguros en Bruselas, donde quedó una guarnicion por si se acercaba el de Austria.

¿Cómo no lo hizo el general español en alas de una victoria tan brillante? ¿No debió de esperar que cayese en sus manos una ciudad sobrecogida del miedo, y abandonada de los jefes principales? Si en su campo empezaron á notarse síntomas de sedicion tan frecuente por la falta de pagas, ¿no era este un motivo mas para excitar su ardor con el aliciente del saco de la plaza? Parecia, pues, muy natural esta conducta; mas cualquiera que hubiese sido el real motivo, es un hecho que don Juan se quedó en inaccion con el cuerpo del ejército, y destacó varios trozos mandados por jefes escogidos, para que se apoderasen de ciertas plazas menos importantes. Se entregó Lobayna sin ninguna resistencia. Lo mismo hicieron Judoyne y Tirlemont, siguiéndolas Arescot, aunque esta última no tan fácilmente. Tambien se rindió la plaza de Bovines; mas no abrió sus puertas sin haber hecho una fuerte resistencia. Era el plan tomar igualmente á Vilvorde y á Malinas, mas se desistió de esta empresa por entonces.

Encargó don Juan de Austria al príncipe Farnesio el sitio de la plaza de Diest, de la propiedad del príncipe de Orange. Mas Alejandro, por no dejarse á las espaldas la de Sichen, comenzó por esta sus operaciones. Envió con este objeto á Lanzaloto Barlamont con el tercio de alemanes; pero como hizo la plaza mas resistencia de la que se creia, tuvo el príncipe que ir en persona á dirigir el sitio. Despues de haberla batido en brecha ordenó el asalto, que fué em-

prendido por tropas alemanas, lorenesas y españolas, asignando á cada nacion un puesto, á fin de que los animase mas el espíritu de emulacion, combatiendo unos á presencia de otros. Ordenó al mismo tiempo, que algunas compañías se corriesen á la parte opuesta, á fin de que simulasen por allí un ataque, despues de empeñado ya el asalto. Acometieron con intrepidez las tropas de España, y no fueron repelidas con menor ardimiento y coraje por los defensores; mas habiendo oido que se atacaba la plaza por el otro lado, comenzaron á ceder el terreno y á desordenarse. Unos se rindieron, se retiraron otros al castillo; otros que se escaparon de la plaza, cayeron en manos de la caballería que con este objeto habia colocado en las orillas del rio el príncipe de Parma. Fué entregada la ciudad á saco; pasados á cuchillo los habitantes que se resistieron; perdonados los que se entregaron.

En seguida se trató de la expugnacion del castillo, bien fortificado y separado de la plaza por medio de un trincheron ó foso que era preciso cegar para llegar á sus murallas. Consiguió lo primero prontamente el príncipe, habiendo hecho reunir cuantas palas, azadones y picos fueron necesarios para abrir un camino de zapa y cegar la trinchera, dando él mismo ejemplo, y trabajando con un azadon al frente de las tropas. Hicieron los del castillo poca resistencia. Pidieron á Farnesio les perdonase las vidas; mas les fué negado, pues pertenecian á los prisioneros cogidos en Gemblours, á quienes se les dió libertad con la condicion de que no volverian á tomar las armas contra el rey de España. Fueron colgados los principales jefes y oficiales, y los demás, en número de ciento sesenta, pasados á cuchillo.

Tomada la plaza de Sichen, pasó el príncipe Alejandro á la de Diest, principal objeto de la empresa. Se la intimó la rendicion, y los de adentro vacilaron algo, esperando refuerzos del príncipe de Orange: mas viendo que estos no venian, y aterrados con el ejemplar de los de Sichen, abrieron sus puertas sin hacer ninguna resistencia. Les trató el príncipe de Parma con benignidad, no tocando á sus haciendas, dando libertad á la guarnicion, sin dejarles mas armas que la espada. Pero al desfilar delante de Alejandro, reparando este en su buena presencia y disposicion, les ofreció servicio con el rey, lo que aceptaron al momento. Nada habia mas comun entonces que este paso de tropas, del servicio de un príncipe al de su enemigo. De igual grado y con iguales condicio-

nes abrió la plaza de Leyva sus puertas al príncipe de Parma.

En seguida envió el don Juan de Austria á Carlos Mansfelt á poner sitio á la plaza de Nivelles. Mas habiendo esta hecho grande resistencia, se trasladó al sitio el general español con Alejandro. Se convinieron por fin los habitantes en rendirse, mas querian por condicion el que no entrasen en ella los franceses, nacion con quien habian estado en guerra muchas veces. Antes de la entrega de la plaza estalló otra sedicion en el campo de don Juan por los alemanes, que pedian algunos meses de pagas atrasadas. Escribieron los amotinados al general, pidiendo que se les satisfaciesen, ó que de lo contrario les diesen el saco de la plaza. Sin dar ninguna respuesta don Juan, mandó separar las compañías mas alborotadas con pretexto de una expedicion que les ofrecia gran despojo. Cuando estuvieron ya algo lejos del campo, las hizo rodear por las otras tropas, que las despojaron de sus armas. Se procedió despues al castigo de los delincuentes. Fueron ocho los sorteados para morir en el suplicio. Se redujo este número á cuatro, despues á dos, y al fin fué uno solo quien espió con su sangre el crímen de los otros.

Sosegada la sedicion se entregó Nivelles á las tropas españolas, sin sufrir saqueo ni las demás calamidades de este clase. Salió la guarnicion sin armas, y se mandó que se depositasen estas en la plaza de la municipalidad, á fin de repartirlas á los franceses por via de despojo. Al apoderarse de ellas, se siguió una especie de tumulto, queriendo arrancárselas mutuamente unos á otros, lo que ocasionó muchas heridas con algunas muertes.

Poco despues pidieron los franceses licencia á don Juan para salir de su servicio. Se atribuyó esta determinacion á varias causas, siendo la mas probable, que deseaban reunirse con el duque de Anjou, teniendo noticia de la próxima expedicion á los Paises-Bajos. Así tuvo don Juan que combatir poco despues con los mismos que acababan de militar en sus banderas; mas por el pronto no sintió su despedida, y antes les dió gustoso su licencia; tan difíciles de gobernar eran estas tropas, propensas á la indisciplina, y sedientas á todas horas de pillaje.

Despues de la toma de Nivelles se entregaron sin resistencia á las armas españolas varios pueblos poco considerables de la provincia de Haynaut; mas la plaza de Philipeville sufrió un sitio. Era esta fortaleza de nueva construccion, y estaba situada en una llanura sin punto alguno que la dominase. Para concluir mas pronto el sitio, acudió don Juan al recurso de la mina, y sin esperar que pasasen adelante los preparativos del ataque, se rindió Philipeville con muy buenas condiciones, sin que se tocase á las haciendas, y mucho menos á las vidas. Las tropas de la guarnicion que quisieron pasar al servicio de España, recibieron tres meses de paga. A los otros se les dió la libertad, con la condicion de no tomar las armas contra el rey durante aquella guerra.

Progresaba como se vé la causa de don Juan con la ocupacion de tantos puntos, aunque de poca importancia los mas de ellos. Mas nada se operaba en grande. Si se destacaban del grueso del ejército varios trozos que se emplearon en sitios, no habia apariencias de otra nueva batalla, ni que don Juan penetrase de una vez en el Bravante. Por mas que el espíritu de partido desfigure los hechos, á los resultados definitivos hay que acudir para penetrarse de su grave importancia. No se puede dar mucha á estas varias ventajas por parte de don Juan, cuando no se atrevia á caer sobre Bruselas, sobre todo, hallándose esta capital abandonada por sus gobernantes. Los mismos enemigos zaherian á las tropas del rey, por dirigir sus armas á pueblos de poca consideracion, á plazas de órden subalterno.

Sin duda pensaba don Juan de Austria en empresas de mayor cuantía. Mas decaia visiblemente su salud, que no habia sido buena desde su presentacion en los Paises-Bajos. Habiéndose agravado su enfermedad, se vió al fin obligado á retirarse á Namur con objeto de curarse; mas por fortuna suya y la de las armas del rey, tenia en el príncipe de Parma un hombre de capacidad y esfuerzo que podia muy bien suplir sus veces. A este dió, pues, la comision de apoderarse de la provincia de Limburgo, que aunque pequeña en extension, era importante por su localidad, hallándose en la frontera de Alemania, por donde recibian refuerzos los estados. Se encargó Alejandro gozoso de esta empresa, pues queria disipar el ruido de que las tropas españolas no se empleaban mas que en pequeñeces. Se encaminó, pues, con sus tropas á la ciudad de Limburgo, capital de la provincia, plaza fuerte sobre una eminencia, y situada de manera que podia recibir socorro sin impedírselo sus sitiadores. Marchaba en la vanguardia de Alejandro el capitan Niño, con algunas compañías de arcabuceros, siguiéndole Camilo del Monte con caballería. Iba detrás la infantería, mandada por el príncipe en persona. Recorrió este los alrededores de la plaza, y eligió una

eminencia que la dominaba, para construir sus baterías. Entre esta y Limburgo mediaba un valle, donde mandó abrir trincheras; y como el terreno era en extremo pedregoso, suplió lo que no podia cavar la hazada, con faginas y cestones. Antes de pasar seriamente á las hostilidades, intimó Alejandro la rendicion, prometiendo las condiciones mas favorables si le abrian sus puertas, volviendo á la obediencia de su soberano. No dieron los habitantes respuesta formal, y despues de una hora de deliberacion, dijeron al mensajero que volviese al dia siguiente, que entonces responderian de un modo decisivo. Cuando regresó el mensajero cumplido el plazo, pidieron de término otro dia; mas indignado el general español de que tratasen de entretenerle, aguardando sin duda algun refuerzo, mandó disparar su artillería y acercarse al mismo tiempo sus tropas á la plaza. Hicieron su efecto los cañones de Farnesio: cuando los habitantes vieron derribada una porcion considerable de sus muros, tuvieron miedo y trataron de rendirse. Para aplacar mas el ánimo del sitiador, se presentaron en lo alto de las murallas las mujeres y los niños. Les dió Farnesio solamente una hora para resolverse, y antes de cumplirse el término se abrieron las puertas de la plaza. No recibieron los habitantes daño alguno, y se respetaron las haciendas lo mismo que las vidas. La guarnicion, en número de mil hombres, pasó al servicio del rey de España; mas el gobernador, que era aleman, tomó pasaporte para su pais, despechado por el poco valor desplegado por los soldados y los habitantes. Se condujeron en efecto estos blandamente, pues el asalto ofrecia aun muchísimas dificultades, y la plaza tenia fortificaciones interiores con suficiente artillería y víveres para prolongar el sitio. Así lo reconoció Alejandro luego que se vió dentro; doble motivo para que se regocijase de un triunfo que tan poco habia costado.

Con la caida de Limburgo se atemorizaron las demás plazas de la provincia de este nombre. No sucedió lo mismo con Dalem, que dió apariencias de no querer sufrir la suerte de las otras. Destacó Alejandro á Camilo del Monte para que le pusiese sitio, dándole para ello algunas compañías de infantería, pues la plaza parecia de poquísima importancia. Cedió pronto esta á las armas españolas; mas no el fuerte contiguo á la plaza, que estaba guarnecido por tropas holandesas, todas á devocion del príncipe de Orange. Despues de una fuerte resistencia, fué tomado por asalto, y esto produjo la matanza y el pillaje que van siempre en seguida de estos lances.

Produjo sensacion en Amberes la ocupacion de esta provincia de Limburgo. Mas el príncipe de Orange, atento siempre á las cosas de Holanda y demás provincias del Norte, donde tenia puestas sus miras ulteriores, resarció en parte estas pérdidas con la toma de la plaza de Amsterdam, donde habia hecho anteriormente algunas tentativas sin provecho. Por esta vez la estrechó tan de cerca, que tuvo que rendirse con buenas condiciones, habiendo sido respetadas las personas y las vidas. Hizo el príncipe de Orange de Amsterdam el principal asiento de su dominacion y futuro poderío, guarneciéndola con tropas enteramente suyas, é introduciendo en ella ministros protestantes que le aseguraron de las disposiciones pacíficas de sus vecinos.

Se volvió á hablar nuevamente de convenios y de paces. Volvieron á Madrid mensajeros que se habian mandado por una y otra parte, produciendo quejas y pidiendo desagravios, mas con el objeto principal de sondear el ánimo del rey de España. Parecia, segun las relaciones de estos, que Felipe se hallaba entonces en las disposiciones mas pacíficas, que tenia la mejor voluntad de perdonar la disidencia de los estados, con tal que reconociesen de lleno su autoridad y se adhiriesen con sinceridad á la religion católica; que retiraria del pais, puesto que era objeto de sus repugnancias, á su hermano don Juan de Austria, dejándoles en su lugar al príncipe de Parma, etc., etc. Las cosas manifestaban el color mas apacible; pero por ninguna de ambas partes habia buena fe, ni deseo sincero de entrar en ajustes amistosos. Desconfiaba el rey de los estados, y por su carácter y experiencia no concebia el que pudiese ejercer jamás su autoridad en los Paises-Bajos sin el terror debido á la fuerza de las armas. Si sospechaba el rey de España de los estados, no sospechaban estos menos de las intenciones del monarca. Habian sido ya demasiado grandes los agravios de una y otra parte, y se hallaban en demasiada contradiccion los intereses, para que volviese á reinar entre ellos una buena inteligencia. No queria convenio alguno el príncipe de Orange, resuelto ya á ejercer el poder de soberano, puesto que tantos riesgos é inconvenientes tenia para él la condicion de súbdito. Que estos sentimientos pacíficos estaban asimismo lejos del corazon de don Juan de Austria, lo prueba muy bien su salida precipitada de Bruselas y su ocupacion del castillo de Namur, sin haberse especificado bien qué agravios habia recibido su autoridad por parte de los estados, sin haberse alegado otra cosa

que asechanzas contra su persona por algunos individuos. Si pasamos al modo de pensar en esta parte de Alejandro, le hallaremos con humos aun mas belicosos que los de su tio y el mismo príncipe de Orange, pero manifestados con mas franqueza, como jóven á quien adulaba la gloria de las armas. Cuando se le instó á que influyese en el ánimo de don Juan de Austria para que admitiese las treguas propuestas por el de Orange, se negó á ello redondamente, diciendo que jamás aconsejaria semejante ajuste; y al oir que el rey de España tenia intencion de dejarle por gobernador, declaró que no aceptaria jamás el gobierno de Flandes, si la concordia habia de ser con las condiciones que se habian concertado antes con don Juan de Austria. Véase lo que en carta particular decia á su padre Octavio: «Seria esto arrojarme en las manos de estos hombres como en pri»siones, y obligarme á una vida cautiva, ociosa y sin gloria, y por »lo menos, para mi condicion, sumamente desgraciada; porque yo »siento en mí cierta violencia natural que me arrastra á merecer la »inmortalidad de la fama con la gloria de las armas, y confio en el »favor divino que este empleo ha de labrar en mí algo que exceda »á la comun esfera. Y digo esto con mas libertad, porque aun al »mismo rey, juzgo le conviniese el atemperarse á la inclinacion de »cada uno de los suyos en las ocupaciones que les encarga.»

No necesita esta carta comentarios. Ofrecian los disturbios de Flandes un cebo á la ambicion, un teatro de hazañas y proezas militares, en que los unos labraban su fortuna y otros alcanzaban la fama de grandes capitanes. Lo que deseaba cada uno de los dos partidos, era que recayese sobre el otro la odiosidad de la agresion, y darse el aire de atacado y ofendido.

Por aquel tiempo llegaron al campo de don Juan algunos personajes de España, entre ellos Pedro de Toledo, hijo de don García, virey de Sicilia; don Lope de Figueroa, maestre de campo de uno de los tercios españoles, que traia consigo las guarniciones veteranas de Italia; don Alfonso de Leiva, hijo de don Sancho, virey de Navarra, con una escogida compañía de nobles españoles, en que era su hermano don Sancho de Leiva teniente, y alférez don Diego Hurtado de Mendoza, tio por parte de madre del mismo don Alfonso. Habia vuelto poco antes Gabrio Serveloni, muy querido de don Juan de Austria, famoso por su larga experiencia en el servicio, y no menos ejemplar en las artes de la disciplina, capitaneando un tercio de dos mil italianos, levantado en el estado de Milan por disposicion de don Juan de Austria. Pero lo que mas agradó al ejército, fué la vuelta del presidente Viglio desde España, trayendo consignados para el austriaco trescientos mil escudos de oro cada mes, para mantener treinta mil infantes y seis mil caballos, manifestando de parte del rey, que era todo lo que podia y queria dar para aquella guerra, sin que se pensase que enviaria mas sumas. Se mandó al príncipe de Parma que recibiese doce mil escudos de oro cada año por su sueldo, y dos mil para su comitiva y soldados de su escolta. Confirmó el rey en el puesto de general de caballería á Antonio de Gonzaga, con sueldo de quinientos escudos de oro cada mes. Señaló á Cristóbal de Mondragon, y á Francisco Verdugo, maestres de campo españoles, ochocientos escudos al primero, quinientos al segundo, y trescientos á Antonio Olivera, comisario general de la caballería. Envió de donativo al conde Carlos de Mansfelt, diez y seis mil escudos de oro, é hizo algunos otros presentes á los capitanes que mas se habian distinguido. Entramos en estos pormenores para hacer ver las cuantiosas sumas, á lo menos para aquel tiempo, que gastaba el rey de España en la guerra de los Paises-Bajos. Y no hay que olvidar que otras mas considerables expendia á la sazon en Francia, donde era el alma, como hemos hecho ya ver y diremos en seguida, de una faccion considerable y poderosa que servia á sus designios.

Supo por aquel mismo tiempo don Juan de Austria, que se estaban haciendo en Italia nuevas levas para los Paises-Bajos, y que habian sido nombrados por el gobernador de Milan para maestres de campo de esta gente, Alfonso, conde de Somaya, milanés; Vicente Carrasa, prior de Hungría, napolitano; Pirro Malvezi, bolonés, y Estéban Mutini, romano; todos igualmente distinguidos por su nacimiento, como por su pericia en el arte de la guerra, Ofendió mucho á don Juan de Austria que los ministros del rey se metiesen á elegir los cabos de su ejército, por lo que escribió á España que para nada necesitaba las tropas de Italia, pues ya tenia designados jefes antiguos y experimentados para que trajesen de Alemania algunos regimientos, parte de los cuales habian ya llegado; y que no bastando la suma recibida para mantener las tropas que se le iban allegando, mal podria hacerlo con las que se alistaban en Italia.

Se deshicieron en efecto, dichas levas; mas nada sobraba para alentar al campo real, y reforzarle suficientemente contra los preparativos que hacian sus contrarios. Por todas partes llegaban no-

ticias que se habia formado un ejército en Alemania por disposicion de los estados, y que habiendo pasado el Mosa, se habia acuartelado cerca de Nimega: que el duque de Anjou estaba en marcha para Mons con sus tropas francesas, y que habia tomado ya el camino de Nimega Juan Casimiro con las suyas, que eran numerosas. Trató él austriaco de salirles al encuentro antes que se reuniesen todos, para poderlos batir mas fácilmente; mas por los descuidos y dilaciones, muchas veces necesarias, se verificó esta union del ejército de los estados con las tropas auxiliares en Malinas, primero que don Juan pudiese recoger las tropas de las guarniciones y pasar revista al todo de su ejército. Trató sin embargo de buscar el ejército contrario, y para esto llamó á consejo de guerra á los principales capitanes. Causó admiracion el que mostrándose casi todos ellos inclinados al proyecto de don Juan, difiriese de opinion el de Parma, tan conocido por la impetuosidad natural que le arrastraba á los peligros. Manifestó por lo mismo Alejandro los motivos en que se fundaba su dictámen tan inesperado, y eran, que el enemigo, poderoso por su número, por el sitio y la comodidad de recibir socorro, seguro en sus cuarteles, suficientemente atrincherado, y puesto á cubierto por las selvas vecinas en que se apoyaba, era dueño de aceptar ó rehusar batalla: que en este último caso no tendrian ellos ningun modo de sacarle á la pelea, y que seria por lo mismo inútil hacer ostentacion del ejército despues de haber llegado con tanta molestia, dejando las plazas, con tan poca guarnicion, expuestas á la invasion de los franceses: que si el no aceptar la batalla se podia considerar como una confesion tácita de su inferioridad, se podia tambien presentar bajo el aspecto contrario, el desaire de los que habian salido á buscarlos y se habian vuelto sin lograr su objeto: que en caso de no aceptar la batalla, molestarian á las tropas reales en su retirada; y en el salir al campo, todas las probabilidades estaban de la parte de los enemigos: que si estos llevaban lo peor, aun les quedaban mas tropas auxiliares para resarcir la pérdida, en lugar de que hallándose en el camino todas las fuerzas del rey, quedaria destinado el ejército á padecer una derrota; y que si estas perdian la batalla, aun siendo este vencido, quedaria tan debilitado que apenas podria hacer frente á los franceses cuando se le presentasen.

Parecia especioso y fundado este dictámen de Alejandro; mas á excepcion de Serveloni, no fué aprobado por ninguno. Consideraba el maestre de campo general conde de Mansfelt, que seria suma-

mente decoroso á las armas del rey atacar á los rebeldes en sus propias madrigueras, añadiendo otros capitanes lo útil que seria aprovechar el entusiasmo en que se hallaban entonces las tropas reales, y cuyo ardor se redoblaria al ver que se tomaba la ofensiva. Tambien contaban con las desavenencias de algunos cabos principales del ejército contrario, y recordaban que se habia ganado en parte la batalla de Gemblours, por semillas de discordia que en su campo germinaban.

Adoptada esta resolucion, se enviaron á los capitanes de caballería Mucio Pagani y Amador de la Abadía, para que fuesen á reconocer los cuarteles enemigos y sitio mas á propósito para la batalla. Volvieron diciendo que habian sentado sus reales no lejos de Malinas; que estaban cubiertos por la espalda con la aldea de Rimenant, con selvas y bosques por entrambos flancos, y con una trinchera de frente que tocaba á los dos lados; que delante de la trinchera se hallaba un campo espacioso de batalla, pero que para atacar la aldea no habia mas camino que uno estrecho cerca del bosque de la mano derecha, y solo capaz de seis ó siete hombres de frente. Con estas noticias se movió el austriaco, habiendo mandado antes algun refuerzo á las plazas fronterizas de Francia. A los dos dias se presentó en la llanura que estaba enfrente de la trinchera de los enemigos; y al fin de llamarlos á la pelea, se puso en tren de batalla, disponiendo sus tropas, que se componian de doce mil infantes y cinco mil caballos. Pidió á don Juan el príncipe Alejandro que se le permitiera ir delante de los maestres de campo, en la primera fila del escuadron de los españoles, á quienes tocaba principiar la accion; dando á entender que si habia aconsejado antes no moverse, como tocaba á un prudente capitan, queria dar ahora ejemplo de valor como un soldado. Se resistió don Juan á complacerle, haciéndole ver el mucho riesgo que correria; mas hubo de condescender, pareciéndole por otra parte que ganaria mucha ventaja un escuadron en que fuese su persona.

Estaba en tren de pelea el ejército español, mas se hizo sordo el enemigo al obstinado llamamiento que por tres horas le hicieron las cajas, los clarines y trompetas de los nuestros. Empeñado don Juan en sacarle al campo, mandó á Alfonso de Leyva, que se hallaba entonces al frente de un escuadron ligero, que se dirigiese con su gente á la entrada del bosque con objeto de atraer á los enemigos, mas sin internarse mucho ni empeñar batalla, mandando al mismo tiempo

al marqués del Monte con tres compañías, para que le cubriese las espaldas. Envió asimismo el general enemigo al coronel inglés Norrís al encuentro de Leyva, sin mas objeto que el de escaramucear, ordenándole no se alejase de los reales. Desempeñaron los dos capitanes mútuamente su comision; mas percibiendo el conde de Egmont que el inglés perdia mucha gente, marchó en su auxilio, lo que hizo avanzarse por su lado al marqués del Monte que se hallaba á retaguardia de Alfonso de Leyva. Otros dos refuerzos recibieron estas tropas de vanguardia: por parte del ejército de los estados, el coronel inglés Roberto Stuart, y por la del ejército real Fernando de Toledo, con el escuadron de caballería que mandaba. Juzgando el austriaco que todo el ejército enemigo saldria de sus reales, y que se empezaria el combate que tanto deseaba, se acercó mas hácia ellos para recibirlos con mayor ventaja. Entonces el príncipe de Parma se apeó del caballo, y cogiendo una pica se colocó, segun lo habia solicitado, entre los alféreces de primera fila, debiendo pelear así como simple soldado delante de los maestres de campo.

Mas el enemigo no hizo movimiento alguno fuera de sus reales. La vanguardia de los españoles, alentada en el calor de la refriega con el terreno que ganaba, creyendo que seria seguida del grueso del ejército, continuó su marcha, llegando hasta los mismos reales enemigos. No aguardaron estos el choque, y se retiraron sobre la aldea que estaba á sus espaldas. Tampoco se hicieron firmes en esta posicion, y despues de incendiar algunas de las casas, emprendieron su retirada, pero sin desordenarse. Continuó el alcance la vanguardia del ejército español, y cuando se creian ya seguros de la victoria, percibieron, aunque ya muy tarde, que los verdaderos reales enemigos no eran los que acababan de tomar, sino los que vieron á su frente en un campo cerca de Malinas, defendidos por la derecha al abrigo del rio de Mer, y por la izquierda por una selva ó bosque inaccesible. Ya habia concebido sospechas el príncipe de Parma que la retirada de los enemigos era fingida, con objeto de atraer á los nuestros á terreno mas desventajoso, puesto que en los primeros reales no habian hecho defensa sus cañones como que no tenian en ellos ninguna batería. Así lo hizo presente á don Juan de Austria, quien concibió la misma idea, lamentándose aunque tarde de su fatal error, en esperar en aquel sitio la batalla. Mientras tanto, la vanguardia española, separada del cuerpo del ejército, se vió en la mas dura situacion, teniendo que combatir

sola en el campo raso delante de los reales enemigos, que le hacian grandes estragos con su artillería. Combatieron, sin embargo, con el mayor denuedo sin querer volver pié atrás, enviando mensajeros á don Juan de Austria, para que sin pérdida de tiempo les enviase algun socorro. Dudó don Juan si accederia á sus ruegos, temiendo enflaquecer mucho el grueso de su ejército; mas tuvo que ceder á lo duro de las circunstancias, por salvar de una cierta ruina á los que, si habian obrado con imprudencia, peleaban al menos con un arrojo y valentía, que lavaban su gran falta. Marchó Alejandro en su socorro, seguido de Gonzaga con su caballería, mandando á este que entretuviese al enemigo, auxiliando la retirada de la infantería, á la que indicó ciertos senderos estrechos y quebrados que, ocupados una vez, la ponian al abrigo de ser ya perseguida. Cumplió Gonzaga la órden con exactitud; la infantería española pudo, al abrigo de este refuerzo, batirse en retirada y dejar el campo llano, tomando los senderos indicados. Tambien efectuó la suya Gonzaga, despues de ver en salvo los infantes; y aunque se podia temer que el enemigo siguiese á los que abandonaban el campo de batalla, cesó con este movimiento la refriega, recogiéndose la vanguardia española al grueso del ejército, que tambien emprendió la retirada.

Tal fué el resultado del encuentro que tanto deseaba don Juan de Austria. No se concibe cómo dejó de seguir el movimiento de su vanguardia, cuando se apoderó esta del campamento enemigo, y puesto que se le rehusaba la batalla delante de los reales fingidos, no fué á buscarla al frente de los verdaderos. Tal vez estaria el segundo campo mejor fortificado que el primero, ó demasiado avanzada ya la hora para empeñar seriamente una refriega. Tampoco aparece claro cómo los enemigos no siguieron el alcance sobre los que se retiraban, y no en grande órden como puede suponerse. Mas volvemos á indicar que se debe desconfiar mucho de estas relaciones de batallas, que cada uno describe sobre informes donde domina tantas veces el error, y muchas veces el espíritu de pasion ó de partido. En rigor ninguno de los dos ejércitos se pudo considerar como vencedor en este encuentro: no el enemigo, que permaneció en sus reales, ni mucho menos el austriaco, que se retiró sin haber salido con su intento. Fué casi igual la pérdida por entrambas partes, siendo algo mayor el número de muertos y prisioneros de los españoles. De que combatieron estos con mucho arrojo, depone su

mismo avance hasta los reales, y el haber continuado peleando sin volver pié atrás, separados del grueso del ejército, y puestos á las baterías enemigas. Se citan entre los nombres que mas se distinguieron, el del capitan Perrotto, Annibal, Gonzaga, Flaminio Delfino, Juan Manrique, Lepido de Romanis, Laurencio Tuchi, Nicolás Cesis, que alternativamente desempeñaron las funciones de capitanes y soldados.

Dió parte don Juan de esta accion, en que no le cupo tanta gloria como en la anterior de Gemblours, pero donde lucieron igualmente la pericia y el valor del príncipe Alejandro, tanto por haber disuadido el movimiento emprendido por el general español, como por su prontitud en reparar las faltas cometidas.

Se aumentó con la refriega que acabamos de describir, la fuerza moral de los estados. Crecia el número de sus partidarios, y cada vez se engrosaban mas sus fuerzas. Disminuia en la misma proporcion el poder de don Juan, y á tal punto vacilaban algunas plazas que estaban á su devocion, que tanto por temor de traiciones, como por reforzar su ejército, hizo retirar de ellas las tropas que las guarnecian. Escribió en este conflicto al rey de España, pidiéndole tropas y dinero, mas respondió el monarca que no podia enviarle ni uno ni otro, y que tratase de ajustar las paces del mejor modo que pudiese. Los estados, que tambien deseaban avenencias, se aprovecharon del buen viento que entonces les soplaba. Exigieron de don Juan tres condiciones: primera, que se conservase por su gobernador el archiduque; segunda, que entrasen en el arreglo el duque de Anjou y el príncipe Juan Casimiro; tercera que don Juan de Austria les volviese la provincia de Limburgo, recientemente conquistada.

Amarga fué para don Juan esta exigencia de los estados, pues envolvia la separacion de su persona. Consultó en este conflicto con el príncipe Alejandro, y este hombre, á quien hemos visto últimamente tan belicoso, con tanta repugnancia á recibir la ley de los estados, aconsejó á don Juan que cediese á la necesidad sin obstinarse en luchar con obstáculos insuperables. Le hizo ver el aumento que recibian los recursos de los enemigos, mientras los suyos iban disminuyendo sin esperanzas de reparar las faltas, pues ya no podia contar con recibir mas fuerzas, ni con robustecer la fidelidad de los que le iban abandonando poco á poco. Hicieron fuerza á don Juan de Austria estas razones, mas no le decidieron á entrar en un convenio que tanto ofendia á su amor propio. Trató, pues, de reforzarse en cuanto sus medios alcanzasen, contando mucho con que el espíritu de discordia se apoderase al fin del campo enemigo, compuesto de elementos tan heterogéneos. Otra vez escribió al rey de España en peticion de fuerzas y dinero, quejándose agriamente del abandono en que se le tenia, que en lugar de enviarle los recursos de que necesitaba se le pagaba con buenas palabras, como si tuviera la habilidad de convertirlas en dinero; que en España no hacian mas que dar aliento á los rebeldes, cuyas proposiciones de paz y de obediencia no eran mas que fingidas, hallándose resueltos en secreto á sacudir para siempre la autoridad del rey católico, etc.

No desconfió don Juan de hacerse al fin con medios de continuar la guerra. Para llevar adelante su determinacion, encargó á Serveloni la construccion de un nuevo fuerte, no lejos de Namur, bien auxiliado por la naturaleza, y que le sirviese de depósito de víveres y demás materiales de guerra, y al mismo tiempo de base de sus operaciones. Se aplicó á la obra Serveloni con toda actividad; mas antes de estar perfectamente concluida, cayó enfermo de mucha gravedad, y á poco tiempo se vió en el mismo estado don Juan de Austria, cuya salud acabó de destruirse, cuando mas ocupado estaba en sus proyectos militares.

Se hizo trasladar don Juan de Austria al fuerte, á pesar del estado imperfecto en que se hallaba. Allí cayó en cama, donde duró poco tiempo su existencia. Agravándose mas y mas su enfermedad, entregó en 21 de setiembre de 1578 el mando al príncipe de Parma, nombrándole gobernador de Flandes y capitan general de las tropas, mientras confirmaba la providencia ó determinaba otra cosa el rey de España. Dudó Alejandro si aceptaria un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias, exponiéndose además á la nota de ambicioso, y sobre todo, al desaire que le podia dar el rey, revistiendo á otro de este cargo. Mas segun se explicó en sus cartas á su padre el duque Octavio, se decidió por fin á tomar tan grave peso sobre sus hombros, por sola la consideracion del estado lastimoso en que las cosas del rey se hallaban á la sazon en Flandes, pareciéndole que seria cobardía y hasta traicion á los intereses del monarca no admitir un puesto que no le ofrecia mas que disgustos y peligros.

Ya no daba esperanzas de vida don Juan de Austria. A muy pocos dias de haber entregado el mando al de Farnesio, recibió los

sacramentos en su tienda; pues tal nombre merecia el aposento que le dispusieron en el fuerte. A poco tiempo despues le sobrevino un terrible y furioso delirio, en que no hablaba mas que de campamentos, de guerra, de batallas, de asaltos, indicio claro de lo que pasaba en su alma, cuando bajo el peso de su enfermedad quedó postrado. A este estado de delirio siguió un desmayo de que no volvió, habiendo espirado el 28 del mismo mes de setiembre, á los 33 años no cumplidos de su edad.

Fué la muerte de don Juan de Austria un acontecimiento de suma importancia en Europa, tanto por el cargo que desempeñaba, como por lo famoso y esclarecido de su nombre. De las particulares de su nacimiento, educacion y reconocimiento por Felipe II, hemos ya hablado en su debido tiempo (1).

No puede menos de elogiarse la conducta que tuvo el rey de España con don Juan, y lo dispuesto que estuvo siempre á colocarle en puestos, donde lucieron su capacidad y servicios distinguidos. Adoptó el pensamiento de Carlos V, de que siguiese don Juan la carrera de la Iglesia; mas hubo de ceder á la fuerte inclinacion que mostraba su hermano á la de las armas. Comenzó brillantemente esta carrera, como hemos visto, sujetando los moriscos de Granada, y poniendo término á una guerra tan desoladora. Se vió en un teatro mas brillante, mandando en jefe el armamento de la liga contra el turco, y puso un sello á su gran nombre militar con la gloriosa victoria de Lepanto. En su campaña sucesiva no fué tan afortunado ni podia menos de descender, cuando tanto habia subido; pues en la historia de los hombres eminentes hay siempre un punto culminante que tiene que exceder á los otros en altura. Es cierto que el rey quedó descontento de la conducta de don Juan en Tunez, y que agravaron este disgusto y afectaron su suspicacia, los rumores que llegaron á sus oidos de que don Juan intentaba hacerse rey con dicho título. Fué, sin embargo, bien recibido á su regreso en la corte del monarca; mas Felipe II no accedió á las pretensiones de don Juan, de obtener los honores y consideracion de infante ó príncipe de España. Remiso anduvo en nombrarle gobernador de Flandes, cuando la opinion le designaba para este puesto á la muerte de don Luis de Requesens, y es muy probable que en el ánimo del monarca se renovasen las sospechas de que don Juan trataba de hacerse independiente. Le mandó á Flandes sin ejército; aprobó sin dificultad los artículos de la confederacion de la liga de Gante, por los que debian salir del pais las tropas españolas. Es posible que obrase así por dejar mas aislado á don Juan; pero mas probable que fuese por contemporizar entonces con la voluntad de los estados. En cuanto á la conducta de don Juan en Flandes no fué muy digna de elogio, por el carácter de duplicidad con que á los hombres imparciales se presenta. A poco tiempo de firmar la liga de Gante, se puso en hostilidad con los estados, encastillándose en Namur, y llamando en su auxilio á las tropas que acababan de salir de Flandes. Si le dieron motivo ó no los estados para semejante agresion, parece problemático para los hombres de buena fe. Mas todo se explica con la suposicion de que por ninguna de las dos partes habia sinceridad ni deseo de concordia. La campaña de don Juan en los Paises-Bajos no puede compararse en brillo con las anteriores, pudiendo decirse que con motivo de su enfermedad, ó por otras causas, se vió un poco eclipsado su nombre por el del príncipe Alejandro. Causa extrañeza que habiéndose quejado don Juan de las levas que se hacian en Italia de tropas del pais graduándolas de inútiles, insistiese despues tanto con el rey para que se le enviasen nuevas fuerzas. Mas todo se explica con el aspecto vario que presentaba aquella guerra, y con las animosidades á que el espíritu de ambicion y el deseo de ganar favor en la corte daban orígen. En cuanto al rey, crecieron sin duda sus sospechas contra don Juan, despues de su presentacion en los Paises-Bajos, dando pronto oido á los rumores de que su hermano trataba en secreto de casarse con la reina Isabel de Inglaterra, siendo uno de los capítulos la libertad de conciencia á los habitantes de los Paises-Bajos. La muerte del secretario Juan de Escobedo, de que hablaremos en su lugar, confirma estas sospechas, ó por mejor decir, el enojo del rey con tal motivo. Causó una grave pesadumbre á don Juan la muerte de su secretario, y algunos la designan como la causa principal de su muerte tan temprana.

Que en virtud de la muerte de Escobedo se haya llegado á suponer que en el fallecimiento del príncipe intervino la agencia de un veneno, no puede parecer extraño, supuesta la gran facilidad de atribuir á causas de esta especie la muerte de los príncipes; mas son especies que solo como rumores pueden tener lugar en una historia.

Fué muy sentida la muerte de don Juan en el ejército, donde era

(1) Capítulo XXIV.

muy querido, tanto por los jefes como por las tropas. Todos los historiadores convienen en decir que era afable, generoso, muy gentil y apuesto en su persona, espléndido en todas las ceremonias de aparato, tan humano con los amigos como valiente y esforzado en los campos de batalla. Se suscitaron disputas en el campo entre los españoles, los flamencos y los alemanes, sobre quienes habian de llevar el féretro cuando se trató de sus exequias. Pretendian la preferencia los alemanes por ser don Juan nacido en su pais: los españoles, porque era súbdito del rey de España, y los flamencos por el sitio de su fallecimiento. Mas decidió la contienda el príncipe Alejandro, disponiendo que fuese sacado el cuerpo de la tienda por la gente de su casa y familia, y que le entregasen á los maestres de campo de la tropa cuyos cuarteles estuviesen mas cerca de su tienda, y que así fuese pasando de unos á otros, segun las distancias, al alojamiento. De esta manera fué conducido con toda solemnidad y pompa el cadáver, vestido de sus armas, con corona en la cabeza, hasta Namur, marchando en escuadrones la caballería y la infantería. Iba el féretro en hombros de los maestres de campo y capitanes de la nacion, cuyas tropas le seguian segun el órden con que se iban relevando durante el camino, como ya hemos dicho. Llevaban los cordones el conde de Mansfelt, maestre de campo general, Octavio Gonzaga, general de la caballería, Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y Juan Croy, conde de Reulx. Cerraba la marcha el príncipe Farnesio, rodeado de los jefes y oficiales mas distinguidos del ejército. Así llegó la pompa fúnebre hasta la ciudad ya dicha, donde fué el cadáver recibido por los magistrados y llevado á la iglesia principal, en la que se celebraron los funerales con la solemnidad que á tan alto personaje se debia.

Para concluir con todo lo concerniente á don Juan de Austria, diremos que pidió antes de morir al rey tres gracias: primera que mirase por la persona de un hermano suyo, hijo de Bárbara Blomberg; prueba de que nunca habia llegado á sus oidos de que no era esta su madre verdadera: segunda de que favoreciese á las personas de su servidumbre: tercera de que fuesen depositados sus restos junto los de su padre Carlos V. Causó extrañeza que entre estas peticiones no hubiese ninguna relativa á dos hijas naturales suyas, llamadas Ana y Juana, habidas una en Nápoles de una dama de Sorrento, y otra en Madrid de Juana de Mendoza. Tal vez no quiso disgustar al rey con esta declaracion, ó quizás lo habia hecho antes de caer enfermo. Murió la una de prelada de las monjas Benitas de Burgos: se casó la otra con el príncipe de Botero en el reino de Sicilia.

Accedió el rey á la peticion relativa á la traslacion de su cadáver. Mas para evitar los inconvenientes y los gastos de su conduccion de un modo público, luego que se redujo el cuerpo á esqueleto, se separaron los huesos por sus coyunturas y se les colocó así en una especie de arca ó de maleta, y de este modo fué conducido privadamente á España, donde por medio de alambres se volvieron á juntar los trozos separados. Despues se rellenó de lana y se le revistió con un traje magnífico y el baston en la mano, poniéndole de cuerpo presente á los ojos de la corte y el público, que tributó homenaje de respeto y de dolor á los restos del capitan esclarecido. En esta disposicion y con toda solemnidad y pompa, fué depositado en el panteon destinado en el monasterio del Escorial á los infantes y demás individuos de la casa real, que no son ni reyes, ni reinas que han dado sucesion á la corona. En aquel sitio permanecen sus restos en el dia.

Dudó el rey de España si confirmaria ó no el nombramiento que don Juan de Austria hizo al morir de Alejandro de Parma para gobernador de los Paises-Bajos. Hubo muchas dificultades, y no faltaron intrigas para que recayese el nombramiento en otro; mas el rey, sin tener en cuenta los motivos que le alegaban para alejar al príncipe de Flandes, le revistió al fin con el cargo de supremo gobernante; eleccion que, como veremos despues, fué la mas feliz y acertada de cuantas se habian hecho hasta entonces para aquel gobierno.

CAPÍTULO XLIX.

Asuntos interiores de España.—Muerte de la reina doña Isabel de Valois.—Pasa el rey á cuartas nupcias con doña Ana de Austria.—Venida de la nueva reina á España. Viajes del rey á Córdoba y Sevilla.—Muerte del cardenal Espinosa.—Nacimiento del príncipe don Fernando.—Id. de don Cárlos.—Id. de don Diego Félix.—Muerte de la princesa doña Juana.—Progresos de la obra del Escorial.—Formacion del archivo de Simancas.—Publicacion de la Biblia Regia en Flandes.—Muerte del arzobispo don Bartolomé de Carranza.—Entrevista del rey en Guadalupe con el de Portugal, don Sebastian.—Nacimiento del príncipe don Felipe.—(1568-1578).

Si el monarca que da el título á esta obra no hubiese sido mas que rey de España, pocas páginas llenaria en la historia, que se alimenta por la mayor parte de guerras, de revoluciones, de trastornos, de cuantas vicisitudes se presentan con el carácter de violentas en la vida humana. Mientras eran en efecto teatro de convulsiones y revueltas, Francia, los Paises-Bajos, Inglaterra y Escocia; mientras tantas batallas se daban casi á un mismo tiempo, ya en tierra, ya en el seno de los mares, gozaba España de una tranquilidad no interrumpida, sin que se pudiese decir que la debiese al despliegue de la fuerza armada, ni á ninguno de otros medios de coaccion con que á falta de los morales se asegura el órden público y la obediencia de los pueblos. Se habian sofocado en los campos de Villalar los últimos alientos de libertad é independencia con que las comunidades de Castilla manifestaron al principio repugnancia declarada, y en seguida oposicion abierta á las arbitrariedades del monarca. Amoldados poco á poco los hombres á la sumision y á la

obediencia, entusiasmados tal vez con la grandeza y poderío de sus reyes, veian en el trono una emanacion de la suprema voluntad de Dios, y en el gobierno absoluto la mas legítima de las autoridades. Tenian, pues, las instituciones un apoyo natural en la opinion, en los principios de los pueblos por ella gobernados, y no se podia considerar como yugo lo que no estaba en pugna con ninguna voluntad, lo que en nada chocaba, tratándose de la generalidad, con las opiniones recibidas. No podemos menos de suponer que tendria excepciones esta regla general; mas eran tan pocas, que apenas pueden entrar en cuenta, cuando se examina la situacion política de una nacion como la España. Respetaban, pues, los españoles el trono de su rey, y para considerarle como un delegado, como un órgano de Dios, no necesitaban ninguna clase de violencia. La misma deferencia mostraban á las autoridades subalternas que de la primera emanaban; y si de la parte civil pasamos á la religiosa, veremos aun mas ciega la sumision, porque era mas elevado el orígen de los sentimientos. Todas las instituciones religiosas, todas las asociaciones que tenian por objeto fomentar el culto, todos los conventos establecidos para hacer mas abundante el pasto de los fieles, eran objeto de respeto y de veneracion para los españoles de todas clases con muy pocas excepciones. Si algunos se permitian sátiras y censuras sobre el particular, recaian á todo mas sobre algunos individuos, nunca sobre los establecimientos en general, pues los censores serian tenidos por reos de blasfemia. Hasta el mismo tribunal de la fe, cuyo nombre horroriza hoy á los hombres de alguna ilustracion, era entonces, al mismo tiempo que objeto de un gran temor, venerado como un santo establecimiento por los que de sentimientos religiosos se preciaban. No habia á la sazon en España los que se llama escépticos, ni mucho menos incrédulos ó ateos; contando siempre con las excepciones, que como casi todas podia tener aquesta regla. Los dos principios favoritos de Felipe II, unidad de gobierno y unidad de culto, eran los dos principales artículos de la fe política y religiosa de los españoles. Estaba el pais cerrado á las nuevas sectas religiosas, objeto de tanto horror para los pueblos como para el rey, y aunque no habian dejado de penetrar por varias partes, era demasiado el celo y vigilancia de los argos de la inquisicion, para que el inclinado á las nuevas doctrinas, no las sepultase en su pecho, sin atreverse á que fuesen objetos de la observacion ajena. Los descuidados en esta parte pagaban muy

cara su imprudencia, sin ser objetos de la compasion de nadie, pues á los actos de fe donde se espiaban estas disidencias religiosas, acudia el pueblo, acudian todas las clases del estado, desde la mas baja á la mas alta, como á un espectáculo de edificacion que redundaba en pro y en gloria de la religion católica. De estos sentimientos participaba, como hemos indicado, todo el mundo. Ninguno de los principios ó sentimientos que agitaban á tantos pueblos de la Europa, podia tener lugar ni ejercer accion alguna en nuestra España. Era pues su tranquilidad por lo general obra de las ideas y de las creencias, sin que se pueda negar en ciertos casos la influencia de las coacciones.

Un pueblo que vive de esta suerte suministra pocos objetos de curiosidad, y no está calculado para ocupar en gran manera la musa de la historia. Así hemos consagrado pocas páginas á lo que pasaba en España, al paso que nos hemos estendido mas tratándose de algunas estranjeras. Para no dejar incompleto el cuadro que nos hemos trazado, volveremos los ojos á nuestra propia casa, y bosquejaremos compendiosamente algunos hechos que tienen relacion principal con la persona del monarca.

Dejamos la narracion de los asuntos domésticos de España en la muerte del príncipe don Carlos, acaecida en 24 de julio de 1568. Se verificó pocos meses despues la de la reina doña Isabel de Valois, á la flor de sus años, pues no habia cumplido aun los veintitres. No es estraño que los que atribuyeron el primero de estos acontecimientos á celos del rey por las relaciones amorosas de don Carlos con la reina, viesen en el segundo el golpe de la misma mano. A esto dió tambien lugar la extraña enfermedad de la princesa, ocurrida en el quinto mes de su tercer embarazo, pues segun relaciones, padecia desfallecimientos y desmayos, pesadez, y al fin una hinchazon en todo el cuerpo que la postró en cama. Se le declaró una calentura maligna, que pareció mortal á sus facultativos. El 1.° de octubre recibió los sacramentos: agravándose la enfermedad, pidió el 3 que la vistiesen el hábito de San Francisco, y al fin del mismo dia espiró rodeada de su confesor, del cardenal Espinosa y otros prelados que la auxiliaban en sus últimos momentos.

Dos dias antes de morir le hizo una visita el rey, y la moribunda le manifestó su pesar de no dejarle un hijo varon, cuya vista le mitigaria el dolor de su fallecimiento; que era mucha su afliccion de dejar sus hijas huérfanas en tan corta edad, mas que la consolaba

la idea de que supliria su falta un padre tierno y cariñoso. Le recomendó al mismo tiempo hiciese mercedes á sus criados extranjeros, y que conservase siempre buena amistad con su madre y hermano, como el mejor medio de defender la fé católica; que por lo demás tenia gran confianza en los méritos de la pasion de Cristo, para ir donde *pudiese rogar por la larga vida, estado y contentamiento de S. M.* (1).

La contestó el rey en términos generales, que aun esperaba que Dios la volviese á su estado de salud; mas en el caso de no ser así, cumpliria con sus deseos por los muchos respetos á que le estaba obligado, y que descansase enteramente en su buena voluntad, que le induciria á mirar con ojos de gratitud todo cuanto fuese concerniente á su memoria.

Amortajada con el hábito de San Francisco, fué sepultada la reina el dia siguiente en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de que acababa de ser fundadora la princesa doña Juana, y á este acto asistieron los prelados y magnates de la corte, con todos los principales oficiales de su casa y servidumbre, siendo testigos de la depositacion del cadáver el obispo de Cuenca, que celebró la misa el cardenal Espinosa, el nuncio de Su Santidad, el embajador de Francia, el de Portugal, el duque de Medina de Rioseco, el marqués de Aguilar, el conde de Alba de Aliste, el de Chinchon, don Fadrique Enriquez de Rivera, presidente de órdenes, mayordomo del rey, Luis Quijada, presidente de Indias, don Antonio de la Cueva y don Juan de Velasco, mayordomo de la reina. Poco despues se le hicieron las exequias con toda solemnidad, tanto en la corte como en toda España.

Fué celebrada la reina doña Isabel de Valois, llamada de la Paz, por su grande hermosura y las gracias que adornaban toda su persona. Sus supuestos amores con el príncipe don Carlos, y las sospechas á que dió lugar su muerte tan temprana, contribuyeron á hacer de ella un personaje de novelas y de dramas. Mas estos campos de ficcion están vedados á la historia, cuya divisa es la verdad desnuda, no admitiendo nunca como tal lo que puede, á todo mas, tener visos de probable. Dejó doña Isabel dos hijas, la una llamada doña Clara Eugenia, nacida en 1564, y la otra doña Catalina Eugenia, que vino al mundo en octubre de 1567.

---

(1) Palabras de Cabrera, libro VIII, cap. VII.

Viudo el rey de España por tercera vez, no tardó mucho en pensar en cuartas nupcias, siendo de notar que aun no habia dado fin el año de 1568 cuando se le propuso el casamiento con doña Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano y de María, hermana del monarca. Estaba la princesa prometida al rey de Francia, Carlos IX, y una hermana suya que tenia el nombre de Isabel, al rey don Sebastian de Portugal. Con la muerte de la reina de España, cambió la emperatriz de resolucion, y concibió vivos deseos de que la princesa doña Ana se casase con su tio. Escribió con este objeto á Madrid á la princesa doña Juana y á otros personajes, á fin de que hablasen sobre el asunto al rey, pues se queria que este diese los primeros pasos. Estaba contra este proyecto, el del casamiento de don Felipe con Margarita de Valois, hermana menor de la difunta. Ofrecia este enlace la ventaja de asegurarse mas y mas la amistad del rey de Francia, al que se suponia vacilante y hasta resuelto á declarar la guerra al rey de España. Mas á favor del matrimonio con doña Ana, mediaba la razon poderosa de hacerse con la alianza del emperador, quien se comprometeria á impedir que de Alemania se enviasen socorros en auxilio de los rebeldes de los Paises-Bajos.

Por aquel mismo año de 1568 se presentaron en Madrid dos grandes personajes extranjeros; uno el archiduque Carlos, hermano del emperador, portador del manifiesto ó sea advertencias que hacia el jefe del imperio al rey de España sobre su política en los Paises-Bajos, y de que hicimos ya mencion en su lugar correspondiente. Fué el segundo el cardenal de Lorena, que venia á dar al rey el pésame por el fallecimiento de la reina, y al mismo tiempo á tratar del nuevo enlace de Felipe II con Margarita de Valois, hermana menor de la difunta. Fueron recibidas estas dos personas con el agasajo y distincion que requeria su alta clase; y aunque al rey no le fué agradable el mensaje del emperador, se manifestó sumamente afable y complaciente con su primo. El proyecto del duque de Lorena le agradaba mucho por miras de política. Pero debieron de hacerle mas fuerza los deseos é insinuaciones de la emperatriz sobre el matrimonio de doña Ana, y se decidió al fin á pedirla por esposa, habiéndose determinado al mismo tiempo que su hermana Isabel, destinada al rey de Portugal, se desposase con el rey de Francia, y que se casase con el monarca portugués la princesa Margarita.

A la princesa doña Ana se habia dirigido ya el príncipe don Carlos solicitándola por esposa cuando se hallaban en mas vigor sus

desavenencias con su padre, habiendo sido este paso un motivo mas de resentimiento contra el hijo. Era, pues, destino de Felipe II ser en cierto modo su rival, y todo por una combinacion singular de circunstancias que no se podian prever por ninguna de ambas partes.

Se negó al principio el Papa Pio V á conceder su dispensa para este matrimonio, pues el rey era tio de su futura esposa. Mas al fin hubo de ceder en obsequio de los grandes servicios que iba el rey á hacer á la cristiandad, tomando una parte tan activa en la liga contra el turco. En enero de 1570 se ajustaron en Madrid los contratos matrimoniales, hallándose presentes, entre otros personajes, Fray Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, confesor del rey; Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli; el duque de Feria, todos del Consejo de Estado, y el doctor Martin Velasco de Velasco, del de la Cámara de Castilla. Representaba al emperador Adan de Dyech-Tristayn, y al rey don Felipe el cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla. Se estipuló ante todos estos personajes el casamiento del rey de España con su sobrina doña Ana, hija del emperador de Alemania. Se le asignaron por dote cien mil escudos de oro de á cuarenta placas, moneda de Flandes, pagados en Amberes ó Medina del Campo, cuyo valor se debia asegurar sobre villas y lugares, sus rentas y jurisdiccion. En caso de morir sin hijos, dispondria del tercio de esta suma, y además el rey le debia dar cincuenta mil escudos en joyas, para que los legase á quien quisiese. Le consignaria además renta estable para el sustento de su casa, con el número y clase de criados que señalase el rey conforme á su grandeza. En caso de que la reina le sobreviviese, se le deberian dar, no pasando á segundas nupcias, cuarenta mil ducados anuales, con lo demás de su dote y arras, y además las villas donde residiese, con jurisdiccion y provision de los oficios de ellas en naturales de estos reinos, y en caso de salir de España pudiese llevar sus criados, equipaje y muebles. Debia renunciar la reina ante notario, la herencia y cuanto por derecho de su padre y madre le perteneciese. Debia ser conducida con la decencia y decoro correspondientes á su clase, hasta Génova, á expensas de su padre, reservando el resto del viaje á la eleccion del emperador, y el rey de España. Ajustados que fueron los contratos, se desposó á nombre y con poder del rey, don Luis Figueroa con la infanta doña Ana, y desde el momento se trató de conducir la reina para España. No

tuvo efecto la primera intencion del rey de que se dirigiese á Italia y en seguida á Paris, para hacer despues su entrada en España por Roncesvalles, que era el mismo camino tomado anteriormente por la difunta reina. No fiándose entonces mucho el rey de las intenciones de la corte de Francia, resolvió que la nueva reina se dirigiese á los Paises-Bajos, tomando despues el camino por mar con direccion á España. Así se hizo en efecto, y la nueva reina se presentó en Flandes con una brillante y numerosa comitiva. El duque de Alba, deseoso de dejar el gobierno de los Paises-Bajos, solicitó acompañarla hasta España, aprovechando este pretexto honroso de abandonar un pais que aborrecia. Mas el rey, aunque habia ya designado nombrarle sucesor, no accedió á sus instancias, y le mandó que en lugar del padre, la sirviese su hijo don Fernando.

Antes de verificar el rey su cuarto matrimonio, hizo un viaje á Córdoba, en cuya ciudad se detuvo algunos dias, muy obsequiado por sus habitantes. Visitó y admiró mucho la fábrica de su catedral, antes gran mezquita de los monarcas mahometanos de aquella capital y reino. Tambien visitó los sepulcros y se hizo enseñar los restos del rey Fernando IV y de su hijo don Alfonso, que murió en el sitio de Algeciras. Habiéndose quitado la gorra todo el tiempo que permanecieron abiertas las cajas en que están depositados. En seguida se trasladó á Sevilla, tanto por la invitacion que para ello le hizo esta ciudad, como por ponerse mas cerca del reino de Granada, donde estaba en todo su fuego la guerra contra los moriscos. Festejaron al rey los sevillanos con todo género de regocijos y magnificencia. Hizo el rey su entrada por el mismo rio, en donde se presentó rodeadc de toda pompa, mientras las orillas tremolaban mil banderas y disparaban fuegos de artificio. Con músicas y acompañamiento muy lucido, se presentó delante de la puerta del Arenal, que halló cerrada; y como le dijese el Asistente de la ciudad que no se le abriria hasta que jurase la observancia de sus privilegios, y que era una formalidad usada de muy antiguo con todos los reyes que visitaban á Sevilla, accedió gustoso el rey, diciendo que todo se lo merecia una ciudad magnífica, cuyos habitantes mostraban tanta lealtad á su persona, y le daban tan favorable bienvenida. Abierta la puerta, acompañado de todas las autoridades civiles y eclesiásticas y de un gentío inmenso que le victoreaba, pasó á la catedral, á cuya puerta le aguardaba el arzobispo, vestido de pontifical, y todo su cabildo. Despues de cantado un solemne *Te-Deum* y orado el rey

puesto de rodillas, como lo tenia de costumbre, pasó al alcázar, seguido de la misma comitiva.

Pocos dias se detuvo el rey en Sevilla, á pesar de lo que le agradaba la ciudad, la hermosura del pais y lo puro y benigno de su cielo. Recibió allí todo género de agasajos, que tan geniales son á sus moradores, y el ayuntamiento le adelantó por via de empréstito seiscientos mil escudos para gastos de su matrimonio. Igualmente complacido quedó de las ciudades de Ubeda y de Jaen, donde tambien se detuvo á su regreso.

Se embarcó la reina doña Ana en los Paises-Bajos, por setiembre de 1570, y desembarcó en Santander á principios del siguiente mes de octubre. La estaban aguardando allí don Gaspar de Zúñiga, arzobispo de Sevilla, y don Francisco de Zúñiga, hermano suyo, duque de Béjar. Envió al rey á felicitarla al conde de Lerma, y en compañía de estos personajes y don Fernando de Toledo, que la venia acompañando desde los Paises-Bajos, hizo su entrada pública y triunfal en Burgos, donde fué obsequiada con grandes festejos por sus autoridades y vecinos. Fué recibida en Santo-Venia por sus hermanos los archiduques Rodulfo, Ernesto, Alberto y Wenceslao, y con ellos llegó á Segovia, donde la aguardaba el rey con su hermana doña Juana. Hizo su entrada debajo de palio, con el mayor aparato, solemnidad y pompa, preparados de antemano por la ciudad, pues allí era donde se debian celebrar las bodas. El 12 de noviembre recibieron la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Toledo, siendo el rey entonces de cuarenta y tres años y medio de edad, y la nueva reina de veinte y uno. Fueron padrinos el archiduque Rodulfo y la princesa doña Juana. Tres dias despues se velaron los reyes en la catedral, celebrando misa de pontifical el cardenal de Espinosa. Para dar una idea de la solemnidad con que se celebró este enlace, indicaremos que asistieron á la misa de velacion el arzobispo de Sevilla, el arzobispo de Rosano, nuncio de Su Santidad; el obispo de Segovia y el arzobispo de Armagh en Irlanda; don Iñigo Fernadez de Velasco, condestable de Castilla; don Luis Enriquez de Cabrera, almirante de id.; su hijo don Luis, conde de Melgar; don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; don Francisco Lopez Pacheco de Cabrera, marqués duque de Escalona; don Lope de Figueroa, duque de Feria; su hijo don Lorenzo, marqués de Villalba; don Pedro Giron, duque de Osuna; don Manrique de Lara, duque de Nájera; Ruy Gomez de

Silva, príncipe de Eboli y duque de Pastrana; don Antonio de Toledo, prior de Leon; don Fernando de Toledo, prior de Castilla; don Luiz Manriquez, marqués de Aguilar, cazador mayor; don Francisco de Sandoval, marqués de Denia; don Francisco Ruiz de Castro, marqués de Sarriá, mayordomo mayor de la princesa doña Juana; don Pedro de Zúñiga y Avellaneda, conde de Miranda; don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Mondejar; don Diego Lopez de Guzman, conde de Alba de Aliste; Vespasiano Gonzaga, príncipe de Savionella; don Pedro Fernandez de Cabrera, conde de Chinchon; don Enrique de Guzman, conde de Olivares, su contador mayor y presidente del tribunal de cuentas; don Lorenzo de Mendoza, conde de la Coruña; don Pedro de Castro, conde de Andrade; don Francisco de los Cobos, conde de Rida; don Antonio de Zúñiga, marqués de Ayamonte; don Gerónimo de Benavides, marqués de Fromista; don Rodrigo Poncé de Leon, marqués de Zahara; don Juan de Saavedra, conde de Castellar; don Francisco de Rojas, marqués de Poza; don Luis Sarmiento, conde de Salinas; don Francisco de Rojas, conde de Lerma; don Francisco de Zúñiga, conde de Velalcazar; don Fernando de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla; don Pedro Lopez de Ayala, conde de Fuensalida; don Juan de Mendoza, conde de Orgaz; don Gabriel de la Cueva y de Velasco, conde de Ciruela; el conde Ferrante Gonzaga, marqués de Castellon, italiano; el de la misma nacion, conde Alfonso de la Sumaria; el conde Buisiguerra de Arcos, y el conde Ludovico de Arcos, ambos alemanes, y el conde de Tribulcio.

El 26 de noviembre hizo la reina su entrada pública en Madrid, cuyo corregidor, á la cabeza del ayuntamiento, salió á recibirla á las puertas y le hizo una arenga de bien venida, al fin de la cual le besaron la mano todos los municipales. Lo mismo hizo el cardenal Espinosa con el consejo real y alcaldes de corte y los demás tribunales, habiendo comenzado por el de la contaduría mayor de cuentas. Estaba la reina acompañada de todos los grandes títulos y principales caballeros de la corte, y con todo este aparato pasó debajo de arcos triunfales por las calles de Madrid hasta el alcázar, seguida de la inmensa muchedumbre que la victoreaba.

El 4 de diciembre de 1571, dió á luz la reina un niño, que fué bautizado con el nombre de Fernando en la iglesia de San Gil, el 16 del mismo. Fueron padrinos el príncipe Wenceslao y la princesa doña Juana. Precedian el acompañamiento los maceros y mayordomos de la reina y de la princesa, y cuatro reyes de armas. Seguian el duque de Gandía y el prior don Antonio de Toledo, el conde de Alba de Aliste, el marqués de Aguilar y el de Mondejar. Llevaba el duque del Infantado el capillo, el conde de Benavente la vela, el duque de Osuna el mazapan, el de Nájera el salero, el de Sesa un aguamanil y toalla, el de Medina de Rioseco una palangana y otra toalla, y el de Béjar el niño envuelto en mantilla de terciopelo verde. A su derecha iba el nuncio de Su Santidad, á la izquierda el embajador del emperador, y delante los de Francia, Portugal y Venecia. Seguia despues la princesa doña Juana con el padrino á su izquierda, con el marqués de Andrade, mayordomo mayor de la reina, y el conde de Lemos que lo era suyo. Cerraban el acompañamiento las señoras de la corte, las damas de la reina y de la princesa, sin *galanes* (1). Aguardaba á la puerta del templo el cardenal Espinosa con cuatro obispos vestidos de pontifical, y detrás los consejos por órden de su presidencia. Se colocó la pila bautismal en medio de la capilla mayor, debajo de un dosel. Concluida la ceremonia volvió la comitiva á palacio, y la reina recibió el parabien de los embajadores y demás personajes de la corte.

Al año siguiente de 1572, fué jurado este príncipe por heredero de los reinos con toda pompa y solemnidad, en cuyos pormenores no entramos por ser una mera repeticion de lo que llevamos dicho. Fué lo único notable en este acto, que el príncipe estuvo dormido durante la ceremonia, y que solo despertó cuando el órgano preludió el *Te-Deum*. Tuvieron algunos esta circunstancia á mal agüero, y en efecto tardó poco en morir este príncipe, que no llegó á dos años de edad.

En agosto de 1573 nació en Madrid el hijo segundo del nuevo matrimonio del rey, y fué bautizado con el nombre de Carlos, siendo padrinos el archiduque Alberto y la princesa doña Juana.

Murió este príncipe en Madrid en 1575, año en que la reina dió á luz el hijo tercero, quien recibió en nombre de Diego Félix, siendo padrinos el archiduque Alberto y la infanta doña Clara Eugenia.

Fué un acontecimiento de alguna novedad en el año 1572 la muerte del cardenal don Diego de Espinosa, inquisidor general, presidente del Consejo de Castilla, atribuida á palabras desabridas que le dijo el rey, despachando con él sobre asuntos de los Paises-Bajos.

(1) Expresion de Cabrera en su vida de Felipe II.

Era un hombre que gozaba gran poder y privanza, con reputacion de mucha prudencia, instruccion y grandes dotes de gobierno. Es probable que la suma autoridad á que habia llegado, causaron descontento en el ánimo del rey, arrepentido de fiar tantos negocios á su cargo; y esto apareció con toda claridad, porque deliberándose sobre la eleccion de sucesor y encareciéndose mucho las prendas que debian adornar á quien iba á ejercer tan grandes cargos, respondió el rey que no serian tan grandes como los que acababa de desempeñar el cardenal, pues se hallaba resuelto á dirigir algunos de estos negocios por sí mismo; palabras que descubren el carácter de un rey tan suspicaz, desconfiado y hasta celoso del poder y autoridad con que revestia á sus mas fieles servidores. Recayó la eleccion en don Pedro Covarrubias, varon distinguido por su gran piedad y la instruccion que hizo célebre su nombre. No gozó este de la autoridad del cardenal, ni aun la ambicionaba, pues con gran repugnacia suya abandonó la diócesis, y sobre todo la vasta biblioteca de su propiedad, donde pasaba tantas horas de su vida.

En el año de 1573 ocurrió la muerte de la princesa doña Juana, hallándose esta en San Lorenzo, y fué enterrada con gran pompa en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de que era fundadora. Ocupa esta señora un lugar muy distinguido en la historia de estos reinos. Se celebró mucho en su tiempo su hermosura, y no con menos encomio su sagacidad é ingenio. Ya la hemos visto gobernadora de estos reinos, de cuyo cargo la revistió su hermano don Felipe cuando pasó á Inglaterra á celebrar su matrimonio con la reina María. Cuando este ascendió al trono, la confirmó en su poder, en prueba de la satisfaccion que le causaba su conducta. Obró en efecto la princesa con circunspeccion y cordura en el ejercicio de tan grande autoridad, conformándose en todo con las instrucciones que la dió su hermano por escrito, y que tambien dejamos mencionadas. Al regreso de don Felipe á España permaneció en su corte, donde fué tratada con toda distincion, como se merecia por sus prendas eminentes. La consideraba mucho el rey, y sintió muchísimo su muerte. En el invierno del mismo año pasó al Escorial á celebrar la Octava de Navidad, como lo tenia de costumbre. Crecia aquella suntuosa fábrica en razon de la actividad y celo, que en su construccion el monarca desplegaba. Ya tenia habitaciones para los monjes de la comunidad, para el mismo rey cuando iba á visitarla, y los oficios se celebraban en la iglesia que aun hoy se llama vieja, no estando todavía acabado el magnífico templo con que fué sustituida. La grandeza de las artes, lo rico y precioso de los vasos y ornamentos, todo se derramaba con profusion sobre aquella obra, que despues de los negocios del gobierno, era la cosa principal que absorbia la atencion del rey de España. Allí estaban sus distracciones y sus pasatiempos. Los historiadores españoles se hacen, lo que se dice, lenguas de su gran piedad, de la devocion con que asistia á los oficios divinos, del respeto y veneracion que á los monjes profesaba, del entusiasmo con que celebraba la construccion de un nuevo adorno, la ereccion de una nueva capilla, la colocacion de una nueva reliquia, de la humildad y devocion con que el dia de Pascua de 1572 besó en compañía de los archiduques la mano del sacerdote que decia la misa nueva, y hasta de las advertencias que hacia en el coro sobre faltas que en el canto cometian algunos religiosos. Todo es muy posible y muy probable. De estos sentimientos da testimonios la misma construccion del monasterio, donde tantos tesoros fueron consumidos, á cuya construccion contribuian las provincias de España, muchas extranjeras, y hasta las de América con sus piedras, sus mármoles, sus maderas y otras producciones necesarias á la obra; donde el pintor, el arquitecto, el estatuario, el iluminador, derramaban todos los productos del genio cada uno en sus distintos ramos. El mismo celo mostrado en los adelantos de la obra, en adornarla con cuantas riquezas y lujo podian convenir á un edificio de esta clase, lo manifestó el rey en recoger por todas partes cuantas reliquias pudo, para formar la vasta coleccion que aun hoy dia se conserva. Por todos los paises del orbe cristiano se dispersaron sus gentes en busca de estos restos, encargándoles muy particularmente se hiciesen con documentos que atestiguasen su autenticidad, y no fueron escasas las sumas empleadas por el rey en este acopio. Para dar al edificio la importancia de tan costosa construccion, mandó que se considerase como el sepulcro de los reyes de España, comenzando por traer á él los restos de su padre, sacados del monasterio de San Yuste, y los de su madre, que hizo venir de la catedral de Granada, donde estaban sepultados.

Aunque reservamos en esta obra un lugar para el análisis de las ciencias y literatura de España en aquella época, mencionaremos aquí dos hechos por la influencia directa que en ellos tuvo el rey como emanados de su órden. Fué el primero la formacion de un

archivo en Simancas, donde se recogiesen todos los papeles pertenecientes á estos reinos. Estaban algunos reunidos en esta antigua fortaleza antes que el rey tomase esta disposicion, mas se hallaban confundidos sin órden, sin método, sin catálogo, y colocados además en parajes húmedos, donde se iban destruyendo poco á poco. Por otra parte, no era este el solo depósito donde se encontraban manuscritos del Estado. Dió el rey comision á Diego de Ayala para que examinase los papeles, los distribuyese por clases y por fechas, y los colocase en el sitio mas conveniente para su custodia y conservacion, y le confirió el título de archivero con el sueldo de cien mil maravedís de salario, conservando además treinta y cinco mil que ya tenia sobre un asiento de contino en la casa de Castilla. Le señaló además un oficial que le sirviese de ayudante. Desempeñó Ayala el cometido del monarca á toda su satisfaccion; examinó y colocó por clases los papeles que se hallaban en los desvanes de aquella fortaleza; recogió los infinitos que estaban esparcidos en varias ciudades de Castilla, y con todos ellos formó el archivo de Simancas, que se conserva hoy dia enriquecido, como puede suponerse, con los papeles que debieron de producirse en poco menos de tres siglos. Mas esta idea se debe á Felipe II, quien además ordenó la construccion de nuevas salas y cajones lujosos para contener los papeles, y en cuya obra llegó á entender el mismo Juan de Herrera por mandado del monarca.

En el segundo hecho que vamos á exponer brilló igualmente su celo, y aun mas su real munificencia. Habia enriquecido el famoso cardenal Cisneros al orbe literario con la publicacion de la Biblia Poliglota, trabajada en su famosa universidad de Alcalá, y que por esta circunstancia tomó el nombre de Biblia Complutense. Escaseaban ya los ejemplares de una obra tan magnífica, y con este motivo propuso Plantino, impresor famoso en Flandes, al rey la reimpresion de la Biblia Complutense, ofreciéndole emplear en ella caractéres mas limpios y mucho mas hermosos, segun la muestra que de ellos remitia. Accedió el rey á la proposicion, y para inspeccionar el trabajo, puso los ojos en Benito Arias Montano, uno de sus capellanes, hombre muy instruido, muy versado en letras humanas y sagradas, y que segun sus biógrafos, entre antiguas y modernas, poseia trece lenguas. Tuvo Arias Montano conferencias sobre el particular con los hombres mas eminentes de la universidad de Alcalá, y despues de haber oido su dictámen y anotado sus

indicaciones, partió para los Paises-Bajos con cartas de recomendacion del rey para su gobernador general, que lo era á la sazon el duque de Alba. Fué Montano muy bien recibido de este personaje, quien se valió de sus consejos para la expurgacion de algunos libros, y la prohibicion de otros en que se ocupaba entonces, queriendo coronar de este modo sus victorias sobre los herejes de los Paises-Bajos. Por su órden se reunió una junta de los teólogos que pasaban por mas sabios y mas versados en la Sagrada Escritura, para que asociados á Montano, procediesen de consuno á llevar adelante la empresa importante que se le habia confiado. Comparando entre sí los diversos ejemplares, que tanto de España como de otros puntos de Europa se habian reunido, corrigiendo algunos pasajes que estaban oscuros, y haciendo expurgaciones de algunos errores que se habian introducido, se reprodujo con el auxilio del arte de Plantino la obra admirable de Alcalá, no solo con mejores y mas limpios caractéres, sino corregida, aumentada con alteraciones en el órden de los libros, y notablemente enriquecida. Se imprimió la Biblia en ocho tomos. Contienen los cuatro primeros los libros del viejo Testamento en lengua original hebrea con la version Vulgata Latina, y la griega de los setenta intérpretes con su version Latina. Y como en la Biblia Complutense no se habia impreso la paráfrasis Caldea mas que en los cinco libros de la ley, se acordó se prosiguiese este trabajo en todos los demás del viejo Testamento. Contiene el quinto tomo el nuevo Testamento en griego con la version vulgata, y en siriaco con la traduccion latina, cuyo último trabajo no se habia hecho en la Biblia Complutense. Los tres últimos tomos recibieron el nombre de Aparato. Contiene el primero todo el viejo Testamento en hebreo con la interpretacion latina interlineal de Santes Pagnino, doctísimo dominicano, aun mas reducida al rigor de la letra hebrea en muchas partes por el mismo doctor Arias Montano, y tambien el nuevo Testamento en griego con version interlineal, palabra por palabra, obra del mismo. Contiene el segundo tomo del Aparato gramáticas y vocabularios de las lenguas hebrea, caldea, siriaca y griega. Contiene el tercero varios tratados para la inteligencia de las Escrituras por el mismo doctor, quien en este ramo era eminentísimo. Se entra en estos pormenores para hacer ver que la Biblia Regia fué la produccion mas perfecta de su clase, no solo por la grandeza del asunto, sino por la extension que habia sabido dársele, añadiéndose á esto en la parte ma-

terial, la hermosura del papel, lo acabado de los caractéres y otros ornamentos de lujo que hicieron de esta obra el primer monumento de la excelencia de las prensas de Plantino. No se perdonó por órden del rey gasto alguno para que saliese la Biblia digna de su nombre. Con la misma liberalidad recompensó las tareas del doctor Arias Montano, quien aumentó notablemente con ellas la gran celebridad de que ya gozaba entonces. Se envió la Biblia á todos los príncipes y repúblicas católicas, quienes la aprobaron y aplaudieron. Fué tanto del agrado del Pontífice, que envió su bendicion apostólica á cuantos con sus luces, industria ú obra de manos contribuyeron á su publicacion, y recibió con suma afabilidad y muestras de benevolencia al mismo Arias Montano, quien en nombre del rey le presentó un ejemplar impreso en vitela, pronunciándole una oracion latina en el acto de entregarla.

Los archiduques Rodolfo y Ernesto volvieron á Alemania en el año 1571, habiéndose embarcado en Barcelona con don Juan de Austria, cuando pasó este á tomar el mando de la escuadra de la liga contra el turco. Tres años despues ascendió el primero de estos príncipes al trono imperial, por la muerte de su padre Maximiliano II, príncipe dotado de buenas cualidades y de cierta tolerancia religiosa que le hacia mirar con aversion los procederes de su primo en los Paises-Bajos. El nuevo emperador no alcanzó tan buena fama como el padre, aunque no carecia de instruccion y de inteligencia, y sobre todo, en artes de mecánica, manifestó poca disposicion y menos capacidad en materias de gobierno.

Por los años de 1576 falleció en Roma el famoso Fray don Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, preso en España por órden de la Inquisicion en 1557. Habia sido este prelado, como ya hemos dicho, muy favorito de Carlos V y de su hijo, quien le llevó consigo á Inglaterra, donde trabajó mucho en el asunto del restablecimiento del catolicismo en aquel pais y en la persecucion de los herejes. Fueron recompensados sus servicios con su promocion al arzobispado de Toledo, vacante por la muerte del cardenal Silicio. Mas no le valió todo el favor de que gozaba contra los tiros de sus enemigos, quienes le denunciaron á la Inquisicion, en virtud de cuyas providencias fué arrestado. Es innecesario entrar en los pormenores de un proceso que fué muy ruidoso, y uno de los mas célebres en los anales del Santo Oficio consignados. Despues de varias actuaciones en España, y donde nada fué probado contra el arzobispo, se avocó su causa á Roma; por un breve de Pio V expedido en setiembre de 1566, el arzobispo fué trasladado por aquel mismo tiempo á dicha capital, donde se siguieron con lentitud los trámites de su proceso, sin que se sacase nada en limpio contra varias obras del prelado, donde algunos quisieron hallar proposiciones heréticas ó que sabian á herejía. Era Carranza eclesiástico de excelentes costumbres, de vasto saber para aquel tiempo, y de una suavidad de carácter que le conciliaban el amor y el respeto hasta de sus mismos enemigos. Mientras permaneció preso en España, fué tratado con todo el decoro correspondiente á su alta clase. En Roma fué respetado, y recibió todas las atenciones que el Pontífice podia tener con un hombre que se hallaba en su categoría. Por último se pronunció la sentencia, reducida á que abjurase diez y seis proposiciones, que ni habia pronunciado Carranza, ni aparecian claramente en sus escritos, mas que se deducian solamente de algunos pasajes arbitrariamente interpretados. Sin embargo, se sometió Carranza, y en su virtud fué absuelto. Mas cuatro dias despues falleció el prelado, dejando fama de un eclesiástico ejemplar, y muy poco merecedor de la prision en que permaneció los diez y ocho últimos años de su vida.

Tuvo lugar en este mismo año, 1576, un viaje que hizo el rey á Guadalupe, con motivo de tener allí una entrevista con su sobrino el rey don Sebastian de Portugal, ocupado entonces con el proyecto de expedicion al Africa. Pero de esto hablaremos con mas estension al dar cuenta de aquella campaña.

En 1578 dió la reina á luz el hijo cuarto y último, llamado Felipe, el tercero de este nombre que figura en el catálogo de nuestros reyes.

A los referidos se reducen los principales hechos públicos (1) de alguna importancia, ocurridos durante los diez años á que dice relacion este capítulo. Uno tuvo lugar en el curso de 1578, mas digno de llamar la atencion que ninguno de los otros, á saber la muerte de Juan Escobedo, secretario de don Juan de Austria, ejecutada por órden del rey mismo. Mas como este acontecimiento fué principio de un drama, que no llegó á su desenlace hasta despues de

(1) Los relativos á las cortes y todos los ramos de administracion interior tendrán lugar en los apéndices ó artículos suplementarios con que se dará término á la obra.

muchos años, le reservaremos para otro capítulo, en que todos los hechos se encadenen. Por ahora volveremos á salir de España, pasando á Francia, donde con el advenimiento de un nuevo rey, estaban en fermentacion nuevos elementos de discordia y de desórden.

CAPITULO L.

Asuntos de Francia.—Enrique de Valois en Polonia.—Descontento del rey.—Sabe la muerte de su hermano Carlos.—Se evade de Polonia.—Pasa por Alemania é Italia á Francia.—Se declara del partido católico.—Sus devociones y mas actos religiosos.—Es coronado y consagrado en Reims.—No edifican sus devociones al pais.—Se censuran sus vicios.—Se le acusa de hipocresía.—Formacion de la liga católica sin contar con el monarca.—Indole de esta asociacion.—Sus designios secretos.—Vacila el rey sobre el partido que le conviene adoptar.—Convocacion de los Estados generales.—Se reunen en Blois.—Piden los Estados la revocacion del último edicto.—Accede el rey.—Se declara jefe de la liga católica.—Nueva guerra.—Nuevo tratado de pacificacion.—Descontento del rey de España (1).—(1574-1578.)

Fué recibido Enrique de Valois en Polonia con admiracion, por su gallarda presencia, gracias personales y fama de su nombre como capitan, al mismo tiempo que con disgusto, por el recuerdo de su participacion en la matanza de los calvinistas. Se puede decir que excitó desde un principio mas odio que cariño, y que á lo menos fué objeto de una suma desconfianza. El mismo desvío que mostraban los polacos hácia el rey, animaba al monarca con respecto los polacos. Ni el clima, ni el suelo agreste, ni aquellas costumbres groseras y marciales, ni aquellas Dietas, ni aquellos palatinos y hombres tan celosos por la conservacion de sus derechos, podian ser del gusto de un príncipe jóven, acostumbrado á los devaneos y pasatiempos de una corte galante, voluptuosa y corrom-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XL y XLI.

pida; corte en que Enrique figuraba como en primer término. Participaba la juventud francesa que le habia acompañado, de sus mismos sentimientos, y los recuerdos del Louvre, de sus fiestas, de sus bailes, de sus máscaras, de las damas que los habian favorecido en otro tiempo, eran los solos recursos con que llenaban el vacío de una existencia monótona y triste. Con el tiempo se mitigaron las antipatías, y debilitaron en gran manera los recuerdos. Fué ganando poco á poco el rey las buenas voluntades de sus súbditos, y como siempre estaban amenazados de guerra con los turcos, no les pesaba tener á su frente un príncipe jóven, que ya se habia cubierto de gloria en los combates.

Cuando se hallaban en esta situacion las cosas, llegó á oidos del rey la muerte de su hermano. Ya antes de su salida de Francia contaba con su sucesion, y la misma reina madre le habia dicho al despedirse de ella: «no estarás por allá, hijo mio, mucho tiempo.» Al comunicarle esta princesa tan importante novedad, le instaba á que se pusiese cuanto antes en camino para Francia, donde los negocios reclamaban su presencia; y le encargaba además que no se descuidase en enviar la confirmacion de su nombramiento á la regencia. A la muerte de Carlos IX, quedó, como sabemos, Catalina revestido de este cargo, que ejercia con su habilidad y sagacidad acostumbradas. Eran siempre difíciles las circunstancias en que se hallaba el pais, donde el horizonte no acababa jamás de serenarse. Continuaba la union entre los calvinistas y el partido político, ó sea moderado. El rey de Navarra y el nuevo duque de Anjou, jefes de este partido de fusion, habian sido perdonados, pero permanecian en la corte casi en condicion de presos. Se habia refugiado á Alemania el príncipe de Condé, y manifestaba hacer preparativos para entrar á mano armada en Francia, á la cabeza de los antiguos reitres. Se hallaban llenos de esperanza los calvinistas de dentro, y los católicos de su partido estrechaban los vínculos de una alianza, que consideraban como la base de su engrandecimiento. Llegó la publicidad de todos estos sentimientos, hasta el punto de celebrar los protestantes una asamblea muy solemne en Milhau, donde se establecieron las bases de una conducta para lo futuro, ya de paz, ya de guerra, segun las disposiciones de la corte. Revivia, pues, el partido calvinista, y la reina madre, tan ansiosa siempre de tener á raya el dominante por medio de la influencia del contrario, no propendia á desplegar un sistema de gran severidad, en medio

de las inquietudes que la actitud de los calvinistas la inspiraba. Tales eran las importantes noticias que al rey de Polonia comunicaba Catalina. El disgusto de vivir en aquel pais del Norte, el deseo de volver á Francia, y el cuidado en que le tenian sus negocios, fueron otros tantos estímulos, que le impulsaban á salir cuanto mas antes de Polonia. Mas, se le ocurrió una gravísima dificultad, á saber, que los polacos recelosos de que los abandonase el rey, espiaban todos sus pasos, y le guardaban como si se hallase preso. No le quedaba á Enrique otro recurso que la fuga. Por la primera vez se vió el ejemplo de un rey evadiéndose del pais donde ocupaba un trono, y de donde sus súbditos no le permitian marcharse por amor á su persona. Salió bien Enrique con su tentativa. A favor de un disfraz, pasó sin obstáculo la frontera de Polonia. Atravesó la Alemania, de cuyo emperador fué acogido con muestras de grande estimacion, y tomando la via de Italia, pasó por Venecia, por los Estados de Milan y el Piamonte, recibiendo por todas partes obsequios y toda especie de homenajes.

Se aguardaba en Francia con muchísima inquietud la llegada del rey, porque se ignoraban sus ideas acerca de los partidos que la dividian. Muy pronto se disiparon las dudas, y se puso en claro su resolucion de adherirse en un todo á los católicos, con exclusion de sus contrarios. Manifestó á estos últimos que no era su intencion molestarlos en ningun sentido, ni tampoco el perseguirlos, con tal que se mostrasen fieles al culto católico y á las antiguas leyes, que dejasen las armas y restituyesen las plazas que ocupaban, pues de lo contrario serian expulsados del reino, llevándose sus bienes adonde mejor les pareciese. Para mostrar mas la sinceridad de estos sentimientos, asistia en público á todos los actos religiosos, se incorporaba en las procesiones, se afiliaba en las cofradías de los penitentes, tan comunes en aquella época, vistiéndose de su saco negro ó blanco, pues los habia de los dos colores. De esta manera se condujo en Marsella, en Aviñon, en Lyon y en todos los pueblos de su tránsito hasta Reims, donde fué consagrado y coronado. En Paris, donde hizo su entrada pública de allí á muy pocos dias, crecieron sus manifestaciones de celo por la religion católica, sus actos devotos, su asistencia á las procesiones de los penitentes, sus visitas á los conventos y demás casas reliosas, no descuidando en fin ninguna ocasion de presentarse al pueblo de Paris y á la Francia entera, como el alma principal de los católicos.

Que tal era su plan, lo manifestaba su conducta, aunque en realidad tampoco se pueden achacar estos actos á pura hipocresía, conociendo la índole del tiempo. Tal vez era una política acertada; mas Enrique III, á pesar de su alta dignidad, no era hombre para representar el principal papel en cosa alguna. Desde las dos victorias conseguidas en su primera juventud, habian decaido singularmente su crédito y prestigio. Ni sus costumbres, ni su carácter, le daban medios de ser jefe de ningun partido. Los moderados que favorecian á los calvinistas, vieron en el rey un obstáculo á sus planes favoritos: los católicos ardientes que reconocian al duque de Guisa por su jefe, no se pagaban de sus actos devotos, de su hábito de penitente y otras mas demostraciones que no se tenian por sinceras. Unos y otros hacian la sátira de sus amores, de sus vicios, de sus costumbres licenciosas, llegando á acusarle de desórdenes feos á que se entregaba, bajo el manto de sus devociones.

En cuanto á los calvinistas, no se arredraron con los sentimientos hostiles del monarca. En lugar de rendir las armas, de entregar sus plazas fuertes, se movian y agitaban mas que nunca. El príncipe de Condé en Alemania, procuraba el alistamiento de los reitres, y el rey de Navarra no pensaba mas que en sustraerse de una corte donde se hallaba como esclavizado. El duque de Anjou dejó á Paris, y se retiró como fugitivo á sus Estados. Todo hacia creer en una próxima ruptura, que al fin tuvo lugar, á pesar de toda la astucia conciliadora de la reina. Los reitres de Alemania entraron, y aunque fueron vencidos por el duque de Guisa, no sufrieron una derrota decisiva. El rey de Navarra por su parte, habia llevado á efecto su plan de evadirse de la corte, dirigiéndose á sus Estados de Bearne. Luego que pasó el Loira, arrojó de una vez la máscara que llevaba hacia tres años, y renunciando á la comunion católica, se volvió á declarar altamente protestante.

Comenzó Enrique III á sentir todas las amarguras de su posicion, tan desdorosa para la dignidad de un rey de Francia. Los calvinistas, el partido político ó moderado, los católicos ardientes, hasta su mismo hermano el duque de Anjou, todo se le mostraba hostil, ó al menos no amistoso. Los partidos tenian sus jefes, y en realidad no estaban con ninguno. La guerra en que estaba ya medio empeñada toda la nacion, manifestaba un aspecto muy dudoso. Era, pues, de toda necesidad conjurar la tormenta y apelar á la via de las negociaciones. La reina Catalina que conocia esta verdad mejor que nadie, puso en movimiento los resortes de toda su política. Se dirigió á los calvinistas, quienes sin dificultad adoptaron gustosos los términos de conciliacion favorables á sus intereses. Se ajustó, pues, un tratado de paz en 1576, y era el cuarto despues de aquellas contiendas tan reñidas. Se dió dinero á los reitres para que volviesen á Alemania. Quedaron los calvinistas con el libre ejercicio de su culto, y la posesion de las plazas fuertes que tenian como en rehenes; en fin, en los mismos términos y bajo el mismo pié que en el año 1570.

Perdió con este tratado el rey de Francia todo su crédito con los católicos ardientes. Los sacrificios que habian hecho de tantos años atrás para acabar con el partido calvinista, las matanzas de San Bartolomé, todo habia sido inútil, puesto que sus enemigos se hallaban triunfantes que nunca. Los jefes de este partido, en quienes intereses de poder y de ambicion ejercian por lo menos tanta influencia como los puramente religiosos, daban pábulos á estos sentimientos de indignacion que les abrian una nueva carrera de engrandecimiento. No es un rey afeminado y corrompido, decian, el verdadero representante del catolicismo en Francia. Sus devociones, sus penitencias, no son mas que una máscara con que oculta sus vicios y sus disoluciones. Su último edicto de pacificacion manifiesta bien que prefiere una indolencia vergonzosa á la noble ocupacion de acabar con los enemigos de su reino: pues bien, si el partido católico necesita obrar con energía para su propia salvacion; si carece de una cabeza que le dé el impulso; si el rey se halla incapacitado de ponerse á su frente, ¿no es justo, no es necesario que los católicos se unan, se liguen y encuentren en los vínculos de su asociacion la fuerza que no les da el poco celo y libre disposicion de su monarca? ¿Qué recurso nos queda mas que el de esta liga, si no queremos caer por castigo de nuestra negligencia en las garras de los malditos calvinistas?

Tales fueron las insinuaciones que esparcieron unos, las ideas que concibieron otros, los sentimientos que animaban en fin á los católicos ardientes. El temor por un lado, la ambicion por otro, el deseo de humillar al rey y trabajar en su descrédito, tales fueron los móviles de la vasta asociacion católica que con el nombre de *santa liga* se formó en Francia, sin contar con el rey, y desafiando en cierto modo toda la autoridad de que estaba revestido. Al frente de esta liga figuraban los príncipes de la casa de Lorena, y especialmente

Enrique, duque de Guisa, tan querido, tan ídolo del pueblo, como lo habia sido su padre en otro tiempo. Activo, generoso, magnánimo, brillante con todos los adornos exteriores, dotado de la misma afabilidad y maneras cariñosas hácia el pueblo, tan valiente y afortunado capitan, católico tan celoso y tan ardiente; en todo era Enrique de Guisa digno heredero de su padre. En las matanzas de San Bartolomé habia representado el principal papel, y dado el impulso mas eficaz y mas activo. Ultimamente se habia distinguido contra los reitres de Alemania, habiendo contribuido una herida que recibió en la cara, al aumento de su prestigio con el pueblo, que desde entonces le designó siempre en sus momentos de entusiasmo con el epíteto de *Balafré* (Chirlado).

Era, pues, el Chirlado uno de los hombres que podian hacer una sombra á la autoridad de un rey, y Enrique III, que á pesar de su ligereza y hábitos indolentes no carecia de entendimiento, estaba muy penetrado de lo mismo. En caso de ignorarlo, allí estaba su madre, astuta y sagaz, que no podia menos de hacérselo presente. Pero tenian que tolerarle á pesar suyo y poner buena cara á un personaje popular que ejercia tan positivo poderío. Que el duque de Guisa estaba apoyado por el rey de España, de quien recibia instrucciones por medio de su embajador, lo acredita la activa correspondencia entre uno y otro, que todavía existe en los archivos. Para el rey de España era digno de su favor y de sus auxilios cuanto podia promover en Francia los intereses del catolicismo puro, en detrimento y hasta exterminio de los calvinistas. Todos los actos de pacificacion y tolerancia con estos sectarios, excitaban su indignacion y provocaban sus reclamaciones. Los calvinistas de Francia fueron para él una continua pesadilla. Como herejes los aborrecia; como aliados naturales de los flamencos, eran para él objeto de eternas inquietudes.

El advenimiento de Enrique III no debió de tranquilizar á un rey de vista tan penetrante, y que por conductos tan seguros debia de estar bien informado de lo que pasaba. Ni la declaracion de Enrique, ni sus devociones, ni sus penitencias, debieron de hacer grande impresion sobre el ánimo de Felipe II, que tendria buenos datos de la indolencia, de los vicios y de las disoluciones de aquel príncipe. El último tratado de pacificacion irritó probablemente tanto al rey de España como á los ardientes católicos de Francia. Demasiadas pruebas tenia de que Catalina de Médicis se movia mas

por intereses puramente políticos de poder y mando, que por principios religiosos. En cuanto al rey, acababa de dar una prueba evidente de que si se mostraba buen católico, sabia ceder á la furia de las tempestades en lugar de oponerles un corazon decidido y animoso.

Hé aquí todas las consideraciones que hacen creer, aunque no constase por cartas fidedignas, que el rey de España miró con agrado y ojos de favor la formacion de una liga destinada á reparar los males que habia causado y podia causar en adelante la política torcida del monarca. Si Felipe II no fué el primer promotor, se puede considerar como el grande aliado, el alma de esta asociacion, identificada con sus sentimientos, tan útil á sus intereses. Por esta estrecha conexion entre Felipe II y los grandes acontecimientos que tenian lugar en Francia, entramos en tantos pormenores acerca de su naturaleza y sus tendencias.

Volviendo al hilo de la santa liga, cundió la asociacion desde Paris, que era su gran centro, á todas las provincias en que el catolicismo dominaba. Todos los hombres celosos por la conservacion y lustre del antiguo culto, corrieron á alistarse en sus banderas. Todo el fuego del fanatismo manifestado cinco ó seis años antes en los terribles choques con los calvinistas, revivió con la misma actividad, con el mismo deseo de venganzas, con la misma sed de sangre. En todas partes se presentó la asociacion, sin velo ni disfraz alguno: el estandarte de la liga santa se alzó del modo mas público y solemne.

Cuando se forman asociaciones de esta clase á presencia y con aislamiento de un monarca que hasta cierto punto pertenece á las mismas opiniones, se puede decir que este rey ha perdido su prestigio, que este rey se halla virtualmente destronado. Una asociacion calvinista nada hubiera tenido de humillador para Enrique III; mas una liga de los católicos celosos sin contar para nada con un rey que de católico tan celoso blasonaba, le hacia ver que no podia ó no queria defenderlos, que no les parecia en fin digno de ponerse á su cabeza. Era sin duda tan duro el lenguaje, como difícil y espinosa la situacion del rey con quien se usaba.

¿Y qué partido tomaria? ¿Disiparia por un acto de su autoridad la santa liga? No tenia bastantes fuerzas para ello. ¿Estrecharia sus relaciones con los calvinistas? Era un paso en extremo peligroso, pues además de quedarse en minoría, iba á concitar contra él la masa nacional, con gran peligro de su trono. El asunto era muy

sério, el tiro de muy largo alcance. La liga se fortificaba mas y mas y el número de los prosélitos aumentaba en todos los ángulos del reino. Se armaban las ciudades principales en defensa de la fé católica, y los deseos de todos eran unos. Si los mas moderados no pensaban por este acto sustraerse á la autoridad del rey, entre los mas ardientes y fanáticos se trataba nada menos que de destronarle. Y para allanar mas el camino de la sucesion al ídolo del pueblo y de la liga, al duque de Guisa, llegaron á forjarle sus parciales un árbol genealógico que le hacia descender de Carlo Magno; genealogía muy falsa, mas que no por esto hacia menos impresion en los ánimos de la muchedumbre.

Indeciso el rey, creyó salir de este cuidado convocando los Estados generales para Blois, adonde debian concurrir para el 15 de noviembre de 1576, segun órdenes expedidas al efecto. Se componian estas asambleas de tres estados, brazos ó estamentos. Figuraba en primer lugar el alto clero; en segundo la nobleza; en el tercero los representantes de las ciudades, villas ó corporaciones populares. Se daba á este último el nombre de tercer estado (tiers état). Deliberaban por separado los tres brazos, y solo ejercian el derecho de peticion ó súplica, que en ciertos casos como el que nos ocupa, equivalia á una exigencia.

A pesar de las intrigas de la córte para que viniesen á la asamblea hombres de todos los partidos, recayeron las elecciones del tercer estado por la mayor parte en los liguistas. Los nombrados de entre los hugonotes eran detenidos en el camino por sus contrarios, quienes para que no se presentasen en Blois ejercian en ellos toda suerte de violencias. Estaban tan lejos de tener cumplimiento los artículos del último edicto de pacificacion, que aun no se habian restituido y puesto en libertad los prisioneros de una y otra parte. Los calvinistas se quejaban, pero sin efecto, pues mas poderosa que el gobierno era la liga. Mientras se reunian los Estados deliberaba el rey en su Consejo sobre la conducta que deberia seguir en esta efervescencia de los ánimos. Y como se creia que una de las peticiones de los estados habia de ser la revocacion del último edicto, y que no se tolerase en Francia mas culto que el catolicismo, se decidió al fin que diese el rey su asentimiento á la medida.

En 6 de setiembre del mismo año se abrieron solemnemente los estados. Les dirigió el rey un discurso desde el trono, lamentando los males que afligian al pais por la animosidad que agitaba á los partidos, pidiendo á los estados le auxiliasen en la obra difícil de establecer la paz y la concordia entre sus súbditos. No tocó el rey el punto de la liga, ni dió á entender que era sabedor del gran proyecto de sus partidarios.

No tardaron estos en manifestar al rey sus intenciones, pidiendo con solemnidad la revocacion del edicto de pacificacion, suplicando al rey no permitiese en Francia el ejercicio de otra religion que la católica. Dió gratos oidos Enrique III á esta proposicion de los estados, y prometió su cumplimiento segun la resolucion tomada en el Consejo. Para dar muestra de que adoptaba las ideas de la asamblea y entraba en ellas con sinceridad, se declaró jefe de la liga santa y firmó los capítulos de esta asociacion, en que los miembros mas poderosos é influyentes aspiraban sin duda á destronarle.

Gradúan todos los historiadores de gran debilidad este acto del monarca. Mas ¿qué otro recurso le quedaba? ¿Permaneceria fuera de la vasta asociacion que blasonaba de representar los verdaderos intereses de la Francia? ¿Chocaria de frente con los que se llamaban campeones de la religion católica? ¿Disolveria violentamente una asamblea convocada por él mismo, y cuyas peticiones tenian todo el aire de un mandato? Para Enrique III no habia ya eleccion. Al triste papel de *jefe nominal* de la liga tenia que reducirse, si no queria pasar por mas sérios desaires, por humillaciones mas marcadas. Se puede decir que Enrique III dejó de hecho de ser rey, desde el momento que el gran partido católico, es decir, la mayoría nacional, cesó de considerarle como su representante.

Además del gran asunto de la revocacion, se ocuparon los estados de Blois en arreglos interiores de un órden secundario, relativo á la organizacion del pais, y sobre todo de las municipalidades. En todos estos actos traspiraba la tendencia á fortificar el poder de las asociaciones populares contra las influencias del monarca. Es muy de notar que el mismo espíritu republicano que animaba al calvinismo, se manifestaba en los católicos que desconfiaban de la corte, y en los esfuerzos de su propio valor, cifraban la victoria sobre sus rivales.

Revocado el edicto de pacificacion, necesario era que los católicos se preparasen á una nueva guerra. No habian estado dormidos los calvinistas durante todos estos pasos, ni estaban dispuestos á ceder sin disputa el campo que ocupaban. Ya habian formado entre ellos y los príncipes protestantes del Imperio una asociacion, á la

que dieron el nombre de *contra liga*, en oposicion de la católica. Se prepararon todos á encomendar su causa á los azares de la guerra abierta. Los católicos la deseaban con ardor, fiados en su superioridad de número y recursos pecuniarios. Mas por una contradiccion que no deja de explicarse, anduvieron muy remisos los estados en aprontar al rey los fondos necesarios para hacer la guerra; tan desconfiados estaban de la sinceridad del monarca; tan interesados en que otro fuese la cabeza pública y ostensible de tan grande empresa.

La reina Catalina, sagaz siempre, sin perder nunca de vista el pro y el contra de todas las cuestiones, á quien cegaba poco la pasion, y los objetos le presentaban siempre su semblante verdadero, conoció muy pronto los graves peligros que corria el Estado y su propio poderío, en caso de empeñarse sériamente aquella nueva guerra. Sabia mejor que su hijo las tendencias y aspiraciones de la liga católica, contrarias á ella y al trono, y se horrorizaba con la idea de que al fin quedase completamente vencedora. Por otra parte contemplaba á los calvinistas siempre decididos á correr los azares de una lucha, cuyos resultados no podian preverse. Puso, pues, en juego esta princesa los resortes de su política, haciendo que los miembros mas influyentes del partido medio interpusiesen su mediacion para evitar el choque próximo de los dos partidos. Fueron ineficaces sus intrigas, y la guerra tuvo efecto, siendo los resultados muy prósperos desde un principio para los católicos. Perdieron los calvinistas varias plazas, y entre ellas la de La Caridad, punto importante por su posicion central en las orillas del Loira, sin que por esto desmayasen. Crecian al contrario de dia en dia sus elementos y medios de defensa. Reclutaba el príncipe de Condé á toda prisa alemanes y suizos, ya próximos á entrar en Francia. Igual marcha estaba emprendiendo á la sazon el príncipe Juan Casimiro, hermano del Elector palatino, á la cabeza de un cuerpo poderoso de auxiliares.

Volvió á apoderarse el cansancio, como tantas veces sucedia, de las filas de los combatientes. Era demasiado viva la llama de la pasion que provocaba todos estos choques, para que fuese duradera. Habia disminuido mucho el ardor de los católicos á la vista de las nuevas dificultades que les oponian los contrarios. Por otra parte, la guerra les ocasionaba cuantiosos desembolsos, y además se hallaban roidos de la inquietud, de que la corte no hiciese buen uso de tan enormes sacrificios. Abrió este desmayo nuevo campo á las intrigas de la reina madre. Dirigiéndose alternativamente á unos y á otros, poniendo en movimiento los celos, las desconfianzas mútuas, inspiró generalmente el deseo de una nueva pacificacion, que al fin se ajustó en Poitiers á mediados de 1577. Para hacer ver lo inútil de estas luchas y lo imposible que era acabar con opiniones arraigadas en todo un partido numeroso cual lo era á la sazon el calvinista, pondremos en estracto los capítulos de este nuevo arreglo. Se permitia por él á los hugonotes el ejercicio libre, público y general de la religion llamada reformada, en todas las ciudades y lugares del reino pertenecientes á los de la religion, y en cualquiera otro sitio, con tal que fuese con el consentimiento de los propietarios: se les permitian sermones, oraciones, cantos de salmos, administracion del bautismo y de la cena, abrir escuelas públicas, edificar templos para el ejercicio de su religion, á excepcion de Paris y de sus arrabales, y dos leguas en contorno. Se les permitia el matrimonio de los sacerdotes y otras personas religiosas, sin que por ello se les molestase ó persiguiese, y se levantaba todo obstáculo en materia de religion para recibir á los calvinistas en universidades, colegios y hospitales. Se permitia al rey de Navarra y príncipe de Condé celebrar oficios en los lugares de su pertenencia, hallándose ausentes. En los parlamentos de Paris, Roma, Dijon y Rennes, donde los calvinistas debian tener una sala compuesta de un presidente y cierto número de consejeros; debian ser estas personas elegidas por el rey, mas sometiéndose la lista al rey de Navarra y á los interesados, que podrian recusar á los que les pareciesen sospechosos. Debia conceder el rey al de Navarra ochocientos hombres para guarnecer las ciudades que se le diesen en custodia, debiendo gravitar igualmente sobre todos los súbditos de S. M. todas las sumas que se aprontasen para pagar á los reitres, tanto en estas últimas como en las anteriores turbulencias.

Así, despues de tantos conflictos, de tantos desastres, de tanta sangre derramada, quedaron los calvinistas por este tratado de Poitiers bajo un pié tan favorable como por la paz ajustada en San German ocho años antes. Mas como la experiencia es enteramente inútil cuando habla fuertemente la voz de las pasiones, no sirvió de nada este escarmiento para impedir nuevas luchas de esta especie, como lo haremos ver mas adelante.

El rey de España que tenia puestos sus ojos en todos estos acon-

tecimientos, que habia sabido con gran gusto suyo la providencia tomada en Blois de revocar el último edicto de pacificacion, que escribia cartas sobre cartas á su embajador y á otras personas influyentes, para que mantuviesen al rey en sus resoluciones, recibió la noticia del tratado de Poitiers con las muestras del mayor disgusto. Se dice que exclamó en un momento de enojo: «Es incompatible la conservacion de la fe católica en Francia con la familia de Valois; es preciso buscar el remedio en otra parte.» Si las palabras no son ciertas, son al menos muy probables, tanto por lo que pasaba entonces en el ánimo del rey, como por su conducta sucesiva. No podian estar mas en oposicion las ideas y carácter del monarca español con las de la corte de Francia, porque tampoco podia ser mas diversa la posicion en que unos y otros se encontraban. Felipe, dueño absoluto de su casa, acostumbrado á la obediencia ciega de los españoles, sin mas creencias religiosas que una, sin facciones, sin partidos depresivos en lo mas mínimo de su autoridad, apenas podia concebir el estado convulsivo de la nacion vecina, por tantas facciones destrozada. En vano le escribió la reina madre, haciéndole ver los embarazos que rodeaban la corte, impulsada en diversos sentidos por las pasiones é intereses que mútuamente se excluian. A estas manifestaciones daba poco crédito, y solo se le halagaba tomando sérias medidas para acabar de una vez con los nuevos sectarios, que con tal encarnizamiento aborrecia. Temeroso siempre del auxilio que de los calvinistas de Francia recibian los rebeldes de los Paises-Bajos, veia en esta última pacificacion el principio de una nueva alianza. Y como se hablaba mucho entonces de que los Estados de Flandes llamaban al duque de Anjou para ponerle á la cabeza del gobierno, concibió el rey de España nuevos temores, de que Enrique III se declarase protector de los Paises-Bajos. Pero coincidiendo esta medida con el principio del mando del príncipe de Parma en Flandes, dejaremos este asunto para el artículo siguiente, relativo á la administracion del nuevo gobernante.

CAPÍTULO LI.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Gobierno de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.—Situacion del pais.—Disturbios.—Entrada en Flandes del duque de Anjou, y su salida.—Movimiento del príncipe de Parma.—Pasa el Mosa.—Llega hasta los arrabales de Amberes.—Retrocede, y pone sitio á la plaza de Mastrich.—Defensa heróica de los sitiados.—Asaltos inútiles de los españoles.—Se regulariza el sitio.—Apuros de los de adentro.—Nuevos asaltos.—Toma de la plaza.—Los vencedores la saquean (1).—(1578-1579.)

Aspecto poco favorable presentaban los asuntos de España en los Paises-Bajos, cuando tomó las riendas del gobierno el príncipe de Parma. De las diez y siete provincias que los componian, solo tres se hallaban á su devocion, y estas contenidas en cierto modo por la presencia de sus armas. En un campo fortificado, con todas las precauciones de la guerra, á las inmediaciones de Namur, se hallaba el ejército de que disponia, con grandes temores de que le interceptasen los víveres y comunicaciones por medio de los rios Sambre y Mosa, que tenia á su espalda. Se hallaban al contrario muy pujantes los confederados, engrosando mas y mas sus filas, con refuerzos que les enviaban los príncipes luteranos de Alemania. Tambien los aguardaban de Francia, donde el partido calvinista consideraba como aliados unos pueblos que se hallaban en guerra contra un enemigo comun, á saber, el rey de España. Ya hemos visto al duque de Anjou, hermano de Enrique III, colocado al frente de un partido

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXXVII, XXVIII, XXXIX, XLIII, XLIV, XLV y XLVI.

medio, entre la corte y los calvinistas, sin que se pudiese decir si se conservaba fiel, ó se declaraba en pugna abierta contra aquel monarca. En un pais despedazado por parcialidades, y con una corte, donde tantas intrigas en mil sentidos pululaban, nada tomaba un carácter determinado, ni de union, ni de hostilidad constante; y si Enrique III no podia ver con buenos ojos á un hermano que se emancipaba tantas veces de su autoridad, tal vez dió sincero asentimiento, cuando supo que el duque de Anjou era llamado á los Paises-Bajos por los enemigos de España, cuya amistad hácia él no podia menos de serle sospechosa. Como agente principal de esta llamada del duque de Anjou, se designa á la princesa Margarita de Valois, su hermana, y mujer, como se ha visto, de Enrique de Navarra. Aprovechó Margarita la ocasion de un viaje á los baños de Spá, ó mas bien tomó este pretexto para presentarse á los Paises-Bajos, donde supo insinuarse con destreza en los ánimos de muchos de los personajes de la confederacion, presentándoles las ventajas de poner á su cabeza al duque de Anjou, lo que les proporcionaria sin disputa la proteccion y alianza del mismo rey de Francia. Dieron oidos á la proposicion los que la creyeron ventajosa, ó los que deseaban alguna novedad que mejorase su fortuna propia. Fué en las dos provincias de Artois y de Haynault, donde el duque de Anjou ganó mas partidarios, y por donde se concertó su entrada en los Paises-Bajos. Lo verificó el príncipe francés á mediados del 1578, cuando todavía mandaba don Juan de Austria. Llevaba consigo algunas tropas, que si no parecieron muy considerables á los que les llamaban, les satisfacian en parte, por las numerosas que para tiempos mejores anunciaban. Mas lo que parecia un grande refuerzo y un considerable aumento de poder para los confederados, no fué verdaderamente mas que un principio de desunion y una manzana de discordia. En primer lugar, se disgustó mucho con la venida del príncipe francés el archiduque Matías, reconocido ya por gobernador de los Estados, y que se vió como suplantado por el reciendor venido; por otra parte, los que no habian tenido parte en la llamada del francés, pues fué obra solo de una parcialidad, miraron con desconfianza el refuerzo de un auxiliar, que tal vez no venia con las mejores intenciones. No era en efecto la persona del duque de Anjou muy á propósito para inspirar confianza á pueblos celosos de sus privilegios, y que en los extranjeros buscaban solo proteccion, mas no señores. Demasiado jóven, de carácter ligero, de

poca capacidad, licencioso como un príncipe criado en la corte de Francia, sin mas instinto fuerte que el de una ciega ambicion que no se apoya en plan alguno, se presentó en los Paises-Bajos, conduciéndose, y sobre todo, expresándose de un modo, que daba á entender que los consideraba como su dominio propio. Excitó esto la suspicacia de los flamencos, y no fué poco el disgusto del duque de Anjou, al verse objeto de homenajes, de respeto aparatoso y toda clase de acatamientos, sin ejercicio ninguno del poder; al ver que ni para el pago de las cortas fuerzas que le acompañaban, ni para los gastos de su persona, le contribuian en nada los Estados. Se disgustó pues muy pronto el príncipe del pais, y despues de algunos dias de residencia en Mons, dejó los Paises-Bajos y se retiró á Francia, donde continuó siendo objeto de celos é inquietud para su hermano.

Adolecian los Estados confederados de los Paises-Bajos del espíritu de desunion, que inevitablemente se introduce donde los intereses no están todos de acuerdo; donde no hay una cabeza, un hombre de poder y de prestigio, capaz de encadenar las voluntades. Matías no era mas que jefe nominal, un príncipe extranjero, llamado para dar al menos una sombra protectora á los confederados. El príncipe de Orange, aunque de gran capacidad y nombre en el pais, no ejercia bastante poder, ni gozaba tal prestigio, que le reconociesen por jefe y director todos los Estados de la Liga. Una prueba de que él comprendia esto mismo, y de que evitaba con cuidado alarmar la susceptibilidad de sus rivales es que no solo tuvo parte activa en el llamamiento de Matías, sino que apoyó despues con eficacia la ida á Flandes del duque de Anjou, aunque no desconocia sin duda las pocas prendas que alcanzaba. Segun hizo ver este príncipe por toda su conducta, no aspiraba al dominio absoluto de los Paises-Bajos, y sí tan solo al mando y posesion de las provincias de Zelanda y Holanda, y las demás del Norte confinantes.

No podian ser los Paises-Bajos mas que teatro de intrigas y facciones, así como de combates. Poco antes de la entrada del duque de Anjou, se habia apoderado de Gante y otras plazas, echando de ellas á sus gobernadores un nuevo partido en abierta rebeldía contra los Estados, y que obraba, segun opinion comun, bajo la influencia secreta del príncipe Juan Casimiro. Como eran por la mayor parte los de este partido individuos de las nuevas sectas religiosas, se señaló la faccion con nuevos despojos y allanamientos de

los templos católicos, aumentándose el desórden de aquellas turbulencias. Contra esta parcialidad se levantó otra en las provincias del Artois, del Haynault y de la Flandes Meridional, que con el nombre de *malcontentos*, se declararon campeones del catolicismo, y en abierta oposicion con la política de los Estados, que dispensaba tanta proteccion á las nuevas sectas religiosas. Fueron principalmente estos descontentos los que llamaron á Flandes al príncipe francés, y los primeros que dudaron de sus buenas intenciones, obligándole á dejar un pais, donde no se hallaba con bastantes fuerzas para mantenerse. Así pululaban los celos, las desconfianzas, las disensiones mutuas, atizadas, no solo por los naturales, sino por la política poco franca de las cortes extranjeras. No se sabia á punto fijo, si Enrique de Francia protegia ó no cordialmente el establecimiento de su hermano en Flandes. En cuanto á la reina de Inglaterra, á pesar de haber dado en otro tiempo oidos al ajuste de sus bodas con el duque de Anjou, de haber agasajado muchísimo á este príncipe cuando su presentacion en Londres, estaba muy lejos de pensar seriamente en semejante enlace, y además se hallaba sumamente recelosa de la influencia que iba á ejercer el rey de Francia en Flandes, por la investidura de su hermano. Por esta causa, á pesar de una liga de hecho que existia entre Isabel y los confederados, no solo cesó de enviarles socorros pecuniarios, sino que exigia el pago de las sumas que les habia prestado. Por otra parte, Felipe II, siempre desconfiado de la política poco segura y decidida de Francia, comenzaba á considerarle casi como enemigo por la expedicion del duque de Anjou, y trató de ponerse de acuerdo con la reina de Inglaterra, aunque con tan poca sinceridad de una y otra parte, como puede suponerse. Lo que habia de real en todas estas combinaciones, era la desconfianza, los celos, el deseo mutuo de hacerse daño, que á los tres soberanos animaba. Y solo con estos datos suministrados por todas las historias, se puede concebir que estando todas las provincias de Flandes, menos tres escasas, insurreccionadas contra el rey de España, hallándose con fuerzas superiores, no llegasen á echar de una vez á los españoles de su territorio. Pasemos ahora á las operaciones militares del príncipe de Parma.

Trató Alejandro de tomar la ofensiva; y otra conducta no podia adoptar, hallándose como encerrado en su campo, á las inmediaciones de Namur, y hasta con apuros para la subsistencia de sus

tropas. Les pasó revista, y se halló con veinte y cuatro mil hombres de á pié, y cerca de siete mil caballos, casi todos alemanes. Era maestre de campo general, Pedro Ernesto, conde de Mansfelt; general de la caballería, Octavio Gonzaga, y comisario general de la misma, Antonio de Olivera. Mandaba la artillería, Egidio, conde de Barlamont, al cual auxiliaba para todo género de construcciones de guerra, Gabriel Serveloni, nombre ya conocido en esta historia, y de otros tres capitanes de infanteria, célebres ingenieros italianos.

Con este ejército, pues, se decidió Alejandro Farnesio á correr los azares de la guerra; pues aunque el rey de España le escribia entonces que tentase los medios de ajustar una paz con los Estados, creyó que seria el mejor modo de conseguirlo, alcanzando ventajas militares. Deliberó pues en su consejo sobre el camino que emprenderia la expedicion, y aunque opinaron los mas que se trasladase el ejército á las provincias de Flandes y Brabante, y pusiese sitio á Amberes, se decidió á dirigirse con ellas hácia el Norte, y ocupar á Mastrich, para impedir mejor la entrada de los alemanes auxiliares.

Mientras tanto sitiaban los Estados la plaza de Deventer, en posesion entonces del de Parma; y aunque este príncipe se apresuró á marchar en su socorro, la entregaron los alemanes que la guarnecian antes de la llegada del refuerzo. No impidió esto que el general español continuase su expedicion hácia la plaza de Mastrich, á cuyas inmediaciones llegó á principios de 1579. Antes de emprender seriamente el sitio, se apoderaron sus tropas de algunos pueblos considerables de las inmediaciones. Entró el capitan español Cristóbal de Mondragon en Carten, que hacia poco se habia sublevado, y ahorcado al gobernador puesto por los españoles. Reparó Mondragon el ultraje, dando el mismo castigo al gobernador puesto por los sublevados, y dejó por jefe de la plaza al español Fernando Lopez. Despues pasó Mondragon á la plaza de Erclens, que se entregó sin resistencia, y en seguida, despues de una refriega en que derrotó á tropas que venian en su encuentro, se apoderó de la plaza de Estrala, en cuya expugnacion apeló al recurso de la mina. Mientras tanto obtuvo una ventaja Pedro Tasis de importancia sobre el enemigo, habiéndole derrotado y perseguido hasta las puertas de Venloo. Otra derrota hizo sufrir el marqués del Monte á un cuerpo de caballería, muy superior en número. Eran muy

frecuentes estas escaramuzas ó combates parciales en una guerra, donde se reducian casi á sitios de plazas las grandes operaciones militares. Alentado con estas ventajas Alejandro, ó por desistir ya de su proyecto de sitiar la de Mastrich, ó por ocultar mejor su designio al enemigo, resolvió penetrar por el Brabante. Mandó para esto echar un puente de barcas sobre el Mosa, á favor del cual pasó todo el ejército, sin ser molestado; á pesar de que habiéndose desbaratado el puente, cuando se hallaba todavía la mitad de las tropas en la orilla izquierda, les hubiese sido fácil aprovecharse de la confusion que origina siempre un accidente de esta clase. Mas probablemente no tenian los enemigos noticia de este movimiento, lo que prueba el descuido ó falta de concierto que reinaba en sus operaciones militares. Así es que cuando Alejandro Farnesio entró en la provincia del Brabante, comenzó á introducirse en ellos nuevamente la discordia, echándose mutuamente en cara el desacierto de sus operaciones. Para ponerse al abrigo de la tempestad que los amenazaba, adoptaron el plan de repartir una gran parte de sus tropas entre las plazas de Malinas, Mastrich y Breda, dejando un grueso cuerpo cerca de Eindoven y de Bois-le-Duc, para observar los movimientos de Alejandro.

Volvió este á pasar revista á su ejército, algo engrosado con refuerzos de Alemania, y se halló con veinte y cinco mil hombres de infantería y ocho mil caballos, sin contar las tropas que habian dejado atrás, á las órdenes de Cristóbal de Mondragon y el marqués del Monte. Hallándose con un número de caballos demasiado considerable para sus operaciones en aquel punto, resolvió licenciar algunos recayendo esta medida sobre cuerpos alemanes, de cuya disciplina y comportamiento no se hallaba satisfecho. Por entonces no tenia falta de dinero, pues acababa de hacerle una remesa considerable el rey de España.

Con una parte del ejército mandada por el coronel aleman Altemps y el maestre de campo Francisco Valdés, se emprendió el sitio de Vort, que se rindió á viva fuerza, sufriendo en seguida un saqueo por las tropas vencedoras. Las que la guarnecian fueron ahorcadas. Al mismo tiempo hacia Octavio Gonzaga una expedicion sobre la plaza de Eindeven, y derrotó á las tropas enemigas que salieron al encuentro. Persiguieron los nuestros á los fugitivos hasta las mismas puertas de Oriscot; y cuando pensaban entrar detrás de los contrarios, se alzaron los puentes y la plaza se puso en

estado de defensa. Por su parte se movió Alejandro con las tropas de Mondragon, Tassis y Altemps, hácia el campo fortificado de Tornhut, entre Bois-le-Duc y Amberes, donde estaban situados los reitres alemanes que Juan Casimiro habia llevado á los Paises-Bajos. Se hallaba el príncipe á la sazon ausente en la corte de Inglaterra, donde en nombre de los Estados habia ido á solicitar socorros de la reina, muy poco propicia entonces á proporcionar auxilios de que probablemente se aprovecharian los franceses. A pesar del buen recibimiento que hizo al príncipe aleman, eludia sus proposiciones con respuestas evasivas, y teniendo en poca cuenta las ofertas que en pago de sus servicios la hacia el príncipe de Orange, exigia plazas fuertes por seguridad de sus empréstitos. Así pasaba el aleman su tiempo entretenido y divertido en la corte de Inglaterra, cuando era su presencia al frente de sus tropas tan indispensable.

Las mandaba en su ausencia un príncipe de Sajonia, deudo suyo, y no atreviéndose á esperar al de Parma, se retiró hácia la plaza de Bois-le-Duc para hacerse fuerte en ella. Temerosos los habitantes de que una vez entrados los alemanes se quisiesen apoderar de la ciudad, les cerraron las puertas y no quisieron una proteccion que podia serles tan costosa. Disgustados los alemanes, viéndose por otra parte muy poco seguros en aquel pais, pensaron en tomar la vuelta de su patria. Con este objeto se dirigieron al príncipe de Parma, prometiéndole retirarse del teatro de la guerra con tal que satisfaciese sus atrasos. Mas les respondió Alejandro que los alemanes en lugar de exigir dinero para irse, deberian darlo para que se les permitiese emprender su retirada; que por lo mismo seria ya demasiada su bondad en darles salvo-conducto para que nadie los molestase en el camino. Se dirigieron los alemanes con esta salvaguardia á su pais, sin exigir mas condiciones, y pasaron el Mosa sin que en nada los incomodasen las tropas de Alejandro.

Supo esta funesta noticia el príncipe Casimiro cuando se creia en el apogeo de su favor con Isabel, cuando acababa de recibir de esta princesa la condecoracion de la Liga, que en aquel pais tan solo á los mas altos personajes se concede. Desilusionado el aleman con dicha nueva, salió prontamente de aquella corte, donde tan malamente habia perdido el tiempo, y sin detenerse en los Paises-Bajos se retiró á Alemania. Con este motivo perdieron los Estados un cuerpo considerable compuesto de tropas escogidas, que les po-

dia ser tan útil en aquella guerra; prueba evidente de lo mal que estaba dirigida. En cuanto al príncipe Alejandro, no contento con estas ventajas parciales, trató de dar un golpe mas importante atacando el campo enemigo situado en Burgerhout, inmediato á Amberes, guarnecido con auxiliares ingleses, franceses y escoceses, á cuya cabeza se hallaban el francés Lanoue y el inglés Norrís. Trataron algunos de su Consejo de impedir la expedicion, tachándola de temeraria y del todo improductiva. Mas sostuvo el príncipe de Parma que no podia serlo una empresa que presenciarian los de Amberes por hallarse tan próximo aquel campo; que la seguridad de una pronta retirada al abrigo de sus muros, seria causa de que los enemigos hiciesen poca resistencia, mientras los de la plaza, al contemplar la bizarría y denuedo de los españoles, les darian gran fuerza moral y se prepararian á recibirlos como sitiadores cuando llegase el caso conveniente. Con arreglo á esta resolucion se puso en movimiento Alejandro, y en una llanura muy cerca del campo atrincherado, dispuso sus tropas de un modo que ofreciesen un aspecto mas imponente y mas vistoso, tanto para los del campo como para los de la ciudad, que estaban observando el movimiento. Formó en medio un escuadron en cuadro, colocando arcabuceros en los dos costados. Le apoyaban por la derecha los reitres alemanes mandados por Francisco de Sajonia, y por el otro un cuerpo de coraceros por Pedro de Tasis. Estaban colocados delante de este escuadron tres tercios pequeños mas de gente escogida y muy probada. A mano izquierda, enfrente al castillo de Amberes, colocó los españoles con Lope de Figueroa: en medio los flamencos mandados por Valdés, y los valones (1) por Altemps. Cada uno de estos tercios llevaba cien mosqueteros, y algunos iban provistos de un puente para pasar un arroyo que corria en frente del campo atrincherado. A la retaguardia del escuadron formaba Octavio Gonzaga con un gran cuerpo de caballería como reservas y por los claros que dejaban los tercios y otros huecos entre el escuadron y los cuerpos de caballería que los flanqueaban, discurrian algunos caballos ligeros que servian de corredores de campo y hacian el servicio de vanguardia. Dispuestas así las tropas, arremetieron en seguida. Avanzaron los tercios con la animosidad que les inspiraba la

(1) Se daba en aquel tiempo, y aun en posteriores, el nombre de Valones ó Walones á los habitantes de la parte meridional de la provincia de Flandes, llamada Galicana ó Francesa; y lo mismo, aunque no tan propiamente, á los del Artois, del Cambresis y del Haynault.

rivalidad de las naciones, deseando cada uno ser el primero en echar su puente. Cupo esta suerte al tercio de los valones mandados por Altemps; mas los otros no fueron remisos en hacer lo mismo, y así casi acometieron todos de una vez el campo atrincherado. Defendian los enemigos su puesto con mucha animosidad, y todavía pelearon esforzadamente despues de asaltadas por los nuestros las trincheras. Obligados á ceder, se retiraron á guarecerse en los muros de la plaza. Siguieron los nuestros el alcance: movió su cuadro el príncipe Alejandro, y tuvo el placer de poner fuego á uno de los arrabales de Amberes, cuyos habitantes presenciaban el espectáculo desde sus murallas con el espanto y consternacion que pueden concebirse.

No estaban ociosos los negociadores durante todos estos movimientos. Se trataba, aunque inútilmente, de convenios, de reconciliaciones y de paces. Por no interrumpir el hilo de la narracion, dejaremos este asunto por ahora, y seguiremos al príncipe de Parma en sus operaciones militares.

Despues del golpe sobre los arrabales de Amberes, se movió Alejandro hácia la plaza de Mastrich, segun su proyecto anterior de ponerla formalmente un sitio. Por qué no hizo esta operacion en la plaza de Amberes, cuando la tenia tan cerca, cuando habia incendiado ya uno de sus arrabales, no se comprende ni se sabe á punto fijo. Conformándonos á la historia, que coloca el sitio de Amberes en un tiempo muy posterior, daremos preferencia al de Mastrich, que tuvo en efecto lugar cinco años antes.

Llegó, pues, el príncipe Alejandro en 8 de marzo de 1579 á las inmediaciones de Mastrich, esparciendo la consternacion tanto en la plaza, como en los pueblos de las inmediaciones. Una gran parte de los habitantes del campo se retiraron al territorio de Lieja; parte á los muros de la misma plaza. Se halla construida sobre el Mosa, que la atraviesa, dividiéndola en dos partes desiguales. La mas considerable, situada en la orilla izquierda, es el verdadero Mastrich, dándose el nombre de Wich á la que cae á la derecha.

Se hallaba á la sazon Mastrich con todas sus fortificaciones, unas reparadas, otras construidas de nuevo, pues habia contado el príncipe de Orange con todas las probabilidades de un asedio. Estaba abastecida abundantemente de víveres, municiones y toda clase de pertrechos militares. Ascendia su poblacion á treinta y cuatro mil almas, con mil quinientos hombres de guarnicion, franceses, in-

gleses y escoceses, con otros seis mil mas soldados del pais que acababan de alistarse. Estaba designado por gobernador el francés Lanoue, que servia de cuartel-maestre general en el ejército de los aliados; mas á pesar de la diligencia con que este se puso en camino inmediatamente que tuvo noticias del próximo asedio de la plaza, no pudo llegar á ella por hallar todos los caminos interceptados por los nuestros. Quedó, pues, de gobernador el aleman Schwartzemberg, teniendo por segundo el conde de Erle y Sebastian Tapino (1), ingeniero distinguido, que habia sido director de las nuevas fortificaciones.

Trataron los enemigos de incendiar todas las casas y aldeas de los alrededores, á fin de privar de todos recursos el campo de los nuestros; y hubiesen consumado la obra de la destruccion, si por órden de Alejandro no se hubiese adelantado Lope de Figueroa con el objeto de impedirlo. Apagado el fuego se presentó pronto Alejandro delante de los muros de la plaza.

Puso su cuartel general el príncipe en el pueblo de Patersen, á media legua de Mastrich, y queriendo inaugurar la empresa de un modo que le hiciese grato á sus soldados, les dió á saco el pueblo, donde á pesar de su poca aparente consideracion, fué el botin abundantísimo, tanto en víveres como en efectos de valor, y hasta dinero. Con esto objeto se introdujo la alegría y buen humor en el ánimo de los soldados, para quienes era este pillaje como preludio del que les aguardaba dentro de la plaza.

Comenzó el príncipe de Parma sus operaciones por un bloqueo para hacer mas fácil el asalto. Mandó al efecto construir dos puentes de barcas apoyados en baterías, uno por encima de la ciudad, otro por bajo de la misma, y encerrada así por agua, la privó tambien de comunicaciones por tierra, por medio de torreones que hizo construir; cuatro sobre la orilla izquierda, y dos enfrente del pueblo de Wich, por la derecha. Mientras tanto no se descuidaban los sitiados de hacer salidas, escogiendo para ello las horas de la noche. Imaginando los sitiadores que el no emplear el dia era efecto de su poco arrojo, no observaban en la construccion de las obras, todas las precauciones necesarias; y así, aprovechándose de este descuido, los sorprendieron en una ocasion, matando á muchos trabajadores, y destruyendo en gran parte las trincheras. Con esto

(1) Algunos y entre ellos Strada, le dan el nombre de Panoti.

fueron los sitiadores mas cautos, y no dieron lugar á que se repitiese la desgracia. Como careciese el campo español de trabajadores y peones suficientes para las obras del sitio, se suplió esta falta con soldados, y aun con oficiales. El mismo Farnesio dió el ejemplo cogiendo un azadon; tan interesado estaba en el éxito feliz y pronto de una empresa que iba á tener una grande influencia en las operaciones ulteriores de la guerra.

Terminadas ya las obras de circunvalacion, privados los sitiados de todas sus comunicaciones con los de afuera, y facilitados los aproches, pensó seriamente el príncipe de Parma en un ataque formal que preparase los asaltos. Se deliberó en el consejo sobre qué punto comenzarian á jugar las baterías, y aunque él se inclinaba hácia la puerta de Bois-le-Duc, se decidió por consejo de Barlamont, recien llegado al campo con la artillería gruesa de batir, que comenzase el ataque sobre la de Tongres. Se construyeron al efecto baterías con cestones, donde se colocaron cuarenta y seis piezas de gruesa artillería que comenzaron al instante á hacer fuego sobre la parte de la muralla que parecia mas débil. Al mismo tiempo recorrian tropas ligeras los alrededores, con objeto de recoger faginas, piedras y demás materiales para la cegadura de los fosos. Enfrente de Wich se habia situado Cristóbal de Mondragon con su tercio, y Octavio de Gonzaga estaba apostado con cuerpos de caballería ligera, para hacer frente á cualquiera socorro de gente que pudiera llegar á los sitiados.

Abrieron las baterías de los sitiadores brecha, mas se percibió por la abertura que estaba detrás un terraplen con su foso, con lo que se vino en cuenta que habian comenzado por el paraje mas fuerte el ataque de la plaza. Dispuso inmediatamente Alejandro que se dirigiese otro por la puerta de Bois-le-Duc, como habia sido su primer proyecto, no suspendiéndose por esto el ya comenzado por el otro punto; con lo que fué atacada la ciudad por las dos partes. Apelaron los españoles al recurso de las minas, que el enemigo neutralizó por medio de la contramina. Hubo con este motivo de una y otra parte peleas subterráneas, en que los sitiados mostraron mucho arrojo; mas los sitiadores llevaron al fin las ventajas, y dirigidos los trabajos por un famoso ingeniero, llamado Plati, muy inteligente en estas construcciones, continuaron la mina por debajo del foso, y pusieron el cofre ú hornillo debajo de un baluarte. Concluidos los preparativos, se dió fuego, hallándose las tropas prepa-

radas al asalto. Voló en efecto una parte del baluarte, y aunque la brecha era poco practicable, subieron por ella los mas esforzados, y llegados á la altura, se hallaron con que en medio del baluarte habian colocado los enemigos una trinchera con foso, y estacadas, de donde les hicieron fuego con toda seguridad, sin ser molestados por los nuestros. No atreviéndose estos á pasar adelante, conservaron su terreno, y quedaron dueños de los fosos de la plaza. Al mismo tiempo batia el conde de Mansfeld la puerta de Bois-le-Duc, con veinte y ocho cañones, y habiendo aguardado á que se secase un poco el foso que acababa de ser inundado por una avenida del Mosa, se preparó un asalto, tanto por esta parte, como por la correspondiente á la de Tongres. Todas las baterías hacian fuego al mismo tiempo, y las tropas estaban formadas delante de los puntos que les habian designado; por la parte de la puerta de Bois-le-Duc, el tercio de Lope de Figueroa, el de Francisco Valdés; diez compañías del conde de Altemps, compuestas de alemanes y borgoñones, con otras cinco de quinientos valones. Otras ocho de este mismo jefe, estaban de guarnicion en uno de los fortines de que la línea de circunvalacion se componia. Se hallaban hácia la puerta de Tongres el tercio de Fernando de Toledo; seis banderas alemanas de Jorge Fronsberg, los que mandaba el conde de Barlamont, parte de los de Carlos Fugier, habiendo quedado la otra en la guardia del fortin que tenian á su cargo. Antes de dar la señal de asalto arengó el príncipe de Parma á los soldados, haciéndoles ver la importancia de la toma de una plaza frontera de Alemania, y á cuya conquista seguiria la de todas las provincias valonas fronterizas á la Francia. Les hizo ver que sobre ellos estaban fijos los ojos, no solo de los Paises-Bajos, sino de toda Europa, por donde habia cundido la fama de aquel sitio; que de sus esfuerzos iba á depender el buen éxito de las conferencias celebradas entonces en la ciudad vecina de Colonia, donde el rey de España tenia sus negociadores; que la guarnicion de la plaza de Mastrich se componia de hombres, á quienes acababan de vencer en las cercanías de Amberes, y por último, que no dejaria de asistirles la victoria, por ser la causa que servian la de Dios, habiendo ya recibido una indulgencia plenaria por el órgano de su vicario. Si estaban inflamadas de entusiasmo las tropas sitiadoras, no se hallaban abatidas las sitiadas. Tanto los vecinos de la plaza como los soldados, habian mostrado el mayor celo en la construccion de las obras de defensa

y demás cosas necesarias. Todas las clases rivalizaban en ardor, y las mujeres no se mostraban menos animosas que los hombres. Se regimentaron una porcion de estas, haciendo el servicio importante de conducir faginas, víveres y municiones á los parajes mas expuestos, de retirar y cuidar de los heridos. A veces combatian en persona en los parajes mas peligrosos. Sebastian Tapino daba á todos el ejemplo, y hacia ver lo importante que era para la causa de los Paises-Bajos la defensa de una plaza como Mastrich, llave de la frontera, por donde les entraban tantos socorros de Alemania.

A la señal del asalto, embistieron de una vez todas nuestras tropas. Acometió por la puerta de Bois-le-Duc el tercio de Figueroa, donde se hallaban una porcion de aventureros italianos. Aunque llegaron estos á colocarse sobre los muros de la plaza, hallaron una resistencia tal, que tuvieron que retirarse con muy grande pérdida. Se rehicieron sin embargo, pronto, y volvieron al asalto, trepando por las ruinas de la brecha, pero con muy poco órden. Defendíanse los de adentro con mucha valentía. Hasta los paisanos y labradores recogidos dentro de la plaza, acudieron con hoces, con guadañas, con instrumentos de trillar, con aros de barricas, embreados y encendidos, con piedras, con agua hirviendo, y diversas materias inflamadas. Se trabó con esto una sangrientísima pelea, y aunque crecia el coraje de los asaltadores con tanta resistencia, tuvieron que ceder el terreno, y abandonar la esperanza de subir á lo alto de los muros. Por otra parte les ofendia mucho una especie de castillo ó torreon, que situado á un lado de la puerta de Bois-le-Duc, los batió de flanco, mientras los de enfrente, cuyo número crecia á cada instante, los repelian muy encarnizados. Al fin se vieron obligados á retirarse los asaltadores, despues de haber tenido muchos muertos, y llevándose consigo mayor número de heridos.

No fueron mas felices los que atacaron por la puerta de Tongres, donde capitaneaba á los de adentro el capitan español Manzano, que daba un grande impulso á la defensa por sus compromisos personales, siendo desertor de las filas españolas. Con igual furia fueron repelidos los asaltos, y los mismos instrumentos de resistencia se emplearon por los paisanos, y hasta las mismas mujeres, que con frecuencia se presentaban en las brechas. Valió poco en estos dos asaltos una estratagema empleada por el maestre de campo general, conde de Mansfelt, haciendo esparcir entre los asaltadores de la puerta de Bois-le-Duc, que se habian apoderado ya de los

muros, los que acometian por la de Tongres, y á estos, que se habian conseguido iguales ventajas por aquellos. Al principio redobló esta noticia los esfuerzos de unos y otros, no queriendo ser menos que sus compañeros; mas llegó pronto el desengaño, convirtiéndose en desmayo lo que habia sido un acrecentamiento de coraje. Sirvió esto mismo para encender de nuevo el de los defensores por el sentimiento de rivalidad que naturalmente animaba á los que resistian á los españoles por una y otra puerta.

Se obstinaba Alejandro, á pesar de estos desastres, en no dar la órden de recogerse á los asaltadores. Para animarlos con su ejemplo, quiso correr á las brechas, armado de una pica; mas habiéndoselo disuadido los suyos, por los desastres á que los expondria el aventurar de este modo su persona, se vió obligado á mandar lo que tanto lastimaba su amor propio.

Fué este asalto en extremo desastroso para las armas de Alejandro. A cuatrocientos llegó el número de los muertos, y al doble el de los heridos que quedaron fuera de combate. Creció con esto el ardor y denuedo de los sitiados, que contaban siempre con los auxilios que les habia ofrecido el príncipe de Orange. Pero el de Parma, en lugar de arredrarse con los tristes resultados de una inútil tentativa, trató de regularizar mas el sitio, y asegurar su campo contra los ataques de los de afuera antes de acometer la plaza á viva fuerza. Construyó para esto una línea de contravalacion, que terminaba en las mismas orillas del rio por sus dos riberas. Se erigieron en la parte de la izquierda cinco fortines ó castillos, que se flanqueaban mutuamente, y el mismo número por la derecha. Y tal fué la maestría con que estaban estas obras construidas bajo la direccion de Serveloni, que hallándose ya en camino el cuerpo auxiliar que enviaba el príncipe de Orange al mando de su hermano, tuvo que retroceder convencido de lo inútil de la tentativa.

Acudió entonces el príncipe de Orange á la junta ó asamblea de Colonia, y que mencionaremos á su debido tiempo, para que mandase suspender el sitio de Mastrich, como que eran incompatibles aquellas hostilidades con unas conferencias, en que se trataba de establecer la paz en los Paises-Bajos. Mas Alejandro hizo que no se diesen oidos á esta insinuacion, exponiendo el derecho que tenia el rey de España de continuar las hostilidades contra sus súbditos alzados, á pesar de que se negociase al mismo tiempo en favor de los que en lo sucesivo volviesen á entrar en la obediencia. Así no se

suspendieron las operaciones del sitio ni un momento, y Alejandro, mas mirado en dar asaltos, trató de destruir por medio del cañon las obras de defensa en que mas se apoyaban los sitiados.

Habian construido estos por la parte de la puerta de Bois-le-Duc una obra avanzada, especie de rebellin, á quien daban el nombre de broquel, con dos recintos, defendidos cada uno con su foso y cortaduras. Para su expugnacion, hizo construir Alejandro, con tierra, con vigas y tablones, una especie de plataforma en cuadro, de ciento y quince piés cada lado, y de altura ciento treinta y cinco. En su altura mandó colocar cuatro piezas gruesas de batir, que dominaban la obra exterior de los sitiados. No resistió esta mucho á los tiros de la plataforma. Mientras caian sus murallas, avanzaban las tropas de Alejandro, y de un recinto á otro, llegaron á hacerse dueños de la fortaleza.

Destituida la plaza de esta defensa, y con sus brechas á cada momento mas abiertas, se ofrecia mejor coyuntura al príncipe de Parma para ordenar un nuevo asalto. Pero sabedor de que los enemigos habian construido detrás de las murallas un nuevo atrincheramiento con su foso, trató de llevar su artillería sobre los mismos muros, para combatir desde allí la nueva obra construida. Era dificultosísima la operacion, pues se necesitaba construir un puente sobre el foso, que tenia de ancho mas de treinta varas. Sin embargo, con tablas, con vigas, con auxilio de mas de tres mil trabajadores, se consiguió el objeto deseado. No desmayaban por eso los de adentro. Detrás de su nuevo atrincheramiento aguardaron un asalto, que tuvo lugar el 24 de junio de 1579. Se renovaron con este motivo las escenas de animosidad y de furor, con que unos y otros se embistieron. Fueron los españoles no tan desgraciados en este asalto como en el anterior; mas aunque hicieron retroceder á los sitiados de su atrincheramiento, al que por su figura daban el nombre de media-luna, todavía les quedó á estos otro refugio, al abrigo de una especie de trinchera que se habia construido detrás de la primera.

Por entonces enfermó Alejandro, y aunque no de modo que le impidiese dar órdenes y tomar disposiciones, tuvo que guardar cama mientras se acercaba, y tuvo lugar aquel asedio. Se hallaban ya dueños de cerca de media ciudad los españoles, y el príncipe, deseoso de salvar de la destruccion una plaza tan rica é industriosa, les ofreció una capitulacion, con no muy duras condiciones. Tan

animosos estaban los de adentro, tan ilusionados con la esperanza de un próximo socorro, ó tal vez tan desconfiados de un buen trato por parte de los vencedores, con quienes se hallaban por la mayor parte muy comprometidos, que negaron oidos á la proposicion, exponiéndose á los azares de otro asalto.

Tuvo este lugar el 29 del mismo mes y año, y por esta vez se decidió la fortuna completamente en favor de los asaltadores. A pesar de la obstinada resistencia, de la desesperacion con que vendian caras sus vidas, quedaron destruidos sus últimos reparos, y los de Alejandro dueños absolutos de la plaza. Usaron de su victoria con una furia proporcionada á la resistencia, y sedientos de venganza, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron. No se ensañaban menos en las mujeres que en los hombres, recordando la parte activa que habian tomado en la defensa. Recorrieron las calles, las plazas, buscando víctimas, y de los balcones y de los mismos techos arrojaban á la calle las personas que encontraban. Saciada la sed de sangre, comenzó el pillaje. Por tres dias duró el saqueo de aquella ciudad rica, manufacturera, provista de grandes almacenes, donde se encerraba el producto de sus artefactos. Cupo al arrabal de Wich la misma suerte que al cuerpo de la plaza. En sumas inmensas se evalúa el botin de las tropas vencedoras. A grandes cantidades ascendió el rescate de los prisioneros, y de los mismos géneros de que se desasieron los vencedores, por serles de ningun valor para su uso propio.

Cayó la plaza de Mastrich al fin de cerca de dos meses de un asedio tan obstinado por una y otra parte. Perecieron ocho mil de los sitiados, y entre ellos nada menos de mil setecientas mujeres, prueba evidente del valor con que estas habian contribuido á la defensa. A dos mil quinientos ascendió el de las tropas sitiadoras, pérdida considerable, que manifiesta bien la valerosa obstinacion de los sitiados.

Mientras tanto permanecia enfermo en su campo el príncipe Alejandro, llegando sus dolencias al punto de temerse por su vida. No tardó mucho en recuperar la salud, aunque pasó algun tiempo antes de volver á su actividad acostumbrada. Cuando se hallaba en su primera convalecencia, le aconsejaron los suyos á que entrase en la ciudad á gozar el espectáculo de su conquista. Así lo verificó el príncipe, con todo el aparato y pompa militar de un triunfo. Le precedia lo mas escogido de las tropas, tocando sus clarines con banderas desplegadas. Iba el príncipe sentado en una silla cubierta de paño de oro, llevada en hombros de cuatro oficiales españoles, que de trecho en trecho se relevaban por otros de la misma nacion, pues quisieron tener exclusivamente dicho honor, y al rededor de su persona marchaban á pié el maestre de campo general y los principales jefes del ejército. En esta forma llegó el acompañamiento á Mastrich, en donde entró por la brecha que se habia practicado cuando el primer asalto por la puerta de Bois-le-Duc, dirigiéndose en seguida todos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias.

CAPITULO LII.

Continuacion del anterior.—Conferencias en Colonia.—Sin resultado.—Se ajusta el tratado de conciliacion entre las provincias Valonas y el rey.—Salen de Flandes las tropas españolas y otras extranjeras.—Formacion de un nuevo ejército (1).—(1579-1580).

Por no interrumpir el hilo de los sucesos y causar confusion en las materias, hemos reservado hasta ahora el hacer mencion de las conferencias que durante el sitio de Mastrich, y aun antes de empezarle, se celebraron en Colonia con objeto de poner término á las turbulencias de los Paises-Bajos. Sea con objeto de ganar tiempo y hacer ver que deseaba sinceramente reconciliarse con sus súbditos alzados, ó porque juzgase necesario apelar á las vias de avenencia, en la situacion tan embrollada á que habian llegado los negocios, nombró el rey de España por árbitro en estas contiendas á su sobrino el emperador Rodulfo. Al mismo arbitraje se adhirieron igualmente los Estados confederados de los Paises-Bajos. Designó el emperador como punto para ventilarse estas cuestiones la ciudad de Colonia, por su proximidad á dicho territorio, y á este punto convocó á los comisarios de todas las partes contendientes. Antes que se verificase la reunion, mediaron secretas negociaciones y hasta intrigas, que manifestaban la poca sinceridad que á unos y á otros animaba. Nombró el rey de España por su representante á don Carlos de Aragon, duque de Terranova, hombre de su confianza

(1) Las mismas autoridades.

por los diversos cargos que á su satisfaccion habia desempeñado. Le dió instrucciones de oficio y presentables, acompañadas de otras secretas que le debian servir de luz para la mejor inteligencia de las públicas, con encargo de no comunicarlas sino al príncipe de Parma. Constaba de las primeras que el rey deferia en todo á lo que Rodulfo dispusiese acerca del modo de sosegar las turbulencias de Flandes, con tal de que no se apartasen en nada de la fe católica y la obediencia debida á su persona. Confirmaba lo determinado en Gante, menos la permanencia de la confederacion y los arreglos que habian hecho con el príncipe de Orange. Se le decia en las instrucciones reservadas, que en caso de una séria obstinacion en conservar la liga, se pasase por alto de este punto. Tambien se le encargaba el que no se consintiese en aflojar nada de los edictos contra los herejes; y en caso de que le fuese inevitable el suscribir á ciertas modificaciones, se hiciese con maña y de modo que el rey pudiese entablar con el tiempo el sistema de rigor á que tanto se inclinaba. Acerca del príncipe de Orange, era la intencion del rey que saliese para siempre de los Paises-Bajos, sin que constase nunca que se habia comprado su ausencia, ni que el príncipe imponia condiciones para realizarla. Sin embargo, se le podia conceder por via de gratificacion, y como un acto de favor, la suma de cien mil escudos, y trasferir la posesion de sus Estados y castillos á su hijo, que se pondria en libertad inmediatamente, confiriéndole además los cargos que su padre habia desempeñado en las provincias del norte, menos el de almirante con que acababan de revestirle los Estados. Por último, acerca de las treguas en que estos insistian como preliminares de las conferencias, no se opusiese á la medida, con tal de que en ella conviniesen el emperador y el príncipe Alejandro

Con tales instrucciones tomó el duque de Terranova el camino de Alemania. Basta su simple enunciado para prever el poco fruto que se iba á sacar de aquellas conferencias. Faltaba en todos la sinceridad, y nada mas se traslucia que el deseo de ganar tiempo y de que recayese el cargo de la agresion en su contrario. Sabedor el de Parma de la embajada y de las instrucciones del embajador, le escribió una larga carta haciéndole saber que todas aquellas negociaciones y conferencias no eran mas que intrigas del príncipe de Orange, deseoso siempre de introducir la confusion y de embrollar á todos los partidos, á fin de que le sirviesen de escalon á su engran-

decimiento. Que precisamente trataban de celebrar estas conferencias, á fin de suspender las negociaciones que él tenia pendientes y llevaba muy adelantadas, dirigidas á que los valones volviesen á su deber sin condicion ninguna. Que si traia instrucciones del rey para conceder treguas, tuviese entendido que por ningun modo seria de su consentimiento, convencido como estaba que no tenian otro objeto que el de ganar tiempo para reforzar su ejército.

Casi del mismo parecer que Alejandro era el duque de Terranova con respecto á las treguas. Mas el emperador Rodulfo, con quien el embajador extraordinario tuvo sus entrevistas antes de comenzar las conferencias en Colonia, le indicó ser un punto necesario ajustar la suspension de hostilidades antes de pasar al ajuste de las diferencias de las partes contendientes. A esta manifestacion dió el embajador extraordinario respuestas evasivas, haciendo ver que era un punto en que se necesitaba el consentimiento de mas voluntades que la suya: que estaban de por medio por una parte el príncipe de Parma, el archiduque Matías, el duque de Anjou, el príncipe de Orange y el príncipe Casimiro, pues todas estas parcialidades obraban en distinto sentido y con diversos intereses en el seno de las provincias sublevadas. Y como replicase el emperador de qué modo habian de llegar los comisarios á Colonia atravesando un pais teatro de la guerra, respondió Terranova, refiriéndose á las indicaciones de Alejandro: que podia muy bien continuar la guerra, dándose órden al mismo tiempo de que cesasen las hostilidades en aquellos puntos que se asignasen á los comisarios como itinerario para trasladarse al pueblo de las conferencias.

A pesar de que se hallaba Rodulfo poco satisfecho de estas explicaciones, y de que miraba con suma prevencion la conducta del príncipe de Parma, determinó llevar adelante el proyecto de la conferencia, y el 7 de mayo de 1579 estaban ya reunidos en Colonia los plenipotenciarios de todos los que en ella tenian que debatir algunos intereses.

Fueron entrando sucesivamente y por su órden en dicha ciudad, el obispo de Herpíbolis; el duque de Terranova; Enrique Oton, conde de Schwartzemberg; el arzobispo de Rosano, nuncio del pontífice; el arzobispo de Tréveris, elector del Imperio; el arzobispo de Colonia, asimismo elector; los plenipotenciarios del duque de Juliers y Cleves; los consejeros del duque de Terranova, enviados por el príncipe de Parma con encargo de suministrarle cuantas luces necesitase acerca de las leyes y costumbres de los Paises-Bajos. Tambien acudieron los comisarios de las provincias confederadas y representados en la persona del duque de Arescot, que era uno de ellos. Así las partes contendientes principales en esta disputa, eran el duque de Terranova, enviado del rey católico, y el duque de Arescot, representante de Matías, y las provincias confederadas, que tomaban por juez árbitro del emperador Rodulfo. Suplian la ausencia de este soberano los obispos electores, el de Herbípolis con el conde Oton, y los representantes del duque de Juliers. Y para dar mas solemnidad á las negociaciones, se acordó el celebrar una solemne procesion en que el nuncio apostólico llevaba la hostia consagrada en medio de los dos electores, seguidos de los prelados y personajes principales de entre los comisarios y plenipotenciarios.

Se dió principio el 9 de mayo á las conferencias de Colonia. Como el emperador Rodulfo habia sido revestido con el cargo de juez de la Confederacion, se reunian sus delegados ó plenipotenciarios, y llamaban alternativamente á los comisarios del rey y á los de las provincias confederadas, para oir las pretensiones y descargos de unos y otros. Se comenzó por la verificacion de los poderes. No ofrecieron ninguna dificultad los que presentó el duque de Terranova, y por lo mismo fueron aprobados. No sucedió lo mismo con los de las provincias confederadas, pues además de traer comision por el solo término de seis semanas, no estaban firmados por ninguna provincia, á pesar de que en nombre de todas se hallaban extendidos. Se halló además la novedad de que tenian estos pliegues por armas un leon y una columna, nunca estilados hasta entonces en los Paises-Bajos. Sin embargo, se admitieron estos poderes en clase de provisionales, por no entorpecer las conferencias, encargándose el duque de Arescot de enviar á pedir otros que tuviesen los requisitos necesarios.

Allanada esta dificultad, comenzaron quejándose los comisarios de las provincias segun una carta que acababan de recibir del príncipe de Orange, de que Alejandro de Parma, sin tener en cuenta las conferencias de Colonia, proseguia en el tratado de reconciliacion con las provincias valonas, faltando en eso á la deferencia debida á la persona del emperador, declarado árbitro de estas diferencias. Habiendo presentado estos cargos los delegados del emperador al

duque de Terranova, respondió este: que el arbitraje con que al César se le habia revestido, nada tenia que ver con el reconocimiento voluntario que algunas provincias hiciesen de la autoridad de su antiguo soberano. Que estaba en el derecho del gobernador general de Flandes dar los pasos conducentes al efecto, sin que en ningun modo se faltase á la dignidad del emperador, pues que á su decision no se habian sometido las provincias valonas, que no tenian representantes ni comisarios en Colonia. Pareció esta respuesta satisfactoria á los delegados del emperador, manifestando que en nada habia ofendido á su dignidad la conducta del príncipe de Parma. En seguida exhortaron al duque de Arescot, representante, á que reunido con los demás comisarios, discutiesen sobre los capítulos que les pareciesen mas á propósito para la conclusion de la paz, á fin de que fuesen presentados en seguida á los colitigantes. Respondieron los comisarios que no les tocaba á ellos el proponer nada, sino el oir y saber lo que el rey de España queria de sus súbditos. A esto reputó el embajador de España, que habiendo sido ellos los que buscaron al emperador por medianero, y consentido el rey en el arbitraje de este soberano, á ellos les tocaba decir lo que querian y pedian á su señor, para que en vista de sus quejas y reclamaciones se les pudiese hacer justicia. Habiéndose por fin convenido á esto último los comisarios de los Estados, expusieron las condiciones de concordia y vuelta á la obediencia del rey, en diez y ocho artículos, de que expondremos aquí los principales. Prometian, pues, hacer paces con el rey católico, príncipe natural suyo, con la condicion de que ratificase todo lo hecho por el archiduque Matías, que habia de quedar gobernador de los Paises-Bajos: de que se entregasen á los Estados todas las ciudades, fortalezas y lugares tomados por don Juan de Austria y el príncipe de Parma: de que continuase ejerciéndose sin perjuicio alguno la religion reformada en todos los puntos donde ya estaba establecida: de que pagase el rey á los Estados un millon de coronas, para resarcirse del dinero que habian gastado en las guerras anteriores.

Se atribuye generalmente lo excesivo de estas peticiones al mal estado en que se hallaban los negocios de Alejandro cuando se extendieron en Amberes. Aunque estaba puesto ya el sitio de Mastrich, se tenia gran confianza en la bizarría de los defensores, y aun mas en que seria levantado el cerco por las tropas del príncipe de Orange. Tambien corrian las noticias de que las tropas sitiadoras carecian de pagas, y que esta falta producia en el campo frecuentes sediciones. Esta última noticia era muy cierta. Los mismos apuros molestaban á Farnesio que los que habian producido tan lamentables resultados en tiempo de sus predecesores. Atento entonces el rey á los negocios de Portugal, que mencionaremos á su debido tiempo, no se hallaba con grandes fondos que remitir á los Paises-Bajos, á pesar de las reclamaciones de Alejandro. Tuvo este que recurrir á su padre Octavio, al duque de Terranova, á los principales personajes de la parcialidad del rey que se hallaban en Colonia, y hasta se vió precisado á vender y enajenar parte de su plata y efectos mas preciosos. Aun con estos recursos hubiese difícilmente contenido en la obediencia á las tropas sitiadoras, á no estar animada su codicia con la esperanza del saqueo de la plaza, que, como hemos visto, tuvo efecto.

Excesiva pareció en efecto á los delegados del emperador la peticion de los Estados, y mucho mas al duque de Terranova, á cuyas instrucciones, tanto públicas como secretas, se oponian. Presentó él, pues, los artículos de sus condiciones. Por ellas se obligaba al rey de España á hacer salir de Flandes las tropas extranjeras; á conferir los principales cargos públicos civiles y militares tan solo á los naturales de los Paises-Bajos; á poner en libertad al conde de Buren, hijo del príncipe de Orange, y conferirle el mando de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht; que la religion católica quedaria dominante y exclusiva, dándose á los reformados cuatro años de término para arreglar sus negocios y retirarse de los Paises-Bajos. En cuanto á gobernador, deberia salir el archiduque Matías, nombrándose un príncipe de sangre real, para estar á la cabeza del pais en nombre de su señor el rey de España.

Mientras tanto llegó á Colonia el conde Juan de Nassau, hermano del de Orange, y su primer paso fué renovar la peticion de treguas, haciendo ver lo incompatibles que eran aquellas conferencias con las hostilidades del príncipe de Parma. Respondió el duque de Terranova que estaba en el derecho del general español atacar plazas que legítimamente pertenecian al rey; que en vista de las tergiversaciones, de la poca buena fe que á los estados animaba, seria imprudencia en Alejandro dejar las armas de la mano, exponiéndose á perder lo cierto por lo dudoso; que el modo de tener treguas y con el tiempo paces, seria avenirse pronto á las condiciones de amistad que en nombre de su rey les proponia. A estas condiciones

se oponian los Estados por los capítulos concernientes á la religion, y por no entregar al gobernador general lás provincias y plazas, en que su autoridad no estaba á la sazon reconocida. Tampoco querian la salida del archiduque del pais, ni que el rey tuviese la facultad de nombrar por sí solo el gobernador general de las provincias.

Trataron los delegados del emperador de mediar entre ambos extremos, y al fin propusieron otro tratado de pacificacion en veinte y dos artículos, reducidos á que el archiduque no fuese confirmado en el gobierno de Flandes, pero que se considerasen por válidos sus actos; que las plazas se entregasen en manos del gobernador; pero que sus jefes, todos flamencos, prestasen juramento al mismo tiempo que al rey su señor, á los Estados; que el rey no pudiese poner en Flandes un gobernador que no fuese del gusto de los Estados; entendiéndose por esto el que no diese á sus súbditos causa justa de descontentarse; que se observase la fe católica, segun se habia prometido en el edicto perpetuo, dejándose por entonces como excepcion las provincias de Holanda y Zelanda; que á pesar de esto, en atencion á que muchos habitantes profesaban ya otro culto, no se les molestaria, suspendiéndose la ejecucion de las leyes penales hasta que se modificasen por todos los Estados convocados al efecto por el rey, ó por el gobernador en nombre suyo. Manifestaron los comisarios de los Estados aprobar este proyecto de pacificacion, y el duque de Arescot, su principal representante, prometió que las enviaria inmediatamente á todas las provincias. Con este motivo se renovó la peticion de treguas, manifestando la imposibilidad de que pasasen libremente los correos mientras permanecia el pais teatro de las hostilidades del príncipe de Parma. Persistiendo el duque de Terranova en su primera determinacion, contestó á ello que no habria inconveniente alguno para el tránsito libre de los mensajeros; que al efecto enviaria un traslado de los artículos al general español, á fin de que este dictase sus disposiciones al efecto. Así lo hizo el duque de Terranova, pidiendo al mismo tiempo al príncipe su consejo y parecer acerca de los términos de este convenio. Respondió Alejandro que todo le parecia sospechoso; que se hallaba perfectamente convencido de que por los Estados no tenian otro objeto las negociaciones que el de ganar tiempo; que todo eran intrigas del príncipe de Orange, que por ningun modo queria, por sus compromisos, que se viniese á términos de avenencia con el rey, pues no queria salir de los Paises-Bajos, que era una de las condiciones; que mientras se trataba tanto de paces, se hacian nuevos preparativos para continuar la guerra; que en cuanto á treguas no tendria inconveniente en concederlas; mas que esto no tendria lugar hasta que los comisarios se presentasen con nuevos poderes, pues los que tenian hasta entonces no eran considerados sino como provisionales.

Tal vez tenia razon el de Parma en sospechar de los Estados; la tenian los Estados en sospechar de la buena fe del rey de España. Estaban desde muchos años rotos de hecho los vínculos de union entre los Paises-Bajos y Felipe. Habia concluido el poder moral de este monarca, casi se puede decir, desde el año 1559 que salió de Flandes. Los historiadores de estas turbulencias, hombres generalmente de partido, se inclinan demasiado á uno de los dos, haciendo recaer la odiosidad de la agresion ó de injusticia sobre el otro. La falta grande estaba por parte de Felipe, cuyo dominio era imposible en los Paises-Bajos. La historia de este pais, cuyos disturbios duraron casi tanto tiempo como su reinado, confirman una verdad, de que no quiso penetrarse nunca hasta los últimos años de su vida.

Para seguir el hilo de la narracion, diremos que los Estados de Flandes estuvieron lejos de adherirse á los términos de la pacificacion, presentados por los comisarios de Rodulfo. El mismo Matías propuso mil dificultades, en que se manifestaba su repugnancia de salir de los Paises-Bajos. Por aquellos dias se presentó en Colonia el famoso Felipe de Marnix, conde de Santa Aldegundis, echado sin duda por el príncipe de Orange, para introducir nuevos embarazos en el curso de las negociaciones. Al fin se disgustaron todos con tantas pruebas de poca sinceridad, y los delegados del emperador rompieron las conferencias, que en siete meses no produjeron resultado alguno. Sin embargo, algunos comisarios de los Estados, entre ellos el duque de Arescot, y Oton, duque de Scwartzemberg, hicieron su ajuste particular con el rey de España, y volvieron á su gracia. En cuanto al duque de Terranova, se dirigió á los Paises-Bajos, donde trabajó como negociador en auxilio del príncipe de Parma. Cuando terminaron las conferencias de Colonia, hacia mas de tres meses que habia caido la plaza de Mastrich en poder de los españoles. Tambien habia llevado á término Alejandro su negocio de pacificacion con las provincias valonas, en el que entraron las de

Artois y de Haynault, siendo las bases de este arreglo el que saliesen de Flandes las tropas extranjeras, reclutándose el ejército con las nacionales.

Para el ajuste definitivo del tratado, cuyos preliminares se habian arreglado en Arras con conocimiento de Alejandro, se reunieron en Mons los comisionados por estas provincias. Estaba representada la de Artois por su gobernador Roberto Melun, marqués de Richeburg; Juan Saracen, abad de San Vedasto; Francisco Doguie, señor de Beaurepaire y de Beaumont, y algunos otros. Eran diputados por la provincia de Haynault, Felipe, conde de Lagnini, gobernador de la provincia; Jacobo Froy, abad de San Pedro de Hasnau; Jacobo de Croix, señor de Saumont; Francisco Gualtiero, síndico de Mons, con otros varios. Se presentaron en nombre de Lila, Douay y Orchies, plazas correspondientes á la Flandes francesa; su gobernador Maximiliano Ville, señor de Rasingen; Adriano de Ognies de Villerval; Vander-Haer; Eustaquio Jumeyes, y otros. Habia enviado Alejandro para tratar en nombre del rey, á Pedro Ernesto, conde de Mansfelt, maestre de campo general, con otros señores y personas de distincion entre los que se contaban algunos jurisconsultos. Les encargó muchísimo el que tratasen de recavar de la asamblea, el que aflojasen algo sobre el artículo de las tropas extranjeras, haciéndoles ver que era en cierto modo una imprudencia la despedida tan de pronto de unas fuerzas, que con el tiempo tal vez echarian de menos por las turbulencias que tanto afligian á los Paises-Bajos. Mas en este punto se mantuvieron inflexibles. Despues de zanjadas varias dificultades que á unos y otros ocurrian, se ajustó á fines de 1579 el tratado de reconciliacion en veinte y ocho artículos, cuyos principales contenian lo siguiente: Que todos los habitantes de todas condiciones de las provincias reconciliadas, inclusas las autoridades, tanto civiles como militares, jurasen la religion católica, y obediencia para siempre al rey de España; que dentro de seis semanas, desde que se publicase la reconciliacion, saliesen del pais los soldados españoles y demás tropas extranjeras, sin poder volver, á menos que ocurriesen graves motivos para ello, segun el parecer de las provincias; que á la partida de dichas tropas, se formase á expensas del rey y de las provincias un nuevo ejército, compuesto de gentes del pais, ó de otros, segun á las provincias pareciese; que no nombrase el rey por supremo gobernador de Flandes, sino algun príncipe de su sangre; que en el ínterin gobernase el pais el príncipe de Parma, por el término de seis meses, pasado el cual, en caso de que el rey no le confirmase en este cargo, ó nombrase otro gobernador de su familia, residiese el gobierno en una junta de los Estados reconciliados, nombrada libremente por el rey, con tal de que la eleccion recayese en naturales.

Al paso que fué muy satisfactorio para el de Parma este tratado de reconciliacion, le mortificaba el tener que despedir las tropas, por la dificultad de formar un nuevo alistamiento. A dicha condicion habia tenido que conformarse, no solo por la insistencia de las provincias, sino porque el rey mismo aprobaba la medida. El motivo verdadero que tenia Felipe para consentir tan voluntariamente en la salida de las tropas extranjeras, y sobre todo de las españolas, no es muy fácil de explicar, sino atribuyéndole al temor de que los que habian sido instrumento de la gloria personal del príncipe animasen su ambicion de un modo peligroso. Cualquiera que sea la clave de esta conducta, mortificó mucho al de Parma el haber encontrado tan poco apoyo en el rey, y á esto se atribuye el permiso que le pidió para dejar su servicio y retirarse á Italia. Mas Felipe desechó su súplica, animándole con palabras de satisfaccion, á que cuanto mas antes pensase en el cumplimiento del tratado de la pacificacion, relativo al nuevo alistamiento del ejército. Constaba entonces el de Alejandro de quince tercios de infantería; cinco alemanes, cinco valones, dos borgoñones y tres españoles, todos desiguales en fuerzas, siendo los españoles y alemanes los que tenian mas gente. Se componia la caballería de cuarenta y dos escuadrones, llamadas entonces tropas ó cornetas, los mas de reitres, de borgoñones y alemanes. Era grandísima la dificultad de deshacerse de pronto de toda esta gente, que aunque atrasada en sus pagas, seguia sus banderas por el cebo del botin, y otras ventajas que la guerra les proporcionaba. Mas ahora habia que satisfacerles cuanto se les debia, y la caja militar no se hallaba en estado de saldar aquestas cuentas. Pedia Alejandro con instancia al rey, que se le enviase cuanto antes el dinero que necesitaba para cumplir con sus disposiciones. Mas el monarca, empeñado entonces en la guerra de Portugal, parecia dar pocos oidos á sus instancias reiteradas. Fué preciso que para hacer mas fuerza al rey, cada maestre de campo hiciese el ajuste de lo que su tropa devengaba, enviándose además de estas cuentas, lo que importaba el gasto de la casa militar del príncipe, entonces bastante numerosa. El rey envió auxilios, mas

no los necesarios. Hubo con este motivo frecuentes sediciones en el campo; llegaron los alemanes hasta amenazar la persona de Alejandro. Se cometieron actos de marcada desobediencia; mas se calmaron los desórdenes por la presencia de ánimo del príncipe, y por su severidad en el castigo de los autores principales. Por fin, salieron del pais las tropas extranjeras, primero las españolas, en seguida las borgoñonas, y las últimas las alemanas. Los españoles se trasladaron á Milan, donde recibieron órdenes para pasar á España é incorporarse en el ejército de Portugal; mas tuvieron en seguida contra-órden, y por entonces quedaron estacionadas en Milan, Sicilia y Nápoles.

Despedidas todas estas tropas extranjeras, forzoso le fué al príncipe Alejandro pensar en la pronta formacion de un nuevo ejército. Se formó este hasta número de treinta mil de á pié y cinco mil caballos, debiendo darles el rey á cuenta de sus pagas, cada mes, doscientos cincuenta mil escudos de oro, y el resto las provincias. Se encargó el mando de la caballería al marqués de Rubais, del pais, hombre consumado en el ejercicio del arte militar, y se nombró por comisario general de la caballería á Gregorio Barta, originario de la Albania, que aunque extranjero, se le dejó permanecer como otros muchos, por considerárseles como individuos de la familia ó casa militar del príncipe. Tambien arregló Alejandro otros negocios cencernientes al estado civil segun los términos de la pacificacion; sobre lo que hubo dificultades, y hasta pugnas abiertas entre los dependientes del rey y las autoridades del pais, y que se vencieron al fin con no poco trabajo por una y otra parte. Las provincias se habian reconciliado; mas los disgustos, las desconfianzas, los recelos estaban vivos en los ánimos de todos, como en el principio. Los males no nacian precisamente de los hombres, sino de la situacion falsa y equívoca en que unos y otros se habian colocado.

CAPITULO LIII.

Continuacion del anterior.—Confederacion de Utrecht.—Llegada á los Paises-Bajos de la princesa Margarita de Parma, nombrada gobernadora por el rey.—Quejas de Alejandro.—Revoca el rey la órden, y queda el príncipe de Parma otra vez de gobernador general de los Paises-Bajos.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Se socorre la plaza de Groninga, sitiada por los confederados.—Toman los de Farnesio á Nivelles, á Malinas, á Courtray.—Amenazan á Cambray.—Toma la contienda un nuevo aspecto.—Se declaran independientes los Estados de Flandes.—Eligen por nuevo príncipe al duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia. —Pnblica el rey de España un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange.—Responde este con un manifiesto.—Entra el duque de Anjou en los Paises-Bajos.—Toma á Cambray.—Pasa á Inglaterra.—Vuelve.—Su entrada en Amberes. —Atentan á la vida del príncipe de Orange.—Sigue la guerra.—Toma Alejandro las plazas de Tournay y de Oudenarda.—Vuelven á los Paises-Bajos las tropas españolas é italianas.—Entran asimismo de refuerzo mas francesas.—Toma de mas plazas de una y otra parte (1).—(1580-1582.)

Ocurrian en el pais en cuyos disturbios nos estamos ocupando, demasiados acontecimientos á la vez, para que no sea difícil presentarles con el órden y la claridad indispensables en toda narracion histórica. Aquí se combatia, allí se negociaba: con el tumulto de la guerra iban mezcladas intrigas de toda especie, combinaciones diplomáticas, encaminadas á objetos muy diversos. A pesar de ser aquellas regiones de tan corta extension, eran teatro de choques y batallas que se estaban dando casi á un mismo tiempo. Pocas naciones de Europa dejaban de tener mas ó menos interés en estas lu-

(1) Las mismas autoridades.

chas, y de contribuir con sus naturales á la formacion de sus ejércitos. Españoles, franceses, inglèses, italianos, alemanes, todos se hacian distinguir tanto como los mismos habitantes del pais en estas contiendas, que son sin duda uno de los rasgos mas característicos en la historia del siglo XVI, tan fecunda en toda clase de acontecimientos. Por eso ocurren tantas dificultades al historiador, al trazar todos los acontecimientos de este drama, sin poner al lector en confusion y dejarle como perdido en un laberinto sin salida. Nosotros, que en esta parte de la claridad ponemos gran cuidado, aislamos los acontecimientos para no confundirlos todos, y dar á cada uno el lugar que en la parte cronológica les corresponda.

Mientras se hallaba tan solícito Alejandro Farnesio en la reconciliacion de las provincias valonas con el rey, no se descuidaba el príncipe de Orange en neutralizar la operacion con otra que debia ser muy funesta á los intereses del monarca. Casi al mismo tiempo á poco despues que se firmaron en Mons los artículos de dicha pacificacion, se ajustaba bajo los auspicios del príncipe una especie de liga ó confederacion entre las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, una gran parte del Brabante y Flandes, á la que se dió el nombre de confederacion de Utrecht, por haberse en esta ciudad concertado sus artículos. Fueron los principales: 1.° que se unian las provincias para formar un cuerpo político, comprometiéndose á no separarse nunca unas de otras, pero reservándose cada una el derecho de gobernarse y conservar los privilegios de que hasta entonces disfrutaban: 2.° que se ayudarian mutuamente las provincias para repeler toda agresion por tropas extranjeras, y sobre todo cualquier acto de hostilidad y violencia á que se quisiese propasar el rey de España, con pretexto de establecer la religion católica; dejando á la generalidad, es decir, á los comisarios de dichas provincias, el determinar el contingente con que debia contribuir, tanto en dinero como en gente, cada una: 3.° que no se profesaria en Holanda y Zelanda otra religion que la que estaba establecida, y que en las demás provincias se pudiera ejercer la católica ó la reformada, ó las dos juntas, segun se creyese conveniente: 4.° que se devolverian á las iglesias y conventos los efectos de que habian sido despojados, á excepcion de las provincias de Holanda y Zelanda, donde servirian para asignar pensiones á los sacerdotes católicos, quienes las recibirian en cualquier punto donde quisiesen fijar su residencia: 5.° que en todas las ciudades donde se creyese oportuno hacer fortificaciones por decision de los Estados de las provincias, corriese el gasto por cuenta de la generalidad y de la provincia á que la ciudad perteneciese; mas que si se tuviese por conveniente la ereccion de una fortaleza, y no conviniese en ella la provincia, fuese á costa de la generalidad: 6.° que todas las plazas fuertes recibirian la guarnicion que tuviesen por conveniente los Estados el enviar á ella; mas que dichas tropas harian antes juramento de fidelidad á la ciudad y á la provincia, aun cuando le hubiesen prestado antes á los Estados generales: 7.° que no pudiesen estos declarar guerra, imponer contribuciones, hacer tratado de paz y tregua, sin contar con el asentimiento y concurso de la mayor parte de las provincias y ciudades de la Union, ni estas ajustar por su parte alianza con ningun príncipe extranjero sin el consentimiento de los Estados generales: 8.° que todos los varones de las provincias confederadas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, se alistarian un mes despues de firmada el acta de union, á fin de que en vista de estas relaciones, pudiesen los Estados generales saber la fuerza de cada provincia y los nombres que debia presentar en la defensa comun: 9.° que para proporcionarse el dinero necesario para la manutencion del ejército, se arrendasen las rentas é impuestos á favor del que mas diese, y que se aumentarian ó disminuirian segun las necesidades de la confederacion.

Tal fué la famosa confederacion de Utrecht, considerada y reconocida por la historia como la cuna y principio de lo que fué despues la república confederada con el nombre de Provincias Unidas ó de Holanda. Como no se hablaba en sus artículos de conservar la obediencia al rey, ni tampoco de renunciar completamente á su dominio, se podia considerar este silencio como una declarada independencia. Grande rasgo de habilidad en el príncipe de Orange era el ir preparando poco á poco el acto decisivo al que hacia tantos años aspiraba, por el que se movia con tal perseverancia.

Antes de volver al hilo de las operaciones militares, terminaremos por ahora este cuadro político con la extraña resolucion que tomó por entonces el rey de enviar por segunda vez á su hermana la princesa Margarita de gobernadora á los Paises-Bajos. Extraña pareció en efecto la medida á los hombres imparciales, que no podian estar en las interioridades del monarca. Tal vez creyó Felipe que en enviar á su hermana se conformaba mas al espíritu de la capitulacion, por la que se pedia para gobernante un príncipe de la

sangre real que inspirase confianza y amor á las provincias: tal vez los estrechos vínculos naturales que unian á Farnesio y á la princesa Margarita, le hicieron creer que no podria introducirse entre ellos sentimiento alguno de rivalidad; pero es lo mas probable, que desconfiado siempre y receloso de la autoridad que sus delegados y representantes ejercian, no veia con buenos ojos el ascendiente que adquiria Alejandro y la gran fama que por sus hechos militares alcanzaba; que trataba de neutralizar su gran poder, circunscribiéndole á los asuntos militares, confiando á su hermana la direccion de los políticos. Algunos dicen, y es probable, que Margarita admitió el cargo con grande repugnancia. De todos modos, obedeció la órden del rey, y se presentó en Namur á tomar por segunda vez las riendas del gobierno.

La recibió su hijo con todas las distinciones de obsequio, de amor y veneracion que á su persona se debia: mostró regocijarse mucho de que el rey le enviase un asociado de tal naturaleza; mas quedó muy mortificado tanto de tener que partir su autoridad, como de la desconfianza que con este paso se le manifestaba. Fué sin duda grave falta ó demasiado torcida intencion, poner en pugna á dos personas tan ligadas por los lazos de la sangre. Expuso Alejandro al rey por medio del cardenal Granvella, entonces ministro de asuntos exteriores, lo poco que cumplia á su servicio el dividir la autoridad en Flandes, cuando sus disturbios reclamaban tanto el mando de uno solo. Añadió que era un desaire para su persona, y una especie de ingratitud, el despojarle de una autoridad que siempre habia ejercido en servicio de sus intereses; que semejante paso seria para los Paises-Bajos una especie de declaracion de que estos servicios no habian sido gratos; y que por estas consideraciones le pedia encarecidamente permiso para dejar un pais donde ya no podia ser objeto de aprecio y respeto su persona.

En estos mismos sentimientos entraba la princesa Margarita. Desde su vuelta á los Paises-Bajos se penetró muy bien de lo cambiado que estaba para ella aquel teatro. Conoció lo penoso de su administracion en medio del tumulto de las armas, y que no podia menos de ejercer de hecho ó de derecho la principal autoridad el que dirigiese los ejércitos. No queria verse tal vez en choque, en pugna abierta con el jefe militar, aunque fuese su hijo, y quizá mas á causa de esto mismo. Por esta razon pidió al rey la relevase de un cargo, que no era ya para sus años. A pesar de estas razones, se mostró desde un principio Felipe inflexible en su resolucion, y reiteró sus órdenes, tratando por otra parte de calmar la irritacion del príncipe con pretextos plausibles que alegó para esta nueva providencia. Igual teson mostró Alejandro con la repeticion de sus quejas y su súplica. Por fin cedió el rey y revocó el nombramiento de la princesa Margarita, renovando el que ya tenia el príncipe Alejandro. Mas por no aparecer desairado ó con otros designios, mandó que permaneciese por algun tiempo en los Paises-Bajos, lo que sucedió en efecto. Como quedó desde entonces anulada su autoridad, y su persona no es ya de ninguna importancia en los negocios ulteriores del pais, nos contentaremos con decir que se retiró á Italia, donde permaneció por el resto de sus años.

Las operaciones de la guerra fueron por aquel tiempo de poca importancia, reduciéndose á encuentros parciales en que intervenian simples destacamentos ó trozos poco considerables. Habia hecho la toma de Mastrich una impresion muy favorable á las armas españolas. O por temor de experimentar igual suerte, ó por estar cansados de disturdios, se mostraron algunas plazas inclinadas á volver á la obediencia de Felipe. Abrió sus puertas la de Bois-le-Duc, habiendo expelido antes á los calvinistas. Lo mismo hizo Malinas, extipulando adherirse á las condiciones del tratado de paz con las provincias valonas. Igual hubiese sido la conducta de Brujas, á no haber tenido los Estados noticia de lo que pasaba, y enviado inmediatamente á ella tropas de su devocion á fin de sostenerla en la obediencia.

Estuvo muy próxima á correr igual suerte la provincia de Frisia, donde mandaba el conde de Renneberg, puesto allí por los Estados. Entabló con él una negociacion secreta el duque de Terranova, haciéndole presente lo precario de su situacion y de las provincias disidentes. A los reparos que le puso el gobernador sobre una mudanza de conducta, respondió el español que con condiciones honoríficas y provechosas para las provincias valonas, habian vuelto á reconocer la autoridad del rey los principales personajes de las mismas; que por muchos que fuesen sus compromisos con el príncipe de Orange, eran mucho mas antiguos los que le ligaban con su antiguo monarca; y por último, que tuviese entendido, que estando Farnesio en vísperas de invadir la Frisia, reflexionase las fatales consecuencias que tendria para él caer en poder de los que tenian el derecho de tratarle como traidor al rey de Espa-

ña. Movido de estas razones accedió Renneberg á la proposicion de Terranova, bajo las condiciones: de que se le dejase el gobierno de su provincia con nombramiento real, y el sueldo de veinte mil florines; que se le hiciese marqués; que se le propusiese para el collar del Toison de oro en la primera promocion que hubiese de esta Orden; que le entregase Alejandro dos tercios de infantería para distribuirlos en los puntos de su provincia como mejor le pareciese; que se le diesen de contado veinte mil escudos de oro en el momento que prestase juramento al rey. Habia otros artículos en el tratado relativos á diversos jefes y magistrados civiles, cuya suerte se aseguraba por la parte que tomaban en la incorporacion de esta provincia con las otras que habian vuelto á la obediencia del monarca. Y aunque las condiciones parecieron duras al príncipe de Parma, no titubeó en confirmarlas; tan importante era para él la àdquisicion de una provincia cuya conducta podia influir en gran manera sobre las demás del Norte.

Se hallaba ya este negocio casi concluido, cuando sabedor de lo que pasaba el príncipe de Orange, dispuso que el conde de Holach entrase con tropas considerables en la Frisia. Habiendo salido vencedor en un encuentro que tuvo con las de Renneberg, obligó á este á encerrarse en la plaza de Groninga. Para sacarle Alejandro del apuro, le envió de socorro tres mil infantes y ochocientos caballos á las órdenes del general Schenk, quien hizo levantar el sitio despues de un encuentro ventajoso con el enemigo.

Por aquellos dias tuvo un encuentro el marqués de Rubais con el general francés Lanoue, que trataba de sitiar la plaza de Enjemmunster. Fué vencedor el general español, y el enemigo perdió seiscientos hombres, diez y siete banderas, cuatro estandartes y tres cañones, quedando en el número de los prisioneros el mismo Lanoue, sobre cuya suerte, como hombre de tanta consideracion, consultó el príncipe Alejandro con el rey de España. Mas Felipe, reservado en todo, y cauteloso en decir su opinion, respondió á la carta en que se le comunicaba la victoria, sin hablarle nada de tan importante prisionero. En virtud de este silencio le hizo encerrar el general español en la ciudadela de Limburgo, donde el francés divirtió sus ocios escribiendo varios tratados sobre la política y el arte militar, que fueron muy aplaudidos en su tiempo.

Como se hallaba entonces el rey en su expedicion de Portugal, circularon en los Paises-Bajos varias especies de derrotas y desca-

labros en su ejército, llegando hasta esparcirse la noticia de su muerte. Con este motivo se alentaron de nuevo los confederados, dando por seguro el triunfo de su causa. Tambien se armaron varias tramas contra la persona de Alejandro, hallándose Guillermo de Horn señor de Heez, al frente de los conjurados. Era su designio matar al príncipe y entregar el pais al duque de Anjou, que intrigaba mucho en aquel tiempo para hacerse señor de los Paises-Bajos. Previno la traicion el marqués de Rubais, prendiendo al principal conspirador, quien no pudo menos de hacer confesion de su delito. No atreviéndose el príncipe de Parma á decidir por sí sobre su suerte, pidió órdenes al rey, quien decretó al momento su suplicio. Tuvo este lugar en la plaza de Quesnois, donde el señor de Heez fué degollado en un cadalso.

Seria muy ocioso y hasta ajeno de la naturaleza de esta obra, entrar en los pormenores de todos los encuentros que ocurrian, hallándose aquel pais lleno de tropas que le cruzaban en todas direcciones. En unos pueblos se abrian las puertas á los españoles, otros que se habian reducido á la obediencia, volvian de nuevo al poder de los contrarios. Fué uno de los mas importantes entre estos últimos la plaza de Courtray, y hasta Malinas sufrió un saqueo por parte de los confederados. Por aquel tiempo atacó el conde de Mansfelt, maestre general de campo del ejército español, la plaza de Buchain; y despues de tenerla en grande aprieto, entró en convenio con los sitiados, y les permitió que saliesen los que quisiesen de la plaza. Mas la dejaron minada, y la mecha encendida en tal disposicion, que solo podria producir su efecto cuando los vecinos estuviesen ya distantes de sus muros. Así sucedió en efecto, y cuando se hallaban ya en camino los soldados y demás gente de la guarnicion, y los sitiadores ocupados en aposesionarse de la plaza, reventó la mina. Sin embargo, no hizo todos los estragos que los enemigos aguardaban, aunque no dejaron de volarse mas de treinta casas, con peligro de encenderse toda la ciudad, á cuyo remedio se acudió muy prontamente.

No andaban acordes los ánimos del marqués de Rubais y el conde de Mansfelt; veterano este en el servicio del rey, pues llevaba las armas á su favor desde el principio de los disturbios de los Paises-Bajos; recien admitido el otro en sus filas en la última organizacion que habia dado al ejército el príncipe de Parma. Se inclinaba Alejandro mas al último, tal vez por esta misma circunstancia, ó

porque le hacia sombra la reputacion de Mansfelt, adquirida en tantos campos de batalla. Se hizo mas notable la poca armonía entre estos dos personajes, en un consejo de guerra celebrado á presencia de Alejandro. Opinaba Rubais porque se moviese el campo sobre Cambray, importante por su situacion y por los muchos partidarios del duque de Anjou que la consideraban como la base de sus operaciones. Pero el conde de Mansfelt rebatió este dictámen, sosteniendo que merecia ser preferida la plaza de Nivelles, por estar mas próxima y ser su expugnacion como preludio necesario para la toma de la otra. Entre estos pareceres propendia al primero el príncipe de Parma, por la importancia de ocupar la plaza de Cambray, donde á cada momento aguardaban refuerzos de Francia; mas no por eso dejó de aprobar la opinion del conde de Mansfelt, por no contrariarle demasiado. Abrazando, pues, los dos objetos que al mismo tiempo le ofrecian la ventaja de separar á los dos jefes rivales, encargó al marqués de Rubais la expedicion sobre Cambray, encomendando á Mansfelt la de Nivelles.

Fué muy brevemente terminada esta última. Se rindió Nivelles á los tres dias de sitio, y la guarnicion quedó prisionera. Era mucho mas difícil la empresa de Rubais por lo fuerte de Cambray, y el gran partido que tenian en ella los franceses. Cuando estaba ya en camino destacó al conde de Montigny con objeto de tomar la plaza de Condé, muy cercana á Valenciennes. La evacuó la guarnicion sin aguardarle, retirándose á Tournay, con lo que le fué muy fácil á Montigny apoderarse de lo que estaba abandonado. Mientras tanto llegó Rubais á las inmediaciones de Cambray, y comenzó la operacion del sitio; pero cuando mas ocupado estaba en llevarle á feliz término, ocurrió en Flandes otra novedad que alteró notablemente el semblante de las cosas.

Hasta entonces no habia tomado el pronunciamiento de los Paises-Bajos un carácter de rebelion abierta contra el rey de España. Si habian corrido á las armas y ejercido actos de hostilidad contra sus tropas, manifestaban dar estos pasos para defender sus privilegios hollados por el rey; mas que de ningun modo dejaban de reconocerle como su señor natural, á cuya obediencia deseaban volver cuando se hiciese justicia á sus reclamaciones. Ni en las actas de la confederacion de Gante, ni cuando llamaron al archiduque Matías, se habia tenido otro lenguaje. En los capítulos ajustados en Utrecht, nada se decia á favor del rey; tampoco en contra. Invocando su nombre se expedian todos los decretos que daban los Estados: de ningun sitio público se habian quitado las armas reales, y con su nombre y busto corria la moneda. De que habia buena fe en todas estas manifestaciones, pueden quedar dudas: de que el príncipe de Orange preparaba así las vias para llegar de una vez al fin de sus designios, hay los testimonios mas probables. Estaba el rey de España destronado de hecho, sobre todo en las provincias del Norte y en gran parte de las de Flandes y el Brabante; mas conservaba todavía una sombra de autoridad, y se podia decir que aunque desobedecido, era todavía señor nominal de los Paises-Bajos. Con la realidad, vino asimismo á destruirle la apariencia. Habian llegado las cosas al punto de constituir en verdadera anomalía un dictado que estaba en contradiccion tan abierta con los hechos. Se aprovechó, pues, de la ocasion el príncipe de Orange para promover eficazmente el objeto tan apetecido para él de la absoluta independencia. Aunque su ambicion le sugeria naturalmente el sustituir su persona propia á la del rey, era demasiado hábil para ignorar que no tenia bastante partido para ser el nuevo soberano de los Paises-Bajos. Le excluia para ello entre otras cosas, su cualidad de protestante, cuyo culto no dominaba mas que en las provincias de Holanda y Zelanda, hallándose solo tolerado en las demás donde la religion de la generalidad era católica. Necesitaba, pues, el de Orange un príncipe extranjero de esta comunion, mas que diese bastantes garantías de respetar la libertad de las conciencias. El archiduque Matías, que hacia cuatro años residia en el pais con el título nominal de gobernante, no satisfacia las miras del príncipe por ser de la familia de Austria, que deseaba alejar para siempre de los Paises-Bajos. Echó, pues, los ojos sobre el duque de Anjou, cuyos vínculos de sangre con el rey de Francia y relaciones que tenia entonces con el partido calvinista, ofrecian la perspectiva de una poderosa proteccion de la potencia vecina, á que los príncipes de Nassau habian acudido siempre por socorros en todos sus conflictos. En Francia tenia el príncipe de Orange relaciones de parentesco, y hasta los Estados á que debia su título. Habia pasado á segundas nupcias con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier, viuda de Teligny, hijo del almirante de Coligny, asesinado la misma noche que su padre. Mediaba además la consideracion, de que siendo el duque de Anjou príncipe jóven, de poca experiencia, y menos que mediana capacidad, seria dirigido naturalmente por el prín-

cipe de Orange, quien conservaria de hecho el supremo poder aunque no el título de supremo gobernante.

En el tratado de la confederacion de Utrecht ya habia puesto el príncipe los cimientos del edificio que pensaba levantar, haciendo que se omitiese el nombre del rey, cuya autoridad ni se reconocia, ni se desechaba. No tardó mucho despues de este acto en convencer á los Estados de la necesidad de dar un paso mas, para salir de aquella situacion equívoca que los exponia á tantos embarazos. Fácil le fué hacerles ver, que no pudiendo en el estado en que se hallaban llegar á una reconciliacion sincera con el rey de España, era ya lo mas seguro para ellos romper para siempre los vínculos que con él los unian, llamando á otro señor, á favor de cuya poderosa proteccion saliesen vencedores en la lucha. Les designó la persona del duque de Anjou como de mucha importancia para ellos por sus inmensos bienes, por sus poderosas relaciones en Francia, por el favor de que disfrutaba entonces con la reina de Inglaterra. Dieron oido los Estados á razones é insinuaciones, tan hábilmente presentadas. En agosto de 1580 se reunieron en Amberes, y despues de algunas conferencias, decretaron: «Que por no haber guardado el »rey Felipe á los flamencos los privilegios jurados, habia caido del »principado de Flandes; y que por esta causa, libres ya los pueblos »de la fe y obediencia que le habian jurado, elegian con todo su »acuerdo y voluntad por su nuevo príncipe á Francisco de Valois, »duque de Anjou, hermano del rey de Francia.» En virtud de este decreto, habiéndose reunido otra vez los Estados en la Haya, se expidió un solemne edicto declarando lo mismo, con órden á todos los magistrados y funcionarios del pais, de prestar juramento de obediencia á dicho príncipe, de derribar las armas reales, de que desapareciesen los sellos y cualquier otro signo de soberanía del rey de España, dejando desde aquel momento de estamparse su nombre en la moneda. Y aunque esta órden encontró en un principio bastantes obstáculos, pues no todos los flamencos se hallaban de este parecer, arrastró á lo menos la opinion de los mas, y unos tras de otros todos prestaron el juramento requerido.

Así quedó el rey de España despojado de derecho como de hecho del señorío de los Paises-Bajos, á excepcion de las provincias donde imperaban las armas de Alejandro. Se concibe fácilmente la profunda indignacion que debió de causar á Felipe II una resolucion que sin duda no aguardaba. Objeto ya de tanto odio para él el príncipe

de Orange, fué el principal blanco de sus iras. Inmediatamente lanzó contra él un decreto de proscripcion, en que despues de sacar á plaza su ingratitud, su rebelion, su apostasía y sus traiciones, se ofrecia al que le matase la suma de veinte y cinco mil escudos de oro para él ó sus herederos, concediéndole además la nobleza personal, y en caso de ser noble, el perdon de todos sus crímenes y delitos, cualquiera que ellos fuesen.

Fué en Felipe II este acto, á la par que bárbaro y atroz, una gran falta; pues no podia pensar que semejante decreto de proscripcion quedase sin respuesta. Así la tuvo muy cumplida por parte del príncipe de Orange, que en son de hacer su apología, publicó un manifiesto contra su antiguo señor, donde no se escasearon ni el rigor de los cargos, ni lo duro de las expresiones. Pocos documentos ofrece el siglo XVI mas célebres que este manifiesto. En él se vindicaba el príncipe de la acusacion de ingrato, haciendo ver que sus títulos y posesiones eran propiedad de familia, sin debérselos á Felipe y á su padre; que si habia tomado las armas contra el señor de los Paises-Bajos, era por las infracciones cometidas por este de los privilegios que habia jurado tan solemnemente; que habia sido súbdito de Felipe, señor de los Paises-Bajos, no de Felipe, rey de España; que si las crueldades del rey don Pedro de Castilla se habian tenido por suficiente causa para que entrase á sucederle en la corona un príncipe bastardo, sin tener en cuenta los derechos de la hija del monarca asesinado, habia perdido del mismo modo el derecho de mandar en los Paises-Bajos un rey que por el órgano é instrumento del duque de Alba habia cometido en el pais tan inauditas crueldades. Además de tan terribles cargos, acusaba el príncipe de Orange al rey de haber asesinado á su hijo el príncipe don Cárlos, y acortado los dias de su mujer doña Isabel de Valois por medio de un veneno; de estar ya casado en secreto cuando su primer matrimonio con doña María de Portugal, echándole en cara otros desórdenes feos que trataba de cubrir con el manto de la hipocresía, etc. Predomina sin duda en el escrito el calor y la virulencia que son tan naturales á un ánimo ofendido. De muchos hechos, no alegaba mas pruebas que los rumores esparcidos por los enemigos de Felipe. Mas si este escrito no se puede considerar como un documento auténtico de acusacion, contribuyó entonces á aumentar la odiosidad de que era objeto el rey de España. Le acogieron los Estados de Flandes con las muestras de la mas viva sim-

patía, y los protestantes todos con demostraciones de entusiasmo.

Poco tiempo despues de la declaracion hecha en Amberes y del edicto de la Haya, salió de los Paises-Bajos el archiduque Matías (1), sumamente descontento del desaire que con el nombramiento del duque de Anjou se habia hecho á su persona. Al mismo tiempo enviaron los Estados embajadores á este último príncipe, haciéndole saber la determinacion que habian tomado. Los recibió el duque de Anjou con bondad, y aceptó el cargo con que los de Flandes le habian revestido. ¿Qué parte habia tomado en todo esto el rey de Francia? ¿Habian obrado los estados de Flandes por sus insinuaciones, ó á los menos con su consentimiento? Las dos cosas son posibles y aun probables, á pesar de que el rey de Francia temia mucho el comprometerse con el rey católico. Verdaderamente, la autoridad del rey Enrique III en sus Estados era muy precaria, supeditado como estaba por la liga santa, que recibia otras influencias que la suya. Por una parte, no le podia ser desagradable la idea de deshacerse de un hermano, cuyas intrigas y conexiones con sus propios enemigos le suscitaban á cada paso disgustos y embarazos: por la otra debia de halagarle la influencia que sin duda por la eleccion del príncipe de Anjou, iba á ejercer en los Paises-Bajos. Consintió, pues, en lo que tal vez no podia impedir, en lo que debia serle útil bajo dos aspectos; mas receloso siempre de ofender á Felipe II, le envió un embajador para darle parte de sus embarazos protestando que no habia tomado la mas pequeña parte en la declaracion de los Estados, así como no podia impedir el que su resolucion se llevase á su debido efecto. Para dar mas pruebas de su sinceridad, dispuso que no acompañasen al príncipe tropas suyas, y sí que echase mano de voluntarios que sirviesen bajo su propia bandera, y fuesen pagados asimismo por su cuenta.

Al rey de España, no satisfacieron las protestaciones del de Francia. Mas á pesar de lo ofendido que se hallaba de este príncipe, á pesar de lo que acrecentaba su indignacion contra los Estados los refuerzos que iban á recibir del príncipe francés, aparentó quedar tranquilizado con las explicaciones de Enrique III, y no pensó en hostilizarle abiertamente. En esto se condujo con habilidad y como cumplia á su política. Dueño entonces en cierto modo de la liga

(1) Este archiduque fué elevado á la silla del imperio en 1611, á la muerte del emperador Rodulfo, que no dejó hijos, habiendo ya fallecido tambien sin sucesion todos sus hermanos, pues Matías era el último.

santa, tenia mas medios de hacer daño al rey de Francia, que por los de una guerra abierta. Recurriendo á este último extremo, concitaba contra sí los ánimos de toda la nacion francesa, en lugar de que permaneciendo pasivo tenia ganada la generalidad, pues casi todos los católices ardientes eran miembros de la liga.

Mientras se llevaban adelante estas negociaciones, perdió el príncipe de Orange por sorpresa la plaza importante de Breda, ciudad de su propio patrimonio. Por otra parte, el marqués de Rubais estrechaba la plaza de Cambray, poniendo cuantos medios podia para apoderarse de ella antes que llegase el príncipe francés, quien se movió de Paris á la cabeza de doce mil hombres de infantería y cuatro mil caballos con direccion á los Paises-Bajos. Envió delante una division de cuatro mil hombres para que entrasen en Cambray; mas no pudieron conseguirlo por los esfuerzos del marqués de Rubais que de cerca la estrechaba. Con este motivo tuvo el duque de Anjou que avanzar con el grueso de su ejército. Deliberó el príncipe de Parma en su Consejo sobre si se saldria al encuentro del francés; mas por lo escaso de su fuerza entonces, que no llegaba á seis mil hombres, se resolvió levantar el sitio de Cambray, retirándose para buscar mas dichosa coyuntura. Con esto entró el duque de Anjou sin obstáculo en la plaza, donde fué recibido con festejos, con aclamaciones, y hasta con el título de padre de la patria. Mas aquí terminó por entonces la expedicion del duque de Anjou, seguido de tropas mercenarias, cuyas pagas no podia continuar por falta de recursos, y que se le iban desertando poco á poco por esta misma circunstancia. Así cuando los Estados de Flandes y aun el mismo príncipe de Orange, sabedores de su entrada en el pais, le instaron á que pasase adelante y se aprovechase de su próspera fortuna, le respondió el príncipe francés que le era imposible hacerlo por falta de tropas y dinero. Sin duda contaba el duque de Anjou con hallar grandes recursos en los Paises-Bajos, así como los Estados imaginaban que el príncipe francés se presentaria muy provisto de dinero y seguido de fuerzas muy considerables.

Se apoderó sin embargo el duque de Anjou, á pesar de sus apuros, de Cateau-Cambresis y del fuerte de Chatelet. Mas viéndose abandonado de sus tropas, sin tener con que pagarlas, sin recibir socorros de su hermano, por no atreverse Enrique III á romper tan abiertamente con el rey de España, tomó la resolucion de marcharse á Inglaterra, esperando poderosos auxilios de la reina

Isabel, con quien tenia pendiente la negociacion de matrimonio.

Es un hecho singular que esta princesa tan hábil, tan entendida en todas las materias de gobierno, tan resuelta, como lo manifestó en todo el curso de su vida, á permanecer soltera, por no partir con ninguno la autoridad, de que era tan celosa, hubiese tratado cuatro ó cinco veces de casarse, sin intencion de verificar su enlace con ninguno. En medio de su gran prudencia, cedia demasiado á los instintos de mujer, y le halagaba extremadamente la idea de ser buscada, requerida y obsequiada. Se habia creido que se desposaria con el conde de Leicester, su privado y favorito: despues le asignó la fama por esposo á don Juan de Austria, al mismo Enrique III, rey de Francia, y á otros personajes, siendo el duque de Anjou el último de sus presuntos novios. Parecia una locura el proyecto de enlace con este príncipe, veinte y un años mas jóven, que ni poseia las gracias de una persona bien apuesta, ni se hallaba adornado de un mérito ó de una ilustracion que pudiese hacerle agradable á los ojos de la reina. No dejaban de vituperar esta eleccion sus celosos consejeros creyéndola sincera; mas los hechos hicieron ver que no era para ella mas que un agradable pasatiempo. En esta segunda visita á la reina Isabel, halló el duque de Anjou la misma acogida, las mismas demostraciones de obsequio, las mismas expresiones de cariño de que habia sido objeto en la primera, sin que en medio de tantas fiestas, tantos regocijos y todo género de diversiones, se adelantase nada en el asunto de la boda. Acaso no pensaba ya sériamente en ella el príncipe francés; mas como este segundo viaje tenia asimismo un fin político, cual era obtener auxilios de Isabel para hacer efectivo su nombramiento de príncipe y señor de los Paises-Bajos, no se contentó con palabras la reina de Inglaterra, y la que tres años antes habia visto con tanta inquietud la entrada del duque de Anjou en los Paises-Bajos, le proveyó ahora no solo de dinero, sino de buques y soldados con que pudiese presentarse en sus nuevos Estados con dignidad y medios de llevar adelante un proyecto en que se interesaba la política de la reina inglesa, tan deseosa siempre de arrancar á los Paises-Bajos de la dominacion del rey de España.

Se despidió el duque de Anjou de Isabel, agradecido á sus favores, aunque con menos ilusiones que la vez pasada sobre el proyectado matrimonio. Se embarcó en sus navíos con direccion á los Paises-Bajos, y en la primavera de 1581 llegó á Amberes, donde

le aguardaban los Estados, los principales personajes del pais, con el príncipe de Orange á la cabeza. Fué su entrada magnífica, acompañada de todo el aparato, pompa y esplendor, con que se empeñaron los flamencos en recibir al nuevo príncipe. Iba vestido con todas las insignias de duque soberano, como en aquellos tiempos se estilaba; y rodeado de magnates, entre el estruendo de la artillería, repique de campanas y la música de varios instrumentos, prestó juramento en manos de los Estados, de respetar las leyes y privilegios del pais, guardando en todo las cláusulas y condiciones de su nombramiento.

Fué la llegada del duque de Anjou muy bien acogida, tanto en Amberes como en el resto de los Paises-Bajos. Aunque en dicha ciudad no se profesaba desde algun tiempo el culto católico, se mandó abrir en obsequio del nuevo señor un templo para los de esta comunion; rasgo de obsequio que agradó sobremanera al príncipe. Por muchos dias duraron los festejos con que se celebró su llegada á esta capital de los Paises-Bajos. Mas fueron terminadas tantas demostraciones de alegría con un suceso lamentable.

Producia su efecto el decreto de proscripcion, lanzado por el rey Felipe contra la persona del príncipe de Orange. Al cebo de los veinte y cinco mil escudos de oro prometidos, se agregaba el mérito contraido por un católico, en asesinar á un príncipe enemigo de Dios y de su Iglesia, acto que en aquellos tiempos pasaba por eminentemente religioso, por altamente heróico. Concibió el proyecto de asesinato un tal Anaster ó Anastro, mercader de Amberes, y aun se dice que para ello recibió sugestiones de España, y hasta cartas del rey, con oferta de ochenta mil escudos, á mas de los veinte y cinco mil que estaban prometidos. No atreviéndose Anastro á cometer el acto por sí mismo, lo encargó á un criado suyo, llamado Juan de Jáuregui, vizcaino, jóven robusto, educado, como es de suponer, en el culto católico, y enemigo mortal de los herejes. Recibió este la comision con muestras de alegría, y al hablársele de la recompensa ofrecida por el rey á quien ejecutase el acto, respondió que no necesitaba premio alguno para emprender una accion tan grata á Dios, tan útil á los intereses de la Iglesia. Se preparó pues á ella con fervor; confesó con un fraile dominico, llamado Pigmerman, y recibió la comunion de manos de este religioso. Lo único que pidió á su amo, fué, que como él estaba seguro de morir, suplicase al rey atendiese á la subsistencia de su anciano padre.

Cumplió el jóven vizcaino su palabra. Como sabia bien la lengua del pais, no le fué difícil penetrar en el palacio del príncipe de Orange, á la sazon que este daba un banquete á sus amigos. Concluido el festin, pasó el príncipe á su cuarto, y el vizcaino, que en medio de la confusion de los criados y sirvientes no le perdia de vista ni un momento, siguió sus pasos, y cuando halló ocasion, le disparó una pistola, cuya bala le atravesó las dos mejillas, sin dejarle muerto. Entonces quiso el vizcaino recurrir á otra pistola para acabarle; mas por la casualidad de estar demasiado cargada, reventó, iuutilizando la mano y la accion del asesino. Al ruido acudieron los amigos y criados del príncipe, de cuyo furor fué víctima Jáuregui en el acto. Pronto se conoció que la herida no era mortal, con lo que se sosegó algun tanto el ánimo de sus allegados.

Mas el lance pudo ser mas serio por las circunstancias que le acompañaron. Inmediatamente que fué público en Amberes, se esparcieron los rumores de que el golpe habia sido provocado por el príncipe francés, deseoso de deshacerse de una persona, cuya autoridad é influencia en el pais tal vez le molestaban. No se habia borrado todavía el recuerdo de las matanzas de San Bartolomé, precedidas por el asesinato del almirante Coligny, y en que habia tomado una parte tan activa el que era entonces rey de Francia. El miedo en unos, y el deseo de venganza en otros, hizo correr á las armas á los habitantes de Amberes, y estaba ya muy próximo á estallar entre ellos y los franceses un conflicto serio, cuando por casualidad se halló en los bolsillos del asesino un escrito, en que constaba su nombre y demás circunstancias que habian mediado, y dejamos referidas. Inmediatamente se apresuró el príncipe Mauricio, hijo del herido, á divulgar esta especie en la ciudad, con lo que se aquietaron los ánimos amotinados. Se expuso al público el cadáver del asesino, que se reconoció por criado de Anastro, y como este se puso en fuga, se prendió á su secretario, cómplice del acto. Tambien se echó mano al fraile Pigmerman, y habiendo confesado los dos su participacion en el delito, fueron ajusticiados en garrote, y hechos despues cuartos, colocándose los trozos en las principales puertas de la plaza.

Curó pronto de sus heridas el príncipe de Orange, y recobró la salud que necesitaba, para dirigir con toda actividad los negocios que estaban á su cargo. En cuanto al peligro que acababa de correr, conocia demasiado las costumbres y tendencias de su siglo, para no

presentir la infinidad de puñales que habia afilado contra su pecho el decreto de proscripcion del rey de España.

No se descuidaba mientras tanto el príncipe de Parma en llevar adelante las operaciones militares. Sus tropas no eran muchas, y los enemigos se habian reforzado con las que acababan de llegar de Francia. Cada vez se le hacia mas sensible la falta de los españoles y mas tropas extranjeras que habian salido del pais, en virtud del último tratado de pacificacion con los valones. Deseoso vivamente de su vuelta, sondeó Alejandro á los principales personajes del pais que mas se habian empeñado en la expulsion, y logró con insinuaciones indirectas, no solo vencer sus repugnancias, sino hacerles desear la vuelta de las tropas extranjeras, como indispensables para llevar adelante la guerra con buen éxito. Las mismas autoridades del pais le propusieron que las pidiese al rey, y Alejandro se aprovechó al momento de tan favorable disposicion, haciendo ver á Felipe II la necesidad de la medido. Accedió el rey, como puede suponerse, y mandó inmediatamente que se pusiesen en movimiento para Flandes cuatro tercios españoles, que componian entre todos diez mil hombres, con lo que se aumentaron considerablemente las fuerzas del príncipe Alejandro; mas antes de su llegada, que tuvo lugar á mediados de 1582, ya habian comenzado las operaciones militares de este príncipe, y que vamos á recorrer del modo sucinto, y usado hasta ahora; pues la relacion circunstanciada de todas las batallas, sitios de plazas, y de todo género de encuentros que tuvieron lugar en estas guerras, ocuparia mas espacio del que hemos destinado á toda la historia en que nos ocupamos.

Dejamos al príncipe en retirada de las inmediaciones de Cambray, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacer cara al duque de Anjou, que á dicha plaza se acercaba. A esta especie de derrota, se siguió la pérdida del fuerte de San Guillen; mas volvió este pronto á caer en nuestras manos.

Entre tanto recelosa siempre la corte de Francia del enojo que causaria al de España la expedicion de los Paises-Bajos del duque de Anjou, envió un comisionado al príncipe Alejandro, para hacerle ver la ninguna parte activa del rey en un movimiento que habia tenido lugar, sin prestarle por su parte ningun género de auxilios, y del que no podia redundarle la menor ventaja. Sin duda tuvo esta mision por objeto, el averiguar de mas cerca, si se habia creido llegar el momento de romper las paces que existian de he-

cho entre España y Francia; mas Alejandro, habiendo recibido cortesmente á los enviados, les respondió que era un asunto concerniente al rey, á quien debian dirigirse, y de ningun modo á su persona, pues por su parte no tenia mas negocios que el de continuar la guerra, que contra los enemigos de su rey estaba ya empezada.

El conde de Renneber, gobernador de Frisia, vuelto poco tiempo hacia al servicio del rey, acababa de morir en la flor de su edad, atribuyéndose este acontecimiento por los confederados á castigo del cielo, por haber abandonado su causa, y pasándose al rey, á quien se llamaba tirano de los Paises-Bajos. Varios personajes del pais desearon reemplazar al gobernador difunto; mas el príncipe de Parma prefirió para este cargo á Francisco Verdugo, capitan español, que se habia distinguido en aquellas guerras, y cuya fidelidad estaba á toda prueba. Además, reunia la circunstancia de hallarse enlazado con una de las familias mas ricas del pais, y de estar personalmente interesado en la restauracion del poder del rey de España. Habiendo puesto á su disposicion bastantes fuerzas para sostener la campaña por el lado del Norte, tomó otra vez el hilo de sus operaciones por el del Mediodía.

Fué su primer movimiento de importancia embestir la plaza fuerte de Tournay, en la provincia de Flandes, en los confines del Haynault, ciudad ademas muy importante, por los muchos refugiados de la religion reformada que habian tomado asilo en sus muros, procedentes de Condé, Nivelles, y otros mas puntos que acababan de caer en manos de los españoles. No pensaba el príncipe de Orange, con que el de Parma emprenderia el sitio de una plaza tan fuerte á la entrada del invierno; mas Alejandro hizo ver que era muy serio su designio, pues haciendo conducir por los rios que corren cerca de Tournay, y sobre todo el de Escalda, víveres en abundancia, municiones y piezas gruesas de batir, puso el sitio formal á la plaza el 1.° de octubre de 1581. Estaba ausente á la sazon el gobernador Pedro Melun, príncipe de Espinois; mas suplia á la sazon sus veces Francisco Diobiou, capitan valiente y experimentado, quien no hizo sentir la falta del antiguo jefe, aunque tambien concurrian en la persona de este prendas de militar valiente y experimentado. Se preparó animosa la guarnicion á todos los azares del sitio, y en la decision del vecindario, encontró el gobernador auxilios de grandísima importancia.

Comenzó el ataque de los españoles por el del baluarte de San Martin, situado en la puerta de este nombre, y como aislado del resto de las fortificaciones. Despues de varias embestidas, en que los enemigos hicieron gran resistencia, se apoderaron los nuestros de los fosos, y por medio de escalas llegaron á lo alto de los muros, de que se apoderaron; ventaja de consideracion, pues desde dicho fuerte dominaban el resto de la plaza.

El gobernador, príncipe Espinois, en la imposibilidad de penetrar con auxilios en Tournay, se situó en Oudenarda, á tres leguas de distancia, con objeto de hacer reconocimientos y hostilizar las líneas de los sitiadores; mas sus tropas enviadas á este fin, fueron rechazadas por las de Alejandro, quien no perdonó medio alguno de alejar constantemente al enemigo de las inmediaciones de la plaza.

Cuando mas empeñado se hallaban en sus operaciones, vino á aumentar el entusiasmo de sus tropas las noticia de una victoria, conseguida por Francisco Verdugo, en Frisia, contra Adolfo de Nassau y el coronel inglés Norris, que habia atacado su campo atrincherado. Inferior al español en caballería, se habia atenido á la defensa de sus líneas; mas cuando el enemigo, seguro de la victoria, se acercaba ya á tomarlas, puso en movimiento su infantería, la que rechazó á los asaltadores, y los puso en dispersion, con grande pérdida, habiendo quedado heridos Adolfo de Nassau y el coronel de los ingleses.

Despues de emplear el uso de la mina, que causó bastantes destrozos en los muros de Tournay, trató Alejandro de atacarla por dos partes, habiendo precedido una arenga suya militar, segun acostumbraba en lances de esta clase. Atacaron sus tropas con denuedo, mas no fueron felices en la tentativa. Se hallaba la guarnicion muy animada contra las tropas de Farnesio, y además el gobernador, que era un hombre de mucha actividad y de experiencia, no perdonaba medio de sacar utilidad de las buenas disposiciones de los defensores. Por otra parte, se hallaba dentro de la princesa de Espinois, esposa del gobernador ausente, mujer animosa y esforzada, que corria á los parajes de mas riesgo, animando con su voz y su ejemplo á los soldados. A pesar pues de los ejemplos de Alejandro y de las exhortaciones de los jefes principales, tuvieron que retirarse las tropas del asalto, no pudiendo resistir á la furia de los de adentro, que con armas, con piedras, con

materias inflamadas, les causaban grande mortandad, habiendo precipitado á muchos de ellos en el foso. Aunque no fué grande la pérdida del ejército español, la hizo muy considerable el número de los jefes de distincion que quedaron fuera de combate. Salió herido el mismo Alejandro de una pedrada que le dejó por un tiempo sin sentido; mas se restableció pronto con grande alegría de los suyos, que ya le daban por perdido.

Mientras el príncipe de Parma tenia tan cercada la plaza de Tournay, estuvo á pique de perder la de Gravelinas, que fué atacada una noche de improviso por tropas inglesas, y de los confederados, que estaban de inteligencia con parte de las tropas que la guarnecian. Cuando los llevaban ya escalada la mayor parte de los muros, recibió aviso oportuno el gobernador, y acudió inmediatamente con las tropas fieles. Los asaltadores desistieron del intento, y se alejaron de la plaza, cubiertos como las tinieblas como habian venido. El jefe de los ingleses, llamado Preston, no queriendo acogerse á los buques que los esperaban, tomó con sus tropas el camino de Tournay, con objeto de meterse dentro de la plaza, lo que ejecutó, habiendo tenido la noticia del santo que habian dado aquella noche á las guardias avanzadas. Con este seguro pasó por medio de los enemigos, y entró sin novedad por las puertas de Tournay, sin que lo sospechase nadie. Cuando se supo el engaño y se quiso echar tras de ellos, ya era tarde. Sirvió esta estratagema para que el príncipe de Parma prohibiese dar ningun santo en adelante, mandando que nadie pasase de un punto á otro durante la noche, sin previo reconocimiento de los puestos avanzados.

A pesar del pequeño refuerzo que recibió la plaza de Tournay, á pesar del desafecto que algunos en el campo español profesaban á la causa de los españoles, lo que se echaba de ver por las inteligencias que tenian con los enemigos, era ya imposible á los de la plaza el sostener por mas tiempo un cerco que los tenia reducidos á los mayores apuros, privándolos de toda comunicacion con los de afuera. Sabian el mal resultado de la intentona sobre Gravelinas, y además los inútiles esfuerzos que hacia el príncipe de Espinois para acometer el campo de Alejandro. Ni los esfuerzos del gobernador, ni las persuasiones de la princesa, fueron suficientes para que el vecindario quisiese arrostrar por segunda vez los horrores y consecuencias de un asalto. Fué, pues, preciso rendir la plaza bajo condiciones, que por su poca dureza manifiestan los grandes deseos

que animaban al de Parma, de hacerse cuanto mas antes dueño de ella. Se permitió la salida con sus armas á las tropas de la guarnicion, y asimismo á los vecinos que quisiesen llevarse sus efectos; se dejó en libertad de conciencia, mas sin ejercicio público de su culto, á los de la religion reformada que quisiesen permanecer en la ciudad, permitiéndoles en todo caso la salida con sus efectos, en caso de tomar este último partido. Se cumplió la capitulacion con fidelidad por ambas partes; mas los magistrados de la ciudad se quejaron al príncipe de Parma, de que entre los efectos de la princesa, del gobernador y otros principales personajes, iban muchos vasos sagrados y efectos de particulares, que desde el principio del sitio habian sido trasladados á la ciudadela. Así se vió en efecto, cuando por órden de Alejandro fueron registrados los equipajes de las personas ya indicadas. Volvieron los objetos á sus dueños, y esto dió á los magistrados mas facilidad para cubrir los pedidos, que por via de indemnizacion les hizo el príncipe de Parma.

Se tomó la plaza de Tournay en 30 de noviembre de 1581, sin que en todo aquel invierno se hubiese emprendido operacion ninguna de importancia. En la primavera del año 1582 emprendió Alejandro el sitio de Oudenarda, situada sobre el Escalda, que la divide en dos partes casi iguales. Se consideraba entonces como una de las plazas mas fuertes de los Paises-Bajos; tanto que el francés Lanoue, uno de sus principales ingenieros, le daba el nombre de segunda Rochela. Se admiró este, y asimismo el príncipe de Orange, que el de Parma se atreviese á tanto; mas como habian salido errados sus pronósticos cuando el cerco de Tournay, no dudó Alejandro en acometer esta segunda empresa, que produjo para él los mismos resultados que la otra. Algo paralizó sus operaciones de sitio un motin que se suscitó en su campo, promovido por las mismas causas que habian excitado tantos movimientos de esta clase, á saber, el atraso de las pagas. Comenzó la sedicion en el tercio de alemanes, quienes al recibir una mensualidad que se daba á todo el ejército por órden de Alejandro á cuenta de sus alcances, declararon que no la querian sino doblada, pues así se les debia. Volvieron los rebeldes pronto á su deber por la presencia de ánimo de Alejandro, que corrió á ellos sin tener en cuenta las picas vueltas contra cualquiera que tratase de acercárseles. Llegó el valor del general español á penetrar en medio del tercio y sacar arrastrando á uno de los alféreces y entregarle al preboste para que le ahorca-

sen al momento, sin que se atreviesen á proferir una palabra los alemanes, atónitos con esta intripidez y sangre fria. Entonces mandó Alejandro á la caballería que rodease el tercio, é intimó al coronel la órden de que por cada compañía le enviase dos para ser ahorcados al momento. Salieron efectivamente veinte de las filas: con el espectáculo de su suplicio quedaron los demás arrepentidos, é imploraron la misericordia del general en jefe, quien los volvió á su gracia, resignándose los alemanes á recibir el dinero que les estaba destinado. Eran muy frecuentes estos alborotos en el curso de aquellas guerras, por los atrasos con que recibian las pagas; tambien puede decirse que no pocas veces habia Alejandro sosegado esta clase de alborotos, presentándose solo en medio de los sediciosos, contando siempre con el prestigio que rodeaba su persona.

Sosegada la sedicion volvió Alejandro á las operaciones del sitio de Oudenarda, sirviendo de estímulos á su actividad, por una parte los movimientos que hacian los enemigos para socorrerla, y por la otra la jactancia de estos de que se estrellarian en una plaza tan fuerte todos los esfuerzos del príncipe de Parma. Costó en efecto muchos trabajos á sus tropas el apoderarse de una media luna ó rebellin que los sitiados defendieron con gran tenacidad; pero al fin, apoderados los nuestros de esta obra exterior, tuvieron mas facilidad para atacar el cuerpo de la plaza. Varias salidas hicieron las tropas de su guarnicion, pero sin efecto. Tampoco fueron eficaces en un principio nuestras baterías; pero colocadas despues con mas acierto, abrieron una brecha suficiente para emprender la obra del asalto. Hablan los historiadores de un grave peligro que corrió Alejandro durante el sitio, y se cita el hecho para manifestar la gran serenidad que en semejantes lances desplegaba. Hallándose un dia á la mesa, acertó una bala de cañon enemiga á dar en su barraca causando la muerte de dos, é hiriendo á muchos de los circunstantes. En medio de la confusion causada por el accidente, sin levantarse Alejandro de su asiento, mandó que removiesen los manteles y platos, ensangrentados todos, y trajesen otros nuevos, diciendo con tranquilidad que no queria que los enemigos se alabasen nunca de hacerle perder su terreno, cualquiera que fuese la situacion en que se hallase. Sin responder de la autenticidad del hecho, no es inverosímil este rasgo de serenidad en quien manifestaba con tanta frecuencia el buen temple de su ánimo.

Preparadas todas las cosas para el asalto, no quisieron exponerse á sus azares los habitantes de Oudenarda; y aunque las tropas sitiadoras deseaban apoderarse á viva fuerza de la plaza, por la rica presa que les ofrecia, no quiso Alejandro causar la destruccion de la ciudad, y la tomó con capitulaciones parecidas á las de Tournay, imponiendo una contribucion para los gastos de la guerra.

Causó admiracion y llenó de sentimiento á los confederados la toma de una plaza que pasaba por uno de los principales baluartes de los Paises-Bajos. Cuando tuvo lugar este suceso, se hallaba á legua y media de distancia el duque de Anjou con fuerzas de socorro; mas retrocedió inmediatamente y tomó la vuelta de Gante, aguardando á cada momento que llegasen á los Paises-Bajos nuevas tropas que le enviaba el rey de Francia.

Entraron los españoles en la plaza de Oudenarda por julio de 1582, y en el siguiente mes de agosto se reunieron en su campo las tropas españolas é italianas con que el rey le reforzaba. Ascendia el número de los españoles á cinco mil, y á cuatro mil el de los italianos. Se pusieron los primeros á las órdenes de Cristóbal de Mondragon, capitan experimentado que habia hecho grandes servicios en aquella guerra, y los segundos á las de Camilo del Monte, bien conocido asimismo en los Paises-Bajos. Vinieron en estos tercios gran número de personajes distinguidos, tanto italianos como españoles, en clase de aventureros, á quienes atraia la gran fama que entonces alcanzaba el príncipe Alejandro. Con muestras de grande alegría fué recibido este socorro por el general español, y en verdad no podia llegar á mejor tiempo. Casi simultáneamente habian entrado en los Paises-Bajos las tropas que enviaba el rey de Francia, en número de siete mil infantes y tres mil caballos, á las órdenes del mariscal de Biron y el duque de Montpensier, cuñado del príncipe de Orange. Y aunque semejante acto de hostilidad hácia el rey de España no era ya susceptible de paliativo alguno, todavía supieron cubrir las apariencias Enrique III y su madre Catalina de Médicis, haciendo ver que sin su consentimiento se movian estas tropas hácia Flandes. Mas Felipe II, aunque no engañado, dió muestras de serlo, pues en realidad no le convenia declarar la guerra al rey de Francia. Harto mas fatal era para Enrique la encubierta que le hacia, influyendo tan poderosamente en el inmenso partido cuyos principales jefes aspiraban sin duda á destronarle.

Con este refuerzo en los dos campos pasaron adelante las operaciones militares por una y otra parte. Se apoderó el príncipe Alejandro de las plazas de Menin, Xervic, Poperinge, y entró por sorpresa en la de Lira, que aunque no muy fuerte, se hallaba abundantemente abastecida de víveres, municiones y pertrechos militares. Tambien se apoderó de Catau-Cambresis, Clusa, Ninove y Gasbec, mientras el duque de Anjou entraba en algunas plazas insignificantes. Dos choques tuvieron, aunque no de consecuencia, los dos caudillos; uno en San Vinoc, habiendo atacado Alejandro la retaguardia del príncipe francés, y el segundo en las inmediaciones de Gante, persiguiendo el de Parma á su enemigo, que se refugiaba en los muros de esta plaza. Era la intencion de Alejandro entrarse en ella al mismo tiempo que sus enemigos, aprovechándose del desórden. Mas los de adentro, apercibidos, tomaron sus precauciones y le hicieron retroceder con pérdida no pequeña, pues entre muertos y heridos tuvo fuera de combate muy cerca de ochocientos hombres.

No estaba por su parte ocioso Francisco Verdugo, que en nombre del rey mandaba en Frisia. Puso sitio á la plaza de Lochen, y aunque la tenia en muy grande apuro y próxima á rendirse, se vió precisado á levantar el sitio, por el refuerzo que el duque de Anjou le envió oportunamente. Fué mas feliz Verdugo en la plaza de Stenowich, que tomó por sorpresa, estando el gobernador y los principales jefes de la guarnicion celebrando un festin por una victoria que habian conseguido algunos dias antes, proporcionándoles el saqueo de un pueblo muy considerable de las inmediaciones. Y mientras estos sucesos ocurrian, intentaron las tropas de los confederados otra sorpresa en la plaza de Lovayna, y que no tuvo efecto, pues cuando ya habian escalado y subido á lo alto de los muros, cubiertos con las tinieblas de la noche, acudió la guarnicion á tiempo á la voz de su gobernador, repeliendo á los asaltadores con gran pérdida.

Así continuaba la guerra por una y otra parte, siempre con mayores ventajas para el príncipe de Parma, cuando acontecimientos de un órden mas importante vinieron á dar realce al cuadro en cuyo bosquejo nos estamos ocupando.

CAPÍTULO LIV.

Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Paises-Bajos.—Su ataque infructuoso sobre Amberes.—Resentimiento del pais contra los franceses.—Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.—Infructuosas.—Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.—Se retira este á Dunquerque.—Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.—Batalla de Emistemberg.—Se retira á Francia el duque de Anjou.—Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.—Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.—Pide mas refuerzos al rey y los consigue.—Guerra de Colonia.—Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.—Se rinden las dos primeras plazas.—Fluctúa la tercera.—Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.—Muerte de este príncipe.—Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.—Su carácter.—Le sucede el príncipe Mauricio.—Piden los Estados la proteccion del rey de Francia.—Negativa.—Acuden á la reina de Inglaterra (1).—(1581-1584.)

Estaba desazonado el duque de Anjou por el poco poder que ejercia realmente sobre sus nuevos súbditos. Habian estos restringido demasiado los límites de su autoridad para halagar la ambicion de un príncipe educado en los principios de un gobierno absoluto, y que además se consideraba heredero de una corona tan poderosa como la de Francia. Participaban de sus sentimientos la mayor parte de los jefes franceses que corrian su fortuna, y sus consejos no servian mas que para encender el ánimo de un príncipe inconstante por naturaleza, amigo de novedades, y de ninguna sinceridad en sus palabras. Le decian que los Estados del pais habian querido adularle con el vano título de duque de Brabante, sin darle rentas, sin poner

castillos ni fortalezas á su devocion, sin conferirle un poder real, pues nada podia hacer el duque de Anjou sin su consentimiento. Que igual suerte habia cabido al archiduque Matías, gobernador nominal, y que solo habia servido para cohonestar la rebelion de los Estados contra el rey de España; que el verdadero director, el verdadero gobernador en los Paises-Bajos, era el príncipe de Orange, á cuyos consejos tenia el conde de Anjou que deferir como si fueran verdadèras órdenes; y en fin, que esta restriccion de facultades, este simulacro de poder, eran la verdadera causa de la frialdad con que era auxiliado por su hermano. ¿A qué empeñarse en efecto en gastos, á qué hacer grandes sacrificios que ningun beneficio habian de producir ni para el rey de Francia ni para el mismo duque, reducido á un papel tan subalterno?

No podia menos de encenderse con estas insinuaciones el enojo del príncipe francés, tan inclinado de suyo á partidos violentos, que se creia agraviado y ofendido. Para sondar las intenciones del pais y tener un pretexto de ruptura, hizo proponer á los Estados que hallándose estos con tanta necesidad de los socorros de Francia, para acabar de sacudir el yugo de la España, declarasen que en caso de morir sin hijos el duque de Anjou, seria su heredero el rey su hermano, en cuyos Estados se incorporarian definitivamente los Paises-Bajos. Mas estaban estos muy lejos de asentir á una medida que amenazaba tan de cerca su propia independencia.

En vista de esta negativa, se decidió el duque de Anjou á poner en planta el proyecto que le sugirieron sus principales allegados. Se reducia por entonces á echar las tropas del pais de las plazas donde se hallaban jefes franceses de gobernadores, y declararlas bajo la inmediata dependencia del príncipe de Francia. Para esto se dió órden de que provocasen de cualquier modo un alboroto popular ó cualquiera otro desórden que hiciese algo plausible la adopcion de la medida. El mismo duque se encargó de esta operacion en Amberes, donde entonces residia.

Pretextó para este objeto la necesidad de pasar una revista á las tropas de su nacion en las inmediaciones de la plaza. Tuvo lugar la reunion al pié de las mismas esplanadas. Cuando mas descuidados estaban los de adentro, se destacaron del cuerpo ó division hasta tres mil infantes y ochocientos caballos, que con la velocidad del rayo se apoderaron de los puentes levadizos y principal puerta de Amberes, cuya guardia pasaron á cuchillo. Inmediatamente se precipitaron sobre la ciudad, que trataron de ocupar militarmente, dando las dos solas voces de *misa* y *duque*, con que querian dar á entender el restablecimiento de la fe católica y el poder absoluto del nuevo gobernante. Habia dado el duque de Anjou órden á estas tropas de que pensasen solo en ocupar militarmente la plaza, sin propasarse á excesos ni desórdenes; mas en medio de esta preocupacion, tuvo lugar el saqueo y el pillaje, sin duda por no querer los que entraban antes partia el botin con los compañeros que despues llegasen.

Se quedaron al principio atónitos los vecinos de Amberes con los gritos y alborotos, que estos desórdenes causaron. Se creyó al principio que era una riña de estas que ocurren tan frecuentemente entre militares y paisanos. Mas cuando se enteraron del hecho, cuando vieron que se convertian en enemigos los que habian entrado como aliados, y el eminente peligro en que se hallaban su libertad, sus haciendas y sus vidas, pensaron seriamente en defenderse y oponer, aunque en desórden, la mas obstinada resistencia. Inmediatamente atrancaron las puertas de sus casas, barrearon las calles, y se subieron á las ventanas y tejados, de donde hicieron fuego sobre los franceses, arrojándoles además piedras, agua hirviendo y toda especie de materias inflamables. Era muy poca la fuerza que habia entrado para vencer la resistencia de una poblacion tan considerable, dedicada todo á su exterminio. Los que estaban ocupados en el pillaje fueron víctimas de su codicia. Los demás desatentados, consternados en alas del pavor, se dirigieron á la puerta por donde habian entrado; mas aquí se encontraron con un obstáculo que aumentó el desórden y la carnicería.

Aguardaba con ansia el duque de Anjou desde afuera el resultado de la intentona sobre Amberes. Al oir los gritos y el tumulto que se habian levantado en la ciudad, creyó que los suyos estaban en peligro, y que de todos modos convenia enviarles tropas de refresco. Inmediatamente destacó otro cuerpo, que corrió precipitado á la ciudad; mas al llegar á la puerta se encontró con el primero, que corria perseguido por la muchedumbre. Causó este encuentro repentino entre unos y otros la confusion que puede imaginarse, y como los fugitivos tuvieron que detenerse en su marcha, pudo cebarse mas en ellos el furor de aquellos habitantes. Embarazados unos con otros los soldados, no podian hacer uso de sus armas; con los que habian entrado antes perecian asimismo los que habian

venido á socorrerlos. Se cubrieron poco á poco de cadáveres los fosos: muchos fueron precipitados de lo alto de los muros. La mortandad fué grande. En dos mil se computó la pérdida de los franceses en aquella refriega, que acabó para siempre con el prestigio y fuerza moral de aquellos imprudentes extranjeros.

Salvada de este modo la plaza de Amberes, y avergonzado el duque de Anjou de lo mal que le habian salido sus designios, se retiró con sus tropas, y no pudiendo emprender su marcha por el Escalda, cuyo paso le tenian los del pais interceptado, tomó un rodeo para llegar al punto de Vilvorde, donde hizo alto para deliberar sobre sus operaciones ulteriores.

Al mismo tiempo que se verificaba el ataque de Amberes, intentaban la misma operacion, segun las órdenes del duque de Anjou, en otras plazas de los Paises-Bajos. Se apoderaron los franceses por los medios que se les habian indicado, de Terramunda, Dismunda y Dunkerque. Mas se les resistieron las de Newport, Ostende y Brujas.

Fácil es imaginar cuán agradable debia de ser á los ojos de Alejandro aquel suceso tan desgraciado para los franceses. Rotos en cierto modo los vínculos que unian al duque de Anjou con los Estados, no podian ya naturalmente contar estos, ni con las tropas ni con la proteccion del rey de Francia. En la altura á que se hallaban los negocios, tres expedientes le propuso el Consejo al príncipe de Parma: ó que se dirigiese á los Estados, negociando de nuevo una reconciliacion con su antiguo señor, ó que negociase con el duque de Anjou la entrega de la plaza que ocupaban los franceses, ó que sin perder tiempo, continuase las operaciones militares, aprovechándose de la confusion y el desaliento, que no podia menos de producir la separacion de los franceses.

El primer proyecto no era practicable. Estaban demasiado empeñados los flamencos en la obra de su insurreccion, para pensar seriamente en volver á la obediencia. Por otra parte, era imposible que obrando estos bajo la direccion del príncipe de Orange, consintiese este en semejante paso, con un rey que le tenia proscripto, con quien estaba empeñado en una guerra encarnizada á muerte.

Con el duque de Anjou no eran tan difíciles las negociaciones, por lo irritado que estaba este príncipe con los Estados. No era en verdad de poca monta la entrega de tantas plazas que estaban en su poder; mas algunas situadas en el interior del pais, no le podian servir de alguna utilidad, teniendo que evacuar á Flandes. Se entablaron, pues, de una y otra parte negociaciones, pero sin efecto. Pedia el duque de Anjou por las plazas, cuya entrega solicitaba el príncipe de Parma, otras no menos importantes, que se hallaban en las fronteras de la Francia. Sin duda contaba demasiado el de Parma con el despecho del príncipe francés, y este tenia algunas miras á volver á términos de buena amistad con los flamencos.

A pesar de la irritacion que habia producido en el pais la conducta pérfida del duque de Anjou, no desconocian su posicion, hasta el punto de negar oidos á proposiciones de esta clase. El príncipe de Orange, siempre sagaz y previsor, sin tratar de defender ante los Estados la conducta del duques antes bien vituperándola como era justo, les hizo ver lo peligroso que era para ellos llegar á una ruptura abierta, con un príncipe que podia disponer de muchos medios, tanto suyos como de su hermano, hallándose sobre todo los Estados con muchos apuros, y sin esperanzas de ningun aliado poderoso; que la misma reina de Inglaterra, tan favorecedora en otro tiempo de los Paises-Bajos, miraria con disgusto que desechasen para siempre un príncipe, á quien daba pruebas claras de su benevolencia, y sobre todo que reflexionasen los males incalculables que caerian sobre el pais, si aprovechándose Alejandro de esta desunion, conseguia hacerse dueño de tantas plazas importantes, que estaban á la sazon en poder de los franceses.

Las razones del príncipe de Orange no podian ser mas convincentes, y aunque se las sugeria en parte su propio interés personal, era tambien el de los Estados escucharle. No estaban ya los ánimos cerrados á una avenencia que pudiese neutralizar los males ya causados. Por otra parte, el duque de Anjou habia hecho en cierto modo apología de su anterior conducta. Los Estados comenzaron pues á aflojar, dejando de interceptar el paso al duque de Anjou, que se hallaba cercado tanto por mar como por tierra. Sin concluirse pues nada de una y otra parte, se dirigió el príncipe francés á Dunkerque, para entablar desde este punto las negociaciones.

Restaba pues al príncipe Alejandro el tercer expediente que le habia propuesto su Consejo, á saber: el continuar la guerra con actividad sin pérdida de tiempo. Era sin duda el mas prudente y el mas análogo al carácter del general español, tan entendido en las artes de la guerra, como entusiasmado por las glorias militares.

Fué su intento principal caer sobre Dunkerque, donde estaba encerrado el príncipe francés; pero para llevar á mejor efecto este designio, y adormecer al duque de Anjou en brazos de la seguridad, se dirigió Alejandro hácia el Brabante, y en el término de tres meses se apoderó de las plazas de Eindoven, Dalem, Sichen y Vesterloo, mientras los franceses se hicieron al mismo tiempo dueños de otros puntos menos importantes. Se hallaba el mariscal de Biron á la cabeza de doce mil hombres; mas compuesta esta division de flamencos y franceses, que se aborrecian de muerte por lo acaecido en Amberes, no se ofrecian al general grandes elementos de victoria, por lo que inmediatamente que supo que el marqués de Rubais por encargo de Alejandro se acercaba á Rosembal, donde se habia situado á la sazon, se refugió á la plaza marítima de Estemberg (1), seguido de los franceses y alemanes, dejando á retaguardia á los flamencos con los escoceses, para tenerlos separados durante la marcha de los otros.

Mientras el marqués de Rubais seguia el alcance del mariscal de Biron, marchaba Cristóbal de Mondragon con Montigny y otros jefes sobre Dunkerque, con órden de Alejandro de bloquear la plaza por tierra y por mar, mientras llegaba el momento de sitiarla formalmente.

Se dirigió entonces Alejandro sobre Estemberg, y como no dejaba de ser el punto susceptible de defensa, se resistió en él el mariscal de Biron, hasta el punto de empeñar una batalla. Salieron vencedoras las tropas de Farnesio, con grande pérdida de los enemigos; pues segun el cómputo mas corto, ascendieron á mil y quinientos los que quedaron tendidos en el campo. Recogió el mariscal de Biron las reliquias de su gente en naves que tenia dispuestas al efecto, y se dirigió á las costas de Francia, donde las desembarcó, sin volver mas á los Paises-Bajos.

Concluida esta operacion, se dirigió sin pérdida de tiempo el príncipe de Parma á la plaza de Dunkerque. Cuando comenzaban las operaciones del sitio, recibió una embajada del rey de Francia, quejándose de lo irregular de su conducta en atacar una plaza, donde se hallaba su propio hermano, pues equivalia esto á una guerra declarada; á lo que respondió Alejandro que era deber suyo

(1) Este punto no es marítimo en el dia. En ninguna parte como en los Paises-Bajos, han cambiado mas con el transcurso del tiempo las circunstancias de localidad de los diferentes pueblos, por las retiradas y avances del mar, así como por los canales y demas obras de la industria humana, que alteran á cada instante estos accidentes del terreno.

recuperar por la fuerza, si no habia otro medio, los lugares y plazas pertenecientes á los Estados de su rey que habian sacudido la obediencia. El mismo duque de Anjou cortó el nudo de la dificultad, abandonando á Dunkerque con direccion á Francia, en cuyas costas desembarcó con auxilios y socorros mas considerables, que sin duda aguardaba de su hermano.

Apenas hizo resistencia Dunkerque, cuando se vió estrechada por tierra y mar, y batida por veinte piezas de cañon, que estuvieron haciendo fuego por espacio de doce horas, concluyendo por derribar un fuerte torreon, y la parte de la muralla con que estaba unido. Preparadas las cosas para el asalto, pidió el general francés capitulacion, y la obtuvo, habiéndosele permitido salir con sus tropas con armas, pero sin banderas ni equipajes. Con el vecindario se condujo el de Parma cortesmente, y la contribucion que le impuso por indemnizacion de los gastos de la guerra, no excedió á los medios de una ciudad populosa y rica por sus manufacturas y comercio.

Despues de la toma de Dunkerque, acaecida en julio de 1583, llevó Alejandro sus armas á la plaza de Newport, que se entregó tambien sin mucha resistencia. Con igual rapidez cayeron en sus manos las de Berghen, San Vinoe, Dismunda y Menin, mientras que Juan Bautista de Tassis, teniente de Francisco Verdugo, se apoderaba de la de Zutphen, una de las mas considerables del Norte de los Paises-Bajos.

A pesar de lo favorable que se presentaba la fortuna al príncipe de Parma, le aquejaban siempre los apuros de dinero, y además le faltaban fuerzas para llevar adelante sus conquistas con la rapidez que le era necesaria. Volvió, pues, á suplicar al rey, al mismo tiempo que le daba comunicacion y el parabien por las ventajas de sus armas, que le enviase cuanto mas antes abundantes refuerzos de dinero y tropas; pues el número de estas últimas se iba debilitando con las guarniciones que tenia que dejar en las plazas conquistadas, hasta el punto de no tener mas que seis mil hombres para un dia de batalla; que nunca se ofreceria para el rey ocasion mas favorable de recobrar de una vez su autoridad en Flandes, hallándose ausente el duque de Anjou, mortalmente enemistados los franceses y flamencos, y blanco de muchas acusaciones y sospechas el mismo príncipe de Orange, que solo cayendo sobre todos los puntos con una fuerza formidable, se apagaria de una vez el

fuego de la insurreccion, en lugar de que obrando con lentitud, se renovarian cuando menos se pensase las hostilidades.

Mientras llegaba la respuesta del rey, siguió Alejandro el curso de las operaciones, y con objeto de tomar la plaza de Iprés, levantó un fuerte enfrente de la ciudad, que la privaba de sus comunicaciones y socorros que pudiese recibir de Brujas y de Gante. Despues se hizo dueño del punto de Echeloo, de Sas de Gante, de Gwaes, de Ritemunda, de Acsel, de Hulzt y otros puntos poco importantes, y por fin, de la de Aloste, que pasaba por la primer ciudad de la provincia de Flandes, y que le entregaron los ingleses, quejosos de que no los pagaban los Estados.

Despues de la toma de estas plazas, volvió á Tournay el príncipe de Parma. Aquí recibió la contestacion del rey, en que le decia de su puño, que habiéndose concluido ya la guerra de Portugal y de las islas Terceras, enviaba á Flandes toda la infantería española, distribuida en tres tercios, que ascendian á seis mil y quinientos hombres. En cuanto á dinero, le hacia ver que habia mandado depositar en el castillo de Milan un millon de escudos de oro, de los que se le enviaran inmediatamente trescientos mil para que los gastase como mejor le pareciese. Que de los otros setecientos mil se irian sacando mensualmente ciento cincuenta mil para las pagas del ejército. Concluia la carta, mandando al príncipe de Parma no dejase de enviar algun socorro á los habitantes de Colonia, que estaba á la sazon en guerra contra su antiguo arzobispo, Gerardo de Truschen, expelido de sus muros. Y como el príncipe de Parma cumplió inmediatamente este encargo del rey, daremos por via de episodio una idea sucinta del motivo que habia encendido la guerra civil en el territorio y arzobispado de Colonia.

Ocurrió á Gerardo de Truschen, arzobispo y elector de Colonia, la fatalidad de enamorarse de una canóniga ó canonesa, llamada Inés de Mansfelt, dama de peregrina hermosura, quien al parecer no se mostró insensible á los obsequios del prelado. Llegó la intimidad de estas dos personas á ser objeto de escándalos en el pais, y el amor de arzobispo á términos, de que olvidándose de sus órdenes sagradas y de su carácter de príncipe y prelado católico, resolvió casarse con su dama. Segun algunos, se vió obligado á dar este paso por los parientes de la señora, como una justa reparacion de los perjuicios que habia sufrido su honor con tan estrechas relaciones. Fué celebrado el matrimonio con solemnidad, en Bonna,

ciudad del Electorado, y les echó la bendicion nupcial un sacerdote calvinista. Entendieron los católicos que equivalia esta conducta de Truschen á una renuncia indirecta de su dignidad de arzobispo y elector; mas los príncipes protestantes que habian influido en dicho matrimonio, se empeñaron en que permaneciese en su silla arzobispal, separándose de este modo el electorado de Colonia de la comunion romana. Tal vez con este objeto habian fomentado unos amores, de que se escandalizaban los católicos, y aconsejado un matrimonio, que era en su sentir una manifestacion de guerra abierta.

Pero el Senado, el cabildo eclesiástico y el pueblo de Colonia, estuvieron tan lejos de entrar en las miras de los protestantes, que se pronunciaron abiertamente contra el arzobispo, y lo expelieron de sus muros. Se declaró asimismo el emperador Rodulfo contra el príncipe prelado, que se separaba de la comunion católica. El Papa por su parte envió un legado á Colonia, y en virtud de sus informes, excomulgó solemnemente al arzobispo, quien fué depuesto asimismo de su electorado. En seguida se procedió al nombramiento de su sucesor, que recayó en Ernesto de Baviera, hermano del elector y duque de este nombre.

Se suscitó con esto una guerra, en que los intereses religiosos iban envueltos con los mundanos, como tan frecuentemente se veia en todos los conflictos de aquel siglo. Defendieron la causa del arzobispo depuesto los príncipes luteranos, entre los que se contaban el duque de Dos-Puentes, el conde de Salm-Salm, el famoso Juan Casimiro, tan conocido en las guerras de Flandes, y Carlos Truschen, hermano del arzobispo depuesto, á cuyas banderas acudieron tropas, no solo de Alemania, sino de Flandes, á cargo de Juan de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y hasta de Francia, que habian militado con el duque de Anjou, y estaban á cargo de Carlos de Mansfelt, hermano de la desposada. Por parte del arzobispo nuevo se pusieron tambien tropas en campaña, á las que se reunieron tres mil infantes y quinientos caballos, que bajo las órdenes del conde de Aremberg, enviaba de refuerzo el príncipe de Parma. Pelearon unos y otros con sucesos varios; mas al fin se decidió la fortuna á favor de la parcialidad del nuevo arzobispo, y los de Truschen, despues de haber perdido todos los castillos y plazas fuertes del electorado, se recogieron á Bonna, la sola ciudad que les restaba. Era gobernador de esta plaza Carlos Truschen, hermano del

arzobispo; y aunque trató al principio de hacerse fuerte, fué preso por la misma guarnicion, que abrió las puertas á las tropas de Baviera. Quedó, pues, triunfante la causa del arzobispo nuevo, y el depuesto abandonó el pais, retirándose á Delft, en Holanda, poniéndose bajo la proteccion del príncipe de Orange.

Fué de corta duracion esta guerra de Colonia, y su resultado de grandísima satisfaccion para el príncipe de Parma; pues á terminarse de otro modo, hubiesen los príncipes luteranos vencedores aprovechado la ocasion de enviar refuerzos á los confederados. Continuó, pues, el príncipe la guerra con toda su actividad acostumbrada. Era su principal objeto apoderarse de las tres plazas de Iprés, Brujas y Gante, que pasaban por las mas fuertes de los Paises-Bajos, para caer despues sobre Amberes, punto principal á que se encaminaban sus operaciones. Mas no hallándose con fuerzas suficientes para ponerles á la vez un sitio formal, trató de interceptar sus comunicaciones, de privarles de recibir víveres, construyendo fuertes de campaña á sus inmediaciones, haciéndose dueño de los canales y rios por donde se transportaban los géneros de su comercio. Por aquel tiempo recibió mas refuerzos de Italia, que incorporó á los tercios de esta nacion, y así se vió con medios mas eficaces de llevar adelante sus designios.

Se hallaba en grande apuro la ciudad de Iprés, delante de la que habia construido el punto fuerte que la dominaba, y que ya hemos mencionado. Poco despues cayó en sus manos un convoy de víveres y municiones que mandaban á dicha plaza los de Brujas, habiendo derrotado á quinientos hombres que le custodiaban. De este modo se aumentaron los apuros de Iprés, y quedaron los de Brujas sin gran parte de las tropas que la guarnecian.

Con el sistema de bloqueo, adoptado por el príncipe de Parma, sufria Iprés los horrores del hambre, creciendo tanto los apuros, que abrió sus puertas á los españoles, reconociendo la autoridad del rey, con facultad de crear magistrados á su arbitrio. Las tropas de la guarnicion tuvieron permiso de salir sin armas, sin banderas, ceñidas solamente las espadas, prestando antes juramento de no tomar nunca las armas contra el rey de España. A muy pocos dias despues se rindieron casi con las mismas condiciones los de Brujas. Se capituló entre otras cosas, que se tolerarian los calvinistas por un cierto tiempo, con tal que viviesen sin causar molestia á nadie, dejando al arbitrio del rey el arreglar definitivamente este negocio.

A pesar de hallarse los de Gante casi en los mismos apuros que los de Iprés y Brujas, no daban indicios de seguir su ejemplo. Ya habia enviado la ciudad comisionados al general español que se hallaba en Tournay, para arreglar las condiciones de la entrega; mas se habian roto las negeciaciones por la influencia superior que ejercia en la plaza la parcialidad contraria á la del rey, dirigida por el príncipe de Orange. Sin embargo, la entrega de dos plazas como Brujas é Iprés, era un negocio de demasiada consideracion para no causar recelos é inquietudes serias á los confederados. En vista de la actividad y talentos desplegada por el príncipe de Parma, tuvieron que pensar sériamente en su propia posicion, que comenzaba á ser crítica y sumamente peligrosa. Sirvió esto de motivo al príncipe de Orange para hacer ver á los Estados la necesidad de reconciliarse con el príncipe francés, cuyas imprudencias habian sido tan fatales para él y para ellos. Dieron los Estados oidos á la proposicion, y enviaron al duque de Anjou comisionados con objeto de anudar los vínculos de amistad que se habian roto. Mas se habia tomado muy tarde esta medida, por la muerte de dicho personaje, acaecida en aquel mismo tiempo, segun unos de enfermedad natural producida por la melancolía y el despecho, y segun otros, cuya opinion es menos verosímil, á impulsos de un veneno.

Dejó este jóven príncipe pocos motivos de hacer recomendable su memoria. Sin talento, sin capacidad, sin mas resortes de accion que una inquietud natural que sin cesar le devoraba, fué casi siempre instrumento de intrigas ajenas, á pesar de que sus inmensos bienes y posicion social debian de constituirle en jefe de partido. De que estaba dotado de ambicion, da testimonio toda su conducta; mas sin conocimiento de los hombres y su propia situacion, incurrió en muy notables desaciertos. De poca sinceridad, de ninguna buena fe, se mostró digno hijo de Catalina de Médicis, digno hermano de los tres príncipes que consecutivamente ocuparon el trono de Francia. Educado en la religion católica, se unió no pocas veces con los calvinistas; heredero de Enrique III, y por lo mismo su aliado natural, le causó mil disgustos y le suscitó embarazos de que debia resentirse él mismo si alguna vez llegaba á la corona. Aceptó el gobierno de los Paises-Bajos sin penetrarse de los compromisos en que se ponia. Atentó á las libertades del pais, desconociendo que si el pais peleaba desde tantos años, era justamente en obsequio de estas libertades. No es extraño que el recuerdo de estas fal-

tas emponzoñase su existencia, y que viéndose aborrecido en Flandes, poco considerado de su hermano, y sin los auxilios de los que habian sido sus aliados, se abandonase al despecho que conduce muchas veces á la desesperacion y es síntoma de muerte. Con la de este príncipe solo quedaba un varon de la casa de Valois, y este era Enrique III, cuya sucesion, por falta de hijos, pasaba á Enrique de Navarra, calvinista. Así fué este un acontecimiento importantísimo para los jefes de la santa liga, sobre todo para el rey de España, que en esta asociacion por medios tan poderosos influia.

Fué seguida la muerte del duque de Anjou de otra mucho mas importante para los Paises-Bajos. El príncipe de Orange, objeto de tanto horror para los católicos, proscrito por el rey de España, blanco de las muchas asechanzas que tan fatal decreto producia, pereció por fin en Delft, víctima de un asesino. Cuatro diferentes y por separado meditaban á un tiempo dicha empresa; mas cupo la horrible distincion de ejecutarla á un tal Baltasar Gerard, natural de Borgoña ó del Franco Condado, quien habiéndose introducido en su casa con pretexto de entregarle cartas del duque de Anjou, disparó á traicion al príncipe un pistoletazo, que le dejó muerto en el instante. Tomó inmediatamente la fuga el asesino; mas fué cogido é interrogado con el auxilio del tormento. Declaró que habia comunicado el proyecto de matar al príncipe, á su confesor, á dos jesuitas, al conde de Mansfelt y al príncipe de Parma; mas nada le pudieron arrancar acerca de los cómplices en la perpetracion del acto, manifestado siempre que no tenia ninguno, y no habia obrado con otro motivo que el de vengar la religion católica de los agravios recibidos por el príncipe de Orange. Persistiendo en la misma negativa, sufrió los horrores del suplicio, en que fué descuartizado vivo. Se hallaba el asesino en la flor de su edad, y aunque es probable no estuviese solo en la trama, tampoco es imposible que el fanatismo religioso, tan comun en aquella época, le hubiese arrastrado á una accion que no solo él, sino los católicos ardientes, tuvieron por altamente meritoria.

Así pereció á la edad de cincuenta y dos años Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el enemigo mayor, ó á lo menos el mas odiado por el rey de España. Pocos hombres fueron juzgados mas diversamente entonces y aun despues por los historiadores; y no podia ser otra cosa, en vista de la pugna de opiniones y el encarnizamiento con que cada partido político ó religioso trataba á sus

antagonistas. Como rebelde, como ingrato, como fautor de la herejía, como hombre de astucia diabólica, debió de ser tratado por los católicos adictos á la parcialidad del rey de España; mientras los protestantes, los que tomaban tanto interés en la revolucion de los Paises-Bajos, le pintan como eminente patriota, como político consumado, como defensor y mártir de las libertades de su pais, como uno de los grandes apóstoles de la verdadera religion evangélica, cuyos principios desconocian los católicos. Examinando bien estos dos cuadros y despojando los hechos del espíritu de parcialidad, no es difícil reducirlos á sus justas proporciones. Que el príncipe de Orange fué un hombre sagaz, político, entendido, justo apreciador de las circunstancias que le rodeaban, conocedor en fin de los hombres y de las cosas, no puede estar sujeto á duda. Ninguno sabia sacar mejor partido de las faltas de sus enemigos; en los desaciertos políticos del rey de España ó de sus agentes en el gobierno de los Paises-Bajos, encontró un campo fecundo en todo género de hostilidades. En los verdaderos motivos que le impulsaron á declararse en guerra con el rey, no necesitamos internarnos; mas es un hecho, que cualesquiera que hubiesen sido, sirvió á una causa popular, altamente patriótica, que debia arrastrar en pos de él los ánimos de la muchedumbre. El fué el primer impulsador de un alzamiento que ocupa un lugar distinguido en la historia del siglo XVI, y desde el primer acto de su hostilidad, disfrazada entonces bajo el velo del obsequio, hasta el fin de sus dias, no perdonó ocasion ni medio, ni dejó de trabajar un solo instante por llevar á su término la grande obra comenzada. Hombre ya eminente por sus riquezas y prosapia, magnífico, generoso, muy popular en medio de su cualidad de taciturno, activo y perseverante, atento, cualquiera que fuese su ambicion, á manifestar que no era el móvil principal de su conducta, tenia todas las cualidades necesarias para ser un gran jefe de partido. Aunque el todo de los Paises-Bajos no sacudió la dominacion del rey de España, cupo al príncipe de Orange la gloria de ser el fundador de la república de las Provincias Unidas, ó de Holanda, del nombre de una de ellas, y de que sus descendientes rigiesen con muy pocas interrupciones los destinos del pais, contándose entre ellos el que actualmente le gobierna con el nombre de rey de los Paises-Bajos. Por lo demás, si el príncipe de Orange ocupa tan alto puesto en la historia como hábil político, como grande hombre de Estado, como activo gobernante, no nos

parece que como hombre de guerra, como capitan, tiene derechos á un título muy distinguido. En las dos entradas que hizo en los Paises-Bajos, quedó totalmente eclipsada su estrella por la del duque de Alba. Desde entonces no le vemos al frente de los ejércitos, ni concurrir con su persona á ninguno de los infinitos choques que en campo raso ó con motivo de sitios de plaza se trabaron entre las armas de España y las de los confederados. Ni en el gobierno de don Luis de Requesens, ni con don Juan de Austria que dió batallas en persona, ni con el príncipe de Parma, que dirigia tantas operaciones de sitio, se midió nunca el príncipe de Orange. Sin querer, pues, defraudar su reputacion militar, debemos pensar que fué inferior, y tal vez lo reconocia él mismo, á los capitanes ya citados.

A proporcion que fué celebrada la muerte del príncipe de Orange por la parcialidad de España, causó un profundo dolor y cubrió verdaderamente de luto á los confederados. Se celebraron sus exequias con toda pompa y solemnidad en Delft y en todos los pueblos considerables de la Holanda. En medio de su afliccion tuvieron los Estados el consuelo de que Mauricio, hijo segundo del difunto (pues el primero estaba preso en España), jóven de diez y nueve años, daba esperanzas de seguir las huellas de su padre. Así lo acreditó con el tiempo el príncipe Mauricio, desplegando igual actividad, igual genio en política, igual conocimiento de las cosas y de los hombres. Le invistieron los Estados con el gobierno de las provincias regidas antes por su padre, nombrándole al conde de Holach por su principal director y consejero.

Privados los Estados de Flandes del duque de Anjou y del príncipe de Orange, amenazados de perder sus principales fortalezas por la habilidad que desplegaba el de Parma, se vieron envueltos en terribles embarazos. Se abrió con esto nuevo campo á los agentes de España para proponer vias de avenencia y conciliacion con su antiguo soberano; mas se habian contraido demasiado grandes compromisos para que se pensase con sinceridad en semejante arreglo. Volvieron de nuevo sus ojos los confederados hácia Francia, y enviaron una solemne embajada á Enrique III, solicitando su proteccion y auxilios, ofreciéndole recibirle y reconocerlo por señor con ciertas condiciones. Era tentadora la proposicion, y no podia menos de halagar á Catalina de Médicis y aun á su hijo, que no ignoraba la guerra sorda que le estaba haciendo el rey de España. Mas dominaban en el Consejo los jefes de la liga, tan estrechamente unidos

á este último, é hicieron ver á Enrique III los graves peligros á que expondria el pais aceptando una soberanía que le acarrearia mil gastos sin utilidad alguna. Vaciló el rey como lo tenia de costumbre, y no siendo en realidad el mas fuerte, cedió á influencias extranjeras, dando una negativa formal á las proposiciones que le hacian los de Flandes. Con este motivo se vieron estos en necesidad de buscar otro protector y auxiliador, que hallaron al fin en la persona de la reina de Inglaterra. Mas antes de pasar á este nuevo órden de cosas en los Paises-Bajos, necesario será que retrocedamos algo y nos ocupemos en los asuntos de Portugal, de tanta importancia y bulto en la historia que escribimos.

CAPITULO LV.

SUMARIO.

Asuntos de Portugal.—Muerte de don Juan III.—Regencia del cardenal don Enrique. —Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.—Toma las riendas del gobierno. —Su primera expedicion al Africa.—Vuelve á Lisboa.—Hace preparativos para una nueva empresa.—Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.—Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.—Se embarca con su ejército.—Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.—Plan desacertado de campaña.—Batalla de Alcazarquivir.—Total derrota del ejército portugués.—Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.—Pormenores de la pérdida.—Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa (1).—(1557-1578).

Particularidad es de grande consideracion en la historia de Felipe II, que habiendo heredado de su padre la monarquía mas vasta entonces de la Europa, hiciese adquisicion de otra, que si no muy grande por su territorio de esta parte de los mares, formaba por sus ricas posesiones de la otra una de las principales potencias en el orbe culto. Se ve que hablamos de Portugal, cuya historia, en todos tiempos tan enlazada con la nuestra, se puede considerar como la misma en lo que nos resta del reinado que escribimos.

A la muerte de don Manuel, ocurrida en 1521, subió al trono su hijo don Juan III, hermano de la emperatriz Isabel, y casado con Catalina de Austria, hermana de Carlos V. Los historiadores hacen

(1) Herrera, Historia de Portugal; Cabrera, vida de Felipe II; Ferreras, Historia general de España; La Clede, Historia de Portugal; Mello, id.; Vasconcelos, Anacephaleosis.

todos mencion muy buena de este príncipe por su amor á la justicia y capacidad en materias de gobierno. Se hallaba entonces en un estado de brilló y de grandeza por sus vastas posesiones de Africa y Asia, que daban al comercio y á la navegacion tan gran fomento; mas de esta materia trataremos en su lugar correspondiente. Bajo el reinado de don Juan III se introdujo la inquisicion en Portugal por las artes de un impostor que se dijo nuncio de Su Santidad, con poderes para ello.

Murió este monarca en 1557, dejando la corona de Portugal á su nieto don Sebastian, de edad solo de tres años. Habia estado casado el padre de este príncipe é hijo de don Juan, con la princesa doña Juana, hermana de Felipe II; y como la primera mujer de don Felipe, doña María, habia sido hija de don Juan, era el rey de España tio doble del rey niño. Estos enlaces tan frecuentes entre las casas de uno y otro reino, dieron lugar á sucesos de muchísima importancia, segun veremos luego.

Quedó encargada de la regencia de Portugal la reina viuda doña Catalina; mas por la retirada total de esta princesa de los negocios del mundo, hizo renuncia y pasó á manos del cardenal don Enrique, hermano de don Juan y de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. La administracion de ambos fué bastante feliz, y en sus manos no perdió Portugal nada del lustre y consideracion pública que bajo los dos reinados anteriores disfrutaba.

Mostró el rey don Sebastian desde sus mas tiernos años vivo ingenio, entendimiento claro, deseos de instruirse y de gobernar con arreglo á leyes y á justicia; mas entre todas estas cualidades se distinguia un gusto por la profesion militar, que con el tiempo llegó á ser pasion desenfrenada. No fermentaban en la cabeza del jóven Sebastian mas que imágenes de guerras contra moros, excitándose su ardiente fantasía con los recuerdos de las proezas de los portugueses en las costas de Africa en el siglo anterior y en tiempo mas reciente. No poseia ya el Portugal de todas sus conquistas en esta parte, mas que los tres plazas de Ceuta, Mozagan y Tánger. Con la reunion de los cuatro estados de Fez, Tremecen, Suz y Marruecos, se acababa de formar en aquellas regiones un imperio formidable. Habian sido sitiadas con notable pérdida y matanza de los sitiadores, por las tropas del emperador Muley-Abdalla, las plazas de Mozagan y Tánger (1565), y el rey de Portugal, no siendo entonces de mas edad que la de once años, comenzó á anunciar el

proyecto de pasar al Africa y restablecer allí la dominacion de las armas portuguesas. No faltaron en su corte consejeros hábiles, hombres de prudencia, que espantados de las consecuencias para el reino de tan funesta propension, trataron de inspirar al rey sentimientos pacíficos; pero fueron mas los cortesanos que se decidieron á halagarla por espíritu de adulacion ó de partido.

Desde que llegó el rey á la edad de catorce años, término de su minoría, no se ocupó mas que de la guerra de Africa, sueño de casi toda su existencia. Ni los consejos, ni las representaciones de los bien intencionados, pudieron desviarle de una idea tan perjudicial al reino, como en sí misma extravagante. A la organizacion, á la instruccion de su pequeño ejército, á la lectura de las expediciones que habian cubierto de gloria el nombre portugués, se consagraban casi todos los momentos de su vida. Para ensayarse en la profesion militar, para examinar de cerca el pais que iba á ser teatro de su gloria, proyectó una expedicion al Africa, y seguido de solos mil quinientos hombres, se embarcó en 1574 en medio de las lamentaciones del pueblo, de las lágrimas de su tio y de su abuela, que no le pudieron disuadir de su proyecto. Desembarcado en Tánger, recorria sus inmediaciones con la misma confianza que si estuviese en Portugal, cuando percibiéndolo los moros le atacaron de sorpresa con fuerzas superiores. Fué el encuentro muy sangriento, y aunque los enemigos quedaron al fin desbaratados, no debió don Sebastian su salvacion mas que á su valor desesperado y temerario. Este accidente, que debia de hacerle entrar en sí, no hizo mas que confirmarle en su resolucion de empeñarse en otra tentativa mas en grande, y de cuyos preparativos comenzó á ocuparse desde su regreso á sus Estados.

Dió nuevos estímulos á las miras ambiciosas de don Sebastian la guerra civil encendida entonces en Marruecos. Por la muerte del emperador Muley-Abdalla, habia subido al trono su hijo Muley-Hamet, en perjuicio de sus tios, hermanos del difunto, llamados á la sucesion por las leyes del pais, con preferencia á su sobrino. Uno de ellos, llamado Abdel-Muley-Moluc, despues de haber errado prófugo por varias cortes de Africa, se hizo al fin con un ejército, al frente del cual volvió á Marruecos á vindicar sus derechos usurpados. Decidió la cuestion una batalla en que fué el sobrino derrotado y compelido á huir, dejando á Muley-Moluc en la posesion del trono. Recurrió el fugitivo emperador á varios príncipes de la cristiandad, ofreciéndoles vasallaje si le daban medios para volver á sus Estados. Fué uno de ellos el rey de España; mas este se negó á entrar en tratados con el moro. Habia entonces entablado Felipe II negociaciones con Abdel-Moluc, con el fin de evitar que este coadyuvase con sus fuerzas á los designios del nuevo sultan Amurates III, hijo de Selim II, deseoso de arrancar las plazas de Oran y Mazalquivir de la dominacion del rey católico. Por otra parte le parecieron muy débiles los recursos con que contaba Muley-Hamet, y no quiso por lo mismo aventurar en una expedicion que le ofrecia pocas ventajas, las tropas y recursos que tanto necesitaba en otra parte.

Dió oidos don Sebastian á lo que desechaba el rey de España, ofreciendo á Muley-Hamet restituirle lo perdido, bajo las mismas condiciones, y desde aquel instante se entregó de nuevo á sus sueños de victorias y conquistas, lisonjeándose tal vez de plantar los pendones de Portugal sobre los muros de Constantinopla. Le halagaban los embajadores de Muley-Hamet con la idea de que inmediatamente que desembarcase en Africa se le abririan las puertas de Arcilla, una de las plazas mas fuertes de la costa, donde podria establecer la base de sus operaciones.

A los vastos designios de don Sebastian, correspondian poquísimo sus medios. Estaba el pais exhausto con las guerras anteriores, y la grandeza de Portugal tenia mas de brillante que de sólida. Con cortas fuerzas y medios pecuniarios muy escasos, apeló el rey á contribuciones extraordinarias, que se recaudaron con tanta mas dificultad, cuanto era muy impopular en el reino la expedicion que meditaba. Viendo que á pesar de sus esfuerzos no podia allegar fuerzas adecuadas á la empresa, acudió Sebastian á su tio el rey de España; y para tratar con mas extension de este negocio, hizo un viaje á Guadalupe, en Extremadura, adonde le habia citado Felipe II á instancias suyas. Se verificó la reunion á últimos del año 1577; y aunque el monarca portugués fué bien recibido por el español y tratado con las consideraciones debidas á su clase y tan estrecho parentesco, no produjeron para él las conferencias el resultado que esperaba. No solo se manifestó contrario el rey de España á la idea de tomar parte en el negocio y concurrir á los gastos de semejante expedicion, sino que trató de disuadirle de una guerra que no podria ocasionarle mas que gastos y desastres, sin ninguna sólida ventaja. En caso de que se obstinase en llevarla á

cabo, le aconsejó al menos que no la mandase en persona; y si aun se empeñaba en ello, que por ningun motivo se alejase de la costa. Hay historiadores que atribuyen á Felipe II lenguaje diferente, suponiendo que aconsejó á don Sebastian la expedicion, con las miras de sucederle en la corona en caso de un desastre. Sin tratar de sondar las intenciones, es un hecho que le aconsejó como buen pariente, como hombre cuerdo y experimentado. Mas ni estos consejos, ni las súplicas de don Enrique, ni las amonestaciones de sus consejeros, ni la consternacion del pais, que ya lamentaba los desastres de la expedicion, hicieron desistir á don Sebastian de su proyecto. Viendo Felipe II que nada le hacia fuerza, le prometió un cuerpo de cinco mil hombres, y aun se encargó de enviar una persona entendida y de confianza, á fin de que explorase en las costas de Africa el verdadero estado de las cosas. Este viaje tuvo efecto, mas se redujeron á dos mil los cinco mil hombres prometidos, por las noticias que tuvo el rey de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á los Paises-Bajos.

Despues de haber completado los preparativos ó los que él reputaba como tales, y formado un Consejo de regencia, por no haber querido encargarse de ella don Enrique, se embarcó don Sebastian en junio de 1578 con la expedicion, compuesta de nueve mil portugueses, dos mil españoles, tres mil alemanes, seiscientos italianos, en todo quince mil hombres, con doce piezas de campaña. A los inconvenientes de tan pequeño ejército, se agregaba el de la escasez de los caballos, que no pasaban de mil y ochocientos, habiéndose embarcado sin ellos una gran parte de los jefes principales.

Estaba nombrado capitan general del ejército don Luis de Ataide; capitan general de la armada don Diego Sosa, y capitan de los caballeros aventureros que seguian al ejército, don Cristóbal Tabora. Entre los principales personajes que acompañaban al rey, se encontraban don Federico, hijo del duque de Braganza, y don Antonio, prior de Crato, que con el tiempo hizo tan gran papel en la historia de este reino.

Llegó la expedicion en el curso del mismo mes á Cádiz, donde fué recibido el rey con todo aparato y solemnidad por su gobernador don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sexto duque de Medinasidonia. Le rogó este personaje á nombre del rey que no pasase adelante y que esperase allí el resultado de la campaña, encomendándola al general en jefe. A este consejo no quiso dar oidos el rey don Sebastian, creyéndose lastimado en su amor propio, y se volvió á embarcar, embriagado mas que nunca con la ilusion de restablecer con un puñado de gente á Muley-Hamet sobre el trono de Marruecos.

Desembarcó la expedicion entre Tánger y Arcilla, sin que don Sebastian tuviese formado un plan de sus movimientos ulteriores. De Tánger salió á recibirle el emperador desposeido Muley-Hamet, llevándole de auxilio cuatrocientos moros, y los dos monarcas se dirigieron á la plaza de Arcilla, á cuyas fortificaciones añadió don Sebastian reparos nuevos. Despues de quince dias de irresolucion, en que consumieron la mayor parte de sus provisiones, determinó el rey comenzar la campaña por la toma de la plaza de Larache; mas en lugar de hacer la expedicion por mar, como el buen sentido se lo aconsejaba, decidió ir por tierra, teniendo que atravesar en lo mas fuerte del estío un pais árido, arenoso, que no le ofrecia agua ni recursos de ninguna especie. En vano los capitanes mas prudentes y el mismo Muley-Hamet se esforzaron en hacerle ver lo desatinado y hasta peligrosísimo de semejante expedicion, habiendo ejercido mas imperio en su ánimo las insinuaciones de algunos, que conocedores del carácter del rey, le hicieron ver que hallándose ya los enemigos á la vista, seria reputada esta expedicion marítima como una fuga, ó al menos retirada.

No habia estado dormido mientras tanto Abdel-Muley-Moluc, emperador reinante de Marruecos, contra el que don Sebastian tan pocas fuerzas desplegaba. Los historiadores convienen en alabar mucho la actividad y genio militar de este monarca. Como no habian ofendido en nada al rey don Sebastian, se admiró mucho que se declarase su enemigo y aspirase á destronarle. Aun dió con él pasos de avenencia, ofreciéndole algunas plazas, con la condicion de que abandonase la causa del sobrino. Cuando supo que eran todos infructuosos, y que el rey de Portugal se obstinaba en llevar adelante su designio, escribió á los deyes, sus aliados, y tomó todas las medidas necesarias para sacar á campaña el mayor número de tropas posible, á cuya cabeza se puso en persona, aunque conducido en litera, hallándose aquejado por una grave enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro. Se componia su ejército de treinta y seis mil caballos, entre los que se hallaban dos mil con arcabuces, siete mil infantes, todos arcabuceros, y treinta y cuatro

piezas de campaña, sin contar con una porcion de tropas irregulares árabes que igualmente le seguian. Con toda esta gente caminó hácia Arcilla, observando los movimientos de los portugueses. Sabedor de la desacertada jornada que estos emprendian, envió tres mil hombres para ocupar un vado por donde tenian que pasar el rio Larache; y los portugueses, destituidos de este recurso, creyendo haber encontrado otro, se hallaron con la novedad de que estaba intransitable. En aquel conflicto, sin poder pasar adelante, sin poder ni querer retroceder, hallándose sin víveres, no se presentó mas recurso que el desesperado de dar batalla al moro, que se hallaba con fuerzas tan superiores á las portuguesas. El 4 de agosto del mismo año, en un sitio llamado Alcazarquivir, tuvo lugar esta refriega, una de las mas desastrosa que están consignadas en la historia. Arengó á sus tropas don Sebastian: el emperador marroquí mandó que se llegasen á su litera los principales jefes del ejército, y les recomendó que peleasen con valor por la causa de la fe de Mahoma, y obtuviesen á toda costa una victoria, ya de ningun provecho para él, hallándose tan próximo á la muerte. A su hermano Muley-Hamet que le acompañaba en la expedicion, y tenia el mando de la caballería, hizo aparte el mismo encargo, amenazándole en nombre del profeta con que le haria cortar el cuello á la primera señal que diese de cobardía ó negligencia.

Se componia la vanguardia del ejército portugués de tres escuadrones de infantería: en el costado izquierdo los castellanos mandados por don Alonso de Aguilar; á la derecha los alemanes por el coronel Talver, y en el medio los aventureros portugueses al cargo de Cristóbal de Tabora. Componian el cuerpo de batalla los tercios de infantería portuguesa mandados por don Miguel de Noroña y Basco de Silveira, y la retaguardia otros dos tercios de la misma nacion al cargo de Diego Lopez Siquera y Francisco de Tabora. Iban los tres cuerpos flanqueados por mangas de arcabuceros de todas naciones, y la caballería formaba dos alas en el cuerpo de vanguardia. El rey, que hacia veces de maestre de campo general y de general en jefe, pues todo lo disponia por sí mismo, marchaba en el cuerpo de batalla, llevando á su lado á Muley-Hamet, seguido de sus cuatrocientos moros. Los bagajes iban protegidos por la caballería, y las piezas de campaña en los huecos que dejaban los tres cuerpos ó trozos del ejército.

Tomó Abdel-Moluc las disposiciones que la situacion le sugeria,

dando á su línea de batalla una forma semicircular con el objeto de envolver á los contrarios. Los portugueses no aparentaron arredrarse con tal disposicion, y se prepararon para la batalla como cumplia á soldados tan valientes. Comenzó la accion por descargas de artillería de una y otra parte; mas como la de los moros era tan superior, no quiso don Sebastian exponer á los suyos á un desórden manteniéndose parados, y mandó que la vanguardia atacase la línea de los moros. Se desordenaron estos en el acto, y aunque Muley-Moluc envió la órden de que los reforzasen, no pudieron á su vez romper la línea de los portugueses. Mientras se combatia aquí con gran ventaja de estos, se corrieron los moros por los dos flancos, y atacaron la retaguardia que fué desordenada. En aquellas llanuras, en aquella estacion, en aquel clima, no era dado á la infantería portuguesa, aunque superior, resistir el ímpetu de tantos caballos que por todas partes sobre sus filas se arrojaban. Eran precisas otras disposiciones, y para tomarlas un hombre de mas capacidad ó de mas genio. Quedó derrotada la retaguardia portuguesa; se fué destrozando poco á poco toda la vanguardia, en medio de grandes esfuerzos de valor, abrumada bajo la superioridad del número. Se movió entonces don Sebastian al frente del cuerpo de batalla, resuelto á vender cara su vida, y ya que no á vencer, á salvar los restos de su ejército. De que hizo heróicos esfuerzos de valor, dan testimonio su carácter y el arrojo que habia ya desplegado. En varias partes se le vió combatir ya á caballo, ya á pié, pues tuvo dos muertos durante la refriega. Llevaron al principio lo mejor los portugueses, arrollando las líneas enemigas; mas acosados al fin en todos sentidos por tantos de á caballo, cupo al cuerpo del ejército la misma suerte que á los anteriores. Se introdujó el desórden en las filas; al desórden siguió la derrota, acompañada de la mortandad, y en medio de increibles esfuerzos aislados de valor, de la confusion, de los gritos feroces, de todas las escenas de horror que abraza la imaginacion, mas no pueden describirse, se iban cubriendo los campos, ó por mejor decir aquellos arenales abrasados, de cadáveres. Pocas batallas tuvieron un fin tan desastroso. De los quince mil hombres á que ascendia, sobre poco mas ó menos, el ejército portugués, todos quedaron muertos ó cautivos, á excepcion de cuarenta y cinco hombres que llevaron á la plaza de Ceuta la noticia del desastre. Fué mayor que el de los muertos el número de los cautivos; el botin inmenso, pues el rey y los nobles

portugueses se habian esmerado en presentarse con todo el lujo y magnificencia posibles en aquel pais que consideraban como de glorias y conquistas.

En medio de los desastres que hacen tan memorable esta jornada de Alcazarquivir, contribuye á su celebridad la circunstancia de haber ocurrido en ella la muerte de tres reyes. El emperador Muley-Moluc, al querer pasar de su litera á un caballo por creer en mal estado la batalla, se desmayó con el esfuerzo; y aunque volvió en sí, espiró pocos momentos despues, poniendo un dedo en la boca, dando á entender á los que le rodeaban que no lo divulgasen. Manifiesta bien este rasgo, aunque parece tan sencillo, el temple de alma de un emperador, que á la orilla de su tumba con tan sangre fria tomaba las disposiciones de batalla semejante. Fué la órden obedecida, y tan guardado el secreto de su muerte durante la refriega, que los principales oficiales de su comitiva continuaba acompañando la litera, inclinándose á veces, en actitud de hablar con él y recibir alguna órden. El pretendiente ó mas bien desposeido Muley-Hamet, murió en la retirada al querer pasar un vado. De la muerte del rey de Portugal se dudo mucho entonces; y una prueba dé que no fué creida generalmente en el pais, es que muchos impostores se presentaron con su nombre. Segun unos murió peleando, haciendo prodigios de valor, suerte que ya habia cabido á cuantos le rodeaban. Dijeron otros que habia sido hecho prisionero y que le habia dado muerte un jefe moro, al ver que se habia suscitado una contienda sobre quién se habia de llevar tan rica presa. Mas es lo cierto que á los dos dias despues fué descubierto de entre un monton de cadáveres el suyo, y aunque ya desnudo, reconocido por sus sirvientes y otros caballeros cautivos, que dieron este testimonio con sus lágrimas. Conservó con cuidado este cadáver el nuevo emperador, hermano de Muley-Moluc, y sin ningun rescate, le entregó á un comisionado del rey de España, quien mandó se depositase en Ceuta. De aquí se le trasladó á Lisboa, donde á pesar de la oscuridad en que estaba envuelto este suceso, no quedaba ya duda de su muerte.

CAPÍTULO LVI.

Continuacion del anterior.—Resultados de la muerte de don Sebastian.—Subida de don Enrique al trono. Pretendientes á la sucesion.—El rey de España.—Don Antonio, prior de Crato.—El duque de Braganza.—El duque de Saboya.—Raynuci, príncipe de Parma.—Reunion de las Cortes.—Designacion de los jueces para dirimir la disputa.—Muere don Enrique.—Partidos.—Disturbios.—Reunion de un ejército español en Badajoz.—Llegada de Felipe II á dicha plaza.—Consulta.—Manifiesta el rey sus derechos á la corona de Portugal, y los de valerse de la fuerza si voluntariamente no le reconocen.—Se pronuncia el prior de Crato.—Se apodera de Santarem, Setubal y Lisboa.—Proclamado rey.—Pasa el rey de España revista á sus tropas.—Entrada del ejército en Portugal á las órdenes del duque de Alba.—(1578-1580.)

Llenó de luto á Portugal la derrota desastrosa de su ejército y fatal destino del monarca. Al duelo de la inmensa pérdida, se añadia la consideracion de que habiendo muerto sin hijos el rey don Sebastian, y no pudiendo tenerlos tampoco el cardenal don Enrique, ya rey de Portugal por aquel fallecimiento, iba á ser el pais teatro de intrigas y acaso de revueltas por las disputas sobre la sucesion á la corona. Así sucedió en efecto inmediatamente de subir al trono el nuevo rey, de todos los hijos de don Manuel, el solo qne restaba. Los otros hobian dejado sucesion; mas presentaban demasiado campo de disputa sus derechos, para esperar que se decidiese la cuestion, sin violencias y trastornos.

Para comprender bien las disensiones que ya desde entonces comenzaron á tener lugar, necesitamos tener presente que los hijos

de don Manuel en el órden natural, fueron: 1.° don Juan III, su sucesor, casado con doña Catalina, hermana de Carlos V, padre de doña María, primera mujer de don Felipe, y abuelo de don Sebastian: 2.° doña Isabel, mujer de Carlos V, madre de don Felipe: 3.° doña Beatriz, mujer de Carlos, duque de Saboya: 4.° don Luis, que murió sin mas sucesion que la de un hijo bastardo llamado don Antonio, prior á la sazon de Crato: 5.° don Enrique, cardenal, monarca á la sazon reinante: 6.° don Duarte ó don Eduardo, casado con doña Isabel de Braganza, de quien tuvo dos hijas, la mayor doña María, casada con Alejandro Farnesio de Parma, y la segunda doña Catalina, con don Juan, duque de Braganza.

Los reclamantes ó aspirantes á la sucesion de la corona de Portugal, eran: 1.° Felipe II, como hijo de doña Isabel y marido de doña María, hija de don Juan III: 2.° Manuel Filiberto, duque de Saboya, como hijo de doña Beatriz: 3.° don Antonio, prior de Crato, alegando que el infante don Luis se habia casado realmente con su madre: 4.° Raynuci, príncipe de Parma, hijo de Alejandro Farnesio y de la infanta doña María, primera hija de don Duarte: 5.° Juan, duque de Braganza, casado con doña Catalina, segunda hija de don Duarte. Se puede contar tambien entre el número de los pretendientes á la reina Catalina de Médicis; mas apoyaba sus derechos en razones tan extrañas, que desde luego se reconocieron por de ningun valor, y no se tuvieron en cuenta en las ulteriores conferencias.

Como en Portugal heredan las hembras el trono, aparece á primera vista que el pretendiente á quien asistian mas derechos era el rey de España, por ser su mujer hija de don Juan III, y no haber quedado otra sucesion ni de este, ni del hijo, ni del nieto. Mas á estos derechos se oponian las Constituciones de Lamego ó las que pasaban como tales, por las que toda princesa de Portugal que se casaba con un príncipe extranjero, renunciaba en el mismo hecho á todos los derechos á la sucesion del trono. Es evidente que esta provision tenia por objeto impedir que Portugal llegase por medio de enlaces matrimoniales á ser provincia de otro reino, y sobre todo de Castilla. Se hallaban vigentes estas constituciones, y aun mas en el corazon de los portugueses que en sus códigos. Hacia cerca de dos siglos, que habiendo tenido el rey don Juan I de Castilla pretension de poseer el Portugal como marido de doña Beatriz, única heredera del rey don Fernando, se resistieron á él los portugueses, decidiéndose la cuestion á favor de ellos en la famosa accion de Aljubarrota.

Tan popular era entonces la ley de exclusion, que los portugueses prefirieron conferir la corona al bastardo Juan, gran maestre de Avis, á que pasase á la familia de Castilla.

La ley que rechazaba al rey de España, producia el mismo efecto con el duque de Saboya y el príncipe de Parma, por ser ambos extranjeros. Quedaban, pues, don Antonio y el duque de Braganza, que reclamaban como portugueses naturales, y no tenian derechos á trono alguno extraño. Estaba el primero, don Antonio; mas como se tuvieron por documentos falsificados los que exhibió para probar el matrimonio de su madre, se presentaba como legítimo heredero de Portugal el duque de Braganza. Así estaba escrito al menos en las leyes del pais: así lo queria la generalidad, que odiaba el dominio castellano.

Aunque no ignoraba Felipe II estas disposiciones de los ánimos en Portugal, no se descuidó en hacer valer lo que llamaba sus derechos. Eran para él dos rivales insignificantes los príncipes de Parma y de Saboya; de mucha importancia y cuidado don Antonio y el duque de Braganza. Era el primero de los dos objeto de la enemiga del rey don Enrique, quien pronunció ser falsos los documentos que de su legitimidad le presentaba. Indignado este de la decision, y valiéndose del fuero eclesiástico de que gozaba, apeló á la jurisdiccion del Papa; con cuya conducta se aumentó tanto el disgusto del rey, que le desterró de sus Estados. Las inclinaciones de este príncipe eran hácia el duque de Braganza; mas por política ó por temor, se mostraba igualmente propicio al rey de España.

No habia omitido Felipe II ninguna diligencia para hacer ver sus derechos á la sucesion tan disputada. Desde el momento de la subida de don Enrique al trono, envió á Lisboa negociadores de su mayor confianza, quienes no escasearon el dinero ni las dádivas, presentando por una parte la perspectiva de la grandeza de Portugal reconociendo la autoridad de un rey tan poderoso, y por el otro los peligros que le amenazaban obligándole á usar del terrible derecho de la fuerza. Mas nada podia vencer la grande repugnancia de los portugueses á recibir por su rey al de Castilla.

En esta diversidad de opiniones y conflicto de intereses, ocurrió á las personas mas influyentes del pais, como medio de cortar de una vez todas las disputas, la idea de que se casase el rey, alegando que no seria difícil obtener para ello una bula de Su Santidad, en vista de la gravedad de aquel asunto de Estado, en que iba envuelto

el bienestar del reino. Mas no era el principal obstáculo las órdenes sagradas de que estaba revestido el rey, sino la edad de setenta y cuatro años con que ya frisaba. Al saber Felipe II este nuevo proyecto de los portugueses, envió una solemne embajada á don Enrique, presidida por un fraile de la Orden de Santo Domingo, quien en el tono mas resuelto y con textos de los santos padres é historia eclesiástica, hizo ver al rey la irregularidad y hasta poca decencia del paso que le aconsejaban. No era necesaria ninguna coaccion de esta clase para un rey que entraba en el proyecto de matrimonio con la mas decidida repugnancia. Mas no contribuyó poco este paso de Felipe II para aumentar la animadversion de que era objeto su persona para la generalidad de la nacion portuguesa y para el mismo anciano rey, aunque en la apariencia mostraba disposiciones diferentes. Para dar por de pronto vado á este negocio, y viendo ya su fin cercano, convocó los Estados ó Cortes del reino en Almerin, y dispuso que nombrasen quince personas para escoger de entre ellas otras cinco revestidas de la facultad de nombrar ó designar el legítimo sucesor de la corona.

Las Cortes se reunieron en efecto, y con arreglo á la disposicion de don Enrique, se nombraron los comisionados; mas la voluntad de estos apareció ser muy diversa de la del cuerpo de diputados. Propendian los últimos á los dos pretendientes portugueses, mientras los primeros estaban en los intereses de la España.

Murió el rey Enrique (enero de 1580). sin haber podido decidir esta gran contienda. Declaró en las últimas horas de su vida la legitimidad de los derechos del duque de Braganza y del rey de España; mas en favor de ninguno de los dos dió su voto decisivo. A su fallecimiento, quedaron interinamente con las riendas del gobierno los cinco nombrados por las Cortes, á cuya sentencia debia de arreglarse por el testamento del rey difunto la sucesion de la corona. Tenia el fugitivo don Antonio á su favor á los diptados del reino, y tambien podia contar con la buena voluntad de las cortes de Francia y de Inglaterra, en tan poca armonía entonces con Felipe. Sin embargo, tuvo conferencias con los embajadores de España, prefiriendo una avenencia á luchar abiertamente con rival tan poderoso. Como condiciones de su renuncia á los derechos de la sucesion, exigió, entre otras cosas, una pension de trescientos mil ducados, la regencia de Portugal por toda su vida, y un estado para su hijo. Rechazó el rey esta proposicion, y como estaba persuadido de que tendria al fin que apelar á la fuerza de las armas, hizo sus preparativos, como convenian á la adquisicion violenta de un reino poderoso, donde las voluntades se le mostraban tan contrarias. Escribió á todos los gobernadores, á todos los señores del pais, para que alistasen inmediatamente cuantas tropas estuviesen en sus medios. Hizo venir de Italia algunos tercios, que se hallaban procedentes de los Paises-Bajos: mandó hacer acopio de armas, allegar víveres y municiones, y poner en estado disponible todas sus galeras. Cuando todos se hallaban en expectacion sobre el jefe á quien confiaria el mando de un ejército, á tan alta empresa destinado, no se quedaron poco sorprendidos, al ver que recaia la eleccion en el famoso duque de Alba, en desgracia entonces con el rey, y desterrado de la corte. Mas Felipe II hizo ver en esta como en otras ocasiones su gran tino, aprovechándose de la capacidad de un hábil general, sin tener en cuenta que estuviese resentido ó no de sus procedimientos. Se mostró el duque de Alba, en efecto, sumamente reconocido á la gran confianza que le manifestaba el rey, y olvidó los desaires recibidos. Aceptando el cargo de que le revestian, pidió al rey el permiso de besarle la mano, y el asistir á la ceremonia de la jura del príncipe don Diego. Mas ambas cosas le negó el monarca, mandándole que se trasladase sin dilacion á Extremadura, para entender mas de cerca en los asuntos de la guerra que le estaba encomendada.

Mientras tanto, volvió á escribir el rey de España á los regentes de Portugal, exponiéndoles sus derechos á la sucesion; mas los gobernantes les respondieron que era necesario aguardar la sentencia definitiva que iban á pronunciar sobre el asunto once individuos, que para el efecto habian sido designados. Las mismas súplicas ó representaciones hacian los otros pretendientes, y con el mismo efecto. Los extranjeros no tenian ninguna simpatía en el pais. Don Antonio, que era el mas activo y osado de los dos portugueses, no estaba bien visto por los nobles; el duque de Braganza, que contaba con mas popularidad, tenia muy pocos medios de competir por via de las armas con el rey de España.

Cierto ya este de lo inevitable de la guerra, se movió de Madrid con la corte, y se situó en Guadalupe, pueblo de Extremadura, para atender mas de cerca á sus preparativos. Se iban poco á poco reuniendo tropas y alistándose galeras. Nombró por general de estas á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y confió el

mando de la artillería á don Francisco de Alava. Se entendian estos jefes para todo con el duque de Alba, quien tenia la suprema direccion de todos los negocios de la guerra.

No contento el rey con estos preparativos de fuerza, quiso dar á entender que le era indispensable usar dicho recurso, en apoyo de los derechos de justicia que le asistian, para ser sucesor de don Enrique. Consultó el caso con su confesor don Diego Chaves, con varios teólogos y principales jurisconsultos del reino, quienes le dieron, como puede imaginarse, toda la razon, declarando que en su conciencia tenia derechos imprescriptibles á la corona de aquel reino. Para mayor abundamiento dirigió el rey la misma consulta á la universidad de Alcalá, una de las mas famosas de aquella época. Son tan curiosos los puntos que se sometieron á su exámen, que no podemos menos de insertarlos, aunque del modo mas breve y compendioso.

Preguntó el rey: 1.° si estando cierto de su derecho de suceder á la corona de Portugal, estaba obligado en conciencia á la decision de un tribunal que le adjudicase dicho reino: 2.° si no queriendo Portugal reconocerle por rey sin que se estuviese á derecho, como los otros pretendientes, podria tomar posesion del reino por su propia autoridad con las armas en la mano: 3.° si habiendo jurado los gobernantes de Portugal no reconocer por rey sino al que fuese declarado como tal por sentencia de los jueces, se podia alegar legítimamente dicho juramento, como excusa para no recibirle por su rey, hallándose con tantos derechos para serlo.

Respondieron los teólogos de Alcalá sobre el primer punto, que el rey no estaba sujeto á tribunal alguno, y por sí mismo tenia autoridad para adjudicarse el reino de Portugal y tomar posesion de su corona: que ni aun le tocaba este conocimiento al Sumo Pontífice, por ser negocio meramente temporal, ni menos al emperador, del que la corona de España estaba del todo independiente: que no tenia necesidad alguna de sujetarse al juicio de los portugueses, porque cuando las repúblicas eligen el primer rey, con condicion de obedecerle á él y á sus sucesores, no les quedaba arbitrio para juzgar al rey ni á su verdadero sucesor, pues en la primera eleccion quedaban elegidos los verdaderos sucesores: que el rey don Enrique no podia ser juez de lo que sucediese despues de su muerte, y que con ella habia espirado cualquiera comision que para este juicio hubiese dado á los gobernadores. En cuanto al segundo punto, atendiéndose á muchas cosas que habian expuesto en el primero, añadieron que no tenia el rey católico ninguna obligacion de mostrar á los gobernadores el derecho que tenia: que podia en caso de resistencia tomar su propia autoridad posesion del reino, usando de las armas si fuese necesario, lo que no se podria llamar fuerza, sino defensa de su derecho y castigo de los rebeldes. Sobre el tercer punto respondieron que el juramento de los gobernantes era nulo, por ser en perjuicio de su preeminencia real, y pues que no era obligatorio, no les podia servir de excusa para no recibirle como rey. Y aunque los otros pretendientes se habian comprometido á estarse á lo decidido por el tribunal, no era motivo para que el rey de España reconociese por rey á quien no lo era.

Prescindiendo de los principios de derecho público de la época, consignados tanto en la pregunta como en la respuesta, se ve que los argumentos de los doctores de Alcalá se apoyaban en un fundamento que podia ser falso, á saber: el derecho que asistia al rey para suceder á don Enrique. Era justamente este derecho el que entonces se discutia con los de los otros pretendientes, en aquellas conferencias. Mas el verdadero derecho iba á ser la fuerza que cada uno de ellos desplegase, y las ventajas estaban todas en esta parte por el rey de España.

En vista de sus preparativos le enviaron los gobernantes portugueses una solemne embajada á Guadalupe, suplicándole que aguardase la sentencia que se iba á pronunciar en Portugal, y que no dudaban que le fuese completamente favorable. Mas Felipe II les respondió empleando los mismos raciocinios de que se habian valido los doctores de Alcalá, y pasó adelante con sus armamentos.

En seguida se trasladó á Badajoz, para dar la última mano á los preparativos de aquella gran jornada. Ya antes de emprender este movimiento habia admitido en su presencia al duque de Alba, recibiéndole con todas las demostraciones de favor, mandándole cubrirse, y ofreciéndole un asiento para que pudiese con mas comodidad conferenciar sobre los grandes negocios que traian entre manos.

Llegado Felipe á Badajoz, y dispuesto ya todo para verificar la entrada en Portugal, se deliberó en el Consejo sobre si el rey deberia seguir el ejército ó permanecer en dicha plaza. Hicieron ver algunos las grandes ventajas que produciria la presencia de Felipe II en Portugal, por la poca necesidad de emplear las armas ha-

llándose presente el nuevo rey, ante el que se allanaria toda resistencia. Mas otros, menos deseosos del acierto, que de su favor, fueron de opinion de que era ajeno de la majestad del rey exponerse tan de cerca á un desaire en caso de padecer sus tropas algun descalabro, y que seria por lo mismo muy del caso que marchase el ejército delante, verificando el rey su entrada cuando aquel lé hubiese allanado las dificultades. Se atuvo Felipe II á esta última opinion, como se debia aguardar de su carácter y sus hábitos, y determinó quedarse en Badajoz, enviando por precursor suyo al duque de Alba.

Mientras tanto, era teatro Portugal de disturbios, de desacuerdos entre las autoridades, de una especie de desórden que se acercaba á la anarquía. Los gobernadores estaban en desavenencia con las Cortes: cada pretendiente intrigaba por su parte, y á excepcion de don Antonio y el duque de Braganza, ninguno gozaba de popularidad en aquel reino. Entre tantas pasiones á que daba lugar aquel conflicto de intereses, predominaba la aversion y el disgusto con que se miraba la dominacion del rey católico, tanto mas inminente, cuanto eran sabidos los medios poderosos de que disponia. Apelaron los gobernadores en esta situacion á las cortes de Francia y de Inglaterra, donde se miraba con malos ojos, como era natural, la adquisicion importante que pensaba hacer el rey de España. Tambien acudieron al pontífice. Mas aquellos monarcas se hallaban lejos, mientras el rey católico amenazaba la frontera, reuniendo fuerzas formidables. Razones hay para creer, y en respetables autoridades se fundan, que parte de los gobernantes propendian al rey católico y estaban determinados á decidirse á su favor. Mas les repugnaba la idea de que este monarca se quisiese hacer justicia por su mano.

Se tomaron algunas disposiciones en son de prepararse á una guerra próxima. Mas Portugal se hallaba en mal estado de defensa. Las fuerzas eran pocas: se hallaban los ánimos divididos, y á mas atormentados de temores. Los regentes tenian muy pocos partidarios, y aunque contaba muchos don Antonio, no eran de gran peso, ni daba garantías su persona, notada ya por la irregularidad de sus costumbres y su carácter inconstante. De todos modos, los gobernantes quisieron hacer algo, y pidieron á las Cortes mas amplitud en el ejercicio de sus atribuciones; y como se negase á ello la asamblea, resolvieron los regentes disolverla, lo que causó grandísimo disgusto, tanto al pais como á los otros pretendientes, que hallaban en esta corporacion mas apoyo que en los gobernantes.

Sabedores estos de la actividad con que el rey de España organizaba el ejército invasor, le enviaron otra embajada suplicándole que dilatase su marcha mientras se diese la sentencia, que no podia menos de serle favorable. Dió Felipe II por respuesta, que semejante dilacion no serviria mas que de aumentar los disturbios del pais: que él para nada necesitaba á los regentes ni reconocia su autoridad tratándose de la posesion de un reino que le pertenecia por derechos tan incontestables: que para darles lugar á que le declarasen dueño de lo que era suyo, habia diferido la jornada y gastado tres meses en trasladarse de Madrid á la frontera; y que en vista de tantas tergiversaciones, en vez de considerarlos como gobernadores de Portugal, los trataria como traidores y rebeldes, si oponian resistencia al ejercicio de una autoridad que legítimamente le correspondia.

Sobre estos principios, y apoyado en las mismas consideraciones, publicó el rey un manifiesto que circuló por Portugal, España y los demás reinos de Europa, haciendo ver que siendo rey legítimo de Portugal por derecho de sucesion, le cumplia apoderarse de su herencia, empleando las armas en caso de que sus nuevos súbditos le obligasen á usar este medio de asegurar la obediencia que como á su soberano le debian. En los mismos términos hizo escribir una carta circular á los gobernantes y á todas las autoridades militares y civiles de Portugal, manifestando que habia concluido el término de la contemplacion, y que sobre ellos solos, si no hacian reconocer su autoridad, caerian los males, los perjuicios, y hasta la sangre que se derramase oponiendo una inútil resistencia. Igual recado llevó de palabra el doctor Andrés Molina, á quien envió el rey para que oyesen de su boca la resolucion que habia tomado, y les hiciese al mismo tiempo una reseña de los medios materiales que iba á emplear para asegurar su reconocimiento y obediencia.

Impaciente entre tanto don Antonio con la dilacion de los regentes, viendo próxima la entrada de las tropas de Felipe II en Portugal; trató de ganarle por la mano, tomando por medidas violentas el título que los jueces le negaban. Reunió para eso un gran número de partidarios suyos en Santaren, quienes le proclamaron por rey de Portugal, con grande aplauso de la muchedumbre, á cuyos

ojos era grata la persona del prior, como ya llevamos dicho. Inmediatamente pasó á Setubal, donde tuvo lugar la misma escena. Seguido de la gente armada que pudo reunir, de muchos aventureros que se habian declarado por su causa, pasó inmediatamente á Lisboa, de cuya capital huyeron los regentes cuando supieron su aproximacion, retirándose á los Algarves. Hizo el prior su entrada pública en Lisboa, cuyos habitantes, declarados en su favor, le proclamaron por rey, lo mismo que los de Santaren y de Setubal. Inmediatamente organizó don Antonio como pudo una especie de gobierno, allegando fuerzas y adoptando mas medios de defensa contra la tempestad que por parte de España estaba ya tan próxima.

Con la declaracion de don Antonio vió Felipe II que no habia que perder momento alguno en verificar la entrada en Portugal, especialmente hallándose completos todos los preparativos. Pasó una muestra ó revista á su ejército, reunido para esto en Cantillana, distante de Badajoz como cosa de una legua. Se erigió con este motivo un gran tablado, donde se presentó el rey sentado con la reina y demás personajes de la corte. Al lado del monarca se hallaba el duque de Alba, á quien tambien se dió un asiento. Luego que se enteró Felipe II de la disposicion y modo con que las tropas estaban colocadas por armas y naciones, se bajó del tablado y procedió á un exámen de mas cerca, recorriendo las filas, inspeccionando la infantería, municiones, pertrechos, las tiendas y demás enseres de campaña. Manifestó quedar satisfecho de su buen órden, y dió las gracias por ello al duque de Alba.

Tuvo lugar esta revista el 13 de junio de 1580. A los dos dias se publicó en el ejército un bando ú órden general relativo á la conducta que debian observar las tropas durante la próxima campaña. Sus disposiciones eran todas de órden y las mas adecuadas para asegurar la obediencia y mantener la mas exacta disciplina. Se prohibia bajo las penas mas severas toda especie de excesos, de pillaje, de violencia. Se recomendaba el mayor respeto á todas las personas, sobre todo á las revestidas del carácter religioso. No se omitió en el bando la mas pequeña circunstancia, ni dejó de preverse ningun caso de todos los posibles, á fin de que las tropas no pudiesen alegar ningun pretexto de ignorancia. Cualquiera conocerá que un documento de esta clase, emanado de un jefe como el duque de Alba, y á la presencia de un rey como el de España, de-

bió de ser severo, como convenia á un ejército que iba nada menos que á hacer la adquisicion de un reino.

El 27 de junio del mismo año hizo su entrada en Portugal el ejército español, desfilando por delante del rey, que desde una eminencia le observaba. No era muy numeroso, pues no pasaba de veinte y seis mil hombres; mas las tropas eran buenas, experimentadas, y animadas de la esperanza de vencer, mandadas por un hombre como el duque de Alba. Iba delante la caballería, repartida en dos trozos de tres escuadrones cada uno, colocados á derecha é izquierda de la infantería de vanguardia. Se componia el primer escuadron del ala derecha de doscientos arcabuceros de á caballo, sacados de las compañías de don Martin Acuña, Estéban Illan de Liébana y Diego Melgarejo; el segundo de doscientos caballos ligeros de las compañías del marqués de Priego, don Alonso de Zúñiga y don Luis de Guzman; y el tercero de cien escogidos hombres de armas, mandados por don Alvaro de Luna, señor de Fuenteigüeña. Entraban en el primer escuadron del ala izquierda ciento setenta arcabuceros de á caballo, á cargo de don Sancho Bravo de Acuña y Diego Osorio-Barba; en el segundo doscientos ginetes de la costa de Granada, con el marqués de Mondejar, don Luis de la Cueva, Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Gasca de la Vega; en el tercero seiscientos setenta hombres de armas, á las órdenes del conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla, el conde de Buendía, el Adelantado de Castilla don Fadrique de Guzman, el marqués de Montemayor, el marqués de Denia, don Enrique Enriquez, señor de Bolaños, el conde de Priego, don García de Mendoza, don Bernardino de Velasco y don Bertran de Castro. Iban un poco adelante estos dos trozos ó alas, compuestas de mil cuatrocientos y treinta caballos, de los tres escuadrones ó columnas de infantería de vanguardia que marchaban pareadas. Ocupaban el centro los alemanes con su coronel el conde Jerónimo de Lodron, en número de tres mil ochocientos setenta y siete, formados en diez y seis compañías ó banderas. A mano derecha iban los españoles venidos de Nápoles, Lombardía y Sicilia, de igual número que los alemanes en diez y nueve, y á mano izquierda la infantería italiana, en número de cuatro mil, en cuarenta y seis, mandados por su capitan general don Pedro de Médicis. Dejaban estos tres escuadrones un intervalo de ochenta pasos, y cada uno de ellos estaba flanqueado por su manga de arcabuceros. En los costados del escua-

dron de los alemanes, la artillería con sus trenes y demás pertrechos. Seguía el cuerpo de batalla, de diez y siete banderas de infantería castellana, del tercio de don Luis Enrique levantado en Andalucía, y compuesto de dos mil ochocientos y cinco soldados, con una manga de arcabuceros por cada uno de sus flancos. Marchaban en la retaguardia los tercios de la misma gente, divididos en tres escuadrones pareados. Ocupaba el costado derecho el de don Antonio Moreno, compuesto de trece banderas levantadas en Andalucía, con la fuerza de mil nuevecientos cuarenta y siete soldados. Iba en el izquierdo el de don Pedro de Ayala, levantado en Toledo, de dos mil infantes; y en el centro el de don Gabriel Niño, de trece banderas de Rioja, tierra de Soria, Sigüenza y Medinaceli (1). Llevaba cada uno de estos tercios sus mangas de arcabuceros por los costados, y por la retaguardia los seguia un cuerpo mas numeroso de esta misma arma. A mano derecha, y algo desviado del ejército, marchaban los equipajes y carros formados en hileras de tres en tres y de cuatro en cuatro. Ascendian los carros á ocho mil trescientos ochenta y seis; los seis mil ochenta y seis tirados de mulas, y los dos mil y trescientos de bueyes. Llegaban á trescientas las acémilas, y á dos mil quinientos los gastadores, con la demás gente de servicio y de la artillería, á que estaban destinadas doscientas ochenta personas, quinientos carros de mulas y trescientos de bueyes, sin contar los equipajes de los que iban en clase de aventureros. Marchaba el duque de Alba acompañado del gran prior don Fernando, su hijo, de don Francisco de Alava, maestre de campo general, y otros caballeros de su comitiva, en la vanguardia, en el espacio que dejaban los escuadrones de caballería.

Se ve que esta formacion, mas que de marcha y de camino, era puramente de parada, en honor al rey que la estaba presenciando, y que sin duda debió de quedar muy complacido del buen órden con que marchaban las tropas, de su vistosidad, del buen estado del personal, como de la artillería y mas enseres materiales. Tenia un papel ó estado de los cuerpos con la disposicion en que estaban colocados; que consultaba á menudo, segun iban con paso lento desfilando. Despues que hubo pasado el ejército, volvió el duque de Alba acompañado de su estado mayor á presencia del rey, y habiendo

(1) Nuestro principal objeto al entrar en todos estos pormenores, es hacer ver que á pesar de estar entonces tan adelantado el arte militar, se hallaban todavía muy distantes los principales cuerpos de un ejército de la organizacion metódica, tanto en composicion como en fuerza, que tienen en el dia.

tomado sus últimas órdenes y besádole la mano, atravesó inmediatamente la frontera. El rey se retiró á Badajoz para aguardar el resultado de sus operaciones.

Mientras tanto el marqués de Santa Cruz, encargado del mando de las fuerzas navales que á la guerra de Portugal se destinaban, se hizo á la vela en el Puerto de Santa María, con cincuenta y seis galeras de España, Nápoles y Sicilia, en que iban don Juan de Cardona y don Alfonso de Leiva, habiendo recibido en ellas cuarenta y seis banderas de infantería, compuestas de cuatro mil y setecientos hombres. Tomó inmediatamente el rumbo el marqués hácia la boca del Guadiana, y á la altura del puerto de Ayamonte dió fondo, esperando las comunicaciones del duque de Alba, para arreglar á ellas sus operaciones ulteriores.

CAPÍTULO LVII.

Continuacion del anterior.—Campaña de Portugal.—Entra el duque de Alba sin resistencia en varias plazas.—Llega á Setubal.—Expugna su castillo.—Se embarca en el Tajo.—Se apodera de Cascaes y de la torre de Belen.—Huye don Antonio.—Entra en Lisboa el duque de Alba.—Sale Sancho de Avila en persecucion de don Antonio.—Se retira este á Oporto.—Pasa el Duero Sancho de Avila.—Entra en Oporto.—Huye de Portugal don Antonio.—Queda todo Portugal por don Felipe.—Sale este de Badajoz.—Entra en Portugal.—Celebra Cortes en Tomar.—Es reconocido por rey de Portugal.—Su entrada pública en Lisboa (1).—(1580-1581.)

No era difícil conjeturar la suerte que estaba reservada á un ejército tan bien dispuesto, mandado por un jefe de la merecida reputacion del duque de Alba. Estaba el pais que iban á invadir dividido en diferentes parcialidades; y aunque la causa del rey de España era tan impopular, no habia en Portugal otra bandera á cuya sombra estuviese acogida la generalidad del reino. Entre todos los aspirantes á la corona de Portugal, solo habia tomado las armas don Antonio; y aunque contaba este con un gran partido, no era bastante para asegurar sus pretensiones. Estaba quieto el duque de Braganza, calculando mejor los obstáculos que se oponian á la vindicacion de sus derechos. Se habian reducido al silencio los agentes de los dos príncipes extranjeros, y si los gobernadores estaban irritados de que el rey de España quisiese hacerse justicia por su mano, propendian, tal vez por miedo, mas á su causa que á la de los otros pretendientes. A pesar de que el pueblo portugués, en general, aborrecia la dominacion de España, no le faltaban á este numerosos partidarios, ya por aficion, ya por temor, ya por conviccion de que era el mas fuerte de todos sus rivales. Ya antes de moverse el duque de Alba habian acudido muchos á Badajoz á presentarse al rey y rendirle su pleito-homenaje. El duque de Braganza estaba con él, si no en abierta inteligencia, á lo menos muy en vísperas de entablar un tratado de reconocimiento. Continuaba don Antonio organizando á toda prisa su nuevo gobierno y preparándose con sus fuerzas á medirse con las castellanas. Eran aquellas muy escasas, y el prior se hallaba con muy pocos medios de pagarlas, mucho menos de aumentarlas. En lo demás del reino no se habian pronunciado todavía contra ninguno de los pretendientes, ciñéndose todos, por lo general, á obedecer las órdenes de la regencia. Las plazas del interior no eran fuertes, ni sus guarniciones numerosas; y como todo el poco ejército disponible para entrar en campaña se hallaba en la misma costa, no podia temer el duque de Alba encontrar ninguna resistencia. Así entró su ejército en Portugal como pudiera hacer en un pais amigo. Ocupó sin ninguna resistencia las plazas de Elvas, Olivencia y Montemayor. Lo mismo hizo en Estremoz; y aunque el castillo trató de resistirse, lo rindieron pronto los españoles, habiendo cogido prisionero á Juan de Acevedo, su gobernador. Sin duda para inspirar miedo á los demás jefes que tratasen de imitarle, le condenó á muerte el duque de Alba; mas se templó su rigor á ruegos de los cabos de su ejército, y se contentó con mandarle á Villaviciosa en calidad de preso. Tuvo además la buena política de poner en Estremoz guarnicion portuguesa, mandando tambien que se guardasen y respetasen los privilegios de la villa. Despues de algunos dias de descanso en Estremoz, se movió el ejército español, y con la misma facilidad se apoderó de los pueblos de Evora, Arroyuelo, Alcázar de la Sal, sin que las poblaciones hiciesen movimiento alguno de hostilidades, si bien tampoco daban muestra alguna de contento, y menos de entusiasmo. Sin detenerse, marchó el duque hácia Setubal, donde estaba reconocida la autoridad de don Antonio. La ciudad abrió sus puertas sin ninguna resistencia, habiéndose retirado las tropas al castillo, que fué sitiado inmediatamente por los españoles. Como el punto es marítimo, acudió en auxilio de nuestras tropas con sus galeras el marqués de Santa Cruz, á quien habia dado oportuno aviso el duque de Alba. Las galeras portuguesas que salieron en

(1) Las mismas autoridades.

reconocimiento de las nuestras, fueron apresadas en el acto. En seguida se acercó el marqués con sus fuerzas navales, á las que se rindieron sin resistencia todos los galeones portugueses, y despues dirigió el almirante español sus baterías sobre el fuerte. Estrechado así por mar y tierra, y sin esperanzas de socorro, abrió las puertas á los españoles, quedando prisionera su guarnicion, con gran detrimento de las fuerzas de que entonces disponia don Antonio.

Estaba reducido este á una condicion que parecia ya desesperada. Sin tropas, sin dinero, sin poseer en Portugal mas que á Lisboa y sus inmediaciones, acosado por un ejército español mandado por un capitan de tanta nombradía, sin duda habia llegado ya el caso de que pensase seriamente en venir á términos de un convenio con el rey de España. Mas se enfurecia la muchedumbre que á todas horas le rodeaba, á la sola idea de reconocer por monarca al rey católico. Es un hecho que entre los partidarios de don Antonio se encontraba un número muy crecido de frailes, que con sus discursos inflamaban los ánimos del populacho. Por sus consejos no dió paso alguno el prior de entrar en arreglos, pues le hacian ver que por poco que se prolongara la contienda, le vendrian refuerzos de Francia y de Inglaterra, donde sin duda se veria con muy malos ojos el acrecentamiento del poder del rey de España. Tambien le hablaban de socorros del pontífice, disgustado como estaba con la entrada del ejército español en Portugal, sin aguardar la decision de los jueces encargados de asignar su corona al hombre mas legítimo.

Era esto último muy cierto. O porque lo considerase en efecto Gregorio XIII como una tropelía, ó porque le causase tambien celos la buena fortuna de Felipe, envió para prevenir el golpe á Badajoz en clase de legado al cardenal Riario; mas llegó tarde, cuando el duque de Alba habia plantado la bandera española en las murallas del castillo de Setubal. Trató, sin embargo, el legado de pedir audiencia al rey, aunque ya conocia que era inútil. En efecto, Felipe II se mostró sordo á las insinuaciones del pontífice; y como habia ya encargado á las armas la vindicacion de sus derechos, aguardaba tranquilo la sentencia de este tribunal, que tan favorable se le presentaba.

Dueño el duque de Alba de Setubal, no pensó en otra cosa que en seguir adelante con la empresa sin perder momento. Deliberó en

su Consejo si seria preferible dirigirse á Santaren, declarada por don Antonio, ó emprender inmediatamente la toma del pueblo y castillo de Cascaes para caer despues sobre Lisboa. Parecia el primer proyecto mas seguro, pero dilatorio. Ofrecia el segundo mas peligros, pues habia que embarcar el ejército y pasar así la boca del Tajo para emprender el sitio de Cascaes, que está en la orilla derecha; pero se abreviaba muchísimo la operacion de apoderarse de Lisboa, que era el grande objeto á que aspiraba el duque de Alba. A este proyecto se atuvo pues el general en jefe, aunque ofreció inconvenientes por las muchas galeras portuguesas que corrian el Tajo, tanto de observacion como para impedir que se verificase un desembarco.

Se hizo á la vela, pues, el ejército español la noche del 20 de agosto de 1580, con la artillería, municiones y víveres necesarios. No se mostraba favorable el viento, y el marqués de Santa Cruz fué de opinion que se difiriese para la noche siguiente; mas se empeñó el duque en que se pasase adelante, y aunque corrieron graves riesgos, llegaron al amanecer muy cerca de la costa. Inmediatamente procedieron á saltar á tierra, verificándolo los primeros Sancho de Avila, don Rodrigo Zapata, Próspero Colonna, don Pedro Sotomayor, el ingeniero mayor Juan Antoneli con una banda de los mas escogidos mosqueteros españoles. Al abrigo de estos, desembarcaron los tercios alemanes, formándose en columna conforme se veian en tierra.

No pudieron llegar los españoles sin ser percibidos por la guarnicion del fuerte de Cascaes. Inmediatamente hizo una salida el gobernador don Diego Meneses con cuatrocientos caballos y tres mil infantes. Mas habiendo visto desde lejos el buen órden con que los españoles procedian al desembarco, detuvo su columna sin atreverse á dar sobre ellos. Cuando se formó toda la gente desembarcada en son de acometer, se recogió el portugués con la suya al castillo con una pieza de artillería que arrastraban. Los españoles se acamparon á las inmediaciones de Cascaes, y se prepararon para el sitio.

Al mismo tiempo llegó el marqués de Santa Cruz con nuevas galeras, que se pusieron en actitud de batir al castillo de Cascaes, mientras emprendian la misma operacion por tierra los del duque de Alba. Confió este la operacion de expugnar el castillo á su hijo don Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; mas la operacion

duró muy poco, pues los de adentro apenas hicieron resistencia. Muy pronto tremolaron en los muros del castillo de Cascaes las banderas españolas, no sin grande asombro y consternacion de las galeras portuguesas y tropas de tierra de don Antonio que andaban por las inmediaciones. Mandó el duque de Alba ahorcar al gobernador del castillo de Cascaes, y se mostró igualmente rigoroso con el de la plaza don Diego de Meneses, que fué degollado de su órden por manos del verdugo en un cadalso. Se atribuye esta sobrada severidad á tropelías cometidas antes por Meneses sobre tropas españolas: otros al designio del duque de Alba de infundir terror y preparar de este modo la obediencia al rey de España. De todos modos, era en él un rasgo ordinario del carácter duro y hasta feroz que habia desplegado en tantas ocasiones.

Mientras tanto hervia Lisboa en confusiones y desórdenes. Atemorizados ya los habitantes con la toma de Setubal, se llenaron de terror al verlos en Cascaes tan cerca de sus muros. A todos los traia consternados la idea de un sitio, y sobre todo de un saqueo. Querian unos que se reconociese por rey al de España, antes de provocar nuevos rigores por parte de su general: los de la parcialidad de don Antonio, y sobre todo, los frailes que se habian mostrado tan adictos á su causa, se obstinaban en llevar adelante la empresa, viendo en la continuacion de la guerra el solo puerto de salvacion que les restaba. Titubeaba don Antonio, y pareciéndole que aun se hallaba en caso de entrar en convenios con el español, llegó hasta solicitar una entrevista con don Fernando de Toledo, que debia tener lugar á bordo de una galera española. Mas habiendo entrado en desconfianzas, y animado cada vez mas de sus parciales, se dispuso á disputar como mejor pudiese el terreno palmo á palmo. Eran pocas sus fuerzas, pues no pasaban de diez mil hombres, mal organizadas, mal armadas, sin ninguna experiencia de la guerra, alistadas tumultuariamente, sacadas algunas de las cárceles y de las clases mas bajas de la plebe. Para atender á su subsistencia, se adoptaron medidas opresoras y violentas. El pueblo, tanto de Lisboa como de las inmediaciones, aunque desafecto á la dominacion del rey de España, se estaba quieto, sin pronunciarse y promover una guerra nacional, la sola cosa que podia sustraerlos al yugo de los extranjeros.

Con la llegada de los españoles á Cascaes, se habia declarado á su favor el pueblo de Cintra, en las inmediaciones de Lisboa. Inmediatamente se trasladaron á él tropas de don Antonio, que le saquearon en castigo de su desobediencia. Al saber este desastre el duque de Alba, le envió de socorro á Sancho de Avila al frente de algunas banderas españolas; mas como los portugueses, sabedores de este movimiento, evacuasen á Cintra, se volvió del camino Sancho de Avila, viendo que su expedicion era inútil por entonces.

Dueños de Cascaes los españoles, necesitaban para llegar al frente de Lisboa hacerse dueños del fuerte de San Juan de Guerra y de la torre de Belen, que en cierto modo son sus obras avanzadas. Don Antonio, que sabia esto mismo, trató de embarazar la expedicion, poniendo en movimiento las galeras y acercando sus tropas á tierra; mas el duque de Alba aparentó hacer poco caso de esta actitud guerrera, por parte de un rival que cada dia inspiraba menos miedo.

El 8 de agosto se movió el ejército desde Cascaes, tomó posicion en frente del castillo de San Juan, y se puso en actitud de emprender las operaciones del asedio. Es marítimo el fuerte de San Juan de Guerra, sobre la misma orilla derecha del Tajo, un poco mas afuera de su barra. Entre este y Lisboa, se halla la torre de Belen, que está contigua á las primeras casas ó sean arrabales. A esta torre de Belen se habian arrimado las galeras de don Antonio; mas como se hallaban á la vista las de Santa Cruz, fueron de muy poca utilidad para la defensa del fuerte de San Juan de Guerra. El dia 10 comenzaron á jugar las baterías de los españoles. Las del fuerte respondieron, mas las operaciones del sitio se redujeron á un amago. Tuvo medios el duque de Alba de que se diese á entender á Vaes, gobernador de San Juan, el grave riesgo á que se exponia, empeñándose en una inútil resistencia. Pasó este en secreto á verse con el duque de Alba, y se convino con él en que le rendiria el castillo, reconociendo en el acto al rey de España; para lo que contaba con ganar las tropas que le guarnecian. Mas para esto no tuvo que emplear ningun trabajo, pues al regresar al fuerte, encontró la guarnicion amotinada, pidiendo que se abriesen las puertas á los españoles. Así se verificó, en efecto, haciéndose estos dueños del castillo sin ninguna pérdida.

A la toma de San Juan de Guerra se siguió la de otro fuerte pequeño, llamado Cabeza Seca, abandonado por los portugueses á la aproximacion de los españoles. Se rindió la torre de Belen, sin ninguna resistencia. El ejército español se hallaba ya á las puertas de Lisboa.

Se ve por esta concisa relacion de las operaciones del ejército español, que su campaña desde los muros de Badajoz se habia reducido á un paseo militar, con muy pocas excepciones. Era mucha la fuerza moral y ascendiente que ejercian estas tropas sobre un pueblo dividido en partidos y opiniones, donde apenas se sabia quién mandaba; ¡tan desconcertados y con poco tino obraban las autoridades! Si se miraba con malos ojos la dominacion de los españoles, no era bastante fuerte este sentimiento para producir insurrecciones populares. Los emisarios de Felipe II trabajaban mucho y con acierto, y como no escaseaban ni las dádivas, ni las promesas, mezcladas de amenazas oportunas, desconcertaban mas los ánimos de los portugueses. Se mostraba el duque de Alba digno representante del monarca, que habia sabido emplear tan oportunamente sus servicios. A la edad de setenta y tres años conservaba intacta su reputacion de hábil y entendido capitan, de jefe rigoroso y duro, de promotor de la mas severa disciplina. No dejaba, mientras combatia, de negociar y hacer manifiestos en lengua portuguesa, que preparaban grandemente el camino á sus conquistas.

En cuanto á don Antonio, se hallaba verdaderamente reducido á situacion muy lastimosa. Con pocas y malas fuerzas, sin dinero con que pagarlas, sin mas apoyo verdadero que algunos de la poblacion, y muchos frailes adictos de corazon á su partido, acosado por unos para que defendiese la capital á todo trance, por otros para qué no la comprometiese, exponiéndola á un saqueo, era muy difícil adoptar un plan fijo de conducta. Aconsejado de su desesperacion, resuelto á probar fortuna, sacó toda su fuerza de los muros de Lisboa; en actitud de ofrecer batalla al duque de Alba. Al mismo tiempo dió órden á sus galeras para que hiciesen frente á las españolas, queriendo disputar así su nuevo trono sobre ambos elementos. Aceptó el envite el duque de Alba, y en una órden general de 24 de agosto dió todas las disposiciones para la batalla del siguiente; asignando con admirable precision el puesto que habian de ocupar, y movimientos que debian de hacer los diversos puestos de infantería y de caballería, en combinacion con el juego de las piezas de campaña de tierra, y las de las galeras que debian de avanzar, guardando el costado derecho del ejército. Se volvia á prohibir en esta órden general el robo y el saqueo, no haciendo el enemigo resistencia; y se encargaba expresamente que en caso de emprender la retirada el enemigo, nadie entrase en Lisboa si

guiendo los alcances, hasta que lo hiciese el todo del ejército.

Se esperaba, pues, delante de los muros de Lisboa una batalla decisiva: desde el amanecer del 24 comenzó á jugar la artillería de ambas partes, y las tropas á moverse. Arremetió el primero, y sin órden, el cuerpo de italianos, mandados por Próspero Colonna; y como los portugueses por aquella parte estaban muy apercibidos, por ser la mas flaca de la línea, recibieron con arrojo á los italianos, y los desordenaron. Hizo poco caso el duque de este contratiempo, y dió la órden de ataque, segun las disposiciones de la víspera. El resultado no podia ser dudoso, tratando de dos ejércitos tan desiguales en número, tan diversamente organizados.

Se pusieron los portugueses muy pronto en retirada. Tomó de los primeros la fuga don Antonio, habiendo sido herido, y sin detenerse un punto en Lisboa, salió de la capital con las tropas de su devocion, resuelto á probar en otra parte la fortuna. Mientras se dispersaba de este modo el ejército de tierra portugués, se apoderaba el marqués de Santa Cruz de sus galeras, que se entregaron asimismo sin hacer ninguna resistencia.

Estaban así abiertas para el ejército español las puertas de Lisboa. Los vecinos que habian vivido hasta entonces tan inquietos, con la idea del saqueo, comenzaron á tranquilizarse, viendo las disposiciones pacíficas del duque de Alba, y las medidas que para evitar este desórden adoptaba. Se colocó de su órden el prior mayor de Castilla, con varios jefes principales y un cuerpo escogido del ejército en la puerta de Santa Catalina, con objeto de evitar que entrasen en la capital los soldados castellanos, mezclados con los portugueses fugitivos. Con igual objeto estableció el marqués de Santa Cruz sus galeras á la boca del puerto, impidiendo todo desembarco por parte de los nuestros. Con esto los magistrados de la capital evacuada ya por don Antonio y las tropas portuguesas de su parcialidad, se presentaron en las puertas de la capital, ofreciendo al duque de Alba que las abririan gustosos, con tal que se respetasen sus privilegios, y que se les hiciese el mismo partido que á demás pueblos del reino que los habian recibido. Otorgóselo el duque, como que esto estaba tan expresamente mandado por el rey en el bando general, dado al ejército antes de comenzarse la campaña. Arregladas estas condiciones, entraron las tropas castellanas triunfantes en Lisboa, sin propasarse á exceso alguno, tan contenidas estaban por las leyes de la mas severa disciplina. El duque las

mandó alojar en los arrabales de la ciudad, y desde aquel momento fué reconocida del modo mas solemne en la capital de Portugal la autoridad del rey de España.

Para colmo de fortuna, á los dos dias de la entrada de las tropas españolas en Lisboa, se presentaron en la boca del Tajo los galeones portugueses, que volvian de las Indias orientales con ricas mercancías. Mas no sufrieron vejacion alguna por el duque de Alba, quien, contentándose con recoger la parte que al rey correspondia, hizo que se entregase religiosamente á los particulares lo que tocaba á cada uno.

Se podia dar la guerra de Portugal por concluida, por adjudicado definitivamente este pais al rey de España. Don Antonio, despojado de la capital, no tenia medios de hacerse temible en parte alguna. Seguido de las reliquias de su ejército, se dirigió á Santaren; mas no teniéndose por seguro en esta plaza, se marchó á Coimbra, donde pudo reunir hasta seis mil hombres con los que llevaba, y los descontentos que quisieron probar fortuna, tomando abrigo en sus banderas. Para perseguir á don Antonio, envió el duque de Alba á Sancho de Avila con cuatro mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, habiendo hecho acantonar la demás tropa en Setubal y varios pueblos inmediatos á Lisboa, donde no se habia alterado la tranquilidad con las buenas medidas de gobierno, adoptadas por este general en jefe.

Salió Sancho de Avila de Lisboa, á principios de setiembre de 1580. Detuvieron su marcha mas de lo que era preciso las recias lluvias que sobrevinieron, dejando intransitables los caminos. Pero el capitan español no omitió diligencia para llegar cuanto mas antes á Coimbra. Sabedor don Antonio de su aproximacion, evacuó la plaza, y se retiró á la de Aveiro que entregó al saqueo, viéndose asimismo en la imposibilidad de conservarla. De este punto se trasladó á Oporto en la orilla derecha del Duero, segunda capital del reino entonces, como lo es hoy dia, donde pensaba hacerse fuerte, contando con sus numerosos partidarios.

Siguió Sancho de Avila sus huellas, y aunque en los diferentes pueblos de su tránsito ninguna manifestacion se hacia al rey de España hasta verse ocupados por sus tropas, tampoco le ponia impedimento alguno el desfavorable espíritu de las poblaciones. Así llegó hasta el Duero, en cuya orilla izquierda no halló barca alguna en que pudiese verificar su paso á la otra parte, habiéndolas llevado todas don Antonio. En esta situacion se vió precisado á enviar varios destacamentos rio arriba, para hacerse con cuantas encontrasen; mas ninguna vieron á la orilla izquierda. Se dice que para salir de este conflicto, se disfrazó con algunos otros de la mayor confianza, y presentándose con este traje, hizo creer á los pescadores de la otra orilla que eran fugitivos del ejército de don Antonio, con quien deseaban reunirse. Una barca se destacó en efecto á recibirlos, y llegó adonde estaba Sancho de Avila. Acudieron entonces á una señal soldados que estaban escondidos, y dueños de la barca, les fué ya muy fácil apoderarse de las otras.

Dispuestos así los medios de transporte, procedió Sancho de Avila al ataque de la plaza. Aunque se hallaba con tan pocas fuerzas, la dividió en dos trozos para conseguir su intento. Quedó con el mando del primero el capitan Gerónimo Zapata, quien debia amagar el paso del rio por Piedra-Salada, mientras el mismo Sancho de Avila con el otro, se puso en marcha rio arriba, para pasarle por Abintes. Jugó, pues, Zapata dos piezas de artillería que acompañaban á la division, y haciendo ademan de querer embarcarse, llamó la atencion de los de Oporto por aquella parte. Mientras tanto, despues de haber pasado el Duero Sancho de Avila, atacó realmente la ciudad por el extremo opuesto. Fué seguida esta maniobra del mas favorable resultado. Sobrecogidos los de la ciudad con esta repentina aparicion de Sancho de Avila, comenzaron á desordenarse. Los soldados de don Antonio no se atrevieron á hacer frente á las tropas españolas. Se vió el prior de Crato en la necesidad de evacuar á Oporto, y tomar la direccion de Viana como fugitivo. Sin embargo, todavía permaneció muchos dias en el pais, abrigado por gente de su parcialidad, sin que todas las pesquisas de los españoles pudiesen descubrir su paradero. Al fin, cansado de semejante situacion, temeroso de caer en manos de los de la parcialidad del rey, que habia ofrecido ochenta mil ducados á quien le entregase vivo ó muerto, halló los medios de embarcarse y trasladarse á Francia.

Abandonada Oporto por las tropas de don Antonio, no pensó en hacer ninguna resistencia, y abrió las puertas á Sancho de Avila, dándose al mismo partido que las demás ciudades donde habian entrado tropas españolas.

Se exhalaron en Oporto los últimos suspiros de la independencia portuguesa. Bastó una campaña, ó mas bien un paseo militar de

unos pocos meses, para hacer dueño y absoluto señor de Portugal al rey de España. Cuando le llegaron tan prósperas noticias, hacia poco que acababa de salir de una enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. A este contratiempo se agregó la muerte de la reina doña Ana de Austria, su cuarta mujer, que falleció en la temprana edad de treinta y un años. Pero estas calamidades domésticas, cualquiera que fuese la impresion que causasen en el corazon del rey, no le estorbaban para atender á todos los cuidados y negocios del gobierno. Al mismo tiempo que Portugal, habian reconocido la autoridad del rey las plazas de sus posesiones en las costas de Africa. Siguió su ejemplo la isla de la Madera; mas no sucedió lo mismo en las Terceras, donde fué reconocido don Antonio. Mientras tanto se mandaban emisarios al Brasil y posesiones de los portugueses en las Indias orientales. Pronto fué reconocida la autoridad de Felipe II en tan ricos y vastos dominios, mientras las islas Terceras, fieles siempre al pendon de don Antonio, se preparaban á la mas séria resistencia.

Era ya tiempo que el rey se moviese de Badajoz para tomar posesion del nuevo reino. Se puso en marcha efectivamente el 5 de diciembre de aquel año, acompañado del archiduque Alberto y algunos mas grandes, pues no quiso llevar mucha comitiva, intentando engrosarla con los nobles portugueses. Encontró en Elvas al duque de Braganza, quien le aguardaba allí con objeto de darle acatamiento como cabeza y representante de la nobleza portuguesa. Le acogió con afabilidad el rey de España, y le agració con el collar del Toison de Oro. En seguida se dirigió por Campomayor, Arronches, Portoalegre, Crato y Abrantes á la villa de Tomar, para donde habia convocado á cortes. En los pueblos de su tránsito hallaba un recibimiento reservado y frio; mas en ninguna parte se manifestaban síntomas de abierto descontento.

Llegó el rey el 16 de abril de 1581 al pueblo de Tomar, donde le aguardaban los prelados, los nobles, los procuradores del reino, convocados de su órden. Allí se hizo la solemne proclamacion del nuevo rey, habiendo precedido el juramento de una y otra parte. Fué la ceremonia magnífica, rodeada de la mayor pompa y aparato. Solo concurrieron á ella los grandes y demás personajes portugueses, habiéndose quedado en sus casas los españoles de la comitiva, incluso el archiduque Alberto. Se presentó el rey vestido con la mayor magnificencia en un tablado donde le tenian preparado un trono. Inmediatamente que se sentó en él, pusieron en su mano derecha un cetro de oro. En derredor se colocaron los prelados, los grandes portugueses de la comitiva, quedándose fuera los procuradores que no pudieron coger en el tablado. El obispo de Leiria, en nombre del alto clero portugués y de los grandes, saludó á Felipe como rey de Portugal, reduciéndose en su larga arenga á decirle, que en virtud de sus derechos incontestables de sucesion, le acogian los portugueses por rey y señor de aquellos reinos. En los mismos términos le habló don Damian de Aguilar á nombre de los procuradores. Concluidas las arengas acercaron al rey una mesa con un Crucifijo y un misal, y el monarca entonces puesto en pié, hizo el juramento de regir y gobernar bien y derechamente, de administrar justicia en cuanto lo permitiere la flaqueza humana, y de guardar á los portugueses sus buenas costumbres, privilegios, gracias, mercedes, libertades y franquezas que por los reyes pasados sus antecesores les fueron dados, otorgados y confirmados. Concluido el juramento, se sentó Felipe, é inmediatamente se pronunció por el secretario de Estado en voz alta la fórmula del que debian prestar al rey los tres Estados del reino, de reconocerle por su señor y de rendirle pleito-homenaje, segun fuero y costumbre de estos reinos. Inmediatamente pasaron á prestar el juramento, poniéndose uno á uno delante del rey, y besándole la mano despues de concluido el acto. Comenzó el duque de Braganza, siguieron los grandes y prelados, los consejeros de Estado, los señores de pueblos y lugares, y en seguida los procuradores de las corporaciones y ciudades que tenian voto en Cortes. Concluido todo, proclamó un rey de armas por rey de Portugal al muy alto y poderoso señor don Felipe, á cuya voz correspondió el pueblo con aclamaciones, al son de músicas, fuegos de artificio, disparos de artillería, y las campanas que habian echado á vuelo. Terminó la funcion una magnífica que se dió en la iglesia, adonde se trasladó inmediatamente el rey seguido de su nueva corte. Fué recibido á la puerta del templo por todo el clero y los obispos vestidos de pontifical, quienes oficiaron en el solemne *Te-Deum* para dar gracias á Dios por aquel grande acontecimiento.

Al dia siguiente se celebró igual ceremonia para jurar por heredero de Portugal al príncipe don Diego.

Despues comenzaron las Cortes del reino sus trabajos ordinarios, y de que haremos mencion á su debido tiempo. Mientras tanto ex-

pidió el rey un decreto en que perdonaba á todos los portugueses declarados contra sus derechos que habian servido á don Antonio ó ejercido hostilidades de otro género. Solo fueron exceptuadas del perdon cincuenta y dos personas, contándose entre ellas al obispo de la Guardia y al conde de Vimioso, general de don Antonio. Tambien quedaron excluidos los frailes que se habian declarado parciales del prior, privándolos de todos los beneficios que de él habian recibido, é inhabilitándolos para ejercer ningun cargo en adelante.

Hicieron las Cortes portuguesas algunas peticiones al rey, que fueron satisfechas. A otras que tuvo por imprudentes y fuera de lugar, respondió con evasivas ó negándolas redondamente. Entre estas indicaremos tres: primera que no hubiese guarniciones en el reino: segunda que se permitiese á los portugueses el traficar libremente en las Indias occidentales: tercera que otorgase á los portugueses carta de naturaleza en Castilla. Tambien pidieron que el príncipe heredero fuese educado en Portugal, á lo que dió una formal negativa el rey católico.

En compensacion otorgó el rey varias gracias á muchos portugueses de distincion, confiriéndoles hábitos en órdenes militares, encomiendas, títulos, etc.; pero el instrumento mas importante y formal que se extendió á su favor fué la promesa solemne que todos los gobernadores de Portugal, todos los grandes funcionarios, tanto militares como civiles y eclesiásticos, serian naturales del pais, y que solo á portugueses se conferiria todo cargo público; que no se tocaria á los usos, á las costumbres, á las leyes, á los privilegios del pais, sin expreso consentimiento de las Cortes.

Setenta dias se detuvo Felipe II y I ya de Portugal en el pueblo de Tomar, mientras las Cortes entendieron en los negocios que habian dado motivo á su convocacion. Y pareciéndole al rey que ya era tiempo de hacerse ver en la capital de su nuevo reino, salió de Tomar seguido de una corte brillante y numerosa, en 24 de junio de 1581, y tomó el camino de Lisboa, pasando por los pueblos de Santaren, Almerin, Salvatierra y Villafranca, situada sobre el Tajo. Aquí encontró comisionados de las principales autoridades de Lisboa con una barca magníficamente decorada, para que continuase por agua su camino. Tambien encontró al marqués de Santa Cruz que venia con sus galeras principales. Se embarcó el rey y caminó rio abajo hasta el pueblo de Almada, que se halla en la orilla izquierda, frente á Lisboa, donde se detuvo por súplicas que le hicieron las autoridades de la capital de que aguardase un dia mientras se completaban los preparativos que se hacian para su recibimiento. A este pueblo de Almada pasó á visitarle el duque de Alba, á quien recibió Felipe II con las muestras de mayor cordialidad, manifestándole lo gratos que le habian sido sus servicios. El 29 de junio de 1581 verificó Felipe su entrada pública en Lisboa con toda solemnidad, habiendo salido á recibirlo á la puerta las principales autoridades militares y civiles. Entró á caballo, debajo de palio de brocado de oro, al son de músicas, de campanas mezcladas con el estruendo de la artillería. Despues de haber paseado las calles principales de Lisboa, se encaminó á la catedral, á cuya puerta salió á recibirle el arzobispo vestido de pontifical, á la cabeza de otros mas prelados y un clero numeroso. Despues del solemne *Te-Deum* que se cantó en accion de gracias, se dirigió el rey en la misma forma debajo de arcos triunfales al palacio real, donde le esperaba el duque de Alba para darle posesion de aquella mansion de los antiguos reyes.

Así quedó solemnemente instalado en la gran capital de un nuevo reino, el señor ya de inmensas posesiones. Si no se podia considerar Portugal una grande adquisicion, considerada la superficie del pais, era de la mas alta trascendencia para Felipe II verse dueño absoluto de toda la península ibérica ó española, que por primera vez reconocia el dominio de uno solo. Con el Portugal habia adquirido sus inmensas posesiones allende de los mares: el Brasil, de reciente conquista, y las ricas regiones de la India Oriental, de donde se extraian tan ricas mercancías, productos de su suelo y de su industria. Con razon se dijo entonces que el sol no se ponia nunca en los Estados del poderoso rey de España. Ora atendiendo á la inmensa extension del territorio, ora á la riqueza de su suelo, no habia hecho mencion la historia de mas vasta monarquía. La plata, el oro, las producciones mas esquisitas, las manufacturas de objetos mas apetecidos, todo se criaba profusamente en los Estados del nuevo señor de Portugal, quien sin duda se debió de penetrar de orgullo con la grande altura á que habia llegado su potencia.

No es extraño que este aumento de poder del rey de España hubiese aumentado los odios, los temores de sus abiertos enemigos, y causado nuevas inquietudes á los que manifestándose sus amigos no podian menos de mirarle con recelo y con envidia. Recibió en

Lisboa felicitaciones del pontífice, de los príncipes de Italia, de la república de Venecia, del emperador, y hasta de Enrique, rey de Francia. No hay necesidad de indicar la poca sinceridad que debió de haber en muchos de estos cumplimientos.

Dueño Felipe II de la península española y de tan inmensos dominios de la otra parte de los mares, que le constituian en la primera potencia marítima del mundo, natural era que pensase en establecer la silla de tan vasto imperio en un gran puerto donde pudiesen abrigarse los bajeles que traian á la madre patria los productos de todos los paises de la tierra. Todas estas ventajas se reunian en Lisboa, ciudad populosa á las puertas del Atlántico, situada en la anchurosa boca del rio que de todos los de la península lleva mas caudal de agua al seno de los mares. Estaba, pues, llamada Lisboa á ser la capital de todos los dominios españoles. A estas razones de un interés material, se unian las de la política, tan interesada en la conservacion de un nuevo reino adquirido, y en la fusion con el tiempo de dos naciones llamadas por la naturaleza á no formar mas que una. No sabemos si esta idea ocurrió entonces á Felipe II y á los principales de su Consejo; mas en la edad presente es un objeto de censura esta falta del rey, y una de las causas á que se atribuye la pérdida de Portugal en el reinado de su nieto. De todos modos era el rey de España demasiado español para pensar en vivir en ninguna parte que no fuese España. Madrid era su hechura: el monasterio del Escorial una de sus mas grandes ocupaciones, de sus mas agradables pasatiempos: vivir fuera de Madrid y del Escorial, no era vivir en su elemento.

CAPÍTUO LVIII.

Continuacion del anterior.—Administracion de Felipe II en Portugal.—Le niegan la obediencia las islas Terceras.—Reconocen por rey á don Antonio.—Primera expedicion de los españoles sobre las Terceras.—Infructuosa.—Don Antonio en Francia.—Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.—Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.—Combate naval en que sale victorioso.—Vuelve á Lisboa.—Muere en esta capital el duque de Alba.—Regresa el rey á España.—Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.—Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceras.—Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal (1).—(1581-1585).

A pesar de la impopularidad de la persona de Felipe II y de su gobierno en Portugal, no dejó de conducirse con moderacion, como un príncipe hábil que deseaba captarse la benevolencia de sus nuevos súbditos. Ya le hemos visto en Tomar dispensando diferentes gracias personales, además de la otorgacion de las que al todo de la nacion se referian. La misma conducta observó en Lisboa, mostrándose afable y accesible, llevando el deseo de hacerse grato á la nacion hasta el punto de vestirse con traje portugués, en la mayor parte de las fiestas y solemnidades públicas. Tomó además providencias de buen gobierno, y como era un príncipe tan amante del órden y estricto observador de la justicia, se aplicó con celo á corregir varios abusos y males, unos que habian hecho hondas raices en el pais, y otros que eran productos de los últimos disturbios.

(1) Las mismas autoridades.

Creó una nueva audiencia en la provincia de Entre Duero y Miño, y se mostró muy solícito en hacer otros arreglos que varios ramos de la administracion pública exigian. Mas con todos estos cuidados y atenciones, con todo este celo que por el bien público mostraba, no podia curar la grave herida del amor propio de los portugueses, viéndose sujetos á la dominacion de un príncipe extranjero, y lo que era mas sensible, del soberano de Castilla. Conservaba muchos partidarios el duque de Braganza. Mas numerosos eran todavía los que echaban de menos la dominacion de don Antonio. Desterrado este del pais, se hacia tanto mas popular cuanto era objeto de proscripcion, hasta el punto de estar pregonada su cabeza por el rey católico. Por la vuelta de dicho personaje se hacian votos secretos en el pais, sobre todo en Lisboa y en la provincia de Entre Duero y Miño, donde estaba muy arraigado su partido. Todos creian que la presencia del prior en Francia y sus relaciones con la reina de Inglaterra, le proporcionarian recursos para expeler al fin de Portugal al rey de España.

No se descuidaba en efecto don Antonio en interesar á su favor á las dos cortes de Inglaterra y Francia. En Ruan y en Diepa, donde alternativamente fijó su residencia, tuvo entrevistas con personajes de la primera distincion del pais, y recibió muestras de benevolencia por parte del rey Enrique III y de su madre. De sus sentimientos, por lo menos equívocos hácia el rey de España, habian ya demasiados testimonios para que Felipe II necesitase de este nuevo. Sin rebozo alguno se alistaban tropas en Francia, y acudian personas de distincion á servir bajo las banderas de don Antonio. En Inglaterra se hacian asimismo armamentos de igual especie en favor del mismo príncipe. Estaban destinadas todas estas tropas á las islas Terceras, donde se mantenia vivo el partido del prior de Crato.

De todos los dominios de la corona portuguesa, eran las islas Terceras los solos que no habian querido reconocer la autoridad del rey de España. Como fueron en seguida teatro de una guerra, ocupan un lugar no despreciable en nuestra historia. Descubiertas á mediados del siglo XV por un príncipe de Portugal, se hallan en el Océano Atlántico como á trescientas leguas al Occidente, y con la misma latitud sobre poco mas ó menos que la de Lisboa. Se dió á estas islas el nombre de *Azoras*, por el gran número de azores que en ellas se vieron cuando su descubrimiento, y tambien el de Terceras por el de una de ellas considerada como la principal, llamada Tercera, á causa de haber sido la tercera descubierta. Se llaman las otras ocho, pues componen todas el número de nueve, San Miguel, Santa María, San Jorge, la Graciosa, Pico, Fayal, Flores y Cuervo. No es la Tercera la de mas extension de todas; pero se consideró siempre como su capital por su posicion central, por su mejor terreno, por ofrecer mejores puertos y puntos mas susceptibles de defensa. Sus tres pueblos principales son Angra, la Playa y el Fanal, todos puertos, siendo el primero la capital de las islas y el punto de residencia de sus gobernadores.

Ejercia esta autoridad en nombre de don Antonio, Cebrian de Figueredo, cuando la entrada del rey católico en Portugal; y á pesar de las órdenes que recibió del gobierno para poner las islas á la obediencia del rey, manifestó que no abandonaria jamás el pendon de don Antonio. Puso esta resistencia en grave cuidado al rey, no solo por la accion en sí, sino por el apoyo que encontraban las disposiciones hostiles del prior, en Francia. Se aguardaban además por aquel tiempo los galeones de las Indias Occidentales, y se temia que recalando en las Terceras como lo tenian de costumbre, fuesen cogidos por el gobernador á beneficio de don Antonio. Motivos eran de interés para que el rey pensase seriamente en ocupar á viva fuerza el pais que le negaba la obediencia, cortando de raiz la guerra que le estaba preparando don Antonio desde Francia.

Salió, pues, de Lisboa el capitan Pedro Valdés al frente de algunas galeras, donde iban embarcados hasta seiscientos hombres, sin mas objeto por entonces que el de aguardar en las islas Terceras á dichos galeones y avisarles de lo que pasaba. Se hizo á la vela Valdés; mas antes de llegar á las islas habian ya aportado á ellas los buques que aguardaba. No cayeron sin embargo en poder de Cebrian de Figueredo, porque recelosos los capitanes con las ofertas que les hizo de saltar á tierra, y habiendo hallado contradiccion en las noticias que acerca de Portugal les dieron, formaron sospechas de la mala fe de aquel gobernador, y sin detenerse en las costas, prosiguieron el rumbo directamente á su destino.

Valdés que supo esta ocurrencia, no tuvo por conveniente desembarcar en la Tercera, tanto mas, cuanto aguardaba á Lope de Figueroa, que con mayor número de galeras y de tropas debia salir pronto de Lisboa para reforzarle. Mas un sobrino suyo llamado Diego Valdés, mozo de resolucion y de poca prudencia, le rogó en-

carecidamente le permitiese saltar á tierra con alguna gente escogida el 25 de julio, á fin de festejar dignamente el santo tutelar de España. Verificado el desembarco entre el puerto de la Playa y Angra, recorrieron los españoles el pais, saqueando cuanto podian y haciendo otros estragos. Mas salió de Angra el gobernador Cebrian de Figueredo con tres mil hombres de á pié y cuatrocientos de á caballo, con cuya fuerza, aprovechándose del desórden de los españoles, les puso en derrota, obligándolos á reembarcarse con enorme pérdida, pues entre muertos y heridos tuvieron mas de trescientos hombres fuera de combate. Llegó pocos dias despues Lope de Figueroa, y tanto por el descalabro en que halló á Pedro Valdés, como por los nuevos preparativos que hacian en la Tercera para oponerse á un desembarco, como por lo avanzado ya de la estacion, que hace insegura la permanencia en aquellos mares borrascosos, tomaron los españoles la vuelta de Lisboa, sin que en todo aquel año se hiciese otra cosa contra las Terceras, mas que prepararse para la próxima campaña.

Trató el rey de reorganizar los elementos de la expugnacion en toda forma. Se dieron órdenes al marqués de Santa Cruz para que apresurase en Sevilla la construccion de galeras y el apresto del demás material que se considerase necesario. Se allegaron víveres y municiones. Se pusieron en movimiento hácia la costa dos tercios de infantería española que acababan de salir de Portugal, no creyéndolos de necesidad en aquel reino. Se nombró jefe de la expedicion naval al marqués de Santa Cruz, que ya pasaba entonces por el primer general de mar de España. A treinta y uno ascendia el número de buques mayores de que se compuso la escuadra, sin contar con buques de menor porte: á cinco mil, el número de tropas de tierras españolas, formando dos tercios, uno á las órdenes de Lope de Figueroa, y otro á las de Francisco de Bobadilla. Además se embarcaron quinientos alemanes mandados por Lodron. No se puso en las galeras caballería de ninguna especie.

Mientras se preparaba esta expedicion, se envió á don Fernando de Toledo á Oporto con fuerzas suficientes para contener aquel pais, donde con tantos partidarios contaba don Antonio. Tambien se envió á la isla de San Miguel, que no seguia su parcialidad, á Pedro Peixote de Silva, quien se hizo á la vela con catorce galeras recien salidas de Guipúzcoa. Mientras preparaba Felipe II su expedicion, hacia lo mismo con la suya el prior, quien se trasladó á Burdeos

con objeto de vigilar de mas cerca las operaciones. Hasta seis mil aventureros pudo reunir entre franceses é ingleses, no dejando de encontrarse entre ellos personas de suposicion, sobre todo de los primeros. No teniendo bastante confianza en el gobernador de la Tercera, Cebrian de Figueredo, por creérsele en vísperas de venir á términos de acomodo con el rey de España, puso en lugar suyo á Manuel de Silva, por juzgarle de mayor resolucion y mas adhesion á su persona.

Casi á un mismo tiempo se hicieron á la vela y con un mismo destino la expedicion española y la francesa. Salió de Lisboa el marqués de Santa Cruz el 10 de julio de 1582, y aunque no omitió diligencia alguna, llegaron á la isla de San Miguel antes los franceses. Inmediatamente desembarcaron entregándose al pillaje. Salió en busca suya Pedro Peixoto á la cabeza de dos mil y quinientos hombres entre españoles y portugueses; mas los de esta última nacion no militaban de buena fé contra la parcialidad de don Antonio. Así lo hicieron ver cuando se encontraron con las tropas enemigas, tomando la fuga, dejando en la refriega solos á los españoles. Fueron estos arrollados y puestos en la necesidad de refugiarse en el castillo. Los franceses victoriosos con don Antonio á la cabeza, se hicieron inmediatamente dueños de la ciudad, que entregaron al pillaje.

Intimó don Antonio la rendicion al castillo, mandado entonces por don Lorenzo Noguera, aunque herido de resultas del último encuentro. Le hizo ofertas ventajosas si le entregaba aquella fortaleza de su pertenencia, amenazándole en caso contrario con todos los rigores de la guerra. Respondió el español, que perteneciendo todas las posesiones de Portugal al rey de España, no reconocia mas que á él por dueño de aquel fuerte, y que no le entregaria á ninguno, aunque perdiese, por conservarse fiel, la última gota de su sangre.

Cuando en virtud de esta respuesta se prepararon los franceses al ataque del castillo, recibieron la noticia de la aproximacion del marqués de Santa Cruz al frente de su escuadra. Con este motivo no pensaron mas que en volverse á embarcar, lo que verificaron inmediatamente, dejando abandonada su conquista.

Se hallaba el marqués de Santa Cruz á la cabeza de veinte y siete navíos; y aunque estos eran en general de mas porte que los de la escuadra enemiga, llevaba esta á la española gran ventaja en el

número, pues ascendian á cerca de sesenta. Se hallaban en ella de jefes principales el conde Vimioso, general de don Antonio, el italiano Francisco Strozzi, general en jefe de la expedicion, y el francés Brissac su segundo; todos hombres muy experimentados en la guerra. En cuanto á don Antonio, aunque hacia parte de la expedicion, como ya hemos visto, no mandaba en realidad, ni tomó parte activa en ninguna de sus operaciones. Sabian los franceses que el marqués de Santa Cruz no se habia dado á la vela con todas sus fuerzas navales, y que esperaba muchos buques que debian salir de Sevilla y de Ayamonte. Trataron, pues, de marchar en busca suya antes que se engrosase, segun era su esperanza. Las mismas noticias tenia el marqués de refuerzos que aguardaban los franceses; y de este modo, como trataban las dos escuadras de encontrarse, era ya inevitable la pelea.

Interpuestos los franceses entre la isla de San Miguel y el marqués de Santa Cruz, se hallaba este en la mayor confusion sin saber lo que ocurria y habia ocurrido en dicha isla. Esto le animó mas á dar cuanto antes la batalla, para lograr su evacuacion en caso de que los franceses la ocupasen, y de todos modos para apoyarse en ella y proporcionarse los refrescos que necesitaba.

Dos dias se buscaron las dos escuadras enemigas, y y aunque se avistaron al fin, no emprendieron nada de importancia, sea porque no tuviesen el viento favorable, sea porque cada una de ellas, por medio de maniobras, tratase solo de proporcionarse esta ventaja. Al tercero se pusieron una en frente de otra, y pasaron todo el dia casi en inaccion, contentándose con cañonearse mútuamente desde lejos.

El cuarto, que era el 25 de julio, dia de Santiago de 1582, vinieron á las manos seriamente. Ya entonces se habia disminuido la escuadra del marqués, reduciéndose á veinte y cuatro navíos, pues se habian perdido de vista, ó tal vez huídose, llevándose á bordo un gran número de tropas alemanas. Tomó sin embargo el general español todas las disposiciones que le cumplian, como entendido capitan de mar, empeñado en un lance muy serio, por la superioridad de las fuerzas del contrario. Dividió su pequeña escuadra en tres divisiones, y en su galera capitana distribuyó por sí mismo los capitanes, tropa y artilleros que debian combatir en sus diversos puestos.

Eran cinco solos los navíos del marqués, de un porte muy superior á los franceses, siendo el principal el llamado San Mateo. Habian estos desde un principio adoptado el plan de atacar separadamente cada uno de estos cinco buques, con cinco ó seis de los suyos, de modo que supliese esta superioridad la del mayor porte del contrario. A ejecutarse este plan con toda exactitud, hubiera sido fácil á la escuadra francesa envolver á la enemiga. Mas el marqués de Santa Cruz, que era un hombre muy hábil de mar, maniobró, de modo que cada uno de sus cinco buques grandes tuviese auxiliares que entretuviesen las fuerzas enemigas, á fin de desplegar su accion con toda su eficacia y maestría.

El combate se hizo general: jugaba al mismo tiempo toda la artillería de las dos escuadras. Cada buque atacó al contrario, aferrándose mútuamente por las proas ó por los costados, mientras los grandes buques del marqués se prevalian de las ventajas que les daba esta circunstancia. Fué acometida la capitana francesa y puesta en gran peligro; mas al fin fué socorrida por los suyos. Tambien estuvo en grandes apuros el San Mateo; por cinco veces se le vió arder, mas fué socorrido á tiempo por los capitanes Oquendo, Villaviciosa y Venesa, que se hallaban cerca. A bordo de la almiranta francesa llegaron á entrar los españoles, cuando acudiendo nuevas fuerzas de la primer nacion, se dió fin á la sangrienta refriega que se habia trabado á bordo, teniendo que retirarse los españoles con gran pérdida.

El marqués de Santa Cruz acudia á todas partes, tomando disposiciones como capitan, y peleando cuando llegaba la ocasion, como soldado. Por fin se trabaron por las proas las dos capitanas francesa y española, y se dió principió á un combate con arcabuces, con pistolas, con sables, y toda especie de armas, tanto de fuego como blancas. Fué tremendo el choque, y aunque los franceses pelearon con gran valor, vencieron los nuestros, penetrando como un torrente en la capitana enemiga, llevándolo todo á sangre y fuego. Mas de trescientos enemigos perecieron á bordo de este buque. En vano intentaron socorrerle los de su nacion. La capitana francesa cayó definitivamente en poder nuestro, y con esta presa importante, se decidió la victoria á favor de los españoles. Quedaron los buques de los franceses, unos echados á pique, otros cogidos, otros destrozados. Fué tanto el número de los que cayeron en nuestras manos, que no sabiendo qué hacer de ellos el marqués, tuvo que echar á pique la mayor parte.

Fué esta batalla una de las mas sangrientas y decisivas que se

dieron en los mares. Pasaron de tres mil los franceses que perecieron en los diferentes abordajes. Hubo muchísimos heridos, contándose entre ellos los tres jefes conde de Vimioso, Strozzi y Brisac, que murieron muy pronto de los golpes recibidos. No fué muy grande el número de los prisioneros, en razon del excesivo de los muertos.

En cuanto á don Antonio, se mantuvo toda la jornada fuera de combate, donde ondeaba el estandarte de sus armas. Cuando vió la accion perdida, se dirigió á la Tercera para acudir á los medios de su defensa, pues presumia con razon que sobre esta isla volveria el marqués sus tropas victoriosas.

No se puede encarecer bastante el valor de nuestros jefes y oficiales que tan importante victoria alcanzaron, á pesar de ser tan inferiores en fuerzas á sus enemigos. Todos desplegaron grande bizarría, y los hombres de mar lucieron mucho su habilidad en las diversas maniobras á que dió lugar esta pelea tan reñida. Se distinguieron mucho don Francisco Bobadilla, don Lope de Figueroa; los capitanes don Miguel de Cardona, Cristóbal de Paz, Pedro de Santillana, Juan Labastida, don Juan de Vivero, Juan de Bolaños, segundo comandante de artillería. No se debe omitir el nombre de Antonio de Sevilla, marinero guipuzcoano de una nave de esta provincia, que se apoderó del estandarte real de Francia, aunque á costa de un brazo que le llevó una bala de cañon, en el acto de perpetrar su hazaña.

Despues de esta victoria, se trasladó el marqués de Santa Cruz á la isla de San Miguel, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, y como su libertador los de la parcialidad del rey; y con temor de castigos los de la contraria. Allí puso en tierra los heridos en número de doscientos, y acabó de destruir los buques cogidos á los franceses, por carecer de gente para tripularlos. En cuanto á los prisioneros, usó con ellos de un rigor tenido generalmente por excesiva crueldad, aunque el marqués alegó sus razones para justificar el acto. Cuando se aprestaba la expedicion en Francia, se quejó el embajador español á la corte, como de un acto de completa hostilidad al rey de España. Le fué contestado que no podia impedir la expedicion el rey, y que no eran los que la componian sus súbditos, que no debian ser tratados en caso de vencimiento sino como piratas. Como tales, pues, consideró el marqués de Santa Cruz sus prisioneros. Los dividió en dos trozos, colocando en uno

la gente principal, que hizo degollar por mano del verdugo, haciendo colgar á los restantes, que pasaban de trescientos. Que no eran piratas verdaderos harto se sabia, como estaba harto patente la mala fe con que en este negocio procedia el rey de Francia. Mas convenia al marqués de Santa Cruz tomar este pretexto, y creyó servir los intereses del rey, tratando con tal rigor á extranjeros, que sin provocacion ni declaracion de guerra, venian á invadir sus posesiones. Se podia responder á esto, que dichos extranjeros eran soldados de don Antonio, quien, creyéndose con derecho á la corona de Portugal, la disputaba con las armas en la mano. Cualesquiera razones que se aleguen en pró del acto del marqués, no es posible su justificacion para los hombres imparciales. La verdad es que fué llevado muy á mal por sus mismos capitanes y oficiales, quienes alegaban con razon, que igual suerte les cabria á ellos mismos si llegaban á verse prisioneros.

Entre tanto llegaron con felicidad, sin contratiempo alguno, los galeones de la India, cuya captura habia sido uno de los objetos de la expedicion de los ingleses y franceses. En Lisboa confirmaron las nuevas de la victoria del marqués, que habian llenado de satisfaccion al rey de España.

Mientras tanto tomaba don Antonio en la Tercera todas las disposiciones para recibir la visita del almirante español, que le parecia muy próxima. No se descuidó en efecto el marqués en dirigirse á la isla para reconocerla y tomar lengua, mas no con el objeto serio de invadirla. Se hallaba la estacion muy avanzada, y no le pareció cuerdo mantenerse en el mar, que en aquellos parajes se presenta sobrado embravecido. Tal vez no fué este el solo motivo de desistir por entonces de la expugnacion de la Tercera. De todos modos, en todo el mes de setiembre tomó la vuelta de Lisboa con sus naves victoriosas, dejando á don Antonio por entonces pacífico poseedor de una isla, á que estaban reducidos todos sus dominios.

Recibió Felipe II al marqués de Santa Cruz con todas las muestras de satisfaccion, y dispensó muchas mercedes á los oficiales é individuos de tropa que mas se habian distinguido en el combate, haciendo cuenta de que con otra expedicion al año siguiente, acabarian de expulsar de las Terceras á cuantos su autoridad desconocian.

Trataba en aquel tiempo el rey católico de restituirse á España; tal era la fuerte inclinacion que hácia Madrid y el monasterio de

San Lorenzo le arrastraba. Mas al poner su proyecto en ejecucion, sobrevino la muerte de su hijo, el príncipe don Diego. No le pareció, pues, prudente salir de Lisboa antes de celebrar la jura del príncipe don Felipe, que fué su heredero, y era el cuarto y el último varon que hubo de doña Ana.

Un suceso ocurrió entonces de importancia en aquella capital, á saber: la muerte del famoso duque de Alba, muy sentido del rey, que conocia y sabia sacar tanta utilidad de sus servicios. Aunque lo dicho hasta ahora de tan ilustre personaje basta sin duda para darle bien á conocer, no extrañará el lector que consagremos algunas líneas mas á su memoria. Es sin duda el duque de Alba una de las mas grandes figuras que brillan en el cuadro colosal de este reinado. Dedicado desde su primera juventud á la carrera de las armas, terminó su vida á la edad de setenta y cuatro años, dando fin á una campaña, que si no de mucho mérito por lo reñida, será siempre célebre por lo importante y útil á los intereses de la España. Si el brillo de su nombre llegó á su mayor altura bajo el reinado de Felipe II, ya era muy grande y distinguidó en el de su padre, que tuvo á sus órdenes los primeros capitanes de su siglo. Muy jóven todavía, comenzó á lucirse en la campaña de Provenza: se halló en Tunez y en Argel: mandó en jefe, siendo hombre ya entrado en años, la batalla Muhlberg, y asimismo el sitio que á la plaza de Metz puso Carlos V. De sus acciones en el reinado de Felipe II, hemos dado una idea ya bastante extensa en el curso de esta historia. Fué admirable la disciplina que supo introducir y mantener en los ejércitos; singular la vigilancia con que atendia á todos los pormenores de su mando militar, y consumada la prudencia que en todos sus pasos y movimientos observaba. Sabia combatir y abstenerse de empeñar batallas, cuando podia de otro modo conseguir victorias. Sus inferiores le obedecian y respetaban á par que le temian, reconociendo en todo lo superior de su capacidad, y lo llamado que estaba por el órden de las mismas cosas á mandarlos. Tuvo como cortesano la misma superioridad de brillo y de importancia, que cuando se hallaba al frente del ejército. Fué el duque de Alba el hombre de todas las confianzas de Felipe II, de todos sus viajes, de todas sus negociaciones, y al parecer depositario de todos sus secretos, es decir, de todos los que podian ser comunicados. Si cayó por un tiempo de su gracia, fué para levantarse de ella con mas esplendor, y hacer ver al rey lo difícil que le era descartarse de un hombre de su clase. Activo, duro, inflexible, sin misericordia, instrumento ciego de sus voluntades, tenia todos los requisitos necesarios para captarse su benevolencia. Como el servido era el servidor, con la diferencia que podia haber entre el político sagaz y el fiel soldado. Era católico por educacion, intolerante por carácter, por hábitos; porque era tal la índole del tiempo; sanguinario por temperamento, tal vez porque en su opinion iba en ello el interés de la justicia. Aborrecia á los protestantes con furor, y no le inspiraban los flamencos sublevados mas suaves sentimientos. Como odiaba, fué odiado; pocos hombres fueron mas objeto de terror; en pocos retratos se imprimieron mas las tintas que podia producir el espíritu de indignacion y de venganza. Para completar este bosquejo, diremos que un hombre tan grave, tan entero, tan inflexible, tan objeto para todos de respeto y de temor, como el duque de Alba, se sentia como anonadado en la presencia de Felipe II, y que solo una mirada, una frase algo severa de este rey, bastaba para intimidarle.

Poco despues de la muerte del duque de Alba, ocurrió asimismo en Lisboa la de Sancho de Avila, que de paje suyo habia pasado á ser su favorito y alumno predilecto en la escuela de la guerra. Correspondió el discípulo á la excelencia de tal maestro; y aunque no alcanzó fama de un insigne capitan, adquirió derechos legítimos á una fama bastante distinguida. Lució este soldado de fortuna por su valor y habilidad, en varios teatros, sobre todo en Flandes, donde varias veces hicimos de su nombre mencion muy honorífica. Ya le hemos visto en Portugal, sirviendo bajo las órdenes del duque de Alba, como lo tenia de costumbre, y dando fin á la guerra, en su marcha desde Lisboa á Oporto, donde quedó destruida por entonces la parcialidad de don Antonio. Apreciaba el rey á Sancho de Avila, y todavía existe una carta que le escribió directamente este monarca, dándole gracias por su comportamiento, y ofreciéndole mercedes. Se dice de Sancho de Avila, que los muchos encuentros y vivas refriegas en que se encontró durante su larga vida militar, no le costaron ni una gota de sangre, circunstancia feliz que ocurre á pocos. Una coz de caballo mal curada puso término á sus dias, cuando todavía no pasaba de la edad madura.

Despues de verificada en Lisboa con toda solemnidad por los tres Estados del reino la jura del príncipe don Felipe, y nombrado por gobernador y virey de Portugal al archiduque Alberto, salió Feli–

pe II de Lisboa á principios de 1583, y tomó la vuelta de España, dirigiéndose sin detencion á Madrid, donde fué recibido con una pompa extraordinaria. Pocos dias despues se dirigió al Escorial, donde los monjes le festejaron con el entusiasmo debido á un poderoso protector, que tan magnífico establecimiento les proporcionaba. Sin duda no fueron menos vivos los sentimientos de placer con que el rey se vió restituido á una mansion tan suspirada.

Volvamos á Portugal, cuyos dominios no estaban aun todos sujetos á la autoridad del rey de España. Hablamos de las islas Terceras, donde dejamos á don Antonio respirando con la marcha del marqués de Santa Cruz, quien aplazó para ocasion mas oportuna la conquista de la isla. Empleó don Antonio el invierno 1582 á 1583 en fortificarla del mejor modo posible, para recibir la visita que la amenazaba. Hizo aumentar la guarnicion de Angra y de los demás puntos fuertes con aventureros que de Francia, Inglaterra y otras partes acudian; se proporcionó un gran surtido de municiones, piezas de artillería y otros pertrechos de guerra, cogidos en las islas de Cabo Verde por una expedicion que salió al efecto de Angra, y entró á viva fuerza en la de Santiago, habiéndola entregado además al pillaje y al saqueo. Al mismo tiempo pedia nuevos auxilios á Inglaterra y Francia, haciéndoles ver la importancia de aquellas islas, para hostilizar al rey de España en sus posesiones de la otra parte de los mares.

Todavía no habia llegado para la reina de Inglaterra la ocasion de declararse en guerra abierta con Felipe II, aunque indirectamente le hostilizaba en todo lo posible. En la misma situacion se hallaba el rey de Francia, dispuesto siempre á dañar al de España, sin atreverse á declararse su enemigo. En la primavera de 1583 se alistó en sus puertos una expedicion de dos mil hombres, que á las órdenes de M. de Joyeuse, se dirigió á la Tercera, adonde aportó sin contratiempo alguno. Con tan oportuno y considerable refuerzo cobró nuevo vigor el ánimo de don Antonio, quien se creyó asegurado para siempre en una posesion que le iba á abrir la puerta para todas las que reclamaba. No descuidaba entre tanto Felipe II un negocio que le traia tanta cuenta como el de arrojar para siempre al prior de Crato de todos los dominios portugueses. A su salida de Lisboa, dejó dadas sus disposiciones para un armamento tal, que asegurase la conquista de la isla disputada. Se nombró por su jefe al mismo marqués de Santa Cruz, que se habia distinguido tanto

en la anterior expedicion, y bajo los auspicios de este general, se puso la escuadra en estado de salir al mar, como se verificó el 23 de julio de aquel año. Se componia la escuadra de treinta naves gruesas, dos galeazas, doce galeras y cuarenta y siete buques de mucho menor porte. Iba de maestre de campo general Lope de Figueroa con veinte banderas de su tercio, que componian una fuerza de dos mil y setecientos hombres. Embarcó el conde Lodron mil quinientos alemanes, todos escogidos. Mandaba el maestre de campo, don Francisco Bobadilla, dos mil doscientos soldados españoles formados en doce banderas; don Juan de Sandoval otras quince, compuestas de mil quinientos cuarenta y cuatro soldados españoles y doscientos cincuenta y cuatro italianos. Se embarcaron además ciento veinte caballeros portugueses, todos personas de distincion, ochenta y seis soldados que habian sido oficiales, y cincuenta caballeros castellanos que iban todos como aventureros.

Llegó la escuadra á la isla de San Miguel el 3 de julio, y desde el momento hizo el marqués de Santa Cruz que pasase á su bordo un tercio de españoles de dos mil y cuatrocientos hombres al mando de su maestre de campo Agustin Iñiguez, que era al mismo tiempo gobernador de aquella isla. Hechos los preparativos para caer sobre la Tercera, llamó el marqués de Santa Cruz á consejo, en el cual se reunieron don Pedro Toledo, duque de Fernandina; el maestre de campo general don Lope de Figueroa; el conde de Lodron, y los maestres de campo don Francisco Bobadilla, Agustin Iñiguez, don Juan de Sandoval, don Pedro de Padilla, Juan Martinez de Recalde, don Cristóbal de Eraso, Juan de Urbina y don Jorge Manrique. Se deliberó en la junta sobre los puntos donde debia desembarcar la expedicion, y las demás medidas para llevar adelante la conquista, para lo que despues de depositar en la isla de San Miguel los enfermos de la armada y puesto nuevo gobernador en dicha isla, se llevó consigo todos los barcos chatos que habia mandado construir el invierno anterior para auxiliar el desembarco.

Se hizo á la vela la expedicion desde la isla de San Miguel, y el 24 del mismo aportaron á las costas de la Tercera, cuyo gobernador habia tomado cuantas disposiciones le fueron posibles para oponerse al desembarco.

Comenzó el marqués de Santa Cruz sus operaciones enviando un parlamento al gobernador, en que ofrecia perdon en nombre del

rey á todos cuantos voluntariamente se rindiesen á su autoridad, y asimismo salvoconducto á los franceses para retirarse libremente con todos sus efectos. Fué recibido el parlamento, ó por mejor decir devuelto al marqués, desechando todas sus ofertas; y aunque las renovó por medio de un manifiesto á los habitantes de la isla, tuvo maña el gobernador para recoger el documento y guardarlo, sin que fuese sabido tal perdon por los interesados.

Empleó el marqués el dia de su llegada y el siguiente en hacer reconocimientos de las costas para buscar los puntos de mas fácil desembarco. Despues de muchos tanteos y diversos pareceres, se decidieron á verificarle cerca del puerto de la Muela, defendido por un fuerte, á dos leguas de Angra, capital de la isla, como ya se ha dicho.

Se verificó el desembarco el dia 26 con cuatro mil hombres de los tercios de Agustin Iñiguez y don Francisco Bobadilla, á quienes estaba esta empresa encomendada. Fueron tomando tierra poco á poco las tropas, no sin dificultad, por lo difícil de acercar bien las lanchas que las conducian. Conforme iban desembarcando se formaban en escuadron, pues los enemigos se hallaban muy próximos, y del fuerte de la Muela los estaban cañoneando, aunque inútilmente. Mientras tanto que se verificaba el desembarco, se aproximó cuanto pudo el marqués con su galera á las murallas del fuerte por via de reconocimiento, ó mas bien para entretener á la guarnicion, que le hizo muchos disparos, distrayendo su atencion de las tropas que desembarcaban.

Aunque no faltaban tropas en la Tercera en bastante número para medirse con las del marqués, y ofrecerle á lo menos una obstinada resistencia, costó muy poco á los nuestros la expugnacion de este baluarte en que tantas esperanzas tenia puestas don Antonio. No reinaba la menor inteligencia entre el jefe de las tropas francesas y el gobernador portugués Juan Antonio de Silva, cuya dura y arbitraria administracion le habia hecho objeto de odio para casi todo el vecindario. Eran demasiado desiguales las fuerzas de don Antonio y del rey católico, para que los habitantes de la Tercera no se arredrasen con las consecuencias de una lucha abierta. Segun informes que tuvo el marqués, ascendia á nueve mil el número de las tropas enemigas, casi el doble de las suyas propias. Mas eran bisoñas, acabadas de alistar, con poca instruccion, con menos disciplina. No dejaron sin embargo de presentarse á las nuestras in-

mediatamente de verificado el desembarco. Formaron su campo, asegurado por medio de trincheras: lo mismo practicaron las tropas españolas. Todo aquel dia del desembarco se pasó en escaramuzas de muy pocos resultados por ninguna de ambas partes.

Para dar una idea del mal estado en que se hallaban las tropas portuguesas y francesas, mencionaremos una estratagema de que se valieron, muy rara en los anales de la guerra. Hallándose el marqués celebrando un consejo de guerra muy cerca de ponerse el sol del mismo dia 26, tuvo que suspenderle por un ruido y alboroto extraordinario que se movió en su campo, y procedido todo de la singular invencion que tuvo el enemigo de soltar como unas mil vacas y dirigirlas al campo de los españoles. Mas este ganado se desordenó por precision á los primeros tiros de los nuestros, que les disparaban desde lo alto de sus trincheras sin que se atreviesen á saltarlas. Así no sirvió esta escaramuza mas que de risa para el campo español, donde se debió de conocer con qué clase de enemigos se hallaban empeñados.

Al dia siguiente tuvo lugar un lance mas serio, en que los franceses llevaron al principio lo mejor, habiendo con mucha bizarría obligado á los nuestros á cederles el terreno. Mas fué esta ventaja para ellos de muy poca dura, habiendo tenido al fin que retirarse al otro extremo de la isla en que se situaron. Así quedó abandonado el puerto de la Muela, y asimismo el de Angra, que se hallaba sin fortificaciones.

Habia ofrecido el marqués dar á saco á sus tropas la isla por tres dias. Usaron de ese permiso en el puerto de la Muela; lo mismo se verificó en Angra, adonde las tropas se dirigieron en seguida. Mas el botin fué sumamente escaso, pues el pueblo estaba abandonado y los vecinos habian llevado consigo sus efectos mas preciosos. Así solo cayeron en poder de los nuestros algunos muebles de poco valor que para nada les servian; mas hicieron una presa considerable en los esclavos del pais, hasta el número de mil y quinientos que se repartieron.

Si se encontraron pocas riquezas en Angra, no sucedió lo mismo con el material de guerra. Se hallaron noventa y una piezas de artillería en los bajeles, y en los fuertes doscientas diez y nueve, pertenecientes muchas de ellas á los franceses, con las armas reales de aquel reino. Se cogieron además muchas balas, pólvora, jarcia y demás pertrechos militares, tanto de mar como de tierra.

Inmediatamente echó el marqués un bando para que se recogiesen á sus casas los habitantes que andaban vagando por los campos y habian tomado asilo en las montañas. Poco á poco depusieron estos el temor, y la isla volvió á su estado de tranquilidad acostumbrada. En cuanto á los portugueses armados y franceses que se retiraron de la accion, se hallaban en un pueblo llamado los Altares, en la parte mas occidental de la Tercera.

Mientras se negociaba de una y otra parte sobre la suerte ulterior de estas tropas, despachó el marqués de Santa Cruz parte de sus galeras para volver á la obediencia del rey las demás islas que todavía estaban á la devocion de don Antonio. Se rindió la de San Jorge sin ninguna resistencia; mas la puso la de Fayal á don Pedro de Toledo, que tuvo que desembarcar á viva fuerza. Las tropas que se le presentaron en la costa huyeron inmediatamente y se refugiaron al castillo de Orta. Mas este fuerte se rindió muy pronto á las armas de don Pedro, quien hizo colgar al gobernador, como el principal motor de aquella resistencia.

Dió el capitan español la isla de Fayal á saco por tres dias, y despues de haber puesto nuevo gobernador en el castillo de Orta, se encaminó á la isla de Pico, que se entregó sin resistencia. Desde allí se dirigió á la Tercera, habiendo hecho rendirle obediencia en el camino á las islas del Cuervo y la Graciosa.

Mientras tanto habian hecho proposiciones los franceses de la Tercera para que el marqués les permitiese retirarse á su pais con sus banderas, armas y artillería, llevándose consigo á Manuel de Silva y otros portugueses de importancia, comprometidos en la defensa de la isla. Mas se hallaban los franceses en sobrados apuros para quedar libres con tan suaves condiciones; por lo que tuvieron que pasar por las que les impuso el marqués de Santa Cruz, á saber: que se rindiesen salvando las vidas, entregando las banderas y las armas excepto las espadas, pudiendo en seguida trasladarse á Francia, quedando prisioneros los franceses que habian sido cogidos durante la pelea. A tenor de estas condiciones el 4 de agosto se presentaron los franceses en el castillo del puerto de Angra, donde entregaron diez y ocho banderas, las armas de todas clases, menos las espadas, y demás efectos de guerra que tenian. Ascendian á dos mil y doscientos los franceses que se rindieron á los españoles; mas todavía faltaban cerca de seiscientos para completar el número de los que habian aportado á la Tercera, pudiendo presumirse que se

habrian escondido unos, evadido otros secretamente de la isla, y otros muertos en el campo de batalla.

Andaba el gobernador Juan de Silva vagando por la isla, por las pesquisas que de todas partes se hacian por órden del marqués, que habia puesto á precio su cabeza. Al fin cayó en manos de un soldado llamado Juan Espinosa, quien le puso en las del marqués el 10 de agosto. Fué conducido inmediatamente á la galera capitana, y de aquí al puerto de Angra, donde tres dias despues fué degollado por manos del verdugo, al mismo tiempo que algunos otros principales partidarios que habian seguido el pendon de don Antonio. Tambien fueron ahorcados otros de menos nombradía.

Aunque se perdonó la vida al vecindario de la isla, no dejó el marqués de Santa Cruz de tomar medidas de rigor que le parecieron necesarias. Mandó hacer muchas prisiones, sobre todo de frailes, que se suponia tenian la parte principal en la resistencia de los habitantes. Confiscó, mientras el rey disponia otra cosa, los bienes de todos los vecinos de las seis islas que habian negado su obediencia al rey católico. Puso en libertad á todos los presos que habia por asuntos políticos, y decretó indemnizaciones de los perjuicios que se les habian irrogado. Despues de arreglar todos estos negocios y asegurado los puntos fuertes con buenas guarniciones y gobernadores leales, se embarcó el marqués de Santa Cruz á últimos de agosto, y tomó la vuelta de Lisboa, adonde llegó á principios de setiembre.

Así con la conquista de las islas Terceras, quedó Felipe II pacífico dueño y señor de todos los dominios de la monarquía portuguesa.

CAPÍTULO LIX.

Asuntos de los Paises-Bajos.—Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.—Dificultades de la empresa.—Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.—Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.—Descripcion de la obra.—Toma de Gante.—Intentan los sitiados desbaratar el puente.—Brulotes. —Voladura de una gran parte de la construccion.—Desastres.—Se repara el daño. —Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.—Son rechazados con gran pérdida.—Abren sus puertas Bruselas y Malinas.—Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.—Se ven precisados á rendirse.—Condiciones de la entrega.—Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.—Su entrada triunfal en Amberes (1).—(1584-1585).

La incorporacion del reino de Portugal en los vastos dominios que ya poseia el rey católico, acrecentó naturalmente el miedo, la suspicacia, la secreta envidia de que era objeto para los que se llamaban sus amigos, así como dió nuevo fuego al odio de sus enemigos declarados. Se hallaban estos en los Paises-Bajos, en Inglaterra, y aun puede decirse en la corte de Francia, donde tantos medios directos se empleaban para suscitarle hostilidades. Se acercaba el tiempo del desenlace de los grandes dramas que entonces se representaban en esta parte de la Europa; donde tantas pasiones, tantos intereses, tantas creencias religiosas se hallaban en una pugna abierta. No es posible comprender bien el reinado de Felipe II sin pasar en revista todos estos grandes acontecimientos; y nosotros, que en este trabajo nos hemos propuesto por objeto presen-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos concernientes á los Paises-Bajos.

tar un cuadro, aunque abreviado, no solo de lo que hizo un rey, sino de lo que pasó en su siglo, le tendríamos por incompleto si no echásemos los ojos á menudo sobre otros Estados donde influia por unos medios ú otros su política. Para continuar nuestra tarea, volveremos por ahora á los Paises-Bajos, donde dejamos al príncipe de Parma aprovechándose hábilmente de los dos grandes acontecimientos que habian ocurrido, á saber: la expulsion de los franceses y la muerte del temible príncipe de Orange. Acababan de caer en sus manos las plazas fuertes de Iprés y de Brujas. Vacilaba Gante estrechada por la fuerza, agitada además por muchos elementos de discordia que fermentaban dentro de sus muros. Mientras padecia tanto esta ciudad, en mil sentidos diferentes combatida, concibió y puso en ejecucion el príncipe de Parma un proyecto mas grande, mas importante, á saber: la expugnacion de Amberes, sitio principal de la insurreccion, asiento por entonces de su gobierno, la plaza mas importante del pais por su poblacion, por sus riquezas, y sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Bajo el aspecto político, y aun bajo el militar, por ser uno de los hechos de armas que mas ruido hicieron en la última mitad de aquel siglo, merece el sitio de Amberes una relacion algo menos sucinta que las que hasta ahora hemos consagrado á las empresas militares. Está situada esta ciudad, conocida tambien con el nombre de Antuerpia, en la orilla derecha del Escalda, tan ancho por aquella parte, que la constituye en un verdadero puerto de mar, adonde llegan y fondean con comodidad navíos de alto bordo. Aunque despues de la época á que nos referimos han recibido sus obras marítimas una extension tal, que forman de Amberes el puerto principal del mar Germánico ó del Norte, ya entonces eran de bastante importancia para hacerle representar un gran papel como emporio de comercio. De sus riquezas, de sus manufacturas, de los buques de todas las naciones que á sus muros acudian, hemos hablado en su debido tiempo. En lugar de haberle privado de su importancia la guerra viva de que eran teatro los Paises-Bajos, se la habia aumentado en sentido político y militar, pues aunque no lo era en realidad, se la consideraba como la verdadera capital de Flandes.

Concibió, pues, el príncipe Alejandro un gran plan, cuando pensó tan decididamente en poner sitio á una ciudad á todas luces tan considerable; pero pareció demasiado atrevido y casi de imposible ejecucion á muchos de sus capitanes. Alegaron lo fuerte de la

plaza, lo difícil y casi imposible de privarla de recursos por el mar, lo azaroso de emprender un sitio dejándose á la espalda á Gante y Terramunda, la escasez de tropas que tenia Alejandro á su disposicion para abrazar y acudir á tantos puntos á la vez, la facilidad en que se hallaban los de Amberes para soltar las esclusas de los diques y canales, y causar una inundacion en el campo de los sitiadores, como habia sucedido en Leyden, etc. Mas á estas razones respondió Alejandro, que en ocasiones como la presente se debian emprender acciones arrojadas que impusiesen terror al enemigo; que presentándose las cosas tan favorables á la causa del rey con la muerte del príncipe de Orange, se debian aprovechar estos momentos de desmayo y fluctuacion en que se hallaban los flamencos; que no era difícil cortar la comunicacion de Terramunda y Gante con Amberes; y que aunque el Escalda corria tan ancho por aquella parte, no faltarian medios, sino para impedir el que recibiesen socorros por mar, á lo menos de disminuirlo hasta el punto de causar en la ciudad escaceses y apuros, aumentándose así el número de los descontentos de aquel estado de cosas, y creándose elementos de discordia y anarquía, que tan eficazmente servirian al objeto de los sitiadores.

Se resolvió, pues, definitivamente en setiembre de 1584, el sitio de Amberes, y con este motivo se pusieron en movimiento las fuerzas disponibles que no eran en otra parte absolutamente indispensables. Se hallaban parte de ellas en Frisia, bajo las órdenes de Francisco Verdugo, que tenia al frente á Guillermo de Nassau, teniente de Mauricio, nuevo príncipe de Orange. Estaban situados en Colonia dos regimientos alemanes al mando del conde de Aremberg: en Zutphen algunas tropas de caballería; y el marqués de Renty con su tercio de valones hácia el Mediodía, para oponerse á cualquiera movimiento que por el Artois y el Haynault hiciesen los franceses. En Brabante y la provincia de Flandes, á las órdenes inmediatas de Alejandro, militaban cuatro tercios con cuatro regimientos extraordinarios, y además otros tres que acababan de llegar de España despues de sujetadas las Terceras. Con todas estas tropas, que ascendian á diez mil infantes y mil quinientos caballos, procedió Alejandro Farnesio á las operaciones del asedio.

Estaba preparada Amberes para hacer frente á la tempestad que ya veia tan próxima. Aumentó todos sus medios de defensa su gobernador Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, quien despues

de la muerte del príncipe de Orange, era la persona de mas influencia entre los confederados. No se intimidaron los habitantes por ver á los enemigos tan cerca de sus puertas, pues aunque no podian recibir socorros por tierra en razon á la escasez de tropas que entonces habia en el pais, confiaban en su puerto y en su rio, que les proporcionaba comunicacion con todas partes, y la facilidad de no carecer jamás de víveres y demás provisiones necesarias. A la seguridad, á la fortificacion de las dos riberas del Escalda, consagraron, pues, sus primeras atenciones. Construyeron en la derecha, que corresponde á la provincia del Brabante, y á tres leguas por bajo de la ciudad, el fuerte de Liefkenshoec; y en la izquierda, que pertenece á Flandes, añadieron nuevas defensas al de Lillo, que ya lo habia sido por el duque de Alba. Además establecieron varios reductos entre los dos fuertes y la plaza, teniendo tambien el medio de coronar todas estas precauciones con la de inundar el pais que corresponde á la última provincia. Aunque con experiencia de la actividad y saber que desplegaba en todas ocasiones el príncipe Alejandro, no concibieron grandes temores de su tentativa. Mas el general español tuvo medios, como se verá, de acabar con tan gratas ilusiones.

El mismo interés de los de Amberes en fortificar las dos riberas del Escalda, manifestó su enemigo en destruirles sus trabajos; tan convencido estaba de que no cerrándoles este caudaloso rio, jamás se apoderaria de la plaza. Habia llegado ya á la sazon cerca de sus muros con todas las fuerzas disponibles, y establecido su campo en Beveren, á dos leguas de distancia. Fué su primera operacion destacar dos cuerpos considerables, uno de cuatro mil hombres de infantería y ocho compañías de caballería, á las órdenes del marqués de Rubais, para expugnar el fuerte de Liofkenshoec, y otro mandado por el conde de Mansfeld, compuesto de tres mil infantes y cuatro compañías de caballería, con objeto de practicar la misma operacion en el de Lillo. Mientras tanto envió otros destacamentos con objeto de impedir toda comunicacion entre Amberes, Terramunda, Gante y Malinas, colocando como puesto principal en Villebroock el tercio de Agustin Iñiguez, que acababa de llegar de la Tercera.

Fué dichoso el marqués de Rubais en su ataque sobre el fuerte de Liefkenshoec, que se le rindió sin grande resistencia ni pérdida considerable de los suyos. Mas no sucedió lo mismo al conde de Mans-

feld en el de Lillo, mucho mas fortificado que el primero. Hicieron los sitiados una salida que causó grave pérdida á los españoles. En cuantos ataques á viva fuerza dieron estos contra los del castillo, fueron constantemente repelidos. Con esto y las nuevas inundaciones que produjo el rompimiento de un dique, tuvo que desistir el conde de Mansfeld, y se retiró á los cuarteles de Alejandro.

Ya con la expugnacion del fuerte de Liefkenshoec, comenzaron los de Amberes á sentir dificultades en sus comunicaciones por el rio. No escaseaban los españoles sus fuegos contra todas las embarcaciones que subian y bajaban. Mas esto era poco para el príncipe de Parma, que aspiraba á cortar sus comunicaciones por entero. Para conseguir su objeto concibió el plan de construir una especie de puente ó de barrera, que partiendo de las dos orillas, cerrase completamente el puerto. Se burlaron mucho los habitantes de Amberes, y sobre todo su gobernador, cuando supieron el designio del de Parma, que atribuyeron á locura. Mas palparon pronto, á pesar suyo, la realidad de una empresa que en vista de los dos mil y cuatrocientos piés que tiene de ancho por aquella parte el rio, les parecia tan quimérica.

Para llevarlo á cabo eligió Alejandro dos puntos adonde el rio se presentaba un poco mas estrecho, llamados Callóo y Ordan; este en la orilla de Flandes y el segundo en la de Brabante. Eran inmensos los materiales que en vigas, tablas y otros artículos se necesitaban para esta obra gigantesca. Mas por la actividad desplegada en su acopio por el príncipe de Parma, se pasaron muy pocos dias antes de empezarla.

Se redujo la operacion á clavar fuertes estacas en el fondo del rio y asegurar sus cabezas por medio de vigas cruzadas que se colocan horizontalmente, enlazándolas unas con otras con objeto de hacer la trabazon lo mas sólida posible. Sobre las vigas se colocan tablas que constituian el suelo de la obra, y donde los hombres estaban á pié enjuto. En las dos orillas se construyeron dos castillos de madera, tomando el de la parte de Brabante el nombre de San Felipe en honor del rey, y el de María madre de Dios el de la de Flandes. Se dió al tablado de estos dos castillos las dimensiones suficientes para que pudiesen contener con bastante holgura cincuenta hombres. Los dos ramales que desde ambos castillos se avanzaban sobre el rio, no tenian mas que doce piés de anchura, de modo que diesen paso á ocho hombres de frente. A las extremidades

de esta especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de parapeto de cuatro piés de altura, á prueba de bala de arcabuz ó de mosquete.

De este modo, y mientras lo permitió la poca altura de las aguas se construyó una línea de puente ó de estacada de nuevecientos piés por el lado de Brabante, y por la de Flandes de doscientos solamente. Entre los extremos de los dos ramales quedaba un hueco de más de mil doscientos piés, donde era imposible la fijacion de estacas por la gran profundidad del rio y lo rápido de la corriente. Ideó el príncipe de Parma llenar este hueco con buques, lanchas ó cualquier género de embarcaciones. Mas no pudo por entonces hacerse con los suficientes, pues tenia que surtirse para esto de Dunkerque.

Mientras se procedia á la construccion de este puente, que era entonces asombro de la Europa, hacia expugnar Alejandro la plaza de Terramunda, situada tambien sobre el Escalda, para acabar así con toda comunicacion entre este punto y Amberes. Hizo la plaza bastante resistencia, sobre todo en su baluarte principal, y al principio sufrieron los nuestros graves pérdidas. Por fin tomaron los españoles este baluarte el 15 de agosto, y el 17 tuvo que rendirse la plaza, pagando sesenta mil florines para indemnizar los gastos de la guerra. Salió la guarnicion en número de seiscientos hombres sin armas ni caballos. Juró la ciudad obediencia al rey de España, y á los calvinistas se les dió dos años de término para arreglar sus negocios, al fin de cuyo plazo tendrian que evacuarla.

Al saberse en Gante la noticia de la toma de Terramunda y los peligros que amenazaban sériamente á Amberes, trataron de entregarse al príncipe Alejandro, bajo las mismas condiciones que antes lo habian hecho los de Iprés y Brujas. Se negó el general español á la propuesta, haciendo sentir á los comisionados de la ciudad que vinieron á su campo, cuán diversas eran ya las circunstancias. Al fin se convinieron, pues si los de Gante tenian miedo, no eran menos los deseos de Alejandro de ocupar á Gante. Reconoció la ciudad la autoridad del rey, y pagó doscientos mil florines. Se sacaron de la cárcel todos los retenidos en ella por ser de la parcialidad del rey. Se restituyeron los templos al culto católico, y volvió su ejercicio al estado acostumbrado. En cuanto á los calvinistas, quedaron privados del suyo, y recibieron órden de evacuar la ciudad,

aunque se les dió algun tiempo para que arreglasen sus negocios.

Con la ocupacion de Gante hizo Alejandro la adquisicion de los buques que necesitaba para dar fin á su famoso puente. No habia dificultad en hacerlos trasportar hasta cerca de Amberes, siendo ya dueños los españoles de Terramunda y Rupelmunda. Mas tenian que hacer un rodeo para llegar al punto de su destino, hallándose en medio Amberes, debajo de cuya plaza el puente se formaba. Para obviar este inconveniente mandó Alejandro hacer dos cortaduras en el dique de la Escalda; una en Callóo, por debajo de Amberes, otra en Bortcht, por encima; con lo que habiéndose formado una inundacion entre ambos puntos, pudieron llegar las naves al primero sin tropezar con la ciudad que les cortaba el paso. Y habiéndose inutilizado este expediente por un reducto que los de Amberes construyeron en Borcht, tomó Alejandro el partido de abrir un canal de mas de cinco leguas, que aseguraba la comunicacion entre Callóo y un pequeño rio que desagua muy cerca de Gante, en el Escalda.

Así se hizo Alejandro, sin molestia por los de Amberes, con veinte y ocho ó treinta naves, suficientes para llenar el hueco entre los dos ramales de la estacada ó puente de madera. Los colocó á lo largo, á veinte pasos uno de otro de distancia, sujetándolos con anclas y gruesas cadenas de hierro, cuyas extremidades estaban fuertemente ligadas con los dos extremos de este puente. Para asegurar la comunicacion de un buque á otro, se colocaron gruesas vigas cubiertas de tablas, dando á cada uno de estos puentes la misma anchura y colocando en ellos los mismos parapetos que en los dos construidos sobre estacas.

Así se cerró completamente la comunicacion de Amberes con el rio. Para dar mas seguridad y aumentar la eficacia de este puente, se echaron otros dos, uno en la parte superior y otro en la inferior del Escalda, con simples barcas ligadas entre sí del mismo modo que los buques grandes, con fuertes barras puntiagudas de hierro por uno de los lados, para oponer mas obstáculos á los navíos que se presentaban. En cada buque se colocó artillería, y la misma operacion tuvo lugar en cada uno de los barcos chicos.

Bajo cualquier aspecto que esta construccion se considere, fué una obra admirable para aquellos tiempos, y aun es digna de las mayores alabanzas en los nuestros, donde tan adelantados se hallan todos los ramos del arte de la guerra. Mas que el ingenio del arte

lució en la construccion del puente de Amberes la audacia de haberle concebido, el arrojo y la constancia con que en medio de tantos obstáculos se consiguió llevarle á cabo. No se apartaban un momento de la obra los ojos vigilantes de Alejandro, y eran muy frecuentes las ocasiones en que para animar y entusiasmar á todos con su ejemplo, echaba él mismo mano al pico y á la azada. En los habitantes de la ciudad hizo una impresion dolorosa tanto mas profunda cuanto se habia tenido á sueño y hasta escarnecido dicha obra, como fanfarronada por parte de Farnesio. Quedaba Amberes sin comunicacion ninguna con el mar, de donde aguardaba toda especie de auxilios y recursos. Con tan pocas fuerzas de tierra como tenian los confederados, en las comunicaciones por agua estaba puesta toda su esperanza. Por eso se esforzaba tanto Alejandro en cortárselas, reduciendo á bloqueo un sitio en que no se podia operar á viva fuerza.

Hemos visto ya, por disposiciones hábilmente tomadas, caer en sus manos la plaza fuerte de Gante, situada tambien sobre el Escalda. La misma suerte aguardaba á Bruselas, donde comenzaban ya á sentirse los horrores del hambre, bloqueada como estaba por las tropas de Alejandro. Un convoy enviado por los de Malinas y Amberes, custodiado por mil hombres, cayó en una emboscada de los nuestros, en cuyas manos quedaron todos prisioneros. Privada la ciudad de este recurso, y sin esperanza de otros nuevos, trató de abrir sus puertas al de Parma, con cuyo objeto le enviaron embajadores á su campo de Beveren, donde al fin de dificultades y altercados, se rindieron bajo las condiciones de que los ciudadanos volviesen á la obediencia del rey y fuesen restituidos á su gracia; que se devolviesen á los templos católicos todos los efectos que les habian robado; que las demás restituciones y reparaciones quedasen á cargo de los tribunales ordinarios; que dejasen los herejes la ciudad al cabo de dos años, dándoseles este término para el arreglo de todos sus negocios; que saliese la gente de guerra libre con sus armas y equipaje, pero sin banderas, sin mechas encendidas, sin tocar cajas ni trompetas, habiendo jurado primero que en cuatro meses los soldados y en seis los oficiales no tomarian las armas contra el rey de España.

No fueron las condiciones, como se vé, muy duras. Ninguna contribucion en dinero se impuso sobre el pueblo de Bruselas. Mas no le convenia á Alejandro el ser muy exigente, ocupado como estaba

en el sitio de Amberes, y sobre todo tratándose de la ocupacion de una ciudad tan importante, considerada como la capital de todos los Paises-Bajos.

A la rendicion de Bruselas se siguió la de Nimega, capital de la provincia de Güeldres, que abrió sus puertas sin grande resistencia, aterrada probablemente con el ejemplo de las otras plazas fuertes que acababan de caer en manos de Alejandro.

Creció con estas pérdidas la turbacion y el miedo en los de Amberes. Comenzaban ya á mostrarse síntomas de descontento; mas el gobernador Santa Aldegundis, hombre de resolucion y de firmeza, supo tranquilizar los ánimos de los habitantes. La masa de la poblacion estaba enconada contra el rey católico. Allí tenia su asiento principal la insurreccion de los Paises-Bajos, y desplegaba la energía y política de los confederados. A pesar del puente echado sobre el rio, no habian perdido las esperanzas de comunicarse al fin con el Océano. En Middelburgo se preparaba una escuadra, con cuyo auxilio y los esfuerzos que se hiciesen por el lado de la plaza, aguardaban romper aquella barrera formidable.

Se hizo en efecto á la vela dicha expedicion marítima, mandada por Treslong, y aunque Farnesio no la creia de grande importancia por los disgustos que segun era fama mediaban entre aquel general y los confederados, no dejó Treslong de cumplir con su deber, subiendo el Escalda con su escuadra, sin que Farnesio pudiese por falta de navíos oponerle resistencia. Cayeron los confederados sobre el fuerte de Liefkenshoec, que tomaron sin grande resistencia. Tampoco la encontraron en el de San Martin, otro mas pequeño de las inmediaciones, que ocuparon en seguida. Irritado Farnesio de tanta flojedad por parte de los suyos, trató de hacer un escarmiento público, mandando degollar á los principales jefes sobre el mismo dique del Escalda, á vista de los enemigos.

Dueños así los confederados de estos dos fuertes y del de Lillo, que está enfrente, dominaban completamente el Escalda desde estos dos puntos hácia abajo. Lo mismo sucedia á los de Amberes por la parte superior; mas en medio se encontraba como una barrera insuperable el fatal puente.

A derribar, pues, esta especie de muralla, se dirigieron los esfuerzos de unos y otros. En su conservacion cifraba Alejandro todos los medios de tomar la plaza. Creyó en un principio que procederian los ataques mas activos de la escuadra establecida en la parte inferior; mas era en Amberes donde se tomaban las medidas mas eficaces para acabar con una obra que los amenazaba con la ruina. Trataron primero de cortar, al amparo de la noche, las maromas ó cables que sujetaban los buques del puente; mas Farnesio inutilizó su tentativa, sustituyendo las maromas con cadenas de hierro, que no la exponian al mismo inconveniente. Si era grande en unos la actividad para destruir, mayor era la del de Parma para reparar, sin perdonar diligencia alguna, los daños de su puente ó cortadura.

Residia á la sazon en Amberes un ingeniero italiano llamado Giambelli ó Jambelo, hombre de recursos, de cuyos consejos hacian mucho caso aquellos habitantes. Construyeron por su direccion una porcion de barcos chatos, muy altos por los dos costados, con suelo ó fondo de cal y de ladrillo, sobre el que colocaron un cofre de mina con su galería en direccion de popa á proa, lleno de pólvova, balas y otros proyectiles. Todo el hueco entre los costados de la embarcacion y la mina, se ocupó con piedras y mas materias pesadas, cuantas podia recibir el buque. En todo este aparato no faltaba su mecha, que iba oculta y preparada como las de las minas ordinarias.

De esta especie de brulotes se aprontaron hasta quince, cuatro grandes y once algo mas pequeños, ascendiendo á setenta quintales de pólvora la carga de los cuatro mas considerables. Se preparó todo este artificio con el mayor secreto, y aunque se susurraba en el campo de Alejandro que los de Amberes preparaban medios de destruir el puente, no llegaron á conjeturar de qué especie eran.

Se lanzaron, pues, rio abajo los quince brulotes, disparando sus tripulaciones fuegos de artificio para excitar mas la sorpresa de los sitiadores. Asombrados se quedaron estos, en efecto, al ver una acometida tan extraña, é ignorantes del peligro que corrian, la aguardaban sobre el mismo puente, pensando en neutralizarla por los medios ordinarios. La contemplaba asimismo atónito Alejandro desde el castillo de Santa María, acompañado del marqués de Rubais y otros jefes principales. A ruegos de algunos oficiales se alejó de aquel sitio, donde tan graves riesgos corria su persona; mas no siguieron su ejemplo Rubais ni los otros jefes; tan ajenos estaban de sospechar que eran minas lo que se acercaban. Estaban coronadas las dos orillas del Escalda de gente que acudió á presenciar un espectáculo tan extraordinario, y cuyo secreto era sabido de muy pocos. Caminaban mientras tanto los brulotes, hábilmente dirigidos por

marinos prácticos. Cuando estuvieron á cierta distancia del puente, pasaron á las lanchas que llevaban para ello preparadas, habiendo puesto el fuego á las mechas de antemano, sin que fuese observado por los espectadores, por estar ocultas en los mismos buques.

Abandonados así los brulotes á su propia direccion, cedieron al impulso natural de la corriente. Los once mas pequeños se desviaron del camino y vararon en la orilla. Pasaron mas adelante los cuatro grandes; mas á los tres de ellos les sucedió lo mismo que á los otros, quedando medio sumergidos. Solo llegó uno á su destino, que los nuestros no pudieron detener, reventando la mina en el mismo instante de tocar el puente. Fué espantosa la explosion, y sus efectos superiores á cuanto pudiera describirse. Se estremeció al estampido el suelo de los alrededores; se oscureció el aire como en medio de un violento huracan, mientras volaban hechos pedazos las piedras, las vigas, los maderos, todo el material del castillo de Santa María y de la estacada inmediata, con mas de ochocientas personas que la coronaban. Penetró en la atmósfera un hedor intolerable, efecto de los mistos de la mina, que sofocó á varios y privó á muchos del sentido. Se cubrieron en pocos instantes las aguas del rio, las riberas y los campos de toda suerte de destrozos, de cuerpos mutilados chorreando sangre, ennegrecidos por el humo: algunos se ahogaron en el rio: quedaron otros sepultados en los fragmentos de piedra y maderos, y no pocos que no perecieron en el acto, luchaban con las aguas agitadas del rio, ó lanzaban en los aires gemidos dolorosos.

Si los demás brulotes, ó á lo menos una gran parte, hubiesen llegado igualmente á su destino; si los de Amberes y los de Lillo hubiesen acudido con sus fuerzas inmediatamente que tuvo efecto la explosion, hubiese tal vez desaparecido el puente y desordenádose completamente el campo de Alejandro. Mas por ninguna parte se presentaron los confederados. Autores dicen que nada supieron de lo que allí pasaba, hallándose sin noticias por espacio de dos dias. Si esto es cierto, aunque de ningun modo verosímil, arguye mucho descuido en los sitiados, que por otra parte debian de estar muy ansiosos de saber el resultado de su tentativa.

No perdió su presencia de ánimo Alejandro en medio del dolor, de la consternacion que le causó una pérdida tan espantosa, menos sensible por las obras destruidas, que por tantos valientes, víctimas sin gloria de una explosion que no se habia previsto. Entre ellas se

contaba al marqués de Rubais, general de la caballería, esclarecido capitan y muy querido de Farnesio. Atendió este con su actividad acostumbrada al alivio y curacion de los heridos, á restablecer el órden, y sobre todo á la reparacion de las obras, levantando nuevas estacadas, colocando otros buques en el puente, aunque sin la debida trabazon; de modo que á la mañana del dia de la explosion conservaba de lejos la apariencia de estar como antes, sin ninguna ruptura perceptible. Con la misma actividad se llevó adelante la obra de la reparacion, de modo que dos dias despues no solo estaba el puente repuesto, sino muy mejorado.

No desmayaron los de Amberes por el poco efecto de su tentativa. Nuevos brulotes construyó Giambelli; mas habiendo desaparecido la impresion producida por la novedad, fueron aun mas inútiles que los anteriores. Llegaron los soldados de Farnesio hasta apagar la mecha de que venian provistos, y con garfios de hierro y otros instrumentos los desviaban hácia las orillas, donde quedaban varados y medio sumergidos. Recurrieron tambien al artificio de lanzar varias lanchas trabadas entre sí, para que chocando contra el puente, arrastrasen consigo algunos de los buques en que se apoyaban. Mas tambien los españoles se precavieron contra este accidente, preparando huecos por donde las lanchas se escurrian. Recurrieron los sitiados por último á la construccion de un enorme navío armado de espolones de hierro, que lanzaron á favor de la corriente y la marea, lisonjeados de que al choque de tan enorme mole cederian los barcos y se destruiria la trabazon de las demás partes que á la formacion del puente concurrian. Mas no fue esta máquina, á la que dieron el nombre pomposo de *Fin de la guerra*, de mejor efecto que las anteriores. Despues de abandonado á su propia direccion, torció su curso, y fué á varar en la orilla derecha, cerca de Ordan, sirviendo de mofa á los sitiadores, quienes la llevaron al príncipe de Parma.

Perdida la esperanza de destruir aquella barrera fatal que los tenia incomunicados con el mar, resolvieron los de Amberes abrirse otro camino sin que pudiese estorbárselo el puente de Alejandro. Para comprender la operacion de que esperaban este efecto, se tendrá presente que coronaban las riberas del Escalda, como las de casi todos los rios del pais, diques de bastante elevacion, con que evitaban la inundacion de los campos en la crecida de las aguas. Para la comunicacion de los diques con las tierras altas cuando la inun-

dacion tenia lugar, habia otros diques ó murallones llamados contradiques. Entre el dique de la orilla izquierda del Escalda del lado de Flandes y un pueblo inmediato situado sobre una elevacion, llamado Colvesteins, existia un contradique de este mismo nombre. Dueños los de Amberes de abrir el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y los de Lillo de practicar lo mismo por debajo, podian proporcionarse una inundacion tal que les abriese comunicacion con el mar, quedando de este modo inutilizada aquella obra. Mas para que se mezclasen las aguas del rio por entrambas partes, era necesario destruir el contra-dique de Colvesteins que estaba de por medio. De este punto se habia apoderado de antemano el príncipe Alejandro, preveyendo lo importante que podia serle en sus operaciones; y como anticipándose á los designios de sus enemigos, habia fortificado el punto con algunos castillos que se apoyaban en el mismo dique. Enfrente, es decir, en el pueblo y colina donde terminaba el contradique, hizo construir un baluarte, desde donde se podia ofender á los que por una y otra parte le atacasen.

A la expugnacion de este contra-dique se aplicaron con suma tenacidad los de Amberes, pues aunque el gobernador Santa Aldegundis y Giambelli se obstinaban en hacerles creer que aun se podia destruir el puente de Farnesio, daban por inútil ya esta empresa.

Se hicieron contra el contra-fuerte de Colvesteins dos tentativas. En la primera atacaron solo los de Lillo con el conde de Holak á la cabeza, contando con que lo harian al mismo tiempo por su parte los de Amberes. Embistieron con furia los buques de los confederados; llegaron á situarse sobre el mismo contra-dique, haciendo replegarse por un tiempo á las tropas que le coronaban; mas con los fuegos que estas les hicieron desde los castillos, tuvieron que abandonar el terreno y volverse á sus navíos. Viendo por otra parte que no acudian los de Amberes, desistieron de la empresa, no sin haber dejado en el contra-dique algunos muertos, y causar casi la misma pérdida á los enemigos.

La segunda embestida al contra-dique de Colvesteins fué mucho mas séria, y el lance infinitamente mas reñido. Por esta vez atacaron los enemigos por ambos lados de la inundacion; los de Amberes conducidos por Santa Aldegundis; los de Lillo al mando del mismo conde de Holak, acompañado entre otros de Justino Nassau, hijo bastardo del príncipe de Orange. Ascendia á doscientos el número

de buques que atacaron por entrambas partes. Llevaban consigo fuegos de artificio para deslumbrar con la llama durante la noche, y ofender con el humo á los del contra-dique, pues se verificó la embestida á la caida de la tarde. Llevaban además sacos de tierra, tablas, faginas y otros materiales para construir trincheras y ponerse á cubierto cuando llegasen á tomar tierra, tanto en el mismo contra-dique, como enfrente de los castillos que le defendian.

Pareció al principio mostrarse la fortuna favorable á los asaltadores. Cayeron con furor las tropas situadas en el contra-dique, y con el mismo hicieron fuego á los castillos. Llegaron á establecerse en tierra, y por medio de la trinchera que inmediatamente levantaron, pudieron ofender, poniéndose á cubierto de los tiros enemigos. Llegaron hasta á ganar uno de los fuertes llamado la Palada, volviendo su fuego contra los restantes. El ataque del contra-dique fué tan sério, y tan obstinada la furia de los confederados, que lograron hacer una abertura de bastante extension para abrir paso á una de las naves que cargadas de víveres aguardaban en la parte inferior del rio el resultado de las operaciones. La llegada de esta nave á Amberes produjo las mayores demostraciones de alegría, sobre todo manifestándoles Santa Aldegundis, que regresó en ella á la ciudad, que estaba destruido el contra-fuerte, aseguradas ya sus comunicaciones con el mar, y que nada tenian ya que temer del puente de Farnesio.

Se condujo con sobrada ligereza Santa Aldegundis dando prematuramente la feliz noticia, y sobre todo abandonando el campo de batalla antes de estar decidida la victoria. El príncipe de Parma, que se hallaba con los que guardaban su puente aguardando allí un ataque mientras tenia lugar el conflicto de que hablamos, se trasladó volando al campo del peligro cuando supo el que corrian sus tropas de ser envueltas por los confederados. Con su presencia se reanimó el valor de los que daban el lance por perdido; y á su voz, que los trataba de cobardes, y aun mucho mas con su ejemplo, se precipitaron los soldados hácia donde los enemigos trabajaban por ensanchar la brecha que habian abierto al contra-fuerte. Sobre aquel terreno estrecho en que de un lado y otro se hallaban las aguas de la inundacion, se trabó una reñida pelea en que los hombres combatian cuerpo á cuerpo, luchando cada uno por no apartar el pié del terreno que una vez habia ganado. Mientras tanto acudia al teatro de la accion el tercio situado en la colina de Colvesteins, bajo la

vigilancia del conde de Mansfeld, y este refuerzo fué de mucha importancia para redoblar el valor de los nuestros y aumentar la confusion de los contrarios. Llegaron los primeros á arrojar á los confederados del contra-dique, y á volver á cegar con piedras, faginas y tablones, la brecha ó boquete que habian llegado á abrir los enemigos. Continuaban estos peleando obstinadamente desde sus navíos. Por fin, despues de siete horas de batalla reñida, abandonaron estos la empresa y emprendieron la retirada para los puntos de Amberes y de Lillo. Mas tal fué el desórden de este movimiento, tal el estado de destrozo, que discurriendo los nuestros por el dique del Escalda y echándose otros á nado, se apoderaron de muchos buques que iban rezagados.

Pocos combates se dieron nunca en terreno tan estrecho. En pocos se derramó mas sangre, teniendo en cuenta el número de los combatientes. Dejaron los confederados tres mil cadáveres en el contra-dique; perdieron mas de noventa piezas de campaña en los veintiocho buques que les fueron tomados por los nuestros. A setecientos asciende el número de los muertos que tuvo Farnesio; á quinientos el de heridos. Renunciaron por entonces los de Amberes á la esperanza de abrir sus comunicaciones con el mar, y desde este momento debieron tener por segura su pérdida si no les venia algun auxilio que los indemnizase de tan sensible pérdida. Habia agotado Giambelli todos los esfuerzos de su imaginacion: se mantenia firme como siempre el puente de Farnesio: el contra-dique estaba reparado, y en igual caso las fortificaciones que le defendian.

Para el aumento de los apuros de la ciudad sitiada, llegó á sus oidos la noticia de la pérdida de Malinas, que privada de sus comunicaciones, como lo habian sido las demás plazas fuertes de Flandes, habia tenido que abrir sus puertas al príncipe de Parma. Aun tenian puestas algunas esperanzas los de Amberes en las mieses de las inmediaciones, próximas á su madurez, pues ocurria esto en los meses de verano de 1585. Mas Farnesio, atento á todo, y engolfado siempre en la idea de tomar la plaza á cualquier precio, envió tropas que talaron los campos de las inmediaciones. Ya era tiempo de que Amberes pensase en librarse de una ruina inevitable.

Se hallaban cortadas las comunicaciones con el mar, sin esperanza de remedio; en poder de Farnesio todas las plazas fuertes de los alrededores en que tenian puesta su confianza; taladas las mieses de las inmediaciones; tomados ya por las tropas españolas los mismos arrabales. Comenzaba ya á sentirse en la ciudad la falta de víveres, y á la vista de los habitantes se presentaba la horrorosa imágen del saqueo que el general español habia prometido á sus soldados si tomaban la plaza á viva fuerza. Se introdujo, pues, el descontento en la generalidad, y sin rebozo manifestaron deseos de que se entrase en capitulaciones con el príncipe de Parma. Le enviaron con este objeto embajadores, y aunque el vencedor se mostró al principio bastante airado por la resistencia que habian opuesto á las armas de su rey, manifestó deseos de entrar en negociaciones y venir á términos amistosos con aquellos habitantes. Era en él mucho el deseo de reducir á la obediencia del rey aquella importantísima ciudad, y por otra parte estaba siempre receloso de que alguna nueva embestida ú otro accidente imprevisto le desbaratase el puente, que consideraba como el solo medio eficaz de hacerse dueño de la plaza. Despues de varios pasos y negociaciones, se convinieron de una y otra parte en los capítulos: de que quedase en Amberes, como sola religion, la católica: que se restituyesen los templos que se habian quitado á dicho culto, y se volviesen á levantar los destruidos á expensas de los autores de este estrago: que el de Parma estableciese en Amberes guarnicion de naciones amigas de la ciudad, exceptuándose los italianos y españoles: que aprontase la ciudad cuatrocientos mil florines para indemnizar los gastos de la guerra: que los protestantes pudiesen permanecer en la ciudad por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales la dejarian para siempre: que se indultarian los demás excesos cometidos contra el rey, cuya autoridad se volveria á reconocer por todos los habitantes y autoridades de la plaza.

Las condiciones no eran duras considerando el aprieto de la poblacion; mas todavía titubeaban en aceptarlas los principales habitantes mas influyentes, que se veian en la necesidad de someterse al rey de España. Por aquellos dias circularon por la ciudad rumores de próximos socorros de Francia y de Inglaterra; mas desengañados, no pensaron mas que en abrazar el partido que el vencedor les ofrecia.

Mientras el de Parma, estipuladas ya las condiciones, se preparaba á entrar en la ciudad, recibió la insignia del Toison de Oro que en premio de sus servicios le enviaba el rey de España. Con este motivo hubo grandes festejos en su campo, donde era sumamente querida la persona de Alejandro. Para que pudiese entrar en

la ciudad adornado con esta nueva insignia, se la puso con toda solemnidad el conde de Mansfeld, caballero asimismo del Toison, en la capilla del castillo de San Felipe, habiendo celebrado la misa de pontifical el arzobispo de Cambray á vista de los principales jefes del ejército. Mientras tanto estaban las tropas formadas en las dos riberas del Escalda, y con la arcabucería y las piezas de todos los castillos inmediatos se hicieron varias salvas, que realzaban el aparato y solemnidad de aquella ceremonia.

Dos dias despues tuvo lugar la entrada del príncipe en Amberes, y que merece bien el nombre de triunfal, no solo por la gran victoria adquirida, sino por el aparato y pompa militar que le rodeaba. Entró acompañado de los principales jefes del ejército, entre los que se distinguian el duque de Arescot, el príncipe de Chimay, el conde de Egmont, el de Aremberg, el de Mansfeld y Altatenne, todos flamencos, pues no se habia permitido la entrada en la ciudad, segun las capitulaciones, á los italianos y españoles. Fué recibido Farnesio por los magistrados de la ciudad con todas las muestras de sumision y de respeto: por la generalidad de los habitantes con silencio respetuoso, en que manifestaban considerarle solo como un vencedor á quien abrian las puertas por necesidad y no sufrir mas las calamidades de la guerra. No hay necesidad de indicar mas circunstancias que ocurrieron en esta ceremonia de aparato, casi tan iguales en todas las de aquesta clase. Pasó Alejandro á la catedral, donde se cantó un magnífico *Te-Deum;* tomó en seguida providencias de órden y buen régimen, mostrándose celoso porque se cumpliesen religiosamente las capitulaciones por una y otra parte. Hizo abatir de todos los edificios y demás parajes públicos las armas é insignias del duque de Anjou y cuantas daban indicio de que aquella ciudad habia estado bajo otra dominacion que la del rey de España. Fueron restauradas las armas de este soberano con la mayor solemnidad, y desde entonces volvió á regir su voz en aquella ciudad tan floreciente.

Sujetada Amberes, no tardó Farnesio en continuar el curso de sus operaciones militares. Habia puesto el sitio y toma de esta plaza el sello á su gran reputacion, y colocádole en la clase de los primeros capitanes. En todo aquel siglo fué el tercero de los hechos de armas de esta clase dignos de mas celebridad y de mas fama. Despues del de Rodas y el de Malta viene el de Amberes, sin que ningun otro le pueda disputar este alto puesto. Otro ocurrió despues de tanta nombradía, en que hallaremos la persona de Alejandro como uno de los actores principales de aquel drama.

CAPÍTULO LX.

Continuacion del anterior.—Resultados de la toma de Amberes.—Conflictos de los Estados.—Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.—La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.—Sale de Inglaterra para los Paises-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.—Su buen recibimiento.—Toma el mando del pais.—Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el príncipe de Parma.—Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.—Toma é incendio de esta plaza.—Pasa al sitio de Ruimberg.—Retrocede á socorrer á Zutphen.—Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.—Descontento en el pais con este general.—Pasa á Inglaterra.—Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.—Vuelta de Leicester.—Sus tentativas infructuosas de socorrer la Esclusa.—Nuevos disgustos.—Nuevo regreso de este general á Inglaterra.—Situacion del pais.—Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra (1).—(1585-1587.)

Con la ocupacion de Amberes por Farnesio, quedaba á su disposicion el mar y libre el camino para cuando quisiese intentar una expedicion sobre la provincia de Zelanda. A excepcion de la plaza de Grave y otros puntos de menos consideracion en el Bravante, habia ya reducido este hábil capitan á la obediencia de Felipe II todas las provincias meridionales de los Paises-Bajos. En la de Güeldres, considerada como septentrional, solo le restaba la expugnacion de la plaza de Venloo, situada como la de Grave sobre el Mosa. Quedaba, pues, reducida la insurreccion á los paises del Norte, mucho menos fértiles y ricos que los otros, pero donde el odio al rey de España habia echado raices muy profundas. Era, pues, imposible para los Estados el sostener la guerra por sí solos contra un adver-

(1) Las mismas autoridades.

sario tan temible, poderoso y hábil á quien halagaba la fortuna; y se veian por lo mismo en la triste necesidad de echarse en brazos de un príncipe extranjero, para librarse de caer en manos de otro extranjero tambien, mas cuya dominacion les era bajo muchas consideraciones tan odiosa. Ya hemos hablado de lo infructuoso de sus tentativas cuando se dirigieron al rey de Francia, ofreciendo reconocerle como soberano si les enviaba auxilios bastante poderosos para hacer frente y arrojar del pais al rey de España. Agradable debió de ser la perspectiva para Enrique III, de la adquisicion de tan ricas y fértiles provincias; mas impotente en realidad contra una vasta faccion en la que ejercia Felipe II tanta influencia, tuvo que renunciar á este aumento de poder, negándose rotundamente á las súplicas de los embajadores. No restaba, pues, otro recurso á los confederados de los Paises-Bajos, que dirigirse á la reina de Inglaterra con las mismas pretensiones. Aunque Isabel los habia socorrido muchas veces con tropas y dinero; aunque se habia mostrado tan interesada en promover los intereses y asegurar la dominacion del duque de Anjou, nunca se habia atrevido á declararse abiertamente su aliada y protectora, temiendo ponerse en abierta hostilidad con su antiguo señor, que le parecia un enemigo formidable. Habian variado algun tanto las circunstancias para esta princesa, y le pareció que habia llegado la ocasion de romper abiertamente con quien algun dia, y sobre todo despues de la conquista de Portugal, podria caer sobre sus Estados con fuerzas poderosas. Cada dia ganaba mas terreno Felipe II en Francia, donde tan hábilmente ponia en juego su política y con gran tino esparcia el dinero entre los que tan dóciles se mostraban á sus voluntades. Trató, pues, la reina de Inglaterra de oponer la fuerza á la fuerza, pues ya no habia para ella otros medios de conjurar la borrasca que la amenazaba. Acogió, pues, la reina de Inglaterra á los comisionados de los Paises-Bajos. Oyó su peticion con muestras de contento, y les dijo: que aunque por entonces no podia darles una respuesta positiva, oirian su determinacion tan luego como consultase á su Consejo.

Hubo diversidad de pareceres entre los individuos de esta corporacion, que con tanta habilidad dirigia la conducta de la reina. Dijeron algunos que era imprudencia declararse en abierta hostilidad con un rey que tenia tantos medios de dañarla, dándole así motivos manifiestos de desahogar con justicia los sentimientos de odio que la profesaba desde tantos años. Mas opinaron otros que por lo mismo que existia este odio y que no se podia nunca cambiar en amistad, debia prevenirse la reina tomando para su conservacion las medidas que mas oportunamente se le presentasen: que no era posible libertar á los paises-Bajos de la dominacion de Felipe II sin un socorro eficaz y poderoso; y que solo ella les podia proporcionar, habiéndose negado el rey de Francia á protegerlos, no por falta de voluntad sino por impotencia: que siendo imposible enviar este socorro sin declararse enemiga de la España, que era preferible asegurarse un pais de la importancia de los Paises-Bajos, á permitir volviese á las manos del rey de España, y fuese así uno de los instrumentos de su propia ruina.

Prevaleció esta opinion en el consejo y fué aprobada por la reina. Respondió esta princesa en consecuencia á los embajadores que estaba resuelta á enviarles recursos y declararse protectora suya: mas que por razones de estado y por bien de ellos mismos se veia en precision de renunciar el título de soberana; que les enviaria tropas y dinero; que les asistiria hasta con sus buques si fuese necesario, tomando de su cuenta el obrar de modo que su proteccion fuese efectiva y tan eficaz que los salvase del riesgo inminente que corrian.

Siguieron á las palabras las acciones. Por un convenio ajustado con los embajadores se comprometió Isabel á enviar por de pronto cinco mil hombres de infantería y mil caballos pagados y mantenidos de su cuenta.

Para ponerse á la cabeza de estas tropas, nombró la reina á su favorito el conde de Leicester en cuya eleccion no anduvo tan acertada como solia estarlo en otras ocasiones. Era el conde de Leicester recomendable por las cualidades personales, muy dignas de atraerse el cariño de la reina; mas no poseia otras dotes que le hiciesen acreedor á cargos de importancia. En ninguna cosa era hombre superior, ni en materias de gobierno, ni en el arte de la guerra, y por otra parte con demasiado orgullo y presuncion por el favor que disfrutaba, no estaba calculado para captarse popularidad en los Paises-Bajos. Fué recibido en ellos con las mayores demostraciones de entusiasmo. Entró en el Haya. punto de su desembarco, con toda pompa y aparato, recibiendo cuantos festejos, cuantas muestras de satisfaccion y de alegría podian darle sus vecinos. Confirmaron los Estados estos sentimientos de benevolencia, y no solo le admitieron como delegado y representante de la reina de Inglaterra, sino que

le revistieron con el cargo de gobernador de todas sus provincias.

Se disgustó ó aparentó disgustarse la reina Isabel de que llegase á tanto la deferencia de los Paises-Bajos, manifestándoles que solo habia sido su ánimo enviarles un general y no un supremo gobernante. Mas habiendo insistido los Estados en que se llevase adelante el nombramiento, se aplacó la reina y no fué el decreto revocado.

Era el conde de Leicester el tercer jefe extranjero que venia á tomar las riendas del gobierno de los Paises-Bajos. Ya hemos visto lo poco útiles que fueron el archiduque Matías y el duque de Anjou á los verdaderos intereses de aquella region tan conmovida. Nos dirán la operaciones ulteriorès si fueron mas dichosos con el gobernante inglés que con el austriaco y el de Francia.

No mostraba mientras tanto dormirse sobre sus laureles el príncipe de Parma. Despues de arreglar los asuntos civiles y militares en Amberes y de tomar todas las disposiciones para la reparacion del castillo que se habia demolido por órden del príncipe de Orange, tomó la vuelta de Bruselas, donde preparó otras operaciones militares. Mientras se ocupaba en persona en el sitio de Amberes, ocurrieron escaramuzas de poca importancia en Frisia, entre el capitan Francisco Verdugo y las tropas del príncipe de Orange. En Bonmel, isla formada por los rios Waal y Mosa, estuvo bloqueado Francisco Bobadilla con su tercio por el conde de Holak, quien le tenia interceptadas todas las comunicaciones, y reducido por falta de subsistencia á los últimos apuros. Mas sobrevino un tiempo frio que heló las aguas de la costa y paralizó los movimientos navales del general holandés, permitiendo al español evadirse por agua como si fuese tierra firme.

Ya desembarcado el conde de Leicester, comenzó sus operaciones por el sitio de Grave el príncipe de Parma. Envió al conde de Mansfeld con tres mil hombres y la órden de bloquearla, lo que ejecutó Mansfeld completamente por los dos lados del Mosa, privando á la plaza de todas sus comunicaciones. Sabedor del sitio el conde de Leicester envió desde Utrech, donde entonces residia, un refuerzo de dos mil hombres formados en dos cuerpos de mil cada uno: este de ingleses por el coronel Norris, y otros de tropas del pais mandadas por Holak. Llegó este cuerpo antes que el primero, y habiendo trabado batalla con las tropas españolas que guarnecian el puente echado junto á Grave, se vieron en precision de replegarse. Con la llegada

de los ingleses se renovó el combate, mas quedaron dueñas del puente las tropas españolas.

Acudió de allí á muy poco Alejandro con fuerzas de refresco y se formalizó el sitio de la plaza. Mandaba en ella un jóven llamado Enrique, baron de Emert, de muy poca inteligencia y menos experiencia, quien por consejo de oficiales cobardes y mal intencionados, apenas hizo resistencia alguna. Sin brecha abierta, sin apuros de ninguna especie, abrió las puertas á los españoles, que permitieron la salida á la guarnicion con sus armas, banderas y bagaje. Pagó muy cara el gobernador su traicion ó su falta de experiencia, pues el general inglés le mandó formar consejo de guerra, por cuya sentencia perdió la vida en un cadalso.

Mayores dificultades ofreció al de Parma la expugnacion de la plaza de Venloo, situada igualmente sobre el Mosa algunas leguas mas abajo. Era menor su guarnicion, pero mejor mandadas las tropas y mucho mas animosos sus vecinos. Se convirtió el sitio en bloqueo, pues todo el cuidado de Alejandro se dirigia á que no introdujesen recursos en la plaza Martin Schenk, su gobernador, que se hallaba afuera por casualidad y se encontró á su vuelta interceptado por el príncipe de Parma. Varias tentativas hizo el general flamenco con un cuerpo de dos mil hombres escogidos para romper la línea de Alejandro. Mas todas fueron infructuosas. Abrieron brecha las tropas sitiadoras en un rebellin que se hallaba en la parte superior del rio, al mismo tiempo que se apoderaron de una isleta de la parte superior donde establecieron una batería de seis piezas gruesas.

Estaban las tropas de Farnesio muy deseosas del asalto con la idea del rico pillaje que les aguardaba. La guarnicion y habitantes daban indicios de esperarle denodados; mas arredrados al fin con la perspectiva del saqueo, comenzaron á entrar en sentimientos mas pacíficos, y enviaron comisionados al de Parma ofreciendo entregarse con condiciones honoríficas. No titubeó el general español en concederlas, y casi en iguales términos que las capitulaciones de Grave, entró victorioso en la plaza de Venloo, no sin grave descontento de los suyos defraudados de la esperanza del pillaje.

Con la ocupacion de las plazas de Grave y de Venloo, quedó todo el Mosa sujeto por los españoles y asegurado el Brabante contra toda invasion por parte de Alemania. Con este motivo tuvo medios Alejandro de llevar á cabo una expedicion fuera del pais, y que

desde la toma de Amberes tenia proyectada. Ya hemos hablado de las turbulencias ocurridas en Colonia con motivo de la expulsion del pais del arzobispo Truschen, refugiado á la sazon en las provincias septentrionales de los Paises-Bajos. Mas todavía quedaba por la parcialidad del antiguo arzobispo la plaza fuerte de Nuiss, Noess ó Novesia, donde estaba de gobernador un tal Cloet, jóven activo y emprendedor, que tenia asolado el pais con correrías que no encontraban ninguna resistencia. Careciendo el nuevo arzobispo Ernesto de Baviera de fuerzas suficientes para expugnar una plaza que tal le molestaba, imploró los auxilios del príncipe de Parma. Para hacerle mas fuerza, pasó disfrazado á Flandes, y en su campo de Amberes tuvo con él una conferencia personal, donde le expuso su dura situacion y hasta que se hallaba resuelto á abandonar su electorado, si no le socorrian eficazmente las tropas del rey, pues de su hermano el elector de Baviera no tenia que esperar auxilio alguno. Conoció Alejandro lo importante que le era la toma de una plaza tan cercana á las fronteras de los Paises-Bajos, ocupada por enemigos irreconciliables de su rey, y creyó hacerle un servicio acudiendo con sus tropas á reducirla á la obediencia del nuevo arzobispo. Ofreció, pues, á este socorros eficaces luego que se viese desembarazado del sitio de Amberes y otras mas plazas importantes, y, en efecto, luego que se hizo dueño de la de Venloo, trató seriamente de cumplir con su promesa.

Mientras tanto sabedores los de Nuiss de la entrevista del arzobispo y de Farnesio, se aplicaron con celo al aumento de las fortificaciones de la plaza, surtiéndola abundantemente de víveres y municiones y toda clase de pertrechos. Al mismo tiempo acudian á sus muros aventureros de varias partes de Alemania unidos con vínculos de religion con sus habitantes y las tropas que la guarnecian.

Está Nuiss situado sobre el Rin, y aunque este rio no toca precisamente sus murallas, las rodea una especie de brazo ó desagüe que unido con el rio Estrem, forma de la plaza una especie de isla. Con esta defensa natural y las demás que proporcionaba el arte, esperaban las tropas de la guarnicion con muy pocos temores la llegada de Farnesio.

Se puso este en marcha con una parte muy considerable de su ejército, ascendiendo su fuerza á seis mil infantes y dos mil caballos. Dividió sus tropas en cinco trozos, situando cada uno al frente

de una de las cinco puertas de la plaza. Fué su primera operacion apoderarse de dos castillos situados en la isleta formada por el brazo del Rin, que los enemigos abandonaron no creyéndose bastante fuertes para sostenerla. Estableció desde estos dos puntos baterías á la plaza, y por el lado opuesto la batió asimismo en brecha, resultando de esta operacion que subiendo sus tropas al asalto, se apoderaron de un lienzo de la muralla que formaba el recodo del Rin con dicho brazo ó acequia, y al mismo tiempo de un torreon opuesto. En ambos puntos se alojaron y atrincheraron con faginas, sacos y cestones de tierra, y dirigieron nuevas baterías contra el muro interior, pues la plaza tenia doble recinto y doble foso. Todo un dia se estuvieron cañoneando los de Farnesio desde el exterior y los sitiados desde el otro. Llegó la noche sin ventaja de una y otra parte. Durante la oscuridad descendieron al foso los sitiados para coger por la espalda á los enemigos; mas sintiéndolo los españoles, bajaron al mismo sitio donde se trabó una gran pelea sin que resultase ventaja por ninguna parte. Mas los sitiados experimentaron una gran pérdida en la persona del gobernador, que habiendo acudido á la refriega, cayó herido sin poder tomar mas parte activa en las operaciones de aquel sitio.

Se aguardaba el asalto de un momento á otro. Los españoles estaban encendidos de enojo por la atrocidad cometida en dos de los suyos que habiendo caido prisioneros, fueron quemados vivos en la plaza pública. Irritados por otra parte los sitiadores por no haber obtenido el saqueo de Venloo, pensaban desquitarse en esta plaza. Mas los habitantes trataron de prevenir el golpe, enviando comisionados á Alejandro para arreglar las condiciones de su entrega. Ocurrió durante esta conferencia que algunos soldados de los sitiados hicieron fuego desde el muro sobre los españoles, ó bien ignorantes de lo que se trataba, ó con intencion de que no se ajustasen las capitulaciones. De todos modos se rompió la conferencia, y el príncipe Alejandro se retiró á sus reales ofendido de tal comportamiento, con propósito firme de castigarle ejemplarmente.

Al dia siguiente preparado todo ya para el asalto, volvieron nuevos comisionados al príncipe de Parma. A pesar de lo ocurrido el dia anterior, todavía se manifestó este propenso á entrar en convenios para salvar á la ciudad de su ruina inevitable. Mas al saber las tropas sitiadoras que se trataba de un arreglo sin esperar órdenes, sin hacer caso de las amonestaciones del general en jefe se

arrojaron al asalto, penetraron por las brechas y se derramaron por la ciudad, sin que pudiese detenerlos nadie. Fué inmenso el despojo; pero por sobra de codicia ó exceso de ferocidad, quedó la mayor parte de él inutilizado por el fuego que se apoderó de la ciudad y convirtió en ruinas por lo menos sus tres cuartas partes. Fué increible la matanza y superiores á toda descripcion los desórdenes y horrores que se cometieron. Pereció toda la guarnicion fuera de trescientos hombres que se habian refugiado en un templo inmediato. Igual suerte cupo á dos mil habitantes indefensos. Fué degollado en la cama el gobernador y entregada su mujer al príncipe Alejandro. Mas el de Parma le volvió la libertad, haciéndola salir inmediatamente de la plaza con una buena escolta y órden de que se tratase con todo respeto su persona.

Victorioso Alejandro de Nuiss, quiso solemnizar este acontecimiento con una insigne ceremonia que no habia podido tener lugar en Flandes, con motivo de la precipitacion de su salida. En premio de sus servicios á la fé católica, le habia enviado el pontífice un magnífico sombrero y una riquísima espada, benditas ambas cosas de su mano. Lo mismo habia hecho el papa Pio V con el duque de Alba despues de la batalla de Genmingen. Tuvo lugar la ceremonia de esta entrega en el mismo punto donde habia situado su cuartel el príncipe de Parma, pues no quiso que se celebrase en Colonia como lo deseaba el arzobispo. Formaron las tropas con sus banderas y estandartes. Entre salvas de arcabucería y artillería celebró la misa vestido de pontifical el obispo de Vercelis, acompañando en este acto al príncipe los principales jefes del ejército. Recibió Alejandro la comunion de manos del obispo, y en seguida acercándose el abad de San Guidan, portador del presente, le entregó con toda solemnidad al príncipe, haciéndole una arenga en nombre del pontífice.

Falleció por aquellos dias Octavio, duque de Parma, padre de Alejandro, con lo cual heredó este su título y Estados.

No quedada en todo el electorado de Colonia mas plaza á disposicion de la parcialidad del antiguo prelado, que la de Rimberg, á donde se trasladó inmediatamente el nuevo duque. Sin perder momento emprendió su sitio, pero cuando mas empeñado estaba en las operaciones, recibió de los Paises-Bajos noticias que le pusieron en la precision de suspenderlas.

Mientras el sitio de Nuiss, no habia estado ocioso en sus cuarteles de Utrech el conde de Leicester. Se hallaba en graves compromisos por su propia reputacion, por el honor y dignidad de la reina á quien servia, de dar muestras públicas de que no en vano habian venido á Flandes las tropas auxiliares de Inglaterra. Ascendian sus fuerzas á ocho mil infantes y tres mil caballos, componiéndose un gran número de las tropas de irlandeses y escoceses, gente feroz acostumbrada á las inclemencias de la atmósfera, familiarizada con todo género de peligros y penalidades. No faltaban en su campo jefes entendidos, de experiencia, algunos de los cuales como Norrís y Morgan, habian hecha la guerra en los Paises Bajos. Tambien se hallaba en su campo en calidad de aventurero don Antonio de Portugal, tan frecuentemente mencionado en nuestras páginas.

Comenzó sus operaciones el conde de Leicester enviando un cuerpo de tres mil hombres á las órdenes de Mauricio príncipe de Orange, que comenzó entonces su carrera militar, en que alcanzó una fama y nombradía igual por lo menos á la de su padre. Acompañaba á este príncipe el inglés Sir Felipe Sidney, uno de los hombres de su tiempo mas distinguidos por sus gracias personales, su instruccion, la generosidad de su carácter y por cuantas cualidades constituian entonces un cumplido y perfecto caballero. Tambien era este su primer paso en la carrera de las armas, para él muy corta, como ya veremos.

Se dirigia este destacamento á la plaza de Axel en el pais de Waes en Flandes, de la que se apoderó por sorpresa, entrada ya la noche. La misma tentativa hizo en la plaza de Alost; mas fueron repelidos los ingleses con alguna pérdida, y viendo frustrada su empresa se volvieron al campo de Leicester.

Deliberó este en su consejo sobre si tomaria la direccion de Nuiss para levantar el sitio que habia puesto á la plaza el príncipe de Parma; mas sabedor de lo pronto que habia quedado en su poder, pasó á poner sitio á la plaza de Zutphen en la provincia de Güeldres, situada sobre el Issel entre el Rin y el Mosa. Su gobernador Juan Tassis se hallaba ausente á la sazon, entendiendo en un servicio de importancia que le habia encomendado el general en jefe.

Con estas noticias deliberó Alejandro sobre si convendria mas continuar el sitio de Rimberg, ó levantarle para marchar en auxilio de la plaza amenazada por Leicester. Expusieron muchos los graves males que iban á seguirse para el electorado de Colonia, dejando á Rimberg en manos de los enemigos tan encarnizados del nuevo arzobispo; pero otros sostuvieron y con mas razon que era

todavía mas importante el no dejar caer en las de los ingleses una plaza tan importante como la de Zutphen. Adoptó el duque de Parma un medio expediente entre la continuacion del sitio y su total levantamiento. En frente de Rimberg, situada sobre el Rin, se halla una especie de isleta desde donde se podian cortar sus comunicaciones con el rio. Hizo el duque atacar este punto á viva fuerza, y sus defensores le evacuaron sin ninguna resistencia, refugiándose á la plaza. En dicha isleta estableció el general español mil hombres que con el auxilio del arte hicieron de ella un punto fuerte, con medios de hostilizar á Rimberg é interceptarle sus convoyes. Para completar el bloqueo hizo Alejandro levantar otros dos fuertes del otro lado de Rimberg, y cuyas guarniciones podian darse la mano con la de la isla.

Establecida asi esta cadena de interceptacion, levantó su campo y tomó la direccion de Zutphen, cuyo sitio no se hallaba entonces bastante adelantado á pesar que los ingleses se habian hecho dueños de Doesburgo, otra plaza pequeña á sus inmediaciones, situada asimismo sobre el Issel. Envió delante á Tassis y Verdugo con órden de entrar en Zutphen y tomar el mando de la plaza como su gobernador, y el segundo de situarse en Burcheló, punto importante de sus inmediaciones, donde debia fortificarse mientras llegase el cuerpo del ejército. Para dar mayor impulso á las operaciones y asegurar la comunicacion con la plaza sitiada se adelantó el mismo Alejandro con quinientos hombres y un convoy considerable al frente del cual entró en Zutphen sin encontrar ningun obstáculo.

Penetrado de la importancia de esta plaza, se inclinó el duque á quedarse en ella de gobernador mientras durasen las operaciones del sitio. Mas le hicieron ver sus principales capitanes lo indecoroso que seria para su persona, y el cargo de que estaba revestido, quedar encerrado en una plaza por tropas extranjeras; y que toda la importancia de la plaza de Zutphen, era nada en comparacion con los perjuicios de estar privado de su inmediata comunicacion, todo el pais que se hallaba bajo su mando. Se mostró dócil el duque de Parma, y salió inmediatamente de Zutphen á reunirse con sus tropas, dejando con el cargo de gobernador á Verdugo que merecia toda su confianza.

Lo que mas urgia era enviar un nuevo convoy de víveres á Zutphen, pues los introducidos por el mismo Alejandro, no podian satisfacer las necesidades de la plaza. Se preparó, pues, un gran con-

voy y se dió al marqués del Vasto el cargo de escoltarlo con un cuerpo de tres mil hombres. Habiendo caido en manos del general inglés el aviso que se daba á Verdugo de la salida del convoy, envió Leicester un cuerpo considerable mandado por Roberto Devereux, quien con el título de conde de Essex, se hizo tan famoso en la historia y en la fábula.

Llegó el marqués del Vasto sin novedad con su convoy al pueblo de Varunsfeld, á legua y media de la plaza. Aquí mandó hacer alto para dar á sus tropas algun momento de descanso. Sin tener noticia alguna de los movimientos de los enemigos, se vió acometido de repente por el cuerpo inglés que habia permanecido en emboscada. Se trabó entre los dos una pelea muy reñida y muy sangrienta en que los españoles atentos á la conservacion de su convoy y á pelear al mismo tiempo, se vieron muy comprometidos desde que se dió principio á la refriega. Por las dos partes se combatió con obstinacion y gran valor, pues se median muy de cerca. Al fin pudieron desembarazarse los españoles de su convoy, que mientras hacian cara á los enemigos, hicieron mover con mucha rapidez hácia Zutphen, donde entró felizmente protegido por salidas que se hicieron de órden de Verdugo. Los ingleses viendo frustrado su proyecto se retiraron, y lo mismo hicieron los españoles volviéndose á su campo. Quedaron en la accion de una y otra parte muchos heridos y no pocos muertos. Se contó entre estos últimos á sir Felipe Sidney, de quien hemos ya hablado, herido mortalmente de un lanzazo. Sobre las particularidades de la muerte de este famoso personaje se refieren anécdotas, todas en realce de su fama y mérito. Aunque sin ningun cargo importante en el ejército, fue sentida mucho su muerte en el pais donde se celebraban tanto sus virtudes, su instruccion y su talento.

Con la introduccion en Zutphen del convoy y el refuerzo de guarnicion, estaba la plaza por un tiempo sin peligro de caer en manos de Leicester. Aprovechó este respiro el duque de Parma, para salir en busca de dos mil reitres alemanes, que aguardaban los ingleses. Llevó consigo para ello un cuerpo de mil y quinientos hombres de caballería; pues era su objeto, menos pelear con ellos que el atraérselos á su partido, y esto, no porque necesitase dicho refuerzo, sino por quitársele á sus enemigos.

El resultado satisfizo en parte sus deseos, pues los alemanes por sus persuasiones, se volvieron á sus casas, con la promesa de lla-

marlos cuando fuesen necesarios, y además una suma no poco considerable que les hizo entregar el general español por premio de su dèferencia.

Mientras tanto se apoderó, el conde de Leicester, de una isleta llamada Velau, situada en el Issel en frente de Zutphen, guarnecida con un castillo, abandonada por su gobernador que hizo poca resistencia. A pesar de esta ventaja, no cometió mas actos de hostilidad el inglés contra la plaza, sea que los creyese infructuosos hallándose esta bien guarnecida y bien provista, sea que le impusiesen las tropas de Alejandro, situadas ventajosamente en las inmediaciones. Por otra parte, el invierno, que estaba ya encima, paralizó aquel sitio y puso fin á la campaña por entrambas partes. El conde de Leicester se retiró á la Haya, donde celebraban su asamblea los Estados, y el duque de Parma tomó el camino de Bruselas.

Sea que Alejandro estuviese cansado de la guerra, ó que desease verdaderamente trasladarse á Parma para tomar posesion de sus Estados, pidió al rey la licencia de dejar su mando y de marchar á su pais, alegando lo apurado de las circunstancias en que se hallaba su familia, privada tambien desde algunos años antes de su madre. Mas Felipe II, con tan fuertes motivos para no deshacerse de un hábil gobernador de Flandes, de tan entendido capitan, respondió al de Parma con una absoluta negativa. Le hizo ver lo imposible de su ausencia en aquella situacion, cuando tanto importaba que su valor y capacidad coronasen una obra con tanta gloria del príncipe empezada. Que en cuanto á los apuros domésticos de que se quejaba, tomaba por su cuenta acudir con remedios prontos y eficaces, que disipasen todos sus cuidados.

Si el rey de España se hallaba, ó mostraba hallarse, tan satisfecho de la conducta del duque de Parma, no sucedia lo mismo á los confederados con respecto al conde de Leicester. Desde el principio de su administracion, se mostró duro y altanero manifestando tener en poco los consejos, afectando una absoluta independencia de los Estados, como si no hubiese otro soberano en el pais que la reina de Inglaterra. Con nadie contaba para sus operaciones: conferia de su propia autoridad los principales cargos del pais, y de los caudales que se ponian á su disposicion hacia el uso que le parecia mas conveniente sin dar cuentas. Excitó esta conducta descontento sumo en los magnates y personas mas considerables, aun-

que por el respeto que les inspiraba la reina Isabel, no se atrevian á pronunciarse abiertamente contra su valido. Se le acusaba hasta de culpable negligencia y dañada intencion en su gobierno, de haber consagrado á otros usos el dinero con que se debian alistar los reitres alemanes, de no echar mano mas que de ingleses para cargos importantes; de confiar el gobierno de algunas plazas á hombres sospechosos que habian ya militado á las órdenes del rey de España. Por su parte, se mostraba quejoso el conde de Leicester de que los Estados no demostraban deferencia á su suprema autoridad ni agradecimiento á los favores de su reina; de que mientras tantos sacrificios hacia esta por librarlos del yugo de sus opresores, andaban ellos en ocultos tratos solicitando volver á la gracia de su antiguo dueño. Y no carecia para esto de razones el general inglés, pues en medio de los conflictos de una guerra tan porfiada, jamás habian faltado, aunque sin buena fé por una parte y otra, negociaciones de pacificacion tan pronto rotas como principiadas.

Sabedora Isabel de estas disensiones, llamó al conde á Inglaterra para enterarse mejor de sus motivos. Anunció Leicester su partida á los Estados, y aunque mostró intenciones de que le sustituyese otro de su misma nacion en el cargo de supremo gobernante, se resistieron á ello abiertamente. Se presentaban naturalmente como candidatos para esta dignidad, entre otros, el conde de Holak y el príncipe Mauricio. Mas los Estados, restableciendo el uso antiguo de quedar el Senado de gobernador por ausencia ó muerte del propietario, le invistieron de este poder, determinando que usase en sus órdenes y determinaciones superiores el nombre y el sello del conde de Leicester.

Así terminó sin mas novedades el año 1586, permaneciendo en Bruselas el duque, preparándose para la próxima campaña. Se abrió esta para él bajo auspicios muy felices. Se apoderó sin resistencia de las plazas de Woue y de Deventer muy cercanas á la de Zutphen. Tambien cayó en sus manos el castillo de Velan sobre la isleta de este nombre que servia como de obra exterior á dicha plaza y de que se habia apoderado el general inglés, cuando trataba de sitiarla.

La circunstancia de ser gobernador de Deventer un general inglés llamado Stanley, y de mandar el castillo de Velan otro inglés con el nombre de Rolando York, confirmó las sospechas y renovó las acusaciones que se hacian á Leicester de confiar las plazas á

personas desleales. Los dos gobernadores habian servido antes á las órdenes de España; los dos alegaban como escusa de su debilidad ó su traicion el deber de entregar las plazas á su antiguo dueño. El primero, que era católico, fué remunerado por Felipe II por este gran servicio, mas no tocó al segundo ninguna recompensa sin duda por no ser objeto de tanta confianza para el rey de España.

Escribieron los Estados diversas cartas á la reina de Inglaterra, quejándose de nuevo de su lugar-teniente. Conservándose este en el favor de Isabel, no le fué difícil deshacer los cargos acriminando á sus acusadores. Sin embargo, la reina siempre cautelosa ó tal vez para acreditarse de imparcial y justa, envió á los Paises-Bajos á Tomás Sackville, lord Burckhuss, para tomar informaciones y oir á los quejosos. No tardó este mucho tiempo en penetrarse del justo motivo de las acusaciones y de los pocos servicios que habia hecho el conde Leicester á los intereses y buen nombre de la reina. Así se lo comunicó con franqueza y lealtad, mas no se hallaba dispuesta esta princesa á castigar á quien estaba con ella tan en gracia. Trabajó sí por calmar las animosidades y restituir la concordia entre su general y los Estados; tan penetrada estaba de la necesidad de continuar sus auxilios á los Paises-Bajos. No le fué difícil allanar este terreno é inspirar en los Estados el deseo de la vuelta de su favorito, por la necesidad en que se hallaban de socorros extranjeros. Se decidió, pues, la vuelta del conde de Leicester á los Paises-Bajos, é inmediatamente se hizo á la vela con refuerzo de buques, de gente y de dinero.

Mientras tanto proseguia el duque el curso de sus operaciones. Dueño ya de todas las plazas fuertes del Brabante solo le restaba en la provincia de Flandes la expugnacion de las de Ostende y de la Esclusa. Decidido á comenzar por esta última, hizo un amago sobre la de Berg-op-zoon para llamar la atencion del príncipe de Orange. Pero mientras volaba en su socorro torció el duque la direccion y marchó apresuradamente camino hácia la Esclusa en cuya inmediacion sentó sus reales.

Es la Esclusa una plaza que merece el nombre de marítima, pues la une con el mar un ancho canal, por donde llegan á sus muros todo género de embarcaciones. Se subdivide este canal desde la plaza hácia la parte de Oriente en otros varios que se comunican entre sí por medio de ramales, dejando á la ciudad inaccesible por aquel paraje. El único terreno por donde puede un sitiador aproximarse

se halla en la direccion de Brujas, y aun es sumamente estrecho y tan blando y fangoso, que es muy difícil formar en él trincheras, ni otras obras sólidas de sitio. Entre la ciudad y el mar se halla la isleta de Cadsan, que sirve á la plaza de obra exterior por aquella parte. A la derecha y á muy poca distancia se halla el puerto de Flesinga, capital de la isla de Valkren de donde podia recibir socorros por agua, mientras le llegaban por tierra de la plaza de Ostende, que se halla á la izquierda. Para asegurar las comunicaciones entre Ostende y la Esclusa, habian construido los confederados el castillo de Blackemberg, donde habian puesto guarnicion que podia dar auxilios á cualquiera de las dos plazas en caso de verse amenazadas.

Convencido el duque de lo indispensable que era para la toma de la Esclusa, el privarla de sus comunicaciones con el mar, adoptó el mismo sistema que habia seguido en la expugnacion de Amberes. Se apoderó con este objeto de la isleta de Cadsan, fortificándola de nuevo para hacer frente á los buques que viniesen de Flesinga. Hizo inútiles cuantas tentativas empeñaron estos para introducir socorros en la Esclusa; y para interceptar completamente la comunicacion, echó sobre el canal dos puentes partiendo de la isleta, en todo parecidos al que habia construido en el Escalda. Con esto, y con haberse apoderado del castillo fuerte de Blackemberg, cortó enteramente las comunicaciones de la Esclusa, dejándola reducida á sus recursos propios.

Se componia la guarnicion de mil seiscientos hombres mandados por el coronel Groembert, jefe valiente y de experiencia. Con tan pocas fuerzas á su disposicion, no le fué posible impedir las operaciones preliminares de Alejandro, y como ni el príncipe Mauricio ni los demás generales de su parcialidad tuvieron noticia del proyecto del duque de sitiar la Esclusa, terminó sus operaciones sin que ninguno por parte de tierra le inquietase.

Apoderado de Cadsan, abrió este sus trincheras por el lado accesible de la plaza. Y aunque avanzaban poco los trabajos se procedió á la expugnacion de un fuerte exterior que el gobernador habia mandado construir de la otra parte de los fosos. Hizo el fuerte alguna resistencia, de modo que entretuvo por algunos dias á los sitiadores. Mas temeroso el gobernador de que con su expugnacion á viva fuerza perderia la gente que le guarnecia, y creyendo que no era indispensable para la ulterior defensa de la plaza, dispuso que la

evacuase en el silencio y tinieblas de la noche. Dueños los españoles de este punto fuerte, se sirvieron de él para dirigir sus tiros al cuerpo de la plaza.

Mientras tanto desembarcaba en Flesinga el conde de Leicester con los refuerzos que habia traido de Inglaterra. Ascendia á siete mil el número de sus soldados bien provistos de todas las cosas necesarias. Fué su primer designio socorrer la Esclusa por mar, mas no pudieron los navíos forzar los dos pasos que se hallan entre la isla de Cadsan y las orillas del canal, por el que comunica con el mar la plaza. Repelido por todas partes el general inglés, se dirigió á Ostende para dar la mano por parte de tierra á los sitiados. Mas no se atrevió á expugnar el fuerte de Blackemberg, por donde tenia que pasar, estando situado entre las dos plazas como ya hemos dicho.

Así se vió la Esclusa destituida de socorros, á pesar de hallarse tan cercanas las tropas auxiliares. Comenzaba á estar en apuros la guarnicion, y las municiones iban escaseando lo mismo que los víveres. Avisó secretamente el gobernador al conde de Leicester la situacion en que se hallaba, manifestándole que á no recibir socorros prontos, se veria en la necesidad de entrar en convenios con los sitiadores. Fué esta carta interceptada y cayó en manos de Alejandro, que continuaba estrechando la plaza para llegar pronto al momento del asalto. No aguardaron este lance serio los sitiados. Acogió el duque con benignidad á los comisionados que le envió el gobernador con proposiciones de entregar la plaza, solicitando por sola condicion el que se permitiese salir con todos los honores de guerra á las tropas que mandaba. Así se verificó en efecto, y el duque de Parma añadió la Esclusa al número de sus conquistas.

Mientras tanto habia hecho Mauricio una incursion en el Brabante, dirigiéndose á las plazas de Bois-le-Duc y Engen. Cuando trataba seriamente en poner sitio á la primera, tuvo que acudir á Flesinga para recibir al duque de Leicester. No adquirió este, como se vé, mas gloria sobre la plaza de la Esclusa que sobre la de Zutphen. Con este motivo se renovaron los descontentos, las acriminaciones de una y otra parte. Iban demasiado mal los negocios para que los Estados no se condujesen y expresasen con aquella acrimonía que sigue siempre á todo descalabro. Les habia hecho ver demasiado la experiencia, que ningun paso habian dado en el sentido de su emancipacion con la venida de aquellos extranjeros, y que el

conde de Leicester no habia probado de mejor condicion que el duque de Anjou y el archiduque austriaco. Con esto se encendió mas la discordia, y hubo divisiones entre los mismos naturales del pais, inclinándose los mas á la causa de los Estados, mas sin carecer de parcialidad y de valedores el conde de Leicester. No faltaban fraguadores de tramas subversivas en favor del general inglés, y hubiese caido en sus manos la plaza de Leyden á no descubrirse la traicion por medio de la que se pensaba renovar en ella lo acaecido pocos años antes en Amberes cuando habia tratado el duque de Anjou de apoderarse de ella á viva fuerza. No fué esta la ciudad de los Paises-Bajos la sola donde se hicieron semejantes tentativas, pues al duque de Leicester no le faltaban poderosos partidarios, aunque la generalidad, y sobre todo los magnates del pais, se le mostraban tan contrarios. Se hallaban á la cabeza de estos el príncipe de Orange, los demás individuos de la familia de Nassau, y los generales flamencos que mas fama habian adquirido en aquellas contiendas tan reñidas. Fáciles son de concebir las animosidades, las desconfianzas que en tales casos se introducen entre las gentes del pais y auxiliares extranjeros, sobre todo cuando estos abusan de los favores que dispensan, y el jefe que se halla á la cabeza no sabe mitigar á favor de servicios eminentes el disgusto que causan sus maneras arrogantes y las pretensiones de dar enteramente la ley donde solo viene á dar auxilios. No era, pues, culpa de los Estados el que tuviesen que poner la persona del conde de Leicester casi al nivel de la del duque de Anjou y de su antecesor el archiduque austriaco. Ni tino, ni habilidad, ni genio militar, ni don de mando habia sabido desplegar el general inglés, á quien no asistian mas títulos ni derechos que el favor de una reina á quien ofuscaba la pasion, para no conocer el poco mérito de su cortesano. Sin embargo, recibió sin notable disgusto las quejas que por todas partes la llegaban, tanto de las autoridades del pais, como de las personas que ejercian mas influencia. Atormentada por otra parte con las acusaciones que el mismo conde hacia de sus enemigos, tuvo por conveniente llamarle por segunda vez á Inglaterra. Partió, pues, Leicester de los Paises-Bajos, y se restituyó con poca gloria á su pais, donde tardó pocos años en llegar el instante de su fallecimiento. No acompañaron al general inglés todas sus tropas, siendo de notar que Isabel, á pesar de esta especie de ruptura, conservó todas las apariencias de amis-

tad hácia los Paises-Bajos, y no dejó despues de socorrerlos con tropas y dinero.

Con la salida del conde de Leicester de Flandes calmaron mucho las agitaciones que turbaban el pais, y el príncipe Mauricio recobró del todo el ascendiente que verdaderamente merecia por su habilidad, tanto en campaña como en los asuntos de administracion y de política. Fué en todo digno sucesor de su padre, y supo obrar de modo que se echaba poco de menos al hombre distinguido que se podia considerar como el principal autor de la independencia de su patria. Florecian las provincias del Norte sujetas á su principal administracion, por su industria, por el desarrollo de la navegacion, que hicieron muy pronto de este pais una de las principales potencias marítimas de Europa. Era general en él este espíritu de libertad, resorte de tantas cosas grandes, y la resolucion de no volver nunca á sufrir el yugo de un príncipe extranjero. En las del Mediodia, sujetas con pocas excepciones á la obediencia de este rey, fermentaba todavía el descontento. La lucha de las dos religiones producia efectos mas visibles; y como por otra parte habian sido por mas tiempo teatro de una guerra activa, sufrian todas las calamidades que son inevitable resultado de estos choques tan violentos.

Fueron muy pocas las operaciones militares durante todo el curso de 1587. Mientras el duque de Parma se hallaba sobre la plaza de la Esclusa, se entregó la de Güeldres á los españoles sin ninguna resistencia. Los confederados sitiaron y tomaron despues de una larga defensa y una batalla en sus inmediaciones la plaza de Engel; mas no fueron igualmente dichosos con la de Bois-le-Duc, que se resistió, obligándolos á levantar el sitio.

Uno de los grandes inconvenientes que ofreció esta larga contienda en los Paises-Bajos, fué que ninguno de los dos partidos tuvo fuerzas suficientes para dominar completamente un pais que, á pesar de su corta superficie, se halla atravesado por tantos rios, cortado con tantos canales y erizado con tantas fortalezas. Fueron cortas las del duque de Alba, y del mismo defecto adolecieron las de Requesens y don Juan de Austria. Mas numerosas eran las que mandaba el duque de Parma, pero nunca le bastaron para tantas atenciones. Engrosado con tantas conquistas y en posesion de una fama tan esclarecida, se hallaba ahora con todos los medios suficientes de aumentar considerablemente sus filas con los infinitos que buscaban su fortuna en las batallas, y tenian á honor el servir bajo un caudillo de tanta nombradía. A este objeto, pues, se consagraban todos los cuidados de Alejandro durante su residencia en Bruselas, adonde se trasladó despues de la toma de la Esclusa. Pero su ejército, que tanto se aumentaba, no tenia entonces por objeto la sujecion total de los Paises-Bajos. Otra mas importante empresa tenia fijos sobre sí los ojos de la Europa. Habia llegado el tiempo de pronunciarse en llama abierta el fuego oculto del odio que Isabel y Felipe II se profesaban mútuamente. Ya la reina de Inglaterra se habia declarado enemiga del de España enviando tropas auxiliares á los Paises-Bajos. Ya habia cometido actos de abierta hostilidad protegiendo á don Antonio de Portugal, enviándole á las islas Terceras provisto de buques, de tropas y dinero. Otras manifestaciones de la misma clase hacian aventureros marítimos, que bajo sus auspicios y con su bandera, infestaban nuestras posesiones del nuevo mundo. Declaró, pues, la guerra en toda forma Felipe II á la reina Isabel, y las palabras iban á ser acompañadas de los hechos. Mas antes de ocuparnos de ellos, necesitamos hacer otra excursion por Francia é Inglaterra, donde veremos nuevas causas de una contienda, en que para Felipe II se trataba nada menos que de la ruina de su antagonista.

CAPITULO LXI.

Asuntos de Francia.—Siguen los procedimientos de la Santa liga.—Encono contra los calvinistas.—Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.—Todas infructuosas.—Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.—Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.—Tratado de Nemours.—Ruptura del tratado de pacificacion.—Se pone el rey al frente del partido católico.—Excomulga Sixto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.—Protesta en contra del primero.—Guerra.—Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.—Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.—Nuevas intrigas.—Nuevos odios contra el rey.—Entrada del duque de Guisa en Paris.—Jornada de las barricadas.—Se retira el rey de Paris y se dirige á Chartres (1). (1580—1588.)

El último tratado de pacificacion entre el partido católico y calvinista ajustado en Francia, segun hemos hecho ver en el capítulo X, no podia menos de adolecer de la instabilidad que distinguia á los otros de la misma clase. Si era imposible la continuacion por mucho tiempo de la guerra por falta de recursos de una y otra parte, era igualmente imposible una paz sincera, y por lo mismo sólida entre partidos que mútuamente se excluian. En Francia se hallaban frente á frente los dos campos religiosos y políticos en que entonces estaba la Europa dividida. En otros paises habia una unidad de religion ora católica, ora protestante: en otros se hallaba una de ellas en grande minoría y sometida por lo mismo á la rival que dominaba. Solo en Francia luchaban abiertamente como dos

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo L.

contrarios que se creen con bastantes fuerzas para obtener un triunfo decisivo. Teniendo en consideracion el carácter intolerante de la época, se puede imaginar que existia en Francia una agitacion, una guerra civil en permanencia, pues no podian vivir en paz dos religiones que difiriendo tanto en principios daban por resultados en política dos sistemas asimismo opuestos. La religion en efecto que escribia en su bandera el libre exámen en materias de creencia, debia de tener tendencias muy diversas de la que profesaban por principio inconcuso la ciega sumision á la autoridad y decisiones de la Iglesia. Bajo este punto de vista se deben considerar estas famosas contiendas que tanto distinguieron el siglo XVI, que se propagaron hasta el XVII, y aunque muy débilmente hasta el XVIII. Así la Inglaterra, la Escocia, los insurgentes de los Paises-Bajos, y los príncipes luteranos del Imperio por una parte, y del otro lado el emperador, los príncipes de Italia, el rey de España y el papa sobre todo, contemplaban con intenso interés esta lucha de sus principios y opiniones respectivas con tanto calor empeñada en el suelo de la Francia. Por esto los adalides de las dos facciones tenian sus aliados naturales en los paises extranjeros y de ellos aguardaban y recibian efectivamente auxilios mas ó menos poderosos.

En cuanto al rey de España, cuyo reinado describimos, ya se sabe cuál de los dos partidos que despedazaban á la Francia era objeto de sus simpatías. Hemos visto con cuánto descontento suyo se ajustó el tratado de Poitiers, y las resoluciones que manifestó se veria obligado á tomar despues de este suceso. Además de lo incapaz que le parecia Enrique III para asegurar de una vez el triunfo del catolicismo en Francia, estaba resentido de este rey por el apoyo al menos indirecto que daba á los alzados de los Paises-Bajos. La expedicion del duque de Anjou en que no pudo menos de tener participacion el rey de Francia, dió nuevo pábulo al disgusto y resentimiento de Felipe, y si no estalló entonces una abierta hostilidad, fué porque se hallaba con medios de hacérsela mayor sin mostrarse abiertamente su enemigo. Debian de ser y lo eran en efecto todas las simpatías del rey, por la santa liga católica formada en Francia sin la participacion del rey Enrique, y cuyos vínculos se iban haciendo cada dia mas estrechos. En todas las ciudades tenia ramificacion y contaba con las personas mas ricas é influyentes. En las municipalidades se hallaba su asiento principal, y con las manifestaciones mas públicas apoyadas en ceremonias y pompa religiosas,

se hacian hasta un deber de proclamar abiertamente su existencia. A la cabeza de esta vasta asociacion continuaban los príncipes de la casa de Lorena constantes campeones del catolicismo, descollando entre ellos Enrique, duque de Guisa, jefe á la sazon de la familia. Con los príncipes de Lorena se hallaban muchos grandes personajes del pais, aspirando todos á obrar con independencia de un monarca no solo poco estimado sino hasta blanco de desprecio. ¿Cuántos motivos no debia de tener pues el rey de España para animar, para auxiliar con su consejo, con su proteccion y hasta con medios pecuniarios esta santa liga tan celosa, tan entusiasmada en defensa de la religion católica, tan inconciliable enemiga de los hugonotes á quienes tenia jurada su completa ruina? Toda su correspondencia de aquel tiempo, da claros testimonios de la parte activa que desde el fondo del Escorial tomaba Felipe II en las turbulencias de la Francia. Era el duque de Guisa el principal objeto de su simpatía, en quien tenia puestas sus grandes esperanzas, á quien escribia frecuentemente dándole consejos, animándole á seguir adelante con su empresa, ofreciéndole para ello toda especie de recursos. Con el pseudónimo de Mucio se comunicaba el de Guisa con Felipe, y tales eran las esperanzas de la poderosa proteccion del rey que casi se consideraba á este como el jefe supremo de la liga. Así mandaba de hecho, aunque no de un modo ostensible, el rey de España en la porcion mas numerosa, mas influyente, mas poderosa de la Francia.

Tenia esta vasta asociacion un fin político de grande trascendencia, y que no apoyaba menos Felipe II que los otros puramente religiosos. Se hallaba sin hijos, y con la reputacion de no poder tenerlos Enrique III, último vástago de la rama de Valois, habiendo muerto tambien sin sucesion el duque de Anjou, último de sus hermanos. Extinguida esta familia quedaba la mas próxima al trono la casa de Borbon descendiente de un hijo segundo de San Luis, casado con la señora de Borbon que dió su nombre á la familia. Era su representante el jóven Enrique de Navarra, y considerado por lo mismo como el heredero legítimo y forzoso. Mas ¿qué perspectiva se ofrecia, á la Francia católica, cuando llegase á tomar posesion de la corona un rey hereje? La exclusion, pues, de Enrique de Navarra de la sucesion, debió de ser uno de los grandes objetos de la santa liga. Así lo fué en efecto. Para suceder á Enrique III designó al mismo duque de Guisa, á favor de cuya idea se forjó un árbol genealógico por el que aparecian los príncipes de la casa de Lorena descendientes del mismo Carlo-Magno. Aunque era falso, no reparaba el espíritu de partido en este inconveniente, ni importaba mucho á los intereses de la liga que fuese el de Guisa heredero por la ley, con tal que de otro modo resultase serlo de hecho. Apoyó Felipe II esta intriga que aunque secreta, no dejaba de ser en cierto modo pública. Se llegó á firmar un tratado secreto en Joinville entre Felipe II y los indivíduos de la casa de Guisa, cuyas disposiciones principales eran : primera, la exclusion absoluta del trono no solo contra el rey de Navarra, sino contra todo príncipe de sangre real de Francia que no fuese católico : segunda, el reconocimiento del cardenal de Borbon, por heredero de la corona en caso de fallecimiento de Enrique III sin hijos varones legítimos : tercera, la prohibicion en Francia del ejercicio de toda religion que no fuese la católica romana : cuarta, la admision en Francia del Concilio de Trento : quinta, la restitucion á España de Cambray, sola plaza que poseia la Francia por la empresa del duque de Anjou en los Paises-Bajos. Bajo estas condiciones se comprometia Felipe II á pagar á la liga cincuenta mil escudos de oro al mes para hacer la guerra al partido calvinista. Por este tratado no solo quedaba excluido de la sucesion Enrique de Navarra, sino tambien su primo, el príncipe de Condé, asimismo protestante. Los dos eran jefes de las dos ramas de la casa de Borbon entonces existentes. El cardenal de Borbon nombrado en el tratado era tio paterno de Enrique de Navarra, hermano de su padre Antonio. Y á su fallecimiento por precision tenia que pasar el trono, segun los términos del tratado, á otra familia. De la de Guisano se hacia mencion, mas era entre todos un tácito convenio. Tampoco convenia á Felipe II mostrarse explícito ni obligarse á nada por razones que despues veremos.

Para la completa sancion del tratado, no faltaba mas que la aprobacion del Papa que todavía lo era Gregorio XIII, aunque sobrevivió muy poco á este convenio. Se prestó propicio el Pontífice á los deseos de la liga, manifestados por sus órganos principales, entre los que figuraba en primer término el rey de España, y autorizó una estipulacion que redundaba en tanta utilidad para la religion católica.

La anunciacion sola de un hecho semejante en Francia sin participacion ninguna de su rey, muestra bien á las claras á qué punto de desestimacion habia llegado su persona. Sin voluntad propia,

pues se hallaba siempre bajo la influencia de su madre, sin energía ninguna en medio de este conflicto de partidos, no era en realidad mas que una sombra y fantasma de monarca. Con tantas manifestaciones públicas de catolicismo, con tantos actos de devocion á que á vista de todos se entregaba, no era menos objeto de desprecio y hasta de odio, para los católicos ardientes. En todas partes llovian censuras y acriminaciones sobre su conducta. Se llegaba hasta á predicar en los púlpitos contra sus vicios, sus disoluciones y su hipocresía. Reproducia la prensa en mil sentidos esta invectiva, y hasta no faltaban caricaturas que manifestaban á las claras el desprecio con que lo miraban los liguistas.

Unirse con los calvinistas era para él sumamente peligroso, pues daria orígen á abiertas sediciones. Permanecer neutral entre los dos partidos contendientes, le exponia á quedarse aun sin la sombra de autoridad que le restaba. En tanta perplejidad no le quedaba mas partido que echarse en brazos de la liga, que ir hácia quien no le buscaba ni llamaba, que declararse jefe nominal de los que tenian ya sus caudillos designados. A esta resolucion se atuvo pues, como hacia algunos años antes, pasando por la humillacion de firmar actas y disposiciones cuyo objeto final era nada menos que de destronarle.

Su madre, Catalina de Médicis, princesa hábil y astuta que durante tantos años se habia engolfado en un mar de intrigas, á fin de neutralizar uno con otro los dos partidos rivales; que habia sabido quedar siempre con la influencia principal en el gobierno, ya inclinándose á estos, ya á los otros, comenzaba á sentirse inferior á tantos rivales poderosos y sin fuerzas para salir airosa en los nuevos conflictos que se preparaban. Instigadora principal en esta resolucion que tomó el rey de declararse por la liga, conoció muy pronto que era en ella de tan poca importancia su persona como la del mismo Enrique. Consistian todas sus esperanzas en el partido medio, cuyos esfuerzos se dirigian todos á embotar las armas que por entrambas partes se afilaban. No querian los hombres del justo medio de entonces ni la influencia del rey de España, ni la preponderancia de los Guisas, ni la exaltacion del partido extremo católico, ni mucho menos el triunfo completo de los calvinistas. Neutralizar todos estos elementos á la vez no era muy fácil. Así no fueron felices en sus negociaciones.

Uno de los objetos á que aspiraban los hombres del partido me-

dio á quienes daban el nombre de *políticos*, era la conversion de Enrique de Navarra, creyendo que con esto se desarmarian los que en su cualidad de herejes se apoyaban para privarle de la sucesion á la corona. Era sin duda este paso deseable, y tal vez hubiesen neutralizado los esfuerzos de los directores de la liga. Mas se hallaba demasiado comprometido el de Navarra con los jefes y demás personas influyentes de su parcialidad para hacer una abjuracion que le hubiese deshonrado en su concepto, tal vez sin adelantar nada con los de la contraria. Hacia tan poco tiempo que habia vuelto de nuevo al seno del calvinismo, que seria hasta una mengua suya semejante inconsecuencia. Y aunque á la verdad no era este príncipe demasiado adicto y apegado á creencias religiosas como lo hizo ver algunos años despues de estos sucesos, entonces se mantuvo tan fiel á su partido y prefirió sus peligros y sus glorias á la fortuna que tal vez le aguardaba, adoptando las creencias de sus antagonistas.

Así quedaron frustrados los designios de la reina madre y demás personas que querian evitar á toda costa la guerra que á Francia amenazaba. Los instigadores de esta contienda, los jefes ardientes de la liga deseosos de cerrar todo camino á las negociaciones, sugerian medidas que llevasen las cosas al punto de ser inevitable una ruptura. Titubeaba siempre el rey, á pesar de haberse declarado jefe de la liga, mas los principales directores de la asociacion, sin tener en cuenta su repugnancia, ó tal vez deseando que sirviese de pretexto para dar pasos aun mas atrevidos, se mostraban cada vez mas exigentes y trataban de sujetar á Enrique con nuevas condiciones. A mediados de 1585 celebraron conferencias en Nemours y vinieron á un tratado definitivo cuyas condiciones fueron: que se expidiese un decreto perpetuo é irrevocable, para prohibir todo ejercicio del culto calvinista, declarando que no hubiese en adelante otra religion que la católica, apostólica y romana; que se obligase á dejar el reino á todos los súbditos que no quisiesen vivir en dicha religion; que se declarasen todos los herejes incapaces de todo cargo público, oficio y dignidades; que se devolviesen quedando en libertad las ciudades que para su seguridad se habian dado al partido calvinista; que aprobase el rey todos los alistamientos y demás actos de hostilidad por parte de los príncipes, oficiales de la corona, prelados, señores, ciudades y comunidades que habian tenido por objeto la conservacion de la religion católica, apostólica, romana; que se conservase en sus destinos, en sus cargos y mandos á los

gobernadores generales que hubiesen seguido el partido de estos príncipes; que se entregasen al cardenal de Borbon y á los jefes de la familia de Guisa algunas plazas fuertes para su seguridad; que se diese licencia á los lansquenetes y reitres alemanes, y que se pusiesen en libertad los prisioneros sin rescate alguno. Se firmó este tratado en Nemours por la reina Catalina, por Carlos, cardenal de Borbon, por Luis, cardenal de Guisa, por Enrique de Lorena, duque de Guisa, por Carlos de Lorena, duque de Mayena. Por él pasaba de hecho el gobierno del Estado y la direccion de la fuerza pública á manos de los hombres de la liga.

Sometido de este modo el rey de Francia á todo el influjo de un partido inmenso organizado contra su misma voluntad, tuvo que sufrir sus consecuencias. El primer paso que se vió obligado á dar, fué un decreto contra los protestantes á tenor de lo convenido en el tratado, prohibiéndoles el ejercicio de su religion, mandando salir del reino al que no se conformase con el de la católica, y declarando libres las ciudades que para su seguridad se les habian señalado. Era una declaracion de guerra en toda forma. Partidos tan vastos y tan ramificados como el de los calvinistas en el reino, no se destruyen por medio de un decreto.

Resonaron en todos los ángulos del reino los acentos de una guerra que iba á ser mas larga y desastrosa que las otras. Preparados los de la liga á este conflicto, no anduvieron remisos en alistar hombres, en aprontar armas, en tomar disposiciones para llevar lo mejor de la lid, en suministrar subsidios pecuniarios. Las peticiones que con este motivo hizo el rey á las diversas corporaciones municipales no fueron desairadas. Acudió el clero igualmente con cuantiosos subsidios. No faltaron tampoco por parte de Felipe II, uno de los resortes principales de este movimiento. La corte tambien se preparó á la guerra y se rodeó de los principales personajes que, sin pertenecer á la liga, trataban de seguir en todo la fortuna del monarca.

A grandes apuros se veia reducido Enrique de Navarra, puesto á la cabeza de un partido valiente, decidido, entusiasmado, mas cuyas fuerzas no podian competir con las de su contrario. Hasta entonces se habia lisonjeado de que el rey de Francia colocado entre los calvinistas y los jefes fogosos de la liga, neutralizaria con todas sus fuerzas los proyectos de sus ardientes enemigos; mas cuando le vió á la cabeza de esta santa asociacion, y ciego, aunque involuntario instrumento de todas sus antipatías, se creyó destituido de todos sus auxilios. En sus correligionarios de afuera, en Isabel de Inglaterra, en los insurgentes de los Paises-Bajos, en los príncipes luteranos del Imperio, en los predicantes de Ginebra, tenia cifradas sus principales esperanzas; mas los socorros que podian enviarle, se hallaba lejos todavía. Para complicar los embarazos vino á herirle la bula de excomunion que la liga habia llegado á conseguir del Papa. Acababa de morir Gregorio XIII, dejando la silla pontificia á Félix Pereti, cardenal de Montalto, que la ocupó con el nombre de Sixto V, tan famoso en aquella época, y que ocupa un lugar tan distinguido en todas las historias. Este pontífice que adquirió la fama de enérgico, de fogoso, de campeon intolerante de las prerogativas de la Iglesia, se mostró sin embargo algo remiso en adoptar la medida de la excomunion que por parte de la liga se le reclamaba. Tampoco se manifestó en un principio muy adicto á esta famosa asociacion que de tan católica blasonaba; pero despues de la accesion ó la aquiescencia explícita del rey, se declaró mas propenso y decidido á fomentar sus intereses, que eran en realidad los de la Iglesia.

Mientras tanto se dieron nuevos pasos para la conversion de Enrique de Navarra, único medio de disipar la tempestad que tenia ya encima. Le enviaron con este objeto una abadesa de sangre real llamada madama de Soissons; pero no fué mas dichosa esta señora que otros á quienes se habia confiado el mismo encargo. El rey de Navarra y el príncipe de Condé, en la entrevista que tuvieron con madama de Soissons, respondieron que no eran niños á quienes se amenazaba con azotes: que los únicos medios de que se habian valido en la corte de Carlos IX para hacerles abjurar el calvinismo, no habian sido mas que los de la compulsion y el terror, sin que entrase para nada la conviccion, la sola que se debia emplear en tales casos: que por lo mismo nada era mas natural de que puestos en libertad hubiesen vuelto al seno de la religion en que habian sido criados y educados, y que sostendrian con teson á la cabeza de todo su partido.

Entonces se lanzó por fin la fatal bula. En virtud de ella declaraba excomulgados el papa Sixto V á Enrique de Borbon, ex-rey de Navarra, y á Enrique de Borbon, ex-príncipe de Condé, que desde su niñez seguian las herejías de Calvino. Se manifestaba en la bula, que á pesar de los esfuerzos que se habian hecho para resti-

tuirlos á la fe católica, apostólica y romana, á pesar de haberse convertido á ella, habian abrazado de nuevo el calvinismo, conmoviendo y armando á los sediciosos herejes, de que eran jefes, guias y protectores en Francia, y grandes defensores de los extranjeros. Por lo mismo, queriendo Sixto V desenvainar contra ellos el cuchillo segun correspondia á su cargo, y al mismo tiempo muy sentido de que le fuese necesario usar esta arma contra una generacion bastarda y detestable de la ilustre familia de Borbon, pronunciaba y declaraba á los dos individuos ya dichos, herejes y relapsos en herejía, reos de lesa majestad divina, enemigos jurados de la fe católica, imponiéndoseles por sentencia y pena, segun los santos Cánones, el ser destituidos: Enrique de su supuesto reino de Navarra, así como del principado de Bearne; y el otro Enrique de Condé, de todos los principados, castillos, ducados y señoríos; privados ambos de toda dignidad, honores, bienes, cargos, oficios, declarándolos incapaces é inhábiles de toda sucesion, y sobre todo al reino de Francia, contra el que habian cometido tan enormes crímenes; privándolos de esta corona no solo á ellos, sino á toda su posteridad, alzando el juramento de fidelidad á cuantos se le hubiesen prestado. Se mandaba además á todos los obispos y arzobispos, que hiciesen publicar la bula, que se fijaria en la puerta del Príncipe de los apóstoles.

En lugar de sentirse aterrado Enrique con aquestos rayos hizo hizo fijar en Roma, á la puerta del palacio pontifical, y sobre las puertas de las principales iglesias, la protesta siguiente, que no podemos menos de insertar por la curiosidad del documento: «Enrique por la gracia de Dios, rey de Navarra, príncipe soberano de »Bearne, primer par y príncipe de Francia, se opone á la declara»cion y excomunion de Sixto V, que se llama papa de Roma; la »declara falsa, y apela de ella al tribunal de los pares de Francia, »de quienes tiene el honor de ser el primero; y en lo que toca al »crímen de herejía, del que se halla falsamente acusado por la de»claracion, dice y sostiene que Sixto, llamado papa, ha mentido »falsa y maliciosamente, y que él mismo es hereje, lo que probará »en pleno concilio libre y legítimamente reunido, al cual, si el di»cho Sixto no se somete, como está obligado á ello por los mismos »cánones, sostiene y declara que es hereje y ante-Cristo, y que en »esta cualidad le hará una guerra perpetua; protestando contra la »nulidad del acto de la excomunion, y que reclamará contra él y

»sus sucesores para la reparacion de la injuria que se le ha hecho »á él y á toda la casa de Francia, como lo requiere el hecho y la »necesidad presente. Que si en otras ocasiones los príncipes y los »reyes sus predecesores, han sabido castigar la temeridad de las »gentes como este llamado papa Sixto, cuando se han olvidado de »sus deberes y pasado de los límites de su vocacion, confundiendo »lo temporal con lo espiritual, el dicho del rey de Navarra, que no »es nada inferior á ellos, espera que Dios le haga la gracia de ven»gar la injuria hecha á su rey, á su casa y á su sangre, y á todos »los parlamentos de Francia sobre el que se llama papa y sus su»cesores, implorando con este motivo la ayuda y socorro de todos »los príncipes, reyes, ciudades verdaderamente cristianas á quien »concierna el hecho.»

No contento Enrique de Navarra con esta manifestacion, se dirigió á los Estados de Francia justificando su conducta, mientras sus principales partidarios hacian circular folletos en que se denunciaba la ambicion de los príncipes de la casa de Guisa y de cuantos atizaban la guerra ya declarada entre los católicos y los reformados. Mas la guerra ya era un hecho positivo. Pronunciado con tanta solemnidad el Vaticano á favor de los liguistas, estaban resueltos á sostener mas que nunca esta decision con las armas en la mano.

Los protestantes eran los menos; mas no por eso dejaron de acudir animosos á ponerse bajo la bandera del jóven Enrique de Navarra. Mientras tanto se presentaban los emisarios de este príncipe en la corte de Isabel y en la de los luteranos del Imperio. No permanecian ociosos por su parte los pretendientes de Ginebra, solicitando auxilios en obsequio de la santa causa. El famoso Teodoro Beza iba en mision por todas partes, poniendo en accion el inmenso ascendiente que ejercia en todos sus correligionarios. Por sus exhortaciones enviaron los príncipes del imperio comisionados á la corte de Francia, con objeto de hacer entrar al rey en sentimientos mas pacíficos, Mas como no era el rey Enrique III el autor de aquella guerra, no pudo dar respuesta satisfactoria á los embajadores. Entonces los príncipes echaron mano de un medio mas eficaz, poniendo en movimiento cuerpos numerosos de reitres alemanes, que se dirigieron á la frontera de Francia á darse la mano con las tropas de Enrique de Navarra.

Estaban ya los ejércitos de uno y otro bando en movimiento; á cada instante se aguardaban noticias de batallas. A favor del calvi-

nista estaba la experiencia de la guerra, y un valor nunca desmentido en los combates. Todos los señores de esta persuasion dejaron sus hogares, seguidos de todos sus dependientes y vasallos. Consistia su mayor fuerza en caballería, y los hombres iban cubiertos de hierro como los caballos. Reinaba en su campo aquel silencio religioso, aquella gravedad y hasta austeridad en sus obras y palabras, que era entonces el carácter dominante en cuantos se preciaban de seguir las nuevas doctrinas religiosas. El ejército realista, si se le puede dar este nombre, reducido como entonces estaba el rey á una especie de fantasma, era mucho mas numeroso, aunque heterogéneo. Por un lado se hallaba la gente alistada en las ciudades bajo la influencia y direccion de los jefes mas ardientes de la liga: del otro las tropas que pertenecian directamente á la corte, y en cuyas filas se hallaban un gran número de caballeros afiliados al partido medio, que no aprobaban aquella guerra, mas que no podian menos de obedecer las órdenes que, á pesar suyo, les daba su monarca.

Con las tropas del rey ó de la liga, se hicieron seis cuerpos de ejército. Se envió el uno, á las órdenes del duque de Joyeuse, contra Enrique de Navarra, que se hallaba entonces entre el Loire y el Garona. Partió al frente de otro, Enrique, duque de Guisa, á salir al encuentro de los reitres alemanes. Cubria con otro á Paris el duque de Mayena, por si dichos reitres eludian el encuentro del de Guisa, ó tal vez le derrotaban. Se cubrian con otros dos la Auvernia y el Delfinado, y con el último la Normandía para impedir que se juntasen con el de Navarra los auxilios que este esperaba de los aliados extranjeros.

Ocurrió el primer encuentro cerca del pueblo de Coutras en el Poitou entre el duque de Joyeuse y Enrique de Navarra. Fué el choque violento, la batalla sangrienta, y la victoria decisiva por parte de los calvinistas, á pesar de que á favor de sus contrarios militaba la superioridad del número. Apenas entró en accion la infantería. Quedó cadáver en el campo el duque de Joyeuse, y con él un gran número de caballeros, peleando todos con denuedo. La superioridad fué toda por parte de los calvinistas, que si no estaban dotados de mas valor, tenian de su parte la mayor pujanza personal, y el estar endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Se condujo en la accion Enrique de Navarra con el valor é intrepidez que tan famoso ya le hacian.

Causó la noticia de este desastre sensacion profunda en el campo

católico, y mucho mas en la corte, donde el duque de Joyeuse era uno de los principales favoritos. Quizá por esta circunstancia se enconaron mas contra el rey los liguistas exaltados, echándole la culpa de la pérdida de la jornada.

No fué de grande utilidad para los calvinistas una victoria tan brillante y decisiva. En aquella lucha de partidos, los ejércitos combatientes no eran mas que una pequeña fraccion de los que en ellos se hallaban afiliados. Se podia destruir un ejército sin acabar con una parcialidad que estaba siempre viva. Por otra parte los calvinistas que no podian sostenerse mucho en campaña, por precision tenian que retirarse á sus casas, aguardando nueva ocasion para ponerse en movimiento.

La desgracia sufrida por el duque de Joyeuse en las llanuras de Poitou, fué reparada con usura por el duque de Guisa en las fronteras de Lorena. Avanzaban los reitres alemanes lentamente con todas precauciones por el odio de que eran objeto en todo el pais que atravesaban. Se levantaban las poblaciones en masa y echaban contra ellos las campanas á rebato. En esta situacion atacó inopinadamente el campo de estos extranjeros el duque de Guisa y los derrotó completamente, haciéndoles retirarse en dispersion y dejar para siempre aquel territorio que tan fatal habia sido para ellos.

Llegaron hasta el cielo las alabanzas cantadas por los jefes de la liga á favor del príncipe de Lorena que acababa de prestar tan útiles servicios á la santa causa; de un príncipe defensor ardiente del catolicismo. El paralelo que se hizo entonces entre el jefe de la liga vencedor y el general de la corte destrozado, redundó en nuevo descrédito del rey con quien se tenian cada dia nuevas consideraciones. A desvirtuarle, á hacerle objeto de desprecio, á convertirle en una completa nulidad, aspiraban los jefes ardientes de la liga. No se contentaban sin duda con excluir de la sucesion á los príncipes calvinistas; el deshacerse de su persona misma, era el último resultado á que aspiraban; designio que se concibe muy bien, teniendo presente que Enrique III era mozo, casi de menos edad aun que el mismo Guisa.

No contento con las condiciones que le habian impuesto en el convenio que habia dado principio á esta guerra, se juntaron en Nancy los jefes principales, y despues de varias conferencias, se determinó intimar al rey, que se mostrase mas abierta y públicamente protector y amigo de la santa liga; que quitase las plazas, esta-

nista estaba la experiencia de la guerra, y un valor nunca desmentido en los combates. Todos los señores de esta persuasion dejaron sus hogares, seguidos de todos sus dependientes y vasallos. Consistia su mayor fuerza en caballería, y los hombres iban cubiertos de hierro como los caballos. Reinaba en su campo aquel silencio religioso, aquella gravedad y hasta austeridad en sus obras y palabras, que era entonces el carácter dominante en cuantos se preciaban de seguir las nuevas doctrinas religiosas. El ejército realista, si se le puede dar este nombre, reducido como entonces estaba el rey á una especie de fantasma, era mucho mas numeroso, aunque heterogéneo. Por un lado se hallaba la gente alistada en las ciudades bajo la influencia y direccion de los jefes mas ardientes de la liga: del otro las tropas que pertenecian directamente á la corte, y en cuyas filas se hallaban un gran número de caballeros afiliados al partido medio, que no aprobaban aquella guerra, mas que no podian menos de obedecer las órdenes que, á pesar suyo, les daba su monarca.

Con las tropas del rey ó de la liga, se hicieron seis cuerpos de ejército. Se envió el uno, á las órdenes del duque de Joyeuse, contra Enrique de Navarra, que se hallaba entonces entre el Loire y el Garona. Partió al frente de otro, Enrique, duque de Guisa, á salir al encuentro de los reitres alemanes. Cubria con otro á Paris el duque de Mayena, por si dichos reitres eludian el encuentro del de Guisa, ó tal vez le derrotaban. Se cubrian con otros dos la Auvernia y el Delfinado, y con el último la Normandía para impedir que se juntasen con el de Navarra los auxilios que este esperaba de los aliados extranjeros.

Ocurrió el primer encuentro cerca del pueblo de Coutras en el Poitou entre el duque de Joyeuse y Enrique de Navarra. Fué el choque violento, la batalla sangrienta, y la victoria decisiva por parte de los calvinistas, á pesar de que á favor de sus contrarios militaba la superioridad del número. Apenas entró en accion la infantería. Quedó cadáver en el campo el duque de Joyeuse, y con él un gran número de caballeros, peleando todos con denuedo. La superioridad fué toda por parte de los calvinistas, que si no estaban dotados de mas valor, tenian de su parte la mayor pujanza personal, y el estar endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Se condujo en la accion Enrique de Navarra con el valor é intrepidez que tan famoso ya le hacian.

Causó la noticia de este desastre sensacion profunda en el campo

católico, y mucho mas en la corte, donde el duque de Joyeuse era uno de los principales favoritos. Quizá por esta circunstancia se enconaron mas contra el rey los liguistas exaltados, echándole la culpa de la pérdida de la jornada.

No fué de grande utilidad para los calvinistas una victoria tan brillante y decisiva. En aquella lucha de partidos, los ejércitos combatientes no eran mas que una pequeña fraccion de los que en ellos se hallaban afiliados. Se podia destruir un ejército sin acabar con una parcialidad que estaba siempre viva. Por otra parte los calvinistas que no podian sostenerse mucho en campaña, por precision tenian que retirarse á sus casas, aguardando nueva ocasion para ponerse en movimiento.

La desgracia sufrida por el duque de Joyeuse en las llanuras de Poitou, fué reparada con usura por el duque de Guisa en las fronteras de Lorena. Avanzaban los reitres alemanes lentamente con todas precauciones por el odio de que eran objeto en todo el pais que atravesaban. Se levantaban las poblaciones en masa y echaban contra ellos las campanas á rebato. En esta situacion atacó inopinadamente el campo de estos extranjeros el duque de Guisa y los derrotó completamente, haciéndoles retirarse en dispersion y dejar para siempre aquel territorio que tan fatal habia sido para ellos.

Llegaron hasta el cielo las alabanzas cantadas por los jefes de la liga á favor del príncipe de Lorena que acababa de prestar tan útiles servicios á la santa causa; de un príncipe defensor ardiente del catolicismo. El paralelo que se hizo entonces entre el jefe de la liga vencedor y el general de la corte destrozado, redundó en nuevo descrédito del rey con quien se tenian cada dia nuevas consideraciones. A desvirtuarle, á hacerle objeto de desprecio, á convertirle en una completa nulidad, aspiraban los jefes ardientes de la liga. No se contentaban sin duda con excluir de la sucesion á los príncipes calvinistas; el deshacerse de su persona misma, era el último resultado á que aspiraban; designio que se concibe muy bien, teniendo presente que Enrique III era mozo, casi de menos edad aun que el mismo Guisa.

No contento con las condiciones que le habian impuesto en el convenio que habia dado principio á esta guerra, se juntaron en Nancy los jefes principales, y despues de varias conferencias, se determinó intimar al rey, que se mostrase mas abierta y públicamente protector y amigo de la santa liga; que quitase las plazas, esta-

dos y oficios importantes á las personas que se le designasen; que hiciese publicar el Concilio de Trento en toda Francia, de que estableciese la Inquisicion á lo menos en las ciudades que tenian el título de buenas: que se pusiesen en las manos de los que se le nombrasen las plazas fuertes de importancia: que igualmente se le designarian, las en que harian las fortificaciones é introducirian la gente de guerra que mejor les pareciese: que pagase en la Lorena y en las inmediaciones un número de tropas suficiente á fin de impedir una invasion de soldados extranjeros: que para cubrir otros gastos se vendiesen lo mas pronto posible y sin ninguna formalidad, los bienes de todos los herejes y sus asociados: que en adelante no se diese cuartel á ningun hereje á no ofrecer una seguridad válida de ser buen católico y pagando el valor de sus bienes en caso de no estar vendidos.

Tales fueron las nuevas condiciones que desde Nancy se enviaron al rey á Paris para que las firmase si queria continuar en la posesion de la corona. Que en esta conferencia, en este negocio estaba la persona del rey de España como la mas influyente, además de ser tan probable, consta de documentos auténticos como son las cartas frecuentes que escribia á sus embajadores. Estaba esta conducta en su política, en sus ideas, en sus proyectos ulteriores. Queria que la Francia fuese tan católica como España, queria la expurgacion absoluta de los protestantes, que desapareciese de aquel trono un monarca débil é inconstante de cuya amistad no tenia pruebas, habiéndolas antes recibido ya de lo contrario, por la entrada en los Paises-Bajos del príncipe de Anjou, por el apresto de la expedicion enviada á la Tercera. Lo que queria Felipe II era un rey de Francia ardiente católico enteramente á su disposicion; es decir, reinar él mismo de hecho aunque otro estuviese en posesion del título.

Mientras se extendian en Nancy los nuevos artículos que debia firmar el rey de Francia, se hallaba este entregado á los actos públicos de devocion que le eran ya tan habituales. Asistia á las procesiones, se mezclaba con los penitentes, visitaba los conventos: nada omitia para hacer ver la sinceridad de sus principios católicos. Mas por una fatalidad de este monarca, se obstinaba el partido ardiente de la liga en hacer ver que todos estos actos llevaban el sello de la hipocresía. A pesar de haberse declarado protector y jefe de la liga, no cesaban de declamar contra sus vicios, contra sus disoluciones hasta de lo alto de los mismos púlpitos.

Firmó Enrique III los artículos relativos á la admision del Concilio de Trento, al establecimiento de la Inquisicion, aplazando los relativos á la entrega de las ciudades, confiscacion de los bienes de los calvinistas y otros de este género. Así quedó por entonces indecisa la liga, y neutralizadas sus hostilidades. Mas volvió á encender pronto la llama del descontento, subiendo mas de punto las exigencias de un partido que no queria amistad con el rey, á menos que se sometiese á ser el ciego instrumento de toda su política.

Permanecia el duque de Guisa en la corte de Lorena rodeado de sus mas celosos partidarios, cada vez en correspondencia mas activa con Felipe II, á quien hacia ver la urgencia de enviarle los auxilios pecuniarios que tantas veces le habia prometido. No era sin duda avaro el rey de España, sobre todo tratándose de fomentar empresas que favorecian sus miras y servian su política, pero sobrado cauto y receloso, desconfiando tal vez de la buena fé con que le ayudaban sus partidarios en Francia, gastaba con ellos mas palabras que obras y por ningun estilo les enviaba todo el dinero que pedian. No era extraño que el lujo, la esplendidez en que vivian todos los magnates de aquel reino disgustase á un hombre tan rígido, tan parco, tan mesurado en sus costumbres. Sin embargo, tenia que servirse de ellos como instrumentos necesarios á lo menos por entonces, reservándose otra conducta para cuando se mostrase mas despejado el horizonte.

Mientras los Guisas intrigaban en Lorena, los liguistas de Paris mas celosos, mas ardientes, mas desinteresados, menos calculadores, acusaban á los primeros de tibios, de remisos en venir al seno de la capital á consumar la obra de lo que ellos llamaban el triunfo de la religion católica. Enemigos cada vez mas declarados del monarca y de los hombres del partido medio á quienes profesaban poco menos odio que á los calvinistas mismos, temian con razon que disgustado y ofendido el rey, y viendo el borde del abismo en que le habian colocado, despertase del letargo, se rodease de sus muchos y celosos servidores, y, acordándose de que era el rey, diese un golpe de estado en Paris mismo, apoderándose violentamente de las personas de los jefes populares. Tal vez era este el designio de Enrique III, quien no carecia de valor, y probablemente no se habia olvidado de los triunfos obtenidos en sus primeros años. Sin duda estaba esto en las miras de la reina Catalina, de los políticos y de todos los que veian con inquietud los funestos progresos

de la liga. Por eso los jefes de esta parcialidad enviaban espreso sobre espreso al duque de Guisa para que viniese cuanto mas antes á ponerse al frente de los buenos católicos que se hallaban en peligro, llegando hasta á decirle que en caso de vacilar cuando el combate era indispensable, no les faltaria otro jefe que quisiese conducirlos al peligro.

El rey por su parte sabedor de todas estas tramas, prohibió al duque de Guisa y á los parciales que le acompañaban en Lorena, volver á Paris sin que precediese para ello una órden suya. Al mismo tiempo hacia que se acercasen á la capital las tropas que le eran mas leales, tomando otras disposiciones para neutralizar las de los vecinos de Paris y refrenar al menos su osadía. Habia pocos momentos que perder: de una y otra parte se estaban preparando para una lucha abierta. La colision que pocos años antes habia tenido lugar entre católicos y calvinistas, iba á realizarse ahora entre católicos fanáticos, y los que á los ojos de los primeros pasaban por tibios y por indiferentes. Era la misma intolerancia, el mismo deseo de persecucion el que á los parisienses agitaba. Antes, se habia mostrado el rey instrumento dócil de sus voluntades. Ahora era el rey el blanco de todos sus enojos. Se trataba nada menos que de un destronamiento, porque Enrique III, á las ojos de la liga, no *tenia de católico mas que la apariencia*.

El duque de Guisa, penetrado de que no habia ya momento que perder, voló á Paris, á pesar de la prohibicion expresa del monarca. Aunque hizo su entrada en ademan de disfrazado, fué reconocido por los suyos y acogido con demostraciones de entusiasmo. Pronto se supo en todo Paris la llegada de este famoso personaje. Se alarmó la corte, y el rey se llenó de indignacion al ver tanta osadía por parte de su súbdito. Pero este súbdito, mas soberano en Paris que el mismo Enrique, arrostró su cólera presentándose en el Louvre, donde dió sus excusas por su venida á la capital sin órden del monarca.

Hubo de contentarse el rey con ellas, puesto que le admitió á su presencia y le hizo un recibimiento favorable, aunque marcado con un tono de reconvencion que daba mas realce á su flaqueza.

Ya no era tiempo de tergiversar para ninguno de los dos partidos. O el rey ó Guisa iba á quedar en Paris de soberano. Puso el primero sus tropas en movimiento para sujetar la capital: organizó la capital sin tropas sus medios de defensa. Los vecinos acudieron á sus puestos. Se cerraron las tiendas y las puertas de las casas: se coronaron las ventanas y los techos de personas en actitud de lanzar proyectiles y toda clase de materias inflamadas. Mientras las tropas penetraban por la capital y se apoderaban de los puntos principales, se barreaban las calles con cadenas de hierro, estacas y demás obstáculos. Se vieron así las tropas embarazadas en sus movimientos, privadas de sus mútuas comunicaciones, á merced del populacho que los acometia al abrigo de aquella clase de fortificaciones, acosados por los golpes que les venian de lo alto, sin ser bastantes á apagar los fuegos de aquellas baterías. La partida no era igual: corrian los invasores á una ruina inevitable, empeñándose en seguir adelante con la empresa. Tuvieron, pues, que retroceder del mejor modo que pudieron, pues los vecinos, percibiéndolos en retirada, trataron de facilitársela sin cometer con ellos mas hostilidades.

Esta famosa jornada, conocida en la historia con el nombre de Jornada de las Barricadas, no fué muy sangrienta, como se deja ver por este relato tan conciso; mas fué un triunfo para el pueblo de Paris, un triunfo para la santa liga, un triunfo sin igual para el duque de Guisa, que se atrevió á medirse frente á frente con el rey de Francia. Contemplaba este desde el Louvre con todos los sentimientos de tristeza, de la indignacion mas viva, este desaire de su autoridad, esta victoria de sus encarnizados enemigos. ¿Qué le restaba que hacer en tan triste coyuntura? ¿Permaneceria en Paris donde se hallaba su cetro destrozado? ¿Aguardaria en el Louvre que viniesen á sitiarle é imponerle mas duras condiciones? Consistia, pues, su salvacion en alejarse de Paris: así lo hizo en efecto al dia siguiente, dirigiéndose á Chartres con la reina madre y sus fieles servidores.

Tocaba el drama ya á su desenlace; mas por ahora volveremos á otro de no menos interés, y en que tambien hacia papel el rey de España.

CAPÍTULO LXII.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.—Regencia del conde de Morton en este último pais.—Mayoría de Jacobo VI.—Proceso y suplicio de Morton.—Situacion de Inglaterra.—Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares.—Conspiracion de Babington.—Implicacion de María Estuardo.—Proceso de esta reina.—Es condenada á muerte.—Su suplicio.—Su carácter (1).—(1577-1587.)

Los negocios de Escocia y de Inglaterra se hallan tan estrechamente unidos casi en todo el reinado de Isabel, que apenas se pueden tratar por separado. Era tal la influencia y hasta la preponderancia que ejercia esta reina en el primero de los dos paises, que casi puede decirse dominaba en ambos. Venia ya esta prepotencia desde muy antiguo, y en todas las épocas, á pesar del odio nacional que mútuamente se profesaban ambos pueblos, siempre se hacia sentir en el escocés el ascendiente del vecino. Fomentó Enrique VIII los disturbios religiosos que comenzaron á agitar la Escocia en el reinado de Jacobo V, ó por mejor decir, protegió en cuanto pudo al partido reformista. Igual conducta observó el protector del reino duque de Sommerset, durante la minoría de Eduardo VI, y la misma fué la clave de la política de Isabel durante todos estos choques.

Ya hemos visto sus muchos y poderosos motivos para mezclarse en los asuntos de aquel reino, y la influencia preponderante de su

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLIV.

voz en las contiendas y hasta guerras declaradas entre los partidarios de María y los adictos á las nuevas doctrinas religiosas. ¡Feliz el que de estos litigantes encontraba mas favor á los ojos de la que se erigia nada menos que en juez suyo! Cupo este favor, al que mejor representaba los intereses de Isabel, al jefe del partido protestante. Quedó al fin vencedor este preponderante en Escocia, y solo perdonados y vueltos á la posesion de sus haciendas los que habian ejercido hostilidades contra el rey Jacobo, tomando la defensa de la madre. Los principales considerados como jefes de rebeldes, por no haber querido dejar las armas durante las negociaciones, expiaron su obstinacion en un suplicio, y en el territorio inglés donde estaban presos. Así quedó por entonces triunfante en Escocia el pronunciamiento contra la antigua fé; el pronunciamiento contra la reina, cuyo mayor crímen á los ojos de sus súbditos, era acaso su constante adhesion á esta fé, que se presentaba con el color político de obediencia ciega y de dependencia de la Francia.

Bajo estos auspicios inauguró su regencia el conde de Morton, sucesor, como hemos visto, de los de Murray y de Lenox, asesinado aquel y muerto este en medio de sus mas activas diligencias para asegurar la paz del reino. Era Morton un hombre activo, emprendedor, hábil en la guerra, entendido en los negocios, de genio turbulento, de carácter duro, que se habia mezclado en todas las revueltas; hombre, en fin, de aquellos tiempos. Estaba, ó habia quedado en la apariencia, pacífico el pais; mas ni habia bastante vigor en las leyes, ni bastante energía y prestigio en los que gobernaban para reducir al silencio tantas pasiones agitadas, tantos intereses que mútuamente se excluian, tantas ambiciones defraudadas, tantos gritos de amor propio herido con el reciente vencimiento. Habia venido muy á menos el partido de María; mas estaba vivo tanto en Escocia como en Inglaterra, siendo objeto de gran atencion que una reina presa en manos de otra, fuese el alma y el jefe del partido numeroso que política y religiosamente aspiraba á la destruccion de la segunda. Las mismas pugnas de que eran teatros Francia, los Paises-Bajos y otras regiones de Europa, tenian lugar en Escocia y en Inglaterra, con la diferencia de que en este último pais, donde se sentia mas de cerca la mano firme de Isabel, se gozaba de cierta tranquilidad, mientras que en el otro se presentaba el fuego de la discordia con toda su energía, y en ciertos casos con todos sus furores.

Nosotros no escribimos la historia de Inglaterra ni de Escocia; solo hablamos de los paises extranjeros en lo que tiene relacion con la del nuestro, y sobre todo del rey de España, objeto de este escrito. Las relaciones que existian entre Felipe II y los católicos de Francia, tenian lugar entre los de Inglaterra y de Escocia y María Estuardo, que representaba un partido político al mismo tiempo que un partido religioso. Eran unas mismas las ideas, las aspiraciones, el exclusivismo, la intolerancia política y religiosa que influian en la conducta de unos y otros.

Se atrajo Morton en Escocia muchos odios y rivalidades por su carácter duro y poco conciliador en aquellos tiempos de revueltas. Con gran celo se aplicó á reparar los infinitos desórdenes que aquejaban al pais; mas perdió todo el mérito de este servicio por la avaricia de que se le acusaba, llegando hasta exigir multas por crímenes imaginarios y disminuir el peso de la moneda, conservando esta el mismo precio. Se hallaban algunos nobles disgustados de su administracion, y por otra parte no estaba el clero satisfecho, pugnando siempre por destruir en un todo lo poco que del órden episcopal se conservaba. Hervia el reino en delatores y en denuncias, y las gracias y favores del gobierno se distribuian con aquella parcialidad tan inevitable en choques de partidos, no siendo pocos los que se conferian al que mas generosamente los pagaba.

Salia el rey de su estado de menor, y se hallaba muy cerca de empuñar las riendas del gobierno. A este astro que se levantaba se volvieron, como es natural, todos los descontentos contra el regente. No fue difícil sembrar en aquel jóven corazon desconfianza del poderío y designios del que entonces gobernaba. Con la pintura de su poder tiránico, le hicieron creer que aspiraba á destronarle, ó al menos á prolongar su minoría. No son nunca sordos los reyes á insinuaciones de esta clase, y desde entonces Jacobo miró con malos ojos al regente. Noticioso este de la tempestad que le amenazaba, y viéndose abandonado de muchos nobles y objeto de la irritacion y rencor de otros, renunció á su cargo y pasó á una condicion privada. Mas pronto concluyó el triunfo de sus enemigos. El ex-regente que expiaba desde su retiro todos sus movimientos, halló coyuntura de volver á la antigua auteridad que ejerció con mas rigor que nunca, provocando nuevos odios y creando elementos de vengarse. Y aunque redujo por entonces á sus enemigos al silencio, se mantenian vivos los resentimientos, cuando habiendo llega-

do el rey á su mayoría, comenzó á reinar efectivamente por sí mismo.

Habia sido educado este príncipe con bastante negligencia. No le faltaba instruccion de cierta clase; pero no de la que mas necesitaba. Formó desde un principio de sus prerogativas como rey, una idea mas alta que las circunstancias é índole de su gobierno permitia. En oposicion de estas ideas elevadas se hallaba su carácter irresoluto y hasta tímido. Con un monarca de este temple era muy fácil la privanza, y así el jóven rey de Escocia manifestaba hácia sus favoritos una debilidad que fué el carácter distintivo de su reinado.

Se aprovecharon de esta circunstancia los enemigos del ex-regente Morton y trataron de hacer revivir las activas acusaciones de que habia sido objeto, es decir, de complicidad en el asesinato del último monarca, padre de Jacobo. Fué Morton preso y encausado por este delito. La historia no ha podido poner en claro la parte que tomó al efecto el ex-regente en atentado tan horrible. Que tenia noticias de él, es un hecho positivo y confesado por él mismo; mas negando siempre que de su perpetracion le tocase cosa alguna. Estrechado y reconvenido porque habiendo tenido noticia de tan negro plan, no lo habia revelado, respondió que le habia sido imposible por la circunstancia de las personas á quienes hubiera debido descubrirlo; que el rey asesinado era un hombre sin carácter, sin prudencia, capaz de comprometerle sin ninguna utilidad, y que la reina siendo cómplice del mismo crímen, no podia sacar utilidad de una noticia, de que estaba demasiado ya bien informada.

A pesar de estas aclaraciones que parecen tan plausibles, á pesar de que no pudo ponerse en claro la complicidad de que se le acusaba, fué condenado Morton á perder su cabeza en un cadalso. Oyó el reo su sentencia con la firmeza de un hombre de valor que en tiempos de revueltas está familiarizado á todas las vicisitudes de la suerte. Con igual serenidad se mantuvo todo el tiempo que medió entre la comunicacion y ejecucion de la sentencia. Arregló sus negocios con tranquilidad, conversó con familiaridad con sus amigos y ministros de su religion que le asistian en tan duro trance: cenó con apetito, durmió profundamente; con planta firme se encaminó al cadalso. No omitiremos la circunstancia de que el instrumento de su suplicio fué una especie de guillotina inventada por él mismo, y que habia hecho venir de Carlisle en Inglaterra. Así este aparato

que hizo tanto ruido en nuestros tiempos como invencion moderna de la época, es de fecha mucho mas antigua.

No calmó esta muerte el furor de los partidos. En ningun pais de Europa se hacian sentir mas los desórdenes que siguen á una guerra civil, que en el de Escocia. La mayoría del rey nada habia remediado en el particular, como sucede siempre cuando el que manda se halla destinado por la naturaleza á ser por otros gobernado. Era juguete de las pasiones y caprichos de su favorito el rey de Escocia, mientras la mujer que mandaba en Inglaterra lo avasallaba todo con el ascendiente de su genio. Muchos de los disturbios de Escocia eran obra de las intrigas de esta reina, cuya política era la de dividir, á fin de dominar mas fácilmente. Conocidamente los rivales y enemigos de los privados y favoritos del rey obraban por sus instigaciones, cuando vieron el paso atrevidísimo de apoderarse de la persona de Jacobo y de tenerle en su poder cautivo, á pesar de que no le escaseaban las demostraciones de respeto. Tuvo este arrojo la aprobacion del cuerpo eclesiástico, y muchas corporaciones respetables del estado; tan poco popular era el rey, tan escaso el crédito de que gozaba. Mas por la mediacion del embajador de Francia y aun de la Inglaterra, no fué su suerte tan dura como todos aguardaban. Al fin pudo evadirse Jacobo de tan estrecha prision y recobrar su antigua autoridad con grandísimo contento suyo. Se verificó una verdadera reaccion en el manejo de los negocios y ejercicio del poder: sin embargo, los conspiradores que se habian apoderado de la persona del rey no fueron castigados, gracias á la mediacion de la reina de Inglaterra.

Florecia mientras tanto este pais bajo los auspicios y vigilancia de una reina hábil y entendida, rodeada de consejeros que sabia escoger y que con el mayor celo correspondian en todo á su confianza. Con la agricultura marchaban las artes, con las artes el comercio, á que deben su grande desarrollo. Fué una de las primeras atenciones del gobierno de la reina hacer de la Inglaterra una gran potencia marítima, segun estaba llamada á ello por la situacion y mas circunstancias de su suelo. Eran en aquella sazon superiores en esto los flamencos y sobre todo los holandeses, despues que sacudieron el yugo de Felipe; mas se preparaba la Inglaterra á tomar la preponderancia marítima que desde principios del siglo XVII conserva sin interrupcion hasta estos dias. Eran entonces objetos de gran codicia las ricas é inmensas posesiones que en el otro hemis-

ferio habian conquistado nuestros navegantes y guerreros, y no fueron estas adquisiciones lo que menos influia en el odio que á nuestros reyes profesaban á la sazon los extranjeros. El vivo deseo de entrar á la parte del despojo, formaba intrépidos marinos, que unas veces por su propia cuenta, y otras protegidos abiertamente por su gobierno recorrian las costas de aquellos paises, y ora haciendo desembarcos, ora atacando nuestros propios buques llenos de oro y mercancías, volvian á sus casas llenos de botin, inflamando los ánimos para empresas nuevas. Se echa de ver la proteccion que daria la reina Isabel á semejantes expediciones que, redundando en el enriquecimiento de sus propios súbditos, causaban tantos daños á los del rey que aborrecia. Descollaba entre estos aventureros Francisco Drake, que de la condicion de simple marinero se habia elevado por sí mismo á la de un jefe entendido en todas las cosas de mar, cuyo valor é intrepidez hacian su nombre ya famoso. En 1577 salió del puerto de Plymouth, al frente de una expedicion que tenia por objeto recorrer las costas australes de la América. Llegó con ella á la entrada del estrecho de Magallanes, y habiéndole pasado sin contratiempo alguno, continuó su curso por el mar Pacífico. Atacó en las costas de Chile muchos buques españoles que apresó haciéndose con un botin considerable. Temeroso de volverse por el mismo camino, continuó su curso hácia el norte creyendo que por el extremo septentrional del América encontraria tal vez un paso para volver al mar Atlántico. Defraudado de esta esperanza torció su curso hácia el poniente, llegó á los mares de la India, dobló el cabo de Buena-Esperanza y volvió á su pais, siendo el primer inglés á quien cupo la gloria de dar la vuelta al mundo. Continuó su vida aventurera haciendo varias escursiones por su cuenta hasta últimos de 1585, en que determinada ya Isabel á no guardar consideraciones con el rey de España, le puso á la cabeza de una escuadrilla de diez y ocho buques, destinados á tomar las naves de la India. Llegó con ellos á la boca del Miño y por medio de un desembarco en las inmediaciones de Bayona de Galicia, hizo correrías en el pais robando muchísimo ganado. Mas el gobernador de la plaza don Luis Sarmiento juntó inmediatamente la gente de que pudo disponer, y con los paisanos armados de las inmediaciones dió sobre los ingleses que á duras penas se volvieron á sus buques, dejándose atrás los ganados y demás efectos de que habian hecho presa. Levó anclas el comandante inglés y se dirigió á las Canarias, donde

encontrando la gente apercibida no fué mas feliz que delante de Bayona. Pasó despues á las islas del Cabo-Verde, posesion portuguesa donde mandaba á la sazon como en todas las demás el rey de España. Desembarcó en la de Santiago, la entró á saco, y se marchó cargado de botin sin pérdida ninguna. Dirigió despues su rumbo á las Antillas: se presentó delante de Santo Domingo en enero de 1586; desembarcó junto á la ciudad de este nombre, y entró en ella sin ninguna resistencia. Se apoderó de los pocos buques que estaban en el puerto, saqueó ochenta casas y amenazó entregar al fuego la ciudad si los habitantes no la rescataban. Se le dieron, para que no llevase adelante su propósito, veinte y cinco mil ducados y en seguida abandonó la costa. Por la suma de diez mil y doscientas barras de plata pertenecientes al rey, se rescataron los de Cartagena de Indias á donde se presentó en seguida el inglés aventurero. De aquí pasó á la Habana, donde no pudo hacer desembarco alguno por hallarse preparado á recibirle su gobernador don Pedro Fernandez de Quincoces. Pasó despues á la Florida donde saqueó el pueblo de San Juan. Tambien hizo botin considerable en las costas de la Jamaica, y sin proceder á mas operaciones se restituyó á Inglaterra cargado de despojos en buques, dinero, efectos preciosos y material de guerra, ascendiendo á doscientos el número de cañones de todos calibres.

A mediados de 1587, volvió á salir sir Francisco Drake, pues la reina le habia elevado á la dignidad de caballero, con seis galeones y diez y nueve buques de mediano porte. Se dirigió á la bahía de Cádiz donde puso fuego á veinte y seis buques españoles que debian hacer parte de la armada que á la sazon preparaba Felipe contra la Inglaterra. Amenazó Drake con un desembarco la ciudad, mas Juan de Vega su gobernador mandó cerrar las puertas, alzar los puentes, la guarnicion sobre las armas, preparándose á la mas rigorosa resistencia. Tuvo medios el gobernador de avisar al duque de Medinasidonia, residente entonces en Sanlúcar, quien habiendo armado sus vasallos dispuso un cuerpo de cuatrocientos hombres de á caballo y otro de mil de infantería que se pusieron inmediatamente en marcha para impedir el desembarco de los enemigos. No se atrevió Drake á pasar adelante en vista de tales preparativos, y tomó la vuelta de Inglaterra sin otro suceso de importancia.

Debian estas agresiones aumentar la grande irritacion que otras anteriores habian ya causado al rey de España. Otro grande acontecimiento se estaba preparando en Inglaterra que iba á tener resultados mas terribles.

Hacia mas de catorce años que se hallaba la reina de Escocia cautiva de otra reina de quien no habia nacido súbdita. De simple detenida, habia crecido poco á poco el rigor de su confinamiento hasta el punto de verse encerrada en una fortaleza. Cómo Isabel se atrevió á tanto, cómo no reclamaron eficazmente contra esta violacion atroz del derecho de gentes, los príncipes de Europa unidos con María Estuarda por vínculos estrechos, no se concibe fácilmente. En Francia dominaban los Guisas, hijos de un hermano de su madre: el rey de España, aunque no pariente suyo, debía considerarla como el adalid del poco catolicismo que restaba en los dos reinos. ¿Cómo permanecia cautiva María Estuarda? Repetimos que no sabemos explicarlo, mas que es un hecho que presenció con asombro la Europa de aquel tiempo. Si Isabel era enemiga de María por sentimiento de rivalidad por el temor que le inspiraba su persona, ora cautiva en su poder, ora puesta en libertad con medios de buscar el asilo que mejor le acomodase, la enemistad de la Escocia á la de Inglaterra debia de ser mas viva, mas sañuda; mas acompañada del deseo de venganza, en razon de que era la agraviada y víctima de tan indigno tratamiento. Como estos sentimientos no podian menos de ser públicos ó de pasar por tales aunque realmente no existiesen, se veia la reina de Escocia, con voluntad ó sin ella, resorte y alma de cuantas tramas contra su rival se urdian. Eran muy temibles los enemigos de Isabel, pues aunque la mayoría del pais estaba á favor de la reina por espíritu de secta y de nacion, habia muchos católicos ardientes que por sus propios sentimientos ó por instigaciones ajenas se hallaban en conspiracion permanente contra ella. Habia sido solemnemente excomulgada por el Papa la reina de Inglaterra; y en aquellos tiempos de supersticion y fanatismo, equivalia este acto á una sentencia de exterminio. Santificaba la religion semejantes manifestaciones, y no habia medio alguno de realizarlos que dejase de ser altamente meritorio. Con los herejes no debia guardarse consideracion ni miramiento de ninguna clase: con tal que se purgase la tierra de los enemigos de Dios y de los hombres todo era permitido; tales eran las ideas y opiniones de aquella época de intolerancia religiosa. No olvidemos que las horribles matanzas de san Bartolomé fueron altamente aplaudidas por los que de católicos celosos se preciaban, que el Padre Santo les dió

en Roma una sancion solemne hasta mandar que en la capilla Sixtina la celebrase y eternizase la pintura.

No ignoraba la reina Isabel todas estas disposiciones de los ánimos. Al paso que la esclavitud de la reina de Escocia halagaba su orgullo y la ponian al abrigo de muchas inquietudes, era por otra parte un grande embarazo para ella, uno de los cuidados mas grandes que sin cesar la atormentaban. Varias conspiraciones se habian descubierto, si no de un plan de asesinarla, al menos de trastornar el pais en favor de su competidora. Se habian encontrado los papeles de algunos que por sospechas habian sido encarcelados, hasta planos de diversos puertos de mar de Inglaterra con la altura del agua en cada uno, y asimismo los nombres de los principales católicos de aquel reino. Que se proyectaba algun desembarco en el pais, aparecia sino claro y evidente, al menos muy posible y hasta muy probable. Algunos años antes habia tenido lugar uno en Irlanda, por unos ochocientos hombres españoles é italianos aventureros que daban indicios de obrar á nombre del Pontífice, y aunque aquella invasion produjo malos resultados, no era extraño se intentasen otras en Inglaterra. Habia en el pais muchos agentes de los Guisas, del Papa, de Felipe II, espiando á todos momentos ocasiones de hacer daño. No es extraño que la reina Isabel, sabedora de todos estos planes, se irritase á su vez, é hiciese caer el peso de su indignacion sobre los sospechosos y mucho mas sobre los que por indicios claros aparecian en ellos complicados. No era pequeña la parte que de estos rigores alcanzaba á la desgraciada María Estuardo. Cada vez se la trataba con menos miramiento, y se estrechaba los límites de la poca libertad de que en su encierro disfrutaba. Así crecian los resentimientos mútuos, y caminaba la contienda á un punto en que no podia menos de teñirse en sangre.

No presentaban, pues, en aquella época las cosas un semblante muy risueño para la reina de Inglaterra. En los Paises-Bajos llevaba Felipe II lo mejor, con las victorias del príncipe de Parma. El rey Enrique III de Francia, que se mostraba amigo de Isabel, se veia casi despojado de su autoridad por la influencia y prestigio de la santa liga á cuyo frente se hallaban los Guisas, que se podian considerar como los verdaderos soberanos. Influia mas que nunca el rey de España en los consejos de aquel pais, y en estrecha comunicacion con el duque de Guisa, no escaseaba ni la advertencia ni el dinero que podian contribuir á la ejecucion de sus designios.

Por todas partes se anunciaba una tempestad contra la reina herética de Inglaterra.

Ya sabemos como esta se decidió entonces de un modo mas franco y mas explícito, enviando socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos. Se unió al mismo tiempo de un modo público con los calvinistas de Francia, reanimando cuanto le era posible aquel partido, entonces en mucha decadencia. Redobló la vigilancia en sus Estados, creó ó hizo que se crease una vasta asociacion de los ingleses que se mostraban mas celosos por la conservacion de su trono, y que se ligaron con los juramentos mas solemnes de contribuir con sus haciendas y sus vidas á destruir á cuantos enemigos quisiesen trastornarle. No olvidemos que la reina Isabel era sumamente popular y querida en el pais que bajo los auspicios de su buena administracion se enriquecia y prosperaba. Cuantas mas tentativas de insurreccion abortaban, tanto mas odio se concitaba en el pais contra los enemigos de la reina. Y estos sentimientos de adhesion llegaron á ser tan vivos, tan apasionados, que las desgracias de la reina cautiva dejaban de excitar la compasion del público, porque se la creia impulsadora de todos estos movimientos.

Atenta la reina Isabel á promover en un todo cuantos medios podrian ofrecérseles de seguridad, trató de recuperar en Escocia la influencia que recientemente habia casi perdido por las convulsiones y disturbios de que aquel pais era teatro. El rey Jacobo recibió con muchas demostraciones de benevolencia á los embajadores de Isabel, y la misma acogida tuvieron en su corte los de Escocia. Supo inspirar la reina de Inglaterra temores á Jacobo sobre lo inseguro de su trono en caso de que se llevasen adelante las maquinaciones de los católicos contra los dos Estados. Y llegó á arraigarse tanto esta idea en el ánimo de aquel jóven rey, que se entibiaron mucho sus relaciones con su madre á quien siempre mostraba sentimientos de buen hijo en medio de la especie de guerra política que entre ambos existia.

Mas ni toda esta vigilancia, ni todas estas precauciones de Isabel impidieron que se urdiese una vasta trama de conspiracion contra su persona, y cuyo desenlace fué verdaderamente lamentable.

Concibió por sí mismo, ó por inspiracion de otros, un tal Savage, el proyecto de asesinar á esta princesa. Segun historiadores, por la mayor parte protestantes, se hallaba este hombre movido por varios personajes, hasta por príncipes, hasta por prelados que le ha-

bian hecho ver el grande mérito de aquesta obra y encendido su fanatismo hasta el punto de abrirle las puertas del cielo en caso de ser mártir en tan alta empresa. Tambien se le supuso en relaciones con don Bernardino de Mendoza, embajador de España, y con el duque de Parma, quienes estimularon asimismo su celo religioso. Todo es creible y muy probable segun el modo de pensar de aquellos tiempos.

Comunicó Savage su resolucion á otros, ó tal vez fueron todos ellos encargados en un principio de esta empresa. Figuraba entre los principales un tal Antonio Babington, persona distinguida del pais, cuyo nombre citamos por haberle dado á la conspiracion conocida así en la historia. Como el acto debia ser seguido de trastornos no era posible concentrarse el secreto en pocos, por las grandes medidas ulteriores que se debian tomar perpetrado que fuese dicho asesinato. Se celebraron varias conferencias entre un número considerable de conspiradores. Se designaron las personas que debian asesinar á la reina Isabel, las que se habian de apoderar inmediatamente de las riendas del gobierno, las que debian de ser envueltas en la suerte de la reina, las que debian llevar las comunicaciones á las cortes extranjeras, con todos los demás pormenores á que semejantes asociaciones dan orígen. Estaban los planes muy adelantados y la cosa á punto de verificarse, cuando fueron descubiertos por un emisario que llevaba cartas á María de Escocia. Como los agentes del gobierno vivian con tanta vigilancia, no les era difícil dar con los hilos de estas tramas, que á veces se descubrian por medio de espías disfrazados con el manto de conspiradores. Llegó pues así la cosa, á oidos del secretario de Estado sir Francisco Walsinghan, y este la puso inmediatamente en conocimiento de la reina. Convinieron ambos en no comunicarla á nadie, ni aun á los del Consejo privado mientras se dilucidaba mejor este misterio. Se depositaban las cartas dirigidas á la reina de Escocia en un sitio convenido de la cerca de los jardines de su confinamiento. Antes que llegasen á su destino se abrian y deshojaban por Walsinghan, quien las volvia cerradas y selladas sin que se sospechase el fraude. De este modo se llegaron á saber muchos pormenores de la trama, hasta los nombres de los conspiradores, y hasta las señas y el traje de los encargados personalmente del asesinato de la reina. Mas temiendo ésta que por querer profundizar la cosa demasiado la ganasen los asesinos por la mano, suspendió de repente todas las pes-

quisas mandando prender á todos los complicados en la empresa, inclusos los dos secretarios de María que llevaban su correspondencia. La prision se llevó á efecto: muy pronto expiaron los conjuradores en un cadalso su delito.

Causó el descubrimiento de este plan una profunda impresion en Inglaterra. Se llenó la generalidad del pais de asombro y de indignacion al ver el peligro que habian corrido los dias de su reina. Redoblaron el celo y las manifestaciones de fidelidad por parte de los individuos de la asociacion, y se esparció la idea de que ya no podia haber tranquilidad en el pais ni seguridad para la vida de la reina, mientras viviese la de Escocia, alma de todas las conspiraciones. ¿Y qué hacer con esta reina? ¿Qué partido se tomaria con ella despues de sofocada tan culpable empresa? Algunas veces la acusaban de complicidad: sus dos secretarios convenian en lo mismo. Hé aquí lo que ocupaba sériamente al Consejo de la reina. ¿Se pondria en libertad á una princesa tan justamente irritada, que en todas partes hallaria vengadores? ¿Quedaria sin castigo tan grande acto de complicidad? ¿Se dejaria á la mano del tiempo, á la de los rigores del confinamiento, el terminar una existencia tan fatal á los intereses de la Inglaterra? ¿Se pondria en tela de juicio á María Estuarda? Era de todos, el partido mas osado y mas violento. A él se atuvo definitivamente el Consejo, con el consentimiento y aprobacion de la reina, resuelta á todo con tal que saliese de una vez de tanta inquietud y satisfaciese del todo sus resentimientos.

La reina de Escocia era extranjera en el pais, una reina independiente, una cautiva por la violacion mas atroz de toda justicia, de toda razon, de toda sombra de derecho. Su enjuiciamiento se presentaba, pues, con el carácter de absurdo, de ilegal y de escandaloso. Mas habian llegado al extremo la irritacion en unos, el temor en otros. Lo que se llama razon de estado triunfó de todas las consideraciones. Se abusaba sin reparo del derecho de la fuerza.

Con el descubrimiento de la trama habia crecido el rigor del confinamiento de María. Se la trasladó del castillo de Boston, donde se hallaba bajo la custodia del conde de Shrewsbury, al de Fortheringay, encomendándola á la guarda de otras personas de inferior rango, considerando que, siendo gentes de menos educacion, no la tratarian con tanto miramiento. Se la destinaron las habitaciones mas frias y mas húmedas, se le escasearon las comodidades, se restringieron sus paseos, se disminuyó el número de sus criados, se hizo,

en fin, todo lo posible para que mirase con tedio su existencia. No desconocia la reina de Escocia el triste fin que la aguardaba. Cuando supo el desenlace de la conspiracion y el encarcelamiento de sus secretarios, se dió en un todo por perdida. Aguardaba á cada instante ser víctima de la venganza de su enemiga por medio de un veneno ó cosa semejante, pues otro modo de que se acabase con ella no le comprendia. Así se quedó como atónita, cuando se le presentaron cuarenta comisionados y cinco jueces que por comision del Consejo privado venian á formarle causa como cómplice en la conspiracion fraguada contra la vida de la reina de Inglaterra.

Respondió á los jueces María Estuarda que para nada reconocia su autoridad, y que nadie en Inglaterra tenia derecho de juzgarla; que nacida igual de la reina Isabel y constituida en la misma dignidad, no tenia mas dependencia de ella que la que da el dominio de la fuerza. Esta habia venido á pedir asilo, y solo habia recibido una prision y los mas duros tratamientos: que si no podia desagraviarse de las ofensas recibidas, no las olvidaba ni creia que se quedasen sin su pago merecido; que resignada á todo lo que podia sucederle de peor, no queria agravar su situacion con una bajeza indigna de su rango.

Dos dias resistió María en su resolucion sin que pudiesen persuadirla las razones de aquellos personajes. Mas habiéndosele hecho la reflexion de que esta negativa equivalia casi á una tácita confesion del crímen que se le imputaba, cedió por fin, mas protestando siempre contra la validez de los procedimientos.

Se le leyeron entonces á la reina de Escocia las declaraciones de sus supuestos cómplices; las de sus dos secretarios, y las copias de las cartas que le habian sido interceptadas. Respondió María que ninguna fuerza podian tener las declaraciones de los reos arrancadas muchas veces ó por la esperanza del perdon, ó por el temor de la tortura; que la misma observacion se debia hacer respecto de sus secretarios, cuyo juramento tenia muy poca fuerza habiendo ya violado el que le habian hecho á ella misma de guardar secreto; que en cuanto á las copias de sus cartas, nada habia mas fácil que forjar semejantes documentos. Mostró la reina de Escocia mucha circunspeccion y compostura durante el interrogatorio, y no dió muestras de hallarse intimidada.

¿Era cómplice la reina de Escocia en el plan de asesinato de Isabel? Difícil es el no creerlo así, en vista de lo desesperado de su si-

tuacion, de tantas declaraciones que lo aseguraban, del testimonio de sus propios secretarios y del concepto de honrado y justificado que gozaba Walsingham, ante cuyos ojos se habia descifrado la correspondencia, como ya hemos dicho. Que Walsingham fuese enemigo de María, puede suponerse fácilmente, mas entre esta cualidad y la de un bajo falsificador habia una enorme diferencia. Por otra parte, ¿cómo no se le enseñaron á María mas que las copias de sus cartas y no los originales? ¿Cómo no la carearon con sus secretarios que todavía estaban vivos cuando el enjuiciamiento? Son misterios que la razon no alcanza, que abren para la posteridad un campo de conjeturas y controversias. Mas es un hecho, que las principales pruebas de complicidad, las cartas originales de María, no figuraron en aquel proceso.

Los jueces comisionados partieron de Fortheringay, y se dirigieron á Westminter sin haber pronunciado la sentencia. En este punto volvieron á reunirse despues de varias deliberaciones del Consejo. Ante el tribunal volvieron á presentarse los secretarios de María, que se ratificaron en sus declaraciones. Al fin pronunciaron los jueces la sentencia, y unánimes declararon que habian sido cómplices en la conspiracion de Babington, *María, hija y heredera de Jacobo V, último rey de Escocia, comunmente llamada reina de Escocia, reina viuda de Francia*, pues con tales títulos era designada.

El Parlamento confirmó inmediatamente la sentencia que envolvia la pena de muerte, y envió á la reina un mensaje en que se le suplicaba la hiciese ejecutar en el momento.

En procedimientos promovidos por el espíritu de partido, por el calor de las pasiones, por la sed de represalias y venganzas, no hay que buscar ni regularidad, ni imparcialidad, ni buena fe, ni menos aquella calma y circunspeccion indispensables en todo lo que va á decidir la suerte de los hombres. En el proceso de María se violaron todas estas leyes, como asimismo las de la humanidad, de la hospitalidad, y hasta las de la decencia. Estaba la parte protestante de la nacion inglesa furiosa con tantos planes de conspiracion contra la vida de su reina, ébria de venganza, espantada con la perspectiva de las tormentas que provocaba sobre el pais la mano de María. En esta ocasion siguió el impulso del Parlamento manifestando sus vehementes deseos de que se llevase á ejecucion la sentencia recientemente pronunciada. Debió de estar satisfecha la reina de Inglaterra con tantas pruebas de adhesion á su persona y de odio

á su competidora. Mas á pesar de verse como al fin de sus deseos, no estaba todavía libre de perplejidades.

Cundió con la velocidad de un relámpago la noticia del proceso de María Estuarda. Causó en los católicos una mezcla de sorpresa y de dolorosa indignacion no fáciles de describirse. Inmediatamente hicieron representaciones en favor de la reina desgraciada de Escocia, los de Francia, de España, los príncipes católicos de Alemania y otros puntos de la Europa. Se deja concebir el tono de calor y vehemencia con que estarian concebidos todos estos actos. El rey Jacobo, sensible á la voz de la naturaleza, abogó con ardor por una madre cuyo suplicio iba hasta imprimir una mancha indeleble en el carácter de que estaba revestida. Hacian naturalmente todas estas manifestaciones una impresion desagradable en Isabel, quien si deseaba la muerte de su competidora, no queria cargarse con la odiosidad de ella misma la que expidiese la órden de la ejecucion de la sentencia.

Por algunos dias se mostró indecisa, manifestando su gravísimo pesar por verse precisada á cumplir con un deber fatal que reclamaba de ella la seguridad y tranquilidad de sus estados. Mientras tanto se manifestaba mas y mas la opinion del pais en contra de María, con lo que se lisonjeaba muchísimo el amor propio de la reina de Inglaterra.

Todavía vacilaba, tal era su opinion, la mancha que iba á echar sobre ella la ejecucion de la sentencia. Varias veces manifestó su despecho, quejándose de que sus fieles servidores no previniesen sus deseos sacándola de tan cruel conflicto. Los dos principales encargados de la custodia de la reina, sir Amias Paulet y sir Drue Drury, á quienes se hizo en frases no muy oscuras esta insinuacion, aparentaron no comprenderla. Al fin se les manifestó por lo claro que harian un gran servicio á la reina anticipándose al verdugo en la ejecucion de la sentencia. Mas estos hombres llenos de honor, aunque no muy blandos y mirados en su comportamiento con María, se indignaron al verse tenidos en tan poco que se les hiciesen proposiciones tan odiosas, y declararon que eran fieles servidores de la reina, mas no viles asesinos. Cerrada así la puerta para toda ejecucion secreta, no quedaba mas medio que el de hacerla pública. Con este objeto mandó la reina que se extendiese la órden (warrant) de la ejecucion y se la llevasen, mas todavía se mostró irresoluta en el acto de firmarla.

Al saber la reina de Escocia la sentencia de muerte que sobre ella gravitaba, no mostró ni gran temor, ni gran sorpresa. Dijo que estaba ya muy preparada á este rigor de la fortuna. Que no estrañaba estuviesen sedientas de bañarse en la sangre de una reina estraña, las manos acostumbradas á teñirse en la de sus propios reyes. Mientras tanto, estaba tratada con la última dureza, se la habia despojado de todos los signos y consideraciones debidas á la dignidad real, quitándose el dosel que se hallaba en su aposento, sus mismos guardas le faltaron á toda consideracion, presentándose delante de ella con su sombrero puesto.

Entregó Isabel la órden firmada de la ejecucion al secretario de Estado, Davison, con el encargo de presentarla á los señores del Consejo. Apoderados de tan importante documento, sin conferenciar mas con la reina ni tomar sus órdenes ulteriores, entregaron el papel á los condes de Shrewsbury y de Kent, para que inmediatamente pasasen al castillo de Fothenringay á poner en ejecucion lo que en él se prescribia.

Partieron los condes acompañados del dean de Peterboroug al punto designado, y presentados á la reina de Escocia le hicieron saber la órden que llevaban previniéndole se dispusiese para su ejecucion al dia siguiente. Recibió María la comunicacion con rostro firme y sereno, con aquella dignidad que en ciertas ocasiones le era tan característica. Dijo que debia darse por satisfecha y agradecer á Dios hubiese elegido su persona para dar un testimonio de su adhesion á la religion católica en cuya defensa perecia. Inmediatamente se preparó para la muerte, tomando todas las disposiciones con tranquilidad y compostura. Escribió su testamento, distribuyó sus muebles, vestidos y otras alhajas entre sus doncellas y otros servidores, consolándolos á todos con la esperanza de mejor fortuna. Pidió que se le permitiese un sacerdote de su religion que la asistiese en sus últimos momentos; mas le fué esta gracia denegada. Solicitó tambien que se le permitiese morir rodeada de sus servidores para que diesen testimonio de su comportamiento, y fué igualmente desechada aquesta súplica, esceptuándose solo tres que la acompañaban hasta los últimos instantes. Pidió en seguida que se trasladase á Francia su cadáver á fin de que allí le enterrasen en sagrado, á lo que dieron los condes su consentimiento.

Pasó María el resto de la noche rodeada de sus servidores, cuyos gemidos y sollozos no podia reprimir su autoridad, ni el ejem-

plo que daba de serenidad y de firmeza; cenó parcamente como lo tenia de costumbre, y bebió á la salud de cada uno de los que la acompañaban. En seguida se recogió á su aposento, y por la última vez se entregó al sueño.

Al amanecer del dia siguiente, 27 de febrero de 1587, se levantó, pasó á su oratorio, tomó una forma consagrada que le habia enviado Pio V y guardaba en secreto con el mayor cuidado, previendo la triste situacion en que se hallaba. En seguida hizo que la vistiesen con toda la posible magnificencia que su equipaje permitia. Mientras tanto pasaba los instantes en actos de devocion, sin dar oidos á las exhortaciones del ministro protestante que trataba de ausiliarla en sus últimos momentos.

A eso de las nueve de la mañana se presentó en su habitacion el Sheriff del condado y le anunció que habia llegado su último momento. Se hallaba María de rodillas al recibir esta visita. Sin responder nada, se levantó inmediatamente y con paso lento, apoyada en dos de sus doncellas, se encaminó al sitio del suplicio. Iba vestida magníficamente con manto de terciopelo morado, diadema en la cabeza, en el cuello un Agnus Dei, en la cintura el rosario y un crucifijo de marfil en las dos manos. Así entró en una sala del castillo tendida de negro donde estaban el tajo, las hachas y los verdugos preparados para su suplicio. La acompañaban tambien los dos condes que se le habian reunido en la escalera y el dean que no cesaba en sus exhortaciones, empleando frases duras, á proporcion que la reina se negaba á valerse de su auxilio, diciéndole que no se molestase, pues queria conservarse fiel á su religion hasta el último momento. Al fin impuso silencio al dean el conde de Shrewsbury en vista de lo inútil de la conferencia.

Comunicaba la sala con una especie de patio lleno de espectadores sumidos en silencio. Subió María las dos ó tres gradas de la especie de tablado donde estaba el instrumento del suplicio, mientras se leia en alta voz la sentencia de su muerte. Concluido el acto oró la reina en alta voz por las necesidades de la Iglesia, declaró que moria fiel á los dogmas del catolicismo, que solo esperaba misericordia por la muerte de Cristo, á los piés de cuya imágen iba á derramar su sangre. Entonces levantó en alto el crucifijo y le besó, entregándole en seguida á una de sus doncellas, mientras otras le ayudaban á quitarse el velo y demás adornos de la cabeza para pasar á las manos del verdugo. Con rostro sereno, y la fortaleza que

no la abandonó en ninguno de estos críticos momentos, despues de una corta oracion puso la cabeza en el tajo, y mientras uno de los ejecutores la tenia de las manos, le separó el otro la cabeza del cuerpo con un par de golpes. En seguida la levantó en alto y la enseñó al pueblo chorreando todavía en sangre, y el dean de Peterboroug exclamó en alta voz: Así perecen todos los enemigos de la reina Isabel; á lo que el conde de Kent respondió: Amen. Los espectadores se retiraron entonces sin prorumpir en voz de clase alguna.

Así murió á los cuarenta y cinco años comenzados de su edad María Estuarda, una de las mujeres mas eminentes de su siglo por su hermosura, por sus gracias, por la gentileza de toda su persona, por lo agudo y vivo de su ingenio, por lo fascinador de sus maneras y conversacion, por sus habilidades y conocimientos de la literatura de aquel siglo. Diestra en todos los ejercicios de las damas distinguidas de su tiempo, hablaba con gracia, escribia con elegancia, tanto en su lengua nativa como en la francesa, que con preferencia usaba como la mas conocida y la mas culta. Si como mujer poseyó muchas dotes con tanta perfeccion, no fueron pocas sus faltas y extravíos como reina. Algunos de ellos fueron como inevitables, como efectos forzosos de sus circunstancias. No estaba destinada por la naturaleza, la hermosa, la amable, la elegante y sobre todo la católica á reinar en un pueblo donde el espíritu de independencia y libertad tomaba tanto vuelo, donde todo respiraba guerra civil, controversia religiosa. Ni aquel pueblo podia ser sensible á las gracias, al mérito en su línea de la reina, ni esta comprender todo el interés de aquellas luchas tan encarnizadas. No conoció su posicion y obró en cierto modo á la aventura. Era María una de aquellas mujeres á quienes la falta de circunspeccion origina desazones y pone muchas veces en graves compromisos, en quienes se confunde la demasiada afabilidad con el demasiado desahogo y la ligereza de manera con la licencia de costumbres. Cometió mas imprudencias que faltas graves, y mas faltas graves que extravíos criminales. Procedia la mayor parte de estas faltas de la ligereza de su carácter, de la obstinacion, fruto de una voluntad que no se habia nunca contrariado, de los principios supersticiosos en que la habian imbuido desde la cuna, y tambien de los malos ejemplos que habia visto en la corte de Francia, donde se habia educado. Impetuosa, ardiente, movida por los caprichos de su imaginacion, ligera en amar, pronta á aborrecer, no habia entre tantas pasiones,

entre tan brillantes cualidades, sitio para la prudencia. De su desvío hácia su primer marido, la disculpa la conducta poco atenta de este; mas las circunstancias de su asesinato, deponen fuertemente contra ella. Si verdaderamente no habia sido cómplice en este acto tan criminal, tan alevoso, la sola circunstancia de haberse casado con el que públicamente se designaba como el asesino, imprime una mancha indeleble en su memoria. Por lo demás si María Estuarda fué culpable de muchos extravíos, los expió de la manera mas cruda y mas horrible. Se contrista la imaginacion al contemplar aquella mujer en lo mas florido de sus años detenida en cautiverio en el pais en que habia buscado un asilo, y recibiendo tan malos tratamientos de otra persona de su mismo sexo y de su rango. Los diez y nueve años en que sufrió tan duro cautiverio bastarian para quebrantar el corazon mas entero, para abatir el alma de mas temple. María, sin embargo, no perdió nunca la dignidad de su carácter, ni Isabel triunfó jamás de su constancia. Cuanto mas se agravaba su posicion, menos humillada la encontraba su competidora. Durante la última crisis se mostró magnánima y en sus últimos momentos admirable. Si tuvo parte en los planes de conspiracion contra Isabel, la ponia en tan dura precision la conducta tiránica de esta princesa. Nunca se cometió una violacion mas horrible del derecho de gentes, ni se abusó con mas descaro del de la fuerza. La historia y suplicio de María Estuarda forma una de las figuras mas singulares en el gran cuadro del siglo XVI, y se le tendria por una creacion poética si no supiésemos ya por experiencia que la historia se presenta á veces con colores mas fabulosos que la misma fábula.

No abandonó la reina Isabel de Inglaterra su papel de hipócrita aun despues de la bajada al sepulcro de su competidora. Al contrario, fué esta misma circunstancia la que dió mas realce á la falsedad que durante este drama habia mostrado. Al recibir la noticia de que se habia llevado á efecto el suplicio de María, aparentó la mayor sorpresa mezclada del dolor é indignacion mas viva. Se encerró en su cuarto sin querer hablar con nadie, prorumpiendo en exclamaciones contra sus malos servidores que sin su conocimiento se habian apresurado á remitir la fatal órden con tanta rapidez obedecida. Mas esta órden la habia firmado ella misma y sido llevada al Consejo privado por el secretario de Estado, y encargo de la reina. Los ministros se aterraron con estas demostraciones del dolor

y sentimiento, y el secretario de Estado se tuvo desde entonces por un hombre perdido sin remedio. Así lo fué en efecto. Necesitaba la reina de Inglaterra una víctima para que cargase con la responsabilidad del suplicio de María. Se le puso preso en la torre, se le formó su proceso y se le condenó á pagar la enorme suma en aquel tiempo de diez mil libras esterlinas, dejándole reducido á un estado poco menos que de mendicidad, sin haber vuelto nunca á la gracia de la reina. Si los guardadores de la de Escocia hubiesen cedido á las insinuaciones que se les hizo de terminar sus dias sin aguardar la mano del verdugo, regularmente hubiesen sido castigados despues como viles asesinos.

Resonó en todos los ángulos de Europa el suplicio de la reina de Escocia; la indignacion de algunos de sus príncipes fué extrema. Su hijo, el rey de Escocia, puso, como era natural, los gritos en el cielo. Por mucho que trató Isabel de templar aquella irritacion, tal vez el suceso lamentable que la producia, aceleró el estallido de la tempestad que desde España se estaba preparando contra ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the rules of the Library or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
	15 MY		
	MAY 13 '40	BRITTLE DO NOT PHOTOCOPY	
	MAY 2		
	9 '52		
	MAY 10		

C28(1141)M100

COLUMBIA UNIVERSITY
0032208081

946.04
F3357
v.1

946.04 F3357
San Miguel y Valledor
Historia de Felipe II.
v.1

1 May 48

APR 2

AUG 6 1971

APR 18 1945

VOLUME 2

Columbia University
in the City of New York

THE LIBRARIES

HISTORIA DE FELIPE II

REY DE ESPAÑA.

SALVADOR MANERO, EDITOR.

HISTORIA DE FELIPE II

REY DE ESPAÑA.

POR EL EXCMO. SR.

Don Evaristo San Miguel y Valledor,

DUQUE DE SAN MIGUEL;
GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE;
GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CÁRLOS III Y DE LAS REALES
Y MILITARES DE SAN FERNANDO Y SAN HERMENEGILDO; CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS
NACIONALES; PRIMER COMANDANTE GENERAL DEL REAL CUERPO DE GUARDIAS ALABARDEROS;
GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO Y SERVIDUMBRE;
SENADOR DEL REINO; DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,
ETC., ETC., ETC.

SEGUNDA EDICION,

REVISTA, CORREGIDA Y REFORMADA POR SU AUTOR,
Y AUMENTADA CON SU BIOGRAFÍA, JUICIO CRÍTICO DE LA OBRA Y UN ESTUDIO
SOBRE LA ÉPOCA DE FELIPE II
POR

D. VÍCTOR BALAGUER.

EDICION DE GRAN LUJO,
adornada con láminas en acero y boj representando retratos,
batallas, vistas, etc., etc.

TOMO II.

BARCELONA:

ADMINISTRACION.
Ronda del Norte, número 128.

LIBRERÍA.
Plaza del Teatro, núm. 7.

1868.

946.04
F3357
v.2

45-24783

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

45-24783

HISTORIA DE FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Ruptura de la guerra entre España é Inglaterra.—Conferencias de Burburgo.—Preparativos de una invasion en el segundo de estos paises.—Se apresta en Lisboa una armada poderosa, á que se da en nombre de Invencible.—Preparativos en Flandes del duque de Parma nombrado general del ejército de tierra.—Preparativos de Isabel.—Muere en Lisboa el marqués de Santa Cruz nombrado general en jefe de la armada.—Le sucede el duque de Medinasidonia.—Sale al mar la armada.—Tempestad en el cabo de Finisterre.—Arriba á la Coruña.—Entra en el canal de la Mancha.—Escaramuzas entre la armada española y la inglesa.—Fondea la primera junto al puerto de Calais.—Imposibilidad de reunirse con las tropas del príncipe de Parma.—Toma Medinasidonia el rumbo al Norte.—Tempestad.—Desastres.—Pérdida de buques en las islas Orcadas, en las Hébridas y en las costas de Irlanda.—Llega á España la armada medio destruida.—Pérdida de hombres y buques.—Palabras de Felipe II al saber el destrozo de la escuadra.—Espedicion de los ingleses sobre Portugal.—Su desembarco en la Coruña.—Pasan á Lisboa donde no pueden penetrar.—Vuelve la expedicion á Inglaterra con gran pérdida (1). (1588-1589.)

Habia llegado el tiempo de que tomase un carácter positivo y público la guerra sorda que de hecho existia entre Felipe II y la reina de Inglaterra. Llevaba esta enemistad de fecha tantos años, como de reinado contaban ambos príncipes, sobre poco mas ó menos de la misma edad, y que con la diferencia sola de dos años habian subido al mismo tiempo al trono. Si fué cierta la negativa de

(1) Herrera, Ferreras, Strada, Thou, Hume y otros.

Isabel á la proposicion de matrimonio que le hizo don Felipe al quedar viudo de su hermana, por ningun estilo trató de curar la llaga que hizo en su amor propio este desaire. Sea que esto fuese ó no el principio de la enemistad, era esta grande, alimentada con cuantos sentimientos de discordia pueden caber en el corazon de dos monarcas. Si aun no habia entre los dos rivalidad de poderío, pues el del rey de España era conocidamente superior, la habia de secta, de supremacía, de nombre, de ascendiente, de aquella fuerza moral que tanto halaga al corazon del hombre. Campeon Felipe del catolicismo, caudillo en cierto modo Isabel en el campo protestante, tenia que ser el odio recíproco y vivo el deseo de hacerse mútuamente daño. Con los enemigos de Isabel estaba don Felipe; con los de este la primera; mas si la animosidad era mútua, y si se quiere igual, si existian agravios de una y otra parte, la imparcialidad histórica obliga á confesar que los mas públicos, las provocaciones mas marcadas habian sido todas por la de la reina inglesa. Sin disfraz envió esta socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos declarados contra el rey de España; y si la expedicion, sobre todo la del conde de Leicester, no era un acto de abierta hostilidad, consistió sin duda en que no convino considerarle como tal al rey de España. Asilo y proteccion en Inglaterra habia encontrado don Antonio; con fuerzas de Inglaterra habia este efectuado su expedicion en las Terceras. Con gente, con bandera inglesa se habian hecho desembarcos en las posesiones españolas de Ultramar, y almirante inglés era sir Francisco Drake que en la bahía de Cádiz acababa de incendiar una gran parte de su escuadra. Era imposible que no se hiciese pública, que no se declarase abiertamente una guerra que llevaba ya tan larga fecha.

El proyecto de la invasion de la Inglaterra venia de mas lejos. Cuando la conquista de las islas Terceras por el marqués de Santa Cruz, aconsejó al rey este general que emplease aquellas fuerzas marítimas vencedoras y que se podian reforzar muy fácilmente contra una potencia declarada en hostilidad por haber dado asilo á don Antonio, y contribuido con sus fuerzas á la expedicion destinada que tenia por objeto consolidar su autoridad en dichas islas. Debieron de hacerle fuerza las razones de un hombre de mar tan entendido como el marqués, quien al mismo tiempo de presentarle fácil la expedicion, le brindaba con la gloria de restablecer para siempre la fe católica en Inglaterra. Mas empeñado entonces en la guerra de Flandes, aun de aspecto muy dudoso, y tal vez por parecerle la empresa mas difícil que al marqués, no dió por entonces oidos á sus proposiciones. Es dudoso si á pesar de tanta animosidad se hubiese decidido el rey á empeñarse en una guerra abierta á no haber ocurrido el suplicio de María Estuarda. Mas este atentado pareció sin duda tan grave, tan atroz, tan insultante para todos los príncipes católicos, que se decidió á tomar la causa como suya y á vengar solemnemente este ultraje hecho al bando de quien era él el principal caudillo.

Favorecian entonces las circunstancias este gran proyecto. Se hallaba el duque de Parma victorioso en los Paises-Bajos y con grande esperanza de someterlos todos á su antiguo imperio. Triunfaba la política de Felipe en Francia, donde ejercia realmente mas poder que el mismo Enrique. El emperador Rodulfo era su amigo y estaba acostumbrado á considerarle con la deferencia como su sobrino y educado en su misma corte. Los príncipes luteranos del Imperio no se hallaban en estado de enviar socorros á la reina inglesa. Por lo que hace al Papa, en lugar de disuadirle de la expedicion hizo ver que habia llegado el tiempo de emplear todas sus fuerzas para acabar con una princesa enemiga de Dios y de los hombres, fautora de la herejía, protectora de todos los rebeldes que atacaban á la Iglesia. A sus exhortaciones añadió promesas de dinero para sufragar los gastos de la santa empresa.

Se ofrecian, pues, al rey de España todas cuantas facilidades podia desear por parte de los monarcas de la cristiandad; mas la empresa pareció sumamente difícil á algunos de sus consejeros. Dijeron estos que aunque seria fácil á la escuadra del rey de España arrollar la de la reina inglesa, se expondria á los mayores desastres sus fuerzas de tierra, desembarcando en un pais extraño, cuyos moradores no podrian menos de acudir á la defensa de su reino. Que casi nunca se conseguia el objeto de conquistar un pais á mano armada, á menos de llevar fuerzas en extremo numerosas, ó que los habitantes se mostrasen propicios al dominio de los forasteros; que ninguna de ambas cosas podia tener lugar en la ocasion, teniéndose que llevar las tropas embarcadas, y siendo tan impopular en Inglaterra el nombre de los españoles: que aunque pudiesen apoderarse de algunos puntos de la costa, se encontrarian con obstáculos invencibles cuando quisiesen penetrar en el pais, por falta de víveres y de comunicaciones. Que por lo tanto era preferible co-

menzar la expedicion por la Irlanda, pueblo católiico, sumamente deseoso de sacudir el yugo de Isabel, ó bien por la Escocia, donde el rey Jacobo debia estar sumamente resentido con la reina de Inglaterra por el suplicio de su madre.

Por su parte el duque de Parma, con quien se consultó el asunto, dió por respuesta que en lugar de hacerse una expedicion contra Inglaterra, era preferible el destinar los navíos y soldados preparados para ella, á terminar la conquista de los Paises-Bajos, sujetando con las fuerzas navales las provincias marítimas del Norte que se mantenian en su rebelion, por ser superiores en marina al rey de España: que despues de sujetado y pacificado todo aquel pais, se podia prepararallí la expedicion contra Inglaterra, siendo la distancia tan corta, y pudiendo entonces aprovecharse el rey de todos los navíos y demás buques que estaban ahora al servicio de sus enemigos. Eran muy plausibles las razones de los que se oponian á la expedicion, ó querian se efectuase sobre Irlanda: las del duque de Parma no podian ser mas poderosas. Pasar á conquistar la Inglaterra quedando sin sujetar los Paises-Bajos parecia prematuro. Preparar la expedicion marítima en las costas de España pudiendo hacerse en las de Flandes, tenia grandes visos de imprudencia. Mas Felipe II se atuvo á su primer dictámen y dió las órdenes mas terminantes para los preparativos de una expedicion que llamaba ya sobre sí todos los ojos de la Europa.

Parece inverosímil que mientras el rey de España preparaba armamentos formidables para atacar á la reina de Inglaterra, y esta excogitaba con la mayor actividad cuantos medios podian concurrir á su defensa, estuviesen empeñados los dos príncipes en negociaciones de amistad y de avenencia. Mas así era en efecto. Por la mediacion del rey de Dinamarca se habian convenido ambos soberanos en enviar plenipotenciarios á un punto de los Paises-Bajos con objeto de arreglar las desavenencias de las dos coronas, y al mismo tiempo los negocios de los estados disidentes que estaban en tan mala situacion por las victorias del de Parma. Se presentaron en efecto plenipotenciarios por Felipe II y por la reina de Inglaterra. Tambien envió los suyos Alejandro, aunque no podian menos de obrar en todo bajo la dependencia de su soberano. En cuanto á los estados, desconfiados de la buena fe de Isabel, temiendo que serian sacrificados á la política ó intereses de los dos monarcas, no quisieron tomar parte en el asunto, y resueltos á llevar adelante el de

su independencia á todo trance, se abstuvieron de enviar comisionados á Burburgo, sitio de las conferencias.

Era visible y tan claro como la misma luz del dia, que esta reunion de diplomáticos no tenia por una y otra parte mas objeto que el de ganar tiempo. Intentaba Felipe II adormecer á Isabel mientras terminaban los preparativos del armamento que á su ruina destinaba. Era la intencion de la reina Isabel ganar tiempo mientras preparaba sus medios de defensa, esperando por otra parte, que dando algunas largas á la negociacion, terminaria la estacion favorable para la salida de la armada. Se hicieron, pues, de una y otra parte proposiciones, se discutieron artículos de arreglo y paz entre los dos príncipes, comprometiéndose el rey de España á pagar á la inglesa el dinero que habia adelantado á los estados disidentes; se obligaba esta á trabajar todo lo posible para que estos volviesen á la obediencia de su antiguo soberano. Mas no se vino á ningun arreglo, porque ninguna de las dos partes contratantes tenia confianza en la buena fe de la contraria. Los preparativos del rey de España estaban listos: urgia el tiempo de poner en campaña las fuerzas de mar y tierra destinadas á la conquista de Inglaterra. Terminaron bruscamente las negociaciones, casi se puede decir al ruido del cañon que se disparaba desde entrambos campos.

Eran inmensos los preparativos que habia hecho el rey de España para aquella empresa colosal, superior á cuanto se habia visto en el curso de aquel siglo. Resonaron los acentos de la guerra en toda Europa, cuyos ojos estaban fijos en esta gran contienda. En todos los paises sujetos á la dominacion del rey se desplegaba una maravillosa actividad con el movimiento de tropas, con el alistamiento de otras nuevas. En todos los arsenales y astilleros se preparaban buques, se construian otros nuevos, se aprestaba toda suerte de pertrechos navales, y se acopiaban víveres y municiones proporcionados al número de combatientes que por mar y por tierra se ponian en campaña. Jamás habia habido tanto movimiento en la Península española desde que todos sus estados formaban una sola monarquía.

Se designó á Lisboa como el punto de reunion de todas las fuerzas navales destinadas á la empresa. Se nombró por generalísimo de la armada al marqués de Santa-Cruz, cuyos dilatados y útiles servicios le daban derecho á este cargo importantísimo. Pasaba entonces el marqués por el primer hombre de mar de todos los domi-

nios españoles y casi como el principal de Europa. Correspondió á la confianza del rey activando todos los preparativos de la expedicion, sobre todo dirigiendo la construccion de buques de alto bordo, los mayores que hasta entonces se habian conocido (1).

A fines de mayo de 1588 estaba ya en estado de darse á la vela esta armada, á la que con la seguridad y embriaguez de un triunfo próximo se la dió el título pomposo de Invencible. Se componia de ciento y treinta buques grandes, llamados unos galeras ordinarias y galeones, siendo estos de porte superior á los primeros. Se embarcaron en la escuadra cinco tercios españoles, mandados por los maestres de campo Diego Pimentel, Agustin Mejía, Alonso Luzon, Nicolás de Isla y Francisco de Toledo con diez y ocho mil ochocientos y cincuenta soldados. Ascendia el número de marineros y sirvientes á bordo á siete mil cuatrocientos y cincuenta. Se presentaron además doscientos veinte caballeros principales y grandes de España, y otros aventureros de menos alta condicion, en número de trescientos cincuenta y cuatro con seiscientos y cuarenta soldados de servicio. Con esta gente y no pequeño número de frailes que se embarcaron para atender á los socorros espirituales de la armada, llevaba este consigo veinte y ocho mil trescientos hombres.

Cuando estaba para salir la expedicion al mar ocurrió la muerte de su general el marqués de Santa Cruz, pérdida que pareció á muchos irreparable, por los muchos conocimientos, larga experiencia, valentía á prueba y fama grande que alcanzaba. Fué su sucesor el duque de Medinasidonia, de muy poca experiencia militar, y de ninguna en la marina. Sin embargo, pareció al rey, que bien aconsejado por hombres inteligentes, llenaria su puesto, resultando por otra parte utilidad á la expedicion por el acto de ser mandada por hombre de su alcurnia.

Mientras estos preparativos se hacian en Lisboa, no estaba vacío en los Paises-Bajos el de Parma, encargado del mando del ejército de tierra y de dirigir el desembarco. Con la mayor actividad reunió y organizó las tropas que de órden del rey se encaminaban á Flandes, tanto de España como de Milan, de Sicilia y de Nápoles, de la Borgoña y Franco Condado, además de otras que al sueldo del rey se alistaban en varias partes de Alemania. Allegó Alejandro cuan-

(1) En uno de nuestros capítulos suplementarios presentaremos un bosquejo de lo que era la marina en aquel siglo; sobre todo en España, con la descripcion de los diferentes buques, con sus nombres y demás particularidades que llaman la curiosidad del lector, deseoso de comprender bien lo que en este punto nos refieren los historiadores de aquel tiempo.

tos buques pudo para transportar su ejército á las costas de Inglaterra, y no siendo suficientes hizo construir en los puertos de Amberes, Ostende y Dunkerque un gran número de barcos chatos para hacer este servicio. Resonaban en todos los Paises-Bajos el estruendo de los preparativos de la guerra de Inglaterra, y de todas partes acudian las tropas que estaban destinadas á este gran servicio y con ellas muchos caballeros y grandes de España y asimismo de Italia, de Alemania, deseosos de militar en las banderas de Alejandro. No se habia visto tanto movimiento en aquel pais á pesar de los veinte años que llevaba ya de guerra, ni tan crecido número de gente armada bajo unos mismos estandartes. Cuarenta mil hombres de infantería y tres mil caballos componian parte del ejército de Alejandro. Estaban los primeros distribuidos en veinte y un tercios, y los segundos en veinte y un cornetas ó escuadrones. Habia entre estos tercios tres italianos, mandados por Camilo Capisucci, Gaston de Espínola y Carlos Espinelli. Cuatro españoles á las órdenes de Sancho de Leiva, Juan Manrique de Lara, Manuel de la Vega y cabeza de Vaca; uno catalan mandado por Luis de Queralt; cinco alemanes por Juan Manriquez, Ferrante Gonzaga, los condes de Aremberg y Barlamont y Carlos de Austria, marqués de Borgau; siete de valones por el marqués de Reutí, los condes de Bossu, Octavio Mandsfeld de la Mota de Barbanzon, y de Wert; uno de borgoñones por el marqués de Barambou, y otro de irlandeses por Guillermo Stanley. Mandaba la caballería el marqués del Vasto.

Dividió Alejandro este ejército en dos trozos, destinando treinta mil infantes y ochocientos caballos á la expedicion de Inglaterra que debia mandar en persona, dejando los restantes para continuar la guerra en los Paises-Bajos á las órdenes del conde de Mandsfeld, nombrado gobernador general durante su ausencia.

No estaba ociosa por su parte la reina de Inglaterra mientras tan formidables fuerzas preparaba contra ella su enemigo. Con toda serenidad y valor como á tan esforzada princesa le cumplia, preparó cuantos medios de defensa podian conjurar la terrible tormenta que la amenazaba. Sabedora de que sus enemigos contaban con los resentimientos del rey de Escocia, tan ofendido por el suplicio de su madre, se dedicó á templar sus iras por medio de una solemne embajada, en que le hizo ver lo mal que le estaba hacerse instrumento de los enemigos de su religion, que aspiraban á ser dueños de un pais que le correspondia por herencia: que era de su interés unir al

contrario sus fuerzas con las suyas para repeler una agresion que no podia menos que redundar en el destrozo de los dos paises; que si tan rigorosa se habia mostrado con la madre, habia tenido parte en ello el interés del hijo, y que en fin la Inglaterra y la Escocia debian de ser durante su vida íntimos aliados, para acostumbrarlos poco á poco á no ser con el tiempo mas que un solo estado.

Las razones eran especiosas, y el rey de Escocia no pudo menos de sentir su peso. Heredero natural y forzoso de la reina de Inglaterra, ya demasiado avanzada en edad para casarse y tener hijos, debia de considerar la Inglaterra como suya, y por lo mismo en detrimento suyo cuantas conquistas hiciesen en ella las tropas extranjeras. Respondió, pues con templanza á la reina Isabel, y se comprometió á no formar alianza ni dar auxilio alguno á sus encarnizados enemigos.

Libre Isabel de este cuidado, se aplicó al alistamiento de cuantas fuerzas navales y de tierra podian ser necesarias para la defensa de la isla. Era la marina inglesa muy poco considerable á la sazon, y por lo regular se componian las armadas reales de barcos alquilados al comercio. Se alistaron cuantos fué posible; se reunieron hasta setenta y dos, aunque de pequeño porte, nombrándose por general de mar á lord Howard de Effingham, que tenia por segundos á Drake, Hawkins y Frovister. Se situó esta armada, provista de todos los enseres necesarios, en el pueblo de Plymouth, como punto avanzado para observar el movimiento de los españoles.

Mientras tanto se alistaba un ejército de veinte mil hombres con objeto de oponerse al desembarco y órden de replegarse sobre otras fuerzas inferiores en caso de no poder hacer resistencia al ímpetu de los enemigos. Se destinaron además veinte y dos mil hombres mandados por el conde de Leicester para defender la capital y que se situaron en Tilbury. Se componia el cuerpo principal del ejército de treinta y cuatro mil infantes y dos mil caballos á las órdenes de lord Hunsdon, que debia acudir con ellas á los puntos donde creyese necesario.

Ni la escuadra de Isabel se podia comparar en el número y porte de los buques con la de Felipe, ni sus tropas de tierra tenian la experiencia de sus valientes veteranos españoles, italianos, alemanes y flamencos. Mas se trataba de la defensa nacional, de la defensa de un pais, cuya reina hábil, sagaz y previsora sabia hablar al corazon de sus súbditos y dar la primera ejemplo de constancia y serenidad en el peligro. Rodeada de los principales magnates de su corte se presentó á caballo á las tropas formadas en Tilbury, y recorriendo sus filas las exhortó á la defensa del pais en términos que arrancaron aplausos de entusiasmo. Con no menos calor y habilidad se dirigió á la masa de sus pueblos haciéndoles sentir las calamidades de que iban á ser víctimas en caso de caer en manos de un rey como el de España, cuya política y sobre todo intolerancia religiosa eran objeto de terror para el partido protestante. Hasta los mismos católicos en quien Felipe II tenia puestas tantas esperanzas se pusieron por esta vez de parte de Isabel; tal los espantaba la idea de una invasion extranjera aunque fuese de católicos, tal era la prevencion que tenian contra el rey de España sus mismos correligionarios, y tal la terrible impresion que habian hecho los rigores esparcidos en Flandes por el duque de Alba. Tuvo Isabel la habilidad de conservar en estos buenos sentimientos á los católicos, no persiguiéndoles con motivo de una invasion que tenia por pretexto el restablecimiento en la isla de la fe católica. De todos modos les hizo ver que cualesquiera que fuesen sus sentimientos, era antes que todo ingleses, y que como ingleses debian considerar la agresion á viva fuerza por un príncipe extranjero.

A pesar de tan formidables preparativos de la reina inglesa no era bien sabido todavía el punto á que estaba destinada la escuadra de Felipe. Se habia observado en esto una reserva tanto por el gobierno del rey como por el mismo duque de Parma, que estaba con él de inteligencia. El porte de los mismos buques hacia creer que no podian destinarse á las costas de Holanda y de Zelanda, donde lo bajo de los fondos necesitaba otros mas chicos y de menos quilla. La idea mas probable era pues la verdadera, es decir, la invasion de Inglaterra, mas no dejaba de estar recelosa la corte de Francia, que sabia muy bien las relaciones íntimas entre Felipe II y los principales jefes de la liga, á cuyos auxilios pudiera muy bien destinarse, sino el todo á lo menos una parte de la escuadra. Así solo el resultado y la salida al mar de la expedicion puso patente cuál era la verdadera intencion del rey de España. Y todavía se guardó tal secreto sobre la época de la salida, que creyendo la reina Isabel que estaba diferida para el año siguiente, mandó suspender los preparativos de defensa y dió órden para que se desarmasen parte de los buques que en la rada de Plymouth se reunian. Mas el lord Howard, que se hallaba mejor informado, representó contra la imprudencia

de esta disposicion y recabó de la reina no se cesase un punto en llevar adelante los preparativos comenzados.

Zarpó en fin la armada de Lisboa en 9 de junio de 1588, formada en varias divisiones ó escuadras como entonces se decia. Mandaba en persona la primera el marqués de Medinasidonia, compuesta de diez galeones y dos sabras. La segunda de Castilla, Diego Flores de Valdés, de catorce navíos y dos pataches; la tercera de Andalucía, Pedro Valdés, de diez navíos; Juan Martinez de Recalde, la cuarta de Vizcaya, de diez navíos y cuatro pataches; Miguel de Oquendo, la quinta de Guipúzcoa, de diez navíos y cuatro pataches; Martin Bertendona, la sexta de Italia, de diez navíos. Mandaba la llamada de las Urcas en número de veinte y tres, Juan Gomez de Medina, y las de las galeazas, que eran veinte y dos, don Antonio de Mendoza.

Navegó la armada con buen viento observando el mayor órden hasta el cabo de Finisterre, donde habiendo sobrevenido una tempestad, se averiaron muchos buques y se dispersaron otros, habiéndose visto obligado el duque de Medinasidonia á arribar á la Coruña para reparar la escuadra. Allí se le reunieron los buques dispersados, se rehabilitaron los que habian sufrido de la tempestad, y reforzó con la guarnicion de la plaza, dejando en ella los enfermos y los que por otros motivos no podian continuar el viaje. Reparado de esta suerte continuó su rumbo, y sin experimentar contratiempo llegó con su escuadra á la entrada de lo que se llama el canal de la Mancha ó de Inglaterra.

Sabedor por su parte el lord Howard de la salida de la armada, se hizo á la mar con algunos de sus buques, no para buscar á los españoles y trabar combate, sino para observar sus movimientos y cerciorarse de su fuerza. No pudo conseguir su objeto por el recio viento que le soplaba por la proa favorable á los buques españoles, por lo que tuvo que volverse al puerto, reduciéndose su observacion á la de las costas. Mientras tanto seguia su rumbo nuestra armada ya dentro del canal, dirigiéndose al paso de Calais segun las instrucciones que el general en jefe habia recibido del monarca. Queria Felipe II que pasando el estrecho se pusiese su escuadra á vista de Dunquerque y Newport para tomar allí las tropas del duque de Parma, dirigiéndose despues el todo de la fuerza ó bien á la boca del Támesis ó á cualquier otro punto de la costa inglesa que pudiese ofrecer un fácil desembarco, suponiendo siempre que las

fuerzas navales de Isabel serian fácilmente arrolladas por la armada. Eran las intenciones del duque de Medinasidonia atenerse en un todo á las órdenes del rey; mas en el consejo de guerra donde las puso de patente fueron algunos de opinion, que hallándose la escuadra inglesa en el puerto de Plymouth, no debia pasar adelante dejándola á la espalda. De esta misma opinion fué Juan Martinez de Recalde, segundo del duque, haciéndole ver que en nada se opondria á las órdenes del rey, derrotando con anticipacion la escuadra inglesa. Se obstinó el general español en su primera determinacion, y cometió la grave falta de pasar de largo dejando á la izquierda la escuadra de Inglaterra, mas tuvo la precaucion de caminar en órden de batalla por si los enemigos le atacaban. Formó para eso la armada su línea en forma de media luna, habiéndose encargado la derecha á Pedro Valdés, capitan de los navíos de Andalucía, la izquierda á Miguel de Oquendo, y el centro, donde se colocó el general en jefe, dió el mando de la capitana á Diego Flores de Valdés, encargando la retaguardia al teniente Recalde, que seguia á cierto trecho del resto de la armada. Todos los historiadores hacen descripciones magníficas del espectáculo grande y vistoso que ofrecia una escuadra de aquella especie, nunca vista en dichos mares. Es verdaderamente un hecho que jamás habian navegado en ellos buques tan crecidos, mas el de mayor porte no llegaba sin duda al de nuestras fragatas actuales de menos dimensiones.

Al ver los ingleses que los españoles pasaban tan de largo, contra lo que se habian imaginado, se atrevieron á salir en busca de los que al parecer los despreciaban. Con esto se presentaron al combate que los primeros rehusaron, aunque por la diferencia del número y porte de los buques de una y otra armada no pudo empeñarse de un modo decisivo. Estaba á favor de los españoles el mayor porte de sus buques; si bien estas máquinas pesadas y mal construidas no podian gobernarse con toda la destreza y maestría que asistian á los ingleses, mas diestros en la navegacion porque era su elemento necesario. Con sus buques pequeños, pero mas ligeros, escaramuceaban á los enemigos sin venir nunca á una distancia tal que pudiesen trabar con ellos un combate al arma blanca, pues los españoles intentaban trabarlos con garfios de hierro para venir mas fácilmente al abordaje. Así pelearon con sucesos varios el resto de aquel dia; teniendo los españoles bastantes motivos para convencerse de que sus buques tan crecidos no eran una segura ga-

rantía de victoria. Hubo en esta escaramuza ataques parciales de bajel donde se derramó bastante sangre, y se peleó con gran denuedo de una y otra parte. Se prendió fuego en la almiranta del capitan Oquendo, y costó gran trabajo impedir que no fuese totalmente presa de las llamas. Fué cogido el buque de Pedro Valdés por Drake y llevado á Plymouth con toda la tripulacion, en número de cuatrocientos hombres; presa importante por ir á bordo uno de los primeros contadores con cuarenta mil ducados pertenecientes á la armada. Tambien estuvo muy amenazado el buque de Recalde, quien fué socorrido á tiempo por don Alonso de Leiva. A la capitana misma donde estaba el duque dieron embestidas; mas llegaron á tiempo Gaspar Sosa, el mismo Leiva, el marqués de Peñafiel, Recalde, Mejía, Oquendo, trabándose con este motivo pelea de hombre á hombre en que se desplegó de una parte y otra mucha bizarría. Ninguna presa hicieron los españoles á los enemigos.

Se retiraron estos entonces y continuaron observando de lejos la armada española, que llegó á la isla de Wight sin contratiempo. De allí hizo saber el duque de Parma su paradero, pidiéndole al mismo tiempo municiones de guerra que necesitaba. Salió de la ista siempre en direccion al paso de Calais, y despues del curso de muy pocas leguas, se encontró de frente con otra escuadra inglesa que venia de Londres para observar sus movimientos. Entretanto se le acercaron mas por retaguardia los que venian del lado de Plymouth, y con este motivo se trabó entre unos y otros una escaramuza sin merecer otro nombre la refriega, pues los ingleses se sentian demasiado inferiores en fuerza para empeñar una batalla decisiva. A los buques españoles no podian ofender sino de lejos, temerosos de sus garfios de hierro con que trataban de trabar á los contrarios. Luchaban los primeros con las dificultades de un manejo poco pronto y expedito, y además no podian perseguir á los buques enemigos que se abrigaban en la costa pudiendo navegar con menos agua. Por otra parte, los ingleses no podian atacar de frente á buques que les ofrecian mayor número de piezas de artillería y de mucho mas calibre: pero con la mayor celeridad de los suyos y una destreza en la navegacion, introducian el desórden en los contrarios, haciéndoles ocuparse al mismo tiempo en rechazar ataques por puntos muy distintos.

Con esta variedad de sucesos se puso por entonces término al combate. Ciertas yo los ingleses de que los españoles no intentaban

hacer su desembarco en aquellas playas meridionales de la isla, se retiraron dejando á la armada española proseguir su rumbo, con el cual llegó á la altura del puerto de Calais, donde dió fondo. Desde allí envió segundo mensaje el duque de Medinasidonia al de Parma, encargándole le mandase además de municiones, víveres, de que estaban muy escasos. Le encargó además que le indicase un punto donde pudiera recoger su armada que no estaba en aquel estrecho muy segura, y además que le enviase cuarenta ó cincuenta de las embarcaciones que él habia hecho construir y á que daban el nombre de Filipotas, para contrarestar á los buques chicos que usaban los ingleses. Respondió el de Parma en cuanto á puerto, que no podia designar ninguno, debiendo en esta parte el de Medinasidonia aconsejarse con las circunstancias como mas informado que él del porte y número de sus navíos; que le enviaria los víveres y municiones que le eran necesarios; que nadie deseaba tanto como él embarcarse cuanto antes en la armada, y que lo ejecutaria inmediatamente que se le acercase y le quitase de delante el estorbo que le ponian las naves zelandesas y holandesas; que las barcas que él habia construido eran de transporte y solo para conducir sus tropas, y de ningun modo navíos de combate.

Solo aguardaba, en efecto, el duque de Parma el que la armada se le aproximase para emprender la expedicion con un ejército de cerca de treinta mil hombres que mandaba. Todos los tenia dispuestos y preparados en los puntos de la costa, desde Ostende hasta Dunkerque. Porque no cayesen en manos de los enemigos los barcos que habia hecho construir en Amberes, en lugar de hacerles descender el Escalda, los habia hecho subir hasta Gante, conduciéndolos despues por medio de canales hasta en los puntos ya indicados. Todo estaba listo. Los hombres, los caballos, la artillería, los víveres, las municiones, las barcas. No se aguardaba mas que la última señal de embarco, contando siempre con la aproximacion de la armada, cuando á los oidos del de Parma llegó la noticia de un desastre.

Se hallaba la armada surta cerca del puerto de Calais, sin que el duque de Medinasidonia hubiese decidido el punto á que deberia conducirla para proteger la salida del de Parma, pues las naves zelandesas y holandesas le estaban obstruyendo el paso. No era fácil, en efecto que aquella escuadra encontrase puertos de bastante fondo para buques tan crecidos, ni pudiese dar caza á los que siendo de mucho

menos porte se abrigaban tan fácilmente en cualquier costa. Se vió bien por experiencia, que si hubo gran cuidado en construir buques grandes que impusiesen por su aspecto formidable, no se tuvieron presentes ni los mares donde iban á guerrear ni la clase de los buques que deberian de tener al frente. Por las costas de Flandes y Holanda hormigueaban los buques de los estados atentos á impedir la salida del de Parma: por las de Inglaterra estaban en continua vigilancia los ingleses. Se hallaba entre sus jefes, como ya sabemos, el famoso Drake, que tan formidable se habia hecho á los españoles, no solo por sus expediciones en nuestras posesiones de ultramar, sino por sus mismos desembarcos en varios puntos de la Península. Valiéndose este de la oscuridad de la noche, salió en direccion de la armada con ocho buques viejos, embadurnados de brea y llenos de materias inflamables, á quienes puso fuego inmediatamente que los vió metidos dentro de la escuadra de los españoles. Se sorprendieron estos con tan extraordinaria aparicion, y al daño material que hicieron los brulotes en los buques que se incendiaron, se siguió el desórden y la confusion que en todos se introdujo, levando algunos las anclas con precipitacion para huir del peligro, mientras otros participaron del incendio que quisieron apagar en los que ardian. Algunos que se habian hallado en el sitio de Amberes y sido testigos de los brulotes lanzados por la plaza, temieron una explosion parecida á la antigua cuando se voló el puente construido por Farnesio, y con él mas de ochocientos de sus defensores. Con esta idea huyeron precipitadamente, mientras el general español, creyéndose atacado por la escuadra inglesa, no acertó á dar disposicion alguna que cortase los desórdenes de aquel conflicto. Este ataque no tuvo efecto, pues los ingleses trataron solo de esparcir la consternacion en los buques enemigos. No pocos de estos se incendiaron, algunos encallaron en la costa, otros fueron capturados, habiéndose alejado demasiado del grueso de la armada.

No podia ser mas grave la situacion en que el duque de Medinasidonia se encontraba. Sin poder acercarse á ias costas de Flandes, sin poder recibir las tropas de tierra detenidas por las naves holandesas, sin poder empeñar una batalla decisiva con la escuadra inglesa que solo queria empeñar escaramuzas, trató de dejar aquel fondeadero peligroso, y no queriendo internarse otra vez en el canal, tomó la resolucion de navegar hácia el norte y rodear, si era necesario, toda la isla de la Gran Bretaña. Algunos dicen que fué su primer proyecto retroceder por el canal. En los mismos momentos de zarpar ó cuando habia ya navegado algunas leguas, pues en esto no están conformes los historiadores, sobrevino una horrorosa tempestad que dispersó la armada, causando el naufragio de no pocos buques. Los que se salvaron del desastre continuaron su rumbo hácia el Norte por unos mares muy poco conocidos de la mayor parte de aquellos navegantes. A cada paso se iban perdiendo buques, unos que iban á pique por sus averías, otros cogidos por la escuadra inglesa que de cerca los seguia. Causa admiracion que no se aprovechase esta última de las grandes ventajas que le daban el conocimiento de aquellos mares y el estado de desórden con que navegaba nuestra armada. Sin duda hubo flojedad ó mala inteligencia entre sus diversos jefes, mas tambien se debe tomar en cuenta el atraso en que se hallaba todavía el arte de la navegacion tanto en unos como en otros. En cuanto á los nuestros, continuaron su rumbo del mejor modo que pudieron. Hubo mas pérdidas de buques al paso de las islas Orcadas en el Setentrion de Escocia. Continuaron las mismas pérdidas en las Hébridas, situadas en los mismos parajes mas hácia el poniente. Otros diez buques perecieron en las costas de Irlanda. Al fin, despues de mil desastres, llegó el duque de Medinasidonia á las costas de Cantabria con los restos, y estos destrozados, de una armada que pocos meses antes se habia presentado como la señora de los mares. Desembarcó el duque en Santander; Oquendo en San Sebastian, y Juan Martinez de Recalde en la Coruña, donde se hallaban preparados veinte y cinco buques para reforzar la armada. Se dice que de los ciento treinta y cinco bajeles, no contando los de carga de que se componia, perecieron mas de la tercera parte, y que de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil hombres se echaron menos cerca de doce mil, unos náufragos, otros cogidos prisioneros, otros muertos á manos de la enfermedad y de la miseria.

Tal fué el triste fin de una expedicion cuyos preparativos duraron tres años y costaron á Felipe II inmensas sumas. La fama que habia esparcido por el mundo la noticia de aquel armamento formidable, trasmitió ahora con no menos rapidez las calamidades y desastres que fueron su solo resultado. Es opinion vulgarmente recibida en España, que solo las tempestades fueron la causa de las desgracias y descalabros de la armada de Felipe. Mas el hecho es que antes de sobrevenir la tempestad, no habia conseguido ventaja

alguna sobre la escuadra inglesa, habiendo experimentado al contrario algunas pérdidas: que por haber pensado mas en construir bajeles grandes que en el estado de las costas de Flandes, no pudieron tomar en ellos puerto alguno: que entre el duque de Parma y entre el de Medinasidonia mediaban los navíos zelandeses y holandeses experimentados en aquellas costas, y adaptados á sus fondos bajos: que se hizo imposible la comunicacion entre las fuerzas de una y otra parte, y que con los veinte y ocho mil hombres que se hallaban en la armada, hubiese sido gran temeridad hacer desembarcos en Inglaterra, tan bien preparada á recibir las tropas extranjeras. Aun con la reunion de las preparadas por Farnesio hubiese sido muy aventurado querer apoderarse á viva fuerza de un pais donde reinaba un espíritu nacional y un odio á la invasion española, capaces de oponer en todas partes medios de una invencible resistencia. Amaba la Inglaterra á su reina, y prescindiendo de mil motivos de nacionalidad, mediaban los intereses de la religion protestante, á cuya ruina aspiraban abiertamente tanto Felipe II como los demás príncipes católicos que aplaudian su empresa.

El desastre fué muy grande y la defraudacion de las esperanzas, al parecer tan justamente concebidas, debió infundir sumo desaliento en los que de expedicion tan calamitosa regresaban. No podian echarse nada en cara por lo que toca al valor, á la resignacion y á la constancia que en aquellos conflictos desplegaron. Mas volvian á su pais rotos y destrozados, si no se les podia dar el nombre de vencidos. Estaba el duque de Medinasidonia abatido y receloso de presentarse ante la vista de Felipe; se hallaba ya cubierta la nacion con el luto por tantas pérdidas causadas; mientras el rey de España ignoraba todavía el resultado de la expedicion, los desastres de una armada que tanto dinero y tantos afanes le habia costado. Por fin, llegó un correo á la corte con fatales nuevas que el duque de Medinasidonia remitia. Nadie se atrevia á introducir el mensajero en el despacho del rey, hasta que se encargó de esta comision Cristóbal de Mora, uno de los de su cámara. Cuentan que estaba el rey á la sazon solo en su cuarto escribiendo cartas, una de sus ocupaciones favoritas. Recibió al mensajero con su seriedad acostumbrada, y despues de leer el fatal pliego que le circunstanciaba la derrota, aseguran que dijo: «Doy gracias de corazon á la Divina Majestad, por cuya mano liberal me veo con bastantes medios todavía para sacar al mar otra armada, cuando lo considere necesario. No juzgo que importe mucho el que nos quiten la corriente del agua mientras permanezca salva la fuente que la producia.» Concluidas estas cortas razones volvió á coger la pluma y continuó escribiendo con aspecto y ademan de un hombre que acaba de recibir una noticia indiferente, dejando atónitos al cortesano y al correo. No se puede garantizar semejante anécdota forjándose tantas, sobre todo en semejantes casos. Mas todos convienen en que Felipe II recibió la noticia con su misma serenidad y templanza acostumbrada cuando le llegaban otras favorables; que no se mostró ni consternado ni abatido; que mandó dar gracias á Dios por haber tenido la bondad de conservarle parte de la escuadra, y que mandó tomar disposiciones y distribuir cuantiosos donativos para la cura de los enfermos y heridos, premios á los que mas se habian distinguido, é indemnizaciones por los perjuicios padecidos. El duque de Medinasidonia, que tanto recelo tenia de presentarse delante del monarca, fué recibido sin ninguna demostracion de desagrado.

Se celebró en Inglaterra, como era natural, un desastre que de tan graves peligros la habia libertado. Se presentó la reina Isabel rodeada de su corte, de los principales personajes, de las cámaras del parlamento, en la catedral de San Pablo, á dar gracias á Dios por el triunfo y victoria de sus armas. Se manifestaron como en procesion de triunfo las banderas, cañones, armas y demás despojos cogidos á los enemigos, y con el mismo aparato fueron conducidos á la torre de Londres, donde todavía se conservan. Resonaron en Londres aclamaciones á la reina por tan feliz motivo, y con toda suerte de festejos públicos se celebró la derrota de los extranjeros que de una invasion al pais habian amenazado.

El año siguiente de 1589 se preparó una expedicion en Inglaterra contra Portugal, con objeto de restablecer en aquel reino á don Antonio. Se comprometió la reina á suministrarle ciento y veinte navíos, con veinte mil hombres y tres mil marineros; obligándose don Antonio á ser reconocido en Portugal á los ocho dias de desembarcar, y que entonces pagaria á la reina por sus adelantos cinco millones de oro y trescientos mil escudos anualmente, quedándole á mas el derecho de aprontar armadas en Lisboa cuando lo juzgase necesario. Se nombró general de mar á Drake, y al coronel Norris jefe de las tropas de desembarco. Se aprontaron en efecto los veinte mil hombres; mas los buques fueron muchos menos, siendo tambien escasos los víveres y las municiones. En el

mar se encontraron con unos buques anseáticos que apresaron para tener este aumento de escuadra; mas si consiguieron así llevar su gente mas desahogada no adquirieron nuevos víveres y municiones que les eran necesarios. No se arredraron, sin embargo, con este inconveniente, y siguieron impávidos su marcha. Iban destinados como hemos dicho á Portugal; mas habiendo sabido en el camino que se preparaba en la Coruña una expedicion contra Inglaterra ó tal vez con otro motivo, se acercaron á las costas de Galicia. Entraron sin obstáculo en la bahía de la Coruña, donde se hallaba á la sazon el almirante Recalde, y quemaron varios buques españoles. En seguida desembarcó la tropa en la costa inmediata, y despues de haber derrotado un cuerpo de tropas que les salieron al encuentro, pusieron sitio á la Coruña, donde se hallaban como unos setecientos hombres divididos en siete compañías. Sin grande dificultad tomaron por asalto la parte baja de la poblacion ó pescadería, que entraron á saqueo. En el ataque de la alta, que es la verdadera plaza, encontraron una fuerte resistencia, habiéndose puesto á la cabeza de las tropas su gobernador el marqués de Cerralvo, quien hizo jugar la artillería. Los vecinos tomaron parte en la defensa. Todavía recuerdan con satisfaccion los habitantes de aquel pais el nombre María Fernandez Pita, mujer esforzada que animaba á las otras con su ejemplo, y que mató con una pica á un alférez inglés que subia con una bandera en la mano cuando el primer asalto de los enemigos. Otros dos dieron en que se les rechazó con la misma valentía. Tambien recurrieron á la mina, y aunque la primera voladura fué de poco efecto, la llevaron mas adelante donde la explosion echó abajo una especie de baluarte; mas los nuestros que estaban preparados para aquel estrago rechazaron el asalto, que los enemigos dieron formando tres columnas. Al mismo tiempo atacaron al castillo de San Antonio donde no tuvieron mejor éxito. Volvieron á asaltar escogiendo otro paraje mas débil, y fueron igualmente desgraciados. Tambien adoptaron el expediente de poner fuego á la ciudad; mas los soldados y los habitantes todos, cuyo valor no puede encarecerse lo bastante, lograron apagarle. En fin, despues de doce dias de sitio en que los sitiados se negaron á toda capitulacion, se retiraron los ingleses. Y despues de destruir y saquear cuanto se les vino á las manos, se embarcaron tomando el rumbo de Lisboa.

Mientras tanto sabedor el rey de la expedicion de los ingleses, habia dispuesto la formacion de un ejército cuyo mando se confió á don Fernando de Toledo, nombrándose maestre general á don Francisco Bobadilla. Se dió el cargo de la caballería á don Alfonso de Vargas, y se le mandó tomar inmediatamente el camino de Lisboa. Al mismo tiempo se ponia en estado de defensa las costas de Granada y Andalucía, y se armaban galeras para ir á reunirse con las de Lisboa.

Por su parte el archiduque Alberto, virey de Portugal, habia tomado sus medidas para recibir á los ingleses. Le auxiliaban el conde de Fuentes y el marqués de Portoalegre, reuniendo cuantas fuerzas se encontraron disponibles. Don Alonso de Vargas no habia llegado todavía; mas no faltó con qué guarnecer bien á Lisboa y ponerla al abrigo de un golpe de mano, que era lo esencial en aquellos críticos momentos.

Se reducia el problema de la expedicion de don Antonio á si se le levantaria ó no el pais á su favor con la noticia de su desembarco.

A mediados de junio llegó á Peniche, cuya guarnicion abandonó la plaza, retirándose á Torres-Vedras. Los ingleses desembarcaron en seguida, y quedándose en este punto don Antonio con dos mil hombres se puso en marcha Norris al frente de diez mil, y llegó á Torres-Vedras, donde se entró sin dificultad, proclamando en seguida á don Antonio. Drake se situó cerca de Cascaes para entrarse por el Tajo cuando fuese necesario.

Avanzó Norris hácia Lisboa. El archiduque, determinado á resistirse, mandó quemar todos los almacenes fuera de muros, y se preparó dentro para sostener un sitio si fuese necesario. Trató de asegurar las personas que pasaban por mas adictas á don Antonio, mientras las que habian seguido la parcialidad del rey y los españoles residentes en Lisboa, temian la vuelta al poder, del prior que estaba á las puertas. Hubo en la capital momentos de mucha confusion, mas ningun pronunciamiento en favor del príncipe proscripto.

Siguió Norris avanzando poco á poco, y entró en los arrabales de la capital, que puso á saco; para tomar á viva fuerza la ciudad no tenia medios, pues aquella guarnicion crecia y el archiduque preparaba activamente su defensa.

El pais estaba quieto. Ni las proclamas de don Antonio ni las cartas que escribió á sus numerosos partidarios producian el menor

efecto. El duque de Braganza se presentó en Lisboa con cien infantes y cien caballos, poniéndose á disposicion del archiduque. Pocos dias despues llegó don Alonso de Vargas con su gente. Al mismo tiempo entró en la capital otro refuerzo de seiscientos hombres de Entre-Duero y Miño; de modo que el archiduque tenia ya medios de mandar hacer salidas. Así se hizo en efecto por dos veces, mas sin fruto por una y otra parte al fin de una hora de refriega.

Viendo el coronel inglés que nadie en Lisboa se movia á favor de don Antonio, que el pais estaba quieto, y que seria inútil intentar un ataque á viva fuerza sobre una plaza dispuesta á resistirle, levantó sus reales y se movió camino de Cascaes, á donde llegó sin obstáculo, á pesar de que el conde de Fuentes trató de picar su retaguardia. Con Drake, surto en aquel puerto, concertó la vuelta de la expedicion á Inglaterra, y aunque don Antonio se oponia, fué preciso hacerlo así, pues Drake no habia sido mas feliz por mar que el coronel en tierra. Por otra parte carecian de víveres, y los buques se hallaban medio infestados; tan grande era el número de los enfermos. La expedicion levó anclas y tomó la vuelta de Inglaterra, á donde llegó poco mas de la mitad de los buques y la gente que con la vana esperanza de un gran botin se habia embarcado sin saber apenas el objeto de la empresa.

CAPÍTULO II.

Asuntos de los Paises-Bajos despues del descalabro de la armada.—Sitio de Berg-op-zoom.—Repulsa.—Siguen las operaciones con poca actividad.—Toma de varias plazas.—Entran los españoles en Rimberg y Gertruidemberg.—Recupera el príncipe Mauricio á Breda (1).—(1588-1590).

Fué testigo el duque de Parma del descalabro de la armada española sin poder dar paso alguno en su socorro. Aguardando con sus tropas listas el momento favorable de pasarlas á su bordo, vió destruidos todos sus trabajos para aprestar un armamento que iba á producirle tanta gloria. A esta mortificacion tan natural en un hombre de su temple y sentimientos, se agregaba el disgusto de saber que se le atribuia una gran parte del malogro de la empresa. Decian sus émulos, que á presentarse prontamente con sus fuerzas de tierra á bordo de la armada, no se hubiese visto precisada á estar tantos dias delante del puerto de Calais, pudiéndose efectuar el desembarco en Inglaterra antes que sobreviniese la horrorosa tempestad. No dejó de fomentar estos rumores el mismo duque de Medinasidonia, sucediendo en esto como en tantos casos desgraciados, que cada uno achaca á culpa ajena lo que ha sido efecto de la suya. Tenia en defensa el príncipe de Parma la simple consideracion de que era imposible verificar semejante traslacion á un hombre desprovisto de buques para contrarestar á los zelandeses y holandeses,

(1) Las mismas autoridades que en todos los capítulos relativos á los Paises-Bajos.

que en las costas de Flandes hormigueaban, pues los barcos que él habia mandado construir no eran de combate y sí solo de trasporte para conducir sus tropas al abrigo de la escuadra. Era pues necesario que este se hubiese acercado à las costas para apoyar la salida del de Parma, aproximacion muy difícil, como ya hemos dicho, por lo crecido de sus buques, nada á propósito para costas de tan poco fondo. La falta estaba, pues, en los que habian preparado aquella escuadra sin arreglar la dimension de los navíos á los mares en que tenian que presentarse; no en el de Parma, que debia de confiar naturalmente en su posibilidad de salir al abrigo de las naves. Pero como en estas disputas y controversias no reina jamás la buena fe, natural era que sin dar á todas estas razones el suficiente peso, circulasen en España, en Italia y otras naciones extranjeras rumores poco favorables á la buena fama de Alejandro. Que mediasen en eso deseos de malquistarle con el rey, tanto en las personas de su córte como en otras de mas alta clase, es muy probable teniendo en consideracion los triunfos obtenidos por el duque en los Paises-Bajos. Ni á los estados, ni á la reina de Inglaterra, ni á los demás enemigos de Felipe II convenia la presencia en Flandes de una persona cuya capacidad militar les habia sido tan funesta. Que empleasen cuantos medios fuesen posibles para romper la buena inteligencia en que estaba con el rey, debe presumirse fácilmente: que la reina Isabel no fuese la menos activa en propalar estos rumores, parece natural en una princesa astuta á quien el duque de Parma hacia tanta sombra. Algunos dicen que se llegó hasta tentar su fidelidad con la perspectiva de mas grandes ventajas si se apartaba de la obediencia de Felipe, y que Farnesio recibió estas insinuaciones ó consejos con las muestras del mas sentido enojo. El hecho es que en nada se alteró su buena inteligencia con el rey, como lo demuestra toda su conducta sucesiva, y que despues de frustrados sus designios de pasar á Inglaterra, se aplicó á continuar la guerra en el pais con su actividad acostumbrada.

La reunion de tantas fuerzas para dicho desembarco sobre aquel pais le podia ser útil, á lo menos, para acabar de reducir á la obediencia del rey todas las provincias disidentes. No era sin duda despreciable el número de cuarenta mil hombres de guerra, cuando Alejandro llevaba ya reducidas las meridionales, que eran sin duda las mas ricas. Mas la fuerza de los ejércitos de entonces no podia ser permanente por lo mucho que costaba. Se las reunia en las

grandes necesidades: se licenciaban cuando habian pasado los motivos. Así sucedió sin duda con las de Alejandro, pues de otra manera hubiese continuado la guerra con mas viveza y mas ventajosos resultados para el rey de España. Por otra parte se hallaban los estados cada vez mas animosos con los reveses que acababa de padecer su antiguo soberano. Habian aprovechado el respiro que les habia dado Farnesio allegando nuevas fuerzas de tierra y mar, aumentando las fortificaciones de las plazas, y creándose nuevas riquezas debidas á la navegacion y á la industria. A la cabeza del pais continuaba el príncipe Mauricio, tan hábil en las artes del gobierno y mas hombre de guerra que su padre. Aunque no podia llamarse rival de Farnesio, se mostraba un digno competidor suyo, cuyo genio le ponia muchas veces en apuro.

Con estos preliminares pasaremos al simple relato de la continuacion de aquella guerra. Habia pasado ya lo principal de la buena estacion del año 1588, y no podia por lo mismo ser muy larga la campaña.

Dividió el duque de Parma su ejército en tres trozos. Puso el uno al mando del conde Ernesto de Mansfeld, con órden de situarse en la provincia de Güeldres; envió el segundo al electorado de Colonia, donde el arzobispo Ernesto acababa de perder á Bonna, mientras el mismo duque á la cabeza del tercero pasó á poner sitio á la plaza de Berg-op-zoom, que acababa de ser tomada por los estados, y donde se hallaba de gobernador el coronel Norris con un cuerpo considerable de ingleses.

Está la plaza situada sobre el rio Zoom, que desemboca en el Escalda, mucho mas abajo de Amberes. Como todas las de aquel pais está rodeada de terrenos pantanosos, fáciles de inundar por medio de canales. A las inmediaciones se halla la isla de Tolem, una de las muchas que forman los diversos brazos de aquel rio caudaloso. Es Berg-op-zoom la última plaza de Brabante por aquella parte, y la única de la provincia que no estaba sujeta á la obediencia de las armas españolas. Trató Alejandro de comenzar la expugnacion de la plaza con la de Tolem, y con este objeto mandó al marqués de Renti con sus valones. Marchó en efecto este jefe, mas tuvo que desistir de la empresa por lo inaccesible de la isla y la resistencia que pusieron al desembarque la guarnicion de un castillo fuerte que la defendia. Desesperanzado el de Parma de su posesion, aplicó todas sus fuerzas á la toma de la plaza.

Para llegar á sus murallas necesitaban los españoles apoderarse de un castillo fuerte que tenian por delante y que les servia de baluarte. Se hallaba guarnecido este castillo por ingleses como el cuerpo de la plaza. En él tenia inteligencias Alejandro por medio de algunos españoles. Sea porque así lo deseasen ó por ficcion y obrando de órden de sus superiores, les propusieron algunos soldados ingleses el abrir las puertas del castillo á las tropas de Alejandro. Hubo mensajes de una y otra parte, y el duque de Parma dió garantías de cuantiosas recompensas por el rey, á tener ejecucion lo prometido. En medio de estas negociaciones tuvo avisos el gobernador inglés de cuanto se tramaba, y para adormecer mejor á los españoles y cogerlos en un lazo hizo que el plan pasase adelante, sirviéndose de los mismos instrumentos que ahora trabajaban por su propia cuenta. Cuando á los españoles se hizo ver que la cosa estaba ya arreglada, se presentó uno de los supuestos conjurados en su campo cerrada ya la noche, y les manifestó que dentro de una hora á una seña convenida se les abririan las puertas de la plaza. Se destacaron treinta hombres para que acompañados del falso espía se acercasen sigilosamente á las puertas del castillo. A poca distancia de este cuerpo de descubridores se puso en movimiento el tercio de Sancho de Leiva para echarse rápidamente sobre la puerta al instante que la abriesen. Con esta confianza marchaban las tropas sin que les arredrase la oscuridad ni el tener que atravesar terrenos pantanosos.

Al llegar á la puerta del castillo los descubridores, se les escapó el guia envuelto en la oscuridad sin que pudiesen dar con su persona. Era ya demasiado tarde para reparar su error, pues ya conocieron que los habia vendido aquel falso confidente. Habia en efecto acudido la guarnicion del castillo á las murallas correspondientes á la puerta y comenzaron á hacer fuego sobre los treinta hombres, dejándolos atónitos, sin medio de huir ó repararse. El tercio que seguia las huellas, en lugar de retroceder como las circunstancias se lo aconsejaban, avanzó con precipitacion en auxilio de la vanguardia, sin sospechar todavía la traicion de que era víctima. Recibieron así los tiros de los arcabuces y las baterías, sin poder utilizar los suyos, pues los enemigos estaban á cubierto. Tuvieron al fin que retroceder despues de una pérdida muy considerable entre heridos y muertos. En cuanto al duque de Parma, viéndose burlado por los falsos confidentes, sin esperanza ya de hacerse dueño á viva

fuerza del castillo, se vió obligado á retirarse de la plaza, mas no sin hacer construir antes algunos fuertes en los alrededores, para que le sirviesen de apoyo cuando volviese á otro sitio, y tener encerradas á las tropas que la guarnecian.

Mas feliz fué la division que á las órdenes del conde de Chimay envió el duque al territorio de Colonia. Se habia apoderado de la plaza de Bonna el general Schenken de la parcialidad de Truschen, y el elector Ernesto, sin medios de recuperarla, habia remitido al expediente de ajustar con Schenken una tregua. Con esto no era lo que convenia al duque de Parma, por la proximidad de los enemigos á los Paises-Bajos, envió de concierto con el elector las tropas referidas, donde además del conde de Chimay se contaba el italiano Capisucci y al español Pedro de Tasis. Se presentó el cuerpo expedicionario al frente de la plaza de Bonna situada á la izquierda del Rin, con algunos castillos que la defienden por la orilla opuesta. Era la opinion de Tasis que se empezase por aquí el ataque; la de Chimay, que se acometiese desde luego el cuerpo de la plaza. Prevaleció este dictámen y se comenzaron las obras de sitio. Murió en el reconocimiento de una de ellas Tasis, capitan de gran mérito y distinguidos servicios, y como fué reemplazado por Francisco Verdugo, opinó este á su llegada al campo, por lo mismo que habia aconsejado su antecesor, á saber, que comenzasen los ataques por las obras exteriores. Del mismo parecer fué Espinelli, maestre de campo en las tropas italianas. Accedió al proyecto el general; se procedió al asalto por aquella parte; mas acometieron las tropas tan desordenadamente, que tuvieron que retirarse con notable pérdida. En vista de lo inútil de estas embestidas, procedió Chimay con órden mas metódico; continuó las obras de sitio, recurrió al medio de las minas y con su auxilio llegó á derribar el baluarte principal que avanzaba hácia el campo en forma de martillo. A pesar de ser este la principal defensa de la plaza, no daban los defensores muestras de rendirse. El gobernador Schenken se hallaba fuera cuando empezó el sitio, mas esta misma circunstancia aumentaba el ánimo de los sitiados, que aguardaban á cada momento su llegada con refuerzo de hombres y de víveres. Tal era en efecto el designio del general aleman; mas le fué imposible penetrar por las líneas de los sitiadores. Para divertir la atencion del conde de Chimay, amagó embestir la plaza de Nuiss, contando con que el español enviase algunas fuerzas en su socorro y le ofreciese mas facilidad de entrar

en Bonna; mas aquel, sin pensar en moverse, solo se aplicó á estrechar mas y mas el sitio de esta plaza. Se vieron los de adentro en los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con la brecha abierta. En esta situacion, no atreviéndose á correr los azares de un asalto, pidieron capitulacion y la obtuvieron, permitiéndose libre salida á la guarnicion con sus equipajes, mas sin ningunos honores de la guerra.

Libertado ya de enemigos, encargó el duque de Parma al conde de Mansfeld el sitio de la plaza de Wachtendonck situada en el litoral de la prvincia de Holanda, fuerte por su construccion y mucho mas por el terreno pantanoso donde está situada. Se presentaba por lo mismo la empresa muy dificultosa, y no faltaron quienes quisieron disuadir á Mansfeld de acometerla; mas no le hicieron impresion, y con toda confianza se presentó delante de sus muros. Para remediar los inconvenientes del terreno mandó construir algunos fuertes, por medio de los que facilitaba las comunicaciones entre sus cuarteles. Mas los aproches de la plaza ofrecian muchísimas dificultades por la imposibilidad de abrir brechas en un terreno tan fangoso. A todos estos inconvenientes buscó remedio el conde de Mansfeld, y los trabajos del sitio avanzaban sin cesar aunque lentamente. A pesar de que era mucha la actividad del general español y grande su teson en llevar á término la empresa, es dudoso que llegase á conquistar la plaza sin el auxilio de las bombas que acababan de inventarse y se ensayaron por primera vez en este sitio. Hicieron desde luego tan formidables proyectiles su efecto natural, derribando edificios, incendiando barrios enteros, y sobre todo sobrecogiendo de espanto y terror al vecindario. Se pedia á voces la capitulacion con un enemigo que los amenazaba de una ruina inevitable. Mas el gobernador Lantier se mostró sordo á tantos gritos, en sus apuros y desesperacion dispuso una salida á cuya cabeza se puso él mismo, trabando con el enemigo una pelea dentro de los fosos. Fué terrible el choque, mas tuvieron los sitiados que ceder al mayor número, habiendo quedado el gobernador muy mal herido. Con esto se aumentó el pavor del vecindario, y no siendo ya un obstáculo la resistencia de aquel jefe, se ajustó la capitulacion con Mansfeld, casi en los mismos términos que la de Bonna, saliendo la guarnicion con equipajes y sin armas.

A la pérdida de Wachtendonck por los Estados, se siguió la de Gertruidemberg, plaza de la Holanda guarnecida á la sazon con

tropa inglesa. De la poca armonía que reinaba entre estos auxiliares y los confederados, no podian menos de seguirse infidencias y traiciones. Por otra parte escaseaban las pagas como siempre, y los ingleses se quejaban altamente de lo mal recompensados y atendidos que se hallaban sus servicios. Reinaba mal espíritu en las tropas que guarnecian la plaza ya citada, de lo que noticioso el conde Lanzavechia, gobernador de Breda, plaza muy vecina á la de Gertruidemberg, intrigó con el de esta y los principales de la guarnicion para que pasasen al servicio del duque de Parma, quien recompensaria sus servicios con la liberalidad generosa á que estaba acostumbrado. Enviaron en efecto los ingleses comisionados á Alejandro, brindándole con la entrega de la plaza, cuyas proposiciones acogió el duque con muestras de cordialidad, ofreciendo recompensas por tan gran servicio. Para aprovecharse de la promesa se puso en marcha, camino de Gertruidemberg, con un cuerpo de tropas escogidas, y fué tan á tiempo esta medida, cuanto que el príncipe Mauricio, sabedor de lo que en aquella plaza se tramaba, se movia por su parte para entrar en ella antes que ocurriese esta desgracia. Noticioso Mauricio que se acercaba el duque de Parma con fuerzas superiores, tuvo que retroceder y renunciar á su designio. Los ingleses, constantes en el suyo, se pronunciaron por el duque de Parma, y le abrieron sin resistencia las puertas de la plaza. Recompensó Alejandro con libertad esta traicion, y dejó por gobernador en Gertruidemberg al mismo Lanzavechia, conservándole en el mando que tenia ya de la de Breda.

En abril del mismo año (1589), se marchó Alejandro á los baños de Spá, por el mal estado de su salud, dejando en su ausencia al conde de Mansfeld con el mando del ejército. No era este jefe querido sobre todo de los españoles, que le tenian por poco afecto á los de su nacion y por sobrado duro. Comenzaban á resistirse estas tropas de los vicios de insubordinacion y disciplina que se introducen con una guerra dilatada, en que por precision hay que soltar tantas veces el freno á la licencia. No siendo ya muy activas las operaciones, se abandonaban á todas las disipaciones que lleva tras sí la ociosidad y la profesion misma de las armas, en que los hombres son mas sedientos de placeres por lo mismo que experimentan mas duras privaciones. Se sintió en los campamentos y las guarniciones la falta de Alejandro, á quien temian tanto cuanto amaban, cuya severidad sabia desplegar tan frecuentemente como su muni-

ficencia. Comenzaron los disgustos, las murmuraciones, la desaprobacion casi pública de la conducta de Mansfeld, á quien faltaba mucho de la popularidad que tanto distinguia al general en jefe. Segun las instrucciones que este le habia dado, no fué remiso en continuar las operaciones militares. Se apoderó de la plaza de Heel, situada junto al Rin, y de la isla de Bommel sobre el mismo. Procedió en seguida á la operacion de fortificar este último punto para que le sirviese de base de sus operaciones sobre Holanda, cuando un tercio de infantería española llamado el tercio viejo mandado por Sancho de Leiva, comenzó á dar síntomas de abierto descontento, propasándose á murmuraciones públicas contra Mansfeld, objeto de su grande antipatía.

De las palabras pasaron á los hechos, prorumpiendo una noche en abierta sedicion y dirigiéndose formados á la plaza de armas. Se esparció la alarma en todo el campo, atribuyéndose el alboroto á una acometida de los enemigos; mas tardó poco en saberse la verdadera causa, al oirse claramente los gritos sediciosos pronunciados contra el jefe. Por fortuna no estaban los demás españoles en los mismos sentimientos. Pronto se armaron otros dos tercios al mando de Manrique y Bobadilla, que acudieron á refrenar la insolencia de los sublevados. Viéndose estos acometidos por los que creian ser sus auxiliares tuvieron que reducirse al silencio, y la sedicion se disipó tranquilamente, volviéndose los amotinados á sus alojamientos en medio de las tinieblas de la noche. Envió Mansfeld al duque de Parma una relacion de lo ocurrido con sumaria informacion del hecho. Pareció muy gave el asunto al general en jefe, y mandó que siguiesen adelante las averiguaciones, resuelto á castigar como lo tenia de costumbre, todo atentado contra la obediencia y disciplina. A pesar de que el tercio culpable era de los mas aventajados en la guerra, y en quien tenia puesta gran confianza, dió las órdenes de que pasase á Namur y de aquí á Thiel, donde era su intencion el desarmarle. En vano le hicieron ver algunos de los jefes principales los inconvenientes de deshacerse de un cuerpo tan valiente, y por sus muchos años de servicio se le daba la denominacion de tercio viejo. Respondió Alejandro que no habia servicios por distinguidos que fuesen, bastantes á borrar la mancha de la insubordinacion é indisciplina, y que valia mas un tercio menos aunque esforzado, que tolerar faltas que podian arrastrar consigo la ruina del ejército. Sus órdenes se llevaron, pues, á efecto. Habiendo lle-

gado el tercio á Thiel, se le mandó formar, mientras hacian la misma operacion un regimiento de caballos alemanes, y tos tercios de infantería española que rodearon los culpables. Se leyó despues en alta voz el bando ú órden del duque de Parma, de que el tercio de Sancho de Leiva habia dejado de existir por su delito de indisciplina, y en seguida se procedió á la separacion de sus compañías y despojos de las armas. Prorumpieron aquellos veteranos en quejas y hasta llanto, enseñando unos sus canas, otros desabrochándose el pecho para que viesen mejor sus cicatrices, quienes abriendo su boca para manifestar que se les habian caido sus dientes en servicio de España. Mas no era el designio de Alejandro deshacerse de soldados tan valientes, pues luego que se cumplió el acto de justicia, dispersó las compañías en los otros tercios, formando uno nuevo con las que sobraron en virtud de este arreglo. A los oficiales que no habian tenido parte en el alboroto, conservó en su gracia, y el maestre de campo Sancho Leiva, soldado valiente y experimentado, quedó á las inmediaciones de su persona, para que le sirviese de consejo ú otro modo que le conviniese.

Sucedió este desarme del tercio de Sancho de Leiva á principios de 1590, tres meses despues del regreso de los baños. En aquel intervalo habian tenido lugar algunos acontecimientos militares de escasa importancia y que no mencionamos por lo mismo. Ninguno de los generales en jefe se mostraba muy activo; el de Parma, sin duda por falta de fuerza; el príncipe Mauricio, tal vez por lo mismo y la necesidad de atender á los negocios que la nueva organizacion del pais originaba. Era la indole de aquella guerra caminar lentamente, como arrastrándose, sin que jamás se diese alguno de aquellos golpes que por su importancia deciden la contienda. Ya llevaba la de los Paises-Bajos mas de veinte y dos años de duracion con innumerables sitios y combates, y en este teatro habian combatido los principales capitanes de aquel siglo y las tropas de casi todas las naciones de Europa. Habia reducido Alejandro á la obediencia del rey todas las provincias meridionales, incluso el Brabante; conservaba las de Güeldres y la Frisia, mientras las de Holanda parecian arrancadas para siempre al dominio de los españoles. Para continuar sucintamente nuestra relacion diremos que no habiéndose concluido del todo por aquel tiempo la guerra de Colonia, por permanecer todavía la plaza de Rimberg en poder de los de la parcialidad de Truscber, se movió por disposicion de Alejan-

dro el marqués de Barambon para ponerle sitio. Comenzó este por la expugnacion y toma de la torre de Bieck, pasó despues al sitio de la plaza de Bliembeck, y despues de apoderado de ella emprendió el de Rimberg, objeto principal del movimiento. Opuso la plaza una seria resistencia. Acudió á su refuerzo el famoso Schencken, y aunque fué derrotado en el primer encuentro, volvió de nuevo y tuvo su desquite, mas sin lograr por eso que levantasen el sitio de la plaza, que tuvo que rendirse al fin abandonada á sus recursos. Con la toma de Rimberg concluyó la guerra de Colonia, y la parcialidad de Truschen quedó destruida para siempre.

Por aquel tiempo hizo un movimiento Schencken, sobre la plaza de Nimega, situada á las márgenes del Vaal, y pensando tomarla de sorpresa, llevó una noche sus tropas por agua desde el fuerte de Schencken, que se halla á pocas leguas de distancia. Llegó la expedicion á los mismos muros de la plaza, cubierta con la oscuridad, y cuando esperaba entrar sin ser sentida, se oyeron voces de alarma que pusieron la guarnicion en movimiento. Acometidos los de Schencken, no pensaron mas que en la retirada y en la fuga, volviéndose á sus barcos; algunos zozobraron y encallaron con la pérdida de mucha gente. Fué uno de los ahogados el mismo Schencken, jefe valiente y de capacidad, enemigo muy temible de las españoles á quienes habia servido.

Por el mismo tiempo ocurrió la toma de la importante plaza de Breda por el príncipe Mauricio, siempre ansioso por el recobro de una ciudad que era de su propio patrimonio. Ya hemos visto que su gobernador Lanzavechia habia pasado á serlo tambien de Gertruidemberg recien caida en manos de los españoles. Tal vez á esta disposicion poco acertada se debió la pérdida de Breda. Residiendo Lanzavechia en la primera de estas plazas, confió interinamente el mando de la última á un hijo suyo, hombre de pocos años y menos experiencia. Fiado en su poca vigilancia y precaucion apeló el príncipe de Orange á la estratagema de introducir en la plaza como unos cien hombres armados en el fondo de una barca, cubiertos con un tablado que no se dejaba ver, aparentando la barca estar cargada con tierra combustible. Así entraron en Breda sin ser objeto de sospecha. Cuando llegó la noche, salieron los soldados escondidos, y haciendo las señales en que estaban de inteligencia con parte de la guarnicion, se apoderaron de las puertas de la plaza y las abrieron á las tropas del príncipe Mauricio, que no estaban lejos.

Fué muy sensible este golpe para el duque de Parma, y aunque envió fuerzas considerables en recobro de la plaza, tuvo que emplearlas en el refuerzo de la guarnicion de Nimega, que estaba seriamente amenazada.

Cuando se hallaba Alejandro en vísperas de dar nuevo impulso á las operaciones de esta guerra, recibió órdenes del rey para dejar por entonces los Paises-Bajos y trasladarse á Francia, donde Felipe II creyó mas necesaria su presencia. Veamos cuáles eran sus motivos para acudir con sus armas á los apuros de un reino extraño, dejando desatendidos los negocios propios.

CAPÍTULO III.

Asuntos de Francia.—Resultados de las jornadas de las barricadas.—El rey en Chartres.—Agitacion en Paris.—Progreso de la liga.—Convocacion de los Estados generales en Blois.—Estado de los partidos.—Se abren los Estados.—Aspecto de la asamblea.—El rey.—El duque de Guisa.—Asesinato de este y de su hermano el cardenal. (1).—(1588).

La jornada de las barricadas de que hemos dado cuenta en el capítulo LIX, fué un suceso de importancia en un pais, teatro ya de acontecimientos tan particulares. Se veia un rey echado en cierto modo de su capitan por súbditos que cedian á voz mas poderosa que la suya. Se veia un pueblo en su inmensa muchedumbre alzado contra su rey por el único motivo de no ser este tan sincero, tan ardiente católico como ellos mismos. Libre su suelo de este rey de quien se emancipaba, separado de su obediencia, aunque diciéndose todavía su súbdito, natural era que pensase Paris en organizarse y hacerse fuerte cual las circunstancias requerian. No se descuidó, en efecto, en reforzar el sistema municipal, en dar nuevos poderes á sus magistrados que hasta entonces habian merecido tanto su confianza. Se dividió la capital en distritos municipales y al mismo tiempo en militares, cuyos jefes tenian bajo su disposicion toda la gente armada para conservar la tranquilidad y el órden público. A todos se asignaron los puestos donde debian presentarse en caso de alarma, y no se omitieron precauciones para estar seguros de la

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos relativos á los asuntos de Francia.

lealtad de cuantos cuidaban de las puertas. Al mismo tiempo que se adoptaban tantas providencias para obtener una buena organizacion municipal, no se descuidaban los directores de la muchedumbre en tener siempre despierto su entusiasmo religioso, y atizar mas y mas el odio que las animaba contra los enemigos de la fe católica. Se hallaba Paris, como siempre, en correspondencia con las principales ciudades del reino, donde se contaban mas afiliados en la santa liga, y se puede decir que nunca como en aquellos encuentros se mostró tan vasta asociacion mas animosa, mas exigente, mas implacable contra sus antagonistas, entre los que contaba por una parte al partido protestante, y por otra á los del partido medio conciliador, á quien por mal nombre designaban, como sabemos, con el epíteto de político.

Mientras en Paris y en las principales ciudades de la liga fermentaban tan ardientes sentimientos, permanecia el rey inactivo en Chartres, á donde se habia refugiado desde las jornadas de las barricadas, indeciso aun sobre el partido que debia tomar en una posicion tan nueva y crítica. Echado en cierto modo de Paris, parecian ya rotos los lazos que le unian, no solo con aquella capital, sino con el vasto partido que sus sentimientos adoptaba. No le quedaba, pues, á Enrique III otro recurso que echarse en los brazos del partido político, y lo que era peor del hugonote, renunciar á todos sus compromisos con la santa liga y declararse enemigo abierto de los súbditos católicos, es decir, de los que de católicos celosos y ardientes se preciaban. El partido era extremo y el recurso sobrado peligroso, mas no restaba otro á Enrique III, quien pagaba bien cara la falta de energía y su ceguedad en dejar que se eclipsase su poder por el de un súbdito.

Mas las cosas no llegaron á este extremo. Por todas partes, despues de pasados los primeros instantes de calor, se vió abierto un abismo para los que no tratasen de escuchar la voz de la prudencia. Corria á un abismo efectivamente el rey, y arriesgaba á lo menos su corona uniéndose con el partido hugonote contra los liguistas que se hallaban en tan inmensa mayoría. Arriesgaban mucho por su parte estos últimos, emancipándose para siempre del rey, que todavía tenia tantos medios por sus alianzas con el gran partido protestante, de envolverlos en mil dificultades. Por fortuna no descansaban los individuos del partido medio en hacer entrar á unos y otros por las vias de negociacion, y la reina madre, tan vigilante

á todas horas, no era la menos inactiva en llevar adelante una obra de reconciliacion que á todos parecia indispensable. Comenzaron los de Paris á sentir deseos de una reconciliacion con el rey y mostrarse en cierto modo pesarosos de su anterior conducta; y no porque cesasen un punto de sus pretensiones, no porque se mostrasen enemigos implacables de sus antagonistas, sino porque temieron que el rey se les fuese y se echase en brazos del partido opuesto. Dió impulsos la reina Catalina á estos nuevos sentimientos. Habiéndose vuelto á Paris, de donde habia salido con el rey, tuvo mas medios de estudiar el terreno, de sondear los ánimos, de poner en juego todos los resortes de la intriga, que eran en cierto modo su elemento. Por sus insinuaciones escribió la municipalidad de Paris una carta al rey, mostrándose pesarosa de lo que habia acontecido, haciendo protestaciones de su adhesion no interrumpida hácia el monarca, declarando que jamás hubiese dado un paso atentatorio de su autoridad á no tener justos temores de que se introdujesen en Paris tropas extranjeras que los despojasen de sus privilegios municipales, y lo que es mas, que obrasen en sentido contrario á los intereses de la religion católica; que no dudaban nunca de los sentimientos que el rey abrigaba en esta parte, mas que se desconfiaba mucho de la buena fe de los mas de sus principales favoritos, que sin duda le daban consejos perniciosos en contra de los compromisos que habia contraido como jefe de la liga; que nada, en fin, deseaban tanto como ver pronto allanadas cuantas dificultades se oponian á que volviesen unos y otros á una buena inteligencia.

Si el rey no dió á esta carta una respuesta del todo satisfactoria, tampoco fué en términos que pudiesen cerrar la via de las negociaciones. Animada con esto Catalina, se puso en marcha para Chartres, resuelta á trabajar de nuevo y con toda actividad para que se llevase á efecto cuanto antes una reconciliacion tan deseada. Los intereses de Catalina no la separaban entonces mucho de los de la misma liga. Con tal que se conservase la corona en las sienes de su hijo y ella misma en la influencia que desde tantos años ejercia, extinguiéndose en su persona la raza de Valois por falta de hijos é imposibilidad de tenerlos, poco le importaba que pasase la sucesion á la casa de Guisa quedando excluido el de Navarra. El partido católico le parecia el mas fuerte, y al fin era católica tambien, aunque no muy ardiente ni fanática. Si el duque de Guisa se contentaba con ser el sucesor sin tratar de un destronamiento á viva fuerza, no le causaba repugnancia unirse á dicho personaje, con tal que este no se propasase á ser mas que el primero de los súbditos. Con esta idea, pues, hizo cuanto pudo por recabar del rey no diese una repulsa á los de Paris, que le brindaban con su obediencia, sin exigirle mas condiciones que la renovacion de las que habia aceptado en sus primeros compromisos.

No le fué difícil á Catalina mover en su sentido el ánimo del rey, aunque se mostraba irritado por los procederes de los parisienses. No tenia este príncipe, en efecto, ninguna propension al partido calvinista, de cuyos sentimientos religiosos no participaba. Fiel siempre á sus antecedentes, y no hipócrita aun en sus mismas demostraciones de católico celoso, se acordaba de que habia estado siempre en guerra con los hugonotes, y de que en las matanzas de San Bartolomé habia sido uno de los actores principales. Moderó, pues, poco á poco el tono de su resentimiento, á las insinuaciones de la reina madre; recibió aun sin muestras de abierto desagrado al mismo duque de Guisa, que se atrevió á presentarse en Chartres delante del rey, cuyo poder habia arrostrado; tan débil era Enrique III en las principales circunstancias de su vida pública. Así cuando llegaron los miembros del Parlamento de Paris que venian á implorar en nombre del pueblo lo que llamaba su perdon, mas siempre bajo condiciones, dió el rey atento oido á cuanto los magistrados le expusieron. Por resultado de todo, despues de varias conferencias cuyos pormenores no son del caso, firmó Enrique III, revestido del gran sello, una especie de carta, en la que renovaba el juramento que habia hecho á su consagracion de vivir en la religion católica, apostólica y romana, de promover su conservacion y adelantamiento, de emplear de buena fe todas sus fuerzas y medios, sin perdonar su propia vida, para extirpar de su reino todos los cismas y herejías condenados por los santos concilios, sobre todo el de Trento, sin hacer nunca paz ni tregua con los herejes, ni expedir edicto alguno en favor suyo. Mandaba el rey en este documento á todos sus súbditos, príncipes y señores de cualquiera condicion que fuesen, se juntasen con él en esta causa, é hiciesen igual juramento de emplear hasta su propia vida en el exterminio de dichos herejes. Juraba y prometia no favorecerlos nunca, y mandaba al mismo tiempo á sus súbditos jurasen y prometiesen desde entonces para siempre, que cuando Dios quisiese disponer de su vida, sin darle sucesion, no prestasen obediencia á príncipe cualquiera que fuese hereje ó

fautor de la herejía. Prometia el rey igualmente no nombrar para empleos militares y cargos de judicatura ó de hacienda mas que á personas católicas que hiciesen profesion notoria de la religion apostólica y romana, prestándose todos juramento mutuo de defenderse contra las violencias de los hugonotes y sus adherentes.

Tales eran los términos sobre poco mas ó menos de la carta otorgada por el rey en favor de súbditos que hacia pocos dias habian desconocido su autoridad hasta el punto de echarle de los muros de la capital. Y era la tercera vez que Enrique III hacia profesion de fe delante de los que estaban obstinados en hacerle pasar por mal católico. Además de esta carta que corrió como documento público, se comprometió el rey en secreto á echar de su lado al duque de Epernon, que pasaba por su privado, y á nombrar al duque de Guisa teniente general del reino, paso inmenso que aseguraba la omnipotencia de la liga y sancionaba todas las pretensiones del que tantas veces habia tomado las apariencias de rebelde. Mas solo así hubiese salido Enrique III de un mal paso á que le habian llevado su falta de tino y sobre todo su indolencia.

Quedó la santa liga triunfante, si el rey no poco humillado con la nueva carta. Cogió por entonces el duque de Guisa el fruto de tantos años de intrigas y trabajos; y si Catalina era demasiado sagaz para estar del todo satisfecha, se dió por bien servida en haber llevado las cosas á aquel término. Felipe II, á quien el duque de Guisa dió parte del estado de las cosas como hombre contento del buen semblante que tomaban sus negocios, no se mostró tan satisfecho como el príncipe. Vió sin duda este monarca tan sagaz y previsor, un lazo encubierto en la conducta de Enrique III; y tan lejos estuvo de creer en la sinceridad de sus palabras, que en las cartas á su embajador hizo serias advertencias sobre lo precavidos que debian de andar de las intrigas de los favoritos del monarca, encargando mucho al duque de Guisa que no se durmiese, ni se fiase de las caricias de la córte. Veia Felipe II desde el fondo del Escorial lo que pasaba en el palacio de Enrique III, mejor que sus mismos cortesanos.

La nueva reconciliacion de Enrique III con los jefes de la liga causó celos, disgustos y murmuraciones en los del partido político, y muchos mas en el bando protestante. Mil folletos, satíricos los unos, los otros en tono de sermon, los mas con nombres anónimos y títulos originales característicos de la época, circularon con pro-

fusion, manifestando evidentemente el choque en que se hallaban las ideas, las pasiones y los intereses. Ningun partido se mostraba indulgente con su antagonista, empleando cuantos términos podia sugerir el espíritu de la mordacidad licenciosa, tan comun en aquel tiempo. Políticos contra liguistas, liguistas contra católicos y calvinistas, calvinistas contra los que habian jurado su exterminio, era un tiroteo á quema ropa que cruzaba en todas direcciones. No era á la persona del rey á quien se encaminaban menos golpes, y verdaderamente era la que contaba en todos los partidos con menos simpatías.

Habia sido uno de los artículos del último acto de union la convocacion de los Estados generales, y de cuya asamblea quedaban excluidos los calvinistas segun las últimas extipulaciones entre el rey y los jefes de la liga. Era la mente de estos últimos sancionar sus actos, sus principios de esclusivismo católico por los órganos de toda la nacion, pues contaban con tener mayoría en las elecciones que con este motivo iban á verificarse. En este sentido trabajaron sin cesar, distinguiéndose entre todos el duque de Guisa, cuya poderosa influencia se extendia á todos los ángulos del reino. Correspondieron los resultados á medidas tan activas. Los diputados del tercer estado eran liguistas celosos por la mayor parte. En sus filas estaba alistado casi todo el alto clero: la nobleza, á cuyo frente figuraban los príncipes de la casa de Lorena, les era adicta por la mayor parte. Los Estados generales iban á ser la misma liga, manifestando al público de un modo oficial y solemne lo que hasta entonces no tenia mas carácter que el de una transaccion privada.

Todo preparaba pues el triunfo próximo del partido católico exaltado. Iban á quedar separados solemnemente de toda comunion política los individuos del partido protestante, y privado Enrique de Navarra de la sucesion al trono de la Francia. ¡Cuántos motivos de satisfaccion para la casa de Guisa, para el rey de España, que sin disfraz la protegia! Dudaba sin embargo Felipe II del buen éxito, temia que se sucitasen disturbios y no hubiese el mejor tino en las deliberaciones de la *Junta*; pues tal nombre daba á los Estados en su correspondencia. Sobre todo recelaba de la mala fe de Enrique III, y veia siempre alguna traicion oculta con el velo de su adhesion á los intereses de la liga de que á todos momentos hacia alarde.

Verificadas las elecciones y reunidos en Blois casi todos los miem-

bros de los Estados generales, se quiso dar principio á las tareas legislativas con una procesion solemne á que asistieron todos ellos separados por brazos ó estamentos. Despues de los miembros de la municipalidad precedida de los maceros, marchaba el estamento popular, ó sea tercer estado, seguian los nobles vestidos con la mayor magnificencia, detrás iban los prelados presididos por el arzobispo de Bourges con el Santísimo en sus manos debajo de palio, llevado por ocho prelados de su misma clase. Cerraba la marcha el rey, rodeado de los principales señores de su córte. Volvió la procesion en este mismo órden á la catedral de donde habia salido, y concluido el acto pronunció un sermon el arzobispo.

Algunos dias despues, es decir, el 16 de octubre de 1588, se abrieron los Estados generales por el rey en persona, con un discurso en que estaban bien marcados los sentimientos que entonces le afectaban. Sea que su adhesion á la santa liga fuese ó no sincera, era para él de un interés vital el presentarse como su solo y supremo jefe que no necesitaba para marchar en su sentido ni de inspiraciones, ni de influencia ajena. Debia, pues, de irritarle la idea de que el duque de Guisa tratase de ponérsele á la par ó aspirase tal vez á ejercer la primacía. Su discurso, pues, en medio de las manifestaciones y demostraciones mas sinceras de su adhesion á los intereses de la santa liga, de sus deseos de que se cimentase mas y mas la union entre los buenos católicos, hizo ver lo mucho que le ofendian la desconfianza de que era objeto su persona y el atrevimiento de los que aspiraban á deprimir y ajar la suprema autoridad de que estaba revestido, aludiendo sin disfraz al duque de Guisa, que en razon á su cargo, se hallaba sentado al pié de las mismas gradas del trono. Mas á pesar de este tono de acrimonia que respiró el discurso real, le respondió el arzobispo de Bourges en los términos mas respetuosos y sumisos, y la sesion terminó amistosamente, siendo el rey, tanto á la entrada como á la salida, objeto de respetuosos homenajes por parte de todos los individuos de los Estados generales.

Cualquiera que compare exactamente la fisonomía de aquella asamblea con la del mismo nombre reunida doscientos años despues y examine lo que en las dos fué deliberado, hallará muchos puntos de contacto, si se prescinde bien de la diferencia de los tiempos y sobre todo de la diversa índole y tendencia de opiniones. Hubo en ambas las mismas pugnas, las mismas discordias, las mismas des-

confianzas: de la misma falta de sinceridad se acusaban las palabras de los dos monarcas, y para que sean mas los puntos de contacto entre ambas asambleas, haremos ver que en aquellos Estados generales, que hasta entonces no habian ejercido nunca más que el derecho de peticion y súplica, promovieron la cuestion de si les competia tambien deliberar por sí mismos tomando la iniciativa en materias de política, haciéndose legisladores, es decir, adoptando en un todo los principios que en los gobiernos representativos se observan en el dia. La cuestion no tuvo resultado, ó por mejor decir le tuvo negativo. Los Estados se contentaron con pedir y suplicar, mas eran unas peticiones y unas súplicas que llevaban el aire de mandatos.

Bastaba esto, y aun sobraba, para hacer á los Estados generales objeto de odio y de despecho para el rey de Francia. No habian producido efecto alguno las manifestaciones de su adhesion, de sus ardientes deseos de obrar en un todo segun las intenciones y principios de la santa liga. No habia sinceridad en sus palabras, y en caso contrario eran inútiles, por cuanto se tenian como un acto de falsedad y disimulo. No es posible ser jefe de partido cuando no se adoptan los principios, cuando no se sienten las pasiones, cuando no se entra de lleno en los intereses de cuantos se alistan bajo sus banderas. Habia perdido Enrique III su prestigio, pues obraba en cierto modo como violentado. Habia sido uno de los jefes de los católicos en los campos de Jarnac y Moncontour, sobre todo cuando las matanzas de agosto. Despues no era ya el mismo hombre á los ojos de la muchedumbre, sobre todo de los que tan hábilmente sabian dirigirla. Era el duque de Guisa la gran figura que oscurecia á la suya y totalmente la eclipsaba. El mismo ascendiente que ejercia en las calles de Paris, en los mercados, en las plazas, en la municipalidad, donde con amor y entusiasmo le señalaba todo el mundo, se hacia sentir en los Estados generales. A proporcion que se desplegaba el triunfo de este personaje se cubria el corazon del rey de negras nubes, y lo que con su sagacidad y conocimiento de los hombres habia profetizado el rey de España, llegó á verificarse; pero de un modo que Felipe II no podia prever aun en medio de su suspicacia.

Se aglomeraba en los aires una tempestad que no dejaban de percibir los hombres que á fuer de imparciales se muestran mas observadores. Crecia el descontento del rey, quien todavía se li-

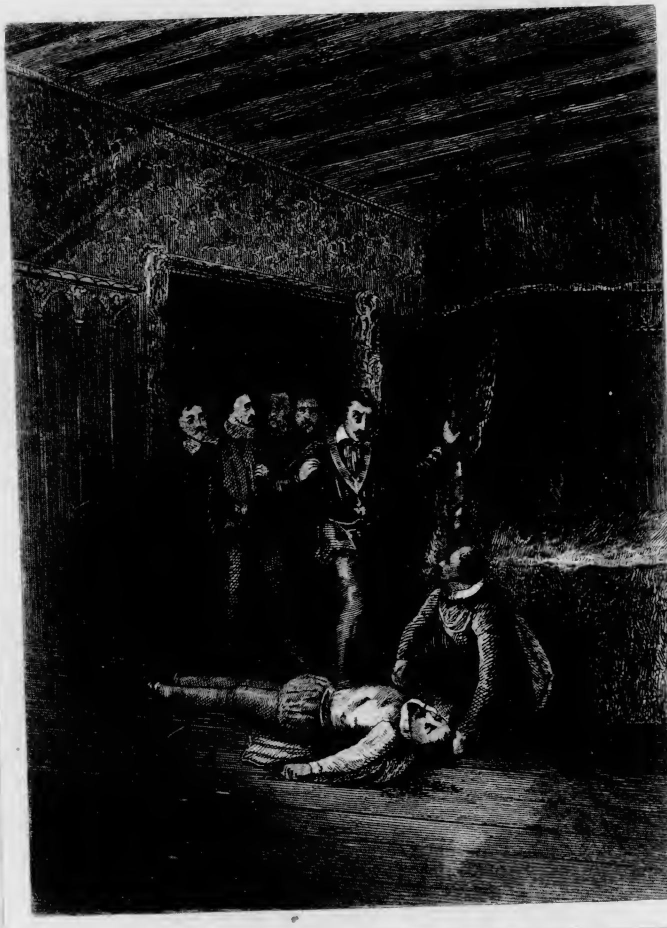
sonjeaba de ser popular en el partido dominante; tanto le cegaba el recuerdo de lo que habia sido en otro tiempo. Por otra parte el duque de Guisa, activo, impetuoso en el goce de su triunfo, no consideraba bastante la situacion del rey, ni el terreno que pisaba. Para arrostrar y humillar á Enrique III, habia hecho demasiado, para precaverse de los tiros de un rey irritado, apenas nada. Otro mas político, y sobre todo mas sagaz, hubiese ido al mismo objeto mostrándose mas sumiso, si se quiere, mas pequeño delante del monarca, hubiese tratado de ganar su confianza sin perder nada de su prestigio con el pueblo. Mas Enrique de Lorena era demasiado altivo, todavía demasiado mozo para disfrazar sus sentimientos, para no mostrarse á los otros tal cual él mismo se miraba. En vano le advirtieron algunos amigos que anduviese mas cauto, pues todavía no ejercia en realidad el poder supremo á que aspiraba. Los mismos consejos le daba por medio de su embajador Felipe II, quien desde su gabinete del Escorial sabia lo que pasaba en Blois mejor que Guisa mismo. Mas fueron inútiles estas advertencias con un hombre fascinado de su prosperidad que no creia necesitar ninguna de las artes de disimulo, solo propias en su opinion de cortesanos subalternos.

Llegaron en fin las cosas á un punto en que Enrique III despechado de su situacion, desesperanzado de ejercer en los Estados el ascendiente que su elevado puesto reclamaba, indignado cada vez mas contra el de Guisa que se le presentaba como un rival odioso, como un obstáculo insuperable al ejercicio en lleno de su autoridad, creyó que ya no habia para él otro recurso que deshacerse de su persona á cualquier precio. Era la lógica de los partidos, de las facciones de aquel tiempo. Eran principios demasiado comunes que entraban en la educacion de los personajes poderosos y por desgracia en la de los mismos reyes que se creian dueños de las vidas de sus súbditos. Concibió, pues, Enrique III el plan de asesinar al duque de Guisa sin hacerse el cargo de que además de una enorme atrocidad, era en él un insigne desacierto, pues habiendo perdido su prestigio por las causas ya indicadas, era imposible recobrar esta fuerza moral á expensas de un bajo asesinato. Mas como quiera que sea, concibió este plan atroz, le maduró en su mente por algunos dias, le consultó sin duda con los mas íntimos de su Consejo privado de quienes obtuvo aprobacion, y con la mayor sangre fria y no poca habilidad dispuso todas las cosas necesarias para llevarle á efec-

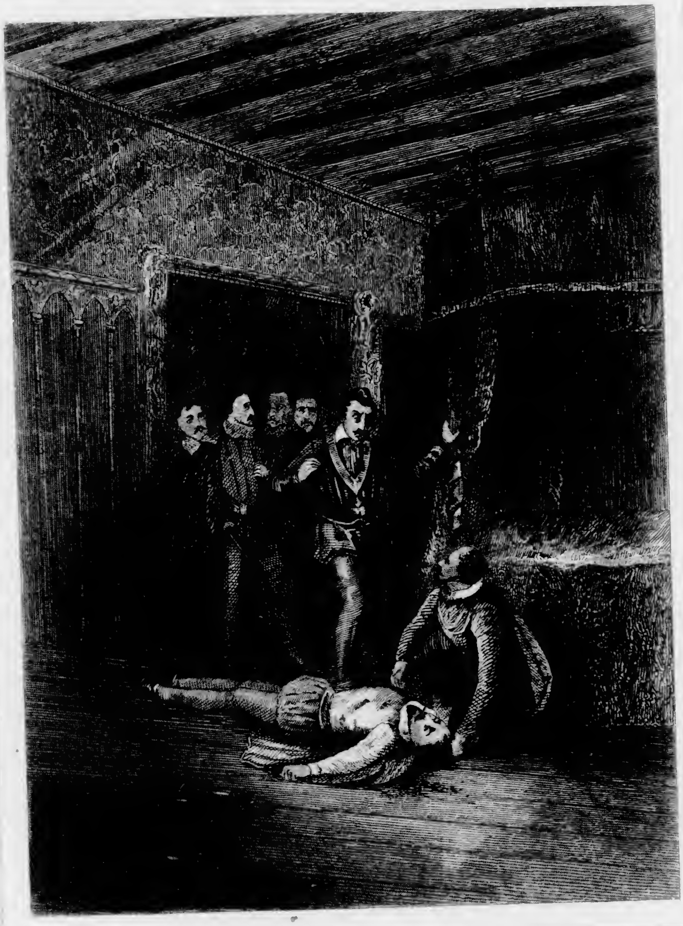
to. El 23 de diciembre del mismo año de 1588, dió órden á los principales señores, entre los que se hallaba la mayor parte de sus consejeros privados, de que á las ocho de la mañana se presentasen en palacio para acompañarle á una casa de campo donde pensaba entretenerse el resto de aquel dia. Al mismo tiempo citó á los cuarenta y cinco oficiales de su guardia ordinaria para que se le presentasen entre cuatro y cinco. Se acostó á las diez de la noche sin dar parte á nadie de su resolucion: se levantó al dia siguiente 24 á las cuatro de la mañana, bajó solo sin hacer ruido alguno á la habitacion donde se fueron reuniendo poco á poco los cuarenta y cinco, y en seguida los condujo á diferentes habitaciones secretas donde debian esconderse para acudir en seguida donde fuese necesario. Despues de haberlos enseñado los diversos aposentos, volvió con ellos á la primera habitacion donde los habia encontrado reunidos y les dijo que le aguardasen, mientras él pasó á la sala donde ya se habian juntado la mayor parte de los miembros del Consejo. Allí les expuso en términos patéticos la cruel situacion en que le habia puesto el orgullo y la insolencia de un súbdito que no solo queria hombrear sino sobreponerse á su mismo soberano: que harto bien sabidos eran los agravios y hasta los ultrajes que habia recibido su persona de todos los miembros de la casa de Lorena, sobre todo del duque de Guisa: que eran públicos sus esfuerzos para desautorizarle á los ojos de los Estados generales: que era imposible que estos atentados dejasen de proceder de un plan vasto de conspiracion tramado contra su corona y hasta su existencia, por lo cual no le quedaba ya mas medio que deshacerse á cualquier costa de un rival tan poderoso: que esperaba por lo mismo que los individuos que tantas pruebas le habian dado de fidelidad le ayudasen en tan justa empresa, y continuasen defendiendo su autoridad contra cuantos quisieren abatirla y mancillarla. Respondieron los del Consejo alabando la resolucion del rey ensalzando su longanimidad por gaber sufrido hasta entonces tantas ofensas sin tratar de castigarlas, y que en todas ocasiones podia contar el rey con su fidelidad en sostener la dignidad de su corona. Despues de tener el asentimiento de sus consejeros, volvió á la sala donde estaban los cuarenta y cinco, á quienes arengó en el mismo sentido, pero con frases mas acaloradas. Les dijo que les habia escojido por instrumento de su justicia que reclamaba un castigo sangriento en el duque de Guisa, enemigo de su persona y de su trono: que fiaba por lo mismo al

arrojo de su corazon y fuerza de su brazo el justo desagravio de su rey tan ultrajado. Un grito de entusiasmo y de furor fué la respuesta de aquellos oficiales de su guardia. Todos juraron lavar las ofensas del rey con la sangre de los Guisas. Preguntó entonces el monarca cuántos de ellos iban armados de puñal y habiéndose encontrado que eran ocho, los situó el rey en la antesala de su gabinete, mandando á los demás que se retirasen á sus cuartos reservados.

Amanecia mientras tanto, y el rey se retiró á su cámara. Para las ocho estaban citados los miembros del Consejo. A cada momento esperaba el rey la llegada de los Guisas. Se presentó primero el cardenal en la gran sala del Consejo. Poco despues entró en ella el duque de Guisa, que segun las memorias de aquel tiempo, habia pasado la noche con una de las principales damas de la corte. Sabedor el rey de su llegada, le envió un recado para que pasase á conferenciar con él algunos momentos á su gabinete. En virtud de esta órden dejó el de Guisa la sala del Consejo y se dirigió al cuarto del rey sin sospechar el lazo que le estaba armado, mas tampoco ajeno totalmente de recelo, pues en aquellos tiempos de disensiones y de agravios mútuos, las cosas al parecer mas indiferentes eran objeto de suma desconfianza. Se presentó, pues, el duque en la antesala del gabinete del rey, y los asesinos que en ella le aguardaban se levantaron con respeto saludándole en silencio. Mas al llegar el duque á la puerta del despacho, en el acto de levantar la cortina que le cubria, se echaron sobre él, pues era esta la señal convenida. Embarazado el de Guisa con su capa, sin poder hacer uso de su espada, cayó al suelo no sin forcejear antes con gran violencia contra los ocho hombres que en distintos sentidos le clavaron sus puñales. Concluido el acto, abrió el rey la puerta del gabinete, y habiendo contemplado el espectáculo, mandó á sus asesinos que le registrasen, y sin pasar adelante volvió á meterse en su despacho. Respiraba el duque todavía, y articulando gemidos sordos que se oyeron en los cuartos inmediatos, espiró al fin despues de dos horas de agonía. No se encontraron en sus bolsillos mas papeles que uno sumamente corto, donde estaba escrito por via de nota: «Setecientas mil libras se necesitan cada mes para los gastos de la guerra.» Despues de despojado de sus vestidos, mando el rey que quemasen su cadáver, lo que fué hecho inmediatamente en uno de los patios excusados de palacio. Despues fueron arrojadas al Loira sus cenizas.



ASESINATO DEL DUQUE DE GUISA



ASESINATO DEL DUQUE DE GUISA

Así murió el jefe de la casa de Guisa; el caudillo de la liga católica; el Macabeo de la Iglesia, pues con tal título le designaba su partido; el hombre mas popular de Francia en dicha época. No desmentia Enrique de Lorena la raza de hombres esforzados y hasta de héroes de que descendia. Valiente soldado, entendido capitan, ambicioso en extremo, arrojado y audaz segun las circunstancias exigian, espléndido y generoso en todo, afable con el pueblo y con los de su parcialidad, enemigo encarnizado, nada avaro de sangre cuando era preciso derramarla, fanático por la religion de quien se decia apoyo, poseia todas las cualidades de jefe de partido en aquellos tiempos de revueltas y de convulsiones. Sin embargo, no tuvo toda la prudencia, la circunspeccion, y si se quiere el disimulo profundo que distingue á los hombres grandes en política. Fué atrevido, mas no lo bastante para consumar un triunfo tan felizmente principiado. Se entregó en cierto modo en manos de su enemigo sin haberle totalmente desarmado. Contó demasiado con el favor y apoyo de su parcialidad, sin acordarse que Enrique III era todavía rey de Francia. Le pareció por entonces bastante humillar al rey, no haciéndose cargo de que le reducia al extremo de pensar en deshacerse de su rival á toda costa. Hizo, pues, mucho para ser objeto de temor, mas demasiado poco para dejar de temer á su enemigo. Fué en todo heredero de su padre; en la grandeza como en su fin trágico. Sin embargo, no era tal vez hombre de tan vasta capacidad en materia de gobierno. Dejó sin duda fama de menos capitan por falta de igual teatro en que lucir sus talentos militares.

No se limitó el golpe de estado de Enrique III al asesinato del duque de Guisa. Tambien alcanzó su rigor á su hermano el cardenal y á otros de la familia. Llegaron á los oidos del cardenal, hallándose en la sala del Consejo, los gritos que al caer bajo los golpes de los asesinos dió su hermano. En el acto de correr á socorrerle fué preso por órden del rey y conducido como tal á su casa en compañía del arzobispo de Lyon, que tambien habia incurrido en el odio del monarca. Vaciló este al principio sobre la suerte que le reservaria: al fin se decidió por la que habia cabido á su hermano. Le envió á llamar á palacio por medio de dos de los cuarenta y cinco ya citados. Obedeció la órden el cardenal con el presentimiento del golpe fatal que le estaba destinado. No le engañaron sus pronósticos, pues le aguardaban en la misma antesala los que dos dias antes habian teñido sus puñales en la sangre del duque de Guisa.

Los otros hermanos se pusieron á salvo escondiéndose unos y apelando otros á la fuga. Tambien fué quemado el cadáver del cardenal y arrojadas al Loira sus cenizas.

No contento el rey con estos actos de rigor, ó por mejor decir de violencia sanguinaria, mandó arrestar á todos los individuos de los Guisas que pudo haber á las manos, al cardenal de Borbon y á los miembros de la municipalidad de Paris, mas conocidos por su exaltacion política, por la conducta que contra su autoridad real habian observado en los Estados generales.

Cometió el rey de Francia con estos atropellos un acto de barbarie propio de aquellos tiempos, en que se empleaba la accion del puñal como el último argumento. Pero mas que barbarie fué un enorme desacierto. Creyóse dar un golpe grande de política deshaciéndose de un súbdito atrevido, cortando con la prision de los otros demagogos todas las cabezas de la hidra. Mas no contó con que á un hombre como él, perdido en la opinion del partido dominante, no habia ya medios de recobrar la fuerza moral de que se habia despojado él mismo por su falta de carácter é indolencia; no contó con que al partido fanático no le faltarian jamás cabezas atrevidas y ambiciosas que quisiesen marchar por las huellas del caudillo ya difunto; no calculó que con tan vil asesinato iba á confirmar las acusaciones de los que con tan negros colores le designaban á los ojos de la muchedumbre. «Ya por fin soy rey de Francia, dijo Enrique á su madre despues de perpetrados estos actos de venganza; ya no tengo compañero.» «¿Qué has hecho, hijo mio? respondió Catalina: quiera Dios te salga bien: ¿mas al menos, has dado órdenes para la seguridad de las ciudades principales, sobre todo de Orleans? Si no lo has hecho, no te descuides un momento, pues de lo contrario tendrás mucho que sentir; no dejes sobre todo de dar parte de lo que pasa al legado del Papa por medio del cardenal de Gondi.» La reina madre conocia mejor los hombres y las cosas que su hijo. Mientras Enrique se creia dueño y árbitro de las estados de Blois, resonaba el asesinato de los Guisas en todos los ángulos de Francia.

CAPÍTULO IV.

Continuacion del anterior.—Resultado del asesinato de los Guisas.—Efervescencia y tumultos en Paris.—La municipalidad.—Los dies y seis.—La Sorbona.—El Parlamento.—El Consejo de la Union.—Destitucion del rey Enrique III.—El duque de Mayena teniente general del reino, por los liguistas.—Se arman estos.—Se arma el rey.—Su union con Enrique de Navarra.—Los dos en Saint-Cloud.—Asesinato de Enrique III, por el fraile Jacobo Clemente (1).—(1589.)

Con la celeridad del rayo llegó á Paris la noticia del asesinato de los Guisas. Solo con el asombro que causó este acontecimiento inesperado, se puede comparar la profunda irritacion de la muchedumbre al saber la venganza atroz ejercida por el rey en dos personas que les eran tan queridas. Por un impulso maquinal corrieron á las armas como si tuviesen á las puertas un ejército enemigo. Resonó en los aires un son confuso de voces, de lamentos y de imprecaciones contra Enrique de Valois, que habia privado á la Francia y á la religion católica de sus dos campeones mas esclarecidos. Fué general la conmocion y el tumulto en aquella vasta capital; y las corporaciones, comenzando por la municipalidad, participaron de los sentimientos de la muchedumbre. Inmediatamente pasó aquella avisos al Parlamento, á la Sorbona y á las demás clases distinguidas de que se presentasen en las iglesias donde se iban á celebrar los solemnes funerales por el alma de los dos difuntos. Acudieron todos los parisienses grandes y chicos á los templos, donde en medio de las pom-

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo anterior.

pas de la religion se pronunciaron sermones incendiarios incitando á la desobediencia del rey, que designaban abiertamente con los títulos de enemigo de Dios y de asesino. Se le comparaba con Herodes, con Acab, con todos los reyes sanguinarios y enemigos de la religion que nos mencionan el antiguo y nuevo Testamento. No podian menos de producir profunda sensacion estas palabras en la muchedumbre entera. Uno de estos predicadores llamado Lincestre, nombre famoso en todas aquellas turbulencias, llegó hasta exigir de su auditorio un juramento solemne de vengar en el rey la muerte de los príncipes de Guisa. A todos los hizo levantar la mano en señal de sumision á sus preceptos. «Levantad tambien la mano» dijo el furibundo predicador al presidente De-Harloy que se hallaba presente, llamándole por su nombre, observando que estaba remiso en prestar el juramento, apóstrofe á que tuvo que ceder el magistrado por no incurrir en la cólera del auditorio.

A los discursos en los púlpitos siguieron las procesiones en que se cantaban responsos por el alma de los Guisas. Se inundó la capital de folletos en que bajo diferentes formas se presentaban las circunstancias del asesinato, y hasta se grabaron estampas en que se reproducian las mismas imágenes con los mas espantosos caractéres. Se publicaban y pregonaban todas estas producciones por la calle. Estaba la muchedumbre furiosa, hasta frenética. Por todas partes se echaban abajo y se borraban todos los signos de su autoridad como monarca.

Estaba de hecho destronado el rey por el pueblo de Paris, sin que nadie tratase de poner el menor freno á lo encarnizado de sus sentimientos. De la opinion popular participaban las demás clases de la capital, el pronunciamiento era casi unánime y de un alcance inmenso; faltaba solo regularizarle y sancionar por medio de decretos ó de leyes lo que ya era un hecho.

Al frente de la capital se hallaba el Ayuntamiento ó cuerpo municipal que dirigia todos los ramos de la administracion civil, inclusο el de la fuerza armada para su defensa. Era su poder omnímodo y solo comparable con el que ejerció poco mas de dos siglos despues en los primeros años de la revolucion francesa (1).

(1) No se pueden escribir estas lineas sin que venga á la memoria el recuerdo de lo que pasó en Paris en la época moderna á que nos referimos. Prescindiendo de la diferencia del objeto, fué casi igual en ambas el entusiasmo, el fanatismo, el poder de la municipalidad, la omnipotencia de las masas dirigidas por sus tribunos populares. Cualquiera observador hallará muchos mas puntos de contacto entre aquellas revueltas en el siglo XVI y las que ocurrieron despues en el XVIII.

Ejercia pues la municipalidad una grande influencia en el pueblo de Paris; mas no la sola. Estaba dividida la capital en diez y seis barrios ó cuarteles, á cuya cabeza se hallaban uno ó mas magistrados populares con el nombre de cuarteleos ó cuartenarios que eran al mismo tiempo sus jefes militares. Salidos estos hombres de las clases populares, en mucho contacto con la muchedumbre en cuyo seno se hallaban sin cesar, ejercian en ellas mas poder que el mismo ayuntamiento. Dictaban leyes como verdaderos tribunos que eran de la plebe. Se daba á esta corporacion el nombre de los *Diez y seis*, no en atencion á su número, pues en realidad era mayor, sino al de los cuarteles ó barrios de que eran delegados y representantes.

Se debe contar tambien como corporacion popular en aquel tiempo la universidad ó la Sorbona cuyos directores y profesores eran casi todos eclesiásticos en razon á ser la teología el principal ramo que allí se profesaba. Eran casi todos ellos liguistas exaltados, y estaban en íntimas relaciones con los curas de Paris que desde los púlpitos y por otros mas medios ejercian tanta influencia en el ánimo de la muchedumbre. Con la Sorbona obraba de concierto todo el alto clero afiliado en la santa liga. Estaba, pues, la Sorbona en gran contacto con el cuergo de los Diez y seis, armonizando mas con él que con el mismo ayuntamiento.

En cuanto al Parlamento, corporacion tan respetable en todas épocas, no se profesaban en su seno doctrinas tan extremadas como en la Sorbona; mas si algunos miembros se mostraban mas moderados, no faltaban otros aunque en minoría que estaban en todo con la Sorbona y con el pueblo.

No se decidió el ayuntamiento por la medida de destronar á Enrique, temeroso sin duda de las consecuencias que podrian seguirse. Pensaba, pues, que seria mas prudente entrar en negociaciones con el rey y conseguir así seguras garantías para lo futuro. Las mismas opiniones pareció abrigar en su mayoría el Parlamento. Pero los Diez y seis mas furiosos y mas fanáticos tomando la voz de la muchedumbre que capitaneaban, manifestaron su resolucion de no transigir nunca con Enrique de Valois, asesino de los Guisas, enemigo de Dios y de la Iglesia.

Para vencer pues la resolucion del Parlamento y tenerle propicio acudieron al violento expediente de presentarse en su seno armados de cincuenta á sesenta de los mas furiosos con una lista de los con-

sejeros indicados de abrigar opiniones moderadas. Les intimaron con tono imperioso de que los siguiesen, órden que sin ninguna reristencia obedecieron. Los sacaron, pues, en público del Parlamento y atravesando con ellos las principales calles de Paris seguidos de la muchedumbre, los condujeron á la Bastilla donde los dejaron presos. Otros lo fueron en sus domicilios, aunque despues se pusieron en libertad á los que solo en momentos de efervescencia fueron envueltos en el crímen de que acusaban á sus compañeros.

Expurgado de este modo el Parlamento, se mostró mas dócil á las exigencias de la muchedumbre. Propuso el nuevo presidente la cuestion del destronamiento del rey, y todos fueron del mismo dictámen que los cuartenarios.

De los sentimientos de la Sorbona no tenian estos duda alguna. Le hicieron, pues, una exposicion suplicándola hiciese reunir los individuos de la facultad de teología, para que en vista de las presentes circunstancias deliberasen y diesen su resolucion sobre los artículos siguientes: si el pueblo del reino de Francia podia quedar libre y desligado del juramento de fidelidad y obediencia prestado á Enrique III: si en toda seguridad de conciencia podia el mismo pueblo armarse, unirse, echar contribuciones para la defensa de la religion católica, apostólica y romana, contra los consejos llenos de malicia y esfuerzos de dicho rey, de cualesquiera otros partidarios suyos; contra la violencia de la fe pública cometida por él en Blois en perjuicio de dicha religion católica, del edicto de la santa union y de la libertad natural de los tres Estados del reino.

Fué muy categórica la respuesta de la facultad de teología. El pueblo, decia, de este reino está libre y desligado del juramento de fidelidad y de obediencia prestado al rey Enrique. El mismo pueblo puede lícitamente en toda seguridad de conciencia armarse y unirse, allegar dinero y echar contribuciones para la defensa y conservacion de la iglesia apostólica romana, y contra los consejos llenos de maldad y esfuerzos del monarca.

Fué recibida en Paris esta decision con grandísimo entusiasmo. Se formuló el acta de la destitucion de Enrique III con toda solemnidad y aparato legal de la justicia. Borradas ya las armas reales y todos los signos de la autoridad de la corona, solo restaba que se aboliesen las oraciones que por él se recitaban en la misa. Así lo mandaron el obispo y la Sorbona.

Como la municipalidad de Paris solo podia ejercer su poder dentro de la capital, se quiso dar mas aparato legal á la nueva situacion renovando el antiguo Consejo de Union de la liga establecido tres años antes en las conferencias y capitulaciones de Joinville. La existencia de este Consejo no era pública, es decir, de oficio; mas ahora se quiso que lo fuese y con la mayor solemnidad, dándole el carácter de gobierno provisional de toda Francia. Se celebró con este objeto una grande asamblea de los católicos mas exaltados y de mas categoría, presidida por el duque de Mayena, hermano de los dos príncipes difuntos. Se eligieron de su seno los miembros que debian componer el Consejo de la Union, y se le revistió del supremo poder mientras no se arreglaba definitivamente el gobierno que habia de regir en Francia. Fué el primer acto del Consejo de la Union nombrar al duque de Aumale gobernador militar de Paris y general de los ejércitos de la liga al duque de Mayena.

Todas las corporaciones de Paris reconocieron la autoridad del gobierno supremo del Consejo de la Union, distinguiéndose entre todas la municipalidad que tan celosa se habia mostrado de su preponderancia. Expidió el nuevo gobierno circulares á todas las ciudades principales mas adictas á la liga y que no necesitaban esta invitacion, pues ya habian imitado el ejemplo de Paris destituyendo de hecho al monarca, contra cuya perfidia y atrocidades declamaban con la misma vehemencia. Se distinguian entre estas grandes poblaciones Lyon, Tolosa, Marsella y Ruan, donde la santa liga tenia tanto arraigo. De esta suerte, antes de pasarse dos meses despues del asesinato de los Guisas, estaba destronado de hecho Enrique III en Paris y en las ciudades principales y de mas influencia.

Permanecia mientras tanto este monarca en Blois al frente de los estados generales, que continuaban sus sesiones en medio de los acontecimientos graves de Paris, aunque con marcado disgusto, por lo que con ellos simpatizaban en su grande mayoría. Bien pudo conocer el rey lo errado de su golpe contra los príncipes de Guisa y lo poco que habia ganado en la opinion, perpetrando un acto atroz sin ningun provecho suyo. Continuó sin embargo renovando en el seno de aquella asamblea sus protestas y juramentos de defender la fe católica, que si antes habian hecho poquísima impresion fueron entonces escuchadas con una mezcla de desprecio y odio. Poco á poco se fué disminuyendo el número de sus individuos, hasta que el rey se vió precisado á cerrar sus sesiones por su insignificancia.

No faltaron en esta ceremonia tristes arengas de una y otra parte renovando sus protestas Enrique III de su sincera adhesion á los intereses de la fe católica.

Terminaron por aquellos dias los de la reina madre á la edad de 71 años, abrumada con aquella grave situacion y la perspectiva de los desastres inevitables que iban á ser su consecuencia. El fatal desacierto del asesinato de los Guisas la llenó de amargura, como ya lo hemos indicado, pues no se le ocultaba que con esta atrocidad se habia abierto un abismo bajo las plantas del monarca. Baste lo que hemos dicho de esta princesa en varias ocasiones para formar una exacta idea de sus prendas y su carácter. Era preciso que fuese de una habilidad nada comun, de una gran destreza en todas las artes del gobierno, para permanecer durante treinta años, sin perder nunca su ascendiente, á la cabeza del gobierno de un pais por tantas facciones destrozado. Habia nacido sin duda para aquella situacion, para tiempos de desórden y de revueltas. No es extraño que los partidos la hayan presentado bajo aspectos tan diversos; que los calvinistas sobre todo se hayan encarnizado contra la memoria de una princesa que les habia dado tan justos motivos de resentimiento. Que era artificiosa y falaz en proporcion que astuta y hábil, se puede concebir muy fácilmente. Que era muy poco escrupulosa en los medios que la condujesen á sus fines, además de ser histórico es muy probable en una mujer tan celosa de su autoridad, y que para no perderla necesitaba dividir y dominar un partido por los temores que podia infundirle su contrario. A pesar de no ver sus hijos Carlos IX y Enrique III ni destituidos de entendimiento ni absolutamente desnudos de ambicion, influyó totalmente en su conducta hasta el punto de ser considerada como la suprema gobernante. Ninguna persona á la cabeza de la administracion navegó en un mar tan borrascoso: y ninguna dió mas pasos, entabló mas negociaciones, ajustó mas tratados, manejó mas intrigas de una vez y representó papeles mas diversos. En todas las transacciones, en todos los movimientos grandes de aquel pais figura su persona en primer término. Fué sin duda Catalina de Médicis la reina de Francia que hasta ahora ha adquirido mas derechos de ser célebre. Tibia en sus creencias, demasiado mundana en sus placeres, amiga del fausto y la magnificencia, nada severa en su moral, inclinada á las artes de la magia que tenian tanta boga en aquel siglo, dejó una fama poco pura de aquellas que se recuerdan sin ninguna simpatía.

Los calvinistas la odiaron: de los políticos no fué querida: de su mismo hijo fué poco llorada. En cuanto á los católicos ardientes, la miraron casi con tanto odio como los mismos calvinistas. Oigamos en prueba de ello lo que desde el púlpito dijo el famoso Lincestre al hablar de la muerte de esta princesa: «Ha hecho la reina madre »mucho bien y mal; pero yo creo que ha sido mas el mal que el »bien. Se presenta hoy dia una dificultad, á saber, si la iglesia ca»tólica debe orar por la que ha vivido tan mal y ha sostenido mu»chas veces la herejía, aunque se dice que á los últimos se ha adhe»rido á nuestra santa union y no consentido en la muerte de nues»tros buenos príncipes: por lo que os diré que si á la ventura y por »caridad quereis rezar por ella un Pater-noster y un Ave-María le »servirá lo que pueda, por lo demás lo dejo á vuestra voluntad.» Tal era el lenguaje de los púlpitos de entonces.

Con el pronunciamiento de Paris y de tantas ciudades considerables del reino, con la instalacion del Consejo de la Union como gobierno supremo de la liga, se marcaron de un modo terminante y fijo los diversos campos militares que iban á decidir la gran contienda. Uno de los primeros actos del Consejo de la Union, fué nombrar al duque de Mayena teniente general del reino, dándole el mando del ejército de los liguistas. A sus órdenes inmediatas se hallaba el duque de Aumale gobernador de Paris, comandante de toda la fuerza armada de aquella capital, que ya contaba cerca de cuatrocientos mil habitantes en aquella época. Otros jefes mas populares designaba la muchedumbre para estos altos cargos, porque entonces, como sucede en todas ocasiones, existia en Paris una rivalidad entre las grandes corporaciones que influian en los negocios públicos. No fraternizaba completamente el ayuntamiento con el Consejo de la Union, ni con el ayuntamiento la Junta de los Diez y seis ó sean cuartenarios. Cada una de estas corporaciones tenia su parcialidad, contando siempre esta última con la muchedumbre. Sin embargo, venció en esta lucha el Consejo de la Union, pues el pueblo ninguna objecion sólida podia poner contra la eleccion del duque de Mayena, príncipe de la casa de Guisa, hermano del mártir (pues con este título designaban al difunto duque) y sobre todo que habia figurado siempre en las primeras filas de los católicos celosos. En el duque de Aumale concurrian las mismas circunstancias. Saludó pues el pueblo la elevacion de estos príncipes con entusiasmo, y desde entonces no se oyeron en Paris mas que acentos de

guerra, ardientes sermones en los púlpitos y gritos fanáticos en la muchedumbre. Los templos estaban á todas horas llenos de católicos ardientes: por todas las calles cruzaban procesiones con sus penitentes de los dos colores. Eran los curas los tribunos de aquella plebe concitada en masa que jamás se saciaban de sus predicaciones. A veces tenian que dejar los eclesiásticos sus casas por la noche y presentarse en las iglesias á predicar; tales eran las exigencias de aquella gente devota, sedienta á todas horas de sus declamaciones. Mientras tanto se allegaban armas, de todas partes se alistaban guerreros á los estandartes de la liga. Lanzaba el Consejo de la Union decretos de llamamiento á todos los católicos celosos, dictaba medidas severas contra los políticos, contra los que acudian á la bandera real, pues, Enrique III, despues de la disolucion de los Estados generales, se preparó por su parte á entrar en lid con los liguistas y sostener sus derechos con las armas en la mano.

Expidió con este motivo circulares á todas las provincias donde no dominaban los jefes de la liga, se apoderó de varios puntos fuertes antes que fuesen invadidos por sus enemigos; llamó á su campo á todos los católicos que se conservaban en sus sentimientos de fidelidad á la corona. Acudieron en efecto al estandarte real la mayor parte de los nobles, antiguos cortesanos suyos, de quien se habia separado por hacerse bienquisto con la liga. De este modo reunió un ejército superior al de sus contrarios, señalando como cuartel general y residencia suya la ciudad de Tours situada sobre el Loira.

Además de estos dos campos se conservaba entero y siempre animoso el calvinista, mandado por Enrique de Navarra. Abrió para este príncipe la rebeldía de Paris un nuevo campo de esperanzas. En hostilidad abierta el rey con los liguistas, ¿no era natural que mirase con menos aversion el partido calvinista y que buscase su apoyo para sujetar á los súbditos rebeldes que dominaban en tantas ciudades importantes y se hallaban sostenidos por el poderoso rey de España? Tal fué la idea que ocurrió al rey de Navarra, hombre sagaz y astuto, pero mas adicto á sus intereses temporales que á los dogmas de su iglesia. Bajo esta idea entabló negociaciones indirectas con el rey de Francia, publicando además un manifiesto en que hacia ver los sentimientos de fidelidad que hácia la corona abrigaban sus parciales; que si su culto religioso no era el mismo que el del rey, en negocios de conciencia solo Dios intervenia como juez y árbitro supremo; que él por su parte no deseaba mas que oir la

voz de la verdad, y que le convenciesen si andaba errado en sus creencias.

Apoyaron los deseos del rey de Navarra los políticos, quienes hicieron ver al rey lo útil, lo indispensable que era entrar en avenencia con los calvinistas, único medio de sofocar cuanto mas antes la liga con fuerzas formidables. Titubeaba Enrique III: primero, por su aversion pronunciada hácia el partido protestante; segundo, porque temia el ascendiente del rey de Navarra; tercero, porque juzgaba que su reunion con los calvinistas daria nuevo pábulo al odio que le tenian los miembros de la liga y les daria nuevos pretextos para negarle su obediencia. Las razones en que se apoyaba no carecian de oportunidad y peso; mas sus circunstancias eran críticas y demasiado vivas las instancias de sus consejeros para que dejase de adoptar una medida que aumentaba considerablemente sus recursos.

Se ajustó pues con el rey de Navarra un tratado que tenia todas las formas de una concesion hecha por el rey á los mismos que con sus fuerzas le brindaban. Se concedia al rey de Navarra y á los de su partido, tregua y suspension de armas, que debia ser general para todo el reino durante un año entero, comenzando este el 3 de abril (1589), y terminándose en semejante dia del siguiente año, con la condicion de que prometiese el rey de Navarra en su nombre y en el de su partido no emplear durante dicha tregua fuerzas de armas en cualquiera parte que fuese dentro ó fuera del reino sin su consentimiento; no permitir empresa ninguna militar en ninguno de los lugares desde donde estuviese su autoridad reconocida; no cambiar ni permitir cambiar ninguna cosa tocante á la religion católica, apostólica, romana. Si durante aquella guerra él ó los suyos tomasen alguna ciudad ó punto fuerte, le entregarian inmediatamente á la libre disposicion del rey, segun lo estipulado. En consecuencia de este pacto volverian el rey de Navarra y los suyos á la posesion de sus bienes para gozar de ellos durante la tregua, así como dejarian en la misma posesion á los católicos, eclesiásticos ó seglares, sus buenos servidores.

A pesar de que los términos de este tratado no anunciaban mas que una simple suspension de hostilidades, envolvian realmente una alianza entre Enrique III y sus antiguos enemigos. El rey de Navarra, que se hallaba con su ejército cerca del Loira, pasó á verse con Enrique III, que se hallaba á la sazon en Plessis les Tours,

castillo famoso por la ordinaria residencia en él de Luis XI, y á muy corta distancia de la ciudad de Tours. La entrevista de los dos príncipes tuvo todas las apariencias de cordialidad y buena inteligencia. Se saludaron, se abrazaron, y los cortesanos y el pueblo, que fueron testigos de la escena, prorumpieron en aclamaciones victoreando á los dos reyes. Con estas muestras de concordia pasearon juntos las calles de Tours aparentando siempre el de Navarra un aire de inferioridad, á pesar de que Enrique III manifestaba considerarle como igual al rey de Francia. Sin embargo no debió de satisfacer á este mucho una union que le ponia en contacto con quien realmente aspiraba á dominarlo. Libertado del poder de los Guisas, iba á vivir bajo la influencia de otro rival mucho mas temible. El primero en medio de su gran poder no era mas que un súbdito; tambien lo era el seguudo, mas era su heredero por los vínculos de sangre, y superior por su influencia y los muchos medios de que disponia.

En medio de estos secretos disgustos no pensó Enrique III mas que en prepararse á la guerra y recuperar por la fuerza de las armas la autoridad de que le habian despojado los liguistas. Al mismo tiempo que tomaba disposiciones como capitan, empleaba el lenguaje de monarca. Espidió decretos de proscripcion contra la ciudad rebelde de Paris y otras del reino que imitaban su conducta: declaró traidores á los príncipes de Guisa y demás caudillos y fautores de aquel levantamiento; envió órden al Parlamento para que se fuese á Tours donde estaba su persona: publicó manifiestos en que hacia ver la sinceridad de sus sentimientos y su adhesion cordial á la religion católica.

Hicieron poca impresion en Paris los decretos del monarca. Se renovaron al contrario las acusaciones, las injurias, las estampas, los folletos en que con tan negros colores le pintaban. Era en los púlpitos donde mas se hacian oir los dictados injuriosos con que abrumaban su persona. Este tiñoso, exclamaba Boucher, uno de estos predicadores, lleva siempre un turbante á la turca, que no quita nunca ni aun cuando comulga para hacer honor á Jesucristo... en fin, es un turco en la cabeza, un aleman en el cuerpo, una arpía en las manos, un inglés en sus ligas, un polaco en los piés, un verdadero diablo en el alma... Decia Lincestre en un sermon de Ceniza: No os predicaré el Evangelio, que es cosa comun, pero sí la vida y hechos abominables de este pérfido tirano Enrique de Valois, que invoca al diablo.

Mientras tanto comenzaban las operaciones militares, pues era un problema que solo se podia resolver con las armas en la mano. Ascendian á cuarenta mil hombres el ejército combinado de Enrique III y el rey de Navarra. Habian armado los de Paris todos los pueblos de las inmediaciones; pero no podian presentar en campo raso tantas fuerzas como contaba el ejército realista. Se habia presentado con una division de duque de Mayena delante de Tours: mas se vió precisado á retirarse por la superioridad de número de los contrarios. Se acercaron estos á la capital y el rey fijó su campo en el pueblo de Saint-Cloud, á dos leguas escasas de Paris, cuyos principales edificios se presentaban distintamente delante de sus ojos. Con semblante de indignacion se dice que contemplaba esta ciudad, cuya entrada le negaban sus súbditos rebeldes. Añaden que exclamaba algunas veces: Paris, cabeza del reino pero cabeza demasiado grande y caprichosa, tienes necesidad de una sangría para curarte, lo mismo que á toda la Francia, del frenesí que tú le comunicas. Dentro de algunos dias habrán desaparecido tus casas, tus murallas, y solo se verá el suelo en que estuvieron colocadas.

Aumentaron con la aproximacion del monarca la efervescencia y tumulto de aquella capital fanática. Al ver las banderas de los calvinistas mezcladas con las reales, prorumpieron en nuevos denuestos á imprecaciones contra Enrique de Valois, que de instrumentos tan indignos se valia. Resonaron con nuevo furor en las calles, en las plazas los epítetos de hipócrita, de tirano, de enemigo de la Iglesia, de mónstruo de vicios é impiedad con que le designó la santa liga casi desde su subida al trono: tronaron con mas encarnizamiento que nunca los púlpitos de la capital, y la imprenta se mostró infatigable en esparcir bajo mil formas cuanto podia contribuir á inflamar mas y mas los ánimos de la muchedumbre.

¿Qué se podia esperar de tanto entusiasmo y fanatismo? ¿Qué no era permitido contra un tirano enemigo de Dios y de la Iglesia? ¿A qué mano estaba destinada la palma de libertar á Paris del azote que le amenazaba? Así discurrian los que de sus sentimientos piadosos se preciaban: así el asesinato de Enrique III ocurria naturalmente como el medio mas eficaz de preservar la iglesia de Dios, de vengar las ofensas del Altísimo. Los nombres de Judith, de Samuel, de Aod y de Débora se pronunciaban con arrebatos de entusiasmo. Que muchos afilasen los puñales para imitar su accion heróica y merecer la palma del martirio, se puede concebir muy

fácilmente. Así llegaron hasta organizarse compañías para atentar de este modo á la vida del monarca; mas en medio de tantos aparatos, de tantas vociferaciones, de tantos planes, un hombre oscuro se adelantó á todos, y se arrojó solo á cometer una accion que pasaba entonces por la mas heróica.

Era este un fraile de Santo Domingo, llamado Jacobo Clemente, jóven de veinte y cuatro años, que desde su mas tierna edad habia pasado á la soledad del claustro. De carácter sombrío y silencioso, dotado de una imaginacion ardiente, imbuido en todos los principios de intolerancia de la época, exaltado con lo que oia en los púlpitos y á sus mismos superiores, devorando noche y dia los pasajes de la Biblia que en los sermones con tanto entusiasmo se citaban, concibió el proyecto de perpetrar él solo una accion que iba á purgar á la Francia del enemigo mas ensañado contra sus altares. Comunicó sus designios á sus superiores por via de la confesion, y de todos mereció elogios, animándole á llevar á cabo lo que no podia ser mas que inspiracion del mismo cielo. Con este apoyo, y habiéndose preparado al acto con los sacramentos, se dirigió este fraile solo á Saint-Cloud, no sin ir prevenido de un puñal bien afilado. Se presentó á la puerta de la casa que habitaba el rey, y pidió ser admitido á su presencia para entregarle cartas de importancia que le habia dado para él una persona en Paris, que estaba mucho en los intereses del monarca. Titubeó al principio Enrique en concederle la admision; algunos cortesanos se lo disuadieron; mas haciéndoles el rey observar que en caso de negársele la entrada se diria en Paris que no hacia caso de los frailes, mandó que dejasen pasar al dominico. Se arrodilló este cuando se vió delante del rey, y bajó la cabeza en el acto de hablarle y de entregarle las cartas que le habian confiado. Al tomarlas el rey sin ninguna desconfianza, suponiendo que el desconocido le tendria que decir alguna cosa reservada, mandó que le dejasen solo con el fraile. No perdia este á pesar de su actitud ninguno de los movimientos del monarca. Cuando le observó engolfado en la lectura, se lanzó á él con la celeridad del tigre y le clavó en el vientre el puñal de que venia prevenido. No perdió el rey la serenidad en aquel terrible lance: se sacó el puñal que el asesino habia dejado dentro de la herida, en el acto de dar voces á su servidumbre. A sus gritos entraron todos los que se hallaban á la sazon en la antesala. Acudieron unos al rey, se echaron otros sobre el asesino, acribillándole á estocadas en el acto. Recibió la muerte Jacobo Clemente de rodillas, sin pronunciar una palabra, sin alzar los ojos, con el mayor recogimiento y compostura, como un hombre que aguarda la palma del martirio. Vieron algunos en esta precipitacion de los cortesanos cierta complicidad en el asesinato y el deseo de sustraerse con la muerte tan violenta del fraile á los peligros en que podrian meterlos sus declaraciones. Mas natural es que hubiese sido efecto de la indignacion que les causó el asesinato del monarca. Es posible y muy probable que Jacobo Clemente no tuvo mas cómplices que sus confesores.

No se creyó mortal la herida del rey en un principio; él mismo se lisonjeaba de salir felizmente de tan crítico lance, segun carta que escribió á la reina con dos renglones de su propio puño, muy poco despues de la ocurrencia. Sin embargo, al fin de algunas horas cambiaron los facultativos de opinion, y se vieron en la necesidad de anunciar al rey que estaba su última hora muy cercana. Recibió el monarca la noticia con resignacion, y sin dar muestras de abatimiento, se preparó para la muerte. Hizo escribir algunas cartas, tomó sus últimas disposiciones, recibió los sacramentos con mucha compostura y demostraciones de piedad, declarando que perdonaba á su asesino. Fué muy afectuosa y tierna la despedida de Enrique, á quien reconoció por heredero, y pidió encarecidamente allanase el único obstáculo que para subir al trono de Francia le podian racionalmente poner sus enemigos, á saber, su cualidad de calvinista. En esta disposicion de ánimo, reiterando las protestas de la sinceridad de sus sentimientos católicos, y de que perdonaba á todos sus contrarios, incluso el asesino, espiró al decir estas últimas palabras el 1.° de agosto de 1589, á la edad de treinta y ocho años no cumplidos.

Enrique de Valois, último rey de Francia, de esta rama, es tambien una de las principales figuras de aquel siglo, y no precisamente por ninguna gran prenda personal, sino por su rango y la asociacion de su nombre con acontecimientos de tanta importancia en aquella época de trastornos y revueltas. Pocos hombres entraron en la vida pública de un modo tan brillante. A los diez y ocho años de su edad, mandaba los ejércitos del rey de Francia, y segun voz pública, de nadie desmentida, se debieron á su gran valor las victorias de Jarnac y Moncontour sobre las tropas calvinistas. Verdad es que á tan lucidos ensayos no correspondió el resto de su

vida; mas tambien es cierto que no siempre ocurren circunstancias igualmente favorables al despliegue de habilidad y de talento, cuando estos no son aplicables á todo género de objetos. Figuró Enrique III en todas las escenas de confusion y de tumulto tan comunes en su época. Lució funestamente su fanatismo en las matanzas de San Bartolomé, viéndose siempre en las primeras filas, cuando se trataba de hostilizar y hasta de exterminar los hugonotes. Fué el único de su pais y raza que se sentó en el trono de Polonia, y aunque debió en gran parte esta elevacion á la actividad é intrigas de su madre, no entró por poco la consideracion de su persona. Cuando se vió sentado en el trono de Francia, debió de conocer la gran distancia que media entre el rango principal y el secundario (1), y que lo que habia sido un lecho de flores para el *duque de Anjou*, se habia convertido en uno de espinas para el *rey de Francia*. Hay tales situaciones en la vida y puestos de tanta elevacion que es preciso perecer ó ser gigante. No lo era Enrique III para la complicacion de negocios, el choque de pasiones y principios y la pugna de intereses que encontró en Francia á su regreso; y como no fué héroe, como no tuvo el genio suficiente para dominar cosas que habian llegado á tanta altura, se deslució su nombre y empañó miserablemente su reputacion, que tal vez se hubiesen conservado en otras circunstancias. Luchó con hombres mas hábiles, con voluntades mas firmes que la suya, con pasiones ardientes y furiosas que ya no estaban en su corazon, con ardides diplomáticos que tal vez no comprendia. No es extraño que entre las diversas sendas de conducta que se le ofrecian, hubiese elegido la que tal vez le llevaba mas hácia su ruina. No carecia Enrique III sin duda de buen entendimiento: claro y perspicaz era el de la reina madre; mas en aquella situacion no bastaba ver, faltando el genio y sobre todo la resolucion de vencer todo género de obstáculos. Fué Enrique III uno de aquellos hombres en quienes desaparece la energía y el fuego de su juventud, antes de sentirse el hielo de los años; de los que dejan de ser mozos sin llegar á viejos. Fué indolente, disipado, afeminado en sus gustos, frívolo, indiscreto, pródigo, y si se atiende á las crónicas del tiempo, aun mas disoluto en sus costumbres de lo que estaba en consonancia con las licenciosas de su corte. Tal vez exageraron sus vicios feos los que tenian tanto interés en denigrarle; mas no anduviéron acertados los que atribuian sus devociones, su afiliacion en la cofradía de penitentes á pura hipocresía, como si la supersticion y todo género de vicios fuesen de difícil amalgama. Aborreció siempre á los protestantes, á pesar de lo mal que le trataban los mas fogosos de la santa liga; ni aun cuando unió sus estandartes con los del rey de Navarra, fué objeto de menos aversion para él su secta religiosa. No penseis, hermano mio, en ser rey, sin convertiros á la religion católica, le dijo en sus últimos momentos; con cuya expresion, al mismo tiempo que manifestaba sus principios, hacia ver que conocia el estado moral y político de Francia.

(1) Voltaire ha dicho de este príncipe en su Henriada:

«Tel brille au second rang qui s' eclipse au premier.»

Verso que desde entonces ha sido innumerables veces citado y aplicado.

CAPÍTULO V.

Continuacion del anterior.—Resultados del asesinato de Enrique III.—Abandonan á Enrique de Navarra los católicos.—Le reconocen por rey los calvinistas.—Se retira á Normandía.—Regocijos en Paris.—Proclaman por rey al cardenal de Borbon, que toma el nombre de Carlos X.—Preparativos de guerra.—Reconcentra sus fuerzas el de Navarra.—Sale de Paris en busca suya el duque de Mayena.—Combate en Arques.—Se retiran los liguistas.—Se apodera y saquea Enrique de Navarra los arrabales de Paris.—Se retira segunda vez á Normandía.—Vuelve á este pais el duque de Mayena.—Batalla de Ivry ganada por Enrique.—Derrota completa de Mayena.—Negociaciones infructuosas.—Sigue la guerra.—Bloqueo de Paris por Enrique de Navarra.—Entusiasmo de la poblacion.—Apuros que padece por el hambre.—Incertidumbre de Enrique de Navarra.—Saben los de Paris la aproximacion del duque de Parma, que viene de Flandes en su auxilio.—(1589-1590.)

A la muerte de Enrique III, último vástago varon de la casa de Valois, pasaba la corona de Francia en virtud de la ley sálica á Enrique de Navarra, hijo y heredero de Antonio de Borbon Vendome, primer príncipe de la sangre. Eran pues incontestables sus derechos á los ojos de la ley; mas los liguistas y Felipe II miraban las cosas de distinto modo. ¿Se reconoceria por rey cristianísimo de Francia á un hugonote, á un hereje relapso, á un enemigo de la Iglesia? Despues de tantos sacrificios, de tanta agitacion por restablecer el catolicismo en todo su esplendor, por purgar al suelo de la infeccion de la herejía, ¿se la pondria ahora sobre el trono?

¿Despues de haber destituido á Enrique III por sus sentimientos sospechosos, acatarian como su sucesor á un calvinista declarado? Tales debian de ser y tales fueron los sentimientos y la lógica de los cotólicos ardientes. Si no era tan vivo el entusiasmo de los moderados, de los que seguian las banderas del rey, se mostraron remisos unos y contrarios abiertamente otros á reconocer como su sucesor á un príncipe enemigo de su religion y excomulgado por la Iglesia. Así los dos campos que por interés de política y de defensa mútua se habian unido en Tours y venido juntos á las inmediaciones de Paris, se volvieron á separar despues que el puñal de un asesino dejó á la Francia sin monarca. Quedó Enrique de Navarra solo con sus tropas calvinistas, que le saludaron como á rey, mientras los principales señores y jefes del ejército real, se dirigian por separado hácia las provincias donde tenian cada uno mas partido.

¿Qué haria en semejante aislamiento el nuevo rey de Francia ó el que como su rey se contemplaba? ¿Se apresuraria á abjurar el calvinismo por segunda vez, desacreditándose de este modo con los suyos? ¿Se mantendria fiel á sus doctrinas continuando alzada la barrera que de la gran generalidad le separaba? A este último partido se atuvo por entonces como mas en consonancia con las leyes de su honor, lisonjeando de vencer con su conducta y con sus manifestaciones la repugnancia de los menos decididos, ya que no pudiese desarmar los odios tan altamente pronunciados. Expidió decretos de tolerancia religiosa, prometiendo respetar en todo las conciencias, y una igualdad de derechos políticos para los sectarios de ambos cultos; entabló negociaciones con los principales personajes disidentes; trató de sembrar odios y atizar resentimientos contra los príncipes de Lorena y los jefes mas ardientes de la liga; mas nada por entonces tuvo efecto. Bien pronto vió Enrique la necesidad de encomendar sus derechos á la suerte de las armas. Una nueva guerra se iba á encender de secta, de doctrina, de política. Iba á pertenecer la corona de Francia á los mas fuertes y los mas sagaces. De esta cualidad no carecia sin duda el de Navarra, mas sus fuerzas eran pocas, reducido á sus correligionarios. Se vió pues obligado á levantar el sitio de Paris, y aun hubiese tenido que pasar el Loira y abrigarse en las montañas de su pais nativo, si su hábil política no le hubiese proporcionado el apoyo de la reina inglesa, con quien estaba unido por los vínculos de la religion, y por los del odio que profesaban los dos al rey de España. Para estar

mas á mano de recibir los socorros de Isabel, tomó con una parte de sus tropas la direccion de Normandía, mientras se encaminaba un cuerpo á Picardía para observar á los españoles, y un tercero á Champaña con objeto de facilitar la entrada de los reitres alemanes.

Se entregaba Paris mientras tanto á los arrebatos de una frenética alegría. Estaba ya libre de enemigos, y en el sepulcro el rey que tantos temores y odios excitaba. Solo con la indignacion producida por el asesinato de Enrique de Lorena se podia comparar el entusiasmo que encendió la noticia de haber caido Enrique de Valois bajo el puñal de un asesino. Ya no existe el rey Herodes, el perjuro, el enemigo de Dios, el que ocultaba tantos vicios con el manto de la hipocresía. Se habia librado la Iglesia de su azote; se habia consumado el triunfo del catolicismo. ¿Y á quién se debia tal victoria? ¿Qué brazo generoso habia alzado para la expiacion de tantos crímenes? ¿Quién habia volado á recibir la palma del martirio para librar á Paris de su tirano? El nombre de Jacobo Clemente corria de lengua en lengua entre la muchedumbre ciega de furor y fanatismo; en todos los púlpitos resonaban los elogios del valeroso mártir; nunca se habia decretado un apoteosis con aplauso mas unánime. Cien relatos, cien canciones en todos estilos circulaban relativas al asunto; en infinitas estampas se reproducia la hazaña de Jacobo Clemente asesinando al rey, y la profunda humildad con que se entregó despues al acero de sus vengadores. El ayuntamiento, la Sorbona, el Parlamento y sobre todo los Diez y seis rivalizaban en demostraciones de alegría en arengar al pueblo congratulándose con su entusiasmo.

En cuanto al rey de España, no son difíciles de imaginar los sentimientos que excitó en él un acontecimiento tan inesperado. Uno de los principales de la liga en su abierta desobediencia á Enrique de Valois, tan interesado como los mismos Guisas en su final destronamiento, tan irritado y receloso como el liguista mas fanático por su alianza con Enrique de Navarra, debió de ver en la tragedia de Saint-Cloud el dedo de la mano de Dios, y en la persona de Jacobo Clemente un instrumento de su justicia y su venganza. Sus instrucciones al embajador en aquella corte, don Bernardino de Mendoza, manifiestan bien con cuánto interés se ocupaba en aquellos acontecimientos. La correspondencia que antes habia seguido con el difunto Guisa bajo el nombre de Mucio la llevaba

ahora con el duque de Mayena bajo el de Jacobo. El mismo interés se advierte en ella de proteger con todos sus esfuerzos los de la santa liga, de purgar al suelo francés del calvinismo, de que se declarase indigno de suceder á la corona de Francia Enrique de Navarra. El asesinato de Enrique de Francia ponia la cuestion mas clara, removia mil obstáculos, sobre todo el gran inconveniente de estar en abierta rebeldía con un rey coronado y consagrado. Aunque destituido, conservaba todavía el nombre de rey un gran prestigio y sobre todo no se hallaba reemplazado.

Al reemplazo pronto de Enrique III debió de aplicarse desde luego la política del rey de España. De sus deseos participaban el Consejo de la Union, el Parlamento y la municipalidad, mientras los Diez y seis y la Sorbona se inclinaban á la prolongacion del interregno. Era tanto mas temible esta situacion, cuanto Enrrique de Navarra podia convertirse en el momento menos pensado á la religion católica y dejar burlados á sus enemigos, ó crear á lo menos grandes confusiones. Y tan en esta idea estaba Felipe II, que encargaba frecuentemente en sus cartas no hiciesen caso, si se llegaba á realizar la conversion de un hereje relapso, en cuya religion solo intereses humanos influian.

A vivir entonces el duque de Guisa, tal vez se hubiese alzado en el escudo á su persona, con arreglo á la falsa genealogía que le habian dado sus adictos, haciéndole descender de Carlo-Magno. El heredero de este príncipe era un niño, y además se hallaba cautivo en poder del de Navarra. El duque de Mayena no tenia derechos que alegar, ni tampoco era su persona tan ídolo, como la del otro, de la muchedumbre. Se abstuvo por entonces Felipe II de alegar los suyos en nombre de la infanta Clara Eugenia, hija de Isabel de Valois, hermana del difunto Enrique; pues además de los obstáculos de la ley sálica, le convenia disimular, ó tal vez no estaban todavía sus planes bien maduros. Por entonces influir en los destinos del pais y arrojar de su suelo á los herejes eran los principales móviles de su conducta. Para conseguirlo en aquella coyuntura, aprobó la idea que ocurrió al Consejo de la Union de nombrar por rey al cardenal Carlos de Borbon, tio de Enrique de Navarra, hombre pacífico, manejable, y muy entrado en años. Con esto se respetaban los derechos de la casa de Borbon, llamada por la ley á la sucesion de la corona, y aunque se nombraba al menor en perjuicio de Enrique de Navarra, jefe en la actualidad de la familia, habia que acha-

car la irregularidad ó infraccion á que era este príncipe enemigo de la Iglesia, indigno de la denominacion de Cristianísimo, título de que tanto los reyes de Francia se preciaban. Por otra parte ofrecía el nombramiento del cardenal la gran ventaja de que no teniendo hijos aplazaba la gran cuestion política de la definitiva sucesion de la corona.

Fué proclamado y reconocido por la santa liga el cardenal de Borbon por rey de Francia, cautivo á la sazon en manos de Enrique de Navarra, despues de haberlo estado en las del último monarca. Por esta circunstancia y otras personales, no podia ser el cardenal mas que un fantasma de monarca, aunque todos los actos del poder llevaban el sello de su nombre; fué reconocido Carlos X por Felipe II, por el Pontífice, por todos los príncipes católicos y la santa liga, mas no era precisamente un rey y sobre todo un rey nominal que necesitaba tan vasta asociacion. Era preciso vencer á Enrique de Navarra, quien en nada pensaba menos que en renunciar al título de rey de Francia, que sin titubear á la muerte del último Valois habia tomado.

En grandes apuros se encontraba este otro fantasma de monarca; pues tal se podia llamar por las pocas fuerzas de que disponia, por sus menos medios de pagarlas, y por los poquísimos franceses que reconocian sus derechos. Convencido de la necesidad de conquistar su herencia con la punta de la espada, buscó aliados, entabló negociaciones y desplegó tan grande habilidad en diplomacia, como valor en los campos del combate. La reina de Inglaterra, siempre propensa á tender al protestantismo una mano protectora, á crear disgustos y obstáculos al rey de España, alistó un cuerpo de cuatro mil hombres, y le hizo embarcarse para las costas de Normandía, con un subsidio pecuniario de veinte mil libras esterlinas, socorro á la sazon no despreciable. Por mediacion de la reina inglesa negociaba Enrique en las cortes de Alemania. Los príncipes luteranos del imperio, aunque entonces muy necesitados, enviaron algunos auxilios, y ofrecieron mas para en adelante, siendo esta alianza de secta, reciprocidad de sentimientos, é identidad de intereses lo que hacia mas al caso á un príncipe tan necesitado. Tambien se le mostró amiga y aliada la república de Venecia, disgustada á la sazon con el rey de España y el Pontífice, y á la que agradaba se suscitasen enemigos á vecinos tan incómodos. Con Enrique III se habia mantenido en los términos de la mejor inteligencia; cuando á su muerte solicitó el de Navarra de la república la renovacion de dicha alianza, no tuvo reparo en enviar un embajador al nuevo rey, felicitándole por su subida al trono. Iguales sentimientos de amistad le manifestó el sultan Amurates, por medio de una carta muy expresiva, en que mostraba interés por la victoria de su causa, con la oferta de que le enviaria gente y buque á Marsella si fuese necesario. Se engrosó algun tanto Enrique con los cuatro mil ingleses. Sabedor de que el duque de Mayena se movia de Paris en busca suya, hizo que se le reuniesen los dos cuerpos que tenia en Picardía y en Champagne, á las órdenes el primero del duque de Longueville y del de Aumont el segundo. Luego que tuvo lugar la reunion, se preparó á recibir al general de la liga, tomada posicion junto al pueblo de Arques, en un campo atrincherado, y defendido por suficiente artillería.

Salió en efecto el duque de Mayena de Paris á la cabeza de catorce mil de á pié y tres mil caballos, toda gente de la liga, y de los señores mas adictos á sus intereses. Los que habian permanecido fieles á Enrique III despues de su ruptura con esta asociacion, se habian retirado á sus provincias y parecian no tomar parte á lo menos por entonces en aquella nueva lucha. Así estaba empeñada verdaderamente entre el catolicismo ardiente y el hugonotismo; entre Roma y Ginebra. Debia, pues, de ser este choque impetuoso y duro, como entre creencias que se odiaban, que mútuamente se excluian.

Viéndose Mayena superior en fuerza, procedió desde luego al ataque del campo atrincherado de los de Bearne; mas no fué dichoso, hallándose el enemigo tan bien pertrechado de cañones. Fué repelido en todos los ataques con notable pérdida, y una vez que pudo penetrar dentro del campo, se vió precisado á abandonarle; tal fué el ímpetu con que por todas partes fué cargado. La victoria se declaró por el campo calvinista, y Mayena se retiró, sin duda algo confuso y cuidadoso con este mal principio de campaña.

Era esta victoria de Arques un presagio muy feliz para el partido calvinista. No podia menos de darle gran fuerza moral un choque en que la superioridad del número estaba tan á favor de los contrarios. Conservaban los veteranos de Enrique de Navarra su gran reputacion de valentía. No carecian de esta cualidad sus enemigos; mas no tenian su experiencia en los combates, y sobre todo la gran disciplina á que estaban tan acostumbrados. Eran hombres de hier-

ro, hechos á todas privaciones, familiarizados con todos los peligros. Por esta gran diversidad entre ambos campos, por la superioridad de número del católico, por las ventajas que en pompa y lujo militar llevaba este á su enemigo, se acostumbraba en todas estas guerras á comparar el de los calvinistas con el de Alejandro, el de los católicos con el de Darío.

Se retiró el duque de Mayena hácia Picardía con objeto de recoger en sus filas los socorros que aguardaba del duque de Parma. Mientras tanto se reunian con Enrique un nuevo refuerzo de ingleses que le enviaba Isabel, y además muchos aventureros que venian en busca de su antiguo pendon desde las montañas del mediodia. Mas con el aumento de soldados crecian tambien los apuros para mantenerlos. Las veinte mil libras de la reina de Inglaterra se iban consumiendo poco á poco. Era Enrique para el alto punto que ocupaba, y los empeños en que se ponia, sumamente pobre: ninguno de sus partidarios era rico, y en aquellos apuros no hubo para él otro recurso que aprovecharse de la ausencia del duque de Mayena, cayendo de repente sobre la capital, contando con cogerla desapercibida.

Paris no lo estaba, aunque sin prever por entonces este movimiento de Enrique de Navarra. La municipalidad, los cuartenarios, el gobernador duque de Aumale, desplegaron su actividad y vigilancia acostumbradas; se doblaron las guardias de las puertas; se prepararon las cadenas para tenderlas por las calles. Se tomaron todas las medidas para sostener un sitio; mas esta operacion no entraba por entonces en los cálculos de Enrique, cuyo ánimo era solo apoderarse temporalmente de los arrabales. Por muchas precauciones de defensa que tomaron los liguistas, no pudieron impedir que los reales se apoderasen del barrio de Santiago y otros de la orilla izquierda que saquearon. Prohibió Enrique bajo las penas mas rigorosas que se entrase en las iglesias, y las despojasen de la menor cosa; tal era su ansiedad por no ofender en la parte mas sensible á los católicos. Despues de hacerse con un botin considerable que remedió las necesidades de su ejército, se retiró tranquilamente y sin ser molestado de Paris, donde volvió á entrar muy pronto el duque de Mayena.

Se concluyó aquel año 1589, sin mas hechos militares, no porque faltasen deseos y energía para hacer la guerra, sino por el tiempo indispensable que los preparativos absorbian. Tambien Mayena

se hallaba exhausto de recursos. Se le habian remitido de Flandes mil y cien lanzas á las órdenes del conde de Egmont, con algunos socorros pecuniarios que no cubrian las necesidades de la liga. Tendia siempre el rey de España su mano protectora, mas los liguistas se quejaban de que no correspondian las dádivas á sus empeños, mientras Felipe II preguntaba por su parte en qué se invertian tantas sumas como enviaba.

Salió el duque de Mayena de Paris, á principios de 1590, con direccion á Normandía, donde se hallaba Enrique sitiando la plaza de Dreux, bastante fuerte en aquel tiempo. Era la intencion del general de la liga hacer levantar el sitio; y como su rival no pensaba en aguardarle, salió á su encuentro, situándose en Ivry, á dos leguas de la plaza. Llegó pronto el de Mayena, y los dos campos se prepararon para una batalla. Constaba el ejército de la liga de diez mil infantes y cuatro mil caballos: era bastante inferior en número el de Enrique. Se desplegaron las dos líneas: la batalla comenzó con el fuego de la artillería del rey que hizo bastante daño en las filas de la caballería valona, formada á la derecha de la lína de Mayena. Avanzó esta con objeto de apagar sus fuegos. Mas habiendo acudido los caballos del ala izquierda de la línea de Enrique, no pudieron los flamencos resistir al choque de aquellos veteranos endurecidos con la fatiga, capitaneados por el príncipe en persona. Con este mal principio de batalla hizo avanzar el general liguista las tropas alistadas por la municipalidad de Paris, cuya experiencia de la guerra no correspondia sin duda á su arrojo y entusiasmo. Tambien cejaron ante las picas y arcabuces de las tropas reales. Quedaba por último recurso al de Mayena la infantería en número de tres mil suizos que formaban el cuerpo de reserva; mas estos mercenarios á quienes se les debian muchas pagas, permanecieron inmóviles formando un cuadro con arcabuceros en los ángulos, sin hacer caso de las órdenes, amenazas, exhortaciones y ruegos del duque para que le sacasen de aquel gran conflicto. Cuando avanzó el ejército de Enrique ya vencedor, se pasaron todos al campo del rey, consumándose así la derrota de los de la liga. Fué muy grande su pérdida en gente y material. La retirada se hizo en el mayor desórden. Los de Enrique los persiguieron hasta Mantes, donde se rehicieron, temiendo desordenarse á seguir mas lejos el alcance. Se condujeron las tropas del rey (pues ya con este título le designaremos) como cumplia á quienes tenian que corresponder á su gran re-

putacion, y los cuatro mil ingleses, mandados por el lord Willoughby, como hombres deseosos de manifestar la importancia de su auxilio. Se mostró mas valiente que nunca el rey Enrique, haciendo ver su profunda conviccion de que solo en los campos de batalla haria legítimos los derechos que habia debido al nacimiento. Naturalmente atrevido y arrojado, se le vió en aquel dia en los puntos del mayor peligro, cargando á la caballería valona al frente de sus valientes veteranos. No era gran capitan, mas suplia muchas veces con golpes de audacia las faltas del saber, y se empeñaba en temeridades felices, que equivalen á las combinaciones mas sabiamente preparadas. Por otra parte no era él en su campo quien trazaba el plan de las batallas. A capitanes mas entendidos, y sobre todo al mariscal de Biron, encomendaba este cuidado, mientras él se aplicaba á pelear, á reunir en derredor de su penacho blanco á los que con entusiasmo le seguian, y con ojos tan inquietos buscaban esta bandera en lo mas recio del combate.

Dió la victoria de Ivry á Enrique una fuerza moral, una reputacion, un ascendiente que fijó su destino y casi resolvió el problema de su sucesion al trono disputado. La accion de Arques no habia sido mas que un ensayo feliz, pues el duque de Mayena, aunque llevando lo peor, se retiró sin haber sido destrozado. En Ivry lo fué completamente en campo raso, y perseguido por espacio de doce leguas sin tregua ni descanso, con la mortificacion además de dejar en poder del enemigo un cuerpo intacto que consumó su desercion cuando con sus esfuerzos mas contaba. No tenia el duque de Mayena la reputacion ni el prestigio de su difunto hermano. Hombre lento, sobrado metódico, grueso, pesado en su persona, no era para rivalizar con Enrique de Navarra. En su parcialidad, gozaba la reputacion de moderado, que no era un título de popularidad con los liguistas mas ardientes. Por otra parte, dependiente en sus operaciones como capitan del Consejo de la Union de la municipalidad de Paris, de los Diez y seis, que en todos los negocios se mezclaban, tenia muchas desventajas con respecto al rey, que de nadie dependia.

Abrió la batalla de Ivry nuevo campo de negociaciones á los moderados del partido católico, que si bien no querian un rey calvinista, se mostraban contrarios á las pretensiones de los jefes ardientes de la liga, del rey de España, y de los Guisas. En este partido medio entraban los mismos conocidos antes con el nombre de políticos, y cuantos se habian adherido á la causa de Enrique III cuando su destitucion por los jefes de la liga. Ardientes partidarios de la ley sálica, les repugnaba verla infringida á favor del rey de España, muy poco popular con todos los partidos, ni aun de la casa de los Guisas, á cuyas pretensiones, como descendientes de Carlo-Magno, no se podia atender, sino dando por usurpadores é ilegítimos todos los monarcas de la casa de Capeto. Era legítimo rey de Francia Enrique de Navarra en virtud de la ley sálica, sin que hubiese otro obstáculo que el de su religion para ser reconocido. ¿Era insuperable dicho obstáculo? ¿No se cortaba el nudo de la dificultad con la vuelta de Enrique al seno de la Iglesia? A la obra de esta conversacion se dirigieron pues las negociaciones, los pasos, y toda la política del partido medio. Participaba sin duda de las mismas opiniones Enrique, hombre sagaz, que conocia el estado de las cosas, y probablemente recordaba las palabras que Enrique III le habia dicho á la hora de su muerte. Su conducta anterior y la que observó despues en materias religiosas indica bien lo poco pegado que estaba á estas doctrinas y que no habia nacido para mártir. Mas á la sazon tenia demasiados compromisos con los calvinistas, que tan fiel y denodadamente le servian; se hallaba unido con la reina inglesa, tan propensa siempre á tenderle una mano protectora; se habia manifestado en fin demasiado francamente acerca de sus dogmas religiosos, para que tan pronto pudiera desdecirse sin mengua de su honor, sin exponerse á perder la gracia de los calvinistas, y hasta caer en descrédito con los católicos. Así las primeras negociaciones para obtener esta conversion fueron infructuosas, aunque Enrique usaba siempre el lenguaje de un hombre deseoso de abrazar la verdad, y abjurar errores, inmediatamente que le convenciesen de que caminaba errado. No era, sin duda, esto cerrar la puerta á la esperanza.

Por otra parte los católicos ardientes, los grandes agitadores de la santa liga, al saber las tendencias del partido medio y los pasos que daban para arrancarles la presa de las manos, se entregaron á nuevos arrebatos de intolerancia y fanatismo. Cuantas injurias y denuestos, tanto de palabra como por escrito, se habian lanzado en Paris y otras ciudades de Francia que seguian su ejemplo contra el difunto rey, se innovaron ahora contra Enrique. Volvieron á tronar los púlpitos; volvieron á resonar en las bóvedas de los templos, en las calles y plazas los nombres de rey Herodes y tirano, de enemi-

go de la religion, de hipócrita, de sentina de vicios y desórdenes. Los Diez y seis, la Sorbona, la municipalidad, en vez de templar atizaban mas y mas el fanatismo de la muchedumbre. Se adheria el Parlamento á esa política, aunque no de un modo tan enérgico; la fomentaba con ahinco el Consejo de la Union, tan interesado en la exclusion del de Navarra. ¿Irian con una conversion á perder el fruto de tantas intrigas, tantos manejos y tantos sacrificios? Despues de tanta sangre derramada por la preservacion de la fe católica, ¿se la encomendaria á la custodia de un maldito calvinista? ¿Seria rey Cristianísimo de Francia el enemigo encarnizado de la Iglesia? ¿Bastaria para expiar tantos crímenes una conversion forzada en que el de Navarra sacrificaria probablemente á intereses mundanos su conciencia? ¿Qué confianza podia inspirar á los buenos católicos esta abjuracion forzada de un relapso? Tal era el texto de todos sus discursos.

En cuanto al rey de España, no podia menos de ser el eco, el fomentador, si no el alma de tan acaloradas manifestaciones. Con la conversion de Enrique se le trastornaban sus planes de política, se le inutilizaban cuantos sacrificios hacia y habia hecho. Tenia que renunciar á la esperanza de purgar el suelo francés del calvinismo, que abandonar la idea de dominar la política de aquel, ya por sí mismo, ya indirectamente. Hasta entonces no habia manifestado pretensiones á la sucesion de la corona en nombre de su hija Isabel Clara Eugenia como heredera de Isabel de Valois, hermana mayor del rey difunto; mas sea que aspirase á esta abolicion en su favor de la ley sálica, sea que se contentase con que se enlazase dicha infanta con el jóven duque de Guisa cuando recayese en sus sienes la corona, como era sin duda el plan del Consejo de la Union, debia de renunciar á todo en caso de que la conversion de Enrique satisfaciese como era natural á los que se contentaban con que no fuese calvinista. A imposibilitar esta conversion, á presentarla como sumamente sospechosa, á manifestar que nunca correria la religion católica mas riesgo que cuando mandase en Francia un rey con este manto disfrazado, se aplicó en un todo su política. Al embajador en Paris, que lo era entonces el duque de Feria, envió nuevas instrucciones, ofreciendo su proteccion y nuevas dádivas. Al duque de Mayena, á los demás príncipes de la casa de Guisa, á los miembros mas influyentes del Consejo de la Union y de la liga, envió igualmente cartas de amistad y de amonestacion, haciéndoles ver las calamidades que preparaban al pais á caer en el lazo de la conversion que les armaban. Tambien movió los resortes de la corte de Roma, haciendo que le presentasen en Paris un legado para mantener vivos los sentimientos de intolerancia y tener á los habitantes bien en guardia contra las asechanzas del partido medio.

Con este choque tan diverso de naciones, con incompatibilidad tan positiva de intereses, no habia mas medio que el de continuar la guerra. La muerte de Carlos X que ocurrió por aquel tiempo, no influyó por el pronto en ningun cambio de negocios. Reasumió por el pronto el Consejo de la Union las riendas del gobierno que nunca habia llevado el rey Cardenal, habiéndole cogido la muerte en la prision donde le tenia su sobrino.

A muy poco despues de la batalla de Ivry, se movió rápidamente Enrique de Navarra con sus tropas vencedoras sobre los muros de Paris, y como el ejército de Mayena habia sido completamente destrozado, se atrevió el rey á poner formal sitio á la inmensa capital, suponiendo que se hallarian abatidos los ánimos con tan grande pérdida. Mas no sabia de cuánto horror era objeto su persona, ni los sentimientos de valor y audacia que dentro de aquellos muros fermentaban. Se hallaba Paris casi sin ejército, mas suplieron esta falta, la actividad, el entusiasmo y el tino con que la municipalidad y los cuartenarios organizaron los medios de defensa. Son admirables las disposiciones, los infinitos pormenores de las instrucciones que dieron á los jefes de los diferentes puestos, y el encadenamiento con que estaban ligadas las partes de tan inmensa máquina como la defensa de una vasta capital, cuyas fortificaciones no se hallaban en muy buen estado. Todos los ciudadanos admitieron gustosos el cargo que como á militares se les encomendaba, y con el mayor entusiasmo volaron á sus puestos. A estos medios materiales de defensa se añadieron los que en semejantes guerras suministra la pasion de partido, el odio al que trata de erigirse en dominador, el fanatismo, en fin, civil y religioso. Adquirió este, si era posible, nuevo pábulo con la presentacion de los enemigos. Circularon nuevos folletos y canciones marcadas con el sello de la virulencia que distinguia aquella época. Se volvieron á llenar los templos de católicos que pedian al cielo el exterminio de los calvinistas: volvieron á tronar en los púlpitos los oradores mas fogosos de la liga, presentando á Enrique de Navarra como el enemigo mas feroz de Dios y de la Iglesia, brindando con

la corona del martirio y abriendo las puertas del cielo á cuantos sellasen con su sangre la defensa de la fe católica. A cada hora circulaban en Paris procesiones de penitentes en que llevaban el Santísimo, á las que concurrian muchos eclesiásticos, sobre todo frailes, con el Crucifijo en una mano y agitando una espada ó un puñal con la otra. Nada faltaba, pues, de cuanto podia contribuir al heroismo sublime, al frenético furor de una defensa. En medio de demostraciones tan hostiles y tan enconadas, sufria Paris todos los horrores del hambre y la falta de otras cosas necesarias á la vida, pues Enrique de Navarra temiendo por imprudente, y en efecto lo era, atacar á viva fuerza aquella inmensa poblacion contra él exasperada, habia convertido el sitio en un bloqueo tan estrecho y riguroso que privaba á Paris por tierra y agua de todas sus comunicaciones. En varias historias se hallan los pormenores de los apuros en que puso á Paris un cerco tan estrecho, sin que sus habitantes reducidos á la desesperacion quisiesen dar oidos á diferentes proposiciones de avenencia que Enrique, unas veces en tono de persuasion, y otras con el de amenaza, les hacia. Se habla de gentes muertas de hambre por las calles, de personas que acosadas de la desesperacion se llegaron á alimentar de carne humana. Todo es creible de tan considerable poblacion á tantos apuros reducida. Mas es un hecho histórico que en tan duros conflictos no se abatió el valor de los habitantes de Paris, ni bajó de punto el fanatismo religioso que consideraba en el de Navarra el enemigo de Dios y de los hombres. Ya se hallaba este vacilante, dudoso del partido que debia tomar, irritado por una parte con tan feroz determinacion, y atormentado por la otra con la idea de que se le acusase de ser el exterminador del vecindario de su misma capital, ó á lo menos de la que como suya contemplaba. No se podia prever el partido que tomaria, ni la definitiva consecuencia de la obstinacion y furor del pueblo de Paris, cuando se convirtió este luto en júbilo al saberse como cosa cierta que se acercaba el salvador por que estaban hacia tanto tiempo suspirando: el duque de Parma.

CAPÍTULO VI.

Manda Felipe II al duque de Parma que entre con su ejército en Francia para levantar el sitio de Paris.—Repugnancia de Alejandro.—Hace representacion al rey sobre lo fatal de esta medida.—Insiste Felipe II despues de oir á su Consejo.—Se prepara el duque de Parma á su expedicion.—Entra en Francia su vanguardia.—La sigue él mismo á la cabeza del cuerpo de su ejército.—Reunion de los coligados en Guisa.—El duque de Mayena.—Llega el campo combinado á Meaux.—Perplejidad de Enrique de Navarra.—Deja los muros de Paris y avanza hasta Cheles.—Cartel de desafío que envia al campo de los confederados.—Respuesta de Alejandro.—Preparativos de batalla.—Movimiento rápido de Alejandro sobre la plaza de Lagny.—Toma de esta fortaleza.—Levantamiento del sitio de Paris.—Regocijo de la capital.—Licencia el rey de Navarra parte de su ejército y se retira á Normandía.—Toma de Corbeil por los coligados.—Vuelta de Alejandro Farnesio á los Paises-Bajos (1).—(1590).

Ya sabemos los muchos sacrificios que tanto en dinero como en gente costaba á Felipe II la influencia que ejercia en los negocios de la Francia, desde el principio de las guerras civiles y religiosas que tenian ya de dura tantos años. Cuanto mas andaba el tiempo, tanto mas se complicaba la situacion y crecian para él los temores ó las esperanzas; tanto mas necesaria le era hacer esfuerzos para no malograr los que ya habia hecho. Despues de la jornada de las barricadas y el asesinato del duque de Guisa, se habian estrechado mas sus vínculos con la liga; la muerte de Enrique III le habia identificado con esta vasta asociacion, instrumento de sus miras ambiciosas. La gran prueba de que consideraba á la liga como cosa

(1) Las mismas autoridades.

propia, y los asuntos de Francia como personales, es que descuidaba en su favor intereses de grandísima importancia, hasta el punto de traer en su auxilio, desde los Paises-Bajos, tropas que le eran indispensables para la sujecion de sus provincias. Inmediatamente que se declaró una nueva guerra entre la santa liga y Enrique, dió el rey órdenes al duque de Parma para que enviase cuantas fuerzas le fuesen posibles en auxilio del duque de Mayena, advirtiéndole que se preparase él mismo á entrar en Francia á la cabeza del ejército. Obedeció Alejandro las órdenes de rey enviando un cuerpo de mil caballos y dos mil infantes á las órdenes del conde de Egmont, que fué muerto en la batalla de Ivry, habiendo participado sus tropas de la derrota total que cayó al ejército de los liguistas. Al saber Felipe II esta noticia, al ver tan comprometida de nuevo la suerte de la liga, sobre todo con el sitio de Paris que acababa de poner Enrique de Navarra, no titubeó en enviar órdenes terminantes al duque de Parma para que con cuantas mas fuerzas pudiese, entrase en Francia y acudiese á levantar el sitio de su capital tan seriamente amenazada. Para mover mas el ánimo del duque, pasó el de Mayena á verse con él en los Paises-Bajos, donde le hizo ver los apuros de su situacion, la gran gloria que aguardaba á Farnesio con ser el libertador de aquel pais, y las inmensas ventajas que su protectorado iba á producir al rey de España. Mas ni estas razones tan plausibles, ni las órdenes terminantes de Felipe II, podian apartar de los ojos del duque lo que tenian de desacertadas. Imprudente le pareció en efecto que se enviasen como auxiliares en guerra extraña á un general y á un ejército tan activamente ocupados en dar término á una propia. Al cabo de once años de esfuerzos y trabajos en que habia reconquistado para el rey doce provincias de las sublevadas, se le arrancaba del teatro de sus glorias que aguardaba coronar con la sujecion de las restantes, sobre todo las de Holanda y Zelanda, tan apetecidas. A su cabeza se hallaba el príncipe Mauricio distinguido por su actividad, pericia militar y artes de gobierno, digno en un todo de su padre, favorecido por la reina Isabel, aliado con los calvinistas de Francia, con los príncipes luteranos del imperio. ¿No era de temer que se aprovechase este jefe de su ausencia, que robusteciese su mando en las provincias que le eran tan afectas, que agrandase su territorio auxiliado como estaba por la reina y por todos los que á disminuir la dominacion del rey católico aspiraban? La pérdida de Breda manifestaba bien la actividad del príncipe de Orange y el peligro que

corrian las provincias ya sujetadas y cuyos verdaderos sentimientos no podian ignorarse. ¿Cómo se podria presentar en Francia con fuerzas respetables dejando en Flandes las suficientes para continuar la obra que con tantos trabajos y todo género de esfuerzos llevaba tan adelantada? Su ejército no era bastante numeroso para atender á los objetos de tanta consideracion. El dinero escaseaba, y cada momento se podian temer las sediciones que los apuros de esta clase tan frecuentemente promovian. El fruto de la expedicion de Francia era dudoso, y muy seguro el mal que la ausencia de las tropas iba á producir en Flandes.

Tales fueron las razones que el duque de Parma expuso al rey para disuadirle de la determinacion que habia tomado en favor de aliados sospechosos, ¡tan en perjuicio y detrimento de sus propios intereses. A pesar de que Felipe II habia tomado irrevocablemente su partido, le pareció oportuno someterlas á la deliberacion de su consejo. Opinaron algunos porque se siguiese el dictámen de Alejandro, haciendo ver la imprudencia de ayudar á los extraños con lo que hacia tanta falta dentro de la propia casa. Que no estaba el rey tan seguro de la buena fe de los jefes de la liga, que no se pudiese temer fuesen pagados con ingratitud tan costosos sacrificios; que podian tomar los negocios en Francia un sesgo tal, que dejase burlada del todo su política; que con tantas parcialidades é intrigas como pululaban en aquel pais donde el rey de Navarra tenia infinitos partidarios, se podia temer que al fin se diese un paso que conciliase los intereses de la ley sálica con los de la Iglesia católica, en cuyo caso serian perdidos cuantos gastos habia hecho el rey de Francia, y quedarian sin ninguna indemnizacion los perjuicios que le produjese en Flandes la separacion de tantas tropas; que la final sujecion de todas las provincias de los Paises-Bajos era el principal objeto á que debia encaminarse la política del rey católico, como el medio de dar para siempre término á una guerra que por veinte y dos años costaba tanto dinero y tanta sangre; guerra que seria acaso interminable, si se hacia salir de Flandes al ejército y al general afortunado que por su valor y capacidad en tan buen estado la llevaba.

Contra estas razones expusieron otras los que trataron de hacerse mas gratos al monarca, de cuyas verdaderas intenciones se hallaban penetrados. Dijeron que por muy importante que fuese el

concluir la guerra de Flandes, por muchos perjuicios que acarrease al rey el hacer salir de ellos al duque de Parma con un cuerpo de tropas respetable, todo se debia posponer al objeto importantísimo de auxiliar la santa liga que, con tanto teson por defender la religion católica, luchaba; que en Francia estaba el núcleo de la herejía y el verdadero centro de la insurreccion de los Paises-Bajos; que mientras no se destruyese á Enrique de Navarra y se le imposibilitase de subir al trono de Francia, no habia que esperar el triunfo completo de la religion en aquel pais, donde el calvinismo se mostraba cada vez mas atrevido y orgulloso; que por lo mismo que se podia temer algun sesgo en los negocios de aquel reino que desbaratase los planos políticos del rey, se debia acudir con rapidez, á fin de asegurar y robustecer la fe de los amigos, y trastornar los proyectos de los enemigos ó los sospechosos; que la gloria de levantar el sitio de Paris, asiento principal del catolicismo en Francia, tan asegurada por los malditos calvinistas, era digna y propia de un gran rey que el nombre de católico llevaba; que levantado este sitio, robustecida la liga y destruidas las esperanzas de Enrique de Navarra, volveria Alejandro á presentarse con doble prestigio delante de los rebeldes, desmayados sin duda con el vencimiento de sus correligionarios.

No hay necesidad de indicar que Felipe II se atuvo á esta opinion que no era mas que un eco de la suya. El resultado fué la reiteracion de la órden dada al duque de Parma de ponerse en camino para Francia, segun se le tenia mandado. Esforzó el rey en su carta todas las razones que se habian expuesto en el Consejo en favor de la medida. Le hizo ver que su ausencia de los Paises-Bajos no seria tan larga que diese al príncipe Mauricio lugar de extender su territorio; que el servicio que en Francia iban á hacer sus armas á la religion católica, era de bastante importancia para que delante de él desapareciesen todos respetos y consideraciones: que estaba reservado á un capitan de su reputacion llegar á la cumbre de la fama en el nuevo teatro que se iba á ofrecer á su capacidad y valentía: que él por su parte tendria por un grande obsequio que se prestase á dar gustoso esa nueva prueba de fidelidad y de obediencia.

A tan reiteradas y estrictas órdenes, no restaba mas respuesta que obedecer al gobernador de Flandes. Cuantas razones alegaba el rey acompañadas de elogios tan lisonjeros para su amor propio, no destruyeron, sin embargo, las que le animaban á él mismo contra una medida que graduaba siempre de imprudente. A los obstáculos materiales que le ofrecia su pronta ejecucion, se le añadia la repugnancia de abandonar un teatro donde habia adquirido una gran reputacion, por uno nuevo y desconocido en que podia tal vez comprometerla. Como estaba tan bien informado de lo que ocurria en Francia, le repugnaba mucho ponerse en juego con tantas parcialidades é intrigas, no siéndole dudosa la poca buena fe que á todos animaba. No desconocia el gran interés que habria en aquel pais en deslustrar su gran reputacion, los muchos envidiosos que tenia en la corte de Madrid, dispuestos como estarian á sacar partido de cualquier revés que le ocurriese. Todavía recordaba cuánto se habia murmurado de su inaccion ó poca voluntad de auxiliar con su tropa y navíos al duque de Medinasidonia en la expedicion de la Invencible, cuando se hallaba sin medios para obrar de otra manera, como ya hemos visto. Mas todas estas reflexiones eran inútiles para un hombre á quien no quedaba mas recurso que obedecer las órdenes del rey, ó dejar para siempre su servicio.

Cuanto mas afanado estaba en los preparativos de su expedicion, ocurrió un motin en el tercio español de Manriquez, que guarnecia la plaza de Courtray, y por los mismos motivos que el de Leiva. No costó poco trabajo reducir á la obediencia unas tropas cuyo servicio era tan útil en aquella circunstancia. Ni ocurrió otro medio de acallar sus quejas, que satisfacerles sus pagas devengadas con dinero que acababa de llegar de España. Volvieron con esto á su deber los sublevados, que hasta entonces habian servido bien y cuyo valor estaba tan á prueba.

Hizo este tercio parte del cuerpo de vanguardia que se movió de Flandes un poco antes que Alejandro. Se componia de cinco mil hombres escogidos de infantería y ochocientos de á caballo. Su primer punto de reunion fué en Condé, pueblo de Flandes, de donde se trasladaron á Guisa, perteneciente á Francia. Al mismo tiempo que se hallaba en movimiento esta vanguardia, se dirigia el duque de Mayena con diez mil hombres de la liga á la frontera con el objeto de reunirse á las tropas de Alejandro. Permaneció este cuerpo combinado en Guisa aguardando la llegada del duque de Parma con el cuerpo principal y la artillería que estaba reuniendo á toda prisa.

Continuaba entre tanto la estrechez del sitio de Paris y los apu-

ros de sus habitantes. Noticioso el rey del movimiento de los de Alejandro, dudó si los aguardaria en Paris ó les saldria al encuentro. Con lo primero conservaba siempre la esperanza de hacerse dueño de la capital; adoptando el segundo expediente, conseguia la ventaja de presentar ó aceptar una batalla, desembarazado de las operaciones de un sitio que podian debilitar muchísimo sus fuerzas. Hizo, pues, amagos de ponerse en movimiento en busca de los enemigos, mas era demasiado importante la continuacion de aquel asedio para que le abandonase sin que motivo superior le obligase á ello, y así esperó que los enemigos marchasen hácia él, caso que tuviesen esta intencion, sin salirles por entonces al encuentro.

Al fin se movió el duque de Parma de Bruselas á mediados de agosto de 1580 al frente del cuerpo principal de su ejército con el tren de artillería, y por el camino mas corto se puso en marcha para Guisa, donde se reunió con la vanguardia. En seguida se dirigieron todos á Laon, donde ya los aguardaba el duque de Mayena para arreglar allí su plan de operaciones.

Hizo su entrada en Laon el duque de Parma con toda pompa y aparato, rodeado de sus primeros oficiales y á la cabeza del ejército. Fué recibido á la puerta por la municipalidad y demás autoridades, y no quiso recibir las llaves de la ciudad que con las formalidades de costumbre le ofrecieron. En seguida pasaron todos á la catedral donde se cantó el *Te-Deum*. Habiéndose despues reunido en la casa de su alojamiento los principales jefes de los dos ejércitos, y los principales funcionarios civiles y eclesiásticos de la ciudad, se dió lectura pública á las órdenes del rey, quien le mandaba entrar con un ejército en Francia en auxilio de la santa liga y defensa de la religion católica contra el partido calvinista, capitaneado por Enrique de Navarra, que en tantos peligros la ponia. Terminó el dia con festejos y manifestaciones públicas del entusiasmo que producia la llegada de tan poderosos auxiliares.

A diez y seis mil ascendia el número de los infantes, entre españoles, italianos, valones y alemanes, y á tres mil los caballos españoles é italianos, que componian el cuerpo de ejército del duque de Parma. Se contaban entre los principales jefes Antonio de Leiva, español; el príncipe Castro Beltran, y Apio de Comitibus, italianos; el aleman Jacobo de Collalto; y de los flamencos, el príncipe Chimay, el marqués de Renty, los condes de Barlamont y de Aremberg.

Diez mil infantes y tres mil caballos militaban á las órdenes del duque de Mayena.

Reunidos ya los dos generales, fué su primera operacion consultar sobre el plan de campaña de los dos cuerpos combinados. Fogosos como siempre los franceses, propusieron que se marchase inmediatamente sobre Paris á levantar el sitio de aquella capital, reducida á tantos apuros y estrecheces. No convenia tanta precipitacion al duque de Parma, capitan prudente, que todo lo meditaba y combinaba. Hallándose en un reino extraño devorado de facciones, natural era que antes de obrar de un modo decisivo tomase el pulso á las personas y á las cosas, que observase un poco los nuevos jefes que le rodeaban, las nuevas tropas que debian recibir sus órdenes. No desconocia sin duda los graves compromisos en que le habian puesto las del rey de España y á cuántos azares se hallaba expuesta su reputacion de entendido y hábil capitan, fruto de tantos años de afanes y trabajo. Sin contradecir, pues, abiertamente la opinion de Mayena y sus franceses, manifestó que antes de moverse necesitaba reforzarse mas con la retaguardia que aguardaba de un momento á otro, y sobre todo que llegase el dinero enviado por el rey, que resguardado por una fuerte escolta caminaba lentamente con todas las precauciones que hacia necesarias la inseguridad de los caminos.

Mientras tanto las negociaciones que van siempre en pos, y muchas veces de frente con las operaciones militares, hacian su papel en esta contienda tan reñida, casi á muerte. En Enrique era natural y sincero el deseo de arreglar las cosas amistosamente, hallándose con tantos enemigos y mortificadísimo con la repulsa del pueblo de Paris que á tan duras medidas le obligaba. Habia mala fe sin duda en los pasos de pacificacion dados por la liga, que trataba de ganar tiempo para procurarse algun alivio en un sitio tan molesto. Era el gran nudo de la dificultad el calvinismo del rey, y al que se mostraba muy adicto por entonces. La paz era imposible; las treguas que le proponian los liguistas no convenian á quien contaba de un momento á otro con sujetar la capital, cada vez mas apurada.

Se trasladó con las negociaciones de Paris al campo de Mayena. Sabedor Enrique de la marcha definitiva de Alejandro, dió salvoconducto á los comisionados de Paris que iban á verse con el teniente general del reino en compañía de los suyos propios. Prometia

de nuevo el de Navarra tolerancia completa en materias religiosas, y el ducado de Borgoña para el de Mayena con soberanía independiente. Le preguntaba al mismo tiempo qué era lo que esperaba de la alianza de un príncipe extranjero cuya ambicion y poderío amenazaban la independencia de la Francia, y le exhortaba al mismo no se hiciese instrumento de una política que en mengua del decoro nacional se erigia en árbitro de sus disensiones, cuyo arreglo á ellos solos concernia.

Respondió Mayena que en la altura á que habian llegado los negocios ya no estaba en sus facultades arreglar nada por sí mismo; que con la santa liga obraban enteramente el pontífice y el rey de España; que se dirigiese por lo tanto al duque de Parma, generalísimo de los coligados; que por su parte se mostraria siempre en guerra abierta contra los enemigos de la fe católica, y en cuanto al ducado de Borgoña, bien sabia el rey de Navarra de qué potencia dependia.

El duque de Parma, á quien se dirigió en seguida Enrique, se mostró mucho mas terminante y mas explícito. Sin querer admitir á los embajadores sino en audiencia pública, respondió que habiendo recibido órdenes de su rey para combatir en Francia contra los enemigos de la fe católica, era el solo negocio de que se ocupaba que mientras Enrique de Navarra fuese enemigo de la Iglesia, como enemigo de su rey tenia que considerarle; que en ningun asunto político tenia que entender, subsistiendo el mandato y sus motivos; y que por lo mismo no entraria con nadie en negociaciones antes de recibir las órdenes del rey para entablarlas.

Reforzado el campo de los coligados con tropas de Alejandro y al mismo tiempo de Mayena, se movieron ambos cuerpos, reunidos ya en uno solo, camino de Paris, llevando consigo muchos víveres de repuesto para socorrer á los sitiados. Mandaba la vanguardia el duque de Aumale, y el de Mayena el cuerpo del centro, donde entraban los españoles, valones, alemanes é italianos que acababan de llegar de los Paises-Bajos. Residia el mando supremo en Alejandro, general de un cuerpo de auxiliares, en pais donde se hallaban los príncipes de Guisa y otros personajes que pertenecian á la liga, circunstancia que indica bastante el grande mérito del general y la preponderancia que en este pais extraño ejercia el rey á quien representaba.

Marchaba el ejército combinado, como en pais enemigo, con to-

das las precauciones militares. No se descuidaba Alejandro en disponer reconocimientos con frecuencia, en proporcionarse itinerarios, y las reseñas mas exactas del pais que transitaba. Todos los altos se hacian metódicamente, eligiendo para acampar las posiciones mas seguras. Estaba bien penetrado el duque de lo que le iba en cualquiera descuido y negligencia marchando por aquel pais extraño.

Grande fue el conflicto de Enrique de Navarra al saber el movimiento de los coligados. ¿Saldria á buscarlos levantando el sitio, perdiendo así el fruto de cuatro meses de afanes y trabajos? ¿Los aguardaria en sus líneas, privándose así de la facultad de un campo propio para aceptar ó dar una batalla? ¿Podria dividir sus fuerzas para conseguir á la vez los dos objetos? El consejo á quien sometió este asunto delicado, fué de opinion de que levantase el campo y saliese en busca de los enemigos, pues este era el asunto mas interesante; mas dejando siempre delante de Paris algunas tropas para ocupar los puntos mas importantes de su comunicacion con los de afuera, siendo estos el Sena que atraviesa la ciudad, y el Marne que desagua muy cerca de la poblacion en la orilla derecha del primero. Habiendo el rey adoptado esta opinion en sus dos partes, levantó el campo con las precauciones indicadas y llegó á Cheles, el mismo dia que entraron en Meaux los coligados.

Se hallaban ya enfrente y muy cerca uno de otro los dos hombres de guerra que llamaban mas entonces la atencion de Europa, aunque en desigual categoría y por medios muy diversos. Se distinguia Enrique de Navarra por su ardor, por su impetuosidad, por aquella intrepidez que no conoce obstáculos y se embriaga con la imágen del peligro; campeaban en Alejandro Farnesio la serenidad, el espíritu observador y reflexivo, el genio que medita y calcula con calma y sangre fria lo que despues va á ejecutar con la rapidez tan esencial en todos los movimientos de la guerra. Era Enrique demasiado soldado para poner en evidencia su mérito como capitan: tambien se distinguia Alejandro como soldado y gran soldado, mas se eclipsaba esta cualidad delante del tino, del don de mando con que tan aventajadamente le habia dotado la naturaleza. Se hallaba muy lejos de ser Enrique la cabeza de mas capacidad, el verdadero general en jefe de su ejército, aunque como rey estuviese en el ejercicio del supremo mando; mientras el duque de Parma era el verdadero jefe, el director, el alma principal de todas las operaciones de la guerra, extendiendo su influencia y ascendiente de su genio hasta

á los mas famosos y experimentados capitanes que habian encanecido en las guerras de los Paises-Bajos. La campaña en que van á entrar estos dos caudillos uno contra el otro, será una explicacion de lo que tan sucintamente analizamos.

Con el movimiento de Enrique de Navarra pudieron entrar en Paris algunos víveres, aunque en cantidad demasiado escasa para las necesidades que aquejaban aquella inmensa poblacion, hallándose todavía ocupados por los enemigos los principales puntos de comunicacion, sobre todo los dos rios. Sin embargo fué este respiro de bastante consideracion para que Alejandro combinase con calma sus operaciones sin aventurarse á ningun paso que le comprometiese demasiado. Fué su primera operacion en Meaux situarse en un campo atrincherado, que fortificó con todas las precauciones necesarias.

Pero al paso que el duque de Parma se mostraba tan lento en avanzar, se hallaba animado de impaciencia el rey de Francia de presentarle la batalla. Sin poder alejarse de Paris, temiendo á cada instante un accidente que le arrebatase de entre las manos una presa tan ansiada, sabedor por otra parte de que el bloqueo de Paris no se mantenia tan estrecho como él lo habia ordenado, era de su interés venir cuanto mas antes á las manos con los coligados. Para hacerlos salir al campo, no cesaba de inquietarlos con amagos de ataque por varios puntos de sus líneas. Mas no se daba cuidado el duque de Parma de sus provocaciones.

Impaciente el rey, envió al campamento enemigo una especie de cartel ó desafío en que echaba en cara al duque de Mayena su demasiada prudencia ó cobardía de permanecer encerrado en sus trincheras, invitándole á salir al campo á medirse con su rey, cuyos derechos de serlo despreciaba. Al mismo tiempo quiso picar el amor propio del duque de Parma, brindándole á que probase si era fácil vencer en campo raso, como tomar plazas.

Nada respondió Mayena á esta especie de desafío, hallándose todo el campo bajo las órdenes supremas de Farnesio. Cuando le dió parte del mensaje, dijo el de Parma con sonrisa y calma: que hasta entonces habia hecho la guerra segun las circunstancias del pais, y que del mismo modo pensaba obrar en adelante; que sentia mucho no agradase su inaccion al rey de Navarra; mas que estando acostumbrado á pelear cuando le parecia, y no cuando lo deseaba su enemigo, ya le iria á buscar cuando lo juzgase necesario.

Sin embargo á los dos dias despues, ó por no excitar murmuraciones en su propio campo ó por estar ya maduro el plan que proyectaba, salió con su ejército de las trincheras y se puso en tren de aceptar la batalla, de que estaba impaciente su enemigo. Confió la vanguardia al marqués de Renty, quien la dispuso en línea de combate sobre las crestas de unas lomas que separaban los dos campos. A retaguardia, y cubierto por esta línea avanzada, formó su cuerpo de ejercito mandado por el duque de Mayena. La retaguardia quedó á cargo de Valentin Pardieu señor de la Motte, gobernador de Gravelinas. Estaba la mayor parte de la artillería con el cuerpo del ejército; el resto con la retaguardia. Los enemigos por su parte al ver estas disposiciones salieron impacientes de venir á las manos con los de Farnesio. Cuando pensaban todos en que iba á empeñarse un conflicto general, dijo el duque de Parma al de Mayena: «No es este nuestro campo de combate: á otro punto debemos dirigirnos para levantar el sitio de Paris.» Diciendo estas palabras dió órdenes para que sin perder momento desfilase por su flanco izquierdo el cuerpo de Mayena, movimiento que se ejecutó sin ningun inconveniente, hallándose cubierto con las tropas de vanguardia.

Era el plan de Alejandro caer precipitadamente sobre la plaza fuerte de Lagny, situada sobre la orilla izquierda del Marne, guarnecida por tropas de Enrique y provista de numerosos almacenes. Como impedia esta plaza la comunicacion de Paris por dicho rio, en su rápida expugnacion vió Alejandro el medio mas seguro y expedito de levantar aquel bloqueo. Como él se hallaba en la orilla derecha, tenia la plaza enfrente, mas el Marne no corre muy ancho por aquella parte, y además no le era muy difícil dominar las dos orillas. Lo esencial era llegar allá con rapidez, ocultando cuanto era posible el movimiento, y dejar á retaguardia algun cuerpo que detuviera al rey, si este trataba de seguirle los alcances. Consiguió lo primero no moviendo la vanguardia; y para lo segundo le sirvió su misma retaguardia, que desfiló en seguida el grueso del ejército y se colocó de observacion en una altura antes de llegar á dicha plaza. Se pasó en efecto todo aquel dia sin que Enrique tuviese noticia exacta del movimiento de Alejandro. Atribuyó al principio su inaccion á una simple negativa de batalla. Aun cuando le informaron de su direccion á Lagny, le pareció muy difícil que se atreviese á emprender la expugnacion de la plaza fuerte de la que le separaba el Marne. Era necesario sin embargo tomar algun par-

tido; elegir el mejor no era muy fácil. Marchar tras de Alejandro, era descubrir á Paris por el lado que su campo ocupaba: permanecer en inaccion le exponia á mas inconvenientes. Adoptó, pues, el medio de destacar un cuerpo que siguiese los alcances á Alejandro, y observase bien sus movimientos. Se movió este cuerpo ya algo tarde, y como se encontró además con el que Alejandro habia dejado á retaguardia, no pudo impedir al duque que se apoderase de los arrabales de Lagny situados en la orilla derecha, es decir, en la suya, y se fortificase en ellos con seguridad contra todo ataque. Aquella noche se incorporó con el duque el marqués de Renty con su vanguardia, y además el señor de la Motte con la retaguardia. Reunido todo el ejército en dichos arrabales, no se pensó en otra cosa que en los medios de pasar el rio para emprender cuanto antes el ataque de la plaza. La casualidad le deparó unas barcas cargadas de heno que bajaban el Marne, un poco mas arriba de Lagny, ignorando tal vez la presencia de las fuerzas de Alejandro en la otra orilla, ó confiadas en la proteccion de los fuegos de la plaza. No dudaron los soldados del duque en arrojarse al rio á nado, y embestir las barcas, que viéndose atacadas inopinadamente y de un modo extraño, no hicieron resistencia. Apoderados de ella nuestras tropas, dispuso inmediatamente que se cargasen con la artillería necesaria para el sitio.

Mientras tanto se habian acercado á las líneas fuertes destacamentos del ejército de Enrique con un número crecido de caballería, provocando á escaramuzas á los nuestros: mas Alejandro, atento solo á la toma de Lagny, aparentó no hacer caso, y dió las órdenes mas severas para que nadie se apartase del atrincheramiento, dejando á la artillería el cuidado de alejar al enemigo. Todavía no estaba cierto del plan del duque de Parma, cuando al cabo de los dias de esta aparente inaccion vió que se trasladaba su campo á la otra orilla. Entonces trató él de hacer lo mismo; pero temeroso siempre de dejar descubierto á Paris por la otra parte, se contentó con hacer pasar un cuerpo de mil quinientos hombres á Lagny de refuerzo.

Dispuso Alejandro sus baterías, y procedió al cañoneo de la plaza. Fué el ataque vivo, como convenia á los que no tenian tiempo que perder en su conquista. Sn defendia bien la guarnicion, y el gobernador Lafin se acreditó de gran soldado. Despues de abierta brecha se procedió al asalto. Fué repelido el primero, mas los de

Alejandro volvieron á la carga con nuevo ímpetu, y entraron en el pueblo á viva fuerza. A la victoria se siguió el pillaje, y asimismo la matanza. De la guarnicion, quedaron con vida el gobernador y algunos pocos. Dueño Alejandro de la plaza, hizo marchar inmediatamente rio abajo los abundantísimos víveres de que estaba abastecida, que llegaron á Paris sin el mas pequeño obstáculo. Desde aquel momento salió la capital de su situacion desesperada. Habia conseguido Alejandro su grande objeto de levantar el bloqueo sin exponerse al azar de una batalla. Era la misma táctica del duque de Alba, quien solo por movimientos hábilmente combinados y sin venir á las manos habia vencido en dos campañas al príncipe de Orange. Es la táctica de los grandes capitanes apelar solo á los combates cuando no se les ofrecen otros medios de vencer, único fin de todas las operaciones de la guerra.

Fueron extremadas las demostraciones de regocijo del pueblo de Paris al verse libres de un sitio tan calamitoso. Se olvidaron en los arrebatos de su entusiasmo las hambres padecidas, la horrorosa mortandad de que fué teatro la capital durante aquella situacion de mas de cinco meses. Resonaron en las plazas, en las calles, sobre todo en los templos las alabanzas de Alejandro. Se pronunció su nombre como el de un salvador, no solo de la capital sino de la misma religion católica tan amenazada por aquel rey y sus legiones calvinistas. Se presentaron en su campo solemnes diputaciones de la municipalidad del Consejo de la Union y otras corporaciones que venian á felicitarle, á ofrecerle cuanto le pudiera ser de útil y agradable. Era un nuevo lauro y la verdadera corona de todos cuantos hasta entonces Farnesio habia alcanzado. Hablamos de él como de un capitan, sin que se mezclen por ahora en este elogio consideraciones políticas de ninguna especie.

En cuanto á Enrique, se encontraba en una situacion desagradable: defraudado de sus halagüeñas esperanzas de hacerse dueño de Paris, vencido en estrategia por su rival, sin haber encontrado ocasion de lucir su valentía, y sobre todo sin recursos pecuniarios con que atender á la subsistencia del ejército que le seguia, y que en la toma de Paris pensaba indemnizarse del atraso de sus pagas. No le quedaba otro recurso que licenciar la mayor parte de su ejército y alejarse con la otra de los muros de Paris, llevándola adonde las circunstancias se lo aconsejasen. Su primera operacion fué, pues, situarse en San Dionisio, y despues de haber tomado disposiciones para

organizar las pequeñas fuerzas que le restaban, se movió con ellas camino de la Normandía.

Mientras tanto entraban en Paris el duque de Mayena y demás jefes de la liga que militaban en su ejército. En los movimientos políticos á que dió lugar el cambio de la situacion de la liga con motivo del levantamiento del sitio de Paris, no entramos por ahora. Contrayéndonos á seguir los movimientos de Farnesio, muy pronto volvió á reunirse este general con el duque de Mayena. Fué la primera operacion de las tropas combinadas poner sitio á Corbeil, punto entonces fuerte sobre el Sena á cinco leguas de Paris, donde Enrique habia dejado una guarnicion muy respetable. Sufrió en efecto Corbeil un sitio formal que duró bastantes dias, no sin choques violentos y efusion de sangre por una y otra parte. Al fin pudo mas el número y la constancia de los sitiadores animados de la emulacion del espíritu de pais, pues se hallaban delante de los muros de aquella pequeña fortaleza soldados de todas naciones.

Con el levantamiento del sitio de Paris parecia concluida y lo estaba en efecto la mision que habia encargado al duque de Parma el rey de España. Así lo pensó al menos Alejandro, á quien las enfermedades de su campo, la proximidad de la mala estacion, y sobre todo el estado de los negocios de Flandes daban alas para dejar cuanto antes el territorio de la Francia. Por otra parte no estaba satisfecho de los jefes de la liga, así como el duque de Mayena y demás jefes de su parcialidad alimentaban recelos y desconfianzas contra un auxiliar tan poderoso. Cualquiera que reflexione sobre los verdaderos motivos de la union que existia entre Felipe II y los jefes de la santa liga, concebirá la poca buena fe que debia de reinar entre unos y otros. Querian los segundos un mero auxiliar que los librase de las garras del rey de Navarra: aspiraba Felipe II á utilizar en favor suyo unos servicios que le empeñaban en tantos gastos y le costaban tantos sacrificios. Tan resuelto como estaba á tenderles una mano protectora cuando les veia en un grave apuro, como sucedió en el sitio de Paris, tan remiso se mostraba en auxiliarlos tanto, que los pusiese en el estado de no necesitarle. Igual política y en diferentes sentidos desplegaban los de la santa liga con el rey de España.

Tentó un poco el vado el duque de Parma proponiendo al de Mayena que se quedase de guarnicion en Corbeil, con españoles é italianos de su ejército. Rechazaron la proposicion los jefes de la liga

como depresiva para su independencia, aunque no dieron al duque de Parma una respuesta que pudiese ofender mucho su amor propio. Sin dar señal alguna de resentimiento les anunció Alejandro su determinacion de restituirse á los Paises-Bajos, donde los negocios de la guerra reclamaban imperiosamente su presencia. Cogió al duque de Mayena de sorpresa la determinacion del duque de Parma; y como realmente necesitaba su cooperacion para acabar con la faccion del de Navarra, le rogó mucho en nombre de los jefes permaneciese mas en su compañía hasta que tuviese el gusto de coronar una empresa tan gloriosamente comenzada. Mas Alejandro se mostró inflexible manifestando que habia recibido de su rey órdenes expresas para ello. Tomó en efecto sus disposiciones para ponerse en retirada, y despues de dejar cinco mil hombres como cuerpo auxiliar á los jefes de la liga, emprendió el movimiento con el resto de sus fuerzas, algo disminuidas por las operaciones anteriores, y en no muy buen estado por las enfermedades que cundian por el campo.

No tomó el duque de Parma en su regreso á los Paises-Bajos el mismo camino que le habia traido á las puertas de la capital de Francia. Se encaminó por la derecha para penetrar por la parte meridional de la Champagna, donde podia encontrar mas víveres y recursos que en la otra. Emprendió con la misma lentitud y precauciones militares que la primera vez, temiendo ser atacado por las fuerzas del rey, mandadas por este príncipe en persona, ansioso de un desquite por el desaire tan cruel que acababa de sufrir por parte del de Parma. Formó este cuatro columnas de marcha que se protegian mútuamente, dejando los flancos y la retaguardia bien cubiertos por la caballería que recorria el campo y aseguraba los caminos. Todas las noches acampaban las tropas de Alejandro en un terreno atrincherado. Con estas precauciones burló los designios de su rival, que en muchas ocasiones trató de caer de repente sobre su retaguardia y sus costados, teniendo que desistir por la actitud que tomaban en cualquier amago de ataque las columnas de Alejandro. En un encuentro sério que se verificó á los seis dias de marcha fué repelido el rey con grande pérdida, debiendo su salvacion personal á la velocidad de su caballo. De este modo sin batallar primero, sin perder gente despues en su retirada, gracias á lo lento y atinado de su movimiento, volvió el duque de Parma victorioso á los Paises-Bajos despues de cinco meses de campaña.

CAPÍTULO VII.

Llegada del duque de Parma á los Paises-Bajos.—Situacion.—Progresos del príncipe Mauricio.—Negocios de Francia.—Manda el rey de España al duque de Parma que vuelva á Francia á levantar el sitio de Ruan.—Entra.—El rey de Francia sale en busca de Farnesio.—Escaramuzas.—Levanta el sitio de Ruan.—Entra Farnesio en la plaza.—Sitia la de Caudebec.—Es herido.—Toma de la plaza.—Apuros de su situacion hallándose como encerrado por el rey de Francia.—Atraviesa con su ejército el Sena.—Vuelve á los Paises-Bajos.—Orden de volver á Francia.—Sale de Bruselas.—Llega á Arras.—Su muerte.—Su caracter (1).—(1591-1592.)

Se halló el duque de Parma á su regreso en Flandes con la misma situacion que habia previsto cuando tuvo que dejar este pais por las órdenes del rey de España. No era fácil el que un jefe de su capacidad fuese dignamente reemplazado, pues aunque el conde de Mansfeld alcanzaba buena reputacion como militar valiente y experimentado, estaba muy lejos de llegar á la altura de Alejandro. Se habian puesto en mal estado los asuntos militares de aquel pais, y el príncipe Mauricio se habia sabido hábilmente aprovechar de la ausencia de un adversario tan temible. Crecia el príncipe en pericia militar y en las demás cualidades que constituyen un hombre de estado, un jefe de partido. Se dice que estudiaba como un modelo al mismo duque de Parma, imitándole en todo lo posible. Si esto es así, se puede decir que el discípulo se mostraba digno del maestro. Como quiera que esto sea, se mostró Mauricio el hombre principal y

(1) Las mismas autoridades.

el de mas prestigio entre todos los confederados en los Paises-Bajos. No solo era jefe de las provincias que mandaba su padre, sino que en las demás ejercia igual preponderancia. Salió pues Mauricio á campaña primero que Alejandro regresase. Antes que pasemos á su relacion, diremos que se reducian las tropas que este habia dejado para su defensa á dos tercios italianos y dos alemanes, fuera de algunas compañías sueltas borgoñonas, flamencas é irlandesas; además se podian contar como unos mil y quinientos hombres de á caballo que estaban al cargo del marqués del Vasto. Otros dos tercios mas habian quedado en los Paises-Bajos; mas el uno de ellos, llamado de Manrique, del nombre de su maestre de campo, se habia sublevado, y otro, de Manuel de Vega, acababa de hacerlo poco antes de la vuelta de Alejandro á Flandes. A estos disgustos del general español, se añadia la mortificacion de saber que sus enemigos en la corte de Madrid trataban de indisponerle con el rey, acusándole de demasiada parcialidad hácia los italianos en perjuicio de los españoles que desatendia, y cuyas sediciones eran efecto de esta negligencia. Poco se necesitaba para mover el ánimo de Felipe II, tan propenso á la suspicacia, á quien nunca acertaba á complacer del todo ninguno de sus servidores.

La repugnancia que habia mostrado en cumplir sus órdenes de pasar á Francia y la claridad con que le hablaba de este pais, donde á pesar de tantos servicios á la causa de la liga no podia contar con verdaderas simpatías, estaba mal calculada para agradar al rey, quien sin duda en medio de su desconfianza, hacia mucho caso del acatamiento y fiel adhesion que le manifestaban los liguistas. El duque de Parma, para salir de una vez de este conflicto escribió al rey quejándose de los que trataban de indisponerle contra su persona, justificando en todo su conducta. El rey, que cualquiera que fuesen sus cavilosidades, estaba seguro de que no encontraria un capitan que le sirviese con tanta utilidad, contestó á su carta en los términos mas satisfactorios, asegurándole de su amistad, dándole nuevas gracias por sus servicios, y manifestándole lo mucho que de ellos aguardaba todavía.

Pasaremos ahora á presentar un bosquejo de las operaciones militares en Flandes, tanto durante la ausencia del duque de Parma, como á su regreso. Se hacia la guerra con mucha menos actividad que antes, sea por falta de tropas, ó por cansancio en vista de lo prolongado ya de la contienda.

Ocupaban todavía los españoles parte de la provincia de Frisia, que mandaba Francisco Verdugo. Obedecia la autoridad del rey la plaza fuerte de Groninga, mas no queria recibir en sus muros soldados españoles. La otra mitad de la provincia reconocia la autoridad de los Estados, y con este motivo eran frecuentes las escaramuzas que se empeñaban entre las dos parcialidades. Para poner la plaza de Groninga mas en estado de defensa, solicitó Verdugo de los magistrados de la ciudad permitiesen la entrada á tropas españolas, lo que fué negado. Con esto se indispusieron los de esta nacion, ya muy irritados por falta de pagas y carencia de vestido y otras cosas necesarias. En Diest, donde estaban invernando, prorumpieron en abierta sedicion contra el maestre de campo Manuel de Vega, á quien acusaban de poco celoso por sus intereses. Aunque en completa desobediencia no atentaron á su vida, contentándose con enviarle á Lovayna con los oficiales y demás individuos que se habian opuesto al alboroto. Los amotinados permanecieron en Diest, proponiéndose conservar aquella situacion mientras no se satisficiesen sus atrasos. Sus quejas no eran precisamente contra el rey, quien suponian mandaba el dinero necesario, sino contra los contadores y encargados de la distribucion, que les retenian lo que no era suyo. Es probable que fuesen muy justas estas quejas, y que no bastasen todos los esfuerzos de Alejandro para que los empleados de la Hacienda, llamados entonces oficiales del sueldo, cumpliesen exactamente con sus obligaciones.

A su regreso de la expedicion de Portugal, habia vuelto el coronel Norris á los Paises-Bajos. El gobernador de Ostende preparó en secreto una expedicion contra el fuerte de Blackemberg, situado como sabemos entre esta plaza y la esclusa. Como estaba mal guarnecido y descuidado su gobernador, se entregó con muy poca resistencia.

Por la parte del Rhin cayeron los puntos de Westerlo y Turnhaut sin ninguna resistencia en manos del príncipe Mauricio. Como eran los designios de este general sitiar la plaza de Zutphen, quiso apoderarse antes del fuerte de Duisburgo, que le sirve de defensa. Lo consiguió por sorpresa, valido de una estratagema, haciendo vestir algunos soldados de mujeres, que se presentaron á las puertas de la fortaleza con frutas y diversos comestibles. Sorprendió uno de ellos á un centinela que dejó muerto de un pistoletazo. Los otros sacaron inmediatamente sus armas que llevaban ocultas, y embistieron á los pocos soldados que se presentaron. En medio de la confusion, del ruido, del correr á todas partes sin saber lo que pasaba, quedaron abiertas las puertas por los que estaban de inteligencia con el príncipe, cuyas tropas acudieron inmediatamente y se hicieron dueñas de la fortaleza.

Ganada Duisburgo, dirigió Mauricio sus baterías contra Zutphen, que se rindió con muy poca resistencia.

En seguida pasó el príncipe á sitiar la plaza de Deventer, con tantas mas esperanzas de ganarla, cuanto que estaba en ella de gobernador Herman, conde de Berghen, primo suyo. Entre Mauricio y la plaza mediaba el Isel, que es muy poco ancho por aquella parte. Fué su primera operacion cortar sus comunicaciones por agua, echando dos puentes, uno abajo y otro arriba. En seguida se puso á cañonear la plaza. Despues de abierta la brecha, intimó la rendicion; mas el gobernador no hizo caso del requerimiento. Como no restaba mas recurso que el asalto, hizo Mauricio construir una especie de puente; mas al tiempo de echarle se halló que era corto y no llegaba perfectamente al pié de los escombros formados por la brecha. No arredrándose con esto los asaltadores, trataron de pasar á la otra orilla. Mas todos los que lo intentaron fueron víctimas de los tiros que desde las mismas ruinas se les asestaban. En vista de este contratiempo mandó el general tocar la retirada.

Por una rara combinacion de circunstancias, aquella plaza que tanta resistencia oponia, se entregó sin mas esfuerzos, sin que pasasen adelante las hostilidades. Produjo este cambio inesperado la muerte del gobernador, que cayó gravemente herido cuando las tentativas del asalto. Sobrecogida la guarnicion con este golpe y sin saber qué hacerse, entró en capitulaciones, y abrió las puertas al príncipe Mauricio.

Pasó despues este general á sitiar la plaza de Groninga. Volvió á insistir con este motivo Francisco Verdugo en que recibiesen las tropas españolas, mas todavía titubeaban aquellos habitantes. Se reducia la cuestion á saber si habian de ser de los españoles ó de los holandeses, Como temian de estos últimos mal trato por haberse separado de la confederacion, se decidieron por los primeros, y los admitieron en los arrabales y pueblos inmediatos. Con esto se trastornaron los planes de Mauricio y desistió del sitio de la plaza.

Oyó el duque de Parma á su regreso á Flandes la noticia del sitio de Zutphen y se puso en camino para levantarle. En Ruremun-

da pasó revista á su pequeño ejército. Ascendia á siete mil hombres entre italianos, flamencos é irlandeses, y á mil quinientos los caballos. Los españoles llegados á Francia se habian quedado allí al servicio de la liga. Los del tercio de Vega, que se hallaban todavía en Dieste, no quisieron acudir al llamamiento de Alejandro. Sabida la rendicion la rendicion de Zutphen hallándose todavía en Ruremunda, se dirigió hácia Nimega, cuyos habitantes estrechados por los holandeses, le suplicaron atacase el fuerte de Kanotzemburgo, cuya guarnicion los molestaba. Marchó allá en efecto el duque de Parma y pasó el Waal en barcos que le habian enviado aquellos habitantes. En el camino tuvo un encuentro con unas tropas holandesas; mas no atreviéndose estas á disputarle el paso, se retiraron, dejando libre al duque de tomar sus disposiciones para la toma de aquel fuerte. Mauricio que lo supo se movió de Aruhen con seis mil hombres. Dejó emboscada la mayor parte de la fuerza, y se presentó delante de los reales de Alejandro. Siguieron los nuestros con demasiado ardor el alcance de Mauricio, que se retiró al principio de la refriega, y dieron sin poderlo evitar en la emboscada. Sin embargo, vueltos de la primera sorpresa, se rehicieron, y se renovó el combate siempre con ventaja suya.

Vueltos á sus reales los de Parma, se continuó con actividad el sitio del fuerte. Despues de abierta brecha, no se trataba mas que del asalto. Dió para ello las órdenes el duque de Parma, y se habian ya tomado las disposiciones para el dia siguiente, cuando recibió cartas del rey en que se hacia saber que debiendo de considerar los asuntos de Flandes como cosa secundaria, tuviese sus fuerzas reunidas y preparadas para volver á Francia con ellas al instante que recibiese órdenes: tan preocupado estaba entonces Felipe II con los trastornos de aquel reino, tan alucinado con la idea de que le iba á añadir de un modo ó de otro á sus dominios. Habian vuelto los negocios á una situacion tal que le parecia estar ya en el caso de tender á los de la liga una mano eficaz como habia sucedido en el sitio de Paris, que tan próximo habia estado á caer en poder del de Navarra. Crecia el partido de este en aquel pais tan destrozado por disturbios: á cada instante se aumentaba el número de los que deseaban fuese la ley sálica el solo norte en aquel mar tan borrascoso. Sin perder su adhesion á los dogmas de la fe católica no querian por ningun estilo al rey de España, y consideraban la perpetuidad de las guerras civiles en el llamamiento

al trono, sea de la liga de Felipe II, sea del príncipe jefe de la casa de los Guisas. Contrayéndonos por ahora á la parte militar, dejando para otro sitio el movimiento político de las negociaciones y otros actos de mayor importancia que tenian lugar entonces, se iba engrosando el nuevo rey con nuevos partidarios que á sus banderas acudian, con las tropas de Isabel, con los abundantes socorros que le suministraba esta reina á la sazon con él tan generosa. Dueño de una gran parte de las provincias del Mediodia, ocupaba asimismo toda la provincia de Normardía á excepcion de Ruan, que con muchas fuerzas asediaba. Se hallaba en grandes apuros su gobernador, sin que Mayena al frente de su ejército se hallase con bastantes fuerzas para levantar el sitio. Acudió otra vez en este apuro la liga santa del rey de España, y este monarca, calculando que era mucho su peligro, envió órdenes al duque de Parma para que sin perder momento saliese de Flandes con su ejército, y marchase en socorro de la plaza de Ruan tan estrechada por los calvinistas. Era una órden parecida á la primera. En su consecuencia mandó el duque de Parma levantar el sitio de Kanotzemburgo y partió á Bruselas con objeto de hacer los preparativos de su expedicion, en lo que experimentó las dificultades á que estaba tan acostumbrado.

No se atrevió á picar su retaguardia el príncipe Mauricio, contentándose con sacar todo el partido que le proporcionaba aquella retirada. Mientras hacia el duque sus preparativos para la jornada de Francia, desembarcó Mauricio con cuatro mil hombres en el pais de Waes, al norte de la provincia de Flandes, y pasó á poner sitio á la plaza fuerte de Ulst, no muy lejos de Amberes, donde Mondragon mandaba entonces. Inmediatamente que llegó á este la noticia, dispuso que acudiesen tropas en todas direcciones. Hizo inútiles estos esfuerzos Mauricio, inundando el pais de las inmediaciones de la plaza. Reducida esta á sí misma, mal guarnecida, poco fuerte, bien que provista de abundantes víveres y municiones, abrió despues de una débil resistencia, las puertas á los holandeses.

Tomada Ulst, pasó Mauricio por segunda vez al fuerte de Kanotzemberg, y para aprovechar la ausencia de las tropas de España echó un puente sobre el Waal y emprendió sériamente el sitio de Nimega, defendida por valones y alemanes. Se condujo la guarnicion con bastante bizarría; pero no fué ayudada por los habitantes, descontentos muchos del gobierno español, y en inteligencia los principales con el príncipe Mauricio. Cuando le vieron

con tan buena fortuna y estuvieron seguros de su proteccion, hablaron de capitular, pidiendo al gobernador pusiese fin á sus calamidades; y como el tono de la súplica tenia todo el aire de exigencia, no titubeó la guarnicion en acceder á las intimaciones de Mauricio. Fué la capitulacion muy favorable. Salió la guarnicion con armas y bagajes. Quedó la ciudad con su territorio incorporado en la confederacion, dominante en ella el culto protestante, con libertad para todos de conciencia. La entrada del príncipe en Nimega fué magnífica.

Así mientras se ocupaba Alejandro con tanta actividad en los preparativos de su jornada de Francia, le ganaba plazas el príncipe Mauricio. Mas por todo esto pasaba Felipe II á trueque de tomar parte activa y personal en los asuntos de un pais, que aunque extraño, casi ya consideraba como propio.

Salió el duque de Bruselas á últimos de 1591, no pesaroso de volverse á medir segunda vez con el rey de Navarra, de cuya táctica ya tenia experiencia. El buen éxito de sus operaciones cuando el levantamiento del sitio de Paris y que habia debido tan solamente á su pericia propia, no podia menos de infundirle esperanzas de vencer segunda vez á quien le igualaba en valor y le superaba en osadía. Penetró por el pais extraño con las mismas precauciones militares que en su anterior campaña, y antes de llegar al Somma se encontró con el ejército de los coligados mandados como la otra vez por el duque de Mayena. Fueron afectuosas las demostraciones con que recibieron al de Parma los que para salir de sus nuevos apuros le necesitaban. De la buena fe con que recibian el auxilio pueden quedar dudas muy probables. En cuanto al duque de Parma, tenia demasiadas pruebas de su poca sinceridad para no estar receloso y desconfiado. Concertó con los jefes franceses el plan de operaciones, y sin perder tiempo tomaron el camino de Ruan, cuyo gobernador Villars estaba reducido á los últimos apuros.

Sin contar algunas tropas de vanguardia que al mando del príncipe de Asculi habia hecho salir antes en direccion á Ruan, llevaba consigo el duque de Parma doce mil infantes, tres mil caballos, cuarenta piezas de artillería y dos mil carros. Con la union de estas tropas y las del duque de Mayena, podia ascender su ejército á veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos. En él se hallaban algunas tropas del portífice. Por segunda vez tuvo Enrique de Navarra la cruel mortificacion de saber que se acercaba el duque de Parma á arrancarle de las manos una presa que contaba por segura. Otra vez volvió á deliberar en su consejo si le esperaria en sus líneas de sitio ó si saldria á recibirle en campo raso para escoger mejor un terreno de batalla. En este segundo caso se veria obligado á levantar el sitio de la plaza y perder el fruto de sus trabajos de dos meses. Mas el mariscal de Biron, persona de gran capacidad y que dirigia los asuntos de la guerra, fué de opinion de que se dividiese el ejército en dos, marchando una parte á detener ó al menos á entretener el enemigo, mientras la otra redoblase sus ataques para reducir pronto la plaza que ya estaba á punto de rendirse.

En conformidad con este parecer salió Enrique con las tropas de su mayor satisfaccion, y marchó en busca de los enemigos, deseoso de probar fortuna por segunda vez y desquitarse del primer desaire. Redobló con este motivo el duque de Parma las precauciones de sus marchas. Iban dispuestas sus columnas de modo que pudiesen hacer frente á los ataques impetuosos en que él se deleitaba.

Marchaba la infantería repartida en cuatro divisiones, compuesta cada una de tres á seis tercios. Habia tres españoles mandados por Antonio Zúñiga, Alonso de Iriaquez y Luis de Velasco; otros tantos alemanes por Juan Manriquez y los condes de Barlamont y de Aremberg; seis valones por el señor de la Vertz, el marqués de Renty, el conde de Bossir, Claudio Barlota y Noscau. Mandaba el tercio italiano Camilo Capisuci, y á la cabeza de cuatro mil suizos estaba Apio de Comitibus, maestre de campo general de las tropas del Pontífice. Cuarenta piezas de artillería caminaban detrás de la vanguardia á cargo de Valentin Pardieu, flamenco, y de Bassopier, de nacion francesa. A los costados de la infantería marchaba la caballería, compuesta de flamencos, españoles, franceses y alemanes. Mandaban estas tropas el príncipe de Chimay, el baron de Schwartzember, los príncipes de la casa de Lorena. Ludovico Melci capitaneaba doscientos caballos del Pontífice.

Valentin Pardieu y el señor de Rosne alternaban en las funciones de maestre de campo general, representando el primero al duque de Parma y el segundo al de Mayena.

Dió el duque de Parma el mando de la vanguardia al duque de Guisa, el de la retaguardia al de Aumale, y el cuerpo de batalla al de Mayena. Marchaba el duque de Parma rodeado de su hijo Raynuci, del príncipe de Asculi, del marqués del Vasto y otros magna-

tes españoles é italianos. Además estaba el ejército flanqueado á derecha é izquierda por dos mil carros que le ponian al abrigo de cualquiera ataque repentino.

No perdia de vista el rey de Francia la marcha de este ejército, ni dejaba pasar ocasion alguna de inquietarle, hallándose al frente de un cuerpo escogido de caballería con poca infantería. Una refriega séria trabó con la vanguardia del ejército de Parma, en que el rey combatió personalmente en las primeras filas con todo su arrojo acostumbrado. Fueron repelidos los franceses con vigor, y expuesto el rey varias veces en peligro de ser cogido prisionero. Al fin fué herido, sin que en el ejército combinado se supiese esta circunstancia, á que se debió la retirada definitiva de la caballería francesa.

Instaron al duque de Parma todos los cabos á que se moviese del ejército en persecucion del enemigo. Mas el general en jefe, constante en sus planes y en su táctica, respondió que era imposible que aquel movimiento de los franceses dejase de tener por objeto el atraerle á una emboscada. Así era en efecto; mas si el duque de Parma hubiese avanzado con vigor, se hubiese aprovechado de la confusion que habia introducido en el campo enemigo la herida del monarca. Sin embargo la vanguardia persiguió por algun trecho la caballería enemiga, mientras el ejército del duque marchaba lentamente en órden de batalla. Cuando á este se le dijo que era el mismo rey de Francia el que combatia en la vanguardia y lo fácil que le hubiese sido cogerle prisionero, sobre todo hallándose herido, respondió con frialdad: «¿Y cómo habia de imaginarme yo que el general, que el jefe supremo de un ejército hacia el servicio de simple capitan de caballería en los puestos avanzados? No tengo nada que vituperarme.»

Se retiró el ejército francés á Chateau-neuf, donde el rey recibió segunda cura, y como algunos cortesanos le hiciesen ver las fatales consecuencias que podria producir su costumbre de pelear en las primeras filas, prometió ser mas cauto en adelante.

En Chateau-neuf mandó aumentar las fortificaciones y dejó en la plaza mil quinientos hombres de guarnicion, contando con que este punto fuerte detendria la marcha de Farnesio. Despues se trasladó el rey con el hijo del mariscal de Biron á Diepa y otros pueblos de los alrededores de Ruan, con objeto de impedir toda comunicacion con los sitiados.

Detuvo en efecto al duque de Parma el punto fuerte de Chateau-neuf como lo habia previsto el rey, mas solo fué para cuatro dias. De la plaza se hizo dueño despues de muy corta resistencia. Retiradas las tropas francesas al castillo, trataron de hacer una defensa en regla. Despues de haber sido cañoneados y con brecha abierta pidió capitulacion al duque de Parma, quien aunque en un principio se negó á ello, vino al fin en concedérsela.

Despues de algunos dias de descanso en Chateau-neuf con motivo de recoger víveres, continuó el duque de Parma su marcha regular y metódica con las mismas precauciones que hasta entonces. No dejó el rey de inquietarle con sus tropas ligeras de caballería; mas eran infructuosas estas escaramuzas empeñadas con tropas de vanguardia, sin que por nada se afectase el órden con el cuerpo de batalla, especie de fortaleza en movimiento. Así llegó poco á poco el duque á las inmediaciones de Ruan, donde estableció sus reales.

Admira ciertamente cómo se movia con tanta lentitud un ejército destinado á levantar el sitio de una plaza que podia muy bien rendirse mientras tanta circunspeccion observaban sus auxiliadores. Mas así se hacia la guerra en aquel tiempo, y por otra parte las operaciones de los sitios eran mas dificultosas que en el dia. Era muy comun estarse tres y cuatro meses delante de los muros de una plaza sin tomarla. Ya hemos visto la confirmacion de esta verdad en los diversos sitios que dejamos referidos. Ruan era fuerte entonces y no se la creia en grande apuro. Por otra parte caminaba siempre Alejandro receloso de comprometer su reputacion y de dar algun paso imprudente de que se aprovechasen sus numerosos amigos. Los franceses, con quienes marchaba unido, obedecian solo por necesidad las órdenes de un general extranjero, y no podian prescindir de la consideracion de que iban á combatir contra franceses. No podia Alejandro ignorar que por mucha que fuese la deferencia aparente hácia su suprema autoridad, era objeto su persona de mucha desconfianza. Los sentimientos eran mútuos.

Establecido el campo de los coligados, convocó Alejandro á consejo sobre los medios de levantar aquel sitio, objeto principal entonces de sus operaciones. Españoles, italianos, flamencos, todos querian ser los primeros en penetrar por las líneas enemigas, y llevar socorros á la plaza. Pero los que mas pugnaban por ser los primeros eran los franceses, alegando que siendo la guerra contra

los de su misma nacion, á ellos cumplia particularmente combatir por la causa y honor de su partido.

El duque de Parma les hizo ver que esfuerzos parciales, tratándose de librar aquel sitio por tantas tropas sustentado, serian completamente inútiles y no contribuirian mas que á continuos descalabros que terminarian en la ruina del ejército; que era preciso marchar juntos y presentar batalla al enemigo, pues solo así seria posible forzar sus líneas, y hacerles levantar el sitio.

Mientras tanto enviaba á todas horas reconocimientos el duque de Parma para examinar bien el pais de los alrededores, y los puntos por donde le seria mas fácil caer sobre la plaza. Estaba á la sazon el rey con la mayor parte de la caballería en las inmediaciones de San Clut, pues debemos tener presente que sus necesidades le obligaban á presentarse en muchas partes. Se aprovechó de esta circunstancia Alejandro para colocarse entre la infantería del rey y su caballería, y atacar en seguida la segunda ocupada en defender sus líneas. Para esto, despues de haber tomado reseñas de todos los puntos y caminos por donde debian dirigirse las columnas, convocó á consejo y manifestó su determinacion de moverse al dia siguiente, manifestando el plan de las operaciones y asignando á cada jefe los puntos por donde debian dirigir sus movimientos. Todos aplaudieron con entusiasmo el pensamiento del duque de Parma, separándose en seguida para sus preparativos de batalla. Para mayor seguridad habia dispuesto Alejandro que una columna de quinientos hombres escogidos entre españoles, italianos y alemanes, mandados por un capitan llamado Vara, penetrasen en la ciudad por caminos excusados, advirtiendo á los vecinos y á la guarnicion que estuviesen prontos á auxiliar el movimiento. Así lo hicieron en efecto despues de arrollar algunos cuerpos de guardia que á su paso se oponian. Mas algunas horas despues de haberse los jefes despedido, recibió el duque una comunicacion del gobernador Villars, que le hizo volverlos á llamar entrada ya la media noche.

Tenia por objeto este mensaje aconsejar al duque de Mayena y demás jefes de la liga que no pasasen adelante con sus armas en defensa de Ruan, pues solo necesitaba de dinero y alguna compañía ó dos, para atender debidamente á la defensa de la plaza.

¿Qué motivos tenia Villars para hacer tan extraña comunicacion? ¿Por qué no creia ya necesario un socorro que habia pedido tantas veces?

Parece que este gobernador, en los mismos dias de ponerse en movimiento el ejército de la liga, se habia aprovechado de la ausencia del rey de Francia para hacer una salida que tuvo el mejor éxito. Dejando á un oficial de toda su confianza el mando de la plaza con doce compañías de vecinos armados, salió con la demás gente formada en tres columnas, cada una por su puerta distinta, y dió con ellas antes de amanecer sobre las líneas enemigas. Cogidos los sitiadores de sorpresa, combatieron en desórden, mientras los sitiados destruian y derribaban las obras, tomaban é inutilizaban la artillería, incendiaban la pólvora y saqueaban todo el campamento. Se pusieron en fuga sus enemigos hasta dos leguas de distancia de la plaza. Allí pudo reunirlos el mariscal de Biron, restablecer el órden y conducirlos otra vez hácia las líneas, cuyo terreno recobraron poco á poco, haciendo retroceder á los sitiados y encerrarse en la plaza. Sin embargo, su pérdida fué grande por el destrozo del material y de la artillería, por el derribo de las obras, por los muchos muertos y heridos, contándose el mismo mariscal de Biron entre estos últimos.

Tales eran los fundamentos que tenia el gobernador Villars para hacer ver al duque de Mayena que no necesitaba sus socorros; á tal punto le deslumbraba esta victoria, ó mas bien el deseo de alcanzar sin participacion de nadie el lauro de salvar la plaza.

Dió orígen su carta, leida en el consejo de guerra, á diversos pareceres. Opinó el duque de Parma que á pesar de las seguridades que Villars manifestaba, habia que temer mucho que desistiendo los coligados de su obra, se volviesen á reunir las tropas de Enrique y poner la plaza en los apuros que antes; que era por lo mismo sumamente peligroso abandonar una operacion que tenia por objeto el levantamiento de aquel sitio por solo el dicho del gobernador, tal vez apoyado en datos muy equívocos, y que aun dado el caso de que él solo pudiese levantar el sitio, no estaria además la presentacion del cuerpo auxiliar para molestar la retirada de los enemigos.

El duque de Mayena y los jefes de su nacion dijeron al contrario, que no pudiendo dudarse de que el gobernador de Ruan apoyaba su proposicion en datos muy seguros, seria del todo inútil que ya pasase aquel ejército que podia ser de tanta utilidad en otras partes; que Enrique de Navarra, despues de levantado el sitio de Ruan, se moveria probablemente con su ejército para buscarlos á ellos ú otro

teatro de operaciones que le fuese mas del caso; que de todos modos suponiendo siempre exacto el dicho del gobernador, no debian dejar decir que para levantar un mero sitio habia sido necesario poner en movimiento todo el ejército de la liga y de su poderoso auxiliar el rey de España. Se manifestaba bien patente en esta opinion lo violento que era para los jefes franceses de la liga el recurrir á las fuerzas de Felipe II y ponerse bajo los auspicios y mando de Alejandro. Era natural que en aquella guerra civil mirasen de mal ojo los auxilios extranjeros, y quisiesen dejar á un francés toda la gloria del levantamiento de aquel sitio. El duque de Parma, que comprendia los motivos de un dictámen tan desacertado, no insistió en el suyo; y como sabia que era la política de Felipe II el que se prolongase la contienda, dió órden al ejército de suspender la marcha, preparándose él con sus tropas á tomar la vuelta de los Paises-Bajos, puesto que su permanencia en Francia carecia ya de objeto.

Retrocedió el ejército coligado á Chateau-neuf, y se acantonó en los pueblos inmediatos. Estaban paralizadas las operaciones militares por las negociaciones é intrigas de que hablaremos luego, y Felipe II nada pesaroso de que aun no se hubiese levantado el cerco de Ruan, contando con sacar mas partido de su auxilio.

Tardó muy poco en verse el desatino del gobernador de Ruan de no querer que avanzase el ejército coligado, y el desacierto mayor aun del duque de Mayena y los suyos de acceder á sus instancias. Habia volado otra vez Enrique al sitio de Ruan cuando vió el cambio de direccion del ejército de los coligados. Se estrechó el cerco de la plaza con nuevos deseos de ganarla antes que cambiasen de parecer los que se habian movido á socorrerla. Crecieron en los sitiados los apuros de víveres y las demás necesidades tan peculiares en un asedio dilatado. Por tierra apretaba á la ciudad el rey; por el rio, de bastante anchura en aquel paraje, la hostigaban las naves holandesas. Repetia las salidas el gobernador, mas sin efecto. Era muy grande en realidad el valor de aquella guarnicion y extremada la ansia de Villars de no deber su salvacion mas que á sí mismo. En fin, agotados sus recursos, sin esperanza ya de adelantar alguna cosa, este hombre que pocos dias antes escribia tan satisfecho de sí mismo que no necesitaba auxiliadores, hizo saber los apuros de su situacion al duque de Mayena, manifestándole que tendria que rendir la plaza á no ser socorrida dentro de ocho dias.

Cambiaron con esta nueva carta los sentimientos de los coligados. El príncipe de Parma, que habia previsto esto mismo, tenia tomadas sus medidas para retroceder si fuese necesario. Dió, pues, las órdenes para poner en movimiento el ejército coligado; mas en el acto de verificarlo, estalló una sedicion entre los suizos que estaban al sueldo del Pontífice, manifestando que no pasarian adelante si no les pagaban los sueldos atrasados. Acudió Alejandro al alboroto con su sangre fria acostumbrada: hizo castigar á los jefes del motin, y para satisfacer á los que se decian agraviados mandó que se les distribuyesen cuarenta mil escudos de oro destinados al pago de los españoles. No se dieron estos por ofendidos de una providencia en que contaba el duque de Parma con su desprendimiento.

Sosegados los suizos, se puso en abril de 1592 el ejército en camino, intransitable con las lluvias. Padecieron mucho las tropas en la marcha. Con gran trabajo pasaron el Somma fuera de madre con casi todos los vados destruidos. Así llegaron hasta dar vista á los sitiadores de la plaza. A una legua de distancia de la ciudad se encontraron con el legado del Papa en Francia, quien recorrió los cuerpos distribuyendo por todas partes bendiciones.

Era estrella del rey de Francia levantar sitios á la aproximacion de las tropas de Alejandro. Se alejó en efecto de los muros de Ruan como le habia sucedido en Paris, sin empeñar una batalla que le hubiese sido muy funesta. Muy poco tiempo despues hizo su entrada de triunfo en Ruan el duque de Parma, recibiendo las bendiciones y aplausos de los habitantes, que mostraron con fiestas y regocijos públicos lo importante del servicio que les habian hecho sus libertadores.

El rey Enrique se retiró con sus tropas á Pont-de l'Arche, sin plan alguno por entonces.

Dueños los coligados de la plaza de Ruan, deliberaron en consejo sobre sus operaciones ulteriores. Opinó Alejandro porque se marchase sin perder momento sobre el ejército del rey y se aprovechase el desórden y abatimiento en que debian de estar sus tropas despues del levantamiento de aquel sitio prolongado, cuando se creian en vísperas de hacerse con una presa tan apetecida. Parecia esta la opinion mas sana, dictada por los buenos principios de la guerra; mas no fué la del duque de Mayena y los jefes de su nacion que estaban á sus órdenes. Expusieron estos los inconvenientes de marchar inmediatamente en busca del enemigo, cuyas fuerzas sin duda

se aumentarian, antes de consolidar la conquista que acababan de hacer de aquella plaza, y que esto no se podia conseguir hasta que se tomase la de Caudebec, situada un poco mas abajo en la ribera derecha del Sena, aunque no en la misma orilla. Tenia el proyecto los inconvenientes de que hablaremos luego, que entonces no previó Alejandro, ó tal vez creyó de menos trascendencia. Cedió pues á las indicaciones de los otros jefes, cuyos verdaderos sentimientos penetraba, y partió con el ejército reunido á poner sitio á Caudebec, despues de tomar medidas para que Ruan quedase completamente asegurada. Se procedió á las operaciones de sitio, que comenzaron con vigor, por ser la toma de la plaza, puesto que se habian movido para esto, sumamente interesante. El duque de Parma, siempre activo, no perdió un momento en reconocer todos sus alrededores para dar la mejor direccion á los trabajos. Fué una fatalidad para él, y mucho mas para el ejército, el que habiéndose acercado mucho á la plaza en una de estas correrías recibiese un balazo en el brazo izquierdo, cuyo accidente no percibieron al principio los mismos que le acompañaban hasta que la sangre que corria de la herida, y un principio de desmayo por efecto de la intensidad del dolor, pusieron de patente esta desgracia. No era la herida mortal; mas de una cura sumamente delorosa, por el paraje en que le habia entrado la bala, muy cerca ya de la muñeca. Varias incisiones le hicieron para la extraccion del proyectil; mas en esta larga operacion no perdió Alejandro su serenidad, ni dejó de ocuparse en dictar las providencias que la conducta del sitio requeria. A la operacion siguió una recia calentura, y aquel cuerpo ya quebrantado con tantas campañas é inquietudes, quedó postrado totalmente en cama, inspirando á todos temores por su vida. Las operaciones del sitio de Caudebec no aflojaron á pesar de este accidente desgraciado. Al contrario, les dió mas energía la irritacion del ejército, el deseo de vengarse de quienes acababan de producirle un daño irreparable. La plaza se defendió bien; mas como no era muy fuerte, y por otra parte se veia sin auxilios de afuera, con grandes apuros de víveres, de municiones y además con brecha abierta, tuvo que capitular, aunque no dejó de experimentar los efectos de la furia de los vencedores. Mientras tanto continuaba el general en jefe tomando disposiciones y dando órdenes desde su cama de dolor, siempre con la misma serenidad y calma; mas atormentado interiormente con la idea de los males que su situacion produciria. Por fortuna dejó la

enfermedad de parecer mortal, y todos cocibieron esperanzas de ver pronto al duque de Parma animándolos de nuevo con aquella presencia y aquella voz que tantos triunfos alcanzaba.

Habia sido el movimiento sobre Caudebec una gran falta de Alejandro. Si la conoció desde un principio, sin duda la echó de ver por los movimientos que hizo el rey de Francia para aprovecharse de ello. Está la plaza de Caudebec muy cerca de la costa y se reputa como cabeza de un territorio llamado Caux, que forma una especie de península, lindando á la izquierda con el Sena que corre allí muy caudaloso, y por la derecha con una especie de ensenada muy avanzada dentro de la tierra. Para dejar Alejandro aquel pais no tenia mas camino que el de la garganta ó del istmo que le tomó el rey de Francia, cuyas tropas se hallaban en Pont-de-l'Arche, en Eux, en Diepa y otros pueblos de los alrededores. Forzar el paso por aquella lengua de terreno defendida por las líneas del rey de Francia rayaba en lo imposible, Por agua parecia muy difícil todo escape, siendo los buques que cruzaban por la costa ingleses ú holandeses, todos de la parcialidad de Enrique. ¿Qué haria pues Alejandro en este aprieto? Su rival comenzaba ya á gustar del placer de la venganza. Despues del levantamiento del sitio de Ruan habian llegado nuevas fuerzas, hasta el punto de verse ya á la cabeza de un ejército de cerca de veinte mil infantes y seis mil caballos.

Su táctica debia ser la misma entonces que la de Alejandro cuando se hallaba en iguales circunstancias; mantenerse en sus líneas sin empeñarse en batalla que fuese decisiva, privar al enemigo de toda comunicacion, y sobre todo de recibir convoyes, aguardando á que los apuros de su situacion pusiesen en sus manos la victoria. Los coligados se habian corrido al pueblo de Ivetot, á tres leguas de Caudebec, como punto de mas recursos y mas céntrico. El puerto del Havre de Gracia se mantenia á su devocion; mas las comunicaciones por tierra eran sumamente difíciles; por mar casi imposibles, hallándose de por medio las naves inglesas y holandesas. En el campo de los coligados se luchaba además con otra dificultad; á saber, la falta de armonía entre los jefes.

En esta situacion se empeñaron varias refriegas, si no batallas, entre los campos, siendo agresores por lo regular los de Alejandro. Permanecia este en cama dando sus disposiciones; á veces tomaba la resolucion de montar á caballo cuando creia que era indispensable su presencia; mas tenia muy pronto que apearse extenuado de

fatiga. Mientras tanto se pasaba el tiempo, sin que tantos conflictos produjesen mas que sangre inútilmente derramada.

Era ya indispensable tomar algun partido. El único que restaba á los aliados y que concibió Alejandro, parecia tan difícil y arriesgado, que el duque de Mayena y sus parciales no le aprobaron sin una fuerte resistencia. Se reducia á pasar el ejército al otro lado del Sena que va muy ancho por aquel paraje, á la vista de los buques enemigos, y con el ejército del rey de Francia á retaguardia. Exigia tal secreto la operacion que no la comunicó el duque de Parma á nadie hasta el momento de efectuarla. Era tan azarosa, que ni aun habia contado con su posibilidad el enemigo, ya confiado de que pediria capitulacion el ejército de los aliados. Tal vez contribuyó la misma calidad de lo difícil á que fuese ejecutable. Se hizo Alejandro con barcas y hasta balsas que habia encargado á Ruan y que bajaron el Sena cubiertas con las tinieblas de la noche. En seguida dispuso los preparativos de su marcha con todo sigilo, sin que lo sospechasen los contrarios. Fingió primero una retirada á Caudebec como con el solo objeto de ponerse mas lejos y dar mas extension á sus líneas por la costa. Así lo comprendió el rey de Francia, al mismo tiempo que veia mas seguro su triunfo en aquel nuevo movimiento de Alejandro. Aprovechó el duque de Parma su corta residencia en Caudebec mandando construir algunos reductos en la orilla para alejar las naves holandesas mientras el paso de sus tropas, operacion que pareció natural al rey de Francia, dando por supuesta la intencion del duque de extender sus líneas.

Mientras tanto bajaban el Sena las barcas y balsas que en Ruan se habian preparado por órden de Alejandro. Aquella misma noche, que era el 20 de mayo, hizo el duque embarcar su artillería, equipajes, trenes y mas material, y él lo verificó con sus tropas al amanecer cubierto con una niebla muy espesa, dejando para cubrir su retirada, situados en uno de los dos castillos ó reductos, como unos dos mil hombres.

Cuando supo el rey de Francia al dia siguiente el movimiento de Alejandro, ya se hallaba este en la otra ribera con la mayor parte de sus tropas. Avanzó inmediatamente con su caballería, y no halló enemigos que combatir, fuera de los que protegian el paso, situados en el reducto que hemos dicho. No quiso el rey de Francia, ó no tuvo por cuerdo forzar á esta gente en su atrincheramiento, y se redujo á enviar avisos prontos á los buques holandeses situados en

Quille Beuf para que acudiesen inmediatamente á impedir el desembarco. Llegaron demasiado tarde los avisos. Cuando se movieron las naves holandesas, ya se hallaban en la otra orilla hasta los mismos dos mil hombres de la retaguardia con su artillería y demás material necesario para la defensa del castillo.

Y era la tercera vez que el duque de Parma se veia victorioso del rey de Francia por la fuerza de su táctica. Porque victoria era salvar su ejército de una ruina inevitable: victoria privar á su rival de una presa que ya tenia por segura. Si el duque de Parma cometió una grave falta metiéndose en el pais de Caux cediendo á sugestiones ajenas y no á la suya, la expió con brillantez, del modo que lo saben hacer los grandes hombres.

Se retiró el coligado hácia Paris donde tantas negociaciones é intrigas fermentaban. En cuanto al duque de Parma, de quien nos ocupamos exclusivamente por ahora, debió de considerar como terminada su mision en Francia habiendo sido levantado el cerco de Ruan, objeto principal de su venida. Tomó, pues, la vuelta de los Paises-Bajos á donde llegó muy quebrantado de salud, habiéndosele renovado sus achaques de resultas de su herida mal curada. Por tercera vez tuvo que recurrir á los baños de Spá, pero no tuvieron resultado favorable. Mas que su enfermedad física le aquejaba el disgusto de ver lo que pasaba en Flandes y los tristes resultados producidos por el empeño de Felipe II en sacarle de un pais donde habia puesto sus negocios en un aspecto tan brillante. Mientras él hacia levantar el sitio de Ruan se apoderaba Mauricio de Stenowick y de Coverden, aplicándose mas que nunca á la organizacion de las provincias que estaban á su cargo. En esta situacion pidió Farnesio licencia al rey para restituirse á su pais y atender á su salud deteriorada. La respuesta de Felipe, llena de frases amistosas en elogio de sus hechos y merecimientos, fué una órden para entrar por tercera vez en Francia con el mayor número de tropas que pudiese.

Dejando para su lugar la indicacion de los nuevos apuros que movieron á Felipe II para tomar esta medida, nos contentaremos con decir que el duque de Parma se hizo un deber de obedecerle con la misma puntualidad que las pasadas. Arregló los tercios que debian precederle en la marcha poniéndolos al mando del italiano Apio de Comitibus, oficial muy experimentado y de grandes servicios en aquella guerra. Muy poco tiempo despues se movió Alejandro de

Bruselas y á cortas jornadas, pues otra cosa no le permitia el mal estado de su salud: entró á últimos de octubre en Arras, capital del Artois, en que pensaba establecer su cuartel general y concertar con los jefes de la liga su plan de operaciones.

En lugar de mejorarse la salud del duque de Parma se agravó su enfermedad sin que los médicos tuviesen esperanzas de curarla. A pocos dias de su llegada á Arras cayó postrado en cama, de donde estaba destinado á no volver á levantarse. Conservó la atencion á los negocios de su gobierno, sin que ningun dia en medio de su postracion dejase de firmar los despachos ó pliegos que le parecian mas interesantes. Ninguno tenia ya esperanzas de conservar una vida tan útil para el rey; tan preciosa para cuantos militaban á sus órdenes. Al amanecer del 2 de diciembre de 1592 le sobrevino un accidente que le privó del sentido, y que algunos creyeron el último momento de su vida. Mas volvió en sí y conservó su razon por algun tiempo mientras le administraron la uncion, pudiendo con trabajo dictar sus últimas disposiciones. Al cabo de dos horas espiró tranquilamente llenando de luto á toda su familia que rodeaba su cama, y en seguida á la ciudad, donde se esparció la noticia de su fallecimiento.

Fácil es de imaginar lo sentida que fué aquella muerte en todo el ejército, en todos los pueblos donde el duque de Parma habia sabido excitar tan vivas simpatías. Despues de haber estado expuesto en público su cadáver por espacio de dos dias, fué trasladado de Arras á Bruselas, donde hizo una entrada solemne rodeado de las autoridades y el pueblo que le salieron á recibir hasta las puertas. Fué allí sepultado con todo el aparato y magnificencia de las exequias debidas á tan alto personaje. Poco tiempo despues fueron sus restos conducidos á Parma, donde se depositaron junto á los de sus antepasados.

Falleció Alejandro Farnesio, duque de Parma, á los cuarenta y ocho años no cumplidos de su edad, pudiendo creerse de su robusta constitucion que hubiese sido mas larga su existencia, á no haberla acortado sus trabajos é inquietudes de ánimo, unidos á los efectos de una herida de que no se curó radicalmente. Con su muerte perdió Felipe II su mas útil servidor en la parte militar, y la Europa el capitan que estaba á la sazon sobre todos los del mundo. Ocupaba sin duda Alejandro este alto puesto desde la muerte del duque de Alba, con quien tuvo tantos puntos de contacto. Era casi igual en ambos el don de mando, el ascendiente que

sobre sus inferiores ejercian, la atencion á establecer y conservar la disciplina, el tino en dirigir sus operaciones, y la habilidad en evitar combates cuando por otros medios podian llegar á una victoria. No es nuestro ánimo llevar mas adelante un paralelo en que tal vez Alejandro llevaria ventajas. A cuantos gobernadores de Flandes le precedieron y siguieron, eclipsó sin duda, es decir, bajo esta cualidad, pues las hazañas principales del duque de Alba y de don Juan de Austria no habian tenido por teatro los Paises-Bajos. Si no pudo Alejandro distinguirse por batallas campales en una guerra donde por circunstancias de localidad debian de reducirse las operaciones solo á combates de puestos, á defender y atacar plazas, tuvo la parte principal en la victoria de Gemblours y en la retirada feliz que hizo el ejército de las líneas de Arnen cuando mandaba Juan de Austria. Los nombres de Mastrick, Breda, Zutphen, Tournay, Oudenarda, la Esclusa, serán memoria eterna de su habilidad; en Amberes se halla su palma mas esclarecida. Al tomar el mando de esta region, estaba obedecido el rey de España en tres provincias solas de las diez y siete de que se compone: cuando lo dejó para trasladarse á Francia, en solo tres daba órden el príncipe Mauricio. Cupo la distincion al duque de Parma de echar de Flandes los tres gobernadores extranjeros que se le pusieron de frente, á saber: el archiduque Matías, el duque de Anjou y el conde de Leincester. Para consumar su fama militar le tocó el medirse en persona con un caudillo, que por su rango y gloria personal ocupaba entre los capitanes uno de los puestos mas esclarecidos. Por dos veces Enrique de Navarra, rey de Francia, fué vencido sin necesidad de batalla, en otra ocasion por su atrevida y hábil maniobra le arrancó de entre las manos una victoria que le parecia infalible. Si del capitan pasamos al hombre, hallaremos que era desinteresado, generoso, apreciador del mérito, celoso por su recompensa; tan humano como se puede ser en los campos del combate. Es uno de los grandes títulos de elogio en el duque de Parma que ninguno de sus enemigos trató de echar manchas sobre su valor, capacidad, honradez y demás prendas que caracterizaban á los caballeros de su tiempo. Ninguno le acusó de crueldad, de falta de palabra, de abusar de sus victorias. Los mismos que aborrecian tanto la causa política que defendia, los que detestaban la memoria del duque de Alba, los que miraban con tanto horror al rey de España de quien era servidor, y se mostraban enemigos tan encarnizados de

la liga con cuyas armas unió las suyas Alejandro, hicieron justicia á su generosidad, á la elevacion de sus sentimientos, á la virtud de sus principios. Con su muerte se puede decir que se eclipsó la estrella de Felipe II, y terminó el favor de su fortuna.

CAPÍTULO VIII.

Asuntos interiores.—Muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria.—Sus causas.—Acusaciones contra Antonio Perez, secretario del rey.—Su prision.—Averiguacion de su conducta como secretario de Estado.—Su sentencia.—Sigue el proceso sobre el asesinato de Escobedo.—Toman declaracion á Antonio Perez.—Artificios para que confiese.—Niega.—Le ponen á prueba de tormento.—Se declara autor del asesinato.—Su evasion de la cárcel y huida á Aragon (1).—1578-1590.

Llegamos á un pasaje de la historia de Felipe II, que los panegiristas de este príncipe borrarian con gran gusto de sus páginas. Pocos en efecto han dado mas armas entonces á sus muchos ene-

---

(1) En lo poco que de este asunto hablan los historiadores españoles, se conoce evidentemente que eluden la verdad, ó tratan de ocultarla. Otra cosa hubiera sido imposible para los que escribian en aquellos tiempos. Sobre este triste episodio del reinado de Felipe II, tenemos *las relaciones* escritas por el mismo Antonio Perez, en tercera persona, su *memorial* presentado del hecho de su causa, ante el Justicia de Aragon, y su correspondencia. Muchas omisiones é inexactitudes á sabiendas se habrian padecido en estos documentos; mas por los pormenores en que entran y modo con que están escritos, no puede quedar duda de la verdad de los hechos principales. En 1842 se publicó en Madrid una obra en un tomo, intitulada *Antonio Perez, secretario de Estado del rey Felipe II*, su autor don Salvador Bermudez de Castro, relativa al mismo asunto de este capítulo y los dos que siguen. Aunque el autor no cita á nadie en el curso de su escrito, es evidente que se guió en la mayor parte por los tres documentos ya indicados. Posteriormente publicó en 1844 Mr. Mignet en Paris otra obra, intitulada *Antonio Perez y Felipe II*, que ya corre en castellano. Los principales documentos consultados por el autor francés, son las mismas relaciones y memorial, un manuscrito perteneciente al ministerio de negocios extranjeros de Francia que contiene todas las piezas del proceso de Antonio Perez desde su prision hasta su fuga, una coleccion de todas las actas de la Inquisicion de España en diez y siete volúmenes, cedida á la Biblioteca real de Francia por Llorente, y la obra del señor Bermudez de Castro. La lectura de estos dos escritos modernos nos ha sido de mucha utilidad para la redaccion de este capítulo, pues aunque tenemos á la vista los escritos de Antonio Perez, no nos ha sido posible consultar el proceso original citado, sobre todo por el último. Es inútil que en el particular nos refiramos á Cabrera, á Herrera, á Ferreras, pues lo que dicen es poco y muy oscuro.

migos, y las suministran hoy á los que persiguen con encarnizamiento su memoria. Nosotros que no escribimos animados de ninguno de estos sentimientos, que nos ocupamos de los hechos segun los encontramos, presentaremos el de la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, sin deseo de suavizar, ni menos de cargar las tintas de un cuadro, bastante obscuras ya de suyo. Antes de pasar á su relato, entraremos en la consideracion de las causas que en opinion comun le produjeron. Debió, como hemos visto, don Juan de Austria á su hermano todas las atenciones á que podia tener derecho por su nacimiento; fué revestido por él de cargos importantes dignos de la persona mas afecta y elevada; y sea que Felipe II le emplease á impulsos de su cariño, ó por aprovecharse de su capacidad, ó por otros fines que no es fácil aclarar, es un hecho que por su libre voluntad le colocó en teatros donde adquirió fama y se hizo uno de los nombres mas célebres del siglo. Mas ni este nombre, ni esta fama le proporcionaban riquezas, ni le constituian en un establecimiento independiente. No habia obtenido la consideracion de príncipe de la casa real como lo habia solicitado, ni poseia infantazgo, ni tenia mas título que el simple nombre de don Juan de Austria, único con que fué conocido en su tiempo y vive todavía en la historia. Natural era que este personaje con la ambicion propia de su edad, halagado por la victoria y con la perspectiva brillante que á sus ojos se ofrecia, aspirase á ser mas que un simple capitan, obrando en nombre de su hermano, y desease adquirir con su espada una posesion ó pais de donde pudiese llamarse soberano. El Pontífice que lo designó para jefe de la liga ajustada contra el turco, fomentó mucho las pretensiones de don Juan para ganársele y hacerle instrumento de otros proyectos aun mas importantes. Ya le hemos visto ofrecerle que le reconoceria por rey del primer estado que sobre los turcos conquistase, y que sin duda con objeto de utilizar esta promesa, no desmanteló don Juan á Túnez ni el fuerte de la Goleta, á pesar de las órdenes del rey que le habia prevenido lo contrario. No desconocia Felipe II las aspiraciones de don Juan ni las promesas del Pontífice; y por mucho que tratase de disimularlo, por precision llevaba muy á mal que su hermano, en detrimento de su propia autoridad, intentase hacerse independiente. No podia mostrarse celoso de las giorias militares de los generales que tanto le servian pues ni era guerrero ni aspiraba á serlo; pero vigilaba con desconfianza y sus-

picacia el uso que hacian de la autoridad que les estaba delegada. No queria ver en ellos mas que simples órganos é instrumentos de sus voluntades, sin que á trabajar por cuenta de ellos mismos pudiesen nunca propasarse. Miró el rey, pues, con malos ojos los designios ocultos de don Juan y se disgustó mucho con su desobediencia en no desmantelar á Túnez; mas no fué esta ocupacion el último de sus planes favoritos. Volvió á pensar el Pontífice en su persona para una invasion en Inglaterra con el objeto de poner en libertad á María Estuarda; y con este objeto influyó en el envío de don Juan á los Paises-Bajos de donde habia de salir la expedicon de desembarco; mas los disturbios de aquel pais y la guerra abierta que se habia vuelto á declarar, suspendieron el proyecto. Habia accedido el rey de España al plan de la invasion en Inglaterra, aunque con su acostumbrada repugnancia. Despues se le habia hecho creer que aspiraba don Juan á casarse con la misma reina Isabel, por cuyo influjo se concederia libertad de conciencia á los habitantes de los Paises-Bajos. Si existió realmente esta idea, era aun mas quimérica que la anterior; pero habia recibido Felipe II demasiados avisos sobre el particular, para no mover su suspicacia.

Que el rey de España, por este y otros mas motivos, estaba muy descontento de don Juan, es probable y hasta histórico. Con gran atencion estaban vigiladas las personas que podian gozar de su confianza. Ya en otra ocasion, atribuyendo sus aspiraciones á los consejos de su secretario Soto, se le habia substituido despues de la expedicion de Túnez, con otro llamado Juan de Escobedo, que parecia de un carácter mas prudente; pero se habia ganado poquísimo en el cambio. Ejercia el nuevo secretario en el ánimo de su señor aun mas poder que el despedido; á los consejos de Escobedo se atribuyeron, pues, los nuevos planes en que se le suponia. Era moralmente imposible que un hombre reducido como él en los Paises-Bajos á los apuros que hemos mencionado, en su lugar correspondiente, pensase por entonces en hacer desembarcos en Inglaterra. Se le acusaba además de estar en planes con el duque de Guisa para entrar en Francia al frente de seis mil aventureros; mas ¿cómo habia de abandonar en aquella situacion la guerra importante en que se hallaba empeñado en los Paises-Bajos? Bajo este punto de vista debia de considerar un hombre de la circunspeccion del rey de España imputaciones semejantes; mas nada era para él materia leve, en las personas revestidas de mandos importantes, y sobre todo

estaba irritado con don Juan porque formaba proyectos de engrandecimiento propio sin su noticia ni consentimiento.

A últimos de 1577 se hallaba Juan de Escobedo en Madrid, á donde le habia enviado don Juan de Austria en busca de dinero y mas recursos; y tal era al parecer la falta que hacia á su señor, que en todos sus oficios pedia que le mandasen cuanto mas antes á Escobedo (1). Se hizo así su persona objeto de la animadversion del rey, como que le suponia móvil de todos los disgustos que su hermano le causaba. Cuantas peticiones hacia Escobedo en nombre de don Juan, cuantos pasos daba para acelerar su vuelta, eran nuevos motivos de suspicacia y de irritacion para el monarca.

Consultó Felipe II con algunas personas de su confianza, entre las que se hallaba don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, ya mencionado en esta historia, sobre lo que en aquel estado de cosas se habia de hacer con la persona de Escobedo. Dejarle volver á los Paises-Bajos, pareció sumamente peligroso. Entretenerle con frívolos pretextos, seria excitar su desconfianza. Con la medida de su prision y formacion de causa, se alarmaria vivamente don Juan de Austria. Fué, pues, el resultado de la deliberacion, que pues era necesario deshacerse de Escobedo como hombre peligroso, se le diese muerte por ocultos medios (2).

Por mucho que se quieran exagerar las faltas de don Juan, por muy fatal que apareciese el influjo de su secretario, no se ven en todo lo que va indicado bastantes motivos para que el rey con toda su severidad dictase una providencia tan violenta. Pero entre las personas que mas influyeron en su ánimo se contaba la de Antonio Perez, secretario de Estado, hombre de sagacidad, de talento y de instruccion, nada puro en el manejo de intereses y sin ningun escrúpulo en la eleccion de los medios que le llevasen á sus fines. Supone á este secretario la crónica de aquel tiempo en estrechas relaciones con doña Ana de Mendoza, princesa viuda de Eboli, señora de gran celebridad por sus gracias y hermosura, si no por la rigidez de sus costumbres. Se decia que Juan de Escobedo enlazado con la casa por relaciones de familia y amistad reprobaba mucho el trato y familiaridad de la princesa con Antonio Perez, su enemigo personal, y que el resentimiento de esta dama por las expresiones duras y amargas del censor encendió mas y mas el odio que le profesaba

(1) *Dinero* y *Escobedo*, era por lo regular el final de todas sus comunicaciones.
(2) Memorial de Antonio Perez, págs. 314, 315 y 316.

Antonio Perez. No tiene este reparo; al contrario, alega como un servicio al rey que en su correspondencia con el secretario de don Juan, cuando se hallaba en los Paises-Bajos, jugaba con él un juego doble, mostrándose descontento del rey, á fin de que Escobedo en sus respuestas depositase sus secretos en el seno de la amistad, manifestando lo descontento y agraviado que sobre varios particulares se hallaba don Juan de Austria. No fué difícil, pues, á Perez hacer ver al rey lo mal querida que era su persona, tanto por don Juan como por su secretario, y sobre todo que el primero no renunciaba á su idea favorita de tener *silla y cortina, que era su apetito contino, pues todo lo demás era impropio, etc.* (1). Que Perez tiraba á deshacerse por este medio de un hombre ya peligroso para él por sus indiscreciones, que de estos deseos participaba la princesa de Eboli irritada tambien contra Escobebo por la misma causa, aparece muy probable: que el secretario de Estado engañó hasta cierto punto al rey, abultándole las faltas tanto de don Juan como del secretario, aparece de los mismos hechos. Se decretó, pues, la muerte de Escobedo. Mandó el rey á Antonio Perez per medio de una carta que le matase ó hiciese matar secretamente, y Perez se apresuró á poner en ejecucion este precepto. Apeló primero al medio del envenenamiento, que se ensayó sin resultado alguno por tres veces. Las dos primeras se le administró en la propia mesa de Antonio Perez á donde le habian convidado á cenar en compañía de algunos amigos escogidos: la tercera en su propia cama donde se hallaba enfermo Escobedo de resultas de la última cena; mas estando ya receloso de Antonio Perez y percibiendo señales de veneno en una bebida que una esclava suya le presentaba, la hizo arrestar, habiendo sido por este delito condenada á muerte sin revelar el nombre de sus cómplices. Tal vez no los conocia ella misma; tal vez habia sido instrumento involuntario de los que habia echado el veneno en la bebida.

En vista de lo vano de estas tentativas, recurrió Perez al medio del asesinato. Se perpetró el crímen en la plazuela de Santiago, por donde acostumbraba á pasar Escobedo, la noche del lunes de Pascua de 1578. Eran seis los asesinos, llamados Inausti, Juan Rubio, Miguel Bosque, Diego Martinez (criado de confianza de Perez), Antonio Enriquez y Juan Mesa, armados de pistolas y puñales. Se

(1) Memorial de Antonio Perez, p. 308. Véanse las que anteceden y siguen.

echaron los tres primeros sobre la persona de Escobedo: los otros quedaron de acecho guardando á los primeros. Consumado el acto se fugaron á Aragon, habiéndoles proporcionado los medios para ello Antonio Perez. El que habia dado el golpe mortal (fué Inausti) recibió un gran presente en dinero, y todos los demás fueron remunerados en atencion á este servicio. Desde Aragon se dispersaron y se dirigieron á paises extranjeros, unos á Nápoles y otros á los Paises-Bajos, y tuvieron entrada al servicio de las tropas del rey en calidad de alféreces, cuyos despachos ó patentes fueron firmadas por la misma mano del monarca.

Se atribuyó el asesinato de Escobedo al solo Antonio Perez, sin que se mencionase á Felipe II para nada. Le designaban por cómplice y por instigadora á la princesa de Eboli, y la atribuyeron á resentimientos personales sin que entrase en ellos motivo alguno de política. Pidieron al rey justicia los hijos de Escobedo contra los asesinos de su padre, designando como al principal al secretario Antonio Perez y como instigadora ó cómplice á la princesa de Eboli. Perplejo Felipe II entre lo que como rey debia al interés de la justicia y las consideraciones que merecia su cómplice, trató de parar el golpe de la manera que le sugeria su sagacidad dando largas al asunto, esperando que el tiempo enfriase el resentimiento de los huérfanos. Por otra parte Antonio Perez, que conocia demasiado el carácter y duplicidad del rey, le suplicaba vivamente le sacase del conflicto atroz en que se hallaba por haber ejecutado fielmente lo que cumplia á su servicio. Contestaba afable y benigno á sus cartas el rey dándole toda especie de seguridades, mas no se tranquilizaba el secretario con protestaciones que habia visto muchas veces desmentidas. Por una parte no le parecia probable que el rey permitiese un proceso en que se hallaba personalmente tan comprometido; mas como sabia sus artes y su gran poder, apeló al último recurso de pedirle la exoneracion de sus cargos con el permiso de retirarse á paises extranjeros. Esta gracia le fué negada por el rey, ó porque necesitase en realidad de sus servicios, ó porque meditase la pérdida de una persona de quien estaba disgustado.

Cansado al fin el rey de las importunidades de Perez condescendió con sus deseos, que eran de revelar el asunto al presidente de Castilla y obispo de Córdoba don Antonio Pazos, confesando ser el autor del asesinato de Escobedo y haber obrado así por su mandato. A los ojos del presidente, este precepto equivalia á una sentencia

legal, como si hubiese sido dictada en tribunales de justicia; tal era la alta, la funesta idea que se tenia entonces de las prerogativas reales. Convencido así el presidente de la inocencia de Perez envió á llamar al hijo de Escobedo, y á fin de intimidarle, le hizo saber que el rey le habia remitido sus memoriales y peticiones en solicitud de justicia sobre el asesinato de su padre. Que deseaba hacérsela completa, mas que tuviese entendido que era tambien su voluntad que si Escobedo no presentaba pruebas auténticas é irrefragables de su acusacion, seria castigado como calumniador de dos personas tan respetables y de tan alta jerarquía como el secretario Antonio Perez y la princesa de Eboli, añadiendo de su parte el presidente, sobre su palabra de sacerdote, que estaba seguro, de que ni uno ni otro eran culpables de aquel asesinato (1).

Intimidado con esto Pedro Escobedo, y sin pruebas para sostener su acusacion, se apartó de la querella.

Mas no eran solo los hijos de Escobedo los que reclamaban contra Perez. Era un tal Mateo Vazquez, oficial de su propia secretaría, el que incitaba á la familia de Escobedo. A la falta de los hijos echó los ojos sobre un pariente mas lejano que repitió la misma acusacion contra los asesinos del difunto. Las mismas insinuaciones que á los hijos de Escobedo hizo á Mateo Vazquez el presidente de Castilla, mas no se intimidó como aquellos, y siguió adelante apoyando las reclamaciones del pariente acusando á la princesa de Eboli, sin hacer caso del resentimiento de esta dama y de sus quejas al rey de la insolencia de Vazquez, que sin miramiento atacaba su reputacion y buen nombre.

Hasta entonces llevaba aquel negocio una marcha natural que se explica fácilmente. Habia mandado el rey hacer una muerte al secretario. Los hijos del asesinado piden justicia contra el último que pasa por el solo perpetrador, sin ningun cómplice. El presidente de Castilla, convencido de que Antonio Perez no ha sido mas que ins-

(1) Copiaremos sus palabras insertas en las relaciones. (Pág. 13, edicion de Ginebra en 1631.) «Señor Pedro de Escobedo: el rey me ha remitido estos memoriales vuestros y de vuestra madre, »en que pedís justicia de la muerte de vuestro padre, contra Antonio Perez y la señora princesa »de Eboli; y me manda que os diga que se os hará justicia cumplidísima sin excepcion de personas, ni de lugar, ni de sexo, ni de estado. Pero primero os quiero decir, que mireis bien qué fundamentos y recuerdos teneis para la probanza; y que sean tales, que esteis disculpado de la ofensa »de tales. Porque no siendo muy bastantes y por ello disculpable vuestra querella, se convertirá la »demostracion contra vos, por ser la princesa la persona que es, y su estado y gran calidad mucho »de reverenciar; y Antonio Perez el que es, por hijo de sus padres y abuelos, tan antiguos criados »de la corona, y por el lugar que tiene. Pero antes que me respondais, os digo tambien en confianza y afirmo en verbo de sacerdote, que la princesa y Antonio Perez están tan sin culpa como yo.»

trumento de la voluntad del rey, hace que el querellante se desista. Todo esto se concibe, mas en seguida vemos otro acusador que obra por instigaciones de quien no tenia derecho de ser parte en el negocio. ¡Cómo se explica la presentacion de este nuevo actor, Mateo Vazquez! ¿No parece natural que si el rey queria favorecer á Antonio Perez hiciese callar á un hombre de un rango tan subalterno, oficial de su propia secretaría de Estado en quien no podia menos de ejercer una influencia omnímoda? Bastaba halagarle ó intimidarle, ó alejarle, ó mas bien sacrificarle al resentimiento de su principal que lo era el mismo Antonio Perez. Se puede alegar que se oponia esto á la circunspeccion del rey, y á la de reserva con que trataba de cubrir la parte que tenia en el negocio. Pero la circunstancia de no haberse dejado intimidar Vazquez por las amenazas del presidente como el hijo de Escobedo, da indicio de que contaba con un firme apoyo. Que Mateo Vazquez obraba como instrumento del mismo rey, quien jugaba en esto un juego doble, parece no estar sujeto á duda; que Felipe II aspiraba á perder á su antiguo secretario, lo manifiesta su conducta entonces, y la que observó durante el curse de todo este negocio. Este odio del rey hácia un hombre que por tantos años habia sido su servidor parece extraordinario. Tan solo con una hipótesis se explica. La crónica contemporánea que hablaba de las relaciones de Antonio Perez con la princesa de Eboli, no tenia en silencio las de esta princesa con el mismo rey de España. Eran sin duda las últimas de fecha mas antigua (1): tal vez no fueron coetáneas, pero al ser Felipe sabedor por los hijos de Escobedo ó por Mateo Vazquez de la doble intriga, debió de ser muy vivo su resentimiento. Si tal vez llegó á descubrir por las acusaciones de los parientes de Escobedo contra la princesa, como cómplice del asesinato; que al ordenar la muerte de Escobedo, en lugar de obrar por causas de estado no habia sido mas que instrumento de las venganzas de su secretario y la princesa; el que concibiese la mas viva indignacion y

(1) Antonio Perez apunta algo de esto mismo en sus Relaciones. Hablando de los rumores que se esparcieron sobre las causas de su prision y la de la princesa, dice (pág. 32): «Quién decia que por »vivir el rey ofendido de la antigua y continua duracion de la entereza de la princesa de Eboli ha»ciéndole menosprecio. Ofensa natural de las mayores, y mayor de los mayores. Quién que por dis»gusto ó enojo contra Antonio Perez, por sospecha imaginada y inimaginable, no de corona ni de »persona. Quizá del deseo de lo que acabo de decir. Que de estos uno no cumplido turba mas que »ofensas mil; y que se aprovechó del color de amistades para satisfacerse de entrambos; del uno »por lo que no le dió, del otro por lo que no recibió ni comió.»

El señor Bermudez de Castro entra en grandes pormenores sobre el trato amoroso de Felipe II con la princesa, quien al parecer tardó mucho tiempo en mostrarse favorable á los deseos del monarca. Tambien dice que las relaciones de Perez con esta dama, tuvieron principio en haberle escogido el rey para su confidente y medianero cerca de ella.

decretase la pérdida de estas dos personas, estaba muy en armonía con el carácter del monarca. Nosotros nos atenemos á esta hipótesis; sin ella todo cuanto hemos visto de este asunto complicado y que vamos á narrar sencillamente nos parece envuelto en la mayor confusion y hasta lleno de contradicciones.

Era el rey de España demasiado lento en toda su conducta para dar de repente los golpes que en secreto meditaba su política. Heria sin amagar; rara vez mostraba desagrado á las personas cuya ruina estaba sentenciada. Antes de deshacerse de la persona de su secretario, necesitaba otra de habilidad y talento que le reemplazase. Echó para ello los ojos sobre el famoso cardenal Granvela, que despues de haber desempeñado el vireinato de Nápoles se habia trasladado á Roma, donde residia separado de todos los negocios. Le escribió el rey una carta muy atenta, suplicándole pasase á España donde necesitaba de sus luces; y el prelado, siempre ambicioso aunque ya algo anciano, se presentó á recibir las órdenes de su monarca. Inmediatamente fué revestido con el cargo de presidente del Consejo de Italia y encargado del despacho de otros mas negocios importantes (1).

Coincidió casi con la llegada de Granvela la órden del rey de arrestar á Antonio Perez, poniéndole bajo la guardia de un alcalde de corte. A la misma hora, que fué las once de la noche del 28 de julio de 1579, hizo prender y conducir á la fortaleza de Pinto á la princesa de Eboli. Pasó el rey del Escorial á Madrid con objeto de tomar estas medidas. Confesó y comulgó aquel dia. La reserva se observó tan bien, que hasta las diez de la noche estuvo Perez despachando con el rey; es decir, una hora antes de ser preso (2). No se debe tampoco omitir otra circunstancia de gran bulto, á saber, que fué Felipe II, como testigo presencial de la prision de la princesa, hallándose disfrazado junto á los portales de Santa María que daban al frente de su casa, mientras se hallaban dentro los ministros de justicia. Despues que la vió salir en medio de ellos, se retiró con el mismo sigilo á su palacio.

No mandó el rey desde luego hacer proceso alguno á las dos personas arrestadas. Mas de cuatro meses permaneció en su prision

(1) Perez no habla de la venida de Granvela, ni en las Relaciones ni en el Memorial; es omision muy digna de reparo.

(2) Véanse las Memorias de Fr. Juan de san Jerónimo, monje que fué del Escorial, en el tomo 8.º de los documentos inéditos que, con tanta utilidad de los que se ocupan en estas investigaciones, publican actualmente los señores don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda, individuos de la Academia de la Historia.

Antonio Perez sin habérsele tomado declaracion alguna, sin saber siquiera de oficio el motivo de su confinamiento. Pero á un hombre de su sagacidad, y que tantos motivos tenia para conocer el carácter del rey, no se le podia ocultar que le amenazaba una desgracia; sin embargo, tuvo este el arte de adormecer su desconfianza, tal vez porque él mismo no estaba fijo en el plan de su ulterior conducta con el preso.

¿Por qué lo estaba Antonio Perez? El asunto de la acusacion se hallaba suspendido y no obraba efecto. El rey no daba otro motivo que la enemistad profesada por Perez á Mateo Vazquez, y su obstinacion en no hacer con él las amistades. ¿Por qué estaba presa la princesa de Eboli? En la comunicacion que hizo el rey á los parientes de esta dama, no alegó mas motivo que la influencia que ejercia en el ánimo de Antonio Perez para que este no se reconciliase con Mateo Vazquez. ¿Qué tenia que ver la enemistad que mediaba entre Vazquez y Antonio Perez, y la princesa, con el arresto de estos últimos? ¿No era extraño que por consideracion á persona tan subalterna como la de Mateo Vazquez, se mostrase el rey tan rigoroso con una de las primeras damas de la corte, y con su primer secretario de Estado, á quien habia dispensado en todos tiempos su confianza? Aparece claro como la luz del dia que eran otros los designios del rey, aunque la alternativa de indulgencia y de rigor, manifestada en su conducta sucesiva, hizo ver que fluctuaba sobre el modo de llevar adelante sus designios. Una prueba de que no era la enemistad de Perez con Vazquez el verdadero motivo del arresto es, que habiéndosele hecho saber que de la reconciliacion de los dos pendia su libertad, se sometió Antonio Perez; mas la libertad no tuvo efecto aunque aflojó muchísimo el rigor de su confinamiento.

En esta situacion se hallaba el negocio, cuando marchó el rey á Portugal, sin decidir nada sobre la suerte de su antiguo secretario. Para salir de esta inquietud, tomó su mujer, doña Juana Coello, el camino de Lisboa, con resolucion de echarse á sus piés y pedir el perdon de su marido. Informado el monarca de este viaje, mandó arrestarla en Aldea Gallega, ya en el territorio portugués, y que el alcalde de corte Tejada hiciese una sumaria informacion del hecho. No fué poca la extrañeza del alcalde, cuando habiéndose presentado al rey con lo actuado, no le dió Felipe II mas respuesta que coger la sumaria y arrojarla al fuego de su chimenea. En cuanto á doña Juana, la envió órden el rey de restituirse á Madrid, prometiéndola como rey y como caballero poner en libertad á su marido, cosa que no tuvo efecto.

Sin embargo, era por aquel tiempo la prision de Perez tan poco rigurosa, que apenas merecia este nombre. Pasaba el tiempo en festines, en el juego y otras disipaciones dispendiosas á que estaba acostumbrado. Sirvió esto de pretexto para nuevas acusaciones de sus enemigos. El rey por su parte que no perdia de vista á su antiguo secretario, y trataba al parecer de adormecerle, afectó ceder al torrente de la opinion general, y mandó que se hiciese una informacion judicial sobre el modo con que se habia conducido en los diferentes cargos que le habia confiado. Se daba entonces á dichas averiguaciones el nombre de visita; porque los jueces encargados de la averiguacion, tenian derecho de visitar las secretarías del gobierno con objeto de hallar cargos contra el supuesto reo. Era como una puerta abierta á toda clase de acusaciones y denuncias.

No podia ser este procedimiento favorable para Perez. Todos sabian que ninguna fortuna habia heredado de su padre, y que sus gastos ascendian con mucho á sus emolumentos. Se hizo una averiguacion legal de lo que habia expendido en los muebles de su casa, en carruajes, en sus caballos, en partidas de caza, en el juego, y hasta se hizo mencion de su palco en el teatro colgado con tapices, y que le costaba *treinta reales diarios*. La crónica de aquel tiempo designa la persona de Perez como una de las que vivian con mas esplendidez y fausto, superiores á los de muchos grandes. Se evaluó en ciento cuarenta y un mil ducados el coste de sus muebles, asegurándose que importaba otro tanto lo que tenia de renta anual; mas otros rebajaron esta á veinte mil, lo que para aquel tiempo era ya una suma enorme. Era evidente que para sufragar tan grandes gastos y adquirir esta fortuna colosal, habia necesitado Antonio Perez abusar de su posicion, vendiendo las gracias de la corte. Se hizo enumeracion de lo que le han valido varios cargos importantes en España: de diez mil escudos que habia recibido del duque de Florencia, de presentes que le habia hecho don Juan de Austria y la princesa de Eboli, y hasta de lo que pagaba anualmente Juan Andrés Doria, para conservarse sobre un buen pié con el monarca (1).

¿Qué significa en el rey esta órden de averiguar cosas que debia muy bien saber, y que hasta entonces nunca habia evitado? Sin duda no ignoraba lo que Perez habia heredado de su padre y sueldos

(1) Relaciones de Antonio Perez, p. 42.

que devengaba por su cargo. Debia de suponer pues el orígen de sus gastos excesivos y renta extraordinaria. ¿Cómo podian ocultarse á un rey, que de todo tenia noticias tan circunstanciadas, el modo con que Perez vivia, los muebles que tenia en su casa, el tren espléndido que era público, sus gastos en el juego, sus festines, á que asistian los principales personajes de su corte? Si Antonio Perez traficaba con su proteccion, si vendia sus favores, no podia ser un misterio para el rey de España. Si como manifestó Antonio Perez en sus relaciones, el rey era partícipe de las ganancias, menos motivos tenia de ignorar su procedencia. ¿Qué otro objeto podia tener la averiguacion mas que el deprimir á Perez en el concepto público y darle pretexto para emplear una mano de rigor que se comenzaba á alzar ya sobre su víctima?

Todavía se pasó un año sin que este procedimiento produjese resultado alguno: tan lento era el rey en todas sus medidas.

No estaba mientras tanto completamente parado el asunto de la averiguacion del asesinato de Escobedo. Habia vuelto á entablar su hijo don Pedro la demanda en querella, mas se procedia con suma lentitud y las actuaciones eran todavía secretas. Estaba encargado del asunto Rodrigo Vazquez, hermano de Mateo, circunstancia digna de reparo. Ateniéndose por entonces el rey al negocio de visita, le hizo condenar en 23 de enero de 1585, por el órgano del licenciado don Tomás Salazar encargado de la averiguacion, á un encierro durante dos años ó mas segun la voluntad del rey, en la fortaleza que fuese del agrado de S. M.; á ser desterrado por diez años á treinta leguas de distancia de la corte; á una suspension durante este tiempo de todas sus funciones. Se le condenó además á pagar, volver y restituir doce millones doscientos veinte y cuatro mil setecientos noventa y tres maravedises en la forma y manera siguiente (1): dos millones setenta mil trescientos ochenta y cinco que ha recibido y le han sido entregados en Nápoles por cuenta de la señora doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, salvo el derecho que pudiese tener para percibir de dicha princesa cierto censo que dice pertenecerle y cargar sobre sus bienes: á restituir ocho colchas nuevas bordadas de oro y plata en terciopelo carmesí

(1) Perez en sus Relaciones, p. 49, hace mencion de esta sentencia fijando la multa en trèinta y tantos mil ducados, sin mas pormenores que estarán sin duda en el proceso. Añade que esta sentencia no es un documento auténtico y no existe en parte alguna. Tambien afirma que el rey le envió á decir por su confesor Fr. Diego de Chaves que no diese descargo alguno, pues aquel procedimiento no era mas que una farsa, y no le costaria ni el valor de unos corporales para aquel templo, pues parece que fué la conferencia en una iglesia.

recibidas de dicha princesa, en tan buen estado como se hallaban cuando le fueron entregadas, á menos que quisiese pagar trescientos ducados por cada una, quedándole á salvo el recurso contra dicha princesa por la indemnizacion que dice haberla hecho: item, dos diamantes de precio, que parece haber recibido de dicha princesa, á menos que pague en cambio la suma de dos mil ducados: item, cuatro piezas de plata procedentes de la venta de los muebles del conde de Galvez que ha recibido de dicha princesa en el mismo estado que tenian cuando se le dieron, á menos que pagase por ellas cuarenta y cuatro mil trescientos setenta maravedises: item una sortija montada con un granate que ha recibido de la misma princesa, ó pagar por ella ciento noventa y ocho mil setecientos cincuenta maravedises, debiendo todas estas sumas y efectos susodichos ser entregados á los hijos y herederos del príncipe Ruy-Gomez, ó por ellos á quien pertenezcan: item, un brasero de plata que ha recibido del serenísimo señor don Juan de Austria, tal y tan bueno como le fué entregado, á menos que pague en cambio setecientos ducados; y en fin, por otros diversos cargos y trasgresiones que resultan de la averiguacion, siete millones trescientos setenta y un mil noventa y ocho maravedises aplicados á la cámara y fisco de su majestad.

No se difirió mucho la intimacion de esta sentencia. A fin de que no pudiese sustraerse á ella Antonio Perez, se presentaron en su casa dos alcaldes de corte, y mientras uno se dirigió á su despacho con objeto de apoderarse de sus papeles, pasó el otro al cuarto donde á la sazon estaba en compañía de su mujer, doña Juana Coello, y de sus hijos. Como la casa se hallaba cerca de la iglesia de San Justo, ocurrió al secretario la idea de ampararse en la jurisdiccion eclesiástica, y con este objeto habiendo eludido por un momento la vigilancia del alcalde, pasó á una habitacion que daba á la calle, se descolgó por las ventanas y corrió á la iglesia. Mas los alcaldes le siguieron inmediatamente; allanaron el templo y procedieron á la pesquisa de Antonio Perez, que hallaron escondido bajo el mismo techo de la iglesia de donde salió cubierto de telas de araña y de polvo. A pesar de las protestas y resistencia de los eclesiásticos le sacaron del asilo; y habiéndole hecho subir á un coche que los esperaba, lo trasladaron á la fortaleza de Turuégano.

Trató Perez de evadirse de esta fortaleza y recurrir á la jurisdiccion independiente de Aragon; mas habiendo sido descubierto el

plan, se agravó el rigor de su confinamiento. Se procedió despues á pedirle la entrega de todos sus papeles, y como se supiese que los habia puesto en salvo, y que su mujer no estaba ignorante de su paradero, se arrestó á esta señora y á sus hijos; haciéndola saber por medio del confesor del rey, que se la condenaria á una prision perpetua, haciéndola ayunar á pan y agua si no revelaba el paradero de aquellos documentos. Se resistió doña Juana á declararlo; se sometió al rigor de su prision resuelta, á todo y fué preciso que su marido la escribiese un billete con su sangre á falta de tinta, en que la mandaba expresamente entregase lo que le pedian. Puso en efecto doña Juana los papeles en manos del mismo confesor, y por este conducto pasaron á las del rey, quien los recibió con muestras de grandísimo contento. Pero Antonio Perez habia tenido la maña de sustraer de la coleccion los que podian serle mas útiles para su defensa.

Despues de la entrega de los papeles, se aligeró la prision de Perez. Se le trasladó á Madrid, y aunque no estaba precisamente en libertad, recibia á todas horas á su mujer, á sus amigos; hasta se le permitió asistir á los oficios de Semana Santa en el convento de Atocha. Esta alternativa de rigor y de indulgencia que hoy no puede menos de admirarnos, era ya en aquel tiempo objeto para muchos de sorpresa. Se advertian unas contradicciones tan manifiestas en el proceder del rey, que nadie podia explicar ni someter á razonables conjeturas. Segun las palabras mismas del juez que entendia en la causa de la muerte de Escobedo: *unas veces le daba priesa el rey, y le alargaba la mano, otras espacio y se la encogia. No lo entiendo (son sus propias palabras), ni alcanzo los misterios de las prendas que debe de haber entre rey y vasallo* (1).

El negocio relativo á la averiguacion de la muerte de Escobedo seguia su curso, mas de un modo misterioso que no se daba al público. Habian desaparecido poco á poco la mayor parte de los cómplices ó sabedores del asesinato. Se contaba entre ellos el astrólogo de Antonio Perez, llamado Pedro de la Hera, y un criado de su confianza llamado Rodrigo Morgado que habia llevado muchos recados á la princesa de Eboli, y se suponia instruido de pormenores sobre la intimidad de su señor con la princesa. Los dos hermanos de estas dos personas fueron de opinion de que habian sido ambas

(1) Relaciones, pág. 63.

asesinadas por el mismo Antonio Perez. A igual causa se atribuyó la muerte de Insausti ocurrida en Sicilia y la de Miguel Bosque, otro cómplice del asesinato, en Cataluña. Antonio Enriquez, hermano de este último, tambien cómplice, que habia sido paje de Antonio Perez, temeroso de la misma suerte se apresuró á acusar al ex-secretario como principal agente del asesinato, y con este objeto se dirigió al rey ofreciendo exhibir cuantas pruebas se le exigiesen de su aserto, comprometiéndose á ser colgado por las piernas si resultaba culpable de calumnia.

Rodrigo Vazquez, juez que entendia en esta causa, se hallaba á la sazon con el rey en Aragon donde celebraba Cortes. Se aprovechó de esta circunstancia para tomar declaracion á Antonio Enriquez, quien entró detalladamente en la relacion de lo ocurrido en aquel acto. En seguida interrogó á un tal Gerónimo Diaz, que aunque nada dijo de la muerte de Escobedo, dió informes por extenso sobre la inteligencia que mediaba entre Antonio Perez y la princesa de Eboli. Despues se dirigieron á otro testigo llamado Martin Gutierrez, mas este no habia sido testigo ocular de nada, y solo dió cuenta de lo que habia oido en Aragon á los perpetradores del acto, asegurando todos que el asesino principal habia sido un tal Mesa, el mismo que habia tratado de sacar á Antonio Perez de la fortaleza de Turuégano.

Hasta entonces no habia mas que un testigo ocular y además sujeto á recusacion por sus antecedentes. Procedió pues el juez Rodrigo Vazquez á tomar declaracion á Diego Martinez, antiguo mayordomo de Antonio Perez, hombre de toda su confianza y que acababa de llegar á Madrid con objeto de entregar al confesor del rey los papeles del antiguo secretario. Negó Martinez manifestando que nada habia sabido ni entendido nunca del crímen de que se acusaba á su señor, añadiendo que este habia quedado muy afligido de la muerte de Escobedo, de quien era grande amigo. Antonio Perez, que se hallaba todavía en la fortaleza de Turuégano, al saber la prision de Diego Martinez en Madrid y la declaracion que le habian tomado, se alarmó mucho temiendo que recurriesen al medio del tormento, y con este motivo escribió al rey, rogándole encarecidamente que no permitiese se llegase á esta medida por la intervencion que habia tenido Martinez en todos los negocios, no siendo conveniente que se expusiese su fidelidad á tanta prueba. Se ve por esto que en Antonio Perez obraba todavía la ilusion de que el rey

no era parte activa en la averiguacion judicial y que solo la permitia por no comprometerse.

Mas Felipe II, que tenia otras miras, no hizo caso de su secretario y dejó á Vazquez pasase adelante en sus indagaciones. Hizo carear á Diego Martinez con Antonio Enriquez, su acusador de la participacion del asesinato de Escobedo. Mas el primero persistió en la negativa echando en cara á Enriquez su ingratitud, afeándole su perjurio por perder á un señor que le habia hecho tantos beneficios. Así quedó otra vez Vazquez reducido á un solo testigo ocular del hecho y testigo recusable, por lo que resolvió echar mano de un marmiton llamado Rubio, que habia preparado el brebaje destinado á envenenar á Escobedo y al boticario que le habia dado la receta. Como se hallaban los dos en Aragon, de jurisdiccion independiente de la de Castilla, trató de hacerlos venir á Madrid Rodrigo Vazquez. Habiéndolo sabido Perez los recomendó á Gil de Mesa, que se hallaba entonces en aquel pais, para que impidiese su salida, y temiendo siempre que al fin se escapasen y viniesen á Madrid á dar declaracion, volvió á escribir al rey suplicándole que hiciese poner fin al procedimiento y volverle á su favor, haciéndole ver que habian echado los ojos sobre el marmiton Juan Rubio, mas que él habia impedido su venida por medio de Gil Mesa, que era hombre de toda su confianza.

Admira lo fascinado que se hallaba todavía Antonio Perez sobre la parte que el rey tomaba en el proceso, y el arte diabólico con que este habia sabido adormecerle. Para que se forme idea del calor y hasta sinceridad con que Antonio Perez escribia al rey, ponemos en seguida las últimas palabras de su carta. «Por las llagas de Cristo, mil veces suplico á vuestra majestad se duela de »nosotros, y se apiade de nuestra inocencia y de la fidelidad y lea»les servicios de esta persona, padres y abuelos, y se duela vues»tra majestad de este abatido, y sea juez, y el que satisfaga al »mundo... Digo, señor, con un remo siquiera de su servicio; por»que no piense el mundo que tal privacion de todo lo que poseia »con tales demostraciones fué por infidelidad mia, pues no la tuve »jamás... Así, por amor de Dios, señor, nos socorra con alguna »señal de la gracia de vuestra majestad, que esta he menester y »vida (1).»

(1) Proceso manuscrito citado por Mr. Mignet.

Cualquiera podria imaginarse que el rey se conmoviese algun tanto con estas cartas angustiosas de quien habia sido su antiguo confidente y secretario. Mas Felipe II las entregó al juez para que obrasen como piezas del proceso. Aunque no habia hasta entonces mas que un testigo contra Antonio Perez, pareció á Rodrigo Vazquez que con esta declaracion y los rumores públicos, habia pruebas suficientes para condenarle. Sacó, pues, el procedimiento de la clase de privado y meramente indagatorio que tenia hasta entonces, á la de una causa pública contra la persona del secretario Antonio Perez. Para darle todo este carácter, pasó el juez á examinar su prision (1), y no hallándola segura, tomó todas las medidas para impedir que se escapase, habiendo aumentado asimismo el número de alguaciles que se hallaban de custodia.

En setiembre de 1589, se procedió al interrogatorio de Perez; y aunque esto se hizo por dos veces, en ambas respondió el acusado con la negativa, presentando en su descargo seis testigos, y alegando como prueba de su inocencia, que cuando se perpetró el asesinato, se hallaba con el marqués de los Velez en Alcalá de Henares. Lo mismo hizo doña Juana Coello, con quien se practicaron iguales diligencias. Mas á pesar de lo infructuoso de este paso dió su dictámen el juez, declarando á Perez culpable del asesinato, por la declaracion de Antonio Enriquez y los rumores públicos que le designaban como el primer instigador del acto.

Se concedieron á Antonio Perez diez dias para justificarse y dar sus descargos. Se presentaron abogados de una y otra parte; y Antonio Perez y lo mismo Diego Martinez, que eran los dos presuntos reos, obtuvieron ocho dias mas para presentar sus pruebas. Algunos testigos declararon en favor suyo, diciendo que Antonio Perez y Escobedo eran íntimos amigos; que el primero habia quedado muy afligido de la muerte del segundo; que Antonio Enriquez era un testigo sobornado, convicto y castigado en otra ocasion de falsificador; que Antonio Perez era un hombre de bien y buen cristiano. Lo mismo dijeron en favor de Diego Martinez, que era el otro reo.

No se podia condenar en rigor á Antonio Perez con la declaracion sola de un testigo; y el juez Vazquez, á pesar de su malevolencia, se vió obligado á aguardar la llegada de los dos testigos de Aragon. Mientras tanto, Perez, temiendo los resultados de tantas

(1) Cuando comenzó á tomar el proceso de Antonio Perez un carácter de publicidad, se le trasladó á la fortaleza de Pinto; mas al cabo de dos meses se le volvió á Madrid.

dilaciones, volvió á pedir con instancia que se le pusiese en libertad; á tanto llegaba todavía su ceguedad sobre las verdaderas intenciones del rey y del juez que se mostraba su instrumento. Por aquellos dias se presentó á Perez el confesor del rey y le exhortó por via de consejo amistoso á que se declarase culpable del asesinato de Escobedo, puesto que el mandato del rey le debia absolver de toda culpa. Se negó Perez á seguir el consejo, alegando que era la voluntad del rey que permaneciese el acto en secreto, y que tenia además la seguridad de que no le abandonaria en el conflicto como se lo tenia escrito de su puño. De este mismo parecer habia sido el cardenal arzobispo de Toledo, manifestando á Perez lo delicado y peligroso que seria para él hacer una confesion que podria ser del desagrado del monarca.

Habiendo evitado Antonio Perez, por entonces, el lazo que le tendia el P. Chaves, tomó el partido que le pareció mas saludable y le aconsejaron sus amigos, á saber, de arreglarse con el acusador Pedro Escobedo. No faltaron quienes hicieron ver á este lo útil y aun lo necesario que le seria entrar en una avenencia con el acusado. Dió oidos Pedro Escobedo á la proposicion; y por veinte mil ducados se apartó de la demanda, diciendo que perdonaba á Antonio Perez; pidiendo, que en virtud de ello le pusiesen en libertad, y lo mismo á Diego Martinez; añadiendo, que en esto cumplia un deber para con Dios y para con los grandes personajes que se lo habian suplicado. Eran estos el almirante de Castilla don Luis Enrique de Cabrera, el duque de Medina de Rioseco y conde de Moncada, don Rodrigo Zapata, comendador de Monte-alegre en la órden de Santiago, é hijo del conde de Barajas, presidente del Consejo de Castilla; don Alonso de Campo y Jácome Masengo, que firmaron todos el acta del desistimiento de Escobedo.

Parecia así el asunto terminado; mas no se satisfacia de este modo ni el odio del juez, ni se realizaban los planes de Felipe. En lugar de poner en libertad á Antonio Perez, escribió Vazquez al rey que aunque el acusado creia terminado el asunto por su transaccion con Escobedo, habian circulado demasiados rumores sobre la parte que habia tenido S. M. en el asunto para quedar comprometido de esta suerte, sin que Antonio Perez pusiese antes de manifiesto las causas que se habian tenido en consideracion para perpetrar la muerte de Escobedo. El fin de esta carta es tan extraño, que no podemos menos de copiarle aquí literalmente. «Vuestra majestad me »escriba un billete que yo se lo pueda mostrar, diciendo: decid á »Antonio Perez que ya sabe como yo le mandé hiciese matar á Es»cobedo por las cosas que él tiene entendidas, que á mi servicio »conviene que las declare (1).»

¿No parece todo esto marcado con el selló de la insensatez? Así lo pareció entonces al cardenal arzobispo de Toledo don Gaspar Quiroga que tuvo noticia de esta carta. Copiaremos las palabras que dijo al confesor del rey. «O yo soy loco, ó este negocio es loco. Si »el rey le mandó á Antonio Perez que hiciese matar á Escobedo, »¿qué cuenta le pide ni qué causas? Miráralas entonces, y él lo vie»ra que este otro no era juez en aquel acto, secretario y relator de »los despachos que le venian á las manos, y ejecutor de lo que le »mandó y encargó como un amigo á otro, etc. (2).» De este modo de pensar del arzobispo, participaron cuantos tuvieron conocimiento del asunto. Mas aquí no habia ni insensatez, ni falta de circunspeccion, ni inconsecuencia. No pretendia el rey que se castigase á Perez por el asesinato de Escobedo, sino por haber dado á su señor un mal consejo. Le pedian las causas que habia tenido para ello, seguros de que privado de sus papeles no podria exhibirlas. Era el plan mas pérfido y hábilmente combinado. Al rey no le paraba perjuicio alguno el declararse autor de la muerte de Escobedo. Perez, sin pruebas justificativas, iba á aparecer como un calumniador, como un falso consejero que habia abusado de la confianza de su rey, induciéndole á cometer un acto horrible de injusticia.

Con arreglo á este proyecto dió el rey en 4 de enero de 1590 al juez Vazquez una órden por escrito concebida en estos términos: «Podreis decir á Antonio Perez de mi parte, que él sabe muy bien »la noticia que yo tengo de haber él hecho matar á Escobedo y las »causas que me dijo que habia para ello, y porque á mi satisfac»cion y la de mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó »no bastantes, que yo le mando que las diga y dé particular razon »de ellas, y muestre y haga verdad las que ansí me dijo de que vos »teneis noticia, porque yo os las he dicho particularmente, para que »habiendo yo entendido las que así os dijere, y razon que os diere »de ello, mande ver lo que en todo convendria hacer. Madrid 4 de »enero de 1590.—Yo el rey (3).»

Mientras tanto se habia estrechado mas la prision de Perez: se

(1) Relaciones, pág. 75.
(2) Relaciones, pág. 77.
(3) Proceso manuscrito por Mr. Mignet.

le habia privado la comunicacion con todos sus amigos y familia, y tenia hasta centinelas de vista, oficio desempeñado entonces por medio de alguaciles. Se habia llegado hasta ponerle grillos; de cuya penalidad se habia rescatado por una gruesa suma de dinero.

Se enseñó á Antonio Perez la carta del rey; mas respondió, que salvo el respeto debido á S. M. nada tenia que declarar en el asunto, y como volviese á recusar Perez al juez Rodrigo Vazquez por su enemigo personal, se le agregó un tal Juan Gomez. Los dos le interrogaron por tres veces en los primeros dias del mes de enero de 1490 instándole y requeriéndole que manifestase los motivos ó causas que pudo haber habido para ordenar la muerte de Escobedo. Persistió Perez en la negativa, exponiendo que nada sabia, que nada habia llegado á su conocimiento de lo que le preguntaban. Recurrieron entonces los jueces á la fuerza. El 21 de febrero mandaron á los alguaciles que le echasen grillos á los piés y le sujetasen á la pared con una cadena atada al cuello. Mas Antonio Perez no por eso alteró el tenor de sus declaraciones. En seguida los jueces le amenazaron con el tormento, y no habiendo podido intimidarle, *le mandaron poner á cuestion de tormento, y si en él muriese ó lesion de algun miembro le sucediese, fuese por su culpa y cargo: y dijo lo que dicho tiene que por estas dos cosas, la una el ser hidalgo; la otra el daño y lesion que resultase en su persona atento á estar tullido de las largas prisiones de once años, no se le podia sujetar á la pena del tormento* (1). Mandaron entonces los jueces que le quitasen la cadena y los grillos y le requirieron otra vez que declarase los motivos que habia tenido el rey para ordenar la muerte de Escobedo. Habiéndose negado otra vez Antonio Perez, le despojó de sus vestidos el verdugo dejándole solo en calzoncillos. Los jueces mandaron retirarse á este y requirieron nuevamente á Perez que declarase lo que se le tenia mandado, intimándole que en caso contrario iba á sufrir el tormento de la cuerda. Como se volviese á negar Antonio Perez, llamaron de nuevo los jueces al verdugo, *y luego estando presente la escalera y aparejos del tormento, por el Diego Ruiz, verdugo, le fueron cruzados los brazos al dicho Antonio Perez uno sobre el otro, y le fueron comenzando á dar una vuelta de cordel en ellos, el cual dió grandes voces diciendo, Jesús y que habia de morir en el tormento, y que no tenia que decir*, cuyas palabras repitió varias veces. Ya le habian dado cuatro vueltas á la cuerda cuando

(1) Palabras del proceso.

los jueces volvieron á hacerle la misma intimacion, mas él se obstinó de nuevo, *y dando grandes voces y gritos dijo, que no tenia que decir y que le mancaban el brazo, vive Dios que estoy manco de un brazo y lo saben los médicos; y diciendo á voces: señor, por amor de Dios que me mancan, que me han mancado la mano, por Dios vivo, y tornó á decir: señor Juan Gomez, cristiano es, por amor de Dios, que me matas, que no tengo de decir mas. Fuéle tornado á decir por los mismos jueces que responda, y no dijo mas que, hermano, que me matas, señor Juan Gomez por las llagas de Dios acábame de una vez, déjenme que cuanto quisieron diré; por amor de Dios, hermano, que te apiades de mí. Y luego dijo que le quitasen de como estaba, y que le den una ropa, que él dirá* (1). Al pronunciar estas últimas palabras ya habia dado el verdugo ocho vueltas á la cuerda, y como Perez se preparaba á declarar le mandaron los jueces que dejase el aposento. Entonces el secretario hallándose en tan angustiosa situacion se declaró autor de la muerte de Escobedo, dando á esta medida las causas y razones que ya llevamos indicadas. *Despues fuéle dicho á este declarante que haga la verdad y muestre las cosas que así dijo á S. M. para la muerte de Escobedo, dijo: que todos los papeles le fueron tomados las otras veces en diferentes prisiones, y que entre ellos hubiera muchos recaudos de lo que dicho tiene que dijo á S. M. y tuviera muchos testigos muy fidedignos como la persona que se ha nombrado (el marqués de los Velez) que justificaria de todo el caso. Pero como hace doce años que murió Escobedo han faltado las personas dichas. Demás que estas son materias que dá el vasallo á su príncipe, y mas cuando los particulares que le decian en secreto y á solas de Escobedo no podian tener testigos* (2).

Al dia siguiente de la tortura de Perez, sabedor Diego Martinez de lo que habia ocurrido confesó tambien, y confirmó, por medio de una declaracion circunstanciada, la relacion que del asesinato de Escobedo habia dado Antonio Enriquez.

En cuanto al desgraciado secretario, torturado tanto por los dolores padecidos como por la calentura y por su angustia, acabó de conocer el juego del monarca y la suerte horrible á que estaba destinado. Sabia ya que el juez Rodrigo Vazquez trataba de atribuir el asesinato de Escobedo, no á las razones de estado que hemos expuesto en su lugar, sino á intrigas de Antonio Perez en que hacian

(1) Palabras del proceso.
(2) Palabras del proceso.

un gran papel sus conexiones con la princesa de Eboli. Sabia además que estaba concertado este plan con el rey y que ambos se lisonjeaban de llevarlo á efecto, careciendo Antonio Perez de papeles con que justificarse. Tampoco ignoraba que pretendian hacerle culpable de la muerte del astrólogo Pedro de la Hera y de Rodrigo Morgado, de que hemos hablado á su debido tiempo. Abandonado y vendido tan cruelmente por el rey, no habia mas perspectiva para Antonio Perez que la de un suplicio ignominioso. Era ya la fuga su único recurso, desde entonces no pensó mas que en los medios de efectuarla. Hallándose bastante enfermo supo fingir un aumento de mal y alcanzó del rey que le asistiesen en su prision personas de su servidumbre. Por otra parte declararon los médicos que peligraba su vida si no se aliviaba en algo, y esto movió al rey hasta permitir la entrada á su mujer, doña Juana Coello, que se hallaba en los meses mayores de embarazo. Todavía conservaba muchos amigos Antonio Perez, y el cruel trato de que acababa de ser víctima le habia creado simpatías en grandes personajes de la corte. Su secretario y confidente Gil Mesa, que se hallaba todavía en Aragon, puso en juego mil resortes y preparó con gran habilidad la fuga de su amo. Se efectuó por fin esta á últimos de abril de 1590. Disfrazado Perez con los vestidos de su mujer (1), se salió una noche de su prision por entre los alguaciles que le guardaban sin hallar obstáculo. Tal vez alguno de ellos estaria en la trama, lo que es muy probable. A pocos pasos de su prision encontró Antonio Perez á Gil Mesa que le aguardaba con caballos preparados, y sin perder momento caminó con ellos sin descansar las treinta leguas que le separaban de Aragon, donde tomó asilo por entonces.

Si lo que acabamos de decir sobre este asunto tan extraño, no estuviese consignado en documentos auténticos que apenas dejan lugar á duda alguna, pasarian tal vez por fabulosos. Tales son las improbabilidades y hasta contradicciones en que se hallan envueltos. Se ve á un rey encargar á su secretario, á su privado, á su favorito, pues tal podia considerarse entonces Antonio Perez, la muerte de un hombre; y que este, obedeciendo ciegamente, la ejecuta. Se ve que de este acto se sigue un proceso, y que siendo tan

(1) Antonio Perez no habla de esta circunstancia, y evita con todo cuidado entrar en pormenores de su escape. Si su mujer le auxilió verdaderamente como queda dicho, fué un rasgo mas de la adhesion y constancia heróica con que tomaba parte en las desgracias de un esposo reputado por infiel. Algunos se apoyan en esta circunstancia para negar las relaciones de Perez con la princesa, mas no es una prueba concluyente. Pudo muy bien ignorarlas ó no creerlas doña Juana; tambien ser bastante generosa para perdonarlas y sacrificar el resentimiento á sus deberes.

fácil al rey hacer que la parte querellante desista, permite su continuacion, en que no puede menos de resultar como principal causante del asesinato. Se ve, que aun en la hipótesis de que el rey tuviese interés en que se condenase á Perez, deja pasar años sin que este proceso se formalice de un modo terminante y perentorio. Se ve á este rey emplear este vacío de tiempo en hacer condenar al secretario por cohecho, por corrupcion, por abusar de su favor y gracia. Cuando se ha dado el golpe terrible de que pague una cantidad enorme, de que tal vez no puede disponer, se renueva el negocio del proceso antiguo del asesinato. Unas veces se confina rigorosamente á Perez; otras se alivia su prision, permitiéndole el trato con sus amigos y familia, y hasta una media libertad de que el preso no abusa; tal es la confianza que le sabe inspirar el que al parecer tiene jurada ya su pérdida. Cuando está ya envuelto en las redes que le tienden sus enemigos, se apela al último extremo del rigor, y se le estrecha á que se confiese reo de un delito mandado por Felipe mismo. Para que no le quede efugio alguno, se declara el mismo rey autor de la muerte, puesto que la habia ordenado; y se manda á Antonio Perez que exponga los motivos que hubo para ello, con la esperanza de que careciendo de sus papeles, se le pueda condenar por haber dado malos consejos al monarca. Y en este tejido de incertidumbre, de dilaciones, de alternativas de blandura y dureza, de ingratitud, de negrura, de perfidia, de crueldad, pasaron nada menos que doce años. ¿Qué motivos, pues, podia tener el rey para conducirse de este modo, con un hombre que sin duda habia sido depositario de su confianza, y obtenido su amistad hasta el punto que podia dispensarla un rey de su carácter? ¿Qué le iba en declararse él mismo como principal motor de la muerte de Escobedo, cuando le ponia á cubierto su prerogativa, cuando en la persona de Antonio Perez no podia considerar la opinion mas que el instrumento fiel de las voluntades del monarca? ¿Qué interés podia tener en perder con tanta crueldad á su secretario? A tan extraño problema no se ofrece mas que una solucion; á saber, la del deseo de una venganza que se alimentó por espacio de doce años para terminar de un modo tan estrepitoso. Se puede dar á esta venganza el nombre de justicia, suponiendo que Felipe II trataba de castigar á Perez por haberle dado un mal consejo. Mas ¿por qué habia sido tan ligero un hombre de su circunspeccion en admitir los cargos que se hacian á Escobedo? Si en esta conducta del rey no influyó princi-

palmente su resentimiento por las conexiones que se suponian entre su antiguo secretario y la princesa de Eboli, no puede encontrar la sana crítica otra explicacion que darle.

Dejamos para los dos capítulos siguientes el desenlace, funesto á todas luces, de este drama.

CAPÍTULO IX.

Continuacion del anterior.—Enojo del rey con la huida de Antonio Perez.—Motivos de su resentimiento.—Idea sucinta de las instituciones de Aragon.—Cortes.—Diputacion permanente.—Gran Justicia de Aragon.—Manifestaciones.—Llega Perez á Calatayud.—Sale preso para Zaragoza.—Encerrado en la cárcel de los manifestados.—Entabla el rey su acusacion ante el Justicia.—Su desistimiento.—Apela al recurso de la enqüesta.—Inútil tambien.—Se apodera del asunto el Santo Oficio.—Reclama su persona.—La trasladan á sus cárceles en la Aljafería.—Alboroto del pueblo.—Vuelve Antonio Perez á la cárcel de los manifestados.—Nuevas intrigas para pasarle á la del Santo Oficio.—Nuevas órdenes para su extradicion.—Nuevo alboroto del pueblo.—Saca este á Perez de la cárcel.—Sale Antonio Perez de la ciudad.—Vuelve á ella de oculto.—Vuelve á salir.—Se refugia en el Bearne (1).—(1590-1592.)

Grande fué el enojo de Felipe II cuando supo que se le habia escapado de las manos una víctima en quien pensaba apurar todos los rigores de su saña. Fué su primer efecto mandar poner á la mujer del fugitivo y sus siete hijos en la cárcel pública. Aumentó su indignacion la idea de que trasladado Perez á un reino que se podia considerar entonces como extraño, gobernado por diferentes instituciones que Castilla, encontraria simpatías en sus habitantes, que le eran poco afectos, y proteccion en fueros que ofrecian menos campo á su arbitrariedad y malas artes. Iban seguramente á ser divulgados secretos que el rey pensaba ocultar para siempre entre las paredes de un calabozo, y presentarse bajo el aspecto mas feo su injusticia contra un hombre, que si bien valia poco bajo el aspecto

(1) Los mismos señor Bermudez de Castro y Mr. Mignet ya citados, Antonio Herrera, Ferreras, Lupercio Leonardo de Argensola, Gerónimo Zurita y Gerónimo Blancas en sus Anales de Aragon. Llorente, historia de la Inquisicion. Esta parte no se halla envuelta en tanta oscuridad como la del capítulo anterior.

moral, al fin habia sido secretario suyo y considerado como merecedor de sus favores. No pudiendo, sin embargo, retroceder en su carrera, determinó llevar adelante la obra de rigor, y vencer todo género de obstáculos que á ello se oponian, por la diferente posicion en que se hallaba el acusado. Para comprender este grande embarazo y desazon del rey, necesitamos por un momento subir á tiempos mas remotos y dar una breve y sencilla explicacion de los grandes motivos que tenia Perez para elegir el reino de Aragon como su punto de refugio.

No nos detendremos en el orígen y principio de este reino, envuelto como todos en grande obscuridad, y como perdidos en la noche de los tiempos. Se duda hasta de la existencia de los primeros reyes llamados de Sobrarbe, del nombre de un pais montuoso de este reino, confinante con los Pirineos y Navarra. En este territorio comun á las dos fronteras de Navarra y Aragon comenzaron á reinar los reyes llamados de Navarra, hasta don Sancho el Mayor, que con la adquisicion de nuevos dominios llegó á ser un gran potentado para aquellos tiempos, y al fin debilitó este gran poder dividiendo entre sus hijos sus estados. Tocó á don Ramiro uno de ellos, la parte de Aragon, llamada así del rio que la baña; pequeño territorio entonces, por estar ocupado por los sarracenos todo el vasto pais que por conquistas sucesivas formó con el tiempo la corona de este nombre. Se debe, pues, considerar á este don Ramiro como el primer rey histórico de Aragon, casi por la mitad del siglo XI; mas cualquiera otro giro que se dé ó esta controversia, no hace para nada á nuestro asunto.

Que las instituciones de este reino tenian mucha semejanza con las de Leon y de Castilla y demás cristianos de España, se debe inferir sabiendo que unos y otros se hallaban casi en iguales circunstancias. El sistema feudal, que era entonces el derecho público de Europa, se presentaba en todos los estados casi con unos mismos caractéres. Tuvo Aragon como Castilla y los demás estados de España, sus reyes, sus prelados, sus barones, que en un principio dirigian todos los negocios públicos, y con el tiempo sus corporaciones populares, que por concesiones, por gracia, ó mas bien porque necesitaban de ellos los monarcas, concurrieron por medio de sus delegados á las grades asambleas conocidas con el nombre de Cortes en toda la península cristiana.

Las de Aragon, en los tiempos que ya son históricos, se componian de cuatro brazos ó estamentos; primero, los prelados, en el que entraban tambien los grandes maestres de las órdenes militares: segundo, los nobles ó barones: tercero, los infanzones ó caballeros, ó hidalgos ó nobles de segunda clase: cuarto, los procuradores de las diferentes corporaciones que tenian voz y voto en Cortes, y á quienes daban comunmente el nombre de universidades. Los dos primeros brazos se representaban á sí mismos, y cada individuo podia emitir su voto por medio de un apoderado: los otros dos, como mas numerosos, acudian á las Cortes por medio de delegados ó representantes. Deliberaban comunmente estos brazos por separado lo mismo que en Castilla; y aunque muchas veces no se presentaban todos, rara vez dejaban de concurrir los infanzones y procuradores de las universidades. Lo que proponian las Cortes, y el rey aprobaba, era ley; tambien era ley lo que proponia el monarca y las Cortes aprobaban.

Los publicistas versados en estas materias, que han examinado y comparado las instituciones de Aragon y de Castilla, hallan á pesar de muchos puntos de similitud un carácter mayor de independencia, mas espíritu de democracia, mas apego al mantenimiento y conservacion de sus derechos en el primer reino que en el último. Eran por otra parte sus leyes mas suaves, sobre todo en asuntos criminales. Se hallaban, en una palabra, los reyes en mayor dependencia de las clases populares, con manos mas atadas para ser mas despóticos que los de Castilla. No han tenido algunos reparo en dar al gobierno de Aragon el nombre de pura democracia con un rey á la cabeza. Mas ni el nombre ni la cosa eran conocidos en aquellos tiempos de desigualdad política, en que las clases populares, por celosas que fuesen de su independencia y conservacion de sus derechos, se creian llamadas por la naturaleza á doblarse ante el rey, los prelados y la aristocracia.

Cuando las Cortes de Aragon no estaban congregadas, representaba en cierto modo su poder una diputacion de ocho personas, dos por cada brazo, llamadas diputados. Se renovaban anualmente por el mes de junio, sacados á suerte de entre las personas idóneas designadas de antemano, y cuyos nombres se hallaban dentro de una bolsa segun el brazo á que pertenecian. Se hacia esta extraccion con toda la solemnidad posible. Juraban los diputados el cargo, antes de entrar en sus funciones. Entendian en la administracion de la hacienda del reino, en la conservacion de sus fueros, y se reunian

diariamente en el palacio llamado de la *diputacion*, donde tenian *consistorio*, nombre que se daba á sus sesiones.

Otra particularidad tenian las instituciones de Aragon no conocida en las de Castilla, á saber, la existencia de un magistrado, llamado *Justicia* ó *Gran Justicia* de Aragon, juez solo y presidente de un tribunal, de cuyas decisiones eran imposible apelacion alguna. Sobre las atribuciones de este Justicia ó Gran Justicia hubo y existe todavía diversidad de pareceres. Segun algunos, ejercia un poder omnímodo independiente del rey, cuyas voluntades y decisiones contrariaba á su placer, ó porque así lo exigiesen las necesidades del Estado. Venia á ser su autoridad, segun estos autores, á la que ejercian los antiguos *éforos* en Lacedemonia, ó los tribunos de la plebe en Roma. Otros mas versados tal vez en la historia de este reino, mas adictos á la voluntad suprema de los reyes, no colocan en tan alto puesto la autoridad del Justicia, dependiente segun ellos del rey, y reducido á poner en ejecucion lo determinado por las Cortes. Es muy inútil deslindar atribuciones basadas en usos y costumbres, mas que en leyes escritas, y que por lo regular se mueven en mayor ó menor círculo, segun el carácter personal de los que las ejercen. Prescindiendo de esta controversia y contrayéndonos simplemente á los hechos, no hay duda de que era muy grande la autoridad y poder de este alto funcionario. El nombre solo, el hecho de personificar de un modo significativo la justicia, envuelve su grandísima importancia. Ejercia el derecho de censura sobre todos los actos emanados del gobierno, y aun de prohibicion si eran contrarios á las leyes. Se le consideraba como el verdadero depósito de las instituciones, como un funcionario siempre en vela acerca de su cumplimiento. Se apelaba á su tribunal en la sentencia de los ordinarios, y de lo que él decidia no podia apelarse. Se le consideraba en todo como órgano vivo de la justicia, cuyo nombre llevaba, como protector de los derechos del pueblo, como el defensor de los pequeños contra la opresion y tiranía de los grandes. Recaia este encargo en la clase de los caballeros: era nombrado por el rey vitalicio, y por lo regular hereditario. La circunstancia de haber pasado por espacio de algunos siglos sucesivamente á personas todas hábiles que le ejercieron con lustre y grande utilidad del reino, contribuia en gran manera á hacer el nombre del Justicia de Aragon singularmente popular, sobre todo por los años á que se refiere nuestra historia. Al tribunal del Justicia de Aragon se daba el nombre de *corte*, y de *lugartenientes* á cinco magistrados jurisconsultos que con él le componian. Duraba el cargo de estos lugartenientes de unas Cortes á otras, y asistian diariamente al tribunal para oir y sentenciar las causas. Además, cada uno de ellos tenia audiencia pública, para lo que se acostumbraba tocar una campana. Se reunia el tribunal en el palacio de la diputacion.

Si no habia apelacion de las sentencias del Justicia, mas que ante las Cortes, estaba abierto el camino de las querellas ó denuncias contra las decisiones de los lugartenientes. Para entender en estas apelaciones, se nombraban todos los años, por suerte, cuatro magistrados á quienes se daba el nombre de inquisidores; cada uno perteneciente á uno de los cuatro brazos. Se presentaban á su tribunal el primero de abril los querellantes ó denunciadores, precediendo un pregon á son de trompetas y atabales. Instruian estos inquisidores el proceso, oyendo las quejas, examinando los testigos, recibiendo los descargos del lugarteniente que daba motivo á la querella; mas la sentencia definitiva estaba encomendada á otro tribunal compuesto de diez y siete jueces legos llamados *judicantes* nombrados del mismo modo que los inquisidores, y que entraban en funciones el veinte de junio, dia señalado para la terminacion de los procesos. Tenian los judicantes dos asesores letrados, mas sin obligacion de atenerse á sus consejos. Despues de prestado juramento, entraban á votar con el mayor secreto por medio de dos habas que le daba el secretario, una blanca y otra negra, para declarar absolucion ó lo contrario. No duraba la autoridad de dichos judicantes mas que el tiempo para dar estas sentencias, y no podia pasar de treinta dias.

Habia además otra particularidad en las leyes de Aragon y que va á hacer un gran papel en lo que nos queda que decir de nuestro secretario. Cuando se prendia á una persona que por haber incurrido en el odio del rey ú otro motivo temia en su nueva situacion algun rasgo de su arbitrariedad, manifestaba su caso ante el Justicia de Aragon y pedia ser juzgado por su tribunal particular, ante el cual acudia como parte el fiscal ó el representante del monarca. Se trasladaba inmediatamente á estas personas á una cárcel particular llamada *cárcel de la libertad*, de los *fueros*, de la *manifestacion* ó de los *manifestados*, del nombre que daban á los reos que en este caso se encontraban. Eran juzgados los manifestados por las mismas leyes comunes del pais, mas tenian la facultad de

salir en ciertos casos por medio de fianzas, y además no podia aplicárseles la pena de tormento.

Se conservaban los fueros de Aragon en todo su vigor cuando la incorporacion de este reino al de Castilla. Verdaderamente no formaban uno solo aunque estaban regidos por un mismo cetro. Se administraba aparte el reino de Aragon con su secretaría peculiar y Consejo de Aragon en la corte que entendia exclusivamente en sus negocios. Representaba la persona real en Aragon un gobernante con el nombre de virey, presidente aunque sin voto de la real Audiencia. Se dividia esta en dos consejos ó salas, una para lo civil y otra para lo criminal, componiéndose cada una de cinco consejeros. El mas condecorado de los diez tomaba el título de regente, ejercia jurisdiccion particular fuera de las causas ó procesos, y firmaba las órdenes y provisiones ordinarias. La Audiencia celebraba sus sesiones en el palacio de la diputacion.

El virey de Aragon tenia un segundo con el nombre de gobernador general, que se consideraba como el representante de la persona del príncipe heredero. Tenia jurisdiccion en todo el reino donde no concurriese con el virey, y en su ausencia ejercia todas sus atribuciones. Por lo regular recorria el gobernador general los diversos puntos del pais llamando á sí los procesos y las causas sin residencia fija, mientras el virey la tenia casi siempre en Zaragoza.

Habian llevado muy á mal los aragoneses el pasar bajo el dominio de los príncipes austriacos. Fué poco querida la persona del emperador; lo era menos la de Felipe II, cuyo carácter despótico se hacia mas sentir que el de su padre. Receloso el pueblo aragonés de aquellos monarcas extranjeros que en todos tiempos se habian mostrado enemigos de los fueros populares, temian á cada momento por los suyos propios á que eran tan adictos. Por aquel tiempo estaba pendiente una especie de pleito con el rey, sobre si estaba ó no en sus facultades nombrar de lugarteniente ó virey una persona que no fuese natural del reino. Los que se decidian por la afirmativa se apoyaban en antecedentes de varios reyes de Aragon, que al ausentarse de sus estados habian dejado por vireyes ó regentes á personas de Cataluña y de Valencia. Los que llevaban la contraria se atenian á la letra de los fueros que lo prohibia en los mas expresos términos. Se seguia el pleito en el tribunal del Justicia de Aragon, y antes de venir á una sentencia, Felipe II con objeto de que representase su persona ante el Justicia, envió á don Iñigo

Mendoza, marqués de Almenara, que hizo su entrada en Zaragoza con un acompañamiento muy lucido. Se quiso ver en esto un designio del rey de imponer á los de Zaragoza, haciéndoles ver lo seguro que estaba de su triunfo.

Tal era el estado de las cosas en Aragon cuando en la primavera del año 1590 verificó su fuga Antonio Perez de la cárcel. Aunque nacido en Madrid era oriundo de Aragon por su padre y abuelo, naturales de Monreal de Ariza. Le acompañaban su antiguo criado y confidente Gil de Mesa, otro aragonés tambien llamado Gil Gonzalez, y un genovés, su secretario, Francisco Mayorini. Con gran velocidad corrieron los fugitivos el terreno que les quedaba para alcanzar la frontera de Aragon, y sin detenerse en ella llegaron á Bubierca, pueblo distante cinco leguas de Calatayud, donde tomaron algunas horas de descanso. Inmediatamente se pusieron en camino para dicha ciudad, y Antonio Perez, sin atreverse á tomar alojamiento en ninguna de sus casas, se refugió en el convento de San Pedro Mártir, mientras Gil de Mesa sin detenerse en Calatayud siguió á Zaragoza, donde presentó al Justicia una peticion de Antonio Perez solicitando para él y Mayorini el beneficio de los *manifestados*.

Inmediatamente que supo el rey la evasion de Antonio Perez envió personas en su seguimiento con órden de cogerle vivo ó muerto, antes de pasar el Ebro. Cuando llegaron á Calatayud ya estaba Perez refugiado en el convento. A pocas horas de tomar asilo, se presentó un caballero de Calatayud llamado don Manuel Zapata, quien á nombre del rey le declaró preso; mas aunque trató de extraerle del monasterio, tuvo que ceder á la voz popular que se mostró muy contraria á esta violencia (1).

Se habia mejorado mucho la condicion de Perez con el abrigo de las leyes tutelares de Aragon. Mas penetrado del gran poder de un enemigo contra quien con armas tan desiguales combatia, trató de recurrir otra vez á su clemencia. Para esto le escribió desde su asilo de san Pedro Mártir una carta que copiamos en seguida: «Señor: »viendo cuán á la larga á cabo de tantos años iban mis prisiones y »el rigor de algunos ministros, ó sea la envidia, sin valer mi per»sona merescer tanto como ha padecido, y que sin causa, mi mise»ria no tenia aun señal de fin sino solo la vida y lo demás, y que

(1) De este intento de extradicion violenta habla Herrera en su Historia del mundo, lib. VIII capitulo XVII. Perez en sus Relaciones, p. 98, dice solo qne le dejó preso en una celda.

»el proceder de los ministros me tenia reducido á no poder res-»ponder por mí ni por la honra de mis padres y hijos, y mia, obli-»gacion natural y cristiana; me resolví á hacer lo que he hecho y »venir á este reino de V. M., naturaleza de mis padres y abuelos, »pues en él es y será V. M. señor de todo, como en medio de los »grillos y cadenas mas fuertes, y yo tan obediente á su real volun-»tad como el barro en mano de su ollero, de que tengo dado buen »testimonio y prueba, con el largo sufrimiento fundado en la espe-»ranza que he tenido siempre en V. M. y en su gran cristiandad y »misericordia y en el depósito que tengo en su real pecho de mi »inocencia, que en solo este estado, y en nombre de que mis pe-»queños sacrificios y fidelidades aunque en otro sugeto y ventura »pudieran llegar á méritos diferentes que en mí han causado. Yo »suplico á V. M. muy humildemente, que pues tiene tanta prueba »de esta verdad y noticia de la pasion de algunos ó algun ministro »por sus consultas y trazas, crea V. M. el entrego y posesion que »le doy de esta persona, y ánimo á su obediencia, y real volun-»tad en todo, y que no permita que la pasion de los que digo pase »adelante en ofensa de su gran cristiandad y en servicio y en es-»carmiento de fieles vasallos. Tambien suplico á V. M. por su gran »piedad, mande mirar por esta mujer é hijos y nietos de padres, y »abuelos fieles y aprobados de V. M., y por quien V. M. es, se »sirva que vivamos en un rincon, en que V. M. fuese servido, »pues será rogando á Dios para cuando mas no valgamos, por la »larga vida y prosperidad de V. M., á quien él la dé muy cumplida »en todo como la cristiandad lo ha menester. De San Pedro de Ca-»latayud á 24 de abril de 1590 años.»

Además de esto escribió Perez otra para Fr. Diego de Chaves, confesor del rey, que tambien copiamos. Decia así: «Por la copia »de lo que escribo á S. M. verá vuestra paternidad lo que yo aquí »le puedo decir y las causas muchas que me han movido á lo que »he hecho y mejor que por todo lo verá por las verdades que en su »pecho cristiano están depositadas, de las cuales ni de razon nin-»guna no pretendo valerme, sino de la conciencia y mano de vues-»tra paternidad. Yo le suplico no consienta que pasen adelante mas »rigores, que con eso y verme aquí en un rincon con mi mujer y »hijos no quiero mas satisfaccion ni defensa que alguna muestra de »la gracia de S. M. por el camino que fuere servido, como carta »de bien servido, por irme en esto la honra de mis padres, y hijos,

»y mia. Que en lo padescido tan larga y miserablemente no trato, »pues hallaré en ello una satisfaccion todos los dias que amanecie-»ren, que lo he padescido por fidelidad y servicio de mi rey y se-»ñor. Nuestro Señor, etc. (1).»

Otra carta escribió además Antonio Perez al cardenal arzobispo de Toledo, y cuyo contenido omitimos, por ser casi una repeticion de lo ya dicho. Ninguna de ellas movió el ánimo implacable del rey, que ya habia tomado su partido. Por su órden, reclamó el fiscal de la Audiencia de Zaragoza la persona de Antonio Perez, como reo de varios delitos; sobre todo, del de haber abusado de la confianza de su soberano. En virtud de su reclamacion se comisio-naron á Calatayud agentes de la Audiencia y empleados del virey, que lo era á la sazon el obispo de Teruel, para apoderarse de la persona del presunto reo. Fué extraido en efecto Antonio Perez, en virtud de este mandato, del convento de San Pedro Mártir, condu-cido preso á Zaragoza con Mayorini, y depositados ambos en la cárcel de los *manifestados* segun la solicitud que con debida antici-pacion habia hecho para ello (2). Por la muerte de Escobedo no podia ser procesado Perez en Aragon, habiéndose ya arreglado con la parte agraviada en Castilla. Así la querella ó *apellido*, como allí lo llamaban, del fiscal, se reducia á acusarle: 1.º, de calumnia contra el rey cuyas órdenes habia alegado para la perpetracion de aquel asesinato: 2.º, de haberle engañado, divulgando secretos de Estado: 3.º, de haberse fugado.

Los procedimientos criminales en Aragon eran entonces públicos, y tratándose de los manifestados, que temian ser oprimidos por jue-ces que actuaban en nombre del monarca, interesaban demasiado la curiosidad para que fuesen ignorados de ninguno. A Felipe II no podian ocultársele las pocas simpatías que gozaba en el pais, y que un proceso como el de Antonio Perez no estaba calculado para cap-tarse su benevolencia. Por otra parte, el sagaz y astuto secretario, que sabia muy bien el terreno que pisaba, no era remiso en espar-cir voces que le presentaban en el público como víctima inocente de la ingratitud y malas artes del monarca. Fué así desde su llegada á

(1) Memorial de Antonio Perez, p. 163. y siguentes.

(1) Antonio Herrera en el mismo capitulo citado dice: que antes que llegase el teniente gober-nador de Aragon para someter al preso á la jurisdiccion de la Audiencia, se presentó don Juan de Luna con cincuenta arcabuceros quienes llevaron al preso á la cárcel de los *manifestados*. Perez no habla de este conflicto ó competencia en sus relaciones, p. 89, y solo dice que lo sacaron del convento. Habiéndose ya anticipado á manifestarse por el órgano de Gil de Mesa, no podian ponerle en otra cárcel que la de los *manifestados*.

Zaragoza sumamente popular entre los muchísimos que miraban con malos ojos la dominacion de los reyes de Castilla.

Volvió Perez á escribir al rey el 8 de mayo, implorando su clemencia con nuevas instancias y encarecimientos; volvió á hacerlo con el confesor y demás personas influyentes (1), pero sin efecto. Juzgando entonces Antonio Perez que el motivo de la obstinacion del rey era la persuasion en que se hallaba de que no le habian quedado papeles á su antiguo secretario, recurrió al expediente de enseñar bajo el secreto de confesion al prior de Gotor (2), todos los papeles que todavía conservaba. Se hallaban entre ellos billetes escritos de la mano del monarca, en que aparecia su connivencia en el asunto del asesinato de Escobedo, y otros del P. Chaves que la indicaban asimismo claramente. En seguida le dió una copia de estos documentos (3), y le despachó á Madrid, á fin de que informase verbalmente al rey de los medios que tenia para defenderse de las acusaciones de calumnia, de traicion y de evasion que pesaban contra él, ante la corte del Justicia.

Con estos papeles y una instruccion muy por extenso que le dió Antonio Perez, se presentó en Madrid el prior de Gotor y obtuvo una audiencia del monarca. Tan lejos se mostró este de ablandarse con el mensaje y otra carta muy sumisa del mismo Antonio Perez, que muy pocos dias despues hizo publicar la sentencia de la causa que se habia seguido contra él en Madrid, condenándole á pena de horca; á ser arrastrado por las calles en el acto de conducirle al suplicio; á que se pusiese su cabeza en el paraje público que los jueces designasen; á la pérdida de sus bienes que serian aplicados al fisco, y á las costas del proceso. Estaba firmada la sentencia por Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del Consejo de Hacienda y el de Cámara de S. M.

Sin embargo, á pesar de estos rigores, cuando supo el rey que Antonio Perez habia presentado el famoso memorial de su causa, en que hacia relacion de todo, é insertaba los billetes indicados; cuando por buenos informes se enteró de que Perez saldria absuelto de sus cargos, se desistió ó apartó de la querella que es la voz propia, por medio de un escrito público de 18 de agosto del mismo año

(1) Memorial de Antonio Perez, p. 277 y las siguientes.

(2) Ibid., p. 281 y siguientes.

(3) Sobre estos papeles que conservaba en su poder Antonio Perez, ocurre una observacion. ¿No examinó ó hizo examinar el rey los que habia entregado doña Juana, su mujer? Parece esto una falta. Si se examinaron, ¿cómo no se echaron de menos los que Perez conservaba? ¿No tenia el rey memoria de todos los billetes que habia escrito al secretario?

de 1590, manifestando en la escritura que se reservaba usar de su derecho donde y cuando mejor le conviniese.

Deseando el rey evitar por todos medios que Antonio Perez fuese puesto en libertad, trató de privarle del privilegio de manifestacion, que era su grande salvaguardia; y como este no alcanzaba á los criados del rey, recurrió al regente de la Audiencia, quejándose de los malos procederes de Antonio Perez durante el ejercicio de su cargo, pidiendo se abriese un juicio de averiguacion llamado *enqüesta* en Aragon, así como en Castilla tenia nombre de *visita*. Acogió el regente la querella, y se procedió pues á esta averiguacion ó *enqüesta*, dándose por supuesto que Antonio Perez habia sido criado del rey, á quien de derecho pertenecia fiscalizarle y castigarle. Mas Antonio Perez hizo ver ante el Justicia, que el cargo que habia ejercido de secretario de Estado, era público y no podia colocarle en la clase de criado ó sirviente del monarca; que aun supuesta esta categoría, no habia sido sirviente del rey de Aragon y sí del de Castilla; pues ninguno de los negocios de Aragon habian sido de su cargo. Que además, habiendo ya pasado por semejante juicio y sufrido su sentencia, no podia ser sujetado á otro por la misma causa. Y tan fundadas parecieron estas razones, que el rey tuvo que apartarse de su nueva querella, sobreseyéndose de este modo al juicio de la *enqüesta*.

Despues de haber intentado vanamente Felipe II estos dos medios de continuar el proceso contra Antonio Perez, recurrió á otro mas expedito, de tiro mas certero. Creyéndose ya seguro Antonio Perez despues de estos dos desistimientos de Felipe II, pidió ser puesto en libertad bajo fianzas, ó cautela como entonces se decia, que era uno de los beneficios de los manifestados. Mas habiéndose negado este favor por la influencia de los poderosos agentes del rey, concibió muy bien el preso los peligros que le rodeaban y los muchos que tenia todavía que correr por parte de un adversario tan irritado y formidable. Formó, pues, el proyecto de fugarse de la cárcel, y si bien como dicen algunos no fué idea suya, y sí de su compañero Francisco Mayorini, lo cierto es que hubo traicion por parte de algunos á quienes se habia puesto en el secreto y que fué denunciado á las autoridades. Como el pais de Francia mas próximo á Zaragoza era el Bearne, gobernado entonces por la princesa Catalina, hermana de Enrique de Navarra, asimismo protestante, como Antonio Perez estaba en correspondencia con esta princesa se-

gun cartas que se le cogieron, y el Bearne era entonces un pais de herejes, fácil fué acusar de herejía al hombre que á tierra de herejes se encaminaba, y con herejes se hallaba en relaciones tan estrechas.

Antonio Perez es hereje. Hé aquí el gran recurso de que echaron mano los que estaban empeñados en su ruina. De los herejes era juez la Inquisicion; á la Inquisicion debia pues encargarse este negocio. Ofició el regente de la Audiencia al inquisidor Molina diciéndole: que constaba de informaciones, que Antonio Perez y Francisco Mayorini en su proyecto de evadirse de la cárcel procuraban irse á Bearne y á otras partes de Francia donde hay herejes... y que le parecia conveniente advertírselo y enviarle copia de lo actuado; para que él y los demás señores del santo Oficio tuviesen noticia y lo mandasen *ver y considerar como lo tenian de costumbre*.

Acogieron pues los inquisidores esta acusacion con toda la energía de que eran capaces los inquisidores de aquel tiempo. Enviaron copias al inquisidor general don Gaspar Quiroga, arzobispo de Toledo, quien las pasó á exámen del padre Chaves, confesor del rey, como calificador del santo Oficio. Examinó este las declaraciones de los testigos que podian haber oido á Perez algunas expresiones indiscretas de estas que ocurren en el calor de la conversacion y son hijas de impaciencias del momento. Uno le oyó decir: *Parece que Dios se duerme mientras se trata de mis negocios. Si Dios no hace milagro en ellos, estoy expuesto á perder la fe que tengo*. Otros le oyeron renegar de la leche que habia mamado: otros decir con enojo «*que si Dios Padre* se pusiera de por medio para evitar que diese »sus descargos, le quitaria las narices á trueque de hacer ver cuán »ruin caballero se habia mostrado el rey.» Calificó el padre Chaves todos estos dichos y otros semejantes, de escandalosos, de heréticos, de sabor á herejía, y el inquisidor general mandó que siguiesen la causa como privativa y peculiar del santo Oficio. Formulado el proceso de averiguacion, pidió el tribunal la persona del reo como de su sola competencia, amenazando con censura y mas penas eclesiásticas á los que su jurisdiccion desconociesen. Las autoridades no opusieron ninguna resistencia. El Justicia con sus cinco lugartenientes reunidos en tribunal, dieron su formal asentimiento. El tribunal de la Inquisicion envió á sus familiares con la órden de sacar las personas de Antonio Perez y Francisco Mayorini de la cárcel de manifestados y trasladarlos á la Aljafería donde se hallaban

entonces el tribunal y las cárceles del santo Oficio. La órden se ejecutó en efecto: los dos presuntos reos salieron en un coche acompañados de alguaciles y llegaron sin obstáculos por entonces á su nuevo encierro.

Aunque se habia observado el mayor sigilo en esta traslacion y elegido para ella una hora en que debia de haber menos gente por las calles, cundió al momento por toda la ciudad: tan alarmado estaba el pueblo contra medidas y órdenes que se decia haber llegado recientemente de Madrid; tan sobre aviso habia puesto á sus amigos Antonio Perez á quien no se ocultaban los nuevos lazos que se le tendian. Era su persona sumamente popular á la sazon en Zaragoza, á proporcion que odiosa la del monarca que le perseguia. Habian tomado abiertamente su partido muchos nobles y caballeros principales, entre los que se contaban don Martin Lanuza, baron de Biescar, hermano del Justicia, don Diego de Heredia, baron de Bárboles, el de Purroy, y don Juan de Luna.

Inmediatamente que se hizo en Zaragoza pública la traslacion de Perez á la Inquisicion, se oyó en las calles y plazas la voz de *contrafuero*, capaz ella sola segun un historiador contemporáneo (1) de levantar hasta las piedras. Con esta voz se oyó la de *viva la libertad, vivan los fueros, mueran los opresores del pueblo*, mientras la muchedumbre armada que las proferia se dirigia á la del marqués de Almenara á cuyas instigaciones se atribuia la órden que habia dado motivo al contrafuero. Estaba la casa llena de personas de distincion que habian previsto el lance, entre los que se contaban el mismo Justicia con sus hijos y lugartenientes. Tampoco faltaba gente armada de los mismos criados del marqués, y otros que estaban prevenidos de antemano. No dió muestras el marqués de Almenara de turbarse con el alboroto, confiado en la gente que le protegia. Mas ni la fuerza material de los armados, ni todas las razones y autoridad de las personas de distincion que la del marqués rodeaban pudieron contener la furia de la muchedumbre, que penetró por la casa prorumpiendo en los gritos mencionados, y arrebató al marqués llevándole en seguida con violencia hasta la cárcel donde tuvieron que depositarle por no poder continuar hasta la de los manifestados á donde le llevaban: ¡tantos fueron los golpes, y hasta las heridas que le hicieron los que estaban mas enfurecidos! En seguida, engrosándose cada vez mas el número de los amotina-

(1) Antonio Herrera en el capítulo ya citado.

dos, corrieron al castillo de la Aljafería que rodearon por todas partes pidiendo las personas de Antonio Perez y de Mayorini. Los inquisidores se negaron al principio válidos de lo fuerte de aquel sitio, pero el pueblo á cada momento mas furioso amenazó poner fuego por cuatro costados al castillo y degollar á los inquisidores. Fué preciso que el mismo virey y el arzobispo interpusiesen su mediacion para aplacar la muchedumbre y recabar de los inquisidores que entregasen la persona de los presos, quienes con gritos de satisfaccion y triunfo fueron conducidos por el mismo pueblo y devueltos á la cárcel de los manifestados (24 de mayo de 1591).

El lance pareció muy serio á todos los que no ignoraban el verdadero estado de las cosas. Por la primera vez desde el establecimiento de la Inquisicion, se habia levantado el pueblo contra sus disposiciones. El Consejo supremo se sintió ofendido: Felipe II vió un ultraje á su persona en este desman de los zaragozanos. El marqués de Almenara murió en la cárcel á los catorce dias de prision, de resultas de los malos tratamientos. Los que mas adictos se habian mostrado á su persona se huyeron de Zaragoza y partieron á Madrid á hacer acusaciones. En la ciudad quedaron sumamente gozosas las clases populares con este triunfo de sus fueros; las autoridades sumamente recelosas por sus consecuencias. La diputacion hizo ver que siendo sus funciones meramente legislativas no habia tenido medios de contrarestar los esfuerzos de la muchedumbre. El Justicia con sus lugartenientes habia acudido á casa del marqués de Almenara á defender su persona de los ataques de los amotinados. Los amigos de Perez no podian menos de conocer con qué rey se las habian, y en cuanto al mismo preso, estaba muy lejos de contarse por seguro viéndose detenido, pues aunque habia sido devuelto á la cárcel de los manifestados permanecia siempre bajo la inmediata autoridad del santo Oficio.

Sin embargo, no se atrevieron las autoridades de la parcialidad del rey á tomar medidas de coaccion contra ninguno de los comprometidos en el alboroto. Dieron tiempo á que se calmase la efervescencia popular, mientras se tomaban disposiciones para dejar airosa la conducta de la Inquisicion, y sobre todo al rey, tan encarnizado con la total ruina de su antiguo secretario. Por de pronto, la diputacion trató de poner en claro, si la traslacion de Perez á las cárceles de la Inquisicion habia sido verdaderamente un contrafuero. Se nombró para esto una comision de cinco jurisconsultos, quienes

decidieron en mayoría de cuatro que se habia cometido un contrafuero por violarse en ello tres privilegios de los manifestados: 1.°, el de no estar sujetos á la prueba de tormentos sometiéndolos á otra jurisdiccion donde se empleaba: 2.°, el de poder conseguir la libertad con fianza juratoria despues de responder á los cargos que tambien se frustraban con la traslacion: 3.°, el de que se terminase el proceso sin demora, lo que seria imposible, además de que quedaria sin saberse la verdad en caso de que los inquisidores condenasen al reo al último suplicio. No quedando satisfechos con esta decision, agregaron á la comision de los cinco, para mas ilustracion de la materia, otros nueve, para que la mayoría decidiese. Fué la resolucion de la nueva junta, que habia sido exceso en los inquisidores la anulacion de la manifestacion por no haber en la tierra potestad para ello, sino en el rey y en el reino juntos en Cortes; pero que si los inquisidores volvian á pedir los presos, exhortando al Gran Justicia con cláusula de que se suspendieran los efectos de la manifestacion, mientras el santo Oficio seguia y fenecia la causa de fé, se le deberian entregar, porque no era opuesto á los fueros; resolucion que llenaba las miras de los perseguidores del preso, que á toda costa querian hacer triunfar las regalías del monarca.

Ya no era dudoso el giro que con esta decision iba á tomar un negocio tan desagradable. Triunfantes los de la parcialidad del rey, no pensaron mas que en realizar lo que la misma resolucion les indicaba. No tardaron los inquisidores en pedir el preso en los términos que al parecer estaban convenidos. El Justicia y sus lugartenientes parecian dispuestos á obedecer, y se daba ya por seguro que Antonio Perez iba por fin á ser víctima del santo Oficio. Para asegurar mejor el golpe, se tomaron en la ciudad disposiciones militares. Escribió el rey á varios señores de Aragon en medio de no ignorar que le eran desafectos, para que reuniesen cuantos hombres les fuese posible en desagravio de su real autoridad comprometida. Algunos obedecieron; tales eran sus temores de no llevar lo mejor en este lance. De este modo se fueron reuniendo en Zaragoza hasta tres mil hombres de varias procedencias que se pusieron á las órdenes del gobernador militar don Ramon Cerdan. Por su parte, los inquisidores habian dispuesto que viniesen á la ciudad muchísimos familiares del santo Oficio de los pueblos de las inmediaciones. Mientras tanto andaba la ciudad alborotada; la muchedumbre no daba muestras de arredrarse con este aparato de la fuerza armada. A

todas horas aparecian las calles y las plazas cubiertas de pasquines en que se hacian ver los manejos de los inquisidores y demás personas en oficio para cubrir sus tropelías con cierta apariencia de justicia. Decian que la suspension de los privilegios de los manifestados equivalia á su completa anulacion, por cuanto el reo quedaba sujeto á la pena de tormento, y que probablemente una vez metido en las cárceles de la Inquisicion, no volveria á verse en juicio por otra cualquier causa. Antonio Perez ofició á la diputacion haciendo ver que el atropellamiento de su persona equivalia al de todos los aragoneses. Mas demasiado sagaz para contar con la eficacia de este paso, pensó sustraerse con la fuga á la suerte cruel que le esperaba. Trató con esto de proporcionarse limas y otros instrumentos necesarios; y llevaba ya muy adelante este último recurso de salvacion que le quedaba, cuando denunciado á las autoridades por un tal Basarte, que se le vendia por amigo y confidente, fué puesto con mas seguridad que nunca y abandonado á todo el rigor de su destino.

Fué designado el dia 24 de setiembre para la extradicion de los dos presos. Dos dias antes, es decir el 22, murió don Juan Lanuza, Justicia de Aragon, en cuyo cargo le sucedió su hijo del mismo nombre, mozo de veinte y siete años. Su primer acto en el nuevo empleo, fué una órden ó mandamiento para que restituyesen el preso al santo Oficio.

Aunque se tuvo muy secreta la medida, llamaron al instante la atencion del público las precauciones que tomaron para salir airosos del empeño. Se apostaron tropas en las calles, sobre todo en la plaza del Mercado donde estaba la cárcel de los manifestados; las autoridades civiles y militares se hallaban todas en sus puestos. Salió el virey á pié, acompañado de sus dos Consejos, del duque de Villahermosa, de los condes de Aranda y Sástago, y Morate y otros caballeros. Llegaron á la plaza del Mercado y se subieron á los balcones para presenciar el acto. Cuando se hallaba ya á la puerta de la cárcel el coche que debia llevar á Antonio Perez y á Mayorini, se oyó un grito general de alarma, y la campana de San Pablo, á cuyo sonido se precipitó la muchedumbre guiada por Gil de Mesa, por la plaza del Mercado rompiendo por las filas sin hacer caso de la fuerza armada. En seguida entraron en la cárcel, se apoderaron de la persona de los dos reos y los sacaron paseándolos despues en triunfo por las calles. Despues los depositaron en casa del baron de Bárboles.

Fué el dia 24 de setiembre un dia de mucho alboroto y confusion, y hasta de desgracias. La muchedumbre estaba ciega de furor y desahogaba su resentimiento comprimido durante cuatro meses. No bastaron las tropas para refrenar aquella muchedumbre armada. Las autoridades fueron completamente desoidas. Fué necesario sacar por las calles el Santísimo para que se restableciese la tranquilidad, y que los vecinos fuesen poco á poco recogiéndose á sus casas. Hubo algunas muertes durante la refriega, mas no pasaron adelante los excesos. Se respetaron las propiedades, y el pueblo hizo ver que solo le movia un resentimiento de independencia que creia hollada con el desafuero intentado por el rey, pues como tal se reputaba y era en efecto la violenta extradicion de los reos de la cárcel de los manifestados.

Permanecieron algunas horas Perez y Mayorini en casa del baron de Bárboles, y despues se salieron de Zaragoza al abrigo de la confusion, dirigiéndose cada uno á donde le pareció mas conveniente. Antonio Perez se fué á Tauste donde estuvo oculto en casa de un amigo. Mas no creyéndose seguro, se volvió á Zaragoza y tomó por segunda vez asilo en casa del baron de Bárboles. Todavía permaneció allí por espacio de dos meses á pesar de las pesquisas que se hacian para la aprehension de su persona, pues era general el rumor de que no habia salido aun de Zaragoza. Con este temor y la noticia de la aproximacion del ejército del rey salió otra vez de Zaragoza el 11 de noviembre del mismo año de 1591, y pasó á la villa de Sallent del señorío del baron de Biescas. De aquí solicitó permiso para refugiarse al Bearne, de la princesa Catalina, y habiéndole obtenido, entró en Francia el 24, cuando llegaba á Sallent el baron de la Conca con trescientos hombres á prenderle. Ya diremos algo mas de este famoso personaje. Por ahora volveremos á Aragon, que iba á pagar muy cara la proteccion que le habia dispensado.

CAPÍTULO X.

Continuacion del anterior.—Envia Felipe II un ejército á Aragon.—Estado del pais.—Revueltas en Zaragoza.—Levantan tropas contra las del rey.—Llegan estas á Calatayud.—Salen las de Zaragoza.—Se desbandan.—Huye el Justicia á Epila.—Entran en Zaragoza las tropas reales sin resistencia.—Vuelve allá el Justicia.—Su prision y de otros personajes.—Suplicio del Justicia.—Otros castigos.—Entran en España tropas del Bearne.—Rechazadas.—Suplicio de don Juan de Luna, de don Diego de Heredia y otros.—Sentencia de la Inquisicion contra Antonio Perez.—Auto de fe.—Perez en Francia y en Inglaterra.—Su muerte.—Rehabilitacion de su familia (1).—(1591-1592).

Por segunda vez se le habia escapado á Felipe II, y nada menos que de entre las garras de la Inquisicion, la presa que daba ya por tan segura. Si le habia causado tal disgusto la huida de Antonio Perez á Aragon donde iba á ser público lo que él pensaba ocultar para siempre en la noche del misterio, se puede imaginar á qué punto llegaria su indignacion cuando supo que se hallaba salvo y quizá en Francia, entre irreconciliables enemigos que no dejarian de sacar un gran partido de sus revelaciones. Para aumentar su mortificacion, habian intervenido en su segunda huida, disturbios, motines populares, violencias, efusion de sangre, todos en desprecio de su poder, en rebeldía contra la omnipotente autoridad del santo Oficio al que habia encomendado su venganza. Para castigar tantos desmanes, para restituir la tranquilidad al pais, y restablecer de un modo sólido su dominacion, no le ocurrió medio mas eficaz que el envío de un ejército.

(1) Las mismas autoridades que el anterior.

Segun algunos, las tropas que con este motivo tomaron el camino de Aragon, estaban destinadas de antemano á una expedicion en Francia por el Pirineo. No es esto inverosímil, aunque verdaderamente no hicieron nunca semejante entrada. Lo cierto es que se alistó y organizó el ejército de Aragon tan pronto como se tomaron disposiciones para ello. Se componia de doce mil de á pié, y tres mil caballos á las órdenes de don Alonso de Vargas, oficial experimentado recien llegado de Lisboa á donde se le habia enviado cuando la última expedicion de don Antonio. Se nombró por maestre general á don Francisco de Bobadilla, nombre ya muy conocido en esta historia. Mandaba la caballería don Bernardino Velasco, y la artillería don Estéban de Ibarra. Se designó por punto de reunion de todas estas tropas la villa de Agreda, en la provincia de Soria, fronteriza de Aragon, muy próxima á Calatayud, por donde se pensaba hacer la entrada.

Hervia mientras tanto Zaragoza en la agitacion, desasosiego, y choque de pasiones tan naturales despues de aquellas ocurrencias. Se mostraban gozosas y triunfantes las clases populares; animosas y resueltas mas que nunca á derribar cualquier obstáculo que se opusiese al goce completo de sus fueros. Estaban reducidas al silencio y esperando coyuntura mas favorable las autoridades reales adictas al poder absoluto del monarca; recelosas y divididas las populares que temian las consecuencias de aquellos alborotos. El nuevo Justicia era un mozo brioso y esforzado; mas de demasiado poca experiencia y conocimiento del estado de las cosas, para ser cabeza de un pueblo como el de Zaragoza y de un pais como Aragon en aquellas ocurrencias. Desde luego se manifestó protector del pais y apoyo á todo trance de sus fueros. Los señores que se habian mostrado mas favorables á la causa popular como don Diego Heredia, don Juan de Luna y otros, permanecian constantes en sus sentimientos. Bien pronto tomó la ciudad un aspecto belicoso como de gentes que contaban defender con las armas sus derechos. Mandaban casi exclusivamente los magistrados populares, y tomaban cuantas precauciones el atender á la seguridad pública exigia. Se prohibió la salida de la ciudad á las gentes sospechosas. Si algunos que trataban huir eludiao la vigilancia de las guardias de las puertas, eran detenidos en el campo por los labradores, no menos recelosos que los de adentro por la represion de todo amago de infidencia. El pueblo pidió armas y se le entregaron cuantas habia en los depósi-

tos. Suponiendo que los inquisidores tenian un gran surtido de ellas en su castillo de la Aljafería, marchó allá don Diego de Heredia á recogérselas todas, sin que el santo Oficio, mudo por entonces, hiciese ninguna resistencia.

La noticia de los preparativos del ejército castellano, y su proximidad á la frontera, aumentó la agitacion del pueblo de Zaragoza, y al parecer su resolucion de hacer frente á cuantos tratasen de despojarle de sus fueros. Era una violenta infraccion de ellos, segun opinion pública, la introduccion en el reino de un ejército extranjero, pues como tal consideraban las tropas de Castilla. La ley ó fuero que citaban en comprobacion no era muy antiguo, pues se habia expedido en tiempo de don Juan II en 1461 (1) con motivo de prohibir la entrada en Aragon de tropas catalanas, y como á la

(1) Hé aquí las palabras del fuero:
«Por cuanto algunos oficiales de algunas ciudades, villas ó lugares del regno de Valencia, principado de Catalunya, indebidamente pretienden que, en virtud de privilegios é con color de procesos de defension é de conmetient, é en otras maneras, pueden en compañías de gentes armadas entrar en el dito regno siguiendo malfeitores, é aquellos prender, é otros actos é egecuciones facer, é sacar personas é bienes, é fer danios é tales á personas é bienes del dito regno, é de los habitantes en aquel, é aquesto en gran lesion de los fueros, privilegios, libertades, usos é costumbres del dito regno; por tanto, de voluntat de la cort estatuimos é ordenamos, que cualesquiere oficiales ó personas estrangeras que no son del regno de Aragon, en cualquiere manera entrarán en el dito regno persiguiendo ó encaicando algunos malfeitores, por tomar aquellos ó sacarlos del dito regno, ó por ejercir jurisdicion alguna ó facer alguno de los actos sobreditos, ó facer danio alguno dentro del dito regno; que ipso facto encorran en pena de muerte: de la cual pueden seyer acusados delante nos, nuestros sucesores, lugartenientes generales, en el caso que por fuero se pueda facer lugartenient, primogénitos regient el oficio de la gobernacion, Justicia de Aragon y sus lugartenientes, ó delant del yudge de la ciudad, villa ó lugar do entrarán cualquiere dellos á instancia de la part de qui será interés, ó del procurador ó procuradores de los cuatro brazos del dito regno, ó del procurador de la ciudad, villa ó lugar do entran, é de cualquier dellos en la manera é forma contenidas en el fuero de *homicidiis et aliis criminibus* en la present cort estatuido: el cual fuero, é todas é cada unas cosas en aquel contenidas, posado que espire, queremos é ordenamos que perpetuament hayan lugar. E por tal forma pueda ser proceido contra los acusados de las sobreditas, en present fuero contenidas, ó algunas dellas: á los cuales no pueda aprovechar quidage ni remision; antes les pueda seyer resistido por cualesquiere oficiales é singulares personas del dito regno sin pena alguna. Y las sobreditas cosas hayan lugar, y por tal forma sia proceido contra cualesquiere oficiales ó personas del dito regno, é fuera de aquel en las sobreditas cosas ó algunas dellas, dantes con ello favor é ayuda personalmente. Y que los ditos oficiales é personas privadas por lo sobredito puedan seyer acusados delant el Justicia de Aragon é sus lugartenientes como oficiales delincuentes en sus oficios contra fuero por la jurisdicion, ó via privilegiada de fuero contra los oficiales delincuentes en sus oficios contra fuero. E cuanto á la forma del proceir insta el dito fuero *homicidiis*; é que en su caso la citacion se pueda facer *voce præconia* por los lugares acostumbrados de la ciudad de Zaragoza; é que nos é nuestros sucesores siamos é sian tenidos facer ejecutar la sentencia que contra los cometientes los ditos delictos, do quiere que dentro nuestros regnos é tierras serán trobados; sino es que por justo impediment fuésemos empachados facer la dita ejecucion. Y declaramos de voluntat de la dita cort cualesquiere privilegios, costumbres, usos, estilos é prácticas que en contrario de las sobreditas cosas se pretiendan ó se pretendrán, seyer nulos é nulas *ipso foro*. Y queremos que las citaciones de los ditos delictos se puedan facer por voz de crida pública, facedera por los lugares acostumbrados de la ciudad, villa ó lugar do ó en sus términos el delicto se cometerá en su caso, ó por los lugares acostumbrados de la ciudad de Zaragoza en el suyo; las cuales citaciones ansi feitas hayan tanta eficacia é valor como si cara á cara fuesen feitas. E no res menos que el Justicia de Aragon con los diputados del dito regno á la mayor partida de aquellos con que endi haya de cada un brazo, puedan é hayan de convocar á espensas del regno, las gentes del dito regno que les parecerán necesarias para resistir á las sobreditas cosas mano armada; é que puedan compeler á aquellos que les será bien visto, satisfeitoles de su salario condecient.»

sazon entraba Cataluña en los dominios de la corona de Aragon, deducian de este antecedente que tan extranjeras debian considerarse en este reino las tropas de Castilla, como en aquella época las catalanas. Sin entrar en este exámen, contrayéndonos á los hechos, se dirigió el pueblo á los diputados, para que con el Justicia decidiesen si en la entrada de estas tropas habia contrafuero ó no, y si asistian derechos para resistirla. Los diputados consultaron el caso con trece jurisconsultos, quienes á excepcion de uno decidieron que habia contrafuero, y que estaba en el derecho del pueblo el resistirla. Del mismo parecer fueron los lugartenientes á quienes el Justicia hizo igual consulta. Fué recibida con aplauso esta decision en Zaragoza, y con ella se conformaron tanto el Justicia como los demás magistrados populares. Se leyó en público con la mayor solemnidad el fuero de don Juan II, y la ciudad entera le aplaudió con acentos de entusiasmo.

Se prepararon en consecuencia los zaragozanos á sostener sus derechos con las armas. Escribió el Justicia, y lo mismo la diputacion, á todas las ciudades de Aragon interesándolas en la vindicacion de sus fueros, invitándolas á que enviasen á Zaragoza la mayor fuerza que pudiesen. Tambien se dirigieron á algunas de las ciudades de Valencia. La historia no nos dice que algunas de estas ciudades correspondiesen al llamamiento del Justicia; solo sí se sabe que en Teruel al recibirse sus cartas hubo alborotos y pugnas entre el pueblo, que pedia enviasen auxilios á Zaragoza, y los concejales que lo resistian. Costó esto la vida á dos de ellos hermanos llamados los Novellas, víctimas del furor del pueblo. A pesar de estos disturbios, es un hecho que no partieron tropas auxiliares y que quedó triunfante la parcialidad que á los concejales apoyaba.

A pesar del aislamiento á que la dejaron reducida, desplegó Zaragoza actividad en la organizacion de las fuerzas preparadas para la defensa. Se enarboló el pendon de san Jorge; se formaron compañías de infantería y de caballería; se pidió al duque de Villahermosa algunas piezas de artillería que tenia en su villa de Pedrola, y llegaron en efecto á Zaragoza. Se consideraba el Justicia como general en jefe, y lo era en efecto, así como el personaje de mas categoría de aquel gran pronunciamiento; pues aunque residian á la sazon en Zaragoza el duque de Villahermosa y el conde de Aranda, se mantenian poco menos que pasivos. Trató de organizar el Justicia lo mejor que pudo aquella sombra de ejército, pues otro nom-

bre en verdad no merecia. Debian de resentirse las tropas de la prisa con que se alistaban, de la diferencia de los elementos que las componian. La caballería no era buena, y mas mala aun la infantería. Faltaba nervio y concierto absoluto de voluntades: tal vez la decision y arrojo tan indispensables en estos compromisos. El Justicia carecia de experiencia. El duque de Villahermosa y el conde de Aranda aprovecharon la primera ocasion que se les proporcionó para salirse de la ciudad y retirarse á Epila. Las autoridades reales y demás personas de su parcialidad, que permanecian aun en Zaragoza, no desperdiciaban medio de infundir temores y sembrar desconfianzas en las filas de los pronunciados.

Mientras tanto se puso en movimiento don Alonso de Vargas al frente del ejército. Le salieron á recibir á la frontera dos comisionados por el Justicia y le notificaron que no pasase adelante pena de la vida; mas don Alonso les respondió sin alterarse, que en Zaragoza arreglarian el asunto, y continuando su marcha, llegó sin obstáculo á Calatayud, de cuyos habitantes fué bien recibido y obsequiado.

Cuando supieron los de Zaragoza que Vargas pasaba adelante sin hacer caso de los comisionados del Justicia, se alborotaron de nuevo; pidieron á grandes gritos salir de la ciudad en busca de don Alonso y obligaron al Justicia á que los capitanease.—Salieron en efecto de la ciudad el 9 de noviembre de 1591 despues de anochecido, con el pendon desplegado y el Justicia al frente, haciendo alto en Mozalbarba, sobre el Ebro, á una legua de distancia.

No pasaba de dos mil hombres la fuerza de los zaragozanos. Llevaban consigo las tres piezas de artillería que habian sacado de Pedrola; mas carecian de personas que supiesen manejarlas. El 10 se sublevaron los arcabuceros del barrio de la Magdalena, gritando que los vendian porque no les daban municiones, y pidiendo que los llevasen á defender el paso del rio Jalon, á donde los castellanos se acercaban. La gente se movió en efecto y llegó á Utebo. Entonces el Justicia intimidado por su poca fuerza, por el estado de indisciplina en que se hallaban, y noticioso además de que Vargas se venia ya encima, abandonó el ejército, y poniendo espuelas al caballo huyó seguido de don Juan de Luna á Epila, donde se hallaban á la sazon el de Villahermosa y el de Aranda. Imitaron su ejemplo algunos caballeros retirándose á sus casas. Otros, y entre ellos el baron de Biescas don Martin Lanuza, y el de Bárboles, don

Diego Heredia, tomaron el camino del Bearne. Abandonado el ejército de sus jefes, se dispersó sin combatir, dejando libre el camino á don Alonso de Vargas, que llegó sin ninguna oposicion á Zaragoza. Salieron á recibirle á las puertas el virey, el regente, el jurado, el presidente del ayuntamiento, todas las demás autoridades de la parcialidad del rey, con las muestras del mas grande regocijo, y las tropas de don Alonso verificaron su entrada como en triunfo.

No haremos reflexiones sobre la conducta del ejército aragonés compuesto la mayor parte de hombres que habian mostrado tanto calor, tanto entusiasmo por sus fueros; que tan dispuestos parecian á defenderlos con las armas en la mano. Probablemente habian perdido el hábito de combatir, ó á la vista del peligro se calmó su entusiasmo, ó este entusiasmo no era tan general y sincero como se pensaba. Tal vez, como sucede en estos casos, se introdujeron en sus filas muchos intrigantes, que los enfriaron, los desunieron, los hicieron objetos mútuos de sospecha, los halagaron con la esperanza de perdon, y los intimidaron con la imágen del castigo. ¿Y qué diremos de los jefes que los abandonaron? En cuanto á Lanuza tal vez puede disculparle algo la insubordinacion y desobediencia en que se hallaban, mas al fin bajo sus auspicios se habian organizado, y á sus órdenes salido de la ciudad en busca de los castellanos. A su falta del abandono del ejército, añadió durante su mansion en Epila la de escribir á varias ciudades de Aragon disculpándose del acto, y solicitando sus auxilios, cuando ya Vargas se hallaba en Zaragoza. La mayor parte de estas cartas cogidas por los castellanos, no podian menos de servir de prueba de la parte que habia tenido el Justicia en aquellos alborotos. Cometió despues otra mas grave, á saber, la de volverse á Zaragoza y continuar ejerciendo tranquilamente su cargo de Justicia como si nada hubiese ocurrido, hallándose el ejército castellano dentro y sin saberse todavía cuáles eran las voluntades del monarca.

Se habia contentado en efecto don Alonso de Vargas hasta entonces con ocupar militarmente la ciudad estableciendo cuerpos de guardia en las calles y plazas principales, y colocando la artillería donde podia hacerle mas al caso en el de que hubiese un alboroto. Por lo demás ni ejerció castigos, ni anunció perdones, ni mas deseos que el que se volviesen á Zaragoza las personas que habian huido al acercarse con sus tropas. Muchas regresaron en efecto. Las cosas parecian tranquilas, aunque, para los hombres previsores, no estaba lejana la tormenta.

Tardó poco en efecto el rey en declararse. Habia ya enviado como su comisario averiguador de los sucesos á don Francisco Borja, marqués de Lombay, quien verificó su entrada en Zaragoza cuando Vargas, mas que hasta entonces no habia manifestado ningun carácter público. Probablemente aguardaba los informes del marqués, para tomar su resolucion definitiva. Pronto se presentó en Zaragoza un tal Gomez Velazquez, con las órdenes del rey para prender entre otros al Justicia, al duque de Villahermosa y al conde de Aranda, pues estos dos personajes se habian vuelto á Zaragoza casi al mismo tiempo que el primero.

Se tomaron precauciones para la captura del Justicia, que para evitar sospechas quisieron fuese pública. Se encargó de la ejecucion un capitan viejo retirado del servicio llamado Juan de Velasco, y este no perdió desde entonces los pasos del Justicia, con resolucion de prenderle en la calle misma cuando menos pudiese pensar en tal violencia. El 19 de diciembre de 1591 previno Juan de Velasco un cuerpo de guardia que se hallaba muy próximo al palacio de la corte, donde celebraba á la sazon sus sesiones el Justicia con los lugartenientes. Mientras tanto se paseaba el capitan por el patio del edificio, en ademan de un hombre distraido, trabando de cuando en cuando conversacion con unos que vendian allí estampas y otros géneros. El Justicia, concluida la sesion, salió con los lugartenientes á oir misa á la iglesia de San Juan como lo tenian de costumbre, siguiéndoles la pista Juan Velasco. A la salida de la iglesia y cuando volvian á su alojamiento, se acercó Velasco al Justicia y le dijo que, por órden del rey, se diese preso. Aunque inmutado Lanuza, respondió: «á mí nadie me puede prender mas que el rey y la corte juntos;» mas como viese que no le apoyaban los lugartenientes, sobrecogidos de temor, se dejó rodear de los soldados prevenidos para el lance, quienes por fuera de la ciudad le llevaron primero á casa de don Alonso de Vargas, y en seguida á la de Bobadilla, donde le pusieron fuertes guardias. Casi al mismo tiempo que la prision del Justicia, se verificaba la del duque de Villahermosa, y el conde de Aranda; el primero en casa de don Alonso de Vargas á donde se le habia hecho ir con pretexto de que interpusiese con él su valimiento para que pusiese en libertad á un capitan que estaba preso; y el segundo en la de don Francisco de Bobadilla, á donde se le habia atraido de un modo semejante. Inmediatamente sacaron de la ciudad acompañados de una fuerte escolta al duque y al conde, conduciéndolos á Burgos, en cuyo castillo quedó encerrado Villahermosa; el conde de Aranda fué llevado á la Mota de Medina del Campo, y metido en el castillo de Coca.

En cuanto á Lanuza, sin hacerle proceso ni tomarle declaracion, ni confesion, ni hacerle cargo, aquella misma noche, «le intimaron »que habia de morir. El Justicia con la turbacion natural dijo: ¿qué, »cómo tal? que quién era el juez de tal sentencia? Le respondieron »que el rey mismo. El replicó que le mostrasen la sentencia. Le »fueron mostrados unos renglones de la mano propia del rey para »don Alonso que decian así: en recibiendo esta, prendereis á don »Juan de Lanuza, Justicia de Aragon, y tan presto sepa yo de su »muerte como de su prision: hareis luego cortar la cabeza, y diga »el pregon así: esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro »señor á este caballero por traidor y convocador del reino, y por »haber levantado estandarte contra su rey, manda que le sea cortada »la cabeza y confiscados sus bienes y derribados sus castillos y ca»sas. Quien tal hace que tal pague. El pobre caballero dijo que có»mo? que nadie podia ser su juez, ni condenarle á muerte, sino »cortes enteras, rey y reinos (1).»

Pasó el Justicia la noche acompañado de sus confesores (jesuitas), manifestando notable entereza y compostura, mas preguntando frecuentemente qué delitos eran los suyos, y por qué moria. Los confesores le respondian que puesto que Dios lo disponia y el rey lo mandaba, no tratase de indagar otras causas, y sí de su arrepentimiento y de mirar la muerte como expiacion de sus pecados.

Al dia siguiente (20 de diciembre) á las diez de la mañana le sacaron de la cárcel en un coche con grillos en los piés, vestido con el mismo traje de luto que llevaba por muerte de su padre. Habia mandado tomar don Alonso precauciones militares para evitar un alboroto. Estaban tendidas las tropas por las calles y plaza del mercado, sitio del cadalso, apuntados los cañones contra las bocas calles y edificios principales. Apenas se presentó el pueblo á presenciar el espectáculo; tal era el luto y terror que se habia apoderado de aquellos habitantes. Precedian el coche del Justicia pregoneros publicando en alta voz que el rey habia mandado cortar á aquel hombre la cabeza, derribar sus casas y castillos, y confiscar su hacienda por haber alzado banderas contra él. Mas el Justicia no los

(1) Palabras de las Relaciones de Perez, pág. 159 y siguiente.

oia por ir algo lejos, é impedirlo tambien con sus exhortaciones en voz alta los religiosos que le acompañaban. A los dos jesuitas que le habian asistido la noche anterior, se les habian agregado otros dos de la órden de san Agustin para auxiliarle en estos últimos momentos (1). Don Juan volvió á preguntar en el camino qué delito era el suyo y por qué le daban muerte, á lo que le respondieron que por sus pecados, y que en aquella hora en que iba á dar cuenta á Dios no se ocupase de semejantes cosas. El Justicia replicó: «no lo digo sino por si puedo disculpar á álguien.» Así llegó á la plaza del mercado, donde subió al cadalso con toda compostura y resignacion, no sin lágrimas de los militares que rodeaban el patíbulo, pues otra clase de espectadores no se hallaban en la plaza. Se hincó de rodillas junto al tajo: despues que le vendaron los ojos con un pañuelo negro, levantó por última vez su frente al cielo y dijo la oracion siguiente en latin: «María, madre de gracia, de »misericordia, protégenos contra el enemigo y recíbenos á la hora »de la muerte.» Un instante despues. rodaba por el tablado su cabeza, que el verdugo levantó y enseñó al público. Se dice que en seguida trató de despojarle de sus medias de seda y otras ropas, á lo que se opusieron los oficiales diciendo que nadie tocase aquel cadáver.

Concluido el acto, acudió procesionalmente con el guardian á la cabeza la comunidad de San Francisco, en cuyo convento tenian los Lanuzas su sepultura de familia. Comenzó desde aquel momento la ceremonia de sus exequias, que fueron muy magníficas. Se colocaron el tronco y la cabeza en un ataud que fué llevado en bombros por el conde de Oñate, don Agustin Mexia, don Francisco de Bobadilla, don Luis de Toledo, don Antonio Manrique y otros dos caballeros, es decir, los principales oficiales del ejército. El pueblo, que no habia asistido al suplicio, acudió al templo durante el funeral á rogar á Dios por el alma del Justicia.

Era don Juan de Lanuza el quinto Justicia de su familia que hacia como ciento cincuenta años se hallaba en posesion de dicho cargo. Entró á desempeñarle en las mas críticas circunstancias, aquel jóven malogrado. Ninguna resistencia habia hecho su padre á la órden de la entrega de la persona de Perez á los inquisidores. Ninguna habia hecho el mismo, cuando se dió la segunda órden de

(1) Era uno de ellos Fr. Leonardo de Argensola, hermano del famoso Lupercio, autor de la historia citada al principio del capítulo.

sacarle de la cárcel de los manifestados: en el alboroto que impidió su ejecucion y produjo la libertad de entrambos presos, no tuvo parte alguna. Las consecuencias de tal disturbio eran inevitables á los ojos de cualquiera que estuviese un poco á la altura de los tiempos. Que el nuevo Justicia se condujo con la rectitud y decision que en tales casos le cumplian, no puede estar sujeto á duda; que no previó los resultados de aquel órden de cosas, ó que no tenia ninguna idea del carácter del rey con quien se las habia, depone su conducta posterior y la confianza con que volvió á Zaragoza sin ninguna garantía. El honrado caballero, el leal aragonés, el hombre que á pesar de sus cortos años estaba penetrado de la dignidad de su cargo, marchó al suplicio sin poder comprender cómo se hacia morir á un gran Justicia de Aragon, cómo se *ajusticiaba y condenaba á muerte la justicia* (1) sin proceso, en virtud de una simple órden del monarca. Hay en efecto atrocidades tales que se comprenden solo porque son hechos, y que parecieran fábulas si no se supiese hasta qué punto abusa el hombre del derecho de la fuerza.

Se llenó de terror y luto la ciudad con el suplicio del Justicia. Se vió que habia llegado la hora de las venganzas del rey, que con tanta oportunidad sabia escogerla. Se llevó á efecto todo lo prescrito en la sentencia del Justicia, echando á su madre doña Catalina de Urrea de su casa para derribarla. Vino en efecto al suelo este edificio; tambien echaron abajo las que en otros puntos poseia. Mas no pasaron al fisco todos sus bienes, habiendo reclamado una parte de ellos su madre como pertenecientes á su viudedad, y otros un pariente á quien por ley de vínculo pasaban.

Continuaban mientras tanto las prisiones. Se aseguraron las personas del Dr. Cutanda y de don Miguel Turlan, ambos diputados, y de dos lugartenientes. Tambien prendió muchos el brazo de la Inquisicion como complicados en los motines que le habian privado de su preso. Para entender en la causa de los alborotos de Teruel, se mandó venir al Dr. Covarrubias que se hallaba en Valencia. Resultaron de ella varios presos, de que diez fueron ahorcados, otros condenados á galeras y trabajos públicos.

Con el objeto de calmar la ansiedad ó acaso de excitarla, lo que es probable en vista de los hechos, expidió el rey un decreto de perdon del que quedaban exceptuados todos los eclesiásticos y frailes que habian tomado parte en los pasados alborotos, y que debian

(1) Relaciones, pág. 160.

ser juzgados por la Inquisicion; todos los jurisconsultos que habian declarado ser contra derecho y fueros del pais la entrada del ejército; todos los capitanes y alféreces que habian hecho armas y además ciento diez y nueve personas de las mas distinguidas del pais, entre las que se hallaban los nombres de Antonio Perez y Gil de Mesa. Se hablaba en él de reos que ya no existian cuando los motines, de otros que no habian tomado parte ninguna conocida en ellos. Que la lista se hizo por lo menos con suma ligereza, es evidente. Entre estos exceptuados figuran los nombres de Diego del Molino y su *camarada*, y de Gurrea, labrador, su hijo y su *cámarada*. ¿Quiénes eran estos camaradas? los que querian los jueces ó los que en ellos influian: los que tenian menos favor ó mas poderosos enemigos. Y como por otra parte continuaba el santo Oficio sumamente activo en sus prisiones, el decreto de perdon en vez de calmar, dió pábulo al fuego de los resentimientos.

Para avivar las causas de Zaragoza. se envió al doctor Miguel Lanz, quien se puso de acuerdo con el que estaba ya, Gomez Velazquez. Los jueces por un lado y los inquisidores por otro procedian con la mayor actividad; las cárceles en lugar de desocuparse como efecto natural del edicto del perdon, continuaban llenas con los presuntos reos.

Don Juan de Luna, diputado que se habia fugado de Epila con don Juan de Lanuza, andaba prófugo buscando asilo en las montañas, y no fijándose por mucho tiempo en parte alguna. Un clérigo llamado Pedro Quintana, su comensal y familiar que habia recibido de él mil beneficios, vendió su confianza y descubrió su paradero á los agentes del rey, que le prendieron y condujeron á San Torcaz donde le instruyeron su causa, poniéndole á prueba de tormento. Se dice que don Juan hizo en este apuro revelaciones importantes que comprometieron muchísimas personas. Entre tanto se enviaban los doctores Cristóbal Pellicer y Matías Medrano á Burgos á instruir las causas del duque de Villahermosa y el conde de Aranda; mas murieron ambos antes de pronunciarse la sentencia; el de Aranda, en el castillo de Coca; y el de Villahermosa un año despues, hallándose encerrado en el castillo de Miranda de Ebro.

Las multas que se impusieron á varios reos, la mayor parte prófugos, fueron muy considerables. Se condenó á Antonio Perez á pagar 6000 ducados; á don Juan de Luna, 4000; á don Diego de Heredia, 4000; á don Martin de Lanuza, 4000; á don Pedro Bolea, 4000; á don Miguel de Lose, 2000; á don Juan Corcon, 3000; á don Juan Torrellas, 3000; á Gil de Mesa, 3000; á Gaspar Burces, 3000; á Juan Francisco Mayorini, 2000; á Cristobal Frontin, 2000; á Francisco Ayerbe, 2000; á Juan Luis Fontoya, 2000; á Fuertes, pelayre, 2000; á Juan Obieto, pelayre, 2000; á Anton de Añon, 2000.

Mientras pasaban estas cosas, don Martin de Lanuza baron de Biescas, don Diego de Heredia y otros que se habian refugiado á Francia con Antonio Perez, recabaron de la princesa Catalina les diese alguna gente armada del pais para entrar con ella en Aragon; contando con levantar sus muchos partidarios. Otorgóselo la princesa Catalina con tanta mas facilidad, cuanto que se hallaba en guerra abierta, aunque sin declaracion, su hermano con el rey de España. Se verificó en efecto la invasion, y los bearneses, despues de algunas escaramuzas, forzaron el paso de Santa Elena, y llegaron á la villa de Biescas donde entraron á pesar del fuego que les hicieron los vecinos desde las ventanas y la iglesia, y otros edificios. Se dice que estos se vieron precisados á huir por falta de municiones, pues en esto y en buenas armas andaban sumamente escasos. No hubiese sido difícil á los bearneses apoderarse de varios puntos de la frontera á la sazon mal guarnecidos; hallándose sobretodo mejor armados y con mas municiones que la gente del pais; mas estos extranjeros eran pocos, nuevamente alistados, sin hábitos de disciplina. A pesar de la poca gente que habia armada, se alzó el pais, se tocaron las campanas á rebato, y llegó muy pronto á Huesca y á Jaca la noticia de la llegada de los bearneses. Salieron inmediatamente de la primera de las dos ciudades trescientos arcabuceros mandados por Juan de Mompaon y Lorenzo Abarca con direccion á Biescas. Lo mismo hizo don Alonso de Vargas de Zaragoza luego que tuvo noticia de la invasion, poniéndose á la cabeza de un cuerpo bastante numeroso de infantería y de caballería. Acudió asimismo la gente del pais cada uno con las armas que pudo. Tuvieron aviso los enemigos ya muy tarde de la gente que caia sobre ellos. No hallándose en la posibilidad de resistirse, evacuaron á Biescas con buen órden el 19 de febrero de 1592 despues de haberle ocupado por diez dias. Trataron de hacerse firmes en el pueblo de Santa Elena para estar mas á la mano para recibir socorros del Bearne; mas fué tanta la gente que cargó sobre ellos y la violencia con que fueron atacados, que tuvieron que abandonar el ter-

reno y retirarse precipitadamente á su pais abrigándose en las montañas. Algunos, aunque pocos, murieron en esta refriega, pues no merece el nombre de batalla. Quedaron en poder de las tropas de don Alonso, don Diego Heredia, Francisco de Ayerbe y Dionisio Perez, quienes fueron conducidos inmediatamente á Zaragoza, donde hicieron su entrada á vista de todo el veeindario. Fueron encerrados en la misma cárcel donde se hallaban ya don Juan de Luna, y Pedro Fuertes, uno de los que mas se habian distinguido en el pronunciamiento.

Tomó el Dr. Miguel Lanz la confesion á don Diego Heredia, y le puso asimismo á prueba de tormento. Quedó inmediatamente substanciada la causa de estos presos, y habiéndose visto en el consejo de Aragon, recayó sentencia de pena capital contra ellos. Salieron en efecto al suplicio el 19 de octubre del mismo año. Se dice que don Juan de Luna hallándose en capilla, manifestó á su confesor lo arrepentido que estaba por haber mentido en su declaracion hallándose acosado del tormento, no solo contra sí mismo, sino contra otros, y en particular contra el de Villahermosa y el de Aranda. Respondióle el confesor que pues judicialmente habia faltado á la verdad, judicialmente debia retractarse; á lo que repuso don Juan que de muy buena gana lo haria, mas que despues de la retractacion, le pondrian de nuevo á cuestion de tormento, y que entonces hallándose tan viejo y débil, tal vez no podria resistir y se veria obligado á declarar lo que era falso. Confuso el confesor, consultó el caso con los religiosos que asistian á los otros, conviniéndose todos á que don Juan firmase un papel de retractacion que se enviase al rey para que se tomase en la consideracion que merecia. Este documento acompañado de la disposicion de los confesores, fué despues una de las piezas del proceso del de Villahermosa y del de Aranda.

Levantaron el cadalso para la ejecucion de la sentencia frente á la cárcel de los manifestados, que era la de los que comprendia. Subieron á él uno á uno acompañados de los religiosos que los exhortaban. Cortaron primero la cabeza á don Diego de Heredia: en seguida hicieron lo mismo con don Juan de Luna. Fueron despues degollados segun su calidad de hidalgos, Francisco Ayerbe y Dionisio Perez. A Francisco Fuertes le dieron suplicio de garrote. Se clavó la cabeza de don Diego de Heredia sobre la puerta del puente ó del Angel como se llama hoy dia; sobre la de la diputacion, la de don

Juan de Luna, ambas con inscripciones que manifestaban las causas del castigo. Se derribaron las casas donde vivian, y hasta el castillo de Bárboles, propiedad de doña Isabel Embun, mujer de Heredia. Se confiscó el pueblo de Purroy de que era señor don Juan de Luna, y de que Felipe III hizo donacion al duque de Lerma. Tambien sufrieron pena de muerte aunque en distintos dias y parajes don Martin de Lanuza, baron de Biescas, don Miguel Gurrea, baron de Gurrea, don Martin Bolea, baron del Siétamo, don Antonio Ferriz de Lizana, don Juan de Aragon, cuñado del conde de Sástago, y otros caballeros de menos nombre, y hasta artesanos y labradores acusados de haber sido cabezas en los pasados alborotos. Entre estos se contaba á Juan Miguel, verdugo público, que fué ahorcado por un discípulo y sucesor suyo en el oficio.

Fueron condenados á muerte por implicados en la misma causa otros muchos caballeros; mas se sustrajeron á la pena huyendo á paises extranjeros donde se mantuvieron hasta la muerte de Felipe II. El sucesor les permitió volver libres declarando que nadie habia cometido pena de traicion, sino procedido en concepto de obligados á defender así los derechos de la patria.

Mientras tanto continuaba con grande actividad la causa que en la Inquisicion se seguia contra Antonio Perez, y los demás presos que estaban en sus cárceles. A trescientos sesenta y cinco ascendia el número de los citados; sin embargo no habian sido mas que ciento veinte y tres los aprendidos. Ya algunos de los presos habian sido sentenciados y sufrido en la plaza pública el castigo; otros habian sido entregados al brazo secular que ejecutó con ellos la sentencia de muerte; otros condenados á galeras, otros á destierro, y otros á la vergüenza de oir sus procesos en público. En la causa de Antonio Perez figuraban cargos de la misma clase que los ya indicados en el artículo anterior. No contentos con amontonar dichos vagos, con dar crédito (1) á rumores que en sí llevaban el solo carácter de ligereza y de imprudencia, llegaron hasta á forjarle una falsa genealogía haciéndole descender de judíos relapsos, ya procesados por el santo Oficio. De algunos pasajes de una obra que acababa de pu-

(1) Era uno de estos cargos, que Antonio Perez habia dicho que si lograba su fuga enviaria á la vírgen del Pilar de Zaragoza una lámpara de plata mas grande que las actuales, con una inscripcion latina cuya traduccion por Llorente, dice así: «Dió esta lámpara un cautivo, en cumplimiento del voto que hizo por su libertad, y dará mayores cosas por ver á su mujer é hijos libres de la ira de un rey inícuo, fuera de un pueblo bárbaro, y sin sujecion al poder de jueces de raza de Cananeos.»

Sobre las singularidades de todo este proceso, nos referimos á Llorente en su Historia crítica de la Inquisicion.

blicar en Pau, lugar de su destierro, tambien sacaron proposiciones erróneas, heréticas, que sabian á herejía, con todo el lujo de lenguaje que en tales calificaciones desplegaba el santo Oficio. En fin despues de los infinitos procedimientos que es muy inútil individualizar, pronunciaron los jueces sentencia definitiva que fué confirmada por el consejo de la Inquisicion, «declarando á Perez por he»reje formal, hugonote convicto, impenitente y pertinaz, y en su »consecuencia condenándole á pena de relajacion personal (quemado »vivo) cuando pudiese ser habido en persona y mientras tanto en »estatua que le represente, sacada en auto público de fé, con sam»benito completo de llamas y diablos, y coroza de lo mismo en la »cabeza, y entregada á la justicia real, condenándole en confisca»cion de bienes, é infamia trascendental á sus hijos y nietos de línea »masculina, declarando á estos por inhábiles é incapaces para tener »y poseer dignidades, beneficios y oficios así eclesiásticos como se»culares que sean públicos ó de honra; para traer sobre sí, ni sus »personas, oro, plata, ni perlas, piedras preciosas, corales, seda, »chamelote, paño fino, ni andar á caballo, ni traer armas, ni ejer»cer ni usar de las cosas arbitrarias á los semejantes inhábiles, pro»hibidas así por derecho comun, como por las leyes y pragmáticas »de estos reinos y instrucciones del santo Oficio.» La sentencia fué ejecutada el 20 del mismo mes, celebrándose auto público de fé en la plaza del mercado. Salieron á él setenta y nueve condenados á diversas penas, y á la cabeza figuraba la efigie de Antonio Perez con esta inscripcion: *Antonio Perez fué secretario del rey nuestro señor, natural de Monreal de Ariza, y residente en Zaragoza, hereje convencido, fugitivo y relapso* (1).

Como no permite la fama de este personaje que dejemos en silencio lo que le ocurrió despues de su fuga de Aragon, concluire-

(1) Poco despues de este auto de fé, expidió la Inquisicion un edicto en favor de los culpables no presos, para que se les absolviese de censuras. Inmediatamente despues de su publicacion, recurrieron voluntariamente mas de quinientas personas al Santo Oficio pidiendo ser absueltas de cualquiera falta en que con ocasion de Antonio Perez hubiesen incurrido. Para que se tenga una idea del terror que inspiraba aquel tribunal y el estado de los tiempos, pondremos en seguida algunas confesiones de los espontaneados.

María Ramirez se acusó de haber dicho viendo llevar á la Inquisicion á Antonio Perez: ¡Pobrecito! al cabo de tantos años de prision no le han hallado la herejía hasta ahora.

Cristóbal de Heredia, de haber deseado saliese bien de su proceso Antonio Perez.

Doña Gerónima de Arteaga, de haber recogido de personas caritativas algunas cantidades para ocurrir á las urgencias y manutencion de Antonio Perez en la cárcel, pues no gozaba de sus bienes.

Don Luis de Gurrea pidió solo absolucion por asegurar su conciencia, pues no le remordia nada.

Don Miguel Sesé, la pidió por quitarse escrúpulos.

Don Juan de Villacampa, presbitero, por haber dicho «¡Vive Dios que es iniquidad lo que se hace »con Antonio Perez! Yo he visto andar por las calles disfrazados al marqués de Almenara, al inqui»sidor Molina, buscando testigos para que declarasen en la Inquisicion contra Perez.»

mos el capítulo con algunas líneas sobre un asunto que no deja de ser interesante.

Entró Antonio Perez en Francia el 18 de noviembre de 1591, como ya llevamos dicho: el 20 pasó á Pau donde fué recibido por la princesa Catalina de Borbon con todas pruebas de agasajo y de benevolencia. Por dar gusto y satisfacer la curiosidad de esta princesa, escribió una relacion de las aventuras que le habian obligado á buscar su asilo en Francia. Le alcanzaron aquí las persecuciones de sus enemigos, pues Felipe II y los mismos inquisidores de Aragon le armaron varios lazos: estos, invitándole á volver á Zaragoza donde le prometieron tratarle con benignidad y declarar su inocencia si verdaderamente no habia delinquido contra la fé, y el primero maquinando contra su existencia, de lo que existian suficientes pruebas. Mas Antonio Perez vivia sumamente precavido contra estas asechanzas, y por otra parte conocia demasiado á los inquisidores de Aragon para entregarse en sus manos sin ninguna garantía. Despues de permanecer un año sobre poco mas ó menos en la corte del Bearne, pasó á la corte de Francia, de cuyo rey Enrique IV fué recibido con muestras de consideracion y aprecio como un hombre que por su mérito personal y sus persecuciones era digno de todas las simpatías de aquel príncipe. Conocia muy bien este rey astuto los servicios que le podia prestar su nombre en las circunstancias del proscripto. Mas sea por desconfianza ú otros motivos, no le dió entrada en su consejo ni tuvo con él aquellas intimidades á que Perez se creia sin duda con derecho. Con su permiso, pasó Perez á la corte de Inglaterra de cuya reina solicitaba entonces Enrique socorros poderosos para conquistar el reino cuya corona le estaba tan disputada por los liguistas y el mismo rey de España, segun ya hemos visto y haremos ver en adelante.

Fué Perez bien recibido de Isabel: entró en grande intimidad con

Un fraile trinitario, por haber dicho: «Si nuestro señor Jesucristo fuera castellano, no creia en él.»

Marcos de Plenas por haber dicho cuando los tumultos del 24 de setiembre «¡Yo á la Inquisicion! »Mas quiero tener que hacer con los diablos del infierno que con los inquisidores: ¡me iré al papa!

Antonio de Añon por haber dicho hablando del motin del 24 de mayo: ¡Mira si Dios es bueno! ¿quién ha librado al inocente? pues Anton de la Almunia, testigo falso de la sumaria, es difunto, y me «han dicho que murió rabiando y renegando de Dios; ya se ve, como padre de las p... que cui»daba en el burdel? ¿En la Inquisicion que se llama santa se buscan tales testigos? Pero ya se ve; si »el inquisidor Molina esperaba una mitra en premio. ¿Y el bribon de Torralba que le ayudaba para »buscar testigos falsos? Ya está sin empleo, y desterrado del reino. ¿Y el infame marqués de Almenara? Ya está en los infiernos. El coche que prestó para llevar los presos á la Inquisicion, ha ser»vido para llevar su cadáver á Madrid. Dios sale por su causa.»

Muchos mas casos de estas acusaciones singulares se encuentran en Llorente, Historia crítica de la Inquisicion de España, capítulo XXXVI.

el conde de Essex, su favorito, y otros personajes de la primera distincion del pais, donde fué muy considerada su persona. Allí escribió bajo el nombre de don Rafael Peregrino (1) sus famosas *Relaciones* que circularon mucho por Europa y fueron traducidas en diversas lenguas. No contribuyó poco esta obra á encender de nuevo la irritacion de Felipe II, ya excitada con la fuga de su antiguo secretario.

Influian entonces en los consejos de la reina de Inglaterra dos partidos de tendencia muy diversa. Queria el uno, capitaneado por el conde Essex, que se hiciesen los mayores esfuerzos sin reparar en sacrificio alguno para auxiliar al rey de Francia. No se oponia el otro á que se socorriese al rey; mas hacia ver la imprudencia de exponerse por favorecerle demasiado á peligros eminentes. Antonio Perez, como muy amigo de Essex, propendia naturalmente á su partido. Mas hallándose sin bastante influjo y acaso en desgracia con la reina que se habia entibiado mucho con Enrique IV, volvió en 1595 á Francia, de cuyo rey fué recibido con la afabilidad y muestras de interés que tenia de costumbre.

Figura el nombre de Perez en algunas cartas diplomáticas y hasta negociaciones tan frecuentes entonces entre las dos cortes. Varias veces fué admitido á la presencia de Enrique IV, con quien entró en conferencias sobre asuntos importantes. Mas influyó verdaderamente muy poco en las resoluciones de estado, pues su persona no fué tan considerada como él pretendia y el rey de España recelaba. Vivia en Paris bastante oscuramente, reduciéndose sus medios de existencia á una pension de cuatro mil escudos que le eran por lo regular muy mal pagados. En esta precaria situacion, no dejaba de ser blanco de las asechanzas que por todas partes le armaban los emisarios de su antiguo soberano. Se sorprendió entre otros á uno de bastante importancia llamado don Rodrigo Mur, baron de la Pinilla, con todos los indicios y señales de premeditar un asesinato. Puesto á prueba de tormento, confesó y expió su delito en un suplicio. Estaba Antonio Perez en muy mala situacion; apenas sin influjo ni consideracion en aquella corte extraña, devorado por lo mismo de mayor ansiedad por volver á su pais, y obtener la gracia de su soberano. Su mujer, doña Juana Coello, y sus siete hijos continuaban todavía en la misma prision á que los habia reducido su fuga de Madrid sin que Felipe II diese pruebas de ablandarse. Concibió

(1) De Antonio Perez, como autor, trataremos en su lugar correspondiente.

algunas esperanzas de que mejorase su situacion, cuando en 1598 se ajustó la paz entre España y Francia, mas quedaron sus ilusiones defraudadas. A los cuatro meses despues bajó al sepulcro Felipe II sin acordarse de perdonar á su antiguo secretario.

Felipe III á su subida al trono mandó poner en libertad á doña Juana Coello; mas sus hijos quedaron por entonces en la cárcel. Ya hemos dicho cómo este monarca concedió perdon á los aragoneses implicados en los últimos disturbios. Por su órden se quitaron de los parajes donde estaban expuestas las cabezas de don Juan de Lanuza, don Juan de Luna, don Diego Heredia y demás personajes que habian perecido en el suplicio.

Por los años de 1604 volvió Perez á Inglaterra, donde se estaban ajustando tratados de paz entre esta potencia y la de España. Mas el nuevo rey, Jacobo I, temeroso de que su presencia perjudicase las negociaciones, no quiso recibirle en su corte, con lo cual se restituyó Antonio Perez á Francia, ya sin ninguna esperanza de volver al seno de su familia, reducido á nuevas estrecheces, achacoso y cargado de años, pues contaba ya sesenta y cinco.

Desde entonces vivió en Paris retirado y casi solo, con pocos medios de subsistencia, tan enfermo y acabado, que no pudiendo ir á pié á la iglesia mas próxima, obtuvo permiso del Papa para tener en su casa un oratorio. Dividia su tiempo entre ejercicios de devocion y escribir cartas, conocidas todavía en el orbe literario. Tambien componia algunos opúsculos, entre los que se distingue uno dirigido al duque de Lerma, conocido con el título de «Norte de »Príncipes, Vireyes, presidentes, consejeros, gobernadores y adver»timientos políticos sobre lo público y particular de una monarquía, »importantísimos á los tales, fundados en materia y razon de estado »y gobierno;» obra que ha sido impresa en Madrid á fin del siglo XVII.

Mientras tanto no dejaba Antonio Perez piedra por mover para regresar á su patria, que le llamaba tanto en aquellos dias de vejez amarga y solitaria. Escribió á muchos personajes de la corte: los mismos pasos daba en persona doña Juana Coello, su mujer, pero todo sin efecto. Era el destino de Antonio Perez morir en tierra extraña. Terminó su existencia en 1611, en Paris, á los setenta y dos años de su edad, dejando la fama de un hombre de imaginacion, de instruccion, de capacidad y hasta de travesura en los negocios; pero ligero, inconsecuente, sin ningun peso ni solidez en su carácter y

principios, y no poco desarreglado en sus costumbres. De su poca circunspeccion y prudencia, da testimonio su conducta con Felipe II, de cuyo verdadero carácter debia de estar suficientemente penetrado. A este rey severo que acostumbraba matar á un cortesano con una frase airada, se atrevió á engañar, sin contar con que seria alguna vez descubierto su artificio; porque no puede haber duda de que en los consejos que dió al rey para deshacerse de Escobedo, mediaron embustes y resentimientos personales. Si el engaño fué culpable, el castigo fué tremendo, de una crueldad y saña tal, que ni aun en Felipe II seria explicable á no haber mediado otra intriga de Antonio Perez, tan ofensiva para el rey, á saber, la de sus relaciones con la princesa de Eboli.

Con la muerte de Antonio Perez quedaba todavía abrumada su familia bajo el peso de la sentencia de la Inquisicion, que alcanzaba á toda la descendencia del proscripto. Prescindiendo de los perjuicios positivos de fortuna y demás goces de la misma clase, era esta una infamia mas espantosa en aquellos tiempos que la misma muerte. Cuatro años de solicitudes, de súplicas, de pedir, de negociar en mil sentidos se pasaron antes que el tribunal de la Inquisicion revocase tan fatal sentencia; por fin en 17 de abril de 1615, dijeron los inquisidores que atento los nuevos autos del proceso, debian revocar y revocaban la sentencia dada y pronunciada contra Antonio Perez, en todo y por todo como en ello se contiene; y declararon debe ser absuelta su memoria y fama, «que no obste á los hijos y »descendientes de Antonio Perez el dicho proceso y sentencia de re»lajacion para ningun oficio honroso; ni deberles obstar lo dicho y »alegado por el fiscal de la Inquisicion contra su limpieza.» El 10 del mismo mes, consultó el Consejo al rey esta sentencia, y Felipe III puso al márgen de su puño: «Hágase lo que parece, pues se »dice que es conforme á justicia.»

CAPÍTULO XI.

Siguen los asuntos interiores.—Venida á España de la emperatriz viuda de Alemania. —Jura en Madrid del príncipe don Felipe.—Casamiento de la infanta doña Catalina con el duque de Saboya.—Viaje del rey á Zaragoza y Barcelona.—Muerte de santa Teresa.—Aventuras de tres impostores que se vendieron por el rey don Sebastian.—Muerte de Granvela.—Id. del doctor Azpilcueta.—Viaje del rey á Búrgos y á Pamplona.—Cortes de Tarragona.—Venida á España del cuerpo de santa Leocadia.—Canonizacion de san Diego de Alcalá.—Consagracion del templo del Escorial por el legado del Papa.—(1582-1596.)

Por encadenar mejor los hechos cuya sucinta relacion ha sido materia de los tres capítulos anteriores, hemos omitido otros de menos consideracion que ocurrian mientras tanto. Ahora los indicaremos para no omitir nada de nuestros asuntos interiores que sea digno de atencion, colocando los hechos en el órden cronológico cuando sea compatible con otras consideraciones.

Viuda del emperador Maximiliano II la princesa doña María, hermana de Felipe II, resolvió terminar sus dias en España donde habia nacido, al lado de su hija. No alteró su resolucion la muerte temprana de esta reina ocurrida en Badajoz en 1580, y habiendo obtenido para este viaje el beneplácito del emperador su hijo y el de su hermano, emprendió su viaje á mediados de 1582 y desembarcó en Barcelona á bordo de las galeras de Andrés Doria. Allí le estaba aguardando el obispo de Cuenca de órden del rey, por cuya cuenta le entregó doce mil ducados para continuar el viaje. Llegó á Madrid donde permaneció hasta el año siguiente que se reunió con su hermano que volvia á la sazon de Portugal. Fué recibida esta

señora del rey y de su corte con todas las muestras de la mayor consideracion, y desde entonces fué casi de todos los viajes que hizo el rey por varias ciudades de la España.

A pocos dias de su llegada á Madrid, se trasladó al Escorial por cuyos monjes fué recibido con todas las muestras de regocijo. Se celebró la vuelta del fundador del monasterio con solemne Te-Deum, repique de campanas y fuegos de artificio. Con gran placer del rey estaba ya cerca de su terminacion aquella fábrica suntuosa, objeto de tanto favor en que estaba expendiendo tan inmensas sumas.

No podemos menos de hacer mencion de la muerte acaecida por los años de 1582 de santa Teresa, mujer célebre en mas de un sentido, y de cuyas prendas como escritora hablaremos á su debido tiempo. Ya habian ocurrido algunos años antes las de san Juan de Dios, de san Juan de la Cruz, y de san Pedro de Alcántara, todos de aquel siglo.

En 1584, convocó el rey á cortes para presenciar y asistir á la jura del príncipe don Felipe como heredero de estos dos reinos. Igual reconocimiento habia tenido lugar en Portugal el año antecedente. Se hizo la ceremonia en Madrid. en el convento de San Jerónimo, donde se celebran todas las de igual especie. La víspera del dia de la jura partió el príncipe para dicho monasterio acompañado de su aya doña Ana de Mendoza. Allí salió á recibirle la emperatriz que con este motivo se habia trasladado al convento de antemano. El dia siguiente hizo su salida el rey acompañado de las dos princesas, de los grandes y demás magnates de su corte. Celebró la misa de pontifical el cardenal Quiroga ayudado por el cardenal Granvela y el nuncio del Papa. Concluida esta, llevaron al príncipe al altar mayor, donde le administró el sacramento de la confirmacion el cardenal Granvela. Despues tuvo lugar el acto de la jura. La emperatriz fué la primera. En seguida juraron las princesas, los prelados, los grandes y demás oficiales de palacio, los procuradores, etc.— No se insertan los nombres de los grandes personajes que asistieron, por haber visto ya el lector bastantes listas de la misma clase en diversos pasajes de esta historia.

A principios de 1585 salió el rey acompañado de la emperatriz, las dos princesas, y toda su corte para Zaragoza, en cuya capital debia celebrarse el matrimonio concertado entre la infanta doña Catalina y el duque de Saboya. Era doña Catalina la menor de las dos hermanas, hijas ambas de Isabel de Valois. A la mayor, doña Clara Eugenia, mas alto destino le estaba reservado.

Llegó la corte el 24 á Zaragoza. El 18 habia desembarcado el duque de Saboya en Barcelona.—Inmediatamente se puso en marcha para la capital de Aragon, y poco antes de entrar, se halló con el rey y la corte que habian salido á recibirle. Los desposorios se verificaron inmediatamente, habiendo dado la bendicion nupcial el cardenal Granvela. Al dia siguiente, se confirmó la ceremonia con la mayor suntuosidad en la catedral de Nuestra Señora del Pilar, donde celebró de pontifical el arzobispo.

Acompañó el rey á los recien casados hasta Barcelona donde se embarcaron en las galeras de Doria para Génova. Tomó Felipe II la vuelta de Aragon y celebró cortes en Monzon, donde fué jurado por sucesor á la corona el príncipe su hijo. Allí cayó enfermo de bastante gravedad, y con objeto de restablecerse totalmente, bajó por el Ebro á Tortosa y desde aquí se trasladó á Valencia, donde permaneció todo aquel invierno.

En el mismo año de 1585 ocurrieron en Portugal dos sucesos desagradables, de una misma especie y nacidos de igualca usa. Pocas veces muere un rey ú otro gran personaje de un modo que ofrezca algun campo de obscuridad ó duda, sin que se presente á la corta ó á la larga alguna persona con pretensiones de representar la del difunto. De estos hechos están llenas las historias, Lo mismo debia de suceder en Portugal, donde se habia esparcido entre las clases populares la creencia de que el rey don Sebastian estaba vivo. No era estraño que el desafecto á la dominacion extranjera contribuyese á alimentar una ilusion que, á realizarse, la sustituiria con la propia.

El primer impostor que se presentó en escena, fué un natural de Alcázoba, que siendo muy jóven tomó el hábito de lego en el convento de Nuestra Señora del Cármen, de donde por su mala conducta fué expelido. Viéndose sin esperanza de que le volviesen á admitir, como lo habia solicitado, se refugió á una ermita cerca de Alburquerque, donde con apariencia de santidad, era socorrido con abundantes limosnas por las devotas de las inmediaciones. Parece que entre todas estas una viuda bien parecida, de pocos años, acompañaba con frecuencia á nuestro ermitaño, que no pasaba de los treinta. Entre sus habilidades, tenia la de tocar con gracia la guitarra, á cuyos sones acudia la juventud de ambos sexos acompañándole los aficionados con varios instrumentos. No satisfecho el ermitaño con estos conciertos y otras diversiones del mismo género

que hasta entonces no habian tenido mas teatro que la ermita y las peñas de los alrededores, acompañaba muchas veces á sus nuevos amigos á Peña Mayor y tocaba con ellos, ora en fiestas públicas, ora en serenatas bajo las ventanas de alguna belleza distinguida. Esta conducta escandalizó á los fieles, y la justicia se hallaba ya cerca de echar mano á un santo tan alegre, cuando este se puso en salvo, gracias á la viuda que lo hizo con vestidos y un caballo. No tardó sin embargo en volver á su guarida; mas no con carácter de simple ermitaño, sino como un hombre misterioso que se condena á sí mismo á las austeridades mas severas. No parece que fué reconocido por sus antiguos amigos, cuya presencia evitaba con cuidado, retirándose á sitios solitarios, mas no tales que le pusiesen totalmente fuera de alcance del oido y de la vista. Pronto fueron objeto de edificacion sus oraciones, sus suspiros, sus arrobamientos, sobre todo su uso frecuente de la disciplina. No se sabe si se parecia algo al rey don Sebastian, pero no tardó mucho en suscitarse la sospecha de que era el mismo, á lo que contribuyó el impostor con sus modales artificiosos, y la connivencia de dos cómplices que fingiéndose el uno don Cristóbal de Mora y el otro el obispo de la Guardia, aseguraron que era el rey don Sebastian, el ermitaño. Dió asenso á semejante absurdo la muchedumbre crédula: la especie llegó á Lisboa donde se dió la órden de su arresto. Inmediatamente fué cogido y encerrado en una cárcel. Aunque fué condenado á muerte, no se ejecutó la sentencia y se cambió en pena de galeras, donde todos pudieron cerciorarse con sus propios ojos de que no era el rey difunto.

Fué el segundo caso, de mas exposicion y acompañado de desgracias. Un tal Mateo Alvarez, natural de la Tercera, picapedrero de oficio, echado igualmente que el primero de un convento de Cintra, imitó asimismo su ejemplo retirándose á la ermita de san Juan en la orilla del mar á dos leguas de Ericeyra. Allí vivió por espacio de dos años de limosna, atrayéndose por su vida ejemplar la atencion de toda la gente de las inmediaciones. Suscitaron sus grandes penitencias la sospecha de si seria el rey don Sebastian que habia escogido aquel lugar oscuro para la expiacion de sus pecados. Llegó el escribano de un lugar y lo mismo su mujer hasta afirmar que era efectivamente el rey, que le conocian muy bien, pues le habian visto muchas veces en Lisboa. Con esto se inflamó mas la curiosidad de aquellas gentes que no tuvieron ya duda de que era el rey mismo. Algunos se atrevieron á llegarse á su ermita y hasta preguntarle si era don Sebastian; á lo que respondió el ermitaño con muchísima humildad: «no, no soy el rey: no soy mas que un miserable picapedrero de la Tercera, que estoy aquí haciendo penitencia por mis culpas.» Contribuyó esta negativa, acompañada de un aire misterioso, á que se confirmasen aquellas gentes en su idea. Otro vecino de aquellos contornos llamado Pedro Alonso, afirmó bajo juramento que era el rey, que no tenia ninguna duda de ello, y esto añadido á lo que habian dicho el escribano y su mujer, bastó para que todos creyesen, como la cosa mas cierta, que tenian al rey don Sebastian encerrado en aquella ermita. Se apresuraron las gentes crédulas á ofrecerle sus homenajes como á su rey, suplicándole al mismo tiempo se declarase al fin y sacase á sus vasallos de tanta incertidumbre.

Sea que el ermitaño hubiese urdido de antemano aquella trama, sea que sin haber pensado en ella, trataba ahora de aprovecharse de tan favorable circunstancia, declaró al fin en tono misterioso de que era efectivamente el rey, y que se hallaba allí por inescrutables decretos de la Providencia. No fué preciso mas para que toda aquella gente le saludase como á tal, con grandes aclamaciones y gritos de entusiasmo. Muy pocos momentos despues, se aparecieron mas de trescientos hombres armados, que se le rodearon proclamándolo por rey, diciéndole que allí estaban para hacer buenos sus derechos. Cobró con esto nuevos ánimos el ermitaño; les habló, en efecto, como rey, y se estableció desde luego en la villa de Ericeyra, desde donde escribió cartas á todas las provincias annunciando su persona, invitando á todos á que se armasen para volverle á la posesion de sus estados. Al mismo tiempo envió un expreso al archiduque Alberto, virey de Portugal, con órden de evacuar inmediatamente su palacio, y salir cuanto mas antes de aquel reino.

El asunto parecia muy serio. A la bandera del falso rey de Portugal acudia á cada instante nueva gente. Pronto se vió á la cabeza de mas de mil hombres armados, de quienes nombró general al mismo Pedro Alonso que le habia descubierto. El virey envió á Alonso de Fonseca á la cabeza de las tropas que pudo recoger, prometiéndole mandarle otras de refuerzo. Se puso Fonseca en camino de Ericeyra, pero solo halló en el pueblo las mujeres y los clérigos, habiendo huido el rey con todos los que le acompañaban. Mas no por eso se dispersaron, y unidos permanecian en los montes esperando mas dichosa coyuntura.

Alonso Fonseca se volvió á Lisboa, habiendo dejado una pequeña guarnicion en Ericeyra, á donde habia hecho venir al juez de Torresvedras con su escribano, para hacer la causa á los presos que habia cogido dentro y eran en número de nueve. Aprovechándose de la ausencia de Fonseca, bajó de los montes el impostor á la cabeza de su gente, y dió sobre Ericeyra, donde entró á viva fuerza, habiendo puesto en libertad á los presos y apoderándose de las personas del juez y del escribano que entendian en la formacion de su proceso.

Salió otra vez Fonseca de Lisboa, acompañándole en esta expedicion el capitan Pedro Venegas con cien caballos. Volvió á salir de Ericeyra Pedro Alvarez; mas no contentándose Fonseca con esta nueva dispersion, siguió sus huellas resuelto á perseguirlos en cuantas guaridas se albergasen. Los amotinados hicieron resistencia aprovechándose de las ventajas del terreno; pero viéndose tan obstinadamente perseguidos, comenzaron á desordenarse. Los mas se dispersaron: muchos quedaron muertos, otros cogidos, entre los cuales se hallaba el mismo Pedro Alvarez. A los dos dias cupo la misma suerte al general Pedro Alonso y al escribano, que habia descubierto el primero que era D. Sebastian, el ermitaño. Los tres fueron conducidos á Lisboa, donde hicieron su entrada á la vista de aquel populoso vecindario. Inmediatamente fueron ahorcados y colocadas sus cabezas en los parajes mas públicos, á fin de que sirviese de escarmiento.

Aunque la aparicion del tercer falso D. Sebastian ocurrió algunos años despues, la mencionaremos aquí por creer que es su lugar mas oportuno. Tuvo lugar esta aventura aun mas estraordinaria que las dos primeras, en España. Por los años 1594 se hallaba en la villa de Madrigal de religiosa de un convento doña Ana, hija natural de D. Juan de Austria. Residia en el mismo lugar en clase de su confesor un fraile portugués llamado fray Miguel de los Santos, antes predicador de D. Sebastian y confesor de D. Antonio, á quien el rey habia mandado salir de Portugal por sospechoso. Conservaba este padre mucho afecto al prior, y como era gran intrigante, le ocurrió una invencion á fin de promover sus intereses. Buscó por su instrumento á un hombre bien parecido, llamado Gabriel de Espinosa. de condicion expósito, que despues de haber sido en su juventud soldado y tejedor, ejercia en Madrigal la profesion de pastelero. Aconsejó el padre Miguel á Espinosa, que se fingiese el rey de Portugal,

con quien tenia alguna semejanza. Algunos dicen que fray Miguel llegó á persuadir al mismo pastelero, que en efecto lo era; mas esto no es probable. De todos modos el fraile y el pastelero hicieron creer á la religiosa que el segundo era el rey D. Sebastian, ayudando para este engaño la circunstancia de ser Espinosa de muy buena presencia, y tener, por haber corrido mundo, modales y conversacion mas fina que la gente de su oficio. ¿Y cómo podia dudar por otra parte aquella señora de lo que su confesor con tanta formalidad le aseguraba? Acogió, pues, al rey fingido con benevolencia y muestras de respeto, manifestándole sus deseos de ayudarle en todo cuanto pudiese contribuir á restituirle el trono. A las palabras siguieron las obras. Parece que aquella monja conservaba gran cariño á doña Juana, madre del rey D. Sebastian, ó lo que es mas probable, que fray Miguel le sugirió la idea de casarse con el príncipe, para lo cual le aseguró seria muy fácil obtener del Papa la dispensa de sus votos. Sin duda fray Miguel no trabajaba por servir al pastelero, sino para que declarado rey, renunciase la corona en favor de D. Antonio, siendo por otra parte fácil deshacerse de él por cualquier medio. La religiosa dió á Gabriel dinero y muchas joyas, con las que pasó á Valladolid para arreglar el modo de dar cima á sus proyectos. Mas en aquella ciudad tuvo la imprudencia de entrar en relaciones con una mujer pública, quien viendo sus joyas y sospechando ser robadas le denunció al corregidor D. Rodrigo de Santillana. Inmediatamente mandó prender éste á Espinosa, y no habiendo averiguado de su declaracion otra cosa que el ser pastelero, dependiente, y de la servidumbre de doña Ana, escribió á esta señora para averiguar si era así en efecto. Mientras llegaba la contestacion, cayó en manos del corregidor una carta que doña Ana y fray Miguel escribian á Espinosa. Habiéndola abierto, le pareció tan misterioso y extraño del contenido, con la particularidad de que se daba el tratamiento de majestad al pastelero, que envió inmediatamente la carta al rey, pidiéndole sus órdenes. Mandó el rey prender á fray Miguel y á la religiosa, y como pertenecian al brazo eclesiástico, se despachó un comisario del santo Oficio para que entendiese en su proceso. La declaracion de doña Ana fué de una mujer sencilla á quien se habia hecho creer una patraña. Lo mismo dijo fray Miguel dándose por engañado. Fué confirmada en cierto modo esta confesion por Gabriel de Espinosa, quien manifestó ser él solo el autor de la impostura. No dió mas luces el careo del

Alonso Fonseca se volvió á Lisboa, habiendo dejado una pequeña guarnicion en Ericeyra, á donde habia hecho venir al juez de Torresvedras con su escribano, para hacer la causa á los presos que habia cogido dentro y eran en número de nueve. Aprovechándose de la ausencia de Fonseca, bajó de los montes el impostor á la cabeza de su gente, y dió sobre Ericeyra, donde entró á viva fuerza, habiendo puesto en libertad á los presos y apoderándose de las personas del juez y del escribano que entendian en la formacion de su proceso.

Salió otra vez Fonseca de Lisboa, acompañándole en esta expedicion el capitan Pedro Venegas con cien caballos. Volvió á salir de Ericeyra Pedro Alvarez; mas no contentándose Fonseca con esta nueva dispersion, siguió sus huellas resuelto á perseguirlos en cuantas guaridas se albergasen. Los amotinados hicieron resistencia aprovechándose de las ventajas del terreno; pero viéndose tan obstinadamente perseguidos, comenzaron á desordenarse. Los mas se dispersaron: muchos quedaron muertos, otros cogidos, entre los cuales se hallaba el mismo Pedro Alvarez. A los dos dias cupo la misma suerte al general Pedro Alonso y al escribano, que habia descubierto el primero que era D. Sebastian, el ermitaño. Los tres fueron conducidos á Lisboa, donde hicieron su entrada á la vista de aquel populoso vecindario. Inmediatamente fueron ahorcados y colocadas sus cabezas en los parajes mas públicos, á fin de que sirviese de escarmiento.

Aunque la aparicion del tercer falso D. Sebastian ocurrió algunos años despues, la mencionaremos aquí por creer que es su lugar mas oportuno. Tuvo lugar esta aventura aun mas estraordinaria que las dos primeras, en España. Por los años 1594 se hallaba en la villa de Madrigal de religiosa de un convento doña Ana, hija natural de D. Juan de Austria. Residia en el mismo lugar en clase de su confesor un fraile portugués llamado fray Miguel de los Santos, antes predicador de D. Sebastian y confesor de D. Antonio, á quien el rey habia mandado salir de Portugal por sospechoso. Conservaba este padre mucho afecto al prior, y como era gran intrigante, le ocurrió una invencion á fin de promover sus intereses. Buscó por su instrumento á un hombre bien parecido, llamado Gabriel de Espinosa. de condicion expósito, que despues de haber sido en su juventud soldado y tejedor, ejercia en Madrigal la profesion de pastelero. Aconsejó el padre Miguel á Espinosa, que se fingiese el rey de Portugal, con quien tenia alguna semejanza. Algunos dicen que fray Miguel llegó á persuadir al mismo pastelero, que en efecto lo era; mas esto no es probable. De todos modos el fraile y el pastelero hicieron creer á la religiosa que el segundo era el rey D. Sebastian, ayudando para este engaño la circunstancia de ser Espinosa de muy buena presencia, y tener, por haber corrido mundo, modales y conversacion mas fina que la gente de su oficio. ¿Y cómo podia dudar por otra parte aquella señora de lo que su confesor con tanta formalidad le aseguraba? Acogió, pues, al rey fingido con benevolencia y muestras de respeto, manifestándole sus deseos de ayudarle en todo cuanto pudiese contribuir á restituirle el trono. A las palabras siguieron las obras. Parece que aquella monja conservaba gran cariño á doña Juana, madre del rey D. Sebastian, ó lo que es mas probable, que fray Miguel le sugirió la idea de casarse con el príncipe, para lo cual le aseguró seria muy fácil obtener del Papa la dispensa de sus votos. Sin duda fray Miguel no trabajaba por servir al pastelero, sino para que declarado rey, renunciase la corona en favor de D. Antonio, siendo por otra parte fácil deshacerse de él por cualquier medio. La religiosa dió á Gabriel dinero y muchas joyas, con las que pasó á Valladolid para arreglar el modo de dar cima á sus proyectos. Mas en aquella ciudad tuvo la imprudencia de entrar en relaciones con una mujer pública, quien viendo sus joyas y sospechando ser robadas le denunció al corregidor D. Rodrigo de Santillana. Inmediatamente mandó prender éste á Espinosa, y no habiendo averiguado de su declaracion otra cosa que el ser pastelero, dependiente, y de la servidumbre de doña Ana, escribió á esta señora para averiguar si era así en efecto. Mientras llegaba la contestacion, cayó en manos del corregidor una carta que doña Ana y fray Miguel escribian á Espinosa. Habiéndola abierto, le pareció tan misterioso y extraño del contenido, con la particularidad de que se daba el tratamiento de majestad al pastelero, que envió inmediatamente la carta al rey, pidiéndole sus órdenes. Mandó el rey prender á fray Miguel y á la religiosa, y como pertenecian al brazo eclesiástico, se despachó un comisario del santo Oficio para que entendiese en su proceso. La declaracion de doña Ana fué de una mujer sencilla á quien se habia hecho creer una patraña. Lo mismo dijo fray Miguel dándose por engañado. Fué confirmada en cierto modo esta confesion por Gabriel de Espinosa, quien manifestó ser él solo el autor de la impostura. No dió mas luces el careo del

pastelero con los otros dos; pero el rey, que conocia mas al fraile, mandó poner á entrambos á prueba de tormento. Confesaron entonces el fraile y Espinosa la verdad del hecho. Fué ahorcado el último y descuartizado en el mismo Madrigal: llevado el fraile á Madrid, donde despues de haber sido públicamente degradado, fué entregado á la justicia ordinaria y condenado á sufrir la misma pena que su cómplice. En cuanto á doña Ana, fué confinada á otro convento de menor categoría, donde se le condenó á la pena de ayunar á pan y agua dos dias á la semana, y otras mas austeridades.

En el año de 1585 vino á España una solemne embajada de dos príncipes del Japon que se acababan de convertir al cristianismo. Habian estado en Roma, en donde habian presentado los homenajes de dichos príncipes al Papa. Los acogió el rey con las mayores muestras de benevolencia, y mandó que se les hiciese el mismo obsequio en Lisboa, á donde iban á embarcarse para tomar la vuelta de su patria.

Ocurrió en el año de 1586 la muerte del famoso cardenal Granvela en Madrid, persona varias veces mencionada en esta historia. En ninguna de las épocas de su larga vida estuvo su nombre oscurecido. Despues de haber dejado el gobierno de los Paises-Bajos, se estableció momentáneamente en el Franco Condado, su pais natal, sin tratar de trasladarse á España, siguiendo en esto el consejo que le habia dado el duque de Alba. Despues pasó á Roma, desde donde llevó con el rey correspondencia muy estrecha. Pasó despues al vireinato de Nápoles, y habiendo incurrido allí en el desagrado de Felipe II, volvió á Roma. Cuando el rey pensó en deshacerse sériamente de la persona de su secretario Antonio Perez, ofreció su puesto al cardenal, suplicándole que le viniese á desempeñar cuanto mas antes. Vino en efecto el cardenal por los años de 1579 á España, por primera vez, y se encargó de la secretaría de Estado de los negocios de Italia. Quedó de regente del reino á la salida de Felipe II para Portugal, y continuó en su cargo hasta el regreso del monarca. Conservó el cardenal el favor de Felipe II hasta el fin de su existencia. Del carácter y mérito de este prelado hemos dicho lo bastante en su debido tiempo. Correspondieron los últimos años de vida á sus principios; en ningun tiempo de su vida se desmintió su carácter grave, reservado, firme, poco contemporizador y sobrado orgulloso para los que estaban con él en relaciones. Fué un servidor fiel de Felipe II, con quien tuvo muchos puntos de contacto.

Tambien fué novedad importante en el pais el fallecimiento en Roma del famoso Martin Azpilcueta, de edad de noventa y cinco años, llamado tambien el doctor Navarro, por el pais de que era oriundo. Sonó mucho en su tiempo su nombre en España, y aunque conocido por sus opiniones algo atrevidas, segun el derecho público de aquellos tiempos, fué muy considerado del rey, quien se valió algunas veces de sus luces y prudencia. En Roma se atraia una gran veneracion por su doctrina y sus virtudes.

En el año siguiente de 1587 se hicieron solemnes exequias en el Escorial por la reina María Estuarda. Concurrieron á la ceremonia el rey, la emperatriz, las princesas y los personajes mas distinguidos de la corte.

Hacia algunos años que habia sido trasladado á Toledo el cuerpo de san Eugenio, el primer arzobispo que tuvo aquella iglesia. Iguales deseos manifestaron en 1584 los habitantes de dicha ciudad de obtener el de santa Leocadia, que se hallaba en el convento de San Guilden de la provincia de Haynault, en los Paises-Bajos. Pidieron esta gracia al rey por medio de su arzobispo el cardenal Quiroga; y el rey accediendo á su solicitud, encargó á Roma una bula del pontífice para que aquellos monjes le entregasen. Otorgó dicha bula el Papa gustoso: se encargó el negocio al duque de Parma, quien envió comisionados al convento de San Guilden. No tuvieron los monges reparo en entregar el cuerpo con los testimonios de su autenticidad, en vista de la bula. Se envió inmediatamente el cuerpo á España; y algunas leguas antes de llegar á Toledo, se depositó en una caja de plata, en que hizo su entrada pública y solemne. Salió el rey del Escorial con su corte para asistir personalmente á esta ceremonia, que fué muy solemne y muy vistosa. Aguardaba á la puerta de la ciudad el arzobispo vestido de pontifical con otros prelados y eclesiásticos del alto clero, y desde este punto marchó la procesion con música, repique de campanas y fuegos de artificio. Correspondieron las diversiones públicas de la tarde á la solemnidad de la funcion de iglesia, y el pueblo se mostró muy gozoso y satisfecho.

En el año de 1588 fué de gran gusto para el rey y para España la bula de su Santidad, canonizando á san Diego de Alcalá, de quien era muy devoto. Era este santo sumamente popular, como que á su intercesion milagrosa se habia atribuido en su tiempo la cura repentina del príncipe don Carlos de una grande enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro.

El año 1592 salió el rey de Madrid en compañía del príncipe don Felipe y los demás grandes de su corte. Permaneció algunos dias en Valladolid, y en seguida pasó á Búrgos. Se trasladó despues á Navarra, y en Pamplona se verificó la jura del príncipe como heredero del reino de Navarra. Despues pasó á Tarazona, donde celebró cortes de Aragon, en las que con motivo de los disturbios del pais se hicieron alteraciones en los fueros de aquel reino (1). El año siguiente se celebró un capítulo del Toison de Oro, cuyo collar distribuyó el rey á algunos grandes. El mismo año puso casa al príncipe, nombrando para los primeros cargos de ella á los principales personajes.

En aquel mismo año se celebró una fiesta magnífica en solemnidad del bautismo recibido por el príncipe Muley, hijo de Muley-Hamed, emperador destronado de Marruecos. Le elevó el rey á la dignidad de grande, y le hizo además muchísimas mercedes.

En 1594 murió el arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, cardenal é inquisidor general. Presentó el rey en su lugar al archiduque Alberto, regente de Portugal, y para sustituirle en este cargo, nombró una regencia compuesta del arzobispo de Lisboa, don Miguel de Castro, presidente, y otros cuatro mas prelados. Ya veremos mas adelante cómo el archiduque Alberto no llegó á tomar posesion de su nuevo destino.

Los negocios interiores de España son como se ve de poquísimo interés, por la tranquilidad y calma en que se hallaba á la sazon España. Los negocios seguian su curso ordinario; la máquina administrativa se descomponia raras veces, y eso sin que se quebrase ninguna de sus ruedas principales. Habia pocos conflictos y menos lucha de partidos en un pais donde la unidad religiosa y el derecho divino del rey eran el principio dominante casi en la opinion, lo mismo que en las leyes. Desde 1578 hasta el fin del siglo, y aun se puede decir en todo el reinado de Felipe II, no hubo mas disturbios en el reino que los de Aragon, y estos promovidos incidentalmente por un asunto muy distinto en su especie de los acontecimientos á que habia dado orígen.

En la corte de Felipe II traspiraban poco aquellas intrigas que tienen lugar en otras, donde los reyes son mas débiles ó mas accesibles. Era esta corte un remedo del monasterio del Escorial, donde todo se movia con solemnidad y pausa. Se puso la última piedra de

(1) Hablaremos de estas Cortes y de otras en su lugar correspondiente.

este magnífico edificio en 1584 con grande regocijo del monarca. No se mostraba menos activo en adornarle y hermosearle que en fomentar su ereccion desde la primera piedra que puso en los cimientos por su propia mano. Se iba convirtiendo poco á poco en un museo á que todas las artes concurrian. En 1595 bendijo solemnemente el templo el nuncio de su Santidad, Camilo Cayetano, patriarca de Alejandría, con anuencia del Pontífice. Se imagina fácilmente la pompa y la magnificencia con que se celebraria aquella bendicion tan deseada.

CAPITULO XII.

Asuntos de Francia.—Negociaciones del partido político.—Nuevas agitaciones en Paris.—Formacion de la junta de los Diez.—Suplicio del presidente Brisson y otros mas del Parlamento.—Negociaciones é intrigas.—Pretensiones del rey de España.—Envia tropas á Paris.—Son recibidas en triunfo.—Apertura de los Estados generales.—Incertidumbre.—Conferencia en San Dionisio.—Piensa sériamente el rey de Francia en volver al gremio de la Iglesia.—Le instruyen doctores.—Ceremonial de su abjuracion en San Dionisio.—Irritacion de los liguistas.—Protesta del legado.—Sigue la guerra.—Progresos del rey.—Se le abren las puertas de Paris.—Su entrada pública en la capital.—(1592-1594.) (1).

Mientras se hallaba empeñado el rey de Francia en las operaciones militares de que hemos hablado en los capítulos LXVI y LXVII, continuaban las negociaciones del partido medio que á toda costa queria hacer cesar aquel conflicto por medio de la restitucion del rey al seno de la Iglesia. Era este partido sumamente numeroso en el pais, pues la ley sálica, en virtud de la que era rey de Francia el de Navarra, se hallaba arraigada en el corazon de casi todos los franceses. No se escaseaban para apoyar esta opinion folletos en todos los estilos. Pero cuanto mas moderado y conciliador queria mostrarse este partido, mas crecia de punto el fanatismo de los ardientes católicos que rechazaban al monarca hereje, pues con este título

(1) Las mismas autoridades ya citadas en todos los capítulos relativos á Francia. Entre ellas merece particular atencion la obra moderna de Mr. Capefigue, intitulada *De la reforma, de la liga y del reinado de Enrique IV*. Mucho mas de la mitad del texto se reduce á copias literales de varios documentos casi oficiales de la época. Como Felipe hizo tanto papel en todos aquellos acontecimientos, cita el autor muy frecuentemente su correspondencia particular con los embajadores que tenia en Paris, y muchos grandes personajes de Francia, á quienes particularmente se dirigia, copiando algunas frases y palabras segun están en castellano. En pocas obras modernas se ve con tanta claridad lo que el rey de España de entonces influia en los negocios del vecino reino.

le designaban. Cada vez adquiria mas ascendiente el partido popular en Paris, que tales combinaciones repelia. Habia salido de su cautiverio en Tours el jóven Guisa, hijo del difunto mártir, y su presencia en aquella capital mantenia los sentimientos profesados á su padre. A los escritos de los moderados respondian con nuevas manifestaciones de exclusiva intolerancia. Cada vez se ponian mas en contacto los jefes de aquella parcialidad con el embajador de Felipe II, con el legado del papa; y á mantener viva la llama de semejante agitacion sin duda contribuian por su parte los manejos secretos de Alejandro. Llegó el fanatismo del pueblo de Paris hasta acusar de tibios á los del Consejo de la Union, y desconfiar del celo de su propio ayuntamiento. Para asegurarse mas de la buena y leal decision de los negocios, se convinieron en formar de entre los mas acalorados una junta de diez personas, en cuyas manos quedaron concentrados casi todos los poderes. Adoptó esta junta las medidas mas terribles de represion, decretando la pena de muerte contra los que estuviesen en correspondencia con Enrique, confiscando los bienes de todos los consejeros del Parlamento á la sazon ausentes. Acusaban á esta corporacion de floja, de remisa, de descuidada en promover los intereses de la liga. Acaeció que habiéndose denunciado ante este tribunal un hombre acusado de inteligencia con Enrique, fué absuelto contra la espectacion del pueblo que contaba ya con su castigo. No fué necesario mas para acusar al parlamento de traidor; sobre todo al primer presidente, Brisson, que se tenia por el de mas influencia. Le acusaron los diez ante el duque de Mayena que se hallaba entonces fuera de Paris, y que por otra parte pasaba por hombre moderado. No aguardaron su decision los hombres mas fogosos de la muchedumbre. Les arengó un tal Bussy-le-Clerc, especie de tribuno, diciéndoles que para nada necesitaban de la asistencia ajena pudiendo ellos hacerse justicia por su mano, y que teniendo á su disposicion cuerdas para ahorcar á los traidores, cuanto mas pronto las usasen, tanto mas eficazmente servirian los intereses de Dios y de la Iglesia. Hizo su discurso efecto. Para asegurar mas su conciencia, se consultó el caso con algunos doctores de la Sorbona, quienes le decidieron favorablemente, es decir, en sentido de la muchedumbre. Se ejecutó la sentencia tan prontamente como habia sido fulminada. Fueron ahorcados el primer presidente, Brisson, Juan Tardif y Larcher, magistrados de otro tribunal llamado el Chatelet, con grande aplauso público, haciéndose esparcir la voz

que morian por traidores, por implicados en planes con Enrique de Navarra.

Así se sofocó en Paris la reaccion que trataban crear los hombres del partido medio; así pasó poco á poco á manos del pueblo el poder que ejercian las corporaciones formadas por él mismo, y como no se podia ejercer un mando tan violento sin el auxilio del terror, le infundieron en todas las clases de la sociedad que podian oponérseles. Se expidieron decretos contra culpables y contra sospechosos, se confiscaron los bienes de los que estaban acusados de traicion ó tibieza hácia la causa de la liga. Para castigar sumariamente estos delitos se formó un tribunal con el nombre de Cámara Ardiente, á imitacion del que bajo el dominio de los Tudores en Inglaterra se habia mostrado tantas veces instrumento de las venganzas de estos príncipes.

Mas este reinado del terror fué corto. Pasaron del temor á la irritacion los hombres moderados, los ricos de la capital, y acudieron con sus quejas al duque de Mayena. Ofendido este asimismo de semejantes procederes, no tardó en dar vuelta á Paris acompañado de su ejército. En las simpatías de los militares no tenian apoyo los hombres mas ardientes de la liga. Destituidos asimismo de los auxilios de las clases ricas, no fué difícil al duque de Mayena refrenar sus ímpetus y recobrar el ascendiente. Para asegurar la tranquilidad y ponerse al abrigo de cualquiera contingencia, adoptó medidas militares, entre ellas, la de apoderarse del fuerte de la Bastilla, donde mandaba el mismo Bussy, quien la entregó sin ninguna resistencia. Tambien mandó tomar las armas á los vecinos mas ricos de la capital, que colocó en las principales boca-calles. No le fué difícil echar mano al tribuno y compañeros, quienes terminaron su vida con el mismo suplicio que habian decretado contra Brisson y los otros magistrados. En seguida reorganizó la municipalidad, restituyó el poder al Consejo de la Union, y tomó medidas para neutralizar el ardor de los mas exaltados y fanáticos.

Restituyó el duque de Mayena la tranquilidad á Paris; se vengó tal vez de muchos de sus enemigos personales; mas cometió una falta como hombre de partido. No podia apoyarse el suyo mas que en principios exagerados, en las pasiones ardientes á que daba pábulo la intolerancia religiosa. Proteger en Paris una reaccion en favor de los moderados de este partido, era dar un paso hácia los otros moderados; es decir, hácia los políticos que se mostraban tan enemigos de los liguistas mas fogosos. Era despojar la causa de los medios de accion mas eficaces, y despojarse él mismo de la poca consideracion que podia gozar todavía como heredero de su hermano. A esta falta del duque de Mayena añadió la nueva municipalidad de Paris la de escribir á todas las ciudades principales donde la liga dominaba, haciéndoles ver los cambios que habian ocurrido en la capital, y la necesidad en que se habian visto de refrenar la audacia de los que mas celosos se mostraban. Fué acogida esta manifestacion si no con disgusto, al menos con indiferencia. ¿Cómo se trataba, respondian algunos, de apagar el fuego que convenia tanto mantener vivo aunque produjese algunos males pasajeros? ¿Quién defenderia los intereses de la liga si se tomaban tales medidas de rigor contra sus mas ardientes partidarios? Estas razones eran especiosas, y la política de Mayena muy torcida.

Se debatia en Francia mientras tanto la cuestion inmensa de la sucesion á la corona, vacante, segun unos, despues de la muerte de Carlos X, ocupada legítimamente desde la de Enrique III segun otros. No podian decidirse estos puntos importantes sino en el seno de los Estados generales. Era de cargo de Mayena, como teniente general del reino, el convocarlos. Mas no manifestaba mucha prisa en ello, ó por aguardar resultados mas definitivos de las operaciones militares, ó por conservarse en el mando por mas tiempo. Instaba Felipe II porque cuanto mas antes se los convocase, pues de ellos aguardaba el fruto definitivo de tantos años de trabajo. Envuelto hasta entonces en las sombras del misterio, comenzó desde la muerte de Carlos X á manifestar sus verdaderas intenciones. En sus instrucciones al embajador, que lo era entonces don Joaquin Ibarra, le hizo saber que su hija Clara Eugenia era la heredera de la corona de Francia, por su madre Isabel de Valois, en cuyo favor debia recaer la eleccion de los Estados; que nada queria de los Borbones, declarados incapaces de la sucesion por sus principios y culto religioso; que si bien conocia que la ley sálica era un obstáculo á sus pretensiones, debia desaparecer esta ley delante de intereses de gravísima importancia; que si se les repugnaba violar dicha ley tratándose de una sucesion por la via de herencia, podian apelar al recurso de elegirla, lo que evitaria todos los inconvenientes: sobre todo le recomendaba el mayor secreto y reserva en declararse abiertamente lo que se debia dejar para cuando estuviesen los Estados reunidos.

Tenia poco partido á su favor el duque de Mayena. A fuer de moderado habia incurrido en la prevencion y hasta en el odio de los liguistas exaltados. Quien era objeto de todas las simpatías de este partido extremo, era el jóven duque de Guisa, hijo del que llamaban mártir, y en quien consideraban el heredero de su nombre, de su valor, de sus virtudes y celo ardiente por la religion católica. Tan enterado estaba Felipe II de este gran favor, que manifestó á Ibarra que si para el nombramiento de la infanta exigian por condicion su enlace con el jóven Guisa, no tendria ninguna dificultad en dar su asentimiento.

Declaraba mientras tanto el rey Enrique que jamás reconoceria autoridad de los Estados generales para conferir, ni aun á él mismo, lo que era ya suyo por herencia; que desde la muerte de Enrique III era rey de Fracia en virtud de una ley antigua y veneranda que no se habia infringido en ninguna ocasion y por ningun motivo. En favor de esta ley sálica circularon entonces muchos folletos bajo los auspicios de Enrique, haciéndose ver en todos ellos la importancia de la institucion, y lo mal que habia probado en Francia la parte que habian tomado en el gobierno algunas de sus reinas. Citaban con este motivo á Bruniquilda, mujer de Childeberto; á Clotilde, mujer de Clodoveo; á Blanca de Castilla, madre de san Luis, autora de todos los males que habian producido las dos cruzadas de este príncipe; á Isabel de Baviera, mujer de Carlos VI, por cuyo medio se habian introducido ingleses en el reino, arrancando la corona al legítimo heredero.

Expidió al fin órdenes el duque de Mayena para la convocacion en Reims de los Estados generales. Nombró Felipe II por su embajador plenipotenciario cerca de la asamblea al duque de Feria, cuyos poderes eran una especie de carta del rey á los Estados mismos, haciéndoles saber que interesado como estaba en el bien de aquel pais por quien habia hecho tantos sacrificios, y no pudiendo acudir en persona á darles los consejos que le parecian necesarios en aquellas circunstancias, les enviaba al duque de Feria, representante de sus voluntades; que hallándose sin rey y convocados para atender á una necesidad entonces tan urgente, eligiesen cuanto mas antes un rey católico que se comprometiese á purgar para siempre el suelo francés de la herejía, y á expeler los príncipes de la casa de Borbon, enemigos de la Iglesia; que habia llegado el momento de que manifestasen los buenos franceses su aprecio por los grandes servicios que en todas ocasiones les habia hecho, y los que estaba resuelto á hacerles en lo sucesivo.

El duque de Mayena, desconfiado ya de que la eleccion de los Estados generales recayese en su persona, trató al menos de ganarse á Felipe II, proponiéndole las condiciones bajo las que apoyaria los intereses de la infanta. Envió con este objeto un embajador á Madrid proponiéndole que urgia mucho entrasen cuanto mas antes en Francia dos ejércitos, mandados el uno por el duque de Parma y el otro por él mismo (el duque de Mayena): que se podia destinar uno de ellos á expulsar del suelo francés á Enrique de Navarra, mientras se aplicase el otro al sitio de varias plazas que se habian declarado en favor suyo: que enviase grandes sumas de dinero para cubrir todos estos gastos; que se necesitaba mucha actividad para impedir la conversion de Enrique, objeto de las esperanzas de todos los políticos; y que, defraudadas estas de una vez, nada seria mas fácil que el promover el nombramiento de la infanta, como el único medio de establecer para siempre la religion católica en el pais, sin mezcla de otra alguna.

Ni el duque de Mayena era sincero con Felipe II, ni este rey se fiaba del duque de Mayena. Verdaderamente no le necesitaba para nada. Era muy poderoso su partido en toda Francia y casi unánime el voto de los ardientes católicos en favor de la infanta, dando por supuesto que por su enlace con el duque de Guisa pasaria el trono de Francia á la casa de Lorena. A la persona de Felipe II se dirigian todos los personajes de la liga, y especialmente el pueblo de Paris, que le consideraba como su grande apoyo, como el alma de sus movimientos. Muy bien se hallaba enterado de esto el rey de España. Por una combinacion de circunstancias que no habia previsto, se hallaba en vísperas de reembolsar con usura cuanto habia expendido por fomentar aquellas sangrientas convulsiones. Estando para abrirse los Estados generales, se apresuró á enviar al duque de Feria las instrucciones que debian dirigir su conducta en aquellas conferencias. Era la una oficial y ostensible, la segunda privada y para su gobierno propio. Se le decia en la primera: nada de regencia ó cesacion de los socorros de España; alejamiento de todos los príncipes de la casa de Borbon y reconocimiento de los derechos de la infanta. En la secreta se le indicaba el órden de preferencia que debia observar para cuando se tratase de elegir un rey de Francia: 1.° sostener la eleccion de la infanta: 2.° la suya propia (la del

mismo Felipe II); 3.° la de uno de los archiduques; 4.° la del duque de Guisa; 5.° la del cardenal de Lorena; advirtiéndole que en el tercero y cuarto caso, deberia ir envuelta la condicion de matrimonio con la infanta. Poco despues de la salida de estos pliegos, envió el rey una memoria redactada por dos doctores de Salamanca, en favor de los derechos de doña Clara Eugenia, haciendo ver que la ley sálica no era aplicable á la cuestion de entonces, y que erraban grandemente todos los autores tanto antiguos como modernos cuyo dictámen era de que la exclusion de las mujeres al trono tenia su orígen en el derecho público.

Tambien se prevenia, tanto al embajador como á los demás agentes del rey: 1.ª que redoblasen su actividad para impedir que el duque de Mayena y los católicos diesen oidos á las proposiciones del príncipe de Bearne; 2.ª que vigilasen asimismo la conducta de los plenipotenciarios de Roma y trabajasen porque se evocasen exclusivamente á la corte de Su Santidad los negocios de la Francia. Despues se les recomendaba mejor distribucion de las sumas enormes que la Francia le costaba. Se ve por estos datos que Felipe II no tomaba en ninguna consideracion los derechos del duque de Mayena á la corona, que era para él grande objeto de inquietud el que Enrique llegase un dia á hacer su abjuracion, y que la nacion la hubiese por sincera. Por esto mostraba tanta impaciencia en que se reuniesen cuanto mas antes los Estados generales; pero no estaba esto en los intereses del duque de Mayena, motivo mas para ser objeto de desconfianza y aversion del rey de España.

Que este monarca tenia un partido inmenso entre los jefes mas influyentes de la liga, era evidente; que todos abrigaban la opinion de que solo con sus auxilios poderosos saldrian con felicidad de aquella crisis, y conseguirian el triunfo de la religion católica en toda su pureza, aparece claro de la correspondencia que entre unos y otros se seguia, y de los mismos hechos. No solamente se inclinaban á declarar á la infanta reina, sino á poner la corona sobre las sienes mismas de Felipe. Se manifestaron pues francamente con el rey, ofreciéndosela bajo las siguientes condiciones: 1.ª exterminio de la herejía en Francia para lo que se levantaria á sus expensas un ejército que no dejaria las armas de la mano hasta haberlo conseguido: 2.ª el castigo ejemplar de los blasfemadores del nombre de Dios y de los santos, y de los que cometian mil maldades á que se habian acostumbrado por la licencia que llevan consigo las guerras civiles: 3.ª la observancia puntual de todos los decretos del concilio de Trento: 4.ª el establecimiento de la Inquisicion con tal que este tribunal no entendiese mas que en casos de herejía: 5.ª que no se proveyesen arzobispados, obispados, abadías, beneficios, rectorías de colegios, administraciones de hospitales y obras pias en extraños; y que tambien se confiriesen exclusivamente á franceses naturales el cargo de condestable, de canciller, de mariscal de Francia (no habia entonces mas que cuatro), de almirante, de caballerizo mayor, de gran maestre de ceremonias; extendiese la misma exclusion á los empleos de gobernadores, cargos de judicatura, etc.: 6.ª que no se venderia ningun empleo: 7.ª que se anularian todos los impuestos y contribuciones introducidas desde Luis XII, á excepcion de la de la sal, incluyendo en igual revocacion las décimas: 8.ª que todos los caudales públicos tanto ordinarios como extraordinarios del reino, á excepcion de los del patrimonio, se llevarian al tesoro público en Paris, poniéndose á disposicion del solo tesorero, y de un solo contador (controleur) para aplicarse á diversos alistamientos de tropas de tierra y mar, al entretenimiento de las galeras, de los estados del rey, etc., de cuyas sumas no se daria cuenta mas que ante los Estados generales: 9.ª que su majestad permitiese el tráfico de todos sus paises de Europa, Asia, Africa, América, islas del mar Océano, lo mismo que á los españoles: que el rey no se nombrase ya rey de España, ni tampoco rey de Francia, mas que tomase el título de gran rey ó cualquiera otro que no envolviese especialidad: 10.ª que los Estados se celebrarian cada cuatro años, y se trataria en ellos de reformar las cosas pertenecientes al Estado, y de ver si su magestad habia contravenido en alguna cosa á lo que hubiese prometido, y en este caso hacerla enmendar ó restablecer, ó si no quedar libre y absuelto el reino de todo deber de fidelidad, y cualquier otro, y pasar á la nueva eleccion de rey que mejor las observase. La utilidad y bien que resultasen de este establecimiento seria la extincion de la herejía en toda Europa, la ruina del imperio de los turcos, la recuperacion de Tierra santa, la paz entre los católicos, y el aterramiento de la tiranía.

Se ve por este precioso documento que los católicos ardientes de Francia sabian mezclar, con el espíritu de intolerancia y fanatismo religioso, las ideas de un gobierno donde el bien general fuese el primer objeto de los administradores y legisladores. Era el fenó-

meno que ofrecian entonces las principales naciones de la Europa. Por supuesto no tenian ni podian tener estas negociaciones el carácter de oficio, no estando todavía reunidos los Estados generales, los solos que podian resolver definitivamente este problema. Se conferenciaba privadamente, se negociaba, se intrigaba como sucede siempre antes de la deliberacion de estas grandes asambleas. Lo que interesaba mucho al rey de España y á su gran partido de la liga, era conservar vivo el entusiasmo mientras llegaba el momento de la reunion que tanto ansiaban.

Se mantenia en efecto vivo el fuego de la liga á pesar de los actos impolíticos del duque de Mayena, tanto en Paris como en las principales ciudades de la Francia. Se hallaba en Bretaña al frente de esta parcialidad el duque de Mercœur, teniendo á sus órdenes un cuerpo español mandado por Juan de Aguilar, y comunicándose con el rey de España por medio de don Mendo de Ledesma, su enviado y plenipotenciario. Mandaba en Languedoc el duque de Joyeuse, hermano del que habia muerto en los campos de Courtras, tan valiente é impetuoso como él y tambien tan desgraciado. Se hallaba en el Leonés, dándose la mano con los estados de Borgoña, el duque de Nemours, de la casa de Lorena, en la Provenza; mandaba las fuerzas de la liga el duque de Saboya, marido de la princesa de España doña Catalina.

Mientras tanto hacia el rey de Francia su campaña en Normandía. Ya hemos visto cómo puso sitio á Ruan, cuya presa le arrancó como de las manos el duque de Parma á su segunda entrada en Francia. A no verse precisado este general español á regresar á los Paises-Bajos, á tener un ejército considerable para atender exclusivamente á una campaña en Francia, hubiera parado gravísimos perjuicios al rey cuya estrella se habia ya eclipsado dos veces delante de la de Alejandro. Mas la necesidad de atender á la guerra importante de los Paises-Bajos y la política de Felipe II que era de auxiliar, de un modo que á cada instante necesitasen de socorros nuevos, hicieron salir á Enrique de gravísimos cuidados.

La fortuna de la guerra se le mostraba mas favorable que á sus antagonistas. Ni el duque de Mayena, ni los demás jefes de la liga podian ponerse á nivel suyo, ni medirse ventajosamente con sus tropas tan familiarizadas con todos los peligros y trabajos de la guerra y que con tanto entusiasmo le seguian en un dia de batalla. De caudillo aventurero, se habia convertido Enrique en jefe de nacion, en potencia formidable. Ya se titulaba rey de Francia con toda seguridad de hacer real y positivo su dictado. Se mostraba abiertamente su aliada la reina poderosa de Inglaterra; los holandeses, que ya se consideraban como una potencia, le enviaron buques que auxiliaban sus operaciones militares. Los príncipes del imperio le habian enviado bandas de lansquenetes que figuraban ventajosamente en su ejército. Tambien se hallaban en sus filas cuerpos suizos. Se conservaba el sultan Amurates III en sus buenos sentimientos de amistad, y preparaba buques á su disposicion que debian dirigirse al puerto de Marsella.

Fácil es concebir que teniendo aquella guerra civil tantos teatros á la vez, se trabarian muchas escaramuzas y combates parciales que por las pocas fuerzas que los empeñaban no merecen el nombre de batallas. En sus pormenores es inútil el entrar porque no seria conducente á nuestro objeto. Por lo regular cabia lo mejor de estos choques á las tropas reales. En la Lorena derrotó completamente el duque de Bouillon, de la parcialidad de Enrique, á Damblize, jefe de las fuerzas de la liga. En Languedoc acometió impetuosamente el duque de Joyeuse la plaza de Villemour, donde acababa de entrar Desine jefe de las tropas calvinistas. El ataque fué furioso pero con igual arrojo rechazado. Se retiraron los liguistas con grande confusion y mucha pérdida de muertos y de heridos, quedando ahogado en las aguas del Tarn el mismo duque de Joyeuse.

Mientras tanto continuaban las negociaciones en que representaba el principal papel el rey de España. Tal vez no estaba bien informado del verdadero estado de las cosas, ó pudieron mas que su prudencia sus pasiones políticas y religiosas. En proporcion de la prisa que manifestaba para que los Estados diesen una resolucion definitiva, se mostraban negligentes tanto el duque de Mayena como la municipalidad de París en promover una medida que les iba á quitar gran parte de su crédito. Obraban en esto de concierto con los parlamentarios, que tenian ciertos puntos de contacto con los políticos, que aspiraban á la conversion de Enrique IV. No fué preciso mas para que Felipe II se alarmase creyéndose burlado, y concibiese sospechas de que todo el favor que en Francia le mostraban no tenia mas objeto que el sacarle tropas y dinero. Los Estados se habian reunido efectivamente en Reims, mas sin resultado alguno y ni mas trabajos que el de aplazarse para Paris donde de-

bia ser la reunion mas numerosa. Sirvió esto para aumentar el mal humor del rey de España. Inmediatamente escribió nuevas cartas á sus enviados y agentes en Paris, que lo eran, además del duque de Feria, don Diego de Ibarra, don Juan Bautista Taxis y don Bernardino de Mendoza. Se quejaba en ellas de la conducta tortuosa que en Paris se observaba con respecto á la eleccion de la infanta: que por esta consideracion no se comprometeria nada hasta que desapareciese toda incertidumbre de la negociacion, y se conociesen bien los Estados generales, pues entonces se ganarian mas fácilmente y con menos gastos los diputados eclesiásticos y los diputados de las ciudades que llevaban el título de *buenas*: que se sirviesen de ellos como de un contrapeso para moderar las pretensiones de las clases nobles, pues tenia sospecha de que aspirando el duque de Mayena al primer puesto del Estado, debia de estar de mala fé en sostener los derechos de la infanta con quien no se podia enlazar por ser casado, en lugar que los príncipes solteros como el duque de Guisa ofrecian dobles probabilidades de buen éxito: que tuviesen la mayor atencion en el buen manejo de este negocio, y sobre todo que se le asegurasen de las ciudades del Bearne fronterizas á España, segun el tratado que habia hecho sobre el particular con el cardenal de Borbon y posteriormente con la liga.

Son curiosas las particularidades y hasta pormenores minuciosos de que se ocupaba el rey en esta correspondencia seguida sin descanso. Al considerar el tiempo que gastaba sin duda alguna Felipe II en este asunto, se podria juzgar que no tenia otros mas á que entregarse. En la mayor parte de los pliegos habia notas marginales de su mano. Se ve por toda esta correspondencia lo receloso que era y lo mucho que desconfiaba de los franceses con quien estaba negociando. La posibilidad de que el rey de Francia volviese al seno de la Iglesia, era su eterna pesadilla. «Esforzaos, decia á Juan Bautista »Taxis, en rechazar el príncipe de Bearne, en recordar su antigua »conducta, sus edictos contra la Iglesia y sus jefes: decid que es un »punto arreglado entre su Santidad y yo. No conviene perder de vis»ta, decia en otro pasaje, las negociaciones continuas del príncipe de »Bearne por la paz. Notad bien que sus últimas ventajas han podido »facilitarle los caminos. No dejeis de poner gran cuidado en hacer »perseverar á los católicos en esta via de salvacion, y conseguireis »evitar el que caigan en un lazo. Despues de esto, para animar al du»que de Mayena, para no hacerle pensar que me olvido de las ne»cesidades de nuestra santa causa, en fin para dar valor á las pala»bras, haced distribuir la suma de cien mil escudos á beneficio de »dicho duque de Mayena, preparando la distribucion de modo que »toda aquella gente no aguarde á todas horas dinero de donde tanto »ha salido. Al mismo tiempo felicitaba al duque de Guisa por su noble conducta, añadiendo que daba las órdenes de que le entregasen quinientos mil escudos en premio de su perseverancia.

No contento Felipe II con tantas promesas y dádivas, propuso á los de su parcialidad que les enviaria tropas para auxiliarlos en todos sus pasos ulteriores. No podia menos de ser muy agradable esta oferta al pueblo de Paris, fatigado ya de un servicio militar que llevaba en peso desde tantos años. Escribieron al rey la municipalidad y los cuartenarios, dándole gracias por la oferta y aceptándola. Manifestaban en su carta lo decididos que estaban á no consentir nunca un rey que no fuese católico de corazon, y su inclinacion á apoyar las pretensiones de la infanta, que no dudaban seria elegida por los Estados generales; que para dar mas apoyo á sus derechos y aliviar á la pobre capital no habia medio mas eficaz que enviar una guarnicion extranjera compuesta de buenos católicos y que estos fuesen con preferencia españoles, por evitar toda rivalidad en caso de que se compusiesen de mas naciones que una. Al mismo tiempo se le mostraban agradecidos de los mas importantes servicios que el rey les habia hecho en tantas ocasiones; pues sin sus tropas, sin las dádivas y buenos consejos de sus embajadores no habria ya en Paris ni religion, ni haciendas, ni aun vidas; en una palabra que Paris no seria Paris.

Las obras se siguieron á la oferta. Se apresuró el rey á dar órdenes de que marchasen á Paris hasta seis mil hombres de españoles y napolitanos formados entre dos tercios. Debia correr por cuenta del rey el pago de todas esas tropas, para lo que envió á pedir al embajador una nota de lo que importarian los sueldos de un ejército español en Francia. Desempeñó su comision don Diego Ibarra entrando en pormenores hasta de lo que costaban los soldados rasos y tambores. Al mismo tiempo le envió otra nota de lo que costaria al rey un regimiento francés del pais, pues era evidentemente su intencion tomar á su sueldo tropas de la misma Francia. Contaba así con dos ejércitos, uno llamado pequeño estacionado en Paris, y el otro que debia salir de nuevo de los Paises-Bajos mandado por Farnesio. La muerte de este general privó á la liga de un campeon y libertó á Enrique de un rival muy poderoso.

Fueron recibidas las tropas españolas en Paris con muestras de grandísimo entusiasmo. Acudian los vecinos á festejar su entrada y no se hartaban de admirar y alabar á los valientes veteranos endurecidos con los trabajos de la guerra, familiarizados con la pelea en tantos paises donde tenia guerra el rey de España. Se esmeraban la municipalidad y los habitantes todos en proporcionar cuantas comodidades les era posible á estos valientes extranjeros á quienes daban el título de salvadores.

Con esto creció mas el crédito de Felipe II y pudo formular de un modo mas explícito sus pretensiones. Hablaba ya en tono de un hombre que tenia en sus manos los destinos de la Francia. A don Diego de Ibarra le decia: «Si creo lo que me asegura el duque de »Mayena, van muy pronto á ser reunidos los Estados. Poneos al »corriente de cuanto pase en ellos: que nada se haga sin vuestra »participacion, y avisadme de todo. Ya habreis visto cuán diferen»tes son las últimas pretensiones escritas por Mayena de su puño, »de las que me hizo anteriormente. Ya he hecho saber mi resolu»cion sobre el asunto, mas no conviene que la sepa el duque hasta »el dia de la reunion de los Estados, pues pudiera ser tal vez que »descontento de mi respuesta halle en ella nuevos motivos para »diferir la convocacion de la asamblea.»

«En cuanto á los gobiernos, prosigue el rey, y provincias que »el duque de Mayena, ha pedido por conducto de su embajador en »España, me es imposible conceder la Normandía. Es un favor de»masiado grande que no hará ninguno de los reyes en posesion de »la corona: seria esta provincia peligrosa en otras manos que las »del soberano. Consiento en que se le dé al duque doscientos mil »francos de renta y el ducado de Borgoña en garantía: además le »prometo doscientos mil ducados pagaderos sobre mis propias ren»tas en dos años. Me parece justo que pague el nuevo rey las deu»das que el duque de Mayena ha contraido durante el tiempo que »ha estado á la cabeza de los católicos.»

Decia el rey al duque de Feria: «Preveo la objecion que se pue»de hacer en los Estados generales, á saber: que si se reconociese »por reina la infanta pudieran reunirse las coronas de España y de »Francia sobre su cabeza. Es mi intencion que despues de mi »muerte se divida entre mis hijos estas dos coronas: tal es la ven»taja que hago al reino de Francia, ventaja de bastante mérito, »pues desecho mi propia eleccion en favor de mi hija primogénita.»

Tales eran las ilusiones que se hacia Felipe II á la víspera de la reunion de los Estados generales, ilusiones que creia bien fundadas despues de tantos años de negociaciones, de intrigas, de sacrificios y sobre todo de las enormes sumas de dinero que le habia costado asegurarse en aquel reino el partido de mas poder y mas influencia. A pesar de tantos servicios, de tantas ofertas, de las buenas esperanzas que le daban sus embajadores, debia de pensar que era su pretension de aquellas que no pueden menos de encontrar obstáculos insuperables. Se trataba nada menos que de dar á Francia un príncipe extranjero y de violar para ello la ley sálica fundamental en el pais, uno de los grandes principios de su derecho, grabados en el corazon de todos los franceses. No sabia bien Felipe II que la masa nacional repugnaba esta infraccion, y que las excepciones eran pocas por muy poderosos que fuesen verdaderamente los que la deseaban, ó mas bien por necesidad la consentian.

Estaba entonces la Francia dividida en tres grandes partidos ó fracciones sin contar los diversos matices que entraban en la composicion de cada uno: 1.° los liguistas puros y exaltados que no querian á Enrique ni calvinista ni católico, por suponer que siendo su conversion de mala fe peligrase la católica, en caso de ser reconocido como rey de Francia: 2.° los calvinistas, tambien puros y exaltados que seguian su bandera y se lisonjeaban de que sus grandes sacrificios en favor de su persona tendrian por fin el resultado de sentar en el trono sus dogmas religiosos y hacerlos dominantes ya que no exclusivos. 3.° los moderados, ó sea tercer partido, que si bien desechaban la idea de que un rey de Francia fuese calvinista, no perdian nunca la esperanza de traer las cosas á un punto de que Enrique se viese precisado á una abjuracion considerada por ellos como el desenlace mas natural de aquel drama complicado; y hablamos solo de hombres que se movian por principios religiosos ó por aquellas fuertes pasiones en política que están ligadas con grandes intereses personales. El número de los tibios ó los tímidos, de ideas moderadas, ó de poco apegados á sus principios religiosos, de calculadores frios, de deseosos de que acabasen de una vez á cualquier precio las revueltas y trastornos que despedazaban la Francia desde tantos años, debia de ser diez veces mas considerable. ¡Cuántos elementos contra las pretensiones del poderoso rey de España!

Si en el primero de estos tres partidos podia contar con simpa-

tías, era para los demás objeto de odio ó por lo menos de suma desconfianza. Si los liguistas acogian bien la candidatura de la infanta era solo porque estaban convencidos de que sin los auxilios de su padre no podian llevar adelante sus designios, y además porque se lisonjeaban de que con su matrimonio con el jóven duque de Guisa, pasaria la corona á la casa de Lorena. Además, en este mismo partido habia divisiones que por precision paralizaban sus esfuerzos. Estaba el duque de Mayena descontento con Felipe II por el ningun apoyo que habian hallado en este rey sus pretensiones, pues tambien se habia querido colocar en el número de los candidatos. Se hallaba además celoso del jóven duque de Guisa, que gozaba mas favor, sin poder alegar otros servicios que los de su padre. Por otra parte el paso imprudente que habia dado hacia poco tiempo de castigar lo que llamaba demasías del partido popular de Paris le habia enajenado sus voluntades, introducido la division entre los liguistas mismos y engrosado las filas de los que deseaban composicion y se mostraban enemigos de la infraccion de la ley sálica.

En estas disposiciones de los ánimos, se reunieron los Estados generales en Paris (junio de 1593), compuestos de modo que se podian contar en grande mayoría los que deseaban composicion, y el fin de aquella guerra á cualquier precio. El mismo Mayena en su decreto y órden de convocacion hablaba de la persona de Enrique en términos que no la excluian totalmente de cualquiera combinacion política en que entrasen los Estados. Se reconocia por todos como ley lo que estos decidiesen menos por el mismo Enrique, aunque tenia secretamente entabladas negociaciones con los miembros mas influyentes y deseosos de entrar con él en avenencia.

Se abrieron con la mayor solemnidad y pompas religiosas los Estados generales. Tomó en ellos asiento el duque de Feria, embajador extraordinario de Felipe II cerca de la asamblea. Mas á pesar de esta muestra de respetuosa deferencia, cada dia se iba estrechando el campo de las probabilidades de buen éxito para aquel monarca. La infanta no era popular y mucho menos su persona propia. Por mucho que se lisonjease de su ascendiente y que sus corresponsales, sobre todo sus embajadores, le presentasen con colores agradables el semblante de las cosas, se tocaba el momento de su completo desengaño.

El negocio principal en que iban á ocuparse los Estados generales era declarar quién era el rey de Francia. Sobre este punto rodaron pues las primeras discusiones. Pronunció de los primeros el duque de Feria un gran discurso en que hizo ver los grandes derechos que asistian al rey de España para obtener la preferencia en la persona de su hija, heredera legítima por su madre de la casa de Valois á falta de varones. Enumeró los grandes servicios, los inmensos sacrificios de hombres y dinero en promover los intereses de la Francia, sobre todo los de la religion católica en todos tiempos tan amenazada; las veces que habian entrado en el pais sus tropas abandonando su propio servicio en Flandes por combatir con los calvinistas, declarados enemigos del altar y el trono; el levantamiento de los sitios de Paris y de Ruan, tan próximos á caer en manos de Enrique de Navarra. Hizo ver que no habia ya ninguna garantía para la religion católica, mientras no se acabase para siempre con un príncipe calvinista que tanto la amenazaba con sus armas, y que el golpe mas funesto que podrian dar á la Iglesia de Dios seria fiarse en la falsa conversion de un relapso tal vez decidido á traficar con su tercera apostasía: que necesitaban por lo mismo mas que nunca los auxilios de un rey poderoso dispuesto siempre á servirlos con dinero y gente con tal que se asegurase para siempre el triunfo de la religion; y en fin, que cuando se trataba de tan grandes intereses era inútil invocar una ley antigua, inaplicable en aquellas circunstancias.

En el mismo sentido y términos mucho mas esplícitos habló el legado del Papa á favor de la infanta y especialmente de la religion católica á cuya conservacion exhortó muy fervorosamente. Los Estados no acogieron mal los dos discursos aunque de tendencia contraria á lo que en general todos deseaban; pues en aquella asamblea dominaba el espíritu de terminar todos aquellos disturbios y revueltas por via de avenencias ó de transacciones.

El primer punto sometido á la deliberacion de la asamblea fué el del reconocimiento de la infanta que se debia casar con el archiduque Ernesto, primo suyo y de su misma casa. Dió la discusion de este punto orígen á muchísimos disgustos y acriminaciones, llegándose hasta decir por algunos si no habia en Francia príncipes de mérito y de sangre real entre quienes se pudiese elegir uno digno de subir al trono. Mas la proposicion no fué desechada terminantemente. Se cruzaban demasiadas intrigas y demasiados intereses exclusivos en aquella grande asamblea para que se pudiese venir pronto á un definitivo resultado. Se sucedian las sesiones á las sesiones,

los dias á los dias, sin que se decidiese nada con gran despecho de los embajadores españoles, y hasta con cólera del legado del Papa, muy unido entonces en intereses y miras con el rey de España. Llegó este á quejarse en una carta muy dura de la irresolucion de los Estados. Mas la asamblea no caminaba por esto mas aprisa.

Dos combinaciones se ofrecian para los miembros mas influyentes de la liga: primera, la eleccion de la infanta con tal que se casase con un príncipe francés; segunda, la eleccion directa de un príncipe francés, en cuyo caso recaeria esta sobre el duque de Guisa.

Para los que abrigaban ideas mas moderadas habia otra, á saber: el designar un príncipe francés por via de sucesion, en cuyo caso lo seria Enrique siempre que se convirtiese al catolicismo, y en caso de que esto no se realizase su hermano el cardenal, que habia tomado el título de cardenal de Borbon, como sobrino del que con el nombre de Carlos X habia sido un fantasma de monarca. Mientras tanto los que confiaban en la próxima conversion del rey, se esforzaban por su parte en presentar su reconocimiento como el solo medio de dar fin á tantas revueltas y trastornos.

Fáciles son de concebir los embarazos á que darian lugar tantas pretensiones personales, tantos pensamientos encontrados en aquella numerosa asamblea, compuesta de elementos tan heterogéneos. Comenzaban á perder la paciencia los embajadores españoles, y Felipe II no participaba poco del mal humor con que le escribian dándole parte de lo que pasaba. Intrigaba el duque de Mayena mas que todos movido por los disgustos que le daba el rey de España, buscando por lo mismo otros apoyos que el suyo para lograr su objeto apetecido de subir al trono. No querian sin embargo los Estados disgustar al rey, cuya cooperacion creian indispensable para el triunfo de sus principios religiosos y políticos. Se hablaba tambien del duque de Saboya como uno de los candidatos, en lo que juzgaron que le complacerian asimismo puesto que el duque estaba casado con una de sus hijas. Sin embargo, Felipe II se atenia á su primer pensamiento en favor de doña Clara Eugenia.

En realidad, todas estas desavenencias redundaban en favor de Enrique que tambien intrigaba por su parte, bien convencido de que las negociaciones le abririan mas camino que la fuerza de las armas. El partido medio que propendia tanto á su favor, contando siempre con la conversion, se hallaba en Paris con el nombre de parlamentario en los Estados generales, con el de partido medio, y

aun en su propio campo, pues muchos señores católicos de la primera distincion convencidos de que eran los suyos los derechos mas legítimos, y de que no habia otro rey posible para Francia, habian juntado con las de este monarca sus banderas. Fué una dicha para Enrique el que el arzobispo de Bourges, seguido de una gran porcion de eclesiásticos del alto clero, le hubiese desde luego reconocido sin querer jamás ni hacer parte ni acatar el dominio de la liga.

Propusieron pues los católicos del campo del rey á los de Paris una conferencia para debatir y arreglar los puntos en que estaban desunidos, y venir á un definitivo resultado. Hicieron esta proposicion hasta al duque de Mayena y á los mismos Estados generales. Accedió el primero desconfiado ya sin duda de sacar ninguna ventaja personal de la asamblea. Tampoco pusieron repugnancia los Estados generales en cuyos miembros obraba el cansancio y el mismo deseo de acabar cuanto mas antes.

Se designó por sitio de las conferencias el pueblo de San Dionisio; desde aquí se trasladaron á Surena. Nombró la Santa Union, con consentimiento de la asamblea, los comisionados que debian representarla. Lo mismo hicieron los católicos del campo de Enrique. El primer paso que dieron unos y otros, despues de reunidos, fué ajustar una tregua por diez dias.

Fué una singularidad que cada una de estas dos comisiones que iban á conferenciar estuviese presidida por un arzobispo: por el de Lyon los de Paris, y por el de Bourges los que militaban por Enrique. Fueron estos dos prelados los que llevaron la voz en las sesiones que llegaron al número de diez, y como era de esperarse sacaron ambos sus argumentos de textos de la Biblia, de los padres de la Iglesia, y de las decisiones de la corte pontificia.

Alegaba el de Bourges la obediencia que se debia á un rey por derecho de sucesion, que no podian alterar los hombres. Respondia el de Lyon que era imposible reconocer á un rey hereje, pues tenia este que faltar á la obligacion de todo rey, que es la de perseguir á los herejes. Replicaba el de Bourges que los primeros cristianos reconocian como una obligacion obedecer las potestades temporales aunque ejercidas por gentiles, y hasta por perseguidores de la Iglesia, á lo que alegaba el de Lyon que el caso era muy diverso hallándose Enrique excomulgado por el mismo Papa, vicario de Cristo y sucesor de los apóstoles. — Y ¿qué diriais, preguntó el primero, si el rey se convirtiese? Entonces, respondió el arzobispo de

Lyon, aguardaríamos que el Papa le absolviese.—Ayudadnos, pues, á inclinar el ánimo del rey para que vuelva al seno de la Iglesia.
—Nada es mas deseable, repuso el otro: hay mucho que dudar de la sinceridad de la conversion de un hereje relapso; de todos modos es un negocio en que no puede menos de intervenir la Santa Sede como supremo tribunal árbitro de conceder ó negar gracia.

El asunto no pasó mas adelante. Se rompieron ó mas bien se suspendieron las conferencias sin resolver, sin ajustar nada. Sin embargo, la misma reunion era ya un paso hácia la buena inteligencia, y daba esperanzas de que poco á poco se irian allanando las dificultades. Era el voto de la mayoría, tanto de los Estados como de la nacion entera.

En cuanto á los partidos extremos, se alarmaron, se pusieron furiosos cuando tuvieron noticia de estas conferencias. Comenzaron los embajadores españoles á ponerse de muy mal humor con el giro que tomaban los negocios, y Felipe II á perder las ilusiones que tanto le habian halagado hasta entonces. No desmayó sin embargo; escribió cartas sobre cartas á sus agentes y demás personas de influencia de su parcialidad para que deshiciesen las intrigas de los moderados, defendiendo con nueva energía la religion católica, tan amenazada con el reconocimiento de un monarca hereje. Tampoco estaba ocioso el legado del Papa, amenazando con los rayos de la Iglesia á los que trataban de avenencia con sus mayores enemigos. Los liguistas mas ardientes, la municipalidad, los cuartenarios, los sacerdotes en el púlpito se mostraban constantes á sus principios, siempre enemigos de Enrique de Navarra, hereje relapso: mas no era ya el mismo el semblante de aquella capital tan fogosa, tan formidable en otro tiempo. Las pasiones tempestuosas no son duraderas: el reinado de los partidos extremos es violento y terrible, pero corto. Mayena y los suyos, temerosos de perder el fruto de tantas agitaciones, de tantas intrigas, quisieron recobrar la popularidad que habian perdido; mas era ya tarde para reparar su imprudencia de haber refrenado y hasta severamente castigado los excesos de la muchedumbre.

Por mucha que fuese sin embargo la irritacion de los católicos ardientes con estos preliminares de concordia, no llegó á la que manifestaron los mismos calvinistas. Cuando vieron la posibilidad de que el rey abandonase las banderas de su religion, cuando no tuvieron duda de los pasos que daban unos y otros para obtener una

conversion que iba á cortar el nudo de las dificultades, se llenaron de furor, y se exhalaron en quejas contra la inconsecuencia, contra la próxima apostasía del monarca. Despues de tantos años de sacrificios y combates, despues de tan firme adhesion, de tan constante lealtad en seguir las banderas de un príncipe arruinado, iban á ser abandonados y vendidos por su jefe, á verse otra vez en miseria, á ser solo *tolerados* cuando no violentamente *perseguidos*. Recibió Enrique sérias representaciones de las personas mas influyentes de su parcialidad, en que se le hacian los cargos mas severos sobre su supuesta conversion, poniéndole delante las consecuencias lamentables, sobre todo para él, de un paso tan aventurado. No permanecieron mudos los predicantes de Ginebra, ni la reina inglesa se mostró indiferente á los rumores de un cambio de tanta trascendencia. Las reconvenciones de todas partes fueron agrias y hasta mezcladas de amenazas de que no faltaria un caudillo que combatiese por los intereses de su religion si llegaba á abandonarlos el rey por los mundanos.

Mas Enrique habia ya tomado su partido. Era demasiado sagaz; conocia demasiado las cosas y los hombres para no estar convencido de que solo volviendo al seno de la Iglesia católica podria ser verdaderamente rey de Francia. Tan diestro negociador como valiente soldado tenia entabladas relaciones con los personajes mas influyentes de las parcialidades que no estaban en contradiccion abierta con la suya, llegando sus emisarios hasta Roma, donde trataban de sondar el terreno, de preparar el ánimo del Pontífice, y allanar el camino de una absolucion que no podia menos de ser indispensable. Lo que le daba mas cuidado eran los disgustos, las quejas de los mismos calvinistas; mas trató de aplacarlos, de halagarlos con promesas, con seguridades no solo de proteccion, sino de igualdad de derechos y de privilegios. En este sentido escribia á todas las parcialidades, corporaciones, tribunales y universidades. Resuelto ya á realizar la conversion, expidió circulares, manifestando que no estando endurecido en ningun error y no deseando mas que abrir los ojos á la luz de la verdad, necesitaba conferenciar con personas instruidas que le pusiesen en la buena senda. Lo mismo escribió á varios obispos, y entre ellos al de Chartres. No tardaron mucho en reunirse teólogos y mas personas de doctrina para instruir competentemente al nuevo catecúmeno. Las conferencias que se celebraron al principio en Nantes, se trasladaron á

Chartres, cuyo obispo era uno de los instructores. El negocio ofreció poquísimas dificultades; el rey de Francia no fué indócil. Luego que estuvo suficientemente ilustrado y convencido, no se pensó mas que en celebrar el acto de la abjuracion de un modo público, con la mayor solemnidad posible.

En ninguna de estas conferencias y reuniones de doctores para la instruccion del rey, habia mediado el legado del Pontífice. Sabia muy bien el arzobispo de Bourges, alma y resorte de todo este negocio, que la corte de Roma, tan unida entonces con el rey de España, pondria mil obstáculos y dificultades á fin de ganar tiempo. Determinó pues obrar por sí solo en el acto de la abjuracion contando con que despues de consumado no habia ya mas remedio para Su Santidad que el de aprobarlo.

Tuvo lugar esta gran ceremonia el 22 de julio de 1593, en San Dionisio, anunciada de antemano con toda pompa y ostentacion para que ninguno la ignorase. Salió el rey entre las ocho y nueve de la mañana, rodeado de los príncipes y oficiales de la corona, precediéndole los suizos de la guardia con tambor batiente y banderas desplegadas. Estaban colgadas de tapicería las casas y cubiertas de flores las calles por donde pasó el rey vestido con la mayor magnificencia. Cuando llegó al vestíbulo de la abadía ya estaba el arzobispo de Bourges sentado en su silla, vestido con sus hábitos pontificales.—¿Quién sois? preguntó á Enrique.—Soy el rey, respondió este.—¿Qué pedís?—Pido ser admitido en el seno de la religion católica y romana.—¿Es vuestra voluntad?—Sí, lo quiero y lo deseo.—Entonces el arzobispo le presentó un libro; y el rey, puesto de rodillas, y descubierto con demostraciones de grande contricion, hizo su profesion de fe católica. En toda esta ceremonia mostró el rey mucha devocion, y se observó que cuando la elevacion de la hostia y del cáliz adoró la Eucaristía con sus manos juntas, despues de haberse dado tres golpes en el pecho en las dos veces. Terminada la misa hizo dar Enrique cuatrocientos escudos al pueblo en monedas de cobre, y habiendo vuelto al palacio con la misma ceremonia, mandó distribuir en la poblacion tres mil panes y otros tantos sueldos.

Tal es el extracto de la relacion que por mandado del rey y la influencia del arzobispo de Bourges se hizo de la ceremonia de la abjuracion, y se mandó circular á miles de ejemplares. Tanto como interesaba al rey el que nadie la ignorase, convenia al arzobispo justificarse á los ojos de la Santa Sede, de cualquiera precipitacion que se le pudiese echar en cara. Hizo que se extendiese un acta de la abjuracion en todos sus pormenores, firmada por todas las personas de consideracion que habian sido testigos presenciales. Tambien dispuso que se extendiese otra de las conferencias del rey con los doctores que le instruian, entrando en pormenores de las preguntas, de las respuestas, de las objeciones y de las réplicas. Nada se omitió en fin para hacer ver la sinceridad del rey en este acto solemne de reconciliarse con la Iglesia. Sobre este punto, hubo mucha duda entonces, y los historiadores de los siglos sucesivos no se mostraron mas crédulos que los contemporáneos. Que en la conversion del rey intervino principalmente la política, es un hecho histórico. «Estos doctores me fatigan y revientan: mañana daré el salto peligroso: Paris vale bien una misa;» tales son algunos pasajes de sus cartas escritas en aquellos mismos dias á su dama favorita.

Verificado el acto de la conversion se apresuró el rey de Francia á recoger sus frutos. Puesto que el principal obstáculo para no reconocerle habia sido su cualidad de calvinista, habiendo desaparecido esta, ya no habia ningun motivo para negarle la obediencia. Así escribia Enrique IV á todas las autoridades, á los ayuntamientos, á las universidades, á muchos curas, sobre todo los de Paris, que ejercian mucha influencia. Tambien se apresuró á enviar un embajador á Roma, reconociéndose hijo de la Iglesia y solicitando en esta cualidad la benevolencia del Pontífice.

Mas Enrique IV no contaba con que la mayor parte de sus encarnizados enemigos no solamente no deseaban su conversion, sino que sacaban de su cualidad de protestante las principales armas en la guerra que le hacian; no contaba con que entre los mismos que podian ser sinceros en sus manifestaciones religiosas, unos no creian en la buena fe de la conversion y la tenian por ilusoria, otros no la daban por eficaz y obligatoria para obediencia de los súbditos, mientras no obtuviese la sancion del Papa y este no diese la absolucion al rey que habia sido excomulgado.

Así, pues, era el Papa á quien tenia necesidad de acudir mas que á ningun otro.

Mas el Pontífice estaba en íntimas relaciones con Felipe II y con la liga, y rechazaba con todas sus fuerzas el reconocimiento de Enrique de Navarra. Al saber su legado en Paris el acto de la abjuracion, se penetró al instante de que era la muerte de la liga y de los

intereses de Felipe II, si no se apresuraba á declararle ilegítimo y de ningun efecto. Se pronunció pues este prelado por medio de un monitorio solemne que mandó fijar en todas las ciudades que obedecian al Consejo de la Union. Hé aquí un estracto de este famoso documento: «Nos, Felipe, legado, etc., hemos oido que Enrique de »Borbon llamado rey de Francia y de Navarra, ha hecho juntar al»gunos prelados y otros eclesiásticos en San Dionisio con el pretexto »de ser absuelto por ellos de la excomunion con que está ligado por »la Santa Sede Apostólica; y para que algunos de escaso entendi»miento no dén crédito á este embuste y sean inducidos en error, »creemos de nuestro deber amonestar á todos, á fin de que nadie »alegue ignorancia, que habiendo sido dicho Enrique de Borbon de»clarado hereje relapso é incurso en todas las penas eclesiásticas »que están asignadas á este delito por los Cánones, solo pertenece »exclusivamente al Papa entender de este negocio, y que por con»siguiente cualquiera absolucion que le dén otras personas por alta »que sea su dignidad, son de ningun efecto, quedando Enrique, »despues de haberla recibido, sujeto á las mismas penas á que se »le ha declarado antes acreedor como hereje, y factor de los here»jes. Exhortamos, pues, á todos, que hasta el dia han permanecido »católicos, que no se dejen engañar en un punto que es de tanta »importancia para los intereses de la cristiandad entera, así como á »los que hasta ahora han seguido el partido de dicho Enrique se se»paren de su obediencia, so pena de incurrir en la pena de exco»munion con privacion de beneficios y dignidades eclesiásticas que »pudiesen obtener.»

Se podia tomar esta declaracion como la trompeta de una nueva guerra. Con entusiasmo fué, pues, acogida por los fanáticos ardientes, por los de la parcialidad del rey de España, por todos los que por cualquier motivo se estremecian á la idea de tener que obedecer al nuevo rey de Francia. Volvió á agitarse la muchedumbre de Paris; volvieron los predicadores á lanzar en los púlpitos anatemas de proscripcion contra el rey hereje: volvieron á hacerse llamamientos á los deseosos de la palma del martirio; mas ya habia pasado el tiempo de la fiebre. Ya no era Paris el Paris de las matanzas de san Bartolomé, el Paris de 1582 y de 1590. Se habian introducido demasiadas divisiones y rivalidades para que nadie contase con un gran partido, y la generalidad no desease acabar cuanto mas antes. —Los embajadores españoles comenzaban á desconfiar completa-

mente de la causa de su señor, irritado ya como puede suponerse del giro que contra sus intereses habian tomado los negocios. Sin embargo, no desmayó del todo, y tomó al contrario la resolucion de alentar á los miembros de la liga, enviando mas auxilios; entrando en nuevas negociaciones con Mayena, quien viéndose tambien defraudado de todas sus esperanzas, y reducido á recibir la ley de su vencedor, á quien habia hecho una guerra tan encarnizada, se resolvió á probar de nuevo la suerte de las armas, y arriesgar el todo por el todo.

Mientras tanto producia los frutos que se habia propuesto el rey, una conversion tan oportuna y hábilmente preparada. Parecia para la generalidad de los franceses que se habia cortado con ella el gran nudo de las dificultades y obstáculos que se oponian á la grande obra de una reconciliacion tan deseada. ¿Qué motivos, qué pretextos se podian alegar para hacer la guerra al rey, llamado al trono por derecho de sucesion, incorporado ya en el gremio de la Iglesia? Contra razones tan plausibles hacian poca mella las que se alegaban de la poca sinceridad de la conversion, y la falta de la absolucion del Papa. Los liguistas exaltados quedaron desde entonces en completa minoría. Se pasó casi toda la Francia á las banderas de su rey, y como tal le aclamaron en casi todas las ciudades de la Francia á excepcion de algunas, bastante considerables, donde ejercia la liga una influencia omnipotente. Paris, el mismo Paris donde resonaban todavía los gritos frenéticos de la muchedumbre contra un rey hereje, donde la liga habia erigido su trono formidable, donde tantos juramentos se habian pronunciado de sepultarse entre sus ruinas, antes que recibir la ley del Bearnés, en junio de 1594 le abrió las puertas sin niuguna compulsion, pues Enrique no la tenia asediada en los mismos términos que anteriormente.

Fué la entrada del rey en la capital magnífica y triunfante. Rodeaban su caballo los principales personajes de su corte, sin distincion de católicos y calvinistas.—Se apresuró el pueblo á recibirle con demostraciones de alegría y de entusiasmo; acataron su autoridad con homenajes de respeto y sumision todas las corporaciones de Paris, la municipalidad, el parlamento y la Sorbona. Se cambió en los púlpitos completamente de lenguaje, y todo manifestó la apariencia de la vuelta de un padre ardientemente deseado por sus hijos. Así es el pueblo, ó por mejor decir la especie humana. En cuanto al duque de Feria y demás agentes de España habian salido

ya de antemano, llevándose consigo la guarnicion de su pais, bajo un salvoconducto del monarca. Dió este la órden para que se les tratase con la mayor consideracion, y él mismo pasó con ellos para entrar en términos de avenencia y amistad con su señor; mas no fueron de ningun efecto.—Estaba escrito que todavía se derramaria mas sangre en una contienda tan reñida; que Felipe II gastaria todavía mas tesoros, y recibiria en cambio nuevos desengaños.

CAPÍTULO XIII.

Sucede el conde de Mansfeld al duque de Parma en el mando de los Paises-Bajos.—Envia tropas á Francia.—Sucesos varios.—Toma de Gertruidemberg por el príncipe Mauricio.—Nombrado el archiduque Ernesto gobernador general de los Paises-Bajos.—Va el conde de Mansfeld á Francia.—Toma á Capelle.—Toma á Laon Enrique IV.—Siguen los progresos de este rey.—Toma de Groninga por Mauricio.—Alborotos en el Brabante.—Muere Ernesto.—Le sucede el conde de Fuentes.—Declaracion de guerra entre Francia y España.—Invasion infructuosa de Mauricio en el Luxemburgo.—Entra el conde de Fuentes en Francia.—Toma á Chatelet, Ham, Doulens y Cambray.—Absuelve el Papa á Enrique.—(1592-1595.)

Con la intervencion armada de Felipe II en los negocios de Francia, habia tomado la guerra en Flandes diferente aspecto y descendido del rango principal al secundario. Hasta entonces se habian dedicado las tropas que militaban en aquel pais al solo objeto de volverle al yugo de su dominacion, y si algunos trozos hacian excursiones fuera, duraban poco sin que se emplease nunca en ellas el grueso del ejército. Con el nuevo semblante de los asuntos en Francia, tenian estas tropas que hacer la guerra al mismo tiempo aquí y en los Paises-Bajos, medio muy eficaz de que no la hiciesen bien en parte alguna. Para estas dobles operaciones militares, se necesitaban mas fuerzas que las que Felipe II tenia en pié, debiéndose observar de paso que jamás fueron las suyas en los Paises-Bajos bastantes para aquella guerra sola. Se puede colocar esta doble campaña obligada en el número de sus grandes desaciertos. Puesto que entonces eran dos las guerras, se necesitaban dos ejér-

citos para operar cada uno en su teatro respectivo, en lugar de hacer ir las tropas de uno á otro segun las necesidades del momento. Ya hemos visto cómo de estas faltas ó imprudencias sabia aprovecharse el príncipe Mauricio.—Mientras Alejandro conseguia en Francia triunfos que iban á ser inútiles para Felipe II, redoblaba la actividad de aquel jóven hábil y sagaz erigiendo á su pais en una potencia respetable. Así al cabo de veinte y cuatro años de contienda, ofrecia la guerra de Flandes mas dificultades por esta circunstancia sola, que cuando catorce de las diez y siete provincias se hallaban de hecho fuera de la dominacion de España.

Fué nombrado sucesor del duque de Parma en clase de interino el conde de Mansfeld, veterano capitan, que servia en Flandes desde el principio de la guerra. Muy poco despues del nombramiento, recibió órden del rey de enviar á Francia una parte considerable de sus tropas. Obedeció Mansfeld: á principios de 1593 tomó el camino de Francia su hijo el conde Carlos Mansfeld, á la cabeza de seis mil infantes y mil caballos, que reunidos á los que mandaba el duque de Mayena componian un cuerpo de quince mil hombres con corta diferencia. Se ve con qué fuerzas tan escasas debatian los liguistas cuestiones tan interesantes. Aun eran menos numerosas las que mandaba el rey de Francia.

Puso Mayena sitio á la plaza de Noyon, en Picardía, y como era poco fuerte la tomó sin ninguna resistencia. Se apoderó de otras de menos consideracion aun en la provincia. Concluida esta corta campaña volvió Mansfeld á Flandes sin que por entonces adelantasen en Francia las operaciones militares. Se pensaba mas en negociar que en combatir, y los Estados generales que estaban en vísperas de reunirse absorbian casi la atencion de todos los partidos.

En Flandes tomaban los negocios mal giro para el rey de España. Como los de Francia le absorbian tan inmensas sumas de dinero, faltaban las pagas á las tropas. Se echaba mas que nunca de ver la falta de Alejandro. Cansados los soldados ya de guerra, se abandonaban á la indisciplina, y no pocas veces se permitian desórdenes y saqueos para reembolsarse de lo que les debian. Si la persona de Mansfeld era á veces objeto de temor, no excitaba la sumision y deferencia con que el inferior cede al ascendiente de su jefe.

Restaba la plaza de Gertruidemberg para que los vínculos de la confederacion se extendiesen á todas las provincias que mandaba el

príncipe. Hacia muy poco que como hemos visto habia caido por traicion en manos de Alejandro. Ardia Mauricio en deseo de reconquistarla tanto por esta circunstancia, como por asegurar mejor la posesion de Breda que estaba en las inmediaciones. Resolvió, pues, el sitio de Gertruidemberg, y para ocultar mejor este designio hizo amagos de caer sobre Dunquerque, Bois-le-duc y Grave. Engañado Mansfeld dividió su ejército para acudir al socorro de estas plazas, mientras Mauricio con marchas apresuradas cayó sobre Gertruidemberg asediándola en seguida formalmente. Desplegó la mayor actividad en la formacion de las trincheras y de las líneas de circunvalacion y contravalacion, pues queria asegurar su campo contra los ataques del conde de Mansfeld que suponia ya en camino para el socorro de la plaza. Mas de tres mil trabajadores se empleaban en estas obras mientras otros abrian diques, formando inundaciones. Así se vió el príncipe en estado de acometer la plaza por tierra y por agua, pues el Mosa corre tan ancho por aquella parte que permite el paso á todo género de embarcaciones.

A pesar de la actividad del príncipe, dió la plaza muestras de querer hacer una séria resistencia. Respondió á las intimaciones de rendirse con el fuego de las baterías, y Mauricio se vió en la necesidad de seguir el sitio paso á paso sin poder dar ningun asalto, no estando ninguna brecha abierta todavía. Con esto tuvo tiempo el conde de Mansfeld de moverse en su socorro. Así lo hizo en efecto decidido á hacer levantar el sitio á toda costa; mas era tan fangoso aquel terreno, y tanta la habilidad con que el príncipe habia combinado la construccion de las trincheras, reductos y mas obras de defensa, que Mansfeld no pudo llegar al campo enemigo, por cuyas razones tuvo que retroceder, dejando al príncipe en libertad de continuar el sitio.

No fué este de larga duracion, pues los de adentro destituidos de la esperanza de ser socorridos por los españoles, no quisieron prolongar una resistencia que al fin les seria inútil. Capitularon pues los de Gertruidemberg bajo condiciones bastante favorables para ellos. La guarnicion no salió tan bien librada, pues el príncipe estaba resentido contra ella por ser la misma que antes habia entregado la plaza por traicion al príncipe Alejandro.

En seguida marchó Mansfeld á poner sitio á Crevecœur: mas habiéndosele adelantado Mauricio y entrado en ella con anticipacion, tuvo que desistir de su proyecto.

Así se pasó el resto del año de 1593 sin mas operaciones militares de importancia. Ninguna de las partes contendientes se hallaba con bastante superioridad de fuerzas para adquirir ventajas considerables sobre la contraria. Las principales atenciones de Mauricio se consagraban á la organizacion del pais, que se iba haciendo una nacion y potencia ya considerable: mientras los ojos de Felipe estaban fijos con predileccion sobre los negocios de la Francia.

Al principio del año 1594 fué nombrado por el rey gobernador general de los Paises-Bajos el archiduque Ernesto, su sobrino, príncipe bien intencionado, dotado de excelentes prendas, mas de poca experiencia en los negocios y sin ninguna de la guerra. Se manifestó desde un principio abierto, popular, deseoso de administrar con equidad y con justicia. Pero enterado del estado del pais se figuró tal vez de que mostrándose bondadoso atraeria á la obediencia del rey á las provincias separadas, y de que obtendria una pacificacion general con arreglos amistosos. Invitó á este efecto á los Estados á que enviasen plenipotenciarios para las conferencias que con este motivo pensaba que se celebrasen en Bruselas. Mas la ruptura era una cosa resuelta, un hecho cumplido y positivo que no podia producir otro resultado que una absoluta independencia reconocida por Felipe II, ó la sujecion por la fuerza de las armas. Los Estados contestaron, pues, que era inútil toda conferencia, á no tratarse en ella del primero de los dos puntos, para lo que no estaba sin duda el archiduque autorizado.

Ocurria mientras tanto la entrada pública de Enrique IV en Paris; mas á pesar de este feliz acontecimiento para él y de que le habian reconocido como tal las principales ciudades de la Francia, aun se hallaba en la necesidad de continuar la guerra contra los restos de la liga. Felipe II, á quien habia hecho proposiciones de pacificacion, no estaba inclinado á abandonar aquel campo de batalla. Recibió el archiduque Ernesto órden de enviar á Francia tropas, y en virtud de esta disposicion se puso en camino el conde de Mansfeld con doce mil hombres, para obrar en combinacion y bajo las órdenes del duque de Mayena.

Sitió el conde de Mansfeld la plaza de Capelle, en Normandía, y la tomó, habiendo experimentado muy poca resistencia. Al saber Enrique el movimiento de los flamencos, acudió á la plaza seguido de los duques de Bouillon y de Nevers; mas á pesar de sus marchas forzadas llegó ya cuando habian entrado en ella los flamencos.

Volvió en seguida Enrique sobre la de Laon, defendida por Dubourg, uno de los jefes mas valientes y entendidos de la liga. Tambien se hallaba dentro de los muros uno de los príncipes de la casa de Lorena, de voz muy influyente en las operaciones de defensa. Fué esta desde un principio muy firme y tenaz á pesar de los vigorosos ataques de los sitiadores. Desconfiado ya de entrar en Laon á viva fuerza, tuvo que convertir el sitio en bloqueo, despues de haber experimentado grandes pérdidas.

Alimentaba la obstinacion de los sitiados la noticia de que se acercaba Mayena en su socorro con un cuerpo muy considerable. Así era en efecto: llegó el jefe de la liga cerca de Laon cuando estaba ya formado el bloqueo, y sin atacar el campo del rey pasó á ocupar un bosque que estaba á un costado de la plaza; desde cuyo punto podria fácilmente introducir algun socorro. Sabedor el rey de la intencion, pasó á ocupar él mismo dicho bosque, antes de la llegada de Mayena. Sin desistir este de su propósito, siguió su marcha y trabó con las tropas del rey en el mismo bosque una refriega en que estas tuvieron al principio que abandonar el terreno; mas habiendo sobrevenido con la caballería el mariscal de Biron, se renovó el combate, aunque de un modo irregular, en aquel terreno tan cubierto de árboles. Cedió por fin el campo el duque de Mayena, siendo perseguido por las tropas del rey hasta sus reales.

Desconfiado ya de socorrer á Laon, se puso el jefe de la liga en retirada, en cuyo movimiento se vió constantemente perseguido por los duques de Biron y Longueville. Los historiadores convienen en alabar la serenidad é inteligencia desplegadas en esta ocasion por Mayena, hábil general sin duda, aunque frecuentemente poco afortunado. Inquietado á cada momento por la caballería de sus perseguidores que con furia le acosaba, les presentaba las picas y arcabuces de su infantería, que los obligaban á hacer alto. Así marchó lentamente hasta llegar á un desfiladero, en cuya boca hizo colocar su artillería. Con esto cesaron la persecucion las tropas del rey, mientras el duque de Mayena llegó sin otra novedad hasta la plaza de La Fere.

Volvió el rey al sitio de Laon, ya desmayada con la retirada del duque de Mayena. No fué difícil hacerles entrar en una capitulacion, cuyos términos les fueron bastante favorables. Además de estar en el carácter del rey esta conducta, le importaba mucho en la ocasion mostrarse indulgente y generoso. Muchas mas puertas le abria esta

débil conducta que su espada. A Laon siguieron Chateau-Thierry y Amiens que se le entregaron sin ninguna resistencia.

Desanimados los jefes principales de la liga, convencidos de lo imposible de llevar á fin sus planes, trataban de sacar el mejor partido posible de su posicion, entrando en arreglos con Enrique. El duque de Lorena abandonó el partido de la liga, é hizo su paz particular con el monarca. El mismo duque de Guisa, tan ídolo antes del partido católico exaltado, tambien entró en convenios, entregando al rey las plazas de Renty, Rheims y Rocroy, recibiendo en recompensa el gobierno de Provenza. Solo permanecia fiel á la liga ó mas bien á los intereses del rey de España el duque de Mayena, ó por un sentimiento de pudor ó por creer que habia ofendido demasiado á Enrique para obtener una reconciliacion que le fuese ventajosa.

Mientras tanto invadia en los Paises-Bajos el príncipe Mauricio la provincia de Groninga, única de las septentrionales que se mantenia fiel al rey de España. La mandaba ya desde mucho tiempo Francisco Verdugo, capitan español, arraigado en el pais, de cuyos habitantes era bien mirado por su buen comportamiento. Poco á poco se fué circunscribiendo el terreno de su mando hasta quedar reducido á la plaza de Groninga, defendida por tres mil hombres del pais, pues el vecindario de la ciudad no habia querido admitir tropas extranjeras.

Comenzó el sitio de Groninga el 3 de junio de 1594 por el príncipe Mauricio, acompañado de Guillermo de Nassau, pariente suyo. Para asegurar mejor la operacion é impedir socorros de afuera, construyó una línea de contravalacion, al mismo tiempo que abria sus trincheras para los aproches de la plaza. Se llevó el sitio de un modo metódico y regular, pues el príncipe por motivos políticos no pensaba en tomarla á viva fuerza. La apuró, sin embargo, lo bastante para que los defensores considerándose con pocas fuerzas llamasen á las extranjeras que se hallaban situadas en los arrabales. Varias veces pidieron socorro al gobernador general; mas el archiduque á pesar de recibir tambien órdenes para ello del mismo rey, no tenia tropas que enviarle, habiendo mandado á Francia todas las que habia disponibles. Crecieron en esto los apuros en Groninga, y con ellos el descontento de su vecindario. No fué muy difícil á los principales magistrados, poco adictos á la parcialidad del rey, hacer ver á aquellos habitantes el abismo á que corrian obstinándose en una defensa que no podia tener mas resultado que un asalto y el saqueo. Al mismo tiempo les manifestaban que habian andado muy descaminados en conservar su fidelidad al rey, sobre todo, teniendo á la vista el ejemplo de las provincias confederadas que tantas ventajas habian sacado de su independencia. Se allanó con esto el camino de las negociaciones. Dió oidos la ciudad á las proposiciones de entrega que les hizo el príncipe. No fueron las condiciones duras para los sitiados; quedó la provincia de Groninga incorporada con las otras que habian formado la confederacion de Utrecht, entrando en el goce de los mismos derechos, y comprometiéndose á las mismas obligaciones. Se estipuló la libertad de conciencia, aunque la religion reformada debia tener la sola culto público. La guarnicion salió con armas y equipajes y libertad de trasladarse á los puntos que mejor les pareciese.

Mientras tanto era la provincia de Brabante teatro de desórdenes, producto de la indisciplina de las tropas atrasadas de pagas, y que todo se lo creian permitido por esta circunstancia. Llegó la insolencia de algunas de estas tropas hasta apoderarse de la plaza de Sichen, que juraron conservarian en su poder mientras no les pagasen lo que les debian. No eran por desgracia muy raros los desmanes de esta clase, segun hemos visto en diferentes pasajes de esta guerra. No solamente se cometian excesos en Sichen sino en los pueblos de las inmediaciones, llegando muchas veces sus correrías hasta las mismas puertas de Bruselas.

Para marchar contra los sublevados de Sichen se vió el archiduque Ernesto obligado á capitular con otras tropas, que sin propasarse á tanto como los sublevados de Sichen, se hallaban en sedicion tambien por el atraso de sus pagas. Satisfechas estas, volvieron á la obediencia y se pusieron bajo las órdenes de Luis de Velasco, que por la del archiduque marchaba á Sichen á poner sitio á los rebeldes. No dejaron estos de hacer una viva resistencia; mas viéndose al fin sobrado estrechados, evacuaron la plaza y pasaron á ponerse bajo la proteccion de los Estados, abrigándose en las fortificaciones de Gertruidemberg y Breda. No llevó mas adelante este favor el príncipe Mauricio, y se conservó en el terreno de la neutralidad, permitiendo que los sublevados entrasen en arreglos con el archiduque. Segun los términos de esta especie de tratado, se convinieron los revoltosos en trasladarse á Tirlemont, donde se les debian dar las pagas atrasadas. Allí permanecieron

un año en inaccion por falta del cumplimiento de esta cláusula.

A pocos meses de su gobierno en Flandes falleció el archiduque Ernesto, á los cuarenta y dos años de su edad, dejando buena memoria por su comportamiento. Le sucedió en el mando el conde de Fuentes, español, jefe, hábil militar que llevaba muchos años de servicio. Habia sido enviado por el rey á los Paises-Bajos cuando la muerte del duque de Parma, con órden de que se le diese parte importante en el gobierno. No era muy querida su persona de aquellos habitantes por su carácter, que tachaban de severo y duro. Le acusaban de que cuando mandaba el conde de Mansfeld, habia expedido por órden de Fuentes un decreto condenando á pena de muerte á todos los prisioneros de guerra que en adelante cayesen en sus manos, y que por las reclamaciones que produjo de los Estados, amenazando con usar de represalias, tuvo que revocar el de Mansfeld á muy poco tiempo de expedido. Llenó su nombramiento de disgusto al pais por esta circunstancia, y los nobles de Brabante se alejaron de la capital por no estar en contacto con un hombre tan violento. Dejó el servicio del rey el conde de Arescot, y se retiró á Venecia. El mismo conde viejo de Mansfeld que militaba en Flandes desde princio de la guerra, dejó sus banderas antiguas y se trasladó á Hungría, donde sirvió al emperador en sus guerras contra el turco.

A pesar de su poca popularidad, se acreditó el conde de Fuentes de hábil y entendido gobernante, aplicado á dirigir los negocios con acierto. Su mismo carácter duro fué de mucha utilidad en un pais que hervia en desórdenes por la indisciplina y licencia de la soldadesca. Con mano firme restableció la tranquilidad, haciendo entrar con castigos duros en la obediencia á los que todo se lo creian permitido, porque no estaban sus pagas satisfechas. Quedó restablecida la buena disciplina, y las tropas recibieron una nueva organizacion que les era sumamente necesaria. Con nuevos alistamientos y refuerzos recibidos de Italia y Alemania, puso al ejército del rey en estado de tomar de nuevo la ofensiva, y con ventajas, segun lo hizo ver por experiencia.

Hasta entonces se hacian la guerra el rey de España y el de Francia sin declaracion de hostilidades. Segun las manifestaciones de Felipe II, no tenian sus operaciones hostiles en Francia mas objeto que restablecer la religion católica, obrando en auxilio de la liga, á fin tan piadoso consagrada. Varias veces habia Enrique IV tratado por medios indirectos de entrar en avenencia con el rey católico; mas Felipe II, sin arredrarse del mal semblante que ofrecian sus negocios en aquel pais, estaba resuelto á continuar las hostilidades contra el rey de Francia, valiéndose del pretexto de que no estaba todavía absuelto por el Papa. Irritado Enrique IV de esta persistencia declaró públicamente en 1595 la guerra al rey de España. Algunos graduaron esta conducta de impolítica, pues con esto daba á Felipe II nuevo pretexto para continuar la guerra. Mas la guerra existia de hecho: era una cuestion que se iba á decidir por el derecho de la fuerza. Tal vez Enrique IV con este paso de declaracion hizo valer mejor la justicia de su causa, y se vió comprometido á excogitar nuevos medios de defensa, y á lo que no se hubiese atrevido no estando empeñado en una guerra de corona á corona, de igual á igual, pues que se hallaban los dos monarcas en una línea.

Destruidas así todas las esperanzas de convenio, hicieron nuevos preparativos de guerra los dos reyes. Estaba dispuesto en los Paises-Bajos el conde de Fuentes para entrar en Francia. Habia hecho marchar Felipe II á Borgoña un cuerpo de diez mil hombres, mandados por Luis de Velasco para unirlas á las que capitaneaba el duque de Mayena, retirado á aquel pais despues de la entrada en Paris del rey de Francia. Se apresuraba este mientras tanto á aumentar el número de sus partidarios, de los personajes principales de la liga que le iban prestando poco á poco su obediencia. Renovó su alianza antigua con la reina de Inglaterra: ajustó una de esta clase con las provincias confederadas de los Paises-Bajos, á quienes ofreció proteccion, auxilios y consejos.

Por insinuaciones de Enrique invadió el príncipe Mauricio el Luxemburgo, provincia fronteriza á Francia. Hizo progresos al principio; mas envió el conde de Fuentes contra él á Francisco Verdugo con suficientes tropas que le hicieron evacuar el pais y volverse á sus provincias. Se dirigió despues Mauricio con sus tropas á la frontera del Brabante, con objeto de distraer las fuerzas del gobernador general é impedir su expedicion en Francia. Mas el conde de Fuentes habia aumentado las suyas lo bastante para mover una parte y dejar otra en estado de hacer frente al príncipe Mauricio. Quedó encargado de este mando el mismo Verdugo, mientras el conde de Fuentes partia á Francia, segun las órdenes terminantes que acababa de recibir del rey de España.

Entró Fuentes por la Picardía, y habiendo puesto sitio á la plaza de Chatelet, de que se apoderó con poca resistencia, pasó en seguida á la de Ham, con un fuerte castillo, que es el punto principal de su defensa. Mandaba en la plaza un tal Ganneron, poco afecto á la parcialidad del rey; y en el castillo un hermano suyo llamado Dorvilliers, en quien suponia los mismos sentimientos. Entró Ganneron en inteligencia secreta con el general español y le ofreció entregar la plaza por la cantidad de veinte mil ducados, ofreciéndole que su hermano imitaria su ejemplo. Aceptó su oferta el conde de Fuentes; entregó los veinte mil ducados ofrecidos por la entrada en la plaza; mas retuvo en rehenes á Ganneron mientras Dorvilliers no hacia la entrega del castillo. Se mostró este gobernador sordo á las insinuaciones y ruegos de su hermano, sea porque no participase de sus opiniones ó porque temiese las consecuencias de su traicion á Enrique IV. Hizo sabedor de sus apuros al mariscal de Bouillon que estaba cerca, y este acudió inmediatamente con sus tropas, haciéndose dueño del castillo. Con este acontecimiento inesperado el conde de Fuentes se vió precisado á evacuar la plaza, no teniendo en ella reparo contra los fuegos del castillo. Continuaba preso en poder suyo el gobernador Ganneron, que trató de hacerle ver que no habia tenido culpa alguna en la falta de su hermano, ni este habia podido tampoco cumplir con lo que habia ofrecido, por haberse introducido repentinamente el duque de Bouillon en el castillo. En vano se presentó la madre de los dos en el cuartel del general español, confirmando lo mismo que habia dicho Ganneron en su descargo. Irritado el conde de Fuentes por lo que creia una traicion de su cautivo, le mandó ahorcar sin contemplacion ninguna.

Desde Ham pasó el conde de Fuentes á poner sitio á la plaza de Doulens, fronteriza entre la Flandes y Picardía. Estaba esta con poca guarnicion aunque muy animada á la defensa bajo la influencia del gobernador Dinan, hombre de guerra distinguido. Comenzaron las operaciones con vigor y los de adentro repelieron animosos todos los ataques. Se hallaban á pocas leguas de la plaza el mariscal duque de Bouillon, y el almirante Villars con mil y quinientos hombres de infantería, y con mil caballos, y sabedores del sitio, se pusieron en marcha, resueltos á hacer todo lo posible por penetrar en la plaza. Levantó el campo el de Fuentes cuando supo su determinacion, y marchó á su encuentro. Queria retirarse el de Bouillon, mas se obstinó en pasar adelante el compañero. No fué

dudoso el éxito de la refriega. Pereció toda la infantería francesa rodeada por la española; se salvó á duras penas la caballería á todo escape. Hicieron mientras tanto una salida los de la plaza, pero mal dirigida y en desórden, habiéndose visto precisados á retroceder cuando el conde se restituyó á sus líneas.

Continuó el sitio con vigor, y los defensores haciendo una fuerte resistencia. Se hallaban en la guarnicion trescientos nobles franceses que animaban con su ejemplo corriendo los primeros á los sitios de mas riesgo. Mas hallándose exhaustos de víveres y municiones, sin esperanza de socorro, abrieron las puertas el 25 de julio de 1595, con la pérdida de mil hombres muertos, entre los que se contaban el gobernador Dinan que habia perecido en la salida.

Tomada la plaza de Doulens pasó el conde de Fuentes á sitiar la de Cambray, de grandísima importancia entonces por su situacion y por su fuerza. Desde la entrada en ella del duque de Anjou, habia quedado bajo su inmediato mando considerada como propiedad personal suya. La habia legado el príncipe al morir á su madre Catalina. De esta pasó como donativo al conde de Balagny que la poseia con absoluta independencia. Despues de la declaracion de guerra entre Francia y España, obligado á pronunciarse por uno de los dos monarcas, se declaró por el primero. Así, como plaza francesa era considerada cuando se presentó el general español delante de sus muros.

Algunos disuadieron al general español de poner el sitio á una plaza fuerte que podia hacer fácilmente resistencia y le aconsejaban dejase la empresa para la entrada del invierno; mas el conde de Fuentes, animado sin duda con las ventajas que acababa de obtener, no hizo caso de sus reconvenciones y comenzó cuanto mas antes las operaciones de un sitio que le brindaba con mas gloria. Fueron sus primeros ataques dirigidos con inteligencia; mas el gobernador Vic enviado á Cambray con este cargo por el rey de Francia, manifestó que sabia corresponder á la confianza del monarca. Se condujo el conde de Fuentes como un hombre á quien iba el honor en salir airoso en una empresa considerada por muchos como temeraria; aumentaba con la misma autoridad sus medios de defensa. Hasta entonces estaban las ventajas todas por los sitiadores. Para asegurar mejor su triunfo, vino en su auxilio la traicion ó disgusto de sus moradores.

Sujetos estos desde muy antiguo á la jurisdiccion de un obispo

que los molestaba poco, sufrian con impaciencia la dominacion de un señor extraño. Era muy poco querido el conde de Balagny por las demasiadas contribuciones que exigia, por su carácter poco conciliante y duro. Atribuian la mayor parte de sus faltas á influencias de su mujer, sumamente codiciosa, que dispensaba por dinero los favores del marido. Varias veces habian acudido los de Cambray al rey de Francia, ofreciéndole declararle soberano suyo con tal que los librase de la tiranía de Balagny; mas Enrique habia dado muestras de hacer poco caso de sus insinuaciones. En esta situacion y amenazados de todas las consecuencias de un sitio en que los españoles llevaban hasta entonces lo mejor, entraron en inteligencia secreta con el conde de Fuentes los principales habitantes de la ciudad, ofreciéndole abrirle una de sus puertas con tal que les librase de un saqueo. Se lo ofreció así el general español y se mostró fiel á su promesa. A la entrada de sus tropas en Cambray se recogió la guarnicion al castillo con ánimo de defenderlo á toda costa. Mas al parecer debieron de encontrarle desprovisto de víveres y municiones cuando sin hacer resistencia le entregaron, con la condicion de retirarse á donde mejor les pareciese con sus armas y equipajes.

No habia podido ser mas brillante la campaña del conde de Fuentes. Antes de pasar á las operaciones militares que tuvieron poco despues lugar en la Borgoña, pasaremos rápidamente la vista sobre las ocurrencias del interior de Francia al mismo tiempo.

Comenzaban á ir desapareciendo poco á poco de todas las provincias los restos que habian permanecido armados pertenecientes á la santa liga. Se tranquilizaron poco á poco la Bretaña, el Languedoc, el Delfinado y la Provenza, donde dicha asociacion habia tenido mas arraigo. Solo el duque de Mayena con unos pocos personajes de su familia ó de sus mismos compromisos, permanecian fieles á la liga ó mas bien á la causa del rey de España, que como su jefe principal reconocian. Trabajaba el rey de Francia por obtener cuanto mas antes una absolucion del Papa que exigian muchos como una condicion precisa para entrar en su obediencia. En proporcion de la impaciencia del rey se resistian sus enemigos á que se otorgase.—Era esta absolucion el último atrincheramiento que los restos de la liga, y sobre todo Felipe II, habian escogido para prolongar la guerra ó encenderla tal vez con nueva furia. Es verdad que Enrique IV habia hecho públicamente abjuracion del calvinismo; mas ¿qué crédito se habia de dar, decian, á una vana ceremonia marcada con el sello de la hipocresía? ¿qué legitimidad tenia esta conversion mientras le faltase el *fiat* del pontífice? ¿cómo se podia considerar al rey incorporado en el seno de la Iglesia mientras le faltase la absolucion de su cabeza? Y ¿cómo el pontífice podia conceder la absolucion sin garantías, sin condiciones que diesen testimonio de la sinceridad del convertido? A que se exigiesen estas tendian las negociaciones de los que deseaban prolongar la contienda, suponiendo que Enrique se negaria á otorgarlas.—El pontífice, que lo era entonces Clemente VIII, unido en intereses con todos estos personajes, se mostró en efecto severo, hasta inflexible.—Los cardenales Du Perrson y D'Ossat que negociaban á favor de Enrique, sufrieron á los principios durezas y desaires. Se exigia del rey de Francia que persiguiese á los calvinistas, y los declarase incapaces de obtener cargo alguno público; que se reconociese él mismo inhábil para la sucesion de la corona en virtud de su herejía, y solo con derechos á obtenerla por la absolucion del Papa, es decir, por un favor especial del jefe de la Iglesia. Eran estas sobradas exigencias: cedia demasiado el Papa á los dictámenes de sus pasiones propias, ó á las de los que le querian emplear como instrumento de sus planes. Rechazó Enrique tan duras condiciones. Las repelia asimismo la Francia entera que se iba reconciliando sinceramente con su rey, cuya popularidad crecia, á proporcion que el reino se pacificaba. Con general indignacion se habia oido la noticia de un atentado de asesinato en la persona del rey por un tal Chatel, jóven fanático impulsado por jesuitas. Pereció el asesino en un cadalso: la misma suerte tuvo el padre Guinard su confesor, y fué tan vasta la ramificacion de toda aquella trama, que el rey hizo salir de Francia á todos los jesuitas. Impusieron al pontífice todos estos actos de energía: temió, y con razon, estrechar las cosas hasta el punto de provocar en Francia un cisma, ó la renovacion de las guerras religiosas de que se veia libre por entonces.—Aunque todavía se obstinaban los de la parcialidad contraria en que se mantuviese inflexible, abandonó las pretensiones que le parecian al rey tan irritantes, y se convino en fin en dar la absolucion con las siguientes condiciones: que reconociese solemnemente la Iglesia católica; que abjurase de nuevo el calvinismo; que restableciese la religion católica; que sacase de las manos de los hugonotes al príncipe de Condé, niño entonces de seis años; que se observase el concilio de Trento con las restricciones que pareciesen convenientes; y

que se revocase la infeudacion de los bienes eclesiásticos en favor de herejes; que acreditase con pruebas públicas que no era ya adicto á sus doctrinas; que rezase el rosario y las letanías diariamente; que confesase al año lo menos cuatro veces; que se mostrase en público altamente satisfecho de haber sido absuelto por el Papa; que escribiese en el mismo sentido á las cortes extranjeras.

Admitió el rey sin poner dificultad todas estas condiciones, y no restaba mas que proceder á la solemne ceremonia.—Querian los enemigos de Enrique que pasase un legado á Paris á echarle la absolucion en nombre del pontífice; mas se opusieron á ello los cardenales sus comisionados, y obtuvieron el recibirla ellos mismos en representacion de su persona. Se celebró el acto con la mayor solemnidad en julio de 1595 en la iglesia de San Pedro. Recibieron la absolucion los prelados puestos de rodillas, despues de haber hecho las promesas envueltas en las condiciones. Y para que nada faltase á dicha ceremonia, se hizo la demostracion de darles los azotes, pena ordinaria impuesta antiguamente y de hecho por los papas á los que volvian al seno de la Iglesia.

Así terminó por entonces esta gran contienda. Adelantó mucho los negocios del rey esta absolucion del Papa removiendo los verdaderos escrúpulos de unos, y el pretexto de los falsos que alegaban otros. Habia espirado de hecho la liga, y quedaba reducida á una guerra ordinaria la que hacian á Enrique IV el rey de España y el duque de Mayena.

CAPÍTULO XIV.

Continuacion del anterior.—Campaña en Borgoña.—Sumision del duque de Mayena.—Nombrado el archiduque Alberto gobernador de los Paises-Bajos.—Entra en Francia.—Toma las plazas de Calais y de Ardres.—Toma el rey de Francia la de La Fere.—Vuelve Alberto á los Paises-Bajos.—Sitia á Ulst.—La toma.—Se apodera Mauricio del campo atrincherado de Turnhout.—Entran los españoles en Amiens.—Sitia la plaza de Enrique IV.—Acude á socorrerla Alberto.—Retrocede.—Entra el rey de Francia en Amiens.—Nuevas ventajas del príncipe Mauricio.—(1595-1597.)

Mientras negociaba Enrique IV con tanta actividad su absolucion en Roma, no descuidaba los asuntos de la guerra encendida á la sazon en dos partes distintas de Francia, á saber: la Borgoña y las fronteras de los Paises-Bajos. Con gran dolor supo la entrada en Picardía del conde de Fuentes, y el progreso de sus armas; mas no pudiendo acudir á todas las partes á la vez, creyó mas oportuno salir al encuentro de don Luis de Velasco, gobernador de Milan, condestable de Castilla, que se hallaba en Borgoña al frente de diez mil hombres en compañía del duque de Mayena que mandaba mil quinientos. El mariscal de Biron que tenia fuerzas mas escasas, se vió obligado á replegar cuando Velasco y Mayena verificaron el paso del Saona.

Sabedor del movimiento el rey salió en socorro de Biron á la cabeza de mil ochocientos hombres escasos de infantería y de caballería. Resuelto á probar fortuna á cualquier precio, marchó en busca del enemigo, y cerca de Fontaine Francaise cayó inopinadamente sobre su vanguardia que marchaba algo separada del cuerpo

de batalla. Fué el ataque repentino y los enemigos cogidos como de sorpresa. Arrolló el rey á la cabeza de su caballería las tropas de la liga y se condujo en la refriega con el arrojo personal que le era tan característico. Acudió en medio del lance á su socorro el mariscal de Biron, y los dos juntos pusieron á los enemigos en la derrota mas completa. Cometió la grave falta don Luis de Velasco de no avanzar con su cuerpo de ejército en socorro de los de vanguardia. A pesar de las exhortaciones de Mayena se puso en retirada, volvió á pasar el Saona y se fué á situar en Gray, pueblo fronterizo entre el Franco Condado y la Borgoña. Con tan insignificantes operaciones terminó por entonces aquella campaña, que apenas mereceria un puesto en la historia si no figurasen en ella tan importantes personajes.

Se hallaba el duque de Mayena á la sazon reducido ya á la extremidad, sin saber qué partido tomar en el punto á que habian llegado sus negocios. Se veia sin fuerzas, abandonado de la mayor parte de los jefes liguistas que se habian acomodado bajo los mejores términos posibles con el rey de Francia. En el campo de los españoles ejercia poca influencia y era objeto tal vez de desconfianza. Se habia retirado don Luis de Velasco delante del rey de Francia contra sus consejos: no habia podido recabar con él el que le diese siquiera tres mil hombres para acudir en defensa de la plaza de Dijon sitiada por Enrique. Sospechando que le habian puesto mal con el rey de España ya su único auxilio y el solo protector que le quedaba, pensó seriamente dirigirse á Madrid á darle cuenta de su conducta y disipar cualquier recelo que contra su persona hubiera concebido. Sacó al duque de Mayena de esta confusion é incertidumbre el mismo Enrique. Deseando el rey atraerse el solo jefe que restaba de la liga, le hizo proposiciones de volver á su gracia sin que esto pudiese en nada deprimir la dignidad de su carácter. Dió Mayena agradables oidos á una ex-proposicion que le sacaba de un conflicto. Mas como se habia comprometido con Felipe II en no reconocer jamás al rey mientras este no fuese absuelto por el Papa, atajó Enrique este inconveniente proponiéndole se retirase á Chalons-sur-Marne, donde por ninguno seria molestado mientras no se removiese dicho obstáculo. Con la ceremonia de la absolucion, se disiparon del todo los escrúpulos del duque, y entrando en la gracia del rey reconoció su autoridad con muy favorables condiciones.

Así quedaron sometidos á Enrique IV uno á uno todos los jefes de la liga. Desde entónces pudo llamarse rey de toda Francia de hecho como de derecho, y jefe de todos los partidos.

Volviendo á los Paises-Bajos, fueron muy insignificantes las operaciones militares mientras el conde de Fuentes hacia conquistas en la Picardía. Parece que aquella guerra á fuer de dilatada, habia caido en cansancio y en fatiga. Todo se movia muy lentamente y como si cada uno tuviese el presentimiento de que iba á ganar y á perder muy poco en la prolongacion de la contienda. Sitió Mauricio la plaza de Groll; mas cuando se creia próximo á tomarla, acudieron las tropas de Mondragon que le hicieron levantar el sitio. Con esto y algunas escaramuzas que apenas merecen descripcion, se pasó todo el año de 1595. Volvió por este tiempo á los Paises-Bajos el conde de Fuentes, y aunque debia de estar muy satisfecho de haber servido bien al rey, tuvo la mortificacion de saber que se le daba un sucesor en la persona del archiduque Alberto, hermano del difunto y el último de todos los del emperador Rodulfo, y presentado por el para el arzobispado de Toledo á la muerte de don Gaspar Quiroja.

Llegó Alberto de Lisboa á Madrid, y sin tomar posesion de su arzobispado, recibió órden del rey para trasladarse en clase de gobernador general á los Paises-Bajos. Se presentó el archiduque en Flandes á principios del año 1596, y desde luego se hizo bien quisto de los habitantes por su bondad y otras prendas que recordaban la memoria de su difunto hermano. En cuanto al conde de Fuentes, disgustado de aquella eleccion y no queriendo servir de segundo donde habia ejercido la primera autoridad, pidió y obtuvo del rey el permiso de volver á España.

Se preparó el archiduque para entrar en Francia con sus mejores tropas y lo ejecutó en efecto dejando en Flandes por gobernador interino al veterano Cristóbal Mondragon que ya se acercaba á noventa años.

Sitiaba á la sazon Enrique IV la plaza de La Fere, reducida ya á grandes apuros por falta de socorros. Pensó Alberto en ir á levantar el sitio; mas como el campo de Enrique estaba muy fortificado, tuvo que desistir de este proyecto no queriendo arriesgarse demasiado contra el rey de Francia. Vaciló algunos dias sobre el punto donde caeria mas oportuna y ventajosamente, y al fin, por consejos de un tal Le Rosne, aventurero que se hallaba entonces en su

campo, decidió marchar sobre Calais que aquel le pintaba como en un estado de abandono. Se hallaba en efecto descuidada esta plaza fuerte marítima, muy felizmente situada para su defensa por ser pantanoso el terreno de sus inmediaciones. Quizá por esta misma circunstancia se atendia tan poco á los medios de conservarla, no creyéndola en peligro ni aun de ser acometida. Se movió en efecto Alberto tomando el camino de Calais: á Le Rosne, consejero de la expedicion, confió el cuerpo de vanguardia. Avanzó este jefe hasta cerca de los muros de la plaza cuyas obras exteriores en aquella época eran dos fuertes castillos, uno por la parte de tierra junto la puerta y puente de Niculay, y otro llamado Risban construido para defender el puerto. Fué fácil para Le Rosne la toma del primero. Una fuerte resistencia opuso el último; mas los defensores pidieron capitulacion luego que las piezas del sitiador abrieron brecha.

Se apresuró Le Rosne á comunicar esta feliz noticia al archiduque que seguia sus huellas. Inmediatamente hizo Alberto acelerar el paso y sus tropas se apoderaron sin resistencia de los arrabales de la plaza. Intimidada la guarnicion se retiró á la ciudadela. Le intimó la rendicion el archiduque, y el gobernador Bidosan respondió que estaba resuelto á entregarse en caso de que no fuese socorrido dentro de seis dias, condicion que fué adoptada por Alberto.

Supo la noticia del sitio de Calais el rey de Francia, cuando ya muy estrechada La Fere se hallaba próxima á rendirse. Se irritó sobremanera por el peligro que corria una plaza marítima tan interesante. Dudó si volaria en persona á su socorro aunque le costase levantar el sitio de la que ya consideraba como suya. Marchó en efecto con un grueso destacamento dejando la otra parte de su ejército en las líneas de La Fere. Llegó con celeridad á Boloña é informado allí del estado de las cosas, echó mano de trescientos hombres escogidos que al abrigo de la noche penetraron sin ser sentidos en Calais y entraron en la ciudadela donde comunicaron las órdenes del rey de que se mantuviese firme estando el socorro ya muy próximo. Así lo prometieron los sitiados. Habiendo ya espirado los seis dias, les volvió á intimar la rendicion Alberto segun las condiciones concedidas. Respondió el gobernador que habian recibido socorro con la introduccion de los trescientos hombres en la ciudadela. La réplica de Alberto fué volver contra la fortaleza sus cañones. Muy pronto se hizo brecha; los sitiadores, sin querer entrar en mas convenio, emprendieron el asalto marchando los italianos y walones los pri-

meros. Fué este primer asalto repelido: mas á efecto del segundo quedó la ciudadela en poder del archiduque. Fueron pasados á cuchillo los vencidos: solo salvó su vida Champagnol, jefe de los trescientos hombres que el rey habia enviado de refuerzo.

El descuido en que se hallaba esta plaza de Calais hace poco honor al gobierno de la época, mas el desórden de los negocios no permitia atender á todo, absorbida como estaba la expectacion pública en cuestiones de existencia ó muerte. Por espacio de doscientos y cincuenta años habia permanecido en posesion de los reyes de Inglaterra, quienes la consideraban como una joya inestimable. No contribuyó poco á la gran reputacion que adquirió como capitan, Francisco duque de Guisa, la toma de esta plaza, aunque tambien en aquella ocasion se hallaba asimismo sumamente descuidada.

Permaneció el archiduque Alberto diez dias en Calais atendiendo al acopio de víveres y reparo de las fortificaciones. Se trasladó despues á poner el sitio de la plaza de Ardres, nombre famoso por el campo del paño de oro en que tuvieron sus conferencias Francisco I de Francia, y Enrique VIII de Inglaterra. El punto no era fuerte, ni la guarnicion muy numerosa, pues no pasaba de quinientos hombres. Se hallaba dentro de sus muros además del gobernador, el marqués de Verin, comandante general de la provincia.

Al esfuerzo de las baterías dirigidas por Le Rosne, vinieron al suelo parte de los muros. Como les habia prometido el rey de Francia enviar socorros prontamente, no se arredraron ni el vecindario ni la guarnicion con esta circunstancia. En el consejo de guerra celebrado con motivo de la intimacion del archiduque, opinó el gobernador por que pasase adelante la resistencia; el marqués de Verin, por que Ardres se entregase. Como era el segundo jefe de mas categoría, prevaleció su dictámen, y el archiduque tomó posesion de la plaza despues de ajustadas las capitulaciones de la entrega.

Entraron los españoles en Ardres el mismo dia que en La Fere Enrique IV. Aguó mucho á este monarca el placer de la conquista, la noticia de la toma de otra plaza por Alberto. Irresoluto sobre el plan de sus operaciones ulteriores, convencido de lo largo que seria la reconquista de las dos perdidas, determinó marchar directamente sobre Alberto, y obligarle donde quiera que le encontrase á una batalla. Alberto por su parte bastante advertido para no exponerse á un conflicto semejante, evitó este encuentro con el rey de Francia, y contento con la toma de dos plazas importantes que le indemniza-

ban de la pérdida de La Fere, pasó al Artois, y en seguida tomó la vuelta de Bruselas.

Entonces el rey de Francia sin bastantes tropas para hacer la guerra mas en grande, sin recursos aun para continuar pagando las pocas que tenia sobre las armas; licenció la mayor parte de ellas, y confió el resto al mariscal de Biron, para que hiciese correrías por los puntos que mejor le pareciese. En seguida se volvió á Paris, donde la organizacion de su gobierno y el restablecimiento del órden público durante tantos años alterado reclamaban imperiosamente su presencia. Estaba agotado su tesoro; en pugna, aunque no abierta, las parcialidades; los calvinistas disgustados; los católicos no del todo satisfechos. Se necesitaba una mano firme y hábil, ministros capaces y de buenas intenciones para curar tantas llagas como habian dejado en la nacion convulsiones de treinta años. Hábil se mostró en efecto el rey de Francia; ministros capaces, sobre todo el principal de ellos Sully, le habia deparado la fortuna; el pais salia poco á poco del caos; mas estos pormenores no pertenecen por ningun estilo á nuestra historia.

Durante la ausencia del archiduque de los Paises-Bajos, poco habia ocurrido en ellos digno de relato. Estaban las operaciones militares como entorpecidas, y Mauricio con pocas fuerzas de que disponer, se contentaba con excursiones de poca dura en las provincias del Brabante y otras confinantes con las de los Estados. Afectos estos al fomento de la navegacion y del comercio, á llevar adelante los establecimientos que comenzaban á plantear en las Indias Orientales, no tenian sobre las armas mas gente que la precisa para no volver jamás á la dominacion del rey de España. Parecia que contentos en el territorio que habian sabido hacer independiente, no aspiraban por entonces á llevar adelante sus conquistas.

Encontró Alberto á su regreso el pais tranquilo, mas descontento con las correrías del príncipe Mauricio, que habia exigido contribuciones por donde quiera que caia con sus armas. Pareció al archiduque necesario para conservar la buena opinion y popularidad que ya alcanzaba, emprender alguna operacion militar que realzase el brillo de sus armas. Las provincias que estaban bajo su autoridad lo deseaban igualmente, aunque no fuese mas que para desquitarse de los daños que acababa de hacerles el principe Mauricio. Las fuerzas de Alberto eran muy pocas; pero mas escasas todavía las de los Estados. Despues de echar los ojos sobre diversas plazas que se po-

drian sitiar con esperanzas de buen éxito y utilidad, mereció la preferencia la de Ulst, que hacia cinco años habia caido en poder de los Estados. Le Rosne, que en los consejos del príncipe ejercia una gran autoridad, fué de los que con mas ahinco propusieron el asedio de esta plaza.

La habia fortificado mucho Mauricio, y además abierto dos canales que por los dos lados le abrazaban, siendo además muy fácil inundar el pais que tenia al frente, con lo cual quedaba enteramente inaccesible. Así lo hicieron ver á Alberto los oficiales que habia enviado de reconocimiento, en cuya opinion ofrecia la empresa grandísimas dificultades. Mas Alberto, por consejo de Le Rosne, se atuvo á su primera resolucion, y mandó pasar adelante con la empresa.

Para ocultar mejor sus intenciones al príncipe Mauricio, amagó caer sobre otras plazas, y en particular sobre Gertruidemberg y Breda. Las apariencias fueron tales, que Mauricio hizo sacar tropas de Ulst para guarnecer mejor estos dos puntos. Entonces el archiduque se dirigió con rapidez hácia la que era principal blanco de sus miras.

Se halla la plaza de Ulst muy cerca de la costa y sobre un rio que se echa en el Escalda. Con este y los canales que la circuyen se puede considerar como plaza marítima, ó por mejor decir una isla, siendo de muy poca extension el terreno firme por donde un enemigo puede aproximarse. Al llevar las tropas á esta tierra firme, se debieron de reducir y se redujeron en efecto las primeras operaciones de los sitiadores. Habiéndose provisto de suficientes barcos, envió el archiduque delante y como de vanguardia á dos oficiales llamados Vich y Barlotte, quienes se embarcaron con su gente cubiertos con la noche. Fué el paso sumamente expuesto y trabajoso. No habiendo aun crecido bastante la marea, carecian de agua los barcos que navegaban por aquella inmediacion, al punto de tener que saltar fuera los soldados, y empujarlos ellos mismos sobre el fango. Poco á poco creció el agua y pudieron con mas facilidad navegar hasta la márgen del canal, mas no sin ser descubiertos por los soldados de algunos reductos que le guarnecian. A pesar del fuego que en seguida les hicieron, continuaron su camino, llegaron al borde del canal, á donde botaron las barcas, y habiendo llegado á la otra orilla se apoderaron de la tierra firme, que era el único paraje por donde Ulst era accesible.

Informado el conde de Solms, gobernador de la plaza, de la lle-

gada de los españoles, salió á su encuentro antes de darles tiempo de fortificar su campo y proceder á las demás operaciones del sitio. Se trabó de este modo una refriega sangrienta, en que para los sitiadores no habia mas alternativa que la victoria ó perecer, pues ya la retirada era imposible. Tuvieron un regimiento derrotado y su coronel muerto al principio del combate. Mas rehechos de esta pérdida, siguieron la pelea con tanto arrojo, que el conde de Solms se retiró á la plaza con sus tropas. Dueños ya del campo los sitiadores, se apresuraron á construir las obras del asedio. Sabedor Mauricio al fin de que era la plaza de Ulst el objeto de las operaciones del archiduque y que la vanguardia se hallaba ya establecida en la isla, se apresuró á ocuparla antes que llegase el cuerpo de su ejército. Mas Alberto le ganó en esto por la mano, pues se trasladó á dicha tierra firme inmediatamente que llegaron á ella los que habia mandado por delante. Defraudado Mauricio de su esperanza, todavía le quedó el recurso de enviar socorros á la plaza por el canal que estaba aun á su disposicion, por medio de los fuertes que guarnecian sus dos márgenes. Para vigilar mejor esta operacion se situó en Crumingen, plaza de Zelanda.

Mientras tanto se hacia el sitio de Ulst con la mayor actividad, no siendo menor la energía de la guarnicion en rechazar todos los ataques de los sitiadores. Apenas pasaba dia sin que el gobernador dispusiese salidas que producian choques abiertos entre los dos campos. Pereció en una de estas refriegas el famoso Le Rosne, alma y director de todas las operaciones del sitio. Fué su muerte muy sentida; mas aunque en un principio produjo abatimiento, no dejó el archiduque de continuar activamente las operaciones del asedio. Se hallaban las baterías bien situadas, y jugaron con acierto. Luego que hicieron una brecha bastante practicable, se prepararon los sitiadores al asalto.

Detrás de esta brecha se habia levantado un atrincheramiento muy susceptible de defensa. No carecia de víveres la plaza ni faltaba gente, hallándose en comunicacion con el príncipe de Orange, de quien recibia socorros y refuerzos. A pesar de estas ventajas, no quiso la guarnicion exponerse á los azares de un asalto, y obligó al gobernador á que capitulase con los españoles. Así se llevó á efecto. Entró el archiduque victorioso en Ulst en 1596, y despues de dar órdenes para el reparo de las fortificaciones, se restituyó á Bruselas, de cuyos habitantes fué recibido como en triunfo.

Causó en efecto gran satisfaccion en el pais esta victoria del archiduque, persona bien querida, hábil en captarse la benevolencia de los habitantes. No habia verdaderamente desplegado poca actividad en los cortos meses que llevaba de gobierno. La toma de Calais y de Ardrés, ambas plazas importantes, y ahora la de Ulst, de no menor categoría, comenzaban á formarle un nombre militar que le fué muy útil andando mas el tiempo.

Mientras tanto el mariscal de Biron maniobraba en Picardía con el cuerpo de tropas que le habia dejado el rey de Francia, haciendo excursiones en diversos sentidos, segun lo juzgaba conveniente. Con la salida de las tropas de Bruselas para sitiar la plaza de Ulst, penetró por el Artois, moviéndose siempre con gran circunspeccion, pues era un general metódico que hacia la guerra segun arte. Para atajarle en su marcha, envió el archiduque al marqués de Barambon á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas. Al saber su marcha el mariscal de Biron, le salió al encuentro, habiendo dejado emboscada á su retaguardia una gran parte de sus tropas. Luego que se encontraron los del archiduque y los del mariscal, retrocedió este como no atreviéndose á medirse con los que tanto le excedian en número. Los de Barambon siguieron el alcance, cuando á lo mejor se vieron sorprendidos por las tropas emboscadas, á cuya reunion con las otras del mariscal volvieron estas frente. Allí se empeñó una batalla con grande desventaja para los flamencos, que perdieron mucha gente entre muertos, heridos y prisioneros, siendo el marqués de Barambon uno de estos últimos, Los demás apelaron á la fuga.

Reemplazó el archiduque la persona del marqués de Barambon con la del marqués de Chimay, pero no fué mas dichoso. Conservó el mariscal de Biron su superioridad en varios encuentros y escaramuzas; mas no produjeron estas tomas de puntos importantes ni resultado definitivo de otra clase.

Terminó el año de 1596 sin mas acontecimientos importantes. El de 1597 no iba tampoco á ser mucho mas fecundo. Se acercaba la guerra de los Paises-Bajos á su fin mas por cansancio y fatiga que por ningun otro motivo. A pesar de las ventajas que habia conseguido el archiduque en Francia, conservaba la superioridad en el pais el príncipe Mauricio. Tal era el respeto que infundia su nombre en el Brabante y demás provincias españolas que pagaban por via de contribuciones el favor que les hacia de no molestarlos con sus incursiones. Indignado Alberto de esta especie de vasallaje, hi-

zo establecer un campo fortificado de cinco mil hombres en Turnhout, en las fronteras del Brabante. Confirió su mando á Varas, hermano del marqués de Barambon, mas en atencion á su familia distinguida que á sus méritos y conocimientos militares. Vivia este jefe en efecto muy descuidado en un punto que exigia la mas grande vigilancia. Al saber esto el príncipe Mauricio, marchó en busca suya, saliendo de Gertruidemberg con cinco mil infantes y ochocientos caballos. Llevaba consigo al conde de Solms, al conde Hoenloe, y á los ingleses sir Francisco Vere y Sidney, gobernador de Flesinga.

No tuvo noticia Varas de la marcha de Mauricio hasta que se hallaba ya muy cerca de sus líneas. No atreviéndose á aguardarle en ellas, hizo salir todos sus equipajes por la noche, y al amanecer del dia siguiente se puso en retirada él mismo, no sin grande enojo de sus tropas que se indignaban de huir delante de los que habian vencido tantas veces. Sabedor Mauricio de la retirada de Varas, envió á sir Francisco Vere á observar sus movimientos, y al mismo tiempo dió órden al conde de Hoenloe para que adelántándose con cuatrocientos caballos entretuviese al enemigo mientras él llegaba con la infantería. Cayó en efecto Hoenloe sobre el enemigo que marchaba con pocas precauciones. Derrotada la caballería, se echó sobre la infantería, introduciendo en sus filas el mayor desórden. En los momentos de esta confusion llegó Mauricio con su infantería. No le fué difícil consumar una derrota que estaba ya empezada. Perdieron los nuestros entre muertos y heridos cerca de dos mil quinientos hombres, y los que quedaron vivos cayeron en poder del enemigo. Se contó en el número de los muertos el mismo Varas, que aunque desacertado en aquel movimiento, habia combatido con un valor digno de mejor fortuna.

Atribuyen algunos la victoria de Mauricio á las carabinas largas, acabadas de inventar entonces, de que estaba armada su caballería. Es posible; mas bastante vencidas estaban aquellas tropas tan desordenadas cuando acudió el príncipe en persona. Como quiera que esto sea, se condujo con humanidad y hasta generosidad despues de su victoria. Tomó disposiciones para la curacion de los enfermos y buen acomodo de los prisioneros, distinguiéndose en el particular como cumplia á un hombre que deseaba mostrarse generoso.

Mientras tanto cayó Amiens en poder de los españoles por una de aquellas ocurrencias que no son muy raras en la guerra. Eran antes dueños de esta plaza los liguistas, á cuyos principios se presentaba sumamente adicta. Despues de la entrada de Enrique en Paris, fué una de las primeras en prestarle obediencia. Estipuló sin embargo con el rey, que no se le pondria guarnicion, comprometiéndose los vecinos á formarla ellos mismos, y á atender á todas las necesidades de una defensa si llegase el caso. En virtud de este convenio se organizaron hasta trece ó catorce mil de sus vecinos; mas siendo estos hombres de oficio y delicados á sus negocios particulares, descuidaban el servicio militar sin adquirir la instruccion necesaria para hacer buen uso de sus armas en caso de un conflicto. Los jefes valian tan poco como los soldados, y además no tenian un gobernador entendido capaz de darles ejemplo, y dirigirlos bien cuando hubiese que echar mano de ellos.

Sucedió entonces que un habitante de esta ciudad se presentó en Doulens donde mandaba Eduardo Tellez Portocarrero, capitan español, ofreciendo entregarle la plaza de Amiens por sorpresa; pues conocia perfectamente las entradas y salidas, y estaba en inteligencia con personas principales que deseaban pasarse á la parcialidad del rey de España. Aceptó la oferta Portocarrero, é inmediatamente lo hizo saber al archiduque, advirtiéndole al mismo tiempo que iba á moverse para aprovecharse de aquella favorable coyuntura.

La distancia entre Doulens y Amiens es solo cuatro leguas. Se movió Portocarrero de noche á la cabeza de dos mil hombres de infantería y novecientos caballos, caminando con el mayor silencio, de modo que pudo llegar antes de amanecer junto á una ermita muy cerca de la plaza, rodeada de árboles, donde emboscó su gente. Destacó delante diez ó doce de sus hombres mas escogidos, distinguiéndose entre ellos el español Francisco del Arco, el milanés Baptista Dognano y el borgoñon Lacroy. Todos estos iban disfrazados de paisanos con sus armas debajo de los sayos. Llevaban tres de ellos sacos en la cabeza llenos de nueces y manzanas, y otro conducia un gran carro cargado de vigas y maderos. Caminaban los otros detrás á pocos pasos de distancia. Cuando amanecia llegaban todos ellos á las puertas de la plaza que acababa de abrirse. En el mismo puente levadizo afectaron entrar en riña los que llevaban los sacos de nueces y manzanas, y habiéndose dado un empujon vinieron al suelo, por donde quedó esparramada toda aquella fruta: acudió al ruido la gente de los alrededores, y con la confusion originada

por la prisa de los que se avanzaban á coger las manzanas y las nueces, se acercó el carro cargado con las vigas atravesándose en la misma puerta. Entonces disparó uno de ellos un pisteletazo, que era la seña convenida, tanto con los que estaban dentro como con los de Portocarrero que quedaban emboscados. A la detonacion entró un centinela en sospecha de que se tramaba alguna cosa, y se apresuró á bajar el rastrillo, mas lo impidieron las tablas y vigas del carro que estaba parado y no podia moverse, pues de antemano se habian quitado las clavijas que sujetaban los caballos á la lanza. Mientras tanto avanzaba á paso de carga Portocarrero con los suyos, y se metieron en la plaza sin que nadie lo estorbase. Los de adentro que estaban en la trama, acudieron por su parte á darle auxilio, sin que los vecinos armados en aquella confusion y desórden, sobrecogidos por otra parte del terror, hubiesen podido obrar nada en su defensa.

Quedó sorprendido al mismo tiempo que indignado Enrique IV con la pérdida de una plaza tan considerable que dejaba expedito para los españoles todo aquel pais de las fronteras. A esta pérdida material se añadia lo injurioso que podria ser á su reputacion, que habiendo sido tantas veces vencedor de los mismos franceses, hubiese salido perdiendo en sus luchas con los españoles. Era, pues, para él de grandísima importancia recobrar la presa que habia caido en manos de sus enemigos; mas para ello se veia con grande escasez de tropas, y sobre todo falto de dinero con que mantenerlas. Estaba exhausto su tesoro, apurados sus recursos. Despues de tantos años de guerra civil y tantas convulsiones, todo estaba perdido y agotado. Mas á pesar de tantos inconvenientes, se resolvió á arrostrarlos todos á trueque de volver á la plaza de Amiens que le hacia tan al caso. Con esta resolucion salió de Paris y se trasladó á Corbie, á tres leguas de distancia, llamó á su lado al mariscal de Biron que todavía se hallaba en Artois, y con sus tropas y las que pudo recoger á duras penas debilitando varias guarniciones, resolvió poner el sitio de Amiens y llevarlo adelante con todo el vigor imaginable.

Ya entonces habia renovado sus tratados de alianza con los Estados generales, y ajustado uno nuevo con la reina inglesa, quien se comprometió á enviarle dinero y hasta ocho mil hombres. Con cuatro mil de ellos engrosó las tropas destinadas al sitio de Amiens, y sus operaciones fueron encomendadas al cuidado del mariscal de

Biron, muy celoso por corresponder en todo á la confianza del monarca.

Se empezó la expugnacion de Amiens, y se dió al sitio además el carácter de bloqueo, habiéndose construido fuertes líneas contra cualesquiera tropa que se quisiese enviar en su socorro. Se llevaron adelante las operaciones del sitio con vigor: no fueron los de adentro menos activos en la defensa. Las salidas eran frecuentes y mortíferas. El gobernador de la plaza, Portocarrero, estaba resuelto á defender hasta la última gota de sangre su conquista. Por lo regular era él quien dirigia las salidas. Habiendo muerto en una de ellas, fué sucedido en el mando por el marqués de Montenegro, que no se le manifestó inferior, ni en inteligencia, ni en constancia. No desmayaban las tropas de la guarnicion contando siempre con los socorros que habia ofrecido conducir en persona el archiduque.

Se hallaba este, en efecto, tan interesado en la conservacion de Amiens, como en ganarla Enrique IV. Sea que la guerra entre ambas coronas continuase, ó que estuviese próximo un arreglo, como era la opinion comun, á los dos partidos convenia muchísimo la posesion de una plaza semejante. Mas luchaba Alberto con muchísimas dificultades. Tambien comenzaba á verse en grandes apuros pecuniarios el poderoso rey de España. Exigian demasiado crecidos intereses los que adelantaban dinero tomando por hipoteca las rentas del Estado. Ya costaba gran trabajo al rey el que los grandes capitalistas acudiesen al socorro de sus necesidades. Para concebir una idea de estos apuros bastará indicar que el archiduque Alberto no pudo ponerse en marcha en socorro de Amiens hasta por agosto cuando llevaba tres meses ya de sitio.

Ascendia á veinte y cinco mil el número de sus tropas de infantería y de caballería, suficiente fuerza si el enemigo no estuviese apoyado en sus dos líneas. Consistia toda la confianza de Alberto en que saliese Enrique IV á ofrecer ó aceptar una batalla. Tal fué la primer intencion del rey de Francia; mas le disuadieron de ello el mariscal Biron, el mismo duque de Mayena que estaba ya en su campo, haciéndole ver la enorme diferencia entre la infantería francesa recientemente alistada, y la veterana y disciplinada que mandaba el archiduque. Permaneció, pues, Enrique dentro de sus líneas demasiado bien construidas para que pudiesen ser forzadas por Alberto. Viendo este ya malograda la ocasion, se puso en retirada y tomó la vuelta de los Paises-Bajos.

Destituida la plaza de Amiens de socorros, con sus recursos agotados, cada vez mas estrechada por los sitiadores y muy próxima á un asalto, entraron en capitulaciones con el rey y le abrieron sus puertas con favorables condiciones.

Durante la ausencia de Alberto, no habia estado ocioso el príncipe Mauricio, siempre atento á aprovecharse de estos momentos de respiro. Habia quedado muy desguarnecido el Brabante por la necesidad de sacar tantas fuerzas para la expedicion de Francia. Cayó Mauricio con trece mil hombres sobre la plaza de Rimberg, guarnecida por mil, y se hizo dueño de ella con muy poca resistencia. Pasó despues á la de Meurs que cayó en sus manos.

Tambien se apoderó de las de Groll y Brevort, aunque experimentó mas dificultades en su expugnacion por estar situadas en un terreno pantanoso. Cayó despues sobre la de Linjen, única que al norte del Rhin se hallaba todavía en manos de los españoles. Igual suerte tuvo que las otras. Y los Estados quedaron tan contentos de su comportamiento, que le hicieron cesion á él y sus descendientes del señorío de esta última ciudad con todo su territorio y dependencias.

Sucedia esto el año 1597. Con estas operaciones militares terminaron las que durante el reinado de Felipe II tuvieron lugar en los Paises-Bajos.

CAPITULO XV.

Expediciones marítimas de los ingleses contra posesiones españolas.—Sir Ricardo Hawkins.—Sir Walter Raleig.—Sir Francisco Drake.—Muerte de este.—Sale don Bernardo de Avellaneda de Sevilla en busca de los ingleses.—Dispersa los restos de Drake.—Expedicion de lord Howard y el conde de Essex.—Toman á Cádiz.—Evacuan la plaza.—Expedicion de Felipe II sobre Irlanda.—Dispersada por los vientos.

Mientras la Francia y los Paises-Bajos eran teatro de tantas hostilidades entre Felipe II y las potencias rivales, no estaban ociosos los ingleses en los mares. Si tantas expediciones contra nuestros dominios de Ultramar se habian hecho por aventureros antes de una declaracion abierta de guerra, debieron de ser mas frecuentes y en mayor escala despues de ser mas frecuentes y en mayor escala despues de haber sido rotas las hostilidades de un modo tan solemne. Eran nuestras posesiones demasiado ricas, para que no llamase á cada paso la codicia de los que intentaban entrar á la parte del despojo. En 1594 salió una expedicion al mando de Ricardo Hawkins con direccion á la América meridional, y habiendo pasado el estrecho de Magallanes, navegó por los mares de Chile en busca de los galeones españoles; pero fué desgraciado en su expedicion, habiendo sido prisionero en aquellas mismas costas. Con mejor fortuna salió al mar Jacobo Lancaster en aquel mismo año con tres navíos y pinazas que le habia proporcionado el comercio de Londres. Con ellos apresó diez y nueve buques españoles ricamente cargados, y en seguida se dirigió á las costas del Brasil para atacar

á Fernambuco, donde sabia que se hallaban muchas riquezas encerradas. A pesar de que le estaba aguardando en la costa gente armada sabedora de su arribo, no titubeó el capitan inglés en embarcar su gente en lanchas, y emprender un desembarco á viva fuerza poniéndose en la alternativa de vencer ó morir en la intentona. Impuso tanta audacia á la gente portuguesa; el desembarco tuvo efecto, aunque los ingleses perdieron mucha gente en el acto de saltar en tierra. Los naturales se internaron en el pais mientras los ingleses, aprovechándose de su fortuna, hicieron en el pueblo un botin considerable.

En 1595 se embarcó tambien con buques suministrados por el comercio sir Walter Raleigh, uno de los ingleses que se hicieron mas célebres por su valor, instruccion y diversas aventuras. Se dirigió este á la Guayana, pais recientemente descubierto y conquistado, que segun la opinion comun era mas abundante en oro y plata que el Perú y que Méjico. Desembarcó en la isla de Trinidad donde no dejó de hacer presas de importancia. Pasó despues á la boca del rio Orinoco, que subió por espacio de muchas leguas, creyendo encontrar algun botin mas rico. Pero el rio estaba desierto, y en las orillas no existia pueblo alguno. El aventurero inglés volvió á su pais sin otros resultados; mas escribió una relacion de sus viajes, anunciando maravillas de los paises que habia descubierto.

En 1596 salió el famoso Drake y sir Juan Hawkins con siete navíos que le habia dado la reina, y veinte mas que le proporcionó el comercio. Se dirigieron al istmo de Panamá con objeto de atravesarle por tierra y apoderarse del pueblo de este nombre. Desembarcaron primero en Nombre de Dios, cuyas autoridades huyeron, dejando á los ingleses saquear la poblacion impunemente. Lo mismo hicieron en Portobelo, á donde pasaron en seguida. En su expedicion tierra á dentro no fueron tan felices. Subieron al Chagre muchas leguas, mas fueron tantos los obstáculos que encontraron en los habitantes abrigados con varios fuertes construidos en las dos orillas, que desistieron de la empresa. Se apoderó de los buques ingleses una enfermedad contagiosa, de que fué víctima el mismo sir Francisco Drake, marino sin duda muy aventajado y que dejó nombre casi mas célebre entre nosotros que entre sus mismos compatriotas (1).

(1) Los historiadores españoles de la época le llaman el *Draque*, nombre objeto de terror para los niños desde entonces. Nada prueba tanto el daño que por mucho tiempo nos estuvo haciendo este hombre de mar, tan audaz como entendido.

Sabedor Felipe II de esta expedicion de Drake, mandó que se aprestase en Sevilla una escuadra compuesta de veinte y un navíos mandada por don Bernardino Avellaneda. Se hizo este pronto al mar en busca de la inglesa. Navegó hácia Cuba, y cerca de la isla de Pinos, que está muy próxima, se encontró con los restos de la expedicion de Drake, mandados por sir Tomás Vakerville. Se trabó desde luego entre ambas escuadras un combate en que la victoria quedó por nuestra parte, habiendo sido dispersados los buques enemigos. Los ingleses dicen que se retiraron los de su nacion, habiendo quedado indecisa la victoria.

Otra expedicion se armó al año siguiente de 1597 en mayor escala. Concurrieron á ella holandeses, ingleses y franceses. Se componia la escuadra de nada menos que de noventa buques con veinte y tres mil hombres de desembarco.

Entraba en una gran parte de los gastos la reina inglesa: en otra tambien considerable el comercio de Londres, y en el resto varios de los jefes de la expedicion, segun era la práctica de aquellos tiempos. Mandaba la armada el mismo lord Howard de Effingham que habia tenido el mando de las fuerzas navales cuando la expedicion de la Invencible. Estaban las tropas del desembarco á cargo del conde de Essex, gran privado y favorito de la reina inglesa. Con estos dos personajes se embarcaron muchos jefes de distincion, y entre ellos el famoso sir Walter Releigh, que habia hecho la expedicion del Orinoco. Salió la expedicion el 13 de julio de aquel mismo año, y aunque eran varios sus objetos, apareció por los resultados ser el principal el atacar á Cádiz. Caminó la expedicion con viento próspero, y al llegar á la altura de Lisboa manifestó intencion de hacer un desembarco, mas estaban las autoridades del pais ya prevenidas. El almirante don Diego Brochero aguardaba á la boca del almirante Tajo, protegido por los castillos de San Juan y de Cabeza Seca. Cruzaban arrimados á la costa una porcion de galeones portugueses, y del interior se aproximaban al litoral un gran número de tropas. Impuso esta actitud al almirante y general inglés, y pasaron de largo sin hacer amago alguno tomando el rumbo hácia el punto á que estaban destinados. Cuando doblaron el cabo de San Vicente llegaba á Sevilla la noticia de que una escuadra inglesa de noventa velas se acercaba á Cádiz.

Mandaba la provincia el duque de Medina-Sidonia, é inmediatamente encaminó hácia Cádiz todas las fuerzas disponibles. Salió

para este punto del puerto de Santa María don Pedro Portocarrero, comandante de las fuerzas navales surtas en bahía, y las dispuso en actitud de aguardar al enemigo. Se componia su escuadra de diez y ocho galeras, ocho galeones y tres navíos, fuerza muy poco adecuada á la de los contrarios que se aproximaban. Mientras tanto acudian á Cádiz desde Jerez trescientos hombres de á pié y trescientos de á caballo, con cuatro compañías mas, que se quedaron en el puerto de Santa María, donde se creyó que podrian hacer mas falta. Envió Sevilla seiscientos arcabuceros con el mismo duque de Medina-Sidonia á la cabeza.

Eran estas fuerzas, tanto de tierra como de mar, insuficientes para el objeto á que se destinaban. Mientras tanto llegaba la expedicion inglesa á su destino. Se aproximaron á la punta del castillo é isleta de San Sebastian, en cuyo paraje pensaba hacer el duque de Essex su desembarco. Mas ocurrieron obstáculos insuperables, y la escuadra inglesa se internó por la bahía completamente victoriosa; pues don Pedro Portocarrero conociendo que la lucha era desigual arrimó como pudo los navíos á la costa, y en seguida les pegó fuego para que no cayesen en manos de los enemigos. Procedieron estos inmediatamente al desembarco que verificaron cerca de Puntales. Acudieron los nuestros á impedirlo, mas los ingleses demasiado superiores en número vencieron este obstáculo, y continuando su marcha forzaron con muy poco esfuerzo las líneas de los españoles. Penetraron sin resistencia en Cádiz, cuyos habitantes se retiraron, unos al castillo de San Felipe, y otros á la iglesia principal del pueblo. La ciudad fué puesta á saco por los ingleses; mas se perdonaron las vidas á los que estaban prisioneros, habiéndose ofrecido ciento veinte mil ducados por su rescate.

Mientras esto sucedia en Cádiz, acudian muchas tropas del interior á la reconquista de la plaza. Se creyeron los ingleses en la necesidad de evacuar un punto donde no podian de ningun modo sostenerse. Fué de distinta opinion el conde de Essex, ofreciendo que él solo le conservaria con quinientos hombres disponibles. Como no participaban de sus ilusiones los jefes de la armada, y en espepecialidad el almirante en jefe, se vió precisado el conde á ceder á su opinion, muy indignado contra los suyos, porque contentándose solo con un botin muy rico renunciaban á la gloria de conservar una conquista tan considerable.

Fué inmensa en efecto la pérdida de los españoles. En la cantidad de ciento treinta mil ducados se computó la de los buques incendiados. No se pagaron por la premura del tiempo los ciento veinte mil que se habian estipulado por el rescate de los prisioneros; mas los ingleses se llevaron en rehenes á los que les parecieron de mayor fortuna, á fin de que respondiesen por los otros.

Muy doloroso fué para Felipe II el desembarco en Cádiz recordando sin duda los funestos resultados de la expedicion de la *Invencible*. Sin embargo, en vez de desmayar mandó que se dispusiese á toda prisa una armada en los puertos del Ferrol y la Coruña. Fueron cumplidas sus órdenes con puntualidad, y el rey de España se vió acaso en vísperas de vengarse de sus enemigos. Estaba la expedicion destinada á Irlanda, donde tenia Felipe II muchas inteligencias con los católicos, entonces como ahora en mayoría en aquel reino. Ya hemos visto que en el Consejo de Felipe hubo quien opinase cuando la expedicion de la otra armada, porque se dirigiese á Irlanda en vez de Inglaterra, como operacion menos expuesta y mas seguros resultados. Felipe II trataba ahora de reparar aquel error, destinando á la Irlanda y no á la Inglaterra la segunda armada. La ocasion era crítica; la Irlanda estaba á la sazon en abierta insurreccion con Isabel, á quien no daba poco cuidado esta actitud de un pueblo tan feroz entonces. Mas era la estrella de Felipe II el ser desgraciado en todas sus empresas marítimas. Fué su segunda armada muy poco despues de la salida del puerto acometida por violentas tempestades que la destruyeron, habiendo perecido muchos buques, y vuelto otros al puerto enteramente destrozados.

Por una coincidencia singular, al mismo tiempo que ocurria esto sobre las costas de Galicia, se aprestaba en Plymouth otra escuadra inglesa, mandada por el mismo conde de Essex, á cuyo cargo iba tambien el gobierno de la escuadra. Sabedora la reina de Inglaterra del proyecto de la expedicion de la armada española sobre Irlanda, preparaba esta para caer sobre los puertos del Ferrol y de la Coruña. Las tempestades que dispersaron la española, produjeron en la inglesa el mismo efecto. La mayor parte de los buques se volvieron á Inglaterra. Mas el conde de Essex, muy deseoso en todas ocasiones de gloria, trató de probar fortuna con los que no habian sido averiados por la tempestad, y se dirigió acompañándole siempre sir Walter Raleigh, con objeto de coger los galeones españoles que debian llegar por entonces de las Indias. Como el viaje de estas em-

barcaciones era siempre periódico y por unos mismos parajes, se calculaban fácilmente los dias de su arribo ó su presentacion en ciertos mares. Tomó pues la escuadra inglesa el rumbo que indicamos, siendo su intencion apoderarse á viva fuerza de la isla de Fayal, para aguardar con mas comodidad que llegasen los galeones. Se separaron durante el camino sir Walter Raleigh y el conde de Essex por uno de esos accidentes que son tan comunes en las expediciones marítimas. Llegó el último á la vista de Fayal mucho antes que el primero, y despues de haberle aguardado algunos dias, ó bien por no perder una coyuntura favorable, ó por llevarse solo la gloria de la empresa, desembarcó en la isla y se apoderó de ella despues de haberla dado á saco. Llegó poco despues el conde, y tal fué su irritacion al saber que Raleigh habia acometido la empresa sin aguardarle, que le puso preso, y trató hasta de despojarle de su empleo y pasar á mas rigores en disciplina; mas al fin se templó por ser de un natural propenso á la bondad aunque fogoso, ó porque se convenció de que no habia sido falta voluntaria en Raleigh aprovecharse de una coyuntura que se le ofrecia para hacer el desembarco.

Era de poca consideracion el haberse apoderado de una isla tan insignificante de las Terceras. El objeto principal á que se dirigia aquella ocupacion, es decir el de aguardar á su abrigo los galeones, cuya llegaba estaba ya muy próxima, quedó frustrado. Como se supo la presencia de la escuadra inglesa, hubo medio de avisarlo á los galeones que tuvieron tiempo para abrigarse en el puerto de Angra. Cuando llegaron los ingleses ya era tarde; solo pudieron apresar tres buques, cuyo rico cargamento los indemnizó cumplidamente de los gastos de la empresa.

CAPÍTULO XVI.

Negociaciones entre Francia y España, por la mediacion del Papa.—Disgustos de la reina de Inglaterra y de la república de Holanda por los rumores de paz.—Embajada infructuosa.—Paz de Vervins.—Renuncia Felipe II la soberanía de los Paises-Bajos en favor de su hija Clara Eugenia, casada con el archiduque Alberto.—(1598.)

Habia llegado la guerra en Francia y los Paises-Bajos al estado de todas las contiendas prolongadas en que al encarnecimiento sobreviene la fatiga, y á la impaciencia de conquista el desmayo del poco fruto que en ellas se consigue. Llevaba la ventaja en Francia el rey de España; mas las plazas de Calais, de Cambray, de Amiens y otras ganadas por el conde de Fuentes y el archiduque Alberto, eran de muy poco valor en comparacion de los inmensos sacrificios que costaban. El grande objeto de hostilidad de Felipe II con Enrique IV estaba completamente ya frustrado. Era rey de hecho y de derecho: católico reconciliado con la Iglesia, absuelto por el Papa. ¿A qué fin prolongaria, pues, esta contienda? Estaba por otra parte el rey de España muy entrado en años. Se sentia achacoso y muy enfermo. No es extraño que en aquella situacion, cuando se disipan tantas ilusiones, viese las cosas con ojos distintos que durante el fuego de la edad, y quizá se arrepintiese de haber sacrificado tantos afanes y tesoros á la realizacion de una quimera. Debia desear la paz aunque no fuese mas que por lograr algun descanso en los últimos momentos de su vida. Su único hijo y sucesor era entonces muy jóven todavía, y probablemente no daban sus disposiciones

grandes esperanzas á Felipe II de que pudiese sostener el peso de tan vasta monarquía. Todo, pues, debia inclinarle á la paz, y las mismas disposiciones debian de ser las del rey de Francia, pues le era absolutamente indispensable en el estado de confusion en que se hallaban sus negocios, y sobre todo por lo exhausto de su hacienda. Repugnando, sin embargo, á cada uno de los dos monarcas dar los primeros pasos para venir á una negociacion, tomó á su cargo el Papa el ser el mediador; y por su influencia se juntaron en Vervins, en la provincia de Haynault, confinante con la Picardía, los plenipotenciarios de los dos monarcas á establecer los preliminares de una paz definitiva. Concurrieron por Francia los presidentes de Bellievre y de Sillerí; y Ricardo y Juan Bautista Tasis por España. Asistió el cardenal Alejandro de Médicis en calidad de legado del Pontífice.

Comenzaron las conferencias en febrero de 1598, mientras las hostilidades se hallaban como suspendidas. Al saber estos pasos la reina de Inglaterra y el príncipe Mauricio se llenaron de inquietudes y hasta de indignacion contra el rey de Francia, que estaba dispuesto á romper los vínculos de una alianza tan solemnemente contraida. Temia Isabel que el rey de España desembarazado de la guerra con Enrique, intentase nuevas hostilidades con ella. Temian con mas razon los Estados generales que siguiendo la reina de Inglaterra el ejemplo que le daba Enrique IV, cayesen sobre ellos solos todas las fuerzas de tierra y mar que podria alistar contra ellos el rey de España ya desembarazado de otras guerras. Se movia la reina de Inglaterra mas por espíritu de rivalidad hácia Felipe II, que por otro cualquier sentimiento. Pero los peligros que temian los Estados generales, eran efectivos hasta el punto de comprometer realmente su existencia. Como habia comunicado Enrique IV á sus aliados su resolucion de hacer las paces con España, le envió Isabel por sus embajadores á sir Roberto Cecil y Enrique Herbert, y los Estados generales á Justino de Nassau y á Juan Barnevelt, encargados unos y otros de disuadirle de sus resoluciones. Le hicieron ver en efecto la feliz perspectiva que le presentaba la continuacion de la guerra con tan poderosos auxiliares, contra una potencia ya extenuada y en tantos puntos ya vencida; que si cuando Enrique tenia por conquistar la corona de Francia habia podido guerrear de igual á igual con Felipe II, muchas mas probabilidades tendria ahora de ventajas, dueño en su totalidad de un reino poderoso, donde encontraria miles y miles de soldados que volarian con placer á sus banderas; que la reina de Inglaterra y los Estados generales le auxiliarian gustosos con su dinero y sus navíos, y le reconquistarian sobre todo la plaza de Calais, que habia sido para él una gran pérdida; por último, que aunque le restituyesen á Felipe II las plazas que le habia tomado, mayores ventajas le resultarian si apelaba con mas vigor que nunca á la fuerza de las armas; que eran demasiados los agravios que habia recibido de este rey para cederle ahora, por la sola causa de que estaba tan debilitado.

Tenia el rey de Francia grandes miramientos que guardar con estos dos Estados que tan generosamente le habian auxiliado en sus conflictos; pero como la paz le era indispensable, no desistió de su propósito. Respondió, pues, con blandura á los embajadores: que estaba muy agradecido á la amistad é interés que sus aliados le manifestaban, y siempre reconoceria gustoso los favores insignes que le habian dispensado; que de muy buena gana continuaria la guerra; mas que sus circunstancias eran tales, que le obligaban á adoptar el plan contrario; que poco adelantaria el haber conquistado su reino con la espada, si no aplicaba con ardor los infinitos males y desórdenes que se habian introducido en la administracion con tan largas guerras intestinas: que su hacienda estaba exhausta, sin otros medios de repararla que los de una grande economía producida por la paz: que cuanto mas antes la hiciese con el rey católico, menos gravoso seria á sus aliados: y por último, que cuando se habia unido á ellos para guerrear de concierto con el rey de España, nunca habia sido su intencion continuar la alianza cuando fuese contraria á sus propios intereses, sobre todo no utilizándose en ella los de sus amigos, y que cualesquiera que fuesen los tratados que ajustase con el rey de España, nunca se romperian sus lazos de amistad con los que consideraba como amigos verdaderos.

Tuvieron los embajadores que satisfacerse con esta respuesta, pues la resolucion del rey era invariable. En los mismos términos se expresó Enrique IV, en una embajada que envió á la reina de Inglaterra y á los Estados generales. Consintieron estos al fin en lo que no podian impedir, y no dieron muestra alguna pública de su desagrado.

Al fin, despues de muchos tropiezos y dificultades, en cuyo allanamiento trabajó con mucho celo el Papa, se firmó en abril de 1598,

en el mismo pueblo de Vervins entre Felipe II y Enrique IV, el tratado de paz con el nombre de este pueblo conocido. Por él restituia Felipe á la Francia las plazas de Calais, Ardres, Doulens y todos los demás pueblos que habia tomado en Francia. Devolvia la Francia á España la plaza de Cambray; mas en su posesion estaban ya despues que la ganó el conde de Fuentes; además la plaza de Cambray y su territorio habia sido parte integrante de los Paises-Bajos. Así por tres ó cuatro plazas que restituia el rey de España se le daba una que ya estaba en su poder y que le pertenecia por herencia.

De este modo terminó el sueño que Felipe II habia entretenido por tantos años de ser señor directa ó indirectamente de Francia, y purgar para siempre aquel pais del calvinismo.

Otro sueño del rey de España estaba próximo á su fin, á saber: el relativo á los Paises-Bajos. Llegó á cansarse de aquella contienda tan reñida, á convencerse acaso de que la separacion de las provincias del Norte era un hecho consumado, y que en las que se conservaban fieles jamás dejaria de ser su dominacion objeto de disgustos. Habiendo sido defraudada su esperanza de colocar en el trono de Francia á su hija Clara Eugenia, pensó en establecerla de un modo que la indemnizase de esta pérdida. El archiduque Alberto era objeto de su predileccion, y como aun no habia entrado en órdenes, aunque habia sido nombrado arzobispo de Toledo, resolvió casarle con su hija, dándola en dote la soberanía de las provincias españolas en los Paises-Bajos, transmisible á sus descendientes.

Así se desprendia el rey de España de una region que le habia costado tantos afanes, tantos tesoros, tanta sangre; un pais que era el principal floron de su corona, una mina abundante de recursos en tiempos de prosperidad, la que ofrecia mas ventajas pecuniarias á su padre Carlos V. Mas las circunstancias eran otras. Estaba el rey cansado, se sentia muy viejo, muy quebrantado, muy próximo á la tumba.

Causó esta determinacion del rey divergencia en su Consejo. Algunos la desaprobaron como una desmembracion muy importante de los Estados de la monarquía; y sobre todo que no seria de utilidad, pues en la guerra del archiduque Alberto contra las provincias del Norte, tendria el rey que socorrerle lo mismo que cuando era gobernador general á nombre suyo. Decian otros en contrario, que con esta cesion se veria libre el monarca de un cuidado grave; que los Estados, enemigos de su dominacion, quedarian por su parte mas tranquilos: que era mas fácil el arreglo entre las provincias del Norte y el archiduque Alberto, que si el rey sonase como soberano: que en cualquier convenio que se hiciese entre ambos Estados no sufriria nada la dignidad del rey de España; por último, no debia dejar á su sucesor el legado de una guerra, al parecer interminable.

Prevaleció esta última opinion, y en mayo del mismo año de 1598 se firmó el acto, en que manifestando el rey su resolucion de unir al archiduque Alberto con su hija mayor la infanta doña Isabel Clara Eugenia, cedia y otorgaba á favor de ella la soberanía de los Paises-Bajos, y el condado de Borgoña, para que le disfrutase en compañía de su futuro esposo, y le trasmitiese á sus hijos ó hijas, segun las reglas de sucesion establecidas.

Se estipulaba además que si la sucesion recaia en hembra, se deberia esta casar con el rey de España ó su heredero, y que ningun príncipe ó princesa hija de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, se podria casar sin el beneplácito del rey de España. Era tambien uno de los términos de este tratado que el archiduque y sus sucesores se comprometerian á impedir á sus súbditos el tráfico ó comercio de las Indias, y sobre todo que no permitirian en sus Estados el ejercicio de otra religion que la católica. En caso de que la infanta muriese sin sucesion, volverian los Estados á la corona de España, debiendo verificarse lo mismo en caso de que los nuevos soberanos infringiesen cualquiera de los artículos estipulados.

Con la otorgacion de este acto quedó Felipe II voluntariamente desposeido del señorío de los Paises-Bajos. En esta region se recibió con mucho agrado la noticia de que ya no estaban sujetos á la dominacion del rey de España; tan impopular habia sido este monarca, hasta objeto de odio en casi todas sus provincias. El archiduque Alberto habia sabido conciliarse su aficion, y en su gobierno concebian todos grandes esperanzas. Las provincias confederadas por su parte, aunque miraron con suspicacia este acto de cesion, como todo cuanto emanaba del gobierno de su antiguo dueño, consideraron al fin el asunto bajo el agradable aspecto que este cambio de cosas presentaba.

CAPÍTULO XVII.

Dolorosa y última enfermedad de Felipe II.—Muerte del monarca.—Su carácter.—Consideraciones sobre su reinado.—Estado de las principales naciones de Europa á su fallecimiento (1).—(1598.)

Se acercaba ya el término del largo reinado que escribimos. Habia entrado el rey en los setenta y dos años de su edad, ya muy quebrantado de salud y en vísperas de la dolorosa enfermedad que le llevó al sepulcro. A pesar de su templanza en comida y en bebida, vivió los últimos años muy atormentado, sobre todo de la gota, que se podia llamar enfermedad hereditaria. No podia andar sino apoyado á una especie de muleta: todavía se ve en su gabinete del Escorial una silla baja, especie de banquillo, en que acostumbraba colocar su pierna. Andando el tiempo, comenzaron á hinchársele los piés y hasta el estómago, de modo que no podia andar mas que en silla. Por el mes de junio de 1598, hizo su último viaje al Escorial, y á pocos dias despues fué atacado de la enfermedad que le postró definitivamente en cama. Padecia una calentura ardiente que le iba consumiendo poco á poco hasta dejarle en puros huesos. Llegó la acritud de sus humores á ser tal, que se le formaron llagas en los dedos de la mano derecha, y en el dedo grande del pié izquierdo; además se le declaró un tumor, como una especie de apostema en el muslo derecho, cuyos dolores eran tan intensos que le hacian per-

(1) Los pormenores de la última enfermedad de Felipe II están tomados de la historia de la órden de San Jerónimo del P. Siguenza en la parte 3.ª relativa á la fundacion del Escorial. Los que consignan Leti y otros se reducen á lo mismo con corta diferencia.

manecer inmóvil en la cama. Fué admirable su paciencia; y él que habia desplegado durante toda su vida una constante igualdad de ánimo, tanto en la adversa como en la próspera fortuna, no se desmintió ni un instante durante aquellos dias tan de prueba. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de esta situacion tan dolorosa; considerada por algunos como un gran favor divino para acrisolar las virtudes de este príncipe; tal vez por otros como castigo de sus iniquidades. No llevamos nosotros tan lejos nuestra vista. Eran frecuentes los actos de devocion á que se consagró durante toda aquella larga enfermedad, sin que se le oyesen mas quejas que repetir algunas veces las palabras: «*Pater, si possibile est, etc., non mea sed tua voluntas fiat.*» El tumor del muslo se siguió de tal modo que los facultativos no pudieron resolverle. Fué preciso apelar al auxilio del hierro y proceder á una operacion que el mismo Juan Vergara, su ejecutor, graduó de sumamente peligrosa. Se preparó el rey con los sacramentos antes que tuviese efecto. En el acto de verificarla hizo que su confesor fray Diego de Yepes le leyese la pasion de san Mateo, y al llegar á la oracion del *Huerto* le mandó detenerse, repitiendo él las mismas palabras que se hallan en el texto. Se hizo con toda felicidad la operacion, y concluida, mandó el rey á los circunstantes se arrodillasen en accion de gracias. Se le aliviaron los grandes dolores por aquel momento; mas volvieron tan vivos, tanto en dicha parte como en los brazos y en las piernas, que apenas podia sufrir que le curasen. Permanecia de espaldas sin poder moverse, sin dar medio de que le pudiesen mudar las ropas de su cama. La calentura no le dejaba ni un momento, algunas veces le tenia sin sueño por dos y tres dias; otras veces le producia un letargo que algunos creian precursor de muerte. Mientras tanto continuaba casi inmóvil, sin quejarse, indicando que solo sentia algun alivio en el ejercicio de los actos piadosos á que se entregaba. Hizo su confesion general por escrito, operacion que duró cerca de tres dias. Como daba su cama al mismo altar mayor de la iglesia, asistia á misa con muchísima frecuencia. Dos dias antes de la operacion del muslo hizo que el confesor fray Diego de Yepes le trajese en procesion las reliquias de que era mas devoto, y que le echase cada uno una plática en el momento de pasar por delante de su cama. Así lo hicieron, dando á la ceremonia la mayor solemnidad posible. Adoró el rey las reliquias, y mandó que le aplicasen algunas á la parte dolorida. Y tal era la devocion y fe que manifestaba tener en ellas,

que el P. fray Martin de Villanueva encargado de su custodia hizo formar delante de su cama una especie de altar de las que eran objeto de mas predileccion, y se las daba á besar al rey muy á menudo. En una ocasion solemne en que se practicó esta ceremonia, cuando el P. Villanueva creia que se las habia dado á besar todas: Padre, dijo el rey, se os ha olvidado una, que designó con su propio nombre, descuido que remedió el religioso presentándosela. Para despertarle de las modorras que parecian peligrosas apelaba la infanta, que estaba muchas veces á su lado, al remedio eficaz de decir en alta voz: No me toqueis á estas reliquias; con lo que despertaba el rey en sobresalto. Para que en cualquiera postura que le hacian tomar en la cama pudiese ver alguna cosa devota, mandó colocar en todas las paredes crucifijos é imágenes. A cada momento se hacia rociar la cama con agua bendita, y tocar las partes doloridas con un pedacito de *Lignum-Crucis*, reliquia que tenia en grande estima.

Mandó distribuir por aquellos dias muchísimas limosnas, y envió presentes cuantiosos á muchos monasterios. Cuando conoció que se le agravaba el mal, mandó llamar al nuncio, y llegado á su presencia, le pidió que le echase una exhortacion y le absolviese de sus culpas en nombre del Pontífice. Así lo hizo el enviado de Su Santidad, enviando en seguida un correo á Italia, suplicando al Papa tuviese á bien confirmar la absolucion que acababa de dar en nombre suyo.

Despues de haber recibido el rey el Viático en dos distintas ocasiones, se preparó para la Extremauncion el primero de setiembre, habiendo deseado que asistiesen al acto el arzobispo de Toledo, su confesor, el del príncipe y de la infanta, y el prior del monasterio. Para que no se omitiese ninguna ceremonia, hizo que se le llevase el manual para que sirviese de guia en la materia. Antes de pasar á la administracion del Sacramento, le leyeron una larga exhortacion dirigida á los pacientes, y como se le hiciese la observacion, que habiéndola oido ya, no era necesario que la repitiesen, respondió el rey: Bien será que la digan por segunda vez, porque la exhortacion es excelente. Concluida la ceremonia, mandó el rey despejar la sala, y quedándose á solas con el príncipe, permaneció con él dos horas dándole sus últimos consejos.

Entre la administracion de la Extremauncion y la muerte del monarca, mediaron trece dias, circunstancia un poco extraordinaria. Volvió á comulgar el rey otras dos veces, y no cesó un punto en el ejercicio de sus devociones. Entró en pormenores sobre sus exequias; mandó que abriesen el nicho donde se hallaba el cadáver del emperador para que viesen de qué modo estaba amortajado. Añadió algunas disposiciones á su testamento, manifestando un juicio tan cabal como en sus mejores dias.

Algunos años antes habia el rey entregado á uno de los gentiles hombres de su cámara un cajoncito cerrado, diciéndole: «Tendrás cuidado de dármele cuando te le pida.» Cuatro dias antes de morir le dijo: «Dame aquella caja que te he entregado en otro tiempo.» Abierta la caja se encontraron en ella un Crucifijo de metal, dos disciplinas, una de ellas muy gastada, y unas velas benditas en el monasterio de Monserrate. «Con este Crucifijo en sus manos, dijo el rey, murió mi padre; que me le coloquen enfrente, en la parte interior de las cortinas de la cama. Con estas disciplinas, se azotó en el coro del monasterio de San Yuste en compañía de aquellos religiosos: guárdese como reliquia.» Y llamando en seguida á don Fernando de Toledo, le entregó las velas encargándole que le diese una encendida cuando la pidiese.

El dia anterior de su muerte se despidió de sus dos hijos, echándoles su bendicion, y dijo á don Felipe: «Aquel Crucifijo que teneis enfrente le tuvo en sus manos mi padre al espirar: espero en Dios que tambien esté en las mias en mis últimos momentos. Conservadle y adoradle como la reliquia mas preciosa.»

Cuando conoció que se acercaba la hora de su muerte, mandó á llamar al arzobispo, á su confesor, á los de los dos príncipes y al prior del monasterio. El prelado le echó una plática, y el rey hizo una nueva pofesion de fe, pidiendo perdon de sus pecados. Despues le leyeron la pasion de san Juan, y en seguida los Salmos penitenciales. Preparado don Fernando de Toledo con la vela encendida aguardaba que el rey se la pidiese, mas él que lo observó, le dijo: «Aun no es tiempo.» Sucedia esto á media noche. Despues de algunos momentos de letargo pidió el rey á las tres de la mañana la vela y el Crucifijo que se hallaba enfrente. Ocupadas con ambos objetos las dos manos, repitió las exhortaciones que le hacian los que le auxiliaban en aquellos últimos momentos, y sin perder el sentido ni la razon, espiró tranquilamente á las cinco de la mañana del domingo 13 de setiembre de 1598, en el momento que los niños de coro del monasterio entonaban los cantos de la misa de alba.

Inmediatamente comenzaron á decirse misas de *Requiem* en la iglesia. El cadáver, despues de trasladado á su ataud, fué llevado en procesion á la sacristía, donde permaneció de cuerpo presente durante dos dias que precedieron á los funerales. Se celebraron las exequias con toda la pompa y magnificencia que puede concebirse. El nuevo rey Felipe III permaneció durante la ceremonia detrás del túmulo, colocado en medio de la iglesia. Concluidas las exequias se trasladó al cadáver al mismo sitio donde se hallaban los restos de su padre, pues el magnífico panteon actual es de fecha mucho mas moderna.

Así terminó casi con el siglo XVI la existencia del personaje que hizo el principal papel en su última mitad, habiendo cabido á su padre en la primera igual fortuna. Si lo que hemos dicho en la sucinta relacion de su reinado no es bastante para formar una idea del carácter y demás cualidades de hombre público que distinguieron á este príncipe, seria en vano aspirar ahora á completar un retrato tan importante entonces, y tan interesante hoy para los que se dedican á conocer la historia de los hombres. Pocos fueron mas mal juzgados en su tiempo; pocos son en el dia por la generalidad mas imperfectamente conocidos. En ninguno se marcó mas el sello de parcialidad, ora nacional, ora política, ora de secta religiosa. Es una observacion particular que estas pinturas tan diversas, que estas alabanzas por un lado y acriminaciones por el otro, proceden de los mismos hechos en que convienen todos. Sobre los grandes acontecimientos que entran en el cuadro de este gran reinado, hay muy poca variacion; en las consecuencias consiste la grande divergencia. Cuando Felipe II, por ejemplo, á su vuelta de los Paises-Bajos, pidió en Valladolid la celebracion de un auto de fe, en que se hicieron los terribles castigos que caracterizaban estas ceremonias llamadas religiosas; cuando dijo á don Carlos Sesé que si su hijo fuese hereje llevaria él mismo la leña de su hoguera, ningun historiador trató de ocultar ni disfrazar siquiera una accion que tanto servia á su propósito. ¿Cómo habian de omitir los nacionales y los que no siéndolo se preciaban de católicos celosos, la relacion de un hecho en que resaltaba la religiosidad del rey y su celo ardiente por la pureza de la fe? ¿Cómo perderian los protes-

tantes enemigos de Felipe II esta ocasion de hacer ver hasta dónde llegaba su fanatismo, su crueldad é intolerancia religiosa? Igual observacion podremos hacer sobre otros rasgos de su vida y acontecimientos importantes de su reinado, en que hay la misma conformidad en la relacion, y la misma diferencia en las observaciones á que dan orígen. En sus guerras de Flandes, en sus alianzas con la santa Liga de Francia, en sus disensiones con la reina inglesa, en la expedicion de la *Invencible*, en su proscripcion del príncipe de Orange, en su terrible empeño de privar á Enrique IV del trono de la Francia, todos dicen sobre poco mas ó menos unas mismas cosas, con el distinto colorido de la parcialidad, de la pasion, de los diferentes principios religiosos y políticos. Solo en el asunto del príncipe don Carlos, del asesinato de Escobedo, guardan los historiadores de aquel tiempo, y aun los sucesivos, una reserva y una especie de oscuridad que manifiestan bien, ó que no pudieron decir la verdad, ó que tuvieron por peligroso exponerla con franqueza. En el dia, que deben estar muy apagadas estas pasiones y estos odios, en que los hombres imparciales buscan la verdad prescindiendo de preocupaciones, entonces dominantes, no se puede menos de pronunciar que en el retrato de Felipe II hay partes que le engrandecen y dan lustre, y otras que le afean muy notablemente. Fueron muchos de sus errores, de sus faltas, fruto sin duda de la época en que reinaba; mas hay otros que tenian raiz en su carácter personal ó en su temperamento. Como casi todos los personajes distinguidos de su siglo, fué tenaz en sus creencias, intolerante con las contrarias, perseguidor de los enemigos de su Iglesia, celoso por la extirpacion de lo que se llamaban herejías; mas se debió á su carácter sombrío, á su poca indulgencia natural, á la severidad que distinguia sus acciones, aquella tenacidad, aquella energía, aquel encono en promover las medidas favoritas que creia indispensables para dar cumplimiento á sus proyectos. Dominante se hallaba cuando subió al trono el principio de la supremacía de los reyes, mas ninguno llevó tan adelante estas altas pretensiones, ni redujo á un sistema tan completo la servidumbre política del pueblo. Unidad de rey, unidad de dogma, fueron sus dos principios favoritos, á cuyo desarrollo consagró toda su existencia. Comenzó á mandar á los españoles cuando estaban ya muy amoldados al despotismo de sus reyes. Durante su dominacion, se fueron acostumbrando poco á poco á considerar las majestades divina y humana

casi de una misma especie, con la sola diferencia de ser la una delegada y emanada de la otra. Fué extrema la dureza con que Felipe II sostuvo estos principios, y terribles los medios con que los hizo triunfar en momentos de conflicto. No tenia este monarca prendas para ser amado; de casi todos fué odiado ó temido; de algunos estimado y sinceramente respetado. Que fué severo, cruel y vengativo, lo dicen hechos autorizados por todos los historiadores; es inútil que sus panegiristas se esfuercen en borrar las atrocidades que se hallan en algunas páginas de su reinado. Prescindiendo de estas consideraciones y de todo cuanto se rozaba con sus ideas políticas, con su intolerancia religiosa, la justicia obliga á decir que Felipe II desplegó durante su administracion grandes prendas de monarca. Fué amante del órden, favorecedor de la justicia, recompensador del mérito y propenso á estimular á los que podian ser de utilidad á su servicio. Fomentó con celo y con grandes rasgos de munificencia cuanto podia en su opinion promover los intereses públicos. Naturalmente desconfiado y suspicaz, miró siempre con inquietud y con recelo á todos los altos funcionarios que por delegacion ejercian su autoridad en sus dominios fuera de España; mas sabia por otra parte premiarlos con magnificencia, y templar con expresiones de amistad lo que podian tener de duro en otras circunstancias sus advertencias ó amonestaciones. Es un hecho que en su largo reinado no echó mano para ningun alto cargo de hombres sin prendas, poco mas ó menos relevantes. Ninguno de sus gobernadores en Flandes ó en Italia, ninguno de sus generales de tierra y mar, de sus secretarios de Estado, de sus embajadores, hasta de los arzobispos y obispos y otras personas de su nombramiento para el alto clero, dejó de ser persona de algun mérito. Conocia los hombres y las cosas por la sagacidad y penetracion que le eran tan geniales, por la gran experiencia que habia adquirido de gobernar desde sus primeros años. Era rey de hecho como en el nombre. Era jefe de su vasta monarquía en toda la extension de la palabra, y bajo esta consideracion, el último que tuvimos en España. Dirigia en persona todos los negocios de tantos Estados, la correspondencia con todos sus altos funcionarios y embajadores: sobre todo, cuando estaban encargados de asuntos importantes. En pocas de las cartas que escribian sus secretarios á su nombre, dejaba de poner alguna cosa de su puño, y algunas veces eran estas posdatas de mayor extension y de diverso sentido que las mismas cartas. Con esto se da una

idea bastante exacta de su laboriosidad, de su facilidad en el despacho de negocios, de su atencion suma á todos los ramos que componian la administracion de sus Estados. Era de poco brillo aparente su persona, de poca elocuencia su palabre; mas sabia con su oportunidad, con su misma brevedad, con el aire autorizado que daba á su expresion, con el carácter de severidad, en ningunas circunstancias desmentido, infundir un respeto, una veneracion, una ciega deferencia á sus voluntades, que muy pocos monarcas alcanzaron. Es opinion recibida que si excedió á su padre en laboriosidad y aplicacion á los negocios, no le igualó en capacidad, en penetracion, en el conocimiento de los hombres, en el tacto y sagacidad con que sabia podia poner en juego lo que favorecia su política. Le era sin duda muy inferior en todos aquellos dotes exteriores que concilian la benevolencia y atraen la popularidad en medio de las formas severas con que los monarcas se revisten. En la parte militar, no se puede establecer, no cabe siquiera un paralelo entre el padre que se deleitaba en aparecer con arreo y pompa militar al frente de las tropas que llevaba al enemigo, y el hijo, cuya espada vírgen contribuyó tanto á deslustrarle en aquella época marcial en que todos se preciaban de brillar en la carrera de las armas. Es singularidad que un monarca empeñado casi toda su vida en guerras importantes, no se hubiese presentado mas que dos veces á las tropas; la primera, despues de la batalla de San Quintin, de cuyo teatro estaba distante cuatro leguas durante la refriega; la segunda en Badajoz, donde se contentó con ver desfilar al ejército que bajo las órdenes del duque de Alba iba á conquistarle un reino. Por lo demás se debe creer que esta misma repugnancia en salir de España y su persuasion de que desde el Escorial podia ver y dirigir muy bien los asuntos de la Europa, contribuyó á sus desaciertos en política, porque desaciertos grandes cometió este rey por mucho que se alabe su prudencia. Si hubiese ido á Flandes cuando tantas veces se lo aconsejaban, tal vez hubiese visto por sus propios ojos que necesitaba adoptar otra conducta mas en consonancia con sus propios intereses, sin que fuese necesario que sus panegiristas le atribuyesen el dicho poco discreto á la verdad: Mas quiero no tener vasallos que tenerlos herejes. Se puede creer que no estaba bastante bien enterado de la situacion política de Francia, donde empleó tantas intrigas, tanta diplomacia, y sobre todo tan inmensas sumas, todo sin provecho. Tambien estaba sin duda ofuscado sobre el ver-

dadero estado de los negocios en Inglaterra, cuya conquista le pareció tan fácil. En la expedicion de la *Invencible* reinó muy poco tino, tanto por el punto donde se aprestó este armamento formidable como por la clase de los buques que se construyeron. En no pocas ocasiones hizo ver, sobre todo en Flandes, que era irresoluto; que por sobra de desconfianza variaba de planes á menudo, y que por falta de oportunidad malograba ocasiones importantes. ¿Qué resultados produjeron tantas guerras, tanta sangre derramada, tantos tesoros prodigados, para llevar á fin las concepciones políticas del rey de España? Quedaron los Paises-Bajos independientes de su cetro. Quedó la Francia bajo la dominacion de un rey amigo y protector celoso de los protestantes: quedó la Inglaterra mas próspera que nunca, y con todos los títulos de llamarse victoriosa: quedó sobre todo la España exhausta de recursos y dinero, obligada la Hacienda pública á echar mano de expedientes que contribuian á su total ruina. Se dice que comenzó la decadencia de España en el reinado de los sucesores de Felipe II. Mas es un hecho que ya era esta potencia un gigante medio postrado en los últimos suspiros del monarca. Lo que dejó en España de mas real y positivo fué el sello de su carácter dominante; fué la consolidacion del sistema despótico, ensayado por sus predecesores; fué el principio divino de los reyes y el dogma político de que eran dueños de haciendas y vidas, como se vió en tantos casos lamentables; fué la postracion parcial del pensamiento; fué la preponderancia del brazo eclesiástico, la autoridad dictatorial del santo Oficio. Y si con estos gigantes de poder se hallaba todavía en el caso de hombrear y hasta ser el amo un hombre de su temple, no quedaba á sus imbéciles sucesores mas recurso que el de acogerse á su tutela.

A la muerte de Felipe II gozaba España de profunda paz, pues aunque continuaba su contienda con Inglaterra, habia terminado el rigor de las hostilidades. Seguia Mauricio en guerra con las otras provincias de los Paises-Bajos de la dominacion de España; mas como estas estaban ya en posesion del Archiduque Alberto, era para nosotros una guerra extraña. Trabajaba en Francia Enrique IV por curar las llagas que una guerra civil de mas de treinta años no podia menos de haber hecho en el cuerpo de Estado, por mantener las

relaciones de buena amistad entre los católicos y los calvinistas, á quienes por un edicto expedido en Nantes se les habia concedido completa tolerancia é igualdad en el goce de todos los derechos políticos de los del culto dominante.

En Inglaterra se acercaba ya al fin de sus dias la famosa reina que habia sabido dar tanto lustre á su reinado. Gozaba el pais de la mas profunda paz, y veia desarrollarse los elementos de grandeza y prosperidad de que era Isabel la fundadora. Gozaba esta princesa el fruto de su acertada administracion, y del buen sentido y tacto con que habia sabido escoger sus consejeros y ministros. Escocia estaba tranquila; su rey Jacobo VI, hijo de María Estuarda, heredero de Isabel, guardaba la mejor armonía con esta reina, aguardando el momento de sentarse en el trono de la Gran Bretaña, como lo hizo en efecto con el nombre de Jacobo I en 1603, que fué el fallecimiento de la reina.

La Alemania permanecia tranquila durante la segunda mitad del XVI, sin mas movimientos que los causados por las guerras con los turcos. Desde el tratado de Passau, ajustado por Carlos V, vivian en paz las dos religiones y no trataban de inquietarse mútuamente los príncipes que pertenecian á las dos Iglesias. El emperador Fernando I, hermano y sucesor de Carlos V, testigo de las turbulencias acaecidas durante el imperio de su antecesor, se aplicó á calmar los ánimos, á disipar cualquiera inquietud que se pudiese concebir sobre la observancia fiel del tratado referido, y murió en 1564 dejando tranquilo el pais, que hizo justicia á sus rectos procederes é intenciones. La misma conducta observó Maximiliano II, primo hermano de Felipe. Ya hemos visto que deseoso este príncipe de poner término á las revueltas de los Paises-Bajos y á las calamidades que hacia sufrir el destemplado rigor del duque de Alba, envió una solemne embajada á Madrid, á cuya cabeza figuraba su mismo hermano el archiduque Carlos, con objeto de hacer entrar al rey en mas moderados sentimientos. Fué en 1578 su sucesor su hijo Rodulfo II, que se habia como educado en España al lado de su tio, príncipe pacífico, muy dado á las ciencias matemáticas, protector de los sabios, como lo acreditan las tablas Rudolfinas que compuso Kepler en honra de su nombre. Como monarca, fué indolente, enemigo de los negocios, el menos á propósito para jefe del imperio en aquellas circunstancias. Su hermano Matías, á quien hemos visto gobernante en los Paises-Bajos, le arrancó en vida los reinos de

Bohemia y de Hungría, y tampoco se mostró de mucha mas capacidad, cuando ocupó el trono imperial á principios del siglo XVII. La Alemania estaba en guerra con los turcos al terminarse el anterior, y tocaba la época en que una intestina, conocida con el nombre de Treinta Años iba á convertirla en un teatro de devastaciones y de ruinas.

Continuaba Italia con sus intrigas políticas entre los diferentes príncipes que se la dividian entonces, sin presentar ninguno de los grandes acontecimientos con que la historia se alimenta. Lo mejor de esta region lo poseia el rey de España. Los duques de Florencia mejorados de títulos con el de grandes duques de Toscana, continuaban consolidando su poder agrandando su territorio sobre Pisa y Sena. En Parma reinaban los Farnesios tan unidos con el rey de España; pues Alejandro, por haber heredado á su padre Octavio, y colocádose en un rango soberano, no dejó de ser general del rey Felipe. Continuaba Venecia en la decadencia, que habia comenzado para ella desde principios de aquel siglo. En Génova seguian inalterables siempre los vínculos de adhesion y de obsequio al rey de España.

En cuanto á los papas de la mitad de aquel siglo vivieron en los términos de la mejor inteligencia con el rey Felipe II, si prescindimos la corta contienda que se encendió entre este y Paulo IV, el último pontífice guerrero de aquel siglo, exceptuando á Pio V, que entró en liga con Venecia y España contra el turco. Fué este último pontífice un hombre distinguido: igual consideracion mereció su sucesor Gregorio XIII, quien tuvo además la gloria de dar su nombre á una famosa correccion que se hizo de su órden en el calendario, y de que hablaremos á su tiempo. Un puesto mas elevado en la historia se hizo su sucesor Sixto V, por su capacidad, por el rigor inflexible con que purgó los Estados romanos de bandidos, por su celo en descubrir y reparar monumentos de la antigüedad, y por el rico tesoro que dejó en las arcas de san Pedro.—Fueron sus sucesores Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX, que entre los tres ocuparon el pontificado desde 1590 hasta 1593.—Al espirar el siglo reinaba Clemente VIII, sucesor del último. Fué quien dió la absolucion á Enrique IV, y mediador en la paz ajustada por este monarca con la España. Casi todos estos Papas fueron hechura de Felipe II y auxiliadores de sus planes cuando las guerras civiles de la Francia.

Reinaba en Suecia Carlos IX, hijo de Gustavo Vasa, que merece el título de fundador por ser el primero de su familia que ocupó

aquel trono, y por las reformas que hizo en su constitucion civil y religiosa. Tuvo Gustavo la gloria de que otro hijo suyo se sentase en el trono de Polonia cuando quedó vacante por la muerte de Juan Bator, que habia sucedido á Enrique III, rey de Francia. A la sazon se criaba en la corte de Suecia un niño, hijo de Carlos IX, que con el nombre de Gustavo Adolfo, debia adquirir con el tiempo mas gloria personal, y hacer un papel en la Europa muy superior al de su abuelo.

El imperio de la Rusia no era conocido entonces. Los grandes duques de Rusia ó Moscovia hacian poquísimo papel, sobre todo en el occidente de la Europa.

En Turquía reinaba Mahoma III, hijo de Amurates III, sucesor de Selim II, varias veces citado en esta historia. No fué corto el reinado de Amurates, pues duró desde 1574 á 1595. Con los príncipes de Europa tuvo este sultan muy pocas relaciones. En una guerra de corta duracion con Hungría, tomó la plaza de Raab, y sufrió en la segunda una derrota por las tropas de Rodulfo. La que hizo Mahoma III á esta última potencia fué mucho mas sangrienta. Entró en persona á la cabeza de doscientos mil hombres en Hungría, y habiendo tomado á Agran por capitulacion, hizo pasar á cuchillo la guarnicion cuando salia de la plaza. Despues fué derrotado por Maximiliano, hermano de Rodulfo. Todavía duraba esta guerra cuando dejó de existir el rey de España. El imperio Otomano tocaba ya á su decadencia. Con la muerte de Soliman I y de Selim II, se habia comenzado á oscurecer aquel astro fatal que amenazaba destruir la Europa entera.

El Portugal habia dejado de ser reino; y los diez y ocho años que llevaba de obediencia al rey de España, no le habian acostumbrado, ni hecho resignarse aun á la suerte de ser una especie de provincia de la corona de Castilla. Cada vez sufria con mas impaciencia el yugo extraño, y si la conducta de Felipe II contribuyó poco á que se les hiciese llevadero, peor fué el efecto de la observada por sus sucesores.

CAPITULOS SUPLEMENTARIOS

ó

APENDICES Á LA HISTORIA

DE FELIPE II.

ADVERTENCIA.

El cuadro que acabamos de trazar de un reinado tan célebre bajo mil aspectos, no es de grandes dimensiones; mas hemos tenido gran cuidado de no dejar fuera de él ninguna de las figuras que pudiesen hacerle interesante. En él se hallan todos los asuntos políticos y religiosos, todas las negociaciones, todas las guerras, todos los hechos de armas dignos de alguna nombradía, todos los hombres grandes que hicieron un papel distinguido en este drama. Como habrá visto el lector, no ha sido nuestro solo objeto circunscribirnos á la historia de un rey solo. Tal vez hemos preferido este monarca, por la razon de que habiendo tenido relaciones mas ó menos inmediatas con los principales acontecimientos de la Europa de su tiempo nos veíamos en la necesidad, y hasta en el deber, de trazar un bosquejo de lo que fué esta parte del mundo en el siglo XVI, que merece de todo publicista un estudio tan profundo. Para referir los grandes acontecimientos de tan larga época no nos ha sido necesario fatigarnos mucho en revolver archivos, desenterrar documentos que yacen en el seno del olvido, ni apelar á otros medios de investigacion con que se hacen salir á luz verdades escondidas. Los historiadores de la época y los que sucesivamente se ocuparon en el mismo asunto, nos dejaron suficientes materiales para llevar á cabo nuestra empresa. Los historiadores no inventan, compilan, disponen y ordenan á su modo los hechos que hallan consignados en otras historias ó documentos de igual clase, consistiendo la diferencia entre las varias producciones de este género, en el modo de presentarlos en la mayor ó menor exactitud con que se exponen, en la mayor claridad con que se relatan, en el método con que se encadenan, en el mas ó menos tino con que se les da una relativa preferencia, en las formas

con que se revisten, y sobre todo en las diversas consecuencias que de ellos se deducen. Es una observacion muy fácil para cualesquiera que hagan de la historia un asunto de estudio ó pasatiempo, que cuantos sucesos excitan principalmente la curiosidad ó puedan considerarse como una gran leccion, son iguales con poca diferencia en la pluma de todos los historiadores. Aplíquese esta observacion á los antiguos como á los modernos, á los de cualquiera nacion, es decir, de aquellos cuya historia es conocida, y se verá que es muy exacta con muy pocas excepciones. Contrayéndonos á nuestro caso, podemos decir que todos cuantos contribuyen á formar una idea de la época cuya historia referimos, se hallan consignados con mas ó menos extension en todos los autores contemporáneos que hemos consultado. El fondo es el mismo, la diferencia no puede consistir mas que en los accidentes ó accesorios que tienen por precision que ser distintos segun las ideas, el talento, el gusto, la manera del historiador, y tambien su partido, de principios, de nacion ó de secta. El lector imparcial que conoce un poco el corazon humano, sabe combinar estos diferentes coloridos para formar un juicio exacto de las cosas y los hombres, colocándolos en el sitio que les corresponde. Poco importa que en la enumeracion de los ejércitos que combaten de una y otra parte se noten diferencias sensibles en el relato de unos y otros. Tampoco es muy esencial que varien en la descripcion de las batallas, que se desfiguren mas ó menos las victorias y las pérdidas; si el resultado definitivo, si la adquisicion ó pérdida de puntos importantes, si los progresos definitivos de los unos y las retiradas de los otros ponen en claro de que parte estuvo el vencimiento. Y si de la descripcion de una batalla, se pasa al todo de una campaña ó de una guerra, su fin nos dirá con claridad cuál fué la que peleó mejor, la que desplegó mas arte ó alcanzó acaso mas fortuna en las combinaciones de este juego peligroso. Las que hizo Felipe II tuvieron siempre algun definitivo resultado; vencieron ó fueron derrotados sus diferentes capitanes; tomaron ó perdieron plazas; adquirieron pais ó le dejaron en manos de sus enemigos; la guerra produjo paz; la paz se ajustó por medio de tratados, de capitulaciones explícitas y terminantes. ¿Quién puede formar la menor duda acerca de todos estos hechos sustanciales tan evidentemente ciertos, como que están consignados en la pluma de todos los historiadores? Si de Flandes pasamos á Italia, de Italia á las costas de Africa, de aquí á Francia, en seguida á Portugal, á Inglaterra y á

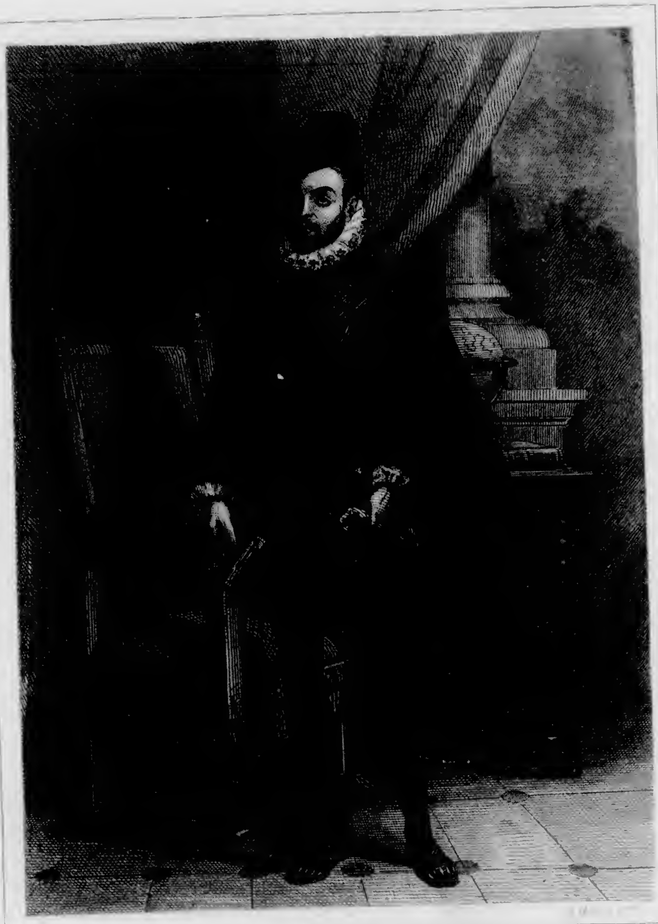
otros puntos, cuya historia está enlazada con la del reinado que escribimos, hallaremos la misma conformidad en los hechos principales, siempre con la misma variedad en las circunstancias que los acompañan. Lo mismo veremos en las personas que en las cosas. Recorramos uno á uno los hombres de mas bulto en aquella larga época, y veremos rasgos que ninguno de aquellos grandes que los han dado á conocer, han sido omitidos por los historiadores. ¿Qué importa que Guillermo de Orange, por ejemplo, haya sido acusado por unos de rebelde, de ingrato, de enemigo de la fé católica, y llevado por otros hasta las nubes, como un hombre grande, patriota, celoso por la verdadera religion de todos sus contemporáneos, si nos quedan hechos suyos, de ninguno disputados, si estos hechos dan testimonio de su saber y habilidad, si en el reino actual de los Paises-Bajos, existe el monumento vivo del estado que supo crear á fuerza de genio y de perseverancia?

La historia seria inútil, y muchas veces hasta perniciosa si no se leyese con este fondo de imparcialidad y crítica. Mas la historia no se reduce solamente á guerras, á negociaciones políticas, á adquisicion ó pérdida de paisès, á ajustes de tratados, á revueltas y convulsiones, ora políticas, ora religiosas. Verdad es que son estos sus alimentos principales; mas no deben serlo solos los que entran en este gran cuadro de la vida humana. No todos guerrean y entran en negociaciones, no todos toman parte en choques, en guerras civiles, en convulsiones de cualquiera especie. Se puede decir que la gran masa del género humano asiste solo como espectadora á todos estos dramas. El hombre observador, que se interesa en la suerte de sus semejantes, tiene derecho de exigir que el historiador agrande mas su cuadro y le haga extensivo á todas las condiciones de la vida humana. Verdad es que de los grandes acontecimientos que acabamos de indicar, se desprenden hechos que nos hacen venir en algun conocimiento de la legislacion, del estado de las luces, de la industria, de la civilizacion, de los adelantos y costumbres de los pueblos; mas todo esto se conocerá imperfectamente si el historiador no traza cuadros dedicados exclusivamente á estos objetos, que solo la frivolidad puede considerar como meramente secundarios.

Hé aquí las razones que nos asisten para no dar por concluida la tarea histórica que hemos emprendido, sin ocuparnos algo en los puntos ya indicados, dando á nuestro trabajo el mismo carácter de concision que hemos observado en el curso de la obra. No creemos

por lo mismo que el lector tenga por un trabajo inútil que consagremos algunas páginas á ciertos rasgos de la vida privada del monarca, objeto de este escrito; á la organizacion civil, administrativa y rentística de España, al estado de su industria, de sus luces, de sus ciencias, de las artes y literatura; de las reuniones de las cortes, de las rentas del Estado, de las costumbres públicas, y de cuanto contribuye en fin á completar el cuadro de toda una nacion en una época cualquiera. Y como el objeto de nuestro trabajo no ha sido precisamente hablar de España, natural será que sobre algunos de los puntos referidos hagamos incursion en naciones extranjeras, aunque con mas sobriedad en sus diversos pormenores. Al desempeño de este objeto dedicamos, pues, los siguientes apéndices ó capítulos suplementarios que darán fin á nuestra obra.

por lo mismo que el lector tenga por un trabajo inútil que consagremos algunas páginas á ciertos rasgos de la vida privada del monarca, objeto de este escrito; á la organizacion civil, administrativa y rentística de España, al estado de su industria, de sus luces, de sus ciencias, de las artes y literatura; de las reuniones de las cortes, de las rentas del Estado, de las costumbres públicas, y de cuanto contribuye en fin á completar el cuadro de toda una nacion en una época cualquiera. Y como el objeto de nuestro trabajo no ha sido precisamente hablar de España, natural será que sobre algunos de los puntos referidos hagamos incursion en naciones extranjeras, aunque con mas sobriedad en sus diversos pormenores. Al desempeño de este objeto dedicamos, pues, los siguientes apéndices ó capítulos suplementarios que darán fin á nuestra obra.



FELIPE II



FELIPE II

APENDICE I.

Algunas particularidades sobre la persona de Felipe II.—Su circunspeccion.—Su seriedad.—Influencia de estas cualidades en las personas que se le acercaban.—Sus ocupaciones.—Su instruccion.—Algunos pormenores sobre sus viajes á San Lorenzo.—Sus amores.—La princesa de Eboli.—Algunos mas pormenores sobre la muerte del príncipe don Cárlos.—Sobre la del baron de Montigny, enviado por la princesa Margarita, gobernadora de los Paises-Bajos, á Felipe II.—Catálogo de los libros de la librería particular de este monarca.

Las anécdotas y rasgos de la vida privada de los príncipes y grandes personajes, no son la parte histórica que menos llama la atencion, sobre todo si abren campo á la malignidad, que es uno de los flacos de la especie humana. Se comprende lo mucho que en este género se habrá escrito en paises extranjeros de un rey, objeto en lo general de tanta antipatía. Su historia, por Leti, abunda en rasgos de esta especie. Los historiadores españoles no dijeron, no podian decir mas que lo que era objeto de elogios y de encomio. Un libro antiguo que corre entre nosotros con el título de *Dichos y hechos del rey Felipe II*, no es mas que un continuado panegírico, aunque algunas cosas que marca como dignas de alabanza, no pueden parecer tales á los ojos de cualquier lector sensato. Nosotros nos extenderemos poco en estos pormenores, que por lo mucho que en ellos influye la parcialidad ó la pasion, y sobre todo por lo fáciles que son de suponer ó inventar, se deben admitir con suma desconfianza.

Por lo que nos dicen los historiadores contemporáneos, y la inspeccion de los retratos que dejó el Ticiano de Felipe II en sus me-

jores años, se puede asegurar que fué un hombre de algo menos que mediana talla, de cuerpo no grueso y bien proporcionado, de facciones varoniles y bastante agraciadas, si el aire de seriedad y hasta de severidad que respira su rostro, no neutralizasen todo cuanto tiene de juvenil y pudiera parecer hasta agradable. Fué esta gravedad ya desde su niñez el distintivo de todas sus palabras, de sus acciones y hasta de los movimientos mas insignificantes de su vida. Se puede decir que este rey jamás fué niño. Desde sus primeros años llamaron la atencion de sus ayos y maestros lo breve de sus dichos, lo agudo y grave de sus réplicas. Observó desde sus primeros años un *decorum* severo en sus acciones mas indiferentes, y exigió que los otros guardasen la misma etiqueta en cuanto decia relacion á su persona. Dicen de él que no cantó nunca. Añaden que apenas se reia, y aunque esto se puede traducir por un rasgo de adulacion á la severa majestad que en él resplandecia, se puede creer que sus momentos de alegría y rasgos de jocosidad fueron muy raros, si los hubo en algunos momentos de su vida. Como empezó á gobernar cuando no salia de sus primeros años, y todavía se hallaba como en la niñez, no es extraño que la seriedad que infunden generalmente los negocios, unida á su carácter natural y á la alta idea que tenia de su condicion social, le hubiesen hecho el personaje mas sério, mas grave, mas circunspecto de su siglo. Contribuyó esta circunstancia á la desagradable impresion que hizo cuando su llegada á los Paises-Bajos en aquellos habitantes de carácter comunicativo, desenvuelto y franco; por otra parte acostumbrados al trato llano, á las maneras populares que tanto distinguian á su padre. Quizá por este motivo se disgustó tanto Felipe II de un pais con quien no congeniaba, y le hizo mirar con tanta predileccion el suyo propio, donde la seriedad y formalidad eran proverbiales en aquella época. Se puede decir con algun fundamento que le enajenó mas personas esta cualidad de sério en sus maneras y palabras, que el mismo carácter de severidad, de dureza y hasta de crueldad de que se resintieron muchos de sus actos. Ninguno se acercaba á su presencia sin algun sentimiento de temor; los principales personajes de su corte miraban ansiosos si en su rostro se descubria alguna señal de desagrado y se sentian como colgados de palabras, cuya aspereza ó crítica punzante podia llevar la muerte al fondo de sus corazones. Ninguno le hablaba sin pesar con cuidado sus palabras. Cuantos se le presentaban por primera vez, ó bien por

negocios propios, ó bien en nombre de alguna corporacion, se cortaban en sus discursos, y muchas veces la vista penetrante que fijaba Felipe II en el orador, recorriendo toda su persona echó á perder las arengas mas bien elaboradas y aprendidas de memoria. Mas sérios resultados produjeron á veces algunos dichos agrios del monarca. El libro ya citado (1), menciona un presidente de órdenes, á quien llevó al sepulcro una mirada suya, mezclada con alguna reprension por haber revelado á la reina Ana ciertas cláusulas de su testamento, y un virey del Perú á quien sucedió lo mismo, por haberle dicho Felipe II que le habia enviado á Indias «no para que matase reyes, sino para que sirviese á reyes.» Atribuyeron algunos la muerte del marqués de Santa Cruz á una de estas efusiones desgraciadas. Se dice que impaciente Felipe II por la salida de la *Invencible* del puerto de Lisboa, ponia prisa para ello al marqués de Santa Cruz, y como este general no diese á los preparativos toda la velocidad que le pedia, respondió Felipe II á uno de sus despachos: «que habia pensado que el marqués lo hubiese hecho mejor y mostrádose mas diligente.» Ya hemos visto la dureza desplegada con el famoso duque de Alba, confinado en su castillo de Uceda, á quien al mismo tiempo que le confiaba el monarca el mando de un ejército, se le prohibia presentarse en la corte y asistir á la jura del príncipe don Diego. Por esto dijo aquel famoso general que le enviaba á conquistar un reino, arrastrando grillos y cadenas.

En medio de esta seriedad de que nunca se apartaba, oia el rey muchas veces con paciencia á los que venian á solicitarle, y suspendia los ímpetus de su severidad al oir ciertas respuestas, cuya justicia le hacia fuerza. Se cita entre otros el caso de un guardian de san Francisco, en cuya celda se habia ocultado un tal don Gonzalo Chacon á quien el rey buscaba. Averiguado el lance, hizo el rey venir á su presencia al religioso, y le dijo con acento airado: «Fraile, ¿quién os enseñó á no obedecer á vuestro rey, y á encubrir un delincuente tal? ¿Qué os movió?» Arrodillado el guardian, levantó los ojos y humildemente respondió: «la caridad.» Al oirle el rey dió dos pasos atrás, y repitió dos veces: ¡la caridad! ¡la caridad! «Volvedle luego bien acomodado á su convento, dijo al alcalde de corte que le acompañaba. Si la caridad le ha movido ¿qué le hemos de hacer?» Como este rasgo se citan otros muchos. Que era hombre de un gran sentido, de mucha perspicacia y no comun sa-

(1) Dichos y hechos.

gacidad deponen muchos de sus actos y hasta dichos, todos breves, sentenciosos, llenos de agudeza. Se conservan de él algunos satíricos y muy malignos. Recomendándosele mucho la prudencia de un sugeto que se le proponia para un empleo de importancia, puso al márgen: «propóngase otro que ya tengo noticia de su *Prudencia.*» (Era el nombre de una dama con quien estaba amancebado.) Al márgen de otro memorial de la misma clase, puso: «Cuando no juegue.» Instándosele á que proveyese un obispado en favor de una persona consultada para ello, respondió: «Si le hacemos obispo, ¿cuál de sus dos hijos heredará el obispado? Avisadme qué se ha hecho de un hijo que tuvo siendo colegial en Salamanca, dijo, proponiéndosele otro para otro obispado (1).»

Felipe II era amigo de la justicia. Tal vez con su severidad evitó abusos de poder por parte de sus cortesanos. Si era avaro de palabras, no solia serlo en recompensas. De todos los hechos distinguidos de sus diferentes servidores en los diversos ramos, llevaba estricta cuenta. Los soldados que se lucian en la guerra, estaban seguros de no servir á un rey desconocido. A muchos de ellos escribia cartas de su puño dándoles las gracias por su buen comportamiento y haciéndoles ú ofreciéndoles mercedes. Se puede decir que era mejor servir á Felipe II de lejos que de cerca; que sus hechos valian mas que sus palabras.

Podia ser muy bien la seriedad y circunspeccion de Felipe II hijas del arte y del estudio; mas en este caso se puede decir que llegaron á ser en él una segunda naturaleza, pues no se desmintieron ni alteraron en ninguna de las circunstancias de su vida.—Un hombre tan circunspecto en sus palabras, en todas sus acciones y ademanes, debia serlo igualmente en la demostracion de aquellos grandes afectos que arrebatan á los hombres. Así se mostró Felipe II en aquellas grandes situaciones que hacen crisis. Se puede creer que no era muy sensible, quien sabia á tal grado dominarse. Perdió cuatro mujeres sin hacer demostraciones de gran duelo. Le fué arrebatada la primera en la flor de su edad, y cuando el mismo Felipe II habia salido apenas de la adolescencia. Con la segunda, María de Inglaterra, se mostró sobrado indiferente, despegado y duro, haciéndola sentir que solo habian influido en su enlace consideraciones de política. Apenas bajada al sepulcro, se le vió solicitar la mano de su hermana, y en seguida ponerse en lugar de su hijo, destinado

(1) Dichos y hechos.

por el tratado de Catau Cambresis á Isabel de Valois, quien pasó en virtud del cambio á ser la tercera mujer de don Felipe. Los que acusaron á este rey de ser autor de la muerte del príncipe don Carlos, extendieron sus sospechas al fallecimiento de su madrastra, con la que le supusieron en secretas relaciones. Cualquiera que sea la verdad del hecho, se puede suponer que fué este el matrimonio mas desgraciado de Felipe. La cuarta mujer, doña Ana de Austria, murió tambien en sus mejores años, pues no llegaba á treinta y dos. Debia de ser sin duda Felipe II un marido poco amable y cariñoso. Sin grande conmocion fué casi testigo de la muerte del príncipe don Carlos, acarreada sin duda por sus disposiciones. Y si se dice que esta circunspeccion y compostura podian tener orígen en su poco amor á las personas que perdia, se puede responder que la misma moderacion, que el mismo imperio de sí mismo mostró al oir noticias que no podian menos de serle muy satisfactorias, ó causarle la mas grande pesadumbre. Con la misma calma recibió al mensajero que le trajo la noticia de la victoria de Lepanto, que al portador del destino desgraciado que habia cabido á la *Invencible*. En muy pocas ocasiones abandonó este carácter de ecuanimidad que era verdaderamente su divisa. Solo sí se observó una excepcion de esta regla cuando habiendo recibido por la noche estando ya acostado la noticia de la toma de Amberes, se levantó de la cama, cogió una luz, se dirigió al cuarto de su hija, y habiendo dado algunos golpes á la puerta para llamar su atencion, dijo estas palabras: «hija mia, Amberes es ya nuestro:» volviéndose en seguida á su cama sin decir mas ni aguardar respuesta. De la constancia de su sufrimiento durante el curso de su larga y cruel enfermedad, ya hemos dado suficientes pormenores.

De su aplicacion á los negocios hemos hablado en diferentes ocasiones. Pocos monarcas despacharon tantos por sí mismos. Se ocupaba de lo grande como de lo pequeño: la misma atencion daba al órden, á la buena colocacion de sus papeles que á su contenido.—Pasaba mucho tiempo escribiendo cartas y hasta de su puño á diferentes personajes de Europa, y á sus propios servidores fuera. De cuanto ocurria en todas partes tenia avisos; del modo cómo se practicaba la enseñanza en las universidades; de la conducta de los prelados y eclesiásticos; de la administracion de la justicia; de la direccion de los ramos administrativos. Todos los hombres de algun viso en cualquier carrera eran objeto de su atencion, y estaban es-

critos en sus libros. Así en todas las consultas que se le hacian para provisiones de cargos ó empleos, echaba mano á sus registros. Si el favor tuvo influencia en su ánimo, mas la tenia el mérito. Pocos hombres sin él obtuvieron cargos importantes. A muchos sacó de la obscuridad para altos puestos y sin consulta alguna, aquel rey previsor que de todo llevaba tan estrecha cuenta.

Un príncipe tan acostumbrado desde sus primeros años á gobernar por sí mismo y que constantemente dirigió todos los grandes negocios; un hombre que consagraba por otra parte mucho tiempo á la asistencia diaria, á todas las ceremonias religiosas, no debia tener mucho tiempo de sobra para emplearle en pasatiempos. Se dice que en su primera edad fué muy adicto al ejercicio de la caza, mas nunca llegó á ser en él una pasion, pues pocas cosas tenian en él este carácter. Con el tiempo absorbieron todo su tiempo y atencion el despacho de los negocios, la inspeccion ó superintendencia de las obras del Escorial y sus particulares devociones. Aunque de hábitos retirados, era puntual á todas las solemnidades de aparato, á todas las fiestas de la corte, en muchas de las que predominaba un carácter religioso. Tambien sobresalió en su juventud en todos los ejercicios corporales que entraban en la educacion de los principales caballeros de aquel tiempo; disposicion que debió de disminuir ó ser del todo inútil en un príncipe grave y serio, poco dado á juveniles pasatiempos.

La instruccion de Felipe II no era vasta. Debió de ser poco aprovechado en humanidades, y sobretodo en las lenguas vivas el que cuando la ceremonia de la renuncia de los Estados de Flandes en su favor por Carlos V, encargó al que despues fué cardenal Granvela, respondiese á los Estados á su nombre en lengua francesa, escusándose de no hacerlo él mismo por no haberla *deprendido*. No mostró en el curso de su vida tener grandes conocimientos en literatura, y se puede añadir que de la amena y florida, no gustaba. Ninguno dice de él que asistiese al teatro, diversion que estaba en su tiempo muy en boga, ni que hubiese acogido con favor á ninguno de los poetas sus contemporáneos. Los libros de su biblioteca particular de que hablaremos luego dan una idea de sus inclinaciones sobre la materia. No debia sin duda de leer mucho un rey, á quien tantos negocios ocupaban.

A las ciencias exactas se dice que era mas aficionado; que tenia grandes conocimientos en geometría, y que no era extraño á las ciencias naturales. De su gusto por la arquitectura y otras nobles artes, da testimonio el monumento magnífico del Escorial, donde todas desplegaron tan vistosas galas.

Como hemos dicho en varias partes, fué Felipe II el principal director, y hasta el primer sobrestante de esta obra, cuya primer piedra habia puesto él mismo, y que crecia y se desenrollaba delante de sus propios ojos. En todo intervenia con la minuciosidad de un hombre encargado de una obra. Examinaba los planos, indicaba los asuntos de los cuadros y de las estátuas y demás monumentos del arte: cambiaba, aumentaba, corregia, hacia borrar ó destruir lo que no era digno de su aprobacion, y de sus dictámenes no podia apelarse. Así, todo lo que tiene de bueno, de bello y de grande aquel soberbio monumento, redunda en honor y alabanza del gusto del rey, así como debe ser responsable ante el tribunal de la posteridad, de todo lo que se observa en él de mezquino, de irregular ó defectuoso. Que no acertó en todas ocasiones se puede concebir muy fácilmente; que influyó su tono dictatorial en algunas faltas considerables que se advierten, es histórico. Cuando lleguemos al capítulo de las nobles artes desenvolveremos mas aquesta idea.

Algunos creen que era el Escorial la residencia fija de Felipe II; mas la corte estaba en Madrid, que se podia considerar como el centro del gobierno. El Escorial era la casa de recreo y de solaz donde por lo regular celebraba el rey las principales fiestas de la iglesia. Allá le acompañaban la reina y los principales señores de la corte que se entretenian en la caza, para quienes servian asimismo de agradable pasatiempo aquellas solemnidades á que el rey se mostraba tan aficionado. Por la cosa mas pequeña se trasladaba el rey á su querido monasterio; en cualquiera cuestion que se suscitaba por pequeña que fuese, relativa á la construccion de la obra, terciaba con su voto decisivo. Cuando llegaba á sus oidos en Madrid, que ocurria algun disgusto ó alguna dificultad de llevar adelante lo que habia dispuesto, tomaba al momento el camino, para poner la gente en paz, y allanar el obstáculo, como si no tuviese mas en que ocuparse. Citaremos como un ejemplo lo que refiere el P. Fr. Juan de san Gerónimo en las Memorias preciosas que dejó escritas (1) sobre cuanto concierne á la historia de la construccion

(1) Véanse esas memorias en el tomo VII de la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, que con tanta utilidad de los que se dedican á este ramo comenzaron á publicar los señores don Martin Fernandez de Navarrete, don Miguel Salvá, y don Pedro Sainz de Baranda,

de este famoso monasterio. Cuenta este padre que habiéndose suscitado en la celda del prior una disputa sobre si convenia mas labrar las piedras al pié del monasterio, ó que se hiciese esto en la cantera misma, se decidió el rey por lo último en atencion al ahorro de tiempo y de dinero; mas que habiéndose renovado la disputa durante su residencia en Madrid, insistiendo algunos oficiales en que tendria mas cuenta á S. M. el que se labrasen las piezas al pié del edificio, como era práctica en España, marchó el rey al Escorial á examinarlo todo por sus ojos, y que despues de haber visitado la cantera, é inspeccionado el modo con que las piedras se cargaban, renovó la órden dada anteriormente de que se labrasen allí mismo, con lo que puso fin á toda controversia. Sucedia esto en 7 de marzo de 1576. Despues de haber arreglado este asunto se marchó al Pardo.

Se da en dichas memorias una noticia muy circunstanciada de los progresos año por año, y hasta mes por mes, de la obra, de los viajes que hacia el rey, de las personas que le acompañaban, de las fiestas y solemnidades que tenian lugar, de los entretenimientos de la corte durante su residencia en dicho sitio. No faltaban momentos de recreo y diversion, y aun hubo corridas de toros en una ocasion que hizo parte del acompañamiento don Juan de Austria. Como debe suponerse, reinaba la mejor armonía entre la corte y la comunidad, agradecida á tantos dones del monarca. A veces la obsequiaban los religiosos con almuerzos y meriendas en que lucian sus abundantes provisiones (1).

Felipe II fué jóven, fué mozo y era hombre. Se puede bien suponer que ni su seriedad, ni su devocion le eximieron de devaneos amorosos. El historiador Leti da el nombre de doña Catalina Lenez á la dama con quien estaba en relaciones cuando su padre le propuso el matrimonio con la reina María de Inglaterra. Parece que no debia ser pequeño sacrificio para él desprenderse de este amor para

miembros de la Academia de la Historia, obra que por muerte del primero continúan los dos últimos.

(1) No podemos menos de hacer mencion de una merienda sustanciosa que en la tarde del 17 de setiembre de 1576 dió la comunidad á la corte con motivo de las fiestas donde estuvo presente don Juan de Austria. Copiamos las palabras del mismo Fr. Juan de san Gerónimo, uno de los que la sirvieron. «Lo que se dió fué lo siguiente; una ensalada de diversas cosas hechas, y seis melones, »cuatro capones asados, dos tortillas de huevos con torreznos y higadillo, ocho aves salpimenta»das, cuatro gansos empanados, dos piernas de carnero acecinadas, dos platos grandes de membri»llo, otros dos platos grandes de peras, y otros dos de camuesas, dos platos de confitura, y media »docena de salseras de jalea, y sus buñuelos; y dos grandes y buenos quesos con sus rábanos, con »mas tres perniles de tocino y dos lenguas de vaca; todo lo cual se dió tan aderezado y á su punto »que fué bien solemnizado.»

acceder á las miras de su padre, tanto mas cuanto que la reina inglesa carecia de gracias y hermosura y habia pasado ya lo mejor de su edad, pues llevaba al príncipe doce años.

El de Orange en la apología que publicó en respuesta al decreto de proscripcion lanzado contra él por el rey de España, le echa en cara otros varios amores, y aun asegura que estaba casado de secreto con Isabel de Osorio, cuando contrajo matrimonio con la princesa portuguesa. Tambien habla de otra dama llamada doña Eufrasia, con quien obligó á casarse al príncipe Asculi hallándose en cinta del monarca. Convienen algunos historiadores, y entre ellos Leti, que era el rey demasiado dado al bello sexo, y aun atribuyen á sus excesos en el particular la gota obstinada que le aquejó por tantos años, y su última enfermedad tan dolorosa. ¿Son ciertos estos hechos? ¿Se apoyan solo en rumores, en suposiciones infundadas? Los historiadores españoles se desentienden de estos puntos que no eran de su competencia, y que por otra parte no hubiesen podido tocar sin graves compromisos. Nosotros imitaremos su circunspeccion aunque no corramos igual riesgo. ¿De qué príncipe, de qué personaje no se ha escrito mil aventuras de esta clase? Se puede decir que en aquel tiempo de reserva y de misterio, en aquella corte séria y formal donde se daba la misma y aun mas importancia á la apariencia que al fondo de las cosas, salian poco al público intrigas y galanterías de esta clase. Que existian, no puede estar sujeto á duda, pues aquel siglo no fué marcado por la austeridad en materia de costumbres. De las privadas del rey nos quedan muy pocos documentos. Sus relaciones secretas con doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer de Rui Gomez de Silva, uno de sus ministros mas en favor, pasan casi por históricas, hasta el punto de atribuirse á Felipe II la paternidad del duque de Pastrana, heredero de Rui Gomez. El señor Bermudez de Castro (1) entra en bastantes pormenores acerca de esta intriga, y lo mismo Leti, quien no tiene reparo en asegurar que fué consentidor el mismo marido, por asegurarse mas en la gracia del rey ó por temores de perderla. Parece que las relaciones empezaron en 1569, cuando el rey, ya viudo de doña Isabel de Valois, trataba de su cuarto matrimonio con doña Ana de Austria. Solo con la existencia de estos amores y descubrimientos de que tenia un rival, se puede explicar la inconcebible conducta, la constancia del rigor y crueldad con que persiguió Felipe II á su se-

(1) Véase su obra ya citada.

cretario Antonio Perez, depositario de su confianza, que de medianero suyo con la princesa habia pasado á ser partícipe de sus favores. Se alega para desvirtuar esta opinion tan general que la princesa de Eboli era tuerta. Mas pudo no ser este un gran defecto para Felipe II, ó desaparecia ante la hermosura de esta dama que fué celebrada en aquel tiempo. Y de esto nos dan testimonio los cuatro versos latinos siguientes, que se la compusieron á ella y á uno de los favoritos de Enrique III, llamado Maugiron, jóven muy hermoso y asimismo tuerto.

Lumine Acon dextro; capta est Leonide sinistro;
Et poterat uterque forma vincere deos.
Parve puer, lumen quod habes, concede puellæ;
Sic tu cœcus amor, sic erit illa Venus.

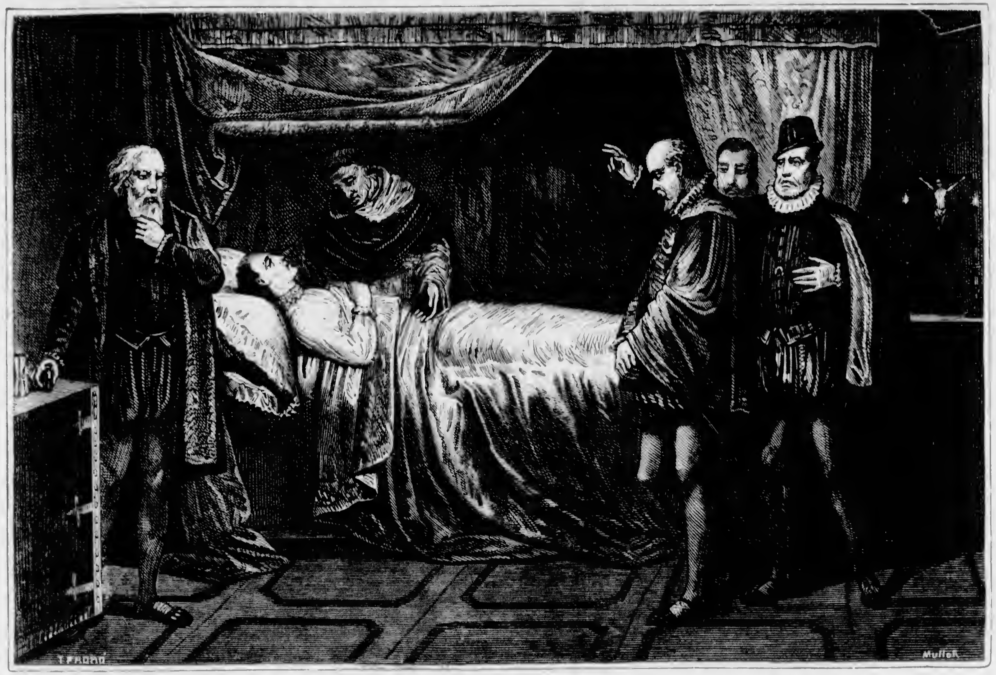
Entre todas las prendas y cualidades que entraban en el carácter de Felipe II se puede asegurar que el espíritu religioso, la devocion, el respeto y deferencia á los ministros de la Iglesia y su obediencia ciega al pastor universal, fueron las preponderantes. Estas cualidades no se desmintieron en ninguno de los actos de su vida, tanto en los mas públicos y solemnes, como en los mas particulares y privados. No tenia límites el espíritu de su intolerancia religiosa, y con pocas cosas negras se puede comparar el carácter sombrío de su fanatismo. Era la Inquisicion ambulante: se puede decir, que la Inquisicion se hallaba como encarnada en el monarca. Cuando decia que queria mas no tener vasallos que tenerlos hereges, era el arranque de un alma, para la que el simple sabor de herejía era el mas atroz de todos los delitos. Se mezclaron verdaderamente en este espíritu de intolerancia, miras ambiciosas de un órden político y mundano: así sucedia en la mayor parte de las contiendas de su siglo. No se puede saber si era mayor su deseo de mandar en Francia, ó arrojar á los calvinistas de su suelo; si aspiraba á lo primero por llevar á efecto lo segundo, ó si consideraba esto último como un escalon para subir á un trono que directa ó indirectamente contaba ya por suyo. Sin querer resolver estos problemas nos contentaremos con decir, que los que atribuyen todos estos actos, este celo religioso por los intereses de la Iglesia católica á pura hipocresía, no conocen, ni aquella época, ni el corazon del hombre, donde se albergan tan frecuentemente pasiones que son heterogéneas. Felipe II no fué en esta parte hipócrita; lo fueron muy pocos grandes personajes de su siglo; no lo fué su padre, con quien tuvo en esta

parte muchos puntos de contacto. Y si contra esta asercion se nos alegan algunos actos de estos príncipes, donde no brilla la mejor moral, responderemos que los vicios y la devocion no siempre van reñidos, y que nunca faltaron casuistas hábiles que tuvieron el arte de facilitar esta amalgama. No estará demás que para ilustrar este punto oigamos á Antonio Perez en sus Relaciones. Hablando de los pasos que daban su mujer é hija en su favor cuando en la cárcel de Madrid se hallaba en tanto apuro, dice así (p. 91 y siguientes): «El »uno es que sobre millones de veces que habia acudido aquella se»ñora (su mujer) al confesor del rey á pedir justicia, como justicia »que no tenia ya en la tierra otro tribunal, sino el del alma, y so»bre mil términos pasados, y promesas hechas y faltadas y pala»bras dadas y no cumplidas, acudió un dia (el postrero pienso por »lo que sucedió) á hablar al confesor, y en Santo Domingo el Real, »monasterio de monjas dominicas, donde tiene hermanas y sobri»nas doña Juana, el mismo confesor delante del altar mayor, le apre»tó tanto, en su demanda de justicia, que pareciéndole que hablaba »con sordo, pues tantas veces no habia oido, se volvió á Dios, que »estaba en el altar presente y que oye siempre, y llamóle por tes»tigo y juez, y pidióle justicias de tal agravio, y del mismo confe»sor. El fraile quedó atónito, y arrebatado por un rato y sin color »de vivo. Levantóse, y llamó á voces á los criados de doña Juana, »diciendo: *Señores, señores! vengan acá; llámenme á la señora prio»ra y aquellas señoras hermanas de la señora doña Juana y á mis »sobrinas*: y diciendo y partiendo para allá, llegaron todos á la reja »del coro. Acudieron luego las dichas y mas religiosas al ruido y »alteracion. Sentáronse, y dijo el confesor muy propósito assy: *Se»ñora priora, la señora doña Juana me ha apretado vehementemente »el alma y la consciencia, y llamado á Dios por juez y pedido la jus»ticia de su agravio, y de muy, no me espanto de cuanto dijere y hi»ciere, sino de lo que no dice y hace; pero ¿qué puedo hacer yo mas? »Al Rey le he dicho que está obligado en último punto de consciencia »á despachar el negocio del señor Antonio Perez sin una hora de di»lacion, y á darle á esta señora su marido; y en esta última confe»sion, yo le haré resolver, señora, ¿qué puedo hacer yo mas?* Acu»dió doña Juana (que no hay maestro como el dolor), y díjole: *Sy »señor, mas podeys hacer, no absolverle sino ejecutá al punto, yros »á vuestra celda, que mas cerca estareis del cielo en ella, que donde »estays; juez, supremo soys en el lugar de confesor, y el Rey reo,*

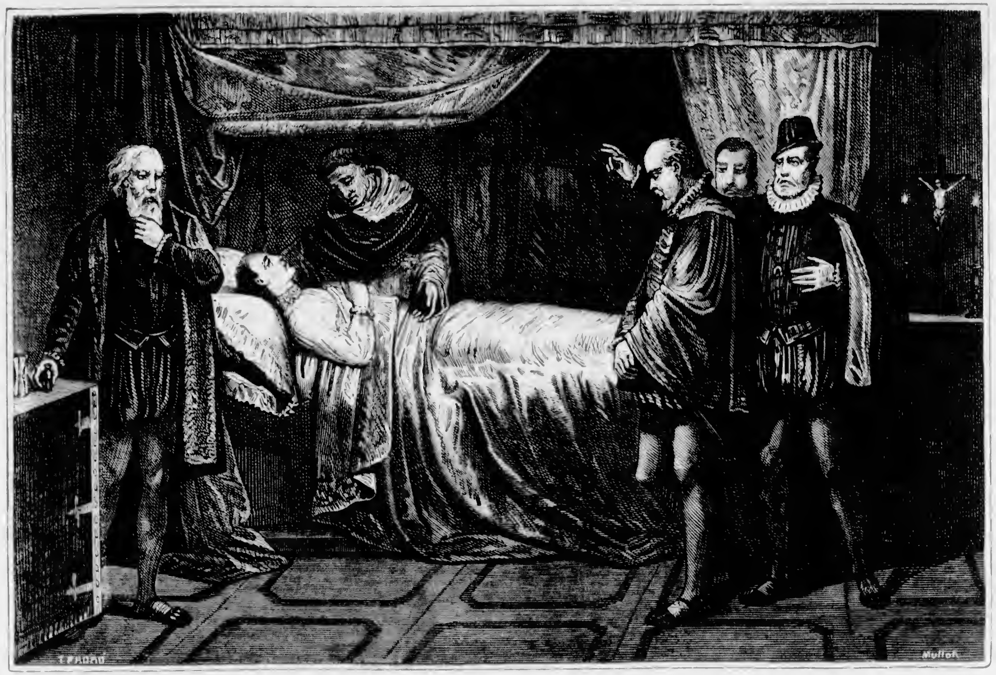
»y yo la agraviada, y la vibda del Evangelio de san Lúcas, y aun- »que él tenga la corona en la cabeza puesta, mayor soys vos ally: »assy lo vereis allá! Quedó mudo y sin sentido. Que la verdad es »herida mortal, etc.»

El buen P. Chaves digirió como pudo la filípica, y *no se fué á su celda.* El negocio tomó el giro que hemos visto.

Los lunares que mas afean la vida de Felipe II, prescindiendo de todo lo que ya llevamos dicho, son la proscripcion del príncipe de Orange, la persecucion atroz de que fué blanco Antonio Perez, y el asunto de su hijo el príncipe don Carlos. De los dos primeros hemos hablado con bastante extension; en el tercero nos hemos detenido menos porque es el que está mas cubierto con los velos del misterio. El lance fué en el fondo muy comun: era un hijo condenado al encierro por su mala conducta y extravíos muy trascendentales. Felipe II no hizo misterio de su encierro; á todas las córtes extranjeras dió aviso oficial de la medida que le habia precisado á tomar la conducta de su hijo. Que este príncipe murió en la prision es un hecho positivo: que estaba condenado á no salir nunca de ella, parece muy probable; que su irritacion de verse en semejante estado alteró su salud y le arrastró á cosas que parecian de demente, se explica con facilidad considerando que don Carlos era violento en su carácter, de poca capacidad y precipitado en todas sus acciones: que estos excesos alteraron su salud y acarrearon su temprana muerte, dado caso que esta muerte fuese natural, parece del todo verosímil: que el verdadero autor de la muerte del príncipe don Carlos fué el padre que le tenia encerrado, se desprende, pues, como una inevitable consecuencia. No se le formó proceso, ó á lo menos, no fué su muerte efecto de la sentencia de un tribunal privado ó público. No intervino en el asunto la Inquisicion, como algunos historiadores lo escribieron, como tal vez para la generalidad se admite hoy dia. Segun Llorente, que estaba en el caso de conocer en estas materias muy á fondo, se reduce todo el proceso que se hizo al príncipe don Carlos, á que el rey, despues de su prision, encargó este asunto á una junta ó comision formada *ad hoc* entre cuyas personas figuraba don Diego Espinosa, presidente del Consejo, y Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli, á quien estaba encomendada la custodia de don Carlos. No se tomó declaracion ni confesion al presunto reo, y solo se atuvieron los jueces en las actuaciones al exámen de las cartas y papeles que le habian co-



MUERTE DEL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.



MUERTE DEL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

gido. Les pareció tan grave la materia, tan fulminantes los cargos que de sí arrojaban, que tuvieron aquella causa como de muerte, y merecedor por lo mismo de la última pena el jóven príncipe. No atreviéndose, pues, á pasar mas adelante se lo comunicaron á su padre, haciéndole ver al mismo tiempo que lo elevado de la persona del reo y otras circunstancias particulares podrian influir en la mitigacion de aquella pena, dado el caso que fuese su voluntad de que el proceso pasase por sus trámites legales. Respondió el rey: que aunque con extrema repugnancia, y reprimiendo los sentimientos de su corazon, no le permitia su conciencia mostrarse indulgente con un hijo, de cuya incapacidad, falta de instruccion, mala conducta é inclinaciones tan perversas, no podian menos de seguirse grandes perjuicios para el reino. Añadió, sin embargo, que en el estado á que la enfermedad le habia reducido, podrian conducirse las cosas de manera que sin escándalo ni detrimento del honor del príncipe, se llegase á obtener el efecto deseado.

Mientras tanto se agravaron los males de don Carlos. La comision no pasó adelante en sus trabajos, y no vino á conclusion alguna. Segun Cabrera, escritor contemporáneo, y hasta criado entonces de la casa, se administró al enfermo por su médico el doctor Olivares una purga que produjo malísimos efectos. Se anunció al príncipe la proximidad de su fin, y don Carlos manifestó oirla con bastante compostura. Recibió resignado los Sacramentos, como queda dicho en el texto, y en los momentos de su agonía manifestó deseos de ver y reconciliarse con su padre. Acudió este en efecto á la cabecera de su cama la misma noche de su fallecimiento, mas no atreviéndose á dejarse ver del enfermo, temiendo causarle una impresion demasiado viva, le echó su bendicion por encima de los hombros del príncipe Rui Gomez de Silva que tenia delante, con lo cual se retiró lloroso á su aposento. A muy poco rato despues, terminó la existencia del desventurado príncipe.

Segun el mismo Llorente, hay motivos para creer que habiendo manifestado el rey deseos de que terminasen los dias de don Carlos, se hicieron insinuaciones al doctor, quien en la administracion de la indicada medicina se prestó á ser instrumento de las voluntades del monarca. De algunas frases y reticencias del historiador Cabrera se puede sospechar hubo algun misterio en la purga; mas todo esto no puede pasar de conjeturas á que se dá mas ó menos fuerza segun el modo de pensar, las opiniones ó partido á que pertenecen

los lectores. Es posible que hubiese mediado una intencion torcida en la administracion del remedio; tambien lo es que el médico lo hubiese errado, aun con los mejores deseos de salvar al príncipe, como sucede por desgracia en tantos casos; tambien es muy probable que con purga ó sin ella hubiese muerto un enfermo que se hallaba en tal estado de irritacion, que habia echado á perder el estómago con varios excesos, y á quien aquejaba tan ardiente calentura en lo mas recio del estío. De todos modos aparece claro bajo cualquiera hipótesis que don Carlos estaba condenado á no salir de su prision, y que acelerada ó no, fue autor de su muerte el mismo que lo habia sido de sus dias. De causa ó proceso, no hubo mas que el incoado, sin producir resultado ó conclusion alguna. La Inquisicion no tuvo parte ninguna en el negocio, si hemos de creer al mismo Llorente, quien por el cargo que habia ejercido debia saberlo muy á fondo. Por lo demás no es extraño que este suceso lamentable, envuelto en sombras, hubiese hecho en Europa tanto ruido, y sido objeto de acusaciones é invectivas contra un rey poco querido de los príncipes católicos, objeto del odio de los protestantes. Así le acusaron muchos á boca llena de ser el asesino de su hijo; y el príncipe de Orange en su famosa apología le fulminó este cargo, como una cosa casi generalmente recibida entre sus correligionarios. Desde entonces fué don Carlos una especie de personaje poético en la Europa por las diversas composiciones, tanto en verso como en prosa, no siendo pocos los dramas que á su triste y trágico fin se consagraron. No es extraño que en todas estas producciones se desfigurase el carácter de don Carlos, y pasase por mártir de sentimientos nobles, de proyectos generosos y hasta de tolerancia religiosa á los ojos de los que tanto aborrecian á su padre. De estos ejemplos hemos visto mucho. Nada es mas comun que erigirse los hombres en ídolos de la muchedumbre sin mas motivo que haber sido objetos de persecucion para los que eran blanco de sus odios. Para concluir con este triste asunto, añadiremos solo, que de la muerte de don Carlos no se hizo ningun misterio en la corte de Felipe, que pasó como efecto simple de una enfermedad natural, que se comunicó la ocurrencia á todas las cortes extranjeras sin ningun rebozo: por último, que las exequias fueron públicas, con todos los honores, solemnidad y pompa correspondientes al heredero de la monarquía.

Otro suceso igualmente lamentable y con carácter mayor de atrocidad ocurrió por aquellos mismos tiempos. Hablamos en el capítulo XXVII de esta historia de un mensaje que la princesa Margarita, gobernadora de los Paises-Bajos, hizo al rey por el conducto del conde de Bergen y el marqués de Montigni en el año de 1565 (1). Arrastrados por la narracion de aquellos acontecimientos omitimos entonces sin querer, el decir algo sobre la suerte de dichos mensajeros. Pertenecian ambos á la clase mas distinguida del pais: ambos poseian bienes considerables y desempeñaban cargos del gobierno. Los dos fueron retenidos en Madrid bajo frívolos pretextos con resolucion sin duda del rey de que no volviesen mas á los Paises-Bajos. Por aquel tiempo tuvo lugar la llegada allá del duque de Alba, y el sistema de rigor que adoptó este personaje sin duda por instrucciones del monarca. Las medidas fuertes tomadas contra los grandes del pais, alcanzaron á los dos señores flamencos que se hallaban en España. Se los asignó por prision la torre de Segovia. El conde de Bergen murió poco despues con sospechas de veneno, aunque esta opinion no se apoya en documento alguno. El proceso contra el de Montigni, se instruia en Bruselas ante el mismo tribunal de sangre instalado por el duque de Alba. Mas se habia decidido por el rey que los efectos de su sentencia le alcanzasen en España.

El baron de Montigni, de la familia de Montmorency, era hermano del famoso conde de Horn, decapitado en Bruselas en 1568. Pertenecia al partido de los señores flamencos, que mostrándose fieles al rey no aprobaban en todo su política, de los que sin perder su adhesion al culto católico se mostraban enemigos encarnizados del establecimiento de la Inquisicion, y no se conducian con los hereges tan rigorosamente como Felipe II deseaba; de los que habian declarado la guerra al cardenal Granvela, y sin pertenecer á los antiguos confederados, los miraban con cierta simpatía. Habiendo sido consideradas todas estas faltas como crímenes de traicion y lesa majestad por aquel sangriento tribunal, no debia de ser tratado con mas consideracion el señor flamenco, preso entonces en España. Iguales cargos presentó el fiscal que los que habian llevado ya al suplicio á su hermano y á otros personajes: iguales descargos dió Montigni por medio del alcalde de corte, que le tomó su declaracion segun el exhorto que habia tenido de los Paises-Bajos: igualmente fueron desatendidas sus representaciones de que siendo caballero

(1) Consúltense sobre el particular los documentos inéditos ya citados, que publican los señores Salvá y Sainz de Baranda, tomo VIII.

del Toison de Oro no podia ser juzgado sino por un tribunal compuesto de sus pares.

Fulminó el duque de Alba su sentencia de muerte contra Montigni; y procedió en esto de un modo tan secreto, que solo tuvieron noticia de ella el escribano que la refrendó con su firma, y dos jueces que merecian toda su confianza. Para proceder con tanto sigilo mediaron órdenes del rey, deseoso de que la ejecucion de la sentencia no fuese pública; tan impopular era este acto de rigor hasta en España. Permanecia mientras tanto Montigni estrechamente confinado en la torre de Segovia. Varios pasos habia dado para mover á compasion al rey, mas sin efecto. Se lisonjeó de que con motivo del cuarto matrimonio de Felipe II, obtendria un perdon ó á lo menos alivio en su situacion tan desgraciada. Mas Felipe II no olvidaba en medio de los mayores regocijos las medidas de rigor que le sugerian la justicia ó la venganza. Estaba resuelta en aquel inexorable tribunal la ruina del señor flamenco. Como era la intencion del rey que se le hiciese morir secretamente, le propusieron algunos el que se recurriese al medio del veneno; mas Felipe II rechazó este expediente, que ponia en peligro el alma del reo, determinando que del modo mas secreto, se le notificase su sentencia, y despues de preparado á la muerte, se le estrangulase. Para envolver este acto en mas oscuridad, se trasladó al presunto reo al castillo de Simancas. Como se queria que se atribuyese su muerte violenta á efecto de una enfermedad, se aisló de todos sus criados con quien estaba en comunicacion bajo el pretexto de que existia un plan para su fuga. Disgustado Montigni de esta providencia cayó enfermo, cuya circustancia favoreció grandemente los planes de Felipe. Para completarlos se dió parte del secreto al médico que se presentó á asistirle, y este no tuvo reparo en dar á entender que su enfermedad era de muerte.

Para realizar la ejecucion se envió á Valladolid al alcalde de corte don Alonso de Arellano, revestido de poder para que le auxiliase aquella chancillería en cuanto le pidiese. En el camino tuvo una entrevista con el alcaide de Simancas para arreglar juntos los pormenores de aquella ejecucion tan misteriosa. Eran las instrucciones del rey que saliese Arellano de Valladolid la víspera de un dia de fiesta un poco antes de ponerse el sol, de modo que llegase á Simancas despues de anochecido. Así lo hizo efectivamente la tarde del sábado del 14 de octubre del año 1570, llevándose consigo un

escribano que diese fé de la ejecucion, al verdugo de Valladolid, y á un religioso llamado fray Hernando del Castillo, cuyo nombre mencionamos por haberlo indicado el rey mismo en sus instrucciones al alcalde. Entró la comitiva en el castillo del modo mas secreto y misterioso, estando preparado todo por el alcaide para ello, sin que en el pueblo ni en el fuerte mismo presumiese nadie la llegada de tan misteriosos personajes. A las diez de la misma noche se le leyó á Montigni la sentencia de muerte á que no estaba preparado. Dió al oirla todas las señales de extrañeza, y aun prorumpió en expresiones de ira contra el rey que con tanta dureza le trataba; mas se calmó pronto á las insinuaciones del fraile con quien al instante le dejaron solo. Pasó en su compañía lo que restaba del sábado y todo el domingo siguiente, sin que nadie percibiese el objeto de aquella tan larga conferencia. Manifestó Montigni entereza y resignarse completamente con su suerte; oyó la misa de fray Hernando con devocion y mucha compostura. Recibió los Sacramentos, haciendo profesion de que moria en los principios y dogmas de la fé católica, sin haberse adherido nunca á los que los heresiarcas profesaban. No hizo testamento por envolver confiscacion de sus bienes la sentencia; encargó á su confesor la entrega á ciertas personas de algunos efectos que le pertenecian, y de tan poco valor que segun las expresiones del mismo religioso, apenas serian buenos para un pobre escudero de Campos. A las dos de la mañana del lunes entraron en el cuarto del preso el alcalde de corte, el alcaide de la fortaleza, el escribano y el verdugo. Media hora despues habia dejado de existir el infeliz flamenco, sin haber cometido mas delito que el de no ser en todo de las opiniones del monarca. Para cumplir en un todo con sus instrucciones se esparció en el castillo la noticia de la muerte de Montigni por efecto de su enfermedad, y como se le amortajó con hábito de san Francisco, se dió á la especie la mayor de apariencia de verdad, con la precaucion de meter bien la cabeza, y sobre todo el cuello en la capucha. Los que habian entrado tan misteriosamente en el castillo despues del anochecer del sábado, salieron antes del amanecer del lunes con las mismas precauciones. A ninguno, ni en el pueblo ni en el castillo, le ocurrió la idea de que se acababa de perpetrar tan terrible asesinato. Así la muerte de Montigni estuvo envuelta mucho tiempo en gran misterio.

Sobre este acontecimiento no haremos comentarios. Los hechos lo hablan todo; las reflexiones son inútiles.

Para concluir lo que nos parece mas digno de atencion acerca de las particularidades del monarca, ponemos á continuacion la lista de los libros que tenia en su biblioteca particular, y que se conservan y guardan todavía en el cuarto del Escorial donde fué su fallecimiento. Como los mas están en latin, pondremos sus títulos en castellano (1).

* El Oficio Diurno. Antuerpia ó Amberes, en octavo.

Historia de la Santa Casa de Loreto, por don Francisco Padilla, Chantre de Málaga, Madrid, 1588.

El Desprecio del Mundo, nuevamente romanceado y corregido por el reverendísimo padre fray Luis de Granada, en octavo. Amberes, 1572.

* Oficio de la bienaventurada Vírgen María, dado á luz por mandato de Pio V, en cuarto. Amberes, 1573.

Otro ejemplar de dicha obra.

* Vida de Cristo por Landulfo, cartujo, en cuarto, 1530.

* El Breviario Romano de Pio V, en octavo. Amberes, 1573.

* Los Actos de la Iglesia de Milan, en fólio, 1582.

Obras de Santa Teresa de Jesús, dos tomos en cuarto mayor. Salamanca, 1578.

* El Misal Romano, restituido por decreto del Concilio. Paris, 1571.

* Tres libros de las ceremonias sagradas ó ritos eclesiásticos. Venecia, 1582.

Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, por fray Gavino Talavera, en cuarto. Toledo, 1597.

* Regla de los Cartujos, un tomo en octavo.

* Nueva coleccion de los estatutos de la órden de los Cartujos, en cuarto. Paris 1582.

Tratado de agricultura, por Herrera. Medina del Campo, 1584.

Descripcion del Sacro Monte de Varale de Valdesilla, (en rimas italianas) en octavo. Varale, 1595.

Ejercicios espirituales de fray García de Cisneros. Barcelona, 1580.

La institucion de la órden de la Cartuja, por Juan de Padilla, prior de las Cuevas, en cuarto. Sevilla, 1580.

Particularidades de la santísima órden de san Gerónimo, fólio mayor. Salamanca, 1590.

(1) Los que están en este caso se designan con una (*).

El Pontifical, en fólio mayor. Lion, 1542.

Misal Romano. Amberes, 1573.

Calendario perpetuo de Pedro Risicio, presbítero toledano. Toledo, 1577.

Obras del padre maestro Juan de Avila, en cuarto, Madrid, 1588.

Misal Romano de Pio V, en cuarto. Salamanca, 1586.

* Ceremonial de la Dedicacion y Consagracion de la iglesia (del Escorial). Madrid, 1595.

Prado espiritual de Basilio de Sandoro, en fólio. Búrgos, 1588.

Milagros de Nuestra Señora de Monserrate, en octavo. Barcelona, 1594.

Obras de fray Luis de Granada, doce tomos en octavo mayor. Amberes, 1572.

* Calendario perpetuo segun las instituciones de los padres predicadores, por fray Diego Jimenez, en octavo. Salamanca, 1563.

* Oficio de Semana Santa, en dozavo. Alcalá, 1573.

Martirologio Romano traducido por Vazquez, en cuarto. Valladolid, 1586.

Arte de servir á Dios por fray Rodrigo de Solís, en octavo. Valencia, 1574.

* Oficio de san Diego, en octavo. Alcalá, 1549.

Flos Sanctorum de Villegas, cinco tomos en fólio. Madrid, 1594.

El Cartujano, en romance, cuatro tomos en fólio. Sevilla, 1551.

APENDICE II.

Organizacion interior de España en el reinado de Felipe II.—Cortes.—Rentas de la Corona.—Gastos del Estado.—Valor de la moneda.—Apuros del rey en sus últimos años.—Estado de la industria.—Poblacion.—Division de la España en provincias.—Consejos.—Administracion del Estado.—Ramo judicial.—Instruccion pública.

Para dar una sucinta idea del estado interior administrativo económico del pais en el reinado de Felipe II, comenzaremos por las Cortes. Por lo que se ha dicho de estas famosas corporaciones en tiempo del padre, se podrá fácilmente colegir lo que fueron verdaderamente en el del hijo. Las Cortes de Castilla habian espirado en cierto modo en los mismos campos de Villalar donde tuvo fin el alzamiento de las Comunidades. Si antes habian sido un poder en el pais, no fueron desde entonces mas que sombras, y aun nombre sin significado. A excepcion de las celebradas en Madrid en 1538 y 1539, en que causó tantos alborotos y disturbios el empeño del emperador en establecer la sisa, todas las demás celebradas en el resto de aquel siglo fueron asambleas pacíficas, dispuestas siempre á cumplir con la voluntad del rey en todo lo que podia ser conducente á su servicio. Su convocacion no era periódica, ni sus sesiones por lo regular de larga dura. El objeto mas grande é importante de su convocacion, era por lo regular la jura del príncipe heredero, y como este cambió cuatro veces durante el reinado de Felipe II, las mismas menos una se reunieron con igual objeto.

Para indicar con toda claridad lo que fueron las Cortes de Castilla,

y aun de Aragon durante aquel reinado, las mencionaremos como las del de Carlos V por órden cronológico.

En el año 1552 celebró Felipe II, siendo príncipe, Cortes de Monzon, con el solo objeto de proporcionar recursos pecuniarios al emperador pues los reclamaba así de Flandes. Las Cortes otorgaron algunos, mas no en la cantidad que los pedia. No dejó de haber disgustos y disturbios en aquellas reuniones. Duraron hasta el año de 1564, aunque no estuvieron todo aquel tiempo constantemente congregadas.

Se hicieron en estas Cortes algunos reglamentos de órden administrativo y económico, sobre reformas en vestidos y muebles: sobre la prorogacion de los fueros del Consejo de la Audiencia Real, y de la corte del Justicia de Aragon; sobre la prorogacion de fueros criminales; sobre los derechos de saca é introduccion de moneda blanca en Aragon por el valle de Aran; sobre el oficio de los diputados; sobre sus salarios, los del canciller de las competencias, los de los porteros y vegueros de la corte del justicia de Aragon; sobre dotacion y limosnas del hospital general de Zaragoza, y otros objetos de menos importancia.

En 1560 se celebraron en Toledo para jurar por heredero de los reinos al príncipe don Carlos. Mas no se les hizo ninguna peticion, ni ellas tomaron otras medidas de ninguna especie.

En el año de 1570 se celebraron en Córdoba para dar al rey alguna ayuda de costas que necesitaba para sufragar los gastos de su cuarto matrimonio. Tambien en Sevilla se le hicieron donativos, mas no hubo en esta ciudad convocacion de Cortes.

En 1572 se reunieron en Madrid para la jura del príncipe don Fernando como heredero de estos reinos.

No se reunieron para la jura del príncipe don Diego, que tuvo lugar cuatro años despues por haber fallecido don Fernando.

En 1585 volvieron á reunirse en Monzon donde quedaron muchos asuntos pendientes de las anteriores. Se juró en ellas por heredero al príncipe don Felipe que lo habia sido en Madrid un año antes.

Se trató además en estas Cortes de la próroga de fueros criminales: de la habilitacion del príncipe para tener Cortes, en atencion á las ocupaciones, corta salud, larga edad y conveniencia de que la majestad resida personalmente fuera de Aragon: de la habilitacion del canciller, por ser valenciano y no aragonés como debiera, el que lo era entonces Micer Simon Frigola; de la habilitacion del docto

Francisco Sesé para ser juez en las audiencias y tribunales; de la habilitacion del pueblo de Binefar, para que dentro de su iglesia parroquial se pueda hacer, tener y celebrar el acto del sólio de aquellas Cortes por la razon de la poca salud que hay en la villa de Monzon y la indisposicion de S. M.: y otros asuntos menos importantes.

Además se hicieron arreglos (concordias) entre el rey y el tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion comprendidos en cuarenta y nueve artículos. Todos ellos son de un órden restrictivo respecto á las facultades y prerogativas de los inquisidores. Sobre el nombramiento de familiares; sobre los fueros é inmunidades de estos; sobre la substanciacion de las causas civiles y criminales en el tribunal del Santo Oficio; sobre las competencias que se suscitasen en adelante entre este y los civiles; sobre la esfera de su jurisdiccion, etc. Sin alterarse nada esencial en las atribuciones de la Inquisicion, se ve por la lectura de la concordia que se habian introducido abusos que parecian mal hasta á las personas mas timoratas y celosas porque se castigasen los hereges, y los demás enemigos de la fé. Tambien se hizo en estas Cortes una concordia sobre las fiestas de corte de la ciudad de Zaragoza que ascendian á sesenta y tres (1).

Ya hemos hablado en su debido tiempo de la jura del mismo príncipe en Pamplona casi por el mismo tiempo, sin que las Cortes convocadas para ello hubiesen entendido en mas negocios.

En 1586 se juntaron Cortes en Madrid y estuvieron reunidas hasta el año de 1590. Se hicieron en ellas muchos arreglos y el rey accedió á casi todas las peticiones de los procuradores. Citaremos algunas de sus pragmáticas que nos parecen mas dignas de atencion, y características de aquella época:

Se prohibió labrar moneda de vellon á los particulares; lo que prueba que era entonces una industria comun, y que la real hacienda tomaba esta moneda de los fabricantes.

Se dió permiso de armar navíos contra infieles. Se prohibió aumentar el número de alcaldes y regidores de los pueblos. Se prohibió que se vendiesen en adelante oficios de escribanos y regidores, y que adquirian por lo regular gentes forasteras con grave detrimento del vecindario, permitiéndose al mismo tiempo que los ya vendidos fuesen comprados y rescatados por los mismos pueblos.

(1) Las actas de las Cortes de Monzon en sus dos épocas están recopiladas de un libro que lleva este título, publicado en Zaragoza en 1608.

Se mandó que los alguaciles de los proveedores llevasen testimonio de escribano de los víveres y demás artículos de provision que se hubiese de sacar á cada pueblo.

Se prohibió que se salase el pescado con agua del mar.

Se mandó que los alcaldes de los pueblos informasen de los parajes donde conviniese formar puentes. Se mandó que en las puertas de los tribunales se pusiesen tablas de pleitos para que segun su antigüedad se fuesen viendo.

Se prohibió que fuesen tapadas las mujeres bajo la pena de tres mil maravedises.

Se dieron providencias para refrenar la insolencia de los lacayos.

Se mandó que los gitanos no vendiesen nada, sin testimonio de escribano, debiendo considerarse como hurto todo lo que no llevase este resguardo.

Se tomaron providencias para refrenar el lujo de los trajes.

Se mandó que en dos años no se matasen corderos, machos ó hembras; lo que denota la gran escasez que habia entonces de esta especie de ganado. Tambien se prohibió que se matasen las terneras.

Se mandó que no se tegiesen en adelante mas trajes de telas de seda que las usadas antes, terciopelos, raso, damasco, tafetan, sin labor ninguna: prohibiendo la introduccion de semejantes géneros.

Se prohibió comprar carnes vivas para venderlas asimismo en pié en el mismo mercado ó feria.

Se prohibió que los cereros echasen en la cera pez, resina, trementina ó sebo, bajo la multa de dos mil maravedises por primera vez y seis mil por la segunda.

Se mandó, ó por mejor decir se renovó la pragmática dada ya algunos años antes en que se mandaba que las hojas de las espadas, estoques, cuchillas y demás armas de esta clase no pasasen de cuatro quintas partes de vara.

Entre las cosas que se pidieron y no se otorgaron por entonces aunque prometió el rey que se verian con detencion en su Consejo, merece particular mencion una en que se prevenia que ningun coche de calle á excepcion de los del rey pudiesen llevar mas que dos mulas ó caballos: que los coches (con la misma excepcion) no fuesen aforrados mas que de paño, cuero, bayeta, frisa, baqueta, fieltro encerado, sin flecos de oro, ni de plata, de seda, ni pasamanos, ni mas que una trencilla de seda, donde clavasen las tachuelas, sin

ninguna otra guarnicion ni por dentro ni por fuera; sin clavos dorados ni plateados, observándose lo mismo con las guarniciones de las mulas ó caballos.

Tambien se propuso una pragmática para que ninguna mujer cortesana pudiese andar en ningun género de coche ó carroza suya, prestada ó alquilada (1).

En 1592 se celebraron Cortes en la ciudad de Tarazona en Aragon, y que merecen mencion particular, porque se convocaron muy poco despues de los disturbios que habian ocurrido en aquel reino. Como algunos autores extranjeros dan á entender que fueron seguidas de la pérdida de sus fueros, entraremos en algunos pormenores de estas Cortes para establecer mejor los hechos. Como se verá los fueros no fueron abolidos, mas quedaron tan mermados, que podian considerarse como semidestruidos.

Temiéndose que acudirian tanto entonces como en lo sucesivo pocos individuos de los que tenian derecho á ello, se estableció que por pocos que fuesen los individuos de un brazo, formasen brazo; y en caso de faltar un brazo ó brazos tuviese la misma fuerza lo que hiciesen los demás, que si estuviesen presentes todos cuatro.

Se exceptuó sin embargo de esta disposicion todo lo relativo á la aplicacion de pena de tormento, la pena de galeras aplicada á otros que á ladrones, confiscacion de bienes, imposicion de mas tributos que los anteriores; pues para todos estos casos se declaró ser necesaria la asistencia de los cuatro brazos.

Se mandó que los que tuviesen que exponer á las Cortes greuges (agravios), lo hiciesen ante el Justicia dentro de los veinte dias feriados ó no feriados, despues de la convocacion y ante las Cortes á los treinta, asignándose el mismo plazo á los greuges que ocurriesen durante la celebracion de las sesiones.

Se abolió el recurso de la via privilegiada en materia de enjuiciamientos para los casos de crímen de lesa majestad, falsificacion de moneda, falsificacion de documentos ó mas escrituras, pecado nefando, homicidio ó mutilacion á traicion, resistencia abierta á la justicia, introduccion de caballos ó municiones en Francia, sediciones, pasquines y libelos.

Se decretó pena de muerte contra el que obtuviese el beneficio de la manifestacion por medio de alegatos falsos.

(1) Están sacadas estas noticias de una coleccion en tres grandes volúmenes de varios documentos, unos impresos é inéditos otros, que se hallan en la biblioteca de la Academia de la Historia.

Se dispuso que fuese permitida la extradicion de los criminales de otro reino, y que siempre que el rey pidiese las personas de sus criados ó ministros ó secretario, ó cualquiera otros empleados suyos refugiados en Aragon, se las entregasen fuesen ó no naturales de este reino.

Se mandó que la gente armada del reino de Aragon no estuviese mandada en adelante sino por el presidente de la Audiencia.

Se estableció que el cargo de Justicia que hasta entonces habia sido vitalicio y comunmente hereditario, fuese amovible á voluntad del rey.

Se mandó que la Diputacion no pudiese hacer convocaciones de ninguna especie.

Se mandó que los votos de los jueces que hasta entonces habian sido públicos fuesen secretos en adelante, sin que ninguno tuviese derecho de que se le manifestasen.

Para el nombramiento de los lugar-tenientes, se dispuso que designase el rey nueve personas de las que se debian insacular (poner sus nombres en un saco ó bolsa) ocho, dirigiéndose dos por cada brazo, con cuya operacion quedaba exceptuado uno de los nueve. De los ocho insaculados, tenia el derecho el rey de elegir los cinco que debian ser lugar-tenientes, quedando los otros tres insaculados hasta que saliesen á suerte para reemplazar las vacantes que ocurriesen.

Se mandó además que se hiciese una manifestacion mútua de procesos entre el Justicia y la Audiencia cuando alguna de ambas partes lo pidiese. Antes tenia exclusivamente este derecho el primero de los dos tribunales, considerándose el segundo como de inferior categoría.

Se decretó que se compeliese á hacer paces á las personas que se sabia andar enemistadas, estableciéndose la pena de prision á cualquiera de las partes que se negase á ello, y aun no seria puesto en libertad hasta haber dado la aquiesciencia.

Se decretaron penas rigurosas contra cualquiera que publicase escritos por via de la imprenta sin el permiso prévio de las autoridades competentes.

Se estableció que los vireyes de Aragon pudiesen ser extranjeros, es decir, no naturales del reino, si tal era el beneplácito del monarca.

Así quedaron decididos á favor de este los puntos de litigio que

aun estaban pendientes hasta entonces: reducidos á una mera sombra los fueros de Aragon, y el rey tan soberano de este reino como de Castilla.

No se pudieron evacuar durante la celebracion de las Cortes de Tarazona todos los asuntos que se debian tratar en asamblea. Para no prolongarla demasiado se determinó formar una concordia, es decir, una comision mixta compuesta de delegados por el rey, y otro número igual por los cuatro brazos; comprometiéndose todos á reconocer por ley dada en Cortes lo que la concordia estableciese y determinase. Hasta enero de 1594 no concluyó esta sus trabajos, en cuyos pormenores no entramos por ser relativos á disposiciones de un órden secundario (1).

Como uno de los grandes fundamentos de la importancia de las Cortes, consistia en el servicio que decretaban para el rey, es decir, en las contribuciones que de Cortes á Cortes imponian sobre el pueblo para sufragar los gastos de la Corona ó del Estado, debió de cesar esta importancia cuando establecidas las rentas de un modo permanente por pragmática ó decretos reales, y tambien por usos y costumbres llegó el rey á ser independiente de la buena ó mala voluntad de estas asambleas populares. Establecido el despotismo de hecho, fué el derecho divino de los reyes el dogma principal de la fé política de los españoles. El monarca era todo; fuente de poder, fuente de justicia, señor de haciendas, señor de vidas. En las Cortes se veia mas bien la expresion de homenaje y vasallaje de los pueblos hácia el rey, que una participacion de sus poderes.

Las rentas de la Corona en tiempo de Felipe II se componian casi de los mismos ramos y arbitrios que en el de su padre. Una gran parte de las antiguas contribuciones que fechaban desde los primeros reyes de Castilla estaban en desuso: se habian establecido otras nuevas de mas sólidos productos. Como la Corona, es decir el Estado se componia entonces de partes tan heterogéneas, eran las contribuciones unas generales, otras locales que se resentian de su primitiva procedencia. El medio mejor de conocer el número y diversa calidad de todas estas rentas, será presentar un cuadro de todo lo que ingresaba en las arcas reales por los años de 1577.

(1) Véanse los documentos ya citados de la biblioteca de la Academia de la Historia.

RAMOS.	MARAVEDISES.
Salinas.	93.000,000
Diezmos de mar de los géneros que vienen á Castilla de Vizcaya, Guipúzcoa y de las Cuatro Villas.	70.000,000
Idem de lo que viene por el Puerto de Leon y pasa por el puerto de Sanabria y Villafranca.	1.000,000
Idem de Asturias que pasan por Oviedo. .	375,000
Rentas del Prebostazgo de la ciudad de Bilbao.	590,500
Alcabalas y tercias reales de todo el reino.	183.742,880
Servicio y montazgo.	19.530,000
Idem del Señorío de Sevilla.	2.000,000
Almadraba de la ciudad de Cádiz y pesca de los atunes.	3.350,000
Sedas del reino de Granada.	22.000,000
La renta de la Abuela y Avices. . . .	2.750,000
El señorío ordinario de los reyes de Castilla.	106.350,000
Los derechos de los puertos secos de los reinos de Aragon y Navarra.	69.350,000
Las rentas de las lanas extraidas. . . .	53.586,000
Las de los naipes introducidos pagándose por cada baraja medio real.	20.000,000
Almojarifazgo mayor de Sevilla arrendado por la ciudad.	156.339,000
El de Indias.	67.000,000
Los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara.	98.000,000
El arrendamiento de las yerbas de los mismos.	37.000,000
El pozo del azogue del Almaden. . . .	75.000,000
La Santa Cruzada.	200.000,000
El subsidio eclesiástico.	65.000,000
El Excusado.	110.155,000
Por el servicio de esclavos y galeotes. . .	7.750,000
La moneda forera.	6.656,000
De Indias un año con otro.	300.000,000
Derechos de los puertos secos de Portugal con estos de Castilla.	36.500,000
El reino de Navarra.	35.500,000
Los de Valencia, Aragon y Cataluña. . .	75.000,000
Nápoles, Pulla y Calabria.	750.000,000
Sicilia.	338.000,000
Milan.	300.000,000
Las rentas de las rajas que entran fuera de estos reinos.	10.000,000
Total (1).	3,305.524,380

(1) Véase la obra sobre Hacienda de don Juan Lopez Juana Pinilla. Este documento está sacado de la Academia de la Historia.

No se incluyen en estas rentas las islas de Cerdeña y Mallorca, cuyos gastos absorbian todos sus productos. Tampoco los Paises-Bajos y Borgoña, cuyas rentas eran anteriormente de setecientos millones un año con otro, y que entonces por el estado de las guerras consumian mas que producian.

Tampoco se incluyen los productos de la mina de Guadalcanal que eran anteriormente de ciento ochenta y siete millones que por entonces se ignoraban.

En los años sucesivos crecieron las rentas en algunos ramos, sobre todo, lo que venia de las Indias, debiéndose tener en cuenta de que entonces pertenecian á la corona de Castilla, el Portugal y sus posesiones allende de los mares. Portugal producia setecientos cuarenta y ocho millones. Las Indias setecientos cuarenta y ocho millones. Nápoles, Sicilia y Milan, rendian casi la misma renta que la ya indicada. Las alcabalas se mantenian sobre poco mas ó menos en el mismo Estado. Las estancadas y otros servicios producian mil cuatrocientos noventa y seis millones, de manera, que las rentas totales del estado ascendian á fines de aquel siglo ó principios del siguiente á siete mil setecientos nueve millones quinientos ochenta mil ochocientos ochenta, es decir, poco menos que el doble de las rentas del año de 1577.

Las rentas del Estado fueron decayendo en tales términos que en el reinado de Carlos II solo entraron líquidos en las arcas reales treinta millones quinientos veinte y siete mil ciento cincuenta y nueve reales, que no es ni aun la octava parte de los productos del principio de aquel siglo.

Algunas de las rentas del Estado estaban arrendadas. Las del Almojarifazgo de Sevilla y el de Indias, por la ciudad de Sevilla. La de los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, por los Fúcares (Fugger), casa alemana de comercio muy cica de aquel tiempo que hacia adelantos y sacaba de apuros muchas veces á los reyes (1).

No entraremos en los pormenores de la inversion de todas estas rentas. Los gastos del Estado eran entonces mucho menores que en el dia. Como las alcabalas estaban por la mayor parte encabezadas, y otras rentas pasaban por manos de arrendadores, no necesitaba la Corona pagar mucha gente para recaudarlas. Los ejércitos no eran permanentes, es decir, por instituto, aunque por las continuas guerras que sostuvieron durante este reinado hubo constantemente sobre las armas un número de tropas muy considerable. Cada hombre costaba mas que en el dia, es decir, teniendo presente la diferencia del valor de la moneda; mas se pagaban menos hombres, y sobre todo la contabilidad militar no necesitaba el enjambre de empleados que á este objeto se dedican en el dia. Lo mismo sucedia con la marina, de que nos ocuparemos á su debido tiempo, y lo mismo del número de los empleados de otros ramos. Para saber á punto fijo lo que se podia hacer con los ciento treinta y un millones de reales á que ascendian las rentas en 1577, y los doscientos y veinte y seis que importaban á fines de aquel siglo, se necesitaria saber la justa razon del valor de la moneda de aquel tiempo al del presente, y sobre todo si se observa la misma razon entre el precio de todos los artículos. De todo esto nos quedan noticias poco exactas. Sandoval, contrayéndose al primer tercio de siglo XVI, dice que en Valladolid ascendia á diez maravedís el precio de la libra de carne. De los archivos de la antigua villa del Escorial, consta que por los años de 1589 valia la libra de tocino á diez y nueve maravedises, término medio; la de vaca, catorce; las dos libras y media de pan, nueve; una libra de pescado fresco, treinta; una panilla de aceite, seis; un novillo gordo, 600; un buey, quince ducados; etc. Segun el padre Sigüenza, que en su Historia de la órden de san Gerónimo da sobre la construccion de la obra del Escorial pormenores tan interesantes, á cada cuarenta oficiales se distribuian mensualmente doscientos ducados, de lo que se infiere que el jornal era sobre poco mas ó menos de dos reales, contando solo los dias de trabajo.

Los precios variarian sin duda segun las provincias y la escasez y abundancia de los años; mas teniendo presentes todos estos datos se puede calcular que el precio de los géneros ó artículos de primera necesidad era en aquellos tiempos la tercera parte que en los nuestros, es decir, triple el valor de la moneda. Tal vez no se puede hacer el mismo cómputo en los géneros de lujo por las razones que expondremos luego. Contrayéndonos por ahora á los gastos del Estado, se debe suponer, que con los quinientos millones de reales, término medio de renta, contando siempre con el valor triple del

(1) El nombre de la calle del Fúcar en Madrid es un testimonio de la importancia de esta casa de comercio. Cuando en la cueva de Montesinos se presentó á don Quijote una doncella de Dulcinea á pedirle de parte de su ama le prestase seis reales sobre un faldellin de cotonía; respondió el enamorado caballero: Decid, amiga, á vuestra señora que á mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un *Fúcar* para remediarlos.» (D. Quijote, part. 2.ª, cap. XXIII.)

dinero, y el mucho menor número de empleados, debia de haber lo bastante para cubrir los gastos del Estado. Sin embargo, habia escasez con frecuencia, y ocurrian apuros, sobre todo tratándose de pagas atrasadas que daban márgen á tan frecuentes sediciones.

Felipe II se empeñó en gastos enormes que le hubiese sido imposible sufragar sin la observancia del órden mas exacto, de la mas severa economía. Le costó grandes sumas la construccion de la armada que equipó en Lisboa; las empleó en sus guerras de Flandes, donde el sueldo de las tropas, por la mayor parte mercenarias, era muy crecido. Por espacio de treinta años estuvo enviando á Francia crecidas cantidades á los que apoyaban su parcialidad y servian su política; sin contar los gastos de las tropas que en diversas épocas militaron con las de la liga. Todos los personajes que empleaba afuera, todos los que mandaban sus ejércitos y los capitanes que mas se distinguian, recibian de él de cuando en cuando gratificaciones muy crecidas. Algunos le acusaron de avaricia: no fué en verdad muy pródigo, mas sin este rigor severo en la distribucion, no hubiese habido tesoros suficientes para tantas atenciones.

Felipe II fué sin duda el monarca mas rico de la Europa de su tiempo. Por el estado de las rentas en 1577, se ve que no recibia de las Indias mas que unos trescientos millones de maravedises, es decir, nueve escasos de reales, cantidad que no responde á la idea que se tuvo entonces, y se propagó despues de los rios de oro y plata que corrian á sus arcas de aquellas inmensas posesiones. Los Estados de Nápoles y Sicilia le producian el doble. Aun no estaban bien regularizados los tributos de ultramar ni tampoco la explotacion de las minas que con el tiempo rindieron tan pingües beneficios.

Sobre los gastos del suntuoso monumento del Escorial hay diversidad de pareceres y de autoridades. El padre Villacastin, que desde el principio al fin fué sobrestante de la obra, dice que se gastaron en todo el edificio tres millones quinientos mil ducados. Es probable que en este conjunto no entrase mas que el costo de la simple arquitectura, es decir, de las paredes. El ramo de adornos en pinturas, esculturas, entalladuras de maderas, sin contar con los vasos sagrados, ornamentos y demás útiles del culto debió de costar inmensas sumas. El rey recompensó con liberalidad á todos los artistas tanto extranjeros como nacionales empleados en aquellas obras; los Trezzos, los Cambiazos, los Peregrinis, los Monegros, los Zúcaros, los Carduchos y otros mas artistas. De esto hablaremos mas despacio cuando tratemos de las nobles artes.

A fuer de tantos gastos, y bajo el peso de tan porfiadas guerras, murió el rey pobre y con las rentas empeñadas. El saqueo de Cádiz fué un golpe terrible para su tesoro y los intereses del comercio. Heredó Felipe III sus apuros y estrecheces que eran grandes en aquella época. Mas en los asuntos de este nuevo reinado no tenemos que ocuparnos.

La idea sucinta que acabamos de presentar acerca de las rentas, recursos y gastos en aquella época suscita naturalmente una cuestion: ¿estaban las artes de la industria, la agricultura, el comercio y demás fuentes de riqueza pública mas adelantadas que en el dia? ¿Hemos progresado ó retrocedido desde entonces?

El espíritu nacional suele ser una guia mal segura cuando se trata de materias de hecho, que exigen solo imparcial indagacion, buena crítica y análisis exacta de los hechos. El amor propio abulta los objetos, y cuanto mas se dista de ellos, tanto mas crecen las ilusiones y se establecen sólidamente los errores. Estamos muy acostumbrados en España á juzgar de su riqueza, de sus recursos, del estado de su industria por la grandeza y el poder de los monorcas que entonces la mandaban. Grandes y poderosos fueron el emperador Carlos V y su hijo don Felipe II, pero España ni era mas rica, ni mas industriosa, ni mas manufacturera que en el dia; si hay desproporcion está completamente la ventaja por los tiempos que alcanzamos. Algun dia participamos nosotros de este error, mas los hechos son superiores á todas las ilusiones de amor propio. Ha contribuido mucho á destruir esta ilusion uno de los hombres mas conocidos, y hasta célebre por su españolismo; á saber, don Antonio Capmany, cuyo voto no puede ser sospechoso tratándose de una materia que como español tocaba tan al vivo á su amor propio. Entre los escritos debidos á la pluma de este insigne literato, merecen un lugar muy distinguido sus *Cuestiones críticas* sobre varios puntos de historia económica, política y militar, consagrándose una de ellas á la averiguacion de si *la industria, la agricultura y la poblacion de España de los siglos pasados ha llevado ventaja á las del tiempo presente.* Aconsejamos al lector que tenga alguna curiosidad de enterarse de una materia tan interesante, la lectura de este escrito que solo ocupa setenta y tres páginas en la edicion en cuarto que en 1807 se hizo de esta obra. Ignoramos si hay otra ú otras. En él verá pormenores muy curiosos de lo que era la poblacion,

la industria, la agricultura, el comercio activo y pasivo en España, durante los siglos XIV, XV, XVI y hasta muy entrado el XVII. Allí se convencerá por las mismas autoridades que en él cita de que no son mas que sueños é ilusiones cuanto nos ponderan de la riqueza, de las manufacturas, de la poblacion, de la agricultura en aquellos tiempos apartados; de que solo están en el papel los miles de telares de seda de Sevilla, de Toledo, de Valencia y otros puntos, los objetos preciosos que exportábamos, las magníficas férias á donde acudian todas las mercancías del mundo traficante. La pintura que hace nuestro autor de la situacion de España en dichas épocas, no es sin duda placentera; mas es un cuadro fiel apoyado en datos evidentes, en raciocinios que son irresistibles. Todo cuanto entonces elaborábamos se reducia á efectos de pura necesidad y de consumo para las clases ínfimas, y si se quiere de una decente medianía. En todos los objetos de lujo, tanto relativos á trajes como á muebles y demás comodidades de la vida, éramos tributarios de los extranjeros. De allí nos venian hasta pertrechos de guerra, hasta galeras, sin decir por esto que semejantes artículos no se fabricasen en España, mas no satisfacian todas las necesidades. Todo cuanto exportábamos se reducia á producciones brutas que allá se elaboraban para devolvérnoslas en un nuevo estado que aumentaba la riquza de los extranjeros. Hay relaciones fidedignas sobre el estado deplorable de nuestra agricultura, y una porcion de órdenes económicas y administrativas en que se hacian hasta reformas en los trajes, prohibiendo á clases determinadas usar cientos géneros de costosa importacion, demuestran lo persuadido que estaba el gobierno de la necesidad de curar males y atajar desórdenes. Y no se crea que empezó este atraso y esta decadencia con el descubrimiento y ocupacion del Nuevo Mundo, pues los males fueron anteriores á la época en que el oro y la plata traidos de Indias pudieron haber paralizado nuestra industria. Es probable, y hasta se puede sentar como un hecho positivo, que el estado de algunas provincias interiores del reino, el de Castilla por ejemplo, era algo mas próspero en aquellos tiempos anteriores; y que aunque con alguna exageracion, fueron de grande importancia las ferias de Medina del Campo, de Villalon y otros puntos, donde habia circulacion de caudales y gran movimiento de comercio. Todo en efecto en Castilla ofrece el aspecto de la decadencia y hasta decrepitud en muchos puntos; mas es un hecho demostrable que en todas las provincias litorales de España han crecido la poblacion, la industria, la agricultura y todas las demás artes que contribuyen al aumento de la riqueza pública; y que no hay comparacion entre su estado actual y el que tenian á últimos del siglo XVII. A las épocas en que estaban dichas provincias bajo la dominacion mahometana no nos referimos. No desconocemos los cuadros lisonjeros de la industria y riqueza que alcanzaron en tiempo de los árabes. Tal vez son algo inexactas estas descripciones, mas no importan para nuestro asunto, contrayéndonos solo á indicar que la España de Carlos V y de Felipe II, bajo el aspecto económico é industrial, valia menos que en el dia. Y no olvide el lector que á todo cuanto llevamos dicho nos ha servido de guia el citado escritor, que á sus conocimientos y á su tacto crítico, unia un españolismo de estos que se pueden llamar rancios: un hombre que en momentos de buen humor solia decir á sus amigos: «estoy vestido de paño español, cosido por manos españolas y »con agujas españolas, cortado con tijeras españolas, todo traba- »jado en una tienda donde no hay mas que muebles españoles.» La fuerza de la verdad pudo sin embargo mas en él que todos sus sentimientos é ilusiones de amor propio.

No estará de mas que demos una sucinta idea de la poblacion de España, segun el censo de 1591. Resulta, que el número de vecinos era un millon, seiscientos cuarenta y un mil seiscientos cincuenta y ocho, y el de almas ocho millones, doscientos seis mil setecientos noventa y uno. El clero secular, contando por cada casa tres personas, ascendia á doscientos sesenta y cinco mil seiscientos treinta y ocho; el de los monjes y frailes con sus dependientes, á sesenta y dos mil doscientos cuarenta y nueve, y el de monjas á treinta y dos mil y quinientas: total de individuos pertenecientes al clero, trescientos sesenta mil trescientos ochenta y siete.

Por el censo presentado por los obispos en varias épocas, resulta que en trescientos sesenta y siete diversos distritos eclesiásticos existian catorce mil novecientas sesenta y cuatro pilas, siendo en su totalidad el número de vecinos un millon, doscientos noventa y seis mil doscientos cincuenta y siete.

Consta asimismo de estados presentados por los obispos que el número de los moriscos de 1581 á 1589, no contando los del reino de Granada, ascendia á doscientos treinta y un mil trescientos sesenta y siete. De otro censo hecho en 1594, consta, que el número de pecheros ascendia á un millon trescientos cincuenta y ocho mil

trescientos diez y siete, y el de hidalgos á ciento ocho mil trescientos cincuenta y ocho.

Se contaba entonces por provincias como ahora. A excepcion de Galicia, Asturias, las Vascongadas y la corona de Aragon, las otras componian el mismo número casi con los mismos nombres que en el dia. Eran provincias, Burgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen, Zamora, Toro, Avila, Soria, Salamanca, Segovia, Cuenca, Guadalajara, Madrid, Valladolid, Toledo. Como se ve hay entre estas una que no existe ya en el dia, á saber: la de Toro. Tampoco están inclusas en esta lista las de nueva formacion, como Cádiz, Málaga, Almería, Huelva y otras.

En los demás ramos de la administracion veremos la misma semejanza con lo que existia antes del gran acontecimiento ya citado. Tambien observaremos menos complicacion, mas sencillez en las formas, y un número mucho menos considerable de empleados. Entonces se escribia mucho menos que en el dia. No se habia inventado el arte de complicar los negocios, de introducir en la máquina administrativa ruedas inútiles y que muchas veces embarazan el movimiento de otras que no lo son todo al parecer, con el solo objeto de aumentar el número de los empleados, y por consiguiente el de las cargas públicas. A la cabeza de los principales ramos de la administracion existian los mismos cuerpos colegiados con el nombre de Consejos, que ora despachaban negocios de puro régimen y administracion, ora funcionaban como supremos tribunales de justicia. Ocupaban entre ellos un lugar preferente el denominado Consejo Real ó de Castilla, cuya institucion remonta hasta el siglo XIII, asimismo con su seccion llamada Cámara de Castilla, ya instituida por los reyes Católicos con las mismas atribuciones de que estaba revestida en tiempos mas modernos. Habia Consejo de Hacienda para la administracion de este ramo; Consejo de Aragon, Consejo de Italia encargados de los negocios de ambos reinos. Tambien habia Consejo para los de Flandes; mas el de Indias no habia recibido la organizacion que se le dió en tiempos posteriores. Para tratar los graves negocios de Estado y deliberar sobre ellos con el rey, habia tambien un Consejo de este nombre; el rey acostumbraba siempre á rodearse en estos lances de ciertas personas determinadas que habitualmente tenian plaza en el Consejo. Desde los principios del reinado de Felipe II se manifestaron en esta corporacion dos parcialidades, capitaneadas la una por el famoso duque de Alba, y la segunda por Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli. Propendia siempre la primera al rigor, á medidas prontas, ejecutivas y severas, en lugar de que la segunda trataba de obtener el mismo fin por medios mas suaves y si se quiere mas artificiosos. Se vió esto claramente cuando se discutió sobre la conveniencia de presentarse el rey ó no en los Paises-Bajos, y en el primer caso si iria solo ó con ejército. Prevaleció, como hemos visto, la opinion del duque de Alba, quien se opuso á la partida del rey, é insistió con teson en que se mandase allá un ejército el mas numeroso que posible fuese. Igual divergencia se observaba en otros negocios del mismo interés; y aunque venció á las veces la parcialidad del duque de Alba, no dejaba el rey de seguir muchas veces los consejos de Rui Gomez. Con la muerte de este personaje se fué rebajando poco á poco la indulgencia, y á la entrada del cardenal Granvela en el Consejo de Italia, todo volvió á tomar aquella forma dura y carácter expeditivo que se avenia mejor con el del monarca, y estaba mas en sus inclinaciones.

No se conocian entonces los altos funcionarios que tomaron con el tiempo y de data muy reciente el nombre de ministros. Muchos negocios se despachaban por los mismos Consejos, siendo el órgano oficial de sus determinaciones el secretario respectivo. Los que el rey resolvia por sí mismo pasaban por la mano de sus secretarios, que eran unos meros dependientes y auxiliares suyos. Se llamaban estos por la naturaleza de sus atribuciones secretarios de Estado, y por lo regular intervenian y eran el órgano de las voluntades del rey en los negocios extranjeros. A veces habia un secretario solo, á veces se dividia el trabajo entre dos ó tres, despachando uno los negocios de Italia, otro los de España, etc., segun el rey acordaba la distribucion ó repartimiento del trabajo. Fué secretario de Estado antes de Antonio Perez, su padre Gonzalo, literato distinguido y secretario único. A su muerte se dividió su secretaría en dos, dando una parte á su hijo Antonio Perez, y la otra á Gerónimo Zayas; mas con el tiempo fué aquel ganando terreno en el ánimo del rey, de modo, que cuando su caida, desempeñaba generalmente todos los negocios del Estado. Cuando el cardenal Granvela fué investido del cargo de presidente del Consejo de Italia quedó desempeñando todos los negocios extranjeros. Se le agregaron dos secretarios de Estado, llamado uno Juan de Idiaquez y el otro Cristóbal Moura ó Mora, dos personas no de gran ingenio y saber, mas laboriosos y

aplicados á los negocios, que permanecieron en sus cargos hasta la muerte del monarca.

El sistema judicial era tambien el mismo sobre poco mas ó menos. Estaba la justicia criminal de la corte encomendada á la sala de Alcaldes de este nombre, cuya jurisdiccion, además de Madrid, se extendia á los pueblos de los alrededores; es decir, al territorio que entonces como despues fué conocido con la denominacion de *Rastro*. La Chancillería de Valladolid con un juez mayor para entender en los negocios de Vizcaya estaba establecida desde muy antiguo: la de Granada lo habia sido por los Reyes Católicos despues de su conquista. Además de estos dos tribunales superiores habia las Audiencias, revestidas casi con las mismas atribuciones que en el dia. Los jueces inferiores se llamaban alcaldes ó corregidores ó meridinos, variando la distribucion, dignidad y atribuciones segun la heterogeneidad que se observaba en los varios elementos de la monarquía, donde cada pueblo se hallaba en una situacion particular por la diversidad de las cartas, de las concesiones, de los privilegios que los reyes en varias épocas les habian otorgado. Aunque el sistema feudal estaba poco menos que destruido, aparecian todavía sus vestigios en los privilegios que conservaban los señores de administrar justicia y gobernar á su modo los pueblos que de ellos directamente dependian. Lo mismo se puede decir de los ayuntamientos, de estas corporaciones populares, cuyos cargos eran en algunas partes electivos, en otras hereditarios, variando asimismo el número de los llamados á dar su voto cuando se trataba de estos nombramientos. En 1569 expidió Felipe II la órden de recopilar las leyes que regian entonces, cuyo trabajo se conoce con el título de Nueva Recopilacion en nuestros dias.

En cuanto á las universidades, prescindiendo de lo que en ellas se enseñaba, ya estaba organizado como ahora. Habia ya fuero de universidad y una proteccion marcada por la ley á los jóvenes que abrazaban la carrera del estudio. La de Alcalá conservaba el esplendor que le habia dado su fundador el famoso cardenal Cisneros. La de Salamanca no habia perdido la reputacion de ser el primer cuerpo sabio de la España. Ya estaban á la sazon fundadas las universidades de Sevilla, de Granada, de Toledo, de Osuna, de Valladolid, de Santiago, de Oviedo, y casi todas las que existen en el dia.

APÉNDICE III.

Estado militar.—Táctica.—Organizacion.—Fuerzas militares.—Capitanes famosos.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Ramo de fortificaciones.—Fuerzas navales.—Organizacion.—Conquistas.—Expediciones.—Descubrimientos de la otra parte de los mares.—Clasificacion de los buques de aquel tiempo.

Por lo que hemos dicho en el capítulo VI de esta obra, se ve que el siglo XVI no fué época de menos reformas y adelantos en la ciencia y arte de la guerra que en los demás ramos del saber humano. Formó el servicio militar una profesion aparte, en tal manera, que los que se dedicaban á la carrera de las armas, sobre todo en las clases subalternas, no se consagraban á otra ocupacion, ni sabian otro oficio. Salió la infantería de la especie de abyeccion á que se la tenia condenada en los siglos de la Edad media, hasta el punto de componer la parte principal de los ejércitos. Desde que se adoptó el arcabuz ó mosquete, como arma del combatiente á pié, se reconoció la ineficacia de todas las demás arrojadizas. Desapareció por lo mismo el uso del arco y la ballesta, quedando reducido á la pica y al arcabuz el armamento de la infantería. Comenzaron los arcabuces á ser de preferencia; mas por su mucho coste ó por su manejo entonces poco fácil, no formaron los arcabuceros mas que una parte insignificante de la infantería. En el puñado de guerreros con que emprendió Hernan Cortés la conquista de la Nueva-España, no llegaban á la décima parte los que iban armados de arcabuces. Conforme adelantaba el siglo iba aumentando el número de las armas

de fuego, mas todavía no formaban los arcabuceros cuerpo separado. Se les destinaba por lo regular al servicio de vanguardia: en línea ocupaban el centro y los costados de los escuadrones. Al llegar á la mitad de dicho siglo ya vemos cuerpos de arcabuceros bastante numerosos, donde entraban por cientos y hasta miles; mas á pesar de esta innovacion y de lo reconocidas que estaban las ventajas de esta arma arrojadiza, todavía era la pica la primera de la infantería. Indicaremos como prueba de la verdad de este hecho que en cuantas innovaciones y mejoras se trataron de hacer en la infantería por los que de tácticos ó escuadronistas se preciaban, se tomó por tipo la legion romana cuyas armas eran parecidas á las de nuestra infantería de entonces y cuya táctica seria inaplicable si esta fuese solo armada de mosquetes ó fusiles. Como piqueros se distinguieron nuestros españoles en la guerra de Italia donde se hizo tan célebre nuestra infantería. En la pica eran sobresalientes los suizos y los alemanes que se alistaban como mercenarios en todos los ejércitos de Europa. La misma formacion de los cuadros llenos que en el capítulo dejamos mencionada, seria inútil á no ser la pica el arma principal de las batallas. La táctica, pues, de aquellos tiempos, sobre todo de la infantería, debia de ser diversa de la nuestra por esta misma diferencia de las armas. El uso de las arrojadizas permite pelear de lejos: no puede suceder lo mismo con las que se llaman de mano donde los combatientes tienen que tocarse. En este caso pelean todos, soldados, oficiales, jefes y hasta los mismos que dirigen los ejércitos. La fuerza personal, la destreza en el manejo de las armas eran para todos de una necesidad indispensable. Empeñado ya un lance quedaba siempre la victoria por el mas fuerte ó el mas valiente. Debia de ser muy difícil maniobrar durante la refriega, no pudiendo suceder lo que en el dia que por el uso de las armas de fuego y combatirse lo mismo desde lejos, quedan las tropas mas desembarazadas y libres en sus movimientos. En tiempos modernos se dan batallas sin que los principales jefes materialmente peleen: no podia suceder lo mismo en el tiempo á que aludimos. Con armaduras tan fuertes como las de sus mismos hombres de armas, y con igual destreza manejaban la lanza y la espada; siéndoles su brazo poderoso de tanta utilidad en muchas ocasiones como al último de los soldados de su ejército. Tenian que ser por precision ágiles, fuertes y robustos, pues de lo contrario no podian presentarse sin grandes inconvenientes para ellos en un dia de batalla.

Así cuantas relaciones se nos han trasmitido de los primeros caudillos de aquel tiempo, cuantos testimonios nos quedan de ellos por retratos, estátuas, ó en cualquiera otro modo de representacion, nos hacen ver que lo gallardo y apuesto de sus personas correspondia perfectamente al brillo de su rango. Tales fueron los Gonzalos de Córdoba, los García Paredes, los Pescaras, los Leivas, los duques de Alba, los Colonnas, los Farnesios, los Guisas y cuantos personajes estaban revestidos con el cargo de caudillos. Si en el dia se necesita mas genio para dirigir máquinas tan complicadas que deben muchas veces la victoria á maniobras hábiles, era entonces de gran utilidad la fuerza de brazo tratándose de combates en que los hombres precisamente se chocaban.

En la segunda mitad del siglo XVI que corresponde al reinado que escribimos, no debió de decaer y sí al contrario recibir nuevas mejoras la ciencia militar por la simple razon de que fué tan fecunda en guerras como la primera. Felipe II no fué guerrero, mas su largo reinado de cuarenta y cuatro años presentó una serie no interrumpida de contiendas, sin que se pudiese decir de un solo dia que estaba en paz con todo el mundo. En los Paises-Bajos como en Francia, en Italia como en las costas de Africa, en los mares como en tierra lidiaron sus ejércitos. A perfeccionar, pues, la parte militar debieron de consagrarse una gran parte de sus atenciones. Sus ejércitos nunca fueron numerosos, y lo mismo se puede decir de los demás príncipes de Europa. En ninguna guerra, en ninguna época, en ninguna ocasion tuvo este rey á un tiempo sobre las armas un ejército de cien mil hombres. No pasó nunca de cincuenta mil el que operaba en los Paises-Bajos. A esta escasez de tropas se debe sin duda que esta guerra durase treinta años, sin mas resultados que los que hemos visto, y no se hiciese señor de Francia donde por su lentitud en operar vió perdido el fruto de tantos sacrificios. Se aumentaban ó disminuian las fuerzas segun las circunstancias. Reclutaban sus ejércitos con mercenarios de Suiza, Alemania y de Italia, con alistamientos voluntarios en España, y muchas veces con levas de infantería y caballería que se hacian en diversas provincias segun se consideraba necesario. A esta especie pertenecian la mayor parte de las tropas que guerreaben contra los moriscos de Granada, y las que entraron en Portugal para la conquista de aquel reino. Cuando no eran necesarios sus servicios volvian estas tropas á su hogar, así como se licenciaban los mercenarios extranjeros que

iban á ofrecer sus servicios á otra parte. Así despojadas estas tropas de todo carácter de nacionalidad y no considerando en las guerras mas que un ramo de industria, especulaban con su sangre y corrian á las banderas del que mejor se las pagaba; así eran tan frecuentes las sediciones por falta de sueldos, segun hemos hecho ver en las guerras de los Paises-Bajos. Las tropas costaban mucho, la industria se pagaba demasiado cara, lo que se echará de ver comparando las pagas de entonces con las actuales, teniendo en consideracion la diferencia del valor de la moneda. Esta observacion que hacemos con respecto á los ejércitos de España puede ser extensiva á todos los de Europa.

En confirmacion de esta verdad presentaremos el estado y presupuesto de lo que se calculaba costaria un tercio ó regimiento de los que el rey trataba de enviar á Paris y envió en efecto. Se debia componer de tres mil hombres, divididos en quince compañías, con su maestre de campo, sargento mayor, catorce capitanes, quince sargentos, ciento veinte cabos de escuadra, un capellan mayor, un cirujano mayor, un tambor mayor, treinta y seis tambores, y quince pífanos (dos tambores y un pífano por compañía). Entraban en este regimiento trescientos setenta y un mosqueteros, seiscientos arcabuceros y dos mil piqueros. Tenia de sueldo mensual el maestre de campo, ochenta escudos ó nuevecientos sesenta reales con corta diferencia: el sargento mayor, cuarenta (cuatrocientos ochenta reales); cada capitan, veinte y seis (trescientos doce); cada alférez, doce (ciento cuarenta y cuatro); cada sargento, cinco (sesenta); cada cabo de escuadra cuatro (cuarenta y ocho); el capellan mayor, veinte y cinco (trescientos); el cirujano mayor, quince (ciento ochenta); el tambor, doce (ciento cuarenta y cuatro); cada arcabucero y mosquetero, cuatro (cuarenta y ocho); cada piquero, tres (treinta y seis) etc. Se ve aquí que considerando el valor de la moneda mas que triple, si el sueldo de los jefes y oficiales llevaba poca ventaja á los actuales, no sucedia lo mismo con la tropa. Los cuarenta y ocho reales que se daban á un arcabucero, y los treinta y seis al piquero, que era el sueldo ínfimo, equivaldrian hoy á mas de ciento cincuenta para aquel, y ciento veinte para este, cantidad muy superior á la que reciben en el dia. Además de estas cantidades destinadas al sueldo, se asignaban otras muy considerables por via de gratificaciones.

Continuaba la infantería con la misma organizacion que en el referido capítulo dejamos indicado. Los que se llamaban tercios en España, en Italia y aun en Flandes, se designaban en Alemania y otras partes con el nombre de regimientos ó coronelías del nombre de coronel que daban á sus jefes. Habia mucha variacion en la fuerza de estos cuerpos, pues era de mil quinientos, de dos mil y hasta tres mil hombres; igual diferencia se notaba en el número de compañías ó banderas, pues cada compañía tenia la suya que llevaba el alférez. Habia además otra especie de bandera llamada *guion* que servia para todo el tercio. Con los jefes, oficiales, sargentos y cabos de que hemos ya hablado, llevaban á veces los tercios capellan, cirujano y ministros de justicia.

Los arcabuceros hacian el servicio de vanguardia, de descubridores y de flanqueadores. Los piqueros eran el cuerpo de batalla. Combatia la infantería en órden muy compacto, las marchas eran lentas y metódicas.

En la caballería se conservaba igualmente la division de línea y de ligera. Se daba á la primera el nombre de *hombres* ó *gentes de armas*: á la segunda, de caballería á la *gineta*, del nombre de una lanza corta con que iban armados los soldados. Desde entonces se ha ido adoptando el uso de dar el nombre de ginetes á todos los que andan á caballo. Con el tiempo hubo arcabuceros montados, y se fué introduciendo el uso de armar á los caballeros de pistola, cuyo cañon se fué agrandando hasta convertirlas en verdaderas carabinas.

Los cuerpos de caballería no se llamaban tercios en España. Verdaderamente no tenian nombre propio, aunque comunmente se los designaba con el nombre de *Coronelías* y con el de *Coroneles* á sus jefes. Se daba á las compañías sobre todo el nombre de cornetas por el de la bandera que llevaba cada una. Se designaba con el simple de corazas á los que llevaban esta arma defensiva. En los historiadores españoles de aquel tiempo se ve muchas veces el nombre de *herreruelos* sin duda por los capotes que usaban ciertas tropas armadas aun mas á la ligera que los de la gineta, y de orígen extranjero, que hacian el oficio de flanqueadores, y marchaban de vanguardia.

En cuanto á la Guardia real, no se conocian tropas con este nombre en el reinado á que aludimos. Se dió el de Guardia de Castilla á todos los cuerpos permanentes que se crearon en tiempo de los Reyes Católicos, y bajo la regencia del cardenal Cisneros. Rodea-

ban la persona de los antiguos reyes de Castilla en sus expediciones, ballesteros y maceros de á caballo. Fernando el Católico fué el primero que tuvo guardia de infantería, á la que dió por uniforme su librea. En los reinados sucesivos continuó este uso. Mas la fuerza de esta tropa fué siempre muy escasa. A veces se daba el nombre de *continuos* ó *continos* á los de esta clase que por su instituto estaban siempre sobre las armas todo el tiempo que duraba su servicio. Felipe II iba acompañado de muy pocos hombres armados y sobre todo en sus viajes al Escorial y á otros sitios de recreo.

La artillería comenzaba á adquitir gran desorrollo, y sobre todo un órden mas metódico. Iban ya desapareciendo las enormes piezas y quedaban los nombres de *bombardas* ó *lombardas*, á pesar de que todavía en aquel siglo y aun en el siguiente se conservaban en algunas plazas del reino cañones que calzaban balas de ochenta y de cien libras. Igualmente estaban ya en desuso la caprichosa variedad de las designadas con los nombres extraños de *falconetes*, *esmeriles, basiliscos*, *vivadoquines*, *etc.* Se habian reducido por ordenanzas el número de los diversos calibres de estas piezas, y su construccion mas uniforme, era al mismo tiempo mas económica por la reforma de adornos costosos de ninguna utilidad que se habian prodigado en estas armas, donde se desplegaba el lujo de los príncipes. Se hacian en este ramo adelantamientos y progresos que figuran con distincion en la historia de la artillería; se aplicaban á la direccion de los proyectiles y á su alcance las teorías de las ciencias matemáticas. Hubo autores que dedicaron con fruto á este ramo su saber y su experiencia. De estos como de los demás que escribieron sobre el arte de la guerra, haremos mencion particular cuando hablemos de la literatura de aquel siglo.

Ya hemos visto que la invencion de las bombas tuvo lugar en Flandes durante el mando de Farnesio, y que fueron usadas por primera vez en el sitio de Wachtendonck, debiéndose al terror producido por esta novedad la rendicion pronta de la plaza. Sin embargo, el uso de las bombas no se hizo muy extensivo en todo lo que resta de aquel siglo. En pocos sitios célebres que ocurrieron despues, las vemos mencionadas. Las piezas llamadas *obuses* no se usaban todavía.

A pesar del gran desarrollo de la artillería en aquel tiempo, no adquirió la eficacia y carácter formidable que ha desplegado en tiempos mas modernos. Era sin duda mucho menor el número de

piezas destinadas á los sitios de plaza, y muchísimo inferior el que se empleaba en los campos de batalla. Confirma esta verdad además de las relaciones que han quedado escritas, el gran tiempo que costaba entonces la toma de una plaza. Estarian tal vez defendidas por tropas mas bizarras, cuyo valor suple muchas veces la falta de fortificaciones y defensas, mas tambien debemos suponer que fuese el mismo el arrojo de los sitiadores. Estuvo mas de cuatro meses Alejandro Farnesio delante de los muros de Mestrich: tardó muchísimo tiempo en rendirse la plaza de Gante, como ya hemos visto; cerca de año y medio se resistió Amberes. Tambien fué difícil la toma de la Esclusa. Mas de seis meses se defendió la de Ruan, sin hablar de la de Paris, que se puede mirar como una excepcion, por el inmenso número de sus defensores. En todos estos sitios se empleó cuanta artillería tenian los generales á su disposicion, y hasta la mina, invencion del español Pedro Navarro, que se iba desarrollando y perfeccionando como todos los demás ramos del arte de la guerra.

Y no hay que perder de vista que la mayor parte de estas plazas conservaban las fortificaciones antiguas construidas cuando no se empleaba como el arma mas eficaz de sitio la artillería, en cuya comparacion las máquinas antiguas de batir son tan poca cosa. El arte de la fortificacion hacia sus progresos naturales, mas era imposible alterar tan de repente la construccion de todas las murallas, hasta el punto de poner su solidez y elevacion en consonancia con los nuevos proyectiles. Se conservaban los altos muros, los antiguos torreones, cuya misma elevacion servia de blanco fácil á los tiros de la artillería. La estrechez de los fosos hacia las plazas mas accesibles al asalto. Se adelantaba mientras tanto en el sistema de las fortificaciones. La primera que se construyó en el gusto moderno fué la ciudadela de Amberes, mandada por el duque de Alba, cuyos trabajos fueron dirigidos por el ingeniero italiano Pacioto, que pasaba por el primero de su tiempo. Pocos progresos se hicieron tanto en este ramo como en la artillería, de que no hubiese algun modelo ó tipo en el sistema de la guerra de aquel tiempo. El famoso puente construido por Farnesio para interceptar la comunicacion de Amberes por el rio, es un monumento grande con que se honraria nuestra época. Los brulotes que contra este puente lanzaron los sitiados, hacen sin duda mucho honor al genio de sus inventores.

El ramo de fortificaciones y el de la artillería no constituian entonces dos cuerpos distintos como ahora. Dudamos si esta separacion ha sido acertada, contentándonos con indicar que para construir las fortificaciones se necesita conocer bien la eficacia del arma con acierto si no conoce la resistencia de que son capaces las fortificaciones contra las cuales se dispara. La ciencia del ingeniero y artillero tienen una conexion tan íntima, que no es posible dividirlas.

El siglo XVI fué uno de los mas guerreros y marciales de los de lo edad moderna. Tambien lo fué el siguiente, mas no tan distinguido como el anterior, por un estado de guerra continuada; pues apenas se conoce un año solo de paz general entre todos los príncipes de Europa. Son muchos los que adquirieron el nombre de ilustres capitanes; muchísimos los que en escala inferior lucieron su capacidad y valentía, observacion que se puede hacer en la segunda mitad del siglo como en la primera. Nosotros contamos en nuestros anales militares con los nombres del duque de Alba, de D. Juan de Austria, el duque de Parma, el conde de Fuentes. Como jefes, como capitanes subalternos lucen singularmente los nombres de Sancho de Avila, de Cristóbal de Mondragon, de Francisco Verdugo, de Francisco Valdés, de Alonso de Vargas, de Lopez Figueroa, de Francisco Bobadilla, de Juan Manrique, de Agustin Iñiguez, de Sancho de Leyva y otros de menos nombradía. Si el rey no era guerrero, á guerreros ilustres mandaba, y de su capacidad y bravura se servia.

La guerra era una profesion muy lucrativa en aquel tiempo. Las pagas eran mas altas; y los emolumentos de una campaña mucho mas crecidos. Era un gran ramo de ganancias el rescate de los prisioneros que se hacian en la guerra. Las plazas que por efecto de ser tomadas por asalto no eran entradas á saqueo, pagaban fuertes contribuciones á los sitiadores. Existia entonces un derecho en los artilleros de hacerse dueños de la artillería y hasta de las campanas de toda la plaza, en cuyo sitio se habia empleado su arma. Pocos dejaban de enriquecerse con la guerra. Los generales desplegaban un lujo y magnificencia que son muy raros en el dia. El duque de Parma vivia con el fausto y esplendor verdaderamente de un monarca. Mas de doscientos gentiles-hombres ó caballeros rodeaban su persona y componian su casa militar, viviendo á expensas de este príncipe. Lo mismo sucedia en Francia, Alemania y otras partes.

En España no habia entonces lo que se llama ministro de la Guerra; todos los asuntos tanto militares como civiles en que entendia directamente el rey, eran despachados por su secretario de Estado que intervenia al mismo tiempo en muchos ramos. Entonces se escribia mucho menos que ahora, y en los ejércitos poquísimo. En el ramo de sueldos y de víveres intervenian contadores, veedores y pagadores conocidos con el nombre de oficiales de sueldo. La contabilidad de este ramo era mucho menos complicada que en el dia.

Tampoco se conocian entonces los inspectores de diversas armas. Pero al frente de la artillería habia un director en España, otro en Italia, y el tercero en Flandes que entendia exclusivamente en este ramo. En las provincias marítimas habia por lo regular jefes militares, conocidos con los nombres de capitanes generales. El de *adelantado* para significar mandos de igual clase, iban estando en desuso, reservado solo para los de Indias. El título de condestable de Castilla, era un mero honor por lo regular hereditario. Los que mandaban ejércitos fuera de España, recibian patentes de capitanes generales. Bajo sus inmediatas órdenes y como sus segundos se conocian los maestres generales de campo, que eran en cierto modo los jefes de estado mayor de los ejércitos. Tambien se conocian los cuarteles-maestres que entendian en las marchas, en los alojamientos y en los campamentos. En las primeras guerras de Flandes se creó un comisario general de caballería que era una especie de inspector del arma. Con los ejércitos marchaban los contadores, veedores, pagadores que eran por la mayor parte contratistas y asentistas. Tambien habia un preboste con varios oficiales de justicia.

El servicio de la policía de los caminos estaba á cargo de la santa hermandad, compuesta entonces de infantería y de caballería, aunque esta última era mas numerosa. Cuando habia necesidad, se hacian, como hemos dicho, nuevas levas, y como los hombres estaban tan familiarizados con las armas, no era difícil poner tropas en campaña. Los soldados de los pueblos iban mandados por los vecinos mas ricos ó de mas influencia: muchas veces se ponian á su cabeza los alcaldes ú otros individuos del ayuntamiento. La carrera de las armas no estaba tan separada como ahora de las demás profesiones civiles; á veces se encargaban comisiones militares á personas que no habian militado nunca.

Cuando el Perú ardia en guerras promovidas por sus conquista-

dores, envió el emperador para sosegar los alborotos y sujetar á los rebeldes á Pedro Gasca, magistrado civil y hombre ya muy entrado en años, y que además tenia el carácter de eclesiástico. De estos casos se vieron muchos en aquellos tiempos.

Las fuerzas de mar no estaban á la altura de los ejércitos de tierra; queremos decir que se hallaban mucho mas distantes del desarrollo que han recibido en nuestros tiempos, ora se atienda al número de los buques, ora á su porte, ora á sus maniobras y modo de combate. Lo que se llama táctica naval era aun muy imperfecta. Así como las tropas de tierra se tocaban mas veces por la naturaleza de las armas, se juntaban igualmente en los combates de mar buques, trabándose con garfios de hierro para venir á batirse con arcabuces y pistolas, ó mas frecuentemente al arma blanca. Prueba este hecho que los navíos de guerra no iban entonces tan pertrechados de cañones. No habia entonces marinas reales ó del Estado, es decir, ejércitos permanentes de mar dispuestos á hacer su servicio en todo tiempo. Se construian precipitadamente los buques cuando se trataba de una guerra, y en muchos casos se alquilaban al comercio. De este expediente se valió en gran parte la reina de Inglaterra para hacer frente á la Invencible; y el mismo puso en práctica cuando la famosa expedicion sobre Cádiz, á los últimos del reinado de Felipe. Eran demasiado costosos aquellos establecimientos marítimos, para que por mucho tiempo pudiesen sufragar sus gastos. Las principales potencias marítimas de la primera mitad de aquel siglo fueron sin duda Venecia, Génova, los caballeros de San Juan, España y el Gran Señor, con quien se estaba perpetuamente en guerra. Tambien debian distinguirse en la navegacion las potencias berberiscas, aunque no fuese mas que por las inmensas ventajas que les resultaban de la piratería. Que España y Portugal debieron de hacer grandes progresos en la navegacion, se deduce del simple hecho de tener inmensas posesiones allende de los mares. Inglaterra comenzaba á adquirir preponderancia suma como potencia marítima, y la reina Isabel no se aplicaba con menos cuidado á los negocios de mar que á los de tierra. En el último tercio de aquel siglo comenzó á florecer la Holanda, como potencia marítima, y echaba los cimientos de la gran prosperidad y riqueza como pueblo comerciante. Con sus naves auxiliaron al rey de Francia é impidieron que las tropas del príncipe de Parma se uniesen con las que llevaba á su bordo la Invencible. Es singular que Felipe II hallándose en tan cruda guerra con las provincias unidas, no hubiese tratado nunca de proporcionarse en las costas de Flandes una marina construida bajo el mismo sistema que la suya, y que cuando se trató de la invasion en Inglaterra no hubiese ocurrido á su consejo que la falta de navíos propios para navegar en dichas costas y tomar abrigo en cualquiera puerto tendria que producir fatales consecuencias. Lo cierto es que mientras que sus ejércitos de tierra hacian inútiles esfuerzos para la conquista del pais, les dejó formarse poco á poco una marina que llegó á ser tan formidable. Estaba muy próximo el dia que los holandeses buscasen teatros mas grandes en que lucir su habilidad, y poder acrecentar al mismo tiempo su riqueza. Muy pronto pasaron el Cabo de Buena Esperanza, para arrancar á los portugueses muchas de sus ricas posesiones.

El siglo XVI fué todo de adelantos, mejoras y progresos. Se le puede designar sobre todo como la época de los descubrimientos. Con el del nuevo mundo, recibieron grandes estímulos el espíritu de industria y el deseo natural de entrar á la parte de tantos tesoros como entonces ofrecia. Sucedian empresas á empresas, reducidas todas á hacer descubrimientos y conquistas. Todo esto explica la prodigiosa rapidez con que en menos de cincuenta años quedó sujeto á la corona de Castilla el inmenso hemisferio que desde los cuarenta grados de latitud meridional se extiende hasta el paralelo de la misma clase en el hemisferio opuesto. Nosotros no hemos entrado en la historia de estos magníficos descubrimientos, pues además de ocupar demasiado espacio no corresponden al reinado de Felipe II, habiendo sido hechos casi todos en el de sus antepasados. El grande imperio que los portugueses habian fundado en el golfo Pérsico, y varias regiones de la India llegó á ser suyo con la ocupacion de Portugal, pudiendo contarse desde entonces por el señor de todos los inmensos paises descubiertos y conquistados en América y Asia desde últimos del siglo XV. Por los años de 1550 se extendieron los españoles por el lado de Chile, y casi por el mismo tiempo tuvieron lugar sus famosas contiendas con los araucanos, pueblo belicoso, y el que de todos los de América hizo mas obstinada resistencia á la dominacion de Europa. En tres ocasiones diferentes se renovó esta guerra inmortalizada por Ercilla, y solo terminó cuando fueron pereciendo poco á poco unos en batalla y otros por traicion todos los caudillos de aquella nacion independiente. Por los años de 1572 se hizo el descubrimiento y la conquista del nue-

vo Méjico al norte de la Nueva España y de la California. Por los mismos tiempos comenzaron á poblarse y hacerse establecimientos permanentes en las islas Filipinas ya descubiertas por Fernando Magallanes, á su vuelta por el mar Pacífico y que terminó sus dias en uno de sus puertos. Tambien se hizo entonces el descubrimiento de las Islas Marianas ó Ladrones, y de las Molucas. Sebastian del Cano que mandaba uno de los navíos de Magallanes llamado la Victoria, fué el primero que dió vuelta al mundo. Esta gloria tuvieron en seguida los ingleses Drake y Raleigh, pues este viaje pasaba, como era natural, por una hazaña extraordinaria. Sebastian Cabot, de esta última nacion, hizo tambien descubrimientos en las costas de la América septentrional al norte del seno Mejicano. En aquel siglo comenzaron los ingleses á establecerse en aquel pais conocido hoy con el nombre de los Estados-Unidos. Se cruzaban expediciones por aquellos mares desconocidos hasta entonces: no podia ofrecerse ocasion mas favorable para el desarrollo de la capacidad de atrevidos navegantes. Españoles, portugueses, franceses, ingleses y holandeses, á todos devoraba el espíritu de la codicia y la ambicion de hacerse un nombre en tan difíciles empresas. España no se descuidaba por su parte en enviar expediciones en busca de descubrimientos. En su tiempo se distinguieron Mendaña, Mendoza y Quirós, que descubrieron las islas de la Sociedad, las de los Amigos, las de Sandwick, y Nueva Zelanda, todas en el mar Pacífico. Ya se hacian entonces esfuerzos para dar un paso por el Norte de América entre este y el Atlántico. Se echan de ver los progresos que tenia que hacer precisamente el arte de la navegacion, y los tesoros que la historia natural adquiria con tantos descubrimientos de tierras tan poco parecidas por sus producciones de todo género á las nuestras.

España como potencia marítima no desmerecia de lo que era en tierra. Tocaba al señor de la península española, de Cerdeña, de Sicilia y Nápoles, de las inmensas posesiones de Ultramar, mostrarse grande en este ramo como en cuantos daban testimonio de su poderío. Sin duda era la potencia de Europa que poseia y pagaba mas marina. En la construccion y preparativos que se hicieron en Lisboa para echar al agua la Invencible armada, tal vez se tuvo por principal objeto desplegar una magnificencia hasta entonces nunca vista, creyendo que bastaria solo ella para inspirar terror á los enemigos de la España. La experiencia hizo ver que es la utilidad lo primero á que se debe atender en todos estos armamentos. No hay duda de que se construyeron entonces unos buques de un porte desmesurado con proporcion á lo que estaba en uso, pero hoy dia harian los mayores muy triste papel colocados junto á los navíos de alto bordo que figuran en primer término entre las escuadras de estos tiempos.

A pesar de hallarse Felipe II muy frecuentemente en guerras marítimas, no tenia escuadra ni marina fija. Se desarmaban la mayor parte de los buques y se licenciaba la gente de servicio inmediatamente que lo permitian las circunstancias de la paz por no ser ya tan necesarios. Tambien alquilaba el rey buques al comercio. Por lo regular era Génova la que acudia con sus galeras en los grandes armamentos. Tambien de Malta recibia el rey en este ramo auxilios poderosos. Siendo tan frecuentes las guerras debió de tener Felipe II marineros muy experimentados de valor probado, de gran pericia en este ramo de servicio público. Se distinguió entre todos el marqués de Santa Cruz, á quien se le confiaron siempre las expediciones de mas bulto. A su lado figuraban, aunque en inferior escala, los Recaldes, los Oquendos, los Mejías, los Velascos. De las provincias Vascongadas salian marinos de gran mérito. Una prueba de lo adelantada que estaba la nacion en este ramo es, que así como las provincias enviaban al rey tercios ya organizados para acudir al ejército real, asimismo presentaban galeras armadas y pertrechadas.

En España no habia ministro de marina. Las órdenes para este servicio se extendian por los mismos secretarios que entendian en todos, ora civiles, ora militares. Habia títulos de capitanes generales de galeras para guarnecer los buques, de soldados que tomaban indistintamente de los ejércitos de tierra. Se pasaba con menos inconvenientes que en el dia de un servicio á otro aun para los mismos jefes, por lo sencillo de la táctica naval que no necesitaba mucho tiempo de enseñanza.

Tampoco se conocian en servicio militar marítimo lo que se llama uniforme, ni tampoco las divisas militares.

Acerca de los nombres diversos que se daban á los buques, y las diferencias que los dividian en distintas clases, no nos quedan hoy datos muy seguros. Se leen en los historiadores de aquel tiempo los nombres de galeras, galeones, galeazas, galeotas, urcas, fragatas, bergantines, pataches, sin darnos sobre esta diversidad

aclaracion de ningun género. Haremos, sin embargo, para la mejor inteligencia el texto una ligera descripcion ateniéndonos á lo que dice el Diccionario marítimo-español, impreso en Madrid en 1831.

Los buques de mas porte eran los galeones que se manejaban solamente con velas. Se les dió este nombre por la semejanza que tenian con las galeras de que hablaremos luego. Los habia de guerra y de carga, dedicándose por la mayor parte á este último uso. Así con el nombre de galeones se conocian las embarcaciones que traian el oro y la plata de las Indias.

El nombre de *galera* es casi genérico de todas las embarcaciones que se usaban en la Edad media. Se les daba este nombre por una especie de morrion ó yelmo llamado en latin *galea*, con que sus proas se adornaban. Eran embarcaciones de vela y de remo. Las usaban los antiguos, y las distinguian con los nombres de *biremes*, *triremes*, *quatriremes*, etc., sobre cuya verdadera significacion no están los críticos de acuerdo. Algunos entienden por estas denominaciones que los remeros estaban colocados en diversos órdenes; es decir, unos mas altos y otros mas bajos, lo que en las *quatriremes* ó *quinqueremes* supondria cinco pisos, verdadera monstruosidad en una embarcacion, y que exigiria una largura inmensa en los remos de los que estaban en alto. Otros entienden que estas denominaciones se aplican al número de los remeros que manejaba cada buque segun su porte. De todos modos, las que se usaban en la Edad media y en el siglo á que aludimos no tenian mas que un piso ó una cubierta, y aunque llevaban tres palos con vela latina, se manejaban ordinariamente al remo. Por lo comun tenian treinta por banda, y cada uno se hallaba manejado por uno ó dos hombres segun el porte de la embarcacion, cuyo servicio estaba desempeñado por *forzados* ú hombres condenados á este castigo por los tribunales. Regularmente llevaban las galeras dos cañones en la popa y otros tantos en la proa. Las galeras eran de diversas dimensiones: las de mas porte no pasaban de doscientas toneladas.

La galeota venia á ser una galera de menores dimensiones que la ordinaria, por lo regular llevaba veinte remos por banda, cada uno por un hombre solo.

De mayor porte que las galeras eran las galeazas, embarcacion tambien de vela y remo, movida principalmente por los últimos. Las habia hasta de veinte cañones. Segun Capmany era embarcacion introducida por los venecianos.

La fragata era un buque de cruz de tres palos; mas no hay que confundir las que llevaban este nombre en lo antiguo con las que se usan en el dia. Las primeras eran algo inferiores á las galeras, así como las de hoy lo son á los navíos. Las fragatas no llevaban remos y se las armaba de artillería como los navíos.

Tambien se conocian los bergantines de porte inferior á las fragatas. Igualmente otras embarcaciones inferiores con el nombre de *pataches*.

Las urcas eran embarcaciones grandes destinadas propiamente á carga, como las que hace poco se usaban tambien con este mismo objeto. En la armada destinada á la expedicion de Inglaterra, tambien se encuentran urcas.

Las caravelas, que hacen tanto papel en la historia por ser el género de embarcaciones en que emprendió Colon su viaje al Nuevo Mundo, se usaban ya poco en el reinado que escribimos. Eran buques de porte inferior á las galeras, de tres palos, con vela latina y sin remos. Se les armaba de mas ó menos piezas de artillería segun las ocurrencias. Las habia de comercio. Probablemente pertenecian al primer género las tres que destinaron á la expedicion del Nuevo Mundo. Así, prescindiendo de la galera y sus derivados que ya no se conocen en la navegacion moderna, subsisten todavía los nombres de las que el siglo XVI usaba. La diferencia está en sus portes, en las tripulaciones, en el número de cañones sin contar las diferencias producidas por los grandes adelantamientos que por precision se han hecho en este ramo. El poco tiempo en que se ponia en pié una escuadra supone lo imperfecto y poco acabado de las construcciones.

APENDICE IV.

Asuntos religiosos.—Lutero y Calvino.—Diversas circunstancias en que aparecieron sus doctrinas.—Diversos resultados.—Paz religiosa en Alemania.—Guerra encarnizada en Francia.—Intolerancia.—Persecuciones.—Sangre derramada por la pugna de creencias.—Austeridad de costumbres real ó afectada de los innovadores.—Unidad de creencia y culto en España.—Inquisicion.—Su excesiva vigilancia.—Sus rigores.—Reseña de las víctimas que hizo desde su establecimiento en 1480 hasta el fin del siglo XVI.

En la primera mitad del siglo XVI fué Lutero el apóstol principal de lo que entonces se denominó reforma evangélica por sus sectarios; en la segunda mitad prevaleció el nombre de Calvino. Se puede asignar como causa principal la diferente época en que ambos comenzaron á hacer ruido; pues el primero nació veinte y seis años antes que el segundo. Sin embargo, no es esta la sola, pues se deben tomar en cuenta las diversas circunstancias que acompañaron la difusion de sus doctrinas. Nació el luteranismo, como quien dice, sobre el trono: fueron sus primeros sectarios y los mas influyentes, príncipes soberanos que acaso mas por política que por convicciones adoptaron unas doctrinas que acrecentaban sus riquezas y les daban mas importancia, como miembros del imperio. Produjo esta escision choques, hasta abiertas guerras; mas como los sectarios militaban bajo las banderas de sus príncipes, no sufrieron aquellas penalidades á que estaban sujetos los que se atrevian á pensar en materias religiosas de diverso modo que las potestades, bajo cuyas leyes ú órdenes servian. En la Alemania no



MELANCTHON, LUTERO, POMERANUS, CRUCICER REFORMISTAS DE ALEMAÑA



MELANCTHON, LUTERO, POMERANUS, CRUCIGER REFORMISTAS DE ALEMANIA

hubo lo que se llama propiamente mártires: la guerra de los *paisanos* fué mas política que religiosa; la tempestad suscitada por los anabaptistas fué espantosa, pero pasajera. Con el tratado de Passaw se puso fin á estas guerras medio políticas, medio religiosas. Duradte la segunda mitad del siglo XVI se vió Alemania libre de estas pugnas que la habian tanto atormentado en la primera. No era, en efecto, difícil que viviesen en paz dos religiones acogidas cada una bajo las banderas de sus príncipes. Los luteranos y católicos debian de tener muy poco roce, colocados así en Estados casi del todo independientes.

Con Calvino mediaron circunstancias del todo diferentes. Cuando comenzó á presentarse en el mundo, ya Zuinglo y sus discípulos propagaban las doctrinas que con el tiempo adquirieron el nombre general de calvinismo. Era el asiento principal de estas doctrinas una especie de república, pues tal comenzaba á ser Ginebra en aquel tiempo. Cuando llegó Calvino, adquirió la preponderancia, y hasta la supremacía con que se alzan muchas veces hasta sin querer las personas de genio tan privilegiado. No hubo desde entonces mas que Calvino y sus discípulos. Se le llamaba el papa de Ginebra, y llegó esta ciudad á ponerse en paralelo con la misma Roma. Comenzó á difundirse la doctrina de Calvino por las clases bajas merced al celo de los misioneros, que arrostraban para ello toda clase de peligros y fatigas. De las clases bajas penetró á las altas, llegando hasta ser adoptada por grandes personajes del pais, que acaso se afiliaron en las nuevas sectas por darse mas importancia popular, y tener mas medios de sostener contiendas con sus antagonistas. Mas habia gran distancia de estos señores franceses á los electores de Alemania. Desde que la corte se pronunció fiel sostenedora de las doctrinas de la Iglesia católica, debieron de ser tenidos tanto los grandes como los pequeños por rebeldes en política y en dogma. En un principio el número de los sectarios no apareció bastante crecido para inspirar inquietudes á la corte. Se les puso en juicio, se tradujeron ante los tribunales, y fueron castigados como se entendia entonces debian serlo los que pasaban por enemigos de Dios y de la Iglesia. En Paris y á presencia del voluptuoso Francisco I y de su corte, no fueron pocos los que expiaron en el suplicio del fuego el delito de ser luteranos ó calvinistas, aunque estos eran entonces aun muy poco numerosos. En el capítulo IX de esta historia hemos hecho mencion de la célebre *estrapada*, suplicio

particular, que fuera de Francia, no sabemos haya tenido lugar en parte alguna. Bajo su sucesor Enrique II, continuaron los mismos enjuiciamientos y suplicios, contándose entre las personas de alguna distincion que fueron víctimas, la del presidente del Parlamento, Dubourg, acontecimiento que hizo mucho ruido en dicha época. Mas estos castigos en lugar de sofocar la nueva doctrina produjeron el resultado de hacerla crecer, como ha sucedido siempre en casos semejantes. Es propio de toda religion propagarse y crecer en medio de persecuciones y castigos; fecundar en cierto modo su terreno con la sangre de sus mártires. Los castigos no bastaban. El calvinismo se iba haciendo poco á poco hombre, se sintió con bastante fuerza para luchar brazo á brazo con la antigua religion; y lo que en un principio no fué mas que ejercicio ó abusa de la autoridad, llegó á ser pugna y guerra abierta entre dos poderes rivales que se disputaban la preponderancia. Así fué guerra civil en Francia lo que en Alemania no pasó de ser una contienda ordinaria entre Estados diferentes. Así se nutrió mas animosidad, mas rivalidad, mas deseo mútuo de daño y hasta de exterminio, donde los hombres de las dos religiones mútuamente se rozaban, que donde tenian que vivir separados bajo las banderas de príncipes diversos. Si pasamos de Francia á Inglaterra veremos esta rivalidad y estas pugnas con igual fuerza pronunciadas. Enrique VIII, tan despótico en religion como en política, hizo una reforma á su modo que se conservó bien ó mal, mas que no degeneró en otra cosa durante su existencia. Por una parte negaba la obediencia al Papa y despojaba las iglesias, sobre todo á los conventos, de sus bienes: por la otra sostenia con teson los dogmas de la Iglesia católica. Aquí levantaba cadalsos y encendia hogueras á quienes no le reconocian por nuevo Papa de la Iglesia anglicana: allí se veian caminar al suplicio á los que sostenian los dogmas de Calvino y de Lutero. Mas esta situacion tan violenta no podia tener mas dura que la de la existencia del monarca que le imprimia su carácter. En el corto reinado de su sucesor se rompió por precision el equilibrio: siguieron al cisma otras reformas, y poco á poco se fueron introduciendo en el pais las nuevas sectas, que llegaron á ser en cierto modo las preponderantes. No se hizo esto sin pugnas, sin choques, sin castigos. A la subida al trono de la reina María, sucesora de Eduardo VI, no estaba la reforma tan arraigada que no se pudiese extirpar, sobre todo empleando la violencia. La reconciliacion del pais con la Iglesia católica, el perdon que otorgó el Papa á los ingleses, costó sangre. Se evalúa en mas de ochenta el número de las personas distinguidas que expiaron sus opiniones anti-católicas en el suplicio de la hoguera, contándose entre ellas el famoso Tomás Crammer, arzobispo de Cantorbery; Latimer, obispo de Woicester; Ridley de Londres, con otros mas prelados de igual mérito. Por lo que hemos dicho de Escocia en su lugar correspondiente, no necesitamos hacer mencion de acontecimientos de la misma clase, por ser iguales las circunstancias que los producian, hallándose empeñada la lucha entre individuos de una misma nacion que se excluian y no podian menos de excluirse.

Exclusivos eran en efecto y en alto grado los principios religiosos que profesaban los católicos y los adictos á las nuevas sectas. Entre los principios de obediencia ciega á la autoridad del Papa, á las decisiones de los concilios, á lo expuesto por los santos padres que profesaban los primeros, y el del libre exámen que alzaban por bandera los segundos, habia una distancia inmensa, una incompatibilidad que impedia su amalgama. Veneraban unos como padre de la Iglesia al que otros bautizaban con el nombre de ídolo papal: con desprecio y horror denunciaban estos como supersticion é idolatría lo que para aquellos eran prácticas y acciones de la fe mas pura. ¿Cómo podian tolerarse y vivir en paz naciones tas opuestas? ¿Cómo en aquel siglo, donde la religion se comprendia tan mal, dejarian de aborrecerse de muerte los que mútuamente se consideraban como enemigos de Dios y de los hombres? En el Panteon de Roma, y de esto le viene el nombre, eran admitidos todos los dioses de la tierra conocida. Ningun culto era exclusivo. Mas cuando se apareció una nueva religion que trataba á todas las otras de impiedad, por precision debieron de conservar las prevenciones y castigos. Y si á estos resortes puramente religiosos añadimos los de la política mundana, con ellos enlazados, no extrañaremos que las pugnas hayan sido tan feroces, las guerras tan encarnizadas, y que el puñal del asesino se haya considerado como un legítimo argumento por los que estaban animados de tan exclusiva intolerancia. Así corria la sangre en suplicios, en campos de batalla, en cuantos lugares parecian oportunos á los que estaban armados con el puñal del fanatismo.

No es fácil designar el número de las víctimas que hizo, en la época á que nos referimos, esta intolerancia y fanatismo religioso.

Corrió la sangre en Alemania, en los Paises-Bajos, en Francia, en Inglaterra, en Escocia. En diez mil se computa el número de los calvinistas que perecieron en Paris, cuando las matanzas de *San Bartolomé*, y casi en igual número los que sufrieron la misma suerte pocos dias despues en varias de las ciudades principales de Francia. Y no olvidemos que estas matanzas fueron objeto de elogios en las plumas de los historiadores que se preciaban de católicos; que merecieron la aprobacion de Felipe II y otros príncipes de su creencia; que produjeron fiestas magníficas en Roma, donde el papa Gregorio XIII hizo colocar en la capilla Sixtina un gran cuadro de las matanzas de *San Bartolomé* con todos sus horrores (1). Cuéntense las batallas, los sitios, los motines populares, los suplicios, y se tendrá una idea aproximada de lo caro que costó entonces á la humanidad que sus individuos pensasen sobre una misma cosa de diverso modo. Se propagó esta epidemia al siglo XVII. Estaban los hombres todavía muy lejos en aquella época de los tiempos en que se verian vivir pacíficos en un mismo pueblo, quizá bajo un mismo techo, hombres que adoran á un mismo Dios bajo un culto diferente. Aun sobre esta tolerancia religiosa, de que blasona la presente edad, hay mucho que decir, pero que no es del caso para nuestra historia. Si la tolerancia es la regla, va seguramente acompañada de muchas excepciones. Y aunque sea tal vez cansado el repetirlo, no dejaremos pasar la ocasion de decir que esta exclusion, que esta intolerancia entre los católicos y los partidarios de las nuevas sectas no era menos viva entre los sectarios mismos que militaban bajo banderas de diverso apóstol. Los luteranos no querian á los calvinistas: tachaban los calvinistas de sobrado supersticiosos á los luteranos. De unos y otros eran enemigos encarnizados los anabaptistas. Diez y ocho de estos últimos fueron condenados al suplicio á instigacion de los zuinglistas. Expió en una hoguera el español Serveto, el crímen de haber afligido con la impiedad de sus doctrinas la Iglesia de Calvino.

Fueron sin duda este último y Lutero los principales heresiarcas de aquel siglo, pero no los solos. No hablamos de Zuinglo, cuyas doctrinas se absorbieron en las de la Iglesia de Ginebra. No quedó la de los anabaptistas destruida con la toma y suplicios ejercidos en Munster sobre los sectarios, pues se esparció en Europa, sin que

(1) En una especie de tarjeton colocado encima de este cuadro, se leian estas palabras: «Pontifex Colignii necem probat.»

los discípulos se preparasen en parte alguna á las violencias que habian desplegado sus maestros. Por aquellos tiempos fundó Lelio Socin ó Socino la secta de los unitarios ó antitrinitarios, llamados socinianos del nombre del maestro. Otros dos heresiarcas llamados Gomar y Arminio, esparcieron sus doctrinas en los Paises-Bajos, donde fueron conocidos con los nombres de arminianos y gomaristas sus sectarios. Algunos mas heresiarcas hubo en aquel siglo, pero de mucha menos importancia y nombradía.

No dejaremos esta materia sin aplicarle la observacion de un hecho, á saber, que cuantos hombres se han erigido en reformadores en materias políticas, morales y religiosas, se han hecho notar por la pureza y hasta por la austeridad de sus costumbres. Si en ellos no fué siempre esto una virtud, manifestó bien su hipocresía que habian estudiado y conocian mucho el corazon del hombre. Nada en efecto impone tanto y arrastra á la muchedumbre aun la mas corrompida y depravada, que el aspecto de la virtud, sobre todo cuando bajo formas austeras se presenta. Por lo mismo que esto favorece tanto á los predicadores de reformas, los hace por lo regular blanco de persecucion por parte de aquellos cuyos vicios censuran, aunque sea por medios indirectos. En todos tiempos el que vive á la sombra del abuso se irrita contra los que le denuncian, y pugna obstinadamente por su perpetuidad invocando usos venerandos. Sin citar el ejemplo del autor del Evangelio, por ser esta materia de un órden superior y no sujeta á consideraciones puramente humanas, veremos objetos de adoracion por una parte, y por otra blanco de saña y de persecuciones á cuantos se han erigido en apóstoles y misioneros de reformas. Se preciaban en efecto de una moral mas pura, mas arreglada á las máximas del cristianismo los albigenses y valdenses, y aun existen algunas composiciones poéticas en que se manifiestan dichas pretensiones. Igualmente austeros y celosos por la pureza evangélica se mostraron Wicleff, Juan Hus, Jerónimo de Praga, y el famoso Jerónimo Savonarola, que con tanto fervor tronaba contra los vicios de Alejandro VI. Volviendo á los reformadores del siglo XVI, veremos en ellos las mismas tendencias á la austeridad de costumbres, ó igual designio de cubrirse con sus apariencias. A pesar de haberse casado Lutero con una religiosa, no pasó nunca por hombre vicioso en sus costumbres. De formas muy austeras supieron revestir las suyas Melanchthon, Zuinglo, Calvino, Teodoro Beza, Juan Knox y otros misioneros de los que

llamaban reforma religiosa y evangélica. Bien sabian estos entusiastas que con formas viciosas y predicando la disolucion, no se hacen prosélitos, ni se arrastran los ánimos de la muchedumbre. Bien sabian que para tronar útilmente contra los vicios y los desórdenes que se habian introducido entre los príncipes de la Iglesia, necesitaban predicar con el ejemplo. La miés era abundante y no se olvidaban de recogerla los que en esta corrupcion, en estos vicios y desórdenes apoyaban sus principales argumentos. No hay duda de que si se permitian algunas exageraciones, el fondo del cuadro era demasiado verdadero, mucho mas de lo que convenia á los intereses del catolicismo. Se puede decir que Alejandro VI, Julio II y Leon X, hicieron tantos herejes como los mismos heresiarcas. Estas costumbres fechaban de mas lejos, y fueron casi peculiares de los siglos que se llaman Edad media. Bocacio, que escribia á mediados del XIV, dejó en uno de sus cuentos (1) una censura harto viva de lo que sobre el particular pasaba en aquel tiempo. Refiere este pintor satírico de las costumbres que habia en Paris un judío á quien un amigo suyo habia tratado varias veces de convertir á la religion cristiana, sin que el otro se mostrase nunca convencido con ninguno de sus argumentos. Le llamaron los negocios del judío á hacer un viaje á Roma, y á su vuelta á Paris dijo á su amigo: «Estoy convencido de que tu religion es preferible á la mia, y resuelto desde este mismo instante á convertirme al cristianismo.» «Y ¿qué motivos te mueven á tomar esta resolucion tan súbita, respondió el otro?» «Acabo de llegar de Roma, replicó el judío, y es tanta la corrupcion de aquella corte, tales los excesos, los vicios y desórdenes en que están encenagados los príncipes y cardenales de la Iglesia, que estoy convencido de que no puede menos de ser divina y proceder del mismo cielo una religion que se sostiene á pesar de tan malos sacerdotes.»

No dejaremos de observar que mientras se presentaban en la arena del combate tantas diversas sectas religiosas, se desenrollaba, crecia y se elevada casi al rango de poder la Compañía de Jesús que contaba tan pocos años de existencia. Los vemos extenderse en los Estados de todos los príncipes católicos, pasar á los dominios de Ultramar, fundar en todas partes sus colegios, aumentar el número de sus prosélitos, propagar sus doctrinas con perseverancia, y hacerse un nombre que eclipsaba el de las otras órdenes religiosas de

(1) Es el segundo del Decameron.

mas fama. Todavía no se habian introducido en los consejos de los reyes, ni dirigian sus conciencias; mas echaban los cimientos de su dominacion que se hizo ya visible y manifiesta en el siglo XVII. Que comenzaban ya á ser objeto de desconfianza y de temor aparece de su expulsion de Francia donde se atribuyó el atentado de Chatel contra Enrique IV á sugestiones del P. Guinard que dirigia la conciencia del jóven asesino.—Se revocó algunos años despues el decreto de expulsion por el mismo Enrique IV, y los jesuitas volvieron con igual ó acaso superior grado de importancia. En la corte, es decir, en el palacio de los reyes de España no se habian presentado todavía. Ni en el consejo, ni entre los predicadores y confesores de Felipe II, aparece el nombre de ningun jesuita.

En España no se conocia, á lo menos no se pronunciaba en alta voz el nombre de Lutero, de Calvino y de los otros heresiarcas: habia unidad, á lo menos aparentemente, de creencias. La habia de culto público sin la mas pequeña mezcla de otro alguno. No se sabia lo que eran contiendas, abiertas pugnas, guerras religiosas. La pugna, la contienda, la guerra, estaba toda á favor del poder, y encomendada al brazo fuerte de la Inquisicion que esgrimia infatigable á diestra y á siniestra el alfange aterrador, contra el que no habia resistencia. No eran muchos los herejes que incurrian en su cólera, pues en aquella época, así como en las sucesivas, eran pocos los de esta clase que contaba España. Mas en recompensa se ensañaba en los judíos ó judaizantes, en los moriscos acusados de su adhesion al culto que se les habia obligado abandonar, y de estos era el número muy considerable. Tambien entraban en el dominio de la Inquisicion los brujos, los hechiceros, los indicados de tener pacto con el diablo, los acusados de magia, sortilegio ú otras artes, por medio de los que aspiraban los adeptos lo que al parecer no estaba muy conforme con las leyes ordinarias de la naturaleza.

De la Inquisicion diremos poco, pues casi todo ya está dicho y publicado. El que quiera enterarse bien de esta institucion tan singular y tan tremenda, recurra á la historia que de ella escribió don Juan Llorente, sin duda la mas rica en datos y documentos de cuantas se han publicado sobre el mismo asunto. Por ella se verá lo que hemos indicado en el capítulo I de esta obra, á saber: que sus primeras hogueras no se encendieron en España, habiendo ya mas de medio siglo que ejercian su furor en Francia y en Italia. No fueron, sin duda, los españoles los mas blandos en castigar á los herejes, á

los judíos, á los hechiceros, pues se trataba de vengar delitos contra el cielo. Tuvieron los Reyes católicos el triste privilegio de distinguirse entre todos los príncipes de la cristiandad, dando á la Inquisicion una forma estable, creando un tribunal exclusivo, sin mas atribuciones que la de entender en delitos de fe, y revestido de unas facultades tan omnímodas que lo constituyeron en la institucion mas formidable del Estado. Segun el mismo autor, entró la reina católica con repugnancia y no los adoptó al fin sino por complacer á su marido, cuya avaricia se excitó con el cebo de las confiscaciones. A los ojos de la humanidad fué esta medida una mancha de aquel reinado tan ilustre; mas en su tiempo se recibió con encomio y entusiasmo, y sin duda no contribuyó poco para dar á dichos soberanos el renombre de católicos.

El tribunal de la Inquisicion, por la índole misma de su cargo, por las grandes facultades de que estaba revestido, no podia menos de ser duro, tenaz, inflexible, sin misericordia en el desempeño de todas sus funciones. Estaba en cierta analogía con el carácter nada indulgente de Fernando, quien sacaba además tanto provecho de las cuantiosas confiscaciones que entraban en el número de los castigos. Carlos V en medio de las grandes ocupaciones que le daban su política y sus guerras, no desatendió nunca el Santo Oficio. Si en muchas ocasiones se cubrió con el manto de la tolerancia, acreditó en todas las acciones de su vida que miraba con odio y hasta con horror lo que se designaba con el título de reforma religiosa. Cometen grande error los que dan la máscara de hipocresía á un príncipe tan intolerante, tan fanático como su hijo, aunque sabia cubrir estas cualidades con formas menos duras. Desde su retiro de San Yuste escribia con frecuencia cartas á los inquisidores, exhortándoles á continuar con constancia y con teson en la grande obra de purgar la España de herejía y demás doctrinas falsas. Fué para la Inquisicion una edad de oro el reinado de Felipe. Era la Inquisicion en carne humana contra todo lo que se oponia á sus dos principios favoritos: unidad en el mando político, unidad en creencias religiosas. Debió, pues, el rey de mirar al Santo Oficio como una de las máquinas mas eficaces de su gobierno, como una de las joyas mas preciosas que adornaban su corona. No se escasearon los rigores, las persecuciones, los autos de fe y cuantas medidas podian fortalecer y edificar á los fieles, sirviendo al mismo tiempo de terror y de escarmiento. Imposible era cerrar herméticamente el pais á las nuevas doctrinas que por todas partes se estaban difundiendo: mas se hizo todo lo posible para que no traspirasen, para que se redujesen al silencio y viviesen con la mayor cautela los que temian ser traducidos á un tribunal tan formidable. No ponian al abrigo de sus persecuciones, ni la virtud, ni la piedad, ni el saber, ni aun servicios hechos á la misma causa de la intolerancia. Fué enjuiciado por el Santo Oficio, Constantino Ponce, confesor de Carlos V, antes de retirarse al monasterio de San Yuste. Lo fué asimismo, como ya hemos visto, el arzobispo Carranza, tan famoso en su tiempo por su doctrina y por sus escritos; lo fueron otros prelados y eclesiásticos de nota que pasaban por hombres impecables. Se puede sentar por principio general con muy pocas excepciones que casi todos los hombres eminentes por su saber, tanto en aquel siglo como en los siguientes tuvieron que ver con el tribunal del Santo Oficio, ó como acusados ó como encausados ú objeto de alguna indagacion por sospechosos. Hasta el mismo Carlos V y el mismo Felipe II fueron blanco de pesquisas y averiguaciones secretas por el Santo Oficio. Era este verdaderamente una potencia formidable; la institucion que inspiraba mas veneracion, mas respeto mezclado de terror, y cuyas iras causaban mas consternacion en los ánimos de todos. De ejercer el cargo de ser inquisidor general se preciaban los hombres eminentes del Estado. Lo fueron los cardenales Adriano y Jimenez de Cisneros: lo fueron presidentes del Consejo de Castilla. Lo fué el cardenal don Enrique en Portugal, y todavía ejercia dicho cargo cuando por la muerte del rey don Sebastian fué llamado al trono. Ningun hombre por elevada que fuese su condicion se desdeñaba de ser alguacil ó familiar del Santo Oficio. El haber sido enjuiciado ó castigado por el Santo Tribunal imprimia en las familias una de aquellas manchas indelebles que equivalen á una privacion del trato con sus semejantes. Así la frase vulgar de hacer gala del *sambenito* usada entonces y que pasó á la posteridad, se empleaba como ahora para mostrar el mayor exceso de impudor y desvergüenza á que podia llegar un hombre endurecido con el crímen. Mas de veinte y ocho años de súplicas, de memoriales al rey y á la misma Inquisicion costó al secretario Antonio Perez y á su familia el rehabilitarse y echar de sus hombros el peso de la sentencia que habia fulminado contra él el tribunal de la Inquisicion de Zaragoza.

Concluiremos estas indicaciones con una reseña del número de los castigados por el Santo Oficio desde su instalacion en 1480 hasta

fin del siglo XVI, ó del reinado de Felipe II, que viene casi á ser lo mismo.

Bajo el primer inquisidor general, Fr. Tomás de Torquemada, hasta el año 1498:

Fueron quemados por la Inquisicion. . .	8,800
Idem en estátua.	6,500
Castigados en varias penas.	90,004
Suma.	105,304

Bajo el segundo inquisidor general, Fr. Diego Deza, hasta el año 1507:

Fueron quemados.	1,664
Idem en estatua.	832
Castigados con diversas penas. . . .	32,456
Suma.	34,952

Bajo el tercer inquisidor general, el famoso cardenal Jimenez de Cisneros, hasta el año 1517 que fué el de su fallecimiento:

Fueron quemados.	2,536
Idem en efigie.	1,368
Castigados con diversas penas. . . .	47,263
Suma.	51,167

Bajo el cuarto, el cardenal Adriano, hasta fin de 1522:

Fueron quemados.	1,344
Idem en efigie.	672
Castigados con otras penas.	26,224
Suma.	28,240

Bajo el quinto, don Alfonso Manrique cardenal, obispo sucesivamente de Badajoz y Córdoba, y despues arzobispo de Sevilla, hasta 1538:

Fueron quemados.	2,250
Idem en efigie.	1,125
Castigados con diversas penas. . . .	11,250
Suma.	14,625

Fué sexto inquisidor general el cardenal, arzobispo de Toledo, don Juan Pardo de Tavera, hasta el año 1545. Durante estos seis años:

Fueron quemados.	840
Idem en estatua.	420
Castigados con diversas penas. . . .	4,200
Suma.	5,460

Bajo el séptimo, el cardenal don Fr. Juan García de Loaisa, confesor de Carlos V, y arzobispo de Sevilla, hasta 1546:

Fueron quemados.	120
Idem en estatua.	60
Castigados con diversas penas. . . .	600
Suma.	780

Fué el octavo inquisidor general don Fernando Valdés, sucesivamente obispo de Elna (en el Rosellon), de Orense, de Oviedo, de Leon, de Sigüenza, arzobispo de Sevilla, consejero de Estado y presidente de la Chancillería de Valladolid. Hasta el año 1568, que fué su fallecimiento:

Fueron quemados.	2,400
Idem en efigie.	1,200
Castigados con diversas penas. . . .	12,000
Suma.	15,600

Bajo el noveno, el cardenal don Diego Espinosa, ya citado en esta historia, hasta el año 1572 que fué el de su muerte:

Fueron quemados.	720
Idem en estatua..	360
Castigados con diversas penas. . . .	3,600
Suma.	4,680

El décimo, nombrado don Pedro de Córdoba, obispo de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, murió antes de tomar posesion de su nuevo cargo:

Bajo el onceno, don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, hasta el año 1594:

Murieron quemados.	2,816
Idem en estatua.	1,408
Castigados con diversas penas. . . .	14,080
Suma.	18,304

Bajo el duodécimo, don Gerónimo Manrique de Lara, hasta fines de 1596:

Fueron quemados.	128
Idem en efigie.	64
Castigados con diversas penas. . . .	640
Suma.	832

Bajo el décimotercio, don Pedro de Portocarrero, hasta 1599:

Fueron quemados.	184
Idem en efigie.	92
Castigados con diversas penas. . . .	1,920
Suma.	2,196

Sumando las partidas de arriba, hallaremos que desde el año de 1480 hasta el de 1599:

Murieron quemados.	23,872
Idem en estatua.	14,101
Castigados con varias penas.	242,237
Total.	280,210

APÉNDICE V.

Ciencias y literatura en el reinado de Felipe II.—Ciencias exactas.—Astronomía.—Copérnico.—Tycho-Brahe.—Kepler.—Galileo.—Filosofía experimental.—Medicina.—Ciencia militar.—Reforma del Calendario (1).

Las ciencias, las artes, la literatura, y demás ramos del saber é ingenio humano en la segunda mitad del siglo XVI, no podian menos de seguir el impulso recibido en la primera. Comenzando por las ciencias exactas y matemáticas, ya hemos visto el grande vuelo que tomaron entonces en todas las partes de Europa, sobre todo en Italia, que merece la palma de haber sido su maestra en casi todas las cosas. Los españoles no nos mostramos muy eminentes bajo este aspecto, ni en la segunda, ni en la primera mitad de dicho siglo, mas no faltaron, como haremos ver, escritores que con aprovechamiento se aplicaron á este ramo. Florecian las ciencias exactas en Italia y Alemania: no tanto en Francia, algo mas en Inglaterra. Comenzaba el álgebra, descubierta dos siglos antes, á ser en general aplicada á las indagaciones matemáticas, y si la esfera de este ramo no era vasta entonces, consistió en lo inmenso de su dominio, cuyos límites no están aun descubiertos en el dia. Era la astronomía la ciencia de cálculo, cuyos vuelos se elevaban mas en

(1) Repetimos que nuestro objeto en este y los apéndices sucesivos, es solo hacer indicaciones de las cosas de mas bulto. La historia de las ciencias, literatura y artes durante casi todo un siglo, seria tan ajena de nuestra obra como superior á nuestras fuerzas.

dicha época. Habia difundido el sistema de Copérnico un raudal de luz, á que los astrónomos de su tiempo no podian resistirse. Si este sistema no habia hecho mucho ruido en el momento de su aparicion; si los papas de aquel tiempo, ocupados en graves negocios, le dejaron pasar como cosa desapercibida, ó como un sueño que se desvaneceria muy pronto, no pasó mucho tiempo sin que se examinase, se estudiase con detencion, y se viese en él un completo trastorno de muchas opiniones y principios considerados como inconcusos hasta entonces. Se llegó á comprender el alcance de semejante revolucion en la astronomía, y las grandes consecuencias á que iba á dar orígen. Algunos de los mismos astrónomos concibieron inquietudes, tal vez por envidia de profesion, acaso porque se asustaron de tanto atrevimiento. Entre ellos Tycho-Brahe, con tantos derechos de ser célebre por sus trabajos y adelantamientos en la ciencia, trató de hallar un término medio, en que desechando algunos absurdos de Ptolomeo, no se chocase de frente con opiniones tan generalmente recibidas. No pudiendo este sabio resistirse á la evidencia de que los planetas giraban en rededor del sol, adoptó sin titubear esta parte del sistema de Copérnico. Mas nuestro globo de la tierra, que segun este astrónomo es solo un planeta como los demás, moviéndose asimismo en rededor del sol, quedó segun el sistema de Tycho-Brahe en el mismo sitio eminente y central del universo que le habia asignado Ptolomeo. Por la teoría de Tycho-Brahe, los planetas se mueven en derredor del sol, y el sol con estos satélites y demás estrellas fijas en derredor de la tierra en su curso diurno, quedando nosotros siempre al centro de todas las órbitas celestes. Murió casi en el mismo momento de nacer este sistema, tan lleno de absurdos apareció á los ojos de todos los astrónomos! Tuvo que contentarse el inventor con dar su nombre á una doctrina que vive todavía en la historia de la astronomía aunque en la clase de un insigne error, y continuó pacíficamente dedicándose á sus comunes trabajos astronómicos, en que hizo descubrimientos y adquirió un nombre verdaderamente distinguido. Quedó, pues, el sistema de Copérnico triunfante en el campo de la astronomía; pues los sabios reconocieron al fin todos que era imposible otro método de explicar sin confusion los fenómenos del cielo y los hechos positivos de la magnitud y distancia de los astros á la tierra que comenzaban á ser ya conocidos. Sobre el sistema de Copérnico trabajó en Alemania Kepler ó Keplero, el mejor astrónomo del siglo XVI



GALILEO



GALILEO

despues de Copérnico, que se puede considerar como el maestro. Aunque murió este sabio, ya muy entrado el siglo XVII y publicó en este período algunas de sus obras ; como del XVI le consideramos, por haber nacido en él, formádose en su escuela, y adquirido una gran reputacion antes de entrar en el siguiente. El mismo método observaremos con muchos hombres célebres, que en rigor pertenecen á dos siglos, con tal que ya se hubiesen distinguido en el que exclusivamente nos ocupa. Adquirió en efecto Keplero desde sus primeros años gran fama como astrónomo. Fué maestro en este ramo del emperador Rodulfo II, hombre muy dedicado á las ciencias, y compuso unas tablas que tomaron el nombre de Rudolfinas. Descubrió este las distancias de los astros al sol : examinó la naturaleza de la curva de las órbitas que descríbia, inclusa la de nuestra tierra ; halló la proporcion entre estas órbitas y el tiempo que el astro tardaba en describirlas ; y sin entrar en mas pormenores sobre todos sus trabajos astronómicos nos contentaremos con indicar que el nombre de Keplero fué tan grande en los dos siglos sucesivos, como en nuestra edad, que le considera como uno de los grandes creadores de la ciencia. Despues de Keplero viene naturalmente el nombre de Galileo, que tambien pertenece á los dos siglos. Siguió como astrónomo las huellas de los grandes hombres ya citados. Se puede considerar como uno de los primeros promotores, quizá como el creador de la filosofía experimental de que dió el precepto y el ejemplo. Fué además de astrónomo gran matemático, médico y músico. Hizo grandes descubrimientos en mecánica. A él se debe el conocimiento del peso del aire. Por él se desterró la doctrina de error del vacío, enseñada como principio inconcuso en todas las escuelas. La fama que como astrónomo adquirió este sabio italiano, fué muy grande, mas comprada á precio muy subido. Propalador del sistema de Copérnico en Italia, casi á vista de los Papas, debió de ser objeto de mas ruido, y causar mas sérias inquietudes. Sobre la persona de Galileo estalló la cólera del Vaticano reconcentrada y alimentada desde tantos años contra el sistema solar que asignaba á nuestra tierra un lugar tan subalterno. Entendió la Inquisicion en este asunto que fué tan ruidoso entonces, tan célebre en el dia. Se abrió uno de sus calabozos para Galileo, que ya rayaba en setenta años : se le hizo su proceso por sostener y enseñar el movimiento de la tierra ; se le amenazó con graves penas si se obstinaba en sostener una proposicion tan escandalosa, tan

contraria á lo que enseñaba la Escritura. Cedió el sabio florentino á los rigores que contra él se ejercian, á la idea de los mas crueles aun con que le amenazaban. Se sometió á lo que de él exigian sus acusadores, resignándose á pasar por cuanto le exigian para dejar la religion desagraviada. Vestido con saco de penitente, con un cirio en la mano y de rodillas, abjuró en público, delante de eclesiásticos nombrados para ello, su error de haber enseñado de palabra y por escrito el movimiento de la tierra (1), que hoy se ha convertido en una verdad á que no pudieron resistirse mas ni el Papa ni sus cardenales.

Los cuatro nombres ya citados, á saber: Copérnico, Tycho-Brahe, Kepler y Galileo son los mas famosos en el mundo astronómico del siglo XVI: mas no dejaban de florecer otros, aunque en menor escala, que trabajaban por los adelantamientos de la ciencia. Tales son Apiano, aleman, Basantino, escocés, Calvino, Cardano y Clavio, italianos; Gosselin, francés, Ruggieri, italiano, en cuyas obras se vé el sello de su aplicacion y genio. En España no se cultivaba este ramo con esmero. Ni la primera ni la segunda mitad del siglo XVI produjeron un escritor que se pueda llamar famoso como astrónomo. En lo general la mayor parte de los que se dedicaban al conocimiento de los astros, se ocupaban mas en hacer predicciones y tirar horóscopos sobre su influencia en los acontecimientos del mundo sublunar, que en averiguar las causas de sus movimientos. Habia muchos mas astrólogos que astrónomos. A la ciencia de los primeros todos daban crédito, tanto los grandes como los pequeños; tanto los que se sentaban en tronos, como los habitantes de cabañas. Pocos personajes principales dejaban de consultar al suyo, y casi ningun príncipe nacia sobre el que el astrólogo de la corte no tirase el horóscopo.

La filosofía experimental se hallaba entonces en su cuna. Carecia la ciencia de instrumentos materiales que son tan necesarios para fijar y extender la esfera de las observaciones. Examinaban el cielo los astrónomos sin los telescopios que descubrieron en él tantas regiones desconocidas hasta entonces. Prevalecian todavía en las escuelas y en las universidades los sistemas antiguos, frutos mas bien de la fecundidad de imaginacion y sutileza del ingenio, que de la verdadera observacion, principio de todos los conocimientos de los hombres.

(1) *E pur si muove*, aseguran que pronunció entre dientes en el acto de la abjuracion.

Era Aristóteles el rey de las escuelas. A su autoridad dictatorial en todas las materias ninguna frente dejaba de inclinarse.

Lo mismo puede decirse de la química, ciencia de las descomposiciones de los cuerpos que solo pueden tener lugar por medio de instrumentos y aparatos. La mayor parte de los químicos de entonces eran verdaderamente alquimistas ocupados en trabajos sobre la materia oculta, en descubrir la *piedra filosofal* que trasformase en oro los demás metales y otras materias del reino mineral. En los alquimistas casi se tenia igual fé que en los astrónomos; tan propensos son los hombres á correr tras todo lo que es maravilloso, á dejarse arrastrar por la imaginacion sin pararse en la experiencia.

La medicina marchaba por la misma senda. Eran Hipócrates y Galeno y los médicos árabes los que florecieron en los siglos medios, los grandes y solos maestros para los que se dedicaban á la cura de las enfermedades. La mayor parte de las obras relativas á esta ciencia que se publicaron en el siglo XVI, se redujeron á exposiciones y comentarios sobre aquellos hombres célebres. España tuvo en esta parte autores distinguidos que hicieron grandes servicios á la humanidad en este género. Ya hemos citado con elogio entre los escritores del siglo XVI al famoso Andrés Laguna, traductor y expositor de Dioscórides, y otras varias obras que le hicieron célebre.

No concluiremos este asunto de los médicos españoles sin hacer mencion de uno muy famoso en aquel siglo, llamado Juan Huarte, autor de una obra muy conocida de todos los curiosos bajo el título de *Exámen de Ingenios*, donde se ven desarrollados muchos principios del sistema moderno frenológico. El principal objeto del autor es hacer ver la diferencia de dotes intelectuales con que ya venimos al mundo, dimanada de la diferente organizacion del sistema cerebral, y la importancia de este descubrimiento para dedicar á los niños al ramo ó profesion á que mas los llama la naturaleza. Esta obra es acaso menos conocida de nosotros que de los estraños.

En cuanto á las matemáticas denominadas *puras* ó *especulativas*, como que son ciencias en que por medio del cálculo rigoroso y analítico se llega á la verdad, se hicieron útiles é importantes trabajos en aquella época. Entre los grandes matemáticos se deben contar los astrónomos citados. El álgebra se cultivaba con esmero: el famoso inglés Briggs descubrió los logaritmos, cuyo sistema per-

feccionó Neper de la misma nacion; el italiano Ferrari, discípulo de Cardano, inventó un método para resolver las ecuaciones de cuarto grado. Entre los españoles dedicados á estos ramos citaremos á don Juan Martinez Siliceo, autor de la *Aritmética teórica y práctica*; á Francisco de Orleans, de la *Invencion de cuentas*; á Alfonso de Molina Cano, de los *Descubrimientos geométricos*; á Luis, infante de Portugal, de *Modos, proporciones y medidas*; á Andrés Dávila y Heredia, del *Arte de medir tierras*, de la *Demostracion del espejo de Arquímedes*. Algunos autores militares se ocuparon tambien de ramos matemáticos; tambien entendieron en ellos otros escritores que fueron eminentes en varias materias, como haremos ver muy luego. A pesar de todos estos adelantos, es preciso confesar que los grandes desarrollos de estas ciencias de cálculo no tuvieron lugar hasta el siglo XVII. Todavía no habian nacido ni Descartes destinado á destronar á Aristóteles, ni Newton que debia á su vez destruir algunos errores del primero. Sin embargo, ya habia escrito contra la filosofía escolástica en el siglo XVI Pedro Ramo ó Ramus, insigne matemático y humanista, que pereció en las famosas matanzas de San Bartolomé.

Tuvo lugar en el último tercio del siglo XVI una reforma que se puede llamar astronómica, porque al curso del sol se referia. El tiempo justo que tarda este astro en hacer su revolucion anual, no ha podido ser nunca calculado tan exactamente que no se padezcan equivocaciones, ligeras en verdad, y de poca importancia á los principios, mas que degeneran con el tiempo en errores muy considerables. De esto se origina la necesidad de hacer en ciertas épocas reformas en el calendario. Se hallaba el de Roma en tiempo de Julio César en la mayor confusion por estas inexactitudes en los cálculos. Se computaba entonces el curso anual del sol en trescientos sesenta y cinco dias justos, y como realmente es de algunas horas mas, resultaba un grande atraso de las estaciones con respecto al tiempo en que debian ocurrir, segun el calendario. Quiso añadir aquel famoso capitan á su gloria de guerrero y de conquistador, el de hombre entendido en la literatura y en las ciencias, haciendo una reforma que ya era indispensable. Se valió para eso de los primeros astrónomos de su tiempo, entre ellos del famoso Sosígenes, quienes calcularon que la duracion del año era de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas. Para corregir, pues, el error cometido hasta entonces, se dispuso que al año en que se

hizo la reforma se le añadiesen los dias en que el sol se habia adelantado, segun el cómputo anterior, y para evitarle en adelante que en cada cuatro años se contase uno de trescientos sesenta y seis dias, al que se dió el nombre de *bisexto* ó *bisiesto*, por repetirse el dia sexto de los idus de febrero. Se creyó con esto enmendado el error y remediado para en adelante; mas la experiencia hizo ver que no era tan exacta la correccion como sus autores se habian imaginado. Se halló por nuevos cálculos que en lugar de ser el curso anual del sol de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas justas, no era mas que de trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas, cuarenta y nueve minutos, por lo cual si los años habian sido mas cortos que lo justo antes de Julio César, fueron desde su correccion algo mas largos. Este exceso de once minutos anuales produjo una diferencia de diez dias en el siglo á que nos referimos; de manera que cayendo el equinoccio de primavera el diez de marzo en lugar del veinte y uno en que le colocaba la Iglesia para arreglar á él la celebracion de la Pascua, segun los dias de la luna, ocurrian confusiones para la designacion de ésta fiesta tan solemne (1). Trató Gregorio XIII de corregir un error que habia llamado la atencion de algunos de sus antecesores, y se valió para ello de las luces de los astrónomos mas aventajados de Italia, entre los que se contaban Lillo y Clavio. Fueron estos de dictámen que para la enmienda del error pasado se suprimiesen en un año los diez dias que se habian introducido de mas, y que para corregirle en adelante, no fuesen bisiestos tres años centenarios en cada série de cuatro siglos, computando que el equinoccio se adelantaba tres dias en este período de tiempo. Aprobó el Papa este dictámen en todas sus partes, y en 1582 expidió una bula mandando que se suprimiesen diez dias de octubre de aquel año, contándose el quince en lugar del cinco, y que no fuesen bisiestos los años 1600, 1700 y 1800; pues dichas séries de cuatro siglos se comenzaban á contar desde el año de 1100; y el de 1500 lo habia sido. Así se remedió un error que pareció insensible al principio, mas que al cabo de muchos años produjo efectos conocidos. No hay duda de que en el curso de los siglos futuros será necesario recurrir á nuevas cor-

---

(1) El domingo de Pascua, á cuyo dia se arreglan todas las fiestas movibles, es siempre el que sigue al plenilunio de marzo, cuando no ocurre antes del 21. En este caso se deja para el que sigue al plenilunio de la luna inmediata. Habiéndose adelantado el sol los diez dias que hemos indicado, sucedia lo mismo con la luna.

recciones, pues el cálculo del adelanto de tres dias en los equinoccios en una serie de cuatrocientos años, no es tampoco rigorosamente exacto, como no lo es ninguno en materias astronómicas.

Esta correccion del calendario conocida con el nombre de *Gregoriana* por el del pontífice que la promovia fué aceptada y acatada por todos los Estados católicos; mas la rechazaron los protestantes por espíritu de oposicion, pues aunque las ciencias nada tenian que ver con principios religiosos, les bastaba que la correccion procediese del Papa para desecharla. Poco á poco fueron deponiendo su preocupacion, y admitieron al fin los que no podian rechazar á menos de acreditarse de ignorantes; mas procedieron en esto con una lentitud que demostraba bien su repugnancia. No se adoptó en Inglaterra la correccion Gregoriana hasta entrado el siglo XVIII, es decir, ciento cincuenta años despues de su promulgacion por el Pontífice. En Rusia y otros paises donde se profesaba el culto griego, se observa todavía el método antiguo; así en todas sus fechas se cuentan siempre diez dias menos que en las nuestras.

APENDICE VI.

Continuacion del anterior.—Literatura española del siglo XVI.—Historiadores.—Mariana.—Herrera.—Sandoval.—Cabrera.—Marmol Carvajal.—Hurtado de Mendoza.—Morales.—Zurita-Blancas.—Lupercio Leonardo de Argensola.—Garcilaso.—Otros mas historiadores de menos nombradía.—Historiadores estranjeros.

Si de las ciencias físicas y naturales que habian llegado á tan poca altura en la época de que nos ocupamos, pasamos á otros ramos del saber y del ingenio humano, encontraremos un campo mas fecundo. Historiadores, cronistas, biógrafos, críticos, moralistas, teólogos, jurisconsultos, humanistas, poetas, etc., todo abundaba en la última mitad de dicho siglo. No iba España detrás de nacion ninguna en todos estos ramos. Sobre algunas descollaba con muchísimas ventajas. Teníamos poco que envidiar, ni aun á Italia, maestra en todo de la Europa; pues la segunda mitad del siglo XVI no fué para ella tan edad de oro como la primera, segun haremos ver mas adelante. Clasificaremos, pues, todas estas composiciones literarias, para evitar la confusion, y contrayéndonos tan solo á las de primer órden. Tampoco ejerceremos sobre ellas una gran crítica, contentándonos con indicar el mérito que hombres mas versados en estas materias les asignan.

Historia. En todas las épocas de alguna ilustracion tanto antiguas como modernas, abundó este género de escritos. Pocos en efecto llaman tan poderosamente la atencion, ni son objetos de mas curiosidad aun para los que consideran los libros como un mero pasatiempo. Fué siempre muy rica España en estas producciones. Tan-

to en los siglos de la edad gótica ó visogoda, como de la media, sobresalieron muchos hombres que en lengua latina, como en la vulgar, escribieron historias de gran mérito, sobre todo considerando los tiempos que alcanzaron, Apenas desde el siglo VII, pasó uno solo que no cuente algun historiador de alguna nota. Los hubo eminentes en el XII, en el XIII, en el XIV y en el XV. De los de la primera mitad ya hemos hecho alguna mencion en el capítulo VII de esta historia. No podian menos de corresponder á ellos los de la segunda.

Se distinguen los historiadores de esta última mitad, lo mismo que los de la primera, por el tono sério y grave que reina en sus composiciones, por su estilo copioso, puro, aunque en algunos con cierta tintura de afectado. Como era entonces el gusto y hasta moda rigorosa imitar á los autores clásicos de la antigüedad, no se descuidaron nuestros historiadores en explotar tan rica mina. Por lo regular fueron sus grandes modelos Tito Livio y Tácito, que habian bebido asimismo en las fuentes de Herodoto, Tucídides y Jenofonte. Como ellos, abundan nuestros historiadores en arengas de todas clases; con la diferencia de que las modernas son casi todas de imaginacion, en lugar de que las primeras son históricas con pocas excepciones. Los antiguos hablaban mas en público que los modernos del siglo XVI. Los magistrados, los principales personajes arengaban en la plaza pública; los generales á sus tropas. Si los historiadores hermosearon sin duda la diccion y añadieron ó suprimieron lo que les pareció mas conveniente, no hay duda que el fondo del cuadro es real y positivo.

Se acusa á nuestros historiadores de aquel tiempo de atenerse tanto en sus relatos al órden cronológico, que á veces mezclan en un mismo capítulo ó página sucesos de diferente especie que tenian lugar en puntos muy separados unos de otros. Bajo este concepto merecen mas el nombre de analistas que de historiadores. Pero este lunar, si contribuye á crear alguna confusion en el lector, no es de aquellos que pueden deprimir el mérito de sus composiciones.

En cuanto á los pensamientos, al tono, al carácter y colorido de estos escritos, no podian ser otros que los de su siglo, los del siglo á que pertenecian los historiadores. No se les puede exigir la imparcialidad, la tolerancia política y religiosa que no se usaban en su tiempo. Debian de ser los nuestros de los mismos principios, de las mismas opiniones dominantes, en España: debian de mostrar la

misma animosidad contra los enemigos de su rey, tanto en la parte política como en la religiosa que distinguia á los mismos combatientes. Debieron los heresiarcas de ser objeto de su saña, y celebrados como actos de heroismo cuantos actos podian concurrir á su persecucion ó su esterminio. Otra cosa no puede esperarse de los escritores de esta nacion y de aquel siglo. Y si por casualidad los historiadores hubiesen abrigado otros sentimientos ó adoptado otros principios, se hubieran guardado bien de publicarlos. El pensamiento no era libre bajo el aspecto político, y mucho menos bajo el religioso. Es probable que algunos tascasen con impaciencia el freno; mas se puede suponer que la generalidad, amoldados á su educacion é ideas de su siglo, ni necesitaban semejante libertad, ni quizá la concebian.

Pasaremos en revista á los historiadores de mas celebridad, cuyo nombre se pronuncia aun con veneracion en nuestros dias.

Pondrémos á la cabeza á Juan de Mariana, no porque le consideremos como el principal, sino por lo mas vasto del campo de su historia. Si atendemos al tiempo en que se publicó la suya de España, no debiéramos considerarle como del siglo XVI, habiendo tenido esto lugar en los primeros años del siguiente. Mas habiendo nacido por los de 1536, y habiendo llegado ya viejo al fin del siglo, á él pertenecen verdaderamente sus producciones literarias, pues en el siglo XVI fueron probablemente trabajadas. Ya hemos hecho ver por otra parte la regla que en esta parte nos llevamos. La historia de Juan de Mariana abraza la general de España hasta la muerte de Fernando el Católico. Su principio se pierde en la noche de los tiempos, pues aunque el autor manifiesta en su prólogo ó introduccion que descarta de su historia la parte fabulosa, la comienza desde nada menos que en el siglo XV antes de la era vulgar, tiempos que ya no pertenecen á la historia. Así tenemos la de los Geriones, de los Alcides, de los Tagos etc., con el deslinde de sus familias y genealogías. Cuando pasa á la parte verdaderamente histórica, comienza ya el lector á comprenderle, pues los primeros capítulos son un laberinto sin salida.

Compuso Mariana su historia de España en latin, y así fué primeramente publicada. La tradujo despues él mismo al castellano por órden del rey Felipe III, y esta version es la que generalmente corre y ha sido reproducida por la prensa varias veces. Es su estilo de lo mas grave y formal que puede imaginarse. Le acusan al-

gunos de poco claro, de afectar voces y frases anticuadas que no se usaban ya en su tiempo. Tal vez nacerá esta falta de que era una traduccion del latin, en que debe suponerse empleó el autor el tono mas grandioso. La narracion marcha con bastante órden en la España cartaginesa y la romana, y aun en la visogoda. De la invasion de los árabes habló como hombre de su religion, y que no estaba á bastante altura de la historia y carácter de aquel pueblo fanático y guerrero. Así la España árabe no ocupa muchas de sus páginas atendiendo á lo voluminoso de la obra, pudiendo hacerse la misma observacion en algunos otros historiadores de España que al parecer no tuvieron siempre presente que habia mas reinos en su suelo durante los siglos medios, que los de Leon, Castilla, Aragon, Navarra y Portugal. Por todos estos Estados corre su pluma con desembarazo, consagrándose con particularidad á los reinos de Castilla. La Historia de Mariana es, ó parece demasiado larga, sobre todo, á los que han amoldado su gusto á otro estilo, á otro modo de escribir, y á otra clase de principios.

El padre Mariana fué uno de los mayores humanistas, eruditos y sabios de su siglo. Además de la historia publicó otros escritos de varios géneros que todavía se citan en el dia. Su obra *De rege et de regis institutione*, le atrajo grandes persecuciones por lo peligrosas que parecieron sus doctrinas, en cuyo exámen no entraremos. En 1610 fué quemado este libro por sentencia del parlamento de Paris.

Pondremos despues de Mariana á Antonio de Herrera, observando la misma regla; es decir, lo vasto de sus cuadros. Muchos fueron los que ocuparon la pluma de este historiador que por su publicacion pertenece asimismo en el siglo XVII. Escribió la historia del *Nuevo Mundo* desde su descubrimiento por Colon hasta el año 1544, cuando se hallaba casi todo el continente americano, á excepcion del Brasil, sometido á la corona de Castilla. Escribió asimismo la historia del mundo durante el reinado de Felipe II; es decir, la de todas las naciones en aquel tiempo conocidas. Se ocupó tambien de la historia particular de Portugal, relativa á la traslacion de su corona á la de Castilla. Igualmente se dedicó á tratar los sucesos de Aragon cuando sus disturbios de resultas de la huida á aquel pais, de Antonio Perez. Las obras de Herrera son muy voluminosas, llegando hasta doce ó trece tomos en folio; su estilo es bastante seco y descuidado, quedándose en todo muy detrás del de Mariana.

Vendrá en seguida Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pam-

plona, autor de la vida y hechos del emperador Carlos V, la historia mas copiosa sin duda de cuantas se han hecho de este príncipe. Su estilo es fácil y sencillo sin grandes pretensiones de elegante. Refiere los hechos con candor, con aquella minuciosidad que es necesaria cuando se hacen historias abultadas. No omite ninguno de cuantos tienen relacion con dicho emperador y los principales Estados de su tiempo. Comienza la narracion desde el principio del siglo XVI, y da principio á la composicion una genealogía del emperador desde el mismo Adan, á pesar de manifestar en el prólogo de que no hace gran caso de prosapias. Esta obra es muy preciosa por los muchos documentos auténticos que encierra y muy digna de ser consultada por los que se ocupan de la historia de aquel siglo. El P. Sandoval escribió además una historia de los reyes de Leon y Castilla.

Escribió la historia, ó mas bien la vida de Felipe II, Luis Cabrera, criado de su propia casa. No sabemos que haya otra historia en español de dicho monarca, publicada en aquel siglo. No concluyó Cabrera su historia dejándola en el año de 1583, cuando Felipe II volvió de Portugal. Los motivos de esta suspension los ignoramos, pues Cabrera sobrevivió al rey, como que dedicó á Felipe III esta vida, no concluida, de su padre.

La locucion de Cabrera es grave y sentenciosa, y no escasa de máximas y reflexiones. Reina en ella aquella confusion que procede de agrupar sucesos de diversa especie por la razon de que ocurren al mismo tiempo, aunque en parajes muy distintos. Abundan las arengas y discursos y al mismo tiempo documentos históricos de grandísima importancia. La narracion es copiosa; y proporciona todo género de datos de importancia. Escribió Cabrera la vida del rey como cumplia á un criado de su casa. Con los rebeldes de los Paises-Bajos y calvinistas de Francia se expresa sin misericordia. Por la muerte del príncipe don Carlos pasa de ligero, y al asesinato del secretario Juan de Escobedo apenas da dos páginas.

Luis Carvajal y Mármol escribió la historia de la *Rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada*, con copia de datos, con estilo sencillo, natural y hasta candoroso. No omite muchos hechos principales que pudieron servir de apología á la sublevacion de aquel pueblo desgraciado y digno de mejor suerte. Tampoco pasa por alto las atrocidades cometidas por los españoles cuando les favorecia la suerte de la guerra. Escribió asimismo Luis Mármol Car-

vajal la historia de nuestras guerras y descubrimientos en África, sobre cuya descripcion entra en curiosos pormenores.

Antes de la publicacion de Mármol Carvajal de *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, salió á luz sobre el mismo asunto la *Guerra de Granada*, debida á la pluma de don Diego Hurtado de Mendoza. Fué muy elevado el rango de este personaje, ora se atienda á lo ilustre de su nacimiento, ora á la importancia de los cargos que ejerció tanto en tiempo de Carlos V como de su hijo, ora á su gran habilidad en los negocios, á su tacto diplomático, á su profundo saber, y sobre todo, á las obras que compuso. En la que acabamos de mencionar, reina un estilo grave, sentencioso y elegante. No es muy fecundo en datos, mas los expone con método, acompañados de ciertas reflexiones que naturalmente se desprenden de un asunto tan altamente interesante. Los dos autores de la historia de esta guerra tienen tantos mas títulos á ser creidos, cuanto fueron testigos presenciales. Si Mármol no encuentra mucho que alabar en la conducta de las autoridades españolas, aun son mucho mas escasos los elogios en la pluma de Mendoza. Se conoce que no aprobaba aquella guerra, ó se lamentaba al menos de que la obstinacion del rey en dictar pragmáticas que no eran de sazon, hubiesen dado principio á un levantamiento que habia ido acompañado de tantas desgracias y calamidades.

Los trabajos que dejó Florian de Ocampo interrumpidos por su muerte, fueron continuados por Ambrosio de Morales, sabio, distinguido en varios géneros, que en estilo claro y elegante ofrece al lector gran copia de doctrina en varios géneros. Seguirán despues en clase de analistas Gerónimo Zurita y Gerónimo Blancas, aragoneses ambos, cuyas tareas se consagraron exclusivamente á escribir los anales de su patria. Floreció el primero un poco antes que el segundo. La mayor parte de sus obras salieron en latin, y no están traducidas todavía. En ellas se halla cuanto se desea saber sobre las antiguas constituciones del reino de Aragon, sobre la historia de sus cortes, sobre el poder y derechos de las autoridades y clases del Estado. Llevó Blancas sus investigaciones hasta trazar la historia de los reyes antiguos de Sobrarbe, en cuyo asunto se ocupó asimismo el P. Abaca. Mas en esto reina mucha oscuridad, y el lector que tenga alguna crítica, no puede menos de quedar con dudas hasta sobre la existencia de aquellos personajes.

Otro aragonés (Lupercio Leonardo de Argensola), mas conocido

por otras varias producciones en verso y prosa, nos dejó una histórica, aunque en cortas dimensiones, sobre los acontecimientos de Aragon, á resultas de haberse refugiado en aquel pais Antonio Perez, terminando su relato con el suplicio y demás personajes que tomaron parte principal en lo que se llamó traicion por los que fueron vencedores. Está escrito este opúsculo con claridad y frases muy castizas. Aunque manifiesta un grande interés por el partido que sucumbió porque era débil y carecia de organizacion, se muestra celoso por la causa del rey, que destruyó los fueros y privilegios de aquel reino. Y la prueba es que se publicó en Madrid, y en la imprenta Real, á principio de 1808, cuando nada se pudiera imprimir en sentido diferente.

Uno de los descendientes de los Incas del Perú, llamado por esto mismo el Inca Garcilaso, escribió una larga historia de aquel pais y su conquista, con las guerras civiles que se suscitaron en seguida entre los mismos vencedores. Pasa esta produccion por difusa y pesada, sin que un buen estilo y animada narracion vengan á compensar estos defectos.

Á los historiadores referidos podemos añadir los nombres de Garibay, autor de la crónica é historia universal de todos los reinos de España; de Argote de Molina, autor de la historia del Gran Tamerlan: de Avila y Zúñiga, comandante general de la caballería en el sitio de Metz, que escribió los comentarios de la guerra de Alemania; del P. Rivadeneira, jesuita, escritor del Flos Sanctorum; de Jerez, que publicó la conquista del Perú; de Bernardino de Mendoza, autor de los comentarios de lo sucedido en los Paises-Bajos hasta el año de 1575; de Agustin de Zárate, autor de la historia del descubrimiento y conquista del Perú; de Mejía, que publicó una historia general; de Salazar y Mardones, autor de una crónica del emperador Carlos V. De los cronistas de Indias, Oviedo, Ojeda y Gamarra, y del historiador testigo de vista de la conquista de Méjico, Bernal Diaz del Castillo, hemos hablado como pertenecientes á la época de Carlos V; tambien hicimos mencion de Alvaro Gomez de Castro, que escribió en latin la vida del cardenal Jimenez de Cisneros.

Si pasamos á los historiadores franceses hallaremos alguna diferencia en el estilo por el gusto de aquella nacion ó tal vez índole de su lengua que no se presta fácilmente á lo largo de los períodos y rotundidad de frases tan comunes en nuestros autores de aquel tiempo. Distaba tambien mucho la lengua francesa de la perfeccion á

que la nuestra habia llegado, como se puede ver fácilmente comparando el estilo de sus escritores con los nuestros de la misma época. Tambien se debe notar que perteneciendo algunos de aquellos á la religion llamada reformada, por precision se habia de manifestar en sus obras mas espíritu de controversia y de disputa, mas libertad de pensamientos. Algunos escribieron en latin elegante, en cuya clase colocaremos en primer lugar, como escritor y como historiador, á Augusto Thou, protestante, conocido entre los españoles con el nombre de *Tuáno*. Por las razones anteriormente alegadas le colocaremos en el siglo XVI, aunque no publicó hasta principios del siguiente su obra bajo el epígrafe, *Historia sui temporis*. Como la de nuestro Antonio Herrera, comprende la relacion de todos los sucesos notables de Europa de aquel siglo y principios del siguiente, aunque no hace tantas excursiones como el español por Asia y Africa. Pasa su historia por una de las obras mas acabadas de esta clase, y los críticos celebran su estilo como puro, castizo y elegante. Se han hecho traducciones de esta obra al francés, mas no tenemos ninguna en castellano.

Hablaremos en seguida de Teodoro de Beza, biógrafo de Calvino, de quien fué discípulo, y uno de los propagadores mas celosos de su secta. Fué escritor, predicador, profesor de griego, negociador; y se mostró infatigable en el desempeño de su apostolado que tenia tanto de azaroso. Tan pronto se presentaba en Alemania á tratar con los lectores luteranos, como en el campo de los calvinistas franceses cuando estos se hallaban en hostilidad abierta contra los católicos. A la muerte de Calvino le sucedió en sus cargos, y quedó de jefe de su iglesia. Asistió al célebre coloquio de Poissy, y fué el alma principal de la defensa que hizo la Rochela contra las armas de la corte. Además de la biografía de Calvino, publicó Beza la historia de las iglesias reformadas de Francia, una traduccion suya en latin del Nuevo Testamento, varios opúsculos de controversia, una traduccion en verso de los salmos de David, y otros poemas originales que compuso en sus primeros años.

Otra obra histórica francesa contemporánea tenemos que citar muy particularmente como una de las que mas al vivo nos representan la índole, el carácter y las costumbres de los franceses de aquel tiempo. Hablamos de las memorias de Brantome, autor asimismo de otras obras históricas, mas cuya gran reputacion se funda solo en la citada. Se ven en ella como en un espejo los franceses de

aquel siglo. En ninguna parte se adquiere una idea mas exacta de lo que eran aquella corte, el pueblo, los guerreros, los magistrados, los católicos, los calvinistas, las opiniones políticas y religiosas, y la mezcla de la superstitucion y el fanatismo con todo el desenfreno de los vicios. Hay vivas pinturas sobre todo de los personajes de la corte, que, si no son exageradas, nos hacen ver que era la mas licenciosa y disoluta de aquel siglo. No eran sin duda modelo de fuerza de costumbres las demás, pero en esto tenia la gloria Paris de dar el tono.

Además de las memorias de Brantome, citaremos las del cardenal Belloy, sobre las cosas de su tiempo; las del famoso Montluc, llamado el verdugo de los realistas, y con mas particularidad, las de Du Plessis Mornay, considerado, por su grande influencia en los negocios de su secta, el papa de los hugonotes, hombre de estado, teólogo, escritor, uno de los que hicieron mas servicios al buen éxito de la causa de Enrique IV, de quien fué amigo y confidente. Son sus memorias y cartas la mejor fuente de instruccion para los que deseen enterarse á fondo de aquellas controversias y contiendas tan famosas.

Entre los ingleses citaremos á Camden, que escribió en latin los *Anales de Inglaterra* en el reinado de Isabel; la descripcion de Bretaña y sus antigüedades: entre los escoceses, á Buchanan, autor tambien en latin de la *Historia de Escocia y de la conspiracion de la reina María*, obra dirigida contra esta princesa. Tanto este autor, como el primero, se ensayaron en otros varios géneros.

Sir Walter Ralegh, de cuyas expediciones hemos hablado ya en el texto, publicó á principios del siglo XVII su *Historia del Mundo*, que entónces fué recibida con mucha aceptacion, aunque poco leida en estos tiempos.

Holingshed, de la misma nacion, escribió las crónicas de la Historia de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Tambien citaremos á Melville, escocés, favorito y secretario de la reina María Estuarda, que escribió memorias sobre los sucesos de su tiempo.

Los italianos se distinguieron en este género de escritos, como en otras producciones del saber y del ingenio. Sin embargo, fueron mas ricos en la primera mitad del siglo XVI que en la segunda. Cuando Felipe II subió al trono ya habian muerto los dos famosos historiadores Guichiardino y Paulo Jovio ó Giovio que se pueden considerar por lo extenso y acabado de sus obras como los prime-

ros de su siglo. Tambien habia dejado de existir Ramusio que publicó una coleccion de sus navegaciones y viajes muy estimada por las noticias curiosas é instructivas de los acontecimientos de su siglo. En la segunda mitad del que nos ocupa se puede citar á Dávila, que escribió las guerras civiles de Francia; á Polidoro Virgilio, autor de una historia en latin de Inglaterra; á Sunmonte, historiador del reino de Nápoles; á Morosini, historiador de la conquista de Constantinopla por los venecianos; á Mocenigo, que escribió en latin la guerra de Cambray; á Pigna, historiador de los príncipes de Este, á Sanuto, de la historia de Africa; á Spontoni, autor de los hechos de los reyes de Hungría; á Vasari, que escribió la vida de los artistas italianos; al famoso Fra Paolo Sarpi, de la órden de los Servitas, quien bajo el seudónimo de Soave Polanio, publicó la historia del Concilio de Trento, que hizo en su tiempo mucho ruido, y que aun en el dia se menciona como una produccion de cierto mérito. Ya hemos visto en el capítulo VIII, que en refutacion de esta obra escribió la suya sobre el mismo Concilio el cardenal Palavicini.

Los alemanes y aun los polacos no carecieron de historiadores en la mencionada época. Casi todos escribieron en latin, pues la lengua alemana era poco conocida en aquel siglo. Los sabios no la usaban en sus producciones. Hasta Lutero que la empleó al mismo tiempo que el latin en sus obras polémicas, no fué popular, como lengua escrita, en aquella nacion que en los tiempos sucesivos se distinguió en todos los ramos de literatura.

Los Paises-Bajos produjeron á Meterem, holandés, que escribió la historia de los Paises-Bajos; á Dousa, autor de los anales de la Holanda; á Rosweybe, autor de los fastos de los Santos; á Zenócaro, que escribió en latin la vida de Carlos V.

Entre los portugueses, Osorio escridió en latin los hechos del rey don Manuel; Texeira, la relacion de sus viajes en Persia; Carneiro, una guerra de los Paises-Bajos; Castanheda, la historia de la conquista de la Indias por los portugueses; Conto, la historia de las Indias.

APÉNDICE VII.

Continuacion del anterior.—Escritores prosistas españoles en diversos géneros.—Antonio de Lebrija.—Luis Vives.—Fray Luis de Granada, Fray Luis de Leon.—Ambrosio de Morales.—Benito Arias Montano.—Francisco Sanchez (El Brocense.)—Alfonso de Salmeron.—Diego Gracian de Alderete.—Juan Jines de Sepúlveda.—Antonio Perez.—Santa Teresa de Jesús.—Escritores militares.—Escritores extranjeros.

Despues de los historiadores vendrán los que escribieron obras misceláneas en que á par de lo religioso, lo moral y lo político, entra lo puramente erudito y literario. En este género misto fué en el siglo XVI muy rica nuestra España. Sobresalieron en él hombres que á la copia de la ciencia y de la erudicion reunen un estilo grave, sentencioso y lleno de armonía, que los constituye en modelos para cuantos se ocupan en escribir latin y castellano, pues en ambas lenguas florecieron. Como la mayor parte de estos escritos son de carácter religioso y dogmático, tenian los autores libertad omnímoda para elevar el vuelo del pensamiento, y desplegar las galas de su imaginacion del modo que les convenia. Entre tantos autores de este género, escogeremos los mas eminentes, los que alcanzaron y conservan su gran reputacion en todo el orbe literario. Como es tan difícil el deslinde entre la primera y segunda mitad del siglo XVI, nos referiremos al todo de esta época (1).

De lo vasto de conocimientos, de la prodigiosa variedad de géne-

(1) Véase la *Bibliotheca nova* de don Nicolás Antonio, de la que están tomadas todas estas notas.

ros á que se dedicó la pluma de Antonio de Lebrija, hemos hablado en el capítulo séptimo de nuestra historia. Pertenece mas al siglo XV que al XVI, habiendo fallecido el año 1522 á la edad de 78 años. Fué el primer humanista de su nacion y acaso de su siglo. Contribuyó con sus luces á la publicacion de la famosa Biblia Complutense. Escribió historias, exposiciones sagradas, obras de medicina, tratados filosóficos de varios géneros, y entre otras la famosa gramática latina que con el nombre de *Arte de Nebrija* (1) reinó en todas las escuelas de España por espacio de tres siglos.

Dejando por ahora varios autores eminentes en estos ramos, y contemporáneos de Lebrija, pasaremos á los que prolongaron su existencia hasta el reinado que escribimos. Comenzaremos por el famoso Juan Luis Vives, nacido en Valencia á últimos del siglo XV, muerto en los Paises-Bajos á mediados del siguiente. Fué este sabio uno de los primeros ayos de Felipe II; mas permaneció muy poco tiempo al lado de este príncipe. Pasó por varias vicisitudes y persecuciones. Estuvo en Inglaterra, en Roma, y terminó, como hemos dicho, sus dias en una especie de destierro. Todas sus obras están escritas en latin y se reducen á tratados ó disertaciones sueltas, en forma de diálogo, epístola, ó simplemente didáctica sobre varios puntos de literatura, historia, filosofía, moral política y cristiana. Algunos son de carácter puramente religioso y expositivo sobre ciertos puntos de la Sagrada Escritura. A cerca de cuarenta ascienden estos tratados de materias varias entre las que llamarán la atencion las relativas á puntos puramente literarios y de erudicion histórica. Hay disertaciones sobre la *Huida de Pompeyo*, sobre *las oraciones de Isócrates*, sobre *las Bucólicas de Virgilio*, sobre *sus Geórgicas*, sobre *Suetonio*, sobre *el modo de escribir cartas*, sobre *el modo de hablar*, sobre *la declamacion, etc.* Tambien deben ser objetos de curiosidad su *Alma del viejo*, su tratado del *Sueño y la Vigilia*, la *Introduccion á la sabiduría*, sobre la *Educacion de la Infancia*, sobre *Oficio del marido*. Entre los tratados religiosos puede tambien llamar mucho la atencion su *diario ó diurno del sudor de Jesucristo*. Entre los políticos son muy dignos de citarse su diálogo sobre la *guerra* de los turcos y la *desidia de los príncipes cristianos*

(1) La patria de este autor es Lebrija (la antigua Nebrissa), por lo que fué conocido en su tiempo con el nombre del Nebrisense. De aquí se introdujo la corrupcion de ser llamado por algunos, Antonio de *Nebrija*.

en no acabar con ellos, pintando al mismo tiempo la vida miserable que llevan los cristianos bajo su dominio.

Fray Luis de Granada fué uno de los hombres eminentes de su tiempo por sus virtudes, por las vicisitudes de su vida pública, sobre todo por sus numerosos escritos á los que debe la gran reputacion que goza hoy dia. Sus obras son todas de un carácter moral y religioso, á excepcion de la vida de *Doña Elvira de Mendoza*, señora portuguesa que celebra por su piedad y sus virtudes. Escribió en latin y en castellano tratados sueltos como el anterior. En el mérito de su estilo en latin no nos atrevemos á entrar aunque le creemos eminente, tanto por ser esta la opinion de los inteligentes, cuanto porque lo colegimos del mérito que tiene el castellano. Se le dió el título de Ciceron por la abundancia de estilo, por lo acabado de la frase, por la armonía sostenida, que en ninguna circunstancia se desmiente. No creemos que en autor alguno de aquel siglo, ó de los que le siguieron, luzcan mas la elegancia, las galas del decir, la pureza, la altisonancia de la lengua castellana, ni aparezcan con mas evidencia su orígen y similitud con la latina. Reina en sus períodos cortos la misma armonía, la misma flexibilidad que en los mas largos. Cualquiera que sean las opiniones, los hábitos de los que se dedican á escribir en castellano, no podrán prescindir nunca de consultar á fray Luis de Granada, y hasta de estudiarle. La Guia de Pecadores pasa por la obra mas acabada y popular de este escritor tan eminente. En ninguno de los tratados de retórica dejan de citarse algunos de sus trozos para muestra de todos los géneros de estilo. Sus imitaciones de Ciceron, aunque contraidas á objetos tan diversos, son perfectas en su línea.

Nació fray Luis de Granada en la ciudad de este nombre, á principios del siglo XVI. Entró jóven en la órden de Predicadores. Despues de haber pasado algunos años en su patria dándose á conocer con distincion por su saber y sus escritos, viajó por algunas provincias de España; se trasladó á Roma donde recibió muestras de favor del papa Pio V. Regresado á la Península pasó á Portugal, donde se estableció por el resto de sus dias. Fué muy estimado y reverenciado en Lisboa, habiendo sido nombrado confesor de la reina doña Catalina. Renunció el arzobispado de Evora que le confirieron, y se resistió á que pidiesen para él en Roma el capelo de cardenal, como lo deseaba aquella corte, donde permaneció fray Luis, consagrando á sus escritos el tiempo que le dejaban libre las varias fun-

ciones de su ministerio. Fue visitado en su celda por Felipe II. Auxilió en su enfermedad al famoso duque de Alba, y por los años de 90 terminó sus dias en Lisboa.

Compuso fray Luis de Granada varias obras en latin y muchas más en castellano. Es el autor de su clase que escribió mas al alcance de toda suerte de lectores. Cualquiera que sean las ideas y los principios de los que cojan sus libros en la mano, estamos seguros de que los leerán con gusto. Además de la *Guia de Pescadores* que creemos ser la obra mas popular de este sabio y elocuente religioso, escribió el libro de la *Oracion y meditacion*, el *Memorial de la vida cristiana*, la *Introduccion del símbolo de la fe*, donde prescindiendo de su elevacion en la parte puramente teológica, se ven pensamientos y observaciones eminentemente filosóficas que harian honor á los sabios mas distinguidos antiguos y modernos ; la *Institucion y regla de buen-vivir para los que empiezan á servir á Dios, mayormente religiosos ; un compendio de la doctrina cristiana*, donde un hombre tan eminente desciende á los rudimentos mas sencillos hasta el acto de persignarse : la *Doctrina espiritual ;* la *vida del P. M. Avila ;* la de *Milicia Fernandez, portuguesa ;* la de *Doña Elvira de Mendoza*, viuda de *Fernando Martinez Mascareñas : una carta al patriarca de Antioquía :* un libro llamado *Contemptus Mundi* (Desprecio del mundo), de Tomás Kempis. El lector amante de su nacion y de la literatura de su siglo, no llevará á mal que hayamos entrado en tantos pormenores sobre las producciones de este varon verdaderamente incomparable.

Fray Luis de Leon fué tambien una de las grandes lumbreras de aquel siglo. Nació en 1527; es decir, cuando Felipe II ; entró de pocos años en la órden de San Agustin, y pronto se distinguió en ella por sus prendas eminentes. Sufrió una persecucion por el *Santo Oficio*, quien le tuvo preso en una cárcel, de donde le sacaron al cabo de cinco años declarándole inocente. Se dice de este personaje, que habiendo continuado despues de puesto en libertad sus lecciones de teología, interrumpidas por su encarcelamiento, comenzó su tarea por esta memorable frase : «Dijimos en la última leccion, etc.» sin aludir ni remotamente á sus cinco años de confinamiento. Sin embargo, fué el gérmen de la enfermedad que le llevó al sepulcro á la edad de 64 años.

Como poeta tendrá fray Luis de Leon su lugar cuando lleguemos á este ramo de literatura. La mayor parte de sus escritos en prosa

son casi todos en latin y de órden puramente religioso. Se reducen á exposiciones sobre varios libros de la *Escritura*, en que los teólogos de aquellos tiempos fueron tan fecundos. Las hay sobre el *Cantar de los cantares*, sobre el *salmo 26*, sobre el *profeta Abdías*, sobre el *Apocalipsis*. Las dos obras que compuso en español se intitulan *De los nombres de Cristo y de la perfecta casada*.

Ambrosio de Morales fué tambien bajo el aspecto literario uno de los grandes hombres de su época. No sabemos si era eclesiástico; mas no perteneció á ninguna órden religiosa. Nació en el año 1513 y murió en 1590. Fué notado este sabio por su gran laboriosidad, y lo avaro que era de su tiempo. á que aludia sin duda este estribillo que se ve escrito en casi todos los libros de «tiempo fué que tiempo no fué;» frase que aunque verdaderamente encierra un sentido profundo, no es muy clara,

Las obras de Ambrosio Morales pertenecen casi todas al órden histórico. Fué nombrado historiógrafo real por Felipe II, y maestro de don Juan de Austria. Continuó la *Crónica general de España*, que empezó el D. Florian de Ocampo, cronista del emperador Carlo V. Escribió de las *antigüedades de las ciudades de España, con un discurso general donde se enseña cómo se deben hacer las averiguaciones para entender bien las antigüedades; un discurso sobre el linaje y descendencia del glorioso Santo Domingo;* otro sobre los *privilegios, y lo que en ellos se debe considerar para aprovecharse quien escribe nuestra historia; una apología de los anales de Gerónimo de Zurita; la vida, el martirio, la invencion, las grandezas y traslaciones de los gloriosos niños mártires San Justo y Pastor; un discurso sobre la lengua castellana*; otros quince sobre varios puntos de literatura; una traduccion del griego del *filósofo Cebes, etc.*

El estilo de Ambrosio de Morales es claro y grave, como el de todos los autores de aquel siglo. No alcanza la tersura y elegancia, y el gusto en el decir de algunos de nuestros grandes prosistas ya citados. Sus obras son todas excelentes por la copia de instruccion y de doctrina que suministra á los que se ocupan de la historia.

Escribió además Morales algunas obras en latin, casi del mismo carácter que las castellanas. Se encuentra en ellas un *himno al rey mártir san Hermenegildo*.

Vendrá despues Benito Arias Montano, célebre por su vasta erudicion, por sus muchas obras consideradas como maestras por los inteligentes, por sus servicios en la publicacion de otras ajenas, por su

gran laboriosidad de que fué un tipo y un modelo. Nació por los años 1530, y murió á fines de aquel siglo. Ya hemos visto que Felipe II echó mano de este sabio para la publicacion de la *Biblia régia*, por las prensas de Plantino en Flandes. Le distinguió muchísimo este monarca y le dió otras varias comisiones de la misma clase. Fueron muy útiles sus consejos en la disposicion y arreglo de los adornos del Escorial, en la designacion de rótulos é inscripciones que figuran en muchas partes principales. Se le atribuye la idea de la colocacion de las seis estatuas colosales de reyes que figuran en el atrio de este nombre, aunque no son suyas las inscripciones de sus pedestales. Fué el primer bibliotecario, y se puede decir el creador de aquel gran depósito de libros, que atendiendo al siglo en que se reunieron, se puede considerar como uno de los rasgos mas magníficos de la real munificencia.

Las obras de Arias Montano son todas en latin, de carácter religioso y expositivo de varios libros de la Biblia, segun era el gusto de aquel siglo. No los citamos pues por esta causa, y por no estar escritos en lengua castellana. Se encuentran en ellos cuatro tomos de himnos ó poemas sagrados, varios aforismos sacados de las historias de Cornelio Tácito, y el itinerario de Benjamin de Tudela, célebre judío del siglo XIII.

El maestro Francisco Sanchez, llamado el *Brocense*, por ser natural de Brozas, pertenece casi exclusivamente á la clase de humanistas. Adquirió en su tiempo el nombre de *Divino* por la excelencia de sus obras. Nació en el año de 1523, y murió ya entrado el siglo VII. Profesó humanidades en Salamanca, donde se hizo el oráculo en todos los ramos del bien decir y de amena literatura. Hácia el fin de sus dias fué perseguido por la *Inquisicion*, y hasta preso, aunque dentro de su propia casa. En esta disposicion le cogió la muerte en la avanzada edad de noventa años. Mas sus hijos consiguieron la declaracion de su inocencia, y que por la universidad de Salamanca le hiciesen los honores fúnebres que como á profesor en ejercicio le correspondian.

La mayor parte de las obras del *Brocense* están escritas en latin: no sabemos si algunas se han vertido al castellano. Son todas de un órden didáctico, relativas á las humanidades que el maestro profesaba. Unas son puramente doctrinarias, como las *Instituciones de la gramática latina*, el compendio *de la gramática griega*, *el tratado de las partes de la oracion y la sintáxis*, *el del arte de decir*, *el de la interpretacion de los autores*, *el órden dialéctico y retórico*, relativo á toda clase de materias. Las otras son exposiciones ó comentarios sobre algunos autores antiguos y modernos. Los hay relativos á *Porfirio*, á los *emblemas* de *Andrés Alciato*, célebre jurisconsulto de los primeros años del siglo XVI; á las *Bucólicas de Virgilio*, á las *obras de Persio*, al *Arte poético de Horacio*, á *Pomponio Mela*, al famoso literato y poeta italiano del siglo XV, *Angel Policiano*.

Escribió el *Brocense* en castellano *las anotaciones á las obras de Juan de Mena; notas á las obras de Garcilaso de la Vega; la doctrina de Epicteto*; *las declaraciones y uso del reloj español entretejido con las armas de la muy ilustre y esclarecida casa de Rojas*.

Pedro Simon Abril fué otro de los grandes literatos de aquel siglo y contemporáneo del *Brocense*. Se ensayó casi en los mismos géneros de literatura, dedicándose especialmente á la traduccion de algunos clásicos antiguos. No sabemos si fué profesor en alguna universidad como el primero. Escribió en latin y en castellano, aunque en esta lengua debió de publicar mas obras que en aquella. Las principales son: *gramática griega en lengua castellana*: *una cartilla griega: la comparacion de la lengua latina con la griega*; *una gramática castellana: sentencias de diversos autores griegos, en español*: *tablas de leer y escribir bien y fácilmente*: *introducciones á la lógica de Aristóteles*: *primera parte de la filosofía llamada lógica ó parte racional: apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas, y la manera de enseñarlas para reducirlas á su antigua entereza y perfeccion: la traduccion de los ocho libros de Aristóteles sobre la* REPUBLICA: *de los diez libros de la ética ó moral del mismo: las oraciones de Demóstenes contra Esquines, y de Esquines contra Demóstenes*; *dos sermones de san Basilio en favor del ayuno, y contra la embriaguez*: *dos de san Juan Crisóstomo, de los frutos de la oracion*: *los diez y seis libros de M. T. Ciceron* AD FAMILIARES: *las cuatro oraciones suyas contra* CATILINA: las pronunciadas á favor de la ley MANILIA, en favor de Q. LIGARIO MARCELO y el poeta ARQUÍAS: las *seis comedias de* TERENCIO con el texto latino: el Cratilo y *Gorgías de* PLATON: el *Pluto* de ARISTOFANES, la *Medea* de EURIPIDES, y para terminar esta lista, *un libro sobre la tasa del pan, y de la utilidad della y del modo que se debe tener en hacella*.

Escribió en latin *cuatro libros de gramática de la lengua latina*; el *libro de la adivinacion de* CICERON con interpretacion castellana y *Escolias hispano-latinas*; *tres libros de las epístolas selectas de* CICE-

RON *con interpretaciones y escolias*, en castellano; *las fábulas de* Esopo *con la version al castellano*.

Alfonso de Salmeron nació en Toledo el año 1516, y murió en Nápoles en 1585. Fué eclesiástico, famosísimo predicador y escritor infatigable. Escribió todas sus obras en latin y versan sobre asuntos religiosos, unos puramente dogmáticos; otras, que son las mas, expositivas de algunos libros de la Sagrada Escritura, entre las que se distinguen los *Comentarios sobre los Hechos de los apóstoles y las Epístolas de San Pablo*. Tambien publicó en la misma lengua, *Sermones sobre las parábolas evangélicas de todo el año*.

Diego Gracian de Alrede fué discípulo de Juan Luis Vives y vivió cerca de noventa años. Se distinguió por sus traducciones de los clásicos antiguos. Publicó las de las obras de Jenofonte en tres partes, comprendiendo la primera la *historia de* Ciro; la segunda la *historia de la expedicion del jóven Ciro en Asia y su derrota seguida de la famosa retirada de los diez mil, conocida con el nombre de* Anabasis, y la tercera el *oficio y cargo de capitan general de caballería, de la táctica de esta arma, y el tratado de la caza y montería*. Tradujo de Plutarco *la vida de Agesilao, las obros morales y los apoteosmas:* de Isócrates, la *gobernacion del reino dirigida al rey Niocles:* de Dion, *la enseñanza del príncipe*: *la historia de Tucídides: los libros de San Ambrosio y espejo de conciencia*: *cinco tratados de arte militar*, intitulado el primero *de las calidades qae ha de tener un capitan general*; el segundo *César*, *renovado*; el tercero *disciplina militar*, el cuarto, *instruccion de los hechos y cosas de de la guerra de Langsy*; el quinto *árrestos de amor*.

Juan Ginés de Sepúlveda nació en Córdoba hácia fines del siglo XV, y murió en 1571, de mas de ochenta años. Escribió de filosófía, de antigüedades, de ética, moral, del arte militar, de política de su tiempo, del arte de bien decir, tambien de historia. Todas sus producciones están en latin y presentadas en diversas formas, unas en diálogo, otras en epístolas, otras en oraciones y discursos. No citamos los títulos de todas estas obras por no ser difusos.

Merece tambien que se le mencione como autor el famoso Antonio Perez, aunque no sea mas que por la conexion extraña de sus escritos con sus aventuras. Todos convienen en que el secretario de Felipe II recibió una educacion muy esmerada, que era muy versado en letras humanas y sagradas, y que en medio de sus ocupaciones y devaneos de la corte, dedicaba algunos ratos al estudio.

No conocemos de él mas obras que sus famosas relaciones, su memorial y sus cartas ya citadas. En su tiempo tuvieron mucha boga por lo curioso y extraño de su contenido, y en los actuales no pueden menos de llamar la atencion de los aficionados á la historia. Prescindiendo del asunto en que nos hemos ocupado ya bastante, nos parece su estilo seco, á veces oscuro, en ocasiones sobrado sentencioso y en no pocas afectado. Si se debe consultar á Perez por el fondo de las cosas, están muy lejos en nuestra opinion de ser un buen modelo las formas con que se revisten.

Dejamos para el último lugar á santa Teresa de Jesús, no por ser este el que le corresponde como autora, sino por considerarla en cierto modo aparte por el carácter particular que la distingue. Fué esta mujer verdaderamente extraordinaria, y uno de los personajes mas distinguidos de su nacion y de su siglo bajo cualquier aspecto que se la considere, cualesquiera que sean las opiniones, las ideas y los hábitos de cuantos la examinen. Reunió á una imaginacion ardiente, á un corazon tierno, á una piedad, que no puede admitir duda, una energía, una actividad, una perseverancia de designios que la hubiese dado aptitud extraordinaria para cualesquiera otros negocios á que se hubiese dedicado. No puede importar mucho á la presente edad que hubiese acometido y llevado á cabo la empresa en aquellos tiempos tan difícil de reformar una órden religiosa, reduciéndola en lo posible á las reglas de su instituto primitivo: mas debe causar admiracion que una mujer hubiese ejercido y conservado hasta su muerte una autoridad dictatorial sobre tantas personas de ambos sexos que abrazaron con entusiasmo sus reformas. Entre los religiosos sobre todo habia hombres eminentes por su saber, por las dignidades de que estaban revestidos en su religion, y hasta por la santidad de sus costumbres, entre los que se contaba san Juan de la Cruz, que fué canonizado en el siguiente siglo. Todos estos grandes personajes miraron siempre á la reformadora como oráculo, recibiendo de ella con toda sumision los consejos, las amonestaciones, los preceptos que tenia á bien el imponerles. Se ve á esta mujer extraordinaria en medio de mil achaques y enfermedades, llevando adelante su obra con la mayor perseverancia, sin arredrarse por ningun obstáculo, pasando su vida en peregrinacion continua, de convento en convento, de provincia en provincia, siendo recibida en todas partes como ángel tutelar, la que venia á establecer sistemas de austeridad, mortifica-

cion y penitencia. Era preciso que fuese muy ardiente su entusiasmo y singular su habilidad de comunicarle á la vasta grey que dirigia. De las virtudes cristianas, de las mortificaciones y penitencias de esta singular mujer que le valieron el título de Santa, otras plumas mas dignas que la nuestra se han ocupado con acierto. Como autora, pues, bajo este título la colocamos en nuestro catálogo, y merece un lugar muy distinguido. Escribió sus obras en castellano, y, como puede suponerse, son todas de un órden místico y ascético, segun correspondia á quien á tal profesion se dedicaba. Su estilo es de una imaginacion ardiente, de un corazon expansivo, de este fuego de devocion, á quien se da propiamente el nombre de *amor divino*, cuyos afectos y lenguaje participan tanto del humano. Escribió el *Camino de la perfeccion, El castillo interior ó las moradas, Del modo de visitar los conventos de religiosas*, los *Avisos para sus monjas*, las *Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios, Conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras de los* CANTARES *de Salomon*, *Siete meditaciones sobre el* PADRE NUESTRO *acomodadas á los dias de la semana*. Dejó además escrita su propia vida por órden de su confesor, y dos tomos de cartas que son un modelo de naturalidad, gracia y hasta aquel amable abandono de una correspondencia epistolar que no se destina á la luz pública.

Nos queda de santa Teresa de Jesús el famoso soneto citado tantas veces, que corre en todos los devocionarios, y que empieza con «No me mueve, mi Dios, para quererte...» Es inútil escribir los demás versos, pues de todos son sabidos.

Muy probable es que la pluma á que se debe esta composicion, haya escrito otras mas del mismo género que no han llegado á nuestros dias.

Sobre materias militares, tuvimos escritores de no poco mérito. Sobresale entre todos don Bernardino de Mendoza, hombre de guerra y de Estado, que desempeñó muchos cargos diplomáticos, y hemos visto embajador de Felipe II en Paris, cuando se hallaban en su mayor actividad las negociaciones de este monarca para hacer reina de aquel pais á su hija doña Clara Eugenia. Sirvió don Bernardino con distincion en varias guerras, sobre todo en Flandes, aunque aquí no obtuvo mando en jefe en ninguna de sus épocas. Escribió además de los *Comentarios de lo sucedido en los Paises-Bajos desde* 1567 *hasta* 1577, *La teórica y práctica de la guerra*, obra importante para conocer la organizacion de los ejércitos de

aquella época, su modo de combatir, y adelantos que se habian hecho en el arte de la guerra. Corrió esta produccion con gran éxito en Europa, y fué estudiada por los militares de aquel siglo y el siguiente. Publicó don Bernardino una traduccion de los seis libros de la política de Justo Lipsio.

Antonio Flores de Benavides tradujo del italiano al castellano la obra de Grison, intitulada *Reglas de la caballería de la brida, para conocer la complexion y naturaleza de los caballos, y doctrinarlos para la guerra y servicios de los hombres*.

Bernardino Barroso publicó una obra, titulada *Teórica práctica y ejemplos del arte militar*.

Bernardino de Escalante escribió *Diálogos del arte militar*; un tratado sobre la *Navegacion de Oriente y noticias de la China*.

Bernardo de Vargas Machuca escribió sobre la milicia indiana; publicó una *Descripion hidrográfica y geográfica de las Indias, un compendio y doctrina nueva de la Gineta: secretos y advertencias de ella; señales y enfrenamientos de caballos; su curacion y beneficios, y la defensa de las conquistas de las Indias*.

Francisco Arias de Bobadilla escribió *Del oficio de maestre de campo general*.

Francisco Valdés, maestre de campo, *El espejo* y *Disciplina militar*, en el cual se trata *del oficio de sargento mayor*.

Cristóbal Mosquera de Figueroa, un *Comentario de la disciplina militar, en que se describe la jornada de las islas de los Azores; un elogio del marqués de Santa Cruz*.

Luis Dávalos, *El cartapacio de las patentes y títulos de maestres de campo, generales, lugar-tenientes y otras órdenes militares, así de reyes como de gobernadores de los ejércitos*.

Cristóbal Lechuga, maestre de campo general, compuso un *Discurso sobre la artillería, y sobre todo lo necesario á ella*, con un tratado de *fortificacion* que se publicó muy á principios del siglo XVII.

Sirvió Lechuga con gran distincion como jefe de artillería en la guerra de los Paises-Bajos á las órdenes de don Juan de Austria, del duque de Parma, del conde de Mansfeld y del de Fuentes. Se halló en los sitios de Ham, Chatelet, Doulens, Ardres, Calais, Cambray y Hulst. En la defensa de Amiens contra Enrique IV, era asimismo comandante de la artillería. Alcanzó gran fama como soldado; y en su ramo de artillería se considera como inteligente y promovedor de mejoras importantes.

Don Diego de Alava escribió tambien de artillería, y fué el autor mas antiguo que se tiene de este ramo. Publicó *El perfecto capitan de guerra*, en seis libros; los cuatro últimos tratan exclusivamente de la artillería.

Andrés García de Céspedes escribió tambien de artillería, y publicó el *Libro de instrumentos nuevos de Geometría, con un tratado de artillería, y un reglamento de navegacion.* Todas estas obras se imprimieron muy á los principios del siglo XVII.

Luis Collado, ingeniero en el ejército de Italia en tiempo de Felipe II, publicó en Milan en lengua italiana su *Práctica de Artillería*, obra muy estimada de los inteligentes, que ha sido despues traducida al castellano.

Diego Ufano, otro artillero de gran mérito, publicó á principios del siglo XVII su tratado de la *Artillería militar*, obra muy curiosa, donde en su primera parte se describen con el auxilio de láminas, todas las bocas de fuego por órden cronológico, desde la invencion de la artillería hasta su tiempo.

Lázaro de la Isla publicó á últimos del siglo XVI su *Breve tratado de Artillería, Geometría y fuegos de artificio.*

No habrá necesidad de referir que estos artilleros hacian al mismo tiempo el servicio de ingenieros, y entendian como tales en el ramo de fortificaciones.

César Firrufino, por el mismo tiempo, su perfecto artillero (1).

Pedro de Medina, escribió el *Arte de navegar*, obra que corrió con mucho aprecio en aquel sitio, y sirvió como texto de enseñanza en algunas naciones extranjeras.

En el catálogo de estos autores españoles, solo hemos hecho mencion de lo mas sobresaliente y escogido de nuestra literatura de aquel siglo. Se pueden computar en cerca de dos mil los que dieron á luz sus producciones, ya en español, ya por medio de prensas españolas. Son innumerables los que se dedicaron exclusivamente á materias religiosas. Téologos dogmáticos, teólogos expositores del todo ó parte de la sagrada Escritura, de los santos Padres, de los concilios, de la disciplina de las leyes de gobierno de la Iglesia; de todo hubo con grande abundancia en aquel siglo. A ninguna órden monástica faltó su historiador: los mas célebres y conocidos cuentan muchos. Entre los escritores de este último género, merece singular mencion el padre fray José de Sigüenza, autor de la *Historia de la órden de San Jerónimo* á que pertenecia. Forma un episodio muy interesante de esta produccion, la parte consagrada á la construccion del Escorial, de cuyo monasterio fué prior dos veces. Escribió la historia de la obra con claridad y método como hombre inteligente que era en nobles artes. De esta descripcion tomaron las noticias principales los que se ocuparon despues de tan grande monumento.

(1) Véase sobre todos estos autores de artillería el «Memorial histórico de la artillería española,» de don Ramon de Salas, obra en nuestro entender muy apreciable en que con hechos se demuestra que se les debe á ellos una gran parte de los descubrimientos y mejoras que se atribuyen á extranjeros y pasan por de fecha mas moderna.

Si de España hacemos una excursion por otros paises de Europa, hallaremos igual abundancia y profusion con la misma variedad de géneros. Como puede presumirse de aquel siglo disputador en materias religiosas, fué prodigioso el número de obras polémicas, verdaderos campos de batalla, donde las diversas Iglesias combatian á muerte. Debió de ser muy enérgico, apasionado y hasta virulento el tono de la mayor parte de estas producciones, y altos los vuelos del espíritu de libertad con que se daba expresion al pensamiento. Sobresalieron efectivamente como escritores la mayor parte de los jefes de secta tan aplicados á esgrimir su pluma como las armas de la elocuencia desde el púlpito. En su debido tiempo hemos hablado de los numerosos escritos que se debieron á la cabeza fogosa de Lutero, y á la mas sombría y meditadora de Calvino. Fué vasta la erudicion de ambos en letras humanas y sagradas, é igualmente activo aunque con diversos caractéres, el celo con que trabajaban por dejar triunfantes sus doctrinas. El Alemania apoyó la de su apóstol el famoso Melancton, aun con mas saber, con mas copia de doctrina, con mas moderacion, con mas gusto y elegancia académica en sus formas. No estuvieron ociosas las plumas de Ecolampado, de Carlostad, de Zuinglo. De la de Teodoro Beza hemos hecho mencion en otra parte. Tambien se ejercia en Escocia la de Juan Knok, quien no desatendia por esto la tarea tan ardiente en sus producciones por escrito, de inflamar los ánimos de la muchedumbre desde el púlpito. La coleccion de todos estos escritos en pró y en contra, pues los católicos tambien tenian sus campeones, formarian una vasta biblioteca. Se concibe muy bien que en una época tan controversista, en que todo el mundo tomaba parte en la contienda, precisamente se habian de ocupar mas ó menos en el exámen de las cuestiones hasta los mas indiferentes, y que este espíritu de indagacion, ocupado entonces acaso en vanas sutilezas, debió de pre-

parar á los hombres á investigaciones de utilidad mas positiva. Ninguna nacion fué mas fecunda en este género de escritos que la Francia, donde por el carácter de sus habitantes, lo largo de las guerras civiles, por la parte que en ellas tomaban todas las clases del Estado estaban á cada momento vivas las pasiones con los nuevos objetos que á cada momento se presentaban en la escena.

La mayor parte de estas producciones yacen en la noche del olvido; mas todavía se citan, se leen y hasta se estudian obras de aquel siglo, donde sobresalen el gusto, la copia de erudicion y las buenas doctrinas de los escritores. Pertenecen algunos al género didáctico y moral; son comentarios otras de los escritos mas célebres de la antigüedad, y no pocas bajo el velo de la ficcion contienen verdades importantes. Se cultivaba el ramo de humanidades con esmero en todas las naciones de Europa: los autores clásicos de la antigüedad eran la lectura ordinaria de los hombres que se preciaban de buen gusto. Sin el conocimiento del latin y el griego, ninguno pasaba por hombre instruido, ni se podia decir que habia recibido una crianza literaria. Pocos autores clásicos dejaron de ser traducidos en aquel siglo; los griegos en latin, los latinos en la lengua de la nacion á que el traductor pertenecia. Fueron numerosas las versiones que se hicieron de la Biblia, y lo mismo sus ediciones en varios paises de la Europa.

Del mérito literario y del aprecio que merecen todavía las obras de Erasmo, hemos hablado á su debido tiempo. Todavía vive como autor en su *Utopia* el famoso Tomás Moro. El literato Ascham, maestro de la reina Isabel, adquirió gran fama en su tiempo por su gusto, saber y erudicion. Se conservan sus obras en el dia. Camden, Buchanan, citados ya como historiadores, lucieron asimismo en otros géneros de escritos.

No concluiremos con los autores ingleses de aquel tiempo sin citar un nombre mas eminente de aquella nacion y de aquel siglo; á saber, del canciller Bacon, que abrió una nueva senda á la filosofía, haciendo constituir su ser y su importancia en la experiencia. Su grande obra en latin que llenó de admiracion á los sabios de aquel tiempo, no se publicó hasta principios del siglo XVII.

Adquirió gran fama Rabelais en Francia por haber hecho burla bajo el manto de alegorías extravagantes de casi todas las cosas de su tiempo. En los ensayos de Montaigne, autor contemporáneo de Carlos IX y Enrique III, se encuentra gracia, amenidad, filosofía,

crítica, moral pura, aunque de no muy severas formas revestida, y una variedad de asuntos que constituyen esta produccion en una leyenda de entretenimiento y de instruccion para toda clase de personas. Es muy digno de observacion que en una especie de carta introducida en ellos, dirigida á la condesa de Fois, se encuentran todos los principios y elementos que desarrolló despues en su *Emilio*, el famoso ciudadano de Ginebra.

Siguió los pasos de Montaigne como autor moralista, Charron, en su *tratado de la sabiduría* (1) *y tratado de las tres verdades* (existencia de Dios, verdad del cristianismo, verdad del catolicismo); mas se quedó muy atrás de la gracia y estilo original de su modelo.

Una composicion de género satírico, producto de las guerras civiles, se conserva todavía y vive en la literatura con el nombre de *sátira Menipea*, atribuida á los parlamentarios, dirigida contra el rey de España y los príncipes Lorenos. En opinion de los inteligentes, es una pieza, ó por mejor decir una coleccion de piezas muy curiosas é instructivas, con el sello característico de aquella época.

No dejaremos á los autores franceses, sin citar el nombre de Nostradamo ó Nostradamus, célebre médico y astrólogo que se vendió por profeta y publicó predicciones con el nombre de *Centurias*, de mucha boga en su tiempo y no ignoradas en el dia. Un hermano suyo fué poeta é historiador; la misma carrera siguieron sus dos hijos, de los que el último le imitó en sus pretensiones de profeta.

En los Paises-Bajos hizo Justo Lipsio célebre su nombre, como filólogo, anticuario comentador y crítico. Son muy estimadas sus obras, escritas en latin, y cuya principal versa sobre Tácito.

La misma carrera siguieron Julio César Scalígero, y su hijo José, italiano el primero, y nacido en Francia el segundo; ambos poetas, filólogos, comentadores y anticuarios, cuyas obras se leen y citan todavía. Se atribuye al segundo la invencion del Período Juliano.

Pasando á los autores militares, citaremos á Boillot, francés, autor de los *modelos, artificios de fuego* y diversos instrumentos de guerra; á Errard, de la misma nacion, autor de la *fortificacion, demostrada y reducida á arte*; obra que se cita todavía, pues que su sistema ha sido el elemento que sirvió para el desarrollo de la cien-

(1) *Sagesse* dice el original. Esta voz francesa no se puede traducir siempre con toda propiedad. Equivale algunas veces á *sabiduría*, otras á *discrecion*, otras á *prudencia*. En general se puede entender por sabiduría; mas en el género moral, no en el científico.

cia; á Marchs, italiano, autor de la *arquitectura militar*; á Meynier, francés, autor de las *nuevas invenciones de fortificar las plazas*; á Rameli, italiano, autor de las *diversas y artificiosas máquinas*; á Stevino, ingeniero al servicio de Mauricio de Nasau, y director de la construccion de los diques de la Holanda, escritor de ciencias matemáticas y mecánicas, autor asimismo de varios tratados de fortificacion, muy estimados en el dia; á Tartaglia, italiano, que fué uno de los primeros que aplicaron las matemáticas á la ciencia de la guerra. Volvemos á indicar que entre los grandes escritores sobre este ramo, merece ser leido y estudiado Maquiavelo, que trató de este arte, no como un militar, pues no lo era, sino como un sabio familiarizado con las obras de la antigüedad, de las que supo sacar tantas ventajas.

APENDICE VIII.

Poetas castellanos del siglo XVI.—Garcilaso.—Herrera.—Fray Luis de Leon.—Góngora.—Los Argensolas.—Poetas épicos.—Juan de la Cueva.—Juan Rufo.—Cristóbal de Virues.—Balbuena.—Ercilla.—Traductores.—Hernandez de Velasco.—Gonzalo Perez.—Don Juan de Jáuregui.—Poetas dramáticos.—Juan de la Encina.—Bartolomé Torres Naharro.—Juan Malara.—Lope de Rueda.—Rodrigo Alonso.—Francisco Avendaño.—Luis Miranda.—Juan de Timoneda.—Juan de la Cueva.—Andrés, Rey de Artieda.—Lupercio Leonardo de Argensola.—Cervantes.—Novelistas.—Fernando de Rojas.—Hurtado de Mendoza.—Mateo Aleman.—Timoneda.—Gil Polo.—Cervantes.—Poetas extranjeros.

Abrió la marcha de la España poética del siglo XVI un hombre de gran mérito y distinguida fama, Garcilaso. Es corto el número de las composiciones suyas que le colocan en el de los grandes poetas, mas son de un mérito tal, que no han sido superadas por ninguno de los poetas de su siglo, ni de los dos sucesivos, ni aun en lo que va del XIX. No es fácil en efecto escribir con mas gracia, con mas viveza de sentimiento, con mas rica imaginacion, con mas elegancia, con imitaciones mas felices de Virgilio que nuestro autor, en las dos solas églogas que constituyen sus grandes títulos poéticos. Dudamos de que se pueda presentar un trozo de mas belleza, que la parte de Nemoroso en la primera. Ninguna de sus locuciones ha envejecido; ninguna de sus palabras puede pasar en el dia por un arcaismo. Poesías que tienen de fecha tres siglos y medio parecen escritas de ayer; tal es la frescura y lozanía que conservan.

Garcilaso se quedó como autor lírico sin émulos ni rivales en la

primera mitad del siglo XVI. De los otros ya hemos hecho mencion aunque sucinta en el capítulo VII. En la segunda mitad, en el reinado de Felipe II, se hicieron hombres eminentes en este género de escritos. Fué en efecto dicha época rica en poetas líricos, épicos, dramáticos y hasta didácticos y satíricos. Se imitaron casi todos los géneros que nos habian quedado de la antigüedad, aunque mas ó menos felizmente. Pasaremos una rápida ojeada sobre los que figuran en el primer cuadro.

Fernando de Herrera, fué llamado el *Divino* por sus contemporáneos; no sabemos si se le hubiese dado este título en el dia. Que escribió muchos versos fáciles, correctos, elegantes, armoniosos y hasta elevados y sublimes, no admite duda alguna. En sus numerosos sonetos y canciones, se mostró imitador de Petrarca, con la diferencia de que este expresaba una pasion real y verdadera, sentida por él mismo, en lugar que la de Herrera era puramente imaginaria. Basta esta sola indicacion para conocer cuán diversos debieron de ser en el estilo, tono y colorido las efusiones de los dos poetas. Dudamos que nadie pueda sostener la lectura seguida de las canciones y sonetos del andaluz, donde reinan el mismo asunto, los mismos lamentos, la misma quinta esencia de los sentimientos del amor, expresados de un modo que haee ver que el poeta no estaba enamorado. Dejó Herrera dos composiciones líricas que le dan título al renombre de poeta y gran poeta; tales son las relativas á la muerte del rey don Sebastian y la batalla de Lepanto. Se mostró el cantor sublime y armonioso, abrazando con su ardiente imaginacion algunas figuras de aquellos grandes cuadros; mas se le olvidaron otras importantes, y por mucho que sea el mérito de las dos composiciones, no nos parece que voló tan alto como el asunto requeria. Tal vez es mas exacto decir que hay realidades, á cuya grandeza y altura no llega la imaginacion de los poetas.

Ateniéndonos á la parte lírica, podemos decir qne tenemos en fray Luis de Leon un segundo Horacio, aunque el poeta castellano marcha á bastante distancia del latino. Es su facilidad, su gracia natural, la elegancia de sus giros, el acabalgamiento de sus versos, llegando la imitacion de nuestro autor hasta repartir una misma palabra en dos distintas, colocando tres sílabas en el primero, y dos en el segundo (1). Se puede sin embargo decir en honor del poeta

(1) Véase la oda sobre la vida descansada del campo.

castellano, que hay en sus composiciones una pureza, una elevacion de sentimientos, una nobleza de alma, si nos podemos expresar así, que se buscarian en vano en su modelo. Pasan por producciones acabadas, la *profecía del Tajo*, la oda á *Santiago*, la de la *noche serena*, la de la *Ascension*, la de la *vida retirada*. Además del género lírico, se ensayó fray Luis de Leon en la traduccion de algunas églogas y otras mas composiciones de Virgilio, donde quedó como es de suponer, muy inferior á un modelo tan perfecto. Tambien parafraseó el *Cantar de los cantares*. Se distingnen estas traducciones por la facilidad y elegancia que reinan en todas las obras del autor, aunque los críticos las tachan de sobrado redundantes.

Se cultivó en España en aquel siglo como en el siguiente, un género peculiar á nuestra poesía, á saber, el conocido con el nombre de *romances*, composicion sencilla en sus formas, de fácil y agradable armonía, muy popular en todas las clases de la sociedad, y sobre todo aplicables á todo género de asuntos. Así los tenemos heroicos, satíricos, pastoriles, amorosos y hasta epistolares. Las aventuras del Cid excitaron la vena de varios poetas de este género. No son pocos los romances moriscos consagrados á lances amorosos y hazañas militares de este pueblo, creador, segun opinion comun, de dicha clase de composiciones.

Se acusa á don Luis Góngora de haber corrompido el buen gusto, desfigurado las palabras, invertido su órden en las frases solo por la afectacion y prurito de marchar por senda diversa de la de sus contemporáneos. Fué singular en efecto este poeta por los defectos que llevamos dichos, por la voluntaria oscuridad en que envolvió sus conceptos, por las metáforas extrañas y traidas de lejos de que fué tan pródigo, por lo sutil y alambicado de sus pensamientos. Formó verdaderamente una escuela que se llamó de su nombre *Gongorina*, y tuvo mucha influencia en la decadencia del buen gusto que se advierte en una gran parte de los poetas del siglo XVII. Todos estos defectos y caprichos no quitan sin embargo á Góngora de aparecer como gran poeta en casi todas sus composiciones. Han llegado hasta nosotros y se leen todavía con placer sus romances, algunas de sus canciones y otras composiciones cortas de este género.

Se pueden contar entre los grandes poetas de aquel siglo Lupercio Leonardo de Argensola, y su hermano Bartolomé, aunque el primero fué superior al segundo, no solo en el número, sino en el mérito de sus producciones. Cultivaron ambos el género grave y

moral con sus asomos de satírico. Nos quedan sobre todo del primero varias epístolas y sonetos notables por su gusto severo, por la elegancia y correccion de estilo, y las sanas máximas que encierran. Son buenos modelos que imitar para los que cultivan este género. Fueron llamados en su tiempo los *Horacios españoles*, título que se merecieron en parte, aunque se quedaron mas lejos de la gracia, de la facilidad, de la amable elegancia que distinguen al latino. Fué además Lupercio autor dramático, segun haremos ver cuando tratemos de este género.

En la poesía épica se ensayaron algunas plumas de aquel siglo, aunque no se puede decir en general que con buen éxito. Escribió un poema de esta clase con el nombre de la *Bética*, Juan de la Cueva, conocido ya por otras composiciones, en que alcanzó mas fama. Se publicó asimismo otro con el nombre de *Austriada*, debida á la pluma de Juan Rufo. El capitan Cristóbal Virués, consagró otro poema del mismo género á Nuestra Señora de Monserrate, bajo este nombre conocido. Ninguno de estos tres vive ya en el orbe literario, siendo su destino yacer, como otros, en el polvo de las bibliotecas. Alguna mas fortuna cupo al poema titulado el *Bernardo*, debido á la pluma del obispo Balbuena; mas á pesar de la riqueza de imaginacion y galas de lenguaje de este poema, á pesar de lo numeroso de sus cantos y de estar consagrado á un asunto nacional, no le citan los críticos en la primera línea de las composiciones de esta especie.

No se puede sin dudar decir lo mismo de la *Araucana* de don Alonso Ercilla, poema tan sigular por el teatro de la accion, por los héroes que en él figuran, como por la circunstancia de haber sido el autor personaje activo en los mismos hechos que refiere. Es el poema la historia de una guerra puesta en verso; es el autor un oficial que escribe de noche el diario de las operaciones de aquel dia. El poema ó historia se divide en tres partes relativas á las tres diferentes épocas de la contienda. Es la conquista de un pais agreste en la parte meridional de América, perteneciente á la region que hoy con el nombre de Chile se conoce: es una lucha á muerte entre españoles é indios valientes, que superan en audacia y ferocidad á cuanto se habia conocido hasta entonces en el nuevo continente. Son estos *araucanos* los principales personajes en los cantos de Ercilla: los españoles solo ocupan un puesto secundario. Se reduce el poema á batallas, sitios, luchas de hombre á hombre. Para guardar

armonía con el asunto principal, introduce el autor, apelando á la máquina, dos episodios; relativa el uno á la batalla de San Quintin y á la de Lepanto el otro. Así todo es guerrero en la *Araucana*. Se dijo de este poema que era tan agreste en sí, como la escena de la accion y los personajes que la causan. Mas ni este defecto, suponiendo que exista, ni la infraccion de todas las reglas que se conocian como indispensables en este género de producciones, pueden defraudar á la *Araucana* de don Alonso de Ercilla de ser un gran poema, de ser la gran gala de aquel siglo y la única de este género que poseemos, ¡Qué cuadros tan nuevos! ¡Qué fuerza de pincel! ¡Que vuelos de imaginacion! ¡Qué valentía de lenguaje! ¡Qué facilidad de expresion! ¡Qué variedad de géneros desde el mas comun al más sublime! No pocas veces ocurre en la lectura la memoria del Ariosto, á quien sin duda en esta parte imitó Ercilla. Admira sobre todo la variedad de personajes que se introducen en la accion, y la maestría de los rasgos que individualmente los caracterizan. Tucapel, Rengo, Lautaro, Capoulican, Colocolo, son modelos de guerreros salvajes, de hombres esforzados, de jefes intrépidos é inteligentes. Nos atreveremos á indicar que los héroes de Ercilla no se quedan muchas veces detrás de los de Homero.

No fué aquella parte del siglo menos escasa en traducciones de poetas antiguos y aun modernos, que de clásicos prosistas. Publicó Hernandez de Velasco una traduccion de la Eneida, adoptando el uso de las octavas con el verso endecasílabo libre, de poca felicidad en su estructura, y casi insoportable en largas relaciones. La mezcla de los dos géneros de composicion no nos parece feliz ni motivada; la traduccion es floja, llena de palabras ociosas, y de aquel ripio de que pocas veces se ven exentos poemas escritos en octavas.

Mas desgraciado nos parece todavía en la traduccion que publicó de la Odisea de Homero Gonzalo Perez, padre, como hemos dicho, del famoso Antonio, que le heredó en su cargo de secretario. No sabemos si la traduccion es fiel; lo que sí nos parece un hecho incontestable es que el poema castellano es flojo y lánguido, sin ninguna armonía ni elevacion en el estilo. Adoptó el género endecasílabo libre, imposible de sostener con felicidad en poemas de la extension de la Odisea. No creemos que sea fácil prescribir reglas para la traduccion de los poetas griegos y latinos á ninguna lengua de las vivas. Adoptando el uso de la rima, es inevitable el empleo de palabras ociosas que no están en el original y debilitan el sentido. Para

el empleo del verso libre nos faltan recursos rímicos y de armonía, que aquellas dos lenguas verdaderamente musicales suministraban con tanta abundancia á sus poetas. Se puede decir que pocos clásicos de la antigüedad están traducidos verdaderamente en lengua alguna de las vivas.

El dulce fray Luis de Leon se ocupó en la traduccion de las églogas del mismo autor latino. Ninguno estaba sin duda mas en estado de penetrarse de la gracia, de la belleza de las imágenes, de la riqueza de conceptos y armonía esparcidos en estas composiciones pastorales; mas luchaba fray Luis de Leon con un poeta mas grande, con una lengua mas rica que la suya. Copió la gracia, mas no la correccion en la poesía de Virgilio. Escribió por lo menos un tercio mas de palabras que el original, falta ó sobra que nada puede disculpar, á menos que se trate de hacer una paráfrasis. Sin embargo, estas traducciones hacen honor á la memoria de nuestro poeta religioso, y se pueden presentar como un floron de su corona de poeta.

Mas felices fueron los españoles en la traduccion de poetas modernos y aun contemporáneos. A la cabeza de ellos podemos colocar á don Juan de Jáuregui, que tradujo el Aminta del Tasso de un modo tan exacto, tan feliz, tan apropiado á la índole de la lengua española, que no se sabe cuál de los dos es el poema original, y cuál el traducido. Este trabajo de don Juan de Jáuregui es un modelo en su género; mas como confirmacion de lo que ya llevamos dicho, en proporcion que fué dichoso traduciendo el Aminta, se mostró infeliz en la version que nos dió de la Farsalia de Lucano.

De mas traductores ó imitadores de poetas antiguos, hablaremos en la parte que sigue, consagrada exclusivamente á los dramáticos.

(1) La poesía dramática del siglo XVI, aunque al principio y mas con el tiempo tomó un aspecto y el aire de la nacionalidad que nos es característico, no dejó de ser entre nosotros, como los demás ramos de la literatura, una imitacion de los antiguos. Casi se puede decir que los dramas comenzaron entre nosotros con el siglo. Los primeros ensayos fueron muy sencillos, reduciéndose á diálogos entre dos ó tres interlocutores. Poco á poco se fué agrandando la

(1) Véase á Moratin en sus *Orígenes del teatro español*, y las lecciones sobre la poesía dramática de aquel siglo, explicadas en el Ateneo español por D. Alberto Lista. Ambos son buenos guias, aunque preferible en nuestra opinion el último por ser menos sistemático. Era el primero demasiado adicto y hasta apasionado de lo que en su tiempo se llamaba *clasicismo*, para no juzgar con demasiado rigor á lo que estaba fuera de esta línea.

accion y complicándose la fábula. Con mas ó menos perfeccion se ensayaron ya en las dos terceras partes del siglo, antes de Lope de Vega, todos los géneros de dramas que despues se conocieron y se conocen en el dia; el caballeresco, el de costumbres, el maravilloso, el pastoral, la comedia, la tragedia, siendo de notar que algunos de ellos están acompañados de coros; y por consiguiente llamaban la música en su auxilio. Fueron muchas las imitaciones que hicieron sus autores de la antigüedad, hasta presentar en escena traducciones literarias, ó con poquísimas alteraciones de piezas griegas y latinas.

Se considera á Juan de la Encina como el primer autor dramático del siglo XVI, aunque sus composiciones se reducen á simples diálogos, sin accion, enredo ni artificio alguno (1). A Encina sucedió Bartolomé Torres Naharro, inventor del género novelesco, que merece el título de padre y fundador de nuestra escena. Compuso ocho piezas que se representaron con aplauso en Nápoles y Roma. Pertenecen cuatro de ellas al género novelesco; tres al satírico ó de costumbres; la otra es heroica, consagrada á celebrar las conquistas del rey don Manuel de Portugal en Africa y la India. Los autores citados mencionan con elogio algunos de sus diálogos, y alaban la pureza de su estilo. Si estos dramas se resienten de la infancia del arte, merecen alabanzas como ensayos.

Hácia la mitad del siglo florecieron, siendo casi contemporáneos, Lope de Rueda, Juan Malara, Juan Rodrigo Alonso, Francisco Avendaño, Luis Miranda, Juan Timoneda, Juan de la Cueva, Andrés Rey de Artieda, Lupercio Leonardo de Argensola y Miguel de Cervantes, que cerrara la lista para llegar al que los eclipsó á todos, al que se erigió en monarca de la escena española, Lope de Vega.

Lope de Rueda alcanzó gran fama en su tiempo como autor y actor; cultivó el género novelesco y tambien el de costumbres. Compuso comedias de magia, coloquios por el estilo de Juan de la Encina y Pasos, nombre que dió él mismo á diálogos en escena, entre tres ó cuatro personajes de muy corta duracion; es decir, de un entretenimiento sumamente pasajero. Casi todas las comedias de este autor están en prosa, aunque dejó composiciones que le acre-

(1) Moratin y el señor Lista copian y citan como un modelo de gracia y riqueza de lenguaje una composicion dramática del siglo anterior, reducida á un diálogo entre el amor y un viejo. Se le asigna por autor á un tal Rodrigo Cota, á quien se atribuye tambien el primer acto de la Celestina, de quien hablaremos luego.

ditan de muy buen poeta, para su tiempo por lo menos. Pasan por sus principales piezas *la Eufemia* y *los Engaños*; y aun se cita como una cosa muy festiva el paso de las *Aceitunas*. Las tres piezas están insertas en los Orígenes del teatro español. El señor Lista cita algunos diálogos de la primera como modelos de buen estilo y sal cómica, no indignos de Cervantes. El paso de las *Aceitunas* es un juguete notable por su misma sencillez y naturalidad.

Juan de Malara dejó la fama de haber escrito mil tragedias, sin saber si se debe tomar este número en sentido literal ó en el figurado, queriéndose dar á entender con él que escribió muchas. Mas ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros.

Rodrigo Alonso escribió la *Casta Susana*, cuyo nombre indica bien su procedencia de viejo Testamento.

De Francisco Avendaño tampoco nos queda mas que una pieza con el nombre de la *Fortuna*; y de Luis de Miranda otra con el título de *Comedia Pródiga*, que alaba Moratin, y de la que cita y copia el señor Lista algunos trozos.

Juan de Timoneda fué contemporáneo y amigo de Rueda, de quien siguió las huellas cultivando su género, aunque segun los autores ya citados no con tanta fuerza cómica como su modelo. Fué buen escritor en prosa; duro y desaliñado en verso. Moratin insertó en sus Orígenes su comedia principal casi traducida de Plauto, y que Timoneda intitula los *Menemnos*. El señor Lista cita con elogio y copia alguno de sus diálogos. Tiene esta pieza una introduccion llamada *Introito*, escrita en prosa como el resto de la obra. Tambien se inserta en los Orígenes un paso de Timoneda en verso, intitulado *Los dos ciegos*.

Juan de la Cueva, autor como hemos visto de un poema épico intitulado *Bética*, y otros varios de género didáctico, se ensayó como autor dramático en todos los géneros, y fué el primero que empleó máquinas, ora de magia, ora diabólicas, ora de la mitología antigua. Escribió entre otras piezas el *Cerco de Zamora*, la *Libertad de España*, la *Constancia de Argelina*, el *Infamador*, que sirvió de tipo al *Burlador de Sevilla*, del maestro Tirso de Molina.

Juan de la Cueva pasa por el primer dramático español que tomó de la historia asuntos para sus composiciones. Empleó en ellas todo género de metros, sonetos, octavas, redondillas, cuyo gusto se propagó á los autores sucesivos. Los citados críticos censuran el desarreglo de su imaginacion, la falta de verosimilitud y de fidelidad

con que trazó caractéres históricos, la incorreccion y desaliño de sus versos, aunque citan con elogio algunos trozos de sus composiciones.

El capitan Cristóbal Virués, autor del poema del *Monserrate*, tambien lo fué dramático. Se ensayó en tragedias, que ateniéndonos á la sangre que en ellas se derrama, bien merecen este título. En la de *Atila furioso*, mueren cincuenta y seis personas, y la tripulacion de una galera presa de un incendio. Tambien abundan estos horrores en la que intituló la *Gran Semíramis*. Compuso Virués otra tragedia con el nombre de *Elisa Dido*, produccion de gran regularidad en la distribucion del plan, mas sin otro mérito. Virués era mal poeta, y fué tan desgraciado en el drama como en la epopeya.

Ya hemos visto que lo que se llama tragedia tambien era cultivado, aunque, segun los inteligentes, con mal éxito. Compuso fray Gerónimo Bermudez otras dos tituladas *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, cuyos asuntos están tomados de la historia de la famosa Inés de Castro. Lupercio Leonardo de Argensola hizo representar tres con los nombres de la *Isabela*, la *Alejandra* y la *Filis*, muy celebradas por Cervantes, mas que, segun los críticos, fueron muy poco dignas de mencion tan honorífica.

Nada diremos de las comedias y demás piezas dramáticas de este último que cultivó tantos géneros de literatura. No fueron sus dramas aplaudidos en su tiempo, ni hoy merecen otra mencion que la de ser obras de Cervantes. Compuso hasta diez y ocho de diversos géneros. Pasan por las mejores ó las menos malas los *Tratos de Argel*, la *Numancia*, ambas tragedias y la *Comedia confusa*. Se sabe que este autor, tan gigante en prosa, era un escritor menos que mediano en verso. Natural era que hubiese elegido la prosa para sus dramas, siguiendo el ejemplo que le habian dado muchos de sus predecesores; mas sin duda no conocia Cervantes la fuerza de su grande ingenio, en vista de su empeño en versificar á despecho de la naturaleza. No se puede por esto pensar que sus versos fueron todos malos. Uno de los motivos de dárseles tan poco mérito, es la comparacion que se hace de ellos con su prosa.

Además de las imitaciones que segun hemos visto hicieron de los antiguos nuestros poetas dramáticos de aquel siglo, se escribieron, aunque no se representaron, traducciones literales de algunas de sus piezas. Se puede contar entre ellas el *Anfitrion de Plauto*, por

Villalobos; las *seis comedias de Terencio*, traducidas en prosa por Pedro Simon de Abril, literato distinguido de su tiempo; la *Venganza de Agamenon*, tragedia, y la *Hécuba Triste* de Eurípides, traducidas en prosa por Fernan Perez de Oliva, con algunas variaciones. El señor Lista alaba el estilo de estas dos versiones, por su número, elegancia y armonía, considerada sobre todo la época en que se expidieron.

Se ve por este rapidísimo exámen que los poetas dramáticos del siglo XVI, anteriores á Lope de Vega, trataron este género en todas sus clases y ramificaciones conocidas y cultivadas desde entonces; que fueron prosistas y poetas, imitadores de lo antiguo, y otros traductores; que unas veces se atuvieron á las reglas de Aristóteles, y otras cedieron á los vuelos de su fantasía. Que todas estas producciones se resintieron de la infancia en que se hallaba, si se quiere, el arte, no puede parecer dudoso; mas tampoco lo es que ofrecen un estudio digno al filólogo, y ejemplos y hasta bellezas, á los autores que cultivan su arte. Fueron irregulares; manejaron un lenguaje que todavía no se hallaba bastante pulido y refinado; chocaron con los gustos y maneras del dia; tuvieron sobre todo la desgracia que se ejerciesen en ellos críticas dictadas por el gusto, y hasta la manía del clasicismo que en la última mitad del siglo pasado inficionó á tantos de nuestros distinguidos literatos y escritores.

El teatro fué una diversion muy popular en aquel siglo; mas acudian poco á él las altas clases de la sociedad ni los magnates de la corte. Los cómicos, denominados entonces comediantes ó farsantes, vagaban de un punto á otro, y establecian sus teatros en cualquier sitio capaz para recibir á los espectadores. No se conocia entonces el arte de cambiar las decoraciones, ni otros medios inventados despues para conservar la ilusion teatral que da tanto realce al mérito de un drama. Probablemente carecian de toda propiedad y verdad histórica los trajes de los representantes. El teatro era para el pueblo, que por lo regular asistia á la exposicion de su retrato. Así estas composiciones, objetos de estudio para el humanista, no lo son menos para el moralista y el filósofo, deseosos de conocer las costumbres humanas, segun los paises y las épocas.

Lope de Vega pertenece á los siglos XVI y XVII, entre los que se dividieron casi por partes iguales los años de su vida. Como ninguno por esta razon puede reclamarle como exclusivamente suyo, le haremos por ahora del XVI, cerrando con él la lista de sus dramatistas. ¿Qué diremos de este hombre extraordinario, de este asombro de fecundidad en todos los géneros de la literatura? Que como dramatista cultivó y desarrolló todos los géneros que se conocian en su tiempo, lo saben cuantos se ocupan de la literatura; que tuvo el cetro de la escena, fué durante mas de treinta años el regocijo, el deleite y hasta el asombro de cuantos asistian al teatro, es un hecho histórico; que no fué clásico, que escribió contra las reglas del arte, lo confiesa él mismo; que sus bellezas oscurecen las que pueden reunir todos los dramas de los que se han erigido en sus críticos, difícilmente lo confesarán ellos mismos. Por lo demás, si compuso mil ochocientas, mil quinientas ó las que se quiera, poco puede importar á la presente edad, de cuyos teatros han desaparecido todas sus comedias. Trabajó para su siglo; no para el nuestro, segun lo que observamos en el dia. Si la falta está en Lope de Vega ó en nosotros, lo decidirán quizá las generaciones sucesivas.

Designan algunos á Lope de Vega con el nombre de *Monstruo de la naturaleza*, por su fecundidad prodigiosa, de que no hay ejemplo. En ningun género de poesía conocido en su tiempo y aun en posteriores, dejó de ensayarse este ingenio español, que gozó en vida la palma de celebridad europea, que conserva hoy sin mengua de su lustre. Dejamos á los críticos el decidir cuál en este océano de producciones debe colocarse al frente de las otras en caso de que sea posible resolver este problema. Tambien les toca examinar si entre todas ellas hay alguna que se pueda considerar como un gran monumento literario de aquellos que, por las grandes bellezas que solo crea el genio, están destinados á desafiar la mano de los tiempos.

Despues de los poetas vienen naturalmente los que sin escribir en verso cultivaron el campo de la ficcion en sus diversos géneros. La novela, pues con tal nombre designaremos tales producciones, es tan antigua en España como en Italia; pues se cultiva desde el siglo XIII. Fué el XVI fecundo en estas obras. Las hay del género picaresco, satírico ó de crítica; las hay sérias y amorosas; otras puramente morales; algunas del género pastoril, que estaba entonces muy en boga. No pocas pertenecen al género caballeresco, muy en consonancia con el gusto de entonces, con las ideas é inclinaciones de hombres que acababan de salir de la Edad media. En este

género eminentemente europeo, propio de aquellos tiempos, no pudieron ser imitadores de los clásicos antiguos: para los tres primeros hallaron muchos recursos en sus composiciones.

Estas producciones, sobre todo las del género satírico, aunque parezcan tal vez frívolas, no están llamadas á ocupar mas la atencion del filólogo que del moralista; del crítico que examina su mérito literario, que del historiador y del filósofo, tan curiosos de observar las costumbres de los hombres. En estas obras, y lo mismo se puede decir de las dramáticas y de igual clase, se reflejan las clases de la sociedad, sobre todo las ínfimas, donde está impreso el verdadero tipo de nacionalidad con que se distingue cada época. Por ellas se ve lo que eran los españoles de aquel siglo, cuáles sus gustos, sus trajes, su lenguaje, la clase de su educacion, lo mas ó menos grosero de sus hábitos, el espíritu aventurero y caballeresco de la época, el carácter pendenciero de quienes contaban la espada en el número de las prendas indispensables de su equipo. Esta arma, que solo se usa hoy por las clases mas altas de la sociedad en ciertas ceremonias, jamás se apartaba entonces del lado hasta de las ínfimas (1). Hacemos esta observacion, y citamos esta sola diferencia para hacer ver hasta qué punto la de los usos que parecen mas indiferentes puede ofrecer diversos cuadros de costumbres relativos á sus épocas.

Comenzando por las primeras, pues así les corresponde, ateniéndonos al órden cronológico, pondremos al frente la produccion singular que con el título de *Celestina ó amores de Calisto y Melibea* vió la luz pública casi al mismo comenzar del siglo. Aunque lleva el título de trági-comedia y está dividida en partes llamadas *actos* (2), es claro que por su textura y por la imposibilidad de ser representada pertenece menos al género de drama que al de una novela dialogada. Cualquiera nombre que se le asigne, no repetiremos los elogios que en todo tiempo, y sobre todo nuestros literatos modernos hacen de esta composicion, tesoro de buen lenguaje, de gracias, de sales, de sentencias, de moralidades, donde brilla tan profundo conocimiento del corazon humano, y se halla tan fielmente retratado el estado de la sociedad, aplicado á las clases mas bajas y hasta infames de la época. Con la mayor exactitud están bosquejados los retratos de cuantos personajes figuran en aquellas escenas: el de *Celestina* es el modelo mas acabado de las mujeres de su oficio. Hay de todo en la novela ó drama; historia sagrada y profana, mitología, filosofía, rasgos de erudicion en boca de todos los actores, y prescindiendo del pasatiempo que ofrece su lectura, hay mucho que aprender y que meditar en ella aun para hombres instruidos. Todo interesa en esta produccion; el asunto, las maneras, el estilo. La lubricidad de algunos cuadros, y lo obsceno de muchas de las expresiones, probablemente no eran tan ofensivos en aquel tiempo como en los nuestros, donde nos preciamos de mas delicadeza y castidad en las palabras, aunque no valgan mucho mas las obras. Al menos esta composicion nos da á entender que las de entonces no eran tan puras é inocentes, como tal vez algunos se pueden figurar de tiempos tan remotos, y que en materia de vicios y de corrupcion pocas épocas se pueden echar nada en cara unas á otras.

(1) Recordamos haber visto un arte ó reglamento de cocina para las de Felipe II, donde hay un capítulo para prescribir dónde y de qué modo deben colgar sus capas y espadas los oficiales ó sirvientes de cocina. Si nos atenemos al diálogo entre D. Quijote y su escudero despues de la aventura de los Yangueses (parte 1.ª, capítulo XVI), parece que la llevaba Sancho Panza. Mas este en su conversacion con el del caballero del bosque, (parte II, cap. XIV), dice en términos expresos: «me imposibilitará el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.»

(2) Estos actos son veinte y uno. Pasa por autor del primero, que es el mas largo de todos, Rodrigo de Cota, el viejo, ya citado, que le debió de escribir algunos años antes del fin del siglo XV. Los otros lo fueron por el bachiller Fernando de Rojas, segun lo declaró él mismo en unos versos acrósticos, cuyas primeras letras dicen: «El Bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Ca»listo y Melibea, é fué nascido en la Puebla de Montalban.» Es tan grande la semejanza de estilo entre el primer acto y los siguientes, que á no saberse que son de dos ingenios pasarian por de una misma mano.

El fin moral que se propuso al autor de la *Celestina*, es visible en cada página, aunque no lo hubiese manifestado en la introduccion y en los versos ya citados que puso al frente de su obra. Pintó el vicio con colores feos para hacerle odioso, hizo perecer trágicamente á los principales personajes de su tragi-comedia, para que las culpas fuesen seguidas de un castigo proporcionado á los excesos. Que su fin fué el de escarmentar y no inducir á extravíos, es evidente; y de esto no puede caber duda al que lea con la mas pequeña atencion, sin pararse en lo lúbrico de la pintura. Hacemos esta reflexion, porque es aplicable á cuantos autores de aquel siglo se ejercitaron á composiciones del órden picaresco, en que el veneno va siempre seguido de algun antídoto que inutilice sus efectos.

Despues de la *Celestina* colocaremos al *Lazarillo de Tormes*, publicada en el primer tercio del siglo XVI, produccion juvenil de uno de sus hombres mas esclarecidos, á saber; don Diego Hurtado de Mendoza. Tambien es un tesoro de buen gusto, de sales y de un lenguaje puro y castizo que no ha envejecido, á pesar de que nos

separan de aquella produccion mas de tres siglos. Todos los cuadros del *Lazarillo* están pintados de mano muy maestra. El protagonista interesa por la relacion de unas aventuras de miseria y travesura, en que nunca faltan sentencias y moralidades mezcladas con la parte narrativa. El *Lazarillo de Tormes* es una de las joyas literarias de aquel siglo. Las dos continuaciones, pues tienen dos segundas partes hechas por diversas plumas, están lejos del mérito de su modelo. En la primera se nos presenta á *Lazarillo* convertido en un atun y habitante del mar, donde le suceden aventuras que interesan poquísimo. La segunda le vuelve á su estado natural, y continúa la narrativa por el tono de Mendoza, al que se acerca mucho mas que el autor de los lances submarinos.

Siguió esta senda Mateo Aleman en su vida y aventuras de Guzman de Alfarache, nombre clásico tambien en nuestros fastos literarios. El fin moral del autor en las aventuras de su *pícaro*, se manifiesta aun con mas evidencia que en las dos producciones anteriores. Es un pícaro que refiere sus aventuras unas veces con harto desenfado y alabanza propia, y otras con el mismo tono de contricion con que un penitente confiesa sus pecados. A cada aventura precede ó sigue su moralidad correspondiente; tal es el temor de Mateo Aleman de pervertir á los lectores con un mal ejemplo. Además de la narrativa, y sin apenas conexion con ella, hay en la obra párrafos larguísimos de moralidades sacadas de la historia, y otras mas fuentes de erudicion, que hacen verdaderamente cansada y fastidiosa su lectura. Por otra parte, en muchas de las aventuras hay poco chiste y originalidad, bastantes cuadros feos que no pueden ser interesantes. El carácter mismo del *pícaro* no está delineado con tanta claridad como los de los personajes de los otros anteriores. Por todas estas razones no tenemos el *Guzman de Alfarache* por obra de gran mérito.

Despues de publicada la primera parte de Guzman de Alfarache, de Mateo Aleman, dió á luz una segunda Mateo Lujan de Saavedra, imitando el tono, estilo y carácter de composicion de la primera.—Quizá fué este el motivo que tuvo Aleman de publicar otra segunda, en que no trata de un modo mas caritativo á Lujan de Saavedra que Cervantes al que tuvo la osadía de dar á luz una segunda parte de su Don Quijote. La misma suerte cupo á los dos, segundas partes intercaladas, á pesar de que no se tienen por destituidas de mérito literario, en la invencion y en el estilo.—Si los nombres de

Lujan, de Saavedra y de Avellaneda no están completamente en el olvido, lo deben á los dos ingenios que de su atrevimiento se ofendieron.

Entre las novelas de Cervantes que publicó sin duda á últimos del siglo XVI, hay algunas que pertenecen á la clase picaresca; tales son, el *Rinconete y Cortadillo* el *Matrimonio engañoso*, los *Diálogos de los perros de Mahudes*, la *Gitanilla*, la *Tia fingida*, parte de la *Ilustre fregona* y del *Licenciado Vidriera*. En estas, sobre todo en la primera, se ve la mano maestra del autor, su profundo conocimiento de las costumbres del siglo en que vivia, y sobre todo, su habilidad de trazar cuadros de costumbres. En las demás novelas de género serio luce su buen estilo, mas poca gracia y originalidad que haga interesante su lectura. El mismo juicio merece su *Pérsiles y Sigismunda*, produccion á que el autor daba mas importancia que al mismo *Don Quijote*: prueba de lo mucho que extravia al hombre su amor propio, de que no va siempre unido el genio con la sana crítica. El *Pérsiles* es un modelo de buen lenguaje, no inferior á ninguno de los escritos de Cervantes; mas es un afinamiento de acontecimientos peregrinos, pero enlazados con poco arte, sin ningun órden y con tanta confusion, que al cabo de cierto tiempo engendra cansancio, y hace que se deje el libro sin valor para llegar hasta el fin de la leyenda.

Al género de esta novela, que se puede denominar moral, serio, y hasta sentimental, pertenece *Aurelio é Isabel hija del rey de Hungría*, por Juan Flores; la *historia de la reina Senilla*, de autor desconocido; *los amores de Clares y Florisca*, de Nuñez de Reinoso; el *Proceso de las cortes de amores*, de Alonso de Ulloa; *la Selva de aventuras* de Gerónimo Contreras, y otras varias por el estilo.

Se puede colocar en el género misto, pues de todos participan, el *Patrañuelo*, de Juan de Timoneda, coleccion de aventuras á quienes da el nombre de *Patrañas;* la *Sobremesa* y *alivio de Caminantes*, del mismo autor, que es una recopilacion de cuentos sumamente cortos, los *cuentos de* Juan Aragonés, y la *Selva Curiosa* de Julian Medrano.

En el género de novela histórica se publicó entre otras por Alonso de Villegas, la *historia del Abencerrage y la hermosa Jarifa*, y por Ginés de Flira, la *historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrages, caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la vega entre moros y cristianos hasta que Fernando V la ganó;*

agora nuevamente sacado de un libro arábigo cuyo autor de vista fué un moro llamado Amin-Ausin, natural de Granada, desde su fundacion (1).

En el género pastoral teniamos toda especie de recursos de imitacion en los antiguos. Los suministraban á manos llenas Teócrito y Virgilio en sus composiciones cortas, ó sea églogas é idilios. Para las largas estaban las Pastorales de Longo ó Longus, traducidas por Amyot á principios de aquel siglo. Solo Garcilaso imitó á los dos primeros, aplicando el verso con la facilidad que ya hemos visto. Los que vinieron despues prefirieron escribir composiciones mas largas y en prosa, en imitacion del género novelesco del tercero. Las nuestras fueron muy gustadas y admiradas en su tiempo. Hoy dia no se leen: los filólogos las citan; se ven todavía en librerías, mas no sobre la mesa de ningun aficionado á la lectura. El portugués Jorge de Montemayor compuso una novela titulada *Diana*, que continuó despues el español Gil Polo, dando á su obra el título de *Diana enamorada*. Se puede añadir á estas la Galatea de Cervantes. Se distinguen estas obras, sobre todo la última, por lo puro, sencillo y á veces elegante de su estilo, por lo afectado de sus conceptos, por lo alambicado de sentimientos, por un tono impropio á todas luces de los pastores á que se atribuye. Probablemente Virgilio, Teócrito y Longo, tuvieron algunos modelos para sus composiciones: no los habia en el siglo XVI en que escribieron tantas pastorales. Eran tan rústicos, tan zafios los pastores de aquella edad, como los que vemos en el dia. Ya no usaban ni caramillos ni zampoñas, ni cantaban endechas, ni iban coronadas de flores sus pastoras.

En cuanto á las novelas del género caballeresco, remitimos al lector al famoso escrutinio que hicieron de estas obras el cura y el barbero en la librería del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que vino al mundo para acabar con todas ellas.

¿Y en qué lugar colocaremos, cuál es el género á que pertenece esta produccion tan singular? Se publicó en los primeros años del siglo XVII, mas al XVI perteneció su autor; como del XVI le reclamamos. ¿Qué diremos de este libro que no esté dicho, redicho, repetido en tantas lenguas? Pasarle en silencio, seria hasta irreverencia á la memoria y nombre de su autor; repetir sus elogios, es completamente inútil; para ofrecerle nuevos homenajes, son muy pocas nuestras fuerzas. Nos contentaremos pues con la simple y sentida admiracion de un libro único en su especie, libro de los viejos, libro de los mozos, libro de los sabios, libro de los ignorantes, libro el mas conocido en toda España, en toda Europa, libro que hace reir y pensar, libro que instruye y deleita al mismo tiempo. No está todavía decidido si en él vale mas lo festivo que lo grave, si es el personaje principal el caballero andante ó el escudero; si los discursos de don Quijote cuerdo son mas ó menos interesantes que las locuras en que le hacen incurrir sus antiguas leyendas malhadadas. En este libro hay de todo; lo cómico y lo trágico; lo bufon y lo sublime; lo satírico y lo afectuoso; la vida de los campos como la picaresca de las clases de la sociedad mas corrompida. Nunca se instruyó mas proporcionando mas dulce pasatiempo. En las locuras se aprende tanto como en las sentencias; el gobierno ridículo en la ínsula Barataria suministra excelentes preceptos á los mas altos gobernantes. Y sobre todo, ¡qué estilo, qué copia, qué correccion, qué tesoro de armonía! Cuantos han que rido imitar esta produccion, han escollado como en una empresa temeraria. Los que han tratado de adoptar su estilo, no han pasado nunca de la clase de copiantes.

(1) Sobre el mérito de todas estas composiciones, véase el *Discurso preliminar sobre la novela española* que va al frente del tomo III de la *Biblioteca de autores españoles* publicada por el señor Aribau, donde á excepcion de la *Selva curiosa* de Julian Medrano, se insertan todas ellas.

La Francia del siglo XVI no produjo poetas comparables con los nuestros. Aquella nacion festiva, satírica y mordaz, la mas cancionera del mundo, dividida por otra parte en partidos, debió de ser muy fecunda en la poesía ligera y satírica, donde se marcaban las opiniones diversas, ora políticas, ora religiosas de los que entraban en la liza. Mas todas estas composiciones de interés local ó del momento, desaparecen naturalmente cuando termina el interés de la situacion que les da orígen. Así son muy pocos los monumentos poéticos que nos quedan de aquella época, dignos de pasar á la posteridad por su mérito intrínseco y literario. Se conservan todavía con aprecio algunas de las poesías ligeras de Marot, poeta de la corte de Francisco I, y que en su cualidad de traductor de los Salmos de David en verso, gozó de gran reputacion entre los calvinistas, sus correligionarios, que los cantaban en sus congregaciones. Tuvo en el reinado de Carlos IX reputacion de gran poeta Ronsard, escritor grave y majestuoso, que quiso hacer innovaciones en la lengua poética, y no tuvo por fruto de todos sus esfuerzos mas que el

quedar sepultado en el olvido. De todos los poetas franceses, el solo que ha pasado á la posteridad con sus justos títulos de fama, es Malherbe, que floreció muy á últimos del siglo. Cultivó entre otros el género lírico con mucho aplauso, y fué en cierto modo el creador de la lengua poética, que con poca diferencia prevaleció en el siglo siguiente y sucesivos. Nos quedan de Malherbe composicios de gran mérito. Hay entre ellas una dirigida á un padre sobre la muerte de su hija, que todos los literatos de aquel pais citan con elogio.

No podemos menos de citar una de sus estrofas.

> Le pauvre en sa cabane oú le chaume le couvre
> Est sujeta á ses loix;
> Et la garde qui veille aux barrieres du Louvre
> N' en defend pas nos rois.

Otros poemas de varios géneros produjo en Francia aquella época, que aunque no muy estimados, se mencionan en el dia. Los hubo serios y hasta épicos. Entre sus autores citaremos á Saint Gelais, muy favorito de Francisco I, que pasa por ser el primero que escribió sonetos en su lengua.

El teatro francés estaba aun mas en mantillas, en un estado de mayor rudeza que el español en la misma época. Todavía eran diversiones favoritas los misterios ó dramas mixtos, cuya introduccion en Europa fechaba de tres á cuatro siglos. Ningun autor dramático de aquel tiempo dejó composiciones de este género que puedan citarse con algun elogio. Dieron un gran alimento á la poesía dramática de aquella época los mismos sucesos de la contienda civil y religiosa de que fué teatro aquel pais durante tantos años. En dramas alegóricos y hasta con los nombres propios de los mismos personajes se ridiculizaban mútuamente los partidos rivales, llevando en esta parte lo mejor de la contienda los católicos, pues por los principios que profesaban ó afectaban los reformadores, no gustaban de fiestas de teatros. Era la comedia antigua de los atenienses con su rudeza en las formas y sus personalidades.

Como hemos dicho, la poesía francesa de aquel tiempo, es decir, la que excita hoy recuerdos de sus literatos, fué toda ligera, amoldada al gusto de aquel pueblo. No faltaron grandes poemas serios como el del autor citado, mas no se leen, y si se mencionan es solo en diccionarios. Tampoco faltaron novelas en prosa, como entre nosotros, mas no en tan grande número. Entre las composiciones de esta clase se distinguen los cuentos de Margarita, hermana

de Francisco I, conocidos con el nombre de los Cuentos de la reina de Navarra. Tambien Margarita de Valois, hija de Enrique II y primera mujer de Enrique IV, fué autora y dejó composiciones asimismo en el género festivo. Igualmente se dice que hacia versos Carlos IX, á quien se le supone cierta instruccion y aficion á la literatura; mas sus composiciones apenas merecen un recuerdo. Entre los poetas franceses citaremos tambien á María Estuarda, que compuso bien algunos versos en esta lengua, que cultivaba con preferencia á la suya propia; mas los críticos no dan á sus composiciones un gran mérito. La lengua francesa tanto en verso como en prosa estaba muy lejos todavía de las gracias y formas elegantes que llegó á adquirir en el siglo XVII. No sucedia lo mismo á la nuestra, que en poesía se conserva hoy con muy corta diferencia tal cual nos la dejaron nuestros grandes escritores de aquel siglo.

No llevaba grandes ventajas la poesía de Inglaterra á la francesa de aquel tiempo. Pocos monumentos nos quedan, sobre todo de la primera mitad, en que la lengua permanecia aun en un grande estado de rudeza. Enrique VIII no tenia grande aficion á la poesía; era mas teólogo que literato. Los dos reinados sucesivos fueron época de trastornos y revueltas, no de saber y de proteccion á los productos del ingenio. Se dice que la reina María era muy amiga de las letras. Algunos escritos nos quedan de su mano, mas ninguno los menciona con aprecio. Su sucesora, la reina Isabel, fué literata y escritora. Se conserva de ella una traduccion del libro de las *Consolaciones* de Boecio, cuyo trabajo emprendió y llevó á cabo durante su confinamiento. Se dice que además del latin, sabia el griego, el francés y el italiano. Cualquiera que fuese su grado de instruccion, es un hecho que favoreció á los literatos, á los poetas, sobre todo á los que la hacian objeto de sus composiciones. No produjo sin embargo aquella época hombres muy insignes en este género de escritos. Se menciona como un gran poema del tiempo el intitulado la *Hermosa reina* (the fairy Queen) de Spencer, dedicado como indica su título, á celebrar bajo las ficciones de la fábula á la que reinaba entonces. Fué este poema el encanto de los contemporáneos; hoy es leido de muy pocos; no porque carezca de poesía y elevacion de sentimientos, sino por pertenecer al género caballeresco, que pasó de moda y no es gustado en estos tiempos. Lord Byron en su famoso Childe-Harold adoptó las estancias ó estrofas de nueve versos usadas por Spencer.

Tambien se citan como producciones de algun mérito, la traduccion del Tasso por Fairfaix, en que está vertido verso por verso con exactitud; la del Ariosto, por Harrington, y las sátiras de Donne.

Igual proteccion dispensó al teatro aquella reina: no porque los dramáticos obtuviesen de ella grandes rasgos de munificencia, sino porque gustaba de esta diversion y la fomentaba con su ejemplo. En Inglaterra, como en otras partes, habia costumbre de dar representaciones en los palacios y casas de campo, con cuya diversion obsequiaban los primeros personajes á un sinnúmero de convidados que regalaban con la mayor magnificencia.

El reinado de Isabel produjo algunos autores dramáticos de algun mérito, sobre todo, atendiendo al tiempo en que escribian. Los hubo del género clásico y caballeresco, del grave y satírico.

Floreció entre otros, aunque tambien pertenece á dos siglos, Benjamin Jonson, conocido con el nombre de Ben-Jonson, muy célebre en su tiempo, mas sin genio, sepultado hoy en el olvido.

A todos los eclipsó Shakspeare, que fué un genio de aquellos que pertenecen realmente á todos los siglos y á todas las naciones. Nacido en 1564, pertenece á dos siglos, aunque mas al XVI que al XVII. Fué protegido de la reina Isabel, y muy gustado de su sucesor el rey Jacobo. Cuanto pretendamos decir de este poeta extraordinario, ya está dicho. Están agotados en favor suyo todos los elogios: por otra parte, ya son extemporáneas las acusaciones amargas que se han hecho de sus faltas, de su ignorancia, de sus monstruosidades y del carácter grosero de su estilo. Las críticas murieron; las bellezas han absorbido los defectos. Shakspeare está considerado como el primer dramático del mundo. Es sublime, patético, serio, festivo, bufon y chocarrero. Todas las clases de la vida humana desde el emperador hasta el sepulturero viven en sus dramas, porque en sus dramas todo vive. Escribió de inspiracion, sin estudios previos, sin sujecion á regla alguna, como un hombre guiado solamente por la naturaleza. No podia ser clásico, pues ignoraba que hubiese modelos de este género de composiciones; fué autor dramático, sin pretension de hacer innovaciones ni formar escuela. Escribia y no borraba, sea por la urgencia del tiempo, sea por carecer de verdadero gusto un hombre que poseia tanto genio. Fué cómico y trágico, sin que en ninguna de sus composiciones se sostenga desde el principio al fin ninguno de los dos estilos. Si imita alguna fábula, es una verdadera creacion; si toma algun asunto de la historia, es la mayor fidelidad en el pincel; si describe pasiones, se muestra profundo conocedor de nuestro corazon; si produce bellezas, son del primer órden; si comete faltas, son intolerables y monstruosas. Los ingleses se muestran muy constantes en su entusiasmo por este gran poeta; mas el entusiasmo no está solo en sus labios, se traduce tambien por actos positivos. Shakspeare vive en la imprenta, que no se cansa de reproducirle bajo mil diversas formas: vive en las artes, que se consagran á su genio muy frecuentemente; vive sobre todo en el teatro, donde el público no se cansa de aplaudirlo.

En la segunda mitad del siglo XVI fué Italia inferior á la primera, en artes como en ciencias, en verso como en prosa. A no haber producido un poeta como el Tasso, hubiera quedado muy deslucida en esta parte. Mas un poema como el de la *Jerusalen* basta para resarcir mil faltas, para compensar y cubrir muchísimos vacíos. Se puede considerar esta composicion como la mayor gala literaria no solo de Italia, sino de la Europa literaria de aquel tiempo. Es inútil hablar con elogio de un poema que conoce todo el mundo, que se halla en todas las librerías y bibliotecas, en las manos de todos los hombres de buen gusto, y traducido en la mayor parte de las lenguas de Europa. Es de un tono serio, grave y melancólico, segun el asunto requeria. Aun bajo de esta consideracion pudieran ser objetos de censura algunos episodios, algunos adornos que no dicen bien con el sepulcro de Cristo, rescatado por los ejércitos cristianos; mas no hay severidad posible para desechar lo que, prescindiendo de esta consideracion, está de tantos encantos impregnado. Tachan generalmente los críticos á este poema de carecer del colorido exacto de la época á que se refiere, mas esto solamente puede ser defecto para los muy conocedores de la historia. Disputas hubo y grandes controversias sobre cuál era el poema mas excelente entre el Orlando furioso y la Jerusalen; mas es casi imposible, y sobre todo muy ocioso, hacer entrar en paralelo dos obras que pertenecen á especie tan diversa. Del Ariosto hemos hablado en su debido tiempo. No tomó el Tasso tan gran vuelo: se contentó con un cuadro de menos dimensiones. Se limitó á una accion grande, principal, en lugar de que el otro se consagró á una infinidad de acciones sin saberse ni indicarlo él mismo, cual es la primera, pues verdaderamente no hay ninguna que ese título merezca. Habiéndose contraido el Tasso á un solo objeto, no pudo mostrar la fecunda y hasta asombrosa fantasía en que

tal sobresale el Ariosto: no pudo ejercitarse en todos los géneros de composicion desde el bajo hasta el sublime: no pudo hacer pasear al lector por una serie de palacios y jardines todos encantados. En recompensa le interesa y llama poderosamente su atencion hácia un objeto grande y noble: pinta objetos con las proporciones que les asigna la naturaleza, presenta guerreros valientes y esforzados, sin que en sus hazañas ofrezcan nada de increible. La variedad de sus caractéres puede entrar en comparacion con los descritos por Homero. En nada se parece Godofredo á Reynaldo, Reynaldo á Argante, Argante á Tancredo, Tancredo á Soliman, ni este al venerable conde de Tolosa. Si pasamos de los guerreros á las tres heroinas del poema, veremos mas variedad en el carácter, así como mas mágia en el pincel que las describe. El estilo es magnífico, como el resto; si no es todo oro puro, queda bastante de este metal para darle un peso sólido. Sin duda ha escrito Virgilio con mas correccion, con mas exactitud, con mas regularidad de estilo; mas está muy lejos su poema de exceder en interés al italiano, así como le es inferior en la variedad de caractéres. No merecia el Tasso que Boileau le hubiese colocado en un mismo verso al lado del latino, de un modo tan depresivo como poco honorífico, al gusto y tacto de su crítico (1).

El *Aminta*, del mismo autor, fué el primer drama pastoral de aquel siglo, y aun se mantiene en la literatura á la cabeza de todas las composiciones de este género. Ya hemos visto que nuestro don Juan de Jáuregui le vertió con tanta perfeccion al castellano, que no se sabria cuál era el original y cuál la traduccion, si no se tuviese noticia de ambos nombres.

Con la misma aceptacion del público salió á luz algunos años despues el *Pastor Fido* de Guarini, de accion mas complicada, y segun muchos, mas interesante que la anterior. Ambas han sido traducidas á distintas lenguas.

A las demás obras dramáticas de Italia en aquella época, consagraremos pocas líneas. Tambien fué en la segunda mitad del siglo XVI inferior en esto á la primera. Florecieron entonces, como hemos visto en el capítulo VII, los cardenales Trissino y Bibiena, el famoso Maquiavelo y otros de inferior nota, que publicaron é hicieron representar con mucho aplauso dramas, cuya mayor parte eran imitaciones y hasta traducciones de lo antiguo. A estos nombres añadiremos el del famoso Aretino, uno de los poetas mas licenciosos del siglo, que por sus sátiras punzantes y atrevidas contra los grandes y los mas elevados personajes de su tiempo, mereció el título de *azote de los príncipes*. En el período siguiente aparecen nombres de dramatistas, como Zoppio, Pazzi, Dolce, Gelli, Giustiniani, Loredano, Salviani, Becari y otros; mas ni estos ni aun los primeros permanecen en la escena. Debemos añadir que en la corte de Felipe II solo se representaban dramas italianos.

(1) Boileau en su sátira IX dice asi: A Malherbe, á Racan, preferer Theophile.
Et le «clinquant» duTasse á tout l' or de Virgile.

No podia dejar de tener sus poetas, y poetas de valía, el vecino reino de Portugal, que por tantos años hizo una parte de nuestra monarquía. Entre todos sobresale el famoso Luis Camoens, de gran reputacion en Europa, que hoy se cita y está considerado entre los grandes ingenios que produjo nuestra edad moderna. Su poema, *Las Lusiadas*, se halla colocado en el número de las grandes epopeyas que se conocen en el dia. Es un cuadro de no muy largas dimensiones, mas lleno de figuras muy interesantes. Cantó el poeta los descubrimientos de los portugueses en la India, y no quedó su musa inferior á un objeto tan grandioso. Se cita como un modelo de poesía su relacion del paso del Cabo de Buena Esperanza, ó de las *Tormentas*, como entonces se llamaba, donde se aparece á los atrevidos navegantes el dios del Océano, quien los amenaza con los mayores castigos si se atreven á pasar adelante y penetrar en sus dominios. Por lo demás, el poema pertenece al órden histórico, pues mas de la mitad se reduce á la historia de los reyes de Portugal, anteriores á don Juan II, en cuyo tiempo se hizo el descubrimiento que dió á los portugueses un imperio en Asia. Están trazadas de mano maestra, y con la mas poética expresion las aventuras de la famosa Inés de Castro. Los dos últimos cantos, pues el poema no tiene mas que diez, abundan en buena y agradable poesía, mas no corresponde la licencia y aun la lubricidad de sus cuadros, á la seriedad y grave tono que exigia una empresa tan gloriosa. Su estilo es elegante, armonioso y dulce; mas consideradas sus bellezas, le tenemos, á pesar de lo que dicen los literatos extranjeros, inferior á nuestro Ercilla, que presentó un cuadro mas vasto, mas nuevo, mas original, con una variedad superior de caractéres. No será fuera de propósito indicar que Camoens fué soldado como Ercilla, y que militó en los paises que dieron el asunto á su poema. Se dice que regresando á Europa y asaltado su navío por una tempestad, se salvó á nado con su poema en una mano; lo mismo se cuenta de César,

aunque ninguno de estos dos rasgos nos parece muy probable. Mas es un hecho que el autor de regreso á Lisboa no encontró favor y proteccion, ni para el soldado que habia combatido, ni para el poeta que celebraba las grandezas de su patria, y que murió en un hospital sumergido en la miseria.

De los poetas alemanes, suizos, flamencos, polacos y otras naciones de Europa, seria inútil ocuparnos, y hasta imposible para nosotros, que ni aun sus nombres conocemos. Basta tener una idea de la rudeza de sus lenguas y lo poco que en amena literatura entonces alcanzaban, para inferir lo escaso de las producciones de esta clase. Sin duda no carecian de poemas ligeros, de carácter meramente nacional ó popular, pues de estos se encuentran hasta en la infancia de los pueblos; mas no son de los que pasan bien ó mal á la posteridad, ó dentro de la misma época ocupan la atencion de los extraños.

APENDICE IX.

Nobles artes.—Pintores españoles.—Juan Navarrete (el mudo).—Cambiasso.—Peregrini ó Tibaldi.—Zúcaro.—Vicente Joanes.—Juan Pantoja de la Cruz.—El Carducho ó Carducci.—Escultores.—Berruguete.—Vergara.—Arquitectos.—Egas.—Machuca.—Los Vegas.—Juan de Toledo.—Juan de Herrera.—Constructores de obras públicas en el ramo civil.—Juanelo Turriano y otros.—Artistas extranjeros.

El siglo XVI fué la época grande de las nobles artes. Ya hemos hablado en el capítulo VII, del admirable desarrollo que tuvieron en su primer período; es decir, en el reinado del emperador Carlos V. Creció todo, como era natural, en el de su hijo, menos en Italia, donde fué tanta la altura á que habian llegado en el primero, que no podian menos de quedar estacionarias.

Despues de Leonardo de Vinci, de Rafael, del Correggio y del Ticiano, debia de hacer pocas conquistas el pincel; de un estado de tan exquisita perfeccion, no se podia pasar mas adelante. Era imposible que el arquitecto de *San Pedro* se ensayase en otro monumento superior, ni igual; á Benvenuto Cellini era igualmente difícil que ninguno le excediese. Las tres nobles artes de la pintura, arquitectura y escultura, que habian llegado á su apogeo en la primera mitad, tuvieron que ocupar un lugar algo inferior en la siguiente. Mas todavía hubo genios superiores que sostuvieron su esplendor, y la gloria para Italia de ser la patria privilegiada de las nobles artes.

Mientras Italia permanecia estacionaria ó descendia, subia Espa-

ña y llegaba al alto puesto de donde no la despojó ninguno de los siglos posteriores. Comenzando por la pintura, si no teníamos todavía ni los Murillos, ni los Velazquez, ni los Canos, que tanto brillaron en el XVII, produjo artistas el reinado de Felipe II, que pueden acercárseles con honra. Como entonces se estaba construyendo el célebre monumento del Escorial, concurrieron á hermosearle los principales artistas de aquel tiempo. Algunos extranjeros le consagraron la parte principal de sus producciones á tal punto, que pueden ya considerarse como nuestros. Tales fueron, entre otros, Lucas Cambiaso, llamado por otro nombre *el Luqueto*, que pintó al fresco el coro de la iglesia, y la bóveda de su capilla mayor y alguno de los cuadros del claustro bajo principal; Peregrino Peregrini, que pintó de nuevo y trazó los dibujos de una gran parte de estos cuadros, de cuya mano son el del *martirio de san Lorenzo*, que ocupa el principal puesto del retablo del altar mayor y las bóvedas al fresco de la biblioteca principal: Vicente Carducci ó *Carducho*, que pintó tambien al fresco la base ó la cornisa de esta misma bóveda; Federico Zúcaro, que dejó varios cuadros en el monasterio de bastante mérito, aunque no tuvieron la aplicacion que se les quiso dar desde un principio. Se dice de este pintor que no acertó á dar gusto á Felipe II, que le hizo venir de Italia con no pequeños gastos. Es un hecho que el rey se equivocaba algunas veces, y tambien que si deprimió algo el mérito de Zúcaro ó Zuchiero, que era su verdadero nombre, tenia el antor de sí mismo una opinion exagerada (1).

Al lado de estos extranjeros brillaban pintores españoles, quizá de mayor mérito. Pondremos al frente de ellos á Juan Fernandez Navarrete, conocido con el nombre de *Mudo*, por serlo de nacimiento, y á quien esta enfermedad no privó de ser un grande artista. Se formó en Italia en la escuela del Ticiano y otros grandes pintores, y regresó á España con la habilidad de uno de los primeros de su siglo. Trabajó muchos cuadros para el Escorial, que tampoco obtuvieron de Felipe II toda la aceptacion que merecian. Todavía existen entre otros suyos, cuatro grandes en el claustro alto que excitan la admiracion de los inteligentes, á pesar del lamentable deterioro en que se encuentran.

Vicente Joanes, que pasa por autor de la escuela valenciana, fué tambien uno de los grandes pintores españoles de aquel siglo. Sobresalió en el dibujo, en la admirable expresion que supo dar á los semblantes, y sobre todo en el colorido de una viveza y consistencia tal, que no ha perdido nada de su brillo y frescura al cabo de tres siglos. Se conservan en el real museo de Madrid seis cuadros suyos relativos al martirio é historia de san Estéban, y además un cuadro de la *Cena*, todos de un mérito admirable, que se pueden colocar al lado de lo mejor que produjo España y aun Italia.

(1) Véase el diccionario de los pintores y escultores españoles, de D. Juan Zean Bermudez.

Juan Pantoja de la Cruz fué asimismo otro de de los hombres eminentes que produjo la pintura. De su mano son los dos cuadros que se hallan en la biblioteca del Escorial, de Carlos V y de su hijo. La pintura de este último, hecha ya en el último año de su vida, es admirable por la expresion de su fisonomía, donde se lee cuanto se nos ha dicho de la seriedad, circunspeccion y austera gravedad, cautela y penetracion de este monarca.

A los nombres ya referidos sin descender á pormenores de sus producciones, añadiremos los de Arroyo, Céspedes (tambien poeta), Corona, Gallegos, Gomez, Las Roelas, Vergara, Velasco, Vargas, Rizzo, Castillo, Diana, Espinosa, Carvajal, Barroso, Castillo, Cárdenas, Nosto, Palma, Jáuregui (tambien poeta), Córdoba, Becerra, Cabrera y otros varios. De todos nos quedan cuadros en varias iglesias de España, pues pertenecen al género devoto ó religioso casi la mayor parte de sus producciones.

Del mérito singular de algunos de nuestros escultores ó estatuarios, hemos hablado en su lugar correspondiente. A la cabeza de todos se puede colocar al famoso Alonso *Berruguete*, que además de escultor sobresalió en la arquitectura y la pintura. Se dice que fué el primero que introdujo en España el uso de pintar al óleo. Nacido á últimos del siglo XV, pasó jóven á Italia, donde se formó al lado de los primeros artistas de aquel tiempo. Regresado á España en el primer tercio del siglo XVI, comenzó á adquirir reputacion y ganarse una celebridad justamente adquirida por el gran número de sus producciones. Trabajó para varias catedrales, sobre todo la de Toledo, donde permaneció mas tiempo y se conservan mayor número de sus trabajos. Sobresalió en el dibujo, en la bella aptitud, expresion y acabado de todas sus figuras. Al mismo tiempo que hacia estatuas, dedicaba su cincel á otras esculturas, como sepulcros, retablos, custodias, sillerías de coro, toda especie de relieves y demás adornos de arquitectura. De todos estos trabajos se conservan monumentos en España, siendo en nuestro entender el

principal el sepulcro del cardenal Tavera que se ve en la Capilla del hospital de afuera de Toledo. A la pintura se consagró poco, y mucho menos á la arquitectura.

Juan Monegro fué escultor sobresaliente. De su mano nos quedan la estatua colosal de san Lorenzo, que figura en la fachada principal del Escorial, y los seis reyes tambien colosales que son los primeros objetos que llaman la atencion al entrar en el atrio de este nombre. Los inteligentes dan mucha importancia al mérito de estas producciones, por su buen dibujo, por su buena actitud, por la disposicion de sus partes generales. Nosotros creemos que vale mas el san Lorenzo, que ninguna de las seis estatuas de los reyes.

Nicolás Vergara fué un escultor de gran mérito en aquellos tiempos. Tambien fué pintor y de gran fama. Dejó muchas obras en la catedral de Toledo, que le nombró su pintor y escultor á mediados de aquel siglo. Todas las figuras del coro pertenecen á este escultor y á Berruguete; trabajó mucho en el retablo del altar mayor, é hizo varias estatuas, y además la reja ó balustre que rodea el sepulcro del cardenal Cisneros, colocado en el medio del presbiterio del colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares. Dejó dos hijos, llamados Nicolás y Juan, que heredaron su talento y trabajaron asimismo en la catedral de Toledo, donde obtuvieron el nombramiento de pintores y escultores, que tenia su padre. Tambien los empleó el rey, sobre todo á Nicolás, en el monasterio del Escorial, donde trabajó en el grande atril del coro y remates de sus libros.

A los nombrados añadiremos otros varios de mas fama, como Becerra, Guerra, Haya. Es imposible marcar y entrar en pormenores sobre tantos artistas que en este ramo se distinguieron por obras de gran mérito. Baste decir que los españoles fueron tan sobresalientes entonces en la escultura como en la pintura.

Hay que hacer en cuanto á la arquitectura una observacion que la distingue infinito de las dos primeras artes. Renacieron estas, ó mas bien recibieron en el siglo XVI un desarrollo y esplendor de que distaron muchísimo en los siglos anteriores: la arquitectura ya era grande y magnífica mucho antes de los principios de aquella época. Se cambió con el renacimiento la forma de edificar; mas quizá no está aun suficientemente decidido si el género llamado gótico ú oriental que dominó desde últimos del siglo XII, lleva ó no ventajas al conocido despues con el nombre de greco-romano, imitando al que

usaban estas dos naciones. Prescindiendo de esta controversia, no era posible superar en el siglo XVI la pompa, la grandeza, la suntuosidad y atrevimiento de tantas catedrales, monumentos del vuelo que habia tomado la arquitectura de la Edad media. No fueron nuestros templos en nada inferiores á los que se erigian por los mismos tiempos en todas las naciones de Europa; siendo muy de notar que la catedral de Leon, que es la mas antigua (1), pues fué comenzada en el año de 1181, pasa al mismo tiempo por la mas hermosa. La siguieron la de Burgos en 1221; la de Toledo en 1226; la de Palma en 1230; la de Barcelona en 1239; la de Palencia en 1231; la de Murcia en 1373; la de Oviedo en 1388; la de Pamplona en 1397; la de Sevilla en 1405; la de Plasencia ee 1442: la de Astorga en 1471, que fué la última del siglo XV. Las construcciones de todas estas fábricas duraron muchos años, y algunas hasta dos ó tres siglos despues de levantadas de cimientos. Una gran prueba del gusto grande que habia por este género de arquitectura, es que en el primer tercio del XVI, cuando se estaba edificando el templo de San Pedro, por el estilo mas grandioso del género greco-romano, se concluyeron en España catedrales por el estilo gótico; tales fueron la de Sigüenza en 1507; Salamanca en 1513; Jaen en 1519; Segovia en 1525.

Fueron estos cuatro los grandes últimos monumentos de la arquitectura oriental en nuestra España. Ya desde el principio se comenzaba á hacer ensayos, siguiendo el impulso que nos daba Italia en la restauracion de las artes de la antigua Roma. En 1504 comenzó á labrarse en Granada por el gusto moderno el palacio de Carlos V, que no llegó á verse nunca concluido. Enrique Egas, Pedro Machuca, Bartolomé Bustamante, Luis de Vega, Gaspar de Vega, Francisco de Villalpando desplegaban su genio arquitectónico en varios puntos de España, en Sevilla, en Toledo, en Valladolid, en Madrid mismo. En 1543 se renovó el alcázar de Madrid, destinado á ser tantas veces presa de incendios; en 1556 se construyó la Armería; poco despues la fachada del convento de Descalzas reales, fundado por la princesa doña Juana. Madrid se iba agrandando poco á poco y llegando casi á la extension que tiene hoy dia; mas se erigian en él pocos monumentos grandiosos del arte: quizá es la

(1) Exceptúese la de Avila, que es del fin del siglo XI. Este templo, verdaderamente grandioso, pasa á los ojos de los inteligentes, por de diverso gusto y muy inferior en mérito al de los que se citan en el texto.

capital de Europa mas destituida de edificios que lleven en sí el sello del gran genio.

Con los nombres de Juan de Toledo y Juan de Herrera se halla casi identificada la buena arquitectura de aquel siglo: el edificio del Escorial es la principal como la última creacion del arte restaurado. Cupo al primero de los dos artistas la gloria de dirigir todos los trabajos preparatorios para la eleccion y desmonte de su asiento; de colocar la primera piedra y darle toda la planta de lo que debia ser despues de su desarrollo. Felipe II supo apreciar el mérito del arquitecto, y se adhirió en todo á sus consejos. De las tres nobles artes era sin duda la arquitectura, en la que mostró mas inteligencia el rey de España. Honró cuanto pudo al maestro Juan de Toledo, aunque el salario no era proporcionado á su gran mérito. Cuatrocientos ducados se daban al arquitecto principal de la fábrica de San Lorenzo, y aunque se quiera suponer que el dinero valiese entonces cuatro veces mas, resulta todavía un salario mezquino para un hombre que estaba á la cabeza de semejante obra. Algunas gratificaciones se le dieron por via de extraordinario, mas fueron pocas en atencion á sus servicios.

Murió Juan de Toledo cuatro años despues de puesta la primer piedra de San Lorenzo, cuando estaba aun el edificio muy en los principios. Dejó un discípulo y ayudante suyo llamado Juan de Herrera, destinado á sucederle en su cargo y á superarle como artista. A pesar de las recomendaciones del maestro, dudó mucho Felipe II el encomendar aquel cargo al discípulo, todavía muy mozo; mas tuvo que rendirse á las pruebas de capacidad que dió desde un principio. Sucedió, pues, Juan de Herrera á su maestro en la direccion de aquella fábrica; y el rey cada dia tuvo mas motivos de estar contento del reemplazo. Cupo á Juan de Herrera la gloria de ver colocar la última piedra del edificio, cuyas bellezas son muchísimas en comparacion de sus defectos. Si la cúpula ó cimborio no tiene la debida elevacion, consistió en el miedo que tuvo Felipe II de que se dañase á su solidez, á pesar de las seguridades que le daba Herrera.

Construyó este arquitecto otras muchas obras de importancia mientras continuaba la del Escorial. Edificó la famosa *Lonja* ó casa de *Contratacion* de Sevilla: fué el creador del puente de *Segovia* en Madrid, y dirigió algunas iglesias tanto en esta corte como en sus alrededores. El rey le honraba infinito, aunque sus salarios eran poco superiores á los de su maestro. Celoso por el buen gusto en arquitectura, expidió una órden para que ninguno construyese grandes edificios sin que sus planos fuesen aprobados por Herrera y á su misma presencia. Despachaba con este arquitecto dos veces por semana. Así en todo lo que hacia relacion á construcciones de edificios en todas las dependencias de la casa real, se consideraba á Juan de Herrera como su ministro.

Acompañaba al rey en su viaje á Portugal cuando pasando por Mérida y asombrados ambos de la riqueza de monumentos preciosos de la antigüedad, que allí se conservaban, determinó Felipe II detenerse quince dias para que su arquitecto los examinase. De todos ellos, sin la mas pequeña excepcion, trazó diseños é hizo descripciones artísticas é históricas Herrera. Se enviaron estos trabajos á Madrid para que sirviesen de estudio en la Academia que se estableció despues allí, y de que fué director el mismo Herrera. Mas todos perecieron en el incendio del palacio de Madrid en 1734 (1).

Juan de Herrera murió el año de 1585, todavía de muy buena edad, pues no llegaba á los sesenta. Imprimió su buen gusto en todo cuanto hizo, ó se hizo por sus inspiraciones ó por sus consejos. Fijó sin duda la época del buen gusto de la arquitectura en España, y su nombre se cita todavía entre nosotros con respeto. Se dice con énfasis que es de Herrera una obra que se quiere elogiar sin descender á pormenores.

Quizá creen algunos que Felipe II, absorbido todo en la construccion de su querido monumento del Escorial, se ocupaba poco en otras obras; mas por lo que ya hemos visto es un hecho que nunca ha habido hombre mas amigo de edificar, y que en ningun reinado se cultivó mas la arquitectura. En solo Madrid, de que se puede casi llamar el fundador, se construyeron en su tiempo, además del alcázar ó palacio, la Armería y las caballerizas reales, la Casa de Campo, la de Misericordia, el convento de las monjas de Santo Domingo, el de la Soledad, el de la Trinidad calzada, el de San Bernardino, el de las Descalzas reales, el puente de Segovia y otras obras de menor cuantía.

Seria muy difícil y ajeno de este escrito entrarnos en los pormenores de todos los edificios consagrados al culto, como catedrales, iglesias, conventos, capillas, y lo mismo de los hospitales que se

(1) Véase el «Sumario de las antiguedades romanas que hay en España,» por don Juan Bermudez, en la parte relativa á Mérida.

erigieron en España durante aquella época. Nos contraeremos pues á dar una sucinta idea de las construcciones de un órden público y civil, para hacer ver que este ramo no estaba descuidado, como tal vez pudiera presumirse (1).

Además de la construccion de la Armería, y la reedificacion del palacio de Madrid, encargó Felipe II á Gaspar Vega, ya desde mediados del siglo, la obra del palacio de Valsain, situado á dos leguas de Segovia y poco mas de media del actual palacio de la Granja. Se hacian al mismo tiempo grandes reparos en el alcázar de esta ciudad, y se edificaba la casa de moneda, donde en aquel tiempo se acuñaban de toda especie, oro, plata y cobre. Al mismo tiempo se daba nueva forma al palacio del Pardo, y se creaba el sitio de Aranjuez, que era una cosa insignificante antes del reinado de este príncipe.

Son muy curiosas las cartas que con este motivo escribia Felipe II desde los Paises-Bajos á Gaspar Vega, arquitecto principal encargado de las obras, por los detalles minuciosos en que entra acerca de los materiales, del modo de proporcionarlos y de conducirlos, pues parece que le daban partes muy frecuentes del estado de los trabajos y de sus progresos. Se cubrieron estas obras con pizarras por disposicion expresa del rey, quien introdujo el primero esta innovacion entre nosotros.

Bustamante de Herrera dió principio al canal de Castilla por los años 1550, cuya obra no se suspendió por muchos años, aunque no continuó durante todo el reinado de este príncipe.

Por el mismo tiempo construyó Valdelvira el castillo de Saviote, cerca de Jaen, que subsiste todavía.

Edificó Martin Murcio un puente sobre el Jerete, cerca de Galisteo, en Extremadura.

Fernan-Ruiz, el puente de Benamejí sobre el Guadalquivir, y además el remate de la torre de la Giralda de Sevilla.

Rafael de Archioli trabajó en la reparacion casi total del castillo de Simancas, que se destinó diez años despues para el depósito del archivo de este nombre.

Agustin Morlano comenzó la acequia imperial de Aragon, casi por los mismos años.

Trabajó Juan Baptista Calvi, italiano, en la reparacion de las mu-

(1) Véase la historia de los arquitectos españoles, por don Eugenio Llaguno y Amirola, con notas y adiciones de don Juan Cean Bermudez.

rallas de Gibraltar, en obras importantes de fortificacion de la plaza de Perpiñan, capital del antiguo Rosellon, que entonces nos pertenecia; en las de la plaza de Rosas, en las del castillo de Mahon, en las de Ibiza. Construyó este arquitecto las Atarazanas de Tortosa, y dió principio á las de Barcelona.

Construyó Pedro de Uria el puente de Almaraz sobre el Tajo.

Pedro Villalpando fué el arquitecto de obras importantes que se hicieron en el alcázar de Toledo.

Para poner la ciudad de Daroca, en Aragon, al abrigo de las inundaciones de que en tiempo de grandes lluvias estaba siempre amenazada, construyó Pedro Vedel una mina de 780 varas de largo, 8 de alto y otras tantas de ancho, por medio de la cual se verifica el desagüe en el Jiloca.

Tambien construyó este arquitecto los arcos de Teruel que conducen á la ciudad las aguas del Guadalaviar.

Rafael Coll concluyó las obras del puerto de Mahon y las Atarazanas de Barcelona.

Domingo de Estala y Juan de Alzolaraz, el castillo de San Sebastian en Guipúzcoa.

Todas estas obras tuvieron principio por los años de 1552 á 1554, y se continuaron sin interrupcion en los años sucesivos.

Nicolás de Urrutia fué arquitecto por los años 1565, del Cay y Contra-Cay, de la villa de Jijon (1), en Asturias, que eran dos especies de murallones para formar el muelle de este puerto. Continuaron estas obras Juanes de Coincia, Julian de Urrutia y Pedro de Huergo, y se remataron por Sancho de Llanos en 1579.

Estéban de Guillisastegui construyó el puente de Suazo, sobre el rio Santi Petri, ó brazo angosto de mar que forma la isla Gaditana. Tambien dirigió las obras del muelle de Tetuan para cegar la boca de este rio, de que hemos hablado en el capítulo XXIX de esta historia.

Merece una particular mencion entre estos constructores de obras, Janelo, Joanelo ó Juanelo Turriano, famoso artífice cremonés, conocido entre nosotros con el simple nombre de *Juanelo*. Fué este hom-

(1) Probablemente se deriva la voz Cay de la francesa *quai*, que significa muelle ó pretil: tal vez la tomaron ellos de nosotros. En dicha villa, pueblo de nuestro nacimiento, se daba antes el nombre de Contra-Cay á una calle donde probablemente se hallaba el Contra-Cay, antes de construirse el muelle nuevo. Una prueba de lo que se pierde en los pueblos con el tiempo la etimología de las voces es, que por haberse trasladado á otra parte una especie de mercado que se celebraba en ella, perdió el nombre de Contra-Cay, que fué dado al sitio nuevo.

bre uno de los mas célebres en toda Europa de su siglo, y muy estimado de Carlos V, para quien compuso un reloj que tenia en su monasterio de Yuste, donde estaba representado el movimiento de los planetas del sol y las estrellas fijas, con los dias del sol y de la luna. Se dice que empleó veinte años en la traza de esta máquina, y tres en su material elaboracion. Construyó otro igual para Felipe II con cristales para que se viese mejor el juego de la máquina. Elogia mucho estas dos obras, como testigo de vista, Ambrosio de Morales.

Construyó Juanelo una máquina artificiosa para subir el agua del Tajo á Toledo, por medio de la cual se surtia diariamente la ciudad de mil y seiscientos cántaros de cuatro azumbres cada uno. Tambien describió esta máquina Ambrosio de Morales. Una prueba de su artificio es, que le dieron por ella ocho mil ducados, cantidad muy respetable en aquel tiempo. Pereció la máquina por una inundacion del rio hácia fines de aquel siglo.

El mismo Morales habla de un molino trabajado por Juanelo, que se podia llevar fácilmente en un bolsillo, y molia mas de dos celemines de trigo diarios, con la particularidad de hacer en el acto la separacion de la harina y del salvado, que se podian recoger al mismo tiempo cada uno por su parte. Tambien habla de un autómata de una tercia de alto en forma de mujer que bailaba al son de un tamboril que ella misma tocaba.

Por estas obras y otras ingeniosas de la misma clase, adquirió Juanelo una gran fama en aquel tiempo, hasta atribuirse á magia, sobre todo por el vulgo, algunas de sus producciones. Dan testimonio de esta nombradía la calle de Juanelo en Madrid, otra en Toledo con el nombre de *Estatua ú hombre de palo*, en alusion á su autómata, y un retrato suyo sobre la puerta de una celda en el Escorial, muy cerca de la biblioteca, llamada por esta circunstancia la *celda de Juanelo*.

Juan Bautista Antonelli dirigió los primeros trabajos que se hicieron para la navegacion del Tajo. Fué este ingeniero muy hábil en toda clase de obras. Servia al mismo tiempo en los ejércitos, como hemos visto en el de Portugal, cuando en la revista que le pasó el rey, puso en manos de este príncipe un papel, donde se hallaba la disposicion y órden con que las tropas desfilaban.

Otro Antonelli, hermano del anterior, dirigió las obras del castillo del Morro de la Habana.

Baltasar de San Juan fué el primer arquitecto de las obras del riego del valle de Aranjuez, desangrando para ello el mar de Ontígola.

Juan de Muñatones construyó el puente sobre el Palancia, entre Jérica y Segorbe.

Juan Fratino, italiano, construyó la fortificacion nueva de la Goleta, reparó los muros de Gibraltar, y la fortificacion de Palma.

Pedro Mazuecos continuó la obra del castillo de Simancas.

Pedro Blay construyó la casa de la Diputacion de Barcelona.

Juan de Mora remató las obras del alcázar de Segovia.

Gonzalo de las Bárcenas construyó el acueducto de los Pilares que llevan el agua á la ciudad de Oviedo, á cuyo trabajo se dió término en 1599.

A estas obras pudiéramos añadir otras; mas son bastantes para hacer ver hasta qué punto la arquitectura de todas clases habia hecho progresos en España. Y no hay que perder de vista que era en los objetos dedicados al culto, donde el arte desplegaba sus mejores galas.

Sin embargo de estos adelantos, el ramo de caminos se hallaba descuidado. Probablemente sucedia lo mismo en los demás paises de Europa. Cuando se trató de conducir desde Santander á Valladolid, donde se hallaba el emperador, un gran tren de artillería, fué preciso abrir un camino expreso para ello. Un hombre montado en un caballo blanco iba delante para servir de guia (1).

Concluiremos este asunto con algunas líneas mas sobre la Academia fundada en Madrid, á cuyo frente se puso á Juan de Herrera. Enseñaba en ella el doctor Juan Firrufino, los cuatro libros de Euclides y la esfera; Juan Cedillo, la materia de *senos* (trigonometría); Juan Angel, el tratado de Arquímedes de *his quæ vehuntur aquis* (hidráulica); el alférez Pedro Rodriguez Muñoz, la materia de *escuadrones, modo de ordenarlos con los principios de aritmética de raiz cuadrada, para el uso de los sargentos mayores* (2); don Ginés de Rocamora y Torrano, tambien la esfera, y el capitan Cristóbal Rojas la teoría de las fortificaciones. Asistian á esta enseñanza los principales personajes, entre ellos don Bernardino de Mendoza, don Francisco de Bobadilla, tantas veces mencionados, y el mismo Juan de Herrera. Se conservó con lustre esta Academia en el reinado de

(1) Véase el capítulo VI.
(2) Se aplicaba esto á la formacion de los cuadros llenos. Véase el capítulo VI y el apéndice III.

Felipe III; mas decayó en el de Felipe IV, hasta el punto de desaparecer antes del principio del siguiente.

Poco tendremos que decir de las nobles artes en los paises extranjeros. Despues del ejemplo dado en Italia por los pintores que hemos mencionado, no podia menos de excitarse una gran emulacion y deseo de acercarse á ellos, aunque no fuese posible la ambicion de superarlos. Cada uno de los grandes maestros dejó discípulos, y formó una escuela segun los principales rasgos característicos impresos en sus cuadros. Es difícil enumerar todos los grandes pintores que produjo en la Italia este siglo XVI, el primero, el mas célebre de todos los que figuran en su historia. ¿Quién no ha oido los nombros de Julio Romano, del Caravaggio, del Carache, del Greco, de Pablo Veronés, del Primaticio, de los Dominiquinos, del Torrigiano, de Sebastian del Piombo, del Tintoreto, de Guido Reni, del Albano (1); para contraernos á los nombres de mas nota? Y no citaremos entre los de esta nacion los que consideramos como nuestros, por haber trabajado tantas obras en España.

Lo mismo que de los pintores puede decirse de los escultores y arquitectos. Si iban en escala algo descendente, se conservaba el fuego sagrado de ambas artes. Con razon dijo un célebre publicista de este siglo, que la Italia se debia considerar como el museo de Europa (2).

En Francia estaban las nobles artes muy atrasadas con respecto á España. El siglo XVI no produjo un pintor célebre, sobre todo, cuyas obras hayan pasado á nuestra edad como producciones de un gran genio. Lo mismo se puede decir de la escultura. Se debe exceptuar sin embargo á Juan Cousin, pintor y escultor, llamado el *Miguel Angel francés*, y considerado como el fundador de la escuela francesa de pintura, y á Juan Goujon, muerto en las matanzas de San Bartolomé, escultor y arquitecto al mismo tiempo. Bajo el primer concepto dejó obras que se aprecian mucho y le colocan en la primera línea de los escultores. Otros nombres podríamos citar, pero como productores de obras grandes seria inútil.

En arquitectura adelantaban mas; bajo la dominacion de Catalina de Médicis, se dió principio al palacio de las Tullerías, y se construyó la galería de este nombre que le une con el Louvre, mansion antigua de los reyes, que casi se volvió á construir de nuevo, por el mismo tiempo.

(1) Estos dos últimos florecieron mas en el siglo XVII.

(2) El abate Pradt, en su *Congreso de Viena*.

Todavía escaseaba mas Inglaterra en artistas, es decir, en los artistas de algun genio. Era aquel pais tributario en esta parte de las naciones extranjeras, de Italia sobre todo. Ni un pintor, ni un escultor célebre puede presentar durante aquella época. En arquitectura adelantaban poco. Ningun monumento grande se creó en este género, si exceptuamos la capilla magnífica de Enrique VII, que en el reinado de este príncipe se construyó á principios del siglo, aneja y pegada á la abadía de Westminster; edificio verdaderamente suntuoso, y de órden gótico. Hay que hacer una observacion de importancia en esta parte, á saber, que con la reforma religiosa precisamente debieron de faltar grandes alimentos al pincel y al buril, consagrados casi exclusivamente á objetos del culto católico. Por igual razon debian de construirse pocos edificios religiosos en el pais, donde el gran número de los que subsistian eran objeto de odio y blanco de furor para los que abrazaban nuevas opiniones.

En Alemania no produjo el resto de aquel siglo pintores que excediesen á Holbein, á Dures ó Durero. Tampoco Lucas de Leyden ó de Holanda tuvo superiores en los Paises-Bajos. Mas ya habian nacido y pintaban Rubens y Van-Dick, que con otros iban en el siglo siguiente á formar una escuela que de su nombre se llamó Flamenca.

A pesar de los progresos de la imprenta, todavía predominaba en Europa la aficion á poseer hermosos manuscritos, con todo el lujo de iluminaciones y viñetas caprichosas, en que algunos artistas eran tan sobresalientes. Produjo el siglo XVI muchas de estas obras raras, que hoy excitan la admiracion de los inteligentes. Y ya que hemos mencionado el arte de la imprenta, debemos añadir que llegó en aquel á un alto grado de esplendor, como lo atestiguan las producciones de las principales prensas de Italia, Alemania y Paises-Bajos.

Resulta de lo dicho que éramos en nobles artes, si inferiores á Italia, superiores á la mayor parte de los demás pueblos. Lo mismo se puede decir en literatura y demás ramos del saber y del ingenio, exceptuando las ciencias matemáticas. En aquel siglo, combatíamos, escribíamos, cultivábamos las artes, descubríamos y navegábamos á la par de los primeros, muy avanzados á los de un órden secundario. El nombre de español era de gran significado en

todo el orbe culto: nuestros grandes personajes aparecian como tales á los ojos de las demás naciones. En nuestros libros aprendian los extraños: entraba en los ramos de una fina educacion estudiar nuestra lengua, la mas cultivada, y por nuestra importancia política, la primera de la Europa.

CONCLUSION.

Hemos dado fin á nuestra obra. Tal vez al acometer la empresa no nos penetramos bien de sus dificultades é importancia. Una enfermedad nos obligó á suspenderla por mas de un año; la hemos continuado con muchísimo trabajo; y no se tome esto por una excusa de sus faltas. Aunque no lo hubiésemos dicho en la introduccion ó prólogo, aparece de varios pasajes de la obra, que nuestro principal objeto ha sido presentar un bosquejo de lo que fué el siglo XVI, tomando por base nuestra propia historia, por la simple razon de que ocuparon el trono, durante aquel período, dos personajes que por su posicion tuvieron que mezclarse mas ó menos en todos los grandes negocios de la Europa. Comparando lo vasto del asunto con la extension del escrito, mas merecia el título de compendio que de historia; pero el título no es de ninguna consecuencia. Para los que tenian escasas nociones de aquella época, y tal vez ideas equivocadas del rey, que es su personaje principal, quizá será de alguna utilidad nuestro trabajo: á los hombres instruidos en la historia de este gran período, no ha sido nuestra intencion el dirigirnos. Pusimos todo nuestro cuidado en la claridad, en el método, en el órden y la colocacion de las materias para causar la menos molestia posible al lector, que tiene que fijar su atencion en cosas tan diversas. Nos lisonjeamos de que nuestro escrito no sea el último de esta clase que se publique entre nosotros, y que alguna mano vigorosa dará mayores dimensiones y un colorido mas interesante al cuadro. Mientras tanto, si el que presentamos inspira á algunos la curiosidad y el deseo de empeñarse en estudios mas serios y extensos del siglo XVI, seguramente les hemos hecho un buen servicio.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE

FELIPE II Y SU ÉPOCA,

PARA COMPLETAR

LOS DEL GENERAL SAN MIGUEL.

Viajando me hallaba por el estranjero,—viaje que me ví precisado á prolongar por espacio de dos años, gracias á causas que no son de este lugar, pero que lo serán un dia de la historia,—cuando recibí una carta de mi editor don Salvador Manero proponiéndome escribir un juicio crítico de la obra de San Miguel con la biografía de este escelente patricio, todo para acompañar la nueva edicion que pensaba hacer de la *Historia de Felipe II.*

Conocida me era esta obra, y relaciones, si no íntimas, muy amistosas al menos me habian ligado á su autor á quien en dos ocasiones sobre todo habia tenido ocasion de tratar de cerca y de admirar en todo lo que valia.

Precisamente la carta de mi editor me halló en Amberes, á tiempo que estaba leyendo una obra titulada *Retràto de Felipe II rey de España*, impresa el año 1785 en Amsterdam, la cual habia comprado por la mañana en un baratillo con gran contentamiento mio, pues años hacia que andaba tras de esta obra de la cual habia oido hablar con grandes elogios, aunque sin poder dar nunca con ella por su rareza y escasez de ejemplares.

La carta no podia venir mas á tiempo. Me hallaba engolfado en estudios de la época de Felipe II.

Contesté aceptando, y ocurrióseme que podia ser buena ocasion aquella de dar á conocer en España el *Retrato de Felipe II*, obra bajo muchos puntos de vista curiosa é importante, publicada sin nombre de autor, pero atribuida al literato francés Merard. En aquel

entonces, no veia yo cosa mejor ni mas adecuada para completar los estudios de San Miguel. Parecióme que era un doble servicio á la patria y á la historia publicar juntas la obra del autor español y la del autor francés.

Hecha mi proposicion, fué aceptada á su vez por el editor.

Cuando llegó la época fijada por este para publicar la segunda edicion de la *Historia de Felipe II* escrita por San Miguel, dióse á luz el prospecto, y, de acuerdo con lo que habíamos convenido en correspondencia privada, se anunció que aquella obra terminaria con una biografía del autor, un juicio crítico de su obra y un estudio sobre la época de Felipe II, escrito todo por el que firma estas líneas.

Cuando la publicacion de este prospecto y la de las primeras entregas de la obra, proseguia en mis viajes por el estranjero.

Llegué á España cuando el libro de San Miguel estaba en curso de publicacion.

Circunstancias especiales impiden hoy que los deseos del editor de esta obra y los mios propios puedan tener cumplido efecto.

Tenia ya escritas algunas páginas de mis estudios, y pronto me hallaba á publicarlas, cumpliendo con el compromiso de mi editor á los suscritores y con el mio al editor, cuando, ya sea por correr la pluma mas libre de lo que quisiera, ó por creer que no puede correr tan libre como querria, ó por parecerme que no es publicable todo lo que se piensa, ó por pensar que á otros pueda parecerles impublicable lo que yo creo digno de luz pública, he creido conveniente suspender estos pobres estudios mios, dejándolos para ocasion y época mas propicias.

Nada perderán en ello los suscritores de esta obra. Antes bien han de ganar, desde el momento qúe en sustitucion de una pobre prosa y de unas páginas que acaso no para todos hubieran sido aceptables, se les ofrece la prosa y las páginas de autores de valía.

En efecto, los estudios de San Miguel sobre la época de Felipe II quedarán completados por los que van á leerse, sacados y extractados de los varios autores que de aquel rey y de aquel tiempo han hablado. Acudiremos á Lafuente, á Ortiz de la Vega, á Weis, á Merard, á Mignet, y reproduciendo los pasajes mas característicos de sus obras, los párrafos en que trazan el retrato de aquel rey y el bosquejo de su siglo, podremos ofrecer á los suscritores una brillante terminacion para la obra de San Miguel, terminacion algo

mejor por cierto y algo mas importante que la que el editor les habia prometido.

Por fortuna la época de Felipe II se ha prestado á interesantes estudios, y plumas ejercitadas y talentos superiores han trazado de ella cuadros importantísimos. Para juzgar al que los historiadores cortesanos llaman el *Séneca de España*, el *justo Trajano*, el *católico Constantino*, el *justiciero Severo*, el *pio Teodosio y* el *acérrimo defensor de la fe*, hay que leer las historias generales escritas con verdad, sin adulacion y con entera independencia. Allí se ve quién era Felipe II.

Para completar el cuadro, que acaso la obra de San Miguel no deja del todo terminado, acudiremos á los autores que de él se ocupan, aceptando en preferencia á los que mas imparciales son, á los que mejor han estudiado aquella época, á los que con mas alto criterio juzguen á aquel monarca, y de esta manera los suscritores á este libro tendrán una obra completa y acabada de aquel reinado y de aquellos tiempos.

La biografía del general San Miguel se publicará al final de todo.

VÍCTOR BALAGUER.

FELIPE II

JUZGADO POR ORTIZ DE LA VEGA.

(D. Fernando Patxot.)

En general los escritores españoles no escasearon los elogios á Felipe II, y defendieron constantemente su memoria por espacio de un siglo. Los escritores católicos franceses, italianos y alemanes, se mostraron por el contrario en la generalidad censores suyos muy severos. Los protestantes pintan su vida llena de horrores y de crímenes atroces. Es necesario exponer brevemente estas opiniones, para que en vista de todas ellas forme el lector su juicio con entero conocimiento de causa. Compáranle unos en sabiduría, en prudencia, y en amor á las mujeres, con el autor de los Cantares; otros con Calígula. Si persigue tenazmente á los turcos y á los herejes, dicen aquellos, que es porque en el fondo del corazon llevaba grabado el título de campeon de la Iglesia; á lo que observan otros que la Iglesia no necesita otros campeones fuera de la caridad y la dulzura, y que Felipe fué tal campeon cuando le plugo, pues tambien supo hacer alianzas con los sarracenos, y contar entre sus soldados los herejes á millares. Convienen los mas en que de los siete pecados capitales no conoció Felipe la pereza, ni la avaria, ni la gula; pero sí la lujuria que supo encubrir, la envidia que le llevó á desear mal á su hermano el austríaco, la ira que en él fué friamente concentrada y vengativa, y la soberbia que ocultó bajo la doble máscara del bien público y de una humildad religiosa; y añaden que estos son los defectos que tuvo, inseparables de las humanas miserias. Bajo la dominacion de los Borbones la opinion pública va-

rió en España con respecto á Felipe. En lo que atañe á su inclinacion al sexo, contáronse sus barraganas, y entre ellas se nombró una, Isabel de Osorio, con quien se le creyó en su juventud casado de secreto, y una Catalina Lenez, á quien se cree haber amado apasionadamente; y entre sus comblezas hízose memoria de una doña Eufrasia, soltera, á quien estando en cinta de él, la casó con el príncipe de Asculi; y luego se habla de la celebrada princesa de Eboli, lindísima tuerta, á quien daba rienda suelta su marido Rui Gomez de Silva por no poder hacer carrera con ella por su gran desenvoltura. Y desde el momento en que los escritores españoles pudieron en el año vigésimo de este siglo expresar sus pensamientos sin prévia censura, dijo un esclarecido académico de la Historia que el rey Felipe en su vida privada se entregaba á los vicios sin remordimiento, y era de costumbres corrompidas. Los padres de la congregacion de San Mauro, graves en la expresion, y muy mirados en sus juicios. comparan á Felipe con Augusto, como á protector de las artes y del genio, con Tiberio con la política, con Vespasiano por el amor al trabajo, y con el emperador Carlos V por la ambicion con que aspiraba á crear una universal monarquía; y añaden que ninguno le igualó en la sangre fria y en la tranquilidad de ánimo con que vió acercarse su última hora, y que lejos de mostrarse temeroso de los juicios de Dios, que para él debian ser tan severos, dijo que veia abiertos los cielos, y murió pacífico como un justo que va á recibir el premio debido á sus virtudes. Lo dijimos ya, su muerte fué admirable; pero no olvidemos que en sus últimos momentos mostró arrepentimiento sincero de sus pasados errores; hizo soltar á muchos presos, y restituir bienes confiscados, y devolver la alegría á muchas familias que por él estaban sumidas en el llanto. Trátase de juzgar su vida. Dicen unos que los defectos de Felipe fueron fruto de la época en que reinó; á lo que observan otros que esta es una apología falsa y muy gastada, y que tratándose de los defectos que nacen del corazon, este es grande ó es pequeño con entera independencia de la época, y forma en todos tiempos hombres grandes ó bandidos. Carecia Felipe de las prendas que conquistan el afecto, y poseia muchas cualidades para ser temido. Desde su niñez nadie se acordaba de haberle visto reir, ni llorar, ni entregarse al canto. Sus maestros y sus ayos decian de él que no habia tenido infancia. Circunspecto, serio, sombrío, sus palabras eran á veces incisivas. Dícese que dos líneas suyas en que se mostró descontento

de Bazan porque tardaba en zarpar con la armada Invencible, causaron la muerte á aquel héroe. Cuando le dirigian alguna arenga, media Felipe con la vista al orador; y frecuentemente le desconcertaba. No le disgustaban las salidas ingeniosas. Reprendiendo á un religioso porque habia ocultado á un hombre á quien él perseguia, respondió que por caridad, á lo que Felipe, encogiéndose de hombres, dijo: «La caridad; pues si la caridad te movia, ¿qué le hemos de hacer?» En el despacho de los memoriales era breve, y algunas veces terrible y sarcástico. Recomendábanle por su prudencia á un pretendiente: «A otro, puso en el márgen, que ya tengo noticia de su Prudencia:» que este era el nombre de la dama del pretendiente. «Cuando no juegue,» puso en la instancia de otro que pretendia ser obispo. No era dado á otra lectura que á la de los libros de devocion ó de ciencias exactas. Su librería particular, que se conserva en el Escorial, se componia enteramente de libros de rezo, ascéticos, y uno de agricultura. Tenaz en sus propósitos le faltó no pocas veces la flexibilidad con que su padre supo amoldarse á las circunstancias. Conservaba un índice de las personas que se destinguian en las armas, las letras, las virtudes, ó en el mando, y le consultaba para la provision de los destinos. El era su propio ministro; los que llevaban el nombre de secretarios de su despacho no eran otra cosa que los esclavos mas allegados á su persona. Muy amigo de solazarse con los humildes, trató siempre con grande aspereza á los grandes. Fué aplicado, laborioso, entendido, sagaz, pronto en la determinacion, y muy empeñado en llevarla adelante rompiendo por todos los obstáculos. Algunos le creen inferior á su padre en talento; no fué, digámoslo así, tan hombre de mundo; pero tuvo rasgos de magnanimidad de que tal vez no hubiera sido capaz Carlos primero; la determinacion de dar el mando del ejército al duque de Alba, con quien estaba sumamente disgustado, prueba una grandeza de alma que no tuvo Carlos cuando delante de Argel pudo dar el mando de las tropas á Hernan Cortés, y no lo hizo. Felipe es bien seguro que no hubiera caido en el ridículo que sobre si echó su padre cuando, llena de viento la cabeza, á su vuelta de Tunez, oyéndose llamar el africano, dió delante del papa rienda suelta á su furor contra la Francia. El talento de Felipe, aunque sombrío y tétrico, fué de primer órden: de otra manera no hubiera hecho á Roma juguete suyo, ni convertido en policía del reino bajo sus órdenes el santo Oficio, ni sido en alguna manera sin nota de

protestante el rey á la vez y el papa de las Españas. Pero si esto pudo hacerlo impunemente un talento de primer órden para el gobierno, era imposible que llevase adelante la temeraria empresa su débil hijo: y los papeles debian necesariamente trocarse, pasando el santo Oficio á ser el rey, y este una palanca para gobernar aquel la monarquía. En prueba de que Felipe sabia avasallar su piedad ante su interés y sus voluntades, basta recordar el grito de reprobacion y de escándalo que levantó contra el cardenal rey de Portugal porque pedia al papa vénia para casarse, y la facilidad con que el mismo Felipe concedió á su sobrino el archiduque Alberto, cardenal y arzobispo de Toledo, la infanta doña Isabel en matrimonio. Fué de mediana estatura y de valor personal escaso. Aspiró toda su vida á dar leyes á los paises no católicos por medio de las armas, y á los católicos por medio de la poderosa influencia que en Roma tenia. Ante todo deseaba que fuese acatada su voluntad y declarada omnipotente. Con esta condicion se vanagloriaba de ser el primer servidor de la Iglesia, con tal que esta le mandase lo que él deseaba; de otro modo se valia contra Roma de las regalías de las consultas de los teólogos españoles, y del mismo santo Oficio. De nadie admitia oposicion, de los grandes ni de los pequeños, de los prelados ni del pueblo, ni en nombre de la ley humana, ni en el de la divina: en él era la ley, la Inquisicion, la magistratura.

En vano quiso Pio V el Santo resistirle en el asunto del arzobispo Carranza: Felipe dió largas al negocio, y consiguió bajo otro pontífice lo que de él recabar no pudo. Procedia esta tenacidad de Felipe, de que, creyéndose rey solamente por derecho divino, juzgábase al menos puesto al igual de los pontífices, y por lo mismo cuando sus opiniones eran contrarias á las del papa, abroquelábase tras la opinion y los dictámenes, que nunca le faltaron á su gusto, de los teólogos peninsulares. Por esto creen muchos que si Carlos V fué fatal á Roma, por cuanto dejó arraigar en Alemania el protestantismo, Felipe lo fué dos veces mas, pues tomando á su cargo el papel de campeon de la Iglesia, con sus servicios convirtió á la herejía los Paises-Bajos, é hizo en en ellos odioso el catolicismo: que tan temible es la personificacion en un hombre de todas las leyes y de todos los derechos. Nace de ahí que, como encarnacion de todos los poderes sea mirado Felipe como único responsable ante la posteridad de todas las calamidades de su reinado. Opinan algunos que sus sevicias, dentro y fuera de la península, fueron motivadas por

la espantosa é increible relajacion de costumbres que entonces reinaba en España, y que hacia que nadie estuviese seguro ni en sus haciendas, ni en su vida, ni en su honra, de las asechanzas de un enemigo; otros por el contrario opinan que el envilecimiento de las gentes era una natural consecuencia de la revolucion que en este y en el anterior reinado se hizo en las leyes y en las costumbres de los pueblos para afianzar el despotismo de la gran monarquía, pues las gentes se acostumbraron á adorar por única reina del mundo á la fuerza, y á sola ella daban culto, ya doblándose ante los poderosos, ya levantándose arrogantes contra los humildes. De este reinado data el principio de la española decadencia; la guerra de Flandes, que costó inmensas sumas, fué en él promovida; la de los moriscos mas ruinosa todavía, por haber sembrado la devastacion y la miseria sobre un pais hermoso, fué en él provocada y dió sus tremendos frutos; la de Inglaterra, tan fatal para nuestra marina, fué buscada por la loca ambicion de querer conquistar las islas británicas; la de Francia reconoció una causa idéntica y fué un sumidero insondable para los tesoros de los españoles. San Quintin, Lepanto y la conquista de Portugal, fueron los tres grandes acontecimientos de este reinado; pero la paz que siguió al primero, infundió en los corazones una esperanza que luego enturbió el sesgo que tomaban los negocios en Flandes; pero la batalla de Lepanto, para la cristiandad dia de gloria, fué para Felipe un principio de ira y de envidia contra su hermano; pero la conquista de Portugal, que pudo y debió haber hermanado á dos pueblos, no hizo mas que enemistarlos para siempre, haciendo sentir al uno todo el peso de la arrogancia del otro, y encendiendo en él los mas vehementes deseos de emanciparse. Al tiempo de su muerte dejó Felipe cargado de deudas el erario, malparada la marina, y víctima la península de la mayor de las plagas, una despoblacion espantosa. Ni era posible que creciese el número de habitantes cuando apenas quedaban derechos para la familia, y cuando el mismo hogar doméstico estaba rodeado de esbirros, y no habia fe pública ni otra creencia superior á la del palo: ocho millones de habitantes escasos, de ellos cien mil en las cárceles, en el remo, en las hogueras, ó infamados por alguna sentencia, formaban toda la poblacion de esta desgraciada península, capaz de alimentar desahogadamente quíntuple número de moradores, y de ser convertida en un jardin ameno, cuando en su mayor parte no era mas que un erial inmenso infestado de bandidos. Ni se

pensaba en aprovechar las aguas, ni en conservar siquiera los caminos. Algunos creen que la multitud de conventos fueron causa de la despoblacion de la España; es un error: los conventos fueron el único refugio que tenian los hijos de familia en medio de una sociedad cuyo único dios era el hierro; y en ellos se albergaba el último resto de la independencia y de la libertad de la patria; los hombres pensadores, las almas inspiradas, los buenos escritores, los poetas, si no querian gemir como Cervantes en una cárcel ó morir en la indigencia, tenian que buscar el pan en la casa real, ó pedir un amparo á los claustros, postrer baluarte de las tradiciones nacionales contra el despotismo de los potentados: en ellos se custodiaban nuestras memorias, y de ellos salia la proteccion dada á nuestros artistas, ya por el príncipe, ya por los grandes. Bajo la inspiracion de los religiosos del Escorial, fué Felipe un decidido protector de las artes.

Fatal fué para la Iglesia el despotismo del siglo décimosexto; un déspota separó la Inglaterra de Roma; otro hizo paladear á la Alemania la libertad religiosa y la convirtió al protestantismo: y Felipe, queriendo matar con la espada la herejía, la dió en Holanda un trono, é impidió que la península se poblase de cristianos, es decir, que se desarrollase la poblacion, y alabasen á Dios cuarenta millones de hombres libremente, en vez de ocho millones á impulsos del látigo.

El testamento de Felipe era de 7 de marzo de 1594, y á él añadió posteriormente algunas clásulas. Léese en él que se ejecute una nota escrita en papel separado, la cual decia que se examinase el derecho con que España poseia la Navarra, y si hallaba ser malo, se restituyese al francés ó se diese equivalencia; y no cabe duda que escribió esto Felipe para allanar la paz con Francia si él faltaba, aconsejando en algun modo que se diese al francés algunas plazas en los lindes de Flandes en cambio de sus derechos á la Navarra.

El censo de mil quinientos noventa y uno dió por resultado ocho millones doscientos seis mil setecientos noventa y un habitantes; el clero secular y regular ascendia á trescientos sesenta mil trescientos ochenta y siete individuos. Cada año morian quemadas de ciento cincuenta á ciento sesenta personas; sesenta y cinco, unos con otros eran quemadas en estatua por no poder ser habidas; ochocientas sesenta eran condenadas á penar infamantes: esto por lo tocante al tribunal del Santo Oficio. Y si á este cuadro se agrega el número

de los que eran encausados por los tribunales ordinarios, por las chancillerías, y por los jueces militares, tendremos el repugnante espectáculo de una nacion casi despoblada, y sin embargo llena de criminales. Muy depravados eran los hombres, ó muy inicua la justicia. Es mas conveniente confesar lo primero. Tocante á la administracion de justicia, el monarca estaba mas alto que ella; ahórquese al justicia mayor de Aragon, decia, y era ahorcado sin formacion de causa; préndase á los instigadores del alboroto de Nápoles y sean ahorcados por las calles; esto mandaba y esto se cumplia; entiéndase solo conmigo el que ha preso al pastelero de Madrigal, dése á este impostor tormento hasta que confiese; esto decia y se efectuaba. A veces se apelaba á los espadachines y bandidos para acabar con alguno, como sucedió con Escobedo, y Antonio Perez se creia libre de mancha con decir que el rey se lo habia mandado.

No se crea por esto que faltasen leyes en España; habíalas en abundancia, y algunas de ellas muy autorizadas y muy dignas; pero la teología escolástica habia invadido la jurisprudencia, y en ella no daba ya muestras de ser un gran talento sino el que sabia defender mas sutilezas, paradojas, y teses sorprendentes; el profesor de Salamanca don Fernando Vazquez Menchaca se vanagloriaba de haber inventado setecientas, aunque atribuia á este prurito las tempestades en que naufragaba el derecho; y don Nicolás Antonio alaba al licenciado Bobadilla porque á los diez y ocho años sostuvo muchas opiniones y teses nuevas, y contrarias á las recibidas. A unos jurisconsultos de semejante índole fué encomendada la reunion en un código de todas las leyes del reino. El doctor Güevara, y los licenciados Pedro Lopez de Arrieta, y Atienza, por muerte de los doctores Pedro Lopez de Alcocer y Escudero llevaron á cabo la Nueva Recopilacion publicada en 1567. Constaba de nueve libros divididos en títulos y leyes. Basta leer el índice de todos ellos para observar el desórden que en el todo reinaba. Trataba el primero de la religion, y era procedente con la opinion de que mandaba el rey como un delegado del Eterno, el segundo de los tribunales, sin cuya mediacion y sus sevicias estaban tan poco arraigadas en aquel siglo las creencias, que infaliblemente hubieran muerto: el tercero continuaba la materia de los tribunales, y entre sus títulos aparecian en extraña mezcolanza otros relativos á albéitares, barberos, boticarios y herradores; el cuarto explanaba la práctica forense;

del quinto no es posible leer el índice sin que asome la risa en los labios, porque allí se habla de casamientos, de luto, de la cera para los funerales, de los testamentos, mejoras, mayorazgos, herencias, donaciones, ventas, ordenanzas sobre fábrica de sedas y paños, pesos y medidas, gremios, adquisiciones, censos, casas de moneda, plateros, y tasa del pan en los mercados; el sexto casi supera al quinto en desórden, y mezcla el correo mayor con las cortes, los caballeros con los lacayos y criados, y los tribunales con los consejos para que á las yeguas no se les echen asnos garañones sino caballos de buena casta; el séptimo habla de los ayuntamientos, de los navíos, de los trajes, de los cereros, fabricantes de paño y de sebo, buhoneros, caldereros y pellejeros; el octavo de la legislacion criminal, y era el mas ordenado, revelando la práctica grande que de él se hacia; y el nono se detenia en la hacienda, en la administracion, y en la provision de la casa real y de las tropas. Es decir que la jurisprudencia quedó en un estado de doble confusion del que antes se lamentaba. Felipe dominaba sobre gentes diversas en idioma, en leyes, en usos y costumbres, y deseaba meterlas todas en un molde, no conociendo que esto era querer convertir las montañas en llanuras, ó los valles en cordilleras; y ya que entre sus libros conservaba el monarca uno de agricultura, debió aprender en él que cada tierra pide su peculiar abono y tiene su cultivo, y puesto que era tan dado á las cosas de la Iglesia, en ellas debia aprender tambien que aunque todos los fieles veneran á Dios y respetan al Sumo Pontífice, á cada grey se le deja su obispo en calidad de padre, y á cada pueblo su patrono; y que unos pueblos son mas libres porque son mas valientes, y otros mas esclavos porque son mas tímidos ó mas corrompidos, por mas que todos sean cristianos.

Tocante al sistema económico, lo que dijimos al fin del reinado del emperador Carlos puede aplicarse al presente; todo entraba en el reino, armas, tejidos, ropas; no se permitia que saliesen muchos frutos, ni el oro y la plata, y precisamente estos metales eran lo que con mas ímpetu desaparecia: de lo que se burlaba el citado Vazquez Menchaca, diciendo que la consecuencia nace de sus premisas, y que los extranjeros traian sus mercaderías, no para que les diésemos en cambio otras que no teníamos, sino el oro y la plata que buscaban, pues así como los castellanos (á los habitantes de la Corona de Aragon les estaba vedado) iban á las Indias occidentales á traer frutos y géneros, y pedir metales, con el mismo ánimo venian á la Península los extranjeros. Nuestras leyes, pues, sobre la extraccion de la moneda son bien ridículas, decia Vazquez Menchaca, supuesto que se admite un antecedente contrario á ellas. La industria se queria reducir á ordenanzas gremiales; las primeras materias estaban cargadas de derechos; estancábase la sal; acumulábanse en pocas manos tierras inmensas, abrumábase á los labradores con el mayor peso de los tributos, el comercio del reino estaba lleno de trabas, tasas y registros, y la propiedad de mil maneras sujeta y encadenada. Los soldados, como elemento indispensable allí en donde las leyes por sí solas no tenian autoridad ni fuerza, eran pagados tres veces mas que no lo son ahora; y conociendo su importancia, en faltando la paga, ó no habiendo sobre de ella el botin, se sublevaban. Atendido el diferente valor de la moneda, las rentas del Estado aquivalian unos años con otros á quinientos millones de reales, y como no costaba mucho la recaudacion, pues las rentas pasaban de manos de unos arrendadores á las de otros, ni la contabilidad consumia casi nada, habia lo suficiente para mantener la España en esplendor á no haberse entregado el monarca á gastos y empresas ruinosas, no á las que podian redundar en beneficio público.

La única de que la posteridad no ha pedido cuentas á Felipe es la fábrica del Escorial, porque con ella favoreció las nobles artes: teatro de gloria abierto á los ingenios de la época. Carvajal, Navarrete, Barroso y Monegro, adornaban el monumento levantado por Juan de Toledo y Juan de Herrera. Aquel noble impulso dado á las artes debia producir sus frutos; los grandes y las ciudades, siguiendo el ejemplo de las comunidades religiosas y el del monarca, llamaban á los artistas, les encargaban obras costosas, excitaban su emulacion, les protegian y los alimentaban. Córdoba, Granada, Toledo y Valencia competian ya con la escuela madrileña, y Sevilla se preparaba para dar mas adelante con sus discípulos Velazquez y Murillo asombro al mundo.

Verdad es que las demás naciones se habian acostumbrado á recibir de España asombros. Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Lainez, Ribadeneira, Luis de Granada, Luis de Leon, Alpizcueta, Diego Covarrubias, Antonio Agustin, Francisco de Toledo, Arias Montano, muerto pocos meses antes que Felipe II, Florian de Ocampo, Garibay, Ambrosio de Morales, Gerónimo de Zurita, Mariana, Pru-

dencio de Sandoval, Luis de Cabrera, Luis Carvajal y Mármol, Diego Hurtado de Mendoza, Francisco Sanchez (llamado el Brocense, Pedro Simon Abril, Alfonso de Salmeron, Francisco Valles, médico del rey, y llamado el divino, Diego Gracian de Alderete, discípulo de Luis Vives, Juan Ginés de Sepúlveda, Antonio Perez, habian puesto las letras españolas en una altura, desde donde arrebataban los aplausos de propios y de extraños. Cultivaban la poesía Fernando de Herrera, Luis de Leon, excelente en ella y en la prosa, Luis de Góngora, llamado el corruptor del buen gusto, los hermanos Lupercio y Bartolomé de Argensola, Alonso de Ercilla, Valbuena, Jáuregui, y Juan Rufo. Al teatro sacaban de sus pañales, despues de Lope de Rueda, Rodrigo Alonso, Cristóbal de Virues, Francisco Avendaño, Luis Miranda, Juan de Timoneda, Juan de la Cueva, Andrés Rey-Artieda, Lupercio Argensola, y le vestian torpemente, hasta que viéndole Lope de Vega en tan mal estado, tomóle en brazos, acaricióle, jugueteó con él, dióle urbanidad, buenos modos, originalidad, viveza y arrogancia, ya que no pudo ó no quiso inculcarle reglas. Mateo Aleman, Juan de Timoneda, Juan Aragonés, Julian Medrano y Gil Polo, se daban á la literatura amena. Ninguno de estos escritores murió en la indigencia. Uno gemia en ella, que no hemos nombrado, que se ensayó en la poesía, en el drama, en la novela pastoral, como si á tientas fuese buscando entre los literatos un asiento, y pan para su familia. Habíase ensañado con él la mala suerte; soldado, fué en busca de la gloria, y perdió un brazo y cayó cautivo: empleado en recaudaciones, por un descubierto de dos mil reales le metieron en la cárcel de Sevilla; sus versos no eran leidos; sus comedias no eran aplaudidas; tenia ya cincuenta años, y habia visto formarse, crecer y marchitarse en torno suyo muchas reputaciones; la vida no tenia ya para él ilusion ninguna: y sin embargo en algo debia ocupar el tiempo; y viendo que imitando á los demás solo excitaba la sonrisa, quiso separarse de todos y en todo; creóse un tipo, y al tiempo de la muerte del rey don Felipe estaba escribiendo una obra, honor no solo de la España, sino del entendimiento humano. El mísero cautivo Miguel de Cervantes, el escritor al que menos incienso han dado sus contemporáneos, debia ser de todos ellos el mas célebre: que así muchas reputaciones gigantes caen anonadadas, mientras otras muy modestas en sus principios se levantan y se eternizan. El libro que continuaba por entonces siendo el mas leido, el mas buscado y reimpreso,

era La Celestina; y esto viene en corroboracion de la inmoralidad de aquel siglo, del cual decia Cervantes que á una criada, de mil amos, no le salian cuatro buenos, pues los demás eran torpes y de antojos feos.

Lamentable era el estado en que dejaba Felipe II la monarquía. Su escasa poblacion, vendimiada por los errores y por las sevicias de los gobernantes, iba emigrando del centro á la circunferencia, acercándose á las costas, de donde pudo venir antiguamente. La España, por mas que le cueste al orgullo nacional el confesarlo, daba pasos colosales hácia su completa ruina; y el ardor de sus guerreros, la imaginacion de sus poetas, sus maravillas artísticas, y las obras maestras de sus mejores ingenios, resplandores deslumbrantes en medio de un caos, parecian los últimos destellos de una lumbre que se apaga. La obra de los Reyes católicos, mal sostenida, habia dado á los españoles claro nombre entre los extraños, miseria y abyeccion en casa. La gran monarquía quedaba cimentada; ya no daban sombra al trono los nobles; ya las cortes eran un nombre vano; hollados los fueros castellanos, anuladas las franquicias aragonesas, solo entre los vascongados y los catalanes subsistian los restos de las libertades patrias, para no sucumbir sin gloria. Carlos y Felipe habian ido mas allá de donde debieran, y colocaron el poder sobre un osario espantoso. Es necesario ser justos con sus débiles sucesores: no fué solo de estos la culpa si Francia, Alemania é Inglaterra, doblaron su poblacion, y con ella su poder y sus riquezas, mientras la España se iba convirtiendo en un desierto.

FELIPE II

JUZGADO POR LAFUENTE.

Aun desmembrada la corona imperial que heredó de Carlos V su hermano Fernando, quedaba todavía Felipe II el soberano mas poderoso de Europa, y su matrimonio con María de Inglaterra le daba además gran mano en aquel reino.

Entre el padre y el hijo absorben casi todo el siglo XVI, pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Así, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco y educado en Flandes el uno, habia desagradado á los españoles porque no hablaba su idioma; español y criado en España el otro, habia disgustado á los flamencos porque no conocia su lengua. Carlos flamenco, tenia la vivacidad española; Felipe español, tenia la fria calma de un flamenco. Parecia que habian equivocado la patria. Carlos era expansivo y cosmopolita; Felipe sombrío y político de gabinete. Aquel, infatigable en el ejercicio del cuerpo, habia querido gobernar el mundo hallándose en todas partes; este, incansable en el manejo de la pluma, aspiró á regir la Europa desde el rincon de un monasterio. Aquel dictaba leyes á cada pais en su propio territorio; este se las imponia desde su bufete. El padre hacia temblar un estado con su presencia; el hijo le intimidaba con un decreto. El padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa. Carlos asistia á todas

las asambleas de Europa; Felipe daba instrucciones á sus embajadores, era el jefe de los diplomáticos, y sabia mas que ellos.

¿Era Felipe II el *demonio del Mediodía*, como le nombraban entonces los extranjeros, ó era el *rey santo*, el hombre religioso, el que libertó la Iglesia de la herejía, y salvó de la anarquía los estados? ¿Fué el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras y el verdugo de los pueblos, ó fué el gran político que comprendió su siglo y dió á España engrandecimiento y gloria? Personaje tan ensalzado como deprimido, cada cual le ha colmado de elogios ó de invectivas, segun sus ideas ó sus pasiones. Observamos en ciertos escritores nacionales, empeño en unos, tendencia en otros á rehabilitar su memoria. Nosotros hemos procurado estudiar el genio del hombre y los designios del monarca, en el interior de su familia y palacio y en la direccion de los negocios públicos. Hemos visto sus decretos originales: ha pasado por nuestras manos su correspondencia diplomática, y hemos leido sus disposiciones en letra de su puño. Hemos tenido ocasion de examinar muchos de sus escritos, de sus propios borradores, allí donde al cabo de trescientos años parece verse todavía la cabeza que concebia, el corazon que dictaba, y la mano que se apoyó sobre aquel mismo papel; allí donde las líneas puestas á un márgen para sustituir á otras que se tachaban, revelan el pensamiento primitivo y el pensamiento nuevo que le reemplazó. Despues de todo esto podemos decir sin género alguno de apasionamiento que admiramos las grandes cualidades de aquel monarca y reconocemos y amamos algunas virtudes que le adornaron; pero sentimos no sernos posible amarle tanto como le admiramos.

Por nuestra parte hemos creido descubrir en Felipe II las prendas de un gran político; pero tambien las cualidades de un gran déspota. Sombrío y pensativo, suspicaz y mañoso, dotado de gran penetracion para el conocimiento de los hombres y de prodigiosa memoria para retener los nombres y no olvidar los hechos, incansable en el trabajo y expedito para el despacho de los negocios, tan atento á los asuntos de grave interés como cuidadoso de los mas menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos y no escrupuloso en los medios de ejecucion, indiferente á los placeres que disipan la atencion y libre de las pasiones que distraen el ánimo, frio á la compasion, desdeñoso á la lisonja é inaccesible á la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar á los demás, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor y taciturno como un cartujo, este hombre no podia ser dominado por nadie y tenia que dominar á todos: tenia que ser un rey absoluto.

El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de estado en una época en que sus relaciones se extendian por las regiones de ambos mundos; que lo leia todo y lo decretaba todo por su mano, ó lo anotaba y corregia de su puño; el que sabia las intrigas y manejos de las cortes extranjeras antes que le informaran de ellas sus embajadores acreditados; el que cuando un embajador le designaba las influencias de un gabinete y el lado flaco de cada príncipe, recibia al propio tiempo informaciones confidenciales de la conducta y de las relaciones y tratos de este mismo embajador; el que sabia las circunstancias y los medios de cada uno de los jefes de la insurreccion de Flandes, las propiedades de cada aspirante á la corona de Francia, la índole de cada pretendiente á la mano de la reina de Inglaterra, el carácter de cada cardenal y las opiniones de los que influian con el papa ó habian de asistir al concilio; el que conocia de antemano el mérito y conducta de cada uno de los que se presentaban á pedir un empleo; el que sin asistir á los consejos sabia cuanto en ellos pasaba, y no asistia con el fin de que su presencia no impidiera á cada cual manifestar libremente sus pasiones; el que sabia dividir para reinar y fomentar los partidos para neutralizar mejor las influencias; este hombre no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentia con genio, con propension y con capacidad para ello.

Así las Cortes que el padre habia reducido á simple fórmula las redujo el hijo á peor condicion que la nulidad, y las libertades que Carlos extinguió en Villalar con Padilla, acabó de ahogarlas Felipe en Aragon con Lanuza.

Uniendo al ardor del religioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engrandecimiento de sus reinos, y de que el fanatismo no obstara al acrecimiento ó conservacion del poder, quiso extinguir la herejía que agitaba la Europa ayudando á los católicos contra los reformados y herejes, pero esperando vencer con los unos para reinar sobre todos: imponerles primero la creencia religiosa para someterlos despues á la autoridad política. Hízose el defensor nato de la Iglesia romana y empezó ganándose al papa con blandura; pero si el papa se oponia

á sus planes políticos tratábale con dureza y se gozaba de los atrevimientos que con el jefe de la Iglesia se tomaban sus embajadores. Perseguia á los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las excomuniones. Veneraba á los frailes y se rodeaba de ellos, pero si atentaban á su poder los mandaba ahorcar.

Si no hubiera hallado la Inquisicion, la hubiera inventado él: pero se le habia anticipado en mas de medio siglo. La halló establecida y la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió en que se erigiese en cabeza. Gustábale servirse de los inquisidores, pero dominándolos.

No reparaba en reducir á prision al mismo que habia sido el mas activo instrumento de su tiranía en Flandes, como tampoco dificultaba en sacarle del calabozo cuando le convenia para hacer la conquista de Portugal: entonces volvia á confiar el mando del ejército al duque de Alba. Llevaba á un hombre inteligente y laborioso á los altos puestos de presidente del Consejo de Castilla y de Italia, de inquisidor mayor y cardenal, pero en el apogeo del favor le intimaba la caida de su gracia, aunque el pesar le acabara la vida. Así murió Espinosa. Y don Juan de Austria, el hijo ilegítimo de Carlos y el heredero legítimo de su grandeza y de sus glorias, la mas noble, la mas bella y la mas elevada figura de su tiempo, el vencedor de los moriscos en las Alpujarras y de los turcos en Lepanto, gana victorias y paises para su hermano, pero no puede ganar para sí un quilate de cariño en su corazon. Felipe II no consentia verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.

No era impasible, pero lo parecia en las ocasiones en que es mas difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas. Cuando el de Alba le participó la ejecucion de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: «Puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos á Dios.» Y como implorase su piedad hácia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la mas espantosa miseria y desamparo, «sobre esto, le dijo, ya proveeré y os avisaré de ello.» No le corria prisa hacer el bien que le pedia con urgencia el hombre que pasaba por el mas duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que habia otro en cuyo cotejo podia pasar por blando de corazon. La noticia del desastre de la Invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó á decir que habia enviado la escuadra á luchar con los hombres y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar á los reales labios una ligera sonrisa. La recibió rezando, calló, y continuó su oracion. Hasta que esta fué acabada no mandó entonar el *Te Deum*: nadie sabia por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny, el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Perez y el príncipe Carlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpétuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prision misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, inclusas las nuestras? Poseemos la copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leidos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se hallaran entre ellos los que han buscado con tanto afan biógrafos, críticos é historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuita, como el mas diestro embajador y el mas astuto ministro. Era rey, y lo reunia todo.

Mas donde ha quedado perpétuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta majestuosa y severa al pié de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devocion. Diríase que era la fortaleza en que habia querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba. «¿Cómo habia de traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle á San Lorenzo en conmemoracion del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintin, y quiso que el edificio representara la forma de las parrillas en que fué quemado el santo: singularidad que ha dado ocasion á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízole á un tiempo para vivienda de monjes y para alcázar de reyes: y la cámara régia al lado de la celda prioral, la corona junto á la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Jerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Carlos V, ni en su consejo ni en su corte predominaban extranjeros. Si Carlos V hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alema-

na: si la hubiera dominado Felipe II, la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trajes. Paris mismo se asemejaba á Madrid, y tomaba de los españoles hasta las extravagancias que les habia de devolver despues; porque un siglo antes que Luis XIV pudiera llamar á Madrid *la corte francesa de España*, habia llamado Felipe II á la corte de Francia *mi bella ciudad de Paris*.

Los españoles, avezados ya á las largas expediciones militares en que recogian gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por mas de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos tambien de su independencia, servian gustosamente de instrumentos á las empresas de su monarca, y fueron, como en tiempo del emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra herejes y contra cristianos católicos, y la política española intervino en todos los negocios de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger despues muchas espinas.

La política de Felipe con los Paises-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para España fué una fatalidad, y para Flandes una providencial expiacion. Medio siglo hacia que habia venido aquí un príncipe flamenco, cuyos primeros pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar á flamencos los mas altos puestos del estado y ahogar nuestras libertades. Al cabo de cincuenta años un monarca español, hijo de aquel, trata á Flandes como á pais de conquista, confiere los primeros cargos á españoles, y prueba á establecer allí la Inquisicion española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aquí se irritaron y levantaron los castellanos. Allí se firmó el *Compromiso de Breda*, como aquí se formó la *Junta de Avila*. Allí perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aquí habian perecido Padilla y Bravo. En Castilla fué incendiada Medina, y allí fueron profanadas y saqueadas mas de cuatrocientas iglesias en Flandes y Brabante. La expiacion fué terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque despues de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y despues de gastados generales y tesoros, el resultado fué constituirse la república libre de las provincias Unidas allí donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra larga y desastrosa que habia de terminar por la pérdida de aquellos ricos paises.

El afan y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia y colocar en aquel trono á la infanta su hija, costó muchos millares de hombres y treinta millones de ducados, para venir á someterse al célebre tratado de Vervins en que reconoció á Enrique IV y se obligó á restituirle todas sus conquistas. Sacamos de allí los triunfos de San Quintin y de Gravelinas, y el placer de haber guarnecido algun tiempo á Paris tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos á Isabel de Inglaterra y protegia á María Stuard de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nuestros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fué una pérdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de pronto el poder marítimo de la Gran Bretaña, y una vez se atrevieron los ingleses á penetrar en Cádiz, y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultraje, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo la decadencia de nuestra marina.

No fué mas feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de extender su influencia en los estados escandinavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversion de Juan de Suecia en sentido inverso á la de Enrique IV de Francia.

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo, fué la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el mas rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la media-luna. Pero dióse tiempo á los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultan hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron á ajustarse treguas con el turco; mezquino resultado, que ni correspondió á los esfuerzos que costara á la nacion, ni á los triunfos que habia sabido alcanzar el ilustre bastardo de Carlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y así como Suintila fué el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradiccion rey de la

España entera, así Felipe II fué el primer soberano de la edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no habia ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar á los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseian en Africa, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habian de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente, conciliador y benéfico, que hiciera olvidar á los portugueses su humillacion é identificarse gustosos á la gran familia española, la dura política de Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasion de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico floron de su corona antes de extinguirse la dinastía austriaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Felipe II al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habian ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrian conservarse á tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habian hecho sin imponer á la nacion sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de conservar paises apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpétuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporacion sincera y provechosa. El temerario afan de Felipe de someter la Europa á su conciencia y á su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningun fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nacion, y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habian sembrado los Reyes católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habian de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II á sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el gérmen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillaciones.

FELIPE II

JUZGADO POR DUNHAM.

En medio de estos cuidados, iba adelantando en la vejez el rey Felipe. Con los años, su condicion siempre desabrida no mejoró, y por otro lado, su piedad, que siempre habia sido grande, aunque alguna vez hermanada con desarreglo de conducta, imposible acaso de evitar en los ricos y poderosos, aunque no por eso merecedores de total disculpa y conciliable en toda clase de personas con una creencia sincera, llegó á un grado de fervor notable. Su rigor con los herejes no pudo llegar á mas que habia sido en su edad madura, y aun en sus años juveniles; pero si no creció se mantuvo. Dedicóse á ejercicios devotos y á mortificar su cuerpo, debilitado y martirizado por complicadas enfermedades que llevaba con heroica fortaleza. En medio de ello, no dejaba de atender á los negocios del Estado, cuidando de dejar á su hijo sus reinos en situacion que le prometiese gobernar con esperanzas de acierto y próspera suerte, para lo cual dejárselos en paz habia venido á ser necesario. Durante su reinado, habian ido prósperamente las cosas en América, cuya tranquilidad no habia sido turbada, sino por una guerra con los indomables indios araucanos, hostilidades de que podia sacarse escasa ventaja; y con dilatarse un tanto los grandes descubrimientos antes hechos en aquellas vastísimas regiones, y con gobernarse en paz los grandes imperios ya sujetos, dándoles leyes en parte sábias y justas, y sacándoles las inmensas riquezas que daban sus minas, habia venido la apartada América á ser la mejor joya de la corona española y el principal sosten del poder de sus monarcas. Habíase

descubierto en los mares del Asia un hermoso archipiélago cuyas islas eran notables por lo vastas y lo pobladas; y habrian sido y podrian llegar á ser manantial para España de nueva riqueza, si entonces se hubiese atendido á otra que la que dan las entrañas de la tierra en ricos metales. Pero aquellas islas á las cuales, en obsequio á Felipe, se dió el nombre de Filipinas, solo sirvieron de lisonjear el orgullo del rey, y de darle motivo para que con razon blasonase de que nunca llegaba á ponerse el sol en sus dominios, pues en su constante curso forzosamente habia de estar alumbrando algunos de los que eran parte de la monarquía española en tan diferentes y distantes regiones de la tierra. La conquista de Portugal habia traido consigo la de sus importantes posesiones ultramarinas; los establecimientos en la opulenta India Oriental, el recien descubierto Brasil extendidísimo, rico en oro y piedras preciosas, por demás fértil, y las islas de Caboverde, de la Madera y Terceras, escasas en importancia, y en aquel tiempo sin valor alguno. Con todas estas fuentes de riquezas de que manaba una corriente constante y considerabilísima para aquellos dias, empleada en los continuos y grandes gastos ocasionados á España por las guerras en que estaba empeñada, era suma la estrechez del Erario. En los últimos años de la vida de Felipe, hubo que apelar á miserables arbitrios para proveer á los gastos mas necesarios y urgentes, llegándose á decir, segun refiere un autor que lo cita como expresion vulgar de sus dias, que el rey se habia visto precisado á pedir limosna (1). Imposible era con tales apuros tratar de reducir á sujecion á toda Flandes, sustentar con Inglaterra una guerra marítima, en la cual casi siempre era la victoria de los enemigos, y guerrear con Francia, cuyo rey estaba ya firmemente sentado en su trono, y que por su situacion y calidades era muy formidable contrario. Vino, pues, á ser indispensable tratar de la paz y conseguirla á costa de notables sacrificios. La guerra de Flandes era la llaga mas maligna y enconada de cuantas corroian el demasiado crecido y poco manejable cuerpo de la monarquía de los reyes de España en aquellos dias. El medio de sanarla era renunciar á su gobierno. El de la parte septentrional de los Paises Bajos ya se habia escapado completamente de las manos del monarca reinante en Madrid, pues existia como estado la república holandesa. En las provincias del Mediodia de la misma tierra se conservaba el gobierno español; pero si por muchos era mirado con gusto por unirle con él la religion, poderosa en los ánimos de los flamencos, para otros celosos de sus privilegios que lamentaban perdidos, el nombre de español al cual iba asociada la idea del despotismo de su rey, habia llegado á ser odioso. Movido Felipe de estas consideraciones, y juntamente del afecto que profesaba á su hija la infanta Isabel Clara Eugenia, á la cual habia casado con el archiduque Alberto de Austria, y á quien habia intentado sentar en el trono francés, determinó entregar el gobierno de Flandes á aquellos consortes y sus herederos, dejándolos como potentados independientes, aunque en cierta dependencia nominal de la corona española. Desde 1595, era ya el archiduque gobernador de Flandes, y durante su gobierno habia tenido mas reveses que prósperos sucesos, habiéndole ganado Mauricio de Orange no pocas ciudades fuertes en la parte septentrional de aquellos estados. Pero en virtud de nuevas disposiciones que habian de tomarse, ajustando treguas con las provincias ya independientes, y creando un gobierno en las que continuaban sujetas, bien era de esperar que conservase, si no el rey de España, su familia, el dominio en la parte católica de los Paises Bajos. A ello se aspiró, pues, con el acto de la renuncia de aquellos estados, hecha por el rey en su hija y yerno, acto de los mas cuerdos que hizo Felipe, y el cual fué llevado á cabo en 1598, como cuatro meses antes del término de su vida.

(1) Así lo dice el cronista Gil Gonzalez Dávila, afirmando que de ello se murmuró. Es muy notable su pintura del estado de miseria en que se encontraba España al morir Felipe II, y bien puede servir de respuesta á los que se figuran haber habido en nuestra patria prosperidad excesiva en los tiempos pasados. No deja de ser extraño que se consintiese al cronista tanta libertad en su pintura de la miseria pública.

Casi coincidió con esta disposicion, haberse ajustado la paz con Francia. En el mismo año de 1598, fué firmado el tratado de pacificacion en Vervins, siendo los términos ventajosos á Enrique, que fué reconocido legítimo poseedor de la monarquía francesa por el que hasta entonces le habia disputado el título de tal con encarnizamiento, aunque por otra parte, España en las condiciones no salió con desventaja. Quedaba por única enemiga de Felipe, Inglaterra, con la cual ó no pudo ó no quiso el rey avenirse.

Ibasele notoriamente acercando á Felipe su muerte. Agravósele la gota de que habia tiempo que estaba padeciendo; llenóse de llagas; sentíase molestado por agudos dolores y consumido por una calentura continua, y en este triste estado determinó irse al Escorial, respondiendo á los médicos que se oponian á su viaje en tal

situacion, que queria ser llevado vivo á su sepulcro. Llegado á aquel monasterio, se hizo poner en una celdilla ó tribuna desde donde veia la iglesia y su altar mayor; y en aquel lugar amueblado con pobreza, llevó con resignacion admirable atroces padecimientos. O fuese que se arrepentia de algunos de sus actos pasados de severidad, aunque ó por sus erradas ideas nunca creyó, ó por su política y persuasion en cuanto á la entereza propia de la dignidad real, nunca confesó que tuviese de que arrepentirse, ó fuese que creyese propias de su situacion la clemencia y misericordia, aun en los puntos en que el rigor no pasaba de ser justicia, lo cierto es que mandó dar libertad á muchos presos, y restituir sus bienes á varios, á quienes se los habia confiscado, siendo uno de estos á la mujer del perseguido Antonio Perez. Pocos dias antes de morir y recibidos ya los sacramentos con piedad y devocion mas que ordinarias, mandó llamar á sus hijos y les dió consejos sanos, aunque los mas de ellos triviales y de los que es comun dar en semejante hora. Cumplida esta última obligacion de padre y de rey, se volvió completamente á las de hombre y de cristiano, y á mirar por la felicidad futura de su alma. Dió disposiciones para sus funerales, y aun mandó que le trajesen el ataud en que habia de ser encerrado, y que se le dejasen delante hasta la hora en que hubiese de ocuparle muerto. Llególe su fin en el 13 de setiembre de 1598, dia en que despues de haber estado un breve rato sin hablar, espiró, cuando contaba de edad setenta y un año, tres meses y algunos dias, y de reinado en España algo mas de cuarenta y dos años.

En nada varían los historiadores tanto cuanto en juzgar á Felipe II. Durante muchos años los escritores españoles, honrándole con el dictado del Prudente, elogiaban sin tasa sus prendas de piadoso, de justo en sus providencias, de atento á los cuidados del gobierno, de moderado en la próspera fortuna y entero en la adversa, y de acertado en la política, porque desde su gabinete hacia no menos que su padre el emperador en la campaña, afirmándose asimismo que durante su reinado se habia mantenido España en el mas alto punto de poder y gloria. Su celo de la religion y del lustre de las artes ha movido á los hombres piadosos y á los aficionados á la arquitectura y pintura á mirarle con singular predileccion, y entre los monjes del Escorial estaba perpetuada su fama con el título del Santo rey. Al revés casi todos los extranjeros estaban acordes en desacreditarle, salvo los que dependian del gobierno de España. A

fines del último siglo, y entrado el presente, fué moda en nuestra patria adoptar la opinion mas contraria á Felipe, y hoy hay quienes, volviendo á las antiguas opiniones, le favorecen con exceso. Un juez imparcial debe declarar que en él iban juntas las buenas prendas con las malas calidades, siendo las suyas, de una y otra clase, de muy alto grado. Mal se le puede negar que gobernaba con justicia cuando no le movian á lo contrario su pasion ó su interés, y que esto último no era en él frecuente. Tambien es fuerza confesar que cumplia bien con sus obligaciones de monarca, atendiendo á los negocios del gobierno con atencion suma y diligencia incansable. Era además en general templado, arreglado en su modo de vivir, frugal, y, dígase cuanto se quiera, de veras religioso; de modo que aun en sus vituperables excesos por mantener pura la fe, y sin menoscabo la autoridad y dignidad de la corona, si obraba mal, procedia obedeciendo á equivocadas doctrinas en punto á lo que se debe á la ley de Dios y á la majestad de los reyes. Por otra parte es parcialidad, que raya en desvarío, decir que no era adusto, cruel y vengativo; feroz en perseguir á los que se separaban de su fe, y no mas blando con aquellos en quienes recelaba designios contrarios á su poder y proyectos. No obstante su habitual templanza, no careció de vicios, los cuales procuraba encubrir, sujetándose por ello á ser tachado, con un tanto de razon, de hipocresía. Aun de su política puede afirmarse que si logró ganar á Portugal, haciendo así á ambas partes de la Península el mayor servicio posible, y si consiguió poder mantener á España en la gloriosa situacion de defensora y cabeza de la unidad católica en Europa, y de propagadora de las leyes y civilizacion europea por toda la redondez del orbe, por otro lado acometió empresas descabelladas, buscó y padeció graves reveses, y vino á dejar la monarquía agotada de fuerzas, preparando en la misma grandeza de su tiempo la decadencia y ruina que, de seguro, para lo venidero amenazaba al poder español en los negocios interiores y exteriores. Para considerar cuáles eran las causas que habian de atraer á España infalibles males, y para enterarnos del estado de la monarquía, así social como político y literario, en la época considerada como la del apogeo de su poder, y del siglo de oro de su literatura, bien será que se dediquen algunas observaciones á puntos tan importantes.

Ya reinando el emperador Carlos V habia sido la condicion de España de mas esplendor, y acaso de mayor prosperidad que en los

reinados anteriores. Las riquezas del Nuevo Mundo y los tributos ordinarios proveyeron á los gastos de las varias guerras en aquella época emprendidas, la mayor parte de las cuales es fuerza confesar que eran para España de corto provecho, aunque le daban el de aumentar su gloria, siendo solo emprendidas para satisfacer pasiones del monarca, ó servir á algun interés que fuera de la Península tenia. Fué, sin embargo, un bien para España la entrada y circulacion en la Península de los caudales del Nuevo Mundo. Hubo de ser necesario mas trabajo y de ser mejor pagado el que se hacia. Sin embargo, el lustre de tan brillante período de la historia de España tenia sus sombras, no siendo la felicidad pública, ni tanta, cuanto generalmente se supone, ni por otro lado pura de toda miseria. Para enterarse bien de las ventajas é inconvenientes de aquella situacion, y de la calidad y cantidad de las cosas por que brillaba y florecia, ó estaba afeada y dañada, bien será pasar á ir considerando en particular cuál era entonces en España el estado del gobierno, de las leyes, de las costumbres y de la literatura, exámen que, por fuerza, reducido á estrechos límites, ha de ser superficial y breve, si bien de alguna utilidad, siquiera escasa.

El gobierno de España, reinando Carlos V, vino á ser, ó diciéndolo con mas propiedad, siguió siendo de lo que se llama absoluto. De la misma clase, con corta diferencia, era el de los Reyes católicos, especialmente en Castilla. Pero Isabel, violenta en medio de su virtud, y por eso nada dispuesta á sufrir contradicciones, sabia, con su bondad y amor á sus súbditos, hacer su poder desmedido llevadero y hasta grato. No sucedió así á Carlos cuando empezó á reinar; pero, despues de vencidos los comuneros, su mando, aunque ejercido sin freno, no fué, ó no pareció duro. Mas debia serlo el de Felipe, á quien nadie excedia en punto á altas ideas de la dignidad y omnipotencia de los reyes. En su tiempo las máximas del monarca y de los cortesanos en este punto, abrazadas y sustentadas por los escritores, predicadas en los púlpitos y confirmadas con la práctica, vinieron á ser generalmente reputadas casi dogmas de fe, de lo cual dan buena prueba las expresiones de los escritos de aquella época, en quienes la lealtad parece culto, cuando con frase peculiar de la nacion española se dan á Dios títulos de la grandeza humana, y se suponen al rey atributos poco menos que de la potestad divina, equiparando con el título de ambas majestades á la deidad y al soberano, y figurándose á este último imágen de la prime-

ra, y, en clase de tal, dueño de algunas de sus perfecciones.

No ha de creerse, sin embargo, que estaba gobernada España como los estados sumergidos en barbarie, donde obra el que manda, segun le van dictando sus caprichos en cada materia que á su resolucion se presenta. Habia en los negocios órden; justicia en las resoluciones; independencia en los tribunales, faltando esto, si era la voluntad del rey que faltase, pero siendo la voluntad del monarca, salvo cuando á lo contrario le arrastraban sus pasiones ó sus intereses, lo cual rara vez sucedia, que se faltase lo menos posible, y en ningun caso si ser pudiese.

El poder de los ministros era corto, y aun puede decirse que apenas habia verdadero ministerio, siendo meros secretarios de estado en la esencia como en el nombre quienes desempeñaban los servicios que tocan á los ministros en nuestro tiempo. Del Consejo de estado se sabe que era consultado con frecuencia y que gozaba de autoridad no escasa. Tambien los de Castilla, Aragon é Indias estaban tenidos en estima, siendo ellos los que gobernaban en gran parte, y sobre todo en la hoy llamada administrativa, los estados cuyo nombre llevaban. Tambien las chancillerías juntaban autoridad gubernativa con la judicial.

En las cortes no se pensaba. Componíanse las que habia de los procuradores de las ciudades de voto en cortes, pero no fueron convocadas, durante el reinado de Felipe II, para tratar de negocio alguno de estado ni hacer leyes. De estas hizo la corona por sí, con la fórmula acostumbrada de expresar que les daba la misma fuerza que si estuviesen hechas en cortes.

La nobleza, separada de estos congresos, habia perdido su poder político, no pudiendo cobrarse de los golpes que recibió durante el reinado de los Reyes católicos, ni encontrar ocasion de hacer causa comun con el pueblo contra el trono, despues de haber desperdiciado la que le ofreció la guerra de las comunidades. Fué parte de la política de Felipe encumbrar á algunas personas, no del mas alto nacimiento; pero no bajó, como Luis XI de Francia, y otros monarcas deseosos de destruir el poder de los nobles, á dar su privanza á gente de baja esfera. Al revés los nobles principales, si ya no poderosos señores, casi rivales de su rey, eran los primeros servidores de este, que les daba el mando de los ejércitos y reinos, y los vireinatos de Italia y América, sin contar con que, como ha seguido sucediendo despues, componian su real servidumbre. Disfruta-

ban además los nobles de no pocos privilegios gravosos al estado llano, aunque de esto poco se quejaba el pueblo, siendo de empeño y gusto para el español el poder y lustre de la nobleza. Llevaba con todo el estado llano el peso de los tributos, si no muy grave por no ser estos crecidos, duro por no estar bien recaudados. Los derechos señoriales seguian en toda su extension, así en la parte jurisdiccional como en la de propiedad, siendo muchas las villas y lugares y algunas las ciudades en que no eran de nombramiento real los magistrados, ó dígase la justicia. Los ayuntamientos disfrutaban de algun poder, mas en razon de la debilidad del gobierno, que por hacerlos las leyes independientes, pues sujetos estaban, y para casi todo, al Consejo Real ó de Castilla. Habia variedad en la composicion de los cuerpos municipales; pero en las ciudades de mas cuenta, entre las de realengo de España, los cargos de regidor habian venido á ser no solo vitalicios, sino hereditarios. En los pueblos de señorío era comun nombrar el señor los regidores, así como nombraba al corregidor ó alcalde.

Las leyes no estaban bien guardadas, á pesar de ser Felipe II muy celoso de su observancia, y de esforzarse mucho porque en sus reinos se administrase con rigor, pero con imparcialidad, la justicia. Pero la proteccion dada á los delincuentes ya por la Iglesia, ya por la nobleza, estaba favorecida por las costumbres.

La amortizacion civil y eclesiástica habia sido llevada mucho mas allá de lo que pretenden ser justo y conveniente, aun los que son contrarios á que estén muy repartidos los bienes, porque faltan de resultas grandes capitales para las operaciones de labranza ú otro género de industria. Los mayorazgos, que antes de regir las leyes de partida, si no del todo desconocidos, no estaban en uso general, ni bien señalados y afianzados por disposiciones legales, desde el reinado de don Alfonso el Sabio, y mas todavía desde el de don Alfonso el Onceno, empezaron á extenderse y robustecerse. Si antes era costumbre heredar el primogénito el caudal de su padre, no siempre sucedia así, siendo parte de la autoridad paterna la facultad de repartir el caudal que se dejaba por partes iguales, dando la mejor así al hijo menor á veces, como en otras al primero ó á los que estaban entre uno y otro; ó siendo derecho de los poseedores de bienes raices venderlos, y durante su vida, hacer del producto de la venta lo que mas les acomodase. Pero con la nueva legislacion, y señaladamente con arreglo á ciertas leyes famosas hechas en las

cortes de Toro, creció hasta ser infinito el número de las vinculaciones. Temerosas las familias nobles de verse reducidas á pobreza, y con eso caido en oscuridad su nombre, y deseosas de perpetuar este en decoro y lustre, volvieron en atencion á depositar con la riqueza competente, el medio de mantener la dignidad de cada casa ó en su primogénito, ó á falta de hijos, en el de mas edad de los herederos colaterales. Así por la aversion que tienen los hombres á que caiga su memoria en olvido, no siendo posible transmitirla por medio de muchos, porque un caudal que se reparte, al cabo de algunas reparticiones desaparece, vino á quedar sacrificado el interés de muchos hermanos al del mayor entre ellos. Añadiéndose á esto la prohibicion hecha al mismo poseedor de vender sus bienes vinculados, llegó á haber una amortizacion civil, casi igual á la eclesiástica en sus efectos, si bien quedó mas sujeta que esta última á contribuir á las cargas del Estado. Sin embargo, este hubo de padecer en sus rentas notablemente, con no ser permitida la venta de los bienes raices, por ser una de las principales partes de la hacienda pública en España, el derecho de alcabala que se paga al traspasarse de una á otra mano la propiedad. Por otra parte, como el poseedor de bienes vinculados mas que dueño de ellos, era usufructuario, á no ser cuando tocaba heredarle á un hijo querido, no tenia gran cuidado de sus posesiones ni queria gastar en mejorarlas ó conservarlas florecientes, pues siendo la vida demasiado corta, podia suceder que recayese pronto su vinculacion en manos de un mal hijo, de un pariente poco querido, ó tal vez de una persona que por lo lejana en parentesco, bien podria ser considerada como extraña. Vino á resultar de aquí, estar mal cultivadas las tierras. No lo estaban mejor las de los eclesiásticos que eran en crecidísimo número, aunque los reyes dieron repetidas prohibiciones de que se diesen tierras á la Iglesia, y no era permitido á un hombre que profesaba en una órden religiosa, llevar mas que el quinto de sus bienes; pero como pueden mas las opiniones de los hombres que las leyes, siendo la piedad religiosa suma en aquellos tiempos, entró en lucha con la política y la venció casi siempre, de suerte, que si logró contenerse en parte el mal de ser la Iglesia dueña de una considerable parte del territorio, aun quedó lo bastante para causar grave perjuicio al interés del Estado. Ya en tiempo de Carlos habia rogado el duque de Alba al emperador y rey, que considerase que la Iglesia gozaba una renta de dos millones de ducados, mucha par-

te de ella en señoríos, y que tenia sus vasallos, siendo esta ventaja no solo de los obispos y cabildos, sino de simples beneficiados y curas, y hasta de monjes, de suerte, que á S. M. imperial apenas quedaba un palmo de terreno con que recompensar á la multitud de fieles capitanes que empleaban su sangre y haberes en el servicio y para la gloria de la corona; por lo cual, bien era razon privar á aquellos eclesiásticos de su señorío, que en las manos del monarca alcanzarian no solamente hacer frente á los enemigos de la Iglesia, sino tambien á aniquilarlos. Era en verdad grande el número de los eclesiásticos, así como su riqueza, aunque no hay duda que así el primero como la segunda han sido abultados.

Si el ser rica la Iglesia perjudicaba al Estado en la parte económica, no dejaba de perjudicarle por otro lado el poder desmedido que la misma tenia en casi todas las materias. Aunque se haya ponderado la crueldad de la Inquisicion; aunque sea cierto que en otros paises murieron víctimas de la persecucion religiosa, si no tantas personas como en España, pocas menos, y aunque no deba dudarse que lograr la unidad de fe fué una ventaja, si bien compensada con algunos y no leves males, todavía el poder formidable y los rigores del Santo Oficio tuvieron fatalísimo efecto en los ánimos de los españoles, apocándolos, retrayéndolos del estudio de las ciencias, y contribuyendo por este medio á la decadencia moral y física de la monarquía. Las inmunidades eclesiásticas eran tambien tales y tantas, que ponian notables embarazos á la buena ejecucion de las leyes. A cada paso estaba chocando la jurisdiccion civil con la eclesiástica; y como los jueces de esta última eran casi todos meros canonistas, y creian ser la potestad espiritual superior á la temporal, continuamente intentaban tomar conocimiento de causas, en las cuales solo á fuerza de sutilezas y sofismas, podian creer que les tocaba tomar parte, siendo su constante anhelo allanar la barrera que separaba ambas jurisdicciones, y hacer omnímoda la suya. A esto se habian opuesto mas de una vez las cortes, no sin gusto de los monarcas, que, si deseaban ser tenidos por celosos en su piedad, y de pasar por tales estaban ufanos, no por eso desatendian la dignidad de su corona y la conservacion de sus derechos. Los tribunales reales, sucesores en esto de las cortes, solian avocar á sí causas pendientes en los juzgados eclesiásticos, prohibian que se apelase de sus fallos á Roma, y se oponian á la publicacion de bulas directamente encaminadas á impedirles que así procediesen sus-

tentando contra la Sede romana las regalías y derechos del Estado. A veces estos cuerpos echaban graves multas á los jueces eclesiásticos que se atrevian á fallar en última apelacion ó á poner estorbos á los recursos hechos de sus sentencias al consejo Real. No era de esperar que la autoridad pontificia cediese en tales puntos, ni aun á la del rey católico á quien tanto estimaba, y de quien tanta necesidad tenia. Ver que sus bulas habian de ser presentadas al consejo Real, antes de obtener del rey el *exequatur* necesario para que se le diese cumplimiento, llenaba de indignacion y asombro á los papas. Por eso la bula *In cœna Domini* que se leia, y sigue leyendo en el Jueves Santo, y que en los tiempos pasados solo fulminaba anatemas á las cabezas de los herejes, piratas, falsarios y otros criminales, se extendió hasta á condenar las temibles pretensiones de los reyes en punto á la independencia de sus estados, promulgándose solemnemente desde el consistorio. Como era de suponer, hubo resistencia á la publicacion de tal bula en España, y siguiéndose la disputa por insistir el Consejo en que fuese recibida y publicada, este embajador pontificio tuvo que salir del reino, quedando vacante su cargo, y cortada durante algun tiempo la comunicacion con la corte romana. En esta ocasion tuvo el Papa la prudencia de contemporizar, conociendo que de una oposicion declarada ningun provecho podria resultarle, y aplazando á ocasion mas oportuna el volver por derechos que la corte romana estaba resuelta á no abandonar en tiempo alguno. Estas competencias entre la autoridad espiritual y la temporal, no fueron de poco daño para la monarquía (1).

Las rentas de la corona no eran muy subidas en tiempo de Felipe II, si no se toma en consideracion lo que recibia el rey de las ricas minas de las regiones americanas. Que la entrada de estos caudales produjo males puramente, contribuyendo á retraer á los españoles del trabajo, es opinion vulgarizada, y si no falta de fundamento, tampoco exacta de todo punto. Pero al cabo es cierto que, poseyendo la corona una renta no sacada por tributos de los pueblos de la Península, si gravó menos á los contribuyentes, por otro lado cuidó poco de fomentar el trabajo y la riqueza. Verdad es que el Nuevo Mundo abrió un mercado inmenso á los productos de la agri-

(1) Leti, Vida de Felipe II, passim. Sempere, Historia de las cortes, capítulo 25 y 26. El mismo autor, Consideraciones sobre la causa de la grandeza y decadencia de la monarquía española, tomo I, cap. 20 y 21.

cultura é industria española, y trajo en cambio á la Península capitales; pero no empleándose estos en trabajos que los hiciesen productivos, solo sirvieron de subir el precio á todas las cosas, inclusas las de primera necesidad para la vida.

FELIPE II

JUZGADO POR WEIS.

¿Cuáles son las causas de la decadencia de España desde mediados del siglo XVI hasta el advenimiento de la dinastía de los Borbones? ¿Por qué descendió tan pronto aquella poderosa monarquía de la altura que habia ocupado en Europa?

Y ante todo, ¿por qué serie de errores perdió en menos de un siglo la preponderancia al advenimiento de Felipe II?

La causa monumental de esta decadencia no es otra que la falsa direccion impresa al gobierno de Felipe II y sus antecesores. Todos tuvieron una política hostil para el exterior y opresora en el interior, que precipitó la monarquía en un abismo de calamidades, consumando su ruina al cabo de una dilatada agonía.

Vamos á presentar el cuadro de esos errores y sus lastimosas consecuencias en los reinados de Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, examinando cada uno bajo el punto de vista de la política internacional y de la interior.

En tiempo de Felipe II apareció una obra muy extraña y que á pesar de lo extravagante de su forma, da gran luz acerca del sistema y pensamiento secreto de este príncipe. Hablamos del Tratado de Tomás Campanella, sobre la *Monàrquía española*, tan diversamente juzgado. El autor es un fraile calabrés que escribia desde el fórdo de un calabozo despues de haber sufrido el tormento, al cabo de diez meses de prision, sin libros, sin periódicos, sin saber lo que pasaba en el mundo, del cual estaba desterrado. Dirigia su obra á Felipe II, esperando que le diese una vez audiencia: *Magna et secreta colloquio tuo reservo, ubi et quando majestati tuæ placuerit.*

No le hicieron caso, y al salir de la prision no halló asilo mas que en Francia, donde la amistad de Gabriel Naude dulcificó sus últimos años.

Y sin embargo, aquel fraile oscuro y perseguido concibió el gigantesco proyecto de reformar la España y de darla el imperio del mundo. Hé aquí cómo expone su sistema:

«El rey de España es el rey católico, y como tal el defensor nato del cristianismo. Ahora bien, llegará dia en que domine la religion cristiana en toda la tierra, segun la promesa de su divino Fundador: al rey de España toca protegerla, aprovecharse de sus conquistas y dar leyes al mundo regenerado. Ya tiene estados en todos los puntos del globo y á todas horas se hacen por él rogativas á la Divinidad. Que persevere en su fe, que se declare campeon de Cristo y apóstol armado de civilizacion cristiana hasta que la religion católica tenga sus solemnidades y sus sacrificios donde quiera que luzca el sol.»

Tal es el sistema de Campanella en su mayor generalidad. Pasando despues á la práctica, sostiene que el rey de España ha recibido de la Providencia la mision de combatir la herejía de Mahoma y de Lutero. «Es menester, dice, que Felipe II triunfe de los turcos y protestantes como triunfó Ciro de Babilonia, Alejandro de los persas y Roma de Cartago. Para asegurar su victoria, debe el rey de España granjearse los electores y ceñirse la corona imperial despues de aliarse íntimamente con la Santa Sede, ganando los cardenales y haciendo elegir un papa español. A este sistema de política, añade, debieron los reyes franceses su preponderancia en la Edad media.

»Hecho ya emperador y disponiendo á su antojo de la autoridad de la Santa Sede, debe el rey de España volver por la Iglesia perseguida, y nuevo Carlomagno domeñar los paises ocupados por los infieles turcos ó protestantes. El partido católico de Alemania, Francia é Inglaterra le tiende los brazos; que obre con rigor y tiene asegurado el triunfo.» Respecto á la Gran Bretaña, Campanella aconseja á Felipe II que prometa su apoyo al rey de Escocia Jacobo II, con la condicion de que abrace la religion de su madre, reservándose el suplantarle despues de la victoria, haciéndole sospechoso al clero. Despues le aconseja que fomente en Francia las discordias que la despedazan, que case á su hija con el jóven duque de Guisa y le ayude á apoderarse del trono con perjuicio de los

Borbones, ó bien que provoque un desmembramiento feudal que satisfaga la ambicion de los señores y que se aproveche de las guerras civiles que infaliblemente habian de seguirse para apoderarse de este reino con un ejército de flamencos, españoles é italianos. En cuanto á Alemania, quiere Campanella que se sorprenda de improviso á los tres electores protestantes, sin darles tiempo á que se reunan sus fuerzas. El papa los excomulgará: separados de la comunion de los fieles serán depuestos y reemplazados por príncipes partidarios de la Iglesia de España. Realizado este triple objeto, aconseja Campanella á Felipe II que favorezca la exaltacion de un príncipe de la casa de Austria al trono de Polonia, y que concluya un tratado de alianza con la Rusia. Entonces disponiendo ya el rey de España de todas las fuerzas de la cristiandad podrá volverla contra los turcos que son sus mas temibles enemigos. Le exhorta Campanella á preparar la victoria atizando á los esclavos cristianos de Argel, Túnez y Trípoli, provocando la traicion de los generales turcos que han nacido cristianos, si bien en su infancia renegaron por fuerza. Los ejemplos de Cicala, Occhiali, Scanderbeg, dice, prueban la facilidad de apelar á este último medio. Campanella opina que será llano seducirlos, prometiendo á los mas influyentes algun gobierno ó vireinato. Hechos cristianos, continúa, y súbditos del rey de España, esperarian transmitir á sus hijos la soberanía que hubieran adquirido, al paso que dependiendo del sultan no son mas que nobles esclavos, sin parientes, sin familia, no pudiendo dar nada en vida, ni en herencia despues de su muerte. Campanella recuerda luego á Felipe II la creencia esparcida por todo Oriente de que caerá el imperio turco y se libertará el Santo Sepulcro cuando los etiopes ataquen á los infieles por el mar Rojo y dén la mano á los occidentales, atacando por el Mediterráneo. Por tanto aconseja á Felipe II se procure la amistad del Preste Juan, nombre con que se designaba entonces al rey cristiano de Etiopia: le propone además haga alianza con los persas y que explote el odio que tienen á los turcos. Mandándoles fusiles, añade, podrán hacer frente á los ejércitos otomanos, que no los han vencido sino porque tienen mejores armas de fuego y buena disciplina. Por último, quiere que el rey de España envie á Georgia comerciantes venecianos para ajustar un tratado, en virtud del cual mientras los georgianos se apoderen de Trebisonda é invadan desde allí las provincias turcas del Asia menor, los venecianos, aliados naturales de España, desem-

barcarán tropas en la Morea, Chipre y Egipto, llamando á las armas á las poblaciones cristianas, repartiéndoles dinero y fusiles, y anunciando la próxima llegada de un ejército cristiano capaz de arrostrar todas las fuerzas del imperio otomano.

Tal es el sueño de Campanella; mas para realizarle, da todavía otros consejos á Felipe II. Ante todo le recomienda una buena escuadra, porque *la llave del mar es la llave del mundo*; el establecimiento de una escuela especial de guardias marinas, la fundacion de factorías y escuelas marítimas en todos los puntos del globo, en las Canarias, Sicilia, Santo Domingo y Cabo de Buena Esperanza. Quiere que á ejemplo de Alejandro aliste el rey de España en sus ejércitos los jóvenes mas robustos de las naciones conquistadas. Por este medio, dice, se alimentará la emulacion entre los españoles y se conservarán completos los cuadros de los ejércitos.

El libro de Campanella contiene la expresion fiel de las esperanzas de España en el siglo XVI. Estas ideas de conquista y de dominacion sin límites habian germinado en mas de una cabeza, y Campanella no hizo mas que presentar bajo la forma de teoría el pensamiento de toda una nacion. Ya el padre de Felipe II habia consumido su vida en perseguir la quimera de la monarquía universal. Situado en Flandes, su mas céntrico dominio, dice Mr. Mignet, gobernó desde allí todos los demás; tuvo que acudir sin cesar de los Paises-Bajos á España, de España á Italia, de Italia á Francia, de Francia á Alemania. Tenia que celebrar cortes, destruir libertades y presentar batallas. Todo le salió bien al principio: los castellanos insurrectos fueron derrotados en Villalar; los flamencos rebeldes en Gante, los franceses en Italia, los alemanes sobre el Danubio y el Elba. Mas era fuerza moverse sin cesar y estar venciendo siempre. Aquella vida sin reposo y aquellas victorias sin término, le abatieron y le cansaron. Encaneció muy pronto. La habitual tristeza que heredara de su madre y estuvo oculta en lo profundo de su alma todo el tiempo de las distracciones y de las victorias, se presentó apoderándose de él: se volvió cachazudo y sombrío. Aquel hombre activo, cuyas órdenes aguardaba una parte del mundo, hasta ponia su firma sin gana. Buscaba la soledad, se encerraba horas enteras en su cuarto, colgado de negro y alumbrado con siete blandones. Estaba ya proyectando salir vivo del mundo y soltar la carga que le habian dejado sus mayores y que él mismo habia hecho mas pesada. Un revés bastaba para decidirle (1).

(1) Mignet, Negociaciones relativas á la sucesion de España; Introduccion, pág. 19 y 20.

La traicion de Mauricio de Sajonia y el descalabro del sitio de Metz, le dieron á entender que era tiempo de acabar. Las rentas de sus reinos estaban enajenadas y sus planes destruidos. Abandonado de la fortuna, *que no se enamora de viejos* (1), abdicó para terminar sus dias en el monasterio de Yuste. Sus funerales, que hizo celebrar en vida, imágen eran de aquella gloria eclipsada á que tenia que sobrevivir.

Gran leccion era, pero fué perdida. El hijo continuó los proyectos del padre. Aspiró como él al imperio del mundo, se estrelló lo mismo, y pagó España la pena de su loca ambicion.

Cuando Felipe II subió al trono, todo le presagiaba un porvenir dichoso. Su posicion parecia mejor que la de Carlos V, no tenia que contener la Alemania, disponia de las fuerzas de Inglaterra, y agitada la Francia por sus divisiones intestinas, no estaba para contrariar sus proyectos. Se fascinó, y tanto por conviccion religiosa como por interés político, tomó la causa de la Iglesia contra los novadores y los infieles.

Fuerza es decir que Felipe II era sinceramente adicto á la religion católica. Reverenciaba á los sacerdotes como á representantes de la Divinidad. «Ese no es vuestro sitio ni el mio,» dijo cierto dia á una señora de la corte que se habia adelantado á las gradas del altar. Muchas veces se le veia besar la mano del sacerdote que le decia la misa. Gastaba sumas considerables en comprar reliquias á los paises que se hicieron protestantes, á fin de conservar á la cristiandad católica aquellos venerados tesoros. A tal monarca, tal pueblo. Las convicciones religiosas de los españoles eran las de su rey, y le miraban como la columna de la Iglesia. «No es que le aman y acatan, dice Contadini, sino que le adoran, y temerian ofender al mismo Dios, si infringiesen sus órdenes reverenciadas (2).» ¡Hubo, pues, simpatía y solidaridad entre el monarca y la nacion. Una lucha de siete siglos contra los árabes habia acostumbrado los españoles á confundir los enemigos de su culto con los de su independencia nacional. De la misma manera identificaba Felipe II los adversarios de su religion con los de su poder. Confirmóle en esta idea la rebelion de los flamencos que sacudieron á la par su autoridad y la de la Iglesia. Por eso llegó á ser la expresion mas obstinada del sistema católico en Europa. Esta posicion era fuerte.

(1) Palabras de Carlos V.
(2) Rautre, pág. 133, nota.

Tenia tras de sí á un pueblo victorioso en una lucha de siete siglos, y que en la embriaguez de la victoria no podia resignarse al reposo y aspiraba á seguir la carrera de sus triunfos. En Alemania, Francia é Inglaterra, le apoyaba un partido numeroso y fuerte que le miraba como al defensor nato de la Iglesia. No es de consiguiente extraño que cediera al torrente general y creyese en su mision cuando sus mismos enemigos predecian sus victorias, cuando el veneciano Paolo, que por cierto no era amigo de la España, anunciaba que iba á encadenar la Europa y el Africa y á Paris en una choza.

En un reinado de cuarenta y dos años, no cesó Felipe II de emplear la fuerza y la intriga para realizar sus proyectos de dominacion. Fomentó alternativamente los alborotos religiosos en Francia é Inglaterra, con la esperanza de reinar un dia sobre estos dos paises, auxiliado por el partido católico. Sus embajadores en Paris y Londres siempre obraron conformes á esta mira, y efectivamente consiguieron granjear muchos partidarios al rey de España. Su matrimonio con María, la oferta que hizo de su mano á la reina Isabel, muerta su primera esposa, sus esfuerzos para sublevar el bando católico contra aquella reina luego que supo su negativa, los socorros prestados á los partidarios de María Estuardo; por último, la expedicion de la Invencible armada, son pruebas suficientes de sus propósitos acerca de Inglaterra. En Francia sostuvo treinta años el partido de los Guisas, á quien esperaba suplantar despues de la victoria, y cuando el último Valois siguió á la tumba al duque Enrique de Guisa, se presentó candidato á la corona en los Estados generales reunidos en Paris; despues temiendo fracasar, hizo que propusieran á su hija, y al mismo tiempo renovó sus pretensiones al ducado de Borgoña, como descendiente de Carlos el Temerario, y á la Provenza como heredero de los condes de Barcelona (1). Aspiraba luego á dominar toda la península, juntando el Portugal á España. Queria llevar su influjo hasta los Estados escandinavos, y nada menos que desmembrar la Dinamarca y hacerse dueño del estrecho del Sund, de la Zelanda y del Jutland (2). Cuando extinguida la dinastía de los Jagellones tornóse electiva la

(1) Herrera, Sucesos de Francia, pág. 276.

(2) Manuscritos de la Biblioteca del rey, coleccion Dupuy.—Discurso dirigido á Richelieu por Luis Auberg de Maurier.

corona de Polonia, no cesó de intrigar en aquel reino, ora para impedir la eleccion de Enrique III, ora para excitar al rey Estéban Bathori á hacer la guerra á Dinamarca, ora para adherirse á Sigismundo III, de quien deseaba obtener auxilios contra la Holanda, y á quien en recompensa se comprometió reponer en el trono de Suecia (1). Para facilitar las comunicaciones entre la Italia española y los estados del emperador de Alemania, su pariente y aliado, concluyó un tratado de alianza con los cantones católicos de la Suiza, y les concedió libertad de comercio con el Milanesado. Los cantones por su parte garantizaron al rey la posesion de aquella provincia, y se comprometieron á enviarle tropas para defenderla, bien contra los franceses, bien contra cualquier otro (2) que fuese á atacarla. La influencia de Felipe II se extendió entonces á todos los cantones que permanecieran católicos, y desde aquella época los reyes de España, los vireyes de Nápoles, de Sicilia, y los gobernadores del ducado de Milan, tomaron á sueldo regimientos enteros de suizos. No cesó Felipe II de luchar contra los turcos, unas veces para rechazar sus agresiones, otras para arrancarles provincias. Sobre todo, hacia por quitarles las costas de Berbería. Sus armas amenazaron sucesivamente á Argel, á Túnez y á Trípoli. Quizá meditaba la conquista de los reinos de Fez y de Marruecos. Es de suponer, como quiera que mantenia en su corte al destronado rey Muley Mohamed, que podia oponer con el tiempo al usurpador Muley Moluc (3). Por último, en las otras partes del mundo no cesó de extenderse y de usurpar algo á sus vecinos, imponiéndoles primero su creencia religiosa para someterlos despues á su autoridad política. No hay que dudarlo : Felipe II aspiraba al imperio del mundo. Queria realizar la célebre divisa de su padre: *aun mas allá*. En el reverso de algunas medallas acuñadas con su busto, se veia el carro del sol tirado por caballos con alas, y una corona real encima con esta inscripcion : *Jam illustrabit omnia*. (Ya lo alumbrará todo).

Mas en realidad no contaba Felipe II con las fuerzas necesarias para realizar sus gigantescos proyectos, que se le frustraron casi en todas partes, y su ambicion fué para España una fuente de ca-

(1) Manuscritos de la Biblioteca del rey. Archivos y correspondencia inédita de la casa de Orange Nassau, tomo III, pág. 272.

(2) Herrera, Historia general, pág. 201-202. Concluyóse este tratado en 1590.

(3) Herrera, Historia general, pág. 406.

lamidades sin cuento. La conquista de Portugal debilitó su poder lejos de fortalecerle. Su lucha con los turcos fué alternada de triunfos y reveses, que agotaron igualmente los recursos de España. Infructuosa fué su tentativa de establecerse en el mar Báltico. Su proyecto contra la Inglaterra acarreó la destruccion de la marina española. Sus pretensiones con la Francia acabaron por arruinar la hacienda de su reino. En fin, la rebelion de los Paises-Bajos ocasionó la derrota de sus ejércitos y un desmembramiento en sus dominios. Tales son los deplorables efectos de la política invasora de Felipe II.

No cumple á nuestro propósito dar una relacion cabal y detallada de todas las empresas de este príncipe. Nos contraeremos á una rápida exposicion, insistiendo solo en los acontecimientos que contribuyeron conocidamente á la decadencia política de España.

I.

Conquista de Portugal.

La derrota de Alcazar-Quiver habia destruido la fuerza de Portugal. Quedó el rey Sebastian en el campo de batalla con quince mil soldados, flor y nata de la nobleza del reino. Al saber la desastrosa nueva, juró el viejo Camoens que no sobreviviria á la ruina de su patria, y á los pocos dias murió de pesadumbre. No dejando Sebastian posteridad, sucedióle el cardenal Enrique á los setenta años. Vislumbrábase su próximo fin, y ya los aspirantes al trono devoraban de antemano tan preciada herencia. Esos aspirantes eran don Antonio, prior de Crato; Ranucio Farnesio, príncipe de Parma; Catalina, duquesa de Braganza; Filiberto Manuel, duque de Saboya; Catalina de Médicis y Felipe II. Murió el cardenal Enrique sin designar sucesor (1580) y los habitantes de Lisboa proclamaron al punto á don Antonio por conservar la independencia del Portugal; pero faltó tiempo al nuevo rey de afirmar su autoridad. Publicó Felipe II una declaracion de su consejo, que establecia la superioridad de sus derechos, y envió emisarios que sembrando el oro á manos llenas, ganaron á su causa una porcion de la nobleza. Al mismo tiempo ponia á precio la cabeza de su rival, y mandaba para combatirle al duque de Alba, con un ejército de treinta mil hombres. La victoria de Alcántara y la dispersion de la escuadra portuguesa por

el marqués de Santa Cruz, derrocaron el trono del prior de Crato en menos de tres semanas. La duquesa de Braganza vino en renunciar á sus pretensiones, mediante la suma de 1.700,000 ducados (1) y la promesa de quedar vinculada en su familia la dignidad de condestable. Así se vió Felipe II pacífico poseedor de Portugal. En Tomar recibió juramento á sus nuevos súbditos, y al siguiente año fué proclamado en Lisboa con toda solemnidad (1581).

La conquista de Portugal pareció duplicar las fuerzas de España. Todos los establecimientos de los portugueses en América, Africa é Indias, pasaron á ser de su dominio; y eran nada menos que el Brasil en América; los reinos de Guinea, Angola y Bengala en la costa occidental del Africa; y en la oriental las provincias de Zanguebar, Quiloa y Mozambique; la isla de Socotora, que dominaba la entrada del golfo arábigo; la de Ormuz, llave del golfo pérsico, y cuya capital era una de las ciudades mas brillantes y civilizadas del Asia; la poderosa Goa, que habia hecho Alburquerque capital de las colonias portuguesas en la India; los reinos de Cambaya y de Diu, toda la costa de Malabar, la isla de Ceylan, el Kersoneso de oro, con la ciudad de Malaca; las Molucas y la isla de Macao, donde estaban establecidas las primeras relaciones comerciales de la Europa con el imperio chino.

Mas el principal resultado de la conquista fué la unidad de la península ibérica. El pueblo portugués, que en comparacion de España ocupaba una pequeña parte del pais, pero que con mas justo título partia con ella el imperio de los mares, formó en adelante una sola nacion con su antigua rival. Así se encontraron por primera vez convergentes á un mismo centro todas las provincias que se extienden desde los Pirineos á Gibraltar, y que habian sido tantos estados sueltos desde la conquista de los árabes. Cumplíale á España consolidar tan feliz union por medio de un gobierno equitativo y sabio, probar al Portugal que estaba en su interés bien entendido perpetuarla, y sobre todo hacer olvidar que fuera resultado de una conquista. Felipe II no supo ó no quiso desempeñar un papel tan fácil, tan natural. A pesar de la amnistía que publicó antes de entrar en Lisboa, vertió torrentes de sangre para afirmarse en el trono que habia usurpado. Gran número de portugueses distinguidos fueron condenados á muerte por haber hecho armas contra él. Cuéntase que

(1) 14.040,000 francos.

perecieron de órden suya dos mil sacerdotes ó religiosos. Semejantes crueldades le atrajeron la odiosidad pública. Dos veces intentaron asesinarle; y no creyéndose seguro en un pueblo reducido á la desesperacion, dejó el Portugal decidido á tratarle como á pais conquistado, arruinarle para siempre é imposibilitarle de rebelarse con visos de éxito favorable. Un virey insolente fué á residir á Lisboa y á despertar los adormecidos odios en vez de extinguirlos completamente. No se hizo caso de la nobleza. No se cumplieron las brillantes promesas hechas á los señores portugueses. Se les respondió irónicamente que al imponer condiciones á Felipe II le habrian mirado ó como legítimo sucesor de sus reyes nacionales, ó como usurpador: que en el primer caso eran rebeldes, pues que habian osado dictar condiciones á su rey, y en el segundo traidores, pues que se habian aliado á un extranjero en quien no reconocian derechos á la corona; que en ambos casos, castigos, que no premios merecian. Con tan frio desden se trató á la nobleza de Portugal. En los diez y ocho años que siguieron á la reunion de ambos reinos, no confirió Felipe II títulos honoríficos mas que á tres fidalgos que creó condes de Sabugal, Atalaya, y Penagnino (1). Todos los honores y dignidades eran para los grandes de España. El pueblo se vió tiranizado; los comerciantes de Lisboa y de Oporto, excluidos de los mercados de Veracruz y Porto-Bello, cuyo monopolio se reservó á los castellanos. Pero los duros impuestos votados por las Cortes se sacaron de Portugal como de Castilla. Asociados los portugueses á las cargas de España, y desprovistos de las ventajas que podian esperar de su sumision, se acordaron de su pasada grandeza, y el sentimiento nacional tan imprudentemente ajado se conservó y robusteció hasta el dia en que sonó la hora de la independencia y de la libertad.

En cuanto á las colonias portuguesas, el aumento de fuerza que dieron á Felipe II fué mas aparente que real. La monarquía española se debilitó al ensancharse. En efecto, no habia á la sazon en toda España mas que diez millones de habitantes; muchas provincias estaban exentas del servicio militar para fuera del reino, y Castilla casi sola llenaba el cupo del ejército. Nápoles, el Milanesado, los Paises Bajos y otras varias provincias, agitadas por el espíritu de rebelion, requerian numerosas guarniciones que despoblaban á Castilla, la cual tenia que contribuir tambien á contener las colonias portuguesas esparcidas en todas las partes del mundo, revueltas por los indígenas, y atacadas por los holandeses y los ingleses. Y como si la monarquía española no presentara ya hartos flancos vulnerables, todavía procuraba engrandecerse con nuevas conquistas. El gobernador de Filipinas en 1589, Gomez Perez, intentó apoderarse de Terrenato, interviniendo en una diferencia entre el rey de Camboge y el de Siam. So color de auxiliar al primero, equipó una flotilla y se hizo á la vela con novecientos castellanos. Remeros chinos, que tenia á sueldo, debian guiar los navíos por aquellos mares desconocidos de los europeos. La travesía al principio fué feliz; pero irritados luego los chinos por la altanería española se amotinaron, y aprovechando una noche oscura, dieron muerte á los soldados dormidos. El gobernador y todos los suyos perecieron en aquella matanza, cuya fatal noticia no se supo hasta que los asesinos hubieron vendido los buques en los puertos de la Cochinchina (1).

(1) Reseña de las familias titulares del reino de Portugal.

No desalentó este revés á los jefes castellanos que mandaban en la India. Enviaron misioneros al Japon para convertir los habitantes, y prepararlos de antemano al yugo español. Pero este proyecto salió tan mal como el primero. Segun Herrera, el gobernador de la provincia de Urando llamó á sí algunos de los misioneros, y les preguntó si los portugueses y los castellanos eran una misma nacion. Respondiéronle que eran dos pueblos distintos, el primero compuesto de guerreros, y el segundo de mercaderes, pero que ambos estaban sujetos á un solo soberano que dominaba en los paises mas ricos de Europa, América y Asia. Hizo que le enseñaran en un mapa los estados del rey de España, se sorprendió de su inmensa estension. Preguntó en seguida cómo se habia fundado aquel imperio. Contestáronle los españoles que Felipe II mandaba á todas partes misioneros para que predicasen el evangelio entre los paganos, que admitia entre sus súbditos á los que se convertian á la religion cristiana, y que hacia la guerra á los apóstatas. Le referian esta conferencia á Paycosama, emperador del Japon, precisamente al darle la noticia de haber anclado en el puerto de Urando un buque de guerra español. Prendió en el acto á los misioneros que habia en su reino, y á pocos dias los llevó al patíbulo. El navío fué tambien apresado y detenida toda su tripulacion. Este acto de firmeza intimidó á los españoles y puso término á sus tentativas contra el Japon, á la par que detuvo largo tiempo el progreso del cristianismo en aquellos paises (1597).

(1) Herrera, historia general, pág. 181.

II.

Guerra contra los turcos y los árabes.

La conquista de Portugal, ya lo hemos dicho, extendió mas que robusteció la monarquía española; pero al menos justificó en la apariencia la política de Felipe II. No sucedió así con la obstinada lucha que sostuvo este príncipe contra los turcos y los árabes. Mas brillante que feliz impuso á los españoles sacrificios que no fueron compensados con éxitos duraderos.

En la mitad del siglo XVI llegaba el imperio otomano al apogeo de su grandeza. Soliman, el rival de Carlos V, habia ensanchado todas las fronteras de sus dominios. Sus ejércitos salian victoriosos en Persia, Hungría y Africa. Habia quitado la isla de Rodas á los caballeros de San Juan, despojado á los venecianos de parte de sus posesiones, devastado las costas de Italia y España, y aterrorizado á la Europa con su nombre. Aliado de Francisco I contra Carlos V, permaneció fiel á la alianza francesa; despues de muertos estos dos príncipes y roto que hubo la guerra entre sus sucesores, equipó una numerosa escuadra y la envió á asolar las posesiones españolas. Piali, que la mandaba, desembarcó tropas en Italia y en las islas de Prócita y Menorca, incendió las ciudades abiertas, y llevó á Constantinopla miles de prisioneros (1558). Esta diversion ayudó á que se recobrara la Francia del desastre de San Quintin. Tuvo Felipe II que dividir sus fuerzas, y no tardó en firmar el tratado de Cateau-Cambresis, que restableció la paz entre España y Francia (1359). Mas el sultan continuó las hostilidades por el Mediterráneo, las costas de Italia y España, y sobre todo por el norte de Africa.

El cardenal Cisneros habia sujetado en 1509 todo el litoral de los estados berberiscos desde Oran hasta Trípoli; conquista hecha contra moros y árabes, que los españoles tenian costumbre de vencer. Mas pronto apareció un nuevo enemigo. Los turcos, esa formidable retaguardia del mundo mahometano, se conmovieron á su vez y trataron de disputar á España el norte del Africa y el imperio del Mediterráneo. En 1517 se apoderaron de Argel; en 1538 ganaron el combate naval de Prevesa; en 1552 quitaron á los caballeros de Malta la ciudad de Trípoli que al advenimiento de Felipe II se hallaba en poder de Dragut, heredero del talento y de la reputacion de Barbarroja. Desde allí enviaba todos los años sus navíos á devastar las costas de la Sicilia, de Nápoles y de Andalucía.

El rey de España no poseia en Africa mas que á Oran, Túnez, Portomagno ó Merz-el-Kibir, el mejor puerto de aquella peligrosa costa y algunos puntos menos importantes. Tenia por enemigos á las tribus árabes sostenidas por los turcos de Argel y Trípoli. Estos eran los primeros á quienes se debia atacar; su derrota hubiera consternado á los moros y á los árabes que se habrian humillado bajo la mano de Dios y abatido ante el vencedor. Felipe II resolvió atacar desde luego á los árabes. Le dió órden al conde de Alcaudete, gobernador de Oran y de Merz-el-Kibir, de apoderarse de Tremecen (1558). Desembarcaron tropas en Cartagena y Málaga para tomar parte en la expedicion. Hicieron ir de España todas las municiones, y hasta los bueyes necesarios para arrastrar los cañones, porque los árabes habian cesado de surtir los mercados desde que rompieron las hostilidades. Púsose en camino el conde de Alcaudete en el mes de julio y á su paso asoló los trigos é incendió las poblaciones árabes. Los soldados llevaban víveres para cinco dias. Una flotilla de diez galeras costeaba la ribera y seguia la marcha del ejército. Al sétimo dia se posesionaron los españoles de Mazagran, fortaleza cuyos habitantes habian huido á Mostagan; pero el mismo dia los argelinos, mandados por Hascham, hijo de Barbarroja, sorprendieron la flotilla española, haciéndose dueños de ella despues de un combate de algunas horas. Le habian visto los soldados desde un cerro que dominaba á Mazagran sin poder auxiliar á sus infelices compañeros que eran degollados á su presencia. A pesar de esta desgracia, el conde de Alcaudete siguió su marcha sobre Tremecen, y ya llegaba á los muros de Mostagan y los batia en brecha, cuando repente se vió rodeado de una nube de jinetes árabes. Al mismo tiempo el dey de Argel desembarcó ocho mil hombres de tropas veteranas, que se incorporaron al enemigo. No eran tantos los españoles. Cansados de una marcha penosa, muertos de hambre, de sed y de calor, sin víveres ni municiones, no podian continuar el sitio. El conde de Alcaudete dió la señal de marcha. La retirada fué desastrosa. Los jinetes árabes escaramuceaban en torno del ejército, acosaban la retaguardia y hacian morir á los rezagados. Por último, sostenidos por la milicia regular de los turcos, atacaron á los españoles con tal resolucion, que consiguieron forzar sus filas. En vano intentó el conde de Alcaudete detener á los fugitivos y con-

ducirlos al combate, que envuelto en la derrota, pereció ahogado á las puertas de Mazagran, adonde se precipitaban los soldados para librarse de la espada de los árabes. Aquel mismo dia se rindieron á discrecion los infelices que fueron llevados á Argel y vendidos como esclavos.

Queria Felipe II tantear otra expedicion y enviar al mismo tiempo una escuadra contra Argel; pero el duque de Medinaceli, gobernador de Sicilia, y La Valette, gran maestre de los caballeros de Malta, le invitaban hacia tres años á oponerse á los amenazadores progresos de Dragut, que gobernaba á Trípoli en nombre de Soliman. Se decidió, pues, á mandar un ejército contra este jefe de piratas (1559). El papa, los florentinos, los genoveses, los caballeros de Malta y el príncipe de Mónaco, le suministraron auxilios contra el enemigo comun de los cristianos. Se equipó una escuadra de doscientas galeras con quince mil soldados, nueve mil de ellos italianos, cinco mil españoles y mil alemanes. El duque de Medinaceli llevaba el mando en jefe. Tenia á sus órdenes á don Sancho de Leiva, comandante de la escuadra de Sicilia, á don Berenguer de Requeenes, comandante de la escuadra de Nápoles, y á Guimaran, comendador de los caballeros de Malta. El general español don Alvaro de Sandi conducia las tropas de desembarco. Salió la escuadra de Mesina en octubre de 1559. Vientos contrarios la obligaron á recalar en Siracusa, donde se detuvo algunas semanas y murieron muchos soldados de una epidemia causada por la mala calidad de los víveres. Cuando fueron favorables los vientos, volvieron á darse á la vela y llegaron felizmente á Malta, aunque con una mitad de la fuerza por la mencionada epidemia. Para cubrir las plazas fué necesario que vinieran refuerzos de Nápoles y Sicilia. De aquí nuevas dilaciones que supo aprovechar el enemigo. Al cabo volvió al mar el duque de Medinaceli; pero en vez de aprovecharse del primer espanto de los turcos dirigiéndose á Trípoli, creyó tomarla mas fácilmente apoderándose antes de la isla de Meninga, ó Djerbé segun los indígenas, situada á corta distancia de Trípoli. Habia sido fortificada por Dragut, que la tenia por uno de los baluartes de la ciudad. Se rindió la guarnicion despues de una débil resistencia (1560), y nada se oponia ya á la expedicion de Trípoli: mas el duque de Medinaceli perdió un tiempo precioso por pesadez suya. Se puso á reparar las fortificaciones de Meninga y dió tiempo á Dragut para que proveyera á la seguridad de Trípoli y noticiase á Soliman la posicion de la escuadra española, que se podia destruir fácilmente (decia) en la rada de Djerbé. El sultan se valió del aviso. Salió de Constantinopla una escuadra de ochenta galeras, con la flor de los genízaros, y se dirigió hácia Meninga, al mando de Piali. Supo el duque de Medinaceli que se acercaba el enemigo por una fragata maltesa. Aun era tiempo de engolfarse en alta mar y huir de una playa sembrada de escollos: mas el general español perdió la cabeza, y mientras se resolvia á tomar un partido le ahorraron el trabajo los turcos envolviéndole por todas partes. Aquello no fué combate; los soldados españoles estaban dispersos en lo interior de la isla: los turcos no tuvieron mas que apoderarse de sus navíos, los mas de ellos indefensos. Apresaron treinta, é hicieron cinco mil prisioneros: murieron cerca de cinco mil hombres. El duque de Medinaceli, cuya impericia habia causado este desórden, logró huir y refugiarse á Malta. Habia dejado el mando del fuerte á don Alvaro de Sandi, con la seguridad de que le socorrerian pronto, y este valiente capitan se defendió varias semanas contra todas las fuerzas de Piali y Dragut, hasta que, acosado por el hambre y sin esperanza ya del socorro prometido, resolvió librarse de la esclavitud muriendo con las armas en la mano. Juntó sus soldados, les exhortó á vender caras sus vidas y todos juraron solemnemente combatir hasta el último suspiro. Salen de su fuerte á media noche, y pasan en silencio la triple trinchera que habian levantado los turcos contra ellos. Iba á la cabeza Alvaro de Sandi, acompañado de Sancho de Leiva y de Berenguer de Requeenes. Llegados á lo interior del campo, sorprendieron á los turcos dormidos é hicieron en ellos espantosa carnicería. Ya se acercaban á la tienda de Piali, cuando fueron detenidos por los genízaros: volvió á comenzar el combate con nuevo furor, hasta que murieron los españoles abrumados por el número. Pero su general, con espada en mano, se abrió paso por entre los turcos, y habiendo tomado la ribera se lanzó á un navío estrellado en el último combate. Allí se defendió solo hasta el amanecer. Admirados de su valor los genízaros, le instaban á que se rindiera: mas no quiso entregar su acero sino á Piali. Grande fué la alegría en Constantinopla cuando vieron llegar la bandera del ejército español con el Cristo crucificado, que habia remitido Piali al sultan para anunciarle su victoria. Soliman en persona se trasladó á la orilla del mar para honrar con su presencia el triunfal regreso del capitan. Inmensa muchedumbre le seguia, y saludaba á

Piali con sus aclamaciones. Se veia en el navío almirante á don Alvaro de Sandi y á sus dos tenientes Sancho de Leiva y Requeenes. Navíos turcos remolcaban las galeras conquistadas, sin mástiles ya ni timones. Los prisioneros fueron llevados por las calles de Constantinopla entre los aullidos del populacho, y vendieron como esclavos á todos los que no eran bastante ricos para pagar su rescate.

Las derrotas de Mazagran y de Meninga obligaron á Felipe II á mantenerse á la defensiva. Temíase que Piali prosiguiese su victoria, atacando á Italia ó á España. Grande era la consternacion en todo el litoral de Nápoles, Sicilia, Cataluña, Valencia y Andalucía. Apresuróse Felipe II á establecer correos en todas las costas de España y á llamar en su auxilio las galeras de Nápoles. Juan Mendoza condujo á Málaga esta escuadra compuesta de veinte y ocho triremes, fuerza bastante para defender las costas españolas, contra los corsarios berberiscos alentados por la victoria de Piali. Despues de un corto crucero por los mares de Andalucía, volvió Mendoza á Málaga por las municiones, víveres y dinero destinados al abastecimiento de Oran. Una tormenta que le sorprendió al partir le obligó á recalar en el puertecillo de Feratura, á poca distancia de Málaga. Esperaba ponerse al abrigo del Este que soplaba con violencia, cuando de repente se alzó un Sur tan furioso que los navíos arrancados de sus anclas, se estrellaron unos contra otros y fueron tragados por las olas. Solo se libraron tres que salieron á alta mar. Tres mil hombres perecieron en aquel naufragio que fué para España un desastre casi comparable á los de Mazagran y Meninga (1563) (1). La fortuna de Felipe II fué que Soliman volviese á la sazon sus armas contra el emperador; así pudo respirar y hacer nuevos esfuerzos para contrarestar á sus implacables enemigos. Dióse el primer ataque en Africa. Envanecido Haschem con su victoria de Mazagran y apoyado con las tribus árabes, marchó sobre Bugia, se apoderó de ella y vino á sitiar por mar y por tierra la ciudad de Merz-el-Kibir (1563). Se le figuró que la destruccion sucesiva de dos escuadras en Meninga y Feratura impediria á Felipe II socorrer á los sitiados y que el hambre los obligaria luego á rendirse. Millares de jinetes árabes avanzaron al mismo tiempo hasta los muros de Oran que situada á una legua de la ribera estaba mejor fortificada que Merz-el-Kibir. Mandaba en ella el jóven conde de

(1) Sepúlveda, pág. 88-92.

Alcaudete despues de la muerte de su padre. Habia confiado la defensa de Merz-el-Kibir á su hermano don Martin de Córdoba. Heróica resistencia opusieron estos dos jefes al enemigo. Rechazó don Martin once asaltos, y se negó á capitular á pesar de ver derruidos los baluartes por la artillería de Haschem; pero el hambre no le permitia prolongar mas tiempo tan hermosa defensa. Felipe II que supo tal apuro hizo inauditos esfuerzos por equipar otra escuadra que pudiera rechazar á los argelinos. Armáronse navíos á toda prisa en los puertos de España y Nápoles. Los genoveses y el papa agregaron tambien algunas galeras á la flotilla española. Muchos señores contribuyeron voluntariamente con su dinero ó se lanzaron ellos mismos á bordo para tomar parte en la libertad de sus parientes y amigos. Tal era el apuro de España que para esta expedicion hubo que retener hasta los barcos que debian escoltar los galeones de las Indias. Al cabo salió de Cartagena una escuadra de treinta y cuatro triremes á las órdenes de Francisco Mendoza, que se echó de improviso sobre la escuadra argelina que cruzaba por Merz-el-Kibir y la derrotó. Temió entonces Haschem verse envuelto por la escuadra española y por las guarniciones de las dos ciudades á que habia envestido: levantó el sitio despues de inútiles esfuerzos y condujo á Argel los restos de sus tropas (1).

A pesar de este triunfo continuó Felipe II sus preparativos. Sabia que Soliman equipaba una escuadra numerosa y la creia destinada á tantear un desembarco en España é Italia. Secundado por el rey de Portugal, el papa, los genoveses y florentinos, juntó en el puerto de Málaga ochenta y ocho navíos con quince mil soldados (1564) á las órdenes del conde García de Toledo. Entonces se supo que el Sultan habia renunciado á sus proyectos de ataque. Resolvió Felipe II volver á tomar la ofensiva: envió su escuadra contra la plaza fuerte del Peñon de Velez situada en la costa de Africa, frente de Andalucía y que albergaba innumerables corsarios. Se le logró al conde García de Toledo tan difícil empresa y aseguró por algun tiempo las costas de España contra los insultos de los berberiscos, recibiendo en premio el vireinato de Sicilia (2).

La toma del Peñon de Velez alarmó á Dragut y Haschem, quienes suplicaron al Sultan les ayudase á echar de Africa á los cristianos. Habia concebido Soliman un pensamiento mas atrevido:

(1) Sepúlveda, 92-121.
(2) Id. 128-134.

queria atacar á un tiempo á los caballeros de Malta y al rey de España. Le aconsejaron que ante todo se apoderase de Sicilia, cuya conquista era mas gloriosa y mas útil que ninguna, porque llevaba en sí la de la isla de Malta, que no podia pasarse sin las provisiones que le suministraba aquel fértil pais. Iba á adoptar este parecer, cuando supo que los caballeros habian apresado el *Galeon de las Sultanas*, y en un arrebato de cólera juró destruir á Malta. Se embarcaron cuarenta mil genízaros en una escuadra de mil doscientos navíos, al mando de Piali y Mustafá. Salieron de Constantinopla en la primavera de 1565 y al punto dieron frente á Malta. Los caballeros estaban amenazados de una pérdida segura: pero habian jurado vencer ó morir. Dirigia la defensa el valiente La Valette que alentaba con el ejemplo de su valor á pesar de sus años. Todos los asaltos de los turcos fueron rechazados, ya se habia disminuido su ejército en mas de la mitad, cuando llegaron seis mil españoles al mando del virey de Sicilia y se completó la derrota. Levantó Piali el sitio, y se llevó el resto de las tropas á Constantinopla. Felipe II envió al gran maestre una espada cuya guarnicion era de oro y diamantes, y le dió subsidios para levantar las fortificacioaes de Malta, mirándola como el principal baluarte de sus estados.

Murió Soliman el siguiente año dejando el trono á su hijo Selim II (1566) que resolvió inaugurar su reinado por medio de una conquista contra los cristianos. Le aconsejaban que volviera sus armas contra España expuesta á la sazon á un verdadero peligro por la rebelion de los moros. Aquellos infelices habian enviado á Constantinopla diputados suplicando al Sultan, que en nombre de la religion, los defendiera contra sus opresores. Apoyaba el mufti su peticion y encarecia al Sultan la conveniencia de intentar una expedicion que aunque no fuese feliz, le cubriria de gloria, y cuyo logro podia traer inmensos resultados. Prefirió Selim emprender una conquista mas fácil y mas próxima: encargó á Piali y á Mustafá que se apoderasen de la isla de Chipre que pertenecia á los venecianos. Desembarcaron en ella estos dos generales, con un ejército de ochenta mil hombres, y mientras se hacian dueños de las plazas fuertes de Nicosia y Famagosta, partió para el Africa el almirante Uludj-Ali y por medio de un atrevido golpe de mano se posesionó de Túnez (1570).

Mancharon los turcos su victoria con horribles crueldades.

Grande fué el disgusto en toda Europa, y se aprovechó de él el papa Pio V para predicar una cruzada contra aquellos bárbaros. Venecia y el rey de España que acababa de reducir á los moros de las Alpujarras acudieron á su llamamiento. Se hizo una liga contra los turcos. Felipe II se comprometió á pagar la mitad de los gastos, al paso que Venecia daria las tres cuartas partes del resto que seria completado por el Papa. Al punto se ejecutó este tratado. Armó el rey de España una escuadra de setenta navíos, el Papa y la república de Venecia les agregaron todas sus fuerzas marítimas, y no tardó en salir de Mesina una escuadra de dos mil quinientos navíos con cincuenta mil soldados. Habia sido nombrado generalísimo de las fuerzas de la liga, don Juan de Austria, que acababa de distinguirse en la sujecion de los moros de las Alpujarras: á sus órdenes Antonio Colonna mandaba las galeras del Papa, y Venerio las de Venecia. Selim II tambien habia equipado una formidable escuadra, cuyo mando dió á Alí. Ambos se encontraron en el golfo de Lepanto: largo y obstinado fué el combate. A Cervantes que se señalaba entre los mas valientes, le llevó una bala el brazo izquierdo, sin querer retirarse de la pelea. Por fin se decidió la victoria en favor de los cristianos. Los turcos desalentados con la pérdida de su almirante, y seducidos por la facilidad de sustraerse á la persecucion, se dispersaron por la ribera de la Livadia, abandonando sus navíos como presa que no podian disputar al enemigo. Habian perdido veinte y cinco mil hombres en el combate, se rindieron diez mil, les apresaron ciento treinta navíos y tuvo don Juan la suerte de quebrantar las cadenas á diez mil cristianos. El resto de la escuadra se quemó ó se echó á pique, excepto treinta galeras que llegaron á Constantinopla. Por primera vez confesaron los turcos que si Dios les habia dado el imperio de la tierra, á los infieles les habia dado el de los mares (1571) (1).

El éxito de tan gloriosa jornada debe atribuirse á la bravura de todo el ejército cristiano, y sobre todo á la gran habilidad con que dirigieron el fuego de su artillería las seis galeazas venecianas. Colocadas á vanguardia de los otros navíos como otros tantos reductos, esparcieron el desórden entre los otomanos, y les obligaron á romper su línea para llegar á la de los aliados. La noticia de tan completa victoria alcanzada sobre el enemigo mas temible de la

(1) Véase Hammer, libro 36.

cristiandad, fué acogida con transportes de entusiasmo en toda Europa. Se proclamó á don Juan de Austria como el héroe de todas las naciones, y el vengador de los cristianos. Al saber la victoria el anciano pontífice, se sobresaltó de alegría y exclamó aplicando al vencedor las palabras de la Escritura: *y hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan.*

Sin embargo la batalla de Lepanto no produjo todos los resultados que eran de esperar. La discordia debilitó á los vencedores. El almirante veneciano se negó á tomar parte en la expedicion que proponia don Juan de Austria para apoderarse de los Dardanelos. Tampoco permitió el rey de España que su hermano aceptase la corona real que le ofrecian los cristianos de Albania y Macedonia. En esto se rehicieron los turcos. Cuando el embajador de Venecia pidió una audiencia al gran visir, fué acogido con estas altivas palabras: «Sin duda vienes á ver á cuántas estamos de valor despues del descalabro que hemos sufrido. Pero sabe que hay mucha diferencia entre vuestras pérdidas y las nuestras: con arrancaros un reino os hemos arrancado un brazo, al paso que vosotros con dispersar nuestra escuadra nos habeis hecho la barba. Un brazo arrancado no vuelve á nacer, pero la barba rapada sale con nueva fuerza.»

No era esta respuesta una bravata. Durante el invierno que siguió á la batalla de Lepanto, construyeron los turcos en los astilleros de Constantinopla ciento cincuenta galeras y ocho galeazas, y en junio del año siguiente salió de aquel puerto una escuadra de doscientos cincuenta navíos (1572). Asustados los venecianos pidieron la paz, y la firmaron con las mismas condiciones que si hubieran ganado los turcos en Lepanto. Recibió Felipe II esta noticia con una frialdad aparente, y protestó que no habia entrado en la liga contra el Sultan, sino por deferencia al soberano pontífice. Aunque me hayan abandonado los venecianos, dijo, seguiré combatiendo á los infieles y defendiendo de ellos á todos los pueblos cristianos.

Don Juan de Austria recibió órden de pasar al Africa y de volver contra Túnez. El capitan Bajá acababa de conducir su escuadra á Constantinopla, de consiguiente el paso estaba libre, y parecia tanto mas fácil la empresa cuanto que solo la ciudad habia sido ocupada por los turcos cuando el sitio de Nicosia, mientras que los españoles se habian quedado en posesion del fuerte de la Goleta. Don

Juan se dió á la vela en Favignana (Sicilia), el 7 de octubre de 1572, aniversario de la batalla de Lepanto, y despues de una feliz travesía se presentó á la vista de Túnez con una escuadra de noventa galeras, con veinte mil hombres de infantería, cuatrocientos caballos, seiscientos gastadores y una formidable artillería. Al acercarse evacuaron los turcos la ciudad, de que se posesionó don Juan en nombre del rey de España, puso una guardia en el alcázar, compuso las fortificaciones de la Goleta, y echó los cimientos de un tercer fuerte flanqueado por seis baluartes. Hecho esto, volvió á Sicilia, dejando el gobierno de Túnez á Gabrio Zerbelloni, con una guarnicion de cuatro mil italianos á las órdenes de Pagano Doria, cuatro mil españoles á las de Salazar, y mil caballos á las de Hurtado de Mendoza. Ya pedia el Papa á Felipe II que concediera á don Juan la soberanía de su conquista, cuando aquel mismo Uludj-Alí que se apoderara de Túnez cuando el sitio de Nicosia, volvió á la cabeza de una numerosa escuadra para echar á los españoles. Constaba de doscientas sesenta y ocho galeras con cuarenta mil hombres de tropas de desembarco, al mando del conquistador del Yemen, Sinan Bajá. Apareció ante Túnez en 1574. Se dió prisa don Juan á equipar navíos para socorrer á los sitiados; pero lo frecuente de las tempestades en aquellos parajes, y lo contrario de los vientos le detuvieron varias semanas en los puertos de Sicilia, mientras recibian los turcos poderosos refuerzos de Argel y Trípoli. Habian emprendido á la par el sitio de Túnez y el de la Goleta. La ciudad se tomó fácilmente, y fué entregada á saqueo tres dias; mas el fuerte no se ganó sin una obstinada resistencia. Doscientos cañones y treinta y tres banderas cayeron en poder de los vencedores. Sinan Bajá hizo volar las fortificaciones para quitar á los españoles toda esperanza de volver. Luego comenzó á sitiar el nuevo fuerte que no estaba acabado. Pagano Doria y Juan Sinoghera se resistieron heroicamente á pesar de sus heridas. Tres veces subieron los turcos al asalto, y tres veces fueron rechazados de todas partes. Por último al cuarto asalto ganaron por el número, no quedando ya á los españoles mas que el tercer fuerte, situado en la isla á donde se habian retirado Pagano Doria y Sinoghera. Largo tiempo se defendió la guarnicion con valor digno de mejor suerte; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: tuvo que rendirse y se vió reducida á la esclavitud. Los turcos demolieron los tres fuertes, y desde entonces quedaron en posesion de Túnez, que en su poder se

volvió otra guardia de piratas como Argel y Trípoli (1574) (1).

A consecuencia de este revés, hubo Felipe II de estarse á la defensiva. Temió por el resto de sus posesiones en Africa, y procuró poner á cubierto de un ataque las costas de España, Sicilia y Nápoles. Por fortuna suya murió Selim al siguiente año, y su sucesor Amurates III ajustó con los españoles una tregua de tres años (1578). Pero no la observó fielmente. Todas las primaveras salia el capitan Bajá de los Dardanelos con cincuenta navíos para que la chusma no perdiera el hábito del servicio marítimo, y para estimular el espíritu belicoso de los genízaros con el atractivo del botin. Cuando se acercaba, huian los habitantes de las costas de Italia y España, internándose con sus mujeres, sus hijos y sus riquezas. Mas á veces eran cogidos de improviso y llevados á galeras para ser vendidos en Oriente. Los latrocinios sistematizados de los corsarios de Trípoli, Argel y Túnez, aumentaban el terror que infundia la media luna. Con todo, no volvió á haber lucha abierta entre Turquía y España, y la tregua ajustada en 1578 se prolongó sucesivamente hasta el fin del reinado de Felipe II, á pesar de los reiterados esfuerzos de Isabel para acarrear otro rompimiento.

Tales son los principales sucesos de la obstinada lucha que sostuvo Felipe II contra los turcos y los árabes. Principió y acabó con reveses, y aunque fué de honra y gloria para España, la debilitó imponiéndole esfuerzos que enflaquecian su poder. Escasa de hombres y dinero en los últimos años de aquel príncipe, no pudo sostener ya su primer papel. En vez de atacar tuvo que mantenerse á la defensiva, mientras que los infieles señoreaban todo el Mediterráneo.

III.

Suecia y Dinamarca.

En tres épocas quiso la casa de Austria establecerse en el Báltico: bajo Carlos V, Felipe II y Fernando II, pero malogróse la tentativa del rey de España, la cual no sacó de esto mas que nuevos gastos inútiles y nuevas contribuciones.

Las tenebrosas maquinaciones urdidas por Felipe II para establecer su influencia en los estados escandinavos, datan de los primeros años de su reinado. Desde el despojo de Cristerno II y el rompimiento definitivo de la union de Calmar, se disputaban Suecia y Dinamarca la preponderancia en el Norte. Felipe II resolvió aprovechar tal coyuntura. En 1564 envió auxilios al rey de Suecia Erico XIV, para que continuara la guerra á Federico II, rey de Dinamarca, contra la cual estaba él tambien preparando una expedicion. El pretexto de sus ambiciosos proyectos era el restablecimiento del hijo de la duquesa de Lorena, hija de Cristerno II, cuñado de Carlos V. Este jóven príncipe era legítimo heredero de la corona de Dinamarca desde que murió preso su abuelo. Poniendo en el trono á un hijo de la duquesa de Lorena su pariente, se prometia Felipe II servir de una vez á la causa del catolicismo y la de España (1).

La adhesion de Erico XIV á las doctrinas reformistas, era un obstáculo á sus proyectos. Formóse una conspiracion contra este príncipe y fué depuesto en 1568. Quizá mediaron las intrigas de España en esta revolucion que dió la corona á Juan III, hermano de Erico XIV. Habia casado el nuevo rey de Suecia con Catalina Jagellon, princesa polaca, católica, y que dominaba á su débil marido. Por consejo de ella trató de establecer la religion romana en sus estados. En 1575 convocó en la ciudad de Stokolmo una asamblea de obispos, y les presentó un formulario á que dió el nombre de liturgia de la Iglesia sueca, conforme á la Iglesia católica y ortodoxa. Dividiéronse los pareceres, y decidió el rey acudir á otro medio para obligar á los suecos á mudar de religion. En 1576 mandó embajadores á Roma para ajustar un concordato con la Santa Sede, que recibió con alegría sus proposiciones. Partió para Suecia el legado Possevin, y logró hacer proscribir los libros de Lutero, proveer en jesuitas las cátedras de la universidad, y enviar al extranjero muchos jóvenes de las primeras familias para que se educaran en escuelas dirigidas por la Compañía. Hasta llegó á correr la voz de que el rey habia abjurado el protestantismo en manos del legado en 1578.

Felipe II creyó la ocasion favorable para realizar sus proyectos de dominacion en el Báltico. Resolvió estrechar su alianza con los reyes de Suecia y Polonia, y valerse de su antigua enemistad contra Dinamarca para invadirla con el pretexto de restablecer la reli-

(1) Véase á Hammer y Watson.

(1) Véanse los archivos ó correspondencia inédita de la casa de Orange Nassau, carta 67.

gion católica. Esta conquista seguida de un desmembramiento, hubiera establecido en el Norte la preponderancia de España. En los manuscritos de la biblioteca del rey se ha conservado una comunicacion dirigida á Richelieu por el cónsul de Francia en Dantzick, y que contiene los detalles mas curiosos sobre estos proyectos de coalicion. Creemos bueno copiarla entera.

«Queria Felipe II establecerse en el mar Báltico, y al efecto hacerse dueño del Estrecho del Sund, único puerto de aquel mar por donde entran y salen todos los buques que trafican de España, Francia, Inglaterra y Holanda, en Suecia, Polonia y Alemania.

Trató Felipe II desde luego de poner de su parte á Juan rey de Suecia, á quien ganó sin gran dificultad, tanto por la natural aversion que reina entre daneses y suecos, como por la esperanza que tenia de ensanchar su reino á costa de su enemigo. Al rey Estéban Bathori le sedujo el papa que estaba muy interesado en este asunto, esperando recobrar un reino que se habia separado de su obediencia. Con este objeto debia atravesar la Pomerania y entrar en el Holstein con un ejército de cuarenta mil caballos (levantado so color de guerra contra los turcos ó los tártaros), y así mientras el rey de Suecia atacase á Dinamarca por un lado, y el rey de Polonia por otro, debia secundarles el rey católico con sus escuadras de Flandes y España, y bajar á la isla de Zelanda para apoderarse de la capital del reino y de la fortaleza de Kronburgo, guarda del Estrecho del Sund. Así los españoles habian devorado de antemano los millones que da este pasaje todos los años, creyendo que el rey de Dinamarca no podria resistir á tan furiosa tempestad, y mas, desprevenido; que lo mejor que podria sucederle era escaparse á Noruega hácia el Setentrion; y habian pensado ya que para restablecer bien en aquel pais el servicio divino, era preciso sacar de allí gente para la labranza en España, ó para las minas en las Indias occidentales; llevando allá otros habitantes de España y Flandes, y devolver los bienes al clero para adquirir mas crédito en la cristiandad. Que á fin de que el pais continuara siendo católico, convenia que los españoles quedasen dueños del Estrecho del Sund, de la Zelanda y del Jutland, que al rey de Suecia se le daria en recompensa de su auxilio los paises de Halaud, Scania y Blekingia allende el mar Báltico, y que facilitan á los reyes de Dinamarca, el atacar á la Suecia por tierra. Que además de la gloria inmortal que cabria al rey Estéban Bathori por haber ayudado á replantar la fe en un pais hereje, ellos se obligarian á darle una pension de cien mil escudos de oro que le pagarian toda su vida sobre las rentas del Sund, que el pais en agradecimiento á tal beneficio le daria tambien sesenta mil ducados al año. Si hubiera cuajado este proyecto, ¿qué otra cosa habrian sido la Livonia, la Polonia y la Alemania septentrional, sino almacenes para el Austria? ¿qué habrian sido Revel, Riga, Dantzick, Stral, Sund, Rostock y Lubeck, sino bahías y arsenales de España? Pero frustróse este plan, ó porque Dios lo permitió, que veia que los españoles tapaban sus malos designios con manto de religion, abusando de su nombre para esclavizar á los pueblos, ó porque dependia de varios príncipes cuyos intereses no podian estar unidos, de modo que prosiguiesen un asunto con igual calor (1).

El verdadero motivo de no realizarse el desmembramiento, fué sin duda el cambio repentino del rey de Suecia, que perdió en 1583 su primera esposa la que le alentaba en su inclinacion al cristianismo. En la época de su segunda mujer, rompió las negociaciones entabladas con la corte de Roma y echó á los jesuitas del reino. Desde entonces tuvo que renunciar el rey de España á la alianza sueca y á la mira de establecerse en el Báltico. Fueron perdidas las sumas que habia gastado de antemano con este objeto.

IV.

Francia.

Los esfuerzos de Felipe II por mandar en Francia aumentaron los apuros pecuniarios de España. Cerca de medio siglo habia que las casas de Francia y Austria se disputaban la posesion de Italia y la preponderancia en Europa. Hasta entonces habia llevado lo mejor el Austria. Luis XII tuvo que abandonar el reino de Nápoles conquistado por Carlos VIII. Francisco I á su vez salió del Milanesado que conquistó Luis XII. La Francia no poseia en Italia mas que el Piamonte, cuando principió la pugna entre el hijo de Carlos V y Enrique II.

Un embajador de Venecia en Paris nos ha dejado una curiosa comparacion de las fuerzas de ambas naciones en aquella época.

(1) Discurso sobre los designios que tienen los españoles de hacerse dueños del mar Báltico y de todo el tráfico de la Polonia y Alemania septentrional; dirigido á Richelieu por Luis Auber y de Maurier, cónsul en Dantzich, manuscritos de la Biblioteca del rey, coleccion Dupuy.

«El rey Católico dice, es de la casa de Austria: heredero de tantos señoríos, estados y paises, que posee doce reinos en España y tres en Italia, casi todas sus posesiones están esparcidas. El rey Cristianísimo tiene un reino, pero unido y dilatado. Las rentas del rey Católico son de cinco millones: sus gastos de seis; el rey Cristianísimo tiene una renta de seis millones y ahora no los gasta todos. El primero en caso de necesidad se ve apurado para sacar dinero por via de impuestos extraordinarios: el segundo, encuentra cuanto quiere por ese medio. Los súbditos de Felipe II son mas rehacios y mas altivos: los franceses mas dados á gastar su dinero en servicio de su rey y mas sumisos. España tiene minas de oro en sus provincias y en las Indias: Francia no tiene mas que hierro: pero le han llevado plata y no escasea. España es un pais estéril, de pocas poblaciones considerables y sin las comodidades de la vida. Francia es fértil, cubierta de ciudades y palacios, abundante en rios y en toda clase de producciones. El rey Católico gana al Cristianísimo en fuerzas marítimas: pero en cuanto á ejércitos de tierra, los gendarmes en Francia son muy superiores á la caballería española, y la infantería francesa es poco inferior á la de España, pues que los gascones en nada ceden á los infantes españoles. Por lo que hace á los capitanes siempre ha estado la ventaja de parte de la Francia: así es que casi pueden equilibrarse las fuezas de estos dos grandes reyes (1).

Sin embargo la Francia estuvo debajo, los tres años de lucha que precedieron á la cesion del Piamonte y á la evacuacion definitiva de la Italia. El duque de Guisa que habia pasado los Alpes con veinte mil hombres, fracasó ante Civitella en la frontera de Nápoles. En vano trató de reparar este descalabro con una victoria. El duque de Alba esquivó el combate, y esperó con paciencia á que el calor del clima y las enfermedades arruinaran las huestes francesas (1557). El papa Paulo IV que era francés de corazon, y que provocara el rompimiento de la tregua de Vaucelles quedó expuesto á la venganza de los españoles. Ya habia mandado Felipe II á todos sus súbditos que saliesen de Roma, con lo que privó á la corte pontificia de las considerables sumas que sacaba de España, Nápoles, Sicilia y Milan (2). No tardó en penetrar en los Estados de la Iglesia el duque

(1) Relacion sobre el reino de Francia por Marco Antonio Bárbaro despues de su embajada de 1563. Coleccion de documentos inéditos para la Historia de Francia: relaciones de los embajadores venecianos sobre los asuntos de Francia en el siglo XVI, tomo 2.°, página 35.
(2) Sepúlveda, libro 1.°, página 19.

de Alba á la cabeza de cuatro mil españoles y ocho mil italianos. Las tropas pontificales eran superiores en número; pero verificaron el proverbio que dice de las armas de los soldados de la Iglesia, ni pinchan, ni cortan. Mientras avanzaba el duque de Alba hasta los muros de Roma é imponia políticamente las condiciones de paz al anciano pontífice, Felipe II envolvia á la reina de Inglaterra en su lucha contra Enrique II. Desembarcó en el continente el conde de Pembroke con siete mil ingleses, y Filiberto Manuel, duque de Saboya, recibió el mando de las fuerzas reunidas de Inglaterra y España. Acometió á San Quintin con un ejército de treinta mil infantes, doce mil caballos y ocho mil gastadores, y Felipe II se fijó en Cambray á ver venir desde allí los acontecimientos. Acudió el condestable de Montmorency, de La Fere, con el ejército francés para rechazar la invasion. Despues de cuatro horas de pelea venció el duque de Saboya: Montmorency le entregó su espada. El duque de Enghien de la casa de Borbon, ochocientos señores y cerca de diez mil soldados quedaron en el campo de batalla. Los duques de Montpensier, Longueville, Mantua, el mariscal de San Andrés, una porcion de oficiales distinguidos, cuatrocientos caballeros de las primeras familias, y cuatro mil soldados cayeron prisioneros; trescientos furgones, toda la artillería, sesenta banderas, cincuenta banderines, todos los bagajes, tiendas y víveres fueron á manos del vencedor.

Esta derrota tan sangrienta como las de Crecy, Poitiers y Azincourt, abria á los españoles el camino de Paris. Gran consternacion habia en aquella ciudad, y muchísimos habitantes se retiraban al mediodia del Loire. Empero no permitió Felipe II al duque de Saboya intentar tan atrevida empresa. Contentóse el ejército victorioso con ocupar á San Quintin, Ham, Noyon, el Catelet, dando tiempo á Enrique II de acudir á la defensa de su capital. Llamado el duque de Guisa de Italia donde se hallaba, le nombró lugarteniente general del reino. Detuvo los progresos de la invasion, y no satisfecho con cerrar el interior de la Francia á los españoles y á los ingleses, sorprendió la ciudad de Calais en la mitad del invierno (1558). La reina María murió de la pesadumbre; Isabel que la sucedió, fué fiel al principio á la alianza de Felipe II. Un ejército español protegido por una escuadra inglesa, ganó al mariscal de Thermes la batalla de Gravelines. Este percance obligó al duque de Guisa á salir de Luxemburgo para defender la frontera de la Picardía. Los reyes de Francia y España se pusieron al frente de sus ejércitos, y

se esperaba una accion decisiva. Mas, como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos se mantuvieron á la defensiva. Los ejércitos permanecian inmóviles: los pueblos deseaban la paz. Se abrieron conferencias en la abadía de Cercamp, que al cabo de dos meses produjeron el tratado de Cateau-Cambresis que solo fué una modificacion del de Madrid (1559). Abandonó Felipe II las ciudades de la Picardía. Restituyó Enrique II todas las plazas que ocupaba en Toscana, y en el pais de Sienna, y entregó al duque de Saboya todo el Piamonte excepto Turin, Quiers, Pignerol, Chivas y Villanova. Dos matrimonios debian consolidar la paz entre España y Francia: Isabel, hija de Enrique II, se casó con Felipe II, y Margarita, hermana del rey de Francia, con el duque de Saboya.

Tras de tan gloriosa paz regresó Felipe II á España. Para memoria de su triunfo hizo construir el monasterio del Escorial, que le costó segun dicen seis millones de pistolas (1): este sombrío y colosal edificio se descubre desde siete leguas en contorno.

No fué la paz de Cateau-Cambresis mas que una de las largas treguas que marcaron los intervalos de la guerra entre las casas rivales de Francia y Austria. Ambos pueblos necesitaban reposo: mas pronto comenzó la lucha bajo nueva forma. La liga fué simplemente un episodio del rudo y prolongado combate que sostuvo la Francia contra el predominio creciente del Austria. En pos de la época militar, la época de intriga, guerra menos abierta; pero mas peligrosa y obstinada. Por espacio de 38 años, de 1560 á 1598, no cesó Felipe II un instante de desplegar la misma actividad con respecto á la Francia, y de atizar el fuego causado por la reforma, ora por medio de maniobras secretas, ora á las claras por medio de la fuerza. Se proponia dos miras. La primera, relativa á su política general, en cuya virtud se habia declarado campeon de la Iglesia, y jefe del partido católico en Europa. La segunda, era continuar la obra de Carlos V, abatir la Francia fomentando sus discordias y esperar la coyuntura de invadirla y agregarla á sus estados.

Los alborotos religiosos principiaron en Francia el mismo año de firmarse la paz con la España (1559). El suplicio de Ana Dubourg inauguró tristemente el reinado de Francisco II, que sucedió á su padre. Creyéronse amenazados los protestantes, y se propuso la

(1) 35.640,000 francos valor relativo; 53.640,000 por 3 es igual á 160,920,000 francos. Véase á Gregorio Leti, Historia de Felipe II, parte I, lib. 17.

conspiracion de Amboise arrancar el poder á los Guisas, que reinaban bajo el nombre del débil esposo de María Estuardo. Instruido de todo el cardenal de Granvelle por sus agentes secretos, avisó al de Lorena que estuviese apercibido. Los conjurados fueron presos y llevados al patíbulo; pero los jefes se escaparon, y L' Hopital, á quien acababan de crear canciller, pudo conseguir que se convocasen los estados generales en Orleans, á pesar de la repugnancia de los Guisas y del rey de España. Este, que observaba atentamente la marcha de los sucesos en Francia, habia dicho á los príncipes de Lorena: «Si quereis exterminar la herejía, no hay que explayar el corazon de los herejes: si quereis castigar á los rebeldes contad conmigo.»

Cuando á la muerte de Francisco II hubo convocado Catalina de Médicis la asamblea de Poissy, con la esperanza de hacerse necesaria á la vez para los dos partidos que dividian la Francia, los católicos fervorosos se dirigieron á Felipe II. Se imploró su poderosa intervencion en nombre del clero francés en una peticion redactada por el cardenal de Lorena y algunos doctores de la Sorbona. Cerca de Orleans, fué preso un teólogo llamado Artus Desiré, que la llevaba con otras instrucciones secretas. El parlamento le impuso una multa, y le encerró en un convento de cartujos; pero sus partidarios se dieron traza para hacerle escapar.

Catalina de Médicis, lejos de quejarse de las intrigas de España, encargó á su embajador en Madrid que protestara su adhesion á la fe católica, y que explicara su conducta por los miramientos que tenia necesidad de guardar con un partido numeroso y turbulento. Felipe II en su respuesta tomó el tono de un árbitro, y casi de un superior. Censuró la conferencia de Poissy y el proyecto de un concilio nacional que se atribuia á Catalina. El duque de Alba se atrevió á decir al embajador francés que su rey deseaba: «se castigasen sin ningun respeto humano todos los sectarios de Francia con el rigor que habia desplegado Enrique II... y si la reina faltaba á tan justo deber, S. M. católica habia resuelto sacrificar todos sus bienes y hasta su vida, por detener el curso de una peste que creia tan amenazadora para Francia como para la España.» (1)

El embajador de Felipe II en Francia, Perrenot de Chantonnay, hermano de Granvelle, era el confidente secreto de los jefes del

(1) De Thou, libro 28, pág. 78.

partido católico. Pedia sin cesar á Catalina persecuciones y castigos, y en sus papeles al rey de España acusaba á la regente de indiferencia ó de tibieza. Al mismo tiempo negociaba con Antonio de Borbon, dejándole entrever que Felipe II le daria el reino de Navarra, cuando le hubiese merecido con algun servicio notorio á la religion católica. Seducido por estos sueños de grandeza, cambió de partido el rey de Navarra, y de acuerdo con Chantonnay, fué á pedir á Catalina el extrañamiento de los Chatillons y del príncipe de Condé. La Francia lindaba entonces por todas partes con los estados de Felipe II, solo que este, dueño de España y del norte de Italia, soberano de los Paises-Bajos, separaba aun la Francia de la Suiza y de la Alemania por medio del Franco Condado. Coligny desconfió de la firmeza de Catalina, pero no creyendo llegado el caso de dar una campanada, marchó para su tierra de Chatillon del Loing: siguiéronle sus hermanos, y Catalina les agradeció este alejamiento voluntario que salvaba momentáneamente su honor (1). El príncipe de Condé no quiso marcharse. Al punto el condestable de Montmorency, el rey de Navarra y el mariscal de San Andrés, se concertaron con Chantonnay para apresurar la vuelta del duque de Guisa á Paris. Al mismo tiempo escribieron al Rey de España reclamando la asistencia que les habia prometido. Púsose en camino el duque de Guisa, y se halló en la matanza de Vassy, que fué la señal de la guerra civil (1562). Al amago de tan terrible lucha no vacilaron los dos partidos en recurrir al extranjero. Los protestantes entregaron el Havre á los ingleses, y pidieron socorro á sus hermanos de Alemania. Los católicos se dirigieron al rey de España. Así cayeron las antiguas barreras que separaban á las naciones, y la conformidad de creencia hizo veces de patria.

Felipe II cumplió su promesa. Dió órden al general napolitano Castaldo, envejecido en la profesion de las armas, de ir á sostener los católicos de Guyenna con tres compañías de infantería española de mas de tres mil soldados. Murió Castaldo antes de entrar en Francia; pero las tropas que mandaba se unieron á Montluc, y se mostraron dignas del rígido jefe que las habia formado.

Sismondi ha hecho una pintura fiel y animada de aquellas huestes reducidas, pero temibles por su disciplina y su sangre fria, que

(1) Sismondi, tomo 18, página 257.

vinieron alternativamente á formarse en Italia, y á pelear en Francia durante nuestras discordias civiles.

«Los pocos españoles que escogian para la guerra, aquellos reclutas que se veian llegar á Italia todos los años en número de tres ó cuatro mil, y á quienes designaban allí con el nombre de *bisogni* (bisoños), porque en efecto necesitaban de todo, llegaban á ser en manos de los oficiales que los formaban, instrumentos de carnicería mas terribles que los bronces fundidos para este efecto. Los sentimientos que les inculcaban con ahinco eran el fanatismo religioso, el pundonor nacional y militar, la obediencia imperturbable á la mas inflexible disciplina, y el desprecio á todo lo que no era milicia. Descollaban estos sentimientos en todos los soldados de Felipe II, cualquiera que fuese su orígen; de modo que no se hallaba diferencia alguna entre las antiguas tropas napolitanas y las antiguas tropas castellanas.

»Al frente del enemigo, los italianos como los españoles, como los walones, unian una serenidad y un aplomo increibles á un valor á toda prueba. Siempre estaban seguros sus capitanes de la exactitud de todos sus movimientos, de la escrupulosa ejecucion de todas las órdenes que daban. Nada los alteraba, ni el entusiasmo, ni el miedo. Habia en aquellas huestes veteranas poca espontaneidad, poca iniciativa, poca invencion; pero desplegaban por completo todas sus fuerzas y toda la energía de un hombre sereno (1).»

Apoyado Montluc por estos auxiliares, tomó á la Penne en Angenois, é hizo degollar á todos los soldados que defendieran el castillo; pero perdonó á las mujeres mandándolas á la ciudad por una escalera secreta abierta en el muro. Los españoles que las esperaban á su salida, las mataron sin piedad, y cuando Montluc les reconvino por su crueldad, contestaron riéndose que habian creido herir á luteranos disfrazados (2).

Acabóse esta primera guerra con el asesinato del duque Francisco de Guisa. Libre Catalina de un tirano, se apresuró á firmar la paz de Amboise (1563); mas las reconvenciones del duque de Alba y la indignacion de los católicos, la obligaron á eludir las condiciones del tratado. Tornóse á encender la guerra en 1567, y los dos partidos volvieron á despedazar la Francia en provecho del extranjero. Vencieron los católicos en la batalla de Saint Dénis; pero el mariscal de

(1) Sismondi, titulo 21, página 354.
(2) Todos luteranos tapados: Montluc, libro 5.°, página 315.

Vielleville apreciaba esta victoria en su justo valor al decir á Carlos IX: «No es V. M. quien ha ganado la batalla, ni menos el príncipe de Condé, sino el rey de España.» Se ajustaron los tratados de Longjumeau (1568), y de Saint Germain á pesar de la oposicion de la corte de Madrid. No cuadraban al carácter ni á la política de Felipe II las cosas á medias. Encolerizóse al saber se habia firmado un convenio concediendo á los protestantes cartas de seguridad y el libre ejercicio de su culto en dos ciudades de cada provincia; mas pronto cedió la cólera al miedo, cuando tuvo noticia de que Guillermo de Nassau, sostenido por Coligny y todo el partido calvinista, habia organizado los *andrajosos marinos*, y sorprendido la plaza de Briel en la isla de Wom, 1.° de abril de 1572. Aquel dia se fundó la república de Holanda que tuvo un centro y un jefe, el príncipe de Orange, que fué proclamado statuder. Tremendo golpe era para España este resultado debido á los consejos de Coligny, casi tanto como á la habilidad de Guillermo. Felipe II se quejó amargamente á Catalina de Médicis. Júzguese de su sorpresa y su alegría cuando supo la nueva de la Saint Barthelemy; felicitó á la corte de Francia, mandando á decir á Carlos IX que en tan noble accion solo encontraba una cosa de malo, el haberla dilatado tanto. Se acuñaron medallas en Madrid para solemnizar tal acontecimiento, y el pueblo encendió hogueras de alegría en las plazas públicas. En efecto, la Saint Barthelemy era para España la mas señalada victoria. Prevaleció en Francia en su totalidad el sistema de Felipe II, y la regente no pudo ya dominar ambos partidos. Inútiles fueron los esfuerzos de Enrique III para restablecer la paz en sus estados, y consolidar la autoridad real; solo consiguió hacerse sospechoso á los católicos puritanos, que formaron la santa liga para defender su religion. Declaróse su protector Felipe II, comprometiéndose á darles un subsidio mensual de 50,000 escudos, para hacer la guerra á los hugonotes.

Llegaron sus partidarios hasta proponer abrirle las puertas de varias ciudades para facilitarle la ocupacion de Paris. Hízose una tentativa para entregarle la Bolonia. Se contaba con Pedro Vetus, preboste de su guardia civil, ganado por los doblones de Mendoza (1); pero frustróse el golpe por prematuro.

El débil Enrique III no se atrevió á vengar esta afrenta, y los de

(1) Sismondi, tomo 20, página 166.

la liga nada perdieron de su audacia. Recibido en Paris el duque de Guisa entre los aplausos de la multitud, obligó al rey á huir de su capital, á convocar los Estados generales, y le llenó de tantos improperios, que puso al hombre mas tímido en el caso de tomar una resolucion atrevida, la de asesinarle (1588).

La muerte de Enrique de Guisa libró al rey de España del único hombre que contrarestase su autoridad en Francia. Resolvió aprovecharlo. Salió de Blois su embajador Mendoza, y fué á dar á la liga con su presencia la autoridad del nombre de Felipe. En Paris se dió la señal de la insurreccion que secundaron las provincias, quedando fieles á Enrique III, de treinta y tres, seis, y viéndose obligado el infeliz príncipe á echarse en brazos del Bearnés. Organizóse entonces bajo la presidencia del duque de Mayenna el consejo de los Cuarenta, que á poco constó de cincuenta y cuatro miembros. Pertenecieron á él Seannin y Villeroy, mas admitieron tambien siete predicadores, vendidos ya ó muy dispuestos á venderse á España: Rose, Boucher, Prevost, Aubry, Pelletier, Pigenat y Launay. Al punto se esparcieron por todas partes los agentes de Mendoza, prodigando promesas y derramando el oro á manos llenas para abrir camino á su señor. Afectaban deplorar la alianza de Enrique III con los herejes. «Un buen príncipe, decian, es el esposo, el protector y el defensor de la Iglesia.» Procuraban interpretar de una manera favorable al rey de España, las inteligencias que habia sostenido con los Guisas. «Felipe II, observaban, habria podido desmembrar la Francia en muchas ocasiones, y no ha tratado mas que de conservarla, al paso que el Bearnés trabaja en su ruina con llamar á los ingleses y á los alemanes (1).»

Entretanto los reyes de Francia y Navarra habian puesto sitio á Paris. Iba Enrique III á herir la liga en el corazon, cuando fué asesinado por Jacobo Clemente.

El primer resultado de su muerte fué dispersarse el formidable ejército que asediaba á Paris. Abandonado Enrique IV de la mayor parte de los católicos, y estrechado muy de cerca por el duque de Mayenna, se retiró á Normandía para aproximarse á Inglaterra. La liga reconoció como rey al cardenal de Borbon que tomó el nombre de Carlos X, lo cual era aplazar la solucion dando tiempo al rey de España para que tomase sus medidas. Felipe II se dió prisa á reco-

(1) Herrera, Sucesos de Francia, página 78.

nocer la legitimidad de Carlos X; mas á la par se proclamó protector de los católicos de Francia, y les ofreció sus ejércitos y sus tesoros. Su secretario Diego Maldonado partió para la Bretaña y volvió trayendo al duque de Mercoeur veinte mil ducados, doscientos quintales de pólvora y la promesa de inmediatos socorros de tropas para que contrarestara al príncipe de Dombes que le hacia la guerra con fuerzas superiores. Fué en pos de él el maestre de campo don Juan de Aguilar, que se incorporó á Mercoeur con tres mil españoles (1). El duque de Saboya que invadiera el marquesado de Saluces amenazando desde allí á la Provenza, recibió auxilios del duque de Terranova, gobernador de Milan. Agregósele el capitan don Juan de Gamboa con cuatro compañías de españoles. En seguida recibió un refuerzo de otros mil mandados por don Juan de la Cueva, y cuatro compañías de caballería á las órdenes de Cristóbal de Ibarra y de Ponce de Leon (2). Los triunfos que consiguió determinaron á Felipe II á continuar socorriéndole no obstante lo apurado de su hacienda. El ducado de Milan le hizo un donativo voluntario de veinte mil ducados, que se emplearon en pagar los atrasos del ejército del duque de Saboya, y en sostener á los católicos del Delfinado. El virey de Nápoles recibió órden de mandar á Carlos Manuel víveres y municiones (3). En 1590 le envió el duque de Terranova trece compañías de infantería y dos de caballería ligera, con cuyos refuerzos el duque de Saboya se hizo dueño de Niza y de los pasos de los Alpes; despues penetró en Provenza y ocupó á Frejus, Aix y Draquignan, declarando que conservaria estas plazas hasta la eleccion de un rey católico. Al mismo tiempo pasó un ejército de Flandes á Picardía para reunirse con Mayenna que se vanagloriaba de terminar esta vez con el Bearnés. Encontráronse los dos jefes sobre las riberas del Eure en la llanura de Ivry. El conde de Egnont que mandaba la caballería auxiliar, puso en fuga la vangnardia de Enrique IV mandada por el duque de Montpensier. El capitan napolitano Cola penetró hasta la artillería enemiga con sus mil doscientos arcabuceros, mientras que el hermano Mateo de Aguirre de la órden de San Francisco, animaba á los españoles, recorriendo sus filas con un Cristo en la mano; pero el mariscal de Aumont, el baron de Byron, el gran Prior y Gibry, tan bien secundaron el valor de Enrique IV, que logró seducir otra vez á la victoria llevándosela á sus banderas (1590).

(1) Herrera, Historia general, página 156.
(2) Ibid., página 157.
(3) Ibid., página 164.

Tras de este esclarecido triunfo, sitió Enrique IV á Paris, reduciéndola á los últimos rigores del hambre, en términos que se hizo pan de huesos de muertos, y hubo madre que se comió á su hijo. En tres meses murieron de necesidad 30,000 personas. Al saber tan tristes nuevas resolvió Felipe II socorrer á los sitiados á todo trance. El príncipe de Parma que mandaba en Flandes, recibió órden de penetrar en Francia para hacer á Enrique IV que levantase el sitio de Paris: mientras llegaban estas tropas auxiliares sostenia Mendoza el valor de los parisienses con sus consoladoras promesas.

Todos los dias repartia á los pobres ciento veinte escudos de pan; vendió hasta sus caballos y su vajilla de plata para continuar estos socorros diarios. Habia puesto en todas las esquinas cocinas para el pueblo, y las llamaban las calderas de España. Así mantenia á mil doscientas personas. Al mismo tiempo pagaba puntualmente las pensiones señaladas por Felipe II á la viuda del duque de Guisa, y á las duquesas de Montpensier, de Mayenna y de Nemours. Tambien el duque de Mayenna recibia diez mil ducados al mes para sostener su categoría. Aymar Hennequin, obispo de Rennes, Rose obispo de Senlis que dirigia mil trescientos frailes de Paris, y otra multitud de eclesiásticos, recibian asimismo socorros de España. ¿Seria extraño que los parisienses se prendasen de Felipe II que los sacaba de su miseria? La poderosa Compañía de los jesuitas se decidió por este príncipe, y como dice Duplessis-Mornay, llegó á ser una verdadera *levadura de España*. Al cabo llegó el tan deseado socorro. Entró en Francia el príncipe de Parma, se incorporó á Mayenna, y con su buen manejo obligó á Enrique IV á levantar el sitio de Paris.

Libertada ya la capital, volvió á Flandes el príncipe de Parma; pero dejó al duque de Mayenna tres cuerpos de tropas auxiliares, un regimiento italiano á las órdenes de Pedro Gaetano, otro español á las de Alfonso Idiaquez, y otro aleman á las órdenes del conde de Fol-lalto. Los otros jefes de la Liga pidieron y alcanzaron nuevos auxilios del rey de España. Trabajo le costaba al duque de Joyeuse mantenerse en el Languedoc contra el mariscal de Montmorency Damville. Suplicó á Felipe II no consintiera cayesen en poder de los hugonotes ciudades tan adictas á la fe católica como Tolosa y Narbona. Envióle el rey de España cinco mil alemanes mandados por el capitan de su guardia Jerónimo de Lodron,

que desembarcaron en Narbona, ocupando á Montpeller y Tolosa, y uniéndoseles despues seiscientos caballos con su jefe don Juan Anaya de Solís. Este capitan que se distinguiera en Flandes, recibió órden de operar en combinacion con el conde de Lodron. Tambien el comandante de tropas españolas en Bretaña, don Juan de Aguilar, recibió refuerzos, con lo que se encontró á la cabeza de cinco mil soldados. Entonces fué cuando el duque de Mercoeur le entregó á Blavet que despues de Brest era el mejor puerto de la provincia. Desde allí podia Aguilar conservar relaciones con España, favoreciendo un desembarco en Inglaterra. Levantó un fuerte á la entrada de la ciudad, al cual le dió el nombre de fuerte de Aguilar, y en él estableció una guarnicion de mil hombres mandada por Tomás de Práxedes. Le dijo que aquella fortaleza habia sido obra de españoles solos, para que ningun extranjero conociese el interior de la plaza. Remitiéronse nuevos auxilios al duque de Saboya que habia invadido la Provenza. Los reformadores de Ginebra emprendieron un movimiento en favor de los franceses; pero el ataque que dirigieron á la Saboya fué desbaratado por un cuerpo de ejército español que mandaba Antonio de Olivera, el cual penetró en seguida en el Delfinado, juntándose al duque de Nemours. Tenia á sus órdenes cuatro mil soldados, tres mil quinientos napolitanos y quinientos españoles. Sus ejércitos reunidos sostuvieron la guerra contra Lesdiguieres que mandaba los protestantes del Delfinado.

Tambien la capital recibió guarnicion española. Aprovechó Felipe II los clamores de los parisienses despues de la *Jornada de las harinas* para hacer entrar dos mil soldados españoles y otros tantos napolitanos. Mendoza é Ibarra fueron entonces los verdaderos amos de Paris, donde mandaban mas que el lugarteniente general del reino. Los Diez y seis que solo procedian por órden suya, acusaban ya á Mayenna de tibieza, y llenos de confianza en la disposicion del pueblo le instaban á convocar los Estados generales. Felipe II creyó llegado el momento de recoger el fruto de sus sacrificios: en su consecuencia á la muerte de Carlos X escribió á Ibarra que hiciese proclamar reina de Francia á su hija Isabel. El príncipe de Parma era quien no creia llegado el caso de anunciar semejantes pretensiones. Escribió á Felipe II que ajando el orgullo de la nacion francesa, arriesgaba precipitarla en los brazos del Bearnés, que no debia dejársela vislumbrar la dominacion española hasta que ren-

dida de fatigas y padecimientos no pensase mas que en descansar. Instruido de este proyecto envió Mayenna á Madrid al presidente Jeanin para que lo hiciese presente al Rey y le informara del verdadero estado de las cosas. Halló á Felipe II muy enterado de todo, y muy resuelto á llevar á cabo sus designios. Declaróle el Rey que la ocasion era favorable; que era preciso que conociesen que se proponian convocar los Estados generales y proclamar reina á la infanta Isabel. Casi al mismo tiempo se hacia en Paris un pronunciamiento popular provocado por los agentes de España. Los Diez y seis hicieron prender al primer presidente Bernabé Brisson y á dos consejeros que les parecian sospechosos por sus opiniones moderadas. Los magistrados fueron condenados á muerte que sufrieron al siguiente dia. Desconocióse la autoridad del marqués de Belin á quien Mayenna en su ausencia habia nombrado gobernador de Paris. La guarnicion española estaba para secundar á los insurgentes. El general que la mandaba envió á decir al marqués de Belin que no contase con él para proceder contra los Diez y seis que tan sinceramente amaban la gloria de Dios. Ya habian escrito al rey de España los jefes del movimiento anunciándole su victoria y ofreciéndole la corona. Acudió al punto el duque de Mayenna y reprimió la insurreccion. Mas no podia sostenerse contra Enrique IV sin el apoyo de aquellos mismos españoles cuyos agentes proscribia. El sitio de Rouen le forzó á echarse de nuevo en brazos de la España. El príncipe de Parma libertó á Rouen como habia libertado á Paris y consintió Mayenna en convocar los Estados generales.

A esta nueva, escribieron los Diez y seis á Felipe II suplicándole reforzase la guarnicion de Paris. El rey prometió dar los socorros pedidos.

Gran número de soldados que servian en los regimientos de Flandes recibieron órden de ponerse en camino para Paris, donde fueron recibidos con un sentimiento de alegría popular que parecia presagiar el triunfo de España. Los mismos habitantes les llevaban víveres, curaban los heridos y aumentaban su sueldo con donativos voluntarios. Vieron aumentarse su crédito los agentes de Felipe II, á quienes los predicadores, esos tribunos de los púlpitos, prestaban el apoyo de su palabra y de su influencia, distinguiéndose entre los mas ardientes Boucher cura de san Benito. En vano Mayenna le habia amenazado « que le saltaria el

otro ojo si le incomodaba ;» Boucher presentó los proyectos de Felipe II con visos de probables al menos á los ojos del vulgo. Reuniéronse por fin los Estados generales con tanta impaciencia aguardados (1593). Felipe II no habia querido confiar solo á su embajador ordinario el cuidado de defender la causa de España. Encargó al duque de Feria, á Iñigo de Mendoza, á Juan Bautista de Tassis y á Diego de Ibarra uniesen sus esfuerzos para colocar la corona de Francia en las sienes de la infanta. Principió Feria enumerando todos los beneficios que debian los católicos al Rey su señor. Viva impresion produjeron sus palabras en los diputados. Todos se acordaban de los notorios servicios hechos por el rey de España. Solo él habia preservado á Paris del pillaje y de la herejía, solo él se presentaba bastante fuerte para vencer al Bearnés. Mas el embajador de Felipe II cometió una falta capital anunciando que el Rey destinaba por esposo de su hija al archiduque Ernesto, hermano del emperador. Este proyecto destruia las esperanzas del duque de Mayenna y demás príncipes de la casa de Lorena además de herir el sentimiento nacional de los franceses. Murmullos de reprobacion salieron por todas partes en la asamblea : hasta los embajadores se vieron cortados. Al fin tomaron la palabra para decir con cierto azoramiento «que si no gustaba á la Francia dicho príncipe, tenian encargo de anunciar á los Estados que Felipe consentiria en escoger uno francés; pero que se reservaba seis meses para discurrir y nombrarle ». Algunos dias despues conociendo la necesidad de recobrar á toda costa la popularidad, se declararon autorizados para ofrecer la mano de la infanta al duque de Guisa, en recompensa de los méritos de su padre y abuelo.

Esta declaracion tardía produjo su efecto ocasionando una reaccion momentánea en favor de España. El pueblo de Paris acogió con entusiasmo la noticia de la próxima elevacion del duque de Guisa en quien refundiera todo su cariño á aquella familia. En nada alteró esta disposicion de los ánimos el rumor de que Enrique IV iba á convertirse á la fe católica. Boucher decia : *que lo que debia hacer el Bearnés era conquistar el reino del cielo, si podia, porque pensar en el reino de Francia era locura.* Rose, *que con el beneplácito del Papa era posible recibir al Navarro por capuchino, pero no por rey.*

Genebrard y otros varios predicadores se dieron á atacar la ley sálica, y á hablar en favor del rey de España que con sus dádivas habia ganado á casi todos ; pero los Estados generales no seguian este impulso de la multitud. Habian consentido en las conferencias de Turena, y con admitir la discusion abrieron el camino á Enrique IV sin romper á las claras con el pueblo, cuyas simpatías eran de tomarse en cuenta. Conoció Felipe II todo lo grave de la situacion, y sus agentes redoblaron la actividad para conjurar este nuevo peligro. De acuerdo con el legado del papa, *asalariaron con lo que pudieron* á los predicadores para mantenerlos en sus buenas disposiciones. Le aumentó la pension de Boucher, y se convino en que Cuetlly recibiria «cada semana un cuarto de carnero y otro de ternera, cada mes un sextario de trigo con diez doblones.» Todos los fanegueros sacaron nuevas ventajas, así es que en los púlpitos no se oian mas que elogios al jóven duque de Guisa. Ya le llamaban majestad y él escribia al rey de España dándole gracias, y protestándole su completa adhesion. Llegaba hasta prometer conformarse en todo á sus consejos y no reinar sino para servir á sus intereses. Cuatro predicadores principalmente se distinguieron por la turbulenta actividad que desplegaron en aquel momento decisivo: Feuardent, Genebrard, Aubry y Juan Boucher. Los apoyaba parte del alto clero que insistia en seguir relaciones con la corte de Madrid. Puede juzgarse la índole de estas relaciones por una curiosa comunicacion de Ibarra sobre las conferencias de Turena. El embajador español traza el siguiente cuadro de los tres miembros del clero que asistian á ellas:

«1.° El arzobispo de Lion *ha prometido andar bien*... 2.° El obispo de Avranches, *estaba antes elegido el obispo* de Senlis, era mucho mejor sugeto: ha temido meterse en manos del enemigo. 3.° El abad de San Vicente habíase pretendido fuese el cura Buxier persona de muchas partes y seguro en el servicio de su majestad, pero no es malo.

Baldías fueron las intrigas de aquellos hombres piadosos. Continuaron las conferencias, y los moderados iban ganando terreno cada dia. Amparábalos Mayenna, que no escondia su repugnancia á España. Por instigacion suya declararon reunidas las cámaras del parlamento que se harian respetuosas exposiciones al tal duque como lugarteniente general de la corona, protestando contra cualquier tratado que se quisiera ajustar á fin de trasladar el cetro á princesas ó príncipes extranjeros contra la ley fundamental del reino: declarando además que toda traslacion semejante seria nula y de

ningun valor como hecha violando la soberanía nacional.

Esta exposicion pública provocada por el duque de Mayenna, desconcertó á los enviados del rey de España é hizo aplazar indefinibamente la eleccion del infante. Principiaron á circular por las calles versos y epígramas contra Felipe II y sus doblones. La conversion de Enrique IV dió el último golpe á sus proyectos. Varios jefes de los mas influyentes de la liga, entre ellos Vitry d'Estourmel, La Chatre se sometieron al Bearnés á quien consideraban su legítimo rey desde que abjurara la religion protestante.

Estos ejemplos acarrearon nuevas sumisiones que ensancharon el partido de Enrique IV y enflaquecieron el de la liga y España. En 1594 libertó á Paris el conde de Brissac en ausencia de Mayenna que vacilaba indeciso entre los dos partidos. Salió la guarnicion española á banderas desplegadas con tambor batiente y formada en batalla, como retirándose ante un enemigo superior en número. Los oficiales saludaron con el sombrero al rey que los veia salir en la puerta de Saint Denis, pero se dió órden de no bajar ante él los estandartes. Enrique IV devolvió el saludo con cortesía dirigiendo, dice Perefixe, estas irónicas palabras á los jefes: «Recomendadme bien á vuestro amo; idos enhorabuena; pero no volvais mas.»

Despues de la toma de Paris, el conde Ernesto de Mansfeld y su hijo Carlos que mandaban los ejércitos del rey de España en Flandes, le aconsejaron desistiese de una guerra que extenuaba la monarquía española y no podia tener buen resultado despues de los últimos sucesos. Le exhortaban á que en adelante volviera todas sus fuerzas contra los rebeldes de los Paises-Bajos, mas el conde de Fuentes, el duque de Feria é Ibarra opinaban que aun habia probabilidades; que era preciso proclamar atrevidamente á la infanta y que los católicos celosos se agregarian á su causa.

Siguió Felipe este parecer. No queria haber gastado en balde tantos montones de oro. Continuó la guerra: empero tomó otro giro. Ya no fué la cuestion religiosa mas que un vago pretexto y como un recuerdo popular invocado por el rey de España para disfrazar sus propósitos. Le tenia buenas ganas á la Francia; no pudiendo conquistarla entera, probó á desmembrarla. Sin renunciar conocidamente á su antigua política y aun decantando que no estaba en guerra con el Bearnés, adujo pretensiones sobre varias provincias del reino ora en su nombre, ora en el de la infanta. Revindicó la Borgoña á fuer de descendiente de Cárlos el Temerario; la Provenza como heredero de los derechos que Fernando el Católico su bisabuelo habia recibido del testamento de Juana II reina de Nápoles, en favor del rey Alfonso de Aragon. Reclamó en nombre de su hija los ducados de Bretaña y Normandía, los condados de Champaña y Tolosa, el Borbonés y el Auvernia, pretendiendo que dichos feudos no estaban sujetos á la ley sálica, que muchas veces habian sido gozados por mujeres y que en su consecuencia debian volver á la nieta de Enrique II, legítima heredera de los derechos de Carlos VIII, de Luis XII y de Francisco I.

Para conseguir sus fines encargó al duque de Feria que acababa de salir de Paris, que tomase una posicion militar bastante fuerte para reconstituir el gobierno de la liga bajo el influjo exclusivo de España. Hizo Feria dos tratados con los gobernadores de la Fere y de Ham y ocupó estas dos plazas. Así puso España el pié en Picardía. Se dieron nuevos subsidios á los principales jefes de la liga y mas á las provincias que Felipe II queria agregar á sus estados.

El conde de Carcés que estaba á la cabeza del partido católico en la Provenza, recibió socorros de hombres y dinero. El cardenal de Joyeuse dirigió al rey de España una súplica en nombre de los estados del Languedoc. El marqués de Villars que mandaba en Guyenna le pidió mandase cuantas tropas pudiere distraer del ejército de Aragon, y así lo hizo. Mandó al capitan general de Guipúzcoa que socorriese á la fortaleza Blaye sitiada por los realistas. Diez y seis navíos procedentes del puerto de Pasages subieron á la Gironda y penetraron hasta Burdeos, despues de haber socorrido á la ciudad amenazada. Se ajustó un tratado de alianza con el duque de Epernon que prometió entregar el puerto de Tolon. Este tratado dió por auxiliar al rey de España un jefe cuya autoridad se extendia á la Provenza, al Angoumois, la Saintonge y, á una parte del pais Messin, Turena y Delfinado. Al mismo tiempo don Juan de Aguilar recibia refuerzos en Bretaña, para poner á Brest en estado de defensa. Velasco, gobernador del Milanesado, fué á Borgoña á incorporarse con el duque de Mayenna. Al de Aumale le llegaron auxilios en Picardía. Saboya daba la mano á los españoles que entraban á la vez en el Franco Condado, en Borgoña, en Picardía, y sobre todo en Provenza, donde estaba en toda su energía el espíritu de la liga. En 1596 los cónsules de Marsella que nunca habian reconocido la autoridad de Enrique IV prometieron á Felipe II entregarle su ciudad mediante un subsidio de 150,000 escudos, una guarnicion

española y la asistencia de doce galeras mandadas por el príncipe Doria. Los partidarios de España se empeñaban en que aquella poblacion pertenecia legítimamente á la infanta que por su nacimiento tenia incontestables derechos sobre todo el condado de Provenza. Aceptó Felipe II el ajuste, suministró auxilios y se posesionaron sus tropas de Marsella á la sazon, especie de puente entre sus estados de España y sus dominios de Italia, pero al instante se la quitaron por la traicion de Liberta que la entregó á las tropas reales.

Por mas que Felipe II redobló sus esfuerzos y agotó sus recursos en ocupar el Catelet, Dourlens, Cambray, en conducir tropas á Calais y en apoderarse de Amiens, estos triunfos parciales caramente comprados, no realzaron su causa. Herida de muerte la liga por la conversion de Enrique IV agonizaba en todas partes sin poder ya servir de instrumento á la ambicion del rey de España. El conde de Villars-Brancas, los duques de Guisa y de Joyeuse se sometieron sucesivamente; Epernon y Mayenna les imitaron, y con su fidelidad en servir al rey legítimo, procuraron hacer olvidar que lo habian hecho tanto tiempo al extranjero. La reina Isabel por su parte sostenia al rey de Francia. Sin duda que la conversion de Enrique IV debilitó la alianza inglesa; pero tenian sobrado interés ambos paises en permanecer unidos contra la España para que fuera posible separarlos. En efecto, la Inglaterra no podia permitir que el español dominase en Flandes, se estableciese en Brest y en Calais y mandara el estrecho. Los holandeses distraian con bastante eficacia á Felipe II de la guerra que hacia á Francia. Siempre que el archiduque Alberto se preparaba á invadir la Picardía, le cogia por la espalda el príncipe Mauricio y le hacia retroceder.

Abandonado de sus antiguos aliados á quienes habia enriquecido con sus tesoros, mal secundado por las poblaciones á quienes ya no inspiraba confianza, blanco de los tiros reunidos de Francia, Inglaterra y Holanda, cedió Felipe II firmando el memorable tratado de Vervins, por el cual reconoció á Enrique IV y restituyó todas sus conquistas. Tal fué el resultado de su insensata tentativa de reinar en Francia. Si hemos de creer á los historiadores de España le costó 30.000,000 de ducados.

V.

Inglaterra.

La prolongada lucha que sostuvo Felipe II contra Inglaterra acabó de agotar su hacienda y aniquiló para un siglo la marina de España.

Mientras vivió María Tudor fué Felipe II rey de Inglaterra; la comprometió en su lucha contra la Francia, y los 7,000 ingleses mandados por el conde de Pembrocke tuvieron una gloriosa parte en la victoria de San Quintin. La muerte de María no rompió por el pronto aquella alianza. Una escuadra inglesa concurrió con un ejército de tierra español á la derrota que sufrieron los franceses en Gravelines; pero allí cesó la buena armonía entre los dos gobiernos. Nunca habian querido los ingleses á Felipe II, ni el vaso de cerveza que bebió al desembarcar en Southampton, logró hacerle mas popular. La pérdida de Calais sublevó contra él el orgullo británico y pronto aquella union efímera fué reemplazada con la indiferencia y con la frialdad. La reina Isabel esquivó la mano de un príncipe en quien sus súbditos presentian un enemigo. Estando ella para romper con la Santa Sede vino el embajador del rey de España á quejársele de las innovaciones religiosas que se preparaban en sus estados: no le dió oidos y al punto se puso á la cabeza del partido protestante. Tal fué el orígen de aquella larga rivalidad que tan eficazmente contribuyó á la decadencia de la monarquía española. En Inglaterra como en Francia los católicos esperaban la victoria de la intervencion del rey de España. Les prometió su apoyo: hizo mas: envió 60 mil escudos al conde de Feria su embajador en Londres para socorrer á los sacerdotes. Esta intervencion no podia menos de desagradar á la reina de Inglaterra. Cuadra, obispo de Aguila y sucesor del conde de Feria en 1559, aumentó con su conducta la frialdad que reinaba entre ambas cortes: fué preso en su palacio el 2 de febrero de 1563 y Cecil declaró en parlamento pleno que el rey de España proyectaba un desembarco en Inglaterra. Con todo, no se rompieron las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos, y el conde de Silva que fué á Londres de embajador en 1564, logró la restitucion de unos navíos apresados por armadores ingleses. Mas pronto adquirió Isabel la certidumbre de que el nuevo representante

del rey de España seguia relaciones con María Estuardo. Supo que la reina de Escocia habia recibido de Felipe II una remesa de 20,000 escudos, y que se habian equipado en los puertos de Flandes buques para ella cargados de municiones y artillería. La rebelion de los Paises-Bajos le proporcionó usar de represalias; envió ella tambien dinero á los insurrectos y acabó por mandarles bajeles y soldados. En 1567 dió un nuevo golpe á Felipe II. Cinco navíos españoles, que llevaban la paga del ejército de Flandes, se habian refugiado á un puerto de Inglaterra huyendo de la escuadra del príncipe de Condé; apoderóse Isabel del dinero á pretexto de que pertenecia á banqueros italianos que le exportaban por especulacion, añadiendo que ella les abonaria un interés tan alto como el del rey de España. El duque de Alba en venganza embargó los bienes de todos los ingleses que habia en Flandes, al mismo tiempo que el papa Pio V excomulgaba á Isabel declarándola hereje y privada de su reino. Interrumpióse con esto el comercio entre ambas naciones y los corsarios ingleses ocasionaron grandes pérdidas á España. En 1569 ascendian sus presas á cerca de 1.000,000 ducados. En 1572 se veian en los puertos de Inglaterra ochenta y dos buques quitados á España: y el valor de las mercancías apresadas pasaba de 1.190,000 ducados.

A pesar de eso aun no se declaró Felipe II abiertamente enemigo de Isabel; fiel á su política de siempre, promovia alborotos en su reino y esperaba el momento de obrar. Su embajador en Londres estaba muy metido en la conspiracion formada por los duques de Norfolk y los condes de Arundel, Northumberland, Westmoreland y de Debry para sublevar el norte de Inglaterra al nombre de la religion católica y de María Estuardo. Frustróse este plan á pesar de la activa cooperacion de los agentes de Felipe II. Isabel se vengó en confiscar los bienes de todos los españoles que habia en Inglaterra (1571), al propio tiempo remitir auxilios á los moros rebeldes de las Alpujarras. Un tal Roberto Honguins que vivia en Sevilla en clase de comerciante, noticiaba al gobierno inglés los progresos de la insurreccion y hacia llegar á los jefes los socorros de Isabel. Felipe II, por su parte favorecia con todo su poder los enemigos de Inglaterra. En Paris, Viena, Lisboa, Roma, obraba en favor de María Estuardo y ayudaba á sus partidarios en Inglaterra, Escocia é Irlanda. Sostenia en Saint-Omer y en Douay seminarios de ingleses y escoceses católicos. Gran número de súbditos de Isabel se refugiaron en Flandes huyendo de la persecucion. Acogiólos Felipe atrayéndoselos con sus liberalidades. De ellos eran el conde Westmoreland y la condesa de Northumberland que recibian cada mes una pension de 200 escudos. Los otros emigrados que consintieron en ser pensionados por España eran: Leonardo de Acre, que recibia cien escudos mensuales; Egremundo Radgliff, sesenta; Ricardo Northon, cincuenta y seis; Francisco Northon, treinta y seis; Cristóbal Namill, cuarenta; Tomás Marchinfind, treinta y seis; Jorge Chuberland, veinte; Carlos Parcher, cincuenta; la mujer del doctor Parcher, diez y seis.

Así es como Isabel y Felipe preludiaban con hostilidades indirectas un rompimiento decisivo y notorio que cada año iba siendo mas inminente. En 1577 atravesó el Atlántico el caballero Drake con cinco buques, pasó el estrecho de Magallanes y llegó á Santiago, donde no habia preparativos de resistencia, porque hasta entonces ningun enemigo habia penetrado en aquellos remotos paises. Así es que fueron saqueadas las ciudades marítimas de todo el litoral del Sur desde Santiago hasta Lima. Entretanto habia anclado una escuadra española en la embocadura del estrecho para impedir la vuelta de los ingleses; entonces fué cuando Drake formó la atrevida resolucion de volver por el mar Pacífico. El primero dió la vuelta al mundo y volvió á Inglaterra con un botin de 800,000 libras esterlinas. Restituyó Isabel parte al embajador de Felipe; pero tomó á su servicio al arrojado pirata. En 1585 ajustó un tratado de alianza con los flamencos insurgentes, y les mandó cinco mil infantes y mil jinetes, á las órdenes del conde de Leicester. Al siguiente año equipó una escuadra para vejar las colonias españolas en América, cuya expedicion confió á Drake. Dirigióse desde luego á las islas de Cabo Verde, las metió á saco y se llevó hasta la artillería de los fuertes, haciéndose en seguida á la vela para Santo Domingo. Un buque de Cabo Verde notició los designios de los ingleses al gobernador de la isla Cristóbal de Oballe. Mas nada habia dispuesto para la defensa. Solo treinta jinetes pudieron oponerse al desembarco de ochocientos marinos que hizo la escuadra inglesa, los cuales se apoderaron de la ciudad casi sin sacar la espada. Incendiaron ochenta casas, saqueando los conventos y las iglesias. Los habitantes hubieron de pagar un rescate de veinte y cinco mil ducados. Lo mismo que en Cabo Verde quitaron la artillería y dieron fuego á los barcos del puerto. De allí se dirigieron á Carta-

gena, cuyo gobernador tenia solo cuatrocientos cincuenta soldados, los mas arcabuceros. Acudió á Nueva Granada, Nombre de Dios y Panamá, pidiendo auxilios inmediatamente; pero ya era tarde. La escuadra inglesa, compuesta de veinte y siete navíos con dos mil quinientos soldados, se apoderó del puerto. Rindiéronse las galeras españolas despues de una débil resistencia, penetrando los ingleses en la ciudad, que fué condenada á pagar ciento doce mil ducados. La escuadra, que se dió á la vela para la Jamaica, se llevó quince cañones de la plaza, y toda la artillería de las galeras. Extravióla de este rumbo una tempestad, sin que fuera mas feliz una tentativa que hizo sobre la Habana. Pero las ciudades de San Antonio y Santa Elena situadas en las costas de la Florida, fueron entregadas al pillaje. Despues de estas hazañas dignas de un foragido, regresó Drake á Inglaterra con un botin que ascendia, segun Lingard, á sesenta mil libras esterlinas, y mas de doscientos navíos que habia apresado. Llegó demasiado tarde para cortarle la retirada una escuadra que mandaba Alvaro Florez: vientos contrarios la detuvieron veinte dias en Cádiz, y así es que al dar vista á Cartagena habian desaparecido los ingleses mucho tiempo antes. Con todo, prestó un servicio importante á las colonias españolas, componiendo las fortificaciones de Cartagena, Santo Domingo, Nombre de Dios, Puerto-Rico y Panamá.

Mientras Drake depredaba las colonias americanas, recorria las costas de España Tomás Cavendish, caballero de Suffolk, que armara tres navíos con los restos de un patrimonio disipado en la crápula. Mucho tiempo estuvo acechando su presa, hasta que una feliz casualidad le hizo encontrar á Santa Ana, buque mercante de Manila que volvia cargado de oro, plata y mercancías preciosas. Se apoderó de él sin dificultad, rehaciendo así su fortuna.

Entre tanto Felipe II habia mandado hacer armamentos en todos los puertos de su reino. Isabel encargó á Drake vigilara el litoral de España y se opusiese á la reunion de los navíos que se equipaban en Barcelona, Cartagena, y sobre todo en Cádiz y en Lisboa. No temió él exceder las ordenes de la reina, y tomando la ofensiva penetró osadamente en el puerto de Cádiz donde destruyó veinte y seis buques. Dirigióse luego á las Azores y su apoderó del San Felipe, navío ricamente cargado que volvia de las Indias orientales.

Estos reveses parciales no entibiaron los preparativos del rey de España, que desde la muerte de María Estuardo era el enemigo mas

peligroso de Isabel. Legárale sus derechos al trono de Inglaterra la reina de Escocia en perjuicio de su propio hijo que profesaba la religion protestante. Felipe II no fundaba sus pretensiones á la corona solo en el testamento de María Estuardo, sino en los derechos que tenia de las dos hijas de Juan de Gaunt, duque de Lancaster, tercer hijo de Eduardo III; una de las cuales se habia casado con un rey de Castilla y la otra con uno de Portugal. Resolvió valerse de la fuerza y derrocar del trono á su implacable enemiga. La ocasion era favorable: su aliado el emperador estaba en el caso de oponerse á toda tentativa de los príncipes protestantes de Alemania para socorrer á Isabel. Destrozada la Francia por la guerra civil, no era parte á impedir sus proyectos. Por último los católicos de Inglaterra le esperaban como á un libertador enviado por la Santa Sede para destruir el reinado de la herejía. Así es que continuaron con nuevo ardor los armamentos en todos los puertos de España y de la Italia española; el conde de Miranda, virey de Nápoles, el de Alba virey de Sicilia, y el duque de Terranova, gobernador de Milan, recibieron órdenes de juntar víveres, municiones de guerra, armas de toda clase, navíos y soldados; órdenes que fueron ejecutadas al punto. El conde de Miranda equipó cuatro galeazas que envió á España bien surtidos de artillería y municiones y acompañadas de diez goleones que llevaban un regimiento de infantería. Las galeazas, una tercera parte mas anchas que las galeras, tenian en las dos bandas puestos cañones entre los bancos de los remeros; los galeones mas largos que los navíos comunes tenian tambien cañones en cada banda con formidables baterías en proa y popa. Mandó el conde de Alba buques de Sicilia con los mejores regimientos españoles que guarnecian aquella provincia. El duque de Terranova contribuyó asimismo con las armas y municiones pedidas. Cada provincia de España dió su contingente á la invencible armada. Puso el Portugal diez galeones y dos bergantines; la Castilla catorce galeones y dos pataches; La Vizcaya diez galeones y cuatro pataches; la Guipuzcoa diez galeras, dos pataches y dos pinazas. Reunióse esta escuadra en Lisboa, á las órdenes del marqués de Santa Cruz, oficial práctico en la marina, y afortunado en todas sus empresas. Se componia de ciento cincuenta navíos de guerra con ocho mil marineros y veinte mil soldados, con dos mil seiscientos treinta cañones y municiones de guerra, en proporcion á tan prodigioso armamento. No eran menores los preparativos hechos por

Felipe II en Flandes. Se habia talado el bosque de Waes para construir navíos, y los innumerables canales de Flandes estaban cubiertos de barcos sin quilla, á propósito para los transportes de la invasion proyectada. Los arsenales de Newport, Amberes, Gravelines y Dunkerque, estaban llenos de materiales destinados al equipo de los navíos, y no se encontraban por las calles mas que soldados que acudian al lugar de la cita desde España, Italia y Alemania. Despues que el duque de Parma hubo pasado revista á estas tropas, y satisfecho las necesidades de las guarniciones de Flandes, aun le quedó un ejercito de treinta mil hombres de tropas veteranas que unidas á las de España ascendieron á sesenta mil hombres.

Murió el marqués de Santa Cruz en el momento de la marcha, sin que hubiera oficial que le reemplazara dignamente. El duque de Medina que le sucedió no tenia experiencia alguna de guerra marítima. Con el mando del nuevo jefe no tuvieron los españoles mas que descalabros. Apenas salió la escuadra del puerto de Lisboa, fué asaltada por una tempestad y dispersa á lo largo de las costas de Galicia; ocho navíos se estrellaron contra las rocas, los otros se juntaron en el puerto de la Coruña y volvieron á darse á la vela el 21 de julio de 1588. El 30 de julio aparecieron en la Mancha, frente de Porstmouth. Se celebró junta de jefes, y los capitanes aconsejaron unánimemente al general que atacase á la escuadra inglesa que acababa de dejar aquel puerto para internarse en alta mar. Mostróles el duque de Medina sus instrucciones, que le prohibian romper las hostilidades hasta que el ejército de Flandes hubiese desembarcado en las costas de Inglaterra. Fué preciso obedecer; la invencible armada se adelantó lentamente formando media luna y cogiendo siete millas de extension. «Era un espectáculo magnífico é imponente, dice Lingard: el tamaño de los navíos, la extraordinaria construccion de las galeazas, sus proas y sus elevados castilletes y su tardío y majestuoso movimiento llenaba á los espectadores de asombro y de pavor. El lord almirante Holward de Effingham y el vice-almirante Drake, conocieron que sus pequeños buques no podrian batirse con semejante enemigo. Mas si los barcos de los ingleses eran inferiores en porte y número á los de los españoles, les excedian en ligereza y en celeridad. Por consiguiente podian seguirlos de lejos, acosarlos y copar los que se rezagaran. Este fué el plan en que se fijó el almirante inglés. Por espacio de cuatro dias fué siguiendo la pista de la escuadra española que avanzaba hácia levante. Aun no habia sufrido gran detrimento cuando ancló frente de Calais, y ya el duque de Medina enviaba mensajeros al príncipe de Parma, metiéndole prisa para que se embarcara. Habia reunido este general sus barcos de trasporte en Dunkerque y Newport, mas los holandeses eran dueños del mar y acechaban sus movimientos. Mientras el duque de Medina esperaba el ejército flamenco, se aprovecharon los ingleses de una noche oscura para lanzar ocho brulotes sobre la armada. Aterrorizáronse los españoles á la vista de navíos ardiendo y temblaron *aquellos feroces soldados* cuando vieron los incendios flotantes que se acercaban rápidamente á ellos en medio de la oscuridad. Cortaron al punto los cables para ganar el alta mar, mas en medio de la oscuridad general chocaban sus navíos, se estrellaban ó caian en manos del enemigo. Al amanecer del siguiente dia atacaron los ingleses la escuadra dispersa á lo largo de la bahía desde Ostende hasta Calais. Empeñado combate se trabó delante de Gravelines y todos los españoles sufrieron nuevas pérdidas. Intentaron por última vez acercarse á las costas de Flandes para libertar al príncipe de Parma; pero como principiara á soplar con fuerza el viento del Sur, temieron los riesgos de una costa desconocida y huyendo por la primera vez ante el enemigo, viraron hácia el mar del Norte. No cesaron los ingleses su persecucion hasta la altura de Escocia cuando les faltaron las municiones. Los españoles dieron la vuelta á Escocia é Irlanda, presa de las tempestades del Océano del Norte que acabaron su derrota. Solo cincuenta y tres navíos volvieron á los puertos de Vizcaya; ochenta y uno con catorce mil hombres habian perecido en el combate ó en el naufragio; dos mil hombres eran prisioneros de los ingleses.

Tal fué el resultado de aquella gigantesca empresa que tan inmensas sumas costara. Quedó consternada España. Solo el rey dominó su dolor. «Doy gracias á Dios, dijo al recibir la fatal noticia, por haberme dado recursos para soportar esa pérdida, se ha cortado una rama, pero el árbol está todavía robusto y volverá á brotar.» Hizo distribuir 500,000 coronas á los soldados que habian sobrevivido á este desastre, prohibió el luto público y dió gracias á Dios porque no habia consentido que toda la escuadra pereciera.

La pérdida material se podia reparar, mas la confianza, el orgullo de la marina española no sobrevivieron á la destruccion de su armada. Desde esta época se engrandeció rápidamente la Inglaterra, tomando gran vuelo su poder marítimo; y la España, señora en otro

tiempo de los mares, tuvo que ocultar sus buques en sus puertos amenazados. Al año siguiente reunieron los ingleses en Plimouth una escuadra de doscientas velas con veinte mil soldados y marineros. Confiaron el mando á dos hábiles capitanes, Noris y Drake dándoles órden de hacer una tentativa para colocar al príncipe Antonio en el trono de Portugal. El pretendiente prometió á los ingleses en recompensa libertad absoluta de comercio en los puertos de Portugal é Indias. Era prematura la empresa. Por duro que fuese el yugo español, no se hubieran atrevido los portugueses á rebelarse en vida de Felipe II; pero al menos consiguieron los ingleses dar que hacer al rey de España que hubo de mantenerse á la defensiva. Primero se presentaron ante la Coruña apoderándose de los navíos que habia allí fondeados; luego doblaron el cabo de Finisterre, y despues de haber costeado al Portugal subieron el Tajo hasta trece leguas de Lisboa. El conde de Essex fué el primero que saltó en tierra, siguiéndole catorce mil ingleses que en un instante se hicieron dueños del fuerte de Peniche. Avanzaron en seguida por Torres Vedras y San Sebastian hasta las puertas de Lisboa; pero nadie acudia á las banderas del pretendiente. Destacamentos enviados por el conde de Fuentes gobernador de Lisboa, ocupaban las posiciones mas importantes del litoral tanto para contener á los habitantes como para inquietar al enemigo. El conde Alonso de Vargas sofocó en el acto una sedicion que estalló en Lisboa al acercarse los ingleses. En vano esperaron bajo sus muros por espacio de siete dias un movimiento en su favor. Al cabo se retiraron señalando con el incendio y la devastacion, su tránsito por un pais que iban á libertar segun las apariencias.

En los años siguientes obtuvieron los ingleses muchas ventajas sobre España. Atrevidos aventureros iban á cruzar las aguas de Sicilia, de Nápoles, Andalucía, Portugal é Indias, acechando la ocasion de apresar algun buque mercante ó de saquear alguna ciudad mal defendida. Así sorprendieron en 1596 á Nombre de Dios y Porto-Belo.

Felipe II en tanto habia mandado nuevos armamentos en todos los puertos del reino. La avanzada edad de Isabel le daba esperanza de colocar á su hija en el trono de Inglaterra. Mas los ingleses le ganaron por la mano. Una escuadra de Plimouth se dirigió á Cádiz y forzó la entrada del puerto despues de un reñido combate. Desesperando de la victoria el almirante español Diego de Sotomayor, puso fuego á trece buques de guerra y once navíos cargados para las Indias. Los ingleses apresaron dos galeones de cien cañones. Alentados con este primer triunfo, penetraron en la ciudad y la saquearon, llevándose hasta las campanas de las iglesias, las puertas y las rejas de las casas, dieron fuego á los conventos é iglesias y echaron á los habitantes una contribucion de guerra de ciento veinte mil ducados. La pérdida total de los vencidos se calcula en quinientos mil ducados por los historiadores españoles, y en veinte millones por los ingleses.

La toma y saqueo del primer puerto militar de España, revelaron á Europa el secreto de la debilidad de aquel reino. Muchos dias ocultaron los ministros este desastre. El príncipe real fué el primero que se lo participó á su padre, el cual saliendo de su letargo, juró públicamente que vengaria su honor. La flota de las Indias habia llevado su tesoro, y las contribuciones voluntarias de sus súbditos le ofrecian un recurso inesperado. Hizo armar navíos, y encargó al almirante de Castilla que usase de represalias con la Inglaterra. Ya habia aparecido la armada española en la costa enemiga, cuando fué dispersada por una tempestad. Diez y seis navíos naufragaron en el golfo de Vizcaya, los otros buscaron un abrigo en los puertos de la Coruña y Santander. Esta fué la última tentativa de Felipe II contra la Inglaterra: se estrelló como las anteriores y completó la ruina de la marina española (1596).

VI.

Insurreccion de los Paises-Bajos.

Mientras Felipe II hacia vanos esfuerzos por estender su dominacion en Francia é Inglaterra, rebelábanse los Paises-Bajos anunciando el próximo desmembramiento de la monarquía española.

A principios del reinado de Felipe II habian llegado los Paises-Bajos al mas alto grado de riqueza y de prosperidad. Las provincias meridionales servian de depósito al comercio de Francia y Alemania, al paso que las marítimas veian afluir á sus puertos los buques mercantes de Inglaterra, Escocia, Dinamarca, España y Portugal. En 1550 importaron de este trescientos mil ducados de piedras preciosas, azúcar y especiería, y tan en aumento iba cada año el consumo de artículos coloniales, que en 1566 salieron de Lisboa

por valor de un millon seiscientos mil ducados. En 1550 enviaron de Italia sedas, camelote y tisú de oro por un millon de ducados; en 1566 se despacharon hasta tres millones. En 1550 solo la ciudad de Brujas compró trescientos cincuenta mil ducados de lana de España. Diez y seis años despues compró seiscientos mil. Segun Guichardin, las lanas, paños y telas importadas de Inglaterra, montaban mas de cinco millones de ducados al año. La mayor parte de estos artículos desembarcaban en Amberes. Era proverbial que aquella ciudad hacia mas negocios en un mes que Venecia en dos años. «Me entristecí, dice el veneciano Marino Cavallo, al ver á Amberes, porque veia á Venecia eclipsada.» Los Fugger y los Welser abandonaron á Augsburgo para ir á fijarse allí, donde tenian almacenes los mas ricos negociantes de Génova, Luca y Florencia. En 1566 habia mil casas de comercio dirigidas por estranjeros de todos los puntos de Europa. No eran menos comerciantes ni menos industriosas las demás ciudades de Flandes. Los paños de Lila y Courtray, el camelote de Valenciennes, la mantelería de Douay, la tapicería de Bruselas, la lencería de Holanda daban una ganancia de un millon de ducados al año. Así se veia por doquiera un bienestar que contrastaba con la miseria de los Estados comarcanos. De los Paises-Bajos era de donde el rey de España sacaba la mayor parte de sus rentas. En el reinado de Carlos V producia allí la contribucion, un millon doscientos cincuenta mil ducados al año. No producia otro tanto Castilla. Además percibia Carlos V una suma anual de quinientos mil ducados que se invertian en la administracion interior de las diez y siete provincias. Por último los Paises-Bajos contribuyeron con gruesas sumas á los gastos extraordinarios ocasionados por las necesidades de la guerra ó por trabajos de utilidad pública. Ascendian estas contribuciones hasta cuatrocientos mil ducados anuales. En 1558 contrajo Felipe II en las provincias un empréstito de dos millones cuatrocientos mil florines de oro, y de acuerdo con los Estados estableció una nueva contribucion de ochocientos mil florines pagados en nueve años. Consintió la Holanda además en pagar una suma de trescientos mil florines para los gastos de la guerra que sostenia contra la Francia, y las demás provincias contribuyeron en proporcion de su riqueza. Solo aquel año sacó Felipe II de los Paises-Bajos, cerca de cinco millones de florines, suma muy superior á la que aprontaba Castilla.

De consiguiente en el reinado de Felipe II, tan florecientes provincias fueron un vasto campo de carnicería, y no solo no reportaron bien alguno á España, sino que la consumieron el dinero y los soldados.

Al recordar los principales sucesos de la insurreccion de los Paises-Bajos, nos proponemos particularmente hacer resaltar las faltas de Felipe II y las calamidades que de ellas resultaron á España.

Nunca las diez y siete provincias de los Paises-Bajos habian compuesto un Estado homogéneo. Reunidas poco á poco por los duques de Borgoña y trasmitidas por ellos á la casa de Austria, habian conservado sus costumbres locales y sus antiguos privilegios. Cuando pasaron al dominio de Carlos V temieron por sus derechos y se prepararon á resistirse contra los atropellos de que se creian amenazados; pero aquel príncipe no abusó de su poder. Flamenco de nacimiento, se complacia en que le rodearan sus paisanos á quienes confiaba los primeros cargos del Estado. Si persiguió á los reformados de Amberes y Amsterdam, si publicó rigorosos edictos contra los partidarios de las nuevas doctrinas, al menos respetó las libertades políticas de los habitantes de los Paises-Bajos. Nunca aun en sus mayores necesidades consintió en acosarlos; al contrario, los enriqueció protegiendo su comercio al cual abrió nuevas salidas en Alemania, España é Italia. Todo cambió con Felipe II.

Este príncipe, castellano de corazon, queria introducir en todas las provincias de su imperio las leyes, la lengua y la religion españolas. Probó á establecer en los Paises-Bajos la Inquisicion con sus formas de procedimientos secretos y sus sangrientos castigos. Agravó el disgusto haciendo proclamar los decretos del concilio de Trento, que los otros paises católicos no habian admitido sino con restricciones. Se dirigian estas primeras medidas contra los reformados, cuyo número habia crecido principalmente en las siete provincias bátavas. Al mismo tiempo irritó al clero fundando tres nuevos arzobispados y trece obispados, que dotó á costa de las abadías y monasterios del pais. Por último, á pesar de los privilegios de las provincias, conservó allí en plena paz tropas españolas, y dió á extranjeros casi todos los empleos públicos. Es verdad que al conferir Felipe II la regencia á Margarita de Parma, le dió consejeros de la nobleza flamenca; pero restringió el influjo de este consejo de Estado estableciendo uno particular que decidia en última instancia y tomaba la iniciativa en las medidas importantes.

El verdadero gobernador de Flandes fué un extranjero, el cardenal de Granvelle, presidente de este consejo.

Así es como desde un principio se malquistó Felipe II con todas las clases de la nacion. La nobleza dió la señal de resistencia. A la manera que en tiempo de Carlos V se alzaron los castellanos contra la administracion de los flamencos, así tambien estos veian con celos que en tiempo de Felipe II pasaba el poder á manos de los grandes de Castilla. Hallábanse al frente de la nobleza el conde de Egmont, brillante capitan, pero político mediano, el conde Horn deudo de los Montmorency y de los señores mas ricos de los Paises-Bajos, y Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, llamado el Taciturno, espíritu frio y reservado que sabia comprender lo presente y adivinar lo futuro. Los tres formaban parte del consejo de Estado, el conde de Egmont como gobernador de Flandes y de Artois, el conde de Horn por ser almirante de Flandes, el príncipe de Orange á fuer de estatuder de las provincias de Holanda y de Zelanda. Descontentos con el poder de Granvelle, tomaron la defensa de las libertades públicas. Primero insistieron en que el rey retirase las tropas españolas. No tenia ya Felipe pretexto alguno para prolongar su permanencia en los Paises-Bajos. Prometió sacarlas, pero no lo cumplió. Esto era irritar los ánimos ya naturalmente desconfiados. Los zelandeses declararon que romperian sus diques dejando al mar que se tragara su pais, antes que consentir aquellos insolentes extranjeros. Las demás provincias amenazaron con no pagar el impuesto. Cedió el rey aunque tarde y de mala gana. Salieron sus tropas, desapareciendo con ellas el apoyo de la dominacion extranjera. No por eso abandonó Felipe II su sistema de opresion política y religiosa. Granvelle cumplia rígidamente los edictos contra los reformados; mas eran ya tantos, que los gobernadores de las provincias se negaron á prestarle su apoyo. Tuvo el rey que quitar á Granvelle; pero no alteró los edictos. En balde le suplicaron se dejase de rigores que ya no producian efecto. Respondió que la indulgencia daba alas á la herejía, y que se guardaria muy bien de disminuir los castigos, cuando iba haciéndose el crímen mas descarado cada dia. Aprobóse esta respuesta por el consejo privado, donde reinaba aun el espíritu de Granvelle; rigorosas órdenes se expidieron á todas las provincias, recibiendo los gobernadores mandato formal de auxiliar á los agentes de la Inquisicion. La exasperacion llegó al extremo. Invocaron sus privilegios los brabanzones, y las ciudades de Lovaina,

Amberes y Bruselas protestaron enérgicamente contra tan odiosa política. Aprovechándose los nobles de la irritacion general, firmaron el *compromiso de Breda*, y acudieron á Margarita con una solicitud pidiendo la suspension provisional de los últimos edictos. Asustada la gobernadora consintió en todo; pero mientras pedia nuevas instrucciones al rey, tomaban las armas los descontentos, y el populacho amotinado en las ciudades de Saint Omer, Gante, Amberes y Tournay penetraba en las iglesias y monasterios, rompia los altares y las imágenes y proclamaba el culto reformado. En menos de cinco dias fueron profanadas mas de cuatrocientas iglesias en Flandes y Brabante. Propagóse el movimiento á las provincias del Norte, y se repitieron iguales escenas de sacrílega devastacion en Leyde, Utrecht y Amsterdam.

Los nobles fieles á la religion católica, en su mayor parte, no esperaban tan violenta explosion. Al provocar un tumulto popular no habian tenido otra mira que la de asustar al rey. Mas ya se quedaban atrás viéndose reducidos ó á renegar de sus bruscos aliados ó á levantarse abiertamente contra la autoridad real. Casi todos renunciaron á la confederacion que se disolvió pronto. Muy pocos fueron los que tomaron las armas y se unieron á los rebeldes. Los demás se asociaron á Margarita ayudándola á comprimir aquella revuelta.

Parecian apaciguados los alborotos, y Margarita habia recobrado su antigua autoridad. Mas Felipe II no creyó sólido este sosiego, y resolvió extirpar á todo trance el protestantismo en los Paises-Bajos, y al efecto mandó al duque de Alba con un ejército. Grande fué el terror de las provincias al acercarse este general tan célebre por su talento como por su dureza. Mas de cien mil flamencos se expatriaron y fueron á llevar su industria al extranjero. El príncipe de Orange se retiró á Alemania y esperó.

Entró el duque de Alba en Bruselas el 22 de agosto de 1567. Encerrados los habitantes en sus casas esperaban que decidiese de su suerte. Triste y lúgubre fué aquel dia. Resignó sus poderes la gobernadora y se marchó á Italia.

La primer medida del nuevo gobernador fué arrestar á los condes de Horn y de Egmont á quienes envió presos á Gante con una escolta de tres mil soldados. Todos los que habian tomado parte en los alborotos, oido sermones ó contribuido al sostenimiento de los ministros protestantes fueron declarados reos de lesa majestad. Bastaba haber alojado sectarios, pedido los privilegios de las provin-

cias ó dicho algo contra Granvelle para ser sospechoso y procesado. Por esta cuenta todos los habitantes eran culpables y la nacion entera estaba amenazada de una proscripcion general. El gobernador era señor de vidas y haciendas, y los que se libraban de la muerte ó de la confiscacion de bienes lo debian á su clemencia.

Estableció el duque de Alba un tribunal excepcional para los acusados, compuesto de extranjeros con desprecio de los privilegios de los Paises-Bajos. Le presidia el gobernador ó su confidente Juan de Vargas. Clamáronle los españoles el *consejo de alborotos*, y los flamencos el *consejo de sangre*. Pronto justificó el nombre que le pusieron los flamencos: diez y ocho mil personas murieron bajo la espada del verdugo, y á treinta mil se les quitaron los bienes. Se acusaba á los ricos con preferencia para confiscarles su caudal. Solo en un año subieron estas confiscaciones á la enorme suma de veinte millones de escudos. Las víctimas mas ilustres de la tiranía española fueron los condes de Horn y de Egmont. Condenados á muerte por el *consejo de los alborotos*, una muchedumbre consternada los vió decapitar en la plaza pública. La sentencia del príncipe de Orange se pronunció el mismo dia, pero con la fuga se habia libertado de la suerte que le aguardaba. Inmediatamente levantó tropas é invadió el Luxemburgo; pero los hábiles manejos del duque de Alba y el terror que inspiraban los tercios españoles retrajeron á sus partidarios de intentar un movimiento en su favor. Vencido en dos combates y falto de dinero para pagar sus tropas, tomó el partido de licenciarlas renunciando á la guerra civil.

El duque de Alba volvió triunfante á Bruselas, se hizo erigir una estátua de bronce con los cañones tomados al enemigo. Con actitud amenazadora hollaba un mónstruo emblema de la rebelion, y dos figuras abatidas que representaban el clero y la nobleza; monumento de orgullo é insolencia, que se levantó en la plaza pública de Amberes. Los insurgentes cogidos con las armas en la mano fueron condenados á muerte, y llevados ante el *consejo de alborotos* todos los que habian aplaudido su triunfo. Se decretó que cualquiera que mantuviese relaciones con los emigrados, seria castigado con las mismas penas que los rebeldes.

Toda resistencia habia cesado, puesto que los adversarios de Felipe II estaban desterrados ó reducidos al silencio. Entonces fué cuando principiaron los apuros. Era necesario pagar á las tropas victoriosas y faltaba dinero. Desde las primeras asonadas nada habia sacado Felipe II de los Paises-Bajos y á veces hasta habia remitido dinero á Margarita. La expedicion del duque de Alba habia acarreado crecidos gastos, y el producto de las confiscaciones habia sido disputado por los favoritos del gobernador ó empleado en construir fuertes en sus principales ciudades. En 1569 se envió á Flandes una suma de cuatrocientos mil ducados para subvenir á las necesidades mas perentorias del ejército. Habiendo tenido que recalar en Plymout los buques encargados del trasporte, mandó confiscar el dinero de la reina Isabel á pesar de no estar en abierta hostilidad con España. El duque de Alba que no sabia cómo proveer á la manutencion de las tropas, recurrió á los impuestos y estableció en Flandes la alcabala, derecho del diez por ciento que se cobra en España de todas las mercancías en el acto de la venta. Mas adelante manifestaremos que esta contribucion fué una de las causas de la decadencia de la industria española; y así no podria menos de arruinar á un pais fabril como Flandes. En efecto en muchos casos igualaba y hasta excedia el valor real de los géneros: sirva de ejemplo la industria de la lana. Este artículo en bruto era comprado por los fabricantes de Gante, Brujas y Amberes, despues pasaba á manos de una multitud de obreros para hilarse, tejerse, convertirse en paño y teñirse de diversos colores: luego se vendia al mercader por menor, y el cual á su vez le despachaba á los particulares. Sacándose que cada una de estas ventas sucesivas se llevaba las siete décimas partes del valor del paño fabricado.

Los diputados de los estados representaron al gobernador que el nuevo impuesto causaria la ruina de los Paises-Bajos. El Duque de Alba se mantuvo inflexible respondiendo: «El rey debe mucho dinero á sus soldados; se están construyendo de mi órden fortalezas para conservar á las provincias en la obediencia: necesito, pues, dinero y lo necesito al instante, y los nuevos tributos me parecen el único medio de hacerme con las cantidades que me faltan.» Se publicó el edicto en 1571. Al punto se cerraron en Bruselas las tiendas y los almacenes: el mercado quedó desierto; no se podia comprar ni alimentos ni bebidas. Toda la ciudad estaba consternada. Irritado el de Alba con esta resistencia mandó prender á diez y siete de los principales comerciantes. Ya se llenaban las calles de soldados, se erigian patíbulos é iban los verdugos á apoderarse de sus víctimas, cuando llegó la noticia de que los partidarios de Orange se habian apoderado de la ciudad de Briel en la isla de Worn

(1572). Hirió al duque de Alba esta noticia como si fuera un rayo. Revocó sus órdenes y suspendió la recaudacion del impuesto, mas ya era tarde. El feliz golpe de mano dado por los proscritos fundó la república de las provincias unidas. Todas las ciudades de la Zelanda excepto Middelburgo, abrieron sus puertas á los insurrectos. Cundió el movimiento, y una asamblea de los estados celebrada en Dordrecht proclamó al príncipe de Orange statuder de Holanda, Zelanda, Frisia y Utrecht.

Comenzó entonces un combate desigual que duró ochenta años. Un pueblo de fabricantes y de mercaderes que ocupaban un puñado de tierra arrancado del mar, se atrevió á luchar contra el soberano mas poderoso de Europa, contra un príncipe que disponia de las riquezas del Nuevo Mundo, de muchos ejércitos aguerridos y acaudillados, no menos hábiles que valerosos. Però los insurgentes tenian consigo el entusiasmo que da la persecucion, el mar y los socorros de los reformados de Francia, Inglaterra y Alemania.

Desde el principio de la guerra tuvieron fuerzas para bloquear los puertos de los Paises-Bajos. El duque de Medinaceli que fué á batirlos con una escuadra de cincuenta buques, se sorprendió de su número y de su audacia. Atacado de improviso perdió veinte y cinco navíos; y al resto de la escuadra le costó trabajo guarecerse en el puerto de Middelburgo. Valuóse esta presa en cincuenta mil florines. Veinte buques cargados de artillería y municiones de guerra que enviaba el duque de Alba á Middelburgo fueron tambien apresados por los rebeldes y conducidos en triunfo á Flesinga. Vengáronse los españoles de estos reveses con los asesinatos de Naerden y de Harlem que fueron las últimas hazañas de Alba. Llamado por el rey entregó el gobierno en manos de Requesens (1574).

Trató el nuevo gobernador de socorrer á Middelburgo embestido hacia dos años por los insurgentes que le miraban como la llave de la Zelanda. Envió Requesens treinta navíos en favor de los sitiados á las órdenes de Ramiro y Sancho de Avila: pero fueron destruidos por los zelandeses despues de un largo combate, y Middelburgo se rindió al príncipe de Orange (1574). No se reparó este descalabro con la victoria de Mooker alcanzada por Avila contra el conde Luis de Nassau. Los soldados á quienes no se les diera paga hacia tres años, se rebelaron al otro dia del combate, y habiendo escogido oficiales para acaudillarlos, marcharon sobre Amberes en número de tres mil. En vano fué que Requesens se esforzara para

reducirlos á la obediencia, y que un fraile español se propusiera ablandarlos con sus sermones: los soldados le hicieron callar con un redoble de tambores. Dueños de Amberes obligaron á los ciudadanos á aprontar la cantidad que se les debia, y Requesens se vió en la necesidad de concederles completa amnistía en nombre del Rey.

El primer resultado de la sedicion habia sido privar á los españoles del fruto de la victoria de Mooker. El segundo mas desastroso aun fué la pérdida de la escuadra que equipara Requesens en Amberes para maniobrar contra Zelanda. Al acercarse los soldados insurrectos el comandante la llevó á alguna distancia del puerto para que no cayera en sus manos. Instruidos los zelandeses del riesgo que corrian, atacaron de improviso apoderándose de cuarenta bajeles. Debia agregarse á la escuadra de Amberes otra equipada en los puertos de España, porque era demasiado débil para operar sola contra la Zelanda. Se aplazó la expedicion, á poco dejó de hablarse de ella, y ningun gobernador tanteó despues empresa alguna formal contra aquella provincia, foco principal de la insurreccion.

Cuatro veces en el espacio de cuatro años se renovaron aquellos movimientos sediciosos que tan fatales consecuencias traian. Los soldados miraban la rebelion como el camino mas corto para llegar al dinero. Aguantaban algun tiempo con la esperanza de saquear cualquier ciudad de los Paises-Bajos; pero cuando se desengañaban recurrian á la insurreccion.

La caballería é infantería se juntaban en un solo cuerpo que se llamaba el escuadron de los *descontentos*. Despues de quitar al general y á los oficiales escogian los soldados un nuevo jefe que apellidaban el *elegido*. La autoridad residia en el escuadron, que para ayudar al elegido escogia á los mas inteligentes con el título de *consejeros*. Un oficial á quien daban el nombre de *sargento mayor* acaudillaba la infantería, y otro á quien llamaban *gobernador* la caballería. Todos estos grados se conferian por eleccion y no se adoptaba resolucion alguna sino á pluralidad de votos. Primero se examinaban las proposiciones en el consejo del *elegido*, despues se sometian á las deliberaciones del escuadron.

Los descontentos principiaban siempre por apoderarse de alguna ciudad ó plaza fuerte donde pudieran defenderse. Al *elegido* se le alojaba en el mejor punto y se le ponia un centinela. Cuando se trataba de tomar una resolucion, se juntaba el escuadron debajo de

sus ventanas para deliberar. Era tal la armonía de los soldados que casi siempre se intentó en vano reprimir estas juntas tumultuosas. Las mas veces cedia la autoridad y los habitantes pagaban el gasto de la reconciliacion.

La falta de pagas era lo que hacia estas sediciones tan frecuentes y peligrosas. Apurado el rey de España por la guerra contra los turcos y los moros de las Alpujarras, no podia proveer de dinero á Requesens. Para echar una contribucion nueva hubiera habido que vencer la resistencia de los estados reunidos en Bruselas. Hartos ya los soldados en 1576, apelaron á su recurso favorito saqueando á los habitantes de las provincias encargados de defender. Llegaron las cosas al extremo de tener que autorizar el gobernador á los flamencos, por un edicto, á rechazar la fuerza con la fuerza. Así sucumbian las leyes y triunfaba la anarquía en las provincias dependientes aun de España. Requesens no podia remediar el mal: tomó hastío á los negocios, se alteró su salud y la pesadumbre le condujo al sepulcro (1576). Despues de su muerte llegó el desórden á su colmo, porque no recibiendo ya paga los soldados abandonaron las provincias marítimas y todas las ciudades que habian tomado los insurgentes, y escogiendo su *elegido* se dirigieron á Brabante con la esperanza de sorprender á Bruselas ó Malinas. Pero los habitantes estaban apercibidos y los *descontentos* hubieron de replegarse á Flandes donde se apoderaron de Alost, que, situada en una llanura fértil á igual distancia de Gante, de Amberes y de Bruselas, cuadraba muy bien á sus proyectos de pillaje. Apenas se esparció la noticia, regimientos enteros se agregaron á los *descontentos*.

Desde entonces obraron como amos. Los estados reunidos en Bruselas, se atrevieron á declararlos rebeldes; mas las ciudades de Amberes, Gante, Valenciennes y Utrecht, estaban ocupadas por tropas españolas, y se temia hiciesen causa comun con los insurrectos. Fué preciso reunir los regimientos walones y alemanes para tener un ejército con que poder contar. Vióse entonces la guerra civil nacer en el mismo seno de las provincias que habian quedado fieles á España. Fué saqueada la ciudad de Maestricht que cayó en poder de los descontentos. Luego le tocó á Amberes, de que se apoderaron, despues de un porfiado combate. Por espacio de tres dias y tres noches no se vió por doquiera sino asesinato y pillaje. Aquellos ricos almacenes surtidos de los mas preciosos productos de las cuatro partes del mundo fueron presa de una soldadesca desenfrenada. Los paisanes de quienes se sospechaba que habian ocultado su oro, sufrian los mas atroces tormentos. Mas de siete mil perecieron en aquella catástrofe. Inmenso fué el botin, puesto que importaba ocho mil millones de florines en plata acuñada, sin contar con lo que se llevaron los soldados en oro y plata, en barras ó en vajilla. Pero fué mayor aun la pérdida de los vencidos que la ganancia de los vencedores, porque se destruyó mucho en el incendio de las casas y edificios públicos. Fué una calamidad europea.

El saqueo de Amberes decidió á los estados á echarse en brazos del príncipe de Orange. Las provincias del Norte y Mediodia hicieron un tratado de alianza conocido con el nombre de *pacificacion de Gante*, en el que se convenian á socorrerse mutuamente para echar á los españoles. Tal era la situacion de las provincias cuando fué nombrado don Juan de Austria para suceder á Requesens (1577).

El nuevo gobernador habia recibido el encargo de rescatar para España á todo trance las provincias católicas. Ratificó la pacificacion de Gante y se comprometió á que salieran de los Paises-Bajos todas las tropas extranjeras; pero pronto tuvo que llamarlas para hacerles respetar su autoridad. Este príncipe, á quien se celebraba como el héroe de la cristiandad, fué muy inferior á sí mismo en aquellas circunstancias. En ninguna parte pudo restablecer la dominacion de Felipe II y murió de pesadumbre como Requesens (1578).

Entretanto el príncipe de Orange habia sido recibido en Bruselas y proclamado gobernador de Flandes y de Brabante. Mas no podia subsistir la liga entre los belgas y holandeses por la oposicion de su carácter, de su lengua y de su religion. Así que no tardaron en separarse, y al paso que Guillermo consolidaba la union reduciéndola á las provincias marítimas y protestantes, las meridionales y católicas trataron de hacerse independientes. Al principio pusieron á su cabeza al archiduque de Austria, Matías, hermano del emperador Rodolfo. Despues, habiendo reconocido su incapacidad, se entregaron al duque de Anjou, hermano de Enrique III. Aceptó este príncipe, y así que llegó á Flandes se señaló por la toma de Cateau Cambresis y por una victoria alcanzada contra los españoles cerca de Cambray. Despues se trasladó á Amberes, donde tomó posesion de sus nuevos estados, y juró respetar sus privilegios. Mas habiendo tratado de apoderarse de las principales fortalezas para

reinar como tirano de un pueblo libre, disgustó á los belgas que cesaron de apoyarle contra los españoles. Aun los mismos que le llamaran le abandonaron y tuvo que volver á Francia (1584).

El príncipe de Parma que habia sucedido á don Juan de Austria, hizo triunfar las armas de Felipe II en las provincias meridionales. La toma de Maestricht y de Amberes, y la sumision de Bruselas, Gante, Malinas y Nimega les hicieron entrar sucesivamente bajo el dominio del rey de España, pero presentaban el mas doloroso espectáculo. Estaban despobladas las principales ciudades de Flandes y Brabante. La poblacion de Amberes que ascendia antes á ciento ochenta mil vecinos se hallaba reducida á la mitad. Las clases ricas habian abandonado aquella ciudad sin ventura para ir á establecerse en Amsterdam. Aquellos hermosos lugares de Flandes, donde se veian en otro tiempo de dos á tres mil casas, estaban casi desiertos. En muchos puntos no se distinguian campos, ni bosques, ni montes, ni zanjas, ni caminos reales; todo estaba cubierto de árboles, zarzas y abrojos. Era tal la carestía de los víveres, que personas que eran antes ricas se veian reducidas á disfrazarse de noche para ir á pedir una limosna por las calles de Bruselas, Gante, Brujas y Amberes.

Por el contrario las provincias bátavas florecian mas cada año. En 1573 habian renovado solemnemente su union á Utrecht. Desesperado Felipe II de rendirlos por las armas, tuvo que acudir al asesinato. Puso á precio la cabeza del príncipe de Orange. Las siete provincias contestaron á este acto de proscripcion salvaje proclamando su independencia (1581). Tres años despues murió el príncipe de Orange asesinado por Baltasar Gerard, natural del Franco Condado. Empero no murió con él la república que habia fundado. El talento y habilidad del príncipe de Parma se estrellaron en la serena é invencible resistencia de las provincias bátavas. La política imprudente de Felipe II que queria conquistar la Inglaterra y la Francia cuando no tenia fuerzas bastantes para sujetar á la república de Holanda fué en parte causa de este resultado. Dió Isabel á los insurrectos navíos y soldados, y contribuyó eficazmente á consolidar su independencia. Al mismo tiempo se veia el príncipe de Parma en la precision de emplear la mejor parte de sus tropas en Francia. En tanto que socorria á Paris y Rouen, tuvieron espacio las provincias bátavas de respirar y hasta de tomar la ofensiva. En tales circunstancias la muerte de aquel hábil jefe fué una nueva

desgracia para España (1592). Ya no tuvo Felipe II general digno de luchar con el príncipe Mauricio á quien las provincias habian puesto á su cabeza despues del asesinato de su padre. Su tesoro estaba mas agotado que nunca. Ya no querian adelantarle los principales capitalistas de Génova. No cobrando el sueldo aquel hermoso ejército que el príncipe de Parma condujera á Francia, se desertaron, volviéndose á Flandes, y eligiendo, segun costumbre, nuevos oficiales y nuevo general, renovaron las escenas de muerte y de pillaje del tiempo de Requesens. Así tornó á principiar la emigracion á las provincias del Norte que siguieron enriqueciéndose con las desventuras de la Bélgica.

Trabajo le costó al archiduque Ernesto de Austria, sucesor del príncipe de Parma, atraer á sus banderas las tropas españolas y walonas, aunque los regimientos italianos persistieron en su rebelion, y habiéndose apoderado de Sichem se desparramaron por todo Brabante llevando sus correrías hasta las puertas de Bruselas. Hubo que mandar el resto del ejército á sujetarlos. Temerosos ellos de sucumbir se acogieron á los muros de Breda y de Gertruidemberg, donde los holandeses les daban víveres con ánimo de prolongar una insurreccion tan útil á sus intereses; pero el príncipe Mauricio no quiso tomarlos al servicio de la república. Acabaron por tratar con el archiduque que volvió á quedarse con ellos y les mandó se presentasen en Tirlemont, donde estuvieron sin hacer nada todo un año, porque no se les podian pagar los atrasos que les era en deber el rey de España.

Murió el príncipe Ernesto en 1594, y le sucedió su hermano Alberto. Al llegar á Bruselas recibió de Felipe II una suma de un millon quinientos mil escudos y varios regimientos de tropas veteranas sacadas de España é Italia. Mas estos nuevos esfuerzos no fueron mas afortunados que los anteriores. Cuatro años sostuvo el gobernador una lucha desigual con mas habilidad que éxito. Forzado á emplear la mayor parte de su ejército contra Enrique IV, que acababa de declarar la guerra á España y de aliarse con la república de Holanda, no pudo impedir los progresos de los confederados. Mientras desguarnecia á Brabante y á Flandes por socorrer á Amiens que tomaron los españoles por sorpresa, el príncipe Mauricio le quitaba las plazas de Meurs, Groll y Brevor (1597). El tratado de Vervins que se firmó al siguiente año restableció la paz entre España y Francia (1598). Pero ya estaba la Holanda en dispo-

sicion de sostenerse por sus propias fuerzas. Parece que el mismo Felipe II reconoció su impotencia poco antes de morir al dar los Paises-Bajos en dote á su hija Isabel Clara Eugenia que se casó con el archiduque Alberto. No obstante continuaron la guerra Felipe III y Felipe IV y no terminó definitivamente hasta el tratado de Westphalia, despues de haber costado á España un millon ochocientas setenta y tres mil libras y consumido además todas las rentas del pais. Solia decir el duque de Lerma que sin aquel horrible gasto hubiera empedrado á Madrid de doblones.

Política interior de Felipe II.

Hemos visto que no se contentó con conservar intacta la herencia de sus mayores; antes bien se esforzó por agrandarla con nuevas adquisiciones. La España era como la base de su poder y conoció que para ensanchar los límites de sus estados era forzoso consolidar aquella base; que para dominar en el exterior era menester que dominase en el interior donde no habia de encontrar su poder ningun obstáculo.

Pero España estaba muy lejos de la unidad indispensable á la realizacion de los designios de Felipe II: para tener una idea exacta del estado de la península al advenimiento de aquel príncipe debemos remontarnos por un instante á los reinados de Fernando el Católico y Carlos V.

Por una série de circunstancias, que multiplicaron las sucesiones femeninas y que acumularon las conquistas en corto tiempo, no fué España llegando á su grandeza con la bastante lentitud. Ciertamente la unidad territorial era un inmenso resultado que nadie se hubiera atrevido á esperar en medio de los fraccionamientos de los siglos XIII y XIV. Pero se habia verificado demasiado pronto para que tuviese tiempo de formarse el sentimiento nacional, y si los hombres vivian reunidos bajo la autoridad del mismo príncipe, los ánimos estaban discordes como en la Edad media. La unidad de España á fines del siglo XV y principios del XVI era puramente material, puramente exterior, y bajo aquella apariencia de uniformidad y de órden, mal se ocultaban las profundas diferencias que el tiempo habia podido borrar. En efecto si examinamos de cerca aquel pais en los reinados de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, veremos que propiamente hablando ni aun habia reino de España.

Las diversas provincias habian conservado con el título de reinos, condados y señoríos, sus leyes, sus distintas constituciones. Como en tiempo de su independencia cada una tenia sus privilegios especiales: los de Aragon diferian de los de Castilla, los de Castilla de los de Cataluña, de Navarra, de Alava, de Vizcaya y de Guipúzcoa, cuyos fueros se asemejaban entre sí.

Castilla.

En Castilla y en las provincias de su dependencia, el poder real era mas fuerte y respetado que en los otros pueblos de que constaba la monarquía española. No obstante aun era contrariada la accion regular del gobierno. Durante la larga lucha con los moros, se reunieron contra el enemigo comun todas la clases que formaban la sociedad de la Edad media, todos habian tomado parte en la libertad de la patria. El clero, la nobleza y las ciudades habian rivalizado en esfuerzos y obtenido en cambio una independencia casi completa. A fines del siglo XV los arzobispos de Toledo, Sevilla y Córdoba igualaban en poder y riquezas, á los antiguos arzobispos de Maguncia, Tréveris y Polonia. Los grandes mantenian en sus palacios mil hidalgos pobres, pero valientes, decididos y prontos á defender á sus señores de odios y contra todos. Aun existian las órdenes militares que dieron tanto esplendor á la nobleza, y los grandes maestres de Santiago, Calatrava, Montesa y Alcántara, eran otros tantos soberanos casi independientes del monarca á quien al parecer obedecian. Por último las ciudades tenian una multitud de franquicias. Largo tiempo habian dado asilo á los campesinos cuando los castillos de los nobles no eran bastante fuertes para resistir los ataques regulares de un ejército disciplinado. Los reyes les habian concedido grandes privilegios en recompensa de sus servicios. A principios del siglo XVI aun enviaban diputados ó procuradores á las cortes. Verdad es que aunque elegidos libremente por sus conciudadanos no tenian la iniciativa en punto á legislacion, pero sí el derecho de exigir la satisfaccion de sus agravios y el de no votar el impuesto sino despues de haberla obtenido. La mayor parte de los pueblos de Castilla tenian además instituciones municipales que garantizaban sus privilegios, pero que oponian tambien grandes obstáculos al ejercicio del poder real. Efectivamente el rey no podia intervenir en la eleccion de los miembros que componian los *ayun-*

tamientos, *cabildos* ó *cámaras* de los principales Comunes de Castilla. Los magistrados de Medina del Campo debian su autoridad solo al voto de sus conciudadanos. Las elecciones eran á veces harto borrascosas. El rey confirmaba los candidatos elegidos, pero por sí no podia nombrar uno siquiera. Los *capítulos* ó *cabildos* de Sevilla, Granada y Córdoba se componian cado uno de veinte y cuatro hidalgos encargados de la administracion local y asistidos de un *alguacil mayor* cuyas funciones eran hereditarias. El propietario podia vender su cargo á algun individuo de su familia. Cuando el poder central era fuerte y acatado, los ayuntamientos se encerraban en el círculo de sus atribuciones; pero si era débil la auridad real se excedian muchas veces de sus mal definidas facultades. En vez de administrar querian gobernar, y entonces menoscababan la prerogativa del príncipe.

El reino de Castilla comprendia Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, ó reino de Toledo, reino de Leon, Galicia, Asturias y los reinos de Córdoba, Murcia y Granada. El clero, la nobleza y las ciudades de estas provincias habian conservado muchas inmunidades; pero al menos estaban bajo la directa autoridad del monarca, al paso que Aragon, Navarra, Cataluña y Valencia se gobernaban por vireyes. En el reino de Castilla y demás provincias que formaban el núcleo de la monarquía española, nombraba el rey empleados para todas las funciones judiciales. Enviaba á las ciudades, villas y lugares sus *corregidores*, sus *tenientes*, sus *alcaldes de lo civil* y sus *alcaldes del crímen*. Las decisiones de estos jueces podian ser invalidadas por los tribunales ó *audiencias* que residian en Valladolid, Granada, Córdoba y Sevilla. Cada audiencia se componia de un presidente y diez y seis *oidores* nombrados por el rey, y amovibles en sus funciones. De todas estas jurisdicciones locales podia apelarse al *consejo* ó *tribunal supremo de justicia*, que juzgaba bajo la presidencia del monarca y era soberano en sus decisiones.

Cuando Felipe II fijó su residencia en Madrid, se hizo dicha villa centro del gobierno castellano y de todos los estados anejos á este reino. Desde allí administró este príncipe la monarquía española con el auxilio de sus *consejos*. *El consejo de estado* al cual llamaba Carlos V representantes de todos puntos de su espacioso imperio, fué transformado por su sucesor en un consejo completamente castellano; por eso no le llamaron mas que *Consejo de Castilla*. Tomaba la iniciativa en todas las grandes medidas que se rozaban con los

intereses generales de la monarquía. Los *consejos de Aragon*, *de Italia* y *de los Paises Bajos* organizados por Felipe II y el de Indias instituido por su padre, se contraian á la esfera de sus departamentos, sin embargo de que los presidentes eran llamados alguna vez á tomar parte en las deliberaciones del *consejo de Estado*. Se correspondian con los vireyes de Aragon, Cataluña, Valencia, Nápoles, Sicilia, Méjico, el Perú, y con los gobernadores del Milanesado, de los Paises-Bajos y del Franco Condado. Por último habia *consejos especiales* fundados por Carlos V y sostenidos por su sucesor para la administracion de *Justicia* y de la *Hacienda*, para la *Inquisicion* y para las *Ordenes de Santiago*, *Calatrava y Alcántara*.

Todos los consejos residian en Madrid en el palacio del monarca, que podia enterarse de todo sin ser visto. Felipe II no asistia á sus deliberaciones: pensaba que se manifestarian las opiniones con mas franqueza en ausencia suya. Pero todos los viernes hacia que le presentasen una *consulta* ó reseña de los trabajos de la semana, é informes secretos le instruian de los menores detalles de cada discusion. Presidia luego en persona los diversos consejos, y en las sesiones solemnes que se llamaban las *consultantes* pronunciaba en última instancia y hacia expedir sus órdenes á los vireyes y gobernadores. En el reinado de Felipe III se formó la *consulta* del rey, consejo secreto compuesto las mas veces del confesor y algunos favoritos que dirigian la voluntad del monarca, haciéndole admitir ó desechar las proposiciones de los otros consejos. Largo tiempo formaron parte de este consejo secreto el duque de Lerma, el conde duque de Olivares y el padre Nithard, antes de que el favor del monarca los elevara á primeros ministros.

Aragon.

Gobernábase como un estado independiente. En cada vacante del trono se manifestaba la soberanía nacional. En efecto, el heredero legítimo de la corona de Castilla no tomaba el título de rey de Aragon hasta haber jurado solemnemente conservarle sus fueros. Entre tanto gobernaba como señor natural.

La autoridad real no era representada en Aragon sino por delegados escogidos entre sus naturales.

El poder residia en las cortes compuestas de diputados del clero, de la alta nobleza, de *ricos homes* y de las ciudades. Decidian sobe-

ranamente de la paz, de la guerra y de los impuestos. Convocábalas el rey cada dos años y era costumbre que presidiese la sesion de apertura ó que le representara un príncipe de su familia. Duraban las sesiones cuarenta dias. No podia el rey prorogar ni disolver la asamblea sin que ella lo consintiese, y bastaba la oposicion de un solo miembro para que desechara sus proposiciones. Al tolerar los aragoneses su reunion á la corona de Castilla procuraron con ahinco mantener la justicia independiente del poder central. Los tribunales del rey estaban pues sujetos al *Gran justicia* del reino que debia proteger los intereses del pueblo, y velar por la conservacion de sus derechos. Todo aragonés que se creia agraviado podia apelar á este funcionario supremo. Bastaba que pronunciase la fórmula de costumbre: *Avi fuerza* para que el *Gran justicia* mandase suspender la ejecucion de la sentencia para revisar el procedimiento. Si era contraria á los privilegios del reino la anulaba, y absolvia al preso de su condena. A veces le señalaba por cárcel toda la ciudad de Zaragoza: entonces el reo se comprometia con juramento á presentarse al tribunal de su nuevo juez el dia señalado para la vista. El rey era quien nombraba este magistrado guarda de las leyes de Aragon, pero el nombramiento era irrevocable. El Gran justicia no era responsable de sus actos sino ante las cortes, únicas que tenian derecho á suspenderle en sus funciones. El conjunto de estos fueros estaba garantido por una ley especial que prohibia á todo soldado extranjero, es decir, castellano, poner el pié en el territorio aragonés.

Cataluña.

Los catalanes como los aragoneses habian conservado sus antiguas libertades que la tradicion hacia subir hasta los reinados de Carlos el Calvo y Luis el Manso. Ellos mismos fijaban las contribuciones que habian de pagar y se gobernaban por sus propias leyes. Todos sus magistrados eran catalanes de nacimiento, solo ellos tenian empleos públicos. En tiempo de guerra el principado de Cataluña determinaba por sí el contingente de tropas que queria aprontar. La autoridad del rey de España sobre aquel pais no se fundaba mas que en su título de conde de Barcelona. Su representante que residia en aquella ciudad con el título de virey no ejercia poder alguno efectivo. El gobierno de la provincia estaba en manos de la *Diputacion general* residente en Barcelona, y que se renovaba todos los años por via de eleccion. Componíase de tres *diputados* que representaban, dice Melo, el *estado eclesiástico*, el *estado militar* y el *estado real*, es decir el clero, la nobleza y el pueblo. La forma de la eleccion era muy rara. Juntábanse los tres órdenes á votar el dia San Andrés. Se principiaba sacando por suerte cierto número de miembros, luego se procedia por eliminacion, y los últimos que quedaban designaban al que debia representarlos á todos. La *diputacion general* se asesoraba con tres jurisconsultos escogidos en los tres órdenes; pero no sujetos á la reeleccion anual. Estaba en correspondencia con los magistrados municipales de Barcelona, á quienes llamaban los cinco conselleres y con los de otros pueblos del Principado que llevaban los títulos de *cónsules procuradores ó jurados*.

La autoridad de la *General* se extendia á todo el Principado de Cataluña y á los condados del Rosellon y Cerdaña.

Valencia.

En el reino de Valencia, en Cerdeña y las islas Baleares no encontraba la autoridad real mas obstáculos que las jurisdicciones locales de los nobles y las franquicias municipales de algunas ciudades. Estas provincias eran anexas al reino de Aragon: las gobernaban vireyes que juntaban la autoridad civil y militar, y presidian en Valencia, Cagliari y Palma. Dependian del consejo de Aragon que tenia su asiento en Madrid. Sus empleos se conferian por tres años; si bien muchas veces los conservaba el rey mas tiempo en sus funciones.

Navarra.

Sus fueros habian sido solemnemente reconocidos en 1090 por Sancho Ramirez rey de Navarra y Aragon. Todos sus sucesores los confirmaron á su advenimiento al trono. A principios del siglo XVI aun poseian los navarros sus antiguos privilegios y estaba en sus manos la administracion de la provincia. Su *consejo real* residente en Pamplona no dependia del *consejo de justicia* de que dependian las audiencias de Castilla: sus resoluciones eran soberanas como las del parlamento de Paris. No podia el rey llevar allí mas que un solo castellano. Los demás miembros eran navarros. Mas el derecho de

acuñar moneda y percibir las contribuciones de los dominios reales pertenecian al monarca que nombraba un virey para representarle. En tiempo de guerra estaban obligados los nobles á tomar las armas y servir tres dias á su costa. Pasado este término podian volverse á sus fortalezas á menos que el rey los tomase á sueldo que era el único medio de detenerlos bajo sus banderas.

Provincias Vascongadas.

Cada una tenia un código particular, un juez de la provincia elegido por los vecinos y designado con el nombre de *Diputado general*, una asamblea que se convocaba todos los años para discutir las leyes y velar por la observancia de la constitucion. Cada provincia tenia además sus fueros particulares.

El gobierno de Vizcaya estaba organizado del siguiente modo:

El corregidor nombrado por el rey asistia á la Diputacion y votaba con ella. Debia ser letrado y vizcaino de nacimiento. Tenia á sus órdenes tres tenientes, uno de los cuales residia en Guernica con el título de *teniente general*. Entre el uno y los otros juzgaban todas las causas civiles y criminales.

La diputacion compuesta del corregidor y de dos miembros elegidos por el pueblo estaba encargada de la administracion de la provincia, votaba las contribuciones y dirigia la defensa pública en caso de guerra, y en circunstancias graves se constituia en *alto tribunal de justicia*.

El regimiento constaba de la diputacion y seis miembros elegidos. Se reunia una vez al año, ó mas si la diputacion lo juzgaba necesario, sus funciones eran puramente administrativas.

La junta general se componia de diputados de todos los pueblos de Vizcaya. Cada uno escogia el suyo en una asamblea pública á que asistian todos los habitantes, con tal que fueran vizcainos de raza pura, mayores de edad y con casa abierta. Acudian los diputados el dia convenido al antiguo árbol de Guernica donde la diputacion verificaba sus poderes, llamando sucesivamente á cada pueblo por un órden fijado de tiempo inmemorial. En seguida iban á una ermita á veinte pasos del árbol de Guernica para prestar juramento, y quedaba constituida la junta. Se daba cuenta de los asuntos en castellano, pero se discutian en vascuence. Las atribuciones de la junta eran fijar los gastos públicos, votar el impuesto y proveer los empleos

vacantes. Al efecto dividian todos los pueblos en dos bandos que se llamaban los oñacinos y gamboanos. Tres electores sacados por suerte en cada uno de los dos bandos designaban las personas á quienes creian capaces de desempeñar los empleos vacantes. La suerte decidia tambien entre los candidatos. Despues cada bando elegia un diputado, tres regidores y un secretario que formaban el *Señorio* de Vizcaya, el cual disuelta la junta le sucedia en sus poderes ejerciéndolos el resto del año.

Los privilegios mas importantes de la provincia eran los siguientes:

1.° Todo vizcaino era noble y gozaba de los derechos anexos á este título, aun cuando dejase su pais para establecerse en otro de España. Para esto bastaba probar que era vizcaino de raza pura.

2.° Los vizcainos no pagaban mas contribuciones que las consentidas por la junta á título de donativo gratuito.

3.° No podian ser juzgados fuera de su provincia.

4.° Gozaban de absoluta libertad de comercio. No habia aduana establecida en la frontera de los Pirineos que entorpeciese sus transacciones con el Languedoc y la Gascuña. Las mercancías que se exportaban de Francia para España no pagaban derechos de entrada sino en la aduana de Orduña en la frontera de Castilla. Los productos de Vizcaya que se importaban á lo interior del reino, estaban exentos de todo recargo. Por último, el rey no podia establecer estancos en Vizcaya.

5.° No habia en la provincia mas administracion real que la de correos.

6.° No podian darse empleos públicos mas que á vizcainos de nacimiento, excluyendo á todos los demás españoles.

7.° No podia el rey enviar á Vizcaya tropas extranjeras, es decir, españolas. En caso de guerra con la Francia, estaban obligados los vizcainos á defender por sí su provincia. Tenian el privilegio de no servir fuera de su territorio á no ser que se prestasen á ello voluntariamente por un sueldo de dos ó tres meses pagado de antemano.

8.° No podia el rey construir plazas fuertes en Vizcaya sin el consentimiento de todos los habitantes.

9.° Los vizcainos tenian el privilegio de *obedecer las órdenes del rey sin cumplirlas*, cuando eran contrarias á sus fueros. Los rea-

les decretos no eran admitidos hasta que se presentaban por el corregidor al *pase de la diputacion*.

Cuando el señorío de Vizcaya se incorporó á la corona de Castilla, hizo que Alfonso XI sancionase sus privilegios en las cortes de Burgos de 1334. Todos los sucesores de aquel príncipe los fueron reconociendo á su vez; Carlos V los confirmó solemnemente en las cortes de Valladolid de 1526. Mas los diputados de las provincias declararon que no le reconocerian por su señor hasta que hubiese jurado so el árbol de Guernica, respetar sus privilegios.

Alava se dividia en cincuenta y tres *hermandades*. Cada una se juntaba el primero del año á nombrar uno ó dos diputados, segun su importancia. La junta general compuesta de setenta y tres miembros, elegia un *diputado general* encargado de velar por la ejecucion de las leyes. Al tomar posesion juraba sobre un cuchillo viejo clavado en la pared de la sala donde estaba la junta: «quiero, decia, que me degüelle ese cuchillo si no defiendo los fueros de la provincia. Este primer magistrado fijaba su residencia en Vitoria. Reunia el poder civil y militar, y fallaba en última instancia. Dos secretarios y un suplente nombrados por la junta, le ayudaban en sus funciones, y seis miembros de aquella asamblea le servian de *consejo*. El *diputado general* era reelegido cada tres años y no daba cuenta de su conducta sino á la asamblea de quien era mandatario.

La administracion de la provincia estaba en manos del alcalde, que además era juez en los casos de incendio, asesinato ó atentado contra la propiedad. Sus sentencias podian ser revocadas en apelacion por el *diputado general*. Todos los propietarios padres de familia concurrian á elegir este magistrado.

Los alaveses como los vizcainos comerciaban libremente con las provincias limítrofes de Francia y España. Tenian el privilegio de no servir fuera de su pais. En caso de guerra con Francia, ellos mismos defendian á Fuenterrabia, llave de la provincia, y generalmente la frontera de los Pirineos. Lo mismo que los vizcainos, acataban pero no cumplian las órdenes del rey contrarias á sus privilegios. No habia en la provincia agente alguno de la autoridad real, como quiera que todos los empleos públicos eran provistos por la junta, ó mas bien por quince diputados en quienes aquella delegaba su poder. La provincia misma vigilaba la seguridad pública manteniendo al efecto una compañía de treinta caballos ó *celadores*, que ayudados del buen espíritu de los habitantes, bastaban á conservar en todas partes el órden y la tranquilidad.

Cuando en 1332 se incorporó Alava á la corona de Castilla, los habitantes estipularon la conservacion de sus fueros, que fueron respetados por todos los reyes, jurándolos Fernando é Isabel como sus predecesores, y reconociéndolos Carlos V en las cortes de Valladolid.

En Guipuzcoa, lo mismo que en Alava y Vizcaya, estaba limitado el poder real por franquicias locales, cuyo orígen ascendia á los primeros siglos de la Edad media. La junta general compuesta de cincuenta y siete miembros elegidos por las cincuenta y siete *alcaldías* se reunia todos los años en julio para redactar las nuevas leyes que reclamase el interés público. Antes de disolverse, delegaba sus poderes en cuatro *diputados generales*, que debian tomarse de las ciudades de San Sebastian, Tolosa, Azpeitia y Azcoitia. La diputacion se convocaba tres años en cada una de estas cuatro ciudades, presidiéndola su respectivo diputado conforme le tocaba el turno.

Los guipuzcoanos tenian tambien privilegios particulares; hé aquí los mas importantes:

Elegian su corregidor ó juez supremo de cuyas sentencias no habia apelacion. Presidia la junta, ayudando á la diputacion general en el gobierno de la provincia.

Todos los guipuzcoanos se reputaban nobles, y como tales exentos de tributo.

Comerciaban libremente con Francia, Inglaterra y las provincias próximas de España. Lo reducido y estéril del territorio habia obligado á los habitantes á dedicarse á la industria que con el comercio era su único recurso. Así es que Fernando el Católico y Carlos V no pensaron en disputarles un privilegio oneroso para el resto de España, pero sin el cual se habria despoblado al punto Guipúzcoa.

Tenian el privilegio de no servir fuera de su tierra, que defendian por sí mismos caso de guerra con Francia ó Inglaterra. No podia el rey enviar guarnicion sino á Irun y á San Sebastian. En fin, estaban autorizados para no cumplir las órdenes del rey opuestas á sus fueros. El real decreto de Enrique IV de 26 de noviembre de 1463 sanciona este privilegio en los términos siguientes que son de notar:

«En atencion á que importa al rey, al bien general y al reposo de esta provincia que se observen religiosamente sus leyes y privilegios... mandamos que si algun señor á pretexto de un decreto del

rey que no haya sido previamente aprobado por la junta, atentase á sus fueros, se le resistan, y si es necesario que lo maten.»

Las provincias situadas fuera de la Península, y que formaban parte de la monarquía española, tenian tambien inmunidades que embarazaban el ejercicio del poder real.

Sicilia.

Estaba gobernada por vireyes que residian en Palermo, con autoridad limitada. Gozaban las ciudades aun de los antiguos privilegios que les confirmaran los reyes de Aragon. Messina hacia remontar los suyos hasta la conquista de los normandos. Era regida por un senado compuesto de seis miembros elegidos parte por el pueblo y parte por la nobleza, asesorándose con los consejos de los veinte oficios de que se componia el estado llano.

El primer funcionario de la ciudad era el Státrico, nombrado por el rey de España que no podia destituirle. Messina se fijaba á sí misma los impuestos, y sus tribunales ejercian una jurisdiccion inapelable en todo el territorio comarcano. Los privilegios de Palermo no eran menos embarazosos para el virey, que no podia establecer contribucion alguna sin el asentimiento de los *procuradores* ó diputados del estado llano y del *prestador* que presidia esta asamblea. Cuando ocurria un conflicto entre el representante del rey de España y los magistrados nacionales, estaba Palermo segura del apoyo de las ciudades de Catania, Agrigento, Siracusa y Trápani, al paso que Messina, celosa de aquella capital, abrazaba á veces el partido contrario.

Tercamente adictos á sus privilegios feudales, eran los barones sicilianos, entre los que cuenta Capmany cerca de setenta familias oriundas de Cataluña. No pagaban impuestos ni estaban obligados mas que al servicio militar.

El clero gozaba de muchas inmunidades procedentes de los primeros años de la Edad media, y garantidas por la proteccion de la Santa Sede que no habia olvidado su derecho de señorío sobre la Sicilia.

Tales eran los obstáculos que se oponian en aquella provincia á la accion regular del gobierno central. En ninguna parte era mas difícil y precaria la posicion de los vireyes. Para conservarse algunos años tenian que apoyarse alternativamente en Palermo contra Messina, ó en Messina contra Palermo, ganar á todo trance á los magistrados influyentes, y aplazar la solucion de los casos mas árduos y delicados. Les eran adictos los funcionarios revocables; pero los inamovibles les hacian una oposicion ratera, atribuyendo todas las medidas útiles á su influjo personal, y las impopulares al ningun caso que se hacia de sus consejos. Muchas veces acudian los dos partidos al *consejo de Italia*, siguiendo en Madrid la reyerta principiada en Sicilia. Encarnizados siempre los sicilianos contra su enemigo, apoyaban sus quejas con regalos y amenazas, y comunmente conseguian se hiciese una pesquisa cuyo resultado era la destitucion del virey. Así es que ni uno acabó su carrera con honor en la primera mitad del siglo XVI. Juan de Lanuza, Hugo de Moncada, el duque de Monteleone, Ferrando de Gonzaga, Juan de Vega, el duque de Medina, don García de Toledo, el marqués de Pescara y Marco Antonio Colona, fueron ó echados por los sicilianos, ó destituidos por Fernando el Católico y Carlos V.

Nápoles.

Si los sicilianos habia hallado medios de pertenecer á la monarquía española sin soportar su cuota de cargas públicas, no les sucedia así á los napolitanos sus vecinos y sus enemigos.

Habian aprovechado los vireyes de Nápoles las pretensiones de los nobles y el odio que la clase media les profesaba, con los que lograron colocar bajo su dependencia las dos clases, lisonjeándolas alternativamente. Al mismo tiempo habian sustraido los sacerdotes á la proteccion de la Santa Sede, prohibiendo bajo graves penas la introduccion de todo Breve á que no precediese el *executatur* real.

Al advenimiento de Felipe II estaban sujetos los napolitanos al arbitrario poder de los vireyes. Cierto es que aun subsistian las antiguas dignidades de *gran Juez*, *gran Proto-Notario*, *gran Canciller;* pero eran puramente honoríficos. Los *seggi* que se juntaban en Nápoles y se componian de diputados de la nobleza, los *eletti*, escogidos por los habitantes de las ciudades para velar por el mantenimiento de las franquicias comunes, y oponerse á los atropellos de los españoles, habian perdido todo su influjo desde que los vireyes se arrogaron el derecho de anular cuantas elecciones no fuesen favorables á sus designios. Residia todo el poder en el *conseglio de Santa Chiara*, que estaba al frente del departamento de justicia, y se

componia de cinco consejeros españoles y diez napolitanos nombrados por el virey; en el *conseglio de la Sommaria della Camera* al que correspondian los asuntos concernientes al patrimonio del monarca, y en el *conseglio collaterale* compuesto de dos españoles y un napolitano, que se juntaban todos los dias en el palacio del virey, cuyo consejo privado formaban. Estos tres presentaban listas de candidatos á todos los empleos vacantes en la administracion del reino, y el virey escogia entre ellos. Nunca se oponia la corte de Madrid á estos nombramientos; dejaba á su representante una libertad ilimitada. La mayor parte de los empleos se daban á españoles ó napolitanos oriundos de familia española, á quienes designaba el pueblo con el nombre de genízaros, porque se valian de todos los medios para extender la autoridad de los vireyes.

Milanesado.

Estaba regido por gobernadores con la doble autoridad civil y militar. Les auxiliaba una *consulta* ó consejo privado compuesto de los presidentes de tribunales y de los oficiales superiores del tercio de Lombardía; mas templaban su poder el del senado y los derechos del arzobispo y los comunes.

Dispuesto el senado por Luis XII á manera del parlamento de Francia y mantenido por Cárlos V, habia conservado el derecho de confirmar ó desechar todo los reales decretos. Así es que los milaneses le miraban como el principal baluarte de sus libertades. Con todo, se habia reservado el rey cierto influjo sobre aquel cuerpo por el nombramiento de sus miembros, tres de los cuales eran españoles. Mas la inamovilidad de sus funciones aseguraba su completa independencia. Principalmente cuidaban de la observancia de las leyes y se oponian á todas las medidas que les eran contrarias. El gobernador proveia todos los cargos públicos, si bien no eran definitivos sus nombramientos hasta sancionarlos el senado. Los empleos se daban por dos años, y espirado el término, podia el sendo decretar una pesquisa sobre la conducta de los funcionarios á quienes la opinion pública acusaba de haber prevaricado. En fin el gobernador tenia el derecho de indulto; pero no podia ejercerle sin el asentimiento del senado.

La respetada autoridad de los arzobispos de Milan, sus esfuerzos á veces felices por amparar los derechos de la Iglesia y someter los

legos á su jurisdiccion, oponian otra barrera á las invasiones de los gobernadores.

Las franquicias comunales, no enteramente abolidas en el siglo XVI, ofrecian á los milaneses un nuevo medio de resistir al establecimiento del poder absoluto, los magistrados de las ciudades tenian derecho de repartir la contribucion mensual que sacaban los españoles, del modo que lastimase menos los intereses de sus administrados. Cuando el gobernador queria echar un nuevo impuesto ó percibir un *donativo voluntario*, era preciso que convocase los consejos generales de Cremona, Milan, Como, y otros comunes. Estas asambleas cuyos miembros llevaban el nombre de *decuriones* eran presididas como en la Edad media, por *podestaes* escogidos por el gobernador. Mas la independencia de su voto estaba garantida por el derecho que tenian de proveer á las vacantes que resultaban en su seno. Discutian las proposiciones que les presentaban, decidian á pluralidad de votos y desechaban con frecuencia los pedidos de dinero que les parecian muy onerosos, y cada comun mantenia en Milan un *orador* que defendiera sus intereses cerca del gobernador.

Paises-Bajos.

En los Paises-Bajos el rey nombraba todas las autoridades superiores; la administracion de justicia estaba en sus manos y en las de sus representantes. Designaba los *regidores* que hacian funciones de jueces y los *bailes* que las desempeñaban de fiscales. Los tribunales de Flandes, Frisa, Holanda, la cancillería de Brabante y el alto tribunal de Malinas recibian de él sus asesores y su sueldo.

Sin embargo no era ilimitada la autoridad del rey. A su advenimiento juraba observar fiel y religiosamente todos los estatutos, privilegios, cartas de franquicia, exenciones é inmunidades todos los privilegios de las ciudades y derechos señoriales, los de las provincias, los de los diques, en una palabra, todos los derechos y costumbres antiguos y nuevos.

Las diez y siete provincias de los Paises-Bajos reunidas sucesivamente por los duques de Borgoña y hechas un solo cuerpo por la pragmática sancion de Cárlos V, habian conservado muchos privilegios que se oponian á la buena marcha del gobierno central. Cada una tenia sus leyes particulares y su constitucion distinta. La

Holanda daba gran importancia á su *asinge* ó derecho de sucesion; La Groninga á sus leyes sobre deudas; Gueldres á su derecho consuetudinario; Flandes á su derecho de devolucion; Brabante á sus siete prerogativas. Eran tales las ventajas que de ellas sacaba, que las mujeres de las provincias inmediatas iban á Brabante cuando se acercaba la época de su alumbramiento á fin de que participasen sus hijos de los privilegios de aquel pais favorecido. Uno de estos privilegios autorizaba la rebelion y absolvia los habitantes de su juramento de fidelidad, cuando el príncipe violaba la constitucion. La Zelanda tenia sus cartas de franquicia otorgadas por María de Borgoña. Malinas estaba exenta de todo impuesto sobre los bienes raíces de su clase media. Ninguna contribucion podia echarse en las diez y siete provincias sin la anuencia de los estados. Se componian estas asambleas de los representantes del clero, de la nobleza y de los comunes. La organizacion de los estados, el número de diputados, su influencia, la extension de su poder variaban en las diferentes provincias. Así la autoridad del monarca estaba limitada con desigualdad segun las franquicias locales. Lo habia confiado Carlos V á un gobernador general que residia en Bruselas y al cual ayudaba un consejo de estado y otros dos especiales para la administracion de justicia y manejo de los caudales públicos. Podia convocar las asambleas generales de diputados de todas las provincias; pero como necesitaba unanimidad de votos para hacer obligatorias las decisiones de los estados generales, raras veces las convocaba. Cuando queria establecer un impuesto ó tomar cualquier medida, mejor queria negociar sucesivamente con los estados de cada provincia. Por lo comun solo salia adelante concediéndoles nuevos privilegios que restringian mas aun su autoridad: tambien alguna vez tenia que renunciar á sus proyectos.

Franco Condado.

Hacia parte del círculo de Borgoña que dependia del imperio. Estaba bajo el señorío, ó por mejor decir bajo la proteccion de los emperadores de Alemania, desde el convenio celebrado en 1549 entre Carlos V y Fernando. Un tratado de neutralidad garantido por los suizos, le ponia á cubierto de las frecuentes guerras entre las casas rivales de Francia y Austria. Bajo la dominacion de Carlos V Felipe II conservó al Franco Condado sus antiguos privilegios. El

mismo fijaba el importe de sus impuestos que no aumentaba el tesoro del monarca, puesto que el dinero se quedaba en la provincia, empleándole en fortificar ciudades, abrir caminos y mantener una buena política. La autoridad del gobernador estaba templada por la del parlamento que residia en Dole y se trasladó luego á Besanzon. De esta doble jurisdiccion podia apelarse al gobernador de los Paises-Bajos, recurriendo en última instancia al consejo de aquella provincia que estaba en Madrid.

América.

Las posesiones de los españoles estaban sujetas á dos vireyes encargados á la vez del gobierno civil y militar de Méjico y el Perú. Investidos además con el derecho de administrar justicia presidian las *audiencias* ó tribunales superiores que residian en Méjico y Lima, y que juzgaban todas las causas civiles y criminales. Podíase apelar de sus sentencias al consejo de Indias; pero la ley era impotente contra la *fuerza de las distancias*, que se oponia á toda intervencion regular de este tribunal supremo y hacia casi absoluta la autoridad de los vireyes. A veces dejaban sin ejecucion las órdenes mas terminantes de Madrid. En estos casos besaban respetuosamente la real cédula en audiencia plena, y pronunciaban estas palabras consagradas por el uso: «*obedezco; pero no lo ejecuto porque tengo de representar sobre ello.*» Pasaban despues la cédula á los miembros de la audiencia que la llevaban á sus labios sucesivamente repitiendo esas palabras.

Los vireyes de Méjico y del Perú no podian ser depuestos hasta siete años; pero enviando regalos á los favoritos del rey y á los consejeros de Indias influyentes, conseguian quedarse en sus lucrativos puestos diez años mas del término prefijado. Las provincias de que se componia la monarquía española no solo estaban divididas bajo el punto de vista político, sino tambien bajo el religioso. Habia en España un millon de judíos por cada diez millones de habitantes. Tenian sinagogas en los principales pueblos de las dos Castillas, y formaban clase aparte en el pueblo. Inmensas eran sus riquezas. Excluidos de los destinos públicos se habian dedicado al comercio que pasaba á sus manos casi toda la plata acuñada de la Península. Eran los prestamistas de los reyes y de los grandes, y excepto la moderada capitacion que pagaban al clero desde el siglo

XIV no tuvieron que quejarse de persecucion alguna en mucho tiempo. Mas su riqueza daba celos: les acusaban de exigir á sus deudores intereses usurarios. A principios del siglo XV los frailes con sus sermones suscitaron contra ellos una explosion popular y mas de cien mil familias tuvieron que bautizarse para salir con vida. Designaron á sus descendientes con el nombre de *marranos* ó raza maldita, porque no era sincera su conversion sino que continuaban practicando en secreto el culto de Moisés.

Las frecuentes relaciones de los judíos con los moros proscritos y perseguidos con ellos, aumentaban el desprecio y el odio de que eran objeto. Al firmar la capitulacion de Granada, habia dejado á los vencidos el libre ejercicio del culto de Mahoma. Esperaba que su contacto con los cristianos les haria dejar la religion de sus mayores, verificándose así la fusion de ambos pueblos; pero se engañó. La poblacion de Granada y de las Alpujarras permaneció fiel á su ley religiosa, y las relaciones que conservaba con los moros de Valencia y Aragon, amenazaban á España de una sublevacion repentina y tremenda. De aquí un temor y una desconfianza mútuos que hacian precarios el reposo y la tranquilidad del reino.

Por último en la primera mitad del siglo XVI se introdujeron en España las opiniones de Lutero y Calvino, y pronto gran número de personas distinguidas profesaron abiertamente la religion protestante. Agustin Gazagia, capellan del rey católico, seguia continuas relaciones con Ginebra, y prometió á Calvino emplear toda su influjo en que cundieran las nuevas doctrinas. En efecto, hizo numerosos prosélitos en Sevilla, Valladolid, Toro y Palencia. Al propio tiempo el doctor Constantino de Sevilla propagaba la doctrina de Lutero en las principales ciudades de Andalucía, nuevo elemento de discordia que se juntaba á tantos como ya habia.

Refundir todas estas creencias en la católica y quitar los privilegios de las diferentes provincias para robustecer ó mas bien para fundar el gobierno central, fué la doble mira de Fernando, Carlos V y Felipe II. Comenzó el primero la obra de la unidad política y religiosa. Con la conquista de Granada acabaron su mision las órdenes de Santiago, Calatrava, Montesa y Alcántara: hizo á los caballeros que le reconociesen por su gran maestre, consiguiendo de esta manera neutralizar su poder que fuera obstáculo tanto tiempo á la autoridad real. Inocencio VIII y Alejandro VI confirmaron la forzada eleccion de los caballeros, y los maestrazgos de dichas órdenes fueron para siempre anexos á la corona de Castilla. Para abatir la nobleza dispensó Fernando su real proteccion á la Santa Hermandad, cuya jurisdiccion menoscababa por doquiera la de los grandes y restringia así el mejor de sus privilegios. Puso al clero bajo su férula consiguiendo del papa el derecho de nombrar para todos los arzobispados, obispados, prebendas y abadías. En vez de adherirse el clero á la corte de Roma que no podia protegerle ya contra el rey, se adhirió en adelante á este que podia y deseaba protegerle contra la Santa Sede. En 1492 ordenó Fernando la expulsion de los judíos que salieron en número de ochocientos mil. Colocados los moros de Granada entre la conversion ó el destierro, prefirieron conformarse exteriormente á la religion cristiana. Parecia realizada la unidad religiosa que se consideraba como la sola garantía de la unidad política. Al tribunal de la Inquisicion se le encargó que le mantuviera. Instituida en un principio contra los cristianos judaizantes, procedió en seguida contra los moros y luego contra los innovadores en materia de religion. Mas su objeto no era solo conservar la unidad religiosa; además llegó á ser un instrumento político en manos del gobierno. El Santo Oficio fué el primer tribunal cuya jurisdiccion se extendió á los dos reinos de Castilla y Aragon. Así fueron los reyes jueces supremos de la fe de sus súbditos cuyo honor, vida y hacienda estuvieron á su discrecion. En efecto; ellos eran los que nombraban el inquisidor general, ó elegian los asesores ó llegaban á serlo por su inmediata influencia. Designaban dos consejeros de Castilla para desempeñar el cargo de asesores interinos de aquel tribunal. Los bienes de los reos eran confiscados, pudiendo disponer de ellos los reyes á su antojo aun en el caso de que fuesen donacion hecha al Santo Oficio.

La Inquisicion fué, pues, un arma política empleada por los reyes de España en fundar su poder absoluto sobre las ruinas de todas las libertades públicas. Se sirvieron de ella para hacer sentir su autoridad á todas las clases de la nacion, y lograron hacerse temer de la nobleza tan poderosa entonces y del mismo clero que tampoco podia sustraerse ya á su jurisdiccion.

Continuó Carlos V el sistema inaugurado por Fernando el Católico. En 1521 dió un decreto asignando á las familias judías y moras que se habian retirado á Vizcaya, un plazo de seis meses para evacuar aquella provincia. Los mismos vizcainos lo habian solicitado para librarse de una raza impura y maldita. Obtuvieron su confir-

macion en 1526. Hácia la misma época tuvieron que bautizarse los moros de Valencia. El edicto de Fernando que les dejaba escoger entre la conversion ó el destierro no se habia cumplimentado en aquella provincia, porque los nobles hicieron presente al rey que sin aquella poblacion laboriosa iban á quedar sus tierras incultas y desiertas. En tiempo de Carlos V, rebelado el pueblo contra la nobleza, les obligó á recibir el bautismo para disminuir los recursos de los grandes que imponian á sus vasallos mahometanos tributos mas enormes que á sus vasallos cristianos. Apaciguada la rebelion volvieron aquellos infelices á su antigua creencia; pero el consejo de Carlos V presidido por el inquisidor general, declaró válido el bautismo que habian recibido. A esta noticia, multitud de moros se refugiaron en Africa, quedando deshabitadas mas de cinco mil casas. Los mas valientes se atrincheraron en la Sierra de Espadan, y resistieron algunos meses al ejército real, hasta que abrumados por el número se sometieron y dejaron bautizar á sus hijos. Desde entonces ya no hubo en España mahometanos reconocidos (1526).

A ejemplo de Fernando, se sirvió Carlos V de la Inquisicion para consolidar la unidad religiosa de España. La dirigió contra los cristianos judaizantes, contra los moros de Granada y Valencia, y contra los reformistas, á riesgo de detener el vuelo del espíritu moderno en la Península, y de aislarla del movimiento general de Europa. La empleó hasta contra el clero; pues los obispos que se pronunciaron por los *comuneros* de Castilla fueron llevados ante los tribunales del Santo Oficio, y con eso no trató el clero de luchar mas contra la autoridad real.

La insurreccion de los comuneros le ofreció ocasion de sentar la mano á las ciudades y á los grandes de Castilla. Estos al principiar la guerra civil se habian conservado neutrales porque estaban ofendidos con el influjo de los consejeros flamencos del jóven rey; pero el cardenal Jimenez supo atizar su desconfianza y sus celos contra los comuneros, haciéndoles temer que despues de la victoria tratasen las ciudades de recobrar los ricos dominios que ellos habian usurpado. Este temor les hizo declararse por el rey, y contribuir á la derrota de los insurrectos en Villalar (1522). El jefe de los comuneros el heróico don Juan de Padilla murió en el patíbulo. Carlos V se mostró clemente con las ciudades rebeldes, si bien resolvió abolir sin consideracion alguna sus derechos políticos. El mismo prescribió los poderes que habian de llevar sus representantes á las cortes que se convocaron al otro año. La innovacion mas grave fué la órden de que votasen los impuestos antes de la satisfaccion de sus quejas. En vano protestó la asamblea contra esta usurpacion de la autoridad real; Carlos V se mantuvo inflexible, y este precedente adquirió fuerza de ley. Para tener á las cortes mas bajo su dependencia, prohibió las firmas preparatorias y al propio tiempo ganaba los diputados individualmente haciéndoselas esperar. Pronto se intrigó para ser diputado como el medio mas seguro de llegar á los honores. Hubo en 1534 quien se gastó en su eleccion hasta catorce mil ducados.

Tambien á los grandes les tocó su vez. Despues de la conquista de Granada, ya no se necesitaban sus servicios ni los de aquellos miles de hidalgos que mantenian aun en sus palacios. En el siglo XVI habia cesado España de ser el teatro de la guerra, y tanto sus privilegios como la política de Carlos V, los tenia alejados de los ejércitos mercenarios que combatian en Francia, Alemania é Italia. Como la corte residia raras veces en España, no tenian el recurso de asediar al rey y pedirle los gobiernos de las provincias. Alejados de los ejércitos, excluidos de los cargos mas altos del estado, conservaban el derecho de concurrir á las cortes y votar los impuestos á que no estaban sujetos. Le perdieron en 1538, pues habiendo expresado Carlos V el propósito de que contribuyesen por su parte en el nuevo sistema tributario que se iba á establecer, respondieron que en Castilla solo pechaba el villano; que el menor tributo pagado por un hidalgo le deshonraba y desdecia del rango que conquistaron sus antepasados. Cedió el rey; pero no volvió á llamar á los grandes á las cortes. Los descendientes de los conquistadores de España quedaron reducidos á la condicion de grandes propietarios.

Acabó Felipe II la sumision de las ciudades impidiendo la entrada en las cortes á los diputados independientes. La influencia que ejerció en las elecciones fué tal, que en adelante no se compusieron aquellas asambleas sino de cortesanos, magistrados, y generalmente funcionarios á sueldo del gobierno. Así es que no pusieron traba alguna al ejercicio del poder absoluto. Se juntaban las cortes cada tres años. El primer dia iban los diputados á palacio al besamanos. Luego presidia el rey la sesion de apertura. En un discurso preparado de antemano exponia las materias que iban á someterse á las deliberaciones de la asamblea. Despues de él tomaba la palabra un ministro, y entraba en mas amplias explicaciones. Los diputados de

Búrgos y Toledo se disputaban como en la Edad media el honor de contestar, y el rey, á ejemplo de sus predecesores, decia: «Hable Búrgos, que yo hablaré por Toledo.» Los diputados de aquella ciudad pedian un plazo para preparar su discurso, y se levantaba la sesion.

La segunda se empleaba las mas veces en reclamaciones contra los secretarios reales, que se arrogaban el derecho de asistir á las discusiones; pero siempre quedaba sin resultado la proposicion de excluirlos. En la tercera sesion se votaba el impuesto bajo la vigilancia de aquellos espías condecorados..Luego no habia ya sesion en que estuviesen obligados á tomar parte todos los diputados. Cada uno dirigia al rey personalmente sus peticiones ó las del pueblo á quien representaba. Una comision especial examinaba las de interés general. El rey concedia ó negaba, y en seguida disolvia las cortes para evitar nuevos gastos á los concejos.

De consiguiente las cortes no eran en realidad sino un consejo que asociaban las ciudades á la persona del rey para ayudarle á remediar algunos abusos. Constituian uno de los altos poderes del Estado; porque la iniciativa en materia de leyes, y la decision suprema pertenecia al monarca que no reconocia en las cortes mas que el derecho de queja. Así es que no presentaban riesgo alguno, y aun veia en ellas el rey un poderoso auxiliar de su autoridad absoluta. Felipe II, á ejemplo de su padre, dejó fuera á los grandes. Las familias mas poderosas, como los Guzmanes, los Mendozas, los Enriquez, los Pachecos, los Girones no tuvieron ya parte en el gobierno. Reducidos como hemos dicho á la clase de propietarios, esos hombres tan guerreros antes y tan celosos de su independencia, vivieron sin gloria en sus palacios, no rivalizando ya entre sí en patriotismo y en valentía, sino en lujo y en magnificencia. Muchos se arruinaron perdiendo el poco influjo que les quedaba. Desde entonces temieron la autoridad real, cuando sus antepasados se habian hecho temer de los antiguos reyes de Castilla. La nobleza de segundo órden los abandonó poco á poco y pasó el mar, se dedicó á la iglesia ó se puso á sueldo del rey. Cuando el duque de Lerma volvió á hacerles accesible la corte á principios del siglo XVII, todo habia cambiado. No conservaban ya los grandes el recuerdo de la agitada vida de sus abuelos, ni aspiraban mas que al privilegio de cubrirse en presencia del rey ó en su capilla.

Aragon que se gobernaba por leyes particulares, sufrió en 1591

igual transformacion que Castilla, con motivo del proceso del famoso Antonio Perez, ministro de Felipe II, que se habia refugiado á Zaragoza para ponerse bajo el amparo de las leyes de su pais. Felipe II apuró todos los medios para que fuese juzgado en Castilla, y por último, de ira le hizo comparecer ante la Inquisicion. Esto era eludir los privilegios de la provincia. Subleváronse los habitantes á los gritos de «vivan los fueros, mueran los traidores.» Libertado Perez de su prision tuvo tiempo para huir del reino.

La reina Isabel habia dicho un dia: «Lo que yo quiero es que los aragoneses se rebelen para tener ocasion de destruir sus fueros.» Mas adelante cuando se presentaron altercados entre Felipe II y las autoridades de aquel reino, exclamó el duque de Alba: «Que me dé el rey cuatro mil soldados de los que han militado á mis órdenes, y yo daré cuenta de las libertades de Aragon.»

No dejó Felipe II de aprovechar una rebelion que él mismo habia provocado. Levantó tropas y las envió contra los insurgentes. Agrupáronse los aragoneses bajo la antigua bandera de San Jorge, y salieron al encuentro del enemigo. Mas su desunion y la mejor disciplina del ejército castellano paralizaron sus esfuerzos. Entraron en Zaragoza los soldados de Felipe II. El Justicia mayor murió en el patíbulo, haciéndole luego magníficos funerales por cruel ironía del rey que queria, dijo, honrar el empleo despues de haber castigado al rebelde que le habia ejercido. Los magistrados que autorizaran la resistencia, los oficiales del ejército, los prisioneros de guerra, fueron declarados indignos del perdon real y conducidos al suplicio. Los religiosos comprometidos en la revuelta fueron condenados por los tribunales de la Inquisicion. Muchos aragoneses emigraron por libertar la vida, y aprovechándose Félipe II de la consternacion pública, juntó cortes en Zaragoza para suprimir los fueros que no eran compatibles con la autoridad real. Consintieron los diputados en todos los cambios propuestos. Se conservó la dignidad de Justicia mayor; pero la degradó el rey usurpando la facultad de nombrar y destituir á los que habian de desempeñarla. Reconociéronle las cortes el derecho de escoger vireyes entre todos los españoles. Se abolió el *veto* absoluto que pertenecia á todo diputado, y ya no se exigió unanimidad de votos sino para un corto número de casos previstos. Perdieron las cortes todo su influjo sobre los tribunales: alzóse el rey con el derecho de presentar nueve candidatos á las funciones judiciales y estipuló que las cortes habian de admitir ocho

sin poder desechar mas que el noveno. Reunió á la corona las baronías de Monclas y Barcabo, cuyos propietarios habian conservado derechos señoriales que debilitaban la autoridad real. Obligó al conde de Ribagorza á cederle todas sus tierras á fin de anular las exorbitantes prerogativas anejas á tal señorío.

Así perecieron la mayor parte de las libertades de Aragon, ejerciéndose en adelante el poder del rey con mas amplitud en un pais abierto á sus hechuras y á sus soldados. Con todo no se aniquilaron los fueros, siendo siempre un obstáculo á la centralizacion la ley que exigia unanimidad de votos para establecer nuevas contribuciones.

Para asegurar el Aragon, confirió Felipe II poderes mas amplios á los tribunales de aquel Santo Oficio, é hizo construir la fortaleza de Zaragoza para que sirviera de residencia á sus ministros y de asilo en caso de rebelion. Al mismo tiempo se alzaba en Navarra la ciudadela de Pamplona para servir al parecer de baluarte á esta provincia contra los franceses. El verdadero objeto del monarca era suprimir los fueros de Navarra, como habia suprimido los de Aragon y Castilla, pero no llegó la ocasion que esperaba hasta el reinado de Felipe IV.

Felipe II no emprendió nada contra los privilegios de las provincias Vascongadas y Cataluña; mas preparó el camino á sus sucesores, enlazando por medio de matrimonios las familias mas poderosas de Castilla, Aragon, Cataluña, Navarra y Vizcaya. Tambien proyectó, pero con mas reserva, dar á los aragoneses y aun á los portugueses parte de las dignidades que hasta entonces habian sido patrimonio exclusivo de los castellanos. Empleó algunos portugueses en Castilla y muchos españoles en Portugal. Empleó en Valencia varios vizcainos y gallegos: por estos medios queria disminuir Felipe II las antipatías y rivalidades que aun dividian á las provincias de España oponiéndose poderosamente á sus proyectos de centralizacion.

Por último, para asegurar el órden y la tranquilidad pública creó un ejército permanente que salia de todas las provincias de España. Veinte y dos compañías y un cuerpo de caballería ligera compuesto de cincuenta hombres, fueron los guardias de Castilla cuyo mando se reservó. Mil seiscientos jinetes con lanzas y escudos se encargaron de vigilar todo el litoral del Mediterráneo para impedir las incursiones berberiscas. Se guarneció á Fuenterrabia, Pamplona,

Cartagena y Cádiz á costa del tesoro público. Se diseminó por las diversas provincias una milicia compuesta de treinta mil hombres para sofocar toda resistencia contra la autoridad real.

A fin de conservar la emulacion entre los soldados, arregló Felipe II los derechos al ascenso. Mandó que el grado de maestre de campo no se confiriese mas que al mérito ó á la antigüedad. Exigió cuatro años de servicio en clase de sargento ó de alférez para dar el despacho de capitan, y seis años de soldado para conferir el de alférez ó sargento. Recomendó á los capitanes pusiesen á la cabeza de sus compañías á los soldados mas valientes y robustos, para que de entre ellos se escogiesen con preferencia los alféreces y sargentos. Se prometió el grado de capitan en recompensa al soldado que montara primero al asalto de un buque, ó plantase la bandera en los muros de una ciudad sitiada. Veinte años de servicio en tiempo de guerra, daban derecho á una gratificacion de trescientos ducados. Tales son las principales disposiciones de la ordenanza de 1597. Se reconoce en ella el constante deseo de Felipe II de asimilar á todos los españoles interesándolos en la grandeza de la patriá comun, y haciendo de ella un estado homogéneo como la Francia, y capaz de conservar su supremacía en Europa.

Se esforzó este príncipe, como sus predecesores, en consolidar la unidad religiosa de España. El clero católico estaba sujeto á la autoridad real, cuando obtuvo Fernando de la Santa Sede el derecho de conferir las piezas eclesiásticas. Felipe II ejerció este derecho de una manera tan absoluta que no dió los obispados y abadías, sino á hombres capaces de servir á sus intereses. Gustaba de conferir las dignidades mas eminentes á sacerdotes que tuvieran valor hasta para oponerse al mismo papa. Cuando dió el arzobispado de Toledo á Quiroga, fué por la entereza con que arrostró la excomunion antes que admitir una bula contraria á las leyes de la Iglesia. Enviaba teólogos á las montañas de Asturias y Galicia para enseñar la doctrina á las poblaciones ignorantes: canonistas á Extremadura y Andalucía porque cuadraban mejor al espíritu burlon y escéptico de aquellas provincias; frailes misioneros á las Indias porque los creia mas á propósito para convertir las poblaciones indígenas.

Favorecia el clero con todo su poder la política de Felipe II impidiendo se arraigasen en España las doctrinas de Calvino y Lutero, y vigilando al mismo tiempo á los moros que se conformaban solo exteriormente á las prácticas de la religion cristiana, y que, maho-

metanos en el fondo del corazon, no iban á misa sino para evitar las penas en que de lo contrario incurririan. Llevaban á bautizar sus hijos, lavándolos despues con agua caliente, para insultar el sacramento de los cristianos. Se casaban en la iglesia, pero á la vuelta en sus casas, cerraban las puertas para celebrar la boda con los cantos, danzas y ceremonias peculiares de su nacion. Se les acusaba tambien de seguir malas inteligencias con los turcos y con los moros de Africa. Resolvió Felipe II proscribir su culto y hasta sus costumbres. Desde entonces comenzó la Inquisicion á atormentarlos mas que nunca. Mandóles el Rey que renunciaran al lenguaje morisco y que cortasen toda relacion entre sí. Les quitó los esclavos negros á quienes educaban con la misma ternura que á sus propios hijos. Les obligó á dejar sus vestidos árabes y á comprar los castellanos. Obligó á las mujeres á presentarse en público con la cara descubierta é hizo abrir las casas que tenian cerradas. Insoportables parecieron estos dos mandatos á un pueblo celoso de conservar los usos de sus antepasados. Corrió la voz de que les iban á quitar sus hijos para darles educacion en Castilla. Les prohibieron el uso de los baños que les servian tanto de aseo como de placer. Ya les habian vedado la música, los cantos, las fiestas, los banquetes de boda, todas sus diversiones habituales, todas las reuniones consagradas á la alegría.

Exasperados los moros, tomaron las armas en las montañas de las Alpujarras, y eligieron por rey á don Fernando de Valor, descendiente de los antiguos soberanos de Córdoba; el cual tomó el nombre popular de Aben-Humeya, que habian llevado sus antecesores. Revistióse al nuevo rey con el manto de púrpura y la diadema real. Plantáronse en tierra cuatro banderas vueltas hácia las cuatro partes del mundo. Hizo el monarca su oracion. Inclinada la cabeza hácia la bandera que miraba al Oriente, juró morir fiel á su Dios y á la ley del profeta. Aben-Farax se prosternó ante él en nombre de todos los asistentes, besando la tierra que pisara el monarca. Nombróle Aben-Humeya su jefe de justicia. Creó magistrados, oficiales, y dió órden á todos los moros de agruparse á su bandera.

Propagóse rápidamente la insurreccion por las Alpujarras, y marchó Aben-Farax sobre Granada á la cabeza de siete mil hombres, pero la nieve que acababa de caer retrasó su marcha, y cuando penetró á media noche en el barrio del Albaicin, ya no le seguian

mas que ciento cincuenta soldados. Desalentáronse los moros de Granada á la vista de tan reducida tropa, malográndose la arrojada empresa de Aben-Farax, que hubo de volverse á las Alpujarras. Persiguióle el marqués de Mondejar á la cabeza de un ejército, y le obligó á refugiarse con Aben-Humeya en lo mas inaccesible de la montaña. La rebelion estaba apaciguada; pero las crueldades de los españoles reanimaron el entusiasmo de los moros, y con los socorros que les llegaron de Africa tornaron á las armas. A esta noticia destituyó Felipe II al marqués de Mondejar, y encargó á don Juan de Austria llevase la guerra con mas rigor. Trató el nuevo general de aislar á los rebeldes, y lo consiguió echando de Granada todas las familias de orígen morisco, porque no habian cesado de darles víveres y municiones en secreto. Pero los rebeldes continuaban recibiendo socorros por mar. Puso don Juan las galeras de Nápoles en crucero sobre las costas de Andalucía, para interceptar toda comunicacion con los moros de Africa. Despues sitió y tomó los fuertes de Galera, Berga y Gabia. Mas de cien mil moros perecieron en las batallas que se dieron al rededor de estos tres puntos. El infeliz Aben-Humeya perseguido de retirada en retirada, murió al cabo á manos de sus soldados. Su sucesor Aben-Aboc fué entregado por sus propios oficiales y le cortaron la cabeza en la plaza pública de Granada.

Así acabó aquella insurreccion que habia ocupado dos años parte de las fuerzas de España. Si los moros de Granada, Valencia y Andalucía hubieran hecho causa comun con sus hermanos los de las Alpujarras, favoreciéndoles algo el sultan, Felipe II, debilitado ya por tantas guerras lejanas, no hubieran obtenido la victoria tan fácilmente. Para evitar la repeticion de semejante riesgo, sacó todos los moros del reino de Granada y los llevó al interior de España. Los prisioneros fueron muertos ó vendidos como esclavos en Africa.

Trató este príncipe de aplicar el mismo sistema de centralizacion política y religiosa á las provincias que poseia en Italia y los Paises-Bajos.

Estableció en Sicilia el tribunal de la Inquisicion poniendo así al clero bajo su dependencia, y haciéndose temible á todos los enemigos de la dominacion española; mas la administracion de justicia fué el medio principal de que se valió para consolidar su autoridad. Consiguieron sus vireyes hacer pasar á los *doctores* las jurisdicciones locales que los barones sicilianos habian conservado hasta aque-

lla época. En lugar de los *luogo tenentes* pusieron presidentes en los tribunales de justicia, y así fué suya toda la magistratura y sirvió de instrumento á su política.

Se habian opuesto los napolitanos al establecimiento de la Inquisicion en el reinado de Carlos V; renovó Felipe II la misma tentativa sin mejor resultado. Llenóse el pueblo de indignacion que no consiguió aplacar el virey sino á fuerza de prudencia y de infinitos miramientos. Mas era el poder real harto fuerte para que le importase algo este revés. Cerca de 100 años estuvieron los napolitanos sujetos al capricho de los vireyes, sin que hicieran esfuerzo alguno por recobrar sus antiguas instituciones y sus libertades perdidas.

En 1563 mandó Felipe II al duque de Sessa, sucesor del marqués de Pescara, en el gobierno del Milanesado que estableciera allí el Santo Oficio. El pretexto para esta innovacion era la necesidad de mantener la pureza de la fe comprometida poco hacia por el tránsito de un gran número de tropas luteranas y calvinistas. El verdadero objeto del monarca era debilitar la autoridad del arzobispo de Milan que se oponia á la de los gobernadores. Frustróse la tentativa, porque cuando publicó el duque de Sessa los nombres de los inquisidores designados por el rey de España, se alarmaron el pueblo y el clero, cundiendo el espanto en un instante por todo el ducado. Doquiera se oian los gritos de «¡viva el Rey, muera la Inquisicion!» Asustado el gobernador prometió escribir á la corte en tales términos que obtuviese la revocacion de la órden que le habian transmitido; tuvo que ceder Felipe II, que se vengó del Senado que apoyara la oposicion del pueblo y del clero, restringiéndole los derechos y prohibiéndole protestar en adelante contra los actos de clemencia del gobernador. «Semejantes protestas, decia, humillan demasiado la autoridad de mi representante.» Puso á los magistrados mas independientes del Senado, y mas sujetos á la autoridad real, mandando que las quejas dadas contra ellos se dirigiesen en adelante al gobernador: «Esto, dijo en la imperiosa carta que escribió sobre el particular, debe ser una ley, una órden, un decreto inviolable; lo quiero así; quiero que se admita, que se observe y que se ejecute.» Para vengarse del pueblo intervino en adelante en la renovacion de los *consejos generales*. Fué disminuyendo el número de que se componian estas asambleas logrando que no se admitiese en ellas sino miembros de las familias nobles que le eran adictas. Era desnaturalizar enteramente aquella antigua institucion.

A pesar del mal éxito de su doble tentativa para trasportar la Inquisicion á Nápoles y al Milanesado, resolvió Felipe imponérsela á los flamencos. Queria reducir á mas completa sumision las autoridades temporales y espirituales de los Paises-Bajos á fin de no hallar obstáculo alguno á la realizacion de sus designios. Sabido es lo que resultó.

Tal fué el sistema de política interior que siguieron Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II. Veamos cuáles fueron sus consecuencias.

La historia de Francia, Inglaterra y España presenta un carácter comun en los siglos XV y XVI, la tendencia á crear intereses generales; á destruir el espíritu de localidad, en una palabra, á formar lo que no habia existido en la Edad media, pueblos y gobiernos. En los tres paises vemos perecer simultáneamente las antiguas formas de la sociedad para hacer lugar á nuevas formas y á nuevos poderes mas regulares y mas concentrados. Francia é Inglaterra llegaron pronto á esa poderosa unidad que era la admiracion de los demás pueblos desde la época de Francisco I y de Enrique VIII. ¿Es de extrañar que entrase España en el mismo camino, cerrado que hubo el período de sus guerras interiores con la conquista de Granada? La era tanto mas necesario adoptar el nuevo sistema cuanto que parecia llamada á hacer un gran papel en el exterior y á intervenir con mas frecuencia en los pueblos vecinos para imponerles sus costumbres, sus ideas y su religion. Por tanto, el sistema de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II era necesario, natural, conforme á la política general de Europa y á los verdaderos intereses de España.

Sin embargo, digámoslo desde luego, la educacion política de España estaba mas atrasada en el siglo XVI que la de Francia é Inglaterra. Las diversas provincias que formaban la monarquía se acordaban aun demasiado de haber sido en otro tiempo reinos independientes. Barcelona, Búrgos, Toledo, Granada, Sevilla y Córdoba, negaban á Madrid el título de capital, y la llamaban solo *villa* y *corte*. Esta repugnancia á reconocer el rango de capital en la nueva residencia se extendia á la mayor parte de la nacion, y su causa estaba en el carácter particular del pueblo español. En efecto, España es el pais del heroismo y la bravura, pero cuanto mas heróico es un pueblo, tanto menos de homogeneidad hay en él, porque el heroismo supone las mas veces una individualidad fuerte y poderosa.

España es, pues, el pais del individualismo, y este es su defecto, porque no existe fuerza positiva mas que en la asociacion. Don Quijote y Luis Perez de Galicia no son tipos imaginarios inventados por Cervantes y Calderon. El verdadero español, el que no ha variado en diez siglos se parece mucho á aquel hidalgo de Galicia con tan vivos colores como enemigo de la ley y amigo de la etiqueta. El héroe del poeta, pronto á sufrirlo y emprenderlo todo por vengar su honor, se retira al corazon de las montañas y desde lo alto de su roca desafia á la sociedad á quien condena. Ahora bien, las provincias, lo mismo que los individuos se pagaban de este aislamiento que constituyera su fuerza y su engrandecimiento en la Edad media; los señoríos de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y el reino de Navarra, se consideraban Estados independientes del príncipe que residia en Madrid. Trataban á los castellanos como extranjeros, mientras estaban unidas entre sí con tan estrechos lazos que las llamaban las *provincias unidas* de España. Sus habitantes habian conservado el idioma, las costumbres y hasta el traje de sus antepasados. Reconocíase en el marchar imponente, en el rostro severo de aquellos altivos montañeses á los hombres que en las revueltas de sus impracticables senderos habian opuesto algun dia á los sarracenos una resistencia invencible, impidiéndoles extender sus conquistas hácia el Norte. Los habitantes de los valles de Salazar y del Roncal, próximos á las mas elevadas crestas del Pirineo, vivian casi incomunicados con España y Francia, satisfechos de sus antiguas libertades, y resueltos á trasmitirlas á sus descendientes. La terquedad de los aragoneses era proverbial, como la de los vizcainos y navarros. Para dar una idea de ella, se representaba al vizcaino hincando en la pared un clavo con la cabeza; pero el aragonés hinca el clavo por la cabeza, dándole con la suya en la punta. Galicia y Asturias, paises de propiedad muy repartida, Cataluña fabril y comerciante, las provincias de Valencia y Murcia, mas bien agrícolas que fabriles, Andalucía, tierra de imaginacion, de elocuencia y de flojedad; Castilla orgullosa de ocupar el primer puesto de la monarquia, y afectando tratar á los catalanes, aragoneses y andaluces como pueblos conquistados, formaban otros tantos grupos distintos en usos, costumbres, lengua y tradiciones nacionales. Puede decirse sin exageracion, que en el siglo XVI habia en España seis naciones diferentes. Agréguese á esto que en todas las provincias, exceptuando acaso las Vascongadas y el reino de Navarra, se odiaban entre si las ciudades

y las aldeas; de suerte, que Flandes y Bearne, la Bretaña y la Provenza estaban mas unidas que dos lugares de Cataluña ó Aragon distantes uno de otro tres ó cuatro leguas.

Cuando á poblaciones de este temple se les añade independencia y libertad, no es fácil avezarlas al yugo ni reducirlas á las leyes uniformes. Así es que la imperfecta unidad que dió á España Felipe II, se debió á medios muy violentos, y principalmente á la intervencion de aquella policía inquieta y cruel que se ejercia en nombre de Dios. La Inquisicion de que se sirvieron los reyes de España ante todo, llenó en parte el objeto de su instituto: pero sabido es á cuánta costa. Sin embargo, no se quejó la nacion: la gloria militar la hacia olvidarse de sus libertades, y mientras la victoria permaneció fiel á sus banderas, obedeció sin disgusto las órdenes absolutas del monarca. Mas en el interior, no logró Felipe II realizar las esperanzas que inspirara. Ni bajo el punto de vista de la justicia, ni bajo el de la fuerza militar y el impuesto, supo imprimir á su gobierno ese carácter de órden, de regularidad y de fijeza que reconcilia á las naciones con el poder absoluto. Vamos á ver cómo se administraba la justicia.

La base del derecho civil y criminal en España fueron largo tiempo las Partidas de don Alfonso el Sabio, si bien á fines del siglo XV no estaban ya en completa observancia. Apenas las conocian muchos jueces cuando las dió vigor Fernando el Católico, haciéndolas publicar con el título de Ordenanzas reales. Desempeñó este encargo el jurisconsulto Montalvo, sirviendo esta publicacion de fundamento á otras, y sobre todo á la nueva Recopilacion que apareció en el reinado de Felipe II.

La nueva coleccion estaba como la primera llena de fórmulas truncadas, y de doctrinas viciosas ú oscuras, que desnaturalizaban la mira del legislador. Las leyes se sucedian en ella sin órden ni método, siendo á veces contradictorias entre sí; no pudiendo luego enmendar Felipe II este defecto, ni tampoco sus sucesores que acometieron igual empresa.

Por tanto, lo que se llamaba código político civil y criminal de España, no era sino un caos de leyes incoherentes ó caidas en desuso: de donde resultaba que el capricho del juez era la suprema ley. Así la justicia se vendia en España, en tiempo de Felipe II y de sus sucesores. Aun habia otro abuso mas funesto; el de dar tormento al testigo cuando el juez lo decretaba. Esto traia dos inconvenien-

tes, uno, que nadie queria declarar ante el tribunal; otro, que tampoco acudia nadie á los gritos de un hombre perseguido por asesinos: y no era por cobardía, sino porque no habia quien ignorara que además de exponer su vida por otro, corria el riesgo de ser preso por la justicia y obligado á servir de testigo. Por otra parte, bastaba entonces una sospecha, para que se diera tormento; y si la familia de la víctima no tenia medios para costear el proceso, se veia condenado á pagarlos el infeliz testigo, porque la justicia queria cobrar y no era muy escrupulosa en los medios.

Respecto al ejército, ya hemos visto que fué permanente desde Felipe II. Al principio se daban los grados al mérito, se dejaba á un lado la aristocracia y podia llegar á general el último soldado. Mas poco á poco, se fué acercando al trono la nobleza, tanto tiempo olvidada con estudio, y el gobierno la acogió favorablemente porque ya no le hacia sombra. Los últimos años de Felipe II se parecieron en esto á los de Luis XIV. No se conferian ya los grados sino al conocimiento, y no tardó el ejército en resentirse de tan funesto cambio; pero lo notó Felipe II, y probó á remediarlo con un decreto que arreglaba este derecho de antemano. De algo sirvió esta medida, mas el abuso reprimido un tanto, tornó á aparecer en tiempo de Felipe III que no se rodeó mas que de nobles ni tuvo gracias mas que para ellos y sus amigos, mientras dejaba morir de hambre á oficiales veteranos hartos de servicios.

Por último la contribucion era pesada y estaba mal repartida. El clero y la nobleza no pagaban su cuota, que recaia en la clase media y en los colonos. Fué aumentando de año en año en el reinado de Felipe II, y no solo gravitaron sobre una clase aislada de la nacion, sino que las pagaba únicamente el reino de Castilla. Aragon, Cataluña, Navarra y las provincias Vascongadas invocaron sus antiguas franquicias para eximirse del pago que les correspondia; verdad es que no participaban de las inmensas ganancias del comercio americano, cuyo monopolio se habia reservado Castilla en perjuicio del resto de España. Pero no por eso era mejor la condicion de los castellanos, porque á ellos solos les daba de rechazo cualquier revés que afectaba á la monarquía. Así las provincias privilegiadas se apegaron mas y mas á sus fueros que las ponian á cubierto de las calamidades públicas; y mientras Castilla estaba entregada á todos los abusos que trae siempre consigo un gobierno despótico é imprevisor, gozaban ellas del beneficio de sus leyes nacionales, á saber; de

una administracion regular y económica, y de paz, órden y justicia hasta en los pueblos mas pequeños.

Está pues, probado, que el gobierno de Felipe II no supo dar á España otro código mejor, ni otro ejército mejor organizado, ni otro sistema de contribuciones mas equitativo; que al quitar á los castellanos y aragoneses sus antiguos fueros no les dió en cambio una administracion mas regular, y que las provincias, que conservaron sus franquicias locales, florecieron mas tiempo que las otras.

Las tentativas que hizo Felipe II para separar los obstáculos que oponian las provincias de Italia y Flandes al ejercicio del poder real, no dieron resultados mas felices. Los sicilianos aceptaron la Inquisicion, mas siguieron en su oposicion contra los vireyes echando mas de una vez á los agentes españoles. Los napolitanos divididos por la hábil política de los vireyes y enervados por la influencia de un poder corruptor, eran incapaces de sublevarse contra Felipe II, intentar un golpe formal para reconquistar su independencia; mas no tenian simpatía alguna con la dominacion española y mas de una vez el público descontento hizo estallar sediciones que á duras penas pudieron comprimir los vireyes. En 1585 asesinaron á Vicente Storaze su *elegido*, porque no correspondió á su confianza y ejecutaba servilmente las órdenes del duque de Osuna. Restablecida la calma, el virey que habia tenido miedo se vengó de una manera terrible. Inventó suplicios inauditos para castigar á los culpables y llegó á tanto su barbarie, que la corte de Madrid se vió precisada á intervenir obligándole á publicar una amnistía general. Los milaneses eran tan poco afectos á España que nunca se les quiso admitir en el regimiento de Lombardía. A fines del siglo XVI la autoridad de los gobernadores fué haciéndose cada vez mas opresiva y villana, mientras el senado veia disminuir su influencia. El elemento militar de la Constitucion acabó por dominar completamente al elemento civil. Esta opresion fué creciendo en el siglo XVII cuando se trasladó el teatro de la guerra á Saboya, Monferrato y Valtelina, y llegó á ser tal que los milaneses hubieron de echar de menos los tiempos de Felipe II. En cuanto á los flamencos ya hemos visto que se levantaron antes que renunciar á sus privilegios. Siete provincias perdió España para siempre, y no se salvaron las otras diez sino por las victorias y alteracion del príncipe Alejandro Farnesio.

La política interior de Felipe II no tuvo pues mejor éxito que la

exterior. Aquel reinado, tan glorioso en apariencia, preparó en realidad todas las calamidades que vinieron á caer sobre España en el siglo XVII, y acarrearon la disolucion de la monarquía á la muerte de Carlos II.



ANTONIO PEREZ



ANTONIO PEREZ

FELIPE II

JUZGADO POR ALFONSO TORRES DE CASTILLA.

ANTONIO PEREZ,

SECRETARIO DE FELIPE II.

1539—1615.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de Antonio Perez.—Su carácter.—Su rápido encumbramiento.—Escovedo, nombrado secretario de don Juan de Austria.—Intrigas de Escovedo y proyectos ambiciosos de don Juan.—Duplicidad del Rey y de Antonio Perez.—Escovedo viene á España y es asesinado.

El célebre proceso formado contra el secretario Antonio Perez es uno de los sucesos mas dignos de llamar la atencion del historiador, tanto por las funestas consecuencias que produjo para nuestra nacion, dando lugar al levantamiento del reino aragonés y á la pérdida de sus libertades, como por sus extrañas peripecias en mas de treinta años que duró, y por las causas misteriosas, muchas de ellas aun no averiguadas, que lo provocaron. Vióse una vez mas al tribunal de la Inquisicion, perseguir con implacable saña á la víctima que la suspicacia del monarca le señalaba.

Conocido el carácter sombrío y receloso de Felipe, fácil nos será comprender aquellos puntos que, por un efecto natural de la organizacion política y de la manera de proceder en asuntos criminales de aquella época, no se hallan suficientemente aclarados en la Historia.

Antonio Perez nació en el año de 1539. Hijo natural de Gonzalo Perez, que habia sido durante mucho tiempo secretario de Estado de Carlos V y de Felipe II, fué legitimado por un diploma del Emperador, y llamado á tomar parte en los negocios desde muy jóven. Las teorías de la política italiana, generalizadas en aquella época, habian formado su espíritu, dándole una perversidad que estaba hasta cierto punto en armonía con su índole natural.

Dotado de inteligencia perspicaz, de carácter insinuante, de una fidelidad que no conocia límites ni escrúpulos, lleno de recursos ingeniosos, elegante y vigoroso en sus escritos, y expedito en el despacho de los negocios, habíase granjeado de un modo singular la estimacion de Felipe II, que habia ido poco á poco depositando en él toda su confianza.

Era Zayas uno de los dos secretarios de Estado, y él el otro, y tenia principalmente á su cargo el *despacho universal*; esto es, el refrendo y expedicion de la correspondencia diplomática y de las órdenes del Rey.

Felipe le comunicaba sus mas particulares designios, le iniciaba en sus pensamientos, y Perez era el que al descifrar los despachos, separaba lo que debia comunicarse al Consejo de Estado para que diese su parecer, de lo que el Rey se reservaba para sí solo. Parece ser que tanto favor concluyó por desvanecerle.

Del proceso resulta que afectaba hasta con el mismo duque de Alba, cuando comian juntos en la mesa del Rey, un silencio y un orgullo que revelaban á un tiempo el rencor de la enemistad y la arrogancia de la fortuna. Así pues, su falta de moderacion en la prosperidad, su excesivo lujo, su desenfrenada pasion por los placeres y sus desmesurados gastos que le obligaban á especular con todos, valiéndose de su posicion y favor, excitaban contra él la envidia y la animosidad en la corte austera y dividida de Felipe II, debiendo dar por resultado inevitable su caida.

Precipitóla quizás él mismo sirviendo demasiado bien las pasiones suspicaces de Felipe.

Habiendo muerto el gran comendador Requesens en 1576 sin haber pacificado los Paises-Bajos, envió el Rey á ellos á su hermano don Juan de Austria.

La empresa era muy delicada, pero la persona elegida era la mas á propósito para poner remedio á aquellos males. Jóven lleno de nobleza y lealtad, precedido por el brillo de sus victorias y por la fortuna con que habia llevado á cabo mayores empresas, parecia ser el único á quien era dado reducir á la obediencia las diez y siete provincias que acababan de unirse por la pacificacion de Gante. Pero don Juan tenia al parecer otros designios; designios que databan de mucho tiempo, pues los habia concebido, segun Perez, despues de la batalla de Lepanto y de la toma de Túnez: aspiraba á crearse una soberanía, bien fuera por medio de cesion ó de conquista.

Supo al mismo tiempo Perez que tan ambiciosos pensamientos se los sugeria á don Juan su secretario Juan de Soto, que Rui Gomez habia colocado á su lado en la guerra contra los moros de Granada. Creyendo Felipe que debia sustraerse á don Juan de tan pernicioso influjo, nombró en reemplazo de Soto á Escovedo, á quien creia de una fidelidad á toda prueba, y que recibió antes de partir para Italia el encargo de procurar un cambio en las intenciones de don Juan. Con objeto de no enojar á su hermano separando enteramente á Soto de su lado, dejóle allí, confiriéndole el empleo de pagador del ejército.

No correspondió Escovedo á la confianza que en él habian depositado. Olvidó muy pronto las recomendaciones de Felipe II para entrar en las miras de don Juan. Avisóse que hacia á Roma frecuentes y clandestinos viajes. Causaba graves inquietudes el que aquel no informase lo que ocurria, cuando se supo inopinadamente la causa. No pudiendo ya don Juan aspirar al reino de Túnez, de que habian vuelto á apoderarse los turcos, ambicionaba hacerse dueño del de Inglaterra, gobernado por una princesa, cuyas opiniones religiosas la colocaban en el bando de la Europa católica. Este proyecto sonreia á la corte de Roma, que, despues de haber hallado en don Juan un defensor del catolicismo contra los turcos, creia poder sacar gran partido de su valor contra los protestantes.

Un dia, el nuncio del Papa, despues de haber descifrado los despachos que habia recibido de su corte, fué á avistarse con Antonio Perez y le dijo:

—«Quién es un tal Escado?»

Perez contestó que seria el secretario Juan de Escovedo.

—«¡Eso es! contestó el nuncio, he recibido un despacho de su Santidad, en el que en sustancia se me dice que dé un paso con el Rey en favor del señor don Juan del modo y forma que me indicará Juan de Escovedo, á fin de que su majestad tenga á bien permitir se lleve á cabo la expedicion á Inglaterra, y suba el señor don Juan al trono de este reino.

Perez informó sin pérdida de tiempo á Felipe II de lo que ocurria. La sorpresa de esta príncipe fué extremada, y no menor su descontento. Cabalmente era esto en ocasion que encargaba á don Juan el gobierno de los Paises-Bajos, y temió que si le manifestaba sus sospechas, ó le daba una negativa, tal vez le desalentaria, y no llenaria como era menester la difícil mision que le habia confiado. Aparentó, pues, que condescendia á sus deseos, y que permitiria á don Juan, en cuanto hubiese dado cima al negocio de los Paises-Bajos, tentar la empresa de Inglaterra, sirviéndose de las tropas españolas, siempre que los Estados generales de Flandes no se opusieran á su embarque.

Al mismo tiempo, para tener conocimiento de todos los proyectos de su hermano y vigilar las intrigas de Escovedo, autorizó á Perez que poseia la confianza del uno y la amistad del otro, para que se cartease con ellos, supiese entrar en sus proyectos y apoyarlos cerca de él; y aun para que se expresase muy libremente sobre su persona, con el intento de inspirarles mas confianza y poseer sus secretos que debia en seguida participarle.

Perez buscó, ó cuando menos, aceptó este repugnante papel, escribiendo á aquellos personajes cartas que leia antes el mismo Felipe II, y en las cuales no siempre se hablaba con respeto del Rey, y le comunicaba en seguida las atrevidas respuestas de Escovedo y los desahogos de la ambicion inquieta y melancólica de don Juan.

Ya conocemos las luchas que tuvo que sostener don Juan en los Paises-Bajos; luchas nacidas principalmente de la desconfianza que la artera política de Felipe II habia engendrado contra los españoles.

Acostumbrado hasta entonces á las empresas de éxito pronto y brillante, desconsolábale su impotencia: víctima ya de las zozobras mortales que le condujeron al sepulcro, solicitó que le enviasen á llamar. En la vehemencia de su deseo, escribió á Perez directamente y por conducto de su secretario Escovedo, en términos que no

dejaban duda ninguna sobre los proyectos ambiciosos de aquel príncipe y sobre su intencion determinada de abandonar el gobierno de los Paises-Bajos.

Sin embargo, don Juan permaneció en Flandes, y envió á España á Escovedo para que expusiese sus amargas quejas, sus urgentes reclamaciones y sus proyectos vagos. En este viaje fué muerto Escovedo. Para explicar los motivos que decidieran á Felipe II á ordenar su muerte, orígen de todos los males que cayeron despues sobre Antonio Perez, vamos á extractar en el capítulo siguiente la relacion del mismo Perez sacada de su *Memorial*.

CAPITULO II.

Informe de Perez sobre la conducta de Escovedo.—Felipe II decide su muerte.—La princesa de Eboli.—Sus amores con Antonio Perez.—Influencia de estos amores en el asesinato de Escovedo.—Perez rival de Felipe II.

Despues de haber dicho que en Roma se habian entablado nuevas negociaciones para la invasion de la Inglaterra, despues de haber puesto de manifiesto los planes de confederacion urdidos entre don Juan y los Guisas, despues de haber referido un dicho extremadamente atrevido que pone en boca de Escovedo, el cual supone que antes de ir á Francia, dijo: «Que cuando fuesen dueños de Inglaterra podrian llegarlo á ser tambien de España, apoderándose de Santander y construyendo un fuerte en la Peña de Mogro,» Perez añade:

«Todo lo cual, considerado por S. M., y la priesa que el señor don Juan daba á que le volviesen á despachar el secretario Escovedo, escribiendo en particular: *Dinero y mas dinero, y Escovedo*, pareció á S. M. que se pidiese parecer al marqués de los Velez don Pedro de Fajardo, del consejo de Estado... Hízose discurso sobre todo, y conferencia de todas las cosas arriba dichas.

»De la variedad grande de las trazas que se traian desde Italia para beneficio del señor don Juan, sin comunicacion ni noticia de S. M.: del sentimiento grande con que habian quedado de que no hubiese habido efecto lo de Inglaterra por la traza primera de la prueba que hicieron segundo vez con Su Santidad desde Flandes para el mismo efecto, sin dar cuenta de ello á S. M.: del deseo de dejar el gobierno de Flandes viendo desbaratado lo del reino de In-

glaterra: de las inteligencias secretas que se emprendieron en Francia, sin sabiduría de S. M.: de la traza con que salieron de que tendrian por mejor ir como aventureros con seis mil infantes y dos mil caballos á Francia, que los cargos mayores; y al fin pareció que de todo esto se podia temer una gran resolucion y ejecucion de alguna gran cosa en perturbacion del sosiego público, y de la quietud de los reinos de S. M. y en perdicion del señor don Juan, dejándole correr mas tiempo á su lado al secretario Escovedo.»

En virtud de este informe, quedó resuelta la muerte de Escovedo. El marqués de los Velez fué de este parecer, «y de tal manera juzgó el marqués de los Velez, añade Perez, ser conveniente esta resolucion, que decia: *Que con el sacramento en la boca, si le pidieran parescer, cuya vida y persona importara mas quitar de por medio, la de Juan de Escovedo, ó cualquiera otra de las mas perjudiciales, votara que la de Juan de Escovedo.*»

Por lo demás, es llegado el caso de examinar cuáles otros motivos que su fidelidad á los intereses de Felipe II pudo tener Perez al llevar á cabo la muerte de Escovedo, y vamos á hacerlo, recorriendo las piezas del proceso manuscrito que forman la contrapartida de las *Memorias* de Perez.

Algunos historiadores, cuya autoridad es de gran peso, niéganse á dar crédito á los amores de Perez con la princesa de Eboli. Efectivamente, admitiendo sin restriccion alguna la explicacion política que Perez ha dado de la muerte de Escovedo, hay que rechazar la causa particular designada por sus enemigos. Segun el parecer de estos historiadores, Perez no ha podido ser el amante de la princesa: en primer lugar, porque esta era tuerta y entrada en años, y luego, porque su propia mujer Juana Coello le mostró, durante todo el tiempo de su proceso, el afecto mas constante y mas fiel. Esta última no puede admitirse como tal, y en cuanto á la objecion fundada en la edad y prendas físicas de la princesa de Eboli, no encierra mayor verosimilitud.

Todos los contemporáneos están contestes en ensalzar su belleza. Nacida en 1540, casóse con Rui Gomez en Alcalá (en 1553, á la edad de trece años, y por consiguiente no tenia mas que treinta y ocho años. Tampoco era tuerta, sino bizca: así es que nada habia que se opusiese á la intimidad que se niega y que numerosos testimonios ponen fuera de duda.

Citaremos los mas importantes de estos testimonios sin hacer

mencion de los considerables presentes que Perez habia recibido de la princesa, y que un decreto judicial le condenó á restituir.

El arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, depuso que Perez se servia de los objetos de la princesa como de cosas propias, de que se murmuraba mucho; así como de que la princesa enviase desde su castillo de Pastrana acémilas cargadas de regalos.

Doña Catalina de Herrera refiere: «Que un dia, Escovedo fué á representar á la princesa que los propósitos que se tenian sobre las visitas de Perez eran en mengua de su reputacion, y como asegurase que si le hablaba de aquella suerte era de puro agradecido y porque habia comido el pan de su casa, la princesa se levantó y le contestó que los escuderos no tenian que meterse en lo que hacian las grandes señoras, y dicho esto le volvió la espalda.»

Esta declaracion fué confirmada por doña Beatriz de Frias, esposa del contador Juan Lopez de Bivanco; la cual añade que toda la servidumbre murmuraba de las entradas y salidas de Perez, de suerte tal que el príncipe de Melito, el marqués de la Fabara y el conde de Cifuentes, unidos con la princesa por los lazos del parentesco, querian matar á Antonio Perez. Este proyecto de los deudos de la princesa, que cuenta doña Beatriz de Frias, está confesado por uno de ellos, el marqués de Fabara, cuya deposicion es demasiado curiosa para que dejemos de citarla.

»El testigo observó lo mucho que daban que decir las visitas que Perez hacia á la princesa, que pasaba largas horas con ella y la acompañaba á los parajes públicos. Un dia, que el mismo deponente habia ido á visitar á la princesa, doña Bernarda Carrera le hizo hacer antesala y no le dejó entrar, porque la princesa y Perez estaban juntos, lo que le escandalizó sobremanera.

»Uno de sus criados vió salir con frecuencia á Perez á deshora de la casa de la princesa, y aun el mismo testigo vió cosas peores, tanto que llegó á pensar cómo le mataria, y lo trató con el conde de Cifuentes, que no visitaba á la princesa por las mismas causas, y á quienes pareció muy mal aquella amistad.

»Y el dia de Jueves Santo, este testigo fué á la iglesia de Santa María á rogar á Dios le quitase del pensamiento el designio que tenia de asesinar á Perez. Esta idea le perseguia especialmente cuando recordaba que la princesa le habia preguntado, si sabia que Perez era hijo del príncipe Rui Gomez de Silva, su marido, y le habia instado para que así lo diese á entender á todo el mundo. Añade el decla-

rante, que en casa de la princesa todos hablaban en términos poco decorosos de esta intriga, y tenia por seguro que ellos eran los que habian hecho matar á Escovedo, porque les habia dicho que aquello no podia quedar así.»

Lo que pone en cierto modo fuera de duda la complicidad de la princesa en el asesinato de Escovedo es la conducta que observó despues y las palabras que vertió.

Dijo á Beatriz de Frias: «Que Escovedo era deslenguado y que hablaba muy mal de las mujeres principales, y que persuadia á los frailes que iban á predicar á Santa María que dijesen palabras maliciosas que á ella le podian dar pesadumbre.»

Beatriz de Frias declaró además, que luego de cometido el asesinato, la princesa le preguntó nuevas de lo que se decia, añadiendo:... «Bien dicen que le maté yo;» á lo que habiendo contestado Beatriz: «¡Jesús! ¡cómo dice V. E. cosa tan extraña!» la princesa repuso: «Pues yo os prometo que la cuentona de su mujer dice que yo lo he hecho.»

Además del interés que tenian Perez y la princesa de Eboli en libertarse de la vigilancia de Escovedo, cabíales aun otro mayor: temian al rey y á sus celos. Suponíase que Felipe II habia tenido estrechas relaciones con la princesa de Eboli. A pesar de su austeridad y de sus cuatro mujeres, atribuíansele flaquezas de esta especie. Una relacion italiana manuscrita, del año 1584, se expresa en estos términos hablando de él:

«El muy devoto se confiesa y comulga muchas veces al año, reza todos los dias y quiere tener la conciencia limpia. Créese que su mayor pecado es el de la carne; porque es velludo y calvo, tiene las piernas delgadas, la estatura mas bien baja que mediana, y la voz fuerte. Existen en la corte muchos señores que la pública fama dice ser hijos suyos, como el duque de P... y don... y otros...»

El duque de P... que designa el manuscrito italiano era el de Pastrana, hijo de la princesa de Eboli, cuya paternidad se atribuia al Rey, á lo menos así lo creia la corte. Los amores de Felipe II, menos escandalosos y constantes que los de Carlos V, de Enrique IV y Luis XIV, han pasado á la posteridad como tradiciones fundadas en la opinion de todos los contemporáneos.

Así es que Perez y la princesa de Eboli debieron temer la venganza de Felipe si descubria su intimidad. Es probable que en un principio el Rey no llegara á sospechar la naturaleza de sus relacio-

nes, por el cuidado que tuvo la princesa en difundir la noticia de que Perez era hijo del príncipe su marido. Pero cuando Escovedo indignado, le amenazó con que lo descubriria todo á Felipe II, debió temblar por Perez y por ella. La escena decisiva que tuvo lugar entre Escovedo y la princesa merece ser referida, á pesar de su cinismo. Testigo fué Rodrigo de Morgado, caballerizo de Antonio Perez, que servia de tercero entre él y la princesa. Dijo á su hermano Andrés de Morgado, quien lo depuso en juicio:

«Que Escovedo habia visto entre Perez y la princesa cosas que no le habian parecido bien, y que habiéndole extrañado mucho, lo indicó así. Una vez los encontró á los dos juntos *en la camà ó en el estrado* en cosas deshonestas, y exclamó: Vamos, esto no puede tolerarse, y estoy obligado á dar cuenta al Rey de ello. La princesa le contestó: «Escovedo, hacedlo si os place, *que mas quiero el trasero de Antonio Perez que al Rey.*

A pesar de la audaz grosería de esta contestacion, soltada en un momento de arrebato y como una especie de bravata, desde aquel momento quedó decretada la muerte de Escovedo, cuyas indiscreciones eran muy de temer.

Así, mientras que Felipe II, incitado por Perez, mandaba el asesinato de Escovedo, creyendo obedecer á la razon de Estado y á sus feroces instintos, Perez seguia, al contrario, el impulso de su odio y de sus temores, haciéndose dar la autorizacion para matar á un antiguo amigo, que podia perderle con el Rey.

CAPITULO III.

El confesor de Felipe II justifica el asesinato de Escovedo.—Conato de envenenamiento.—Plan del asesinato y su ejecucion.

Como hemos visto, la determinacion de mandar matar á Escovedo fué originada, tanto de los temores que inspiraba á Felipe II la indiscreta audacia del secretario de don Juan de Austria, como de los deseos de venganza de Antonio Perez y de la princesa de Eboli. El sombrío monarca, cuya real tranquilidad turbaba Escovedo con sus exigencias y deseos ambiciosos, consideró útil á sus intereses libertarse de él, y dió á Perez la órden de hacerle matar.

Nada extraño debe parecer que un rey diera semejante órden, y mucho menos un rey como Felipe II; pero lo que subleva el ánimo,

lo que apenas puede comprenderse en nuestro siglo de libertad y de justicia absoluta, es que estos reyes no se contentaban con asesinar, sino que creian tener derecho á ello. Ciertos sacerdotes atribuian este derecho, unos á los príncipes, otros á los pueblos. Hé aquí lo que fray Diego de Chaves, confesor de Felipe II, escribia sobre la muerte de Escovedo:

«Y para esto lo advierto, segun lo que yo entiendo de la ley es, que el príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, como se la puede quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos, pues la órden de lo demás y tela de sus juicios es nada por sus leyes: en las cuales él mismo puede dispensar; y cuando él tenga alguna culpa en proceder sin órden, no la tiene el vasallo que por su mandato matase á otro, que tambien fuere vasallo suyo, porque se ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume que la hay en todas las acciones del príncipe supremo; y si no hay culpa, no puede haber pena ni castigo.»

Al mismo tiempo que admitian estas máximas sorprendentes, tan cómodas para tranquilizar la conciencia de un asesino, el rey y su ministro recurrieron sin embargo á medios secretos para deshacerse de Escovedo. Al principio tuvieron mal éxito muchas de las tentativas que se hicieron: Perez intentó envenenar á Escovedo en su propia mesa. Hé aquí cómo Antonio Enriquez, paje de Perez, cuenta las fases y ejecucion de este complot, en el que tomó parte muy principal.

«Estando un dia mano sobre mano en el aposento de Diego Martinez, mayordomo de Antonio Perez, el citado Diego me preguntó si conocia alguna persona de mi pais que quisiese dar un navajazo; añadió que habria ganancia en ello, que se pagaria bien, y que aun cuando el golpe causase la muerte, nada importaria. Respondí que propondria el negocio á un muletero conocido mio, como en efecto lo hice, y el muletero se convino. Algunos dias despues, Diego Martinez me dió á entender con razones un poco confusas que seria preciso matar al individuo de que se tenia hablado, que era persona de importancia, y que Antonio Perez lo aprobaria; oyendo lo cual, le dije que no era aquel negocio que se pudiese confiar á un muletero, sino á persona *de mas partes*. Entonces Diego Martinez añadió que la persona que se habia de matar venia á menudo á comer á casa, y que si se podia poner alguna cosa en su comida ó bebida, era preciso hacerlo, por ser el medio mejor, mas seguro y mas secreto. Resolvióse pues tentar este camino sin demora.

»Entretanto, tuve ocasion de ir á Murcia. Antes de partir, hablé de ello á Martinez, que me dijo encontraria en aquel pais ciertas yerbas muy á propósito para lo que queríamos, y me dió una lista de las que debia procurarme. Busquélas en efecto, y las envié á Martinez, que se habia provisto de un boticario, mandado á buscar á Molina de Aragon. En mi cuarto fué donde el dicho boticario, ayudado de Martinez, destiló el jugo de estas yerbas. En seguida, para hacer la prueba, se le hizo tragar á un gallo una porcion de él, pero no produjo efecto alguno, y se encontró no servir de nada lo que de aquel modo se habia preparado. Despidióse entonces al boticario para su pais pagado de su trabajo.

»Pasados algunos dias, díjome Martinez que tenia en su poder cierta agua buena para dar á beber, añadiendo que el secretario Perez solo queria fiarse de mí, y que en un convite que el amo habia de dar en el campo, no tendria mas que echar de aquella agua á Escovedo, que estaria entre los convidados, y para quien se habian ensayado ya las experiencias precedentes. Contestéle que, si mi amo no me lo mandaba, no queria meterme en matar á nadie. Entonces el secretario Perez me llamó un dia al campo, y me dijo que le importaba que el secretario Escovedo muriese, que estuviese prevenido para darle la bebida en cuestion el dia del convite, y que para la ejecucion me viese y concertase con Martinez, dándome palabra y ofrecimiento de servirme en todas mis cosas.

»Fuíme muy contento, y acordamos con Martinez las medidas que debian tomarse. La órden que se dió para la comida fué que, al entrar en la casa por el pasadizo de las caballerizas, que están en el centro, y penetrando en la primera sala, se colocasen dos aparadores, uno de los cuales era para el servicio de los platos y otro para el de los vasos, desde donde debia de llevarse de beber á los convidados... Habíaseme encargado tuviese cuidado de que, mientras durase la comida, siempre que el secretario Escovedo pidiese de beber, fuese yo quien se lo llevase. Tuve así ocasion de verificarlo dos veces, echando en su vino el agua envenenada, en el momento en que atravesaba la sala, en cantidad igual á la que podria contener una cáscara de nuez, segun la órden que se me habia dado. Concluida la comida, fuese el secretario Escovedo, los demás se quedaron jugando, y el secretario Antonio Perez salió por un momento, y vino

á buscarnos al mayordomo y á mí, y le dimos cuenta de la cantidad de agua que se habia echado en el vaso del secretario Escovedo, despues de lo cual se volvió á jugar; súpose luego que la bebida no produjo ningun efecto.»

«Luego de transcurridos algunos dias de este mal éxito, continuó Enrique, el secretario Antonio Perez dió otra comida en la casa llamada de Cordon, perteneciente al conde de Puñonrostro, á la que asistieron el secretario Escovedo, doña Juana Coello, mujer de Antonio Perez, y otros varios convidados. Sirvióse á cada uno de ellos una escudilla de natas ó leche, y en la de Escovedo se habian echado unos polvos como de harina. Dile tambien yo vino mezclado con el agua de la comida anterior. Esta vez surtió mejor efecto, porque el secretario Escovedo estuvo muy enfermo, sin acertar con la causa.

»Durante su enfermedad, hallé medio de que uno de mis amigos, hijo del capitan Juan Rubio, gobernador del principado de Melfú, trabase amistad con el cocinero del secretario Escovedo, á quien iba á ver todas las mañanas. Y como preparasen para el enfermo una olla á parte, dicho marmiton, aprovechando un momento en que no era visto, echó en ella un dedal de ciertos polvos, que Diego Martinez le habia dado: habiendo comido el secretario Escovedo de ella, hallaron que tenia veneno, por lo cual prendieron á una esclava de Escovedo, que sin duda era la que tenia á su cargo el aderezar los manjares, y así se sospechó que ella lo habia hecho, y por este solo indicio la ahorcaron en la plaza de Madrid sin culpa.

»Habiéndose librado el secretario Escovedo de todas estas tramas, Antonio Perez se decidió á tomar otro partido, y fué que le matáramos una noche de un pistoletazo, puñalada, ó estocada, y esto sin pérdida de tiempo. Marché pues á mi pais para buscar un íntimo amigo mio y un verduguillo de hoja muy delgada, arma mas á propósito para matar á un hombre, que un cachorrillo. Partí en posta, y me dieron letras de cambio de Lorenzo Spinola, de Génova, para cobrar en Barcelona cierto dinero, que efectivamente recibí en llegando allí.»

Cuenta despues Antonio Enriquez, que hizo entrar en el complot á un hermano suyo llamado Miguel Bosque, que llegaron á Madrid el mismo dia que ahorcaron á la esclava de Escovedo, que durante su ausencia Diego Martinez habia hecho venir de Aragon con el mismo objeto dos hombres decididos, llamados el uno Juan de Mesa y el otro Insausti, que al dia siguiente de su llegada Diego Martinez los habia reunido á los cuatro en las afueras de Madrid para convenirse en los medios y momento del asesinato, y luego añade:

«Quedó convenido que cada noche nos reuniríamos en la plazuela de San Jaime, desde donde nos iríamos á poner de acecho en el paraje por donde el secretario Escovedo debia pasar, lo cual se ejecutó así. Insausti, Juan Rubio y Miguel Bosque debian esperarle; Diego Martinez, Juan de Mesa y yo pasearnos por los alrededores, para el caso en que tuviésemos que ayudarles en el asesinato. El lunes de Pascua, 31 de marzo, dia en que fué cometido aquel, Juan de Mesa y yo tardamos algo mas de lo acostumbrado en reunirnos en el lugar convenido, de manera que cuando llegamos á la plaza de San Jaime, los otros cuatro se habian ya marchado para hacer centinela en el paraje por donde debia pasar el secretario Escovedo. Cuando estábamos rondando por allí Juan de Mesa y yo, nos vino de aquel lado el rumor de que habian asesinado á Escovedo. Entonces nos retiramos á nuestras casas. Al entrar en la mia, encontré á Miguel Bosque en armilla, pues que habia perdido su capa, y Juan de Mesa encontró igualmente en su puerta á Insausti, que habia perdido tambien la suya, y á quien introdujo en su morada de oculto.

Insausti era el que habia matado á Escovedo de un solo golpe con el estoque que le habia entregado Martinez, y que Juan de Mesa y él echaron entonces en el pozo de la casa en que vivian.

En la misma noche, Juan Rubio se trasladó á Alcalá para instruir á Perez de lo ocurrido, el cual sabiendo que no habian prendido á nadie, se alegró mucho.

Los asesinos fueron alejados de Madrid apresuradamente y recompensados con largueza. Miguel Bosque recibió cien escudos de oro por mano de Fernando Escobar, clérigo de la casa de Antonio Perez, y se volvió á su pais. Juan de Mesa, Antonio Enriquez, Juan Rubio é Insausti partieron para Aragon, dirigiéndose á Zaragoza.

Juan de Mesa recibió en recompensa una cadena de oro, cincuenta doblones de á ocho ó cuatrocientos escudos de oro, y una taza de plata fina. La princesa de Eboli le dió por escrito un nombramiento de empleado de la administracion de su hacienda. Diego Martinez dió á los otros tres un despacho de alférez con veinte escudos de oro de sueldo.

Teniendo en su poder estos diplomas, firmados por Felipe II y

Perez en 19 de abril de 1578, diez y nueve dias despues de la muerte de Escovedo, los asesinos se dispersaron para trasladarse cada uno á su destino. Juan Rubio pasó á Milan, Antonio Enriquez á Nápoles, é Insausti á Sicilia, burlando así las pesquisas que pudiera hacer la infortunada familia de Escovedo, á quien debian faltar de este modo medios de conseguir la venganza de su muerte.

CAPITULO IV.

Perez acusado por la familia de Escovedo.—Extraña conducta del Rey.—Perez solicita del Rey que se lleve el asunto á los tribunales.—Desistimiento de Pedro de Escovedo.—Perplejidad del Rey.—Alarmas de Antonio Perez.—Llegada de Granvela á Madrid.—Prision de Perez y de la princesa de Eboli.

A pesar de las precauciones de que se habia rodeado Perez, la viuda é hijos de Escovedo le acusaron y pidieron justicia al Rey. De concierto con la opinion de las personas que se hallaban en mejor posicion para formar conjeturas exactas, opinion que debia luego generalizarse entre todo el mundo, hicieron recaer la culpa del asesinato en Perez y la princesa de Eboli.

Felipe II concedió una audiencia á Pedro de Escovedo, escuchó con apariencia de interés sus quejas contra los asesinos de su padre, recibió de su mano los memoriales y pedimentos en que la familia de Escovedo los denunciaba, y prometió entregarlos á los tribunales, si habia lugar á ello.

Aun cuando no le desagradase á este príncipe ver que las sospechas recaian sobre otro, temia sin embargo el ruido y escándalo de un procedimiento en que hubiera podido verse envuelto. Encontrábase pues muy embarazado entre las reclamaciones de los Escovedos y el peligro de Perez, entre sus deberes como rey y sus intereses como cómplice; tanto mas, cuanto que la familia de Escovedo halló protectores muy poderosos entre las personas que le rodeaban.

El principal fué Mateo Vazquez, uno de los secretarios de su gabinete, enemigo encubierto de Perez, envidioso de su extremado poder, y que temia tanto menos atacar atrevidamente al favorito detestado, cuanto que creia haber encontrado la ocasion de perderle. Unióse á Pedro de Belandi, á Pedro Negrete y á Diego Nuñez de Toledo, que aconsejaban y dirigian á los Escovedos en sus diligencias.

Felipe II siguió desde aquel momento una marcha tortuosa y extraña. Escuchó con agrado á Vazquez y simuló ponerse de acuerdo con Perez. Informóle de la acusacion formal que habian dirigido contra él, el mismo dia en que le expuso su queja la familia de Escovedo, y le advirtió de los poderosos enemigos que se habian unido en su daño. Al mismo tiempo *le dió palabra de caballero que no le faltaria jamás;* pero nada hizo para sacarle de tan peligrosa posicion.

Perez, que le juzgaba asaz débil y quizás pérfido, le dirigió la expresion de sus angustias.

«Desto me vienen cada dia mil pesadumbres que cansarian á una piedra. V. M. me mande encorozar, que yo creo que en esto pararé en pago de todo.»

Felipe II contestó con afectuosa familiaridad:

«No debe reinar hoy muy buen humor; no creais lo que aquí decís.»

Perez, á pesar de estas seguridades, preveia la suerte que le estaba reservada: insistia en ello con el Rey y le escribia:

«Temo, señor, que cuando no me cate me han de abrir un costado mis enemigos; y que tomando á V. M. descuidado, y á su mansedumbre igual á todo y fiados en su sufrimiento, ha de obrar la envidia, y digo esto con esta ocasion, porque sé que no paran.»

El Rey contestó al márgen de este billete:

«Por lo demás que aquí decís, dije en ese otro papel, que no debeis de estar de buen humor, y aunque ellos no paren, creed que no les valdrá.

Perez hubiera querido creer al Rey; pero le conocia demasiado para ello: así es que le pidió «que á él le dejase retirar de la corte y de su servicio, y apartar su persona del odio y envidia, procedido todo de su favor y gracia...» Pero el Rey no queria esto.

Entonces, llevado de una resolucion á la vez atrevida, generosa y hábil, Perez instó al Rey, «que se remitiese á justicia aquella demanda, en cuanto á él tocaba, teniendo la mano en lo demás de la princesa de Eboli, asegurándole Antonio Perez al Rey, que ningun inconveniente sucederia para lo que él recelaba y recataba que no se entendiese haber sido órden suya aquella muerte, pues ninguno de los que habian hecho el efecto habia sido cogido, ni tenia la parte contraria algun género de prueba contra él.»

Felipe II no quiso arrostrar tan peligrosa prueba. Prefirió que

Perez participase al presidente del Consejo de Castilla, don Antonio de Pazos, obispo de Córdoba, las causas que motivaron la muerte de Escovedo, y que el obispo hablase al hijo de Escovedo y á Mateo Vazquez, para empeñar al primero á que desistiese de sus persecuciones y al segundo á que renunciase á sus odios.

El obispo de Córdoba, instruido de todo y no considerando á Perez culpable, conforme á la peregrina máxima de que ya hemos hablado, llamó al hijo mayor de Escovedo y le dijo:

«Señor Pedro de Escovedo: el Rey me ha remitido estos memoriales vuestros y de vuestra madre, en que pedís justicia de la muerte de vuestro Padre contra Antonio Perez y contra la señora princesa de Eboli, y me manda que os diga que se os hará justicia cumplidísima en todo sin excepcion de personas, ni lugar, ni sexo, ni estado. Pero primero os quiero yo decir que mireis bien qué fundamento y recaudos teneis para la probanza, y que sean tales que esteis disculpado de la ofensa de tales personas. Porque no siendo muy bastantes, y por ello disculpable vuestra querella, se convertirá la demostracion contra vos, por ser la princesa la persona que es, y su estado y gran calidad mucho de reverenciar, y Antonio Perez el que es, por hijo de sus padres y abuelos, tan antiguos criados de la corona, y por el lugar que él tiene. Pero antes que me respondais os digo tambien en confianza, *y afirmo en verbo de sacerdote, que la Princesa y Antonio Perez están tan sin culpa como yo.*»

Este discurso causó mucha sensacion á Pedro de Escovedo, que solo tenia sospechas contra Perez y la princesa, sin poseer prueba alguna de que pudiese hacer judicialmente uso: así es que respondió al presidente de Castilla:

«Señor, pues así es, yo doy mi palabra por mí, y por mi hermano y por mi madre de no hablar mas en esta muerte, ni contra el uno ni contra el otro.»

En defecto de los hijos de Escovedo, Mateo Vazquez suscitó otro pariente que siguió instando al Rey que castigase aquel asesinato.

La orgullosa princesa de Eboli se le quejaba por otra parte del ofensivo atrevimiento con que no temian ni nombrarla ni acusarla. Pedia al Rey el castigo de Mateo Vazquez, á quien llamaba *perro moro*, y como el Rey quisiese saber por medio de Fray Diego de Chaves, si tenia alguna prueba de lo que adelantaba contra Vazquez, apeló ella á los testimonios de don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, y de Hernando del Castillo, predicador de Felipe II, que no se los rehusaron.

La confusion y perplejidad del Rey fueron en aumento. Habia estallado en su gabinete una guerra abierta entre Perez y Vazquez.

Felipe II, que trataba siempre de ganar tiempo aun en las cosas que no era posible mejorar con dilacion y demora, iba dilatando el negocio, para no privarse de los servicios de Vazquez. Tomó mucho apego á este secretario, por lo grata que le era su persona y por lo mucho que le auxiliaba en el trabajo.

Por otra parte, Mateo Vazquez formaba con el confesor Diego de Chaves y el conde de Barajas, mayordomo mayor de la Reina, una de esas ligas de corte que denominaban amistad, y que era en un todo semejante á la que existia entre Antonio Perez, el marqués de los Velez y el arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga. Felipe II encargó pues á fray Diego de Chaves que interviniese con Perez y con la princesa de Eboli para que se reconciliasen con Vazquez.

Al ver todas estas señales de un crédito vacilante, Perez adivinó su próxima desgracia y escribió á su señor:

«Y si lo de hasta aquí no basta para gran resolucion y castigo, yo quiero creer los hechizos, y mas viendo que mis servicios con el talento poco que tengo y con la mucha fe y ley al de V. M., y con las prendas tan estrechas que tengo de V. M. de quererme mirar y honrar, vence mi dedicha, y la ventura destotro tantas culpas suyas y ofensas á la honra de tal señora, y á un hombre que ha deseado servir y aventurar por acertar esto tanto como yo.»

En efecto, su mala estrella le conducia al precipicio: Felipe II, á cuyos oidos habian llegado los rumores que corrian sobre las relaciones íntimas de la princesa de Eboli y de Antonio Perez, llegó á creer sin duda que le habian engañado, y resolvió desembarazarse de Perez como de un instrumento gastado y un rival dichoso.

Con la idea de reemplazarle en la direccion de los negocios mandó llamar á toda prisa al cardenal Granvela, que se habia retirado á Roma despues de su expulsion de los Paises-Bajos. La carta en que el Rey le llamaba á la corte, escrita en Madrid el 30 de marzo de 1579, un año justo despues de la muerte de Escovedo, estaba refrendada por Perez.

El 28 de julio llegó Granvela á Madrid, y el dia de su llegada fué el escogido por Felipe II para derribar á Perez. La princesa y Perez se habian negado á toda reconciliacion con Vazquez: la princesa habia contestado al hermano Diego de Chaves, que una perso-

na como ella no podia acceder á lo que se le insinuaba, y que su ofensa tampoco lo permitia.

Por su parte Perez escribió al Rey en términos de un despecho mal encubierto:

«Que él soltaba al Rey la palabra de la satisfaccion de lo que él sabia, y perdonaba sus ofensas, pues el Rey queria sufrir las suyas... con solo que le dejase retirar y apartar de tales persecuciones, con su buena gracia y en señal de su fe, y en lugar de carta de bien servido.»

Sin embargo, la princesa de Eboli, que por prudencia habia domado la implacabilidad de sus resentimientos, dispuso á Perez á hacer las paces con Vazquez, y Perez se hallaba decidido á participar esta resolucion al Rey, el 29 de julio, cuando el 18 por la noche empezaron inopinadamente las persecuciones de su señor.

Tomando por pretexto su obstinada negativa á toda reconciliacion, Felipe II dió órden al alcalde de corte don Alvaro García de Toledo que prendiese á Perez y lo tuviese bajo su custodia, lo cual se ejecutó á las once de la noche.

A la misma hora hizo prender y conducir á la fortaleza de Pinto á la princesa de Eboli, á cuyo arresto asistió en cierto modo personalmente, pues fué á colocarse bajo el pórtico de la iglesia de Santa María, situada frente por frente de la casa de la princesa, y allí esperó con ansiedad la ejecucion de su mandato. Retiróse despues á palacio, y estuvo paseándose por su aposento hasta las cinco de la mañana, con una extremada agitacion.

Así fué como derrumbóse de su encumbrado puesto el hombre que habia dirigido por espacio de tantos años los destinos de España, por haber creido con ciega confianza que un crímen bastaba á asegurarle para siempre el favor de su regio cómplice.

CAPITULO V.

Aliviase la situacion de Perez.—Sus esperanzas.—Expedicion del Rey á Portugal.—Prision de doña Juana Coello, mujer de Antonio Perez.—El Rey la manda poner en libertad y le da su palabra de arreglar el negocio de su esposo.—Orgullo de Perez.—Informacion sobre su integridad como ministro.—Muerte repentina del astrólogo Pedro de la Era y del escudero Rodrigo de Morgado.—Acúsase á Perez de haberlos envenenado.—Sentencia contra Perez por delito de venalidad.

Felipe II no dió inmediatamente la órden de que se formase causa á Perez. Lejos de esto, al dia siguiente al del arresto envió al cardenal de Toledo á que hiciese de su parte una visita á doña Juana Coello para tranquilizarla y decirle, que nada de cuanto habia ocurrido ponia en riesgo el honor y la vida de su esposo, y que su querella con Vazquez era la causa momentánea de su detencion. De igual manera se apresuró el 29 de julio á explicar el arresto de la princesa de Eboli á los duques del Infantado y Medinasidonia, sus parientes próximos.

Durante los primeros quince dias de su prision, Perez recibió la visita del confesor del Rey, que le dijo en broma:

«Vuestra enfermedad no será, como dicen, de muerte.»

Al mismo tiempo, Felipe II ordenó que le enviasen sus hijos para que le distrajesen y consolasen.

A pesar de todos estos miramientos y esperanzas, Perez no pudo resistir semejante cambio de fortuna. La pérdida de su antiguo favor, un cautiverio humillante y una venganza imposible, postraron su alma orgullosa y ardiente y cayó enfermo.

Felipe II permitió entonces que le transportasen á su casa, donde seis dias despues, el capitan de guardias, don Rodrigo Manuel, fué de parte suya á exigirle la promesa formal de olvidar todo rencor contra Mateo Vazquez, y de no hacerle daño alguno por sí ni por medio de sus deudos ni amigos. Perez lo prometió así; de manera que, no existiendo ya la causa del arresto, debia este cesar tambien. Sin duda así hubiera sido, si Felipe no hubiese tenido otras quejas contra Perez, como afectaba decirlo; pero el vengativo monarca nutrió otros resentimientos y tenia otros designios cuya ejecucion supo encaminar.

Perez estuvo retirado en su casa por espacio de ocho meses con numerosa guardia, al cabo de los cuales suprimióse esta y se le concedió permiso para salir á paseo é ir á misa. Pudo tambien recibir visitas, mas no hacerlas.

Tal era el estado de las cosas, cuando Felipe II se trasladó á Portugal, en el verano de 1580, para apoderarse de este reino.

Durante la ausencia del Rey, Perez no dejaba de poner en juego cuantos medios estaban á su alcance para recobrar su completa libertad y su antigua posicion. Con este objeto, envió á un religioso llamado Rengifo y á su propia mujer doña Juana de Coello, aun cuando se hallaba en cinta de ocho meses; pero Felipe II persistió en la conducta equívoca que habia adoptado con él.

Al saber que doña Juana Coello se acercaba á Lisboa, mandó al alcalde Tejada que fuese á prenderla. Este ejecutó su órden con el mayor rigor, en medio del dia, entre Aldea Gallega y Lisboa, y en presencia de muchas personas, lo cual la trastornó tanto, que malparió.

Despues de haberla interrogado, Tejada volvió á llevar sus contestaciones al Rey, que por una nueva contradiccion las arrojó al fuego sin leerlas, y las dejó quemar en presencia del alcalde estupefacto, á quien ni una sola palabra dijo, y que conservó de esta escena singular una especie de espasmo y terror silencioso.

Felipe II instó á doña Juana por medio del padre Rengifo de que tomase la vuelta de su casa, afirmándole bajo palabra de rey y caballero, que en cuanto llegase á Madrid mandaria despachar el negocio de su esposo, lo cual no obstante no cumplió.

A pesar de las lecciones que habia recibido, Perez no supo conducirse con la modestia y prudencia que su posicion exigia. Aunque estaba semi-prisionero, continuaba haciendo el mismo género de vida que antes. Hizo gastos excesivos, tuvo durante el invierno de 1581 un palco tapizado en el teatro, y jugó en su casa con el almirante de Castilla, el marqués de Auñon y otros señores de la corte, atravesándose fuertes sumas. Así fué que sus enemigos tomaron ocasion de esto para decidir á Felipe II á que ordenase se hiciese una informacion judicial acerca de su fidelidad é integridad como ministro, cuyo encargo dió verbalmente á Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del Consejo, que procedió á ella secretamente.

El resultado de esta primera informacion fué desfavorable á Perez, pues su corrupcion quedó patentizada. Rodrigo Vazquez oyó á personas de elevada posicion y de mucha fe, que declararon la venalidad de Perez, la extravagancia de su lujo y su estrecha intimidad con la princesa de Eboli.

Resultó de las declaraciones, que su padre, Gonzalo Perez, al morir nada le habia dejado, y que él tenia una fortuna y un tren de casa, que no guardaba proporcion con los emolumentos de su destino.

«Se trataba en su *hacimiento* y grandeza de su casa y persona, dice el conde de Fuensalida, mas espléndidamente que ningun grande de España, y tenia tantos criados para su servicio, que el dia que no comia en estado le traian la comida con tantos criados y plata, como si tuviera mil cuentos de renta: y demás de esto ha

entendido que tiene veinte ó treinta caballos, y yendo este testigo á Toledo le encontró en Torrejon con coche, carroza y librea, y muchos criados á caballo y á pié que le acompañaban.»

El capitan de la guardia española, don Pedro de Velazco, dijo que Perez habia hecho amueblar su aposento como el del Rey, evaluó su mueblaje en 140,000 ducados, y añadió que, segun dicho de aquel, no era menor su renta. El arzobispo de Sevilla, mas moderado en sus cálculos, no graduó sus gastos anuales mas allá de unos 15 á 20,000 ducados, suma ya sin embargo enorme.

Sacábase pues la consecuencia de que, para reunir esta fortuna, alimentar este tren y lujo, y sostener tan fuerte juego, Perez habia abusado de su posicion y vendido su favor. Luis de Overa declaró que él mismo habia entregado á Perez 4,000 ducados por el nombramiento del cargo de la infantería italiana concedido á Pedro de Médicis; que Andrés Doria le daba anualmente una buena suma de dinero para que favoreciese sus intereses con el Rey, y que los príncipes de Italia y todos cuantos tenian algo que pretender en España obraban con igual generosidad.

Esta informacion, empezada en el mes de mayo de 1582, no tuvo, por entonces, consecuencia alguna. Al año siguiente murieron repentinamente dos hombres, en quienes Perez habia depositado todos sus secretos: el uno era el astrólogo Pedro de la Era, á quien llevaba con frecuencia consigo, y consultaba sobre los acontecimientos futuros de su vida y los accidentes de su fortuna; el otro era su escudero Rodrigo de Morgado, que habia llevado varios mensajes de su parte á la princesa de Eboli, habia sido testigo de sus intimidades y tenia conocimiento de las escenas violentas ocurridas entre la princesa y Escovedo, por causa de Perez.

El hermano del astrólogo y el del caballerizo creyeron que habian sido envenenados por Perez, para que no pudiesen descubrir lo que de él sabian.

Los cómplices del asesinato de Escovedo fueron desapareciendo todos al igual que los depositarios de los secretos de Perez. Insausti no gozó mucho tiempo del grado de alférez que le habian dado en recompensa de la parte que tomó en aquel homicidio; poco tiempo despues de su llegada á Sicilia murió. Miguel Bosque, hermano del alférez Antonio Enriquez, sufrió la misma suerte en Cataluña.

Enriquez, atribuyendo esta muerte á Antonio Perez, y temiendo no le sucediese lo propio á él mismo, se decidió á revelar de qué ma-

nera y por órden de quién habia sido muerto Escovedo. El 23 de junio de 1584 escribió desde Zaragoza á Felipe II para pedirle un salvoconducto, comprometiéndose á probar ante la justicia que el secretario Antonio Perez habia ordenado el asesinato de Escovedo, y consintiendo en que le colgasen por un pié como á traidor, si no cumplia su palabra.

No convenia aun á los planes de Felipe II que se empezase á formar causa sobre la muerte de Escovedo; pero obró entonces contra Perez de un modo mas riguroso que la vez primera. En vista de lo que arrojaban las averiguaciones por delito de corrupcion, llamadas *visita* en Castilla, le hizo condenar en 23 de enero de 1585, por la siguiente sentencia:

«El licenciado don Tomás Salazar, del Consejo de S. M. por la santa y general Inquisicion, comisario general de la Cruzada, etc., atendido que S. M., deseando saber y conocer el modo como le han servido sus secretarios de la corona de Castilla, así como la integridad, fidelidad y celo con que ellos y sus oficiales han procedido en el ejercicio de sus ministerios y cargos, ha ordenado que se les sometiese á una visita, comisionándonos al efecto: ante todo hemos actuado varias averiguaciones y diligencias, en virtud de las cuales hemos tenido por conveniente notificar á algunos de ellos los hechos de que aparecian reos; cuya notificacion efectuada, les hemos oido en defensa: luego, quedando ya terminados los procedimientos de la visita, S. M. ha resuelto nombrar y nombrado jueces, á fin de que en union examinásemos dicho procedimiento y diésemos nuestro fallo con arreglo á justicia.

»En su consecuencia, habiendo tomado en consideracion los cargos y justificaciones del secretario de Estado Antonio Perez, y despues de consultado el parecer de S. M., ha sido condenado el referido Perez á ser encerrado en la fortaleza que S. M. tenga á bien designar por espacio de dos años, ó mas si el Rey lo tuviese por conveniente; á ser expulsado de la corte por diez años, debiendo residir á treinta leguas de distancia de ella, y á quedar suspendido de sus funciones durante igual espacio de tiempo, quedando además á discrecion de S. M. y sus sucesores prorogar ó levantar una y otra pena. Los años de reclusion y detencion se le abonarán como de destierro; pero en caso de infraccion se duplicará la pena.

»Item mas: en los primeros nueve dias despues del en que se le haya leido esta sentencia, pagará, volverá y restituirá 12.224,793 maravedís en el modo y forma siguientes, á saber: 2.078,485 que ha recibido y le fueron remitidos á Nápoles por cuenta de la señora doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, salvo el derecho que tenga para percibir de la referida princesa cierto censo que supone pertenecerle y gravar sobre sus bienes: *item*, ocho colchas nuevas, bordadas de oro y plata, sobre terciopelo carmesí, recibidas de dicha princesa, debiéndolo verificar en el mismo ser y estado en que le fueron entregadas, á no ser que prefiera pagar por cada una de ellas 300 ducados, reservándole á Perez su derecho para reclamar contra la referida princesa por la compensacion que pretende haberle dado: *item*, dos diamantes de subido valor, que parece haber recibido de dicha princesa, ó bien en su lugar 2,000 ducados: *item;* cuatro piezas de plata procedentes de la venta de la vajilla del conde de Galvez, y que él ha recibido de dicha princesa, en el mismo ser y estado que le fueron entregadas, ó bien 198,750 maravedís, á fin de que todos los objetos y sumas sobredichas sean entregadas á los hijos y herederos del príncipe Ruy Gomez, ó por ellos á quien pertenezcan: *item*, un brasero de plata recibido del serenísimo señor don Juan de Austria, en el mismo ser y estado en que le fué entregado, ó en su lugar 700 ducados, y por diversos otros cargos y transgresiones que resultan del procedimiento y quedan probados por él, 7.371,098 maravedís, aplicado todo para la cámara y fisco de S. M.»

Perez, en sus *Memorias*, se queja amargamente de esta sentencia; pero no se justifica de los hechos que se le imputaban.

CAPITULO VI.

Nueva prision de Antonio Perez.—Intenta acogerse á la jurisdiccion eclesiástica.—Competencia.—El Rey decide en contra de la Iglesia.—Manda prender á la esposa é hijos de Perez.—Firmeza de doña Juana Coello.—Perez le manda entregar los papeles del Rey.—Sigue la causa sobre el asesinato de Escovedo.—Prision de Diego Martinez, mayordomo de Perez.—Niega el crimen de su amo.—Súplicas de Perez al Rey.—Auméntanse los rigores de su cautiverio.—Presentacion de testigos.

Tres dias antes de que la sentencia contra Antonio Perez fuese firmada, y á fin de que no tratase de burlar su ejecucion, los dos alcaldes Alvaro García de Toledo y Espinosa se presentaron en la casa en que estaba semi-arrestado, y que lindaba con la iglesia de San Justo. El alcalde Espinosa entró en el escritorio para apode-

rarse de los papeles; y Alvaro García de Toledo subió á una grande sala, en donde se hallaba Perez con doña Juana Coello, y le comunicó las órdenes que habia recibido, arrestándole en su consecuencia.

Perez concibió en seguida el designio de colocarse bajo la proteccion de la justicia eclesiástica, y envió diestramente á uno de sus servidores á preguntar al cardenal su parecer sobre el particular. Mientras esperaba su vuelta, entretuvo al alcalde. Habiendo el cardenal aprobado su proyecto y dádoselo á comprender así el criado por medio de una seña, en presencia misma del alcalde, Perez, diciendo que iba á volver inmediatamente, pasó á un aposento vecino, cuya ventana, que no tenia mas allá de ocho á nueve piés de alto, daba á San Justo; y saltando por ella, se refugió en la iglesia, que cerraron en seguida.

Los alguaciles corrieron tras él, é hicieron forzar con unas palancas las puertas que no querian abrir. Anduvieron largo tiempo buscando á Perez, y por fin halláronle agazapado en los desvanes de la iglesia, de donde le sacaron lleno de polvo y telarañas. No obstante las protestas y resistencia de los sacerdotes, le hicieron llevar por sus alguaciles al coche, que le condujo á la fortaleza de Turuégano.

Con este motivo suscitóse una competencia entre la justicia eclesiástica y la justicia civil. El fiscal eclesiástico acusó á los alcaldes de haber violado las inmunidades de la Iglesia, y les hizo condenar sucesivamente por el tribunal del vicario general y por el de la nunciatura á que volviesen á depositar el preso en San Justo. Pero Felipe II, el defensor de la Religion y de las inmunidades de la Iglesia, obligó esta vez á los jueces eclesiásticos á alzar mano de la causa, é hizo anular, en 1589, por el Consejo de Castilla, las censuras pronunciadas contra sus alcaldes.

No habiendo logrado Perez colocarse bajo la protectora jurisdiccion de la Iglesia, trató de recurrir á la independencia de Aragon. En el verano de 1585 Juan de Mesa, complicado en el asesinato de Escovedo, partió de Aragon y fué hasta la fortaleza de Turuégano para sustraerle con dos yeguas *herradas al revés*.

Aunque diestramente combinado por don Baltasar de Alamos, este proyecto de evasion descubrióse y fué desconcertado. Baltasar de Alamos fué por esto sentenciado á seis años de presidio.

Desde entonces vigilóse mas estrechamente á Perez; y á fin de

obligarle á que entregase los papeles que habia puesto en salvo, y que podian justificarle haciendo recaer la culpa sobre el Rey, pusieron tambien presos á su mujer é hijos. Amenazaron á doña Juana de Coello con un encierro perpetuo á pan y agua, si no entregaba los papeles que se le pedian.

El confesor del Rey y el nuevo presidente de Castilla, el conde de Barajas la hostigaron con sus instancias y sus amenazas; mas no se dejó vencer; y hubiera rehusado con animosa constancia el desprenderse así de los medios de justificacion de su marido, á no haberle dado este órden de que lo hiciese por medio de un billete escrito con su mano y sangre. Decidióse Perez á dar este paso despues de haber resistido por largo tiempo, para poner término á la cautividad de su mujer y aliviar la suya.

Dos baules cerrados y sellados, que contenian los papeles tan vivamente codiciados, fueron remitidos al confesor, el cual, sin abrirlos, envió inmediatamente las llaves al Rey. Este precioso depósito fué recibido con tanta mayor alegría, cuanto que el señor creyó haber arrebatado al súbdito los medios de acusarle y defenderse. Pero tan astuto Perez como Felipe II, logró, auxiliado per manos fieles é inteligentes, separar de los papeles que entregó las piezas mas importantes para su justificacion y muchos billetes autógrafos del Rey, que mas tarde produjo ante la justicia de Aragon.

Despues de haber entregado Perez los codiciados papeles, á fines de 1587, dulcificóse su cautiverio. Dos años de un encierro riguroso habian minado su salud, cayendo enfermo en Turuégano, y doña Juana Coello obtuvo la gracia de que se le trasladase á Madrid, en donde gozó de nuevo, durante catorce meses, de una semilibertad, en una de las mejores casas de Madrid, recibiendo en ella las visitas de toda la corte. Hasta se le llegó á conceder permiso para que asistiese á los oficios de la Semana Santa en la iglesia de Atocha.

Por otra parte, habian puesto por aquel tiempo preso á Pedro Escovedo, despues de haberle quitado el empleo que ocupaba en el Consejo de Hacienda, porque se quejaba de que no se le habia hecho justicia y se le atribuia la intencion de hacer asesinar á Perez. Los contrapuestos tratos de que era objeto este último, asombraban á sus enemigos, y Rodrigo Vazquez, preguntado sobre el particular por el señor de Fonseca, le contestaba:

«¿Qué quereis que os diga?» Que unas veces me da prisa el

Rey y alarga la mano, otras espacio, y me la encoge.

»No lo entiendo ni alcanzo los misterios de las prendas que debe de haber entre el rey y el vasallo.»

Entretanto, habíase seguido misteriosamente en el verano de 1585 la causa sobre el asesinato de Escovedo: habiendo ido Felipe II á presidir las cortes de Aragon, Vazquez habia aprovechado esta ocasion para interrogar, el 31 de agosto en Monzon, al alférez Antonio Enriquez, que un año antes se habia denunciado como cómplice del asesinato de Escovedo y habia ofrecido contar sus detalles y señalar los autores de él. Entonces fué cuando este antiguo paje de Perez hizo sobre la muerte de don Juan la declaracion que hemos manifestado mas arriba.

En el año 1587, habiendo pasado de Aragon á Madrid el mayordomo Martinez, á quien el alférez Enriquez habia designado como director de todas las tramas contra la vida de Escovedo, con el objeto de entresacar los papeles de Perez relativos á aquel asunto y entregarlos al confesor del Rey, Vazquez le hizo prender y le interrogó, Diego Martinez lo negó todo con la mayor sangre fria y aun añadió que su amo habia sentido en extremo la muerte de Escovedo, de quien era muy amigo, y que habia hecho muchas diligencias para descubrir el autor de ella.

Al saber Perez desde la fortaleza de Turuégano, en donde se hallaba aun, la prision de su mayordomo, depositario de todos sus secretos, alarmóse vivamente y escribió al Rey en 20 de noviembre de 1587, suplicándole no le dejase entre las manos del alcalde Espinosa, que era amigo de los Escovedos, y á cuya odiosa parcialidad atribuia este nuevo arresto.

Pero habiendo salido despues de Turuégano y entendido las divulgaciones del paje Enriquez, temiendo no pusiesen demasiado á prueba la fidelidad de Martinez, aplicándole el tormento, escribió al rey de nuevo en 3 de febrero de 1588 en el mismo sentido que la vez anterior.

Pero Felipe II no trataba de prevenir ni evitar cosa alguna. Dejó á Rodrigo Vazquez que continuase los procedimientos, y este careó en la prision real á Diego Martinez con el alférez Antonio Enriquez, á quien se habia conseguido un salvoconducto: Diego Martinez usó con Enriquez una desdeñosa altanería, tratándole de servidor ingrato, de odioso asesino, manchado ya con muchos crímenes, y de testigo sobornado, segun se hallaba en el caso de poderlo así probar.

Entre los asertos del uno y las negativas del otro no le era posible al juez fallar; necesitábase otro testigo, y Vazquez lo buscó: el marmiton Juan Rubio se habia vuelto á Aragon donde estaba tambien el boticario que habia preparado el brebaje ponzoñoso para Escovedo; y como los jueces de Castilla no tenian derecho alguno jurisdiccional en aquel reino, Vazquez desplegó toda su habilidad y celo para atraerle á Madrid, mas habiéndolo sabido Perez, no perdonó tampoco medio alguno para impedir que compareciese ante el tribunal de sus enemigos.

Escribió al Rey, y le pidió con elocuentes súplicas sobreseyese aquellos procedimientos y le devolviese su perdido favor. Concluia su carta de esta manera:

«Por las llagas de Cristo mil veces suplico á V. M. se duela de nosotros y se apiade de nuestra inocencia, y de la fidelidad y leales servicios de esta persona, padre y abuelos, y se duela V. M. de este abatido, y sea juez, y el que satisfaga al mundo... Digo, señor, con un remo siquiera de su servicio, porque no piense el mundo que tal privacion de todo lo que se poseia con tales demostraciones, fué por infidelidad mia, pues no la tuve jamás... Así por amor de Dios, señor, nos socorra con alguna señal de la gracia de V. M. que esta he menester, y vida. Hechura de V. M. *Antonio Perez.*»

Lejos de conmover á Felipe II las angustias y súplicas de Perez, remitió dicha carta y las demás que le escribió en aquella época á Rodrigo Vazquez, para que figurasen como piezas en la causa. Este continuó la sumaria de que estaba encargado, sin llegar á obtener en limpio otra cosa que dichos y conjeturas sobre la culpabilidad de Perez.

Sin embargo, Rodrigo Vazquez consideró que habia pruebas suficientes para dar al proceso un nuevo carácter, hacerle salir de las tinieblas de la misteriosa sumaria seguida por espacio de siete años, y envolver en él atrevidamente á Perez.

El 21 de agosto de 1589, hizo visitar la prision que ocupaba Perez en las casas de don Benito de Cisneros, para cerciorarse de si era segura y estaba bien guardada. Habiendo sabido que el aposento en que estaba encerrado el preso constaba de diez y seis piezas; que los dos alguaciles Erizo y Zamora, encargados de su custodia, no podian vigilarle suficientemente; que existian en su parte posterior dos puertas que no cerraban y por donde se entraba y salia durante la noche, y aun mas, que se habia visto pasearse en me-

dio del dia á Perez por las calles y sin guardas, solicitó del conde de Barajas que se tomasen mayores precauciones. Este ordenó inmediatamente que se cerrasen cuidadosamente y de un modo seguro las puertas y ventanas de la prision, y colocó al rededor de Perez mayor número de alguaciles.

Luego que se hubieron tomado todas estas medidas, Vazquez interrogó dos veces á Perez sobre el asesinato de Escovedo, en los dias 23 y 25 de agosto, y le comunicó los cargos que pesaban sobre él y su mayordomo Martinez, segun resultado de la declaracion de su antiguo paje Enriquez. Perez lo negó todo, y trató con mucha destreza y aplomo de indicar la causa real de la muerte de Escovedo.

Interrogóse á doña Juana Coello, pero sin mayor resultado.

El 25 de agosto, despues del segundo interrogatorio, establecia los cargos resultantes de la instruccion contra Perez y su mayordomo, y les concedia diez y seis dias para responder y justificarse. Don Pedro Escovedo presentó entonces queja formal contra uno y otro. Perez y Martinez nombran sus abogados, y transcurrido el término de los diez dias que se les habia concedido, pidieron y obtuvieron una próroga de ocho mas para presentar sus descargos.

Al mismo tiempo Perez, á quien habian puesto grillos para tener mas segura su persona, presentó caucion suficiente para que se los quitasen, y en 7 de setiembre presentó seis testigos en su defensa, quienes declararon que el secretario y Escovedo eran amigos íntimos, que cuando acaeció el asesinato del segundo, Perez estaba en Alcalá con el marqués de los Velez, y que, segun su conviccion, Antonio Enriquez era un testigo falso y sobornado, pues que se habia vuelto inseparable amigo de los Escovedo. Añadieron que Antonio Perez, en cuya justificacion declararian muchos testigos importantes, era un hombre eminente, buen cristiano, temeroso de Dios y que no habia hecho mal á nadie. Los mismos testigos declararon en pro de la inocencia del mayordomo Martinez.

CAPITULO VII.

El confesor del Rey aconseja á Perez que haga revelaciones.—Instigaciones y promesas de Felipe II para lograr el mismo objeto.—Niégase Antonio Perez.—Desistimiento formal de Pedro Escovedo.—Trama odiosa entre Felipe II y Mateo Vazquez para perder á Perez.—Dirígensele nuevas instancias para que confiese.—Perez sometido al tormento.—Confiesa ser el autor de la muerte de Escovedo.—Sorpresa é indignacion de la corte.—Enfermedad de Perez.—Su fuga de la prision.

A pesar del encono de sus jueces y del odio de sus enemigos, era difícil condenar legalmente á Perez, contra quien solo se levantaba un testigo, y aun este poseido de un sentimiento de venganza y argüido de falso. Así es que Vazquez entabló un nuevo sumario, y se empeñó cual nunca en hacer comparecer al boticario de Aragon y al alférez Juan Rubio.

Por su parte Perez, queriendo aprovecharse de sus ventajas, y temiendo nuevas dilaciones, solicitaba con instancia se fallase la causa y se le pusiese en libertad. Mas á la sazon intervino de nuevo el confesor de Felipe II. En el momento mismo en que las pruebas eran suficientes contra Perez, instó á este á que las completase con sus declaraciones. Para decidirle á ello, expúsole entonces la teoría de que hemos ya hecho mencion acerca de la inocencia é inculpabilidad de los asesinatos mandados por el Rey.

Perez se guardó bien de seguir este consejo, que bajo una apariencia de interés y compasion ocultaba un peligroso lazo, y se negó apoyándose en la voluntad misma del Rey, que le habia escrito.

«No os dé cuidado cuanto hicieren vuestros enemigos, ni me dejeis, que yo no os faltaré, y estad seguro que no podrá la pasion obrar contra vos... y vos habeis de tener por bien que no se entienda que aquella muerte se hizo por mi órden.»

Perez contestó pues al confesor, despues de haber consultado con el cardenal de Toledo, «que condenarse en un caso tan grave, era contra su conciencia, y mas siendo en daño de tantos inocentes, y que declarar lo que su Rey le mandase callar, no era sano consejo... y que por todo, seria mejor que él se concertase con Escovedo.»

Escovedo debia hallarse tanto mas dispuesto á una reconciliacion, cuanto que en once años no habia podido probar perentoria-

mente el crímen de Perez, y que si por otra parte no lo conseguia, se hallaba expuesto á que recayese sobre él un riguroso castigo. Perez, en el momento mismo en que el confesor le sugeria que lo declarase todo, probablemente por órden del Rey con la intencion de perderle en seguida fácilmente, pues se creia que se habia desprendido de los papeles y cartas que podian justificarle, se servia del nombre del Rey para hacer insinuar á Escovedo que renunciase á sus persecuciones y venganzas, á lo cual accedió este mediante la suma de 20,000 ducados.

El 28 de setiembre de 1859, ante el escribano Gaspar Resta firmó una escritura en regla, por la que desistia de todas sus pretensiones y demandas, y solicitó del Rey, de Rodrigo Vazquez, de los alcaldes de corte y otros cualesquiera justicias, dejasen de entender en dicha causa y pusiesen á Perez y Martinez en libertad, declarando que les perdonaba para cumplir como buen cristiano.

La terminacion de este negocio no satisfizo los escrúpulos ó el odio de Rodrigo Vazquez. En lugar de poner á Perez en libertad, lo cual reclamaba este con mas instancias que nunca, escribió á Felipe II: «Que ya que Antonio Perez se libraba, por el concierto con Escovedo de la muerte de su padre, mirase su Majestad que habia corrido mucho haberse cometido aquella muerte por órden suya, y que á su autoridad convenia descubrirse ya, y mandar á Antonio Perez que declarase las cosas y motivos que hubo para hacerse aquel castigo,» y añadia:

«Dase, Señor, á entender Antonio Perez que no está probada la muerte por el proceso (aunque para mí bastase si hubiere de ser juez). Vuestra Majestad me escriba un billete, que yo se le pueda mostrar diciendo: *decid á Antonio Perez que ya sabe, como yo le mandé que hiciese matar á Escovedo por las cosas que él tiene entendidas, que á mi servicio conviene que las declare.*»

Cuando el cardenal de Toledo llegó á tener conocimiento de tan inconcebible proyecto, se apersonó con el confesor de Felipe II y le dijo:

«Señor, ó yo soy loco, ó este negocio es loco. Si el Rey le mandó á Antonio que hiciese matar á Escovedo y él lo confiesa, ¿qué cuenta le pide ni qué cosa? Miráralo entonces y él lo viera, que estotro no era juez en aquel acto, secretario y relator de los despachos que le venian á las manos, y ejecutor de lo que le mandó y encargó como un amigo á otro, etc... Resucítenle quinientos muertos, restitúyanle sus papeles sin haberlos revuelto y releido, y aun entonces no se puede hacer tal.»

Lo que al cardenal de Toledo le parecia insensato lo era realmente, pero por otras muchas razones. ¡Cómo! ¿Felipe II habia ordenado el asesinato, el criminal y el hijo de la víctima se avenian, podia poner término á un proceso cuya acongojadora duracion le habia desazonado muchas veces y cuya escandalosa publicidad podia comprometerle, y no se apresuraba á devolver á Perez la libertad, sofocando finalmente un negocio tan peligroso? ¿Qué interés podia tener en convenir en que él habia dado la órden de un asesinato y en castigar al que lo habia ejecutado? Este modo de obrar no se explicaba mas que por la ceguedad de la pasion y el deseo de venganza.

A la verdad, no pudo solicitarse con otro intento la confesion del crímen aconsejado primeramente por el director de conciencia del Rey y exigido luego por Rodrigo Vazquez. Felipe II creia sin duda que, privado Perez de sus papeles, no podria presentar pruebas de los motivos á que atribuiria el asesinato; que por consiguiente seria fácilmente condenado como falsario ó calumniador de su señor, y que con su muerte terminaria de un modo mas satisfactorio y favorable para él aquel negocio, que no quedando impune: trama abominable que estuvo á pique de envolver y ahogar al culpable pero infortunado Perez.

Para llevar á cabo este plan, Felipe II dió á Rodrigo Vazquez la siguiente órden por escrito:

«Podreis decir á Antonio Perez de mi parte, y si fuere menester enseñándole este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de haber hecho matar á Escovedo, y las causas que me dijo que habia para ello, y porque á mi satisfaccion y la de mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no bastantes, que yo le mando que las diga, y dé particular razon dellas, y muestre, y haga verdad las que aun me dijo, de que vos teneis noticia, porque yo os las he dicho particularmente, para que habiendo yo entendido las que así os dijere y razon que os diere dello, mande ver lo que en todo convendria hacer.»

Habíase redoblado entretanto la vigilancia que se tenia con el preso, mandando á los alguaciles Erizo y Zamora que le custodiasen estrechamente; que no le permitiesen hablar ni comunicar con nadie y que ni aun ellos propios lo hiciesen, bajo pena de la vida.

Enseñóse entonces á Perez la órden del Rey, y aquel contestó:

«Que salvo (como tiene dicho) el acatamiento y reverencia debida al decir de S. M., no tiene que decir mas de lo dicho en sus confesiones que esto que declara: ni sabe de la muerte, ni intervino en ella.»

Al mismo tiempo recusó de nuevo á Rodrigo Vazquez, segun lo tenia ya hecho, como á juez apasionado y hostil. El Rey, para darle una aparente satisfaccion, asoció á Vazquez el licenciado Juan Gomez, individuo de su cámara y consejo.

Los dos pues, en 25, 27 y 28 de enero y 12, 20 y 21 de febrero de 1590, insistieron con Perez para que expusiese los motivos de la muerte de Escovedo, y probase su necesidad. Perez insistió en declarar que nada sabia y que se remitia á sus declaraciones anteriores.

Como á toda costa se queria que confesase el delito, y voluntariamente no podian obtenerlo, trataron de obligarle por fuerza. Rodrigo Vazquez y Juan Gomez ordenaron en 21 de febrero á los alguaciles que custodiaban á Perez, echasen á este una cadena y un par de grillos en los piés. Perez solicitó humilde y vanamente del Rey que se los quitasen, en atencion á que el estado de su salud no le permitia soportarlos.

El 22 de febrero Rodrigo Vazquez y Juan Gomez se trasladaron á su prision, y le intimaron otra vez que respondiese conforme á lo prevenido por el Rey. Perez se negó de nuevo á ello.

Entonces sus jueces le amenazaron con el tormento sin lograr intimidarle. En seguida Vazquez se retiró á un aposento contiguo, y dejó al desgraciado Perez con el licenciado Juan Gomez, el escribano Antonio Martinez y el verdugo Diego Ruiz, y fué sometido por ellos á tan terrible prueba, cuya irritante narracion sacamos del mismo proceso:

«Al instante mismo le replicaron dichos jueces que, persistiendo en todas sus fuerzas y vigor los indicios, le mandaban poner á cuestion de tormento, y si en él muriese ó lesion de algun miembro le sucediese, fuese por su culpa y cargo; y dijo lo que dicho tiene, que por estas dos cosas, la una el ser hidalgo, y la otra el daño y lesion que resultase en su persona, atento á estar tullido de las largas prisiones de once años.

»Los dos jueces le hicieron entonces quitar los grillos y la cadena, ordenándole que prestase juramento y declarase lo que se le

prevenia; mas habiéndose negado á ello Perez, el verdugo Diego Ruiz le quitó los vestidos, dejándole solo los calzoncillos. Retiróse este en seguida, y aquellos le intimaron de nuevo diese cumplimiento á la órden del Rey, conminándole con el tormento *por el cordel*, si así no lo hacia. Repitió de nuevo Perez que se referia á lo que tenia dicho.

»En seguida, habiendo preparado la escalera y aparato del tormento, el verdugo Diego Ruiz cruzóle los brazos uno sobre el otro, y dióle una vuelta de cordel que le hizo arrojar agudos gritos diciendo: ¡*Jesús*! *y que habia de morir en el tormento, y que no tenia que decir, sino morir*. Lo que repitió varias veces, habiéndole llegado á dar hasta cuatro vueltas de cordel: entonces los jueces repitieron su intimacion de que declarase lo que se le habia mandado, á lo que contestó con grandes gritos y exclamaciones:

«*No tengo nada que decir, y vive Dios que estoy manco de un brazo, como saben los médicos*,» y con grandes sollozos añadió: «*Señor, por amor de Dios, que me mancan y que me han mancado la mano, por Dios vivo*,» y luego dijo: «*Señor Juan Gomez, cristiano es: hermano, por amor de Dios, que me matas, que no tengo de decir mas*.

»Los jueces le contestaron que hiciese las declaraciones ordenadas, y no hizo mas que decir:

«*Hermano, que me matas; señor Juan Gomez, por las llagas de Dios, acábenme de una vez; déjenme, que cuanto quisieren diré; por amor de Dios, hermano, que te apiades de mí*.»

»En seguida añadió que le quitasen de como estaba, y que le diesen la ropa, que hablaria, lo cual dijo teniendo ya ocho vueltas de cordel.»

Perez, tan pérfidamente vendido por su soberano, torturado con tanta crueldad por sus jueces, y vencido por el dolor, confesó ser el autor de la muerte de Escovedo, y manifestó las razones de Estado que tuvo para ello, y que ya anteriormente hemos expuesto.

Al dia siguiente de tan dolorosas escenas, habiendo sabido Diego Martinez, este mayordomo tan reservado y tan fiel hasta entonces, que su amo lo habia confesado todo, creyóse dispensado de guardar silencio por mas tiempo, y confirmó por medio de una declaracion circunstanciada el relato que el alférez Antonio Enriquez habia hecho de la muerte de Escovedo.

La caida de Perez era demasiado profunda para que despues de

ella pudiesen conservarle ojeriza los envidiosos, y en su lugar dieron cabida á la piedad.

Sorprendió y aterrorizó á toda la corte el ver aplicar al tormento á una persona de su rango, un ministro, un favorito, un instrumento dócil del Rey, y nadie se consideró ya al abrigo de los mas bárbaros procederes de esa justicia violenta. Empezaba por otra parte á hacerse público que el Rey y Perez habian tenido comun participacion en el hecho, por el cual el uno sufria y el otro ordenaba la tortura. Murmurábase de ello en alta voz, y un elevado personaje exclamó con indignacion:

«¡Traiciones de vasallos á reyes muchas se han visto; pero de rey á vasallo nunca tal!»

En cuanto á Perez, abandonado por sus jueces y por el verdugo, maguilado y quebrantado, hallábase acometido de una ardiente fiebre y de una inquietud de espíritu mas aguda aun que la misma fiebre. Claramente veia la suerte que se le reservaba; tras el tormento la muerte. Sabia que Vazquez habia dicho al Rey que Perez, privado de sus papeles, no podria justificarse, y que así su conducta como sus declaraciones serian calificadas de bellaquerías y falacia.

En tan crítica y apurada situacion, Perez trató decididamente de libertarse por medio de la fuga del ignominioso suplicio que le aguardaba. Mas, ¿cómo lograrlo? Tenia inútiles los dos brazos, estaba enfermo, solo, estrechamente custodiado... Sin embargo, el 27 de febrero solicitó que permitiesen entrar en su habitacion á sus criados para que le asistiesen en su enfermedad.

El 2 de marzo permitieron que entrase á servirle en su encierro una sirvienta elegida por doña Juana de Coello. Agravándose ó pareciéndose agravar la enfermedad, solicitó á mediados de marzo doña Juana, que le permitiesen á ella y á sus hijos asistir á Perez, á fin de que no se muriese sin socorro.

Al principio tuvo que sufrir algunas negativas, mas no desmayó por eso en su propósito, é insistió tanto, que al fin logró le permitiesen comunicarse con su marido á principios de abril. Entonces fué cuando Perez combinó hábilmente los medios de evadirse.

Fingió mas que nunca hallarse postrado por el mal, y el miércoles santo á las nueve de la noche, habiéndose puesto un vestido de su mujer, pasó, merced á este disfraz, por entre los guardias, y salió de su cárcel.

En la parte de afuera le esperaba un amigo suyo, y mas lejos estaba el alferéz Gil de Mesa aguardándole con dos caballos que debian transportarle á Aragon. Apenas habian dado algunos pasos, y antes de reunirse con Mesa, toparon con la justicia que estaba haciendo la ronda. El amigo de Perez, sin turbarse, se paró y habló con ella, mientras Perez permanecia silenciosa y respetuosamente detrás de él como un criado.

Habiéndose felizmente librado de este riesgo, Perez llegó en pocos momentos hasta donde estaba Gil de Mesa, montó á caballo con él, y seguido de un genovés llamado Juan Francisco Mayorini, corrió en posta el espacio de treinta leguas sin detenerse, y puso por fin el pié en Aragon, en donde le esperaba el apoyo de una justicia imparcial, en medio de un pueblo cuyos privilegios le colocaban en una posicion muy independiente, y cuya independencia le comunicaba un elevado orgullo y valor.

CAPITULO VIII.

Antonio Perez en Aragon.—Escribe á Felipe II.—Manda el Rey poner en la cárcel pública á la mujer é hijos de Perez.—Acógese este al fuero de los Manifestados.—Acúsale Felipe II ante el tribunal del Justicia.—Constituciones de Aragon.—Intrigas de Felipe II para apoderarse de Perez.

En cuanto Perez hubo llegado á Aragon, todo cambió de aspecto. La causa dejó de ser ya un proceso misterioso entre dos cómplices, de los cuales el uno oprimia al otro por medio de la misma justicia que obedecia á su poder y á su odio.

Ante el libre y valeroso tribunal de Aragon, la justicia no reconocia diferencia entre el rey y el vasallo. Perez habia expiado en Castilla la parte que habia tomado en el asesinato de Escovedo con la pérdida de su favor, la ruina de su fortuna, su larga prision y con los dolores del tormento. Felipe II iba á expiar la suya en Aragon por la evidencia de su complicidad, la declaracion de sus perfidias y la absolucion de su adversario.

Sin embargo, Perez, al verse libre, estuvo muy lejos de faltar al respeto á su señor ni demostrar una seguridad temeraria. Su deseo era poner término á tan desigual lucha: así es que apenas hubo atravesado la frontera de Castilla, escribió á Felipe II desde Calatayud el 14 de abril una carta llena de sumision y ruego, suplicán-

dole mandase sobreseer en la causa. El mismo dia escribió al confesor Diego de Chaves y al cardenal de Toledo, trasladándoles la carta que dirigia al Rey, y suplicándoles intercediesen en favor suyo.

Felipe II no admitió estas humildes y rendidas proposiciones de paz. La fuga de Perez habia causado una satisfaccion general; hasta el mismo bufon de Felipe II, llamado el tio Martin, que, como todos los de su clase, gozaba del privilegio de hablar libremente de todo á su señor, y de mostrarse sensato pareciendo loco, le dijo delante de toda la corte:

«Señor, ¿quién es este Antonio Perez, que todos se huelgan de que se haya escapado? No debia tener culpa. Holgad vos tambien.»

Mas Felipe II, en lugar de seguir el buen consejo del bufon, extendió la severidad de sus persecuciones hasta la inocente familia de Perez, haciendo prender y encerrar en la cárcel pública á su mujer y á todos sus hijos. Al contar acto tan cruel de iniquidad, vierte Perez palabras llenas de dolor y amargura.

«Las prisiones, dice, y rigores nuevos que se hicieron el dia siguiente de su salida, Jueves Santo (santo el dia, no á lo menos la obra), en las personas de su mujer é hijos, algunos de ellos de tal edad que era menester llevarlos en brazos, fueron lastimosísimos y lastimosísimas las lágrimas y alaridos generales. Debió de convenir, porque no se huyesen aquellos Barbarrojas, aquellos Aluchalys, aquellos hijos, aquel nido de golondrinos, aquella madre que estaba presta para huir en un caballo bárbaro ligerísimo, preñada digo de ocho meses. En tal estado la prendieron á ella y á ellos. Quizás tambien en tal dia, en que se suele otorgar perdon á graves delincuentes, y en la hora de las procesiones de disciplinantes del Jueves Santo, rompiendo por ellos, por las cruces, por todos los pasos de aquella remembranza, porque no faltasen testigos de tan glorioso acto. En fin, fueron llevados madre é hijos á la cárcel pública, merecedoras personas, estado, sexo, edad, culpa de tal lugar y de la compañía que en él suele haber.»

Y mas abajo añade con elocuente energía:

«Delito de que en otros siglos muy rigurosos fueron absueltos los que tenian por fiscal á su príncipe mismo. Que el delito que cometió la mujer en ayudar á su marido á salir de prision, arrastrado tantos años y reducido á tal estado, las leyes natural, divina, humana y las particulares de España le califican... El derecho comun, civil y canónico la absuelve de lo hecho en defensa de su marido. La ley particular del conde Fernan Gonzalez libre la deja. La voz y juicio general de la gente gloria y alabanzas le da. Pues los hijos en su casa, en sus camas, en sus cunas se estaban, probada la coartada de la naturaleza, por esto y por la edad incapaz de tales confianzas. Si no era el hijo que tenia la madre en el vientre, que antes que naciese fué preso, y antes de poder ser delincuente fué castigado y puesto á peligro de la vida y del alma...»

Volviéronse á proseguir prontamente las persecuciones contra Perez y se continuaron con encarnizamiento. Apenas hacia diez horas que habia llegado á Calatayud, cuando llegó la órden de que le cogiesen vivo ó muerto antes de pasar el Ebro; mas esta órden, que Felipe no pudo dar hasta el dia siguiente, llegó demasiado tarde. Perez se habia metido con su compañero Mayorini en el convento de los dominicos, dedicado á San Pedro Mártir, como en un asilo seguro. Fuéle allí á buscar y declarar prisionero en nombre del Rey el gentil-hombre don Manuel Zapata, caballero de Calatayud.

Perdido estaba Perez si el fiscal de Felipe II en Aragon se apoderaba de su persona para hacerle comparecer ante la Audiencia ó justicia real: así es que, á fin de evitar este peligro, Gil de Mesa se habia trasladado apresuradamente á Zaragoza, é invocado allí á favor de Perez y Mayorini el privilegio de los *manifestados*, privilegio que con arreglo á los fueros, debia colocarlos bajo la jurisdiccion del tribunal supremo de Justicia Mayor de Aragon.

Así es que mientras por un lado el teniente de gobernador de Aragon acudia á Calatayud y trataba de sacar á los refugiados del monasterio para conducirlos ante la primera de dichas jurisdicciones, por otro se habia trasladado tambien á aquel punto don Juan de Luna, baron de Purroy, con cincuenta arcabuceros, para ponerlos bajo la proteccion de la segunda. Auxiliado don Juan de Luna por el pueblo de Calatayud, que se sublevó en nombre de sus libertades, condujo á Perez y Mayorini á la prision llamada del *Fuero*, de Zaragoza.

Felipe II presentó entonces querella en forma contra Perez, y le acusó: 1.° de haber hecho matar á Escovedo, sirviéndose falsamente de su nombre: 2.° de haber hecho traicion á su Rey, divulgando los secretos de Estado y alterando los despachos: 3.° de haberse evadido.

Conocida es la Constitucion de Aragon y la forma singularmente

independiente que la justicia habia conservado en aquel reino. Acostumbrados á gozar de aquella libertad bajo sus príncipes nacionales, los aragoneses habian vigilado aun con mas atenta solicitud la conservacion de sus antiguos privilegios, desde que á principios de aquel siglo habian pasado al dominio de los reyes de Castilla, quienes no tomaban el título de reyes de Aragon hasta haber jurado solemnemente los fueros de aquel reino.

La violacion de los fueros por parte del Rey autorizaba la sublevacion de sus vasallos, que pronunciaban entonces el grito de ¡*Contra fuero*! grito, dice el historiador Herrera, que levantaba hasta las piedras en Aragon. Y aun su inobservancia podia determinar la destitucion misma del soberano.

A pesar de todo su poder, Carlos V y Felipe II no se habian atrevido á violar la Constitucion de este orgulloso y valiente pueblo. Habian tenido que elegir entre los aragoneses, así el virey, en quien delegaban su autoridad, como los demás agentes de la corona. Ningun soldado extranjero podia entrar en territorio aragonés. El pais tenia su milicia, se imponia sus pechos, se gobernaba, se administraba y se juzgaba á sí mismo.

La justicia, esa primera necesidad de las sociedades, tan tardíamente satisfecha, estaba organizada en Aragon de una manera que ofrecia mas garantías que en otra parte alguna. Como en los otros reinos de España, habia jueces reales y jueces eclesiásticos; pero estos magistrados particulares estaban colocados bajo la vigilancia y suprema autoridad del *Justicia Mayor*, magistrado elegido de entre la nobleza de segundo órden y encargado de proteger al pueblo y sostener sus derechos. Todo ciudadano de Aragon podia apelar á su tribunal: en seguida quedaban en suspension los poderes de todos los demás; el Justicia Mayor sobreseia la ejecucion de sus sentencias, las revisaba asistido de sus cinco lugar-tenientes, las anulaba en el caso de considerarlas contrarias á los privilegios del reino y levantaba al prisionero la pena que se le habia impuesto.

Su procedimiento era público, su modo de informacion excluia la tortura y cualquier otro medio violento; su prision llevaba el bello nombre de *Manifestacion* ó de *Libertad*, y su autoridad era objeto de un culto respetuoso, inmemorial y en cierto modo apasionado. Verdad es que el Rey nombraba al Justicia Mayor: pero no podia destituir á este fuerte y temible defensor de la Constitucion aragonesa, que tenia el derecho de hacer un llamamiento á las armas contra el Rey mismo si atentaba á la Constitucion. Custodio de los fueros, el Justicia mayor dependia solo de las cortes, cuya asamblea, investido de todos los poderes de la nacion, podia suspenderle en sus funciones, si las llenaba con debilidad, tibieza ó perfidia.

Bajo la égida tutelar de esta magistratura, ejercida entonces por don Juan de Lanuza, se encontró pues colocado Perez al llegar á Zaragoza. Habia á la sazon en esta ciudad un comisario de Felipe II, don Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara, encargado de dar ensanche á la autoridad de su señor. No contento con haber establecido en Madrid el Consejo supremo de Aragon, para dirigir con su auxilio los asuntos generales de aquel reino, tenia Felipe II la pretension de elegir y enviar á Zaragoza en calidad de virey la persona que bien le pareciese, sin estar precisamente sujeto á nombrar un aragonés. El marqués de Almenara, encargado de sostener esta pretension ante el tribunal del Justicia, fué quien recibió todas las deposiciones y piezas que acriminaban á Perez, y con ellas la órden de perseguirle, de concierto con el fiscal, ante la justicia aragonesa.

Como aun podia detenerse el curso de la causa, Perez invocó de nuevo la misericordia real, en términos respetuosos, pero que dejaban traslucir cierto tono de amenaza. Con este objeto escribió en 8 y 10 de marzo al confesor del Rey. Despues de haberse quejado de las persecuciones de que habia sido blanco por espacio de once años; despues de recordar todas las promesas que Felipe II y fray Diego de Chaves le habian hecho, ya á él, ya á su esposa, para conseguir que no se justificase y entregase sus papeles, ninguna de las cuales fué cumplida; despues de haber anunciado que no era posible dejarse así confundir en silencio, advertia que aunque creyese haberle privado de todos los medios de justificarse, conservaba aun en su poder bastantes documentos auténticos para lograrlo del modo mas completo.

Estas cartas quedaron sin respuesta. Los que guardaban en Madrid tan profundo silencio, obraban por caminos subterráneos en Zaragoza. Por órden del Rey, el marqués de Almenara ponia en juego todas las intrigas imaginables para apoderarse de Perez y enviarle á Castilla; mas todos sus esfuerzos se estrellaron ante la lealtad aragonesa.

CAPITULO IX.

Mensaje de Antonio Perez á Felipe II.—Sentencia publicada en Madrid contra Perez.—Memorial dirigido por Perez á sus jueces.—Felipe II desiste de su acusacion.—Perez es absuelto por el tribunal del Justicia.—Nuevas [acusaciones.—Perez acusado por hereje ante la Inquisicion.—Calificaciones del confesor del Rey.

Creyendo Perez que no le contestaban de Madrid, porque no le juzgaban en posicion de defenderse, justificarse y comprometer al Rey, procuró probar que no era así y escribió á Felipe II en 10 de junio lo siguiente:

«Como esta causa se va poniendo muy adelante y en necesidad de llegar á descargos vivos, por tratarse de la honra de mis padres é hijos y mia, he querido hacer de nuevo advertimiento á V. M. de lo que me parece que mucho conviene. Y por ser de la calidad que son estas materias, he procurado no fiar de papel solo la informacion de V. M. sobre ellas, y tambien porque con relacion de voz viva sea V. M. mejor informado.»

En su consecuencia, envió á Felipe II al padre Prior de Gotor, á quien habia enseñado bajo secreto religioso todos los papeles que tenia en su poder, poniéndole de manifiesto los billetes escritos de mano del Rey que le autorizaban á corresponderse con don Juan de Austria y con Escovedo sobre los asuntos mas reservados de Estado, á alterar sus despachos, á esterilizar sus proyectos por medio del asesinato de Escovedo y á soportar las persecuciones que esta muerte habia suscitado contra él, sin declarar cosa alguna ni quejarse. Dióle copia de la mayor parte de estos documentos, así como de las cartas tan claramente significativas de Diego de Chaves; y además le remitió instrucciones muy detalladas acerca de cuanto debia exponer, para que se abandonase la triple acusacion de traicion, asesinato y evasion que se habia intentado contra él.

El Prior de Gotor cumplió eficazmente su encargo. Felipe II le concedió dos ó tres audiencias, se enteró de los documentos indicados, y se mostró complacido del servicio que se le hacia con semejante aviso. Mas por una de esas contradicciones tan conformes al carácter falaz de Felipe II, lejos de mostrar con Perez una prudente clemencia, hizo publicar contra él, á los pocos dias, la siguiente sentencia:

«En la villa de Madrid y corte de S. M. el rey nuestro señor don

Felipe II (Q. D. G.), á primero dia del mes de julio del año 1590, los señores Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del consejo de Hacienda y el licenciado Juan Gomez del Consejo y cámara de S. M, visto el proceso y causa de Antonio Perez que fué secretario del Despacho universal de S. M., dijeron: que, por la culpa que de todo ello resulta, lo debian de condenar y condenaban en pena de muerte natural de horca, y que primero sea arrastrado por las calles públicas en la forma acostumbrada, y despues de muerto, le sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero, y sea puesta en un lugar público, y como cual pareciere á los dichos señores jueces, y dél nadie sea osado á quitarle so pena de muerte; condenáronle en pedimento de todos sus bienes, que aplicaron para la cámara y fisco de S. M., por los gastos causados por su persona y proceso. Y así lo pronunciaron, ordenaron y firmaron, el licenciado Rodrigo Vazquez, y el licenciado Juan Gomez.»

A pesar de la sentencia dada en Madrid, la causa siguió su curso en Zaragoza. Reducido al extremo de justificarse, dirigió Perez á sus jueces de Aragon su famoso *Memorial del hecho de su causa*, en el que refirió todo lo acaecido, apoyando su defensa en los billetes originales del Rey y cartas del confesor, que produjo ante aquellos.

Alarmado entonces Felipe II por el giro que tomaba aquel asunto, hizo pedir á Micer Bautista, juez relator que era de la causa, un sumario del proceso y su parecer sobre el mismo. Micer Bautista se lo remitió, manifestándole que, segun su opinion, Perez quedaria absuelto de todos los cargos que se le hacian. Entonces Felipe II dió de repente su desistimiento de la acusacion intentada en su nombre contra Perez.

En este curioso documento, que lleva la fecha de 20 de setiembre, dice el Rey para esplicar su renuncia y atenuar el efecto de las anonadoras revelaciones de Perez:

«Así como Antonio Perez ha dado publicidad á su defensa, podria darse tambien á las refutaciones de ella, y entonces no habria duda alguna sobre la gravedad de sus crímenes, ni dificultad en condenarle por ellos. Aun cuando en esta circunstancia, como en todas las demás, lleve siempre por norte el interés general, que busco y procuro, y aun cuando la larga prision de Perez y la marcha de su proceso no hayan reconocido otra causa que esta; sin embargo, como aquel, temiendo su éxito y abusando de su posicion, se

defiende de manera que para responderle seria necesario tocar á negocios mas graves de los que deben figurar en un proceso público, á secretos que no conviene ocupen lugar en ellos, y á personas cuya reputacion y decoro se debe estimar en más que la condenacion de Antonio Perez, he tenido por menor inconveniente dejar de perseguirle ante el tribunal del Justicia mayor de Aragon, que llegará los puntos arriba mencionados. Pero mi justicia es conocida, y aseguro que los delitos de Antonio Perez son tan grandes cuanto nunca vasallo los hizo contra su rey y señor; tanto por las circunstancias que les han acompañado, como por la coyuntura, tiempo y forma de cometerlos... De manera que, á pesar de la renuncia que hago de la acusacion criminal intentada en mi nombre contra Perez, entiendo y quiero queden salvos é ilesos todos cuantos derechos me pertenezcan y puedan pertenecer, para que en el caso y forma que estime conveniente pueda pedirle cuenta y razon de dichos delitos.»

Perez fué absuelto por el tribunal del Justicia mayor de Aragon; mas no por eso se abandonó toda esperanza: cinco dias despues del desistimiento de Felipe II se presentó nueva acusacion contra Perez, intentando se le condenase por el delito de haber envenenado al astrólogo Pedro de la Hera y á Rodrigo Morgado; pero por las declaraciones de los médicos y á pesar de las falsas deposiciones de algunos testigos, quedó probado que uno y otro habian muerto naturalmente y de enfermedad conocida. Desistióse pues de esta acusacion y se recurrió á otra.

El Rey, por un juicio de *informacion*, del todo semejante al de visita, vigente en Castilla, tenia el derecho de perseguir en Aragon á aquellos de sus oficiales que le hubiesen servido mal, sin que les fuese dable invocar el privilegio del fuero aragonés. El marqués de Almenara entabló pues bajo este concepto un proceso contra Perez, á quien acusó de corrupcion, solicitando del Justicia Mayor de Aragon le fuese entregado como oficial del Rey.

Poco le costó á Perez probar que, para ser exceptuado del privilegio de los fueros, era preciso haber sido oficial del rey en Aragon, y él solo habia estado empleado en los negocios y reino de Castilla, que por consiguiente, no debia ser entregado á la justicia arbitraria de la corona, sino permanecer bajo la protecion de la justicia aragonesa, y añadió que en las mismas cartas originales del Rey tenia medio de justificarse sobre este punto. El proyecto de conde-

nacion por via de *informacion* frustróse como habia sucedido á los de asesinato, traicion y envenenamiento. Perez pidió que se le pusiese en libertad, cuando menos bajo caucion: por consiguiente, Felipe II veia que su víctima iba á escapársele de un monumento á otro.

En tan apurado trance para la venganza de Felipe, acudió este á su recurso supremo, esgrimió su terrible arma, llamó en su ayuda al tribunal de la Inquisicion. Con la elasticidad de interpretacion y el modo de proceder misterioso del Santo Oficio, no era difícil establecer el crímen de herejía. Llevado de la amargura de sus pesares, é impaciente por sus interminables desdichas, Perez habia soltado, delante de personas que creia amigas, algunas palabras inconsideradas, que probaban la desesperacion de que estaba poseido. Además habia pensado, en union con su compañero de cautiverio Juan Francisco Mayorini, sustraerse por medio de una nueva fuga á las persecuciones violentas y obstinadas, cuyo éxito no podia menos de atemorizarle; debiendo dirigirse esta vez á Francia ú Holanda.

Esto bastaba. No habia duda que habia tenido poco comedimiento en sus palabras, por consiguiente tenia tambien poca religion, queria irse á un pais en donde habia herejes, luego era hereje. Tal fué exactamente el modo de raciocinar de la Inquisicion.

El marqués de Almenara habia seducido á Diego Bustamante, que estaba sirviendo á Perez hacia diez y ocho años, y á Juan de Basante, profesor de gramática latina y griega en Zaragoza, que le visitaba casi diariamente en su cárcel. Descansando en la fidelidad del uno y en la amistad del otro, Perez, que por otra parte era ya naturalmente asaz indiscreto de sí, no se habia contenido, ni habia disimulado nada delante de ellos.

Estos fueron quienes denunciaron secretamente sus palabras y proyectos á uno de los inquisidores de Zaragoza, el licenciado Molina de Medrano, que de acuerdo con el marqués de Almenara, instruyó este procedimiento, mientras se debatia entre el fiscal del Rey y Perez la última cuestion de que hemos hablado, sobre si debia considerarse ó no exento del fuero.

El inquisidor Molina de Medrano oyó además á Juan Luis de Luna, Anton de la Almenia y otros seis testigos. Cuando estuvo terminada la sumaria del tribunal del Santo Oficio de Zaragoza la envió al supremo de igual clase de Madrid. El inquisidor general don

Gaspar de Quiroga la pasó al confesor de Felipe II, fray Diego de Chaves, para que diese su parecer sobre ella en calidad de comisario calificador. Vamos á manifestar el modo como este casuista calificó las palabras de Perez, á fin de auxiliar con su peso las pasiones de su señor.

«Con arreglo á la órden del muy ilustre cardenal de Toledo, inquisidor general, se me ha pasado, por conducto del licenciado fiscal de la Santa Inquisicion general, una copia auténtica de ciertos artículos adicionales que han sido extractados del proceso de informacion sustanciado contra Antonio Perez, secretario de S. M., así como las deposiciones de varios testigos relativas al mismo, con el objeto de que lo leyese y examinase todo, para dar luego mi parecer. Despues de una entretenida y rigurosa dilucidacion, he notado las proposiciones siguientes.

»Diciéndole una persona al dicho Antonio Perez que no dijese mal del señor don Juan de Austria, respondió: «Bueno es que, despues que el Rey me ha hecho el reproche de que desfiguraba el sentido de las cartas que escribia, y que vendia los secretos del Consejo, repare yo en honra de nadie para mostrar mi descargo, que *si Dios padre se atravesara en medio, le llevara las narices*, á que cualquiera en el mundo vea cuán poco leal caballero se ha mostrado el rey conmigo.—Calificacion. Esta proposicion, cuanto á lo que dice que si Dios padre se atravesara en medio le llevara las narices, es proposicion blasfema, escandalosa, *piarum aurium offensiva, et ut jacet, est suspecta de haeresi vadianorum, dicentium Deum esse corporeum et habere membra humana.* Ni se puede excusar con decir que Cristo tiene cuerpo y narices despues que se hizo hombre; porque consta que se habla á cuenta de la primera persona de la Trinidad, que es padre.

»El mismo Antonio Perez dijo: *Muy al cabo traigo la fé. Parece que duerme Dios en estos mis negocios, y si Dios no hiciese milagro en ellos, estaria cerca de perder la fé.*—Calilicacion. Esta proposicion es escandalosa *et piarum aurium offensiva*, porque parece que dice de Dios que duerme en sus negocios, como si él fuese inocente y sin culpa, un hombre jurídicamente atormentado y condenado á muerte y acusado de grandísimos delitos.

»En uno de aquellos momentos en que Perez estaba irritado por el pesar y la inquietud, al saber lo que su mujer é hijos tenian que sufrir, dijo: *Duerme Dios, Dios duerme, debe ser burla todo esto que nos dicen de que hay Dios, no debe de haber Dios.*—Calificacion. Esta proposicion, cuanto á lo que dice y repite que duerme Dios, junto á las partes siguientes, *est suspecta de haeresi, quasi Deus non habeat curam rerum humanorum quam sacrae litterae et catholica ecclesia docent.* Cuanto á las otras dos partes de la proposicion, la primera: *Debe ser burla todo esto que nos dicen de que hay Dios...* son partes heréticas, porque cuanto le pudiésemos mucho excusar y decir que lo dice dudando, *dubius in fide infidelis est*, porque el que duda de una cosa no cree ni el sí ni el no, y el hombre está obligado á creer positivamente los dichos, y no creyéndolos no es cristiano, y el que duda, como he dicho, no cree.

»Lleno Perez de cólera al ver el modo injusto, segun él, con que se le trataba, y la parte que tomaban en esta persecucion personas que suponia tener muchas y grandes razones para obrar de otro modo, y que sin embargo no por eso dejaban de disfrutar del aprecio hijo de una conducta sin tacha, exclamó: ¡*Oh! reniego de la leche que mamé; y esto es ser católicos. Descreeria de Dios si esto se pasase así.*—Calificacion. Esta proposicion cuanto á lo que dice: *Descreeria de Dios si esto se pasase así*, es proposicion blasfema, escandalosa.»

De este modo se fundaban casi todos los procesos en el tribunal de la Santa Inquisicion.

CAPITULO X.

Decreto de prision contra Perez y Mayorini por los inquisidores.—El Justicia Mayor manda entregar el preso.—Motin en Zaragoza.—Los amotinados sitian la casa del marqués de Almenara.—Resistencia del marqués.—Mándale prender el Justicia.—Muerte del marqués de Almenara.

La censura que hemos copiado en el capítulo anterior, la cual contenia tambien un párrafo contra Juan Francisco Mayorini, fué firmada el 4 de mayo de 1591 por fray Diego de Chaves, y comunicada al Supremo Consejo de la Inquisicion.

El 21, el inquisidor don Gaspar de Quiroga y los tres licenciados don Francisco de Avila, don Juan de Zuñiga y Gil de Quiñones decidieron que Perez y Mayorini fuesen conducidos á las cárceles secretas de la Inquisicion, para que se instruyesen allí sus procesos

en forma. Este decreto del Supremo Consejo fué llevado por un correo de Madrid á Zaragoza en dos dias.

Los inquisidores Molina de Medrano, Hurtado de Mendoza y Morejon lo recibieron el 23 de mayo, y el 24 siguiente por la mañana dieron desde el castillo de la Aljafería, en que residia su tribunal, el decreto que sigue:

«Nos, los inquisidores contra la herética pravedad y apostasía en el reino de Aragon, inclusa la ciudad y obispado de Lérida: mandamos á vos, Alonso de Herrera y Guzman, alguacil deste Santo Oficio, que luego de recibida esta órden, vayais á la presente ciudad de Zaragoza y á todas y cualquier otras partes donde fuere necesario, y prendais el cuerpo de Antonio Perez, secretario que fué del Rey nuestro Señor, donde quiera que le halláredes, aunque sea en iglesias, monasterios, ú otro lugar sagrado, fuerte, privilegiado; y así preso y á buen recaudo le traed á las cárceles deste Santo Oficio, y le entregad al alcaide dellas, al cual mandamos lo reciba de vos por ante uno de los notarios del secreto... Dado en el palacio real de la Aljafería de la ciudad de Zaragoza. Licenciado Molina de Medrano, Dr. Antonio Morejon, Ldo. Hurtado de Mendoza.»

El alguacil Alonso de Herrera, provisto de otro decreto igual contra Mayorini, presentóse acompañado de ocho familiares de la Inquisicion, en la cárcel de los Manifestados; mas negáronse en ella á entregarle los prisioneros, alegando las disposiciones formales de los fueros. Instruidos de esta negativa, los tres inquisidores entregaron al alguacil una órden directa y del todo perentoria, dirigida á los mismos lugartenientes del Justicia mayor, que decia:

»Prescribímosle en virtud de la santa obediencia, bajo pena de excomunion mayor, de una multa de tres mil ducados por cada uno de ellos, y demás penas reservadas, que dentro el tiempo de tres horas dén y entreguen ó manden entregar realmente á nuestro alguacil las personas de los dichos Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini, para que los traiga á estas cárceles; *no embargante cualquier pretensa manifestacion de sus personas* hecha y proveida, que no *puede* impedir lo sobredicho, ni ha lugar en cosas tocantes y pertenecientes á la fe, como estas son, y mandamos *revocar y anular la dicha manifestacion*, como provision que impide el libre y recto uso y ejercicio del Santo Oficio y notificar la dicha revocacion á todos los oficiales de su corte.»

Esta órden fué llevada entre ocho y nueve de la mañana á don

Juan de Lanuza, que se hallaba ya en la sala del Consejo con sus cinco lugartenientes. El Justicia Mayor habia tenido aquella misma noche una entrevista secreta con el marqués de Almenara, que le habia decidido á doblegarse dócilmente á la voluntad de Felipe II. Esta fué la razon por que, despues de haber consultado á sus lugartenientes, determinó ceder á las demandas de la Inquisicion.

En su consecuencia, envió al secretario Lancemon de Sola, al macero Mateo Ferrer y al escribano de la causa Mendibe á la cárcel de los Manifestados, para que sacasen de ella á Perez y Mayorini y los entregaran al alguacil del Santo Oficio. Todo se ejecutó por de pronto tal cual se habia prevenido. Tomóse inventario, segun costumbre, de los efectos de Perez; colocáronle en seguida en un coche con Mayorini, y los trasportaron á uno y otro á la Aljafería.

A pesar de la diligencia y misterio con que los inquisidores habian reclamado y el Justicia Mayor entregado los prisioneros, la noticia de esta extradicion, que parecia contraria á los privilegios del reino, se divulgó pronto por la ciudad, conmoviendo á sus habitantes. Perez tenia conocimiento de cuanto pasaba en el tribunal del Santo Oficio por medio de Francisco Vallés, que era uno de los secretarios y le debia su cargo. El inquisidor Morejon, que ante todo era buen aragonés, propendia tambien en su apoyo.

Instruido pues de cuanto se tramaba, Perez habia tenido cuidado de avisar á sus partidarios. Los principales miembros de la nobleza se habian declarado en su favor, considerando que en la proteccion de la persona de Perez estribaba la salvaguardia de sus instituciones. Tres de ellos, los mas resueltos, don Martin de Lanuza, don Pedro de Bolea y don Iban Coscon, que visitaban con mucha frecuencia á Perez en su encierro, se presentaron en la plaza del Mercado, donde estaba situada la cárcel de los Manifestados, mientras se ejecutaba la extradicion de los presos.

Preguntaron á uno de los familiares, qué era lo que iban á hacer, y este les contestó, que se fuesen con Dios, que no era cosa que á ellos les importase. Dirigiéndose entonces al alcaide de la cárcel, le afearon el que permitiese salir los presos manifestados. El alcaide les contestó que obraba por órden de los señores del Consejo del Justicia de Aragon, quienes habian dado esta órden en virtud de un mandato de los inquisidores.

En el mismo instante, seguidos del pueblo que se habia reunido en la plaza del Mercado, se trasladaron al palacio del Justicia Ma-

yor, entraron tumultuosamente en la sala del Consejo, cogieron por la mano á don Juan de Lanuza, y acusándole de violar sus fueros, intimáronle con altivez y cólera que revocase la órden de extradicion que habia dado.

El Justicia Mayor les contestó que en ello se habia conformado á los fueros que no le permitian guardar prisioneros perseguidos en materias de fe, y les rogó que se sosegasen y retirasen. Entonces bajaron á la sala de la Diputacion, y arrastraron á algunos diputados ante el Justicia para que le hiciesen las mismas reclamaciones. Estos lo verificaron así; mas el Justicia Mayor les expuso idénticas razones y se dieron por satisfechos.

Viendo don Martin de Lanuza y sus amigos que no lograban de los magistrados que revocasen la extradicion, trataron de recurrir al pueblo. Con este fin salieron del palacio gritando: ¡*Contra fuero*! ¡*viva la libertad*! ¡*ayuda á la libertad*!

A tales gritos y al toque de rebato que hizo sonar el prior de la Seu, estalló en Zaragoza una vasta insurreccion. En pocos momentos se reunió una multitud de gente armada. Parte de ella, llevando á su cabeza á don Antonio Ferris, á don Pedro de Sese, á don Francisco de la Caballería, á don Miguel Torres, á Gil de Mesa, se dirigió hácia el palacio de la Inquisicion. La restante, acaudillada por don Diego de Heredia, don Martin de Lanuza, don Iban Coscon, don Pedro de Bolea y don Juan de Aragon, marchó á la morada del marqués de Almenara, á quien se atribuia la prision de Perez, y se acusaba de haber urdido un complot contra los fueros.

Al ver llegar aquel tropel furioso, que gritaba: ¡*Viva la libertad*! ¡*Mueran los traidores*! los criados del marqués cerraron las puertas de la casa y se armaron. Los insurrectos, despues de haber probado hundirlas, aunque en vano, á pedradas, tiros y porrazos, imaginaron para hacérselas abrir un artificio que debió surtirles buen efecto. Uno de entre ellos, llamado Gaspar Burces, supuso que su primo hermano Domingo Burces, que se hallaba en América, estaba encerrado contra las leyes del reino en casa del marqués. Haciendo convertir contra este el derecho cuya violacion ocasionaba aquel levantamiento, fué á pedir y obtuvo una órden de *manifestacion* para su primo.

La posicion del marqués era crítica: si no prestaba obediencia, era un rebelde para con la justicia de Aragon, y si lo hacia estaba per-

dido. Mas en aquel momento temió mucho menos desobedecer las leyes, que ponerse á merced del pueblo. Se negó pues á abrir, y envió á avisar al Justicia Mayor del peligro en que se hallaba, y pedirle auxilio.

El Justicia Mayor, acompañado de sus asesores y precedido por sus maceros, se trasladó apresuradamente á la casa del marqués, al través de las oleadas de los revoltosos, y entró en ella con Burces, dejando á la puerta para que vedase su ingreso al asesor Chalez, que era mas antiguo de su Consejo.

Mientras que Burces buscaba á su primo, que no debia hallar, los nobles y caballeros que habian fomentado la insurreccion intimaron al asesor Chalez hiciese arrestar al marqués por el Justicia Mayor, so pena de ser considerados y perseguidos ellos y él como traidores.

Testigo Chalez de su furor é intimidado por sus amenazas, llamó al Justicia Mayor desde afuera, haciéndole salir á la ventana, y le requirió en nombre del pueblo ó que pusiese preso al marqués. A estas palabras, los amotinados dieron el grito de ¡*Viva la libertad*! El Justicia Mayor les dijo que no podian proferir este grito sin haberlo hecho antes él, y les mandó que se retirasen, pues de lo contrario mandaria apuntar sus nombres por el notario y los declararia por rebeldes y comuneros.

Pero lejos de obedecerle, ahogaron su voz con gritos mas fuertes aun de ¡*Viva la libertad*! al que añadieron el de ¡*Mueran los traidores*! acompañado de algunos tiros de arcabuz. Turbado don Juan de Lanuza, y cediendo á las exigencias del pueblo, como habia cedido antes á los deseos del Rey, fué á proponer al marqués se dejase conducir á la cárcel para sofocar un movimiento tan temible. El marqués se resistió á ello.

Entonces el Justicia Mayor volvió á salir á la ventana para ver si lograba hacer ceder al pueblo, que batia en brecha la puerta con una viga y exigia aun mas imperiosamente el arresto del marqués y de su criado.

—Pues bien, dijo entonces el Justicia: ¿me dais vuestra palabra de caballeros, hidalgos y hombres honrados, de que si les hago salir no sufrirán insulto alguno sus personas?

—Sí, sí, contestaron ellos.

Entonces don Juan de Lanuza volvió de nuevo al aposento del marqués, á quien encontró no menos obstinado en su negativa; vis-

to lo cual, le mandó que le siguiese en nombre del Rey y para el bien y sosiego de aquel reino.

En el momento mismo en que iba á salir, se precipitaba en las escaleras el pueblo, despues de haber echado abajo las puertas. A pesar de su desenfreno, respetó al principio al marqués, que colocado entre el Justicia Mayor y el asesor Torralba, atravesó por entre sus filas sin recibir ultraje alguno.

El séquito, que cerraban el secretario, el mayordomo y el jefe de los criados del marqués, rodeados de los otros lugartenientes del Justicia Mayor, siguió andando un cierto espacio. Mas al cabo de un rato, empezaron á oirse á su paso los nombres de traidor, de renegado, de perturbador del reino. Al llegar el acompañamiento delante de la Seu, Diego de Heredia y Pedro de Bolea dijeron á los suyos: ¡*Muera*, cuerpo de Dios, muera!!!

En seguida los mas furiosos de los sublevados se precipitaron sobre el marqués, echáronle al suelo, le quitaron la gorra y capa con que procuraba cubrirse la cabeza y la parte superior del cuerpo, y le hirieron gravemente. Recibió tres navajazos en la cabeza, uno en la mano, con que sostenia la espada, que soltó, y hubiera sido degollado, á no haberle levantado y defendido algunos caballeros. Sus criados fueron casi tan maltratados como él.

Se conceptuó muy peligroso conducirle hasta la cárcel de la Manifestacion, y lo dejaron magullado y ensangrentado en la prision vieja, al pasar por delante de ella, en la que murió quince dias despues de resultas de sus heridas.

CAPITULO XI.

El pueblo amenaza con pegar fuego al palacio de la Inquisicion.—Los inquisidores entregan los presos Perez y Mayorini.—Trasládanse los presos al palacio de la Inquisicion.—Negociaciones entre Felipe II y los aragoneses.—Trátase de convencer á Perez para que se someta al Santo Oficio.—Tentativas de evasion.—El tribunal de Justicia decreta la extradicion de Antonio Perez.—Amotínase el pueblo y salva á Antonio Perez.—Refúgiase este en los Pirineos.—Vuelve á Zaragoza.

Mientras tenian lugar en Zaragoza los acontecimientos referidos en el capítulo anterior, la otra banda de insurgentes que habia salido de la ciudad y dirigídose á la Aljafería, exigia á los inquisidores con grandes gritos los prisioneros. Encerrados aquellos en su

castillo, que era muy fuerte, no pensaba en modo alguno ceder á esta peticion de revoltosos.

Para obligarles á ello, don Pedro de Sesse habia hecho conducir muchas carretadas de leña, con el intento de pegar fuego á la Aljafería, y los insurgentes, que se estrechaban al rededor del palacio del Santo Oficio, gritaban:

«Hipócritas castellanos, devolved á los prisioneros su libertad, ó vais á morir en las llamas como haceis vosotros con los demás.»

Entonces fué cuando el virey don Jaime Jimeno, conmovido y aterrorizado por esta sublevacion, trasladóse al palacio de la Inquisicion en compañía del doctor Monreal, oficial del arzobispo de Zaragoza Bobadilla. Los insurgentes rodearon su coche y le dijeron con tono amenazador é imperioso:

—Virey, hacednos justicia, y guardad nuestras libertades.

—Fiad, hijos, les contestó, que yo os haré justicia y guardaré vuestros fueros y libertades.

Efectivamente, instó á los inquisidores á que devolviesen los presos. El arzobispo Bobadilla les escribia por su parte:

«La casa del marqués la están combatiendo, y no veo otro remedio, para que no peligren sus personas, sino que Vs. Ms. vuelvan á Antonio Perez á la cárcel de los Manifestados, que en entendiendo el pueblo lo que es, se podrá tornar á cobrar.»

Los inquisidores Hurtado de Mendoza y Morejon se mostraban al parecer dispuestos á acceder á la peticion que el feroz Molina de Medrano rechazó como una debilidad indigna de los ministros de la Religion y de los custodios de la fe.

Decidióse pues guardar los presos; mas el riesgo se hizo cada vez mas inminente, y los condes de Aranda y de Morata llegaron á la Aljafería, para conjurar á los inquisidores á que accediesen á los deseos del pueblo. Al mismo tiempo les envió el arzobispo otro billete mas urgente que el primero, y les hizo decir que las cosas iban empeorándose, que los sublevados aguardaban la noche para pegar fuego al arzobispado, á la casa del Justicia mayor y á la Aljafería, y entregarse á irreparables desórdenes, si no se les entregaba á Perez.

Los inquisidores deliberaban sin resolver, cuando Juan Paternoy les llevó de parte del arzobispo un tercer billete, muy lacónico, concebido en estos términos:

«El volver á Antonio Perez es tan fuerza como se cree sin mas

dilacion; vuestras mercedes le vuelvan con seguridad que entre en la cárcel de los Manifestados.»

Al mismo tiempo les noticiaba que el pueblo se habia apoderado del marqués de Almenara y le habia herido.

Esta vez cedió Molina en su obstinacion, y Perez y Mayorini fueron puestos en manos del virey y de los condes de Aranda y de Morata. Mas, al desprenderse de ellos, no renunciaron los inquisidores sus pretensiones judiciales, y recomendaron que se les guardase con vigilancia, y que la cárcel del reino hiciese para ellos veces de la del Santo Oficio.

En cuanto el pueblo avistó á los prisioneros, despidió un gran grito de alegría. Colocáronlos en un coche; mas como Perez no estaba al alcance de todas las miradas, el virey le dijo que se pusiese en pié á fin de que todos pudiesen verle y asegurarse de que estaba allí.

La traslacion de la Aljafería á la cárcel de los Manifestados fué para Perez una verdadera marcha triunfal. Seguíale la muchedumbre mostrando su contento: estrechábanse á su alrededor y le gritaban:

«Señor Antonio Perez, cuando estuviéreis en la cárcel, tres veces al dia os poned en la ventana para que os veamos, porque no nos hagan algun agravio, de suerte que se quiebren las nuestras libertades.»

En cuanto se hubo puesto de nuevo, Perez, bajo la custodia del Justicia Mayor, la insurreccion se apaciguó.

La victoria alcanzada sobre la Inquisicion por el pueblo zaragozano, en 24 de mayo de 1591, no podia considerarse como decisiva. Felipe II, que por un momento habia vuelto á apoderarse de la persona de Perez, no debia permitir que se la arrancasen de nuevo. Por otra parte, no le era posible sufrir semejante desprecio del Santo Oficio, ni tamaña derrota de su autoridad. Sin embargo, no precipitó su venganza.

Hallábase dispuesto á mostrar clemencia, si los aragoneses volvian á su sumision, y la utilidad de esta transaccion debió parecerle tanto mayor á Felipe II, cuanto que el inquisidor Pacheco, habiendo empezado en Madrid, el 15 de julio de 1591, una instruccion secreta acerca de los desórdenes del 24 de mayo, descubrió proyectos capaces de despertar la desconfianza de este príncipe.

El referido Pacheco recibió las deposiciones de ocho testigos, de las cuales, y especialmente de la de Diego Bustamante, resultaba que Antonio Perez, junto con varios, conspiraba para constituir en república el reino de Aragon ó anexionarlo á Francia.

Todo esto no eran mas que puras ilusiones de un espíritu extraviado por el orgullo, la ambicion y la venganza. No obstante, estos sueños de Perez parecian haber tomado cierto carácter de certeza y gravedad con la revolucion de Zaragoza. Así es que Felipe II aceptó sin vacilar el arreglo que se le ofreció de parte de los aragoneses principales, tras muchas deliberaciones y perplejidades.

Los mismos amigos de Perez pareció que se sometian: don Pedro de Bolea y don Antonio Yerris se presentaron en la asamblea de los diputados para expresar, en su nombre y el de otros varios nobles, el deseo que tenian de servir al Rey y facilitar la pacificacion del reino.

Trataron aun de persuadir á Perez que le seria mas ventajoso renunciar al privilegio de la manifestacion, y trasladarse voluntariamente á la cárcel del Santo Oficio, como único medio para lograr que usasen de misericordia con él, si habia cometido alguna falta, añadiendo que de no hacerlo así, sus amigos se perderian sin poderle ser útiles.

Guardóse bien Perez de seguir este consejo, y despues de haber dirigido al tribunal del Justicia Mayor una exposicion sosteniendo su derecho á ampararse de los fueros, escribió en 4 de setiembre á los individuos del Consejo supremo, suplicándoles con vivas instancias saliesen á la defensa de su persona y de todas las libertades que en él y en sus persecuciones se aventuraban.

El Justicia Mayor y sus asesores permanecieron sordos á las humildes peticiones de Perez. Habian ya tomado su partido, y lo preparaban todo para trasladarle sin desórdenes ni peligro á la Aljafería.

Viendo entonces Perez que no le quedaba esperanza alguna, solo pensó en evadirse de la cárcel de los Manifestados, como lo habia verificado un año y medio antes de la de Madrid. Concertó este proyecto con Gil de Mesa, don Martin de Lanuza, Tomás de Rueda, Cristóbal Frontin y algunos otros que le habian permanecido fielmente adictos.

Con el auxilio de una lima que le proporcionaron, serró la reja de hierro de su ventana. Tres noches trabajó en esta operacion: con una mas, las barras de la cárcel venian abajo para abrirle pa-

so. Encontrábase pues próximo á verse libre y se conceptuaba ya seguro, cuando el pérfido Juan de Basante, que se hallaba enterado de todo por el mismo Perez, fué á dar parte de ello á los padres Arbiel, Roman, Escrivá y Garcés, de la Compañía de Jesús, quienes le manifestaron que estaba obligado á ponerlo en conocimiento de los inquisidores.

Estos informaron del hecho al Justicia Mayor, que fué á sorprender á Perez en medio de sus preparativos de evasion y le hizo encerrar mas estrechamente en otra parte de la cárcel.

Frustrada esta tentativa de evasion, quedaba Perez á merced de los inquisidores y del Rey. Felipe II habia procurado atraer á su autoridad el apoyo de los diputados, jueces y principales nobles de Aragon, dirigiéndoles testimonios de su satisfaccion y benevolencia.

En consecuencia de los arreglos convenidos y de las medidas tomadas anticipadamente, los inquisidores expidieron el dia 23 un nuevo mandato para que el Justicia Mayor y los de su Consejo entregaran á Perez y Mayorini al Santo Oficio. Este mandato estaba concebido en los términos ordinarios; pero habian tenido cuidado de no herir la susceptibilidad aragonesa, evitando el pronunciar la anulacion del privilegio de los Manifestados.

El Justicia Mayor mandó llamar los diputados de Aragon y jurados de la ciudad de Aragon, y dándoles cuenta del mandato, leida que fué la causa de Antonio Perez, se pronunció la sentencia de extradicion.

Entonces el lugarteniente Clavería, precedido de los maceros del Consejo Supremo, los dos diputados Luis Sanchez Cucando y Miguel Turlan, y el jurado Iñigo Bucle Metelin, salieron del palacio de la Diputacion seguidos de un tropel considerable. A la cabeza marchaba una compañía de arcabuceros, y cerraba la marcha el gobernador con la guardia de á caballo del reino.

De esta suerte se dirigieron al palacio del virey, donde estaban los consejeros civiles y criminales de este, el regente de la real chancillería, el duque de Villahermosa y muchos otros señores y caballeros rodeados de sus vasallos y todos armados. Estos se unieron á aquellos, y todos adelantaron, en la actitud mas imponente y en medio de un grande aparato militar, hácia la plaza del Mercado, que estaba ocupada, lo mismo que las principales calles, por las tropas del Virey, desde las tres de la mañana.

Llegados á aquel punto, el lugarteniente Clavería, el diputado Miguel Turlan y el jurado Iñigo Bucle Metelin se separaron del cortejo y entraron en la cárcel de los Manifestados, para entregar á Perez y Mayorini al alguacil del Santo Oficio, Alonso Herrera.

Al parecer, Perez estaba perdido esta vez. Sin embargo, quedábale cierta esperanza. Mayorini, que tenia pretensiones de astrólogo, le habia predicho que sus contratiempos concluirian en la luna de setiembre, y Gil de Mesa le habia escrito aquella misma noche que desechase todo temor y contase con el apoyo de sus amigos.

Este intrépido aragonés habia reanimado el amortiguado ardor y avivado el valor vacilante de los que, al tomar bajo su proteccion la causa de Perez, creian defender sus propios derechos. Algunos dias antes habia dicho á Basante:

«Yo le voto á Dios de que, cuando todos falten, no habrá en mí falta, sino que saldré á esa plaza á chocar con cien mil que sean, y á sacrificarme en su servicio y morir en la demanda, y que, cuando otro no pueda, yo mismo le quite la vida, como él me ha dicho, antes que yo le vea en la Inquisicion; cuanto mas que me ha ofrecido don Martin de Lanuza de acompañarme con muy valientes lacayos... Hemos despachado á don Juan de Torrellas, y ha ofrecido acudir con muy buenas gentes. Y yo os juro, que si ello se revuelve, que nos oirán los sordos... Emprendan, emprendan, que ya deseo verme en ello.»

Sucedió punto por punto lo que Gil de Mesa habia dicho. En efecto, el 24 de setiembre por la mañana, don Diego de Heredia y don Martin de Lanuza se hallaban reunidos en casa de don Juan de Torrellas, con los hombres que este último habia traido, y Gil de Mesa estaba apostado en la casa de don Diego de Heredia con una porcion de lacayos llenos de valor y resolucion.

En el mismo momento en que ponian á Perez unos grillos en los piés para transportarle con mas seguridad al coche que debia conducirle á la Aljafería, don Martin de Lanuza, al que no se atrevieron á imitar don Diego de Heredia y don Juan de Torrellas, salió con una rodela en el brazo y la espada en la mano, á la cabeza de una banda armada, que el pueblo engrosó uniéndose á ella. Mandó hacer fuego sobre los soldados que guardaban las esquinas de la calle Mayor, los desbarató y entró con su gente en la plaza del Mercado por la puerta de Toledo.

Algunos momentos antes que él habian llegado Gil de Mesa y

Francisco de Ayerbe, que, con un mosquete en la mano, seguidos de los lacayos armados de pedreñales, y sostenidos por el pueblo, habian atravesado impetuosamente la calle de la Albardería y penetrado en la plaza del Mercado, derribando de la primera descarga á los que la guardaban, gritando : ¡*libertad* ! ¡*libertad* !

Atacadas por dos puntos diferentes, las tropas del gobernador y del virey tomaron la fuga y dejaron pronto á los agresores dueños de la plaza.

El virey, los jueces y los señores que lo acompañaban se encerraron precipitadamente en una casa ; pero el pueblo le puso fuego, y solo escaparon de aquel peligro rompiendo las paredes por la parte posterior para trasladarse al palacio fortificado del duque de Villahermosa. Por su parte, el lugarteniente, el diputado, el jurado y el alguacil que estaban junto á Perez, acometidos de un repentino temor, le abandonaron y se escaparon por los terrados hasta llegar al del Justicia Mayor.

Los insurgentes, victoriosos entonces, rompieron las puertas de la cárcel, pusieron á Perez en libertad y le llevaron en triunfo á casa de don Diego de Heredia.

Perez montó en seguida á caballo con Gil de Mesa, Francisco de Ayerbe y los lacayos, y salió de Zaragoza por la puerta de Santa Engracia, seguidos de un tropel de pueblo, que le acompañó con sus votos y aclamaciones durante medio cuarto de legua.

Dirigióse hácia las montañas, y no se paró hasta que hubo andado nueve leguas del pais. Separándose entonces de Francisco de Ayerbe y de los dos lacayos, se quedó solo con Gil de Mesa. Vivió oculto en ellas durante algunos dias, saliendo únicamente por la noche para buscar agua, y manteniéndose con un poco de pan que se habia llevado consigo.

Esperaba ocasion favorable para atravesar los Pirineos por el pueblo de Roncesvalles ; mas habiendo sabido que los soldados del gobernador le andaban buscando, volvió atrás por consejo de don Martin de Lanuza, y el 20 de octubre entró de nuevo disfrazado en Zaragoza, en donde aquel le recibió y tuvo oculto en su casa.

CAPITULO XII.

Embajada de los aragoneses á Felipe II.—Planes liberticidas del rey.—Ejército castellano en la frontera de Aragon.—Atraviesa la frontera.—Débil resistencia de los aragoneses.—El ejército real á las órdenes de Vargas entra en Zaragoza.—Medidas conciliadoras de Vargas.—Prision del Justicia don Juan de Lanuza y de otros nobles aragoneses.—Ejecucion del Justicia.

Habíase apaciguado la insurreccion, tan luego como se hubieron puesto en salvo los presos. A excepcion de algunos gritos de ¡*viva la libertad*! dados la noche siguiente en Zaragoza, todo habia entrado en estado normal.

Los diputados aragoneses trataron de enviar una embajada á Madrid; y contestando al virey que le informó de ello, Felipe II no dió muestras de cólera ni de que se hallase dispuesto á usar de severidad. Escribió al virey en 1.° de octubre de 1591, diciéndole que recibiria los diputados que se proponian enviarle y los escucharia con satisfaccion, encargándole que de su parte así lo hiciese saber *á quien y como mas conviniese*.

A pesar de esta aparente calma y de estos testimonios de satisfaccion, Felipe II abrigaba esta vez el designio de castigar á los rebeldes y aprovecharse de la rebelion para aumentar y robustecer su autoridad en aquel reino.

Al mismo tiempo que recibió sin aspereza ni desagrado á los diputados aragoneses, encargados de negociar con él el perdon de su patria, Felipe II ordenó la formacion de un ejército castellano en Agreda, cuyo mando dió á don Alonso de Vargas.

La concentracion de las tropas castellanas en sus fronteras alarmó en extremo á los aragoneses. El 27 de octubre, don Diego Fernandez de Heredia, don Pedro de Bolea, don Miguel de Sesse, don Baltasar de Gurrea, don Juan de Aragon, don Juan de Moncayo, don Juan Agustin, don Martin de Lanuza y otros muchos se trasladaron al palacio de la Diputacion permanente, para requerir á sus miembros proveyesen á la defensa del reino, con arreglo al fuero del año 1300, é impusiesen pena de muerte, en ejecucion del fuero del año de 1361, á Vargas y sus soldados, si se atrevian á pisar el territorio aragonés.

A consecuencia de esta demanda, los diputados deliberaron acerca del peligro que les amenazaba y medios de conjurarlo : ante todo,

solicitaron el auxilio de todas las ciudades de Aragon, y demandaron á las Diputaciones permanentes del reino de Valencia y principado de Cataluña los socorros estipulados por los tratados entre los tres paises en el caso de que fuese invadido uno de ellos. En seguida escribieron al rey, representándole que la entrada de las tropas castellanas en el reino aragonés era una manifiesta violacion de los fueros, y dándole á entender que se verian obligados á oponerse á ello abiertamente.

Felipe II les contestó en 2 de noviembre, disimulando en parte y en parte dejando entrever sus designios. Decíales que procurasen desviar pretensiones voluntarias y escandalosas, encaminadas á desasosegar todo el reino; y al mismo tiempo les aseguraba que su voluntad era y habia sido siempre de que se conservasen los fueros.

Desconfiando de estas promesas, los diputados y demás jefes de Aragon se habian preparado á la lucha. Habian consultado, segun tenian de costumbre en los casos y momentos árduos, á trece jurisconsultos, de cuyo número doce fueron de opinion que los fueros prescribian la resistencia al ejército castellano.

En vista de este parecer, los miembros de la Diputacion permanente y los cinco jueces del Tribunal Supremo proclamaron la justicia y necesidad de la defensa, prescribieron la formacion de un ejército, nombraron jefe de él al Justicia Mayor y designaron á don Martin de Lanuza para que le sirviese de maestre de campo. Dieron armas á los que carecian de ellas, y se apoderaron de las piezas de artillería que existian en las casas del duque de Villahermosa.

Desgraciadamente, ni el principado de Cataluña, ni el reino de Valencia les prestaron socorro alguno, y á excepcion de Teruel y Albarracin, ninguna ciudad de Aragon se declaró en su favor.

Antes de que el ejército de Felipe II se pusiese en movimiento, presentáronse á Vargas cuatro mensajeros y notarios de las Cortes y del Justicia Mayor para notificarle la sentencia de muerte pronunciada contra él si violaba el territorio del reino. Vargas les escuchó tranquilamente y les contestó: «Que en Zaragoza alegaria de su justicia y de su derecho.»

En seguida los despidió en paz, y atravesó las fronteras de Aragon á la cabeza de su ejército, compuesto de diez mil infantes y mil y quinientos entre caballería ligera y arcabuceros á caballo, con mucha artillería, municiones y vituallas.

Don Juan de Lanuza hizo tocar á rebato, desplegó el estandarte de San Jorge y marchó al encuentro de Vargas. Apostóse á tres leguas de distancia de las tropas castellanas; mas el corto ejército popular que le seguia no era ni bastante considerable ni asaz belicoso para cerrar el paso á Vargas.

Comprendiólo así don Juan de Lanuza, y cediendo á la debilidad de su carácter y á la conviccion de su impotencia, se retiró á uno de sus castillos. El diputado don Martin de Luna y el Jurado de Zaragoza, que le acompañaban, hicieron otro tanto, y viéndose entonces los insurgentes sin jefes, se retiraron tumultuosamente á la ciudad de Zaragoza: los aragoneses habian conservado la costumbre de ser libres; pero habian perdido la de batirse.

No encontrando Vargas resistencia alguna, entró el 12 de noviembre en Zaragoza, de donde se habia marchado prudentemente Perez el 11, para atravesar los Pirineos y trasladarse á Bearn, cerca de la hermana de Enrique IV. Logrólo felizmente, y fué recibido por esta princesa con la solicitud é interés que debian excitar los secretos de que era depositario y que le habian acarreado todas sus desgracias.

Vargas no usó al principio de rigor alguno: limitóse á ocupar conl sus tropas y artillería las principales calles y plazas de Zaragoza. Felipe II simuló querer usar de magnanimidad con los aragoneses vencidos, y entrar en arreglo con ellos: don Francisco Borgia, á quien habia nombrado su comisario, llegó á Zaragoza el 28 de noviembre, y entró en conferencias con los diputados del pais acerca de los últimos acontecimientos y medidas que podian tomarse para conciliar la autoridad del Rey con los fueros del reino.

Felipe II eligió además, en 6 de noviembre, un individuo de la alta nobleza aragonesa, el conde de Morata, para ocupar el cargo de virey en lugar de don Miguel de Gimeno, que se habia retirado á su obispado de Teruel en el momento que empezó la guerra. Cierto es que el conde de Morata habia á lo último abrazado con celo la causa del Rey, despues de haberse mostrado favorable al voto de pueblo en 24 de mayo; mas, sin embargo de esto, su nombramiento fué acogido como una prenda de reconciliacion y una muestra de condescendencia, que devolvió la confianza á una parte de los que salieron de Zaragoza, quienes no vacilaron ya en volver á entrar.

Los diputados y sus asesores, apoyándose en los fueros, como si

se hallasen en estado de hacerlos respetar, declararon que no podian deliberar mientras estuviesen en el reino las tropas castellanas. Al mismo tiempo escribieron, en 12 de diciembre, una carta muy humilde al príncipe de Asturias, para que intercediese por ellos con el Rey su padre, é implorase su clemencia en favor suyo.

Esta carta no conmovió á Felipe II. Creyendo que era llegado el momento de echar á un lado todo artificio, este príncipe no difirió por mas tiempo la ejecucion de sus designios. A los miramientos, sucedieron de repente las severidades, y las negociaciones terminaron en castigos. El 18 de diciembre llegó á Zaragoza en calidad de nuevo comisario real don Gomez Velazquez, caballero de la órden de Santiago y caballerizo del príncipe de Asturias, portador de las terribles decisiones de su amo.

Al dia siguiente de su llegada y por órden suya, el duque de Villahermosa, que descendia de los antiguos reyes de Aragon, el conde de Aranda y el Justicia Mayor don Juan de Lanuza fueron llamados á casa del capitan general Vargas y retenidos en ella prisioneros.

Con objeto de difundir mayor terror en Zaragoza, toda su cólera estalló primeramente sobre la cabeza del que representaba en su persona la independencia del reino. Aun cuando don Juan de Lanuza hubiese mostrado mucha condescendencia y blandura, entregando á Perez á la Inquisicion, fué castigado cual un atrevido rebelde; de manera que hubiera sido para él mas feliz y honroso haberlo sido.

Conocíase muy bien que se trataba de borrar los poderes de la magistratura con la sangre del magistrado. En cuanto le hubieron puesto preso, le intimaron que se preparase á morir.

—¿*Y quién es el juez que ha dado la sentencia*? repuso él con turbacion.

—*El Rey*, le contestaron.

Entonces pidió que se la enseñasen, y le mostraron algunas líneas autógrafas de Felipe II, concebidas en estos términos:

«*En recibiendo esta, prendereis á don Juan de Lanuza, Justicia de Aragon, y tan presto sepa yo de su muerte como de su prision: hareisle luego cortar la cabeza.*»

»—¿*Qué, cómo*? dijo el pobre caballero: *nadie puede ser mi juez ni condenarme, sino Cortes enteras; rey y reino.*»

Don Juan de Lanuza fué conducido á la cárcel y abandonado en manos de la Compañía de Jesús para que le asistiese hasta el momento de su muerte.

En aquella misma noche, levantóse un cadalso en la plaza del Mercado, y á la mañana siguiente, el último de los Justicias Mayores independientes del reino de Aragon subió á él, vestido de negro, y con grilletes en los piés. Despues de haber hecho su oracion de rodillas, el verdugo le cortó la cabeza en presencia de sus compatriotas consternados. Encima del cadalso habian colocado un cartel que decia:

«Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro Señor á este caballero, por haber sido traidor y tomado las armas contra su Majestad, su Rey y señor natural, saliendo contra él al campo con pendon, bandera y aparatos de guerra; y por alborotador y conmovedor desta ciudad y de las demás universidades deste reino y de los reinos comarcanos de esta Corona de Aragon, so color de fingida libertad; mandándole cortar la cabeza y confiscar sus bienes, y derribar sus casas y castillos, y demás desto se le condena en las penas en derecho establecidas para los tales.»

CAPITULO XIII.

Nuevas ejecuciones en Zaragoza.—Amnistía concedida por Felipe II.—Rigores de la Inquisicion.—Sentencia del Santo Oficio contra Antonio Perez.—Abolicion de los fueros aragoneses.

La ejecucion de don Juan de Lanuza produjo grande terror en todo Aragon, que tenia un respeto hereditario al descendiente de esta ilustre y generosa familia, que hacia ciento cuarenta y dos años que estaba en posesion del cargo de Justicia Mayor, con que Alfonso V habia investido á Ferrer de Lanuza, en 1450. Como dice enérgicamente Perez: *con él fué justiciada y condenada á muerte la justicia.*

A esta ejecucion siguieron otras muchas. El duque de Villahermosa, que habia permanecido extraño á las dos insurrecciones del 24 de mayo y 24 de setiembre, fué conducido á Castilla con menosprecio del fuero, y decapitado en Burgos, por haberse ofrecido, como debia hacerlo todo aragonés, á defender los privilegios de su pais, desde el momento en que se habia proclamado el derecho de resistencia al ejército castellano.

El conde de Aranda, transportado á la cárcel del pueblo de Alaejos, si dejó de subir al cadalso fué porque murió en aquella antes de haberse pronunciado su sentencia.

Los barones de Bárboles y de Purroy, que pertenecian á las antiguas casas de Heredia y de Luna, entregaron sus cabezas al verdugo en Zaragoza. El doctor Lauzi, senador de Milan, á quien Felipe II habia nombrado para ejercer su justicia en Aragon, condenó igualmente al último suplicio á don Martin de Lanuza, baron de Biescas, que se refugió en Francia; á don Miguel Gurrea, primo del duque de Villahermosa; á don Martin de Bolea, baron de Sietamo; á don Antonio Ferriz de Lizana; á don Juan de Aragon, cuñado del conde de Sástago; á Francisco Ayerbe; á Dionisio Perez de San Juan, á muchos otros caballeros, á un crecido número de labradores y artesanos, y hasta al verdugo Juan de Miguel, que fué ahorcado por su ayudante.

No bastó aun esto á la venganza real. Despues de haber hecho rodar las cabezas mas elevadas y mas oscuras; despues de haber procedido á la confiscacion de los bienes de los condenados, vedada por los fueros; prescrito la demolicion de castillos y casas, que se arrasaron hasta los cimientos; multiplicado los arrestos y ocasionado aun mayor número de expatriaciones, publicó Felipe II una amnistía general, que mas tenia visos de proscripcion, tan considerable era el número de las personas que nominalmente quedaban excluidas.

En este acto de hipócrita clemencia, dado el 24 de diciembre de 1592, recordaba los desórdenes que habian tenido lugar en Aragon con mengua de su autoridad y del servicio de Dios, la criminal audacia con que habian marchado contra su ejército y estandartes reales; y ponderaba la *suma benignidad* que habia mostrado en el castigo de los culpables, que hubiera podido sentenciar en mayor número.

En su consecuencia, el *clemente* Felipe II amnistió á todo el mundo, excepto á los eclesiásticos de órdenes secular y regular que habian tomado parte en los referidos movimientos de Zaragoza, y que debian quedar bajo la justicia de la Inquisicion; á todos los jurisconsultos que habian declarado que se podia legalmente rechazar el ejército castellano con las armas; á todos los capitanes que habian salido á la cabeza de sus compañías para combatirlo; á todos los alféreces que habian levantado bandera contra él, y además á ciento diez y nueve personas, en cuyo número estaban comprendidos Antonio Perez, Gil de Mesa, don Juan de Torrellas y Bardaxí, don Pedro de Bolea y muchos otros caballeros, como tambien religiosos, notarios, procuradores, abogados, mercaderes, artesanos y labradores. La mayor parte de ellos lograron salir del reino, del que vivieron expatriados mientras ocupó el solio Felipe II.

La aterradora severidad de la Inquisicion se habia unido al rigor de la justicia real, agravando así su peso. El tribunal del Santo Oficio, cuyas persecuciones contra Perez habian dado lugar á estos movimientos, recobró sus pretensiones y las acreció. En lugar de los antiguos inquisidores, Molina de Medrano llamado á Madrid para recibir la recompensa de su celo, Hurtado de Mendoza y Morejon, alejados de Zaragoza, el uno por demasiado benigno, y el otro por sospecha de ser partidario de Perez, habian sido nombrados los licenciados Pedro de Zamora y Velarde de la Concha y los doctores Moris de Salazar y Pedro Reves, cuya fidelidad y dureza no conocia límites.

Estos citaron desde un principio ante su tribunal á trescientas setenta y cuatro personas, de las cuales, sin embargo, solo lograron prender ciento veinte y tres; pues las otras habian tomado la fuga ó se hallaban ya sometidas á la jurisdiccion del doctor Lauzi.

Condenaron á muerte á setenta y nueve, sin contar las censuras infamatorias que pronunciaron contra muchos de los acusados que, para que se las levantasen, tuvieron que ponerse publicamente de rodillas y con un cirio en la mano el dia del solemne *auto de fe*.

Perez figuraba á la cabeza de los condenados. Habíanse oido varios testigos contra sus creencias, sus costumbres, sus actos, sus designios y hasta su orígen. Con objeto de atribuirle una inclinacion hereditaria á la herejía, el fiscal de la Inquisicion habia procurado probar que era biznieto de un tal Antonio Perez de Hariza, judío convertido y quemado en Calatayud, por haber judaizado.

Sin embargo, esto era una pura falsedad: Gonzalo Perez secretario de Carlos V y padre de Antonio Perez, era hijo de Bartolomé Perez, secretario de los embargos del Santo Oficio de la Inquisicion de Calahorra.

Los demás hechos en que se motivó la sentencia decretada contra Perez en 7 de setiembre de 1592 por el Santo Oficio de Aragon, y confirmada en 13 de octubre por el Consejo supremo de la Inquisicion en Madrid, ni eran mas graves, ni quedaron mejor demostra-

dos. Despues de haber referido extensamente las insurrecciones suscitadas por Perez, de Aragon, de haber recordado sus traiciones como secretario de Estado, enumerado las proposiciones blasfemas y mal sonantes, los asertos falsos y ofensivos, sentados por él contra Dios y el Rey, de haber sostenido que habia abrigado el proyecto de extirpar la Inquisicion, y que por adhesion á M. de Vendome (Enrique IV) habia provocado desórdenes en Aragon y hecho venir un ejército de luteranos, los inquisidores le condenaban á ser quemado en efigie por su referida sentencia que terminaba así:

«*Invocado el nombre del Señor.*

»Debemos declarar y declaramos al dicho Antonio Perez por convicto de hereje, fugitivo y pertinaz, fautor y encubridor de herejes, y por ello haber caido é incurrido en sentencia de excomunion mayor, y estar della ligado, y en confiscacion y en perdimento de todos sus bienes, los cuales mandamos aplicar y aplicamos á la Cámara y fisco de S. M... Y relajamos la persona de dicho Antonio Perez, si pudiere ser habido, á la justicia y brazo seglar, para que en él sea ejecutada la pena que de derecho en tal caso se requiere.

»Y porque al presente la persona de dicho Antonio Perez no puede ser habida, mandamos que en su lugar sea sacada al auto una estátua que le represente, con una coroza de condenado y con un sambenito que tenga de la una parte las insignias y figura de condenado, y de la otra un letrero con su nombre: la cual estátua esté presente al tiempo que esta nuestra sentencia se leyere, y aquella sea entregada á la justicia y brazo seglar acabada de leer la dicha sentencia para que la mande quemar é incinerar. Y declaramos por inhábiles é incapaces á los hijos é hijas de dicho Antonio Perez y á sus nietos por línea masculina para haber, tener y poseer dignidades, beneficios y oficios, así eclesiásticos como seglares, que sean públicos ó de honra; y no poder traer sobre sí ni sus personas oro, plata, ni perlas, piedras preciosas, corales, seda, chamelote, paño fino, ni andar á caballo, ni traer armas, ni ejercer ni usar de las cosas arbitrarias á los semejantes inhábiles prohibidas, así por derecho comun, como por las leyes y pragmáticas de estos reinos é instrucciones del Santo Oficio.»

Esta sentencia fué ejecutada el 20 de octubre. Desde por la mañana muy temprano, los setenta y nueve infelices condenados fueron conducidos procesionalmente á la plaza del Mercado. La efigie de Perez figuraba en el lugar á que este le hubiera correspondido, y llevaba el gorro de los criminales y el sambenito con sus correspondiente llamas y una inscripcion que decia así:

«Antonio Perez, secretario que fué del Rey nuestro señor, natural de Monreal de Ariza y residente en Zaragoza, por hereje convencido, fugitivo y relapso.»

Esta efigie fué la última que se entregó al fuego en aquel odioso auto de fe, que empezó á las ocho de la mañana y se acabó á las nueve de la noche, á la luz de las antorchas.

La autoridad real y el tribunal de la Inquisicion, su terrible auxiliar, triunfaban por medio del terror y de los suplicios. Los jefes mas orgullosos y emprendedores de la alta y media nobleza de Aragon habian muerto ó huido. Las personas del pueblo que habian tomado parte mas activa en los últimos movimientos perecian en los autos de fe: así el espanto y la sumision eran universales. Felipe II se aprovechó de ello para llevar á cabo su obra. Despues de haber descargado su cólera sobre los hombres, restábale cambiar las instituciones, y eso fué lo que hizo.

Reunió Cortes en Zarazona pera abolir los fueros, que no consideraba compatibles con el poder de la corona, y contra el uso establecido, en vez de presidirlo él, nombro á Bobadilla, arzobispo de Jaragoza, para que lo verificase en su lugar.

Todo cuanto pidió le fué concedido: adquirió el derecho de nombrar y separar al Justicia Mayor; el de elegir los vireyes, tanto de entre los aragoneses, como de entre los castellanos; el de presentar nueve jueces, de los cuales solo una podia ser desechado por las Cortes, que los designaban antes todos. El Justicia Mayor dejo de ser un mediador judicial entre el Rey y el pueblo, para convertirse en simple funcionario real.

Pero aun hay mas: las Cortes perdieron su plena soberanía, como los jueces su entera independencia. El veto absoluto de que gobaba cada uno de sus miembros fué suprimido, y la necesidad del sufragio universal solo quedó existente para la creacion de nuevos impuestos. Felipe II reunió á su corona algunos señoríos que habian conservado prerogativas feudales, convirtió la Aljafería en ciudadela, y dejó en ella algunas tropas castellanas para mantener á Zaragoza en la obediencia y el respeto.

Tal fué la revolucion que ocasionó la notable y trascendental reforma de la antigua constitucion del reino aragonés, abatió su nobleza, destruyó su independencia é incorporó mas firmemente su

territorio á la monarquía española. Perez que fué la causa de esta revolucion, escapó á sus efectos; mas no por haberse sustraido á la muerte por medio de una dichosa fuga, habia llegado al término de sus tribulaciones y peligros. La implacable venganza de Felipe II debia seguirle y acompañarle á todos los parajes á donde fuera á buscar asilo.

CAPITULO XIV.

Perez errante en los Pirineos.—Su carta á la princesa de Bearn.—Perez en Pau.—Manejos de Felipe II para atraer á Perez.—Desconfianzas de este.—El Rey manda asesinarle.—Enrique IV le protege.—Pasa Perez á Inglaterra.—Nuevas tentativas para asesinar á Perez.

No sin trabajo logró Perez atravesar los Pirineos españoles y trasladarse á Bearn junto á la hermana de Enrique IV. Cuando salió de Zaragoza, antes que entrase en ella Vargas con su ejército, pasó muchos dias y noches del mes de noviembre en medio de las rocas ó guarecido en las cavernas. Habíase dirigido hácia Sallent, pueblo situado en la raya de Aragon por el lado de Francia, y don Martin de Lanuza le habia recogido en el antiguo y fuerte castillo de sus mayores.

Sin embargo, todo se ponia en movimiento para apoderarse de su persona: los inquisidores de Aragon habian enviado á este fin terminantes órdenes á todas las villas de Aragon, y los soldados de Vargas recorrian las montañas y marchaban hácia Sallent. Tan inminente peligro no le permitió permanecer por mas tiempo en España aun cuando le retenian en ella un voluntario amor á la patria y los queridos rehenes que en ella dejaba.

«Ibase entreteniendo, dice hablando de sí mismo, por ver si se recobraba alguna fuerza la razon, y si abria Dios los ojos del entendimiento á quien lo podia remediar; y como perro de fidelidad natural que, apaleado y mal tratado de su señor ó de los de su casa, no sabe apartarse de sus paredes.»

Al fin fué preciso decidirse á ello. Envió, pues, el 18 de noviembre á Pau á su amigo y libertador Gil de Mesa, con la siguiente carta dirigida á la princesa Catalina de Borbon:

«Señora:

»Antonio Perez se presenta ante vuestra Alteza por medio deste papel y de la persona que lo lleva. Señora, pues no debe de haber en la tierra rincon ni escondrijo á donde no haya llegado el sonido de mis persecuciones y aventuras, segun el estruendo dellas, de creer es que mejor habrá llegado á los lugares tan altos, como vuestra Alteza, la noticia de ellos. Estas han sido y son tales por su grandeza y larga duracion, que me han reducido á último punto de necesidad, por la ley de la defensa y conservacion natural, á buscar algun puerto donde salvar esta persona y apartarla deste mar tempestuoso que en tal braveza le sustenta la pasion de ministros tantos años ha, como es notorio del mundo. Razon, Señora bastante, para creer que he estado como metal á prueba de martillo y de todas pruebas. Suplico á vuestra Alteza me dé su amparo y seguro, y donde pueda conseguir este fin mio; ó si mas fuere su voluntad, favor y guia para que yo pueda con seguridad pasar y llegar á otro príncipe de quien reciba este beneficio. Hará vuestra Alteza obra debida á su Grandeza.»

La princesa Catalina contestó que Perez seria muy bien recibido en Bearn, á donde podria pasar libremente, permanecer, tratar de sus negocios y vivir en la religion de sus padres.

Antes de recibir esta respuesta, Perez se vió obligado á abandonar el castillo de don Martin de Lanuza. Trescientos hombres se habian presentado en Sallent, y segun avisos positivos, debian llegar el 24 de noviembre por la mañana al castillo mismo en que habia hallado un asilo. Partió pues en la misma noche del 23 al 24, y seguido de dos lacayos atravesó las montañas.

«La nieve de los Pirineos, dice el mismo Perez, le recibió gratamente, y con abrigo mas que natural de aquel tiempo. Caminaba con tanto trabajo, por ser hombre delicado y tenerle los trabajos muy adelgazados los huesos, y muy fatigada la persona exterior é interior, que era menester pasarle en brazos muchos pasos de los helados, y en otros echar las capas sobre hielos por donde pisase.»

Por fin, el 26 de noviembre llegó felizmente á Pau, en donde la princesa Catalina la acogió con una solicitud en la que tenia tanta parte la política como la compasion.

Cuando llegó á pais extranjero, viendo Felipe burlados todos sus proyectos de venganza, y temiendo por otra parte el daño que á su reputacion podian hacer en Europa la presencia y divulgaciones de Perez, trató de hacerle volver á España engañándole. Confiaba, sin duda, en que su mujer é hijos podrian serle útiles para atraerle á

este nuevo lazo. Don Martin de Lanuza, al salir de Sallent y meterse en el territorio francés, habia tenido en la línea misma de la frontera una entrevista con los jefes de la partida que buscaba á Perez. En su consecuencia, se trasladó á Pau para proponer á Perez de parte de aquellos un convenio, cuya fiel observancia prometerian en su nombre, en nombre del Rey, del virey, de don Alonso de Vargas y de los inquisidores.

Perez contestó que escucharia con mucho gusto estas proposiciones, con tal que se hiciesen de buena fe, y que segun lo que ofreciesen, él contestaria. Don Martin de Lanuza no volvió; mas en 1.º de enero de 1592, Tomás Perez de Rueda, que habia secundado su primera evasion, le escribió instándole que se pusiese en armonía con el Rey, por interés de su familia y del reino de Aragon, sobre el cual Felipe II empezaba á descargar su cólera. Perez le contestó en seguida, insistiendo en que volviese don Martin de Lanuza con respuesta del Rey, y que este diese pruebas de que se hallaba dispuesto á la indulgencia, pues en caso contrario no queria oir conciertos que no fuesen ciertos ni seguros.

Como en lugar de amenguarse, las violencias comenzadas en Zaragoza seguian su curso, no era posible esperar que se calmasen las desconfianzas de Perez, ni el apoderarse de su persona engañándole: echóse, pues, en olvido el intentado plan de atraerle á España para poner *en ejecucion* el de matarle en Francia. Dando lugar á temer *la habilidad de Perez* que burlaria estas persecuciones de nueva especie, cual habia hecho con todas las demás por espacio de doce años, para lograr aquel objeto se dirigieron á los hombres que debian excitar menos sus sospechas y desconfianza.

Cuando se hallaba en los Pirineos, habian prometido el indulto á Antonio Bardaxí y á Rodrigo de Mur, baron de Pinilla, condenados ya como contrabandistas, si iban á prenderle á Sallent. Luego que hubo llegado á Francia, ofrecieron sucesivamente el perdon y mucho dinero al genovés Mayorini que se habia evadido con Perez, y cuya amistad se habia entibiado algun tanto, y al aragonés Gaspar Burces, que habia sido causa de que se cogiese y asesinase al marqués de Almenara, y andaba escondido, si se encargaban de matar á Perez.

Mayorini estuvo diez dias sin comunicar á Perez las proposiciones que se le habian hecho; pero por fin tuvo la honradez de denunciarlas á su antiguo amigo en presencia de don Martin de Lanuza;

así quedó desconcertado este proyecto, que dirigia un caballero navarro.

El que Gaspar Burces se habia encargado de ejecutar, fracasó igualmente: descubrióse, y Burces fué condenado á muerte, de la que solo se libró por los ruegos y mediacion de Perez. No fueron estas las únicas tentativas de asesinato dirigidas contra su persona durante el año que estuvo en Bearn. Hé aquí una que cuenta él con notable gracejo.

«Que llegó la cosa, cuando estaba en Pau Antonio Perez, á tentar á una señora de aquellos confines, hermosaza, galanaza, gentilaza, muy dama, una amazona en la caza en un caballo de monte y ribera (como dicen), como si trataran de matar á un Samson. En fin, se le ofrecieron diez mil escudos y seis caballos españoles por que viniese á Pau y trabase amistad con Antonio Perez, y cebado de su hermosura le convidase y tirase á su casa, y de allí se le entregase una noche, ó se le dejase arrebatar andando á caza. La dama importunada, ó por curiosidad (natural al sexo) de conocer un hombre de que tanta estima hacia el poder y la persecucion, ó por advertir al perseguido, fingió, segun se dejó creer por lo que se siguió, aceptar el tratado. Partióse para Pau. Trabó amistad con Antonio Perez. Veníale á visitar á su aposento. Iban y venian lacayuelos y billetes, como llovidos, y algunos regalos. Al fin pudo mas con ella su buen natural y la aficion que tomó á Antonio Perez, que el interés (metal bajo y el que mancha mas que ningun acto de amor); porque ella misma le vino á descubrir al cabo el tratado, lo ofrecido, el caso todo; y no solo esto, pero le ofreció su casa y el regalo della con tanta aficion (si se conoce por las demostraciones el amor), que no hubiera buen matemático que no dijera que tenia con Antonio Perez aquella dama conmutacion de luminares.»

El mal éxito de estos diversos planes fraguados contra la existencia de Perez, no hizo desmayar á sus autores, como veremos. Sin embargo, Perez no podia permanecer por mas tiempo ocioso é inútilmente en Bearn. Su ardor, su espíritu necesitaban mecerse en el campo de las intrigas; faltaba á su ambicion, á su odio un teatro.

Los dos adversarios de la política y del poder de su perseguidor eran Enrique é Isabel; ofreciólos pues sus servicios. En 9 de diciembre de 1591 habia escrito al primero de estos príncipes.

«Las persecuciones que yo he padecido doce años ha en los reinos del rey católico, han sido tan fuertes en grandeza y duracion y

variedad, que me han reducido á la necesidad de apartarme de ellos y venir á los de V. M. á salvar mi persona con su favor y proteccion.»

Además le habia remitido una sucinta relacion de sus infortunios, suplicándole le manifestase cuál era su voluntad. Enrique IV, que se hallaba entonces en lo mas fuerte de su lucha contra la Liga y contra Felipe II, quiso ver á Perez, que podia ser para él un instrumento muy útil, y escribió á su hermana la princesa Catalina, que le condujese á Tours. Allí tuvo muchas y entretenidas conferencias con el ex-secretario de Felipe II, y contando servirse de él junto á Isabel, en sus comunes negocios contra España, envióle á esta princesa con una carta de recomendacion sobremanera expresiva.

Perez pasó á Inglaterra en el verano de 1593. A la sazon, la política de este reino, aunque conducida contra Felipe II, fluctuaba entre los consejos del circunspecto Burghley y los del emprendedor conde de Essex.

Al llegar á aquella corte dividida y cuyas rivalidades mantenia cuidadosamente Isabel, Perez debió por precision buscar el partido favorable á los intereses del Príncipe que le enviaba, y que se hallaba animado de los mismos odios que él. Dirigióse pues al conde de Essex, quien le concedió su amistad, recibióle en su intimidad y admitió en sus partidas de placer. El conde de Essex tenia en mucho la experiencia y discernimiento del antiguo ministro de Felipe II, cuya viva imaginacion, vigoroso espíritu y apasionados consejos le agradaron en extremo.

En los ócios de esta su primera permanencia en Londres, en el verano de 1593, publicó Perez sus Relaciones bajo el pseudónimo de Rafael Peregrino, que lejos de ocultar su verdadero autor, lo designaba claramente, aludiendo á su vida errante.

Esta narracion de sus aventuras, compuesta con infinito arte, era muy á propósito para hacer mas odioso aun á su ingrato é implacable perseguidor, y atraerse mayor benevolencia y compasion. Dirigió ejemplares de ella á los principales personajes de la corte de Inglaterra, acompañándolos con billetes redactados con giro gracioso y expresion melancólica.

Subió de punto, si posible era, el odio de Felipe II contra Perez, con la publicacion de este libro, que fué vertido aquel mismo año al holandés, á fin de que, viendo los sublevados de las Provincias

Unidas la recompensa que este príncipe reservaba á sus propios servidores y el comportamiento que habia tenido con los aragoneses por haber intentado estos defender sus derechos, no les quedase duda alguna de la suerte que les esperaba, si llegaban á ser vencidos.

El vengativo monarca intentó deshacerse nuevamente de Perez, que denunciaba á la Europa sus perfidias y sus crueldades. Dos irlandeses recibieron y aceptaron del conde de Fuentes, gobernador de los Paises-Bajos, el encargo de matarle. Cogidos en Londres con cartas que atestiguaban su delito, y habiéndolo confesado, fueron condenados al último suplicio, y colocadas sus cabezas en una de las puertas de la ciudad junto á la iglesia de San Pablo.

Además, Felipe II trató de excitar, por medio de varios subterfugios y artimañas, que no dieron resultado alguno, la desconfianza de la reina de Inglaterra contra Perez, que se quejó á Essex *de lo que maquinaban en Egipto aquellos Faraones por que la Reina sospechase de él.*

CAPITULO XV.

Perez en Paris.—Descúbrense nuevos planes de asesinato contra su vida.—Negociaciones con Inglaterra.—Precaria situacion de Perez.—Anúncianle falsamente la muerte de su esposa.—Segundo viaje de Perez á Inglaterra.—Su vuelta á Francia. —Entra Perez al servicio de Enrique IV.—Condiciones impuestas por Perez.— Conquistas de los españoles en Francia.—Enrique IV recobra la plaza de Amiens. —Paz de Vervins.—Esperanzas de Perez.—Muerte de Felipe II.

Llamado Perez por Enrique IV, salió de Inglaterra en agosto de 1595, siendo antes recibido en audiencia particular por la reina Isabel que le dió numerosas muestras de bondad, y á quien él dirigió varios consejos en una especie de memoria escrita en francés.

Llegó Perez á Paris el 10 de setiembre, y fué recibido con las mas lisonjeras muestras de consideracion: diéronle por residencia una hermosa casa que habia pertenecido al duque de Mercoeur con una guardia de dos soldados encargados de vigilar noche y dia la seguridad de su persona: estas precauciones no eran por cierto inútiles, pues que se descubrió cabalmente en aquel entonces una nueva trama contra su vida. Algunos avisos llegados de España y trasmitidos al secretario de Estado Villeroy y al mariscal de la Force, anunciaban que el baron de Pinilla, el mismo que habia intentado prender á Perez en Sallent, se hallaba en camino con dos compañe-

ros mas, uno de ellos monje vizcaino, aunque vestido de seglar, para ir á asesinar á Perez.

Efectivamente, el baron de Pinilla, que habia recibido seiscientos ducados en oro para dar este golpe, habia entrado en Paris, y lo tenia preparado todo para fugarse en cuanto lo hubiese realizado, cuando fué cogido con uno de sus cómplices, habiendo logrado escaparse el tercero que fué el monje. Encontráronse en casa de Pinilla dos pistolas cargadas con dos balas cada una, y habiéndole aplicado el tormento y confesádolo todo, fué ajusticiado algunos meses mas tarde en la plaza de Greve.

Enrique IV habia pasado á Paris, en donde conferenció con Perez sobre sus asuntos, que despues que habia declarado la guerra á Felipe II, habian tomado un giro del todo diferente. Sus armas hacian cada dia mayores progresos respecto á los católicos, que habian perdido las principales plazas. Además, habiéndole concedido su absolucion el Papa, y reconocídole como rey, el duque de Mayenne se le sometió en la Borgoña, el de Joyeuse en el Languedoc y al poco tiempo Marsella y toda la Provenza entraron en la obediencia; de suerte que solo quedaba del partido de la Liga el duque de Mercoeur en Bretaña. Pero si la guerra civil parecia tocar á su fin, la guerra extranjera, por el contrario, se anunciaba desfavorablemente en sus principios.

Hallándose en tal posicion, Enrique IV solicitó vivamente el auxilio de la reina de Inglaterra; pero esta le envió á decir que consentia únicamente en guarnecer con tropas inglesas á Calais, que aun no habia caido en manos de los españoles, y las demás ciudades de la costa, como Boulogne, Dieppe, etc.

Al rehusar Isabel á Enrique IV los socorros que este le pidió, no por eso dejaba de hallarse en extremo sobresaltada por los triunfos obtenidos por Felipe II en Francia. El conde de Essex, movido de su genio belicoso y de su política mas elevada, hubiera querido decidir á su soberana á una cooperacion activa y eficaz. No habiendo podido lograrlo directamente, creyó que le seria fácil lograrlo por medios indirectos: para ello se sirvió mañosamente de Perez, al que habia hecho confidente de sus pensamientos. En la intriga que con este objeto se siguió en ambas cortes, representó Perez un papel principal.

A pesar de la amistad de Essex, de la confianza y atenciones de Enrique IV y de la parte que tomaba en los negocios de Inglaterra

y Francia, Perez estaba triste, inquieto, descontento, lleno de recelos y con el espíritu agitado por mil proyectos diversos. Desde su vuelta á Francia recibia una pension de cuatro mil escudos, y le habian prometido el destino de consejero privado y el collar de la órden del Espíritu Santo.

Pero entretanto, la pension no se le satisfacia siempre con la mayor exactitud, en una época en que el tesoro de Enrique IV se hallaba en el mas deplorable estado, y en que este mismo príncipe escribia á Rosnil, que *sus camisas estaban todas rasgadas, sus armillas agujereadas en el codo, y su marmita muy á menudo puesta boca abajo*.

El retardo que experimentaba Perez en el cumplimiento de sus deseos le llenaba de sospechas: creíase objeto de la enemistad de los príncipes de la casa de Guisa, de la envidia de los cortesanos, de los celos del secretario de Estado Villeroy, y hasta del espionaje del fiel Gil de Mesa, que adhiriéndose á su mala fortuna, le habia salvado de las cárceles de Castilla y de Aragon, y expatriándose con él, le habia acompañado á Francia, en donde habia sido agraciado con el cargo de gentilhombre de cámara de Enrique IV.

Añadian mayores temores á sus desconfianzas varios avisos de nuevas tramas formadas contra su vida; de manera que pensaba retirarse, ya á Inglaterra, ya á Florencia, ya á Venecia, ya á Holanda. Enrique IV trataba entonces de tranquilizarle, y le decia:

«Antonio, en ninguna parte disfrutareis tanta seguridad como á mi lado, y así no quiero que os separeis de mí.»

Un nuevo golpe vino á herir su enfermiza imaginacion. Diéronle la falsa noticia de que habia muerto su esposa doña Juana de Coello. Hizo entonces el elogio de esta mujer heróica, que tan completamente se habia asociado á sus desgracias, en el lenguaje mas sentimental.

«He perdido, escribia á Essex, la compañera de mis dolores, el consuelo de mis pesares, la costilla y mitad de mi alma, mejor debiera decir el alma toda de este cuerpo. Las demás mujeres son los cuerpos de los hombres; esta y sus semejantes, si es que la naturaleza puede producir otras iguales á ella, son mas bien el alma del cuerpo de los hombres... Se ha escapado de la prision de los vivos para la morada de los muertos, último asilo de los desgraciados de este siglo y retiro el mas seguro.»

Queria hacerse religioso *para estar*, como él decia, *mas á menu-*

do entre los sepulcros. Enrique IV, entrando en sus designios, le llegó á prometer, para cuando vacase, el obispado de Burdeos.

Sin desechar Perez la tristeza que le consumia ni la aspereza de carácter, que iba cada dia en aumento, fué enviado por segunda vez á Inglaterra en la primavera de 1596. La reina Isabel y su Consejo habian llegado por fin á comprender, que era preciso estrechar los relajados vínculos de su alianza con Enrique IV, y socorrer á este príncipe para impedir que entrase en negociaciones con España.

Pero tocábale á Perez sufrir una cruel mortificacion en aquel pais: enviado especialmente en razon de su amistad con Essex y de su influencia sobre él, quedó en extremo confuso y sorprendido al no hallarle allí. Essex se habia retirado á Plymouth para apresurar la partida de una escuadra de ciento veinte velas que debia dirigirse á sus órdenes á las costas de Andalucía.

Perez, á quien el conde no vió ni escribió, se hallaba muy irritado. Solo, aislado, sospechoso á los Cecil como amigo de Essex, é indispuesto con Isabel, Antonio Perez no tomó parte alguna en el tratado que se firmó el 10 de mayo entre Inglaterra y Francia.

Volvió Perez á Francia en extremo herido en su orgullo: á poco de haber llegado, recibió cartas del conde de Essex de vuelta de su expedicion á España, que habia sido brillante. Habiendo entrado la escuadra inglesa á viva fuerza en la rada de Cádiz, donde se hallaba la española, que habia sido vencida despues de una vigorosa resistencia, arrasó las fortificaciones de la plaza, saqueó los equipos y provisiones que estaban allí para la marina, tomó ó destruyó trece buques de guerra y se apoderó del pueblo de Puntal.

Essex escribió á Perez con la intencion de renovar sus antiguas relaciones. Terminaba la carta que le dirigió en 14 de setiembre de 1596 con estas palabras:

«Antonio, no dejeis de quererme, ni os apresureis á condenarme; aguardad la apología de Essex.»

Su objeto era servirse nuevamente de Perez á fin de tener conocimiento de los proyectos de Enrique IV, para inducir á este á que no escuchase las proposiciones del legado que á la sazon se hallaba en la corte de Francia, é impedir la paz en España.

Parecia á Essex empresa tanto mas fácil atraer á Perez á sus fines, cuanto que Enrique IV, manifestando siempre á este la misma confianza, iba á adherirle á su servicio, lo cual tanto tiempo hacia

que solicitaba Perez. Depositó entonces las condiciones, cuyo cumplimiento exigia, en manos del marqués de Pisani y del condestable de Montmorency, que eran sus mayores protectores y amigos. Estas condiciones redactadas en forma de súplica en 1.° de enero de 1597, consistian en:

1.° El capelo de cardenal para Perez, si su mujer habia muerto, ó en caso contrario para su hijo Gonzalo.

2.° Una pension de 1200 escudos en obispados, abadías y beneficios eclesiásticos, con facultad de poderla renunciar en sus hijos.

3.° El pago de su pension actual de 4000 escudos, y además 2000 escudos pagados por el tesoro hasta el momento en que se le hubiese puesto enteramente en posesion de las rentas eclesiásticas arriba mencionadas.

4.° Una gratificacion de 2000 escudos por una sola vez para establecerse en el rango de consejero que le acababa de conceder el Rey.

5.° Una guardia de uno ó dos soldados suizos para la seguridad de su persona amenazada siempre por las persecuciones del rey Felipe II.

Y 6.° la libertad de su mujer y de sus hijos y la restitucion de sus bienes, en caso de paz entre las dos coronas.

Enrique IV aceptó estos artículos, que fueron firmados en su nombre el 13 de de enero por el secretario de Estado Villeroy, y garantido en cumplimiento el 18 por el condestable de Montmorency conforme á los deseos de Perez.

Entretanto, los españoles, que el año anterior se habian apoderado de Ardres, despues de haberse hecho dueños de Calais, sorprendieron la ciudad de Amiens el 11 de marzo de 1597. Asustado Enrique IV al ver á sus enemigos tan cerca de Paris, fué inmediatamente á poner sitio á aquella plaza y reclamó de Isabel un auxilio de cuatro mil hombres que habia estipulado en el último tratado. Pero á tenor de sus acostumbrados hábitos de lentitud y exigencia, la reina de Inglaterra le propuso enviárselos bajo condiciones que Enrique no podia aceptar ni cumplir; pedíale la cesion de Boloña ó dinero.

Irritado Enrique por sus pretensiones y demora, le hizo entonces notificar por su embajador que se le habian ofrecido condiciones de paz muy ventajosas por el legado, si se separaba de Inglaterra.

Pero en medio de estas contestaciones, que presagiaban un pró-

ximo rompimiento entre estos dos antiguos aliados, los socorros ingleses no llegaban, y Enrique IV recobró por sí solo la ciudad de Amiens el 24 de setiembre de 1597, despues de un sitio de seis meses.

Este acontecimiento fué decisivo. Felipe II, con setenta años de edad, postrado por las enfermedades, agotado por los placeres y gastado por el trabajo, veia acercarse su última hora y no queria dejar en manos de su hijo la continuacion de una guerra que se habia hecho difícil hasta para él. Mostróse pues dispuesto á entrar en negociaciones formales con el rey de Francia, y despues de haber sido preparadas por el Papa, se abrieron en Vervins, á principios de febrero de 1598, concluyendo por devolverle el rey de España las plazas de que se habia hecho dueño en la Picardía. De este modo dió Enrique la paz á su reino, exhausto por cuarenta años de guerras civiles ó extranjeras.

Desde que se proyectó seriamente con Felipe II esta paz, que debia cambiar la posicion de Perez, este habia venido á ser un objeto de desconfianza para Enrique IV y su corte, y no sin razon. Consejero de estado del rey de Francia y á su sueldo, habia conservado secretas relaciones, por medio de Naunton, con el gobierno de Inglaterra, á quien hacia dar aviso de cuanto llegaba á su conocimiento ó penetraba. Pero estas revelaciones, aunque indirectas y rodeadas de misterios, habian sido sorprendidas ó receladas por Enrique IV, que le habia tenido desde entonces por sospechoso y le habia tratado como á tal. Enrique IV cesó de verle y le mantuvo apartado de su confianza y de sus consejos.

Perez calificó de *calumniosas* estas imputaciones. Al mismo tiempo se hizo el enfermo, no salió ya de su cuarto y se sirvió de Gil de Mesa y del italiano Marenco para llevar sus mensajes y quejas á su amigo el condestable, que le daba buenas palabras, á la hermana del Rey su protectora, que le conservaba siempre el mismo interés, y al mismo rey, que al paso que permanecia callado, no queria dejar de ser benévolo.

En el mes de enero de 1598, cuando no quedó duda alguna sobre la realidad de las negociaciones con España, Perez trató de aprovecharse de una paz que no le habia sido dable impedir, y solicitó del Rey ser comprendido en el tratado.

Parece ser que Enrique IV prometió á Perez que propondria un artículo en favor del duque de Aumale que se habia refugiado en

Bruselas, en el momento que los demás príncipes de la casa de Lorena, y le pedia estipulase en cambio la libertad de su familia. Pero lo cierto es que el duque de Aumale no fué comprendido en la paz de Vervins, firmada el 2 de mayo de 1598, y que la mujer é hijos de Perez permanecieron en las cárceles de Madrid. Solo la muerte de su implacable perseguidor podia dulcificar los infortunios de Perez: verdad es que no tardó en recibir este consuelo, pues Felipe II solo sobrevivió cuatro meses á la paz de Vervins.

No carece de interés la manera como se refieren los últimos momentos de Felipe II en una vida manuscrita de este Rey que se atribuye á Perez.

«La muerte, se dice en ella, no le quiso arrebatar antes de haberle hecho sentir que los príncipes y monarcas de la tierra tienen tan miserable y vergonzosa salida de la vida como los pobres de ella. Le embistió al fin con un asqueroso *phitiriase*, con un ejército innumerable de piojos... Mas la miséria presente no le causaba tanta aprension como la por venir; porque, representándosele los abismos de la justicia de Dios, la cuenta que habia de dar de tantos dias, de tantas acciones, de tantos pueblos, de tanta sangre perdida y derramada, quisiera antes haber nacido un pobre pastor que no rey de España.»

CAPITULO XVI.

Felipe III manda poner en libertad á doña Juana Coello.—Destitucion y muerte de Rodrigo Vazquez.—Tolerancia de Felipe III con los aragoneses.—Situacion apurada de Perez.—Paz entre Inglaterra y España.—Vuelve Perez á Inglaterra.—Cólera de Jacobo I.—Mal éxito del viaje de Perez.—Solicitudes de Perez para volver á España.

Despues de la muerte de Felipe II, difundióse por Europa el rumor de que este príncipe, en su hora postrera, habia mandado poner en libertad á la mujer é hijos de Perez y restituirles sus bienes. Publicáronse al mismo tiempo instrucciones secretas que se suponia haber dejado él á su hijo Felipe III, y en las cuales se le encomendaba se pusiese de acuerdo con Perez y le emplease en Italia; pero sin permitirle no obstante volver á España ni fijarse en los Paises-Bajos.

Volvió á cobrar confianza el ánimo del viejo ministro proscrito.

En otro tiempo habia tenido relaciones amistosas muy estrechas con el favorito del nuevo Rey, don Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, que tan absolutamente y por tanto tiempo gobernó la monarquía española bajo el nombre de duque de Lerma.

Los recuerdos de esta amistad fortificaron aun las esperanzas que le habia inspirado la muerte de su tenaz perseguidor, y la exaltacion al trono de un jóven príncipe, que queria sin duda señalar el principio de su reinado con actos de clemencia y benignidad: de manera que confió volver dentro de poco á su antigua fortuna.

Seis meses se pasaron sin que ocurriese mudanza alguna en su situacion, ni en la de su familia. Felipe III partió de Madrid en el mes de abril de 1599 para trasladarse á Valencia, en donde iba á casarse con la archiduquesa Margarita de Austria. Entonces fué cuando se presentó un escribano en la fortaleza en que estaba encerrada doña Juana Coello con sus siete hijos, y le dijo:

«Señora, S. M. manda que vuestra merced sea puesta en libertad, que se vaya donde quisiere, á la corte ó donde mandare, y que pueda pedir lo que bien visto le fuere. Pero que estos señores y señoras se queden aquí en la misma prision.»

Afligió sobremanera esta noticia á doña Juana Coello, que no queria aceptar tan incompleto favor, ni dejar entre soldados y alguaciles á su hija doña Gregoria, de veinte años de edad y con el cargo de cuidar á tres hermanos y otras tantas hermanas mas jóvenes que ella. Tras largos y violentos combates, decidióse por fin á aprovechar aquella gracia, para poder solicitar la libertad de sus hijos.

Doña Juana Coello se trasladó á la corte y visitó ante todo á Rodrigo Vazquez, á quien Perez denominaba su *verdugo mayor*, y que al verla vertió hipócritas lágrimas. En cambio doña Juana tuvo el consuelo de presenciar la súbita desgracia de ese ministro de las venganzas de Felipe, de edad entonces de ochenta años. y que se habia mostrado tan implacable con su marido, con ella y con sus hijos. Quitósele bruscamente la presidencia del Consejo real de Castilla, y recibió órden de salir de la corte, debiendo residir en lo sucesivo á veinte leguas de Madrid y diez de Valladolid.

El conde de Miranda, que fué nombrado en su lugar, mostróse muy favorable á la esposa de Perez y á sus hijos. Estos salieron de la cárcel en que hacia nueve años estaban encerrados y donde

el último de ellos habia venido al mundo. Permitióseles además perseguir en justicia á Rodrigo Vazquez para que les restituyese veinte mil escudos que habia tomado sobre una renta eclesiástica, concedida por el papa Gregorio III á Gonzalo, el mayor de aquellos, y que Vazquez habia empleado en pagar alguaciles para que los custodiasen.

Rodrigo Vazquez no sobrevivió á su desgracia, que la voz pública consideraba como un castigo de sus injusticias con Perez y su familia: murió antes que hubiese recaido sentencia del Consejo de Castilla sobre la súplica en restitucion de los veinte mil escudos.

Esta mitigacion de los rigores de la suerte de Perez fué acompañada de un hábil acto de clemencia en favor de los aragoneses que habian tomado parte en la insurreccion y en la tentativa de resistencia de 1591. El pacífico marqués de Denia persuadió á su dócil soberano se conciliase el afecto del reino de Aragon, aboliendo el recuerdo de los crímenes cometidos y de los castigos impuestos y concediendo un perdon general.

Felipe III se trasladó á este reino luego que hubieron terminado en Valencia las fiestas de su casamiento. Llegó el 11 de setiembre por la noche junto á Zaragoza, á donde no quiso entrar hasta que se hubiesen quitado las cabezas de don Juan de Lanuza, de don Diego de Heredia y de los demás condenados, que permanecian aun expuestas en las puertas de la ciudad y del palacio de la Diputacion.

Aquella misma noche, el conde de Morata acompañó á los hijos de don Diego de Heredia al convento en que se habia alojado el Rey para pasar la noche, y llamaron á la puerta del marqués de Denia. Este pasó en seguida al aposento del Rey.

«Ya sé lo que quieren, dijo el jóven príncipe; que vayan y quiten las cabezas de su padre y las demás, y bórrense los letreros de todas las sentencias para que no quede memoria alguna de tal suceso, y restitúyanles todos sus bienes.»

Dispuso al mismo tiempo que se diese honrosa sepultura á los restos de los que habian perecido en el cadalso, se indultase á todos los proscritos y se pusiese en libertad á todos los encarcelados.

De manera que fué recibido en Zaragoza con universales aclamaciones de alegría y reconocimiento. Juró en la iglesia metropolitana la observancia de los fueros del reino, pero estos fueros quedaron con las modificaciones hechas por Felipe II en las cortes reunidas

despues de la derrota del ejército aragonés, y la reconciliacion se efectuó en provecho de las personas y á expensas de las instituciones.

Al tener conocimiento de tan dichosas nuevas por las cartas que se le escribian de España, lisonjeábase Perez que el perdon real se extenderia hasta él. Esperaba este momento con una impaciencia que trataba de encubrir algunas veces bajo la apariencia de una resignacion filosófica, muy poco conforme á su alma apasionada.

En una carta que escribia á uno de sus amigos emitia acerca de la vida de los cortesanos y de los favores de los príncipes observaciones de talento y profundidad, que habia imbuido Ruy Gomez de Silva, «aquel gran privado, aquel maestros de privados y de conocimientos de reyes, y el Aristóteles de esta filosofía.» Y concluia diciendo que la fortuna no era mas que una idea, una vanidad, un humo, que como humo se disipaba.

Este desprecio de la fortuna era en el fondo poco sincero: producíanlo en Perez mas bien las reflexiones de la desgracia que los disgustos de la ambicion. Deseaba vivamente volver á entrar en su patria, pues se encontraba disgustado en Francia, donde habia venido á ser inútil y sospechoso despues de la paz de Vervins: quejábase además sin cesar de la poca exactitud con que se le pagaba su asignacion, y de que no se le concediesen los beneficios eclesiásticos que se le habian prometido por el convenio de 1597.

Sus clamores eran tan incesantes como sus necesidades, que se resentian de su antigua opulencia: expresábalos con una acritud que cada dia era menos dueño de dominar, y encargaba al condestable apoyase sus agravios con el Rey.

«Bosny no quiere pagarme, le escribia á principios de 1601, y ha tres meses que debo el pan que como.»

Acompañando estas quejas con amenazas, añadia:

«Gil de Mesa ha dicho á M. de Varena que si el Rey no quiere que hable claro, y no nos traigan engañados (victoria no grande para un gran rey), y que buscará Antonio Perez un amo á quien servir... Por cierto, chico estómago tiene la corona de Francia, si tan pequeña partida le embaraza.»

Enrique IV que, á pesar de la escasez de su tesoro y de los motivos de descontento que le habia dado Perez, conservaba aun en favor del antiguo ministro de Felipe II una especie de benevolencia indulgente, mandó en seguida que se le pagase y en la forma que él mismo deseaba.

Tan precaria posicion, aquella pension cuya paga le era preciso arrancar cada año, el pesar de su inutilidad, la humillacion de su descrédito y los crecientes dolores del ostracismo hicieron á Perez desear mas que nunca volver á su patria. De manera que, para obtener este favor, dió repetidos pasos.

Habiendo sucedido á Isabel en el trono de Inglaterra Jacobo I, y ansiando tanto él la paz como necesaria era á la aniquilada España, entabláronse algunas negociaciones á principios del año 1604. Trasladáronse con este objeto á Londres el conde de Aremberg y don Juan de Tarsis; y Perez creyó que se le venia á las manos la ocasion de reconquistar su perdida gracia. Imaginándose poder servir los intereses de Felipe III y ser en recompensa llamado á España por este príncipe, cometió la imprudente ligereza, no solo de abandonar á Paris, sino aun de renunciar á la pension.

El secretario de Estado Villeroy escribió en seguida á Cristóbal de Harlay, embajador de Francia en Inglaterra.

«Tened mucho cuidado por ahí que Antonio Perez, que nos ha dicho vuelve á esa capital, no sorprenda con sus adulaciones y acostumbradas lisonjas los corazones de las damas y cortesanos, segun él espera, y haga, aprovechando la circunstancia de esta paz, tan señalado servicio al Rey de España, que se le repute acreedor á volver al goce de los bienes y honores que en otro tiempo poseyó.»

Habiendo sabido Enrique IV, por informes recibidos de España, que Perez se proponia penetrar las disposiciones é instrucciones de Jacobo I, para comunicarlas en seguida al condestable de Castilla don Juan de Velasco, encargado de llevar á cabo las negociaciones, dió conocimiento de este proyecto á su embajador, «Espera así, le decia, hacer su agosto; pero creo que se encontrará chasqueado.»

Efectivamente, desde que Jacobo I supo que Perez se habia puesto en camino, manifestó al conde de Beaumont que no tenia deseo ninguno de verle, y que sabiendo lo desagradable que seria su presencia al embajador de España, le habia dado órden de que se volviese atrás, órden que recibió Perez en Boloña.

El atrevido desterrado, que tan temerariamente acababa de renunciar á la generosa asistencia de Enrique IV, y á quien no quedaba otro recurso que salir airoso en la empresa, no temió proseguir su viaje. Atravesó el mar, desembarcó en Inglaterra y se adelantó hasta Cantorbery, desde donde escribió al Rey.

Al saber Jacobo I su llegada, se dejó llevar de un violento acceso de cólera: tiróse de la barba, dijo que su embajador en Paris era *bestia, indigno de su cargo* y del que no se queria servir mas, y protestó que marcharia de Inglaterra antes que sufrir permaneciese en ella Antonio Perez.

En efecto, vióse este obligado á regresar al continente sin haber podido contribuir á la paz, que se firmó en agosto de 1604 por el condestable de Castilla y el conde Devonshire, entre Inglaterra y España, tras veinte y cinco años de luchas religiosas y marítimas.

La corte de España estuvo muy distante de agradecer en lo mas mínimo los motivos que habian impulsado á Perez á verificar su viaje á Inglaterra. Aun mas, dos meses despues de la conclusion de la paz en Londres, el duque de Lerma se quejó al conde de Rochepot, embajador de Enrique IV en Madrid, de que su señor hubiese dado acogida en sus estados á Perez y otros españoles, lo cual producia sospechas, impidiendo entre ambos reyes una reconciliacion sincera y sólida. La Rochepot, para calmar tales desconfianzas, hizo presente que Perez y sus compañeros habian recibido hospitalidad en Francia durante la guerra, y no despues de la paz.

Por lo demás, esta misma hospitlidad habíase restringido mucho para Perez desde su vuelta. Alojado, no ya en Paris, sino en Sain-Denis, este persnaje en otro tiempo tan suntuoso y altanero, domado ahora por la miseria, pedia con ruegos y humildad que se le devolviese su pension.

Pero su pension no le fué devuelta; así es que se vió reducido á probar un tercer esfuerzo para volver á España. Habia abandonado á Saint-Denis, y se habia establecido en Saint-Lazare, á fin de ver con mas facilidad á interesar en su favor al embajador español don Baltasar de Zúñiga. Habiendo partido antes para Madrid en el año 1606, Perez le conjuró que hiciese por obtenerle la gracia de que se le permitiese ver á su pais y morir entre los suyos.

En 1507 volvió Zúñiga á Paris, pero sin llevar el perdon del infeliz desterrado. Aun cuando Perez debiese estar ya bien convencido de la inutilidad de sus súplicas, cuando don Pedro de Toledo reemplazó á Zúñiga en el puesto de embajador en Paris, dirigió en 9 de agosto, por consejo de este último, una carta llena de sumision y ruegos al duque de Lerma.

«Muy misericordioso señor, le decia, apiádese V. E., yo le suplico muy humildemente, de mí y de los mios, que si idolatré no lo hice sino necesitado é importunado grandemente deste Rey, engañado él de mi poco valor y de su mucha piedad. Buena prueba he dado en la obediencia en que lo dejé todo en mandándomelo, metiéndome en mil peligros y aventuras con mucha incomodidad y pobreza mia, no por el premio que podia esperar de tal rey, sino por la satisfaccion de mi ánimo de haber cumplido con mi obligacion, como lo he declarado á don Pedro de Toledo para que con brevedad procure el remedio, porque no viva ya mas tiempo *suspenso en este estado miserable mucho y peligroso mas*, como él lo particularizará y calificará con las particularidades y verdades que á la boca le he referido; pero, señor, como ningunos trabajos me pueden quitar el deseo de morir vasallo de quien lo nací, parece razonable que tal Rey, como yo lo espero, lo permita, y que resista P. M. y V. E. á los que pretendieran impedir que este cuerpo *que ya está hecho* tierra como sin alma, lo recoja su naturaleza para acabar sus dias... Ha permitido V. E. que mis hijos puedan haber visto el estado miserable en que estoy: yo le suplico permita que la que los parió me cierre los ojos, pues por los años que ha que lo lloran merecen á lo menos que vean esto.»

Esta carta no tuvo mas feliz resultado que sus anteriores pasos. Tres meses despues, preguntaba Perez á don Pedro de Toledo si no habia recibido contestacion del de Lerma, ó no esperaba recibirla pronto: «porque, le decia, yo estoy en el extremo último con haber agotado ya á mis amigos que me socorrian, y con *no saber donde hallar* el pan de mañana.»

Lamentable posicion de un hombre que, despues de haber sido el ministro favorito del mas poderoso monarca de Europa, despues de haber arrastrado en defensa de su persona y de su causa á todo un pais, despues de haber tomado parte en los secretos y negocios de los dos mas formidables enemigos de su antiguo soberano, habia caido en tal estado de miseria y veia sus mas humildes súplicas rechazadas con anonadadoras negativas.

CAPITULO XVII.

Últimos años de la vida de Perez.—Norte de príncipes, etc.—Juicio de esta obra.—Nuevas solicitudes de Perez para volver á España.—Testamento y muerte de Antonio Perez.—Rehabilitacion de los hijos de Perez.

La penuria de Antonio Perez no fué sin duda extraña á sus numerosas mudanzas de domicilio: habíase trasladado de Saint-Lazare á la calle del Temple, de la calle del Temple al arrabal de Saint Victor, y en 1608 fué por fin á establecerse junto al Arsenal en la calle de Cerisaie, en donde sus penas y enfermedades acrecieron el amargor de su soledad.

Viéndose precisado á renunciar á todos sus demás placeres, buscaba alguna distraccion en las reminiscencias de la juventud, y procurando tener ocupado su espíritu escribia y oraba. En este período desgraciado y ocioso de su vida fué cuando escribió muchas cosas perdidas despues, y compuso para el duque de Lerma su libro sobre la ciencia del gobierno titulado: *Norte de príncipes, vireyes, presidentes, consejeros, gobernadores, y advertimientos políticos sobre lo público y particular de una monarquía, importantísima á los tales, fundados en materia y razon de estado y gobierno; por Antonio Perez.*

Esta obra en la que se descubre la viva imaginacion de Perez, y donde se encuentra la experiencia de un ministro caido, no ofrece sin embargo cosa alguna muy notable. Los consejos dados á un primer ministro acerca del arte de escoger bien sus hechuras y de distribuir bien sus gracias, la utilidad de mostrarse afable, el cuidado de conceder audiencias, la necesidad de alejar de los príncipes los grandes que podrian poco á poco perderle, y de no colocar á los que hubiese ofendido en posicion de poderse vengar, formaban las nimiedades del oficio de favorito, que el duque de Lerma no tenia necesidad de aprender, y que cabia poco mérito á Perez en descubrir.

Mas es preciso convenir que, en la parte relativa á las miras generales de gobierno, su libro encierra verdades útiles, morales, previsoras, y aun algunas de ellas superiores al espíritu de su tiempo. Opuesto á la guerra que habia aniquilado nuestra nacion, se declara por la paz, y llega hasta aconsejar el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas de Holanda, política enteramente realizada por el ministerio del duque de Lerma. Instaba el fomento de la marina, que habia venido á menos despues de la desgraciada expedicion de 1588, en interés de España y de sus colonias, cuyo descubrimiento no temió deplorar.

Tocábale por lo demás á Perez, por quien todo un pueblo habia comprometido su independencia, declararse á su vez defensor de los intereses de los pueblos. Despues de su proscripcion, esta teoría liberal vino á ser y permaneció siendo la suya. Víctima del poder absoluto, despues de haber sido su instrumento, combate la tendencia en aquel entonces irresistible de las monarquías, hácia esta forma de gobierno, con una valiente y amenazadora energía.

«Por lo que deseo, dice, la conservacion de los reinos, deseo la conservacion de los reyes; por lo que deseo la conservacion de los reyes, deseo la conservacion dellos dentro de los límites permitidos. No es mio esto, aunque nadie se deshonre de tan honrados deseos: es de un grave consejero, que dijo al rey don Felipe II, no menos sobre diversos golpes que le iba dando en diversas ocasiones, viendo que le iban encaminando á la libertad del poder absoluto: Señor, tened quedo, templaos, reconoced á Dios en la tierra como en el cielo, porque no se canse de las monarquías (suave gobierno si suavemente usan dél) y las baraje todas, picado del abuso del poder humano. Que es Dios del cielo delicado mucho en sufrir compañero en ninguna cosa. Este tal consejero me decia á mí á solas: Señor Antonio Perez, mucho temo que si los hombres no se tiemplan en hacerse Dios en la tierra, se ha de cansar Dios de las monarquías y barajarlas, y dar otra forma al mundo.»

Los últimos años de Perez, á contar desde el de 1608, pasáronse en la mortificacion y en el aislamiento. Los males de la vejez, apresurados por el exceso de los placeres y por las aflicciones, se habian desencadenado contra él. La debilidad de sus piernas no le permitia ya ni siquiera ir á la próxima iglesia. Habia logrado del Papa que le levantase las censuras en que habia incurrido por su trato con herejes, y el permiso de tener un oratorio en su casa calle de la Cerisaie.

Cuando despues de la muerte de Enrique IV, acaecida en 1610, se envió á Paris al duque de Feria, en clase de embajador extraordinario, para negociar el doble casamiento de Luis XIII con una infanta de España, y de una hija de la familia real de Francia con

el príncipe de Asturias, Perez, que no habia perdido aun la esperanza de ir á morir en su patria, se informó con ansiedad de si traia el encargo de anunciarle la terminacion de su destirro. Pero el duque de Feria no habia recibido órden alguna acerca de este particular.

«Profundamente desanimado Perez, algunos meses despues, por consejo de su amigo Sosa, obispo de Canarias, general de los franciscanos y miembro de la Inquisicion, no por eso dejó de procurar conmover al tribunal del Santo Oficio, al que atribuia la duracion de su ostracismo. Solicitó del Consejo supremo de la Inquisicion un salvoconducto que le permitiese ir á justificarse ante el tribunal, mas no fué mas feliz en este paso que en los otros.

Algunos meses despues, cayó mortalmente enfermo. El aragonés don Manuel Lope y los demás españoles refugiados en Paris le asistieron con afectuosa solicitud, y el hermano dominico Andrés Garin, que no se separó de él un momento, administróle los auxilios religiosos.

El 3 de noviembre de 1611, conociendo Perez que se acercaba su útima hora, dictó á su amigo Gil de Mesa la siguiente declaracion, que no pudo escribir de su propio puño:

«Por el paso en que estoy y por la cuenta en que voy á dar á Dios, declaro y juro que he vivido siempre y muero como fiel y católico cristiano; y de esto hago á Dios testigo. Y confieso á mi Rey y señor natural, y á todas las coronas y reinos que posee, que jamás fuí sino fiel servidor y vasallo suyo.»

Despues de haber invocado en apoyo de su ortodoxia y de su fidelidad el testimonio del condestable de Castilla y de su sobrino don Baltasar de Zúñiga; despues de haber traido á la memoria todos los pasos que habia dado, y por último la instancia que habia dirigido al Consejo supremo de la Inquisicion, añadia:

Digo que si muero en este reino y amparo de esta corona, ha sido á mas no poder, y por la necesidad en que me ha puesto la violencia de mis trabajos, asegurando al mundo toda esta verdad, y suplicando á mi Rey y señor natural que con su gran clemencia y piedad se acuerde de los servicios hechos por mi padre á la majestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos merezcan mi mujer é hijos huérfanos y desamparados que se les haga alguna merced, y que estos afligidos y miserables no pierdan, por haber acabado su padre en reinos extraños, la gracia y favor que merecen por fieles y leales vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales.»

Firmó esta declaracion con mano trémula y desfalleciente, y pocas horas despues espiró á la edad de setenta y dos años.

Fué enterrado en los Celestinos, donde hasta fines del pasado siglo podia leerse un epitafio que recordaba las principales vicisitudes de su vida.

Doña Juana Coello que le sobrevivió, y sus hijos, menos doña Gregoria que habia muerto algunos años antes, no habiendo podido lograr que volviese á su patria, tuvieron á lo menos el consuelo de que se revocase la sentencia que le condenaba como hereje, aunque no sin mucho trabajo: fueron necesarios cuatro años de perseverantes solicitudes por su parte, el apoyo de las personas mas poderosas de la Iglesia y del Estado, y la expresa voluntad de Felipe III, para que el inexorable tribunal de la Inquisicion consintiese en revisar el proceso de Perez y rehabilitar su memoria.

El acta definitiva de reparacion no fué firmada hasta el 16 de junio de 1615. Estaba concebida en estos términos:

«Que, atento los nuevos autos del proceso, los consejeros de la Suprema debian de revocar y revocaban la dicha sentencia dada y pronunciada contra Antonio Perez, en todo y por todo como en ella se contiene; y declararon deber ser absuelta su memoria y fama, y que no obste á los hijos y descendientes de Antonio Perez el dicho proceso y sentencia de relajacion, para ningun oficio honroso, ni deberles obstar lo dicho y alegado por el fiscal de la Inquisicion contra su limpieza.»

Consultado Felipe III sobre esta sentencia, puso al márgen de su puño: *Hágase lo que parece, pues se dice que es conforme á justicia.*

Unicamente entonces los desdichados hijos de Perez, que pasaron su juventud en una cárcel, y á quienes habia legalmente alcanzado la degradacion de su padre sin haber tomado parte en sus faltas, fueron restablecidos en su rango y en sus derechos de nobles españoles.

Antonio Perez, sin ser uno de los primeros ministros de Felipe II, poseyó por un momento todo el favor de este príncipe, y fué el personaje mas poderoso de la monarquía española. Habiendo llegado muy fácilmente al poder, no supo conservarse en él, y llegado, por decirlo así, á ministro por via hereditaria, se comportó cual

un verdadero aventurero. Apasionado, ávido, disipador, violento, artificioso, indiscreto y corrompido, introdujo sus desarreglos en una corte de costumbres aparentemente severas, y ofendió con la rivalidad de sus amores y la audacia de sus acciones á un amo hipócrita, vengativo y absoluto.

Aun cuando conoció á fondo al que servia; aun cuando poseyó el secreto de sus pasiones ocultas, de su temible disimulo y de esos celos de poder que hacian su confianza siempre incierta, osó engañarle y se perdió. En la lucha desesperada en que le precipitaron sus faltas, desplegó recursos de ingenio tan variados, mostró tal energía de carácter, fué tan elocuente y tan patético, que llegó á ser objeto de los mas generosos sacrificios y obtuvo la simpatía universal. Desgraciadamente, los defectos que le habian perdido en España le desacreditaron en Inglaterra y Francia, en donde, siendo siempre el mismo, comprometió hasta su desgracia y murió en la pobreza y el abandono.

FELIPE II Y ANTONIO PEREZ,

POR

MIGNET.

I.

Corte de Felipe II.—Carácter de este príncipe y de su ministro Antonio Perez.—Verdaderas causas de la muerte del secretario Escovedo.

El proceso de Antonio Perez es uno de los acontecimientos mas singulares de un siglo en el que, sin embargo, abundan los sucesos extraordinarios: acontecimiento que pertenece al dominio de la historia, ya por la importancia de los personajes que en él figuran, ya por los causas que lo produjeron, y que facilitan mucho el conocimiento del carácter y política de Felipe II, como tambien por las consecuencias que tuvo, dando lugar á la revuelta, invasion y servidumbre del reino aragonés, cuya antigua constitucion pereció en aquella circunstancia; y finalmente por los misterios que deja aun por aclarar.

Si para someter este grave y tenebroso asunto á nuevo exámen no me fuese dable disponer mas que de las memorias de Perez, mantendria ociosa mi pluma. No porque Perez no facilite preciosos documentos sobre el particular, tanto en sus *Relaciones* dirigidas á la opinion europea, como en su *Memorial* presentado al tribunal supremo del reino de Aragon; pero Perez calla muchas circunstancias, y esto no debe parecer extraño, pues es parte en la causa y no historiador imparcial. Así, solo cuenta lo que puede justificarle, y deja lo demás en la oscuridad. Empero con el auxilio de nuevos

y auténticos documentos espero poner en claro los puntos que envueltos en el velo del misterio presenta aun ese largo y lúgubre drama; explicar la lenta y terrible desgracia de Perez, á quien Felipe II, su cómplice en el asesinato de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, tuvo preso por espacio de once años, hizo dar tormento, castigó en las personas de su mujer é hijos, y persiguió con su implacable venganza hasta en el extranjero suelo, do habia logrado refugiarse, despues de haberse inútilmente puesto bajo la salvaguardia de la justicia, hasta entonces soberana, de Aragon.

¿Qué es lo que decidió á Felipe II á ordenar la muerte de Escovedo, causa primera, ya que no única, de todos estos acaecimientos? ¿Qué parte fué la que tomó Perez en la ejecucion de este asesinato? ¿Fué solo un simple instrumento de la política suspicaz de Felipe II, ó bien quien le aconsejó que se desembarazase del secretario, confidente y agente de su hermano? Si por medio de sus consejos le impulsó á tan fatal extremo, ¿guiábanle razones de estado, ó su interés particular? ¿Persuadióle que se deshiciese de Escovedo, suponiendo que este exaltaba la imaginacion ambiciosa de don Juan, y le inculcaba proyectos peligrosos, ó se sirvió de este pretexto, engañando á Felipe II, para libertarse de un hombre que vituperaba sus amores con la princesa de Eboli, viuda de Ruy Gomez de Silva, de quien eran uno y otro hechuras? Estos amores, que pone en duda Mr. Ranke, historiador ingenioso y de muchas luces y autoridad, ¿son ó no una vana suposicion? ¿crearon ó no, como siempre se ha pensado, una rivalidad entre el rey y el ministro, entre Felipe II y Perez? La desgracia de Perez, manejada con hábil disimulo y proseguida con implacable dureza, ¿debe atribuirse á la política de Felipe II, que sacrificó á Perez dejando pesar sobre él toda la responsabilidad del asesinato de Escovedo, ó buscarse la causa en los celos vengativos de este príncipe, que se mostró inexorable desde que supo que Perez le habia engañado? Tales son las cuestiones que me he propuesto examinar y resolver.

Felipe II era naturalmente severo y suspicaz: jamás concedia su confianza por completo, y nadie podia jactarse de poseerla, aun en los momentos mismos en que mas aparentes pruebas de ello daba. Nadie advertia la pérdida de su favor hasta que recibia el golpe. Ningun signo de impaciencia, ni de frialdad, descubria anticipadamente el cambio de sus voluntades ó de sus afectos. Dilataba la caida de sus favoritos, como todo lo demás. Esto es lo que experimentaron muchos de sus ministros, y entre otros el cardenal Espinosa, en 1571, y Antonio Perez en 1579. A pesar de su desconfianza, seguia los consejos de aquellos á quienes habia conferido su autoridad.—En 1561 observó ya Miguel Suriano, comparándole con su padre, que Carlos V obraba siempre con arreglo á sus propias inspiraciones, mientras que Felipe se atenia siempre á las de los demás. Efectivamente su imaginacion era lenta en sus operaciones, poco inventiva y asaz indecisa. Aunque muy dominante, carecia de resolucion, y su voluntad era mas bien exigente que imperiosa.

Su sistema minucioso de gobierno, tanto como su natural receloso, le ponian en precision de servirse de hombres que diferian por sus miras y talento, y á quienes dividia la ambicion. Dirigia por escrito los vastos estados de la monarquía; y todas las cosas así grandes como pequeñas pasaban por sus manos. Consultaba mucho, vacilaba por largo tiempo y tardaba en decidir por efecto de su irresolucion, y de la lentitud inevitable que imprimia á los negocios la costumbre de leerlo, y anotarlo y ordenarlo todo por sí mismo. Aun cuando era muy aplicado y en extremo laborioso, no podia dar abasto á tantas ocupaciones. Así es que siempre se demoraban sus determinaciones y medidas. Los numerosos consejeros creados por él y por su padre instruian los diferentes negocios que eran de su competencia y le daban sus pareceres en las correspondientes *consultas*. Dejando á un lado estos informes motivados, ordenaba á sus ministros que le expusiesen su opinion por escrito. Por espacio de mas de veinte años, desde 1558 á 1579, mantuvo á su lado dos partidos rivales, entre quienes dividia su confianza y su poder. Al obrar así su intencion era ilustrarse por medio de sus opiniones contradictorias; recurrir, segun los casos, á las diferentes cualidades de sus jefes, y ser servido con mayor emulacion.

A la cabeza de estos partidos estuvieron por largo tiempo el duque de Alba y Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, tan altanero y arrojado el uno, como avisado y prudente el otro. En el consejo de Estado, que es en donde ejercian su principal influencia, siempre veian las cosas bajo diverso aspecto, y sacaban conclusiones diferentes. El que lograba ser atendido por el uno podia contar con que seria desairado por el otro. Placíale á Felipe II su rivalidad, que rayaba en odio; pues su carácter receloso veia en ello una prenda de seguridad para él; dando al propio tiempo pábulo muy á

menudo á las incertidumbres de su espíritu con la divergencia de los pareceres que estos dos principales consejeros de su política emitia sobre las materias sometidas á sus deliberaciones. En el fondo preferia á Ruy Gomez, que era su sumiller de corps, le habia acompañado á Inglaterra cuando su matrimonio, no se habia separado ya nunca de él, y le servia del modo que á él le gustaba ser servido, con una fidelidad absoluta y discreta, aconsejándole sin pretensiones de dirigirle.

Sin embargo, hubo un momento en que pareció que el duque de Alba habia vencido á su antagonista; y fué cuando aconteció la insurreccion de los Paises-Bajos. Tras muchas indecisiones y no poco tiempo perdido, Felipe II resolvió adoptar el plan propuesto por el duque de Alba, prefiriéndole al que recomendaba Ruy Gomez; y envió ese hábil guerrero, ese político duro y terrible, á las provincias sublevadas, con un ejército para someterlas, y con una autoridad sin límites para castigarlas y regirlas. Pero no habiendo producido buen éxito la fuerza y la violencia, Ruy Gomez, que habia quedado solo junto á Felipe II, hizo reemplazar al duque de Alba, por el gran comendador de Castilla, don Luis de Requesens de Zúñiga, hombre animado de un espíritu de suavidad y moderacion, á quien se encargó volviese á la obediencia á los Paises-Bajos valiéndose de medidas conciliadoras. El duque de Alba habia visto declinar su crédito al estrellarse en la empresa que se le habia confiado; y el dichoso Ruy Gomez murió en 1573 dejando á su partido mas poderoso que nunca. Este partido, al que se habian adherido igualmente Antonio Perez y Juan Escovedo, ambos hechura de Ruy Gomez, y que don Juan de Austria ilustraba al exterior con el brillo de sus victorias y de su fama, dominó hasta 1579 en los consejos del rey de España, de los que no excluyó, pero sí anuló completamente al partido contrario.

Hé aquí en qué términos se habla de los dos partidos en una relacion italiana manuscrita del año 1577, uno antes del asesinato de Escovedo, asesinato que produjo la disolucion de la faccion dominante, ocasionó su ruina poco tiempo despues, y acarreó un cambio de las personas y direccion en los consejos y negocios de España:

«El número de personas que forman hoy la corte es muy reducido, pues la frecuentan solo los individuos de la cámara del rey ó de su consejo, en razon á que muchos *cavalieri privati* que asistian á ella para servir al rey ó solicitar mercedes, viendo que S. M. vive siempre muy retirado, ó en el campo, dejándose ver poco, concediendo rara vez audiencia, y dando poco y tarde, no han podido permanecer en ella mas tiempo por los muchos gastos que le ocasionaba, no compensados ni por los placeres ni por los provechos. Divídenla abiertamente dos facciones. La primera es la del arzobispo de Toledo, del marqués de los Velez, de Antonio Perez, de Mateo Vazquez y Santoyo. Preséntase como la mas poderosa y que goza de mayor favor en lo que concierne á la administracion de los negocios que tienen entre sus manos, sin que por eso posea, al parecer, un poder y autoridad extraordinarias. La otra es la del duque de Alba, del prior don Antonio (de Toledo), del príncipe de Melito, del marqués de Aguilar y de Zayas. Cada una de ellas procura combatir á la faccion opuesta por todos los medios posibles.

El autor italiano hace en seguida una sucinta descripcion de los caractéres de los principales personajes de estas dos facciones en los términos siguientes:

«Repútase al duque de Alba por persona disimulada, artificiosa, de experiencia grande, pero celosa y maligna. El rey le manifiesta mucho aprecio, pero se vale poco de él. No goza autoridad alguna, y está por tierra; así es que pocos solicitan su amistad, ni le dan valor alguno. Para ocultar su escaso favor y su mala fortuna, jamás se aparta del rey.

»El marqués de los Velez, don Pedro Fajardo, mayordomo mayor de la reina, es un hombre reservado, taciturno; que hace gala de conducirse con prudencia y de conocer bastante á fondo los negocios del estado; de un carácter y humor análogos á los del rey, que le emplea mucho; es amigo de llevar una vida muy retirada.

»El arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, es el jefe de la faccion dominante. Es de genio alegre y de benigno carácter; pronto en sus palabras, pero excelente en intenciones, y goza generalmente fama de hombre de bien. Se conoce que el rey le ama y se sirve de su talento, así es que dispone de mucho poder.

»Antonio Perez, secretario de Estado, es discípulo de Ruy Gomez. Es muy discreto, amable, de mucha autoridad y saber. Con sus maneras agradables va templando y dorando muchos disgustos que ocasionaria á algunas personas la lentitud y tacañería del rey. Por sus manos pasan todos los negocios de Italia, y tambien los de Flandes, desde que este pais está gobernado por don Juan, que le

presta decidido apoyo y le impele hácia adelante, lo que hacen aun en mayor escala el arzobispo de Toledo y el marqués de los Velez. Es tan entendido y capaz que su destino es probablemente el de llegar á ser primer ministro del rey. Es flaco, de salud delicada, de costumbres desordenadas, amigo de medrar y de entregarse á sus placeres, y se paga mucho de que le hagan la corte y le ofrezcan presentes.»

Finalmente dice acerca de don Juan las siguientes palabras: «Sigue el partido del arzobispo de Toledo y de Antonio Perez.»

Tenia este á la sazon treinta años. Hijo natural de Gonzalo Perez, que habia sido durante mucho tiempo secretario de estado de Carlos V y de Felipe II, fué legitimado por un diploma del empedor, y llamado á tomar parte en los negocios desde muy jóven. Las teorías de la política italiana, generalmente adoptadas en la práctica en aquella época, le habian comunicado cierta perversidad de espíritu, que estaba hasta cierto punto en armonía con su natural índole. Dotado de una inteligencia perspicaz, de un carácter insinuante, de una fidelidad que no reconocia límites ni escrúpulos, lleno de expedientes ingeniosos, elegante y enérgico en sus escritos, y expedito en el despacho de los negocios, se habia singularmente granjeado la estimacion de Felipe II, que habia ido poco á poco depositando en él toda su confianza. Zayas era el uno de los dos secretarios de estado, y él el otro, y tenia principalmente á su cargo el *despacho universal*; es decir, la refrendacion y la expedicion de la correspondencia diplomática y de las órdenes del rey. Felipe II le comunicaba sus mas particulares designios, le iniciaba en sus pensamientos secretos; y Perez era el que, al descifrar los despachos, separaba lo que debia comunicarse al consejo de estado para que diese su parecer en los puntos de política sometidos á su exámen, de lo que el rey reservaba para sí solo. Tan alto favor le habia desvanecido. Afectaba hasta con el mismo duque de Alba, cuando comian juntos en la propia mesa en casa del rey, un silencio y un orgullo, que descubrian á la vez la arrogancia de la enemistad y la embriaguez de la fortuna. De manera que su falta de moderacion en la prosperidad, su excesivo lujo, su desenfrenada pasion á los placeres, y sus desmesurados gastos, que le precisaban á especular con todos valiéndose de su posicion y favor, excitaban contra él la envidia y la animosidad en la corte austera y dividida de Felipe II, dando por resultado inevitable á la primera ocasion oportuna su caida. Precipitóla él mismo, sirviendo demasiado bien las pasiones suspicaces de Felipe II, y aun quizás excitándolas desmedidamente, contra dos hombres de su propio partido, contra don Juan de Austria y su secretario Escovedo. Habiendo muerto el gran comendador Requesens en 1576 sin haber pacificado los Paises Bajos, cuyos agravios habian aumentado los excesos de los soldados españoles, que dieron al pillaje algunas ciudades y se amotinaron contra sus jefes, Felipe II envió á ellos á don Juan. La situacion era muy delicada, pero la persona que se habia elegido para poner remedio á tantos males era la mas á propósito por todos estilos. Hijo de Carlos V, de quien tan gratos recuerdos conservaban los flamencos, lleno de nobleza y de lealtad, precedido por el brillo de sus victorias, y por la felicidad con que habia llevado á cabo mayores empresas, parecia ser el único á quien le era dado reducir á la obediencia las diez y siete provincias que acababan de unirse por la pacificacion de Gante. Pero don Juan revolvia en su mente grandes designios; designios que fechaban de muy lejos, pues los habia concebido, segun Perez, despues de la batalla de Lepanto y la toma de Tunez. Aspiraba á conquistar ó hacerse conceder una soberanía; esta fué la razon porque en lugar de desmantelar á Tunez en 1573, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido de Madrid, fortificó aquella ciudad, con la esperanza de que llegaria á ser la capital del reino cuya adquisicion soñaba. El papa Pio V prestó su apoyo á este proyecto que recomendó á Felipe II; mas este príncipe, que solo queria utilizar el valor de don Juan en pro de la grandeza de la monarquía española, no dió oidos á semejante pretension, contestando sin embargo al Papa de un modo cortés y dándole las gracias por el interés que tomaba por su hermano.

Supuso al mismo tiempo que tan ambiciosos pensamientos se los sugeria á don Juan su secretario, Juan de Soto, que Ruy Gomez habia colocado á su lado en la guerra contra los moros de Granada, y le habia acompañado despues en sus expediciones marítimas al Mediterráneo, reputándose entonces peligrosos sus consejos. Creyendo Felipe II que era preciso sustraer á don Juan de tan perniciosa influencia, nombró en reemplazo de Soto á Escovedo, que creia de una fidelidad mas á prueba, y que recibió antes de partir para Italia el encargo de procurar un cambio en las intenciones de don Juan. Con objeto de no enojar á su hermano separando ente-

ramente á Soto de su lado, dejóle allí, confiriéndole el empleo de pagador del ejército.

Escovedo no correspondió á la confianza que en él habian depositado. Olvidó muy pronto las recomendaciones de Felipe II para entrar en las miras de don Juan. Avisóse á la corte de Madrid que hacia á Roma frecuentes y clandestinos viajes. Causaba graves inquietudes el que aquel no informase lo que ocurria, cuando se supo inopinadamente la causa, que evidenciaba que la ambicion de don Juan no habia cambiado de naturaleza, aunque sí de objeto. No pudiendo aspirar ya este jóven príncipe al reino de Tunez, de que habian vuelto á apoderarse de nuevo los turcos, ambicionaba hacerse dueño del de Inglaterra, gobernado por una princesa, cuyas opiniones religiosas la colocaban en el bando de la Europa católica, Este proyecto sonreia á la corte de Roma; la Santa Sede despues de haber hallado en don Juan un defensor del catolicismo contra los turcos, creia poder sacar gran partido de su valor contra los protestantes. Un dia pues el nuncio del papa, despues de haber descifrado los despachos que habia recibido de su corte, fué á avistarse con Antonio Perez, y le dijo: «¿Quién es un tal *Escado*?— Perez contestó que seguramente seria el secretario Juan de Escovedo.—¡Eso es! contestó el nuncio, he recibido un despacho de su Santidad, en el que en sustancia se me dice que dé un paso con el rey en favor del señor don Juan del modo y forma que me indicará Juan de Escovedo, á fin de que su Majestad tenga á bien permitir se lleve á cabo la expedicion á Inglaterra, y suba el señor don Juan al trono de este reino.»

Perez informó sin pérdida de tiempo á Felipe II de lo que ocurria. La sorpresa de este príncipe fué extremada, y no menor su descontento. Cabalmente era esto en ocasion que encargaba á don Juan el gobierno de las Paises-Bajos, y temió que si le manifestaba sus sospechas ó le daba una negativa, tal vez le desalentaria, y no llenaria como era menester la difícil mision que le habia cometido. Mostró pues que condescendia á sus deseos, y que permitiria á don Juan, en cuanto hubiese dado cima al negocio de los Paises-Bajos, tentar la empresa de Inglaterra, sirviéndose de las tropas españolas siempre que los estados generales de Flandes no se opusiesen á su embarque.

Al propio tiempo para tener conocimiento de todos los designios de su hermano y vigilar las intrigas de Escovedo, autorizó á Perez,

que poseia la confianza del uno y la amistad del otro, para que se cartease con ellos, supusiese entrar en sus proyectos y apoyarlos con él; y aun para que se expresase muy libremente sobre su persona, con el intento de inspirarles mas confianza y poseer sus secretos, que debia en seguida participarle. Perez buscó, ó cuando menos aceptó, tan repugnante papel. Escribió pues á aquellos cartas que leia antes el mismo Felipe II, y en las cuales no siempre hablaba con mucho respeto de este príncipe y comunicaba en seguida al rey las atrevidas respuestas de Escovedo y los desahogos de la ambicion inquieta y melancólica de don Juan. Al transmitir al rey una carta de Escovedo, Perez se vanagloria y se absuelve de este manejo desleal: «Señor, es menester escrivir y oyr de aquella manera, para su servicio, porque assy se meten por la espada, y el hombre encamina mejor lo que conviene para el negocio de V. M. principalmente... Pero mire V. M. como lee estos papeles, que si se me descubre el artificio, no le podré servir, y yo habré menester alzar del juego. Que por lo demás, bien sé, que para mi deber y conciencia hago lo que debo en esto, y no he menester mas teología que la mia para alcanzarlo.» El rey le contestó: «... Y creed que traigo en todo buen recato, y segun mi teología yo entiendo lo mismo que vos, que no solamente haceys lo que deveys, mas que no lo haríades para con Dios ni para con el mundo, si no lo hiciésedes ansy, y para que yo esté bien alumbrado de todo, que es bien menester segun los enredamientos del mundo y de sus cosas, que cierto me tienen espantado.»

¡Cuán terribles no fueron los acontecimientos que tuvieron lugar despues de la llegada de don Juan á los Paises-Bajos! Este jóven y glorioso capitan hubo de luchar con las provincias confederadas en Gante y con las incurables desconfianzas nacidas contra los españoles y contra él. La política profunda y hábil del príncipe de Orange le suscitó obstáculos que no le fué dado superar. A pesar de las moderadas condiciones que presentaba á los estados generales reunidos, fué recibido por ellos mas bien como un enemigo que como un pacificador. Se negaron á autorizar la salida de las tropas por mar, temiendo no se las emplease contra las provincias de Holanda y Zelanda, y exigieron que se trasladasen á Italia por tierra. Don Juan vió desvanecerse por este lado sus designios sobre la Inglaterra. Falto de autoridad, de dinero y de medios para restablecer el dominio del rey su hermano y sostener su propia fama, empezó á

disgustarse de una posicion que no le ofrecia salida. Acostumbrado hasta entonces á las empresas de éxito pronto y brillante, desconsolábale su impotencia. Víctima ya de las zozobras mortales que le condujeron lentamente al sepulcro, solicitó que le enviasen á llamar. En la vehemencia de su deseo, escribió á Perez, segun este supone: *Que le va la vida, y honrra, y alma en dexar aquel govierno, y que las dos primeràs partes perderya cierto, si tardava la resolucion, y con ellas lo servido, y por servir: y la tercera de puro desesperado yria á gran riesgo.* En otra carta dice: *Que no havra resolucion, que no tome hasta dejarlo todo, y que se vendrá, quando menos se cataren, aunque piense ser castigado á sangre... porque le librarán cierto de incurrir en caso de desobediencia por no passar por el de infamia.* Perez da por verídico que Escovedo le escribió en aquella época unas veces, *que tendria el señor don Iuan por mas honrrada cosa yr como aventurero con seys mill Infantes, y dos mill cavallos á Francia, que el govierno de Flandes: y quando todo esto no pudiesse ser, volverse á España, y ser cortesano para governarlo todo con los amigos*, y otras, *que silla y cortina era su apetito, y que todo lo demás era impropio*, añadiendo: *Conservemos al que nos conserva, y ayudemos al señor don Iuan donde le llevare el contento, y que sy fuere menester el vendrá á ayudar á las trazas.*

Sin embargo, don Juan permaneció en Flandes, y envió á España á Escovedo para que expusiese sus amargas quejas, sus urgentes reclamaciones y sus proyectos vagos. En este viaje fué muerto Escovedo. Para explicar los motivos que decidieron á Felipe II á ordenar su muerte, voy á dejar hablar á Perez. Despues de haber dicho que en Roma se habian entablado nuevas negociaciones para la invasion de la Inglaterra; despues de haber puesto de manifiesto los planes de confederacion urdidos entre don Juan y los Guisas, planes de que luego hablaremos; despues de haber referido un dicho extremadamente atrevido que pone en boca de Escovedo, el cual supone que antes de ir á Francia, dijo que: «Cuando fuesen dueños de Inglaterra, podrian llegarlo á ser tambien de España, apoderándose de Santander y construyendo un fuerte en la Peña de Mogro.» Perez añade: «Todo lo qual considerado por su Magestad, y la priesa que el señor don Iuan dava á que le bolviesen á despachar al secretario Escovedo, escriviendo en particular: *Dinero, y mas dinero, y Escovedo*, paresció á su Magestad, que se pidiesse parescer al marqués de los Velez don Pedro Fajardo, del consejo de

Estado, y mayordomo mayor de la reina doña Anna, y á quien se yvan communicando todas estas cosas, que seria bien hazer, y que resolucion se devria tomar en tal estado, y apretura. Hizo lo Antonio Perez con los mismos papeles originales. Hizo se discurso sobre todo, y conferencia de todas las cosas arriba dichas.

»De la variedad grande de las trazas, que se trayan desde Italia para beneficio del señor don Iuan sin communicacion, ny noticia de su Magestad: del sentimiento grande con que havian quedado de que no huviese havido effecto lo de Inglaterra por la traza primera: de la prueva que hicieron segunda vez con su Sanctidad desde Flandes para el mismo effecto, sin dar cuenta dello á su Magestad: del desseo de dexar el govierno de Flandes viendo desbaratado lo del reino de Inglaterra: de las jntelligencias secretas que emprendieron en Francia sin sabiduria de su Magestad: de la traza con que salieron, de que tendrian por mejor yr como aventureros con seis mill jnfantes, y dos mill cavallos á Francia, que los cargos mayores: de los terminos tan fuertes de las cartas del señor don Iuan de desconsuelo, y de desesperacion: y al fin paresçió que de todo esto se podia temer una gran resolucion, y execucion de alguna gran cosa en perturbacion del sossiego publico, y de la quietud de los reinos de su Magestad, y en perdicion del señor don Iuan, dexando le correr mas tiempo á su lado al secretario Escovedo.»

En consecuencia quedó resuelta la muerte de Escovedo. El marqués de los Velez fué de este parecer: «y de tal manera juzgó el marques de los Velez ser conveniente la tal resolucion, añade Perez, que decia: *Que con el sacramento en la boca, si le pidieran parescer, cuya vida y persona importara mas quitar de por medio la de Iuan de Escovedo, ó cualquiera otra de las mas perjudiciales, votara que la de Iuan de Escovedo.*»

Sin duda alguna muchas de las cosas que nos refiere Perez no son verídicas; mas no me es posible comprobar si lo son todas. Aun mas, debo manifestar, que se me hace muy difícil creer que Escovedo haya concebido jamás el extravagante pensamiento de imbuir al príncipe su amo la idea de emprender la conquista de España reinando Felipe II, despues de haberse apoderado de la Inglaterra bajo Isabel. Por otra parte era imposible que este plan naciese de don Juan, pues estaba en oposicion con su fidelidad y su buen sentido. Mostróse siempre leal con su hermano; y si bien pudo abrigar designios quiméricos, nunca dió cabida á intenciones culpables ni

insensatas. La razon que me induce á poner en duda el pensamiento que á aquellos se atribuye, es que existe un punto importante sobre el que poseo datos suficientes con que probar la falta de exactitud y la exageracion de los hechos avanzados por Perez. Este punto es el que concierne á las relaciones de don Juan con los Guisas y su convenio faccioso, pero oculto, que tanto pábulo dió á las alarmas de Felipe II. Perez pretende que Vargas Mejía, embajador de España en Paris, denunció al rey esas estipulaciones, y supone que este hecho tuvo lugar en la primavera del año 1577, intercalándolo en una relacion de los proyectos atribuidos á don Juan durante los meses de marzo, abril y mayo de este año, diciendo: «Succedió, que se tuvo aviso por cartas de Juan de Vargas Mexia, que servia á la sazon la embajada de Francia, que yvan, y venian algunas personas despachadas del señor don Iuan á aquella Corte, etc.» Ahora bien, Vargas Mejía no fué nombrado embajador de España en Francia, en sustitucion de don Diego de Zúñiga, hasta octubre de 1577, y no llegó á Paris hasta el 10 de diciembre. Esto en cuanto á la fecha; vamos ahora á examinar la cuestion en el campo de los hechos; Perez añade: «Que aunque algunos dias estaban en pubblico, succedia que despues de haver hecho de los que se bolvian despachados, tornava alguno de ellos, y se metia, y estava secreto en el retrete de monsieur de Guisa, y desto avisó diversas vezes Iuan de Vargas á Antonio Perez, como á ministro, y secretario de Estado, paresciendo le caso de cuydado semejante jntelligencia sin tener aviso él della, y mas si su Magestad no le tenia. Y como su Magestad no sabia desto tampoco cosa ninguna, se le escrivió á Iuan de Vargas que abriese el ojo, y el cuydado para entender lo que esto era. Yva dando aviso Iuan de Vargas de lo que podia descubrir, y continuó el avisar, que aquellas ydas, y venidas se continuavan en la forma y recato que solian, y aun llegó á lo último á escrivir que habia entendido, que las tales jntelligencias entre el señor don Iuan, y monsieur de Guisa havian llegado á particular confederacion entre ellos con nombre de defensa de las dos coronas. Cosa que dió muy gran cuydado, y alteracion á su Magestad, y mas viendo, que no se le dava quenta dello, y mucho mas haviendo hecho prueva de las jntelligencias, que en Roma se tenian sin noticia suya, y para cosas, y trazas mayores, sospechando que no fuesse tambien aquello alguna invencion y traza de que se pudiessen seguir grandes jnconvenientes en dessasossiego del bien público, y de los reynos de su Magestad.»

Estos detalles son circunstanciados y muy precisos, y por lo mismo parecen incontestables; sin embargo no es así. He leido detenidamente la correspondencia de Vargas con su corte, desde fines de diciembre de 1577 hasta junio de 1580, época de su muerte, y puedo por consiguiente decir con seguridad y exactitud lo que supo de las relaciones de don Juan con los Guisas, y lo que puso en noticia de Felipe II. Ante todo debo hacer observar que no transcurrieron cuatro meses entre la llegada de Vargas á Paris y el asesinato de Escovedo, ejecutado en Madrid el 31 de marzo de 1578, y que sus informes sobre don Juan y los Guisas, mucho menos alarmantes de lo que Perez afirma, y posteriores casi todos á ese asesinato, no podian haber influido en él.

Don Juan habia enviado á Paris á Gerónimo Curiel, en agosto de 1577, para buscar fondos, mientras recibia los que habia pedido á España por Escovedo, y que no llegaban. Habiendo muerto Curiel envió en su lugar, en febrero de 1578, á Pedro Arcanti, contador ó pagador de su ejército, á quien sucedió Alonso Curiel, hermano de Gerónimo. Su mision fué ostensible, como tambien el envio de Longueval de Vaulx, á quien Vargas, por órden de don Juan nada debia ocultar, comunicándole aun mas especialmente todo cuanto interesaba á los Paises Bajos. Curiel y de Vaulx estaban en correspondencia directa desde Paris con Felipe II y Perez. Finalmente, don Juan, á principios de mayo de 1578 y despues de la muerte de Escovedo comisionó á don Alonso de Sotomayor para que pasase á Paris á ponerse de acuerdo con los Guisas sobre algunos extremos importantes de los asuntos de los Paises Bajos.

Vargas, que habla de todos estos agentes y de su mision, no dice en ninguna de sus comunicaciones, que despues de haberla llenado, permaneciesen en el gabinete del duque de Guisa, ó volviesen á entrar de oculto en él, para tratar misteriosamente con el jefe de la Liga. Las relaciones de don Juan y del duque de Guisa, que solo conoce de un modo superficial y no en el fondo, tenian por objeto el triunfo de la causa católica en los Paises-Bajos, en Escocia y en Inglaterra. En parte alguna de su correspondencia se lee que se hubiesen *confederado para la defensa de las dos coronas*. Cierto es que Vargas escribe en 31 de diciembre de 1377, que los Guisas abrigan el proyecto de hacerse soberanos de una parte de la Francia, mas ni siquiera menciona á don Juan. Felipe II utiliza esta coyuntura, y despues de haber puesto con su pro-

pio puño al márgen del despacho de Vargas: «Cierto, si se pudiese tratar con ellos (los Guisas), seria muy á propósito para todo.» Remite á su representante una carta para el duque de Guisa, quien la recibe con grandes muestras de afecto, y dice inmediatamente al embajador de Escocia, mediador habitual entre él y Vargas: «Yo no haré cosa que no deba contra mi rey, pero donde interviniere el servicio de Dios, y la Religion cathólica siempre aventuraré vida y hacienda.» ¿Sobre esto, qué es lo que contesta el rey á Vargas? «Muy bien habeis hecho en avisarme de lo que el duque de Guisa habia comunicado... y seria muy conveniente tener granjeados al dicho duque y á los de Guisa, y mantener los en mi devocion por los mejores medios que se pudiere. Y assí, os encargo que vos lo procureys por vuestra parte tractándolo con la dissimulacion y cordura que vos sabreys.»

Felipe II queria arrastrar á los príncipes lorenos á esa liga estrecha y facciosa, cuyos preliminares empezaron entonces, aunque su conclusion no se verificó hasta algunos años despues, cuando la muerte del duque de Alenzon, último heredero católico del trono de Francia, acreció sus temores, alentó su ambicion, y les decidió por el interés de la santa Liga, á buscar el apoyo del rey de España, de quien vinieron á ser los agentes.

Pero en 1578, lejos de negociar contra Enrique III, quien esperaban les auxiliase en sus proyectos sobre Escocia é Inglaterra en favor de su parienta María Stuart, propusieron una union íntima entre las coronas de España y Francia. Los términos en que se hizo esta proposicion son tan contrarios á los asertos de Perez y tan curiosos, que no quiero ni puedo dejar de referirlos. El embajador de Escocia mandó á decir á Vargas, el 13 de abril de 1578, á las cinco de la mañana, que el duque de Guisa le esperaba; y Vargas pasó inmediatamente á su casa. El duque le preguntó entonces, si no creia que su señor, cansado de las ofensas que la reina de Inglaterra hacia todos los dias á la cristiandad, veria con gusto que el duque de Lorena y ellos se opusiesen á tanto desafuero, y si no les ayudaria. Dióle á entender, al mismo tiempo, que trataba, y aun que tenia muy adelantado este negocio con Enrique III y su madre. Habiéndole Vargas dejado entrever en términos generales la cooperacion de su amo, el duque se abrió mas, rogándole que le hablase en confianza y le dijese con franqueza si podrian valerse del nombre del rey de Portugal, á quien se habia informado de

ello, y consentia, para levantar un ejército de ocho ó diez mil alemanes, aparentemente con destino al Africa, y que se embarcaria para Escocia, á donde llegaria en tres dias. Añadió que no convendria por muchas razones que los reyes de España y Francia, como tampoco el duque de Lorena, figurasen como partes interesadas en esta leva; pero que si el primero tenia á la sazon una flota para coadyuvar á la empresa, esta ofreceria muchas probabilidades de buen éxito. Vargas contestó de un modo favorable, y propio para animar sus esperanzas, y le preguntó si debia dar parte al rey católico de aquella conversacion. El duque le contestó que todo ello no pasaba aun de un proyecto; pero que dentro breve tiempo le hablaria de un modo mas explícito. Al comunicar Vargas á Felipe II esta entrevista, añadió: «El duque cree que V. M., solo hubiera dado fin muchos dias ha, sin el respeto de aca, y el cristianísimo sin el de V. M., y lo que *dessea la union de estas dos coronas* y los effectos que podrian hacer unidos y como serian señores de todo y podrian dar ley al mundo.»

Así, en esta época, lejos de entablar una confederacion secreta y rebelde con don Juan para la defensa de las dos coronas, como sienta Perez, el duque de Guisa pensaba en realizar una union de las dos coronas entre los dos reyes. Verdad es que no eran menos estrechas las relaciones que mantenia con don Juan; mas estas relaciones tenian solo por objeto los intereses generales del catolicismo, los negocios de Escocia, que eran comunes al duque de Guisa y á don Juan, pues que el uno queria libertad á su parienta María Estuardo, presa en el castillo de Sheffield; y el otro, segun los rumores públicos, intentaba casarse con ella, y últimamente el buen término de las turbulencias de los Paises-Bajos, que permitiria al valiente y ambicioso hermano de Felipe II dirigir sus pensamientos y las fuerzas de España hácia la empresa de Inglaterra, en la que Felipe II vacilaba mucho en empeñarse, y queria, segun su expresion, andarse en este asunto con *piés de plomo*.

Estas relaciones no causaban pues grande inquietud al rey católico; y Vargas, al aconsejar á su monarca que no las perdiese de vista, no sabia á punto fijo hasta donde se extendian. Limítase á decir que sabe hay entre ellos grande confianza, que da mucho que pensar, y que es por parte de los Guisas mayor de lo que imagina. Reducido á simples conjeturas acerca del objeto de sus relaciones, lo está á meros rumores sobre el fin de su convenio relativo á

la Escocia y á la Inglaterra. Unas veces escribe á Felipe II, que un escocés que ha estado con don Juan va á embarcarse en Dieppe ó en el Havre; otras pone en su conocimiento que le han noticiado que en los papeles cogidos al arzobispo irlandés fray Patronius, salido de Roma para promover movimientos en Irlanda, papeles que se habian remitido á la reina Isabel, se halló: «Una investidura del regno de Inglaterra hecha en persona del señor don Juan en Roma.» Y finalmente, que el embajador de Venecia le ha dicho que el de Escocia y los Guisas tenian tratado el casamiento del rey de Escocia con la hija del duque de Lorena; y el de don Juan con la reina de Escocia. Felipe II, que gustaba le instruyesen de todo cuanto pasaba, y de todo cuanto se decia ó creia, recibe estas noticias con placer; pero sin darles al parecer grande importancia. «Ha sido bien advertirme... escribe él á Vargas, sobre lo de los casamientos del rey de Escocia con la hija de Lorena, y de mi hermano con la de Escocia. Y aunque estas cosas deven de ser por via de discurso y de poco fundamento, todavía es conveniente tener noticia de lo que se dice y discurre en semejantes materias.»

Mas pronto la muerte destruye en un momento los proyectos matrimoniales, las ambiciosas esperanzas, la juventud, hermosura y fama de don Juan. Despues de haber alcanzado en Gemblours una victoria, que debia ser la última, este valiente capitan, que como político no tenia bastante paciencia y maña, desesperó de salir airoso de una situacion en que, aislado, casi sin ejército y desprovisto de dinero tenia que luchar á la vez con los católicos y los protestantes contra el príncipe de Orange, el archiduque Matías y el duque de Alenzon. Murió el 1.° de octubre de 1578, consumido por el dolor y el pesar, en su campo cerca de Namur, en medio de sus soldados, dejando á su frio y habil sucesor, el duque de Parma, que era tan profundo político como gran general, el cuidado de poner en buen estado negocios en apariencia perdidos. Felipe II sintió esta desgracia... «La mala nueva que me ha venido del ilustrísimo don Juan de Austria mi hermano, he sentido en gran manera, assi por lo que le queria y amava, como por ser en tal coyuntura y occasion.» Algunos dias despues, expresaba de nuevo los mismos sentimientos: «Queria y estimaba su persona, decia él, y me hará falta para todo y particularmente para los negocios de Flandes.» El pesar del duque de Guisa no fué menos vivo, y desde Joinville, en la Champaña, en donde vivia retirado desde el mes de

mayo, aunque sin haberse olvidado de enviar á don Juan el capitan de su guardia, para que le diese el excelente consejo de que contemporizase, y por este medio disolviese la coalicion de sus enemigos, compuesta de elementos tan heterogéneos, dirigió el 4 de noviembre á Vargas, el siguiente oficio:

«Señor embajador: la carta que me habeis escrito ha acrecido el duelo que me habia causado la muerte del señor don Juan, pérdida la mayor de cuantas podian acontecerme. Mas despues de haberme atormentado sin medida, y puesto que no hay mas remedio que conformarse á la voluntad de Dios, me veo precisado á procurar poner treguas á mi dolor. Sin embargo, difícil cosa es, pues cuando recuerdo los altos favores que le plugo dispensarme, y el honor que me cabia en ser amado de S. A., me cuesta llevar á cabo mi resolucion. Empero considerando que no está en lo posible el devolverle la vida, y que Dios ha hecho la gracia á toda la cristiandad de colocar en su lugar á un príncipe de tanto valor y experiencia como es el señor duque de Parma, se amengua mi dolor, por la esperanza que tengo de que cumplirá tan bien y con tanta fidelidad su cometido que redundará en honor de Dios y sosten de nuestra Religion. Os ruego le asegureis que jamás encontrará persona mas pronta á servirle y obedecerle de lo que lo seré yo cuando la ocasion se presente; pudiendo igualmente vos contarme en el número de vuestros mas sinceros amigos, que ruega á Dios os conceda larga y venturosa vida.»

Si Antonio Perez ha desnaturalizado, en sus *Relaciones* y *Memorial*, la correspondencia de Vargas en el asunto de don Juan con el duque de Guisa, permitido es suponer que no habrá sido mas escrupuloso en otros puntos. Por lo demás es llegado el caso de examinar cuáles otros motivos que su fidelidad á los intereses de Felipe II pudo tener Perez al llevar á cabo la muerte de Escovedo, y voy á hacerlo, recorriendo las piezas del proceso manuscrito que forman la contra partida de las *Memorias* de Perez.

He dicho ya que Ranke, cuya opinion es de tanto peso, no da crédito á los amores de Perez con la princesa de Eboli. Efectivamente, admitiendo sin restriccion alguna la explicacion política que Perez ha dado de la muerte de Escovedo, rechaza la causa particular designada por sus enemigos. Segun su parecer, Perez no ha podido ser el amante de la princesa; en primer lugar porque esta era tuerta y entrada en años; y luego, porque su propia mujer doña

Juana Coello, le mostró, durante todo el tiempo de su proceso, el afecto mas ingenioso, mas constante y mas fiel. Esta última no puede admitirse como tal. En cuanto á la objecion fundada en la edad y prendas físicas de la princesa de Eboli, no encierra mayor verosimilitud. Todos los contemporáneos estan contestes en ensalzar su belleza. Nacida en 1540, casóse con Ruy Gomez en Alcalá en 1553, á la edad de trece años, y por consiguiente no tenia mas que treinta y ocho años. Tampoco era tuerta, sino bizca, así es que nada habia que se opusiese á la intimidad que niega Ranke, y que numerosos testimonios ponen fuera de duda. Solo citaré los mas importantes, sin hacer mencion de los considerables presentes que Perez habia recibido de la princesa, y que un decreto judicial le condenó á restituir. El arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, depuso que Perez se servia de los objetos de la princesa como de cosa propia, de que se murmuraba mucho; así como de que la princesa enviase desde su castillo de Pastrana acémilas cargadas de regalos.

Doña Catalina de Herrera refiere: «Que dia Escovedo fué á representar á la princesa que los propósitos que se tenian sobre las visitas de Perez eran en mengua de su reputacion; y como asegurase que si la hablaba de aquella suerte era de puro agradecido y porque habia comido el pan de su casa, la princesa se levantó, y le contestó que los escuderos no tenian que meterse en lo que hacian las grandes señoras, y dicho esto le volvió la espalda.»

Esta declaracion fué confirmada por doña Beatriz de Frias, esposa del contador Juan Lopez de Biranco; la cual añade que toda la servidumbre de la princesa murmuraba de las entradas y salidas de Perez, continuadas despues de la muerte de Escovedo, de suerte tal que el príncipe de Melito, el marqués de la Fabara y el conde de Cifuentes, unidos con la princesa por los lazos del parentesco, querian matar á Antonio Perez. Este proyecto de los deudos de la princesa que cuenta doña Beatriz de Frias, está confesado por uno de ellos, don Lorenzo Tellez de Silva, marqués de la Fabara, cuya deposicion es asaz curiosa para que deje de citarla. «El testigo observó lo mucho que daban que decir las visitas que Perez hacia á la princesa, que pasaba largas horas con ella y la acompañaba á los parajes públicos. Un dia, que el mismo deponente habia ido á visitar á la princesa, doña Bernarda Carrera, le hizo hacer antesala y no le dejó entrar porque la princesa y Perez es-

taban juntos, lo que le escandalizó sobremanera. Uno de sus criados vió salir con frecuencia á Perez á deshora de la casa de la princesa, y aun el mismo testigo vió cosas peores, tanto que llegó á pensar cómo le mataria, y lo trató con el conde de Cifuentes, que no visitaba á la marquesa por las mismas causas, y á quienes parecia muy mal aquella amistad. Y el dia de jueves santo, este testigo fué á la iglesia de Santa María á rogar á Dios le quitase del pensamiento el designio que tenia de asesinar á Perez. Esta idea le perseguia especialmente cuando recordaba que la princesa le habia preguntado, si sabia que Perez era hijo del príncipe Ruy Gomez de Silva, su marido, y le habia instado para que así lo diese á entender á todo el mundo. Añade el declarante, que en casa de la princesa todos hablaban en términos poco decorosos de esta intriga, y tenian por seguro que ellos eran los que habian hecho matar á Escovedo, porque les habia dicho que aquello no podia quedar así.»

Esta opinion era general, y reinaba en España, en donde mas de ocho testigos de diferente clase y condicion pusieron en conocimiento de la justicia en secreto y sin haberse concertado: «que Escovedo habia sido muerto por haber querido defender el honor del príncipe Ruy Gomez, de quien habia sido criado.»

Lo que pone en cierto modo fuera de duda la complicidad de la princesa en el asesinato de Escovedo, es la conducta que observó despues, y las palabras que vertió. Dijo á Beatriz de Frias: «Que Escovedo era deslenguado y que hablaba muy mal de las mujeres principales, y que persuadia á los frailes que iban á predicar á Santa María que diessen palabras maliciosas que á ella le podian dar pesadumbre.» Beatriz de Frias declaró además: que luego de cometido el asesinato, la princesa le preguntó nuevas de lo que se decia, añadiendo... «Bien dicen que le maté yo;» á lo que habiendo contestado Beatriz: «Jesús, ¡cómo dice V. E. cosa tan extraña!» La princesa repuso: «Pues yo os prometo que la cuentona de su mujer dice que yo lo he hecho.» Como para confirmar esta acusacion habia dado á Juan de Mesa, uno de los asesinos, un oficio de nombramiento de empleado en la administracion de sus bienes, á fin de que pudiese mostrarlo, si por acaso le preguntaban é interrogaban al volver al Aragon su pais, de donde Perez le habia hecho venir para aquel homicidio, segun declaracion del testigo Martin Gutierrez, vecino de Juan de Mesa.

Además del interés que tenian Perez y la princesa de Eboli en libertarse de la vigilancia de Escovedo, cabíales aun otro mayor: temian al rey y á sus zelos. Suponíase que Felipe II habia tenido estrechas relaciones con la princesa de Eboli. A pesar de su autoridad y de sus cuatro mujeres, atribuíansele flaquezas de esta especie. Una relacion italiana manuscrita, del año 1584, se expresa en estos términos hablando de él: «Es muy devoto, se confiesa y comulga muchas veces al año, reza todos los dias, y quiere tener la conciencia limpia. Créese que su mayor pecado es el de la carne; porque es velludo y calvo, tiene las piernas delgadas, la estatura mas bien baja que mediana, y la voz fuerte. Existen en la corte muchos señores que la pública fama dice ser hijos suyos, como el duque de P... y don... y otros. ¿Quién es ese duque de P... que designa sin nombrar el manuscrito italiano? No es difícil llegar á saberlo. Si se examina la lista de los grandes señores de España ó títulos de Castilla que existian en aquella época, lista inserta á continuacion de los mismos apuntes venecianos, en el manuscrito núm. 1203 de la Biblioteca real, se ve que no existe otro duque cuyo nombre empiece por P mas que el de Pastrana. Ahora bien; ¿quién era el duque de Pastrana? El hijo mismo de la princesa de Eboli, cuya paternidad se atribuia al rey, á lo que menos así lo creia la corte. Los amores de Felipe II, menos públicos y constantes que los de Carlos V, de Enrique IV y Luis XIV han pasado á la posteridad como tradiciones fundadas, ya que no ciertas. Así es que Perez y la princesa de Eboli debieron temer la venganza de Felipe si descubria su intimidad. Sin duda el rey no llegó á sospechar la naturaleza de sus relaciones por el cuidado que tuvo la princesa en difundir la noticia de que Perez era hijo del príncipe su marido. Pero cuando Escovedo, indignado la amenazó con que lo descubriria todo á Felipe II, debió temblar por Perez y por ella. La escena decisiva que tuvo lugar entre Escovedo y la princesa merece ser referida, á pesar de su cinismo: Testigo fué de ella Rodrigo de Morgado, que ocupaba casa de Antonio Perez el destino de caballerizo, que tenia toda la confianza de su amo, y servia de tercero entre él y la princesa. Dijo á su hermano Andrés de Morgado, quien lo depuso en justicia: «Que Escovedo habia visto entre Perez y la princesa cosas que no le habian parecido bien, y que habiéndole extrañado mucho lo indicó así. Una vez los encontró á los dos *juntos en la cama ó en el estrado* en cosas deshonestas, y exclamó: Vamos, esto no puede tolerarse, y estoy obligado á dar cuenta al rey de ello. La princesa le contestó: «Escovedo, hacedlo si os place, *que mas quiero el trasero de Antonio Perez que al rey.*» A pesar de la audaz grosería de esta contestacion, soltada en un momento de arrebato y como una especie de bravata, desde aquel momento quedó decretada entre Perez y la princesa la muerte de Escovedo, cuyas indiscreciones eran muy de temer. Por último, si hemos de dar crédito á d'Aubigne, que se hallaba en posicion de poder estar bien instruido, existe aun un testimonio mas concluyente que todos los demás, y es el del mismo Perez que confesó sus amores con la princesa de Eboli, y su rivalidad con Felipe II, cuando se refugió á principios del año 1593 eu la corte de Enrique IV.

Así mientras que Felipe II, incitado por Perez, mandaba el asesinato de Escovedo creyendo obedecer á la razon de estado, Perez seguia, al contrario, el impulso de su odio y de sus temores, haciéndose dar la competente autorizacion para matar á un antiguo amigo que podia perderle con el rey. Si no hubiese tenido otro motivo para apresurar la muerte de Escovedo, mas que los proyectos un poco vagos, ó mas bien extravagantes, que se le atribuian, es verosímil que hubiera procedido con menos resolucion y encarnizamiento. Con profunda astucia engañó á Escovedo vendiendo sus secretos al rey, y engañando al rey pintándole á Escovedo como hombre que merecia la muerte por sus peligrosos designios.

II.

Relacion del asesinato de Escovedo.—Diligencias entabladas por su familia contra Perez.—Vacilacion de Felipe II.—Desgracia y prision de Perez.—Caida de su partido y formacion del ministerio Granvelle.

El proyecto pues de hacer morir á Escovedo fué originado menos de los temores que inspiraba á Felipe II la indiscreta audacia del secretario de don Juan, que de los deseos de venganza de Antonio Perez y de la princesa de Eboli, irritados por sus reproches y alarmados por sus indiscreciones. En efecto, Escovedo instaba con ahinco al rey católico que enviase tropas y dinero á su hermano, cuya posicion era falsa y peligrosa en los Paises-Bajos; vituperaba el sistema de suavidad y transaccion recientemente adoptado con los flamencos, sistema que, segun él, solo podia conducir á la con-

sagracion de la revuelta, y á la propagacion de la herejía; sostenia que no se conseguiria someter los Paises-Bajos, ni gobernarlos, sin el empleo de la fuerza; empeñábase en que se apoderasen de las provincias marítimas de la Holanda y Zelanda, que eran las mas indóciles y terribles, y cuya ocupacion seria á su modo de ver mas difícil que la misma conquista de Inglaterra; y tenia frecuentes conversaciones con Felipe II, en las que le hablaba siempre abiertamente de la invasion proyectada á aquel pais, proyecto que tanto ansiaba realizar el duque su señor, subordinando siempre su ejecucion á la quietud de los Paises-Bajos. Con esta mira, sin duda, habia propuesto que se fortificase en las costas de Vizcaya un puerto que pudiese servir de lugar de salida, de abrigo y de refresco á los buques destinados mas tarde á su expedicion contra la Inglaterra. Concíbese perfectamente que dirigiese semejante proposicion un hombre emprendedor, pero sensato como Escovedo, cuyas cartas en general atestiguan mucha perspicacia y privacion, al paso que no es dable comprender la intencion rebelde y extravagante que le supone Perez de haber querido asegurar la posesion de la roca de Magro á don Juan, para desde allá hacerse dueño de España, despues de haber invadido la Inglaterra.

Mucho distaban los designios reales de Escovedo de los que se le atribuian: agitábase, pero no conspiraba. Mas la desconfianza conduce á la credulidad, y no hay persona mas fácil de engañar que un príncipe suspicaz. Así es que el astuto Perez consiguió fácilmente poner en duda la fidelidad de su antiguo amigo. Por otra parte el ardor inquieto de Escovedo, la importunidad de sus exigencias, sus deseos ambiciosos, eran ya de sí muy propios para turbar la real tranquilidad de Felipe II. Este príncipe, que se agotó el mismo en sus empresas impracticables, durante los últimos quince años de su vida, no sabia discernir en los demás, lo que era realmente de temer, de lo que solo era quimérico. Supuso á Escovedo peligroso, porque le vió exigente, y encontró útil a sus intereses libertarse de él. Dió pues á Perez la órden de hacerle matar.

Pareceria sobremanera extraño que un rey diese semejante órden, á no tener presentes las costumbres y teoría de aquel siglo violento, en el que los asesinatos estaban á la órden del dia. La muerte era el último argumento de las creencias, el medio extremo, pero frecuentemente empleado por los partidos, por los reyes y por los súbditos. Pero no se contentaban con matar, sino que

creian tener derecho á ello. Ciertos casuistas atribuian este derecho, unos á los príncipes, otros á los pueblos. Hé aquí lo que el hermano Diego de Chaves, confesor de Felipe II, escribia sobre la muerte de Escovedo. *Y para esto le advierto segun lo que yo entiendo de las leyes, que el Príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos, y vassallos, como se la puede quitar por justa causa, y por juyzio formado, lo puede hazer sin el. teniendo testigos, pues la orden en lo de mas, y tela de los juyzios es nada por sus leycs: en las cuales el mismo puede dispensar; y cuando el tenga alguna culpa en proceder sin orden, no la tiene el vassallo, que por su mandato matasse á otro, que tambien fuere vassallo suyo, porque se ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume, que la ay en todas las actiones del Príncipe supremo; y si no ay culpa, no puede haver pena, ni castigo.*

Al paso que admitian estas sorprendentes máximas, el rey y su ministro recurrieron sin embargo á medios secretos para deshacerse de Escovedo. Perez no consiguió su fin tan pronto como él supone. Al principio tuvieron mal éxito muchas de las tentativas que se hicieron. Perez intentó envenenar á Escovedo en su propia mesa, antes de hacerle atacar, de noche, en las calles de Madrid por unos sicarios que le mataron á algunos pasos de su casa. Hé aquí como Antonio Enriquez, paje de Perez, cuenta las fases y ejecucion de este complot, en el que tomó parte muy principal:

«Estando un dia mano sobre mano en el aposento de Diego Martinez, mayordomo de Antonio Perez, el citado Diego me preguntó si conocia alguna persona de mi pais que quisiese dar un navajazo; añadió que habria ganancia en ello, que se pagaria bien, y que aun cuando el golpe causase la muerte nada importaria. Respondí que propondria el negocio á un muletero conocido mio, como en efecto así lo hice, y el muletero se convino. Algunos dias despues, Diego Martinez me dió á entender con razones un poco confusas que seria preciso matar al individuo de que se tenia hablado, que era persona de importancia, y que Antonio Perez lo aprobaria; oyendo lo cual, le dije que no era aquel negocio que se pudiese confiar á un muletero, sino á personas *de mas partes*. Entonces Diego Martinez añadió que la persona que se habia de matar venia á menudo á comer á casa, y que si se podia poner alguna cosa en su comida ó bebida, era preciso hacerlo, por ser el medio mejor, mas seguro y mas secreto. Resolvióse pues tentar este camino sin demora.

»Entretanto, tuve ocasion de ir á Murcia. Antes de partir hablé de ello á Martinez, que me dijo encontraria en aquel pais ciertas yerbas muy á propósito para lo que queríamos y me dió una lista de las que debia procurarme. Busquélas en efecto, y las envié á Martinez, que se habia provisto de un boticario mandado á buscar á Molinos de Aragon. En mi cuarto fué donde el dicho boticario, ayudado de Martinez, destiló el jugo de estas yerbas. En seguida para hacer la prueba, se le hizo tragar á un gallo, una porcion de él, pero no produjo efecto alguno, y se encontró no servir de nada lo que de aquel modo se habia preparado. Despidióse entonces el boticario para su pais pagado de su trabajo.

»Pasados algunos dias, dijome Martinez que tenia en su poder cierta agua buena para dar á beber, añadiendo que el secretario Perez solo queria fiarse de mí, y que en un convite que el amo habia de dar en el campo, no tendria mas que hacer que echar de aquella agua á Escovedo, que estaria entre los convidados, y para quien se habian ensayado ya las experiencias precedentes. Contestéle que si mi amo no me lo mandaba, no queria meterme en matar á nadie. Entonces el secretario Perez me llamó un dia al campo, y me dijo que le importaba que el secretario Escovedo muriese, que estuviese prevenido para darle la bebida en cuestion el dia del convite, y que para la ejecucion me viese y concertase con Martinez, dándome palabra y ofrecimiento de servirme en todas mis cosas.

»Fuíme muy contento, y acordamos con Martinez las medidas que debian tomarse. La órden que se dió para la comida fué: que al entrar en la casa por el pasadizo de las caballerizas, que están en el centro, y penetrando en la primera sala se colocasen dos aparadores, uno de los cuales era para el servicio de los platos y otro para el de los vasos, desde donde debia llevarse de beber á los convidados. Desde dicha sala se pasaba, volviendo á la izquierda, á la en que se habian puesto las mesas de la comida, y cuyas ventanas daban al campo. Entre la pieza en que se habia de comer, y la que habian destinado para los aparadores, hábia otra cuadrada que servia de antesala ó pasadizo. Habíaseme encargado tuviese cuidado de que, mientras durase la comida, siempre que el secretario Escovedo pidiese de beber, fuese yo quien se lo llevase. Tuve así ocasion de verificarlo dos veces, echando en su vino el agua envenenada, en el momento en que atravesaba la antesala en cantidad igual á la que podria contener una cáscara de nuez, segun la órden que se me habia dado. Concluida la comida, fuese el secretario Escovedo, los demás se quedaron jugando, y el secretario Antonio Perez salió por un momento, y vino á buscarnos al mayordomo y á mí, á uno de los aposeutos que daban al patio, en donde le dimos cuenta de la cantidad de agua que se habia echado en el vaso del secretario Escovedo, despues de lo cual se volvió á jugar; súpose luego que la bebida no produjo ningun efecto.

»Luego de transcurridos algunos dias de este mal éxito, el secretario Antonio Perez dió otra comida en la casa llamada de Cordon, perteneciente al conde de Puñon-Rostro, á la que asistieron el secretario Escovedo, doña Juana Coello, mujer de Perez, y otros varios convidados. Sirvióse á cada uno de ellos una escudilla de natas ó leche; y en la de Escovedo se habian echado unos polvos como de harina. Dile tambien yo vino mezclado con el agua de la comida anterior. Esta vez surtió mejor efecto, porque el secretario Escovedo estuvo muy enfermo, sin acertar con la causa. Durante su enfermedad hallé medio de que uno de mis amigos, hijo del capitan Juan Rubio, gobernador del principado de Melfu, y antiguo mayordomo de Perez, cuyo hijo despues de haber sido paje de doña Juana Coello, era marmiton en las cocinas del rey, trabase amistad con el cocinero del secretario Escovedo, á quien iba á ver todas las mañanas. Y como preparasen para el enfermo una olla á parte, dicho marmiton, aprovechando un momento en que no era visto, echó en ella un dedal de ciertos polvos, que Diego Martinez le habia dado: habiendo comido el secretario Escovedo, de ella hallaron que tenia veneno por lo cual prendieron á una esclava de Escovedo, que sin duda era la que tenia á su cargo el aderezar los manjares, y así se sospechó que ella lo habia hecho, y por este solo indicio la ahorcaron en la plaza de Madrid sin culpa.

»Habiéndose librado el secretario Escovedo de todas estas tramas, Antonio Perez se decidió á tomar otro partido, y fué que le matariamos una noche de un pistoletazo, puñalada ó estocada, y esto sin perdida de tiempo. Marché pues á mi pais para buscar un íntimo amigo mio y un verduguillo de hoja muy delgada, arma mas á propósito para matar á un hombre que un cachorrillo. Partí en posta, y me dieron letras de cambio de Lorenzo Spínola de Génova para cobrar en Barcelona cierto dinero, que efectivamente recibí en llegando allí.»

Aquí cuenta Enriquez que hizo entrar en el complot á uno de sus

hermanos, llamado Miguel Bosque, á quien prometió cierta cantidad de dinero, y el favor de Perez; que llegaron á Madrid el mismo dia que ahorcaban á la esclava de Escovedo; que durante su ausencia, Diego Martinez habia hecho venir de Aragon con el mismo objeto, dos hombres decididos, llamados el uno Juan de Mesa y el otro Insausti, que al dia siguiente de su llegada, Diego Martinez los habia reunido á los cuatro, como tambien el marmiton Juan Rubio, en los afueras de Madrid para convenirse en los medios y momento del asesinato; que habian estado acordes acerca este particular, y que Diego Martinez les habia proporcionado una espada larga y acanalada hasta la punta para matar á Escovedo, y además les habian armado á todos de dagas; por fin que Antonio Perez habia ido durante este tiempo á pasar la Semana Santa á Alcalá, con el intento sin duda de desviar las sospechas que pudieran recaer sobre él, cuando se supiese la muerte de Escovedo. Luego Antonio Enriquez añade:

«Quedó convenido que cada noche nos reuniríamos en la plazuela de San Jaime, desde donde nos iríamos á poner de acecho en el paraje por donde el secretario Escovedo debia pasar, lo cual se ejecutó así. Insausti, Juan Rubio y Miguel Bosque debian esperarle, Diego Martinez, Juan de Mesa y yo pasearnos por los alrededores, para el caso en que tuviésemos que ayudarles en el asesinato. El lunes de Pascua, 31 de marzo, dia en que fué cometido aquel, Juan de Mesa y yo tardamos algo mas de lo acostumbrado en reunirnos en el lugar convenido; de manera que cuando llegamos á la plaza de San Jaime, los otros cuatro se habian ya marchado para hacer centinela en el paraje por donde debia pasar el secretario Escovedo. Cuando estábamos rodando por allí Juan de Mesa y yo, nos vino de aquel lado el rumor de que habian asesinado á Escovedo. Entonces nos retiramos á nuestras casas. Al entrar en la mia encontré á Miguel Bosque en armilla, pues que habia perdido su capa, y Juan de Mesa encontró igualmente en su puerta á Insausti; que habia perdido la suya, y á quien introdujo en su morada de oculto.»

Insausti era el que habia herido á Escovedo matándole de un solo golpe con el estoque que le habia entregado Martinez, y que Juan de Mesa y él echaron entonces en el pozo de la casa en que vivian. En la misma noche Juan Rubio se trasladó á Alcalá para instruir á Perez de lo ocurrido, el cual sabiendo que no habian prendido á

nadie, se alegró mucho. Los asesinos fueron alejados de Madrid apresuradamente y recompensados con largueza. Miguel Bosque recibió cien escudos de oro por mano de Fernando Escobar, clérigo de la casa de Antonio Perez, y se volvió á su pais. Juan de Mesa, Antonio Enriquez, Juan Rubio é Insausti partieron para Aragon, dirigiéndose á Baviera y de allí á Zaragoza. Juan de Mesa recibió en recompensa una cadena de oro, cincuenta doblones de á ocho ó cuatrocientos escudos de oro y una taza de plata fina. La princesa de Eboli le dió por escrito un nombramiento de empleado de la administracion de su hacienda. Diego Martinez dió á los otros tres un despacho de alférez con veinte escudos de oro de sueldo. Teniendo en su poner estos diplomas firmados por Felipe II y Perez en 19 de abril de 1578, diez y nueve dias despues de la muerte de Escovedo, los asesinos se dispersaron para trasladarse cada uno á su destino. Juan Rubio pasó á Milan, Antonio Enriquez á Nápoles, é Insausti á Sicilia; burlando así las pesquizas que pudiera hacer la infortunada familia de Escovedo, á quien debian faltar de este modo medios de conseguir la venganza de su muerte.

Por lo demás, no se equivocó aquella en sus sospechas sobre quién era el verdadero culpable. A pesar de las precauciones de que se habia rodeado Perez, la viuda é hijos de Escovedo le acusaron y pidieron justicia al rey. De concierto con la opinion de las personas que se hallaban en mejor posicion para formar conjeturas exactas, opinion que debia generalizarse entre todo el mundo, hicieron recaer la culpa del asesinato en Perez y la princesa de Eboli. Felipe II concedió una audiencia á Pedro Escovedo, escuchó con apariencia de interés sus quejas contra los asesinos de su padre, recibió de su mano los memoriales y pedimentos en que la familia de Escovedo los denunciaba, y prometió entregarlos á los tribunales si habia lugar á ello. Aun cuando no le desagradase á este príncipe ver que las sospechas recaian sobre otro, temia sin embargo el ruido y escándalo de un procedimiento en que hubiera podido verse envuelto. Encontrábase pues muy embarazado entre las reclamaciones de los Escovedos y el peligro de Perez, entre sus deberes como rey, y sus intereses como cómplice; tanto mas, cuanto que la familia de Escovedo halló protectores muy poderosos entre las personas que le rodeaban. El principal fué Mateo Vazquez, uno de los secretarios de su gabinete, enemigo encubierto de Perez, envidioso de su extremado poder, y que temia tanto menos atacar atrevida-

mente á ese favorito detestado, cuanto que creia haber encontrado la ocasion de perderle. Unióse á Pedro de Belandi, á Pedro Negrete y á Diego Nuñez de Toledo, que aconsejaban y dirigian á los Escovedo en sus diligencias, Habló en su apoyo al irresoluto Felipe II cen energía y le escribió la siguiente carta:

Mucho es fuerza en el pueblo la sospecha contra aquel secretario de la muerte del otro, y diz que: no los trae todas consigo, (como suelen dezir) y que ansí anda á recaudo su persona despues que sucedió, y que un juyzio, que se ha hechado, dize que le hizo matar un grande amigo suyo, que se halló en sus honrras, y por una mujer; y el dia que entró á ver la del dicho secretario á la del muerto, diz que la del muerto levantó la vaz hechando maldiciones á quien lo habia hecho, y de manera que no se notó mucho, y sy V. Majestad fuese servido de preguntar con secreto á Negrete, que se dize desta muerte, y que sospecha de él, creo que convendria, preguntalle las causas, que tuviere para lo que dixere, aun que no me ha dicho nada, pero yo he entendido de otra parte, que el habla en ello; y por satisfazer á los ministros, y á la República, que tan escandalizada está del negozio, y divertir opiniones, que andan muy malas, que V. Majestad mande apretadíssimamente, que se sigua, y procure por todas vias, y modos possibles averiguar la verdad.

Felipe II siguió desde aquel momento una marcha tortuosa y extraña. Escuchó con agrado á Vazquez y simuló ponerse de acuerdo con Perez. Informóle de la acusacion formal que habian dirigido contra él, el mismo dia en que le expuso su queja la familia de Escovedo, y le advirtió de los poderosos enemigos que se habian unido en su daño. Al mismo tiempo le dió «palabra de caballero que no le faltaria jamás, pidiéndole el rey que no le dejase;» mas nada hizo para sacarle de tan peligrosa posicion. Perez, que le juzgaba asaz débil y quizá pérfido, le dirigia la expresion de sus angustias.

«Desto me vienen cada dia mil pesadumbres que cansarian á una piedra. V. M. me mande encorozar, que yo creo que en esto pararé en pago de todo.» Felipe II le contestó con afectuosa familiaridad: «No debe de reinar hoy muy buen humor: y no creays lo que aquí decís.» Perez, á pesar de estas seguridades, preveia la suerte que le estaba reservada; insistia en ello con el rey y le escribia: «Temo, Señor, que cuando no me cate me han de abrir un costado mis enemigos, y que tomando á V. M. descuidado, y á su mansedumbre igual á todo y fiados en su sufrimiento, han de obrar la invidia, y digo esto con esta ocasion porque sé que no paran.» El rey contestó al márgen de este billete: «Por lo demás que aquí dezís, dixe en ese otro papel, que no deveys de estar de buen humor, y aun que ellos no paren, creed que no les valdrá.»

Perez hubiera querido creerle; pero conocia demasiado á su rey para ello, así es que le pidió: «Que á él le dejase retirar de la corte y de su servicio, y apartar su persona del odio y invidia, procedido todo de su favor y gracia... mas el rey no queria esto.» Entonces llevado de una resolucion á la vez atrevida, generosa y hábil, Perez instó al rey «que se remetiese á justicia aquella demanda en quanto á él tocava, teniendo la mano en lo demás de la princesa de Eboly... asegurándole Antonio Perez al rey, que ningun inconveniente sucederia para lo que él recelava y recatava que no se extendiese aver sido por órden suya aquella muerte, pues ninguno de los que avian hecho el efecto avia sido cogido, ny tenia la parte contraria algun género de prueva contra él.» Felipe II no quiso arrostrar tan peligrosa prueba. Prefirió que Perez participase al presidente del consejo de Castilla, don Antonio de Pazos, obispo de Córdoba, las causas que motivaron la muerte de Escovedo, y que don Antonio de Pazos hablase al hijo de Escovedo y á Mateo Vazquez para empeñar al primero á que desistiese de sus persecuciones y al segundo á que renunciase á sus odios.

El presidente de Castilla, instruido de todo y no considerando á Perez culpable, pues que habia obedecido á una órden de su Señor, llamó al hijo mayor de Escovedo y le dijo: *Señor Pedro de Escovedo, el rey me ha remitido estos memoriales vuestros, y de vuestra madre, en que pedís Iusticia de la muerte de vuestro padre contra Antonio Perez, y contra la Señora Princesa de Eboly, y me manda, que os diga, que se os hará justicia cumplidíssima, sin exçeption de personas, ny de lugar ny de sexo, ny de estado. Pero primero os quiero yo dezir, que mireys bien, que fundamento, y recaudos teneys para la probança y que sean tales, que esteys disculpado de la offensa de tales personas. Porque no siendo muy bastantes, y por ello disculpable vuestra querella, se convertirá la demostraçion contra vos, por ser la prinçesa la persona que es, y su estado, y gran calidad mucho de reverenciar, y Antonio Perez el que es por hijo de sus padres, y abuelos tan antiguos criados de la corona, y por el lugar, que él tiene. Pero antes que me respondais os digo tambien en confiança, y affirmo en verbo de saçerdote, que la Prinçesa, y Antonio Perez*

están tan sin culpa como yo. Este discurso causó mucha sensacion á Pedro Escovedo, que solo tenia sospechas contra Perez y la princesa, sin poseer prueba alguna de que pudiese hacer judicialmente uso; así es que respondió al presidente de Castilla: «Señor, pues assy es, yo doy mi palabra por mí, por mi hermano y por mi madre de no hablar mas en esta muerte, ny contra el uno ny contra el otro.»

Don Antonio de Pazos llamó en seguida á Vazquez y le dijo con severidad: *Señor Mateo Vazquez, vos solliçitays mucho al Rey sobre este caso, y para saçerdote, y que no tiene offiçio mayor, que os obligue á tal, y sin deudo, ny obligaçion al muerto, es muy sospechosa soliçitud. Reportaos, que es muy differente negoçio del que pensays.* Pero Mateo Vazquez no se reportó. En defecto de los hijos de Escovedo, suscitó otro pariente, que siguió instando al rey que castigase aquel asesinato. Importunábanle á Felipe II en extremo esas súplicas, de que los tribunales no tuvieron sin embargo conocimiento. La orgullosa princesa de Eboli se le quejaba por otra parte, del ofensivo atrevimiento con que no temian ni nombrarla ni acusarla: *Bien se acordará V. M., que le he dicho en algun papel lo que avia entendido, que dezia Matheo Vazquez, y los suyos, que perdian la gracia de V. M. los que entravan en my casa. Despues desto he sabido, que han pasado mas adelante, como á dezir, que Antonio Perez mató á Escovedo por my respecto, y él tiene tales obligaçiones á mi casa, que quando yo se lo pidiera, estuviera obligado á hazerlo. Y habiendo llegado esta gente á tal, y estendídose tanto su atrevimiento, y desvergüenza, está V. M. como Rey, y Cavallero obligado á que la demonstracion desto sea tal, que se sepa, y llegue adonde ha llegado lo primero. Y sy V. M. no lo entendiere assy, y quissiere que aun la autoridad se pierda en esta casa, como la hazienda de mis abuelos, y la graçia tan mereçida del prinçipe, y que sean estas las merçedes, y recompensas de sus serviçios, con aver dicho yo esto, me avré descargado con V. M. de la satisfaçion, que devo á quien soy. Y supplico á V. M. me buelva este papel, pues lo que he dicho en él es, como á Cavallero, y en confiança de tal, y con el sentimiento de tal offensa.*

Al mismo tiempo pedia al rey el castigo de Mateo Vazquez á quien llamaba *perro moro*; y como el rey quisiese saber por medio del hermano Diego de Chaves, si tenia alguna prueba de lo que adelantaba contra Vazquez, y apeló ella á los testimonios de don Gaspar

de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, y de Hernando del Castillo, predicador de Felipe II, que no se los rehusaron. La confusion y perplejidad del príncipe fueron en aumento. Habia estallado en su gabinete una guerra abierta entre Perez y Vazquez. Hallándose el primero en el Escorial, envió á su oficial de estado, Diego de Fuerza, á casa de Vazquez por un pliego del negocio tocante á dicho Antonio Perez, que Vazquez le entregó con un papel adjunto metido entre él y el del despacho, escrito de su mano, lleno de injurias, y en el que se suponia que Perez no era de buena casta, ofensa la mayor que se puede hacer á un español. Perez, enojado se presentó con aquel papel á Felipe II exigiendo que le hiciese dar una satisfaccion por su denunciador, ó le permitiese á él tomársela. Felipe II dió á entender que se lo prometia, tratando de suspenderlo sin embargo por entonces escribiéndole: «Antes de hacerse demostracion contra Mateo Vazquez por aquella carta ó pasquin, seria bien despachar las consultas de particulares, que tenia aquel hombre en su poder, porque si estotro se comenzava, quedaria embaraçado el despacho de muchos negociantes.»

Pero en otra carta añadia: «No me ha bastado el ánimo á entender en las consultas que aquel hombre tiene de particulares.» Su intencion era evidente. Felipe II, que trataba siempre de ganar tiempo, dice el embajador veneciano Contarini, aun en las cosas que no era posible mejorar con dilacion y demoras, iba dilatando aquel negocio para no privarse de los servicios de Vazquez. Tenia mucho apego á este secretario, por lo grata que le era su persona y por lo mucho que le auxiliaba en el trabajo, ordenándole las peticiones y memoriales en su gabinete, dirigiéndolas á los diferentes consejos ó á los diversos ministros que debian emitir su parecer, y recibiéndolas de nuevo para someterlas definitivamente á su real decision. Por otra parte Mateo Vazquez formaba con el confesor Diego de Chaves, y el conde de Barajas, nombrado despues de la muerte del marqués de los Velez, mayordomo mayor de la reina, una de esas ligas de corte que denominaban *amistad*, y que era en un todo semejante á la que existia entre Antonio Perez, el marqués de los Velez y el cardenal de Toledo, don Gaspar de Quiroga. Felipe II encargó pues al hermano Diego de Chaves que interviniese con Perez y la princesa de Eboli para que se reconciliasen con Vazquez.

Al ver todas estas señales de un crédito vacilante, Perez adivinó su próxima desgracia, y escribió á su señor: *Y si lo de hasta aquy*

no basta, para gran resoluçion y castigo, yo quiero creer los hechizos, y mas viendo que mis serviçios con el talento poco que tengo, y con la mucha fee, y ley al de V. M., y con las prendas tan estrechas, que tengo de V. M., de quererme mirar y honrrar, vençe mi desdicha, y la ventura destotro tantas culpas suyas, y offensas á la honrra de tal Señora, y á un hombre que ha desseado servir, y aventurar por açertar esto, tanto como yo. En efecto su mala estrella le conducia al precipicio: Felipe II, á cuyos oidos habian llegado los rumores que corrian sobre las relaciones íntimas de la princesa de Eboli y de Perez, y sobre las verdaderas causas de la muerte de Escovedo, llegó á creer sin duda que le habian engañado, y resolvió desembarazarse de Perez como de un instrumento gastado y un rival dichoso.

Ante todo era preciso que buscase un hombre capaz de reemplazarle en su confianza y en la direccion de los negocios, así á Perez, como al marqués de los Velez, que acababa de morir lleno de sospechas y tristeza. Puso pues sus miras en el cardenal de Granvelle, uno de los hombres de estado mas hábiles de su tiempo. Hijo del canciller de Carlos V, miembro del consejo de estado de España, y el mas antiguo despues del duque de Alba, primer ministro de Felipe II en los Paises-Bajos, hasta el año 1564, época en que se habia retirado á Besanzon en vista del odio de los Flamencos de Bruselas, y nombrado en seguida virey de Nápoles, el cardenal Granvelle se hallaba en aquel entonces en la corte de Roma. El rey católico le escribió la siguiente carta: «Muy reverendo padre en Cristo, cardenal Granvelle, nuestro querido y buen amigo... aunque haya deseado siempre haberos á mi lado por lo mucho en que tengo vuestra persona, y por la asistencia útil que me hubierais prestado en ciertos negocios, tales han sido las circunstancias que no me han dejado cumplir mi deseo; mas viendo agora que no embaraçan las ocasiones como hasta aquí, y que yo tengo mas necesidad de vuestra persona y de que me ayudeys al trabajo y cuydado de los negocios, pues lo sabreys tambien hazer con vuestra mucha prudencia y experiencia, me he resuelto por la confiança que hago de vos y del amor y zelo con que siempre me aveys servido de llamaros y encargaros que tomeys este trabajo por mi servicio, y assy os ruego y encargo mucho, que sin ninguna dilacion os dispongais luego y partais para Génua porque holgaria mucho, que alcançasedes las galeras de Juan Andrea, y que no os tomasse ay el tiempo de la

mutacion del ayre, porque yo desseo y he menester mucho vuestra buena venida.» Felipe II para dar mas á comprender la impaciencia de su deseo, habia añadido las siguientes palabras autógrafas: «Quanto mas presto esto fuere, tanto mas holgaré dello.»

Esta carta, escrita en Madrid el 30 de marzo un año justo despues de la muerte de Escovedo, estaba refrendada por Antonio Perez. Al recibirla el cardenal Granvelle, sorprendióle y casi alarmóle su nueva elevacion. Tenia sesenta y dos años, y temia á su edad abandonar su estancia en Roma, en donde disfrutaba con dignidad de un dulce reposo sin hallarse eliminado de los negocios, para ir á Madrid á sucumbir quizá bajo el peso de un gobierno demasiado vasto y rudo, y á exponerse de seguro á los zelos de los españoles, enemigos de los extranjeros, á las intrigas de los cortesanos irritados por su encumbramiento, y á la peligrosa amistad de un príncipe receloso, irresoluto y voluble. Pidió su parecer al papa Gregorio XIII, quien comprendiendo que estaba en los intereses de la Santa Sede tener junto á Felipe II un ministro tan hábil y decidido en un momento en que tenia lugar el mayor conflicto religioso entre el partido católico y el partido protestante, le aconsejó que aceptase sin vacilar.

Granvelle partió de Roma el 16 de mayo con el firme propósito de evitar prudentemente todos los escollos de la corte, mantenerse extraño, cuanto le fuese posible, á los negocios interiores de la monarquía española, y no tomar parte mas que en la direccion de su política exterior. Embarcóse en Civitavecchia, en la flota del príncipe Juan Andrés Doria, que habia ido á buscarle con veintitres galeras; y retenido largo tiempo por los vientos contrarios en las embocaduras del Ródano, fué á desembarcar en Cartagena, desde donde se trasladó á Madrid. Llegó el 28 de julio de 1579, con don Juan Idiaquez, á quien Perez habia tenido cuidadosamente alejado de la secretaría de Estado como un rival temible, y que informado de la posicion vacilante del favorito, se habia decidido, siguiendo los consejos del mismo Granvelle, á ir á la corte, y á presentarse al rey sin haber recibido autorizacion para ello.

El dia de su llegada fué el escogido por Felipe II para derribar á Perez. La princesa y Perez se habian negado á toda reconciliacion con Vazquez: la princesa habia contestado al hermano Diego de Chaves, que una persona como ella no podia acceder á lo que se la insinuaba, y que su ofensa tampoco lo permitia. Por su parte Perez

escribió al rey en términos de un despecho mal encubierto: «Que él soltava al rey la palabra de la satisfaccion de lo que él sabia, y perdonava sus offensas, pues el rey queria sufrir las suyas... con solo que le dexase retirar y apartar de tales persecuciones, con su buena gracia en señal de su fee, y en lugar de carta de bien servido.» Sin embargo la princesa de Eboli, quien por prudencia habia domado la implacabilidad de sus resentimientos, dispuso á Perez á hacer las paces con Vazquez, y Perez parecia hallarse decidido á participar esta resolucion al rey, el 29 de julio, cuando el 28 por la noche, empezaron inopinadamente las persecuciones de su señor que le privó de su gracia. Tomando por pretexto su obstinada negativa á toda reconciliacion, Felipe II dió órden al alcalde de corte Alvaro García de Toledo, que prendiese á Perez y lo tuviese bajo su custodia; lo cual se ejecutó á las once de la noche. A la misma hora hizo prender y conducir á la fortaleza de Pinto á la princesa de Eboli; á cuyo arresto asistió en cierto modo personalmente, pues fué á colocarse bajo el pórtico de la iglesia de Santa María, situada frente por frente de la casa de la princesa, y allí esperó con ansiedad la ejecucion de su mandato. Retiróse despues á palacio, y estuvo paseándose por su aposento hasta las cinco de la mañana, con una extremada agitacion.

Con la caida de Perez concluyó la dominacion del partido político fundado por el príncipe de Eboli. Este partido, despues de haber conducido con bastante blandura los asuntos de la monarquía española por espacio de mas de veinte años, habia perdido uno tras otro á Ruy-Gomez, su prudente y hábil jefe; á don Juan de Austria, su jóven y glorioso capitan, y por último al marqués de los Velez que le habia conservado un resto de consistencia y autoridad. Tan considerables pérdidas, y sus propias divisiones le arruinaron entonces completamente, y cedió el puesto á otro partido, que impelido por la violencia de los tiempos y agravándola él mismo, lanzó el gobierno de Felipe II en otras vias. A la cabeza de la nueva administracion fueron colocados el borgoñon Granvelle, el vizcaino Idiaquez, y el portugués Cristóbal de Moura. Granvelle era muy superior á los otros dos. Habiéndosele instalado desde que llegó, en la presidencia del consejo de Italia, y no como ha creido Ranke en la del de Castilla, ocupado entonces por Antonio de Pazos, dado luego al conde de Barajas, y en seguida á Rodrigo Vazquez de Arce, Granvelle dirigió mientras vivió, es decir hasta 1586, la política exte-

rior de Felipe II. Idiaquez y Moura, de los cuales el primero sucedió á Perez en la confianza íntima del rey, como secretario del *Despacho universal*, y el segundo tuvo especialmente á su cargo los negocios interiores, llegaron á ser los grandes consejeros de Felipe II, despues de la muerte de Granvelle. Eran estos dos hombres de ordinaria condicion y de mediano talento. Recomendábase Idiaquez por su extremado servilismo. Moura al contrario era ignorante y resuelto; y suplia su falta de habilidad con su firmeza de carácter.

Estos nuevos ministros, á los que es preciso añadir el conde de Chinchon, favorito del rey, arrastrados por un desmedido celo religioso, por una ciega obediencia, ó por un temerario espíritu proyectista, llevaron hasta el último exceso el sistema de Felipe II, y debilitaron para siempre la monarquía española queriendo engrandecerla desmesuradamente. La cabeza del príncipe de Orange puesta al precio de 30,000 escudos desde la llegada de Granvelle y por consejo suyo; secretas conspiraciones urdidas contra la reina Isabel, mientras se esperaba ocasion oportuna para atacarla á viva fuerza; la invasion de Portugal confiada al duque de Alba, llamado de su castillo de Uzeda, en donde vivia desde que habia caido en desgracia; la expedicion de la famosa armada contra la Inglaterra, y la formacion y sosten de la santa Liga en Francia, para apoderarse de este pais con el auxilio de la faccion católica, señalaron el fin y llenaron el curso de esta administracion, que duró hasta la muerte de Felipe II.

III.

Alternativas de severidad y atencion por parte de Felipe II con Antonio Perez.—Condénanle á este por sus exorbitantes exacciones.—Proceso relativo al asesinato de Escovedo.—Aplicacion de Perez al tormento.—Su evasion y fuga á territorio aragonés.

Cuatro meses permaneció Perez bajo la custodia del alcalde de corte Alvaro García de Toledo. Diremos de paso que estos magistrados eran en número de cuatro; y tenian jurisdiccion civil en cinco leguas á la redonda del palacio del rey, y jurisdiccion criminal en toda Castilla.

Felipe II no dió inmediatamente órden de que se formase causa

á Perez. Lejos de esto, al dia siguiente al del arresto, envió al cardenal de Toledo á que hiciese de su parte una visita á doña Juana Coello, para tranquilizarla y decirla, que nada de cuanto habia ocurrido ponia en riesgo el honor y la vida de su esposo, y que su querella con Vazquez era la causa momentánea de su detencion. De igual manera se apresuró el 29 de julio, á explicar el arresto de la princesa de Eboli á los duques del Infantado y Medina-Sidonia sus parientes próximos. Terminaba sus cartas diciéndoles:

Y entendido yo que la princesa impedia la reconciliacion de Perez y Mateo Vazquez, le habló el dicho mi confessor algunas vezes, para que encaminasse de su parte la que yo tan justamente desseaba. Y viendo que no solamente no aprovechava, pero que el termino, y libertad con que ha procedido es de manera, que por ello, y su bien he sido forzado mandar la llevar, y recoger esta noche á la fortaleza de la Villa de Pinto. De lo qual, por ser vos tan su deudo, he querido avisaros, como es razon, para que lo tengays entendido: y que nadie dessea mas su quietud, y govierno, y acrescentamiento de su casa, y collocacion de sus hijos.

Durante los primeros quince dias de su prision, Perez recibió la visita del confesor del rey, que le dijo en broma: «Vuestra enfermedad no será como dizen de muerte. Al mismo tiempo Felipe II ordenó que le enviasen sus hijos para que le distrajesen y consolasen. A pesar de todos estos miramientos y esperanzas, Perez no pudo resistir semejante cambio de fortuna. La pérdida de su antiguo favor, un cautiverio humillante y una venganza imposible, postraron su alma orgullosa y ardiente y cayó enfermo. Felipe II permitió entonces que le transportasen á su casa, dó seis dias despues, el capitan de sus guardias, don Rodrigo Manuel, fué de parte suya, á exigirle la promesa formal de olvidar todo rencor contra Mateo Vazquez, y de no hacerle daño alguno por sí, ni por medio de sus deudos ni amigos. Perez lo prometió así; de manera que no existiendo ya la causa del arresto, debia este cesar tambien. Sin duda así hubiera sido, si Felipe no hubiese tenido otra queja contra Perez, como afectaba decirlo. Pero no era así; nutria otros resentimientos, y tenia otros designios, cuya ejecucion supo encaminar. Perez estuvo retenido en su casa por espacio de ocho meses con numerosa guardia, al cabo de los cuales suprimióse esta y se le concedió permiso para salir á paseo é ir á misa. Pudo tambien recibir visitas, mas no hacerlas.

Tal era el estado en que se hallaba este asunto, cuando Felipe II se trasladó en el verano de 1580 á Portugal para apoderarse de este reino. El último descendiente varon legítimo de la dinastía borgoñona que habia fundado la monarquía portuguesa, el cardenal rey Enrique, hacia algunos meses que habia muerto, y Felipe II se habia presentado como su sucesor legal, por su madre Isabel, hermana del rey Enrique é hija mayor del rey Manuel. Disputábale sus derechos al trono un hijo natural del infante don Luis, el prior don Antonio de Crato, que se habia ya hecho proclamar rey, y á quien el duque de Alba á la cabeza de un ejército español batió en Alcántara, y le arrojó de Portugal. Mientras que Felipe II sometia este reino y reunia toda la península bajo su cetro, Perez no dejaba de poner en juego cuantos medios se hallaban á su alcance para recobrar su completa libertad y su antigua posicion. Habia diputado sucesivamente con este objeto, un grave religioso llamado Rengifo, y su propia mujer doña Juana Coello, aun cuando se hallaba en cinta de ocho meses, pero Felipe II persistió en la conducta equívoca que habia adoptado con él. Al saber que doña Juana Coello se aproximaba á Lisboa, mandó al alcalde Tejada que fuese á prenderla. Este ejecutó su órden con el mayor rigor, en medio del dia, entre Aldea Gallega y Lisboa y en presencia de muchas personas, lo cual la trastornó tanto, que malparió. Despues de haberla interrogado, volvió á llevar sus contestaciones al rey, que por una nueva contradiccion las arrojó al fuego sin leerlas, y las dejó quemar en presencia del alcalde estupefacto, á quien ni una sola palabra dijo, y que conservó de esta escena singular una especie de espasmo y terror silencioso. Felipe II instó á doña Juana Coello, por medio del padre Rengifo, de que tomase la vuelta de su casa, afirmándola bajo palabra de rey y caballero, que en cuanto llegase á Madrid mandaria despachar el negocio de su esposo, lo cual no obstante no cumplió.

Por lo demás, Perez, sin embargo de las lecciones de su mala fortuna, no supo conducirse con la modestia y prudencia que su posicion exigia. Aunque estaba semi-prisionero y semi-libre, continuó haciendo el mismo género de vida que antes. Hizo gastos excesivos, tuvo durante el invierno de 1581 un palco tapizado en el teatro, y jugó en su casa con el almirante de Castilla, el marqués de Auñon, don Antonio do la Cerda, Octaviano Gonzaga y otros señores de la corte, atravesando fuertes sumas. Así es que sus enemigos tomaron ocasion de ahí para decidir á Felipe II á que ordenase se hiciese una

informacion judicial acerca su fidelidad é integridad como ministro, cuyo encargo dió verbalmente á Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del consejo, que procedió á ella secretamente.

El resultado de dicha primera informacion fué desfavorable á Perez; pues su corrupcion quedó patentizada. Rodrigo Vazquez oyó á personas de mucho carácter y dignas de fe, tales como don Luis de Overa caballero de la órden de Santiago; don Juan Gaetan, mayordomo del archiduque Alberto; el conde de Fuensalida, don Pedro de Velasco, capitan de la guardia española del rey; don Fernando de Solis, don Rodrigo de Castro arzobispo de Sevilla etc. Sus deposiciones patentizaron la venalidad de Perez, la extravagancia de su lujo y su estrecha intimidad con la princesa de Eboli. Quedó probado que su padre, Gonzalo Perez, al morir nada le habia dejado, y que tenia él una fortuna y un tren de casa que no guardaba proporcion con los emolumentos de su destino. «Se trataba en su hacimiento y grandeza de su casa y persona, dice el conde de Fuensalida, mas espléndidamente que ningun grande de España, y tenia tantos criados para su servicio que el dia que no comia en estado, le traian la comida con tantos criados y plata, como si tuviera mil qüentos de renta: y demás de esto ha entendido que tiene veinte ó treinta caballos, y yendo este testigo á Toledo le encontró en Torrejon con coche, carroza y litera, y muchos criados á caballo y á pié que le acompañaban.» El capitan de la guardia española don Pedro de Velasco dijo que Perez habia hecho amueblar su aposento como el del rey; evaluó su mueblaje en 140,000 ducados, y añadió que segun dicho de aquel no era menor su renta. El arzobispo de Sevilla, mas moderado en sus cálculos, no graduó sus gastos anuales mas allá de unos 15 á 20,000 ducados, suma ya sin embargo enorme. Sacábase pues la consecuencia de que para reunir esta fortuna, alimentar este tren y lujo y sostener tan fuerte juego, Perez habia abusado de su posicion y vendido su favor. Luis de Overa declaró que él mismo habia entregado á Perez 4,000 ducados por el nombramiento del cargo de la infantería italiana concedido á Pedro de Médicis; que Andrés Doria le daba anualmente una buena suma de dinero para que favoreciese sus intereses con el rey; y que los príncipes de Italia y todos cuantos tenian algo que pretender en España obraban con igual generosidad; de manera que habia oido decir á muchos italianos: «que mas querian dar á Antonio Perez lo que habian de gastar en esta corte en sus pretensiones, que no estar mucho tiempo en ella sin negociar, de que iban muy contentos sabiendo este camino.»

Esta informacion empezada en el mes de mayo de 1582, no tuvo por entonces consecuencia alguna. Al año siguiente murieron repentinamente dos hombres en quienes Perez habia depositado todos sus secretos: el uno era el astrólogo Pedro de la Era, á quien llevaba con frecuencia consigo, y consultaba sobre los acontecimientos futuros de su vida y los accidentes de su fortuna; el otro era su escudero Rodrigo Morgado, que habia llevado varios mensajes de su parte á la princesa de Eboli, habia sido testigo de sus intimidades y tenia conocimiento de las escenas violentas ocurridas entre la princesa y Escovedo, por causa de Perez. El hermano del astrólogo y el del caballerizo, creyeron que habian sido envenenados por Perez para que no pudiesen descubrir lo que de él sabian.

Los cómplices del asesinato de Escovedo fueron desapareciendo todos al igual que los depositarios de los secretos de Perez. Insausti no gozó por mucho tiempo del grado de alférez que le habian dado en recompensa de la parte que tomó en aquel homicidio: poco tiempo despues de su llegada á Sicilia murió. Miguel Bosque, hermano del alférez Antonio Enriquez, experimentó la misma suerte en Cataluña. Enriquez, atribuyendo esta muerte á Perez y temiendo no le sucediese lo propio á él mismo, se decidió por animosidad, y cediendo á las instancias del capitan don Pedro de Quintana, próximo pariente de Escovedo, á revelar de qué manera y por órden de quién habia sido muerto cinco años antes el secretario de don Juan. El 23 de junio de 1584 escribió desde Zaragoza á Felipe II para pedirle un salvoconducto, comprometiéndose á probar ante la justicia que el secretario Antonio Perez habia ordenado el asesinato de Escovedo, y consintiendo en que le colgasen de un pié como á traidor si no cumplia su palabra. Habiendo sabido algun tiempo despues que habia llegado á Zaragoza un alférez nombrado Chinchilla con designio de deshacerse de su persona y una carta de recomendacion para el duque de Villa Hermosa, virey de Aragon, huyóse á Lérida, desde donde dirigió á Felipe II con fecha 16 de agosto otra carta mas ejecutiva aun que la primera. Al propio tiempo Quintana escribió al rey: «Suplico á V. M. humildemente sea servido, en consideracion de los muchos servicios que el secretario Escovedo le ha hecho el muerto, que con la brevedad que á V. M. le parezca conveniente proceda con la justicia, que esperamos de V. M., contra

el dicho Antonio Perez, pues el delito está descubierto: que con eso me daré por bien remunerado de veinte años que há que sirvo á V. M. en la guerra: pues aun no contento el dicho Antonio Perez con lo hecho, intenta matar á don Pedro Escovedo y al alférez Enriquez porque se borre todo y no se aclare.

Felipe II no permitió aun que se empezase á formar causa sobre la muerte de Escovedo; pero obró entonces contra Perez de un modo mas riguroso que la primera vez. En vista de lo que arrojaban las averiguaciones por delito de corrupcion, llamadas *visita* en Castilla, le hizo condenar en 23 de enero de 1585, por medio de la siguiente sentencia. «El licenciado don Tomás Salazar, del consejo de S. M. por la santa y general Inquisicion, comisario general de la cruzada etc., atendido de que S. M. deseando saber y conocer el modo como le han servido sus secretarios de la corona de Castilla, así como la integridad, fidelidad y zelo con que ellos y sus oficiales han procedido en el ejercicio de sus ministerios y cargos, ha ordenado que se les sometiese á una visita comisionándonos al efecto; ante todo hemos actuado varias averiguaciones y diligencias, en virtud de las cuales hemos tenido por conveniente notificar á algunos de ellos los hechos de que parecian reos; cuya notificacion efectuada, les hemos oido en defensa; luego, quedando ya terminados los procedimientos de la visita, S. M. ha resuelto nombrar, y nombrado jueces á fin de que en union examinásemos dicho procedimiento y diésemos nuestro fallo con arreglo á justicia.

»En su consecuencia, habiendo tomado en consideracion los cargos y justificaciones del secretario de Estado Antonio Perez, y despues de consultado el parecer de S. M. ha sido condenado el referido Perez á ser encerrado en la fortaleza que S. M. tenga á bien designar, por espacio de dos años, ó mas si el rey lo tuviese por conveniente; á ser expulsado de la corte por diez años, debiendo residir á treinta leguas de distancia de ella, y á quedar suspendido de sus funciones durante igual espacio de tiempo, quedando además á discrecion de S. M., y sus sucesores prorogar ó levantar una y otra pena. Los años de reclusion y detencion, se le abonarán como de destierro, pero en caso de infraccion se le duplicará la pena. Item mas: en los primeros nueve dias despues del en que se le haya leido esta sentencia, pagará, volverá y restituirá 12.224,793 maravedís en el modo y formas siguientes, á saber: 2.078,385 que ha recibido y le fueron remitidos á Nápoles por cuenta de la señora

doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, salvo el derecho que tenga para recibir de la referida princesa cierto censo que supone pertenecerle y gravar sobre sus bienes; *item* ocho colchas nuevas, bordadas de oro y plata, sobre terciopelo carmesí, recibidas de dicha princesa, debiéndolo verificar en el mismo ser y estado en que le fueron entregadas; á no ser que prefiriera pagar por cada una de ellas 300 ducados, reservándole á Perez su derecho para reclamar contra la referida princesa por la compensacion que pretende haberle dado: *item*, dos diamantes de subido valor, que parece haber recibido de dicha princesa, ó bien en su lugar 2,000 ducados; *item*, cuatro piezas de plata procedentes de la venta de la vajilla del conde de Galvez, y que él ha recibido de dicha princesa, en el mismo ser y estado que le fueron entregados, ó bien 44,370 maravedís: *item*, una sortija montada con un granate, que ha recibido de la mencionada princesa, ó bien 198,740 maravedís; á fin de que todos los objetos y sumas sobredichas, sean entregadas á los hijos y herederos del príncipe Ruy-Gomez, ó por ellos á quien pertenezca: *item*, un brasero de plata recibido del serenísimo señor don Juan de Austria, en el primer ser y estado en que le fué entregado, ó en su lugar 700 ducados, y por diversos otros cargos y transgresiones que resultan del procedimiento y quedan probados por él 7.371,098 maravedís, aplicado todo por la cámara y fisco de S. M.»

Perez se quejaba amargamence de la injusticia de esta sentencia, pero sin justificarse de los hechos que se le imputaban, pues en sus *Relaciones* se limita á provocar la validez de un donativo, por el que casualmente se le perseguia, y que no figura en la sentencia. Tres dias antes de que fuese firmada, y á fin de que no tratase de burlar su ejecucion, los dos alcaldes Alvaro García de Toledo y Espinosa se presentaron en la casa en que estaba semiarrestado y que lindaba con la iglesia de San Justo. El alcalde Espinosa entró en el escritorio do estaban los papeles para apoderarse de ellos; y Alvaro García, de Toledo subió á una grande sala, en donde se hallaba Perez con doña Juana Coello, y le comunicó las órdenes que habia recibido arrestándole en su consecuencia. Perez concibió en seguida el designio de colocarse bajo la proteccion de la justicia eclesiástica, y envió diestramente á uno de sus servidores á preguntar al cardenal su parecer sobre el particular. Mientras esperaba su vuelta entretuvo al alcalde. Habiendo el cardenal aprobado su proyecto, y dádoselo á comprender así el criado por medio

de una seña en presencia del mismo alcalde, que nada sospechó, Perez, diciendo que iba á volver inmediatamente, pasó á un aposento vecino, cuya ventana que no tenia mas allá de ocho á nueve pies de alto, daba á San Justo; y saltando por ella se refugió en la iglesia, que cerraron en seguida. Los al caldes corrieron tras él, é hicieron forzar con una palanca las puertas que no querian abrir. Anduvieron largo tiempo buscando á Perez, y por fin le hallaron en los desvanes de la iglesia, agazapado so el mismo techo, de donde le sacaron lleno de polvo y telarañas. No obstante las protestas y resistencia de los sacerdotes, le hicieron llevar por sus alguaciles al coche que le condujo á la fortaleza de Turuégano.

Mas este asunto no quedó así, suscitóse una competencia entre la justicia religiosa y la justicia civil. El fiscal eclesiástico acusó á los alcaldes de haber violado las inmunidades de la Iglesia, y les hizo condenar sucesivamente por el tribunal del vicario general y por el de la nunciatura á que volviesen á depositar el preso en San Justo. Pero Felipe II obligó á los jueces eclesiásticos, con la violencia de sus procedimientos, á alzar mano de la causa, é hizo anular en 1589, por el consejo de Castilla las censuras pronunciadas contra sus alcaldes.

No habiendo logrado Perez colocarse bajo la protectora jurisdiccion de la Iglesia, trató de recurrir á la independencia de Aragon en el verano de 1585. Juan de Mesa, complicado en el asesinato de Escovedo, partió de Aragon y fué hasta la fortaleza de Turuégano para sustraerle con dos yeguas herradas al revés. Empero aunque diestramente combinado por don Baltasar de Alamos, este provecto de evasion, descubrióse y fué desconcertado. Desde entonces vigilóse mas estrechamente á Perez; y á fin de obligarle á que entregase los papeles que habia puesto en salvo, y que podian justificarle haciendo recaer la culpa sobre el rey, pusieron tambien presos á su mujer é hijos. Amenazaron á doña Juana de Coello con un encierro perpetuo á pan y agua si no entregaba los papeles que se le pedian. El confesor del rey y el nuevo presidente de Castilla, el conde de Barajas, la hostigaron con sus instancias y sus amenazas; mas no se dejó vencer y hubiera rehusado con animosa constancia el desprenderse así de los medios de justificacion de su marido, á no haberle dado este órden de que lo hiciese por medio de un billete escrito con su mano y sangre. Decidióse Perez á dar este paso despues de haberse resistido por largo tiempo, para poner término á la

cautividad de su mujer y aliviar la suya. Dos baules cerrados y sellados que contenian los papeles tan vivamente codiciados, fueron remitidos al confesor, el cual sin abrirlos envió inmediatamente las llaves al rey. Este precioso depósito fué recibido con tanta mayor alegría, cuanto que el señor creyó haber arrebatado al súbdito los medios de acusarle y defenderse. Pero tan astuto Perez como Felipe II, logró, auxiliado por manos fieles é inteligentes, separar de los papeles que entregó las piezas mas importantes para su justificacion y muchos billetes autógrafos del rey que mas tarde produjo ante la justicia de Aragon.

Cuando hubo Perez entregado dichos papeles, que fué á fines de 1587, dulcificóse su cautiverio. Dos años de un rígido encarcelamiento habian minado su salud cayendo enfermo en Turuégano; y doña Juana Coello obtuvo la gracia de que se le trasladase á Madrid, en donde gozó de nuevo, durante catorce meses, de una semi-libertad en una de las mejores casas de Madrid, recibiendo en ella las visitas de toda la corte. Hasta se le llegó á conceder permiso para que asistiese á los oficios de la semana santa en Nuestra Señora de Atocha. Por otra parte habian puesto por aquel tiempo preso á don Pedro Escovedo, despues de haberle quitado el empleo que ocupaba en el consejo de hacienda, porque se quejaba de que no se le habia hecho justicia y se le atribuia la intencion de hacer asesinar á Perez. Los contrapuestos tratos de que era este último objeto, asombraban á sus enemigos, y Rodrigo Vazquez, preguntado sobre el particular por el señor de Fonseca, le contestaba: «¿Qué quereys que os diga? Que unas vezes me da priesa el rey y alarga la mano, otras espacio, y me la encoge. No lo entiendo ny alcanzo los mysterios de las prendas que deve de aver entre rey y vasallo.»

Sin embargo habíase seguido misteriosamente en el verano de 1585 la causa sobre el asesinato de Perez: habiendo ido Felipe II á presidir las cortes de Aragon, Rodriguez Vazquez habia aprovechado esta ocasion para interrogar el 31 de agosto en Monzon, al alférez Antonio Enriquez, que un año antes se habia ofrecido contar sus detalles y señalar los autores de él. Entonces fué cuando este antiguo paje de Escovedo hizo sobre la muerte del secretario de don Juan la declaracion que hemos manifestado mas arriba. Vazquez interrogó además á Jerónimo Diaz y Martin Gutierrez, el primero de los cuales habló extensamente acerca las relaciones de Perez con

la princesa de Eboli, y el otro dijo cuanto sabia sobre la fuga de los asesinos al reino de Aragon, y especialmente acerca de su vecino Juan de Mesa, que despues de haber ayudado á Perez á deshacerse de Escovedo, habia intentado sacarle de la fortaleza de Turuégano.

Habiendo pasado en el otoño de 1581 de Aragon, de donde era nativo, á Madrid, el mayordomo Martinez, á quien el alférez Enriquez habia designado como director de todas las tramas contra la vida de Escovedo, con el objeto de entresacar los papeles á Perez relativos á aquel asunto y entregarlos al confesor del rey, Vazquez le hizo prender y le interrogó. Diego Martinez lo negó todo con la mayor sangre fria, y aun añadió que su amo habia sentido en extremo la muerte de Escovedo, de quien era muy amigo, y que habia hecho muchas diligencias para descubrir el autor de ella. Al saber Perez desde la fortaleza de Turuégano, en donde se hallaba aun, la prision de su mayordomo, depositario de todos sus secretos, alarmóse vivamente, y escribió al rey en 20 noviembre de 1587: «Señor: durante todo el curso de mis miserias, he procurado no traspasar los límites en que debe detenerse un humilde súbdito de V. M.; mas aunque no sea otra cosa; soy aun su servidor... Esta es la causa porque desde este lecho de dolor, en donde estoy sin poder moverme... he elegido á un hombre fiel que es mi confesor, á quien encargo ponga esta carta en manos de V. M., á fin de que pueda ocuparle, para evitar mayores inconvenientes, en lo que sea útil á su servicio. Es el caso que estando doña Juana en Madrid, á solicitar el remedio de mi cura y de mi vida, que depende de la misericordia de V. M., el alcalde Espinosa ha prendido á Diego Martinez, porque se supone que Escovedo en el descargo de la muerte, porque está preso, dice que enviará hombres en busca de Diego Martinez ó de cualquiera de los otros criados de Antonio Perez que mataron á su padre, para hacer lo mismo con ellos. Diego Martinez se ha presentado en Madrid con toda seguridad, como un hombre que no es culpable. Ahora bien, aun cuando doña Juana haya recurrido al presidente reclamando á Martinez como una persona que nos pertenece, de nada ha servido su intercesion.» Perez, que ignoraba aun que Diego Martinez hubiese sido preso á consecuencia de la deposicion de su antiguo paje, suplicaba al rey no le dejase entre las manos del alcalde Espinosa, que era amigo de los Escovedos, y á cuya odiosa parcialidad atribuia este nuevo arresto. Pero habiendo salido despues de Turuégano, y entendido las divulgaciones del paje Enriquez, temiendo no pusiesen demasiado á prueba la fidelidad de Martinez, con la que contaba, aplicándole al tormento, y sobre todo no queriendo que Vazquez por medio de calculadas delaciones llegase á proporcionarse otros testigos, escribió al rey de nuevo en 3 de febrero de 1528.

«...Conjuro á V. M. ordene á su confesor se dé prisa en seguida á prevenir lo que puede acontecer, puesto que se halla enterado de todo lo concerniente á este negocio, podrá mejor que otro alguno aconsejar lo mas conveniente para evitar consecuencias perjudiciales al prisionero, al servicio de Dios y al vuestro... El juicio y rigor de los jueces suele ser arrojado algunas veces, y no conviene poner á Martinez en aprieto y aventura. Me atrevo á decir que el remedio seria de tener la mano al juez; pero sobre todo no consentirle que aya mas dilaciones en este negocio: porque si trahen un falsario cómplice con seguridad de sus delitos, mejor con la dilacion hallarán otros: todo se ataja con la brevedad.»

Pero lo cierto es que Felipe II no trataba de prevenir ni evitar cosa alguna. Dejó á Rodrigo Vazquez que continuase los procedimientos, y este careó en la prision real á Diego Martinez con el alférez Antonio Enriquez, á quien se habia concedido un salvoconducto. Diego Martinez usó con Enriquez una desdeñosa altanería, tratándole de servidor ingrato, de odioso asesino, manchado ya con muchos crímenes y de testigo sobornado segun se hallaba en el caso de poderlo así probar. Entre los asertos del uno y las negativas del otro no le era posible al juez fallar; necesitábase otro testigo, y Vazquez lo buscó. El marmiton Juan Rubio se habia vuelto á Aragon, do estaba tambien el boticario que habia preparado el brebaje ponzoñoso para Escovedo; y como los jueces de Castilla no tenian derecho alguno jurisdiccional en aquel reino, Vazquez desplegó toda su habilidad y celo para atraerles á Madrid; mas habiéndolo sabido Perez no perdonó tampoco por su parte medio alguno para impedir que compareciesen ante el tribunal de sus enemigos. Encargóle á Juan de Mesa que no los perdiese de vista, y este logró retenerlos; mas no se aquietó por ello temiendo que, arrastrados ó seducidos, no se evadiesen de su influencia y fuesen á perderle con sus declaraciones. Escribió pues al rey y le pidió con elocuentes súplicas sobreseyese aquellos procedimientos y le devolviese su perdido favor... «Han procurado algunas veces coger á Juan Rubio y entregarle á Escovedo, que es por lo que yo he tenido cuidado, sin cansar á V. M.,

para que miren allá por él, y que le entretenga Juan de Mesa, que es aquel criado mio y hombre de chapa. Y sabe Dios los sustos que yo he padecido, por no saber del Juan Rubio, que es el Pícaro, y de quien decia Vazquez que era un Sinon, porque no le huviessen cogido, ó él se venga como estotro... Si V. M. no pone con mano compasiva remedio á esta nueva desdicha no veo el fin de las lentitudes de Vazquez, porque Escovedo se prevale de todas estas demoras que favorecen sus planes, y encuentra siempre apoyo en Vazquez para todo cuanto es contra derecho. En el interin el pobre Martinez está á punto de sucumbir bajo sus golpes. Por las llagas de Christo mill veces supplico á V. M. se duela de nosotros y se apiade de nuestra innocencia, y de la fidelidad y leales servicios de esta persona, padre y abuelos, y se duela V. M. de este abatido, y sea juez, y el que satisfaga al mundo... Digo, señor, con un remo siquiera de su servicio, porque no piense el mundo que tal privacion de todo lo que se poseia con tales demostraciones, fué por infidelidad mia, pues no la tuve jamás... Así por amor de Dios, señor, nos socorra con alguna señal de la gracia de V. M. que esta he menester, y vida. Hechura de V. M. *Antonio Perez.*»

Lejos de conmover á Felipe II las angustias y súplicas de Perez, remitió dicha carta y las demás que le escribió en aquella época, á Rodrigo Vazquez, para que figurasen como piezas en la causa. Este continuó la sumaria de que estaba encargado, sin llegar á obtener en limpio otra cosa que dichos y conjeturas sobre la culpabilidad de Perez. Los testimonios que recogió, fortificaban la deposicion de Antonio Enriquez, mas no le servian de suplemento legal: formaban una especie de clamor público, pero no le procuraban una certeza jurídica. Sin embargo, Rodrigo Vazquez los consideró como suficientes para dar al proceso un nuevo carácter, hacerle salir de las tinieblas de la misteriosa sumaria seguida por espacio de siete años, y envolver en él atrevidamente á Perez. El 21 de agosto de 1589, hizo visitar la prision que ocupaba Perez en las casas de don Benito de Cisneros, para saber si era segura y bien guardada. Habiendo sabido que el aposento en que estaba encerrado el preso constaba de diez y seis piezas; que los dos alguaciles Erizo y Zamora, encargados de su custodia, no podian vigilarle suficientemente; que existian en su parte posterior dos puertas que no cerraban, y por donde se entraba y salia durante la noche y aun mas que se habia visto pasearse en medio del dia á Perez por las calles y sin guardas, solicitó del conde de Barajas que se tomasen mayores precauciones. Este ordenó inmediatamente que se cerrasen cuidadosamente y de un modo seguro las puertas y ventanas de la prision, y colocó al rededor de Perez mayor número de alguaciles.

Luego que se hubieron tomado todas estas medidas, Vazquez interrogó dos veces á Perez sobre el asesinato de Escovedo en los dias 23 y 25 de agosto, y le comunicó los cargos que pesaban sobre él y sobre su mayordomo Martinez, segun resultado de la declaracion de su antiguo paje Enriquez. Perez lo negó todo, y trató con mucha destreza y aplomo de indicar la causa real de la muerte de Escovedo. Interrogóse á doña Juana Coello pero sin mayor resultado. El 25 de agosto, despues del segundo interrogatorio, Vazquez firmó una sentencia que declaraba el crímen, establecia los cargos resultantes de la instruccion contra Perez y su mayordomo, y les concedia diez dias para responder y justificarse. Don Pedro Escovedo presentó entonces queja formal contra uno y otro. Perez y Martinez nombraron sus abogados, y transcurrido el término de los diez dias que se les habian concedido, pidieron y obtuvieron una próroga de ocho mas para presentar sus descargos. Al propio tiempo Perez, á quien habian puesto grillos para tener mas segura su persona, presentó caucion suficiente para que se los quitasen, y en 7 de setiembre presentó seis testigos en su defensa, quienes declararon que el secretario Escovedo y Antonio Perez eran amigos íntimos; que cuando acaeció el asesinato del primero, Perez estaba en Alcalá con el marqués de los Velez; que al parecer aquel hecho le causó mucho sentimiento, y que segun su conviccion, Antonio Enriquez era un testigo falso y sobornado, pues que se habia vuelto inseparable amigo de los Escovedo. Añadieron que Antonio Perez, en cuya justificacion declararian muchos testigos importantes, era un hombre eminente, buen cristiano, temeroso de Dios y que no habia hecho mal á nadie. Los mismos seis testigos declararon en pro de la inocencia del mayordomo Martinez.

A pesar del encono de sus jueces y del odio de sus enemigos, era difícil condenar legalmente á Perez, contra quien solo se levantaba un testigo, y aun este poseido de un sentimiento de venganza y argüido de falso. Así es que Vazquez entabló un nuevo sumario, y se empeñó cual nunca en hacer comparecer al boticario de Aragon y al alférez Juan Rubio. Por su parte Perez, queriendo aprovecharse de sus ventajas, y temiendo nuevas dilaciones asaz peligrosas para

él, solicitaba con instancia se fallase la causa y se le pusiese en libertad. Mas á la sazon intervino de nuevo el confesor de Felipe II con extrañas sugestiones. En el momento mismo en que las pruebas eran insuficientes contra Perez, instó á este á que las completase con sus declaraciones. Para decidirle á ello, expúsole entonces la teoría de que hemos ya hecho mencion acerca la inocencia é inculpabilidad de los asesinatos mandados por el rey. «Señor, habiendo entendido, le decia, los grandes trabajos de V. M. y de su casa tanto tiempo ha, he andado pensando conmigo si era bien por lo que la charidad pide, dar consejo á quien no me le pide. En fin me he resuelto en hazerlo, y asy le digo, que pues V. M. en realidad de verdad tiene escusa perempLoria en este hecho, quando se venga á saber, que V. M. deuria de confessar de plano lo que se le pide, y con esto se quitará á mi juyzio de todos los trabajos, que tiene, pues el fundamento de todos ellos es, y ha sido esto, y cada uno responda por sy. Dios guarde á V. M. muchos años con la salud, y descanso, que su casa ha menester.»

Perez se guardó bien de seguir este consejo, que bajo una apariencia de interés y compasion ocultaba un peligroso lazo, y se negó á ello apoyándose en la voluntad misma del rey, que le habia escrito: «No os de cuidado cuanto hizieren vuestros enemigos, ny me dexeys, que yo no os faltare, y estad seguro que no podrá la pasion obrar contra vos... y vos aveys de tener por bien que no se entienda que aquella muerte se hizo por my órden.» Perez contestó pues al confesor, despues de haberse aconsejado con el cardenal de Toledo, «que condenarse en un caso tan grave, era contra su consciencia, y mas siendo en daño de tantos innocentes, y que declarar lo que su rey le mandase callar no era sano consejo... y que para todo seria mejor que él se concertase con Escovedo.»

Este debia hallarse tanto mas dispuesto á una reconciliacion, cuanto que en once años no habia podido probar perentoriamente el crímen de Perez, y que si por otra parte no lo conseguia, se hallaba expuesto á que recayese sobre él un riguroso castigo. Habia recibido con gran misterio una carta dirigida sin duda por su hábil adversario. «Porque sé que, aunque diga mi nombre, no me conoce; no avrá que ponerle aquí; solo entienda que soy su amigo, y como tal le digo que no se canse en seguir el negocio de su padre, porque no se ha de hacer nada; y sino estubiera ciego, bien lo podia haber hechado de veer, que no gusta al rey que lo siga; pues

por eso le ha quitado el oficio, y aun plegue á Dios no le suceda lo que á su padre, si passa adelante con la porfía: y con esto cumplo con la amistad que le debo. Dios le abra los ojos y le guarde. Su mayor amigo quien sabe.» Así en el momento mismo en que el confesor le sugeria que lo declarase todo, verosímilmente por órden del rey con la intencion de perderle en seguida fácilmente, pues se creia que se habia desprendido de los papeles y cartas que podian justificarle, Perez se servia del nombre del rey para hacer insinuar á Escovedo que renunciase á sus persecuciones y venganza, á lo cual accedió este mediante la suma de 20,000 ducados. El 28 de setiembre, ante el escribano Gaspar Resta firmó una escritura en regla, por la que desistia de todas sus pretensiones y demandas, y solicitó del rey, de Rodrigo Vazquez, de los alcaldes de corte y otras cualesquiera justicias, dejasen de entender de dicha causa y pusiesen á Perez y Martinez en libertad, declarando que les perdonaba para cumplir como buen cristiano, quitarse de pleitos y diferencias, y satisfacer el deseo de personas graves que se habian interpuesto. Estas eran el almirante de Castilla, don Luis Enriquez de Cabrera, el duque de Medina de Rio-Seco conde de Modica, don Rodrigo Zapata, comendador de Monte-Alegre, en la órden de Santiago é hijo del conde de Barajas, presidente del consejo de Castilla, don Alonso de Campo, y Jaime Mazengo, que firmaron el acta de desistimiento de Escovedo, confirmada por él mismo en 1.° de octubre de 1589.

No habiendo podido el confesor de Felipe II inducir á Perez á que declarase su delito, segun habia persistido siempre en aconsejarle, habia sin embargo aprobado, á fin de sacar el mayor partido posible, su reconciliacion con Escovedo. «El otro camino, le habia escrito, que vuestra merced dice de amistad con Escovedo me parece bien; y esto avia de ser sin meter en ello á su Majestad, pues está con él disgustado, por las ocasiones que vuestra merced sabe de su padre y suyas tan graves.» Pero esta terminacion no satisfizo los escrúpulos ó el odio de Rodrigo Vazquez. En lugar de poner á Perez en libertad, lo cual reclamaba este con mas instancias que nunca, escribió á Felipe II: «Que ya que Antonio Perez se librava, por el concierto con Escovedo de la muerte de su padre, mirasse su Majestad que avia corrido mucho averse cometido aquella muerte por órden suyo, y que á su autoridad convenia descubrirse ya, y mandar á Antonio Perez que declarasse las cosas y motivos, que

huvo para hazerse aquel castigo.» Y añadia: «Dase, Señor, á entender á Antonio Perez que no está provada la muerte por el proceso (aunque para mí bastasse si huviere de ser juez.) Vuestra Majestad me escriva un villete, que yo se le pueda mostrar diciendo, *decid á Antonio Perez que ya sabe, como yo le mandé que hiciesse matar á Escovedo por las cosas que él tiene entendidas, que á mi servicio conviene, que las declare.*»

Cuando el cardenal de Toledo llegó á tener conocimiento de tan inconcebible proyecto, se apersonó con el confesor de Felipe II y le dijo: «Señor, ó yo soy loco, ó este negocio es loco. Si el rey le mandó á Antonio que hiziesse matar á Escovedo y él lo confiessa ¿que quenta le pide ny que cosa? Mirara los entonces, y él lo viera que estotro no era juez en aquel acto, secretario y relator de los despachos que le venian á las manos, y ejecutor de lo que le mandó, y encargó como un amigo á otro etc... Resuscítenle quinientos muertos, restituyan le sus papeles sin aver los rebuelto y releido. y aun entonces no se puede hazer tal.»

Lo que al cardenal de Toledo le parecia insensato lo era realmente, pero por otras muchas razones. ¡Cómo! ¿Felipe II habia ordenado el asesinato, el criminal y el hijo de la víctima se avenian, podia poner término á un proceso cuya acongojadora duracion le habia desazonado muchas veces y cuya escandalosa publicidad podia comprometerle, y no se apresuraba á devolver á Perez la libertad, sofocando finalmente un negocio tan peligroso? ¿Qué interés podia tener en convenir en que él habia dado la órden de un asesinato, y en castigar al que lo habia ejecutado? Seguramente no era el honor de la majestad al que debia afectar semejante confesion, ni el interés de su reputacion, á la que iba á causar una doble herida, vendiendo su cómplice despues de haberle hecho asesinar á uno de sus súbditos. Este modo de obrar no se explicaba pues mas que por la ceguedad de la pasion y el deseo de venganza. A la verdad no pudo solicitarse con otro intento la confesion del crímen aconsejada primeramente por el director de conciencia del rey y exigida luego por Rodrigo Vazquez. Felipe II creia sin duda, que privado Perez de sus papeles no podria presentar pruebas de los motivos á que atribuiria el asesinato, que por consiguiente seria fácilmente condenado como falsario ó calumniador de su señor, y que con su muerte terminaria de un modo mas satisfactorio, y favorable para él aquel negocio, que no quedando im-

pune: trama abominable que estuvo á pique de envolver y ahogar al culpable pero infortunado Perez.

Efectivamente, léese en el proceso manuscrito el siguiente auto extendido por Rodrigo Vazquez el 21 de diciembre de 1589: «Aviendo hecho el rey nuestro Señor relacion, que parecia aver sido Antonio Perez, en órden á la muerte del secretario Juan Escobedo, con voluntad y consentimiento de su Majestad, y que parecia conveniente que pareciesse este consentimiento en el proceso, para descargo de Antonio Perez, y poderle conforme á esto absolver de todo, como era justo; y assimismo seria necesario se mostrassen las causas dél, para que no se ofenda punto de reputacion de su Majestad, y su gran crhistiandad; convino en que así se hiciesse, y mandó que supiessen del dicho Antonio Perez las causas dichas, pues él era el que las sabia y avia dado noticia á su Majestad y la averiguacion y probanza que avia dellas.» Al mismo tiempo, para poner á cubierto al rey, se habia tomado la precaucion de añadir: «Y en quanto si se pondrian en el proceso, ó no, avisaria despues lo que fuese su voluntad.»

Para llevar á cabo este plan, Felipe II dió á Rodrigo Vazquez una órden por escrito, concebida en estos términos: «Podreis decir á Antonio Perez de mi parte, y si fuere menester enseñándole este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de haver él hecho matar á Escovedo, y las causas, que me dixo que avia para ello: y porque á mi satisfaccion y la de mi conciencia conviene, saber si estas causas fueron, ó no bastantes, y que yo le mando que las diga, y dé particular razon dellas, y muestre, y haga verdad las que aun me dijo, de que vos teneis noticia, porque ya os las he dicho particularmente, para que aviendo ya entendido las que así os dijere, y razon que os diere dello, mande ver lo que en todo convendria hacer.»

Habíase redoblado la vigilancia que se tenia con el prisionero, ordenando á los alguaciles Erizo y Zamora que le custodiasen estrechamente, que no le permitiesen hablar ni comunicar con nadie, y que ni aun ellos propios lo hiciessen, bajo pena de la vida. Enseñóse entonces á Perez la órden del rey, y entonces contestó: «Que salvo (como tiene dicho) el acatamiento y reverencia debida al decir de su Majestad, no tiene que decir mas de lo dicho en sus confesiones que esto que declara: ni sabe de la muerte, ni intervino en ella.» Al mismo tiempo recusó de nuevo á Rodrigo Vazquez, segun

lo tenia ya hecho como á un juez apasionado y hostil. El rey para darle una aparente satisfaccion, asoció á Vazquez al licenciado Juan Gomez, individuo de su cámara y consejo. Los dos pues, en 25, 27 y 28 enero y 12, 20 y 21 febrero 1590, insistieron con Perez para que expusiese los motivos de la muerte de Escovedo, y probase su necesidad. Perez persistió en declarar que nada sabia y que se remitia á sus declaraciones anteriores. Como á toda costa se queria que confesase el delito, y voluntariamente no podian obtenerlo, trataron de obligarle á ello por fuerza. Rodrigo Vazquez y Juan Gomez ordenaron en 21 de febrero á los alguaciles que custodiaban á Perez echasen á este una cadena y un par de grillos en los piés. Perez solicitó humilde y vanamente del rey que se los quitasen, en atencion á que el estado de su enfermedad no le permitia soportarlos. El 22 de febrero Rodrigo Vazquez y Juan Gomez se trasladaron á su prision, y le intimaron otra vez que respondiese conforme á lo prevenido por el rey. Perez se negó de nuevo á ello. Entonces sus jueces le amenazaron con el tormento sin lograr intimidarle. En seguida Vazquez se retiró á un aposento vecino, y dejó al desgraciado Perez con el licenciado Juan Gomez, el escribano Antonio Martinez y el verdugo Diego Ruiz, y fué sometido por ellos á tan terrible prueba, cuya irritante narracion sacaré del mismo procedimiento.

«Al instante mismo, le replicaron dichos jueces que persistiendo en toda su fuerza y vigor los indicios; le mandaban poner á question de tormento, y si en el moriesse, ó lesion de algun miembro le sucediesse, fuesse por su culpa, y cargo; y dijo lo que dicho tiene, que por estas dos cosas, la una el ser hidalgo, y la otra el daño y lesion que resultasse en su persona, atento á estar tullido de las largas prisiones de once años.»

Los dos jueces le hicieron entonces quitar los grillos y la cadena ordenándole que prestase juramento y declarase lo que se le prevenia; mas habiéndose negado á ello Perez, el verdugo Diego Ruiz le quitó los vestidos dejándole solo los calzoncillos. Retiróse este en seguida, y aquellos le intimaron de nuevo diese cumplimiento á la órden del rey, conminándole con el tormento *por el cordel* si así no lo hacia. Repitió de nuevo Perez que se referia á lo que tenia dicho. En seguida habiendo preparado la escalera y aparato del tormento, el verdugo Diego Ruiz cruzóle los brazos uno sobre el otro y dióle una vuelta de cordel que le hizo arrojar agudos gritos, diciendo:

¡Jesús! y que avia de morir en el tormento, y que no tenia que decir, sino morir. Lo que repitió varias veces habiéndole llegado á dar hasta cuatro vueltas de cordel: entonces los jueces repitieron su intimacion de que declarase lo que se le habia mandado, á lo que contestó con grandes gritos y exclamaciones: *No tengo nada que decir y vive Dios que estoy manco de un brazo, como saben los médicos*, y con grandes sollozos añadió: *Señor, por amor de Dios que me mancan y que me han mancado la mano, por Dios vivo*, y luego dijó: *Señor Juan Gomez, christiano es, hermano por amor de Dios, que me matas que no tengo de decir mas.* Los jueces le contestaron, que hiciese las declaraciones ordenadas, y no hizo mas que decir: *Hermano que me matas*; *Señor Juan Gomez, por las llagas de Dios acábenme de una vez, déjenme, que cuanto quisieren diré*; *por amor de Dios, hermano, que te apiades de mí.* En seguida añadió que le quitasen de como estaba, y que le diesen la ropa, que hablaria, lo cual dijo teniendo ya ocho vueltas de cordel; y como empezaba á declarar lo que luego seguirá, dieron órden al verdugo de que saliese de la pieza en donde se daba el tormento, quedando solo Perez con el licenciado Juan Gomez y el escribano Antonio Marquez.

Perez, tan pérfidamente vendido por su soberano, torturado con tanta crueldad por sus jueces, y vencido por el dolor, confesó ser el autor de la muerte de Escovedo, y manifestó las razones de estado que tuvo para ello, expuestas en sus *Relaciones* y en el *Memorial* presentado ante el *Justicia* de Aragon, y que nosotros hemos ya anteriormente indicado y discutido. Entró en detalles bastante extensos sobre el particular, y luego «fuéle dicho á este declarante que hiciese verdad y mostrase las cosas que así dijo á su Majestad para la muerte de Escovedo; dijo que todos los papeles le fueron tomados las otras veces en diferentes prisiones, y que entre ellos hubiera muchos recaudos de que dicho tiene que dixo á su Majestad y tubiere muchos testigos muy fidedignos, como la persona que se ha nombrado, que testificaria de todo el caso. Pero como doce años que murió Escovedo han faltado las personas dichas. Demás que estas son materias que da el vasallo á su príncipe, y mas cuando los particulares que le decian con secreto, y á solas de Escovedo no se podian tener testigos.»

Al dia siguiente de tan dolorosas escenas, habiendo sabido Diego Martinez, este mayordomo tan fiel y tan reservado hasta entonces, que su amo lo habia confesado todo, creyóse dispensado de guardar

silencio por mas tiempo, y confirmó por medio de una declaracion circunstanciada el relato que el alférez Antonio Enriquez habia hecho de la muerte de Escovedo. La caida de Perez era demasiado profunda para que despues de ella pudiesen conservarle ojeriza los envidiosos, y en su lugar dieron cabida á la piedad. Sorprendió y aterrorizó á toda la corte el ver aplicar al tormento á una persona de su rango, un ministro, un favorito, un dócil instrumento del rey. Nadie se consideró al abrigo de los mas bárbaros procederes de esa justicia violenta. Empezaba por otra parte á hacerse público que el rey y Perez habian tenido comun participacion en el hecho, por el cual el uno sufria y el otro ordenaba la tortura. Murmurábase de ello en alta voz en la corte, y uno de los personajes de mas suposicion exclamó con indignacion: «Traiciones de vasallos á reyes muchas se han visto, pero de rey á vasallo nunca tal!» El mismo predicador de la corte dijo en el púlpito: «Hombres tras quien os andais desvanecidos y bocabiertos: ¿No veis el desengaño? ¿No veis el peligro en que vivís? ¿No le veis? ¿No le visteis ayer en la cumbre y hoy en el tormento? ¿Y no se sabe, por qué ha tantos años que le afligen? ¿Qué buscais, qué esperais?»

En cuanto á Perez, abandonado por sus jueces y por el verdugo, magullado y quebrantado, hallábase acometido de una ardiente fiebre, y de una inquietud de espíritu mas aguda aun que la misma fiebre. Claramente veia la suerte que se le reservaba, tras el tormento la muerte. Sabia que Vazquez habia dicho al rey que Perez, privado de sus papeles no podria justificarse, y que así su conducta como sus declaraciones serian calificadas de bellaquería y falacia. Vazquez oyó á nuevos testigos, y dirigió sus indagaciones de manera que tendiesen á probar mas y mas, que la causa del asesinato de Escovedo habia sido la intimidad criminal de Perez con la princesa de Eboli, é hicieron recaer además sobre Perez la muerte del astrólogo Pedro de la Era y del escudero Morgado. En tan crítica y apurada situacion, Perez trató decididamente de libertarse por medio de la fuga del ignominioso suplicio que le aguardaba. Mas ¿cómo lograrlo? Tenia inútiles los dos brazos, estaba enfermo, solo, estrechamente custodiado... Sin embargo, el 27 de febrero solicitó que permitiesen entrar en la prision á sus criados para que le asistiesen en su enfermedad. El doctor Torres fué entonces á visitarle como médico, y declaró que le habia hallado con mucha calentura y peligro de la vida si no se aliviaba. En 2 de marzo permitieron que

entrase á servirle en su encierro bajo prevencion de no poder salir ni volver á entrar, sin hablar con nadie, á una sirvienta elegida por doña Juana Coello, y cuyo adelantado embarazo no le impedia cuidarle con el mayor esmero y fidelidad. Agravándose ó pareciéndose agravar la enfermedad, solicitó á mediados de marzo doña Juana Coello la permitiesen á ella y á sus hijos asistir á Perez, á fin de que no muriese sin socorro. Al principio tuvo que sufrir algunas negativas, mas no desmayó por eso en su propósito, é insistió tanto, que al fin logró la permitiesen comunicarse con su marido á principios de abril. Entonces fué cuando Perez combinó hábilmente los medios de evadirse. Fingió mas que nunca hallarse postrado por el mal, y el miércoles santo á las nueve de la noche, habiéndose puesto un vestido y manto de su mujer, pasó, merced á este disfraz, por entre los guardias, y salió de su cárcel. En la parte de afuera le esperaba un amigo suyo, y mas lejos estaba el alférez Gil de Mesa aguardándole con dos caballos que debian trasportarle á Aragon. Apenas habian dado algunos pasos, y antes de reunirse con Juan de Mesa, toparon con la justicia que estaba haciendo la ronda. El amigo de Perez, sin turbarse, se paró y habló con ella, mientras Perez permanecia silenciosa y respetuosamente detrás de él como un criado. Habiéndose felizmente librado de este riesgo, Perez llegó en pocos momentos hasta donde estaba Gil de Mesa, montó á caballo con él, y seguido por un genovés llamado Juan Francisco Mayorini, corrió en posta el espacio de treinta leguas sin detenerse, y puso por fin el pié en Aragon, en donde le esperaba el apoyo de una justicia imparcial, en medio de un pueblo cuyos privilegios le colocaban en una posicion muy independiente, y cuya independencia le comunicaba un elevado orgullo y valor.

CAPITULO IV.

Diligencias judiciales entabladas por Felipe II contra Antonio Perez ante el Justicia mayor del reino de Aragon.—Desistimiento forzado de Felipe II.—Acusacion de herejía intentada contra Perez.—Su traslacion á la prision del santo Oficio.—Insurreccion del 24 de mayo de 1591.—Es reinstalado Perez en la prision de los Manifestados.

En cuanto Perez hubo llegado á Aragon, todo cambió de aspecto. La causa dejó de ser ya un proceso misterioso entre dos cómpli-

ces, de los cuales el uno oprimia al otro por medio de la misma justicia que obedecia á su poder y á su odio. Ante el libre y osado tribunal de Aragon la justicia no reconocia diferencia entre rey y vasallo. Perez habia expiado en Castilla la parte que habia tenido en el asesinato de Escovedo con la pérdida de su favor, la ruina de su fortuna, su larga prision y con los dolores del tormento. Felipe II iba á expiar la suya ahora en Aragon por la evidencia de su complicidad, la aclaracion de sus perfidias y la absolucion de su adversario. El súbdito habia sido castigado en su persona, el príncipe debia serlo en su fama, única pena reservada á los que no pueden sufrir otra.

Sin embargo, Perez, al verse libre, estuvo muy lejos de faltar al respeto debido y acostumbrado á su señor, ni de mostrar una seguridad temeraria. Su deseo era poner término á tan desigual lucha, así es que apenas hubo atravesado la frontera de Castilla escribió á Felipe II desde Calatayud el 14 de abril una carta llena de sumision y de ruegos: «Señor, le dijo, viendo cuán á la larga acabo de tantos años y con mis prisiones, y el rigor de algunos ministros, ó sea de la Invidia, sin valer my persona para meresçer tanta, como ha padesçido, y que my causa, y miserias no tenian aun señal de fin, sino solo la vida, y lo de mas; y que el proçeder de los ministros me tenian reduzido á no poder responder por my, ny por la honrra de mis padres, y hijos, y mia (obligaçion natural, y Christiana) me resolví á hacer lo que he hecho, y venirme á este reyno de V. Magestad, naturaleza de mis padres, y abuelos: pues en él es, y será V. Magestad tan Señor de my todo, como en medio de los grillos, y cadenas mas fuertes, y yo tan obediente á su Real voluntad, como el barro en la mano de su Hollero; de que yo tengo dado buen testimonio, y prueva con el largo suffrimiento, fundado en la esperança, que he tenido siempre en V. Magestad, y en su gran Christiandad, y Misericordia, y en el depósito, que tengo en su Real pecho de mi inoçençia que en solo este estado, y nombre dexo ya mis pequeños serviçios y fidelidades, aunque en otro subjecto, y ventura pudieran llegar á meritos differentes de los que en my han causado. Yo supplico á V. Magestad muy humildemente, que pues tiene tanta prueva desta verdad, y notiçia de la passion de algunos, ó algun ministro por sus consultas, y traças, crea V. Magestad el entrego, y possession que le doy desta persona, y ánimo á su obediencia, y Real voluntad en todo; y que no permita, que la passion de los que digo, passe adelante en offensa de su gran Christiandad, y serviçio, y en escarmiento de fieles vasallos. Tambien supplico á V. Magestad por su gran piedad mande mirar por essa mujer y hijos, y nietos de padres, y abuelos fieles, y provocados de V. Magestad, y por quien V. Magestad es, se sirva que bivamos en un rincon, el que V. Magestad fuere servido, que será rogando á Dios, cuando para mas no valhamos, por la larga vida, y prosperidad de V. Magestad, á quien el la de muy cumplida en todo, como la Christiandad lo ha menester.»

Perez escribió el propio dia al confesor Diego de Chaves y al cardenal de Toledo, trasladándoles la carta que dirigia al rey, y suplicándoles intercediesen en favor suyo para que le concediese esta última gracia.

Felipe II no admitió estas humildes y rendidas proposiciones de paz. La fuga de Perez habia causado una satisfaccion general: hasta el mismo bufon de Felipe II, llamado el tio Martin, que, como todos los de su clase, gozaba el privilegio de hablar libremente de todo á su señor, y de mostrarse sensato pareciendo loco, le díjo delante de toda la corte á propósito de ella:

«Señor, ¿quién es este Antonio Perez, que todos se huelgan que se haya escapado? No devia tener culpa. Holgad vos tambien.» Mas Felipe II en lugar de seguir el buen consejo de su bufon, extendió la severidad de sus persecuciones hasta la inocente familia de Perez; haciendo prender y encerrar en la cárcel pública á su mujer y todos sus hijos. Al contar acto tan cruel de iniquidad, vierte Perez palabras llenas de la mas amarga y dolorosa agonía: «Las prisiones dice él, y rigores nuevos, que se hicieron el dia siguiente de su salida, jueves Sancto, (Sancto el dia, no á lo menos la obra) en las personas de su mujer, y hijos, algunos dellos de tal edad, que era menester llevarlos en brazos, (tales eran los façinorosos, y los bravoneles prisioneros,) fueron lastimosíssimos, y lastimosíssimas las lágrimas y alaridos generales. Devió de convenir, porque no se huyessen aquellos Barbarrojas, aquellos Aluchalys, aquellos hijos, aquel nido de golondrinos, aquella madre, que estava presta para huyr en un caballo barbaro ligeríssimo, preñada digo de ocho meses. En tal estado la prendieron á ella, y á ellos. Quiça tambien en tal dia, en que se suele ottorgar perdon á graves delinqüentes, y en la hora de las proçessiones de disçiplinantes del jueves Sancto, rompiendo por ellos, por las Cruces, por todos los passos de aquella

remembrança, porque no faltasen testigos de tan glorioso acto. En fin fueron llevados madre, y hijos á la carçel pública, meresçedoras personas, estado, sexo, edad, culpa de tal lugar, y de la compañía que en él suele aver.» Algo mas abajo añade con elocuente energía: «Delicto de que en otros siglos muy rigurosos fueron absueltos los que tenian por fiscal á su príncipe mismo. Que el delicto que cometió la muger en ayudar á su marido á salir de prision, arrastrado tantos años, y reducido á tal estado, las leyes Natural, Divina, Humana, y las particulares de España le califican. Saul, con quanto persiguió á David, no tocó en Micol, con ser su hija, por aver escapado á su marido de las manos de su ira. El derecho Commun, Civil, y Canónico, la absuelve de lo hecho en defensa de su marido. La ley particular del Conde Fernan Gonçalez libre la deja. La voz, y juycio general de las gentes gloria, y alabanza le da. Pues los hijos en su casa, en sus camas, en sus cunas se estavan provada la coartada de la naturaleza por esto, y por la edad incapaz de tales confianças. Sino era el hijo, que tenia la madre en el vientre, que antes que naçiese, fué preso, y antes de poder ser delinqüente, fué castigado, y puesto á peligro de la vida, y del alma, como el otro hermano, que perdió lo uno, y lo otro en la prision de la madre hecha en la mar de Lisboa.» Y concluye finalmente con estas bellas y vengativas amenazas. «Pues no se engañen, que ally donde están; y los mas impedidos, y aherrojados captivos tienen los dos mas fuertes soliçitadores de toda la naturaleza inferior la Innoçençia, y el Agravio. Que no ay Ciçerones, ny Demostenes, que assy alteren los oydos, assy commuevan los animos, assy conturben los elementos, como ellos. Porque de mas de otros privilegios les ha dado Dios uno, que hagan compañía para la demanda de su Iustiçia, y que sean testigos, y advogados el uno del otro, y que puedan çertar un proçeso de los que el juzga en este siglo. Como será en este caso, si tardare el desagravio humano. Y no se fien los deudores en la dilacion, que aunque tarda al paresçer, camina siempre el plazo, y quanto tarda cresçe la deuda con los intereses del castigo del Cielo.»

Volviéronse á proseguir prontamente las persecuciones contra Perez, y se continuaron hasta el fin con encarnizamiento. Apenas hacia diez horas que habia llegado á Calatayud que llegó la órden de que le cogiesen vivo ó muerto antes de pasar el Ebro; mas esta órden que Felipe II no pudo dar hasta el dia siguiente llegó demasiado tarde. Perez se habia metido con su compañero Mayorini en el convento de los dominicos dedicado á san Pedro mártir, como en un asilo seguro. Fuéle allí á buscar y declarar prisionero en nombre del rey, el gentilhombre don Manuel Zapata caballero de Calatayud.

Perdido estaba Perez si el fiscal de Felipe II en Aragon se apoderaba de su persona para hacerle comparecer ante la audiencia ó justicia real; así es que á fin de evitar este peligro, Gil de Mesa se habia trasladado apresuradamente á Zaragoza, é invocado allí en favor de Perez y Mayorini el privilegio de los *manifestados*, privilegio que con arreglo á los *fueros*, debia colocarlos bajo la jurisdiccion del tribunal supremo del Justicia mayor de Aragon. Así es que mientras por un lado el teniente de gobernador de Aragon acudió á Calatayud, y trataba de sacar á los refugiados del monasterio para conducirlos ante la primera de dichas jurisdicciones; por otro se habia trasladado tambien á aquel punto don Juan de Luna, baron de Purroy, con cincuenta arcabuceros para ponerlos bajo la proteccion de la segunda. Auxiliado don Juan de Luna por el pueblo de Calatayud, que se sublevó en nombre de sus libertades, condujo á Perez y Mayorini á la prision llamada del *Fuero* de Zaragoza. Felipe II presentó entonces querella en forma contra Perez; y le acusó: 1.° de haber hecho matar á Escovedo, sirviéndose falsamente de su nombre; 2.° de haber hecho traicion á su rey, divulgando los secretos de estado y alterando los despachos; 3.° de haberse evadido.

Conocida es la constitucion de Aragon, y la forma singularmente independiente que la justicia habia conservado en aquel reino. Acostumbrados á gozar de amplia libertad bajo sus príncipes nacionales, los aragoneses, habian vigilado aun con mas atenta solicitud la conservacion de sus antiguos privilegios, desde que á principios de aquel siglo habian pasado al dominio de los reyes de Castilla, quienes no tomaban el título de reyes de Aragon hasta haber jurado solemnemente los fueros de este reino. La violacion de los fueros por parte del rey, autorizaba la sublevacion de sus vasallos, que pronunciaban entonces el grito de ¡*Contra fuero*! grito dice el historiador Herrera que levantaba hasta las piedras en Aragon. Y aun su inobservancia podia determinar la deposicion misma del soberano. Así es que las altivas y célebres palabras que el Justicia mayor de Aragon dirigia en nombre de sus conciudadanos al rey, despues que este habia prestado juramento con la cabeza descubierta: *Nos, que cada uno vale tanto como vos, y todos juntos mas que vos, os hacemos rey*

bajo condicion que respetareis nuestros privilegios, sino no, no era una vana fórmula.

A pesar de todo su poder, Carlos Quinto y Felipe II no se habian atrevido á violar la constitucion de este orgulloso y valiente pueblo. Habíanse visto precisados á elegir entre los aragoneses así el virey, en quien delegaban su débil autoridad, como los demás agentes de la corona. Ningun soldado extranjero podia entrar en el territorio aragonés. El pais tenia su milicia, se imponia sus pechos, se gobernaba, se administraba y se juzgaba á sí mismo. Las cortes, compuestas de diputados elegidos de entre el clero, alta nobleza ó *ricos hombres*, de la nobleza de segundo órden ó *caballeros é hidalgos*, y de las ciudades, y convocadas cada dos años por el rey, que las presidia en persona, ó designaba para ello á un príncipe de su familia, distribuian los impuestos, fallaban sobre las diversas materias de estado, y decidian de la paz y de la guerra. El rey no podia disolver ni prorogar la asamblea sin su consentimiento, y para que sus proposiciones fuesen admitidas debian obtener unanimidad de votos. Las sesiones no duraban mas allá de cuarenta dias; mas una diputacion permanente de las cortes quedaba encargada de todos los poderes, y ejercia la accion soberana de esta asamblea en el largo intervalo de una á otra reunion.

La justicia, esa primera necesidad de las sociedades, tan tardíamente satisfecha, estaba organizada en Aragon de una manera que ofrecia mas garantías, y era mas original que en parte otra alguna. Cual en los otros reinos de la monarquía española habia jueces reales y jueces eclesiásticos; empero estos magistrados particulares estaban colocados bajo la alta vigilancia y suprema autoridad de otro denominado *Justicia mayor*, elegido de entre la nobleza de segunda órden y encargado de proteger al pueblo y sostener sus derechos. Todo ciudadano de Aragon pòdia apelar á su tribunal: en seguida quedaban en suspenso los poderes de todos los demás; el Justicia mayor sobreseia la ejecucion de sus sentencias; las revisaba asistido de sus cinco lugartenientes; las anulaba en el caso de considerarlas contrarias á los privilegios del reino, y levantaba al prisionero la pena que se le habia impuesto. Su procedimiento era público, su modo de informacion excluia la tortura y cualquiera otro medio violento, su prision llevaba el bello nombre de *Manifestacion* ó de la *Libertad*, y su autoridad era objeto de un culto respetuoso, inmemorial y en cierto modo apasionado. Verdad es que el rey nombraba al Justicia mayor, pero no podia destituir á ese fuerte y temible defensor de la constitucion aragonesa, que tenia el derecho de hacer un llamamiento á las armas contra el rey mismo, si atentaba á esa misma constitucion. Custodio de los fueros, el Justicia mayor dependia solo de las cortes, cuya asamblea, investida de todos los poderes de la nacion, podia suspenderle en sus funciones, si las llenaba con debilidad, tibieza ó perfidia.

Bajo la égida tutelar de esta magistratura, ejercida entonces por don Juan de Lanuza, se encontró pues colocado Perez al llegar á Zaragoza. Habia á la sazon en esta ciudad un comisario de Felipe II, don Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara, encargado de dar ensanche á la autoridad de su señor. No contento con haber establecido en Madrid el consejo supremo de Aragon para dirigir con su auxilio los asuntos generales de este reino, tenia Felipe II la pretension de elegir y enviar á Zaragoza en calidad de virey la persona que bien le pareciese, sin estar precisamente sujeto á nombrar un aragonés. El marqués de Almenara, que era el encargado de sostener la referida pretension ante el tribunal del Justicia mayor, fué quien recibió todas las deposiciones y piezas que acriminaban á Perez, y con ellas la órden de perseguirle, de concierto con el fiscal, ante la justicia aragonesa. En su consecuencia comenzóse la causa. Como aun era permitido detener su curso, Perez invocó de nuevo la misericordia real, en términos respetuosos, pero que dejaban traslucir cierto tono de amenaza. Con este objeto escribió en 8 y 10 de mayo al confesor del rey. Despues de haberse quejado de las persecuciones de que habia sido blanco por espacio de once años; despues de recordar todas las promesas que Felipe II y Diego de Chaves le habian dado, ya á él, ya á su esposa, para conseguir que no se justificase y entregase sus papeles, ninguna de las cuales fué cumplida; despues de haber anunciado que no le era posible dejarse así confundir en silencio, y de haber prevenido que aunque creyesen haberle privado de todos los medios de justificarse, conservaba aun en su poder bastantes documentos auténticos para lograrlo del modo mas completo, continuaba como sigue: «Sobre todo esto considere V. Paternidad con su mucha prudençia, y Christiandad, sy puede convenir por alguna causa, que se llegue con tales materias á juyzio; y la obligacion, que tiene por tanta diversidad de razones y por su consçiencia, y auctoridad á mirar por my deffensa, y lo que yo devo hazer, y responder en satisfaçion de my llamando me

á juyzio tan apretado. Digo, que considere V. Paternidad por lo que conviene al servicio de su Magestad el medio, que se deve tener en este negoçio en el estado, en que está, que como tengo tan arraigada en las entrañas la Fidelidad, y Amor al serviçio de su Magestad, dispuesto estoy á qualquier medio, que mas conviniere para açertar se este. Y mire V. Paternidad si sera buen expediente, que no obligando me á descargo, ny á dar razon de my con tales prendas, como las que he dicho, y con la razon, que dellas tuviere, se çierre la causa, y me absuelvan, como mal provados contra my los tales cargos, y que con tal sentençia se me satisfaga my honrra, que aunque para esto me pudiesse estar mejor otra cosa, todo lo posporné á lo que conviniere al serviçio de su Magestad muy consolado en dejar la de mas satisfaçion en la Real mano, y Christiandad de su Magestad. O sy sera conveniente, que yo me valga de la yglesia, que aunque parezca en esto delincuente, passaré por todo, como hastaquy: por la causa que he dicho. Peró advierto á V. Paternidad que no diffiera el remedio, y respuesta de esto, por que si la causa se mete adelante, será mas dificultoso; y en estos tribunales, segun entiendo, no se pueden los proçessos esconder. Y creame V. Paternidad, ya que hastaquy no he sido creido con mucho deserviçio de su Magestad: que Dios perdone al que tiene la culpa de no haver se atajado tanto escándalo, y inconveniente; que si sobre las amistades hechas se tomara el camino ordinario en semejantes negoçios, se hubiera escusado lo que digo. Supplico á V. Paternidad no consienta, que tenga mano en el juyzio el tal ministro sobre essas miserables prendas mias, de my muger, y hijos todos innoçentes, ny sobre mis cosas, pues sabe, y ha oydo dezir á personas graves ser my enemigo. Tambien supplico á V. Paternidad, que pues le presento esta obediençia tan entera á la voluntad de su Magestad, y esta intençion tan llana, y sin otro fin alguno, sino de estar apartado de la Passion desse ministro, y reposar de tantas tormentas, y tormentos, no permita mas rigores; antes se me haga una tan grande, y Christiana piedad, como dejarme bivir con my muger, y hijos en un rincon, entretanto que esta persona no valiere algo para un remo del serviçio de su Magestad; que si esto fuere, seguramente que anteporné yo siempre á todo lo desta vida, la voluntad, y obediencia de su Magestad, y esto es la verdad, y lo demas invenciones de la Maliçia, y Invidia, para añadir inconvenientes á inconvenientes en offensa de Dios, y del servicio de su Magestad, y en escandalo de las gentes.»

Estas cartas quedaron sin respuesta. Los que guardaban de esta manera en Madrid tan profundo silencio, obraban por caminos subterráneos en Zaragoza. Por órden suya, el marqués de Almenara ponia en juego todas las intrigas imaginables para hacerse entregar á Perez y enviarlo á Castilla, donde se encontraria de nuevo á merced del rey: mas todos sus esfuerzos se estrellaron ante la lealtad aragonesa. Perez creyó que no le contestaban de Madrid, ni se avenian á transigir con él porque no le juzgaban en posicion de defenderse, justificarse y comprometer al rey; así es que procuró probar que no era así; escribiendo á Felipe II el 10 de junio lo siguiente: «Como esta causa se va poniendo muy adelante, y en neçessidad de llegar à descargos bivos, por tratarse de la honrra de mis padres, y hijos, y mia, he querido hazer de nuevo advertimiento à V. Magestad de lo que me parece, que mucho conviene. Y por ser de la calidad que son estas materias, he procurado no fiar de papel solo la informaçion de V. Magestad sobre ellas, y tambien porque con relaçion de voz biva sea V. Magestad mejor informado.»

En su consecuencia, envió á Felipe II al padre prior de Gotor, á quien habia enseñado bajo secreto religioso todos los papeles que tenia en su poder le habia puesto de manifiesto los billetes escritos de mano del rey que le autorizaban á corresponderse con don Juan de Austria y con Escovedo sobre los asuntos mas reservados de Estado, á alterar sus despachos al desconcertarlos; á esterilizar sus proyectos por medio del asesinato de Escovedo, y á soportar las persecuciones que esta muerte habia suscitado contra él, sin declarar cosa alguna ni quejarse. Dióle copia de la mayor parte de estos documentos así como de las cartas tan claramente significativas de Diego de Chaves; y además le remitió instrucciones muy detalladas y oportunas acerca de cuanto debia exponer para que se abandonase la triple acusacion de traicion, asesinato y evasion que se habia intentado contra él. «Su Magestad, *le dice*, es preciso entienda las prendas, que yo tengo para my descargo, y quan llenas están estas de muchas confianças, y secretos tocantes á esta materia, y á otras muchas, y sy conviene que salgan en juyzio en nota de muchas personas graves, en desconfiança de sus mismos vasallos, en escándalo de todas las naçiones, en offensa de la gran prudençia, y Christiandad de su Magestad, porque no se piense en el mundo, que la culpa de haver sido tan mal governado, y guyado un negoçio de tanta importancia, y de tantas consequençias, haya sido de su Ma-

gestad, siendo toda ella de ministros, ó poco experimentados en cosas tan grandes, ó apasionados, que pensando, que con averme tomado todos mis papeles, y, casi se puede dezir, saqueado my casa de alguaziles, havian de faltar descargos, y meter en confusion my justiçia, como si en semejantes, y tan grandes negoçios, y de tan gran secreto, y confiança, y preçediente lo que he dicho, y acabo de tanto tiempo se pudiesse pedir á nadie las pruevas, que en las causas ordinarias. Pero como para Dios todo está presente, y en aquel abismo de Misericordia, y Justiçia proveydo, quando el es servido, muy con tiempo dé remedio contra la Maliçia y Veneno, ha permitido que con havérseme tomado todos mis papeles, como he dicho, y es notorio, y los particulares, y confidentes entre su Magestad, y my, como consta haverlos recibido el Su Confessor por cartas suyas, y por testimonio de los que se entregaron, hayan quedado acaso papeles de tanta razon, y luz para my descargo. Con ser tales, y que por ellos no solo me podré descargar, pero que paresçerá la limpieza de my serviçio, y fidelidades, y méritos della, antepongo, como siempre, el respecto del servicio de su Magestad, y la autoridad de sus negocios, y el juicio del mundo.»

El padre prior de Gotor, á quien Perez entregó además otras dos cartas concebidas poco mas ó menos en los mismos términos, para el confesor, y otra para el cardenal de Toledo, cumplió eficazmente su comision. Felipe II le concedió dos ó tres audiencias, se enteró de los documentos indicados á su atencion interesada, y se mostró complacido del servicio que se le habia hecho con semejante aviso. Mas por una de esas contradicciones extrañas, pero conformes al carácter de Felipe II, que parecia ablandarse y ceder cuando iba á herir, lejos de mostrar con Perez una juiciosa clemencia, hizo publicar contra él algunos dias despues la sentencia siguiente: «En la villa de Madrid y corte de S. M. del rey nuestro señor don Felipe segundo (que Dios guarde) á primero dia del mes de julio del año 1590, los señores Rodrigo Vazquez de Arce presidente del consejo de hacienda, y el licenciado Juan Gomez del consejo y cámara de su Majestad, visto el proceso y causa de Antonio Perez que fué secretario del Despacho universal de S. M., dixeron que, por la culpa que de todo ello resulta lo debian de condenar y condenaban en pena de muerte natural de horca, y á que primero sea arrastrado por las calles públicas en la forma acostumbrada, y despues de muerto, le sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero, y sea puesta en un lugar público, y como cual pareciere á los dichos señores jueces, y dél nadie sea osado á quitarla só pena de muerte, condenáronle en perdimiento de todos sus bienes, que aplicaron para la cámera y fisco de S. M., por los gastos causados por su persona y proceso. Y así lo pronunciaron, ordenaron y firmaron, el licenciado Rodrigo Vazquez, y el licenciado Juan Gomez.»

Esta sentencia dada en Madrid á la verdad no indicaba que se tratase de desistir en Zaragoza; así es que la causa siguió efectivamente su curso. Reducido al extremo de justificarse, dirigió Perez á sus jueces de Aragon su famoso *Memorial del hecho de su causa*, en el que refirió todo lo acaecido, apoyando su defensa en los billetes originales del rey y cartas del confesor, que produjo ante aquellos. Alarmado entonces Felipe II por el giro que tomaba aquel asunto, hizo pedir á micer Bautista, juez relator que era de la causa, como uno de los lugartenientes del Justicia mayor, un sumario del proceso, y su parecer sobre el mismo. Micer Bautista de Lanuza se lo remitió, manifestándole que segun su opinion, Perez quedaria absuelto de todos los cargos que se le hacian. Entonces Felipe II dió de repente su desistimiento de la acusacion intentada en su nombre contra Perez.

En este documento curioso, que lleva la fecha 20 de setiembre segun nuestro manuscrito, y la del 18 de agosto segun Llorente, dice el rey para explicar su renuncia y atenuar el efecto de las anonadoras revelaciones de Perez: «Así como Antonio Perez ha dado publicidad á su defensa, podria darse tambien á la refutacion de ella; y entonces no habria duda alguna sobre la gravedad de sus crímenes, ni dificultad en condenarle por ellos. Aun cuando en esta circunstancia como en todas las demás, lleve siempre por norte el interés general, que busco, y procuro, y aun cuando la larga prision de Perez y la marcha de su proceso, no hayan reconocido otra causa que esta; sin embargo, como aquel temiendo su éxito y abusando de su posicion se defiende de manera que para responderle seria necesario tocar á negocios mas graves de los que deben figurar en un proceso público, á secretos que no conviene ocupen lugar en ellos, y á personas cuya reputacion y decoro se debe estimar en mas que la condenacion de Antonio Perez he tenido por menor inconveniente dejar de perseguirle ante el tribunal del Justicia mayor de Aragon, que llegar á los puntos arriba mencionados. Pero mi justicia es conocida, y aseguro que los delitos de Antonio Perez son tan grandes

cuanto nunca vasallo los hizo contra su rey y señor, tanto por las circunstancias que los han acompañado, como por la coyuntura, tiempo y forma de cometerlos. He querido que así constase en el presente desistimiento, á fin de que en ninguna ocasion la verdad que siempre protejo y debo proteger como rey sufra ataque alguno. De manera que, á pesar de la renuncia que hago de la acusacion criminal intentada en mi nombre contra Perez, entiendo y quiero queden salvos é ilesos todos cuantos derechos me pertenezcan y puedan pertenecer para que en el caso y forma que estime conveniente pueda pedirle cuenta y razon de dichos delitos.»

Perez fué absuelto por el tribunal del Justicia mayor de Aragon; mas no por esto se abandonó toda esperanza: cinco dias despues del desistimiento de Felipe II se presentó nueva acusacion contra Perez intentando se le condenase por el delito de haber envenenado al astrólogo Pedro de Hera y á Rodrigo de Morgado; quedó probado por las declaraciones de los médicos y á pesar de las falsas deposiciones de algunos testigos que uno y otro habian muerto naturalmente y de enfermedad conocida. Se desistió pues de esta acusacion y se recurrió á otra. El rey por un juicio de *informacion* del todo semejante al de *visita*, vigente en Castilla, tenia el derecho de perseguir en Aragon á aquellos de sus oficiales que le hubiesen servido mal, sin que les fuese dable invocar el privilegio del fuero aragonés. El marqués de Almenara entabló pues bajo este concepto un proceso contra Perez á quien acusó de corrupcion, solicitando del Justicia mayor de Aragon le fuese entregado como oficial del rey. Poco le costó á Perez probar que para ser exceptuado del privilegio de los fueros, era preciso haber sido oficial del rey en Aragon, y él solo habia estado empleado en los negocios y reino de Castilla: que por consiguiente, no debia ser entregado á la justicia arbitraria de la corona, sino permanecer bajo la proteccion de la justicia aragonesa. Añadió además que habiendo sido condenado ya una vez por este hecho en 1585, no podia serlo otra, y que sobre todo tenia en las mismas cartas originales del rey, medio tambien de justificarse sobre este punto. El proyecto de condenacion por via de *informacion* frustróse como habia sucedido á los de asesinato, traicion y envenenamiento. Perez pidió que se le pusiese en libertad cuando menos bajo caucion; por consiguiente Felipe II veia que su víctima iba á escapársele de un momento á otro.

Empero habia en la católica España un tribunal, que por su carácter religioso y su espíritu de invasion dominaba á todos los demás; tribunal instituido para castigar los pensamientos á falta de hechos, mas adherido aun al rey que á la Iglesia, y por medio del cual era fácil hacer condenar á los que la justicia ordinaria no heria á gusto de la política ó de la venganza real: este era la Inquisicion. Felipe II recurrió á ella contra Perez, que para resistir á todo el poder de un soberano tan formidable, solo tenia en su apoyo su talento, su maña, y el interés que le atraia tan desigual lucha. Con la elasticidad de interpretacion y el modo de proceder misterioso del Santo Oficio, no era difícil inventar y establecer el crímen de herejía. Llevado de la amargura de sus pesares, é impaciente por sus interminables desdichas, Perez habia soltado, delante de personas que creia amigas, algunas palabras inconsideradas que probaban su desesperacion, mas no su impiedad. Además habia pensado, en union con su compañero de cautiverio, Juan Francisco Mayorini, sustraerse, por medio de una nueva fuga, á las persecuciones violentas y obstinadas cuyo éxito no podia menos de atemorizarle; debiendo dirigirse esta vez á Francia ú Holanda. Esto bastaba. No habia duda que habia tenido poco comedimiento en sus palabras, por consiguiente tenia tambien poca religion; queria irse á un pais en donde habia herejes, luego era hereje. Tal fué exactamente el modo de raciocinar de la Inquisicion.

El marqués de Almenara habia seducido á Diego Bustamante, que estaba sirviendo á Perez hacia diez y ocho años, y á Juan de Basante profesor de gramática latina y griega de Zaragoza que le visitaba casi diariamente en su cárcel. Descansando en la fidelidad del uno y en la amistad del otro, Perez, que por otra parte era ya naturalmente asaz indiscreto de sí, no se habia contenido, ni habia disimulado nada delante de ellos. Estos fueron quienes denunciaron secretamente sus palabras y proyectos á uno de los inquisidores de Zaragoza, el licenciado Molina de Medrano, que de acuerdo con el marqués de Almenara, instruyó este procedimiento mientras se debatia entre el fiscal del rey y Perez la última cuestion de que hemos hablado, sobre si debia considerarse ó no como exento del fuero. El inquisidor Molina de Medrano oyó además á Juan Luis de Luna, Anton de la Almenia y seis otros testigos. Cuando estuvo terminada la sumaria, el tribunal del Santo Oficio de Zaragoza la envió al supremo de igual clase de Madrid. El inquisidor general don Gaspar de Quiroga lo pasó al confesor de Felipe II, el hermano

Diego de Chaves, para que diese su parecer sobre ella en calidad de comisario calificador. Vamos á manifestar el modo como este dócil casuista calificó las palabras de Perez, á fin de auxiliar con su peso las pasiones de su señor.

«Con arreglo á la órden del muy ilustre cardenal de Toledo, inquisidor general, se me ha pasado por conducto del licenciado *** fiscal de la santa Inquisicion general, una copia auténtica de ciertos artículos adicionales que han sido extractados del proceso de informacion sustanciado contra Antonio Perez, secretario de su Majestad, así como las deposiciones de varios testigos relativas al mismo, con el objeto de que lo leyese y examinase, todo para dar luego mi parecer. Despues de una entretenida y rigurosa dilucidacion, he notado las proposiciones siguientes:

«Diciéndole una persona al dicho Antonio Perez que no dijese mal del señor don Juan de Austria, respondió: «Bueno es que despues que el rey me ha hecho el reproche de que desfiguraba el sentido de las cartas que escribia, y que vendia los secretos del consejo, repare yo en honra de nadie para mostrar mi descargo, que *si Dios padre se atravesara en medio, le llevara las narices* á que cualquiera en el mundo vea cuan poco leal caballero se ha mostrado el rey conmigo. Calificacion. Esta proposicion, cuanto á lo que dice que, si Dios padre se atravesara en medio, le llevara las narices, es proposicion blasfema, escandalosa, *piarum aurium offensiva, et ut jacet, est suspecta de hearesi Vadianorum, dicentium Deum esse corporeum et habere membra humana.* Ni se puede escusar con decir que Cristo tiene cuerpo y narices despues que se hizo hombre: porque consta que se habla acuenta de la primera persona de la Trinidad, que es padre.»

«El mismo Antonio Perez dijo: *Muy al cabo traigo la fee. Parece que duerme Dios en estos mis negocios, y si Dios no hiziese milagro en ellos estaria cerca de perder la fee.* Calificacion: Esta proposicion es escandalosa *et piarum aurium offensiva* porque parece que dize de Dios que duerme en sus negocios; como si el fuese inocente y sin culpa, un hombre jurídicamente atormentado, y condenado á muerte, acusado de grandísimos delitos.»

«En uno de aquellos momentos en que Antonio Perez estaba irritado por el pesar y la inquietud, al saber lo que su mujer é hijos tenian que sufrir dijo: *Duerme Dios, Dios duerme, deve ser burla todo esto que nos dicen de que hay Dios; no deve de aver Dios.* Calificacion: Esta proposicion cuanto á lo que dice y repite que duerme Dios, junta á las partes siguientes, *est suspecta de haeresi, quasi Deus non habeat curam rerum humanarum quam sacrae litterae et catholica Ecclesia docent.* Cuanto á las otras dos partes de la proposicion, la prima: *Deve ser burla todo esto que nos dizen de que ay Dios...* son partes heréticas, porque, cuando le pudiésemos mucho escusar y dezir que lo dice dudando, *dubius in fide infidelis est*, porque el que duda de una cosa no cree el sí ni el no; y el hombre está obligado á creer positivamente los dichos, y no creyendolos no es cristiano, y el que duda, como he dicho no cree.»

Lleno Perez de cólera al ver el modo injusto, segun él, con que se le trataba, y la parte que tomaban en esta persecucion personas que suponia tener muchas y grandes razones para obrar de otro modo, y que sin embargo no por eso dejaban de disfrutar del aprecio hijo de una conducta sin tacha, exclamó: *O reniego de la leche que mamé; y esto es ser cathólicos. Descreeria de Dios si esto pasase así.* Calificacion: Esta proposicion cuanto á lo que dice: *Descreeria de Dios si esto pasase así*, es proposicion blasfema, escandalosa, *piarum aurium offensiva, et adjuncta praecedenti propositioni non caret suspicione de illa haeresi.*»

Esta censura que contenia tambien un párrafo contra Juan Francisco Mayorini, fué firmada el 4 de mayo de 1591, por fray Diego de Chaves, y comunicada al supremo consejo de la Inquisicion. El 21, el inquisidor general don Gaspar de Quiroga, y los tres licenciados, don Francisco de Avila, don Juan de Zúñiga y Gil de Quiñones, decidieron que Perez y Mayorini fuesen conducidos á las cárceles secretas de la Inquisicion para que se instruyesen allí sus procesos en forma. Este decreto del supremo consejo fué llevado por un correo de Madrid á Zaragoza en dos dias. Los inquisidores Molina de Medrano, Hurtado de Mendoza y Morejon, lo recibieron el 23 de mayo, y el 24 siguiente por la mañana dieron desde el castillo de la Aljafería, antiguo palacio de los reyes moros situado extramuros de la ciudad, y en el que residia su tribunal, el decreto que sigue: «Nos los inquisidores contra la herética pravedad y apostasía en el reino de Aragon inclusa la ciudad y obispado de Lérida, mandamos á vos, Alonso de Herrera y Guzman, alguacil deste Santo Oficio, que luego de recibida esta órden, vayais á la presente ciudad de Zaragoza y á todas y cualquier otras partes donde fuere necesario, y prendais el cuerpo de Antonio Perez, secretario que fué

del rey nuestro señor, donde quiera que le halláredes, aunque sea en iglesia, ó monasterio, ú otro lugar sagrado, fuerte, privilegiado; y assí preso y á buen recado le traed á las cárceles deste Santo Oficio, y le entregad al alcayde dellas, al cual mandamos lo reciba lo de vos por ante uno de los notarios del secreto... Dado en el palacio real de Aljafería de la ciudad de Zaragoza. Ldo. Molina de Medrano, Dr. Antonio Morejon, Ldo. Hurtado de Mendoza.»

El alguacil Alonso de Herrera, provisto de otro decreto igual contra Mayorini, se presentó, acompañado de ocho familiares de la Inquisicion, en la cárcel de los Manifestados; mas negáronse en ella á entregarle los prisioneros alegando las disposiciones formales de los fueros. Instruidos de esta negativa, los tres inquisidores, entregaron entonces al alguacil una órden mas directa y del todo perentoria, dirigida á los mismos lugartenientes del Justicia mayor, que decia: «Prescrivímosles en virtud de la santa obediencia, bajo pena de excomunion mayor, de una multa de tres mil ducados por cada uno de ellos, y demás penas reservadas, que dentro tiempo de tres horas den y entreguen ó manden entregar realmente á nuestro alguacil las personas de los dichos Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini, para que los traiga á estas cárceles, *no embargante cualquier pretensa manifestacion de sus personas* hecha y proveida que no *puede* impedir lo sobre dicho ni ha lugar en cosas tocantes y pertenecientes á la fe, como estas son; y mandamos *revocar y anular la dicha manifestacion*, como provision que impide el libre y recto uso y ejercicio del Santo Oficio, y notificar la dicha revocacion á todos los oficiales de su corte.

Esta órden fué llevada entre ocho y nueve de la mañana á don Juan de Lanuza, que se hallaba ya en la sala del consejo con sus cinco lugartenientes, micer Jerónimo Chalez, micer Martin Bautista de Lanuza, micer Juan Gaco, micer Juan Francisco Torralba, y micer Juan Clavería. El Justicia mayor habia tenido aquella misma noche una entrevista secreta con el marqués de Almenara, que le habia decidido á doblegarse dócilmente á la voluntad de Felipe II. Esta fué la razon porque despues de haber consultado á sus lugartenientes, determinó ceder á las demandas de la Inquisicion. En su consecuencia envió al secretario Lanceman de Sola, al macero Mateo Ferrer, y al escribano de la causa Mendibe, á la cárcel de los Manifestados para que sacasen de ella á Perez y Mayorini, y los entregasen al alguacil del Santo Oficio. Todo se ejecutó por de pronto tal cual se habia prevenido. Tomóse inventario, segun costumbre, de los efectos de Perez, entre los cuales se halló un ejemplar de los Fueros, un retrato de su padre Gonzalo Perez y una imágen de Nuestra Señora de los Dolores, cuya lectura ó vista le sugeria sin duda argumentos para defender su causa, y fuerzas para robustecer su corazon contra el infortunio. Colocáronle en seguida en un coche con Mayorini y les trasportaron á uno y otro á la Aljafería.

A pesar de la diligencia y misterio con que los inquisidores habian reclamado y el Justicia mayor entregado los prisioneros, la noticia de esta extradicion, que parecia contraria á los privilegios del reino, se divulgó pronto por la ciudad, conmoviendo á sus habitantes y dejándolos absortos y confusos. Perez tenia conocimiento de cuanto pasaba en el tribunal del Santo Oficio, por medio de Francisco Valles, que era uno de los secretarios y le debia su cargo. El inquisidor Morejon, que antes que todo era buen aragonés, propendia tambien en su apoyo. Instruido pues de cuanto se tramaba, Perez habia tenido cuidado de avisar á sus partidarios. Los principales miembros de la nobleza se habian declarado en su favor. de este número eran don Luis Jimenez de Urrea, conde de Aranda; don Miguel Martinez de Luna, conde de Morata; don Diego Fernandez de Heredia, baron de Barboles, y hermano del conde de Fuentes; don Juan de Luna, baron de Purroy; don Martin de Lanuza, baron de Biescas; don Martin Espés, baron de Laguna, don Pedro Sese, don Pedro de Bolea, don Iban Coscon, y muchos otros señores y caballeros, que creian que en la proteccion de la persona de Perez estribaba la salvaguardia de sus instituciones. Tres de ellos, los mas resueltos, don Martin de Lanuza, don Pedro de Bolea y don Iban Coscon, que visitaban con mucha frecuencia á Perez en su encierro, se presentaron en la plaza del Mercado, do estaba situada la cárcel de los Manifestados, mientras se ejecutaba la extradicion de los prisioneros. Preguntaron á uno de los familiares qué es lo que iban á hacer, y este les contestó, que se fuesen con Dios, que no era cosa que á ellos importase. Dirigiéndose entonces al alcaide de la cárcel, le afearon permitiese salir los presos manifestados. El alcaide les contestó, que obraba por órden de los señores del consejo del Justicia de Aragon, quienes habian dado esta órden en virtud de un mandato de los inquisidores.

En el mismo instante, seguidos del pueblo que se habia reunido

en la plaza del Mercado, se trasladaron al palacio del Justicia mayor, situado allí cerca, entraron tumultuosamente en la sala del consejo, cogieron por la mano á don Juan de Lanuza, y acusándole de violar sus fueros, le intimaron con altivez y cólera que revocase la órden de extradicion que habia dado. El Justicia mayor les contestó que en ello se habia conformado á los fueros, que no le permitian guardar prisioneros perseguidos en materias de fe, y les rogó que se sosegasen y retirasen. Entonces bajaron á la sala de la diputacion permanente, que residia en el mismo palacio, y arrastraron á algunos diputados ante el Justicia mayor para que le manifestasen las mismas quejas y le hiciesen las propias reclamaciones. Estos lo verificaron así; mas el Justicia mayor les expuso idénticas razones y se dieron por satisfechos.

Viendo don Martin de Lanuza, don Pedro de Bolea y don Iban Coscon, que no lograban de los magistrados que revocasen la extradicion, trataron de recurrir al pueblo. Con este fin salieron del palacio gritando: ¡*Contra fuero*! ¡*viva la libertad*! ¡*ayuda á la libertad*! A tales gritos y al tañido de á rebato, que hizo tocar el prior de la Seu, Vincencio Agustin, estalló en Zaragoza una vasta insurreccion. En pocos momentos se reunió una multitud de gente armada. Parte de ella llevando á su cabeza á don Antonio Ferris, á don Pedro de Sese, á don Francisco de la Caballería, á don Miguel Torres y á Gil de Mesa, se dirigió hácia el palacio de la Inquisicion. La restante, que acaudillaban don Diego de Heredia, don Martin de Lanuza, don Iban Coscon, don Pedro de Bolea y don Juan de Aragon, marchó hácia la morada del marqués de Almenara, á quien se atribuia la prision de Perez y se acusaba de haber urdido un complot contra los fueros.

Al ver llegar aquel tropel furioso que gritaba: ¡*Viva la libertad*! ¡*Mueran los traidores*! los criados del marqués cerraron las puertas de la casa y se armaron. Los insurreccionados, despues de haber probado hundirlas aunque en vano á pedradas, tiros y porrazos, imaginaron para hacérselas abrir un artificio que debió surtirles buen efecto. Uno de entre ellos llamado Gaspar Burces, supuso que su primo hermano Domingo Burces, que se hallaba en América, estaba encerrado contra las leyes del reino en casa del marqués. Haciendo convertir contra este el derecho cuya violacion ocasionaba aquel levantamiento, fué á pedir y obtuvo una órden de *manifestacion* para su primo. La posicion del marqués era crítica: si no prestaba obediencia era un rebelde para con la justicia de Aragon, y si lo hacia estaba perdido. Mas en aquel momento temió mucho menos desobedecer las leyes que ponerse á merced del pueblo. Se negó pues á abrir, y envió á avisar al Justicia mayor del peligro en que se hallaba, y pedirle auxilio. El Justicia mayor, acompañado de sus asesores y precedido por sus maceros, se trasladó apresuradamente á la casa del marqués al través de las oleadas de los revoltosos que estaban sitiándola en número de tres á cuatro mil, y entró en ella con Burces, dejando á la puerta para que vedase su ingreso al asesor Chalez, que era el mas antiguo de su consejo.

Mientras que Burces buscaba á su primo, que no debia hallar, los nobles y caballeros que habian fomentado la insurreccion intimaron al asesor Chalez hiciese arrestar al marqués por el Justicia mayor, só pena de ser considerados y perseguidos ellos y él como traidores. Testigo Chalez de su furor é intimidado por sus amenazas, llamó al Justicia mayor desde afuera haciéndole salir á la ventana, y le requirió en nombre del pueblo pusiese preso al marqués. A estas palabras los amotinados dieron el grito de ¡Viva la libertad! El Justicia mayor les dijo que no podian proferir este grito sin haberlo hecho antes él, y les mandó que se retirasen, pues de lo contrario mandaria apuntar sus nombres por el notario y los declararia por rebeldes y comuneros. Pero lejos de obedecerle ahogaron su voz con gritos mas fuertes aun de ¡*Viva la libertad*! al que añadieron el de ¡*Mueran los traidores*! acompañado de algunos disparos de arcabuz. Turbado don Juan de Lanuza, y cediendo á las exigencias del pueblo como habia cedido antes á los deseos del rey, fué á proponer al marqués se dejase conducir á la cárcel para sofocar un movimiento tan temible. El marqués se resistió á ello. Entonces el Justicia mayor volvió á salir á la ventana para ver si lograba hacer ceder al pueblo, que batia en brecha la puerta con una viga y exigió aun mas imperiosamente el arresto del marqués y de sus criados. Pues bien, dijo entonces el Justicia mayor, ¿me dais vuestra palabra de caballeros, hidalgos y hombres honrados que si les hago salir no sufrirán insulto alguno en sus personas? ¡Sí! ¡sí! contestaron ellos. Entonces don Juan de Lanuza volvió de nuevo al aposento del marqués, á quien encontró no menos obstinado en su negativa, visto lo cual le mandó que le siguiese en nombre del rey y para el bien y sosiego de aquel reino.

En el momento mismo en que iban á salir, el pueblo despues de

haber echado abajo las puertas, se precipitaba en las escaleras. A pesar de su desenfreno, respetó al principio al marqués que colocado entre el Justicia mayor y el asesor Torralba atravesó por entre sus filas sin recibir ultraje alguno. El séquito, que cerraban el secretario, el mayordomo y el jefe de los criados del marqués rodeados de los otros lugartenientes del Justicia mayor, siguió andando un cierto espacio. Mas al cabo de un rato empezaron á oirse á su paso los nombres de traidor, de renegado, de perturbador del reino; empero no se daban con esto por satisfechos los insurgentes, que querian matarlo, para intimidar de este modo á los enemigos futuros de sus privilegios. Así es que cuando llegó el acompañamiento delante de la Seu, Diego de Heredia y Pedro de Bolea dijeron á los suyos: ¡*Muera*! *cuerpo de Dios* ¡*muera*!!!

En seguida los mas furiosos de los sublevados se precipitaron sobre el marqués, le echaron al suelo, le quitaron la gorra y capa con que procuraba cubrirse la cabeza y la parte superior del cuerpo y le hirieron gravemente. Recibió tres navajazos en la cabeza, uno en la mano con que sostenia la espada, que soltó, y hubiera sido degollado, á no haberle levantado y defendido algunos caballeros. Sus criados fueron casi tan maltratados como él. Se conceptuó muy peligroso conducirle hasta la cárcel de la Manifestacion, y lo dejaron magullado y ensangrentado en la prision vieja, al pasar por delante de ella, en la que murió catorce dias despues de resultas de sus heridas.

Mientras que tenia lugar en Zaragoza esta terrible escena, la otra banda de los insurgentes, que habia salido de la ciudad, y dirigídose hácia la Aljafería, exigia á los inquisidores con grandes gritos los prisioneros. Encerrados aquellos en un castillo, que era muy fuerte, no pensaban en modo alguno ceder á esta peticion de los revoltosos. Para obligarles á ello, don Pedro Sese habia hecho conducir muchas carretadas de leña con el intento de pegar fuego á la Aljafería, y los insurgentes que se estrechaban al rededor del palacio del Santo Oficio, gritaban: «Hipócritas castellanos, devolved á los prisioneros su libertad ó vais á morir en las llamas como haceis vosotros con los demás. Entonces fué cuando el virey don Jaime Jimeno, conmovido y atemorizado por esta sublevacion, se trasladó al palacio de la inquisicion en compañía del doctor Monreal, oficial del arzobispo de Zaragoza Bobadilla. Los insurgentes rodearon su coche y le dijeron con tono amenazador é imperioso: «Virey, hacednos justicia, y guardad nuestras libertades.—Fiad, hijos, les contestó, que yo os haré justicia y guardaré vuestros fueros y libertades.» Efectivamente, instó á los inquisidores á que devolviesen los presos. El arzobispo Bobadilla les escribia por su parte: «La casa del marqués están combatiendo, y no veo otro remedio, para que peligre su persona, sino que Vs. Ms. buelvan á Antonio Perez á la cárcel de los Manifestados, pues en entendiendo el pueblo lo que es se podrá tornar á cobrar.»

Los inquisidores Hurtado de Mendoza y Morejon se mostraban al parecer dispuestos á acceder á esta peticion, que el feroz Molina de Medrano rechazó como una debilidad indigna de los ministros de la Inquisicion y de los custodios de la Fe. Decidióse pues guardar los presos; mas el riesgo se hizo cada vez mas inminente y los condes de Aranda y de Morata llegaron á la Aljafería, para conjurar á los inquisidores que cediesen á los deseos del pueblo. Al mismo tiempo el arzobispo les envió otro billete mas urgente que el primero, y los hizo decir que las cosas iban empeorándose, que los sublevados aguardaban entrase la noche para pegar fuego al arzobispado, á la casa del Justicia mayor, á la Aljafería, y entregarse á irreparables desórdenes si no se les entregaba á Perez. Los inquisidores deliberaban sin resolver, cuando Juan Paternoy les llevó de parte del arzobispo un tercer billete, muy lacónico, concebido en estos términos: «El bolver á Antonio Perez es tan fuerça como se cree sin mas dilacion, vuestras mercedes le buelvan con seguridad que entre en la cárcel de los Manifestados.» Al mismo tiempo les noticiaba que el pueblo se habia apoderado del marqués de Almenara y le habia herido. Esta vez cedió Molina en su obstinacion, ¡y Perez y Mayorini fueron puestos en manos del virey y de los condes de Aranda y de Morata, á cosa de las cinco de la tarde. Mas al desprenderse de ellos, no renunciaron los inquisidores sus pretensiones judiciales y recomendaron que se les guardase con vigilancia, y que la cárcel del reino hiciese para ellos veces de la del santo Oficio.

En cuanto el pueblo avistó á los prisioneros, despidió un gran grito de alegría. Colocáronlos en un coche, mas como Perez no estaba al alcance de todas las miradas, el virey le dijo que se pusiese en pié, á fin de que todos pudiesen verle y asegurarse de que estaba allí. La traslacion de la Aljafería á la cárcel de los Manifestados fué para Perez una verdadera marcha triunfal. Seguíale la mu-

chedumbre mostrando su contento: se estrechaba á su alrededor y le gritaba: «Señor Antonio Perez, cuando estuvierais en la cárcel, tres veces al dia os poned en la ventana para que os veamos, porque no nos hagan algun agravio, de suerte que se quiebren las nuestras libertades.» En cuanto se hubo puesto de nuevo á Perez bajo la custodia del Justicia mayor, la insurreccion se apaciguó.

V.

Sumario instruido sobre los desórdenes de Zaragoza.—Nueva y hábil tentativa para volver á encerrar á Perez en la cárcel de la Inquisicion.—Insurreccion del 24 de setiembre y libertad definitiva de Perez.

La victoria alcanzada sobre la Inquisicion por el pueblo zaragono en 24 de mayo de 1591 no podia por cierto conceptuarse decisiva. Felipe II que por un momento habia vuelto á apoderarse de la persona de Perez, no debia permitir que se la arrancasen de nuevo. Por otra parte, no le era posible sufrir semejante desprecio del santo Oficio, ni tamaña derrota de su autoridad. Sin embargo, no precipitó su venganza. Prescindiendo de la acostumbrada lentitud de sus resoluciones en los casos graves, tenia entonces poderosas razones para no ceder á la cólera que experimentó al saber el resultado de esta revuelta popular. Estando en guerra con los turcos en el Mediterráneo, teniendo que defenderse en el Océano contra los ingleses, que atacaban las colonias de América y las costas de España para vengarse del proyecto de invasion de su isla intentado por la famosa *Armada* en 1588; expuesto continuamente en Portugal á las incursiones de don Antonio de Crato, que, á la cabeza de un ejército, habia intentado por dos veces apoderarse de este reino; precisado á seguir en los Paises-Bajos una ruinosa y encarnizada lucha con los insurgentes de las siete Provincias Unidas, y conducido por intereses de partido y ambiciosos planes á sostener con hombres y dinero la liga católica de Francia, que resistia con trabajo á las armas victoriosas de Enrique IV, no le hubiera convenido que á tan numerosos y temibles enemigos se uniesen otros en el interior mismo de sus estados. Parecíale que la sublevacion de un reino como el de Aragon, cuya situacion era fuerte, sus habitantes belicosos y las leyes objeto de una adhesion universal y tenaz, podia conmover su poder y comprometer sus diversas empresas.

Hallábase pues dispuesto á mostrar clemencia, si los aragoneses volvian á la sumision. Estos por su parte distaban tanto menos de ella, cuanto que no tenian la mayor confianza en su propia fuerza. Acostumbrados hacia setenta y cinco años á gozar de sus derechos bajo la dinastía castellana, sin haber tenido que defenderlos, ignoraban si se hallarian ó no en estado de sostenerlos con las armas en la mano. Temian perderlo todo exigiéndolo todo. Unos y otros se sentian pues inclinados á una transaccion, que bajo una forma falaz se dejó bien puesto el orgullo aragonés, dando satisfaccion al rey, y conservó en apariencia el ejercicio del derecho de manifestacion subordinándolo en realidad á la jurisdiccion del santo Oficio.

La utilidad de esta transaccion debió parecerle tanto mas evidente á Felipe II, cuanto que el inquisidor Pacheco habiendo empezado en Madrid, el 15 de julio de 1591 una instruccion secreta acerca los desórdenes del 24 de mayo, descubrió proyectos capaces por su naturaleza de despertar la desconfianza de este príncipe. El referido don Pedro Pacheco recibió las deposiciones de ocho testigos, entre los cuales contábanse los dos lugartenientes del Justicia mayor Gerónimo Chalez y Juan Francisco Torralba, á quienes se habia privado de sus funciones de asesores y obligado á salir de Zaragoza por haberse mostrado contrarios á Perez, tres de los principales criados del marqués de Almenara, el paje de Perez Antonio Añon y su denunciador Diego Bustamante, por tan largo tiempo adicto á su persona, y en tan buena posicion para conocer sus designios. En una curiosa deposicion, declaró este: «Que era tanta la soberbia y arrogancia de Perez, que le oyó dezir en el tiempo que estaba con él, que habia de hallarse libre á las primeras cortes, en que estuviese el rey nuestro señor, y que habia de pedir le restituyese doszientos mil ducados que le habia hecho de daño, y assi mismo avia de hazer que reformase el tenor de la separacion que S. M. habia hecho en Zaragoza.» Añadia que le habia oido decir: «Que avia de yr á las Cortes con unos reposteros quales avian de ser en quatro partes. Las esquinas del repostero pintados grillos y cadenas, y en el medio tendido un potro, y por la orla castillos y cárceles, y junto al potro unas letras que dixesen *gloriosa pro praemio;* en lo alto, y en lo baxo *decora pro fide* y en el medio una letra en castellano que dixese *barato desengaño*, qual declaracion de

las dichas letras y significacion de las demás cosas era muy descomedida segun él la declarava. Y esta traça de reposteros y letras la hizo sacar en un papel por medio del maestro Basante que lee gramática... Y este que declara dió ocho reales por mandado del dicho Antonio Perez al dicho Basante, para que se diese al pintor que avia puesto en un papel con sus colores azules y amarillos la muestra de los dichos reposteros. E tambien decia que en nuestra Señora del Pilar avia de poner una lámpara grande mayor que ninguna de las que allí estavan de plata, y por de fuera en un cerco al derredor avia de estar una letra en latin que dixese: «*Captivus pro evasione ex voto rediit: majora rediturus pro uxoris natorumque liberatione de populo barbaro iraque regis iniqui et de potestate judicum, semen Chanaan*. La qual lámpara decia que avia de poner en razon de averse huydo de Castilla.»

Pero hé aquí lo que ofrecia de mas grave la declaracion de Diego Bustamante, que sin embargo no denunciaba mas que dichos proyectos anteriores á la sublevacion de Zaragoza: «Lo qual todo decia el dicho Antonio Perez con palabras insolentes y soberbias contra el rey nuestro señor y sus ministros. Y decia que Marco Craso avia estado seis meses escondido en una cueva, y despues avia triunfado de sus enemigos, y que podria ser que viniere tiempo en que don Iñigo (diziendo lo por el marqués de Almenara) tuviera á buena suerte escaparse á uña de cavallo, y que Rodrigo Vazquez, al cual no llamaba presidente, no hallaria cueva donde se poder esconder, todo esto amenazando rebueltas y alborotos en España; y decia que el duque de Saboya tambien se avia de perder porque se queria levantar demasiado, y que toda Italia le traia sobre ojo, y que Vandoma avia de venir á ser monarca de todo, y que era gran príncipe y governaria muy á gusto de todos, y que si Aragon le creyese se haria república como Venecia ó Génova, y asi saldria de Castilla, y que aquel reino seguiria toda la corona de Aragon y en caso que no tuviesen fuerzas contra el rey nuestro señor para salir con esto, se podrian dar á Francia adonde los abraçarian con las condiciones que ellos quisiesen pedir.

»Además este que declara entrando y saliendo algunas vezes en el aposento del dicho Antonio Perez, vió y entendió que tratava con don Pedro de Bolea y con don Juan de Luna, no juntos los dos, sino diversas veces cada uno de por sí, y decia á este y á los demás sus criados que los que le seguian y servian tuviesen buen ánimo y no se cansasen porque quando este tiempo llegasse los haria hombres; porque el dicho Antonio Perez se persuadia que avia de tener en todo mucha mano y que por su caveza se havian de gobernar.»

Esta declaracion es del 25 de agosto, y Diego Bustamante habia hecho otra ya en 23 de julio en la que hablaba de la estrecha correspondencia que seguia Perez con su amigo don Baltasar Alamos de Barrientos, que residia en Castilla, y de las esperanzas que alimentaban de hacer una revolucion en esa misma parte de España: «Animo, Señor, escribia don Baltasar á Perez, que Dios buelve por nosotros; buena va nuestra causa; plagas vienen sobre Pharaon... V. M. no desmaye, pues Dios le toma por sugeto como á Moisés para castigar la dureza de Pharaon. Diego Bustamante prosigue: «Dezia mas otra carta que andava ya muy adelante la traduccion del Cornelio Tácito: y que debajo de estos nombres Tiberio y Seyano tocava muchos puntos de la historia, porque no se tardasse tanto en salir en público algo que entendiesen los amigos, y que seria en la margen. Y muchas otras cosas se escrivian como discursos de estado, esperanzas de rebeliones en Aragon y aun en Castilla, de cosas de Francia, del papa (que era Sixto) y de Venecia y otros.»

Todo esto no eran mas que puras ilusiones de un espíritu extraviado por el orgullo, la ambicion y la venganza. No obstante estos sueños de Perez parecian haber tomado cierto carácter de certeza y gravedad con la revolucion de Zaragoza. Así es que Felipe II aceptó sin vacilar el arreglo que se le ofreció de parte de los aragoneses mas principales, tras muchas deliberaciones y perplejidades. Al principio habian pensado estos enviar una embajada al papa, para que pusiese sus fueros, antiguamente consagrados por el apoyo y aprobacion de la Santa Sede, al abrigo de las invasiones de la Inquisicion. Pero este proyecto no se llevó á cabo, los miembros de la diputacion permanente del reino adoptaron otro. Convocóse una junta, primero de cuatro, luego de trece jurisconsultos, para someter á su exámen la interpretacion de los fueros en el conflicto originado por el pueblo entre el tribunal del Justicia mayor y el del santo Oficio. Estos trece jurisconsultos declararon que el derecho de *manifestacion* de los presos no podia espirar sino por sentencia definitiva del Justicia mayor, que por consiguiente *anularla* como habian hecho los inquisidores era un *contra fuero*; pero que no lo era el *suspenderla*, y que si por medio de segundas letras enviaban á buscar á

los presos, *no obstante cualquiera manifestacion* los lugartenientes del justicia estarian obligados á entregárselos.

Esta interpretacion del fuero era un acto de debilidad. No por ser indirecta era menos real la violacion del mas precioso de sus privilegios; fuese suspendida ó anulada la *manifestacion*, los presos no dejaban por eso de perder las tres grandes garantías que encontraban en la justicia aragonesa, á saber: un procedimiento público y testimonial, la libertad bajo caucion juratoria, y un juicio pronto. En cambio eran entregados á la jurisdiccion de un tribunal secreto que podia aplicarlos al tormento para suplir las pruebas con las confesiones, y tenerlos encerrados en sus calabozos hasta que se hallasen en estado de enviarlos á una hoguera.

La diputacion permanente y el supremo tribunal del Justicia mayor de Aragon admitieron esta interpretacion de los fueros que les sacaba del atolladero. Los condes de Aranda, de Morata, de Sástago; el duque de Villahermosa y la mayor parte de los barones y señores la aprobaron tambien; y los magistrados de la ciudad de Zaragoza prometieron sostenerla con todo su poder y hacer que el pueblo se adhiriese á ella. Por último, hasta los mismos amigos de Perez pareció que se sometian. Don Pedro de Bolea y don Antonio Yerris se presentaron en la asamblea de los diputados para expresar en su nombre y en el de don Fernando de Aragon, don Martin de Lanuza, don Martin de Bolea, don Juan Coscon, don Felipe de Castro, don Diego de Heredia, Manuel don Lope y de muchos otros, el deseo que tenian de servir al rey y facilitar la pacificacion del reino. Trataron aun de persuadir á Perez que le seria mas ventajoso renunciar al privilegio de la manifestacion, y trasladarse voluntariamente á la cárcel del santo Oficio, como único medio para lograr que usasen de misericordia con él si habia cometido alguna falta; añadiendo que de no hacerlo así, sus amigos se perderian sin poderle ser útiles.

Guardóse bien Perez de seguir semejante consejo: «Ninguno que bien me quiera, contestó él, tal me aconseje; porque mi yda á la Inquisicion no es sino para acabar con la vida y con la honrra. Y mas estando allí Molina mi capital enemigo que derramaria su sangre por bever de la mia, tan sediente está della. Si ese no estuviera ay, yo me hubiera ya entregado mil dias en manos de Morejon ó de otro que sin pasion mirara mis cosas y conociera dellas. Nombre me el cardenal de Toledo á Morejon y á otros dos desapasionados ministros, que yo me entregaré muy de grado; y si soy hereje me castiguen. Mas sabe Dios que no lo soy ni he sido; y así no huyo de la justicia, sino de la pasion de ministros, que esta siempre me ha perseguido.» A consecuencia de tantas emociones, y á la vista del nuevo peligro que le amenazaba, apoderóse de él una ardiente fiebre. Sin embargo no se dejó abatir por esto y desplegó tanta mayor actividad, resolucion y maña, cuanto mas desesperada era su situacion. Hizo imprimir y distribuyó por el pueblo, para sostener su agitacion y disponerle á una nueva revuelta, muchos folletos ó *pasquines* como se llamaban entonces. La violencia de los inquisidores, la debilidad del Justicia mayor, la perfidia de los jurisconsultos, la ilegalidad de su decision, la antigüedad de los fueros opuestos á la reciente introduccion del tribunal del santo Oficio, la necesidad de defenderlos en esta ocasion, só pena de perderlos para siempre, fueron los temas de estos escritos, que bajo las variadas formas de diálogos, discusion, sátira é invocacion, dirigió al pueblo que los leia con avidez. Uno de estos folletos era un diálogo entre el reino de Aragon bajo el nombre de Celtiberia, y los diputados sus hijos. Decia aquel á estos: «O dulce amparo de las leyes, muralla fuerte de mis libertades, columnas firmes de los santos fueros, atlantes deste cielo y firmamento, ó caros hijos por mi bien nacidos, y del dedo de Dios hoy señalados para la restauracion del honor mio que estaba ya muy puesto en almoneda, hoy quiere vuestra madre con vosotros tener un dulce rato, y os encarga que cuydando del bien de todo el pueblo, oygays con attencion mi disciplina.» En seguida les trajo á la memoria «que S. M. tenia derecho á estos reinos mientras les guardase sus fueros que tenia jurados, y que violados estos, como lo estavan violada la cárcel de la Manifestacion, y sacado della preso, tenian facultad, y tal se le concedian sus fueros para poder elegir nuevo rey que les conservasse sus libertades.»

Al propio tiempo que excitaba al pueblo por estos medios, dirigia apresuradamente al tribunal del Justicia mayor una exposicion, refutando la interpretacion que los jurisconsultos habian dado á los fueros y colocándose bajo su salvaguardia. No habiendo obtenido contestacion y temiendo que de un momento á otro se le entregase al tribunal del Santo Oficio escribió en 4 de setiembre á los individuos de aquel consejo supremo lo que sigue :

MUY ILUSTRES SEÑORES :

«Antonio Perez dize, que el tenia hecho un apuntamiento de cabos para dellos formar un memorial en forma, para dar á V. SS. y suplicarles y requerirles acudiesen á su defensa, segun fuero y obligacion de su lugar y oficio, y apretándose quanto se ha visto sus peligros y aventuras en tanto grado y aventura, que evidentemente pudo temer que no le quedaria tiempo para copiar un pliego de papel, quanto mas para formar memorial, con la consideracion y reverencia que á ese consistorio se deve dar, pues no avia hora segura que no temiese ser arrebatado, embio á V. SS. con esta priesa y rebato por memorial y demanda el tal papel de advertimientos con poner el remate del seys renglones del alma y de la honrra y de la vida. Y porque no vee provision ninguna sobre tales puntos... teme que de una hora á otra y de la noche á la mañana, no parecerá su persona ny le quedará resuello con que pronunciar las demandas ante V. SS. para su remedio necesarias. Presenta á V. SS. (por estas razones y por faltarle quien se atreva á defenderle ni formarle un memorial) el mismo papel que ha referido arriba que dió el otro dia. Pide y suplica á V. SS. por todas las obligaciones que tienen á Dios y á las gentes y á este reino (cuyo ampare y conservacion de sus fueros y estado antiguo están á su cargo), y por quien V. SS. son, y por su lugar, manden considerar todo ese memorial y la obligacion que los fueros ponen á V. SS. á salir á la defensa de esta persona y de todas las libertades que en él y por sus persecuciones se ponen en aventura.»

Conjurábales elocuentemente que no le entregasen á la inquisicion antes de aver visto jurídicamente si el convenio ó pacto hecho entre el reino y el Santo Oficio se oponia ó no á ello, convenio que se podria enviar á buscar á Roma, á expensas suyas, si no se encontraba en Zaragoza, y antes de haber examinado el acta de las cortes de 1585, que colocaba *sub judice* todo ataque hecho por la Inquisicion á los fueros ó á las personas de los particulares: «Y pídolo en todas aquellas mejores formas y maneras que de fuero y de derecho lo puedo pedir, y pídolo en nombre de mis agravios que son despues del cielo y de la justicia divina, y pídolo en nombre de todo este reino que en my y por my padeze todo.»

Empero el Justicia mayor y sus asesores permanecieron sordos á

las humildes peticiones de Perez. Habian ya tomado su partido, y lo preparaban todo para trasladarle sin desórdenes ni peligro á la Aljafería. Viendo entonces Perez que no le quedaba esperanza alguna, solo pensó en evadirse de la cárcel de los Manifestados como lo habia verificado un año y medio antes de la de Madrid. Concertó este proyecto con Gil de Mesa, don Martin de Lanuza, Tomás de Rueda, Cristóbal Frontin, Francisco de Ayerbe, Dionisio Perez de San Juan, y Juan de Ayusa que le habian permanecido fielmente adictos. Con el auxilio de una lima que le proporcionaron serró la reja de hierro de su ventana. Tres noches trabajó en esta operacion: con una mas las barras de la cárcel venian abajo para abrirle paso. Encontrábase pues próximo á verse libre, y se conceptuaba ya seguro, cuando el pérfido Juan de Basante, que se hallaba enterado de todo por el mismo Perez, fué á dar parte de ello á los padres Arbiol, Roman, Escriva y Garcés de la Compañía de Jesus, quienes le manifestaron que estaba obligado á ponerlo en conocimiento de los inquisidores. Estos informaron del hecho al Justicia mayor, que fué á sorprender á Perez en medio de sus preparativos de evasion, y le hizo encerrar mas estrechamente en otra parte de la cárcel.

Habiéndose frustrado esta tentativa, quedaba Perez á merced de los inquisidores y del rey. Felipe II habia procurado atraer á su autoridad el apoyo de los diputados, jueces y principales nobles de Aragon, dirigiéndoles los testimonios de su satisfaccion y benevolencia. Habia escrito en los términos mas afectuosos al conde de Aranda y á otros personajes, á quienes mas adelante debia hacer cortar la cabeza, rogándoles que secundasen con sus amigos y parientes las medidas que iba á tomar el virey para asegurar la extradicion de Perez, que se fijó para el martes 24 de setiembre. Gerónimo de Oro, que á la vez era miembro de la diputacion permanente y secretario del Santo Oficio, escribia el 20 al inquisidor Molina : «Tiene el dicho virrey grandíssima esperanza de que á de ser ello con la quietud que se desea, así por la seguridad que tiene de casi todos los cavalleros, como por la que tiene de los labradores de la parroquia de la Madalena, que me á dicho que se le an ymbiado á ofrecer reconosciéndose de manera que con esto y con la ocupacion de la vendimia yo tengo la mejor esperanza de que todo se hará con quietud.»

En consecuencia de los arreglos convenidos y de las medidas tomadas anticipadamente, los inquisidores expidieron el dia 23 un

nuevo mandato para que el Justicia mayor y los lugartenientes de su consejo entregasen á Perez y Mayorini al Santo Oficio. Este mandato estaba concebido en los términos ordinarios; pero habian tenido cuidado de no herir la susceptibilidad aragonesa, evitando al pronunciar, cual lo habian hecho en el precedente, la anulacion del privilegio de los Manifestados. Llevólo el secretario Lanceman de Sola, el 24, entre diez y once de la mañana al Justicia mayor, que estaba ya en su silla rodeado de sus cinco lugartenientes. Hizo en seguida aquel magistrado llamar á los diputados del reino de Aragon y jurados de la ciudad de Zaragoza para conferenciar con ellos. Los dos diputados don Juan de Luna y Miguel Turlan, y los dos jurados Iñigo Bucle Metelin y Lázaro de Orera, se trasladaron á la sala del consejo seguidos de muchos ciudadanos. Entonces el lugarteniente Martin Bautista de Lanuza, tomando la palabra, expuso todo el asunto, discutió la cuestion de derecho, y concluyó, con arreglo á la decision de los jurisconsultos y á la peticion de los inquisidores, que se sacase á Perez y Mayorini de la cárcel de los Manifestados, y condujese á la del Santo Oficio. Habiendo admitido el Justicia mayor y sus asesores estas conclusiones, los diputados, jurados y todos los que les acompañaban dieron públicamente su asentimiento. Luego que los jueces y representantes de Aragon se hubieron puesto así de acuerdo con los representantes de Zaragoza, se procedió al cumplimiento de la última formalidad legal.

El lugarteniente micer Gerardo Clavería subió al tribunal, abrió la audiencia, y el escribano de la causa Juan de Mendiba, habiendo leido las piezas que esta contenia, pronunció la sentencia de extradicion en presencia de los abogados, procuradores y demás personas que allí habia, á quienes requirió le siguiesen, y diesen consejo, favor y ayuda. Entonces el lugarteniente Clavería precedido de los maceros del consejo supremo; los dos diputados Luis Sanchez Cucanda, dean de Teruel, y Miguel Turlan, y el jurado Iñigo Bucle Metelin, llevando tambien delante de sí los suyos, salieron del palacio de la diputacion seguidos de un tropel considerable. A la cabeza marchaba una compañía de arcabuceros, y cerraba la marcha el gobernador con la guardia de á caballo del reino. De esta suerte se dirigieron hácia la morada del virey, dó se hallaban los consejeros civiles y criminales de este, el regente de la real chancillería, el duque de Villahermosa, los condes de Aranda, de Sástago y de Morata y muchos otros señores y caballeros rodeados

de sus vasallos y todos armados. Estos se unieron á aquellos, y todos juntos se adelantaron, en la actitud mas imponente y en medio de un grande aparato militar, hácia la plaza del Mercado, que estaba ocupada, al igual que las principales calles, por las tropas del virey, desde las tres de la mañana. Llegados á aquel punto, el lugarteniente Clavería, el diputado Miguel Turlan, y el jurado Iñigo Bucle Metelin, se separaron del cortejo y entraron en la cárcel de los Manifestados, para entregar á Perez y Mayorini al alguacil del Santo Oficio Alonso de Herrera.

Al parecer Perez estaba perdido esta vez. Sin embargo, quedábale aun cierto grado de esperanza. Mayorini que tenia pretensiones de astrólogo, le habia predicho que sus contratiempos concluirian en la luna de setiembre, y Gil de Mesa le habia escrito aquella misma noche que desechase todo temor y contase con el apoyo de sus amigos. Este intrépido aragonés habia reanimado el amortiguado ardor, y avivado el valor vacilante de los que al tomar bajo su proteccion la causa de Perez creian defender sus propios derechos. Algunos dias antes habia dicho á Basante: «Yo le voto á Dios de que, quando todos falten, no avrá en mí falta, sino que saldré á esa plaça á chocar con cien mil que sean, y á sacrificarme en su servicio y morir en la demanda, y que, cuando otro no pueda, yo mismo le quite la vida, como él me ha dicho, antes que yo le vea en la Inquisicion; quanto mas que me ha ofrecido don Martin de Lanuza de acompañarme con muy valientes lacayos. Don Diego anda no se con que artificios, pero creo que lo hará como caballero. Hemos despachado á don Juan de Torrellas y ha ofrecido de acudir con muy buena gente. Y yo juro otra vez que si ello se rebuelve, que nos oirán los sordos. Todos los vasallos del de Fuentes y todos los dessos señores, en oyendo apellidar libertad, han de ser en favor nuestro. Emprendan, emprendan, que ya deseo verme en ello.»

Sucedió punto por punto lo que Gil de Mesa habia dicho. En efecto, el 24 de setiembre por la mañana, don Diego de Heredia y don Martin de Lanuza se hallaban reunidos en casa de don Juan de Torrellas con los hombres que este último habia traido y Gil de Mesa estaba apostado en la casa de don Diego de Heredia con una porcion de lacayos llenos de valor y resolucion. En el mismo momento en que ponian á Perez unos grillos en los piés para transportarle con mas seguridad al coche que debia conducirle á la Aljafería, don Martin de Lanuza, al que no se atrevieron á imitar don Diego de

Heredia, y don Juan de Torrellas, salió con una rodela en el brazo y la espada en la mano, á la cabeza de una banda armada que el pueblo engrosó uniéndose á ella. Mandó hacer fuego sobre los soldados que guardaban las esquinas de la calle Mayor, los desbarató y entró con su gente en la plaza del Mercado por la puerta de Toledo. Algunos momentos antes que él habian llegado Gil de Mesa y Francisco de Ayerbe, que con un mosquete en la mano, seguidos de los lacayos armados de pedreñales y sostenidos por el pueblo, habian atravesado impetuosamente la calle de la Albardería y penetrado en la plaza del Mercado, derribando de la primera descarga á los que la guardaban gritando: ¡*Libertad*! ¡*libertad*! Atacadas por dos puntos diferentes, las tropas del gobernador y del virey tomaron la fuga y dejaron pronto á los agresores dueños de la plaza. El virey los jueces y los señores que le acompañaban, se encerraron precipitadamente en una casa; pero el pueblo le puso fuego, y solo escaparon de aquel peligro rompiendo las paredes por la parte posterior para trasladarse al palacio fortificado del duque de Villahermosa. Por su parte el lugarteniente, el diputado, el jurado y el alguacil, que estaban junto á Perez, acometidos de un repentino temor, le abandonaron y se escaparon por los terrados hasta llegar al del Justicia mayor. Los insurgentes victoriosos entonces, rompieron las puertas de la cárcel, pusieron á Perez en libertad y le llevaron en triunfo á casa de don Diego de Heredia. Perez montó en seguida á caballo con Gil de Mesa, Francisco de Ayerbe y los lacayos, y salió de Zaragoza por la puerta de Santa Engracia, seguido de un tropel del pueblo, que le acompañó con sus votos y aclamaciones durante medio cuarto de legua. Dirigióse hácia las montañas, y no se paró hasta que hubo andado nueve leguas del pais. Separándose entonces de Francisco de Ayerbe, y de los dos lacayos, se quedó solo con Gil de Mesa. Vivió oculto en ellas durante algunos dias, saliendo únicamente por la noche para buscar agua, y manteniéndose con un poco de pan que se habia llevado consigo. Esperaba ocasion favorable para atravesar los Pirineos por el puerto de Roncesvalles; mas habiendo sabido que los soldados del gobernador le andaban buscando, volvió atrás por consejo de don Martin de Lanuza, y el 20 de octubre entró de nuevo disfrazado en Zaragoza, en donde aquel le recibió y tuvo oculto en su casa.

VI.

Formacion de un ejército castellano en la frontera de Aragon.—Su entrada en Zaragoza.—Prision y suplicio del Justicia mayor.—Ejecucion ó fuga de los principales sublevados.—Sentencia de muerte pronunciada por el tribunal del santo Oficio contra Perez y sesenta y nueve acusados.—Auto de fe en Zaragoza.—Destruccion de las antiguas libertades del reino aragonés.

La insurreccion del 24 de setiembre se habia apaciguado á las cinco de la tarde, luego que se hubo puesto en libertad á los presos. Si se exceptúan algunos gritos de ¡*viva la libertad*! dados la noche siguiente por algunos grupos de hombres y niños que recorrian las calles de Zaragoza, todo habia entrado en el estado normal. Los diputados del reino trataron de enviar una embajada á Madrid; y el virey le informó á Felipe II de ello despues de haberle dado cuenta de las medidas que habia tomado para prevenir el tumulto popular, y peligros que habia corrido. Felipe II no dió muestras de cólera ni de que se hallase dispuesto á usar de severidad. Contestó al virey que recibiria á los diputados que se proponian enviarle y los escucharia con satisfaccion, encargándole que de su parte así lo hiciese saber á *quien y como mas conviniese*. Y añadia: «No estoy menos sentido de vuestro peligro que agradecido del cuidado y zelo que tubisteys, vos y los que os asistieron en el caso del dia 24 de setiembre. Dello os doy muchas gracias, y vos de mi parte las dad muy en particular á los que á aquello acudieron, como lo merece la fidelidad y amor que en ello mostraysteys todos á mi servicio y bien de ese reino. Dado en San Lorenzo á 1.° de octubre de 1591. —*Yo el rey*.»

A pesar de esta aparente calma y de estos testimonios de satisfaccion, Felipe II abrigaba esta vez el designio de castigar á los rebeldes y aprovecharse de la rebelion para aumentar y robustecer su autoridad en aquel reino. La condicion natural de las insurrecciones es comprometer los derechos de los pueblos cuando no los fundan. Ahora bien, las insurrecciones emprendidas por un espíritu de independencia local, no podian al parecer tener buen resultado en una época, en que la marcha general de los estados hácia la unidad monárquica tendia á la formacion de grandes reinos, á expensas de los pequeños territorios, que se habian constituido bajo leyes particu-

lares durante la descomposicion de la Edad media; y la península española debia obedecer á esta tendencia de la sociedad. En el decurso de un siglo, desde 1474 á 1580, habian pasado bajo un mismo cetro los reinos de Castilla, Aragon, Valencia, Granada, Navarra y Portugal. Además, por medio de los consejos establecidos por Carlos y Felipe II en el centro del estado y junto al jefe comun de todos los territorios, íbase sustituyendo poco á poco á la antigua administracion local de los diferentes reinos, una administracion general y uniforme. Las mismas tentativas aventuradas para impedir esta revolucion la habian facilitado. Los castellanos habian perdido sus libertades tras la insurreccion de los *Comuneros* en tiempo de Carlos V; era de creer que los aragoneses perderian tambien sus privilegios tras la insurreccion de los defensores del *fuero* nacional bajo Felipe II. Mucho tiempo hacia que los reyes de España solo esperaban un pretexto para quitárselos. Cuéntase que la reina Isabel habia dicho un dia: «Mi mayor deseo seria que los aragoneses se insurreccionasen, á fin de tener una ocasion para destruir sus fueros.» Cuando esta ocasion se presentó, su nieto no la dejó escapar.

Al mismo tiempo que recibió sin aspereza ni desagrado á los diputados aragoneses encargados de negociar con él el perdon de su patria, Felipe II ordenó la formacion de un ejército castellano en Agreda, pueblo situado en la frontera de Aragon, cuyo mando dió á don Alonso de Vargas, general de nacimiento poco elevado y con escasas relaciones á la sazon en el pais que estaba encargado de ocupar y castigar. La concentracion de las tropas castellanas en sus fronteras alarmó en extremo á los aragoneses. El 27 de octubre, don Diego Fernandez de Heredia, don Pedro de Bolea, don Miguel de Sese, don Baltasar de Gurrea, don Juan de Aragon, don Juan de Moncayo, don Juan Agustin, don Martin de Lanuza, Manuel don Lope, Cristóbal Iroutin y muchos otros se trasladaron al palacio de la diputacion permanente, para requerir á sus miembros proveyesen á la defensa del reino, con arreglo al fuero del año 1300, é impusiesen pena de muerte, en ejecucion del fuero del año 1361, á Vargas y sus soldados si se atrevian á pisar el territorio aragonés. A consecuencia de esta demanda los diputados deliberaron acerca el peligro que les amenazaba y medios de conjurarlo: ante todo solicitaron el auxilio de todas las ciudades de Aragon, y demandaron á las diputaciones permanentes del reino de Valencia y principado de Cataluña los socorros estipulados por los tratados entre los tres pai-

ses, en el caso de que fuese invadido uno de ellos. En seguida escribieron al rey representándole que la entrada de las tropas castellanas en el reino aragonés seria una manifiesta violacion de los fueros, y dándole á entender que se verian obligados á oponerse á ello abiertamente. Felipe II les contestó en 2 de noviembre, disimulando en parte, y en parte dejando entrever sus designios.

«Diputados, todas vuestras cartas he recebido, así las que me escrivistes con vuestros mensageros, como las que despues me embiastes de 28 y 29 del pasado. Con mucha confianza quedo de que en todo lo que se ofrece, y en el acto y requesta que se os presentó, havreis procedido como buenos y leales vasallos, conforme á vuestras obligaciones, especialmente no entrando como no entra mi exercito á exercitar jurisdiccion, sino que yendo de paso á su jornada de Francia haze alto á dar fuerzas y calor á la justicia, para que se pueda exercitar por mano de los ministros de la naturaleza de este reino á cuyos oficios compete. Y así en tratar de si el exercito entra á exercitar jurisdiccion y á hazer daño, os haveis hecho ofensa á vosotros mismos en pensar tal cosa; y se la hazen muy grande los demas que á esto se persuaden y sobre tan vano fundamento hazen requestas y ofrecimientos, y en todo ello desconfianza de lo que deven. Fuera muy bien que se hubiera escusado lo uno y lo otro, y pues lo que se haze importa tanto al bien de todos, os encargo mucho que acudais vosotros á ello por vuestra parte. Ya que no lo sean los principales delinquentes, que se sabe que son los menos, para embolver en sus culpas á tantos como ay bien intencionados. Cuya opresion manifiesta y engaños con que los procuran induzir me obliga al expediente que en el remedio sea dado, que será con harto mayor benignidad de la que ellos me dan lugar á que use, como lo entendereis mas particularmente cuando ay llegue don Francisco de Borja, marqués de Lombay, á quien imbio para enteraros desta verdad. Vosotros entretanto procurareis desviar pretensiones y requestas tan voluntarias y escandalosas, como la que se os ha hecho que va mas encaminada á desasosegar todo ese reyno que á procurar reparo de fuero alguno ni de libertad, pues es cierto que no ay quiebra dello en la entrada de mi exército; antes siempre mi voluntad á sido y es de que los fueros se conserven, y de usar de toda la benignidad que huviere lugar, y favorecer os poniendo en paz el reyno y en perpetua concordia, procurando conservar en buena opinion y fama á mis súbditos. Y así

siendo este mi intento será en mucho cargo y culpa de los que no quisieren entender mi voluntad; vosotros enterareis y satisfareis della como aquí se dize, paraque por ninguna parte puedan tener escusa los que, sabiendo esto, voluntariamente se quisieren perder. Dado en el Pardo, á 2 de noviembre 1591.—Yo el Rey.»

Empero, lejos de ceder á estos consejos; los diputados y demás jefes de Aragon se habian preparado á la lucha. Habian consultado, segun tenian de costumbre en los casos y momentos arduos, trece jurisconsultos, de cuyo número doce fueron de opinion que los fueros prescribian la resistencia al ejército castellano. Consiguientemente á este parecer, los miembros de la diputacion permanente y los cinco jueces del tribunal supremo, proclamaron la justicia y necesidad de la defensa, prescribieron la formacion de un ejército, nombraron jefe de él al Justicia mayor, en atencion al puesto que ocupaba, y designaron á don Martin de Lanuza para que le sirviese de maestre de campo. Dieron armas á los que carecian de ellas, y se apoderaron de las piezas de artillería que existian en las casas del duque de Villahermosa. Desgraciadamente ni el principado de de Cataluña, ni el reino de Valencia, les prestaron socorro alguno, y á excepcion de Teruel y Albarracin, ninguna ciudad de Aragon se declaró en su favor. Semejante tibieza era de muy mal agüero, é indicaba, que ó los aragoneses no conceptuaban justa su causa, ó no se sentian con fuerzas bastantes para hacerla triunfar.

Antes de que el ejército de Felipe II se pusiese en movimiento, presentáronse á Vargas cuatro mensajeros y notarios de las cortes y del Justicia mayor para notificarle la sentencia de muerte pronunciada contra él si violaba el territorio del reino. Vargas les escuchó tranquilamente, y les contestó: «Qué en Zaragoza alegaria de su justicia y de su derecho.» En seguida los despidió en paz y atravesó la frontera de Aragon á la cabeza de su ejército compuesto de diez mil infantes y mil y quinientos entre caballería ligera y arcabuceros á caballo, con mucha artillería, municiones y vitualla. Don Juan de Lanuza hizo tocar á rebato, desplegó el estandarte de San Jorge, y marchó al encuentro de Vargas. Apostóse á tres leguas de distancia de las tropas castellanas; mas el corto ejército popular que le seguia no era ni bastante considerable, ni asaz belicoso para cerrar el paso á Vargas. Comprendiólo así Juan de Lanuza, y cediendo á la debilidad de su carácter y á la conviccion de su impotencia, se retiró á uno de sus castillos. El diputado del reino, don Juan de Luna y el jurado de Zaragoza, que le acompañaban, hicieron otro tanto. Viéndose entonces los insurgentes sin jefes, se retiraron tumultuosamente á la ciudad de Zaragoza. Los aragoneses habian conservado la costumbre de ser libres, pero habian perdido la de batirse, así es que iban á ser despojados de unos derechos que no sabian defender.

En efecto, no encontrando don Alonso de Vargas resistencia alguna, entró el 12 de noviembre en Zaragoza, de donde se habia marchado prudentemente Perez el 11, para ganar los Pirineos por segunda vez y trasladarse á Bearn cerca de la hermana de Enrique IV. Logrólo felizmente, y fué recibido por esta princesa con la solicitud é interés que debian excitar los secretos de que era depositario, y que merecian sus desgracias. Vargas no usó al principio de rigor alguno: limitóse á ocupar con sus tropas y artillería las principales calles y plazas de Zaragoza. Felipe II simuló querer usar de magnanimidad con los aragoneses vencidos y entrar en arreglo con ellos. Don Francisco Borgia, á quien habia nombrado su comisario, llegó á Zaragoza el 28 de noviembre, y entró en conferencias con los diputados del pais acerca los últimos acontecimientos y medidas que podian tomarse para conciliar la autoridad del rey con los fueros del reino. Felipe II eligió además en 6 de noviembre un individuo de la alta nobleza aragonesa, el conde de Morata, para ocupar el cargo de virey, en lugar de don Miguel Gimeno, que se habia retirado á su obispado de Teruel en el momento que empezó la guerra. Cierto es que el conde de Morata habia á lo último abrazado con celo la causa del rey, despues de haberse mostrado favorable al voto del pueblo el 24 de mayo; mas sin embargo de esto su nombramiento fué acogido como una prenda de reconciliacion y una muestra de condescendencia, que devolvió la confianza á una parte de los que salieron de Zaragoza, quienes no vacilaron ya en volver á entrar.

Los diputados y sus asesores, apoyándose en los fueros, como si se hallasen en estado de hacerlos respetar, declararon que no podian deliberar mientras estuviesen en el reino las tropas castellanas. Al mismo tiempo escribieron en 12 de diciembre una carta muy humilde al príncipe de Asturias, para que intercediese por ellos con el rey su padre, é implorase su clemencia en favor suyo: conjuráronle en nombre de todo el reino, envuelto en las faltas de un corto número, que les repusiese en la gracia de Felipe II. Invocaban este

beneficio como un puro testimonio de su real compasion, y terminaban su carta con estas frases: «Para esto imbia el reino á don Fernando de Aragon á V. A. suplicándole le dé las manos, para que en nombre de todo este reino ponga en ellas las esperanzas de nuestro remedio, no desdeñándose V. A. tener con nosotros este nuevo derecho, pues seremos suyos desde aquí adelante por misericordia, como lo somos por justicia y naturaleza. Guarde nuestro Señor la serenísima persona de V. A. como la cristiandad ha menester.»

Esta carta no conmovió á Felipe II. Creyendo que era llegado el momento de echar á un lado todo artificio, este príncipe no difirió por mas tiempo la ejecucion de sus designios. A los miramientos sucedieron de repente las severidades y las negociaciones terminaron en castigos. El 18 de diciembre llegó á Zaragoza en calidad de nuevo comisario real don Gomez Velazquez, caballero de la órden de Santiago y caballerizo del príncipe de Asturias, portador de las terribles decisiones de su amo. Al dia siguiente de su llegada y por órden suya, el duque de Villahermosa, que descendia de los antiguos reyes del pais, el conde de Aranda, y el justicia mayor don Juan de Lanuza, fueron llamados á casa del capitan general Vargas y retenidos en ella prisioneros. Con objeto de difundir mayor terror en Zaragoza, toda su cólera estalló primeramente sobre la cabeza del que representaba en su persona la independencia del reino y su derecho de insurreccion. Aun cuando don Juan de Lanuza hubiese mostrado mucha condescendencia y blandura, entregando á Perez á la Inquisicion, y no emprendido combatir al ejército castellano, fué castigado cual un atrevido rebelde; de manera que hubiera sido para él mas feliz y honroso haberlo sido. Conocíase muy bien que se trataba de borrar los poderes de la magistratura con la sangre del magistrado. En cuanto le hubieron puesto preso, le intimaron se preparase á morir. *¿Y quién es el juez que ha dado la sentencia?* repuso él con turbacion.—*El rey*, le contestaron. Entonces pidió que se la enseñasen, y le mostraron algunas líneas autógrafas de Felipe II concebidas en estos términos: «*En recibiendo esta prendereis á don Juan de Lanuça justicia de Aragon, y tan presto sepa yo de su muerte como de su prision, haréysle luego cortar la cabeça* —*¿Qué como?* dijo el pobre caballero, *que nadie podia ser su juez ni condenarle sino cortes enteras rey y reino.*»

¿Pero de qué le servia al vencido reclamar un derecho que el vencedor tenia voluntad y medios para desconocer? Don Juan de Lanuza fué conducido á la cárcel y abandonado en manos de los padres de la Compañía de Jesús para que le asistiesen hasta el momento de su muerte. En aquella misma noche levantóse un cadalso en la plaza del Mercado y á la mañana siguiente, el último de los justicias mayores independientes del reino de Aragon subió á él, vestido de negro y con grilletes en los piés. Despues de haber hecho su oracion de rodillas, el verdugo le cortó la cabeza en presencia de sus compatriotas consternados. Encima del cadalso habian colocado un cartel, que decia:

«Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cavallero por haver sido traidor y tomado las armas contra su Majestad, su rey, y señor natural, saliendo contra él al campo con pendon, bandera y aparatos de guerra, y por alborotador y conmovedor desta ciudad y de las demás universidades deste reino y de los reinos comarcanos de esta corona de Aragon, só color de fingida libertad. Mandándole cortar la cabeça y confiscar sus bienes, y derribar sus casas y castillos, y demás desto se le condena en las penas en derecho establecidas para los tales.»

La ejecucion de don Juan de Lanuza produjo grande terror en todo Aragon, que tenia un respeto hereditario al descendiente de esta ilustre y generosa familia, que hacia ciento cuarenta y dos años que estaba en posesion del cargo de justicia mayor, con que Alfonso V habia investido á Ferrer de Lanuza en 1450. Como dice enérgicamente Perez: *Con él es justiciada y condenada á muerte la justicia.* A esta ejecucion siguieron otras muchas. El duque de Villahermosa, que habia permanecido extraño á las dos insurrecciones del 24 de mayo y 24 de setiembre, fué conducido á Castilla, con menosprecio del fuero, y decapitado en Burgos por haberse ofrecido, como debia hacerlo todo buen aragonés, á defender los privilegios de su pais, desde el momento en que se habia proclamado el derecho de resistencia al ejército castellano. El conde de Aranda transportado á la cárcel del pueblo de Alaejos, si dejó de subir al cadalso, fué porque murió en aquella antes de haberse pronunciado su sentencia. Los barones de Barboles y de Purroy, que pertenecian á las nobles casas de Heredia y de Luna, entregaron sus cabezas al verdugo en Zaragoza. El doctor Lanzi, senador de Milan, á quien Felipe II habia nombrado para ejercer su justicia en Aragon, condenó igualmente al último suplicio á don Martin de Lanuza, baron

de Biescas, que se refugió en Francia, á don Miguel Gurrea, primo del duque de Villahermosa, á don Martin de Bolea, baron de Sietamo, á don Antonio Ferriz de Lizana, á don Juan de Aragon, cuñado del conde de Sastago, á Francisco Ayerbe, á Dionisio Perez de San Juan, á muchos otros caballeros, á un crecido número de labradores y artesanos y hasta al verdugo Juan de Miguel, que fué ahorcado por su ayudante. Mas no bastó aun esto á la venganza real. Despues de haber hecho rodar las cabezas mas elevadas y mas oscuras, despues de haber procedido á la confiscacion de los bienes de los condenados, vedada por los fueros, prescrito la demolicion de sus castillos y casas, que se arrasaron hasta los cimientos, multiplicado los arrestos y ocasionado aun mayor número de expatriaciones, publicó Felipe II una amnistía general, que mas tenia visos de proscripcion, tan considerable era el número de las personas que nominalmente quedaban excluidas. En esta acta de hipócrita clemencia, dada el 24 de diciembre de 1592, recordaba los desórdenes que habian tenido lugar en Aragon con mengua de su autoridad y del servicio de Dios, la criminal audacia con que habian marchado contra su ejército y estandartes reales; ponderaba la *suma benignidad* que habia mostrado en el castigo de los culpables, que hubiera podido sentenciar en mayor número, y luego añadia:

«Pero teniendo consideracion á la gran fidelidad de los de nuestro reino de Aragon, y como por algunos buenos, quanto mas por tantos, se ayan de perdonar muchos malos, usando de la clemencia y piedad que es natural y tan conforme á nuestra inclinacion, y por el amor grande que tenemos al dicho nuestro reino de Aragon, y á los naturates de él, deseando por ellos recibir y acoger á nuestra gracia y amor á los otros que en esto han prevaricado, confiando que con la fidelidad antigua nos servirán y lo continuarán de bien en mejor; acordándonos de la obligacion que tenemos los príncipes de imitar á Dios nuestro Señor, que tantos pecados nos perdona, considerando así mismo que la mayor parte de los que se han mezclado en las turbaciones pasadas lo han hecho por falsa persuasion, violencia, miedo, descuido y otra fragilidad humana, habemos acordado y determinado, con parecer, acuerdo y deliberacion de los del nuestro consejo de Araron supremo, de remitir y perdonar, hazer y conceder la presente nuestra gracia y perdon.» En su consecuencia amnistió á todo el mundo, excepto á los eclesiásticos de Ordenes secular y regular, que habian tomado parte en los referidos movimientos de Zaragoza, y que debian quedar bajo la justicia de la Inquisicion; á todos los jurisconsultos que habian declarado que se podia legalmente rechazar el ejército castellano con las armas; á todos los capitanes que habian salido á la cabeza de sus compañías para combatirlo; á todos los alféreces que habian levantado bandera contra él, y además á ciento diez y nueve personas en cuyo número estaban comprendidas Antonio Perez, don Juan de Torrellas Bardaxi, yerno del conde de Sástago, don Pedro de Bolea, primo del conde de Fuentes, y abuelo de los condes de Aranda, don Felipe de Castro-Cervellon, de la casa de los condes de Boil, don Pedro de Sese, hijo de don Miguel, y padre de don José, baron de Cerdán, que fué despues virey de Aragon, don Juan de Moncayo, don Luis de Urrea, don Juan Coscon, Manuel don Lope, don Juan Agustin, don Dionisio de Eguaras, Gil de Mesa y muchos otros caballeros, como tambien religiosos, notarios, procuradores, abogados, mercaderes, artesanos y labradores. La mayor parte de ellos lograron salir del reino, del que vivieron expatriados mientras ocupó el solio Felipe II.

La aterradora severidad de la Inquisicion se habia unido al rigor de la justicia real, agravando así su peso. El tribunal del Santo Oficio, cuyas persecuciones contra Perez habian dado lugar á estos movimientos, recobró sus pretensiones y las acreció. En lugar de los antiguos inquisidores, Molina de Medrano llamado á Madrid para recibir la recompensa de su celo, Hurtado de Mendoza y Morejon, alejados de Zaragoza el uno por demasiado benigno y el otro por sospecha de ser partidario de Perez, habian sido nombrados los licenciados Pedro de Zamora y Velarde de la Concha, y los doctores Moris de Salazar y Pedro Reyes, cuya fidelidad y dureza no conocian límites. Estos citaron desde un principio ante su tribunal á trescientas setenta y cuatro personas, de las cuales sin embargo solo lograron prender ciento veinte y tres; pues las otras habian tomado la fuga ó se hallaban ya sometidas á la jurisdiccion del doctor Lanzi. Condenaron á muerte á setenta y nueve sin contar las censuras infamatorias que pronunciaron contra muchos de los acusados, que tuvieron que hacérselas levantar públicamente de rodillas y con un cirio en la mano el dia del solemne *auto de fe*. Perez figuraba á la cabeza de los condenados. Habíanse oido varios testigos contra sus creencias, sus costumbres, sus actos, sus designios, y hasta su orígen. Con objeto de atribuirle una inclinacion hereditaria á la here-

jía, el fiscal de la Inquisicion habia procurado probar que era biznieto de un tal Antonio Perez de Hariza, judío convertido y quemado en Calatayud, por haber judaizado.

Sin embargo, esto era una pura falsedad; Gonzalo Perez, secretario de Carlos V y padre de Antonio Perez, era hijo de Bartolomé Perez, secretario de los embargos del Santo Oficio de la Inquisicion de Calahorra. Su orígen era, pues, noble, lo cual establecieron deposiciones precisas y respetables, y fué mas tarde probado hasta la evidencia por testimonios auténticos. Pero esas deposiciones fueron desechadas por los inquisidores, á quienes convenia, á quienes tenia mas cuenta apoyarse en pruebas vagas y falaces, que habian tenido cuidado de provocar, y que á pesar de ello les habia costado mucho trabajo. Los demás hechos en que se motivó la sentencia decretada contra Perez en 7 de setiembre de 1592 por el Santo Oficio de Aragon, y confirmada en 13 de octubre por el consejo supremo de la Inquisicion en Madrid ni eran mas graves, ni quedaron mejor demostrados. Despues de haber referido extensamente las insurrecciones suscitadas por Perez en Aragon, de haber recordado sus traiciones como secretario de Estado, enumerado las proposiciones blasfemas y mal sonantes, los asertos falsos y ofensivos sentados por él contra Dios y el rey; de haber sostenido que habia abrigado el proyecto de extirpar la Inquisicion, y que por adhesion á M. de Vendome (Enrique IV) habia promovido desórdenes en Aragon y hecho venir un ejército de luteranos; de haberle declarado sospechoso del crímen contra naturaleza, y de haber pretendido que vivia en Francia como un hereje asistiendo á los rezos de los hugonotes y teniendo relaciones con ellos, los inquisidores le condenaban á ser quemado en efigie, por su referida sentencia que terminaba así:

INVOCADO EL NOMBRE DEL SEÑOR.

«Devemos declarar y declaramos al dicho Antonio Perez por convicto de hereje fugitivo y pertinaz, fauctor y encubridor de hereges, y por ello aber caido y eincurrido en sentencia de excomunion mayor, y estar della ligado, y en confiscacion y perdimiento de todos sus bienes, los cuales mandamos aplicar y aplicamos á la cámara y fisco de Su Magestad.... Y relaxamos la persona del dicho Antonio Perez, si pudiere ser avido, á la justiçia y brazo seglar, para que en él sea executada la pena que de derecho en tal caso se requiere. Y porque al presente la persona de dicho Antonio Perez no puede

ser avida, mandamos que en su lugar sea sacada al auto una estatua que la represente, con una coroza de condenado y con un san benito que tenga de la una parte las insignias y figura de condenado, y de la otra un letrero con su nombre; la cual estatua esté presente al tiempo que esta nuestra sentencia se leyere, y aquella sea entregada á la justicia y brazo seglar acabada de leer la dicha sentencia para que la mande quemar eincinerar: Y declaramos por inhábiles y incapaces á los hijos y hijas de dicho Antonio Perez y á sus nietos por línea masculina para poder aver, tener y poseer digdidades, beneficios y oficios así eclesiásticos como seglares que sean públicos ó de honrra; y no poder traer sobre sí ni sus personas oro, plata, ni perlas, piedras preciosas, corales, seda, chamelote, paño fino, ni andar á caballo, ni traer armas, ni exercer ni usar de las cosas arbitrarias á los semejantes inhábiles prohibidas así por derecho comun, como por las leyes y pragmáticas de estos reynos y instructiones del Santo Oficio.»

Esta sentencia fué ejecutada el 20 de octubre. Desde por la mañana muy temprano, los setenta y nueve infelices condenados fueron conducidos procesionalmente á la plaza del Mercado. La efigie de Perez figuraba en el lugar que á este le hubiera correspondido, y llevaba el gorro de los criminales y el *sambenito* con sus correspondientes llamas, y una inscripcion que decia: *Antonio Perez, secretario que fué del rey nuestro señor, natural de Monreal de Ariza y residente en Zaragoza, por hereje convencido, fugitivo y relapso.* Esa efigie fué la última que se entregó al fuego en ese odioso *auto de fe*, que empezó á las ocho de la mañana, y se acabó con hachas á las nueve de la noche.»

La autoridad real y la justicia de la Inquisicion, su temible auxiliar, triunfaban por medio del terror y de los suplicios. Los jefes mas orgullosos y emprendedores de la alta y media nobleza de Aragon habian muerto ó huido. Las personas del pueblo que habian tomado mas activa parte en los últimos movimientos perecian en los autos de fe; así el espanto y la sumision eran universales. Felipe II se aprovechó de ello para llevar á cabo su obra. Despues de haber descargado su cólera sobre los hombres, restábale aun hacer lo propio con las instituciones, cambiándolas; y eso fué lo que hizo. Reunió cortes en Tarazona para abolir los fueros que no consideraba compatibles con el poder de su corona, y contra el uso consagrado, en vez de presidirlas él, nombró á Bobadilla, arzobispo de Zarago-

za, para que lo efectuase en su lugar. Todo cuanto pidió le fué concedido: adquirió el derecho de nombrar y separar al Justicia mayor, el de elegir los vireyes tanto de entre los aragoneses como de entre los castellanos; el de presentar nueve jueces, de los cuales solo uno podia ser desechado por las cortes que los designaban antes todos. El Justicia mayor dejó de ser un mediador judicial entre el rey y el pueblo, para convertirse en un simple funcionario real. Pero hay mas aun: las cortes perdieron su plena soberanía, como los jueces su entera independencia. El veto absoluto de que gozaban cada uno de sus miembros fué suprimido, y la necesidad del sufragio universal solo quedó existente para la creacion de nuevos impuestos. Felipe II reunió á su corona algunos señoríos que habian conservado prerogativas feudales, convirtió la Aljafería en ciudadela, y dejó en ella algunas tropas castellanas para mantener á Zaragoza en la obediencia y el respeto: «En la actualidad escribe un embajador veneciano en 1593, su Majestad ha debilitado y casi destruido toda la libertad de que gozaban esos pueblos, castigando con la mayor severidad á todos sus jefes con sentencias de muerte y confiscaciones de sus bienes. Ha privado al Justicia mayor y á muchos otros magistrados de su autoridad, y además les ha obligado á aceptar un virey castellano á gusto suyo, que antiguamente nombraba segun el voto del pueblo y á peticion suya. Les ha quitado la administracion de sus impuestos, cuya mayor parte ha destinado para la construccion y sosten de la ciudadela, que se edifica en el paraje en que estaba situado el palacio de la Inquisicion, paraje elevado desde donde dominará toda la ciudad de Zaragoza. Ha despojado á las cortes de su poder, y dejado su ejército en Zaragoza, el cual viviendo en ella licenciosamente y á discrecion, ha privado á esta ciudad de todo su brillo, decoro y prosperidad. Finalmente, y en lo cual ha dado su Majestad prueba de infinita prudencia, ha exigido que todos los cambios operados por ella en perjuicio de este reino y contrarios á sus leyes, fuesen confirmadas por las cortes, que eran las particularmente encargadas de vigilar la conservacion de los privilegios del reino; por cuyo medio todas esas innovaciones han adquirido sancion y estabilidad duraderas.»

Tal fué la revolucion que ocasionó la notable y trascendental reforma de la antigua constitucion del reino aragonés, abatió su nobleza, destruyó su independencia, é incorporó mas firmemente su territorio á la monarquía española. Perez, que fué la causa de esa

revolucion, escapó á sus efectos; mas no por haberse sustraido á la muerte por medio de una dichosa fuga habia llegado al término de sus tribulaciones y peligros. La implacable venganza de Felipe II debia seguirle y acompañarle á todos los parajes á do fuera á buscar un asilo.

CAPITULO VII.

Llegada de Perez á Francia.—Intentan repetidas veces asesinarle los agentes del gobierno español.—Su viaje á Inglaterra, y su amistad con el conde de Essex.—Su vuelta y su posicion en Francia.—Parte que tomó en la política de Enrique IV, y la de Isabel contra España hasta la paz de Vervins y muerte de Felipe II.

No sin trabajo logró Perez atravesar los Pirineos españoles y trasladarse á Bearn junto á la hermona de Enrique IV. Cuando salió de Zaragoza, antes que entrase Vargas con su ejército, pasó muchos dias y noches del mes de noviembre en medio de las rocas, ó guarecido en las cavernas. Habíase dirigido hácia Sallent, pueblo situado en la raya de Aragon por el lado de Francia, y don Martin de Lanuza le habia recogido en un antiguo y fuerte castillo de sus mayores. Sin embargo, todo se ponia en movimiento para apoderarse de su persona: los inquisidores de Aragon habian enviado á este fin terminantes órdenes á todas las villas de Aragon, y los soldados de Vargas recorrian las montañas y marchaban hácia Sallent. Tan inminente peligro no le permitió permanecer por mas tiempo en España, aun cuando le retenia en ella un involuntario amor á la patria y los queridos rehenes que en ella dejaba: «Ivase entreteniendo, dice hablando de sí mismo, por ver si se recobrava, alguna fuerza de razon, y si abria Dios los ojos del entendimiento á quien lo podia remediar; y como perro de fidelidad natural, que, apaleado y mal tratado de su señor ó de los de su casa, no sabe apartarse de sus paredes.» Al fin fué preciso decidirse á ello. Envió pues el 18 de noviembre á Pau á su amigo y libertador Gil de Mesa, con la guiente carta dirigida á la princesa Catalina de Borbon:

«Señora.

Antonio Perez se presenta ante vuestra Alteza por medio de este papel, y de la persona que le lleva. Señora, pues no debe de haver en la tierra rincon, ny escondrijo á donde no aya llegado el sonido

de mis persecuçiones, y aventuras, segun el estruendo dellas, de creer es que mejor avrá llegado á los tan altos, como vuestra Alteza, la noticia dellos. Estas han sido, y son tales por su grandeza, y larga duraçion, que me han reduzido á último punto de necesidad, por la ley de la defensa, y conservaçion natural, á buscar algun puerto donde salvar esta persona, y apartar la deste mar tempestuoso, que en tal braveza le sustenta la passion de ministros tantos años ha, como es notorio al mundo. Razon, señora, bastante para creer he estado como metal á prueva de martillo, y de todas pruevas. Suplico á vuestra Alteza me de su amparo, y seguro, y donde, pueda conseguir este fin mio, ó si mas fuere su voluntad, favor y guia para que yo pueda con seguridad pasar, y llegar á otro prínçipe de quien reçiba este beneficio. Hará vuestra Alteza obra devida á su grandeza.» Terminaba esta carta con las siguientes buscadas expresiones, con las cuales esperaba cuando menos provocar su curiosidad presentándose á ella como una de esas monstruosidades de la fortuna capaces de excitar el asombro, y dignas de obtener las simpatías del género humano: «pues los príncipes tienen, y deven exerçitar en la tierra la naturaleza de los elementos: que para conservaçion del mundo, lo que un elemento sigue, y persigue, otro acoge, y defiende. Y como los príncipes se les presentan, y admiten con graçia, y curiosidad los animales raros, y mónstruos de la Naturaleza; á vuestra Alteza se le presentará delante el mónstruo de la fortuna: que siempre fueron de mayor admiraçion, que los otros como effectos de causas mas violentas. Y este lo puede ser por esto, y por ver con que no nada se ha tomado, y embraveçido tanto tiempo ha la fortuna, y por quien se ha travado tan al descubierto aquella competencia antigua de la Fortuna con la Naturaleza, y la porfía natural de la Pasion de la una con el favor de la otra, y de las gentes. De Sallen á xviij, de Noviembre. 1591.»

La princesa Catalina contestó que Perez seria muy bien recibido en Bearn, á donde podria pasar libremente; permanecer, tratar de sus negocios y vivir en la religion de sus padres. Antes de recibir esta respuesta, Perez se vió obligado á abandonar el castillo de don Martin de Lanuza. Trescientos hombres se habian presentado en Sallent, y segun avisos positivos, debian llegar el 24 de noviembre por la mañana al castillo mismo en que habia hallado un asilo. Partió pues en la misma noche del 23 al 24, y seguido de dos lacayos atravesó las montañas. «La nieve de los Pirineos, dice él, le recibió gratamente, y con abrigo mas que natural de aquel tiempo. Caminaba con tanto trabajo, por ser hombre delicado, y tenerle los trabajos muy adelgazados los huesos, y muy fatigada la persona exterior y interior, que era menester pasarle en brazos muchos passos de los helados, y en otros echar las capas sobre los yelos por donde pissase.» Por fin el 26 de noviembre llegó felizmente á Pau, en donde la princesa Catalina le acogió con una solicitud en la que tenia tanta parte la política como la compasion.

Cuando llegó á pais extranjero, viendo Felipe II burlados sus proyectos de venganza, y temiendo por otra parte el daño que á su reputacion podian hacer en Europa la presencia y divulgaciones de Perez, trató de hacerle volver á España engañándole. Confiaba, sin duda, en que su mujer é hijos podrian serle útiles para atraerle á este nuevo lazo. Don Martin de Lanuza, al salir de Sallent y meterse en el territorio francés, habia tenido en la línea misma de la frontera una entrevista con los jefes de la partida que buscaba á Perez. En su consecuencia se trasladó á Pau para proponer á Perez de parte de aquellos un convenio, cuya fiel observancia prometerian en su nombre, en nombre del rey, del virey, de don Alonso de Vargas y de los inquisidores. Perez contestó que escucharia con mucho gusto estas proposiciones con tal que se hiciesen de buena fe, y que segun lo que ofreciesen él contestaria. Don Martin de Lanuza no volvió; empero en 1.° de enero de 1592, Tomás Perez de Rueda, que habia secundado su primera evasion, le escribió instándole que se pusiese en armonía con el rey, en interés de su familia y del reino de Aragon, sobre el cual Felipe II empezaba á descargar su cólera. Perez le contestó en seguida:

«Ayer recibí la carta de V. M. de primero de este anno; he visto por ella el successo de su prision de V. M.; he lo sentido en el alma, y puédeseme creer pues tengo crédito en el mundo de amigo de mis amigos, y no es de creer que le querre perder en las ocasiones mejores para mostrarlo. Y en esta que agora se offrece haré cuanto en my fuere para el effecto que digo, quanto mas juntándose á ello el bien del reino á quien yo debo tanto, y el beneficio de los mios y asiento de mi cosas (natural y comun deseo á todos). Pues que si con esto se juntase ó junta la satisfaccion y servicio de my rey, de mis amores, holgaré yo de oir medios trattables. Pero si veo tales rigores y tan ynauditos ellos y los quellos padescen, quien ha de creer alomenos, si no vee prendas y señales prece-

dientes y que estas comiencen, dando testimonio del bueno y verdadero tratto y de que será diferente del passado.»

Lamentábase en seguida de que teniendo, como se suponia, deseos de paz y reconciliacion, no lo hubiese enviado á don Martin de Lanuza, y añadia: «Y si á los trattantes yo los viesse mal tratados, mal me fiaré de nada ny de nadie. Buelva don Martin, trayga respuesta concertada y empiecen con piedades devidas á la justicia divina y humana en aquellos hijos y en la madre de ellos. Que si esto no precede, no se cansen, que ny oigo, ny quiero conciertos que no pueden ser cierto ny seguros. Terminaba esta carta con amenazadoras recriminaciones y con las siguientes palabras: *Dios con todos*. Hecha dia de los Reyes. En buen dia buenas obras.»

Como en lugar de amenguarse las violencias comenzadas en Zaragoza seguian su curso, no era posible esperar que se calmasen las desconfianzas de Perez, ni el apoderarse de su persona engañándole: se echó pues en olvido el intentado plan de atraerle á España para poner *en ejecucion* el de matarle en Francia. Dando lugar á temer *la habilidad de Perez* que burlaria esas persecuciones de nueva especie, cual habia hecho con todas las demás por espacio de doce años, para lograr aquel objeto se dirigieron á los hombres que debian menos excitar sus sospechas y desconfianza. Cuando se hallaba aun en los Pirineos, habia prometido el indulto á Antonio Bardaxi, baron de Coucas, y á Rodrigo de Mur, baron de Pinilla, condenados ya como contrabandistas si iban á prenderle á Sallent. Luego que hubo llegado á Francia, ofrecieron sucesivamente el perdon y mucho dinero al genovés Mayorini que se habia evadido con Perez, y cuya amistad se habia entibiado algun tanto, y al aragonés Gaspar Burces, que habia sido causa de que se cogiese y asesinase al marqués de Almenara, y andaba escondido, si se encargaba de matar á Perez. Mayorini estuvo diez dias sin comunicar á Perez las proposiciones que se le habian hecho, pero por fin tuvo la honradez de denunciarlas á su antiguo amigo en presencia de don Martin de Lanuza; así quedó desconcertado este proyecto, que dirigia un caballero navarro. El que Gaspar Burces se habia encargado de llevar á ejecucion, fracasó igualmente: descubrióse, y Burces fué condenado á muerte, de la que solo se libró por los ruegos y mediacion de Perez. No fueron estas las únicas tentativas de asesinato dirigidas contra su persona durante el año que estuvo en Bearn. Hé aquí una que cuenta él muy festivamente; dejémosle hablar:

«Que llegó la cosa, quando estava en Pao Antonio Perez, á tentar á una señora de aquellos confines, hermosaça, galanaça, gentilaça, muy dama, una amazona en la caça y en un cavallo de monte y ribera (como dizen), como si trataran de matar á algun Samson. En fin, se le offresciero x mill escudos y VI cavallos españoles porque viniese á Pao, y travasse amistad con Antonio Perez, y cevado de su hermosura le combidasse y tirasse á su cassa, y de allí se le entregasse una noche, ó se le dexasse arrebatar andando á caça. La dama importunada, ó por curiosidad (natural al sexo) de conoscer un hombre de que tanta estima hacia el poder y la persecucion, ó por advertir al perseguido, fingió, segun se dejó creer por lo que se siguió, aceptar el tratado. Partióse para Pao. Travó amistad con Antonio Perez. Veníale á visitar á su aposento. Ivan y venian lacayuelos y billetes, como llovidos y algunos regalos. Al fin pudo mas con ella su buen natural y la affición que tomó á Antonio Perez, que el interés (metal bajo y el que mancha mas que ningun acto de amor), porque ella misma le vino á descubrir al cabo el tratado lo offrescido, el caso todo; y no solo esto, pero le offresció su casa y el regalo della con tanta affición (si se conosce por las demostraciones el amor), que no hubiera buen mathematico que no dijera que tenia con Antonio Perez aquella dama commutacion de luminares.»

El mal éxito de estos diversos planes fraguados contra la existencia de Perez no hizo desmayar á sus autores, como veremos. Sin embargo, Perez no podia permanecer por mas tiempo ociosa é inútilmente en Bearn. Su ardor, su espíritu necesitaban mecerse en el campo de las intrigas; faltaba á su ambicion, á su odio un teatro, y pábulo. Erale preciso respirar el aire de las grandes cortes, tomar de nuevo parte en los mas importantes negocios, y buscar las satisfacciones de la venganza. Los dos adversarios de la política y poder de su perseguidor eran Enrique é Isabel; ofrecióles pues sus servicios. En 9 de diciembre de 1591 habia escrito al primero de estos príncipes: «Las persecuciones que yo he padescido XII annos en los reynos del Rey Cathólico, han sido tan fuertes in grandeza y duracion, y variedad que me han reducido á necessidad forzosa á apartarme dellos y á venir á los de V. M. á salvar mi persona con su favor y proteccion.» Y además le habia remitido una sucinta relacion de sus infortunios, suplicándole le manifestase cuál era su voluntad. Enrique IV se hallaba entonces en lo mas fuerte de su

lucha contra la Liga y contra Felipe II. Habia ganado las batallas de Arques y de Yvry, habia sitiado á Paris; sitio que le habia obligado á levantar el príncipe de Parma á la cabeza de un ejército español, é iba á poner cerco á la ciudad de Rouen, del que el mismo general debia tambien hacerle desistir. En la primavera de 1593, antes de entrar en campaña, quiso ver á Perez, que podia ser para él un instrumento muy útil, y escribió á su hermana, la princesa Catalina, que lé condujese á Tours. Allí tuvo muchas y entretenidas conferencias con el ex-secretario de Felipe II y contando servirse de él junto á Isabel, en sus comunes negocios contra España, le envió á esta princesa con la carta siguiente:

«SEÑORA.

Una de las mayores satisfacciones que he tenido en mi viaje á Tours, ha sido la de ver el señor Antonio Perez, con mi hermana, segun el encargo que á esta habia hecho de que me le trajese; y he conocido, por las conversaciones que con él he tenido, que es una persona no menos capaz del puesto que ha ocupado, que poco merecedora de las persecuciones que sufre... Espero utilizar en mis negocios la inteligencia y capacidad que ha mostrado en los que antes de ahora se han puesto á su cargo, á cuyo fin le he conservado en mi servicio; empero conociendo, señora, que os puede ser grato el verle, me ha parecido conveniente que fuese á besaros las manos aprovechando la ocasion del viaje del señor de Chartres, y he tenido á bien entregarle la presente, para que os digneis favorecerle mas fácilmente con vuestro buen acogimiento y benigna audiencia, de la cual estoy seguro os restará grande contento, y que oireis de él cosas que podrán serviros; suplicándoos, que despues de haber conferenciado con él, disponiendo vuelva á reunirse conmigo en compañía del referido señor de Chartres, á quien he expresamente encargado cuide de su persona, para que me la vuelva con toda seguridad, tratando de emplearle no menos en lo que concierne á vuestro servicio, segun lo juzgareis oportuno, que al mio; considerando uno y otro de igual importancia, y deseando daros gusto sobre todo, y besándoos humildemente las manos, ruego á Dios, señora, os conserve en su santa gracia. En Chartres el 29 de marzo. Vuestro afectísimo hermano y servidor.—*Enrique.*»

Perez pasó á Inglaterra en el verano de 1593. A la sazon la política de este reino; aunque conducida contra Felipe II, fluctuaba entre el consejo del circunspecto Burghley y los del emprendedor conde de Essex. El gran tesorero Cecil, baron de Burghley, tenia entonces setenta y tres años y hacia mas de cuarenta que tomaba parte en los negocios del estado. Su cabeza habia encanecido en ellos, y su cuerpo estaba tan quebrantado que le conducian en una silla á presencia de la reina. Esta tenia en él una confianza merecida y sin límites. Habia facilitado su advenimiento al trono, y habia concurrido mas que otro alguno á sostenerla en él, con solidez y grandeza, por su fidelidad y hábil tacto. Laborioso y penetrante, astuto y enérgico, habíala sugerido á veces una conducta prudente, á veces la habia arrastrado á resoluciones atrevidas, segun las ocasiones y perentoriedades. El era quien la habia decidido á que tomase una activa parte en la defensa de los Paises-Bajos, sublevados contra el rey de España; á que combatiese, en el continente, á ese temible jefe del catolicismo, y hasta á deshacerse de la desgraciada María Estuardo, su aliada en Inglaterra, á fin de no tener que temer al enemigo en el interior, mientras que se le resistia en el exterior. Este experimentado político, á quien ningun escrúpulo detenia en su frios cálculos, sabia por su flexibilidad como por sus servicios conservar el favor de su soberana, cuyas extravagancias y arrebatos suportaba, que tenia un espíritu mas elevado que el suyo, pero que al gran corazon de una reina unia los mas extraños caprichos de una mujer. Habia vivido en la corte y queria morir en ella y cifraba su última ambicion en transmitir todo el poder que gozaba á su hijo sir Roberto Cecil, á quien habia hecho ya nombrar secretario de Estado, y al que estaba reservado disponer la transicion del reinado de Isabel al de Jaime I.

El espíritu de Burghley, helado por la edad, se habia vuelto aun mas prudente por el cambio que se operaba en la situacion de los negocios del continente. De acuerdo con el hábil Walsingham, habia sido de opinion, en 1589, cuando acababa de suceder á Enrique III, Enrique IV, que se sostuviese á este príncipe con toda la eficacia posible, pues que su caida hubiera acarreado necesariamente la sumision de los Paises-Bajos, y el completo triunfo del catolicismo en Francia y en los Paises-Bajos, habria colocado á España en posicion de poder hacer una invasion en Inglaterra; así es que el gabinete inglés escribia entonces á los estados protestantes de Alemania: «El buen resultado de la comun causa estriba en la vida y

cabal salud del rey. El mal que acontecerle pudiere nos cogerá debajo á todos cuantos corremos la misma fortuna. Habia pues aconsejado que se otorgase á ese príncipe un auxilio proporcionado á los temores é intereses de la Inglaterra. Pero luego que Enrique IV, despues de haber batido á los liguistas, cambiaba de religion á fin de concluir por medio de la conquista de los espíritus la obra que habia adelantado por el victorioso éxito de sus armas, y de traer á su obediencia las ciudades indecisas y los jefes cansados de la Liga, las intenciones y miras de Burghley no podian ser las mismas con él. Siendo ya viejo Felipe II, habiendo muerto el príncipe de Parma, y hallándose al parecer Enrique IV en estado de luchar sin desventaja contra el poder español, algo en decadencia, Burghley se mostraba poco inclinado á que en lo sucesivo la Inglaterra tomase una parte activa en la guerra del continente. Conceder con parsimonia á Enrique IV algunos socorros, de manera que se entretuviese la guerra en Francia, y se apartase de Inglaterra, tal era su plan.

El conde de Essex alimentaba proyectos del todo diferentes, y en los cuales á una política mas atrevida se unia mayor generosidad. La rivalidad de poder que le separaba de los Cecil, tenia en ello tanto parte como el ardor de la juventud, la ambicion de gloria, y tambien un modo mas profundo de examinar y comprender los intereses de la Inglaterra. Hubiera querido enlazar á esta mas estrechamente con la Francia, para que luchasen en comun contra Felipe II. Este brillante y atrevido señor, era entonces el favorito de Isabel, que le habia nombrado su escudero mayor y dándole entrada en su consejo. Contaba apenas veinte y cinco años, era espiritual, instruido, amigo de las armas y de las letras, vivia con gran fausto, era muy querido de la nobleza y del pueblo; era orgulloso y obstinado hasta con su vieja soberana, ante la cual no sabia doblegarse, ocupaba el primer lugar en la corte, y aspiraba á ejercer la principal autoridad en el gobierno. «Es valiente y ambicioso, escribia poco tiempo despues de aquella época un enviado de Enrique IV junto á la reina Isabel, es hombre de talento, no toma consejo de nadie, y es imposible quitarle de la cabeza lo que una vez ha determinado. Es buen inglés y francés en cuanto cree que está en sus intereses serlo.» Essex pensaba, y con razon, que si no se socorria como era menester á Enrique, este se veria obligado á hacer las paces con los españoles, y que la Inglaterra y los Paises-

Bajos quedarian entregados á la animosidad y ataques de Felipe II.

En cuanto á Isabel, prudente y económica, no iba nunca en pos de los peligros gloriosos si bien lejanos, ni le gustaba hacer gastos inútiles. Parecíale en las nuevas coyunturas en que se encontraban los negocios del continente que podia emplear menos tropas y dinero sin correr riesgo alguno. Su política sobre este punto estaba de acuerdo con la de su viejo ministro, mientras que su inclinacion la arrastraba hácia su jóven favorito; por lo demás, segun su costumbre, escuchaba á todos, para en último resultado decidirse por sí sola. Considerábase mas prudente y hábil que sus consejeros, se servia de ellos y los dominaba.

Al llegar á esa corte dividida y cuyas rivalidades mantenia cuidadosamente Isabel, Perez debió por precision buscar el partido favorable á los intereses del príncipe que le enviaba, y que se hallaba animado de los mismos odios que él. Dirigióse pues al conde de Essex, quien le concedió su amistad, le recibió en su intimidad y admitió en sus partidas de placer. El conde de Essex tenia en mucho la experiencia y discernimiento del antiguo ministro de Felipe II, cuya viva imaginacion, vigoroso espíritu y apasionados consejos le agradaron en extremo. Condújole á la corte, pero Juno, como llamaban entre ellos á Isabel, no se hallaba dispuesta á entrar en la belicosa confederacion que ellos deseaban emprender, descontenta como estaba de la conversion de Enrique IV, y tranquilizada por otra parte por las victorias de este príncipe contra los liguistas y los españoles. Lejos de consentir en prestarle mayor asistencia, le retiró los socorros que anteriormente le habia concedido, y llamó á Inglaterra las tropas que tenia en Bretaña al mando de Norris. La mision de Perez se redujo pues en aquel momento á darle á conocer mejor aun á Felipe II, á revelarle sus antiguos manejos y á instruirle del estado de España. Obtuvo de ella por medio del conde de Essex una pension de ciento treinta libras. Mientras que estaba en Londres, dó vivia de las liberalidades del conde, habia trabado amistad Perez con los hermanos Francisco y Antonio Bacon. El primero de ellos, profundamente versado en el estudio de las leyes, se habia hecho ya notable por sus conocimientos y gran talento, y se entregaba á los trabajos que debian fundar su fama inmortal. Habíase adherido al conde de Essex, que apreciaba á los hombres de elevado mérito, y que le habia colocado en su propiedad de Twickenham-Parck próxima á

Londres. Como Francisco Bacon buscaba ardientemente en aquella época los destinos públicos, que fueron mas tarde el triste escollo de su honradez y reconocimiento, hallaba un pábulo á su curiosidad y tambien en las conversaciones de una persona tan espiritual como era Perez, tan instruida en las diferentas materias de estado, y que habia poseido la confianza del mas poderoso monarca de Europa. Pero esta intimidad dió mucho que sentir á su madre, excelente señora, de muy severas costumbres, á quien por lo mismo asustaban la mala reputacion de Perez, sus hábitos disipados, y que escribia un dia á su hijo Antonio: «Tengo mas compasion á vuestro hermano, de la que se tiene él á sí mismo, en llevar siempre á su lado, en su casa, en su coche, en todas partes á ese Perez, manchado de sangre, á ese profano, á ese orgulloso, ocasion de inútiles gastos, y que mucho lo temo, irritará con su presencia al señor Dios, cuyas bendiciones se extenderán menos sobre vuestro hermano, con detrimento de su honradez y salud... Un miserable como él, no es posible que haya amado á vuestro hermano mas que por su crédito y para vivir á sus expensas.»

En los ócios de esta su primera permanencia en Londres, en el verano de 1593, publicó Perez sus relaciones bajo el pseudónimo de Rafael Peregrino, que, lejos de ocultar su verdadero autor, lo designaba claramente, aludiendo á su vida errante. Esta narracion de sus aventuras, compuesta con infinito arte, era muy á propósito para hacer mas odioso aun á su ingrato é implacable perseguidor, y traerse mayor benevolencia y compasion. Dirigió ejemplares de ella á Burghley, á milady Rich, hermana del conde de Essex, á lord Southampton, á lord Montjoy, á lord Harris, á sir Roberto Sidney, á sir Enrique Unton y á muchos otros personajes de la corte de Inglaterra, acompañándolos con billetes redactados con giro gracioso y expresion melancólica. El que dirigió al conde de Essex poniendo aquella obra bajo su proteccion rebosaba á la vez sentimiento y lisonja: «Raphael Peregrino, auctor desse libro, me ha pedido que le presente á Vuestra Excelençia de su parte. Obligado está Vuestra Excelençia á ampararle, pues se lo encomienda. Que el deve saber que ha menester padrino, pues le escoge tal. Quiça se ha fiado en el nombre, sabiendo que vuestra Exçelencia es amparo de peregrinos de la fortuna.»

Subió de punto, si posible era, el odio de Felipe II contra Perez, con la publicacion de este libro, que fué vertido aquel mismo año

al holandés, á fin de que viendo los sublevados de las Provincias-Unidas la recompensa que ese príncipe reservaba á sus propios servidores, y el comportamiento que habia tenido con los aragoneses por haber intentado estos defender sus derechos, no les quedase duda alguna de la suerte que les esperaba, si llegaban á ser vencidos. El vengativo monarca intentó deshacerse nuevamente de Perez, que denunciaba á la Europa sus perfidias y sus crueldades. Dos irlandeses recibieron y aceptaron del conde de Fuentes, gobernador de los Paises-Bajos, la comision de matarle. Cogidos en Londres con cartas que atestiguaban su delito, y habiéndolo confesado, fueron condenados al último suplicio, y colocadas sus cabezas en una de las puertas de la ciudad, junto á la iglesia de San Pablo. Además Felipe II trató de excitar, por medio de varios subterfugios y artimañas, que no dieron resultado alguno, la desconfianza de la reina de Inglaterra contra Perez, que se quejó á Essex *de lo que maquinaban en Egipto aquellos Faraones para que la reina sospechase de él.*

Sin embargo, no permaneció por mas tiempo en Inglaterra, pues le habia mandado tambien á buscar repetidas veces Enrique IV. Este príncipe, que habia declarado la guerra en 20 enero de 1595 á Felipe II, á quien hasta entonces habia combatido como aliado de la Liga, escribió á Perez en 30 de abril: «Deseo infinitamente veros y hablaros de ciertos asuntos que conciernen é importan á mi servicio, y así escribo á la reina de Inglaterra, mi cuñada y prima, rogándole os permita hacer este viaje, y á mi primo el conde de Essex que lo apoye con su intervencion, en lo que estoy seguro no tendrá reparo.» Perez se dispuso esta vez á partir, aun cuando al parecer se hallase retenido por su afecto á Essex, de cuyas dádivas habia vivido, como así se lo mandaba á decir á Enrique IV. Escribió pues al conde con su imaginacion que habia adquirido mayor agudeza en Inglaterra, en donde la afectacion de lenguaje y la sutileza de sentimiento estaban en moda: «Dejaros, para mí es morir, porque estar á vuestro lado era vivir. ¿Pero qué digo? Mas hubiera valido para mí morir que alejarme de vos, porque al fin morir, es poner de una vez para siempre término al dolor, y vivir es acrecentarlo.» Antes de volver á Francia la reina Isabel le otorgó una audiencia, en la que le dió numerosas muestras de bondad y á cuya soberana dirigió él varios consejos en una especie de memoria escrita en francés, aunque en estilo raro. Ofreció además seguir una correspon-

dencia secreta en interés de esta reina, y se atrevió á decir: «He oido decir que el secretario Villeroy quiere tenerme por huésped, procuraré sacar de esta circunstancia algun provecho en favor de S. M.» Al tomar tan tortuosas vias debia poco á poco llegar á desacreditarle al fin, y perderse con ambos gobiernos.

Habiendo llegado Perez á Dieppe á principios de agosto, fué recibido por el gobernador con muestras de la mayor distincion. Enrique IV habia recomendado que se tomasen todas las precauciones necesarias para su completa seguridad, y que se le acompañase á Rouen con una escolta de cincuenta caballos, ciudad en donde tuvo el sentimiento de saber la muerte de don Martin de Lanuza que le habia acompañado con Gil de Mesa á Francia. Enrique IV le escribió desde Lyon, en 26 de agosto, la siguiente carta:

«He recibido con el mayor placer la noticia de vuestro regreso á mi reino, y os doy la bienvenida, y quiero que seais recibido en él cual mereceis; y como tengo pensado pasar ahí dentro de pocos dias, no os daré la molestia de pasar mas adelante, rogándoos os entretengais en mi ciudad de Rouen, hasta donde sé que os habeis adelantado. Y escribo al duque de Montpensier, mi primo, cuide de vos, como deseo creais lo haré yo siempre, segun vuestras virtudes os hacen acreedor á ello. Sin embargo, si juzgais que os conviene mas ir á Paris, lo dejo á vuestra voluntad. En este caso halláréis allí á mi primo el príncipe de Conti y al señor de Schomberg con los individuos de mi consejo, que os recibirán y favorecerán como yo mismo. Mas no quiero terminar la presente sin condolerme con vos del accidente sobrevenido al pobre don Martin, que por la mayor de las desgracias ha sido muerto. Siéntolo grandemente, mas puesto que Dios lo ha querido así, os ruego que no os aflijais, conformándoos á su voluntad, y asegurándoos que la mia no os faltará nunca. Ruego á Dios, señor Perez, os conserve en su santa guarda.»

Perez prefirió ir á recibir á Enrique IV en Paris á esperarle en Rouen, y llegó á aquella ciudad el 10 de setiembre. Tuviéronse con él las mas lisonjeras y tranquilizadoras atenciones; diéronle por residencia una hermosa casa que habia pertenecido al duque de Mercoeur, con una guardia de los soldados encargados de vigilar noche y dia la seguridad de su persona. Estas precauciones no eran por cierto inútiles, pues que se descubrió cabalmente en aquel entonces una nueva trama contra su vida. Algunos avisos llegados de España, y transmitidos al secretario de estado Villeroy y al mariscal de la Force, anunciaban que el baron de Pinilla, el mismo que habia intentado prender á Perez en Sallent, se hallaba en camino con dos compañeros mas, uno de ellos monje vizcaino, aunque vestido de seglar, para ir á asesinar á Perez. Efectivamente, el referido baron de Pinilla, que habia recibido 600 ducados de oro para dar este golpe, habia entrado en Paris, y lo tenia preparado todo para fugarse en cuanto lo hubiese realizado, cuando fué cogido con uno de sus cómplices, habiendo logrado escaparse el tercero que fué el monje. Encontróse en casa Pinilla dos pistolas cargadas con dos balas cada una, y habiéndole aplicado al tormento y confesádolo todo, fué ajusticiado algunos meses mas tarde en la plaza de Greve.

Enrique IV habia pasado á Paris, en donde conferenció con Perez sobre sus asuntos, que, despues que habia declarado la guerra á Felipe II, habian tomado un giro del todo diferente. Sus armas hacian cada dia mayores progresos respecto á los católicos, que habian perdido las ciudades de Meaux, de Orleans, de Bourges, de Lyon, de Paris, de Rouen, de Laon, de Amiens etc. Además, habiéndole concedido su absolucion el papa, y reconocídole como rey, el duque de Mayenne se le sometió en la Borgoña, el duque de Joyeuse en el Languedoc, y al poco tiempo Marsella y toda la Provenza entraron en la obediencia; de suerte que solo quedaba del partido de la Liga el duque de Mercoeur en Bretaña. Pero si la guerra civil parecia tocar á su fin, por el contrario la guerra extranjera se anunciaba desfavorablemente en sus principios. No pudiendo Felipe II aspirar á la corona de Francia para sí ó para la infanta doña Clara Eugenia, su hija, habia cambiado de plan de ataque contra Enrique IV, de quien dejaba de ser el competidor, para tomar el carácter de un enemigo comun. Desde aquel momento pensó en ensanchar sus dominios á expensas de su Franco Condado, por el lado de la Borgoña. El conde de Fuentes habia atacado las plazas de la frontera del Norte, y el condestable Fernando de Velasco se habia dirigido con un ejército hácia el Valle del Saona. Aun cuando Enrique IV batió á este último en la brillante jornada de Fontaine-Francaise, no por eso habia dejado de perder en Picardía la Chapelle, Catelet, Dourlens y Cambrai, de que se apoderó el conde de Fuentes, que al abrirse la campaña de la primavera siguiente tomó además Ardrés y Calais.

Hallándose en tal posicion, Enrique IV solicitó vivamente de la reina de Inglaterra su auxilio. Desde el mes de enero de 1595, lue-

go de su declaracion de guerra al rey de España, se habia quejado á la reina Isabel de que hubiese retirado de la Bretaña á Norris y á las tropas que mandaba. Esta, al propio tiempo que le felicitaba por haber tomado la ofensiva contra el rey de España, le contestó que se veia precisada á defender su propio reino, amenazado siempre por este príncipe, y á impedir la inminente insurreccion de la Irlanda. Cuando la pérdida de las primeras plazas de la Picardía tomadas por los españoles habíase enviado á Londres á Chevalier, magistrado de Paris, para que solicitase el envio de cuatro mil infantes ingleses que la ciudad de Paris se encargaria de sostener. Mas el gabinete inglés habia enviado á Enrique IV á Rogerio Williams, para indicarle que la reina consentia únicamente en guarnecer con tropas inglesas á Calais, que aun no habia caido en manos de los españoles, y las demás ciudades de la costa como Boulogne, Dieppe, etc.

Al rehusar Isabel á Enrique IV los socorros que este le pidió, por consejo de los Cecils, no por eso dejaba de hallarse en extremo sobresaltado por los triunfos obtenidos por Felipe II en Francia. El conde de Essex, movido de su genio belicoso y de su política mas elevada, hubiera querido decidir á su soberanía á una cooperacion activa y eficaz. No habiéndolo podido lograr directamente, creyó que le seria fácil lograrlo por medios indirectos: para ello se sirvió mañosamente de Perez, al que habia hecho confidente de sus pensamientos, y que era su agente junto á Enrique IV, y le escribió al efecto: «Inquietos nos tienen los negocios de Francia; á nosotros que, segun sabeis, nos hallamos tranquilos acerca todos los demás puntos. Si conocieseis cuales son nuestros intereses en ese pais, no dirigiríais los asuntos cual lo haceis; si fijaseis un poco vuestra consideracion en la naturaleza humana, no nos enviaríais tan inútiles embajadas. ¿Qué es lo que mueve á los hombres sino el interés y el miedo? Que otros dén, si quieren; nosotros vendemos: ellos imitan á Dios, nosotros á los usureros. Nosotros rehusamos con obstinacion á los que nos piden con humildad. La misma Juno, despues de haber implorado muchas veces y en vano asistencia, exclamó: *flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*, haciendo alusion á ese Pluton de España que debe su nombre y fama á sus riquezas. Pero cállate, pluma mia, y callaos, Antonio, pues me parece que he leido demasiado á los poetas. Adios.»

Enrique IV comprendió esta ingeniosa advertencia, que por lo demás su posicion por sí sola se la daba ya: é hizo decir á Isabel por su embajador ordinario Mr. de la Fontaine, que le obligaria, abandonándole, á transigir con los que habian conspirado su ruina comun.

A fin de hacerla salir de su estado de indiferencia, la envió á Mr. de Lomenie con la mision de anunciarla que el papa le habia diputado dos de sus cardenales con encargo principalmente de proponerle la paz con la España bajo condiciones honrosas, paz que se veria obligado á aceptar si la reina de Inglaterra no le ayudaba á continuar la guerra. Esta declaracion ofendió y causó mucha inquietud á Isabel, que vió en ella un acto de ingratitud en Enrique IV, y un peligro para su trono. Así es que escribió un despacho que debia enseñársele á aquel príncipe, y en el que, despues de recordar los antiguos y constantes servicios que le habia hecho, justificaba su actual inaccion en el continente por la necesidad de proveer á su propia seguridad en Inglaterra, y le añadia que no podia creer consintiese en entrar en estipulaciones sin su participacion; mas que si así llegase á ser, pondria su causa en manos de Dios que sabria el modo de defenderla. Por lo demás aplazaba para en adelante la reunion de sus fuerzas contra Felipe II, ofreciendo apenas socorrer las ciudades marítimas de Francia que fuesen amenazadas por este. Enrique IV, despues de haber leido esta carta, contestó que no le era posible á él solo sostener el peso de la guerra, y que si la necesidad le obligaba á cambiar de política, no seria suya la culpa, sino de la reina, y que entonces habria pasado ya el tiempo de las justificaciones y excusas, y vendria el del arrepentimiento y pesares.

Mas y mas sobresaltada con esta respuesta, que indicaba al parecer la intencion de adoptar resoluciones que podian dar que sentir á la Inglaterra, envió Isabel á fines de diciembre de 1595 á Enrique IV, á sir Enrique Unton, sugeto á quien apreciaba mucho aquel príncipe, porque habia sido herido á su lado batiéndose por su causa. Habíase encargado á sir Enrique Unton que penetrase las verdaderas intenciones de Francia, y que indagase con certeza si abrigaba el proyecto de entenderse con el rey de España, ó si solo eran meras amenazas para intimidar á la Inglaterra, estando en el fondo menos descontento Enrique IV de lo que afectaba. En el primer caso se debia tratar de apaciguarle y ganarle con la oferta de un tratado ó de un eficaz y buen auxilio; en el segundo, dejar las cosas en el mismo estado en que se hallaban. A estas instrucciones, que recibió del gabinete inglés Unton, el conde de Essex, de quien era aquel obediente y fiel hechura, le añadió otras particulares, propias por su índole para desvanecer toda duda sobre las intenciones de

Enrique IV. En estas curiosas instrucciones, instaba á este príncipe á que se mantuviese firme, y le manifestaba que el mejor medio y mas seguro de despertar al gabinete inglés de su letargo era, no amenazar, sino obrar. «Entonces, le decia, el rey de Francia será mas respetado, sus amigos de acá cobrarán mas crédito, y los que mas se han opuesto á sus designios hasta ahora se verán precisados á decir en alta voz *peccavi*. Ponga en evidencia los medios que posee para estipular, pero no como si tratase de hacer ostentacion de ellos... Diga friamente que le es muy sensible que no podamos sostenerle, y no menos el no poder continuar la guerra sin nuestra cooperacion. Pero sobre todo al ver que Unton solo es portador de buenas palabras, debe resentirse de esto mas que de todo lo demás, considerándolo como une especie de burla... Deberá darle desde su llegada públicos testimonios de su frialdad, y despues de haberle escuchado, expresarle su descontento, sin hacerle incurrir, no obstante, en su desgracia, dándole la bienvenida como á particular, pero no á título de embajador... Para terminar, obrará de tal suerte, que sir Enrique Unton pueda escribir fulminantes cartas; de manera que nos veamos precisados á hacer ofertas y proposiciones.»

Al mismo tiempo que se servia del enviado del gabinete inglés para arrancar á este de su sistema de prudencia y egoismo, Essex quiso hacer contribuir al buen éxito de esta maniobra la correspondencia de Perez, á fin de que los mismos informes llegasen por dos partes diferentes, obrando por este medio de un modo mas seguro y fuerte sobre el espíritu de Isabel. Hízole en su consecuencia transmitir las siguientes instrucciones: «Antonio escribirá al conde de Essex, en una carta que pueda ser enseñada: que el envío de sir Unton ha puesto las cosas en peor estado que nunca, y me preguntará que porque yo, que conozco tan bien el carácter del rey de Francia, y los negocios de este pais, no lo he impedido, puesto que ningun socorro positivo traia. Escribirá tambien que teme que antes de que haya habido tiempo para enviar otra vez y entrar en convenios, no haya el rey de Francia avanzado mucho para que le sea dable volver atrás.»

Todo se ejecutó cual lo habia Essex dispuesto. En cuanto llegó á Paris, sir Enrique Unton escribió en el sentido convenido á Isabel, á Burghley y á Essex. «Nada tengo que añadir, decia á este último, sino que si la reina no se apresura á dar una satisfaccion al rey, las cosas se hallarán pronto en un estado desesperado, pues el en que estaban ya, es muy malo.» Por su parte Enrique IV, á quien Unton habia confiado el plan del conde de Essex, representó admirablemente el papel que se le habia designado para asegurar su logro: despues de haber dado audiencia al embajador inglés, mandó llamar á Perez, y le preguntó si se hallaba enterado de las instrucciones de Unton. Habiendo contestado este que no: «Poco importa, le dijo el rey, lo sabreis por mí que os oprecio y me fio de vos.., aun cuando sigais conservando siempre tanto cariño á la Inglaterra y deseeis volver á ella. Le participó al mismo tiempo que la reina Isabel, despues de haber escrito con su propio puño á Mr. Edmondes, su embajador ordinario, que no habia necesidad de reunir comisionados, que ella enviaria un embajador para convenir en los puntos del tratado, habia enviado este, sin encargarle la discusion de dichos puntos, y proponiendo únicamente por medio de él una mera reunion de aquellos. Mostróse Enrique IV de ello muy enfadado, y al propio tiempo que le manifestó el aprecio que hacia de un hombre que habia recibido una herida á su lado, manifestó á Perez el desprecio que le inspiraba el ministro encargado de tales instrucciones. «No hay uno solo de mi consejo, que casi no se burle de esta embajada, añadió vivamente, y que no crea que soy su juguete... Todo mi consejo es de parecer que tan singulares proposiciones no son mas que vanas palabras, ni encierran mas objeto que el de entretenernos.» «No puedo negarlo, contestó Perez; ¿pero qué le hemos de hacer? ¿se ha de desesperar por eso? Perseverad, y mostrad vuestro ánimo y resolucion.» «¿Qué significa esto? le contestó el rey interrumpiéndole; no seré por mas tiempo importuno á nadie, bastante he hecho para mostrar mi valor, bastante para poner en su debido punto mi honor, bastante en favor de mis amigos, de mis aliados y del mundo en general. Pasaria por un orgulloso si no cediese ante las circunstancias del tiempo, ante la ocasion y ante las perspectivas de un reino aniquilado. Quiero tomar parecer de mis consejeros; quiero tomarlo de la necesidad, el mas concluyente y autorizado de todos los consejeros.» Perez al dar cuenta de esta entrevista al gobierno inglés, en una carta dirigida al conde de Essex añadia: «¿Quién sabe? tal vez la Inglaterra tiene algun proyecto oculto, y con el objeto de complacer á Felipe II, para obtener de él algun provecho considerable, quiere postrar y abandonar á este príncipe, obligándole de esta manera á concluir mas pronto la paz con España. Los designios de los príncipes son unos profundos abismos.» En otra

carta escribia que los amigos de Felipe II se regocijaban de semejante desacuerdo. «Porque, decia él, ¿cuál es el reino en que ese perturbador de la naturaleza no haya sembrado sus riquezas para conmover los fundamentos de la sociedad y la fe de los hombres?» Y por último, remontándose á una altanera ironía contra los que se oponian en Inglaterra al consejo de verificar nuevos gastos para ayudar al rey de Francia, añadia: «Amadlas, si preferís á vuestra seguridad esas miserables substancias del oro y de la plata.»

Las cartas de Perez eran tanto mas á propósito para completar el efecto producido por los despachos de sir Enrique Unton, cuanto que en esta ocasion, casi un inocente cómplice de la estratagema de Essex, cuya política general aprobaba con todo, en razon de ser enteramente anti-española. A pesar de la amistad de Essex, de la confianza y atenciones de Enrique IV, y de la parte que tomaba en los negocios de Inglaterra y Francia, Perez estaba triste, inquieto, descontento, lleno de recelos y con el espíritu agitado por mil proyectos diversos. Desde su vuelta á Francia recibia una pension de cuatro mil escudos, y le habian prometido el destino de consejero privado y el collar de la órden del Santo-Espíritu. Pero la pension no se le satisfacia siempre con la mayor exactitud, en una época en que el tesoro de Enrique IV se hallaba en el mas deplorable estado, y en que este mismo príncipe escribia á Rosnil, que *sus camisas estaban todas rasgadas, sus armillas agujereadas en el codo, y su marmita muy á menudo puesta boca abajo*. El retardo que experimentaba Perez en el cumplimiento de sus deseos le llenaba de sospechas: creíase objeto de la enemistad de los príncipes de la casa de Guisa, por lo que habia dicho en sus *Relaciones* de sus proyectos con don Juan, de la envidia de los cortesanos, de los celos del secretario de Estado Villeroy, y hasta del espionaje del fiel Gil de Mesa, que adhiriéndose á su mala fortuna, le habia salvado de las cárceles de Castilla y de Aragon, y expatriándose con él le habia acompañado á Francia, en donde habia sido agraciado con el cargo de gentilhombre de cámara de Enrique IV. Añadian mayores temores á sus desconfianzas, varios avisos de nuevas tramas formadas contra su vida; de manera que pensaba retirarse ya á Inglaterra, ya á Florencia, ya á Venecia, ya á Holanda. Enrique IV trataba entonces de calmarle y tranquilizarle, y le decia: «Antonio, en ninguna parte disfrutareis tanta seguridad como á mi lado, y así no quiero que os separeis de mí.»

Un nuevo golpe vino á herir su enfermiza imaginacion. Diéronle la falsa noticia de que habia muerto su esposa doña Juana Coello. Hizo entonces el elogio de esta mujer heróica que tan completamente se habia asociado á sus desgracias, en el lenguaje mas sentimental. «He perdido, escribia á Essex la compañera de mis dolores, el consuelo de mis pesares, la costilla y mitad de mi alma; mejor deberia decir el alma toda de este cuerpo. Las demás mujeres son los cuerpos de los hombres, esta y sus semejantes, si es que la naturaleza puede producir otras iguales á ella, son mas bien el alma del cuerpo de los hombres... Se ha escapado de la prision de los vivos para la morada de los muertos, último asilo de los desgraciados de este siglo, y retiro el mas seguro.» Queria hacerse religioso *para estar* como él decia *mas á menudo entre los sepulcros*. Enrique IV entrando en sus designios, le llegó á prometer, en aquella época, para cuando vacase, el obispado de Burdeos.

Sin embargo, sin desechar Perez la tristeza que le consumia y su aspereza de carácter, cada dia mayor, fué enviado por segunda vez á Inglaterra en la primavera de 1596. La reina Isabel y su consejo habian llegado por fin á comprender que era preciso estrechar los relajados vínculos de su alianza con Enrique IV, y socorrer á este príncipe, para impedir que entrase en negociaciones con España. El cardenal archiduque Alberto, á quien se habia conferido el gobierno de los Paises-Bajos, y que debia casarse á no tardar con la hija de Felipe II, se habia presentado inopinadamente ante Calais en el mes de abril con un ejército de cincuenta mil hombres. El sitio de una tan fuerte plaza del litoral, desde donde los españoles amenazaban aun mas inminentemente frente á la Inglaterra con una invasion, habia alarmado á Isabel. Levantó tropas apresuradamente, armó buques, y propuso á Enrique IV encargarse de la defensa de Calais, bajo condicion de guarnecer esta plaza con sus tropas, lo cual rehusó Enrique IV con indignacion. Mientras que ofrecia su cooperacion á un precio inaceptable, el archiduque se hacia dueño de la ciudad y ciudadela. Atemorizada Isabel de semejante vecindad, se hizo mas tratable. Enrique IV le habia despachado primero á Mr. de Sancy y en seguida al duque de Bouillon acompañado de Perez para negociar una alianza ofensiva y defensiva. Al partir dijo Perez, haciendo alusion á esta alianza: «Que queria representar el papel de sacerdote, es decir, que despues de celebrada la ceremonia abandonaria á los contrayentes, dejándolos dueños

de si mismos para vivir y amarse, y que él iria á llevar sus contemplaciones á otra parte, allí dó pudiese terminar sus dias menos expuestos á la envidia y con menor riesgo de su vida.»

Pero tocábale á Perez sufrir una cruel mortificacion en aquel pais: enviado especialmente á Londres en razon de su amistad con Essex y de su influencia sobre él, quedó en extremo confuso y sorprendido al no hallarle allí. A fin de evitar su presencia y la del duque de Bouillon, habíase retirado Essex á Plymouth. ¿Por qué causa se alejaba en el momento que iba á estipularse y concluirse la negociacion que tan vivamente habia deseado? Apasionado por la gloria de las armas, y no pudiendo adquirir esta gloria mas que luchando con Felipe II, Essex habia logrado llevar á cabo sus fines. De acuerdo con el almirante Howard de Effinghami, habia vencido en el consejo á los Cecil, y decidido á Isabel á atacar al rey de España en el centro mismo de su poder, por medio de una expedicion á ese pais. Semejante diversion debia ser muy útil á Enrique IV; pero Essex temia que este príncipe no pidiese se desembarcasen en Francia las tropas destinadas para la empresa contra España. Fué pues á apresurar la partida de la flota, que compuesta de ciento cincuenta velas, comprendidos en este número veinte y dos buques holandeses, y conduciendo catorce mil hombres colocados á sus órdenes, se dirigió, mandada por el almirante Howard, hácia las costas de Andalucía.

Perez, á quien el conde no vió ni escribió, se hallaba muy irritado. Exhalaba sus quejas contra él ante Antonio Bacon, que para sustraerse, segun escribió á su hermano Francisco, *á las exclamaciones españolas* de Perez, y *no oir amartillar el honor de su querido lord*, se retiró á Twikenham. Solo, aislado, sospechoso á los Cecil como amigo de Essex, é indispuesto con Isabel, Antonio Perez no tomó parte alguna en el tratado que se firmó el 10 de mayo entre Inglaterra y Francia. Isabel, que acababa de prestar veinte mil coronas á Enrique IV, y que habia mandado fortificar todos los castillos de la costa de Inglaterra, confirmó los precedentes convenios hechos con el rey de Francia, concluyó con él una liga ofensiva y defensiva, en la cual se convino podrian entrar todas las potencias amenazadas por la ambicion y tiranía de Felipe II: estipuló el envío de cuatro mil infantes, reducidos á dos mil por un artículo secreto, los cuales servirian en Normandía ó Picardía, y mas tarde la formacion de un ejército levantado á expensas de ambas coronas,

para invadir los estados del rey católico. Este tratado, al que se adhirieron los estados de Holanda, fué ratificado por Isabel en 29 de agosto, y por Enrique IV en el mes de setiembre.

Perez habia regresado á Francia en extremo herido en su orgullo: á poco de haber llegado, recibió cartas del conde de Essex de vuelta de su expedicion á España, que habia sido brillante, y hubiera podido serlo aun mas. La flota inglesa habia entrado á viva fuerza en la rada de Cadiz, dó se hallaba la española, que habia sido vencida despues de una vigorosa resistencia. Las fortificaciones de esta importante plaza habian sido arrasadas, saqueados los equipos y provisiones que estaban allí acumulados para la marina, tomados ó destruidos trece buques de guerra, y el arriesgado conde de Essex, que á la cabeza de una pequeña partida se habia apoderado del pueblo de Puntal, hubiera podido penetrar en el interior de Andalucía, provocando fácilmente la sublevacion del pais, si no se hubiese visto contenido por la timidez del consejo de guerra, que para moderar su ardor le habia nombrado Isabel. Esta expedicion reveló el secreto de la debilidad de Felipe II, á quien era preciso atacar en su reino mismo para que dejase de ser temible á los demás. Essex escribió á Perez en cuanto llegó á Inglaterra, con la intencion de renovar sus antiguas relaciones. Terminaba la carta que le dirigió en 14 de setiembre de 1596 con estas palabras: «Antonio, no dejeis de quererme, ni os apresureis á condenarme; aguardad la apología de Essex.» Su objeto era servirse nuevamente de Perez á fin de tener conocimiento de los proyectos de Enrique IV, para inducir á este príncipe á que no escuchase las proposiciones del legado que á la sazon se hallaba en la corte de Francia, é impedir la paz con España.

Sin duda contaba tanto mas hacerle concurrir á sus fines, cuanto que Enrique, manifestando siempre á Perez la misma confianza, iba a adherirle á su servicio, lo cual tanto tiempo hacia que solicitaba Perez. Depositó entonces las condiciones, cuyo cumplimiento exigia en manos del marqués de Pisani y del condestable de Montmorency, que eran sus mayores protectores y amigos. Como estas condiciones, redactadas en diciembre de 1596, tenian mas bien el carácter de un tratado que de una súplica, Enrique IV, antes de admitirlas, las hizo cambiar de forma; y el 1.° de enero de 1597 Perez solicitó humildemente: 1.° el capelo de cardenal para sí, si su mujer habia muerto, ó en caso contrario para su hijo Gonzalo Pe-

rez. 2.° una pension de 12000 escudos en obispados, abadías, y beneficios eclesiásticos con facultad de poderla renunciar en sus hijos: 3.° el pago de su pension actual de 4000 escudos, y además 2000 escudos pagados por el tesoro hasta el momento en que se le hubiese puesto enteramente en posesion de las rentas eclesiásticas arriba mencionadas; 4.° una gratificacion de 2000 escudos por una sola vez para establecerse en el rango de consejero que le acababa de conceder el rey; 5.° una guardia de uno ó dos soldados suizos para la seguridad de su persona amenazada siempre por las persecuciones del rey Felipe II: y 6.° la libertad de su mujer y de sus hijos, la restitucion de sus bienes, en caso de paz entre las coronas de Francia y España. Enrique IV aceptó estos artículos, que fueron firmados en su nombre el 13 de enero por el secretario de Estado Villeroy, y garantido su cumplimiento el 18 por el condestable de Montmorency, conforme á los deseos de Perez.

Fuertemente pronunciado Perez en todas ocasiones por la estrecha alianza de Francia é Inglaterra, habia procurado alternativamente inducir á ella á la de esas dos potencias que parecia separarse de llevarla á cabo. Un dia habia llegado á decir á Enrique IV delante de Villeroy, antiguo ministro del duque de Mayenne, y que se sospechaba estar vendido á Felipe II, que solo algun insensato podia aconsejarle que entrase en estipulaciones con España. Su nueva posicion le colocó en estado de poder insistir aun mas en la persistencia de la union entre Inglaterra y Francia. Veia á Enrique, descontento de la frialdad que mostraba Isabel en la ejecucion del último tratado concluido, dar oido á las proposiciones de paz del legado que habia enviado con el mismo fin al general de los franciscanos Calatigirone á Felipe II. Con objeto de prevenir este arreglo, tan contrario á su odio, hizo ofrecer su propia mediacion entre Inglaterra y Francia, en los primeros dias de marzo de 1597. Encargó á Naunton, agente del conde de Essex en Paris, que escribiese á este se apresurase, «pues que toda dilacion, segun su modo de ver, ofrecia inminente peligro en medio de semejante crisis.» Pero lo que la animosidad y prudencia de Perez trataban de impedir, los acontecimientos iban á hacerlo inevitable.

Los españoles, que el año anterior se habian apoderado de Ardres, despues de haberse hecho dueños de Calais, sorprendieron la ciudad de Amiens el 11 de marzo de 1597. Asustado Enrique IV de ver á sus enemigos tan cerca de Paris, fué inmediatamente á poner sitio á aquella plaza, y reclamó de Isabel los cuatro mil hombres estipulados en el último tratado. Pero á tenor de sus acostumbrados hábitos, de lentitud y exigencia, la reina de Inglaterra le propuso enviárselos bajo condiciones que Enrique no podia aceptar ó cumplir; pedíale la cesion de Boloña ó dinero. Irritado Enrique IV por sus pretensiones y demoras, le hizo entonces notificar por su embajador que se le habian ofrecido condiciones de paz muy ventajosas por el legado, si se separaba de la Inglaterra, y que se le restituirian todas la plazas que le habian sido tomadas, excepto Ardres y Calais. Al recibir por primera vez esta comunicacion oficial, Isabel, á su vez se entregó á uno de esos accesos de cólera y orgullo, hijos tanto de la política como de la pasion. Escribióle una carta en la que le decia que entre el papa y ella existia la diferencia de que el papa habia querido hacerle su súbdito, y ella le habia hecho rey; terminando con estas palabras: «Mirad ahora de que parte está la razon y la justicia, y Dios os haga la gracia de manejar este asunto en vista de ello.» Pero en medio de estos reproches apasionados, que presagiaban un próximo rompimiento entre estos dos antiguos aliados, los socorros ingleses no llegaban, y Enrique IV recobró por sí solo la ciudad de Amiens el 24 de setiembre de 1597, despues de un sitio de seis meses.

Este acontecimiento fué decisivo. Felipe II, con setenta años de edad, postrado por las enfermedades, agotado por los placeres y gastado por el trabajo, veia acercarse su última hora, y no queria dejar en manos de su hijo, á quien reputaba incapaz de gobernar la monarquía en paz, la continuacion y direccion de una guerra que se habia hecho difícil hasta para él. Mostróse pues dispuesto á entrar en negociaciones formales con el rey de Francia, y despues de haber sido preparadas por el papa se abrieron en Vervins, á principios de febrero de 1598. Antes de contraer empeño alguno, Enrique IV envió á Inglaterra á Mr. Hurault de Maisse, en diciembre de 1597, para avisar á Isabel y proponerla tomase parte con los estados generales de las Provincias Unidas en aquellas estipulaciones. Isabel le contestó: «Que hubiera preferido la muerte á entrar en convenio alguno con tan indigno rey.» Al mismo tiempo, hizo partir para Francia á sir Roberto Cecil, á dó los estados generales enviaron por su parte á Justino de Nassau y al célebre Barneveld, con objeto de hacer un nuevo y último esfuerzo para lograr que Enrique IV no concluyese la paz. Pero este Príncipe habia tomado

ya su resolucion: mostróse recocido á los servicios que le habian dispensado sus antiguos confederados; declaró que no faltaria nunca á la amistad que les debia; y rechazando así sus reproches como sus ofrecimientos, dió la paz á su reino, exhausto por cuarenta años de guerras civiles ó extranjeras. En el discurso de algunos meses negoció con el último jefe armado de la liga, el duque de Mercoeur, á quien obligó á someterse en Bretaña, con los protestantes de Francia, á quienes otorgó el edicto de Nantes, y con el rey de España, que le devolvió en Vervins todas las plazas de que se habia hecho dueño en la Picardía.

Desde que se proyectó seriamente con Felipe II esta paz, que debia cambiar la posicion de Perez, este habia venido á ser un objeto de desconfianza para Enrique IV y su corte, y no sin razon. Consejero de estado del rey de Francia y á su sueldo, habia conservado secretas relaciones, por medio de Naunton, con el gobierno de Inglaterra, á quien hacia dar aviso de cuanto llegaba á su conocimiento ó penetraba. Habiendo sus conversaciones con el cardenal legado y su natural sagacidad héchole comprender hacia mucho tiempo lo que se trataba, habia informado de ello á Naunton, recomendándole que no le nombrase, so pena de destruir su crédito. Pero estas revelaciones, aunque indirectas y rodeadas de misterios, habian sido sorprendidas ó receladas por Enrique IV, que le habia tenido desde entonces por sospechoso y le habia tratado como á tal. Enrique IV cesó de verle, y le mantuvo apartado de sus confianzas y de sus consejos, Hízole al mismo tiempo afear que escribiese á Inglaterra sobre los negocios de Francia. Perez calificó esto de una *calumnia*, y envió á Gil de Mesa al condestable de Montmorency con una memoria, en la cual decia: «Supplico al señor condestable que me haga tala merced de pedire á su Magestad que mande averiguar esto, y siendo falso como lo es, hazer la demostracion que es justa en mi satisfaccion; y darme licencia que me retire de sus reinos y de cortes de príncipes, y de sus peligros y juyzios, antes que me acaben la salud y vida.» Al mismo tiempo se hizo el enfermo, no salió ya de su cuarto, y se sirvió de Gil de Mesa y del italiano Marenco para llevar sus mensajes y quejas á su amigo el condestable, que le daba buenas palabras, á la hermana del rey su protectora, que le conservaba siempre el mismo interés, y al mismo rey, que al paso que permanecia callado, no queria dejar de parecer benévolo. Representó Perez esta farsa durante los

meses de noviembre y diciembre de 1597. A fines de este último mes, Naunton refiriendo de Essex una conversacion que habia tenido con Perez le escribia: «Quejóse de las variaciones y fluctuaciones del rey, de la veleidad de sus cambios de resolucion y finalmente de su perseverancia en hacer todas las cosas á *medias*.»

Sin embargo, en el mes de enero siguiente, cuando no quedó duda alguna sobre la realidad de las negociaciones con España, cuando los señores de Belliévre y de Sillery estuvieron á punto de marchar con sus instrucciones para Vervins, Perez trató de aprovecharse de una paz que no le habia sido dable impedir, y solicitó del rey ser comprendido en el tratado. «Suplico á vuestra Magestad, le escribia, se acuerde de lo que por su grandeza y benignidad me tiene offrescido en uno de aquellos artículos decretados por mano de Mr. de Villaroel, tocante á la redemption de mi muger y hijos, y á la restitucion de mis bienes... Y es llegada la hora y conjuntura de mostrar vuestra Magestad su natural de piedad en el caso mas piadoso de estos siglos, en el cumplimiento de su palabra real... Habrá hecho vuestra Magestad una obra en gracia del cielo, en gloria suya con las gentes, en mérito para con Dios. Porque el rey de España pensaria que aquellos artículos y promesas habian sido ceremonia, y lo recibiria como por seguro y permission de la ejecucion de mi perdicion.» Prevenia al mismo tiempo á Enrique IV que habia recibido de España el aviso de que el rey católico propondria un artículo en favor del duque de Aumale que se habia refugiado en Bruselas, en el momento en que se sometian los demás príncipes de la casa de Lorena, y le pedia estipulase en cambio la libertad de su familia y la restitucion de sus bienes. A lo que parece, así se le prometió, y afirma él, que al terminarse la negociacion de Vervins, los plenipotenciarios franceses pusieron á este precio la entrada del duque de Aumale en su patria y la devolucion de sus bienes: supone, además, que los plenipotenciarios españoles Richardot y Tassis se negaron á ello, alegando que Perez no se hallaba expatriado cual el duque de Aumale por haber tomado parte en desórdenes y en una guerra civil contra su rey; sino por haber sido condenado por la Inquisicion. Yo no he leido nada semejante en las instrucciones dadas á Belliévre y á Sillery, ni en sus despachos; antes al contrario se les habia prescrito formalmente excluyesen del tratado al duque de Aumale, y á los liguistas que se habian obstinado en su rebelion, y á quienes Enrique IV se reser-

vaba perdonar si se sometian humildemente, no queriendo permitir entrasen en Francia por propia autoridad, en virtud de un tratado, por la proteccion de un rey, y por decirlo así, triunfalmente. En el curso de la negociacion no se halla mencionado una sola vez el nombre de Perez, aunque se habla diferentes veces del duque de Aumale. En efecto, ¿cómo es de creer que Enrique IV, en el interés muy secundario de Perez, se hubiese separado de un principio fundamental de conducta, que al terminar una larga guerra civil, fomentada por un soberano extranjero, debia contribuir á afirmar su autoridad, y á aquietar su reino? Tal vez se lo prometió á Perez, y despues de la negociacion, la futura gracia del duque de Aumale fué verbalmente ofrecida en compensacion de la gracia que solicitaba Perez. Es cierto que al conde de la Rochepot, enviado en 1600 á España en calidad de embajador, se le encargó por Enrique IV intercediese en favor de Perez y de sus hijos. Pero el resultado es que el duque de Aumale no fué comprendido en la paz de Vervins, firmada el 2 de mayo de 1598, y que la mujer é hijos de Perez permanecieron en las cárceles de Felipe II. Solo la muerte de su implacable perseguidor podia dulcificar los infortunios de Perez. Verdad es que no tardó en recibir este consuelo, pues Felipe II solo sobrevivió cuatro meses á la paz de Vervins.

Nos parece que no carece de interés ver cómo se refieren los últimos momentos de Felipe II en una vida manuscrita de este rey, que se atribuye á Perez. «La muerte, se dice en ella, no le quiso arrebatar antes de averle hecho sentir que los príncipes y monarcas de la tierra tienen tan miserables y vergonzosas salidas de la vida como los pobres de ella. Ella le embistió al fin con una asquerosa *phitiriase* con un exército innumerable de piojos... Mas la miseria presente no le causaba tanta aprehension como la por venir; porque representándosele los abismos de la justicia de Dios, la cuenta que habia de dar de tantos dias, de tantas acciones, de tantos pueblos, de tanta sangre perdida y derramada, quisiera antes haver nacido un pobre pastor que no rey de España.

»La calentura lenta que le havia combatido tres annos, y la mas violenta gota que puede atenazear á un cuerpo humano, le havia preparado á la muerte mucho antes del fin de sus dias; y así tenia tan apartados de su intencion todos los pensamientos de vivir, que viendo un gentilhombre de su cámara que en medio del rigor de sus dolores tenia alguna tregua y alibio, le dixo que, si mudaba de aposento, y se pasaba á otro cuarto de abaxo y alegre, dezian los médicos podia vivir dos annos; no respondió otra cosa sino: Dad esta imágen de Nuestra Señora á la Infanta, que fue de mi madre, y la he llevado cinquenta annos con migo. El hablava de su muerte como de una real entrada en la mejor de sus ciudades, y de su sepultura como pudiera de su coronacion, diziendo: Haveisme de atar á las manos una cuerda donde cuelgue sobre el pecho una cruz de palo. Con este crucifixo tengo de morir, que es con el que murió el emperador mi señor.

»Lo que solamente vivia en el rey hera el sentimiento de sus pecados, el qual le daba un dolor tan vivo, que, despues de haverle abierto la pierna, preguntado por el príncipe si hera mucho el dolor que padecia con la nueba llaga, respondió: Mucho mas me duelen, el que resigno todo entero en la voluntad de Dios... Todo su querer y sus ayes hera sea en remision de mis pecados. Recibió la estremaunzion el dia primero de septiembre... He querido, hijo mio, que os halleis á esta hora... para que veàis en lo que paran las monarchias de este mundo... Ya veis, hijo mio, como Dios me ha desnudado de la gloria y magestad de rey para daros á vos esta investidura. A mí vestirán dentro de pocas horas dentro de una pobre mortaja, y me ceñirán con un pobre cordel. Ya se me cae de la caveza la corona de rey, y la muerte me la quita para dárosla á vos... Tiempo uendrá en que esta corona se os caerá de la caveza, como se me cae de la mia. Vos sois manzebo, y yo lo he sido. Mis dias estaban contados, ya se han acabado; Dios sabe la cuenta de los vuestros, y tambien se acavarán... La guerra contra infieles os encomiendo, y la paz con Francia.

»El príncipe, creyendo que ya hera todo acabado, y deseando establecer con tiempo á el marques de Denia su privado, pidió á don Cristobal de Moura la llave dorada de el retrete; el cual se excusó diciendo que no podia darla mientras que el rey viviese. Ofendióse el príncipe, y mostró sentimiento de lo ejecutado. Quxóse don Christobal al rey, el qual, aunque oyó la demanda por ser algo temprana, mandó á don Christobal que diesse la llave al príncipe y le pidiese perdon... Despues de la extremaunzion, volvió, como Ezechias, el rostro á la pared y las espaldas á los negozios. No quizó tener mas su espíritu pendiente de las cosas de acá abajo, sino lebantado al cielo. Murió en fin blanda y sosegadamente, á los treze de septiembre, domingo, cerca de las cinco horas de la tarde.»

VIII.

Inútiles esfuerzos de Perez para volver á España despues de acaecida la muerte de Felipe II.—Son puestos en libertad su mujer é hijos.—Viaje de Perez á Inglaterra, movido de la esperanza de obtener su perdon, contribuyendo á la paz que se negociaba entre los gobiernos inglés y español.—Su vuelta á Francia.—Su muerte.

En cuanto murió Felipe II, difundióse por Europa el rumor de que este príncipe, en su hora postrera habia mandado poner en libertad á la mujer é hijos de Perez y restituirles sus bienes. Se publicaron además instrucciones secretas que se suponia haber dejado él á su hijo Felipe III, y en las cuales se le encomendaba se pusiese de acuerdo con Perez, y le emplease en Italia; pero sin permitirle no obstante volver á España ni fijarse en los Paises-Bajos.

Volvió á cobrar confianza el espíritu del viejo ministro proscrito. En otro tiempo habia tenido relaciones amistosas muy estrechas con el favortio del nuevo rey, don Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, que tan absolutamente y por tan largo tiempo gobernó la monarquía española bajo el nombre de duque de Lerma. «Le conozco desde su niñez de muy gentil, y suave, y noble natural. De mas desto me consta que corrientes mis agravios, pendientes mis prisiones, abominaban de los consejeros y fautores de mis persecuçiones. Muestra, y prueba de lo que digo puede ser, que el prinçipal me venia á visitar publicamente en mis prisiones á vista del enojo del rey, y á entretenerse ally. Juzgavan muy libremente de los privados de aquel siglo, y de que se sustentasen con la sangre de mi fortuna: y se vistiesen con los despojos della. De mas desto su padre me amava, y aun con término mas familiar lo iba á dezir mi pluma. Dependia de la amistad del prínçipe Ruygomez de Silva, cuyo era todo: De sus primeros hijos de don Hernando de Rojas, y entrellos el primado que agora es de España, diré que los mas nasçieron, y se criaron en casa de los padres de doña Juana Coello mi mujer, donde vivian de aposento: y él, y sus hermanos fueron cresçiendo mano á mano con mi mujer y cuñados.»

Estos recuerdos fortificaron aun las esperanzas que le habia inspirado la muerte de su tenaz perseguidor, y la exaltacion al trono de un jóven príncipe, que querria sin duda señalar el principio de su reinado con actos de clemencia y benignidad: de manera que confió volver dentro de poco á su antigua fortuna.

Seis meses se pasaron sin que ocurriese mudanza alguna en su situacion, ni en la de su familia. Felipe III partió de Madrid en el mes de abril de 1599 para trasladarse á Valencia, en donde iba á casarse con la archiduquesa Margarita de Austria, que desde Génova pasaba tambien á aquella ciudad. Entonces fue cuando se presentó un escribano en la fortaleza en que estaba encerrada doña Juana Coello con sus siete hijos y la dijo: «Señora, S. M. manda que vuestra merced sea puesta en libertad, que se vaya donde quisiera á la corte ó á donde mandare, y que puede pedir lo que bien visto le fuere. Pero que estos señores y señoras se queden aquy en la misma prision.» Conturbó en extremo esta noticia á doña Juana Coello, que no queria aceptar tan incompleto favor, ni dejar entre soldados y alguaciles á su hija doña Gregoria, de veinte años de edad, y con el cargo de cuidar á tres hermanos y otras tantas hermanas mas jóvenes que ella. Tras largos y violentos combates, decidióse por fin á aprovechar aquella gracia, para poder solicitar la libertad de sus hijos.

Trasladóse á la corte y visitó ante todo á Rodrigo Vazquez de Arce, á quien Perez denominaba su *verdugo mayor*, y que al verla vertió hipócritas lágrimas. En cambio doña Juana Coello tuvo el consuelo de presenciar la súbita desgracia de ese ministro de las venganza de Felipe, de edad entonces de ochenta años, y que se habia mostrado tan implacable con su marido, con ella y con sus hijos. Quitósele bruscamente la presidencia del consejo real de Castilla, y recibió órden de salir de la corte, debiendo residir en lo sucesivo á veinte leguas de Madrid y diez de Valladolid. El conde de Miranda, que fué nombrado en su lugar, por el favor del marqués de Denia, cuya misericordiosa proteccion se extendió bien pronto de la esposa de Perez á sus hijos, se mostró muy favorable á esta familia cautiva y despojada. Los siete hijos de Perez salieron de la cárcel en la que hacia nueve años estaban encerrados, y dó el último de ellos habia venido al mundo. Permitióseles además perseguir en justicia á Rodrigo Vazquez de Arce, para que les restituyese veinte mil escudos que habia tomado sobre una renta eclesiástica, concedida por el papa Gregorio III á Gonzalo el mayor de aquellos y que Vazquez habia empleado en pagar alguaciles para que los custodiasen.

«Este presidente del consejo real de Castilla, dice Perez en su indignacion, el de aquellos 80 años tan compuestos, tan lexos de la

sepultura, el de aquella mesura fingida, el de aquella hypocresia verdadera, el de aquella persona, que fue llamada muy al prinçipio de su fortuna por pronóstico, y amenaza de las gentes *Ajo confitado* tomó XX mill escudos de la renta de un niño hecho eclesiástico con favores extraordinarios de un pontífiçe como Gregor. XIII para yr sustentando galfarrones, y criados suyos carnizeros, que le maçerasen aquellas carnes, y almas para su entretenimiento, ya que no las podia comer por vianda en medio de su mesa por no aver aun reduzido á carnizeria pública la carne humana; en que andava muy ocupado. Peró Dios que es gran persona de atajar los daños últimos con particulares remedios, lo reparó con su poderosa mano. Y lo bueno es que al dueño de la renta, aquel niño, digo, y á la madre, aquella madre de niños nacidos en prision los mas, y á los hermanos, y hermanas, á estos tales, tenia desnudos: y los sustentava por onzas por no usar de la piedad, que les quedava que esperar de su mano, que los matase de una vez de hambre. Sy lo que acabo de dezir es lo bueno, lo peor es, que quando acudian á él á pedir pan y paño para cubrir aquellas carnes (que aun que no fuera sino porque carnes de donzellas no nasçidas en Guinea no estuvieran desnudas y descubiertas á los ojos de aquellos galfarrones en mayor condenaçion de su passion se huviera de templar) respondia, que él no se atreveria. Que lo consultaria á su Magest. que su Magest. estaba muy mal enojado; que su Mag. era el que lo avia de mandar, y todo era su Mag. Malaventurado de presidente de justiçia: venturoso si fueras presidente de las obras de piedad para tales subjectos, y para estas horas, y para las desse siglo eterno en que te hallas, porque no le dezias que no era justiçia aquello? Porque no le templavas si estava enojado? Porque sin su Mag. dissipavas XX mil escudos para tus carnizeros, y cargavas á su Mag. estas culpas? Porque? Porque tu eras el enojado, tu eras el que alimentabas el enojo del prínçipe. Tu eras el rey en aquello. Temias de no bolver á ver su grado al que te sacó del de Bachiller, en el suyo. En fin, señor, esta agora esto de los XX mill escudos en punto de aver juezes que lo juzguen: Peró el en el juizio eterno.»

Efectivamente, Rodrigo Vazquez no habia sobrevivido á su desgracia, que la voz pública consideraba especialmente como un castigo de sus injusticias con Perez y su familia: murió antes que hubiese recaido sentencia del consejo de Castilla sobre la súplica en restitucion de veinte mil escudos, que el conde de Miranda habia

activado por parte de doña Juana Coello, y que esta habia dirigido contra Rodrigo Vazquez.

Esta mitigacion de los rigores de la suerte de Perez fue acompañada de un hábil acto de clemencia en favor de los aragoneses que habian tomado parte en la insurreccion y en la tentativa de resistencia de 1591. El pacífico marqués de Denia persuadió á su dócil soberano se conciliase el afecto del reino de Aragon aboliendo el recuerdo de los crímenes cometidos y de los castigos impuestos y concediendo un perdon general. Felipe III se trasladó á este reino luego que hubieron terminado en Valencia las fiestas de su casamiento. Llegó el 11 de setiembre por la noche junto á Zaragoza, á donde no quiso entrar hasta que se hubiesen quitado las cabezas de don Juan de Lanuza, de don Diego de Heredia y de los demás condenados que permanecian aun expuestas en las puertas de la ciudad y del palacio de la Diputacion. Aquella misma noche, el conde de Morata acompañó al hijo de don Diego de Heredia, al convento en que el rey se habia detenido para pasar la noche que se dirigieron al marqués de Denia y le presentaron sus súplicas. Este pasó en seguida al aposento del rey. «Ya sé lo que quieren dijo el jóven, príncipe: que vayan y quiten las cabezas de su padre y las demás, y bórrense los letreros de todas las sentencias para que no quede memoria alguna de tal suceso, y restitúyanles todos sus bienes.» Dispuso al mismo tiempo que se diese honrosa sepultura á los restos de los que habian perecido en el cadalso, se indultase á todos los proscritos y se pusiese en libertad á todos los encarcelados, y para que ninguno de sus súbditos, añadia, conservase motivo de tristeza en el dia de su alegría.» De manera que fué recibido en Zaragoza con universales aclamaciones de alegría y reconocimiento. Juró en la iglesia metropolitana la observancia de los fueros del reino; pero estos fueros quedaron con las modificaciones hechas por Felipe II en las cortes reunidas despues de la derrota del ejército aragonés, y la reconciliacion se efectuó en provecho de las personas y á expensas de las instituciones. Al tener conocimiento de tan dichosas nuevas por las cartas que se le escribian de España, lisonjeábase Perez que el perdon real se extenderia hasta él. Esperaba este momento con una impaciencia que trataba de encubrir algunas veces bajo la apariencia de una resignacion filosófica, muy poco conforme á su alma apasionada. «Embíame V. S. escribia á uno de sus amigos en su carta un poco de consejo ó medicina para los golpes

de la fortuna. Admítola con gusto por venir de mano amiga y con satisfaçion de ver que á tal juyzio como el de V. S. sea mediçina lo que es de mi natural. Ventura buena de los enfermos, que encuentran con tales médicos, que sepan assi curar: ó del buen natural de los enfermos, que puedan assy sanar. De suerte, señor, que no lo tendré yo por mediçina (que las mediçinas por la mayor parte commueven el estómago) sino por mantenimiento, que se me applicará como sustento de los mas agradables. Puede hablar assy, y ser creydo, quien viendo desde moço (cosa singular que desde tan lexos se divisen tales cosas) á mi padre, y á sus amigos en lo alto de las cortes las començó á temer, y las desseó huyr, y salirse de la nave aun no bien metido el pie en ella.» Emitia acerca de la vida de los cortesanos y de los favores de los príncipes, observaciones llenas de talento y profundidad que le habia imbuido Ruy Gomez de Silva: «aquel gran privado, aquel maestro de privados y de conocimiento de reyes, y el Aristóteles de esta philosophia.» Y concluia diciendo que la fortuna no era mas que una idea, una vanidad, un humo que como humo se disipaba. «Dirá V. S. á alguno que el hablar assy debe ser lo de la raposa de lo que no podia alcanzar... Pero lo posseydo, lo tratado, lo conoçido y con escarmiento, y con talês exemplos façil es de creer que no se dessea, ni bolver á ello. Añadiré una niñería en confirmaçion de actiones de templança natural en esto. Tres años he bivido en una casa en frente del hostel de Borgoña, que llaman aquy en Paris, donde se representan las comedias; y de otro lado el hostel de Mendoça (no busqué tal posada por la vezindad de tal nombre) que assy se llama, donde un bolteador de maroma hazia sus abilidades, y donde se perdió otro sin boltear, raras çierto y espantables al oido, y mucho mas á la vista. Tal era aquel personaje, que á la vista, y trato espantava mas que al oido. Nunca he entrado á ver lo uno, ni lo otro con ver entrar prínçipes, y damas, y de todos estados. La causa, porque he visto muchas comedias originales de representantes grandes haziendo yo mi personage en lo mas alto del theatro. He visto trepar por maroma, y aun á mi colgado della. He visto hazerse pedaços los trepadores, y á my qual me veen descoyuntado. Que no ay andar por maroma tan peligroso con bolas atadas á las plantas de los pies como el trepar por la maroma de la fortuna y de sus favores. Pues no les falta á los que boltean en esta maroma su saco, otro que el en que se meten los otros por remate, en que metidos corran mayor

peligro que aquellos, el saco de la çeguedad, del favor, y de la ambicion. Y como quita el desseo de leer un papel que es copia, el haver visto el original, assy no me tiran las tales comedias, que no son sino copias, y las mas vezes no verdaderamente sacadas. Las originales podrianse ver como estotras desde una ventana, pero ser actor en ellas segunda vez, aquy es el peligro, de aquy es el miedo, esto es lo que digo. A Dios.»

Este desprecio de la fortuna, expresado con acento de tan profunda conviccion y de una manera tan chocante, era en el fondo poco sincero: producíanlo en Perez mas bien las reflexiones de la desgracia que los disgustos de la ambicion. Deseaba vivamente volver á entrar en su patria, pues se encontraba disgustado en Francia, dó habia venido á ser inútil y sospechoso despues de la paz de Vervins; quejábase además sin cesar de la poca exactitud con que se le pagaba su asignacion, y de que no se le concediesen los beneficios eclesiásticos que se le habian prometido por el convenio de 1597, que habia garantizado su amigo el condestable, y al que recurria con frecuencia, anonadándolo con sus cartas, colmándole de lisonjas, y hasta dirigiéndole cortos presentes, cuyo precio consistia en la gracia con que los ofrecia. «Veo que nunca trae V. E. guantes de ámbar sino de los delgadillos de cabrito. Pruebe V. E. le supplico essos que yo hago aderezar á mi modo antiguo, fuera vanidad que soy español, que tienen no se que de hidalgo y con ser limpios conservan bien las manos. Y manos que se emplean en el bien público y en el de los que se le encomiendan con tanta entereça y limpieça deben ser estimadas y conservadas por muchos annos de vida. Assy sea, amen, amen.»

Sus clamores eran tan incesantes como sus necesidades, que se resentian de su antigua opulencia, expresábalos con una acritud que cada dia era menos dueño de dominar, y encargaba al condestable apoyase sus agravios con el rey. «Rosny no quiere pagarme, le escribia á principios de 1601, y ha tres meses que debo el pan que como. Acompañando estas quejas con amenazas muy poco sensatas en una posicion como la suya, añadia: «Gil de Mesa ha dicho á Mr. de la Varena que sy el rey no quiere, que hable claro y no nos traygan engañados (victoria no grande para un gran rey) y que buscará Antonio Perez un amo á quien servir... Por cierto chico estómago tiene la corona de Francia si tan pequeña partida embaraza.» Enrique IV, que á pesar de la escasez de su tesoro y de los motivos de descontento

que le habia dado Perez, conservaba aun en favor del antiguo mi-
nistro de Felipe II una especie de benevolencia indulgente, y le pro-
tegia contra la animadversion de Rosny y Villeroy, mandó en segui-
da que se le pagase y en la forma que él mismo deseaba: «Amigo
mio escribia á Rosny Antonio Perez se me ha presentado y me ha
dado las gracias por los tres mil escudos con que le auxiliaba, ma-
nifestándome su contento y lo obligado que me quedaba, suplicán-
dome que se le incluyese en la nómina por cuatro mil, á fin de que
si por casualidad llegaba á *conocimiento* de españoles, no supiesen se
le habia tratado este año peor que los anteriores. Así es que para con-
tentar la vanidad de este hombre os ruego que hagais figure en di-
cha nómina haber recibido los referidos cuatro mil escudos.»

Tan precaria posicion, esa pension cuyo pago le era preciso ar-
rancar cada año, el peso de su inutilidad, la humillacion de su des-
crédito y los crecientes dolores del ostracismo, le hicieron mas que
nunca desear á Perez volver á su patria. De manera que para ob-
tener este favor dió repetidos pasos. Habiendo sucedido á Isabel en
el trono de Inglaterra el tímido Jaime I y ansiando tanto él la paz
como necesaria era á la aniquilada España, entabláronse algunas
negociaciones á principios del año 1604. Trasladáronse con este ob-
jeto á Londres el conde de Aremberg y don Juan de Tassis; y Perez
creyó que se le venia á las manos la ocasion de reconquistar su per-
dida gracia. Habia seguido conservando relaciones bastante estre-
chas con los embajadores de Inglaterra que se habian sucedido en
Paris, y habia dado á Naunton, á Winwosd y á Th. Parry, adver-
tencias muy oportunas, que estos habian transmitido al secretario de
Estado Cecil. Persuadió en aquel entonces á Th. Parry que su inter-
vencion podria ser muy útil en las referidas negociaciones; y este á
su vez instó á Perez á que pasase á Inglaterra; ascgurándole seria
allí bien recibido: y le entregó además una carta para Roberto Cecil.
Imaginándose Perez poder servir los intereses de Felipe III y ser en
recompensa llamado á España por este príncipe, cometió la impru-
dente ligereza, no solo de abandonar á Paris, mas aun de renunciar
su pension.

El secretario de estado Villeroy escribió en seguida á Cristóbal de
Harlay, conde de Beaumont, embajador de Francia en Inglaterra.
«Tened mucho cuidado por ahí que Antonio Perez, que nos ha dicho
vuelve á esa capital, no sorprenda con sus adulaciones y acostum-
bradas lisonjas, los corazones de las damas y cortesanos, segun él

espera, y haga, aprovechando la circunstancia de esta paz, tan se-
ñalados servicios al rey de España, que se le repute acreedor á vol-
ver al goce de los bienes y honores que en otro tiempo poseyó. Ja-
más he conocido en otra persona alguna tanta vanidad é impruden-
cia reunidas á tamaña jactancia... Observad lo que diga y haga, y
nos advertireis de todo ello, por mas insignificante que parezca ó
sea, pues el rey recibe gran placer en ello, de manera que me ha
mandado os escribiese inmediatamente.»

Habiendo sabido Enrique IV, por informes recibidos de España,
que Perez se proponia penetrar las disposiciones é intenciones de
Jaime I, para comunicarlas en seguida al condestable de Castilla,
don Juan de Velasco, encargado de llevar á cabo las negociaciones,
dió conocimiento de este proyecto á su embajador. «Espera así, le
escribia, hacer su agosto, pero creo que se encontrará chasqueado.»
Enrique IV tenia razon. Desde que Jaime I supo que Perez se habia
puesto en camino, manifestó al conde de Beaumont que no tenia de-
seo ninguno de verle, y que sabiendo lo desagradable que seria su
presencia al embajador de España, que tenia muy mala opinion de
él, le habia dado órden de que se volviese atrás. Efectivamente, lord
Montjoy, conde de Devonshire, habia transmitido esta órden á Pe-
rez, que la recibió en Boloña. El atrevido desterrado que tan teme-
rariamente acababa de renunciar á la generosa asistencia de Enri-
que IV, y á quien no le quedaba otro recurso que salir airoso en la
empresa en que tan inconsideradamente se habia empeñado, no te-
mió proseguir su viaje. Atravesó el mar, desembarcó en Inglaterra
y se adelantó hasta Cantorbery, desde donde escribió al rey Jaime,
transmitiéndole la carta en que Th. Parry le habia instado á que
hiciese este viaje. Invocaba la autorizacion que se le habia concedi-
do, se mostraba muy ofendido de la humillante contraórden que se
le habia pasado, en lugar de los favores que se le prometieron, y
añadia: «Por eso me dirijo á vuestra Majestad, y apelo á su justi-
cia, para que vuestra Majestad misma, cuyo nombre y palabra han
sido puestos por delante, examine, pese y decida, lo que en seme-
jante asunto, al extremo á que han llegado las cosas, y conforme á
la ley natural, conviene á la majestad real, y es debido á un extran-
jero, que no es desconocido al mundo y que confia en semejante pa-
labra. Por lo demás, si mi presencia puede servir de obstáculo á los
negocios que se trata en el dia, aun cuando no sea un Jonás á cu-
ya vista los mares y demás elementos hayan de turbarse, me retiré

á un escondido lugar cualquiera de vuestro reino, bajo vuestra proteccion y con vuestro favor, lo cual me bastará, á fin de que las naciones no se admiren y deseen conocer los motivos porque se niega únicamente á Antonio Perez, lo que no se rehusa á ningun proscrito, á ningun fugitivo en un reino poderoso y libre.»

Al saber Jaime I su llegada, se dejó llevar de un violento acceso de cólera: se tiró la barba de rabia, dijo que su embajador de Paris era un *bestia*, *indigno de su cargo*, y del que no se queria servir mas, y protestó que se marcharia de Inglaterra antes que sufrir permaneciese en ella Perez. Efectivamente, vióse este obligado á regresar al continente sin haber podido contribuir á la paz, que se firmó en agosto de 1604 por el condestable de Castilla y el conde de Devoushire, entre la Inglaterra y la España, tras veinte y cinco años de luchas religiosas y marítimas. Detestado por los españoles, á quienes deseaba servir y que le consideraban como un rebelde, y sospechoso á los ingleses, que le creian enviado por Enrique IV para desbaratar unas negociaciones necesarias, volvió muy confuso á Francia, en donde le habian comprometido ya la veleidad de su carácter y la inconstante ligereza de sus sentimientos. «Los ingleses nos han devuelto asaz impolíticamente á Perez, escribió Villeroy al conde de Beaumont. Las doce mil libras que su Majestad le daba antes de marcharse, en calidad de pension, nos las pide ahora por limosna; porque nosotros conocemos aquí sus fines y los apreciamos en lo que valen, cual hacen por ahí, y aun quizá mejor. Dice que Mr. Cecil le ha jugado esta partida con el embajador de España por el afecto que tenia á Essex. Pero la verdad es, señor embajador, que sus adversidades no le han vuelto mas prudente y discreto de lo que era en sus prósperos dias.»

La corte de España estuvo muy distante de agradecer en lo mas mínimo los motivos que habian impulsado á Perez á verificar su viaje á Inglaterra. Aun más, dos meses despues de la conclusion de la paz de Londres, el duque de Lerma se quejó al conde de la Rochepot, embajador de Enrique IV en Madrid, de que su señor hubiese dado acogida en sus estados á Perez y otros españoles; lo cual producia sospechas, impidiendo entre ambos reyes una reconciliacion sincera y sólida. La Rochepot, para calmar tales desconfianzas, hizo presente que Perez y sus compañeros habian recibido hospitalidad en Francia durante la guerra y no despues de la paz. Por lo demás, esta misma hospitalidad habíase restringido mucho para Perez desde su vuelta. Alojado, no ya en Paris, sino en Saint-Denis este personaje en otro tiempo tan suntuoso y altanero, domado ahora por la miseria, pedia con ruegos y humildad se le devolviese su pension. Invocaba la generosidad de Enrique IV, enviaba á Villeroy el mayor de sus hijos, don Gonzalo, que habia ido á reunírsele en Francia con su hermano don Rafael, y recurria especialmente á la benévola intervencion del conde de Montmorency. Hubo un momento en que esperanzó que la corte de Francia le trataria como en otro tiempo, escribió al condestable: «Resta, señor, agora que V. E. acabe de su mano con Monseñor de Villaroel este milagro. Que mi corta ventura es tal que milagro es menester para resolucion que haya de ser en mi favor.» Y despues, compelido por la dura extremidad á que se hallaba reducido terminaba en un lenguaje triste y sentimental. «Y porque yo creo que mi hijo no debe haberse dado á entender á V. E. con la vergüenza que ha conocido en mí de llegar á tal atrevimiento como á pedir pan á V. E. sobre tanto favor y favores como le debo, suplico á V. E. que me socorra con alguna limosna de su liberalidad y piedad natural para esperar esta resolucion de su Majestad.»

Pero su pension no le fué devuelta, así es que se vió reducido á probar un postrer esfuerzo para volver á España. Habia abandonado á Saint-Denis, y se habia establecido en Saint-Lazare, á fin de ver con mas facilidad é interesar en su favor al embajador español don Baltasar de Zúñiga. Habiendo partido este para Madrid en el año 1606, Perez le conjuró que hiciese por obtenerle la gracia de que se le permitiese ver á su pais y morir entre los suyos. Cuando supo que don Baltasar de Zúñiga estaba en el camino para volver á Paris en 1607, escribió al condestable de Montmorency: «Con la llegada de don Baltasar de Zúñiga, ó buelta por mejor dezir, espero alguna resolucion y por lo menos, desengaño, que este es el término que he puesto á este encanto como lo escrivi ayer al rey Cristianisimo conque me echare á bivir y morir sin mas padescer los tormentos de esperanças humanas, que aunque los conozco y sus engaños he tenido por obligacion hazer esta última prueva, porque vea el mundo que no quedo por bizarria ni falta de todas justificaciones en quanto en mi ha sido. Y con esto entregaré á Dios el juyzio último.»

Zúñiga volvió efectivamente pero sin traer el perdon del infeliz desterrado. Aun cuando Perez debiese estar ya bien convencido de

la inutilidad de sus súplicas, cuando don Pedro de Toledo reemplazó á Zúñiga en el puesto de embajador de Paris, dirigió en 9 de agosto, por consejo de este último, una carta llena de sumision y ruegos al duque de Lerma. «Muy misericordioso señor, le decia, apiádese V. E. yo le suplico muy humildemente, de mí y de los mios que si idolatré no lo hice sino necesitado y importunado grandemente deste rey, engañado él de mi poco valor y de su mucha piedad. Buena prueba he dado con la obediencia con lo que dejé todo en mandándomelo, metiéndome en mil peligros y aventuras con mucha incomodidad y pobreza mia, no por el premio que podia esperar de tal rey sino por la satisfaccion de mi animo de aver cumplido con mi obligacion, como lo he declarado á don Pedro de Toledo para que con brevedad procure el remedio, porque no viva yo mas tiempo *suspenso en este estado miserable mucho y peligroso mas*, como él lo particulizará con las particularidades y verdades que á la boca le he referido. Pero, señor, como ningunos trabajos me pueden quitar el deseo de morir vasallo de quien lo nací, paresce razonable que tal rey como yo lo espero lo permita y que resista S. M. y V. E. á los que pretendieren impedir que á este cuerpo *que ya está hecho tierra como sin alma* le recoja su naturaleza para acabar sus dias... ha permitido V. E. que mis hijos puedan aver visto el estado miserable en que estoy, yo le suplico permita que la que los parió me cierre los ojos, pues por los años que ha que lo lloran merescen á lo menos que vean esto.

Esta carta, que comenzaba y terminaba por un cúmulo de adulaciones, no tuvo mas feliz resultado que sus anteriores pasos. Tres meses despues, preguntaba Perez á don Pedro de Toledo si no habia recibido aun contestacion del duque de Lerma, ó no esperaba recibirla pronto: «porque, le decia, yo estoy en el extremo último con aver agotado ya á mis amigos que me socorrian, y con no saber donde hallar el pan de mañana.» Lamentable posicion de un hombre que despues de haber sido el ministro favorito del mas poderoso monarca de Europa, despues de haber arrastrado en defensa de su persona y de su causa á todo un pais, despues de haber tomado parte en los secretos y negocios de los mas formidables enemigos de su antiguo soberano, habia caido en tal estado de miseria y veia sus mas humildes súplicas rechazadas con anonadadoras negativas. Su penuria no fué sin duda extraña á sus numerosas mudanzas de domicilio; habíase trasladado de Saint-Lazare á la calle

del Temple, de la calle del Temple al arrabal de Saint-Victor, y en 1608 fué por fin á establecerse junto al Arsenal en la calle de Cerisaie, en donde sus penas y enfermedades acrecieron el amargor de su soledad.

Viéndose precisado á renunciar á todos sus demás placeres, buscaba alguna distraccion en las reminicencias de su juventud, y procurando tener ocupado su espíritu, é iba muy á menudo á la iglesia para pedir á Dios los consuelos que le negaban los hombres: escribia pues y oraba. En este período desgraciado y ocioso de su vida fué cuando escribió muchas cosas perdidas despues, y compuso para el duque de Lerma su libro sobre la ciencia del gobierno, titulado: *Norte de príncipes, vireyes, presidentes, consejeros, gobernadores, y advertimientos políticos sobre lo público y particular de una monarchia importantísima á los tales, fundados en materia y razon de estado y gobierno; por Antonio Perez*. Esta obra, en la que se descubre la viva imaginacion de Perez, y dó se encuentra la experiencia de un ministro caido, no ofrece sin embargo cosa alguna muy notable. Los consejos dados á un primer ministro acerca el arte de escoger bien sus hechuras y de distribuir bien sus gracias, la utilidad de mostrarse afable, el cuidado de conceder audiencias, la necesidad de alejar de los príncipes los grandes que podrian poco á poco perderle, y de no colocar á los que hubiese ofendido en posicion de poderse vengar, formaban las nimiedades del oficio de favorito, que el duque de Lerma no tenia necesidad de aprender, y que cabia poco mérito á Perez en describir. Acerca este particular, las cartas que ha escrito desde su destierro, contienen anécdotas mas instructivas, y reflexiones mas ingeniosas y mas profundas sobre el gobierno de Felipe II, sobre la rivalidad del duque de Alba y de Rui Gomez de Silva, sobre las teorías y procederes de este último, que considera como el primer maestro en esta ciencia de las cortes. «Aquí, dice, son los baxíos de la baxeza humana, aquí es menester grande tiento y navegar con la sonda en la mano.»

Empero es preciso convenir que en la parte relativa á las miras generales de gobierno, su libro encierra verdades útiles, morales, previsoras, y aun algunas de ellas superiores al espíritu de su tiempo. Opuesto á la guerra que habia aniquilado á la monarquía española, á fuer de ministro del antiguo partido del príncipe de Eboli, se declara por la paz, y llega hasta á aconsejar el reconoci-

miento de la independencia de las Provincias unidas de la Holanda; política enteramente realizada bajo el ministerio del duque de Lerma. Instaba el fomento de la marina, que habia venido á menos despues de la desgraciada expedicion de 1588, en interés de España y de sus colonias, cuyo descubrimiénto no temió deplorar. Enemigo de la riqueza territorial del clero y de la insaciable ambicion de la nobleza, era de parecer que es preciso gobernar para el pueblo, que exige solo el derecho comun, buena administracion y justicia.

Tocábale por lo demás á Perez, por quien todo un pueblo habia comprometido su independencia, declararse á su vez defensor de los intereses de los pueblos. Despues de su proscripcion, esta teoría liberal vino á ser, y permaneció siendo la suya. Víctima del poder absoluto, despues de haber sido su instrumento, combate la tendencia, en aquel entonces irresistible, de las monarquías hácia esta forma de gobierno con una sombría y amenazadora energía: «Por lo que deseo, dice, la conservacion de los reinos, desseo la conservacion de los reyes; por lo que desseo la conservacion de los reyes, desseo la conservacion dellos dentro de los límites permitidos. No es mio esto, aunque nadie se deshonre de tan honrados desseos: es de un grave consejero, que dixo al rey don Phelippe II no menos sobre diversos golpes que le yva dando en diversas ocasiones, viendo que le yvan encaminando á la libertad del poder absoluto: señor, tened quedo, templaos, reconosced á Dios en la tierra como en el cielo, porque no se canse de las monarchias (suave govierno si suavemente usan del) y las baraxe todas picado del abuso del poder humano. Que es Dios del cielo delicado mucho en suffrir compañero en ninguna cosa. Este tal consejero me dezia á mí á solas: señor Antonio Perez mucho temo que si los hombres no se tiemplan en hazerse Dios en la tierra, se ha de cansar Dios de las monarchias y baraxarlas, y dar otra forma al mundo.»

Los últimos años de Perez, á contar desde el de 1608, pasáronse en la mortificacion y el aislamiento. Los males de la vejez, apresurados por el exceso de los placeres y por las aflicciones, se habian desencadenado contra él. La debilidad de sus piernas no le permitia ya ni siquiera ir á la próxima iglesia: habia logrado del papa que le levantase las censuras en que habia incurrido por su trato con herejes, y el permiso de tener un oratorio en su casa, calle de la Cerisaie. Cuando despues de la muerte de Enrique IV, acaecida en 1610, se envió á Paris al duque de Feria, en clase de embajador extraordinario, para negociar el doble casamiento de Luis XIII con una infanta de España, y de una hija de la estirpe real de Francia con el príncipe de Asturias. Perez, que no habia aun perdido la esperanza de ir á morir en su patria, se informó con ansiedad de si traia el encargo de anunciarle la terminacion de su destierro. Pero el duque de Feria no habia recibido órden alguna acerca de este particular. Profundamente desanimado Perez, algunos meses despues por consejo de su amigo Sosa, obispo de Canarias, general de los franciscanos, y miembro de la inquisicion, ni por eso dejó de procurar conmover al tribunal del santo Oficio, al que atribuia la duracion de su ostracismo. Solicitó del consejo supremo de la Inquisicion un salvoconducto que le permitiese ir á justificarse ante su tribunal, pero no fué mas feliz en este paso que en los otros. Algunos meses despues cayó mortalmente enfermo. El aragonés Manuel don Lope, y los demás españoles refugiados en Paris le asistieron con afectuosa solicitud, y el hermano dominico Andrés Garin, que no se separó de él un momento, le administró los socorros religiosos. El 3 de noviembre de 1611, conociendo Perez que se acercaba su última hora, dictó á su amigo Gil de Mesa la siguiente declaracion, que no pudo escribir con su propio puño:

«Por el paso en que estoy y por la cuenta que voy á dar á Dios declaro y juro que he vivido siempre y muero como fiel y católico cristiano; y de esto hago á Dios testigo. Y confieso á my rey y señor natural y á todas las coronas y reinos que posee que jamas fué sino fiel servidor y vasallo suyo.» Despues de haber invocado en apoyo de su ortodoxia y de su fidelidad, el testimonio del condestable de Castilla y de su sobrino don Baltasar de Zúñiga; despues de haber traido á la memoria todos los pasos que habia dado, y por último la instancia que habia dirigido al consejo supremo de la Inquisicion, añadia: «Digo que si muero en este reino y amparo de esta corona, ha sido á mas no poder, y por la necesidad en que me ha puesto la violencia de mis trabajos, assegurando al mundo todo esta verdad, y suplicando á my rey y señor natural que con su gran clemençia y piedad se acuerde de los servicios hechos por mi padre á la magestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos merezçan mi mujer y hijos huérfanos y desamparados que se les haga alguna merced, y que estos affligidos y miserables no pierdan por haber acabado su padre en reinos estraños, la gracia y favor que

merecen por fieles y leales vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales.» Firmó esta declaracion con mano trémula y desfalleciente, y pocas horas despues espiró á la edad de setenta y dos años.

Fué enterrado en los Celestinos, do hasta fines del pasado siglo podia leerse un epitafio, que recordaba las principales vicisitudes de su vida. Doña Juana Coello que le sobrevivió, y sus hijos, menos doña Gregoria que habia muerto algunos años antes, no habiendo podido lograr que volviese á su patria, tuvieron á lo menos el consuelo de que se revocase la sentencia que le condenaba como hereje, aunque no sin mucho trabajo: fueron necesarios cuatro años de perseverantes solicitudes por su parte, el apoyo de las personas mas poderosas de la Iglesia y del Estado, y la expresa voluntad de Felipe III, para que el inexorable tribunal de la Inquisicion consintiese en revisar el proceso de Perez y rehabilitar su memoria. El acto definitivo de reparacion no fué firmado hasta el 6 de junio de 1615. Unicamente entonces los desdichados hijos de Perez, que pasaron su juventud en una cárcel, y á quienes habia legalmente alcanzado la degradacion de su padre sin haber tomado parte en sus faltas, fueron restablecidos en su rango y en sus derechos de nobles españoles. Antonio Perez, sin ser uno de los eminentes ministros de Felipe II como el imperioso cardenal Espinosa, el astuto Ruy Gomez, el altivo duque de Alba, ó el discreto Granvelle, poseyó un momento todo el fervor de este príncipe, y fué el personaje mas poderoso de la monarquía española. Habiendo llegado asaz fácilmente al poder, no supo conservarse en él, y habiendo, por decirlo así, llegado á ser ministro, por via hereditaria, se comportó cual un verdadero aventurero. Apasionado, ávido, disipador, violento, artificioso, indiscreto y corrompido, introdujo sus desarreglos en una corte de costumbres aparentemente severas, turbó con sus agitaciones á un príncipe acostumbrado á una dignidad tranquila, ofendió con la rivalidad de sus amores y la audacia de sus acciones á un amo hipócrita, vengativo y absoluto. Aun cuando conoció á fondo al que servia, aun cuando poseyó el secreto de sus pasiones ocultas, de su temible disimulo, y de esos celos de su poder que volvian su confianza siempre incierta; aun cuando supo que Felipe II habia muerto al cardenal Espinosa con una sola palabra, habia empleado al duque de Alba por su habilidad, y le habia alejado por sus altanerías, y conservando únicamente á Ruy Gomez hasta el fin, por efecto de su destreza y con-

descendencias, osó engañarle y se perdió. En la lucha descsperada en que le precipitaron sus faltas, desplegó recursos de espíritu tan variados, mostró tal energía de carácter, fué tan oprimido, tan elocuente y tan patético, que llegó á ser objeto de los mas generosos sacrificios y obtuvo la simpatía universal. Desgraciadamente los defectos que le habian perdido en España le desacreditaron en Inglaterra y Francia, en donde siendo siempre el mismo, comprometió hasta su desgracia, y murió en la pobreza y el abandono.

He expuesto completamente, á lo que creo, la vida de este personaje desordenado y atractivo, hábil é inconsiderado, de un talento amable y de un carácter ligero, lleno de actividad, imaginacion, vanidad, intriga, á quien se condena, pero que causa compasion por algunos de sus sentimientos y por sus desgracias. Al describir esta vida agitada é instructiva he traspasado los límites que me habia propuesto al principio; mas si por el desarrollo que le he dado ha adquirido toda su exactitud, sin perder nada de su interés, espero se me perdonará la extension.

BIOGRAFIA
DEL
GENERAL SAN MIGUEL.



EL GENERAL SAN MIGUEL

BIOGRAFIA DEL GENERAL SAN MIGUEL.

CAPÍTULO I.

Si nos hubiésemos propuesto hacer la biografía únicamente del hombre político, que en este lugar nos pareciera poco propia, habríamos procurado, con los datos que tenemos, ayudados de nuestros recuerdos, hacer detalladamente la reseña de todos sus hechos políticos y militares; mas tratándose aquí tan solo de dar á conocer superficialmente el hombre que poseyó tan buenas dotes literarias para escribir la historia, correremos á grandes rasgos los pasos de su carrera para venir al fin á presentarle bajo el aspecto que parece tan natural en un escrito destinado al frente de una de sus mejores producciones literarias. Si nada dijéramos de su vida pública nos pareciera omision vituperable.

Con este propósito, pues, vamos á dar á conocer á los señores suscritores á la *Historia de Felipe II*, quién fué don Evaristo San Miguel y Valledor, duque de San Miguel.

En Gijon, la misma villa del principado de Asturias, donde vino al mundo el insigne Jovellanos, famoso literato, vió don Evaristo San Miguel la luz primera el dia 26 de octubre de 1785, cuarenta y un años despues de aquel. Sus padres, don José San Miguel y doña Rita Valledor y Navia, diéronle la esmerada educacion que en aquella época y en dicho principado podia haberle dado una familia bien acomodada, como lo era la suya. Estudió don Evaristo despues de los rudimentos que solian enseñarse en las escuelas primarias, tres

años de matemáticas en el Instituto asturiano, establecido en su misma villa natal, y cuatró de facultad mayor en la Universidad de Oviedo, en cuyos estudios se aplicó y aprovechó con distincion, no sólo por su profundo juicio, sí que tambien por la facilidad en comprender cuanto se le ofrecia de mas espinoso en las asignaturas que estudiaba. Viósele desde sus primeros años muy afecto á todo cuanto tenia relacion con la Historia, para la cual mostró decidida aficion algunos años despues.

Siendo su inclinacion á la carrera de las armas la que mas atraia su atencion ya desde su mocedad, sus padres le proporcionaron los medios de satisfacerla, haciéndole entrar el 17 de abril de 1805, esto es, poco menos antes de cumplir los veinte años, á servir de cadete en el primer batallon de voluntarios de Aragon; ingresando en 10 de julio de 1807 en el regimiento de infantería del Estado, ascendido ya á subteniente.

Cuando en 1808 resonó en todos los ángulos de nuestra querida patria el grito imponente y formidable contra la invasion de los franceses, cuyos ambiciosos planes, así que fueron descubiertos en Madrid, cundieron como la chispa eléctrica por toda la Península, don Evaristo, que se hallaba en Madrid de guarnicion, se olvidó del juramento prestado á las banderas de su batallon, y se fugó, en el mes de junio, para acudir al llamamiento que su provincia habia hecho á todos sus hijos, para levantarse á defender la independencia de su patria tan cobardemente arrebatada, y él fué uno de los voluntarios que se encontraron en la accion de Cabezon, que tuvo lugar el dia 12 del mismo mes de junio. Tres dias despues fué San Miguel nombrado capitan de tiradores en el regimiento de Covadonga, nombre que en todo pecho español recordará siempre una invasion espantosa, que se estrelló ante la famosa cueva así llamada, contra un puñado de hombres que nunca pudo aquella domeñar. En 14 del próximo julio se encontró, en el ejercicio de su nuevo nombramiento, en la batalla de Rioseco, y en la de San Vicente de la Barquera el dia 19 del mes de noviembre del mismo año.

Desde 11 de junio de 1809, despues de haberse hallado en la accion de Pajares, en la entrada de Santander y en las alturas de Peña-Castillo, donde fué hecho prisionero y conducido luego á Francia, hasta 1814 en que se verificó la paz general, estuvo San Miguel preso en el vecino imperio; sin embargo de haber intentado fugarse de su prision en principios de noviembre de 1813; pues la

gendarmería francesa se apoderó de él y le condujo al fuerte de San Francisco de Airc, para conducirle despues á la ciudadela de Montpeller, donde permaneció encerrado hasta que se le dió órden de regresar á España, en la cual se le incorporó al depósito de infantería del cuarto ejército.

Ingresado que fué en el segundo regimiento infantería de Asturias, San Miguel, formando en el ejército de la izquierda, concurrió con los aliados á la definitiva destruccion de las ambiciosas pretensiones de Bonaparte al trono de España, penetrando al efecto en Francia por San Juan de Luz con las tropas, y permaneciendo en el territorio del invasor por espacio de cinco dias.

El dia 30 de mayo del año 1815 obtuvo el grado nominal de teniente coronel, y hasta el 10 de febrero 1819 no ascendió á segundo comandante del batallon expedicionario á que pertenecia y que habia sido destinado á Ultramar. Mas cuando en el mismo año se preparó esta expedicion en la que se le habia incorporado en la columna encargada de pacificar la América del Sur, pronunciada entonces contra su gobierno de España, San Miguel, cuyo noble entusiasmo é ilustrado carácter no veian, como otros tantos hombres amantes de la libertad, mas que las desgracias que pesaban sobre la suerte de la desolada patria y los males que en ella sembraba el ominoso yugo de un tirano, solo pensó en levantarse á favor de los justos designios de poner coto á las tropelías y excesos del absolutismo, que tan oprimidos traia á la sazon los ánimos; pero desgraciadamente los agentes del gobierno le delataron como sospechoso, y el 8 de julio fué preso por el conde de Abisbal en el campo del Palmar del Puerto de Santa María, con casi todos los jefes que á la sazon se hallaban en aquel mismo punto, y conducido al castillo de San Sebastian, de Cádiz, de donde pudo escaparse, y corrió á reunirse con los suyos en las Cabezas de San Juan.

Habiendo, á pesar de todo, tenido lugar el pronunciamiento en enero de 1820, é incorporádose San Miguel á la columna de Riego en el Puerto de Santa María, el dia 7 del mismo mes fué nombrado en la isla de Leon segundo jefe del Estado mayor del ejército denominado de la Isla, formando al propio tiempo parte de la Junta revolucionaria con el cargo de secretario, hasta que con el de jefe del estado mayor de la columna volante de Riego, y ardiendo en deseos de trabajar con el mayor ahinco para el feliz éxito de la bandera liberal que habia desplegado con los principales caudillos del levan-

tamiento que formaban la Junta revolucionaria, salió el dia 27 del mismo mes, de San Fernando, pasando por Chiclana, Cosiel, Veger, llegando despues de una penosa marcha á Algeciras, de donde volvieron á salir el 7 de febrero próximo. Antes de dejar con su columna esta ciudad, compuso San Miguel la cancion liberal y patriótica denominada el *Himno de Riego*, cuya letra reproducimos á continuacion, que, por no ser tan conocida como el inmortal himno de que forma parte, no dejó de llevar á la victoria á la columna de aquel valiente caudillo inflamando los pechos de entusiasmo, como los inflamará siempre que resuene su marcial y libre acento Héla aquí:

HIMNO GUERRERO

QUE CANTABA EN SUS MARCHAS LA COLUMNA MOVIL DE RIEGO.

CORO.

Soldados, la patria
nos llama á la lid,
juremos por ella
vencer, ó morir.

Serenos, alegres,
valientes, osados,
cantemos, soldados,
el himno á la lid.
Y á nuestros acentos
el orbe se admire,
y en nosotros mire
los hijos del Cid.
Soldados, etc.

Blandamos el hierro,
que el tímido esclavo
del libre, del bravo,
la faz no osa ver.
Sus huestes, cual humo,
vereis disipadas,
y á nuestras espadas
fugaces correr.
Soldados, etc.

¿El mundo vió nunca
mas noble osadia?

¿Lució nunca un dia
mas grande en valor,
Que aquel que inflamados
nos vimos del fuego
que excitara en Riego
de patria el amor?
Soldados, etc.

Honor al caudillo,
honor al primero,
que el patriota acero
osó fulminar.
La patria afligida
oyó sus acentos,
y vió sus tormentos,
en gozo tornar.
Soldados, etc.

Su voz fué seguida,
su voz fué escuchada,
tuvimos en nada
soldados morir;
Y osados quisimos
romper la cadena
que de afrenta llena
del bravo el vivir.
Soldados, etc.

Rompímosla, amigos;
que el vil que la lleva
insano se atreva
su frente mostrar.
Nosotros ya libres,
en hombres tornados,
sabremos, soldados,
su audacia humillar.
Soldados, etc.

Al arma ya tocan,
las armas tan solo,
el crímen, el dolo
sabrán abatir.
Que tiemblen, que tiemblen,
que tiemble el malvado
al ver del soldado
la lanza blandir.
Soldados, etc.

La trompa guerrera
sus ecos da al viento,

de horrores sediento
ya muge el cañon;
Ya Marte sañudo
la audacia provoca,
y el genio se invoca
de nuestra nacion.
Soldados, etc.

Se muestran, volemos,
volemos, soldados:
¿los veis aterrados
su frente abajar?
Volemos, que el libre
por siempre ha sabido
del siervo vendido
la audacia humillar.
Soldados, etc.

El dia 8, despues de la accion ocurrida en los campos de Taibilla, continuó la columna de los revolucionarios sus movimientos y operaciones, hasta que el dia 18 entró en la ciudad de Málaga, y sostuvo el dia siguiente los ataques de las tropas reales, evacuando á la madrugada del otro dia la ciudad para trasladarse á Antequera, á donde llegó al dia siguiente. Pasó el dia 24 á Campillo, dirigiéndose luego á la Serranía de Ronda, y despues de varias escaramuzas y algunos encuentros y atrevidas marchas, pudo penetrar en Córdoba.

El dia 8 de marzo emprendió la marcha hácia la Sierra, teniendo lugar dos dias despues la accion de Fuente Ovejuna, y prosiguió el dia 11 toda la columna de Riego su movimiento, tocando sucesivamente á Berlango, Villagarcía y Bienvenida, punto en que se disolvió.

Extendido por toda España el movimiento revolucionario, y obligado por lo tanto el Rey á jurar la Constitucion, pudo San Miguel entrar en la corte, donde se le concedió en 20 de junio la revalidacion del despacho de ayudante general de Estado mayor, que con fecha de 8 de enero se le habia conferido, y con la antigüedad del propio mes, el empleo de coronel efectivo. Fué destinado además en clase de jefe de seccion á la comision de jefes y oficiales que se hallaban á las órdenes de la junta auxiliar del ministerio de la Guerra.

Fácilmente se comprende que la corte desde el primer instante conspiró contra aquella situacion en que la habia puesto la voluntad del pueblo, como tambien el que procurase ahogarla con sus propias y únicas fuerzas interiores. No se cansaron, pues, de trabajar los serviles, porque no se cansan nunca, y uno de los medios que pusieron en juego, fué la sublevacion de los cuatro batallones de la Guardia Real, que se fugaron de Madrid del 1.° al 2 de julio de 1822, para regresar en la noche del próximo 7 con la pretension de desbaratar las instituciones liberales.

Entretanto San Miguel habia continuado del mismo modo en sus cargos, hasta que el 1.° del citado julio, á consecuencia de la salida de los cuatro batallones mencionados, fué nombrado comandante del batallon de Patriotas; y el dia 7 del mismo se situó con él en la plazuela de Santo Domingo; y en aquella famosa noche prestó grandes y buenos servicios á la causa de la libertad, contribuyendo en gran parte á rechazar y á vencer á los guardias insurrectos que habian por un momento acariciado el insensato proyecto de restablecer el absolutismo en la misma forma que antes, colocando al monarca en la plenitud de sus pretendidos derechos.

Con motivo de estos sucesos cayó el ministerio; y San Miguel, probado como liberal decidido y merced á los incesantes y poderosos servicios que habia prestado á la causa que defendia, y por la clara inteligencia y el distinguido talento que mostraba en sus escritos insertos en *El Espectador*, periódico que fundó él mismo, fué brindado al momento para formar parte del ministerio que habia de constituirse, ofreciéndole la cartera de Estado, que aceptó. El gabinete en que San Miguel poseyó dicha cartera estaba compuesto por don Miguel Lopez Baños, ministro de la Guerra; por don Francisco de Gasco, diputado á Cortes en las de 1820 y 1821, de la Gobernacion; por don José Manuel Vadillo, ex-diputado de 1813 y de 1821, de Ultramar; por don Felipe Navarro, de Gracia y Justicia; por don Mariano Egea, director de Rentas, de Hacienda, y por don Dionisio Capaz, capitan de fragata y diputado á Cortes en 1813, de Marina.

Sabido es que á este ministerio le cupo la suerte de presentarse en una época azarosa, llena de circunstancias difíciles y de innumerables obstáculos que era difícil orillar, si queria seguir su marcha por la senda de la libertad y progreso, como tenia por lema. Oigamos cómo se expresa el mismo San Miguel, ocupándose de los ministros que componian el poder:

«Salidos, dice, de una crisis que puso en tan inminente peligro nuestras libertades; blanco de fuerte é inevitable enemistad para muchísimos hombres de principios opuestos; precisados á romper con los personajes mas poderosos de aquel tiempo; arrastrados por la fuerza de las circunstancias á provocar una lucha á sus ojos terrible, pero del todo inevitable; echados de sus destinos, repuestos momentáneamente, obligados á dar el principal impulso que encontró con tan violenta posicion en hombres de todas condiciones, y por fin y término de circunstancias tan extraordinarias, la de haberse verificado durante su permanencia en los negocios la entrada del ejército francés que vino á arrancarnos nuestras libertades; no extraño que con la complicacion de sucesos que influyeron en la mente de los españoles todos, se haya juzgado con los ojos de la prevencion, y equivocádose, la causa de tantas desventuras.»

Sin embargo, no se crea que San Miguel en esta ocasion, por lo difícil de la situacion, dejase de dedicarse, en compañía de sus colegas, á probar con el mayor ahinco que no en vano se habian depositado tantas esperanzas en su prudencia, tino y rectitud de principios, pues que activó con incansable celo la persecucion de las facciones; y como se habia colocado respecto del monarca en una situacion anómala, con apuros pecuniarios, y aumentando la gravedad del estado del pais, en aquel período tan crítico, la instalacion de la regencia de Urgel, verificada en 15 de agosto, convocó para el 7 de octubre Cortes extraordinarias, no sin tener antes que pugnar y arbitrar mil medios para vencer la obstinada resistencia del poder real.

Las notas pasadas entonces al gobierno español por las cuatro potencias, Francia, Austria, Prusia y Rusia, como resultado de las conferencias habidas en el Congreso de Verona, con el nombre de *La Santa Alianza*, donde se decidió matar la naciente libertad de nuestra patria, bajo pretexto de una intervencion mal disfrazada de aquellas, hicieron mas precaria y complicada la situacion del ministerio, pero muy especialmente la de San Miguel, como ministro que era de Estado. Los dias 5 y 6 de enero de 1823 fueron puestas estas notas en sus manos, y sin demorar un solo instante determinó cumplir con su deber de patricio y de hombre de gobierno, dando la respuesta conveniente cumpliendo así con su delicado compromiso. No escuchando mas que la voz de indignacion de su pecho, rebatió las insensatas pretensiones de la Santa Alianza, leyendo en pleno parlamento el dia 9 con la energía que manifiestan las almas valientes en semejantes casos, la respuesta que daba á Francia de un modo decoroso, pero digno, concluyendo que la divisa del gobierno español era: ***Adhesion constante á la Constitucion de 1812; paz con las naciones, y no reconocer derecho de intervencion por parte de ninguna.*** Respuesta, como hemos dicho, digna, y que mereció la aprobacion unánime de toda la nacion, porque espresaba cumplidamente sus sentimientos, y que bajo ningun concepto nos parece censurable, antes al contrario merece encomiarse, en cuanto correspondió á los mas severos preceptos de la dignidad patria.

Al terminar su lectura, añadió San Miguel que el gobierno de España no podia oportunamente contestar á las demás naciones, porque, además, no lo consideraba ni justo, ni decente; *puesto que todas ellas*, dijo, *están llenas de invectivas, y suposiciones malignas, dirigidas no tan solo á la nacion, sino á los que la gobiernan y á los individuos que han hecho la revolucion.* No obstante, leyó una nota que sirvió de contestacion para todas. Todos los liberales y los diputados quedaron profundamente conmovidos de esta enérgica actitud, y tales muestras dieron de aprobar aquel acto del ministro de Estado, que los ministros fueron vitoreados, y se les dieron mil plácemes y enhorabuenas. El pueblo español, cuya gran mayoría ha sido y será siempre amante como el que mas de la libertad, no puede menos de aprobar las prudentes ocasiones en que se muestra á la faz del mundo su espíritu de independencia, y en particular ante aquellos que nos creen merecedores de la esclavitud. ¡Acabábamos de sacudir el yugo de la esclavitud sufrida entre nosotros mismos; y querian otros extraños á nuestra patria, oprimirnos con su dominacion!

Muy notorio es lo importante y trascendental que fué la trasmision de estas notas en que se desafiaba la conjuracion de Verona. El mismo ministro de Estado queriendo defender este acto tan grave, despues de probar suficientemente que las notas trasmitidas por las cuatro potencias y concebidas en términos nada diplomáticos, tenian por objeto concitar los ánimos, complicar nuestros disturbios y crear nuevos conflictos, añade: «¿Con qué objeto hicieron pues tan extrañas comunicaciones? Con el simple sin duda de encender nuevas teas de discordia, de promover nuevos embarazos, de enviar nuevos refuerzos, con esta manifestacion, á los soldados de la fé, y

á sus acérrimos instigadores, de poner en nueva pugna al monarca con su gobierno y con las Cortes. Ignorantes, como lo estaban probablemente, del estado de los negocios de España, se imaginaron que á la llegada de las notas, se concitarian los ánimos, y se crearian conflictos, y tomarian prodigioso incremento las hostilidades de los que llamaban *la parte sana de la nacion*, ya declarada contra las instituciones liberales. Para valernos de sus frases, contaban con que el rey seria puesto en libertad por los esfuerzos violentos de sus súbditos. Para preparar mejor el terreno, se habian anunciado las comunicaciones; y el gobierno francés habia dado publicidad á la suya antes de ser entregada por su ministro plenipotenciario.

»Todo esto era claro para el sentido comun: los ministros españoles no podian tener tan cerrados los ojos del entendimiento... al pié de las comunicaciones venian en cierto modo escritas las respuestas. No vacilaron, pues, un momento sobre las que debian dar á un lenguaje tan desusado, tan no merecido, tan odioso. Entre postrarse implorando gracia, y contestar como contestaron, no habia medio. La cuestion era terrible, pero clara. El gobierno conoció todo el peso de la tremenda responsabilidad que iba á caer sobre él en aquellas circunstancias. No se le ocultaba que de las respuestas que iba á dar, pendian tal vez los destinos de la patria; mas no titubeó ni un momento, como hemos dicho, en adoptar la sola conducta que restaba á un gobierno que se hallaba al frente de nacion tan heroica como la España.»

Si por un lado parece que aquel ministerio obró con ligereza, y principalmente San Miguel, exponiéndose á una venganza por parte de aquellas naciones, que debieron tomar como un insulto la dignidad y tono resuelto con que se les contestó, atendiendo por otro todas las circunstancias de la situacion, y teniendo presente que pocos años atrás las tropas mal organizadas de España habian destruido los ejércitos aguerridos y victoriosos del coloso del siglo, debe tenerse presente que nuestra patria infundia cierto respeto á los extranjeros que nos habian visto arrojarles del fondo del corazon de nuestras poblaciones con tanto valor como entusiasmo, hasta con frenesí por amor á nuestra independencia, y que solo por debilidades ó torpezas, que serán fáciles de comprender al que medite sobre aquel punto tan importante de la historia de nuestro siglo, probaron de pasarnos aquellas comunicaciones que con tal energía y decoro fueron rechazadas.

Sobre este importante asunto observa tambien San Miguel que con ganar tiempo nada se adelantaba, y en nada se cambiaba la cuestion, que en todos casos el deber de los ministros era enteramente el mismo, que el ejército francés era poco numeroso, que en último caso podia contarse con el apoyo de Inglaterra y que de no proceder conforme procedieron, podrian resultar mayores males. «El gobierno español, añade, contó con que en caso de guerra habria lucha, y que si esta no era feliz en todas ocasiones, se contrabalanzarian las ganancias con las pérdidas. Empeñada sériamente la contienda, todas las probabilidades eran de que al fin se hiciera nacional, y que el inmenso partido liberal corriese á la defensa de la libertad, al mismo tiempo que de su dignidad é independencia.

. . . .

»Así en las respuestas del gobierno iban no solo envueltos el decoro y honor nacional, tan vilipendiados en las notas de la Santa Alianza, sino tambien la salvacion, la felicidad, la independencia y libertades de la nacion á cuyo frente estaba. Humillarse sin provecho, era un horrible sacrificio; negociar, era imposible, era una quimera... El combate era tal vez inevitable, mas sí la única solucion de este problema: se acercaba el tiempo de defender con las armas el derecho que tenia España de darse las instituciones que tuviera por conveniente. La situacion era crítica y terrible; pero por ella habian pasado otras naciones, donde la actual generacion recoge el fruto de la sangre vertida por sus padres.»

CAPÍTULO II.

Todos los desvelos que se habian tenido, y los esfuerzos que se habian hecho para que el estandarte de la libertad tremolara en la cumbre á que le habia levantado el entusiasmo español, iban á quedar frustrados, en cuanto la libertad corria otra vez á sepultarse, si bien con honra y dignidad, sin afrentas, sin abjuraciones; y San Miguel, firme en la lealtad de los principios que en poco tiempo le habian conquistado un puesto glorioso en los destinos de su patria, emprendia otra vez, despues de su caida, el camino que mejor le condujera al logro de sus deseos y de los de su nacion. Esta habia depositado la confianza en su lealtad, y él no podia ser desleal á una madre que tanto le queria y que tantos deseos habia pensado realizar con él.

La situacion del ministerio, grave y complicada ya por el cúmulo de tan heterogéneas y numerosas circunstancias en lucha unas contra otras, vino á experimentar mayor peligro y compromiso con la malhadada accion de Brihuega, ocurrida con la faccion de Bessiers. Este revés, que no solo amenazaba la existencia del Gabinete, sino que tambien destruia las venerandas instituciones conquistadas poco tiempo antes á fuerza de sangre y de penalidades infinitas, hacia por fin caer la venda de los hombres liberales y nobles que creian, ciegos, la hipocresía mas vil y refinada como la virtud mas santa y pura. Sin embargo, el gobierno, en tan tristes momentos, tomó enérgicas disposiciones para contener la invasion ya casi inevitable de los cien mil hijos de San Luis, que amenazaban reducir á cenizas el árbol de la libertad, y despues de haber las Cortes discutido

y resuelto la necesidad de trasladar la corte á mas seguro asilo, tuvieron los ministros una franca explicacion con el Rey; pero este, arrancándose de pronto la careta hipócrita con que hasta entonces encubriera sus intentos, puso al Gabinete en la precision de dejar su puesto, del que fué exonerado el dia siguiente, 19 de febrero, momentos despues de haber quedado cerradas las Cortes extraordinarias.

Así, pues, en lucha los ministros con el Rey, al tenerse la noticia de la invasion francesa, y amenazada toda la nacion con la pérdida de sus conquistados derechos y de su libertad, para ser otra vez víctima del despotismo, no podian menos los hombres amantes del bien de su patria, de estar en contínua alarma y llorar con lágrimas de hiel los disturbios y males que España iba á sufrir por la estupidez y refinamiento de malignidad.

Apenas el pueblo de Madrid supo la destitucion de sus queridos ministros, cuando levantó un instantáneo motin, y al anochecer del mismo dia 19, hizo que el Rey volviese á llamar á los ministros que poco antes destituyera, revocando al efecto los decretos que acababa de expedir, y enviándoles el oficio de su reposicion interina á las once de la misma noche. Los miembros del Gabinete tuvieron que hacer, para no agravar mas la situacion, el grande sacrificio de acudir al llamamiento de la Corona para reincorporarse en sus puestos, de los que momentos antes habian sido indignamente arrojados. Fácilmente se comprende tal sacrificio, teniendo presente que no faltaria quien con torcida intencion supondria en los ministros la complicidad en los alborotos de aquella tarde y noche; pero en circunstancias tan anómalas, tuvieron que arrostrar el compromiso, prefiriendo menoscabar hasta cierto punto su dignidad, á poner en mayor apuro al Estado.

Manifestaron, empero, al monarca que habian cesado realmente en el ejercicio de sus cargos el dia 19 de febrero, y que por lo tanto, le presentaban su dimision, porque les seria imposible desempeñar servicio alguno de su cargo respectivo. En vista de las razones que le expusieron, aceptó el Rey sus dimisiones, exonerándoles en los términos mas honoríficos y satisfactorios, aplazando solamente su salida para el momento en que se reunieran las Cortes ordinarias que dentro pocos dias iban á abrirse, ante las cuales, segun era entonces costumbre, pudiesen dar lectura á las Memorias de sus ramos respectivos.

El primero de marzo próximo abriéronse efectivamente las Cortes, las que sin embargo no quisieron oir aquellas Memorias, pues habiendo cedido un tanto el Rey, se fijó la partida de Madrid á Sevilla para el dia 20 de marzo, en cuyo viaje acompañaron los ministros al monarca, y el dia 24 despues de haber leido en aquellas Cortes sus Memorias, cesó en sus funciones aquel célebre gabinete.

Para apreciar con entera justicia todos los actos de aquel ministerio, combatido por tan opuestos elementos, es preciso tener en consideracion las circunstancias críticas por que tuvo que atravesar, las dificultades que presenta el gobierno de una nacion, cuando, despues de una revolucion, se establecen diferentes sistemas ó ramos opuestos á los anteriores para corresponder á los distintos principios que el nuevo gobierno debe plantear y defender, y principalmente debe considerarse que España entonces comprometida por sus sucesos particulares, se vió en el caso de sufrir complicaciones que vinieron de las otras potencias, en especial del vecino imperio, que no podia conformarse con la idea de renunciar al suelo que por todos los medios, hasta los mas infames, habia intentado conquistar.

Al dia siguiente de la disolucion del ministerio, pidió San Miguel su reincorporacion al ejército de operaciones de Cataluña, que mandaba don Francisco Espoz y Mina, y habiéndose accedido á su peticion, partió en mayo para incorporarse con dicho ejército. Así veia la ocasion de satisfacer su ardiente deseo de esgrimir la espada contra los enemigos de la libertad y de su patria.

Una vez en Barcelona San Miguel, á donde llegó por el mes de junio, fué nombrado el dia 25 jefe interino del Estado mayor del ejército, y tomó parte en todas las operaciones que las tropas liberales, á las órdenes del general Milans, mantenian contra los cien mil soldados que habian atravesado el Pirineo con el bastardo y despótico designio de echar por tierra hasta sus cimientos el edificio constitucional. Distinguióse en Tarragona, que estaba sitiada por los franceses, hallándose en la salida del 27 de agosto, y en el encuentro á las inmediaciones de Altafulla, y en el furioso ataque en que fueron rechazados los franceses del fuerte del Olivo, el dia siguiente.

Salió de Tarragona, hácia la parte de Aragon; llevando el mando de una columna de 2,000 hombres, con el objeto de procurarse recursos, y conociendo el decaido espíritu del pais en las pocas disposiciones de secundar el movimiento á que su ánimo le habia

impulsado, tuvo que verificar su retirada hasta Lérida, á donde llegó el dia 30.

Volvió San Miguel á salir con sola su caballería, y el dia 5 de octubre entró en Barbastro, teniendo el dia 8 un encuentro con el regimiento número 3 de dragones franceses, en el cual, como bravo adalid, despues de recibir diez heridas, algunas de ellas de las llamadas mortales, quedó tendido en el campo de batalla. Los franceses le levantaron, haciéndole prisionero y conduciéndole á Zaragoza, en cuyo hospital militar estuvo setenta dias, habiendo permanecido algun tiempo luchando entre la vida y la muerte. No quiso la Providencia que llegara su fin entonces, y apenas salido de la grave enfermedad, y aun antes de empezar su convalecencia, fué internado en el vecino imperio en calidad de prisionero.

Continuó San Miguel siendo prisionero en Agen, capital del departamento del Loire Garonne, hasta 24 de abril de 1824, en que fueron extinguidos los depósitos; y obtuvo pasaporte para dirigirse á Inglaterra, donde se reunió con sus numerosos compañeros de infortunio, que estaban condenados á comer el amargo pan del desterrado, si bien es verdad que la capital de la Gran Bretaña les daba una generosa hospitalidad. Allí permaneció nuestro emigrado hasta el año 1829. ¡Qué período de males tan dilatado! ¡Cuántas horas de amargura! ¿Cómo estaba su patria? ¿sus amigos? ¿su desconsolada familia? ¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡cuántas esperanzas destruidas! ¡Cuántos deseos vió frustrados el pobre emigrado que, como sus demás compañeros, esperaba que diese la hora de la libertad para besar otra vez el suelo donde naciera, y que terminase el reinado del bárbaro y feroz despotismo que carcomia y arruinaba á su patria querida!

Despues de la revolucion de 1830, la que puso sobre el trono de Francia á Luis Felipe, San Miguel, como tantos otros proscritos, creyó llegado el momento de realizar en España un cambio político; y por lo tanto, á pesar de los escasos recursos con que contaban los emigrados, San Miguel se trasladó á Francia, y al frente de trescientos y cincuenta hombres, atravesó la frontera, verificando su entrada en Cataluña; pero la intentona, como era natural, no tuvo éxito ninguno lisonjero, por lo cual despues de haberse sostenido tres dias, hubo de retroceder é internarse en Francia, en cuya capital residió hasta 1833.

Habiendo promulgado en 1834 la reina María Cristina una am-

plia amnistía, pudo San Miguel penetrar nuevamente en España, por el mes de mayo, y entrar en Madrid, llena el alma de esperanzas, pues la muerte del infausto monarca que tan desastrosamente gobernara la nacion, no podia menos de ser para los corazones liberales un suceso lisonjero, préságo de dias mas felices.

Dedicóse desde luego á la política, consagrando su probada actividad y talento, de que tan relevantes muestras habia dado anteriormente, á la defensa de los principios que tanto estimaba. Publicó bajo el título de *El Mensajero de las Cortes* un periódico dedicado á sus opiniones, insertando en él, además de otros trabajos de importancia, una reseña de los principales acontecimientos ocurridos en España desde el año fatal de 1808 hasta 1823, la cual publicó en treinta y tres artículos. En cada uno de ellos demostró su aptitud y claro ingenio para cultivar la historia contemporánea, no solo por las dotes que sobre el particular poseia, sí que tambien por su imparcialidad y sano criterio. Cuando tratemos de su *Historia de Felipe II*, ya manifestaremos las cualidades que adornaron á este bravo militar en sus estudios históricos.

Pero apenas asomaba en el horizonte político la aurora feliz de paz para la desdichada España que tantos reveses habia sufrido en tan pocos años, cuando los defensores del absolutismo pretendieron cubrir á su patria con el tenebroso velo del fanatismo y de la ignorancia, levantando el pendon de una guerra fratricida que tantos horrores y desgracias auguraba y que tanta sangre hizo derramar despues, sufrir tantos males, y que atrasó funestamente el progreso de nuestra patria, de lo cual aun hoy sufre las consecuencias.

El oscurantismo habia dado la voz de guerra; y San Miguel tuvo que dejar la pluma para empuñar nuevamente la espada, y marchar al frente de sus patriotas á luchar contra los enemigos del progreso y de las libertades. Fué repuesto en marzo de 1835 en su empleo de coronel y nombrado el 19 del propio mes jefe del Estado mayor del ejército de reserva de Castilla la Vieja, cuyo cargo no llegó á desempeñar, pero sí el de jefe del Estado mayor de la seccion que estaba á las órdenes del general en jefe del ejército del Norte, y que le fué encomendado el dia 14 del siguiente abril. Encontróse en la expedicion de las Amézcoas los dias 20 y 21 de abril, y el 22, en la accion del puerto de Artaza.

El dia 20 de mayo del propio año fué nombrado brigadier, y el

12 de julio jefe de la primera brigada de la segunda division del mencionado ejército. En su nuevo empleo de jefe de brigada continuó prestando buenos servicios á la causa liberal; y hallándose en la batalla de Mendigorría, fué levemente herido de un balazo, mereciendo otra vez, por su comportamiento, que se le concediera la cruz de San Fernando de tercera clase. En la accion de los Arcos, el dia 2 de setiembre, donde igualmente se halló, se portó de un modo distinguido, lo mismo que en la de Guevara el 27 de octubre, y en el encuentro renovado al siguiente dia, al regresar el ejército de Salvatierra á Vitoria.

Con la brigada de su mando continuó prestando otros nuevos y beneméritos servicios, y en 20 de marzo de 1836, segun disposicion comunicada por el ministerio de la Guerra, fué llamado á Madrid, donde se le confirió á principios de abril próximo el nombramiento de comandante general de la provincia de Huesca, y capitan general interino del distrito de Aragon, para cuyo efecto se trasladó inmediatamente á Zaragoza. No debe causar admiracion que los aragoneses recibiesen á don Evaristo con las muestras de estimacion y respeto que lo hicieron, porque un pueblo dispuesto á recibir con agrado toda emanacion política grande y generosa, no podia menos de admitir con entusiasmo á un hombre que tantas veces habia demostrado su ardiente celo y amor por la libertad y el progreso.

La caida por entonces del ministerio Mendizabal, y la formacion del nuevo gabinete que le sucedió en 15 de mayo, causaron, como era de esperar, grande irritacion en el ánimo de los aragoneses, que se manifestaron dispuestos á levantarse; pero la influencia y los esfuerzos del capitan general lograron calmar aquella animosidad y efervescencia declaradas contra el nuevo ministerio. Y no pararon aquí los servicios que San Miguel prestó al nuevo gobierno; pues que trató de disipar las desfavorables impresiones que produjo en sus subordinados la presentacion de aquel en la escena del poder, por medio de varios artículos que escribió en un periódico que á la sazon se publicaba en Zaragoza, sin que hiciera formal empeño en ocultar con el velo del anónimo el verdadero nombre del autor. Como se comprende, estuvo comprometido en una delicada situacion, teniendo que sostener una continua lucha entre la dignidad y patriotismo que su autoridad le imponia y el sentimiento de sus principios políticos. El descontento se hacia cada

vez mas general y notorio, y los aragoneses, siguiendo en mayor escala sus primeros impulsos, parecian enteramente dispuestos á declararse contra el gobierno. San Miguel, no obstante de ser muy querido y respetado, como hemos dicho, conoció que su prestigio no alcanzaria por esta vez á calmar los disturbios que amenazaban la tranquilidad pública, y viendo por consiguiente las dificultades que dentro poco se le presentarian ante la ejecucion de su crítico empleo, hizo dimision de él, la cual no le fué admitida. Volvió, empero, á reproducirla, alegando razones mas poderosas que la primera vez; pero el gobierno la desatendió, encargándole además el mando civil de la provincia, y confiando la conservacion del órden público á la concentracion del poder, lo que vino á comprometer mas aun la posicion del general. Mandó asimismo el gobierno que fuera en su ayuda una brigada, procedente del ejército del Norte, que pasaba al del Centro; mas don Evaristo creyó que esto sólo excitaria las sospechas del pueblo aragonés y le llenaria de inquietudes, provocando por fin el temido rompimiento; y por lo tanto bajo su responsabilidad despachó al jefe de aquellas tropas órden terminante de que no verificase la entrada en su distrito, enviando al propio tiempo una comunicacion al gobierno de Madrid, en que reiteraba con mas eficacia la dimision de sus cargos, y declaraba que no salia responsable de las consecuencias de mandar tropas en un distrito que estaba próximo á estallar contra el gobierno. Todas estas gestiones no surtieron ningun efecto, como no sea el mayor compromiso que sobre la situacion ya apurada del general se siguió de ellas de un modo notable.

El pronunciamiento de Málaga, cuya noticia recibió San Miguel el 1.° de agosto por carta confidencial del ministro de la guerra, y el cual era continuacion de otros proclamados con el mismo fin con el mismo entusiasmo y con creciente efervescencia, daba bien á comprender que el movimiento seria general. Los aragoneses demostraban de una manera extraordinaria su efervescencia y su decidida oposicion contra el gabinete; y San Miguel no se sentia con fuerza bastante para detener tan impetuoso torrente. Esta conviccion, y mas aun sin duda, los impulsos de su conciencia, obligaron por fin á San Miguel á tomar un camino distinto.

Se dirigió, pues á la Diputacion provincial, mandó á convocar á todas las autoridades con las diputaciones de las corporaciones, incluso el cabildo eclesiástico; manifestó claramente á todas la verdadera situacion del pais, y de comun acuerdo se decidió á satisfacer tan imperiosas exigencias, proclamando la Constitucion de 1812, si bien con las reformas que considerasen convenientes hacer en ella las nuevas Cortes que se convocarian. La Junta superior de la provincia, que habia hecho aquella proclamacion en 1.° de agosto, le nombró presidente de todo aquel distrito, que no habia tardado en secundar el movimiento de la capital, proclamando á su vez en todas partes la misma Constitucion.

En aquellas circunstancias, la resolucion de San Miguel evitó en el movimiento de Aragon los sérios y trascendentales conflictos que pesaron sobre los de Madrid, La Granja, Málaga y otros puntos, donde no se desplegó una conducta conciliadora, al mismo tiempo que enérgica, por parte de las autoridades. Reconocida la Constitucion de 1812, si bien sujeta á revision y reforma, como la ley fundamental del Estado, quedó San Miguel depuesto en el cargo de presidente de la Junta el dia 17 del propio mes de agosto.

Instalado de nuevo en sus anteriores cargos, y promovido además al empleo de mariscal de campo poco tiempo despues, conservando sin embargo la capitanía de Aragon, donde gozaba de gran confianza y merecida simpatía, recibió San Miguel en 22 del citado mes el nombramiento de general en jefe del ejército del Centro. El bien que hizo á la causa que defendia, nos lo dirá la mucha experiencia que habia adquirido de aquella guerra, experiencia que desde luego le sugirió el plan del movimiento y operaciones que empleó, y que fué el de perseguir sin tregua á los enemigos y sin permitir que se arraigasen ó estableciesen en alguna parte, encerrándoles en lo intricado de sus montes, y en especial, acabar con los puntos fuertes á cuya sombra cometian todo género de excesos y exacciones.

CAPITULO III.

Si fuese nuestro intento dar una reseña completa y detallada de la vida militar de nuestro personaje, nos extendiéramos demasiado y no lograríamos interesar en su curso á muchos de los lectores que no podrian seguir sin cansarse un minucioso exámen de los hechos de armas de un general, en aquella época en que las acciones eran diarias, y en que, por decirlo así, los generales vivian sobre la silla de su caballo de batalla. Por lo tanto, indicaremos sin entrar en pormenores los rasgos que mas distinguen á San Miguel, durante aquel período de revueltas y guerras intestinas.

Fijó, pues, San Miguel, atento al plan que habia formado, todas sus miras á Cantavieja, que para los enemigos habia entonces adquirido suma importancia, y para cuya destruccion se clamaba en gran manera. A este fin tomó todas las disposiciones conducentes, y con la mayor actividad hizo reunir fondos y el material de artillería indispensable para marchar sobre aquel punto fuerte, desde donde los facciosos se imponian á los pueblos de la provincia de Teruel, y hasta algunos de la de Zaragoza.

Vióse, empero, precisado á hacer levantar el sitio de Gandesa, que tenia puesto Cabrera con fuerzas muy considerables, por lo que don Evaristo, separándose de su propósito, fué á pernoctar el dia 4 de setiembre con sus tropas á Calaceite, para dirigirse á la mañana siguiente contra Cabrera, quien dos horas antes de su llegada habia levantado el sitio precipitadamente internándose en los puertos de Beceite, conociendo sin duda qué clase de enemigo se le presentaba.

Mandó San Miguel aumentar con dos piezas de artillería los me-

dios de defensa con que contaba Gandesa, y salió de aquella plaza, pernoctando en Maella, y el dia siguiente en Caspe, con propósito de marchar sucesivamente contra Beceite y Cantavieja; pero el dia 8, al salir para Hijar, recibió en el camino órden del gobierno para que con el mayor número de fuerzas que pudiera reunir, se dirigiese á Molina de Aragon, para ir, en combinacion de los generales Alaix y Rivero, contra el cabecilla Gomez. Aunque esta órden contrariaba sus planes, emprendió la marcha en la direccion que se le ordenaba, no sin dejar antes en Montalvan algunos batallones, para que no quedase sin refuerzos un pais que tanto los necesitaba. El dia 11, sin embargo, debió cambiar de direccion y marchar sobre Teruel, en vez de Molina, por habérsele noticiado que los carlistas se encaminaban al marquesado de Moya.

El dia 12 llegó con su columna á Teruel, donde hizo alto dos dias para proveerse de los indispensables fondos, y pasó á Moya el dia 15 donde supo que estaba el enemigo en el campo de Utiel, amenazando á Requena; mas á la oportuna aproximacion de San Miguel hácia aquel sitio, levantaron los facciosos inmediatamente el campo y se internaron en la Mancha.

Ahuyentados los carlistas que no quiso perseguir y hostigar, por no alejarse del territorio de su mando, creyó oportuno San Miguel entrar en el distrito de Valencia, donde habian penetrado las facciones de Forcadell, Llagostera y del fraile Esperanza, las que despues de amenazar á Segorbe, y perseguidas por la segunda division del ejército del Centro, se dirigieron hácia el Norte. San Miguel no descansó un momento, persiguiendo á varias partidas de facciosos, á las que obligó á internarse en las sierras de Aragon, y correr presurosamente á su cuartel de Cantavieja. Por esto, pues, y mas aun por carecer de pan desde hacia tres dias, se encaminó á Albarracin, y prosiguió hasta Zaragoza para proveerse otra vez de fondos.

Ni un momento habia perdido de vista San Miguel el plan de caer sobre Cantavieja, y ahora que, despues del refresco de provisiones, creia llegado el momento de cumplir el deseo que tanto acariciaba, recibió, cuando salia en direccion á dicho punto, órden del gobierno para trasladarse inmediatamente á Molina con todas las fuerzas de que pudiera disponer, para ir á batir cinco batallones navarros que habian pasado el Ebro, y avanzaban hácia Castilla. Contrariado tantas veces el proyecto que abrigaba contra aquel núcleo de los facciosos, vió complicar mas su posicion con esta órden,

cuando la estacion por otra parte avanzaba á pasos agigantados. El mismo San Miguel dice: «En este conflicto, sabiendo por otra parte que la nueva expedicion navarra se dirigia al Norte en lugar de venir á Castilla, resolví, despues de haber pesado bien las circunstancias, tomar sobre mí la responsabilidad de una expedicion por tanto tiempo diferida, y de todos tan ardientemente deseada.»

Constante pues á su resolucion, salió de Teruel el 14 de octubre, cayendo el dia 27 sobre Cantavieja. Estableció en la noche del 30 al 31 del mismo las baterías para rendir la plaza, que á la mañana siguiente obtuvo, consiguiendo que la abandonase precipitadamente al enemigo, temeroso de la pericia y decision del jefe que le atacaba. Y en efecto, no se habria verificado tan fácilmente la toma de esta plaza importante, si San Miguel con su prevision no hubiese mandado reunir con tanta actividad el tren de batir necesario, para llevarla á cabo con la rapidez que se habia propuesto. «Un dia ó dos mas, dice, delante de la plaza hubiese sido nuestra ruina. No teníamos ni pan, ni vino, ni aguardiente, ni techo, ni apenas leña, con un frio espantoso que dejaba yertas nuestras tropas.» Considérese pues por lo dicho por el mismo San Miguel, la delicadeza y tino con que tenia que proceder para no malograr una empresa cuya importancia es tan notoria; pues como hemos dicho desde aquel punto los carlistas se imponian sobre los pueblos de Teruel y algunos de Zaragoza, lo que forzosamente contrariaba de un modo notable los planes y operaciones de las tropas liberales por aquellos puntos; y véase si son merecidos los elogios que se le tributan por este triunfo tan rápidamente alcanzado, á pesar de las muchas contrariedades que á primera vista habia de ofrecer aun á los ojos de cualquier otro hombre conocedor de la estrategia militar.

San Miguel, una vez dueño de Cantavieja, dió las órdenes necesarias para que se organizara la nueva guarnicion, y despues de aumentarle sus medios de defensa, salió de aquella plaza el dia 3 de noviembre en direccion á Teruel. No habia en aquellos dias un instante de reposo: se habia declarado una guerra á muerte y sin tregua, en la que luchaban dos principios tan opuestos como la luz y las tinieblas, y hasta vencer uno de ellos parecia imposible cejar por una ú otra parte. Al llegar el dia 5 á Teruel, se le notició que Gomez, de regreso de Andalucía, encaminaba sus partidas á la provincia de Cuenca. En su consecuencia, continuó el dia 6 su marcha dirigiéndose á Moya á donde llegó dos dias despues; pero sabiendo

el dia 10 que la expedicion de los facciosos se habia dirigido hácia Trujillo y Cáceres, emprendió su regreso á Aragon.

Otra órden del gobierno que recibió el dia 11 le mandaba trasladarse á Priego con cinco batallones y la fuerza correspondiente de caballería, con objeto de la defensa de Aragon, en caso de que las facciones de los carlistas se propusiesen invadirle, y de cubrir la capital al mismo tiempo. San Miguel contestó al gobierno que de ningun modo le era dado separarse tanto y con fuerzas tan grandes, què era casi el total de las que disponia, para ir á otro punto á defender Aragon, cuando por la razon misma de estar este infestado de facciosos eran necesarias allí aquellas fuerzas para perseguirles y evitar que en su ausencia bloqueasen á Cantavieja, á lo que parecian enteramente dispuestos por poco que pudiesen aprovecharse de su ausencia; añadia que no podia tampoco prescindir de ser el capitan general de una provincia, cuando tal empleo la habian confiado á su cuidado; que el mejor medio de defensa contra las tropas expedicionarias de Gomez era el de colocarse cerca y no lejos de sus límites, y en fin que la capital no podia ser amenazada, cuando sin descanso se perseguia á la faccion tan de cerca y con fuerzas suficientes. Cuando hubo remitido al Gabinete esta respuesta, volvióse á Teruel, entrando en él á 12 del mismo mes, dando las órdenes en union con el entonces brigadier don Agustin Nogueras, su segundo, para que se pudiese luego emprender la marcha hácia Beceite, practicando al efecto varias operaciones y movimientos hasta verificar la reunion de ambos jefes, la cual tuvo lugar en Alcañiz el dia 19.

La noticia que el dia 20 recibió de que Gomez al frente de diez mil hombres habia entrado en Albacete, dirigiéndose hácia el Norte, vino á desbaratar los planes que habia formado; pero no tanto aun, como la nueva órden que le mandaron del gobierno, haciéndole cargos por no haber pasado á Priego, como se le habia ordenado, y mandándole que inmediatamente enviase tres batallones á Huete. San Miguel respondió á los cargos, demostrando con sólidas razones la lealtad y tino de la conducta que entonces habia seguido, y procuró cumplir el mandato que se le imponia, marchando con cuatro batallones el dia 25. Llegó el 27 á Moya, donde supo que los carlistas habian entrado en la provincia de Cuenca, por lo que se dirigió á este punto donde arribó el dia 1.º de diciembre.

El dia 11, despues de diferentes marchas y contramarchas, em-

prendidas conforme las encontradas noticias ú órdenes que de Madrid se le remitian, regresó á Molina, y desde allí se encaminó á Medinaceli en persecucion siempre de los contrarios. En la última de estas dos poblaciones le noticiaron que estos habian emprendido la marcha hácia Burgos por el paso del Duero que ya habian traspuesto, y que iba en persecucion de los mismos el general Alaix. Como quiera que San Miguel creyese inútil una marcha en el mismo sentido que este, resolvió regresar á Aragon tomando la carretera, por si acaso los enemigos intentasen cambiar su movimiento hácia la provincia de Soria, y poderse en tal caso oponer con sus fuerzas. Dirigióse luego á Zaragoza, dejando á Calatayud la tropa con que operaba, y llevando la intencion de emprender la marcha cuanto antes á Beceite; mas vino á desbaratar este proyecto la órden recibida el 23 de su relevo como capitan general de Aragon y general en jefe del ejército del Centro. Despues de haber hecho reconocer á su sucesor en ambos mandos, salió de Zaragoza el dia 26, en direccion á Madrid, donde le llamaba su carácter de diputado.

La conducta de todos los hombres públicos es siempre objeto de exámen y atencion por parte de los amigos, lo mismo que de los enemigos, y si aquellos verifican este exámen con mas ó menos parcialidad, con mas ó menos entusiasmo y preocupacion, tambien los últimos muestran un celo en sentido contrario mas ó menos fuerte y quisquilloso, permítase la frase; y no es extraño por lo tanto, que mientras unos elogian en exceso la conducta del hombre de su bando, los contrarios se encarnicen en censurarla y presentarla bajo un aspecto negro y repugnante. No se crea sin embargo, que las palabras que vamos á decir son hijas del cariño ó la animosidad que sugieren los distintos principios políticos. San Miguel durante su mando en el territorio aragonés prestó muy eminentes servicios á la causa patriótica que defendia, y aun nosotros creemos que la conocida desobediencia mas arriba indicada á las órdenes del Gabinete, no es tan censurable como á primera vista parece. Mereció esta desobediencia la reprobacion del gobierno, por la razon de desacato á su autoridad mas que por la conveniencia de seguir sus órdenes. Es muy cierto que la expedicion de Gomez, merced á la falta de concurrir oportunamente las fuerzas con que el ministro de la Guerra esperaba aniquilarla, se salvó con insignificantes descalabros de tantos enemigos como podian haberse presentado á desbaratarla completamente; pero de esto no puede seguirse en buena lógica,

que San Miguel hubiese prestado mejor servicio yendo en contra de Gomez, que quedándose en Aragon. El jefe carlista, es verdad, ó cuando menos concedámoslo, habria quedado aniquilado por las tropas de la Reina; mas en tanto ¿qué habria sucedido en Aragon extrayendo su capitan general las fuerzas que ponian á raya los desmanes de los facciosos de que estaba infestada toda la provincia? ¿No habrian estos intentado apoderarse y tomado la plaza de Cantavieja, que tanto importaba al gobierno conservar? Medítense bien todas las razones y se verá la poca ó ninguna censura que por este acto merece San Miguel, cuando por otra parte todos convienen en su ferviente celo por la defensa de Aragon, que se le habia confiado, y la actividad que desplegó durante este cargo.

En los actos y operaciones que hemos someramente mencionado le hemos visto hasta aquí poco constante en sus principios, ó mejor dicho quizá, poco adicto á los compromisos que contraia. Si bien por una causa muy santa, hémosle visto fugarse de su regimiento para acudir á la convocacion que hacia su principado con el fin de luchar por la independencia y libertad de su patria contra los franceses. Durante su gobierno de general, sin pretender menoscabar su merecida reputacion de soldado prudente, bravo y activo, diremos que seguia con mas fe sus propios impulsos y determinaciones que los del gobierno central, lo que si no fuese una prueba de la independencia que es tan propia y natural á las almas nobles y grandes, indicaria que San Miguel en medio de sus desaciertos anduvo acertado. No obstante no es nuestro ánimo deprimir las buenas cualidades de nuestro militar, pues creemos que un torpe general puede ganar una ó mas acciones ó batallas por casualidades propicias, pero nunca creeremos que sean debidas á lo mismo las que gane una en pos de otra y en número considerable, el general que por otra parte experimentó pocas ó insignificantes derrotas.

Los que quieran enterarse mejor del período que acabamos de bosquejar sobre la vida de nuestro general, podrán consultar, entre otros escritos, un opúsculo que el mismo San Miguel escribió *sobre su conducta en el mando de Aragon y sucesos de agosto de 1836*. En este trabajo se hallarán las razones sólidas que da su autor sobre el móvil de su conducta de entonces.

Hasta aquí hemos mencionado las operaciones militares en que se halló; y en lo que vamos á decir pocas serán las veces que tengamos que separarnos de su vida política.

CAPITULO IV.

Desempeñando sus funciones como diputado de las Cortes Constituyentes por Oviedo, fué San Miguel uno de los que suscribieron á la Constitucion llamada del 37; y habiéndose disuelto el ministerio Calatrava por haber hecho dimision el poder, entró á formar parte el dia 18 de agosto de 1837 de la organizacion del nuevo ministerio, á cuyo frente estaba el insigne general don Baldomero Espartero. Se le designó interinamente la cartera de Marina, nombrándosele además ministro interino tambien de la Guerra, si bien el dia 30 del mismo mes se le confirmó esta en propiedad, reteniéndosele la secretería interina de Marina ya mencionada. Fueron grandes y numerosos los servicios que con su actividad, celo é inteligencia prestó, en su desempeño, á la nacion, y dedicó su mayor afan á moralizar y abastecer el ejército, y á la organizacion y plan de las operaciones militares.

Cuando el inepto don Carlos se presentó ante las débiles murallas de la corte creyendo que seria fácil á sus tropas pasarlas, San Miguel supo defenderlas bizarramente, sin que el órden público sufriese mella alguna en este inminente peligro.

El dia 2 de octubre presentó la dimision de ambos ministerios, la cual le fué aceptada; y volvióse á oir su voz en el Congreso, por haber sido elegido diputado por la provincia de Zaragoza, en cuyo cargo continuó por espacio de tres años, desvelándose siempre por el bien y gloria de su patria, á la cual, como en todas ocasiones, no cesó de servir dignamente.

Luego despues se le concedió real licencia para ir á descansar de

los cuidados políticos en su pais natal; pero parecia decretado por la Providencia que este hombre no podia ni un momento retraerse de los altos designios que le estaban reservados para el provecho de la patria. Por entonces, pues, tuvo lugar el pronunciamiento de setiembre que el principado de Asturias secundó con todas sus fuerzas, nombrándole presidente de la junta que él mismo organizó, y la provincia le nombró además diputado. Como representante de la junta pasó á Madrid á formar parte de la Junta central, que quedó disuelta así que se constituyó la regencia provisional.

Agradecido el gobierno al proceder de San Miguel y confiando mucho en sus dotes militares, le nombró capital general de Castilla la Nueva el dia 29 de octubre próximo.

Los zaragozanos volvieron á elegirle su diputado en atencion á los liberales y nobles sentimientos que tan de cerca habian tenido mil ocasiones de conocerle, y San Miguel, correspondiendo á la estimacion que sus electores le mostraban, tomó una parte muy activa en aquella notable legislatura, votando con la mayoría en el Congreso por la regencia única del experimentado duque de la Victoria. San Miguel comprendia muy bien que el iluslre caudillo de la libertad no podia hacer nunca traicion á las institucinnes cuya defensa á costa de su sangre derramada en tantos combates, habia ceñido su frente de inmarcesibles laureles; comprendia, en fin, muy bien que el general Espartero no podia hacer de la espada de la libertad el ominoso cetro de la dictadura, y por esto apoyó con toda la fuerza de que era capaz este nombramiento que por otra parte llenaba los deseos de la nacion.

Una vez el vencedor de Luchana investido con la regencia, escogió entre los hombres de mas aptitud para secundarle en su gobierno, aquellos que tenian ideas análogas á las suyas, y no podia por lo tanto menos de ver descollando entre ellos al ilustre San Miguel. Invitóle, pues, á tomar la cartera de la Guerra, que este aceptó con satisfaccion, por presentársele una vez mas ocasion de mejorar las corporaciones militares, que en tan lamentable estado se hallaban, resultado de la desastrosa campaña que acababan de llevar á cabo en la guerra civil. En su consecuencia, pues, se dedicó con el mayor desvelo á la nueva organizacion del ejército, la de las milicias provinciales consideradas como su reserva, la del cuerpo de Estado mayor del mismo, la del establecimiento del colegio militar de todas armas, la supresion de la guardia real, creando para reemplazarla

dos regimientos de infantería y otros dos de caballería, no olvidándose por esto de otros importantes asuntos.

Cúpole además, durante el período de su ministerio, obrar en los sucesos verificados entonces, atribuyéndole algunos gran parte en los cargos que se hicieron al gobierno por la falta absoluta de prevision respecto á la sublevacion comenzada el dia 7 de octubre. Mas sea como fuere, ocurrieron insurrecciones en Madrid, Navarra y Provincias Vascongadas, y en su consecuencia los fusilamientos verificados en la corte, y la expedicion del general Espartero á aquellas provincias en la cual acompañó San Miguel, para contener el torrente de la revolucion que habia estallado allí. Como ministro de la Guerra, no dejó de dar al Regente los consejos que creyó oportunos para alcanzar cuanto antes el mejor éxito, consejos que fueron atendidos por aquel bravo militar que conocia la lealtad y fe con que San Miguel procedia.

El 28 de mayo de 1842 la célebre coalicion, levantada en las Cortes contra el ministerio, dió á este un voto de censura por los acontecimientos indicados del año anterior. y mas aun, por la enérgica actitud tomada para reprimirlos ó destruirlos, y por haber declarado en estado de sitio á Barcelona. Este voto obligó al Gabinete á presentar su dimision el dia siguiente 29, á pesar de las muchas personas que le aconsejaban la disolucion de las Cortes.

Durante los siguientes debates no dejó de asistir San Miguel al Congreso como diputado, y fué tanta su cordura, que en las muchas ocasiones en que tuvo el uso de la palabra no profirió ninguna queja, ni menos hizo alusion alguna á los mencionados acontecimientos.

Luego despues de la caida del Ministerio, fuéle entregado el mando de la capitania general de las Provincias Vascongadas, en cuyo cargo patentizó la discrecion y cultura de siempre, pues á pesar de la efervescencia en que estaba toda la nacion, y en particular Cataluña cuya capital estaba entonces entregada á los horrores de una guerra y de conflictos lamentables, logró mantener en completa tranquilidad el territorio de su mando. ¡Tanta es la influencia que han tenido siempre los hombres que han puesto su cuidado en mejorar y levantar el lustre y gloria de la patria!

Por el mes de mayo del año 1843 fué relevado de su cargo, para ser nombrado de real órden director del Estado mayor, y ascendido en 16 de junio á TENIENTE GENERAL. Otra vez se le puso en el mando de la capitanía general de Castilla la Nueva.

Ocupando el reciente destino estaba, cuando tuvieron lugar los acontecimientos provocados por la coalicion que arrancó de la regencia al general Espartero. Sabidos son los servicios que San Miguel prestó en tan críticas circunstancias. Su comportamiento en tanto que Aspiroz y Narvaez amenazaban á Madrid, fué el de un hombre leal y prudente.

Despues de tentar todos los medios y probar todos los recursos que el decoro le permitió emplear en la defensa de su causa, tuvo que ceder, pactando una capitulacion muy honrosa con los generales adversarios, y dejó noblemente un puesto que no le permitia su honra conservar.

Establecida la nueva situacion gubernativa, fué enviado en el mes de agosto de cuartel á la ciudad de Avila, quedando sin efecto el empleo de teniente general; mas despues de pasar á varios puntos de cuartel fué repuesto en 10 de octubre de 1846, recibiendo al efecto el despacho competente.

Hallábase en Madrid San Miguel, cuando en abril de 1847 fué nombrado individuo de la Junta de ordenanzas. En mayo del siguiente año fué trasladado de cuartel á la ciudad de Sigüenza, mas en el mes de octubre de 1849 se puso en marcha para Madrid, donde se le habia nombrado ministro del Supremo tribunal de Guerra y Marina, cuyo cargo renunció.

Habia sido San Miguel elegido en varias legislaturas diputado por Madrid, siendo la primera en el año 1844, y en noviembre del año 1851 se le dió el nombramiento de Senador del reino, sin que por esto dejase de continuar en la misma situacion y desempeñando el cargo de fiscal y presidente por antigüedad de la Junta de ordenanzas.

No se crea que San Miguel durante este largo período, en que estuvo retraido del campo de la política, ora sea por no poder tolerar en su interior los desmanes y desafueros que cometia el partido moderado, ora porque el cansancio de la lucha le hiciese apetecer el sosiego y la tranquilidad de la vida doméstica, perdiese el tiempo en fútiles pasatiempos. Los hombres de su temple y de una actividad tan marcada, no pueden un momento parar el curso de su impetuosa laboriosidad. Los años que pasó fuera de la política no fueron perdidos ni para la patria ni para los principios liberales.

Como hemos manifestado en el principio de este bosquejo del hombre ilustre que hemos querido dar á conocer, desde su tierna edad

mostró profunda aficion á cuanto se relacionaba con la Historia á la cual dedicó toda atencion una vez entrado en la juventud. Esta aficion decidida á los estudios históricos demuestra suficientemente con cuánto cuidado dedicaría á ellos los talentos que por otra parte poseia para cultivarlos, y deja comprender el porqué, aun en los combates de la vida azarosa del militar y del hombre público en aquellas épocas de continuos disturbios, no cesó nunca su aficion á la historia dejándonos así algunas obras escritas que le dan un lugar muy digno en medio de nuestros autores contemporáneos. Luego hablaremos de las obras y escritos mas interesantes de este autor y principalmente de su *Historia de Felipe II*, obra maestra que encierra cualidades que la hacen merecedora á la fama de que disfruta.

Pasemos ahora á indicar á grandes rasgos los sucesos políticos en que estuvo mezclado hasta su muerte el respetable duque de San Miguel.

Continuaba desempeñando los indicados cargos de fiscal y presidente, por antigüedad, de la Junta de ordenanzas, cuando sobrevinieron los acontecimientos del año 1854. La revolucion levantó con brazo poderoso su estandarte; y el dia 19 de julio San Miguel fué nombrado por unanimidad presidente de la Junta de Salvacion. Los patriotas, amantes siempre de los hombres que dejan en la historia una página donde se leen los sacrificios y merecimientos de los que como nuestro general dedican su talento y su sangre al bien de la patria, creyeron obrar justa y prudentemente fiando su destino en manos del hombre que tanta lealtad habia mostrado siempre en todos los actos de su vida pública.

San Miguel gozaba en aquella época de libertad y expansion, de una popularidad inmensa; y así, muchas provincias, y entre ellas Oviedo casi por unanimidad, se apresuráron á darle sus sufragios para que las representase en las Cortes Constituyentes, cuya presidencia ocupó provisionalmente.

Entretanto el mismo dia 19 de julio S. M. le habia mandado el nombramiento de Capitan general de Castilla la Nueva y de ministro interino de la Guerra, mientras se aguardaba al general Espartero para la formacion, que se le habia encargado, del nuevo Gabinete.

Mas adelante hubiera ido la revolucion si San Miguel con mas apego á la dinastía que á lo que á la libertad convenia no hubiese

contenido á las masas enardecidas por el espíritu de la revolucion, dirigiéndose al pueblo de Madrid con palabras de paz y de confianza, visitando las barricadas, presentándose en los cuarteles y en todas partes donde creia poder contener el torrente próximo á desbordarse; haciéndose acreedor en aquella ocasion á solemne recompensa por parte del trono, merece especial mencion en aquellas circunstancias el bando que mandó publicar despues del fusilamiento de Chico para impedir los atropellos de ningun género contra las personas ó las propiedades.

Cuando el duque de la Victoria llegó á Madrid y hubo organizado el nuevo Gabinete, se promovió á San Miguel en fecha del 2 de agosto del propio año á la elevada dignidad de CAPITAN GENERAL.

Como hemos dicho, varias provincias le eligieron como diputado y entre ellas Oviedo, por la que optó, para representarlas en las Cortes Constituyentes. Mas ¡ay! como si tantas luchas y revueltas hubiesen gastado en aquel hombre el ardor y entusiasmo por la causa que defendiera hasta entonces, ó como si la edad hubiese entibiado el fervor que le hiciera proclamar en el campo de batalla la libertad, levantando con mano potente el pendon de guerra contra los sicarios del absolutismo y de la ignorancia, aquel hombre, veneranda efigie, que respetaban y adoraban todos los hombres amantes de la libertad y del progreso, cayó del pedestal de su gloria política. ¿Por qué aquel hombre que tan brillante carrera llevaba en el camino de la libertad, quiso torcerla para imprimir en su gloria un borron que empaña su lealtad y excelentes virtudes? No seamos, empero, ingratos, olvidando por esta defeccion todos los servicios que prestó á su causa, que esto es solo propio de las almas mezquinas. Inclinemos nuestra frente en señal de veneracion ante el hombre que levantó victoriosamente la bandera del partido político que profesamos con fe y orgullo. Olvidemos el inmenso dolor que producia oirle emitir sus votos en el Senado cuando habia cambiado de bandera política. Corramos un denso velo á esta incalificable mudanza, y respetemos tan solo al eminente caudillo, al profundo político y al distinguido literato.

Llovieron despues sobre él las mercedes y condecoraciones, que solo pueden satisfacer una vanidad mezquina, cuando no son otras tantas pruebas del valor y arrojo en el campo de batalla ó del eminente servicio prestado á las ideas que se han defendido, porque en este caso las muestra con orgullo el pecho del hombre que ha hecho

algo mas que cumplir un deber. Fué nombrado Inspector de la Milicia nacional, despues Comandante general del Real cuerpo de Alabarderos; y la reina le concedió título de Castilla con la grandeza de primera clase y la denominacion de DUQUE DE SAN MIGUEL.

Tales son los hechos militares y políticos que además de las circunstancias literarias recomiendan al Capitan general don Evaristo San Miguel duque de San Miguel, condecorado con las cruces de San Hermenegildo, de San Fernando y de Carlos III, la medalla de sufrimiento por la patria, la cruz concedida al ejército de Asturias; la del 7 de julio de 1822; la de Mendigorria, la de la toma de Cantavieja, la de tercera clase de San Fernando, y otras varias distinciones militares; individuo de la Academia de la Historia y de otras corporaciones científicas y literarias.

Era tanta su aficion á los estudios históricos aun en su edad avanzada, que á pesar de los achaques y de sus diversas atenciones, no perdia ocasion de aprovechar sus ratos de descanso para dedicarse á nuevas investigaciones, comprobacion de datos y tomar notas. Cuando Isabel de Borbon estuvo en Barcelona y visitó la célebre montaña y templo de la Vírgen de Montserrat, San Miguel, que formaba parte del séquito de Isabel, pasó muchos ratos en la biblioteca de San Juan establecida en esta capital, donde le suministraron las obras que pidiera y los datos que le convenia saber.

Murió el duque de San Miguel el año 1862. ¿Por qué no concurrió á su cortejo fúnebre la multitud popular que á la muerte de hombres eminentes acompaña con tristeza los despojos de sus personas queridas? ¡Ah! porque San Miguel no habia sido consecuente en los últimos de sus años á los principios que durante tanto tiempo habia profesado y con su sangre defendido. El pueblo que no es adulador voluntariamente castigó de un modo terrible la falta que habia el duque cometido. La indiferencia hizo lugar al entusiasmo que hasta la desgracia inspira, y San Miguel no tuvo sobre su tumba aquellas lágrimas mas dulces y que mas enaltecen la gloria de un hombre, las lágrimas del pueblo.

Pasemos ahora á indicar las dotes literarias de este eminente repúblico.

CAPÍTULO V.

San Miguel ha sabido conquistarse un puesto brillante en nuestra historia contemporánea no solo por sus hechos de armas, sí que por sus escritos la mayor parte históricos. Sabida es la dificultad que presenta al escritor el campo de la historia, porque para cultivarlo con provecho se necesitan muchos conocimientos, prescindiendo aun de los talentos y facultades naturales que deben acompañarlos.

Los escritos principales de San Miguel son: la *Historia de Felipe II; Vida de don Agustin Argüelles; Capitanes célebres; Varios opúsculos*, dos *Sobre los sucesos de* 1820, uno *Sobre su conducta en el mando de Aragon y sucesos de agosto de* 1836, los que llevan el título *De la Guerra civil, Los facciosos, Constitucion y Estatuto, Aristocracia, Las próximas Cortes, Paz, órden y justicia, España en octubre de* 1839, y por último el de *Sobre las ocurrencias de Madrid en julio de* 1843.

De estas obras merece especial mencion la de *Capitanes célebres*, en la que el autor proponiéndose presentar una galería histórica, trata de describir á los jefes mas célebres de los tiempos antiguos y modernos. El primer tomo que se ha publicado comprende las vidas de Escipion, Aníbal, Alejandro Farnesio, Federico y don Juan de Austria. Nos causaria viva satisfaccion ver continuada una publicacion que bajo un punto tan interesante nos presenta á grandes cuadros la historia en sus períodos mas importantes, pues estas historias personales, en que se examinan los hechos de estos grandes hombres, se extienden á todo lo importante que con ellos se relaciona mas ó menos estrechamente, y sobre todo aquello en que ellos influ-

yeron. Hemos oido decir que el autor ha dejado terminada la obra, y esperamos por lo tanto verla dar á luz toda completa, con lo que creemos se haria un señalado servicio á los amantes de esta clase de publicaciones.

La *Vida de don Agustin Argüelles*, como parece indicarlo su título, no es una biografía, sino una historia personal muy circunstanciada sobre los períodos en que estuvo establecida la Constitucion en nuestra patria; y debemos decir que en este trabajo de la historia contemporánea demuestra estar muy enterado de los sucesos que relata con mucha circunspeccion y comenta con sensatas reflexiones, ya que no con el brillo de descripcion y elocuencia del estilo que tan atractivos hacen esta clase de escritos.

Pero la obra principal es esta por la que hemos escrito la presente biografía. En ella abarca el autor la historia del siglo XVI, grande en acontecimientos y de donde provienen mas inmediatamente los elementos de la moderna civilizacion.

Conociendo su autor la importancia del trabajo que acometia, protesta que solo ha verificado un ensayo para abrir el camino á otros escritores de talento que quieran seguir con mejores resultados tan espinosa senda. Mas no se crea que haya desempeñado con poca soltura su cometido: no es un ensayo este libro, sino un estudio profundo en el que, si bien es verdad que no campea un estilo florido y elegante como exige la escuela descriptiva francesa, en cambio la claridad y la imparcialidad con que lo ha escrito deja conocer mas perfectamente las personas y las cosas que presenta á la vista de sus lectores.

Despues de haber leido detenidamente su historia de Felipe II y comprobado la exactitud de los datos que ofrece, no podemos menos de recordar las palabras de su prólogo: «Diremos de Felipe II la verdad, ó lo que mas probable nos parezca, despues de comparados los datos en las diversas autoridades que consultamos, ora amigos, ora contrarios, pues la justicia exige que se oiga á entrambas partes,» para afirmar cuán exactamente ha sabido atenerse al compromiso de estas palabras. En efecto la veracidad é imparcialidad que estas indican, y que constituyen las cualidades primordiales del historiador, ha sido constante en seguirlas sin separarse en un ápice. Solo sentimos que la imparcialidad la haya llevado al extremo ciertas veces de no emitir algunas opiniones suyas ó cuando menos comentar ciertos hechos que nos parece merecian ser co-

mentados. Esta cualidad como hemos indicado tan indispensable en el historiador, no exige la carencia de patria, de partido, de amigos, de creencias. Será esta cualidad en tal caso escepticismo, indiferencia; y el escritor escéptico ó indiferente cuando trata de los hechos mas importantes de la especie humana, no puede conmover á sus lectores ni interesarles, por cuanto tiene muerto el corazon á los grandes y generosos afectos que pudiera despertar. Entre algunos pasos de su historia en que hemos visto esta sangre fria por parte del autor hay el siguiente: «El dia cuatro de octubre del mismo año (1559) se verificó en la plaza de Valladolid con toda solemnidad otro auto de fé á que asistieron el Rey, el príncipe don Carlos, la infanta doña Juana y toda la grandeza de la corte. Se presentaron cerca de cuarenta reos entre hombres, mujeres, monjas, beatas, casadas, de toda clase. Solo dos fueron entregados vivos á las llamas como impenitentes. Uno de ellos, hombre de distincion llamado don Carlos Sesé, se dirigió al rey en alta voz quejándose de cómo permitia que los quemasen, á lo que respondió Felipe que si su hijo fuese un hereje impenitente él mismo le entregaria á las llamas, llevando en sus hombros la leña necesaria. Así uno de los primeros actos de Felipe á su vuelta á España fué asistir á un auto de fé cuya celebracion él mismo promovia, y este y otros rasgos de su especie los consignan los historiadores españoles de aquel siglo, del siguiente y aun del posterior como actos de piedad, de celo religioso, de las mayores virtudes de un cristiano. El dicho de entregar su hijo mismo á las llamas no podia menos de reputarse como un rasgo de heroismo segun las opiniones y lógica de aquellos tiempos. Ya hemos hecho ver que las hogueras contra los enemigos de la fé estaban en uso desde muy antiguo. ¡Mas solo el rey de España gozaba el privilegio de verlas encendidas en ciertos períodos con tanta solemnidad, por sentencia de un tribunal fijo, exclusivamente consagrado á esta clase de delitos.» Ante estos sacrificios á la supersticion y al fanatismo, que los sentimientos de la humanidad rechazan con vigor y que todas las religiones y mas que todas la de paz y caridad del Crucificado, reprueban y condenan, el historiador debe con vehemencia y energía declamar contra estas criminales hecatombes, para satisfacer el alma del lector. La imparcialidad exige una constancia en no infringir por ningun estilo la ley de la verdad y el sacrificio de hacer justicia aun contra los derechos é intereses de la causa que se defiende, pero nunca privará de la

opinion particular del autor y por consiguiente ni de toda idea política.

Alguna vez al ver la sangre fria de San Miguel ante algunos sucesos históricos como el transcrito, nos hemos preguntado si este autor seguia en su método de historiar la escuela llamada fatalista á cuyo frente se encuentra Mr. Thiers, la cual hace gala de relatar los hechos generales, permaneciendo impasible, lo mismo ante el crímen que ante la virtud; pero no podríamos respondernos afirmativamente en vista de las reflexiones y juicios que dedica en general á los hechos importantes de su historia de Felipe II, y menos todavía al recorrer los apéndices que acompañan el cuerpo de la obra.

Por lo demás un cúmulo de acontecimientos grandiosos como presenta en esta historia San Miguel, parece imposible á primera vista que pudieran ser examinados con claridad; mas tan excelente es el método que ha sabido escoger, que nos encanta la claridad y natural sencillez con que hace pasar á nuestros ojos los sucesos de aquella época de renacimiento, en la que fermentaban las libertades y la civilizacion actual.

Como cumple al deber del que escribe la vida de un personaje muy importante en la sociedad humana, San Miguel se detiene en transcribir los hechos mas notorios de Felipe II y los que tuvieron lugar durante su reinado en todos los puntos cuya influencia es conocida, remontándose á los tiempos de su padre el gran Carlos I de España y V de Alemania. Vasto es el panorama que en tal época se presenta á los ojos del historiador, siendo de lamentar que no supiese España con tanta grandeza labrarse un porvenir mas dichoso.

El inmortal genovés, Cristóbal Colon, acababa de ofrecer á nuestra patria un mundo desconocido, abriendo ancha senda á nuestro poder y riqueza. Un puñado de valientes, arrostrando los peligros de una azarosa y larga travesía, corrian ansiosos de gloria y sedientos de oro á conquistar vastos imperios que fueron entregados á la monarquía española. Sin embargo, posteriormente se perdió toda aquella grandeza y poderío por culpa nuestra mas que por otras causas que quieren otros ilusos aducir. El despotismo, la altivez de nuestro carácter y mas que todo la insaciable codicia de que eran víctimas los moradores de aquellos territorios, hicieron levantarse á los americanos contra el yugo que tan oprimidos les tenia.

Las grandes facciones que levantaba en toda Europa el espíritu

de religion para luchar encarnizadamente unas creencias con otras, presentaban un campo de desolacion; porque las luchas son mas sangrientas y terribles cuando se pone por pretexto la defensa de la gloria y atributos de la Divinidad, como si esta, para demostrarle la debida veneracion, exigiese estos sacrificios espantosos en que mueren atravesados por el puñal millones de criaturas humanas y otras tantas quedan sumergidas en el duelo y la miseria, cuando no tienen que correr á comerse el negro pan del mendigo, del desterrado.

El grande vuelo que entonces habia adquirido ya la imprenta, el renacimiento de las letras, y la organizacion de las fuerzas militares que hasta entonces habian permanecido sin órden ni sujecion, comenzaban á impulsar la sociedad á un nuevo horizonte.

El orgullo de los turcos amenazaba destruir á las sociedades europeas, en tanto que estas, además de la continua guerra declarada contra aquellos, sufrian en su seno la pugna de los protestantes contra los ortodoxos, la de calvinistas contra luteranos.

Los deseos de libertad que habian cundido en todas las almas, como lo prueban la institucion de las Cortes con sus fueros y prerogativas liberales, y el levantamiento de las Comunidades de Castilla por las que fueron víctimas Padilla, Bravo y Maldonado, hacian pensar en un período de mas expansion é independencia.

Tales eran los principales elementos que se habian aumentado durante el reinado del emperador Carlos, que de un modo claro nos hace notar á grandes rasgos San Miguel, cuando vino al gobierno su hijo Felipe II, á quien despues hizo grande un fanatismo que trajo horrorosas consecuencias, en tanto que por tan distintos y opuestos principios se dictaba el código que habia de decretar la moderna cultura.

Cuando se recuerdan las palabras que un orador contemporáneo, cuyo nombre no queremos publicar, dijo, en un momento de obcecacion sin duda, de que España ninguna parte tenia en la moderna civilizacion, porque en nada habia contribuido á su planteamiento, y se tiene presente que nuestra patria en la época que nos describe San Miguel es la única que creó é impulsó por medio de su poder é influencia, por medio de sus ideas levantadas, por medio de su literatura que adoptó entonces todo el mundo y mas que nadie la Francia, por medio de su riqueza y comercio; cuando se recuerda todo esto, decimos, no puede menos de indignarse el alma ante una

parcialidad tan vista en un hombre que por otra parte tiene tán claro talento. ¿Querrá decir tal vez dicho orador, que merece su patria la gloria de haberla creado? Recuerde que entonces nada era la Francia, que mas gobernaba en ella nuestro monarca que el propio Enrique, recuerde que toda Europa seguia sus impulsos y que España destruyó para siempre el poderío de los turcos que habrian esclavizado las naciones á su oscurantismo, postergándolas de este modo miles de años, y que esta destruccion no fué solo efecto de la batalla de Lepanto, sino de las continuas persecuciones de nuestras tropas y marina contra aquellos en todos los puntos del Mediterráneo y principalmente en las costas y fuertes del Africa. Recuerde tambien que nuestra patria marchó al frente de la destruccion del feudalismo, y recuerde en fin que el siglo XVI que todos llaman grande y orígen del actual adelanto, recuerde, decimos, que este siglo era España.

Francia ha trabajado mucho en el último siglo en el estado actual de cosas, pero á nuestra patria se debe su creacion. Sin embargo tal vez nos dejamos conducir demasiado lejos. La patria de Catalina de Médicis y su hijo Carlos IX, segun nuestra creencia de que la oposicion al impulso liberal de los pueblos solo sirve para hacerlo mas poderoso, diremos que contribuyó á la actual expansion. San Miguel nos relata con grande exactitud y verdad que estos dos personajes rompieron los tratados celebrados con el gran pueblo calvinista de la manera mas infame, aun prescindiendo de su real compromiso. Atrajeron á la gran mayoría y lo principal de este partido á Paris por medio de un casamiento, en cuya celebracion se empleó la superchería mas indigna de altas personas, y en la noche del 23 al 24 de agosto se dió la señal de asesinar á todos los calvinistas en el momento que mas confiados habian de estar. Toda la noche duró la matanza, y al aparecer el dia, continuaron los asesinatos, los excesos todos y el pillaje. En esto contribuyó entonces principalmente la Francia, sin que sirva de excusa lo que algun escritor ha dicho, de que movió este acto el impulso de la religion, pues teniendo presente los vicios de Catalina y de su hijo Carlos, que murió jóven gastado por el exceso de su conducta y por las frecuentes bacanales, cuánta seria la virtud de aquella corrompida corte, cuando despues de esta hecatombe no se desdeñaban las mismas damas de Catalina de examinar minuciosamente los cuerpos desnudos de los hugonotes, esparcidos aun por las calles y plazas, permitiéndose chanzas tan indecentes y poco morales que nos avergonzaríamos de relatar aun á nuestros amigos. Dada la señal de la matanza en Paris, verificáronse los mismos crímenes por toda la Francia con la mayor rapidez y crueldad posible, si bien no tan espantosos en ningun punto como en la capital por la inferioridad de las poblaciones, mas no por esto menos infames y sacrílegos. Y además todo el pueblo francés, como si quisiera dar una prueba mayor de su fanatismo, aplaudió semejantes crímenes por todos los medios imaginables. El papa Gregorio XII celebró tan fausto acontecimiento en pleno consistorio, mandando pintar un cuadro, que aun existe en la Capilla Sixtina, para recordar á las futuras gentes... tantos horrores. ¿Así celebran los ministros y representantes del Dios de paz y caridad la violencia mas horrorosa al derecho mas santo de la humanidad? Nuestro Felipe tambien, es verdad, felicitó en cartas á Carlos IX, porque de este modo habia aumentado el brillo de la religion; pero el pueblo español ¿aplaudió tanta maldad? Bien cierto es que no.

Todos estos grandes acontecimientos de aquel siglo, las renovadas luchas de religion al estar Felipe en el trono, la insurreccion de los Paises-Bajos, las guerras contra los moriscos de las Alpujarras, Albacin y Granada, la toma y destruccion de Galera por don Juan de Austria, y en fin, todas las revueltas y turbulencias de aquella época, las guerras entre unas y otras naciones, la incorporacion de Portugal á la corona de España, todos los hechos importantes, en fin, entran con método claro y sencillo en la Historia de Felipe II.

Podia San Miguel por la grandiosidad de los acontecimientos escribir una sublime epopeya en vez de una historia; los que buscan en una obra mas recreo que utilidad, tal vez lo hubiesen preferido; pero los que anhelan instruirse y leer en el gran libro de la humanidad, no pueden menos de mirar con cariño un libro como el que nos ocupa, libro digno de aprecio bajo diferentes puntos que no es necesario mencionar. El claro talento que lo ha escrito está muy manifiesto en el órden y distribucion de los sucesos que pasan á la vista del lector sin cansarle la memoria ni menos fatigarle la imaginacion.

Creemos haber dicho que su estilo no es muy elocuente, pero en cambio diremos que reune otras ventajas superiores. En buen hora que en una obra de pura fantasía se sacrifiquen otras cualidades á la elegancia del estilo y elocuencia del lenguaje, pero San Miguel para ser elocuente tal vez se habria arrastrado en otros defectos de

mas trascendencia, cuando la falta de grande elocuencia, puesto que los hechos han de ser de todos modos los mismos, no indica falta de ser buen historiador. Además la precision y laconismo con que escribe su obra la hacen sin duda mucho mas apreciable, que si fuese mas extensa, como reclama siempre la elegancia del estilo.

Al hacer la pintura de los grandes personajes que tienen gran parte en su historia, lo hace con tal sensatez, tino y buen criterio, que no podemos menos de considerar que conoce muy á fondo las personas y las cosas que refiere. Las figuras de Carlos V, de Juan de Austria, del duque de Alba, Parma, Orange, de María Estuardo, de su hermana Isabel, las de Francisco, Enrique y Carlos, reyes de Francia, como las de los demás personajes, se destacan de un modo brillante, y cada una representa, cual copia fiel y exacta, el carácter y papel que tuvo el individuo retratado.

Donde demuestra principalmente San Miguel su verdadero talento de historiador es en la pintura de Felipe II, que por ser el mas importante de los personajes de su historia, trata de darle á conocer detalladamente. A no ser que algunas veces el autor se extasía demasiado ó se desvanece ante la majestad y grandeza de su protagonista, podríamos decir que el análisis crítico que hace de él está perfectamente acabado. La descripcion, pues, de este rey que se hizo un lugar eminente en los fastos de su tiempo, demuestra por parte del autor un concienzudo exámen de la época en que aquel gobernó, como tambien las largas vigilias y profundas meditaciones que le habrá costado desenvolver con la claridad que lo ha hecho tantas intrigas y misterios en medio de tales acontecimientos, y tremendos crímenes, y continuas luchas entre las opuestas ó diferentes creencias religiosas. En efecto, sin muchos estudios y una profunda meditacion, es imposible presentar bajo un aspecto tan claro y fácil uno de los períodos mas complicados que ofrece la Historia. Por otra parte tan encontradas son las opiniones de los muchos autores que han tratado de aquella época, y que han querido conocer á este rey, que mientras para unos merece toda la reprobacion, para otros es digno de las mayores alabanzas, si bien todos están acordes en conceder las glorias que España adquirió, sin sacar empero ningun partido provechoso de ellas, y en comentar los errores y pequeñeces de aquella época de grandeza y esplendor.

Bien es verdad que los grandes sucesos que menciona esta historia hacen por sí solos interesante su relato; pero lo difícil era hallar el método que para ello supo San Miguel emplear. Puede observarse fácilmente si anduvo acertado el autor, al considerar que toda esta obra está dispuesta de un modo tal, que, leida una ó dos veces, queda el lector al corriente de los sucesos y personas sin confundirlos ni menos atribuirles diversas fechas ó caractéres de los que tuvieron realmente.

De este modo, pues, á medida que en nuestro espíritu se fijan los acontecimientos de la historia de Felipe II, seguimos á este paso á paso hasta conocerle completamente, cual si fuera uno de nuestros contemporáneos, pudiendo de consiguiente apreciar, como si le examinásemos en presencia, todas sus buenas cualidades y reprobarle de igual manera sus sevicias, fanatismo y pequeñez.

Lo repetimos, despues de leer este libro de San Miguel, se conoce tal como fué, segun los historiadores y documentos mas autorizados, este rey que tuvo la preponderancia política en Europa é influyó de un modo manifiesto en todas las otras naciones como árbitro de sus desavenencias y pacificador de sus rivalidades y contiendas, y que tuvo sumo cuidado, conforme su política misteriosa, en mantenerlas ó incitarlas en sus enemistades, con objeto de no menguar en nada su omnímodo poder y supremacía.

Se conoce muy bien por qué un rey tan hipócrita como Felipe declarara la guerra al ambicioso Papa, no obstante el profundo respeto que tenia al vicario de Cristo, y se comprende cómo despues de haberle vencido y humillado se apresurara él mismo, vencedor, á pedirle perdon y ofrecerle capitulaciones ventajosas.

De esta lectura se desprende tambien por qué razon Felipe despues de haber ganado la famosa batalla de San Quintin, no intentó apoderarse de la Francia que le habria sido muy fácil, segun el parecer de los críticos de aquel tiempo, y por qué razon despues de la ínclita batalla naval de Lepanto, no se apresuró á conquistar el imperio de Oriente que aquella derrota habia atemorizado y reducido en medios de defensa.

Todas las cualidades, en fin, de este rey las dice el autor de un modo patente. Felipe era despótico, hipócrita, intolerante, fanático, cruel; y si bien no tan activo como su padre Carlos en las grandes empresas y en los trámites de la política, aventajaba á aquel en tal cualidad para descargar la ira contra los que le habian faltado, menos inteligente que su padre, confiando demasiado en su autoridad, rigurosa en extremo; pero en cambio de estas malas cualida-

des para un hombre que no fuese rey, poseia lo que tanto conviene á este: un don muy grande de autoridad y energía inquebrantable; y era resuelto, constante, impávido, tan tranquilo cuando le anunciaban una victoria cual la de Lepanto, como una derrota cual le causaron los ingleses; friamente reflexivo, religioso, probo hasta el exceso, salvo excepciones, y muy conocedor de los hombres y dispuesto á recompensar los servicios.

Tampoco causa extrañeza ver que Carlos V procurase ciertas veces por medio de halagos y de perdon reducir á la obediencia á los súbditos que habian merecido castigo, y que su hijo Felipe con imprudencia, cegado por el orgullo mal entendido de la majestad real, emplease siempre los medios directos y rigorosos, haciéndose temido en vez de popular, en vez de ser diplomático. Así tampoco nos extraña ver á Felipe enajenarse el cariño y respeto de los súbditos de los Paises-Bajos, los que sacudieron despues el yugo de un rey que por sospechas llevaba al patíbulo á un hombre tan franco y leal como el conde de Egmont y que mandaba instituir allí el tribunal de la Inquisicion, tan abominado en España, como execrado y temido en las demás naciones. Siempre será mas querido el padre que perdona, que el señor que castiga con severidad. Tampoco nos sorprende que este rey procurase hacer morir á un hijo suyo en el encierro, porque es natural que el padre que promete entregar su hijo á la hoguera si es hereje, no tenga grande escrúpulo en hacerle morir en una prision, como en fin tampoco nos sorprende, que tuviese celos de la eminencia de su hermano natural don Juan de Austria.

Como muy conocedor de los hombres, se hacia rodear de los que creia mas de su temple y disposicion, los cuales seguian en un todo de un modo funesto la voluntad de su señor. Finalmente no acabaríamos si quisiéramos aumentar los ejemplos de las personas y cosas que nos hace conocer plenamente San Miguel en su historia de Felipe II. Es una obra que todos la han juzgado favorablemente y que se ha hecho merecedora de los elogios de propios y extraños. Como obra de consulta servirá siempre para el que investigue aquel período de nuestra grandeza y decadencia; como libro de recreo será preferido por todos aquellos que buscan la utilidad al mero pasatiempo. El tribunal sincero del público ha pronunciado su fallo imparcial y recto (1).

(1) Por motivos que están al alcance de todos los españoles no ha sido posible que escribiera don Víctor Balaguer la biografía de San Miguel que se acaba de leer.

ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the rules of the Library or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
	15 My 48		
	MAY 9 1949		
	MAY 20 1950		
	JAN 9 '52		

C28(1141)M100

COLUMBIA UNIVERSITY
0032208090

W
946.04 F3357
San Miguel y Valledor v.2
Historia de Felipe II.

946.04 F3357
v.2

REVIEWED/RESHELVE
5/17/91

APR 18 1945